



# EL VIZCONDE DE BRAGELONNE

ALEXANDRE  
DUMAS



Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Alexandre Dumas corona su trilogía con una auténtica obra maestra en la que por primera vez presenta al hombre de la máscara de hierro.

Han pasado diez años desde el momento en que se cerraba Veinte años después, y Dumas nos presenta los días finales del cardenal Mazarino, siendo ya D'Artagnan capitán de mosqueteros. El objetivo del ya no tan joven mosquetero, junto con sus fieles compañeros, es llevar a Carlos II a recuperar el trono que su difunto padre perdió. Sin embargo, sus caminos se han bifurcado: Porthos intenta por todos los medios a su alcance ascender en la escala social francesa; Athos pugna por evitar la incipiente relación de su hijo Raúl con la bella Louise de La Vallière (quien a su vez ha quedado prendada del joven rey Luis XIV), y Aramis, cabeza visible de los jesuitas, ha descubierto un asombroso secreto: la existencia de un hermano oculto del joven monarca.

Sin embargo, hay cosas que parecen no cambiar pese al paso de los años: la corte de Carlos II no es tan distinta de la de Luis XIV: las aventuras pasionales, los secretos de alcoba, los celos, las envidias, las tramas más péridas corretean por los pasillos de palacio a la velocidad del viento. Aun así, los mosqueteros ponen a prueba su valor, su ingenio y su desparpajo en otro tipo de aventuras, y ceden el paso en los escarceos galantes a la generación que representa Raúl. Tampoco el ardor, la pasión y el profundo sentido de la amistad se han visto alterados lo más mínimo por el transcurso de los años.



Alexandre Dumas

**El vizconde de Bragelonne  
Las novelas de D'Artagnan - 3**

---

Tomo 1

El vizconde de Bragelonne

---

## Capítulo I

---

### La carta

En el mes de mayo del año 1660, a las nueve de la mañana, cuando el sol ya bastante alto empezaba a secar el rocío en el antiguo castillo de Blois, una cabalgata compuesta de tres hombres y tres pajes entró por él puente de la ciudad, sin causar más efecto que un movimiento de manos a la cabeza para saludar, y otro de lenguas para expresar esta idea en francés correcto.

—Aquí está Monsieur, que vuelve de la caza.

Y a esto se redujo todo.

Sin embargo, mientras los caballos subían por la áspera cuesta que desde el río conduce al castillo varios hombres del pueblo se acercaron al último caballo, que llevaba pendientes del arzón de la silla diversas aves cogidas del pico.

A su vista, los curiosos manifestaron con ruda franqueza, su desdén por tan insignificante caza, y después de perorar sobre las desventajas de la caza de volatería, volvieron a sus tareas. Solamente uno de estos, curioso, obeso y mofletudo, adolescente y de buen humor, preguntó por qué Monsieur, que podía divertirse tanto, gracias a sus pingües rentas, conformábase con tan misero pasatiempo.

—No sabes —le dijeron— que la principal diversión de Monsieur es aburrirse?

El alegre joven se encogió de hombros, como diciendo: «Entonces, más quiero ser Juanón que príncipe».

Y volvieron a su trabajo.

Mientras tanto, proseguía, Monsieur su marcha, con aire tan melancólico, y tan majestuoso a la vez, que, ciertamente, hubiera causado la admiración de los que le vieran, si le viera alguien; mas los habitantes de Blois no perdonaban a

Monsieur que hubiera elegido esta ciudad tan alegre para fastidiarse a sus anchas, y siempre que veían al augusto aburrido, esquivaban su vista, o metían la cabeza en el interior de sus aposentos, como, para substraerse a la influencia de su largo y pálido rostro, de sus ojos adormecidos y de su lánguido cuerpo. De modo, que el digno príncipe estaba casi seguro de encontrar desiertas las calles por donde pasaba.

Esto era una irreverencia muy censurable por parte de los habitantes de Blois, porque Monsieur era, después del rey, y aun tal vez antes del rey, el más alto señor del reino. En efecto, Dios, que había concedido a Luis XIV, reinante a la sazón, la ventura de ser hijo de Luis XIII había otorgado a Monsieur el honor de ser hijo de Enrique IV. No era, por tanto, o al menos no debía ser motivo sino de orgullo, para, la ciudad de Blois, esta preferencia dada por Gastón de Orléans, que tenía su corte en el antiguo castillo de los Estados.

Pero estaba escrito, en el destino de este gran príncipe, no excitar más que medianamente, en todas partes donde se hallaba, la atención y la admiración del pueblo: Monsieur había tomado el partido de acostumbrarse a ello.

Quizá esto era lo que le daba su aspecto de tranquilo aburrimiento. Monsieur había estado muy ocupado en su vida. Imposible es hacer cortar la cabeza a una docena de sus mejores amigos, sin que esto haga algún ruido, y como desde el advenimiento de Mazarino no se había cortado la cabeza a nadie; Monsieur no tenía qué hacer y se fastidiaba.

Era, pues, muy melancólica la vida del pobre príncipe; después de su cacería matutina en las orillas del Beuvron, o en los bosques de Cheverny, Monsieur pasaba el Loira, iba desayunarse a Chambord, con apetito o sin él, y la ciudad de Blois no volvía a hablar hasta la cacería próxima de su soberano, señor y dueño.

Esto era el aburrimiento *extramuros*; en cuanto al fastidio interior, daremos una ligera idea de él al lector, si quiere seguir con nosotros la cabalgata y subir hasta el suntuoso pórtico del castillo de los Estados.

Monsieur montaba un caballo de poca alzada, enjaezado con ancha silla de terciopelo rojo de Flandes y estribos en forma de borceguíes; el jubón de Monsieur, hecho de terciopelo carmesí, y la capa, que era del mismo color, confundíanse con el jaez del caballo; y solamente por este conjunto rojizo era por lo que podía conocerse al príncipe entre sus dos compañeros, vestidos uno de color violeta y otro de verde. El de la izquierda era el escudero; el de la derecha, el montero mayor.

Uno de los pajés llevaba dos gerifaltes sobre una percha y el otro una corneta, en la que soplaban con flojedad a veinte pasos del castillo. Todo lo que rodeaba a este príncipe perezoso hacía con pureza lo que él hubiera hecho del mismo modo.

A esta señal, ocho guardias que paseaban al sol en el patio, corrieron a tomar sus alabardas, y Monsieur hizo su entrada en el castillo.

Cuando desapareció, a través de las profundidades del pórtico, algunos pilluelos que habían subido al castillo detrás de la cabalgata, mostrándose mutuamente las aves cazadas; se dispersaron, comentando lo que acababan de ver; luego que desaparecieron, la calle, la plaza y el patio quedaron desiertos.

Monsieur se apeó del caballo sin pronunciar palabra; pasó a su habitación, donde le mudó de vestido su ayuda de cámara, y como Madame no hubiese todavía enviado a tomar las órdenes para el desayuno. Monsieur se tendió sobre una poltrona, y se durmió de tan buena gana como si hubieran sido las once de la noche.

Los ocho guardias, que comprendieron estaba terminado su servicio por el resto del día, se acostaron al sol sobre sus bancos de piedra, los palafreneros desaparecieron con sus caballos en las cuadras, y a excepción de algunos pájaros, que se picoteaban unos a otros con chillidos agudos en la espesura de las alhelíes, hubiérase dicho que todos dormían en el castillo del mismo modo que Monsieur.

De pronto, en medio de este silencio tan dulce, resonó una risotada nerviosa que hizo abrir un ojo a algunos de los alabarderos que hacían la siesta.

Esta carcajada salía de la ventana del castillo, visitada en aquel instante por el sol, que la conglobaba en uno de esos grandes ángulos que dibujaban mirando al mediodía, sobre los patios, los perfiles de las chimeneas.

El balcón de hierro cincelado, que sobresalía más allá de esta ventana, estaba adornado con un tiesto de flores rojas, otro de primaveras, y un rosal, cuyo follaje, de un verde encantador, estaba salpicado de capullos rojos, precursores de rosas.

En la habitación a que daba luz esta ventana, distinguíase una mesa cuadrada, revestida de antigua tapicería con muchas flores de Haarlem; sobre esta mesa había una redomita de piedra, en la cual estaban sumergidos algunas lirios; y, a cada extremo de dicha mesa, una joven.

La actitud de estas dos jóvenes era particular; se las hubiera tomado par dos pensionistas escapadas del convento. Una de ellas, con los codos apoyados en la mesa y una pluma en la mano, trazaba caracteres sobre una hoja de papel de Holanda; la otra, arrodillada sobre una silla, lo que le permitía adelantar la cabeza y el busto por encima del espaldar hasta la mitad de la mesa, miraba a su compañera cómo vacilaba al escribir. De aquí provenían los gritos y las risas, uno de las cuales, más ruidosa que las otras, había espantado a los pájaros que saltaban en los alelías y turbado el sueño de los guardias de Monsieur.

La que iba apoyada sobre la silla, la más ruidosa, la más risueña; era una linda muchacha de diecinueve a veinte años, morena, de cabellos negros y ojos encantadores, que ardían bajo unas cejas vigorosamente trazadas, con unos dientes que resplandecían como perlas entre labios de coral.

Todos sus movimientos parecían el resultado de un gesto; su vida no era vivir,

sino saltar.

La otra, la que escribía, miraba a su bulliciosa compañera con ojos azules y limpidos como el cielo de aquel día. Sus cabellos, de un rubio ceniciente, peinados con delicado gusto, caían en trenzas sedosas sobre sus nacaradas mejillas; posaba sobre el papel una mano delicada, pero cuya delgadez denunciaba su juventud. A cada, risotada de su amiga, alzaba como despechada sus blancos hombros, de una forma poética y suave, mas a los cuales faltaba esa elegancia de vigor y de modelo que también se deseaba ver en sus brazos y manos.

—¡Montalais! ¡Montalais! —exclamó por fin con voz dulce y cariñosa como un cántico—. Reís demasiado fuerte, como un hombre, y no solamente os notarán los señores guardias, sino que tampoco oiréis la campanilla de Madame, cuando llame.

La joven, llamada Montalais, no cesó de reír ni de gesticular por esta amonestación, y contestó:

—No decis lo que pensáis, querida Luisa; sabéis que los señores guardias, como vos los llamáis; empiezan ahora su sueño, y que ni un cañón los despertaría; sabéis también que la campanilla, de Madame se oye desde el puente de Blois, y que, por consiguiente, la oiré cuando mi obligación me llame a su cuarto. Lo que os molesta, hija mía, es que yo me ría cuando escribís; lo que teméis es que la señora de Saint-Rémy, vuestra madre, suba aquí, como hace a veces cuando reímos estrepitosamente; que nos sorprenda, y que vea esa enorme hoja de papel, en la cual, después de un cuarto de hora, no habéis trazado más que estas palabras: «*Caballero Raúl*». Tenéis razón, amada Luisa, porque después de esas palabras, caballero Raúl, se pueden poner tantas otras, tan significativas y tan incendiarias, que la señora de Saint-Rémy, vuestra madre, tendría derecho para arrojar fuego y llamas. ¡Eh! ¿No es esto? ¡Hablad!

Y Montalais, aumentó sus risas y provocaciones turbulentas.

La joven rubia se enfureció de repente; desgarró el papel en que estaban escritas las palabras *Caballero Raúl* con hermosa letra, y, arrugándolo entre sus nerviosos dedos lo arrojó por la ventana.

—¡Hola, hola! —dijo la señorita de Montalais—. ¡Cómo se enoja nuestro corderito, nuestro niño Jesús, nuestra paloma...! No tengáis miedo, Luisa; la señora de Saint-Rémy no vendrá, y si viniera, ya sabéis que tengo el oído muy fino. Además, ¿qué cosa más natural que escribir a un antiguo amigo que data de doce años, sobre todo, cuando se empieza la carta con las palabras *Caballero Raúl*?

—Está bien, no le escribiré —dijo la joven.

—¡Ah...! Ya está Montalais bien castigada! —exclamó, sin dejar de reír, la morenita burlona—. Vamos, vamos, otro pliego de papel, y concluiremos pronto nuestra correspondencia. ¡Bien! ¡Ahora sí que suena la campanilla! ¡Tanto peor!

Madame pasará la mañana sin su primera camarista.

En efecto, la campanilla; anunciable que Madame había concluido su tocado y esperaba a Monsieur, que le daba la mano en el salón para pasar al comedor.

Hecha esta formalidad con grande ceremonia, los dos esposos almorcaban y se separaban hasta la hora de comer, fijada invariablemente a las dos de la tarde.

El sonido de la campanilla hizo abrir en la repostería, a la izquierda del patio, una puerta por la cual desfilaron dos maestresalas, seguidos de ocho marmitones con una parihuela cargada de manjares cubierta con tapaderas de plata.

Uno de estos maestresalas, el que parecía el primero en título, tocó en silencio con su varita a uno de los guardias que roncaba sobre un banco, y llevó su bondad al extremo de poner en manos de aquel hombre, muerto de sueño, la alabarda que estaba arrimada a la pared y a su lado; después de lo cual, el soldado, sin preguntar una palabra, escoltó hacia el comedor la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida, los guardias acompañábanla con sus armas.

La señorita de Montalais y su amiga habían seguido con la vista, desde su ventana, el pormenor de este ceremonial, al cual, sin embargo, debían estar habituadas, pero miraban con cierta curiosidad para asegurarse de que no serían molestadas. Así es que, cuando pasaron marmitones, guardias, pajés y maestresalas, volvieron a su mesa, y el sol que antes iluminó un instante sus rostros encantadores, ahora sólo alumbraba los lirios, las primaveras y el rosal.

—¡Bah! —dijo Montalais, ocupando su asiento.

—Madame almorzará bien sin mí.

—¡Oh! Seréis castigada; Montalais —contestó la otra joven sentándose muy despacio.

—¡Castigada? ¡Ah! Sí, es decir, privada del paseo. ¡Eso es lo que yo deseo, ser castigada! Salir en el gran coche colgada a una portezuela; volver a la izquierda, torcer a la derecha por caminos cubiertos de surcos, por donde se adelanta una legua en dos horas, y después, volver derecho por el ala del castillo donde está la ventana de María de Médicis, para que Madame diga como acostumbra: «¡Quién creyera que por ese sitio se salvó la reina María! ¡Cuarenta y siete pies de altura! ¡La madre de dos príncipes y de tres Princesas!». Si esto es una diversión, Luisa, deseo ser castigada todos los días, sobre todo si mi castigo consiste en quedarme con vos y escribir cartas tan interesantes como las que escribimos.

—¡Montalais! ¡Montalais! Hay deberes que es menester cumplir.

—De esto podéis hablar muy cómodamente, querida, vos, a quien dejan libre. Vos sois la única que recoge todas las ventajas, sin tener ninguna obligación;

vos, que sois más dama de honor de Madame que yo misma, porque pone de rechazo en vos todos sus afectos; de modo que entráis en esta triste casa, como los pájaros en este patio, respirando el aire, jugueteando con las flores y picoteando los granos sin tener que hacer el menor servicio, ni sufrir el menor aburrimiento. ¡Y sois vos quien me habla de deberes! En verdad, bella perezosa, ¿cuáles son vuestros deberes sino escribir a ese hermoso Raúl? Y como no le escribis, resulta; según creo, que también vos abandonáis un poco vuestras obligaciones.

Luisa asumió grave aspecto, apoyó la barba en una mano, y, con aire ingenuo:

—¡Echadme en cara mi bienestar! —exclamó—. Vos tenéis un porvenir; sois de la Corte, y si el rey se casa llamará a su lado a Monsieur. ¡Veréis espléndidas fiestas, y también al rey, que, según dicen, es tan hermoso!

—Y, además, veré a Raúl, que está al lado del príncipe —repuso con malignidad Montalais.

—¡Pobre Raúl! —dijo Luisa suspirando.

—Éste es el momento de escribirle, querida mía: vamos, volvamos a comenzar ese famoso Caballero Raúl que estaba al principio del papel desgarrado.

Entonces le entregó la pluma, y, con una deliciosa sonrisa, dio valor a su mano, que trazó vivamente las palabras indicadas.

—¿Y ahora? —dijo Luisa.

—Ahora, escribid lo que pensáis —respondió Montalais.

—¿Estáis cierta de que yo pienso algo?

—En alguno pensáis.

—¿Eso creéis, Montalais?

—Luisa, Luisa, vuestros ojos azules son profundos como el mar que vi en Boulogne el año pasado. No, me engaño, el mar es pérvido; vuestros ojos son profundos como el azul que vemos allá arriba, sobre nuestras cabezas.

Pues bien, una vez que tan claro leéis en mis ojos, decidme lo que pienso.

—En primer lugar, no pensáis en *el caballero Raúl*, sino en *mi querido Raúl*.

—¡Oh!

—No os ruboricéis por tan poca cosa. *Mi querido Raúl*, decimos, me rogáis que os escriba a París; donde os retiene el servicio del príncipe. Como es preciso que os aburráis ahí para buscar distracciones con el recuerdo de una provinciana...

Luisa se levantó de repente.

—No, Montalais —replicó sonriéndose—, no; no pienso ni una palabra de todo eso. Mirad, esto es lo que pienso.

Tomó atrevidamente la pluma, y trazó con pulso firme las palabras siguientes:

*Habría sido muy desgraciada, si vuestras obstinadas instancias para lograr de mi un recuerdo, hubiesen sido menos vivas. Todo me habla aquí de nuestros primeros años, tan dulce como rápidamente transcurridos, que nunca reemplazarán otros su encanto en mi corazón.*

Montalais, que minaba correr la pluma y que leía, mientras que su amiga iba escribiendo, la interrumpió palmoteando:

—¡Sea enhorabuena! —dijo—. Aquí sí que hay sinceridad, corazón, estilo; demostrad a esos parisienses, querida mía, que Blois es la ciudad donde mejor se habla.

—Sabe que Blois ha sido para mí el cielo.

—Eso es lo que yo quería decir, y que habláis como un ángel.

—Termino, Montalais.

Y la joven continuó en efecto:

—Decís que pensáis en mí caballero Raúl; os doy las gracias; mas esto no puede sorprenderme, pues sé muy bien cuántas veces han latido juntos nuestros corazones.

—¡Oh! —exclamó Montalais—. Tened cuidado, corderita mía, mirad que hay lobos allá.

Iba a contestar Luisa cuando resonó el galope de un caballo bajo el pórtico del castillo.

—¿Qué sucede? —dijo Montalais acercándose a la ventana—. ¡Un hermoso caballero, a fe!

—¡Oh Raúl! —murmuró Luisa, que había hecho el mismo movimiento que su amiga, y que, poniéndose pálida, cayó palpitante cerca de la carta sin terminar.

—¡Éste sí que es un amante listo! —exclamó Montalais—. Y que llega a tiempo.

—Retiraos, os lo ruego —murmuró Luisa.

—¡Bah! ¡Si no me conoce! Permitidme saber lo que le trae aquí.

## Capítulo II

---

### El mensajero

Tenía razón la señorita de Montalais: el caballero merecía llamar la atención.

Joven, de unos veinticuatro años y de hermosa estatura, llevaba con delgada, gracia el traje militar de la época. Sus largas botas encerraban un pie que no hubiera desdeñado la señorita de Montalais, si se hubiese transformado en hombre. Con una de sus manos, delicadas y nerviosas, detuvo su caballo en medio del patio, y con la otra alzó el sombrero de largas plumas que sombreaban su fisonomía, grave y sincera a la vez.

Al ruido del caballo despertaron los guardias y pusieronse en pie. El joven dejó que uno de ellos se aproximara hasta el arzón de la silla, e inclinándose hacia él dijo con voz clara, que fue oída perfectamente desde la ventana en que se recataban ambas jóvenes:

—Un mensaje para Su Alteza Real.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el guardia—. ¡Oficial, un mensajero! Pero este excelente soldado sabía muy bien que no parecería ningún oficial, porque el único que podía aparecer permanecía en lo último del castillo, en una habitación pequeña que daba a los jardines.

Así es que se apresuró a añadir:

—Caballero, el oficial está de ronda; pero en su ausencia debe avisarse al señor de Saint-Rémy, mayordomo del Palacio.

—¡El señor de Saint-Rémy! —repitió el caballero ruborizándose.

—¿Le conocéis?

—¡Oh! Sí... Os ruego le aviséis al punto, para que mi visita sea anunciada lo más pronto posible a Su Alteza.

—Parece que el asunto es urgente —dijo el guardia como si hablase consigo

mismo, pero en realidad con la esperanza de obtener una contestación.

El mensajero hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Entonces —añadió el guardia—, yo mismo voy a buscar al mayordomo de Palacio.

El joven, entretanto, echó pie a tierra, y mientras los otros soldados advertían todos los movimientos del caballo del mensajero, el guardia volvió atrás diciendo:

—Dispensad, caballero, mas decidme vuestro nombre, si gustáis.

—Vizconde de Bragelonne, de parte de Su Alteza el señor príncipe de Condé.

El soldado hizo un reverente saludo, y, como si el nombre del vencedor de Rocroy y de Lens le hubiese dado alas, subió ligero la calera para penetrar en las antecámaras.

No había tenido tiempo siquiera el señor de Bragelonne de atar su caballo a los barrotes de hierro de la escalinata, cuando llegó desalentado el señor de Saint-Rémy, sosteniendo su abultado vientre con una de sus manos, mientras que con la otra hendía el aire, como un pescador las olas con su remo.

¡Ah, señor vizconde; vos en Blois! —murmuró—. ¡Esto es una maravilla! ¡Buenos días, caballero Raúl, buenos días!

—Mil respetos, señor de Saint-Rémy.

—La señora de La Vallière, quiero decir que la señora de Saint-Rémy va a tener un gran placer en veros. Pero venid, Su Alteza Real está almorcando. ¿Hemos de interrumpirle? ¿Es grave el asunto?

—Sí y no, señor de Saint-Rémy. Con todo, un momento de tardanza podría producir alguna desazón a Su Alteza Real.

—Si es así, quebrantemos la consigna, señor vizconde. Venid; Monsieur está hoy de un humor delicioso. Además, nos daréis noticias, ¿no es cierto?

—Grandes, señor de Saint-Rémy.

—¿Y buenas; presumo?

—Óptimas!

—Pues entonces, venid pronto, muy pronto —exclamó el buen hombre que se arreglaba caminando.

Raúl siguióle, sombrero en mano; algo asustado del ruido solemne que hacían las espuelas sobre el tillado de las inmensas salas.

En el momento de desaparecer en el interior del palacio, volvió a oírse en la ventana del patio un cuchicheo animado que demostraba la emoción de las jóvenes; pronto debieron tomar alguna resolución, porque una de las dos cabezas desapareció: la del pelo negro; la otra permaneció detrás del balcón oculta entre las flores y mirando con atención, por los recortes de las ramas la escalinata por la que el señor de Bragelonne hizo su entrada en el palacio.

Mientras tanto proseguía su camino el objeto de tanta curiosidad, siguiendo las huellas del mayordomo de Palacio. El rumor de pasos acelerados, el olor de vinos y viandas, y el ruido de cristales y de vajilla le dieron a entender que

llegaba al fin de su carrera.

Pajes, criados y oficiales, reunidos en la sala que precedía al comedor, acogieron al recién llegado con la proverbial cortesía de este país; algunos conocían a Raúl, y casi todos sabían que llegaba de París. Podría decirse que su entrada suspendió por un instante el servicio.

El hecho es, que un paje que echaba de beber a Su Alteza, al oír las espuelas en la cámara vecina, se volvió como un niño, sin notar que continuaba vertiendo, no en el vaso del príncipe, sino en los manteles.

Madame, que no estaba preocupada como su glorioso marido, notó la distracción del paje.

—¡Muy bien! —dijo ella.

—¡Muy bien! —repitió Monsieur.

El señor de Saint-Rémy, que asomaba la cabeza por la puerta, aprovechó el momento.

—¿Por qué molestarme? —dijo Gastón acercándose el enorme trozo de uno de los más enormes salmones que hayan remontado el Loira para dejarse pescar entre Paimboeuf y Saint-Nazaire.

—Es que viene un mensajero de París. ¡Oh! Pero después del almuerzo de monseñor tenemos tiempo.

—¿De París...? —exclamo el príncipe dejando caer su tenedor—. ¿Y de parte de quién viene ese mensajero?

—De parte del príncipe —apresuróse a decir el mayordomo.

Sabemos ya que así era como se llamaba al príncipe de Condé.

—¿Un mensajero del príncipe? —dijo Gastón con inquietud que no se ocultó a ninguno de los presentes, y que en consecuencia redobló la general curiosidad.

Monsieur se creyó quizá trasladado a los tiempos de aquellas bienaventuradas conspiraciones, en las cuales producía inquietud el ruido de las puertas, en que toda epístola podía contener un secreto de Estado, y todo mensaje servir a una intriga sombría y complicada: Tal vez también el gran nombre del príncipe se desplegaba bajo las bóvedas de Blois con las proporciones de un fantasma.

Monseñor echó atrás su asiento.

—Digo al mensajero que espere? preguntó, el señor de Saint-Rémy.

Una mirada de Madame animó a Gastón, que replicó:

—No, al contrario, hacedle entrar al instante. A propósito, ¿quién es él?

—Un caballero de este país; el señor vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¡Muy, bien! Que entre, Saint-Rémy.

Y cuando hubo dicho estas palabras, con su acostumbrada gravedad, Monsieur miró de tal manera a la gente de su servicio, que todos, servidores, oficiales y escuderos, dejaron la servilleta y el cuchillo, e hicieron hacia la segunda cámara una retirada tan rápida como desordenada.

Este pequeño ejército abrióse en dos filas cuándo Raúl de Bragelonne,

precedido del señor de Saint-Rémy, entró en el comedor.

El breve momento de soledad que había proporcionado esta retirada, permitió a Monsieur tomar un aspecto diplomático. No se movió de su postura, y esperó a que el mayordomo colocara al mensajero frente a él. Raúl se detuvo a la mitad de la mesa, de modo que se encontrase entre Monsieur y Madame. Desde éste sitio hizo un saludo muy reverente para Monsieur; otro muy elegante para Madame, y esperó a que Monsieur le dirigiese la palabra.

El príncipe, por su parte, esperaba a que las puertas estuviesen bien cerradas; no quería volver la cabeza para asegurarse de ello, lo cual no hubiera sido oportuno; pero escuchaba con toda su alma el ruido de la cerradura, que le prometía, por lo menos, una apariencia de secreto.

Cuando estuvo cerrada la puerta, Monsieur levantó los ojos, miró al vizconde de Bragelonne y le dijo:

—Según parece llegáis de París, caballero.

—En este instante, monseñor.

—¿Cómo se encuentra el rey?

—Su Majestad goza de perfecta salud.

—¿Y mi cuñada?

—Su Majestad, la reina madre, sigue padeciendo del pecho. No obstante, hace un mes que está mejor.

—¿Me han dicho que venís de parte del príncipe? Seguramente, se engañan.

—No, monseñor. El señor príncipe me ha encargado que ponga en manos de Vuestra Alteza, esta carta, y espere la contestación.

Raúl se había commovido algo con esta acogida fría y meticulosa; su voz había descendido insensiblemente hasta el diapasón de la del príncipe, de modo que ambos hablaban casi en voz baja. El príncipe olvidó que él era la causa de este misterio y tuvo miedo.

Recibió con ojos extraviados la epístola del príncipe de Condé, rompió el sobre como si hubiera abierto un paquete sospechoso, y para que nadie pudiese notar el efecto de su rostro se volvió de espaldas.

Madame siguió con una ansiedad casi igual a la del príncipe todos los movimientos de su augusto esposo.

Raúl, impasible y algo desembarazado por la preocupación de sus huéspedes, miró desde su puesto por la ventana, abierta ante él, el jardín y las estatuas que lo adornaban.

—¡Ah! —exclamó de pronto Monsieur con una sonrisa radiante—. He aquí una sorpresa agradable y una deliciosa carta del príncipe de Condé. Tomad, señora.

La mesa era bastante ancha para, que el brazo del príncipe pudiese alcanzar la mano de la princesa: Raúl se apresuró a ser su intermediario, y lo hizo con tanta gracia que admiró a la princesa, valiendo un cumplimiento adulador al

vizconde.

—Sin duda sabréis el contenido de esta carta preguntó Gastón a Raúl.

—Sí, monseñor; el príncipe me dio primero verbalmente el mensaje, mas después reflexionó S.A. y tomó la pluma.

—Es una hermosa letra —repuso Madame—, pero yo no puedo leer.

—¿Queréis leer a Madame, señor de Bragelonne? —dijo el duque.

—Sí, leed, os lo suplico, caballero.

Raúl comenzó la lectura, a la cual prestó Monsieur toda atención.

La carta estaba escrita en estos términos:

*Monseñor: El rey marcha hacia la frontera, y ya sabéis que está para celebrarse el matrimonio de S.M. El rey me ha hecho el honor de nombrarme su mariscal aposentador para este viaje, y como yo sé cuan intensa será la alegría que tendrá. S.M. en pasar un dia en Blois, me atrevo a pedir a V.A.R. permiso para señalar con mi lápiz el castillo que habita. Pero si lo imprevisto de esta demanda pudiera causar alguna molesta a V.A.R., os suplico me lo digáis por el mensajero que os envío, que es un gentilhombre de mi casa, el señor vizconde de Bragelonne. Mi itinerario está pendiente de la decisión de V.A.R., y en vez de seguir por Blois indicaré a Vendome o Romorantin. Me atrevo a esperar que V.A.R. acogerá mi petición como una prueba de mi consideración sin límites y de mi deseo de serle grato.*

—Nada tan honroso para nosotros —contestó Madame, que había consultado más de una vez durante la lectura las miradas de su esposo—. ¡El rey aquí! — exclamó quizás algo más alto de lo necesario para que el secreto permaneciese guardado.

—Caballero —dijo a su vez Su Alteza, tomando la palabra—, daréis las gracias al príncipe de Condé, y le manifestaréis todo mi reconocimiento por el placer que me proporciona.

Raúl se inclinó.

—¿Qué día llega Su Majestad? —prosiguió el príncipe.

—Según todas las probabilidades, esta noche.

—Pues entonces, ¿cómo se sabría mi respuesta, en caso de ser negativa?

—Yo tenía el encargo de volver apresuradamente a Beaugency para dar la contraorden al correo, quien volviendo también atrás la daría al príncipe.

—¿Conque Su Majestad está en Orléans?

—Más cerca, monseñor; Su Majestad debe haber llegado a Meung en este momento.

—¿Le acompaña la Corte?

—Sí, monseñor.

—A propósito: me olvidaba pediros noticias del señor cardenal.

—Su Eminencia parece gozar de buena salud.

—Sin duda, le acompañarán sus sobrinas.

—No, Monsieur; Su Eminencia ha mandado a las señoritas Mancini marchar a Bourges; seguirán por la orilla izquierda del Loira, mientras la Corte viene por la derecha.

—¡Cómo! ¿La señorita María Mancini abandona de ese modo la Corte? —preguntó Monsieur, cuya reserva empezaba a debilitarse.

—Sin duda —contestó discretamente Raúl.

Una sonrisa fugitiva, vestigio imperceptible de su antiguo talento de ruidosas intrigas, iluminó las mejillas del príncipe.

—Gracias; señor de Bragelonne —dijo entonces Monsieur—; quizás no queráis dar al príncipe la comisión, que desearía encargaros, y es que su mensajero me ha sido muy agradable; pero yo mismo se lo diré.

Raúl inclinóse para par las gracias a Monsieur por el honor que le hacia.

Monsieur hizo una seña a Madame, que dio un golpe en el timbre que había a su derecha.

Al instante entró el señor de Saint-Rémy, y la cámara se llenó de gente.

Señores —dijo el príncipe—, Su Majestad me hace el honor de venir a pasar un día en Blois; cuenta con que el rey, mi sobrino, no tendrá que arrepentirse del honor que me hace.

—¡Viva el rey! —exclamaron con entusiasmo frenético todos los oficiales de servicio, y el señor de Saint-Rémy antes que nadie.

Gastón bajó la cabeza tristemente; toda su vida había tenido que oír, o más bien, que sufrir ese grito de ¡viva el rey! que pasaba por encima de él. Ya hacía algún tiempo que no lo escuchaba, habían descansado sus oídos, y ahora una monarquía más joven, más viva y más brillante, surgía delante de él como una nueva y dolorosa provocación.

Madame conoció los sufrimientos de aquel corazón tímido y sombrío, y se levantó de la mesa; Monsieur la imitó maquinalmente; y todos los servidores, con rumor de colmena, rodearon a Raúl para hacerle preguntas.

Madame observó este movimiento y llamó al señor de Saint-Rémy.

—Esta no es hora de charlas, sino de trabajar —dijo con acento de ama de gobierno que se enoja.

El señor de Saint-Rémy se apresuró a romper el círculo formado por los oficiales que rodeaban a Raúl, de suerte que éste pudo salir a la antecámara.

—Que se cuide a ese caballero —repuso Madame dirigiéndose al señor, de Saint-Rémy.

El buen hombre corrió al instante detrás de Raúl.

—Madame nos ruega que refresquéis aquí —dijo—; además, hay para vos otro alojamiento en el castillo.

—Gracias, señor de Saint-Rémy —contestó Bragelonne—; ya sabéis cuánto tardo en ir a ofrecer mis deberes al señor conde, mi padre.

—Es verdad, caballero Raúl; os suplico que, a la vez, le presentéis mis respetos.

Raúl se despidió del caballero y continuó su camino.

Al pasar por el porche llevando de la brida su caballo, una vocecita llamóle desde el fondo de una avenida obscura.

—¡Caballero Raúl! —dijo la voz.

El joven volvióse, sorprendido, y vio una muchacha morena que apoyando un dedo en sus labios le tendía la mano.

Esta joven le era desconocida.

## Capítulo III

---

### La entrevista

Raúl se adelantó hacia la joven que lo llamaba, y le dijo:  
—¿Y el caballo, señora?

—¡Y eso os apura! Salid; en el primer patio hay un cobertizo; atad en él vuestro caballo y venid al instante.

—Obedezco; señora.

Raúl no tardó en hacer lo que le habían mandado, y al volver vio en la obscuridad a su misteriosa conductora, que le aguardaba en los primeros peldaños de una escalera de caracol.

—Sois bastante valiente para seguirme, señor caballero errante? —preguntó la joven riéndose de la duda que había manifestado Raúl. Éste respondió siguiendo la obscura escalera. Así subieron tres pisos, él detrás de ella, y tocando con sus manos una ropa de seda que rozaba por las paredes de la escalera. Cada vez que Raúl daba un paso en falso, su conductora le dedicaba un *chut!* severo y le tendía una mano suave y perfumada.

—Se subiría así hasta la torre del castillo, sin curarse del cansancio en falso, su conductora le sugirió —dijo Raúl.

—Lo cual significa, caballero, que estáis muy fatigado y muy inquieto; pero tranquilízaos, ya hemos llegado.

La joven empujó una puerta, y al instante, sin transición alguna, llenóse de un torrente de luz la escalera.

La joven; marchaba, él la seguía; ella entró en una cámara, Raúl también.

Al momento oyó dar un grito se volvió a dos pasos, con las manos juntas y los ojos cerrados; a aquella hermosa joven rubia, de ojos azules y de blancos hombros, que al conocerle le había llamado Raúl.

La vio y advirtió tanto amor y tanta felicidad en la expresión de sus ojos, que se dejó caer en medio de la sala murmurando el nombre de Luisa.

—¡Ah! ¡Montalais! ¡Montalais! —exclamó ésta suspirando—. Es un gran pecado engañar de este modo.

—¡Yo! ¿Yo os he engañado?

—Sí, me dijisteis que ibais a adquirir noticias, y hacéis subir aquí al caballero.

—Eso era preciso. De otro modo, ¿cómo habría de recibir la carta que le escribíais?

Y señaló con el dedo la carta que aún estaba sobre la mesa. Raúl se adelantó para cogerla; pero Luisa, más rápida, aunque con una vacilación física muy notable, alargó la mano para detenerle. Raúl encontró aquella mano tibia temblorosa, la estrechó entre las suyas y la aproximó respetuosamente a sus labios, que depositó en ella más bien un soplo que un beso.

Entretanto la señorita de Montalais había tomado la carta; y después de haberla doblado con cuidado en tres dobleces como hacen las mujeres; la deslizó en su pecho.

—No tengáis miedo Luisa —dijo—; este caballero no vendrá a cogerla de aquí, pues el difunto monarca Luis XIII no cogía los billetes en el corsé de la señorita de Hautefort.

Raúl se ruborizó al ver la sonrisa de las dos jóvenes, y no notó que la mano de Luisa permanecía aún entre las suyas.

—¡Bueno! —dijo Montalais—. Ya me habéis perdonado, Luisa, por haberos traído al señor, y vos caballero, me debéis amar por haberme seguido, para ver a esta señorita. Ahora, pues, que la paz está hecha, charlaremos como antiguos amigos. Presentadme, Luisa, al señor de Bragelonne.

—Señor vizconde —dijo Luisa con su graciosa sonrisa—, tengo el honor de presentarlos a la señorita Aura de Montalais, dama de honor de Su Alteza Real Madame, y además mi mejor amiga.

Raúl saludó ceremoniosamente.

—¿Y a mí, Luisa —preguntó éste—, no me presentáis también a esta señorita?

—¡Oh! ¡Ella os conoce! ¡Lo conoce todo!

Estas palabras hicieron reír a Montalais y suspirar de dicha a Raúl, que las había interpretado de este modo: ella conoce *todo nuestro amor*.

—Ya están hechos los cumplimientos, señor vizconde —dijo Montalais—, sentaos aquí y decidnos muy pronto la noticia que nos traéis corriendo de ese modo.

—Eso ya no es un secreto, señorita; el rey, al ir a Poitiers, se detiene en Blois a fin de ver a Su Alteza Real.

—¡El rey aquí! —exclamó Montalais palmoteando—. ¡Vamos a ver a la Corte! ¿Concebís eso, Luisa? ¡La verdadera corte de París! ¡Oh Dios santo! Pero

—¿Cuándo será eso, caballero?

—Tal vez hoy, señorita; pero de seguro mañana.

Montalais hizo un ademán de despecho.

—¡No hay tiempo para prevenirse, ni para prepararse un traje! ¡Vamos a parecernos a los retratos del tiempo de Enrique IV! ¡Ah; señor, qué mala nueva habéis traído!

—Señoritas, siempre estáis hermosas.

—Sí, siempre estaremos hermosas, porque la naturaleza nos ha criado pasaderas; mas estaremos en ridículo, porque la moda nos habrá olvidado. ¡Ah, ridículas! ¿A mí me han de ver ridícula?

—¿Quiénes? —dijo cándidamente Luisa.

—¿Quiénes? ¡Qué singular sois, querida...! ¿Es una pregunta la que me hacéis? *Han de ver*, quiere decir todo el mundo, quiere decir los cortesanos, los señores, el rey.

—Perdonad, mi buena amiga, pero como todo el mundo está acostumbrado aquí a vernos tales como somos...

—No lo niego, mas esto va a cambiar, y nosotras estaremos en ridículo, aun para Blois; porque junto a nosotras van a verse las modas de París, y al instante se echará de ver que estamos a la moda de Blois... ¡Esto desespera!

—Tranquilizaos, señorita.

—¡Ah! ¡Basta! Corriente, tanto peor para los que no me encuentren a su gusto —dijo filosóficamente Montalais.

—Esos serán muy descontentadizos —respondió Raúl, fiel a su sistema de galantería.

—Gracias, señor vizconde. ¡Decíamos que el rey viene a Blois?

—Con toda la Corte.

—¿Y vendrán las señoritas Mancini?

—No, ciertamente.

—Como dicen que el rey no puede estar sin la señorita María...

—Pues será menester que se conforme. Así lo quiere el señor cardenal, y ha desterrado a sus sobrinas a Bourges.

—¡Hipócrita!

—¡Silencio! —murmuró Luisa poniendo un dedo sobre sus rosados labios.

—¡Bah! Nadie puede oírmе. Digo que el viejo Mazarino es un hipócrita, que trata de hacer a su sobrina reina de Francia.

—No, señorita, por el contrario; el señor cardenal hace casar a su Majestad con la infanta María Teresa.

Montalais miró de frente a Raúl, y le dijo:

—¿Y lo creéis vosotros, los parisienes? Somos más poderosos que vosotros en Blois.

—Señorita, si el rey sale de Poitiers y parte para España, y si se firman los

artículos del contrato de matrimonio entre don Luis de Haro y Su Eminencia, bien comprenderéis que éstos no son, ya juegos de niño.

—¡Ya! Pero creo que el rey es el rey.

—Sin duda, señorita, pero el cardenal es el cardenal.

—¿No es un hombre el rey? ¿No ama a María Mancini?

—La idolatra.

—Pues bien, se casará con ella; tendremos guerra con España; Mazarino, gastará algunos millones que tiene guardados; nuestros caballeros harán heroicidades peleando contra los fieros castellanos; muchos volverán coronados de laureles, y nosotras los coronaremos de mirto. Así concibo yo la política.

—Sois una loca, Montalais —repuso Luisa—, y cada exageración os atrae como la luz a las mariposas.

—Luisa, sois de tal manera razonable, que no amaréis nunca.

—¡Oh! —dijo Luisa—. ¡Comprended, Montalais! La reina madre desea casar a su hijo con la infanta: ¿queréis que el rey desobedezca a su madre? ¿Es digno de un corazón real, como el suyo, dar malos ejemplos? Cuando los padres prohíben el amor, hay que renunciar a él.

Y Luisa respiró; Raúl bajó los ojos; Montalais se echó a reír.

—Yo no tengo padres —dijo de pronto.

—Sin duda, tendrás noticias de la salud del señor conde de la Fère —dijo Luisa después de ese suspiro, que tantos dolores había manifestado en su elocuente expansión.

—No señorita —contestó Raúl—, aún no he hecho visita a mi padre, pues iba a su casa cuando la señorita de Montalais tuvo a bien detenerme; espero que el señor conde esté bueno; no habréis oído decir nada en contrario, ¿es cierto?

—Nada, caballero, nada, ¡gracias a Dios!

Reinó aquí un silencio, durante el cual dos almas preocupadas por la misma idea se comprendieron perfectamente, aun si la asistencia de una sola, mirada.

—¡Ay! ¡Dios, mío! Alguien sube —exclamó de pronto Montalais.

—¿Quién será? —dijo Luisa levantándose muy sobresaltada.

—Señoritas, yo estorbo mucho, y sin duda he sido muy imprudente —observó Raúl.

—Es un andar pesado —dijo Luisa.

—¡Ay! Si es sólo el señor Malicorne —replicó Montalais—, no nos movamos. Luisa y Raúl miráronse para preguntarse quién era ese señor Malicorne.

—No os sobresaltéis —prosiguió Montalais—, no es celoso.

—Pero, señorita —murmuró Raúl.

—Comprendo... Pues bien, es tan discreto como yo.

—¡Dios santo! —exclamó Luisa, que había puesto el oído en la puerta entreabierta—. ¡Son los pasos de mi madre!

—¡La señora de Saint-Rémy! ¿Dónde me ocultó? —dijo Raúl, asiéndose al

vestido de Montalais, que parecía haber perdido la cabeza.

—Si —dijo ésta—, sí, oigo, crujir los chapines. ¡Es vuestra excelente madre...! Señor vizconde, es bien lamentable que la ventana de sobre un empedrado y esté a cincuenta pies de altura.

Raúl miró abajo con ojos extraviados, y Luisa le cogió de un brazo y le detuvo.

—¡Ah! ¡Soy una loca! —dijo Montalais—. ¿No está aquí el armario de trajes de ceremonia? Verdaderamente, parece hecho para esto.

Ya era tiempo; la señora de Saint-Rémy subía más aprisa que de costumbre, y llegó en el momento mismo en que Montalais, como en las escenas de sorpresa, cerraba el armario apoyando su cuerpo en la puerta.

—¡Ay! —exclamó la señora de Saint-Rémy—. ¡Vos aquí, Luisa?

—Sí, señora —respondió ésta, más pálida que si hubiese sido convicta de un crimen.

—¡Bueno! ¡Bueno!

—Sentaos, señora —dijo Montalais ofreciendo el sillón a la de Saint-Rémy, y colocándole de suerte que diese la espalda al armario.

—Gracias, señorita Aura, gracias venid pronto hija mía, vamos.

—¿Dónde deseáis que vaya, señora?

—¿Dónde? A la habitación, es preciso preparar vuestro tocado.

—¿Cómo? —dijo Montalais simulando sorpresa; pues temía que Luisa cometiese alguna indiscreción.

—Conque no sabéis las noticias? —preguntó la señora de Saint-Rémy.

—¿Qué noticias, señora? ¡Queréis que dos jóvenes sepan algo desde este palomar?

—¡Qué...! ¡No habéis visto a nadie...?

—Señora, habláis de un modo misterioso y nos hacéis quemar a fuego lento! —exclamo Montalais; que espantada de ver a Luisa cada vez más pálida, no sabía a qué santo encomendarse.

Pero acentuó en su compañera una mirada elocuente, una de esas miradas que darían inteligencia a un muro. Luisa señalaba a su amiga el sombrero de Raúl que permanecía sobre la mesa.

Adelantóse Montalais, y cogiéndole con la mano izquierda, lo pasó detrás de sí a la derecha y lo ocultó sin dejar de hablar.

—Pues bien —dijo la señora de Saint-Rémy—, acaba de llegar un correo que nos anuncia la próxima llegada del rey. Conque, señoritas, se trata de estar hermosas.

—¡Pronto! ¡Pronto! —exclamó Montalais—, seguid a vuestra señora madre, Luisa, y dejadme arreglar mi traje de ceremonia.

Luisa levantóse, su madre la tomó de la mano y la condujo hacia la escalera.

—Venid —dijo.

Y añadió en voz baja:

—Cuando yo os mando que no subáis al cuarto de Montalais, ¿por qué no obedecéis?

—Señora, es mi amiga. Además, acababa de venir.

—¿No ha hecho ocultar a nadie delante de vos?

—¡Señora!

—Os digo que he visto un sombrero de hombre; el de ese perillán.

—¡Señora! —exclamó Luisa.

—¡De ese haragán de Malicorne! Una doncella frecuentar de ese modo... ¡ah!

Y sus voces perdiéronse en las profundidades de la escalera.

Montalais no había perdido ni palabra de este diálogo, que el eco le enviaba como un embudo. Encogiase de hombros, y viendo a Raúl fuera de su escondite, que también había escuchado.

—¡Pobre Montalais! —dijo —Víctima de la amistad...! ¡Pobre Malicorne! ¡Víctima del amor! Detúvose mirando el aspecto tragicómico de Raúl, que estaba asombrado de haber sorprendido en un día tantos secretos.

—¡Oh! Señorita —dijo— ¿cómo podré pagar tantas bondades?

—Algún dia ajustaremos cuentas —repuso—; por el momento, salid pronto, señor de Bragelonne, porque la señora de Saint-Rémy no es muy indulgente y alguna indiscreción por su parte podría traer aquí una visita domiciliaria enojosa para todos. ¡Adiós!

—Pero Luisa... ¿Cómo saber...?

—¡Andad! ¡Andad...!

El rey Luis XI supo muy bien lo que hacía cuando inventó el correo.

—¡Ah! —exclamó Raúl.

—¿Y no estoy yo aquí que valgo por todos, los correos del reino? ¡Pronto! ¡A caballo, y que si la señora de Saint-Rémy sube a echarme un sermón de moral, que ya no os encuentre aquí!

—Todo se lo dirá a mi padre; ¿no es verdad? —murmuró Raúl.

—¡Los reñirá! ¡Ah, vizconde! Ya se ve que venís de la Corte; sois miedoso como el rey. ¡Vaya! ¡Aquí, en Blois, nos pasamos muy bien sin el consentimiento de papá. Preguntádselo a Malicorne!

Y al pronunciar estas palabras, la joven puso a Raúl en la puerta empujándole por los hombros; éste se deslizó a lo largo del porche, montó a caballo, y partió a todo escape como si llevara detrás a los ocho guardias de Monsieur.

## Capítulo IV

---

### Padre e hijo

Raúl continuó, sin detenerse, el camino de Blois a la casa en que vivía el Conde de la Fère.

El lector nos dispensará una retratada descripción. Ya en otros tiempos hemos penetrado allí juntos y la conoce.

Sólo que, desde la última vez que la cogimos, los muros se han obscurecido algo por razón de la intemperie; los árboles han crecido, y algunos que antes extendían apenas sus flexibles ramas por entre las desigualdades del suelo, acopados ahora y espesos, extienden su ramaje arenado de vegetación; ofreciendo al viajero flores y frutos.

Raúl distinguió desde lejos el caballete del tejado; las dos torrecillas desde las que se divisaba su casa solariega, y vio también entre los olmos su palomar, a los pichones que revoloteaban alrededor del cono de ladrillos, como los recuerdos alrededor de un alma tranquila.

Cuando se acercó más, oyó él ruido de las garruchas que rechinaban bajo el peso de los macizos cubos; y le pareció también oír el melancólico gemido del agua que vuelve a caer en el pozo, ruido triste, monótono, solemne; que hiere el oído del niño y del poeta, soñadores; que los ingleses llaman *splash*, los poetas árabes *gasgachau*, y que nosotros los franceses, que bien quisiéramos ser poetas, no podemos traducir más que con una perifrasis: *le bruit de l'eau tombant chez l'eau*.

Hacía más de un año que no iba Raúl a ver a su padre. Todo ese tiempo lo había pasado al lado del príncipe de Condé.

Este gran señor, después de las antiguas parcialidades del tiempo de la Fronda, se había reconciliado con la Corte de una manera franca y solemne:

Mientras había durado la división entre el rey y el príncipe, éste; pues se aficionó al de Bragelonne, le había ofrecido cuantas ventajas pueden seducir a un joven en el principio de su carrera porque siguiese su partida.

El conde de la Fère, siempre fiel a sus principios de realismo, explicados un día bajo las bóvedas de San Dionisio, habíase negando siempre en nombre de su hijo a todos los ofrecimientos. Hizo más en lugar de seguir al Condé en su rebelión, siguió al de Turenna, combatiendo incesantemente por el rey igualmente cuando Turenna parece construido del agua cayendo en el agua.

Pareció abandonar la causa real, le abandonó también para ponerse de parte del de Condé, como antes lo hiciera del de Turenna. Resultó de esta línea de conducta, que Raúl, tan joven como era, tenía inscritas más de diez victorias en su hoja de servicios, y ninguna derrota de que tuviera que sonrojarse su conciencia.

Así, pues; Raúl, según lo había querido su padre; sirvió constantemente la fortuna de Luis XIV, no obstante todas las oscilaciones endémicas y casi inevitables en tiempos tan azarosos.

El de Condé, vuelto a la gracia real, usó del privilegio de amnistía, pidiendo entre otras cosas la vuelta de Raúl a su servicio. El conde de La Fère, que comprendió el estado de las cosas con su talento perspicaz, se lo mandó inmediatamente.

Un año había transcurrido después, de esta ausencia del padre y el hijo; algunas cartas habían dulcificado en parte los rigores de la ausencia. Ya hemos observado que Raúl, dejaba en Louis otro amor que el filial y afectuoso entre padres e hijos.

Mas hemos de hacerle justicia; a no haber sido por la casualidad y la señorita de Montalais, dos demonios tentadores, Raúl hubiese partido sin detenerse a ver a su padre, así que ejecutó el mensaje; aun cuando llevase en el corazón el amante recuerdo de su querida Luisa.

La primera parte del camino iba preocupado con el recuerdo de la entrevista que acababa de tener con su amada; la segunda, con el pensamiento del amigo amado a quien tardaba en abrazar.

Encontró abierta la puerta del jardín Y se metió por ella con su caballo, atropellando las filas y cuadros, y atrayendo sobre sí la ira de un viejo, vestido con capotillo de color violeta y gorro viejo de terciopelo en la cabeza.

El buen viejo estaba escardando una calle de rosales enanos y margaritas, y no podía tolerar que se destruyese con el casco de un caballo el piso de sus calles de arena cernida.

Aventuró el principio de un juramento contra el recién llegado; pero volviendo éste la cabeza, la escena cambió en un momento. Apenas le hubo conocido, cuando incorporándose echó a correr en dirección de la casa, dando gritos, que eran en él el paroxismo de una alegría salvaje.

Raúl llegó hasta las cuadras, dio su caballo a un lacayo joven, y subió las escaleras con una alegría que hubiera regocijado el corazón de su padre.

Atravesó la antecámara, el corredor y el salón sin encontrar a nadie; por último, habiendo allegado a la puerta del gabinete del conde de Fère, llamó impaciente a su padre, y sin escuchar apenas la voz grave de éste, que le contestó al punto que entrase, se halló dentro de la habitación.

El conde permanecía sentado junto a una mesa cubierta de libros y papeles: Su continente era siempre el de un noble y bien portado caballero, pero, el tiempo había dado a su nobleza y hermosura un carácter más imponente y distinguido: frente sin arrugas, blanca cabellera, ojos vivos bajo un cerco de cejas perfecto, bigote fino y apenas encanecido, marcando unos labios delgados que no parecían haber sentido la contracción de las pasiones; cuerpo derecho y delgado, mano descarnada: tal era el caballero cuyas nobles hazañas habían merecido el aplauso de mil personas ilustres, bajo el nombre de Athos. Cuando llegó Raúl ocupábase en corregir las páginas de un cuaderno manuscrito, todo él redactado de su puño y lenta.

Raúl se lanzó en brazos de su padre con tanta precipitación, que el conde no tuvo ni tiempo ni fuerza suficientes para dominar la emoción que le embargaba.

—¡Vos aquí, vos aquí, Raúl! —exclamó—. ¿Es posible?

—¡Oh padre mío! ¡Cuánto me alegra de volveros ver!

—¿No me contestáis, vizconde? ¿Habéis obtenido licencia para venir a Blois, ha ocurrido en París alguna desgracia?

—A Dios gracias, señor —respondió Raúl, serenándose—, no ha ocurrido nada malo; el rey se casa, como tuve el honor de anunciarles en mi última carta, y marcha a España. Su Majestad pasará por Blois.

—¿Para ver a Monsieur?

—Sí, señor conde. El príncipe me ha mandado delante para que la venida del rey no le cogiese de improviso, o más bien deseando parecerle agradable.

—¿Habéis visitado a Monsieur? —preguntó vivamente el conde.

—He tenido ese honor.

—¿En el castillo?

—Sí, padre mío —contestó Raúl bajando los ojos, porque sin duda había sentido en la interrogación del conde algún otro sentido que una simple curiosidad.

—En verdad que tengo el honor de cumplimentar por ello.

Raúl inclinóse en señal de agradecimiento.

—¿No habéis visto en Blois otra persona?

—Señor, he visto, a Su Alteza Real Madame.

—Está bien. No es de Madame de quien yo hablo.

Raúl ruborizóse como un niño y no contestó una sola palabra.

—¿No me entendéis, señor vizconde? —insistió el conde con indulgente

severidad.

—Os entiendo perfectamente, señor; y si preparo una respuesta, no es que trate de disculparme con una mentira.

—Bien, sé que no acostumbráis a mentir: Por eso me admiro de que tardéis en darme una respuesta categórica: sí o no.

—No, puedo contestaros sino; comprendiéndoos bien; y si os he entendido bien, vais a recibir de mal talante mis primeras palabras. Sin duda os desagrada, señor conde, que haya visto.

—A la señorita de La Vallière; ¿no es así?

—Bien sé que es de ella de quien queréis hablar, señor conde —dijo Raúl con indecible dulzura.

—Y yo os pregunto si la habéis visto.

—Señor, ignoraba cuando entré en el castillo que se hallaba en él la señorita de La Vallière; pero cuando me volvía, después de concluir mi encargo, la casualidad nos ha puesto en presencia uno del otro: He tenido el honor de ofrecerle mis respetos.

—¿Y cómo se llama la casualidad que os haya reunido a la señorita de La Vallière?

—La señorita de Montalais.

—¿Quién es esa señorita de Montalais?

—Una joven que no conocía, y a quien nunca había visto, la camarista de Madame.

—Señor vizconde, no continuaré mi interrogatorio, del cual me hago cargo por haber durado demasiado. Os tenía recomendado que huyeseis lo posible a la señorita de La Vallière y que no la vieseis sin mi permiso. ¡Bien sé que me habéis dicho la verdad y que habéis dado ni un solo paso para acercaros a ella! La casualidad sola me ha engañado, y yo no tengo de qué reconveniros. Me contentaré, por tanto, con lo que ya os he dicho acerca de esa señorita. Dios es testigo, rige que nada tengo que decir de ella; pero no entra en mis designios que frecuentéis su casa. Os ruego otra vez, mi querido Raúl, que lo tengáis entendido.

A estas: palabras, se hubiera dicho, que se turbaban los ojos límpidos y puros de Raúl.

—Ahora, amigo mío —prosiguió el conde con su dulce sonrisa y su voz habitual—, hablemos de otra cosa. ¿Volvéis quizá a vuestra obligación?

—No, señor, nada tengo que hacer sino permanecer hoy a vuestro lado. Felizmente, no me ha impuesto el príncipe más deber que éste, que tan de acuerdo está con mi deseo.

—¿Está bien el rey?

—Perfectamente.

—¿Y el príncipe?

—Como siempre, señor.

El conde se olvidaba de Mazarino, siguiendo su antigua costumbre.

—Bien, Raúl, ya que hoy me pertenecéis, también, por mí, parte os dedicaré todo el día. Abrazadme... otra vez, otra vez estáis en vuestra casa, vizconde... ¡Ah! ¡Aquí está nuestro vicio Grimaud! Venid, Grimaud, el señor vizconde desea abrazaros también.

El anciano no se lo hizo repetir; y corrió con los brazos abiertos. Raúl le ahorró la mitad del camino.

—¿Queréis, Raúl, que vayamos ahora al jardín? Os enseñaré el nuevo alojamiento que he mandado preparar para vos cuando vengáis con licencia; y mientras miramos los plantíos de este invierno y dos caballos de regalo que he cambiado, me daréis noticias de nuestros amigos de París.

El conde cerró su manuscrito; tomó el brazo del joven y pasó con él al jardín.

Grimaud miró tristemente salir a Raúl, cuya cabeza casi tocaba al marco de la puerta, y acariciando su blanca barba dejó caer esta profunda palabra: «¡Crecido!».

## Capítulo V

---

Cropoli. Cropole y un notable pintor desconocido

En tanto que el conde de la Fère visita con Raúl los nuevos edificios que había mandado construir, y los caballos que había cambiado, el lector me permitirá que volvamos de nuevo a la ciudad de Blois y que asistamos a la no común actividad que la agitaba.

En las hosterías, principalmente, era donde más se hacían sentir las consecuencias de la noticia llevada por Raúl.

En efecto, el rey y la Corte en Blois, es decir, cien caballeros, y otros tantos criados, ¿dónde se metería toda esa gente? ¿Dónde se alojarían todos los caballeros de los contornos, que quizá llegarían en dos o tres horas, tan pronto como la noticia se fuese ensanchando, a la manera de esas circunferencias concéntricas qué causa la caída de una piedra lanzada en las aguas de un lago tranquilo?

Blois, tan apacible como lo hemos visto por la mañana, como el lago más tranquilo del mundo, se llena de repente de tumulto y de temor a la noticia de la regia llegada.

Los criados de Palacio, bajo la inspección de los oficiales, iban a la ciudad en busca de provisiones, y diez correos a caballo galopaban hacia las reservas de Chambord a fin de traer la caza, a las pesquerías del Beuvron por el pescado, y a los huertos de Cheverny por las Priores y por las frutas.

Sacábanse del guardamuebles las valiosas tapicerías y las arañas con sus grandes cadenas doradas; un ejército de pobres barría los patios y lavaba los pavimentos de piedra, al paso que sus mujeres destruían los prados del Loira recogiendo sus capas de verdura y sus flores.

La ciudad toda; para no permanecer extraña a este gran lío, hacía su toilette

con gran azacaneo de escobas, cepillos y agua.

Los arroyos de la ciudad alta, hinchados con estos incesantes lavatorios, se convertían en ríos en la parte baja de la ciudad, y preciso es decir que hasta el fangoso empedrado se adiamantaba a los rayos benéficos del sol.

Por último, se preparaban músicas, las gavetas se vaciaban, los mercaderes acaparaban cintas y lazos de espadas, y las tenderas hacían provisión de pan, carne y especias. Hasta un buen número de vecinos, cuyas casas se hallaban provistas como para sostener un sitio no teniendo ya de qué ocuparse, se ponían sus trajes de fiesta y se dirigían a la puerta de la ciudad para ser dos primeros en anunciar o ver el séquito. Sabían muy bien que el monarca no llegaría hasta la noche; y tal vez, hasta el día siguiente, pero ¿qué es esperar, sino una especie de locura? Y la locura, ¿qué es sino exceso de esperanza?

En la ciudad baja y a unos cien pasos del castillo de Los Estados, en cierta calle bastante hermosa que se llamaba entonces calle Vieja, y que, en efecto, debía ser muy vieja, alzábase un respetable edificio de poca elevación y de caballete puntiagudo, provisto de tres ventanas que daban a la calle en el primer piso, de dos en el segundo, y de una pequeña claraboya en el tercero.

Había una tradición, según la cual, esta casa fue habitada, en tiempo de Enrique III, por un consejero de los Estados, que la reina Catalina había ido, según unos a visitar, según otros, a estrangular. Después de muerto el consejero por estrangulación o naturalmente, pues esto no hace al caso, la casa fue vendida, luego abandonada, y por último, aislada de las otras casas de la calle. Sólo a mediados del reinado de Luis XIII, cierto italiano llamado Crópoli, escapado de las cocinas del mariscal de Ancre, había ido a establecerse en esta casa. En ella fundó una pequeña hostería, donde se servían unos macarrones de tal modo refinados, que la gente iba a comer a ella de muchas leguas a la redonda.

Lo ilustre de esta casa procedía de que la reina María de Médicis, prisionera en el castillo de los Estados, había mandado a buscarlos una vez.

Y eso aconteció, precisamente, el mismo día en que escapó por la famosa ventana. El plato de macarrones había quedado sobre la mesa, desflorado solamente por la boca real.

Este doble favor, de una estrangulación y de un plato de macarrones, había sugerido al pobre Crópoli la idea de nombrar a su hostería con un título pomposo.

Mas su cualidad de italiano no era una recomendación en aquellos tiempos; su poca fortuna, cuidadosamente guardada, no quería ponerse demasiado en evidencia.

Cuando se vio próximo a morir, lo cual aconteció en 1643, después de la muerte del Rey Luis XIII, llamó a su hijo, joven marmitón de las más bellas esperanzas, y con las lágrimas en los ojos le rogó que guardase bien el secreto de los macarrones, que afrancesase su nombre, que se casase con una francesa, y, en fin, que cuando el horizonte político se desembarazase de las nubes que le

cubrían, se hiciese fraguar por el herrero vecino una magnífica muestra, en la cual un famoso pintor, que él indicó, dibujaría dos retratos de reina, con esta leyenda: LOS MÉDICIS.

El bueno de Crópoli, después de tales recomendaciones, sólo tuvo fuerza para indicar a su joven sucesor una chimenea, en cuya campana había escondido mil luises de diez francos, y expiró.

Crópoli hijo, que era hombre de energía, soportó esta pérdida con resignación y el lucro sin insolencia. Primero comenzó por acostumbrar al público a hacer pronunciar tan imperceptiblemente la *i* final de su nombre, que, ayudándole la general complacencia, no se llamó sino Cropole, nombre puramente francés.

Enseguida, casóse con una francesita de quien se había enamorado, y a cuyos padres arrancó una dote razonable, mostrándoles lo que había en la chimenea.

Terminados estos dos negocios, ocupóse en buscar al pintor que debía pintar la muestra, al cual encontró bien pronto.

Era éste un viejo italiano, émulo de los Rafael y de los Correggio, pero émulo desdichado. Decía él que era de la escuela veneciana, sin duda porque le gustaban mucho los colorines: Sus obras, de las cuales jamás vendió una; lastimaban la vista a cien pasos y disgustaban tanto a los vecinos, que concluyó por no hacer nada.

Siempre se alababa de haber pintado una sala de baño, para la señora mariscal de Ancre, y se quejaba de que la tal sala se hubiese quemado cuando el desastre del mariscal.

Crópoli, en su calidad de compatriota, era indulgente para con Pittrino.

—Este era el nombre del artista. Tal vez había visto las famosas pinturas de la sala de baño. Siempre tuvo tal deferencia al famoso Pittrino, que, finalmente, se lo llevó a su casa.

Reconocido Pittrino y alimentado de macarrones, aprendió a propagar la reputación de este manjar nacional; y ya en tiempo de su fundador había prestado, por medio de su lengua infatigable, grandes servicios a la casa Crópoli.

Cuando iba envejeciendo se unió al hijo como al padre, y poco a poco se convirtió en una especie de vigilante de una casa donde su probidad, su sobriedad reconocida, su castidad proverbial y otras mil virtudes que juzgamos inútil enumerar aquí, le dieron plaza, eterna en el hogar con derecho de inspección sobre los criados.

Por otra parte, él era quien probaba los macarrones para conservar el gusto puro de la antigua tradición, y preciso es decir que no perdonaba ni un grano de pimienta de más, ni un átomo de queso de menos. Su gozo fue inmenso el día en que, llamado a compartir el secreto de Crópoli, hijo, fue encargado de pintar la muestra famosa.

Se le vio revolver con entusiasmo en una antigua caja, donde halló unos

pinceles un tanto roídos por los ratones, pero todavía servibles, colores casi desecados en sus vejigas, aceite de linaza en una botella, Y en paleta que en otro tiempo había pertenecido a Bronzino, dios de la pintura, según decía en su entusiasmo siempre juvenil el artista ultramontano.

Pittrino estaba preocupado con la alegría de una rehabilitación. Hizo lo que había hecho Rafael; cambió de escuela y pintó a la manera de Albano dos diosas más bien que dos reinas. Estas ilustres damas estaban de tal manera graciosas en la muestra, ofrecían a las sorprendidas miradas tal conjunto de blanco y rosa, resultado admirable del cambio de escuela de Pittrino, y afectaban posiciones de sirenas tan anacreónticas, fue el regidor primero, cuando fue admitido a ver esta obra maestra en la sala de Cropole, confesó inmediatamente que aquellas damas eran demasiado hermosas y estaban dotadas de un encanto harto incitante para figurar como enseña a la vista de los transeúntes.

—Su Alteza Real Monsieur dijo que viene muchas veces a la ciudad, no quedaría muy contento al ver a su ilustre madre tan ligera de ropa y os enviaría a un calabozo, porque este glorioso príncipe no es muy tierno de corazón que digamos. Borrard, pues, ambas sirenas o la leyenda, sin lo cual os prohíbo la exhibición de la muestra. Esto está en vuestro interés, maese Cropole, y también en el vuestro, señor Pittrino.

Esto no tenía más contestación que dar las gracias al regidor por su atención, y así lo hizo Cropole. Pero Pittrino quedó mudo y decaído.

Conocía muy bien lo que iba a pasar.

Apenas había salido el regidor, cuando Cropole se cruzó de brazos. Veamos, maestro —dijo—, ¿qué hacemos?

—Vamos a quitar la leyenda —contestó con tristeza Pittrino—. Aquí tengo un negro de marfil excelente; es cosa que se hace en una hora y reemplazaremos a los Médicis con las Ninfas o las Sirenas, como mejor os plazca.

—Nada de eso —repuso Cropole; así no se cumpliría la voluntad de mi padre.

—Vuestro padre se refería a las figuras —dijo Pittrino.

—Se refería a la leyenda —replicó Cropole.

—La prueba de que se refería a las figuras es que mandó que fuesen parecidas, como lo son en efecto —repuso Pittrino.

—Sí, pero si no lo hubieran sido, nadie las reconocería sin la leyenda.

Hoy mismo, que esas personas célebres vanse borrando de la memoria de los habitantes de Blois, ¿quién conocería a Catalina y a María, sin estas palabras: LOS MÉDICIS?

—Pero, señor, ¿y mis figuras? —preguntó Pittrino desesperado, porque sentía que Cropole tenía razón—. Yo no quiero perder el fruto de mi trabajo.

—Tampoco yo deseo ir a la cárcel.

—Borremos los Médicis —dijo Pittrino suplicante.

—No —replicó Cropole—. Se me ocurre una idea sublime. Aparecerán

vuestra pintura y mi leyenda... ¿Médicis no quiere significar médico en italiana?

—Sí, en plural.

—Iréis, pues, a mandar al herrero que haga otra plancha para muestra; pintaréis en ella seis médicos y pondréis debajo: «LOS MÉDICIS» ... lo que hace un juego de palabras muy agradable.

—¡Seis médicos! ¡Imposible! ¿Y la composición? —exclamó Pittrino. ¿Eso os asusta?

—Pues así ha de ser, lo quiero, es preciso, mis macarrones lo exigen.

Esta razón no tenía réplica, y Pittrino obedeció.

Compuso la muestra de los seis médicos con la leyenda, que el regidor aplaudió.

La muestra tuvo un gran éxito. Lo que prueba que el pueblo nunca es muy artista, según decía Pittrino.

Cropole, para indemnizar a su pintor de cámara, colgó en su alcoba las ninfas de la muestra desecharada, lo cual hacía ruborizar a su mujer cuando las miraba al desnudarse por las noches.

Así fue cómo la casa de que hablamos tuvo su muestra, y cómo hubo en Blois una hostería de este nombre; teniendo por propietario a maese Cropole, y por pintor de cámara al maestro Pittrino.

## Capítulo VI

---

### El desconocido

Fundada y recomendada de esta suerte por la muestra; la hostería de maese Cropole, marchaba prósperamente.

No era una gran fortuna lo que se proponía Cropole, pero confiaba con fundamento duplicar los mil liseses de oro que le dejó su padre, sacar otros tantos de la venta de la casa, y vivir holgado e independiente como cualquier vecino de la ciudad.

Cropole era muy aficionado al lucro, y acogió con mucha alegría la noticia de la llegada de Luis XIV.

Él, su esposa, Pittino y dos marmitones, echaron mano a todos los habitantes del palomar, del corral y de las conejeras, de suerte que en los patios de la hostería de los Médicis se oían tantos gritos y cacareos, como nunca se oyeron en otro tiempo en Roma.

Por lo pronto sólo había un viajero en casa de Cropole.

Era éste un hombre que no tenía treinta años, alto, hermoso y austero, o más bien melancólico en todos sus gestos y miradas.

Vestía traje de terciopelo negro con guarniciones de azabache, y un cuello, blanco y sencillo, como el de los más severos puritanos, hacia resaltar el color mate y delicado de su garganta juvenil; un bigote que apenas cubría su labio móvil y desdefioso.

Hablabía a las personas mirándolas de frente y sin afectación, pero también sin timidez, de manera que el brillo de sus ojos azules se hacía de tal manera insopportable; que más de una mirada se bajaba ante la suya, como sucede a la espada más débil en singular combate.

En aquel tiempo en que los hombres criados todos iguales por Dios; se

dividian, gracias a las preocupaciones, en dos castas distintas, el noble y el pechero, como se dividen verdaderamente las dos razas negra y blanca, en aquel tiempo, decimos, el hombre cuyo retrato vamos a bosquejar, no podía pasar sino por caballero, y de la mejor raza. Bastaba para esto ver sus afiladas y blancas manos, cuyos músculos y venas transparentábanse bajo la piel al menor movimiento, y cuyas, falanges enrojecían a la menor crispación.

Aquel caballero llegó solo a la casa de Cropole. Se había apoderado, sin vacilar y aun sin reflexionar, del departamento más importante que el posadero habíale indicado, con propósito de rapacidad muy humilde según unos, y muy loable según otros; si admiten que Cropole fue fisonomista y conocía a la gente a primera vista.

Este departamento era el que formaba toda la fachada de la vieja casa: un gran salón iluminado por dos ventanas en el primer piso, un cuartito y otro encima.

Apesas tocó el caballero la comida que le sirvieron en su cuarto; sólo había dicho dos palabras a su huésped para prevenirle de que llegaría un viejo llamado Parry, y para encargarle que lo dejases subir.

Después guardó un silencio tan profundo, que casi se ofendió Cropole, pues gustaba mucho de las gentes de buena compañía.

En fin; el caballero se había levantado muy temprano el día que comienza esta historia, y asomado a la ventana de su salón, apoyado en el alféizar, miraba tristemente a entrambos lados de la calle, acechando sin duda la llegada del viajero de que había hablado a su huésped.

De este modo vio pasar el escaso acompañamiento de Monsieur cuando volvía de caza, y saboreaba, después nuevamente la profunda tranquilidad de la ciudad, absorto como permanecía en sus meditaciones. De pronto, la multitud de pobres que iban a los prados, los correos que salían, las personas que fregaban el suelo, los proveedores de la casa real, los habladores mancebos de las tiendas, los carretones en movimiento, y los pajés que estaban de servicio, todo este tumulto y baraúnda, le sorprendieron sin duda, pero sin que perdiera nada de la majestad impasible y suprema que da al águila y al león esa mirada suprema, y despectiva en medio de los gritos y algazara de los cazadores o de los curiosos.

Luego, los alaridos de las víctimas degolladas en el corral, los pasos apresurados de la señora Cropole en la escalera de madera, tan estrecho y sonora, y los saltos que al andar daba Pittrino, que había estado fumando a la puerta con la flema de un holandés, todo esto produjo en el viajero un principio de sorpresa y agitación.

Al tiempo que se levantaba, a fin de informarse, se abrió la puerta de la sala.

El desconocido creyó que sin duda le conducían el viajero que impaciente esperaba, y dio con precipitación tres pasos hacia la puerta que se abría. Pero en lugar de la cara que esperaba ver, fue maese Cropole quien apareció, y en pos

de él, en la penumbra de la escalera, el semblante bastante gracioso, pero trivial por la curiosidad, de la señora Cropole, que echó una mirada furtiva al hermoso caballero y desapareció.

Cropole se adelantó alegre, con el gorro en la mano; y más bien encorvado que inclinado.

El desconocido le interrogó con un gesto sin decir una palabra.

—Caballero —dijo Cropole—, venía a preguntar cómo... deberé llamar a vuestra señoría, si señor conde o señor marqués...

—Decid caballero y hablad al momento —respondió el desconocido con acento altanero que no admitía ni discusión ni réplica.

—Venía, pues, a enterarme de cómo habéis pasado la noche, y si el caballero tiene intención de conservar este aposento.

—Caballero, es que ha sucedido un incidente con el cual no habíamos contado.

—¿Cuál?

—S.M. Luis XIV entra hoy en nuestra ciudad y descansará en ella un día, o quizás dos.

Una viva sorpresa apareció en el rostro del desconocido.

—¡El rey de Francia viene a Blois!

—Está en camino, caballero. Entonces, razón de más para que yo me quede —dijo el desconocido.

—Muy bien, señor, ¿mas os quedáis con toda la habitación? No os comprendo. ¿Por qué he de tener, hoy menos que ayer? Porque, señor, vuestra señoría me permitirá decirle que no debí, cuándo ayer escogisteis esta habitación, fijar un precio cualquiera que hubiese hecho creer a vuestra señoría que yo prejuzgaba sus recursos..., al paso que hoy a.

El desconocido se ruborizó, pues al instante le ocurrió la idea de que sospechaban que fuera pobre y que le insultaban por ello.

—Al paso que hoy —repuso fríamente— ¿prejuzgáis?

—Caballero, soy hombre honrado, gracias a Dios, y posadero, y con todo y como aparezco, hay en mi sangre noble. ¡Mi padre era servidor y oficial del difunto señor mariscal de Ancre, que en gloria esté!

—Yo no os contradigo sobre este particular; sólo deseo saber, y saber pronto, qué se reducen vuestras preguntas.

—Sois demasiado razonable, caballero, para conocer que la ciudad es pequeña, que la Corte va a invadirla, que las casas se llenarán de gente, y que, por consiguiente, los alquileres van a adquirir un valor considerable.

El desconocido se ruborizó otra vez.

—Poned las condiciones —dijo él.

—Lo hago con escrúpulo, caballero, porque busco una ganancia honesta, y porque deseo hacer mi negocio sin ser descortés ni grosero con nadie... Y como

el aposento que ocupáis es grande y estáis solo...

—Eso es cuenta mía.

—¡Oh! ¡Verdaderamente; yo no despido al caballero!

La sangre fluyó a las venas del desconocido; y lanzó sobre el pobre Cropole, descendiente de un oficial del señor mariscal de Ancre, una mirada que le hubiera hecho entrar bajo la campana de la famosa chimenea, si Cropole no hubiera estado clavado en su sitio por tratarse de sus intereses.

—¿Deseáis que me vaya? —dijo—. Explicaos, pero pronto señor.

—Señor, no me habéis comprendido; esto que hago es muy delicado, pero yo me expresó mal, o quizás como sois extranjero, lo cual reconozco en el acento... En efecto, el desconocido hablaba con esa dificultad que es el principal carácter de la acentuación inglesa, aun entre los hombres de esta nación que hablan más correctamente el francés.

—Como sois extranjero, repito, quizás seáis vos quien no penetre todo el sentido de mi razonamiento. Yo pretendo que el caballero podría dejar una o dos de las tres piezas que ocupa, lo cual disminuiría bastante el alquiler y tranquilizaría mi conciencia, pues es duro aumentar extraordinariamente el precio de las habitaciones, cuando se tiene el honor de evaluarlas en un precio equitativo.

—¿Cuánto es el alquiler desde ayer?

—Señor, un luis con la manutención y el cuidado del caballo.

—Está bien. ¿Y el de hoy?

—¡Ah! ¡He ahí la dificultad! Hoy es el día de la llegada del rey, si la Corte viene a dormir aquí se cuenta el día de alquiler. Resulta, que tres cuartos a dos luises cada uno; son seis luises. Dos luises, caballero, no son nada; pero seis luises son mucho.

El desconocido; de rojo que se le había visto, convirtióse en pálido, y sacó con valor heroico; una bolsa bordada de armas que ocultó cuidadosamente en el hueco de la mano. La tal bolsa era tan flaca, tan floja; tan hueca, que no escapó a los ojos de Cropole.

El desconocido vació la bolsa en su mano; sólo contenía dos luises dobles, que componían seis; como el hostelero le pidió.

Sin embargo, eran siete los que Cropole había exigido; y miró al desconocido como para decirle: ¿No más?

—Falta un luis, ¿no es eso, señor posadero?

—Sí, señor, más...

El desconocido metió la mano en el bolsillo de su gabán y sacó una cartera pequeña, una llave de oro y algunas monedas de plata.

Con estas monedas compuso el total de un luis.

—Gracias, caballero —dijo Cropole—. Ahora me resta saber si pensáis habitar todavía mañana este departamento, en cuyo caso os lo conservaré; mas si

el caballero no piensa en eso lo prometeré a las gentes de Su Majestad que van a venir.

—Eso es razonable —dijo el desconocido después de un largo silencio—; pero como ya no tengo más dinero, según habéis podido ver, como, a pesar de eso, deseo conservar este departamento, es necesario que vendáis este diamante en la ciudad, o que lo guardéis en prenda.

Cropole examinó tanto tiempo el diamante que el desconocido se apresuró a decir:

—Prefiero que lo vendáis, porque vale trescientos doblones. Un judío, ¿vive algún judío en Blois? os dará por él doscientos, ciento cincuenta tal vez; tomad lo que os diere, aunque no os ofrezca más que el precio de vuestro alquiler. ¡Corred!

—¡Oh! Caballero —exclamó Cropole avergonzado de la inferioridad que le echaba en cara el desconocido, por ese abandono tan noble y tan desinteresado, y también por su inalterable paciencia a tantas mezquindades y sospechas.

—¡Ah! caballero, me parece que no se robará en Blois, como vos parecéis creer, y valiendo el diamante lo que decís...

El desconocido lanzó nuevamente a Cropole una de sus miradas.

—Yo no entiendo de eso, compañero, creedme —exclamó éste.

—Pero los joyeros sí entienden; preguntadles —dijo el desconocido.

—Ahora, creo que nuestras cuentas están terminadas, ¿no es verdad?

—Sí, señor, y tengo un gran sentimiento porque temo haberlos ofendido.

—De ninguna manera —replicó el desconocido con la majestad de quien todo lo puede.

—Ha de haber parecido llevar más de lo equitativo a un noble viajero... Poneos en el caso, señor, de la necesidad.

—No hablemos más de eso, os digo, y hacedme el favor de dejarme solo.

Cropole inclinóse profundamente y salió con aire extraviado, que anunciaba en él un corazón excelente y un verdadero remordimiento.

El desconocido fue a cerrar la puerta, y miró cuando estuvo solo el fondo de la bolsa de donde había tomado un saquito de seda donde estaba el diamante, su único recurso.

También interrogó el vacío de sus bolsillos, miró los papeles de su cartera, y se persuadió de la absoluta desnudez en que iba a encontrarse.

Entonces levantó los ojos al cielo con un movimiento sublime de calma y de desesperación, enjugó con sus manos alguna gota de sudor que humedecía su noble frente, y descansó sobre la tierra aquella mirada, llena un momento antes de majestad divina.

La tempestad acababa de pasar lejos de sí; quizá había orado en el fondo de su alma.

Volvió a acercarse y a tomar su sitio en la ventana, y allí permaneció inmóvil, muerto, hasta el momento en que, comenzando el cielo a obscurecerse,

brillaron las primeras antorchas, dando la señal de la iluminación a todas las ventanas y balcones.

## Capítulo VII

---

Perry

Mientras el desconocido miraba con interés estas luces y prestaba atención a tales movimientos, maese Cropole entró en su habitación con dos criados que prepararon la mesa.

El extranjero no prestó a ninguno de ellos la menor atención. Entonces Cropole, aproximándose a su huésped, le deslizó al oído estas palabras con el más profundo respeto:

—Caballero, el diamante ha sido apreciado.

—¡Ah! —murmuró el viajero—. ¿Y en cuánto?

—Señor, el joyero de Su Alteza Real da por él doscientos ochenta doblones de oro.

—¿Los tenéis?

—He creído que debía tomarlos, caballero; no obstante, he puesto por condiciones de venta que si queríais conservar vuestro diamante hasta que tuvieseis fondos... el diamante os sería devuelto.

—Nada de eso. Os he dicho que lo vendáis.

—Entonces, he obedecido, o algo menos, puesto que sin haberlo vendido definitivamente he tomado el dinero.

—Cobraos —repuso el desconocido.

—Lo haré, caballero, ya que lo exigís tan imperiosamente.

Una melancólica sonrisa plegó los labios del caballero.

—Poned el dinero sobre ese cofre —dijo volviendo la espalda al mismo tiempo que le indicaba el mueble con un ademán.

Cropole colocó en él un saco bastante repleto, de cuyo contenido sacó el precio de su alquiler.

—Ahora, caballero —dijo—, no me daréis el disgusto de no cenar... Ya habéis rehusado la comida, lo cual es ultrajante para la casa de *Los Médicis*. Ya veis, la cena está servida, y aun me *atrevo* a añadir que tiene buena cara y buen sabor.

El desconocido pidió un vaso de vino; cortó un pedazo de pan, y no, se separó de la ventana ni para comer ni para beber.

Al poco rato oyóse un estrepitoso ruido de timbales y trompetas; los gritos que se alzaban a lo lejos y un confuso rumor aturdió la parte alta de la ciudad; el primer ruido distinto que hirió los oídos del extranjero, fue el andar de los caballos que se aproximaban.

—¡El rey! —exclamó Cropole, que se alejó de su huésped y de sus ideas de delicadeza para satisfacer su curiosidad. Con Cropole tropezaron y confundieron en la escalera la señora Cropole, Pittrino, los ayudantes y los marmitonés.

—El séquito avanzaba lentamente, iluminado por centenares de antorchas, ya desde la calle, ya desde las ventanas.

Después de una compañía de mosqueteros y de un cuerpo compacto de caballeros, venía la litera del cardenal Mazarino, arrastrada como una carroza por cuatro caballos negros.

Detrás de ella marchaban los pajes y las gentes del cardenal.

A continuación iba la carroza de la reina madre, con sus damas de honor a las portezuelas y sus caballeros montados a los lados.

El rey aparecía detrás, montado en un admirable caballo de raza sajona de largas crines.

El joven príncipe mostraba, saludando a algunas ventanas, de donde salían las más vivas aclamaciones, su noble y gracioso rostro iluminado por las antorchas de sus pajes.

A los lados del rey, pero dos pasos más atrás, el príncipe de Condé, el señor Dangeau y otros veinte cortesanos, seguidos de sus gentes y bagajes cerraban la marcha verdaderamente triunfal.

Esta pompa era de ordenanza militar.

Tan sólo algunos viejos cortesanos llevaban el vestido de viaje; todos los demás vestían el traje de guerra. Muchos de ellos se veían con el alzacuello y coleto, como en la época de Enrique IV y de Luis XIII.

Cuando el rey pasó por delante del desconocido, que se había inclinado sobre el alféizar para ver mejor, y que había ocultado la cara al apoyarse sobre los brazos, sintió hincharse y desbordar su corazón de amargos celos.

Embriagábase el ruido de las trompetas, las aclamaciones populares ensordecíanle, y por un momento dejó abandonada su razón en medio de aquel torrente de luces; de tumulto y de brillantes imágenes.

—¡Él es rey! —exclamó con tal acento de desesperación y de angustia, que debió llegar a los pies del trono de Dios.

Y, antes de que volviera de su sueño sombrío, se desvanecieron todo aquel ruido y todo aquel esplendor. Sólo quedaron algunas voces discordes y roncas que gritaban de vez en cuando. « ¡Viva el rey! ».

También quedaron las seis luminarias que tenían los habitantes de la hostería Los Médicis, es decir: dos por Cropole, dos por Pittrino y una por cada marmítón.

Cropole no cesaba de repetir:

—¡No hay duda que es el rey, y que se parece a su difunto padre, en lo hermoso! —decía Pittrino.

—¡Y que tiene un aspecto orgulloso! —añadía la señora Cropole, ya en promiscuidad de comentarios con los vecinos y vecinas.

Cropole alimentaba estos propósitos con sus observaciones personales, sin notar que un anciano a pie, pero que arrastraba de la brida a un caballito irlandés, trataba de penetrar por el grupo de mujeres Y de hombres que estaban estacionados ante su casa.

Pero en este momento oyóse en la ventana la voz del extranjero:

—Buscad el modo, señor posadero, de que se pueda entrar en vuestra casa.

Entonces se volvió Cropole, distinguió al anciano y le hizo abrir paso.

Cerróse la ventana.

Pittrino mostró el camino al recién venido, que entró sin pronunciar una palabra.

El extranjero le esperaba en el descanso de la escalera, abrió sus brazos al viejo y le llevó a una silla; pero éste se resistió.

—¡Oh! ¡No, no, milord! —dijo—; ¡sentarme en vuestra presencia! ¡Jamás!

—Parry —dijo el caballero—, os lo suplico... vos que venís de Inglaterra ¡de tan lejos!

¡Ah! No es a vuestra edad cuando deben sufrirse fatigas semejantes a las de mi servicio. Reposad...

—Ante todo, milord, tengo que daros una respuesta.

—Parry... por Dios, no me digas nada... porque si la noticia hubiese sido buena; no comenzarías tu frase de ese modo. Das un rodeo, y eso quiere decir, que la noticia es mala.

—Milord —replicó el viejo—, no os alarméis tan pronto.

—Pienso que no se ha perdido todo. Lo que se necesita es voluntad y perseverancia, y especialmente resignación.

—Parry —contestó el joven—, aquí he venido solo, atravesando mil peligros; ¿crees en mi, voluntad? He meditado este viaje por espacio de diez años, a pesar de todos los consejos y de todos los obstáculos: ¿crees en mi perseverancia? Esta misma noche he vendido el diamante, el diamante de mi padre, porque ya no tenía con qué pagar mi cuarto; y me iba a echar el posadero.

Parry hizo un gesto de disgusto, al cual respondió el joven con un apretón de manos y una sonrisa.

—Todavía tengo doscientos setenta y cuatro doblones, y me considero rico; yo no me apuro, Parry, ¿crees en mi resignación?

El viejo levantó al cielo sus temblorosas manos.

—Veamos —dijo el extranjero—, no me ocultes nada. ¿Qué ha pasado?

—Mi relación será corta; pero en nombre del cielo, ¡no tembléis así!

—Es de impaciencia, Parry; veamos: ¿qué te ha dicho el general?

—Primero, el general no quiso recibirmé.

—¿Te tomó por espía?

—Sí, milord; pero yo le escribí una carta.

—Y bien?

—Él la leyó, y me recibió, milord.

—¿A aquella carta explicaba a fondo mi posición y mis puntos de vista?

—¡Oh, sí! —dijo Parry, con una triste sonrisa—. Mostraba sus pensamientos fielmente.

—Bueno... entonces, Parry.

—Entonces el general me envió una carta por medio de un ayudante de campo, informándome de que si al día siguiente me encontrase dentro de la circunscripción de su mando, me habría detenido.

—¡Detenido! —murmuró el joven—. ¡Qué! ¿Detenerte, mi más fiel siervo?

—Sí, milord.

—¿A pesar de que se había firmado con el nombre Parry?

—En todas mis cartas, mi señor; y el ayudante de campo me había conocido en St. James y en Whitehall también —agregó el viejo con un suspiro.

El joven se inclinó hacia delante, pensativo y triste.

—Ay, eso es lo que hizo ante su pueblo —dijo, tratando de engañarse con la esperanza—. Pero, en privado, entre tú y él, ¿qué hizo? ¡Responde!

—¡Ay! Mi señor, él me envió cuatro caballeros, los cuales me entregaron el caballo con el que me ha visto regresar. Estos caballero me condujeron, con gran prisa, al pequeño puerto de Tenby, me tiraron, más que embarcarme, en un pequeño barco de pesca a punto de zarpar hacia Bretaña, y aquí estoy.

—¡Oh! —suspiró el joven, apretando convulsivamente su cuello con la mano, y con un sollozo—. Parry, ¿es eso todo? ¿Es eso todo?

—Sí, mi señor; eso es todo.

Después de esta breve respuesta se produjo un largo intervalo de silencio, sólo roto por el convulsivo golpeteo del talón del joven contra el suelo.

El viejo trató de cambiar la conversación, que estaba conduciendo a pensamientos demasiado siniestros.

—Mi señor —dijo—, ¿cuál es el significado de todo el ruido que me precedió? ¿Por qué esas personas estaban gritando *Vive le Roi!*? ¿A qué rey se refieren? Y, para qué son todas esas luces?

—Ah, Parry —respondió el joven irónicamente—, ¿no sabes que está el rey

de Francia visitando a su buena ciudad de Blois? Todas esas trompetas son suyas, todas aquellas viviendas doradas son suyas, todos esos caballeros portando espadas son suyos. Su madre le precede en un magnífico carro con incrustaciones de plata y oro. ¡Feliz madre! Su ministro amontona millones y lo conduce a una novia rica. Toda esa gente se alegra; ellos aman a su rey, le saludan con sus aclamaciones y gritan *Vive le Roi! Vive le Roi!*

—Bien, bien, mi señor —dijo Parry, más incómodo con el cambio de conversación que su interlocutor.

—Tú sabes —reanudó el desconocido— que mi madre y mi hermana, mientras todo esto está pasando en honor del rey de Francia, no tienen dinero ni pan; tú sabes que yo mismo seré pobre y degradado en una quincena, cuando toda Europa conozca lo que me has dicho. Parry, ¿no hay ejemplos de hombres de mi condición que deberían...

—Mi señor, en el nombre del Cielo...

—Tienes razón, Parry; soy un cobarde, y si no hago nada por mí mismo, ¿qué hará Dios? No, no; tengo dos brazos, Parry, y tengo una espada. —Al decir esto, golpeó golpeó violentamente su brazo con la mano y tomó su espada, que colgaba en la pared.

—¿Qué va a hacer, mi señor?

—¿Que qué voy a hacer, Parry? Lo que cada uno en mi familia hace: mi madre vive de la caridad pública, mi hermana pide para mi madre, y en alguna parte tengo también hermanos que mendigan para sí. Yo, el primogénito, voy a hacer lo que todos ellos, ¡voy a pedir limosna!

Y diciendo estas palabras; que interrumpió bruscamente con risa nerviosa y terrible, el joven se ciñó la espada, tomó su sombrero, hizo atar a la espalda un manto negro que le había servido durante el viaje, y estrechando las manos del viejo que le miraba con ansiedad:

—Mi buen Parry —dijo—, haz que te preparen fuego, bebe, come, duerme, sé dichoso, seamos muy felices, mi fiel y único amigo. ¡Somos ricos como reyes!

Dio una puñada al saco de los doblones, que cayó pesadamente por tierra, y púsose a reír de aquella manera triste que tanto había asombrado a Parry; y mientras que toda la casa gritaba; cantaba y se preparaba para recibir e instalar a los viajeros precedidos por sus lacayos, se deslizó a la calle, donde el viejo, desde la ventana, le perdió de vista al cabo de un breve instante.

## Capítulo VIII

---

Cómo era Su Majestad Luis XIV a los veintidós años

Y a hemos visto, por la descripción hecha, que la entrada de Luis XIV en la ciudad de Blois fue ruidosa y brillante. De modo que la joven majestad pareció muy satisfecha.

Al llegar bajo el porche del castillo de los Estados, halló el rey rodeado de sus guardias y de sus caballeros a Su Alteza Real el duque, Gastón de Orléans, cuya fisonomía, de suyo bastante majestuosa, había tomado, de la solemne circunstancia en que se encontraba, nuevo lustre y nueva dignidad.

Por su parte, Madame, adornada con sus grandes vestidos de ceremonia, esperaba en un balcón interior la entrada de su sobrino. Todas las ventanas del antiguo castillo, tan solitario y tan triste en los días ordinarios, estaban resplandecientes de damas y de antorchas.

Al ruido de los tambores, de las trompetas y de los vivas, franqueó el joven monarca el umbral de este castillo, donde Enrique III, setenta y dos años antes, había llamado en su auxilio al asesinato y la traición, para sostener en su cabeza y en sus manos una corona que ya se estacaba de su frente para caer en otra familia.

Todos los ojos, después de haber admirado al joven monarca, tan hermoso y tan noble, buscaban a ese otro rey de Francia, más rey en otro tiempo que el primero, y tan viejo, tan pálido y encorvado, que llamaban el cardenal Mazarino.

Luis estaba dotado entonces de todos esos dones naturales que confluyen en un caballero perfecto: sus miradas eran dulces y brillantes, y sus ojos de un azulado puro. Pero los más inteligentes fisionomistas, esos profundizadores del alma, al fijar en él sus miradas, si fuera dado a un súbdito sostener la mirada del rey, jamás hubiera podido hallar el fondo de ese abismo de dulzura. Y era que los

ojos del rey se parecían a la inmensa profundidad de las bóvedas celestes, o a las más aterradoras y casi tan sublimes que el Mediterráneo abre bajo la quilla de los navíos en un espléndido día de verano; ¡espejo gigantesco donde el cielo quiere reflejar unas veces sus estrellas, otras sus tempestades!

Era el rey de corta estatura, pues apenas media cinco pies y dos pulgadas, pero su juventud hacía esconder el defecto, cubierto además por una gran nobleza en todos sus movimientos, y por cierta ligereza en los ejercicios corporales.

Esto era ser rey, y mucho más que rey en aquella época de respeto y adhesión tradicionales, pero como hasta entonces lo habían mostrado muy poco y siempre humildemente al pueblo, y como aquellos a quienes se mostraba siempre veían a su lado a su madre, mujer de elevada estatura, y al señor cardenal, hombre de hermosa presencia, muchos lo encontraban muy poco rey para decir: «El rey es menos grande que el cardenal».

Sea lo que quiera estas observaciones físicas que se hacían, sobre todo en la capital, el príncipe fue acogido como un dios por los habitantes de Blois, y casi como un rey por su tío y su tía, Monsieur y Madame, habitantes del castillo.

Sin embargo, menester es decir, que cuando vio en la sala de recepción, sillones de una misma altura para él, su madre, el cardenal, su tío y su tía, disposición hábilmente por la forma circular de la asamblea, Luis XIV enrojeció de ira, y miró en derredor suyo para cerciorarse, por la fisonomía de los concurrentes, si tal humillación le había sido preparada mas, como nada vio en el rostro impasible del cardenal, nada en el de su madre, nada en el de los concurrentes, se resignó y tomó asiento, teniendo cuidado de hacerlo antes que todos.

Los caballeros y las damas fueron presentados a sus Majestades y al cardenal.

El rey notó que él y su madre apenas conocían los nombres de los que les presentaban, mientras que el cardenal, por el contrario, con una memoria y presencia de espíritu admirables, nunca dejaba de hablar a cada uno de ellos de sus tierras, de sus abuelos o de sus hijos, de los cuales nombraba algunos, lo que encantaba a estos dignos hidalgos, y les confirmaba en la idea de que sólo es realmente rey el que conoce a sus súbditos, por la misma razón de que el sol no tiene rival, porque sólo el sol calienta e ilumina.

El estudio del rey, comenzado hacía tiempo sin que él lo advirtiese, continuaba en medio de aquella fiesta, y miraba atentamente, para tratar de investigar alguna cosa en su fisonomía, los rostros que a primera vista habíanle parecido más insignificantes y triviales.

Sirvióse un refrigerio, que el rey, sin atreverse a reclamar de la hospitalidad de su tío, lo aguardaba con impaciencia. Así es que esta vez se le hicieron todos los honores debidos a no a su rango, al menos a su apetito.

El cardenal se contentó con humedecer los labios en un caldo servido en taza de oro. El ministro omnipotente que había robado a la reina madre su regencia y al rey su autoridad, no había podido robar a la naturaleza un estómago privilegiado.

Ana de Austria, padeciendo ya el cáncer de que debía morir seis u ocho años más tarde, tampoco comía más que el señor cardenal.

En cuanto a Monsieur, aturrido aún por el gran acontecimiento que se realizaba en su vida provincial, también dejaba de comer.

Tan sólo Madame, como verdadera lorenesa, hacía tercio al rey, de suerte que Luis XIV, que, a no ser por ella hubiera comido casi sólo, quedó contento, primero de su tía y luego del señor de Saint-Rémy, su mayordomo mayor, que se había distinguido verdaderamente.

Concluido el refresco, después de un signo de aprobación de Mazarino, se levantó el rey, e invitado por su tía se puso a recorrer las filas de la asamblea.

Entonces notaron las damas (hay ciertas cosas para las cuales las mujeres son tan buenas observadoras en Blois como en París) que Luis XIV tenía la mirada viva y atrevida, lo cual prometía a los atractivos de buena ley un apreciador distinguida. Los hombres, observaron por su parte que el príncipe era orgulloso y altanero, y que le placía hacer bajar los ojos a los que le miraban por mucho tiempo o muy fijamente, lo cual parecía presagiar la aparición de un amo.

Su Majestad había ya pasado la tercera parte de su revista, cuando llegó a sus oídos una palabra que pronunció Su Eminencia, que conversaba con Monsieur.

Esta palabra era un nombre de mujer.

Apenas la oyó Luis XIV cuando ya no oyó ni escuchó cosa otra ninguna, y despreciando el arco del círculo que esperaba su visita, sólo se ocupó en concluir prontamente la extremidad de la curva.

El príncipe, como buen cortesano, se informaba de la salud de las sobrinas de Su Eminencia. En efecto, cinco o seis años antes habían llegado de Italia tres sobrinas del cardenal, Hortensia, Olimpia y María Mancini.

Monsieur informábase, pues, de la salud de las sobrinas del cardenal; sentía, decía él, no tener el honor de recibirlas al mismo tiempo que su tío; ciertamente que habrían crecido en belleza y gracias, según prometían hacerlo la última vez que Monsieur las vio.

Lo que había llamado la atención del rey era cierto contraste en la voz de los interlocutores. La voz del príncipe era tranquila y natural cuando hablaba, mientras que la de Mazarino saltó, para responderle, tono y medio por encima del diapasón de costumbre.

Hubiérase dicho que quería que su voz fuese a herir al extremo de las salas un oído que se apartaba demasiado.

—Monseñor —replicó—, las señoritas Mancini tienen todavía que terminar su

educación, cumplir con sus deberes y adquirir una posición. La permanencia en una corte joven y brillante las disipa un poco.

Su Majestad sonrió tristemente al oír este epíteto. Verdad que la Corte era joven, pero la avaricia del cardenal había puesto en ella buen orden para que no fuese brillante.

—No tendréis, sin embargo, la intención —respondió el príncipe de encerrarlas en un claustro o de hacerlas campesinas.

—Nada de eso —repuso el cardenal, esforzando su pronunciación italiana de manera que de dulce y suave que era, se convirtió en aguda e ingratá; nada de eso. Tengo intención de casarlas, y lo mejor que me sea posible.

—No faltarán partidos, señor cardenal —contestó Monsieur con una honradez de mercader noble.

—Así lo espero, Monsieur; y tanto mas, cuanto que Dios les ha dado a la vez gracia, instrucción y belleza.

Durante esta conversación, Su Majestad, conducido por Madame, concluía, como hemos dicho, el círculo de las presentaciones.

—La señorita Arnoux —decía la princesa presentando al rey una rubia, gruesa, de veintidós años, que en la fiesta de una aldea se la hubiera tomado por una campesina vestida de domingo—; la señorita Arnoux, hija de mi profesor de música.

El rey sonrió; Madame jamás había podido producir cuatro notas exactas en la viola o en el clavicordio.

—La señorita Aura de Montalais —prosiguió Madame—, joven de calidad y buena servidora.

Esta vez no era el rey quien sonreía sino la joven presentada; por, primera vez en su vida oíase dar por Madame que, generalmente, no la mimaba, tan honrosa calificación.

También Montalais, nuestra antigua conocida, hizo a Luis una profunda reverencia, y esto, tanto por respeto como por necesidad, pues se trataba de ocultar ciertas contracciones de sus risueños labios, que Su Majestad hubiera podido atribuir no a su verdadero motivo.

Justamente, fue en este momento cuando el rey escuchó la palabra que le hizo saltar.

—¿Y cómo se llama la tercera? —preguntaba Monsieur.

—María, monseñor —contestaba el cardenal.

Sin duda, había en esta palabra algún poder mágico, porque, como ya hemos dicho, Su Majestad se estremeció al escucharla, y llevando a Madame hacia la mitad del círculo, como si hubiera querido hacerle confidencialmente alguna pregunta, pero realmente para aproximarse al cardenal.

—Señora tía —dijo riéndose y a media voz—, mi maestro de Geografía no me había enseñado que Blois estuviese a tan prodigiosa distancia de París.

—¿Cómo es eso, sobrino? —dijo Madame.

—En verdad que parece que las modas necesitan muchos años para salvar esa distancia: ¡Ved esas señoritas!

—¡Y qué!

—Algunas son hermosas.

—No digáis eso muy alto, señor sobrino, que las volveréis locas.

—Esperad, mi querida tía —dijo el, rey sonriéndose—, porque la segunda parte de mi frase debe servir de correctivo a la primera. Pues bien, querida tía, algunas parecen viejas, y otras feas, gracias a sus modas de diez años atrás.

—Majestad, Blois no dista, sin embargo, más que cinco jornadas de París.

—¡Pues! —dijo el rey—. Eso es, dos años de atraso por jornada.

—¡Ah! ¡Eso halláis? Es raro; yo misma no me había apercibido de ello.

—Mirad, tía —dijo el rey acercándose siempre a Mazarino, con pretexto de escoger un buen punto de observación; mirad al lado de esos perifollos envejecidos y de esos tocados presuntuosos ese sencillo vestido blanco. Seguramente será una de las doncellas de honor de mi madre, aunque yo no la conozco. ¡Ved qué talla tan delicada! ¡Qué ademán tan gracioso! Esa sí que es una mujer, al paso que las otras no son más que vestidos.

—Querido sobrino —repuso Madame riendo—, permitidme os diga que por esta vez ha fallado vuestra ciencia vaticinadora. La persona que elogiáis de ese modo no es de París, sino dé Blois.

—¡Ah, tía! —replicó el rey con aire de incertidumbre.

—Acercaos, Luisa —dijo Madame.

Y la joven que ya conocemos con este nombre, se acercó tímida, ruborizada y casi encorvada, bajo el peso de la regia mirada.

—La señorita Luisa Francisca de la Beaume Le Blanc, hija del marqués de La Vallière —dijo Madame.

La joven se inclinó con tanta gracia, en medio de la timidez profunda que le inspiraba la presencia del rey, que éste perdió al mirarla algunas palabras de la conversación del cardenal y del príncipe.

—Hijastra —continuó Madame— del señor de Saint-Rémy, mi mayordomo mayor, el que ha presidido la confección de ese adobo trufado que tan bien ha parecido a Vuestra Majestad.

No había gracia, ni belleza, ni juventud que pudiese resistir a tal presentación. El rey sonrió. Que las palabras de Madame fuesen burla o necedad, siempre eran la inmolación inexorable de todo lo que Luis acababa de encontrar encantador y poético en la joven.

La señorita de La Vallière, para Madame, y de rechazo para el rey, no era momentáneamente más que la hijastra de un hombre que tenía gran talento para los pavos trufados.

Pero así son los príncipes. Los dioses eran también lo mismo en el Olimpo:

Diana y Venus debían maltratar bastante a la hermosa Alcinena y a la pobre, cuando por distracción se descendía a hablar, entre el néctar y la ambrosia, de bellezas mortales en la mesa de Júpiter:

Afortunadamente, estaba Luisa; tan inclinada, que ni oyó las palabras de Madame, ni vio la sonrisa del rey. En efecto, si la pobre niña, de tan buen gusto que sólo ella pensó vestirse de blanco entre todas sus amigas; si su corazón de paloma, tan fácilmente accesible a todos los dolores, hubiese sido herido por las crueles palabras de Madame y por la egoista y fría sonrisa de Su Majestad, sin duda que hubiera muerto de repente.

Y la misma Montalais, la joven de ideas ingeniosas, no habría intentado volverla a la vida, pues el ridículo todo lo mata, aun la misma belleza.

Mas, por fortuna, como hemos dicho, Luisa, cuyos oídos zumbaban y cuyos ojos permanecían medio velados, nada vio, nada oyó, y el rey, que sólo atendía a las conversaciones del cardenal y de su tío, se apresuró a volver a unirse a ellos.

Precisamente; llegó en el momento en qué Mazarino terminaba diciendo:

—María, lo mismo que sus hermanas, parte en este momento para Bourges. Les hago seguir la orilla del Loira contraria a la que nosotros hemos remontado, y si calculo bien su marcha, según las órdenes que he dado, mañana estarán a la altura de Blois.

Estas palabras fueron dichas con aquel tacto, aquella medida y aquella seguridad de tono y de intención que hacían del signor Giulio Mazarino el primer comediente del mundo.

Resultó de aquí que fueron derechas al corazón del rey, y que el cardenal, volviéndose al simple ruido de los pasos de Su Majestad, que se acercaba, viera el efecto inmediato de ellas en el rostro de su discípulo, efecto que un ligero rubor manifestó a los ojos de Su Eminencia... Pero ¿qué era descubrir semejante secreto para aquél cuya astucia engañaba hacia veinte años a todos los diplomáticos europeos?

Una vez dichas estas palabras, pareció que el joven rey había recibido en el corazón un dardo envenenado. Echó una mirada incierta y débil por toda la asamblea, y más de veinte veces preguntó con vista a la reina madre, quien entregada al placer de conversar con su cuñada, y contenida además por las miradas de Mazarino, pareció no entender todas las súplicas que se leían en las miradas de su hijo.

Desde este momento; música, flores, luces y belleza, todo hizose odioso e insípido para Luis XIV. Después de haberse mordido, cien veces los labios, estirado los brazos y las piernas como el niño bien educado, que sin atreverse a bostezar agota todas las maneras de atestiguar su fastidio, y después de haber implorado de nuevo inútilmente a la madre y al ministro, volvió desesperado los ojos hacia la puerta, esto es, hacia la libertad. En el marco de esta puerta vio recostada y destacándose con vigor una cabeza arrogante y morena tostada, de

nariz aguileña, de mirada dura, pero brillante; de cabellos grises y largos, y de bigote negro, verdadero tipo de belleza militar, cuyo alzacuello, más resplandeciente que un espejo, quebraba todos los rayos luminosos que iban a concentrarse en él, devolviéndolos en reflejos. Este oficial llevaba el sombrero gris de pluma roja en la cabeza, prueba de que le llamaba a aquel lugar su servicio, no el placer. Si hubiera estado llamado por su gusto; si hubiera sido cortesano en vez de soldado, habría tenido en la mano su sombrero:

Lo que probaba mejor aún que este oficial se hallaba de servicio y que desempeñaba un cargo al cual estaba, acostumbrado, es que contemplaba con los brazos cruzados, con notable indiferencia y suprema apatía, las alegrías o aburrimientos de esta fiesta: Parecía sobre todo, como un filósofo, y todos los soldados viejos son filósofos, comprenden infinitamente mejor los fastidios que los placeres; mas de los unos sacaba su partido; sabiéndose pasar muy bien sin los otros.

Recostado, como hemos dicho, en el marco de la puerta, los ojos del rey se encontraron por casualidad con los suyos.

No era la vez primera, a lo que parecía, que los ojos del oficial hallaban a aquéllos, de los cuales sabía a fondo el pensamiento, porque tan pronto como fijó su mirada en el rostro de Luis XIV, y hubo leído en su rostro lo que pasaba en su corazón, es decir, el fastidio que le oprimía y la tímida resolución de marcharse que se agitaba en el fondo de sus almas comprendió que era menester hacer servicio al rey sin que él lo pidiese, y aun casi a pesar suyo, y arrogante, cual si estuviese mandando la caballería en un día de batalla.

—¡La guardia del rey! —gritó con voz potente y sonora.

A estas palabras, que hicieron el efecto de un trueno dominado, orquesta, los cantos y el rumor de pasos y de gente, el cardenal y la reina madre miraron con sorpresa al rey.

Luis XIV, pálido, pero resuelto, sostenido como estaba por esa intuición de su propio pensamiento que había hallado en la inteligencia del oficial de mosqueteros, y que acababa de manifestarse por la orden dada, se levantó de su sillón y dio un paso hacia la puerta.

—¿Os vais, hijo mío? —preguntó la reina, mientras Mazarino se contentaba con interrogar con su mirada, que hubiera podido parecer dulce, a no ser tan penetrante.

—Sí, señora —respondió Su Majestad—; me siento cansado, y además quisiera escribir esta noche.

Vagó una sonrisa por los labios del ministro, que con un movimiento de cabeza pareció dar permiso al rey.

Monsieur y Madame apresuráronse entonces a dar disposiciones a los oficiales que se presentaron.

Luis saludó, atravesó la sala y llegó a la puerta.

Una fila de veinte mosqueteros esperaba en ella a Su Majestad. Al extremo de esta fila permanecía el oficial, impasible, con la espada desnuda en la mano.

El rey pasó, y toda la gente se empiñó sobre la punta de los pies para verle todavía.

Diez mosqueteros, marchando por entre la muchedumbre que llenaba las antecámaras, abrían camino para que el rey pasase.

Los otros diez rodeaban al rey y a Monsieur, que había querido acompañar a Su Majestad.

Las gentes del servicio seguían detrás.

Este pequeño acompañamiento escoltó al rey hasta el departamento que le estaba destinado, que era el ocupado por Enrique III durante su residencia en el castillo de los Estados.

Monsieur había dado sus órdenes. Los mosqueteros, dirigidos por su oficial, entraron en la estrecha galería que comunica paralelamente una de las alas del castillo con la otra.

La galería constaba de una pequeña antesala cuadrada, sombría aun en los días más hermosos.

Monsieur detuvo a Su Majestad.

—Majestad —le dijo—, vais pasando por el mismo sitio en que el duque de Guisa recibió la primera puñalada.

Luis, muy ignorante en cuestiones de historia, conocía el hecho, pero sin saber los lugares ni los pormenores.

—¡Ah! —dijo el rey, estremeciéndose.

Y se detuvo.

Todo el mundo se detuvo también, delante y en pos de él.

—El duque —continuó Gastón—, estaba casi en el mismo sitio en que yo estoy, y marchaba en la dirección que lleva Vuestra Majestad; el señor de Loignes hallábase en el sitio en que se encuentra en este momento vuestro teniente de mosqueteros; el señor de Saint-Maline y los emisarios del rey, detrás y alrededor de él. Así fue como le hirieron.

El rey se volvió hacia donde estaba el oficial, y vio una especie de nube que pasaba sobre su fisonomía atrevida y marcial.

—Sí, por la espalda —dijo el teniente con gesto desdeñoso.

Y procuro echar a andar, como si estuviese molesto entre aquellos muros visitados en otro tiempo por la traición.

Pero su majestad, que parecía más propicio a saber que a preguntar, también pareció dispuesto a pasear aún una mirada por aquel sitio fúnebre.

Gastón conoció el deseo de su sobrino.

—Ved, Majestad —dijo tomando una antorcha de manos del señor de Saint-Rémy—; en este sitio vino a caer, pues aquí había un lecho, cuyas cortinas rompió al agarrarse a ellas.

—¿Por qué parece que han cavado el pavimento de este sitio? —preguntó Luis.

—Porque por este sitio corrió la sangre —respondió Gastón—, que penetró profundamente la madera, y sólo a fuerza de roscarla es como se ha podido lograr hacerla desaparecer. Y todavía —añadió Gas, aproximando la antorcha al lugar designado— ese tinte rojizo ha resistido todas las pruebas hechas para borrarla.

Luis XIV alzó la frente. Tal vez pensaba en la huella sangrienta que le enseñaron cierta vez en el Louvre, y que lo mismo que ésta de Blois había sido motivada cierto día por el rey su padre con la sangre de Concini.

—¡Vamos! —dijo.

Al instante pusieronse en marcha; la emoción, sin duda, había dado a la voz del joven príncipe, un tono de mando al cual no estaba acostumbrado.

Llegaron al aposento reservado a Su Majestad, y al cual se comunicaba, no sólo por la galería, que acabamos de recorrer, sino también por una escalera que daba al patio.

—Ruego a Vuestra Majestad —dijo Gastón— tenga a bien aceptar este departamento, aunque indigno de recibirlle.

—Tío mío —contestó el príncipe—, os doy las gracias por vuestra cordial hospitalidad.

Gastón abrazó a su sobrino, y salió.

De los veinte mosqueteros que habían seguido al rey, diez acompañaron a Monsieur a las salas de recibo, aun no desocupadas a pesar de la salida de Su Majestad.

Los restantes fueron apostados por el oficial, que exploró por sí mismo en cinco minutos todas las localidades, con ese golpe de vista frío y seguro que no da siempre la costumbre, pues el de que hablamos pertenecía al genio.

Cuando todos estuvieron colocados, escogió para su cuartel general la antecámara, en la cual encontró un gran sillón, una lámpara, vino y pan seco. Atizó la lámpara, bebió medio vaso de vino, plegó sus labios con sonrisa hinchida de expresión; instalóse en el gran sillón y dispuso a dormir.

## Capítulo IX

---

El desconocido de la hostería «Los Médicis» revela su incógnito

Este oficial, que dormía o que se preparaba a dormir, era el encargado, sin embargo, y a pesar de su aire distraído, de una grave responsabilidad.

Teniente de mosqueteros de Su Majestad, mandaba la compañía llegada de París, que constaba de ciento veinte hombres pero, a excepción de los veinte de que hemos hablado, los otros cien estaban ocupados en custodiar a la reina, y, sobre todo, al señor cardenal.

Julio Mazarino economizaba los gastos de viaje de sus guardias, y en consecuencia usaba de los del rey con la mayor larguezza pues tomaba cincuenta de ellos para su persona; particularidad que no hubiese dejado de parecer extraña para cualquiera poco acostumbrado a los usos de esta corte.

Lo que no hubiese dejado mucho más de parecer, si no extraño, extraordinario al menos, es que la parte del castillo destinada al señor cardenal, estuviera iluminada. Allí montaban la guardia mosqueteros en todas las puertas, y no dejaban entrar a nadie sino a los correos que, hasta de viaje, siempre acompañaban al cardenal para su correspondencia.

Veinte hombres estaban de servicio en el departamento de la reina madre, y descansaban treinta a fin de relevar al día siguiente a sus compañeros.

En la parte que habitaba el rey, por el contrario, sólo había silencio, soledad y obscuridad. Cerradas las puertas, no existía la menor apariencia de monarquía, y poco a poco se habían retirado todas las gentes de servicio. El príncipe había enviado a interrogar si Su Majestad necesitaba de sus oficiales, y a un no del teniente de mosqueteros, que tenía la costumbre de preguntar y responder él propio, todo comenzó a dormir como en la casa de un ciudadano.

Y, sin embargo, había que oír desde la parte del edificio habitada por el joven

rey, las músicas de la fiesta, y ver las ventanas ricamente iluminadas del gran salón.

Diez minutos después de su instalación, Su Majestad pudo conocer, por cierto movimiento más marcado que el que acompañó a su salida de la sala, la que hacia el cardenal, a su vez, caminando al lecho con nutrida escolta de damas y caballeros.

Para distinguir, todo este movimiento, sólo tenía que mirar por la ventana, cuyos postigos no se habían cerrado.

Su Eminencia atravesó el patio conducido por Monsieur en persona, que le alumbraba con una antorcha; enseguida pasó la reina madre, a quien Madame daba el brazo familiarmente, cuchicheando las dos como antiguas amigas.

Todo desfiló detrás de estas dos parejas, damas, pajes y oficiales; las dos antorchas iluminaron todo el patio como un incendio de móviles reflejos, y luego el ruido de los pasos y de las voces fue perdiéndose en los pisos superiores del castillo.

Entonces nadie pensó ya en el rey, que, de codos en la ventana, había visto tristemente pasar todas aquellas luces, y oído alejarse todo aquel ruido; a nadie se veía si no es a ese desconocido de la hostería Los Médicis, que hemos visto salir envuelto en su capa.

Había subido al castillo y llegado a rondar con su rostro melancólico los alrededores del pacano, que aún circundaba el pueblo, y advirtiendo que nadie guardaba la puerta principal ni el patio, por cuanto los soldados de Monsieur fraternizaban con los soldados reales, es decir, echaban unos cuantos tragos a discreción, o más bien a indiscreción, el desconocido penetró por entre la muchedumbre, atravesó el patio, y llegó por último al descansillo de la escalera que conducía a las habitaciones del cardenal.

Lo que, según todas las probabilidades, hacía que se dirigiese a este lugar, era el brillar de las antorchas, y el aire atareado de los pajes y de la demás servidumbre.

—Lotas a lo mejor fue detenido por una evolución de mosquete y el grito de un centinela.

—¿Dónde vais, amigo? —preguntó el soldado.

—Al cuarto del rey —respondió con tranquilidad y orgullo el desconocido.

El soldado llamó a un oficial de Su Eminencia, quien, con el tono de un portero de oficina, cuando, dirige la palabra a algún pretendiente, dejó escapar estas palabras:

—La escalera de enfrente.

Y sin cuidarse más del desconocido, volvió el oficial a su interrumpida conversación.

El extranjero, sin responder palabra, se dirigió a la escalera indicada.

Por aquel sitio no había ni ruido ni luces.

Sólo reinaba la obscuridad, en medio de la cual veíase pasear a un centinela semejante a una sombra, y el silencio, que permitía oír el ruido de sus pasos, acompañado del resonar de las espuelas sobre las losas:

Ese soldado era uno de los veinte mosqueteros al servicio del rey, que hacía la guardia con la frialdad y la conciencia de una estatua.

—¿Quién vive? —gritó.

—Amigo —respondió el desconocido.

—¿Qué queréis?

—Hablar al rey.

—¡Oh! Señor mío, eso no es posible.

—Y por qué?

—Por qué el rey está acostado.

—Acostado ya?

—Sí.

—No importa, es preciso que le hable.

—Y yo os digo que eso no es posible.

—No obstante...

—¡Marchaos!

—¿Es ésa la consigna?

—No tengo que daros explicaciones. ¡Atrás! —Y esta vez acompañó el soldado a sus palabras un gesto amenazador; pero el desconocido se movió menos que si los pies hubieran echado raíces.

—Señor mosquetero —dijo—, ¿sois hidalgo?

—Tengo ese honor.

—Pues bien, yo también lo soy, y entre hidalgos debe haber algunas consideraciones.

El centinela bajó su arma, vencido por la dignidad con que estas palabras habían sido dichas.

—Hablad, caballero, y si me pedís una cosa que esté en mis atribuciones...

—Gracias... ¿Tenéis un oficial, no es verdad?

—Sí, señor, nuestro teniente.

—Pues bien, desearía hablarle.

—¡Ah! Eso es distinto. Pasad caballero.

El desconocido saludó al soldado de una manera distinguida, y subió la escalera, mientras el grito: « ¡Teniente, una visita! », transmitido de centinela en centinela, le precedía e interrumpía el primer sueño del oficial.

El teniente, frotándose los ojos y arreglando su capa, se adelantó tres pasos hacia el extranjero.

—¿Qué puede hacerse en vuestro obsequio? —preguntó.

—Sois el oficial de guardia, teniente de mosqueteros?

—Tengo ese honor —contestó el oficial:

—Caballero, es absolutamente preciso que yo hable al rey.

El teniente miró atentamente al desconocido, y en aquella mirada, tan rápida como fue, vio todo lo que quería ver, esto es, una distinción nobilísima bajo vestido ordinario.

—Yo no creo que seáis un loco —replicó—, y por el contrario, caballero, me parece que tenéis condición, de saber que no se entra así como así en el cuarto del rey sin su consentimiento.

—Consentiré en ello, señor.

—Caballero, permitidme que lo dude: el rey ha entrado aquí hace un cuarto de hora, y en este instante debe estar a punto de desnudarse. Además, la consigna está dada.

—Cuando sepa quién soy yo —contestó el desconocido alzando la cabeza—, levantará la consigna. El oficial estaba cada vez más subyugado.

—Si yo consintiese en anunciaros, ¿puedo al menos saber a quién anunciaría; caballero?

—Anunciaríais a Su Majestad Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda.

El oficial estremeciése, retrocedió, y pudo advertirse sobre su pálido rostro una de las más punzantes emociones que un hombre de energía haya podido sofocar en el fondo de su corazón.

—¡Oh! Sí, Majestad; en efecto —exclamó—, debía haberos reconocido.

—¿Habéis visto mi retrato?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿cómo ibais a reconocerme, no conociendo mi retrato ni mi persona?

—Vi a Su Majestad, el rey vuestro padre, en un momento horrible.

—El día.

—Sí.

Una nube sombría pasó por la frente del príncipe: Luego, apartándola con la mano.

—¿Veis ahora alguna dificultad anunciarme? —dijo.

—Perdonadme, Majestad —contestó el oficial—; no podía adivinar que se ocultase un rey bajo tan sencillo exterior; y, sin embargo, tenía el honor de decir ahora mismo a Vuestra Majestad que había visto al rey Carlos el más, perdón; vuelo a prevenir a Su Majestad.

Y volviendo atrás inmediatamente:

—¿Vuestra Majestad desea sin duda el secreto para esta entrevista? preguntó.

—No lo exijo, mas si es posible guardarlo...

—Es posible, Majestad, porque puedo excusarme de avisar al gentilhombre de guardia; mas para esto es menester que Vuestra Majestad acceda a entregarme su espada.

—Es verdad. Olvidaba que nadie penetra armado en el cuarto del rey de Francia.

—Vuestra Majestad será una excepción, si quiere, pero entonces pondré a cubierto mi responsabilidad avisando al gentilhombre del rey.

—Tomad mi espada, caballero. ¿Queréis ahora anunciarme al rey?

—Al instante, Majestad.

El oficial corrió a llamar a la puerta de comunicación, que le abrió el ayuda de cámara.

—¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —dijo el oficial suavemente.

—¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —repitió el ayuda de cámara. A estas palabras, un gentilhombre abrió la puerta, y vióse a Luis XIV sin sombrero ni espada, con el jubón abierto, adelantarse, dando pruebas de la más viva sorpresa.

—¡Vos, hermano mío! ¡Vos en Blois! —exclamó Luis XIV despidiendo con un gesto al gentilhombre y al ayuda de cámara, que pasaron a una pieza próxima.

—Señor —respondió Carlos II—, iba a París con esperanza de ver a vuestra Majestad, cuando la fama me hizo saber vuestra próxima llegada a esta ciudad. Entonces prolongué aquí mi estancia por tener algo muy importante que comunicaros.

—¿Es adecuado este gabinete, hermano mío?

—Excelente, señor, porque creo que no pueden oírnos.

—He despedido a mi gentilhombre y a mi servidor, que están en la cámara próxima. Aquí, detrás de este tabique, hay un gabinete solitario que da a la antecámara, y en éste no habréis visto más que, un oficial; ¿no es verdad?

—Cierto.

—Pues bien, hablad, hermano mío!, escucho.

—Comienzo, señor, y quiera Vuestra Majestad tener lástima de las desdichas que afligen a nuestra casa!

El rey de Francia se sonrojó, y acercó su sillón al del rey de Inglaterra:

—Señor —dijo Carlos II—, no necesito preguntar a Vuestra Majestad si conoce los pormenores de mi deplorable historia.

Luis XIV se sonrojó aún más que la vez primera, y luego, poniendo su mano sobre la del rey de Inglaterra:

—Hermano mío —dijo—, vergonzoso es decirlo; pero rara vez habla el cardenal de política delante de mí. Hay más, en otro tiempo me hacía leer por Laporte, mi ayuda de cámara, libros de historia; pero ha hecho que cesen estas lecturas, y me ha quitado a Laporte; de modo que suplico a mi hermano Carlos que me refiera todas estas cosas como a un hombre que nada sabe.

—Pues bien; señor; tomando las cosas desde más arriba, tendré una probabilidad más de conmover el corazón de Vuestra Majestad.

—Hablad, hermano querido, hablad.

—Vos sabéis, Majestad, que llamado en 1650 a Edimburgo, durante la expedición de Cromwell en Irlanda, fui coronado en Stone. Un año más tarde, herido Cromwell en una de las provincias que —había usurpado, se volvió sobre nosotros; Encontrarle era mi objeto; salir de Escocia mi deseo.

—Sin embargo —replicó el rey—, Escocia es casi vuestra tierra natal, hermano mío...

—Sí; pero los escoceses eran para mí unos compatriotas tiranos, Majestad; me habían obligado a renegar de la religión de mis padres; habían ahorcado a lord Montrose, mi más fiel servidor, y como el pobre mártir, a quien se había hecho un favor matándolo, había pedido que su cuerpo fuera hecho tantos pedazos cómo ciudades había en Escocia, para que por todas partes se encontrasen testimonios de su fidelidad, yo no podía salir de una ciudad ni ir a otra, sin pasar sobre algún trozo de aquel cuerpo que había trabajado, combatido y respirado por mí. Atravesé, pues, por medio de una marcha atrevida, el ejército de Cromwell, y entré en Inglaterra. El protector se puso en persecución de esta fuga rara, que tenía una corona por objeto. Si yo hubiera podido llegar a Londres antes que él, sin duda hubiese sido mío el premio de la carrera, pero me alcanzó en Worcester. El genio de Inglaterra ya no estaba en nosotros, sino en él, Majestad; el 3 de septiembre de 1651, aniversario de esa otra acción de Dúnbar, tan fatal a los escoceses, fui vencido. Dos mil hombres cayeron en derredor mío antes de que yo pensase retroceder un paso. Por último; fue necesario huir. Desde entonces, mi historia convirtióse en novela. Perseguido con encarnizamiento, me corté el cabello y me disfracé de leñador. Un día pasado entre las ramas de una encina dio a este árbol el nombre de enema real, que lleva aún mis aventuras en el condado de Stafford; de donde salí llevando a la grupa a la hija de mi huésped, son todavía el cuento de todas las viejas y suministrarán tema para una balada. Algun día escribiré todo eso, Majestad, para instrucción de los monarcas mis hermanos. Contaré cómo al llegar a casa de míster Norton encontré a un capellán de la Corte que miraba jugar a los bolos, y a un antiguo servidor que me nombró llorando, y que a poco me mata con su fidelidad, como otro lo hubiera hecho con su traición. En fin, contaré mis terrores, sí, mis terrores, cuando en casa del coronel Windham, un mariscal que visitaba nuestros caballos confesó que habían sido herrados en el Norte.

—Es particular —murmuró Luis XIV—, ignoraba todo eso. Sólo sabía vuestro embarque en Brighelmsted, y vuestro desembarco en Normandía.

¡Oh! —dijo Carlos—. Si permitís, ¡Dios santo!, que los reyes ignoren de ese modo la historia los unos de los otros, ¡cómo queréis que se socorran entre sí!

—Pero, decidme, hermano, ¡cómo habiendo sido tan cruelmente recibido en Inglaterra, esperáis aún algo de ese desgraciado país y de ése pueblo rebelde?

—¡Oh Majestad! Desde la acción de Worcester todas las cosas de allá han cambiado bastante. Cromwell, ha muerto después de haber firmado con Francia

un tratado, en el cual ha escrito su nombre encima del vuestro. Murió el 3 de septiembre de 1658, nuevo aniversario de las acciones de Worcester y de Dúnbar.

—Su hijo le ha sucedido.

—Pero ciertos hombres, Majestad, tienen familia y no herederos. La herencia de Cromwell era muy pesada para Ricardo. Ricardo que no era ni republicano ni realista; Ricardo, que dejaba que sus guardias se comiesen su comida, y a sus generales gobernar la República; Ricardo ha abdicado el protectorado, el 22 de abril de 1659. Hace poco más de un año. Desde entonces Inglaterra no es más que un garito; donde cada cual juega a los dados la corona de mi padre. Los dos jugadores más encarnizados son Lambert y Monk. Pues bien, Majestad, yo desearía mezclarme en esa partida, cuya puesta es arrojada sobre mi manto real. Majestad, un millón para corromper a uno de esos jugadores. Para hacerme de él un aliado, o doscientos de vuestros caballeros para echarlos de mi palacio de White Hall, como Jesús arrojó a los mercaderes del templo.

—Luego —repuso Luis XIV— venís a solicitarme...

—Vuestro auxilio; es decir, lo que no solamente los reyes se deben entre sí, sino lo que los cristianos se deben unos a otros, vuestro auxilio, Majestad, en dinero o en hombres; vuestro auxilio; y dentro de un mes, bien oponga Lambert a Monk, bien; Monk a Lambert, habré reconquistado la herencia paterna, sin haber costado una guinea a mi país ni una gota de sangre a mis súbditos, que cansados ya de revolución, de protectorado y de república, sólo piden ir vacilantes a caer y dormirse en la monarquía; vuestro auxilio, señas, y deberé más a Vuestra Majestad que a mi padre. ¡Desgraciado padre, que tan raramente ha pagado la ruina de nuestra casa! Ya veis, señor, si soy desgraciado y si estaré desesperado para que yo acuse a mi padre.

Y la sangre subió al semblante pálido de Carlos II, que permaneció un instante con la cabeza entre las manos, y como ciego por aquella sangre que parecía rebelarse contra la blasfemia filial.

El rey no era menos desgraciado que su hermano; agitábbase en su sillón y no encontraba una palabra que responder.

Al fin, Carlos II, a quien diez años más daban una fuerza superior para dominar sus emociones, encontró primero el uso de la palabra.

—Señor —dijo—, espero vuestra respuesta como un condenado su sentencia. ¿He de vivir? ¿He de morir?

—Hermano —contestó el príncipe francés a Carlos II— ¡me pedís un millón a mí, que jamás he poseído la cuarta parte de esa cantidad! ¡Yo no tengo nada! Yo no soy más rey de Francia que vos de Inglaterra. Soy un hombre, una cifra vestida de terciopelo y nada más. Estoy sobre un trono visible: he aquí mi única ventana. ¡No tengo nada, no puedo nada!

—¡Es verdad! —exclamó Carlos II.

—Hermano —dijo Luis bajando la voz—; yo he sufrido miserias que no hubiera soportado el más infeliz de mis caballeros. Si mi pobre Laporte estuviera a mi lado, él os diría que he dormido en sábanas desgarradas, por entre cuyos jirones pasaban mis piernas; él os diría que después, cuándo pedí mis carrozas, me trajeron unos coches viejos y casi inservibles; él os diría que cuando yo pedía la comida iban a informarse a las cocinas del cardenal si había que darle de comer al rey. Y hoy mismo; hoy mismo todavía, queuento veintidós años; hoy que he llegado a la edad de las grandes mayorías reales, hoy que debería tener la llave del Tesoro, la dirección de la política, la supremacía de la paz y de la guerra, dirigid una mirada en derredor mío y mirad lo que me dejan; ved este abandono, este desdén, este silencio, mientras que allí; mirad allá abajo ese tropel, esas luces; esos homenajes. ¡Allí, allí es donde está el verdadero rey de Francia, hermano mío!

—¡El cuarto del cardenal?

—El cuarto del cardenal, sí.

—Luego, estoy condenado, Majestad.

Luis no respondió.

—Condenado; sí, porque jamás solicitaré nada de quien habría dejado morir de frío y de hambre a mi madre y a mi hermana; es decir, a la hija y a la nieta de Enrique IV, si el señor de Retz y el Parlamento no les hubieran enviado pan y leña.

—¡Morir! —murmuró Luis XIV.

—Pues bien —continuó el rey de Inglaterra—; el infeliz Carlos II, ese nieto de Enrique IV, como vos, Majestad, no teniendo ni Parlamento ni cardenal de Retz, morirá de hambre, como no faltó mucho para que muriesen su hermana y su madre.

Luis frunció el entrecejo y oprimió violentamente el encaje de sus bocamangas.

Esta inmovilidad y atonía, sirviendo de máscara a una emoción tan visible, conmovieron al rey Carlos; que tomó la mano del joven.

—Gracias —exclamó—, hermano mío, me habéis escuchado, que era cuanto podía exigir de vos en la situación en que os halláis.

—Señor —dijo de pronto Luis XIV levantando la cabeza—, me habéis dicho que necesitáis un millón o doscientos caballeros.

—Un millón me bastará, Majestad.

—No es mucho.

—Para un solo hambre es mucho: menos caras se han pagado muchas veces las convicciones.

—Decís doscientos caballeros, que es algo más de una compañía, ¿y eso es todo?

—Majestad; hay en nuestra familia una tradición: cuatro hombres, cuatro caballeros franceses, partidarios de mi padre, estuvieron a punto de salvarle, juzgado por un Parlamento, guardado por un ejército y rodeado por una nación.

—Por tanto, si yo os proporciono un millón o doscientos caballeros, quedaréis satisfecho y me tendréis por un buen hermano?

—Os tendrá por mi salvador; y si llego a subir al trono de mi padre, Inglaterra, por lo menos mientras yo reine, una hermana de Francia, como vos lo habéis sido para mí.

—Pues bien, hermano —dijo Luis incorporándose—, lo que vacilabais en pedir voy a pedirlo yo mismo. Lo que jamás he querido hacer por mi propia cuenta, lo haré por la vuestra. ¡Iré a buscar al rey de Francia, al otro, al rico, al poderoso, y pediré yo mismo ese millón o esos doscientos caballeros... y veremos!

—¡Oh! —exclamó Carlos—. Sois un amigo noble; un corazón creado por Dios! ¡Me libertáis, hermano mío; y cuando tengáis necesidad de la vida que me dais, pedídmela!

—¡Silencio, hermano, silencio! —dijo en voz baja Luis—. ¡Cuidad que no os oigan!

Aún no hemos concluido. ¡Pedir dinero a Mazarino! ¡Eso es mucho más que atravesar el bosque encantado donde cada árbol encierra un diablo; eso es más que ir a conquistar un mundo!

—Mas, no obstante, cuando vos pedís.

—Ya os he dicho que nunca he pedido —respondió Luis con orgullo que hizo palidecer, al rey de Inglaterra.

Y como éste, semejante a un hombre herido, hiciese un movimiento de retirada:

—Perdón, hermano —murmuró—, yo no tengo una madre y una hermana que padezcan. Mi trono está duro y desnudo, pero estoy bien sentado en él... Perdón, hermano, no me hagáis un cargo por esa palabra que es propia de un egoísta. Ya la recogeré con sacrificio. Voy en busca del señor cardenal; os ruego que me esperéis; vuelvo al momento.

## Capítulo X

---

### Las cuentas de Mazarino

En tanto que el rey se dirigía rápidamente hacia el ala del castillo ocupada por el cardenal, acompañado solamente de su ayuda de cámara, él oficial de mosqueteros, respirando como hombre obligado a contener mucho tiempo el aliento, salía del reducido gabinete de que ya hemos hecho mención; y que el rey creía solitario. Este gabinete formaba en otro tiempo parte de la cámara y sólo estaba separado de ella, por un delgado tabique. De aquí resultaba que tal separación, cuyo único objeto era que nada se viese, permitía al oído menos indiscreto oír lo que pasaba en ella.

No había, por tanto, duda de que el teniente de mosqueteros hubiese oido lo que pasara en el cuarto del Rey.

Prevenido por las últimas palabras de Su Majestad, salió de él a tiempo de saludarle a su paso, y para acompañarle con la vista hasta que desapareció en el corredor.

Luego, y cuando el monarca hubo desaparecido, movió la cabeza de un modo que le era peculiar, y con voz a la cual cuarenta años pasados fuera de la Gascuña, no habían podido hacer perder su tono:

—¡Triste servicio! —dijo—. ¡Triste amo!

Y, pronunciadas estas palabras, volvió a su sillón, extendió las piernas y cerró los ojos como hombre que duerme o medita.

Durante este corto monólogo, y mientras el rey, atravesando los Vastos corredores del antiguo castillo, se encaminaba al cuarto del señor cardenal, verificábase en éste una escena de otro género.

Mazarino se había acostado algo atormentado por la gota. Mazarino era hombre de orden que utilizaba hasta el dolor, hacía de la velada sirviente humilde

de su trabajo. Por esto se había hecho llevar por Bernouin, su ayuda de cámara, un pupitre de viaje, a fin de poder escribir sobre la misma cama.

Pero la gota no es enemigo que se deje convencer tan fácilmente, y a cada movimiento suyo el dolor sordo se convertía en agudo.

—¿No se halla aquí Brienne? —preguntó a Bernouin.

—No, monseñor —replicó el ayuda de cámara—. El señor de Brienne se ha ido a acostar con licencia vuestra. Pero si lo desea Vuestra Eminencia, puede despertársele.

—No, no vale la pena. Veamos, no obstante. ¡Malditos números! Y el cardenal cerró los ojos contando con los dedos.

—¡Oh! ¡Números! —dijo Bernouin—. ¡Bueno! ¡Si Su Eminencia se enreda en esos cálculos, le prometo para mañana la más hermosa jaqueca! Y con esto, y que el señor Guenaud no está aquí.

—Tienes razón, Bernouin. ¡Pues bien! Tú vas a reemplazar a Brienne, amigo mío. En verdad, debí traer conmigo al señor Colbert. Ese joven va bien, Bernouin, muy bien. ¡Es sujeto ordenado!

—Yo no sé —dijo el ayuda de cámara—, pero; lo que es a mí, no me gusta ni pizca la cara de vuestro joven.

—¡Bueno, Bernouin! Para nada se necesita tu parecer, ponte aquí, coge la pluma y escribe.

—Aquí esta, monseñor. ¿Qué he de escribir?

—Aquí a continuación de esas dos líneas ya trazadas.

—Está bien.

—Escribe. Setecientas sesenta mil libras.

—Ya está.

—En Lyon.

El cardenal parecía dudar.

—En Lyon —repitió Bernouin.

—Tres millones novecientas mil libras.

—Bien, monseñor:

—En Burdeos, siete millones.

—Siete —repitió Bernouin.

—¿Siete? —dijo el cardenal de buen humor—. ¡Siete! Tú comprendes, Bernouin —añadió al momento—, que todo esto es dinero que hay que gastar.

—Monseñor, poco me importa que esos millones sean para guardarlos o para gastarlos, puesto que no son para mí:

—Esos millones son de Su Majestad. Todo lo que cuento es dinero del rey... Con que decíamos... Siempre me interrumpes.

—Siete millones, en Burdeos.

—¡Ah! Sí, es cierto. Cuatro sobre Madrid. Ya te explicaré para qué es todo este dinero, Bernouin pues todo el mundo da en la tontería de creerme millonario.

Pero un ministro no tiene nada suyo. Vamos sigue. Entradas generales, siete millones. Propiedades, nueve ¿Has escrito, Bernouin?

—Sí, monseñor.

—Bolsa, seiscientas mil libras; valores diversos, dos millones... ¡Ah! Se me olvidaba: mobiliario de los distintos castillos...

—¿Es preciso añadir de la Corona? —preguntó Bernouin.

—No, no; es inútil. Eso se sobre entiende. ¿Está ya, Bernouin?

—Sí, monseñor.

—¿Cómo has puesto las cifras?

—Unas debajo de otras.

—Suma.

—Treinta y nueve millones, doscientas sesenta libras.

—¡Ah! —exclamó el cardenal con violenta expresión de despecho—. ¡Aún no hay cuarenta millones!

Bernouin volvió a sumar.

—No, monseñor, todavía faltan setecientas cuarenta libras.

Mazarino pidió la cuenta y la revisó atentamente.

—Es igual —dijo Bernouin—, treinta y nueve millones doscientas sesenta mil libras es un crecido caudal.

—¡Ah! Bernouin, esto es lo que yo quisiera que tuviese el rey.

—Vuestra Eminencia me decía que este dinero era de su Majestad.

—Sin duda, pero muy claro y muy líquido. Estos treinta y nueve millones están comprometidos y mucho más.

Bernouin sonrió a su modo: es decir, como quien no cree sino lo que quiere creer, preparando al mismo tiempo la bebida que tomaba por las noches el cardenal, mulléndole las almohadas.

—¡Oh! —murmuró Mazarino cuando se ausentó el ayuda de cámara—. ¡Todavía no salen los cuarenta millones! Pues es preciso que llegue a esa suma. Mas, ¿quién sabe si tendré tiempo! Mucho voy decayendo y no llegaré a ellos. No obstante, ¿quién sabe si encontraré dos o tres millones en los bolsillos de nuestros buenos amigos los españoles? Ahora han descubierto el Perú, ¡y qué diablos!, aún debe quedarles algo.

Cuando hablaba así, ocupado de sus números y sin pensar ya en la gota, animado por una preocupación que en el cardenal era la más poderosa de todas las preocupaciones, Bernouin precipitóse en la cámara lleno de azoramiento.

—¿Qué? —preguntó el cardenal—. ¿Qué hay?

—¡El rey, señor, el rey!

—¿Cómo el rey! —dijo Mazarino, ocultando rápidamente su papel—. ¡El rey a estas horas? Le creía acostado hace mucho tiempo. ¿Pues qué pasa?

Luis XIV pudo oír estas últimas palabras y ver el rostro azorado del cardenal, incorporándose en el lecho, porque en aquel momento penetraba en la cámara.

—No hay nada, señor cardenal, o al menos nada que pueda alarmaos; una comunicación importante que tengo necesidad de haceros esta misma noche y nada más.

Al instante, pensó Mazarino en aquella atención tan marcada que Su Majestad había prestado a sus palabras respecto a la señorita Mancini, y le pareció que tal comunicación debía dimanar de su fuente. Serenóse, y en el acto asumió su más encantador aspecto, cambió de fisonomía, de lo que el joven rey se alegró en extremo y cuando el rey se hubo sentado:

—Majestad —dijo el cardenal—, verdad es que deberíais escucharlos de pie; pero la violencia de mi mal...

—Nada de cumplidos entre nosotros, querido señor cardenal —dijo Luis afectuosamente—; yo soy vuestro discípulo y no el rey, bien lo sabéis; y, sobre todo, esta noche, ya que recurro a vos como un pretendiente muy humilde y deseoso de ser bien acogido.

Mazarino, viendo el rubor del rey, se confirmó en su primera idea; esto es, que había un pensamiento de amor bajo todas aquellas hermosas palabras. Pero una vez se engañaba el astuto político, por hábil que fuese: aquel rubor no lo producía los pudibundos entusiasmos de una pasión juvenil, sino la dolorosa contracción del orgullo real.

Mazarino, como buen tío, dispuso a facilitar la confidencia.

—Habla —dijo—; y, puesto que Vuestra Majestad quiere olvidarse de que soy un súbdito, para llamar me su maestro y preceptor, protesto a Vuestra Majestad todos mis sentimientos afectuosos.

—Gracias, señor cardenal —contestó el rey—; además, es muy poca lo que tengo que pediros.

—Tanto peor —respondió el cardenal—. Quisiera que Vuestra Majestad me pidiese algo importante, y hasta sacrificio... Pero, sea lo que fuere lo que solicitéis, estoy dispuesto a tranquilizar vuestro corazón concediéndolo.

—Pues bien, he aquí de lo que se trata —dijo el rey con fuertes latidos de corazón—: acabo de recibir la visita de mi hermano el rey de Inglaterra.

Mazarino saltó en la cama como si le hubieran puesto en contacto con la botella de Leyle o la pila de Volta, al mismo tiempo que un disgusto manifiesto iluminaba su rostro con el brillo de cólera, que Luis XIV, por poco diplomático que fuese, conoció muy bien que el ministro había esperado oír otra cosa.

—¡Carlos II! —exclamó Mazarino con voz ronca—. ¿Habéis recibido su visita?

—Del rey Carlos II —repuso Luis XIV dando con afectación al nieto de Enrique IV, el título que Mazarino olvidaba conceder—. Sí, señor cardenal; ese desdichado príncipe me ha commovido contándome sus desgracias. Su dolor es grande, señor cardenal, y a mí mismo me ha parecido insoportable, a mí, que he visto disputar mi trono, que me he visto precisado en días de conmoción a

abandonar mi capital; a mí que conozco el mal de dejar sin apoyo a un hermano desposeído y fugitivo.

¡Ah! —dijo disgustado el cardenal—. ¿Por qué no ha tenido, como vos, Majestad, un Julio Mazarino a su lado? Su corona se habría conservado intacta.

—Sé todo lo que mi casa debe a Vuestra Eminencia —replicó fríamente el rey, y creed que, por mi parte, jamás lo olvidaré. Y precisamente porque mi hermano el rey de Inglaterra no ha tenido a su lado el genio poderoso que me ha librado, por eso digo, quisiera yo conciliar el auxilio de ese mismo genio, y suplicar a vuestro brazo que se extendiese sobre su cabeza, bien seguro, señor cardenal, de que vuestra mano, con sólo tocarle, podría devolver a su frente la corona que cayó al pie del cadalso de su padre.

—Majestad —replicó Mazarino—, os doy las gracias por la opinión que me tenéis; pero nada tenemos que hacer nosotros en Inglaterra, con aquellos diablos que reniegan de Dios y cortan la cabeza a sus reyes. Es muy peligroso tocarlos desde que se han bañado en la sangre real. Jamás me ha convenido su política, y la rechazo.

—De este modo podéis ayudarnos sustituyéndola con otra.

—¿Cuál?

—La restauración de Carlos II, por ejemplo.

—¡Dios santo! —exclamó Mazarino—. ¡Contará, por ventura, el pobre señor; con la realización de esa quimera?

—Sí —replicó el rey, asustado de las dificultades, que parecía prever en este proyecto el ojo seguro de su ministro—; sólo pide para eso un millón.

—Nada más un milloncejo, ¿eh? —dijo irónicamente Su Eminencia, esforzando su acento italiano—. Un milloncejo, ¿eh? ¡Familia de mendigos! ¡Bah!

—Cardenal —dijo el rey alzando la cabeza—, esa familia de mendigos es una rama de mi propia familia.

—Sois vos bastante rico para dar millones a otros, Majestad? ¿Tenéis millones?

—¡Oh! —repuso Luis XIV con supremo dolor que procuró, sin embargo, ocultar a fuerza de voluntad, para que no apareciese en su semblante—: ¡Oh! Sí, señor cardenal; sé que soy pobre; pero, al fin, bien vale la corona de Francia un millón, y para hacer una acción buena empeñaré, si preciso fuese, mi corona. Yo encontraré judíos que me prestarán muy bien un millón.

—De modo, Majestad, ¿que decis tener necesidad de un millón? —preguntó Mazarino.

—Sí, señor, lo digo.

—Mucho os engañáis, pues tenéis necesidad de mucho más. ¡Bernouin! Vais a ver de cuánto más tenéis necesidad. ¡Bernouin!

—¿Qué es eso, cardenal? —dijo el rey—. ¡Vais a consultar a un lacayo sobre

mis asuntos?

—¡Bernouin! —dijo otra vez el cardenal, haciendo como que no notaba la humillación del joven príncipe—; acércate aquí y dime qué cantidad te pedía hace poco, amigo mío.

—Cardenal, cardenal, no me habéis oído! —dijo Luis, pálido de cólera.

—No os enfadéis; trato de poner en claro los negocios de Vuestra Majestad. Todo el mundo lo sabe en Francia: mis libros están muy claros. ¿Qué te decía yo que hicieses hace poco, Bernouin?

—Vuestra Eminencia me decía que le hiciese una suma.

—Y la has hecho, ¿no es verdad?

—Sí, monseñor.

—Para demostrar la suma que Su Majestad necesitaba en este momento?

¿Note decía esto? Sé franco amigo mío.

—Eso me decía Vuestra Eminencia.

—Pues bien, ¿qué cantidad necesitaba yo?

—Cuarenta y cinco millones, según creo.

—Y que suma encontrábamos reuniendo todos nuestros recursos? —Treinta y nueve millones, doscientas sesenta mil libras.

—Bien, Bernouin, eso es todo lo que quería saber. Déjanos ahora —dijo el cardenal, fijando su brillante mirada en el joven rey, mudo de estupor.

—Mas, sin embargo... —balbuceó el rey.

—¡Ah! Dudáis todavía —dijo el cardenal—. Pues bien, aquí está la prueba de lo que digo:

Y Mazarino tomó de bajo la almohada un papel cubierto de cifras, que presentó al rey, quien volvió la vista; tan profundo era su dolor.

—Así, como es un millón lo que queréis, y ese millón no está puesto, es claro que Vuestra Majestad tiene necesidad de más de cuarenta y cinco millones. Pues bien, no hay judíos en el mundo que presten semejante suma, ni aun sobre la corona de Francia.

Luis, crispando sus puños echó atrás su sillón.

—Bien —dijo—; mi hermano el rey de Inglaterra se morirá de hambre.

—Majestad —contestó con el mismo tono Mazarino—, recordad el proverbio que os enseño en este caso como expresión de la más sana política: « Alégrate de ser pobre cuando tu vecino es pobre también» .

El rey meditó unos momentos, derramando al mismo tiempo una mirada curiosa sobre el papel, que en el mismo punto desapareció bajo la almohada.

—Entonces —dijo—, ¿hay imposibilidad en hacer justicia a mi solicitud de dinero, señor cardenal?

—Absoluta, Majestad.

—Pensad en que esto me proporcionará más tarde un adversario, si sube al trono sin mi auxilio.

—Si Vuestra majestad no teme más que eso, puede tranquilizarse —dijo con viveza el cardenal.

—Bueno, no insisto más —dijo el rey.

—¿He llegado a convenceros? —preguntó el cardenal poniendo su mano sobre la del rey.

—Perfectamente.

—Solicitaré cualquiera otra cosa, seré feliz en concederla, habiéndoos rehusado ésta.

—¿Cualquiera otra cosa?

—¡Sin duda! ¡No estoy absolutamente a disposición de Vuestra Majestad! ¡Hola!

¡Bernouin, antorchas; guardias para Su Majestad! Su Majestad vuelve a su aposento.

—Aún no, cardenal, y puesto que ponéis vuestra buena voluntad a mi disposición, voy a usar de ella.

—¿Para vos? —preguntó el cardenal, esperando que por fin iba a tratarse de su sobrina.

—No, señor, no es para mí, sino para mi hermano Carlos también.

Obscurecióse el semblante de Mazarino, y murmuró algunas palabras que el rey no pudo entender.

## Capítulo XI

---

### La política del señor Mazarino

En vez de aquella especie de duda con que un cuarto de hora antes se había acercado el rey, el cardenal, podía leerse ahora en sus ojos aquella voluntad contra la cual puede lucharse, y que podrá destruirse quizás por su propia impotencia, pero que al menos conserva como una llaga en el fondo del corazón el recuerdo de su derrota.

—Esta vez, cardenal, se trata de una cosa más fácil de encontrar que un millón.

—¿Tal creéis, Majestad? —dijo Su Eminencia mirando al rey con aquella mirada astuta, que leía en lo más profundo de los corazones.

—Sí, lo creo, y cuando sepáis el fin de mi demanda...

—¿Y creéis que no lo sé, Majestad?

—¿Sabéis lo que me resta deciros? Oíd las propias palabras del rey Carlos...

—¡Oh! ¡Veamos!

—Oíd: « Y si ese avaro, si ese pícaro italiano», ha dicho el... ¡Señor cardenal...!

—Este es el sentido, si no las palabras. ¡Dios santo! No le quiero mal por esto. Cada uno ve con sus pasiones. Repito que ha dicho: « Y si ese pícaro italiano os niega el millón que le pedimos, si nos vemos precisados, faltos de dinero, a renunciar a la diplomacia, entonces le pediremos quinientos caballeros» .

El rey experimentó un movimiento de agitación, Su Eminencia no se había equivocado más que en el número de hombres.

—¿No es cierto, Majestad, que es así? —dijo el ministro con acento triunfante.

Enseguida añadió:

—El rey Carlos ha dicho: « Tengo amigos al otro lado del Estrecho, a quienes sólo falta un jefe y una bandera de Francia, se aliarán a mí, porque comprenderán que tengo vuestro apoyo. Los olores del uniforme francés valdrán a mi lado el millón que nos haya denegado el señor Mazarino (porque sabía muy bien que yo negaría este millón). Venceré con estos quinientos caballeros, y todo el honor será vuestro». Esto es lo que ha manifestado, poco más o menos, ¿no es verdad? Envolviendo estas palabras en metáforas resplandecientes y en imágenes pomposas, porque todos son habladores en la familia. Su padre habló hasta en el patibulo.

El sudor de la vergüenza corría por la frente del rey, sintiendo que no correspondía a su dignidad oír insultar de ese modo a su hermano; pero, aún no sabía tener voluntad, sobre todo frente aquél, ante quien todos se habían doblegado, hasta su misma madre.

Al fin hizo un esfuerzo.

—Pero, señor cardenal, no son quinientos hombres, sino doscientos.

—Ya veis que había adivinado lo que pedía.

—Nunca he negado que tuvieses una mirada profunda, y por esto mismo he pensado que no negaríais a mi hermano Carlos una cosa tan sencilla y tan fácil de conceder como la que os pido en su nombre, señor cardenal, o más bien en el mío.

—Majestad —dijo el cardenal—, treinta años hace que me ocupo de la política; primero, en unión del señor cardenal Richelieu, y luego solo. Esta política no ha sido siempre muy horada, menester es confesarla, pero jamás descabellada. Bien; pues la que en este momento me propone Vuestra Majestad, es deshonrosa y torpe a la par.

—¡Deshonrosa!

—Majestad, habéis hecho un tratado con Cromwell.

—Sí, en este mismo tratado, Cromwell ha firmado por encima de mí.

—¿Y por qué firmasteis tan abajo? El señor Cromwell encontró un buen sitio, y lo tomó; ésa era su costumbre. Pero vuelvo a Cromwell. Tenéis un tratado con él, es decir, con Inglaterra, porque cuando firmasteis ese tratado Cromwell era Inglaterra.

—Cromwell ha fallecido.

—Eso creéis Majestad?

—Sin duda, pues le ha sucedido Ricardo, quién ha abdicado.

—¡Esto es precisamente! Ricardo ha heredado a la muerte de Cromwell, e Inglaterra a la abdicación de Ricardo. El tratado forma parte de la herencia, ya en manos de Ricardo, ya en las de Inglaterra. El tratado es, pues, válido, tanto como nunca lo haya sido. ¿Por qué habíais de eludirlo, Majestad? ¿Qué ha cambiado en él? Carlos II desea hoy lo que hace diez años rehusamos nosotros; pero éste es un caso previsto. Vuestra Majestad es aliado de Inglaterra, y no de

Carlos II. Deshonroso es, sin duda, bajo el punto de vista de la familia, haber firmado un tratado con un hombre que ha hecho cortar la cabeza al cuñado del rey, vuestro padre, y haber contratado una alianza con un Parlamento testaferro, convengo en que esto es deshonroso, pero no torpe desde el punto de vista político, puesto que gracias a ese tratado he salvado a Vuestra Majestad, menos todavía, de los peligros de una guerra exterior, que la Fronda... ¿os acordáis bien de la Fronda? —El rey bajó la cabeza—. Pero la Fronda hubiera complicado fatalmente. De esta manera, prueba a Vuestra Majestad que, cambiar ahora de camino, sin prevenir a nuestros aliados, sería torpe y deshonroso. Haríamos la guerra teniendo el error de nuestra parte; lo haríamos, mereciendo que nos la hiciesen, y tendríamos el aspecto de tenerla, provocándola al mismo tiempo; porque un permiso concedido a quinientos hombres, a doscientos, a cincuenta, a diez, siempre es un permiso. ¡Un francés es la nación; un uniforme es el ejército! Suponed, pongo por ejemplo que, tarde o temprano, tengáis guerra con Holanda, la cual, ciertamente, sucederá tarde o temprano, o con España, que sucederá, quizás si no se realiza vuestro matrimonio. (Mazarino miró profundamente al rey), y hay mil causas, que pueden hacer que no se realice; ahora bien, ¿aprobaríais que Inglaterra enviese a las Provincias Unidas, o a la Infanta, un regimiento, una compañía, ni aun una partida de caballeros ingleses? ¿Juzgaríais esto en los límites de lo honroso y de su tratado de alianza?

Luis escuchaba y le parecía extraño que Mazarino invocase la buena fe; él, autor de muchas supercherías políticas que se llamaban mazarinas.

—Pero al fin —dijo el rey—, sin autorización manifiesta, yo no puedo impedir que caballeros de mi Estado pasen a Inglaterra, si tal es su voluntad.

—Debéis obligarles a volver, Majestad, o al menos protestar contra su presencia como enemigos en un país aliado.

—Pero, finalmente, veamos; vos, señor cardenal, vos, un genio tan profundo, busquemos un medio de proteger a ese pobre rey sin comprometerlos.

—Eso es lo que yo no quiero, mi querida Majestad —dijo Mazarino—. Aunque Inglaterra obrase según mis deseos, no secundaría mejor mis designios; desde aquí he de dirigir la política de Inglaterra, mejor que desde otra parte. Gobernada como hoy se la gobierna, Inglaterra es para Europa un nido eterno de pleitos. Holanda protege a Carlos II; dejad que obre Holanda. Se enfadarán, se batirán, ellas son las dos únicas naciones marítimas: dejad que se destruyan mutuamente sus marinas, y nosotros construiremos la nuestra con los restos de esos navíos cuando tengamos dinero para comprar clavos.

—¡Oh! Todo esto que me decís es pobre y mezquino, señor cardenal.

—Sí, pero cierto; confesadlo, Majestad. Hay más; concedo por un momento la posibilidad de faltar a vuestra palabra y de eludir el tratado; muchas veces se ve que falta a la palabra o se elude un tratado; pero es cuando se tiene gran empeño o cuando por todas partes se encuentran estorbos en el contrato. Pues

bueno, Vuestra Majestad autorizaría el compromiso que os pide, y Francia, o su bandera, que es lo mismo, pasaría el Estrecho y combatiría; pero Francia sería derrotada.

—¿Por qué?

—¡Pues a fe que es un hábil general Su Majestad Carlos II, y que la jornada de Worcester nos da excelentes garantías!

—Ya no tendrán ningún choque, con Cromwell, señor cardenal.

—Sí, pero los tendrá con Monk, que es mucho más peligroso. Aquel intrépido fabricante de cerveza de que hablábamos era un inspirado que tenía momentos de exaltación y de expansiones, durante las cuales abríanse como un tonel demasiado lleno; entonces se escapaban por sus hendiduras algunas gotas de pensamiento, y por muestra se conocía el pensamiento entero; así Cromwell nos ha dejado penetrar más de diez veces en su alma, cuando más de diez veces en su alma, cuando más se la creía envuelta en triple capa de bronce, como dice Horacio. Pero ¡Monk! ¡Majestad! El cielo os guarde de tratar jamás de política con el señor Monk. Él es quien en el espacio de un año ha vuelto grises mis cabellos. Monk no es un inspirado, por desgracia; es un político que no se abre, sino que se concentra. Hace diez años que tiene los ojos fijos sobre un objeto, y nadie ha podido saber, cuál sea. Todas las mañanas, como lo aconsejaba Luis XI, quema su gorro de dormir. Así es, que el día en que este plan, lenta y solitariamente madurado, estalle, estallará con todas las condiciones de éxito que acompañan siempre a lo inesperado. Ese es Monk, Majestad, de quien tal vez no hayáis oído hablar jamás, cuyo mismo nombre no conocíais, quizás, antes que vuestro hermano Carlos, que sabe muy bien lo que es: él, lo pronunciase en vuestra presencia; esto es, una maravilla, de profundidad y de tenacidad, las dos únicas cosas en que se embotan la imaginación y el valor. Yo he tenido, imaginación. Puedo envanecerme en ello, ya que me lo echan en cara. Con estas dos cualidades he hecho una carrera brillante, puesto que de hijo de un pescador de Piscina he llegado a ser primer ministro del rey de Francia, y que con tal cualidad, bien, lo sabe Vuestra Majestad, he prestado; algunos servicios al trono. Pues bien, si yo hubiera encontrado a Monk en mi camino, en lugar de encontrar al señor de Beaufort, al señor de Retz o al príncipe, estaríamos perdidos. Comprometeos de una manera ligera, y caeréis en las garras dé ese soldado político. El casco de Monk es un cofre de hierro, cuyo fondo contiene sus pensamientos, y del cual nadie tiene la llave. Así es que me inclino ante su presencia, yo que sólo tengo un birrete de terciopelo.

—¿Y qué pensáis que quiere Monk?

—Si lo supiera; Majestad, no os diría que desconfiaseis de él, porque yo sería el más fuerte; pero con él tengo miedo de adivinar, ¡de adivinar! ¿Comprendéis esta palabra?

—Pues si creo haber adivinado, me fijaré en una idea, y a pesar mío,

perseveraré en esa idea. Desde que ese hombre está en el poder de Inglaterra, yo soy como aquellos malditos de Dante a quienes Satanás ha retorcido el cuello, que marchan adelante, mirando hacia atrás: veo por el lado de Madrid, pero no pierdo de vista a Londres. Adivinar con ese demonio de hombre es engañarse, y engañarse es perderse. Dios me libre de intentar nunca adivinar lo que desea: me limito, y esto es bastante, a espesar lo que hace. Yo creo (gentendéis la intención de las palabras yo creo? Yo creo, con respecto a Monk, no compromete a nada); yo creo que tiene buenamente ganas de suceder a Cromwell; Carlos II le ha hecho ya proposiciones por medio de diez personas, y se ha contentado con despedirlas, sin decirles otra cosa que « Marchaos u os hago ahorcar» ¡Este hombre es un sepulcro! En este momento manifestóse Monk muy adicto al Parlamento; pero a mí no me engaña esa adhesión; Monk no quiere ser asesinado, pues un asesinato lo detendría en medio de su obra, y es menester que su obra se lleve a término. Así es que creo, pero no creáis en lo que yo creo, Majestad; digo creo por costumbre; creo que Monk contempla al Parlamento hasta el día en que lo destruya. Os piden espadas, pero es para luchar contra Monk. Dios nos guarde de batirnos contra Monk, Majestad, porque Monk nos vencerá, y vencidos por él, ¡no me consolaría en mi vida! Yo diría que Monk había previsto esta victoria diez años antes. Por Dios, Majestad, por la amistad que os tengo, ya que no por la consideración que os debo, que Carlos II permanezca quieto. Vuestra Majestad le asignará aquí una corta renta, y le dará uno de sus castillos. ¡Ah! Pero, esperad. ¡No me acordaba del tratado, de ese famoso convenio de que hablábamos hace poco! ¡Vuestra Majestad no tiene ni aun el derecho de darle un castillo!

—¿Cómo?

—Sí, sí; Su Majestad se ha comprometido a no dar hospitalidad al rey, y aun a hacerle salir de Francia. ¡Por eso le hicimos salir, y sin embargo vuelve! Supongo que haréis entender a vuestro hermano que no puede permanecer entre nosotros, que esto es imposible, que nos compromete, o yo mismo...

—¡Basta! —murmuró Luis XIV levantándose—: Que me neguéis un millón está en vuestro derecho; vuestros millones son vuestros que me neguéis doscientos caballeros también está en vuestro derecho, porque sois primer ministro, y tenéis la responsabilidad de la paz y la guerra; pero que pretendáis impedirme, a mí, el rey, que dé hospitalidad al nieto de Enrique IV, a mi primo hermano, al amigo de mi infancia... Aquí se detiene vuestro poder, aquí da principio mi voluntad.

—Majestad —dijo el cardenal—, encantado de verse libre a tan poco precio, y que por otra parte sólo había combatido con tanto ardor para llegar a esto, siempre me doblegaré ante la voluntad de mi rey; conserve, pues, a su lado o en uno de sus castillos al rey de Inglaterra que Mazarino lo sepa, mas que el ministro lo ignore.

—Buenas noches —dijo Luis XIV—; me voy desesperado.

—Pero convencido, que es lo necesario, Majestad —repuso Mazarino.

El rey no contestó, y se retiró pensativo y convencido, no de todo lo que le había dicho Mazarino, sino al contrario, de algo que se había guardado muy bien de decirle, y que era, la necesidad de estudiar seriamente sus asuntos y los de Europa, porque los veía, difíciles y oscuros.

Luis encontró al rey de Inglaterra sentado en el mismo sitio en que lo había dejado.

Al verle levantóse el príncipe inglés; pero al primer golpe de vista vio la desesperación escrita con letras sombrías sobre la frente de su primo.

Entonces, tomó la palabra él primero, como para facilitar a Luis la penosa confesión que tenía que hacerle:

—Sea lo que fuere —dijo—, nunca olvidaré toda la bondad, toda la amistad de que me habéis dado prueba.

—¡Ah! —replicó sordamente Luis—. ¡Buena voluntad estéril, hermano mío!

Carlos II púsose extremadamente pálido, pasó una mano fría por su frente, y luchó unos instantes contra un desvanecimiento que le hizo vacilar.

—Comprendo —dijo por fin—, ¡no hay esperanza!

Luis tomó la mano de Carlos II.

—Esperad; hermano mío, no os precipitéis; todo puede cambiar; las decisiones extremas son las que arruinan las causas; añadid, os suplico, un año de prueba más a los que ya habéis sufrido. No hay ocasión ni oportunidad para decidiros a obrar en este instante más bien que en otro; quedaos conmigo, hermano, qué yo os daré una de mis residencias, la que más os agrade habitar, unido a vos; tendremos fijos los ojos en los acontecimientos y los prepararemos juntos. ¡Vamos, hermano, ánimo!

Carlos II retiró su mano de la del rey, y, retrocediendo para saludar con más ceremonia:

—Gracias, Majestad —repuso—, ya que he suplicado sin éxito al mas grande de la tierra, voy ahora a pedir un milagro a Dios.

Y salió, sin querer escuchar más, la frente alta, la mano trémula, con una contracción de tristeza en su noble semblante, y aquella sombría profundidad de mirada que, no encontrando esperanza en el mundo de los hombres, parece ir más allá a pedirla en mundos desconocidos.

Viéndole pasar lívido, el oficial de mosqueteros se inclinó casi de rodillas para saludarle.

Y enseguida tornó una antorcha, llamó a dos mosqueteros y bajó con el desdichado rey la desierta escalera, teniendo en la mano izquierda su sombrero, cuya pluma barría los peldaños de ella.

Cuando llegó a la puerta, preguntó al rey por qué lado se dirigía, a fin de enviar allí mosqueteros.

—Caballero —respondió Carlos II a media voz—, vos que conocisteis a mi

padre, decidme, ¿habéis tal vez rezado por él? Si así es, no me olvidéis tampoco en vuestras oraciones. Ahora me voy solo, y os suplico que no me acompañéis, y que tampoco me hagáis acompañar más lejos.

El oficial inclinóse y envió a los mosqueteros al interior del palacio.

Pero él permaneció un instante bajo el porche, para ver a Carlos II alejarse y perderse en la sombra de la tortuosa calle.

—A éste, como en otro tiempo a su padre —dijo—, Athos, si estuviera aquí, diría con razón:

—¡Salud a la majestad caída! Luego subió la escalera.

—¡Ah! ¡Qué villano servicio hago! —decía a cada escalón—. ¡Ah! ¡Miserable amo! ¡Esta vida no es tolerable, y ya es tiempo de que yo tome un partido...! ¡Más generosidad, más energía! —prosiguió—. Vamos, el maestro ha conseguido su objeto, y el discípulo está muerto para siempre. ¡Pardiez! No consentiré en ello. Vamos, vosotros —continuó entrando en la antecámara—, ¿qué hacéis aquí mirándome así? Apagad esas luces y marchaos a vuestros puestos. ¡Ah! ¿Me guardáis? Sí, veláis por mí, ¿no es verdad, buenas gentes? ¡Valientes necios! Yo no soy el duque de Guisa, y no se me asesinará en el pasillo. Además —añadió en voz baja—, esa sería una resolución, y ya no se toman resoluciones desde la muerte del señor cardenal de Richelieu. ¡Ah! ¡Aquél sí que era un hombre! ¡Ya lo tengo decidido! ¡Desde mañana ahorco la casaca!

Pero, mudando de consejo:

—No —dijo—, todavía tengo que hacer una prueba suprema, y la haré; pero juro que ésta será la última, ¡vive Dios!

No había terminado de hablar, cuando salió una voz de la cámara del rey.

—¡Señor teniente! —dijo la voz.

—Aquí estoy —respondió.

—El rey desea hablaros.

—Vamos —dijo el teniente—, tal vez sea para lo que yo pienso.

Y entró en la habitación del rey.

## Capítulo XII

---

### El rey y el teniente

Cuando el rey vio a su lado al oficial, despidió al gentilhombre y al ayuda de cámara.

—¿Quién está mañana de servicio, caballero? —preguntó entonces.

—Yo, Majestad.

—¿Cómo, vos también?

—Siempre yo.

—¿Y por qué, caballero?

—Cuando los mosqueteros salimos de viaje cubrimos todos los puestos de la guardia de Vuestra Majestad; es decir, el vuestro, el de la reina madre y el del señor cardenal, que toma prestado al rey la mejor parte, o sea, la parte más numerosa de su guardia real.

—Pero ¿y los descansos?

—No hay descansos más que para veinte o treinta hombres, de ciento veinte. En el Louvre es distinto; si yo estuviera en el Louvre, confiaría en mi sargento; pero, en marcha, no se sabe lo que puede suceder; además, me place hacer mis asuntos por mí mismo.

—Así, ¿estáis de guardia todos los días?

—Y todas las noches, Majestad.

—Caballero, yo no puedo sufrir eso, y deseo que descanséis.

—Está bien, Majestad, pero yo no quiero.

—¿Cómo? —murmuró el rey, que no comprendió al pronto el sentido de esta respuesta.

—Digo que no quiero exponerme a una falta. Si el demonio ha de jugarme una mala partida, como conoce al hombre con quien tiene que habérselas,

escogerá el momento en que yo no esté aquí. Mi obligación, ante todo, y la paz de mi conciencia.

—Pero en este oficio, señor, os mataréis.

—¡Bah! Hace ya treinta y cinco años qué ejerzo este oficio, y soy el hombre de Francia y de Navarra que goza de mejor salud. Por lo demás, Majestad, no os preocupéis de mí. Esto me parecería, muy extraño, en atención a que no estoy habituado a ello.

El rey cortó de repente la conversación con una nueva pregunta.

—¿Luego estaréis aquí mañana?

—Como ahora, Majestad.

El rey dio entonces vueltas por la cámara, siendo fácil conocer que ardía en deseos de hablar, pero que le contenía cierto temor.

El teniente, de pie, inmóvil, con el sombrero en la mano y el puño en la cadera, contemplaba aquellas evoluciones, y a la vez murmuraba mordiéndose el bigote.

—No tiene resolución para nada; palabra de honor. Apostemos a que no habla.

El rey seguía andando, y fijaba alguna que otra vez una mirada en el teniente.

—Es su mismo padre en persona —continuó, éste en su secreto monólogo—; es, al propio tiempo, orgulloso, avaro y tímido. ¡Mal haya un amo así!

Luis dejó de andar.

—¡Teniente! —gritó.

—Aquí estoy, Majestad.

—¿Por qué habéis gritado esta noche, allá en la sala de recepción; «La guardia de Su Majestad»?

—Porque me disteis esa orden, Majestad.

—¿Yo?

—Vos mismo.

—En verdad no dije una palabra de eso.

—Majestad, una orden se da con un signo, con un gesto, con una mirada, tan franca y claramente como con la palabra. Un servidor que solo tuviera oídos, no sería más que la mitad de un buen servidor.

—Así, son muy penetrantes vuestros ojos.

—¿Por qué?

—Porque ven lo que no existe.

—En efecto, Majestad, mis ojos son buenos, aunque, hayan servido mucho y por largo tiempo a su dueño; de modo que siempre que tienen que ver algo, nunca desperdician la ocasión. Esta noche, pues, han visto que Vuestra Majestad miraba con súplicas elocuentes, primero a Su Eminencia, luego a Su Majestad la reina madre, y por fin, a la puerta por donde se salía; y han notado también todo

lo que acabo de decir, que han visto a los labios de Vuestra Majestad pronunciar estas palabras: « ¡Quién me sacará de aquí? » .

—¡Caballero!

—O cuando menos esto, Majestad: « ¡Mis mosqueteros! » . Entonces, no vacilé. Esa mirada era para mí; la palabra era para mí; y grité: « ¡Los mosqueteros del rey! » . Y esto es tan cierto, que no sólo no me ha reprendido Vuestra Majestad, sino que me ha dado la razón marchándose al instante.

El rey volvióse de espaldas para sonreírse, y después de algunos segundos fijó sus limpios ojos en aquella fisonomía tan inteligente, tan audaz y firme, que podía decirse el perfil enérgico y fiero del águila enfrente del sol.

—Bien está —dijo después de un corto silencio, durante el cual pretendió, aunque en vano, hacer bajar los ojos a su oficial.

Pero viendo éste que el rey no decía ya nada, giró sobre sus talones y dio tres pasos para irse, murmurando:

¡No hablará, pardiez, no hablará!

—Gracias, caballero —dijo entonces el rey.

—En verdad —continuó el teniente—, no hubiera faltado más que ser reprendido por ser menos tonto que otros.

Y se encaminó hacia la puerta, haciendo sonar militarmente sus espuelas.

Mas al llegar al umbral conoció que el deseo del rey le impelia hacia atrás, y se volvió.

—¿Vuestra Majestad, tiene algo más que mandarme? —preguntó con acento imposible de describir, pero que sin parecer provocar la confianza regia, contenía una franqueza tan persuasiva, que el rey contestó al instante:

—Si tal, señor, aproximaos.

—¡Vamos! —murmuró el oficial—. ¡Ya cae!

—Escuchadme.

—No pierdo ni una palabra, Majestad.

—Montaréis a caballo a eso de las cuatro y media de la mañana, y me prepararéis otro caballo para mí.

—¿De las cuadras de Vuestra Majestad?

—No, de uno de vuestros mosqueteros.

—Está bien, Majestad. ¿Nada más?

—Y me acompañaréis.

—Sólo?

—Sí.

—¿Vendré a buscar a Vuestra Majestad, o le esperaré?

—Me esperaréis.

—¿Dónde, Majestad?

—En la puerta menor del parque. El teniente se inclinó, comprendiendo que el rey había dicho cuanto tenía que decir.

Efectivamente, el rey lo despidió con ademán muy amistoso.

El oficial salió de la cámara del rey y volvió a colocarse filosóficamente en su silla, donde lejos de dormir, como pudiera creerse en vista de la hora avanzada de la noche, se puso a reflexionar más profundamente que nunca.

El resultado de estas reflexiones no fue tan triste como habían sido los precedentes.

—¡Vamos! Ya ha empezado —dijo—. El amor le conduce y él marcha. El rey es nulo en su casa, pero el hombre puede que valga algo. Además, ya veremos mañana... ¡Oh! —exclamó de pronto levantándose—. ¡He aquí una idea gigantesca, pardiez! ¡Tal vez mi fortuna esté por fin en esta idea!

Después de esta exclamación, el oficial se levantó y midió a pasos largos, con las manos en los bolsillos de su casaca, la inmensa antecámara que le servía de alojamiento.

La bujía llameaba con fuerza al esfuerzo de una brisa fresca que introduciera por las rendijas de la puerta y las hendiduras de la ventana, y cortaba la sala diagonalmente. Proyectaba una luz rojiza y desigual; unas veces radiante, otras amortiguada; y se, veía andar por la pared la sombra del teniente, cortada en silueta, cómo una figura de Callot, con la espada en espetón y el fielro empenachado.

—O yo me equivoco —murmuraba—, o Mazarino tiende un lazo al enamorado joven; Mazarino ha dado esta noche una cita y una dirección tan complaciente como hubiese podido darla el mismo señor Dangeau. Yo he oído y conozco el valor de las palabras. «Mañana por la mañana», ha dicho, «pasarán a la altura del puente de Blois». ¡Vive Dios! ¡Esto es claro, y sobre todo para un enamorado! Por eso ha sido ese embarazo, ese vacilar, y esa orden. «Señor teniente de mis mosqueteros, a caballo a las cuatro de la mañana». Lo cual es tan claro como si me hubiera dicho: «Señor teniente de mis mosqueteros, mañana a las cuatro en el puente de Blois, ¿comprendéis?». Aquí hay, pues, un secreto de Estado, que yo, miserable de mí, poseo a estas horas. ¿Y por qué lo poseo? Porque tengo buenos oídos, como decía hace poco Su Majestad. ¡Dicen que ama apasionadamente a esa muñequita de Italia! ¡Dicen que se ha echado a los pies de su madre para pedirle casarse con ella! ¡Dicen que la reina ha consultado con la corte de Roma, por no saber si sería válido ese matrimonio hecho contra su voluntad! ¡Oh! ¡Si yo tuviese ahora veinticinco años...! ¡Oh! ¡Si tuviese aquí a mi lado aquéllos a quienes no tengo! ¡Oh! ¡Si yo despreciase tan profundamente a todo el mundo, yo enredaría al cardenal con la reina madre, a Francia con España, y haría una reina a mi manera! ¡Pero, bah!

—Ese miserable italiano, ese picaro, ese avaro que acaba de negar un millón al rey de Inglaterra, no me daría tal vez cien doblones por la noticia que le llevase. ¡Oh! ¡Ya caigo en niñerías y me embrutezco! ¡Mazarino dar hilada! ¡Ja, ja, ja!

Y el oficial echóse a reír formidablemente.

—Durmamos —dijo—, durmamos, y muy pronto; tengo el espíritu cansado de esta noche, y mañana percibiré más claro que hoy.

Y a esta recomendación, hecha a sí propio, se envolvió en la capa, mofándose de su regio vecino.

Cinco minutos después dormía con los puños cerrados y los labios entreabiertos, dejando escapar, no su secreto, sino un ronquido armonioso que se extendía cómodamente bajo la majestuosa bóveda de la antecámara.

## Capítulo XIII

---

Maria Mancini

No bien iluminaba el sol con sus primeros rayos los grandes bosques del parque y las altas atalayas del castillo, cuando el joven rey, despierto hacía más de dos horas por el insomnio del amor, abrió por sí mismo el postigo de la ventana, y echó una mirada curiosa por los patios del palacio dormido.

Vio que era ya, la hora señalada, pues el gran reloj del patio señalaba las cuatro y cuarto no quiso despertar a su ayuda de cámara, que dormía profundamente a cierta distancia, y vistióse solo; pero el criado, creyendo haber faltado a su deber, se acercó al rey, que le envió a su dormitorio, recomendándole el más profundo silencio.

Entonces bajó la escalera, salió por una puerta lateral y percibió a lo largo del muro del parque un jinete que tenía de la brida otro caballo.

No podía conocerse a este jinete, envuelto en su capa y, cubierto el rostro con el sombrero.

En cuanto al caballo, ensillado como el de un aldeano rico, no ofrecía nada notable; ni aun para el ojo más experto.

El rey se acercó a tomar la rienda de este caballo, y el oficial le sostuvo el estribo sin desmontar, pidiendo, al mismo tiempo, con voz discreta las órdenes, de Su Majestad.

—Seguidme —contestó Luis XIV.

El oficial puso su caballo al trote detrás del de su señor, y, de este modo bajaron hacia el puente.

Cuando estuvieron en la orilla del Loira.

—Caballero —dijo el monarca, vais a hacerme el favor de picar adelante hasta que diviséis una carroza, en cuyo caso retrocederéis para decírmelo; yo

espero aquí.

—¿Se dignará Vuestra Majestad darme algunos pormenores sobre la carroza que llevo encargo de descubrir?

—Una carroza en la que veréis dos señoritas, y tal vez también su comitiva —dijo el rey.

—Majestad, no quisiera equivocarme: ¿hay además algún otro signo por el cual pueda reconocer esa carroza?

—Probablemente, llevará las armas del señor cardenal.

—Está bien, Majestad —replicó el oficial, enteramente impuesto en el objeto de su reconocimiento.

Entonces puso su caballo al trote, picando en la dirección indicada por el rey. Mas apenas hubo andado quinientos pasos, cuando vio detrás de un montículo, primero cuatro mulas y después una pesada carroza.

En pos de esta carroza venía otra. No fue necesario más que una ojeada para asegurarse de que aquéllos eran los carruajes que habían ido a buscar.

Al momento volvió grupas, y acercándose al rey:

—Majestad —dijo ahí están las carrozas. La primera, en efecto, con dos señoritas y sus mujeres de servicio; la segunda lleva algunos criados; provisiones y equipajes.

—Bien, bien —respondió el rey con voz muy commovida—. Os ruego que vayáis a decir a esas damas que un caballero de la Corte desea presentarles sus respetos solamente a ellas.

El oficial partió al galope.

—¡Pardiez! —iba diciendo al correr—. He aquí un empleo nuevo y honroso, ¡por Cristo! Me quejaba de no ser nada y soy el confidente del rey. Un mosquetero! ¡Voy a reventar de orgullo!

Aproximóse a la carroza y desempeñó su comisión como mensajero elegante y entendido.

Dos damas iban, en efecto, en la carroza; la una de extraordinaria hermosura, aunque algo delgada; la otra menos favorecida por la naturaleza pero más viva, más graciosa, y reuniendo en los ligeros pliegues de su frente todas las pruebas de una voluntad decidida.

—Sus ojos vivos y penetrantes hablaban más elocuentemente que todas las frases amorosas corrientes de aquellos tiempos de galantería.

A ésta fue a la que se dirigió D'Artagnan sin engañarse, aunque, como ya hemos dicho, la otra fuese quizás más bonita.

—Señoras —dijo—, soy el teniente de los mosqueteros, y en el camino hay un caballero que os aguarda y que desea presentaros sus respetos.

A estas palabras, cuyo efecto, seguía curiosamente la dama de los ojos negros, dio un grito de alegría, se inclinó fuera de la portezuela, y, viendo correr al caballero, tendió los brazos gritando:

—¡Ah! ¡Mi querida Majestad! —Y las lágrimas saltaron de sus ojos.

El cochero detuvo las mulas, las mujeres de servicio levantáronse confusas en el interior de la carroza, y la segunda dama esbozó una reverencia, terminada por la más irónica sonrisa que la envidia haya podido dibujar en labios de mujer.

—¡María! ¡Querida María! —exclamó, el monarca estrechando entre sus manos la mano de la dama de los ojos negros.

Y abriendo él mismo la pesada portezuela, la atrajo fuera de la carroza con tanto ardor, que se halló en sus brazos antes de tocar tierra.

El teniente, desde el otro lado de la carroza, veía y oía sin ser notado. El rey ofreció su brazo a la señorita Mancini e hizo seña a los cocheros y a los lacayos de que continuasen su camino.

Serían las seis poco más o menos; el camino era fresco y delicioso; grandes árboles, con sus follajes todavía cuajados de dorado fruto, dejaban filtrar el rocío de la mañana suspendido como diamantes líquidos en sus móviles ramas; la hierba se extendía al pie de las hayas, las golondrinas describían su curso entre el cielo y el agua, y una brisa, perfumada por los bosques en su florescencia, corría a lo largo de este camino y rizaba la sabana de agua del silencioso río. Todas estas bellezas del día, todos estos perfumes de las plantas, todas estas aspiraciones de la tierra hacia el cielo embriagaban a los dos enamorados, que marchaban apoyado el uno en el otro, con los ojos en los ojos, las manos en las manos, y que retardando el paso por un mutuo deseo, no osaban hablar de tantas cosas como tenían que decirse.

El oficial advirtió que el caballo abandonado erraba acá y allá e inquietaba a la señorita Mancini. Fingió un pretexto para acercarse y detener al caballo, y, andando a pie entre las dos cabalgaduras que conducía del diestro, no perdió ni una palabra ni un gesto de los dos amantes. La señorita Mancini fue la que comenzó.

—¡Ah! ¡Mi querida Majestad! —exclamó—. ¿Con que me abandonáis?

—No —respondió el rey—; bien lo sabéis, María.

—Sin embargo, ¡tanto me habían dicho que cuando nos separásemos ya no os volveríais a acordar de mí!

—Querida María, ¿es ahora cuando advertís que estamos rodeados de gentes interesadas en engañarnos?

—¡Al fin, Majestad, ese viaje, esa alianza con España! ¡Os casan!

Luis bajó la cabeza.

Al mismo tiempo el oficial pudo observar lucir al sol las miradas de María Mancini, brillando como una daga sacada de la vaina.

—¿Y no habéis hecho nada por nuestro amor? —exclamó la joven después de un instante de silencio.

—¡Ah, señorita! ¿Cómo podéis creer eso? ¡Me he arrojado a los pies de mi madre, he pedido, he suplicado, he dicho que toda mi dicha consistía en vos; he

amenazado!

—¿Y qué? —preguntó vivamente María.

—¡Y qué! La reina madre ha escrito a la corte de Roma, y se le ha dicho que una unión entre nosotros no tendría ningún valor y que sería disuelta por el Padre Santo. En fin, viendo que no había esperanza para nosotros, he pedido que se demore, cuando menos, mi matrimonio con la infanta.

—Lo cual no impide que estéis en camino para ir en su busca.

—¡Qué queréis! A mis peticiones, a mis ruegos, a mis lágrimas se ha respondido con la razón de Estado.

—¿Y qué?

—¡Y qué! ¿Qué queréis hacer, señorita, cuando tantas voluntades se unen contra mí?

Esta vez fue María quien bajó la cabeza.

—Entonces, será necesario que os diga adiós para siempre —dijo ella—. Vos sabéis que me destierran, que me sepultan; sabéis que hacen más aún; sabéis que a mí también me casan.

Luis se puso pálido y llevóse una mano al corazón.

—Yo también he sido muy perseguida, y hubiera cedido si sólo se hubiese tratado de mi vida; mas he creído que se trataba de la vuestra, querida Majestad, y he combatido para conservares vuestro bien.

—¡Oh, sí! ¡Mi bien! ¡Mi amor! —murmuró el rey, quizás con más galantería que pasión.

—El cardenal hubiera cedido —dijo María—, si os hubierais dirigido a él insistiendo.

—El cardenal llamar, al rey de Francia sobrino! ¿Comprendéis, Majestad? Todo lo hubiera hecho por esto, aun la guerra misma; Su Eminencia; seguro de gobernar solo, bajo el doble pretexto de que él había educado al rey y él había dado su sobrina, hubiera combatido contra todas las voluntades y destruido todos los obstáculos. ¡Oh! Majestad, Majestad, os respondo de ello. Soy mujer y veo claro en todo lo que es amor.

Estas palabras produjeron en el rey una impresión singular. Hubiérase dicho que en lugar de exaltar su pasión la enfriaban; acortó el paso y dijo con precipitación:

—¿Qué queréis, señorita! Todo se ha frustrado.

—Excepto vuestra voluntad, ¿no es verdad, mi querida Majestad?

—¡Ah! —dijo el rey ruborizándose—. ¿Tengo yo acaso voluntad?

—¡Oh! —murmuró dolorosamente la señorita Mancini herida por estas palabras.

—El rey no tiene más voluntad que la que le dicta la lírica, la que le impone la razón Estado.

—¡Oh! ¡Eso es qué no sentís amor! Si me amaseis, tendríais voluntad.

Pronunciando estas palabras, María alzó los ojos sobre su amante, a quien vio pálido y más confundido que el desterrado que va a dejar para siempre la tierra donde nació.

—Acusadme —murmuró el rey—; pero no me digáis que no os amo. Un largo silencio siguió a estas palabras, que el monarca había pronunciado con un sentimiento verdadero y profundo.

—Yo no puedo pensar —prosiguió María, intentando el último esfuerzo—, que mañana, pasado mañana, ya no os veré más; no puedo pensar en ir a terminar mis tristes días lejos de París, que los labios de un viejo, dé un desconocido, toquen esa mano que tenéis entre las vuestras; no, no puedo pensar en eso sin, que se desespere mi corazón.

Y María Mancini se deshizo en lágrimas.

El rey, enternecido por su parte, llevóse el pañuelo a los labios y sofocó un sollozo.

—Mirad —dijo María—, los carroajes se han parado, mi hermana me espera, la hora es suprema, lo que vais a decir quedará decidido para siempre. ¡Oh, Majestad! ¿Estáis dispuesto a que os pierda? ¿Queréis, pues, Luis, que aquella a quien habéis dicho «os amo» pertenezca a otro que a su rey, a su señor, a su amante? ¡Oh! ¡Ánimo, Luis! ¡Una palabra, una sola palabra! Decid: «Yo quiero», y toda mi vida quedará encadenada a la vuestra y todo mi corazón os pertenecerá para siempre.

Nada contestó el rey.

María le miró entonces, como Dido miró a Eneas en los Campos Elíseos, desdeñosa y airada.

—¡Adiós, pues, dijó adiós la vida, adiós el amor...!

Y dio un paso para retirarse.

El rey la retuvo, le asió una mano, que llevó a sus labios, y arrastrándole la desesperación por el partido que parecía haber tomado interiormente, dejó caer sobre aquella linda mano una lágrima ardiente de sentimiento que hizo estremecer a María, como si efectivamente ésa lágrima la hubiese quemado.

Vio los ojos húmedos del monarca; su frente pálida, sus labios convulsos, y exclamó con acento imposible de describir:

—¡Oh! ¡Sois rey, lloráis, y yo me voy!

Por toda contestación, el rey ocultó su rostro en el pañuelo.

El oficial dio una especie de rugido que espantó a los dos caballos. Emocionada la señorita Mancini dejó al rey y subió precipitadamente a la carroza, gritando al cochero:

—¡Partid, partid pronto!

El cochero obedeció fustigando a las mulas, y la pesada carroza conmovióse sobre sus ejes chillones, mientras el rey de Francia, solo y abatido, no se atrevía a mirar ni adelante ni atrás.

## Capítulo XIV

---

Su Majestad y el teniente patentizan su respectiva memoria

Cuando el rey, lo mismo que todos los amantes del mundo, hubo mirado por mucho tiempo y atentamente cómo desaparecía en el horizonte la carroza que llevaba a su amada; cuando se hubo vuelto y revuelto cien veces hacia el mismo sitio, y cuando, por fin, hubo podido calmar un tanto la agitación de su pecho y de su alma, se acordó de que no estaba solo.

El oficial continuaba teniendo el caballo de la brida, sin perder toda esperanza de que el rey volviese de su resolución.

Aún había el recurso de montar a caballo y correr al lado de la carroza; nada se habría perdido por aguardar.

Pero la imaginación del teniente de mosqueteros era demasiado brillante y rica dejó atrás la del rey, que se guardó bien de llevarse a tal exceso de lujo.

Contentóse con acercarse al oficial, a quien dijo con doliente voz:

—Vamos... hemos terminado... a caballo.

El oficial imitó su manera, su angustia, y cabalgó lenta y tristemente sobre su montura; el rey picó delante y el teniente le siguió.

Cuando llegaron al puente, Luis volvióse por última vez. El oficial, paciente como un dios que tiene la eternidad delante y detrás de sí, espero aún que volviese a la energía, pero todo fue en vano. El rey llegó a la calle que conducía al castillo y entró en él cuando daban las siete.

Habiendo penetrado en el castillo el rey, y habiendo el mosquetero visto muy bien, él que todo lo veía, levantarse en la ventana del cardenal un pliegue de la tapicería, exhaló un profundo suspiro, cómo quien se ve libre de los más opresores lazos, y dijo a media voz:

—No hay duda que esto ha terminado.

El rey llamó a su gentilhombre.

—No recibiré a nadie antes de las dos, ¿entendéis, caballero?

—Majestad —observó el gentilhombre—, hay, sin embargo, alguien que solicita pasar.

—¿Quién?

—Vuestro teniente de mosqueteros.

—¿El que me ha acompañado?

—Sí, Majestad.

—¡Ah! —dijo el rey—. Vaya, qué pase.

El oficial entró.

El rey hizo una señal, a la cual salieron el gentilhombre y el ayuda de cámara.

Luis siguiólos con los ojos hasta que cerraron la puerta, y cuando volvieron a caer las tapicerías que la cubrían:

—Me recordáis con vuestra presencia, caballero —dijo el monarca—, lo que había olvidado encargaros, es decir, la discreción más absoluta.

—¡Oh! ¿Por qué se toma Vuestra Majestad el trabajo de hacerme tal recomendación? Bien se ve que no me conocéis.

—Sí, señor, es verdad; sé que sois discreto, mas como no había prescrito nada.

El oficial se inclinó.

—¿No tiene más que decirme Vuestra Majestad?

—No, caballero, y podéis retiraros.

—Alcanzaré el permiso de no hacerlo antes de haber hablado al rey, Majestad?

—¿Qué tenéis que decirme? Explicaos.

—Algo, Majestad, de ninguna importancia para vos, pero que me interesa considerablemente a mí. Perdonadme que os detenga. A no ser por la urgencia y por la necesidad, jamás lo hubiese hecho y habría desaparecido, mudo y pequeño como he sido siempre.

—¿Cómo desaparecido? No os comprendo.

—En una palabra —dijo el oficial—, vengo a solicitar mi licencia a Vuestra Majestad.

El rey hizo un movimiento de sorpresa, pero el oficial no se movió más que si hubiese sido una estatua.

—¿Vuestra licencia! ¿Y por cuánto tiempo?

—Para siempre, Majestad.

—¿Cómo! ¿Dejaréis mi servicio, caballero? —preguntó Luis con un movimiento que descubría algo más que la sorpresa.

—Majestad, tengo ese pesar.

—No puede ser.

—Sí, Majestad; me voy cargando de años; ya hace treinta y cuatro o treinta y cinco que llevo la armadura, y mis pobres hombros están muy cansados; veo que es necesario ceder el puesto a los jóvenes. Yo no soy del moderno siglo, no; todavía tengo un pie en el antiguo, de lo cual resulta que todo es extraño a mis ojos, que todo me sorprende y aturde. Por esto tengo el honor de pedir mi licencia a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey mirando al oficial, que llevaba la casaca con aire que hubiese dado envidia a un joven—; vos sois más fuerte y más vigoroso que yo.

—¡Oh! —respondió el oficial con sonrisa de falsa modestia—. Vuestra Majestad me dice eso porque aún tengo la presencia bastante buena y el pie bastante firme; porque voy bien a caballo, y porque mis bigotes aún son negros; pero, todo es vanidad de vanidades, ilusiones, humo. Verdad es que aún tengo el aspecto joven, pero soy viejo, y estoy seguro que antes de seis meses estaré cascado, gOTOSO, inútil. Así, pues, Majestad...

—Caballero —interrumpió el rey—; recordad vuestra palabra de ayer; en ese mismo sitio en que os encontráis, me decíais que estabais dotado de la mejor salud que había en Francia, que os era desconocido el cansancio, que no os molestaba pasar noches y días en vuestro puesto. Me habéis dicho todo eso, ¿sí o no? Apelad a vuestros recuerdos, caballero.

El oficial exhaló un suspiro.

—Majestad —dijo—, la vejez es vanidosa, y hay que perdonar a los viejos que hagan su elogio, ya que nadie se ocupa de ellos. Es posible que dijera eso, mas el hecho es, Majestad, que estoy muy cansado y pido mi retiro.

—Señor —añadió el rey dando un paso hacia el oficial con un gesto lleno de fineza—, veo que no me dais la razón verdadera; queréis dejar mi servicio, es cierto, pero me disfrazáis el motivo de esa retirada.

—Bien lo podáis creer, Majestad.

—Creo lo que veo, caballero; veo un hombre enérgico, lleno de presencia de espíritu, el mejor soldado de Francia tal vez, y nada del mundo me persuadirá que tenéis necesidad de descanso.

—¡Ah, Majestad! —dijo el teniente con amargura—. ¡Cuántos elogios! ¡En verdad que Vuestra Majestad me confunde! ¡Enérgico, vigoroso, entendido, valiente, el mejor, soldado del ejército! Pero, señor, Vuestra Majestad exagera mi escaso mérito hasta tal extremo, que por muy buena opinión que tenga de mí, no me conozco según esa pintura. Si yo fuese bastante vano para creer solamente en la mitad de las palabras de Vuestra Majestad, me miraría como hombre indispensable, y diría que un servidor, cuando reúne tantas y tan brillantes cualidades, es un tesoro sin precio. Debo decir, señor, que toda mi vida, excepto hoy, he sido juzgado, en grado inferior a lo que valía. Pero repito que Vuestra Majestad exagera.

El rey frunció el entrecejo, porque veía una sonrisa irónica y amarga en el fondo de las palabras del oficial.

—Vamos caballero —dijo—; tratemos francamente la cuestión: ¿Es que no os agrada mi servicio, decid? Nada de rodeos, respondedme categóricamente. Lo quiero.

El oficial, que hacía algunos instantes que arrollaba entre las manos su sombrero con aire bastante embarazado, levantó la cabeza a estas palabras.

—Majestad —respondió—, esas expresiones me dan algo más de confianza. A una pregunta hecha con tanta franqueza, responderé también francamente. Decir verdad es una cosa muy buena, tanto por el placer que se siente en calmar su corazón, como a causa de la rareza del hecho. Diré, pues, la verdad a mi rey, suplicándole al mismo tiempo que excuse la franqueza de un antiguo soldado.

El rey miró a su oficial con viva inquietud, que se manifestó por la agitación de su cara.

—Ea, pues, hablad —dijo—, porque estoy impaciente por escuchar las verdades que tenéis que decirme.

El oficial tiró su sombrero sobre una mesa, y su rostro, ya tan inteligente y tan marcial, tomó de repente un extraño carácter de solemnidad y grandeza.

—Señor —dijo—, dejo el servicio de Vuestra Majestad porque estoy descontento. Todo criado, en estos tiempos, puede acercarse con respeto a su amo, como yo hago ahora, darle el empleo de su trabajo, devolverle los instrumentos o útiles que ha puesto en sus manos, presentarle las cuentas de los fondos que le ha confiado y decirle: « Mi jornada ha terminado; pagadme, os lo ruego, y separémonos» .

—¡Caballero, caballero! —exclamó el rey encendido de cólera.

—¡Ah, Majestad! —dijo el oficial, doblando un momento la rodilla—. Jamás ningún servidor, fue más respetuoso que yo ante Vuestra Majestad, más me habéis mandado que diga la verdad. Ahora, pues, que he comenzado a decirla, es menester que brille, aun cuando me mandéis callarla.

Había impresa tal resolución en los contraídos músculos del oficial, que Luis XIV no tuvo necesidad de decirle que continuara; prosiguió, pues, mientras el rey lo miraba con curiosidad mezclada de admiración:

—Majestad, hace treinta y cinco años, como decía antes, que sirvo a la casa de Francia; pocas personas han gastado tantas espadas como yo en ese servicio, ¡y cuidado que las espadas de que hablo eran excelentes, Majestad! Yo era niño, ignorante en todas las cosas, excepto del valor cuando el rey vuestro padre, descubrió en mí un hombre. Yo era un hombre, Majestad; cuando el cardenal Richelieu, que conocía muy bien las cosas, adivinó en mí un enemigo. La historia de esta enemistad de la hormiga y el león pudisteis leerla desde la primera hasta la última línea en los archivos secretos de vuestra familia. Si alguna vez os da la gana, leedla, Majestad, pues bien vale la pena, y yo soy quien lo afirma.

En ella leeréis que el león cansado, fatigado y jadeante, pidió gracia por último, y preciso es hacerle esta justicia, también la hizo. ¡Oh! ¡Aquél fue un tiempo sembrado de batallas, como una epopeya del Tasso o del Ariosto! Las maravillas de ese tiempo, que el nuestro se negaría a creer, fueron para nosotros cosa de juego. Durante cinco años fui un héroe todos los días, por lo menos según me han dicho personas de mérito; ¡y es muy largo, creedme, Majestad, un heroísmo de cinco años! Sin embargo, lo creó, porque me lo han dicho esas gentes que eran buenos apreciadores. Llamábanse señor de Richelieu, señor de Buckingham, señor de Beaufort, señor de Retz, ¡rudo genio también éste en la guerra de las calles! En fin, el monarca Luis XIII, y aun la reina vuestra augusta madre, que un día tuvo la bondad de decirme: ¡Gracias! Yo no sé qué servicio tuve el honor de prestarle. Dispensadme, que pase tan apresuradamente; pero ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que esto que cuento ahora es la historia.

El rey mordióse los labios y se sentó con violencia en un sillón.

—Disgusto a Vuestra Majestad —dijo el teniente—. ¡Ved lo que es la verdad! Una compañera dura, llena de hierros que hiere a quien toca, y algunas veces a quien la dice.

—No, caballero —respondió el rey yo os he invitado a hablar; hablad, por tanto.

—Después del servicio del rey y del cardenal, el servicio de la regencia, Majestad; también me he batido mucho en la Fronda; mucho menos, sin embargo, que la primera vez.

Los hombres empezaban a disminuir de estatura. También he conducido a los mosqueteros de Vuestra Majestad en ciertas ocasiones peligrosas, que han quedado en la orden del día de la compañía. ¡Qué bella suerte era entonces la mía! Era yo el íntimo del señor Mazarino: « ¡Teniente por aquí! ¡Teniente por allá! ¡Teniente a la derecha! ¡Teniente a la izquierda! ». No se daba un cuarto en Francia sin que vuestro humilde servidor no fuera el encargado de distribuirlo; pero bien pronto no se contentó con Francia el señor cardenal, y me envió a Inglaterra por cuenta del señor Cromwell; otro caballero que no era lerdo, señor, respondo de ello. Tuve la honra de conocerle y pude apreciarlo. Mucho me habían prometido con respecto a esta misión, pero como hice alga muy distinto a lo que me encargaron hacer, fui pagado generosamente, pues se me nombró últimamente capitán de mosqueteros, es decir, el cargo más envidiado de la Corte, el que marcha delante de los mariscales de Francia; esto era justicia, porque quien dice capitán de mosqueteros, dice la flor y nata del soldado, el rey de los valientes.

—Capitán, caballero —replicó el rey—, seguramente os equivocáis; es teniente lo que queréis decir.

—No, Majestad, yo jamás me equivoco; refiérase Vuestra Majestad a mí

sobre este punto: el señor cardenal me dio el diploma.

—¿Y qué?

—Pero el señor Mazarino, y Vuestra Majestad lo sabe mejor que nadie, no da muchas veces, y aun algunas, vuelve a recibir lo que da; así es que me lo quitó cuando se hizo la paz y no tuvo ya necesidad de mí. Ciertamente que yo no era digno de reemplazar al señor de Tréville, de ilustre memoria; mas al fin se me había prometido, se me había dado, y las cosas debieron quedar aquí.

—¡Y esto es lo que os tiene descontento, caballero? Pues bien, tomaré informes; yo soy amante de la justicia, y vuestra reclamación, aunque hecha militarmente, no me desagrada.

—¡Oh! —exclamó el oficial—. Vuestra Majestad ha comprendido mal; no pido nada.

—Ese es un exceso de delicadeza, caballero; pero yo quiero cuidar de vuestros asuntos, y más tarde...

—¡Oh! ¡Majestad, qué palabra! ¡Más tarde! Ya hace treinta años que conozco esa palabra llena de bondad, que ha sido pronunciada por tan insignes personajes, y que a su vez acaba de pronunciar vuestra boca. ¡Más tarde! Así es como he recibido veinte heridas y llegado a la edad de cincuenta y cuatro años sin tener nunca un luis en mi bolsa; y sin haber encontrado nunca un protector en mi camino, ¡yo que he protegido a tantas personas! Así que cambio de fórmula, Majestad, y, cuando me dicen: «Más toma del», respondo: «enseguida». Lo que yo solicito es el descanso. Bien puede concedérseme, porque nada costará a nadie.

—No esperaba yo ese lenguaje, caballero, particularmente de parte de un hombre que siempre ha vivido al lado de los grandes. Olvidáis que estáis hablando al rey, a un caballero que es de tan buena casa como vos, supongo; cuando digo más tarde, está hecho.

—No lo dudo, Majestad; mas ved aquí el fin de esta terrible verdad que tenía que deciros: aun cuando viese sobre esta mesa el bastón de mariscal, la espada de condestable, la corona de Polonia, en vez de ese más tarde, os juro, señor, que también diría al instante. ¡Oh!, Dispensadme; soy del país de vuestro abuelo Enrique IV, y no hablo muchas veces, pero cuando hablo lo manifiesto todo.

—A lo que parece, no os incita el porvenir de mi reinado —dijo Luis con altanería.

—¡Olvido para todo! —exclamó el oficial con nobleza—. El amo ha olvidado al servidor, y ahora, el servidor se ve reducido a olvidar a su amo. Vivo en un tiempo desgraciado, señor; veo a la juventud llena de cobardía; la veo tímida y despojada, cuando debería ser rica y poderosa. Anoche, por ejemplo, abrí la puerta del rey de Francia a un rey de Inglaterra, del que yo, miserable; hubiese salvado al padre si Dios no se hubiera declarado en contra mía. ¡Dios, que inspiraba a su elegido, Cromwell! Abrí, digo, esa puerta, es decir, el palacio de un

hermano a un hermano, y he visto, ¡esto me apena el corazón!, y he visto al ministro de este rey arrojar al proscrito y humillar a su amo, condenando a la miseria a otro rey, su igual; en fin, he visto a mi príncipe, que es joven, hermoso y valiente, que tiene el valor en el corazón y el rayo en los ojos; le he visto temblar ante un cura que se ríe de él detrás de las cortinas de su alcoba, donde dirige en su lecho todo el oro de la Francia, que esconde enseguida en cofres desconocidos. Sí, comprendo vuestra mirada, Majestad. Soy atrevido hasta el extremo; ¡pero, qué queréis! Soy un viejo, y digo a vos, qué sois mi rey, cosas que haría volver a entrar en la garganta de quien las pronunciase delante de mí. Finalmente, me habéis mandado descubrir ante vos el fondo de mi corazón, y derramo a los pies de Vuestra Majestad la bilis que he depositado durante treinta años, como derramaría toda mi sangre si Vuestra Majestad me lo ordenase.

El rey enjugó, sin decir una palabra, el sudor frío y abundante que fluía de sus sienes.

El minuto de silencio que siguió a esta vehemente salida, representó para el que había hablado y para el que había escuchado siglos de padecimientos.

—Caballero —dijo al fin el rey—, habéis pronunciado la palabra olvido: yo no he oído más que esa palabra ya que sólo responderá. Otros han podido ser olvidadizos; pero yo no soy, y la prueba es que me acuerdo que cierto día de conmoción, que un día en que el pueblo furioso, furioso y mugidor como la mar, invadía el Palacio Real; que un día, en fin, que yo fingía dormir en mi lecho, un solo hombre, con la espada desnuda y escondido detrás de mi cabecera, velaba por mi vida, dispuesto a arriesgar la suya por mí, como ya la había arriesgado por mi familia. Aquel caballero; a quien yo preguntaba entonces su nombre, ¿no era el señor de D'Artagnan?

—Vuestra Majestad tiene buena memoria —respondió fríamente el oficial.

—Considerad ahora, señor —prosiguió el rey—, si tengo tales recuerdos de la infancia, los que puedo conservar en la edad de la razón.

—Vuestra Majestad ha sido ricamente dotado por Dios —dijo el oficial en igual tono.

—Veamos, señor de D'Artagnan —continuó Luis con una agitación febril—, ¿no seréis tan sufrido como yo? ¿No haréis lo que yo hago?

—¿Y qué hacéis, Majestad?

—Esperar.

—Vuestra Majestad puede hacerlo porque es joven, mas yo, señor, ¡ya no tengo tiempo para esperar! La vejez está a mi puerta y la muerte la sigue mirando hasta el fondo de mi casa. Vuestra Majestad comienza la vida, y está lleno de esperanza para el porvenir; pero, yo, estoy al otro lado del horizonte, y nos encontraremos tan lejos el uno del otro, que jamás tendré tiempo de esperar que Vuestra Majestad llegue hasta mí.

El rey dio una vuelta por la cámara; siempre enjugándose aquel sudor que

hubiera espantado a los médicos, si éstos hubiesen podido ver al rey en semejante estado.

—Está bien, señor —dijo entonces Luis XIV con voz seca—. ¿Deseáis vuestro retiro?

Lo tendréis. ¿Me presentáis vuestra dimisión del grado de teniente de mosqueteros?

—La pongo muy humildemente a los pies de Vuestra Majestad.

—Basta. Decretaré vuestra pensión.

—Quedaré obligado a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—, creo que perdéis un excelente amo.

—Estoy seguro de ello, Majestad.

—¿Encontraréis uno semejante?

—¡Oh! Vuestra Majestad es único en el mundo; no tomaré servicio por ningún rey de la tierra, ni tendré más amo que yo.

—¿Eso decís?

—Lo prometo a Vuestra Majestad.

—Recojo esa palabra, caballero.

D'Artagnan se inclinó.

—Y ya sabéis que tengo buena memoria —prosiguió el rey.

—Sí, Majestad, aunque deseo que esa memoria os falte ahora, para que olvidéis las miserias que me he visto precisado a manifestar. Su Majestad está a tal altura sobre los pobres y los pequeños, que así lo espero.

—Mi Majestad, caballero, hará lo que el sol, que todo lo ve, grandes y chicos, ricos y miserables, dando brillo a uno; calor a otros, y a todos la vida. Adiós, señor de D'Artagnan, adiós, sois libre.

Y Luis, dando un ronco sollozo que se perdió en su garganta, pasó rápidamente a la cámara inmediata.

D'Artagnan tomó su sombrero de la mesa en que lo había arrojado, y salió.

## Capítulo XV

---

### El proscrito

A ún no había bajado del todo la escalera D'Artagnan, cuando el rey llamó a su gentilhombre.

—Tengo un encargo que daros, caballero —dijo.

—A las órdenes de Vuestra Majestad.

—Esperad.

Y el joven rey púsose a escribir la carta siguiente, que le costó más de un suspiro, aunque al mismo tiempo brillaba en sus ojos algo semejante al sentimiento del triunfo.

*Señor cardenal:*

*Merced a vuestros consejos y a vuestra firmeza, he sabido vencer y domar una debilidad impropia de un rey. Habéis preparado demasiado hábilmente mi destino para que la gratitud no me detenga en el momento de destruir vuestra obra. He comprendido que no tenía razón en querer desviar mi vida del camino que le habéis trazado. Ciertamente, hubiera sido una desgracia, para Francia y para mi familia, que se rompiese la unión entre mi ministro y yo.*

*Esto es, no obstante, lo que a no dudar hubiera acontecido de hacer esposa mía a vuestra sobrina. Comprendo muy bien mi destino, y de hoy más, nada opondré a su cumplimiento. Estoy, pues, dispuesto a casarme con la infanta María Teresa, y desde este momento podéis fijar la apertura de las conferencias.*

*Vuestro afectísimo,*

LUIS.

El rey leyó la carta, y la selló por sí mismo.

—Esta carta para el señor cardenal —dijo.

Salió el gentilhombre. A la puerta del cuarto de Mazarino encontró a Bernouin que esperaba con ansiedad.

—¿Qué pasa? —preguntó el ayuda de cámara del ministro.

—Una carta para el cardenal —dijo el gentilhombre.

—¡Una carta! ¡Ah! Ya la esperábamos nosotros después del viaje de esta mañana.

—¡Ah! Sabíais que el rey ...

—En calidad de primer ministro, está en los deberes de nuestro cargo saberlo todo. ¿Y Su Majestad pide, ruega, según presumo?

—Yo no sé, pero ha suspirado muchas veces mientras la escribía.

—Sí, sí, sí, sabemos lo que quiere decir eso. Se suspira de dicha como de pena, señor.

—Sin embargo, el rey no tenía aspecto de muy contento cuando volvió de su viaje.

—No lo habréis visto bien. Además, tampoco habéis visto al rey sino a la vuelta, pues que únicamente le acompañaba su teniente de guardias. Pero yo tenía el telescopio de Su Eminencia, y miraba mientras él descansaba. Estoy cierto de que los dos lloraban.

—¡Y qué! ¡Lloraban también de felicidad?

—No, pero si de amor, y se juraban mil ternezas que Su Majestad sólo pide cumplir. Esta carta es un principio de ejecución.

—¿Y qué piensa Su Eminencia de este amor, que no es un secreto para nadie?

Bernouin cogió el brazo al mensajero de Luis, y al tiempo que subía la escalera:

—Confidencialmente —le dijo a media voz—, Su Eminencia espera buen éxito del asunto. Sé muy bien que tendremos guerra con España. Pero ¡bah!, la guerra contendrá a la nobleza. Su Eminencia, por otro lado, dotará regiamente, y aún más que regiamente, a su sobrina. Habrá dinero, fiestas y balazos, y todo el mundo estará contento.

—Bien, bien; pero me parece —dijo el gentilhombre encogiéndose de hombros— que esta carta es demasiado ligera para contener todo eso.

—Amigo —contestó Bernouin—, estoy seguro de lo que digo: todo me lo ha contado él señor de D'Artagnan.

—¡Bueno! ¡Y qué ha dicho? Veamos.

—Me he acercado a él —para adquirir noticias de parte del cardenal, se entiende, sin descubrir nuestros designios, porque el señor de D'Artagnan es un sabueso muy fino.

—«Apreciable Bernouin —me respondió—, el rey está loco enamorado de la señorita Mancini. Esto es todo lo que puedo deciros» .

¡Cómo! —le pregunté yo—. ¿Suponéis que eso llegue a tal punto que sea capaz de adelantarse a los intentos de Su Eminencia?

« ¡Ah! No me preguntéis, yo creo al rey es capaz de todo. Tiene una cabeza de hierro, y lo que quiere, lo quiere tenazmente. Si le ha venido en talante casarse con la señorita Mancini, se casará». Enseguida me dejó, se fue a las cuadras tomó un caballo que ensilló él mismo, cabalgó y salió como si lo llevase el demonio.

—De suerte, que creéis...

—Creo que el señor teniente de los guardias sabía algo más que no quería decir.

—Así, pues, el señor de D'Artagnan, en vuestra opinión...

—Corre, según todas las probabilidades, al lado de las desterradas, para dar los pasos útiles al éxito del amor de Su Majestad. Charlando de este modo negaron ambos confidentes a la puerta del cuarto del cardenal. Su Eminencia no tenía ya gota y paseaba impaciente por la cámara, escuchando por las puertas y mirando por las ventanas.

Bernouin entró seguido del gentilhombre, que tenía orden del rey de poner la carta en propias manos del cardenal. Mazarino cogió la carta; pero, antes de abrirla, compuso una sonrisa de circunstancias, aire cómodo para velar las emociones de cualquier género que fuesen. De esta forma, cualquiera que fuese la impresión que recibiera de la carta, ningún reflejo de ella se manifestó en su semblante.

—Muy bien —dijo después de haber leído y releído la carta—; magnífico, caballero; anunciad al rey que le doy las gracias por su obediencia a los deseos de la reina madre, y que voy a hacer todo lo necesaria para que se cumpla su voluntad.

El gentilhombre salió. Apenas se cerró la puerta, Su Eminencia, que no tenía máscara para Bernouin; se arrancó aquélla con que momentáneamente se había cubierto el rostro, y con expresión más sombría:

—Llamad al señor de Brienne —ordenó.

El secretario entró cinco minutos después.

—Acabo de hacer un buen servicio a la monarquía —le dijo Mazarino—, el mayor que le he prestado en mi vida. Llevaréis esta carta que da fe de ello al cuarto de Su Majestad la reina madre, y cuando ésta os la devuelva, la pondréis en el cartón B, lleno de documentos y de piezas relativas a mis servicios.

Brienne salió, tomó esta carta tan importante que estaba abierta y no dejó de leerla por el camino. Esto sin contar con que Bernouin, que estaba bien con todo el mundo, se aproximó lo bastante al secretario para poder leer por encima de su hombro. La noticia se extendió por el castillo con tanta rapidez, que Mazarino temió un momento que llegase a oídos de la reina antes que el señor de Brienne pusiese en sus manos la carta de Luis XIV: Un momento después estaban dadas

todas las órdenes para la marcha, y el príncipe de Condé, habiendo ido a visitar al rey a la hora de levantarse, inscribió en su registro la ciudad de Poitiers como lugar de morada y descanso para Sus Majestades.

De este modo desanudábase en algunos instantes una intriga que había ocupado sordamente a todas las diplomacias de Europa. Y, sin embargo, sólo había tenido por resultado positivo hacer perder a un pobre teniente de mosqueteros su carrera y su fortuna. Verdad es que, en cambio, ganaba su libertad.

Pronto sabremos cómo el señor de D'Artagnan se sirvió de ella. De momento, si el lector nos lo permite volvamos a la hostería *Los Médicis*, una de cuyas ventanas se abría en el instante de darse las órdenes en el castillo para la marcha del rey.

Esta ventana que se abría, pertenecía a una de las habitaciones de Carlos. El infeliz príncipe había pasado la noche en insomnio, con la cabeza entre las manos y apoyados los codos sobre la mesa. Parry, entretanto, achacoso y viejo, se había dormido en un rincón, cansado de cuerpo y de espíritu. ¡Singular destino del fiel servidor, que veía comenzar de nuevo en la segunda generación la terrible serie de desgracias que pesara sobre la primera! Cuando Carlos II hubo considerado extensamente la nueva derrota que acababa de sufrir; cuando hubo comprendido bien el aislamiento completo en que había caído, viendo escapar su nueva esperanza, fue acometido de vértigo y cayó pesado en el ancho sillón en que estaba sentado.

Entonces Dios tuvo piedad del infortunado príncipe y le envió el sueño, hermano inocente de la muerte.

Así durmió hasta las seis y media, esto es, cuando el sol resplandecía ya en su habitación, y cuando Parry, inmóvil por el temor de despertarle, consideraba con dolor profundo los ojos del joven enrojecidos por el insomnio, y sus mejillas ya pálidas, por los sufrimientos y privaciones.

Por último, el ruido de algunos carros, que bajaban hacia el Loira, despertó a Carlos. Se incorporó, miró en derredor suyo como hombre que todo lo ha olvidado, vio a Parry, estrechóle la mano y le mandó que pagase los gastos a maese Cropole. Maese Cropole, forzado a arreglar sus cuentas con Parry, se condujo, fuerza es decirlo, como persona de bien sólo hizo su advertencia acostumbrada, es decir, que los dos viajeros no habían comido, lo cual tenía la doble desventaja de ser humillante para su cocina y de obligarle a pedir el precio de una comida no empleada, y no obstante, pedida. Parry no encontró nada que decir y pagó.

—Espero —dijo el rey— que no habrá sucedido lo mismo con los caballos. Yo no veo en vuestra cuenta que hayan comido y sería una desgracia para viajeros que, como nosotros, tienen que hacer una larga jornada, encontrar debilitados los caballos.

A esta duda, maese Cropole tomó su aire, de majestad; y contestó que el establo de Los Médicis no era menos hospitalario que su comedor.

El rey montó a caballo, su antiguo servidor hizo otro tanto, y ambos tomaron el camino de París sin haber encontrado a casi nadie durante su tránsito por las calles y barrios de la ciudad.

Este golpe era para el príncipe tanto más terrible cuanto que era un nuevo destierro. Los desgraciados se adhieren a las menores esperanzas como los aventureros a las mayores felicidades, y cuando es necesario abandonar el lugar donde esas esperanzas han acariciado el corazón, experimenta el mortal disgusto que siente el desterrado cuando pone el pie en el barco que debe conducirle a su destierro. Esto consiste, aparentemente, en que el corazón, herido ya tantas veces, padece mucho al golpe más insignificante; que considera como un bien la ausencia momentánea del mal, que no es otra cosa que la ausencia del dolor, que, en fin, en los más terribles infortunios, el cielo derrama la esperanza, como aquella gota de agua que el rico malo demandaba a Lázaro.

La esperanza de Carlos II no había sido más que una fugitiva alegría, al verse bien acogido por su hermano Luis. Entonces aquella esperanza había tomado cuerpo y convertíose en realidad; pero, luego, de repente, la negativa del cardenal había hecho descender la realidad ficticia al estado de sueño. La promesa de Luis XIV, tan pronto destruida, no había sido más que una irrigación. Irrigación como su corona, como su cetro y como sus compañeros; como todo lo que había rodeado su regia infancia y abandonado su juventud proscrita. ¡Irrigación! Todo era irrigación para Carlos II, excepto ese reposo frío y negro que le prometía la muerte.

Estas eran las ideas del infeliz príncipe cuando, inclinado sobre su caballo, cuyas riendas, había abandonado, marchaba bajo el sol caliente y dulce del mes de mayo, en el cual la cruel misantropía del desterrado añadía un insulto más a su dolor.

## Capítulo XVI

---

Remember!

Cierto jinete que pasaba rápidamente por el camino subiendo hacia Blois, de donde había salido una media hora antes, poco más o menos, cruzóse con los dos viajeros, saludándolos al pasar. Apenas puso el rey la atención en aquel joven, porque el tal jinete de que hablamos era un joven de veinticinco a veintiséis años, el cual volvíase de vez en cuando y hacía demostraciones de amistad a un hombre que estaba de pie ante la verja de una casa, bella, blanca y roja, esto es, de piedra y ladrillo y con el techo de pizarra, situada a la izquierda del camino que llevaba el príncipe.

Este hombre, viejo, alto y cenceño, de blancos cabellos (hablamos del que permanecía junto a la verja); este hombre correspondía a las señas que le hacía el joven, con otros signos de despedida, tan tiernos como los hubiese hecho un padre. El joven concluyó por desaparecer en el primer recodo del camino, adornado de hermosos árboles, y el viejo se disponía ya para volver a casa, cuando llamaron su atención los dos viajeros que pasaban entonces por enfrente de la verja.

Ya hemos dicho que el rey marchaba con la cabeza inclinada, los brazos caídos, y dejando ir al paso y casi a su capricho el caballo que montaba. Parry en pos de él y para dejarse penetrar mejor por la tibia influencia del sol, se había quitado el sombrero y paseaba sus miradas a derecha e izquierda del camino. Sus miradas topáronse con las de aquel viejo recostado en la verja, el cual, como si presenciase algún extraño espectáculo, prorrumpió en una exclamación y dio un paso hacia ambos viajeros.

Inmediatamente, pasaron los ojos desde Parry al rey, sobre el cual se fijaron un instante. Por rápido que fuese este examen, no dejó de reflejarse al momento

y de manera visible en el semblante del anciano; porque apenas hubo reconocido al más joven de los viajero, juntó primero las manos con respetuosa sorpresa y, alzando el sombrero de su cabeza, saludó tan profundamente que hubiérase dicho que se arrodillaba.

Por muy distraído, o más bien, por muy sumido que fuese el rey en sus reflexiones, aquella demostración no pudo menos de extrañarle.

¡Deteniendo Carlos su caballo y volviéndose a Parry!

—Dios mío —murmuró Parry—, ¿quién es ese hombre que me saluda de ese modo? ¿Me conocerá por ventura?

Parry, muy emocionado y pálido, había conducido su caballo hacia la verja.

—¡Ah, señor! —dijo deteniéndose de repente a cinco o seis pasos de distancia del anciano que proseguía de rodillas—. Me veis así tan asombrado, porque me parece que reconozco a este buen hombre. ¡Ah, sí! Es el mismo. ¡Permitе Vuestra Majestad que le hable? ¿Por qué no?

—¿Sois vos, señor Grimaud? —preguntó Parry.

—Sí, yo soy —dijo el anciano levantándose, mas sin perder nada de su referente actitud.

—Señor —dijo entonces Parry—, no me había engañado, este hombre es el servidor del conde de la Fère, si os acordáis, es aquel dignísimo caballero de quien tantas veces he hablado a Vuesstra Majestad, y cuyo recuerdo debe haber quedado, no sólo en su memoria, sino también en su corazón.

—¿Es quien asistió al rey mi padre en sus últimos instantes? —preguntó Carlos.

Y se estremeció visiblemente a este recuerdo.

—Justamente, señor.

—¡Ah! —exclamó Carlos.

Y dirigiéndose enseguida a Grimaud, cuyos ojos, vivos e inteligentes, parecían buscar y adivinar su pensamiento, le preguntó:

—Amigo mío, vuestro amo el conde de la Fère, ¿habita en estas cercanías?

—Aquí —respondió Grimaud señalando con el brazo extendido hacia atrás la verja de la casa blanca y roja.

—¿Y está en casa ahora el señor conde?

—Al fondo, bajo los castaños.

—Parry —dijo el rey—, no quiero perder esta ocasión tan propicia para mí de dar las gracias al caballero a quien mi casa debe tan raro ejemplo de generosidad y de sacrificio. Tened mi caballo, amigo mío, os lo suplico.

Y, poniendo la brida en manos de Grimaud, entró el rey solo en casa de Athos, como un igual en casa de su igual. Carlos comprendió aquella explicación tan concisa de Grimaud: «al fondo, bajo los castaños»; dejó, pues, la casa a la izquierda, y marchó recto hacia la avenida designada. La cosa era fácil; la cima de aquellos grandes árboles, cubiertos de hojas y de flores, sobrepujaba a la de

todos los demás.

Al llegar a los rombos, unas veces luminosos, y otras, sombríos, que manchaban el suelo de esta calle de árboles, conforme a los caprichos de sus bóvedas más o menos frondosas; el príncipe distinguió a un caballero que se paseaba con los brazos en la espalda y que parecía sumido en tranquila reflexión. Sin duda alguna Carlos habíase imaginado muchas veces cómo era aquel caballero, porque sin vacilar lo más mínimo se fue derecho a él. Al ruido de sus pasos, el conde de la Fère levantó la cabeza, y viendo un desconocido de aspecto noble y elegante que se acercaba, levantó su sombrero de la cabeza y aguardó. A los pocos pasos de distancia, Carlos II se quitó el suyo, y como para responder a la muda interrogación:

—Señor conde —dijo—, vengo a cumplir con vos un deber. Hace mucho tiempo que tengo que expresaros mi reconocimiento profundo. Yo soy Carlos II, hijo de Carlos Estuardo, que reinó en Inglaterra y murió en el cadalso.

Al oír este nombre ilustre, Athos sintió correr frío por sus venas; mas a la vista de aquel joven príncipe, de pie y descubierto en su presencia, dos lágrimas vinieron a turbar el límpido azul de sus hermosos ojos.

Inclinóse respetuosamente; pero el príncipe le tomó la mano.

—Mirad si soy desdichado, señor conde —dijo Carlos—; ha sido menester que la casualidad me acerque a vos. ¡Ay! En lugar de tener a mi lado a las personas a quienes amo, me veo reducido a conservar sus servicios en mi corazón, y sus nombres en mi memoria, de tal modo, que a no ser por vuestra criado, que ha reconocido al mío, hubiera pasado por delante de vuestra puerta como por delante de la de un extraño.

—Es verdad —dijo Athos contestando con la voz a la primera parte de la frase del príncipe y con un saludo a la segunda—; es verdad; malos días ha alcanzado Vuestra Majestad.

—Y los más malos, ¡ay! —respondió Carlos— están tal vez todavía por venir. Esperemos; Majestad.

—¡Conde, conde! —continuó Carlos moviendo la cabeza—, he esperado hasta ayer noche, y os juro que esto era de buen cristiano.

Athos miró al rey como para preguntarle.

—La historia es fácil de contar —dijo Carlos II—; proscrito, despojado, desdeñado, me resolví, a pesar de todas mis repugnancias, a tentar por última vez la suerte. ¿No está escrito allá arriba que para nuestra familia toda ventura y desventura vendrá eternamente de Francia? Algo sabéis de esto, señor conde, vos, que sois uno de los franceses a quienes mi desdichado padre encontró al pie del cadalso el día de su muerte, después de haberlos encontrado a su derecha los días de batalla.

—Majestad —dijo humildemente Athos—, no estaba solo, y mis compañeros y yo cumplimos en aquella circunstancia con nuestro deber de caballeros y nada

más. Pero Vuestra Majestad iba a hacerme el honor de referir...

—Es cierto. Yo tenía la protección... Perdonad que vacile, conde, mas, para un Estuardo, bien comprenderéis esto vos, que comprendéis todas las cosas: la palabra es dura de pronunciar. Tenía, digo, la protección de mi Primo el estatúder de Holanda; mas, sin la intervención, o al menos la autorización de Francia, el estatúder no quiere tomar la iniciativa. He venido a solicitar esta autorización al rey de Francia, y me la ha negado.

—¿El rey os la ha negado, señor?

—¡Oh!, no; debo hacer justicia a mi hermano Luis; sino el señor Mazarino.

Athos mordióse los labios.

—Creéis tal vez que debía esperarme esa negativa? —dijo el rey, que había notado aquel movimiento.

—Ese era efectivamente mi pensamiento, señor —replicó respetuosamente el conde—; yo conozco muy a fondo a ese italiano.

—Entonces, me decidí a llevar las cosas al último extremo y saber al instante la última palabra de mi destino, y dije a mi hermano Luis, que, para no comprometer ni a Francia ni a Holanda, tentaría la suerte por mí mismo en persona, como ya lo he hecho, con doscientos caballeros si quería dármelos, o un millón si quería prestármelo.

—¿Y qué, señor?

—¡Qué...! En este instante siento una cosa extraña, que sin duda es la satisfacción de la desesperación. Hay en ciertas almas, y acabo de conocer que la mía es de este número, una satisfacción real en la seguridad de que todo está perdido, y que por fin ha llegado la hora de sucumbir.

—¡Oh! Espero —dijo Athos—, que Vuestra Majestad no ha llegado aún a tal extremo.

—Para decirme eso, señor conde, y para pretender reanimar la esperanza de mi corazón, es preciso que no hayáis comprendido bien lo que acabo de deciros. He venido a Blois, conde, a fin de pedir a mi hermano Luis la limosna de un millón, con el cual tenía la esperanza de restablecer, mis asuntos; y mi hermano Luis me lo ha negado. Ya veis cómo todo está perdido.

—Vuestra Majestad me permitirá que le responda con un parecer contrario:

—¡Cómo! ¿Me conceptuáis un talento tan vulgar que no sepa comprender mi posición?

—Señor, siempre he visto que en las posiciones desesperadas es cuando estallan de repente los grandes cambios de fortuna.

—Gracias, conde; es muy consolador encontrar corazones como el vuestro; es decir, bastante confiados en Dios y en la monarquía para no desconfiar nunca de una fortuna regia por muy bajo que haya caído. Desgraciadamente, vuestras palabras, querido conde, son como esos remedios que se llaman soberanos, y que, sin embargo, no pudiendo curar más que las llagas curables, estréllanse

contra la muerte. Gracias por vuestra perseverancia en consolarme, conde; gracias por vuestro recuerdo. Pero ya sé a qué atenerme en este asunto. Nada me salvará ya. Estoy tan persuadido de ello, amigo; mío, que tomaba el camino del destierro con mi viejo Parry, y volvía a saborear mis punzantes dolores en ese mísero retiro que me ofrece Holanda. ¡Allí, creedme, conde, todo terminará muy pronto, pues vendrá la muerte a pasos acelerados, tantas veces llamada por este cuerpo que roe al alma, y por esta alma que aspira a los cielos!

—Vuestra Majestad tiene madre, una hermana y hermanos; Vuestra Majestad es el jefe de la familia y debe pedir al cielo una larga vida, en vez de una próxima muerte. Vuestra Majestad está proscrito y fugitivo; pero tiene un derecho, y debe aspirar a los combates y a los peligros, y no al descanso del cielo.

—Conde —dijo Carlos II con una sonrisa de indefinible angustia—: ¿habéis oído decir jamás que un rey haya reconquistado su reino con un servidor de la edad de Parry, y trescientos escudos que ese servidor tiene en su bolsa?

—No, señor; pero he oído decir, y más de una vez, que un monarca destronado ha reconquistado su monarquía con voluntad energética, perseverancia, amigos, y un millón de francos hábilmente empleados.

—¿Entonces no me habéis comprendido? Ese millón lo he pedido a mi hermano Luis, y no lo he conseguido.

—Señor —dijo Athos—, ¿me concede Vuestra Majestad unos momentos todavía, para escuchar lo que me resta por decir?

Carlos II miró fijamente a Athos.

—De buen grado, caballero —dijo.

—Entonces, voy a enseñar a Vuestra Majestad el camino —repuso el conde dirigiéndose hacia la casa. Y condujo al monarca a su gabinete, donde le hizo sentar.

—Señor —le dijo—, ahora poco me ha dicho Vuestra Majestad, que en el estado en que se hallan las cosas en Inglaterra le bastaría un millón para reconquistar su trono.

—Para intentarlo al menos, y para morir como rey si no lo alcanzaba.

—Pues bien, señor, tenga a bien Vuestra Majestad escuchar lo que me resta por decir, según la promesa que me ha hecho.

Carlos dio su asentimiento, Athos se fue derecho a la puerta, cuyo cerrojo corrió, después de haber mirado si alguna persona escuchaba en los alrededores.

—Señor —dijo volviéndose—, Vuestra Majestad ha tenido a bien acordarse que yo asistí al muy noble y desgraciado Carlos I, cuando sus verdugos le conducían desde Saint-James a White Hall.

—Sí, me he acordado, y nunca me olvidaré.

—Historia fúnebre de amargo recuerdo es ésta para un hijo que sin duda se la ha hecho ya contar muchas veces; mas, sin embargo, debo volver a contárosla

sin omitir detalle.

—Hablad, caballero.

—Cuando el rey vuestro padre subió al patíbulo, mejor dicho, cuando pasó desde su cámara al patíbulo alzado fuera de su ventana, todo estaba preparado para su fuga. El verdugo habíase alejado, un agujero estaba practicado en el pavimento de su habitación, y yo mismo estaba debajo del fúnebre tablado, que de pronto oí crujir bajo sus pasos...

—Parry me ha contado esos terribles detalles, señor.

Athos se inclinó y continuó:

—He aquí lo que no ha podido contarnos, porque lo que sigue sucedió entre Dios, vuestro padre y yo, y jamás hice esta revelación, ni aun a mis más íntimos amigos: « Apártate, dijo la augusta víctima al verdugo enmascarado, déjame por un instante, pues ya sé que te pertenezco; mas ten cuidado de no herirmé hasta que yo dé la señal, porque deseo hacer libremente mis oraciones» .

—Perdonadme —dijo, Carlos II palideciendo—, pero vos, conde, que sabéis tantos pormenores de este funesto acontecimiento, pormenores que, como decíais ahora mismo, no han sido revelados a nadie, ¿sabéis el nombre de ese verdugo infernal, de ese cobarde que ocultó, su rostro para asesinar impunemente a un...?

Athos también palideció ligeramente.

—¿Su nombre? —dijo—. Si, lo sé, pero no puedo manifestarlo.

—¿Y qué ha sido de él...? Porque nadie en Inglaterra ha conocido su destino.

—Ha muerto.

—Pero ¿no en su lecho, no de una muerte natural y dulce; no de la muerte de los hombres honrados?

—Ha muerto de muerte violenta en una noche terrible, entre la cólera de los hombres y la tempestad de Dios. Su cuerpo, herido de una puñalada, rodó por las profundidades del Océano. ¡Dios perdone a su matador!

—Entonces, adelante —dijo Carlos II, que comprendió que el conde no quería decir más.

—El rey de Inglaterra, después de haber hablado, como he dicho, al verdugo enmascarado, añadió: « No me herirás, oyelo bien, hasta que yo extienda los brazos diciendo: *Remember!* » .

—En efecto —dijo Carlos con voz sorda—, sé que esa fue la última palabra que pronunció mi desdichado padre. Pero ¿con qué objeto y para quién?

—Para el caballero francés que estaba debajo del cadalso.

—¿Para vos, señor?

—Sí, Majestad; cada una de las palabras que entonces pronunció encima de las tablas del patíbulo, cubiertas con un paño negro, resuenan todavía en mis oídos. El rey puso entonces una rodilla en tierra: « Conde de la Fère », dijo, « ¿estás ahí? » . « Sí, Majestad », contesté yo. Entonces se inclinó el rey.

También Carlos II, palpitante de interés y de ardiente dolor, se inclinó hacia Athos para recoger una a una, las palabras que dijese el conde. Su cabeza tocaba con la de Athos.

—Entonces —continuó el conde—, se inclinó el rey. « Conde de la Fère, dijo, no he podido ser salvado por vos; no debía serlo. Ahora, oíd, aunque tenga que cometer un sacrilegio. Sí, he hablado a los hombres; sí, he hablado a Dios, y os he hablado a vos el último. Para sostener una causa que creía sagrada, he perdido el trono de mis padres y gastado la herencia de mis hijos».

Carlos II ocultó la cara entre las manos, y una lágrima ardiente se deslizó por entre sus dedos blancos y delgados.

—« Me queda un millón en oro, prosiguió el rey, que enterré en los subterráneos del castillo de Newcastle en el momento en que, salí de esta ciudad».

Carlos levantó la cabeza con expresión de dolorosa alegría, que hubiera arrancado sollozos a cualquiera que conociese su inmenso infortunio.

—¡Un millón! —exclamó—. ¡Oh, conde!

—« Vos sólo sabéis que existe este dinero, y haréis uso de él cuando creáis que es tiempo para el mayor bien de mi hijo primogénito. Y ahora, conde de la Fère, decidme adiós» . « ¡Adiós, adiós, Majestad! » , grité yo.

Carlos II se incorporó, y fue a apoyar su ardiente frente en la ventana.

—Entonces fue —continuó Athos— cuando el rey dijo la palabra *Remember*, dirigida a mí. Ya, veis, señor, que me he acordado.

El rey no pudo resistir a su emoción. Athos advirtió el movimiento de sus hombros, que ondulaban convulsivamente, y oyó los sollozos que al pasar desgarrraban su pecho. El mismo guardó silencio, sofocado por el cúmulo de recuerdos que había despertado en aquella regia cabeza.

Carlos II, con violento esfuerzo, se alejó de la ventana devorando sus lágrimas, y volvió a sentarle al lado de Athos.

—Señor —dijo éste—, hasta hoy había creído que aún no había llegado el momento de emplear ese último recurso; pero con los ojos fijos en Inglaterra conocía que se acercaba. Mañana iba a informarme en qué sitio del mundo estaba Vuestra Majestad, para ir en su busca; Vuestra Majestad viene a mí, y esto es una indicación de que el cielo está con nosotros.

—Señor —dijo Carlos con voz aún más alterada por la emoción—, sois para mí lo que hubiera sido un ángel enviado por Dios: sois mi salvador, salida de la tumba misma de mi padre; mas, creedme, después de diez años que las guerras civiles han agitado a mi país, destruyendo a los hombres y socavando el suelo, no es probable que haya quedado oro en las entrañas de mi tierra, como no ha quedado amor en los corazones de mis súbditos.

—Señor, el lugar en que Su Majestad sepultó el millón lo conozco perfectamente, y estoy seguro que nadie ha podido descubrirlo. Además, el

castillo de Newcastle ¿está acaso enteramente arruinado? ¿Lo han demolido, piedra por piedra, y desarraigado del suelo hasta la última fibra?

—No, aún está en pie; pero en este momento lo ocupa y está acampado en él el general Monk. Ya lo veis, el único lugar donde me espera un auxilio, o donde poseo un recurso está invadido por mis enemigos.

—El general Monk, Majestad, no puede haber descubierto el tesoro de que os hablo.

—Sí; pero ¿he de ir a entregarme a Monk para recobrar ese tesoro? ¡Ah! Ya lo veis, conde; es preciso acabar con el destino, pues me echa por tierra cada vez que me levanto. ¿Qué debo hacer, con Parry por único servidor, con Parry, a quien Monk ya ha arrojado de su presencia? No, no, conde, aceptemos este último golpe.

—Lo que Vuestra Majestad no puede hacer, lo que Parry no puede hacer, ¿suponéis que yo pueda conseguirllo?

—¡Vos, conde! ¡Irás vos!

—Si así place a Vuestra Majestad —dijo Athos saludando al rey—, sí, iré señor.

—¡Vos tan feliz aquí, conde!

—Jamás soy dichoso, señor, cuando me queda un deber que cumplir, y es un deber supremo que me ha legado vuestro padre velar por vuestra fortuna y hacer uso regio de su dinero. Hágame Vuestra Majestad una indicación y parto a su lado.

—¡Ah, caballero, caballero! —dijo Carlos olvidando toda etiqueta real y arrojándose al cuello de Athos—. Me demostrarás que existe un Dios en los cielos, y que este Dios envía a veces mensajeros a los desgraciados que gimen en la tierra.

—Athos, muy conmovido par el entusiasmo del joven príncipe, le dio las gracias con respeto profundo; y se acercó a la ventana.

Grimaud —dijo—, mis caballos.

—¡Cómo! ¿Así, de pronto? —dijo el rey—. ¡Ah! Señor, sois, en verdad, un hombre maravilloso.

—Señor —dijo Athos—; no, para mí no hay nada más apremiante que el servicio de Vuestra Majestad. Por otra parte —añadió sonriendo—, es una costumbre contraída hace mucho tiempo al servicio de la reina, vuestra tía, y del monarca, vuestro padre. ¿Cómo habría de perderla precisamente en el momento en que se trata del servicio de Vuestra Majestad?

—¡Qué hombre! —murmuró el rey.

Y añadió, tras un instante de reflexión:

—No, conde, yo no puedo exponeros a semejantes privaciones. No tengo nada para recompensar semejantes servicios.

—¡Bah! —dijo Athos riendo—. Vuestra Majestad se burla, porque tiene un

millón.

—¡Ah, que yo fuese rico siquiera en la mitad de esa suma, señor! Ya hubiera levantado un regimiento. Pero a Dios gracias, aún me quedan algunos rollos de oro y algunos diamantes de familia. Espero que Vuestra Majestad se dignara partírlos con un servidor decidido.

—Con un amigo, conde, mas con la condición de que este amigo partirá conmigo más tarde.

—Señor —dijo Athos abriendo una cajita, de la que sacó el oro y las alhajas, ved cómo ahora somos bastante ricos. Felizmente, seremos cuatro contra los ladrones. La alegría hizo afluir la sangre a las pálidas mejillas de Carlos II. Enseguida vio aproximarse al peristilo dos caballos de Athos conducidos por Grimaud, que ya estaba calzado para el camino.

—Blaisois, esta carta para el vizconde de Bragelonne. Para todo el mundo he ido a París. Os ruego cuidéis de la casa, Blaisois.

Éste se inclinó, abrazó a Grimaud y cerró la ventana.

## Capítulo XVII

---

Búscase a Aramis y sólo se encuentra a Bazin

No habían pasado dos horas desde la marcha del amo de la casa; quien a la vista de Blaisois había tomado el camino de París cuando un jinete montado en un buen caballo pío paróse delante de la verja, y un ¡holá! sonoro llamó a los palafreneros que aún hacían corro con los jardineros alrededor de Blaisois, historiador ordinario de la gente de librea del castillo. Este ¡holá!, conocido, indudablemente, de maese Blaisois, le hizo volver la cabeza, y exclamar:

—¡Señor de D'Artagnan...! ¡Corred pronto vosotros, y abridle la puerta!

Un grupo de ocho mocetones corrió a la verja, la cual fue abierta como si hubiera sido de plumas, y todos se deshacían en cumplimientos porque sabían la acogida que el amo solía hacer a este amigo.

—¡Ah! —dijo sonriente D'Artagnan, que se balanceaba sobre el estribo para saltar en tierra—. ¿Dónde está ese querido conde?

—¡Ay, señor, cuánta es vuestra desgracia —exclamó Blaisois—, y cuál será también la pena del señor conde, nuestro amo, cuando sepa vuestra llegada! Por una casualidad, acaba de marchar hace dos horas.

D'Artagnan no se apuró por tan poca cosa.

—Bueno —dijo—, veo que siempre hablas con la mayor corrección del mundo; vaya, me darás una lección de gramática y de buen lenguaje; mientras espero el regreso de tu amo.

—Imposible, señor —dijo Blaisois—, tendríais que aguardar mucho tiempo.

—¿No volverá hoy?

—Ni mañana, señor, ni pasado mañana; el señor conde ha salido para hacer un viaje.

—¡Un viaje! —dijo D'Artagnan asombrado.

—¿Me cuentas un cuento?

—Señor, es la pura verdad. El conde me ha hecho el honor de confiarle la casa, añadiendo con su voz de autoridad y de dulzura: «Dirás que he ido a París».

—Entonces, bueno —exclamó D'Artagnan—, puesto que camina hacia París; ya tengo todo lo que deseaba saber; por allí debiste comenzar, tonto... ¿Lleva dos horas de delantera?

—Sí, señor.

—Pronto le habré alcanzado. ¿Va solo?

—No, señor.

—¿Quién va con él?

Un caballero a quien desconozco; un anciano y el señor Grimaud.

—Todos juntos no correrán tanto como yo... Me voy.

—¿Queréis escucharme un momento? —dijo Blaisois apoyándose blandamente en las riendas del caballo:

—Sí; procura ser breve.

—Pues bien, señor, esa palabra de París me parece una añagaza.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. ¿Una añagaza?

—Sí, señor, y juraría que el señor conde no va a París.

—¿Qué te hace creer eso?

—Lo siguiente: el señor Grimaud sabe siempre dónde va nuestro amo, y me tenía prometido que la primera vez que fuera a París llevaría consigo algún dinero para mi mujer.

—¡Ah! ¿Tienes mujer?

—Tenía una de esta tierra; pero el amo la encontraba picotera y yo la he enviado a París; esto es incómodo a veces; pero muy agradable en otras.

—Entiendo, pero termina: ¿no crees que él conde vaya a París?

—No, señor, porque entonces el señor Grimaud hubiera faltado a su palabra, lo cual es imposible.

—Lo cual es imposible —repitió D'Artagnan, porque estaba convencido del todo—. Vaya, buen Blaisois, gracias.

Blaisois se inclinó.

—Vamos, tú sabes que no soy curioso... He de tratar precisamente con tu amo... No quieras por una palabrita siquiera... tú, que hablas tan bien, hacedme comprender. Una sílaba sola... y yo adivinaré lo demás.

—Mi palabra, señor, que no puedo... Ignoro el objeto del viaje de mi amo... En cuanto a escuchar por las puertas, es cosa que me repugna, y además está prohibido aquí.

—Amigo —dijo D'Artagnan—, mal principio es éste para mí; pero no importa. ¿Sabes al menos cuándo volverá el conde?

—Lo mismo, señor, que su destino.

—Vamos; Blaisois, investiga.

—¿Dudáis sin duda de mi sinceridad? ¡Ah! Me disgustáis mucho, señor.

—¡Llevé el diablo tu dorada lengua! —exclamó D'Artagnan—. ¡Más vale un palurdo con decir una sola palabra! ¡Adiós!

—Señor, tengo el honor de ofreceros mis respetos.

—¡Galopín! —murmuró D'Artagnan—. Sí, el tuno es insopportable. Echó la última ojeada a la casa, volvióbridas al caballo, y partió como hombre que nada tiene en su alma de enfadoso o embarazado.

Cuando llegó al extremo del muro, y cuando nadie podía verle.

—Vamos a cuentas —dijo respirando bruscamente—. ¡Athos se halla en casa...? No... Todos esos haraganes que he visto cruzados de brazos en el patio hubieran estado trabajando si el amo pudiera verlos. ¡Athos de viaje...! ¡Es incomprensible! ¡Bah! Esto es un misterio del diablo... Y luego, no... no es éste el hombre que necesito. No, necesito una inteligencia astuta y paciente. Mi asunto está en Melun, en cierta vicaría que yo conozco. ¡Cuarenta y cinco leguas! ¡Cuatro días y medio! Vamos, es necesario y soy libre. Traguemos la distancia.

Y puso su caballo al trote, dirigiéndose hacia París. Al cuarto día llegaba a Melun.

D'Artagnan tenía por costumbre no preguntar nunca a nadie el camino que debía llevar o sus señas. Para esta clase de datos, a menos de un error muy grave, se fiaba en su perspicacia nunca desmentida, en una experiencia de treinta años, y en una gran costumbre de leer en la fisonomía de las cosas lo mismo que en las de los hombres.

D'Artagnan encontró al instante la vicaría, casa encantadora, de yeso barnizado y ladrillos rojos, con cepas vírgenes que enredábanse a lo largo de unas estacas, y una cruz de piedra esculpida, clavada en la cúspide del tejado. De la sala baja de esta casa salía un ruido; o más bien un murmullo de voces, cómo el canto de los pajarillos cuando la nidada acaba de salir a luz. Una de estas voces pronunciaba distintamente las letras del alfabeto. Otra voz, estropajosa y aflautada a la vez, sermoneaba a los bulliciosos y corregía las faltas del lector.

D'Artagnan reconoció esta voz, y como estaba abierta la ventana de la sala baja, se inclinó sin desmontarse del caballo bajo los pámpanos y briznas doradas de la vid, y dijo:

—Bazin, querido Bazin, buenos días.

Un hombre de baja estatura, gordo, de aplastado rostro, con cráneo de cabellos grises, recortados en forma de tonsura, cubierta la cabeza con un solideo de terciopelo verde, se levantó en el instante en que oyó a D'Artagnan. *No se levantó* hablando más exactamente, sino *saltó*. Bazin saltó efectivamente, dejando caer la silla baja en que estaba sentado, a la cual quisieron levantar los chicos con más ruidosas y agitadas batallas que las de los griegos, cuando quisieron arrebatar a los troyanos el cuerpo de Patroclo; Bazin hizo más que

saltar, puesto que dejó caer la cartilla y la palmeta que tenía en las manos.

—¡Vos! —dijo—: ¡Vos, señor de D'Artagnan!

—Sí, yo. ¿Dónde está Aramis..., el caballero de Herblay...; no, tampoco, el señor vicario general?

—¡Ah! Señor —dijo Bazin con dignidad—, monseñor está en su diócesis.

—¿Cómo? —exclamó D'Artagnan.

Bazin repitió su frase.

—¿Cómo es eso! ¿Aramis tiene diócesis?

—Sí, señor. ¿Cómo no?

—¿Luego es obispo?

—Pero ¿de dónde salís —dijo Bazin con bastante irreverencia—, que ignoráis esto?

—Amigo Bazin; nosotros, los paganos, nosotros, las gentes de armas, sabemos muy bien que un hombre sea coronel, general, o mariscal de Francia, pero que sea obispo, arzobispo o papa... ¡el demonio me lleve si la noticia llega a nosotros antes que las tres cuartas partes de la tierra hayan hecho su agosto de ella!

¡Chito! ¡Chito! —dijo Bazin con ojos tamaños—. No me echéis a perder a estos muchachos, a quienes trato de inculcar buenos principios.

Los niños, en efecto, habían hecho corto alrededor de D'Artagnan, admirando su caballo, su larga espada, sus espuelas y su aire marcial: Sobre todo, admiraban su robusta voz, de suerte que, cuando acentuó su peculiar juramento, toda la escuela gritó: « ¡el demonio me lleve! », tal estrépito horrible de risas y pataleo que colmó de gusto al mosquetero e hizo perder la cabeza al viejo pedagogo.

—¡A callar! —gritó—. ¡Silencio, chiquillos! No habéis hecho más que llegar, señor de D'Artagnan, y todos mis buenos principios volaron... En fin, como de costumbre, siempre está el desorden con vos... ¡Babel ha parecido! ¡Ah! ¡Buen Dios! ¡Los endemoniados!

Y el digno Bazin aplicaba a derecha e izquierda cachetes que redoblaban los gritos de los escolares, haciéndoles variar de naturaleza.

—Por lo menos —dijo—, ya no pervertiréis aquí a nadie.

—¿Eso crees? —dijo D'Artagnan con sonrisa que produjo escalofrío en Bazin.

—Es capaz de ello —murmuró.

—¿Dónde está la diócesis de tu amo?

—Monseñor Renato es obispo de Vannes.

—¿Quién le ha hecho obispo?

—El señor superintendente, nuestro vecino.

—¿El señor Fouquet?

—Sí, señor.

—Por lo tanto, Aramis está bien con él?

—Monseñor predicaba todos los domingos en casa del señor superintendente en Vaux, y después charlaban juntos.

—¡Ah!

—Y Su Eminencia trabajaba muchas veces sus homilías, no, quiero decir, sus sermones, con el señor superintendente.

—¡Bah! Pues, qué, ¿predica en verso ese dignísimo obispo?

—Señor, no os moféis de las cosas religiosas, por el amor de Dios!

—Bueno, Bazin, bueno. De suerte que Aramis está en Vannes.

—En Vannes, en Bretaña.

—Eres un socarrón, Bazin: eso no es cierto.

—Señor, mirad: las habitaciones de la vicaría están vacías.

—Tienes razón —dijo D'Artagnan examinando la casa; cuyo aspecto anunciaba la soledad.

—Pero Su Eminencia ha debido escribiros su promoción.

—¿De cuándo data?

—De ha un mes.

—¡Oh! Entonces no hay tiempo perdido. Aramis puede no haber tenido aún necesidad de mí. Pero, veamos, Bazin, ¿por qué no has seguido a tu pastor?

—Señor, no puedo, tengo obligaciones.

—¿Tu alfabeto?

—Mis penitentes.

—¿Cómo? ¿Tú confiesas? ¿Eres tal vez sacerdote?

—Como lo decís. ¡Tengo tanta vocación!

—Pero ¿y las órdenes?

—¡Oh! —dijo Bazin con aplomo—. Ahora que Su Eminencia es obispo tendrá al instante las órdenes; cuando menos las dispensas. Y se frotó las manos.

—Indudablemente —dijo para sí D'Artagnan—. No hay medio de sacar a esta gente de su tema. Hazme servir, Bazin.

—Al instante, señor.

—Un pollo, una taza de caldo y una botella de vino:

—Hoy es viernes, día de vigilia —observó Bazin.

—Yo tengo dispensa —dijo D'Artagnan.

Bazin lo miró con aire receloso.

—¡Hola! Señor camándulas, ¿por quién me tomas? —exclamó el mosquetero—. Si tú, que eres el criado, aguardas dispensas para cometer un crimen; ¿no tendré yo amigo del obispo, dispensa para comer según los deseos de mi estómago? Bazin sé bondadoso conmigo, o por Cristo que me quejo al rey y no confesarás jamás. Ya sabes que el nombramiento de los obispos corresponde al rey. Yo tengo al rey de mi parte, y soy el más fuerte.

Bazin sonrió hipócritamente.

—¡Oh! Pero nosotros tenemos a señor superintendente —dijo.

—¿Luego te burlas del rey? —le preguntó D'Artagnan.

—Nada —replicó Bazin.

Su sonrisa era bastante elocuente.

—Mi comida —dijo D'Artagnan—, que ya es tarde.

Bazin mandó al mayor de sus escolares que fuese a avisar a la cocinera. Entretanto observaba D'Artagnan la vicaría.

—¡Bah! —dijo desdenosamente—. Monseñor alojaba aquí bastante a Su Ilustrísima.

—Tenemos el palacio de Vaux —dijo Bazin.

—Que vale tal vez tanto como el Louvre —replicó D'Artagnan chanceándose.

—Que vale más —respondió Bazin con la mayor sangre fría del mundo.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan. Quizá iba a prolongar la discusión y a sostener la supremacía del Louvre, cuando advirtió que su caballo permanecía atado a los barrotes de una puerta.

—¡Pardiez! —dijo—. Haz que cuiden de mi caballo. Tu amo, el obispo, no tiene otro igual en su caballeriza.

Bazin echó una mirada oblicua al caballo y respondió:

—El superintendente le ha dado cuatro de sus cuadras; y uno solo de esos cuatro vale otros cuatro como el vuestro.

La sangre subió al rostro de D'Artagnan. Levantó la mano y contempló sobre la cabeza de Bazin el sitio en que iba a caer su puro. Pero pasó al instante su ira; la reflexión vino y se contentó con decir:

—¡Diantre! Bien he hecho en dejar el servicio del rey. Dime, Bazin, ¿cuántos mosqueteros tiene el superintendente?

—Con su dinero tendrá todos los del reino —contestó Bazin— cerrando el libro y despidiendo a los escolares a disciplinazos.

—¡Diantre, diantre! —dijo otra vez D'Artagnan.

Y como le anunciaron que estaba servida la mesa, siguió a la cocinera qué le introdujo en el comedor.

D'Artagnan se sentó a la mesa y atacó con valor al pollo.

—Creo —dijo hincando el diente en el ave que le habían servido y que visiblemente habían olvidado engrasar—, creo yo que he hecho real en no haber ido al momento en busca de la comida a casa de ese señor, pues a lo qué parece debe ser poderoso el tal superintendente. En verdad que no sabemos nada nosotros allá en la Corte, y los rayos del sol nos impiden divisar grandes estrellas que son también soles, aunque un poco más apartados de nuestra tierra; única diferencia que existe.

Como D'Artagnan gustaba mucho, por placer y por costumbre, de hacer charlas a la gente sobre las cosas que le interesaban, se despachó a su gusto con maese Bazin. Pero fuera del elogio fatigante e hiperbólico del señor superintendente de Hacienda, Bazin, que por su parte estaba prevenido, no contestó más que simplezas a la curiosidad de D'Artagnan; lo cual hizo que éste,

de bastante mal humor, pidiese ir a acostarse en cuanto acabó de comer.

D'Artagnan fue introducido por Bazin en un aposento bastante mediano, donde encontró una cama bastante mala, pero el mosquetero no era delicado. Le habían dicho que Aramis se había llevado las llaves de su aposento; y como sabía que Aramis era hombre ordenado y que, generalmente; tenía muchas cosas que ocultar en su habitación, no le sorprendió nada la noticia. Así es que, aun cuando le hubiera parecido mucho más dura, atacó a la cama tan bravamente como había atacado al pollo, y como sentía tan buen sueño como buen apetito, no tardó en dormirse que el que gastara en chupar el último hueso del asado.

Desde que ya no prestaba servicio a nadie, D'Artagnan se había prometido tener el sueño tan pesado como ligero fue en otro tiempo; pero de tan buena fe, que aunque D'Artagnan quisiera cumplir con su promesa religiosamente, despertóse a media noche por el gran ruido de una carroza y de lacayos a caballo. Una iluminación repentina invadió las paredes de la sala, y saltó del lecho en camisa corriendo a la ventana.

—¿Será que regresa el rey por ventura? —pensó restregándose los ojos—. Porque a la verdad, esta comitiva sólo puede pertenecer a una persona real.

—¡Viva el señor superintendente! —prorrumpió, o más bien vociferó desde una ventana del piso baja, una voz que reconoció como la de Bazin, que al gritar agitaba con una mano un pañuelo y sostenía una lamparilla en la otra.

D'Artagnan divisó entonces una cosa, como una brillante forma humana, que se inclinaba en la portezuela de la carroza; al mismo tiempo, grandes carcajadas, de risa suscitada, sin duda, por la rara figura de Bazin; y que, salían del mismo carruaje, dejaban como un rastro de alegría por donde pasaba el séquito.

—Bien he debido conocer que no es ésta Su Majestad; no se ríe nadie de tan buena gana cuando el rey pasa.

—¡Eh, Bazin! —gritó a su vecino, que sacaba las tres cuartas partes del cuerpo fuera de la ventana para ver por más tiempo a la carroza—. ¡Es! ¿Qué es eso?

—Es el señor Fouquet —dijo Bazin con aire protector.

—¿Y toda esta gente?

—Es la corte del señor Fouquet.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. ¿Qué pensaría el señor Mazarino, si oyese esto?

Y volvió a acostarse muy pensativo, preguntándose cómo era que Aramis fuera siempre protegido por el más poderoso del reino.

—¿Será que tiene más habilidad que yo, o que yo soy más tonto que él? ¡Bah!

Esta era la palabra con cuyo auxilio D'Artagnan, hecho un sabio, terminaba cada pensamiento y cada período de su estilo. En otro tiempo decía ¡pardiez!, lo cual era un espolazo; pero ahora, ya había madurado, y murmuraba ese ¡bah! filosófico que sirve de brida a todas las pasiones.

## Capítulo XVIII

---

D'Artagnan busca a Porthos y sólo haya a Mosquetón

Cuando D'Artagnan estuvo bastante persuadido de que la ausencia del señor vicario general era positiva, y de que no podía encontrar a su amigo ni en Melun ni en sus cercanías, dejó a Bazin sin disgusto, dirigió una ojeada burlesca al magnífico castillo de Vaux, que comenzaba a brillar con aquel esplendor que causó su ruina, y pellizcándose los labios como quien está lleno de desconfianza y de sospechas, aguijoneó a su caballo pío diciendo:

—Vamos, vamos, no es aquí, si no en Pierrefonds, donde encontraré el hombre mejor y el mejor cofre. No necesito más que esto, puesto que ya tengo la idea.

Haremos gracia al lector de los incidentes prosaicos del viaje de D'Artagnan, que llegó a Pierrefonds en la mañana del tercer día. D'Artagnan llegaba por el camino de Nanteuil-le-Hardouin y Crécy, y divisó desde lejos el castillo de Luis de Orléans que, convertido en propiedad de la Corona, estaba guardado por un anciano conserje. Era una de esas grandiosas fortalezas de la Edad Media, con murallas de veinte pies de espesor y torres de cien pies de altura.

D'Artagnan costeó esas murallas, midió con la vista sus torres y bajó al valle. Desde lejos dominaba el castillo de Porthos, situado a orillas de un inmenso estanque, y lindando con un hermoso bosque. Es el mismo que ya hemos tenido el gusto de describir a nuestros lectores, por lo cual nos contentaremos con indicarlo. Lo primero que distinguió D'Artagnan después de los hermosos árboles, el sol de mayo que doraba los verdes ribazos, y después de los magníficos arboles que se extendían hacia el Compiègne, fue una enorme caja con ruedas, conducida por dos lacayos y arrastrada por otros dos. En esta caja encontrábase una cosa inmensa, verde y dorada, que media, conforme iba arrastrando, las

risueñas alamedas del parque. Aquella cosa imprecisa no representaba absolutamente nada; desde muy cerca era un tonel cubierto de paño verde galoneado; desde mas cerca aún era un hombre extremadamente obeso, cuya extremidad inferior llenaba toda la caja; y todavía desde más cerca, este hombre era Mosquetón, Mosquetón, blanco de cabellos y rojo de cara, como Pulcinella.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. ¡Este es el señor Mosquetón!

—¡Ah...! —gritó el hombre gordo—. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡El señor de D'Artagnan...! ¡Parad, tunos!

Estas últimas palabras iban dirigidas a los lacayos que le conducían.

La caja paró, y los lacayos, con precisión puramente militar, se quitaron a un tiempo sus sombreros galoneados y se alinearon detrás de la caja.

—¡Oh, señor dé D'Artagnan! —exclamó Mosquetón—. ¡Que no pueda yo abrazaros, las rodillas! Pero, como veis, me he vuelto impotente.

—¡Diantre! Amigo Mosquetón, es la edad.

—No, señor, no es la edad; son los achaques, las penas!

—¡Las penas, Mosquetón! —murmuró D'Artagnan dando vuelta a la caja—. ¿Estáis loco, querido amigo? A Dios gracias, os conserváis como una encina de trescientos años.

—¡Ah! Las piernas, señor, ¡las piernas! —dijo el buen servidor.

—¿Cómo las piernas?

—Sí, ya no quieren llevarme.

—¡Ingratas! Sin embargo, bien las alimentáis, Mosquetón, según parece.

—¡Ay, sí! Nada tienen que echarme en cara sobre ese punto —dijo Mosquetón con un suspiro—; siempre hice cuanto pude por mi cuerpo; no soy egoísta.

Y suspiró de nuevo.

—¡Es que Mosquetón desea también ser barón, y por eso suspira de esa suerte! —observó D'Artagnan.

—Dios santo —dijo Mosquetón substrayéndose a una distracción penosa—; Dios mío, ¡monseñor será muy feliz cuando vea que os habéis acordado de él!

—¡Buen Porthos! —dijo D'Artagnan—. ¡Ardo en deseos de abrazarlo!

—¡Oh! —dijo Mosquetón enternecido—: Yo se lo escribiré de seguro, señor.

—¡Cómo! —exclamó D'Artagnan—. ¡Tú se lo escribirás?

—Hoy mismo, sin tardanza.

—Luego, ¿no está aquí?

—No, señor.

—Pero ¿se halla cerca o lejos?

—Lo sé yo, señor? —dijo Mosquetón.

—¡Diantre! —exclamó el mosquetero, dando una patada—. ¡Estoy de desgracia! ¡Porthos tan casero!

—No hay hombre más sedentario que monseñor, raro...

—Pero ¿qué?

—Cuando os acosa un amigo... ¡Un amigo! sin duda; ése digno señor de Herblay.

—¿Es Aramis quien ha inducido a Porthos?

—He aquí cómo ha pasado la cosa, señor de D'Artagnan: el señor de Herblay escribió a monseñor...

—¿Es cierto?

—¡Una carta, señor, una carta tan apremiante, que todo lo ha puesto aquí a sangre y fuego!

—Relátame eso, querido amigo —dijo D'Artagnan—, pero primero haz que se retiren un poco estos señores.

Mosquetón pronunció un « ¡largo, tunantes! » tan fuerte, que hubiera bastado el soplo, sin las palabras, para hacer evaporar a los cuatro lacayos. D'Artagnan se sentó sobre las parihuelas y abrió los oídos.

Mosquetón prosiguió:

—Monseñor recibió, pues, una carta del señor vicario general Herblay, hará unos ocho o nueve días, el día de los placeres camppestres; sí, esto es, el miércoles.

—¿Cómo es eso? —dijo D'Artagnan. ¿El día de los placeres camppestres?

—Sí, señor, tenemos tantos placeres de que gozar en este delicioso país, que nos vemos abrumados con ellos, y tanto, que nos han obligado a distribuirlos.

—¡Cómo! Reconozco el orden de Porthos! No se me hubiese ocurrido a mí esa idea; verdad es que yo no estoy abrumado de placeres.

—Nosotros lo estamos —repuso Mosquetón.

—¿Y cómo habéis arreglado eso? —Sepamos preguntó D'Artagnan.

—Es cosa un poco larga, señor.

—No importa, porque tenemos tiempo; además, habláis tan bien, mi querido Mosquetón, que verdaderamente es un placer escucharos.

—Es cierto —dijo Mosquetón con gesto de satisfacción, originado evidentemente por la justicia que se le hacia—; verdad es, que he alcanzado grandes progresos en compañía de monseñor.

—Aguardo esa distribución de placeres, Mosquetón, y con impaciencia quiero saber si he llegado en buen día.

—¡Oh! Señor de D'Artagnan —dijo tristemente Mosquetón—, desde que monseñor se ha marchado; volaron todos los placeres.

—Pues bien, amigo Mosquetón, reunid vuestros recuerdos.

—¿Por qué día queréis que comencemos?

—¡Diantre! comienza por el domingo, que es día del Señor.

—¿El domingo?

—Sí.

—Domingo, gozos religiosos: monseñor va a misa; reparte el pan bendito y

manda a su limosnero que le lea discursos e instrucciones.

— Esto no es muy divertido, mas estamos aguardando un fraile carmelita de París que desbancará a nuestro limosnero, y que habla muy bien; según dicen; él nos despertará, porque el actual limosnero siempre nos duerme. Lunes, placeres mundanos.

— ¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan—. ¿Cómo entiendes eso, Mosquetón? Veamos esos placeres mundanos, veamos.

— Señor, el lunes estamos en el mundo; recibimos, pagamos visitas, se toca el laúd, se baila, se hacen versos con pie forzado, y finalmente se quema un poco de incienso en honor de las damas.

— ¡Diablo! Ésta es la suprema galantería —dijo el mosquetero; que tuvo necesidad de llamar en su ayuda todo el vigor de sus músculos mastoides para comprimir unas enormes ganas de reír.

— Martes, placeres sabios.

— Bien —dijo D'Artagnan—. ¿Y cuáles son? Referídmelos, querido Mosquetón.

— Monseñor ha comprado una esfera que ya os enseñaré; y que llena todo el perímetro de la torre grande, menos una galería que ha hecho edificar por encima de la esfera. Ésta tiene unos hilos de latón a los cuales están pegados el sol y la luna, todo esto da vueltas y es muy bonito. Monseñor me enseña los mares y las tierras lejanas, a los cuales no pensamos ir jamás. Es algo lleno de interés.

— Lleno de interés, eso es —repitió D'Artagnan. ¿Y el miércoles?

— Placeres campestres; ya he tenido el honor de manifestároslo caballero: nos entretenemos en mirar los carneros y las cabras de monseñor; hacemos bailar a las pastoras con zampoñas y gaitas, como está escrito en un libro que monseñor posee en su biblioteca y que se llama Églogas. Su autor ha muerto hace poco más de un mes.

— ¿Quizá él señor Racan? —dijo D'Artagnan.

— Eso es, el señor Racan. Mas, no es esto sólo. Pescamos con caña en el canalillo, y después, comemos coronados de flores. Éste es el miércoles.

— ¡Diantre! —dijo D'Artagnan—. No está mal repartido el miércoles. Y el jueves, ¿qué queda para ese pobre jueves?

— No es tan desgraciado, señor —dijo Mosquetón sonriendo—. El jueves, placeres olímpicos. ¡Ah! ¡Señor, esto es magnífico! Hacemos venir a los vasallos jóvenes de monseñor; y hacemos que arrojen el disco, luchen y corran: Monseñor arroja el disco como nadie. Y cuando aplica un puñetazo, ¡oh qué desgracia!

— ¡Cómo qué desgracia!

— Sí, señor; ha sido preciso renunciar a la lucha del cesto. Monseñor abría cabezas, rompía quijadas y hundía pechos. Este juego es encantador, pero nadie

deseaba jugar con él.

—Conque el puño...

—¡Oh! Señor, más sólido que nunca. Monseñor flojea un poco de las piernas, él mismo lo conoce; pero todo se le ha refugiado en los brazos, de modo que...

—De modo que tumba a los bueyes como en otro tiempo.

—Más todavía que eso, señor, derriba los muros. Últimamente, después de haber comido en casa de uno de sus arrendadores (ya sabéis cuán popular y bueno es monseñor), después de comer, digo, gastó la broma de dar un puñetazo en la pared; ésta se abrió, el techo derrumbóse, y hubo tres hombres y una vieja asfixiados.

—¡Buen Dios! Mosquetón, ¿y tu amo?

—¡Oh! Monseñor tuvo la cabeza un poco desollada, pero le lavamos con agua que nos dan los frailes.

—¿Mas en el puño nada?

—Nada, nada.

—¡Malditos los placeres olímpicos!

—Deben costar demasiado caros, porque al fin las viudas y los huérfanos...

—Se les da una pensión, señor; la décima parte de las rentas de monseñor están afectas a esto.

—Pasemos al viernes —dijo D'Artagnan.

—El viernes; placeres nobles y guerreros. Cazamos, tiramos a las armas, levantamos halcones y domamos caballos. El sábado, por fin, es día de placeres espirituales; enriquecemos nuestra inteligencia, miramos los cuadros y las estatuas de monseñor, y aun escribimos y trazamos planos. También disparamos los cañones de Su Excelencia.

—¡Trazáis planos! ¡Disparáis cañones!

—Sí, señor.

—Amigo mío —dijo D'Artagnan—, el señor Du Vallon posee el talento más delicado y amable que yo conozca pero creo que habéis olvidado una clase de placeres.

—¿Cuáles son? —preguntó Mosquetón con ansiedad.

—Los placeres materiales.

Mosquetón ruborizóse.

—¿Qué entendéis por eso, señor? —preguntó bajando los ojos.

—Entiendo la mesa, el buen vino y la noche ocupada en evoluciones de botellas.

—¡Ah! Señor, esos placeres no se cuentan, pues los practicamos todos los días.

—Perdóname, valiente Mosquetón —repuso D'Artagnan—, pero de tal modo he estado absorto con los encantos de tu relato, que he olvidado el fin principal de nuestra conversación, esto es, saber lo que el señor vicario general Herblay ha

podido escribir a tu amo.

—Es cierto, señor —dijo Mosquetón—; los placeres nos han distraído. Pues, bien, he aquí la cosa en realidad.

—Ya escucho, amigo Mosquetón.

—El miércoles...

—¿El día de los placeres camppestres?

—Sí, Llega una carta y la recibe de mis manos. Yo había conocido la letra.

—¿Y qué?

—Monseñor la leyó, y exclamó: « ¡Pronto, mis caballos, mis armas! » .

—¡Ay, Dios mío! —dijo D'Artagnan—. ¿Algún duelo aún?

—No, señor, sólo decía estas palabras: « Querido Porthos; en marcha al instante si queréis llegar antes del equinoccio. Os espero» .

—¡Pardiez! —dijo D'Artagnan pensativo—. La cosa era urgente, a lo que parece.

—Ya lo creo. De suerte —continuó Mosquetón— que monseñor salió aquel mismo día con su secretario para procurar llegar a tiempo.

—Y habrá llegado a tiempo?

—Así lo espero. Monseñor, que a veces jura como sabéis, repetía sin cesar: « ¡Trueno de Dios! ¿Quién es ese demonio de equinoccio? No importa; será necesario, que el tuno vaya muy bien montado si llega antes que yo» .

—¿Y supones tú que Porthos llegará primero? —preguntó D'Artagnan.

—Estoy seguro de ello. Ese equinoccio, por rico que sea, no tiene ciertamente tan buenos caballos como monseñor.

D'Artagnan contuvo las ganas de reír; porque la brevedad de la carta de Aramis le daba mucho que pensar. Siguió a Mosquetón, o mejor dicho al carricoche de Mosquetón hasta el castillo, y se sentó a una mesa sumuosa, donde se le hicieron honores como a un rey. Pero nada más pudo sacar de Mosquetón: el fiel servidor lloraba a sus anchas, y ahí acababa todo.

D'Artagnan, después de haber pasado la noche en una cama excelente, pensó mucho en el sentido de la carta de Aramis, inquietándose por las relaciones del equinoccio con los asuntos de Porthos, pues no comprendía nada a no ser que se tratase de algún amorío del obispo, que tuviera necesidad de que los días fuesen iguales a las noches. D'Artagnan salió de Pierrefonds como había salido de Melun y de la casa del conde de la Fère; pero no sin una tristeza que en buena ley pudiera pasar por uno de los más negros humores de D'Artagnan. Con la cabeza inclinada y la mirada fija dejaba colgar sus piernas a los flancos del caballo, y murmuraba para sí con aquella vaga distracción que alguna vez se remonta a la más sublime elocuencia.

—¡Ya no tengo amigos, ni porvenir, ni nada! ¡Mis fuerzas se han roto como el lazo de nuestra amistad pasada! ¡Ah! La vejez llega fría, inexorable, y envuelve en su fúnebre crespón todo lo que brillaba, todo lo que embalsamaba mi

juventud; después pone este grato peso sobre sus hombros, y lo lleva con todo lo demás a ese golfo insondado de la muerte.

Un frío estremecimiento oprimió el corazón del gascón, tan valiente y fuerte contra todas las desgracias de la vida, y por espacio de algunos momentos las nubes le parecieron negruzcas y la, tierra resbaladiza y helada como la de un cementerio.

—¿Dónde voy? —se preguntó—. ¿Qué quiero hacer...? Sólo... absolutamente solo, sin familia, sin amigos... ¡Bah! de pronto.

Y espoleó a su caballo, que partió al galope, caminando así más de dos leguas.

—A París —dijo D'Artagnan.

Y al día siguiente llegó a París. Había empleado en el viaje diez días.

## Capítulo XIX

---

Relátase lo que D'Artagnan iba a realizar en París

El teniente apeóse enfrente de una tienda de la calle de los Lombardos, que tenía por muestra El *pilón de Oro*. Un hombre de buen aspecto que llevaba un mandil blanco y acariciaba sus bigotes grises con una mano robusta, exhaló al verle un grito de alegría.

—¡Ah! ¡Caballero —dijo—, sois vos?

—Buenos días, Planchet —respondió D'Artagnan encorvándose para poder entrar.

—Pronto —gritó Planchet— uno de vosotros para el caballo del señor D'Artagnan, otro para arreglar su habitación, y otro para la comida.

—Gracias, Planchet, buenos días, muchachos —dijo D'Artagnan a los solícitos mozos.

—¿Me permitiréis que despache este café, esta miel y estas pasas cocidas? —preguntó Planchet. Son para el señor superintendente.

—Despacha pronto.

—Es cuestión de un instante y luego comemos.

—Procura que comamos solos —dijo D'Artagnan—; he de hablarte. Planchet miró a su antiguo amo de manera significativa.

—¡Oh! Tranquilízate, no se trata de nada desagradable —observó D'Artagnan.

—¡Tanto mejor!

Y Planchet respiró, mientras D'Artagnan se sentaba muy tranquilamente en la tienda sobre un fardo de mercancías y observaba el interior del establecimiento. La tienda estaba muy bien provista y en ella se respiraba un perfume de jengibre, canela y pimienta molida que hizo estornudar a

D'Artagnan.

Los mozos, satisfechos de ver de cerca a un hombre de guerra tan famoso, a un teniente de mosqueteros que vivía al lado del rey, se pusieron a trabajar con ardor musitado y a servir a los parroquianos con un desdén que fue advertido por todos.

Planchet guardaba el dinero en el cajón y hacía sus cuentas, dirigiendo a la vez algunas palabras a su amo. Planchet hablaba poco con los compradores y les trataba con esa familiaridad altanera del vendedor rico, que sirve a todo el mundo, pero que no tiene consideración a nadie, lo cuál observó D'Artagnan, con placer que analizaremos más tarde. Vio poco a poco avanzar la noche, y al fin le condujo Planchet a una habitación del primer piso, donde les esperaba una mesa bien servida entre los sacos y las cajas.

D'Artagnan aprovechóse del momento de espera para considerar el rostro de Planchet, a quien no había visto hacia un año. El inteligente Planchet había echado vientre, pero no se le habían inflado los carrillos. Su penetrante mirada aún jugaba con facilidad en sus profundas órbitas, y la obesidad, que nivela todas las prominencias características del semblante humano, aún no había tocado ni a sus salientes pómulos, indicio de astucia, y de codicia, ni a su barba aguda, muestra infalible de finura y perseverancia. Planchet estaba con tanta majestad en su comedor como en su tienda; y presentó a su amo una comida frugal, mas toda parisense; D'Artagnan encontró muy de su gusto que el abacero hubiera sacado de detrás de los haces de leña una botella de vino de Anjou, que durante toda su vida había sido su vino favorito.

—En otro tiempo, señor —dijo Planchet con sonrisa llena de honradez—, era yo quien se os bebía vuestro vino; ahora tengo el honor de que os bebáis el mío.

—Y gracias a Dios, amigo Planchet, lo beberé por mucho tiempo, según creo, porque al presente soy libre.

—¡Libre! ¿Estáis con licencia, señor?

—¡Ilimitada!

Planchet estupefacto preguntó.

—Sí, voy a descansar.

—¿Y el rey? —exclamó Planchet, que no podía creer que el rey pudiera pasarse sin los servicios de un hombre como D'Artagnan.

—El rey buscará fortuna en otra parte... Pero nosotros hemos comido bien, tú estás predispuesto a las ocurrencias, y me excitas para que te haga confianzas; abre, pues los oídos.

—Abro.

Y Planchet, con cierta sonrisa, más franca que maligna, destapó una botella de vino blanco.

—Déjame sólo con mi razón.

—¡Oh! Cuando perdáis la cabeza, señor...

—Ahora, mi cabeza es mía, y pretendo llevarla mejor que nunca. Hablemos primero de finanzas... ¿Cómo va nuestro dinero?

—A las mil maravillas, señor. Las veinte mil libras que de vos he recibido, siguen dedicadas a mi comercio, donde producen un nueve por ciento. Os doy siete y gano dos.

—¿Y continúas contento?

—Encantado. ¿Me traéis más?

—Algo mejor... Pero ¿necesitas de ellas?

—¡Oh! Nada de eso. Ahora, todos me quieren confiar; extiendo mis negocios.

—Ese era tu proyecto.

—Hago algo de banca... compro mercancías a mis cofrades necesitados, y presto dinero a los que se ven apurados para los desembolsos.

—¿Sin usura...?

—¡Ah! Señor, la semana pasada he tenido dos citas en el Boulevard por causa de esa palabra que acabáis de pronunciar.

—¿Cómo?

—Vais a ver: tratábame de un préstamo... El deudor me dio en prenda algún azúcar terciado con la condición de que lo vendería, si el reembolso no se verificaba en determinada época: Yo presto mil libras, él no las paga, yo vendo el azúcar en mil trescientas libras, él lo sabe y reclama cien escudos. Claro que los niego, pretextando que no había podido venderlo sino en novecientas libras. Dijome que yo era un usurero, y yo le supliqué que me repitiese esa palabra detrás del Boulevard. El hombre era un antiguo guardia, fue y le pasé con vuestro acero el muslo izquierdo.

—¡Pardiez, qué banca! —dijo D'Artagnan.

—Por encima de un trece por ciento me bato —replicó Planchet—; es mi carácter.

—No tomes más de doce —dijo D'Artagnan—, y llama a lo restante prima y corretaje.

—Tenéis razón, señor. ¿Y vuestro asunto?

—¡Ah! Planchet, es muy largo y difícil de narrar.

—Hablad, pues.

D'Artagnan acaricióse el bigote, como embarazado por la confidencia que tenía que hacer, y como desconfiando del confidente.

—¿Es una imposición de dinero? —dijo Planchet.

—¡Oh! Sí.

—¿Y de mucho producto?

—Un buen producto; cuatrocientos por ciento, Planchet.

Planchet dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza, que las botellas saltaron como si hubiesen sentido miedo.

—¡Dios! ¿Es posible...?

—Creo que dará más —dijo fríamente D'Artagnan—; pero, en fin, prefiero decir menos.

—¡Ah! ¡Diablo! —dijo Planchet aproximándose—. Pero, señor, ¡eso es seductor...! ¿Puede ponerse mucho dinero?

—Veinte mil libras cada uno, Planchet.

—Ese es todo vuestro interés, señor. ¿Y por cuánto tiempo?

—Por un mes.

—¿Y cuánto nos producirá?

—Cincuenta mil libras a cada uno; cuenta.

—¡Eso es monstruoso...! ¿Será preciso batirse bien por una ganancia como ésa?

—En efecto; no es cosa de batirse mal —dijo D'Artagnan con la misma tranquilidad—; pero esta vez, Planchet, somos dos, y yo recibo los golpes para mí solo.

—Señor, yo no consentiría.

—Planchet; tú no puedes estar allí, pues tendrías que dejar tu comercio.

—¿No se hace el negocio en París?

—No.

—¿En el extranjero?

—En Inglaterra.

—País de especulación, es verdad —dijo Planchet—. País que conozco mucho... ¿Qué clase de negocio es, señor?

—Una restauración.

—¿De monumentos?

—Sí, restauramos a White Hall.

—Eso es importante.

—¿Y suponéis que en un mes?

—Me encargo de ello.

—Entonces, no hay más que hablar; eso es cosa mía... No obstante, te consultaré con mucho gusto.

—Mucha honra es ésa; pero entiendo poco de arquitectura.

—Te equivocas... Eres un buen arquitecto, tan bueno como yo; para el asunto de que se trata.

—Gracias.

—Confieso que he intentado ofrecer el negocio a esos señores; pero no estaban en sus casas. Esto me ha contrariado, porque no hay nadie, ni más atrevidos, ni más resueltos.

—¿Conque la cosa es grave?

—¡Oh! Sí, Planchet, sí...

—Ardo por conocer detalles, señor.

—Cierra las puertas.

Planchet las cerró con doble vuelta.

—Y abre la ventana —añadió D'Artagnan—, para que el ruido de los carros y transeúntes ensordezca al que intente escucharnos.

Hecho lo cual, D'Artagnan bebió del vaso de vino, y dijo:

—Planchet, tengo una idea.

—¡Oh! Señor, qué bien, os conozco en esto —respondió el abacero con gran emoción.

## Capítulo XX

---

Se forma sociedad en «El pilón de oro» para explotar la idea del señor D'Artagnan

Despues de un instante de silencio, durante el cual D'Artagnan pareció recoger, no una, sino todas sus ideas, dijo.

—Es imposible, amigo Planchet, que no hayas oido hablar de Su Majestad Carlos I, rey de Inglaterra.

—Sí, señor, y recuerdo que vos fuisteis a Francia para ayudarle, faltando poco para que os arrastrase en su caida.

—Veo que tienes buena memoria.

—Por mala que la tuviese no lo hubiera olvidado. Cuando Grimaud, que, como sabéis, no habla nunca, se decide a relatar cómo cayó la cabeza del rey Carlos, cómo navegasteis la mitad de la noche en un barco lleno de pólvora, y cómo apareció sobre las aguas el cadáver de Mordaunt, con un puñal clavado en el pecho, no es cosa de olvidarlo.

—Sin embargo, hay algunos que lo olvidan.

—No se lo habrán oido referir a Grimaud.

—Pues bien, ya que te acuerdas, tanto mejor, así no tendré que recordarte sino que Carlos I tenía un hijo.

—Dos; sin que esto sea contradeciros —replicó Planchet— porque, yo he visto en París al segundo, al señor duque de York, un día que iba al palacio real, y me dijeron quién era. Respecto al primogénito, sólo le conozco de nombre.

—A ese hijo primogénito; que antes se llamaba el príncipe de Gales; y ahora Carlos II, rey de Inglaterra es al que vamos a parar.

—Rey sin reino; señor —dijo Planchet.

—Justamente, y puedes añadir, príncipe desdichado, más desgraciado que un hombre del pueblo, perdido en el barrio más miserable de París.

Planchet hizo un gesto, lleno de esa compasión indiferente que se concede a los extraños.

Por otra parte, no veía en aquella disertación, político sentimental, ningún indicio de la idea mercantil de D'Artagnan, y ésta era la que preocupaba a Planchet. El mosquetero, habituado a conocer los hombres y las cosas; comprendió a su antiguo criado.

—Prosigamos nuestro, asunto —dijo—. Ese joven príncipe de Gales, monarca sin reino, como tú dices muy bien, me ha interesado mucho. Le he visto mendigar el auxilio de Mazarino, que es un pícaro, y el de Luis XIV, que es un niño, y me ha parecido a mí; que conozco bien estas cosas, que su mirada inteligente y la nobleza de su aspecto, eran dignas de un hombre de corazón y de un rey.

Planchet aprobó tácitamente; pero sin traslucir adónde iba a parar su amo, que prosiguió.

—Mira, pues, el razonamiento que he hecho y fíjate bien, porque llegamos a la conclusión.

—Estoy atento.

—Los reyes no abundan tanto en la tierra que los pueblos los encuentren dondequiero que los necesitan. Así es que a mi juicio, ese rey sin reino es una semilla reservada que debe florecer en una estación cualquiera; siempre que una mano diestra y vigorosa la siembre como es debido, escogiendo el suelo, el cielo y el tiempo.

Planchet, sin comprender, asentía con la cabeza.

—¡Pobre semilla de rey! dije para mí —continuó D'Artagnan—. Y como estaba enternecido, temí pensar alguna necedad, y por eso he querido consultarte.

Planchet se puso encarnado de orgullo y de placer.

—¡Pobre semilla de rey! Yo te recojo y voy a sembrarte en buen terreno.

—¡Ay, Dios santo! —dijo Planchet, mirando fijamente a su amo como si dudase del estado de su razón.

—¿Qué hay? —preguntó D'Artagnan—. ¿Qué te sucede?

—Nada.

—Como has dicho: « ¡Ay, Dios santo! » .

—Sí...

—¡Ibas ya comprendiendo?

—Declaro; señor, que tengo miedo...

—¿De comprender?

—Sí.

—De comprender que yo quiero volver a su trono al rey Carlos II.

Planchet dio un salto en la silla.

—¡Ah! —dijo admirado—. ¿Eso es lo que llamáis una restauración?

- Así se llama.
- Sin duda, ¡habéis reflexionado...?
- ¿En qué?
- En lo que hay allá.
- ¿Dónde?
- En Inglaterra.
- ¿Y qué hay?
- En primer lugar, señor, os pido perdón si me mezclo en estas cosas que no tienen nada que ver con mi comercio; pero, puesto que me proponéis un negocio... ¿No es así?
- Magnífico, Planchet.
- Entonces, tengo derecho a discutirlo.
- Discute.
- Pues bien, con vuestro permiso, os manifestaré que allí hay, primero los Parlamentos.
- Bien.
- Después, el ejército.
- ¿Qué más?
- La nación.
- ¿Has terminado?
- La nación que ha consentido la caída y la muerte del rey difunto, padre de Carlos II. Esto no puede negarse.
- Discurres como un necio, amigo Planchet —dijo D'Artagnan—. La nación... la nación está cansada de esos señores que llevan nombres bárbaros y cantan salmos. Cantar por cantar, he observado que las naciones prefieren cualquier cosa al canto llano. Acuérdate de la Fronda. ¡Se cantaba, entonces? Pues aquéllos eran los buenos tiempos.
- No tanto; estuve a punto de ser ahorcado.
- Pero no lo has sido.
- Es verdad.
- Y de entonces data tu fortuna.
- Efectivamente.
- Luego no tienes nada que decir.
- Sí; vuelvo al ejército y a los Parlamentos.
- He dicho que tomaba prestadas veinte mil libras al señor Planchet, y que, yo ponía otras veinte mil por mi parte con esas cuarenta mil libras levanto un ejército.
- Planchet juntó las manos, veía serio a D'Artagnan y creyó de buena fe que había perdido el juicio.
- ¡Un ejército! ¡Ah, señor! —exclamó con su sonrisa más graciosa por miedo de irritar a aquel loco y ponerle furioso. Un ejército... ¡de cuántos

hombres?

—De cuarenta.

—Cuarenta contra cuarenta mil, son pocos. Vos sólo valéis por mil hombres, señor de D'Artagnan, lo sé muy bien; pero ¿dónde encontraréis otros treinta y nueve hombres que valgan tanto como vos? O en caso de encontrarlos, ¿quién os proporcionará dinero para pagarles?

—Malo, Planchet. ¡Ah! Te haces cortesano.

—No, señor, digo lo que siento, y por eso precisamente digo que tengo miedo de la primera batalla campal que deis con vuestros cuarenta hombres.

—Así es que no daré batallas campales, amigo Planchet —dijo el gascón riéndose. Tenemos muy bellos ejemplos en la antigüedad de retiradas y de marchas sabias, que consistían en evitar al enemigo en lugar de esperarle. Tú debes de saber esto, Planchet, tú que has mandado a los parisenses el día que debieron batirse contra los mosqueteros, y que tan bien calculaste las marchas y contramarchas, que no abandonaste la Plaza Real.

Planchet echóse a reír.

—De seguro —respondió—, que si vuestros cuarenta hombres se ocultan siempre y no son torpes, pueden esperar no ser batidos; pero, en fin, os proponéis algún resultado.

—¿Puedes dudarlo? Atiende cuál es, según mi parecer, el procedimiento que debe emplearse para restaurar prontamente en su trono a Su Majestad Carlos II.

—¡Bueno! —contestó Planchet redoblando su atención—. Veamos ese procedimiento; pero antes creo que olvidamos algo.

—¿Qué?

—Hemos puesto aparte la nación, que quiere mejor cantar cualquier cosa antes que salmos, y el ejército que no combatiremos; pero quedan los Parlamentos que no cantan nada.

—Y que tampoco se batén. ¿Cómo, Planchet, un hombre cómo tú, se apura por una caterva de parlanchines que se llaman rabadillas y descarnados? Los Parlamentos no me apesadumbran, Planchet.

—Puesto que no os apesadumbran, señor, pasemos a otro asunto.

—Sí, y llegaremos al resultado. ¿Te acuerdas de Cromwell, Planchet?

—Mucho he oído hablar de él, señor.

—Era un guerrero astuto:

—Y un terrible comilón, principalmente.

—¿Cómo es eso?

—Sí, de un solo golpe se ha tragado a Inglaterra.

—Pues bien, Planchet, si la víspera del día en que se tragó a Inglaterra, alguno se hubiese tragado al señor Cromwell.

—¡Oh! Señor, uno de los primeros axiomas de las matemáticas es que el continente debe ser mayor que el contenido.

—¡Bien! Ese es nuestro negocio, Planchet.

—Pero el señor Cromwell ha muerto, y su continente es ahora la tumba.

—Amigo Planchet, veo con gusto que no sólo te has hecho matemático; sino también filósofo.

—Señor, en mi comercio de especias utilizo mucho papel impreso, y eso me instruye.

—¡Muy bien! En ese caso sabrás, porque no habrás aprendido las matemáticas y la filosofía sin un poco de historia, que después de un Cromwell tan grande ha venido otro muy pequeño.

—Sí, éste llámase Ricardo, y ha hecho lo que vos, señor de D'Artagnan; ha presentado su dimisión.

—¡Bien! Después del grande que ha muerto; después del pequeño, que ha presentado su dimisión, ha venido un tercero se llama señor Monk, general muy hábil, aun cuando no se ha batido jamás, es un diplomático muy inteligente, aun cuando no ha hablado nunca, y aunque, antes de decir buenos días, lo medita doce horas y acaba por decir buenas noches; lo cual hace gritar: « ¡milagro! » , en atención a que acierta.

—Muy fuerte es eso, efectivamente —dijo Planchet—, pero yo conozco a otro hombre político que se parece mucho a ése.

—El señor Mazarino, ¿no es cierto?

—El mismo.

—Tienes razón, Planchet; sólo que Mazarino no aspira al trono de Francia, esto lo cambia todo, ¿no es cierto? Pues bien, ese señor Monk, que tiene frita a Inglaterra entera, y que abre ya la boca para tragársela; ese señor Monk, que dice a las gentes de Carlos II y a Carlos II mismo: Necio, vos...

—No conozco el inglés —dijo Planchet.

—Sí, pero yo lo sé —dijo D'Artagnan—. Necio significa: No os conozco. Este Señor Monk, el hombre importante de Inglaterra; cuando se la haya tragado...

—¿Qué? —prosiguió Planchet.

—¿Qué, amigo mío? Iré allá, y con mis cuarenta hombres lo robo, lo enfardo y lo traigo a Francia, donde dos partidos se presentan ante mis ojos.

—¡Y los míos! —repuso Planchet trasportado de entusiasmo—. Lo metemos en una jaula y lo enseñamos por dinero.

—Bueno, Planchet; ése que acabas de encontrar es un tercer partido, en el cual no había yo pensado.

—¿Lo consideráis bueno?

—Ciento que sí, pero creo mejores los míos.

—Entonces, veamos los vuestros. Primero lo pongo a rescate.

—¿En cuánto?

—Diantra, un hombre como éste bien vale cien, mil escudos.

—¡Oh! Sí.

—Ya ves; primero lo pongo a rescate por cien mil escudos.

—Qué bien...

—O bien, y lo que es mejor aún, lo entrego al rey Carlos, quien no teniendo ya ni general del ejército que temer, ni diplomático que enseñar, se restaurará por sí mismo, y una vez restaurado me dará los cien mil escudos consabidos. Esta es la idea que he tenido. ¿Qué te parece, Planchet?

—¡Magnífica, señor! —exclamó Planchet temblando de emoción—. ¿Y cómo se os ha ocurrido tal idea?

—Se me ocurrió cierta mañana a orillas del Loira, mientras Luis XIV, nuestro muy amado rey, lloriqueaba sobre las manos de la señorita Mancini.

—Señor, os aseguro que la idea es admirable. Pero...

—¡Ah! ¿Tenemos un pero?

—Permitidme. Pero esa idea tiene algo de la piel de ese magnífico oso que debíamos vender, pero al cual es necesario coger vivo, así es, que, para pescar a Monk, habrá sarracina.

—Sin duda; pero yo levanto tu ejército.

—Sí, sí, comprendo, ¡diantre!, un golpe de mano. ¡Oh! Entonces, triunfaréis, señor, porque nadie os iguala en esas empresas.

—Tengo suerte en ellas, verdad es —dijo D'Artagnan, con orgullosa sencillez; ya comprendes que si para esto tuviese yo a mi querido Athos, a mi valiente Porthos y a mi astuto Aramis, el negocio estaba terminado, pero, según parece, se han perdido, y nadie sabe dónde encontrarlos. Daré, pues, el golpe yo solo. ¡Encuentras ahora el negocio ventajoso?

—¡Demasiado, demasiado!

—¿Por qué dices eso?

—Porque las buenas cosas no llegan nunca a ese punto.

—Esta es infalible, Planchet, y la prueba, es que yo me ocupo de ella. Para ti será un lucro bastante bonito, y para mí un golpe bastante interesante. Se dirá: «ved cuál fue la vejez del señor de D'Artagnan». Y tendré un lugar en las historias, y aun en la Historia, Planchet; estoy ansioso de gloria.

—Señor —repuso Planchet—; cuando pienso que es aquí, en mi casa, en medio de mi azúcar, de mis pasas y de mi canela, donde se madura ese proyecto gigantesco, me parece que mi tienda es un palacio.

—Ten cuidado, Planchet; si transpira el menor ruido, hay Bastilla para nosotros dos; ten cuidado, amigo mío, porque lo que fraguamos aquí es un complot; el señor Monk es aliado de Mazarino; ¡ten cuidado!

—Señor, cuando se ha tenido la honra de haberlos pertenecido, no se tiene miedo, y cuando se tiene la ventaja de estar ligado a vos por intereses, se calla uno.

—Muy bien, eso es cosa tuya, más bien que mía, en atención a que en ocho días estaré ya en Inglaterra.

—Marchad, señor, cuanto antes mejor.

—¿Luego el dinero está corriente?

—Mañana lo estará; mañana lo recibiréis de mi mano. ¿Queréis oro o plata?

—Oro es más cómodo. Pero ¿cómo arreglaremos eso? Veamos. ¡Oh Dios mío!, de la manera más sencilla: me dais un recibo, y basta.

—No, en estas cosas es preciso orden.

—Esa es también mi opinión... pero tratando con vos, señor de D'Artagnan...

—¿Y si me muero allí? ¿Y si me mata una bala de mosquete? ¿Y si reviento por haber bebido cerveza?

—Señor, os suplico que me creáis que en tal caso estaré de tal suerte afligido con vuestra muerte, que no pensaré ni pizca en el dinero.

—Gracias, Planchet, pero esto no es del caso. Vamos, como dos pasantes de procurador, a redactar un convenio, una especie de nota, que podrá llamarse acta de sociedad.

—Con mucho gusto, señor.

—Bien sé que es difícil redactar eso, pero probaremos.

—Ensayemos.

Planchet fue por una pluma, tinta y papel.

D'Artagnan tomó la pluma, mojóla en la tinta, y escribió:

*Entre el señor de D'Artagnan, ex teniente de mosqueteros de Su Majestad, habitante en la actualidad en la calle de Tiquetonne, hostería «La Cabrita», y el señor Planchet, habitante en la calle de los Lombardos, tienda «El Pilón de Oro».*

*Ha sido convenido lo que sigue:*

*«Se establece una sociedad con el capital de cuarenta mil libras con objeto de explotar una idea aportada por el señor de D'Artagnan. El señor Planchet, que conoce esta idea y que la aprueba absolutamente, pondrá veinte mil libras en manos del señor de D'Artagnan. Y no exigirá ni el reembolso ni el interés hasta que el señor de D'Artagnan regrese de un viaje que va a hacer a Inglaterra. El señor de D'Artagnan, por su parte, se compromete a poner veinte mil libras, que juntará a las otras veinte mil ya apartadas por el señor Planchet. Y usará de la mencionada suma cuarenta mil libras como mejor le parezca, comprometiéndose, sin embargo, a lo que sé anuncia a continuación. El día en que el señor de D'Artagnan haya restablecido por cualquier medio a Su Majestad el rey Carlos II en el trono de Inglaterra, pondrá en manos del señor Planchet la cantidad de ...».*

—La cantidad de ciento cincuenta mil libras —dijo ingenuamente Planchet, viendo que D'Artagnan se detenia.

—¡Ah; diablo! No —dijo D'Artagnan—, la partición no puede hacerse a medias, pues no sería justo.

—Sin embargo, señor, cada uno de nosotros pone la mitad —observó timidamente Planchet.

—Sí, pero escucha la cláusula, Planchet, y si no la encuentras equitativa de todo punto, cuando esté escrita la borraremos.

Y D'Artagnan escribió:

« Sin embargo, como el señor D'Artagnan aporta a la sociedad, además del capital de veinte mil libras, su tiempo, su idea, su industria y su pellejo, cosas que aprecia mucho, sobre todo, esta última, tomará para sí de las trescientas mil libras, doscientas mil, con las que ascenderá su ganancia a las dos terceras partes» .

—Muy bien —dijo Planchet.

—¿No es esto justo? —preguntó D'Artagnan.

—Absolutamente justo, señor.

—¿Estarás contento con cien mil libras?

—¡Diantre, ya lo creo! ¡Cien mil libras por veinte mil!

—Y en un mes; entiéndelo bien.

—Señor —dijo generosamente Planchet—, os doy seis semanas.

—Gracias —contestó cortés el mosquetero.

Después de lo cual, los dos socios volvieron a leer la escritura.

—Corriente, señor —dijo Planchet—, ni el difunto señor Coquenard, el primer esposo de la señora baronesa Du Vallon, lo hubiera hecho mejor.

—¿Es justo? Entonces, firmemos. Y ambos pusieron su firma. De esta manera —dijo D'Artagnan—, no quedaré obligado a nadie.

—Mas yo quedaré obligado a vos —dijo Planchet.

—No, amigo Planchet, porque puedo dejar por allá el pellejo, y todo lo perderías entonces... ¡A propósito, pardiez! Esto me hace pensar en lo principal: una cláusula indispensable. Voy a escribirla:

« Caso que el señor de D'Artagnan sucumbiese, en la empresa, la liquidación se da por hecha, y el señor Planchet, desde ahora, da carta de pago y finiquito, a la sombra del señor de D'Artagnan de las veinte mil libras aportadas por él a la susodicha sociedad» .

Esta última cláusula hizo fruncir el entrecejo a Planchet, pero cuando vio la mirada brillante, la mano musculosa y los robustos lomos de su consocio, tomó ánimo, y sin sentimiento alguno añadió un rasgo a su firma. D'Artagnan hizo lo propio. Así fue redactada la primera escritura de sociedad conocida. Tal vez se ha abusado después un poco de la forma y, de la esencia.

—Ahora —observó Planchet llenando el último vaso de vino de Anjou a D'Artagnan—, marchaos a dormir, mi querido amo.

—No —repuso D'Artagnan—, porque ahora queda por hacer lo más difícil, y voy a pensar en ello.

—¡Bah! —dijo Planchet—. Tengo una confianza tan ilimitada en vos, señor

de D'Artagnan, que no daría mis cien mil libras por noventa mil.

—Y el diablo me lleve —dijo D'Artagnan—, si no creo que tendríais razón.  
Dicho esto, D'Artagnan tomó una luz, subió a su cuarto, y se acostó.

## Capítulo XXI

---

Prepárase D'Artagnan a viajar por cuenta de la casa «Planchet y Compañía»

D'Artagnan meditó tanto toda la noche, que por la mañana ya estaba su plan resuelto.

—¡Eso es! —dijo sentándose en la cama, apoyado un codo sobre la rodilla—. ¡Eso es! Buscaré cuarenta hombres a toda prueba, reclutados entre gente algo comprometida, pero habituada a la disciplina; les prometeré quinientas libras al mes, si vuelven; nada si no vuelven, o la mitad para sus parientes. Respecto a comida y alojamiento, esto concierne a los ingleses, que tienen bueyes en los pastos, tocino en el saladero, gallinas en los corrales y trigo en los graneros. Me presentaré al general Monk con este cuerno de ejército, le parecerá bien, tendrá su confianza y abusaré de ella lo más pronto posible.

Pero, sin ir más lejos, D'Artagnan movió la cabeza interrumpiéndose.

—No —dijo—, no me atrevería a contar esto a Athos; el medio es poco honroso. Es preciso usar de violencia, necesariamente, sin comprometer para nada mi fidelidad. Con cuarenta hombres recorreré la campiña como partidario; pero si encuentro, no digo cuarenta mil ingleses, como decía Planchet, sino simplemente cuatrocientos, seré derrotado, en atención a que de mis cuarenta guerreros habrá diez por lo menos que se dejarán matar por brutos. No es posible tener cuarenta hombres leales; no existen. Preciso será contentarse con treinta. Con diez hombres menos, tendré derecho a evitar un encuentro a mano armada por el escaso número de mi gente, y si el encuentro se realiza, siempre mi elección será más cierta sobre treinta hombres que sobre cuarenta. Además, economizo cinco mil francos; es decir, la octava parte de mi capital, lo cual vale algo. Eso dicho, tendré, por tanto, treinta hombres. Los dividiré en tres secciones y recorreremos el país con la consigna de reunirnos en un momento dado; de

esta manera de diez en diez no damos la menor sospecha y pasamos desapercibidos. Sí, sí, treinta, es buen número, pues tiene tres decenas: ¡tres! Número divino. Y la verdad, una compañía de treinta hombres, cuando esté reunida, siempre tendrá algo de imponente... ¡Ah! ¡Infeliz de mí! —continuó D'Artagnan—. Se necesitan treinta caballos, y esto es ruinoso. ¿Dónde diablos tenía la cabeza cuando olvidaba los caballos? Sin embargo, no se puede ni soñar dar un golpe semejante sin caballos. Pues bien, sea; haremos ese sacrificio, a no ser que los tomemos en el país, que tampoco son malos, por otra parte. ¡Diantre! También se me olvidaba, tres pelotones exigen tres comandantes, y ésa es la dificultad; de los tres comandantes, ya tengo uno, que soy yo; sí, pero los otros dos costarán ellos solos tanto dinero como el resto de la tropa. No, decididamente no será menester más que un capitán. Pero, entonces, reduciré mi tropa a veinte hombres. Bien sé que veinte hombres es poco, pero puesto que con treinta hombres estaba resuelto a evitar los encuentros, lo haré ahora mucho mejor con veinte. Veinte es cuenta redonda; y además reduce a veinte el número de caballos, lo cual es muy digno de consideración; y así, con un buen teniente... ¡Diantre! ¡Esto sí que es paciencia y cálculo! Iba a embarcarme con cuarenta hombres; y he aquí que ya me reduzco a veinte para la misma empresa. Diez mil libras de ahorro de un solo golpe y más seguridades, es una buena cosa. Veamos ahora; ya sólo se trata de encontrar ese teniente; encontrémole; pues, y luego... Esto no es fácil; yo lo necesito valiente y bueno, un segundo yo. Si, esto es, pero un teniente tendrá mi secreto, y como este secreto vale un millón, y yo no pagará a mi hombre más que mil libras, o mil quinientas todo lo más, mi hombre venderá el secreto a Monk. Nada de teniente, ¡cásqueras! Por otra parte, aunque este hombre fuese mudo como un discípulo de Pitágoras, tendría sin duda alguna en la compañía algún soldado de confianza, de quien haría su sargento, y el sargento penetraría el secreto del teniente, dado caso que éste fuese hombre de bien y no quisiera venderlo. Entonces, el sargento, menos probo y ambicioso, lo dará todo por cincuenta mil libras. ¡Vamos, vamos! ¡Esto es imposible! ¡Decididamente, es imposible el tal teniente! Entonces, nada de pelotones; y yo no puedo dividir mi tropa en dos, y obrar sobre dos puntos a un tiempo sin tener otro yo, que... Mas, ¿a qué viene obrar sobre dos puntos, puesto que sólo tenemos un hombre que agarrar? ¡A qué debilitar un cuerpo, poniendo la derecha aquí, la izquierda allá? un sólo cuerpo, ¡diantre! ¡Sólo y mandado por D'Artagnan, eso es! Pero veinte hombres marchando en un pelotón son sospechosos para todo el mundo; es necesario que no vean marchar juntos veinte jinetes, pues se les destaca una compañía que pide el santo y seña, la cual, viendo el embarazo que hay para darlo, fusila a D'Artagnan y a sus hombres como si fuesen conejos. Reduzcamos, pues, a diez hombres, de este modo obra sencillamente y con unidad; así me veré obligado a tener prudencia, lo cual es la mitad de lo necesario; para conseguir un negocio de la naturaleza del que emprendo; mucha

gente quizá me hubiera conducido a alguna locura. Diez caballos no es nada difícil de comprar o de robar. ¡Oh! Excelente idea. ¡Qué tranquilidad tan perfecta hace circular por mis venas! De este modo no habrá dudas, ni santo y seña, ni peligros. Diez hombres son diez criados. Diez hombres que conducen diez caballos, cargados de mercancías cualesquiera, son tolerados y bien recibidos en cualquier parte. Diez hombres viajando por cuenta de la casa «Planchet y Compañía de Francia». No hay más que decir. Estos diez hombres, vestidos como traficantes, tienen un magnífico cuchillo de caza, un buen mosquete a la grupa de su caballo y una buena pistola en la pistolera. Jamás se dejan molestar, porque ellos no llevan malas intenciones. En el fondo quizá sean un poco contrabandistas, pero ¿qué importa?

El contrabando no es como la poligamia, un caso que merezca la horca. Lo peor que podía acontecernos es que confisquen nuestras mercancías. ¡Bonito negocio las tales mercancías! Vamos, vamos, es un plan soberbio. Diez hombres solamente; diez hombres que engancharé para mi servicio, diez hombres que serán tan decididos como cuarenta, que me costarán como cuatro, y a quienes, para mayor seguridad, no abriré la boca sobre mis designios y sólo les diré: «amigos míos, hay un golpe que dar». De esta manera, muy perverso será Satanás para que me juegue una de sus malas pasadas. ¡Quince mil libras economizadas de veinte mil! Soberbio.

Así, animado por su industrioso cálculo, D'Artagnan fijóse en este plan, resuelto a no variarlo en nada. Ya tenía una lista, suministrada por su inmensa memoria, diez hombres ilustres entre los perseguidores de aventuras, maltratados por la fortuna o inquietados por la justicia. Después de esto se incorporó D'Artagnan poniéndose al instante en movimiento, advirtiendo a Planchet que no le esperase para el desayuno, ni tal vez para la comida. Día y medio ocupados en correr algunos chiribitiles de París le bastaron para su recolección, y sin comunicar a sus aventureros entre sí, había coligado, colecciónado, reunido en menos de treinta horas un encantador conjunto de malas caras; que hablaban un francés menos correcto que el inglés de que iban a servirse.

Eran éstos, por punto general, soldados cuyo mérito había podido apreciar D'Artagnan en distintas ocasiones, y a quienes la embriaguez, las estocadas desgraciadas, las ganancias inesperadas en el juego, o las reformas económicas del señor Mazarino, habían obligado a buscar la sombra y la soledad, estos dos grandes consuelos; para las almas comprimidas y magulladas.

En sus fisonomías y en sus trajes llevaban las señales de las penas del corazón que habían padecido. Algunos tenían el rostro descarnado, y todos ellos los vestidos despedazados. D'Artagnan socorrió lo más apremiante de estas miserias fraternales con una sabia distribución de los escudos de la sociedad; y luego, habiendo cuidado de que estos escudos se emplearan en el embellecimiento físico de la compañía, dio, alta a sus reclutas para el norte de Francia, entre

Berghes y Saint Omer. De plazo les había dado seis días, y D'Artagnan conocía perfectamente la buena voluntad, el excelente humor y la probidad relativa de estos ilustres reclutas, para estar cierto de que ni uno solo faltaría al llamamiento.

Dadas tales órdenes y citas fue a despedirse de Planchet, que le pidió noticias de su ejército; pero D'Artagnan no juzgó a propósito darle parte de la reducción que había hecho en su personal, temiendo despertar con esa confesión la desconfianza de su asociado. Planchet se regocijó mucho al saber que ya estaba levantado todo el ejército, y que él se encontraba como una especie de rey, que desde su trono mostrador mantenía a sueldo un ejército destinado a guerrear contra la pérvida Albión, esta enemiga de todos los corazones verdaderamente franceses.

Planchet contó, pues, en seductores lujos dobles, veinte mil libras por su parte personal, y otras veinte mil, siempre en hermosos lujos dobles, por la parte de D'Artagnan. Éste metió veinte mil libras en un saco, pesando cada saco en cada una de sus manos.

—Este dinero es muy embarazoso, querido Planchet —dijo—. ¿Sabes que esto pesa más de treinta libras?

—¡Bah! Eso lo llevará vuestro caballo como una pluma.

D'Artagnan movió la cabeza.

—No me digas esas cosas, Planchet; un caballo sobrecargado con treinta libras, además del portamanteo y del jinete, no pasa tan fácilmente un río, ni salta con tanta ligereza un murallón o un foso, y por tanto ni caballo ni caballero. Verdad es que tú no sabes esto, Planchet, pues toda tu vida has servido en infantería.

—Entonces, señor, ¿qué hacemos?

—Escucha —dijo D'Artagnan—, pagaré mi ejército cuando vuelva a sus hogares. Quédate con mi mitad de veinte, mil libras, que puedes hacer valer mientras yo esté fuera.

—¿Y mi mitad? —preguntó Planchet.

—Me la llevo.

—Vuestra confianza me honra —dijo Planchet—, pero ¿y si no volvéis?

—Eso es posible; aunque el negocio sea poco verosímil. Entonces, Planchet, para el caso de que no regrese, dame una pluma y haré mi testamento.

D'Artagnan escribió una sola hoja.

*Yo, D'Artagnan, poseo veinte mil libras economizadas sueldo a sueldo en treinta años que he estado al servicio del rey de Francia. De ellas doy cinco mil a Athos, cinco mil a Porthos, cinco mil a Aramis, para que se las den en mi nombre y en los suyos a mi amigo, el joven Raúl, vizconde de Bragelonne. Y las cinco mil restantes se las doy a Planchet, para que distribuya con menos disgusto las otras quince libras a mis amigos.*

*Para que conste, firmo las presentes.*

D'ARTAGNAN.

Planchet: parecía estar muy deseoso de saber lo que había escrito D'Artagnan:

—Lee, Planchet —le dijo el mosquetero.

Cuando llegó a las últimas líneas, se asomaron las lágrimas a los ojos de Planchet.

—¿Creéis que sin esto no hubiera dado el dinero? En este caso, no quiero vuestras cinco mil libras. D'Artagnan sonrió.

—Acepta, Planchet acepta; y de esta manera sólo perderás quince mil libras, en vez de veinte mil, y no te dará la tentación de hacer afrenta a la firma de tu amo y amigo, buscando un medio para no perder nada.

¡Tan bien, conocía D'Artagnan el corazón de los hombres y de los abaceros!

Los que han llamado loco a don Quijote porque marchaba sólo con Sancho a la conquista de un imperio, y los que han llamado loco a Sancho porque marchaba con su amo a la conquista del susodicho imperio, éhos, decimos, no hubieran formado ciertamente otro juicio sobre D'Artagnan y Planchet.

No obstante, él primero pasaba por un espíritu sutil entre los más finos talentos de la corte de Francia. Y en cuanto al segundo, había adquirido reputación de ser uno de los más aventajados cerebros entre los tenderos de la calle de los Lombardos, y por tanto de París, y con justicia de Francia.

Así es que, no considerando a estos dos hombres sino desde el punto de vista de todos los hombres, y los medios con cuyo auxilio contaban para reponer a un rey en su trono sino comparativamente a los otros medios, el más torpe caletre del país en que los caletres sean mas torpes se hubiese rebelado contra la presunción del teniente y la estupidez de su consocio.

Felizmente, D'Artagnan no era hombre para oír chismes que se divulgases en derredor suyo, ni los comentarios que se hiciesen sobre su persona, pues había adoptado esta divisa: *Hagamos y callemos*; Planchet, por su parte, había prohijado ésta: *Ruede la bola y no digamos nada*. De aquí resultaba que, según la costumbre de todos los talentos superiores, estos dos hombres se congratulaban *intrapectus* de tener razón contra todo el mundo.

Para empezar, D'Artagnan se puso en camino con el tiempo más hermoso del mundo, sin nubes en el cielo; sin nubes en el alma, alegre y fuerte, tranquilo y decidido, lleno de resolución, y por tanto llevando consigo una dosis décuple de ese fluido poderoso que los sacudimientos del alma hacen saltar de los nervios y dan a la máquina humana una fuerza e influencia, de la cual, según todas las probabilidades, los siglos futuros podrán darse más cuenta, aritméticamente considerada, que la que nos damos en el día. Así, pues tomó, como en tiempos

pasados, el camino fecundo en aventuras que le había conducido a Boulogne, y que recorría por cuarta vez. Al mismo tiempo que caminaba, casi pudo reconocer las huellas de sus pasos sobre las puertas de las posadas; su memoria, siempre viva, resucitaba ahora aquella juventud que, treinta años después, no había desmentido ni su gran corazón ni su puño de acero.

¡Qué naturaleza tan rica la de ese hombre! Tenía todas las pasiones, todos los defectos, todas las debilidades, pero el espíritu de contradicción familiar a su inteligencia, cambiaba todas esas imperfecciones en cualidades correspondientes. D'Artagnan, gracias a su imaginación, errante sin cesar, tenía miedo a una sombra, y avergonzado de haber tenido miedo, marchaba hacia ella, y entonces; haciése extraordinario por su bravura, si el peligro era real. Así es que todo era emociones en él. Amaba mucho la sociedad de otro, pero jamás se fastidiaba de la suya, y más de una vez, si se hubiera podido estudiarlo cuando permanecía solo, se le habría visto reírse de cuentecillos que se refería a sí propio, o de, imágenes burlonas que se creaba, justamente cinco minutos antes del momento en que debía comenzar el fastidio.

Esta vez quizá no estuvo D'Artagnan tan jovial como si hubiera tenido la perspectiva de encontrar buenos amigos en Calais, en lugar de los diez genízaros que hallaría; pero, sin embargo, la tristeza no le visitó más que una vez por jornada, de modo que fueron cinco visitas poco más o menos las que recibió de esta sombría deidad antes de vislumbrar el mar de Boulogne; además, las visitas fueron breves.

Pero una vez aquí, D'Artagnan se sintió cerca de la acción y desapareció todo sentimiento, a excepción de la confianza. De Boulogne siguió la costa hasta Calais.

Calais era la cita general, habiendo indicado a cada uno de sus enganchados la hostería El Gran Monarca, donde la vida no era cara, donde los marineros condimentaban su rancho, y donde los hombres de armas encontraban cama, mesa, comida, y todas las dulzuras de la vida por treinta sueldos diarios.

D'Artagnan proponiéase encontrarlos en flagrante delito de vida errante, y juzgar por la primera apariencias, debía contar con ellos como buenos compañeros.

A las cuatro y media de aquella misma tarde llegó a Calais, y se encaminó a la hostería El Gran Monarca.

## Capítulo XXII

---

### Los soldados de D'Artagnan

La hostería «El Gran Monarca» se encontraba situada en una calle paralela al puerto, sin dar al mismo; angulosas callejuelas cortaban las dos grandes líneas rectas del puerto y de la calle. Por estas callejuelas se desembocaba de la calle al puerto.

D'Artagnan llegó al puerto, dirigióse por una de estas calles y cayó inopinadamente ante la hostería El Gran Monarca.

El momento era bien escogido, y pudo recordar a nuestro hombre su presentación en la hostería El Molinero Franco, en Meung. Algunos marineros que acababan de jugar a los dados, habían armado pendencia y se amenazaban con furor. El posadero, la posadera y dos criados, vigilaban con ansiedad el corro de estos malos jugadores, en cuyo centro amenazaba estallar la guerra, erizada de hachas y cuchillos.

Entretanto proseguía el juego. Un banco de piedra estaba ocupado por dos hombres, que de este modo parecían vigilar a la puerta; cuatro mesas en el fondo de la sala común, estaban ocupadas por otros ocho individuos, y ni los hombres del banco, ni los de las mesas tomaban parte en la pendencia ni en el juego. D'Artagnan reconoció a sus diez hombres en estos espectadores tan fríos e indiferentes.

La pendencia iba creciendo. Toda pasión tiene, como el mar, su marea que afluye y refluye. Un marinero, llegado al paroxismo de su pasión, echó al suelo la mesa y el dinero que sobre ella había, al instante todo el personal de la hostería se arrojó sobre las puertas y un crecido número de monedas blancas fueron recogidas por personas que se ocultaron; mientras los marineros se despedazaban mutuamente.

Solamente los dos hombres del banco y los ocho del interior, por más que pareciesen en un todo indiferentes entre sí, sólo, decimos, estos diez hombres parecía que estaban convenidos para permanecer impasibles en medio de los gritos, del furor y del ruido del dinero. Dos de ellos solamente se limitaron a rechazar con el pie a los combatientes que iban hasta debajo de su mesa.

Otros dos sacaron las manos de los bolsillos, pero sin tomar parte en la baraúnda, y otros dos, en fin, subieronse sobre la mesa que ocupaban, como hacen para evitar ser sumergidas las personas, sorprendidas por una avenida de agua.

—¡Ea! —dijo interiormente D'Artagnan, que no había perdido ninguna de las circunstancias que acabamos de relatar—. ¡Bonita colección! Circunspectos, tranquilos, habituados al ruido, hechos a los golpes.

—¡Pardiez! Buena mano he tenido.

De repente fijó su atención en un punto de la sala.

Los dos hombres que habían dado con el pie a los combatientes, fueron insultados atrozmente por los marineros que acababan de reconciliarse.

Uno de ellos, medio embriagado de cólera y completamente de cerveza, se llegó al más pequeño de aquellos otros a interrogarle con qué derecho había tocado con su pie a criaturas de Dios que no eran perros, y al hacer esta interpelación, puso, para hacerla más directa, su fuerte puño en la nariz del recluta de D'Artagnan.

Aquel hombre se puso pálido, sin poderse apreciar si la causa era el miedo o la cólera. Viendo lo cual el marinero dedujo que era por temor, y levantó el puño con la intención bien manifiesta de dejarlo caer sobre la cabeza del individuo; mas sin que se moviese el hombre amenazado, descargó tan fuerte puñetazo en el estómago del marinero, que lo hizo rodar hasta el fin de la sala con espantosos gritos.

Al instante, hostigados todos los compañeros del vencido por el espíritu de cuerpo, cayeron sobre el vencedor.

Este último, con la misma sangre fría de que ya había dado prueba, y sin cometer la indiscreción de tocar a sus armas, empuñó un jarro de cerveza con el tapón de estaño, y tumbó a dos o tres de sus agresores; mas luego, como iba a sucumbir al mayor número, los otros siete silenciosos del interior, como no habían chistado siquiera, conocieron que se trataba de su causa y acudieron en su socorro.

Al mismo tiempo los dos indiferentes de la puerta volvieron la cara con un fruncimiento de cejas que indicaba su intención bien marcada de acometer al enemigo por la espalda, si el tal enemigo no cesaba en su agresión.

El posadero, sus criados y dos guardias de la ronda nocturna que pasaban, y que por curiosidad penetraron en la sala, fueron envueltos en la pelea y en los puñetazos.

Los parisenses descargaban como ciclopes, y con una uniformidad y táctica que era un primor; al fin, obligados a tocar en retirada ante el número, tomaron su atrincheramiento al otro lado de la gran mesa, que cuatro de ellos levantaron de común acuerdo, mientras los otros dos se armaban cada uno de un banco; de modo que, sirviéndose de aquellos útiles como de un gigantesco ariete, echaron por tierra de un solo golpe a ocho marineros, sobre cuyas cabezas habían hecho jugar su monstruosa catapulta.

Ya se hallaba el suelo escombrado de heridos y la sala llena de gritos y de polvo, cuando D'Artagnan, satisfecho de la prueba, adelantóse con la espada en la mano, e hiriendo con el pomo sobre todas las cabezas que encontró erguidas, pronunció un ¡hola! vigoroso, que al instante puso término a la lucha. Entonces, hubo una gran retirada del centro a la circunferencia y D'Artagnan se encontró solo y dominador.

—¿Qué sucede? —preguntó enseguida a la reunión con el tono majestuoso de Neptuno pronunciando el *quos ego*.

Al momento, y al primer acento de esta voz, para continuar la metáfora virgiliana, los reclutas del señor de D'Artagnan, reconociendo cada cual a su soberano señor, recogieron a un tiempo su cólera y sus banquetazos.

Los marineros, por su parte, viendo aquella larga espada desnuda, aquel aire marcial y aquel brazo ágil que llagaba al socorro de sus enemigos, en la persona de un hombre que parecía habituado al mando, recogieron al momento sus méritos.

Los parisenses se enjugaron la frente e hicieron una reverencia a su jefe.

D'Artagnan fue felicitado por el posadero de El Gran Monarca, a quien recibió como hombre que sabe que no se le ofrece nada de más, y declaró enseguida que mientras esperaba la comida iba a pasearse al puerto.

Al instante comprendieron el llamamiento los enganchados, y cada cual tomó su sombrero, cepilló su traje y siguió a D'Artagnan.

Pero éste, al mismo tiempo que examinaba todo, se guardó muy bien de detenerse; dirigióse a la playa y los diez hombres, asombrados de verse a la pista unos de otros, e inquietos de llevar a derecha, izquierda y detrás de si a compañeros con los cuales no contaban, le siguieron echándose unos a otros terribles miradas.

Allá y en lo más retirado de la playa se volvió D'Artagnan hacia ellos, sonriendo al verlos tan separados; y haciéndoles un signo pacífico con la mano:

—¡Eh! ¡Aquí, señores! —dijo—. No nos devoremos; estáis hechos para vivir juntos; para entenderos en todas las cosas, y no para devorarlos los unos a los otros.

Entonces terminaron las sospechas; los hombres respiraron, como si los sacaran de un ataúd, y se examinaron unos a otros con complacencia. Después de este examen fijaron los ojos en su jefe, quien conociendo de tiempos atrás el

difícil arte de hablar a hombres de este temple, les pronunció el discurso siguiente, acentuado con energía completamente gascona:

—Señores: ya sabéis quién soy yo. Os he enganchado conociéndoos por intrépidos y queriendo asociarlos a una expedición gloriosa. Figuraos que trabajando conmigo trabajáis por el rey únicamente, os prevengo que si dejáis escapar alguna cosa de esta suposición, me veré obligado a romperos al momento la cabeza de la manera que me sea más cómoda. No ignoráis, señores, que los secretos de Estado son como un mortal veneno; mientras este veneno esté en su redoma; y la redoma bien cerrada, a nadie perjudica; pero fuera de la redoma, mata. Ahora, acercaos a mí, y sabréis de este secreto lo que de él puedo deciros.

Todos se acercaron con un movimiento de curiosidad.

—Acercaos —continuó D'Artagnan—, y que el pájaro que pase por encima de nuestras cabezas, el conejo que corra en la ribera y el pez que salte fuera del agua no puedan escucharnos. Se trata de saber y de contar luego al señor superintendente de Hacienda cuánto daño causa a los comerciantes franceses el contrabando inglés. Entraremos por todas partes y lo veremos todo. Nosotros somos unos pobres pescadores picardos, arrojados a la costa por una borrasca, y venderemos pescado, ni más ni menos que como verdaderos pescadores. Pero puede acontecer que adivinen quiénes somos y nos molesten, en cuyo caso es urgente que estemos en estado de defendernos. Por eso os he escogido como a gente inteligente y de valor. Llevaremos nueva vida y no correremos gran peligro, en atención a que tenemos detrás un protector poderoso, gracias al cual no hay dificultad posible. Una sola cosa me contraría; pero confío en que, después de una corta explicación, me sacaréis del aprieto. Esta cosa que me contraría es llevar conmigo una tripulación de pescadores necios; que nos estorbarán enormemente, mientras que, si por ventura, hubiese entre vosotros gente que conociera el mar...

—¡Oh! Aquí estoy yo —murmuró uno de los reclutas de D'Artagnan—; he sido prisionero de los piratas de Túnez durante tres años y conozco las maniobras como un almirante:

—Ya veis —observó D'Artagnan—, qué cosa tan admirable es la casualidad!

D'Artagnan pronunció estas palabras con indefinible acento de fingida buena fe; porque D'Artagnan sabía bien que esta víctima de los piratas era un antiguo corsario, y lo había enganchado con conocimiento de causa. Pero D'Artagnan jamás decía más de lo que tenía precisión de decir, para dejar a las gentes en la duda. Se pagó, pues, de la explicación, y acogió el efecto sin parecer curarse de la causa.

—Y yo —repuso otro de los reclutas—, tengo casualmente un tío que dirige los trabajos del puerto de la Rochela, y siendo muy niño jugaba en las embarcaciones; de modo que sé manejar el remo y la vela, y desafío a que lo

haga mejor el primer marinero ponentino.

Éste no mentía más que el otro: había remado seis años en las galeras de Su Majestad.

Otros dos fueron más sinceros, y confesaron ingenuamente que habían servido en un buque como soldados penados, de lo cual no se ruborizaban. D'Artagnan se encontró, pues, jefe de seis hombres aguerridos y de cuatro marineros, teniendo a un mismo tiempo ejército de tierra y mar, lo cual hubiera llevado al colmo el orgullo de Planchet, si Planchet hubiese conocido estos detalles.

Ya sólo se trataba de la orden general, y D'Artagnan la dio muy precisa. Intimó a sus hombres que estuvieran dispuestos a salir para La Haya, siguiendo los unos el litoral que llega hasta Breskens, y los otros él camino que conduce a Amberes.

Calculando las marchas, fue dada la cita para después de quince días en la plaza principal de La Haya.

D'Artagnan recomendó a sus hombres que se emparejasen, como mejor lo entendiesen, por simpatía, de dos en dos; y él mismo eligió entre los rostros menos patibularios dos guardias que había conocido en otro tiempo, y cuyas únicas faltas eran ser jugadores y borrachos. Estos hombres no perdieron toda idea de civilización, y bajo vestidos aseados hubieran vuelto a latir sus corazones. D'Artagnan, para no dar celos a los otros, les hizo marchar delante; y conservando a sus dos favoritos los vistió con sus propios atavíos y salió con ellos.

A éstos, a quienes parecía honrar con una confianza absoluta, fue a quienes D'Artagnan hizo una falsa confidencia, destinada a garantizarles el buen éxito de la expedición. Confesóles que se trataba, no ya de ver los perjuicios que el contrabando inglés podía causar al comercio francés, sino al contrario, los daños que el contrabando francés podía hacer al comercio inglés. Estos hombres parecieron convencidos, y lo estaban, en efecto. D'Artagnan hallábase persuadido de que al primer exceso, y cuando estuviesen muertos de embriaguez, uno de los dos divulgaría este secreto capital a la compañía. Su plan le parecía infalible. Quince días después de lo que acabamos de presenciar en Calais, todo el ejército se hallaba reunido en La Haya.

Entonces vio D'Artagnan que todos sus hombres, con una inteligencia notable, se habían disfrazado de marineros más o menos derrotados por la mar:

D'Artagnan les dejó dormir en un chiribitil de Newkerke Street, y él se alojó en el gran canal.

Supo que el rey de Inglaterra se había acercado a su aliado Guillermo II de Nassau, estatúder de Holanda. Entonces supo también que la negativa de Luis XIV había disminuido un poco la protección que hasta entonces se le concediera, y que en consecuencia había ido a confinarse en una casita de la aldea de Scheveningen, situada en la playa a orillas del mar, a una legua corta de La

Haya.

Allí, según se decía, el desgraciado proscrito se consolaba de su destierro, mirando con la tristeza particular a los príncipes de su raza, aquella mar inmensa del Norte que le separaba de su Inglaterra, como en otro tiempo había separado a María Estuardo de Francia. Allí, detrás de algunos árboles del magnífico bosque de Scheveningen y sobre la fina arena donde crecían los dorados arbustos de la playa, Carlos II vegetaba como ellos, más desgraciado que ellos, porque existía con la vida del pensamiento, y esperaba y desesperaba al propio tiempo.

D'Artagnan se adelantó una vez hasta Scheveningen para asegurarse de lo que se contaba con respecto al príncipe. Vio, efectivamente, a Carlos II, pensativo y solo, salir por una pequeña puerta que daba al bosque y pasearse por la ribera, al sol poniente, sin llamar siquiera la atención de los pescadores, quienes al avanzar la noche sacaban sus barcos sobre la arena de la playa; como los antiguos marinos del archipiélago.

D'Artagnan conoció al rey; a quien vio fijar su mirada sombría sobre la inmensa extensión de las aguas, y absorber en su pálido semblante los rojizos rayos del sol, cortado ya por la negra línea del horizonte. Luego entró Carlos II en la casa aislada, siempre solo, siempre lento y triste, y distraídose en hacer crujir bajo sus pasos la movediza arena.

Aquella misma noche alquiló D'Artagnan por mil libras una barca de pescadores que valía cuatro mil; aquéllas mil las pagó en el acto, y depositó las otras tres mil en casa del burgomaestre: Después de lo cual, embarcó, sin que nadie lo viese y en la obscuridad de la noche, a los seis hombres que formaban su ejército terrestre; y al subir la marea, a eso de las tres de la mañana, ganó la alta mar maniobrando ostensiblemente con los cuatro hombres y descansando en la ciencia de su galeote, como si hubiese sido el primer piloto del puerto.

## Capítulo XXIII

---

Donde el autor se ve obligado, aunque a pesar suyo, a hacer un poco de historia

Mientras los reyes y los hombres se ocupaban de este modo de Inglaterra, que se gobernaba sola, y que, necesario es decirlo en su elogio, jamás había estado peor gobernada, un hombre sobre quien Dios había fijado su mirada y puesto su dedo, un hombre predestinado a escribir su nombre con letras de oro en el libro de la historia, proseguía a la faz del mundo una obra llena de misterio y de audacia. Iba, y nadie sabía adónde quería ir, pues no sólo Inglaterra, sino también Francia y Europa veíanle marchar con paso firme y erguida la cabeza.

Monk acababa de declararse por la libertad del *Rump Parliament*, esto es, del Parlamento *Rabadilla*, como entonces se le llamaba; Parlamento al que el general Lambert, imitando a Cromwell, del cual había sido lugarteniente, concluía de bloquear tan estrechamente, para obligarle a hacer su voluntad, que ningún miembro durante el bloqueo había podido salir de él, y sólo uno, Pedro Wentworth, había logrado entrar.

Lambert y Monk todo se resumía en estos, dos hombres, representantes el primero del despotismo militar, y el segundo del republicanismo puro. Estos dos hombres eran los únicos representantes de esta revolución en la que Carlos I perdió su corona, y después la vida. Lambert no disimulaba sus miras, que se dirigían a establecer un gobierno puramente militar, y a constituirse en jefe de este gobierno. Monk, diestro, ambicioso, lo hacían otros, deseaba convertir este Parlamento, al que parecía, proteger, en sólido escalón para subir al trono que Cromwell había dejado vacío, mas sobre el cual no se había decidido a sentarse. Y Lambert, persiguiendo al Parlamento, y Monk, declarándose por él, se habían manifestado

adversarios uno de otro.

De esta manera, Monk y Lambert habían pensado antes de todo en adquirir cada cual un ejército; Monk en Escocia, donde permanecían los presbiterianos y los realistas, es decir, los descontentos; Lambert en Londres, donde se hallaba como siempre la más ruda oposición contra el poder que delante de sus ojos tenía.

Monk había pacificado a Escocia, donde se había formado un ejército y creado un asilo. Sabía que aún no había llegado la hora señalada por el Señor para un gran cambio, así es que su espada parecía pegada a la vaina. Inexpugnable en su feroz y monstruosa Escocia, general absoluto, rey de un ejército de once mil soldados veteranos, que más de una vez había conducido a la victoria; tan bien o mejor instruido de los negocios de Londres como el mismo Lambert, que tenía guarnición en la City; tal era la posición de Monk cuando se pronunció por el Parlamento a cien leguas de distancia de Londres. Lambert por el contrario, como ya hemos dicho, habitaba la capital, el centro de todas sus operaciones, dónde reunía en derredor suyo a todos sus amigos y a todo el pueblo bajo, eternamente inclinado a amar a los adversarios del poder constituido.

En Londres supo Lambert el apoyo que desde las fronteras de Escocia prestaba Monk al Parlamento. Conoció que no había tiempo que perder, y que el Tweed no estaba tan separado del Támesis como para que un ejército no pudiese saltar de una orilla a otra, principalmente si estaba bien mandado. Además, sabía que, a medida que, penetrasen en Inglaterra los soldados de Monk, formarían en el camino esa bola de nieve, emblema del globo de la fortuna, que no es para el ambicioso más que un escalón siempre ascendente para llevarle a su fin. Reunió, pues, su ejército, formidable a la vez por su composición y por su número; y corrió al encuentro de Monk, quien semejante a un marino discreto que boga en medio de escollos, se adelantó a cortas jornadas, arrogante, escuchando el ruido y husmeando el aire que venía de Londres.

Los dos ejércitos divisáronse a la altura de Newcastle. Lambert llegó primero y acampó en la misma ciudad.

Monk, hizo alto donde estaba, y estableció su cuartel general en Coldstream, sobre el Tweed.

La vista de Lambert propagó la alegría en el ejército de Monk, mientras que, por el contrario, la vista de Monk infundió el desorden en el de Lambert. Hubiérase creído que estos intrépidos batalladores, que tanto ruido habían hecho en las calles de Londres, se habían puesto en marcha con la esperanza de no hallar a nadie, y que ahora, viendo que habían encontrado un ejército, y que este ejército enarbolaaba delante de ellos, no sólo un estandarte, sino también una causa y un principio, hubiérase creído, decímos, que estos intrépidos batalladores se habían puesto a reflexionar que ellos eran menos buenos republicanos que los soldados de Monk, puesto que éstos sostenían al Parlamento, mientras que

Lambert no sostenía a nadie, ni aun a sí mismo.

En cuanto a Monk, si hubo de reflexionar, o si reflexionó, eso debió ser muy tristemente, porque la historia cuenta, y esta púdica señora no miente nunca, como es sabido, que el día de su llegada a Coldstream se buscó un carnero inútilmente por toda la ciudad.

Si Monk hubiese mandado un ejército inglés ya hubiera tenido bastante con esto para que todo él desertara. Mas no sucede lo mismo a los escoceses que a los ingleses, a quienes esa carne fluida que se llama sangre es de toda necesidad. Los escoceses, raza humilde y sobria, viven de una poca cebada molida entre dos piedras, desleída con agua de la fuente, y cocida sobre una losa enrojecida.

Los escoceses, después de hecha la distribución de cebada; no se apesadumbraron porque hubiese o no carne en Coldstream.

Monk, no familiarizado con las tortas de cebada, tenía hambre, y su Estado Mayor, no menos hambriento que él, miraba con ansiedad a derecha e izquierda para saber lo que se preparaba de comida.

Sus exploradores encontraron la ciudad desierta y los almacenes vacíos; y no había que contar en Coldstream ni con carníceros ni con panaderos. Así es que no encontraron ni el menor trozo de pan para la mesa del general.

A medida que se sucedían estas noticias, tan poco tranquilizadoras unas como otras, viendo Monk el espanto y el decaimiento en todos los semblantes, afirmó que no tenía hambre. Además, comerían a la mañana siguiente, pues Lambert estaba allí con probable intención de dar la batalla, y, por tanto, de entregar sus provisiones si era forzado en Newcastle, o para librarse del hambre definitivamente a los soldados de Monk si salía vencedor.

Este consuelo no fue eficaz sino para un escaso número, lo cual importaba muy poco a Monk, porque Monk era muy absoluto, bajo apariencia de la más perfecta dulzura.

Cada cual se vio precisado a quedar satisfecho, o a demostrarlo por lo menos. Monk, tan hambriento como su tropa, pero afectando la mayor indiferencia por ese carnero, ausente, cortó un pedazo de tabaco de media pulgada, de manos de un sargento que formaba parte de su séquito, y comenzó a masticar el referido fragmento, asegurando a sus oficiales que el hambre era una quimera, y que además se tenía hambre con tal de que se tuviese algo que poner entre los dientes.

Esta chanzoneta satisfizo a algunos de aquellos que habían resistido a la primera deducción que Monk sacó de la vecindad de Lambert: el número de los pertinaces disminuyó, la guardia se instaló, las patrullas comenzaron, y el general continuó su frugal desayuno en la tienda abierta.

Entre su campo y el de su enemigo se alzaba una antigua abadía, cuyas ruinas apenas existen hoy, pero que entonces permanecían en pie, y se llamaba la abadía de Newcastle. Estaba construida sobre un vasto terreno, independiente a

un tiempo de la llanura y de la ribera porque casi era un pantano alimentado por las lluvias. No obstante, en medio de estos charcos, cubiertos de grandes hierbas, juncos y cañas, veíanse sobresalir terrenos sólidos, consagrados en otro tiempo a huerta, parque y jardín, y a otras dependencias de la abadía, parecida a una de esas grandes arañas de mar, cuyo cuerno es redondo, mientras que sus patas salen de esta circunferencia en distintas direcciones.

Monk hizo guardar la huerta como el lugar más propio para las sorpresas, y mucho más allá de la abadía veíanse los fuegos del general enemigo; pero entre éstos y aquélla, corría el Tweed desarrollando sus luminosas escamas bajo la densa sombra de las grandes encinas.

Monk conocía perfectamente esta posición, pues Newcastle y sus cercanías le sirvieron más de una vez de cuartel general. Sabía perfectamente que durante el día era posible que su enemigo fuese a intentar una escaramuza en las ruinas, pero que se guardaría de aventurarse a ello por la noche. Así es que, se encontraba en seguridad.

De este modo pudieron verle sus soldados, después de lo que él llamaba fastuosamente su comida, esto es, del ejercicio de masticación antes referido, dormir sentado en una silla de junco, como después hizo Napoleón en la víspera de la acción de Austerlitz, la mitad a la luz de una lámpara, y la otra mitad a los reflejos de la luna, que comenzaba a remontarse a los cielos.

Lo cual quiere decir que eran las nueve y media de la noche, poco más o menos.

De pronto sacudió esta especie de medio sueño, fingido quizás, porque vio un pelotón de soldados que, corriendo con alegres gritos, acababan de pisar a las varetas de la tienda de Monk, zumbando desde este sitio para despertarle.

No era preciso un ruido tan grande. El general abrió los ojos.

—¿Qué, hijos míos, qué sucede? preguntó el general.

—¡General! —gritaron muchas voces—. Comeréis hoy.

—He comido, señores —respondió tranquilamente éste—, y estaba haciendo la digestión, como habéis visto. Pero, pensad y decidme lo que os trae aquí.

—General una buena noticia.

—¡Bah! ¿Dijo Lambert que nos batiremos mañana?

—No, pero hemos apresado una barca de pescadores que conducía pesca al campamento de Newcastle.

—Y habéis hecho mal, amigos míos. Esos señores de Londres son delicados, y hacen ahora el primer servicio; vais a ponerlos de muy mal humor esta noche, y mañana serán inexorables. Creedme, sería de muy buen gusto enviar al señor Lambert esos pescados y esos pescadores, a menos que...

El general reflexionó algunos segundos.

—Decidme, si gustáis —continuó—, ¿quiénes son esos pescadores?

—Marineros picardos que pescaban en las costas de Francia u Holanda, y a

quienes un tempestuoso viento ha arrojado a las nuestras.

—¿Alguno de ellos habla en nuestra lengua?

—El jefe ha dicho unas palabras en inglés.

A medida que le daban tales explicaciones, despertábase la desconfianza del general.

—Está bien —dijo—, quiero ver a esos hombres; traédmelos.

Salió un oficial, para ir en busca de ellos.

—¿Cuántos son —añadió Monk—, y qué clase de buque tripulan?

—Son diez o doce, mi general, y montan una especie de quechemarín, como ellos llaman, de construcción holandesa, según parece.

—Y decís que llevaban pescado al campamento de Lambert?

—Sí, general, y aun parece que han hecho buena pesca.

—Bien, lo veremos ahora —dijo Monk

En aquel mismo momento volvía el oficial conduciendo al jefe de los pescadores, hombre de unos cincuenta y cinco años, poco más o menos, de buena presencia. Su estatura era mediana, y vestía jubón de lana basta y gorro calado hasta las cejas; llevaba un cuchillo ceñido a la cintura, y andaba con esa vacilación propia de los marineros, que no sabiendo nunca, gracias al movimiento de sus barcos, si ponen el pie en firme o en vago, dan a sus pasos una fijeza tan segura, como si se tratase de clavar una estaca.

Con una mirada penetrante contempló Monk largo tiempo al pescador, que comenzó a sonreírse de esa manera, mitad picaresca y mitad necia; particular a nuestros campesinos.

—¿Hablas inglés? —le preguntó Monk en— correcto francés.

—¡Ah! Muy mal, milord —respondió el pescador.

Esta contestación fue hecha más bien con la acentuación viva de las gentes de más allá del Loira, que con el acento un poco tarde de las comarcas del Oeste y del Norte de Francia.

—Pero lo hablas —insistió Monk, para estudiar otra vez este acento.

—Nosotros, la gente de mar —respondió el pescador—, hablamos algo todas las lenguas.

—¿Conque eres marinero pescador?

—Sí, milord, pescador, y aun famoso pescador. He pescado un labro que pesa treinta libras por lo menos, más de cincuenta mújoles y una multitud de pescadillas que están riquísimas en una fritura.

—Creo que tú has hecho más pesca en el golfo de Gascuña que en el canal de la Mancha —dijo Monk sonriendo:

—En efecto, soy del Mediodía, pero ¿esto impide que uno sea excelente pescador?

—No, y te compró tu pesca. Ahora, di con franqueza: ¿a quién la destinabas?

Milord, no os ocultaré que iba a Newcastle, siguiendo toda la costa, cuando un

pelotón de jinetes que subía la orilla en sentido contrario hizo señas a mi barca de que volviese atrás hasta el campamento de Vuestro Honor, so pena de una descarga de mosquetería. Como yo no estaba armado en guerra —repuso el pescador sonriendo—, obedecí.

—¿Y por qué ibas al campo de Lambert y no al mío?

—Milord, seré sincero, si lo permite vuestra señoría.

—Sí; y si es preciso, te lo mando.

—Pues bien, milord: iba al campo del señor Lambert, porque esos señores de la ciudad pagan bien, mientras que vosotros, los escoceses, puritanos, presbiterianos, o como queráis llamarlos, coméis poco y no pagáis mejor.

—¿Y por qué siendo del Mediodía, vienes a pescar a estas costas?

—Porque he hecho la necesidad de casarme en Picardía.

—Bien, pero la Picardía no es Inglaterra.

—Milord, el hombre pone el buque en la mar pero el cielo y el viento hacen lo que falta y conducen al buque donde les acomoda.

—¿Luego no teníais intención de abordar a nuestra playa?

—Nunca.

—¿Y qué ruta llevabas?

—Volvíamos de Ostende, cuando de repente se levantó viento recio de Mediodía, que nos hizo torcer, el rumbo; entonces, conociendo que era inútil luchar contra él, enfilaron en su dirección, y ha sido necesario, para no perder la pesca que era buena, ir a venderla al puerto más cercano de Inglaterra; y como este puerto más cercano era Newcastle y la ocasión propicia, se decían, pues había exceso de población en el campo, y exceso de población en la ciudad, porque uno y otra estaban llenos de caballeros muy ricos y muy hambrientos, me dirigí hacia Newcastle.

—¿Y dónde se hallan tus compañeros?

—¡Oh! Mis compañeros se han quedado a bordo; porque son marineros sin instrucción ninguna.

—Y tú... —dijo Monk

—¡Ah!: Yo —dijo el patrón riendo—, he corrido mucho con mi padre, y sé cómo se dice un sueldo, un doblón, un luis y un luis doble en todos los idiomas de Europa; así es que mi tripulación me escucha como un oráculo, y me obedece como a un almirante.

—¿De modo que fuiste tú quien escogió al señor Lambert como el mejor parroquiano o comprador?

—Ciento que sí, milord, y sed franco: ¡me había equivocado!

—Eso ya lo verás más tarde.

—En todo caso, milord, si hay culpa, mía es, y no hay por qué molestar a mis camaradas.

Vaya un tunante con talento, pensó Monk

Después de unos minutos de silencio, empleados en examinar al pescador, le preguntó el general:

—Me has dicho que vienes de Ostende.

—Sí, milord, en línea recta.

—Entonces, habrás oido hablar de los asuntos actuales, porque no dudo que se ocupan mucho de ellos en Francia y en Holanda. ¿Qué hace ahora, ese que se llama rey de Inglaterra?

—¡Oh! Milord —exclamó el pescador con expansiva franqueza—, he ahí una pregunta magnífica, y a nadie os habéis podido dirigir mejor que a mí; porque, en verdad, puedo daros una respuesta famosa. Figuraos, milord, que al arribar a Ostende para vender allí las pocas sardas que habíamos pescado, vi al ex rey, que se paseaba por las dunas, esperando los caballos que debían conducirle a La Haya, es un hombre muy pálido, de cabellos negros y el semblante algo duro. Tenía todo el aspecto de no estar bueno, y creo que el aire de Holanda no le es provechoso.

Monk seguía con gran atención las palabras rápidas y llenas de colorido del pescador, dichas en una lengua que no era la suya; pero ya hemos dicho que Monk la hablaba con facilidad. El pescador, por su parte, empleaba algunas veces una palabra francesa, otras una inglesa, y a veces otra que no pertenecía a ninguna lengua y que era gascona. Pero sus ojos hablaban por él y tan elocuentemente, que bien podía perderse una palabra de su boca, mas no la menor intención de sus ojos.

El general parecía cada vez más satisfecho de su examen.

—Tú habrás oido decir, que ese ex rey, como tú le llamas, se dirigía a La Haya con algún objeto.

—¡Oh! Sí —dijo el pescador—, he oido decir eso.

—¿Y con qué objeto?

—Siempre el mismo —dijo el pescador—; ¿no tiene la idea fija de volver a Inglaterra?

—Es cierto —dijo Monk pensativo.

—Sin contar —añadió el pescador— con que el estatúder... ya sabéis, Guillermo II...

—¿Qué?

—Le auxiliará con todo su poder.

—¡Ah! ¿Tú has oido decir eso?

—No, pero así lo creo.

—Según parece, estás fuerte en política —observó Monk

—¡Oh! Nosotros los marineros, milord, que tenemos la costumbre de estudiar el agua y el aire, es decir las dos cosas más móviles del mundo, es muy extraño que nos equivoquemos acerca de lo demás.

—Veamos —dijo Monk cambiando de conversación—, dicen que nos vas a

dar de comer opíparamente.

—Haré lo que pueda, milord.

—¿En cuánto nos vendes tu pesca?

—Buen necio sería si le pusiera precio.

—¿Y por qué?

—Porque, mi pesca os pertenece.

—¿Con qué derecho?

—Con el del más fuerte.

—Pero mi intención es pagártela.

—Eso es muy generoso, milord.

—Entonces, ¿qué es lo que pides?

—Yo pido irme.

—¿Dónde? ¿Al campo del general Lambert?

—¡Yo! —murmuró el pescador—. ¿Y por qué había de ir a Newcastle, cuando ya no tengo pescado?

—En todo caso, oyeme.

—Oigo.

—Un consejo.

—¡Cómo! ¿Milord quiere pagarme y darme además un buen consejo? ¡Milord me favorece demasiado!

Monk miró fijamente al pescador sobre el cuál parecía conservar alguna sospecha.

—Sí, deseo pagarte y darte un consejo, porque ambas cosas tienen relación. De modo que si vas al campo del general Lambert...

El pescador hizo cierto movimiento de cabeza y de hombros, que significaba:

—Si es así no le contrariemos.

—No atravieses el pantano prosiguió Monk; llevarás dinero, y encontrarás emboscadas de escoceses que he apostado allí. Son gente poco tratable, que comprende mal la lengua que hablas, aunque parezca componerse de tres idiomas, y que podrían quitarte lo que te hubiese dado, y al volver a tu país no dejarías de decir que el general tiene dos manos, una escocesa y otra inglesa, y que tal vez quita con la mano escocesa lo que da con la mano inglesa.

—¡Oh! General, yo iré donde queráis, estad tranquilo —dijo el pescador con un temor muy expresivo para no ser exagerado—. Yo no pido más que permanecer aquí, si queréis que me quede.

—Te creo —dijo Monk—; mas, sin embargo, no puedo conservarte en mi tienda.

—No tengo tal pretensión, milord, y únicamente deseo que vuestra señoría me indique dónde desea que esté. No os molestéis; una noche se pasa muy pronto.

—Pues voy a hacerte llevar a tu barca.

—Como le plazca a vuestra señoría. Y si quiere hacerme conducir por un carpintero, le quedaré agradecido altamente.

—¿Cómo es eso?

—Porque esos señores de vuestro ejército al hacer remontar la orilla a mi barca con el cable de que tiraban los caballos, la han destrozado un poco con las rocas de la ribera, de suerte que por lo menos tengo dos pies de agua en mi cala, milord.

—Un motivo más para que cudes de tu barco.

—Milord, estoy a vuestras órdenes —dijo el pescador—. Voy a descargar mis canastas donde queráis; luego me pagareis, si os place, y me volveréis a ver si la cosa os conviene.

Ya veis que yo me acomodo fácilmente.

—Vamos, vamos, eres un buen diablo —dijo Monk, cuya mirada escrutadora no había podido hallar una sola sombra en la limpidez de los ojos del pescador.

—¡Hola!

Digby, un ayudante de campo se presentó.

—Conduciréis a este buen hombre y a sus camaradas a las tiendas de las cantinas, delante de los pantanos; así, estarán cerca de su barca y no se acostarán en agua esta noche. ¿Qué sucede Spithead?

Spithead era el sargento a quien Monk había tomado un pedazo de tabaco para comer.

Spithead, al pasar a la tienda del general sin ser llamado, motivaba aquella pregunta.

—Milord —dijo—, un caballero francés se ha presentado en las avanzadas, y solicita hablar a Vuestro Honor.

Mas, aunque la conversación fuese en esta lengua, el pescador hizo un ligero movimiento, que Monk, ocupado con el sargento, no notó.

—¿Y quién es ese caballero? —preguntó Monk.

—Milord —respondió Spithead—, me lo ha, dicho; pero esos nombres franceses son tan difíciles de pronunciar para un gaznate escocés, que no he podido retenerlo. Por lo demás, ese caballero, según me han manifestado los centinelas, es el mismo que se presentó ayer, y que Vuestro Honor no quiso recibir.

—Es cierto, tenía consejo de oficiales.

—¿Decidís algo respecto a ese caballero?

—Que le conduzcan aquí.

—¿Será menester tomar precauciones?

—¿Cuáles?

—Vendarle los ojos, por ejemplo.

—¿Para qué? Sólo verá lo que yo deseo que vea, esto es, que tenga en derredor mío once mil valientes deseando morir en honor del parlamento de

## Escocia e Inglaterra.

—¿Y este hombre, milord? —dijo Spithead mostrando al pescador, que durante el diálogo había permanecido en pie e inmóvil, como hombre que ve, pero que no entiende.

—¡Ah! Es verdad —dijo Monk Y volviéndose hacia el vendedor de pescado, le dijo:

—Hasta más ver, querido; ya te he buscado una cama. Digby, condúcelo. No temas nada, que al instante se te enviará tu dinero.

—Gracias, milord —dijo el pescador.

Y, tras saludar, salió seguido de Digby.

A cien pasos de la tienda encontró a sus compañeros, que cuchicheaban con una locuacidad no exenta, al parecer, de inquietud. Pero les hizo una seña que los calmó.

—¡Hola! Vosotros —dijo el patrón—, venid acá, Su Señoría, el general Monk, tiene la generosidad de pagarnos nuestro pescado, y la amabilidad de darnos hospitalidad esta noche.

Los pescadores se unieron a su jefe, y conducidos por Digby se encaminaron hacia las cantinas, lugar que se les había destinado, según sabemos.

Al marchar hacia este punto, los pescadores pasaron en la oscuridad junto al soldado que conducía al caballero francés, a caballo y embozado en la capa, lo cual hizo que el patrón no pudiese verle, por grande que fuera su curiosidad. En cuanto al caballero, ignorando que tan cerca tuviera compatriotas, no paró la atención en la pequeña caravana.

El ayudante instaló a sus huéspedes en una tienda bastante capaz, de donde fue desalojada una cantinera irlandesa que fue a acostarse con sus hijos donde la suerte la deparó. Una buena fogata ardía delante de esta tienda, y extendía su resplandor purpúreo sobre los húmedos matorrales del pantano, que rizaba una brisa bastante fresca. Hecha la instalación, el ayudante de campo dio las buenas noches a los marineros, haciéndoles observar que desde el umbral de la tienda veíanse las jarcias de la barca que se balanceaba sobre el Tweed, prueba patente de que aún no se había ido a pique. Este espectáculo pareció alegrar infinitamente al jefe de los pescadores.

## Capítulo XXIV

---

### Un tesoro

El caballero francés que Spithead anunciara a Monk, y que tan bien envuelto en su capa había pasado al lado del pescador que salía de la tienda del general cinco minutos antes de que él entrase, atravesó los diferentes puestos sin dirigir siquiera la vista en derredor suyo, temeroso de parecer indiscreto. Según las órdenes dadas, fue conducido a la tienda del general, en cuya antecámara le dejaron solo aguardando a Monk, que no tardó en presentarse más tiempo que el necesario para escuchar el informe de su gente y estudiar por el tabique de lienzo el rostro del que pedía una entrevista.

Sin duda el informe de los que habían acompañado al gentilhombre francés hablaba de la discreción con que se condujo; porque la primera impresión que sintió el extranjero de la acogida que se le hacía por parte del general, fue más favorable de lo que debía esperarse en semejante momento, y de parte de un hombre tan suspicaz. Monk, por su parte, según su costumbre, cuando se halló en presencia del extranjero, fijó en él sus penetrantes miradas, que el extranjero sostuvo sin dificultad ni embarazo. Después de algunos segundos, el general le hizo una seña con la mano y con la cabeza en demostración evidente de que aguardaba.

—Milord —dijo el gentilhombre en correcto inglés—, he pedido una entrevista a Vuestro Honor, para un asunto importante.

—Caballero —contestó Monk en francés—, muy puramente habláis nuestra lengua para un hijo del continente. Os pido perdón, porque sin duda es indiscreta la pregunta: ¿habláis el francés con igual pureza?

—Nada tiene de extraño, milord, que hable inglés con bastante familiaridad, porque en mi juventud viví en Inglaterra, y después he hecho a ella dos viajes.

Estas palabras fueron dichas en francés y con tal pureza de lenguaje que denunciaba no solo a un francés, sino también a un francés de las cercanías de Tours.

—¿Y en qué parte de Inglaterra habéis vivido, caballero?

—Durante mi juventud en Londres, milord; luego, hacia el año 1635, hice un viaje de placer a Escocia, y por último, en 1648, habité algún tiempo en Newcastle, particularmente en el convento, cuyos jardines se encuentran ocupados por vuestro ejército.

—Dispensadme, caballero, pero... ya comprenderéis estas preguntas, ¿no es cierto?

—Me sorprendería, milord, que no se me hicieran.

—Ahora, caballero, ¿qué puedo hacer en vuestro servicio y qué deseáis de mí?

—Helo aquí, milord; pero ¿estamos solos?

—Sí, solos, caballero, a excepción del destacamento que nos guarda. Y diciendo estas palabras, separó Monk el lienzo de la tienda, y demostró al caballero que el centinela permanecía a diez pasos de distancia, y que al primer llamamiento podía acudir gente en un segundo.

—En ese caso, milord —dijo el caballero con tono tan tranquilo como si desde mucho tiempo estuviese ligado por la amistad con su interlocutor—, estoy completamente decidido a hablar a Vuestro Honor, porque sé que sois hombre honrado. Por lo demás, la comunicación que voy a haceros os demostrará la estimación que os tengo.

Sorprendido Monk de este lenguaje que establecía entre él y el caballero francés la igualdad, por lo menos, alzó su penetrante mirada sobre el extranjero, y con una ironía sensible tan sólo por la inflexión de voz, pues no se movió siquiera un músculo de su fisonomía.

—Os doy las gracias, señor —dijo—; pero, si gustáis, decidme primeramente quién sois.

—Ya he manifestado mi nombre, al sargento de vuestra guardia, milord.

—Perdonadle, caballero, es escocés y ha tenido dificultad en retenerlo.

—Me llamo conde de la Fère —repuso Athos.

—¿El conde de la Fère? —dijo Monk como queriendo recordar alguna cosa

—. Dispensad, caballero, pero me parece que ésta es la vez primera que oigo ese nombre. ¿Desempeñáis algún cargo en la corte de Francia?

—Ninguno. Soy un simple gentilhombre.

—¿Alguna dignidad?

—El rey Carlos I me hizo caballero de la Jarretiera, y la reina Ana de Austria me concedió el cordón del Espíritu Santo. Estas son mis únicas dignidades, señor.

—¡La Jarretiera! ¡Espíritu Santo! ¿Sois caballero de estas dos órdenes, señor?

—Sí.

—¿Y por qué os fue concedido tal favor?

—Por servicios prestados a Sus Majestades...

Monk miró asombrado a este hombre, que parecía tan sencillo y tan grande al mismo tiempo. Luego, como si hubiera, renunciado a penetrar este misterio de sencillez y de grandeza, sobre el cual el extranjero no parecía estar dispuesto a dar más explicaciones, dijo:

—Sois vos quien se presentó ayer en las avanzadas?

—Y a quien despidieron; sí, mi lord.

—Muchos, capitanes no permiten entrar a nadie en su campo, y sobre todo, en la víspera de una batalla probable; pero yo difiero de mis colegas, y no me gusta dejar a nadie detrás de mí. Todo consejo es bueno para mí; todo peligro me lo envía el cielo, y yo lo peso en mi mano con la energía que me ha dado. Así es que ayer fuisteis despedido a causa del Consejo que yo estaba celebrando. Mas hoy que estoy libre podéis hablar.

—Milord, habéis hecho tanto mejor en recibirme; cuanto que para nada se trata ni de la batalla que vais a dar al general Lambert, ni tampoco de vuestro campamento; y la prueba es que yo he vuelto la cabeza a otro lado para no ver vuestros hombres, y cerrado los ojos para no contar vuestras tiendas. No, milord, yo vengo a hablaros para asuntos míos.

—Hablad pues, caballero —dijo el general.

—Hace poco —continuó Athos—, tenía el honor de deciros que he habitado mucho tiempo en Newcastle; esto era en tiempo de Su Majestad Carlos I y cuando el difunto rey fue entregado al señor Cromwell por los escoceses.

—Ya lo sé —dijo fríamente Monk.

—En aquel tiempo tenía yo una crecida suma de dinero en oro, y la víspera de la batalla, por presentimiento tal vez de las cosas que iban a suceder al otro día, la escondí en la cueva del convento de Newcastle, y en la torre cuya cúspide argentada por la luna divisáis desde este sitio. Allí, pues, ha sido enterrado mi tesoro, y venía a suplicar a Vuestro Honor me permita que lo retire antes que, dirigiéndose tal vez la batalla hacia este sitio, una ruina o cualquier otro ardid de guerra destruya el edificio y sepulte mi oro, o lo ponga de manifiesto de tal manera que los soldados se apoderen de él.

Monk conocía a los hombres, y vio en el rostro de éste toda la energía, toda la justicia y toda la circunspección posibles; no podía atribuir sino a una confianza magnánima la revelación del gentilhombre francés, de la cual mostróse profundamente conmovido.

—En efecto, caballero —dijo—, que habéis augurado bien de mí. Pero ¿esa cantidad vale la pena de que os expongáis? ¿Creéis que esté todavía en el lugar que la dejasteis?

—Sí está, señor, no lo dudéis.

—Eso es responder a una pregunta, pero no a la otra... Os he preguntado si la

cantidad era tan crecida que mereciese exponeros así.

—Sí, milord, es realmente crecida, porque es un millón que enterré en dos barriles.

—¡Un millón! —murmuró Monk, a quien esta vez miró Athos fija y largamente.

Monk lo notó y volvió a su desconfianza.

—Este es un hombre —dijo para sí— que me tiende un lazo. De suerte, caballero —repuso—, ¿que queréis retirar esa cantidad?

—Si gustáis, milord. ¿Cuándo?

—Esta misma noche, a causa de las circunstancias que os he explicado.

—Pero, caballero —repuso Monk—, el general Lambert está tan cerca de la abadía donde tenéis que buscarlo como yo. ¿Por qué, pues, no os habéis dirigido a él?

—Porque, milord, cuando se obra en circunstancias semejantes es menester consultar al instante antes que todo; pues bien, el general Lambert no me inspira la confianza que vos me inspiráis.

—Bien, caballero. Haré de modo que encontréis vuestro dinero, si es que todavía está allí, porque, en fin, puede ser que no esté. Desde 1648 han transcurrido doce años, y con ellos muchos acontecimientos.

Monk insistía en este punto para ver si el caballero francés se aprovechaba de la escapatoria que le proporcionaba; pero Athos no pestañeo siquiera.

—Os confieso milord —dijo con firmeza—, que mi convicción con respecto al sitio de los dos barriles es que no han cambiado de lugar ni de dueño.

Esta respuesta quitó a Monk una sospecha, pero le sugirió otra. Sin duda, aquel francés era un emisario enviado para inducir a cometer alguna falta al protector del Parlamento: el oro no era más que añagaza, con cuyo auxilio se pretendía, quizás, excitar la codicia del general. Aquel oro no debía existir. Así es que Monk trataba de sorprender en flagrante delito de mentira y de astucia al caballero francés, y de sacar del mal paso en que sus enemigos trataban de comprometerlo un triunfo para su reputación. Y decidido sobre lo que debía hacer.

—Caballero —dijo a Athos—, espero me haréis el honor de compartir conmigo la comida.

—Sí, milord —respondió Athos inclinándose—, ya que me hacéis una honra de que me considero digno por la simpatía que me inclina hacia vos.

—Es tanto más de agradecer que aceptéis con esa franqueza, cuanto que mis cocineros son escasos y poco ejercitados, y mis proveedores han vuelto esta noche con las manos vacías; de modo que a no ser por un pescador de vuestra patria, que han hecho entrar en mi campamento, el general Monk se acostaría sin cenar esta noche. De modo que sólo tengo pescado fresco, según me ha dicho, el vendedor.

—Milord, acepto, principalmente por tener el honor de pasar unos instantes más con vos.

Hecho este cambio de cumplimientos, durante el cual nada había perdido el general de su circunspección, fue servida la comida, o lo que debía hacer sus veces, sobre una mesa de abeto. Monk hizo seña al conde de la Fère de que se sentase a ella, y tomó asiento enfrente de él; un solo plato llenó de pescado cocido, presentado a los dos distinguidos convidados, prometía más a los estómagos hambrientos que a los paladares delicados. En tanto, es decir, comiendo el pescado rociado con cerveza, Monk hizo que le narrase los últimos sucesos de la Fronda, la reconciliación del señor de Conde con el rey y el matrimonio probable de Su Majestad con la infanta María Teresa; pero evitó, como evitaba también Athos, toda alusión a los intereses políticos que unían, o más bien que desunían, en aquel momento, a Inglaterra, Francia y Holanda. El general se convenció en esta conversación de una cosa que ya había observado desde el principio: que trataba con un hombre de alta distinción.

Este no podía ser un asesino, y repugnaba a Monk suponerle un espía, pero había en Athos tanta finura y firmeza al mismo tiempo, que Monk creyó ver en él un conspirador.

Cuando se levantaron de la mesa le preguntó Monk

—¿De modo que creéis en vuestro tesoro?

—Sí, milord.

—¿De veras?

—Ciertísimo.

—Y creéis encontrarle en el mismo sitio en que fue enterrado?

—A la primera investigación —respondió Athos.

—Pues bien —dijo Monk—; yo os acompañaré por curiosidad. Y es tanto más necesario que os acompañe, cuanto que hallaréis las mayores dificultades en circular por el campamento sin mí o uno de mis ayudantes.

—General, yo no consentiría que os incomodaseis, si en efecto no tuviera necesidad de vuestra compañía. Pero como reconozco que esa compañía, me es, no sólo honrosa, sino también necesaria, la acepto.

—¿Queréis que llevemos a alguna gente? —preguntó Monk a Athos.

—Creo que es inútil, general, si vos mismo no veis precisión en ello. Dos hombres y un caballo bastarán para transportar los dos barriles a la falúa que me ha traído.

—Pero será necesario minar, cavar, remover la tierra, partir piedras, y no contaréis con hacer ese trabajo vos mismo, ¿no es verdad?

—General, no es preciso ni minar ni cavar. El tesoro está sepultado en la bóveda de los sepulcros del convento, debajo de una piedra sellada con una anilla grande de hierro. Allí están colocados los dos barriles cubiertos con una capa de yeso, en la misma forma de un ataúd. Hay, además, una inscripción que debe

servirme para reconocer la piedra; y como no quiero en un asunto de tanta delicadeza y confianza guardar secretos a Vuestro Honor, os diré esta inscripción:

*Hic jacet venerabilis Petrus Guilielmus Scott, Canon, Honorab. Conventus  
Novi Castelli. Obiit quarta et decima.  
Feb. ann. Dom. MCCVIII.*

*Requiescat in pace.*

Monk no perdía palabra, pues estaba admirado, ya de la duplicidad maravillosa de este hombre y de la manera superior con que representaba su papel, y a la buena fe con que presentaba su petición, tratándose de un millón aventurado contra una puñalada en medio de un ejército que hubiera considerado el robo como una restitución.

—Está bien —dijo—, os acompañó y considero tan maravillosa la aventura, que yo mismo quiero llevar la antorcha que nos alumbré.

Diciendo estas palabras, se ciñó la espada y púsose una pistola en el cinto, descubriendo, con este movimiento que hizo entreabrir su jubón, los finos anillos de una cota de malla, destinada a ponerle a cubierto de la primera puñalada de un asesino.

Hecho lo cual, puso en su mano izquierda un *dirk* escocés, y volviéndose hacia Athos:

—¿Estáis dispuesto, caballero? —preguntó—. Yo ya lo estoy.

Athos, al contrario de lo que Monk acababa de hacer, puso su puñal sobre la mesa, desabrochó el cinturón de su espada, que puso, al lado del puñal y, abriendo sin afectación alguna los broches de su jubón, como para buscar su pañuelo, enseñó debajo de su fina camisa de batista el pecho desnudo y sin armas ofensivas ni defensivas.

—He aquí un hombre extraño —dijo Monk para sí—, no lleva arma ninguna. Sin duda me prepara una emboscada.

—General —dijo Athos como si hubiese adivinado el pensamiento de Monk —, deseáis que vayamos solos, está muy bien; pero un gran capitán no debe jamás exponerse con temeridad; es de noche, y el paso del pantano puede ofrecer peligros, haced que os acompañen.

—Es verdad —dijo.

Y llamando Digby, apareció el ayudante de campo.

—Cincuenta hombres armados espada y mosquete —dijo.

Y miró a Athos.

—A muy poco —dijo éste— si hay peligro, y demasiado si no le hay.

—Iré solo —dijo el general Monk de pronto—. Digby, no necesito a nadie. Vamos, señor.

## Capítulo XXV

---

### El pantano

Athos y Monk atravesaron desde el campamento en dirección al Tweed aquella parte del terreno que Digby había hecho salvar a los pescadores, desde el Tweed al campamento. El aspecto de este sitio, el aspecto de los cambios que en él habían realizado los hombres, era el más a propósito para el mayor efecto sobre una imaginación delicada y viva como la de Athos. Athos sólo miraba a estos desolados lugares; Monk no miraba más que a Athos; a Athos, que clavando unas veces los ojos en el cielo, otras en la tierra, investigaba, pensaba y suspiraba.

Digby, a quien la última orden del general, y principalmente el acento con que la había dado, le conmovió al principio, siguió unos veinte pasos a dos nocturnos paseantes; mas habiéndose vuelto el general, como sorprendido de que no se cumpliesen sus órdenes, el ayudante de campo comprendió que era indiscreto y volvió a su tienda.

Supuso que el general quería hacer de incógnito en su campo una de esas revistas de vigilancia que todo buen capitán no deja de hacer la víspera de un trance decisivo; en este caso se explicaba la presencia de Athos, como un inferior se explica lo que es misterioso por parte de su jefe. Athos podía ser, y, aun debía serlo a los ojos de Digby, un espía cuyas noticias iban a ilustrar al general.

Después de diez minutos de marcha o poco menos entre las tiendas y los puestos avanzados, entró Monk en una calzada estrecha que dividíase en tres brazos. La de la izquierda conducía al río, la de en medio a la abadía de Newcastle sobre el pantano, y la de la derecha atravesaba las primeras líneas del campamento de Monk, esto es, las más inmediatas al ejército de Lambert.

Al otro lado del río había un puesto avanzado que pertenecía al ejército de

Monk, que vigilaba al enemigo y que se componía de ciento cincuenta escoceses. Habían pasado el Tweed a nado, y en caso de ataque debían repasarlo del mismo modo dando la alarma, mas como no había puente en este sitio, y como los soldados de Lambert no eran tan prontos en arrojarse al agua como los de Monk, éste no parecía sentir gran sobresalto por esta parte.

Del lado de acá del río, y a quinientos pasos poco más o menos del antiguo convento, tenían los pescadores su vivienda en medio de un hormiguero de tiendas pequeñas levantadas por los soldados de los clanes vecinos que tenían consigo a sus esposas y a sus hijos.

Toda esta confusión ofrecía, a los rayos de la luna un golpe de vista sorprendente. La penumbra hacía más agradables sus detalles, y la luz aduladora, que tan sólo se fija en la parte bella de las cosas, hacía resplandecer el punto todavía intacto de los mohosos arcabuces, y la parte más blanca de cualquier pedazo de lienzo.

Monk llegó, por tanto, con Athos, atravesando este paisaje sombrío iluminado por dos luces, la argentada de la luna y la rojiza de los moribundos fuegos, a la encrucijada que hemos mencionado. Allí se detuvo, y dirigiéndose a su compañero:

—Caballero —dijo—, ¿conocéis el camino?

—General, si no me equivoco, la calzada de en medio conduce recta a la abadía.

—Eso es; pero tendremos necesidad de luz para guiarnos en el subterráneo.

Monk se volvió.

—¡Ah! Digby nos ha seguido, según parece —dijo—; tanto mejor, porque nos proporcionará lo que necesitamos.

—En efecto, general, allá abajo hay un hombre que camina detrás de nosotros hace algún tiempo.

—¡Digby! —exclamó Monk—. ¡Digby! Venid acá.

Pero en lugar de obedecer, la sombra hizo un movimiento de sorpresa; y, retrocediendo en vez de avanzar, se agachó y desapareció por la camada de guijo y arena de la izquierda, dirigiéndose hacia el alojamiento que se había dado a los pescadores.

—Parece que no es Digby —dijo Monk

Ambos habían seguido con la vista a la sombra que se había desvanecido; mas no era cosa tan rara el que un hombre rondase a las once de la noche por un campamento donde estaban acostados diez o doce mil; para que Athos y Monk se sobresaltasen por aquella desaparición.

—Ya que necesitamos un farol, una linterna o una luz cualquiera para ver dónde ponemos los pies, busquemos ese farol —dijo Monk.

—El primer soldado que encontraremos nos alumbrará, general.

—No —dijo Monk, para ver si había alguna connivencia entre el conde de la

Fère y los pescadores—. No, desearía más bien a alguno de esos marineros franceses que han llegado esta noche a venderme su pesca. Se marchan mañana y guardarán mejor el secreto; en tanto que si se esparce el rumor en el ejército escocés, de que se buscan tesoros en la abadía de Newcastle, mis *highlanders* creerán que hay un millón debajo de cada losa, y no dejarán piedra sobre piedra en el edificio.

—Haced lo que queráis, general —dijo Athos con tono de voz tan natural, qué demostraba que pescador o soldado todo le era igual, y que no daba preferencia a ninguno.

Aproximóse Monk a la calzada, detrás de la cual había desaparecido aquel a quién había tomado por Digby, y encontró una patrulla que dando vuelta a las tiendas caminaba hacia el cuartel general; fue detenida con su compañero, dijo el santo y seña, y siguió su camino. Un soldado que despertó, al ruido, se levantó para ver lo que pasaba.

—Preguntadle dónde se hallan los pescadores —dijo Monk a Athos—, pues si hago yo la pregunta me conocerá.

Athos acercóse al soldado, quien le indicó la tienda, adonde se dirigió con Monk.

Parecióle al general que en el momento en que a ella se acercaba, una sombra, igual a la que ya había visto, deslizábase en la tienda; pero al aproximarse más reconoció que se había engañado, porque todo el mundo dormía allí confundido, y sólo se veían piernas y brazos entrelazados:

Temiendo Athos que se le supusiera en connivencia con alguno de sus compañeros, se quedó fuera de la tienda.

—¡Hola! —dijo Monk en francés—. Despertad.

Dos o tres dormilones se incorporaron.

—Necesito un hombre que me alumbre —continuó Monk, y montaraces de Escocia.

Todo el mundo hizo un movimiento, ya incorporándose, ya levantándose del todo. El jefe se había levantado el primero.

—Vuestro honor puede contar con nosotros —dijo con voz que hizo temblar a Athos—. ¿Dónde se habrá de ir?

—Ya lo veréis. ¡Un farol! ¡Vamos, pronto!

—¿Desea Vuestro Honor que sea yo mismo quien le acompañe?

—Tú o cualquier otro; lo que deseo es que uno me alumbre.

—Es extraño —pensó Athos—. ¡Qué voz tan extraña la de ese pescador!

—¡Eh! ¡Vosotros, fuego! —gritó el pescador—. ¡Vamos!

Y dirigiéndose al que tenía más cerca de sus compañeros, le dijo en voz baja:

—Alumbra tú, Menneville, y está dispuesto a todo.

Un pescador hizo saltar chispas de una piedra, cogió un trozo de yesca, y con el auxilio de una pajuela encendió una linterna. La luz alumbró de pronto toda la

tienda.

—¿Estáis dispuesto, caballero? —dijo Monk a Athos, que volvió el rostro para no exponerlo a la claridad de la luz.

—Sí, general! —; respondió.

—Ah! ¡El caballero francés! —dijo en voz muy baja el jefe de los pescadores—. ¡Diantre! ¡Buena idea he tenido en encargarte la comisión, Menneville, pues podría conocerme a mí! ¡Alumbra, alumbra!

Estas palabras fueron dichas en el fondo de la tienda y en voz tan baja que Monk no pudo oír ni una sílaba, a más de que hablaba con Athos.

Menneville preparábbase en todo este tiempo, o más bien, recibía las órdenes de su jefe.

—Vamos? —dijo Monk.

—Aquí estoy, general —repuso el pescador.

Monk, Athos y el pescador salieron de la tienda.

—Es imposible! —murmuró Athos—. ¡Estoy soñando!

—Ve delante por la calzada de en medio y estira las piernas —dijo Monk al pescador.

Aunque habían andado veinte pasos, cuando la misma sombra que, al parecer había entrado en la tienda, salía de ella arrastrándose hasta los pilotes, y, protegida por la especie de parapeto colocado en, los alrededores de la calzada, observaba la marcha del general.

Los tres desaparecieron en la bruma, caminando hacia Newcastle, cuyas piedras ya se distinguían blancas como sepulcros.

Después de haber descansado algunos segados bajo el pórtico, penetraron en el interior. La puerta había sido rota a hachazos: Una guardia de cuatro hombres dormía tranquilamente en una hondonada, en la certeza de que el ataque no podía verificarse por aquella parte.

—No os estorbarán estos hombres? —preguntó Monk a Athos.

—Al contrario, señor; ayudarán a conducir los barriles, si Vuestro Honor lo permite.

—Tenéis razón.

Por más dormida que estuviera la guardia, se despertó a los primeros pasos de los visitantes por entre los espinos y hierbas que invadían el pórtico. Dio Monk el santo y seña y entró en el interior del convento, siempre precedido de su farol. Iba detrás, vigilando hasta el menor movimiento de Athos, con el puñal desnudo debajo de la manga y resuelto a sepultarle en el costado del caballero al primer gesto sospechoso que le viese hacer. Pero Athos atravesó las salas y los patios con paso firme.

No había puertas ni ventanas en este edificio. Aquéllas habían sido quemadas, algunas en su mismo sino, y, sus trozos aun estaban agrietados por la acción del fuego, que se había apagado solo, impotente sin duda para penetrar hasta lo

último en aquellas macizas junturas de encina unidas con clavos de hierro. En cuanto a las ventanas, todos los vidrios estaban rotos, y veíanse huir por los agujeros los pájaros nocturnos que espantaba la luz del farol. Algunos gigantescos murciélagos empezaron a trazar en derredor de los dos importunos sus vastos y silenciosos círculos, mientras que en la luz extendida sobre las altas paredes de piedra se veían vacilar sus sombras. Este espectáculo era tranquilizador para razonadores y Monk dedujo que no había ningún hombre en el convento, puesto que aún estaban en él los animales feroces y huían a su aproximación.

Después de haber franqueado los escombros y arrancado alguna que otra hiedra que estaba como de guardián de la soledad, llegó Athos a las bóvedas situadas debajo del salón, pero cuya entrada daba a la capilla. Allí se detuvo.

—Ya hemos llegado, General —murmuró.

—¿Es esta la losa?

—Sí.

—Efectivamente, reconozco la anilla; pero está empotrada en tierra.

—Será necesario una palanca.

—Eso es fácil de encontrar. Mirando en derredor suyo, Athos y Monk vieron un pequeño fresno de tres pulgadas de diámetro, que había arraigado en un ángulo del muro, subiendo hasta una ventana cegada por las ramas.

—¿Tienes un cuchillo? —preguntó Monk al pescador.

—Sí, señor.

—Pues corta ese árbol.

El pescador obedeció, pero no sin que su machete quedara mellado. Cuando estuvo cortado el fresno y en forma de palanca, los tres hombres penetraron en el subterráneo.

—Permanece aquí —dijo Monk al pescador designándole un rincón de la cueva—; tenemos que desenterrar pólvora y sería peligroso el farol.

El hombre retrocedió con una especie de terror y se colocó en el sitio que le habían designado, mientras Monk y Athos daban vuelta a una columna, a cuyo pie, por un respiradero, penetraba un rayo de luna reflejado precisamente por la piedra que el conde de la Fère venía a buscar desde tan lejos.

—Ya estamos aquí —dijo Athos, indicando al general la inscripción latina.

—Sí —dijo Monk.

Pero, como si todavía quisiese dejar al francés un medio evasivo:

—¿No notáis —prosiguió— que ya han penetrado en esta cueva y que han sido rotas muchas estatuas?

—Milord, seguramente habréis oído decir que el respeto religioso de vuestros escoceses quiere que las estatuas de los muertos guarden los objetos preciosos que han podido poseer durante su vida. De modo que los soldados han debido pensar que bajo el pedestal de las estatuas que adornaban a la mayor parte de estos sepulcros se ocultaran tesoros, y por eso han destruido los pedestales. Pero

la tumba del venerable canónigo, en la cual tenemos que hacer, no se distingue por ningún monumento; es sencilla, y ha estado protegida por el miedo supersticioso, que siempre han tenido vuestros puritanos al sacrilegio; ni siquiera se ha desprendido un trozo de mampostería.

—Es cierto —dijo Monk Athos tomó la palanca.

—¿Queréis que os ayude? —dijo Monk

—Gracias, milord; no quiero que Vuestro Honor ponga mano en una obra de la que tal vez no querría tomar la responsabilidad si conociese sus consecuencias probables.

Monk alzó la cabeza.

—¿Qué decís, caballero? —preguntó.

—Quiero decir... Pero ese hombre.

—Esperad —dijo Monk—; entiendo lo que teméis, y voy a hacer una prueba.

Entonces se volvió hacia el pescador, cuyo perfil se veía iluminado por el farol.

—*Come here, friend!* —dijo con acento de mando.

El pescador no se movió.

—Está bien —continuo—, no sabe inglés. Habladme, pues, inglés, si queréis, caballero.

—Milord —respondió Athos—, muchas veces he visto en circunstancias a hombres que han tenido sobre sí mismos el poder de no responder una pregunta hecha en lengua que comprendían. Quizá el pescador sea más listo de lo que creemos. Os suplico que lo despidáis.

—No hay duda —pensó Monk que desea tenerme solo en esta cueva. No importa, sigamos hasta el fin; un hombre vale tanto como otro, y, estamos solos...

—Amigo mío —dijo Monk al pescador—, sube esa escalera que acabamos de bajar, y cuida de que nadie venga a interrumpirnos.

El pescador hizo un ademán para obedecer.

—Déjate ahí el farol —dijo Monk—, porque denunciaría tu presencia y podría valerte algún mosquetazo extraviado.

El pescador pareció apreciar el consejo, pues dejó el farol en el suelo y desapareció bajo la bóveda de la escalera.

Monk cogió el farol y lo puso al pie de la columna.

—Vamos —dijo—, ¿con qué hay dinero oculto en ese sepulcro?

—Sí, milord y dentro de cinco minutos no dudaréis de ello.

Al mismo tiempo descargó Athos un golpe violento sobre la tapa del sepulcro de yeso, que se rajó presentando una grieta a la punta de la palanca. Athos introdujo el alzaprima en aquella grieta, y pronto cedieron trozos enteros de yeso, levantándose como losas redondas. Entonces, el conde de la Fère cogió las piedras y las separó con sacudidas de que no se hubiera creído capaz a hombre de manos tan delicadas.

—Ven aquí, amigo.

—Milord —dijo Athos—, ya veis la mampostería de que he hablado a Vuestro Honor.

—Sí, pero todavía no veo los barriles —dijo Monk

—Si yo tuviese un puñal —dijo Athos mirando en derredor suyo muy pronto los veráis, milord. Desgraciadamente, he olvidado el mío en la tienda de Vuestro Honor.

—De buena gana os ofrecería el mío —dijo Monk—, mas su hoja me parece demasiado frágil para el objeto a que la destináis.

Athos buscó en derredor suyo un objeto cualquiera que pudiera reemplazar el arma que deseaba.

Monk no perdió ni uno de los movimientos de sus manos ni una de las expresiones de sus ojos.

—¿Por qué no pedís un cuchillo al pescador? —preguntó Monk—. Él tenía un machete.

—¡Ah! Es verdad —contestó Athos—; de él se sirvió para cortar el árbol.

Y se aproximó a la escalera.

—Amigo —dijo al pescador—, hacedme el favor de vuestro machete, lo necesito.

El arma al caer resonó en la escalera.

—Tomad —dijo Monk—; es un instrumento sólido, por lo que veo, y una mano firme puede sacar de él buen partido.

Athos pareció no dar a las palabras de Monk sino el sentido natural y sencillo con que debían ser oídas y entendidas. Tampoco observó, o al menos pareció no notar, que cuando volvió hacia Monk, éste se echó atrás, llevando, su mano izquierda a la pistola; en la derecha empuñaba ya su dirk. Púsose, pues, a su obra, dando la espalda a Monk y entregándole su vida sin defensa posible. Golpeó por algunos segundos con tal destreza y precisión sobre el yeso intermedio, que rompió la capa en dos pedazos, y entonces pudo ver el general los dos barriles, uno junto a otro, y cuyo peso los mantenía inmóviles en su envoltura gredosa.

—Milord —observó Athos—, ya veis que no me habían engañado mis presentimientos:

—Sí, caballero —dijo Monk—, y debo creer que ya estáis satisfecho, ¿no es verdad?

—Indudablemente; la pérdida de este dinero me hubiera sido en extremo sensible; pero yo estaba cierto de que Dios, que protege las buenas causas, no habría permitido que se perdiese este oro que debe hacerle triunfar.

—Por mi fe —dijo Monk—, que sois tan misterioso en vuestras palabras como en vuestras acciones, caballero. Ahora poco no os comprendí cuando me dijisteis que no querías descargar sobre mí la responsabilidad de la obra que realizábamos.

—Tenía razón en decir eso, milord.

—Y ahora, me habláis de la buena causa. ¿Qué entendéis por la buena causa? Cinco o seis causas defendemos en este momento en Inglaterra, y ello no impide que cada uno considere la suya, no sólo como la buena, sino como la mejor: ¿Cuál es la vuestra, caballero? Hablad francamente, y veamos si sobre ese punto, al cual parece que dais gran importancia, somos del mismo parecer.

Athos fijó en Monk una de esas miradas profundas que parecen desafiar al que van dirigidas, a que oculte uno sólo de sus pensamientos; y levantando enseguida su sombrero empezó con voz solemne, mientras su interlocutor, con una mano en el rostro, abarcaba barba y bigote, al propio tiempo que su mirada vaga y melancólica erraba por las profundidades del subterráneo.

## Capítulo XXVI

---

### Corazón y cabeza

—Milord —dijo el conde de la Fère—, sois un noble inglés y un hombre leal, y  
habláis a un noble francés, a un hombre de corazón. El oro contenido en  
estos dos barriles os he dicho que me pertenecía, mas he dicho mal; ésta es la  
primera mentira que en mi vida he dicho, pero mentira momentánea; ese oro es  
propiedad del rey Carlos II, desterrado de su patria, echado de su palacio,  
huérfano a la vez de padre y del trono, y privado de todo, aun de la triste ventura  
de besar de rodillas la piedra donde la mano de sus asesinos escribió este sencillo  
epitafio, que eternamente clamará venganza contra ellos: «Aquí yace el rey  
Carlos I».

Monk palideció, y un imperceptible escalofrío arrugó su cutis y erizó su bigote gris.

—Yo —continuó Athos—, yo, el conde de la Fère; el único, el último leal que  
queda al pobre príncipe abandonado, le he ofrecido venir en busca del hombre de  
quien depende hoy la suerte de la realeza en Inglaterra; y he llegado y me he  
presentado a las miradas de este hombre, y entregándome desnudo y desarmado  
en sus manos y diciéndole Milord, éste es el único recurso de un príncipe a quien  
Dios hizo vuestro amo y su nacimiento vuestro rey; de vos, de vos sólo dependen  
su vida y su porvenir. ¿Queréis emplear este dinero en consolar a Inglaterra de  
los males que ha debido experimentar durante la anarquía, esto es, queréis  
ayudar, o, si no ayudar, dejar obrar, al menos al rey Carlos II? Vos sois el amo,  
vos sois el rey, amo y rey todopoderoso, porque la casualidad deshace algunas  
veces la obra de los tiempos y de Dios. Estoy sólo con vos, milord; si mi  
complicidad os pesa, armado estáis, y he aquí un sepulcro abierto ya; si, por el  
contrario, el entusiasmo de vuestra causa os embriaga, si sois lo que parecéis, si

vuestra mano obedece en cuanto emprende a vuestra inteligencia, y vuestra inteligencia a vuestro corazón, ved el medio de perder para siempre la causa de vuestro adversario Carlos Estuardo. Matad al hombre que tenéis a la vista, porque este hombre no volverá hacia aquél que le ha enviado, sin llevarle el depósito que le confió Carlos I, su padre, y guardad el oro, que puede aprovecharos para mantener la guerra civil. ¡Ah! Milord, tal es la condición fatal de este príncipe desventurado. Necesita corromper o matar, porque todo le resiste, todo le rechaza, toda le es hostil, y no obstante, está marcado con el sello divino, y es preciso, para no desmentir su sangre, que suba al trono o que muera sobre el sagrado suelo de la patria. Milord, ya me habéis entendido. A cualquiera otro que no fuese el hombre ilustre que me escucha, le hubiera dicho: Sois pobre, el rey os ofrece ese millón como aras de una venta inmensa; tomadlo, y servid a Carlos II como yo he servido a Carlos I, y estoy seguro de que Dios, que nos oye, que nos ve y que lee en vuestro corazón cerrado a todas las miradas humanas, os dará una vida eterna y venturosa, después de una muerte dichosa. Pero al general Monk, al hombre ilustre cuya altura creo haber medido, le digo: Milord, hay para vos en la historia de los pueblos y de los reyes un puesto brillante, una gloria inmortal, que nunca, perece, si sólo, sin otro interés que el bien de vuestro país y el amor a la justicia, os hacéis el sostén de vuestro rey. Muchos otros han sido conquistadores y usurpadores gloriosos; vos, milord, os habréis contentado con ser el más virtuoso y el más íntegro de los hombres. Habréis tenido una corona en vuestras manos, y, en vez de ceñirla a vuestra frente, la habréis puesto sobre la cabeza de aquél para quien fue hecha. ¡Oh! Milord, obrad así, y legaréis a la posteridad el mas envidiado nombre que una criatura humana pueda enorgullecerse de llevar.

Athos calló. En todo el tiempo que estuvo hablando el noble caballero, Monk no había dado signo alguno de aprobación o desaprobación apenas, durante aquella alocución vehemente, se habían animado sus ojos con el fuego que indica la inteligencia. El conde de la Fère le miró tristemente, y, viendo aquel rostro taciturno, sintió penetrar el desfallecimiento en su corazón. Por último, Monk pareció animarse, y rompiendo el silencio:

—Señor —dijo con voz dulce y grave—, voy, para contestaros, a servirme de vuestras propias palabras. A cualquiera otro que no fueses vos, respondería con la expulsión, la prisión, o con algo peor. Porque me tentáis y me violentáis a la vez. Pero sois uno de esos hombres, caballero, a quien no pueden negarse las consideraciones que merece: sois un valiente gentilhombre, señor, yo os lo digo, y sé lo que digo. Me hablabais hace poco de un depósito; que os transmitió el difunto rey para su hijo: ¿sois acaso uno de aquellos franceses que, como he oído decir, quisieron salvar a Carlos en White Hall?

—Sí, milord, yo era quien estaba debajo del patíbulo durante la ejecución, y o, que no habiendo podido librarme, recibí en mi frente la sangre del rey mártir,

y al mismo tiempo la última palabra de Carlos I; a mí fue a quien dijo *Remember!*, y al decirme *¡Acuérdate!*, aludía al dinero que tenéis a los pies, milord.

—Mucho he oído hablar de vos, caballero —dijo Monk—; pero soy feliz en haberlos apreciado por mi propia inspiración y no por mis recuerdos. Os daré, por tanto, explicaciones que no he dado a nadie, y apreciaréis así la distinción que hago entre vos y las personas que hasta hoy me han enviado.

Athos inclinóse, disponiéndose a recoger ávidamente las palabras que caían una a una de la boca de Monk, palabras raras y preciosas como el rocío en el desierto.

—Me habláis —dijo Monk— del monarca Carlos II; pero, decidme, caballero, ¿qué me importa ese fantasma de rey? Yo he envejecido en la guerra y en la política, tan estrechamente unidas en el día que todo hombre de armas debe combatir en virtud de su derecho o de su ambición, con un interés personal, y no ciegamente detrás de un oficial, como en las guerras ordinarias. Yo, tal vez no deseo nada; pero temo mucho. De la guerra depende hoy la libertad de Inglaterra, y tal vez la de todo inglés. ¿Por qué queréis que libre en la posición que me he creado, vaya a dar la mano a los hierros de un extranjero? Carlos no es más que esto para mí. Aquí ha dado combates y los ha perdido, lo cual prueba que es mal Capitán, nada ha logrado en ninguna negociación, luego es un mal diplomático. Ha llevado su miseria a todas las cortes de Europa, luego es un corazón débil y pusilámine. Nada de noble, nada de grande, nada de fuerte ha salido aún de ese genio que aspira a gobernar uno de los más grandes imperios de la tierra. No conozco, pues, a Carlos sino bajo malos aspectos, ¡y queréis que yo, hombre de buen sentido, fuera a hacerle desinteresadamente el esclavo de una criatura que es inferior a mí en capacidad militar, en política; y en dignidad? No, caballero; cuando una acción grande y noble me haya enseñado a apreciar a Carlos, reconoceré tal vez sus derechos a un trono del cual arrojamos al padre, porque no tenía las virtudes que también faltan a su hijo; pero hasta hoy, en punto a derechos, no reconozco más que a los míos. La Revolución me ha hecho general; mi espada me hará Protector, si quiero. Que Carlos se presente y tome parte en el concurso abierto al genio, y sobre todo, que se acuerde que pertenece a una raza a la cual se exigirá más que a cualquiera otra. Así, señor, no hablemos más; no rehuso ni acepto, me reservo, y espero.

Athos sabía que Monk estaba demasiado bien informado de todo lo relacionado con Carlos II para llevar más lejos la discusión. No era aquélla la ocasión ni el lugar.

—Milord —dijo—, sólo me resta daros las gracias.

—¿Y de qué, caballero? ¿De que me habéis juzgado bien, y de que he obrado según vuestro juicio? ¡Oh! ¿Vale eso la pena? Ese oro que vais a llevar al monarca Carlos, va a servirme de prueba con respecto a él, viendo lo que hace.

Sin duda formaré una opinión que hoy no tengo.

—Sin embargo, ¡no teme Vuestro Honor, comprometerse, permitiendo salir de aquí una cantidad destinada a servir a las armas de su enemigo?

—¿Mi enemigo decís? ¡Qué! Caballero, yo no tengo enemigos. Yo estoy al servicio del Parlamento, que me ordena combatir al general Lambert y al rey Carlos, que son sus enemigos y no los míos. Si el Parlamento me ordenase empavesar el puerto de Londres, reunir a los soldados en la ribera, y recibir al monarca Carlos II.

—Obedeceríais? —exclamó Athos con gozo.

—Perdonadme —dijo Monk sonriendo—. ¿Qué iba a hacer yo, una cabeza llena de canas? ¿En qué estaba pensando? Iba a decir una locura de joven.

—Entonces, ¿no obedeceríais? —dijo Athos.

—Tampoco, digo eso, caballero; antes que todo, el bien de mi patria. El cielo, que ha tenido a bien darme la fuerza, ha querido sin duda que la tuviese para el bien de todos, y al mismo tiempo me ha dado el discernimiento. Si el Parlamento me mandase una cosa semejante, reflexionaría.

La frente de Athos se obscureció.

—Vamos —dijo—, conozco claramente que Vuestro Honor no está dispuesto a favorecer al rey Carlos II.

—Siempre sois vos quien pregunta, señor conde, y yo lo haré a mi vez, si no lo lleváis a mal.

—Hacedlo, señor, y Dios os inspire la idea de responderme tan francamente como yo os contestaré.

—Cuando hayáis llevado ese millón a vuestro príncipe, ¿qué consejo le daréis?

Athos fijó en Monk una mirada orgullosa.

—Milord —dijo—, con ese millón que otros emplearían quizás en negociar, yo quiero aconsejar al rey que levante dos regimientos, que entre por Escocia, pacificada por vos, y que dé al pueblo las franquicias que la Revolución le había prometido y que no ha alcanzado. Le aconsejaré mandar en persona este pequeño ejército que irá engrosando, creedme, y que se deje matar con el estandarte en la mano y la espada en la vaina, exclamando: «¡Ingleses! Yo soy el tercer rey de mi raza a quien matáis; temed a la justicia de Dios».

Monk bajó la cabeza y reflexionó un momento.

—Y si lo consiguiese —dijo—, lo cual es inverosímil, aunque no imposible, porque todo es posible en este mundo, ¿qué le aconsejaríais?

—Que pensara que por la voluntad de Dios había perdido la Corona; pero que la había recobrado por la buena voluntad de los hombres.

Una sonrisa irónica pasó por los labios de Monk.

—Desgraciadamente, caballero —dijo—, los reyes no saben seguir un buen consejo.

—¡Ah! Milord, Carlos II no es un rey —repuso Athos sonriendo, pero con otra expresión que la de Monk

—Vamos, abreviemos, señor conde... Es ése vuestro deseo, ¿no es cierto?  
Athos se inclinó.

—Voy a dar orden para que transporten esos dos barriles donde gustéis.  
¿Dónde vivís, caballero?

—En un pueblecillo que hay en la embocadura del río.

—¡Ah! Lo conozco; compónese de cinco o seis casas. Ciertamente. Yo habito la primera, que también la ocupan dos constructores de redes, en cuya barca he venido a tierra.

—¿Y vuestro buque, caballero?

—Mi buque está anclado a un cuarto de milla, y me espera.

—¿No pensáis partir al instante?

—Milord, procuraré otra vez convencer a Vuestro Honor.

—No lo alcanzaréis —replicó Monk—; pero importa que salgáis de Newcastle sin dejar de vuestro paso la menor sospecha que pueda perjudicaros o perjudicarme. Mis oficiales suponen que Lambert me atacará mañana. Yo garantizo; por el contrario, que no se moverá, porque en mi concepto es imposible. Lambert manda un ejército sin principios homogéneos, y no hay ejército posible de dirigir con elementos semejantes. Yo he enseñado a mis soldados a subordinar mi autoridad a algo superior, lo cual hace que a mi lado, en derredor mío, sobre mí y por bajo de mí, siempre vean alguna otra cosa. Resulta de aquí, que, si yo muriera, lo cual puede suceder, mi ejército no se desmoralizaría inmediatamente; resulta también, que si quisiera ausentarme; pongo por caso, como sucede a veces; no habría en mi campamento el menor asomo de inquietud o desorden. Soy el imán, la fuerza natural de los ingleses. Lambert manda en este momento dieciocho mil desertores; pero nada he hablado de esto a mis oficiales, como podréis conocer. Nada es más provechoso a un ejército que el sentimiento de una batalla próxima, pues todo el mundo vigila y se guarda. Digo esto para que viváis con toda seguridad. No os apresuréis, por tanto, a pasar el mar, pues de aquí a ocho días habrá algo de nuevo; bien la batalla, bien el acomodamiento. Entonces, como me habéis creído hombre de bien y confiado vuestro secreto, por lo cual tengo que daros las gracias, iré a visitarlos donde mandéis. No os marchéis, pues, antes de avisarnos; os reitero esta invitación.

—Os lo prometo, general —dijo Athos con alegría tan grande que a pesar de toda su circunspección, no pudo menos de dejar brillar una chispa en sus ojos.

Monk la sorprendió y apagóla en el mismo instante con una de sus mudas sonrisas que cortaban siempre en sus interlocutores el camino que creían haber abierto en su ánimo.

—De suerte, milord —dijo Athos—, ¿qué son ocho días los que me fijáis?

—Ocho días, caballero.

—¿Y qué haré en esos ocho días?

—Si hay batalla, ruego os quedéis lejos. Sé que los franceses son muy dados a estas clases de diversiones; queríais ver cómo nos batimos, y podría tocaros alguna bala perdida; nuestros escoceses tiran muy mal, y yo no quiero que un excelente caballero como vos vuelva herido a tierra de Francia. No quiero, en fin, verme obligado a enviar yo mismo a vuestro príncipe su millón, porque entonces, diríase, y con alguna razón, que yo pagaba al pretendiente para que guerrease contra el Parlamento. Con que, señor, a lo convenido.

—¡Ah, milord! —exclamó Athos—. ¡Qué ventura sería para mí haber penetrado el primero en el noble corazón que late bajo esa capa!

—Luego creéis, indudablemente, que yo tengo secretos —dijo Monk sin cambiar la expresión medio jocosa de su rostro—. ¡Ah, caballero! ¡Qué secreto queréis que haya en la hueca cabeza de un soldado? —Mas acercándose a la escalera—. ¡Eh!, es ya tarde y se apaga el farol; llamemos a nuestro acompañante. ¡Hola! —gritó Monk en francés, pescador!

Adormecido el pescador por la frescura de la noche, respondió con voz ronca preguntando qué querían.

—Ve al cuerpo de guardia —dijo Monk—, y di al sargento de parte del general Monk, que venga al momento.

Era ésta una comisión fácil de desempeñar, porque el sargento, puesto en cuidado por la presencia del general en la abadía desierta, se había aproximado poco a poco, y sólo distaba unos, pasos del pescador.

La orden del general la recibió directamente y corrió.

—Toma un caballo y dos hombres —le dijo Monk.

—¿Un caballo y dos hombres? —repitió el sargento.

—Sí —repuso Monk—. ¿Tienes algún medio de hacerte con un caballo con albarda y banastas?

—Sin duda, a cien pasos de aquí, en el campo de los escoceses.

—Está bien.

—¿Qué haré del caballo, general?

—Escucha.

El sargento bajó tres o cuatro escalones que le separaban de Monk, y se presentó bajo la bóveda.

—Ves —le dijo Monk—, allá, donde está ese caballero?

—Sí, mi general.

—Distingues esos dos barriles?

—Perfectamente.

—Son dos barriles que contienen uno pólvora y el otro balas; quisiera hacerlos transportar al pueblo que está en la ribera, y que mañana pienso hacer ocupar por doscientos mosqueteros. Comprenderás que la comisión es secreta, pues es un

movimiento que puede decidir el éxito de la batalla.

—¡Oh! Mi general —murmuró el sargento.

—¡Bien! Haz que aten los dos barriles sobre el caballo, y dales escolta tú y dos hombres hasta la casa de este caballero, que es amigo mío. Pero, comprende, que no lo sepa nadie.

—Si conociera un camino pasaría por el pantano —dijo el sargento.

—Yo conozco uno —dijo Athos; no es ancho, pero si sólido, porque está construido sobre pilotes, y con precaución llegaremos.

—Haz lo que este caballero te mande —dijo Monk.

—¡Oh! ¡Caracoles, cómo pesan los barriles! —dijo el sargento pretendiendo levantar uno.

—Pesan cuatrocientas libras cada uno, si contienen lo que deben contener, ¿no es así, caballero?

—Poco más o menos —contestó Athos.

El sargento fue a buscar el caballo y los hombres. Monk, que quedó solo con Athos, afectó no hablar ya sino de cosas indiferentes, observando al mismo tiempo el subterráneo. Pero, oyendo enseguida los pasos del caballo.

—Os dejo con vuestras gentes, caballero —dijo—, y regreso al campamento. Estáis en seguridad.

—¿Os volveré a ver, milord? —preguntó Athos.

—Ciertamente, señor, y con mucho gusto.

—¡Ah, milord, si quisieseis! —murmuró Athos.

—Silencio caballero! Hemos convenido que no hablaremos más de eso. Saludando al conde; subió, cruzándose en medio de la escalera con los que bajaban. Aun no había andado veinte pasos fuera de la abadía, cuando se oyó un silbido lejano y prolongado.

Monk aplicó el oído, pero, no viendo ni oyendo nada prosiguió su camino. Entonces se acordó del pescador y le buscó con la vista, pero había desaparecido. Sí, no obstante, hubiera mirado con más atención, habría visto aquel hombre doblado en dos, deslizándose como una serpiente a lo largo de las piedras y perdiéndose en medio de la bruma que rasaba la superficie del pantano. Igualmente habría visto, tratando de penetrar en esa bruma, un espectáculo, que hubiera llamado su atención, la arboladura de la barca del pescador que había mudado de sitio, y que se encontraba ahora mucho más cerca de la orilla del río.

Pero Monk no vio nada, y creyendo que nada había que temer, entró en la calzada desierta que conducía a su campamento. Entonces fue cuando la desaparición del pescador le pareció extraña, y cuando una sospecha, real empezó a fatigar su inteligencia. Acababa de poner a las órdenes de Athos la única guardia que podía protegerle, y había de atravesar una milla de calzada para llegar a su tienda.

La niebla subía con tal intensidad que apenas podían divisarse los objetos a

diez pasos de distancia. Monk creyó oír entonces como el ruido de un remo que batía sordamente a su derecha en el pantano.

—¿Quién vive? —gritó. Pero nadie respondió.

Entonces montó la pistola, empuñó la espada, y aceleró el paso sin querer llamar a nadie. Este llamamiento, cuya urgencia no era absoluta, le parecía indigno de un hombre como él.

## Capítulo XXVII

---

El día siguiente por la mañana

Eran las siete de la mañana: los primeros albores del día iluminaban los pantanos, en los que se reflejaba el sol como una bala encendida, cuando Athos, despertando y abriendo la ventana de su aposento que daba a la orilla del río, distinguió a quince pasos de distancia, aproximadamente, al sargento y a los hombres que le habían acompañado la víspera, y que, después de haber depositado los barriles en su casa, habían vuelto al campamento por la calzada de la derecha.

¿Por qué regresaban estos hombres después de haberse marchado al campamento? Tal era la pregunta que acudió a la imaginación de Athos.

El sargento, con la cabeza alzada, parecía acechar el instante en que apareciese el caballero para interesarle: Asombrado Athos de encontrar allí a quien había visto marchar la víspera, no pudo menos de demostrar su asombro.

—No tiene nada de extraño, caballero —dijo el sargento—, porque ayer me mandó el general que velara por vuestra seguridad, y debí obedecer la orden.

—¿Está el general en el campamento? —preguntó Athos.

—¿Por qué no? ¿No le dejasteis ayer cuando se marchaba?

—Pues bien, esperadme; voy allá para darle cuenta de la fidelidad con que habéis desempeñado vuestro encargo, y a fin de tomar mi espada, que dejé ayer sobre una mesa.

—Me alegra mucho —dijo el sargento—, porque iba a suplicaros lo mismo.

Athos creyó observar cierto aire de bondad equívoca en el rostro del sargento; pero la aventura del subterráneo podía haber excitado su curiosidad de este hombre, y no era raro, en tal caso, que dejase ver en su semblante algo de los sentimientos que agitaban su ánimo.

Athos cerró cuidadosamente las puertas, y confió las llaves a Grimaud, que había escogido su domicilio bajo el mismo colgadizo que conducía a la bodega donde estaban encerrados los barriles. El sargento escoltó al conde de la Fère hasta el campamento. Allí, otra guardia esperaba y relevó a los cuatro hombres que habían conducido a Athos.

Esta nueva guardia era mandada por el ayudante de campo Digby, el cual, durante el trayecto, clavó sobre Athos unas miradas tan poco tranquilizadoras, que el francés se preguntó de dónde provenía aquella vigilancia y severidad cuando la víspera lo habían dejado completamente libre.

Prosiguió, pues, su camino hacia el cuartel general, encerrando en sí mismo las observaciones que le obligaban a hacer los hombres y las cosas. En la tienda del general, donde fue introducido la víspera, halló a tres oficiales superiores, que eran el lugarteniente de Monk y dos coroneles. Athos reconoció su espada, que aún estaba sobre la mesa del general, en el mismo puesto en que la había dejado.

Ninguno de los oficiales había visto a Athos, y ninguno, por tanto, le conocía.

Entonces le preguntó el lugarteniente de Monk si era el mismo caballero con quien el general había salido de la tienda.

—Sí, señor —contestó el sargento—, el mismo es.

—Pero yo no lo niego, me parece —dijo Athos con altivez—; y ahora, señores, permitidme os diga a qué vienen todas esas preguntas, y principalmente algunas explicaciones sobre el tono con que las hacéis.

—Caballero —dijo el lugarteniente—, si hacemos estas preguntas es porque tenemos derecho, y si las hacemos con ese tono es porque ese tono conviene a la situación, creedme.

—Señores —dijo Athos—, vosotros no sabéis quién soy yo pero lo que debo manifestaros es que aquí no reconozco a nadie por mi igual más que al general Monk. ¿Dónde está? Que me lleven a su presencia, y si él tiene alguna pregunta que dirigirme, yo le responderé, y creo que quedará satisfecho. Lo repito, señores, ¿dónde está el general?

—¡Pardiez! ¡Vos lo sabéis mejor que nosotros! —dijo el lugarteniente.

—¿Yo?

—Sí, Vos.

—Señor —dijo Athos—, no os comprendo.

—Vaina comprendedme; mas primero hablad más bajo. ¿Qué os dijo ayer el general?

Athos sonrió desdenosamente.

—No hay que sonreírse —exclamó uno de los coroneles con fogosidad—, se trata de responder.

—Y yo, señores, os aseguro que no os responderé sino en presencia del general.

—Pero vos sabéis muy bien —dijo el mismo coronel que ya había hablado

—, que pedís un imposible.

—Van ya dos veces que se me da esa rara respuesta al deseo que manifiesto —repuso Athos—. ¡Está ausente el general!

Esta pregunta fue hecha con tan buena fe, y con aire de tan cándida sorpresa, que los tres oficiales se echaran una mirada entre sí, y el lugarteniente tomó la palabra por una especie de convenio tácito de los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo—, ¿no os dejó ayer el general en los límites del monasterio?

—Sí, señor.

—Y fuisteis...

—No soy yo quien debe contestaros, sino los que me acompañaron. Fueron vuestros soldados, preguntadles.

—Pero ¿y si nos parece bien interrogarlos?

—Entonces me parecerá bien contestaros que aquí no conozco a nadie más que al general y que sólo a él contestaré.

—Bueno, caballero; pero como nosotros somos los amos, nos constituiremos en Consejo de guerra, y cuando estéis ante los jueces será preciso que respondáis.

El semblante de Athos sólo expresó la sorpresa y el desdén, en vez del terror que pensaban leer en él los oficiales después de esta amenaza.

—Jueces escoceses o ingleses, a mí, súbdito del rey francés, colocado bajo la salvaguardia del honor británico! ¡Estáis locos, señores! —dijo Athos encogiéndose de hombros.

Los oficiales se miraron de nuevo.

—Según eso, caballero, ¿no sabéis dónde está el general?

—Ya os he respondido a eso, caballero.

—Sí, pero habéis contestado algo increíble.

—Y, sin embargo, es cierto, señores; las gentes de mi condición no mienten por regla general. Soy gentilhombre, y cuando llevo al costado la espada que, por un exceso de delicadeza, dejé ayer sobre esa mesa donde está todavía, nadie, creedme, me dice cosas que no quiero oír. Hoy me hallo desarmado; si pretendéis ser mis jueces, juzgadme; si sólo sois mis verdugos, matadme.

—Pero, caballero... —dijo con voz más atenta el lugarteniente, sorprendido de la grandeza y sangre fría de Athos.

—Caballero —interrumpió éste—, yo vine a hablar confidencialmente a vuestro general sobre asuntos de importancia. No ha sido una acogida cualquiera la que me ha hecho. Informaos por vuestros soldados y os convenceréis. Luego si el general me ha acogido así, el sabría cuáles eran mis títulos a su estimación. Ahora no supondréis, presumo, que yo os revelaré mis secretos, y mucho menos los tuyos.

—En fin, ¿qué contenían esos barriles?

- ¿No habéis hecho esa pregunta a los soldados? ¿Qué han respondido?
- Que contenían pólvora y plomo.
- ¿Y quién les dio estas noticias? Sin duda, os lo habrán dicho.
- El general, pero nosotros no somos tontos.
- Id con cuidado, caballero; no es a mí a quien vais a mentir, sino a vuestro jefe.

Los oficiales se miraron otra vez y Athos continuó:

—Y en presencia de vuestros soldados me ha dicho el general que le esperase ocho días, y que dentro de este término me daría la respuesta que tenía que darme. ¿Me he fugado yo? No, le espero.

—Os ha dicho que le aguardéis ocho días? —exclamó el lugarteniente.

—Tan me lo ha dicho, caballero, que tengo un solo pie al ancla en la embocadura del río, en el cual pude embarcarme ayer perfectamente por conformarme a los deseos del general, que me recomendó no me marchase sin una última entrevista que él mismo fijó para dentro de ocho días. Os lo repito, le espero.

El lugarteniente volvióse hacia los otros dos oficiales, y les dijo en voz baja:

—Si este caballero dice la verdad, aun hay esperanza. Quizá haya tenido el general que ocuparse de algunos asuntos tan secretos que haya creído prudente no prevenir ni aun a nosotros. En tal caso se limitará a ocho días el tiempo de su ausencia.

Y dirigiéndose a Athos: Caballero —le dijo—, vuestra declaración es trascendental. ¿Queréis repetirla bajo juramento?

—Señor —respondió Athos—, siempre he vivido en un mundo donde mi palabra ha sido considerada como el más sagrado de los juramentos.

—Sin embargo, caballero, esta vez son las circunstancias más graves que ninguna de aquéllas en que os habéis hallado. Se trata de la salvación de todo un ejército. Pensadlo bien, el general ha desaparecido y nosotros lo buscamos. ¿Es natural esta desaparición?

¿Se ha consumado algún crimen? ¿Debemos llevar nuestras investigaciones hasta el extremo? ¿Debemos esperar con calma? En este momento, señor, todo depende de la palabra que vais a pronunciar.

—Interrogado así, no vacilo, caballero; sí, había venido a hablar confidencialmente con el general Monk y a pedirle una respuesta sobre ciertos intereses; el general, no pudiendo seguramente contestarme a balandra. Antes de la batalla que se espera, me suplicó que permaneciese ocho días en la casa que habitó, Prometiéndome, que le volvería a ver en este término. Sí, todo esto es cierto; y lo juro por Dios, que es dueño absoluto de mi vida y de la vuestra.

Athos pronunció estas palabras con tanta solemnidad, que los tres oficiales casi quedaron convencidos. Sin embargo, uno de los coroneles hizo la última tentativa.

—Caballero —dijo—, aunque estamos convencidos de la verdad de cuanto decís, hay no obstante en todo esto un misterio extraño. El general es hombre demasiado prudente para haber abandonado de esta manera su ejército la víspera de una batalla, sin haber hecho al menos alguna observación a cualquiera de nosotros. En cuanto a mí, no puedo creer, lo confieso, que un acontecimiento extraño sea la causa de su desaparición. Ayer llegaron unos pescadores extranjeros a vender aquí su pesca, y se les alojó en el cuartel de los escoeses, esto es, en el mismo camino que el general siguió con vos para ir a la abadía y volver, y uno de esos pescadores fue quien acompañó al general con un farol. Pues bien, barca y pescadores desaparecieron esta mañana, arrastrado por la marea de la noche.

—Lo que es yo —dijo el lugarteniente—, nada veo en esto que no sea natural, porque al fin, esas gentes no eran prisioneros.

—No, pero repito que uno de ellos fue quien alumbró al general y al caballero en el subterráneo de la abadía, y Digby nos ha confesado que el general tenía malas sospechas de esa gente. ¿Quién nos dice que esos pescadores no estuviesen en inteligencia con el caballero y que, dado el golpe, éste, que sin duda, es valiente, no se quedara aquí para asegurarlo por medio de su presencia, y para impedir que nuestras investigaciones se dirigiesen hacia punto seguro?

Este discurso impresionó a los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo Athos—, permitidme que os diga que vuestro razonamiento, muy especioso en apariencia, carece, no obstante, de solidez en la parte que me concierne. Decís que me he quedado para trastornar las sospechas; pues al contrario, señores, concibo las sospechas lo mismo que vosotros, y afirmo que es imposible que el general se haya ausentado la víspera de una batalla sin decir nada a nadie. Sí, en todo esto hay un suceso extraño, y en vez de permanecer ociosos y esperar, es menester desplegar toda la vigilancia y actividad posibles. Yo soy vuestro prisionero, señores, bajo mi palabra o de cualquier otro modo, pues mi honor está interesado en que se sepa qué ha sido del general Monk de tal modo, que si me dijeseis: «marchaos», os respondería: «no, me quedo»; y si me preguntaseis mi parecer, añadiría: «sí, el general es víctima de alguna conspiración, porque de haber dejado el campamento lo hubiese dicho a alguien». Buscad, pues, registrad en la tierra y en el mar; el general no ha salido de aquí, y, si lo ha hecho, no ha sido al menos por su propia voluntad.

El lugarteniente hizo un ademán a los otros oficiales.

—No, caballero —dijo—, ya vais demasiado lejos. El general no tiene que temer de los acontecimientos, pues al contrario él es quien los dirige. Lo que hace ahora el general Monk lo ha hecho muchas veces, y hacemos nosotros mal en alarmarnos; su ausencia será de corta duración, seguramente; con que guardémonos bien, por una pusilanimidad, que él consideraría un crimen, de publicar su ausencia; que podría desmoralizar el ejército. El general nos da una

prueba evidente de la confianza que tiene en nosotros; mostrémonos dignos de ella. Señores, que el más profundo secreto cubra todo esto con un velo impenetrable, y guardemos también al caballero, no por desconfianza con relación al crimen, sino para asegurar más eficazmente el secreto de la ausencia del general, concentrándolo entre nosotros; de modo que hasta nueva orden, el caballero habitará el cuartel general.

—Señores —dijo Athos—, no tenéis presente que el general me ha confiado esta noche un depósito sobre el cual debo vigilar. Ponedme la guardia que gustéis, condenadme si os parece, pero dejadme por cárcel la casa que habito. Os aseguro que el general os haría un cargo por haberle disgustado en esto.

Los oficiales consultáronse un momento, y, después de esta consulta dijo el lugarteniente:

—Bien, señor, regresaréis a vuestra casa.

Luego, dieron a Athos una guardia de cincuenta hombres que lo encerró en su casa, sin perderlo de vista un solo instante.

El secreto quedó guardado; mas las horas y los días pasaron sin que el general volviese y sin que nadie tuviese noticias suyas.

## Capítulo XXVIII

---

### El contrabando

Dos días después de los acontecimientos que hemos relatado, y mientras esperaban a cada instante en su campamento al general Monk, que no regresaba, una pequeña falúa holandesa, tripulada por diez hombres, echó el ancla en la costa de Scheveningen, a un tiro de cañón poco más o menos de tierra. Era noche cerrada, mucha la obscuridad, y la hora excelente para desembarcar viajeros o mercancías. La rada de Scheveningen forma una especie de media luna, es poco profunda, y, sobre todo, poco segura; de modo, que no se ven estacionar en ella sino grandes buques flamencos, o esas barcas holandesas que los pescadores sacan a la arena sobre ruedas, como hacían los antiguos; según asegura Virgilio. Cuando se hinchan las olas y empuja la corriente hacia tierra, no es muy prudente dejar que las embarcaciones lleguen demasiado cerca de la costa; porque si hace viento fresco, como la arena de la costa es movediza y esponjosa, los buques encallan y no es fácil sacarlos de nuevo a flote. Por esta razón, sin duda, la chalupa desprendióse del buque en el instante que éste echó ancla, que llegó a tierra con ocho de sus marineros, en medio de los cuales se divisaba un objeto de forma oblonga que parecía un gran fardo o canasto.

La ribera estaba desierta, y los pocos pescadores que habitaban la playa se habían acostado. El único centinela que custodiaba la costa (mal guardada, por ser imposible el desembarco de un buque de gran porte), sin poder seguir el ejemplo de los pescadores que fueron a descansar, les había imitado en cuanto a dormir en el fondo de su garita, tan profundamente como aquéllos lo hicieran en sus camas. El único ruido que se oía era el silbido de la brisa nocturna; corriendo por entre los arbustos de la playa. Pero, sin duda, eran desconfiadas aquellas

gentes que se acercaban, pues no las tranquilizaban ese silencio real ni esta soledad aparente. Así es que su chalupa, visible apenas como un punto sombrío en el Océano, se deslizó sin ruido, evitando remar, y fue a tocar tierra en un sitio más cercano.

Apenas tocó fondo, un solo hombre saltó fuera de la barca, después de dar una breve orden con voz que denotaba la costumbre del mando. A consecuencia de esta orden relucieron inmediatamente muchos mosquetes a las débiles claridades del mar, y el fardo oblongo de que ya hemos hablado, que sin duda guardaba algún objeto de contrabando, fue transportado a tierra con muchas precauciones. Al mismo tiempo, el hombre que había desembarcado primero, corrió diagonalmente hacia la aldea de Scheveningen, dirigiéndose al extremo mas avanzado del bosque. Allí buscó la casa que ya hemos entrevisto en una ocasión a través de los árboles, y que designamos entonces como la morada provisional y modesta de aquel a quien por cortesía llamaban rey de Inglaterra.

Dormían todos allí como en la playa; sólo un perro enorme de la casta de aquellos que los pescadores de Scheveningen atan a sus carretones para transportar su pesca a La Haya, empezó a dar formidables ladridos en el momento en que oyó delante de las ventanas los pasos del extranjero. Pero esta vigilancia, en vez de asustar al desconocido, pareció por el contrario producirle grande alegría, porque su voz hubiera sido insuficiente quizás para despertar a las gentes de la casa, además de que con un auxilio de tal importancia era casi inútil. Esperó, por tanto, el extranjero a que los ladridos sonoros y reiterados hubiesen producido su efecto, y entonces se aventuró a llamar. A su voz se puso a ladear el perro con tanta violencia, que al momento sonó en el interior otra voz que apaciguaba al perro. Despues de haber conseguido esto.

—¿Qué deseáis? —preguntó aquella voz, a un mismo tiempo débil y cascada.

—Pregunto por Su Majestad el rey Carlos II —dijo el extranjero.

—¿Para qué?

—Quiero hablarle.

—¿Quién sois?

—¡Ah! ¡Diantre! Preguntáis demasiado, amigo, y no me gusta dialogar a las puertas de las casas.

—Decidme solamente vuestro nombre:

—Tampoco me gusta decir mi nombre al aire libre; además, estad tranquilo, que no me comeré a vuestro perro; ruego a Dios que él use la misma cortesía con respecto a mí.

—Tal vez traigáis noticias, ¿no es verdad, caballero? —repuso la voz, paciente y preguntona como la de un viejo.

—Os respondo que traigo noticias y ¡noticias que no se esperan! Abrid; pues, si gastáis.

—Caballero —prosiguió el anciano—, ¿creéis por vuestra alma y conciencia

que tales noticias valen la pena de despertar al rey?

—Por el amor de Dios, querido amigo, descorred los cerrojos, que os juro no os arrepentiréis del trabajo que os habéis tomado por ello; palabra de honor.

—Sin embargo, caballero; no puedo abriros sin que me digáis vuestro nombre.

—¿Conque es necesario?

—Esa es la orden de mi amo, señor.

—¡Pues bien, oíd mi nombre...! Pero, os juro que mi nombre no os enseñará nada absolutamente.

—No importa, decidlo.

—Soy el caballero de D'Artagnan. —La voz exhaló un grito.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo el viejo del otro lado de la puerta—. ¡El señor de D'Artagnan! ¡Qué fortuna! Bien decía yo que esa voz no me era desconocida.

—¡Calle! —dijo D'Artagnan—. ¡Conocen aquí mi voz? ¡Es gracioso!

—¡Oh! Sí, la conocen —murmuró el anciano descorriendo los cerrojos—, y he aquí la prueba.

Y diciendo estas palabras introdujo a D'Artagnan, quien a la luz de la linterna que llevaba a la mano, reconoció a su obstinado interlocutor.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Es Parry! No debí dudar.

—Parry, sí, señor de D'Artagnan, soy yo. ¡Qué alegría volveros a ver!

—Habéis dicho bien: «¡qué alegría!» —exclamó D'Artagnan estrechando las manos del viejo.

—Vais a avisar al rey, ¿no es verdad?

—Pero el rey está durmiendo, caballero.

—¡Cáscaras! Despertadle, que no os reñirá por haberle incomodado, yo os lo digo.

—Venís de parte del conde, ¿no es así?

—¿De cuál?

—Del conde de la Fère.

—¿De parte de Athos? No, no; vengo de parte mía... ¡Vamos, pronto, Parry, úrgeme ver al rey!

Parry no creyó deber resistir por más tiempo, pues conocía a fondo a D'Artagnan, y sabía que, aunque gascón, sus palabras no prometían nunca lo que no podían cumplir. Atravesó un patio y un reducido jardín, y aquietó al perro, que quería seriamente morder al mosquetero, y fue a llamar al ventanillo de una habitación que formaba el piso de un pabellón muy reducido.

Al mismo tiempo un perrillo que habitaba aquella sala respondió al perro grande que habitaba el patio.

—¡Pobre rey! —murmuró D'Artagnan para sí—. Éstos son sus guardias de Corps; aunque no por eso está peor guardado.

—¿Qué sucede? —preguntó el rey desde el fondo de la habitación.

—Señor; es el caballero de D'Artagnan que trae noticias.

Oyó entonces ruido en la habitación, se abrió una puerta, y una gran claridad inundó el jardín y los corredores.

El monarca trabajaba a la luz de una lámpara. Sobre su pupitre veíanse una multitud de papeles, y había comenzado el borrador de una carta, que denunciaba, por sus muchas tachaduras, el trabajo que le costaba escribirla.

—Pasad, caballero —dijo volviéndole.

Y viendo después al pescador:

—¿Qué me decíais, Parry? ¿Dónde se halla el señor de D'Artagnan? —preguntó Carlos.

—En vuestra presencia —dijo D'Artagnan.

—¿Con ese traje?

—Sí, miradme, Majestad. ¿No me reconocéis por haberme visto en Blois, en las antecámaras del rey Luis XIV?

—Sí, tal, caballero, y todavía recuerdo que tuve mucho que elogiar en vos.

D'Artagnan se inclinó.

—Para mí era un deber sagrado conducirme como lo hice, desde que supe que trataba con Vuestra Majestad.

—¿Decís que me traéis nuevas?

—Sí, Majestad.

—¿De parte del rey de Francia?

—No a fe mía. Vuestra Majestad ha podido conocer ya que el rey de Francia no se ocupa más que de sí mismo.

Carlos alzó los ojos al cielo.

—No —continuó D'Artagnan—, no, Majestad. Traigo nuevas, todas compuestas de hechos personales, y me atrevo a esperar que escucharéis favorablemente hechos, y noticias.

—Hablad, caballero.

—Si no me equivoco, Vuestra Majestad habló mucho en Blois del mal estado de sus negocios en Inglaterra.

Carlos se ruborizó.

—Caballero —dijo—, sólo al rey de Francia referí...

—¡Oh! Vuestra Majestad se equivoca —dijo fríamente el mosquetero—; yo sé hablar a los reyes en la desgracia, y no me hablan lo mismo a mí cuando están en la fortuna; una vez venturosos, ya no me miran. Yo tengo para Vuestra Majestad, no sólo un profundo respeto, sino la más absoluta adhesión, y esto, en mí, creedme, significa algo. Cuando oí a Vuestra Majestad quejarse de su destino, vi que erais noble, generoso, y que sabíais sobrelevar la desgracia.

—En verdad —dijo Carlos sorprendido—, ignoro lo que debo preferir, si vuestras libertades o vuestros respetos.

—Ahora mismo escogeréis, señor —dijo D'Artagnan—. Decía que Vuestra

Majestad se quejaba a su hermano Luis XIV de la dificultad que encontraba para penetrar en Inglaterra y subir a su trono sin hombres ni dinero.

Carlos hizo un movimiento de impaciencia.

—Y el principal obstáculo que encontraba, en su camino —continuó D'Artagnan—, era cierto general en jefe de los ejércitos del Parlamento, que allá en Inglaterra desempeñaba el papel de otro Cromwell. ¿No dijo esto Vuestra Majestad?

—Sí, pero repito, caballero, que esas palabras eran únicamente para los oídos del rey.

—Pues veréis, Majestad, cuánta suerte ha sido que cayeran en los de su teniente de mosqueteros. Ese hombre que tanto estorbaba a Vuestra Majestad era el general Monk, según creo. ¿Oí bien su nombre, Majestad?

—Sí, caballero; mas ¿a qué vienen todas esas preguntas?

—¡Oh! Lo sé muy bien, señor; la etiqueta no quiere que se interroge a los reyes; mas, espero que Vuestra Majestad me dispensará que falte a ella. Vuestra Majestad añadía que si le fuese posible verlo, conferenciar con él y tenerlo a su presencia, triunfaría, bien fuese por la fuerza o por la persuasión, de ese obstáculo, que era el único insuperable que se le presentaba en su camino.

—Todo eso es cierto, caballero; mi destino; mi porvenir, mi obscuridad o mi gloria dependen de ese hombre; pero ¿qué deducís dé ahí?

—Una sola cosa: que si el general Monk es un estorbo hasta el punto que decís, sería conveniente desembarazar de él a Vuestra Majestad o convertirlo en aliado.

—Caballero, un rey que no tiene ejército ni dinero, puesto que habéis escuchado la conversación con mi hermano, nada puede intentar contra un hombre como Monk.

—En efecto, esa era vuestra opinión, lo sé muy bien; pero, felizmente para vos, no era también la mía.

—¿Qué queréis decir?

—Que sin soldados y sin millón he hecho yo lo que Vuestra Majestad no creía poder hacer sino con ambas cosas.

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Qué habéis hecho?

—¿Qué he hecho, preguntáis? ¡Pues bien, fui allá a prender a ese hombre que estorbaba a Vuestra Majestad!

—¿A Inglaterra?

—Precisamente, Majestad...

—¿Fuisteis a prender a Monk a Inglaterra?

—¿Habré hecho mal por ventura?

—¿En verdad... estás loco, caballero!

—Nada de eso, Majestad.

—¿Habéis apresado a Monk?

—Sí, Majestad.

—¿Dónde?

—En pleno campamento.

El rey estremeciόse de impaciencia y se encogió de hombros.

—Y habiéndole apresado en la calzada de Newcastle —continuó D'Artagnan —, se lo traigo a Vuestra Majestad.

—¡Me lo traéis! —exclamó el rey, casi indignado de lo que consideraba como una mixtificación.

—Sí, Majestad —siguió D'Artagnan en el mismo tono—, os lo traigo; allá abajo está en una gran caja con agujeros, para que pueda respirar.

—¡Dios santo!

—¡Oh! Tranquilizaos, señor, se ha tenido con él el mayor cuidado; así es que llega en buen estado, y perfectamente acondicionado. ¡Desea Vuestra Majestad verle y charlar con él, o hacerle tirar al agua?

—¡Oh! ¡Dios mío! —repitió Carlos—. ¡Decís verdad, caballero? ¡No me insultáis con alguna indigna burla? ¡Habréis llevado a térmico ese rasgo inaudito de audacia y de genio! ¡Imposible!

—¡Me permite Vuestra Majestad que abra esta ventana? —dijo D'Artagnan abriéndola.

El rey no tuvo tiempo siquiera para contestar. D'Artagnan dio un silbido agudo y prolongado que repitió tres veces en el silencio de la noche.

—Aquí —dijo— van a traérselo a Vuestra Majestad.

## Capítulo XXIX

---

D'Artagnan teme haber puesto su dinero y el de Planchet en un negocio ruinoso

El rey no podía volver de su asombro, y miraba ora al risueño semblante del mosquetero, ora a la ventana que había abierto D'Artagnan. Pero antes de que hubiera fijado sus ideas, ocho, de los hombres del mosquetero, porque los otros dos quedaron guardando el barco, trajeron aquél objeto de figura oblonga que encerraba de momento los destinos de Inglaterra.

Antes que saliera de Calais, D'Artagnan había hecho confeccionar en esta ciudad una especie de féretro bastante ancho y profundo para que un hombre pudiera moverse cómodamente en él. El fondo y las paredes estaban acolchados, y formaban un lecho bastante dulce para que los vaivenes no pudieran convertir aquella caja en una especie de trampa.

La rejilla de que D'Artagnan había hablado al rey, era semejante a la visera de un casco, y estaba colocada a la altura de la cabeza del hombre, y fabricada de tal modo, que la menor presión podía ahogar un grito, y, en caso necesario la persona que gritase.

D'Artagnan conocía tan bien a su tripulación y a su prisionero, que había temido dos cosas durante el camino, o que el general prefiriese la muerte a tan extraña esclavitud y se hiciese ahogar a fuerza de querer gritar, o que su gente se dejara seducir por las ofertas del prisionero, y lo pusiesen a él en la caja en lugar de Monk.

Así es que D'Artagnan había pasado los dos días y, las dos noches cerca del cofre, solo con el general ofreciéndole vino y alimentos que había rehusado, y siempre pretendiendo tranquilizarle sobre el destino que le aguardaba después de tan extraño cautiverio. Dos pistolas sobre la mesa y su espada desnuda aseguraban a D'Artagnan con respecto a las indiscreciones de afuera.

Pero al llegar a Scheveningen quedó absolutamente tranquilo. Sus hombres temían mucho todo conflicto con los señores de la tierra, y además había interesado en su causa a aquél que moralmente le servía de teniente, y a quien hemos oido responder al nombre de Menneville. Éste no era un hombre vulgar, pues tenía que arriesgar más que los otros, a causa de que tenía mas conciencia. Creía en un porvenir al servicio de D'Artagnan, y por tanto, primero se hubiese hecho despedazar que violar la consigna dada por el jefe. De suerte que, al punto que desembarcaron, D'Artagnan le confió la caja y la respiración del general, mandándole al mismo tiempo que hiciera transportar la caja, por los siete hombres, tan pronto como escuchase el triple silbido. Ya hemos visto que obedeció el teniente.

Estando ya el cofre en la casa del rey, D'Artagnan despidió a los suyos con una graciosa sonrisa, y les dijo:

—Señores, habéis hecho un gran servicio a Su Majestad el rey Carlos II, que antes de seis semanas será rey de Inglaterra. Vuestra gratificación será doble; marchaos, y aguardadme en la barca.

Dicho lo cual todos partieron llenos de alegría, de tal manera que espantaron al mismo perro.

D'Artagnan había ordenado llevar el cofre a la antecámara del rey, cuyas puertas cerró con mucho cuidado, diciendo enseguida al general, después de haber abierto la caja.

—Mi general, tengo muchas excusas que daros; mis maneras no han sido dignas de un hombre como vos; lo sé muy bien; pero yo tenía necesidad de que me tomaseis por un patrón de barco. Además, Inglaterra es un país muy incómodo para los transportes, y espero que todo esto lo tomaréis en consideración. Pero una vez aquí, mi general, sois libre de levantarlos y andar.

Dicho esto, cortó las ligaduras que sujetaban los brazos y las manos del general, el cual se levantó y sentóse con la tranquilidad de quien espera la muerte. Entonces abrió D'Artagnan la puerta del gabinete de Carlos.

—Majestad —dijo—, aquí está vuestro enemigo, el señor Monk; me había prometido hacer esto en vuestro servicio. Ya está hecho; mandadme ahora. Caballero Monk —añadió, volviéndose hacia el prisionero—, estáis ante Su Majestad el rey Carlos II, soberano señor de la Gran Bretaña.

Monkalzó sobre el joven príncipe su mirada fríamente estoica, y contestó:

—Yo no conozco a ningún rey de la Gran Bretaña; yo no conozco aquí a nadie que sea digno de llevar el nombre de caballero, porque en nombre del rey Carlos II un emisario a quién tenía por hombre honrado, llegó a tenderme un infame lazo. He caído en ese lazo, tanto peor para mí. Ahora vos, el tentador —dijo al rey—, vos, el ejecutor —dijo a D'Artagnan—, recordad lo que voy a deciros: tenéis mi cuerpo y podéis matarle, a lo cual os incito, porque nunca tendréis mi alma, ni mi voluntad. Y ahora no me preguntéis ni una palabra,

porque desde este momento ni aun abriré la boca para gritar. He dicho.

Y pronunció estas palabras con la resolución feroz del más exagerado puritano. D'Artagnan miró a su prisionero como hombre que sabe el valor de cada palabra, y que fija este valor según el tono con que han sido pronunciadas.

—El hecho es —dijo con voz muy baja al rey—, que el general es un hombre decidido; hace dos días que no ha querido tomar un bocado de pan, ni beber una gota de vino. Más, como a partir de este momento, es Vuestra Majestad quien decide de su suerte, yo me lavo las manos, como dijo Pilatos.

Monk estaba de pie, pálido y resignado, con la mirada fija y los brazos cruzados.

D'Artagnan volvióse hacia él.

—Comprenderéis perfectamente —le dijo—, que vuestra frase, muy bella por lo demás, no puede convenir a nadie, ni aun a vos mismo. Su Majestad deseaba hablaros, y vos os negabais a una entrevista, pero yo he hecho esta entrevista inevitable. ¿Por qué, ahora que estáis frente a frente, y que lo estáis vos por una fuerza independiente de vuestra voluntad, por qué habéis de obligarnos a rigores que yo juzgo inútiles y absurdos? Hablad, aunque no sea más que para decir no.

Monk no despegó los labios ni volvió siquiera los ojos: se acariciaba el bigote con aire que demostraba que las cosas iban a empeorar.

Durante este tiempo había caído Carlos en profunda reflexión. Se encontraba por primera vez frente a Monk, esto es, de aquel hombre a quien tanto había deseado ver, y con ese golpe de vista particular que Dios ha dado al águila y a los reyes, había sondeado el abismo de su corazón.

Veía, pues, a Monk resuelto a morir antes que hablar, lo cuál no era extraordinario por parte de un hombre tan importante, y cuya herida debía ser en aquel momento tan cruel.

En el mismo instante tomó Carlos II una de esas determinaciones en las que un hombre vulgar juega su vida, un general su fortuna y un rey su corona.

—Caballero —dijo a Monk—, tenéis mucha razón en ciertos puntos. Yo no os ruego qué me respondáis, sino que me escuchéis.

Aquí hubo un momento de silencio, durante el cual el monarca miró a Monk, que permaneció impasible.

—Ahora poco me habéis hecho un cargo doloroso; caballero —continuó el rey—. Habéis dicho que uno de mis delegados había ido a Newcastle a preparaos una emboscada, y esto, dicho de paso, no debe haberlo comprendido el señor de D'Artagnan, a quien estáis viendo, y al cual antes de todo debo dar las más expresivas gracias por su generoso y heroico sacrificio.

D'Artagnan saludó con respeto. Monk no pestañeó.

—Porque el señor de D'Artagnan; y observad bien, caballero Monk, que no os digo esto por disculparme, ha ido a Inglaterra por su propio impulso; sin interés

alguno, sin orden y sin esperanza, como un verdadero caballero que es; por hacer servicio a un rey desdichado y para añadir a las ilustres acciones de su existencia un hermoso rasgo más.

D'Artagnan se ruborizó un poco y tosió, tomando cierta actitud. Monk no se movió.

—¿No creéis en lo que os manifiesto, caballero Monk? —repuso el rey.

—Comprendo eso; semejantes pruebas de desprendimiento son tan raras que se podía dudar de su realidad.

—Muy mal hará el señor, no creyéndoos —exclamó D'Artagnan—, porque lo que Vuestra Majestad acaba de decir es la pura verdad, y tanto, que según me parece, al ir en busca del general, he hecho una cosa que todo lo contraría. Si esto es así, voy a desesperarme.

—Señor de D'Artagnan —murmuró el rey tomando la mano del mosquetero—, me tenéis más obligado, creedme, que si hubieseis llevado a cabo el triunfo de mi causa, porque me habéis revelado un amigo incógnito, al cual siempre viviré reconocido y siempre amaré.

Y le apretó cordialmente la mano.

—Y un enemigo —continuó saludando a Monk—, a quien apreciaré ahora en su valor.

Los ojos del puritano lanzaron un relámpago, pero uno sólo; y su semblante, iluminado un instante por él, volvió a su impasibilidad sombría.

—Ahora, caballero D'Artagnan —continuó Carlos—, oíd lo que ha sucedido: el señor conde de la Fère, a quien conocéis, según creo, salió para Newcastle.

—¡Athos! —exclamó D'Artagnan.

—Sí, me parece que ése es su nombre de guerra. El conde de la Fère salió para Newcastle, y tal vez iba a reducir al general a tener una conferencia conmigo o con los de mi partido, cuando, según parece, vos habéis intervenido violentamente en la negociación.

—¡Cáscaras! —exclamó D'Artagnan—. Sin duda era él quien entraba en el campamento la misma noche que yo penetré con mis pescadores.

Un imperceptible fruncimiento de cejas de Monk dio a entender a D'Artagnan que había adivinado.

—Sí, sí, creí reconocer su estatura, oír su voz. ¡Maldito sea yo! ¡Oh! Señor, perdonadme; creía, no obstante, haber conducido bien mi barca.

—Nada hay de malo en esto, caballero —dijo el rey—, sino que el general me acusa de haberle hecho tender un lazo, lo cual no es verdad. No, general; no son éstas las armas que contaba usar con vos; muy pronto lo veréis. Y entretanto, cuando yo os doy mi palabra de hidalgo, creedme, señor, creedme. Ahora, caballero de D'Artagnan, escuchad.

—Escucho de rodillas, Majestad.

—¿Sois mío, no es verdad?

—Vuestra Majestad lo ha visto.

—Bien. Basta la palabra de un hombre como vos, mucho más cuando va acompañada de acciones. General, seguidme. Venid con nosotros, caballero D'Artagnan.

D'Artagnan, bastante sorprendido, se apresuró a obedecer. Salió Carlos II, Monk le siguió y D'Artagnan a Monk. Carlos II tomó el camino que el mosquetero había traído, y el aire fresco del mar vino a herir muy pronto el rostro de los tres paseantes nocturnos; a cincuenta pasos más allá de una portecilla que Carlos abrió, se encontraron en la playa y enfrente del Océano que, habiendo dejado de crecer, reposaba en la ribera como un monstruo fatigado.

Pensativo Carlos II, marchaba con la cabeza inclinada y las manos debajo de su capa. Monk seguíale con los brazos libres y la mirada inquieta, y D'Artagnan detrás con la mano sobre el pomo de su espada.

—¿Dónde está el buque que os ha traído, señores? —preguntó Carlos al mosquetero.

—Allá abajo, Majestad; tengo siete hombres y un oficial que me esperan en esa barquilla alumbrada por un farol.

—¡Ah, sí! La han sacado a la arena, ya la veo; pero, en verdad, no habréis venido de Newcastle en esa barca.

—No, Majestad; yo había fletado por mi cuenta una falúa que ha echado anclas a un tiro de la playa. En esa falúa hemos hecho el viaje.

—Caballero —dijo el rey a Monk—, sois libre.

Por firme de voluntad que fuera Monk no pudo contener, una exclamación. El rey hizo un signo afirmativo con la cabeza, y continuó:

—Vamos a despertar a un pescador de esta aldea que botará su barco esta misma noche y os llevará donde le mandéis. El señor de D'Artagnan a quien pongo bajo la salvaguardia de vuestra lealtad, escoltará a Vuestro Honor.

Monk dejó escapar un murmullo de asombro, y D'Artagnan un profundo suspiro. El rey, sin que nada notase al parecer, llamó al enrejado de pino que cerraba la cabaña del primer pescador habitante de la playa.

—¡Hola! Keyser —gritó—, ¡despierta!

—¿Quién me llama? —gritó el pescador.

—Yo, el rey Carlos.

—¡Ah! Milord —exclamó Keyser levantándose envuelto en la vela, en la que se acostaba como en una hamaca—, ¿qué he de hacer en vuestro servicio?

—Patrón Keyser —dijo Carlos—, apareja sobre la marcha; aquí tienes un pasajero que fleta tu barco y que te pagará espléndidamente: sírvole.

Y el rey dio unos pasos atrás para que Monk hablase libremente con el pescador.

—Quiero pasar a Inglaterra —dijo Monk, que hablaba holandés lo preciso

para que le entendieran.

—Al instante —dijo el patrón—, al instante mismo, si queréis.

—Pero será muy largo? —dijo Monk.

—Menos de media hora, señor; mi hijo el mayor está aparejando en este momento, porque a las tres de la mañana debíamos salir a la pesca.

—Y bien, ¿está ya? —preguntó Carlos acercándose.

—Menos el precio —dijo el pescador—, sí, Majestad.

—Eso, es cosa mía —repuso Carlos—; el señor es amigo mío. Monk se estremeció y miró a Carlos.

—Bien, milord —replicó Keyser. En aquel momento se oyó al hijo mayor de Keyser que tocaba, desde la playa, un cuerno de buey.

—Podéis partir, señores —dijo el rey.

—Señor —dijo D'Artagnan—, ¿quiere vuestra Majestad concederme algunos minutos?

—Tenía enganchados unos hombres, y como me voy sin ellos, será menester que les avise.

—Silbadles —dijo Carlos sonriendo.

D'Artagnan silbó, en efecto, mientras el patrón Keyser respondía a su hijo, y acudieron cuatro hombres conducidos por Mennevile.

—Ya estáis pagados —murmuró D'Artagnan, dándoles una bolsa que contenía dos mil quinientas libras en oro—. Id a esperarme a Calais, donde sabéis.

Y D'Artagnan, dando un prolongado suspiro, puso la bolsa en manos de Mennevile.

—¡Cómo! ¡Nos dejáis? —exclamaron los hombres.

—Por poco tiempo —contestó D'Artagnan—, o por mucho. ¡Quién sabe! Con esas dos mil quinientas libras; y las otras dos mil que ya tenéis recibidas, estáis pagados, según nuestro convenio. Separémonos, pues, hijos míos.

—Pero ¿y el barco?

—No os sobresaltéis por eso. Nuestros efectos están en la falúa.

—Iréis a buscarlos, y al momento os pondréis en marcha.

—Bien, mi comandante. D'Artagnan se volvió hacia Monk, y le dijo:

—Caballero, espero vuestras órdenes, porque vamos a marchar juntos, a menos que mi compañía os sea desagradable.

—Al contrario, caballero —dijo Monk.

—¡Vamos, señores, a bordo! —gritó el hijo de Keyser.

Carlos saludó dignamente al general, y le dijo:

—Me perdonaréis el contratiempo y la violencia que habéis sufrido, cuando estéis persuadido de que no los he causado yo.

Monk se inclinó profundamente sin responder. Carlos, por su parte, afectó no decir una palabra, en particular a D'Artagnan; pero en voz alta:

—Gracias os doy otra vez, caballero —le dijo—; gracias por vuestros servicios. Ya os serán pagados por Dios, que espero reserve para mí solo el sufrimiento y las pruebas.

Monk siguió a Keyser y a su hijo, y se embarcó con ellos.

D'Artagnan los siguió, murmurando:

—¡Ah! ¡Mi pobre Planchet! Mucho temo que hayamos hecho una mala especulación.

### Capítulo XXX

---

Las acciones de la sociedad «Planchet y Compañía» pónense a la par

Durante la travesía, Monk no dirigió la palabra a D'Artagnan sino en los casos de necesidad urgente. De modo que cuando el francés tardaba en presentarse a la hora de la comida (pobre comida, compuesta de pescado salado, galleta y ginebra), Monk le invitaba:

—¡A la mesa, señor!

Esto era todo cuanto le decía. Justamente, porque D'Artagnan era en las grandes ocasiones en extremo conciso, no sacó de esta concisión ningún favorable augurio para el éxito de su misión. Además, como tenía mucho tiempo de sobra, se quebraba la cabeza investigando cómo había visto Athos a Carlos II; cómo había tramado con él aquel viaje, y cómo, por fin, había entrado en el campamento de Monk; y el pobre teniente de mosqueteros se arrancaba un pelo de su bigote cada vez que pensaba en Athos era sin duda el caballero que acompañaba Monk la famosa noche del rapto.

En fin, después de dos noches y dos días de navegación, el patrón Keyser tocó tierra en el lugar donde Monk, que había dado las órdenes durante la travesía, mandó que lo desembarcasen. Era, precisamente, la embocadura de aquel río, cerca del cual había elegido Athos su habitación.

El día declinaba, y un sol hermoso, semejante a un escudo de hierro candente, sumergía la extremidad inferior de su disco en la línea azul del mar. La falúa seguía sirgando y remontando el río, muy ancho en aquel sitio; pero Monk, en medio de su impaciencia, mandó saltar en tierra, y la canoa de Keyser condújolo en compañía de D'Artagnan a la fangosa orilla del río, entre juncos y cañas.

D'Artagnan, resignado a la obediencia, siguió a Monk del mismo modo que el

oso encadenado sigue a su dueño; pero su posición le humillaba en demasía, y murmuraba en voz baja que el servicio de los reyes era muy penoso, y que el mejor de todos no valía nada.

Monk andaba a pasos apresurados. Hubiérase dicho que aún no estaba muy seguro de haber reconquistado la tierra de Inglaterra, aun cuando ya se divisaban claramente las pocas casas de los marineros y pescadores; esparcidas en el reducido muelle de aquel humilde puerto. De pronto exclamó D'Artagnan.

—¡Ah! ¡Dios me perdone, aquella casa está ardiendo!

Monk alzó los ojos y vio efectivamente que el fuego comenzaba a devorar una casa. El fuego había prendido en un cobertizo pequeño inmediato a ella, cuyo tejado comenzaba a arder, y el viento fresco de la noche venía en ayuda del incendio.

Los dos viajeros apresuraron el paso, oyeron tremendos gritos, y vieron al acercarse soldados que movían sus armas y que extendían el puño cerrado hacia la casa incendiada.

Sin duda esta ocupación amenazadora había hecho que no advirtiesen la llegada de la falúa.

Monk se detuvo un momento, y por vez primera formuló su pensamiento con palabras.

—¡Eh! —dijo—. Esos no serán mis soldados, sino los de Lambert. Estas palabras contenían a la vez un dolor, una aprensión y una reconvención, que D'Artagnan comprendió a las mil maravillas.

—En efecto, durante la ausencia del general, Lambert podía haber dado la batalla, derrotando, dispersando a los parlamentarios, y tomando con su ejército las posiciones de Monk, privado de su más firme apoyo. A esta duda, que pasó del espíritu de Monk al suyo, hizo D'Artagnan este razonamiento:

« Una de dos: o Monk ha dicho la verdad, y no hay más que lambertistas en el país, es decir, enemigos que me recibirán bien, pues a mí deberán la victoria, o no ha cambiado nada, y Monk, entusiasmado de alegría, encontrando su campamento en el mismo sitio, no será demasiado duro en sus represalias» .

Pensando así, avanzaban los dos viajeros, y comenzaban a encontrarse en medio de un grupo de marineros que veían con dolor arder la casa, pero que nada osaban decir, asustados por las amenazas de los soldados. Monk dirigiese a uno de los marineros.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Caballero —contestó el hombre sin reconocer a Monk como oficial, envuelto como iba en su capa—; lo que hay es que esa casa estaba habitada por un extranjero, y que ese extranjero se ha hecho sospechoso a los soldados. Entonces, han intentado penetrar en su casa a pretexto de conducirle al campamento; pero él, sin asustarse por su número, ha amenazado de muerte al primero que pretendiera franquear el umbral de la puerta; y, como se encontrase

uno que se arriesgara, el francés le ha tendido en tierra de un pistoletazo.

—¡Ah! ¡Es un francés! —exclamó D'Artagnan, frotándose las manos—. ¡Bueno!

—¿Cómo bueno? —dijo el pescador.

—No, quería decir... además... Se me ha trabado la lengua.

—Luego, señor, han venido los otros, furiosos como leones, y han tirado más de cien mosquetazos sobre la casa; pero el francés estaba a cubierto detrás del muro, y, cada vez que se quería penetrar por la puerta, disparaba un tiro su lacayo, que lo hace perfectamente. Cada vez que amenazaban la ventana, aparecía la pistola del amo. Contad, ya están siete hombres en tierra.

—¡Ah! ¡Valiente compatriota! —exclamó D'Artagnan—. Espera, voy a unirme contigo y daremos cuenta de toda esta canallada.

—Un instante, señor —dijo Monk—, esperad.

—¿Mucho tiempo?

—No, el preciso para hacer una pregunta.

Volviendo luego hacia el marinero:

—Amigo mío —preguntó con emoción que no pudo disimular a pesar de su fuerza sobre sí mismo—, ¿de quién son estos soldados?

—¿De quién han de ser, sino de ese endiablado de Monk?

—¿Con que no se ha dado la batalla?

—¿Y para qué? El ejército de Lambert se derrite como la nieve en abril. Todos se van con Monk, oficiales y soldados, y dentro de ocho días no tendrá Lambert más de cincuenta hombres.

El pescador fue interrumpido por una nueva salva de tiros lanzados sobre la casa, y por un nuevo pistoletazo que contestó a esta salva, echando por tierra al más atrevido de los agresores. La cólera de los soldados llegó al colmo.

El fuego iba en aumento, y un penacho de llamas y de humo aparecía como un turbión sobre la casa. D'Artagnan no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Diantre! —dijo a Monk, mirándole de reojo—. ¿Sois el general y dejáis que vuestros soldados quemen casas y asesinen a la gente? ¿Y miráis esto tranquilamente calentándoos las manos al fuego del incendio? ¡Cáscaras! ¡No sois hombre!

—Paciencia, caballero, paciencia —dijo Monk, sonriendo.

—¡Paciencia, paciencia! Hasta que esté asado ese caballero tan valiente, ¿no es cierto?

Y D'Artagnan echó a correr.

—Quedaos, señor —dijo Monk, imperiosamente.

Y se adelantó hacia la casa. Precisamente, acababa de acercarse un oficial, que decía:

—¡La casa arde y vas a ser encadenado antes de una hora! Aún es tiempo; manifiesta lo que sepas del general Monk, y te concederemos la vida. Responde,

o por san Patricio...

El sitiado no respondió; sin duda volvía a cargar su pistola.

—Y han ido a buscar refuerzo —prosiguió el oficial; dentro de una hora habrá cien hombres alrededor de esta casa.

—Para responder —dijo el francés—, quiero que todo el mundo se aparte; deseo salir libre y marchar solo al campamento, o si no me haré matar aquí.

—¡Mil rayos! —exclamó D'Artagnan. ¡Es la voz de Athos! ¡Ah, miserables! Y la espada de D'Artagnan lució fuera de la vaina.

Monk lo contuvo y dijo con voz sonora, adelantándose:

—¡Pardiez! ¿Qué se hace aquí? Digby, ¡por qué este fuego? ¡Por qué estos gritos?

—¡El general! —gritó Digby dejando caer la espada.

—¡El general! —repitieron los soldados.

—Y bien, ¿qué hay en esto de extraño? —dijo Monk con voz tranquila.

Y, ya restablecido el orden, añadió:

—¿Quién ha encendido este fuego?

Los soldados bajaron la cabeza.

—¡Qué! ¿Pregunto y no se me contesta? —dijo Monk—. ¡Qué! ¿Reprendo y no se repara el daño? ¡Me parece que aún está ardiendo esa casa!

Al instante lanzáronse los veinte hombres buscando cubos, jarros y toneles, apagando el incendio con tanto ardor como habían empleado un momento antes en propagarlo. Más ya, ante todos y el primero D'Artagnan había aplicado una escala a la casa, gritando:

—¡Athos! ¡Soy yo, D'Artagnan! ¡no me mates, amigo mío! Minutos después estrechaba al conde en sus brazos.

Durante este tiempo, Grimaud, que permanecía tranquilo, desmantelada la fortificación del piso bajo, y después de haber abierto la puerta, se cruzaba tranquilamente de brazos en el umbral. Sólo a la voz de D'Artagnan había lanzado una exclamación de asombro.

Apagado el fuego, los soldados se presentaron confusos, y Digby a la cabeza de ellos.

—General —dijo éste—, perdonadnos. Lo que hemos hecho, ha sido por afecto a Vuestro Honor, al que creímos perdido.

—Estáis locos, señores. ¡Perdido! ¿Se pierde acaso un hombre como yo? ¿Por ventura, no me será permitido ausentarme cuando me plazca sin avisar? ¿Acaso un caballero que es mi amigo, mi huésped, debe ser sitiado, batido y amenazado de muerte, porque se sospeche de él? ¿Qué significa esa palabra sospechar? ¡Dios me castigue si no hago fusilar a todos los que aquí ha dejado con vida ese valiente gentilhombre!

—General —dijo Digby lastimeramente— éramos veintiocho, y ocho están en tierra.

—Yo autorizo al señor conde de la Fère para que envíe a los otros veinte a unirse con los ocho —dijo Monk.

Y tendió la mano a Athos.

—Id al campamento —dijo Monk. Señor Digby, quedáis arrestado un mes. Eso os enseñará, caballero, a no obrar otra vez sino conforme a mis órdenes.

—Tenía las del lugarteniente, mi general.

—El lugarteniente no tiene que daros órdenes semejantes, y él guardará el arresto en vuestro lugar, si efectivamente os ha mandado quemar la casa de este gentilhombre.

—No es eso lo que ha ordenado, general, sino que le llevásemos al campamento, pero el señor conde no ha querido seguirnos.

—No quise que entraran a saquear mi casa —dijo Athos a Monk con mirada expresiva.

—Y habéis hecho bien. ¡Al campamento, os digo!

Los soldados se alejaron con la cabeza baja.

—Ahora que permanecemos solos —dijo Monk a Athos—, decidme, caballero, ¿por qué os obstinabais en permanecer aquí, puesto que teníais vuestra falúa?

—Os aguardaba, general —dijo Athos—. ¿No me había dado Vuestro Honor una cita para dentro de ocho días?

Una mirada elocuente de D'Artagnan demostró a Monk que estos dos hombres tan intrépidos y tan leales no estaban en inteligencia para su rapto. Ya lo sabía él.

—Caballero —dijo a D'Artagnan—, teníais mucha razón. Dejadme, si gustáis, hablar un momento con el señor conde de la Fère.

D'Artagnan aprovechase del permiso para ir a dar los buenos días a Grimaud.

Monk suplicó a Athos que le llevase a la casa que habitaba. La sala principal todavía estaba llena de escombros y de humo. Más de cincuenta balas habían pasado por la ventana, y mutilado las paredes.

Allí encontraron una mesa, un tintero y todo lo preciso para escribir. Monk cogió una pluma, escribió una sola línea, firmó, dobló el papel, cerró la carta con el sello de su anillo, y la entregó a Athos, diciéndole:

—Caballero, llevad, si queréis, esta carta al rey Carlos II, y marchad en este mismo instante si nada os detiene aquí.

—¿Y los barriles? —dijo Athos.

—Los pescadores que me han traído os ayudarán a transportarlos a bordo. Marchad, si es posible, dentro de una hora.

—Sí, general —dijo Athos.

—¡Señor de D'Artagnan! —gritó Monk por la ventana.

D'Artagnan subió corriendo.

—Abrazad a vuestro amigo y despedíos de él; caballero, porque vuelve a

Holanda.

—¡A Holanda! —dijo D'Artagnan—. ¿Y yo?

—Sois libre en seguirle, señor; pero ruego os quedéis —dijo Monk—. ¿Me lo negáis?

—¡Oh! No, general, a vuestras órdenes.

D'Artagnan abrazó a Athos, y tan sólo tuvo tiempo de decirle adiós. Monk, que los vigilaba entretanto, cuidó por sí mismo los preparativos de la marcha, de la conducción de los barriles a bordo y de que Athos se embarcara. Y tomando enseguida del brazo a D'Artagnan, pasmado y conmovido, lo condujo hacia Newcastle. Al mismo tiempo que andaban, el mosquetero iba diciendo en voz baja:

—¡Vamos, vamos, me parece que suben las acciones de la casa « Planchet y Compañía» !

## Capítulo XXXI

---

### El golpe de Monk

Así como se prometiera un desenlace más feliz tampoco había llegado D'Artagnan a comprender bien la situación. Era para él un grave asunto de meditación aquel viaje de Athos a Inglaterra, su alianza con el rey, y el singular enlace de su pensamiento con el del conde de la Fère. Lo mejor era dejarse ir con la corriente. Había cometido una imprudencia, y habiéndolo alcanzado todo, encontrábbase, no obstante, sin ninguna de las ventajas del triunfo. Y puesto que todo estaba perdido, nada se arriesgaba ya.

D'Artagnan siguió a Monk a su campamento, donde la vuelta del general había causado un efecto maravilloso, porque todos le creían perdido. Pero Monk, con su rostro austero y su aspecto glacial, parecía que preguntaba a sus oficiales y soldados la causa de su alegría. De modo que dijo al lugarteniente, que había salido a su encuentro, atestiguándole la inquietud que experimentó por su ausencia:

—¿Por qué eso? ¿Estoy acaso obligado a daros cuenta de mis acciones?

—Señor, las ovejas sin pastor pueden temblar.

—¡Tremblar! —contestó Monk con su voz tranquila y poderosa—. ¡Ah, caballero! ¡Qué palabra...! Si mis ovejas no tienen dientes ni uñas, renuncio a ser su pastor. ¡Oh! ¡Vos tembláis, caballero!

—General, por vos...

—Mezclaos en lo que os concierna, y si yo no poseo el espíritu que Dios enviaba a Oliver Cromwell, tengo el que me ha enviado, con el cual me contento, por escaso que sea.

El oficial no contestó, y habiendo impuesto Monk silencio a su gente de este modo, todos quedaron persuadidos de que había llevado a cabo un asunto

importante, o que había hecho una prueba con respecto a ellos. Esto era conocer muy poco aquél genio paciente y escrupuloso. Si Monk tenía la buena fe de los puritanos, sus aliados, debió dar las gracias fervorosamente al santo patrono que le había sacado de la caja del señor de D'Artagnan.

Mientras sucedían estas cosas, no cesaba de repetir nuestro mosquetero:

—Dios mío, haz que el señor Monk no tenga tanto amor propio como yo; porque declaro que si alguno me hubiera metido en un cofre con aquella rejilla sobre la boca, y conducido encajonado de este modo como un buey, por el mar, conservaría un mal recuerdo del aspecto lastimoso que tendría en aquel cofre y un rencor muy ruin al que me hubiese encerrado; temería tanto ver lucir en el rostro de ese malicioso una sonrisa irónica, o en su actitud una imitación grotesca de mi posición en la caja, que por quien soy le escondería un buen puñal en la garganta en compensación de la rejilla, y lo clavaría en una verdadera sepultura, en recuerdo del simulado féretro en que me hubiera enmohecido por espacio de dos días.

Y D'Artagnan decía todo esto de muy buena fe, porque era muy sensible la epidermis de nuestro gascón. Afortunadamente, Monk tenía otras ideas, y no dijo una palabra de lo pasado a su tímido vencedor, pero le admitió muy de cerca a sus trabajos y le llevó a cierto reconocimiento para obtener lo que sin duda deseaba vivamente; una rehabilitación en el espíritu de D'Artagnan. Éste se condujo como un veedor lisonjero; admiró toda la táctica de Monk y la ordenanza de su campamento, y burlóse muy agradablemente de las circunvalaciones de Lambert, quien, decía él, se había tomado muy inútilmente el trabajo de cerrar un campo para veinte mil hombres, cuando le hubiese bastado media aranzada de terreno para el cabo y los cincuenta guardias que tal vez le permanecían fieles.

Al momento que llegó Monk aceptó la proposición de una entrevista hecha la víspera; por Lambert, y que los lugartenientes de aquél habían rehusado so pretexto de que el general se hallaba enfermo. Esta entrevista no fue larga ni interesante. Lambert pidió una profesión de fe a su rival. Éste declaró que no tenía otra opinión que la de la mayoría. Lambert preguntó si no sería más expedito terminar la cuestión por una alianza que por una batalla. Monk solicitó ocho días para reflexionar, a lo cual no podía negarse Lambert, a pesar de que había venido diciendo que devoraría el ejército de Monk. Así es que, cuando nada se decidió después de esta entrevista, que impacientemente esperaban los de Lambert, ni tratado ni batalla, el ejército rebelde comenzó, lo mismo que D'Artagnan había previsto, a preferir la buena causa a la mala, y al Parlamento, por más rabadilla que fuera, a la nada pomposa de los designios del general Lambert.

Recordábanse, además, las buenas comidas de Londres, la profusión de cerveza y de *Sherry* que el vecino de la City pagaba a sus amigos, los soldados, y

se miraba con espanto el pan negro de la guerra, el agua turbia del Tweed, demasiado salada para el vaso y muy mala para la marmita, y se decía: «¿no estaremos mejor del otro lado? ¿No se asan en Londres las chuletas para Monk?».

Desde entonces ya no se habló más que de deserción en el ejército de Lambert; los soldados se dejaban alucinar por la fuerza de los principios, que son, como la disciplina, el lazo obligado de todo cuerpo, constituida con un fin cualquiera. Monk defendía al Parlamento, Lambert lo atacaba. Monk no tenía más ganas que Lambert de sostener al Parlamento; pero lo había escrito en sus banderas, de modo que todos los del partido contrario estaban reducidos a escribir en las suyas: «Rebelión», lo cual sonaba mal en los oídos puritanos. Vióseles, por tanto, ir de Lambert a Monk, como los pecadores van de Baal a Dios.

Monk formó su composición de lugar a mil deserciones diarias Lambert tenía gente para veinte días; mas hay en las cosas que se hunden tal acrecentamiento de peso y de celeridad que se combinan, que se marcharon el primero ciento; quinientos el segundo y mil el tercero. Monk pensó que había llegado a su medio. Pero de mil pasó pronto la deserción a dos mil, luego a cuatro mil, y ocho días después, conociendo Lambert que ya no había posibilidad de aceptar la batalla si se la presentaban, tomó el prudente partido de levantar el campo durante la noche para regresar a Londres, y prevenir a Monk reconstruyendo un poder con los restos del partido militar.

Pero Monk, libre y sin inquietudes, marchó sobre Londres como vencedor, aumentando su ejército con todas las partidas errantes que encontraba al paso. Fue a acampar en Bamet, es decir, a cuatro leguas de distancia, querido del Parlamento, que le consideraba como protector, y esperado por el pueblo, que quería verle manifestarse para juzgarlo. D'Artagnan, mismo no había podido juzgar nada de su táctica, observada y admirada. Monk no podía entrar en Londres con un partido tomado sin hallar allí la guerra civil. Así es que contemporizó algún tiempo.

Repentinamente, sin que nadie lo esperase, Monk hizo arrojar de Londres al partido militar y se instaló en la City, en medio de los burgueses por mandato del Parlamento; y después, en el instante en que los burgueses gritaban contra Monk, y cuando los mismos soldados acusaban a su jefe, viéndose Monk muy seguro de la mayoría, declaró al Parlamento que era necesario abdicar, levantar el sitio y ceder el puesto a un gobierno que no fuese una burla. Monk pronunció esta declaración apoyado por cincuenta mil espadas, a las cuales uniéreronse aquella misma noche, con hurras de júbilo delirante, quinientos mil habitantes de la buena ciudad de Londres.

Por último, en el instante en que el pueblo, después de su triunfo y de sus orgías en medio de la calle, buscaba con los ojos el deseo que podría darse a sí propio, se supo que cierto buque acababa de salir de La Haya, conduciendo a

Carlos II y su fortuna.

—Señores —dijo Monk a sus leales—, salgo al encuentro del legítimo rey.  
¡Quien me ame que me siga!

Una aclamación estrepitosa acogió estas palabras, que D'Artagnan no oyó sin un estremecimiento de placer.

—¡Diantre! —dijo a Monk—. Esto es atrevido, caballero.

—Vos me acompañáis, ¿no es verdad? —replicó Monk

—¡Cáscaras, general! Pero, decidme, si gustáis, lo que escribisteis con Athos, es decir, con el señor conde de la Fère... ya sabéis... el día de nuestra llegada.

—Yo no guardo secretos para vos —contestó Monk—; escribí estas palabras: « Señor, dentro de seis semanas espero a Vuestra Majestad en Douvres» .

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan—. No diré, ya que eso es atrevido; diré que está muy bien jugado el lance. ¡Magnífico golpe!

—Os reconocéis en él —dijo Monk

Esta fue la única alusión que el general hizo sobre su viaje a Holanda.

## Capítulo XXXII

---

Athos y D'Artagnan vuélvense a encontrar en la hostería «El cuerno de ciervo»

El rey de Inglaterra hizo su entrada con gran pompa en Douvres, y después en Londres. Había ordenado que le acompañasen sus hermanos, su madre y su hermana. Hacía tanto tiempo que Inglaterra estaba entregada a sí propia, esto es, a la tiranía y a la injusticia, que esta vuelta del rey Carlos II, a quien, sin embargo, no conocían los ingleses, más que como el hijo de un hombre a quien ellos habían cortado la cabeza, fue una fiesta para los tres reinos. Así es que todas aquellas aclamaciones que acompañaban su vuelta llamaron tanto la atención del rey, que se inclinó al oído de Jack de York, su hermano más joven, para decirle:

—Verdaderamente, Jack, me parece ha sido falta nuestra si hemos estado tanto tiempo ausentes de un país donde tanto nos aman.

El acompañamiento fue soberbio, y un tiempo admirable favorecía la solemnidad. Carlos había vuelto a su juventud, a su buen humor; parecía transfigurado; los corazones refán como el sol.

Entre aquella muchedumbre ardiente de cortesanos y de adoradores, que parecían no acordarse de que ellos habían llevado al cadalso de White Hall al padre del nuevo rey; un hombre, en uniforme de teniente de mosqueteros, miraba, con la sonrisa en sus delgados labios, unas veces al pueblo, que vociferaba sus bendiciones, otras al príncipe, lleno de emoción, que a todos saludaba, y especialmente a las mujeres, cuyos ramilletes venían a caer a los pies de su caballo.

—¡Qué hermoso oficio el de rey! —exclamaba aquel hombre impulsado por su contemplación, y tan absorto, que se paró en medio del camino, dejando desfilar el séquito—. He aquí en verdad un príncipe lleno de oro y de diamantes como un Salomón, y esmaltado de flores como un prado en primavera; allá va a

sacar a manos llenas del inmenso cofre en que sus súbditos; muy leales hoy, muy infieles ayer, le han reunido una o dos carretas de barras de oro. Ahora le echan flores hasta cubrirlo, y hace dos meses, si se hubiese presentado, le habrían enviado tantas balas de cañón y de mosquete como hoy le envían flores. Decididamente, nacer de cierta manera es cosa que no desagrada a los villanos que pretendan les importa poco nacer villanos.

El séquito continuaba desfilando, y con el rey las aclamaciones comenzaban a alejarse en dirección del palacio; lo cual no impedia que nuestro oficial fuese bien atropellado.

—¡Vive Dios! —decía el razonador—. Ved toda esa gente que anda sobre mis pies, y que me mira como muy poco, o más bien como nada, en atención a que ellos son ingleses y yo francés. Si se preguntara a toda esta gente: « ¿Quién es el señor de D'Artagnan? », responderían: *«Nescio vos»*. Pero que les digan: « Mirad al rey que pasa, mirad al general Monk que pasa», y gritarán: « ¡Viva el rey! ¡Viva el general Monk! », hasta que se nieguen a ello sus pulmones. —Sin embargo seguía mirando de aquel modo penetrante que le distinguía, pasar la multitud—, sin embargo, reflexionad, un poco, buena gente, en lo que a hecho vuestro rey Carlos, en lo que ha hecho el señor Monk, y luego, pensad en lo que ha hecho ese pobre desconocido que se llama el señor de D'Artagnan. Ver. No os conozco. Verdad es que no lo sabéis, porque es desconocido, lo cual os impide reflexionar tal vez. ¡Pero, bah! ¡Qué importa! Esto no impide que Carlos II sea un gran monarca, aunque haya estado en el destierro doce años, y que el señor Monk sea un gran capitán, aunque haya hecho el viaje a Francia encerrado en un cajón. Y puesto que se reconoce que el uno es un gran rey y el otro un excelente capitán: *«Hurra for the king Charles II! Hurra for the captain Monk!»*

Y su voz mezclóse con la de millares de espectadores, a quienes dominó por un momento. Y para representar mejor al hombre decidido, agitó en el aire su sombrero, y no faltó quien le detuviera del brazo en lo mejor de su expansivo lealismo. (Así se llamaba en 1660 lo que hoy se llama realismo.)

—¡Athos! —gritó D'Artagnan—. ¡Vos aquí?

Y ambos amigos se abrazaron.

—¡Vos aquí! Y estando aquí —continuó el mosquetero—, ¿no estáis en medio de todos los cortesanos, mi querido conde? ¡Cómo! Vos, el héroe de la fiesta, ¿no dais caballadas a la izquierda del rey como, caballea milord Monk a la derecha? En verdad que no comprendo nada de vuestro carácter, ni del príncipe que tanto os debe.

—Siempre zumbón, amigo D'Artagnan —dijo Athos—. ¡No os corregiréis nunca de ese maldito defecto?

—En fin, ¿no formáis parte de la comitiva?

—No, porque no he querido.

—¿Y por qué no habéis querido?

—Porque no soy ni enviado ni embajador, ni delegado siquiera del rey de Francia, y porque no me conviene presentarme así junto a otro rey que Dios no me ha dado por señor.

—¡Diantre! Bien cerca os presentasteis del rey su padre.

—Eso es otra cosa, amigo; aquél iba a morir.

—Y, sin embargo, lo que habéis hecho por éste...

—Ha sido porque debía hacerlo. Ya sabéis que deploro toda clase de ostentación. Déjeme, pues, ahora el rey Carlos II, que no tienen necesidad de mí, en mi reposo y en mi obscuridad, que es todo lo que de él exijo.

D'Artagnan suspiró:

—¿Qué tenéis? —le dijo Athos—. Diríase que esta vuelta feliz del rey a Londres os entristece, amigo mío, a pesar de que habéis hecho al menos tanto como yo por Su Majestad.

—No es cierto —respondió D'Artagnan riendo con su risa gascona—, que yo también he hecho mucho por Su Majestad sin que quepa la menor duda?

—¡Oh! Sí —exclamó Athos—, y bien lo sabe el rey, amigo mío.

—Lo sabe! —dijo el mosquetero—. A fe mía que no dudaba de ello, y aun trataba de olvidarlo en este momento.

—Pero él no lo olvidará, os lo aseguro.

—Eso me lo decís por consolarme un poco.

—De qué?

—Cáscaras! De todos los gastos que he hecho. Me he arruinado, amigo mío, arruinado por la restauración de este joven príncipe que acaba de pasar haciendo cabriolas sobre su caballo isabelino.

—El rey no sabe que estáis arruinado; pero sí que os debe mucho.

—Salgo ganando algo con eso; Athos? ¡Decid! Porque, al fin, yo os hago justicia; habéis trabajado noblemente. Pero yo que, en apariencia, por poco hago fracasar vuestra combinación, soy quien en realidad la ha hecho triunfar. Seguid bien mi cálculo: vos no hubierais convencido tal vez, por la persuasión y la dulzura, al general Monk, mientras que yo he tratado tan rudamente a ese apreciado general, que lie proporcionado a vuestro príncipe la ocasión de mostrarse generoso; esa generosidad que le fue inspirada por mí y erro venturoso, Carlos se la ve ahora pagada con la restauración que le hace Monk.

—Todo eso, amigo, es de una verdad indiscutible —respondió Athos.

—Pues bien, por indiscutible que sea esa verdad, no por ello dejaré de volverme, muy querido de milord Monk, que me llama *my dear captain*, aunque yo no sea su querido ni capitán, y muy apreciado del rey, que ya ha olvidado mi nombre no por eso; digo, dejaré de volverme a mi hermosa patria, maldito por los soldados a quienes enganché con la esperanza de un crecido sueldo, y maldito por el buen Planchet, a quien tomé prestada una parte de su fortuna.

—¿Cómo es eso? ¿Qué diablos viene a hacer Planchet en todo esto?

—Sí, amigo; ese rey tan rozagante, tan risueño y adorado, se figura el señor Monk que ha sido llamado por él, vos os figuráis haberle sostenido, yo me figuro haberlo traído, el pueblo se figura haberlo reconquistado, él mismo cree haber negociado de una manera a propósito para ser proclamado; y nada de esto es cierto, sin embargo, Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, ha sido restaurado en su trono por un abacero de Francia que vive en la calle de los Lombardos y se llama Planchet. ¡Lo que es la grandeza! «¡Vanidad, dice la Escritura, vanidad!».

Athos no pudo menos de reírse de la salida de su amigo.

—Querido D'Artagnan —dijo estrechándole afectuosamente la mano—. ¿Habéis dejado de ser filósofo? ¿No es para vos una satisfacción haberme salvado la vida, como lo habéis hecho al llegar tan felizmente con Monk, cuando esos malditos parlamentarios querían quemarme vivo?

—Vamos, vamos —dijo D'Artagnan—; un poco merecías esa quemadura, amado conde.

—¡Cómo! ¡Por haber salvado el millón del rey Carlos?

—¿Qué millón?

—¡Ah! Es cierto, jamás habéis sabido esto, amigo mío; pero no hay que hacerme cargo alguno, porque no me pertenecía el secreto. Aquella palabra *Remember* que el rey Carlos pronunció en el cadalso...

—Y que significa *acuérdate...*

—Perfectamente. Esa palabra significaba: «Acuérdate que hay un millón enterrado en los subterráneos de Newcastle, y de que ese millón pertenece a mi hijo».

—¡Perfectamente! Comprendo. Pero también comprendo, y esto es horrible, que Su Majestad Carlos II dirá cada vez que piense en mí: «He ahí un hombre que por poco me hace perder la corona; felizmente, yo he sido generoso, lleno de presencia de espíritu».

Eso es lo que dirá de mí y de él ese joven caballero del jubón negro muy raído, que llegó al castillo de Blois, sombrero en mano, a pedirme si tenía a bien darle entrada en el aposento del rey de Francia.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —dijo Athos poniendo su mano sobre el hombro del mosquetero—. No sois justo.

—Tengo derecho a ello.

—No, pues ignoráis el porvenir. D'Artagnan miró a su amigo y se echó a reír.

—En verdad, mi querido Athos —dijo—, tenéis soberbias palabras que no he conocido más que en vos y en el señor cardenal Mazarino.

Athos hizo un movimiento.

—Perdón —prosiguió D'Artagnan riéndose—; perdón si os ofendo. ¡El porvenir! ¡Oh! ¡Bonitas palabras las que prometen, y qué bien llenan la boca a falta de otra cosa! ¡Diantre! Despues de haber encontrado tantos que prometían,

—¿cuándo hallaré uno que dé...? Pero, dejemos esto —añadió D'Artagnan—. ¿Qué hacéis aquí, querido Athos? ¡Sois tesorero del rey?

—¿Cómo tesorero del rey?

—Sí, puesto que el rey posee un millón, necesita un tesorero. El rey de Francia, que no tiene un cuarto, tiene un superintendente de Hacienda, el señor Fouquet. Verdad es que, en cambio, el señor Fouquet tiene muchos millones.

—¡Oh! Nuestro millón se gastó hace mucho tiempo —dijo Athos riendo.

—Comprendo, se ha gastado en raso, en pedrería, en terciopelos y en plumas de todas especies y colores. Todos esos príncipes y princesas tenían necesidad de sastres y modistas. ¡Os acordáis, Athos, de lo que gastamos para equiparnos nosotros cuando la campaña de La Rochela, y para hacer también nuestra entrada a caballo? Dos o tres mil libras; pero un jubón del rey es más grande, y precisa un millón para comprar la tela. Al menos, Athos, si no sois tesorero, estáis bien en la Corte.

—A fe de gentilhombre, no sé nada —respondió Athos.

—¿Cómo que eso? ¡No sabéis nada!

—No he vuelto a ver al rey desde que estuve en Douvres.

—Entonces es que también os ha olvidado. ¡Diantre! ¡Magnífico!

—¡Su Majestad ha tenido tanto quehacer!

—¡Oh! —murmuró D'Artagnan con uno de aquellos gestos extraños que sólo él sabía hacer—. Por mi honor que voy a enamorarme de monseñor Mazarino. ¡Cómo, amigo Athos, no os ha vuelto a ver el rey?

—No.

—¿Y no estáis furioso?

—¿Yo por qué? ¡Os figuráis acaso, amigo D'Artagnan, que ha sido por el rey por quien he obrado de esta manera? Yo no conocía a este joven. Defendí al padre, que representaba un principio para mí sagrado; y me he dejado llevar hacia el hijo, siempre por simpatía al mismo principio. Por lo demás, el padre era un digno caballero, una noble criatura. ¡Os acordáis de él?

—Verdad; un hombre excelente, que tuvo una triste vida y una muerte muy hermosa.

—Pues bien/ querido D'Artagnan, oíd esto: a ese rey, a ese hombre de corazón, a ese amigo de mi pensamiento, si así puedo decirlo, prometí en la hora suprema conservar, fielmente el secreto de un depósito que debía poner en manos de su hijo para ayudarle cuando la ocasión se presentase; ese joven fue a buscarme, me contó su miseria, pues ignoraba que yo fuera para él otra cosa que un recuerdo vivo de su padre; cumplí con respecto a Carlos II lo que había prometido a Carlos I, y no tengo más que decir. ¡Qué me importa, pues, que sea o no reconocido? A mí es a quien he prestado este servicio, librándome de esta responsabilidad, y no a él.

—Siempre he dicho —respondió D'Artagnan con un suspiro— que el

desinterés era la cosa más bella del mundo.

—¡Y bien, amigo mío! —respondió Athos—. ¿No estáis vos en la misma situación que yo? Si he comprendido bien vuestras palabras; os habéis dejado conmover por la desgracia de ese joven; esa acción es más hermosa por vuestra parte que por la mía, pues yo tenía un deber que cumplir, mientras que vos no debíais absolutamente nada al hijo del mártir. Vos no teníais que pagarle el precio de aquella gota de sangre preciosa que dejó derramar sobre mi frente desde el tablado de su Cadalso. Lo que os ha hecho obrar ha sido el corazón solamente, corazón noble y bueno que tenéis bajo ese aparente escepticismo, bajo esa ironía sarcástica; habéis comprometido la fortuna de un servidor, quizás la vuestra, según sospecho, benéfico avaro, y se desconoce vuestro sacrificio. ¡Qué importa! ¿Queréis volver a Planchet su dinero? Comprendo eso, amigo mío, porque no conviene que un caballero tome prestado a su inferior sin devolverle capital e intereses. ¡Pues bien, venderé hasta la hacienda de la Fère, si es preciso, y si no lo es, cualquier otra quinta pequeña! Pagaréis a Planchet, y aún quedará bastante grano para nosotros dos y para Raúl en mis graneros. De este modo, amigo mío, sólo quedareis obligado a vos mismo, y, si os conozco bien, no será para vos satisfacción pequeña decir: « He hecho un rey ». ¿Tengo razón?

—¡Athos! ¡Athos! —contestó D'Artagnan pensativo—. Os lo dije una vez: el día que prediquéis, iré al sermón; el día que digáis que hay infierno, tendré miedo, a las parrillas y a los garfios. Sois mejor que yo, es decir, mejor que todo el mundo, y sólo reconozco en mí un mérito: no ser envidioso. Fuera de este defecto, Dios me condene, como dicen los ingleses, tengo todos los demás.

—No conozco a nadie que valga lo que D'Artagnan —repuso Athos pero hemos llegado sin sentirlo a la casa en que vivo. ¿Queréis entrar en mi cuarto, amigo?

—¿Eh? ¡Pero si es la taberna El Cuerno de Ciervo! —exclamó D'Artagnan:

—Os confieso, querido amigo, que la he escogido por eso mismo. Me gustan los conocimientos antiguos y sentarme en aquella silla donde me dejé caer, abatido de cansancio y abismado de desesperación cuando regresasteis la noche del 31 de enero.

—¿Después de haber descubierto la vivienda del verdugo enmascarado? ¡Sí, aquel fue un día terrible!

—Ea, venid —dijo Athos interrumpiéndole.

Y entraron en la que en otros tiempos era sala común. La taberna en general, y esta sala común particularmente, habían sufrido grandes transformaciones; el antiguo huésped de los mosqueteros, demasiado rico para posadero, había cerrado la tienda y convertido la sala de que hablamos en un depósito de géneros coloniales. El resto de la casa lo alquilaba amueblado a los extranjeros.

D'Artagnan reconoció con emoción todos los muebles de esta sala del primer piso, la ensambladura, los tapices y hasta aquella carta geográfica que Porthos

estudiaba tan gustosamente en sus ratos de ocio.

—¡Hace once años! —murmuró D'Artagnan—. ¡Pardiez! Parece que hace un siglo.

—Y a mí un día —dijo Athos—. Ved la alegría que siento, amigo mío, al considerar que os tengo aquí, que estrecho vuestra mano, que puedo tirar lejos la espada y el puñal, y tocar sin desconfianza esta botella de Jerez. ¡Oh! En verdad, no podría manifestaros esta alegría, si nuestros dos amigos estuviesen aquí, a los lados de esta mesa, y mi muy amado Raúl, en el umbral, mirándonos con sus grandes ojos, hermosos y dulces.

—Sí; sí —dijo D'Artagnan muy emocionado—, es verdad. Apruebo, sobre todo, la primera parte de vuestro pensamiento; es muy grato sonreír donde hemos temblado tan legítimamente, pensando que de un momento a otro podía aparecer el señor Mordaunt en el descansillo de la escalera.

En aquel momento abrióse la puerta, y D'Artagnan, por más valiente que fuera, no pudo contener un ligero movimiento de espanto.

Athos lo comprendió, y sonriendo:

—Es nuestro huésped —dijo—, que me traerá alguna carta.

—Sí, milord —dijo el buen hombre—, traigo una carta para Vuestro Honor.

—Gracias —dijo Athos, tomando la carta sin mirarla—. Decidme, querido huésped, ¿no reconocéis a este caballero?

El viejo levantó la cabeza y miró atentamente a D'Artagnan.

—No —dijo.

—Es —añadió Athos— uno de mis amigos de quienes os he hablado, y que se alojó aquí conmigo hace once años.

—¡Oh! —exclamó el viejo—. Se han alojado aquí tantos extranjeros...

—Pero nosotros nos alojamos aquí el 30 de enero de 1641 —añadió Athos, creyendo estimular por esta aclaración la tardía memoria del huésped.

—Es posible —contestó éste, pero hace ya tanto tiempo...! Saludó y salió.

—¡Gracias! —dijo D'Artagnan. Acomete empresas, lleva a término revoluciones, pretende grabar tu nombre en la piedra o en el bronce con fuertes espadas. Hay algo más rebelde, más duro y más olvidadizo que la piedra y el bronce: el viejo cráneo del primer posadero enriquecido con su comercio. ¡No me conoce! ¡Pues yo le hubiera reconocido al instante!

Athos abrió la carta sonriendo.

—¡Ah! —dijo—. Una carta de Parry.

—¡Oh, oh! —murmuró D'Artagnan—. Leed, amigo mío, leed; sin duda contiene algo nuevo.

Athos meneó la cabeza y leyó:

*Señor conde:*

*El rey ha sentido sobremanera no veros hoy a su lado cuando entraba en la ciudad; Su Majestad me encarga os lo diga y os dé un recuerdo de su parte. Su Majestad esperará a Vuestro Honor esta misma noche en el palacio de Saint James, entre nueve y once.*

*Soy, con el debido respeto, señor conde, vuestro mas humilde y obediente servidor.*

PARRY.

—Ya lo veis, mi querido D'Artagnan —dijo Athos—, no hay que desesperar de la bondad de los reyes.

—Tenéis razón —repuso D'Artagnan.

—¡Oh! Querido, querido amigo —dijo Athos, a quien no se le había escapado la imperceptible amargura de D'Artagnan—, perdón; ¿Habré lastimado inadvertidamente a mi mejor camarada?

—¿Estás loco, Athos?, y la prueba es que voy a, acompañarlos hasta Palacio: hasta la puerta, se entiende; con eso me pasearé.

—Entraréis conmigo, amigo; quiero decir a Su Majestad...

—¡Cómo! —replicó D'Artagnan con orgullo verdadero y puro de toda mezcla—: Si hay algo peor que mendigar por uno mismo, es mendigar por medio de otros. Vaya, marchemos, querido, el paseo será muy grato; de paso os enseñaré la casa del señor Monk, que me ha hecho ir a vivir a ella. ¡Hermosa casa, por cierto!, ¡Ser, general en Inglaterra es mucho más que mariscal en Francia!

Athos dejóse conducir, muy pesaroso de la alegría que D'Artagnan afectaba.

Toda la ciudad estaba jubilosa; los dos amigos tropezaban a cada paso con los entusiastas, que en medio de su embriaguez les pedían que gritaran: «¡Viva el buen rey Carlos!». D'Artagnan respondía con un gruñido, y Athos con una sonrisa. Así, llegaron a la casa de Monk, por la cual debía pasarse, como hemos dicho, para ir al palacio de Saint James.

Athos y D'Artagnan no conversaron durante el camino, por lo mismo de que sin duda tenían muchas cosas que decirse, si hubieran hablado. Athos pensaba que hablando demostraría su alegría, y que esta alegría podría lastimar a D'Artagnan. Éste temía por su parte, que si hablaba dejaría descubrir en sus palabras una amargura que molestaría a Athos. Aquello era una emulación singular de silencio; entre el gozo del uno y el mal humor del otro. D'Artagnan cedió el primero a la comezón que experimentaba por costumbre en la extremidad de la lengua.

—¿Os acordáis —preguntó a Athos—, de aquel pasaje de las memorias de Aubigné, en el cual este fiel servidor, gascón como yo, pobre como yo, y casi

por decir valiente como yo, cuenta las mezquindades de Enrique IV? Recuerdo que mi padre me decía siempre que el señor de Aubigné era embustero. Sin embargo, ¡ved cómo todos los príncipes descendientes del gran Enrique salen a él!

—¡Vaya, vaya, D'Artagnan! —dijo Athos—. ¿Los reyes de Francia avaros? ¿Estáis loco?

—Jamás confesáis los defectos de otros, vos que sois perfecto; pero, en verdad, Enrique IV era avaro, Luis XIII, su hijo, también lo era, sobre lo cual sabemos algo, ¿no es cierto? Gastón llevaba este vicio al extremo, y bajo tal aspecto se hizo detestar de todos los que le rodeaban. Enriqueta, ¡pobre mujer!, ha hecho muy bien en ser avara, porque ni comía todos los días, ni se calentaba todos los años: esto era un ejemplo que daba a su hijo Carlos II, nieto del gran Enrique IV, avaro como su madre y como su abuelo. Qué, ¿he sacado bien la genealogía de los avaros?

—D'Artagnan —replicó Athos—, sois demasiado duro para esa raza de águilas que se llama los Borbones.

—¡Pues olvido al mejor...! El otro nieto del Bearnés, Luis XIV mi ex amo. ¡Yo creo que será avaro quien no ha querido prestar un millón a su hermano Carlos! Bueno, veo que os enfadáis; pero, por fortuna, ya estamos cerca de mi casa, o más bien, de la de mi amigo el señor Monk

—Querido D'Artagnan, no me enfado pero me entristecéis; es cruel en efecto, ver un hombre de vuestro mérito al lado de la posición que sus servicios debieron haberle adquirido me parece que vuestro nombre, amigo, es tan radiante como los más hermosos en la guerra y en la diplomacia; decidme si los Luises, si los Bellegarde y los Bassompierre han merecido como nosotros la fortuna y los honores: tenéis razón, sí, cien veces razón, amigo mío.

D'Artagnan suspiró, precediendo a su amigo bajo el pórtico de la casa que Monk habitaba en la City.

—Permitidme —dijo—, que deje la bolsa en casa; porque si, entre la multitud, estos rateros de Londres, que tanto nos han ponderado, hasta en París, me robasen el resto de mis pobres escudos, no podría regresar a Francia; y vuelvo lleno de alegría, pues todas mis prevenciones de otro tiempo contra Inglaterra se han realizado, acompañadas de otras muchas.

Nada respondió Athos.

—Así, pues, amigo —dijo D'Artagnan—, esperadme un instante y os sigo. Bien sé que es preciso ir a Palacio a recibir vuestras recompensas; pero creedme, a mí también me precisa disfrutar de vuestra alegría... aunque sea de lejos... Esperadme.

D'Artagnan atravesaba ya el vestíbulo cuando un hombre, mitad criado, mitad soldado, que hacía en casa de Monk las funciones de portero y de guardia, detuvo a nuestro mosquetero diciéndole en inglés:

—¡Perdón, milord de D'Artagnan!

—¿Qué hay? —dijo éste—. ¡Es quizá que el general me despieza también...? ¡Sólo me falta ser expulsado por él!

Estas palabras, pronunciadas en francés, no fueron entendidas por aquel a quien iban dirigidas, que sólo hablaba un inglés mezclado del escocés más rudo. Pero Athos estaba conmovido, porque D'Artagnan comenzaba al parecer a tener razón.

El inglés mostró una carta a D'Artagnan.

—*From the general* —dijo.

—Bien, eso es mi despedida —replicó el gascón—. ¿Será preciso leerla, Athos?

—Debéis engañarlos, o no conozco más hombres honrados que a vos y a mí.

D'Artagnan se encogió de hombros y rompió el sello de la carta, mientras el inglés, impasible, le aproximaba una gran linterna cuya luz debía ayudarle a leer.

—¡Qué es eso! ¿Qué tenéis? —dijo Athos viendo cambiar la fisonomía del lector.

—Tomad y leed —dijo el mosquetero.

Athos cogió el papel y leyó:

*Caballero D'Artagnan:*

*El rey ha sentido mucho que no hayáis venido a San Pablo con su acompañamiento, y dice Su majestad que le habéis faltado como me habéis faltado a mí, querido capitán. No existe más que un medio para recuperar todo eso. Su Majestad me espera a las nueve en el palacio de Saint James. ¿Queréis encontraros allí a las diez? Su Majestad os fija esta hora para la audiencia que os concede.*

La carta estaba escrita por Monk. De parte del general.

## Capítulo XXXIII

---

### Audiencia

—¿Qué decís ahora? —exclamó Athos con acento de dulce reconvención, después que D'Artagnan hubo leído la carta de Monk.

—¡Qué digo! —respondió D'Artagnan rajo de placer y también un poco de vergüenza por haberse apresurado a acusar al rey y a Monk—. Es una delicadeza... que a nada compromete, es verdad... Pero, al fin, delicadeza.

—Mucho me costaba creer que el joven príncipe fuera ingrato —dijo Athos.

—El hecho es que su presente está todavía muy cerca de su pasado —replicó D'Artagnan—; hasta ahora, todo me daba la razón.

—Convengo en ello, amigo mío, convengo en ello. ¡Ah! Ya no miráis tan fieramente, y no sabéis cuán dichoso soy por ello.

—De modo —dijo D'Artagnan— que Carlos II recibe a Monk a las nueve, y a mí me recibirá a las diez; esta es una gran audiencia, de esas que llamábamos en el Louvre *distribución de agua bendita de Corte*. Vamos a ponernos bajo la gotera, mi querido amigo, vamos.

Athos no le contestó, y ambos se dirigieron, apretando el paso, al palacio de Saint James, que aún invadía la multitud, para ver por los vidrios las sombras de los cortesanos y los reflejos de la persona real. Las ocho de la noche tocaban cuando los dos amigos entraban a ocupar un lugar en la galería; llena de cortesanos y de pretendientes, todos los cuales echaron una mirada sobre aquellos sencillos trajes de forma extranjera y sobre aquellas dos cabezas tan nobles y tan llenas de expresión. Athos y D'Artagnan, por su parte, después de haber medido en dos ojeadas toda aquella concurrencia, se pusieron a charlar juntos.

De pronto se oyó un gran ruido en las extremidades de la galería: era el

general Monk que entraba acompañado de más de veinte oficiales que acechaban una de sus sonrisas, porque la víspera aún era dueño de Inglaterra, y se suponía un amanecer magnífico al restaurador de la familia de los Estuardos.

—Caballeros —dijo Monk volviéndose a ellos—, os suplico tengáis presente que yo no soy nada. Hace poco mandaba el principal ejército de la república, pero ya pertenece al monarca, en cuyas manos voy a poner, cumpliendo sus órdenes, mi poder de ayer.

En todos los rostros se pintó una gran sorpresa; y el cerco de aduladores que estrechaba a Monk un momento antes, se ensanchó poco a poca y acabó por perderse en las grandes ondulaciones de la multitud; Monk iba a hacer antesala como todo el mundo, lo cual no pudo menos de hacer notar D'Artagnan al conde de la Fère, que frunció el ceño, de pronto se abrió la puerta del gabinete de Carlos, y el joven rey apareció, precedido de dos oficiales.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. ¿Está el general Monk?

—Aquí estoy, Majestad —contestó el viejo general.

Carlos corrió a él y estrechóle las manos con amistad ferviente.

—General —dijo en voz alta el rey—, acabo de firmar vuestro diploma; sois duque de Albemarle, y es mi voluntad que nadie os iguale en poder ni en fortuna en este reino, donde a excepción del noble Montrose, ninguno os ha igualado en la lealtad, en valor y en talento. Caballeros, el duque es comandante general de nuestros ejércitos de mar y tierra; hacedle los honores correspondientes, si gustáis.

Mientras todos corrían al lado del general, que recibía los homenajes sin perder un momento su impasibilidad ordinaria, D'Artagnan dijo a Athos:

—¡Cuando uno piensa que ese ducado, ese mando general de los ejércitos y todas esas grandezas, en una palabra, han estado en una caja de seis pies de largo y tres de ancho...!

—Amigo —objetó Athos—; grandezas mucho más importantes están en cajas más pequeñas aún, esas cajas encierran para siempre...

De pronto vio Monk a los dos caballeros, que estaban algo apartados, aguardando que se retirasen las oleadas de gente. Hizose paso y fue hacia ellos, de modo que los sorprendió en medio de sus filosóficas reflexiones.

—¿Hablabais de mí? —preguntó sonriendo.

—Milord —respondió Athos—; también hablábamos de Dios. Monk, reflexionó un momento y contestó, alegremente:

—Señores, hablemos también un poco del rey, si os agrada; porque, según creo, os da audiencia Su Majestad.

—A las nueve —dijo Athos.

—A las diez —dijo D'Artagnan.

—Entremos ahora mismo en el gabinete —respondió Monk haciendo seña a los dos compañeros para que fuesen delante, lo cual no quisieron consentir ni uno

ni otro.

El rey, durante este debate tan francés, había vuelto al centro de la galería.

—¡Oh, mis franceses! —dijo con tono de descuidada alegría, que a pesar de tantas penas y trabajos no había podido perder—. ¡Los franceses! ¡Mi consuelo!

Athos y D'Artagnan inclináronse.

—Duque, conducid a estos caballeros a mi sala de estudio. Soy con vosotros, señores —añadió en francés.

Y luego, despidió a su corte para volver a sus franceses, como él los llamaba.

—Señor de D'Artagnan —dijo entrando en su gabinete—, tengo mucho gusto en volverlos a ver.

—Majestad, mi gozo llega a su colmo al saludaros en vuestro palacio de Saint James.

—Caballero, habéis querido prestarme un gran servicio y os debo agradecimiento. Si yo no temiese usurpar los derechos de nuestro comandante general, os ofrecería algún puesto digno de vos cerca de mi persona.

—Majestad —replicó D'Artagnan—, he dejado el servicio del rey de Francia prometiendo a mí príncipe no servir a ningún rey.

—Vamos —dijo Carlos—, eso me hace muy desgraciado; hubiese querido hacer mucho por vos...

—Majestad...

—Vamos —dijo Carlos sonriendo—, ¿no podré haceros faltar a vuestra palabra? Ayudadme, duque. Si yo os ofreciera el mando general de mis mosqueteros...

D'Artagnan inclinóse mucho más que la primera vez.

—Tendría el disgusto de rehusar lo que Vuestra Majestad me ofreciera —respondió—; un caballero no tiene más que su palabra, y esta palabra, he tenido el honor de decirlo a Vuestra Majestad, está empeñada al rey de Francia.

—Pues no hablemos más de eso —dijo el rey volviéndose a Athos. Y dejó a D'Artagnan atormentado por los más vivos dolores de disgusto.

—¡Ah! Bien decía yo —murmuró el mosquetero—. ¡Palabras! ¡Agua bendita de Corte! Siempre han tenido los reyes un talento prodigioso para ofrecernos lo que saben que no aceptaremos, y para mostrarse generosos sin peligro. ¡Tonto...! ¡Tonto, muy tonto he sido en haber tenido esperanzas por un instante!

Durante este tiempo tomaba Carlos la mano de Athos.

—Conde —le dijo—, habéis sido para mí un segundo padre, y el servicio que me habéis hecho no se puede pagar; sin embargo, he pensado en recompensaros. Fuisteis creado por mi padre caballero de la Jarretiera. Orden que no pueden llevar todos los monarcas de Europa, la reina regente os hizo caballero del Espíritu Santo, Orden no menos ilustre; uno a ellas este Toisón de Oro que me ha enviado el rey de Francia, a quien había dado dos el rey de España con motivo

de su matrimonio; mas en cambio tengo un favor que pediros.

—Señor —dijo Athos confuso—, ¡a mí el Toisón de Oro, cuando el rey de Francia es el único en mi país que goza tal distinción!

—Quiero que seáis en vuestro país y en todas partes igual a aquellos a quienes los reyes hayan honrado con su favor —dijo Carlos quitándose la cadena del cuello—, y estoy seguro, conde, de que mi padre sonríe desde el fondo de su tumba.

—Es raro —decía para sí D'Artagnan, mientras su amigo recibía de rodillas la eminente Orden que el rey le confería—. ¡Es increíble que siempre haya visto caer la lluvia de las prosperidades sobre todos los que me rodean, y que ni una gota siquiera me haya tocado nunca! ¡Sería cosa de arrancarse los cabellos, si fuese uno envidioso, palabra de honor!

Athos se levantó, y Carlos le abrazó afectuosamente.

—General —dijo a Monk. Luego, deteniéndose con una sonrisa:

—Perdón —agregó—, quise decir Duque. Pensad que, si me equivoco, es porque la palabra duque es demasiado corta para mí... y siempre estoy buscando un título que la alargue... Desearía veros tan cerca de mi trono, que pudiese deciros, como a Luis XIV: «hermano mío».

—¡Oh! Lo soy, y vos seréis casi mi hermano, porque os hago virrey de Irlanda y de Escocia, mi amado duque... De esta manera no me volveré a equivocar.

El duque asíó la mano del rey, pero sin entusiasmo, sin alegría, y como si hiciese otra cosa. Sin embargo, su corazón hablase conmovido por este último favor. Usando Carlos hábilmente de su generosidad, había dejado al duque tiempo para desear aunque no hubiera podido hacerlo tanto como él le daba.

—¡Diantre! —murmuró D'Artagnan—. Ya comienza otra vez el aguacero. ¡Ah! ¡Es cosa de perder la cabeza!

Y se volvió, con aire tan contrito y chistosamente lastimero, que el monarca no pudo contener una sonrisa. Monk se preparaba a salir del gabinete con permiso de Carlos.

—¡Cómo! ¡Qué es eso! —exclamó el rey al duque—. ¡Os marcháis?

—Sí, si así agrada a Vuestra Majestad, porque verdaderamente estoy muy cansado... La emoción del día me ha extenuado y tengo necesidad de descanso.

—Pero —dijo el rey— ¡no partiréis sin el señor de D'Artagnan!

—¿Por qué, señor? —dijo el viejo guerrero.

—Demasiado sabéis por qué —contestó el rey.

Monk miró a Carlos con sorpresa.

—Perdone Vuestra Majestad —dijo—, pero no sé... lo que quiere decir.

—¡Oh! Es posible; mas si vos lo olvidáis, no sucede así al señor de D'Artagnan.

—Tengo el honor de ofrecerle alojamiento.

—¿Y esa idea ha salido de vos sólo?

—Sólo de mí, sí, Majestad.

—Bien, pero debía ser de otro modo. Siempre el prisionero está en casa del vencedor.

Monk se ruborizó.

—¡Ah! Es cierto —dijo—. Soy el prisionero del señor de D'Artagnan.

—Sin duda, Monk, pues todavía no os habéis rescatado, mas no os turbéis; yo soy quien os arrancó del señor de D'Artagnan, y yo también pagaré vuestro rescate.

Los ojos del mosquetero volvieron a su alegría brillante: el gascón empezaba a comprender. Carlos se le acercó.

—El general —dijo— no es rico y no podría pagaros lo que vale. Yo soy más rico, sí; pero al presente, como no es duque, sino rey o al menor casi rey, vale una cantidad que tal vez tampoco podría yo pagaros. Veamos, señor de D'Artagnan, decidme: ¿cuánto os debo?

Encantado D'Artagnan con el aspecto que tomaba la cuestión, pero dominándose perfectamente, contestó:

—Señor, hace mal Vuestra Majestad en alarmarse. Cuando tuve el honor de prender a Su Gracia no era más que general; así, pues, no se me debe más que un rescate de general. Mas que el general tenga a bien darme su espada y pie doy por pagado, porque no hay en él mundo más que la espada del general que valga tanto como él.

—*Odds fish!*, como decia mi padre —murmuró Carlos II—. He ahí una proposición y un hombre galante, ¡no es verdad, duque?

—Por mi honor que sí —respondió el duque.

Y desenvainó su espada.

—Caballero —dijo a D'Artagnan— aquí tenéis lo que solicitáis. Muchos han tenido hojas mejores que ésta; pero por modesta que sea la mía, jamás la he vendido a nadie. D'Artagnan tomó con orgullo aquella espada que acababa de hacer un soberano.

—Oh, oh! —exclamó Carlos II—. ¡Cómo es eso! Una espada que me ha devuelto mi trono, ¿saldrá de este reino y no figurará algún día entre las joyas de mi corona? ¡No, por mi alma! ¡No será así! Capitán D'Artagnan, doy doscientas mil libras por esa espada; si es poco, decidme lo.

—Es muy poco, Majestad —repuso D'Artagnan con inimitable sonrisa—. Primeramente, no puedo venderla; pero Vuestra Majestad lo desea, y esto es una orden. Obedezco: mas el respeto que debo al guerrero ilustre que me escucha, me manda estime en una tercera parte más la prenda de mi victoria. Quiero, pues, trescientas mil libras por la espada o la doy de balde a Vuestra Majestad.

Y tomándola por la punta la presentó al monarca.

Carlos II soltó una carcajada.

—¡Vaya un hombre galante y un compañero alegre! *¡Odds fish!* ¡No es verdad, duque? ¿No es verdad, conde? Me gusta y lo quiero. Tomad, señor de D'Artagnan —añadió— tomad esto.

Y tomando una pluma escribió un vale de trescientas mil libras contra su tesorero.

D'Artagnan lo tomó, y volviéndose gravemente hacia Monk le dijo:

—No ignoro que he pedido demasiado poca, pero, creedme, señor duque, hubiera querido mejor morir que dejarme guiar por la avaricia. El rey se echó a reír como el *cockney* más dichoso de su reino.

—Volveréis a verme antes de marchar, caballero —dijo—, pues tendré necesidad de una provisión de alegría, ahora que voy a quedarme sin mis franceses.

—¡Ah! Señor, no pasará con la alegría lo que con la espada del duque, y la daré gratis a Vuestra Majestad —replicó el mosquetero, que bailaba de gozo.

—Y vos, conde —añadió Carlos dirigiéndose a Athos—, volved también, tengo que confiaros un mensaje importantísimo. Vuestra mano, duque.

Monk estrechó la mano del rey.

—Adiós, señores —dijo Carlos tendiendo sus manos a los dos franceses, que pusieron en ella sus labios.

—¿Qué decís ahora? —preguntó Athos cuando estuvieron fuera *¿Estáis contento?*

—¡Chito! —dijo D'Artagnan conmovido de placer—. Todavía no he vuelto de casa del tesorero... La gotera puede caerme sobre la cabeza.

## Capítulo XXXIV

---

*«Qué hacen con tanto capital?»*

D'Artagnan no se durmió, y tan pronto como la cosa fue conveniente y oportuna, hizo su visita al señor tesorero del rey.

Entonces tuvo la satisfacción de cambiar un pedazo de papel de escritura muy fea, por una suma prodigiosa de escudos fabricados muy recientemente con el busto, de Su Muy Graciosa Majestad Carlos II.

D'Artagnan se hacia fácilmente dueño de sí mismo, mas en esta ocasión, sin embargo, no pudo menos de manifestar una alegría que el lector comprenderá quizás, si se digna tener alguna indulgencia por un hombre que, desde su nacimiento, jamás había visto tantas monedas y montones de ellas yuxtapuestas en orden verdaderamente agradable a la vista.

El tesorero metió todos estos montones en unos sacos, cerrándolos con la estampilla de las armas de Inglaterra, gracia que los tesoreros no suelen conceder a todo el mundo.

Y luego, impasible y tan urbano como debía serlo con respecto a un hombre honrado con la amistad de Su Majestad, dijo:

—Llevaos —vuestro dinero, señor. ¡Vuestro dinero! Esta palabra hizo vibrar mil cuerdas que el mosquetero jamás había sentido en su corazón.

Hizo cargar los sacos en un carrito, y volvió a casa meditando profundamente. Un hombre que posee trescientas mil libras, no puede tener la frente tersa, y una arruga por cada centenar de mil libras no es mucho.

D'Artagnan se encerró, no comió, negó la entrada a todo el mundo en su casa, y, con la lámpara encendida y una pistola armada sobre la mesa, veló toda la noche calculando un medio de evitar que aquellos hermosos escudos, que del cofre real habían pasado a los suyos propios, no pasasen de éstos a los bolsillos de

un ladrón cualquiera. El mejor medio que encontró el gascón fue encerrar momentáneamente su capital bajo cerraduras bastante sólidas para que ninguna mano pudiese romperlas, y bastante complicadas para que ninguna llave sencilla pudiere abrirlas.

D'Artagnan se acordó de que los ingleses son maestros consumados en mecánica y en industria conservadora, y decidió ir a la mañana siguiente en busca de un mecánico que le vendiese una caja de caudales.

No tuvo que andar mucho. El señor Will Jobson, residente en Piccadilly, escuchó sus proposiciones, comprendió sus deseos, y le prometió confeccionar una cerradura de seguridad que le sacaría de todo temor para lo venidero.

—Os daré —le dijo— un mecanismo nuevo. A la primera tentativa algo sería hecha sobre la cerradura, se abrirá una plancha invisible, y un cañoncito, invisible también, vomitará una linda bala de cobre del peso de un marco; que echará abajo al mal intencionado no sin un ruido notable. ¿Qué tal?

—Afirma que es verdaderamente ingenioso —exclamó D'Artagnan—; la balita de cobre me agrada sobremanera. Veamos ahora, señor mecánico, las condiciones.

—Quince días para la ejecución, y quince mil libras pagaderas al entregar la obra —contestó el artista.

D'Artagnan frunció el ceño. Quince días era un plazo suficiente para que todos los ladrones de Londres hubiesen hecho desaparecer la necesidad que tenía del arca de hierro. Respecto a las quince mil libras, era pagar muy caro lo que algo de vigilancia le daría por nada.

—Lo pensaré —le dijo—; gracias, amigo.

Y volvió a su casa torciendo; nadie se había acercado todavía al tesoro.

El mismo día fue Athos a visitar a su amigo y lo encontró preocupado hasta el punto de manifestarle por ello su sorpresa.

—¡Cómo! ¡Estáis rico y no satisfecho —le dijo—, tanto como deseabais las riquezas!

—Amigo mío, los placeres a los cuales no se está acostumbrado, estorban más que las penas que nos son habituales. Un consejo, si me lo permitís. Esto puedo preguntároslo, porque siempre habéis tenido dinero; cuando se tiene dinero, ¿qué se hace?

—Eso depende...

—¿Qué habéis hecho del vuestro, para que él no hiciera de vos ni un avaro ni un pródigo? Porque la avaricia deseca el corazón y la prodigalidad le ahoga... ¿no es verdad?

—No diría más Fabricio. Pero, en verdad, mi dinero no me ha estorbado jamás.

—¿Lo convertís en rentas?

—No; ya sabéis que tengo una casa bastante hermosa, y que esta casa es el

mejor de mis bienes.

—Ya lo sé.

—De suerte que seréis tan rico como yo, y aun más rico si queréis, por el mismo medio.

—Pero ¿las rentas las conserváis?

—No.

—¿Qué pensáis de un escondite en una pared maestra?

—Nunca he usado de eso. Entonces tendréis algún confidente, algún hombre de negocios seguro que os pague un interés equitativo.

—Nada de eso.

—¡Dios mío! ¿Qué hacéis entonces?

—Gasto todo lo que tengo; y no tengo más que lo que gasto, mi querido D'Artagnan.

—¡Ah, ya! Pero vos sois algo príncipe, y quince o diecisésis mil libras de renta se os escapan por entre los dedos; además, tenéis ciertas cargas, la representación...

—Pero no veo yo que seáis mucho menos gran señor que yo, amigo mío, y vuestro dinero os vendrá bien justo.

—¡Trescientas mil libras! Hay aquí dos terceras partes superfluas.

—Dispensad, pero me parecía que me habéis dicho... creí haberlo oído... en fin... me figuraba que teníais un socio.

—¡Ah! ¡Pardiez! ¡Es cierto! —exclamó D'Artagnan ruborizándose—. ¡Sí, Planchet!; olvidaba a Planchet, por vida mía...! ¡Pues bien! He ahí deshechos mis cien mil escudos... Es lástima; la cuenta era redonda y sonaba bien... Verdad, Athos, no soy ya rico. ¡Qué memoria tenéis!

—¡Bastante buena, gracias a Dios!

—Ese buen Planchet —dijo D'Artagnan—, no ha hecho aquí mal negocio.

—¡Qué especulación, diantre! En fin, lo dicho, dicho.

—¿Cuánto le dais?

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. Es un buen muchacho y siempre me arreglaré bien con él; ya veis, he tenido trabajos, gastos... y todo esto debe entrar en cuenta.

—Amigo, estoy muy seguro de vos —dijo tranquilamente Athos—, y nada temo por ese buen Planchet; sus interés está mejor en vuestras manos que en las suyas; pero, ya que nada tenéis que hacer aquí, nos marcharemos, si os parece. Iréis a dar las gracias al rey y a pedirle sus órdenes, y dentro de seis días podremos distinguir las torres de Nuestra Señora.

—Amigo mío, ardo en deseos de marcharme; y enseguida voy a despedirme del rey.

—Yo —dijo Athos—, voy a saludar a algunas personas en la ciudad, y soy vuestro.

—¿Me prestáis a Grimaud?

—Con mucho gusto... ¿Qué pensáis hacer de él?

—Una cosa muy sencilla y que no le fatigará: le suplicaré que me guarde mis pistolas que están sobre la mesa y al lado del cofre.

—Muy bien —replicó Athos imperturbable.

—Y no se apartará de aquí, ¿verdad?

—Ni más ni menos que las mismas pistolas.

—Así, me voy a ver al rey. Hasta luego.

D'Artagnan llegó, en efecto, al palacio de Saint-James, donde Carlos II, que escribía su correspondencia, hizole guardar antesala una hora cumplida.

Al mismo tiempo que se paseaba en la galería, desde las puertas a las ventanas, y desde las ventanas a las puertas, creyó ver una capa igual, a la de Athos atravesar los vestíbulos; pero en el momento en que iba a cerciorarse del hecho, el ujier lo llamó a la cámara de Su Majestad.

Carlos II se frotaba las manos recibiendo los cumplidos de nuestro amigo.

—Caballero —le dijo—, hacéis mal en estarme, reconocido; yo no he pagado la cuarta parte de lo que vale la historia de la caja en que metisteis al valiente general... es decir, al buen duque de Albemarle. Y el rey soltó una carcajada.

D'Artagnan creyó no deber interrumpir a Su Majestad y se inclinó con modestia.

—A propósito —prosiguió Carlos—, ¿os ha perdonado de veras nuestro querido Monk?

—¡Perdonado! Espero que sí, Majestad.

—¡Es que el lance fue terrible...! ¡*Odds fish!* ¡Embanistar como un arenque al primer personaje de la revolución inglesa! No me fiaría yo en vuestro lugar, caballero.

—Pero, Majestad.

—Sé muy bien que Monk os llama su amigo... Mas tiene un ojo muy profundo para ser falto de memoria y el entrecejo muy alto para no, ser orgulloso; ya sabéis, *grande supercilium*.

« De seguro, aprenderé latín », , se dijo D'Artagnan.

—Vamos —exclamó el rey encantado—, es preciso que yo arregle vuestra reconciliación; sabré conducirme de tal modo...

D'Artagnan se mordió el bigote.

—¡Me permite Vuestra Majestad que le manifieste la verdad?

—Hablad, caballero, hablad.

—Pues bien, señor, me causáis un miedo horrible... Si Vuestra Majestad arregla mi asunto, como parece tener ganas, soy hombre perdido; el duque me hará asesinar. El rey soltó otra carcajada que trocó en espanto el temor de D'Artagnan.

—Señor, por piedad, permitidme tratar este asunto por mí mismo; y luego, si

ya no tenéis necesidad de mis servicios.

—No, caballero. ¿Queréis marcharos? —respondió Carlos con una hilaridad que causaba en nuestro gascón cada vez más inquietud.

—Si Vuestra Majestad no tiene ya nada que mandarme.

Carlos púsose casi serio.

—Una sola cosa. Ved a mi hermana lady Enriqueta. ¿Os conoce?

—No, señor, pero... un soldado viejo como yo, no es un espectáculo agradable para una princesa joven y jovial.

—Quiero que mi hermana os conozca; quiero que pueda contar con vos en caso necesario.

—Señor, todo lo que es querido a Vuestra Majestad será sagrado para mí.

—Corriente... Parry, ven acá; buen Parry.

Abrióse la puerta lateral, y penetró Parry, radiante el rostro desde que vio al caballero.

—¿Qué hace Rochester? —preguntó el rey.

—Está en el canal con las señoras —contestó Parry.

—Y Buckingham?

—También.

—Tanto mejor. Acompañarás al caballero al lado de Villiers... es el duque de Buckingham, caballero... y le suplicarás presente al señor de D'Artagnan a lady Enriqueta.

Parry se inclinó y sonrió a D'Artagnan.

—Caballero —prosiguió el rey—, ésta es vuestra audiencia de despedida; luego podéis marcharos cuando os agrade.

—¡Majestad, gracias!

—Pero haced las paces con Monk.

—¡Oh! Majestad...

—Sabéis que uno de mis buques está a disposición vuestra? —dijo el rey mirando fijamente a D'Artagnan.

—Pero, señor, me colmáis de gracias, y no sufriré jamás que los oficiales de Vuestra Majestad se incomoden por mí —dijo el gascón con humildad.

Su Majestad dio un golpecito en el hombro de D'Artagnan.

—Nadie se incomoda por vos, caballero, sino por un embajador a quien envío a Francia, y a quien, según creo, serviréis con gusto de compañero, porque le conocéis perfectamente.

D'Artagnan miró sorprendido.

—Es cierto conde de la Fère... al que vos llamáis Athos —repuso el rey, terminando la conversación como la había comenzado con una festiva carcajada—. ¡Adiós, caballero, adiós! Queredme como yo os quiero.

Y después de esto, haciendo una seña a Parry para preguntarle si alguien le aguardaba en un gabinete inmediato, el rey desapareció en este gabinete,

dejando al caballero aturrido de tan singular audiencia.

El viejo le asió amistosamente del brazo y lo condujo a los jardines.

## Capítulo XXXV

---

En el canal

Sobre las aguas de un verde opaco del canal, cuyas márgenes de mármol había ya sembrado el transcurso del, tiempo de manchas negras, de hierbas y de musgo, deslizábase majestuosamente una barca achatada, empavesada con las armas de Inglaterra, y cubierta de un toldo de ancho lienzo adamascado, cuyas franjas arrastraban sobre el agua. Ocho remeros la hacían mover sobre el canal, con la graciosa lentitud de los cisnes, que, turbados en su antigua posesión por el surco de la barca, miraban desde lejos pasar este esplendor y este ruido. Y decímos este ruido por cuanto la embarcación contenía cuatro tocadores de guitarra y de laúd, dos cantadores y muchos cortesanos cubiertos de oro y pedrerías, los cuales mostraban a porfia sus blancos dientes para agradar a lady Estuardo, nieta de Enrique IV, hija de Carlos I y hermana de Carlos II, que ocupaba el sitio de honor bajo el toldo de la barca.

Ya conocemos a esta joven princesa; porque la hemos visto en el Louvre con su madre careciendo de leña y de pan, y alimentada por el coadjutor y los Parlamentos. Como sus hermanos, había pasado una juventud dura, y acababa de despertar de pronto de ese sueño largo y terrible, sentada en las gradas de un trono y rodeada de cortesanos y aduladores. Como María Estuardo cuando salió de la prisión, aspiraba la vida y la libertad, y además el poder y las riquezas.

Lady Enriqueta habiése convertido, al crecer, en una belleza notable a quien la restauración que acababa de ocurrir hacia célebre. La desgracia que le quitaba el brillo del orgullo; se lo había devuelto la prosperidad y resplandecía en fortuna y bienestar semejante a las flores del invernadero, que, olvidadas durante una noche en las primeras heladas del otoño, han inclinado la cabeza; pero que al día siguiente, calentadas en la atmósfera en que nacieron, se vuelven a erguir más

lozanas que nunca.

Lord Villiers de Buckingham, hijo de aquel que juega un papel tan importante en los primeros capítulos de esta historia, lord Villiers de Buckingham, lúcido caballero, melancólico con las mujeres, risueño con los hombres, y Vilmont de Rochester, risueño con ambos sexos, estaban de Pie en este momento delante de lady Enriqueta, y se disputaban el privilegio de hacerla sonreír.

Respecto a la joven y bella princesa, recostada en un cojín de terciopelo bordado en oro, las manos inertes y colgando, escuchaba perezosamente a los músicos sin oírlos, y oía a los dos cortesanos sin apparentar escucharlos.

Y era que lady Enriqueta, criatura llena de encantos, mujer que unía las gracias de Francia a las de Inglaterra, no habiendo amado todavía, era cruel en su coquetería. Así es que la sonrisa, ese cándido favor de las jóvenes, no iluminaba absolutamente su rostro, y si alguna vez alzaba los ojos era para asestarlos con tanta fijeza en uno u otro caballero, que su galantería, por descarada que fuese de costumbre, se alarmaba y convertíase en tímida.

En tanto caminaba el barquichuelo, los músicos cantaban y tocaban, y los cortesanos comenzaban a fatigarse como tilos. Además, el paseo parecía sin duda monótono a la princesa, porque moviendo de repente la cabeza con ademán de impaciencia.

—Ea —dijo—, basta, señores, volvámonos.

—¡Ah! Señora —dijo Buckingham—. Somos muy desgraciados; no hemos conseguido hacer el paseo agradable a Vuestra Alteza.

—Me aguarda mi madre —respondió lady Enriqueta—; y además, señores, os confesaré francamente que me fastidio.

Y diciendo esta palabra cruel la princesa, pretendía consolar con una mirada a cada uno de los dos jóvenes, que parecían consternados de tal franqueza. La mirada produjo su efecto, y los dos semblantes se ensombrecieron; mas de pronto, como si la regia coqueta hubiera pensado que ya había hecho demasiado por simples mortales, hizo un movimiento, volvió la espalda a sus dos adoradores, y pareció sumergirse en una contemplación, en la cual era evidente que no tenían la menor parte.

Buckingham mordióse los labios con cólera, porque estaba verdaderamente enamorado de lady Enriqueta, y en calidad de tal todo lo tomaba en serio. Rochester también se los mordió; mas, como su cabeza, siempre dominaba al corazón, aquello fue simplemente para contener una maliciosa carcajada.

La princesa, que dirigía sus ojos por los céspedes finos y floridos de la ribera, y que volvía la espalda a los dos jóvenes, divisó a lo lejos a Parry y D'Artagnan.

—¿Quién viene allí? —preguntó. Ambos jóvenes dieron media vuelta con la rapidez del relámpago.

—Parry —contestó Buckingham—, nada más que Parry.

—Perdonad —dijo Rochester—, pero me parece que trae un compañero.

—Certo —repuso la princesa con languidez—. Pero ¿qué significan esas palabras. « Nada más que Parry », decid, milord?

—Señora —respondió Buckingham picado—, es que el fiel Parry, el errante Parry, el eterno Parry, no es de gran importancia.

—Os engañáis, señor duque: Parry, el errante Parry, como vos decís, ha andado errante siempre en servicio de mi familia, y ver a ese anciano es siempre para mí un grato espectáculo.

Lady Enriqueta seguía la progresión acostumbrada de las mujeres lindas, y sobre todo de las mujeres coquetas, pasaba del capricho a al contrariedad; el galán había sufrido el capricho; el cortesano debía plegarse al humor contrariado. Buckingham se inclinó pero no respondió nada.

—Es cierto, señora —dijo Rochester inclinándose a su vez—; es modelo de servidores; pero, señora, ya no es joven y no nos divertimos sino viendo cosas alegres. ¿Es cosa grata un viejo?

—Basta, milord —dijo gravemente lady Enriqueta—, me lastima ese tema de conversación.

Y luego continuó, como hablando consigo.

—Verdaderamente, es cosa inaudita las pocas consideraciones que los amigos de mi hermano tienen con respecto a sus servidores.

—¡Ah! Señora —murmuró Buckingham—, Vuestra Gracia me clava en el corazón un puñal forjado por sus propias manos.

—¿Qué quiere decir esa frase embozada a manera de madrigal francés, señor duque?

No lo entiendo.

—Significa, señora, que vos misma, tan buena, tan encantadora y tan sensible, os habéis reído algunas veces, quise decir sonreído, de las choces fútiles de ese excelente Parry, por el cual tiene hoy Vuestra Alteza una susceptibilidad tan maravillosa.

—Y bien, milord —dijo lady Enriqueta—, si me he olvidado de mí misma hasta ese punto, hacéis mal en recordármelo.

E hizo un movimiento de impaciencia.

—Creo que quiere hablarme ese buen Parry, señor de Rochester; haced que abordemos.

Rochester apresuróse a repetir la orden de la princesa, y un minuto después tocaba la barca en la orilla.

—Desembarquemos, señores —dijo lady Enriqueta, yendo a buscar el brazo que le ofrecía Rochester, a pesar de que Buckingham, que estaba más cerca, le presentaba el suyo.

Entonces, Rochester, con mal disimulado orgullo que penetró en el corazón del infeliz Buckingham, hizo atravesar a la princesa el puente de madera que la tripulación había echado desde la barca real a la orilla.

—¿Adónde se dirige Vuestra Gracia? —preguntó Rochester.

—Ya lo sabéis, milord, hacia ese buen Parry que anda errante, como decía milord Buckingham, y que me busca con sus ojos debilitados por las lágrimas que han derramado por nuestro infortunio.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Rochester—. ¡Qué triste está hoy Vuestra Alteza! ¡Verdad es que tenemos aspecto de parecerla locos grotescos!

—Hablad por vos, milord —interrumpió Buckingham con despecho—; yo desagrado de tal modo a Su Alteza, que no le parezco absolutamente nada.

Ni Rochester ni la princesa contestaron; sólo se vio a ésta arrastrar a su caballero con paso más rápido; Buckingham quedó atrás y se aprovechó de este aislamiento para entregarse, cubriendose el rostro con el pañuelo, a morderlo de tal suerte que hizo pedazos la batista a la tercer dentellada.

—Parry, buen Parry —dijo la princesa con voz dulce—; ven por aquí; veo que me buscas y te espero.

—¡Ah! Señora —exclamó Rochester, yendo caritativamente en auxilio de su compañero, que se había quedado atrás, como hemos dicho—: si Parry no ve a Vuestra Alteza, el hombre que le sigue es un guía suficiente, aun para un ciego; porque, verdaderamente, sus ojos son llamas; es un faral de dos luces ese hombre.

—Iluminando una cara muy hermosa y marcial —dijo la princesa, decidida a chocar de frente con toda intención.

Rochester se inclinó.

—Una de esas fuertes cabezas de soldado, como sólo se ven en Francia —añadió la princesa con la perseverancia de la mujer segura de la impunidad.

Rochester y Buckingham miráronse como para decirse: « ¿Qué es lo que tiene? ».

—Ved lo que quiere Parry, señor de Buckingham —dijo lady Enriqueta.

El joven, que consideraba esta orden como un favor, tomó ánimo y corrió hacia Parry, que seguido de D'Artagnan avanzaba con lentitud hacia la noble comitiva, a causa de su edad. D'Artagnan andaba lenta y noblemente, como debía caminar D'Artagnan forrado con un tercio de millón, es decir, sin desfachatez, pero sin timidez también. Cuando Buckingham, que había tenido gran presteza en cumplir la orden de la princesa, la cual se había sentado en un banco de mármol, como cansada de los pocos pasos que acababa de dar, cuando Buckingham, decimos, estuvo a corta distancia de Parry, éste lo conoció.

—¡Ah, milord! —dijo sofocado—. ¿Quiere Vuestra Gracia obedecer a Su Majestad?

—¿En qué, señor Parry? —preguntó el joven con cierta frialdad, templada por el deseo de agradar a la princesa.

—El rey ruega a Vuestra Gracia presente el señor a lady Enriqueta Estuardo.

—¿Señor de qué? —preguntó el duque con altivez.

No se ignora que D'Artagnan era propicio a enfurecerse, y el tono de milord Buckingham le había disgustado. Miró al cortesano a la altura de sus ojos, y dos relámpagos resplandecieron en su fruncido entrecejo. Después haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—El señor caballero de D'Artagnan, milord —contestó tranquilamente.

—Perdón, señor, ese nombre me da a conocer vuestro nombre, y nada más.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no os conozco.

—Soy más feliz que vos, caballero —respondió D'Artagnan—, porque yo he tenido el honor de conocer mucho a vuestra familia, y particularmente a milord, duque de Buckingham, vuestro ilustre padre.

—¿Mi padre? —dijo Buckingham—. En efecto, señor, ahora creo que recuerdo... ¿El señor caballero de D'Artagnan, decis?

D'Artagnan se inclinó.

—¿No sois uno de esos franceses que tuvieron con mi padre relaciones secretas?

—Precisamente, señor duque, soy uno de esos franceses.

—Entonces, caballero, permitidme os diga que extraño que mi padre, mientras viviera, jamás oyese hablar de vos.

—Oh, señor; pero si oyó hablar en el momento de su muerte; yo fui quien le hizo pasar por medio del ayuda de cámara de la reina Ana de Austria el aviso del peligro que corría; por desgracia el aviso llegó demasiado tarde.

—No importa, caballero —dijo Buckingham—, ahora comprendo que, habiendo tenido la intención de prestar un servicio al padre, vengáis a reclamar la protección del hijo.

—En primer lugar, milord —contestó flemáticamente D'Artagnan—, yo no reclamo la protección de nadie. Su Majestad el rey Carlos II, a quien he tenido el honor de prestar algunos servicios (necesito deciros, caballero, que he pasado mi vida en esta ocupación), quiere honrarme con alguna benevolencia, y ha deseado que yo fuera presentado a lady Enriqueta, su hermana, a la cual tal vez tenga el honor de ser útil en lo venidero. Su Majestad sabía que estabais en este momento al lado de Su Alteza Real, y me ha dirigido a vos por medio de Parry. No hay aquí otro misterio. Yo no os pido absolutamente nada, y si no deseáis presentarme a Su Alteza, tendré el dolor de pasarme sin vos y la osadía de presentarme yo mismo.

—Al menos, caballero, repuso Buckingham, que intentaba obtener la última palabra, no retrocederéis ante una explicación provocada por vos.

—Yo no retrocedo nunca, señor —replicó D'Artagnan.

—Puesto que habéis tenido relaciones secretas con mi padre, ¿sabéis algún detalle particular?

—Esas relaciones están ya muy lejos de nosotros, caballero, pues aún no

habíais nacido vos, y por unos desgraciados herretes de diamantes que recibí de sus manos y llevé a Francia, no vale la pena despertar tantos recuerdos.

—¡Ah! Caballero —murmuró vivamente Buckingham acercándose a D'Artagnan y tendiéndole la mano—, ¡conque sois vos! ¡Vos, a quién mi padre ha buscado tanto y quien tanto podía esperar de nosotros!

—¡Esperar, señor! Ciertamente, ése es mi fuerte, y toda mi vida he esperado.

Durante este tiempo, cansada la princesa de no ver llegar al extranjero, se había levantado y aproximado.

—Al menos, señor —dijo Buckingham—, no esperaréis esa presentación que de mí reclamáis.

Entonces, volviéndose e inclinándose ante lady Enriqueta:

—Señora —le dijo—, Su Majestad vuestro hermano desea que yo tenga el honor de presentar a Vuestra Alteza al señor caballero de D'Artagnan.

—Para que Vuestra Alteza tenga en él en caso necesario un auxilio sólido y un amigo seguro —añadió Parry.

D'Artagnan se inclinó.

—¿Tenéis algo más que decir, Parry? —preguntó lady Enriqueta sonriendo a D'Artagnan, al mismo tiempo que dirigía la palabra al antiguo servidor.

—Sí, señora; Su Majestad desea que Vuestra Alteza guarde religiosamente en su memoria el nombre y que se acuerde del mérito del señor de D'Artagnan, a quien Su Majestad debe, según dice, haber recobrado su reino.

Buckingham; la princesa y Rochester se miraron asombrados.

—Este es otro secreto —dijo D'Artagnan—, del cual según toda probabilidad, no hablaré al hijo del rey Carlos II como he hecho a vos sobre el asunto de los herretes de diamantes.

—Señora —dijo Buckingham—, el señor acaba, por segunda vez, de avivar en mi memoria un acontecimiento que excita de tal manera mi curiosidad, que me atrevo a pediros permiso para separarle un instante de vos y hablarle sobre el particular.

—Está bien, milord, pero devolved pronto a la hermana este amigo tan leal al hermano.

Y volvió a tomar el brazo de Rochester, mientras Buckingham tomaba el de D'Artagnan.

—¡Oh! Caballero —dijo Buckingham—, contadme todo ese suceso de los diamantes que nadie sabe en Inglaterra, ni aun el hijo de quien fue el héroe.

—Milord, sólo una persona tenía el derecho de relatar todo ese suceso, como vos decís, y era vuestro padre; él juzgó a propósito callar, y yo os pido el permiso de imitarle.

Y D'Artagnan inclinóse como hombre en quien evidentemente no había de hacer mella ninguna clase de instancias.

—Puesto que es así, caballero —dijo el duque—, perdonadme la indiscreción,

y si algún día yo también fuera a Francia...

Y volvió la cara para mirar a la princesa, que no se inquietaba nada por él, ocupada como estaba o parecía estarlo, con la conversación de Rochester.

Buckingham exhaló un suspiro.

—¿Y qué? —preguntó D'Artagnan.

—Decía que si alguna vez yo también fuese a Francia...

—Iréis, milord —dijo sonriendo D'Artagnan—, responde de ello.

—¿Y por qué?

—¡Oh! Tengo extrañas maneras de predicción; y cuando predigo, rara vez me equivoco. Conque si vais a Francia...

—Pues bien, caballero; vos, a quien los monarcas piden esa preciosa amistad que les da coronas, me atreveré a pediros un poco de ese gran interés que profesasteis a mi padre.

—Milord —contestó D'Artagnan—, creed que me tendré por muy honrado si, allá, en Francia, os dignáis acordaros de que me habéis visto aquí. Y ahora, permitid...

Volviéndose entonces hacia lady Enriqueta:

—Señora —dijo—, Vuestra Alteza es hija de Francia, y, por consiguiente, espero volver a verla en París. Uno de mis felices días será aquel en que me deis una orden que me recuerde que no habéis olvidado las recomendaciones de vuestro augusto hermano.

Y se inclinó ante la princesa, que le dio a besar su mano con actitud graciosa y regia.

—¡Ah! Señora —dijo en voz baja Buckingham—, ¿qué deberé hacer para alcanzar de Vuestra Alteza semejante favor?

—No sé, milord —respondió lady Enriqueta—; preguntádselo al señor de D'Artagnan; él os lo dirá.

## Capítulo XXXVI

---

D'Artagnan saca, como hubiera hecho un hada, una casa de recreo de un cajón de pino, como por encanto

Las palabras del rey, con respecto al amor propio de Monk, sólo había inspirado a D'Artagnan mediana aprensión. El teniente había tenido toda su vida el difícil arte de escoger a sus amigos, y cuando los había tomado implacables e invencibles, era que no había podido, bajo ningún pretexto, hacer otra cosa. Mas los puntos de vista cambian mucho en la vida, que es una linterna mágica cuyos aspectos altera todos los años el ojo del hombre. De ahí resulta que, del último día de un año que se veía blanco, al primer día de otro que se verá negro, sólo hay un espacio de una noche.

De modo que D'Artagnan, cuando salió de Calais con sus diez satélites, se cuidaba tan poco de apoderarse de Goliat, Nabucodonosor u Holofernes, como de cruzar la espada con su recluta o de discutir con su posadera. Entonces se parecía al gavilán que acomete en ayunas a un cordero. El hambre ciega. Pero D'Artagnan, satisfecho, rico, vencedor y orgulloso de un triunfo tan difícil, tenía demasiado que perder para no contar con la probable mala suerte.

Pensaba, pues, al volver de su presentación, en una sola cosa, es decir, en contemplar a un hombre tan temible como Monk, a un hombre a quien también contemplaba Carlos, por más que fuese rey; porque apenas restablecido en su trono, el protegido podía tener aún precisión de protector, y no le negaría, por consiguiente, si llegaba el caso, la mezquina satisfacción de deportar al señor de D'Artagnan, o de encerrarle en alguna torre del Middlesex, o de hacerle dar un baño en la travesía de Douvres a Boulogne. Tales satisfacciones se dan de reyes a virreyes sin ulterior consecuencia.

Ni aun siquiera era menester que el rey fuese agente activo en este negocio,

en el que Monk tomaría la revancha. El papel del rey se limitaría muy sencillamente a perdonar al virrey de Irlanda todo lo que hubiera hecho contra D'Artagnan. No se necesitaba otra cosa para poner en reposo la conciencia del duque de Albemarle, que un *te absolvo* dicho riendo, o el garabato del Charles, *the King*, trazado en el extremo inferior de un pergamo; y con aquellas dos palabras pronunciadas, o con estas tres escritas, el pobre D'Artagnan estaba siempre enterrado bajo las ruinas de su imaginación.

Por otra parte, había una cosa que causaba bastante inquietud a un hombre tan previsor como era nuestro mosquetero: veíase solo, y la amistad de Athos no le bastaba para tranquilizarse. Ciento que si se hubiese tratado de una buena distribución de estocadas, el mosquetero hubiera contado con su amigo; pero, tratándose de delicadezas con un rey, cuando el tal vez de una casualidad desgraciada viniera en ayuda de la justificación de Monk o de Carlos II, D'Artagnan conocía bastante a Athos para estar seguro de que dejaría en buen lugar la lealtad del que sobreviviera, contentándose en verter muchas lágrimas sobre la tumba del muerto, además de, si el muerto era su amigo, componerle enseguida su epitafio con los más pomposos superlativos.

«Decididamente —decía para sí el gascón, y este pensamiento era el resultado de las reflexiones que acababa de hacer en voz baja y que nosotros acabamos de proferir en voz alta—, decididamente, es necesario que me reconcilie con el señor Monk y que yo adquiera la prueba de su completa indiferencia por lo pasado. Si, lo que Dios no permita, él es todavía astuto y reservado en la expresión de su sentimiento, entrego mi dinero a Athos para que se lo lleve, y me quedo en Inglaterra todo el tiempo preciso para descubrirlo, y luego, como tengo el ojo vivo y los pies ligeros, en cuanto vea el primer signo hostil, tomo el portante y me oculto en casa de milord de Buckingham, que me parece un buen diablo en el fondo, y al cual, en recompensa de su hospitalidad, cuento toda la historia de los diamantes, que ya sólo puede comprometer a una reina vieja, la cual puede pasar, siendo la mujer de un cicatero como Mazarino, por haber sido en otro tiempo la querida de un señor arrogante como Buckingham. ¡Diantre! Está dicho, y no me vencerá el señor Monk ¡Además, una idea...!».

Ya se sabe que, por regla general, no eran ideas lo que faltaba a D'Artagnan. Durante su monólogo, D'Artagnan habiése abotonado hasta la barba, nada excitaba tanto su imaginación como las preparativos a un combate cualquiera, que los romanos llamaban *accinctio*. Llegó, pues, muy sofocado a la posada del duque de Albemarle, y fue introducido en la habitación del virrey con una celeridad que manifestaba bien a fias claras era considerado como de casa. Monk estaba en su despacho.

—Milord —le dijo D'Artagnan con esa expresión de franqueza que tan bien sabía extender por su rostro el astuto gascón—, vengo a pedir un consejo a

Vuestra Gracia.

Monk, abotonado moralmente, tanto como su antagonista físicamente, contestó:

—Pedin, querido.

Y su semblante presentaba una expresión no menos franca que la de D'Artagnan.

—Ante todo, milord, prometedme indulgencia y secreto.

—Prometo lo que deseéis. ¿Qué hay? Decid.

—Hay, milord, que no estoy completamente contento de Su Majestad.

—¡De veras! ¿Cómo es eso? Hablad, mi querido teniente.

—Porque el rey se entretiene muchas veces con bromas muy comprometidas para sus servidores, y la broma, milord, es un arma que lastima mucho a la gente de espada como nosotros.

Monk hizo grandes esfuerzos para no manifestar su pensamiento; pero D'Artagnan lo acechaba con atención demasiado sostenida para no distinguir un imperceptible rubor en sus mejillas.

—Lo que es yo —dijo Monk—, no soy enemigo de las bromas, mi querido D'Artagnan; mis soldados podrán deciros cuántas veces escuché en el campamento con la mayor indiferencia, y hasta con cierto gusto, las canciones satíricas que desde el ejército de Lambert pasaban al mío, y que sin duda habrían despedazado los oídos de un general más susceptible que yo.

—¡Oh milord! —dijo D'Artagnan—. Sé que sois un hombre completo y que estáis colocado hace mucho tiempo por encima de las miserias humanas, mas hay bromas y bromas, y ciertas de ellas tienen el privilegio de irritarme de una manera prodigiosa.

—¿Y puede saberse cuáles son, my dear?

—Las que se dirigen contra mis amigos o contra las personas que respeto, general.

Monk hizo un movimiento imperceptible, que advirtió D'Artagnan.

—¿Y cómo —preguntó Monk a espina que araña a otro puede hacer cosquillas en vuestra piel? ¡Contadme eso!

—Veamos, Milord, voy a explicároslo en una sola palabra: se trata de vos.

Monk dio un paso hacia D'Artagnan.

—¿De mí? —dijo.

—Sí, y he ahí lo que no puedo explicarme; tal vez sea por falta de conocer su carácter. ¿Cómo tiene Su Majestad corazón para hacer burla a un hombre que le ha prestado tantos y tan grandes servicios? ¿Cómo comprender que se divierta en indisponer un león como vos con un mosquito como yo?

—Nada de eso veo yo —contestó Monk.

—¡Sí tal! En fin, el rey, que me debía una recompensa, y podría recompensarme como a un soldado, sin imaginar siquiera esa historia del rescate

que os concierne, milord...

—No —dijo Monk riendo—, no me concierne de ningún modo, os lo aseguro.

—Ya me conocéis, milord; yo soy tan discreto, que un sepulcro parecería hablador a mi lado, pero... ¿Comprendéis, milord?

—No —dijo Monk

—Si otro supiera el secreto que yo sé...

—¿Qué secreto?

—¡Eh! Milord, ese desgraciado secreto de Newcastle.

—¡Ah! ¡El millón del conde de la Fère!

—No, milord, no; la empresa contra Vuestra Gracia.

—Estuve muy bien jugada, caballero; nada hay que decir; sois hombre de guerra, valiente y astuto a la vez, lo cual prueba que reunís las cualidades de Fabio y Aníbal. De modo, que habéis usado de vuestros medios, de la fuerza y de la astucia; nada hay que decir a esto, y es cosa mía el garantirme de ello.

—No lo ignoro, milord, y no esperaba menos de vuestra imparcialidad; si no hubiese más que el rapto en sí mismo, ¡pardiez!, eso no sería nada; pero hay ...

—¿Qué?

—Las circunstancias de ese rapto.

—¿Cuáles?

—Bien sabéis lo que quiero decir, milord.

—¡No, Dios me condene!

—Hay... la verdad, es muy difícil de decir.

—¿Hay?

—Pues bien, hay ese diablo de caja.

Monk sonrió visiblemente.

—¡Esa indignidad de caja —continuó D'Artagnan—; la caja de pino, ya sabéis!

—¡Bueno! Lo había olvidado.

—De pino —siguió el mosquetero—, con agujeros para la nariz y la boca. En verdad, milord, lo demás podía pasar, ¡pero la caja, la caja! Decididamente, fue una broma pesada.

Monk se revolvía en todos sentidos.

—Y, sin embargo —añadió D'Artagnan—, que yo, un capitán de aventuras, haya hecho eso, es muy sencillo, porque al lado de la acción, un poco ligera, que he cometido, pero que puede excusarme la gravedad de la situación, he sido circunspecto y reservado.

—¡Oh! —murmuró Monk—. Os conozco muy bien, señor de D'Artagnan, y os aprecio.

D'Artagnan no perdía de vista a Monk, estudiando todo lo que pasaba en su interior mientras hablaba.

—Pero no se trata de mí —repuso D'Artagnan.

—¿Pues entonces de quién se trata? —preguntó Monk que empezaba a impacientarse.

—Se trata del rey, que jamás contendrá su lengua.

—¡Y bien! ¡Qué le hemos de hacer, si habla? —dijo Monk, balbuciente.

—Milord —repuso D'Artagnan—, os suplico que no disimuléis con un hombre que habla tan francamente como lo hago yo. Tenéis derecho de erizar vuestra susceptibilidad, por benigna que sea. ¡Qué diantre! El lugar de un hombre como vos, de un hombre que juega con cetros y coronas como un gitano con sus bolas, no era una caja así, como si se tratara de un objeto curioso de Historia Natural; porque, finalmente, ya comprendéis que sería cosa para hacer reventar de risa a todos vuestros enemigos; y sois tan grande, tan noble y generoso, que por fuerza debéis tener muchos. Tal secreto puede hacer morir de risa a la mitad del género humano, si se os representase en esa caja, y no es decente que se rían así del segundo personaje de este reino.

Monk perdió completamente su continencia a la idea de verse representado en la caja.

El ridículo, como juiciosamente había previsto D'Artagnan, causaba en él lo que ni las aventuras de la guerra, ni los deseos de la, ambición, ni el temor de la muerte habían podido causar.

—¡Bien! —pensó el gascón—. Tiene miedo: estoy salvado.

—¡Oh! ¡En cuanto al rey —dijo Monk—, querido D'Artagnan, el rey no se chanceará con Monk, os lo aseguro!

El brillo de sus ojos fue interceptado al paso por D'Artagnan. Monk se dulcificó al instante.

—El rey —prosiguió—, es de un natural demasiado noble y tiene un corazón demasiado elevado para querer mal a quien le ha hecho tanto bien.

—¡Oh! Ciertamente —exclamó D'Artagnan—. Soy enteramente de vuestra opinión respecto al corazón del rey, pero no en cuanto a su cabeza: es bueno, pero ligero.

—Su Majestad no será ligero con Monk, estad tranquilo.

—De modo que vos lo estáis, milord?

—Por esa parte al menos, sí, perfectamente.

—¡Ah! Os comprendo, estáis tranquilo por parte del rey.

—Ya os lo he dicho.

—Pero ¿no lo estáis también por la mía?

—Me parece haberos asegurado que contaba con vuestra lealtad y discreción.

—Sin duda, sin duda; pero reflexionad una cosa...

—¿Cuál?

—Que yo no soy solo, que tengo compañeros, y que éstos...

—¡Oh! Sí, los conozco.

—Por desgracia, milord, ellos también os conocen.

—¿Y qué?

—Están allá, en Boulogne, esperándome.

—¿Y teméis...?

—Sí, que en mi ausencia... ¡Cáscaras! Si estuviese a su lado respondería de su silencio.

—Razón tenía yo en deciros que el peligro, si había peligro, no vendría del rey, por más dispuesto que sea para la broma, sino de vuestros compañeros, como acabáis de decir...

Ser burlado por un rey, es cosa tolerable todavía; pero por unos galopines... ¡Goddam!

—Sí, entiendo, es insoportable; y por eso venía a deciros: milord, ¿no creéis que sería bueno que yo marchase a Francia lo más pronto posible?

—Cierto, si creéis que vuestra presencia...

—¡Imponga a todos aquellos tunos! ¡Oh! De eso estoy cierto, milord.

—Pero vuestra presencia no impedirá que se extienda el rumor en caso de que haya transpirado ya.

—¡Oh! No ha transpirado, milord, os lo juro. Y en todo caso, creed que estoy determinado a una cosa.

—¿A qué?

—A romper la cabeza al primero que haya propagado el rumor y al primero que lo haya extendido. Después de lo cual, regresaré a Inglaterra a buscar un asilo y tal vez un empleo al lado de Vuestra Gracias.

—¡Oh! ¡Volved, volved!

—Por desgracia, milord, a nadie conozco aquí sino a vos, y no os encontraré o me habréis olvidado en vuestras grandeszas.

—Escuchad, señor de D'Artagnan —respondió Monk—, sois un caballero apreciado, lleno de inteligencia y valor, y merecéis todas las fortunas de este mundo; venid conmigo a Escocia, y juro, haceros en mi virreinato una posición que todos envidiarán.

—¡Oh! Milord, eso es imposible, por ahora. Tengo un deber sagrado por cumplir: he de velar por vuestra gloria, impedir que un mal intencionado empañe a los ojos de los contemporáneos y... ¡quién sabe...! tal vez a los de la posteridad, el brillo de vuestro nombre.

—¿De la posteridad, señor de D'Artagnan?

—¡Si! Sin duda, es necesario que todos los pormenores de esta historia sean un misterio para la posteridad; porque, en fin, admitid por un instante que se espaciara la desgraciada historia de la caja de pino, y se diría, no que habéis restablecido lealmente al rey, en virtud de vuestro libre albedrío, sino que fue a consecuencia de un compromiso celebrado entre vosotros dos en Scheveningen. Yo pudiera decir perfectamente cómo sucedió la cosa, yo que lo sé, sin embargo,

no me creerían, y se diría que habían recibido mi parte de torta y que me la comía.

Monk frunció el entrecejo.

—Gloria, honor; honradez —dijo—. ¡No sois más que palabras vanas!

—Niebla —replicó D'Artagnan—, niebla por entre la cual jamás se ve muy claro.

—¡Pues bien! Entonces marchad a Francia, querido mío —dijo Monk—, id, y para haceros a Inglaterra más accesible y agradable, aceptad un recuerdo mío.

« ¡Veamos, pues! » , pensó D'Artagnan.

—Tengo a orillas de la Clyde —prosiguió Monk—, una casita rodeada de árboles, un cottage, como aquí se llama, y un centenar de argentas de tierra. Aceptadla.

—¡Oh milord...!

—Pardiez! Allí estaréis en vuestra casa, y ése será el refugio de que me hablabais ahora poco.

—¡Cómo! ¿Os quedaré obligado hasta ese punto? En verdad... Me avergüenzo de ello.

—No, señor —replicó Monk con delicada sonrisa—; yo sí que os quedaré reconocido.

Y, estrechando la mano del mosquetero:

—Voy a hacer extender el acta de donación —dijo.

Y salió.

D'Artagnan le vio alejarse y quedó pensativo y hasta emocionado.

—En fin —dijo—, he aquí un barbián. Lo sensible es que lo haga por temor y no por afecto a mi persona. ¡Pues bien, quiero que también me tenga afecto!

Y después de un instante de reflexión más profunda, murmuró:

—¡Bah! ¿Y para qué? ¡Es un inglés!

Y salió, a su vez, algo aturdido de aquel combate.

—Conque —dijo— heme aquí propietario. Pero ¿cómo diantra he de partir esa quinta con Planchet? A menos que le dé las tierras y yo me quede con la casa, o bien que él tome la casa y yo... ¡Vaya! ¡El señor Monk no sufriría que yo dividiera una casa que él ha habitado, con un abacero! ¡Es muy orgulloso! Además, ¿para qué hablar de esto? Con el dinero de la sociedad no he adquirido el inmueble, sino con mi inteligencia; luego es muy mío. Vamos en busca de Athos.

Y se dirigió hacia la morada de éste.

## Capítulo XXXVII

---

D'Artagnan arregla el pasivo de la sociedad antes que su activo

—Decididamente —decía entre dientes D'Artagnan—, estoy de vena. Esa estrella que luce una vez en la vida de todos los hombres, que lució para Job y para Iris, el más desgraciado de los judíos y el más pobre de los griegos, luce por fin para mí. No haré locuras, y me aprovecharé de ella, pues ya es tiempo de ser razonable.

Aquella noche cenó de muy buen humor con su compañero Athos, a quien no habló de la donación esperada; pero no pudo menos de preguntarle, al mismo tiempo que comía, sobre las siembras y plantaciones; a lo cual contestó Athos complaciente como siempre.

Su creencia era que D'Artagnan quería hacerse propietario, y lo único que sentía era perder el humor vivo y las divertidas ocurrencias de su amigo. D'Artagnan, en efecto, aprovechaba el residuo de grasa cuajada en el plato para trazar cifras y hacer sumas asombrosas.

La orden, o más bien la licencia para embarcarse, llegó aquella misma noche. Mientras la entregaban al señor conde, otro mensajero daba a D'Artagnan un rollo de pergamino con todos los sellos con que se reviste la propiedad territorial en Inglaterra. Athos le sorprendió entretenido en hojear estos diversos documentos que establecían la transmisión de la propiedad. El prudente Monk, otros dirían el generoso Monk, había commutado la donación en una venta, y reconocía haber recibido quince mil libras como precio de la cesión.

Ya el mensajero se había eclipsado. D'Artagnan seguía leyendo, Athos le miraba sonriente. El mosquetero, sorprendiendo una de aquellas sonrisas por encima de su hombro, guardó el rollo en su estuche.

—Perdonad —dijo Athos.

—¡Oh! No sois indiscreto, amigo —replicó el teniente—; quisiera...

—No me digáis nada, os lo ruego, las órdenes son cosas tan sagradas, que el encargado de ellas no debe decir una palabra ni a su hermano ni a su padre. De modo que yo mismo, que os amo más tiernamente que un hermano, que un padre y que todo lo del mundo...

—A excepción de Raúl?

—Más aún amaré a Raúl cuando le haya visto manifestarse en todas las fases de su carácter y de sus actos... como os he visto a vos, amigo mío.

—¿Conque decíais que también vos tenéis una orden y que no me la participaréis?

—Sí, querido.

El gascón suspiró.

—Hubo un tiempo —dijo— en que esa orden la hubierais puesto ahí, sobre esa mesa, diciendo: «D'Artagnan, leednos ese logogrifo a Porthos, a Aramis y a mí».

—¡Es verdad...! ¡Oh! ¡Era la juventud, la confianza, la edad generosa en la cual manda la sangre cuando se calienta por las pasiones!

—Pues bien, Athos, ¿deseáis que os diga una cosa?

—Hablad, amigo mío.

—Ese tiempo adorable, esa edad generosa, esa dominación de la sangre caliente, todas esas cosas muy bellas, sin duda, no las siento lo más mínimo. Me sucede con eso lo que con el tiempo en que estudiaba... Siempre he encontrado en alguna parte un tonto para ponderarme esa época de castigos, de disciplinas y de cortezas de pan seco... ¡Es singular! Nunca me han gustado esas cosas; y por activo y sobrio que fuese (y bien sabéis que lo soy), y por sencillo que pareciese en mi traje, no por eso, he dejado de preferir los bordados de Porthos a mi casaquilla porosa, que dejaba penetrar el cierzo en invierno y el sol en estio. Ya veis, querido, siempre desconfiaré de quien pretenda preferir el mal al bien. Todo fue mal para mí en los tiempos pasados, cuando cada mes veía un agujero más en mi piel y en mi casaca, y un escudo de oro menos en mi pobre bolsa. Nada echo de menos de aquel tiempo execrable sino nuestra amistad, porque tengo aquí un corazón; y, cosa milagrosa, este corazón no fue desecado por el viento de la miseria que pasaba a través de los agujeros de mi capa, ni ensartado por las espadas de toda construcción que pasaban a través de los agujeros de mi pobre carne.

—No temáis por nuestra amistad —dijo Athos— porque no morirá sino con nosotros.

La amistad se compone de recuerdos y de costumbres, y si habéis hecho ahora poco una sátira de la mía, porque he vacilado en manifestaron la misión que llevo a Francia...

—¿Yo...? ¡Cielos! ¡Si supieseis cuán indiferentes van a serme ahora todas las

misiones del mundo!

Athos se levantó de la mesa y llamó al posadero para pagarle el gasto.

—Desde que soy amigo vuestro —dijo D'Artagnan—, nunca he pagado un escote. Porthos lo hacía a menudo, Aramis alguna que otra vez, y vos casi siempre gastabais hasta la última blanca. Ahora que soy rico, voy a ver si es heroico pagar.

—Hacedlo —repuso Athos guardándose su bolsa.

Enseguida se encaminaron los dos amigos al puerto, no sin que D'Artagnan hubiese mirado atrás para vigilar el transporte de sus amados escudos. La noche acababa de tender su velo sobre las amarillas aguas del Támesis; se oía ese ruido de cuerdas y poleas, precursor de la franquía que tantas veces había hecho latir el corazón de los mosqueteros, cuando el peligro del mar era el menor de todos los que iban a desafiar. Esta vez debían embarcarse en un gran buque que los aguardaba en Gravesend, y Carlos II, siempre delicado en las cosas pequeñas, había enviado uno de sus *yacht*, con doce hombres de su guardia escocesa, a fin de hacer honor al embajador que enviaba a Francia. A media noche ya había pasado el *yacht* a sus pasajeros a bordo del navio, y a las ocho de la mañana desembarcaba éste al embajador y a su amigo en el muelle de Boulogne.

En tanto que el conde se ocupaba con Grimaud de los caballos para ir derecho a París, D'Artagnan corría a la posada, donde según sus órdenes debía aguardarle su reducido ejército. Aquellos señores desayunaban ostras, pescado y aguardiente aromatizado, cuando se presentó D'Artagnan. Todos estaban muy alegres, pero ninguno había traspasado los límites de la razón. Un hurra de júbilo acogió al general. Aquí estoy —dijo D'Artagnan—; está terminada la campaña, y vengo a traeros el suplemento de soldado prometido.

Todos los ojos brillaron.

—Apuesto a que ya no hay cien librasen la escarcela del más rico dé vosotros.

—¡Es verdad! —exclamaron a coro.

—Señores —dijo entonces D'Artagnan, ésta es la última consigna. El tratado de comercio se ha concluido, gracias al golpe de mano, que nos hizo dueños del hacendista más hábil de Inglaterra; pues ahora, he de confesarlo, el hombre a quien se trataba de robar era el tesorero del general Monk.

Esta palabra de tesorero produjo cierto efecto en su ejército; mas D'Artagnan notó que únicamente los ojos de Mennevile no manifestaban una fe completa.

—A ese tesorero —prosiguió D'Artagnan—, le he conducido a terreno neutral, a Holanda; le he hecho firmar el contrato, y yo mismo le he vuelto a llevar a Newcastle, y como debió quedar satisfecho de nuestra conducta con él, porque el cofre de pino siempre era llevado sin sacudidas y estaba acolchado; he pedido una gratificación para vosotros. Aquí está.

Y echó un saco respetable sobre el mantel. Todos tendieron involuntariamente

la mano.

—¡Un instante, corderos míos! —dijo D'Artagnan—. Si hay beneficios, también hay cargas.

—¡Oh, oh! —exclamó la reunión.

—Amigos míos, nosotros vamos a encontrarnos en una posición que no sería sostenible entre gente sin juicio; yo hablo claro: estamos entre la horca y la Bastilla.

—¡Oh, oh! —repuso el coro.

—Esto es fácil de comprender. Ha sido necesario explicar al general Monk la desaparición de su tesorero, y para esto he aguardado el momento inesperado de la restauración del rey Carlos, que es uno de mis amigos.

El ejército cambió una mirada de satisfacción con la mirada bastante orgullosa de D'Artagnan.

—Restaurado el rey, he devuelto al señor Monk su hombre de negocios, un poco desplumado, es cierto, pero al fin se lo he devuelto. El general Monk, perdonándome, porque me ha perdonado, no ha podido menos de decirme estas palabras, que, encargo a cada uno de vosotros grabe aquí entre los ojos y bajo la bóveda del cráneo: « Caballero, la broma puede pasar, pero, naturalmente, no me gustan las bromas; si una palabra siquiera de lo que habéis hecho (comprendéis, señor de Menneville) sale de vuestros labios, o de los labios de vuestros compañeros, tengo en mi gobierno de Escocia y de Irlanda setecientas cuarenta y una horcas de madera de encina, claveteadas y untadas de sebo todas las semanas. Regalaré, pues, una de estas horcas a cada uno de vosotros; y notad bien esto, querido señor de D'Artagnan —añadió— (notadlo también vos, apreciable señor de Menneville), todavía me quedarán setecientas treinta para mis placeres secundarios. Además...» .

—¡Ah, ah! —gritaron los auxiliares de D'Artagnan—. ¡Hay más todavía?

—Una miseria más: « Señor de D'Artagnan, he remitido al rey de Francia el tratado en cuestión, con una sola súplica para que haga en cerrar provisionalmente en la Bastilla, y después enviarme aquí a todos los que tomaron parte en la expedición, y ésta es una súplica a la que accederá el rey» .

Un grito de terror partió de todos los ángulos de la mesa.

—¡Pero, bah! —exclamó D'Artagnan—. Ese valiente Monk se ha olvidado de una cosa, y es que no sabe el nombre de ninguno de vosotros; sólo yo os conozco, y ya calcularéis que no seré yo quien os venda. ¡Para qué? Yo supongo que nunca seréis bastante necios para denunciaros vosotros mismos, porque entonces, el rey, para ahorrarse los gastos de alimento y habitación, os enviaría a Escocia, donde se hallan las setecientas cuarenta y una horcas. Esto es lo que pasa, señores. Y ahora, ya no tengo una palabra que añadir a lo que acabo de tener el honor de deciros. Estoy seguro de que se me ha comprendido perfectamente; ¿no es cierto, señor de Menneville?

—Perfectamente —replicó éste.

—Ahora, los escudos —exclamó D'Artagnan—. Cerrad las puertas. Y abrió el saco sobre la mesa, donde cayeron muchos escudos de oro. Cada cual hizo un movimiento hacia ellos.

—¡Poco a poco! —dijo D'Artagnan—. Que nadie se mueva, y haré la cuenta.

En efecto, dio cincuenta de aquellos escudos a cada uno, y recibió tantas bendiciones como monedas había entregado.

—Ahora —dijo—, si os fuese posible arreglarlos un poco, si pudierais hacerlos buenos y honrados...

—Difícilillo es —dijo uno de los asistentes.

—¿Por qué decís eso, capitán? —dijo otro.

—Lo digo porque si os hallara por ahí... ¿quién sabe...? regresadlos de cuando en cuando con alguna propina...

E hizo una seña a Menneville, que lo escuchaba con aire reservado.

—Menneville —dijo—, venid conmigo. Adiós, valientes; os recomiendo seáis discretos.

Menneville le siguió, en tanto que los saludos de los otros se confundían con el dulce ruido del oro que sonaba en sus bolsillos.

—Menneville —dijo D'Artagnan cuando estuvieron en la calle—, no sois tonto, y tened cuidado de no convertiros en tal; no me producís el efecto de que tengáis miedo a las horcas del señor Monk, ni a la Bastilla de Su Majestad Luis XIV, pero me haréis la gracia de tenerlo de mí. Pues bien, oíd: a la menor palabra que se os escape, os mataré como a un pollo. Tengo la absolución del Papa.

—Os aseguro que no sé absolutamente nada, señor de D'Artagnan, y que todas vuestras palabras son artículos de fe para mí.

—Bien seguro estaba yo de que sois un muchacho de talento —dijo el mosquetero—; hace veinticinco años que os he juzgado. Estos cincuenta escudos de oro que os doy como plus, os probarán al afecto que os tengo. Tomad.

—Gracias, señor de D'Artagnan —dijo Menneville.

—Con esto ya podéis ser realmente un hombre de bien —repuso D'Artagnan con tono más serio—. Sería vergonzoso que un talento como el vuestro, y un nombre que no os atrevéis a llevar, se encontrasen borrados para siempre bajo el orín de una vida mala. Haceos un hombre honrado, Menneville, y vivid un año con, esos cien escudos de oro, es una bonita cantidad: dos veces el sueldo de un oficial de graduación. Id a verme dentro de un año y ¡diantre! haré de vos alguna cosa.

Menneville juró, como habían hecho sus camaradas, ser mudo como un sepulcro. Y, sin embargo, preciso es que alguien haya hablado; y como sin duda no han sido los nueve compañeros, ni Menneville tampoco, necesario es que

fuera D'Artagnan, quien, como gascón, tenía la lengua muy cerca de los labios. Porque, si no él, ¿quién había de ser? ¿Y cómo había de explicarse el secreto de la caja de pino agujereada que de manera tan completa ha llegado a nosotros, como ha podido verse, y cuya historia hemos referido con tan minuciosos pormenores? Pormenores que por lo demás iluminan con claridad tan nueva como inesperada toda esa parte de la historia de Inglaterra, abandonada hasta hoy en la obscuridad por los historiadores.

## Capítulo XXXVIII

---

Donde se ve cómo el abuelo francés se había ya rehabilitado en el siglo XVII

Hechas ya sus cuentas y sus recomendaciones, sólo pensó D'Artagnan en volver a París lo antes posible. Athos, por su parte, también deseaba regresar a casa y descansar un poco.

Por más enteros que hayan quedado el carácter y el hombre después de las fatigas de un viaje, el viajero ve con placer, al fin del día, y mucho más si el día ha sido espléndido, que la noche va a proporcionarle un poco de sueño. Así es que desde Boulogne a París, cabalgando los dos amigos uno junto a otro, un tanto absortos en sus pensamientos individuales, no hablaron cosas bastante interesantes para qué enteremos de ellas al lector; entregados ambos a sus reflexiones personales, y construyéndose el porvenir a su manera, se ocuparon principalmente en acortar la distancia por medio de la celeridad. Athos y D'Artagnan llegaron en la noche del cuarto día después de su salida de Boulogne, a las barreras de París.

—¿Dónde vais, amigo? —preguntó Athos.

—Yo voy derecho a mi casa.

—Y yo derecho a la de mi consocio.

—A casa de Planchet?

—Sí, buen amigo, al « Pilón de Oro» .

—Por supuesto, nos volveremos a ver.

—Si estáis en París, sí; porque yo me quedo.

—No; después de haber abrazado a Raúl, a quien he citado en mi casa, salgo inmediatamente para la Fère.

—Entonces, adiós, buen amigo.

—Hasta más ver, diréis mejor, pues no sé por qué me parece que os vendréis

a vivir conmigo a Blois. Ya que sois libre, ya que sois rico, os compraré, si gustáis, una buena hacienda en las cercanías de Cheverny o en las de Bracieux. Por una parte, tendréis los bosques más hermosos del mundo, que van a unirse con los de Chambord, y por otra, huertas admirables. Vos, a quien tanto place la caza, y que de grado o por fuerza sois poeta, encontraréis allí faisanes, codornices y cercetas, sin contar puestas de sol y paseas en barca, que causarían envidia a Nemrod y al mismo Apolo. Esperando la adquisición habitaréis en la Fère, e iremos a levantar la marica en las viñas, como hacia el rey Luis XIII. Es un moderado placer para viejos como nosotros.

D'Artagnan tomó las manos de Athos.

—Amigo mío —le dijo—, no os digo que sí, ni que no. Dejadme pasar en París el tiempo indispensable para arreglar todos mis asuntos, y para acostumbrarme poco a poco a la pesada y brillante idea que agita mi cerebro. Soy rico, ya lo sabéis, y de aquí a que me haya acostumbrado a la riqueza, me conozco, seré un animal insopportable. Ahora bien, tampoco soy tan bestia como para carecer de espíritu ante un amigo como vos, Athos. El vestido es hermoso y ricamente dorado, pero nuevo, y me molesta en las sisas.

Athos sonrió.

—Sea lo que queráis —dijo—; pero a propósito de ese vestido, ¿queréis que os dé un consejo, amigo D'Artagnan?

—¡Oh! Con mucho gusto.

—¿Y no os enfadaréis?

—¡Vamos!

—Cuando la riqueza llega tarde y de pronto, hay que hacerse avaro para no cambiar, es decir, es preciso no gastar mucho más dinero del que uno tenía antes, o hacerse pródigo y tener tantas deudas que vuelva a ser pobre.

—¡Ah! Eso que me decís se parece mucho a un sofismo, mi querido filósofo.

—No lo creo. ¿Tratásteis de aceros avaro?

—¡No tal! Yo lo era antes de tener nada. Cambiamos. Entonces, sed pródigo.

—Todavía menos, ¡diantre! Las deudas me espantan. Los acreedores me representan con anticipación los diablos que revuelven a los condonados en las parrillas; y como la paciencia no es mi virtud dominante, siempre tengo tentaciones de zurrar a los diablos.

—Sois el hombre más sabio que conozco, y no tenéis que recibir consejos de nadie. Locos serían los qué creyesen que podrían engañaros alguna vez. Pero ¿no estamos en la calle de San Honorato?

—Sí, querido amigo.

—¿Distinguis allá abajo, a la izquierda, una casita blanca? Pues allí tengo mi alojamiento. Notaréis que sólo consta de dos pisos; yo ocupo el primero, y el otro está alquilado a un oficial cuyo servicio le tiene fuera de París ocho o nueve meses al año; de modo que estoy en esa casa como en la mía, a excepción del

gasto.

—¡Oh! ¡Qué bien os arregláis, Athos! ¡Qué orden! Eso es lo que yo desearía reunir, pero qué queréis, eso es de nacimiento y no se adquiere.

—¡Adulador! Vamos, adiós, amigo. A propósito, dad un recuerdo de mi parte a Planchet. Seguirá siendo un mozo de talento, ¿verdad?

—Y de corazón, Athos. ¡Adiós!

Separáronse. Durante esta conversación D'Artagnan no había perdido de vista un segundo cierto caballo de carga, en cuyos canastos, y debajo de una poca de paja, se extendían los saquillos en que estaba el dinero. Las nueve de la noche daban en Saint-Merri, y los mozos de Planchet cerraban la tienda. D'Artagnan paró al postillón que guiaba el caballo de carga en la esquina de la calle de los Lombardos, debajo de un cobertizo, y llamando a uno de los criados de Planchet, le encargó que guardase, no sólo los dos caballos, sino también al postillón; después de lo cual entró en casa del abacero, que acababa de comer y que, en su entresuelo consultaba con ansiedad el calendario, en el cual borraba todas las noches el día que acababa de pasar.

En el instante en que, según su costumbre cotidiana, borraba Planchet con la pluma el día transcurrido, D'Artagnan puso el pie en el umbral de la puerta y el choque hizo sonar sus espuelas.

—¡Ah! ¡Dios santo! —exclamó Planchet.

El digno abacero no pudo decir más, pues acababa de ver a su consocio. D'Artagnan entró con la cabeza inclinada y los ojos tristes. El gascón tenía una idea respecto a Planchet.

—¡Buen Dios! —dijo el abacero mirando al caminante—. ¡Está triste!

El mosquetero se sentó.

—Querido caballero de D'Artagnan —dijo Planchet con horribles latidos de corazón, ya estás aquí, ¿cómo va de salud?

—Bastante bien, Planchet —dijo D'Artagnan dando un suspiro.

—Espero no habréis sido herido...

—¡Psch!

—¡Ah! —prosiguió Planchet cada vez más alarmado—. ¡La expedición ha sido dura?

—Sí —contestó D'Artagnan.

Un estremecimiento corrió por todo el cuerpo de Planchet.

—Bebería de buena gana —observó el mosquetero alzando lastimeramente la cabeza.

Planchet corrió por sí mismo al armario y sirvió al mosquetero vino en un gran vaso. D'Artagnan miró la botella.

—¿Qué vino es ese? —dijo.

—El que preferís, señor —dijo Planchet—; ese buen vino añejo de Anjou que un día por poco nos cuesta caro a todos.

—¡Ah! —replicó D'Artagnan con triste sonrisa—. Pobre Planchet, ¿debo todavía beber buen vino?

—Vamos, señor —dijo el abacero, haciendo un gran esfuerzo, mientras sus músculos contraídos, la palidez y el temblor manifestaban la más viva angustia—. Vamos, he sido soldado, y por tanto tengo valor; no me hagáis padecer, señor de D'Artagnan; se ha perdido nuestro dinero, ¿no es así?

Antes de responder, D'Artagnan se tomó tiempo, un siglo para el infeliz abacero. Sin embargo, no había hecho más que revolverse en su silla.

—Y si fuese así —dijo moviendo la cabeza de arriba abajo—, ¿qué diríais, pobre amigo mío?

Planchet, de pálido que estaba púsose amarillo. Hubiérase dicho que iba a tragarse la lengua, pues tanto se hinchaba su garganta y tanto se enrojecían sus ojos.

—¡Veinte mil libras! —exclamó—. ¡Veinte mil libras!

D'Artagnan, con el cuello y las piernas estirados y los brazos caídos, parecía la estatua del decaimiento. Planchet arrancó un doloroso suspiro de las cavidades más profundas de su pecho.

—Vamos —dijo—, ya sé lo que hay. Seamos hombres. Esto se acabó, ¿verdad? Lo principal es, señor, que hayáis salvado la vida.

—Sin duda, la vida es algo; pero entre tanto me he arruinado.

—¡Pardiez! Señor —dijo Planchet—, si es así, no hay que desesperarse; os metéis a abacero conmigo, os asocio a mi comercio, dividimos las ganancias, y cuando no haya ganancias, entonces partiremos las almendras, los higos y las ciruelas pasas, y roeremos juntos el último pedazo de queso de Holanda.

D'Artagnan no pudo resistir más.

—¡Pardiez! —exclamó conmovido—. ¡Eres un bravo mozo, Planchet, por mi honor! Veamos, ¿no has representado una comedia? ¿No has visto en la calle, bajo el cobertizo, el caballo de los sacos?

—¿Qué caballo? ¿Qué sacos? —dijo Planchet, cuyo corazón se conmovió a la idea de que D'Artagnan se volviese loco.

—¡Toma! ¡Los sacos ingleses, pardiez! —dijo D'Artagnan radiante y transfigurado.

—¡Ah! ¡Dios santo! —articuló Planchet, retrocediendo ante el fuego deslumbrador de sus miradas.

—¡Imbécil! —exclamó D'Artagnan—. Me crees loco. ¡Diantre! Jamás, por el contrario, he tenido la cabeza más sana, y más alegre el corazón. ¡A los sacos, Planchet; a los sacos!

—¡Pero, qué sacos, Dios santo! D'Artagnan empujó a Planchet hacia la ventana.

—Debajo del cobertizo, allí —le dijo—, ¿no distingues un caballo?

—Sí.

—¿No ves que está cargado?

—Sí, sí.

—¿Ves a uno de tus mozos que conversa con el postillón?

—Sí, sí, sí.

—¡Pues bien! Tú sabes el nombre de ese mozo, puesto que es tuy o; llámalo.

—¡Abdón! ¡Abdón! —llamó Planchet por la ventana.

—Trae el caballo —le apuntó D'Artagnan.

—¡Trae el caballo! —gritó Planchet.

—Ahora, diez libras al postillón —exclamó D'Artagnan con el tono que hubiera usado para mandar una revolución, dos mozos para subir los dos primeros sacos, otros dos para subir los segundos, y vivo, voto va!

—¡Actividad!

Planchet se precipitó por la escalera, como si el diablo le hubiera mordido en las pantorillas. Un momento después la subían los mozos, doblados bajo el peso que conducían. D'Artagnan los mandó a su zaquizamí, cerró cuidadosamente la puerta, y dirigiéndose a Planchet, que a su vez se volvía loco:

—Ahora nosotros dos —le dijo. Y extendió en el suelo una gran cobertura, vaciando encima el primer saco. Otro tanto hizo Planchet con el segundo, y después rompió el tercero D'Artagnan, valiéndose de un cuchillo. Cuando Planchet oyó el seductor ruido de la plata y el oro, cuando vio relucir fuera del saco los brillantes escudos que saltaban como peces fuera de la red, cuando sintió llegar hasta sus pantorillas aquella marea de monedas amarillas y plateadas, le acometió una especie de desmayo, dio una vuelta sobre sí mismo, como herido por el rayo, y se dejó caer pesadamente sobre el enorme montón de monedas, que, bajo su peso, resonó en la estancia con indescriptible ruido.

Planchet había perdido el conocimiento, sofocado por la alegría. D'Artagnan le echó un vaso de vino blanco a la cara, lo cual le volvió al momento a la vida.

En aquel tiempo, lo mismo que hoy, los abaceros llevaban bigote de caballero y barba de lansquenete; solamente los baños de dinero, ya muy raros entonces, se han hecho casi desconocidos en el día.

—¡Cáscaras! —dijo D'Artagnan—. Aquí hay cien mil libras para vos, mi señor consocio.

—¡Oh! ¡Qué hermosa cantidad! Señor de D'Artagnan, ¡qué hermosa cantidad!

—Hace media hora hubiera sentido un poco darte esa cantidad; pero al presente ya no lo siento, porque eres un abacero barbián, Planchet. Vaya, hagamos buenas cuentas, porque, como dicen, las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

—¡Oh! Contadme primero toda la historia —dijo Planchet—; eso debe ser aún más bonito que el dinero.

—No digo que no, a fe mía —replicó D'Artagnan acariciándose el bigote—,

y si alguna vez piensa en mí un historiador para referirla, bien podrá decir que no  
bebió en mala fuente. Escúchame, pues, Planchet, voy a contártela.

—Y yo a hacer montones de monedas —dijo Planchet—. Comenzad, querido  
patrón.

—¡Ea! —dijo D'Artagnan tomando aliento.

—Vamos —dijo Planchet, cogiendo el primer puñado de escudos.

## Capítulo XXXIX

---

### El juego de Mazarino

En un salón del palacio real, tapizado de terciopelo obscuro, que hacía resaltar las molduras doradas de un gran número de hermosos cuadros, se veía la noche misma de la llegada de nuestros dos viajeros a toda la Corte reunida ante la alcoba del cardenal Mazarino, que convidió a jugar al rey y a la reina.

Un biombo separaba tres mesas puestas en el salón, en una de las cuales estaban sentados el monarca y las dos reinas. Luis XIV, sentado enfrente de su joven esposa, sonreía con expresión de soberana felicidad. Ana de Austria jugaba contra el cardenal, y su nuera le ayudaba cuando no sonreía con su marido. El juego del cardenal lo llevaba la condesa de Soissons, y acostado aquél en su lecho, con el semblante demacrado y lánguido, fijaba en las cartas una mirada incesante, llena de interés y de codicia.

El cardenal se había hecho acicalar por Bemouin; pero el colorete, que sólo brillaba en sus pómulos, hacía resaltar mucho más la enfermiza palidez del resto de su rostro y el luciente amarillo de su frente. Tan sólo sus ojos de enfermo tenían un brillo más vivo que de costumbre, y sobre ellos se fijaban de vez en cuando las miradas inquietas de Su Majestad, de la reina y de los cortesanos.

El hecho es que los ojos del signor Mazarino eran las estrellas más o menos resplandecientes sobre las cuales leía su destino la Francia del siglo XVII cada noche y cada mañana.

Su Eminencia no ganaba ni perdía, y por lo mismo, ni estaba alegre ni triste. Esta era una quietud en la cual no hubiese querido dejarle Ana de Austria, que tenía mucha compasión por él; mas para llamar la atención del enfermo con cualquier golpe brillante, hubiera sido preciso ganar o perder. Ganar era peligroso, porque Mazarino hubiera cambiado su indiferencia por algún gesto

desagradable; perder era también peligroso, porque hubiera sido necesario hacer trampas y la infanta que vigilaba el juego de su suegra, se habría admirado de sus buenas disposiciones hacia Mazarino.

Los cortesanos conversaban aprovechándose de esta calma. El señor Mazarino, cuando no estaba de mal humor, era un príncipe benigno, y él, que a nadie impedía cantar con tal que le pagaran, no era bastante tirano para evitar que se hablase, con tal de que se decidiesen a perder.

Charlábase, pues. En la primera mesa el joven hermano del rey, Felipe, duque de Anjou, miraba su linda figura en el espejo de una caja. Su favorito, el caballero de Lorena; apoyado en el sillón del príncipe, escuchaba con secreta envidia al conde de Guiche, otro favorito de Felipe, que relataba en términos escogidos las diversas vicisitudes de fortuna del rey aventurero Carlos II. Refería, como sucesos fabulosos, toda la historia de sus peregrinaciones en Escocia, sus terrores cuando las partidas enemigas seguíanle la pista, las noches pasadas en los árboles y los días de hambre y de combates. Poco a poco la historia de este desgraciado rey había interesado tanto a los oyentes, que el juego se hacía lánguido, aun en la mesa real, y el joven monarca, pensativo y sin prestar atención al parecer, seguía los menores detalles de esta odisea, pintorescamente contada por el conde de Guiche.

La condesa de Soissons interrumpió al narrador, diciéndole:

—Confesad, conde que estáis glosando.

—Señora, solamente cito como un loro las historias que me han contado diferentes ingleses, y aun diré que soy textual como una carpeta.

Carlos II habría muerto si hubiera sufrido todo eso.

Luis XIV alzó su inteligente y orgullosa cabeza.

—Señora —dijo con voz reposada, que aún revelaba al niño tímido—, el señor cardenal os dirá que durante mi minoridad han estado a la ventura los asuntos de Francia... y que si yo hubiese sido mayor habría tenido que echar mano a la espada hasta por mi cena.

—Gracias a Dios —repuso el cardenal, que hablaba por vez primera—, Vuestra Majestad exagera, pues su comida siempre ha estado cocida a punto con la de sus servidores.

El rey se sonrojó.

—¡Oh! —murmuró desde su asiento Felipe aturdidamente y sin dejar de mirarse—. Yo me acuerdo que una vez, en Melun, no se había puesto comida para nadie, y que el rey se comió las dos terceras partes de un pedazo de pan, entregándome la otra.

Viendo sonreír al cardenal, toda la asamblea se echó a reír. A los reyes se les adula con el recuerdo de una angustia pasada como con la esperanza de una fortuna futura.

—De aquí deduciremos que la corona de Francia ha estado sin cesar bien

sostenida en la cabeza de sus reyes —se apresuró a añadir Ana de Austria—, y que esa corona ha caído de la del soberano de Inglaterra; y cuando por ventura oscilaba un poco esa misma corona, porque algunas veces hay temblores de trono, como hay temblores de tierra, cada vez, digo, que la rebelión amenazaba, una buena victoria devolvía la calma.

—Con algunos llorones más para la corona —dijo Mazarino.

El conde de Guiche se calló, el rey compuso su rostro, y Mazarino cruzó una mirada con Ana de Austria, como para darle las gracias por su intervención.

—No importa —dijo Felipe alisándose los cabellos—; mi primo Carlos no es hermoso, pero es valiente, porque se ha batido como un león, y si continúa batiéndose de este modo, nadie duda que concluya por ganar, una batalla... como Rocroy...

—No tiene soldados —replicó el caballero de Lorena.

—El rey de Holanda, su aliado, se los dará. Lo que es yo bien se los habría dado si fuese rey de Francia.

Luis XIV sonrojóse excesivamente.

Mazarino afectó mirar su juego con más atención que nunca.

—A estas horas —repuso el conde de Guiche—, está consumada la fortuna de este infeliz príncipe. Si ha sido engañada por Monk es perdido, y la prisión o la muerte tal vez acabarán lo que el destierro, las batallas y las privaciones, habían empezado.

Mazarino frunció el entrecejo.

—¿Es cosa cierta —dijo Luis XIV—, que el rey Carlos II haya salido de La Haya?

—Muy cierto, Majestad —replicó el joven—. Mi padre ha recibido una carta que le da los pormenores del hecho; hasta se sabe que Su Majestad ha desembarcado en Dover, pues unos pescadores le han visto entrar en el puerto; lo demás todavía es misterio.

—Quisiera saber lo demás —dijo vivamente Felipe—. ¿Vos sabéis, hermano mío?

Luis XIV se sonrojó otra vez. Era la tercera en el espacio de una hora.

—Preguntad al señor cardenal —replicó con acento que hizo alzar los ojos a Mazarino; a Ana de Austria y a todo el mundo.

—Lo cual quiere decir, hijo mío —interrumpió riendo Ana de Austria—, que el rey no permite que se hable de las cosas de Estado fuera del Consejo.

Felipe aceptó de buen grado la fraterna, e hizo sonriendo un ceremonioso saludo, primero a su hermano, y luego a su madre.

Pero Mazarino observó que un grupo iba a formarse en un ángulo del salón, y que el duque de Orléans, con el conde Guiche y el caballero de Lorena, privados de explicarse en voz alta, podían perfectamente decir en voz baja más de lo que fuera necesario. Comenzó, pues, a lanzarles ojeadas llenas de desconfianza y de

inquietud, invitando a Ana de Austria a que arrojara alguna perturbación en el conciliáculo, cuando de pronto entrando Bernouin por la puertecilla del hueco de la cama, dijo al oído de su amo:

—Monseñor, un enviado de Su Majestad el rey de Inglaterra. Mazarino no pudo ocultar una ligera emoción que el rey sorprendió al paso. Para evitar ser indiscreto, menos todavía que para no parecer inútil, Luis XIV se levantó de repente, y acercándose a Su Eminencia le dio las buenas noches.

Toda la asamblea se había levantado con gran ruido de sillas y mesas empujadas.

—Dejad salir poco a poco a todo el mundo —dijo Mazarino en voz baja a Luis XIV—, y concededme unos minutos. Esta misma noche despacho un negocio, del que deseo hablar a Vuestra Majestad.

—¿Y las reinas? —preguntó Luis XIV.

—Y el señor duque de Anjou —repuso Su Eminencia.

Al mismo tiempo saltó al hueco de la cama, cuyas cortinas al caer ocultaronla completamente. El cardenal, entretanto, no había perdido de vista a los conspiradores.

—Señor conde de Guiche —dijo con temblorosa voz al mismo tiempo que se ponía detrás de las cortinas la bata que le presentaba Bernouin.

—Aquí estoy, monseñor —dijo el joven acercándose.

—Tomad mis cartas, pues tenéis suerte esta noche... Y ganadme un poco el dinero de esos señores.

—Sí; monseñor.

El joven se sentó a la, mesa de donde se apartó el rey para charlar con las reinas.

Una partida bastante seria comenzó entre el conde y varios ricos cortesanos.

Felipe hablaba de modas mientras tanto con el caballero de Lorena, y ya se había dejado de oír detrás de las cortinas de la cama el roce de la bata del cardenal.

Su Eminencia había seguido a Bernouin al gabinete inmediato a la alcoba.

## Capítulo XL

---

### Asunto de Estado

Habiendo pasado Su Eminencia a su gabinete, encontró al conde de la Fère, que esperaba muy ocupado en admirar un Rafael hermosísimo puesto sobre un aparador recamado de plata.

El cardenal llegó, ligero y silencioso como una sombra, y sorprendió la fisonomía del conde, como tenía costumbre de hacer, pretendiendo adivinar, por la simple inspección del rostro de su interlocutor, cuál sería el resultado, de la conversación.

Pero esta vez se engañó la esperanza, de Mazarino, y nada absolutamente leyó en el rostro de Athos, ni siquiera el respeto que habitualmente leía en todas las fisonomías.

Athos vestía de negro con sencillo bordado de plata. Llevaba el Espíritu Santo, la Jarretiera y el Toisón de oro, tres Órdenes de tal importancia, que, sólo un rey o un comediante podían reunir.

Mazarino, rebuscó largo tiempo en su memoria un poco turbada para recordar el nombre que debía dar a aquel semblante glacial, y no lo consiguió.

—He sabido —dijo al fin— que me llegaba un mensaje de Inglaterra.

Sentóse, despidiendo a Bernouin y a Brienne, que como secretario se preparaba a llevar la pluma.

—De parte de Su Majestad el rey de Inglaterra, sí, Eminencia.

—Muy correctamente hablás el francés, caballero, para ser inglés —dijo graciosamente Mazarino, mirando siempre al través de sus dedos el Espíritu Santo, la Jarretiera, el Toisón, y sobre todo el semblante del mensajero.

—No soy inglés, sino francés, señor cardenal —respondió Athos.

—¡Cosa extraña! El rey de Inglaterra escoge franceses para sus embajadas;

esto es de excelente agüero. Decidme vuestro nombre, si gustáis, señor.

—Conde de la Fère —dijo Athos saludando más ligeramente de lo que exigía el ceremonial y el orgullo del ministro omnipotente.

Mazarino encogióse de hombros para decir: « no conozco ese nombre» .

Athos no pestañeo.

—Y venís, caballero —prosiguió Mazarino—, para decírmelos...

—Venía de parte de Su Majestad, el rey de la Gran Bretaña, a anunciar al rey de Francia... Mazarino frunció el ceño.

—A anunciar al rey de Francia —continuó Athos imperturbable—, la feliz restauración de Su Majestad Carlos II en el trono de sus padres.

—Sin duda tendréis poderes —observó Su Eminencia con tono breve e inquisidor.

—Sí, monseñor.

La palabra monseñor salía penosamente de labios de Athos, como si lo desollase.

—En ese caso, enseñadlos. Athos sacó un despacho de una bolsa de terciopelo que llevaba debajo de su jubón.

El cardenal alargó la mano.

—Perdón, monseñor —dijo Athos—; mi despacho es para el rey.

—Puesto que sois francés, caballero, debéis saber lo que vale un primer ministro de la Corte de Francia.

—Hubo un tiempo —contestó Athos—, en que yo me ocupaba, en efecto, de lo que valen los primeros ministros; pero he formado, ya hace muchos años, la resolución de no tratar sino con el rey.

—Entonces, caballero —dijo Mazarino, que ya comenzaba a irritarse—, no veréis ni al ministro ni al rey.

Y Su Eminencia se levantó. Athos volvió a meter su despacho en la bolsa, saludó gravemente y dio algunos pasos hacia la puerta. Esta sangre fría exasperó a Mazarino.

—¡Qué raros procedimientos diplomáticos! —exclamó—. ¿Estamos aún en los tiempos en que el señor Cromwell nos enviaba aquellos fanfarrones a guisa de encargados de negocios? Sólo os falta, señor, el morrión en la cabeza y la Biblia en la cintura.

—Señor —replicó Athos—, jamás he tenido yo, como vos, la ventaja de tratar con el señor Cromwell, y no he visto a sus encargados de negocios sino con la espada en la mano; ignoro, pues, cómo trataba con los primeros ministros. Respecto al rey de Inglaterra, Carlos II, sé que cuando escribe a Su Majestad el rey Luis XIV no lo hace a Su Eminencia el cardenal Mazarino; en esta distinción no veo ninguna diplomacia.

—¡Ah! —exclamó Mazarino golpeándose en la frente con la mano—. ¡Ahora me acuerdo!

Athos le miró sorprendido.

—¡Sí, eso es! —murmuró el cardenal, sin dejar de mirar a su interlocutor—. Sí, eso es, sin duda... Os conozco, caballero. ¡Ah, diávolo! Ya no me sorprende.

—Efectivamente, yo me sorprendía que con la excelente memoria de Vuestra Eminencia —respondió Athos sonriendo—, no me hubiese conocido aún.

—Siempre pertinaz y regañón, caballero, caballero. ¿Cómo os llamaban?

—Aguardar... un nombre de río... Potamos... No... un nombre de isla... NEXOS... no, ¡per Jove! ¡Un nombre de montaña...! ¡Athos! ¡Eso es! Estoy encantado de veros otra vez y de no estar ya en Rueil, donde me hicisteis pagar rescate con vuestros condenados cómplices... ¡Fronda! ¡Siempre Fronda! ¡Fronda condenada! ¡Oh! Caballero, ¿por qué, han sobrevivido vuestras antipatías a las mías? Si alguien tuviera de qué quejarse, creo que no seríais vos, que salisteis de allí, no sólo con el bolsillo repleto, sino también con el cordón del Espíritu Santo al cuello.

—Señor cardenal —contestó Athos—, permitidme no entrar en consideraciones de ese orden. Tengo una misión que desempeñar... ¿Me facilitaréis los medios de llevarla a cabo?

—Me asombra —dijo Mazarino muy alegre por haber hecho memoria y no sin punta de malicia—; me sorprende, señor... Athos, que un frondista como vos haya aceptado una misión cerca de Mazarino, como se decía en mejores tiempos...

Y Mazarino se echó a reír, a pesar de una tos dolorosa que cortaba cada una de sus frases convirtiéndolas en sollozos.

—Yo no he aceptado misión sino cerca del rey de Francia, señor cardenal —contestó el conde, con menos acritud, por tener bastantes ventajas para mostrarse moderado.

—Siempre será necesario, señor frondista —dijo alegremente Mazarino—, que del rey... el asunto de que os habéis encargado.

—De que me han encargado, monseñor; yo no corro tras de los asuntos.

—Bueno; será preciso, digo, que esa negociación pase un poco por mis manos... No perdamos un tiempo precioso... Decidme las condiciones.

—He tenido la honra de asegurar a Vuestra Eminencia que sólo la carta de Su Majestad Carlos II contiene la revelación de su deseo.

—¡Vaya! Estáis ridículo con vuestra rigidez, señor Athos... Bien se conoce que habéis, frecuentado al trato de los puritanos de por allá... Vuestro secreto lo sé mejor que vos, y tal vez habéis hecho mal en no tener algunas consideraciones hacia un hombre muy viejo y achacoso, que ha trabajado mucho en su vida y sostenido valerosamente la campaña por sus ideas como vos por las vuestras... ¿No queréis decir nada? Bien. ¿No queréis comunicarme vuestra carta...? Magnífico. Venid conmigo a mi cámara; vais a hablar al rey... y delante del rey... Ahora, oíd una palabra: ¿quién os ha dado el Toisón? Me acuerdo que

pasabais por tener la Jarretiera, pero en cuanto al Toisón, no sabia...

—Recientemente, monseñor, con motivo del matrimonio de Su Majestad Luis XIV, España ha enviado al rey Carlos II un despacho del Toisón en blanco; Carlos II me lo ha transmitido llenando el blanco con mi nombre.

Mazarino se levantó, y, apoyándose en el brazo de Bernouin, entró en su alcoba en el momento en que anunciaban en el salón al señor príncipe. El príncipe de Conde, el primer príncipe de la sangre, el vencedor de Rocroy, de Lens y de Nordlingen, entraba efectivamente en el cuarto del señor Mazarino, seguido de sus gentileshombres, y ya saludaba al rey, cuando el primer ministro levantó la cortina, Athos tuvo tiempo para ver a Raúl, que estrechaba la mano del conde de Guiche, y para cambiar una sonrisa por su respetuoso saludo.

También tuvo tiempo para ver el semblante radiante del cardenal, cuando advirtió ante él, sobre la mesa, una enorme masa de oro que el conde de Guiche había ganado, por rara suerte, desde que Su Eminencia le confió las cartas. De modo que, olvidando embajador, embajada y príncipe, su primer pensamiento fue para el oro.

—¡Cómo! —exclamó el vicio. ¡Todo, esto... todo eso... le ganancia?

—Cosa como de cincuenta mil escudos; sí, monseñor —replicó el conde de Guiche levantándose—. ¡Dejo el puesto a Vuestra Eminencia o continúo?

—¡Dejadlo, dejadlo! ¡Sois un loco, y perderíais todo lo que habéis ganado; diablo!

—Monseñor —dijo el príncipe de Condé saludando.

—Buenas noches, señor príncipe —dijo el ministro con tono ligero—; sois muy amable en hacer una visita a un amigo enfermo.

—¡Un amigo! —murmuró el conde de la Fère viendo con estupor esa alianza monstruosa de palabras—. ¡Amigo, tratándose de Mazarino y de Condé!

El cardenal adivinó el pensamiento del frondista, porque sonrió con aspecto de triunfo y dijo enseguida al rey:

—Majestad, tengo el honor de presentaros al señor conde de la Fère, embajador de Su Majestad Británica... ¡Asunto de Estado, señores! —añadió, despidiendo con la mano a todos los que llenaban el salón, y los cuales, con el príncipe de Condé a la cabeza, eclipsáronse al gesto sólo de Mazarino.

Raúl, después de mirar por última vez al conde de la Fère, siguió al príncipe de Condé.

Felipe de Anjou y la reina parecían consultarse como para salir también.

—Asunto de familia —dijo Mazarino, deteniéndolos en sus asientos—. Este caballero que veis trae al rey una carta, en la cual Carlos II, completamente restaurado en su trono, intenta un enlace entre Monsieur, hermano del rey, y lady Enriqueta, nieta de Enrique IV... ¡Queréis entregar al rey vuestras credenciales, señor conde?

Athos permaneció un momento estupefacto. ¡Cómo podía saber el ministro el

contenido de una carta que no había abandonado un instante? Sin embargo, dueño siempre dé sí mismo, entregó su despacho al rey Luis XIV, que lo tomó ruborizándose. Un silencio solemne reinó en el salón del cardenal, interrumpido tan sólo por el ruido del oro que Mazarino, con su mano seca, apilaba en un cofre, en tanto que el monarca leía.

## Capítulo XLI

---

### El relato

La malicia de Su Eminencia no dejaba muchas cosas que decir al embajador. No obstante, la palabra restauración impresionó al rey, que, dirigiéndose al conde, sobre el cual tenía fijos dos ojos desde su entrada:

—Señor —dijo—, ¿queréis darnos algunos detalles acerca de los asuntos en Inglaterra? Venís del país, sois francés, y las Órdenes que veo brillar en vuestra persona anuncian un hombre de mérito al mismo tiempo que de calidad.

—El caballero —dijo el cardenal volviéndose hacia la reina madre—, es un antiguo servidor de Vuestra Majestad: el señor conde de la Fère.

Ana de Austria era olvidadiza como una reina que pasó la vida entre los huracanes y los días serenos. Miró a Mazarino, cuya mala sonrisa le prometía alguna perversidad, y después solicitó una explicación de Athos por medio de otra mirada.

—El señor —prosiguió el cardenal—, era un mosquetero de Treville al servicio del difunto rey... Conoce perfectamente a Inglaterra, adonde ha hecho muchos viajes en distintas épocas; es persona del más alto mérito.

Estas palabras aludían a todos los hechos que Ana de Austria temía siempre recordar. Inglaterra era su odio a Richelieu y su afecto a Buckingham; un mosquetero de Tréville era la odisea de triunfos que hicieron, latir el corazón de la mujer joven y de los peligros que habían desarraigado a medias el trono de la joven reina.

Mucho poder tenían aquellas palabras, pues hicieron mudas y atentas a todas las personas reales, quienes, con muy diversos sentimientos, se pusieron a repasar al mismo tiempo los misteriosos años que los jóvenes no habían visto, y que los viejos habían creído para siempre olvidados.

—Hablad, caballero —ordenó Luis XIV, que fue el primero en salir de la turbación, de las sospechas y de los recuerdos.

—Sí, hablad —repetió Mazarino, a quien devolvía sus fuerzas y alegría la pequeña maldad que acababa de hacer a Ana de Austria.

—Majestad —dijo el conde—, una especie de milagro ha cambiado los destinos del rey Carlos II. Lo que los hombres no habían podido hacer hasta ahora, Dios se resolvió a llevarlo a cabo. Mazarino tosió.

—El rey Carlos II —prosiguió Athos— salió de La Haya, no como fugitivo ni como conquistador, sino como rey absoluto que, después de un viaje lejos de su reino, vuelve entre las bendiciones universales.

—Gran milagro, efectivamente —dijo Mazarino—, porque si las noticias han sido exactas, el rey Carlos II, que acababa de entrar entre bendiciones, salió entre mosquetazos.

El rey permaneció impasible. Felipe, más joven y más frívolo, no pudo dominar una sonrisa que aduló a Mazarino como un aplauso de su chanza.

—En efecto —dijo el rey—, ha sido un milagro; mas Dios, que tanto hace por los reyes, señor conde, emplea también la mano de los hombres para hacer triunfar sus designios.

—A qué hombre, principalmente, debe Carlos II su restablecimiento?

—¡Cómo! —murmuró el cardenal sin cuidarse para nada del amor propio del rey—. ¿No sabe Vuestra majestad que ha sido el señor Monk?

—Debo saberlo —replicó resueltamente Luis XIV—; y sin embargo, pregunto al señor embajador las causas del cambio del señor Monk.

—Y Vuestra Majestad toca precisamente la cuestión —contestó Athos—, porque sin el milagro de que he tenido el honor de hablar, el señor Monk seguiría, probablemente siendo un enemigo invencible del rey Carlos II. Dios ha querido que una idea singular, atrevida e ingeniosa cayese en el espíritu de cierto hombre, mientras que otra idea, apasionada y animosa, caía en la inteligencia de otro. La combinación de estas dos ideas causó tal cambio en la posición del señor Monk, que, de enemigo encarnizado, se convirtió en amigo del destronado rey.

—Esa es precisamente la noticia que yo pedía —dijo el rey—. ¿Quiénes son esos dos hombres de que habláis?

—Dos franceses, Majestad.

—Es cierto que eso me agrada mucho.

—¡Y las dos ideas! —exclamó Mazarino—. Yo soy más apasionado de las ideas que de los hombres.

—Sí —dijo— el rey.

—La segunda idea, apasionada y valerosa... la menos importante, Majestad, era ir a desenterrar un millón en oro sepultado por el rey Carlos I en Newcastle, y comprar con ese oro el concurso de Monk.

—¡Oh, oh! —exclamó Mazarino reanimado con esta palabra millón—.

Newcastle estaba precisamente ocupado por ese mismo Monk.

—Sí, señor cardenal, y he ahí la razón por que me he atrevido a llamar animosa la idea al mismo tiempo que apasionarla. Tratábase, pues, si el señor Monk despreciaba las ofertas del negociador, de reintegrar al rey Carlos II la propiedad de ese millón, que debía arrancarse a la lealtad y no al legalismo del general Monk. Esto se hizo, a pesar de algunas dificultades; el general fue leal y dejó que se llevasen el oro.

—Creo —dijo el rey pensativo y tímido— que Carlos II no tenía conocimiento de ese millón durante su permanencia en París.

—Me parece —repuso el cardenal maliciosamente— que Su Majestad el rey de la Gran Bretaña sabía perfectamente la existencia del millón, pero que prefería dos millones.

—Majestad —contestó Athos con firmeza—, Su Majestad el rey Carlos II se ha visto en Francia de tal manera pobre, que ni tenía dinero para tomar posta; de tal manera desnudo de esperanzas, que a veces pensó en morir. Tanto ignoraba la existencia del millón de Newcastle, que sin un caballero, súbdito de Vuestra Majestad, depositario moral del millón, y que reveló el secreto a Carlos II, aún vegetaría ese príncipe en el más cruel olvido.

—Pasemos a la idea ingeniosa, singular y atrevida —interrumpió Mazarino, cuya sagacidad se presentaba en derrota—. ¿Cuál era?

—Hela aquí... Siendo el señor Monk el único obstáculo al restablecimiento de Su Majestad el rey destronado, un francés pensó en suprimir ese obstáculo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ese francés es un malvado! —dijo el cardenal—. Y la idea no es de tal modo ingeniosa que no haga colgar o enredar a su autor en la plaza de la Grève, por sentencia del Parlamento.

—Se equivoca Vuestra Eminencia —dijo secamente Athos—; yo no he dicho que el francés en cuestión estuviese resuelto a asesinar al señor Monk, sino a suprimirlo. Las palabras de la lengua francesa tienen un valor que conocen absolutamente los caballeros de Francia. Por otra parte, éste es un negocio de guerra, y cuando se sirve a los reyes contra sus enemigas, no se tiene por juez al Parlamento... sino a Dios. Así es que ese caballero francés imaginó apoderarse de la persona del señor Monk, y ejecutó su plan.

El rey animábbase con la relación de las acciones hermosas.

El joven hermano de Su Majestad dio un puñetazo sobre la mesa exclamando:

—¡Ah! ¡Eso es hermoso! ¡Robó a Monk? —dijo el rey—. Pero él estaba en su campamento...

—Y el caballero estaba solo, Majestad:

—¡Soberbio! —dijo Felipe.

—¡En efecto, maravilloso! —exclamó el rey.

—¡Bueno! Ahí están dos leoncillos desencadenados —murmuró el cardenal.

Y con aire de despecho, dijo:

—Ignoro esos pormenores; ¿garantizáis su autenticidad, caballero?

—Con tanto más gusto, señor cardenal, cuanto que he presenciado los acontecimientos.

—¿Vos?

—Sí, monseñor.

El rey se había acercado involuntariamente al conde; el duque de Anjou también había dado una vuelta, aproximándose a Athos por el otro lado.

—¿Y luego, señor, y luego? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Majestad, siendo cogido el señor Monk por el francés, fue llevado al rey Carlos II en La Haya. El rey devolvió la libertad al señor Monk, y el general, reconocido, dio en cambio a Carlos II el trono de la Gran Bretaña, por el cual habían combatido tantos hombres de mérito sin resultado alguno.

Felipe palmoteó, entusiasmado. Más reflexivo Luis XIV, se volvió hacia el conde la Fère:

—¿Es verdad —dijo— en todos sus detalles?

—Absolutamente, Majestad.

—¿Conque uno de mis gentileshombres conocía el secreto del millón y lo había guardado?

—Sí, Majestad.

—¿El nombre de ese caballero?

—Vuestro servidor —dijo Athos.

Un murmullo de admiración llegó a henchir el corazón de Athos. El mismo Mazarino había alzado los brazos al cielo.

—Señor —dijo el rey—, buscaré y trataré de encontrar un medio para recompensaros.

Athos hizo un movimiento.

—No de vuestra probidad —prosiguió el rey—, porque os humillaría ser pagado por esto; pero os debo una recompensa por haber contribuido a la restauración de mi hermano Carlos II.

—Verdaderamente —dijo Mazarino.

—Triunfo de una buena causa, que colma de alegría a toda la casa de Francia —dijo Ana de Austria.

—Continúo —dijo Luis XIV—. ¿Es verdad también que un solo hombre haya penetrado hasta Monk, en su campamento, y que lo haya robado?

—Ese hombre tenía diez auxiliares que había encontrado en un rango inferior.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y se llama?

—Señor de D'Artagnan, en otro tiempo teniente de mosqueteros de Vuestra Majestad.

Ana de Austria ruborizóse, Mazarino se puso amarillo, Luis XIV se asombró y cayó una gota de sudor de su pálida frente.

—¡Qué hombres! —murmuró. Y lanzó inadvertidamente al ministro una ojeada que lo hubiera espantado, si Mazarino no hubiese tenido en aquel momento oculta la cabeza bajo la almohada.

—Señor —exclamó el joven duque de Anjou, poniendo su mano, blanca y delicada como la de una mujer, sobre el brazo de Athos—, decid de mi parte a ese hombre valiente, que Monsieur, hermano del rey, beberá mañana a su salud en presencia de los cien mejores hidalgos de Francia.

Y conociendo el joven, al concluir estas palabras, que el entusiasmo le había descompuesto uno de sus puños de encaje, se ocupó en componerlo con el mayor cuidado.

—Tratemos de negocios, Majestad —interrumpió Mazarino, que ni se entusiasmaba ni tenía puños de encaje.

—Sí, señor —replicó Luis XIV—. Decid vuestra comunicación, señor conde repuso volviéndose a Athos.

Athos comenzó, en efecto, y propuso solemnemente la mano de lady Enriqueta Estuardo al joven príncipe, hermano del rey.

La conferencia duró una hora, después de la cual abriéronse las puertas de la cámara a los cortesanos, que volvieron a sus puestos, como si nada se hubiera suprimido para ellos de las ocupaciones, de aquella noche.

Athos se encontró entonces cerca de Raúl, y el padre y el hijo pudieron estrecharse la mano.

## Capítulo XLII

---

### Mazarino hace pródigo

Mientras Mazarino procuraba reponerse de la fuerte alarma que acababa de tener, Athos y Raúl conversaban en un rincón de la sala.

—¿Con que estáis en París, Raúl? —dijo el conde.

—Sí, señor, desde que vino el príncipe.

—No puedo conversar con vos en este sitio, donde nos observan; pero ahora mismo me marcho a casa, donde os aguardo tan pronto como os lo permita el servicio.

Raúl se inclinó. El príncipe iba derecho a ellos. Éste tenía aquella mirada clara y profunda que distingue a las aves de rapiña de especie noble, y su misma fisonomía presentaba algunos rasgos distintivos de esta semejanza. Se sabe qué el príncipe de Condé tenía la nariz aguileña; aguda e incisiva, y una frente levemente rápida, más bien baja que elevada, lo cual, según decían los maldicentes de la Corte, gente inexorable hasta para con el genio, constituía más bien un pico de águila que una nariz humana, en el heredero de los famosos príncipes de la casa de Condé.

Esta mirada penetrante, esta expresión imperiosa de toda su fisonomía, turbaba generalmente a aquellas a quienes el príncipe dirija la palabra, más que lo hubiera hecho la majestad o la regular belleza del vencedor de Rocroy. Además, destellaban tan rápidamente sus ojos salientes, que toda la animación del príncipe parecía a la de la cólera. A causa, pues, de está cualidad, todo el mundo en la corte reverenciaba al señor príncipe, y no viendo muchos en él mas que al hombre, llevaban el respeto hasta el terror.

Luis de Condé se adelantó hacia el conde de la Fère y Raúl con intención de ser saludado por el uno y dirigir la palabra al otro.

Nadie saludaba con más gracia que el conde de la Fère, pues desdeñaba poner en una reverencia todos los caracteres que un cortesano toma ordinariamente del deseo de agradar. Athos conocía su valor personal y saludaba a un príncipe como a un hombre, corrigiendo con alguna cosa simpática e indefinible lo que podía molestar el orgullo del rango supremo en la inflexibilidad de su actitud.

El príncipe iba a hablar a Raúl; Athos se adelantó, y dijo:

—Si el señor vizconde de Bragelonne no fuera uno de los muy humildes servidores de Vuestra Alteza, le suplicaría que pronunciase mi nombre delante de vos... señor príncipe.

—Tengo el honor de hablar al señor conde de la Fère —dijo enseguida Condé.

—Mi protector —repuso Raúl ruborizándose.

—Uno de los hombres más virtuosos del reino —continuó el príncipe—; uno de los primeros caballeros de Francia, y del cual he oído decir tanto bueno, que a veces he deseado contarla en el número de mis amigos.

—Honor de que no sería digno, monseñor —replicó Athos—, sino por mi respeto y por mi admiración hacia Vuestra Alteza.

—El señor de Bragelonne —dijo el príncipe—, es un excelente oficial que, como se ve, ha tenido buena escuela. Allí Señor conde, en vuestro tiempo los generales tenían soldados...

—Es cierto, monseñor; pero hoy los soldados tienen generales.

Este cumplimiento hizo estremecer de alegría a un hombre que ya toda Europa miraba como un héroe, y a quien no podía hacer ningún efecto la alabanza.

—Es muy sensible para mí —replicó el príncipe— que os hayáis retirado del servicio, señor conde; porque será preciso que el rey se ocupe de una guerra con Holanda o con Inglaterra, y no faltarían ocasiones, para un hombre como vos, que conoce tan bien la Gran Bretaña como a Francia.

—Creo poder deciros, monseñor, que he obrado cueradamente retirándome del servicio —dijo Athos sonriendo—. Francia y la Gran Bretaña van a vivir ahora como hermanas, si he de creer en mis presentimientos.

—¿Vuestros presentimientos?

—Escuchad, monseñor, lo que dicen allí en la mesa del señor cardenal.

—¿En el juego?

—En el juego... sí, monseñor.

El cardenal acababa, en efecto, de levantarse sobre un codo, y de hacer una señal al joven hermano del rey, que se acercó a él.

—Monseñor —dijo el cardenal—, os suplico que reunáis todos esos escudos de oro.

Y designaba el enorme montón de piezas amarillas y brillantes que el conde de Guiche había ganado paulatinamente en su presencia, gracias a una suerte de

las más decididas.

—¿Para mí? —exclamó el duque de Anjou.

—Si, monseñor, esos cincuenta mil escudos son para vos.

—¿Me los dais?

—He jugado para vos, monseñor —replicó el cardenal debilitándose poco a poco, como si el esfuerzo de dar este dinero le hubiese agotado todas las facultades físicas y morales.

—¡Oh! ¡Dios santo! —murmuró Felipe casi aturdido de alegría—. ¡Qué día tan feliz!

Y haciendo una especie, de rasero con sus dedos, reunió una parte de la suma y se llenó los bolsillos... A pesar de esto, quedó sobre la mesa más de la tercera parte.

—Caballero —dijo Felipe a su favorito el de Lorena—, venid. Acudió el favorito.

—Embolsaos el resto —dijo el príncipe.

Esta escena singular no fue considerada por ninguno de los concurrentes sino como una interesante fiesta de familia. Su Eminencia se daba aires de padre con los hijos de Francia, y los dos jóvenes príncipes habían crecido bajo sus alas. Nadie imputó, pues, a orgullo, ni aun a impertinencia, como haríase hoy, esta liberalidad del primer ministro.

Los cortesanos se contentaron con tener envidia... El rey volvió la cara a otro lado.

—Never he tenido tanto dinero —dijo con alegría el joven príncipe, atravesando la cámara con su favorito para llegar a su carroza—. ¡No! ¡Jamás...! ¡Cómo pesan estos cincuenta mil escudos!

—¿Mas por qué da el señor cardenal todo ese dinero de un golpe? —preguntó en voz baja el príncipe al conde de la Fère—. ¡Debe estar muy enfermo el querido cardenal monseñor, muy enfermo sin duda; además tiene muy mala cara como puede ver Vuestra Alteza!

—Ciento... Pero se morirá de eso... ¡Ciento cincuenta mil libras! ¡Oh! Es cosa increíble: ¿Veamos por qué, conde? Buscad una razón.

—Monseñor, suplico tengáis paciencia; por aquí viene el señor duque de Anjou charlando con el caballero de Lorena; no me sorprendería que me ahorrasen ellos el trabajo de ser indiscreto. Escuchadles.

Efectivamente, el caballero decía a media, voz al príncipe:

—Monseñor, no es natural que Mazarino de tanto dinero. Tened cuidado; vais a dejar caer las monedas, monseñor: ¿Qué quiere el cardenal de vos para ser tan generoso?

—Cuando yo os lo decía —dijo Athos al oído del príncipe—; quizá den ellos la respuesta a vuestra pregunta.

—Decidme, monseñor —añadió con impaciencia el caballero, que calculaba

sopesando en el bolsillo la parte de dinero que le había tocado de, rechazo.

—Querido caballero, regalo de boda.

—¡Cómo, regalo de boda!

—Sí. ¡Me caso! —murmuró el duque de Anjou, sin advertir que en aquel mismo momento pasaba por delante del príncipe y de Athos, que le saludaron profundamente.

El caballero dirigió al joven duque una mirada tan extraña y rencorosa, que el conde de la Fère se estremeció.

—¡Vos! ¡Vos, casares? —exclamó—. ¡Oh! Imposible... ¡Haría tal locura?

—¡Ba! No soy yo quien la hago; me la hacen hacer —replicó el duque de Anjou—. Ven pronto; vamos a gastar el dinero.

Y luego desapareció con su compañero, riendo y charlando, mientras todas las frentes se inclinaban a su paso.

Entonces dijo el príncipe con voz muy baja a Athos:

—¿Es este el secreto?

—No soy yo quien lo ha dicho, monseñor.

—¿Se casa con la hermana de Carlos II?

—Me parece que sí.

El príncipe reflexionó un momento y sus ojos lanzaron un vivo relámpago.

—Ea —dijo con lentitud, como si hablase consigo mismo—, otra vez la espada en la vaina... ¡y por mucho tiempo!

Y suspiró.

Todo lo que contenía este suspiro de ambiciones sordamente sofocadas, de ilusiones extinguidas y de esperanzas burladas, sólo Athos lo adivinó, porque sólo él oyó el suspiro.

Luego se despidió del príncipe y se marchó el rey.

Athos, con una seña que hizo a Bragelonne, le renovó la invitación hecha al principio de esta escena. Poco a poco quedó desierta la cámara, y el cardenal, presa de padecimientos que ya no pensaba disimular, gritó con voz apagada:

—¡Bernouin! ¡Bernouin!

—¿Qué quiere Vuestra Eminencia?

—Guénaud... ¡Que llamen a Guénaud! —dijo su Eminencia—; creo que voy a morir.

Bernouin, azorado, corrió al gabinete a dar la orden, y el picador que salió a buscar al médico cruzóse con la carroza del rey en la calle de San Honorato.

## Capítulo XLIII

---

Guénaud

L a orden de Su Eminencia era urgente; Guénaud no se hizo esperar.

Halló a su enfermo tendido en el lecho, con las piernas hinchadas, lívido, y él estómago comprimido. Mazarino acababa de sufrir un rudo ataque de gota. Padecía atrozmente y con la impaciencia del hombre no acostumbrado a resistencias. A la llegada de Guénaud:

—¡Ah! —dijo—. ¡Me ha salvado!

Guénaud esa un hombre muy sabio y prudente, que no necesitaba de las críticas de Boileau para tener reputación. Cuando estaba enfrente de la enfermedad, aunque estuviese personificada en un soberano, trataba al enfermo sin miramientos. Nada, pues, replicó, como el ministro esperaba. Por el contrario, examinando al enfermo con aire muy grave.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—¿Qué es eso, Guénaud? Me asustáis.

—Vuestro mal, monseñor, es muy peligroso.

—La gota... ¡Oh! Sí, la gota.

—Con complicaciones, monseñor.

Mazarino se incorporó sobre un codo, interrogando con la mirada y con el gesto.

—¿Cómo? ¿Estoy más malo de lo que yo mismo creo?

—Monseñor —dijo Guénaud sentándose junto a la cama—, Vuestra Eminencia ha trabajado en su vida; Vuestra Eminencia ha sufrido mucho.

—Mas no soy tan viejo, me parece... El difunto señor de Richelieu tenía diecisiete meses menos que yo cuando murió, y murió de enfermedad mortal. Yo soy joven, Guénaud; apenas tengo cincuenta y dos años.

—Monseñor, mucho más de eso tenéis... ¿Cuánto tiempo duró la Fronda?

—¿Y con qué propósito me hacéis esa pregunta?

—Para un cálculo médico, monseñor.

—Unos diez años... poco más o menos.

—Perfectamente, tened la bondad de contar cada año de Fronda por tres... son treinta; veinte y cincuenta y dos son ochenta y dos años, monseñor, y ya es edad avanzada.

Diciendo esto tomaba el pulso al enfermo. Este pulso estaba lleno de tan tristes pronósticos, que el médico prosiguió al instante a pesar de las interrupciones del doliente:

Pongamos los años de Fronda a cuatro cada uno; son noventa y dos años los que habéis vivido. Mazarino púsose muy pálido y dijo con voz apagada:

—¿Habláis seriamente, Guénaud?

—¡Ah! Sí, monseñor.

—¿Luego, tomáis un rodeo para anunciararme que estoy muy malo?

—A fe que sí, monseñor; y con un hombre del talento y del valor de Vuestra Eminencia no se debería andar con rodeos.

El cardenal respiró tan difícilmente que causó lástima al mismo inexorable doctor.

—Hay enfermedades y enfermedades —repuso Mazarino—. De algunas se escapa.

—Es verdad, monseñor:

—¿No es eso? —exclamó Maza—. Sino casi alegre.

—Porque en fin, ¿de qué serviría el poder, la fuerza de voluntad...? ¿De qué aprovecharía el genio, vuestro genio, Guénaud? ¿De qué, en fin, sirven la ciencia y el arte, si el enfermo que dispone de todo no puede salvarse del peligro?

Guénaud iba a abrir la boca, pero prosiguió Mazarino:

—Pensad en que soy el más confiado de vuestros clientes; pensad que os obedezco ciegamente, y que por tanto.

—Sé todo eso —dijo Guénaud.

—¿Conque me curaré?

—Monseñor, no hay fuerza ni voluntad, ni poder, ni genio, ni ciencia que resistan al mal que Dios envía sin duda, o que arrojó sobre la tierra en la creación, con pleno poder de destruir y matar a los hombres. Orando el mal es mortal, mata y nadie puede impedirlo.

—¿Mi mal... es... mortal? —pregunto Mazarino.

—Sí, monseñor.

Su Eminencia abatióse un momento, como el infeliz a quien ha magullado una columna al caer. Pero era, un alma bien templada y un espíritu muy sólido el del señor Mazarino.

—Guénaud —dijo incorporándose—, no me concederéis que apele de

vuestro juicio.

Quiero reunir a los hombres más sabios de Europa, quiero consultarlos... quiero vivir, en fin, en virtud de cualquier clase de remedio.

—No creáis, monseñor —dijo Guénaud—, que yo tengo a pretensión de haber fallado sólo sobre una existencia preciosa como la vuestra; he reunido a todos los buenos doctores y prácticos de Francia y de Europa... Eran doce.

—¿Y qué han dicho?

—Han dicho que Vuestra Eminencia estaba atacado de enfermedad mortal; tengo la consulta firmada en mi cartera. Si queréis tomar conocimiento de ella, leeréis los nombres de todas las enfermedades incurables que hemos descubierto. Primero...

—¡No! ¡No! —murmuró Mazarino rechazando el papel—. ¡No, Guénaud, me rindo!

Y un profundo silencio, durante el cual reanimábase el cardenal y reparaba sus fuerzas, sucedió a las agitaciones de esta escena.

—Hay otra cosa —murmuró Mazarino—; hay empíricos, los charlatanes. En mi país, aquellos a quienes abandonan los doctores corren a la ventura de un vendedor de brebajes, que diez veces los matan, pero que dos salvan ciento.

—¿No ha notado Vuestra Eminencia que hace un mes he cambiado diez veces de remedios?

—Si, ¿y qué?

—Que he gastado cincuenta mil libras en comprar secretos de todos esos tunantes; la lista se ha agotado y mi bolsa también. No habéis sanado y sin mi arte estaríais muerto.

—Esto se acabó —dijo el cardenal—, se acabó...

—Y derramó en derredor suyo una mirada sombría sobre sus riquezas.

—¡Será necesario abandonar todo esto! —dijo suspirando—. Soy muerto, Guénaud, soy muerto.

—¡Oh! Aún no, monseñor —dijo el médico.

Mazarino le cogió la mano.

—¿Dentro de cuánto tiempo? —preguntó clavando sus ojos extremadamente abiertos en el rostro impasible del médico.

—Monseñor, eso no se dice nunca.

—A los hombres vulgares, no; pero a mí... a mí, para quien cada minuto vale un tesoro, ¡dímelo, Guénaud, dímelo!

—No, monseñor, no.

—Lo quiero, te digo. ¡Oh! Dame un mes, y por cada uno de esos treinta días te pagaré cien mil libras.

—Monseñor —replicó Guénaud, con voz firme—. ¡Dios es quien os da los días de gracia, y no yo! Dios no os da más que quince días.

—¡Gracias, Guénaud, gracias!

El médico iba a marcharse cuando, incorporándose, le dijo con los ojos encendidos:

—¡Silencio, silencio!

—Monseñor, hace dos meses que sé el secreto; ya veis que lo he guardado bien.

—Vete Guénaud, yo tendré cuidado de tu fortuna; vete, y dile a Brienne que me envíe a un dependiente llamado Colbert. Anda.

## Capítulo XLIV

---

Colbert

Colbert no se encontraba lejos. Durante toda la noche había estado en un corredor charlando con Bernouin y con Brienne, y comentando, con la acostumbrada habilidad de los cortesanos, las noticias que se presentaban como burbujas, de aire sobre el agua en la superficie de cada acontecimiento. Ya es hora de trazar en pocas palabras uno de los retratos más interesantes de aquel siglo, y trazarlo con tanta verdad como quizás hubieran podido hacerlo los pintores contemporáneos. Colbert fue un hombre sobre el cual tienen igual derecho moralistas e historiadores.

Tenía trece años más que Luis XIV, su futuro amo. Era de regular estatura, más bien flaco que grueso, de ojos hundidos, cara pequeña y cabellos fuertes, negros y ralos, lo cual, como dicen los biógrafos de su época, le obligó a gastar gorro antes de tiempo. Una mirada preñada de severidad y aun de dureza; una especie de gravedad que, para los inferiores, era orgullo, y, para los superiores, afectación de virtud; ceño para todas las cosas, aun cuando estuviera sólo mirándose en un espejo; he aquí todo lo relativo al exterior del personaje. En lo moral, se exageraba la profundidad de su talento para las cuentas, su ingenio para hacer producir la misma esterilidad.

Colbert pensó obligar a los gobernadores de las plazas fronterizas a que alimentasen a las guarniciones sin soldados, de lo que sacaban de las contribuciones. Una cualidad tan hermosa proporcionó la idea al señor cardenal Mazarino de reemplazar a Joubert, su intendente, que acababa de morir, por el señor Colbert, que sabía escatimar tan peregrinamente.

Poco a poco lanzábase Colbert a la Corte, a pesar de la medianía de su nacimiento; pues era hijo de un vinatero, como su padre, que después fue pañero,

y más tarde sedero.

Colbert, destinado primero al comercio, fue dependiente en casa de un mercader de Lyon, a quien abandonó para ir a París al estudio de un procurador del Chatelet, llamado Biterne. Así fue como aprendió el arte de rectificar cuentas y el más interesante de embrollarlas.

Aquel ceño de Colbert le proporcionó mucho bien; tan cierto es que la fortuna, cuando tiene un capricho parecése a esas mujeres de la antigüedad, cuya fantasía no deseaba nada en lo físico ni en lo moral de las cosas y de los hombres. Ocupado Colbert en casa de Miguel Letellier, secretario de Estado en 1648, por su primo Colbert, señor de Saint-Penange, que la favorecía, recibió un día del ministro una comisión para el señor Mazarino.

Su Eminencia el cardenal gozaba entonces de una salud perfecta, y los malos años de la Fronda, aún no se habían triplicado ni cuadruplicado para él. Estaba entonces en Sedan madurando una intriga de Corte, en la que Ana de Austria parecía querer abandonar su causa.

Letellier tenía los hilos de esta intriga.

Acababa de recibir una carta de Ana de Austria, carta muy importante para él y demasiado comprometida para Mazarino; pero como ya representaba el doble papel que tan bien le servía, y como siempre manejaba a dos adversarios para sacar partido de uno y de otro, ya embollándolos más que antes lo estaban, ya reconciliándolos, Miguel Letellier quiso enviar a Mazarino la carta de Ana de Austria, a fin de que tuviese conocimiento de ella, y por tanto a fin de que le supiese agradecer un servicio tan galantemente prestado.

Enviar la carta era cosa fácil; recobrarla después de la comunicación era lo difícil. Letellier espació la vista en derredor suyo, y viendo al dependiente negro y pobre que garabateaba en su bufete con la frente ceñuda, le prefirió al mejor gendarme para la ejecución de su designio.

Colbert debía partir para Sedan con orden de dar la carta a Mazarino y volvérse a traer a Letellier.

Escuchó su consigna con escrupulosa atención, se la hizo repetir dos veces, e insistió en la pregunta de saber si volver a traer era tan preciso como entregar, a lo cual dijo Letellier:

—Más necesario.

Entonces partió, viajó como un correo sin cuidarse de su cuerpo, y entregó al cardenal, primero una esquela de Letellier que le anunciaba la remisión de la carta, y después la carta misma.

Mazarino sonrojóse mucho leyendo la carta de Ana de Austria, dejó ver su graciosa sonrisa y despidió a Colbert:

—¿Cuándo vuelvo por la respuesta, monseñor? —dijo con humildad el mensajero.

—Mañana.

—¿Por la mañana?

El dependiente dio media vuelta y se fue.

A las siete de la mañana siguiente ya estaba esperando en su puesto. Mazarino le hizo aguardar hasta las diez. Colbert no pestañeó en la antecámara; cuando le llegó el turno, entró.

Entonces le entregó Mazarino un paquete cerrado, en cuya cubierta iban escritas estas palabras: « Al señor Miguel Letellier, etc...» .

Colbert miró el paquete con mucha atención; Mazarino le hizo un gesto encantador y lo llevó hacia la puerta.

—¿Y la carta de la reina madre, monseñor? —preguntó Colbert.

—Ahí va con todo lo demás, en el paquete —respondió Mazarino.

—¡Ah! Muy bien —replicó Colbert.

Y, colocándose el sombrero entre las rodillas, se puso a abrir el paquete. Mazarino dio un grito.

—¿Qué hacéis? —preguntó brutalmente.

—Abrir el paquete, monseñor.

—¿Desconfiáis de mí, señor mío? ¡Habrás visto semejante impertinencia!

—¡Oh! Monseñor, no os enfadéis contra mí. No es ciertamente la palabra de Vuestra Eminencia lo que pongo en duda, ¡no lo permita Dios!

—Pues qué, entonces?

—La exactitud de vuestra cancillería, monseñor. ¿Qué es una carta? Un miserable papelillo. ¿Y no puede olvidarse un papelillo? Y mirad, monseñor, ¡mirad si me equivocaba! ¡Vuestros dependientes han olvidado el papelillo; la carta no se encuentra en el paquete!

—Sois un miserable y nada habéis visto —exclamó Mazarino—. Retiraos y esperad mis órdenes.

Diciendo estas palabras con cierta sonrisa enteramente italiana, arrancó el paquete de manos de Colbert y entró en sus habitaciones.

Pero su ira no podía durar tanto que no fuese reemplazada algún día por el razonamiento.

Al abrir Mazarino todas las mañanas la puerta de su gabinete, hallaba de centinela la figura de Colbert, y esta figura desagradable le pedía humildemente, pero con tenacidad la carta de la reina madre.

El cardenal no pudo resistir más y la entregó acompañando la restitución con una reprimenda de las más duras, durante la cual Colbert se contentó con examinar, investigando y aun ajando el papel, los caracteres y la firma, ni más ni menos que si hubiese estado tratando con el mayor falsario del reino. Mazarino lo trató más duramente todavía, y Colbert, impasible, habiendo adquirido la certidumbre de que la carta era la verdadera, marchóse como si se hubiera vuelto sordo.

Esta conducta le valió después el puesto de Joubert, porque Mazarino, en vez

de guardarle rencor, admiró y deseó atraerse fidelidad tan notable.

Por esta sola anécdota puede verse lo que era el espíritu de Colbert. Los acontecimientos desarrollándose poco a poco, dejaron funcionar libremente todos los resortes de ese espíritu.

Colbert no tardó mucho en insinuarse en los favores del cardenal; le llegó a ser hasta indispensable. Todas sus cuentas las llevaba el empleado, sin que el cardenal le hubiese hablado jamás de ellas. Tal secreto entre ellos dos, era un poderoso lazo, y por esta razón, próximo a verse ante el afino del otro mundo, quiso Mazarino tomar un partido y un buen consejo para disponer de lo que se veía obligado a dejar en éste.

Después de la visita de Guénaud llamó, pues, a Colbert, y le hizo sentar, diciéndole:

—Charlemos seriamente, porque estoy enfermo y podría suceder que muriera.

—El hombre es mortal —replicó Colbert.

—Siempre lo he tenido presente, señor Colbert, y siempre he trabajado con semejante previsión... Ya sabéis que he reunido algunos bienes.

—Lo sé, monseñor.

—¿En cuánto estimáis, esos bienes, poco más o menos, señor Colbert?

—En cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios —contestó Colbert.

El cardenal dio un gran suspiro y miró a Colbert con admiración; pero dejó escapar una sonrisa.

—Dinero contante —repuso Colbert respondiendo a esta sonrisa.

El cardenal se estremeció en su lecho.

—¿Qué entendéis por eso? —preguntó.

—Entiendo —dijo Colbert—, que además de esos cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios, existen otros trece millones que no se conocen.

—¡Uf! —suspiró Mazarino—. ¡Qué hombre!

En este instante apareció en el umbral la cabeza de Bernouin.

—¿Qué hay? —preguntó Mazarino—: ¿Por qué me interrumpen?

—El padre teatino, director de Su Eminencia, ha sido llamado para esta noche, y no podrá volver hasta pasado mañana, monseñor.

Mazarino miró a Colbert, que al instante tomó el sombrero diciendo:

—Volveré, monseñor.

Mazarino vaciló un momento.

—No, no —dijo—; tanto tengo que hacer con vos como con él. Además, sois mi segundo confesor, y lo que digo al uno puede oírlo el otro. Permaneced, Colbert.

—Monseñor ¿consentiría el director, aunque no haya secreto de penitencia?

- No os turbéis por eso; entrad en el hueco de la cama.
- Puedo aguardar fuera, monseñor.
- No, no, vale más que oigáis la confesión de un hombre honrado.
- Colbert se inclinó y pasó adonde le habían ordenado.
- Que entre el padre teatino —dijo el cardenal corriendo las cortinas.

## Capítulo XLV

### Confesión de un hombre honrado

El padre teatino entró resueltamente y sin sorprenderse mucho del ruido y movimiento que la inquietud sobre la salud de Su Eminencia habían producido en su casa.

—Venid, reverendo —dijo Mazarino después de mirar por última vez el espacio entre la cama y la pared—, venid a consolarme.

—Ese es mi deber, monseñor —replicó el teatino.

—Comenzad por sentaros cómodamente, porque voy a principiar por una confesión general; enseguida me daréis una buena absolución y me quedaré más tranquilo.

—Monseñor —dijo el reverendo—, no estáis tan malo como para que sea urgente una confesión general... Eso os molestará mucho; tened cuidado.

—¿Suponéis que será larga, reverendo?

—¿Cómo ha de ser de otro modo, cuando se ha vivido tan completamente como Vuestra Eminencia?

—¡Ah! Es cierto... Sí, el relato puede ser largo.

—La misericordia de Dios es grande —gangueó el teatino.

—Mirad —dijo Mazarino—; yo mismo empiezo ya a espantarme de haber dejado pasar tantas cosas que el Señor podía reprobar.

—¡Verdad es! —dijo cándidamente el padre teatino apartando de la luz su semblante fino y puntiagudo como el de un topo—. Así son los pecadores: primero olvidadizos, y luego escrupulosos, cuando es ya demasiado tarde.

—¿Los pecadores? —replicó el cardenal—. ¿Me decís eso con ironía y para echarme en cara todas las genealogías que me he atribuido... yo, hijo de pescador, en efecto?

—¡Hum! —murmuró el padre teatino.

—Ya es éste un pecado, padre; porque en, fin, he sufrido que me hicieran descender de los antiguos cónsules de Roma, T. Geganio Macerino I, Macerino II, y Pióculo Macerino III, de quienes se ocupa la crónica de Haolder, de Macerino a Mazarino era tentadora la proximidad. Macerino, diminutivo, quiere decir delgadito. ¡Oh! Padre mío; Mazarino bien puede significar hoy en aumentativo, ¡flaco como un Lázaro! ¡Mirad!

Y le mostró sus brazos descarnados y sus piernas devoradas por la fiebre.

—Nada veo de malo para vos —repuso el teatino—, en que hayáis nacido de una familia de pescadores... pues al fin, San Pedro era pescador, y si vos sois príncipe de la Iglesia, monseñor, él fue su jefe supremo. Adelante, si os parece.

—Tanto más cuanto que amenace con la Bastilla a un tal Bounet, sacerdote de Aviñón, que quería publicar una genealogía de la Casa Mazarini en extremo maravillosa...

—¿Para ser verosímil? —replicó el teatino.

—¡Oh! Entonces; si hubiese obrado con aquella idea, habría vicio de orgullo... otro pecado. Sería más bien exceso de talento, y nunca se puede echar en cara a nadie ese género de abusos: pasemos a otro, pasemos.

—Estaba en el orgullo... Ya veis, reverendo, que trato de dividir esto en pecados capitales.

—Me placen las divisiones bien hechas.

—Me alegro. Es menester que sepáis que en 1630, ¡hace treinta y un años...!

—Entonces teníais veintinueve, monseñor.

—Edad ardiente. Yo me convertí en soldado arrojándome en medio de los arcabuzazos para demostrar que montaba a caballo tan bien como un oficial. Ciento es que llevaba la paz a los españoles y a los franceses, lo cual disminuye un poco mi pecado.

—Yo no veo el menor pecado en demostrar que se sabe montar a caballo —repuso el teatino—; eso es de buen gusto y honra a nuestro traje. En mi cualidad de cristiano apruebo que hayáis impedido la efusión de sangre; como religioso me llena de satisfacción el valor que un colega mío ha demostrado.

Mazarino hizo con la cabeza un humilde saludo.

—Sí —dijo—; ¡más las consecuencias!

—¿Qué consecuencias?

—Ese maldito pecado de orgullo tiene raíces sin fin... Después que me arrojé, como he dicho, entre dos ejércitos, que husmeé la pólvora y recorri las líneas de soldados miré a los generales con algo de lástima.

—¡Ah!

—He aquí el mal... De suerte que, desde aquel tiempo, no he encontrado ni uno solo soportable.

—El hecho es —añadió el teatino—, que no valian mucho los generales que

hemos tenido.

—¡Oh! —exclamó Mazarino—. ¡Ahí está el príncipe...! ¡Mucho lo he atormentado!

—No tiene por qué quejarse; bastante gloria y bienes ha adquirido.

—Pase con respecto al príncipe. ¡Pero el señor de Beaufort, por ejemplo, a quien tanto he hecho sufrir en el torreón de Vincennes...!

—¡Ah! Pero era un rebelde, y la seguridad del Estado exigía que hicieseis tal sacrificio.

Adelante.

—Creo que he agotado el orgullo. Otro pecado hay que tengo temor de calificar.

—Pues yo lo calificaré... decid.

—Un pecado muy grande, padre reverendo.

—Veremos, monseñor.

—No habréis dejado de oír hablar de ciertas relaciones que yo tuve con Su Majestad la reina madre... Los malévolos...

—Los malévolos, monseñor, son tontos. ¿No era preciso, por el bien del Estado y en interés del joven rey, que vivieseis en buena inteligencia con la reina? Pasemos, pasemos.

—Os aseguro —dijo el cardenal—, que me quitáis del pecho un peso terrible.

—¡Fruslerías...! Buscad las cosas graves.

—También he tenido ambición, padre mío...

—Esa es la señal de las grandes causas, monseñor.

—Hasta la veleidad de la tiara...

—Ser pontífice, es ser el primero de los cristianos. ¿Por qué no habíais de desearlo?

—Han publicado en letras de molde que para conseguirlo había vendido Cambray a los españoles.

—Quizá hayáis hecho vos mismo libelos sin perseguir demasiado a los libelistas.

—Entonces, padre reverendo, tengo la conciencia muy tranquila: sólo siento algunos pecadillos ligeros...

—Decid...

—El juego.

—Es algo mundano; pero en fin, estabais obligado a tener casa por deber de grandeza.

—Quería ganar.

—No hay jugador que juegue para perder.

—Hacía algunas trampas...

—Tomabais la ventaja: Adelante.

—Pues bien, padre mío, nada absolutamente siento ya en mi conciencia.

Dadme la absolución y mi alma podrá, cuando Dios la llame, subir sin obstáculos hasta el trono...

El padre teatino no movió ni los brazos ni los labios.

—¿Qué aguardáis? —preguntó Mazarino.

—Aguardo el fin. ¿El fin de qué?

—De la confesión, monseñor.

—Pero si he concluido.

—¡Oh! ¡No! Vuestra Eminencia se engaña.

—No, que yo sepa.

—Buscad bien.

—He buscado tan bien como es posible.

—Entonces, voy a ayudar vuestra memoria.

—¿Cómo?

El padre teatino tosió varias veces.

—No me habéis hablado de la avaricia, otro pecado capital, ni de los millones —dijo.

—¿Qué millones, reverendo?

—Los que poseéis, monseñor.

—Padre, ese dinero es mío; ¿por qué os he de hablar de él?

—Es que, ya veis, son contrarias nuestras opiniones. Vos decís que ese dinero es vuestro, y yo creo que algo es de otro.

Mazarino llevó una mano fría a su frente llena de sudor.

—¿Cómo es eso? —balbuceó.

—Helo aquí. Vuestra Eminencia ha ganado muchos bienes... al servicio de Su Majestad...

—¡Hum! Muchos... no son demasiados.

—Los que fueren, ¿de dónde venían?

—Del Estado.

—El Estado es del rey.

—Pero ¿qué sacáis de ahí, padre mío? —dijo Mazarino, que comenzaba a temblar.

—No puedo sacar nada sino una lista de los bienes que poseéis. Contemos una poca, si os place. Tenéis el obispado de Metz.

—Sí.

—Y las abadías de San Clemente, de San Arnaldo y de San Vicente, también en Metz.

—Sí.

—Tenéis la abadía de San Dionisio en Francia, soberbia propiedad.

—Sí, padre reverendo.

—Tenéis la abadía de Cluny, que es rica.

—La tengo.

—La de San Medardo, en Soissons, que vale cien mil libras de renta.

—No lo niego.

—La de San Victor en Marsella, una de las mejores del Mediodía.

—Sí, padre reverendo.

—Un buen millón al año. Que con los emolumentos del cardenalato y del ministerio, es poco decir dos millones anuales.

—¡Eh!

—En diez años veinte millones... y veinte millones puestos al cincuenta por ciento dan por progresión otros veinte millones en diez años.

—¡Bien sabéis contar para ser teatino!

—Desde que Vuestra Eminencia colocó nuestra Orden en el convento que ocupamos, cerca de Saint Germain des Prés, en 1644, yo soy quien hace las cuentas de la sociedad.

—Y las mías; según veo, padre mío.

—Es preciso saber un poco de todo, monseñor.

—¡Y bien! ¿Sacáis algo ahora?

—Saco que el bagaje es demasiado voluminoso para que paséis por la puerta del paraíso.

—¿Me condenaré?

—Si no restituir; ciertamente. Mazarino dio un grito lastimero.

—¡Restituir! Pero ¿a quién, buen Dios?

—¡Al dueño de ese dinero, al rey!

—Pero si es el rey quien me lo ha dado!

—¡Un momento! ¡El rey no firma los decretos...!

Mazarino pasó de los suspiros a los gemidos.

—La absolución —dijo.

—Imposible, monseñor... Restituid, restituid —replicó el teatino.

—Pero si me absolvéis de todos los pecados, ¿por qué no de éste?

—Porque absolveros por este motivo —contestó el reverendo—, es un pecado del cual no me absolvería a mí jamás el rey, monseñor. Después de esto el confesor dejó a su penitente con cara llena de compunción, y salió lo mismo que había entrado.

—¡Oh Dios mío! —gemía el cardenal—. Venid, Colbert; estoy muy malo, amigo mío.

## Capítulo XLVI

---

### La donación

Colbert apareció en las cortinas.

—¿Habéis oído? —dijo el cardenal.

—¡Ay! Sí, monseñor.

—Y tiene razón? Todo ese dinero, ¿son bienes mal adquiridos?

—Un teatino, monseñor, no es juez competente en materias de Hacienda — respondió fríamente Colbert—. No obstante, podría suceder que, según sus ideas teológicas, Vuestra Eminencia hubiera cometido ciertos errores. Siempre se han cometido cuándo uno muere.

—Y el primero de todos, morir, Colbert.

—Ciento, monseñor. Pero ¿con respecto a quién habrá encontrado en vos esos errores el padre teatino? ¿Con respecto al rey?

Su Eminencia se encogió de hombros.

—¡Como si yo no hubiese salvado su Estado y su Hacienda!

—Eso no admite duda, monseñor.

—¿No es cierto? Luego habré ganado muy legítimamente mi salario, a pesar de mi confesor.

—Indudablemente.

—Y podría guardar para mi familia, tan necesitada, una buena parte... y aun el todo de lo que he ganado.

—No veo inconveniente, monseñor.

—Bien seguro estaba, Colbert, de que consultándos, me daríais un consejo sabio —replicó Mazarino muy alegre.

Colbert hizo su mueca de pedante.

—Monseñor —dijo—, bueno sería ver si lo que ha dicho el teatino es acaso un

lazo.

—¡No! Un lazo... ¿Por qué? El padre teatino es un hombre honrado.

—Ha creído que Vuestra Eminencia estaba en las puertas del sepulcro, toda vez que le había llamado para consultarle... Yo no le he oido decir: «distinguid lo que el rey os ha dado de lo qué os habéis dado a vos mismo». Pensad bien, monseñor, si no ha dicho algo de esto; es muy de teatino la frase.

—Sería posible.

—Por tanto, monseñor, os consideraré como puesto en el caso.

—¿De restituir? murmuró Mazarino muy sofocado.

—¡Eh! No digo que no.

—¿De restituirlo todo? No penséis en ello... Decís lo mismo que el confesor.

—Restituir una parte es igual que sacar la parte de Su Majestad; y esto, monseñor, puede tener sus peligros. Vuestra Eminencia es político bastante hábil para ignorar que a estas horas no posee el rey ciento cincuenta mil libras en sus arcas.

—Eso no es cosa mía —observó Mazarino triunfante—, sino del señor superintendente Fouquet cuyas cuentas os he dado a revisar estos últimos meses.

Colbert pellizcó los labios al oír el nombre de Fouquet.

—Su Majestad —dijo entre dientes—, no tiene más dinero que el que le proporciona el señor Fouquet; vuestro dinero, monseñor, será para él un pasto muy goloso.

—En fin, no soy el superintendente de las haciendas del rey; tengo mi bolsa propia... Ciertamente que haré, por la dicha de Su Majestad, algunos legados. Pero no puedo defraudar a mi familia...

—Un legado parcial os deshonra y ofende al rey. Legar una parte al rey es confesar que esa parte os ha inspirado dudas, como no adquirida legítimamente.

—¡Señor Colbert!

—He creído que Vuestra Eminencia me hacía el honor de pedirme un consejo.

—Sí, pero ignoráis los principales pormenores de la cuestión.

—No ignoro nada, monseñor: ya hace diez años que paso revista a todas las columnas de guarismo que se hacen en Francia, y, si las he enclavado con gran trabajo en mi cabeza, han quedado tan fijas en ella, hasta hoy, que recitaría cifra por cifra desde los gastos del señor Letellier, que es sobrio, hasta las larguezas ocultas del señor Fouquet, que es pródigo; todo el dinero que se gasta desde Marsella a Cherbourg.

—¡Entonces queríais que yo tirase todo mi dinero a las, arcas de Su Majestad! —exclamó irónicamente Mazarino, a quien la gota arrancaba al mismo tiempo muchos suspiros dolorosos.

—Ciertamente el rey no me reprocharía nada; pero se burlaría de mí comiéndose mis millones, y tendría muchísima razón.

—Vuestra Eminencia no ha comprendido. Yo no he pretendido absolutamente que el rey debiese gastar vuestro dinero.

—Pues bien claro lo decís, me parece, aconsejándome que se lo dé.

—¡Ah! —repuso Colbert—. Su Eminencia, absorto como está con su mal, pierde completamente de vista el carácter de Luis XIV.

—¿Cómo es eso?

—Su carácter se parece al que monseñor confesaba ahora poco al teatino.

—Pues atrevo; ¿qué es?

—El orgullo. Perdón, monseñor, la dignidad quise decir. Los reyes no tienen orgullo; ésta es una pasión humana.

—El orgullo, sí, tenéis razón. ¿Qué más...?

—Pues bien, monseñor, si he acertado con la palabra, Vuestra Eminencia no tiene más que dar todo su dinero al rey, y pronto.

—Pero ¿por qué? —dijo Mazarino muy turbado.

—Porque el rey no aceptará el todo.

—¡Oh! Un joven que no posee dinero y que está roído por la ambición.

—Bien.

—Un joven que desea mi muerte.

—Monseñor.

—Para heredarme, Colbert; si, desea mi muerte para heredarme. ¡Soy tonto, muy tonto!

¡Yo evitaré eso!

Precisamente. Si la donación se hace en cierta forma, rehusará. ¡Vamos!

—Es positivo. Un joven que nada ha hecho, que arde por hacerse ilustre, que rabia por reinar solo, no tomará nada que ya esté constituido, pues todo querrá construirlo por sí mismo. Tal príncipe, monseñor, no se contentará con el Palacio Real; que lo legará el señor de Richelieu, ni con el palacio Mazarino, que tan admirablemente habéis hecho construir, ni con el Louvre, que habitaron sus progenitores, ni con Saint Germain, donde ha nacido. Todo lo que no proceda de él lo desdeñará: lo predigo.

—Y garantizáis que si doy mis cuarenta millones a Su Majestad.

—Diciéndole ciertas cosas, garantizo que rehusará.

—¿Qué cosas son éas?

—Yo las escribiré, si Vuestra Eminencia quiere dictármelas.

—Pero, en fin, ¿qué ventajas tiene para mí...?

—Una ventaja grandiosa. Nadie podrá acusar a Vuestra Eminencia de esa avaricia injusta que los libelistas han echado en cara al talento más brillante de este siglo.

—Tienes razón, Colbert; ve a buscar al rey de mi parte, y llévale mi testamento.

—Una donación, monseñor. ¡Pero y si aceptase! ¡Si aceptase!

Entonces, quedarían trece millones a vuestra familia, que es un bonito caudal.

—Pero serías tú un traidor o un tonto.

—No soy ni lo uno ni lo otro, monseñor. Me parece que teméis mucho que el rey acepte... ¡Oh! Temed más bien que no acepte.

—Verás: si no acepta quiero garantirle mis trece millones de reserva... sí, lo haré... sí... Mas ya me vuelven los dolores y la debilidad... Es que estoy muy malo, Colbert, estoy cerca de mi fin. Colbert se estremeció.

El cardenal estaba muy mal, en efecto; sudaba gruesas gotas en el lecho de dolor, y aquella palidez horrible de un rostro manando agua era un espectáculo que el médico más endurecido no hubiera soportado impasible. Colbert se conmovió mucho, sin duda, pues salió de la cámara llamando a Bernouin al lado del moribundo y entró en el corredor.

Allí, paseándose de arriba abajo con expresión meditabunda que daba nobleza a su fisonomía vulgar, con los hombros arqueados, el cuello tenso y los labios entreabiertos que dejaban escapar trozos incoherentes de pensamientos extraños, se animaba para acometer lo que meditaba, en tanto que a diez pasos de él, solamente separado por un muro, su amo se consumía en angustias que le arrancaban gritos y lamentos, no pensando ya ni en los tesoros de la tierra ni en la felicidad del paraíso, sino en todos los horrores del infierno.

Mientras los paños calientes, los tópicos, los revulsivos y Guénaud, a quien habían llamado al lado de Su Eminencia, funcionaban con actividad siempre creciente, Colbert, apretando con las dos manos su enorme cabeza, para comprimir en ella, la fiebre de los planes engendrados por el cerebro, meditaba los términos de la donación que iba a hacer escribir a Mazarino en la primera hora de reposo que le concediese el mal. Parecía que todos los gritos de su Eminencia y todas las acometidas de la muerte sobre este representante del pasado, eran estimulantes para el genio de aquel pensador de pobladas cejas, que ya se volvía hacia el Oriente del nuevo sol de una sociedad regenerada.

Colbert volvió al lado del cardenal cuando se restableció un tanto la razón del enfermo, y le persuadió a que dictase una donación concebida en estos términos:

*Próximo a aparecer ante Dios, Señor de los hombres, ruego al rey, que fue mi señor en la tierra, tome los bienes que su bondad me había dado, pues mi familia será muy feliz en verlos pasar a tan ilustres manos. El inventario de mis bienes se encontrará, redactado, al primer requerimiento de Su Majestad, o en el último suspiro de su más adicto servidor.*

JULIO, CARDENAL MAZARINO.

Su Eminencia firmó, suspirando. Colbert cerró el paquete y lo llevó al punto al Louvre, donde acababa de entrar el rey.

Y después volvió a su cuarto, frotándose las manos con la confianza del obrero que ha empleado bien la jornada.

## Capítulo XLVII

---

De cómo Ana de Austria dio un consejo a Luis XIV, y el señor Fouquet le dio otro

La noticia de la situación en que se encontraba el cardenal se había ya propagado por todas partes, y traía al Louvre tanta gente al menos; como la noticia del matrimonio de Monsieur, hermano del rey, la cual ya se había anunciado oficialmente.

Apenas había entrado en su cámara Luis XIV, muy preocupado todavía con las cosas vistas y oídas aquella noche, cuando el ujier anunció que la misma muchedumbre de cortesanos que había acudido por la mañana a la hora de levantarse el rey, se presentaba también a la hora de acostarse, favor insigne que, durante el reinado del cardenal, la Corte, muy poco discreta en sus preferencias, había concedido al ministro sin cuidarse de no disgustar al rey:

Pero el ministro había tenido, según ya hemos dicho, un gran ataque de gota, y la marea de la adulación subía hacia el trono.

Los cortesanos tienen el maravilloso instinto de vislumbrar los acontecimientos, la ciencia suprema; son diplomáticos para adivinar los grandes desenlaces de las circunstancias críticas, capitanes para encontrar las salidas de las batallas, y médicos para curar las enfermedades.

Luis XIV, a quien su madre había enseñado este axioma, entre otros muchos, conoció que Su Eminencia el cardenal Mazarino estaba muy enfermo.

Apenas hubo Ana de Austria conducido a sus habitaciones a la reina y aliviado su frente del peso del tocado de ceremonia, volvió en busca de su hijo al gabinete; donde solo, melancólico y con el corazón lacerado, hacía pesar sobre sí mismo, como para ejecutar su voluntad, una de esas cóleras sordas y terribles, cóleras de rey, que cuando estallan son acontecimientos, y que en Luis XIV, gracias al poder asombroso que sobre sí tenía, eran tormentas tan benignas, que

su más ardiente, su única cólera, la que señala Saint Simon, sorprendiéndose, fue aquella celebre que estalló cincuenta años más tarde, a causa de una esquela del señor duque del Maine, y que tuvo por resultado una granizada de bastonazos descargada sobre las costillas de un infeliz lacayo que había robado un bizcocho.

El joven rey que, como hemos visto, era presa de una sobrerecitación dolorosa, se decía a sí propio contemplándose a un espejo:

« ¡Oh rey! ¡Rey de nombre y no de hecho! ¡Fantasma! ¡Vano fantasma! Estatua inerte que no tienes otro poder que el de provocar un saludo de los cortesanos, ¿cuándo podrás levantar tu brazo de terciopelo y apretar tu mano de seda? ¿Cuándo podrás abrir, no para suspirar o sonreírte, tus labios, condenados a la inmovilidad estúpida de los mármoles de tu galería? ».

Pasando entonces la mano por su frente y buscando aire, acercóse a una ventana y vio abajo algunos caballeros qué charlaban y grupos tímidamente curiosos. Estos caballeros eran una fracción de la ronda; los grupos eran los curiosos del pueblo para quienes un rey es siempre cosa digna de ver, como un rinoceronte, un cocodrilo o una serpiente. Y con la palma de la mano se dio un golpe en la frente, prorrumpiendo:

—¡Rey de Francia! ¡Qué título! ¡Pueblo de Francia! ¡Qué masa de criaturas! Entro yo en mi Louvre, mis caballos humean todavía, y apenas he producido interés para que me miren pasar veinte personas... ¡Qué digo veinte! No, no hay veinte curiosos para el rey de Francia; no hay ni diez arqueros para guardar su casa: arqueros, pueblo, guardias; todo está en el palacio real. ¡Dios santo! Yo, el rey, ¿no tengo el derecho de pediros esto?

—Porque —dijo una voz respondiendo a la suya y que resonó del otro lado de la puerta del gabinete—, porque en el palacio real está todo el oro, esto es, todo el poder de aquel que quiere reinar.

Luis se volvió precipitadamente. La voz que acababa de pronunciar tales palabras era la de Ana de Austria. El rey se estremeció y adelantóse hacia su madre.

—Espero —dijo— que Vuestra Majestad no ha prestado atención a las vanas declamaciones que la soledad y el disgusto, familiares en los reyes, causan en los caracteres más felices.

—Yo sólo he prestado atención a una cosa, hijo mío, y es que os quejabais.

—¡Yo! Nada de eso —repuso Luis XIV—; de veras que no; os equivocáis, señora.

—¿Pues qué hacíais?

—Me parecía estar bajo la férula de mi profesor y desarrollaba un tema de amplificación.

—Hijo mío —replicó Ana de Austria moviendo la cabeza—, hacéis mal en no fiaros de mi palabra; hacéis mal en no concederme vuestra confianza. Día llegará, y quizá está próximo, en que tendréis necesidad de recordar este axioma:

«El oro es todopoderoso, y sólo son verdaderamente reyes los que son todopoderosos».

—¿No era, pues, vuestra voluntad —dijo el rey—, vituperar a los ricos de este siglo?

—No —dijo con viveza Ana de Austria—; los que son ricos en este siglo, bajo vuestro reinado, son ricos porque vos lo habéis tenido a bien, y no alimento contra ellos ni odios ni envidias: sin duda, ellos han servido bien a Vuestra Majestad, para que Vuestra Majestad les haya permitido recompensarse. Esto es lo que quiero decir con las palabras que parece me echáis en cara.

—No, quiera Dios, señora, que jamás eche nada en cara a mi madre.

—Sin embargo —continuó Ana de Austria—, el Señor no da jamás, sino por un tiempo limitado, los bienes de la tierra. Dios ha puesto como corrosivo a los honores y riquezas, los padecimientos, las enfermedades y la muerte; y nadie —repuso Ana de Austria con dolorosa sonrisa que hacía a sí misma la aplicación del fúnebre precepto—, nadie se lleva sus bienes, y su grandeza a la tumba. De aquí resulta, que los jóvenes recogen los frutos de la mies preparada por los viejos.

Luis escuchaba con atención creciente estas palabras, acentuadas por Ana de Austria con un objeto evidentemente consolador.

—Señora —dijo Luis XIV mirando fijamente a su madre—; diríase que teníais algo más que anunciarme.

—Nada absolutamente, hijo mío; pero habréis notado que el cardenal se halla muy malo esta noche.

Luis miró a su madre buscando la emoción en su voz y el dolor en su fisonomía. El semblante de Ana de Austria parecía levemente alterado; pero su sufrimiento tenía un carácter meramente personal. Tal vez era causada esta alteración por, el cáncer que comenzaba a morderle en el seno.

—Sí, señora —dijo el rey—, sí, está muy enfermo el señor cardenal.

—Y será una gran pérdida para el reino si llama Dios a Su Eminencia. ¿No pensáis de la misma manera, hijo mío? —preguntó Ana de Austria.

—Sí, señora; sería una gran, perdida para el reino —dijo Luis ruborizándose—; pero me parece que no es tan grande el peligro, y además el cardenal es joven todavía.

Apenas acababa de hablar el rey, cuando el ujier levantó la tapicería y permaneció de pie con un papel en la mano, aguardando a que el rey le preguntase.

—¿Qué sucede? —preguntó el rey.

—Un mensaje del señor Mazarino —respondió el ujier.

—Dadme —dijo le rey.

Tomó el papel; pero en el instante en que iba a abrirla sonó un gran ruido en la galería; en las antecámaras y en el patio.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Luis XIV, que sin duda reconoció este triple ruido—. ¡Decía yo que no había más que un rey en Francia! Me engañaba, hay dos.

En este momento abrióse la puerta y apareció el superintendente de Hacienda, Fouquet. Él era quien hacía aquel ruido en la galería, sus lacayos en las antecámaras, y sus caballos en el patio. Además se oía un sordo murmullo a su paso que no se extinguía hasta mucho tiempo después de haber pasado. Tal era el murmullo que Luis XIV sentía tanto no oír cuando él pasaba y morir tras de sí.

—Éste no es precisamente un rey como vos creéis —dijo Ana de Austria a su hijo—, sino un hombre muy opulento y nada más.

Al decir estas palabras, un sentimiento amargo daba a las palabras de la reina su más rencorosa expresión, mientras la frente de Luis, en cambio, tranquilo y dueño de sí mismo, estaba limpia de la más ligera arruga.

Saludó; pifies, libremente a Fouquet con la cabeza, en tanto que continuaba desplegando el papel que el ujier le entregó.

Fouquet observó este movimiento, y con una urbanidad a la vez confiada y respetuosa, se acercó a Ana de Austria para dejar en completa libertad al rey.

Luis abrió el papel, pero sin leer. Escuchaba a Fouquet hacer cumplimientos a su madre, adorabilmente dedicados a su mano y su brazo.

El semblante de Ana de Austria se desarrugó y pasó casi a la sonrisa.

Fouquet conoció que el rey, en vez de leer, le miraba y escuchaba; dio una leve vuelta, siguiendo dedicado, a Ana de Austria, y se encontró cara a cara con el rey.

—¿Sabéis, señor Fouquet —dijo el rey—, que el cardenal está muy enfermo?

—Sí, Majestad, lo sé —dijo Fouquet—; está muy enfermo, en efecto. Me hallaba en mi posesión de Vaux cuando supe la noticia, tan apremiante que todo lo abandoné.

—¿Habéis salido de Vaux esta tarde?

—Hace hora y media, Majestad —dijo Fouquet consultando un reloj adornado de diamantes.

—Hora y media! —repitió el rey bastante fuerte para sofocar su cólera, pero no para ocultar su sorpresa:

—Comprendo que Vuestra Majestad dude de mi palabra, y tiene razón; mas el haber venido así no ha sido maravilla. Me habían enviado de Inglaterra tres troncos de caballos muy vivos, según me aseguraban; los hice apostar de cuatro en cuatro leguas, y los he probado esta tarde. Han venido, efectivamente, desde Vaux al Louvre en hora y media, y ya veis que no me habían engañado.

La reina madre sonrió con secreta envidia.

Fouquet se adelantó al mal pensamiento.

—De suerte, señora —se apresuró a añadir—, que semejantes caballos están hechos no para súbditos, sino para reyes, porque los reyes jamás deben ceder a nadie en nada.

El rey alzó la cabeza.

—Sin embargo —objetó Ana de Austria—, vos no sois rey, que yo sepa, señor Fouquet.

—Por eso, señora, los caballos sólo esperan una indicación de Su Majestad para penetrar en las caballerizas del Louvre, y si yo me he permitido probarlos, ha sido por temor de ofrecer al rey algo que no fuese una maravilla.

El rey se puso muy encarnado.

—Bien sabéis, señor Fouquet —dijo la reina—, que en la corte de Francia no hay costumbre que un súbdito ofrezca nada a su rey.

Luis hizo un movimiento.

—Yo creía, señora —dijo Fouquet muy agitado—, que mi amor a Su Majestad y mi deseo constante de agradarle servían de contrapeso a esa razón de etiqueta. Además, no era un regalo lo que me atrevía a ofrecer, sino un tributo que pagaba.

—Gracias, señor Fouquet —dijo atentamente el rey—, os agradezco la intención, porque, en efecto, me gustan mucho los buenos caballos; pero bien sabéis que no soy muy rico, lo sabéis mejor que nadie, pues sois mi superintendente de Haciendo; no puedo, por tanto, aunque quisiera, comprar un tiro tan caro.

Fouquet lanzó una mirada llena de orgullo a la reina madre, que parecía triunfar de la falsa posición del ministro, y contestó:

—El lujo es virtud de reyes, Majestad; el lujo es quien los hace parecidos a Dios; por el lujo son más que los otros hombres. Un monarca alimenta y honra a sus súbditos con el lujo. Al dulce calor de este lujo de los reyes nace el lujo de los particulares, fuente de riquezas para el pueblo. Aceptando Vuesta Majestad esos seis caballos inmejorables, pecaría de amor propio a los criadores de nuestro país, del Limosín; de la Normandía, y esa emulación sería provechosa a todos... Pero el rey calla, y por tanto, estoy condenado.

Durante este tiempo Luis XIV plegaba y desplegaba el papel de Mazarino, sobre el cual aún no había fijado los ojos. Al fin detuvo en él su vista, y exhaló un leve grito al leer la primera línea.

—¿Qué hay, hijo mío? —preguntó Ana de Austria acercándose con viveza al rey.

—De parte del cardenal —contestó el rey continuando su lectura—. Sí, sí, no hay duda que es de su parte.

—¿Está acaso peor?

—Leed —dijo el rey entregando el papel a su madre, como si creyese precisa la lectura para convencerla de algo tan sorprendente como lo que contenía aquel escrito.

Ana de Austria leyó a su vez. Sus ojos brillaban con vivo gozo que pretendía en vano disimular y que atrajo las miradas de Fouquet.

—¡Oh! Una donación en regla —dijo.

—¿Una donación? —repitió Fouquet.

—Sí —dijo el rey contestando particularmente al superintendente de Hacienda—; próximo a morir, el señor cardenal me hace donación de todos sus bienes.

—¡Cuarenta millones! —murmuró la reina.

—¡Ah! Es un rasgo muy hermoso y va a contradecir muchos rumores malévolos; cuarenta millones reunidos lentamente, y que entran de un solo golpe y en masa en el real tesoro; quien hace esto es un súbdito leal y un verdadero cristiano.

Y fijando otra vez los ojos en el documento, lo devolvió a Luis XIV; a quien había hecho palpitar el anuncio de aquella cantidad enorme. Fouquet había dado algunos pasos atrás y callaba.

El rey lo miró, y le entregó el rollo. El superintendente no hizo más que fijar en él por un momento su mirada alta. E inclinándose después, dijo:

—Sí, Majestad, una donación, ya lo veo.

—Es menester, hijo mío —dijo Ana de Austria—, contestarle al instante.

—¿Y cómo, señora?

—Haciendo una visita al cardenal.

—¡Pero si apenas hace una hora que salí del cuarto de Su Eminencia! —repuso el rey.

—Entonces; escribidle:

—Escribir —dijo el rey con repugnancia.

—Creo —añadió Ana de Austria—, que un hombre que acaba de hacer semejante regalo, bien tiene derecho a esperar que se le den las gracias con alguna presteza.

Y, dirigiéndose al superintendente:

—¿No opináis así, señor Fouquet? —dijo.

—Sí, señora, el regalo bien vale la pena —observó el superintendente—, con nobleza que no escapó al rey.

—Aceptad, pues, y dad las gracias —insistió Ana de Austria.

—¿Qué es lo que dice el señor Fouquet? —preguntó Luis XIV.

—¿Vuestra Majestad desea saber mi pensamiento?

—Dad las gracias, Majestad.

—¡Ah! —exclamó Ana de Austria.

—Pero no aceptéis —prosiguió Fouquet.

—¿Por qué? —preguntó Ana de Austria.

—Vos misma lo habéis dicho, señora —replicó Fouquet, porque los reyes no deben ni pueden recibir presentes de sus súbditos.

El rey permanecía silencioso entre estas dos opiniones contradictorias.

—¡Pero cuarenta millones! —dijo Ana de Austria en el mismo tono con que

la pobre María Antonieta dijo más tarde: « ¡Tanto me diréis! » .

Ya lo sé —dijo Fouquet—, cuarenta millones son una bonita cantidad que podría tentar aun a las conciencias regias.

—Pero, caballero —dijo Ana de Austria—, en vez de inclinar al rey a que no reciba este presente, haced notar a Su Majestad, pues obligación vuestra es, que esos cuarenta millones constituyen una fortuna.

—Precisamente, señora, porque esos cuarenta millones constituyen una riqueza, diré al rey: « Majestad, si no es decente que un rey acepte de un súbdito seis caballos de veinte mil libras, es deshonroso que deba su fortuna a otro súbdito más o menos escrupuloso en la elección de materiales que contribuyeron a la edificación de esa riqueza» .

—No os sienta bien, caballero —dijo la reina Ana—, dar una lección al rey; buscadle más bien cuarenta millones para reemplazar a los que le hacéis perder.

—El rey los tendrá cuando quiera —dijo el superintendente de Hacienda inclinándose.

—Sí, exprimiendo al pueblo —dijo Ana de Austria.

—¡Eh! ¿No lo ha sido, señora —contestó Fouquet—, cuando se le hacía sudar los cuarenta millones donados por esta escritura? Por otra parte, Su Majestad ha pedido mi opinión, y la doy; si pide mi concurso, será lo mismo.

—Vamos, vamos, aceptad, hijo mío —dijo Ana de Austria—; estás por encima de rumores y de interpretaciones.

—Rehusad, Majestad —dijo Fouquet; en tanto un rey vive, no tiene más juez que su conciencia y su deseo; mas cuando muere, tiene la Posteridad que aplaude o acusa.

—Gracias, madre mía —dijo Luis saludando respetuosamente a la reina—. Gracias, señor Fouquet —dijo despidiendo cortésmente al superintendente.

—¿Aceptáis? —preguntó otra vez la reina.

—Reflexionaré —replicó el rey mirando a Fouquet.

## Capítulo XLVIII

---

### Agonía

El mismo día en que se enviara el donativo al rey, el cardenal se había hecho trasladar a Vincennes, adonde le siguieron el rey y la Corte. Los últimos resplandores de esta antorcha todavía despedían bastante brillo para absorber con sus rayos todos los otros fanales.

El joven Luis XIV, satélite fiel de su ministro, según hemos visto ya, marchaba hasta el último momento en el sentido de su gravitación. El mal había empeorado, y ya no era aquello un ataque de gota, sino un ataque de muerte. Había, por otra parte, algo que hacía a este agonizante más agonizante aún, y era la ansiedad que provocaba en su ánimo aquella donación enviada al rey, y que al decir de Colbert debía ser devuelta y no aceptada. Su Eminencia tenía gran fe, como ya lo hemos visto, en las predicciones de su secretario; pero la suma era considerable, y cualquiera que fuese el genio de Colbert, el cardenal no podía menos de pensar alguna que otra vez que, además de él, también había podido engañarse el padre teatino, y que había por lo menos tantas probabilidades para que él se condenase como para que Luis XIV le devolviera sus millones.

Además, mientras más tardaba en volver la donación, tanto más creía Mazarino que cuarenta millones bien vale la pena de exponer algo, y, sobre todo, una cosa tan hipotética como el alma.

Mazarino, como cardenal y primer ministro, era casi ateo y completamente materialista.

Cada vez que se abría la puerta volviese con viveza hacia ella, creyendo ver entrar allí su desventurada donación; mas engañada su esperanza, volviese a acostar con un suspiro y le atacaba el dolor con más fuerza que antes.

También Ana de Austria había seguido al cardenal; aunque la edad hubiera

hecho egoísta su corazón, no podía negarse a demostrar a este moribundo una tristeza que le debía en calidad de mujer, como dicen unos, en calidad de soberana, como dicen otros.

Por anticipado, habiérase compuesto una fisonomía de duelo, y toda la Corte le imitaba. Luis, para no manifestar en el rostro lo que pasaba en su corazón, se obstinaba en permanecer confinado en su cámara, donde solamente le hacía compañía su nodriza; unas veces veía acercarse el término en que cesaría para él toda contradicción, otras se convertía en humilde y paciente, replegándose en sí mismo, como todos los hombres fuertes que tienen algún designio, para tener más medios en el instante decisivo.

La extremaunción había sido administrada en secreto al cardenal, que, fiel a sus hábitos de disimulo, luchaba contra las apariencias y aun contra la realidad, recibiendo visitas en su lecho coma si sólo estuviera atacado de un mal pasajero. Guénaud, por su parte, guardaba el más absoluto secreto; interrogado y, fatigado de investigaciones y de preguntas, sólo contestaba: « Su Eminencia está todavía lleno de juventud y de fuerza; pero Dios quiere lo que quiere, y cuando ha decidido que debe abatir al hombre, es necesario que el hombre sea abatido» .

Estas, palabras, que sembraba con una especie de discreción, de reserva y de preferencia, las comentaban dos personas con marcado interés: el monarca y el cardenal.

A pesar de la profecía de Guénaud, siempre se engañaba Mazarino, o mejor dicho, representaba tan bien su papel, que los más diestros, al decir que se engañaba, demostraban que ellos eran los engañados.

Hacía dos días que Luis no veía al cardenal, pues tenía los ojos fijos en aquella donación que tanto preocupaba a Su Eminencia, y ni sabía a punto fijo dónde estaba Mazarino.

El hijo de Luis XIII, siguiendo las tradiciones paternas, había sido tan poco rey hasta allí, que aun cuando deseaba ardientemente reinar, lo quería con el horror que acompaña siempre a lo desconocido. Pero habiendo tomado su resolución, que por otra parte no comunicó a nadie, se decidió a pedir una entrevista a Mazarino. Ana de Austria, siempre asidua al lado del cardenal, fue la primera que oyó la proposición del rey y quien la transmitió al moribundo haciéndole temblar.

¿Con qué objeto pedía Luis XIV esta entrevista? ¿Era para devolver, como había dicho Colbert? ¿Era para guardar, después de dar las gracias, según pensaba Mazarino? Mas como quiera que el moribundo sentía aumentarse su mal con la incertidumbre, no vaciló un instante.

—Su Majestad será bienvenido —exclamó haciendo a Colbert, sentado al pie de la cama, un signo que comprendió éste muy bien.

—Señora —continuó Mazarino—, ¿será tan bondadosa Vuestra Majestad que asegure por sí misma al rey la verdad de lo que digo?

Ana de Austria se levantó; también ella quería fijarse con respecto a los cuarenta millones, que era el sordo pensamiento de todo el mundo. Salió, y Mazarino hizo un gran esfuerzo, incorporándose hacia Colbert.

—Mira, Colbert —dijo—, han transcurrido dos días desgraciados, dos días mortales, y ya ves, nada ha venido de por allá.

—Paciencia, monseñor —dijo Colbert.

—¡Estás loco, necio! ¡Tú me aconsejas paciencia! ¡Oh! ¡Te burlas de mí, Colbert; ves que me muero y, me dices que espere!

—Monseñor —dijo Colbert con su habitual sangre fría—, es imposible que las cosas no sucedan según he dicho. Su Majestad viene a veros, y él mismo os traerá la donación.

—¿Tú lo crees? Pues bien, yo, por el contrario, estoy cierto de que Su Majestad viene a darme las gracias:

En aquel momento entró Ana de Austria. Al ir en busca de su hijo habiése encontrado en las antesalas con un nuevo empírico.

Tratábese de unos polvos que debían salvar al cardenal, y Ana de Austria llevaba una muestra de estos polvos.

Pero no era esto lo que aguardaba Mazarino; así es que ni siquiera quiso mirarlos, asegurando que la vida no valía todos los trabajos que se tomaban por conservarla. Mas al mismo tiempo que profería este axioma filosófico, se le escapaba su secreto, largo tiempo contenido.

—Señora —dijo—, no está en eso lo interesante de la situación. Hace dos días que hice al rey una pequeña donación; hasta aquí, por delicadeza sin duda, Su Majestad no ha querido hablar; mas llega el momento de las explicaciones, y yo os suplico me le digáis qué piensa el rey sobre el particular.

Ana de Austria hizo un movimiento para responder, y Mazarino la detuvo.

—La verdad, señora —dijo—, en nombre del cielo! ¡No animéis a un moribundo con una esperanza que sería vana!

Detúvose aquí, pues una mirada de Colbert le decía que iba por mal camino.

—Ya sé —dijo Ana de Austria tomando una mano del cardenal—, ya sé que habéis hecho generosamente, no una pequeña, donación, como decís con tanta modestia, sino un don magnífico. Sé cuán penoso os será que el rey ...

Mazarino escuchaba, moribundo y todo, como no lo hubieran hecho diez vivos.

—Que el rey ... que el rey —continuó Ana de Austria— no aceptará de buen grado lo que tan noblemente le ofrecéis.

El cardenal se dejó caer sobre la almohada con toda la desesperación de un hombre que se abandona al naufragio; pero conservó todavía bastante fuerza y presencia de espíritu para clavar en Colbert una de esas miradas que bien valen diez sonetos, es decir, diez poemas.

—No es cierto —añadió la reina—, que hubierais considerado la negativa

como una especie de injuria?

Mazarino hizo rodar su cabeza sobre la almohada sin proferir ni una sílaba.

La reina, se engañó, o simuló engañarse a esta demostración.

—Así es —repuso—, que he me guiado con buenos consejos; y como ciertas personas, envidiosas indudablemente de la gloria que ibais a conquistar por esa generosidad, se esforzase en probar al rey que debía rehusar la donación, he luchado en favor vuestro, y he luchado tan bien, que creo no tendréis que sufrir este disgusto.

—¡Ah! —murmuró Mazarino con ojos lánguidos—. ¡Ah! ¡Ese es un servicio que no olvidaré ni un minuto durante las pocas horas que me restan de vida!

—Por lo demás, debo decirlo —continuó Ana de Austria—, no me ha costado poco conseguírselo a Vuestra Eminencia.

—¡Ah! ¡Maldición! ¡Lo creo! ¡Oh!

—¿Qué tenéis?, Dios mío.

—Me abrasió.

—Padecéis mucho?

—Como un maldito.

Colbert hubiera querido desaparecer bajo los entarimados.

—De suerte —prosiguió Mazarino—, que vuestra Majestad supone que el rey... —y aquí se detuvo unos segundos— que el rey vendrá para hacerme algunos cumplidos...

—Lo creo —dijo la reina.

El cardenal lanzó a Colbert, como si fuese un rayo su última mirada.

En este momento anunciaron los ujieres al rey en las antecámaras llenas de gente. Este anuncio produjo un momento de confusión, del cual aprovechóse Colbert para desaparecer por la cortecilla del hueco de la cama. Ana de Austria se levantó y esperó de pie a su hijo. Luis XIV apareció en el umbral, con los ojos clavados en el moribundo, que ya no se tomaba el trabajo de menearse por una Majestad, de la cual pensaba que nada tenía ya que esperar.

Un ujier rodó un sillón hasta ponerlo cerca del lecho. Luis saludó, a su madre, luego al cardenal, y se sentó enseguida. La reina se sentó también.

Y como el rey mirase detrás de sí, el ujier entendió esta mirada, hizo una seña y se apartaron los cortesanos que habían permanecido a la puerta.

El silencio cayó en la cámara con las cortinas de terciopelo.

El rey, aún muy joven y tímido ante aquél que había sido su maestro desde que naciera, le respetaba más en aquella suprema majestad de la muerte, no se atrevía, pues, a entablar conversación, viendo que cada palabra debía tener un pensamiento, no, sólo sobre las cosas de este mundo, sino también sobre las del otro.

En cuanto al cardenal, sólo tenía un pensamiento en aquel momento: su donación. No era el dolor el que le daba aquel aspecto abatido y aquella mirada

triste, sino esperar aquel cumplimiento que iba a salir de boca del rey y a cortarle toda esperanza de restitución.

El cardenal fue el primero qué rompió el silencio.

—¿Ha venido Vuestra Majestad a establecerse en Vincennes?

Luis movió la cabeza.

—Es un favor precioso —continuó Mazarino— que concede a un moribundo y que hará más dulce la muerte.

—Espero —contestó el rey— que vengo a visitar, no a un moribundo, sino a un enfermo susceptible de curación.

Mazarino hizo otro movimiento de cabeza, que significaba: «Muy bondadosa es Vuestra Majestad; pero sé más que vos de esto».

—La última visita, Majestad, la íntima.

—Si así fuese, señor cardenal —dijo Luis XIV—, aún vendría nuevamente a pedir conejos a un guía a quien todo lo debo.

Ana de Austria era mujer y no pudo contener las lágrimas. El mismo Luis se manifestó muy conmovido, y Mazarino más aún que sus dos huéspedes; pero por otros motivos. Otra vez volvió el silencio; la reina enjugó sus mejillas y Luis recobró su firmeza.

—Decía —continuó el rey— que debo mucho a Vuestra Eminencia. Los ojos del cardenal devoraron al rey, porque sentía llegar el momento supremo.

—Y el principal objeto de mi visita —prosiguió— era daros gracias muy sinceras por el último testimonio de amistad que habéis tenido a bien enviarme.

Las mejillas del cardenal se pusieron cóncavas, sus labios entreabriéronse y el más lamentable suspiro que jamás se haya dado se preparó a salir de su pecho.

—Majestad —dijo—, habré despojado a mi desgraciada familia, habré arruinado a todos los míos, de lo cual pueden hacerme un cargo, pero al menos no se dirá que he rehusado sacrificarlo todo a mi rey.

Ana de Austria renovó su llanto.

—Querido señor Mazarino —dijo el rey con el tono grave que no debía esperarse de su juventud—, me habéis comprendido mal a lo que veo.

El cardenal se incorporó sobre un codo.

—Aquí no se trata de arruinar a vuestra querida familia, ni de despojar a vuestros servidores. ¡Oh, no! Nada de eso.

«Entonces, va a devolverme algo —pensó Su Eminencia—. Saquemos el mendrugo lo más grande posible».

«El rey, se va a enterñecer y a darla de generoso —pensó la reina—; no le dejemos que se empobreza, pues no se presentará nunca semejante ocasión de fortuna».

—Majestad —dijo en voz alta el cardenal—, mi familia es muy numerosa, y mis sobrinas van a verse privadas de todo no viviendo yo.

—¡Oh! —se apresuró a interrumpir la reina—. No sintáis ninguna inquietud con respecto a vuestra familia; nosotros no tendremos amigos más preciosos que vuestros amigos; vuestras sobrinas serán mis hijas, hermanas de Su Majestad, y si se distribuye una gracia en Francia, será para quienes amáis.

—¡Eso es humo! —pensó Mazarino, que comprendía mejor que nadie lo que puede sacarse de las promesas de los reyes.

Luis leyó el pensamiento del moribundo en su rostro. Tranquilizaos, querido Mazarino —le dijo con melancólica sonrisa oculta en su ironía—; las señoritas Mancini perderán su mayor bien con vuestra muerte, pero no por eso dejarán de ser las herederas más ricas de Francia, y puesto que habéis querido donarme sus dotes.

El cardenal estaba jadeante.

—Yo se los devuelvo —prosiguió el rey Luis XIV sacando de su pecho y alargando hacia el cardenal el pergamo que contenía la donación que por espacio de dos días había producido tantas tempestades en el ánimo Mazarino.

—¿Qué os había dicho, señor? —murmuró en el hueco de la cama una voz que pasó como un soplo.

—¡Vuestra Majestad me devuelve mi donación! —exclamó Mazarino, tan turbado por el regocijo, que olvidó su papel de bienhechor.

—¡Vuestra Majestad devuelve los cuarenta millones! —exclamó Ana de Austria, tan estupefacta que olvidó su papel de afligida.

—Sí, señor cardenal; sí, señora —contestó Luis XIV, rompiendo el pergamo que aún no se había atrevido a coger Mazarino—. Sí, inutilizando este documento que exploraba a toda la familia. Los bienes adquiridos por Su Eminencia a mi servicio son tuyos y no míos.

—Pero —repuso Ana de Austria—, ¡piense Vuestra Majestad que no tiene diez mil escudos en sus arcas!

—Señora, acabo de hacer mi primera acción regia y creo que inaugurará dignamente mi reinado.

—¡Ah! ¡Majestad, tenéis razón! —exclamó Mazarino—. Es ciertamente grande y generoso lo que acabáis de hacer.

Y miraba uno después de otro los pedazos de pergamo esparcidos sobre el lecho, para cerciorarse bien que había roto el original y no una copia.

Al fin, sus ojos se encontraron con aquel en que estaba la firma, y después que la reconoció, dejóse caer debilitado en la almohada.

Ana de Austria, sin fuerza para ocultar su disgusto, alzaba las manos y los ojos al cielo.

—¡Ah, Majestad! —murmuró Mazarino—. ¡Ah, Majestad! ¡Seréis bendecido, Dios mío! ¡Seréis amado por toda mi familia! ¡Per Bacco! Si algún disgusto os viniese de parte de los míos, fruncid las cejas, Majestad, y salgo de mi sepulcro.

Esta fanfarronada no causó todo el efecto con que Mazarino contaba. Luis había ya pasado a consideraciones de un orden superior, y en cuanto a la reina Ana, no pudiendo soportar, sin abandonarse a la ira que sentía rugir dentro de sí, aquella magnanimitad de su hijo y aquella hipocresía del cardenal, se levantó y salió de la cámara, poco cuidadosa de manifestar así su despecho.

Todo lo adivinó Mazarino, y temiendo que Luis XIV se arrepintiese de su primera decisión, empezó a gritar para dar otra dirección a los ánimos, como más tarde debía hacerlo Scapin en aquella farsa sublime que el regañón y melancólico Boileau se atrevió a reprender a Moliere.

Sin embargo, poco a poco calmáronse los gritos, y cuando Ana de Austria salió de la cámara se extinguieron del todo.

—Señor cardenal —dijo el rey—, ¿tenéis ahora alguna recomendación que hacerme?

—Majestad —contestó Mazarino—, ya sois la misma sabiduría, la prudencia en persona, y en cuanto a generosidad, no digo, lo que acabáis de hacer excede a cuanto han hecho jamás los hombres más bondadosos de la antigüedad y de los tiempos modernos.

El rey permaneció impasible a este elogio.

—¿De modo —dijo—, que os limitáis a darme las gracias, y vuestra experiencia, más conocida todavía que mi sabiduría, mi prudencia y mi generosidad, no os sugiere un consejo amistoso que me sirva para el porvenir?

Mazarino reflexionó un instante, y dijo:

—Mucho acabáis de hacer por mí, es decir, por los míos.

—No me habléis de eso —dijo el rey:

—Pues bien —prosiguió Mazarino—, quiero daros algo en cambio de éos cuarenta millones que me abandonáis tan regíamente.

Luis XIV hizo un movimiento que demostraba que todas aquellas adulaciones le hacían padecer.

—Quiero —siguió diciendo Mazarino— daros un consejo; y un consejo más valioso que los cuarenta millones.

—¡Señor cardenal! —interrumpió Luis XIV.

—Escuchad el consejo, Majestad.

—Escucho.

Aproximaos, que me debilito... Más cerca, Majestad, más cerca. El rey se inclinó sobre el lecho del moribundo.

—Majestad —dijo el cardenal en voz tan baja que, el soplo de su palabra llegó sólo como una recomendación del sepulcro a los oídos atentos del joven rey —, no tengáis jamás primer ministro.

Luis se incorporó asombrado. El consejo era una confesión. Era un tesoro, en efecto, aquella confesión sincera de Mazarino. El legado del cardenal al joven rey se componía solamente de seis palabras; pero éstas como había dicho Su

Eminencia valían cuarenta millones.

Luis permaneció un momento aturdido. En cuanto a Mazarino, parecía haber dicho algo muy natural.

—Ahora, aparte de vuestra familia —dijo el rey—, ¿tenéis alguno a quien recomendarme, señor Mazarino?

Un ligero frotamiento se escuchó en las cortinas de la cama. Mazarino comprendió.

—Sí, sí, Majestad —exclamó vivamente—; os recomiendo un hombre sabio, un hombre honrado, un hombre hábil.

—Manifestadme su nombre, señor cardenal.

—Su nombre os es casi desconocido hasta ahora, Majestad; el señor Colbert, mi intendente. ¡Oh! Valeos de él —añadió Mazarino—; todo lo que ha predicho ha sucedido; tiene buen golpe de vista y jamás se engaña ni sobre las cosas ni sobre los hombres, lo cual es más sorprendente aún. Majestad, mucho os debo, pero creo desquitarme dándoos al señor Colbert.

—Bien —dijo Luis XIV, porque como decía Mazarino, ese nombre de Colbert le era desconocido, y tomaba este entusiasmo del cardenal por delirio de agonizante.

El cardenal volvió a caer en la almohada.

—Por última vez, adiós, Majestad, adiós —murmuró Mazarino—. Estoy cansado y tengo que andar todavía un camino áspero antes de presentarme delante de mi nuevo amo... ¡Adiós, Majestad!

El rey sintió lágrimas en sus ojos. Se inclinó sobre el moribundo, ya medio cadáver, y enseguida se apartó precipitadamente.

## Capítulo XLIX

---

### Primera aparición de Colbert

La noche transcurrió entre las angustias del rey y las del moribundo; éste esperaba librarse de sus males; aquél aguardaba su libertad.

Luis no se acostó. Una hora después de su salida de la cámara de Mazarino supo que, recobrando el moribundo algunas fuerzas, se había hecho vestir, afeitar, y peinar, y que había querido recibir a los embajadores. Semejante a Augusto, consideraba sin duda al mundo como un gran teatro y quería representar dignamente el último acto de su comedia.

Ana de Austria no volvió a presentarse en el aposento del cardenal, pues ya nada tenía que hacer en él. Las conveniencias fueron un pretexto. Por lo demás, el cardenal no preguntó por ella; el consejo que la reina diera a su hijo se le había clavado en el corazón.

A eso de media noche y muy acicalado, Mazarino entró en la agonía. Había revisado su testamento, y como éste era expresión exacta de su voluntad, y temía que una influencia interesada se aprovechase de su debilidad a fin de cambiar algunas de sus disposiciones, había dado a Colbert la consigna, y éste, paseábase en el corredor que conducía a la alcoba del cardenal como el más vigilante centinela.

Encerrado el rey en su habitación, enviaba de hora en hora a su nodriza al departamento de Mazarino, con orden de traerle el parte exacto de la salud del cardenal.

Después de haber sabido que éste se había hecho vestir, afeitar, peinar, y que había recibido a los embajadores, supo también que ya comenzaban por su alma las oraciones de los agonizantes.

A la una de la mañana había ensayado Guénaud el último remedio llamado

heroico. Mazarino respiró cerca de diez minutos después de haberlo tomado, y dio orden para que se extendiese por todas partes y al momento el rumor de una crisis feliz. A esta noticia sintió el rey pasar como un sudor frío por su frente; había entrevisto el día de su libertad, y la esclavitud le parecía más triste y menos aceptable que nunca. Pero el parte que siguió cambió enteramente la faz de las cosas. Mazarino ya no respiraba del todo, y apenas repetía las oraciones que a su lado recitaba el párroco de San Nicolás de los Campos. El rey comenzó a andar con agitación en su cámara, y a consultar, al mismo tiempo que andaba, muchos papeles que había sacado de una cajita, cuya llave sólo él guardaba. Volvió por tercera vez la nodriza. Mazarino acababa de hacer un juego de palabras y de ordenar que se volviese a barnizar su Flora de Ticiano.

Finalmente, a eso de las dos de la mañana, ya no pudo el rey resistir su desfallecimiento, pues no había dormido en veinticuatro horas.

El sueño, tan tenaz en su edad, apoderóse de él y le venció por espacio de cerca una hora; pero no se acostó, sino que durmió en su sillón. A las cuatro entró en la cámara la nodriza y lo despertó.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Mi querida Majestad —dijo la nodriza juntando las manos con aire de commiseración—, ¡ha muerto!

El rey se levantó de un salto, como si hubiese tenido en las piernas un resorte de acero.

—¡Muerto! —exclamó.

—¡Ay! Sí.

—Pero ¿eso es cierto?

—¿Oficial?

—Sí.

—¿Se ha dado ya la noticia?

—Aún no.

—Pero ¿quién te ha dicho que el cardenal haya muerto?

—El señor Colbert.

—¿Y estaba él cierto de lo que decía?

—Salía de la cámara y había tenido durante unos minutos un espejo junto a los labios del cardenal.

—¡Ah! —exclamó el rey—. ¿Y qué ha sido de Colbert?

—Acaba de salir del cuarto de Su Eminencia.

—¿Para ir adónde?

—Para seguirme.

—De modo que está...

—Aquí, mi querida Majestad, esperando en la puerta que tengáis el gusto de recibarlo.

Luis corrió a la puerta, la abrió él mismo, y vio a Colbert en el pasillo, en pie

y esperando. El rey estremeciόse al aspecto de aquella estatua vestida de negro.

Colbert, saludando con profundo respeto, dio dos pasos hacia el rey. Luis entró en la cámara haciendo señas a Colbert para que le siguiera.

Colbert entró y Luis despidió a la nodriza, que cerró la puerta al salir. Colbert se paró modestamente al lado de esa puerta.

—¿Qué venís a decirme, caballero? —dijo Luis muy turbado de ser sorprendido en su pensamiento íntimo, que no podía ocultar completamente.

—Que el señor cardenal acaba de morir, Majestad, y que os traigo su último adiós.

El rey permaneció pensativo un instante, durante el cual miró atentamente a Colbert; era evidente que recordaba el último pensamiento del cardenal.

—Sois vos el señor Colbert? —preguntó.

—Sí, Majestad.

—Fiel servidor de Su Eminencia, como él mismo me ha dicho?

—Sí, Majestad.

—Depositorio de una parte de sus secretos?

—De todos.

—Los amigos y domésticos de Su Eminencia me serán queridos, caballero, y tendré cuidado de que seáis colocado en mis oficinas:

Colbert se inclinó.

—Sois financiero?

—Sí, Majestad.

—Y el señor cardenal os empleaba en sus negocios?

—He tenido tal honor, Majestad.

—Pero creo que nunca hicisteis nada personalmente por mi casa.

—Dispensad, Majestad; yo soy quien tuvo el honor de dar al señor cardenal la idea de una economía que produce trescientos mil francos al año a las cajas de Su Majestad.

—Qué economía, caballero?

—Vuestra Majestad sabe que los cien suizos tienen encajes de plata en los dos lados de las cintas?

—Indudablemente.

—Pues bien, Majestad, yo soy quien propuso que esos encajes fuesen de plata falsa; esto parece que no es nada; mas son cien mil escudos, son la manutención de un regimiento por un semestre, o el precio de diez mil buenos mosquetes, o el importe de un buque de diez cañones dispuesto a darse a la vela.

—Es cierto —dijo Luis XIV considerando con más atención al personaje—; y es una economía muy bien hecha, pues era ridículo que los soldados llevasen el mismo encaje que los señores.

—Soy dichoso en ser aprobado por Vuestra Majestad —dijo Colbert.

—Y es ése el único empleo que teníais con el cardenal? —preguntó el rey.

—También me había encargado el cardenal examinar las cuentas de la superintendencia.

—¡Ah! —dijo Luis XIV, que ya se disponía a despedir a Colbert, pero que se detuvo al oír estas palabras—. ¡Ah! ¿Sois vos a quien el cardenal había encargado de intervenir al señor Fouquet? ¿Qué ha resultado?

—Que hay déficit; pero si Vuestra Majestad me permite...

—Hablad; señor Colbert.

—Debo dar algunas explicaciones a Vuestra Majestad?

—No, caballero, vos sois quien habéis intervenido esas cuentas; dadme la suma.

—Eso será fácil, Majestad. Vacío por todas partes, dinero en ninguna.

—Cuidado, caballero; atacáis cruelmente a la administración del señor Fouquet; el cual, según he oído decir, es hombre hábil.

Colbert ruborizóse, y después se puso pálido, porque conoció que desde aquel momento entraaba en lucha con un hombre cuyo poder casi igualaba al del que acababa dé morir.

—Sí, Majestad, un hombre muy hábil —repitió Colbert inclinándose.

—Pero si el señor Fouquet es un hombre hábil, y si a pesar de su habilidad falta el dinero, ¿quién tiene la culpa?

—Yo no acuso, Majestad, sino pruebo.

—Está bien; haced vuestras cuentas y presentádmelas. ¿Decís que hay déficit? Un déficit puede ser pasajero; el crédito vuelve y los fondos crecen:

—No, Majestad.

—Por éste año, quizá, lo comprendo; pero ¿y en el próximo?

—El próximo, Majestad, está tan comido como el actual.

—¿Y el otro año?

—Como el próximo.

—¿Qué me decís, señor Colbert?

—Afirmao que hay cuatro años comprometidos de antemano.

—Entonces se hará un empréstito:

—Ya se han hecho tres, Majestad.

—Crearé oficios a fin de hacerlos renunciar, y se guardará el dinero de las cargas.

—Imposible, Majestad, porque ya ha habido creaciones sobre donaciones de oficios, cuyas provisiones se han entregado en blanco, de modo que los adquirentes gozan de ellos sin desempeñarlos. Por otra parte, el señor superintendente ha dado un tercio de remisión en cada tratado, de suerte que los pueblos son exprimidos sin que se aproveche de ello vuestra Majestad.

El rey, hizo un movimiento.

—Explicadme eso, señor Colbert.

—Que Vuestra Majestad formule su pensamiento y me diga lo que desea que

y o le explique.

—Tenéis razón; claridad ¡no es eso?

—Sí, Majestad; claridad. Dios es Dios, sobre todo por haber creado la luz.

—Pues bien —prosiguió Luis XIV—, si hoy que ha muerto el señor cardenal y quedo hecho rey, quisiera, por ejemplo, tener dinero...

—Vuestra Majestad no lo tendría.

—¡Oh! He aquí algo raro, señor. ¿Cómo no iba a encontrarme dinero mi superintendente?

Colbert sacudió su cabezota.

—Entonces —dijo el rey—, ¿tan empeñada están las rentas del Estado que ya no sean rentas?

—Sí, Majestad, hasta ese punto. El rey frunció el ceño.

—Pues entonces reuniré los libramientos para conseguir de los tenedores un descargo, una liquidación a buen precio.

—Imposible, porque los libramientos han sido convertidos en billetes, los cuales, para facilidad de transacción, están cortados en tantas partes originales que es imposible reconocer el original.

Luis, muy agitado, se paseaba de arriba abajo con el ceño siempre arrugado.

—Pues si es así como decís, señor Colbert —dijo al fin deteniéndose de pronto—, ¡estaré arruinado aun antes de reinar!

—Lo estás, en efecto, Majestad repuso el impasible alineador de guarismos.

—Pero, sin embargo, señor, el dinero está en alguna parte.

—En efecto, y, para empezar, traigo a Vuestra Majestad una nota, pero que me los había confiado a...

—¿A vos?

—Con prescripción de ponerlos en manos de Vuestra Majestad.

—¡Cómo! ¡Además de los cuarenta millones del testamento?

—Sí, Majestad.

—¿Aun tenía más fondos el señor cardenal?

Colbert se inclinó.

—¡Pero ese hombre era un abismo! —murmuró el rey—. El señor Mazarino por una parte, por otra, el señor Fouquet; más de cien millones quizá entre los dos; así no me espanta que mis arcas estén vacías.

Colbert esperaba sin moverse.

—¿Y esa suma que me traéis vale la pena? —preguntó el rey.

—La cantidad es bastante redonda, Majestad.

—¿Asciende?

—A trece millones de libras.

—¡Trece millones! —exclamó Luis XIV estremeciéndose de alegría—. ¿Decís trece millones, señor Colbert?

—Sí, Majestad, he dicho trece millones.

—¿Que todo el mundo ignora?  
—Que todo el mundo ignora.  
—¿Que están en vuestras manos?  
—En mis manos, sí, Majestad.  
—¿Y que puedo tener?  
—Dentro de dos horas.  
—¿Pues dónde se hallan?  
—En la cueva de una casa que el señor cardenal poseía y que ha tenido a bien legarme por cláusula particular de su testamento.  
—¿Luego conocéis el testamento del señor Mazarino?  
—Tengo una copia firmada de su mano.  
—¿Una copia?  
—Sí, Majestad, hela aquí. Colbert, sacó sencillamente la escritura, de su bolsillo y la enseñó al rey, quien leyó el artículo relativo a la donación de la casa.  
—Aquí sólo se trata de la casa —dijo— y en ninguna parte se menciona el dinero.

Perdón, Majestad, está en mi conciencia.

—¿Y el señor Mazarino ha confiado en vos?  
—Por qué no, Majestad?  
—El, el hombre desconfiado por excelencia?  
—No lo era conmigo, como puede ver Vuestra Majestad.  
Luis fijó asombrado su mirada en aquella cabeza vulgar, pero expresiva.  
—Sois un hombre honrado, señor Colbert —dijo el rey.  
—Eso no es virtud, Majestad, sino deber —contestó, Colbert fríamente.  
—Pero ese dinero —añadió Luis XIV—, ¿no es de la familia?  
—Si fuera de la familia estaría en el testamento del cardenal, como lo demás de su fortuna. Si fuera de la familia, yo, que he redactado el acta de donación hecha en favor de Vuestra Majestad, hubiese añadido la cantidad de trece millones a la de los cuarenta que ya se os ofrecían.

—¡Cómo! —exclamó Luis XIV—. Sois vos quien redactó la donación, señor Colbert?

—Sí, Majestad.

—¿Y el cardenal os quería? —repuso cándidamente el rey.  
—Yo había asegurado a Su Eminencia que Vuestra Majestad no aceptaría —dijo Colbert con el mismo tono de tranquilidad que ya hemos observado, y que, aun en los negocios habituales de la vida, tenía algo de solemne.

Luis pasó una mano por su frente.

—¡Oh! Soy joven —exclamó en voz muy baja— para mandar hombres.

Colbert aguardaba el fin de este monólogo interior, y vio a Luis que alzaba la cabeza.

—¿A qué hora enviaré el dinero a Vuestra Majestad? —preguntó.

—Esta noche a las once. Deseo que nadie sepa lo que tengo. Colbert no respondió, como si la cosa no fuese con él.

—¿Esa suma está en barras o en oro acuñado?

—En oro acuñado, Majestad.

—Bien.

—¿Dónde lo enviaré?

—Al Louvre; gracias, señor Colbert.

Colbert inclinóse y salió.

¡Trece millones! —exclamó Luis XIV cuando se vio solo—. ¡Es un sueño!

Enseguida dejó caer la frente entre las manos, como si en efecto durmiese.

Pero al cabo de un instante alzó la cabeza, sacudió su hermosa cabellera, se levantó, y abriendo con violencia la ventana, bañó sus ardientes sienes en el aire de la mañana que le llevaba el olor acre dé los árboles, el dulce perfume de las flores.

Una aurora resplandeciente apareció en el horizonte, y los primeros rayos del sol inundaron de llamas la frente del joven rey.

—Esta aurora es la de mi reinado —murmuró Luis XIV—. ¿Es este un presagio qué me enviáis, Dios Omnipotente?

## Capítulo L

---

Primer día del reinado de Luis XIV

L a muerte del cardenal súpóse por la mañana en el palacio y en la ciudad.

Los ministros Fouquet, Lyonne, y Letellier entraron en la sala de sesiones para celebrar Consejo.

El rey los mandó llamar al momento.

—Señores —dijo—, mientras vivió el señor cardenal, yo le dejé que gobernara mis asuntos; mas, al presente quiero gobernarlos yo mismo; vosotros me daréis vuestros consejos cuando yo os los pida. ¡Marchaos!

Los ministros miráronse con sorpresa, y si disimularon una sonrisa, fue con gran esfuerzo, porque sabían que el príncipe, educado en una ignorancia absoluta de los negocios, encargábbase, por amor propio, de un trabajo demasiado pesado para sus fuerzas.

Fouquet se despidió de sus colegas en la escalera, diciendo:

—Señores, menos tarea para nosotros.

Y subió muy contento en su carroza.

Los otros, algo inquietos del giro que tomaban los acontecimientos, volvieron juntos a París.

El rey pasó a eso de las diez al cuarto de su madre, con la cual sostuvo una conversación muy reservada; y luego, después de cenar, subió en un coche cerrado y se fue derecho al Louvre. Allí recibió a mucha gente, y tuvo cierto placer en ir observando la vacilación de todos y la curiosidad de cada uno.

Luego mandó que se cerrasen todas las puertas del Louvre, excepto una que daba al muelle. En este lugar puso de centinela doscientos suizos que no hablaban ni una palabra en francés, con la consigna de dejar entrar todo lo que fuese fardo o cajón, pero ninguna otra cosa, y de no permitir salir nada.

A las once en punto oyó el rodar de un carro pesado, después el de otro, y enseguida el tercero; tras de lo cual giró silenciosamente sobre sus goznes la verja para cerrarse.

Enseguida arañó alguien con la uña en la puerta del gabinete. El rey fue a abrir por sí mismo, y vio a Colbert, cuyas primeras palabras fueron éstas:

—El dinero está en la cueva de Vuestra Majestad.

Luis bajó entonces a visitar él mismo las barricas de monedas de oro y plata, que, gracias a las precauciones de Colbert, cuatro hombres habían hecho rodar en una cueva, cuya llave había hecho entregar el rey a Colbert aquella misma mañana. Concluida esta revista, Luis entró en su cuarto acompañado de Colbert, que no había animado su inmóvil frialdad con el más insignificante rayo de personal satisfacción.

—Caballero —le dijo el rey—, ¿qué deseáis que os dé en recompensa de vuestra adhesión y probidad?

—Nada absolutamente, Majestad.

—¡Cómo nada! ¡Ni aun la ocasión de servirme!

—Aunque Vuestra Majestad no me proporcione esa ocasión, no par eso le serviré menos. Me es imposible no ser el mejor servidor del rey.

—Seréis intendente de Hacienda, señor Colbert.

—Mas hay un superintendente, Majestad.

—Ciento.

—Majestad, el superintendente es el hombre más poderoso del reino.

—¡Ah! —murmuró el rey Luis ruborizándose—: ¿Creéis...?

—Me aplastará en ocho días, Majestad; por que al fin, Vuestra Majestad me da una intervención para la cuales menester fuerza. Intendente bajo un superintendente es la inferioridad.

—Queréis apoyo...

—Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que el señor Fouquet, en vida del señor Mazarino, era el segundo personaje del reino; pero muerto ya Mazarino, el señor Fouquet se ha hecho el primero.

—Caballero, hoy consiento aún en que me digáis esas cosas; pero mañana, pensad bien en ello, ya no las sufriré.

—Entonces, ¿seré inútil a Vuestra Majestad?

—Ya lo sois, puesto que teméis comprometeros en mi servicio.

—Sólo temo no poder serviros.

—¿Qué queréis entonces?

—Deseo que Vuestra Majestad me de ayudantes en el trabajo de la intendencia.

—La plaza desmerece:

—Pero gana en seguridad.

—Elegid, vuestros colegas.

- Los señores Breteuil, Marin y Hervart.
- Mañana aparecerá el decreto.
- ¡Gracias, Majestad!
- ¿Mas eso todo lo que deseáis?
- No, Majestad; una cosa más.
- ¿Cuál?
- Dejadme componer un tribunal de justicia.
- ¿Para qué?
- Para juzgar a los arrendadores de rentas y asentistas que han malversado de diez años a esta parte.
- Pero... ¿qué se les hará?
- Se ejecutará a tres, lo cual hará vomitar a los otros.
- No puedo, sin embargo, comenzar mi reinado con ejecuciones, señor Colbert.
- Al contrario, Majestad, a fin de no concluirlo con tormentos. El rey no respondió.
- ¿Consiente Vuestra Majestad? —dijo Colbert.
- Reflexionaré, caballero.
- Será ya tarde cuando esté hecha la reflexión.
- ¿Por qué?
- Porque tenemos que habérnoslas con gente más poderosa que nosotros, si están advertidos.
- Componed ese tribunal de justicia.
- Lo compondré.
- ¿Es eso todo?
- No, Majestad; todavía hay una cosa importante... ¿Qué derechos da Vuestra Majestad a esa intendencia?
- Mas... No sé... Hay usos...
- Majestad, necesito que sea devuelto a esa intendencia el derecho de leer la correspondencia de Inglaterra.
- Imposible, caballero, porque de esa correspondencia se despoja al consejo; el mismo Mazarino lo hacía.
- Creo que Vuestra Majestad declaró esta mañana que ya no habría Consejo.
- Sí, lo declaré.
- Entonces, lea Vuestra Majestad por sí mismo sus cartas, y sobre todo, las de Inglaterra; insisto particularmente en este punto.
- Caballero, tendréis esa correspondencia, y me daréis cuenta de ella — exclamó el rey con resolución.
- Y entonces, ¿qué tendré que hacer en la Hacienda?
- Todo lo que no haga el señor Fouquet.
- Eso es lo que yo pedía a Vuestra Majestad. Gracias, me voy tranquilo.

Marchó efectivamente al decir estas palabras, mientras Luis lo miraba. Aún no estaba Colbert a cien pasos de distancia del Louvre, cuando recibió el rey un correo de Inglaterra. Después de haber mirado y sondeado la cubierta del pliego rompióla precipitadamente, y encontró una carta del rey Carlos II.

He aquí lo que el príncipe inglés escribía a su hermano:

*Vuestra Majestad debe estar muy inquieto con la enfermedad del señor cardenal Mazarino; pero el exceso del peligro puede serviros: el señor cardenal esta condenado por su médico. Os agradezco la respuesta que habéis dado a mi comunicación con respecto a lady Enriqueta Estuardo, mi hermana, y dentro de ocho días partirá la princesa para París acompañada de su corte.*

*Es muy dulce para mí reconocer la fraternal amistad que me habéis demostrado, y de llamaros más justamente aún hermano mío. Me es muy grato sobre todo el probar a Vuestra Majestad, cuánto me ocupo de lo que puede agradarle. Hacéis fortificar ocultamente a Belle-Île-en-Mer. Mal, hecho. Nunca tendremos guerra. Esa medida no me inquieta, pero me entristece... En eso gastáis millones inútiles; decidlo así a vuestros ministros, y creed que mi policía está bien informada; hacedme, hermano mío, los mismos servicios en llegando el caso.*

El rey llamó violentamente, y su ayuda de cámara apareció.

—El señor Colbert acaba de salir de aquí, y no puede estar lejos... ¡Que le llamen...! —exclamó.

El ayuda de cámara iba a cumplir la orden, pero le detuvo el rey.

—No —dijo—, no... Veo toda la trama de ese hombre. Belle-Île es del señor Fouquet; Belle-Île fortificada es una conspiración del señor Fouquet. El descubrimiento de esa conspiración es la ruina del superintendente, y ese descubrimiento resulta de la correspondencia de Inglaterra; he aquí por qué quería Colbert tener esa correspondencias ¡Oh!

No me es posible, sin embargo poner toda mi fuerza en ese hombre; él no es más que la cabeza, y me falta el brazo.

Luis dio de repente un alegre grito.

—Yo tenía —observó al ayuda de cámara— un teniente de mosqueteros.

—Sí, Majestad; el señor de D'Artagnan.

—Que ha dejado mi servicio temporalmente.

—Sí, Majestad.

—Que lo busquen, y que venga aquí mañana a la hora de levantarme.

El ayuda de cámara se inclinó y salió.

—Trece millones en mi cueva —dijo entonces el rey—; Colbert teniendo mi bolsa y D'Artagnan llevando mi espada.

—¡Ya soy rey!

## Capítulo LI

---

### *U*na pasión

**A**l regresar Athos del palacio real el mismo día de su llegada, entró, según ya hemos visto, en su casa de la calle de San Honorato, en la cual encontró al vizconde de Bragelonne, que le charlando con en su cuarto charlando con Grimaud.

No era cosa muy divertida hablar con el antiguo servidor; sólo dos hombres poseían este secreto: Athos y D'Artagnan. El primero lo conseguía porque Grimaud trataba de hacerle hablar también; D'Artagnan, en cambio, porque sabía hacer hablar a Grimaud.

Raúl se hallaba ocupado en hacerse contar el viaje a Inglaterra, y Grimaud lo había referido con todos sus pormenores, con cierto número de gestos y ocho palabras; ni más ni menos.

—Primeramente, había indicado con un movimiento de mano que su señor y él habían atravesado el mar.

—¿Para alguna expedición? —preguntó Raúl.

Grimaud, bajando la cabeza, había contestado que sí.

—¿Donde el señor conde corrió peligros?

Grimaud se encogió de hombros, como para decir: « Ni mucho ni poco» .

—Pero ¿ni algún peligro? —insistió Raúl.

Grimaud señaló a la espada, al fuego, y a un mosquete que estaba colgado en la pared.

—Por tanto, el señor conde ¿tenía allí un enemigo? —exclamó Raúl.

—Monk —contestó Grimaud.

—Es raro —continuó Raúl— que el señor conde insista en considerarme como un novicio, y en no hacerme participar del honor o del peligro de esos

encuentros. Grimaud sonrió.

En este momento volvió Athos. El huésped le alumbraba la escalera, y Grimaud, reconociendo el paso de su amo, corrió a su encuentro, lo cual cortó en seco la conversación:

Pero Raúl habiérase lanzado en vías de interrogación; así es que no se detuvo, y tomando las dos manos del conde con viva ternura, pero respetuosa, dijo:

—¿Cómo es, señor, que os marcháis para un viaje lleno de peligros sin decirme adiós, sin pedirme el auxilio de mi espada, a mí, que debo ser para vos un sostén, ya que tengo fuerzas; a mí, a quien habéis educado como a un hombre? ¡Ah! ¿Conque queréis exponerme a la terrible prueba de no volver a veros nunca?

—¿Quién os ha dicho, Raúl, que fuese peligroso mi viaje? —dijo el conde poniendo su capa y su sombrero en manos de Grimaud, que acababa de quitarle la espada.

—Yo —dijo Grimaud.

—¿Y por qué? —dijo seriamente Athos.

Grimaud estaba muy embarazado, y Raúl fue en su auxilio respondiendo por él.

—Es muy natural, señor, que este buen Grimaud me manifieste la verdad en lo que os concierne. ¿Por quién seréis amado y sostenido sino por mí?

Athos no respondió. Hizo un gesto amigable que apartó a Grimaud, sentándose luego en un sillón, mientras Raúl permanecía delante y en pie.

—Siempre tendremos —continuó Raúl— que vuestra viaje era una expedición... y que el hierro y el fuego os han amenazado.

—No hablemos más de eso —dijo Athos dulcemente—; salí de repente, es verdad; pero el servicio del rey Carlos II exigía tan pronta marcha. Os doy las gracias por vuestra inquietud; sé que puedo contar con vos... ¿No os a hecho falta nada durante mi ausencia, vizconde?

—No, señor; gracias.

—Ordené a Blaisois que os entregará cien doblones en cuanto los necesitaseis.

—Señor, yo no he visto a Blaisois.

—Entonces, ¿os habéis pasado sin dinero?

—Me restaban treinta doblones de la venta de los caballos que tomé para mi última campaña, y además, el señor príncipe tuvo la bondad de hacerme ganar doscientos en el juego hace tres meses.

—¿Jugáis...? No me gusta eso, Raúl.

—Jamás juego, señor; el príncipe me ordenó que llevase sus cartas en Chantilly... una noche que recibió un correo del rey; yo obedecí, y me mandó el príncipe que me quedara con la ganancia de la partida.

—¿Es esa una costumbre de la casa, Raúl? —dijo Athos frunciendo el ceño.

—Sí, señor. Todas las semanas hace el señor príncipe tal obsequio a uno de sus

caballeros. Hay cincuenta en casa de Su Alteza, y aquella vez me tocó el turno.

—Bien, ¿con que fuisteis a España?

—Sí, señor, hice un viaje muy placentero e interesante.

—¿Y hace un mes que habéis vuelto?

—Sí, señor.

—Y en ese mes, ¿qué habéis hecho?

—Mi servicio, señor.

—¿No habéis estado en mi casa de la Fère?

Raúl se ruborizó. Athos le miró con ojos fijos:

—Haréis mal en no creerme —dijo Raúl—; conozco que me ruborizo, pero es a pesar mío. La pregunta que me hacéis el honor de dirigirme es de tal naturaleza, que causa en mí muchas emociones. Me ruborizo porque estoy conmovido, mas, no porque minta.

—Ya sé, Raúl; que no mentís nunca.

—No, señor.

—Pero, además, hacéis mal en eso; lo que yo quería deciros...

—La sé muy bien, señor; queríais preguntarme si yo no había estado en Blois.

—Precisamente.

—No he ido, ni todavía he visto a la persona de quien queréis hablarme.

La voz de Raúl temblaba al decir estas palabras. Athos, soberano juez en toda delicadeza, añadió al momento:

—Raúl, me respondéis con sentimiento penoso; veo que sufrís.

—Mucho, señor; me habéis prohibido ir a Blois y volver a ver a la señorita de La Vallière.

Aquí detuvose el joven; este dulce nombre, tan, encantador de pronunciar, desgarraba su corazón, acariciando sus labios.

—Y he hecho bien, Raúl —se apresuró a decir Athos—. No soy un padre bárbaro ni injusto; respeto el verdadero amor; mas pienso para vos en un porvenir... en un inmenso porvenir: Un nuevo reinado va a lucir como una aurora, y la guerra llama al joven rey, lleno de espíritu caballeresco... Lo que necesita ese ardor heroico, es un batallón de oficiales jóvenes y libres que corran a los hechos con entusiasmo y caigan gritando: ¡Viva el rey! en vez de exclamar: ¡adiós, esposa mía...! Ya comprendéis esto, Raúl. Por más cruel que parezca mi razonamiento, os conjuro a que me creáis y a que no volváis vuestras miradas hacia aquellos primeros días de juventud en que adquiristeis la costumbre de amar, días de muelle abandono que conmueven el corazón y le hacen incapaz de contener esos licores fuertes y amargos que se llaman gloria y adversidad. Repito, Raúl, que veáis en mi consejo el solo deseo de seros útil, la sola ambición de veros prosperar. Os considero capaz de llegar a ser un hombre notable; caminad solo, y caminaréis mejor y con mas prontitud.

—Habéis mandado, señor —replicó Raúl—, y yo obedezco.

—¡Mandado! —murmuró Athos. ¿Es así como me respondéis? ¿Yo os he mandado?

¡Oh! Trastornáis mis palabras. ¡Cómo desconocéis mis intenciones! Yo no he mandado, he suplicado.

—No, señor, habéis mandado —replicó Raúl con terquedad—. Pero aunque no hubierais hecho sino una súplica, esa súplica habría sido más eficaz que una orden. Yo no he vuelto a ver a la señorita de La Vallière.

—¡Pero sufrís! ¡Sufrís! —exclamó Athos.

Raúl no respondió.

—Os encuentro pálido, y os veo triste... ¿Tan fuerte es ese sentimiento?

—Es una pasión —repuso Raúl—, no una costumbre señor, ya sabéis que he viajado mucho y que he pasado dos años lejos de ella. Me parece que toda costumbre puede romperse en dos años. Pues bien, a mi vuelta la amaba, no más, porque eso es imposible, pero sí lo mismo. La señorita de La Vallière es para mí la compañera por excelencia; mas vos sois para mí dios en la tierra... y todo lo sacrificaré a vos.

—Haríais mal —dijo Athos—; yo no tengo ya ningún derecho sobre vos. La edad os ha emancipado y no tenéis necesidad de mi consentimiento. Además, yo no negaré ese consentimiento después de todo lo que acabáis de decirme. Casaos, pues, con la señorita de La Vallière, si gustáis.

Raúl hizo un movimiento, y dijo:

—Sois bondadoso, señor, y vuestra concesión me llena de reconocimiento; mas no aceptaré.

—¡Con que ahora rehusáis!

—¡Sí, señor!

—Nada os echaré en cara, Raúl. Pero tenéis en lo profundo del corazón un sentimiento contra ese matrimonio; no sois vos quien me lo ha escogido.

—Es verdad.

—Eso basta para que no insista; esperaré.

—Cuidado, Raúl; lo que decís es muy grave.

—Lo sé muy bien, señor; esperaré, os digo.

—¿A que yo muera? —dijo Athos muy conmovido.

—¡Oh, señor! —murmuró Raúl con lágrimas en los ojos—. ¡Es posible que de este modo me desgarréis el corazón, a mí, que no os he dado ningún motivo de queja!

—Es cierto, hijo querido —murmuró Athos, apretando violentamente los labios para reprimir la emoción de que ya no era dueño—. No, no quiero afligiros... sino que no he comprendido lo que esperaréis... ¿Será, quizás, a que no améis ya?

—¡Ah! No, señor, esperaré, a que mudéis de opinión.

—Quiero hacer una prueba, Raúl; ver si la señorita de La Vallière espera como vos.

—Así lo creo, señor.

—Cuidado, Raúl. ¿Y si no aguardase ella? ¡Ah! Sois tan joven, tan confiado, tan fiel...

Las mujeres son variables.

—Nunca me habéis hablado mal de las mujeres, señor; jamás habéis tenido de qué quejaros de ellas; ¿por qué quejarse ahora con respecto a la señorita de La Vallière?

—Es cierto —dijo Athos bajando los ojos—; jamás os he hablado mal de las mujeres; jamás he tenido por qué quejarme de ellas; jamás me ha motivado una sospecha la señorita de La Vallière; pero, cuando se prevé, es necesario ir hasta las excepciones, hasta las improbabilidades. Por eso os he hablado de si la señorita de La Vallière os esperaría.

—¿Cómo puede ser eso, señor?

—Volviendo los ojos a otra parte.

—¿Sus miradas a otro hombre, queréis decir? —dijo Raúl pálido de angustia.

—Eso es.

—Bien: entonces mataría a ese hombre —dijo seriamente Raúl—, y a todos los hombres a quienes escogiese la señorita de La Vallière, hasta que uno de ellos me matase a mí o hasta que la señorita de La Vallière me hubiera entregado su corazón.

Athos palideció.

—Creía —contestó con voz sorda—, que no ha mucho me llamabais vuestro dios, vuestra ley en el mundo.

—¡Oh! —exclamó Raúl temblando—. ¿Me prohibiríais el duelo?

—¿Y si lo prohibiese, Raúl?

—Me prohibiríais esperar, señor, y por consecuencia no me prohibiríais morir.

Athos alzó los ojos sobre el vizconde, porque había pronunciado estas palabras con inflexión sombría y acompañadas de una mirada sombría también.

—Basta —dijo Athos después de un largo silencio—, basta ya de este enojoso asunto, en el cual exageramos ambos. Dejad correr días y días, Raúl; haced el servicio; amad a la señorita de La Vallière; en fin, obrad como un hombre, pues tenéis edad de tal, pero no olvidéis que os amo tiernamente y que vos pretendéis amarme.

—¡Ah, señor conde! —murmuró Raúl apretando fuertemente la mano de Athos contra su corazón.

—Bien, amigó mío, dejadme, tengo necesidad de reposo. A propósito, el señor de D'Artagnan ha vuelto de Inglaterra conmigo, y le debéis una visita.

—Iré a verlo, y con mucho gusto, pues quiero mucho al señor de D'Artagnan.

—Tenéis razón; es un hombre honrado y un valiente caballero:

—¡Que os ama! —dijo Raúl.

—Estoy cierto de ello... ¿Sabéis dónde vive?

—Eh el Louvre, en el Palacio Real, donde quiera que esté el rey, ¿No manda los mosqueteros?

—Por el momento, no, porque está con licencia descansando... No lo busquéis, pues, en los puestos de su antiguo servicio; tendréis noticias suyas en casa de un tal señor Planchet.

—¿Su antiguo lacayo? —convertido ahora en abacero.

—¿Calle de los Lombardos, número 9?

—Una cosa así... o calle de Arcis.

—Buscaré, buscaré.

—Le diréis mil cosas en mi nombre, y lo traeréis a comer commigo antes que me marche a la Fère.

—Bien, señor.

—Adiós, Raúl.

—Señor, veo en vos una Orden que no os conocía, recibid mis parabienes.

—¡El Toisón...! Es cierto. Un juguete, hijo mío, que ya no entretiene a un viejo niño como yo... Buenas noches, Raúl.

## Capítulo LII

---

### La lección de D'Artagnan

Raúl no encontró al día siguiente, como esperaba, al señor de D'Artagnan; sólo halló a Planchet, cuya satisfacción fue muy viva al ver de nuevo a aquel joven, saludado con dos o tres cumplidos guerreros no muy propios de un abacero. Pero cuando Raúl regresaba de Vincennes aquella mañana, conduciendo cincuenta dragones que le había confiado el príncipe, vio, en la plaza Baudoyer, a un hombre que, fijamente, miraba una casa como, se mira un caballo que se desea comprar.

Aquel hombre, vestido con traje de paisano, abotonado como un jubón militar, calado un sombrero muy chico, y llevando al costado una larga espada, volvió la cabeza tan pronto como oyó el paso de los caballos y dejó de contemplar la casa para mirar a los dragones.

Aquel hombre era el señor de D'Artagnan; D'Artagnan a pie, D'Artagnan con las manos a la espalda, que pasaba revista a los dragones después de haberla pasado a los edificios. Ni un hombre, ni una correa, ni un casco de caballo se escapó a su inspección.

Raúl iba al lado de la tropa, y D'Artagnan lo distinguió el último.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Vive Dios! —dijo.

—¿No me equivoco? —dijo Raúl deteniendo su caballo.

—No, no te engañas. ¡Buenos días! —contestó el antiguo mosquetero.

Y Raúl estrechó emocionado las manos de su viejo amigo.

—Ten cuidado, Raúl —dijo D'Artagnan—; el segundo caballo de la quinta fila queda desherrado antes de llegar al puente María; solamente tiene dos clavos en la mano derecha.

—Esperadme —dijo Raúl—, vuelvo.

—¿Dejas tu destacamento?

—Ahí se halla el abanderado para reemplazarme.

—¿Vienes a comer conmigo?

—Con mucho gusto, señor de D'Artagnan.

—Entonces, anda pronto; deja el caballo o procura que me den uno.

—Mejor quiero ir a pie con vos. Raúl corrió a avisar al abanderado, que ocupó su lugar; luego, echó pie a tierra, dio su caballo a uno de los dragones, y, muy contento, cogió el brazo de D'Artagnan, que lo contemplaba después de todas estas evoluciones con la satisfacción de un conocedor.

—¿De modo que vienes de Vincennes? —le dijo.

—Sí, señor caballero...

—¿Y el cardenal...?

—Está muy enfermo, y hasta afirman que ha muerto.

—¿Estás a bien con el señor Fouquet? —preguntó D'Artagnan, demostrando con un desdénoso movimiento de hombros que la muerte del cardenal no le afectaba demasiado.

—¿Con el señor Fouquet? —dijo Raúl—. No le conozco.

—Tanto peor, porque un nuevo rey busca siempre hacerse de criaturas suyas.

—¡Oh! El rey no me quiere mal. Yo no te hablo de la corona —replicó D'Artagnan—, sino del rey... El rey es el señor Fouquet, ahora que ha muerto el cardenal... Se trata de estar a buenas con el señor Fouquet, si no quieres enmohecerte toda la vida, como a mí me ha sucedido... Ciento es que tienes otros protectores, felizmente. El príncipe el primero.

—Ese está gastado, gastado, amigo mío.

—¿Y el conde de la Fère?

—¡Athos! ¡Oh! Eso es distinto; sí, Athos... Y si quieras hacer un buen viaje a Inglaterra a nadie puedes dirigirte mejor. Y aun te diré, sin mucha vanidad, que yo mismo tengo algún crédito en la Corte de Carlos II. ¡Ese sí que es un monarca!

—¡Ah! —dijo Raúl con la cándida curiosidad de los jóvenes bien pacidos que oyen hablar a la experiencia y al valor.

—Sí, un rey que se divierte, es cierto; pero que también ha sabido poner mano a la espada y apreciar a los hombres útiles. Athos goza de influencia con Carlos II. Tómame dé servicio, para eso, y abandona a los tunantes traficantes que lo mismo roban con manos francesas como con dedos italianos; deja también a este rey llorón que va a darnos un reinado, de Francisco II. ¿Sabes historia, Raúl?

—Sí, caballero.

—Entonces, sabrás que Francisco II tenía siempre mal de oídos...

—No, no lo sabía.

—Que Carlos IX tenía siempre dolor de cabeza...

—Y Enrique III siempre mal de vientre.

Raúl echóse a reír.

—Pues bien, mi querido amigo, Luis XIV siempre tiene enfermo el corazón; es deplorable ver que un rey suspire por la mañana y por la noche, y que no diga una vez al día: « ¡voto a tal! » o « ¡diantre! ». En fin, algo que anime.

—¿Y es por eso, señor caballero, por lo, que habéis dejado el servicio? — preguntó Raúl.

—Ciertamente.

—Pero, vos mismo, señor de D'Artagnan, echáis la soga tras el caldero; no haréis fortuna, no.

—¡Oh! Lo que es yo —contestó D'Artagnan con tono ligero—, ya estoy asegurado. Poseía algunos bienes de familia.

Raúl lo miró porque era proverbial la pobreza de D'Artagnan. Gascón como era, encarecía por la mala suerte todas las gasconadas de Francia y de Navarra; Raúl había oído nombrar cien veces a Job y D'Artagnan, como se nombra a los gemelos Rómulo y Remo.

D'Artagnan sorprendió esta mirada de sorpresa.

—Además, tu padre te habrá dicho que he estado en Inglaterra.

—Sí, señor.

—Y que tuve allí un encuentro afortunado.

—No, señor; ignoraba eso.

—Sí, uno de mis buenos amigos, un gran señor, el virrey de Escocia y de Irlanda, me ha hecho hallar una herencia.

—¿Una herencia?

—Y bastante regular.

—¿De suerte que sois rico?

—¡Psch...!

—Os doy la más cordial enhorabuena.

—Gracias... Ahí tienes: mira mi casa.

—¿En la plaza de la Greve?

—Sí. ¿No te gusta ese barrio?

—Al contrario: el agua es muy hermosa de ver...

—¡Oh! ¡Una casa antigua muy linda!

—La Imagen de Nuestra Señora es una taberna antigua que he transformado en casa hace dos días.

—Pero ¿la taberna sigue abierta?

—¡Pardiez!

—¿Y vos, dónde habitáis?

—Yo, en casa de Planches.

—Como me dijisteis ahora poco: « mira mi casa... ».

—Lo dije porque es mía; efectivamente... La he comprado.

—¡Ah! —dijo Raúl.

—¡Oh! ¡Mi querido Raúl, un negocio soberbio! He comprado la casa en treinta mil libras, tiene un hermoso jardín que da a la calle de la Mortellerie; la taberna se arrienda en mil libras con el piso principal; el granero o segundo piso, quinientas libras.

—¿Cómo!

—Sin duda.

—¿Un granero quinientas libras? ¡Pero un granero no es habitable!

—Por eso no lo habita nadie; pero ya ves que ése granero tiene dos ventanas que dan a la plaza.

—Sí, señor.

—Pues bien, siempre que enruedan, que ahorcan, que descuartizan o que queman a alguien, ¡se alquilan las dos ventanas hasta por veinte doblones!

—¡Oh! —dijo Raúl estremecido.

—¿Es desgradable, verdad? —dijo D'Artagnan.

—¡Oh! —repitió Raúl.

—Esto es desgradable, mas es un hecho... Estos lobos parisenses son en ocasiones verdaderos antropófagos. No concibo que hombres cristianos puedan hacer tales especulaciones.

—Es cierto.

—Por lo que a mí respecta —continuó D'Artagnan—, si yo habitase esta casa, cerraría en los días de ejecución hasta los agujeros de las cerraduras; pero no la habito.

—¿Y arrendáis en quinientas libras ese granero?

—Al feroz tabernero, que lo subarrienda a su vez... Decía, pues, mil quinientas libras.

—El interés natural del dinero.

—Cierto. Y me queda, además, el cuerpo de casa del fondo: almacenes, viviendas y cuevas inundadas cada invierno, doscientas libras; y el jardín, que es muy hermoso, muy bien plantado, muy escondido bajo los muros y la sombra de la fachada de San Gervasio y San Protario, mil trescientas libras.

—¡Mil trescientas libras! Eso es soberbio.

—He aquí la historia: yo supongo a un canónigo cualquiera de la parroquia (estos canónigos son unos Cresos); supongo, pues, un canónigo que alquila el jardín para solazarse en él. El inquilino ha dicho que se llama señor Godard. Este es un nombre verdadero p falso; si verdadero, es un canónigo; si falso, cualquier desconocido. ¿Por qué he de conocerlo? Siempre paga adelantado. Ahora poco cuando te encontré, tenía la idea de comprara una casa en la plaza. Baudoyer que se juntara por detrás con mi jardín y formase una propiedad magnífica. Tus dragones me distrajeron de mi idea. Ea, tomemos la calle de la Cestería; y vamos derechos a casa de maese Planchet.

D'Artagnan aceleró el paso y condujo, en efecto, a Raúl a casa de Planchet, a una sala que el abacero destinaba a su antiguo señor. Planchet había salido, pero estaba servida la mesa. En casa del abacero subsistía un resto de la regularidad y puntualidad militar.

D'Artagnan llevó a Raúl a tratar del capítulo de su porvenir.

—Tu padre te trata severamente —dijo.

—Con justicia, señor caballero.

—¡Oh! Ya sé que Athos es justo; pero tacaño, quizás.

—Tiene una mano regia, señor de D'Artagnan.

—No te apures, muchacho; si tienes necesidad de algunos doblones, aquí está él viejo mosquetero:

—¡Oh! ¡Señor de D'Artagnan!

—Juegas algo, ¿eh?

—Nunca.

—Entonces, ¿serás afortunado con las mujeres...? Te ruborizas...

—¡Oh, pequeño Aramis! Querido, eso cuesta aún más caro que el juego. Ciento que uno se bate al perder, lo cual es una compensación. ¡Bah! Ese llorón de rey hace pagar la multa a las gentes que valen algo. ¡Qué reinado, mi pobre Raúl, qué reinado! ¡Cuando se considera que en mi tiempo se sitiaba a los mosqueteros en las casas, como Héctor y Príamo en la ciudad de Troya! Y entonces lloraban las mujeres, y quinientos descamisados palmoteaban y prorrumpían: « ¡Mata, mata! », cuando no se trataba de un mosquetero. ¡Pardiez! No veréis esto vosotros.

—Tenéis ojeriza al rey, señor de D'Artagnan, y apenas le conocéis.

—¿Yo? Oye, Raúl. Día por día y hora por hora, toma buena nota de mis palabras, te predigo lo que hará. Muerto el cardenal llorará mucho, lo cual será lo menos malo, principalmente si no piensa en las lágrimas...

—¿Y luego?

—Luego, hará que el señor Fouquet le de una pensión, y se irá a componer versos a Fontainebleau para la Mancini, a quien la reina sacará los ojos. Ella es española y tiene por suegra a Ana de Austria. ¡Conozco bien a las españolas de la casa de Austria!

—¿Y luego?

—Luego, después de haber hecho arrancar los galones de plata de los suizos, porque el bordado cuesta demasiado caro, pondrá a pie a los mosqueteros, porque la avena y el heno de un caballo cuestan cinco sueldos diarios.

—¡Oh! No digáis tal cosa.

—¡Qué me importa! Ya no soy mosquetero, ¿verdad? Que se vaya a caballo o a pie, que se lleve un asador o unas parrillas, o una espada, o nada, ¿qué me importa?

—Querido señor de D'Artagnan, os suplico que no sigáis hablando mal del

rey. Yo estoy casi a su ser vicio, y mi padre me reprendería de haber escuchado, aun de vuestra boca, esas palabras injuriosas para Su Majestad.

—Tu padre... ¡eh! Es el caballero de toda causa quebradiza. ¡Diantre! Tu padre, un valiente, un César, es verdad; pero un hombre sin golpe de vista.

—¡Vamos bien! —dijo Raúl riendo—. Ya vais a hablar mal de mí.

—Padre de aquel a quien llamáis el gran Athos; hoy estáis de mal humor y la riqueza os hace duro, como a otros la pobreza.

—Tienes razón, ¡pardiez! soy un belitre, un desgraciado viejo, una cuerda deshilachada, una coraza rota, una espuela sin ruedecilla; pero préstame un favor, Raúl; dime una sola cosa.

—¿Qué cosa, señor de D'Artagnan?

—Dime esto... Mazarino no era un pillastre.

—Quizá haya muerto.

—Razón de más, y por eso digo: que era; si no creyese que había muerto, te suplicaría que, dijeses: «Mazarino es un pillastre». Ea, dilo, por amor a mí.

—Vaya, lo diré.

—¡Di!

—Mazarino era un pillastre —dijo el vizconde sonriendo al mosquetero, que alegrábbase como en sus más bellos días.

—Un momento —dijo éste—. Ya has dicho la primera proposición; he aquí la conclusión. Repite, Raúl, repite: «Pero echaré de menos a Mazarino».

—¡Caballero!

—Si no quieres decirlo, yo lo diré dos veces por ti. ¡Mas, tú echarás de menos a Mazarino!

Aún reían y discutían sobre esta profesión de principios, cuando entró uno de los mozos del abacero, y dijo:

—Una carta para el señor de D'Artagnan.

—Gracias... ¡Toma! —dijo el mosquetero.

—Es la letra del señor conde —dijo Raúl.

—Sí, sí.

Y D'Artagnan rompió el sobre. «Querido amigo, acaban de rogarme de parte del rey que os busque...».

—¿A mí? —dijo D'Artagnan dejando caer el papel sobre la mesa. Raúl lo cogió y siguió leyendo en voz alta:

«Apresuraos. Su Majestad tiene mucha necesidad de hablaros, y os espera en el Louvre».

—¿A mí? —repitió el mosquetero.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo Raúl.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió D'Artagnan—. ¿Qué quiere decir esto?

## Capítulo LIII

---

El rey

Pasado el primer movimiento de sorpresa, D'Artagnan leyó de nuevo el billete de Athos.

—Es raro —dijo—, que me haga llamar el rey.

—¿Por qué? —dijo Raúl—. ¿No suponéis que el rey deberá echar de menos un servidor como vos?

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró el oficial riendo, con los labios fruncidos—. Linda cosa estáis diciendo, querido Raúl. Si el rey me echara de menos, no me hubiese dejado marchar. No, no; yo veo en esto algo mejor, o peor, si queréis.

—¡Peor! ¿Y qué?, señor caballero, tú eres joven, confiado... ¡Ojalá estuviera yo donde tú! Tener veinticuatro años, la frente tersa y cerebro vacío de todo, a no ser de mujeres, de amor o de buenas intenciones... ¡Oh! Raúl, mientras no hayas recibido las sonrisas de los reyes y las confidencias de las reinas; mientras no hayas tenido dos cardenales, muertos en tu época, tigre el uno, zorro el otro; mientras no hayas... Pero ¡a qué vienen esas niñerías? Es menester separarnos.

—¡Cómo me decís eso! ¡Qué aire tan serio!

—La cosa bien vale la pena... Escuchadme, tengo qué haceros una recomendación.

—Ya escucho, caballero D'Artagnan.

—Avisaré a tu padre mi marcha.

—¿Os marcháis?

—Diantre! Le dirás que he pasado a Inglaterra y qué voy a vivir a mi casita de recreo.

—¡A Inglaterra! ¡Vos...! ¿Y las órdenes del rey?

—Cada vez te hallo más cándido. ¿Te figurás tú que así, sin más ni más, voy a

presentarme en el Louvre y ponerme a disposición de ese lobezno coronado?

—¡Lobezno el rey! Pero ¡estás loco!

—Al contrario, nunca he sido más cuerdo. Tú no sabes lo que quiere hacer de mí, ese digno hijo de Luis el Justo... ¡Vive Dios! Esa es la política... Lo que quiere es embastillarme, pura y simplemente.

—¿Con qué propósito? —pregunto Raúl, asombrado de lo que oía.

—A propósito de lo que le dije un día en Blois... Estuve algo vivo y él se acordará.

—¿Qué le dijisteis?

—Que era un roñoso, un canalla, un miserable.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Raúl—. ¿Es posible que hayan salido de vuestra boca semejantes palabras?

—Quizá no te haya dado precisamente la letra de mi discurso; pero al menos te he dado el sentido.

—Pero el rey os hubiera hecho arrestar al momento!

—Par quién? Yo era quien mandaba los mosqueteros, y le hubiera sido necesario mandarme a mí mismo que me condujese a la prisión; yo no hubiera consentido nunca, y me habría resistido a mí mismo. Hoy ha muerto o casi muerto el cardenal, saben que estoy en París, y me atrapan.

—Por tanto, el cardenal era protector vuestro.

—El cardenal me conocía y sabía de mí ciertas particularidades; también sabía yo de él algunas cosas y nos apreciábamos mutuamente... El cardenal, al entregar su alma al diablo, habrá aconsejado a Ana de Austria que me haga habitar en sitio seguro. Ve, pues, en busca de tu padre, relátale el hecho, y adiós.

—Querido señor de D'Artagnan —dijo Raúl, muy conmovido, después de haber mirado por la ventana—, ni siquiera podéis, huir.

—¿Y, por qué?

—Porque permanece abajo un oficial de suizos que os espera.

—¿Y qué?

—Que os arrestará.

D'Artagnan no pudo menos de soltar una carcajada de risa homérica.

—¡Oh! Sé muy bien que resistiréis, que combatiréis, y hasta que saldréis vencedor, pero eso es la rebelión, y vos, que sois también oficial, no ignoráis lo que es la disciplina.

—¡Diablo de niño! ¡Qué bien criado está y qué lógico es! —murmuró D'Artagnan.

—Aprobáis esto, ¿no es verdad?

—Sí. En lugar de pasar por la calle, donde me espera ese bienaventurado, voy a largarme bonitamente por el muro de atrás. Tengo un caballo en la cuadra que es excelente; lo reventaré, mis medios me lo permiten, y de caballo reventado en caballo reventado llegaré a Boulogne en once horas. Sé el

camino... No digas más que una cosa a tu padre.

—¿Qué?

—Que... lo que él sabe está muy bien colocado en casa de Planchet, a excepción de un quinto, y que.

—Pero, señor de D'Artagnan, nota que si salís huyendo van a decir dos cosas.

—¿Cuáles, querido?

—Primero, que habéis sentido miedo.

—¡Oh! ¿Y quién dirá eso?

—El primero de todos el rey.

—Pues... dirá la verdad: siento miedo.

—Segundo, que os reconocéis culpable.

—¿Culpable dé qué?

—¡Toma! De crímenes que querrán imputaros.

—También eso es cierto... Así, pues, ¿me aconsejas que vaya a hacerme embastillar?

—El conde de la Fère os lo aconsejaría como yo.

—Lo sé muy bien —dijo D'Artagnan pensativo— tienes razón, no me salvaré. Pero ¿y si me meten en la Bastilla?

—Nosotros os sacaremos —dijo Raúl tranquilamente.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan tomándole una mano—. Has dicho eso de una manera— valiente, Raúl; la de Athos pura. Pues bien, parto. No olvides mi último encargo.

—A excepción de un quinto —dijo Raúl.

—Sí. Eres un guapo mozo, y deseo que añadas una cosa, a esa última.

—Hablad.

—Esta: si no me sacáis de la Bastilla, y me muero en ella, lo cual se ha visto ya... seré un detestable prisionero, yo, que soy un hombre pasable... En ese caso, te doy los tres quintos, y el cuarto a tu padre.

—¡Caballero!

—¡Diantre! Si queréis, hacerme decir misas, sois libre en ello. Dicho esto descolgó su tahalí, ciñó la espada, caló el sombrero, en ya pluma era nueva, y tendió la mano a Raúl.

Una vez en la tienda, dirigió una ojeada a los mozos, que contemplaban la escena con orgullo y cierta inquietud, y, metiendo la mano en una caja de pasas de Corinto, se fue hacia el oficial, que aguardaba filosóficamente delante de la puerta de la tienda.

—¡Esas facciones...! ¡Sois vos, señor de Friedisch? —exclamó alegremente el mosquetero—. ¡Hola! ¡Así se arresta a los amigos!

—¡Arrestar! —murmuraron entre ellos los mozos.

—Yo soy —dijo torpemente el suizo—; buenos días, señor de D'Artagnan.

—¿He de daros la espada? Os prevengo que es muy larga y pesada:

dejádmela hasta el Louvre. No puedo andar sin espada por la calle, y vos también andaríais mal llevando dos.

—El rey no ha dicho nada —replicó el suizo—; guardad, por tanto, vuestra espada.

—Eso es magnífico de parte del rey Marchemos al momento.

El señor de Friedisch no era hablador, y D'Artagnan tenía muchas cosas en que pensar para serio. Desde la tienda de Planchet al Louvre no mediaba mucha distancia, y llegaron en diez minutos, cuando ya era de noche.

El señor de Friedisch quiso entrar por el postigo.

—No —observó D'Artagnan—; par ahí perderíamos tiempo; tomad la escalera.

El suizo hizo lo que le recomendaba D'Artagnan, y lo condujo al vestíbulo del gabinete de Luis XIV.

Llegado allí saludó a su prisionero, y, sin decir más se volvió a su puesto.

D'Artagnan no tuvo siquiera tiempo de preguntarse por qué no le quitaron la espada, cuando se abrió la puerta del gabinete, y un ayuda de cámara llamó:

—Señor de D'Artagnan!

El mosquetero tomó su actitud de parada y entró con dos ojos extremadamente abiertos, la frente serena y el bigote alisado.

El rey estaba sentado a su mesa y escribía.

Pero no se movió cuando los pasos del mosquetero resonaron en el pavimento, y ni siquiera volvió la cabeza. D'Artagnan se adelantó hasta la mitad de la sala, y viendo que el rey no paraba la menor atención en él, comprendiendo además muy bien que aquello era afectación, como un preámbulo enfadoso para la explicación que se preparaba, volvió la espalda al príncipe y se puso a contemplar con todos sus ojos los frescos de la cornisa y las grietas del techo.

Esta maniobra fue acompañada de este monólogo tácito:

« ¡Ah! Deseas humillarme, tú a quien he visto muy chiquito, tú a quien he salvado como hijo mío, a quien he servido como a mi Dios, es decir, por nada. ¡Espera, espera, vas a ver lo que puede hacer un hombre que ha silboteado la tonada del baile de los hugonotes en las barbas del señor cardenal, del verdadero cardenal! » .

En aquel momento volvióse Luis XIV y dijo:

—¿Estás ahí, señor de D'Artagnan? D'Artagnan vio el movimiento y lo imitó.

—Sí, Majestad —dijo.

—Bien, tened la amabilidad de esperarme.

D'Artagnan no respondió nada, pero se inclinó.

« Esto es muy delicado —pensó—, y nada tengo que decir» .

Luis hizo un rasgo de pluma violento y la arrojó con cólera.

« Ea, enfádate para ponerte en punto —pensó el mosquetero—; también me

pondrás a mis anchas y no estará de más lo que te dije el otro día en Blois».

Luis se levantó, pasó una mano por la frente, y; parándose luego delante de D'Artagnan, lo miró con aire imperioso y benévolamente.

« ¿Qué desea de mí? Veamos, que acabe», pensó el mosquetero.

—Caballero —dijo el rey—, sin duda, sabréis que el señor cardenal ha muerto.

—Tenía mis dudas, Majestad.

—Sabréis, por tanto, que soy el amo en mi casa.

—Esa no es cosa que date de la muerte del cardenal, Majestad; siempre es uno amo de su casa cuando quiere.

—Sí; mas os acordaréis de todo lo que me dijisteis en Blois.

Ya llegamos —pensó D'Artagnan—; no me he engañado. Vamos, tanto mejor; esto prueba que todavía tengo el olfato bastante fino.

—¿No me contestáis? —dijo Luis.

—Majestad, creo que me acuerdo.

—¿Solamente creéis?

—Hace tanto tiempo...

—Si no os acordáis, yo sí me acuerdo; mirad lo que dijisteis; escuchad atentamente.

—¡Oh! Escucho con todos mis oídos, Majestad, porque probablemente la conversación tomará un giro favorable para mí.

Luis miró de nuevo al mosquetero; éste acarició la pluma de su sombrero, luego el bigote y aguardó intrépidamente.

Luis XIV prosiguió:

—Señor, ¿habéis abandonado mi servicio después, de haberme dicho toda la verdad?

—Sí, Majestad.

—Después de haberme declarado lo que creíais cierto, respecto a mi modo de pensar y obrar. Eso siempre es un mérito. Empezasteis por decir que llevabais treinta y cuatro años al servicio de mi familia y que estabais cansado.

—Lo dije, sí, Majestad.

—Y confesasteis luego que ese cansancio era un pretexto, y que el descontento era la causa real.

—En efecto, estaba descontento; pero ese descontento no se ha manifestado en ninguna parte, y si como hombre de corazón he hablado alto delante de su Majestad, ni aun siquiera he pensado en presencia de otra persona.

—No os excuséis, D'Artagnan, y seguid oyéndome. Cuando me hicisteis el cargo de vuestro descontento, recibisteis por respuesta una promesa; os dije que esperaseis, ¿no es eso?

—Majestad.

—Y me contestasteis: « ¿Más tarde? ¡No, ahora, ahora mismo...! ». No os

excuséis, os digo... Eso es natural; pero no teníais caridad para vuestro príncipe, señor D'Artagnan.

—¡Majestad...!

—¿Piedad... para un rey, de parte de un soldado?

—Bien me comprendéis; bien sabéis que yo tenía necesidad de ella; bien sabéis que yo no era el amo; bien sabéis que mi porvenir no era más que una esperanza, y sin embargo, me respondisteis cuando yo hablaba de ese porvenir: « ¡Mi licencia... ahora mismo! » .

D'Artagnan mordióse el bigote.

—Es verdad —murmuró.

—No me habéis lisonjeado cuando yo estaba lleno de angustia añadió Luis XIV.

—Pero —replicó D'Artagnan alzando con dignidad la cabeza—, si no he lisonjeado a Vuestra Majestad pobre, tampoco le he hecho traición; e derramado mi sangre por nada, he velado como un perro a la puerta, sabiendo muy bien que no me echarían ni pan ni huesos. Pobre también, yo sólo he solicitado la licencia de que habla Vuestra Majestad.

—Sé muy bien que sois un hombre valiente; pero yo era un joven y me debíais excusar... ¿Qué teníais que reprobar al rey? ¿Que dejaba a Carlos II...? Más aún... ¿Que no se casaba con la señorita Mancini?

—¡Ah, ah! —pensó este último—. Hace más que acordarse... Adivina... ¡Diablo!

Al pronunciar esta palabra, el rey fijó en el mosquetero una mirada profunda.

—Vuestro juicio —prosiguió Luis XIV— caía sobre el rey y sobre el hombre..., pero, señor de D'Artagnan... esa debilidad, porque vos la consideráis como una debilidad.

D'Artagnan no respondió.

—Me la echáis también en cara con respecto al cardenal difunto; porque el señor cardenal me ha educado, sostenido... sosteniéndose él mismo a su vez, lo sé bien; pero al fin, el beneficio queda adquirido. Si hubiera sido ingrato y egoista, ¿me habrías amado más y servido mejor?

—Majestad...

—No hablemos más de eso, señor; sería causaros mucho disgusto y a mí mucha pena.

D'Artagnan no estaba convencido. Tomando el rey para con él un tono de altivez, no adelantaba su negocio.

—¿Habéis reflexionado después? —repuso Luis XIV.

—¿En qué, Majestad? —preguntó cortésmente D'Artagnan.

—En todo lo que os he dicho, señor.

—Sí, Majestad... sin duda.

—¿Y no habéis aguardado más que una ocasión para recoger vuestras palabras?

—Majestad...

—Vaciláis, según parece...

—No entiendo bien lo que Vuestra Majestad hace el honor de decirme.

Luis arrugó el entrecejo.

—Perdonadme, Majestad; tengo la, inteligencia particularmente espesa... y las cosas no penetran en ella sino con dificultad; cierto es que una vez dentro, allí permanecen.

—Sí, me parece que tenéis buena memoria.

—Casi tanta como Vuestra Majestad.

—Entonces; dadme pronto una solución. El tiempo es precioso. ¿Qué hicisteis después de la licencia?

—Mi fortuna, Majestad.

—Dura es la palabra, señor de D'Artagnan.

—Vuestra Majestad la toma en mal sentido, sin duda. Yo no tengo para el rey sino profundo respeto, y tal vez habré sido impolítico, lo cual puede perdonárseme por mi larga costumbre de andar por campamentos y cuarteles. Vuestra Majestad está muy por encima de mí para enojarse de una palabra escapada; involuntariamente a un soldado.

—En efecto, señor; sé que habéis hecho en Inglaterra una acción hermosa. Lo único que siento es que habéis faltado a vuestra promesa.

—¡Yo! —exclamó D'Artagnan.

—Ciertamente... Me empeñasteis palabra de no servir a ningún príncipe al dejar mi servicio... Sin embargo, por el rey Carlos II habéis trabajado en el maravilloso rapto del señor Monk.

—Dispensadme, Majestad; trabajé por mí.

—¿Y os ha salido bien?

—Como a los capitanes del siglo XV los golpes de mano y las aventuras.

—¿A qué llamáis salir bien una cosa? ¿Una fortuna?

—A cien mil escudos que poseo, Majestad; es decir, a haber ganado en una semana el triple de todo el dinero que había reunido en cincuenta años.

—La suma es bonita... Sois ambicioso, según veo.

—La cuarta parte me parecería un tesoro, y os juro que no pienso en aumentarlo.

—¡Ah! ¿Contáis con permanecer ocioso...?

—Sí, Majestad.

—¿Pensáis dejar la espada?

—Ya está dejada.

—Imposible, señor —dijo Luis con resolución.

—Pero, Majestad... ¿Qué?

—¿Por qué es eso?

—Porque yo no quiero —dijo el príncipe con voz de tal modo imperiosa, que D'Artagnan hizo un movimiento de sorpresa y de inquietud.

—¿Me permitirá Vuestra Majestad que le diga una palabra?

—Decid.

—Esa resolución ya la había tornado estando pobre y desnudo.

—Bien; ¿y qué más?

—Por tanto, hoy que por mi industria he adquirido un bienestar asegurado, Vuestra Majestad me despojaría de mi libertad y me condenaría a lo menos cuando tan bien he ganado lo más.

—¿Quién os ha permitido sondear mil designios y contar conmigo? —repuso Luis XIV con voz casi colérica—. ¿Quién os ha dicho lo que yo haré, lo que haréis vos mismo?

—Majestad —dijo reposadamente el mosquetero—, según veo, no está la conversación a la altura de la franqueza, como el día en que nos explicamos en Blois.

—No, señor, todo ha cambiado.

—Hago a Vuestra Majestad mis más cordiales cumplimientos; pero...

—Pero no lo creéis.

—No soy un gran hombre de Estado; sin embargo, tengo mi golpe de vista para los acontecimientos, y no veo las cosas como Vuestra Majestad, señor. El reinado de Mazarino ha concluido; pero comienza el de los financieros, que son los que tienen el oro, y Vuestra Majestad; no debe tener mucho. Estar bajo las uñas de esos lobos hambrientos es cosa dura para un hombre que contaba con su independencia.

En aquel momento llamó alguien con cautela a la puerta del gabinete, y Luis levantó la cabeza con orgullo.

—Perdonad, señor de D'Artagnan —dijo—; es el señor Colbert que viene a darme cuenta de un asunto. Pasad, señor Colbert.

D'Artagnan se apartó; Colbert entró con los papeles en la mano y se acercó al rey.

Debemos decir que el gascón no perdió la ocasión de aplicar su golpe de vista penetrante al nuevo rostro que aparecía.

—¿Está ya hecha la instrucción? —preguntó el rey a Colbert.

—Sí, Majestad.

—¿Y el parecer de los instructores?

—Es que los acusados han merecido la confiscación y la muerte. ¡Ah, ah! —murmuró el rey sin pestañear, pero echando al mosquetero una mirada oblicua—. ¿Y vuestro parecer, señor Colbert?

Colbert miró a D'Artagnan a su vez, que le estorbaba y detenía las palabras en los labios. Luis XIV comprendió.

—No os impacientéis —dijo—; es el señor de D'Artagnan. ¿No le conocéis?

Entonces se miraron estos dos hombres: D'Artagnan con los ojos abiertos y brillantes; Colbert con los ojos medio cerrados. La franca intrepidez del uno desagradó al otro, la cautelosa circunspección del financiero disgustó al soldado.

—¡Ah, ah! Este señor es quien ha dado ese hermoso golpe en Inglaterra —dijo Colbert.

Y saludó ligeramente a D'Artagnan.

—¡Ah, ah! —dijo el gascón—. Este señor es quien ha escatimado la plata de los galones de los suizos... ¡Loable economía!

Y saludó ceremoniosamente.

El financiero había creído cortar al soldado; pero el soldado cortaba al financiero.

—Señor de D'Artagnan —repuso el rey, que no había observado todos los matices que Mazarino no hubiera dejado escapar—, se trata de arrendadores de rentas que me han robado; a quienes hago ahorcar, y cuya sentencia de muerte voy a firmar.

D'Artagnan palideció.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—¿Qué decis?

—Nada, Majestad; esos no son asuntos míos.

El rey ya tenía la pluma en la mano y la acercaba al papel. Majestad —dijo en voz baja Colbert—, os prevengo que si bien es necesario un ejemplo, este ejemplo puede tener algunas dificultades en la ejecución.

—¿Cómo es eso? preguntó Luis XIV.

—No se os oculta —continuó Colbert tranquilamente— que tocar a los arrendadores es tocar a la superintendencia. Los desgraciados, los dos culpables de que se trata, son amigos particulares de un personaje poderoso, y el día del suplicio, que por otra parte puede, sofocarse en el Chatelet, se alzarían a no dudar tumultos.

Luis se sonrojó y volvió hacia D'Artagnan, que se roía dulcemente el bigote, no sin una sonrisa de lástima para el financiero, como también para el rey, que tanto tiempo hacía lo escuchaba.

Entonces Luis XIV cogió la pluma, y, con un movimiento tan rápido que le tembló la mano sentó sus dos firmas en los procesos, presentados por Colbert, a quien miraba de frente:

—Señor Colbert —dijo—, cuando me habléis de negocios, borrad a menudo la palabra dificultad de vuestros razonamientos y opiniones; en cuanto a la palabra imposibilidad, no la pronunciéis jamás.

Colbert se inclinó, muy humillado de haber sufrido esta lección del mosquetero; ya iba a salir, mas deseoso de reparar su falta.

—Olvidaba decir a Vuestra Majestad —dijo— que las confiscaciones

ascienden a cinco millones de libras.

« Soberbio », pensó D'Artagnan.

—Lo cual hace en mis arcas... —dijo el rey.

—Dieciocho millones de libras, Majestad —respondió Colbert inclinándose.

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan: ¡Eso es hermoso!

—Señor Colbert —añadió el rey—, os ruego que atraveséis la galería donde espera el señor de Lyonne, y le digáis que traiga lo que ha redactado... de orden mía.

—Al instante, Majestad; ¿no me necesita ya esta noche Vuestra Majestad?

—No, señor; adiós. Colbert salió.

Volvamos a nuestro asunto, señor de D'Artagnan —dijo Luis XIV, como si nada hubiera pasado—. Ya veis que en cuanto al dinero hay un cambio notable.

—Como de cero a dieciocho —dijo alegremente el mosquetero—. ¡Ah! Eso era lo que necesitaba Vuestra Majestad el día en que llegó a Blois el rey Carlos II; los dos Estados no estarían hoy en contienda; porque necesario es que lo diga, aquí también veo yo una piedra de escándalo.

—En primer lugar, sois injusto, señor, porque si la Providencia me hubiese consentido dar aquel día el millón a mi hermano Carlos, no habrías abandonado mi servicio, y, por tanto, no hubierais hecho vuestra fortuna... como decíais ahora poco... Pero, además de esta felicidad, tengo otra, y no debe sorprenderos mi contienda con la Gran Bretaña.

Un ayuda de cámara interrumpió al rey y anunció al señor de Lyonne.

—Entrad, señor —dijo el rey—; sois muy exacto, lo cual es de buen servidor. Veamos vuestra carta a mi hermano Carlos II.

D'Artagnan escuchó.

—Un momento; señor —dijo negligentemente Luis al gascón—; necesito despachar a Londres mi consentimiento al matrimonio de mi hermano, el señor duque de Orléans, con lady Enriqueta Estuardo.

—Me vence a lo que veo —murmuró D'Artagnan, mientras el rey firmaba la carta y despedía al señor de Lyonne—; pero, a fe mía, lo confieso, mientras más sea batido, más contento estaré.

El rey siguió con la vista al señor de Lyonne hasta que la puerta se cerró, y aún dio tres pasos como si hubiera querido seguir a su ministro. Pero se detuvo después de dar estos tres pasos, hizo una pausa, y, volviéndose hacia el mosquetero, dijo:

—Ahora, démonos prisa en concluir. El otro día me dijisteis en Blois que no erais rico.

—Pero ya lo soy, Majestad.

—Sí, pero eso no me concierne; no tenéis mi dinero, sino el vuestro; esto no es cuenta mía.

—No entiendo muy bien lo que dice Vuestra Majestad. Entonces, en lugar de

hacerme que os saque las palabras, hablad espontáneamente. ¿Tendréis bastante con veinte mil libras al año? Dinero fijo.

—Pero, Majestad... —replicó D'Artagnan abriendo enormemente los ojos.

—¿Tendréis bastante con cuatro caballos cuidados y alimentados, y con un suplemento de fondos, tal como lo solicitabais, según las ocasiones y las necesidades, o bien preferís una renta fija, que sería, por ejemplo, de cuarenta mil libras? Respondió:

—Señor, Vuestra Majestad.

—Estáis sorprendido, es muy natural, y ya me lo esperaba; responded pronto, o creeré que no tenéis aquella rapidez de juicio que siempre he apreciado en vos.

—Verdad es, Majestad, que veinte mil libras al año son una bonita suma; pero...

—Nada de pero. Sí o no. ¿Es indemnización honrosa?

—¡Oh! Verdaderamente.

—¿Os contentáis entonces?

—Está muy bien.

—Además, señor, se abonarán aparte los gastos, para lo cual os entenderéis con Colbert. Ahora, pasemos a otra cosa más interesante.

—Prefiero, había dicho a Vuestra Majestad...

—Que queríais descansar, lo sé muy bien; solamente que yo os respondí que no quería... ¿Soy o no el amo?

—Lo sois.

—Enhorabuena: ¿Estáis en vena de ser otra vez capitán de los mosqueteros?

—Sí, Majestad.

—Pues bien, aquí tengo vuestro despacho ya firmado; lo pongo en esta papelera; el día que volváis de cierta expedición que tengo que confiaros, vos mismo lo sacaréis de ella.

D'Artagnan vacilaba todavía y tenía la cabeza inclinada.

—Vamos, señor —dijo el rey—, se creería al veras que no sabéis que en la corte del rey cristianísimo, el capitán general de los mosqueteros va delante de los mariscales de Francia.

—No lo ignoro, Majestad.

—Pues se diría que no fiais de mi palabra.

—¡Oh! Jamás... No creáis tales cosas.

—He querido demostraros que vos, tan buen servidor, habíais perdido un buen amo.

—¿Soy yo el que os hace falta?

—Comienzo a pensar que sí, Majestad.

—Pues bien, señor, vais a entrar en vuestras funciones. Vuestra compañía está desorganizada desde que os marchasteis, y los hombres van a escondidas a la taberna, donde se baten, a pesar de mis edictos y los de mi padre.

Reorganizaréis el servicio lo más pronto posible.

—Sí, Majestad.

—Ya no abandonaréis mi persona corriente. Y marcharéis conmigo al ejército, donde acamparéis alrededor de mi tienda.

—Entonces, Majestad —dijo D'Artagnan—, si es para imponerme un servicio como éste, Vuestra Majestad, no tiene necesidad de darme veinte mil libras, que no ganaría.

—Quiero que tengáis un estado, casa y mesa; quiero que mi capitán de mosqueteros sea un personaje.

—Y yo —dijo bruscamente D'Artagnan— no quiero el dinero encontrado, sino el ganado. Vuestra Majestad me da un oficio de perezoso que cualquiera desempeñaría por cuatro mil libras.

Luis XIV se echó a reír.

—Sois un gascón muy fino, señor de D'Artagnan; me sacaréis mi secreto del corazón.

—¡Bah! ¿Vuestra Majestad tiene un secreto?

—Sí, señor.

—Entonces, acepto las veinte mil libras; porque guardaré ese secreto, y, la discreción no tiene precio en los tiempos que corren. ¿Desea Vuestra Majestad hablar ahora?

—Vais a calzaros las botas, señor de D'Artagnan, y a montar a caballo.

—¿Ahora mismo?

—Dentro de dos días.

—Está bien, Majestad; porque tengo que arreglar mis asuntos antes de marchar, sobre todo si hay golpes que recibir.

—Pudiera ser.

—Se recibirán. Pero, Majestad, habéis hablado a la avaricia, a la ambición; habéis hablado al corazón del señor de D'Artagnan; mas habéis olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—No habéis hablado a la vanidad; ¿cuándo seré caballero de las órdenes del rey?

—Y eso os tiene preocupado?

—Sí, tengo a mi amigo Athos, que está todo él galardonado, y eso me ofusca.

—Seréis caballero de mis órdenes un mes después de haber tomado el despacho de capitán.

—¡Cómo! —exclamó el oficial pensativo—. ¿Después de la expedición?

—Precisamente.

—Entonces, hable Vuestra Majestad.

—¿Conocéis la Bretaña?

—No, Majestad.

—¿Tenéis amigos?

—En Bretaña? No, a fe.

—Tanto mejor. ¿Entendéis de fortificaciones?

D'Artagnan sonrió.

—Me parece que sí, Majestad.

—Es decir, que podéis distinguir bien una fortaleza de una simple fortificación, como se permite a los castellanos, nuestros vasallos.

—Yo distingo un fuerte de un parapeto, como se distingue una coraza de una costra de pastel. ¿Es suficiente?

—Sí, señor. Partiréis, pues.

—Para la Bretaña?

—Sí.

—Solo?

—Absolutamente solo.

—Esto es, que no podréis llevar ni un lacayo.

—¿Y puedo preguntar a Vuestra Majestad por qué razón?

—Porque muchas veces haréis perfectamente en disfrazaros vos mismo de criado de una buena casa. Vuestra fisonomía es muy conocida en Francia, señor de D'Artagnan.

—¿Y luego, Majestad?

Luego, os pasaréis por la Bretaña y examinaréis con cuidado las fortificaciones del país.

—¿Las costas?

—Y las islas también.

—¡Ah!

Empezaréis por Belle-Île-en-Mer.

—Que es del señor Fouquet —dijo D'Artagnan en tono grave y alzando sobre Luis XIV su inteligente mirada.

—Me parece que tenéis razón, señor; y que Belle-Île es, en efecto, del señor Fouquet.

—Entonces, lo que quiere Vuestra Majestad es que sepa si Belle-Île es buena plaza.

—Sí.

—Si sus fortificaciones son nuevas o viejas...

—Justamente.

—Y si, por casualidad, los vasallos del señor superintendente son bastante numerosos para formar una guarnición.

—Eso es lo que os pido, señor; habéis puesto el dedo en la llaga.

—¿Y si no se fortifica, Majestad?

—Iréis por la Bretaña, escuchando y juzgando.

D'Artagnan se atusó el bigote.

—¿Soy espía del rey? —dijo muy claro.

—No, señor.

—Perdonadme; mas espío por cuenta de Vuestra Majestad.

—Vais a la descubierta, señor. Es lo mismo que si marcharais a la cabeza de mis mosqueteros, con la espada en la mano, para descubrir un lugar cualquiera o una posición del enemigo...

A esta palabra se estremeció visiblemente D'Artagnan.

—Acaso —continuó el rey — ¿os creeríais un espía?

—¡No, no! —murmuró D'Artagnan pensativo—. La cosa muda de aspecto cuando se descubre el enemigo; no, en este caso no es uno más que un soldado... ¿Y si fortifican a Belle-Île? —añadió de pronto.

—Tomaréis un plano exacto de la fortificación.

—Eso no me concierne; es cosa vuestra.

—¿No habéis oído que os daba un suplemento de veinte mil libras al año si queríais?

—Sí, tal, Majestad, mas, ¿y si no la fortifican?

—Os volveréis tranquilamente, sin fatigar vuestro caballo.

—Estoy dispuesto, Majestad. Mañana empezaréis por ir a casa del señor superintendente a tomar la cuarta parte de la pensión que os doy. ¿Conocéis al señor Fouquet?

—Muy poco, señor; pero haré notar a Vuestra Majestad que no es muy preciso que lo conozca.

—Dispensad, señor; porque os negaré el dinero que yo quiero que cobréis, y esa negativa es la que yo aguardo.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan—. ¿Y luego?

—Negado el dinero, iré a buscarlo en casa del señor Colbert. A propósito, ¿tenéis un buen caballo?

—Sí, Majestad.

—¿Cuánto pagasteis por él?

—Ciento cincuenta doblones.

—Os, lo compro. Tomad un bono de doscientos doblones.

—Pero, Majestad, necesito mi caballo para viajar.

—¿Y qué?

—Que os quedáis con el mío. Nada de eso, al contrario, os lo doy. Sólo que como es mío y no vuestro, estoy seguro de que no lo contemplareis mucho.

—¿Tiene prisa Vuestra Majestad?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿qué me obliga a esperar dos días?

—Razones que yo conozco.

—Eso es distinto. El caballo podrá adelantar esos dos días en los ocho que tiene que andar; además, tenemos la posta.

—No, no, la posta compromete mucho, señor de D'Artagnan; partid y no olvidéis que sois mío.

—¡Majestad, no soy yo quien ha olvidado eso nunca! ¡A qué hora me despediré de Vuestra Majestad pasado mañana?

—¿Dónde vivís?

—Desde ahora he de vivir en el Louvre, Majestad.

—No quiero eso; conservaréis vuestra habitación en la ciudad; yo la pagaré. Partiréis de noche; en atención a que debéis salir sin ser visto, o si sois visto sin que sepan que me pertenecéis. Punto en boca, señor.

—Todo cuanto ha dicho Vuestra Majestad se comprende en esa palabra.

—Os preguntaba dónde vivís, porque no puedo enviar siempre a buscaros en casa del señor conde de la Fère.

—Yo habito en casa del señor Planchet, abacero de la calle de los Lombardos, tienda «El Pilón de Oro».

—Salid poco, mostraos menos aún y esperad mis órdenes sin embargo; es necesario que vaya por el dinero.

—Es verdad, pero para ir a la superintendencia, donde va tanta gente, os confundiréis con la multitud.

—Fáltanme los bonos para cobrar, Majestad.

—Aquí están. El rey firmó.

D'Artagnan miró para cerciorarse de la regularidad.

—Esto es dinero —dijo—; y el dinero se lee o se cuenta.

—Adiós, señor de D'Artagnan; me parece que me habréis comprendido bien.

—He comprendido que Vuestra Majestad me envía a Belle-Île-en-Mer, y eso es todo.

—Para saber...

—Para saber cómo siguen los trabajos del señor Fouquet; eso es todo.

—Bien, admito que os prenda.

—Yo no lo admito —replicó atrevidamente el gascón.

—Consiento que os maten —continuó el rey.

—No es probable, Majestad.

—En el primer caso, no habéis; en el segundo, que no os encuentren ningún papel.

D'Artagnan se encogió de hombros sin ceremonia, y despidióse del rey diciéndose:

«¡La lluvia de Inglaterra continúa! Sigamos bajo la gotera».

## Capítulo LIV

---

### Las casas de Fouquet

Mientras D'Artagnan volvía a casa de Planchet, con la cabeza atormentada y aturdida por todo lo que acababa de acontecerle, tenía lugar otra escena de un género completamente distinto, pero que, sin embargo, no era extraña a la conversación que el mosquetero acababa de tener con el rey; sólo que esta escena pasaba propiedad de París, en una casa propiedad del superintendente Fouquet, en la aldea de Saint-Mandé.

El ministro acababa de llegar a esta casa de campo, seguido de su primer dependiente, que llevaba una enorme cartera llena de papeles para examinar y de otros que esperaban la firma.

Como ya, eran las cinco de la tarde, habían comido los amos y se preparaba la mesa para veinte convidados subalternos.

El superintendente no se detuvo ni un segundo; al bajar del coche franqueó del mismo salto el umbral de la puerta, atravesó las habitaciones y entró en su gabinete, donde declaró que se encerraba para trabajar, prohibiendo se le molestara por nada del mundo, excepto por orden del rey.

En efecto, dada esta orden, Fouquet se encerró, y dos criados se situaron de centinela a la puerta. Entonces corrió Fouquet el cerrojo de un tablero que muraba la entrada de la puerta y que impedía fuera visto u oído lo que pasaba en el gabinete. Pero, contra toda probabilidad, sólo por encerrarse se encerró así Fouquet, porque se fue derecho a su bufete, sentóse, abrió la cartera y se puso a buscar en la masa enorme de papeles que contenía.

Aun no habían transcurrido diez minutos desde que entrara y que había tomado todas las precauciones que hemos dicho, cuando el ruido repetido de muchos golpecitos iguales pareció llamarle toda su atención. Fouquet alzó la

cabeza y escuchó muy atentamente.

Los golpes continuaron, y entonces se levantó con un ligero movimiento de intranquilidad, dirigiéndose a un espejo, detrás del cual, eran dados los golpes por una mano o por un mecanismo invisible.

Este espejo era enorme y estaba embutido en el tablero; otros tres completamente iguales completaban la simetría de la habitación, y nada los distinguía del primero.

Indudablemente, aquellos golpecitos reiterados eran una señal, porque en el momento en que Fouquet se acercaba al espejo, escuchando, se renovó el mismo ruido y con el mismo compás.

—¡Oh, oh! —exclamó el superintendente con sorpresa—. ¿Quién está ahí? Yo no espero hoy a nadie. Y, para responder sin duda a la señal, el superintendente tiró de un clavo dorado que había en el mismo espejo y lo agitó tres veces.

Después volvió a sentarse en su sitio y dijo:

—Que aguarden.

Y sumergiéndose en el océano de papeles extendidos a su vista, pareció únicamente ocupado del trabajo. En efecto, con una rapidez inexplicable y una lucidez maravillosa, Fouquet descifraba los más complicados escritos, corrigiéndolos y anotándolos con una pluma que parecía agitada por la fiebre; y, creciendo el trabajo entre sus dedos, multiplicábanse las firmas, los oficios y los guarismos, como si diez dependientes, es decir, cien dedos y cien cerebros hubiesen funcionado, en lugar de sólo cinco dedos y la inteligencia de aquel hombre. Sólo de cuando en cuando, abismado como estaba en su trabajo, levantaba la cabeza para echar una mirada furtiva sobre un reloj puesto enfrente de él.

Y era que Fouquet fijaba su tarea; y una vez fijada ésta, en una hora de trabajo hacía lo que otro no hubiese podido concluir en todo el día, siempre cierto, por consecuencia, con tal de que no fuese interrumpido, de llegar a su objeto en el plazo que había fijado su actividad. Pero, en medio de este trabajo ardiente, los golpes secos del timbre colocado detrás del espejo resonaron otra vez más apresurados.

—Vamos, parece que se intranquiliza la dama —dijo Fouquet—. ¡Calma, calma! Debe ser la condesa; pero, no, la condesa está en Rambouillet por tres días. Será la presidenta. ¡Oh! La presidenta no traería tantos humos, llamaría muy humildemente, y además esperaría mis órdenes. Lo más claro de todo es que no puedo saber quién sea, pero sí que no es ella. Y puesto que no sois vos, marquesa, ya que no podéis ser vos, nada me importa cualquiera otra.

Y prosiguió su trabajo, a pesar de los miramientos reiterados del timbre. No obstante, después de un cuarto de hora también acometió a Fouquet la impaciencia. Devoró, más bien que acabó, el resto de su trabajo, metió sus papeles en la cartera, y echando una mirada a su espejo, mientras los golpes

continuaban más apresurados que nunca, dijo:

—¿Ha pasado? ¿De quién es esa fogosidad? ¿Adriana que me espera con tanta impaciencia? Veamos.

Entonces apoyó la punta de un dedo sobre un clavo paralelo a aquel de que ya había tirado. Al instante giró el espejo como la batiente de una puerta, y descubrió una cavidad bastante profunda, por la cual desapareció el superintendente como en una vasta caja. Allí tocó otro nuevo resorte, que abrió, no una plancha, sino una brecha en la pared, por la cual salió, dejando que la puerta se cerrase por sí misma.

Fouquet bajó entonces unos escalones que profundizaban y daban la vuelta debajo de tierra, y encontró un largo subterráneo iluminado por imperceptibles troneras. Las paredes de este subterráneo estaban cubiertas de esteras y el suelo de alfombra.

Este subterráneo pasaba por debajo de la misma calle que separaba, la casa de Fouquet del parque de Vincennes, y al extremo de él daba vueltas una escalera paralela a la que había descendido Fouquet. Subió esta otra escalera, entró por medio de un resorte colocado en un marco semejante al de su gabinete, y por este marco pasó a una sala absolutamente vacía, aunque amueblada con suma elegancia.

Cuando penetró en ella, examinó cuidadosamente si el espejo se cerraba sin dejar señal alguna, y, contento sin duda de su observación, fue a abrir con una llavecita de plata sobre dorada una puerta colocada frente a él.

Esta vez descubrió la puerta un hermoso gabinete amueblado sumtuosamente, en el cual estaba sentada sobre cojines una mujer de extraordinaria belleza, quien al oír los cerrojos precipitóse hacia Fouquet:

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó este retrocediendo de sorpresa—. La señora marquesa de Vallière. ¡Vos, vos aquí!

—Sí —respondió ella—, sí, yo, señor.

—Marquesa, querida marquesa —añadió Fouquet dispuesto a prosternarse—. ¡Pero, Dios mío! ¿Cómo habéis venido? ¡Y yo que os he hecho aguardar!

—Y mucho tiempo, señor. ¡Oh! Sí, muchísimo tiempo.

—Me tengo por muy feliz en que os haya durado la paciencia, mi apreciable marquesa.

—Una eternidad, señor. ¡Oh! He llamado más de veinte veces. ¿No oíais?

—Marquesa, estáis pálida, estáis temblorosa.

—¿No oíais que os llamaban?

—¡Oh! Si tal, señora, oía muy bien; pero no podía venir. ¿Cómo creer que fueseis vos, después de vuestros rigores, después de vuestras negativas? Si hubiera podido sospechar la felicidad que me esperaba, creedme, marquesa, todo lo habría dejado para venir a caer a vuestras plantas, como lo hago en este instante.

La marquesa miró en derredor suyo.

—¿Estamos solos, señor? —preguntó.

—Sí, sí, señora; os respondo de ello.

—Efectivamente —contestó la marquesa.

—¿Suspiráis?

—¡Qué de misterios, qué de precauciones! —dijo la marquesa con ligera amargura—. ¡Cómo se conoce que teméis dejar sospechar vuestros amores!

—Deseabais más bien que los publicase?

—¡Oh, no! Y eso es de hombre delicado —dijo la marquesa sonriendo.

—Vamos, vamos, marquesa, nada de reproches; os lo suplico.

—¡Reproches! ¿Tengo por ventura el derecho, de hacerlos?

—No, desgraciadamente, no; pero, decidme, vos, a quien amo hace un año sin correspondencia ni esperanza...

—Os equivocáis; sin esperanza, es cierto, pero, sin correspondencia, no.

—¡Oh! Para mí no hay más que una prueba en amor, y ésa la espero todavía.

—Vengo a traérosla, señor Fouquet intentó abrazar a la marquesa, pero ella se desasió con un gesto.

—Con que siempre os engañareis, señor, y no aceptaréis de mí la única cosa que quiero daros, la amistad?

—¡Ah! Entonces no me queréis: la amistad no es más que una virtud, el amor es una pasión.

—Os ruego que me escuchéis, señor; ya comprenderéis que yo no habré venido aquí sin un motivo grave.

—Poco me imparte el motivo toda vez que os hablo y os veo.

—Sí; es verdad; lo principal es que yo esté aquí sin que nadie me haya visto, y que pueda hablarlos. Fouquet se dejó caer de rodillas.

—Hablad, señora —dijo—, os escucho.

La marquesa miraba a Fouquet a sus pies; y había en la mirada de esta mujer una extraña expresión de amor y melancolía.

—¡Oh! —exclamó al fin—. ¡Ojalá fuera yo quien tiene el derecho de veros y de hablarlos a cada momento! ¡Ojalá fuese la que vela por vos, la que no tiene precisión de misteriosos resortes para llamar, para hacer aparecer al hombre que ama, para mirarle una hora y verle luego desaparecer en las tinieblas de un misterio, aún más extraño en la salida que en la entrada! ¡Oh! Esa es una mujer muy dichosa.

—Por ventura, marquesa —dijo Fouquet sonriendo—, ¿hablaríais de mi mujer?

—Sí, de ella hablo.

—Pues bien, no envidiéis su suerte, marquesa; de todas las mujeres con quienes sostengo amistad, la señora Fouquet es la que me ve menos, la que me habla menos, y la que tiene menos franqueza conmigo.

—Al menos, señor, no está reducida a apoyar, como yo lo hago, la mano sobre un aparato de cristal a fin de hacerlos venir; al menos, no le respondéis por el ruido misterioso y horrible de un timbre, cuyo resorte viene de no sé donde; al menos, nunca le habéis prohibido que pretenda penetrar el secreto de estas comunicaciones, so pena de romper para siempre vuestra alianza con ella, como la prohibís a las que han venido aquí antes que yo y que llegarán después de mí.

—¡Ah! Querida marquesa. ¡Qué injusta sois y cuán poco sabéis lo que hacéis reclamando este misterio! Sólo con el misterio puede amarse sin peligro, y sólo el amor sin peligro es el que puede hacer dichosos. Pero, volvamos a nosotros, a esa amistad de que me habláis, o más bien, engañadme, marquesa, y hacedme creer que esa amistad es amor.

—Hace poco —replicó la marquesa pasando por sus ojos una mano modelada con los más suaves contornos de la antigüedad— hace poco estaba dispuesta a hablar, y mis ideas eran claras y precisas; ahora estoy cortada, impaciente, y temo venir a traeros una mala noticia.

—Si es a esa mala noticia a la gire debo vuestra presencia, marquesa, que sea bienvenida la noticia mala; o más bien, ya que estás aquí, puesto que me confesáis que no os soy del todo indiferente, demos de lado esa mala noticia, y no hablemos más que de vos.

—No, no, al contrario, preguntadme; exigid que os la diga al momento; que no me deje conmover por ningún sentimiento. Fouquet, amigo mío, es de un inmenso interés.

—Marquesa, me sorprendéis, y aun diré más: me causáis miedo; vos, tan grave, tan reflexiva, que tan bien conocéis el mundo en que vivimos. ¡Es, pues, cosa grave?

—¡Oh! Muy grave, oída.

—Decidme, primero: ¿cómo habéis venido aquí?

—Ahora lo sabréis: pero, vamos primero a lo que más urge.

—¡Decid marquesa, decid! Os ruego tengáis lástima de mi impaciencia.

—¿Sabéis que el señor Colbert ha sido nombrado intendente de Hacienda?

—¡Bah! ¡Colbert, Colbert!

—Sí, Colbert, Colbert.

—¿El factótum de Mazarino?

—Justamente.

—¡Y bien! ¿Qué veis en eso de malo, querida marquesa? Convengo en que sorprende que ese Colbert sea intendente; pero esto no es nada terrible.

—¿Creéis que el rey haya dado sin motivos urgentes semejante plaza a ese que soléis llamar galopín?

—Pero ¿es verdad, que el rey se la haya dado?

—Así dicen.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

—Todo el mundo no es nadie; nombrad a alguien que pueda estar bien informado y que lo diga.

—La señora Vanel.

—¡Ah! Comenzáis a asustarme —dijo Fouquet riendo—; el hecho es que si alguien está, o debe estar bien informado de algo, es sin duda la persona que nombráis.

—No habláis mal de la pobre Margarita, señor, tal pues siempre os ama.

—¡Bah! ¿De veras? Eso no es creíble. Yo pensaba que ese Colbert, como decíais ahora, poco había pasado por encima de ese amor dejando una mancha de tinta o una capa de mugre.

—¡Fouquet, Fouquet! ¡Así sois vos para aquéllas a quienes abandonáis?

—Supongo que iréis a tomar la defensa de la señora Vanel, marquesa.

—Sí, la tomaré, porque repito que os sigue amando, y la prueba es que os salva.

—¿Por mediación vuestra; marquesa? Eso es muy hábil por su parte. Ningún ángel podría serme tan grato para conducirme más seguramente a la salvación. Pero ¿cómo conocéis a Margarita?

—Es mi amiga de convento.

—¿Y decís haberlos anunciado que el señor Colbert había sido nombrado intendente?

—Ciertamente.

—Pues bien, iluminadme; marquesa: ya tenemos al señor Colbert intendente, bueno.

—En qué un intendente, es decir, un subordinado, un dependientemente mío, puede hacerme sombra o perjuicio, aunque sea el señor Colbert?

—Parece, que no reflexionáis, señor —respondió la marquesa.

—¿En qué?

—En que el señor Colbert os aborrece.

—¿A mí? —exclamó Fouquet—. ¡Oh! ¡Dios santo! ¿Marquesa, de dónde salís? A mí todo el mundo me odia; ése, como los demás.

—Más que nadie.

—Más que nadie, concedido.

—Es ambicioso.

—¿Y quién no lo es, marquesa?

—Su ambición no conoce límites.

—Bien lo veo, puesto que ha pretendido sucederme cerca de la señora Vanel.

—Y lo ha logrado, tened cuidado.

—¿Querríais decir que tiene la pretensión de pasar de intendente a superintendente?

—No habéis temido ya eso?

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Fouquet—. Sucederme cerca de la señora Vanel, pase; pero, cerca del rey ya es otra cosa. Francia no se compra tan fácilmente como la mujer de un empleado de contabilidad.

—Señor, todo se compra, si no con oro por la intriga.

—Bien sabéis lo contrario, señora, vos, a quien he ofrecido millones.

—En lugar de esos millones, Fouquet, era preciso ofrecerme un amor verdadero, único, absoluto, y hubiera aceptado. Ya veis que todo se compra; si no de una manera de otra.

—De suerte que, según vuestro parecer, el señor Colbert está en ánimo de comprar mi plaza de superintendente. Vamos, vamos, marquesa, tranquilizaos; todavía no es bastante rico para comprarla.

—¿Y si os la roba?

—¡Ah! ¡Eso es diferente! Desgraciadamente, antes de llegar a mí, es decir, al cuerpo de la plaza, es menester destruir y batir en brecha las obras avanzadas, y yo estoy endiabladamente fortificado, marquesa.

—Eso que llamáis obras avanzadas son vuestros semejantes, ¿no es cierto? Vuestros amigos.

—Justamente.

—¿Y el señor de Eymeris es de los vuestros?

—Sin duda.

—¿El señor de Lyodot es de vuestros amigos?

—Ciertamente.

—¿Y el señor de Vanin?

—¡Ah! ¡El señor de Vanin! Que hagan de él lo que quieran, pero...

—Que...

—No toquen a los demás.

—Pues bien, si no queréis que toquen al señor de Eymeris ni a Lyodot, ya es hora de que estéis en guardia.

—¿Quién les amenaza?

—¿Queréis escucharme ahora?

—Siempre, marquesa.

—¿Sin interrumpirme?

—Sí.

—Pues bien, esta mañana me ha enviado a buscar Margarita.

—¡Ah!

—No lo dudéis.

—¿Y qué quería?

—« No me atrevo a ver al señor Fouquet», me dijo.

—¡Bah! ¡Piensa acaso que le haré cargos? ¡Desgraciada mujer, cuánto se engaña! ¡Dios mío!

—« Vedle vos por mí, y decidele que se guarde del señor Colbert» .

—¡Cómo! ¿Me hace avisar que me guarde de su amante?

—Ya os he manifestado que Margarita os sigue amando.

—¿Qué más, marquesa?

—« El señor Colbert —añadió—, ha venido hace dos horas a participarme que era intendente» .

—Ya os he dicho, marquesa, que el señor Colbert estará mucho mejor bajo mi mano.

—Sí, pero no es eso todo: Margarita es amiga, como no ignoráis, de la señora de Eymeris y de la señora Lyodot.

—Sí.

—Pues bien, el señor Colbert le ha hecho muchas preguntas sobre las fortunas de esos dos señores y respecto al grado de adhesión que os tenían.

—¡Oh! En cuanto a esos dos, respondo de ellos; habría que matarlos para que dejases de ser míos.

—Después la señora Vanel viose precisada a dejar por un instante al señor Colbert para recibir una visita, y como el señor Colbert es tan trabajador, apenas quedó solo sacó un lápiz, y, como había papel sobre la mesa, empezó a escribir.

—¿Notas sobre de Eymeris y Lyodot?

—Justamente.

—Sería curioso saber lo que decían tales notas.

—Eso es precisamente lo que vengo a traeros.

—¿Se ha apoderado la señora Vanel de las notas de Colbert y me las remite?

—No; pero es una casualidad que se parece a un milagro; tiene una copia de ellas.

—¿Cómo es eso?

—Oíd. Ya os he dicho que Colbert había encontrado papel sobre la mesa.

—Sí.

—Y que había sacado un lápiz.

—También.

—Y que había escrito en ese papel.

—Sí.

—Pues bien; ese lápiz era de plomo, y duro por consiguiente. De modo que lo escrito en la primera hoja, quedó marcado en blanco sobre la segunda.

—¿Qué más?

—Colbert rasgó la primera hoja, y no se acordó de la segunda. Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Sobre la segunda se podía leer lo que escribió en la primera; la señora Vanel la leyó, y me mandó a buscar.

—¡Ah!

—Y cuando estuvo bien segura de que yo era para vos una verdadera amiga,

me dio el papel y me manifestó el secreto de esta casa.

—¿Y ese papel? —dijo Fouquet turbándose un poco.

—Aquí está, señor; leedlo.

Fouquet leyó:

—« Nombres de los arrendadores que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia: de Eymeris, amigo del S.F.; Lyodot, amigo del S.F.; de Vanin, indif» .

—¡De Eymeris, Lyodot! —murmuró Fouquet volviendo a leer.

« Amigos del S.F» ., señaló con el dedo la marquesa.

—Pero ¿qué significan esas palabras, « que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia» ?

—¡Toma! Está claro —dijo la marquesa—. Por otra parte, no habéis concluido aún; leed.

Fouquet continuó:

—« Los dos primeros a muerte, el tercero a destitución, con el señor d'Hautemont y el señor de la Vallette, cuyos bienes solamente serán confiscados» .

—¡Gran Dios! —exclamó Fouquet—. ¡A muerte, a muerte Lyodot y de Eymeris! Pero aunque el tribunal los condenase a muerte, Su Majestad el rey no ratificará su sentencia, y no puede ejecutarse sin la firma del rey.

—El rey ha hecho intendente al señor Colbert.

—¡Ah! —murmuró Fouquet, como si viese a sus pies un abismo inesperado—. ¡Imposible! ¡Imposible! Mas, ¿quién ha pasado un lápiz sobre las huellas del Colbert?

—Yo; temía que se borrasen las primeras señales.

—¡Oh! Lo sabré todo.

—Nada sabréis, pues despreciáis demasiado a vuestro adversario para eso.

—Perdonad, querida marquesa, excusadme; sí, creo que el señor Colbert es mi enemigo; sí, creo que el señor Colbert es hombre temible; mas tengo tiempo, y toda vez que estáis aquí, toda vez que me habéis dejado entrever vuestro amor, y toda vez que estamos solos...

—He venido para salvaros, señor Fouquet, y no para perderme —repuso la marquesa levantándose—; así, guardaos...

—Marquesa, en verdad que os asustáis por poco, y a no ser que ese asunto no sea un pretexto...

—Ese señor Colbert es un corazón profundo; guardaos... Fouquet se levantó también.

—¿Y yo? —dijo.

—¡Oh! Vos no sois más que un corazón noble. Guardaos, guardaos...

—Así...

—He hecho lo que debía, amigo mío, a riesgo de perder mi reputación.

Adiós.

—No digáis adiós; hasta la vista.

—Quizá —dijo la marquesa.

Y dando a besar su mano a Fouquet, se adelantó tan resueltamente hacia la puerta, que el ministro no se atrevió a impedirle el paso.

Fouquet, con la cabeza inclinada, tomó el camino de aquel subterráneo, a lo largo del cual corrían los hilos de metal que comunicaban de una casa a otra, transmitiendo, por la parte posterior de dos espejos, los deseos y llamamientos de dos personas en correspondencia.

## Capítulo LV

---

### El abate Fouquet

Fouquet apresuróse a volver a casa por el subterráneo, haciendo jugar el resorte del espejo. No bien entró en su gabinete oyó llamar a la puerta, y a la vez una voz conocida que gritaba:

—Abrid, señor, os lo ruego, abrid. Con rápido movimiento puso Fouquet un poco de orden en todo lo que podía denunciar su agitación y su ausencia, desparramó los papeles sobre el bufete, tomó una pluma y atravesó la puerta para ganar más tiempo aún.

—¿Quién sois? —preguntó.

—¡Cómo! ¡No me conoce monseñor! —respondió la voz.

«Sí tal —pensó Fouquet—; si tal, amigo mío, te conozco perfectamente» .

Y añadió en voz alta:

—¿No sois Gourville?

—Sí, señor.

Fouquet se levantó, echó la última ojeada sobre uno de los espejos, fue a la puerta, descorrió el cerrojo y entró Gourville.

—¡Ah, señor, señor —dijo—, qué crueldad!

—¿Por qué?

—Hace un cuarto de hora que os ruego me abráis, y ni siquiera me respondéis.

—Una vez por todas, ya sabéis que no quiero ser molestado cuando laboro, y aunque vos seáis una excepción, Gourville, quiero que mi consigna sea respetada por los demás.

—En este instante, señor, hubiera desquiciado, arrancado y echado por tierra consignas, puertas, cerrojos y paredes.

—¡Ah! ¿Luego se trata de un gran suceso? —preguntó Bouquet.

—¡Oh! Sin duda alguna, señor —dijo Gourville.

—¿Y cuál es ese suceso? —repuso Fouquet un poco asustado de la turbación de su más íntimo confidente.

—Señor, hay sesión secreta del tribunal de justicia.

—Ya lo sé; mas ¿se ha reunido ya, acaso, Gourville?

—No sólo se ha reunido, sino que ha dictado sentencia, señor.

—¡Sentencia! —dijo el superintendente con un estremecimiento y palidez que no pudo disimular—. ¡Sentencia! ¿Contra quién?

—Contra dos amigos, vuestros.

—Lyodot y de Eymeris, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pero ¿sentencia de qué?

—Sentencia de muerte.

—¡Dictado! ¡Oh! Os engañáis, Gourville, es imposible.

—Aquí está la copia de la sentencia, que el rey debe firmar hoy, si es que ya no la ha firmado.

Fouquet cogió ávidamente el papel, lo leyó y lo devolvió a Gourville.

—El rey no firmará —dijo Gourville, meneó la cabeza.

—Señor, el señor Colbert es un consejero audaz, no os fieis de él.

—¡Otra vez el señor Colbert! —murmuró Fouquet. ¿Por qué viene a atormentar ese nombre mis oídos hace dos o tres días y en todas ocasiones? Esa es demasiada importancia, Gourville, para un sujeto tan insignificante. Que se presente el señor Colbert y lo miraré; que alce la cabeza y lo confundiré; pero ya comprendéis que sería necesaria una aspereza para que se detuviese mi mirada, y una superficie para sentar mi pie.

—Paciencia, señor, porque no sabéis lo que vale Colbert. Estudiadlo pronto, y veréis cómo ese sombrío financiero se parece a los meteoros, que nunca ven los ojos antes de su invasión desastrosa; cuando se les siente está uno muerto.

—¡Oh! Gourville, eso es mucho —replicó Fouquet sonriéndose—, permitidme, amigo mío, que no me espante tan fácilmente: ¡meteoro el señor Colbert! ¡Pardiez! Oiremos el meteoro... Veamos actos y no palabras. ¿Qué ha hecho?

—Ha encargado dos horcas al ejecutor de París —contestó sencillamente Gourville.

Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó.

—Aquí está la prueba, señor.

Y Gourville entregó al superintendente una nota comunicada por uno de los secretarios de la Municipalidad, que era adicto a Fouquet.

—Sí, es cierto —murmuró el ministro—, el cadalso se levanta... pero el rey

no ha firmado, Gourville, el rey no firmará.

—También sabré eso —respondió Gourville.

—¿Cómo?

—Si ha firmado Su Majestad, irán las horcas esta noche a la Municipalidad, a fin de que estén dispuestas mañana por la mañana.

—Pero, no, no —replicó Fouquet—, os engañáis todos y me engañáis también: anteayer vino a verme Lyodot, y hace tres recibí una remesa de vino de Siracusa de ese pobre de Eymeris.

—¿Y qué prueba eso —repuso Gourville—, sino que el tribunal se ha reunido en secreto, ha deliberado, en ausencia de los acusados, y que todo el procedimiento estaba hecho cuando los arrestaron?

—¿Conque están arrestados?

—Ciertamente.

—Pero ¿dónde, cuándo, cómo han sido arrestados?

—Lyodot, ayer al amanecer; de Eymeris, anteayer por la noche, cuando volvía de casa de su amada; su desaparición no había inquietado a nadie; pero, de repente, se ha quitado Colbert la máscara y ha hecho publicar la cosa, de modo que en este momento lo van pregonando al son de trompetas por las calles de París; y en verdad, señor, no hay nadie más que vos que desconozca el suceso.

Fouquet comenzó a andar por la sala con inquietud cada vez más dolorosa.

—¿Qué decidís, señor? —dijo Gourville.

—Si es así, iré a ver al rey —contestó Fouquet—; pero, para ir al Louvre quiero pasar antes por el Consistorio. ¡Si está firmada la sentencia, veremos!

Gourville encogióse de hombros. ¡Incredulidad! —dijo—. ¡Tú eres la perdida de los grandes talentos!

—¡Gourville!

—Sí —prosiguió—, tú lo pierdes, como el contagio mata a la salud más robusta; es decir, en un instante.

—Marchemos —exclamó Fouquet, haced que abran, Gourville.

—Cuidado —observó éste—, que está ahí el señor abate Fouquet.

—¡Ah! Mi hermano —replicó Fouquet con tono apesadumbrado—; ¿luego sabe alguna mala nueva que viene a traerme muy contento, como de costumbre? ¡Diablo! Si mi hermano anda por ahí, mal andan mis asuntos. Gourville, si me lo hubierais dicho antes, me habría dejado convencer más fácilmente.

—Señor, le calumnia —dijo Gourville riendo—; si viene, no es con mala intención.

—Vamos, veo que lo defendéis —dijo Fouquet—, un mozo sin talento, sin ideas de trascendencia, un derrochador de todo.

—Bebe que sois rico.

—Y quiere mi ruina.

—No; más quiere vuestra bolsa. Eso es todo.

—¡Basta, basta! ¡Cien mil, escudos al mes durante dos años! ¡Pardiez! Yo soy quien pagó, Gourville, y sé lo que tengo.

—No os enfadéis, señor.

—Vamos, que despidan al abate Fouquet; no tengo un cuarto. Gourville dio un paso hacia la puerta.

—Si ha estado un mes sin verme —prosiguió Fouquet—, ¿por qué no ha de estar dos?

—Es que se arrepiente de vivir en mala compañía —dijo Gourville—, y os prefiere a todos esos bandidos.

—Gracias por la preferencia; hacéis hoy un abogado singular, Gourville... ¡Abogado del abate Fouquet!

—Pero, señor, todo, cosas y hombres, tienen su lado bueno, su lado útil.

—Los bandidos que Fouquet tiene a sueldo y emborracha, ¿tienen también su lado útil? Probádmelo.

—Puede haber circunstancias, señor, en que os alegréis de tener esos bandidos a mano.

—Entonces, ¿aconsejáis que me reconcilie con el señor abate? —dijo irónicamente Bouquet.

Os aconsejo señor que no os malquistéis con cien o ciento veinte bergantes, que, poniendo sus espaldones punta con punta, formarían un cordón de acero capaz de encerrar tres mil hombres.

Fouquet lanzó una mirada penetrante a Gourville, y pasando delante de él dijo a los criados:

—Que introduzcan al señor abate Bouquet. Tenéis razón, Gourville. Diez minutos más tarde apareció el abate en el umbral, haciendo grandes reverencias.

Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años; mitad hombre de iglesia, mitad hombre de guerra, era un espadachín injerto en abate; y aunque veíase que no llevaba espada ceñida, se adivinaba que gastaba pistola.

Fouquet le saludó como hermano mayor, más bien que como ministro.

—¿Qué puedo hacer en servicio vuestro, señor abate?

—¡Oh, oh! ¡Cómo decís eso, hermano querido!

—Os lo digo como hombre que está de prisa, señor mío.

El abate miró maliciosamente a Gourville, con ansia a Fouquet, y dijo:

—Tengo que pagar esta noche trescientos doblones al señor de Bregi... Deuda de juego, deuda sagrada.

—¿Qué más? —preguntó Fouquet con valor, porque comprendía que no le hubiera incomodado el abate por semejante miseria.

—Mil a mi carbonero, que ya no me fía.

—¿Qué más?

—Mil doscientos al sastre... —continuó el abate—; el tuno me ha remendado siete vestidos de mis gentes, lo cual hace que mis librea estén expuestas, y que

mi querida hable de reemplazarme por un arrendador, lo cual sería humillante para la Iglesia.

—¿Y qué más? —dijo Fouquet.

—Observaréis, señor —dijo humildemente él abate—, que nada he pedido para, mí.

—Eso es muy delicado —repuso Fouquet—, y por eso veis que estoy esperando.

—Y que no solicito nada, ¡oh!, no... Y, sin embargo, no es que rice haga falta... Os doy mi palabra.

El ministro reflexionó un instante.

—Mil doscientos doblones al sastre —dijo—, son bastantes vestidos, me parece.

—Mantengo cien hombres —dijo con orgullo el abate—, y creo que ésta es una carga.

—¿Para qué son esos cien hombres? —preguntó Fouquet—. ¿Sois acaso un Richelieu o un Mazarino, para tener cien hombres de guardia? ¡Hablad, decid!

—¿Vos me lo preguntáis? —exclamó el abate—. ¡Ah! ¿Cómo podéis hacer tal pregunta? ¡Ah!

—Sí, os hago esa pregunta: ¿qué tenéis que hacer con esos cien hombres? Responded.

—¡Ingrato! —prosiguió el abate afectándose cada vez más.

—Explicaos.

—Señor superintendente, yo no tengo necesidad más que de un ayuda de cámara, si fuese solo me serviría yo mismo; pero, vos, vos, que tenéis tantos adversarios... Cien hombres no bastan para defenderos. ¡Cien hombres...! Serían necesarios diez mil. Mantengo, pues, todo eso para que en los lugares públicos y en las reuniones nadie alce la voz contra vos; y sin esto, señor, estaríais cargado de imprecaciones, seríais mordido, y no duraríais ocho días; no, ni ocho días, ¿entendéis?

—¡Ah! No sabía y o que tuviera semejante campeón, señor abate.

—¡Lo dudáis! —exclamó éste—. Oíd lo que ha sucedido. Ayer, sin ir más lejos, se encontraba un hombre en la calle de la Huchette vendiendo un pollo.

—¿Y en qué perjudicaba eso, abate?

—El pollo no era gordo; el comprador negóse a dar por él dieciocho sueldos, diciendo que no podía pagar ese dinero por la piel de un, pollo, del cual se había llevado toda la substancia el señor Fouquet.

—¿Y qué más?

—La cosa hizo reír —prosiguió el abate—, reír a vuestra costa, ¡con todos los diablos!, y se reunió la canalla. El que se reía añadió éstas: «Dadme en buena hora un pollo alimentado por el señor Colbert y os pagaré cuanto deseéis». Y todos comenzaron a palmotear. Escándalo horrible, ¿comprendéis? Escándalo que

obliga a un hermano a taparse la cara.

Fouquet se sonrojó.

—¿Y os la tapasteis? —preguntó Fouquet.

—No, porque justamente estaba en el grupo uno de mis hombres, un nuevo recluta que viene de provincia, un señor Menneville a quien quiero mucho, el cual penetró en el grupo diciendo al que reía.

—¡Pardiez! ¡Señor burlón de mal género, envíod una estocada a lo Colbert!

—¡Quiero a lo Fouquet! —murmuró el otro.

Dicho esto, desenvainaron delante de la tienda del pollero, con una fila de mirones alrededor y quinientos curiosos en las ventanas.

—¿Y qué? —preguntó Fouquet.

—Mi Menneville ensartó al de la risa, con gran aturdimiento de la concurrencia, y dijo al pollero: « Tomad ese pavo, amigo, que está más gordo que vuestro pollo» .

—Esto es, señor —concluyó triunfalmente el abate—, en lo que yo gasto mis rentas; sostengo el honor de la familia, señor mío.

Fouquet se humilló.

—Y tengo ciento como ese —prosiguió el abate.

—Bien —dijo Fouquet—, dad vuestra cuenta a Gourville y permaneced aquí esta noche.

—¿Se cena?

—Se cena.

—Pero ¿la caja se halla cerrada?

—Gourville os la abrirá. Marchaos, señor abate; marchaos.

El abate ejecutó una reverencia.

—¿Conque somos amigos? —preguntó.

—Sí, amigos. Venid, Gourville.

—¿Os vais? ¿No cenáis aquí?

—Volveré dentro de una hora, no tengáis cuidado, abate.

Y añadió en voz baja a Gourville.

—Ordéñese que preparen mis caballos ingleses y que hagan alto en la Casa Consistorial de París.

## Capítulo LVI

---

### La galería de Saint Mandé

Marchaban ya las carrozas de los convidados de Fouquet a Saint Mandé, y hacíanse en la casa los preparativos necesarios, cuando el superintendente lanzó sus ligeros caballos camino de París, y tomando por los muelles para encontrar menos gente en la travesía, llegó a la Casa Consistorial. Serian las ocho menos cuarto. Fouquet se apeó en la esquina de la calle de Long Pont y se dirigió a pie con Gourville hacia la plaza de la Greve.

En esta plaza vieron un hombre con traje negro y morado, de buena catadura, que se disponía a subir en un carretón y decía al cochero que tocase en Vincennes. Delante de sí tenía un enorme canasto lleno de botellas que acababa de comprar en la taberna de « La Imagen de Nuestra Señora» .

—¡Cómo! ¡Es Vatel, mi maestresala? —dijo Fouquet a Gourville.

—Sí, monseñor —replicó éste. ¡Qué viene a hacer en « La Imagen de Nuestra Señora» ?

—A comprar vino, sin duda.

—¡Cómo! ¡Se compra vino para mí en una taberna? —exclamó Fouquet—. ¡Tan pobre está mi bodega!

Y se adelantó hacia el maestresala, que hacía colocar el vino en la carroza con extraordinario enfado.

—¡Hola, Vatel! —dijo— con voz imperiosa.

—Cuidado, monseñor —dijo Gourville—: os van a reconocer.

—¡Bueno...! ¡Qué me importa? ¡Vatel!

El hombre vestido de negro y morado volvió la cara.

Era su rostro dulce y sin expresión, una fisonomía de matemático, a excepción del orgullo. Brillaba en los ojos de este personaje cierto fuego, y

fruncía, sus labios una leve sonrisa; peso pronto hubiese notado el observador, que aquel fuego y aquella sonrisa no se aplicaba a nada ni nada iluminaba.

Vatel reía como un distraído o se ocupaba como un niño.

Y se volvió al sonido de la voz que le interpelaba.

—¡Oh! —dijo—. ¡Monseñor!

—Sí, yo. ¿Qué diablos hacéis aquí, Vatel? ¿Compráis el vino en una taberna de la plaza de la Greve?

—Monseñor —dijo tranquilamente Vatel después de haber lanzado a Gourville una mirada hostil—. ¿Por qué os mezcláis en esto? ¿Está tal vez mal provista mi bodega?

—Ciento que no, Vatel, pero...

—Pero ¿qué? —replicó Vatel. Gourville dio con el codo al superintendente.

—No os incomodéis; Vatel; creía que mi bodega, vuestra bodega, estaba bastante bien provista para dispensarme recurrir a «La Imagen de Nuestra Señora».

—¡Bah! Señor —dijo Vatel, pasando del monseñor al señor con cierto desdén—. Vuestra bodega está tan bien provista que cuando ciertos convidados van a comer a vuestra casa, no beben.

Asombrado, Fouquet, miró a Gourville y después a Vatel.

—¿Qué decís?

—Digo, señor, que vuestro despensero no tiene vinos para todos los gustos, y que el señor de la Fontaine, el señor Pelisson que el señor Conrart jamás beben cuando van a casa. A estos caballeros no les gusta, el buen vino: ¿qué le hemos de hacer?

—Entonces.

—Entonces... Aquí tengo un vino de Joigny que les gusta. Yo sé que vienen a beberlo una vez a la semana a «La Imagen de Nuestra Señora». Por eso hago aquí mi provisión.

Fouquet nada tenía que oponer a esta. Estaba casi conmovido, Vatel, por su parte, aun tenía mucho que decir, sin duda, porque se le vio poderse encendido. Monseñor, eso es lo mismo que si me hicierais cargos para ir yo mismo a la calle de Planche Milbray en busca de la sidra que bebe el señor Loret cuando va a comer a casa.

—¿Loret bebe sidra en mi casa? —murmuró riendo Bouquet.

—Sí, señor, sí; y por eso come con gusto en vuestra casa.

—Vatel —dijo Fouquet, estrechando la mano de su maestresala—, ¡sois todo un hombre! Os doy las gracias por haber comprendido que el señor de La Fontaine, el señor Conrart y el señor Loret son en mi casa tanto como duques y pares, tanto como príncipes, más que yo mismo. Sois un excelente servidor, Vatel, y os doblo los honorarios.

Vatel no dio siquiera las gracias; sólo se encogió de hombros, murmurando

estas soberbias palabras:

—Recibir las gracias por haber cumplido con su deber es humillante.

—Tiene razón —dijo Gourville Llamando la atención de Fouquet hacia otra parte par medio de un gueto.

Mostrábbase, en efecto, un corretón de forma baja, tirado por dos caballos, sobre el cual se agitaban dos herradas horcas, atadas una junto a otra con cadenas. Un arquero, sentado en lo más grueso de la lanza, soportaba, unas veces mal y otras bien, los comentarios de un centenar de vagos que iban husmeando el destino de aquellas horcas, escoltándolas hasta la Casa Consistorial.

Fouquet estremecióse.

—Ya lo veis, es cosa decidida —dijo Gourville.

—Pero, aun no está hecho —respondió Fouquet.

—¡Oh! No os engañéis; si las cosas han llegado a este punto, nada conseguiréis.

—¡Mas yo no he refrendado el decreto...!

—El señor de Lyonne la habrá hecho por vos.

—Voy al Louvre.

—No iréis.

—¿Me aconsejaríais esa cobardía? —preguntó Fouquet—. ¿Me aconsejaríais abandonar a mis amigos pudiendo combatir, arrojar al suelo las armas que tengo en la mano?

—Yo no os aconsejo nada de eso, monseñor. ¿Podéis dejar la superintendencia en este momento?

—No.

—¿Y si el rey desea reemplazaros?

—Lo mismo me reemplazará de lejos que de cerca.

—Sí, pero de ese modo jamás la habréis disgustado.

—Sí, mas habré sido cobarde; yo no quiero que mueran mis amigos, y no morirán.

—Para eso no es preciso que vayáis al Louvre.

—¡Gourville!

—Tened cuidado. Una vez en el Louvre, o estaréis obligado a defender en voz alta a vuestros amigos, es decir, a hacer profesión de fe, u os veréis forzado a abandonarlos sin arrepentimiento posible.

—¡Jamás!

—Perdonadme... El señor propondrá necesariamente la alternativa, o bien se la propondréis vos mismo.

—Eso es verdad.

—Pues para eso no es menester un conflicto.

—Volvamos a Saint Mandé, monseñor.

—Gourville, no me moveré de esta plaza, donde debe consumarse el crimen,

donde debe consumarse mi afrenta; no me moveré, digo, hasta que haya hallado un medio de combatir a mis enemigos.

—Monseñor —replicó Gourville—, lástima me causaríais si no supiese que sois uno de los más aventajados talentos del mundo. Poseéis, señor, ciento cincuenta millones; sois tanto como el rey por la posición, y ciento cincuenta veces más por el esmero. El señor Colbert no ha tenido siquiera el talento de hacerle aceptar el testamento de Mazarino; por consiguiente, cuando uno es el más rico de un reino y quiere tomarse el trabajo de gastar el dinero, si no se hace lo que una quiere, es porque uno es un pobre hombre. Volvamos, os digo, a Saint Mandé.

—¿Para consultar a Pelisson?

—Sí.

—No, monseñor para contar vuestro dinero.

—¡Vamos! —dijo Fouquet con ojos inflamados—. ¡Sí, sí! Vamos a Saint Mandé.

El y Gourville subieron a la carroza. En la esquina del barrio de Saint-Antoine hallaron el carroaje de Vatel, que conducía tranquilamente su vino de Joigny.

Lanzados a toda brida, los caballos negros espantaron al paso a la tímida caballería del maestresala, quien, sacando la cabeza por la portezuela, gritó asustado:

—¡Cuidado con mis botellas! Cincuenta personas esperaban al superintendente, el cual, sin entregarse ni por un momento a su ayuda de cámara, pasó al primer salón. Allí permanecían reunidos y charlando sus amigos. El intendente se disponía a hacer servir la comida; pero, sobre todos, el abate Fouquet acechaba la vuelta de su hermano, y procuraba hacer los honores de la casa en ausencia de aquél.

A la llegada del superintendente hubo un murmullo de alegría y cariño; Fouquet, lleno de afabilidad, de buen humor y de magnificencia, era amado por sus poetas, sus artistas y sus agentes de negocios. Su frente, en la cual leía su pequeña corte; como en la de un dios, todas las actividades del alma, para hacer de ellas reglas de conducta; su frente, que jamás arrugaron los godos, aparecía aquella noche más pálida que de costumbre, y más de una mirada amiga observó esa palidez. Fouquet se colocó en el centro de la mesa, presidió alegremente la comida, y cantó a La Fontaine la expedición de Vatel.

Contó la historia de Menneville y del pollo flaco a Pelisson, de tal manera que la oyó toda la concurrencia.

Entonces hubo una tempestad de risas y de bromas, que sólo se contuvo con un gesto serio y triste de Pelisson.

No sabiendo el abate Fouquet con qué propósito había sacado su hermano la conversación sobre este punto, escuchaba con todos sus oídos y buscaba en el rostro de Gourville, o en el del superintendente, una explicación que en ninguna

parte hallaba.

Pelisson tomó la palabra.

—¿Con que se habla del señor Colbert? —preguntó.

—¿Por qué no —dijo Fouquet—, si es verdad, como dicen, que el rey lo ha hecho su intendente?

—Ni bien hubo dejado Fouquet escapar esta palabra, pronunciada, con marcada intención, cuando estalló una explosión entre los invitados:

—¡Un avaro! —dijo uno.

—¡Un canalla! —dijo otro.

—¡Un hipócrita! —dijo un tercero.

Pelisson cambió una mirada profunda con Fouquet.

—Señores —dijo—, verdaderamente, estamos maltratando a un hombre que nadie conoce; esto no es caritativo ni razonable, y estoy seguro que el señor superintendente es de la misma opinión.

—Enteramente —contestó Fouquet—. Dejemos los pollos gordos del señor Colbert, y no se trate hoy más qué de los faisanes trufados del señor Vatel.

Estas palabras desviaron la nube que precipitaba su marcha sobre la cabeza de los invitados.

Gourville animó también a los poetas con el vino de Joigny; el abate, inteligente, como hombre que necesita dinero de otro, animó tan bien a los financieros y a los militares, que en la baráonda de aquella alegría y en los tumores de aquella conversación, desapareció completamente el objeto de las inquietudes.

El testamento de Mazarino fue el tema de la conversación en el último servicio; después mandó Fouquet que devanen los tarros de confituras y las fuentes de licores al salón próximo a la galería, al cual condujo de la mano a una mujer, reina aquella noche por su preferencia.

Luego, suspiraron los violines, y comenzaron los paseos por la galería y por el jardín, bajo un cielo de primavera dulce y perfumado.

Pelison se llegó entonces al lado del superintendente y le dijo:

—¿Monseñor tiene algún disgusto?

—Uno muy grande —respondió el ministro—; haced que os cuente eso Gourville.

Al volverse, Pelisson, encontró a La Fontaine que le pisaba los talones, y tuvo que escuchar una composición en metro latino del poeta sobre Vatel.

Hacía una hora que La Fontaine media esta composición por todos los rincones, buscándole colocación ventajosa.

Creyó agarrar a Pelisson; mas se le escapó.

Entonces se volvió hacia Loret, que también acababa de componer una cuarteta en honor de la comida y del anfitrión.

La Fontaine intentó en vano colocar sus versos. Loret también quería colocar

su cuarteta.

Vióse, pues, obligado a retroceder, y se colocó junto al señor conde de Charost, a quien Fouquet acababa de coger del brazo.

El abate Fouquet comprendió que, distraído el poeta, como siempre, iba a decirlos e intervino.

Entonces se pavoneó La Fontaine y recitó su composición.

El abate, que no sabía latín, movía la cabeza cada osamenta, a cada movimiento que La Fontaine imprimía a su cuerpo, según las ondulaciones de los dáctilos o de los espondeos.

Entre tanto, Fouquet contaba el suceso al señor de Charost, su yerno:

—Es menester mandar a todos los inútiles a los fuegos artificiales —dijo Pelisson a Gourville—, en tanto que, nosotros charlamos aquí.

—Está bien —contestó Gourville—, que dijo cuatro palabras a Vatel. Advertíase entonces que este último conducía hacia los jardines la mayor parte de los pisaverdes, damas y parlanchines, mientras los hombres paseaban por la galería, alumbrada con trescientas bujías de cera, en presencia de todos los aficionados a los fuegos artificiales, ocupados en correr por el jardín.

Gourville se acercó a Fouquet y le dijo:

—Monseñor, aquí estamos todos.

—¿Todos? —contestó Fouquet.

—Sí, contad.

El superintendente se volvió y contó; había ocho personas. Pelisson y Gourville paseaban cogidos del brazo, como si charlaran de temas vagos y ligeros. Loret y dos oficiales los imitaban en sentido inverso.

El abate Fouquet paseábbase solo. Fouquet, con el señor de Charost, caminaba como absorto en la conversación de su yerno.

—Señores —dijo—, que nadie de vosotros levante la cabeza al andar, ni parezca, que pone atención en nada; seguid paseando. Estamos solos; escuchadme.

Hubo un gran silencio, turbado únicamente por los gritos lejanos de los alegres convidados, que ibanse colocando en los bosquecillos para ver mejor los cohetes. Espectáculo extraño era el de estos hombres, que paseaban en grupos, como ocupado cada cual en una cosa, y, no obstante, atentos a la palabra de uno solo de ellos, que, por su parte, fingía hablar sólo con su vecino.

—Señores —dijo Fouquet—, sin duda habréis observado que dos de nuestros amigos faltan esta noche a la reunión del miércoles... ¡Por Dios, abate, no os paréis, que no es necesaria para oír...! Id andando, por favor, con vuestros movimientos de cabeza más naturales, y ya que tenéis excelente vista, poneos a esa ventana, y si alguien vuelve hacia la galería, avisadnos tosiendo.

El abate obedeció:

—¡No he echado de menos a los ausentes! —dijo Pelisson, que en este

instante volvía completamente la espalda a Fouquet, andando en sentido inverso.

—Yo —dijo Loret, no veo al señor Lyodot, que me paga la pensión.

—Y yo —añadió él abate desde la ventana—, tampoco veo a mi querido Eymeris, que me debe mil cien libras de nuestro último juego de brelan.

—Loret —prosiguió Fouquet marchando inclinado y con aspecto sombrío—, ya no volveréis a cobrar la pensión de Lyodot, y vos, abate, jamás veréis las mil cien libras de Eymeris, porque uno y otro van a morir.

—¡Morir! —murmuró la reunión, detenida a pesar suyo en su papel de comedia por la terrible palabra.

—Continuad, señores —dijo Fouquet—, porque tal vez nos estén espiando. He dicho « ¡morir! ».

—¡Morir! —repitió Pelisson—. ¡Esos hombres a quienes he visto no hace seis días llenos de salud, de vida y de porvenir! ¡Qué es, pues, el hombre; santo Dios? ¡Por qué una enfermedad lo destruye en un instante?

—No es enfermedad —dijo Fouquet.

—Entonces, hay remedio —repuso Loret.

—Ninguno. Los señores de Lyodot y de Eymeris están en la víspera de su última jornada.

—Entonces, ¿de qué mueren esos señores? preguntó un oficial.

—Preguntádselo a quien los mata —contestó Bouquet.

—¿Quién los mata!

—¿Los matan? —exclamó el coro espantado.

—Hacen más aún. ¡Los ahorcan! —murmuró Fouquet, con voz siniestra que resonó como fúnebre doblar de campanas en aquella rica galería, brillante de cuadros, de flores, de terciopelo, de oro.

Todos pararonse involuntariamente, y el abate abandonó la venta; los primeros cohetes de los fuegos artificiales comenzaban a subir por encima de los árboles.

Un grito prolongado, que partió de los jardines, llamó al superintendente a gozar del golpe de vista. Acercóse a la ventana, y detrás de él se colocaron todos sus amigos, atentos a sus menores palabras.

—Señores —dijo—, el señor Colbert, ha hecho prender, juzgar y hará ejecutar a nuestros amigos. ¡Qué debo hacer yo? Responded.

—¡Diantre! —dijo el abate el primero—. Es preciso despanzurrar al señor Colbert.

—Monseñor —dijo Pelisson—, hay que hablar a Su Majestad.

—Querido Pelisson, el rey ha firmado la orden de ejecución.

—Pues bien —dijo el conde de Charost—, es necesario que no se verifique la ejecución; esto es lo que hay que evitar ante todo.

—Imposible —dijo Gourville—, a menos que no se corrompa a los carceleros.

—O al alcaide —continuó Fouquet.

—Esta noche puede hacerse escapar a los presos.

—¿Quién de vosotros se encarga de ello?

—Yo —contestó el abate— llevaré el dinero.

—Yo —añadió Pelisson— llevaré la palabra.

—La palabra y el dinero —dijo Fouquet; quinientas mil libras al alcaide de la Conserjería me parece bastante, no obstante, se pondrá hasta un millón, si se cree necesario.

—¡Un millón! —exclamó el abate—. Por la mitad de esa cantidad pondría yo a saco medio París.

—Nada de desorden —dijo Pelisson—; estando ganado el alcaide, se escapan los presos; entonces irán a los enemigos de Colbert y demuestran al rey que su justicia no es infalible; como todas las exageraciones.

—Id; pues a París, Pelisson —dijo Fouquet—, y traednos las dos víctimas.

¡Mañana ya veremos! Gourville; entregad las quinientas mil libras a Pelisson.

—Cuidad que no se os lleve el viento —observó el abate—. ¡Qué responsabilidad, diablo! Dejadme ayudaros un poco, y estaré más tranquilo.

—¡Silencio! —ordenó Fouquet—. Alguien se aproxima. ¡Oh! Los fuegos artificiales son de un efecto magnífico.

En aquel momento cayó una lluvia de chispas en los ramajes del bosque inmediato.

Pelisson y Gourville salieron juntos por la puerta de la galería, y Fouquet bajó al jardín con los otros cinco conjurados.

## Capítulo LVII

---

### Los epicúreos

Como Fouquet prestaba, o simulaba prestar toda su atención a las brillantes iluminaciones, a la música lánguida de los violines y de los oboes, y a los chispeantes cohetes de los fuegos que, iluminando el cielo con intensos reflejos, recortaban la silueta sombría del torreón de Vincennes; y, como también sonríe a las damas y a los poetas, su fiesta no fue menos alegre que de costumbre. Vatel, cuya mirada, inquieta y hasta celosa, interrogaba con insistencia la de Fouquet, no se mostró descontento de la acogida hecha al orden del sarao.

Terminados los fuegos, todos se dispersaron por los jardines y bajo los pórticos de mármol, con aquella dulce libertad que denuncia en el amo de la casa olvido de la grandeza; hospitalidad exquisita y tanta suntuosidad descuidada.

Los poetas comenzaron a vagar, cogidos del brazo, por los bosquecitos, y aun algunos se tendieron sobre lechos de musgo, con gran detrimiento de los vestidos de terciopelo y de los bordados, en los que se introducían las hojas secas más pequeñas y los tallos de verdura.

Las damas, en corto número, escucharon los cánticos de los artistas y los versos de los poetas; otras escucharon la prosa que decían, con mucha arte, hombres que no eran cómicos ni poetas, mas a quienes la juventud y la soledad daban una elocuencia extraordinaria, que les parecía preferible a todas.

—¿Por qué —preguntó La Fontaine— no ha bajado al jardín nuestro maestro Epicuro? Nunca Epicuro abandona a sus discípulas.

—Señor —dijo Conrart—, hacéis mal persistiendo en decorar con el nombre de epicúreo; en verdad que nada recuerda aquí la doctrina de ese filósofo.

—¡Bah! —repuso La Fontaine—. ¡No está escrito que Epicuro compró un

jardín y que vivió tranquilamente en él con sus amigos?

—Cierto.

—Pues bien, ¿no ha comprado el señor Fouquet un hermoso jardín en Saint Mandé, y no vivimos aquí muy tranquilamente con él y nuestros amigos?

—Sin duda, pero ni el jardín ni los amigos pueden servir de comparación. Por otra parte, ¿dónde está la semejanza de la doctrina del señor Fouquet con la de Epicuro?

—En esta: «el placer proporciona la felicidad».

—¡Y bien!

—¿Y qué?

—No creo que nos encontremos desgraciados; yo, por lo menos, no. Buena comida, vino de Joigny, que tiene la atención de ir a buscarme a mi taberna favorita, y ningún disgusto en una hora de mesa, a pesar de haber diez millonarios y veinte poetas.

—Alto ahí. ¿Habéis hablado de vino de Joigny y de buena comida? ¿Insistís en ello?

—Insisto, al hecho, como se dice en Port Royal.

—Entonces, tened presente que el gran Epicuro vivía y hacía vivir a sus discípulos con pan, legumbres y agua clara.

—Eso no es verdad —dijo La Fontaine—, y podría ser muy bien que confundieseis a Epicuro con Pitágoras, amigo Cantan.

—Acordaos también de que el antiguo filósofo era muy mal amigo de los dioses y de los magistrados.

—¡Oh! Esa es lo que no puedo tolerar —replicó La Fontaine.

—No lo comparéis con el señor superintendente —dijo Conrart con voz conmovida—, pues acreditaréis los rumores que ya corren sobre él y respecto a nosotros.

—¿Qué rumores?

—Que somos malos franceses, libios al monarca y sordos a la ley.

—Entonces, vuelvo a mi texto —dijo La Fontaine—. Oíd, Conrart, escuchad la moral de Epicuro a quien por otra parte de asidero, si es preciso que lo diga, como un mito. Todo lo que hay de notable en la antigüedad es mito. Júpiter, si se considera bien, es la vida; Alcides es la fuerza. Aquí están las palabras para darme razón; Zeus es ser, vivir; Alcides es alce, vigor. Pues bien, Epicuro es la grata vigilancia, la protección. ¿Y quién vigila mejor el Estado, y quién protege mejor a los individuos que el señor Fouquet?

—Estáis hablando etimología; pero no moral; digo, que nosotros, los epicúreos modernos, somos malos ciudadanos.

—¡Oh! —exclamó La Fontaine—. Si nos hacemos perversos ciudadanos, no será por seguir las máximas del maestro. Oíd uno de sus principales aforismos.

—Ya oigo.

—« Desead buenos jefes» .

—¿Y qué?

—¡Y qué! ¿Qué nos dice el señor Fouquet todos los días? « ¿Cuándo estaremos gobernados?» . ¿Lo dice o no? Vamos, Conrart, sed franco.

—Lo dice, es cierto.

—Pues bien: doctrina de Epicuro.

—Sí, pero eso es un poco sedicioso.

—¡Cómo! ¿Es sedicioso querer ser gobernado por buenos jefes?

—Sin duda, cuando los que gobiernan son malos.

—¡Paciencia! Tengo respuestas para todo.

—¿Aun para lo que acaba de decir?

—Escuchad: « Someteos a los que gobiernan mal...» ¡Oh! Está escrito: *Cacos politeuousi*... ¿Es exacto el texto?

—¡Pardiez! Ya lo creo. ¿Sabéis que habláis el griego como Esopo, mi querido La Fontaine?

—¿Lo decís en chanza, mi querido Conrart?

—Dios me libre!

—Entonces, volvamos al señor Fouquet. ¿Qué nos repetía siempre? « ¡Qué tunante ese Mazarino! ¡Qué asno! ¡Qué sanguijuela! ¡Y, sin embargo, es preciso obedecer a ese picaro!» . ¿No es esto, Conrart? ¿Lo decía o no lo decía?

—Confieso que lo decía, y quizá algo más.

—Como Epicuro, amigo mío, siempre como Epicuro; lo repito, somos epicúreos, y esto es muy divertido.

—Si, pero temo que se levante a nuestro lado una secta como la de Epicteto; ya sabéis, el filósofo de Hierápolis; aquel que denominaba al pan lujo, a las legumbres prodigalidad, y al agua clara embriaguez; aquel que, azotado un día por su amo, le decía gruñendo un poco, pero sin incomodarse lo más mínimo: « ¿Apostamos a que me habéis roto uña pierna?» . Y ganó la apuesta. Ese Epicteto era un idiota.

—Corriente; pero podría muy bien ponerse a la moda cambiando únicamente su nombre por el de Colbert.

—¡Bah! —replicó La Fontaine.

—Eso es imposible; jamás encontraréis a Colbert en Epicteto.

—Es verdad, yo buscaré, *Coluber* todo lo más.

—¡Ah! Estáis abatido, Conrart, pues os refugiáis en los juegos de palabras. El señor Arnaud pretende que yo no tengo lógica... Tengo más que el señor Nicole...

—Sí —contestó Conrart—, tenéis lógica, pero sois jansenista. Estas palabras fueron acogidas con una estrepitosa carcajada. Poco a poco habían sido atraídos los paseantes por los gritos de los ergotistas en derredor del bosquecillo don Culebra.

Le peroraban: Toda la discusión había sido escuchada religiosamente, y el mismo Fouquet, conteniéndose apenas, había dado ejemplo de moderación.

Pero el desenlace de la escena le puso fuera de quicio, y estalló. Todo el mundo estalló como él, y los dos filósofos fueron saludados con felicitaciones unánimes.

No obstante, La Fontaine fue declarado vencedor a causa de su erudición profunda y de su lógica incontestable.

Conrart obtuvo las indemnizaciones debidas a un combate desgraciado; lo elogiaron por la lealtad de sus intenciones y la pureza de su conciencia. En el momento en que se manifestaba esta alegría con las más vivas demostraciones, y cuando las damas hacían cargos a los dos enemigos, por no haber hecho entrar a las mujeres en el sistema de felicidad epicúrea, se vio venir a Gourville del otro extremo del jardín. Se acercaba a Fouquet, que lo acechaba con la vista, y éste se destacó del grupo.

El superintendente conservó en su semblante la risa y todos los caracteres de la tranquilidad; mas apenas lo perdieron de vista dejó la máscara.

—¿Dónde está Pelisson? —dijo con viveza—. ¿Qué hace Pelisson?

—Pelisson regresa de París.

—¿Ha traído los presas?

—Ni siquiera ha podido ver al alcaide de la Conserjería.

—¡Qué! ¿No ha dicho que iba en nombre mío?

—Lo ha dicho; pero el alcaide ha mandado responder: « Si vienen de parte del señor Fouquet, deben traer una carta suya» .

—¡Oh! —murmuró éste—. Si sólo se trata de darla una carta...

—Jamás —replicó Pelisson, que apareció en el extremo del bosquecillo—, jamás, monseñor... Id vos mismo y habladle en vuestro nombre.

—Sí, tenéis razón, voy a entrar en mi cuarto como para trabajar; dejad enganchados los caballos, Pelisson; entretened a mis amigos, Gourville.

—Escuchad un consejo; monseñor —respondió éste.

—Hablad, Gourville.

—No vayáis a ver al alcalde sino en el último momento; es osado, pero no hábil.

—Dispensadme, señor Pelisson, si tengo otro parecer que el vuestro.

—Pero creedme, monseñor; haced que hablen otra vez al alcaide, que es un hombre galante; pero no vayáis vos mismo.

—Yo avisaré —repuso Fouquet—; además, tenemos la noche entera.

—No contéis mucho con el tiempo, pues aunque fuese doble del que tenemos —replicó Pelisson—, nunca es una falta llegar demasiado pronto.

—Adiós —dijo el superintendente—, venid conmigo, Pelisson. Gourville, os recomiendo mis convidados. Y partió.

Los epicúreos no advirtieron que el jefe de la escuela había desaparecido; los

violines tocaron durante toda la noche.

## Capítulo LVIII

---

Quince minutos de retraso

L a segunda vez que en aquel día, salía Fouquet de casa, sentíase menos torpe y turbado de lo que pudiera creerse.

Dirigiéndose a Pelisson, que en un rincón de la carroza meditaba gravemente alguna buena argumentación contra los entusiasmos de Colbert, le dijo:

—Mi querido Pelisson, es lástima que no seáis mujer.

—Lo creo, al contrario, una fortuna —replicó Pelisson—, porque, al fin, monseñor, soy excesivamente feo.

—¡Pelisson! ¡Pelisson! —dijo el superintendente riendo—. Repetís demasiado que sois feo para no dejar de creer que esto os causa mucha pena.

Mucha, efectivamente, monseñor; no hay ningún hombre más desgraciado que yo; yo era guapo, pero las viruelas me volvieron horrible. Estoy privado de un gran medio de seducción; pero, si siendo vuestro primer dependiente, o poco menos, y manejando vuestros negocios e intereses, me convirtiese en una mujer hermosa, os prestaría un servicio, importante.

—¿Cuál?

—Iría a ver al alcaide del palacio, lo seduciría, porque es un cortejador y un enamorado ridículo, y me traería los dos presos.

—Eso espero yo hacer, aunque no sea una mujer bonita —replicó Bouquet.

—Conforme, monseñor; pero os comprometéis mucho.

—¡Oh! —exclamó de pronto Fouquet, con uno de esos secretos transportes de quien tiene en sus venas la sangre generosa de la juventud o el recuerdo de una emoción dulce.

—¡Oh! Conozco una mujer que será, con el teniente de alcaide de la Conserjería el personaje que necesitamos.

—Yo conozco cincuenta, monseñor; pero son cincuenta trompetas que enterarán al universo entero de vuestra generosidad, de vuestro sacrificio por los amigos; y que, por tanto os perderán tarde o temprano perdiéndose ellas.

—Yo no me refiero a esas mujeres, Pelisson; hablo de una criatura noble y bonita que une al talento de su sexo el valor la sangre fría del nuestro; hablo de una mujer bastante bella para que los muros de la cárcel se inclinen para saludarla; de una mujer bastante prudente para que nadie sospeche por quién va enviada.

—Un tesoro —exclamó Pelisson—; haríais un gran regalo al señor alcaide de la Conserjería. ¡Diablo! Monseñor, podría suceder que le cortasen la cabeza; pero antes de morir habría tenido una fortuna, tal como nadie la ha encontrado antes que él.

—Y añado —dijo Fouquet—, que no cortarán la cabeza al alcaide, pues se salvará con mis caballos, que yo le daré, y con quinientas mil libras para vivir holgadamente en Inglaterra; añado también que esa mujer, amiga mía, no le dará otra cosa que los caballos y el dinero. Vamos a buscar a esa mujer, Pelisson.

El superintendente tendió la mano hacia el cordón de seda y oro colocado en el interior de la carroza, mas lo detuvo Pelisson.

—Monseñor —dijo—, vais a perder en busca de esa mujer tanto tiempo como Colón tardó en encontrar el Nuevo Mundo. No disponemos más que de dos horas, y si el alcaide se acuesta, ¿cómo hemos de penetrar en su casa sin gran ruido? Si llega a ser de día, ¿cómo ocultaremos nuestros pasos? Id, señor; id vos mismo y no busquéis ni ángel ni mujer por esta noche.

—Pero, amigo Pelisson, ¡si estamos en la puerta!

—¿Delante de la puerta del ángel?

—Sí.

—¡Esta es la casa de la señora de Belliere!

—¡Chitón!

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó Pelisson.

—¿Qué tenéis que decir contra ella? —preguntó Fouquet.

—¡Nada, nada! Esto es lo que me desespera. Nada, absolutamente nada... ¡Si pudiera decirles de ella mucho malo para que no subieseis a su casa!

Pero ya había dado Fouquet orden de parar y la carroza permanecía, inmóvil.

—Que no subiera! —dijo Fouquet—. Ningún poder humano me impediría decir un cumplido a la señora de Plessis-Belliere; además, ¿quién sabe si no tendremos necesidad de ella? ¡Subís conmigo?

—No, monseñor, no.

—Es que no quiero me esperéis, Pelisson —replicó Fouquet con sincera cortesía.

—Razón de más, monseñor; sabiendo que me hacéis esperar estaréis arriba menos tiempo... ¡Pero, cuidado! ¿Veis una carroza en el patio? ¡Alguien hay en su casa!

Fouquet inclinóse a la portezuela, como para salir.

—¡Una palabra! —murmuró Pelisson—. ¡No vayáis a ver a esa mujer sino después de haber estado en la Conserjería, por favor!

—¡Ah! Cinco minutos, Pelisson —replicó Fouquet bajando al umbral mismo de la casa.

Pelisson quedóse en la carroza con el ceño fruncido.

Fouquet subió a casa de la marquesa y se dio a conocer al criado, el cual comenzó a hacer demostraciones que atestiguaban el hábito de respetar aquel nombre.

—¡Señor superintendente! —dijo la marquesa adelantándose muy pálida hacia Fouquet—. ¡Qué honor tan inesperado!

Y luego añadió en voz baja:

—¡Tened cuidado! ¡Margarita Vanel está en mi cuarto!

—Señora —respondió Fouquet turbado—, venía a hablaros de asuntos. Una sola palabra... Entraron en el salón.

La señora Vanel se había levantado, más pálida y lívida que la misma envidia. Fouquet dirigióle en vano uno de los saludos más encantadores y pacíficos; ella sólo respondió con una ojeada terrible, lanzada sobre la marquesa y Bouquet. Margarita Vanel hizo una reverencia a su amiga, otra más profunda a Fouquet, y se despidió pretextando un sinnúmero de visitas que había de hacer, sin que la marquesa ni éste pensasen en retenerla; tal era su inquietud.

Apenas salió, cuando Fouquet, solo ya con la marquesa echó a sus pies, sin pronunciar palabra.

—Os esperaba —dijo la marquesa con dulce sonrisa.

—¡Oh! No —murmuró Fouquet—; entonces habrás despedido a esa mujer.

—Apenas hace un cuarto de hora que ha llegado, y yo no podía suponer que viniese esta noche.

—¿De modo que me amáis un poco, marquesa?

—No se trata de eso, señor, sino de vuestros peligros. ¿Cómo están vuestros asuntos?

—Esta misma noche voy a sacar a mis amigos de las cárceles del palacio.

—¿Cómo!

—Comprando, sobornando al alcaide.

—Es de más amigos. ¿Puedo ayudarlos sin hacerlos daño?

—¡Oh, marquesa! Ese sería un gran servicio. Pero ¿cómo hacerlo sin comprometeros? Nunca serán rescatadas ni mi vida, ni mi poder, ni aun mi libertad, si es necesario que caiga una lágrima de vuestros ojos, si es preciso que un dolor obscurezca vuestra frente.

—Monseñor, no me digáis más esas palabras, que me embriagan, soy culpable de haber querido serviros, sin calcular las consecuencias de mis pasos. Yo os amo, en efecto, como una tierna amiga, y como amiga os agradezco vuestra delicadeza, pero ¡ah!, nunca encontraréis en mí una querida.

—¡Marquesa! —exclamó Fouquet con voz desesperada—. ¿Por qué?

—Porque sois demasiado amado —dijo en voz muy baja la joven—; porque lo sois por demasiadas gentes. Porque el brillo de la gloria y de la fortuna hiere mis ojos, mientras que el dolor sombrío los atrae; porque, finalmente, yo, que os he rechazado en vuestra fastuosa magnificencia, yo que apenas os he mirado cuando resplandecíais, he ido, como mujer extraviada, a arrojarme, por decirlo así, en vuestros brazos, cuando vi una desgracia que amenazaba vuestra cabeza... ¿Me comprendéis ahora, monseñor...?

—Volved a ser feliz, para que yo vuelva a ser casta de corazón y de pensamientos, me perdería vuestro infortunio.

—¡Oh, señora! —exclamó Fouquet con emoción no sentida hasta entonces—. Si cayese en el último grado de la miseria humana ¡oiría de vuestra boca esa palabra que me negáis? Ese día, señora, creeríais consolar al más desdichado de los hombres, y diríais: « ¡te amo! », al más ilustre, al más risueño, al más triunfante de los felices de este mundo!

Todavía estaba a sus pies besándole las manos, cuando Pelisson entró precipitadamente exclamando:

—¡Monseñor!

—¡Señora! Por favor, perdonadme.

—Monseñor, hace media hora que estáis aquí...

—¡Oh! No me miréis los dos con ese aire de reconvenCIÓN...

—Señora, por piedad, ¿quién es esa dama que ha salido de vuestra casa cuando entrabá monseñor?

—Madame Vanel —dijo Fouquet.

—¡Ella aquí! —exclamó Pelisson—. Estaba seguro de ello.

—¿Y qué...?

—Ha subido muy pálida a la carroza.

—¿Y qué me importa? —dijo Fouquet.

—Sí, pero lo que os importa es lo que ha dicho a su cochero.

—¿Pues qué le ha dicho, Dios Santo? —exclamó la marquesa.

—A casa del señor Colbert —dijo Pelisson con voz ronca.

—¡Gran Dios! ¡Marchad, monseñor! —respondió la marquesa, conduciendo a Fouquet fuera del salón mientras Pelisson lo arrastraba por la mano.

—Pero, señor —dijo el superintendente—, ¿soy acaso un niño a quien se le causa miedo con una sombra...?

—Sois un gigante —dijo la marquesa—, a quien una víbora trata de picar en el talón.

Pelisson siguió arrastrando a Fouquet hacia la carroza.

—¡Al palacio! ¡A escape! —gritó al cochero.

Los caballos salieron como el rayo; ningún obstáculo debilitó su marcha un solo instante. Pero en la arcada de San Juan, cuando iban a desembocar en la plaza de la Grève, una fila larga de jinetes, obstruyendo el paso, detuvo la carroza del superintendente. No hubo medio de forzar esta barrera, y fue menester que pasasen los arqueros de la ronda a caballo, pues eran ellos, con el pesado carretón que escoltaban y que subía rápidamente hacia la plaza Baudoyer.

Fouquet y Pelisson no prestaron atención a este acontecimiento, sino para deplorar el minuto de retraso que sufrían, entrando cinco minutos después en casa del alcaide.

Éste paseábase aún por el primer patio.

Al nombre de Fouquet, pronunciado a su oído por Pelisson, el alcaide se acercó a la carroza con presteza, y, sombrero en mano, aumentó sus reverencias.

—¡Qué honor para mí, monseñor! —dijo.

—Una palabra, señor alcaide. ¿Queréis entrar en mi carroza?

El oficial entró en la pesada máquina y se sentó frente a Fouquet.

—Señor —dijo Fouquet—, he de pediros un favor.

—Hablad, monseñor.

—Favor comprometido para vos, señor, pero que os promete para siempre mi protección y mi amistad.

—Aunque fuera necesario que me arrojase al fuego por vos, lo haría, monseñor.

—Bien —dijo Fouquet—, lo que os pido es más sencillo.

—Está hecho, monseñor. ¿De qué se trata?

—De conducirme a las habitaciones de los señores Ly odot y Eymeris.

—¿Quiere explicarme monseñor para qué?

—Os lo diré en su presencia, señor, al mismo tiempo que os daré todos los medios de paliar esta evasión.

—¡Evasión! ¿Conque monseñor no sabe...?

—¿Qué?

—Que el señor Ly odot y el señor Eymeris ya no están aquí.

—¿Desde cuándo? —preguntó temblando Fouquet.

—Desde hace un cuarto de hora.

—Pues ¿dónde se hallan?

—En el torreón de Vincennes.

—¿Quién los ha sacado de aquí?

—Una orden del rey.

—¡Desgracia! —murmuró Fouquet golpeándose la frente—. ¡Desgracia!

Y sin decir una palabra más al alcaide, quedó, en su carroza con la

desesperación en el alma y la muerte en el semblante.

—¿Qué hay? —dijo Pelisson con ansiedad.

—¡Nuestros amigos están perdidos! ¡Colbert los ha llevado al torreón! Ellos eran con quienes nos cruzamos en la arcada de San Juan. Herido Pelisson como por un rayo; no contestó palabra. Con un solo reproche hubiera matado a su amo.

—¿Dónde va, monseñor? —preguntó el lacayo.

—A mi casa de París; vos, Pelisson, volved a Saint Mandé y enviadme al abate Fouquet para dentro de una hora. ¡Marchad!

## Capítulo LIX

---

### Plan de batalla

Estaba muy avanzada la noche cuando el abate Fouquet entró en el cuarto de su hermano. Gourville le seguía. Estos tres hombres estaban pálidos, presintiendo acontecimientos futuros, y parecían menos tres poderosos del día que tres conspiradores unidos por igual pensamiento de violencia. Fouquet se paseaba hacía mucho tiempo con los ojos bajos, y las manos cruzadas.

Tomando por fin valor y dando un gran suspiro:

—Abate —dijo—, hoy mismo me habéis hablado de ciertas gentes a quienes mantenéis.

—Sí, monseñor —respondió el abate.

—La verdad, ¿quiénes son esas gentes?

El abate vaciló.

—¡Vamos! Nada de miedo, que no amenazo; nada de bromas, que no chanceo.

—Ya que me preguntáis la verdad, monseñor, os diré que tengo ciento veinte amigos o compañeros de placeres, tan unidos a mí como los ladrones a la horca.

—¿Y podéis contar con ellos?

—Absolutamente.

—¿Y no os comprometeréis?

—Ni me lo figuro siquiera.

—¿Y son gente decidida?

—Quemarán a París si les prometo que ellos no serán quemados.

—Lo que yo os pido, abate —dijo Fouquet—, es lanzar, vuestros ciento veinte hombres sobre la gente que yo designe en un momento dado... ¿Es posible?

—No será la vez primera que les suceda tal cosa, monseñor.

- Bien; pero ¿esos bandidos atacarán... a la fuerza armada?
- Es su costumbre.
- Entonces, reunid vuestros ciento veinte hombres, abate.
- Corriente. Y ¿dónde?
- En el camino de Vincennes, mañana, a las dos en punto.
- ¿Para arrebatar a Lyodot y a Eymeris...?
- Habrá golpes que recibir.
- Muchísimos. ¿Tenéis miedo?
- Por mí, no, sino por vos.
- ¿Sabrán vuestros hombres lo que hacen?
- Son lo suficiente inteligentes para no adivinarlo... Pero un ministro que provoca una rebelión contra su rey... se expone.
- Y qué os, importa, si pago...? Además, si caigo, vos; caéis conmigo.
- Entonces, será muy prudente no moverse, monseñor, y dejar al rey que se tome esa insignificante satisfacción.
- Bien podéis pensar, abate, que Lyodot y Eymeris en Vincennes, son un preludio de ruina para mi casa. Lo repito; si yo soy arrestado, vos seréis apresado; si yo apresado, vos desterrado.
- Monseñor, estoy a vuestra disposición. ¿Tenéis que darme órdenes?
- Lo dicho: que mañana, los dos banqueros de quienes se pretende hacer víctimas, cuando hay tantos criminales impunes, sean arrancados al furor de mis adversarios. Tomad vuestras medidas en consecuencia... ¿Es posible?
- Es posible.
- Decidme vuestro plan.
- Mi plan es de una sencillez admirable. La guardia ordinaria para las ejecuciones consta de doce arqueros.
- Mañana irán ciento.
- Cuento con ello, y digo más: habrá doscientos.
- Entonces, no tenéis suficiente con ciento veinte hombres.
- Perdonad. En toda multitud compuesta de cien mil espectadores, hay diez mil bandidos o descuidados, pero que no se atreven a tomar la iniciativa.
- Y qué?
- Mañana habrá en la plaza de la Grève, a la cual escojo por teatro, diez mil auxiliares de mis ciento veinte hombres. La batalla la comienzan éstos y la acaban los otros.
- ¡Bien! Pero ¿qué se hace con los presos?
- Se les hará entrar en una casa cualquiera de la plaza, y allí será necesario un sitio para que puedan arrebatarlos... Y, mirad, otra idea más sublime todavía: ciertas casas tienen dos salidas, una a la plaza de la Grève y otra a la calle de Mortelliere, o de la Vannerie, o de la Tixeranderie. Los presos que penetren por una, saldrán por la otra.

—¡Pero decid algo positivo!

—Voy a buscar.

—Pues yo —exclamó Fouquet—, ya he encontrado; escuchad lo que me sucede en este momento.

—Escucho.

Fouquet hizo una seña a Gourville, el cual pareció comprender.

—Certo amigo mío me presta a veces las llaves de una casa que tiene alquilada en la calle de Baudoyer, y cuyos espaciosos jardines extiéndanse detrás de cierta casa de la plaza de la Grève.

—Ese es el asunto —dijo el abate—. ¿Cuál es la casa?

—Una taberna, cuya muestra representa la imagen de Nuestra Señora.

—La conozco —dijo el abate—. La taberna tiene ventanas que dan a la plaza, y salida a un patio que debe conducir a los jardines de mi amigo por una puerta de comunicación.

—Corriente.

—Entrad por la taberna con los presos y haced que defiendan la puerta, mientras que vos los hacéis huir por el jardín y la plaza Baudoyer.

—Es cierto, señor; haríais un general excelente como el señor príncipe, ¿comprendido?

—Perfectamente.

—¿Cuánto necesitáis a fin de atracar a vuestros bandidos con vino y para satisfacerlos con oro?

—¡Oh, monseñor, qué expresión! ¡Si ellos os escuchasen! Algunos son muy susceptibles.

—Quiero decir, que se debe hacer de modo que no distingan el cielo de la tierra, porque mañana lucharé con el rey, y cuando yo lucho quiero vencer, ¿comprendéis?

—Hecho, monseñor... Decidme las otras ideas.

—Eso es cosa vuestra.

—Entonces, entregadme vuestra bolsa.

—Gourville, contad cien mil libras al abate.

—Bueno... y no economizamos nada, ¿eh?

—Nada.

—Muy bien.

—Monseñor —objeto Gourville—, si saben esto, perdemos la cabeza. Vamos, Gourville —replicó Fouquet rojo de cólera—, me causáis lástima; hablad por vos, quedo, mas lo que es mi cabeza no vacila de ese modo sobre mis hombros. Vamos, abate, ¿está dicho?

—Dicho está. ¡Mañana a las dos?

—A medio día, porque es necesario que prepare a mis auxiliares secretamente.

—Es verdad; no economicéis el vino del tabernero.

—No economizaré ni su vino ni su, casa —replicó el abate con sonrisa diabólica—. Os digo que tengo mi plan, dejadme ponerlo por obra y ya veréis.

—¿Dónde os encontraré?

—Por hoy en ninguna arte. ¿Y cómo me enteraré?

—Por medio de un correo, cuyo caballo estará en el mismo jardín de vuestro amigo. A propósito; ¿cómo se llama ese amigo?

Fouquet miró de nuevo a Gourville, el cual vino en socorro de su señor, diciendo:

—La casa puede reconocerse perfectamente: la imagen de Nuestra Señora por delante, y un jardín, único en el barrio, por detrás.

—Perfectamente. Voy a avisar a mis soldados.

—Acompañadle, Gourville —dijo Fouquet—, y contadle el dinero. Un momento, abate... un momento, Gourville. ¿Qué aspecto se dará a este acontecimiento?

—Uno muy natural... Un tumulto.

—¿Tumulto a propósito de qué? Porque, al fin; si alguna vez está dispuesto el pueblo de París a hacer fiestas al rey, es cuando hace ejecutar a los banqueros.

—Yo arreglaré eso —dijo el abate.

—Sí, pero lo arreglaréis mal y lo adivinarán.

—No, no... Tengo una idea.

—Manifestadla.

—Mis hombres gritarán. ¡Colbert! ¡Viva Colbert!, se arrojarán sobre los presos como para hacerlos pedazos y arrancarlos a la horca, que es suplicio más dulce.

—¡Ah! Es, una idea, efectivamente —dijo Gourville—. ¡Diablo, señor abate, qué imaginación!

—Amigo, es digna de la familia —respondió éste con orgullo.

—Tunante —murmuró Fouquet.

Y añadió enseguida:

—¡Es ingenioso! Hacedlo y procurad no verter sangre.

Gourville y el abate salieron juntos.

El superintendente se acostó sobre unos cojines, soñando a medias con los terribles planes del siguiente día, y a medias con el amor.

## Capítulo LX

---

### La tabema «La imagen de Nuestra Señora»

Al siguiente día, cincuenta mil curiosos habían tomado posición alrededor de dos horcas levantadas en la plaza de la Grève, entre el muelle del mismo nombre y el de Pelletier, la una junto a la otra adosadas al parapeto del río.

Aquella misma mañana todos los pregoneros jurados de la buena ciudad de París habían recorrido los barrios y arrabales pregonando con sus roncas voces, da gran justicia que mandaba hacer el rey con dos prevaricadores; ladrones y sanguijuelas del pueblo. Y el pueblo, cuyos intereses se tomaba con tanto ardor, dejaba sus tiendas y talleres, para no faltar al respeto debido a su rey y demostrar algún reconocimiento a Luis XIV, como harían los invitados que temieran ser descorteses no asistiendo a la casa de quien los hubiera invitado.

Según el tenor de la sentencia, que leían alto y mal dos pregoneros, dos arrendadores de contribuciones, acaparadores de dinero, malgastadores de caudales reales, concussionarios y falsarios, iban a sufrir la pena capital en la plaza de la Grève, con sus nombres fijos en la cabeza.

Mas la sentencia no hacía mención de estos nombres.

Llegaba, pues, al colmo la curiosidad de los parisenses, y, como ya hemos manifestado, una multitud inmensa esperaba con febril impaciencia la hora señalada, para la ejecución. Ya había corrido la noticia de que los presos, trasladados al castillo de Vincennes, serían conducidos desde esta cárcel a la plaza de la Grève; de modo que estaban intransitables el barrio y la calle de Saint Antoine, porque la población de París, en días de gran ejecución, dividiese en dos categorías: los que desean presenciar el paso de los condenados (corazones tímidos y dulces, curiosos de filosofía) y los que desean presenciar la muerte del sentenciado (corazones ávidos de sensaciones).

Aquel mismo dia había recibido el señor de D'Artagnan sus últimas instrucciones del rey, y dado el correspondiente adiós a sus amigos, cuyo número quedaba reducido por al momento a Planchet. Enseguida trazóse el plan de aquel día como debe hacerlo todo hombre ocupado, cuyos momentos cuenta porque aprecia su importancia.

—Mi marcha —dijo— está fijada para el amanecer; a las tres de la mañana; de modo que tengo quince horas más. Quitemos las horas del sueño que me son indispensables, seis; una para la comida; siete; una de visita a Athos, ocho; y dos para casos imprevistos: total, diez. Todavía me quedan cinco horas. Una para hacer que me nieguen el dinero en casa de Fouquet; otra para ir a buscar ese dinero a casa del señor Colbert y recibir sus preguntas y sus gestos; y otra para inspeccionar mis armas, mis vestidos, y hacer que den manteca a mis botas. Aún me restan dos horas. ¡Pardiez! ¡Qué rico soy!

Al decir esto sintió D'Artagnan una alegría extraña, alegría de joven, perfume de aquellos hermosos y felices años de otro tiempo que subían a su frente y lo embriagaban.

—En esas dos horas —dijo el mosquetero— iré a «La Imagen de Nuestra Señora». ¡Trescientas setenta y cinco mil libras! ¡Diantre! ¡Es sorprendente! Si el pobre que sólo tiene una libra en el bolsillo, tuviese una libra y doce sueldos, sería cosa muy justa; pero jamás suceden al pobre semejantes venturas. El rico, por el contrario, créase rentas con su dinero, al cual no toca jamás. He aquí trescientas setenta y cinco mil libras que me caen del cielo, iré; pues, a «La Imagen de Nuestra Señora», y beberé con mi inquilino un vaso de vino español que no dejará de ofrecerme. Pero es preciso orden, señor de D'Artagnan; es necesario orden. Organicemos, pues, nuestro tiempo, y repartamos el empleo de él. Artículo 1.º Athos: Artículo 2.º «La Imagen de Nuestra Señora». Artículo 3.º Señor Fouquet. Artículo 4.º Señor Colbert: Artículo 5.º Comer: Artículo 6.º Vestidos, botas caballos, maleta. Artículo 7.º y último. Sueño.

Por consiguiente, D'Artagnan se fue derecho a casa del conde de la Fère, a quien relató cándida y modestamente una parte de sus buenas aventuras.

Athos no estaba sin inquietud desde la víspera, con respecto a la visita de D'Artagnan al rey; pero le bastaron cuatro palabras, como cuatro explicaciones. Athos conoció que Luis había encargado a D'Artagnan de alguna comisión importante, y ni aun siquiera pretendió hacerle confesar el secreto. Sólo le ofreció discretamente acompañarlo si la cosa era posible.

—Pero, amigo —dijo D'Artagnan—, ¡si no me marcho!

—¡Cómo! ¡Venís a despediros y no os marcháis!

—¡Oh! Si tal —replicó D'Artagnan ruborizándose un poco—. Van a hacer una adquisición.

—Eso es otra cosa. En tal caso varío de fórmula, y en lugar de deciros: «no os dejéis matar», diré: «no os dejéis robar».

—Amigo querido, os avisaré si fijo mi idea en alguna propiedad, y entonces tendréis la bondad de aconsejarme.

—Sí, sí —dijo Athos, demasiado delicado para permitirse la compensación de una sonrisa.

Raúl imitaba la reserva paterna, y D'Artagnan conoció que era demasiado misterioso abandonar a unos amigos con un pretexto, sin decirles siquiera el camino que llevaba.

—He escogido Le Mans —dijo D'Artagnan—. ¿Es buen país?

—Excelente, amigo —replicó el conde sin hacerle advertir que Le Mans estaba en la misma dirección que Tours, y que esperando dos días a lo más, podían hacer juntos el camino.

Pero D'Artagnan, más embarazado que el conde, socavaba a cada nueva explicación el barranco en que se había metido poco a poco.

—Mañana al amanecer me marcho —dijo al fin—. Hasta entonces, ¿quieres venirte contigo, Raúl?

—Sí, señor caballero —dijo el joven—, si el señor conde no me necesita.

—No, Raúl, hoy tendré audiencia de Monsieur el hermano de el rey. Raúl pidió su espada a Grimaud, que se la llevó al instante.

—Entonces —repuso D'Artagnan abriendo sus brazas a Athos—, adiós, querido amigo.

Athos lo abrazó largo tiempo, y D'Artagnan, que comprendió muy bien su discreción, le deslizó al oído:

—Asunto de Estado.

A lo cual sólo respondió Athos con un apretón de manos más significativo aún. Entonces se separaron; Raúl tomó el brazo de su amigo, que le condujo por la calle de Saint Honoré.

—Te llevo a casa del dios Plutón —dijo D'Artagnan al joven; prepárate; todo el día verás apilar escudos. Pero ¡Dios Santo! ¡Qué es esto?

—¡Oh! Mucha gente hay en la calle —dijo Raúl.

—¿Es día de procesión? —preguntó D'Artagnan a un transeúnte.

—Día de estrangulación, señor contestó éste.

—¿Cómo! ¡Ahorcan —dijo D'Artagnan— en la Grève?

—Sí, señor.

—¡Vaya al diablo el bergante que se hace ahorcar el día que tengo precisión de cobrar a mi inquilino! —exclamó D'Artagnan—. Raúl; ¿has visto ahorcar?

—¡Jamás, señor, a Dios gracias!

—¡Lo que es la juventud! Si estuvieras de guardia en la trinchera, como yo he estado, y un espía... Pero, perdona, Raúl, yo desvarío... Tienes razón, es horrible ver ahorcar... ¿Queréis decirme a qué hora ahorcan, amigo?

—Caballero —repuso el hombre con deferencia, encantado de que iba a tratar conversación con gente de espada—, debe ser a las tres.

—¡Oh! No es más que la una y mediad estiremos las piernas y llegaremos a tiempo para cobrar mis trescientas setenta y cinco libras y volver antes de la llegada del paciente.

—De los pacientes, señor —prosiguió el plebeyo—, porque son, dos.

—Amigo, os doy mil gracias —dijo D'Artagnan, que al ir envejeciendo se había vuelto de urbanidad refinada.

Y arrastrando a Raúl, lo dirigió aceleradamente hacia la plaza de la Greve.

Sin la grande costumbre que el mosquetero tenía de estar entre la multitud, y sin su puño irresistible, al cual unía una resistencia poco común de hombros, ninguno de los dos viajeros habría llegado a su destino.

Los dos seguían el muelle en que habían entrado al salir de la calle dé Saint-Honoré. D'Artagnan iba dejante su codo, su puño y su hombro formaban tres puntas que sabia clavar, con arte los grupos para hacerlos romper y desunir como astillas de madera.

No pocas veces usaba como refuerzo la empuñadura de la espada, introduciéndola en los sitios más rebeldes, y haciéndola mover a guisa de palanca, separaba al esposo de la esposa, al tío del sobrino y al hermano de la hermana. Todo esto tan naturalmente y con tan graciosas sonrisas, que era necesario tener costillas de bronce para no gritar gracias, cuando la empuñadura hacía su oficio, o corazones de diamante para no encantarse, cuando la sonrisa dilataba los labios del mosquetero.

Siguiendo Raúl a su amigo contemplaba a las mujeres, que admiraban su hermosura, contentaba a los hombres, que sentian la rigidez de sus músculos, y ambos hendían, gracias a esta maniobra, la onda un poco compacta y alborotada del populacho.

Llegaron finalmente a la vista de las dos horcas, y Raúl volvió los ojos con pesar. Pero D'Artagnan ni siquiera las vio; su casa, cuyas ventanas estaban llenas de curiosos, atraía y absorbía toda la atención de que era capaz.

En la plaza y en derredor de las casas divisó buen número de mosqueteros con licencia, que unos con mujeres, otros con amigos, esperaban el instante de la ceremonia.

Lo que más le alegró fue ver que el tabernero, su inquilino, se desvivía por atender a todos sus clientes.

Tres mozos no bastaban para servir a los bebedores, que los había en la tienda, en los cuartos y en el patio mismo.

D'Artagnan hizo observar a Raúl esta afluencia, y añadió:

—No tendrá excusa el tuno para no pagarme. ¡Ves todos esos bebedores, Raúl? Se creería que son gente de buena compañía. ¡Diantre! Pero no hay sitio.

Entretanto, D'Artagnan consiguió atrapar al patrón por el cuello de su camisa y hacerse reconocer.

—¡Ah! Señor —dijo el tabernero medio loco—. ¡Un minuto, por favor! Aquí

tengo cien endiablados que agotan mi bodega.

—La bodega, bueno, pero no el cofre.

—¡Oh! Señor, vuestros treinta y siete doblones y medio los tengo muy contados allá arriba en mi habitación; pero en esta otra sala hay treinta compañeros que chupan las tablas de un barrilito de Oporto que abrí esta mañana para ellos... Concededme un minuto, nada más que un minuto.

—Corriente.

—Me voy —dijo Raúl en voz baja a D'Artagnan—; esta alegría es innoble.

—Caballero —replicó D'Artagnan severamente—, vais a hacerme el gusto de quedarnos; el soldado debe habituarse a todos los espectáculos. Hay en los ojos, cuando uno es joven, ciertas fibras que es preciso saber endurecer. Además, Raúl, ¿quieres dejarme aquí solo? Eso sería un mal para ti. Oye, allí está el patio, y en el patio un árbol; vente a su sombra y allí respiraremos mejor que en esta atmósfera caliente de vino derramado.

Desde el lugar en que estaban colocados los dos nuevos huéspedes de « La Imagen de Nuestra Señora», oían el murmullo siempre creciente de las oleadas del pueblo, y no perdían ni un grito ni un gesto de los bebedores, sentados a las mesas en la taberna, o diseminados por las salas.

El árbol, bajo el cual habíanse sentado, los cubría con su ya espeso follaje. Era un copudo castaño, de ramas inclinadas, que derramaba su negra sombra sobre una mesa rota de tal modo, que los bebedores debían haber renunciado a servirse de ella.

Decimos que todo lo veía D'Artagnan desde este puesto. Observaba, en efecto, las idas y venidas de los mozos, la llegada de nuevos bebedores, y la acogida que se les hacía, unas veces afectuosa y otras hostil. Y todo lo observaba por pasatiempo, porque los treinta y siete doblones y medio tardaban en llegar.

Raúl se lo hizo observar, diciéndole:

—Señor, no daís prisa a vuestro inquilino; pronto van a llegar los reos, y habrá tal confusión entonces, que no podremos salir.

—Es verdad —dijo el mosquetero—. ¡Hola! ¡Eh! ¡Alguien aquí, pardiez!

Pero por más que gritó y golpeó sobre los restos de la mesa, que cayó hecha polvo a sus puñadas, nadie apareció.

Preparábase D'Artagnan a ir en busca del tabernero, para obligarle a una explicación definitiva, cuando la puerta del patio en que se hallaba con Raúl, puerta que comunicaba con el jardín trasero, se abrió trabajosamente sobre sus goznes ruinosos y un hombre, vestido de caballero, salió de ese jardín, con la espada envainada, pero no ceñida, atravesó el patio, sin cerrar la puerta, y, habiendo dirigido una mirada oblicua sobre D'Artagnan y su compañero, se dirigió a la taberna recorriendo todo con los ojos, que parecían penetrar las paredes y las conciencias.

—¡Hola! —se dijo D'Artagnan interiormente—: ¿Quién será éste? ¡Ah! Sin

duda es también un curioso de estrangulación.

En este mismo momento cesaron los gritos y el alborozo en las salas de arriba. Tal silencio, en semejantes circunstancias, sorprende tanto como un aumento de ruido. D'Artagnan quiso averiguar cuál era la causa de aquel silencio repentino.

Entonces vio que aquel hombre en traje de caballero acababa de entrar en la sala principal y arengaba a los bebedores, quienes lo escuchaban con mucha atención. Quizá hubiera oído D'Artagnan su alocución sin el ruido dominante de los clamores populares, que formaban formidable acompañamiento a la arenga del orador. Pero ésta acabó pronto; y toda la gente de la taberna comenzó a salir en pequeños grupos, de tal suerte que sólo quedaron seis en la sala, uno de estos seis, el hombre de la espada, llamó aparte al tabernero, entreteniéndole con razones más o menos serias, mientras los otros encendían un gran fuego en el atrio, cosa bastante extraña con el buen tiempo y el calor que hacía.

—Es cosa extraña —dijo D'Artagnan a Raúl—; pero yo conozco a esas caras.

—¿No advertís —dijo Raúl— que huele a humo?

—Advierto más: que huele a conspiración —repuso D'Artagnan. Al decir esto, cuatro hombres habían bajado al patio, y, sin apariencia de malos designios, se ponían de guardia en las cercanías de la puerta de comunicación, echando por intervalos miradas a D'Artagnan que significaban muchas cosas.

—¡Diantre —dijo en voz muy baja D'Artagnan a Raúl—, aquí hay algo! ¿Eres curioso, Raúl?

—Según, señor caballero.

—Pues yo soy curioso como una mujer. Anda un poco y observemos el golpe de vista que ofrece la plaza. ¡Bien se puede apostar a que será curioso!

—Pero ya sabéis, señor, que yo no quiero ser espectador pasivo, e indiferente de la muerte de dos pobres diablos.

—¡Pues y yo! ¿Supones que soy un salvaje? Ya entraremos cuando haya que entrar.

¡Ven!

Encamináronse, pues, hacia la casa y se colocaron cerca de una ventana que, cosa más singular que todo lo demás, permanecía desocupada.

Los dos últimos bebedores, en vez de mirar por esta ventana, alimentaban el fuego.

Al ver entrar a D'Artagnan y a su amigo, exclamaron:

—¡Ah, ah! Refuerzo.

D'Artagnan dio con el codo a Raúl.

—Si, valientes, refuerzo —dijo—. ¡Diantre! Vaya un fuego famoso...

—¿Qué vais a cocer en él?

Los dos hombres rompieron en una carcajada jovial, y, en lugar de responder, añadieron leña al fuego.

D'Artagnan no se cansaba de contemplarlos.

—Vamos —dijo uno de los hombres—; os envían para decirnos el momento, ¿no es verdad?

—Sin duda —dijo D'Artagnan, que deseaba saber a qué atenerse—. ¿A qué vendría yo aquí, si no fuese a eso?

—Entonces, poneos a la ventana, si queréis y observad.

D'Artagnan sonrió en su interior, hizo una seña a Raúl y se puso complaciente a la ventana.

## Capítulo LXI

---

¡Viva Colbert!

Era un espectáculo espantoso el que presentaba en aquel momento la plaza de la Greve.

Las cabezas, niveladas por la perspectiva, extendíanse espesas y ondulantes, como las espigas devasto trigal.

De vez en cuando un ruido singular y un rumor lejano hacían oscilar más las cabezas y brillar centenares de ojos.

A veces sentíase una gran commoción. Todas aquellas espigas doblegábanse y se convertían en oleadas más movedizas que las del Océano, que rodando de las extremidades al centro iban a chocar, como aguas agitadas, en la fila de arqueros que rodeaba las horcas.

Entonces bajaban las alabardas y amagaban sobre las cabezas o sobre los hombros de los invasores, en cuyo caso abriase un ancho círculo en derredor de la guardia, espacio conquistado a costa de las extremidades, que sufrían a su vez súbita opresión contra los parapetos del Sena.

Desde lo alto de la ventana que dominaba toda la plaza, vio D'Artagnan con interior satisfacción que todos aquellos mosqueteros y guardias que se hallaban entre la multitud, sabían hacerse lugar a fuerza de golpes dados con el pomo de la espada. También notó que habían conseguido, por ese espíritu de cuerpo que dobla las fuerzas del soldado, reunirse en un grupo de unos cincuenta hombres, y que, a excepción de una docena de extraviados, a quienes veía errar de acá para allá, el grupo estaba a distancia de su voz. Pero no sólo los mosqueteros y guardias eran los que llamaban la atención de D'Artagnan. Alrededor de las horcas, sobre todo en las inmediaciones de la arcada de San Juan, se agitaba un torbellino ardiente; rostros atrevidos y aun resueltos se distinguían por todas partes

en medio de fisonomías serenas y rostros indiferentes, cambiaban señales y se dababan las manos. D'Artagnan, divisó en los grupos, y en los grupos más animados, la catadura del caballero que había visto entrar por la puerta de comunicación de su jardín, y que había subido al piso principal a fin de arengar a los bebedores. Este hombre organizaba partidos y distribuía órdenes.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. No me engaña; yo conozco a ese hombre. ¡Es Menneville! ¿Qué diantres hace aquí?

Un sordo murmullo, que se acentuaba por grados, detuvo su reflexión y atrajo sus miradas hacia otro lado. Aquel murmullo era producido por la llegada de los reos, a quienes precedía un fuerte piquete de arqueros que apareció en el ángulo de la arcada. La multitud entera comenzó a dar gritos, y todos estos gritos formaban un aullido inmenso.

D'Artagnan vio a Raúl que se ponía pálido, y le dio un fuerte golpe en el hombro.

Al oír aquel enorme grito, los hombres que encendían el fuego se volvieron y preguntaron en qué estaban ya.

—Ya llegan —dijo D'Artagnan.

—Bueno —respondieron, avivando la llama de la chimenea. D'Artagnan los miró inquietamente. Era evidente que estos hombres que encendían semejante fuego sin utilidad alguna tenían intenciones extrañas.

Aparecieron los condenados en la plaza; iban a pie, el verdugo delante y cincuenta arqueros en fila a derecha e izquierda. Ambos vestían de negro, y hallábanse pálidos, pero resueltos. A cada instante miraban con inquietud por encima de las cabezas, alzándose sobre las plantas de los pies.

D'Artagnan notó este movimiento.

—¡Pardiez! —dijo—. ¡Mucha prisa tienen por ver la horca! Raúl retrocedía, sin fuerzas para dejar del todo la ventana. También el terror tiene su atracción.

—¡Muera! ¡Muera! —gritaron cincuenta mil voces.

—¡Sí, muera! —prorrumpieron un centenar de furiosos, como si la gran masa de gente les llevase la contraria.

—¡A la cuerda! ¡A la cuerda! —gritó la muchedumbre—. ¡Viva el rey!

—¡No! ¡No!, ¡Nada de horca! —vociferaron coros. ¡Viva Colbert!

—¡Caray! —murmuró D'Artagnan—. Es gracioso: ¡hubiera creído que era el señor Colbert quien los hacía ahorcar!

Hubo en aquel momento un movimiento que detuvo algún tanto la marcha de los condenados.

Las gentes de catadura atrevida y resuelta que había advertido D'Artagnan, a fuerza de moverse mucho, casi habían llegado a la fila de los arqueros.

El cortejo se volvió a poner en marcha.

De pronto, y a los gritos de ¡viva Colbert!, aquellos hombres que D'Artagnan no perdía de vista, se arrojaron sobre la escolta, que en vano pretendió luchar.

Detrás de estos hombres estaba la multitud.

Entonces empezó, en medio de horrible alboroto, una espantosa confusión.

Pero esta vez eran gritos de dolor más bien que gritos de impaciencia o de alegría.

Efectivamente, las alabardas herían, las espadas agujereaban y los mosquetes comenzaban a disparar.

Hubo entonces un torbellino extraño, en medio de lo cual no vio nada D'Artagnan.

Los condenados habían sido arrancados de sus guardias y los arrastraban hacia la casa de « La Imagen de Nuestra Señora » .

Los que los conducían iban gritando: *viva Colbert!*

El pueblo vacilaba, ignoraba si debía caer sobre los arqueros o sobre los agresores.

Lo que sostenía al pueblo era que los que gritaban *viva Colbert!* comenzaban a proclamar al mismo tiempo: « ¡Nada de cuerda! ¡Abajo la horca! ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Quememos a los ladrones, sanguijuelas del pueblo! » .

Este grito a coro consiguió un éxito de entusiasmo. El populacho había venido para ver un suplicio, y se le ofrecía la ocasión de hacer uno él mismo.

Esto era más grato para el populacho. De suerte que se afilió al instante en el partido de los agresores contra los arqueros, gritando con la minoría que, gracias a él, habiérase convertido en mayoría de las más compactas.

—¡Sí, sí! ¡Al fuego los ladrones! ¡Viva Colbert!

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan—. Me parece que esto se va poniendo serio.

Uno de los hombres que estaba cerca de la chimenea se acercó a la ventana con su hachón en la mano.

—¡Ah! —dijo—. Esto calienta.

Y volviéndose luego a sus compañeros, les dijo:

—Ésta es la señal.

Y de pronto arrimó el tizón encendido a una leñera: No era una casa del todo nueva la taberna de « La Imagen de Nuestra Señora » ; así es que no se hizo rogar para que ardiera al instante. Eh un momento crujen las tablas y suben las llamas hacia el techo. Un aullido de afuera contesta a los gritos que dan los incendiarios. D'Artagnan, que nada había visto, porque estaba mirando a la plaza, siente a un mismo tiempo el humo que le sofoca y la llama que le quema.

—¡Hola! —murmuró, volviéndose—. ¡Hay aquí fuego? ¡Estáis locos o endiablados, señores míos?

Los dos hombres lo miraron sorprendidos.

—¡Pues qué! —dijeron a D'Artagnan—. ¿No es cosa convenida? ¿Cosa convenida que queméis mi casa? —gritó D'Artagnan arrancando el tizón de manos del incendiario y arrimándoselo a la cara. El otro quiso prestar socorro a

su camarada; pero Raúl lo agarró y lo tiró por la ventana, en tanto que D'Artagnan arrojaba a su compañero por la escalera.

Raúl, que se vio libre primero, arrancó los casetones del techo que ardían, y los esparció humeantes por la sala.

De una mirada vio D'Artagnan que nada había que temer ya por el incendio y corrió a la ventana.

El desorden había llegado a su colmo. A un mismo tiempo vociferaban: « ¡Al fuego! ¡Al asesino! ¡A la horca! ¡A la hoguera! ¡Viva el rey y viva Colbert! » .

El grupo que había arrancado a los reos de manos de los arqueros se acercaba a la casa, que parecía el objeto hacia el cual los llevaban. Mennevile iba a la cabeza del grupo gritando más fuerte que nadie:

—¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Viva Colbert!

D'Artagnan empezó a comprender. Querían quemar a los condenados, y era su casa la hoguera que les preparaban.

—¡Alto ahí! —gritó con la espada en la mano y un pie sobre la ventana—. Mennevile, ¿qué queréis?

—¡Señor de D'Artagnan —gritó éste—, paso, paso!

—¡Al fuego! ¡Al fuego los ladrones! ¡Viva Colbert! —chilló la multitud.

Estos gritos exasperaban a D'Artagnan.

—¡Diantre! —dijo—. ¡Quemar a estos pobres diablos que sólo han sido condenados a la horca es una infamia!

Entretanto se hace más compacta la manga de curiosos apiñados contra las paredes, y cierra el paso.

Menneville y los hombres que conducían a los condenados sólo distaban diez pasos de la puerta.

—¡Paso! ¡Paso! —gritó pistola en mano.

—¡Queremos a los ladrones! —aulló la multitud—. « La Imagen de Nuestra Señora » está ardiendo. ¡Queremos a los ladrones, a las sanguijuelas del pueblo en la taberna! Ya no había duda de lo que deseaban: la casa de D'Artagnan.

Pero éste se acordó del antiguo grito que siempre había dado eficazmente.

—¡A mí, mosqueteros! —gritó con voz de gigante, con una de aquellas voces que dominan al cañón, al mar, a la tempestad—. ¡A mí, mosqueteros!

Y colándose por un brazo a la ventana dejóse caer en medio de la multitud, que comenzó a separarse de aquella casa de donde llovían hombres. Raúl se tiró detrás de él, ambos con la espada en la mano. Todos los mosqueteros que estaban en la plaza oyeron el grito de llamada, todos se volvieron, y todos reconocieron a D'Artagnan.

—¡Al capitán! ¡Al capitán! —gritaron a un tiempo.

Y la multitud se abrió ante ellos como las aguas ante la proa de un navío.

En aquel instante se encontraron de frente D'Artagnan y Mennevile.

—¡Paso! ¡Paso! —gritó éste, viendo que no tenía más que alargar el brazo

para ganar la puerta.

—¡No se pasa! —dijo D'Artagnan.

—¡Toma! —dijo Menneville apuntando su pistola casi a boca de jarro.

Mas, antes de que hubiese caído el gatillo; D'Artagnan alzó el brazo de Menneville con el puño de su espada, atravesándole la hoja por la mitad del cuerpo.

—Ya te dije que permanecieras pacífico —dijo D'Artagnan a Menneville, que rodó a sus pies.

—¡Paso! ¡Paso! —gritaron los compañeros de éste, espantados al principio, pero tranquilizados bien pronto, al ver que, sólo tenían, que habérselas con dos hombres.

Pero los dos hombres son dos gigantes con cien brazos; y la espada volteá en sus manos con la ligereza del rayo, agujereando con la punta, hiriendo de plano y de filo, y arrojando un hombre por tierra a cada golpe.

—¡Por el rey! —grita D'Artagnan a cada hombre que hiere, es decir, a cada hombre que cae.

—¡Por el rey! —grita Raúl. Este grito sirvió de norte a los mosqueteros, quienes, guiados por él, se reunieron a D'Artagnan. Entretanto los arqueros se reponen del susto experimentado, cargan contra los agresores por detrás, y con movimientos regulares abaten y destruyen cuanto encuentran al alcance de su alabarda.

La muchedumbre, que ve relucir las espadas y volar por el aire las gotas de sangre, huye y se comprime ella misma.

En fin, resuenan gritos de misericordia y desesperación, que son el adiós de los vencidos.

Los reos vuelven a caer en manos de los arqueros. D'Artagnan se acerca a ellos y, viéndolos pálidos y moribundos:

—Consolaos, pobre gente —dijo—, no sufriréis el espantoso tormento con que os amenazan esos miserables. El rey os ha condenado a ser ahorcados, y no seréis sino ahorcados. Vaya, que los ejecuten y hemos concluido.

Ya no había nada en «La Imagen de Nuestra Señora». El fuego se había apagado con dos toneles de vino a falta de agua, y los conjurados habían huido por el jardín.

Los arqueros arrastraron a los condenados a las horcas.

El quehacer no fue mucho desde aquel momento. Poco cuidadoso el ejecutor de operar según las formas del arte, se apresuró y despachó a los dos desgraciados en un minuto.

Mientras tanto, se apiña la gente en derredor de D'Artagnan, lo felicitan y lo lisonjejan. El enjuga el sudor de su frente y la sangre de su espada, y se encoge de hombros al ver a Menneville revolcarse a sus pies en las últimas convulsiones de la agonía. Y en tanto que Raúl vuelve los ojos compasivamente, él enseña a

los mosqueteros las horcas cargadas con su triste peso:

—¡Pobres diablos! —dijo—. Espero que hayan muerto bendiciéndome, porque los he salvado de buena.

Estas palabras llegan a Mennevile en el instante en que va a dar su último suspiro. Una sonrisa irónica y sombría doblega sus labios; quiere responder, pero el esfuerzo que hace acaba su vida y expira.

—¡Oh! Todo esto es espantoso —murmuró Raúl—. Vámonos, señor caballero.

—¿No estáis herido? —preguntó D'Artagnan.

—No, gracias.

—¡Bien! ¡Eres un valiente, diantre! Esta es la cabeza del padre y el brazo de Porthos. ¡Ah! Si hubiera estado aquí Porthos hubiera visto cosa buena.

Y luego, murmuró a modo de recuerdo:

—Pero ¿dónde diablos estará ese valiente Porthos?

—Venid, señor, venid —insistió Raúl.

Aguárdame un minuto, amigo mío, que voy a tomar mis treinta y siete doblones y medio y soy contigo. La casa rinde provecho prosiguió D'Artagnan entrando en la taberna «La Imagen de Nuestra Señora» pero aun cuando fuese menos productiva, mejor la desearía en otro barrio.

## Capítulo LXII

---

De qué modo el diamante del señor de Eymeris fue a parar a manos de D'Artagnan

Mientras ocurría en la Grève esta ruidosa y sangrienta escena, muchos hombres, parapetados detrás de la puerta de comunicación del jardín, envainaban sus aceros, ayudaban a uno de ellos a montar en un caballo ensillado que esperaba en el jardín, y como bandada de pájaros aterrizados, huían en todas direcciones, unos escalando las tapias, otros precipitándose por las puertas con todo el ardor del pánico.

El que montó a caballo, al que hizo sentir la espuela con tanta brutalidad que poco faltó para que saltase la tapia, atravesó la plaza Baudoyer, pasó como un relámpago por entre la multitud de las calles, arrojando personas a tierra, y diez minutos después llegó a la puerta de la superintendencia más jadeante aún que su caballo.

Al ruido ensordecedor del hierro sobre las piedras apareció el abate Fouquet en una ventana del patio, y aun antes que el jinete hubiera echado pie a tierra le preguntó inclinando el cuerpo fuera de la ventana.

—¿Qué sucede, Danicamp?

—¡Todo ha concluido! —respondió el jinete.

—¡Concluido! —murmuró el abate—. ¿Luego han sido salvados?

—No, señor —replicó el jinete— han sido ahorcados.

—¡Ahorcados! —repitió el abate poniéndose pálido.

De pronto se abrió una puerta lateral y apareció Fouquet en la sala, pálido, asustado, con los labiosentreabiertos por un grito de dolor y de ira.

Detuvose en el umbral escuchando lo que hablaban desde el patio a la ventana.

—¡Canalla! —dijo el abate—. ¿Conque no os habéis batido?

—Como leones.

—Decid como cobardes.

—¡Señor!

—Cien hombres aguerridos, espada en mano, valen por diez mil arqueros en una sorpresa. ¿Dónde se encuentra Menneville, ese fanfarrón que no debía volver sino muerto o vencedor?

—Ha cumplido su palabra, señor, porque ha muerto.

—¡Muerto! ¿Quién lo ha matado?

—Un diablo en figura de hombre; un gigante armado con diez espadas; un endiablado que de un solo golpe ha extinguido el fuego, el tumulto y hecho salir cien mosqueteros del empedrado de la plaza de la Grève.

Fouquet alzó la frente empapada en sudor.

—¡Oh! ¡Lyodot y Eymeris! —exclamó—. ¡Muertos, muertos, y yo deshonrado!

Volvióse el abate, y, apercibiendo a su hermano, anonadado y lúvido:

—¡Vamos! —dijo—. Es un golpe de la suerte, y no hay por qué lamentarse así. Cuando no se ha conseguido es que Dios...

—¡Callaos, abate! ¡Callaos! —dijo Fouquet—. Vuestras disculpas son blasfemias. Haced que suba ese hombre aquí y que cuente los detalles del espantoso suceso.

—Pero, hermano mío...

—¡Obedeced, señor!

El abate hizo una seña, y medio minuto después oyérонse en la escalera los pasos del hombre.

Al mismo tiempo apareció Gourville detrás de Fouquet, como el ángel de la guarda del superintendente, poniendo un dedo sobre los labios para indicarle que se dominara aun en medio de sus arrebatos de dolor.

El ministro asumió toda la serenidad que puede dejar la fuerza humana en un corazón dolorido. Apareció Danicamp.

—Haced vuestro relato —dijo Gourville.

—Señor —contestó el mensajero—; nosotros habíamos recibido orden de arrebatar a los presos y de gritar al mismo tiempo: ¡viva Colbert!

—Para quemarlos vivos, ¿no es verdad, abate? —interrumpió Gourville.

—¡Sí, sí! La orden se había dado a Menneville; Menneville sabía lo que tenía que hacer, y Menneville ha muerto.

Esta noticia pareció calmar a Gourville en vez de entristecerlo:

—Para quemarlos vivos —repitió el mensajero, como si dudara que esta orden, la única que por otra parte se había dado, fuese real.

—Para quemarlos vivos, ciertamente —repuso bruscamente el abate.

—Conforme, señor, conforme —repuso el hombre buscando en la fisonomía de los dos interlocutores lo que hubiera de triste o ventajoso en contarles la

verdad.

—Contad, pues —dijo Gourville.

—Los presos —prosiguió Danicamp— debían ser conducidos a la Greve, y el pueblo enfurecido quería que fuesen quemados en lugar de ahorcados.

—El pueblo tiene sus motivos —dijo el abate—; continuad.

—Pero —repuso el hombre—, en el momento en que los arqueros acababan de ser derrotados; en el instante en que el fuego prendía en una de las casas de la plaza, destinada a ser hoguera de los culpables, un furioso, ese demonio, ese gigante de que os hablaba, que dijo era el dueño de la casa en cuestión, ayudado de un joven que lo acompañaba, tiró por la ventana a los que activaban el fuego, llamó en su auxilio, a los mosqueteros que se hallaban entre la muchedumbre, saltó desde el primer piso a la plaza; y manejó tan desesperadamente la espada; que fue devuelta la victoria a los arqueros, cogidos los presos y Menneville muerto. Una vez, presos los condenados, fueron ahorcados en tres minutos.

A pesar del poder que sobre sí mismo tenía Fouquet; no pudo menos de dejar escapar un sordo gemido.

—¿Y cómo se llama ese hombre? —inquirió el abate—. El dueño de la casa.

—Lo ignoro, pues ni siquiera lo vi; me habían señalado mi puesto en el jardín, y allí permanecí hasta que llegaron a cortarme la cosa. Tenía orden, cuando estuviese concluida, de venir corriendo a anunciárosla, de cualquier modo que hubiera terminado. Según esa orden, salí al galope; y aquí estoy.

—Perfectamente no tenemos nada más que preguntarnos —dijo el abate, cada vez más aterrado a medida que se acercaba el momento de abordar a solas a su hermano.

—¿Os han pagado? —preguntó Gourville.

—No, señor —contestó Danicamp.

—Aquí tenéis veinte doblones; idos, y no olvidéis defender siempre como hoy los verdaderos intereses del rey.

—Sí, señor —dijo el hambre inclinándose y poniéndose el dinero en el bolsillo.

Enseguida se marchó.

Apenas estuvo fuera, Fouquet, que había permanecido inmóvil, se adelantó con paso rápido y se encontró entre el abate y Gourville.

Los dos abrieron al mismo tiempo la boca para hablar.

—¡Nada de excusas! —dijo—. Nada de recriminaciones contra nadie. Si yo no hubiese sido un amigo falso, no hubiera confiado a nadie el cuidado de salvar a Lyodot y Eymeris. Yo sólo soy responsable, y yo sólo debo sufrir los remordimientos. Dejadme, abate.

—Sin embargo —respondió éste—, no impediréis que yo haga buscar al canalla que se ha entrometido por servir al señor Colbert en esta partida tan bien preparada; porque si es de buena política querer bien a sus amigos, no creo que

sea mala la que consiste en perseguir a sus adversarios de manera encarnizada.

—Tregua de política, abate; salid, y que no vuelva a oír hablar más de vos hasta nueva orden; es necesario mucho silencio y circunspección. Tenemos a la vista un horrible ejemplo. Señores, nada de represalias, os lo prohíbo.

—No hay órdenes —murmuró el abate— que me impidan vengar sobre un culpable la afrenta inferida a mi familia.

—Y yo —exclamó Fouquet con aquella voz imperativa a que nada se tiene que contestar—; si tenéis un pensamiento, uno sólo, que no sea expresión absoluta de mi voluntad, os haré sepultar en la Bastilla dos horas después que se haya manifestado ese pensamiento. Haceos a ello, abate.

El abate se inclinó sonrojado. Fouquet hizo seña a Gourville, de que lo siguiera, y ya se dirigía a su gabinete, cuando el ujier anuncio en voz alta:

—El señor D'Artagnan.

Negligentemente Fouquet a Gourville.

—Un ex teniente de mosqueteros de Su Majestad —contestó Gourville en igual tono.

Fouquet no se tomó el trabajo de reflexionar más.

—Perdón, monseñor —dijo entonces Gourville—; pero estoy pensando que ese bravo mozo ha dejado el servicio del rey, y probablemente vendrá a cobrar la cuarta parte de una pensión cualquiera.

—¡Vaya al diablo! —dijo Fouquet—. ¿Por qué viene a tan mala hora?

—Entonces, permitid, monseñor, que le dé cualquier negativa, porque es conocido mío y hombre que vale más tener por amigo que por enemigo en las circunstancias presentes.

—Responded lo que gustéis —dijo Fouquet.

—¡Qué, Dios mío! —dijo el abate lleno de rencor, como hombre de hábitos.

—Responded que no hay dinero, sobre todo para los mosqueteros.

Pero no había acabado aún el abate de decir estas imprudentes palabras, cuando la puerta entornada se abrió del todo, y apareció D'Artagnan.

—Señor Fouquet —dijo—, ya sabía que no habría dinero para los mosqueteros. Así es que no venía para que me lo dierais, sino para que me lo negarais. Asunto terminado; gracias. Os doy los buenos días, y me voy a buscarlo en casa del señor Colbert.

Y salió después de un saludo bastante ligero.

—Gourville —dijo Fouquet—, corred en pos de ese hombre y traédmelo.

Gourville obedeció, y alcanzó a D'Artagnan en la escalera.

Al oír pasos detrás de él se volvió D'Artagnan y vio a Gourville.

—¡Diantre! Señor mío —dijo—, tristes maneras las de los señores hacendistas; vengo a casa del señor Fouquet para cobrar una suma decretada por Su Majestad, y se me recibe corno a un pobre que llega a pedir limosna, o como a un pillo que intenta robar un objeto de plata.

—Pero ¿habéis pronunciado el nombre de Colbert, apreciado señor de D'Artagnan? ¿Habéis dicho que ibais a casa del señor Colbert?

—Ciertamente que voy, aun cuando sólo fuese para pedir satisfacción de las gentes que quieren quemar las casas gritando: ¡viva Colbert!

Gourville escuchó.

—¡Oh, oh! —dijo—. ¿Hacéis alusión a lo que acaba de suceder en la Grève?

—Ciento que sí.

—¿Y qué os importa lo que acaba de suceder?

—¿Cómo! ¿Me preguntáis si me importa o no me importa que el señor Colbert haga de mi casa una hoguera?

—Conque vuestra casa... ¿Es vuestra casa la que intentaban quemar?

—¡Pardiez!

—¿Es vuestra la taberna « La imagen de Nuestra Señora » ?

—Hace ocho días.

—¡Ah! ¿Sois ese intrépido capitán, esa valiente espada que ha dispersado a los que querían quemar a los condenados?

—Poneos en mi caso, querido señor Gourville; yo soy agente de la fuerza, pública y propietario. Como capitán, mi obligación es hacer cumplir las órdenes del rey; como propietario, mi interés está en que no quemen mi casa. He seguido, pues, a un mismo tiempo las leyes del interés y las del deber, devolviendo al señor Ly odot y al señor Ey meris a poder de los arqueros.

—¿De modo que sois vos quien ha tirado a un hombre por la ventana?

—Yo mismo —respondió modestamente D'Artagnan.

—¿Vos sois quien ha muerto a Menneville?

—He tenido esa desgracia —murmuró D'Artagnan, saludando como persona a quien felicitan.

—¿Sois vos, en fin, quien ha sido la causa de que los reos fuesen ahorcados?

—En vez de ser quemados, sí señor, y me glorio de ello. He librado a esos pobres diablos de torturas horribles. ¿Sabéis, mi querido señor Gourville, que querían quemarlos vivos?

—Adiós, señor de D'Artagnan, adiós —dijo Gourville, queriendo ahorrar a Fouquet la vista del hombre que acababa de causarle tan profundo dolor.

—No —dijo Fouquet, que había escuchado desde la puerta de la antesala—; no, señor de D'Artagnan, entrad, por el contrario.

D'Artagnan limpió en la empuñadura de su espada una mancha de sangre que había escapado a su investigación, y entró.

Entonces se encontró frente a aquellos tres hombres, cuyos semblantes manifestaban tres expresiones bien diversas: el del abate, la cólera; el de Gourville, el estupor, y el de Fouquet; el de abatimiento.

—Perdón, señor ministro —dijo D'Artagnan—; mas tengo pasado el tiempo y es preciso que vaya a la intendencia para explicarme con el señor Colbert y

cobrar mi cuarta.

—Pero, señor —dijo Fouquet—, aquí hay dinero.

D'Artagnan miró asombrado al superintendente.

—Se os ha respondido con ligereza, señor; ya lo sé, lo he oído —dijo el ministro—; un hombre de vuestro mérito debía ser conocido por todo el mundo.

D'Artagnan se inclinó.

—¿Tenéis el libramiento? —repuso Fouquet.

—Sí, señor.

—Dádmelo, voy a pagaros yo mismo; venid.

Hizo una seña a Gourville y al abate, que permanecieran en la sala y condujo a D'Artagnan a su gabinete.

—¿Cuánto se os debe, señor? —preguntó.

—Unas cinco mil libras, monseñor.

—¿Por vuestros sueldos atrasados?

—Por una cuarta parte.

—Cinco mil libras por una cuarta parte! —dijo Fouquet echando sobre el mosquetero una mirada profunda—. Según eso, ¿son veinte mil libras al año las que os da el rey?

—Sí, monseñor, veinte mil libras. ¿Creéis que sea demasiado?

—¡Yo! —exclamó Fouquet sonriendo amargamente—. Si yo conociese a los hombres, si yo fuese en vez de un espíritu ligero, inconsiguiente y vano, un talento prudente y reflexivo; si, en una palabra; hubiera yo sabido como ciertas gentes arreglar mi vida, no recibirías vos veinte mil libras anuales, sino cien mil, ni pertenecerías al rey, sino a mí.

D'Artagnan se sonrojó levemente. Suele haber en la manera con que se hace un elogio, en la voz del que elogia y su afectuoso tono un veneno tan dulce, que a veces embriaga al más astuto.

El superintendente terminó sus frases abriendo una gaveta, de la cual sacó cuatro cartuchos que puso delante de D'Artagnan. El gascón rompió uno.

—¡Oro! —murmuró.

—Con eso pesarás menos, señor.

—Pero, monseñor, esto compone veinte mil libras.

—Sin duda.

—Pero no se me deben más que cinco mil.

—Quiero ahorraros la molestia de venir cuatro veces a la superintendencia.

—Me hacéis mucho favor.

—Hago lo que debo, señor, y espero que no me guardaréis aversión por la acogida de mi hermano, que es un espíritu acre y caprichoso.

—Monseñor —dijo D'Artagnan—, creed que nada me molestaría tanto como una excusa vuestra.

—No daré más, y me contentaré con solicitaros una gracia.

—¡Oh, monseñor!

Fouquet sacó de un dedo un diamante que valía más de mil doblones.

—Señor —dijo—, la piedra que veis me la regaló un amigo de la infancia, un hombre a quien habéis hecho un gran servicio.

La voz de Fouquet alteróse sensiblemente.

—¡Un servicio! ¡Yo! —dijo el mosquetero—. ¡Yo he hecho un servicio a un amigo vuestro?

—No podéis haberlo olvidado señor, porque ha sido hoy mismo.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—El señor de Eymeris.

—¿Uno de los reos?

—Sí, una de las víctimas. Pues bien, señor de D'Artagnan, en gracia al servicio que le habéis hecho, os ruego que aceptéis este diamante. Hacedlo por amor mío.

—Monseñor...

—Aceptad, os digo. Hoy es para mí un día de duelo; quizás sepáis esto más tarde; hoy, he perdido, un amigo; pues bien, pretendo encontrar otro.

—Pero, señor Bouquet...

—Adiós, señor de D'Artagnan, adiós —murmuró Fouquet con el corazón dilatado—. Hasta la vista.

Y el ministro salió de su gabinete, dejando en manos del mosquetero la joya y las veinte mil libras.

—¡Oh! —repuso D'Artagnan después de un momento de reflexión, sombría—. ¡Si comprenderé esto? ¡Diantre! Sí, lo comprendo. ¡Es un hombre muy obsequioso...! Voy a hacer que me explique esto el señor Colbert.

Y salió.

## Capítulo LXIII

---

De la notable diferencia que encontró D'Artagnan entre el señor intendente y  
Monseñor el superintendente

El señor Colbert residía en la calle de Neuve des Petits-Champs, en una casa que antes había pertenecido a Beaufru.

Las piernas de D'Artagnan hicieron la travesía en menos de un cuarto de hora.

Cuando llegó a la casa el nuevo favorito, estaba el palacio lleno de arqueros y de policías que iban a felicitarle o excusarse, según el modo que tuviera de presentarse. El sentimiento de adulación es instintivo entre gentes de condición abyecta, porque lo sienten coma el animal salvaje el oído o el olfato. Estas gentes, o su jefe, habían comprendido que se proporcionase un gran placer al señor Colbert dándole cuenta del modo con que había sido pronunciado su nombre durante el alboroto.

Justamente se presentaba D'Artagnan en el instante mismo en que el jefe de la ronda hacía su relato, y se quedó junto a la puerta, detrás de los arqueros.

El jefe cogió a Colbert aparte, no obstante, su resistencia y el fruncimiento de sus grandes cejas, y le dijo:

—En el caso, señor, en que realmente hubieseis deseado que el pueblo hiciese justicia de los traidores, habría sido prudente avisarnos; porque, al fin, señor, a pesar de nuestro dolor por desagradarlos o contrariar vuestras miras, teníamos nuestra consigna que cumplir.

—¡Tonto! —contestó Colbert furioso sacudiendo sus cabellos espesos y negros como crines—. ¡Qué me estáis contando! ¡Qué? ¡Que yo hubiera tenido la idea de un tumulto! ¡Estáis loco o borracho?

—Pero, señor, han gritado ¡viva Colbert! —replicó, muy emocionado el jefe

de la ronda.

—Un puñado de conspiradores.

—¡No, no, una masa del pueblo!

—¡Oh! ¿Es cierto? —dijo Colbert tranquilizándose—. ¿Una masa del pueblo gritaba *viva Colbert*? ¿Estáis seguro de lo que decís, caballero?

—No había más que abrir los oídos, o más bien cerrarlos; ¡tan espantosos eran los gritos!

—¿Y era el pueblo, el verdadero pueblo?

—Ciertamente, señor; sólo que ese verdadero pueblo nos ha batido.

—¡Oh! Muy bien —prosiguió Colbert ensimismado—. Entonces, suponéis que sólo el pueblo era quien quería hacer quemar a los condenados.

—¡Oh! Sí, señor.

—Eso es distinto... ¿Y habéis resistido bien?

—Señor, hemos tenido tres hombres sofocados:

—Pero, no habréis muerto a nadie, ¿eh?

—Señor, algunos tunantes han quedado sobre la plaza, y entre ellos uno que no era un hombre ordinario.

—¿Quién?

—Un tal Menneville, a quien hace mucho tiempo vigilaba la policía.

—¡Menneville! —exclamó Colbert—. ¿El que mató en la calle de la Huchette a un buen hombre que pedía un pollo gordo?

—Sí, señor, él mismo.

—¿Y ese Menneville vociferaba también *viva Colbert*?

—Más fuerte que todos los demás; como un rabioso.

Nublóse la frente de Colbert y se arrugó. La especie de aureola codiciosa que iluminaba su rostro se apagó, como el destello de los gusanos de luz a quienes se aplasta bajó la hierba.

—¿Pues no decíais —preguntó entonces el intendente— que la iniciativa venía del pueblo? Menneville era mi enemigo: le hubiera hecho prender, y él lo sabía muy bien. Menneville era del abate Fouquet. Todo el negocio proviene de Fouquet. ¿No es sabido que los reos eran sus amigos de infancia?

—Es verdad —pensó D'Artagnan—, y ya están en claro mis dudas. Pero, lo repito, él señor Fouquet podrá ser todo lo que se quiera; pero es un hombre muy obsequioso.

—¿Y estáis seguro —continuó Colbert— de que ese Menneville ha muerto?

D'Artagnan pensó que era llegado el momento de hacer su entrada.

—Perfectamente, señor —dijo adelantándose de pronto.

—¡Oh! ¿Sois vos, caballero? —dijo Colbert.

—En persona —contestó el mosquetero con tono deliberado—; creo que teníais en ese Menneville un lindo enemigo.

—No soy yo, caballero, quien tenía un enemigo —respondió Colbert—, sino

el rey.

« ¡Bárbaro! —pensó D'Artagnan—. Haces el grave y el hipócrita conmigo» .

—Pues bien —respondió—, soy muy feliz por haber prestado al rey tan excelente servicio. ¿Querríais encargaros de decírselo a Su Majestad?

—¿Qué comisión me dais, y qué me encargáis que le diga, caballero? Sed claro, os lo ruego —contestó Colbert con voz agria y cargada de hostilidad prematura.

—Yo no os doy ninguna comisión —repuso D'Artagnan con esa calma que jamás abandona a los burlones—. Pensaba que os sería fácil anunciar al rey que fui yo quien hallándome allí por casualidad, hizo justicia al señor Menneville y puso las cosas en orden.

Colbert abrió los ojos e interrogó con la vista al jefe de la ronda.

—¡Ah! Es muy cierto —dijo este— que ese caballero ha sido nuestro salvador.

—¡Haber dicho que veníais a referirme eso! Todo se explicaba así mejor para vos que para nadie.

—Os engañáis, señor intendente, yo no venía de ningún modo a referiros esa.

—Es una hazaña, sin embargo, caballero.

—¡Oh! —dijo el mosquetero con indiferencia—. La mucha práctica gasta la inteligencia.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—A esto simplemente: el rey me ha mandado venir a veros.

—¡Ah! —dijo Colbert recobrando su aplomo, porque veía que D'Artagnan sacaba un papel del bolsillo—. ¿Es para pedirme dinero?

—Precisamente, señor.

—Pues tened la amabilidad de esperarme, caballero.

D'Artagnan giró sobre sus talones con bastante insolencia, y encontrándose enfrente de Colbert en virtud de esa primera vuelta, lo saludó como hubiese podido hacerlo Arlequín; ejecutando después una segunda evolución, se dirigió a buen paso hacia la puerta.

Esta poderosa resistencia, a la que no estaba acostumbrado, llamó la atención de Colbert. Por regla general, cuando la gente de espada iba a su casa, tenía tal necesidad de dinero, que aun cuando sus pies hubiesen echado raíces en el mármol no se habría agotado su paciencia.

¿Iba D'Artagnan derecho a ver al rey? ¿Iba a quejarse de una mala recepción; o a referir su hazaña? Grave asunto era éste de reflexión.

En todo caso el momento estaba mal escogido para despedir a D'Artagnan, bien viniese de parte del rey, bien de la suya, propia. El mosquetero acababa de prestar un gran servicio, y hacía muy poco tiempo para que ya estuviese olvidado.

También pensó Colbert que valía más desechar toda arrogancia y llamar a

D'Artagnan.

—¡Eh! Caballero D'Artagnan —gritó Colbert—. ¡Así me dejáis? Volvió la cabeza D'Artagnan, y dijo con naturalidad:

—¿Por qué no? Nada más tenemos que decirnos, ¿no es verdad?

—Por lo menos tenéis dinero que cobrar puesto que traéis una labranza.

—¡Yo! Nada de eso, señor Colbert.

—Pero, en fin, caballero, tenéis un bono, y así como dais una estocada por el rey cuando os requieren a ello, así yo también pago cuando se me da una orden. Presentadla.

—Es inútil, mi querido señor Colbert —dijo D'Artagnan, que gozaba interiormente del desarrollo que había puesto en las ideas de Colbert—; este bono está satisfecho.

—¡Pagado! ¿Y por quién?

—¡Toma! Por el superintendente.

Colbert se puso pálido.

—Explicaos entonces —dijo con voz débil—. Si estáis pagado, ¿para qué me enseñáis ese papel?

—A consecuencia de la consigna de que hablabais tan ingeniosamente, mi querido señor Colbert; Su Majestad me había dicho que cobrarse la cuarta parte de la pensión que ha tenido a bien concederme...

—En mi casa...? —dijo Colbert.

—No, precisamente. Su Majestad me ha dicho: « Id a casa del señor Fouquet; pero el superintendente quizás no tenga dinero, y entonces, iréis a casa del señor Colbert» .

El semblante de éste se iluminó un momento; pero su desgraciada fisonomía era como el cielo en tempestad, unas veces radiante y otras, sombría como la noche, según brille el relámpago o pase la nube.

—Y... ¿había dinero en casa del superintendente? —dijo.

—¡Vaya si había dinero! —replicó D'Artagnan—. Preciso es creerlo, pues que el señor Fouquet, en lugar de pagarme la cuarta parte, que son cinco mil libras...

—¡Cinco mil libras! —exclamó Colbert sorprendido, como lo fue Fouquet, de la magnitud de cantidad destinada a pagar los servicios de un soldado—. Serían entonces veinte mil libras de pensión.

—Justamente, señor Colbert. Pardiez, contáis como el difunto Pitágoras; sí, veinte mil libras.

—Diez veces el sueldo de un intendente de Hacienda, os doy la enhorabuena —dijo Colbert con irónica sonrisa.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. El rey se ha excusado por darme tan poco y también me ha prometido repararlo más tarde, cuando sea rico; pero, concluyo: estando muy de prisa...

—Sí, y a pesar de lo que Su Majestad esperaba, ¿os ha pagado el superintendente?

—Del mismo modo que vos habéis rehusado pagarme.

—Yo no he rehusado, caballero, os he rogado que me esperéis. ¿Y decís que el señor Fouquet os ha pagado vuestras cinco mil libras?

—Sí, lo que vos hubierais hecho, y aún más... aún más que eso ha hecho, señor Colbert.

—¿Pues qué ha hecho?

—Muy cortésmente, me ha contado la totalidad de la cantidad, diciendo que para el rey siempre estaban llenas las cajas.

—¡La totalidad de la suma! ¿El señor Fouquet os ha dado veinte mil libras en vez de cinco mil?

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Para ahorrarme tres visitas a la Caja de la superintendencia; de manera que tengo en mi bolsillo las veinte mil libras en oro muy hermoso y nuevo. Ya veis que me iba por no tener necesidad de vos; solamente pasaba por acá por pura fórmula.

Y D'Artagnan golpeó sus bolsillos riendo, lo cual descubrió a Colbert treinta y dos hermosos dientes, tan blancos como si tuviera veinticinco años, y que parecían decir en su lenguaje: servidnos treinta y dos Colbert chiquitos y nos los comeremos con sumo gusto.

La serpiente es tan valerosa como el león, y el gavilán tan valiente como el águila; esto no puede contestarse. No hay animales, ni aun de los que se llaman cobardes, que no sean bravos cuando se trata de la defensa. Colbert no tuvo miedo de los treinta y dos dientes de D'Artagnan, y dijo:

—Caballero, el señor superintendente no podía hacer lo que ha hecho.

—¿Cómo decís? —replicó D'Artagnan:

—Digo que vuestro libramiento...

—¿Tenéis la amabilidad de enseñarme el libramiento?

—Con mucho gusto; aquí está. Colbert agarró el papel con una presteza que no sin inquietud advirtió el mosquetero, disgustado de la entrega.

—Pues bien, caballero, el libramiento real dice esto: « Espero que se pague a la vista al señor de D'Artagnan la suma de cinco mil libras, cuarta parte de la pensión que le he asignado» .

—Eso está escrito; en efecto —dijo D'Artagnan simulando calma.

—Pues si el rey no os debía más que cinco mil libras, ¿por qué os han dado más?

—Porque había más, y porque querían darme más; eso no interesa a nadie.

—Es natural —dijo Colbert, con tranquilidad orgullosa— que ignoréis los usos de la contabilidad; pero, caballero, cuando tenéis que pagar mil libras, ¿qué

hacéis?

—Yo nunca tengo mil libras que pagar —replicó D'Artagnan.

—¡Otra cosa...! —exclamó Colbert irritado—. Si tuvieseis un pago que satisfacer, no pagaríais más que lo que debierais.

—Eso no prueba más que una cosa —dijo D'Artagnan—; y es que vos tenéis vuestras costumbres personales en materia de contabilidad, mientras que el señor Fouquet tiene las suyas.

—Las mías, caballero, son las buenas.

—No digo que no.

—Y habéis cobrado lo que no se os debía.

Los ojos de D'Artagnan arrojaron un relámpago.

—Lo que aún no se me debía, queréis decir, señor Colbert, porque si hubiese recibido lo que de ningún modo se me debe habría cometido un robo.

Colbert no respondió a esta sutilza.

—¿Así pues, son quince mil libras las que debéis a la Caja? —dijo entusiasmado en su envidioso ardor.

—En tal caso me concederéis crédito —replicó D'Artagnan con su fina ironía.

—Nada de eso, caballero.

—¡Bueno...! ¿Cómo es eso? ¡Me haréis devolver mis tres cartuchos?

—Los devolveréis a mi Caja.

—¿Yo? ¡Ah! Señor, no contéis con eso...

—El rey tiene necesidad de su dinero.

—Y yo, señor, tengo necesidad del dinero del rey.

—Perfectamente, pero restituiréis.

—¡Nada menos! Siempre oí decir que, en materia de contabilidad, como vos decíais, un buen cajero ni da ni toma jamás.

—Entonces, caballero, veremos lo que dirá Su Majestad, a quien enseñaré esta libranza, que prueba que el señor Fouquet, no solamente paga, lo que no debe, sino que tampoco guarda recibo de lo que paga.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan—. ¡Ya comprendo por qué me habéis cogido ese papel, señor Colbert!

Este no advirtió todo lo que había de amenazador en su nombre pronunciado de cierta manera.

—Más tarde veréis la utilidad de ello —replicó levantando el libramiento entre sus dedos.

—¡Uh! —dijo D'Artagnan atrapando el papel con rápido movimiento—. Lo comprendo perfectamente, señor Colbert, y no tengo necesidad de aguantar para ello.

Y se metió en el bolsillo el papel que acababa de coger al vuelo.

—¡Señor, señor...! —exclamó Colbert—. Esta violencia...

—¡Vaya! ¡No hay que prestar atención a las maneras de un soldado! — respondió el mosquetero.

—Os beso las manos, apreciable señor Colbert.

Y salió riéndose en las barbas del futuro ministro.

—Este hombre va a adorarme —dijo pira sí—. ¡Lástima que tenga que fallarle a la primera visita!

## Capítulo LXIV

---

### Filosofía del corazón ya de la cabeza

Para un hombre que se había visto en las mas críticas situaciones, la de D'Artagnan con respeto a Colbert, únicamente era cómica.

D'Artagnan no rehuyó; por tanto, la satisfacción de reír a costa del señor intendente desde la calle Neuve des Petits-Champs hasta la de los Lombardos.

Aún reía cuando se le presentó Planchet, riendo también en la puerta de su casa.

Porque Planchet, desde el regreso de su patrón y de la entrada de las guineas inglesas, pasaba la mayor parte de su tiempo en hacer lo que D'Artagnan acababa de ejecutar desde la calle Neuve des Petits-Champs hasta la de los Lombardos.

—Llegáis, por fin, mi querido amo?

—No, amigo mío —respondió el mosquetero—, me marchó un poco de prisa; es decir, voy a comer, a acostarme, a dormir cinco horas, y a montar a caballo al amanecer... ¿Se, le ha dado ración y media a mi caballo?

—¡Caray! Querido amo —dijo Planchet—, bien sabéis que vuestro caballo es el dije de la casa; mis sirvientes lo besan todo el día y le hacen comer azúcar, nueces y bizcochos. ¿Me preguntáis si se le ha dado su ración de avena? Preguntadme más bien si no ha tenido con qué hartarse diez veces.

—Bien, Planchet, bien. Pasemos a lo que, concierge. ¿Y la comida?

—¡Al momento! ¡Un asado, vino blanco; cangrejos y cerezas frescas. Todo es nuevo, mi querido amo!

—Eres un hombre amable, Planchet; comamos, pues, y que yo me acueste.

Durante la comida observó D'Artagnan que Planchet se rascaba frecuentemente la frente, como para facilitar la salida de una idea acomodada

con estrechez en su cerebro. Miró con aire afectuoso a su digno compañero de sus viajes de otro tiempo, y chocando vaso con vaso, le dijo:

—Veamos, amigo Planchet, lo que te cuesta tanto trabajo anunciarme. ¡Pardiez, habla pronto y con franqueza!

—Esto —contestó Planchet—, me parece que tenéis aire de ir a una expedición cualquiera.

—No digo que no.

—Entonces, ¿habréis tenido alguna idea nueva?

—Es posible, Planchet.

—Entonces, ¿habría un nuevo capital que exponer?

—Yo pongo cincuenta mil libras en la idea que vais explotar.

Y diciendo esto, Planchet se restregó las manos una con otra con la rapidez que da una alegría grande.

—Planchet —replicó D'Artagnan—, no hay más que una desgracia.

—¿Y cuál?

—La idea no es mía... Nada puedo poner en ella.

Tales palabras arrancaron un gran suspiro del corazón de Planchet. La avaricia es consejero ardiente que arrebata al hombre, como Satanás hizo con Jesús en la montaña, y después de haber mostrado al desgraciado todos los reinos de la tierra puede descansar seguro de que ha dejado con él a su compañera la envidia para morderle el corazón.

Planchet había, gustado de la riqueza fácil y ya no debía detenerse en sus deseos; mas como era un buen corazón, a pesar de su avaricia, y como que adoraba a D'Artagnan, no pudo menos de hacerle mil recomendaciones, unas más afectuosas que otras.

Tampoco pudo, atrapar una palabra del secreto que tan bien guardaba su amo; astacias, gestos, consejos y truhanerías fueron inútiles. Nada dijo D'Artagnan.

Así se pasó la velada. Después de comer entretuvose D'Artagnan en hacer su maleta, dio una vuelta a la cuadra, acarició a su caballo, inspeccionándole las herraduras y las piernas, y, habiendo vuelto a contar luego su dinero, se metió en la cama, donde durmiendo como a los veinte años, pues no tenía inquietudes ni remordimientos, cerró los párpados cinco minutos después de haber apagado la luz.

Muchos sucesos, no obstante, podían tenerlo desvelado. El pensamiento hervía en su cerebro, las conjeturas abundaban, y D'Artagnan era gran decidor de horóscopos; pero, con esa flema imperturbable que hace más que el genio para la felicidad de las gentes de acción, dejó la reflexión para el día siguiente, temiendo, según decía para sí, no estar fresco en aquel instante.

Amaneció. La calle de los Lombardos tuvo su parte en las caricias de los rosados dedos de la aurora, y D'Artagnan levantóse como ésta.

A nadie despertó; agarró debajo del brazo su maleta, bajó la escalera sin hacer el menor ruido ni perturbar uno solo de los ronquidos alojados desde el granero a la bodega. Y habiendo preparado su caballo y cerrado la cuadra y la tienda, salió a paso para su expedición a la Bretaña.

Razón de sobra había tenido en no pensar la víspera en todos los asuntos políticos y diplomáticos que solicitaban su inteligencia; porque aquella mañana, con la frescura y el dulce crepúsculo, sintió desenvolverse sus ideas fecundas.

Primeramente, pasó por delante de la casa de Fouquet y echó en una caja abierta que había en la puerta el bienaventurado libramiento, que tanto trabajo habrále costado sustraer la víspera de los retorcidos dedos del intendente.

Puesto bajo sobre para Fouquet, el libramiento no pudo ser visto por Planchet, que en punta de adivinación era un Apolo Piteo.

De este modo enviaba su finiquito a Fouquet, sin comprometerse ni teniendo cargos que dirigirse.

Después de esta cómoda restitución, pensó:

«Ahora tragaremos mucho aire matinal, mucha salud; dejemos respirar el caballo Céfiro, que hinche sus ijares como si se tratase de aspirar hemisferio, y seamos muy ingeniosos en muestras combinaciones. Ya es hora de formar un plan de campaña, y según el método del señor de Turena, que tiene una cabeza muy grande llena de toda clase de buenos consejos, antes del plan de campaña es conveniente hacer un retrato de los generales enemigos con quienes tenemos que habérnoslas. El primero de todos el señor Fouquet. ¿Quién es el señor Fouquet? El señor Fouquet —se contestó a sí mismo D'Artagnan—, es un hombre hermoso, muy querido de las mujeres; un hombre galante; muy amado de los poetas; un hombre de talento, muy execrado de los pillos. Yo no soy ni mujer, ni poeta, ni tunante; no amo, pues, ni aborrezco al señor superintendente; luego me encuentro en un todo en la posición en que se halló el señor de Turena cuando se trató de ganar la batalla de los Dunas. El no aborrecía a los españoles, pero les dio lo suyo. No; hay un ejemplo mejor, ¡pardiez! Estoy en la situación en que se encontró el mismo señor de Turena cuando los asuntos del príncipe de Condé en Jargeau, Gien y en el barrio de San Antonio. El no execraba al señor, príncipe, verdad es, pero obedecía al rey. El príncipe es un hombre encantador; pero el rey es el rey; Turena dio un gran suspiro; llamó a Condé “primo mío”, y le vendimió su ejército. ¿Qué desea el rey ahora? Esto no me concierne. ¿Qué quiere el señor Colbert? ¡Oh! Esto es otra cosa. El señor Colbert desea todo lo que no quiere el señor Fouquet. ¿Pues qué quiere el señor Fouquet? ¡Oh, oh! Esto es grave. El señor Fouquet quiere precisamente todo lo que quiere el rey».

Terminado esté monólogo, D'Artagnan se echó a reír haciendo silbar su varilla: iba por el medio de la calle espantando los pájaros y escuchando los luisos que danzaban a cada sacudida en su bolsa de cuero; y, necesario es confesarlo, cada vez que D'Artagnan se encontraba en semejantes condiciones,

no era la ternura su vicio principal.

Entonces si que se parecía al señor de Turena, cuando el señor de Turena no amaba a los españoles.

No obstante, el mosquetero, no pudo menos de tomarse alguna pena por la paz del reino, que debían comprometer otra vez las querellas de los grandes. Acordóse cuán poderoso era el señor Fouquet, y cuán sostenido se encontraba. Sumó por una parte los dieciocho millones de Luis XIV, y por otra los infinitos recursos del superintendente, pero con su inflexible imparcialidad, garantida por un desdén eterno a las medianías del rencor venenoso del señor Colbert, y cuando tuvo bien hecha su cuenta, pensó:

« Vamos, la expedición no es muy peligrosa, y mi viaje será como aquella comedia que mister Monk me llevó a ver a Londres, y que se denomina, según creo, *Mucho ruido para nada* » .

## Capítulo LXV

---

### El viaje

Era tal vez la quincuagésima vez, desde el día que abrimos esta historia, que este hombre de corazón de bronce músculos de acero abandonaba su casa, amigos, todo, en fin, por ir en busca de la fortuna y de la suerte. La una, es decir, la suerte, había retrocedido constantemente ante él como si le hubiera tenido miedo, la otra, esto es, la fortuna, sólo de un mes a aquella parte había hecho alianza, con él.

Aunque no fuese un gran filósofo, según Epicuro o según Sócrates, era una imaginación vigorosa con la práctica de la vida y del pensamiento. Nadie es valiente, aventurero y diestro como era D'Artagnan, sin ser al mismo tiempo algo visionario.

Se acordaba de algunas sentencias de la Rochefoucault, dignas de ser puestas en latín por el señor de Port Royal, y había formado colección, al pasar por la sociedad de Athos y de Aramis, de muchos trozos de Seneca y Cicerón, traducidos por ellos mismos y aplicados al uso de la vida común.

Este menoscabo de las riquezas, que el gascón había observado como artículo de fe durante los treinta y cinco primeros años de su vida, fue considerado largo tiempo por él como primer artículo del código de la bravura.

Artículo primero, decía él: «Uno es valiente porque no tiene nada. Uno no tiene nada porque menoscaba las riquezas».

Con estos principios, que según hemos dicho, habían regido los treinta y cinco primeros años de su vida, D'Artagnan no fue bastante rico para que debiera preguntarse si a pesar de su riqueza era siempre bravo.

A esto, paro cualquiera otro que no fuese D'Artagnan, hubiera podido servir de respuesta el acontecimiento de la plaza de la Grève, y muchas conciencias

habríanse contentado con ella; pero D'Artagnan era demasiado valeroso para preguntarse sincera y concienzudamente si lo era.

De modo que a esto:

« Creo que he desenvainado con bastante viveza, y con bastante viveza estoqueado en la plaza de la Grève, para estar tranquilo con respeto a mi valor» .

D'Artagnan se había contestado a sí propio:

« Muy bien, capitán; pero esta no es una respuesta. He sido valiente porque quemaban mi casa, y podría apostarse ciento y aun mil contra uno, a que si esos señores del motín no hubiesen tenido tan malaventurada idea, su plan de ataque había salido bien, o al menos no habría sido yo quien se opusiera a él. Mas ahora, ¿qué vais a intentar contra mí?

» No tengo casa que me quemen en Bretaña; no tengo tesoro que me puedan arrebatan. Pero tengo mi pellejo, este precioso pellejo del señor D'Artagnan, que vale todas las cosas y todos los tesoros del mundo. Este pellejo que tengo encima de todo, pues es la cubierta de un cuerpo que encierra un corazón muy caliente y muy satisfecho de latir, y por consecuencia de vivir. Por lo tanto, quiero vivir, y a la verdad que vivo mejor, y mucho más completamente desde que soy rico. ¿Quién diablos diría que el dinero mimase la vida?

» Me parece que ahora absorbo doble cantidad de aire y de sol. ¡Diantre! ¿Qué será si todavía doblo esta fortuna, y si en vez de la varilla que llevo en la mano alcanzo alguna vez el bastón de mariscal? No sé si habría bastante aire y bastante sol para mí. Bien mirado, esto no es un sueño. ¿Quién diablos se opondría a que el rey me hiciese mariscal, como su padre Luis XIII hizo duque y condestable a Alberto de Luynes? ¡No soy tan bravo y mucho más inteligente que ese imbécil De Vitry? ¡Ah! He aquí justamente lo que se opondrá a mis adelantos: tengo mucho talento. Felizmente, si hay justicia en este mundo, la fortuna me está obligada a ciertas compensaciones. Me debe recompensa por todo lo que he hecho en beneficio de Ana de Austria, e indemnización por todo lo que ella no ha hecho por mí... Pero a la hora de ahora, heme aquí a buenas con un rey, y con un rey que parece quiere reinar. ¡El cielo le conserve tan ilustre pensamiento! Porque si quiere reinar tiene necesidad de mí... y si tiene necesidad de mí, será preciso quemé dé lo que me ha prometido. Calor y luz. Por tanto, hoy marcho comparativamente como marchaba en otro tiempo: de nada a todo. Sólo que el nada de hoy es el todo de entonces; no hay en mi vida más que este insignificante cambio. ¡Veamos ahora! Veamos aparte el corazón, puesto que he hablado de él ahora poco ha. Y realmente sólo he hablado de memoria» .

Y el gascón apoyó la mano contra su pecho, como si efectivamente buscase el lugar del corazón.

—¡Ah! Desgraciado —exclamó sonriendo con amargura—. ¡Ah, pobre especie! Habíais esperado por un instante no tener corazón. ¡Y, he aquí que tienes uno, cortesano, incompleto, y no obstante, uno de los mas sediciosos! Tienes un

corazón que habla en pro del señor Fouquet. ¿Mas quién es el señor Fouquet, cuando se trata del rey? Un conspirador... un verdadero conspirador, que ni siquiera se ha tomado el trabajo de ocultarte que conspiraba... ¿Y qué arma no tendríais contra él, si su buena gracia y su talento no hubiesen puesto una vaina a esta arma? ¡Ira, rebelión a mano armada...! Porque, al fin, el señor Fouquet ha realizado una rebelión a mano armada, de modo que cuando Su Majestad sospeche vagamente la sorda rebelión de Fouquet, yo ya sé... Puedo demostrar que el señor Fouquet ha hecho derramar la sangre de los súbditos del rey. Veamos ahora; sabiéndolo todo estoy callándolo. ¿Qué más desea este corazón blando para un buen proceder del señor Fouquet, para un anticipo de quince mil libras, para un diamante, de dos mil doblones, para una sonrisa donde había tanta amargura como bondad? Le salvó la vida. Ahora espero —continuó el mosquetero— que este imbécil corazón guarde silencio, desquitado como está con el señor Fouquet.

» También ahora es Su Majestad mi sol, y como quiera que mi corazón está desquitado para con el señor Fouquet, igual de quien se ponga delante de mi sol. ¡Adelante por Luis XIV, adelante!

Estas reflexiones eran las únicas que podían retardar la marcha de D'Artagnan; pero, una vez hechas, apretó el paso de su montura.

Por muy perfecto que fuera el caballo Céfiro, no podía andar siempre, y al día siguiente de su salida de París lo dejó en Chartres en casa de un amigo que D'Artagnan se había hecho, de un posadero de la ciudad.

Y desde aquel momento viajó el mosquetero en caballos de posta. Gracias a este modo de locomoción, atravesó rápidamente el espacio que separa a Chartres de Châteaubriand.

En esta última ciudad, muy apartada aún de la costa para que se advinase que D'Artagnan iba a embarcar, y bastante separada de París para que nadie supusiera que venía de él, el mensajero de Su Majestad Luis XIV, a quien D'Artagnan había llamado su sol, sin pensar siquiera que el que todavía no era más que una pequeña estrella en el cielo de la monarquía había de hacer su emblema de este astro, el mensajero de Luis XIV, decimos, dejó la posta y compró un rocín de la más triste apariencia, una de esas monturas que jamás se permite escoger un oficial de Caballería por miedo a deshonrarse.

A excepción del pelo, esta nueva adquisición, recordaba a D'Artagnan aquel famoso caballo amarillo, con el cual, o mas bien, sobre el cual, había hecho su entrada en el mundo.

Ciento es que desde que D'Artagnan ocupó esta nueva cabalgadura, ya no era él quien viajaba, sino un hombre vestido con jubón gris, que guardaba un término medio entre el sacerdote y el lego; y lo que sobre todo le acercaba al hombre de Iglesia, era que D'Artagnan había puesto, sobre su cráneo un casquete de terciopelo raído, y encima de él un gran sombrero. Y sin espada. Lo único que

llevaba era un bastón colgado de una correilla en el antebrazo, al que prometía unir en la primera ocasión, como auxiliar inesperado, una daga de diez pulgadas, oculta bajo la capa.

El rocín comprado en Châteaubriand completaba la diferencia. El rocín se llamaba *Furet*.

« Si de Céfiro he hecho *Furet* —se dijo D'Artagnan—, preciso es hacer de mi nombre un diminutivo cualquiera. Así es que, en lugar de D'Artagnan, seré sólo Agnan; esta es una concesión que, naturalmente, debo a mi traje gris, a mi sombrero redondo y a mi casquete raído».

El señor D'Artagnan cabalgó sin sacudidas exageradas sobre *Furet*, que trotaba al paso de andadura como un verdadero caballo, y que, trotando así, hacía gallardamente sus doce leguas por día, gracias a cuatro piernas secas como cañas, cuyo aplomo y seguridad había apreciado el arte ejercitado de D'Artagnan por bajo del espeso forro que las cubría.

Andando el viajero tomaba notas, estudiaba el país severo y frío que atravesaba, buscando al mismo tiempo el pretexto más plausible para ir a Belle-Ile, y verlo todo sin despertar sospechas.

De este modo pudo convencerse de la importancia que tomaba el suceso a medida que se acercaba a él.

En esta comarca retirada, en este antiguo ducado de Bretaña, que no era francés en aquella época, como tampoco lo es en el día, los pueblos no conocían al rey de Francia.

Y no sólo no le conocían, sino que tampoco deseaban conocerlo. Un solo hecho sobrenadaba visible para ellos en la corriente de la política. Sus antiguos duques no gobernaban ya, pero esto era un vacío y nada más. En lugar del duque, los señores de parroquia reinaban sin límites.

Y por cima de estos señores, Dios, que jamás ha sido olvidado en Bretaña.

Entre estos soberanos de castillo y campanarios, el más poderoso, el más opulento, y sobre toda el más popular, era el señor Fouquet, señor de Bella Isla. Aun en el mismo país y a la vista de la Isla, las tradiciones consagraban sus maravillas.

No todo el mundo penetraba allí; la isla, que tenía una extensión de seis leguas de larga por otras seis de ancho era una propiedad que el pueblo había respetado mucho tiempo, cubierta como estaba con el nombre de Retz, tan fuertemente temido en la región.

Poco después de la creación de este señorío enmarquesado por Carlos IX; Bella Isla había pasado al señor Fouquet.

La celebridad de la isla no databa de ayer; su nombre se remontaba a la más alta antigüedad: los antiguos la llamaban Kalonese, de dos palabras griegas que significaban isla hermosa.

De modo, que a dieciocho siglos de distancia, había llevado en otro idioma el

mismo nombre de ahora.

Algo era en sí esta propiedad del superintendente, sin contar con su posición a seis leguas de la costa de Francia; posición que le hacía soberana en su soledad marítima.

D'Artagnan se enteró de todo esto sin que pareciese, que preguntaba nada, y también supo que el mejor medio de tomar lenguas era pasar a La Roche-Bernard, ciudad bastante importante en la embocadura del Vilaine.

Allí quizá podría embarcarse, y, atravesando los salitrosos mares, llegar a Guerande o Croisic, para esperar la ocasión de pasar a Belle-Île. Desde su salida de Châteaubriand había conocido que todo era Posible para Furet bajo el impulso del señor Agnan, y nada al señor Agnan sobre la iniciativa de Furet.

Apresuróse, pues, a comer una cerceta y una tórtola en una posada de La Roche-Bernard, y ordenó subir de la bodega, para rociar estos manjares bretones, una sidra que conoció por más bretona aún con sólo acercarla a los labios.

## Capítulo LXVI

---

D'Artagnan entabla relación con un poeta que se hizo topógrafo para que sus versos fueses impresos

Antes de ponerse a la mesa; tomó D'Artagnan sus informes, como tenía de costumbre; pero es un axioma de curiosidad que todo hombre que quiere preguntar bien y fructiferamente debe empezar por ofrecerse él mismo a las preguntas. D'Artagnan buscó, pues, con su habilidad ordinaria, un preguntador útil en la hostería de la Roche Bernard.

Y casualmente había en el primer piso de esta casa dos viajeros que también se ocupaban en los preparativos de su comida.

D'Artagnan vio en la cuadra sus monturas y en la sala sus equipajes. El uno viajaba con lacayo, como una especie de personaje; dos yeguas, hermosos animales, le servían de montura.

El otro, compañero bastante exiguo, viajero de mezquina apariencia y polvoriento gabán, había llegado de Nantes en un carretón arrastrado por un caballo de tal modo semejante a Furet en el collar, que D'Artagnan hubiese andado cien leguas antes de encontrar otro mejor para emparejar un tiro.

El carretón contenía distintos paquetes envueltos en lienzos viejos. «Este viajero —dijo para sí D'Artagnan—, es de mi calaña; me conviene y yo debo convenirle. El señor Agnan, con su jubón y su casquete raído, no es digno de comer con el señor de las botas viejas y el vicio caballo».

Luego, llamó D'Artagnan al posadero y le mandó que subiese su cerceta y su sidra a la del señor de los exteriores modestos.

Y subiendo con una silla en la mano una escalera que conducía a la sala, se puso a llamar a la puerta.

—Entrad —dijo el desconocido.

D'Artagnan entró.

—Disimulad, señor —dijo—, soy como vos un viajero, no conozco a nadie en la posada y tengo la mala costumbre de aburrirme cuando como solo, de tal modo que la comida me parece mala y no me aprovecha. Vuestra figura, que apercibí ahora poco cuando bajasteis para que os abriesen unas ostras, me ha gustado mucho. He observado también que tenéis un caballo muy semejante al mío, y que el posadero; a causa de esta semejanza, sin duda, los ha colocado juntos en su cuadra, donde parecen hallar la compañía a las mil maravillas. No veo, pues, por qué han de estar separados los amos, cuando los caballos están reunidos; en consecuencia; vengo a pediros me concedáis el favor de ser admitido a vuestra mesa. Yo me llamo Agnan, para serviros, caballero; intendente indigno de un rico señor que quiere comprar salinas en el país, y que me envía para visitar sus propiedades futuras. Quisiera, señor, que mi figura os agradase tanto como me ha gustado la vuestra.

El extranjero, a quien D'Artagnan veía por primera vez, tenía los ojos negros y brillantes, tez amarilla, frente un poco arrugada por el peso de cincuenta años, honradez en el conjunto de las facciones, y penetración en la mirada.

« Se diría —dijo para sí D'Artagnan—, que este guapo mozo no ha ejercitado nunca más que la parte superior de su cabeza, los ojos y el cerebro, y debe ser hombre de ciencia; pero la boca, la nariz y la barba no dicen absolutamente nada».

—Señor —contestó éste, cuyas ideas y persona se criticaban—, me hacéis honor, mas, no porque me fastidie; tengo —añadió sonriendose—, una compañía que siempre me distrae; mas no importa, os recibo con mucho gusto.

Pero, al decir estas palabras, el hombre de las botas viejas derramó una mirada inquieta sobre su mesa, cuyas ostras habían desaparecido, y en la que sólo quedaba un trozo de tocino salado.

—Señor —se apresuró a decir D'Artagnan—, el posadero va a subir una hermosa ave asada y una torta soberbia.

D'Artagnan había visto en la mirada de su compañero, por muy rápida que fuera, el temor al ataque de un parásito.

Y había acertado, porque al escuchar aquellas palabras se desarrugaron las facciones del hombre de apariencia modesta.

Efectivamente, el fondista entró al instante, como si hubiera estado acechando el momento, con los manjares anunciados.

Unidas la torta y la cerceta al trozo de tocino salado, D'Artagnan y su compañero saludáronse, se sentaron frente a frente, y, como dos hermanos, hicieron la división del tocino y de los otros platos.

—Señor —dijo D'Artagnan—, confesad que la asociación es una cosa admirable.

—¿Por qué? —preguntó el extranjero con la boca llena.

—Voy a deciroslo —contestó D'Artagnan.

El extranjero dio tregua al movimiento de sus mandíbulas para escuchar mejor.

—Primero —prosiguió D'Artagnan—, porque en lugar de tener una luz cada uno, tenemos dos.

—Es verdad —dijo el extranjero sorprendido de la extremada exactitud de la observación.

—Veo, por otra, parte, que coméis mi torta con preferencia, mientras que yo, con preferencia también, como de vuestro tocino salado.

—También es verdad.

—En fin, por encima del placer de estar mejor alumbrado y de comer cosas de gusto de uno, pongo el placer de la compañía.

—Sois muy jovial, señor —dijo agradablemente el desconocido—. ¡Muy jovial! Y como todos los que no tienen nada en la cabeza.

—¡Oh! No os sucede a vos lo mismo —prosiguió D'Artagnan—, y leo en vuestros ojos toda especie de genio.

—¡Oh! Señor...

—Vamos, confesadme una cosa.

—¿Cuál?

—Que sois un sabio Señor...

—¿Eh?

—¡Vamos!

—Soy autor.

—¡Ya! —murmuró D'Artagnan entusiasmado y palmoteando—. No me había engañado.

—Es milagro!

—Señor...

—Bueno —prosiguió D'Artagnan—, tendré el gusto de pasar esta noche en compañía de un autor. ¿De un autor célebre, quizá?

—¡Oh —dijo el desconocido sonrojándose— célebre, caballero, célebre no es la palabra!

—¡Modesto! —exclamó D'Artagnan—. Pero al menos —continuó el mosquetero con el carácter de una brusca honradez—, decidme el nombre de vuestras obras, porque recordaréis que no me habéis dicho el vuestro y que me he visto obligado a adivinaros.

—Señor, me llamo Jupenet —dijo el autor.

—Bonito nombre, y no sé por qué... perdonad... no sé, se me figuraba haber oído pronunciar ese nombre en alguna parte.

—He compuesto versos —dijo modestamente el poeta.

—¡Eso es! Me los habrán hecho leer.

—Una tragedia.

—La habré visto representar.

El poeta se sonrojó nuevamente. No lo creo, porque no se han impreso mis versos.

—¡Bien! Entonces será la tragedia quien me habrá enseñado vuestro nombre.

—También os engañáis, porque los señores cómicos del Ayuntamiento de Borgoña no la han querido —dijo el poeta con la sonrisa cuyo secreto sólo conocen ciertos orgullosos.

D'Artagnan mordióse los labios.

—Así, pues, señor —continuó el poeta, ya veis que estáis en un error con respecto a mí, y que no siendo yo conocido de vos, no habéis podido oír hablar de mí.

—¡He ahí lo que me confunde...! Ese nombre de Jupenet es, sin embargo, muy hermoso y digno de ser conocido, tanto como los de Corneille o Rotrou o Garniér... Espero que tendréis a bien declamar algún fragmento de vuestra tragedia, más tarde... cuando caminemos. Será magnífico, ¡diantre! ¡Ah! Perdón, caballero, es un juramento que se me escapa, habitual en mi señor y amo...

—A veces me permito usarlo porque me parece de buen gusto; claro es que sólo me lo permito en su ausencia, porque... ya comprendéis, pero en verdad... Señor, esta sidra es abominable. ¿No sois del mismo parecer? Y, además, el jarro es de una forma tan irregular que no se tiene sobre la mesa.

—¿Y si le ponemos fina cuña?

—Sin duda. Pero ¿con qué?

—Con este cuchillo.

—¿Y la cerceta, con qué la cortamos luego? ¿Contáis acaso con no tocar la cerceta?

—No tal.

—Pues bien, entonces... Aguardad.

El poeta rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño trozo de fundición el grueso de una línea. Pero apenas salió a la luz el pedazo de fundición; cuando el poeta creyó haber cometido una imprudencia, e hizo un movimiento para volverlo a meter en el bolsillo. D'Artagnan apercibióse de ello; era hombre que nada se le escapaba, y extendió la mano hacia el trozo de fundición.

—¡Caray! ¡Qué bonito es eso! ¿Puede verse?

—Ciento que sí —contestó el poeta, que pareció haber cedido demasiado pronto a su primer impulso—. Puede verse; pero por mucho que miréis —prosiguió con aire satisfecho—, si yo no digo para qué sirve esto, no lo sabréis.

D'Artagnan, consideró como una confesión las vacilaciones del poeta y su presteza en ocultar el trozo de fundición, que por inadvertencia había sacado del bolsillo.

Así es que, despertada su atención sobre ese punto, se encerró en la

circunspección que en todas ocasiones le daba la superioridad. Además, dijera lo que dijese. Jupenet, él había reconocido muy bien lo que era a la simple inspección del objeto.

Era un carácter de imprenta.

—¿Adivináis lo que es esto? —prosiguió el poeta.

—No, a fe mía —dijo D'Artagnan.

—Pues bien —dijo maese Jupenet—; este trocito de fundición es un tipo de imprenta.

—¡Bah!

—Una mayúscula.

—¡Caray, caray! —dijo D'Artagnan abriendo unos ojos muy cándidos.

—Sí, caballero, una J mayúscula, la primera letra de mi nombre.

—¿Y esto es una letra?

—Sí, señor.

—Pues bien, voy a manifestar una cosa.

—¿Cuál?

—No, porque es una tontería lo que voy a decir.

—¡Ca! —dijo maese Jupenet con ademán protector.

—Pues bien, si esto es una letra, no comprendo cómo se puede hacer una palabra.

—¿Una palabra?

—Para imprimirla, si pues es facilísimo.

—Veamos.

—¿Os interesa?

—Mucho.

—Voy a explicaros la cosa. Atended.

—¡Bueno!

—Mirad bien.

—Ya lo hago.

D'Artagnan parecía absorto en su contemplación.

Jupenet sacó de su bolsillo otros siete u ocho pedazos de fundición, pero más pequeños.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan.

—¿Qué?

—¿Tenéis toda la imprenta en el bolsillo? ¡Diablo! Es curioso; en efecto.

—¿Verdad que sí?

—¿Qué cosas se aprenden viajando, Dios mío!

—A vuestra salud —dijo Jupenet, encantado.

—¡A la vuestra, dianbre, a la vuestra! Pero no con esta sidra, que es una bebida abominable e indigna de un hombre que bebe en la Hipocrene. ¿No es así como los poetas llamáis a vuestra fuente?

—Sí, señor; así se llama, en efecto, nuestra fuente. Ese nombre viene de dos palabras griegas; hipos, que quiere decir caballo, y ...

—Señor —interrumpió D'Artagnan—, os haré beber cierto licor que viene de una sola palabra francesa, y que no por eso es peor. Permitid que me informe si nuestro huésped tiene alguna botella de vino de Céran en su bodega.

Interpelado el posadero, subió al momento.

—Señor —dijo el poeta—, considerad que no tendremos tiempo para beber el vino, a menos que no nos demos mucha prisa; porque yo debo aprovechar la marea para alcanzar el buque.

—¿Qué buque? —dijo D'Artagnan.

—¡Toma! El que sale para Belle-Île.

—¡Ah! Para Belle-Île —dijo el mosquetero.

—¡Bueno!

—¡Bah! Tendréis tiempo suficiente, caballero —dijo el huésped destapando la botella, el buque no sale hasta la una.

—Pero ¿quién me avisará? —dijo el poeta.

—Vuestro vecino —replicó el posadero.

—¡Mas si apenas lo conozco!

—Cuando lo oigáis salir será hora de que marchéis.

—¿Va también a Belle-Île?

—Sí.

—¿Ese señor que tiene un lacayo? —preguntó D'Artagnan.

—Sí. Todo lo que yo sé es que bebe el mismo vino que bebéis vos. ¡Diablo! Mucho honor es ése para nosotros —dijo D'Artagnan echando de beber a su compañero, en tanto se alejaba el fondista.

—De modo —repuso el poeta, volviendo a sus ideas dominantes—, que jamás habéis visto imprimir.

—Nunca.

—Mirad las letras que componen la palabra se cogen así: A, B... ya veis, una R, una E, una V...

Y unió las letras con tal habilidad, que no se escaparon al ojo del mosquetero.

—Abreviado —dijo terminando.

—Corriente —dijo D'Artagnan—. Yo veo muchas letras juntas; pero ¿cómo se sostienen?

—El señor Jupenet sonrió como a hombre que ha respondido a todo, y después sacó también del bolsillo un listón de metal en el que reunía y alineaba los caracteres, sosteniéndolos con el pulgar izquierdo.

—¿Y cómo se llama ese listón de hierro? —dijo D'Artagnan—. Porque eso debe tener su nombre.

—Esto se llama componedor —contestó Jupenet—, y con auxilio de esta regla se forman las líneas.

—Vamos, sostengo lo que he dicho; vos traéis una prensa en el bolsillo —dijo D'Artagnan, riendo con aire de simpleza tan marcada, que el poeta quedó engañado completamente.

—No —replicó—, pero estoy torpe, para escribir, y cuando tengo un verso en mi cabeza, lo compongo enseguida para imprimirllo.

« ¡Cáscaras! —pensó D'Artagnan para sí—. Es preciso aclarar eso». Y con un pretexto que no turbó al mosquetero, hombre fértil en expedientes, dejó la mesa, bajó la escalera, corrió al cobertizo, bajo el cual permanecía el carretón, rompió con la punta de su puñal la cubierta de uno de los paquetes, y encontró en ellos caracteres de fundición semejantes a los que el poeta impresor llevaba en el bolsillo.

« ¡Bien! —se dijo D'Artagnan—. Ignoro todavía si el señor Fouquet quiere fortificar materialmente a Belle-Île; pero en todo caso hay municiones espirituales para el castillo».

Y, enriquecido con este descubrimiento, volvió a la mesa. D'Artagnan sabía lo que quería saber, y estuvo frente a su comensal hasta el momento de oír en la sala inmediata remover el equipaje de un hombre dispuesto a marcharse.

Al instante estuvo listo el impresor, que había dado orden de enganchar el carro esperaba a la puerta. El segundo viajero montaba a caballo en el patio con su lacayo.

D'Artagnan acompañó a Jupenet hasta el puerto, el cual embarcó coche y caballo.

El viajero opulento hizo otro tanto con sus dos yeguas y el doméstico; pero, por más talento que empleara D'Artagnan para saber su nombre, no lo pudo lograr.

Solamente inspeccionó bien su rostro, para que siempre quedase impreso en su memoria.

D'Artagnan tenía muchas ganas de embarcar con los dos pasajeros; pero, un interés más, profundo que el de la curiosidad, el del éxito de su expedición, lo rechazó de la orilla y lo condujo a la hostería.

En ella entró suspirando y se metió al punto en la cama, para estar dispuesto por la mañana temprano con ideas frescas y la consulta de la noche.

## Capítulo LXVII

---

D'Artagnan continúa sus investigaciones

Al punto de la mañana, D'Artagnan ensilló por si mismo a *Furet*, que había hecho una comilona aquella noche y devorado él solo los restos de las provisiones de sus dos compañeros.

El mosquetero tomó todos sus informes del hostelero, a quien halló hábil, desconfiado, y adicto en cuerpo y alma al señor Fouquet.

Resultó de ello que, para no dar ninguna sospecha a este hombre, continuó con la fábula de la probable compra de algunas salinas.

Embarcarse en La Roche Bernard para Belle-Île, hubiera sido exponerse a comentarios que tal vez se habrían hecho ya.

Era, singular, además, que aquel viajero y su lacayo hubieran permanecido en secreto para D'Artagnan, a pesar de todas las preguntas que había dirigido el hostelero, quien parecía conocerlo a fondo.

Hízose, pues, dar noticias sobre las salinas y tomó el camino de los pantanos, dejando el mar a su derecha, y penetrando en aquella vasta y desolada llanura, que parecía un piélago de fango; cuyas ondulaciones argentaban algunas crestas esparcidas de sal.

Marchaba *Furet* maravillosamente con sus pequeños pies nerviosos sobre las estrechas calzadas que dividían las salinas. Tranquilo D'Artagnan sobre las consecuencias de su caída que le obligaba a tomar un baño frío, se dejaba llevar, contentándose con mirar en el horizonte los tres campanarios agudos, que semejantes a hierros de lanzas, salían del centro de aquella llanura desolada.

Piriac, el pueblo de Batz y Le Croisic, semejantes unos a otros, llamaban y suspendían su atención. Si el viajero daba una vuelta, para orientarse mejor, veía al otro extremo un horizonte con otros tres campanarios: Guérande, Le Pouliguen

y Saint-Joachim.

Piriac, era el primer puerto, situado a la derecha, y se dirigió a él.

En el instante en que visitaba el puerto de Piriac, se alejaban de él cinco grandes falúas cargadas de piedras.

Pareció singular a D'Artagnan que se exportasen piedras de un país donde no las había, y tuvo que recurrir a toda la amabilidad del señor Agnan para preguntar a la gente del puerto la causa de semejante singularidad.

Un viejo pescador respondió al señor Agnan que las piedras no venían de Piriac ni de los pantanos, por supuesto.

—Pues entonces, ¿de dónde proceden? —preguntó el mosquetero.

—De Nantes y de Paimboeuf.

—Y, ¿a dónde van?

—A Belle-Île, señor.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan con el mismo acento que había tomado para decir al impresor que le interesaban sus caracteres.

—Según eso...

—Île, ¿trabajan en Belle?

—¡Toma...! Todos los años hace reparar el señor Fouquet los muros del castillo.

—¿De modo, que se está arruinando?

—Es viejo.

—Muy bien.

« El hecho es —pensó D'Artagnan— que nada es más natural, y que todo propietario tiene derecho de hacer reparar sus propiedades. Es como si viniesen a decirme que yo fortificaba “La Imagen de Nuestra Señora” cuando estuviese simplemente obligado a hacer reparaciones en ella. Creo, en verdad, que han informado mal a Su Majestad y que puede muy bien haberse engañado».

—Pero me concederéis —prosiguió en voz alta y dirigiéndose al pescador, porque su papel de hombre desconfiado le estaba impuesto por el objeto mismo de su misión—; me concederéis, amigo mío, que esas piedras viajan de una manera extraña.

—¿Cómo es eso? —dijo el pescador.

—Vienen de Nantes o de Paimboeuf por el Loira, ¿no es verdad?

—Bajan.

—Eso es cómodo, no lo niego, pero ¿por qué no van en derechura desde Saint Nazaire a Belle-Île?

—¡Toma! Porque las falúas son muy malos barcos y navegan mal por el mar —repuso el pescador.

—Eso no es una razón.

—Perdonad, señor, pero se conoce que jamás habéis navegado —añadió el pescador, no sin una especie de desdén.

—Os ruego me expliquéis eso, buen hombre. A mí me parece que venir de Paimboeuf a Piriac, para ir de Piriac a Belle-Île, es, como si uno fuese de La Roche-Bernard a Nantes, y de Nantes a Piriac.

—Por agua sería más corto —contestó imperturbable el pescador.

—Pero hay que hacer un recodo. El pescador meneó la cabeza.

—El camino más corto de un punto a otro es la línea recta —continuó D'Artagnan.

—Olvidáis la corriente, señor.

—Bien, conforme.

—¿Y el viento? ¡Ah! ¡Bueno! Indudablemente, la corriente del Loira arrastraba los barcos casi hasta Le Croisic. Si tienen necesidad de calafatearse o de refrescar los víveres van a Piriac costeando, y en Piriac encuentran otra corriente inversa que los lleva a la isla Dumal.

—Perfectamente.

—Desde aquí la corriente del Vilaine los arrastra a otra isla, a la de Hoedic.

—Sin disputa.

—Pues bien, desde esta isla a Belle-Île es recto el camino; el mar pasa como un canal, como un espejo entre las dos islas, y las chalanas se deslizan allí con increíble rapidez; esto es todo.

—¡No importa —dijo el tenaz D'Artagnan—; es mucho camino!

—¡Ah...! ¡El señor Fouquet lo quiere así! —replicó por conclusión el pescador, quitándose su gorro de lana al pronunciar este nombre venerable.

Una mirada de D'Artagnan, mirada viva y penetrante como hoja de espada; sólo encontró cándida confianza en el corazón del viejo, y satisfacción e indiferencia en sus facciones; decía el señor Fouquet lo quiere como si hubiese dicho: *Dios lo ha querido!*

Hablase adelantado mucho D'Artagnan en este salo, y como quiera que habiendo salido las faltías sólo quedaba en Piriac una barca, la del viejo, que no parecía estar dispuesta a tomar el mar sin muchos preparativos, acarició a *Furet*, que, dando una nueva prueba de su carácter encantador, se puso en marcha con los pies en las salinas y actitud resuelta.

Y a eso de las cinco llegó a Le Croisic.

Si D'Artagnan hubiera sido poeta, habría encontrado bello el espectáculo de aquellas extensas playas, de más de una legua da extensión, que cubre el mar con la marea, y que con el reflejo aparecen parduscas, desaladas, llenas de pólipos y de algas muertas, con sus conchas esparcidas y blancas, como las osamentas del inmenso cementerio.

Pero el soldado, el político, el ambicioso, no tienen tampoco el dulce consuelo de mirar al cielo para leer en él una esperanza o una advertencia.

El cielo bajo significa para esas gentes viento y tormentas; las nubes blancas; sobre el azul de la bóveda, dicen simplemente que la mar será tranquila y dulce.

D'Artagnan vio el cielo azul, la brisa embalsamada de los perfumes salitrosos; y dijo:

—Me embarcaré con la primera marea, aunque tuviese que ir con una cáscara de nuez.

En Le Croisic; lo mismo que en Piriac, había notado dos montones enormes de piedras alineadas en la playa. Estos muros gigantescos, demolidos en cada marea por los transportes que hacíanse para Belle-Île, fueron a los ojos del mosquetero la consecuencia y la prueba de lo que ya había adivinado en Piriac.

¿Era un muro lo que reconstruía el señor Fouquet? ¿Era una fortificación la que edificaba? Para saberlo había que verlo.

D'Artagnan metió a *Furet* en la cuadra comió, se acostó, y al día siguiente, al amanecer, se paseaba por el puerto, o mejor dicho sobre las conchas.

Le Croisic tiene una huerta de cincuenta pies y una torre de vigía parecida a una torta enorme en un plato.

Tres o cuatro hombres permanecían en la pedregosa playa buscando cangrejos.

El señor Agnan, animados los ojos de alegría y con la sonrisa en los labios, se acercó a los pescadores.

—¿Se pesca hoy? —preguntó.

—Sí, señor —dijo uno de ellos y aguardamos la marea.

—¿Dónde pescáis, amigos?

—En la costa, caballero.

—¿Y cuáles son las buenas costas?

—¡Ah! Segundo, alrededor de las islas, por ejemplo.

—Pero ¿las islas están muy lejos?

—No mucho; cuatro leguas.

—Cuatro leguas! ¡Eso es un viaje!

El pescador se echó a reír en las barbas del señor Agnan.

—Decidme —prosiguió éste con su necia candidez—, a cuatro leguas se pierde de vista la costa, ¿verdad?

—No siempre...

—En fin... es lejos... bastante lejos, y, si no fuera por eso, os hubiera pedido que me llevaseis a bordo; me enseñaseis lo que jamás he visto.

—Qué.

—Un pez de mar vivo:

—¿Sois de provincia? —preguntó un pescador.

—Sí, soy de París:

El bretón encogióse de hombros y dijo:

—¿Habéis visto al señor Fouquet en París?

—Muchas veces —respondió D'Artagnan.

—¿Muchas veces? —preguntaron los pescadores estrechando el cerco

alrededor del parisense—. ¿Le conocéis?

—Un poco, es íntimo amigo de mi amo.

—¡Ah! —murmuraron los pescadores.

—Ye he visto todos sus castillos de Saint Mandé; Vaux y su palacio de París.

—¿Y es bonito?

—Soberbio.

—No tanto como Belle-Île —replicó un pescador.

—¡Bah! —replicó el señor Agnan dando una carcajada bastante desdeñosa que encolerizó a los concurrentes:

—Bien se adivina que no habéis visto a Belle-Île —replicó el más curioso de los pescadores—. ¿Sabéis que tiene seis leguas y que hay allí árboles como no se ven iguales en Nantes?

—¡Árboles en el mar! —exclamó D'Artagnan—. ¡Quisiera ver eso!

—Pues es muy fácil; nosotros pescamos en la isla Hoedic... Venid con nosotros; desde este lugar veréis como un paraíso los árboles negros de Belle-Île y la línea blanca del castillo que corta como una cuchilla el horizonte del mar.

—¡Oh! Eso debe ser encantador. Pero ¿sabéis que hay cien campanarios en el castillo del señor Fouquet en Vaux? —dijo D'Artagnan.

El bretón levantó la cabeza admirado; pero no quedó convencido. ¡Cien campanarios! —dijo—. Es igual; Belle-Île es más hermosa: ¿Queréis verla?

—¿Es posible? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, con la venia del gobernador.

—Pero yo no conozco a ese gobernador.

—Ya que conocéis al señor Fouquet, diréis vuestro nombre.

—¡Oh! Amigos míos, ¡yo no soy un caballero!

—Todo el mundo entra en Belle-Île —prosiguió el pescador—, con tal que no se quiera mal a Belle-Île ni a su señor.

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo del mosquetero.

« Es cierto », pensó para sí. Y añadió después:

—Si estuviese seguro de no marearme...

—No será aquí —dijo el pescador mostrando con orgullo su hermosa barca de cóncavo fondo.

—¡Vamos! Me convencéis —exclamó D'Artagnan—. Iré a ver Belle-Île; pero desde lejos; porque no me dejarán entrar.

—Nosotros bien entramos.

—¡Vosotros! ¿Para qué?

—¡Toma...! ¡Para vender pescado a los corsarios!

—¡Eh! ¡Corsarios!

—El señor Fouquet ha hecho construir dos corsarios para dar caza a los holandeses y a los ingleses, y nosotros vendemos pescado a los tripulantes de esos pequeños navíos.

« ¡Caray... caray...! —pensó D'Artagnan—. Mejor que mejor... ¡Una imprenta, baluartes y corsarios! Vamos, el señor Fouquet no es flojo enemigo, como había supuesto, y vale la pena de que uno se mueva para verla de cerca».

—A las cinco y media nos marchamos —añadió gravemente el pescador.

—Os pertenezco y no os abandono.

En efecto, D'Artagnan vio que los pescadores hablaban de sus barcos y los preparaban; la mar subió y el señor Agnan se dejó izar hasta bordo, no sin simular temor y dar que reír a los grumetes, que lo acechaban con sus grandes e inteligentes ojos.

Tendióse sobre una vela dobrada en cuatro dobleces, y dejó que aparejasen y que la barca saliese a plena mar.

Los pescadores; que hacían su oficio al mismo tiempo que caminaban, no advirtieron que su pasajero no se había puesto pálido; ni había gemido ni padecido; ni que, a pesar de los horribles cabeceos y vaivenes brutales de la barca, a la cual nadie daba dirección, el pasajero novicio había conservado toda su presencia de ánimo y su apetito.

La pesca era bastante afortunada; las carpas y los lenguados ya habían mordido en el cebo; congrios y truchas de un peso enorme habían roto dos hilos, y tres anguilas de mar se arrastraban por la cala con estremecimientos de agonía.

D'Artagnan les llevaba la fortuna, y así se lo dijeron. El soldado halló el oficio muy divertido y puso mano a la obra, dando rugidos de alegría y recortando ¡pardiez! capaces de asustar a sus mismos mosqueteros, cada vez que un sacudimiento de la red iba a desgarrar los músculos de su brazo y a solicitar el empleo de sus fuerzas y de su habilidad.

La parte del placer le había hecho olvidar la misión diplomática; y estando en lucha con un terrible congrio que le obligaba a aferrarse con una mano al borde de la barca a fin de atraer con la otra a su antagonista, le dijo el patrón:

—Cuidado no nos vean desde Belle-Île.

Estas palabras hicieron en D'Artagnan igual efecto que la primera bala que silba un día de batalla; soltó el hilo y el congrio, y ambos desaparecieron en el agua.

D'Artagnan acababa de divisar a una media legua de distancia la silueta pardusca y acentuada de las rocas de Belle-Île, dominada por la línea blanca y soberbia del castillo.

Y a lo lejos la tierra, con sus bosques y llanuras verdosas, donde pastaba tranquilamente el ganado.

Esto fue lo primero que llamó la atención de nuestro hombre. El sol lanzaba sus rayos de oro sobre el mar y hacía girar un polvo resplandeciente alrededor de aquella isla encantada. Gracias a esta luz resplandeciente no se veían en ella más que los puntos llanos, y toda sombra cortaba con dureza el paño luminoso de

la pradera o de las murallas.

—¡Eh, eh! —dijo D'Artagnan al aspecto de aquellas masas de rocas negras —. He aquí fortificaciones que no tienen precisión de ningún ingeniero para inquietar un desembarco. ¿Por dónde diablos se puede bajar a esa tierra que Dios ha defendido tan completamente?

—Por aquí —repuso el patrón, cambiando la vela e imprimiendo al timón una sacudida que llevó a la falúa en dirección de un lindo puerto, redondo y recientemente almenado.

—¿Qué diantres veo allí? —preguntó D'Artagnan.

—Veis a Locmaria —le contestó el pescador.

—¿Y más abajo?

—A Bangos.

—¿Y más allá?

—Sauzon... Luego, el palacio.

—¡Diablo, esto es un mundo! ¡Ah! Allí hay soldados.

—Hay mil setecientos hombres en Belle-Île, señor —dijo el pescador con orgullo—. ¿Sabéis que la guarnición menos numerosa es de veintidós compañías de infantería?

« ¡Pardiez! —se dijo D'Artagnan—. Muy bien podría Su Majestad tener razón» .

Atracaron.

## Capítulo LXVIII

---

Donde seguramente se sorprenderá el lector como se sorprendió D'Artagnan, al encontrarse con un antiguo conocido

En un desembarco siempre hay un tumulto y una confusión que no dejan al espíritu la necesaria libertad para estudiar al primer golpe de vista el nuevo sitio que se le presenta.

El marinero agitado, el buque móvil, el ruido del agua sobre la arena y gritos e impaciencia de los que esperan en la orilla; son los distintos detalles de esa sensación que se resume en una sola palabra: vacilar.

Sólo después de haber desembarcado y de estar unos minutos en la orilla, vio D'Artagnan en el puerto, principalmente en el interior de la isla, agitarse un mundo de trabajadores.

D'Artagnan reconoció las cinco chalanas cargadas de piedras que viera salir del puerto de Piriac. Las piedras eran transportadas, a la orilla por medio de una cadena formada por veinticinco o treinta campesinos.

Estas piedras, de gran peso, eran cargadas en carretas, que las conducían al sitio de los trabajos, cuyo valor y extensión aún no podía apreciar D'Artagnan.

En todas partes reinaba una actividad igual a la que observó el mozo al desembarcar en Salentum.

Muchas ganas tenía D'Artagnan de penetrar, más adelante, pero no podía, so pena de hacerse sospechoso, dar lugar a la desconfianza. Sólo adelantaba paulatinamente sin pasar apenas la línea que los pescadores formaban en la playa, observando todo, no diciendo nada, y marchando delante de todas las suposiciones que se pudiesen hacer con una pregunta estúpida o un saludo cortés.

En tanto que sus compañeros hacían su comercio, ponderando y vendiendo su pescado a los obreros y habitantes de la isla, nuestro hombre ganaba terreno poco

a poco, y viendo la poca atención que le prestaban, comenzó a fijar miradas inteligentes y seguras en hombres y cosas que aparecían a sus ojos.

Sus primeras miradas se encontraron con excavaciones de terreno, sobre las que no podía engañarse el ojo de un soldado.

En las dos extremidades del puerto, y para que los fuegos se cruzasen sobre el eje, de la elipse que formaba, se habían levantado dos baterías, destinadas evidentemente a contener cañones, pues D'Artagnan vio a los obreros concluir las plataformas que debían sustentar las piezas para darles todas las direcciones posibles.

Cerca de cada una de estas baterías algunos operarios llenaban cestos de tierra para el revestimiento de otra que tenía troneras; y un director de trabajos dirigía los de otros operarios que formaban haces de ramaje y cortaban rombos y rectángulos de césped, destinados a cubrir los cortes de las troneras.

A juzgar por la actividad desplegada en estos trabajos, podíaseles considerar como ya terminados; y suponiendo que la artillería estuviese en la isla, en menos de dos o tres días podía estar el puerto completamente anillado.

Lo que asombró a D'Artagnan cuando fijó su vista en las fortificaciones de la ciudad, fue ver que Belle-Île estaba defendida por un sistema completamente nuevo, del cual había oído hablar más de una vez al conde de la Fère como de un gran progreso; mas del cual no había visto aún la aplicación.

Estas fortificaciones no pertenecían ni al método holandés de Marollais, ni al método francés del caballero Antonio de Ville, sino al sistema de Manesson Mallet, hábil ingeniero que seis u ocho años antes, había dejado el servicio de Portugal para entrar al de Francia.

Tenían de notables tales trabajos, que en vez de, elevarse fuera de tierra, como hacían los antiguos muros destinados a defender la ciudad de un escalo, hundíanse, por el contrario, y lo que constituía la altura de las murallas era la profundidad de los fosos.

No necesitó D'Artagnan mucho tiempo para reconocer toda la superioridad de tal sistema, a salvo de los peligros de la artillería.

Y como los fosos estaban más bajos que el nivel del mar, podían ser inundados por medio de esclusas subterráneas.

Por lo demás, los trabajos hallábanse casi terminados, y un grupo de trabajadores, que recibía órdenes de un hombre que parecía ser el director, se ocupaba de colocar las últimas piedras.

Un puente echado sobre el foso, para mayor comodidad de las maniobras, unía el interior al exterior.

D'Artagnan preguntó con curiosidad si le sería permitido atravesar el puente, y le respondieron que ninguna orden se oponía a ello.

Por tanto, D'Artagnan atravesó el puente y se adelantó hacia el grupo. Este grupo estaba mandado por aquel hombre que ya había notado D'Artagnan y que

parecía el ingeniero jefe.

Un plano se hallaba extendido sobre una piedra en figura de mesa, y pasos más allá funcionaba una grúa.

El ingeniero llevaba un jubón que por lo sumuoso, no armonizaba su trabajo, pues más requería éste con el traje de un maestro albañil que del de un señor.

Aquel hombre era de elevada estatura y anchos hombros, y llevaba un sombrero todo cubierto de plumas. Gesticulaba de una manera de las más majestuosas, y parecía, porque estaba vuelto de espaldas, reñir a los operarios por su debilidad o por su inercia.

D'Artagnan se iba acercando. En aquel momento cesaba de gesticular el hombre del penacho. Con las manos apoyadas en las rodillas, seguía encorvado los esfuerzos de seis obreros que intentaban levantar una piedra labrada a la altura de una barra de madera destinada a sostenerla, para que pudiesen pasar por debajo la cuerda de la grúa.

Reunidos los seis operarios en un solo lado de la piedra, unían todos sus esfuerzos para levantarla ocho o diez pulgadas, sudando y resoplando, mientras otro acechaba la ocasión de meter el rodillo que debía soportarla. Mas ya la piedra se les había escapado dos veces de la mano antes de llegar a una altura suficiente para ser introducido el rodillo.

No hay que decir que cada vez que se les escapaba la piedra daban un salto atrás a fin de evitar que en su caída les aplastase los pies.

Hicieron un tercer esfuerzo, sin mejor éxito, con mayor desaliento, a pesar de que los seis obreros encorvados sobre la piedra eran animados por el hombre del penacho, que había articulado con voz poderosa la palabra «¡Ferme!», iniciadora de todas las maniobras.

Entonces se incorporó, y dijo:

—¡Oh, oh! ¿Qué es esto? ¿Estoy tratando con hombres de paja? ¡Diablo! Quitaos de ahí y veréis cómo se hace esto.

—¡Pardiez! —dijo D'Artagnan. ¿Tendrá la pretensión de levantar esa enorme roca? Sería curioso. Los obreros apartaron las orejas gachas y moviendo la cabeza, menos el que tenía el madero, que se disponía a realizar su oficio. El hombre el penacho se aproximó a la piedra, se inclinó, deslizó sus manos bajo la cara que tocaba en el suelo, atirantó sus músculos hercúleos, y con un movimiento pausado, como el de una máquina, levantó la troca a un pie del suelo.

El operario que tenía el madero aprovechó la ventaja que se le daba para deslizar el rodillo bajo la piedra.

—¡Ya lo veis! —dijo el gigante, no dejando caer la roca, sino sosteniéndola sobre su soporte.

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan—. Sólo conozco a un hombre capaz de semejante esfuerzo.

—¿Eh? —dijo el coloso volviéndose.

—¡Porthos! —exclamó D'Artagnan estupefacto—. ¡Porthos en Belle-Île!

El hombre del penacho fijó sus ojos en el supuesto mayordomo, y le reconoció a pesar de su disfraz.

—¡D'Artagnan! —gritó, poniéndose encendido—.

—¡Chitón! —dijo a D'Artagnan.

—¡Chitón! —contestó el mosquetero.

En efecto, si Porthos acababa de ser descubierto por D'Artagnan, éste acababa de ser descubierto por Porthos.

A pesar, del interés de su secreto, el primer movimiento de estos hombres fue echarse en brazos uno de otro.

Lo que deseaban ocultar a los concurrentes no era su amistad, sino sus nombres.

Pero después del abrazo vino la reflexión.

—¿Por qué diantres está Porthos en Belle-Île y levanta peñascos? —dijo D'Artagnan para sí.

Menos diestro en diplomacia que su amigo, Porthos pensó en voz alta:

—¿Por qué diablos estás en Belle-Île? ¿Qué venís a hacer aquí?

Necesario era responder sin vacilar. Vacilar en responder a Porthos hubiera sido descalabro de que jamás se habría podido consolar el amor propio de D'Artagnan.

—¡Diantre! Amigo mío, estoy en Belle-Île porque estás vos.

—¡Ah! —dijo Porthos visiblemente aturdido del argumento y pretendiendo comprenderlo con aquella lucidez de deducción que ya conocemos en él.

—Sin duda —prosiguió D'Artagnan, que no quería dar tiempo a su amigo para que cavilase—. Irle ido a ver a Pierrefonds.

—¿De veras?

—Sí.

—Y no me habéis encontrado allí.

—No; pero encontré a Mosquetón.

—¿Y está bien?

—¡Diantre!

—Pero ¿os ha dicho Mosquetón que yo estaba aquí?

—¿Por qué no me lo iba a decir? ¿He desmerecido acaso en la confianza de Mosquetón?

—No; pero él lo ignoraba.

—¡Oh! Esa es una razón que nada tiene de ofensiva, para mi amor propio por lo menos.

—Pero ¿cómo habéis hecho para encontrarme?

—¡Caray, amigo! Un gran señor, como vos, siempre deja huellas de su paso, y me estimaría yo muy poco si no supiese seguir la pista a mis amigos.

Por más lisonjera que fuera esta explicación, no satisfizo completamente a Porthos, que dijo:

—Pero yo no he podido dejar huellas, viniendo disfrazado.

—¡Ah! ¿Habéis venido disfrazado? —preguntó D'Artagnan.

—Sí.

—¿Y cómo?

—De molinero.

—Porthos, un señor como vos, ¿puede afectar maneras ordinarias hasta el punto de engañar a la gente?

—Pues os juro, amigo mío, que todo el mundo se ha engañado: ¡tan bien he desempeñado mi papel!

—Pero no tan bien que yo no os haya descubierto.

—Justamente. ¿Y cómo me habéis descubierto?

—Esperad; voy a relataros la cosa. Imagináis que Mosquetón...

—¡Ah! Es ese tuno de Mosquetón —dijo Porthos plegando los dos arcos de triunfo que le servían de cejas.

—Fiero esperad... Aquí no hay falta ninguna de Mosquetón, puesto que él mismo ignoraba dónde estuvieseis.

—Sin duda, y por eso tengo tantas ganas de comprender.

—¡Oh! ¡Cuán impaciente sois, Porthos!

—¿Cuando no comprendo soy terrible!

—Vais a comprender. Aramis os ha escrito a Pierrefons, ¿no es cierto?

—Sí.

—Os ha escrito que llegaseis antes del equinoccio.

—Ciento.

—Pues bien claro está —dijo D'Artagnan, confiando que esta razón bastaría a Porthos.

Porthos parecía entregado a un intenso trabajo de comprensión.

—¡Oh! Sí —dijo—, ya comprendo. Como Aramis me decía que llegase antes del equinoccio; habéis entendido que era para unirme a él. Os habéis enterado dónde estaba Aramis, diciéndoos: «Donde esté Aramis, estará Porthos». Habéis sabido que Aramis está en Bretaña, y os habéis dicho: «Porthos está en Bretaña».

—Justamente! En verdad que no sé cómo os habéis hecho adivino, Porthos. Ya comprendéis entonces. Al llegar a la Roche Bernard supe los bellos trabajos de fortificación que se hacían en Belle-Île, y picada mi curiosidad metíme en un barco pesquero sin saber de cierto que estuvieseis aquí. He venido, he visto un buen mozo que removía una piedra incapaz de moverla el mismo Áyax, y he gritado: «Nadie más que el barón de Bracieux es capaz de semejante esfuerzo». Me habéis oído, os habéis vuelto, me habéis reconocido, nos hemos abrazado, y si os parece, amigo, nos abrazaremos otra vez.

—He ahí cómo se explica todo, en efecto —dijo Porthos.

Y abrazó a D'Artagnan con amistad tan grande, que el mosquetero perdió la respiración, durante algunos minutos.

—Vamos, vamos, más fuerte que nunca —dijo D'Artagnan—, y felizmente siempre de los brazos. Durante el tiempo en que D'Artagnan perdiera la respiración había reflexionado que tenía que representar un papel muy difícil. Tratábase de preguntar siempre, sin responder nunca.

Cuando le volvió la respiración, ya tenía formado su plan de campana.

## Capítulo LXIX

---

Donde las ideas de D'Artagnan, confusas al principio, empiezan a aclararse algún tanto

**E**l mosquetero tomó al momento la ofensiva.

—Ahora, que ya os lo he dicho todo, querido amigo, o más bien que todo lo habéis adivinado, decidme qué hacéis aquí cubierto de polvo y lodo.

Porthos se limpió la frente, y, mirando alrededor con orgullo, dijo:

—¡Me parece que ya podéis ver lo que hago!

—¡Sin duda...! Veo que levantáis piedras.

—¡Oh! ¡Para enseñar a esos haraganes lo que es un hombre! —murmuró Porthos con desprecio—. Ya comprenderéis.

—¡Si! Pero no tenéis por oficio levantar piedras, aunque haya a muchos que lo tengan y no las levanten como vos. Esto es lo que me hacía preguntaros: « ¿qué hacéis aquí, barón? » .

—Estudio topografía, señor.

—¿Estudiáis topografía?

—Sí, pero vos mismo, ¿qué hacéis con ese traje de paisano? D'Artagnan comprendió que había cometido una falta dejándose llevar por la sorpresa. Porthos se había aprovechado de ella para responder con una pregunta.

Feamente, D'Artagnan la aguardaba, y dijo:

—Ya sabéis que soy paisano, por consiguiente, nada tiene de extraño el vestido, porque está de acuerdo con mi condición.

—¡Cómo es eso! ¡Vos, un mosquetero!

—Ya no lo soy, mi buen amigo; presenté la dimisión.

—¿Y habéis abandonado el servicio?

—Lo he abandonado.

—¿Y habéis dejado al rey?

—Justamente.

Porthos levantó los brazos al cielo, como quien escucha una noticia inesperada.

—¡Oh! Eso sí que me confunde —dijo.

—Pues sin embargo, así es.

—¿Qué os ha motivado a determinar eso?

—El rey me disgustó, Mazarino me disgustaba hacia mucho tiempo, como sabéis, y he ahorcado la casaca.

—Pero Mazarino ha fallecido.

—¡Bien lo sé, pardiez! Pero en la época de su muerte ya hacía dos meses que estaba presentada y aceptada mi dimisión; estando entonces libre corrí a Pierrefonds, para, ver a mi querido Porthos; había oido hablar de la feliz división que tenía hecha del tiempo, y pensaba distribuir el mío con el vuestro una quincena de días.

—Amigo mío, ya sabéis que mi casa está abierta para vos, no por quince días, sino por un año, por diez, o por toda la vida.

—Gracias, Porthos.

—¿Y no tenéis necesidad de dinero? —preguntó Porthos haciendo sonar unos cincuenta lises que encerraba en su bolsa—. ¡En tal caso, ya sabéis...!

—No, no necesito nada; he puesto mis ahorros en casa de Planchet, que me da un interés por ellos.

—Vuestros ahorros?

—Sin duda —dijo D'Artagnan. —Por qué no queréis que haya ahorrado, como otro cualquiera?

—Yo! Yo no deseo eso; al contrario, siempre os he sospechado... Es decir, Aramis os ha supuesto siempre algunos ahorritos. Yo no me mezclo en esa clase de asuntos; pero lo que únicamente presumo es que los ahorros de un mosquetero no serán gran cosa.

—Sin duda... Para vos, que sois millonario... En fin, voy a haceros juez del asunto. Yo tenía por una parte veinticinco mil libras...

—Bonita cantidad —dijo Porthos con aire afable.

—Y —continuó D'Artagnan— el 28 del mes último, he añadido a ellas otras doscientas mil.

Porthos abrió unos ojos que interrogaban elocuentemente al mosquetero: « ¿dónde diablos habéis robado semejante suma, querido amigo? » .

—¡Doscientas mil libras! —murmuró al fin.

—Sí... Que con veinte mil que traigo encima, me completan un total de doscientas cincuenta mil libras:

—Pero veamos, ¿de dónde os viene esa fortuna?

—Ah! Ya os contaré la cosa más tarde; amigo mío; pero como, vos tenéis

que decirme muchas cosas, dejemos mi relato para luego.

—¡Bravo! —dijo Porthos—. Ya todos somos ricos. Pero ¿qué tenía yo que contaros?

—Teníais que contarme cómo Aramis ha sido nombrado...

—¡Ah! ¿Obispo de Vannes?

—Sí —dijo D'Artagnan—, obispo de Vannes. ¿Sabéis que progresó en su carrera?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Sin contar que no parará ahí.

—¿Cómo! ¿Suponéis que no se contentará con las medias moradas y que aspirará al sombrero rojo?

—¡Chítón! Eso le ha sido prometido.

—¡Bah! ¿Por Su Majestad?

—Por alguien más poderoso que el rey.

—¡Diablos!

—Porthos, ¡me decís cosas increíbles, amigo!

—¿Por qué increíbles? ¿Acaso no ha habido siempre en Francia alguien más poderoso que el rey?

—¡Oh! Ciertamente. En tiempo de Luis XIII era el duque de Richelieu; en tiempo de la regencia era el señor Mazarino; en tiempo de Luis XIV...

—¡Vamos!

—El señor Fouquet.

—Lo habéis nombrado de un tirón.

—¿De modo que el señor Fouquet ha prometido el capelo a Aramis?

Porthos asumió un aire de reserva, y dijo:

—Querido amigo; Dios me libre de ocuparme de los asuntos de otros, y sobre todo de revelar secretos que pueda haber interés en ocultar. Cuando veáis a Aramis, él os dirá lo que crea que deba decirlos.

—En verdad, Porthos, no hablemos más de eso, y volvamos a vos.

—Sí —contestó Porthos.

—¿No me habíais dicho que estabais aquí para estudiar topografía?

—Ciertamente.

—¡Pardiez! Amigo mío, ¡qué lindas cosas hacéis!

—¿Cómo es eso?

—¡Caray! ¡Estas fortificaciones son admirables!

—¿Es ese vuestro parecer?

—Sin duda; y poco menos que un sitio en toda regla. Belle-Île es inexpugnable.

Porthos se frotó las manos.

—Esa es mi opinión dijo.

—Pero ¿quién diablos ha fortificado así esta bicoca? Porthos se pavoneó.

—¿No os lo he dicho?

—No.

—¿Y no lo adivináis?

—No; todo lo que puedo decir es que sin duda se trata de un hombre que ha estudiado todos los sistemas, y me parece que se ha fijado en el mejor.

—¡Chitón! —dijo Porthos—. Contemplad mi modestia, amigo D'Artagnan.

—¡De veras! —respondió el mosquetero—. Seréis vos... quien... ¡Oh!

—Por favor, amigo mío.

—Vos habéis imaginado, planeado y combinado estos baluartes, estos reductos, estas cortinas, estas medias lunas; ¿y quién ha preparado este camino cubierto?

—Os ruego...

—¿Vos quien ha edificado esta luneta con sus ángulos entrantes y salientes?

—Por Dios...

—¿Vos quien dio esta inclinación a los cortes de las troneras, con cuyo auxilio se protegerán tan eficazmente los que sirvan las piezas?

—¡Oh! Dios Santo, sí.

—¡Oh! Porthos, Porthos, es preciso inclinarse ante vos; pero siempre nos habéis ocultado ese hermoso genio, y espero, amigo, que me enseñaréis todo en detalle.

—Nada más fácil; aquí está mi plano.

—Enseñádmelo.

Porthos condujo a D'Artagnan hacia la piedra que le servía de mesa, donde permanecía el plano extendido.

Deabajo de este plano estaba escrito lo siguiente, con aquella formidable letra de Porthos de que ya hemos tenido ocasión de hablar:

*En vez de serviros del cuadrado o del rectángulo, como se ha hecho hasta hoy, supondréis la plaza en un hexágono regular, polígono que tiene la ventaja de presentar más ángulos que el cuadrilátero. Cada lado del hexágono, del que determinaréis la longitud en razón de las dimensiones tomadas sobre la misma plaza, será dividido en dos partes iguales; en el punto medio levantaréis una perpendicular hacia centro del polígono, que tendrá de longitud la sexta parte del lado. Por las extremidades de cada lado del polígono trazaréis dos diagonales qué irán a cortar la perpendicular. Las dos rectas formarán las líneas de defensa.*

—¡Diablo! —dijo D'Artagnan deteniéndose en este punto de demostración—.

¡Esto es un sistema completo, Porthos!

—Completísimo —repuso Porthos—. ¿Queréis continuar?

—No, ya he leído bastante; y puesto que sois vos, querido Porthos, quien dirige los trabajos, ¿qué necesidad tenéis de establecer el sistema por escrito?

—¡Oh, amigo! ¡La muerte!

—¿Cómo la muerte?

—¡Claro! ¡No somos todos mortales!

—Es verdad —dijo D'Artagnan—; a todo habéis respondido, amigo mío. Y colocó el plano sobre la piedra.

Mas, por poco tiempo que lo tuviera en las manos, pudo distinguir bajo la enorme letra de Porthos otra mucho más fina que le recordaba ciertas cartas a María Michon, de que tuvo conocimiento en su juventud. Sólo que la goma había pasado y repasado sobre esa letra, que hubiera escapado a un ojo menos penetrante que el de nuestro mosquetero.

—¡Bravo, amigo mío! —dijo D'Artagnan.

—Ahora ya sabéis todo lo que queríais saber, ¿no es verdad? —dijo Porthos contoneándose.

—¡Oh! Sí, sí; sólo os pido el último favor, amigo.

—Hablad, yo soy aquí el amo.

—Hacedme el favor de decir el nombre de aquel señor que se pasea por allá abajo.

—¿Dónde es allá abajo?

—Detrás de los soldados.

—¿Seguido de un lacayo?

—Sí.

—¿En compañía de una especie de bergante vestido de negro?

—Ese misma.

—El señor Gétard.

—¿Y quién es el señor Gétard, querido?

—El arquitecto de la casa.

—¿De qué casa?

—De la casa del señor Fouquet.

—¡Ah, ah! —exclamó D'Artagnan—. ¿Con que sois de la casa del señor Fouquet, Porthos?

—¡Yo! ¡Por qué decís eso? —dijo el topógrafo, ruborizándose hasta la extremidad superior de las orejas.

—¡Vaya! Decís la casa hablando de Belle-Île, como si hablarais del castillo de Pierrefonds.

Porthos se pellizcó los labios.

—Amigo —dijo—; Belle-Île es del señor Fouquet, ¿no es verdad?

—Sí.

—Como Pierrefonds es mío.

—Sin duda.

—¿Venís de Pierrefonds?

—Ya os he dicho que estuve en él aun no hace dos meses.

—¿Y no habéis visto a un señor que tiene la costumbre de pasearse con una regla en la mano?

—No; mas lo habría visto si en efecto se hubiera estado paseando.

—¡Pues bien! Ese es el señor Boulingrin.

—¿Quién es el señor Boulingrin?

—Allá voy. Si cuando ese señor se pasea con la regla en la mano me pregunta alguno: « ¿quién es el señor Boulingrin? ». Yo le contesto: « el arquitecto de la casa ». Pues bien, el señor Gétard es el Boulingrin del señor Fouquet; pero no tiene que ver nada con las fortificaciones, que me corresponden a mí solo, ¿entendéis? Nada absolutamente.

—¡Ah, Porthos! —murmuró D'Artagnan dejando caer los brazos como su vencida que con la espada—. ¡Ah! Amigo mío, no sois únicamente un topógrafo hercúleo, sino también un dialéctico de primer orden.

—No es cierto —respondió Porthos—, que está todo poderosamente razonado?

Y soopló, como el congrio que aquella mañana había dejado escapar D'Artagnan.

—Decidme —prosiguió el mosquetero—, y ese bergante que acompaña al señor Gétard, ¿es también de la casa del señor Fouquet?

—¡Oh! —dijo Porthos con desprecio—. Ese es un tal Jupenet o Juponet; una especie de poeta.

—¿Qué desea establecerse aquí?

—Creo que sí.

—Yo pensaba que el señor Fouquet tenía bastantes poetas allá... Scudéry, Loret, Pelisson, La Fontaine. Si os he de decir la verdad, Porthos, tal poeta os deshonra.

—Lo que nos salva, amigo mío es que no está aquí como poeta.

—¡Pues cómo está!

—Como impresor, y me hacéis pensar en que tengo que decirle una palabra a ese pedante.

—Decidla.

Porthos hizo una seña a Jupenet, que había reconocido a D'Artagnan y no se daba prisa en acercarse.

Esto condujo naturalmente a una segunda seña de Porthos, la cual era de tal modo imperativa, que fue preciso obedecer.

—¡Cómo! —repuso Porthos—. ¿Habéis desembarcado ayer y ya estáis haciendo de las vuestras?

—¡Cómo, señor barón! —preguntó temblando Jupenet.

—Vuestra prensa ha hecho ruido toda la noche, señor mío —dijo Porthos—, y no me habéis dejado dormir. ¡Cuerno!

—Señor... —objetó timidamente Jupenet.

—Nada tenéis que imprimir aún y; por consiguiente, no debéis hacer andar la prensa. ¡Qué habéis impreso esta noche?

—Señor, una poesía algo ligera escrita por mí.

—¡Ligera! ¡Vamos; señor, la prensa chillaba que era una lástima! Que no vuelva a suceder eso, ¿oís?

—Bien, señor.

—¿Me lo prometéis?

—Lo prometo.

—Pues por esta vez os dispenso. ¡Idos!

El poeta se retiró con la misma humildad de que había dado pruebas al acercarse.

—¡Ea! Ya que hemos echado una peluca a este tunante, almorcemos —dijo Porthos.

—Sí —dijo D'Artagnan—, almorcemos.

—Sólo os haré observar —dijo Porthos— que no tenemos más que dos horas para nuestro desayuno.

—¡Qué se le va hacer!

—Trataremos de aprovecharlas. Pero ¿por qué no tenemos más que dos horas?

—Porque la marea sube a la una, y con la marea salgo para Vannes. Mas como vuelvo mañana, os quedaréis en mi casa y seréis el amo. Tengo buen cocinero y buena bodega...

—Pero no —repuso D'Artagnan—, hay una cosa mejor.

—¿Qué?

—¿Decís que vais a Vannes?

—Indudablemente.

—¿Para ver a Aramis?

—Sí.

—Pues bien, yo he venido expresamente para ver a Aramis...

—Es cierto.

—Marcharé con vos.

—¡Toma! Eso es.

—Sólo que debía empezar por ver a Aramis y luego a vos. Pero el hombre propone y Dios dispone; comenzaré por vos y acabaré por Ararais.

—Perfectamente.

—¿Y en cuántas horas vais desde aquí a Vannes?

—¡Oh Santo Dios! En seis horas. Tres por mar de aquí a Sarzeau y tres horas de camino desde Sarzeau a Vannes.

—¡Qué cómodo es eso! ¿Y cuántas veces vais a Vannes estando tan cerca del obispado?

—Una vez a la semana. Pero aguardad que recoja mi plano. Porthos cogió el

plano, lo enrolló con cuidado y lo sepultó en su bolsillo.

—Bueno —dijo aparte D'Artagnan, me parece que ya sé ahora quién es el ingeniero que fortifica a Belle-Île.

Dos horas después había subido la marea, y Porthos y D'Artagnan se encaminaban a Sarzeau.

## Capítulo LXX

---

### Procesión en Vannes

La travesía de Belle-Île a Sarzeau se hizo con mucha rapidez, merced a uno de los buques corsarios de que habían hablado a D'Artagnan durante su viaje, y que, destinados a dar caza, se abrigaban momentáneamente en la rada de Locmaria, desde donde uno de ellos, con la cuarta parte de su tripulación, hacia el servicio entra Belle-Île y el continente.

D'Artagnan tuvo ocasión de persuadirse de que Porthos; aunque ingeniero y topógrafo, no estaba bien enterado de los secretos del Estado.

Su perfecta ignorancia hubiera pasado por un prudente disimulo para cualquier otro. Pero D'Artagnan conocía muy bien todos los pliegues y repliegues de su Porthos, para no, descubrir un secreto en él, si lo había, como los antiguos dependientes de un establecimiento saben buscar con los ojos cerrados cualquier género que se les pida.

Y si D'Artagnan nada había encontrado plegando y desplegando a su Porthos, era porque realmente no había nada.

—Ea —dijo D'Artagnan—. Yo sabré más en Vannes en media hora que Porthos ha sabido en Belle-Île en dos meses; mas a fin de que yo sepa alguna cosa, importa que Porthos no use de la única estratagema para que le conozco disposición. Es menester que no prevenga a Aramis de mi llegada.

Todos los cuidados del mosquetero se limitaron, pues, por el momento, a vigilar a Porthos.

Y, apresurémonos a decirlo Porthos no merecía aquella desconfianza excesiva. Porthos no pensaba de ningún modo nada malo. Tal vez, al encontrarse, D'Artagnan le había inspirado alguna desconfianza, mas casi al propio tiempo D'Artagnan había reconquistado en aquel bondadoso y valiente corazón el lugar

que siempre había ocupado, y ni la más ligera nube obscurecía la mirada de Porthos, al fijarla de vez en cuando, con cariño sobre su amigo.

Al desembarcar informóse Porthos de si le aguardaban sus caballos; y, en efecto, los divisó en la encrucijada del camino que da la vuelta alrededor de Sarzeau, y que sin atravesar esta ciudad conduce a Vannes.

Los caballos eran dos: una del señor Barón y otro de su escudero. Porque Porthos tenía un escudero desde que Mosquetón usaba del carricoche como único medio de locomoción.

D'Artagnan aguardaba que Porthos se decidiera a enviar delante a su escudero en un caballo para traer otro, proponiéndose combatir tal propósito; pero nada de lo que se presumió D'Artagnan sucedió. Porthos mandó simplemente al servidor que echase pie a tierra y que esperara su vuelta en Sarzeau, mientras D'Artagnan montaba en su caballo. Lo cual fue ejecutado.

—Sois hombre precavido, amigo Porthos —dijo D'Artagnan a su amigo cuando se vio montado en el caballo del escudero.

—Sí, pero este es un obsequio de Aramis, pues yo no tengo aquí mis trenes. Aramis ha puesto sus cuadras a mi disposición.

—Buenos caballos; ¡diantre! Caballos de obispo —dijo D'Artagnan—. Ciento que Aramis es un obispo muy particular.

—Santo hombre —respondió Porthos con tono casi gangoso y alzando los ojos al cielo.

—Entonces está muy cambiado —repuso D'Artagnan—, porque nosotros lo hemos conocido medianamente profano.

—La gracia le ha tocado —dijo Porthos.

—¡Bravo! —contestó D'Artagnan—. Eso redobla mi deseo de ver a mi amigo Aramis.

Y metió espuela al caballo, que lo arrastró con nueva rapidez.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. Si vamos a este paso, en una hora haremos el camino de dos.

—¿Para cuántas leguas?

—Cuatro y media.

—Será ir a buen paso.

—Hubiera podido, amigo mío, haceros embarcar en el canal, querido; pero cuando uno puede poner un buen corcel entre las rodillas, más vale esto que remeros y que cualquier otro medio.

—Es, verdad, Porthos. ¡Y vos, sobre todo, que siempre estáis magnífico a caballo!

—Un poco pesado, amigo mío; últimamente me he pesado.

—¿Y cuánto pesáis?

—¡Trescientas! —contestó Porthos con orgullo.

—¡Bravo!

—De modo que me veo obligado a escoger caballos cuyo lomo sea liso y ancho, pues de otro modo los reviento en dos horas.

—Sí, caballos de gigante, ¿no es cierto, Porthos?

—Sois muy bueno, amigo mío —replicó el ingeniero con afectuosa majestad.

—Efectivamente —repuso D'Artagnan—, me parece que ya suda vuestra montura.

—¡Claro! ¡Cómo que hace calor! ¡Ah! ¿Veis a Vannes ahora?

—Sí, muy bien! Es una bonita ciudad, al parecer.

—Según Aramis, encantado; yo, por lo menos, la encuentro negra; parece que lo negro es muy bello para los artistas. Me he llevado chasco.

—¿Por qué, Porthos?

—Porque he hecho blanquear mi castillo de Pierrefonds, que estaba gris de vejez.

—En efecto —dijo D'Artagnan—, el blanco es más alegre.

—Pero menos augusto; como me ha dicho Aramis. Felizmente, hay quien venda pintura negra, y haré dar una mano de ella a Pierrefonds. Si el gris es bello, ya comprenderéis que el negro debe ser soberbio.

—Diantre! —dijo D'Artagnan—. Eso me parece lógico.

—¿No habéis venido jamás a Vannes, D'Artagnan?

—Jamás.

—¿Entonces no conoceréis la ciudad?

—No.

—Pues bien, mirad —repuso Porthos alzándose sobre los estribos, lo cual hizo vacilar el delantero de su caballo—; ¿veis allá en el sol una flecha?

—Sí.

—Es la catedral.

—¿Cómo se llama?

—San Pedro. Mirad ahora a la izquierda, en el arrabal. ¿Veis una cruz?

—Sí, la veo.

—Es San Paterno, la parroquia predilecta de Aramis.

Duda, pues San Paterno pasa por haber sido el primer obispo de Vannes. Verdad es que Aramis pretende que no, y como él es tan sabio, bien pudiera ser eso una paro, una para...

—Paradoja —dijo D'Artagnan.

—Eso es. Se me trababa la lengua.

—Amigo mío —dijo D'Artagnan—, os suplico continuéis vuestra interesante demostración. ¿Qué es ese grande edificio blanco plagado de ventanas?

—¡Ah! El colegio de los jesuitas. Buena mano tenéis, querido. ¿Veis cerca del colegio una gran casa con campanarios y torrecillas, de hermoso estilo gótico, como dice ese bruto de señor Gétard?

—Sí, la veo; ¿y qué?

—Que es donde habita Aramis.

—¡Cómo! ¿No vive en el obispado?

—No; el obispado está ruinoso; además, está en la ciudad y Aramis prefiere los arrabales. Por eso os decía yo que gusta tanto de San Paterno, pues San Paterno está en el arrabal. Además, en este mismo barrio hay un paseo, un juego de pelota y una casa de dominicos, que es aquella que eleva al cielo su lindo campanario.

—Perfectamente.

—Y ya veis que el barrio es como una ciudad aparte; tiene sus murallas, sus torres y sus fosos. El muelle llega hasta aquí, y por tanto los buques también. Si nuestro corsario no calase ocho pies de agua, hubiéramos llegado a velas desplegadas hasta las ventanas de Aramis.

—Porthos, Porthos —dijo D'Artagnan—, sois un pozo de ciencia, una fuente de reflexiones ingeniosas y profundas. Ya no me sorprendéis, Porthos; me confundís.

—Ya hemos llegado —observó Porthos, mudando de conversación con su modestia ordinaria.

—Y ya era tiempo —pensó D'Artagnan—, porque el caballo se derrite como si fuese de hielo.

Casi en el mismo instante entraron en el arrabal; pero apenas anduvieron cien pasos quedaron asombrados al ver las calles cubiertas de hojas y de flores.

De las viejas murallas de Vannes pendían las más antiguas y extrañas tapicerías de Francia.

De los balcones de hierro caían largos paños blancos salpicados de ramos de flores.

Las calles estaban desiertas; conocíase que toda la población se había reunido en un punto.

Las persianas estaban corridas, y el fresco penetraba en las casas al abrigo de las colgaduras, que causaban densas sombras negras entre sus salientes, y las paredes.

Al volver la calle, unos cánticos hirieron repentinamente los oídos de los recién llegados. Una muchedumbre vestida como de día de fiesta apareció al través de los vapores de incienso que subían al cielo en azulados copos, y las nubes de hojas de rosa revoloteaban hasta los pisos principales.

Por encima de las cabezas se divisaban la cruz y las banderas, signos sagrados de la religión, y debajo de estas cruces y banderas, como protegidas por ellas, todo un mundo de jóvenes con trajes blancos y coronadas de aciano.

Por ambos lados de la calle, encerrando el cortejo, marchaban los soldados de la guarnición, con ramilletes en los cañones de sus fusiles y en la punta de sus lanzas.

Era una procesión.

En tanto que D'Artagnan y Porthos miraban con fervor de buen gusto que ocultaba la extremada impaciencia de seguir adelante, se acertaba un palio magnífico precedido de cien jesuitas y cien dominicos, acompañado por dos arcedianos, un tesorero, un penitenciario y doce canónigos.

Un sochantre de voz aterradora, un sochantre escogido entre todas las voces de Francia, como entre todos los gigantes del imperio se escogía el tambo mayor de la Guardia Imperial, escoltado por otros cuatro sochantres que sólo le servían de acompañamiento, hacia resonar los aires y vibrar los vidrios de todas las casas.

Bajo el palio aparecía un rostro pálido y noble, de ojos negros, cabellos negros mezclados de hilos de plata, boca fina y barba prominente y angulosa. Esta cabeza, llena de graciosa majestad, estaba adornada con la mitra episcopal, que le daba, además del carácter de soberanía, el del ascetismo y meditación evangélica.

—¡Aramis! —murmuró involuntariamente el mosquetero cuando pasó a su lado esta cabeza alta. El prelado estremecióse y pareció haber oído aquella voz como un muerto resucitado oyé la palabra del Salvador.

Levantó sus grandes ojos y los dirigió sin vacilar al sitio de donde había salido la exclamación.

De una mirada vio a Porthos y a D'Artagnan a su lado.

D'Artagnan, por su parte, gracias a la penetración de su mirada, lo había visto y comprendido todo. La fisonomía del prelado había entrado en su memoria para no salir de ella jamás.

Una cosa principalmente había llamado la atención de D'Artagnan. Aramis se había sonrojado al verlo, y al mismo tiempo había reconcentrado bajo sus párpados el fuego de la mirada del Señor y el afecto de la mirada del amigo.

Era evidente que Aramis se había hecho esta pregunta:

« ¿Por qué D'Artagnan está aquí con Porthos y qué viene a hacer en Vannes?» .

Aramis comprendió todo lo que pensaba D'Artagnan, fijando en él su mirada y viendo que no bajaba los ojos.

Conocía la penetración de su amigo y su talento, y temía dejar adivinar el secreto de su rubor y de su sorpresa. Siempre era el mismo Aramis con un secreto que guardar.

Para concluir, por tanto; con aquella mirada de inquisidor que era preciso hacer bajar a todo trance, como a todo trance apaga un general los fuegos de una batería que le estorba, Aramis extiende su linda mano blanca, en la cual brilla la amatista del anillo pastoral, hiende el aire con el signo de la cruz, y lanza su bendición a los dos amigos.

Pero D'Artagnan, tal vez distraído y pensativo, e impío a pesar suyo, no se inclinó ante la bendición santa; mas Porthos, que vio su distracción; apoyó

amigablemente la mano en el hombro de su amigo, y lo agachó al suelo.

D'Artagnan vaciló y le faltó poco para caer de bruces.

Entretanto ya había pasado Aramis.

D'Artagnan, lo mismo que Anteo, no hizo más que tocar en tierra; y luego se enderezó hacia Porthos, muy dispuesto a enfadarse.

Pero no había que equivocarse sobre la intención del valiente Hércules; lo que le había animado fue un sentimiento de bien parecer religioso.

—Es admirable —dijo— que nos haya echado una bendición sólo a nosotros dos. Decididamente es un santo.

D'Artagnan, menos convencido que Porthos, no contestó.

—Ya veis, querido amigo —continuó Porthos—, Aramis nos ha visto, y en vez de seguir marchando al paso de procesión, como hacía, va más de prisa. Mirad cómo el cortejo acelera el paso; sin duda ese querido Aramis está ansioso de vernos y abrazamos.

—Es verdad —dijo D'Artagnan en voz alta.

Pero añadió enseguida para sí: « Siempre tendremos que ese zorro me ha visto, y que dispondrá de tiempo para prepararse a recibirmee» .

La procesión había pasado, el camino estaba libre, y D'Artagnan y Porthos marcharon; derechos al palacio episcopal, que rodeaba una muchedumbre numerosa, para ver entrar al prelado.

D'Artagnan notó que esta multitud se componía, especialmente de gente del pueblo y de militares, y en la naturaleza de estos partidarios conoció la destreza de su amigo.

Efectivamente, Aramis no era hombre que buscase la popularidad inútil. Poco le importaba ser amado de gentes que para nada le sirvieran.

Diez minutos después que ambos amigos habían pasado el umbral del obispado, entró Aramis como un triunfador: los soldados le presentaban armas como a un superior, y el pueblo le saludaba como a un compañero más bien que como a un jefe religioso.

En el mismo umbral tuvo una conferencia de medio minuto con un jesuita que, para hablarle más discretamente metió la cabeza debajo del palio.

Luego entró en su casa; las puertas se cerraron lentamente, y la multitud se marchó mientras que todavía resonaban los cánticos religiosos.

Era aquel un día espléndido; había perfumes terrestres mezclados a los perfumes atmosféricos y marinos. La ciudad respiraba felicidad y fuerza.

D'Artagnan sintió cómo la presencia de una mano invisible que había creado aquella fuerza, gozo y felicidad, derramando perfumes por todas partes.

« ¡Oh! —pensó—. Porthos ha engordado, pero Aramis ha crecido» .

## Capítulo LXXI

---

Su Ilustrísima el obispo de Vannes

Los dos amigos habían entrado en el palacio episcopal por una puerta especial, conocida únicamente de los amigos de la casa.

Porthos había servido de guía a D'Artagnan. El digno barón se comportaba como si estuviera en su casa. Sin embargo, fuese por reconocimiento tácito a la santidad de la persona de Aramis y de sin carácter, o por costumbre de respetar aquello que le imponía moralmente, conducta que siempre había hecho de Porthos un soldado modelo y un corazón excelente, la verdad es que Porthos guardó en casa de Su Ilustrísima el obispo de Vannes una especie de reserva que D'Artagnan notó al instante en la actitud que tomó con los sirvientes y comensales.

Esta reserva no llegaba, sin embargo, al extremo de privarse de preguntar.

Entonces supieron que Su Ilustrísima había entrado en sus habitaciones, y que pronto se presentaría, en la intimidad, menos majestuoso que con sus ornamentos.

En efecto, después de un cuarto de hora escaso, que pasaron D'Artagnan y Porthos en mirarse mutuamente el blanco de los ojos, y en volver éstos del Norte al Mediodía, se abrió una puerta de la sala y apareció Su Ilustrísima en traje ordinario y, completo de prelado.

Aramis llevaba la cabeza erguida, como hombre acostumbrado al mandato.

Aún conservaba el fino bigote y la perilla real en punta del tiempo de Luis XIII.

Al entrar exhaló ese perfume delicado que, entre los hombres elegantes, coma entre las mujeres del gran mundo, no varia nunca, y que parece estar incorporado la persona de la cual se ha hecho emanación natural.

Sólo que esta vez había retenido el perfume algo de la sublimidad religiosa del incienso; no trastocaba, pero penetraba; no inspiraba el deseo, pero sí el respeto...

No vaciló un momento al entrar en la sala, y sin pronunciar una palabra que, como quiera que fuese, habría sido fría en tal ocasión, se fue derecho al mosquetero tan bien disfrazado bajo el traje del señor Agnan, y lo estrechó en sus brazos con una ternura que el más desconfiado no hubiese podido encontrar sospechosa de frialdad o de afectación.

D'Artagnan, por su parte, también lo abrazó con igual ardor. Porthos apretó la mano delicada de Aramis entre las suyas enormes, y D'Artagnan observó que Su Ilustrísima le apretaba la izquierda, probablemente por costumbre, en atención a que Porthos debía haberle martirizado algunas veces los dedos, estrujándolos entre los suyos, adornados de sortijas. Aramis desconfiaba, advertido por el dolor, y sólo presentaba carne que rozar y no dedos que oprimir contra el oro o las facetas de diamantes.

Aramis miró de frente entre dos ventanas, ofreció una silla a D'Artagnan, sentándose en la sombra, y advirtió que la luz daba en el rostro de su interlocutor.

Esta maniobra, familiar a los diplomáticos y a las mujeres, parecía mucho a las ventajas que toman los combatientes sobre el terreno del duelo, según su habilidad o su costumbre.

D'Artagnan no fue engañado por aquella maniobra; pero fingió no haberla notado. Sintióse cogido, mas justamente por esto comprendió que estaba en el camino de la descubierta, y poco le importaba dejarse batir aparentemente, con tal que sacara de su pretendida derrota las ventajas de la victoria.

Aramis fue quien comenzó la conversación.

—¡Ah! ¡Querido amigo! ¡Mi excelente D'Artagnan...! ¡Qué feliz casualidad...!

—Es una casualidad, mi reverendo compañero —dijo D'Artagnan—, que yo llamaría amistad. Os busco como siempre os he buscado, en cuanto he tenido alguna empresa que ofreceros o unas horas de libertad que dedicaros.

—¡Ah! ¡De veras? —dijo Aramis sin entusiasmo—. ¿Me buscáis?

—Sí, sí, os busca, amigo Aramis —dijo Porthos—, y la prueba es que me ha alcanzado en Belle-Île. Eso está muy bien, ¿no es verdad?

—¡Ah! —dijo Aramis—. Verdaderamente, en Belle-Île.

—¡Bueno! —dijo D'Artagnan—. He aquí a Porthos que sin pensar en ello ha disparado el primer cañonazo de ataque.

—¡En Belle-Île —murmuró Aramis—, en ese agujero, en ese desierto...!

—Está muy bien, en efecto.

—Y yo soy quien le ha enterado que estabais en Vannes prosiguió Porthos en el mismo tono.

D'Artagnan esbozó en sus labios una sonrisa casi irónica.

—¡Sí tal...! Yo lo sabía, mas he querido ver...

—¿Ver qué?

—Si se mantenía nuestra antigua amistad; si al vernos, por más endurecido que nuestro corazón esté por la edad, dejaba escapar aquel buen grito de satisfacción que saluda la llegada de un amigo.

—Y qué, ¿no estáis satisfecho? —preguntó Aramis.

—Así, así.

—¿Cómo?

—Porthos me ha dicho: « ¡Chitón! » . Y vos...

—¿Y yo qué?

—Y vos... me habéis dado vuestra bendición.

—¿Qué queréis, querido... mío? —dijo sonriendo Aramis—. Es lo más precioso que tiene un pobre prelado como yo.

—Vamos, mi querido Aramis...

—Indudablemente.

—En París se dice, sin embargo, que el obispado de Vannes es uno de los mejores de Francia.

—¡Ah! Quererás hablar de los bienes temporales —exclamó Aramis con aire indiferente.

—Ciento que quiero hablar. Yo los tengo ya.

—En tal caso hablemos de ellos —dijo Aramis.

—Habréis de confesar que sois uno de los prelados más ricos de Francia:

—Amigo mío, puesto que me pedís cuentas, os diré que el obispado de Vannes produce veinte mil libras de renta, ni más ni menos. Es una diócesis que comprende ciento sesenta parroquias.

—Admirable —dijo D'Artagnan.

—Soberbio —dijo Porthos.

—Pero, sin embargo —repuso D'Artagnan, cubriendo a Aramis con su mirada—, ¡no los enterraréis aquí para siempre!

—Querido, no admito la palabra enterrado.

—Pues me parece que a semejante distancia de París, está uno enterrado o poco menos.

—Amigo, me estoy haciendo viejo —dijo Aramis—, y no me gusta el ruido y movimiento de la ciudad. A los cincuenta y siete años debe buscarse la calma y la meditación. Aquí las he encontrado: ¿Qué hay de más admirable y severo al mismo tiempo que esta vieja América? Aquí encuentro, querido D'Artagnan, todo lo contrario de lo que me gustaba en otro tiempo, lo cual es necesario al término de la vida, que es lo contrario del comienzo. Un poco de mis placeres de antaño viene a saludarme de vez en cuando, sin distraerme de mi salvación. Todavía soy de este mundo, y, sin embargo, cada paso que doy me aproximo a Dios.

—Elocuente, sabio, discreto, sois un prelado cumplido, Aramis, y os felicito.

—¡Pero no habréis venido para hacerme cumplidos! —dijo Aramis sonriendo—. Hablad: ¿qué os trae? ¿Seré bastante afortunado para que me necesitéis de un modo cualquiera?

—No, gracias a Dios, amigo —dijo D'Artagnan—; no es nada de eso... Soy rico y libre.

—¿Rico?

—Sí, rico por mí; no por vos ni por Porthos. Tengo una quincena de miles de libras de renta.

Aramis lo miró con aire de duda, pues no podía creer, viendo a su amigo con aquel aspecto tan humilde, que hubiese hecho fortuna tan crecida.

Viendo D'Artagnan que había llegado la hora de las explicaciones, contó su historia de Inglaterra.

Durante la conversación vio brillar diez veces los ojos y estremecerse otras tantas los afilados dedos del prelado.

En cuanto a Porthos, no era admiración lo que manifestaba hacia D'Artagnan, sino entusiasmo y delirio. Cuando terminó D'Artagnan, dijo Aramis:

—¿Y qué?

—Ya veis —contestó D'Artagnan—, tengo en Inglaterra amigos y propiedades, y un tesoro en Francia. Si el corazón os dice algo, os lo ofrezco todo... Esto es a lo que he venido.

Por segura que fuese su mirada, no pudo sostener en este momento la de Aramis; de modo que inclinó sus ojos sobre Porthos, como hace la espada que cede a una presión poderosa buscando otro camino.

—En todo caso —dijo el obispo—, habéis tomado un vestido extraño de viaje, querido amigo.

—¡Horrible! Ya lo sé; pero comprenderéis que yo no quería viajar ni como caballero ni como señor. Desde que soy rico, soy codicioso.

—¿Y habéis dicho que venís de Belle-Île? —dijo Aramis sin transición.

—Sí —replicó D'Artagnan—, sabía que os había de encontrar allí a Porthos y a vos.

—¿A mí? —murmuró Aramis—. ¡A mí! Un año hace que estoy aquí y ni una sola vez he pasado el mar.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. No sabía que fueseis tan casero.

—¡Ah! Querido amigo, ¿habrá que deciros que ya no soy el hombre otros tiempos? El caballo me incomoda y el mar me fatiga; soy un pobre sacerdote achacoso, quejándose siempre, gruñendo siempre e inclinado a las austeridades, que me parecen acomodamientos con la ancianidad y conferencias con la muerte. No hago más que residir aquí, mi amigo D'Artagnan.

—Pues bien, tanto mejor, porque probablemente vamos a ser vecinos.

—¡Bah! —dijo Aramis, no sin alguna sorpresa, que tampoco pretendió disimular—. ¡Vos, mi vecino!

—¡Sí, Dios Santo, sí!

—¿Cómo es eso?

—Voy a comprar unas salinas muy productivas que están situadas entre el Piriac y el Croisic. ¡Figuraos, amigo, que es una explotación de doce por ciento de renta limpia! Nunca hay que hacer gastos inútiles, pues el Océano, fiel y regular, trae cada seis horas su contingente a mi caja. Soy el primer parisense que haya imaginado tal especulación; y no torzáis el gesto, que antes de mucho partiremos. Tendré tres leguas de país por treinta mil libras.

Aramis dirigió una mirada a Porthos, como para preguntarle si todo aquello era verdad, y si no se ocultaba algún lazo bajo aquel exterior de indiferencia: Mas, avergonzado de consultar a tan pobre auxiliar, reunió todas sus fuerzas para un nuevo asalto o para una nueva defensa.

—Me habían asegurado —continuó— que tuvisteis cierto altercado con la Corte; pero que habíais salido, como salís de todo, querido D'Artagnan, con los honores de la guerra.

—¿Yo? —dijo el mosquetero con una carcajada insuficiente para ocultar su embarazo; porque al oír estas palabras de Aramis, podía creerlo instruido en sus últimas relaciones con el rey—. ¿Yo? ¡Ah! Contadme eso, amigo Aramis.

—Sí, me habían contado a mí, pobre obispo perdido en medio de los páramos, que el rey os había tomado por confidente de sus amores.

—¿Con quién?

—Con la señorita Mancini.

D'Artagnan respiró.

—¡Ah! No digo que no —replicó.

—Parece que una mañana os llevó el rey más allá del puente de Blois para charlar con su querida.

—Es cierto —dijo D'Artagnan—. ¡Ah! ¿Sabéis eso? Entonces, también debéis saber que aquel mismo día presenté mi dimisión.

—¿Sincera?

—¡Ah! No pudo ser más.

—Y entonces fuisteis a casa del conde de la Fère.

—Sí.

—Y a mi casa también.

—Y a casa de Porthos.

—Sí.

—¿Y era para una simple visita? —dijo Aramis.

—¡No! Yo no sabía que estuvieseis ocupados, y quería llevarlos a Inglaterra.

—Sí, entiendo; y entonces ejecutasteis solo, hombre maravilloso, lo que queríais, proponernos que ejecutásemos los cuatro. Ya presumí que para algo entraríais en esa hermosa restauración, cuando me enteré de que os habían visto en las recepciones del rey Carlos, que os hablaba como a un amigo, o más bien

como un obligado.

—Pero ¿cómo diantre habéis sabido todo eso? —preguntó, D'Artagnan, que temía que las investigaciones de Aramis fuesen más lejos de lo que le acomodaba.

—Amigo D'Artagnan —dijo el prelado—, mi amistad se parece un poco a la soledad de ese vigilante nocturno que tenemos en la torrecilla del extremo del muelle. Ese buen, hombre enciende todas las noches una linterna para alumbrar a las barcas que vienen del mar. Está oculto en su garita y los pescadores no lo ven, pero él los sigue con interés, los adivina, los llama y los atrae a la entrada del puerto. Yo me parezco a ese vigilante; de vez en cuando recibo noticias y me despiertan un recuerdo de todo lo que yo amaba; entonces sigo a los amigos de otro tiempo por la mar borrascosa del mundo, yo, pobre vigilante, a quien el cielo ha tenido a bien dar el abrigo de una garita.

—¿Y qué he hecho después de estar en Inglaterra? —preguntó D'Artagnan.

—¡Ah! Nada sé después de eso —dijo Aramis—. Mis ojos se han turbado, he sentido que ya no pensaseis en mí, he llorado vuestro olvido. Hacía mal; os vuelvo a ver, y esto es para mí una gran fiesta, os lo juro.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—¿Cómo está Athos?

—Muy bien, gracias.

—¿Y el joven pupilo?

—¿Raúl?

—Sí.

—Ha heredado la destreza de su padre Athos y la fuerza de su tutor Porthos.

—¿Cuándo pudisteis juzgar eso?

—La víspera misma de mi salida de París.

—¿Cómo?

—Había ejecución en la Grève, y a consecuencia de esta ejecución hubo tumulto. Nosotros nos hallamos en él, y fue necesario sacar la espada.

—¿Y qué hizo? —dijo Porthos.

—Primero tiró a un hombre por la ventana, como si fuera un saco de algodón.

—¡Oh! ¡Muy bien! —exclamó Porthos.

—Después desenvainó y comenzó a dar estocadas, como hacíamos nosotros en nuestros mejores tiempos.

—¿Y por qué hubo ese tumulto? —preguntó Porthos.

D'Artagnan notó en el rostro de Aramis extremada indiferencia al oír esta pregunta.

—Se dice —contestó mirando a Aramis— que eran dos contratistas a quienes Su Majestad hacía ahorcar; dos amigos del señor Fouquet.

Un ligero fruncimiento de cejas del prelado apenas indicó que hubiese oído.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos—. Y ¿cómo llamaban a esos amigos del señor Fouquet?

—El señor de Eymeris y el señor Lyodot —dijo D'Artagnan—. ¿Conocéis esos nombres, Aramis?

—No —dijo desdénosamente el obispo—, pero esos nombres parecen de banqueros.

—Justamente.

—¡Oh! ¡El señor Fouquet ha dejado ahorcar a sus amigos? —murmuró Porthos.

—¿Y por qué no? —dijo Aramis. Es que me parece...

—Si han ahorcado a esos desgraciados, sería orden del rey; y creo que porque el señor Fouquet sea superintendente de Hacienda, no por eso tiene derecho de vida y muerte.

—Es igual —dijo Porthos—, en la posición del señor Fouquet... Aramis comprendió que Porthos iba a decir alguna tontería y cortó la conversación:

—Vaya, amigo D'Artagnan —dijo—, ya hemos hablado bastante de los demás; hablemos un poco de vos.

—Ya sabéis de mí todo lo que puedo deciros; hablemos, por el contrario, de vos.

—Ya os he dicho, querido; ya no soy Aramis.

—¿Ni siquiera el abate de Herblay?

—Ni eso. Aquí veis a un hombre a quien la Providencia ha tomado por la mano, y a quien ha conducido a una posición que ni debía ni se atrevía a esperar.

—¿Dios? —interrogó D'Artagnan.

—Sí.

—¡Pues es singular! Me habían dicho que era el señor Fouquet.

—¿Quién os dijo eso? —dijo Aramis sin que todo el poder de su voluntad pudiese impedir que un ligero rubor colorease sus mejillas.

—¡Toma! Bazin.

—¡Tonto!

—No afirmo yo que sea hombre de genio, es verdad; pero me lo ha dicho y a él me refiero.

—Nunca he visto yo al señor Fouquet —respondió Aramis con una mirada tan tranquila y tan pura como la de una virgen que nunca miente.

—Pero, aun cuando lo hubieseis visto —respondió D'Artagnan—, y aun conocido, no habría mal alguno en ello; es un hombre bien plantado el señor Fouquet.

—¡Ah!

—Un gran político.

Aramis hizo un gesto de indiferencia.

—Un ministro todopoderoso.

—Yo sólo dependo del rey y del Papa.

—¡Diablo! Escuchad —dijo D'Artagnan con el tono más cándido—; os digo esto porque aquí todo el mundo jura por el señor Fouquet. La llanura es del señor Fouquet; las satinas que yo compre serán del señor Fouquet; la isla en que Porthos se ha hecho topógrafo es del señor Fouquet; la guarnición es del señor Fouquet, y las galeras son del señor Fouquet. Declaro que nada me hubiera sorprendido vuestra infeudación, o más bien la de vuestra diócesis en el señor Fouquet. Es un señor diferente del rey, y eso es todo; pero tan poderoso como un rey.

—Gracias a Dios, yo no estoy infeudado en nadie, ni pertenezco a nadie —respondió Aramis, que durante esta conversación seguía con la vista cada gesto de D'Artagnan y cada mirada de Porthos.

Pero D'Artagnan estaba impasible y Porthos inmóvil; los golpes, tirados hábilmente, eran parados por adversarios hábiles también.

No obstante, todos sentían la fatiga de semejante lucha, y el anuncio de la comida fue recibido bien por todo el mundo.

La comida cambió el curso de la conversación, porque todos comprendieron que, estando prevenidos, ni unos ni otros sacarían ventajas. Porthos no había comprendido absolutamente nada, y habiése quedado inmóvil porque Aramis le había hecho señas de que no se moviese, de modo que la comida no fue para él más que la comida; pero era bastante para Porthos.

D'Artagnan tuvo gran alegría. Aramis se excedió a sí propio en dulce afabilidad.

Porthos comió muchísimo.

Se charló de guerra y finanzas, de artes y de amores.

Aramis fingía sorpresa a cada palabra de política que arriesgaba D'Artagnan. Esta serie de sorpresas aumentó la desconfianza de D'Artagnan, como la eterna indiferencia de D'Artagnan provocaba la desconfianza de Aramis.

Finalmente, D'Artagnan dejó caer de intento el nombre de Colbert, golpe que había reservado para lo último.

—¿Quién es Colbert? —preguntó el prelado.

D'Artagnan dio sobre Colbert todas las noticias que podía desear Aramis. La comida, más bien la conversación, prolongóse hasta la una de la mañana entre D'Artagnan y Aramis.

A las diez ya se había dormido Porthos en su silla y roncaba estrepitosamente.

A las doce lo despertaron y enviaron a la cama.

—¡Hum! —dijo—. Me parece que me he traspuesto, no obstante ser muy interesante lo que estabais diciendo.

A la una condujo Aramis al mosquetero a la habitación que le estaba destinada, y que era la mejor del palacio episcopal.

Dos criados fueron puestos a sus órdenes.

—Mañana, a las ocho —dijo despidiéndose de D'Artagnan—, daremos, si

gustáis, un paseo a caballo con Porthos.

—¿A las ocho? —dijo D'Artagnan—. ¿Tan tarde?

—No ignoráis que me son necesarias siete horas de sueño —dijo Aramis.

—Es justo.

—Buenas noches, amigo mío.

Y abrazó al mosquetero cordialmente.

D'Artagnan le dejó marchar.

—¡Bueno! —dijo cuando la puerta se cerró—, a las cinco me levantaré.

Después de tomar esta resolución se acostó tranquilamente.

## Capítulo LXXII

---

Porthos comienza a enojarse por haber ido con D'Artagnan

Apenas había apagado D'Artagnan su bujía, cuando Aramis, que acechaba a través de las cortinas el último suspiro de la luz del aposento de su amigo, atravesó el corredor de puntillas y pasó a la habitación de Porthos.

El gigante, acostado hacia hora y media o poco menos, se daba importancia sobre el cubrepiés. Estaba en aquella calma feliz del primer sueño que en Porthos, resistía al ruido de las campanas y del cañón; su cabeza fluctuaba en ese dulce balanceo que recuerda el muelle movimiento de un navío. Un minuto después iba a soñar Porthos.

La puerta de su cuarto se abrió dulcemente bajo la delicada presión de la mano de Aramis:

—El obispo se acercó al durmiente. Una alfombra espesa apagaba el ruido de sus pasos; además, Porthos roncaba como para sofocar cualquier otro ruido.

Púsole una mano sobre el hombro.

—¡Vamos —dijo—, mi querido Porthos!

La voz de Aramis era dulce y afectuosa, pero encerraba, más que un ruego, una orden; su mano era ligera, pero indicaba algún peligro.

Porthos oyó la voz y sintió la mano de Aramis en lo profundo de su sueño.

Y estremeciése.

—¿Quién va? —dijo con voz de gigante:

—¡Silencio!

—Soy yo —dijo Aramis.

—¡Vos, amigo? ¡Y porqué diablos me despertáis?

—Para deciros que es menester marchar.

—¡Marchar?

—Ciertamente.

—¿A dónde?

—A París.

Porthos saltó en la cama, y cayó sentado fijando en Aramis sus asombrados ojos.

—¿A París?

—Sí.

—¿Cien leguas? —preguntó.

—Ciento cuatro —respondió el obispo.

—¡Ah! Dios mío —suspiró Porthos volviendo a acostarse, como uno de esos niños que luchan con su aya para lograr una o dos horas más de sueño.

—Treinta horas de caballo —añadió resueltamente Aramis—. Ya sabéis que hay excelentes puestos de refresco.

Porthos movió una pierna y dejó escapar un gemido.

—¡Vamos! ¡Vamos; querido! insistió el prelado con una especie de impaciencia.

Porthos sacó la otra pierna del lecho.

—¿Y es absolutamente preciso que vaya yo? —dijo.

—De toda precisión.

Porthos se incorporó sobre sus piernas y comenzó a hacer temblar el pavimento y las paredes con su paso ciclópeo.

—¡Silencio! ¡Por Dios, querido Porthos! —dijo Aramis—. Vais a despertar a alguien.

—¡Ah! Es verdad —contestó Porthos con atina voz de trueno—; lo olvidaba, pero tranquilizaos.

Y al decir estas palabras dejó caer un cinturón cargado con la espada, las pistolas y una bolsa, cuyos escudos escaparon con ruido vibrante y prolongado.

—¡Qué raro es esto! —dijo con la misma voz.

—¡Más bajo, Porthos!

—Es verdad.

Y, en efecto, bajó la voz en semitonos.

—Decía, pues —prosiguió Porthos—; que es cosa rara que nunca esté uno más pesado que cuando quiere ser ligero, ni más alborotador que cuando quiere ser silencioso.

—Es verdad; pero hagamos mentir al proverbio, Porthos; démonos prisa y callemos.

—Ya veis que hago cuanto puedo —dijo Porthos poniéndose las botas.

—Perfectamente.

—¡Parece que la cosa urge!

—Es más que urgente, es grave, Porthos.

—¡Oh! ¡Oh!

—D'Artagnan os ha interrogado, ¿no es cierto?

—¿A mí?

—Sí, en Belle-Île.

—Nada absolutamente.

—¿Estáis seguro, Porthos? ¡Diantre!

—Es imposible, acordaos bien.

—Me preguntó qué hacía allí, y le dije que topografía. Hubiera querido decirle otra palabra de que os servisteis cierto día.

—La castrametación.

—Eso es, pero nunca he podido acordarme.

—Mejor. ¿Qué más os ha preguntado?

—Quién era el señor Gétard.

—¿Nada más?

—Quién era el señor Jupenet.

—¿No ha visto, por casualidad, nuestro plano de fortificaciones?

—Sí, tal.

—¡Ah! ¡Demonio!

—Pero, perded cuidado; yo había borrado vuestra letra con goma, y era imposible suponer que hubierais querido darme algún aviso sobre los trabajos.

—Es que nuestro amigo tiene muy buenos ojos.

—¿Pues qué teméis?

—Temo que se haya descubierto todo, Porthos; se trata de prevenir una gran desgracia.

He dado orden a mis gentes de que cierren todas las puertas, y no dejarán salir a D'Artagnan antes del día. Vuestro caballo está preparado, y antes de las cinco de la mañana habréis andado quince leguas. Venid.

Entonces Aramis comenzó a vestir a Porthos pieza por pieza, con tanta celeridad como lo hubiese hecho el más hábil ayuda de cámara.

Porthos, mitad confuso, mitad aturdido; se dejaba vestir y se confundía en excusas.

Cuando estuvo dispuesto; lo sujetó Aramis de la mano y lo guio, haciéndole poner, con precaución el pie sobre cada peldaño de la escalera, impidiéndole que se agarrase a las puertas y llevándolo; como si él fuera el gigante y Porthos el enano.

En efecto, un caballo ensillado aguardaba en el patio; Porthos montó en él.

Entonces tomó Aramis el caballo por la brida y guiole sobre el estiércol; esparcido en el patio coro intención de apagar el ruido; al mismo tiempo le pellizcaba en las narices para que no relinchase.

Ya en la sala exterior, Aramis detuvo a Porthos, que iba a partir sin preguntar siquiera para qué, y le dijo:

—Ahora, amigo Porthos, a París sin parar un minuto; comed a caballo, bebed

a caballo; pero no perdáis un momento.

—Está dicho, no me detendré.

—Esta carta para el señor Fouquet; cueste lo que cueste es menester que la tenga mañana antes de mediodía.

—La tendrá.

—Y pensad en una cosa, querido.

—¿En cuál?

—En que corréis tras de vuestro diploma de duque y de par.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Porthos con los ojos brillantes—. En ese caso iré en veinticuatro horas.

—Procurad hacerlo.

—¡Pues soltad la brida, y adelante, Goliat!

Aramis, soltó en efecto, no la brida, sino las narices del caballo. Porthos bajó la mano, picó en los ijares y el animal, furioso, salió volando.

Aramis siguió con los ojos a Porthos mientras pudo, y entró en el patio cuando lo hubo perdido de vista.

Aramis cerró la puerta con cuidado, mandó al lacayo que se acostase, y él mismo se metió en la cama.

D'Artagnan nada sospechaba, de modo que creyó haberlo ganado todo cuando despertó a las cuatro y media de la mañana.

Y corrió en camisa a mirar por la ventana que daba al patio.

El sol salía.

El patio estaba desierto, y ni aun las gallinas habían abandonado sus pértigas:

No se veía un solo criado y todas las puertas estaban cerradas.

«¡Bueno! Calma perfecta —pensó D'Artagnan—; soy el primero que despierto en la casa; vamos, a vestirnos».

Pero esta vez estudió la manera de no dar al traje del señor Agnan aquella rigidez civil y casi eclesiástica que antes simulaba; por el contrario, apretándose más y abotonándose de cierta manera, supo dar a su persona un poco de aspecto militar, cuya ausencia tanto había asustado a Aramis.

Hecho esto, y sin usar o aparentar usar de cumplimientos para con su amigo, se entró de improviso en su habitación.

Aramis dormía o fingía dormir. Un libro estaba abierto en su pupitre de noche y aun ardía la bujía en la palmatoria. Esto era más de lo preciso para probar a más la inocencia de la noche del prelado y las buenas intenciones de su despertar.

Nuestro hombre hizo precisamente con el obispo lo que el obispo había hecho con Porthos.

Le dio un golpe en el hombro. Aramis fingía dormir, porque en vez de despertarse de pronto, él, que tan ligero tenía el sueño, se hizo reiterar la advertencia.

—¡Ah! ¡Ah! Sois vos —exclamó estirando los brazos—. ¡Qué grata sorpresa!

En verdad que el sueño me había hecho olvidar que tuviese la dicha de poseerlos.  
¿Qué hora es?

—No sé —contestó D'Artagnan algo cortado—, temprana, según creo; pero ya sabéis que aún me dura esa maldita costumbre militar de despertarme con el día.

—¿Queréis acaso que salgamos ya? —preguntó Aramis—. Me parece muy de mañana.

—Será como gustéis:

—Creía que estábamos convenidos en montar a caballo a las ocho. Es posible, pero yo tenía tantas ganas de veros, que me he dicho: «cuanto más pronto, mejor».

—¿Y mis siete horas de sueño? —dijo Aramis.

—En otro tiempo erais menos dormilón que ahora; teníais la sangre más viva y jamás se os encontraba en la cama.

—Justamente, a causa de lo que me decis me place ahora hacer esto. ¿De modo que confesáis que no ha sido por dormir por lo que me habéis citado a las ocho?

—Siempre temo que os burléis de mí, si digo la verdad.

—No tengáis cuidado.

—Pues bien, desde las seis a las ocho acostumbro hacer mis devociones.

—¿Vuestras devociones?

—Sí:

—No creí que un obispo tuviese ejercicios tan severos.

—Querido, un obispo tiene que conceder más a las apariencias que un simple clérigo.

—¡Pardiez! ¡Esa palabra me reconcilia con vos! ¡Apariencias! ¡Es una palabra de mosquetero! ¡Vivan las apariencias!

—Perdonadme, en vez de felicitarme, D'Artagnan; es una palabra muy mundana la que he dejado escapar.

—¿Es necesario que os deje?

—Tengo necesidad de recogimiento, querido amigo.

—Bueno, os dejo; mas a causa de este pagano que se llama D'Artagnan, os suplico que abreviéis... Tengo sed de vuestra palabra.

—Bien; os aseguro que dentro de hora y media...

—¿Hora y media de devoción? ¡Ah! Ahorradme todo lo posible. Aramis se echó a reír, y dijo:

—Siempre contento, siempre joven. Creo que habéis venido a mi diócesis a indisponerme con la gracia.

—¡Bah!

—Bien sabéis que nunca he resistido a vuestras tentaciones; me costaréis la salvación, D'Artagnan.

D'Artagnan se mordió los labios.

—Vamos —dijo—, tomo por mi cuenta el pecado; ensartad ahí un *Pater noster* y la señal de la cruz, y marchemos.

—¡Silencio! —dijo Aramis—. Ya no permanecemos solos, y siento pasos de gente extraña que sube.

—Pues despedidla.

—Imposible, les cité ayer; es el rector del Colegio de jesuitas y el superior de los dominicos.

—Vuestro Estado Mayor:

—¿Qué vais a hacer?

—Voy a despertar a Porthos y esperar con él a que acabéis vuestras conferencias.

Aramis no se movió, ni pestañeó; ni precipitó su gesto ni su palabra.

—Id —dijo.

D'Artagnan adelantóse. Hacia la puerta.

—A propósito. ¿Sabéis el cuarto de Porthos?

—Ya preguntaré.

Seguid el pasillo y abrid la segunda puerta a la izquierda.

—¡Gracias! Hasta luego.

Y se marchó en la dirección indicada por Aramis.

Pero volvió antes de haber pasado diez minutos.

Aramis permanecía sentado entre el superior de los dominicos y el rector de los jesuitas; en la misma situación que lo encontrara tiempos atrás en la posada de Crevecœur.

Esta compañía no asustó al mosquetero.

—¿Qué sucede? —dijo tranquilamente Aramis—. Me parece que tenéis algo que decirme.

—Es —respondió D'Artagnan mirándolo— que Porthos no se encuentra en su cuarto.

—¡Cómo! —replicó Aramis con calma—.

—¿Estáis seguro?

—¡Pardiez! Vengo de allí.

—Pues, ¿dónde estará?

—Eso os pregunto.

—¿Y no os habéis informado?

—Sí tal.

—¿Y qué os han dicho?

—Que habría salido, seguramente, pues tenía costumbre de hacerlo sin avisar.

—¿Y entonces qué habéis hecho?

—He ido a la cuadra —respondió D'Artagnan.

—¿Para qué?

—Para ver si había salido a caballo.

—¿Y qué? —interrogó el prelado.

—Que falta un caballo, el número 5, Goliat.

Este diálogo no estaba exento de afectación por parte del mosquetero y de cierta complacencia por parte de Aramis.

—¡Oh! Ya sé lo que es —dijo Aramis, después de haber pensado un instante

—. Porthos ha salido para darnos una sorpresa.

—¡Una sorpresa!

—Sí; el canal que va de Vannes al mar está lleno de cercetas y besugos, que es la pesca, favorita de Porthos. Nos traerá una docena para el almuerzo.

—¿Eso creéis? —preguntó D'Artagnan.

—Estoy seguro. ¿Dónde queréis que haya ido?

—Es posible —dijo D'Artagnan:

—Haced una cosa, amigo; montad a caballo y buscadlo.

—Tenéis razón —dijo D'Artagnan—, voy a ello.

—Deseáis que os acompañen?

—No, gracias; ya me darán señas.

—Toma un arcabuz.

—Gracias.

—Y ordenad que os ensillen el caballo que gustéis.

—El que montaba ayer al venir de Belle-Île.

—Bien, usad de la casa como vuestra.

Aramis llamó y ordenó que ensillaran el caballo que escogiese el señor D'Artagnan.

Éste siguió al doméstico encargado de la ejecución de la orden. El doméstico detuvose en la puerta para dejar pasar a D'Artagnan. En este momento se encontraron sus ojos con los de su amo. Un fruncimiento de cejas hizo conocer al inteligente criado que diese a D'Artagnan lo que quería.

D'Artagnan montó a caballo y Aramis oyó el ruido de las herraduras sobre las piedras.

Un momento después entró el doméstico.

—¿Y qué? —preguntó el obispo.

—Monseñor, sigue el canal en dirección al mar.

—Bien —dijo Aramis.

Libre D'Artagnan de toda duda, corría hacia el Océano, esperando ver a cada instante en la playa la sombra colosal de su amigo Porthos.

D'Artagnan obstinábase en reconocer pasos del caballo en todas partes.

A veces se figuraba oír la detonación de un arma de fuego.

Esta ilusión duró como tres horas. En las dos primeras buscó a Porthos. Y en la otra volvió a casa.

—Nos habremos cruzado —dijo—, y voy a encontrar a los dos esperando mi

regreso.

Se engañaba D'Artagnan, pues así, encontró a Porthos en el obispado como a orillas del canal.

Aramis le esperaba en la puerta de la escalera con cara malhumorada.

—¿No os han alcanzado, querido D'Artagnan? —gritó desde lejos en cuanto vio al mosquetero.

—No. ¿Habéis enviado tras de mí?

—Sí, querido amigo, disgustado por haberos hecho correr en vano; pero a eso de las siete vino el limosnero de San Paterno, que encontró a Du Vallon que se marchaba. No queriendo despertar a nadie, le encargó me dijera que temiendo que el señor Gétard le jugase una mala pasada en su ausencia, aprovechaba la marea de la mañana para volver a Belle-Île.

—Mas, decidme: Goliat no habrá atravesado las cuatro leguas del mar.

—Son seis leguas —dijo Aramis.

—Pues con más motivo.

—Así es, querido —dijo el prelado con dulce sonrisa—, que Goliat está en la cuadra, y aseguro que muy satisfecho de no tener a Porthos sobre el lomo.

Efectivamente, el caballo había vuelto desde el primer descanso por los cuidadores del prelado, a quien no se le escapaba ningún detalle.

D'Artagnan pareció muy satisfecho de la explicación:

Empezaba un papel de disimulo que convenía, perfectamente a las sospechas que cada vez se fijaban más en su ánimo.

Luego, almorcó entre el jesuita y Aramis, teniendo al padre dominico enfrente, a quien sonreía con particularidad.

La comida fue larga y suculenta: vino generoso de España, ostras de Morbihan, pescados exquisitos de la embocadura del Loira, enormes cercetas de Paimboeuf y caza delicada del contorno.

D'Artagnan comió con apetito y bebió poco.

Aramis no bebió nada, y si bebió, fue agua.

Cuando concluyeron el almuerzo, dijo D'Artagnan al obispo:

—¿No me habéis ofrecido un arcabuz?

—Sí.

—Prestádmelo.

—Deseáis cazar?

—Puedo hacer nada mejor esperando a Porthos?

—Coged el que gustéis en la sala de armas.

—Venís conmigo?

—¡Ah! Querido amigo, tendría un gran placer; pero la caza está prohibida a los obispos.

—¡Ah! —dijo D'Artagnan—. Lo ignoraba.

—Además —continuó Aramis—, tengo que hacer hasta mediodía.

—¿Conque iré solo? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, pero volved a la hora de comer.

—¡Pardiez! Se come demasiado bien en vuestra casa para que no vuelva.

Luego saludó a los convidados y tomó el arcabuz; pero, en vez de cazar, corrió de echo al puerto de Vannes.

Miró atrás por si lo seguían, más no vio a nadie.

Y era verdad que nadie lo seguía; pero un hermano jesuita, colocado en lo alto del campanario de su iglesia y valiéndose de un anteojito, no había perdido desde por la mañana ni uno solo de sus pasos.

—A las once y media ya sabía Aramis que D'Artagnan fletaba a las once un barco pesquero y que bogaba hacia Belle-Île.

El viaje de D'Artagnan fue rápido, pues empujaba su embarcación con buen viento Nordeste.

Mientras se acercaba, sus ojos interrogaban la costa, queriendo ver en la ribera o por encima de las fortificaciones el brillante vestido de Porthos y su enorme estatura destacándose sobre un cielo ligeramente nebuloso.

Pero todo fue inútil; desembarcó sin haber visto nada y supo del primer soldado a quien preguntó, que el señor Du Vallon todavía no había vuelto de Vannes.

Entonces, sin perder un instante, ordenó D'Artagnan a su barca que volviera a Sarzeau.

Sabido es que el viento varía en las diversas horas de la mañana; de modo que, habiendo pasado de Nordeste a Sudeste, era tan bueno para volver a Sarzeau como lo había sido para el viaje de Belle-Île. En tres horas tocó D'Artagnan el continente y otras dos le bastaron para llegar a Vannes.

No obstante la rapidez de la carrera, lo que D'Artagnan devoró de impaciencia y de despecho durante la travesía, sólo el puente del buque, sobre el cual pateó tres horas, pudiera contarla a la historia.

El mosquetero dio un salto desde el muelle en que desembarcó, al palacio episcopal.

Contaba con aterrizar a Aramis por la prontitud de su vuelta, y quería echarle en cara su duplicidad con reserva, mas con bastante ingenio para hacerle sentir todas las consecuencias arrancándole una parte de su secreto.

Confiaba, por último, gracias a esa viveza de expresión, que es a los misterios lo que una carga a la bayoneta a los reductos, conducir al misterioso Aramis a una manifestación cualquiera.

Pero en el vestíbulo del palacio halló al ayuda de cámara que le cerraba el paso, sonriéndole con arrebato.

—¡Y Su Ilustrísima! —exclamó D'Artagnan apartándolo con la mano.

—¡Su Ilustrísima! —dijo recobrando su aplomo, perdido por el empuje de D'Artagnan.

—Sin duda, ¿no me conoces acaso, necio?  
—Si tal; sois el caballero de D'Artagnan.  
—Entonces, déjame pasar.  
—Es inútil.  
—¿Por qué?  
—Porque no está en casa.  
—¡Cómo! ¡No está en casa! Pues, ¿dónde está?  
—Ha marchado.  
—¿A dónde?  
—No lo sé; pero tal vez se lo diga al señor caballero.  
—¿Cómo? ¿Dónde? ¿De qué modo?  
—En ésta epístola que para vos me ha entregado.  
Y el ayuda de cámara sacó una carta del bolsillo.  
—¡Dámela, belitre! —dijo D'Artagnan arrancándosela de las manos—. ¡Oh!  
Sí, lo comprendo —continuó a la primera linea.  
Y leyó a media voz:

*Amigo,*

*Un negocio urgentísimo me llama a una de las parroquias de mi diócesis. Esperaba veros antes de marchar; mas pierdo la esperanza, pensando que estaréis dos o tres días en Belle-Île con nuestro amigo.*

*Adiós, querido; creed que siento mucho no haberme aprovechado mejor y más largo tiempo de vuestra compañía.*

—¡Voto a bríos! —exclamó D'Artagnan—. He sido burlado. ¡Ah! ¡Pécora, bruto y tres veces tonto! ¡Oh! ¡Engañado como un mono a quien se: da una nuez vacía!

Y sacudiendo una puñada en el hocico siempre risueño del ayuda de cámara, se lanzó fuera del palacio episcopal.

Por muy buen trotador que fuera Furet, no estaba a la altura de las circunstancias.

D'Artagnan llegó a la casa de postas y escogió un caballo, al que hizo ver con unas buenas espuelas y una mano suave, que no son los ciervos los corredores más ágiles de la creación.

## Capítulo LXXIII

---

Donde D'Artagnan corre, Porthos ronca y Aramis aconseja

Treinta o treinta y cinco horas después de los acontecimientos que acabamos de referir, y cuando el señor Fouquet, según su costumbre; se había encerrado a laborar en aquel gabinete de su casa de Saint Mandé que ya conocemos, una carroza, tirada por cuatro caballos bañados en sudor, entraba al galope en el patio.

Aquella carroza era probablemente esperada; porque tres o cuatro lacayos se precipitaron a la portezuela y la abrieron. Mientras el señor Fouquet se levantaba de su bufete y corría a la ventana, un hombre salía penosamente de la carroza, bajando con dificultad los tres escalones del estribo y apoyándose en el hombro de los lacayos.

Apenas dijo su nombre, el lacayo sobre quien se apoyaba se lanzó hacia la escalinata y desapareció en el vestíbulo.

Este hombre iba a avisar a su amo; mas no tuvo necesidad de llamar a la puerta, Fouquet estaba de pie en el umbral.

—Su Ilustrísima el obispo de Vannes —dijo el lacayo.

—¡Bien! —respondió Fouquet.

E inclinándose sobre la barandilla de la escalera, cuyos primeros peldaños empezaba a subir Aramis:

—¿Vos, querido amigo —dijo—, tan pronto?

—Sí, yo mismo; más molido y estropeado, como veis.

—¡Oh! Pobre amigo mío —dijo Fouquet presentándole su brazo, sobre el cual se apoyaba Aramis, en tanto que los servidores se apartaban con respeto.

—¡Bah! —respondió Aramis—. Esto no es nada; lo principal era llegar, y he llegado.

—Hablad pronto —dijo Fouquet, cerrando la puerta del gabinete.  
¿Permanecemos solos?

—Completamente solos.

—¿No puede escucharnos nadie? ¿No puede oírnos alguno?

—Estad tranquilo.

—¿Ha llegado el señor Du Vallon?

—Ha llegado.

—¿Y habéis recibido mi carta?

—Sí; el asunto es grave, a lo que parece, puesto que necesita vuestra presencia en París en un momento tan crítico allá.

—Es verdad; no puede ser más grave.

—Gracias, gracias. ¿De qué se trata?

—Pero, por Dios, respirad antes de todo, querido amigo; estáis pálido.

—Padezco, en efecto; pero, por favor, no os cuidéis de mí. ¿El señor Du Vallon no os ha dicho nada al entregaros la carta?

—No; oí un gran ruido, me asomó a la ventana, y vi una especie de caballero de mármol; bajé, me tendió la carta, y cayó muerto su caballo.

—Pero ¿y él?

—El también cayó con el caballo, y lo levantaron para conducirlo a las habitaciones; leí la carta y he querido subir a fin de tener noticias más extensas; pero estaba dormido de tal manera, que no ha sido posible despertarlo. Tuve lástima de él y mandé que le quitasen las espuelas y le dejarasen tranquilo.

—Bien; oíd ahora de lo que se trata, señor: Habéis visto al señor de D'Artagnan en París, ¿no es verdad?

—Ciertamente; y es un hombre de talento y aun de corazón; por más que haya hecho matar a nuestros dos amigos Lyodot y Eymeris.

—¡Ah! Sí, ya lo sé; he encontrado en Tours el correo que llevaba la carta de Gourville y los despachos de Pelisson. ¿Habéis reflexionado bien este acontecimiento, señor?

—Sí.

—¿Y habéis comprendido que era un ataque directo a vos?

—¿Eso creéis?

—¡Oh! Sí, lo creo.

—Pues bien, lo diré: también me había ocurrido esa idea sombría.

—No os ceguéis, señor, en nombre del Cielo; escuchadme; vuelvo al señor D'Artagnan.

—Hablad.

—¿En qué circunstancias le habéis visto?

—Vino a buscar dinero.

—¿Con qué orden?

—Con un libramiento del rey.

—¿Directo?

Firmado por Su Majestad. Pues bien, D'Artagnan ha ido a Belle-Île disfrazado; pasaba por mayordomo encargado de comprar salinas para su amo. Pero D'Artagnan no tiene más amo que el rey; iba enviado por él y vio a Porthos.

—¿Quién es Porthos?

—Perdón, me he equivocado; vio al señor Du Vallon en Belle-Île, y sabe que está fortificada.

—Y creéis que el rey le habrá enviado? —dijo Fouquet pensativo.

—Indudablemente.

—Y D'Artagnan en manos del rey; ¿es un instrumento peligroso?

—El más peligroso de todos.

—Así lo juzgué a primera vista. ¿Cómo es eso?

—Quise atraérmelo.

—Si juzgasteis que es el hombre más intrépido de Francia, el más listo y el más sagaz, juzgasteis bien.

—¡Hay que tenerlo a toda costa!

—¿A D'Artagnan?

—¿No es vuestro parecer?

—Es mi parecer; mas no lo tendréis.

—¿Por qué?

—Porque hemos dejado pasar el tiempo; estaba indisposto con la Corte, y era necesario haberse aprovechado de esta indisposición; después ha pasado a Inglaterra, donde ha contribuido poderosamente a la restauración, ha ganado una fortuna, y, por último, ha entrado al servicio del rey. Pues bien, si ha entrado al servicio del rey, es porque le han pagado bien.

—Le pagaremos mejor, y asunto concluido.

—¡Oh! D'Artagnan tiene palabra, y una vez empeñada permanece donde está.

—¿Y qué deducís de eso? —dijo Fouquet.

—Que por el momento se trata de parar un golpe terrible.

—¿Y cómo lo pararéis?

—D'Artagnan ha de venir a dar cuenta de su misión al rey.

—¡Oh! Tenemos tiempo para pensar.

—¿Cómo es eso?

—Me parece que traeréis buena delantera.

—Diez horas, poco más o menos.

—Bien, en diez horas... —Aramis movió su pálida, cabeza—. ¿Veis esas nubes que corren por el firmamento, y esas golondrinos que hienden el arre? Pues D'Artagnan va más deprisa que la nube y que el pájaro; D'Artagnan es el viento que los arrastra.

—¡Vamos!

—Os aseguro que ese hombre tiene algo de sobrehumano, señor: es de mi edad, y lo conozco hace treinta y cinco años.

—Bien, ¿y qué?

—Oíd mi cálculo, señor; yo os envié al señor Du Vallon a las dos de la mañana y me llevaba ocho horas de delantera. ¿Cuándo llegó el señor Du Vallon?

—A las cuatro aproximadamente. Ya veis que he ganado cuatro horas, a pesar de que Porthos es un jinete duro, que ha matado ocho caballos en el camino y cuyos cadáveres he hallado. Yo he corrido la costa cincuenta leguas, pero tengo gota, mal de piedra, ¡qué sé yo! De suerte que me mata la fatiga. He tenido que pararme en Tours, y, rodando después en una carrozas casi muerto, al galope de cuatro caballos furiosos, he llegado ganando cuatro horas a Porthos; pero ya veis, D'Artagnan no pesa lo que Porthos: Aquél no tiene ni gota ni piedra, como yo, ni es un jinete, sino un centauro; D'Artagnan, que salía para Belle-Île cuando yo para París, a pesar de las diez horas de delantera que le llevo, llegará dos horas después que yo.

—Pero ¿y los accidentes?

—No hay accidentes para él.

—¿Y si le faltan caballos?

—Correrá más que los caballos.

—¡Qué hombre, Dios santo!

—Sí, es un hombre a quien amo y admiro; lo quiero porque es bueno, grande y leal; lo admiro porque representa para mí el punto culminante del poder humano; mas, al propio tiempo que lo quiero y admiro, le temo. De modo, señor, que dentro de dos horas estará aquí D'Artagnan; tomadle la delantera, corred al Louvre, y ved al rey antes que él vea a D'Artagnan.

—¿Y qué he de decir al rey?

—Nada; cedidle Belle-Île.

—¡Oh! ¡Señor de Herblay, señor de Herblay! —murmuró Fouquet—. ¡Cuántos proyectos trastornados de repente!

—Después de un proyecto abortado, siempre queda otro que llevar adelante, no desesperemos, y marchad; señor, marchad.

—Pero esa guarnición tan bien conquistada la relevará el rey al instante.

—Esa guarnición, señor, era del rey antes de entrar en Belle-Île y ahora es vuestra; lo mismo sucederá con todas a los quince días de su ocupación. Dejad obrar, señor... ¿Existe inconveniente en tener un ejército vuestro al cabo de un año en lugar de uno o dos regimientos? ¿No veis que esa guarnición os dará partidarios en La Rochela, en Nantes, en Burdeos, en Tolosa, y en todas partes donde la envíen? Id a ver al rey, señor, que el tiempo urge; mientras nosotros lo perdemos, D'Artagnan viene volando como una flecha.

—Señor de Herblay, no ignoráis que vuestra palabra es un germen que

fructifica en mi pensamiento; voy al Louvre.

—Al instante, ¿no es verdad?

—No os ido más tiempo que el preciso para mudar de vestido. Recordad que D'Artagnan no tiene precisión de pasar por Saint Mandé, sino que irá derecho al Louvre.

—D'Artagnan puede tenerlo todo menos mis caballos ingleses; en veinticinco minutos estoy en el Louvre.

Fouquet ordenó la marcha sin perder un momento; Aramis sólo tuvo tiempo para, decirle:

—Volved al instante, porque os aguardo con impaciencia.

Cinco minutos después, marchaba el superintendente hacia París. Durante este tiempo se hacía indicar Aramis la habitación en que descansaba Porthos.

A la puerta del gabinete de Fouquet le abrazó Pelisson, que acababa de saber su llegada y había dejado el bufete para verlo.

Aramis recibió con aquella dignidad afectuosa, que tan bien sabia tomar, estas caricias tan respetuosas como entusiastas; mas; deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué oigo allá arriba?

Oíase, efectivamente, un ronquido sonoro; semejante al de un tigre hambriento o al de un león impaciente.

—¡Oh! No es nada —dijo Pelisson riendo.

—Pero.

—Es el señor Du Vallon que ronca.

—En efecto —dijo Aramis—, nadie más que él es capaz de hacer tal ruido. ¡Permitíss, Pelisson, que me entere de si le falta algo?

—¿Y permitíss vos que yo os acompañe?

Y ambos entraron en la habitación.

Porthos estaba tendido sobre un lecho, la cara amoratada mas bien que roja, los ojos hinchados, la boca abierta. El rugido que se escapaba de las profundas cavidades de su pecho hacia vibrar los marcos de las ventanas. Las piernas y los pies hercúleos de Porthos habían hecho estallar, hinchándose sus botas de cuero; toda la fuerza de su enorme cuerpo habíase convertido en una rigidez de piedra. Porthos no se movía más que el gigante de granito acostado en la llanura de Agrigento.

Por orden de Pelisson, un ayuda de cámara ocupóse en cortarle las botas, porque ningún poder del mundo hubiera podido arrancárselas.

Cuatro lacayos lo habían intentado en vano, tirando de ellas como de cabrestantes.

Ni siquiera lograron despertar a Porthos:

Quitáronle las botas a tiras, y cayeron sus piernas sobre el lecho; le cortaron el Testo de sus vestidos, lo llevaron a un baño, donde estuvo una hora;

envolviéronlo en un lienzo blanco y lo introdujeron en una cama caliente, todo con esfuerzos y trabajos que hubieran incomodado a un muerto, pero que ni siquiera hicieron abrir un ojo a Porthos; ni interrumpieron un instante el órgano formidable de sus ronquidos.

Aramis, de naturaleza seca y nerviosa, armado de un valor exquisito, quería por su parte desafiar el cansancio y trabajar con Gourville y Pelisson; pero se desmayó en la misma silla donde se obstinaba en permanecer.

De allí lo levantaron para llevarlo a una cámara contigua, donde el reposo del lecho devolvió la calma al cerebro.

## Capítulo LXXIV

---

Donde el señor Fouquet obra

Mientras tanto Fouquet corría hacia el Louvre al galope tendido de su tiro inglés.

El rey trabajaba con Colbert. De pronto quedó el rey pensativo: aquellas dos sentencias de muerte que había firmado al subir al trono, se presentaban de cuando en cuando en su memoria.

—Señor —dijo al intendente—. A veces creo que esos dos hombres que habéis hecho condenar no eran tan grandes culpables.

—Majestad, fueron elegidos entre la multitud de arrendadores que había necesidad de diezmar.

—¿Elegidos por quién?

—Por la necesidad, Majestad —respondió Colbert secamente.

—¡La necesidad! ¡Gran palabra! murmuró el joven rey!

—Grandiosa, Majestad.

—Eran dos amigos muy adictos al superintendente, ¿no es verdad?

—Majestad, dos amigos que hubieran dado su vida por el señor Fouquet.

—Y la han dado, señor —dijo el rey.

—Es verdad, pero inútilmente, por fortuna, lo cual no era su intención.

—¿Cuánto dinero habían derrochado esos hombres?

—Diez millones, poco más o menos, de los cuales se les han confiscado seis.

—¿Y esa suma está en mis cajas? —preguntó el rey con repugnancia.

—Allí está, Majestad; pero, por más que esta confiscación haya amenazado al señor Fouquet, no le ha alcanzado.

—¿Y qué deducís, señor Colbert?

—Que si el señor Fouquet subleva contra Vuestra Majestad una tropa de

facciosos para arrancar a sus amigos del tormento, sublevará un ejército cuando se trate de librarse él mismo del castigo.

El rey lanzó sobre su confidente una de esas miradas que se parecen al fuego de un relámpago de tempestad; una de esas miradas, que van a iluminar las tinieblas de las más profundas conciencias.

—Me sorprende —dijo—, que pensando tales cosas del señor Fouquet no me deis ningún consejo.

—¿Qué consejo, Majestad?

—Decidme primero, claramente, exactamente, lo que pensáis, señor Colbert.

—¿Sobre qué?

—Sobre la conducta del señor Fouquet.

—Me parece, Majestad, que no contento el señor Fouquet con atraer a sí todo el dinero, coma hacia el señor Mazarino, y privar por este medio a Vuestra Majestad de una parte de su poder, desea también atraer a sí a todos los amigos de la vida fácil y de los placeres, todo lo que los holgazanes llaman poesía, y los políticos corrupción; pienso que asalariando a los súbditos de Vuestra Majestad usurpa algo de la prerrogativa regia, y si esto continúa así, no puede tardar en relegar a Vuestra Majestad entre los débiles y los oscuros.

—¿Cómo se califican todos esos proyectos, señor Colbert?

—Los proyectos del señor Fouquet?

—Se les llama crímenes de lesa majestad.

—¿Y qué debe hacerse con los criminales de lesa majestad?

—Se les arresta, se les juzga, y se les castiga.

—Estáis seguro de que el señor Fouquet ha tenido el pensamiento del crimen que le imputáis?

—Diré más, Majestad; ha habido principio de ejecución.

—Pues bien, vuelvo a lo que decía, señor Colbert.

—¿Y qué decíais, Majestad?

—Dadme un consejo.

—Perdón, Majestad, pero antes tengo algo que añadir.

—Decid.

—Una prueba evidente, palpable; material, de traición.

—¿Cuál?

Acabo de saber que el señor Fouquet hace fortificar a Belle-Île-en-Mer.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, Majestad.

—Estáis seguro?

—Perfectamente. ¿Sabéis, Majestad, cuántos soldados hay en Belle-Île?

—Yo, no; ¡y vos?

—Lo ignoro, Majestad; y deseaba proponer a Vuestra Majestad que enviase a alguien a Belle-Île.

—¿A quién?

—A mí, por ejemplo.

—¿Y qué haríais allá?

—Informarme de si es verdad que, a ejemplo de los antiguos señores feudales, el señor Fouquet hace reparar sus murallas.

—¿Y con qué objeto?

—Con objeto de defenderse un día contra su rey.

—Pues si es así, señor Colbert, hay que hacer al instante lo que decáis; es preciso prender al señor Fouquet:

—¡Imposible!

—Creo haber dicho, ya, señor, que quedaba suprimida esa palabra en mi servicio.

—El servicio de Vuestra Majestad no impide que el señor Fouquet sea superintendente general.

—¿Y qué?

—Y que, por lo tanto, tenga por suyo todo el Parlamento, como tiene todo el ejército por su generosidad, toda la literatura por sus gracias, y toda la nobleza por sus regalos.

—Es decir, pues, que yo ¡nada puedo contra el señor Fouquet?

—Nada, absolutamente, al menos por ahora.

—Sois un consejero estéril, señor Colbert.

—¡Oh! No, Majestad, porque no me limitaré a enseñar el peligro. ¡Veamos! ¿Por dónde se puede minar al coloso? ¡Veamos!

El rey se echó a reír amargamente.

—Ha crecido por el dinero; matadlo por el dinero, Majestad.

—¿Y si le quitara su cargo?

—Mal medio.

—¿Pues cuál es el bueno, entonces?

—Arruinarlo, Majestad, os lo aconsejo.

—¿Cómo?

—No os faltarán ocasiones, aprovechaos de todas ellas.

—Indicádmelas.

—He aquí una en primer lugar. Su Alteza Real Monsieur va a casarse, y sus bodas deben ser magníficas. Esta es una excelente ocasión para que Vuestra Majestad le pida un millón a Fouquet, y él, que paga de una vez veinte mil libras cuando sólo debe cinco mil, encontrará fácilmente ése millón que le pide Vuestra Majestad.

—Corriente; se lo pediré —dijo Luis XIV.

—Si Vuestra Majestad quiere firmar la ordenanza, yo mismo haré cobrar el dinero.

Y Colbert puso un papel delante del rey y le dio una pluma.

En aquel momento entreabrió la puerta el ujier y anunció al señor superintendente.

Luis palideció.

Colbert dejó caer la pluma y se apartó del rey. El superintendente hizo su entrada como hombre de Corte, a quien basta una sola ojeada para apreciar la situación.

Tal situación no era tranquilizadora para Fouquet, cualquiera que fuese la conciencia de su fuerza. El ojillo negro de Colbert, dilatado por la envidia, y el ojo límpido de Luis XIV, inflamado por la ira, señalaban un peligro inminente.

Son los cortesanos para las murmuraciones de Corte, como los soldados viejos, que perciben al través de los rumores del viento y del follaje el resonar lejano de los pasos de una tropa armada; pueden, después de haber escuchado, asegurar cuántos hombres marchan, cuántas armas resuenan, y cuántos cañones ruedan.

Fouquet no tuvo más que interrogar al silencio, y halló en él amenazadoras revelaciones.

El rey le dio tiempo para adelantarse hasta la mitad de la sala, y Fouquet se aprovechó de tan propicia ocasión.

—Majestad —dijo—, estaba impaciente por ver al rey.

—¿Y por qué? —preguntó Luis.

—Para anunciarle una buena noticia.

A excepción de la grandeza de la persona y de la generosidad de corazón, Colbert se parecía en muchos puntos a Fouquet. La misma penetración, el mismo hábito de los hombres. Además; esa gran fuerza de concentración que da a los hipócritas tiempo de reflexionar y prepararse para una salida. Adivinó que Fouquet se adelantaba al golpe que iba a darle. Sus ojos brillaron.

—¿Qué noticia? —dijo el rey.

Fouquet puso un rallo de papel sobre la mesa.

—Tenga Vuestra Majestad la bondad de examinar este trabajo —dijo.

El rey deslió lentamente el rollo.

—¿Planos? —dijo.

—Sí, Majestad.

—¿Y qué planos son éstos?

—Una reciente fortificación, Majestad.

—¡Ah! ¡ah! —dijo el rey—. ¿Os ocupáis de táctica y de estrategia, señor Fouquet?

—Me ocupo de todo lo que puede ser provechoso al servicio de Vuestra Majestad —replicó Bouquet.

—¡Magníficos trazas! —dijo el rey examinando el dibujo.

—Vuestra Majestad comprenderá, sin duda —dijo Fouquet inclinándose sobre el papel—; aquí se encuentra el cinturón de muralla, aquí los fuertes, aquí las

obras avanzadas.

—¿Y qué es esto que veo?

—El mar.

—¿El mar todo alrededor?

—Sí, Majestad.

—¿Y qué plaza es ésta cuyos planos me mostráis?

—Belle-Île-en-Mer —replicó Fouquet con sencillez.

A este nombre hizo Colbert un movimiento tan marcado, que el rey cayóse, como para recomendarle reserva.

Fouquet fingió no advertir el movimiento de Colbert ni la seña del rey.

—De modo que habéis hecho fortificar a Belle-Île? —continuó Luis.

—Sí; Majestad; y traigo a Vuestra Majestad los diseños y las cuentas; he gastado en esta operación un millón seiscientas mil libras.

—¿Y para qué? —replicó secamente Luis, que había tomado la iniciativa en una mirada rencorosa del intendente.

—Para un objeto y fácil de comprender —contestó Fouquet: Vuestra Majestad está algo frío con la Gran Bretaña.

—Sí; pero, desde la restauración de Carlos II he hecho alianza con ella.

—De eso hace un mes, Majestad, y hace más de seis que empezaron las fortificaciones de Belle-Île.

—Luego ya son inútiles.

—Majestad, las fortificaciones jamás son inútiles. Yo fortifiqué a Belle-Île contra Monk, Lambert y todos esos, plebeya de Londres que jugaban a los soldados, y, ahora estará fortificada contra los holandeses, a quienes Vuestra Majestad o la Gran Bretaña no puede menos de hacer la guerra.

—¿Me parece que Belle-Île es propiedad vuestra, señor Fouquet?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿de quién?

—De vuestra Majestad.

Colbert se aterrorizó, como si se hubiese abierto un precipicio a sus pies.

Luis se estremeció de admiración, ya por el genio, ya por la adhesión de Fouquet.

—Explícales, señor —dijo.

—Nada más fácil, Majestad. Belle-Île es una tierra que me pertenece, y la he fortificado a mis expensas. Mas como nada en el mundo se opone a que el súbdito haga un presente humilde a su rey, yo ofrezco a Vuestra Majestad la propiedad de la tierra, de la que me dejará el usufructo. Belle-Île, plaza de guerra, debe ser ocupada por el rey, Vuestra Majestad podrá tener en ella guarnición segura.

Colbert comenzó a resbalar hacia el suelo, y tuvo necesidad de afianzarse en los muebles para no caer.

—Habéis demostrado aquí una gran habilidad de hombre de guerra —dijo Luis XIV.

—Majestad; la iniciativa no ha salido de mí; me la han inspirado muchos oficiales. Los planos mismos han sido hechos por un ingeniero de los más excelentes.

—¿Su nombre?

—El señor Du Vallon.

—¿El señor Du Vallon? —repitió Luis—. No le conozco. Es enfadoso, señor, Colbert —continuó—, que yo no conozca el nombre de los hombres de talento que honran a mi reino.

Y diciendo estas palabras; volvióse hacia Colbert.

Este sentíase anonadado; el sudor le corría por la frente, no se le ocurría ninguna palabra; sufria un martirio inexplicable.

—Retendréis ese nombre —añadió Luis XIV.

Colbert se inclinó, más pálido que sus puños de encaje de Flandes. Fouquet continuó:

—La albañilería es de almáciga romana, compuesta por los arquitectos según los relatos de la antigüedad.

—¿Y los cañones? —preguntó Luis:

—¡Oh! Eso concierne a Vuestra Majestad; no me corresponde meter cañones en mi casa, sin que Vuestra Majestad diga que es suya.

Luis empezaba a fluctuar, indeciso entre el odio que lo inspiraba aquel hombre tan poderoso y la lástima de aquel otro hombre abatido, que le parecía la contrafigura del primero.

Mas la conciencia de su deber de rey lo fijó en sus sentimientos de hombre:

—Ejecutar estos planos ha debido costaros mucho dinero —dijo, poniendo un dedo encima.

—Creo haber tenido la honra de decir la cifra a Vuestra Majestad.

—Repetidla, la he olvidado.

—Un millón seiscientas mil libras.

—¡Un millón seiscientas mil libras! Sois muy rico, señor Fouquet.

—Vuestra Majestad es el rico —dijo el ministro—, puesto que Belle-Île es vuestra.

—Sí, gracias; pero por rico que sea, señor Fouquet...

El rey se detuvo.

—¿Qué, Majestad? —preguntó el superintendente.

—Preveo el momento en que no gastaré dinero.

—¿Vos, Majestad?

—Sí, yo.

—¿Y en qué momento?

—Mañana, por ejemplo.

—Hágame Vuestra Majestad el honor de explicarse.  
—Mi hermano se casa con Madame de Inglaterra.

—¿Y qué, Majestad?

—Y debo hacer a la joven princesa una recepción digna de la nieta de Enrique IV.

—Muy justo, Majestad.

—Luego tengo necesidad de dinero.

—Indudablemente.

—Y necesitaré...

Luis XIV titubeó. La cantidad que iba a pedir era precisamente la que se había visto obligado a negar a Carlos II.

Y se volvió hacia Colbert a fin de que diese el golpe.

—Y necesitaré mañana... —repitió mirando a Colbert.

—Un millón —dijo éste brutalmente, encantado de tomar el desquite.

Fouquet volvía la espalda para escuchar al rey. Sin moverse lo más mínimo, esperó a que el rey repitiese, o mejor, murmurase:

—Un millón.

—¡Oh! Majestad —contestó desdeñosamente Fouquet—. ¡Un millón! ¿Qué hará Vuestra Majestad con un millón?

—Me parece... —dijo Luis XIV—. Eso es lo que se gasta en las bodas de cualquier principillo de Alemania.

—Señor... Vuestra Majestad necesita dos millones lo menos. Sólo los caballos importarán quinientas mil libras. Tendré el honor de enviar a Vuestra Majestad esta noche un millón seiscientas mil libras.

—¿Cómo! —dijo el rey—. ¡Un millón seiscientas mil libras? —dijo.

—Majestad —respondió Fouquet sin volverse hacia Colbert—, sé que faltan cuatrocientas mil. Pero ese señor de la Intendencia... —y por encima del hombro indicó con el pulgar a Colbert, que estaba pálido— tiene en Caja novecientas mil libras. El rey se volvió a Colbert.

—Pero... —dijo éste.

—El señor —continuó Fouquet, hablando siempre indirectamente a Colbert— ha recibido hace ocho días un millón seiscientas mil libras; ha pagado cien mil a los guardias, setenta y cinco mil a los hospitales, veinticinco mil a los suizos, ciento treinta mil de víveres, trescientas sesenta mil de armamento y diez mil de gastos menudos; luego no me equivoco al decir que le quedan novecientas mil.

Volviéndose entonces a medias hacia Colbert, como hace un jefe desdenoso con un inferior, dijo:

—Cuidad de que esas novecientas mil libras sean remitidas en oro a Su Majestad esta misma noche.

—Entonces —dijo el rey— serán dos millones quinientas mil libras.

—Majestad, las quinientas mil libras que sobran serán para el bolsillo de Su

Alteza Real. ¿Oís, señor Colbert? Esta noche antes de las ocho.

Y, saludando al rey con respeto, el superintendente hizo hacia atrás su salida, sin honrar siquiera con una mirada al envidioso, cuya cabeza acababa de cortar a medias.

Colbert desgarró de rabia sus puños de encaje, y se mordió los labios hasta sangrar.

Aún no estaba Fouquet en la puerta del gabinete, cuando pasando el ujier a su lado, dijo:

—Un correo de Bretaña para Su Majestad.

—Tenía razón el señor de Herblay —pensó Fouquet sacando su reloj—, una hora cincuenta y cinco minutos. ¡Ya era tiempo!

---

Tomo 2

Diez años después

---

## Capítulo I

---

D'Artagnan le echa al fin la mano a su despacho de capitán

El mensajero era fácil de reconocer.

Era D'Artagnan, con el traje lleno de polvo, el rostro inflamado, los cabellos goteando sudor y las piernas contraídas; levantaba penosamente los pies a la altura de cada escalón, en los cuales resonaban sus ensangrentadas espuelas.

En el instante mismo en que atravesaba el umbral vio a Fouquet. Éste saludó con una sonrisa a quien una hora antes le traía la ruina o la muerte.

D'Artagnan encontró en su bondad de alma y él su inextinguible vigor corporal bastante presencia de espíritu para recordar la buena acogida de aquel hombre, y también le saludó, más bien por benevolencia y por piedad que por respeto.

Y sintió en sus labios esta palabra que fue repetida tantas veces al duque de Guisa:

—¡Huid!

Mas pronunciar esta palabra era hacer traición a una causa; decirla en el gabinete del rey y delante de un ujier, era perderse gratuitamente sin salvar a nadie.

D'Artagnan se contentó con saludar a Fouquet, sin hablarle, y entró. En el mismo momento fluctuaba el rey entre la sorpresa que acababan de producirle las últimas palabras de Fouquet y el placer de la vuelta de D'Artagnan.

Sin ser cortesano, tenía D'Artagnan la mirada tan rápida y segura como si lo fuese.

Al entrar leyó la humillación devoradora en la frente de Colbert. Y aún pudo oír estas palabras, que le decía el rey:

—¡Ah, señor Colbert! ¿Conque teníais novecientas mil libras en la

superintendencia?

Colbert, sofocado, se inclinaba sin responder.

Toda esta escena entró a la vez en el ánimo de D'Artagnan por los ojos y los oídos.

Las primeras palabras de Luis XIV a su mosquetero, como si hubiese querido hacer contraste con lo que decía en aquel momento, fue un «buenos días» afectuoso.

Las segundas, un adiós a Colbert. Este salió del gabinete, lúcido y vacilante; mientras D'Artagnan se retorcía las guías del bigote.

—Me place ver ese desorden en uno de mis servidores —dijo el rey admirando el marcial continente del traje de su enviado.

—Efectivamente, Majestad —dijo D'Artagnan—, he creído que mi presencia era bastante necesaria en el Louvre, para permitirme, presentarme así.

—¿Me traéis grandes noticias, señor? —preguntó el rey sonriendo. Majestad, he aquí la cosa en breves palabras:

Belle-Île está fortificada, admirablemente fortificada; tiene una muralla doble, una ciudadela y dos fuertes avanzados; en el puerto hay tres corsarios; y las baterías de la costa sólo espesan los cañones.

—Sé todo eso, señor —respondió el rey.

—¡Ah! ¿Vuestra Majestad sabe todo eso? —exclamó el mosquetero estupefacto.

—Tengo el plano de las fortificaciones de Belle-Île —dijo el rey.

—¿Vuestra Majestad tiene el plano?

—Miradlo.

—Efectivamente, Majestad —dijo D'Artagnan—; éste es, sin duda, y allá he visto otro igual.

Obscureciéronse la frente de D'Artagnan, y añadió:

—¡Ah! Ya comprendo; Vuestra Majestad no se ha fiado de mí sólo; y ha enviado a otro —dijo con tono de reproche.

—¿Y qué importa, señor, la manera con que lo haya sabido, con tal de que lo sepa?

—Nada, Majestad —repuso el mosquetero, sin pretender ocultar su descontento—; pero me permitiré decir a Vuestra Majestad que no valía la pena hacerme correr tanto y exponerme veinte veces a romperme las costillas, para saludarme al llegar aquí con semejante noticia. Majestad, cuando se desconfía de los hombres, o cuando se les cree incapaces, no se les emplea.

Y D'Artagnan, con un movimiento militar, dio un golpe con el pie e hizo caer en el entarimado un polvo ensangrentado.

El rey lo miraba y gozaba interiormente de su primer triunfo.

—Señor —dijo al cabo de un instante—; no sólo me es conocida Belle-Île, sino que es mía...

—Bueno, Majestad; yo no os pregunto nada —respondió D'Artagnan—. ¡Mi licencia!

—¡Cómo! ¿Vuestra licencia?

—Sin duda. Soy demasiado orgulloso para comer el pan del rey sin ganarlo, o, más bien, ganándolo mal. ¡Mi licencia, Majestad!

—¡Oh! ¡Oh!

—Mi licencia, o me la tomo yo.

—¿Os incomodáis, señor?

—Hay motivos; ¡vive Dios! ¡Estoy a caballo treinta y dos horas, corriendo día y noche, hago prodigios de ligereza, llego tieso como un ahorcado, y otro me toma la delantera! ¡Vamos, soy un pigmeo! ¡Mi licencia, Majestad!

—Señor D'Artagnan —dijo Luis XIV apoyando su blanca mano en el polvoriento brazo del mosquetero—; lo que acabo de decir no influye para nada en lo que os he prometido. Palabra dada, palabra cumplida.

Y el joven rey fue derecho a su mesa, abrió un cajón, y sacó un papel plegado en cuatro dobleces.

—Este es vuestro despacho de capitán de los mosqueteros; lo habéis ganado, señor de D'Artagnan.

D'Artagnan abrió con viveza el papel y lo miró dos veces, sin dar crédito a sus ojos.

—Y se os da ese despacho —continuó el rey—, no sólo por vuestro viaje a Belle-Île, sino también por vuestra valerosa intervención en la plaza de la Grève. Muy bien me servisteis allí.

—¡Ah! ¡ah! —murmuró D'Artagnan, sin que el poder que tenía sobre sí mismo pudiera impedir que cierto rubor le subiese a los ojos—. ¿También sabéis eso, Majestad?

—Sí, lo sé.

El rey tenía la mirada penetrante Y el juicio infalible cuando se trataba de leer en una conciencia.

—Tenéis algo que decir y calláis —dijo al mosquetero—. Vacuos, hablad francamente, señor; ya os he dicho, una vez por todas, que tuvieseis franqueza conmigo. Pues bien, Majestad, lo que tengo es que quisiera, mejor haber sido nombrado capitán” de los mosqueteros por haber cargado a la cabeza de mi compañía, apagando los fuegos de una batería o tomando una ciudad, que por haber hecho ahorcar a dos desgraciados.

—¿Es verdad eso que decís?

—¿Y por qué me sospecha Vuestra Majestad simulador?

—Porque; si os conozco bien, señor, no podéis arrepentiros de haber sacado la espada por mí.

—Pues os engañáis grandemente, Majestad; sí, me arrepiento de haber sacado la espada, a causa de los resultados que esta acción ha producido. Esos

desgraciados que han muerto, Majestad, no eran ni vuestros enemigos ni los míos, y no se defendían.

El rey guardó un momento de silencio.

—¿Y vuestro compañero, señor de D'Artagnan, participa también de vuestro arrepentimiento?

—¿Mi compañero...?

—Sí, me parece que no estabais solo.

—¿Sólo? ¿Dónde?

—En la plaza de la Grève.

—No, Majestad, no —dijo D'Artagnan ruborizándose al pensar que el rey podía tener la idea de que trataba de apropiarse de la gloria de que participaba Raúl—. ¡No, vive Dios! Como dice Vuestra Majestad, tenía un compañero, y un buen compañero:

—¿Un joven?

—Sí, Majestad, un joven. ¡Oh! Doy la enhorabuena a Vuestra Majestad por lo bien informado que está, tanto de lo de fuera como de lo dentro. ¿Es el señor Colbert quien hace al rey estos hermosos relatos?

—El señor Colbert no me ha manifestado más que cosas buenas de vos, señor de D'Artagnan, y hubiera hecho mal en venir a decir otras.

—¡Ah! ¡Es una suerte!

—Mas también ha dicho mucho bueno de ese joven.

—Y es justo dijo el mosquetero.

—Parece que es un valiente —añadió Luis XIV, para avivar aquel sentimiento que tomaba por despecho.

—Un valiente, sí, Majestad —repetía D'Artagnan, encantado de incitar al rey a costa de Raúl.

—¿Sabéis su nombre?

—Me parece...

—¿Le conocéis, pues?

—Hace unos veinticinco años.

—¡Si tiene apenas esa edad! —exclamó el rey.

—Pues bien, Majestad, lo conozco desde el día que nació.

—¿Me afirmáis eso?

—Vuestra Majestad —respondió D'Artagnan—, me interroga con una desconfianza en la que reconozco otro carácter que el suyo. El señor Colbert, que tan bien os ha instruido, ¿ha olvidado manifestados que ese joven era hijo de mi amigo íntimo?

—¿El vizconde de Bragelonne?

—Ciertamente, Majestad; el vizconde de Bragelonne tiene por padre al señor conde de la Fère, que tanto ha contribuido a la restauración del rey Carlos II. ¡Oh! Bragelonne es de una raza de valientes.

—Entonces, ¿es hijo de ese señor que ha venido a verme, o mejor, a ver al señor Mazarino, de parte de Carlos II, para ofrecernos su alianza?

—Justamente.

—¿Y decís que es intrépido el conde de la Fère?

—Majestad, es un hombre que ha sacado más veces la espada por el rey vuestro padre que días tiene la vida feliz de Vuestra Majestad.

Luis XIV se mordió los labios a su vez.

—¡Bien, señor de D'Artagnan! ¿Y es amigo vuestro el conde de la Fère?

—Hará unos cuarenta años. Ya ve Vuestra Majestad que no habló de ayer.

—¿Os alegraría ver a ese joven, señor de D'Artagnan?

—Muchísimo, Majestad.

El rey llamó con su timbre y apareció el ujier.

—Llamad al señor de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Está aquí? —preguntó D'Artagnan.

—Hoy está de guardia en el Louvre, con la compañía de gentileshombres del señor príncipe.

Apenas acababa el rey, cuando se presentó Raúl, y al ver a D'Artagnan sonrió de aquella manera que sólo se encuentra en los labios de la juventud.

—Vamos, vamos —dijo D'Artagnan familiarmente a Raúl—. El rey permite que me abrace; pero di a Su Majestad que le das las gracias. Raúl se inclinó tan graciosamente, que Luis, a quien agradaban todas las superioridades cuando no afectaban a la suya, admiró aquella belleza, aquel vigor y aquella modestia.

—Señor —dijo el rey dirigiéndose a Raúl—, he pedido al señor príncipe tuviera la bondad de cederme a vos; he recibido su contestación, y me pertenecéis desde hoy. El señor príncipe era un buen amo; mas creo que no perderéis en el cambio.

—Sí, sí, Raúl, dice bien el rey —dijo D'Artagnan, que había adivinado el carácter de Luis, y que jugaba en ciertos límites con su amor propio, conservando siempre los cumplimientos, y lisonjeando cuando parecía que se burlaba.

—Majestad —dijo entonces Bragelonne con voz dulce, y llena de encanto, y con aquella locución fácil y natural que tenía de su padre—; no es de hoy el que os pertenezca.

—¡Oh! Ya lo sé —dijo el rey—; queréis hablar de vuestra expedición de la Grève; en efecto, muy mío fuisteis ese día, señor.

—Tampoco hablo de ese día, Majestad, y no me sentaría bien recordar un servicio, tan insignificante en presencia de un hombre como el señor de D'Artagnan; quería hablar de una circunstancia que hace época en mi vida, y que me ha consagrado desde la edad de dieciséis años a vuestro servicio.

—¡Ah, ah! —murmuró el rey—. ¿Y qué circunstancia es? Decidme, señor.

—Esta... Cuando salí para mi primera campaña, es decir, para unirme al

ejército del señor príncipe, el señor conde de la Fère me acompañó hasta Saint Denis, donde los restos del rey Luis XIII aguardaban, en las últimas gradas de la basílica, un suceso que espero no le enviará Dios antes de largos años. Allí me hizo jurar sobre las cenizas de nuestros amos servir a la realeza, representada y encarnada en vos; servirla en pensamientos, en palabras y en actos. Juré, y Dios y los muertos recibieron mi juramento. Hace diez años, Majestad, he deseado muchas veces la ocasión de cumplirla; soy un soldado de Vuestra Majestad, y nada más; llamándome a su lado, no cambio de amo, sino de guarnición únicamente.

Raúl calló, y se inclinó:

—¡Vive Dios! —exclamó D'Artagnan—. ¡Muy bien dicho! ¿No es verdad, Majestad?

¡Buena raza! ¡Gran raza!

—Sí —murmuró el rey conmovido, mas sin querer manifestar su emoción, que no tenía otra causa que el contacto de una naturaleza eminentemente aristocrática—. Decís bien, caballero, en todas partes sois del rey; pero, cambiando de guarnición, creedme, encontrareis una ventaja de que sois digno.

Raúl conoció que aquí terminaba lo que el rey tenía que decirle, y con el tacto perfecto que caracterizaba su naturaleza delicada, se inclinó y salió.

—¿Os queda algo más que decirme, señor? —dijo el rey encontrándose solo con D'Artagnan.

—Sí, Majestad, y, había guardado esta noticia para lo último, porque es triste y va a vestir de luto a la realeza de Europa.

—¿Qué me decís?

—Majestad, al pasar por Blois, una palabra triste, eco del palacio, llegó a herir mis oídos.

—¿Mi tío Gastón de Orléans, quizás?

—Ha dado el último suspiro.

—¡Y no me han avisado! —exclamó el rey, cuya susceptibilidad real veía un insulto en la falta de esta noticia.

—¡Oh! No os enfadéis, Majestad —dijo D'Artagnan—; los correos de París y los del mundo entero no caminan como vuestro servidor; el correo de Blois no llegará aquí hasta dentro de dos horas, y os respondo de que anda bien, puesto que no le he alcanzado hasta más allá de Orléans.

—¡Mi tío Gastón! —exclamó Luis apoyando la mano en su frente, y encerrando en estas tres palabras todos los sentimientos que le recordaban este nombre.

—¡Eh! Sí, Majestad, así es —dijo D'Artagnan respondiendo al pensamiento del rey—; el pasado vuela.

—Verdad es, señor; pero nos queda, gracias a Dios, el porvenir, y ya trataremos de no hacerlo demasiado sombrío.

—Para eso confío en Vuestra Majestad —dijo el mosquetero inclinándose—. Y ahora...

—Sí, tenéis razón; olvido las ciento diez leguas que acabáis de correr... Marchaos, señor, y, cuando hayáis reposado, venid a tomar mis órdenes.

D'Artagnan se inclinó y salió. Y, como si sólo hubiera venido de Fontainebleau, se puso a recorrer el Louvre en busca de Bragelonne.

## Capítulo II

---

### El enamorado y la amada

Mientras los cirios ardían en el castillo de Blois, alrededor del cuerpo inanimado de Gastón de Orléans; mientras los vecinos de la ciudad hacían sus oraciones fúnebres, que estaban lejos de ser un panegírico; mientras Madame, viuda, sólo se acordaba ya de que en sus verdes años había amado aquel cadáver hasta el punto de huir del palacio paterno por seguirlo, y hacia a veinte pasos de la sala mortuoria, sus cálculos de interés y sus sacrificios de vanidad, otros intereses y otros orgullos se agitaban en todas partes del castillo donde había podido penetrar un alma viviente.

Ni el triste clamoreo de las campanas, ni las voces de los sochantres, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni los preparativos del entierro, pudieron distraer a dos personas colocadas en una ventana del patio interior, ventana que ya conocemos, y que daba luz a una sala que formaba parte de las llamadas habitaciones pequeñas.

Un alegre rayo de sol, pues el sol parecía inquietarse muy poco de la perdida que acababa de sufrir Francia, bajaba sobre ellas esparciendo los perfumes de las flores vecinas y animando a las mismas paredes.

Estas dos personas tan ocupadas, no en la muerte del duque, sino en la conversación consecuente a esa muerte, eran un joven y una joven.

Este último, mozo de veinticinco a veintiséis años, poco más o menos, de rostro un tanto despejado y un tanto socarrón, movía dos ojos inmensos, cubiertos de largas pestañas, sonreía con una boca enorme, pero bien formada, y su barba puntiaguda que parecía gozar de una inmovilidad que la naturaleza no suele conceder a este norte del rostro, alargábase muy amorosamente hacia su

interlocutora, que no retrocedía siempre tan rápidamente como las estrictas consideraciones tenían el derecho de exigir.

Ya conocemos a la joven, pues la hemos visto en la misma ventana y a la luz del mismo sol, y ofrecía un singular contraste de delicadeza y reflexión.

Era lindísima cuando reía, y hermosa cuando estaba seria; pero muchas más veces estaba encantadora que hermosa.

Ambas personas parecían haber llegado al punto fulminante de una discusión, entre festiva y grave.

—Vamos, señor Malicorne —decía la joven—, ¿cuándo os parece que hablemos razonablemente?

—¿Creéis que es fácil, señorita Aura —replicó el joven—, hacer lo que se quiere cuando no se puede más de lo que se puede?

—¡Bien!

—Ya os estáis embrollando con frases.

—¿Yo?

—Sí, vos; vamos, dejad esa lógica de procurador, amigo.

—Otra cosa imposible. Soy pasante, señora de Montalais.

—Soy señorita, señor Malicorne.

—¡Ah! Ya lo sé, y me anonadáis por la distancia, de modo que no os diré nada.

—No hay tal cosa; yo no os anonadó. Decid lo que teníais que decirme, yo lo quiero.

—Pues bien, obedezco.

—Eso es una fortuna.

—Monsieur ha muerto.

—¡Ah! ¡Demonio, qué noticia! ¿Y de dónde venís para deciros eso?

—Vengo de Orléans, señorita.

—¿Y es esa la única noticia que traéis?

—¡Oh! No; también vengo a manifestaros que madame Enriqueta de Inglaterra va a llegar para casarse con el hermano de Su Majestad.

—En verdad, Malicorne, que estás insopitable con vuestras nuevas del siglo pasado; vaya, si tomáis también esa maldita costumbre de burlaros, os haré echar fuera.

—¡Oh!

—Sí, pues me exasperáis.

—Vaya, paciencia, señorita.

—Así os hacéis valer, y bien sé yo por qué.

—Hablad; os contestaré francamente que sí, si la cosa es cierta.

—Sabéis que tengo gana de ese empleo de camarista que he tenido la necesidad de solicitaros y andáis en contemplaciones con vuestro crédito.

—¿Yo?

Malicorne bajó los párpados, cruzó las manos, y tomó un aire socarrón.

—¿Y qué crédito suponéis que tenga un pobre pasante de procurador como yo?

—Para algo tiene vuestro padre veinte mil libras de renta, señor Malicorne.

—Fortuna de provincia.

—Para algo está vuestro padre en los secretos del señor príncipe.

—Ventaja que se limita a prestar dinero a monseñor.

—En fin, para algo sois el compadre más astuto de la provincia.

—¿Me aduláis?

—¿Yo?

—Sí, vos.

—¿Cómo?

—Porque soy quien sostengo que no tengo crédito, y vos quien sostenéis que lo tengo.

—En fin, ¿y mi empleo?

—¿Vuestro empleo?

—¿Lo tendré o no lo tendré?

—Lo tendrás.

—Pero ¿cuándo?

—Cuándo queráis.

—¿Y dónde está ahora?

—En mi bolsillo.

—¡Cómo! ¿En vuestro bolsillo? Y, efectivamente, con su sonrisa burlona sacó Malicorne una carta de la que se apoderó la de Montalais como de una presa, y la leyó con avidez.

A medida que leía dilatabase su rostro.

—Malicorne —exclamó después de haber leído—, ¡sois un buen muchacho!

—¿Y por qué?

—Porque habéis podido haceros satisfacer este empleo y no lo habéis hecho.

Y rompió en una carcajada creyendo desconcertar al pasante; pero Malicorne sostuvo el ataque.

—No os comprendo —dijo. Montalais quedó desconcertada a su vez.

—Ya os he declarado mis sentimientos —continuó Malicorne—; tres veces me habéis manifestado riendo que no me amabais, y me habéis abrazado una vez sin reír, que es todo lo que me hacía falta.

—¿Todo? —dijo la orgullosa y coqueta Montalais, con acento en que se conocía el orgullo herido.

—Absolutamente todo, señorita —replicó Malicorne.

—¡Ah!

Este monosílabo demostraba tanta cólera como reconocimiento podía esperar el joven. Éste alzó tranquilamente la cabeza.

—Escuchad, Montalais —dijo sin inquietarse de si esta familiaridad gustaba o no a su amada—, no hablemos más de esto.

—¿Por qué?

—Porque en un año que hace os conozco, veinte veces me hubierais puesto en la puerta si yo no os agradase.

—¡Es cierto! ¿Y con qué propósito os hubiera puesto en la puerta?

—Por haber sido bastante impertinente.

—¡Oh! Es verdad.

—Ya veis que estáis obligada a confesarlo —dijo Malicorne.

—Señor Malicorne...!

—No nos incomodemos; si me habéis conservado, no ha sido sin causa.

—¡Al menos, no porque os ame! —exclamó Montalais.

—Corriente. Mas, os diré que estoy cierto que me execráis en este momento.

—¡Oh! ¡Jamás habéis dicho mayor verdad!

—Bien. Yo... os aborrezzo.

—¡Ah! Lo tendré presente.

—Tenedlo: Vos me encontráis.

—Brutal y tonto, y yo os encuentro con la voz ruda y el rostro descompuesto por la ira.

—En este instante, antes me tiraríais por esta ventana que dejarme besar las puntas de vuestros dedos; y yo me precipitaría desde lo alto del campanario, antes que tocar la extremidad de vuestra ropa. Mas dentro de cinco minutos me amaréis, y yo os adoraré. ¡Oh! Así sucederá.

—Lo dudo.

—Y yo lo juro.

—¡Fatuo!

—Además, no es esa la verdadera razón; tenéis necesidad de mí, Aura, y yo de vos. Citando os acomoda estar alegre, yo os hago reír; cuando deseo estar enamorado, os miro.

Os he dado un empleo de camarista, que deseabais, y vos, vais a darme ahora mismo algo que apetezco.

—¡Vos! Pero, en este momento, mi querida Aura, declaro que no deseo absolutamente nada; conque, estad tranquila.

—¡Sois un hombre aborrecible, Malicorne! Iba a felicitarme de ese cargo, y me quitáis toda mi alegría.

—¡Bueno! No hay tiempo perdido; ya os alegraréis cuando yo me marche.

—Entonces, marchad...

—Bien; pero antes un consejo.

—¿Cuál?

—Volved a vuestro buen humor; os ponéis fea cuando os enfadáis.

—¡Grosero!

—Vamos, digámonos verdades mientras estemos aquí.

—¡Oh, Malicorne! ¡Mal corazón!

—¡Oh, Montalais! ¡Ingrata!

Y el joven se puso de codos sobre el alféizar de la ventana. Montalais cogió un libro y lo abrió.

Malicorne enderezóse, y limpió su sombrero con la manga, y se estiró su jubón.

Montalais, al mismo tiempo que fingía leer, lo miraba con el rabillo del ojo.

—¡Bueno! —murmuró furiosa—. Ya toma su aire respetuoso. Va a estar enfadado ocho días.

—Quince, señorita —dijo Malicorne inclinándose.

Montalais alzó sobre él el puño crispado.

—¡Monstruo! —dijo—. ¡Oh! Si yo fuese hombre...

—¿Qué me haríais?

—¡Te estrangularía!

—¡Ah! Muy bien —dijo Malicorne—. Creo que comienzo a desear algo.

—¿Y qué deseáis, señor demonio? ¡Que pierda mi alma por la rabia! Malicorne enrollaba respetuosamente su sombrero entre los dedos; pero de repente lo dejó caer, así a la joven por los hombros, la acercó a él, y apoyó sobre sus labios dos labios ardientes.

Aura quiso dar un grito, pero quedó sofocada con el beso. Nerviosa e irritada, la joven rechazó a Malicorne contra la pared.

—¡Bien! —dijo filosóficamente Malicorne—; ya tenemos para seis semanas; adiós, señorita. Recibid mi más respetuoso saludo.

Y dio tres pasos para retirarse.

—¡No, no, saldréis! —gritó la de Montalais dando un golpe con el pie en el pavimento—. ¡Quedaos! ¡Os, lo mando!

—¿Lo mandáis?

—Sí. ¿Acaso no soy yo la señora?

—De mi alma y de mi espíritu... sin duda alguna.

—¡Hermosa propiedad, a fe mía! El alma es tonta y el espíritu está seco.

—Cuidado, Montalais; yo os conozco —dijo Malicorne—, y vais a enamoraros nuevamente de vuestro servidor.

—Pues bien, sí —dijo ella inclinándose a su cuello con indolencia infantil, más bien que con voluptuoso abandono—, porque es necesario que os dé las gracias.

—¿Y dé qué?

—Por el empleo. ¿No representa todo mi porvenir?

—Y el mío.

—Es terrible —dijo Montalais— no poder adivinar jamás si habláis seriamente.

—No puedo serlo más; yo voy a París, vos vais a París, nosotros vamos a París.

—¡Entonces, sólo por este motivo me habéis servido, egoísta!

—¡Qué queréis, Aura! No puedo pasarme sin vos.

—¡Pues bien, la verdad! Lo mismo me pasa a mí; pero es preciso confesar que tenéis un corazón bien malo.

—Aura, querida Aura, cuidado; si volvéis a las ofensas, ya sabéis el efecto que me causan, y voy a adoraros.

Y, diciendo estas palabras, se acercó otra vez a la joven. En el mismo momento resonaron pasos en la escalera.

Estaban tan cerca los jóvenes, que los hubieran sorprendido en brazos uno de otro, si la de Montalais no hubiese rechazado violentamente a Malicorne, el cual fue a dar de espalda en la puerta, que se abría en aquel momento.

Entonces oyóse un grito seguido de injurias.

Madame de Saint-Rémy era quien había dado este grito y quien profería estas injurias; el desgraciado Malicorne acababa de aplastarla entre la pared y la puerta.

—¡Otra vez este bribón! —exclamó la vieja dama—. ¡Siempre os he de hallar aquí!

—¡Ah, señora! —respondió Malicorne con voz respetuosa—. ¡Hace ocho días muy largos que no he aparecido por aquí!

### Capítulo III

---

Donde reaparece por fin la verdadera heroína de este relato

**E**n pos de madame de Saint-Rémy subía la señorita de La Vallière.

Oyó la explosión de la rabia materna, y, como adivinaba el motivo, entró temblando en la sala y vio al desgraciado Malicorne, cuyo continente desesperado hubiera emocionado o divertido a cualquiera que lo hubiese observado a sangre fría.

En efecto, Malicorne se había atrincherado detrás de una enorme silla, como para evitar los primeros asaltos de madame de Saint-Rémy no confiaba ablandarla por la palabra, porque ella hablaba más alto que él y sin interrupción; pero contaba con la elocuencia de sus gestos.

La anciana dama ni veía ni oía nada; hacía mucho tiempo que Malicorne era una de sus antipatías.

Mas su cólera era demasiado grande para no desbordarse desde Malicorne a su cómplice.

También hubo para Montalais.

—Y Vos, señorita, sabed que advertirá a Madame de lo que pasa en el cuarto de una de sus doncellas de honor.

—¡Oh! Madre mía —murmuró la señorita de La Vallière—, ahorrad...

—Callaos, señorita, y no os canséis en vano en interceder por sujetos indignos; que una joven honrada como vos sufra el mal ejemplo, ya es una desgracia bastante grande; pero que lo autorice con su indulgencia, eso es lo que yo no sufriré.

—Pero, verdaderamente —dijo Montalais rebelándose al fin—, no sé con qué pretexto me tratáis así. Me parece que no hago nada malo.

—Y ese holgazán, señorita —añadió Madame de Saint-Rémy señalando a

Malicorne— ¿está aquí para hacer cosa buena? ¡Decid!

—No está aquí ni para nada malo ni para nada bueno; viene a verme y nada más.

—Está bien —dijo madame de Saint-Rémy—. Su Alteza Real será enterada y juzgará.

—Y, en todo caso —contestó Montalais—, no veo por qué ha de prohibirse al señor Malicorne que ponga los ojos en mí, cuando su intención es honrada.

—¡Intención honrada con semejante figura! —exclamó la de Saint-Rémy.

—Os doy las gracias en nombre de mi figura, señora —repuso Malicorne.

—Venid, hija mía; llegad —continuó la vieja—, vamos a decir a Madame que en el momento mismo en que ella llora un esposo, en el instante en que todos lloramos un señor en este viejo castillo de Blois, mansión de dolor, hay aquí gentes que se divierten y distraen.

—¡Oh! —murmuraron los dos acusados.

—¡Una doncella de honor! ¡Una doncella de honor! —exclamó la vieja dama alzando las manos al cielo.

—Pues os engañáis, señora —dijo Montalais exasperada—; ya no soy yo doncella de honor de Madame.

—¿Presentáis la dimisión, señorita? Está bien, no puedo menos de aplaudir semejante determinación, y la aplaudo.

—Yo no presento la dimisión, señora; tomo otro servicio y nada más.

—¿En la vecindad o en la curia? —dijo madame de Saint-Rémy con desdén.

—Sabed, señora —dijo Montalais—, que yo no soy doncella para servir vecinas o gentes de golilla, y que, en lugar de la corte miserable en que vegetáis, voy a habitar una corte casi real.

—¡Ah! ¡Ah! una corte real —dijo la de Saint-Rémy, esforzándose por reír—: ¡Una corte real! ¿Qué pensáis de eso, hija mía?

Y se volvía a la señorita de La Vallière, a quien quería arrastrar a todo trance contra Montalais; y que, en lugar de obedecer al impulso de madame de Saint-Rémy, miraba unas veces a su madre, otras a la de Montalais con ojos conciliadores.

—Yo no he dicho una corte real, señora —contestó la acusada—; porque madame Enriqueta de Inglaterra, que va a ser esposa de Su Alteza Real Monsieur, no es una reina. He dicho casi real, y esta es la verdad, ya que va a ser cuñada del rey.

Un rayo que cayera, sobre el castillo de Blois no hubiese aturdido tanto a madame de Saint-Rémy como esta última frase de la de Montalais.

—¿Qué habláis de Su Alteza Real madame Enriqueta? —preguntó la vieja dama.

—Digo que voy a entrar en su casa como camarista; eso es lo que he dicho.

—¡Como camarista! —exclamaron a la vez madame de Saint-Rémy con

desesperación y la señorita de La Vallière con alegría.

—Sí, señora; como camarista. La anciana inclinó la cabeza, como si el golpe hubiera sido excesivo para ella.

Pero casi al mismo tiempo se incorporó, para lanzar el último proyectil a su adversario.

—¡Oh, oh! —murmuró—. Mucho se habla de esa clase de promesas, se cuenta muchas veces con esperanzas locas, y en el último momento, cuando se trata de cumplir esas promesas y de realizar esas esperanzas, vese con sorpresa reducida a humo la influencia con que se contaba.

—¡Oh, señora! La influencia de mi protector es incontestable, y sus promesas valen como documentos.

—¿Y sería indiscreto preguntaros el nombre de ese protector que tiene tanto poder?

—¡Oh, Dios Santo! Es este caballero —dijo Montalais señalando a Malicorne, que durante la escena había conservado la más imperturbable sangre fría y la más cómica dignidad.

—¡El señor! —murmuró madame de Saint-Rémy con una explosión de hilaridad—. ¡El señor es vuestro, protector? El hombre cuya influencia es tan poderosa y cuyas promesas valen como documentos, ¿es el señor Malicorne?

Este saludó.

Montalais sacó sin responder su nombramiento del bolsillo, y dijo, mostrándolo a la vieja dama:

—Aquí está el despacho.

Todo concluyó entonces; cuando la buena señora recorrió con la vista el venturoso pergamino, unió las manos; una expresión indecible de desesperación y de envidia contrajo su semblante, y se vio obligada a sentarse para no caer desmayada.

Montalais no era bastante perversa para gozar de su victoria mas allá de los límites de la prudencia y anonadar al enemigo vencido, sobre todo siendo la madre de su amiga; así es que usó, mas no abusó de su triunfo.

Malicorne fue menos generoso, tomó posturas nobles en su sillón, y extendióse con una familiaridad que dos horas antes le hubiera valido la amenaza del bastón.

—¡Camarista de la joven Madame! —repetía la de Saint-Rémy, mal convencida todavía.

—Sí, señora, y por la protección del señor Malicorne.

—¡Es increíble! —repetía la vieja—. ¡No es cierto, Luisa, que es increíble?

Pero Luisa no respondió; estaba inclinada, pensativa, casi afligida y suspirando, puesta una mano sobre su hermosa frente.

—En fin, caballero —dijo de pronto madame de Saint-Rémy—, ¿cómo habéis hecho para obtener ese empleo?

—Lo he solicitado, señora.

—¿A quién?

—A un amigo mío.

—¿Y tenéis amigos bastante bien relacionados en la Corte para daros tales pruebas de influencia?

—¡Toma! Así parece.

—¿Y puede saberse, el nombre de esos amigos?

—Yo no he dicho que tuviera muchos amigos, señora, sino uno solo.

—¿Y se llama...?

—¡Diantre, señora, cómo adelantáis! Cuando se tiene un amigo tan poderoso como el mío, no se presenta así a la luz del día para que se lo roben a uno.

—Tenéis razón en callar su nombre, porque presumo que os sería difícil decirlo.

—En todo caso —dijo Montalais—, si el amigo no existe, existe el nombramiento, y de este modo termina la cuestión.

—Entonces ya concibo —dijo madame de Saint-Rémy con la sonrisa del gato que va a arañar— por qué he encontrado al señor en vuestro cuarto.

—¿Por qué?

—Os traía el despacho.

—Es cierto, señora; habéis adivinado.

—Entonces, no puede haber nada más moral.

—Así lo creo, señora.

—Y he hecho mal, al parecer, en dirigiros ningún cargo.

—Muy mal; señora; pero estoy tan acostumbrada a vuestros cargos, que os los perdono.

—En tal caso, vámónos, Luisa; nada tenemos que hacer aquí.

—¿Qué decíais, señora? —preguntó La Vallière, estremeciéndose.

—¿No oyes, hija mía?

—No, señora; estaba pensando.

—¿En qué?

—En distintas cosas.

—¡Tú no dejarás de quererme, Luisa! —exclamó Montalais estrechándole la mano.

—¿Y por qué no te había de querer, amada Aura? —contestó la joven con su dulce voz.

—¡Bah! —repuso madame de Saint-Rémy—. Aunque os dejase de querer un poco, no haría del todo mal.

—¿Y por qué, Dios Santo?

—Me parece que es de tan buena familia y tan bonita coma vos. ¡Madre! —murmuró Luisa.

—Cien veces más bonita, señorita de mejor familia, no; pero eso no me dice

por qué me había de dejar de querer Luisa.

—¿Suponéis que sea divertido para ella enterrarse en Blois, cuando vos vais a brillar en París?

—Pero, señora, yo no soy quien impide a Luisa que me siga; al contrario, tendría mucho gusto en que viniese.

—Creo que el señor Malicorné, que es tan poderoso en la Corte...

—¡Ah! Tanto peor, señora —dijo el mancebo—; cada uno trabaja para sí en este miserable mundo.

—¡Malicorne! —dijo Montalais.

Y bajándose hacia el joven, le dijo:

—Entretenedme a madame de Saint-Rémy disputando o acomodándoos a ella; es necesario que yo charle con Luisa.

Y al mismo tiempo una dulce presión de mano recompensaba a Malicorne su futura obediencia.

Malicorne acercóse gruñendo a madame de Saint-Rémy, mientras que Montalais decía a su amiga, echándole un braza por el cuello:

—¿Qué tienes? ¿Es cierto que ya no me amarás, como dice tu madre?

—¡Oh, no! —respondió la joven conteniendo apenas las lágrimas—. Soy feliz con tu dicha.

—¡Feliz, y se diría que vas a llorar!

—¡No se llora más que de envidia!

—¡Ah! Ya comprendo: voy a París, y esta palabra te recuerda algún caballero...

—¡Aura!

—Ciento caballero que, en otro tiempo, habitaba en Blois y hoy vive en París.

—Verdaderamente, no sé lo que tengo; mas estoy sofocada.

—En ese caso, llora, ya que no puedes sonreír.

Luisa alzó su dulce rostro, por el cual corrían las lágrimas.

—Vamos, confiesa —dijo Montalais.

—¿Qué quieres que confiese?

—Lo que te hace llorar; nadie llora sin causa. Soy tu amiga y haré todo cuanto quieras. Malicorne es más poderoso, de lo que se cree. ¡Vaya! ¿Quieres venir a París?

—¡Ay! —exclamó Luisa.

—¿Deseas venir a París?

—Quedarme aquí sola, en este viejo castillo, yo, que tenía la dulce costumbre de escuchar tus canciones, estrechar tu mano y correr contigo al parque. ¡Oh! ¡Cómo me voy a aburrir! ¡Qué pronto voy a morir!

—¿Quieres venir a París? Luisa dio un suspiro.

—¿No respondes?

—¿Qué he de responder?

—Sí, o no; me parece que es cosa fácil.

—¡Oh! ¡Qué felices eres, Montalais!

Luisa calló.

—¡Querida! —exclamó Montalais—. ¡Habrase visto, tener secretos con una amiga! ¿Confiesas que estás muriéndote de ganas de, volver a ver a Raúl?

—No puedo manifestar eso.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque... ¿ves este despacho?

—Sí.

—Pues bien; habría hecho que tuvieras otro igual.

—¿Por medio de quién?

—Por Malicorne.

—¿Sería posible, Aura?

—¡Diantre! Ahí está Malicorne; y lo que ha hecho por mí, será preciso que lo haga por ti. Malicorne acababa de oír pronunciar su nombre dos veces, y estaba encantado de hallar una ocasión para concluir con madame de Saint-Rémy; así es que se volvió y dijo:

—¿Qué pasa, señorita?

—Venid acá, Malicorne —dijo Montalais.

Malicorne obedeció.

—Un despacho igual —dijo Montalais.

—¿Cómo?

—Uno igual a éste; es claro.

—Pero.

—Me hace falta.

—Es imposible, ¿no es verdad, señor Malicorne? —dijo Luisa con su voz de ángel.

—¡Diantre!

—Si es para vos, señorita...

—Sí, señor Malicorne, sería para mí.

—Y si la señorita de Montalais lo pide al mismo tiempo que vos...

—Montalais no pide; lo exige.

—¡Bueno! Se hará por obedeceros, señorita.

—¿Y la haréis nombrar?

—Se tratará.

—No admito respuestas evasivas. Luisa de La Vallière será camarista de madame Enriqueta antes de ocho días.

—Mas, ¡cómo...!

—Antes de ocho días, o...

—O...

—O tomáis vuestro despacho, señor Malicorne; yo no me alejo de mi amiga.

—¡Querida Montalais!

—Está bien; guardaos ese despacho; la señorita de La Vallière será también camarista.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Conque puedo esperar ir a París?

—Contad con ello.

—¡Oh, señor de Malicorne! ¡Qué agradecimiento! —murmuró Luisa juntando las manos y saltando de alegría.

—¡Disimulada! —dijo Montalais—. Intenta otra vez hacerme creer que no estás enamorada de Raúl.

Luisa ruborizóse como la rosa de mayo; pero, en vez de responder, fue a abrazar a su madre.

—Señora —le dijo—, ¿sabéis que el señor Malicorne me nombrará camarista?

—El señor de Malicorne es un príncipe disfrazado —replicó la vieja dama—, y todo lo puede.

—¿Deseáis vos ser también camarista? —preguntó Malicorne a madame de Saint-Rémy—. Mientras esté allá haré nombrar a todo el mundo.

Y salió inmediatamente, dejando a la pobre dama trastornada.

—Vamos —murmuraba Malicorne mientras bajaba la escalera—; otro billete de mil libras me va a costar esto; pero es necesario tomar un partido porque mi amigo Manicamp no hace nada de balde.

## Capítulo IV

---

### Malicome y Manicamp

La presentación de estos dos nuevos personajes en esta historia, y su misteriosa afinidad de nombres y sentimientos, merece cierta atención por parte del lector y del cronista. Vamos, pues, a entrar en ciertos detalles sobre el señor Malicorne y el señor de Manicamp.

No ignoramos que Malicorne había hecha el viaje de Orléans para ir en busca del despacho destinado a la señorita de Montalais, cuya llegada acaba de producir tan viva sensación en el castillo de Blois. En aquel momento hallábase en Orléans el señor de Manicamp, singular personaje, mozo de mucho ingenio, pero siempre muy necesitado, por más que gastase a voluntad de la bolsa del conde de Guiche, uña de las bolsas mejor provistas de su época.

El conde de Guiche había tenido por compañero de infancia a Manicamp, pobre hidalgo vasallo, oriundo de los Grammont.

El señor de Manicamp habíase creado con su genio una rica renta en la familia del mariscal.

Por un cálculo superior a su infancia, siempre había dado su nombre y complacencia alas travesuras del conde de Guiche. Cuando su noble compañero robaba alguna fruta destinada a la señora mariscal; cuando rompía un cristal o sacaba los ojos a un perro, Manicamp declarábase culpable del crimen cometido, y recibía el castigo, que no era más dulce por caer sobre un inocente.

Pero también le era pagado este sistema de abnegación. En vez de llevar vestidos medianos, como lo exigía la fortuna paterna, podía presentarse brillante y soberbio, como un señor de cincuenta mil libras de renta.

Y no porque fuera vil de carácter o humilde de espíritu era filósofo, o más bien tenía la indiferencia y la apatía que apartan del hombre todo sentimiento del

mando jerárquico.

Su única ambición era derrochar.

Y bajo este aspecto, era un abismo el bueno de Manicamp.

Tres o cuatro veces al año, generalmente, arruinaba al conde de Guiche, y cuando el conde de Guiche estaba muy arruinado; cuando había vuelto y revuelto su bolsa declarando que era necesario recurrir, lo menos por quince días, a la beneficencia paterna para llenar bolsa y bolsillos, Manicamp perdía toda energía, se metía en cama, no comía, y vendía todos sus vestidos so pretexto de que estando acostado no necesitaba de ellos.

Durante esta postración de fuerzas y de espíritu, llenábase la bolsa del conde de Guiche, desbordándose en la de Manicamp, que compraba nuevos vestidos, vestíase y daba principio a la misma vida de antes.

Esa manía de vender sus vestidos nuevos por la cuarta parte de lo que valían, habían hecho a nuestro héroe bastante célebre en Orléans, ciudad a donde generalmente, y sin que sepamos por qué iba a pasar sus días de penitencia.

Los elegantes de provincias se repartían los restos de su opulencia.

Entre los admiradores de estos espléndidos vestidos brillaba nuestro amigo Malicorne, hijo de un síndico de la ciudad, a quien el príncipe de Condé siempre necesitado como un Condé, tomaba muchas veces dinero prestado a un interés crecido.

El señor Malicorne, hijo, llevaba la caja del padre. Es decir, que en este tiempo de fácil moral, se formaba por su parte, siguiendo el ejemplo de su padre, y prestando por semanas, una renta de mil ochocientas libras, sin contar otras seiscientas que suministraba la generosidad del síndico; de modo que Malicorne era el rey de los lechuguinos de Orléans, teniendo dos mil cuatrocientas libras que dilapidar y derrochar en locuras de todo género. Mas, al contrario de Manicamp, Malicorne era horriblemente ambicioso.

Amaba por ambición, gastaba por ambición y se hubiera arruinado por ambición.

Malicorne se había propuesto lograr su objetivo a cualquier precio, y para esto había buscado una querida y un amigo.

La querida, la señorita de Montalais, era en extremo cruel en los últimos favores de amor; pero era una mujer noble, y esto bastaba a Malicorne.

El amigo no tenía amistad; mas era el favorito del conde de Guiche y amigo de Monsieur, hermano del rey, y esto bastaba a Malicorne.

Sólo que, conforme al capítulo de gastos, la señorita de Montalais costaba al año en cintas, guantes y confituras, mil libras.

Manicamp contaba dinero prestado y nunca pagado de mil doscientas a mil quinientas libras al año.

De modo que no le quedaba nada a Malicorne.

¡Ah! Sí, tal; nos equivocamos, le quedaba la caja paterna.

Usó, pues, de un procedimiento, sobre el cual guardó el más profundo secreto, y que consistía en adelantarse a sí propio sobre la caja del síndico una media docena de años; esto es, una quincena de miles de libras, jurándose, por supuesto; satisfacer el déficit tan pronto como se le presente ocasión.

La ocasión debía ser la concesión de un buen destino en la casa de Monsieur, cuando esta casa se remontara en la poca de su matrimonio. La época había llegado. Un buen destino en la casa de un príncipe de la sangre, cuando es conseguido por la influencia y la recomendación de un amigo tal como el conde de Guiche, era tanto como doce mil libras al año; y, según la costumbre que había tomado Malicorne de hacer fructificar, sus rentas, doce mil libras podían elevarse a veinte.

Ya empleado, casariase con la señorita de Montalais; ésta, de una familia cuyas hembras ennoblecían, no sólo sería dotada, sino también ennoblecería a Malicorne.

Mas para que la señorita de Montalais; que no tenía gran fortuna patrimonial, aun siendo hija única, fuese convenientemente dotada, era preciso que perteneciera a alguna gran princesa, tan pródiga corno avara era Madame viuda.

Y para que la mujer no anduviese por un lado y el marido por otro, situación que presentaba graves inconvenientes, sobre todo con caracteres como los de los futuros cónyuges, Malicorne había pensado fijar el punto central de reunión en casa misma de Monsieur, hermano de Su Majestad.

La señorita de Montalais sería camarista, y Malicorne oficial de Monsieur.

Vemos que el plan era de una buena cabeza, y que había sido valientemente ejecutado.

Malicorne había solicitado a Manicamp que pidiese al conde de Guiche un despacho de camarista.

Y el conde había pedido este despacho a Monsieur, que lo había firmado sin tardanza.

El plan moral de Malicorne, porque es claro que las combinaciones de un ingenio tan activo como el suyo no se limitarían tan sólo a lo presente, sino que se extenderían a lo porvenir, era éste:

Hacer entrar en casa de madame Enriqueta a una mujer que le fuera adicta, espiritual, joven, bonita intrigante; saber por esta mujer todos los secretos femeninos de la casa, en tanto que él y su amigo Manicamp sabrían entre los dos los misterios masculinos.

Por estos medios llegaría a una fortuna espléndida.

Malicorne era nombre villano, y el que lo llevaba tenía demasiado talento para disimularse esta verdad.

Malicorne sonaba muy noblemente al oído.

Así es que no era inverosímil que pudiera encontrarle un origen de los más aristocráticos.

En efecto; ¿no podía venir de una tierra donde un toro de cuernos mortales hubiera causado una gran desgracia y bautizado el suelo con la sangre que derramara? Este plan presentábase erizado de dificultades, y la mayor parte de todas era la misma Montalais. Caprichosa, variable, virgen armada de garras, solía derribar de un solo golpe de sus dedos blancos, o de un solo soplo de sus risueños labios; el edificio que la paciencia de Malicorne había tardado un mes en levantar.

Aparte el amor, Malicorne era dichoso, tenía la fuerza de ocultarlo con cuidado, persuadido de que a la menor soltura de los lazos con qué había ligado a su Proteo hembra, el diablo lo echaría por tierra y se burlaría de él.

Humillaba a su querida desdeñándola. Ardiendo en deseos cuando ella se acercaba para tentarlo, tenía el arte de parecer de hielo, persuadido de que si abría sus brazos ella huiría burlándose.

Montalais, por su parte, creía no amar a Malicorne, y por el contrario, le amaba. Malicorne le repetía con tanta frecuencia, sus protestas de indiferencia, qué ella concluía a veces por creerlo, y entonces también creía que lo detestaba; y si deseaba conquistarla por la coquetería, Malicorne usaba de más coquetería que ella.

Pero lo que hacía que Montalais lo quisiese de una manera indisoluble, era que Malicorne siempre estaba lleno de noticias recientes, traídas de la Corte y de la ciudad; que siempre llevaba a Blois una moda, un secreto, un perfume, y que jamás pedía una cita, sino que por el contrario, se hacía suplicar para recibir favores que ardía por conseguir.

Montalais, por su parte, lo tenía al corriente de todo lo que pasaba en casa de Madame viuda, de lo cual hacia a Manicamp cuentos para morir de risa, que eran relatados por éste al señor de Guiche, quien a su vez los relataba a Monsieur.

He aquí en pocas palabras la trama de los pequeños intereses y de las pequeñas conspiraciones que unían a Blois con Orléans y a Orléans con París, y que debían conducir a esta última ciudad a la pobre La Vallière, la cual se hallaba muy lejos de figurarse el extraño porvenir a que estaba reservada.

Respecto al honrado Malicorne, y nos referimos al síndico de Orléans, no veía más claro en lo presente que los otros en lo porvenir, y no sospechaba, paseando diariamente de tres a cinco por la plaza de Santa Catalina, con su vestido gris de la época de Luis XIII, y sus zapatos de paño, que era él quien pagaba todas aquellas carcajadas, todos aquellos besos furtivos, y todos los cuchicheos y planes que formaban una cadena de cuarenta y cinco leguas entre el palacio de Blois y el Palacio Real.

## Capítulo V

---

### Manicamp y Malicombe

Malicorne salió, según ya hemos dicho; y fue en busca, de su amigo Manicamp, que estaba de retiro momentáneo en la ciudad de Orléans.

Y era precisamente en el instante en que este calavera se ocupaba en vender el último vestido que le quedaba. Quince días antes había pedido al conde de Guiche cien doblones, los únicos que podían ayudarle a ponerse en campaña para salir al encuentro de Madame, que llegaba al Havre.

Tres días antes sacó de Malicorne cincuenta doblones, precio del diploma conseguido para Montalais.

Nada esperaba ya, habiendo agotado todos los recursos, sino vender un hermoso vestido de raso, bordado y pasamentado de oro, que fuera la admiración de la Corte.

Pero por verse obligado a vender este vestido, último que le quedaba, también se vio constreñido a meterse en la cama.

Y solamente tenía el sueño para reemplazar las comidas, las compañías y los bailes.

Se ha dicho: « Quien duerme come» ; pero no se ha dicho: « Quien duerme juega» , o « quien duerme baila» .

Reducido al extremo de no jugar o de no bailar en ocho días por lo menos, estaba Manicamp muy triste, esperando a un usurero, y vio entrar a Malicorne.

Al verlo, exhaló un grito de angustia.

—¡Cómo! —dijo con tono que nadie podría pintar—. ¡Otra vez vos, querido amigo!

—¡Bueno! ¡Sois muy cortés! —exclamó Malicorne.

—¡Ah! Ya veis, esperaba dinero y, en lugar de dinero, llegáis vos.

—¿Y si yo os trajera dinero?

—¡Oh! Entonces es otra cosa. Sed bien venido, querido amigo. Y alargó la mano, no a la mano de Malicorne, sino a su bolsa.

Malicorne simuló equivocarse, y le dio la mano.

—¿Y el dinero? —dijo Manicamp.

—Amigo, si lo queréis, ganadlo. ¿Y qué es necesario hacer?

—¡Ganarlo, pardiez!

—¿De qué manera?

—¡Oh! Difícilmente, os lo advierto.

—¡Diantre!

—Es preciso dejar la cama y salir al instante en busca del señor conde de Guiche.

—¿Yo levantarme? —murmuró Manicamp estirándose voluptuosamente en el lecho. —¡Oh, no!

—¿Habéis vendido toda la ropa?

—No; me queda el vestido más valioso, pero aguardo comprador.

—¿Y zapatos?

—Me parece que ahí están sobre esa silla.

—Bueno; puesto que os quedan zapatos y un jubón, calzad los unos y vestid el otro; haced que preparen un caballo, y poneos en camino.

—Nada de eso.

—¿Por qué?

—¡Pardiez! ¡No sabéis que el señor de Guiche está en Étampes?

—Creí que estaba en París, pero mejor, sólo tendréis que caminar quince leguas en lugar de treinta. ¡Vaya una gracia! Si ando quince leguas con mi vestido, se pondrá inservible, y en lugar de venderlo en treinta doblones, tendré que darlo por quince.

—Dadlo por lo que gustéis; pero necesito un segundo empleo de camarista.

—¡Bueno! ¿Para quién? ¿Es doble la de Montalais?

—¡Hombre perverso! Vos sois el doble, pues os tragáis dos fortunas: la mía y la del conde de Guiche.

—Nada os cuesta decir la del conde de Guiche y la vuestra.

—Eso es justo; al señor el honor; pera vuelvo a mi diploma.

—Y hacéis mal.

—Demostrádmelo.

—Amigo mío: Madame no tendrá más que doce camaristas; ya he logrado para vos lo que se disputan mil doscientas mujeres, y he tenido que desplegar una diplomacia.

—Sí, ya sé, que habéis sido heroico, amigo.

—Uno entiende los negocios —dijo Manicamp.

—¡A quién se lo decís! También cuando yo sea rey os prometo una cosa.

—¿Cuál?

—¿Llamaros Malicorne I?

—No; haceros superintendente de Hacienda; pero no se trata de esto.

—Por desgracia.

—Se trata de proporcionarme un segundo empleo de camarista.

—Amigo, aunque me prometierais el cielo, no me disgustaría en este momento.

Malicorne sonó el bolsillo, y dijo:

—Aquí hay veinte doblones.

—Y qué queréis hacer con veinte doblones, Dios santo?

—¡Eh! —dijo Malicorne un poco enfadado—. ¡Aunque no sea más que para añadirlos a los quinientos que ya me debéis!

—Es verdad —repuso Manicamp, alargando de nuevo la mano—; y bajo ese punto de vista puedo aceptarlos.

—Dádmelos.

—Un momento, qué diantre! No se trata sólo de alargar la mano. Si os doy veinte doblones, ¿tendré el diploma?

—Sin duda.

—Pronto?

—Hoy mismo.

—Oh! Cuidado, señor de Manicamp: os comprometéis mucho, y yo no os pido tanto. Treinta leguas en un día es demasiado, y os mataríais.

—Por servir a un amigo no hallo nada imposible.

—Sois heroico.

—Dónde están los veinte doblones?

—Aquí.

—Bien.

—Mas vais a gastarlos sólo en caballos de posta.

—No, perded cuidado.

—Dispensad.

—Quince leguas de aquí a Étampes.

—Catorce.

—Bueno, catorce leguas son siete postas; a veinte sueldos la posta, siete libras; siete libras del correo, catorce; otras tantas para regresar, veintiocho comer y dormir, otras veintiocho; son unas sesenta libras lo que os costará esta complacencia.

Manicamp estiróse como una serpiente, y fijando sus grandes ojos en Malicorne, dijo:

—Tenéis razón; no podré regresar antes de mañana.

Y cogió los veinte doblones.

—Vamos, marchad.

- Ya que no he de volver hasta mañana, tenemos tiempo.
- ¿Tiempo de qué?
- De jugar.
- ¿Qué deseáis jugar?
- Vuestros veinte doblones, ¡voto al Cielo!
- No: ganáis siempre.
- Os hago una apuesta de veinte doblones.
- ¿Contra qué?
- Contra otros veinte.
- ¿Y cuál ha de ser el objeto de la apuesta?
- Veréis. Hemos dicho catorce leguas para ir a Étampes.
- Ciertamente.
- Catorce para volver.
- Por tanto, veintiocho leguas.
- Sin duda.
- ¿Me concedéis catorce horas para ellas?
- Bien.
- ¿Y una hora para buscar al conde de Guiche?
- Corriente.
- ¿Y otra para que le escriba a Monsieur?
- Adelante.
- Diecisésis horas por todo.
- Contáis como el señor Colbert. ¿Son las doce?
- Y media.
- ¡Caramba! ¡Tenéis un reloj muy bonito!
- ¿Qué decíais? —dijo Malicorne guardando el reloj en el bolsillo.
- Ah! Es cierto; os proponía apostar veinte doblones contra los que me habéis prestado, a que tendríais la epístola del conde de Guiche en...
- ¿En cuanto?
- En unas ocho horas.
- ¿Tenéis un caballo alado?
- Eso es cuenta mía, ¿apostáis?
- Tendré la carta del conde en ocho horas?
- Sin duda.
- Firmada?
- Sí.
- Pues bien; apuesto —dijo Malicorne, ansioso por saber cómo saldría del aprieto su vendedor de vestidos.
- ¿Está dicho?
- Está dicho.
- Traed pluma, tinta y papel.

—Voy.

—¡Ah!

Manicamp se incorporó con un suspiro, y apoyándose en su brazo izquierdo trazó estas líneas:

*Vale por una plaza de camarista de Madame que el señor conde de Guiche se encargará de entregar a la vista.*

*De MANICAMP.*

Terminado este trabajo penoso, se volvió a tender Manicamp cuan largo era.

—Bien —preguntó Malicorne—, ¿qué significa esto?

—Esto quiere decir que, si tenéis prisa por obtener la carta del conde de Guiche para Monsieur, he ganado la apuesta.

—¿Cómo?

—Está claro; tomáis este papel.

—Sí.

—Marcháis en lugar mío.

—¡Bien!

—Lanzáis a escape vuestros caballos.

—¡Corriente!

—En seis horas estás en Étampes, en siete tenéis la carta del Conde y he ganado la apuesta sin moverme de la cama, lo cual me acomoda mucho, y creo que a vos también.

—Sin duda, sois un gran hombre.

—Lo sé muy bien.

—De modo que voy a Étampes.

—Vais.

—En busca del conde de Guiche, con este vale.

—Que os dará otro igual para Monsieur.

—Luego salgo para París.

—Y vais en busca de Monsieur con el vale del conde de Guiche.

—Monsieur aprueba.

—Al momento.

—Y tengo el diploma.

—Sí. ¡Ah!

—Me parece, que soy amable, ¿eh?

—¡Adorable!

—Gracias.

—¿Conque hacéis del conde de Guiche todo lo que queréis, amigo Manicamp?

- Todo menos dinero.
- ¡Diablo! La excepción es lastimosa; pero, al fin, si en vez de pedirle dinero le pidieseis...
- ¿Qué?
- Algo importante.
- ¿A qué llamáis importante?
- En fin, si uno de vuestros amigos os solicitare un servicio...
- No se lo haría.
- ¡Egoísta!
- O al menos le preguntaría qué servicio me prestaba a cambio.
- ¡Pues bien, ese amigo os habla!
- ¿Sois vos, Malicorne?
- Yo soy.
- ¡Ah! ¿De modo que sois tan rico?
- Aún tengo cincuenta doblones.
- Precisamente, la cantidad que yo necesito. ¿Dónde están esos cincuenta doblones?
- Aquí —dijo Malicorne sonando la bolsa.
- Entonces hablad, querido. ¿Qué os hace falta?
- Malicorne se proveyó de pluma, tinta y papel, y todo ello lo presentó a Manicamp.
- Escribid —le dijo.
- Dictad.

*Vale por un empleo en la casa de Monsieur...*

- ¡Oh! —murmuró Manicamp, alzando la pluma—. ¡Una plaza en la casa de Monsieur, por cincuenta doblones!
- Habéis oído mal. ¿Cómo habéis dicho?
- He dicho quinientos.
- ¿Y los quinientos...?
- Malicorne sacó del bolsillo un cartucho repleto de oro, que rompió por un extremo.
- Aquí están.
- Manicamp devoró con los ojos el cartucho; mas Malicorne estaba a cierta distancia.
- ¡Ah! ¿Qué decís de eso? Quinientos doblones...
- Digo que es por nada —respondió Manicamp tomando otra vez la pluma—; y que abusáis de mi influencia; dictad.
- Malicorne continuó:

*... que mi amigo, el conde de Guiche, conseguirá de Monsieur, para mi amigo Malicorne.*

—Basta —dijo Manicamp.

—Perdón; debéis firmar.

—¡Ah! Es verdad.

—¿Y los quinientos doblones?

—Aquí hay doscientos cincuenta.

—¿Y los otros?

—Cuando logre mi destino. Manicamp hizo un gesto.

—En ese caso, dadme la recomendación.

—¿Para qué?

—Para agregar una palabra...

—¿Una palabra?

—Una, sola.

—¿Cuál?

—«Urgente».

Malicorne entregó la epístola, y Manicamp añadió la palabra.

—¡Bueno! —dijo Malicorne tomando de nuevo el papel. Manicamp púsose a contar los doblones.

—Faltan veinte —dijo.

—¿Cómo?

—Los veinte que he ganado.

—¿Dónde?

Apostando que tendríais la epístola de Guiche, en ocho horas justo.

Y le dio veinte doblones. Manicamp empezó a coger el oro a manos llenas y a hacerlo llover sobre su cama.

—He aquí un segundo empleo —se dijo Malicorne sacando el papel— que a primera vista parece costarme más que el primero; pero. Aquí se detuvo, tomó la pluma y escribió a Montalais:

*Señorita: Participad a vuestra amiga que no puedo tardar en recibir su empleo; salgo para hacerlo, firmar, y habré caminado ochenta y seis leguas por vuestro amor...*

Después volvió a la frase interrumpida con una sonrisa diabólica:

*... He aquí un cargo que, al principio, parecía que había de costarme más caro que el primero; pero... creo que los beneficios serán en proporción a los gastos, y, la señorita de La Vallière me producirá más que la de*

*Montalais, o no me llamaría yo Malicorne.*

—Adiós, Manicamp —dijo en voz alta.  
Y salió.

## Capítulo VI

---

### El patio del palacio de Grammot

**A**l llegar, Malicorne a Étampes, supo que el conde de Guiche acababa de salir en dirección a París.

Malicorne descansó dos horas y se dispuso a continuar su camino. Por la noche llegó a París, apeóse en una posada donde siempre tenía costumbre de parar, y a las ocho del día siguiente se presentó en el palacio Grammort.

Ya era hora de que Malicorne llegase.

El conde de Guiche se preparaba a despedirse de Monsieur, antes de salir para El Havre, adonde lo mejor de la nobleza de Francia iba a recibir a Madame, que llegaba de Inglaterra.

Malicorne pronunció el nombre de Manicamp, y al instante fue introducido.

El conde de Guiche permanecía en el patio del palacio Grammort, revisando sus trenes y caballos, que los escuderas y picadores hacían pasar por delante de él.

El conde elogiaba o criticaba delante de sus subordinados los vestidos, caballos y arneses que acababan de llevarle cuando en medio de esta importante ocupación fue dicho el nombre de Manicamp.

—¡Manicamp! —exclamó—. ¡Que entre, pardiez, que entre!

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

Malicorne se deslizó por aquella puerta entreabierta, mirando al conde de Guiche, sorprendido de ver un semblante extraño en lugar del que esperaba.

—Perdonad, señor conde —dijo—, creo que se han equivocado anunciándoos al mismo Manicamp; pero yo no soy más que un emisario suyo.

—¡Ah! —dijo Guiche con más frialdad—. ¿Y qué me traéis?

—Una epístola, señor conde. Malicorne se la presentó, observándole el rostro.

—El conde leyó y se echó a reír. ¡Otra camarista...! ¡Vaya! Ese tunante de Manicamp protege a todas las camaristas de Francia. Malicorne saludó.

—¿Y por qué no viene él mismo? —preguntó.

—Se halla en cama.

—¡Diablo! ¿Conque no tiene un cuarto?

—El enviado se encogió de hombros.

—¿Qué ha hecho del dinero? Malicorne hizo un movimiento que quería decir que sobre este punto estaba tan ignorante como el conde.

—Entonces que use de su crédito —prosiguió Guiche.

—¡Ah! Es que creo una cosa.

—¿Cuál?

—Que Manicamp no tiene crédito más que con vos.

—¿Es que no se encontrará en El Havre?

Malicorne hizo otro movimiento.

—Eso no puede ser; todo el mundo estará allí.

—Yo espero, señor conde, que no desperdiciará tan buena ocasión.

—Ya debería estar en París.

—Tomará caminos de travesía para ganar el tiempo perdido.

—¿Y dónde se halla ahora?

—En Orléans.

—Caballero —dijo Guiche saludando—, me parecéis hombre de excelente gusto.

Malicorne llevaba el vestido de Manicamp.

Y saludó también.

—Mucho honor me hacéis —dijo.

—¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Malicorne.

—Señor de Malicorne, ¿qué os parecen estas pistoleras?

Malicorne era hombre de talento y conoció la situación. Por otra parte, el de puesto antes de su nombre acababa de elevarlo a la altura de aquel a quien dirigía la palabra. Examinó las pistoleras como inteligente, y dijo resueltamente:

—Un poco pesadas.

—Ya lo veis —dijo Guiche al guarnicionero—; el señor, que es hombre de gusto, considera pesadas estas fundas. ¿Qué os había dicho yo?

El guarnicionero se excusó como pudo.

—¿Y qué opináis de ese caballo? —preguntó Guiche.

—A la vista parece perfecto, señor conde; mas sería necesario que lo montase para daros mi parecer.

—Pues montadlo, señor de Malicorne, y dadle dos o tres vueltas por el patio.

Malicorne tomó la brida, agarró la crin puso el pie en el estribo, y se colocó en la silla.

La primera vez hizo dar al caballo una vuelta al paso.

La segunda fue al trote. La tercera al galope.

Luego pasó cerca del conde, echó pie a tierra, y entregó la rienda a un palafrenero.

—Vaya, ¿qué pensáis, señor de Malicorne?

—Señor conde —respondió—: este caballo es de raza mecklemburguesa, y creo que debe tener siete años; la edad en que el caballo debe ser preparado para la guerra. El cuarto delantero es ligero. Caballo de cabeza chata no fatiga nunca la mano del jinete. La cruz es un poco baja. La configuración de la grupa me hace dudar de la pureza de la raza alemana. Debe tener sangre inglesa. En las vueltas y cambios de pie le he encontrado las ayudas finas.

—Bien juzgado, señor Malicorne —dijo el conde—, sois inteligente. Pero observo que traéis un traje encantador, que presumo no vendrá de la provincia. No se corta con ese gusto ni en Tours ni en Orléans.

—No, señor conde; este vestido es de París.

—Ya se ve... Pero; volvamos a nuestro asunto... ¿Conque Manicamp quiere hacer otra camarista?

—Ya veis lo que os escribe...

—¿Quién es la otra?

Malicorne ruborizóse.

—Una linda criatura —respondió—; la señorita de Montalais.

—¡Ah! La conocéis, ¡eh?

—Sí, es mi prometida o poco menos.

—Eso es distinto: sea muy enhorabuena —exclamó Guiche, en cuyos labios vagaba una sonrisa de broma cortesana; pero el título de prometida dado por Malicorne a la señorita de Montalais le recordó el respeto debido a las mujeres.

—¿Y el otro despacho, para quién es? ¿Es para la prometida de Manicamp...? En ese caso, lo siento. ¡Pobre niña! Tendrá un esposo muy malo.

—No, señor conde; el segundo despacho es para la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière.

—Desconocida —dijo Guiche.

—Desconocida, sí, señor —contestó Malicorne sonriendo.

—¡Bueno! Voy a hablar a Monsieur. A propósito: ¿es noble?

—Y de muy buena casa; doncella de honor de Madame viuda.

—Perfectamente.

—¿Queréis acompañarme al cuarto de Monsieur?

—Con mucho placer, si me concedéis ese honor.

—¿Tenéis carroza?

—No, he venida a caballo...

—¿Con ese traje?

—No, señor; he llegado de Orléans en posta, y me he mudado de vestido para

presentarme en vuestra casa.

—Es cierto; me habéis dicho que llegabais de Orléans.

Y, arrugándola, se metió la carta en el bolsillo.

—Señor —dijo tímidamente Malicorne—. Me parece que no lo habéis leído todo.

—¡Cómo! ¡Todo no?

—No; había dos billetes bajo el mismo sobre.

—¡Ah! ¡Estáis seguro?

—¡Oh! Segurísimo.

—Veamos.

Y el conde volvió a abrir la carta.

—¡Ah...! Es cierto... —dijo desdoblando el papel que aún no había leído—. No me engañaba, otro destino en el cuarto de Monsieur. ¡Oh! Es una sima ese Manicamp. ¡Malvado! Yo creo que comercia.

—No, señor conde; desea hacer donación de él.

—¿A quién?

—A mí, señor.

—¿Y por qué no lo decíais, querido señor de Mauvaisecorne?

—¡Malicorne!

—¡Ah, perdón! Ese latín me enreda, la atroz costumbre de las etimologías. Me perdonaréis, ¿verdad, señor de Malicorne?

—Agradezco mucho vuestra bondad, y es una razón para que os diga cierta cosa ahora mismo.

—¿Qué cosa?

—Que yo no soy gentilhombre; tengo buen corazón y un poco de talento, pero me llamo Malicorne a secas.

—Pues bien —dijo Guiche mirando el malicioso semblante de su interlocutor—; me hacéis el efecto de un hombre muy amable. Me gusta vuestra cara, señor Malicorne, y es preciso que tengáis muy buenas cualidades para haber gustado a ese egoista de Manicamp. Sed sincero; sois algún santo bajado a la tierra.

—¿Por qué?

—¡Pardiez! Porque os da algo. ¡No habéis dicho que deseaba haceros donación de un empleo en la casa del rey?

—Pero, señor conde, si consigo ese empleo, no será él quien me lo haya dado, sino vos.

—Y además... no os lo habrá dado por nada absolutamente.

—Señor conde...

—Esperad en Orléans hay un Malicorne. ¡Pardiez! El que presta dinero al señor príncipe.

—Creo que es mi padre, señor.

—¡Ya! El señor príncipe tiene al padre, y ese terrible devorador de

Manicamp al hijo. Cuidado, amigo, que yo lo conozco, y os roerá, ¡vive Dios!, hasta los huesos.

—Pero yo le presto sin interés —dijo Malicorne sonriendo.

—Ya decía yo que erais un santo o cosa parecida. Señor Malicorne, tendréis el destino, o yo perderé mi nombre.

—¡Oh, señor conde! ¡Gracias! —dijo Malicorne enajenado.

—Vamos a casa del príncipe, mi querido señor Malicorne, vamos a casa del príncipe.

Y el de Guiche se dirigió a la puerta, haciendo señas a Malicorne de que le siguiera.

Mas en el momento en que iban a franquear el umbral, apareció un joven por el otra lado.

Era un caballero de veinticuatro a veinticinco años, de semblante pálido, labios delgados, ojos brillantes y cabellos castaños.

—Buenos días —dijo empujando a Guiche al interior del patio.

—¡Ah! ¡Vos aquí Wardes, con botas, espuelas y látigo en mano...!

—El traje que cuadra a un hombre que marcha al Havre; mañana ya no habrá nadie en París.

Y el recién llegado saludó ceremoniosamente a Malicorne, a quien su hermoso vestido daba aire de príncipe...

—El señor Malicorne —dijo Guiche a su amigo.

Wardes saludó.

—El señor de Wardes dijo inmediatamente a Malicorne.

Este saludó también:

—Vamos, Wardes —continuó Guiche—: decidnos, vos que estáis enterado de todas estas cosas: ¿qué destinos hay todavía vacantes en la Corte, o más bien en el cuarto de Monsieur?

—En el cuarto de Monsieur —dijo Wardes con ademán de quien recuerda—; creo que está vacante el de escudero mayor.

—¡Oh! —exclamó, Malicorne—; no hablemos de tales. Mi ambición no llega a la cuarta parte de eso.

Wardes tenía el golpe de vista más desconfiado que Guiche, y enseguida caló a Malicorne.

—El caso es —dijo—, que para ocupar esa plaza es preciso ser duque o par.

—Todo lo que yo pido —dijo Malicorne—, es un puesto muy humilde; yo soy poco, y no me aprecio en más de lo que valgo.

—El señor Malicorne, a quien veis —dijo Guiche a Wardes—, es un gallardo mozo, Cuya única desgracia es no ser gentilhombre; pero no ignoráis que yo hago poco caso del que no es más que gentilhombre.

—Conforme —dijo Wardes—, pero yo os haré observar querido conde, que sin nobleza no se puede entrar en casa de Monsieur.

—Verdad —dijo el conde—, la etiqueta es formal. ¡Diablo! ¡No habíamos pensado en esto!

—¡Qué desgracia para mí! —dijo Malicorne.

—Pero tiene remedio, según creo —respondió Guiche.

—¡Diantre! —exclamó Wardes—. El remedio se ha encontrado; se os hará gentilhombre. Su Excelencia el cardenal Mazarino no hacía otra cosa de la mañana a la noche.

—¡Paz, paz! —dijo el conde—. Nada de bromas pesadas, pues no es propio de nosotros; verdad es que la nobleza puede comprarse, pero no es una desgracia tan grande como para que los nobles no se rían de ella.

—A fe mía que eres un puritano, según dicen los ingleses.

—El señor vizconde de Bragelonne —anunció un criado en el patio, como si hubiera sido en un salón.

—¡Ah, Raúl! ¡Ven, ven acá! ¡También botas y espuelas! ¡Te marchas?

Bragelonne se acercó al grupo y saludó con el ademán grave y dulce que le era peculiar.

Su saludo dirigióse sobre todo a Wardes, a quien no conocía y cuyas facciones se habían armado de singular frialdad viendo aparecer a Raúl.

—Amigo —dijo Guiche—, vengo a pedirte tu compañía. ¿Vienes al Havre, según creo?

—¡Ah! ¡Esto es encantador! Vamos a hacer un viaje maravilloso... Señor Malicorne; el señor de Bragelonne... ¡Ah! Te presento al señor de Wardes.

Los jóvenes cambiaron un saludo acompañado, porque ambas naturalezas parecían dispuestas a rechazarse.

—Ponnos de acuerdo a Wardes y a mí, Raúl.

—¿Sobre qué asunto?

—Sobre nobleza.

—¿Y quién entenderá de ella mejor que un Grammont?

—Yo no te pido cumplimientos, sino tu opinión.

—Pero necesito conocer el objeto de la discusión.

—Wardes pretende que se abusa de los títulos y yo afirmo que el título es inútil al hombre.

—Y tienes razón —dijo tranquilamente Bragelonne.

—Pero yo también —replicó Wardes con una especie de obstinación—, yo también, señor vizconde, pretendo tener razón.

—¿Pues qué decis, señor?

—Yo sostengo que en Francia se hace todo lo que se puede para humillar a los gentileshombres.

—¿Y quién hace eso? —preguntó Raúl.

—El mismo rey, que se rodea de gentes que no podrían hacer, prueba de los cuatro cuarteles.

—Ignoro dónde diablos habéis visto eso, Wardes —dijo Guiche—. Un ejemplo...

Y, diciendo esto, dirigió a Bragelonne una mirada.

—¿Sabes tú quién acaba de ser nombrado capitán general de los mosqueteros, puesto que vale más que el de par y que ya delante de los mariscales de Francia?

Raúl empezó a encenderse; porque veía dónde iba a parar Wardes.

—No. ¿Quién ha sido nombrado?

—Y no hará de eso mucho tiempo, porque ha ocho días aun estaba vacante la plaza; por más señas, Su Majestad se la negó a Monsieur, que la pedía para uno de sus protegidos.

—Pues la ha negado al protegido de Monsieur, a fin de dársela al caballero de D'Artagnan, un segundón de la Gascuña que ha arrastrado la espada treinta años por las antecámaras.

—Perdonad si os interrumpo, señor —dijo Raúl lanzando a Wardes una mirada llena de severidad— mas creo que no conocéis a aquel de quien habláis.

—¡Que no conozco al señor de D'Artagnan! ¡Dios mío! ¿Pues quién no lo conoce?

—Los que lo conocen —dijo Raúl con más calma y frialdad— están obligados a decir que si no es tan buen gentilhombre como el rey, lo cual no es falta suya, iguala a todos los soberanos del mundo en valor y lealtad. Esta es mi opinión, caballero, y gracias a Dios, conozco al señor de D'Artagnan desde que nací.

Wardes iba a contestar; pero le interrumpió Guiche.

## Capítulo VII

---

### El retrato de Madame

**G**uiche, conoció perfectamente que iba a agriarse la discusión.

En efecto; en la mirada de Bragelonne había algo manifiestamente hostil.

Y en la de Wardes como un cálculo de agresión.

Sin darse cuenta de los distintos sentimientos que agitaban a los dos amigos, Guiche pensó en parar el golpe, que conocía próximo a darse por uno o por otro, y tal vez por ambos.

—Señores —dijo— vamos a separarnos, porque es preciso que yo vaya al cuarto de Monsieur. Tú, Wardes, vente contigo al Louvre; y tú, Raúl, quédate dueño de la casa, y, como eres el consejero de todo lo que se hace aquí, darás la última ojeada a mis preparativos de marcha.

Raúl hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y se sentó en un banco al sol.

—Vaya, Raúl —dijo Guiche—: quédate ahí y que te enseñen los dos caballos que he comprado con la condición de que tú ratificarás el contrato. A propósito... olvidaba preguntarte por el conde de la Fère. Y al decir estas últimas palabras, observaba a Wardes para descubrir el efecto que en él hacía el nombre del padre de Raúl.

—Gracias —contestó el joven—; está bien.

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Wardes.

Guiche simuló no advertirlo, y dando un apretón de manos a Raúl, le dijo:

—Es cosa convenida que irás a encontrarnos al patio del Palacio Real, ¿eh?

Y haciendo después ademán de que le siguiera Wardes, añadió:

—Nos vamos; venid, señor Malicorne.

Este nombre hizo temblar a Bragelonne.

Parecióle que ya lo había oido pronunciar más de una vez; pero no pudo recordar en qué ocasión.

Y mientras cavilaba sobre esto, medio irritado de su conversación con Wardes, los tres jóvenes encaminábanse al Palacio Real, donde vivía Monsieur.

Malicorne comprendió dos cosas. La primera, que los dos amigos tendrían algo que decirse.

La otra, que él no podía marchar en la misma fila que ellos.

Y se quedó atrás.

—¿Estáis loco? —exclamó Guiche a su compañero cuando estuvieron algunos pasos distantes del palacio de Grammont—. Atacáis al señor de D'Artagnan... delante de Raúl.

—¿Y qué? —dijo Wardes.

—¡Cómo!

—Sin duda.

—¿Está prohibido atacar al señor de D'Artagnan?

—Pero ¿sabéis que D'Artagnan es la cuarta parte de aquel todo tan glorioso y temible que se llamaba los mosqueteros?

—Bien, pero no veo que eso me impida aborrecer al señor de D'Artagnan.

—¿Pues qué os ha hecho?

—¡Oh! A mí, nada.

—¿Pues por qué le odiáis?

—Preguntádselo a la sombra de mi padre.

—Me sorprendéis, amigo Wardes; el señor de D'Artagnan no es de esos que dejan detrás de sí una enemistad sin apurar su cuenta. Vuestro padre era duro de puños... y no hay enemistades tan rudas que no se laven con una buena estocada.

—¿Qué queréis; amigo! Este odio existía entre mi padre y el señor de D'Artagnan; siendo yo muy niño me hablaba de ese odio, que es un legado particular que he recibido con su herencia.

—¿Y tal odio tenía por objeto al señor de D'Artagnan solo?

—¡Oh! El señor de D'Artagnan está demasiado bien incorporado en sus tres amigos, para que no se reflejase en ellos... y de tal suerte, que llegado el caso, no tendría ninguno de qué quejarse.

El de Guiche tenía los ojos fijos en Wardes, y se estremeció viendo su pálida sonrisa. Tuvo un presentimiento; pensó que ya había transcurrido el tiempo de las estocadas entre caballeros, pero que el odio, extravasándose del fondo del corazón no por eso dejaba de ser odio; en una palabra, que después de los padres; que habíanse aborrecido con el corazón y combatido con el brazo, vendrían los hijos que también se odiarían con el corazón, pero que no se combatirían sino con la traición o con la intriga.

Mas como no era de Raúl de quien sospechaba traición o intriga, por él fue por quien Guiche se estremeció.

Pero en tanto que estos pensamientos sombríos obscurecían la frente de Guiche, Wardes había vuelto a ser completamente dueño de sí mismo.

—Por lo demás —dijo—, no aborrezco personalmente al señor de Bragelonne, no le conozco.

—En todo caso —dijo Guiche con severidad—, no olvidéis que Raúl es mi mejor amigo.

Aquí quedó la conversación, aunque Guiche hizo todo cuanto pudo por sacarle el secreto del corazón; pero sin duda estaba Wardes resuelto a no decir más, y permaneció impenetrable.

Guiche prometióse sacar más partido de Raúl.

En esto llegaron al Palais Royal, que estaba rodeado de multitud de curiosos.

La servidumbre de Monsieur aguardaba sus órdenes para montar a caballo y escoltar a los embajadores encargados de conducir a la joven princesa.

Este lujo de caballos, de armas y de libreas compensaba en aquella época, gracias a la benevolencia de los pueblos, y a las tradiciones de respetuosa adhesión a los reyes, los enormes gastos que proporcionaba.

Mazarino había dicho: « Permitidles cantar con tal que paguen». Luis XIV decía: « Dejadlos ver».

La vista había reemplazado a la voz; todavía se podía mirar, pero ya no se podía cantar.

El de Guiche, dejó a Wardes y a Malicorne al pie de la escalera principal; pero él, que compartía el favor de Monsieur, con el caballero de Lorena, a quien ponía buena cara, mas a quien no podía sufrir, subió al cuarto de Monsieur, a quien encontró mirándose a un espejo, y poniéndose colorete.

Sobre unos cojines estaba recostado el señor de Lorena, que trataba de hacerse rizar sus largos cabellos rubios, con los cuales jugaba como si fuese una mujer.

El príncipe se volvió al ruido, y dijo:

—¡Ah! Eres tú, Guiche; ven aquí y cuéntame la verdad.

—Sí, Monsieur; ya sabéis que ése es mi defecto.

—Figúrate que ese perverso caballero me está haciendo rabiar. El caballero se encogió de hombros.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Guiche—. No es ésa la costumbre del caballero.

—Pues pretendo —continuó el príncipe— que madame Enriqueta es mejor como mujer que yo como hombre.

—Cuidado —dijo Guiche frunciendo las cejas—, que me habéis exigido que diga la verdad.

—Sí —dijo Monsieur casi temblando.

—Pues bien, os la diré.

—No te apresures, Guiche —exclamó el príncipe—; tiempo tienes; mírame

con atención, y acuérdate bien de Madame. Además, ahí tienes su retrato.

—Y le entregó una miniatura de trabajo delicado. Guiche la tomó y la contempló largo tiempo.

—A fe mía, señor —dijo—, que tiene un rostro adorable.

—¡Paro mírame, mírame bien! —exclamó el príncipe pretendiendo atraer la atención del conde, absorta del todo por el retrato.

—¡Es maravilloso! —murmuró Guiche.

—Se diría —continuó Monsieur— que no has visto jamás a esa chica.

—Es cierto que la he visto, señor; pero hace ya cinco años, y hay mucha diferencia entre una niña de doce años y una joven de diecisiete.

—En fin, dime tu parecer, vamos.

—Mi opinión es que el retrato debe estar mejorado.

—¡Oh! No hay duda —dijo el príncipe triunfante—; pero supón que no lo esté, y dime lo que piensas.

—Señor, Vuestra Alteza es muy feliz teniendo tan linda prometida.

—Bien; esa es tu opinión sobre ella. ¿Y sobre mí?

—Mi opinión es que sois demasiado hermoso para ser hombre.

El caballero de Lorena soltó una carcajada.

Monsieur comprendió todo lo severo que había para él en la opinión del conde de Guiche, y frunció el entrecejo diciendo:

—Tengo amigos poco benévolos. El de Guiche miró de nuevo el retrato, y después de algunos minutos de contemplación lo entregó a Monsieur haciendo un esfuerzo.

—Decididamente —dijo—, desearía mejor contemplar diez veces a Vuestra Alteza que una vez a Madame.

Sin duda, el caballero echó de ver algo misterioso en estas palabras, que quedaron incomprendibles para el príncipe, pues exclamó:

—¡Pues bien, casaos!

Monsieur continuó dándose colorete; cuando terminó esta operación, contempló otra vez el retrato, y luego se miró al espejo y sonrió.

Sin duda, estaba satisfecho de la comparación.

—Por lo demás, has hecho perfectamente en venir —dijo a Guiche—; temía que marchases sin venir a despedirte.

—Demasiado me conoce Monsieur para creer que cometiese semejante desatención.

—¿Tienes algo que pedirme antes de salir de París?

—Vuestra Alteza lo ha adivinado; tengo, en efecto, una petición que presentarle.

—¿Cuál es?

El caballero de Lorena fue todo ojos y oídos, pues le parecía que cada gracia obtenida por otro, era un robo que se le hacía.

Y como Guiche vacilara, preguntó el príncipe.

—¿Es dinero? Eso vendría a las mil maravillas, porque soy riquísimo: el superintendente de Hacienda me ha hecho entrega de cincuenta mil doblones.

—Gracias, señor; mas no se trata de dinero.

—Pues ¿de qué? Veamos.

—De un despacho de camarista.

—¡Diantre! ¡Qué protector te haces, Guiche! —dijo el príncipe con desdén

—No me has de hablar nunca más que de tonterías.

El caballero de Lorena sonrióse, pues sabía que proteger damas era desagradar a Monsieur.

—Señor —dijo el conde—, no soy yo quien protege directamente a la persona de que acabo de hablar; es un amigo mío.

—Eso es distinto. ¿Y cómo se llama la protegida de tu amigo?

—La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière, doncella de honor de Madame viuda.

—¡Una coja! —dijo el caballero de Lorena estirándose en los cojines.

—¡Una coja! —repitió el príncipe—. ¿Madame había de tener eso a la vista? De ningún modo; sería muy peligroso para su embarazo.

El caballero de Lorena soltó otra carcajada.

—Caballero —dijo Guiche, lo que estáis haciendo no es generoso; yo solicito, y me perjudicáis.

—Perdonad, señor conde —dijo el caballero, inquieto por el acento con que Guiche acentuó sus palabras—; no era tal mi intención, y aun creo que confundo a esa señorita con otra...

—Ciertamente que la confundís, os lo juro.

—¿Y te interesa eso mucho, Guiche? —preguntó el príncipe.

—Mucho, señor.

—Pues bien, concedido; pero no me pidáis más despachos, porque no hay más plazas.

—¡Ah! —murmuró el caballero—. ¡Las doce ya! La hora fijada para la marcha.

—¿Me echáis, caballero? —preguntó Guiche.

—¡Oh conde! ¡Cómo me maltratáis hoy! —contestó afectuosamente el de Lorena.

—¡Por Dios, conde!

—¡Por Dios, caballero! —dijo Monsieur—. No os querelléis así. ¿No veis que eso me apena?

—¿Firmáis eso? —preguntó Guiche.

—Tomad un despacho de esa carpeta y dádmelo.

Guiche obedeció. El príncipe firmó.

—Tomad —dijo entregándoselo—; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que os reconciliéis con el caballero.

—Con mucho gusto.

Y le alargó una mano con una indiferencia que parecía desprecio.

—Ea, conde —dijo el caballero, sin parecer notar el desdén de Guiche—; idos y traednos una princesa que no desdiga mucho de su retrato.

—Sí, andad y volved pronto... A propósito, ¿a quién os lleváis?

—A Bragelonne y a Wardes.

—Intrépidos compañeros.

—Demasiado —dijo el caballero—; haced por traerlos a ambos.

—¡Corazón villano! —murmuró el conde.

Y saludando a Monsieur, salió. Al llegar al vestíbulo levantó en el aire el despacho firmado. Malicorne se precipitó y lo recibió temblando de alegría.

Pero, después de haberlo recibido, conoció Guiche que aguardaba alguna otra cosa.

—¡Paciencia, amigo, paciencia! —dijo a su cliente—. Estaba allí el señor caballero y he temido fracasar si pedía demasiado de un golpe. Esperad que yo regrese, y adiós.

—Adiós, señor conde, y mil gracias —dijo Malicorne.

—Y envidadme a Manicamp. A propósito: ¿es cierto que la señorita de La Vallière es coja?

En el momento de pronunciar estas palabras paraba un caballo detrás de él.

Volvióse, y vio palidecer a Bragelonne, que entraba en aquel instante en el patio.

El pobre amante había oído. No así Malicorne, que ya estaba fuera del alcance de su voz.

—¿Por qué se habla aquí de Luisa? —se preguntó Raúl—. ¡Oh! ¡El cielo libre a, Wardes de hablar una palabra de ella delante de mí!

—Vamos, señores —gritó el conde de Guiche—; ¡en marcha!

En aquel momento apareció en la ventana el príncipe, que ya había acabado de embellecerse.

## Capítulo VIII

---

En el Havre

La escolta toda le aclamó, diez minutos después, bandera, bandas y plumas flotaban a la ondulación del galope de los corceles.

Aquella corte tan brillante; tan alegre, tan animada par contrarios sentimientos, llegó al Havre cuatro días después de su salida de París. Eran las cinco de la tarde, y aun no se tenía noticia alguna de la princesa.

Buscáronse alojamientos; pero desde entonces comenzó una gran confusión entre los señores, grandes disputas entre los lacayos, y en medio de aquel ruido el conde de Guiche creyó reconocer a Manicamp.

Él era, en efecto, el llegado, pero como Malicorne habíase puesto su mejor traje, no pudo él comprar más que un vestido de terciopelo violeta bordado en plata.

Guiche lo reconoció, por el vestido y el semblante. Había visto muchas veces a Manicamp aquel traje violeta, su último recurso...

Manicamp presentóse al conde de Guiche bajo una bóveda de hachones que incendiaban más que iluminaban el pórtico por el que se entraba en El Havre, situado cerca de la torre de Francisco I.

El conde, al ver la triste figura de Manicamp, no pudo contener la risa.

—¡Hola, mi Manicamp! Hétenos aquí violeta. ¡Estás de luto?

—Sí, señor, de luto.

—¿Por quién o por qué?

—Por mi traje azul y oro, que ha desaparecido, y en vez del cual no he podido encontrar mas que éste, y aun me ha sido preciso economizar para sacarlo de manos de los prenderos.

—¡Es verdad?

—¡Diablo! Sorpréndete de eso, tú que me dejas sin dinero.

—Pero al fin ya estás aquí, y esto es lo principal.

—Sí, por sendas malditas. ¿Dónde estás alojado?

—Alojado?

—Sí.

—No estoy hospedado. Guiche se echó a reír.

—En fin, ¿dónde te hospedarás?

—Donde te hospedes tú.

—Pues, no lo se.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Indudablemente. ¿Cómo quieres que sepa dónde me hospedaré?

—Pues qué, ¿no has tenido un hotel?

—¡Yo!

—Tú o el príncipe.

—No hemos pensado en eso, ni el uno ni el otro. El Havre es grande, y con tal de que tenga una cuadra para doce caballos y una casa limpia en un buen barrio...

—¡Oh! Hay casas muy elegantes.

—Entonces...

—Sí, pero no para nosotros.

—¿Cómo que no para nosotros? ¿Para quién, entonces?

—Para los ingleses.

—¿Cómo?

—Sí, todas están alquiladas.

—¿Por quién?

—Por el señor de Buckingham.

—Es cierto? —dijo Guiche, a quien esta palabra alarmó.

—Sí, querido; por el señor de Buckingham. Su gracia se ha hecho prender por un correo; este correo llegó hace tres días, y ha guardado todas las habitaciones alquilables que se encontraban en la ciudad.

—Veamos, Manicamp; entendámonos.

—¡Pardiez! Lo que te digo es bien claro, a mí parecer.

—Pero el señor de Buckingham no ocupará todo El Havre.

—No lo ocupa, es cierto, porque aún no ha desembarcado; pero una vez desembarcado lo ocupará.

—¡Oh, oh!

—¡Bien se ve que no conoces a los ingleses! Les place acapararlo todo.

—Ya; pero un hombre que tiene toda una casa, se contenta con ella y no toma dos.

—Sí, pero dos, hombres...

—Sean los que tú quieras; pero hay cien casas en el Havre.

—Bueno, eso quiere decir que están alquiladas las cien.

—¡No puede ser!

—Pero, terco, cuando te digo que el señor de Buckingham ha alquilado todas las casas que rodean a la en que deben apearse Su Majestad la reina viuda de Inglaterra y la princesa su hija...

—¡Ah! He aquí una cosa extraña —dijo Wardes acariciando la crin de su caballo.

—Así es, señor.

—¿Estáis seguro, señor de Manicamp?

Y al hacer esta pregunta miraba con malicia a Guiche, como para interrogarle sobre el grado de confianza que podía tenerse en razón de su amistad.

Durante este tiempo había llegado la noche, y los hachones, los lacayos, los escuderos, los caballos y las carrozas ocupaban toda la plaza; las antorchas se reflejaban en las aguas del mar en flujo, mientras al otro lado percibíanse mil figuras curiosas de marineros y pueblo que procuraban no perder nada del espectáculo.

Durante todas estas vacilaciones, Bragelonne, como si hubiera sido extraño a todo, se mantenía a caballo algo detrás de Guiche, y miraba los juegos de luz que se elevaban de las aguas, al mismo tiempo que respiraba con delicia el olor de las ondas que arrojaban al aire su espuma y al espacio su ruido.

—Pero, en fin —murmuró Guiche—, ¿qué razón ha tenido el señor de Buckingham para esa provisión de alojamientos?

—Sí —preguntó Wardes—, ¿qué razón?

—¡Oh! Una excelente —contestó Manicamp.

—Pero, al fin, ¿la sabes?

—Creo que sí.

—Habla, pues.

—Entonces aplica tu oído. ¡Diantre! ¿Acaso no puede decirse sino en voz baja?

—Tú mismo juzgarás.

—Bien.

Guiche inclinó la cabeza.

—El amor —dijo Manicamp.

—No entiendo.

—¿Dices que aún no comprendes?

—Habla.

—Pues bien; pasa por cierto, señor conde, que Su Alteza Real será el más infortunado de dos maridos.

—¡Cómo! ¡El duque de Buckingham?

—Semejante nombre lleva la desgracia a los príncipes de la casa de Francia.

—¿Entonces... el duque...?

—Aseguran que está locamente enamorado de la joven princesa, y no quiere que nadie, sino él, se acerque a ella.

Guiche palideció.

—Bien, gracias —dijo apretando la mano de Manicamp.

Luego, levantándose:

—Por el amor de Dios —dijo a Manicamp—, has de modo que este proyecto del duque de Buckingham no llegue a oídos franceses, o de lo contrario, Manicamp, relucirían al sol de este país espadas que no tienen miedo a los aceros ingleses. Además —dijo Manicamp—, ese amor no está demostrado, y tal vez sólo sea, un cuento.

—No —dijo Guiche—; debe ser verdad.

Y contra su voluntad rechinaron los dientes del joven.

—Y bien, después de todo, ¿qué te importa? ¿Qué es lo que a mí me interesa que el príncipe sea lo que fue el difunto rey? Buckingham, el padre, para la reina; Buckingham, hijo, para la joven princesa; nada para nadie.

—¡Manicamp, Manicamp!

—¡Demonio...! Es un hecho; o al menos un dicho.

—¡Silencio! —dijo el conde.

—¿Y por qué silencio? —exclamó Wardes—. Es un hecho muy honroso para la nación francesa. ¿No sois de mi parecer, señor de Bragelonne?

—¿Qué hecho? —dijo distraído Bragelonne.

—Que los ingleses rindan así homenaje a la belleza de nuestras reinas y de nuestras princesas.

Perdonadme; mas no he entendido lo que se ha dicho, y os pido me lo expliquéis.

—Sin duda, fue necesario que el señor de Buckingham, padre, viniese a París, para que el rey Luis XIII se apercibiese de que su esposa era una de las más bellas damas de la corte de Francia; y ahora, es necesario que el señor de Buckingham, hijo, consagre a su vez, con el homenaje que le rinde, la hermosura de una princesa de sangre francesa. Será en lo sucesivo un diploma de belleza haber inspirado amor del otro lado del mar.

—Señor —contestó Bragelonne—, no me gusta hacer burlas sobre estas materias. Nosotros, caballero; somos los guardadores del honor de las reinas y de las princesas. Si nos reímos, de ellas, ¿qué harán los lacayos?

—¡Oh, caballero! —dijo Wardes, cuyos ojos centellearon—. ¿Cómo debo tomar lo que me decís?

—Tomadlo como os plazca —contestó fríamente Bragelonne.

—¡Bragelonne! —exclamó Guiche.

—¡Señor de Wardes! —gritó Manicamp viendo al joven impulsar su caballo hacia el de Raúl.

—Caballero —dijo Guiche—, no deis semejante espectáculo al público y en la calle. Wardes, habéis hecho mal.

—¡Mal! ¿Y en qué?

—¿En qué? Habláis siempre terriblemente de todos y de todas —replicó Raúl con su implacable sangre fría.

—Sed indulgente, Raúl —le dijo por lo bajo Guiche.

—Y no os batáis antes de haber descansado; no haríais nada útil —dijo Manicamp.

—¡Vamos, vamos, señores, adelante! —prosiguió Guiche.

Y al punto, apartando pajés y caballos, abrióse camino hasta la plaza por en medio de la multitud, atrayendo tras sí a todo el cortejo de franceses.

Había abierta una gran puerta que daba a un patio. Guiche penetró en él; Bragelonne, Wardes, Manicamp y otros tres o cuatro caballeros le siguieron.

Allí se tuvo una especie de Consejo de guerra; deliberóse sobre el medio que era preciso emplear para salvar la dignidad de la embajada.

Bragelonne optó por que se respetase el derecho de prioridad.

Wardes propuso entregar al saqueo la ciudad.

Tal proposición pareció un poco fuerte a Manicamp.

Propuso dormir antes que nada esto era lo más prudente.

Por desgracia, para seguir su consejo sólo faltaban dos cosas: una casa y camas.

Guiche meditó algún tiempo, después, gritó en alta voz:

—¡Quien quiera que me siga!

—¿Los criados también? —preguntó un paje que se había acercado al grupo.

—¡Todo el mundo! —gritó el fogoso joven—. Ea, Manicamp, condúcenos a la casa que debe ocupar la princesa.

Sin adivinar nada sobre el proyecto del conde, sus amigos le siguieron, escoltados por una muchedumbre popular cuyas aclamaciones y alegría formaban feliz presagio para el proyecto, aun ignorado, de aquella fogosa juventud.

El viento soplaban fuertemente y densas ráfagas agitaban el mar.

## Capítulo IX

---

### En el mar

L a mañana siguiente apareció un poco más serena, aunque el viento seguía soplando.

El sol habíase alzado sobre un lecho de nubes rojas, y lanzaba sus rayos ensangrentados sobre las crestas de las negras olas.

Los vigías acechaban impacientes. A eso de las once de la mañana se descubrió un buque que arribaba a velas desplegadas; otros dos le seguían a cierta distancia.

Venían como flechas disparadas por vigorosos arqueros, y no obstante, estaba la mar tan alborotada, que la rapidez de su marcha en nada disminuía los terribles balanceos de los buques.

Pronto conociérонse los colores de la flota inglesa; a la cabeza iba el buque, montado por la princesa con el pabellón del almirantazgo.

Inmediatamente se propagó el rumor de que llegaba la princesa. Toda la nobleza corrió al puerto y la plebe a los muelles.

Dos horas después, no atreviéndose los buques a aventurarse en la estrecha entrada del puerto, echaron anclas entre el Havre y el Hive.

Terminada esta maniobra; el navio almirante saludó a Francia con doce cañonazos, que fueron contestados uno a uno por el fuerte Francisco I.

Al momento salieron al mar cien embarcaciones, empavesadas de ricas telas y destinadas a conducir a los caballeros franceses hasta los buques anclados fuera del puerto.

Mas al ver las olas levantarse en montañas y estrellarse con horrible mugido en la playa, comprendíase que ninguna de aquellas barcas llegaría a la cuarta parte de la distancia que había de atravesar hasta los navíos sin haber zozobrado.

A pesar del viento y de la mar, un falucho se aprestaba a salir del puerto para ponerse al habla con el almirante inglés.

El de Guiche buscaba entre todas las embarcaciones una que fuera algo más sólida que las otras, y que ofreciera más probabilidades de llegar a los bajales ingleses, cuando apercibió al falucho que aparejaba.

—Raúl —dijo—, ¿no consideras que es vergonzoso, para hombres inteligentes y fuertes como nosotros, retroceder ante esta fuerza bruta del viento y del agua?

—Precisamente estaba reflexionando en eso —respondió Bragelonne.

—¿Quieres que nos embarquemos en ese falucho y vayamos adelante, Wardes?

—Cuidado, vais a ahogaros —dijo Manicamp.

—Y para nada —dijo Wardes—, pues teniendo el viento de frente jamás llegaréis a los buques.

—¿De modo que no quieres?

—Con mucho gusto perdería la vida en una lucha contra hombres —respondió Wardes mirando oblicuamente a Bragelonne—; pero no tengo el menor deseo de batirme a golpes de remo contra las olas.

—Y yo —dijo Manicamp—, aunque hubiera de llegar a los buques, me cuidaría mucho de perder el único vestido decente que me queda; el agua salada mancha.

—¿También tú rehúsas? —murmuró Guiche.

—Ya te he dicho que...

—Pero mirad, mirad —exclamó Guiche—; observa, Manicamp; desde el castillo de popa del navío almirante nos miran las princesas.

—Razón de más, amigo, para no tomar un baño ridículo delante de ellas.

—¿Con que no quieres, Manicamp?

—No.

—Ni tú tampoco, Wardes?

—Tampoco.

—Entonces iré yo solo.

—No —dijo Raúl—; yo os acompañó.

El hecho es que Raúl, midiendo el peligro a sangre fría, lo juzgaba inminente; pero se dejaba guiar con gusto a hacer cualquiera cosa ante la cual retrocediera Wardes.

El falucho iba a marchar y Guiche llamó al piloto.

—¡Hola, barquero, necesitamos dos asientos!

Y liando algunos doblones en un pedazo de papel, los tiró desde el muelle al buque.

—Parece que no tenéis miedo al agua salada —observó el patrón.

—De nada tenemos miedo nosotros —respondió Guiche.

—Pues vamos allá, caballeros.

El piloto acercóse al muelle, y ambos jóvenes, con ligereza igual, saltaron a bordo.

—Ea, valor, muchachos —dijo Guiche a los remeros—; todavía hay veinte doblones en esta bolsa, y si llegamos al almirante son vuestros.

Los remeros encorváronse sobre los remos, y el barco se deslizó por la superficie de las olas.

Todo el mundo había tomado interés en esta expedición aventurada y todos tenían puestos los ojos en la barca.

La débil embarcación permanecía algunas veces como suspendida en las crestas espumosas, y de repente se precipitaba en lo profundo del abismo mugiente.

No obstante, después de una hora de lucha, llegó cerca del navío almirante, del cual se destacaban dos embarcaciones en su auxilio.

Sobre el castillo de popa del almirante y en un pabellón de terciopelo, madame Enriqueta, viuda, y la joven Madame, a cuyo lado estaba el almirante, conde de Norfolk, miraban con terror aquella barca elevarse hasta el cielo y sumergirse hasta el infierno, sobre cuya vela brillaban como luminosas apariciones los nobles rostros de los dos caballeros franceses.

La tripulación del navío aplaudía la bravura de aquellos intrépidos, la destreza del piloto y la fuerza de los remeros.

Un viva triunfal acogió su llegada a bordo.

Y el conde de Norfolk, hermoso joven de unos veintiocho años salió a recibirlos.

El de Guiche y Bragelonne subieron con ligereza la escalera de estribor, y, conducidos por el conde, fueron a saludar a las princesas. El respeto, y principalmente cierto temor de que no se daba cuenta, habían impedido hasta entonces al conde de Guiche mirar con atención a la joven Madame.

Ésta, por el contrario, lo había distinguido desde luego y preguntado a su malee:

—¿No es Monsieur ese que divisamos en la barca?

Madame Enriqueta, que conocía a Monsieur mejor que su hija, se sonrió de este yerro de su amor propio, y le contestó:

—No, ese es el señor de Guiche, su favorito.

A esta contestación, la princesa se vio precisada a contener la instintiva benevolencia provocada por la audacia del conde.

En el instante de hacer la princesa esta pregunta; se atrevió Guiche a levantar los ojos y pudo comparar el original con el retrato.

Cuando vio su pálido semblante, sus ojos animados, sus adorables cabellos castaños, su linda boca y su ademán eminentemente regio, sufrió tal emoción, que hubiese vacilado sin el apoyo del brazo de Raúl.

Pero la mirada sorprendida de éste y el gesto benévolo de la reina le hicieron

volver en sí.

En cuatro palabras explicó su misión: dijo que era el enviado de Monsieur, y saludó, según su rango y los cumplimientos que le hicieron, al almirante y a los señores ingleses que agrupábanse alrededor de las princesas.

Raúl fue presentado a su vez y perfectamente acogido: todo el mundo sabía la parte que el conde de la Fère había tomado en la restauración del rey Carlos; y además, también el conde fue encargado de la negociación del matrimonio que llevaba a Francia la nieta de Enrique IV.

Raúl hablaba perfectamente el inglés y se constituyó en intérprete de su amigo para con dos caballeros ingleses que no conocían el francés.

En aquel momento apareció un joven de notable belleza y espléndida riqueza de traje y de armas, y acercándose a las princesas, que conversaban con el conde de Norfolk, dijo con voz que mal ocultaba su impaciencia:

—Vamos, señoras, es preciso saltar a tierra.

A esta invitación levantóse la joven Madame para aceptar la mano que con viveza llena de diversas expresiones le tendía el joven; pero el almirante se interpuso entre la princesa y el recién llegado, y dijo:

—Un instante, milord de Buckingham; el desembarco no es posible a esta hora para las damas, por lo agitado del mar; a eso de las cuatro es probable que haya caído el viento; por consiguiente, no desembarcarán hasta la tarde.

—Permitid, milord —dijo Buckingham con irritación que no pretendió disfrazar. Veo que retenéis sin derecho a esas señoras. Una de ellas, ¡ay!, pertenece a Francia, que la reclama por medio de sus embajadores.

Y con la mano señala a Guiche y a Raúl, saludándolos al mismo tiempo.

—Yo no creo —respondió el almirante— que entre en las intenciones de estos señores exponer la vida de las princesas.

—Milord, estos señores han llegado bien, no obstante el viento; permitidme creer que el peligro no será mayor para estas señoras, que lo llevarán a favor.

—Estos señores son muy intrépidos —dijo el almirante—; ya habéis visto, que muchos estaban en el puerto y no se han determinado a seguirlos. Por otra parte, el deseo de ofrecer lo antes posible sus homenajes a Madame y a su ilustre madre; les ha hecho desafiar los peligros de la mar, muy mala hoy, aun para marinos; pero estos señores, a quienes presentaré como amigos a mi Estado Mayor, no deben serlo para estas señoras.

Una mirada furtiva de Madame sorprendió el rubor que cubría las mejillas del conde.

Tal mirada no la apercibió Buckingham, pues no hacía más que mirar a Norfolk. Evidentemente, estaba celoso del almirante, y parecía arder en deseos de arrancar a las princesas del suelo movedizo de los navíos, en los que era soberano el almirante.

—Por lo demás —repuso Buckingham—, apelo a la misma Madame.

—Y, yo milord —contestó el almirante—, apelo a mi conciencia y a mi responsabilidad: yo he prometido entregar sana y salva a Madame, y cumpliré mi palabra.

—No obstante...

—Milord, permitid que os recuerde que sólo yo mando aquí.

—Milord ¿sabéis lo qué decís? —respondió altivamente Buckingham.

—Perfectamente; y lo repito. Sólo yo mando aquí, milord, y todos me obedecen; la mar, el viento, los navíos y los hombres.

Esto fue noblemente pronunciado. Raúl notó el efecto que hacía en Buckingham, que se estremeció y apoyó en uno de los sostenes de la tienda para no caer; sus ojos se inyectaron en sangre, y la mano con que no se apoyaba dirigióse hacia la empuñadura de la espada.

—Milord —dijo la reina—, permitidme os diga que pienso lo mismo que el conde de Norfolk; aunque el tiempo estuviera apacible y favorable, muy bien deberíamos algunas horas al oficial que nos ha conducido tan felizmente y con tantos cuidados a la vista de las costas de Francia, donde debe dejarnos.

En lugar de responder, Buckingham consultó la mirada a Madame. Medio oculta en el cortinaje de terciopelo y oro, nada oía de este debate, entretenida como estaba en mirar al conde de Guiche, que conversaba con Raúl.

Este fue un nuevo golpe para Buckingham, que le pareció descubrir en la mirada de madame Enriqueta un sentimiento mas profundo que el de la curiosidad.

Retiróse vacilando y fue a chocar con el palo mayor.

—Milord de Buckingham no tiene pies de marino —dijo en francés la reina madre; indudablemente, por eso desea tocar tan pronto en tierra firme.

El joven oyó estas palabras, palideció y se retiró, confundiendo en un suspiro sus antiguos amores y sus odios recientes.

Sin preocuparse el almirante del mal humor de Buckingham, hizo pasar a las princesas a la cámara de popa, donde estaba preparada la comida con suntuosidad digna de todos los invitados.

El almirante tomó asiento a la derecha de Madame, y colocó a Guiche a su izquierda. Este era el lugar que ordinariamente ocupaba Buckingham.

De suerte que, cuando entró en el comedor, tuvo el sentimiento de verse relegado por la etiqueta a un rango inferior al que había ocupado hasta entonces.

Por su parte, Guiche, acaso más pálido con su ventura que su adversario con su cólera, se sentó temblando junto a la princesa, cuyo traje de seda, al rozar con su cuerpo, hacia pasar por todo su ser unos estremecimientos de tristeza y voluptuosidad desconocidos para él hasta entonces.

Después de la comida se adelantó Buckingham a dar la mano a Madame.

Entonces le correspondió a Guiche dar la lección al duque.

—Milord —le dijo—, sed bastante amable para no interponeros entre Su

Alteza Real, Madame y yo.

Desde este momento pertenece Su Ateza Real a Francia, y es la mano de Monsieur, hermano del rey, la que toca la mano de la princesa cuando me hace el honor de tocar la mía.

Y al decir estas palabras, presentó su mano a la joven Madame ron una timidez tan visible y al mismo tiempo con tanta nobleza, que se oyó un murmullo de admiración entre los ingleses, en tanto que Buckingham suspiraba de dolor.

Raúl amaba, y lo comprendió todo.

Y fijó en su amigo una de esas miradas profundas, que solamente el amigo o la madre extienden, como protector o vigilante, sobre el hijo o el amigo que se extravía.

A eso de las dos cayó el viento; izóse el sol, el mar quedó como una luna de cristal, y la bruma que cubría las costas se desgarró como un velo que vuela a pedazos.

Entonces se divisaron las risueñas costas de Francia con sus mil casas blancas, destacándose sobre el verde de los árboles o el azul del cielo.

## Capítulo X

---

### Las tiendas

Como ya sabe el lector, el almirante había tomado el partido de no fijar la atención en los ojos amenazadores ni en los arrebatos convulsivos de Buckingham.

Efectivamente, desde la salida de Inglaterra se debía haber acostumbrado poco a poco a ellos.

El de Guiche no había advertido aún esa animosidad que el joven lord parecía tener contra él; mas tampoco sentía ninguna simpatía por el favorito de Carlos II.

La reina madre, con mayor experiencia y fría calma, dominaba toda la situación, y como conocía el peligro de ella, se disponía a cortar el nudo cuando llegase el momento.

Este momento llegó.

Se había restablecido la fría calma en todas partes, menos en el corazón de Buckingham, que en su impaciencia repetía a media voz a la joven princesa:

—Señora, señora, os suplico encarecidamente que saltemos a tierra, en nombre del Cielo. ¿No veis que ese fatuo de conde de Norfolk me hace morir con sus cuidados y adoraciones hacia vos?

Enriqueta oyó estas palabras, sonrióse y dando a su voz esa inflexión de dulce reproche y de lánguida impertinencia con que la coquetería sabe contentar a la vez que formula una especie de defensa, murmuró:

—Mi querido lord, ya os he dicho que estáis loco.

Como hemos dicho, ninguno de estos detalles escapaba a Raúl; había oído la súplica de Buckingham y la respuesta de la princesa; había visto al duque dar un paso atrás al oír ésta dar un suspiro y pasarse la mano por la frente; y lo comprendió todo, estremeciéndose al apreciar el estado de cosas y de ánimos.

El almirante, en fin, con lentitud meditada, dio las últimas órdenes para echar al agua las canoas.

Buckingham acogió estas órdenes con tales transportes, que un extraño hubiese creído que el joven tenía turbada la razón.

A la voz del conde de Norfolk bajó del costado del navío almirante una enorme barca empavesada, que podía contener veinte remeros y quince personas de pasaje.

Pabellones de terciopelo con las armas de Inglaterra, bordadas en oro, formaban el principal adorno de esta barca verdaderamente regia. Apenas tocó en el agua y apenas los remeros levantaron sus remos, aguardando como soldados el embarque de la princesa, cuando Buckingham corrió a la escalera para ocupar su puesto en la canoa.

Pero la reina lo detuvo.

—Milord —le dijo—, no conviene que nos permitáis a mi hija y a mí ir a tierra sin que estén preparados los alojamientos de una manera positiva. Os suplico, pues, que os adelantéis al Havre y cuidéis que todo esté en orden para nuestro servicio.

Este fue otro golpe para el duque, tanto más terrible cuanto que no era esperado.

Balbuceó, ruborizóse; pero no pudo responder.

Había creido poder quedarse al lado de Madame durante la travesía, y saborear así hasta el último de los momentos que le concedía la suerte.

Pero la orden era expresa.

El almirante, que la había oído, exclamó en el acto:

—¡Al agua la chalupa!

Esto fue ejecutado con la peculiar rapidez de las maniobras en los buques de guerra.

Desolado Buckingham, dirigió una mirada de desesperación a la princesa, otra de ruego a la reina, y otra de cólera al almirante.

La princesa fingió no verla.

La reina volvió la cabeza a otra parte.

El almirante se rio. Buckingham estuvo a punto de lanzarse sobre Norfolk

La reina madre se levantó, y le dijo imperativamente:

—¡Marchad, caballero!

El joven duque se detuvo, pero intentando el último esfuerzo, preguntó sofocado por tan diversas emociones:

—¿Y vosotros, caballeros? Vos, señor de Guiche, señor de Bragelonne, ¿no me acompañáis?

El de Guiche se inclinó.

—Yo, lo mismo que el señor de Bragelonne, estoy a la disposición de la reina; lo que nos mande, eso haremos.

Y miró a la joven princesa, que bajó los ojos.

—Perdonad, señor de Buckingham —repuso la reina—, pero el de Guiche representa aquí a Monsieur, y debe hacernos los honores de Francia, como vos nos habéis hecho los de Inglaterra; no puede, pues, dispensarse de acompañarnos, y además, bien debemos este pequeño favor al esfuerzo que ha hecho por venir a buscarnos.

Buckingham abrió la boca como para responder; pero bien sea que no encontraba un pensamiento o palabras para formularlo, no despegó los labios, y saltó del navío a la chalupa.

Los remeros no pudieron contenerlo ni contenerse, pues el peso y el golpe por poco hicieron zozobrar la barca.

—Decididamente, está loco milord —dijo el almirante a Raúl.

—Tengo miedo por él —contestó Bragelonne.

Todo el tiempo que tardó la chalupa en llegar a tierra, no cesó el duque de dirigir sus miradas al navío, como haría un avaro a quien arrebatasen su riqueza, o una madre a quien alejasen de su hija para conducirla a la muerte.

Pero nadie respondió a sus signos, a sus manifestaciones, a sus imprudentes actitudes.

Buckingham aturdióse de tal modo, que se dejó caer sobre un banco, tirándose de los cabellos, mientras los indiferentes remeros hacían volar la chalupa sobre las olas.

Al llegar a tierra estaba en un entorpecimiento tal, que si no hubiese encontrado en el puerto al mensajero a quien había hecho tomar la delantera como aposentador, no habría sabido decir dónde estaba.

Cuando llegó a la casa que le estaba destinada, encerróse en ella como Aquiles en su tienda. Mientras tanto la falúa real se despegaba del navío almirante en el momento en que Buckingham saltaba a tierra.

Una lancha le seguía, llena de oficiales, de cortesanos y de súbditos.

Toda la población del Havre; embarcada apresuradamente en lanchas de pescadores o en chalupas normandas, salió al encuentro de la falúa real.

El cañón de los fuertes retumbaba, el navío del almirante y los otros dos buques contestaban a las raleas. Nubes de espeso humo se disipaban en el azul del firmamento.

La princesa llegó a la escalinata del muelle, donde una alegre música la esperaba y seguía todos sus pasos.

En tanto que caminaban al centro de la ciudad, pisando ricas tapicerías y guirnaldas de flores; el de Guiche y Raúl, separándose de los ingleses, tomaban otro camino a fin de llegar más prontamente al lugar designado como residencia de Madame.

—Vamos pronto —decía Raúl a Guiche—, pues según el carácter que advierto en ese Buckingham, nos hará alguna mala pasada cuando vea el

resultado de nuestra deliberación de ayer.

—¡Oh! —murmuró el conde—. Allí tenemos a Wardes que es la firmeza en persona, y a Manicamp, que es la misma dulzura.

Cinco minutos después se encontraban delante del edificio de la Municipalidad.

Lo primero que les llamó la atención fue una multitud de gente reunida en la plaza.

—Bien —dijo Guiche—, parece que ya están construidos nuestros alojamientos.

En efecto, en la misma plaza se habían levantado ocho tiendas de la mayor elegancia, adornadas con los pabellones de Francia y de Inglaterra unidos.

La Casa Ayuntamiento estaba rodeada de tiendas como un caprichoso cinturón; diez pajes y doce caballos ligeros, dados por escolta a los embajadores, montaban la guardia delante de ellas.

El espectáculo era curioso, original, y presentaba cierto aspecto mágico.

Estas habitaciones improvisadas habían sido construidas durante la noche. Por dentro y por fuera estaban revestidas de valiosas telas que Guiche he había podido procurarse en El Havre, y circuán enteramente la Casa Consistorial, morada de la princesa; estaban reunidas unas a otras por medio de cuerdas de seda, y guardadas por centinelas; de modo que el plan de Buckingham se hallaba completamente destruido, si semejante plan consistía realmente en guardar para sí y sus ingleses las avenidas de la Casa Ayuntamiento.

El único paso que daba acceso a las gradas del edificio, y que no estaba cerrado por esta barricada de seda, era guardado por dos tiendas, semejantes a dos pabellones, cuyas puertas abriánse a ambos lados de la entrada.

Estas dos tiendas eran las de Guiche y Raúl; y en su ausencia debían ser ocupadas: la primera, por Wardes, y la otra, por Manicamp.

Alrededor de ellas y de las otras seis, un centenar de oficiales, de caballeros y de familiares, brillantes de seda y oro, zumbaban como abejas en rededor de la colmena.

Todos ellos, con la espada ceñida, estaban dispuestos a obedecer a cierta señal de Guiche o de Bragelonne los dos jefes de la embajada.

En el momento de aparecer los dos jóvenes al extremo de una calle que finalizaba en la plaza, vieron que la atravesaba al galope de su caballo un joven de maravillosa elegancia.

Iba hendiendo la muchedumbre de curiosos, y, a la vista de aquellas construcciones improvisadas, dio un grito de cólera y desesperación.

Era Buckingham, salido de su estupor para ponerse un elegante traje e ir a esperar a Madame y la reina al Consistorio.

Pero a la entrada de las tiendas le cortaron el paso, y fuerza le fue detenerse.

Exasperado, alzó el látigo; pero dos oficiales le agarraron el brazo. De los dos

guardianes, sólo uno estaba allí, pues Wardes había subido a la Municipalidad para comunicar órdenes a Guiche.

Al ruido hecho por Buckingham, Manicamp, perezosamente tendido sobre los cojines de su tienda, se levantó con su flojedad acostumbrada, y oyendo que continuaba el ruido, apareció entreabriendo las cortinas.

—¿Qué es eso? —dijo con dulzura—. ¿Quién mete ese ruido? Hizo la casualidad que renaciese el silencio en el momento en que comenzaba a hablar, y que, aunque su acento fuese moderado, todo el mundo oyera su pregunta. Buckingham se volvió y miró aquel cuerpo flojo y aquel rostro indolente.

Probablemente, la figura de nuestro caballero, vestido por otra parte con tanta sencillez como hemos dicho, no le inspiró gran respeto, pues respondió con desdén.

—¿Quién sois, caballero? Manicamp se apoyó en el brazo de un soldado enorme y sólido como un pilar de catedral, y contestó en el mismo tono tranquilo:

—Y vos, caballero?

—Yo soy milord duque de Buckingham. He alquilado todas las casas que rodean la Municipalidad; y puesto que están alquiladas, son mías; y ya que las he tomado para tener libre el paso hasta el Consistorio, vos no tenéis derecho a cerrármelo.

—Pero, caballero, ¿quién os prohíbe pasar?

—Vuestros centinelas.

—Es porque queréis pasar a caballo, y; la consigna es no permitirlo más que a los operarios.

—Nadie tiene derecho a dar consignas aquí sino yo —dijo Buckingham.

—¿Cómo es eso, caballero? —preguntó Manicamp con su dulce voz—. Hacedme la gracia de explicarme ese misterio.

—Porque, como ya os he dicho, he alquilado todas las casas de la plaza.

—Ya lo sabemos, puesto que no nos ha quedado más que la plaza misma.

—Os equivocáis, caballero; la plaza es mía, como las casas.

—¡Oh! Perdonad; estáis en un error, se dice que la casa del rey es nuestra casa; la plaza es del rey, luego la plaza es nuestra, pues somos sus embajadores.

—¡Ya os he preguntado quién sois, caballero! —dijo Buckingham exasperado de la sangre fría del interlocutor.

—Me llaman Manicamp —contestó el joven con voz eolia; ¡tan suave y armoniosa era!

Buckingham encogióse de hombros y dijo:

—Cuando alquilé las casas que rodean el Ayuntamiento, la plaza estaba libre, esas barracas obstruyen mi vista... ¡Quitadlas!

Un murmullo amenazador corrió por el auditorio.

Guiche llegaba en aquel momento; hendió la multitud, y, seguido de Raúl,

llegó por una parte, mientras Wardes llegaba por otra.

—Pardon, milord —exclamó—; pero si tenéis alguna reclamación que hacer, tened la bondad de hacérmela a mí, puesto que soy quien ha dado los planos de estas construcciones.

—Y además os haré notar que la palabra barraca se toma en mal sentido —añadió graciosamente Manicamp.

—¡Conque decíais...! —prosiguió Guiche.

—Que es imposible que estas tiendas permanezcan donde están —repuso Buckingham con acento de extremada rabia, aunque templado por la presencia de un igual.

—¡Imposible...!

—¿Y por qué?

—Porque me estorban.

El de Guiche hizo un movimiento de impaciencia, que contuvo una mirada fría de Raúl.

—Menos deben estorbar que ese abuso de prioridad que os habéis permitido.

—¡Abuso!

—Sin duda. Enviáis aquí a un mensajero que alquile en nombre vuestro toda la ciudad, sin inquietarlos por los franceses que venían a recibir a Madame. Eso es poco fraternal, señor duque, para el representante de una nación amiga.

—La tierra es del primer ocupante —replicó Buckingham.

—No en Francia, caballero.

—¿Y por qué no en Francia?

—Porque es este el pueblo de la urbanidad.

—¡Qué queréis decir! —exclamó Buckingham de manera tan arrebatada que los pescadores retrocedieron, esperando una colisión.

—Es decir, caballero —respondió Guiche palideciendo—, que yo he hecho construir este alojamiento para mí y para mis íntimos, como asilo de los embajadores de Francia, único albergue que vuestra exigencia nos ha dejado en la ciudad; y que en este alojamiento habitaré yo y los míos, a menos que una voluntad más poderosa me despidá.

—Eso es, que nos digan no ha lugar, como se dice en los tribunales —añadió dulcemente Manicamp.

Enojado Buckingham, echó mano a la empuñadora de su espada. En aquel momento, y cuando la diosa Discordia, inflamando los ánimos, iba a dirigir todas las espadas contra los pechos humanos, Raúl dijo a. Buckingham:

—Una palabra, milord.

—¡Mi derecho! ¡Mi derecho primero! —exclamó el fogoso joven.

—Respecto a ese punto, justamente quería tener el honor de hablaros —dijo Raúl.

—Bien; pero nada de discursos largos; caballero.

—Una sola pregunta; no puedo ser más breve.

—Hablad.

—¿Sois vos, acaso, el señor duque de Orléans, el que va a casarse con la nieta de Enrique IV?

—¿Qué decís? —preguntó Buckingham, retrocediendo, asustado.

—Contestadme, caballero —insistió tranquilamente Raúl.

—¡Vuestra intención es de burla caballero! —exclamó Buckingham.

—Eso me basta, señor, porque confesáis que no sois vos quien va a casarse con la princesa de Inglaterra.

—Me parece que bien sabéis eso.

—Perdonad; con vuestra conducta, la cosa no era muy clara.

—Vamos al caso: ¿qué pretendéis decir?

Raúl se acercó al duque y le dijo bajando la voz

—Tenéis arranques que se parecen a celos. ¿Sabéis eso, milord? Esos celos, con respecto a una mujer, no sientan bien a quien no sea ni su amante ni su esposo; y con mucha más razón me parece que comprenderéis esto cuando esa mujer es una princesa.

—¡Caballero! —dijo Buckingham—. ¿Insultáis a madame Enriqueta?

—Vos sois quien la insulta, milord —contestó fríamente Bragelonne—. Ahora poco en el navío almirante exasperasteis a la reina y cansasteis la paciencia del conde de Norfolk; yo os observaba y os creí primero loco; mas después adiviné el carácter real de esa locura.

—¡Caballero!

—Diré más. Presumo ser el único de los franceses que lo haya adivinado.

—Pero ¿sabéis —dijo Buckingham, estremeciéndose de ira y de inquietud—, sabéis que usáis un lenguaje que merece reprensión?

—Pensad vuestra palabra; milord —dijo Raúl, altivamente—. Yo no soy de una sangre cuyas vivacidades se dejen reprimir, mientras que, por el contrario, vos sois de una cuya pasiones son sospechosas a los buenos franceses. Milord, os repito por segunda vez que consideréis lo que hacéis.

—¿Cómo! ¿Me amenazáis por ventura?

—Yo soy el hijo del conde de la Fère, señor de Buckingham, y no amenazo jamás, porque hiero primero. Así, entendámonos bien... la amenaza que os hago es ésta.

Buckingham apretó los puños; pero Raúl prosiguió como si nada hubiese visto:

—A la primera palabra impertinente que os permitáis con respecto a Su Alteza Real... ¡Oh! Tened calma, señor de Buckingham, que bastante tengo yo.

—¡Vos?

—Sin duda. Mientras Madame ha estado en territorio inglés, he callado; mas ahora que toca el suelo de Francia; ahora que nosotros la hemos recibido en nombre del príncipe, el primer insulto que en vuestra rara adhesión cometáis

contra la casa de Francia... tengo dos partidos que tomar... O confieso delante de todos la locura de que estás afectado en este momento, u os envío vergonzosamente a Inglaterra... Y si lo preferís, os doy de puñaladas en plena asamblea. Por lo demás, este segundo medio me parece el más conveniente y supongo que me atendré a él.

Buckingham se había puesto más pálido que el cuello de encaje inglés que rodeaba su garganta.

—Señor de Bragelonne —repuso Buckingham—, ¿es un caballero el que habla de ese modo?

—Sí, sólo que este caballero habla a un loco. Curaos, milord, y emplearé otro lenguaje.

—¡Oh, señor de Bragelonne! —murmuró el duque con voz sofocada y llevándose las manos al cuello—. ¡Bien sabéis que me muero!

—Si tal sucediera en este instante —respondió Raúl con inalterable sangre fría—, lo vería como una felicidad, porque este suceso prevendría toda clase de perversos propósitos sobre vos y la persona ilustre a quien vuestra adhesión compromete tan locamente.

—¡Oh! ¡Tenéis razón! —dijo el joven, anonadado—. ¡Sí, sí... morir...! Más vale morir que sufrir lo que sufro en este momento.

Y diciendo esto, llevó la mano a un lindo puñal, todo guarnecido de pedrerías, y lo dirigió contra el pecho.

Raúl detuvole el brazo, y dijo:

—Cuidado, caballero; si no os matáis hacéis un acto ridículo, y si os matáis mancharéis de sangre el traje nupcial de la princesa de Inglaterra.

Buckingham permaneció inmóvil un minuto, durante el cual temblaron sus labios, se estremecieron sus mejillas y rodaron sus ojos como los de una persona delirante.

Pero, luego dijo de pronto:

—Señor de Bragelonne, no conozco un corazón mas noble que el vuestro; sois digno hijo del más acabado caballero. Habitad vuestras tiendas.

Y echó los brazos al cuello de Raúl.

Maravillada toda la concurrencia de este movimiento, que de ningún modo podía esperar, prorrumpió en frenéticos vivas.

Guiche también abrazó a Buckingham, algo a disgusto, pero al fiel le abrazó.

Esta fue la señal; ingleses y franceses, que hasta entonces habíanse mirado con prevención, fraternizaron en el mismo instante.

Mientras sucedía esto, llegó el cortejo de las princesas, quienes, a no ser por Bragelonne, hubieran encontrado batallas y sangre.

Todo quedó en calma al aparecer las primeras banderas.

## Capítulo XI

---

### La noche

R einaba ya la concordia en las tiendas. Ingleses y franceses rivalizaban en galantería para con las ilustres viajeras, y en urbanidad entre sí.

Aquéllos enviaron a los franceses flores de lasque habían hecho provisión para festejarla llegada de la princesa; los franceses invitaron a los ingleses a una comida que debían dar el día siguiente.

Madame recogió a su paso entusiastas aclamaciones.

Aparecía como una reina, a causa del respeto de todos; como un ídolo, a causa de la adoración de algunos.

La reina madre dispensó a los franceses la más afectuosa acogida. Francia era su país, y había sido demasiado desgraciada en Inglaterra para que Inglaterra la hubiera hecho olvidar a Francia, de este modo enseñaba a su hija el amor al país donde ambas habían encontrado la hospitalidad, y donde ahora iban a encontrar la fortuna de un porvenir brillante.

Al caer la noche, envolviendo con su velo estrellado el mar, el puerto, la ciudad y el campo, aun conmovido por este gran suceso, el de Guiche entró en su tienda y se sentó en un escabel, con tal expresión de dolor, que Bragelonne lo estuvo mirando hasta que lo oyó suspirar entonces se acercó a él y le preguntó con aire sentido:

—¿Padeces, amigo mío?

—Cruelmente.

—Del cuerpo, ¿no es verdad?

—Sí, del cuerpo.

—Efectivamente, el día nos ha cansado mucho —continuó el joven, fijos los ojos en el interrogado.

- Sí, el sueño me hará descansar.
- ¿Deseas que te deje solo?
- No, tengo que hablarte.
- No te dejaré hablar hasta después de haberte preguntado.
- Pues, pregunta.
- Pero sé sincero.
- Como siempre.
- ¿Sabes por qué estaba Buckingham tan furioso?
- Lo sospecho.
- Ama a Madame, ¿no es verdad?
- Cualquiera lo juraría; viéndolo.
- Pues bien, eso no es nada.
- ¡Oh! Te equivocas esta vez, Raúl; bien he leido su pena en los ojos, en su gesto y en todo desde esta mañana.
- Eres poeta, mi querido conde, y en todo ves poesía.
- Y principalmente el amor.
- Donde no existe.
- Donde existe.
- Vamos, Guiche; ¿crees no engañarte?
- ¡Oh! ¡Estoy seguro de ello! —murmuró con viveza el conde.
- ¿Y qué te hace tan penetrante? —preguntó Raúl con profunda mirada.
- El amor propio —contestó Guiche vacilante.
- ¡El amor propio! Muy vago es eso.
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que ordinariamente estás menos triste que esta noche.
- El cansancio.
- ¿El cansancio?
- Sí.
- Oye, amigo; juntos hemos hecho la campaña; hemos reventado tres caballos en dieciocho horas, y aun nos reímos; conque no es la fatiga la que te pone triste, conde.
- Entonces, es la incomodidad.
- ¿Cuál?
- La de esta tarde.
- ¿La locura de lord Buckingham?
- Ciertamente. ¿No es enfadoso para nosotros; que representamos a nuestro señor, ver cómo un inglés corteja a nuestra futura señora, la segunda dama del reino?
- Es verdad; pero creo que lord Buckingham no es peligroso.
- No, pero importuno sí. Ya has visto lo que ha pasado al llegar, y sin tu prudencia admirable y tu rara firmeza, habríamos sacado la espada en plena

plaza.

—Pero ya ves que ha cambiado.

—Verdaderamente; y eso es lo que más sorprende. Tú crees que él la ama... y le hablas... Le hablaste en voz baja. ¿Qué le has dicho? ¡Pero una pasión no cede con tanta facilidad! ¿No está acaso enamorado?

Y pronunció con tal expresión estas últimas palabras, que Raúl alzó la cabeza.

El noble semblante del joven expresaba un descontento fácil de leer.

—Voy a repetirte lo que he dicho, conde —respondió Raúl—; escúchame bien. “Caballero, veo que miráis con ademán de celos y de codicia injuriosa a la hermana de vuestro príncipe, la cual no es vuestra prometida, ni es ni puede ser querida vuestra; de modo que hacéis una afrenta a los que, como nosotros, venimos a buscar una joven para conducirla al lado de su esposo.

—¿Eso le has dicho? —preguntó Guiche ruborizándose.

—En estos términos, ni más ni menos. —Guiche hizo un movimiento—. También le dije: « ¿Con qué ojos nos miraríais si vieraís entre nosotros un hombre bastante insensato y desleal para concebir otros sentimientos que no fuesen los del más puro respeto a una princesa destinada a vuestro señor? ».

Tales palabras iban de tal modo dirigidas a Guiche, que éste se puso pálido, y acometido de súbito temblor, no pudo más que tender una mano a Raúl, mientras que con la otra se cubría los ojos y la frente.

—Pero... —prosiguió Raúl sin detenerse por esta demostración de su amigo —, a Dios gracias, los franceses, a quienes se tacha de ligeros e inconsiderados, saben aplicar un juicio recto y una sana moral al examen de las cuestiones de alta conveniencia. Así es, que le añadí:

“Sabed, señor de Buckingham, que nosotros los caballeros de Francia, servimos a nuestros soberanos sacrificándoles nuestras pasiones, lo mismo que nuestra vida y hacienda; y cuando, por casualidad, el demonio nos sugiere uno de esos malos pensamientos que incendian el corazón, apagamos esa llama, aunque sea con nuestra sangre. De este modo salvamos tres honores a un tiempo: el de nuestro país, el de nuestro señor y el nuestro propio. Así es como obramos nosotros, señor de Buckingham, y de este modo debe obrar todo hombre de corazón. Así hablé al duque, y se rindió sin resistencia a mis razones.

Inclinado hasta entonces Guiche bajo el peso de las palabras de Raúl, irguióse, alargando una mano febril y con las mejillas inflamadas, de frías como el hielo que estaban antes, le dijo con voz ahogada:

—¡Y le dijiste muy bien... y eres un excelente amigo, Raúl! Gracias... Ahora te ruego que me dejes solo.

—¿Lo deseas?

—Sí, tengo necesidad de quietud. Hoy me han destrozado muchas cosas la cabeza y el corazón; pero mañana, cuando vuelvas, ya no seré el mismo hombre.

—Pues bien, te dejo —contestó Raúl, retirándose.

El conde dio un paso hacia su amigo, y le estrechó cordialmente entre sus brazos.

Pero en este abrazo de amigo pudo distinguir Raúl el estremecimiento de tan gran pasión combatida.

La noche estaba estrellada, espléndida; después de la tempestad, el calor y el sol habían hecho renacer la vida y la alegría.

Pronto reposó todo en la ciudad. Una débil luz quedó en el aposento de Madame, que daba a la plaza, y a la dulce claridad de esa lámpara parecía una imagen del tranquilo sueño de una joven, cuya vida apenas se manifiesta, apenas es sensible, y cuya llama se tempila también cuando el cuerpo duerme.

Bragelonne salió de su tienda con el paso lento del hombre que desea ver y no ser visto.

Oculto detrás de los espesos pabellones, abarcando toda la plaza de una mirada, vio abrirse y agitarse al cabo de un momento las cortinas de la tienda de Guiche.

Detrás de ellas se proyectaba la sombra de éste, cuyos ojos brillaban en la obscuridad, fijos ardientemente en el salón de Madame, iluminado opacamente por la luz interior del aposento.

Esa dulce luz que coloreaba los vidrios era la estrella del conde. Perdido Raúl en la sombra, adivinaba todos los pensamientos apasionados que establecían entre la tienda del embajador y la ventana de la princesa un lazo misterioso y mágico de simpatías.

Mas Guiche y Raúl no eran los únicos que velaban; también estaba abierta la ventana de una de las casas de la plaza; aquella casa era la habitada por Buckingham. Sobre la claridad que percibiese por fuera de esta última ventana, se destacaba con vigor la silueta del duque, que, muellemente apoyado en la balaustrada esculpida, enviaba también al balcón de Madame las locas visiones de su pasión amorosa.

El vizconde de Bragelonne no pudo menos de sonreír.

—He aquí un desgraciado corazón bien sitiado —dijo pensando en Madame.

Y, compadeciéndose enseguida de Monsieur, añadió:

—¡Y un infeliz marido muy amenazado!

Bragelonne espió por algún tiempo la actitud de los dos enamorados, oyó el ronquido sonoro y grotesco, de Manicamp, que roncaba con tanto orgullo como si tuviese su vestido azul en lugar del morado, y se volvió hacia la brisa que le llevaba el lejano canto de un ruiseñor; y después de haber hecho su provisión de tristeza, fue a acostarse, pensando por su parte que cuatro de seis ojos, tan ardientes como los de Guiche y de Buckingham, acechaban a su ídolo en el castillo de Blois.

—No es una guarnición muy poderosa la señorita de Montalais —dijo

bajando la voz y suspirando alto.

## Capítulo XII

---

### Del Havre a París

Al día siguiente tuvieron lugar las fiestas con toda la pompa y alegría que permitieron los recursos de la ciudad y la disposición de los ánimos.

Luego de haberse despedido Madame de la escuadra inglesa, y saludando el pabellón de su patria, subió en una carroza rodeada de brillante escolta.

El de Guiche aguardaba que el duque de Buckingham volvería a Inglaterra con el almirante; pero Buckingham consiguió demostrar a la reina que sería impropio dejar llegar a Madame casi abandonada a París.

Estando ya resuelto que Buckingham acompañaría a Madame el joven duque se eligió una corte de caballeros y oficiales, de modo que se encaminó a París un ejército, derramando el oro por en medio de las ciudades y aldeas que atravesaba.

El tiempo era espléndido. Francia es bella, sobre todo por el camino que atravesaba el cortejo.

Todo el itinerario fueron fiestas y embriaguez. Guiche y Buckingham todo lo olvidaban; Guiche para reprimir las nuevas tentativas del inglés; Buckingham para despertar en el corazón de la princesa, un recuerdo más vivo de la patria a que se refería el recuerdo de los días felices.

Pero ¡ah! El pobre duque podía notar que la imagen de su amada Inglaterra se borraba de día en día en el corazón de Madame, a medida que se imprimía más profundamente el amor a Francia.

Efectivamente, podía advertir que todas sus atenciones no despertaban ningún reconocimiento, y aunque cabalgase con gracia en uno de los más fogosos corceles de Yorkshire, sólo por casualidad se fijaban en él los ojos de Madame.

En balde procuraba, para fijar sobre sí una de esas distraídas miradas, hacer

producir a la naturaleza animal cuanto tiene de fuerza, vigor y destreza; en balde excitaba a fogoso caballo lanzándolo con peligro de hacerse mil pedazos contra los árboles o rodar por el declive de las colinas; traída por un momento la atención de Madame, volvía la cabeza sonriendo ligeramente; y luego se dirigía a sus leales guardias, Raúl y Guiche, que cabalgaban tranquilamente a las portezuelas de la carroza.

Entonces era presa Buckingham de los celos; un dolor desconocido, ardiente, se deslizaba por sus venas; afluyendo al corazón y luego, a fin de probar que conocía su locura, y que quería hacer dispensar su aturdimiento con la más humilde sumisión, obligaba a su caballo a tascar el freno cerca de la carroza, en medio de la multitud de los cortesanos.

Algunas veces obtenía por recompensa una palabra de Madame, y esta palabra lo parecía un reproche.

—Bueno, señor de Buckingham —decía—, ya os veo razonable.

O una palabra de Raúl:

—Vais a matar el caballo; señor de Buckingham.

Y Buckingham oía con paciencia a Raúl, porque conocía instintivamente que era el moderador de los sentimientos de Guiche, y que sin él, alguna loca demostración, del conde o suya, hubiese ya producido un rompimiento entre ambos.

Desde la famosa conversación que los dos jóvenes tuvieran delante de las tiendas del Havre, y en la cual Raúl había hecho notar al duque lo inconveniente de sus manifestaciones, Buckingham se sentía como a pesar suyo inclinado a Raúl.

No pocas veces conversaba con él, y casi siempre era para hablarle de su padre o de D'Artagnan, su amigo común, y de quien Buckingham era casi siempre tan entusiasta como Raúl.

Este sacaba la conversación sobre aquel punto delante de Wardes, que durante todo el viaje había estado mortificado por la superioridad de Bragelonne, y sobre todo por su influencia en el ánimo de Guiche.

Wardes tenía esa mirada astuta que distingue a toda persona de mal natural, y al instante había advertido la tristeza de Guiche y sus aspiraciones amorosas por la princesa. En, lugar de tratar el asunto con la reserva de Raúl; en lugar de guardar, como éste, todas las consideraciones y miramientos oportunos, atacaba con resolución en el conde esta cuerda siempre sonora de la audacia juvenil y del orgullo egoísta.

Aconteció que una noche, durante una parada en Nantes, Guiche y Wardes charlaban juntos, apoyados en una balaustrada; Buckingham y Raúl departían también paseando, y Manicamp hacia la corte a las princesas, que lo trataban ya sin cumplidos; a causa de la delicadeza de su talento y urbanidad de maneras.

—Confiesa —dijo Wardes al conde— que estás bastante malo, y que tu

pedagogo no te cura.

—No te entiendo, Wardes —dijo el conde.

—Pues es fácil, sin embargo; tú mueres de amor.

—¡Locura, Wardes, locura!

—Convengo en que sería locura, si Madame fuese indiferente a tu martirio; pero ella lo ha notado a tal extremo, que se compromete; y tiemblo porque al llegar a París os denuncie a ambos tu pedagogo el señor de Bragelonne.

—¡Wardes! ¡Otro ataque a Bragelonne?

—¡Vamos, haya paz! —repuso a media voz el enemigo de Raúl—. Tú sabes tan bien como yo lo que deseo decirte; bien has visto que a mirada de la princesa se dulcifica hablándote; tú comprendes por el sonido de su voz que gusta de escuchar los versos que le recitas, y no negarás que todas las mañanas te dice que ha pasado mala noche...

—Es cierto. Pero ¿a qué me dices todo eso?

—¿No es importante ver las cosas claramente?

—No; cuando esas cosas pueden volvernos locos.

Y volviéndose con inquietud hacia la princesa, como si al mismo tiempo que rechazaba las insinuaciones de Wardes, hubiera querido buscar la confirmación en sus ojos.

—Mira —dijo Wardes—, ¿no ves cómo ella te llama? Ea, aprovechate de la ocasión, que no está aquí el pedagogo.

Guiche no pudo contenerse, una atracción invencible lo llevaba hacia la princesa.

—Os equivocáis, caballero —dijo Raúl apareciendo de pronto—; el pedagogo está aquí y os escucha.

Wardes, a la voz de Raúl, qué reconoció sin necesidad de mirarlo, sacó a medias la espada.

—Envainad la espada —dijo Raúl—; bien sabéis que mientras dure este viaje será inútil toda demostración de ese género; envainad vuestra espada; mas envainad también la lengua. ¿Por qué introducís en el corazón del que llamáis vuestro amigo toda la hiel que roe el vuestro? A mí queréis hacerme aborrecer a un hambre honrado, amigo de mi padre y de los míos; al conde queréis hacerle amar a una mujer destinada a vuestro señor. En verdad que seríais a mis ojos un traidor y un cobarde, si más justamente no os considerara como un loco.

—¡Caballero! —murmuró Wardes exasperado—. ¡No me había engañado al llamaros pedagogo! Ese tono que afectáis, y esa forma de que usáis, es la de un jesuita y no la de un caballero. Aborrezco al señor de D'Artagnan, porque cometió una cobardía para con mi padre.

—¡Mentis! —dijo secamente Raúl.

—¡Oh! ¡Me dais un mentis, caballero!

—¿Por qué no, si lo que decís, es falso?

—¡Me dais un mentís y no echáis mano a la espada!

—Me he prometido no mataron hasta que hayamos entregado a Madame a su esposo.

—¡Matarme! Vuestra disciplina de espartano no mata de ese modo, señor pedante.

—No —replicó tranquilamente Raúl—; pero sí mata la espada del señor D'Artagnan; y no sólo tengo yo esa espada, sino que él mismo me ha enseñado a servirme de ella, y con ella también vengaré a su tiempo su nombre ultrajado por vos.

—¡Cuidado con lo que decís, caballero! —exclamó Wardes—. Si en el acto no me dais una satisfacción, todos los medios me serán —buenos para vengarme.

—¡Oh! Caballero —exclamó Buckingham apareciendo de repente en la escena—; una amenaza es ésa que huele a asesinato; y que por consecuencia es de bastante mal gusto para un caballero.

—¿Qué decís, señor duque? —preguntó Wardes volviéndose.

—Digo que acabáis de pronunciar palabras que suenan mal en mis oídos ingleses.

—Pues bien —repuso Wardes exasperado—, si lo que decís es cierto, ¡tanto mejor...! Pues así encontraré un hombre que no se me deslizará de entre los dedos. Tomad mis palabras como las entendáis.

—Las tomo como debo —contestó Buckingham con el tono altanero que le era peculiar—; el señor de Bragelonne es mi amigo; y como le insultáis, me daréis satisfacción de ese insulto.

Wardes le dirigió una mirada a Bragelonne, que fiel a su papel; permanecía tranquilo y frío, y dijo:

—Además, me parece que yo no insulto al señor de Bragelonne, puesto que teniendo éste una espada ceñida no se da por insultado.

—Pero, en fin, ¿insultáis a alguien?

—Insulto al señor de D'Artagnan —repuso Wardes, advirtiendo que este nombre era el único agujón que podía despertar la cólera de Raúl.

—Eso es distinto —dijo—, Buckingham.

—¿No es verdad —añadió Wardes—, que a los amigos del señor de D'Artagnan les toca defenderlo?

—Soy de vuestro parecer, caballero —contestó el inglés—; yo no podía razonablemente tomar el partido del señor de Bragelonne, ofendido, estando él aquí; pero, tratándose del señor de D'Artagnan.

—Me dejáis el puesto, ¿no es cierto? —dijo Wardes.

—No tal, al contrario; desenvaino —dijo Buckingham sacando la espada—; porque si el señor de D'Artagnan ha ofendido a vuestro señor padre, también prestó, o al menos intentó prestar, un buen servicio al mío.

Wardes hizo un movimiento de estupor.

—El señor de D'Artagnan —prosiguió Buckingham— es el más perfecto caballero que conozco, y será muy grato, teniendo obligaciones para con él, pagároslas a vos con una buena estocada.

Y, a la vez que se ponía en guardia, saludó a Raúl.

Wardes dio un paso para cruzar el hierro.

—Basta, señores —dijo Raúl adelantándose y poniendo su acero entre los combatientes—; todo esto no vale la pena de degollarse casi a la vista de la princesa; el señor de Wardes habla mal del señor de D'Artagnan, pero ni siquiera lo conoce.

—¡Oh! —murmuró Wardes rechinando los dientes y bajando la punta de la espada—, ¿decís que yo no conozco al señor de D'Artagnan?

—No lo conocéis —repuso fríamente Raúl—, y, todavía ignoráis dónde está.

—¿Yo ignoro dónde está?

—Preciso es que así sea, cuando buscáis querella con los extraños con respecto a él, y no vais a buscarlo dondequiera que se encuentre.

Wardes se puso pálido.

—Pues bien, yo os diré dónde está —continuó Raúl—. El señor de D'Artagnan se halla en París, en el Louvre cuando está de servicio, y en la calle de los Lombardos cuando no lo está... Siempre se le encuentra en cualquiera de estos dos domicilios; y teniendo vos tantos agravios contra él, sois poco galante no yendo a buscarlo para que os dé la satisfacción que parece pedís a todo el mundo, excepto a él.

Wardes se enjugó el sudor que inundaba su frente.

—Ea, señor de Wardes —continuó Raúl—, no está bien ser tan espadachín como vos, habiendo edictos contra los duelos. Pensad en que no gustaría al rey nuestra desobediencia, sobre todo en este momento, y tendría mucha razón.

—¡Excusas —repuso Wardes—, pretextos!

—Vamos —repuso Raúl—, no digáis tonterías, mi querido señor de Wardes; bien sabéis que el señor duque de Buckingham es hombre que ha sacado diez veces la espada y que igual se batiría la once; ¡lleva un nombre que compromete, qué demonio! En cuanto a mí, bien sabéis que también me bato. Lo he hecho en Sens, en Bleneau, en las Dunas, y a cien pasos delante de la línea, mientras que vos estabais cien pasos detrás. Como que allí había demasiada gente para que se viera vuestra bravura, ahora queréis armar escándalo, para que hablen de vos de cualquier modo. Pues bien, señor de Wardes, no contéis conmigo para ayudarlos en esa empresa.

—Tenéis mucha razón —dijo Buckingham envainando su espada—; perdón señor de Bragelonne, por haberme dejado llevar de un primer impulso.

Enojado Wardes, dio un salto, amenazando con la espada a Raúl, que sólo tuvo tiempo para hacer una parada en cuarta.

—¡Oh, caballero! —dijo tranquilamente Bragelonne—. Cuidado no me dejéis

tuerto.

—¡Mas no queréis batiros! —exclamó Wardes.

—Por el momento, no; pero os lo prometo cuando lleguemos a París: primero os llevaré a ver al señor de D'Artagnan, a quien diréis los agravios que contra él tenéis; el señor de D'Artagnan pedirá permiso al rey para daros una estocada; lo concederá; y, recibida la estocada, ya consideraréis con ojos más tranquilos los preceptos del Evangelio que mandan el perdón de las injurias.

—¡Ah! —exclamó Wardes, furioso de ver esta sangre fría—. ¡Bien se ve que sois un bastardo a medias, señor de Bragelonne!

Raúl puso blanco como el cuello de su camisa, y su mirada lanzó un relámpago que hizo retroceder a Wardes.

Buckingham se interpuso entre los dos adversarios, temiendo que vinieran a las manos.

Wardes había guardado esta injuria para lo último, y apretaba convulsivamente la espada esperando el choque.

—Tenéis razón —dijo Raúl haciendo un violento esfuerzo—; solamente conozco el nombre de mi padre; pero sé demasiado que el señor conde de la Fère es hombre de bien y de honor para temer, ni un solo instante, que haya una mancha en mi nacimiento. La ignorancia que tengo del nombre de mi madre es sólo una desgracia para mí, y no un oprobio. Vos faltáis a la lealtad y a la cortesía echándome en cara una desgracia. No importa... El insulto existe, y esta vez me tengo por injuriado... Por consiguiente, es cosa convenida que, después de haber ventilado vuestra querella con el señor de D'Artagnan, os veréis conmigo, si gustáis.

—¡Oh! —respondió Wardes con sonrisa amarga—. Admiro vuestra discreción, caballero; ahora poco me prometáis una estocada del señor de D'Artagnan, y después de haberla recibido me ofrecéis la vuestra.

—No os inquietéis —contestó Raúl con sorda cólera—; el señor de D'Artagnan es hombre hábil en asuntos de armas, y le suplicaré haga por vos lo que hizo por vuestro señor, padre; esto es que no os mate del todo, para que me quede el placer, cuando sanéis, de mataros seriamente; porque tenéis un corazón malvado, señor de Wardes, y todas las precauciones no serían bastantes para librarse de vos.

—Yo también las tomaré contra vos, descuidad —dijo Wardes.

—Permitidme —dijo Buckingham— que traduzca vuestras palabras con un consejo que deseo dar al señor de Bragelonne. Señor vizconde, llevad siempre una coraza.

Wardes apretó los puños.

—¡Ah! Ya comprendo —dijo—, esos señores esperan haber tomado esa precaución para medirse contra.

—Vamos —dijo Raúl—; ya que absolutamente lo queréis, concluyamos.

Y dio un paso hacia Wardes tendiendo la espada.

—¿Qué hacéis? —preguntó Buckingham.

—Tranquilizaos —contestó Raúl—; esto no durará mucho.

Wardes se puso en guardia, y se cruzaron los hierros, adelantándose con tal precipitación sobre Raúl, que al instante conoció Buckingham que este dominaba a su enemigo.

El duque retrocedió un paso para mirar la lucha.

Raúl estaba tranquilo, como si tirase al florete en lugar de la espada; paró con las tres o cuatro estocadas que le tiró Wardes, y, amenazándolo con una cuarta baja, que Wardes paró haciendo círculo, lio su espada en la de éste, desarmándolo y tirándola a unos veinte pasos del otro lado de la balaustrada.

Como que Wardes estaba desarmado y aturdido, Raúl volvió el acero a la vaina, lo asió por el cuello y la cintura, y lo tiró al otro lado de la balaustrada, estremecido de cólera.

—¡Ya nos veremos! ¡Ya nos veremos! —exclamó Wardes levantándose y recogiendo la espada.

—Pardiez! —dijo Raúl—. Eso es lo que estoy repitiendo hace una hora.

Y volviéndose a Buckingham, repuso:

—Duque, no digáis una palabra de esto; me avergüenzo de haber llegado a tal extremo, pero me cegó la cólera... y os pido perdón; olvidadlo.

—Amigo vizconde —dijo el duque, estrechando aquella mano tan fuerte y tan leal—; permitidme, por el contrario, que me acuerde, y os diga que ese hombre es peligroso y os matará.

—Mi padre —contestó Raúl— ha vivido veinte años amenazado por un enemigo más terrible, y no ha muerto. Soy de una sangre que favorece Dios, señor duque.

—Vuestro padre tenía excelentes amigos, vizconde.

—Sí, amigos como ya no hay.

—¡Oh! No digáis eso en el instante en que os brindo con mi amistad.

Y abrió sus brazos a Bragelonne, que recibió con regocijo la alianza ofrecida.

—En mi familia —añadió Buckingham— se muere por aquellos que se aman, bien sabéis esto, señor de Bragelonne.

—Sí, duque, lo sé —respondió Raúl.

## Capítulo XIII

---

Lo que el caballero de Lorena pensaba de Madame

Nada interrumpió ya el sosiego de la marcha. Bajo un pretexto que no llamó la atención, tomó la delantera el señor de Wardes, llevándose a Manicamp, cuyo humor, igual y pacífico, le servía de contrapeso.

Hay que notar que los ánimos turbulentos e inquietos siempre encuentran una asociación que hacer con caracteres dulces y tímidos, como si los unos buscaran en el contraste un descanso a su humor, y los otros una defensa a su propia debilidad.

Buckingham y Bragelonne, iniciando a Guiche en su amistad, formaban durante la marcha un concierto de alabanzas en honor de la princesa.

Sólo que Bragelonne había obtenido que el tal concierto se diese por tríos en lugar de proceder por solos, como Guiche y su rival parecían tener la peligrosa costumbre.

Éste método de armonía fue muy grato a madame Enriqueta y a la reina madre; quizá no fue de tanto gusto para la joven princesa, que era coqueta como un demonio, y que, sin temer por su vez, buscaba siempre las ocasiones de peligro. Tenía, efectivamente, uno de esos corazones valientes y temerarios, que se complacen en los extremos de delicadeza, y buscan el hierro con cierto apetito de la herida.

De modo que sus miradas y sonrisas, proyectiles inagotables, llovían sin descanso sobre los tres jóvenes; y de ese arsenal sin fondo salían ojeadas, besos de manos y otras muchas delicias que iban a herir a distancia a los caballeros de la escolta, a los campesinos, a los síndicos de las ciudades que atravesaban, a los pajes, al pueblo, a los lacayos y a todo el mundo; finalmente, aquello era un general estrago, una devastación universal.

Cuando Madame llegó a París, había hecho en el camino cien mil enamorados y llevaba seis locos y dos privados de razón.

Tan sólo Raúl, adivinando toda la seducción de esta mujer, y no teniendo en su corazón sitio donde pudiera clavarse una flecha, llegó frío y desconfiado a la capital del reino.

Algunas veces habló, durante el camino con la reina de Inglaterra de este encanto embriagador que Madame dejaba en derredor suyo; y la reina madre, que tantas desgracias y decepciones había sufrido, le contestaba.

—Enriqueta debía ser ilustre; bien naciendo sobre el trono, bien en la obscuridad, pues es una mujer de imaginación, de capricho y de voluntad.

Wardes y Manicamp, exploradores y correos, habían anunciado la llegada de la princesa. La comitiva vio aparecer en Nanterre una espléndida escolta de caballeros y de corazas.

Era Monsieur, que, seguido del caballero de Lorena y de sus favoritos, y acompañados todos de la servidumbre militar de Su Majestad, venían a saludar a la regia prometida.

La princesa y su madre habían cambiado en San Germán el enorme coche de viaje por un elegante y rico carroaje abierto, tirado por seis caballos, enjaezados de blanco y oro.

En esta especie de carretela aparecía, como sobre un trono, bajo el quitasol de seda bordado con anchas franjas de plumas, la bella y joven princesa, cuyo semblante radiante recibía los reflejos rosados.

Monsieur quedó admirado al acercarse a la carroza, y demostró su admiración en términos bastante explícitos para que el caballero de Lorena, se encogiera de hombros, y para que el conde de Guiche y Buckingham los sintiesen en el corazón.

Terminado en todas sus partes el ceremonial, todo el cortejo tomó más lentamente el camino de París.

Las presentaciones habíanse efectuado ligeramente, y el duque de Buckingham fue destinado a Monsieur con los otros caballeros ingleses.

Monsieur sólo había prestado mediana atención.

Mas en el camino, como viera que el duque se acercaba a las portezuelas del carroaje con el mismo ardor que de costumbre.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó al de Lorena, su inseparable.

—Hace poco lo presentaron a Vuestra Alteza —replicó el caballero—; es el bello duque de Buckingham.

—¡Ah! Es verdad.

—El caballero de Madame —prosiguió el favorito con un tono que sólo los envidiosos pueden dar a las frases mas sencillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el príncipe—. Pero ¿Madame tiene un caballero de oficio?

—¡Toma! Creo que lo veis como yo; miradlos reír, loquear a los dos.

—A los tres.

—¿Cómo los tres?

—Indudablemente; ya ves a Guiche con ellos.

—¡Ciento...! Sí, ya lo veo... Pero ¿qué prueba eso?

—Que Madame tiene dos caballeros en vez de uno.

—¡Todo lo envenenas, víbora!

—Yo no enveneno nada...

—¡Ah! Señor; sois muy descontentadizo. Hacen a vuestra esposa los honores del reino de Francia, y no estáis satisfecho.

El duque de Orléans temía la sátira del caballero cuando lo veía en cierto grado de vigor.

Y cortó el diálogo de pronto.

—Es bonita la princesa —dijo negligentemente, como si se tratase de una extraña.

—Sí —replicó en el mismo tono el caballero.

—Pronuncias ese sí lo mismo que un no. Me parece que tiene unos ojos negros muy hermosos.

—Pequeños.

—Es cierto; pero brillantes. Es de buena estatura.

—Un poco delicada, señor.

—No digo que no. El aire es noble.

—Pero el rostro es flaco.

—Los dientes me han parecido admirables.

—Se ven perfectamente; la boca es bastante grande, gracias a Dios. Decididamente, Monsieur; me había engañado; sois más hermoso que vuestra mujer.

—Y crees también que soy más hermoso que Buckingham?

—¡Oh, sí! Y él lo sabe sin duda, porque mirad cómo redobla sus cuidados para con Madame.

Monsieur hizo un movimiento de impaciencia; mas como vio pasar una sonrisa de triunfo por los labios del caballero, volvió a poner al paso su caballo.

—Pero ¿por qué me he de ocupar tanto tiempo de mi prima? —dijo—. ¿No la conozco acaso? ¿No me he criado con ella? ¿No la vi yo cuando era muy niña en el Louvre?

—Perdonadme, príncipe —dijo el caballero—; algún cambio hay en ella. En esa época de que habláis, estaba un poco menos brillante... y principalmente, menos orgullosa que aquella noche... ¿os acordáis, Monsieur...? en que el rey no quiso bailar con ella, en razón a que la encontraba fea y mal vestida.

Estas palabras hicieron fruncir el ceño al duque de Orléans. Efectivamente, era poco halagador para él casarse con una princesa a quien el rey no había

hecho gran caso en su juventud.

Quizá iba a responderle pero se acercaba Guiche.

Desde lejos había visto al príncipe y al caballero y parecía pretender adivinar las palabras que acababan de cambiarse entre Monsieur y su favorito.

Este último, ya por perfidia, ya por imprudencia, no se tomó la molestia de disimular.

—Conde —dijo— sois de buen gusto.

—Gracias por el cumplido —respondió Guiche—; pero ¿con qué propósito me decís eso?

—¡Diantre! Apelo de ello a Su Alteza.

—Sin duda —dijo Monsieur—; y bien sabe Guiche que lo tengo por un perfecto caballero. Sentado esto, conde —prosiguió—, hace ocho días que estáis al lado de Madame, ¿no es así?

—Sin duda —respondió Guiche, sonrojándose a pesar suyo.

—Pues bien, decidnos sinceramente lo que pensáis de su persona.

—¡De su persona! —repuso Guiche estupefacto.

—Sí, de su persona, de su talento, de ella; en fin...

Aturdido con semejante pregunta, el conde vaciló en responder.

—Vamos, vamos, Guiche —repuso el caballero riendo—, di lo que piensas, sé franco; Monsieur lo quiere.

—Sí; sí, sé franco —dijo el príncipe.

Guiche balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Bien sé que eso es delicado —repuso Monsieur—; mas tú sabes que todo se me puede decir. Con que vamos, ¿cómo la encuentras?

A fin de ocultar lo que pasaba en él, recurrió Guiche a la única defensa de un hombre sorprendido, mintió.

—Yo no encuentro a Madame ni bien ni mal... Sin embargo...

—¡Cómo, amado conde! —exclamó el caballero—. ¡Vos, que os extasiasteis y gritasteis tanto a la vista de su retrato!

El de Guiche encendióse hasta las orejas, pero felizmente le sirvió para disimular este rubor una huida repentina de su caballo.

—¡El retrato...! —exclamó acercándose—. ¿Qué retrato?

El caballero no había separado la vista de él.

—Sí, el retrato. ¿No estaba parecido acaso?

—No sé; he olvidado su retrato... No tengo idea...

—Pues buena impresión os produjo! —dijo el caballero.

—Es posible.

—Pero al menos, decidnos si tiene talento preguntó el duque.

—Me parece que sí, señor.

—¿Y el señor de Buckingham, lo tiene? —dijo el caballero.

—Lo ignoro...

—Pues yo soy de parecer que si —repuso el caballero—, porque hace reír a Madame y ella parece gustar mucho de su sociedad; lo que jamás sucede a una mujer de talento cuando se halla en la compañía de un tanto.

—Entonces tiene talento —dijo cándidamente Guiche, en cuyo auxilio llegó de repente Bragelonne, viéndolo enredado con tan peligroso interlocutor, del cual se apoderó, obligándole así a cambiar conversación.

La entrada fue brillante y alegre; el rey, por festejar a su hermano, había ordenado que las cosas se hicieran magníficamente.

Madame y su madre apeáronse en el Louvre, en ese Louvre donde, durante los tiempos de destierro, habían soportado tan dolorosamente la obscuridad, la miseria y las privaciones.

Aquel palacio inhospitalario para la infeliz hija de Enrique IV, aquéllas paredes desnudas, sus techos tapizados de telas de araña, sus grandes chimeneas desquiciadas, todo había cambiado de faz. Colgaduras riquísimas, espesos tapices, relucientes losas, pinturas al fresco, candelabros, espejos, muebles suntuosos, guardias de fiero continente con flotantes penachos, y un pueblo de sirvientes y cortesanos que llenaban las antesalas y las escaleras.

En aquellos patios, donde poco antes crecía la hierba, como si el ingrato Mazarino hubiera querido demostrar a los parisienses que la soledad y el desorden debían de ser, con la miseria y la desesperación, el acompañamiento de las monarquías caídas; en aquellos patios inmensos, mudos, desolados, piafaban hermosos caballos, que arrancaban miles de chispas al brillante enlosado.

Había carrozas pobladas de mujeres jóvenes y bellas, que aguardaban para saludar al paso a la hija de aquella hija de Francia, que durante su viudedad y su destierro no había encontrado una poca de leña para su hogar, ni un pedazo de pan para su mesa, y a quien desdeñaban, los criados más humildes del palacio.

Así es que madame Enriqueta entró en el Louvre con el corazón más henchido de dolor y de tristes recuerdos que su hija, naturaleza olvidadiza y variable, y no con triunfo y alegría.

Bien sabía ella que la acogida brillante se dirigía a la dichosa madre de un rey restablecido sobre el segundo trono de Europa, mientras que la mala se había dirigido a ella hija de Enrique IV, castigada por haber sido desgraciada.

Después que estuvieron instaladas las princesas y que descansaron un corto momento, los hombres, que también se habían repuesto de sus fatigas, volvieron a sus hábitos y a sus ocupaciones.

Bragelonne comenzó por ir a ver a su padre; pero Athos había salido para Blois.

Y entonces fue en busca de D'Artagnan.

Pero éste, ocupado en la organización de una nueva servidumbre militar del rey, no podía ser hallado.

Bragelonne pensó en el de Guiche.

Mas el conde tenía con sus padres y con Manicamp conferencias que agotaban el día entero.

Peor era con el duque de Buckingham.

Este compraba caballos y diamantes y acaparaba todas las bordadoras, lapidarios y sastres de París. Entre Guiche y él daban un asalto más o menos cortés, en cuyo éxito quería, el duque gastar un millón en tanto que el mariscal de Grammont sólo había dado a Guiche sesenta mil libras.

Buckingham reía y gastaba su millón.

Guiche suspiraba, y hubiérase arrancado los cabellos sin los consejos de Raúl.

—¡Un millón! —repetía diariamente Guiche—. Sucumbiré, sin duda; ¿por qué no querrá el señor mariscal adelantarme mi parte de sucesión?

—Porque la devoraríais —contestó Raúl.

—Y qué le importa! Si debo morir... moriré, y entonces no necesitaré nada.

—Pero ¿por qué morir? —decía Raúl.

—No quiero ser vencido en elegancia por un inglés.

—Mi apreciado conde —dijo entonces Manicamp—; la elegancia no es costosa, sino difícil.

—Sí, pero las cosas difíciles cuestan muy caras, y no tengo más que sesenta mil libras.

—Cáscaras! —dijo Wardes—. Pues gasta tanto como Buckingham... Sólo hay novecientas cuarenta mil libras de diferencia.

—Y dónde hallarlas?

—Contrae deudas.

—Ya las tengo.

—Razón de más.

Estos consejos acabaron por excitar de tal suerte a Guiche, que hizo locuras, cuando Buckingham no hacía más que gastos.

El rumor de estas prodigalidades desarrugaban el ceño de todos los mercaderes de París.

Durante este tiempo reposaba Madame y escribía Raúl a la señorita de La Vallière.

Ya habían escapado cuatro cartas de su pluma, y ninguna contestación llegaba, cuando la mañana misma de la ceremonia del matrimonio, que había de celebrarse en la capilla del palacio Real, estando Raúl vistiéndose, oyó que su criado anunciaba:

—El señor Malicorne.

—Para qué me querrá? —dijo para sí Raúl—. Haz que aguarde —dijo al lacayo.

—Es un señor de Blois dijo el criado.

—Ah! ¡Que pase! —exclamó Raúl con viveza.

Entró Malicorne, hermoso como un astro, y portador de una soberbia espada. Y, después de haber saludado graciosamente, dijo:

—Señor de Bragelonne, os traigo mil cumplimientos de una dama.

Raúl ruborizóse y preguntó:

—¿De una dama de Blois?

—Sí, señor; de la señorita de Montalais.

—¡Ah! Gracias, caballero, ahora os conozco —dijo el vizconde—; ¿y qué desea de mí la señorita de Montalais?

Malicorne sacó de su bolsillo cuatro cartas que presentó a Raúl.

—Mis cartas! ¡Es posible! —dijo palideciendo—. ¡Mis cartas aún cerradas!

—Señor; esas cartas no han encontrado en Blois a la persona a quien las destinabais, y se os devuelven.

—¿La señorita de La Vallière ha marchado de Blois? —preguntó Raúl.

—Hace ocho días.

—Y, ¿dónde está?

—Debe estar en París.

—Pero ¿cómo se sabe que estas epístolas eran mías?

—La señorita de Montalais ha reconocido vuestra letra —dijo Malicorne.

Raúl se ruborizó y sonrió.

—Esto es muy atento por parte de la señorita Aura —dijo—. ¡Siempre buena y encantadora!

—Siempre, caballero.

—Debió darme cierta noticia exacta sobre la señorita de La Vallière, y no tendría yo que buscarla en este immenso París.

Malicorne sacó otra carta del bolsillo.

—Quizá —dijo— encontréis aquí lo que deseáis saber.

Raúl rompió precipitadamente el sobre; la letra era de Aura, y decía así la epístola:

*París, Palacio Real, día de la bendición nupcial.*

—¿Qué significa esto? —preguntó Raúl a Malicorne—. ¡Lo sabéis vos?

—Lo sé, señor vizconde.

—Pues decidlo entonces!

—Imposible, caballero.

—¿Por qué motivo?

—Porque me lo ha prohibido la señorita Aura.

Raúl miró a este personaje extraño, y permaneció mudo.

—Al menos, decidme si eso es bueno o malo para mí.

—Ya lo veréis.

—Grave sois en vuestras discusiones.

—¿Me hacéis una gracia, señor?

—¿En cambio de la que vos no me hacéis?

—Precisamente.

—Decid.

—Tengo el deseo más vivo de ver la ceremonia, y no poseo billete de invitación, a pesar de los pasos que he dado por procurarme uno. ¿Podrías hacerme entrar?

—Sin duda.

—Pues hacedlo por mí, señor, vizconde.

—Lo haré con mucho gusto; acompañadme.

—Soy vuestro fiel servidor, caballero.

—Creí que erais amigo de Manicamp.

—Sí, señor; mas esta mañana; estando viéndolo vestir, derramé una botella de barniz sobre su vestido nuevo, tan perfectamente, que he tenido que salir huyendo. Por eso no he pedido billete, pues me hubiese matado.

—Se concibe —dijo Raúl—; Manicamp es capaz de matar al hombre que sea bastante desgraciado para llevar a cabo el crimen de que me habláis; pero yo repararé el mal con respecto a vos; voy a ponerme la capa; y estoy dispuesto a ser vuestro guía e introductor.

## Capítulo XIV

---

### Sorpresa de la señorita de Montalais

La princesa Enriqueta se casó en el Palais Royal.

A pesar del alto favor que indicaba la papeleta de invitación, Raúl, fiel a su promesa, hizo entrar a Malicorne, deseoso de disfrutar aquel golpe de vista.

Cumplido este compromiso, Raúl se acercó a Guiche, quien, para formar contraste con sus espléndidos vestidos, mostraba un rostro tan commovido por el dolor, que sólo el duque de Buckingham podía disputarle en abatimiento y palidez.

—Ten cuidado, conde —dijo Raúl acercándose a su amigo y preparándose a sostenerlo en el momento en que el arzobispo bendecía a los esposos.

Efectivamente; veíase al señor príncipe de Condé mirar pon curiosos ojos a estas dos imágenes de la desolación, de pie, como dos estatuas a ambos lados de la nave.

El conde observó más cuidadosamente.

Concluida la ceremonia, el rey y la reina pasaron al salón grande, donde se hicieron presentar a la princesa y a su séquito.

Notóse que el rey, que había parecido sorprenderse a la vista de su cuñada, le hizo los más sinceros cumplimientos.

Se notó también que la reina madre, fijando sobre Buckingham una mirada profunda, se inclinó al oído de madame de Monteville para decirle:

—¿No veis qué parecido tiene con su padre?

Se vio, finalmente, que Monsieur observaba a todos y parecía descontento.

Hecho el recibimiento de los príncipes y embajadores, Monsieur pidió al rey el permiso de presentar, tanto a él como a su esposa; las personas de su nueva casa.

—¿Sabéis, vizconde —dijo por lo bajo el príncipe de Condé a Raúl—, si el

cuarto de la princesa ha sido formado por una persona de gusto, y si tendremos algunos semblantes bastante finos?

—Lo ignoro completamente, señor —respondió Raúl.

—¡Oh! Hacéis como que lo ignoráis.

—¿Eh, señor?

—Sois el amigo de Guiche, que es uno de los amigos del príncipe.

—Ciertamente, señor; pero como el asunto no me interesaba, no he hecho pregunta alguna a Guiche y por su parte Guiche, no habiendo sido interrogado, no se ha franqueado conmigo.

—Mas, ¿y Manicamp?

—He visto, es verdad, a Manicamp en El Havre y en el camino, pero he tenido el cuidado de ser tan poco curioso con él como con Guiche. Además, ¿puede estar enterado Manicamp de todas estas cosas, él, que sólo es un personaje secundario?

—¡Cómo amigo vizconde...! ¿De dónde salís? Justamente, son los personajes secundarios los que en ocasiones tales gozan de influencia; y la prueba es que casi todos los nombramientos se han hecho por la presentación de Manicamp a Guiche y por la de éste al príncipe.

—Pues bien, señor, ignoraba completamente todo eso —dijo Raúl—, y es una noticia la que se digna darme.

—Quiero creerlo así, aunque parezca increíble; y, además, no tendremos que aguardar mucho; he aquí el escuadrón volante que avanza, como decía la buena reina Catalina... ¡Diablo, qué lindos rostros!

Un grupo de jóvenes adelantábase, en efecto, por la sala; bajo la dirección de madame de Navailles; y, en honor de Manicamp sea dicho, si efectivamente había tomado en esta elección la Dote que le concedía el príncipe de Condé, presentaba un golpe de vista encantador para los que, como el príncipe, eran apreciadores de todos los géneros de belleza.

Una joven rubia, de unos veinte años, cuyos grandes ojos azules despedían al abrirse brillantes llamaradas, iba delante y fue presentada la primera.

—La señorita de Tonnay-Charente —dijo, al príncipe la anciana madame de Navailles.

Y el príncipe repitió a su esposa:

—La señorita de Tonnay-Charente.

—¡Ah! Esta me parece bastante agradable —dijo Condé volviéndose hacia Raúl—. Y va una.

—En efecto —dijo Raúl—, es bella aunque tiene el aire algo altanero.

—¡Bah! Ya conocemos esos aires, vizconde; dentro de tres meses se habrá amansado; pero mirad, he aquí otra belleza.

—¡Pardiez! —dijo Raúl—. Y una belleza que conozco.

—La señorita Aura de Montalais —dijo madame de Navailles. Nombre y

apellido fueron cuidadosamente repetidos por Monsieur.

—¡Gran Dios! —exclamó Raúl fijando sus ojos espantados en la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó el príncipe—. ¿Será la señorita Aura de Montalais la que os hace lanzar semejante gran Dios?

—No, señor, no —respondió Raúl, pálido y tembloroso.

—Entonces, si no es la señorita, Aura, será esa rubia encantadora que la sigue. Lindos ojos, a fe mía; algo delgada, pero encantadora.

—La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière —dijo madame de Navailles.

Al oír este nombre, que resonaba en lo profundo del corazón de Raúl, una nube subió del pecho a sus ojos. De modo que nada vio y nada oyó; y, así, no hallando en él más que un eco mudo a sus burlas, el príncipe se fue a ver más de cerca a las bellas jóvenes, a quienes había ya detallado su primera mirada.

—¡Luisa aquí! Luisa dama de honor de Madame! —murmuró Raúl. Y sus ojos, que no le bastaban para convencer su razón, iban de Luisa a Montalais.

Por lo demás, ésta había abandonado su prestada timidez, que sólo debía servirle en el momento de la presentación y para las reverencias.

La señorita Aura, desde su pequeño rincón, miraba por tanto, con bastante seguridad a todos los concurrentes, y habiendo hallado a Raúl, se divertía contemplando la profunda admiración en que su presencia y la de su amiga habían sumido al pobre enamorado.

Aquella ojeada maliciosa, burlona, que Raúl quería evitar, y a quien iba a interrogar inmediatamente, ponía a Raúl en un verdadero suplicio.

Respecto a Luisa, sea timidez natural, sea otro cualquier motivo de que Raúl no podía darse cuenta, tenía constantemente los ojos bajos, e intimidada, deslumbrada, respirando apenas, retirábaise todo cuanto podía a un lado, impasible hasta a los codazos de su amiga.

Todo esto era para Raúl un misterio, que el pobre vizconde rabiaba por descubrir.

Pero nadie había allí para darle la clave, ni aun Malicorne, que un poco inquieto por hallarse en medio de tantos caballeros y bastante asustado por las miradas burlonas de la de Montalais, había descrito un círculo, y poco a poco se había ido a colocar a algunos pasos del príncipe, en pos del grupo de camaristas, casi al lado de la señorita Aura, planeta en derredor del cual, humilde satélite, tenía que gravitar como forzosamente.

Al volver en sí Raúl, creyó oír a su lado voces conocidas.

Eran, en efecto, Wardes, Guiche y el caballero de Lorena, que hablaban juntos.

Es cierto que hablaban tan bajo, que apenas se oía el soplo de sus palabras en la vasta sala.

Hablar de este modo desde su puesto, alta la figura, sin inclinarse, sin mirar a su interlocutor, era un talento a cuya sublimidad no podían llegar los nuevos en la corte. Era necesario un gran estudio para estas conversaciones, que, sin miradas, sin ondulaciones de cabeza, parecían la conversación de un grupo de estatuas.

En efecto, en los grandes círculos del rey y de la reina, al paso que Sus Majestades hablaban y que todos parecían escucharlos con religioso silencio, había gran número de coloquios, en los cuales la adulación era la nota dominante; Mas Raúl era uno de los hábiles en este estudio de etiqueta, y en el movimiento de labios habría podido muchas veces comprender el sentido de las palabras.

—¿Quién es esa Montalais? —preguntaba Wardes—. ¿Quién es La Vallière? ¿Qué significan todas estas provincias que vienen?

—La Montalais —dijo el caballero de Lorena— la conozco; es una buena muchacha, que divertirá a la Corte. La Vallière es una lindísima cojita.

—¡Bah! —dijo Wardes.

—No la despreciéis, Wardes; hay sobre las cojas axiomas latinos muy ingeniosos y sobre todo muy característicos.

—Señores —dijo Guiche mirando a Raúl con inquietud—, un poco de moderación; señores.

Pero la inquietud del conde, en apariencia al menos, era importuna; Raúl había conservado el aspecto indiferente, aun cuando no perdiera una sola palabra de cuanto se había dicho; parecía que iba notando las insolencias y libertades para arreglar con ellos su cuenta cuando llegase la ocasión.

Wardes adivinó este pensamiento, y continuó:

—¿Cuáles son los amantes de estas señoritas?

—De la Montalais? —preguntó el caballero.

—Si, de la Montalais, primero. ¡Pues bien, vos, yo, Guiche, cualquiera!

—Y de la otra?

—¡Cuidado, señores! —exclamó Guiche para impedir la respuesta de alardes—; tened cuidado, la princesa nos escucha.

Raúl arrancaba mientras tanto sus encajes, y sus dedos se clavaban en el pecho. Pero, justamente, este encarnizamiento que veía dirigido contra pobres mujeres, le hizo adoptar una resolución formal.

—Esta pobre Luisa —pensó—, no ha venido aquí sino con honroso objeto y bajo una honrosa protección; pero es necesario que conozca este objeto y que sepa quién la protege.

E imitando la maniobra de Malicorne, se dirigió hacia el grupo de las jóvenes camaristas.

Bien pronto concluyó la presentación. El rey, que no había dejado de mirar y admirar a la princesa, salió entonces de la sala con las dos reinas. El caballero de Lorena recobró su puesto cerca de Monsieur, y, a medida que le acompañaba, le fue destilando en el oído algunas gotas, de ese veneno que había reunido hacía

una hora al ver nuevos rostros y al sospechar que algunos corazones eran felices.

Al salir el rey llevó tras de si una parte de los asistentes; pero aquellos que entre los cortesanos hacían profesión de independencia o de galantería, comenzaron a aproximarse a las damas.

El príncipe de Condé cumplimentó a la señorita de Tonnay-Charente. Buckingham hizo la corte a madame de Lafayette, a quien la princesa amaba ya. Respecto al conde de Guiche, abandonado a Monsieur desde que podía aproximarse solo a Madame, conversaba animadamente con madame de Valentinois, su hermana, con las señoritas de Crequi y de Chatillon.

En medio de estos intereses políticos o amorosos, Malicorne quería apoderarse de Montalais; pero ésta prefería hablar con Raúl, aun cuando sólo fuese para gozar de sus sorpresas.

Raúl habíase dirigido a la señorita de La Vallière, y la había saludado con el más profundo respeto, visto lo cual, Luisa se ruborizó y balbuceó algunas palabras; pero la Montalais se apresuró a venir en su ayuda.

—Y bien —dijo—: henos aquí.

—Ya lo veo —dijo Raúl sonriéndose—, y justamente vengo a solicitaros una pequeña explicación sobre vuestra presencia aquí.

Malicorne se aproximó con su más encantadora sonrisa.

—Alejaos, señor de Malicorne —dijo Montalais—. Verdaderamente que sois bien indiscreto.

Malicorne se mordió los labios y dio dos pasos hacia atrás, sin responder palabra. Solamente su sonrisa cambió de expresión, y de franca que era se convirtió, en burlona.

—¿Deseáis una explicación, monsieur Raúl? —dijo la de Montalais.

—Ciertamente, la cosa vale la pena, y la señorita de La Vallière, camarista de Madame...

—¿Y por qué no había de ser, cual yo, camarista?

—Recibid mis cumplimientos, señoritas —repuso Raúl, que creyó no le querían contestar directamente.

—Decís eso con un tono poco lisonjero, señor vizconde.

—¿Yo?

—Apelo, sino, a Luisa.

—El señor de Bragelonne piensa quizá que el destino es superior a mi clase —dijo Luisa a media voz.

—¡Oh! No, señorita —replicó vivamente Raúl—. Sabéis muy bien que no son éstos mis sentimientos; no me sorprendería que ocuparais el lugar de una reina, y con mucha más razón éste. Lo único que me sorprende es haberlo sabido hoy solamente, y por casualidad.

—¡Ah! Es cierto —respondió Montalais con su ordinaria viveza.

—Tú nada entiendes de esto, y es difícil que lo comprendas. El señor de

Bragelonne te había escrito cuatro cartas; pero sólo tu madre había permanecido en Blois. Era necesario evitar, que estas cartas cayesen en sus manos, las intercepté, y las he devuelto al caballero Raúl; de manera que él te creía en Blois cuando estabas en París, y no sabía especialmente que hubieras ascendido a esta dignidad.

—¿No has prevenido al caballero Raúl, como te lo supliqué? —exclamó Luisa.

—¡Sí, sí! Para que se hiciese el austero, para que pronunciara máximas profundas, para que deshiciese lo que nosotras con tanto trabajo habíamos hecho. No por, cierto.

—¿Con que tan severo soy? —dijo Raúl.

—Además —añadió la de Montalais—, me convenía así. Partía para París; vos no os encontrabais allí; Luisa lloraba desconsoladamente; interpretadlo como queráis; he rogado a mi protector, al que me había hecho obtener mi nombramiento, que pidiese otro para Luisa y lo ha hecho así. Luisa partió para encargar los trajes, quedándose detrás, porque ya tenía el mío; he recibido vuestras epístolas, y os las he devuelto, añadiendo una postdata que os prometía una sorpresa, mi querido caballero, hela aquí; me parece buena, y no tenéis derecho a pedir otra cosa.

—Ea, señor Malicorne, es tiempo ya que dejemos juntos a estos muchachos; tienen multitud de cosas que decirse; dadme vuestro brazo; espero que tendréis en cuenta este gran honor que se os dispensa, señor Malicorne.

—Dispensadme, señorita —dijo Raúl deteniendo a la alegre joven, y dando a sus palabras una entonación cuya gravedad contrastaba con la de Montalais—; perdonadme, ¿podría yo saber el nombre de ese protector? Porque si se os ama para señorita, y con mucha razón (Raúl saludó), no veo las mismas razones para que la señorita de La Vallière sea protegida.

—¡Dios santo, señor Raúl! —dijo cándidamente Luisa—. La cosa es bien sencilla, y no veo por qué no os la he de decir yo misma... Mi protector es el señor Malicorne.

—Raúl permaneció un momento estupefacto, preguntándose si se burlaba de él; después se volvió para interpelar a Malicorne; pero éste hallábase ya lejos, arrastrado por la Montalais.

La señorita de La Vallière hizo un movimiento para seguir a su amiga, pero Raúl la detuvo con dulce autoridad.

—Os lo ruego, Luisa; una palabra.

—Pero, señor Raúl —dijo Luisa encendida—; estamos solos... Todo el mundo ha partido... Van a inquietarse y a buscarnos.

—No tengáis cuidado —dijo el joven sonriéndose—; no somos ni el uno ni el otro personajes así importantes para que se note nuestra ausencia.

—¡Pero y mi servicio, señor Raúl!

—Calmaos; señorita: conozco los usos de la Corte: vuestro servicio no debe empezar hasta mañana; os quedan, por tanto, algunos minutos, durante los cuales podéis darme las explicaciones que voy a tener el honor de pediros.

—¡Cuán grave estáis, señor Raúl! —dijo Luisa alarmada.

—Es que la circunstancia es seria, señorita. ¿Me escucháis ya?

—Os escucho; solamente, caballero, que nos encontramos solos.

Raúl, ofreciéndole la mano, llevó a la joven a la galería inmediata al salón de recibo, cuyos balcones daban a la plaza.

Todo el mundo apretábbase en el balcón de en medio, que tenía una balaustrada, y desde donde podían verse con todos los detalles los preparativos de la partida.

Raúl abrió una de las ventanas laterales, y allí, solo con la señorita de La Vallière:

—Luisa —dijo—, sabéis que desde mi infancia os he amado como una hermana, y que habéis sido la confidente de todos mis pesares y la depositaria de todas mis esperanzas.

—Sí —contestó—; sí, señor Raúl, lo sé. Teníais la costumbre, por vuestra parte, de mostrarme igual amistad, igual confianza.

—¿Por qué en este encuentro no habéis sido mi amiga? ¿Por qué habéis desconfiado de mí?

Vallière no contestó.

—He creído que me amabais —dijo Raúl, cuya voz era cada vez más temblorosa—; he creído que habíais consentido en todos los planes formados de acuerdo para nuestra dicha, cuando nos paseábamos en las grandes alamedas que rodean a Blois. ¿No respondéis, Luisa?

Aquí se interrumpió un instante.

—¿Sería —preguntó respirando apenas—, que ya no me amaseis?

—No digáis eso —replicó en voz baja Luisa.

—Decídme, os lo ruego. He puesto toda la esperanza de mi vida en vos, y os he escogido por vuestras costumbres dulces y sencillas. No os dejéis deslumbrar, Luisa; ahora que estáis en medio de la Corte, donde todo lo que es sano se corrompe, donde todo lo que es joven envejece pronto, Luisa, cerrad vuestros oídos para no oír las palabras, cerrad vuestros ojos para no ver los ejemplos, cerrad vuestros labios a fin de no respirar el soplo corrompido. Sin mentiras, sin paliativos, Luisa: ¿debo creer lo que ha dicho la señorita de Montalais? Luisa, ¿habéis venido a París porque yo no estaba ya en Blois?

Luisa se ruborizó y ocultó el semblante entre las manos.

—¡Sí! —exclamó Raúl exaltado—. ¡Sí, por esto habéis venido! ¡Oh! ¡Os quiero como jamás os he amado! Gracias, Luisa, por vuestra adhesión; pero es preciso que tome un partido para poneros a cubierto de todo insulto, para garantiros de toda mácula; Luisa, una dama de honor en la corte de una princesa

joven, en este tiempo de amores fáciles y de inconstantes amores; una camarista está colocada en el centro de los ataques, sin tener defensa alguna; esta condición no puede convenirme; es preciso que estéis casada para que seáis respetada.

—¿Casada?

—Casada. ¡Dios mío!

—He aquí mi mano, Luisa; dejad caer en ella la vuestra.

—Mas ¿y vuestro padre?

—Mi padre me dejará libre.

—Sin embargo...

—Comprendo este escrúpulo, Luisa; consultaré a mi padre.

—¡Oh, Raúl, reflexionad, aguardad!

—¡Esperar! Imposible. Reflexionar, Luisa, reflexionar cuando se trata de vos, sería insultarlos. Vuestra mano, querida Luisa: soy dueño de mis actos; mi padre dirá sí, os lo juro. Vuestra mano; no me hágais esperar así; respondedme pronto una palabra, una sola; y si no, creeré que para cambiáres absolutamente, ha bastado un solo paso en el palacio, un solo soplo del favor, una sola sonrisa de las reinas, o una sola mirada de Su Majestad.

Apenas había pronunciado Raúl esta última palabra, cuando La Vallière se puso pálida como la muerte, sin duda por el miedo que tenía de ver exaltarse al joven.

Así, por un movimiento rápido como el pensamiento, arrojó sus dos manos en las de Raúl. Después huyó, sin añadir una palabra, y desapareció, sin haber mirado atrás.

Raúl se estremeció al contacto de aquellas manos, y recibió el juramento como un juramento solemne, arrancado por el amor a la timidez virginal.

## Capítulo XV

---

### El consentimiento de Athos

Raúl salió del Palais Royal preocupado con pensamientos que no admitía dilación ponerlos en práctica.

Montó a caballo y tomó el camino de Blois, mientras se verificaban, con gran alegría de los cortesanos y gran pena de Guiche y de Buckingham, las bodas de Monsieur y de la princesa de Inglaterra.

Caminaba aprisa; en dieciocho horas llegó a Blois.

Durante el camino había preparado sus mejores argumentos. La fiebre también es un argumento sin réplica, y Raúl tenía fiebre.

Athos hallábase en su gabinete, añadiendo algunas páginas a sus Memorias, cuando entró Raúl, conducido por Grimaud. El caballero no tuvo necesidad más que de una mirada para reconocer algo de extraordinario en la actitud de su hijo.

—Me parece que venís para asuntos de importancia —dijo, señalando una silla a Raúl, después de haberlo abrazado.

—Sí, señor —respondió le joven—; y os ruego me prestéis esa benévol a atención que siempre me habéis concedido.

—Hablad, Raúl.

—Señor: he aquí el hecho sin ningún preámbulo, indigno de un hombre como vos: la señorita de La Vallière se halla en París como camarista de Madame.

—Me he consultado bien, y amo a la señorita de La Vallière con toda mi alma, y no me conviene dejarla en un puesto donde su reputación y su virtud pueden verse expuestas; deseo, por tanto, darle, mi mano, y vengo, señor, a solicitaros vuestro consentimiento para este matrimonio.

Athos había guardado durante esta comunicación un silencio y reserva absolutos.

Raúl comenzó su discurso con la afectación de la sangre fría, y lo había terminado dejando ver en cada palabra intensa emoción.

Athos fijó en Bragelonne una mirada profunda mezclada de cierta tristeza.

—¿Luego habéis reflexionado bien? —preguntó.

—Sí, señor.

—Me parecía haberlos dicho mi opinión respecto a este enlace.

—Lo sé, señor —respondió Raúl en voz baja—; pero respondisteis que si insistía...

—¿E insistís?

Bragelonne balbuceó un sí casi ininteligible:

—Es preciso, en efecto, caballero —continuó tranquilamente Athos—, que vuestra pasión sea bien fuerte, puesto que, a pesar de mi repugnancia a esta unión, persistís en desearla.

Raúl pasó por su frente una mano temblorosa, enjugando así el sudor que la inundaba.

Athos le miró, y la piedad descendió hasta el fondo de su corazón.

Se levantó.

—Está bien: mis sentimientos personales nada significan, puesto que se trata de los vuestros; me rogáis y estoy a vuestras órdenes. Veamos, ¿qué deseáis de mí?

—¡Oh! Vuestra indulgencia, señor; vuestra indulgencia ante todo —dijo Raúl cogiéndole sus manos.

—Os engañáis respecto de mis sentimientos hacia vos, Raúl; hay más que eso en mi corazón —replicó el conde.

Raúl besó la mano que tenía entre las suyas, como habría podido hacer el más apasionado amante.

—Veamos, veamos —dijo Athos—; decidme, Raúl; vedme dispuesto: ¿Qué debo firmar?

—¡Oh! Nada, señor, nada; solamente sería bueno que os tomaseis la pena de escribir al rey y pedir en mi nombre a Su Majestad, al que pertenezco, el premio de dar mi mano a la señorita La Vallière.

—Bien; habéis tenido buen sentido, Raúl. En efecto, después que yo; mejor dicho, antes que yo, tenéis un señor, y este señor es el rey; os sometéis voluntariamente a una doble prueba; eso es leal.

—¡Oh, señor!

—Voy, Raúl, a acceder al momento a vuestro deseo.

El conde se aproximó a la ventana, e inclinándose ligeramente fuera:

—¡Grimaud! —gritó.

Grimaud mostró su cabeza a través de un enrejado de jazmines que arreglaba.

—Mis caballos —continuó el conde.

—¿Qué significa esa orden, señor?

—Que partimos dentro de dos horas.

—¿Para dónde?

—Para París.

—¿Cómo para París? ¿Venís a París, señor?

—¿No está el rey en París?

—Sin duda.

—¡Y bien! ¡No es preciso que vayamos allí o habéis perdido el juicio!

—Pero, señor —dijo, Raúl casi espantado de aquella condescendencia paternal—, no pido os incomodéis, por mí, y una simple carta...

—Raúl, os equivocáis respecto a mi importancia; no es conveniente que un simple caballero como yo escriba a su rey. Quiero y debo hablar a Su Majestad, y lo haré. Partiremos juntos, Raúl.

—¡Oh, cuántas bondades, señor! ¿Cómo creéis se hallará dispuesto Su Majestad?

—¿Hacia mí, señor?

—Sí.

—¡Oh! Perfectamente.

—¿Os lo ha dicho?

—Con su propia boca.

—¿Con qué motivo?

—Con el de una recomendación del señor D'Artagnan, y con motivo de una querella en la Grève, dónde tuve la fortuna de sacar la espada, por Su Majestad. Puedo creerme, sin amor propio, bastante avanzado en el ánimo de Su Majestad.

—Tanto mejor.

—Pero, os lo suplico —continuó Raúl—; no guardéis conmigo esa seriedad y esa discreción; no me hagáis arrepentirme por haber escuchado un sentimiento más fuerte que todo.

—Es la segunda vez que me lo decís, Raúl: no era esto necesario; queréis una formalidad de consentimiento; os la doy, y no hablemos más. Venid a ver mis nuevas plantaciones, Raúl.

El joven sabía que después de haber expresado el conde una vez su voluntad, no había medio de discutir.

Bajó la cabeza, y siguió a su padre al jardín.

Athos le mostró lentamente las plantas y las flores.

Esta tranquilidad desconcertaba cada vez más a Raúl: el amor que llenaba su corazón le parecía bastante grande para que apenas pudiese contenerlo el mundo. ¿Cómo el corazón de Athos permanecía vacío y cerrado a su influencia?

Así, Bragelonne, reuniendo todas sus fuerzas, exclamó de repente:

—Señor, ¿es posible que no tengáis alguna razón para rechazar a la señorita de La Vallière? En nombre del Cielo; ella, tan buena, tan dulce, tan pura, que

vuestro espíritu, lleno de suprema sabiduría debería apreciarla en su valor, ¿existe entre vos y su familia alguna enemistad secreta, algún odio hereditario?

—Ved, Raúl, esta bella planta —dijo Athos— ved cuánto bien le hacen la sombra y la humedad; la sombra especialmente de la hoja del sicomoro, por medio de las cuales filtra el calor y no la llama del sol.

Raúl se detuvo y se mordió los labios. Después, sintiendo afluir la sangre a sus sienes:

—Señor —dijo valientemente—; una explicación, os lo ruego; no podéis olvidar que vuestro hijo es un hombre.

—Entonces —respondió Athos volviéndose con serenidad—; entonces probadme que sois un hombre, ya que no me probáis que sois un hijo. Os rogaba que esperaseis el momento de un ilustre enlace; os habría buscado una esposa en las primeras filas de la rica nobleza; que más que nada que pudieseis brillar con el doble brillo que dan la gloria y la fortuna, puesto que ya tenéis la nobleza de casta.

—¡Señor —exclamó Raúl, animado por un primer impulso—, el otro día me han echado a la cara no conocer a mi madre!

Athos, palideció; después, frunciendo el ceño como el dios supremo de la antigüedad:

—Ya debiera saber lo que respondisteis, caballero —dijo majestuosamente:

—¡Oh! Perdón... perdón... —murmuró el joven, cayendo desde lo alto de su exaltación.

—¿Qué respondisteis, caballero? —preguntó el conde dando una patada.

—Señor, tenía la espada en la mano; el que me insultaba se mantenía en guardia; hice saltar su espada por encima de una balaustrada, y a él lo envié por el mismo camino a recoger su acero.

—¿Y por qué no lo matasteis?

—Su Majestad prohíbe el duelo, señor; y era en aquel momento embajador del rey.

—Está bien —dijo Athos—; pero razón de más para que vaya a hablar al rey.

—¿Qué vais, señor, a pedirle?

—La autorización de desenvainar la espada contra el que nos ha hecho esa ofensa.

—Señor, si no obré como debía obrar, perdonadme, os lo suplico.

—¿Quién os acusa, Raúl?

—Pero ese permiso que queréis pedir al rey...

—Raúl, rogaré al rey que firme vuestro contrato de matrimonio con una condición...

—Señor...

—¿Tenéis necesidad de condiciones conmigo?

—Mandad, señor, y obedeceré.

—A condición —continuó Athos—, de que me diréis el nombre del que así ha hablado de... vuestra madre.

—Pero, señor, ¿qué necesidad tenéis de saber ese nombre? A mí es a quien la ofensa ha sido hecha, y una vez obtenido el permiso de Su Majestad, a mí toca la venganza.

—Su nombre, caballero.

—No consentiré que os expongáis.

—¿Me tomáis por una dueña? Su nombre.

—¿Lo exigís?

—Lo mando.

—El vizconde de Wardes.

—¡Ah! —dijo tranquilamente Athos—. Está muy bien; lo conozco. Pero nuestros caballos están ensillados, caballero, y, en vez de partir dentro de dos horas, partiremos inmediatamente. A caballo, caballero, a caballo.

## Capítulo XVI

---

El duque de Buckingham inspira celos a Monsieur

Mientras el conde de la Fère se encaminaba directamente a París, acompañado de Raúl, el Palais Royal era teatro de una escena que Molière habría llamado eminentemente cómica.

Era el cuarto dia siguiente al de su casamiento, cuando, habiendo almorzado de prisa, Monsieur pasó por las antesalas frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

No había sido alegre el almuerzo; Madame se había hecho servir en sus habitaciones.

Monsieur almorzó, por tanto, con algunos amigos íntimos.

El caballero de Lorena y Manicamp eran los únicos que habían asistido a este almuerzo, que duró tres cuartos de hora, sin que durante él se hubiese hablado una sola palabra.

Manicamp, menos avanzado en la intimidad de Su Alteza Real que el señor de Lorena, procuraba en vano leer en los ojos del príncipe la causa de aquella fisonomía tan triste.

El caballero de Lorena que no tenía necesidad de adivinar nada, atendido que lo sabía todo, comedor con el apetito extraordinario que le daban los pesares ajenos, y gozaba a la vez con el despecho de Monsieur y la turbación de Manicamp.

Sentía placer en retener en la mesa al príncipe, que se abrasaba en deseos de dejar la silla.

No pocas veces Monsieur se arrepentía de aquel ascendiente que había dejado tomar sobre él al caballero de Lorena, y que lo eximía de toda etiqueta.

Monsieur hallábase en uno de esos instantes, pero temía al caballero casi tanto

como le quería y se contentaba con rabiar interiormente.

Alguna que otra vez Monsieur alzaba sus ojos al cielo, luego los bajaba sobre los pedazos de pavo que el caballero atacaba; después, finalmente, no atreviéndose a estallar, se entregaba a una pantomima de la cual Arlequín se habría mostrado celoso.

En fin, Monsieur no pudo contenerse, y a los postres, levantándose, irritado, como ya hemos dicho, dejó al caballero de Lorena que acabase el almuerzo a su gusto.

Al ver levantarse al príncipe, Manicamp se puso en pie, servilleta en mano.

Monsieur corrió hacia la antecámara y hallando a un ujier, le dio una orden en voz baja.

Después, volviendo atrás a fin de no pasar por el comedor, atravesó sus gabinetes para ir a buscar a la reina madre a su oratorio, donde estaba habitualmente.

Podrían ser las diez de la mañana.

Ana de Austria escribía cuando entró el príncipe.

La reina madre quería mucho a este hijo, bello de rostro y dulce de carácter.

Monsieur, en efecto, era más tierno, o si se quiere, más afeminado que el rey.

Había conquistado a su madre por esas pequeñas sensibilidades que tanto agradan a las mujeres; Ana de Austria, a quien habría agradado mucho tener una hija, casi encontraba en este hijo las atenciones, los pequeños cuidados y los encantos de una niña de doce años.

Así Monsieur empleaba todo el tiempo que pasaba en el cuarto de su madre en admirar sus lindos brazos; en darle consejos sobre su cabello o recetas para sus esencias, que la reina cuidaba mucho; después le besaba las manos y los ojos con gracia juguetona y tenía siempre algún dulce que ofrecerle o algún traje nuevo que recomendarle.

Ana de Austria, amaba al rey, o mejor dicho, la monarquía en su hijo primogénito; Luis XIV representaba la legitimidad divina. Era reina madre con el rey, pero con Felipe sólo era madre.

Y este último sabía que de todos los refugios, el seno de una madre es el más dulce y el más seguro.

Así, niño aún, iba allí a refugiarse cuando se levantaban tempestades entre su hermano y él; con frecuencia, después de los combates a puñetazos y arañazos a que el rey y su rebelde súbdito se entregaban en camisa sobre un lecho disputado, teniendo al ayuda de cámara Laporte por único juez de campo, Felipe, vencedor, pero espantado de su victoria, iba a pedir refuerzos a su madre, o al menos la seguridad de un perdón que Luis XIV sólo concedía difficilmente y a larga distancia.

Ana había logrado con esta costumbre de intervención pacífica conciliar todas las diferencias de sus hijos y participar con este motivo de todos sus

secretos.

El rey, algo celoso de este cariño maternal que derramábbase especialmente sobre su hermano, se sentía dispuesto hacia Ana de Austria a mayor sumisión y a más delicadas atenciones de lo que de sí daba su carácter.

Ana de Austria había particularmente practicado este sistema de política respecto a la joven reina, y así reinaba casi despóticamente sobre la real pareja, y ya levantaba todas sus baterías a fin de reinar con el mismo absolutismo sobre su segundo hijo y su joven esposa.

Ana de Austria casi se alegraba, por tanto, cuando veía entrar en su cuarto una fisonomía larguirucha, pálidos carrillos y ojos llorosos, conociendo que se trataba de socorrer al más débil o al mas revoltoso.

Escribía, hemos dicho, cuando Monsieur entró en su oratorio, no con los ojos encendidos y pálido el rostro, sino inquieto, destechado, triste.

Besó distraído los brazos de su madre y se sentó antes de que ella se lo permitiese.

Con las costumbres de etiqueta establecidas en la corte de la reina Ana de Austria, este olvido era una prueba de profunda adulación por parte especialmente de Felipe, que practicaba tan gustoso la distracción del respeto.

Mas si faltaba tan notoriamente a todos estos principios, sin duda que la causa debía ser grave.

—¿Qué tenéis, Felipe? —preguntó Ana de Austria volviéndose hacia su hijo.

—¡Ah, señora! muchas cosas —contestó el príncipe con dolorido acento.

—Parecéis, en efecto, hombre muy preocupado —dijo la reina dejando la pluma en el tintero.

Felipe frunció el ceño, pero no respondió.

—En todas esas cosas que llenan vuestro espíritu —dijo Ana de Austria—, debe sin embargo hallarse alguna que os ocupe más que las otras.

—Una, efectivamente, señora, me ocupa más que las otras.

—Pues; ya os escucho.

Felipe abrió la boca para comenzar a decir todas las quejas que anegaban su corazón, y parecía que sólo esperaban una salida para exhalarse; mas de repente se calló, y todo lo que tenía sobre su corazón se condensó en un suspiro.

—Veamos; Felipe; un poco de firmeza —dijo la reina madre—. Uno se queja casi siempre de alguien que nos incomoda... ¿No es verdad?

—No digo eso, señora.

—¿Entonces, de qué deseáis hablar...? Vamos.

—Lo que tengo que decir, señora, es ciertamente muy delicado.

—¡Ah, Dios mío! Indudablemente; porque al fin una mujer...

—¡Ah! ¿Queréis hablar de Madame? —preguntó la reina madre con vivo sentimiento de curiosidad.

—De Madame?

—De vuestra mujer, en fin.

—Sí, lo entiendo.

—Y bien, si es de la princesa de quien queréis hablarme, no os cortéis, hijo mío. Soy vuestra madre; y Madame sólo es para mí una extraña. Sin embargo, como nuera que es, no dudéis de que oiré con interés, aun cuando sólo sea por vos, todo lo que tengáis que decirme.

—Vamos, a vuestra vez, señora —dijo Felipe—, confesadme si no habéis observado algo.

—¿Qué, Felipe? Usáis palabras de una vaguedad espantosa...

—¡Algo...!

—¿Y de qué clase?

—La princesa es hermosa.

—Ciertamente.

—Sin embargo, no es una belleza.

—No; pero a medida que crezca puede hermosearse mucho. Ya habéis notado el cambio que unos años han producido en su semblante. Pues bien, se desarrollará más y más, puesto que sólo tiene dieciséis años. A los quince yo también era muy delgada; pero, al fin, tal como es, la princesa es linda.

—Por consiguiente, han podido observarla, fijarse en ella.

—Sin duda, mírase a una mujer ordinaria, y con mucha más razón a una princesa.

—Ha sido bien educada; ¿no es verdad, señora?

—Madame Enriqueta, su madre, es una mujer un poco fría, algo pretenciosa, pero de bellos sentimientos. La educación de la joven princesa puede haber sido descuidada, pero en cuanto a sus principios, los creo buenos: tal al menos era mi juicio sobre ella cuando estaba en Francia; después ha regresado a Inglaterra, y no sé lo que ha pasado allí.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—¡Dios mío! Quiero decir sencillamente que ciertas cabezas, un poco ligeras, cambian fácilmente con las prosperidades.

—Pues bien, señora; habéis dado en el quid; creo en efecto a la princesa una cabeza bastante ligera.

—No hay que exagerar, Felipe; tiene viveza y cierta dosis de coquetería muy natural en una joven; mas, hijo mío, en las personas de elevada alcurnia este defecto es a veces una ventaja de la Corte. Una princesa algo coqueta forma ordinariamente una Corte brillante; una sonrisa suya hace nacer por doquier el lujo, el talento y hasta el valor; la nobleza se bate mejor por un príncipe cuya esposa es lindísima.

—Gracias, señora —dijo Felipe con mal humor—; en verdad, me hacéis pinturas demasiado alarmantes, madre.

—¿Por qué? —preguntó la reina madre con simulada ingenuidad.

—Sabéis, señora —dijo dolientemente Felipe—; cuánta repugnancia sentía a casarme.

—¡Ah! Esta vez me alarmáis. ¿Tenéis acaso alguna queja grave contra Madame?

—Grave, no he dicho eso.

—Entonces abandonad esa fisonomía conmovida. Si os mostráis así en vuestra casa, os tomarán por un marido muy desgraciado.

—En realidad —contestó Felipe—; no soy un marido satisfecho; y me alegra que se sepa.

—¡Felipe! ¡Felipe!

—A fe mía, señora, os lo manifestaré francamente: no había comprendido la vida tal como se me quiere hacerla pasar.

—Explícaos.

—Mi mujer no me pertenece, en realidad; se me escapa con cualquier motivo. Por la mañana son las visitas, las correspondencias, el tocador; por la noche, los bailes y los conciertos.

—¡Estáis celoso, Felipe!

—¡Yo! ¡Dios me libre! A otros, y no a mí, ese tonto papel de marido celoso; pero estoy contrariado.

—Felipe, todo eso que echáis en cara a vuestra esposa son cosas inocentes; y mientras no tengáis algo más considerable...

—Escuchadme; sin ser culpable, una mujer puede inquietar; hay ciertas amistades, ciertas preferencias que muestran las jóvenes, y que bastan para dar al diablo a los maridos menos celosos.

—¡Ah! Henos, por fin, en la cuestión. ¡No nos ha costado poco trabajo! ¡Las amistades, las preferencias, bueno! Hace una hora que perdemos el tiempo, y hasta este instante no habéis abordado la verdadera cuestión.

—Pues bien, sí...

—Esto es más grave. ¿Habrá cometido la princesa esas faltas hacia vos?

—Precisamente.

—¡Cómo! ¿Vuestra mujer, después de cuatro días de matrimonio, preferiría a alguno; frecuentaría la sociedad de alguno? Cuidado, Felipe, exageráis sus faltas; a fuerza de querer probar mucho, no se prueba a veces nada.

El príncipe, asustado por la gravedad de su madre, quiso responder, pero sólo pudo tartamudear algunas frases ininteligibles.

—He aquí que ya retrocedéis —dijo Ana de Austria—; prefiero eso, porque reconocéis así que habéis obrado mal.

—¡No! —murmuró Felipe—. No retrocedo, y voy a probarlo. He dicho preferencias, ¿no es verdad? He dicho amistades, ¿no es así? Pues bien, escuchadme.

Ana de Austria preparóse complacida a escuchar con ese placer de comadre,

que la mejor mujer, la mejor madre, aunque sea reina, halla siempre en mezclarse en las pequeñas querellas de dos esposos.

—Bien —repuso Felipe—; decidme una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué mi esposa ha conservado una corte inglesa? Decídmelo. Y Felipe cruzóse de brazos, como si creyera que con nada era posible responder a su interpellación.

—Pero —replicó Ana de Austria— la razón es muy sencilla: porque los ingleses son sus compatriotas; porque han gastado mucho dinero en acompañarla a Francia, y sería poco delicado despedir bruscamente a una nobleza que no ha retrocedido ante ninguna prueba de adhesión, ante ningún sacrificio.

—¡Eh, madre mía! ¡Valiente sacrificio, en verdad, abandonar un despreciable país para venir a un bello suelo, donde se hace con un escudo más efecto que en otras partes con cuatro! ¡Bella adhesión, sin duda, la de caminar cien leguas a fin de acompañar a una mujer a quien se ama!

—A quien se ama, Felipe! ¿Pensáis lo que estáis diciendo?

—Sí, por cierto.

—¿Y quién está enamorado de la princesa?

—El apuesto duque de Buckingham. No vayáis a defender a éste también, madre mía.

Ana de Austria se ruborizó y sonrió al mismo tiempo. El nombre del duque de Buckingham le traía a la vez dulces y melancólicos recuerdos.

—¿El duque de Buckingham? —murmuró.

—Sí, uno de esos amantes preferidos, como decía mi abuelo Enrique IV.

—Los Buckingham son leales, y bravos —dijo con energía Ana de Austria.

—¡Vamos, bien! ¡He aquí a mi madre que defiende contra mí al galán de mi mujer! —exclamó Felipe, hasta tal punto exasperado, que su débil naturaleza se commovió hasta llorar.

—Hijo mío, la expresión no es digna de vos. Vuestra esposa no tiene galanes, y si debiera tener uno, no sería ciertamente el duque de Buckingham; las personas de esa casta, os lo repito; son leales y discretas; la hospitalidad es para ellos sagrada.

—Vamos, señora, el duque de Buckingham es un inglés, y los ingleses no respetan tan religiosamente el bien de los príncipes franceses.

Ana se ruborizó de nuevo, y volvió la cabeza a pretexto de sacar la pluma del tintero, pero en realidad para ocultar el rubor a los ojos de su hijo.

—En verdad, Felipe —le dijo—, sabéis hallar palabras que confunden, y vuestra cólera os ciega tanto como me espanta; reflexionad y veamos.

—Señora, no tengo necesidad de reflexionar; veo ya.

—¿Qué veis?

—Veo que el duque de Buckingham no abandona a mi esposa. Se atreve a

hacerle regalos, y ella a aceptarlos. Ayer hablaba de bolsitas de violeta, y bien lo sabéis vos, señora, que tantas veces las habéis pedido sin obtenerlas, ya que nuestros perfumistas franceses jamás han podido encontrar este olor. Pues bien, el duque llevaba también una bolsita de violetas. Lo cual prueba que la de mi mujer procedía de él.

—Realmente, caballero —dijo Ana de Austria—, edificáis pirámides sobre puntas de aguja. ¿Qué mal, os pregunto, hay en que un compatriota dé a la princesa una fórmula de nuevas esencias? Esas singulares ideas, os lo juro, me hacen recordar dolorosamente a vuestro padre, que tantas veces me ha hecho sufrir injustamente.

—El padre del duque de Buckingham era más reservado, más respetuoso que su hijo —dijo aturdidamente Felipe, sin ver que atacaba rudamente el corazón de su madre.

La reina palideció y apoyó su mano sobre el pecho, pero se repuso prontamente.

—En fin —le dijo—: ¿habéis venido aquí con alguna intención?

—Sin duda.

—Entonces, expícaos.

—He venido, señora, con intención de quejarme enérgicamente, y para preveniros que no sufriré nada de parte del duque de Buckingham.

—¿Que no sufriréis rada? ¿Qué haréis?

—Me quejaré a Su Majestad.

—¿Y qué queréis que el rey os responda?

—Pues bien —dijo Monsieur con expresión de feroz firmeza, en extraño contraste con la acostumbrada dulzura de su fisonomía—, yo mismo me haré justicia.

—¿Qué queréis decir con que os haréis justicia? —preguntó Ana de Austria con cierto caloñío.

—Quiero que el duque dé Buckingham abandone a Madame; quiero que el duque de Buckingham abandone Francia, y le haré significar mi voluntad.

—No haréis nada de eso, Felipe —dijo la reina—; porque si obraseis así, si hasta tal punto violaseis la hospitalidad, invocaría contra vos la severidad del rey.

—¡Me amenazáis, madre! —exclamó Felipe desconsolado—. ¡Me amenazáis cuando me lamento!

—No, no os amenazo; pongo un dique a vuestros furores. Os digo que adoptar contra el duque de Buckingham u otro inglés cualquiera una medida rigurosa, y hasta usar una conducta poco delicada, es arrastrar a Francia y a Inglaterra a divisiones muy dolorosas. ¡Cómo! ¡Un príncipe, el hermano del rey, de Francia, no sabría disimular una ofensa, aunque fuese real, ante una necesidad política?

Felipe hizo un movimiento.

—Además —continuó la reina—, la injuria no es ni verdadera ni posible.

Trátase sólo de ridículos celos.

—Señora; yo sé lo que sé.

—Y yo, sea lo que sea, os aconsejo la paciencia.

—No tengo paciencia, señora. La reina se levantó entonces, llena de frialdad y de helada ceremonia.

—Entonces, manifestad vuestra voluntad —le dijo.

—No tengo voluntad, señora; expreso sólo deseos. Si por su propia voluntad el duque de Buckingham no se aleja de mi casa; le prohibiré la entrada.

—Esa es una cuestión de la que hablaremos al rey —dijo Ana de Austria, con la voz conmovida y el corazón lleno de pesar.

—¡Pero, señora! —murmuró Felipe, golpeándose una y otra mano—. Sed mi madre y no la reina, puesto que os hablo como hijo; entre el duque de Buckingham y yo, es negocio de cuatro minutos de conversación.

—Pues precisamente esa conversación es la que os prohíbo; caballero —dijo la reina recobrando su tono de autoridad—; no es digno de vos.

—Pues bien, sea. No se lo diré; mas intimaré mi voluntad a la princesa.

—¡Oh! —dijo Ana de Austria con la melancolía de los recuerdos—. No tiranicéis a una mujer jamás; no mandéis demasiado imperativamente a la vuestra. Mujer vencida, no es siempre esposa convencida.

—¿Qué debo hacer entonces...? Consultaré en derredor de mí.

—Sí, a vuestros hipócritas consejeros; a vuestro caballero de Lorena, a vuestro Wardes... Dejadme el cuidado de éste asunto, Felipe. ¿Deseáis que el duque de Buckingham se aleje?

—Cuanto antes, señora.

—Pues bien, enviadme al duque, hijo mío! Sonreíde; no manifestéis nada a vuestra esposa, al rey, a nadie. No recibáis consejos sino de mí. ¡Ay! Sé lo que es un matrimonio turbado por consejeros.

—Obedeceré, madre mía.

—Y quedaréis satisfecho, Felipe. Buscadme al duque.

—¡Oh! No será nada difícil.

—¿Dónde suponéis que estará?

—Pardiez! A la puerta de la princesa, cuya salida del tocador espera; está fuera de duda.

—¡Bien! —dijo Ana de Austria tranquilamente—. Tened la bondad de decir al duque que le ruego venga a verme.

Felipe besó la mano de su madre, y partió en busca del duque de Buckingham.

## Capítulo XVII

---

«For ever!»

Milord Buckingham, accediendo a la invitación de la reina madre, se presentó en su cuarto una media hora después de la salida del duque de Orléans.

Cuando el ujier dijo su nombre, la reina, que se había acodado sobre la mesa; la cabeza entre las manos, se levantó y recibió con una sonrisa el saludo lleno de gracia que el duque le dirigía.

Ana de Austria era hermosa todavía. Sabido es que a la edad, ya avanzada que tenía en la época a que nos referimos, sus largos cabellos, sus bellas manos, sus encarnados labios, eran la admiración de cuantos la veían.

En aquel momento, entregada toda a un recuerdo que removía lo pasado en su corazón, estaba tan bella como en los días de su juventud, cuando su palacio se abría para recibir, joven y apasionado, al padre de aquel Buckingham, aquel desgraciado por ella, y que había muerto pronunciando su nombre.

Ana de Austria, fijó, por tanto, sobre Buckingham una ojeada tan tierna que se descubría a la vez en ella la complacencia de un afecto maternal, y algo dulce como una coquetería de amante.

—¿Vuestra Majestad —dijo Buckingham con respeto— ha deseado hablarme?

—Sí, duque —contestó la reina en inglés—, dadme el gusto de sentaros.

Este favor que hacia Ana de Austria al joven, ésta caricia del idioma del país de la que el duque estaba privado desde su permanencia en Francia, conmovieron hondamente su alma.

Adivinó al instante que la reina tenía algo que pedirle. Después de haber concedido los primeros momentos a la opresión invencible que había sentido, la reina prosiguió en tono risueño:

—Caballero —le dijo en francés—, ¿qué os parece Francia?

—Un encantador país, Señora —contestó el duque.

—¿Lo habíais ya visto?

—Una vez, señora.

—Mas, como todo buen inglés, preferiréis Inglaterra.

—Amo más mi patria que la patria de un francés —respondió el duque—; pero si Vuestra Majestad me pregunta cuál de las dos Cortes prefiero, Londres o París, contestaré que París.

Ana de Austria observó el tono lleno de calor con que estas palabras fueron pronunciadas.

—Tenéis, me han dicho, milord, muchos bienes en vuestra patria; habitáis un palacio rico y antiguo...

—El palacín de mi padre —respondió Buckingham bajando los ojos.

—Ventajas valiosas y recuerdos son éstos —repuso la reina tocando a su pesar la cuerda de sus memorias— que uno no abandona gustoso.

—En efecto —dijo el duque experimentando la influencia triste de este preámbulo—; las personas de corazón viven tanto del pasado como del presente, señora.

—Es cierto —dijo la reina en voz baja.

—Resulta de aquí —añadió— que vos, milord, que sois hombre de corazón... abandonáis pronto a Francia para encerrarnos en vuestras riquezas, en vuestras reliquias.

Buckingham alzó la cabeza.

—No lo creo, señora.

—¿Cómo?

—Pienso, por el contrario, que dejaré a Inglaterra para venir a vivir a Francia.

Llegó la vez a Ana de Austria de manifestar su extrañeza.

—¡Cómo! —le dijo—. ¿No estáis en favor con el nuevo rey?

—Al contrario, señora, Su Majestad me honra con una benevolencia sin límites.

—No es posible que vuestra fortuna haya disminuido; dicen que es considerable.

—Mi fortuna, señora, no ha estado nunca tan floreciente.

—Necesario es, entonces, que haya algún secreto.

—No, señora —dijo vivamente Buckingham—; nada hay en la causa de mi determinación que sea un secreto. Me place vivir en Francia; me agrada una Corte llena de gusto y amabilidad; me agradan, por fin, señora, esos placeres un poco serios que no son los de mi país y que se encuentran en Francia.

Ana de Austria se sonrió.

—¡Los placeres serios! —le dijo—. ¿Habéis reflexionado bien, milord de

Buckingham, sobre esa seriedad?

El duque tartamudeó.

—No hay placer tan serio —continuó la reina—, que deba impedir a un hombre de vuestro rango...

—Señora, Vuestra Majestad insiste a mi parecer demasiado respecto a este punto.

—¿Lo creéis?

—Es la segunda vez, perdone Vuestra Majestad, que elogia los atractivos de Inglaterra a expensas del encanto que se siente viviendo en Francia.

Ana de Austria se aproximó al joven, y, apoyando su bella mano sobre su hombro, que se estremeció al contacto:

—Caballero —le dijo—, creedme; nada vale tanto como vivir en la tierra natal. Me ha sucedido a mí muchas veces echar de menos mi España. He vivido largo tiempo, milord, demasiado tal vez para una mujer, y os confieso que no ha pasado año sin echar de menos a España.

—¡Ni un año, señora! —dijo fríamente el duque—. ¡Ni uno de esos años en vos que erais reina de la belleza, como, por lo demás, lo sois también ahora!

—¡Oh! Nada de lisonjas, duque; soy una mujer que podría ser vuestra madre.

Dijo estas palabras con un acento, con una dulzura; que penetraron en el corazón de Buckingham.

—Sí —le dijo—; podría ser vuestra madre y he aquí porque os doy un buen consejo.

—¡El consejo de regresar a Londres!

—Sí, milord.

El duque juntó las manos con aire despavorido, que no podía dejar de producir efecto en aquella mujer, dispuesta a sentimientos tiernos por tiernos recuerdos.

—Es necesario —añadió la reina.

—¡Cómo! —exclamó—, me decís seriamente que es preciso que parta, que es preciso que me destierre, que es preciso que me salve!

—¿Que os desterréis habéis dicho? ¡Ah, milord! Creeríase que Francia es vuestra patria.

Señora, el país de las personas que aman es el país de aquellas a quienes aman.

—Ni una palabra más, milord —dijo la reina—. ¿Olvidáis con quién habláis?

Buckingham hincóse de rodillas.

—Señora, señora, sois un manantial de talento, de bondad, de clemencia; señora, no sois sólo la primera de este reino por el rango, sois la primera del mundo por las cualidades que os hacen divina; nada he dicho, señora. ¡He dicho, acaso algo por lo cual pudieseis responderme una palabra tan cruel? ¡Acaso me

he traicionado?

—Os habéis traicionado —murmuró la reina.

—¡No he dicho nada! ¡No sé nada!

—Olvidáis que habéis hablado, pensado ante una mujer, y además...

—Además —la interrumpió vivamente—, sólo vos me oíais.

—Duque, tenéis los defectos y las cualidades de la juventud...

—¡Me han vendido! ¡Me han denunciado!

—¿Quién?

—Lo que ya en el Havre había, con satánica perspicacia, leído en mi corazón.

—¡No sé de quién queréis hablar!

—Del señor de Bragelonne, por ejemplo.

—Es un nombre que conozco sin conocer al que lo lleva. No, el señor de Bragelonne no ha dicho nada.

—¿Entonces, quién? ¡Oh! Señora, si alguno hubiera tenido la audacia de ver en mí lo que yo mismo no quiero ver...

—¿Qué haríais, duque?

—Hay secretos que matan a quienes los descubre.

—El que ha encontrado vuestro secreto, loco como sois, no está muerto aún; y puedo deciros, además, que no le mataréis, pues se halla armado de todos los derechos: es un marido, es un celoso, es el segundo gentilhombre de Francia, es mi hijo el duque de Orléans.

El duque palideció.

—¡Cuán cruel sois, señora!

—Heos ahí, Buckingham —dijo Ana de Austria con melancolía—, pasando por todos los extremos y combatiendo sombras, cuando tan fácil os sería estar en paz con vos, ¡id si no!

—Si, peleamos, señora, moriremos en el campo de batalla —repuso dulcemente el joven, abandonándose al más doloroso abatimiento.

Ana corrió hacia él, y le cogió la mano.

—Villiers —le dijo en inglés con una vehemencia a la cual nadie hubiera podido resistir—, ¿qué me pedís? ¡A una madre que sacrifique su hijo, a una reina que consienta en el deshonor de su casa! ¡Sois un niño y no pensáis lo que decís! ¡Cómo! Para evitarlos una lágrima, ¿habría de cometer estos dos crímenes, Villiers? Habláis de los muertos; los muertos, al menos, fueron respetuosos y sumisos; los muertos inclinábanse ante una orden de destierro; llevaban su desesperación como un tesoro en su pecho, porque la desesperación veía de la mujer amada; porque la muerte, tan engañosa, era como un don, como un favor.

Buckingham se levantó con las facciones alteradas y las manos sobre el corazón.

—Tenéis razón, señora —dijo—; pero esos de quienes habláis recibieron la

orden de destierro de una boca amada; no se les arrojaba; se les rogaba partir, mas no se mofaban de ellos.

—¡No, se acordaban! —murmuró Ana de Austria—. Pero ¿quién os dice que se os expulsa, que se os destierre? ¿Quién os dice que no se acuerdan de vuestro sacrificio? ¡No hablo por nadie, Villiers, hablo en mi nombre, partid! Hacedme este servicio, prestadme, este favor, que deba esto a uno que lleve vuestro nombre.

—¿Entonces es por vos, señora?

—Por mí sola.

—¿Y no habrá detrás de mí ningún hombre que se burle, ningún príncipe que diga: « lo he querido» ?

—Duque oídm e.

Y aquí la figura augusta de la vieja reina adquirió solemne expresión.

—Os aseguro que nadie sino yo manda aquí, os juro que no sólo nadie se mofará, sino que nadie faltará al deber que vuestro rango impone. Contad conmigo, duque, como no yo he contado con vos.

—No os explicáis, señora; estoy desesperado, y por dulce y completo que el consuelo sea, no me parecerá suficiente.

—Amigo, ¿habéis conocido a vuestra madre? —replicó la reina con acariciadora sonrisa.

—¡Oh! Bien poco, señora; mas recuerdo que aquella noble señora me cubría de besos y de lágrimas cuando yo lloraba.

—Villiers —murmuró la reina pasando su brazo por el cuello del joven—: soy una madre para vos, y, no lo dudéis; nadie jamás hará llorar a mi hijo.

—¡Gracias, señora, gracias! —dijo el duque enternecido y ahogado por la emoción—. Siento que había aún lugar en mi corazón para un sentimiento más grato, más noble que el amor.

La reina madre lo miró y estrecho su mano.

—Idos —dijo.

—¿Cuándo es necesario que parta? ¡Ordenad!

—Tomaos el tiempo conveniente, milord —contestó la reina—; partid, pero elegid el día... Así; en vez de partir hoy, como lo desearíais sin duda, o mañana, como sería de esperar, partid pasado mañana por la noche; sólo que debéis anunciar desde hoy vuestra voluntad.

—Mi voluntad —murmuró el joven.

—Sí, duque.

—¿Y no volveré jamás a Francia?

Ana, de Austria reflexionó un momento, y se absorbió en la dolorosa gravedad de esta meditación.

—Me será grato —le dijo— que volváis el día en que vaya a dormir eternamente en Saint Denis cerca del rey mi esposo.

—¡Que tanto os hizo sufrir! —dijo Buckingham.

—Fuera el rey de Francia —replicó la reina.

—Señora, sois muy bondadosa, entráis en la prosperidad, nadáis en alegría; os están prometidos largos años.

—Pues bien, vendréis tarde entonces —murmuró la reina queriendo sonreír.

—No volveré —dijo tristemente Buckingham— yo que soy joven.

—¡Oh! Gracias a Dios... La muerte, señora, no cuenta los años; es imparcial: se muere aun siendo joven, se vive aun siendo viejo.

—Duque, nada de ideas tristes; voy a alegrarlos. ¡Venid dentro de dos años! Veo sobre vuestro rostro encantador que las ideas que se os hacen tan lúgubres hoy día, serán ideas decrepitas antes de seis meses, por consiguiente, habrán muerto o estarán olvidadas en el plazo que os señalo.

—Creo que me juzgabais mejor no ha mucho, señora —replicó el joven—, cuándo decíais que en nosotros, los Buckingham, el tiempo nada puede.

—¡Silencio! ¡Oh, silencio! —exclamó la reina abrazando al duque con una ternura que no pudo reprimir: ¡Marchad! ¡Marchad! ¡No! ¡No me enternezcaís, no os olvidéis!

Soy la reina, y vos súbdito del rey de Inglaterra; el rey Carlos os aguarda. ¡Adiós, Villiers! Farewell, Villiers!

—*For ever!* —replicó el joven.

Y huyó devorando sus lágrimas. Ana apoyó las manos sobre su frente; después; mirándose al espejo:

—Es muy fácil decir —murmuró— la mujer es siempre joven; siempre se tiene veinte años en algún rincón del corazón.

## Capítulo XVIII

---

Donde Su Majestad Luis XIV no encuentra a la señorita de la Vallière ni bastante rica, ni bastante bonita para un gentilhombre de la categoría de Raúl

Raúl y el conde de la Fère llegaron a París la noche del mismo día en que Buckingham había tenido su conferencia con la reina madre.

Apenas hubo llegado, el conde hizo pedir, por medio de Raúl, una audiencia al rey.

El rey había pasado una parte del día en mirar, con Madame y las damas de la Corte, telas de Lyon que quería regalar a su cuñada. Había habido después comida en Palacio, juego, y, según la costumbre, el rey, abandonando el juego a las ocho, había pasado a su gabinete, para trabajar con Colbert y Fouquet.

Raúl permanecía en la antecámara en el momento en que salieron los dos ministros, y el rey lo divisó por la puerta entreabierta.

—¿Qué quiere el señor de Bragelonne? —preguntó...

El joven se acercó.

—Majestad —respondió—, una audiencia para el conde de la Fère; que llega de Blois con gran deseo de hablarlos.

—Dispongo de una hora antes del juego y de la cena —dijo el rey—. ¿Esta ahí el conde?

—Se encuentra abajo, a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Que suba.

Acogido por el monarca con esa graciosa benevolencia que Luis, con un tacto superior a su edad, reservaba para hacerse con los hombres que no se conquistan con ordinarios favores.

—Conde —le dijo el soberano—, dejadme esperar que venís a pedirme algo.

—No lo ocultaré a Vuestra Majestad —contestó el conde—; vengo, en efecto,

a solicitar.

—¡Veamos! —dijo el rey, con aire risueño.

—No es para mí, Majestad.

—Tanto peor; pero, en fin, por vuestro recomendado, conde, haré lo que me impedís hacer por vos.

—Vuestra Majestad me consuela. Vengo a hablar al rey por el vizconde de Bragelonne.

—Conde, es como si hablaseis por vos.

—No del todo, Majestad... Lo que deseo alcanzar de vos no lo puedo por mí mismo. El vizconde piensa en casarse.

—Aun es muy joven, mas no importa... Es hombre distinguido, y quiero buscarle mujer.

—La ha encontrado ya, Majestad, y sólo quiere vuestro consentimiento.

—¡Ah! ¿Sólo se trata de firmar un contrato de matrimonio?

Athos se inclinó.

—¿Ha elegido novia rica y de calidad?

Athos dudó por un momento.

—La novia es señorita —contestó—; pero no rica.

—Es un mal que veremos de remediar.

—Vuestra Majestad me penetra de gratitud; sin embargo, me permitirá hacerle una observación. Hacedla, conde.

—¿Vuestra Majestad parece anunciar el deseo de dotar a esta joven?

—Así es.

—¿Y mi visita al Louvre tendría este resultado?

—Lo sentiría mucho, Majestad.

—A un lado exagerada delicadeza, conde. ¿Cómo se llama la prometida?

—Es —dijo Athos con frialdad— la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière.

—¡Ah! —murmuró el rey repasando su memoria—. Conozco ese nombre; un marqués de La Vallière.

—Señor, es su hija.

—¿Murió?

—Murió, Majestad.

—¿Y la viuda ha vuelto a casarse con el señor de Saint-Rémy, maestresala de la marquesa de Orléans, viuda?

—Vuestra Majestad está bien informado.

—¡Sí, ésa es...!

—Hay más: la joven ha entrado como camarista de Madame.

—Vuestra Majestad sabe mejor que yo toda su historia.

El rey reflexionó aún, y mirando a hurtadillas el semblante asaz triste de Athos:

—Conde —le dijo—, creo que esa señorita no es bastante linda...

—No lo sé —contestó Athos.

—Yo la he mirado; no me ha impresionado.

—Tiene cierto aire de dulzura y de modestia; pero escasa belleza, Majestad.

—De bellos cabellos rubios, sin embargo.

—Creo que sí.

—Y ojos azules bastante bellos.

—Es la misma.

—Por consiguiente, bajo el aspecto de la hermosura, el partido, es nada más que regular. Pasemos al dinero.

—De quince a veinte mil libras de dote, a lo más, Majestad; mas los amantes son desinteresados; yo mismo hago poco caso del dinero.

—De lo superfluo, queréis decir; pero lo necesario es urgente. Con quince mil libras de dote, sin patrimonio, una mujer no puede presentarse en la Corte. Supliremos esa falta: deseo hacerlo por Bragelonne.

Athos se inclinó.

El rey observó nuevamente su frialdad.

—Pasemos del dinero a la clase —dijo Luis XIV—. Hija del marqués de La Vallière, está bien: pero tenemos a ese bueno de Saint-Rémy, que echa a perder un poco el blasón... Y vos, conde, creo que tenéis en gran estima el vuestro.

—Yo, Majestad, no tengo en aprecio ya nada, sino mi adhesión al rey.

—Oíd, señor —dijo—; me sorprendéis mucho desde el principio de vuestra conversación. Venís a hacerme una petición de casamiento y no parece sino que tal petición os aflige. ¡Oh! Raras veces me engaño, aunque soy joven, porque con los unos pongo mi amistad al servicio de mi inteligencia y con los otros mi desconfianza, que doblada perspicacia. Os lo repito, no me hacéis con gusto esa petición.

—Pues bien, Majestad, es cierto.

—Entonces, no os comprendo; negaos.

—No, Majestad; amo a Bragelonne con todo mi corazón; está apasionado de la señorita de La Vallière, y se forja un paraíso en el porvenir; no soy de los que desean destrozar las ilusiones de la juventud. Este matrimonio me desagrada, pero suplico a Vuestra Majestad que acceda a él cuanto antes, haciendo así la dicha de Raúl.

—Veamos, veamos; conde. ¿Le ama ella?

—Si Vuestra Majestad quiere que le diga la verdad, no creo en el amor de la señorita de La Vallière; es joven; casi una niña, y está como hechizada; el placer de ver la Corte, el honor de estar al servicio de Madame, equilibrarán en su cabeza la ternura que pueda tener en su pecho: será, por tanto, un enlace como Vuestra Majestad ve tantos otros en la Corte: pero Bragelonne lo quiere, y así sea.

—No os parecéis, sin embargo, a esos padres condescendientes que se hacen

esclavos de sus hijos? —dijo el rey.

—Majestad, tengo firmeza contra los malos, mas no contra las personas de corazón. Raúl sufre y está triste: su espíritu, despejado por lo común, está como obstruido y sombrío; no quiero privar a Vuestra Majestad de los servicios que pueda prestarle.

—Os comprendo —dijo el rey—, y comprendo, sobre todo, vuestro corazón.

—Entonces —contestó el conde—, no tengo necesidad de decir a Vuestra Majestad que mi objeto es hacer la felicidad de esos jóvenes, o, por mejor decir, de ese hijo.

—Y yo quiero, como vos, la felicidad de Bragelonne.

—Sólo espero, Majestad, vuestra firma. Raúl tendrá el honor de presentarse ante Vuestra Majestad, y recibirá vuestro consentimiento.

—Os engañáis, conde —dijo el rey con firmeza—; acabo de decir que quiero la dicha del vizconde, por eso me opongo ahora a su matrimonio.

—Pero —replicó Athos—; Vuestra Majestad me ha prometido...

—No eso, conde; no os lo he prometido, porque es opuesto a mis miras.

—Comprendo todo lo que hay para mí de noble y generoso en la iniciativa de Vuestra Majestad; pero me tomo la libertad de recordar que he aceptado el compromiso de venir como embajador.

—Un embajador, conde, pide muchas veces y no obtiene siempre.

—¡Ah, Majestad! ¡Qué golpe para Bragelonne...!

—Yo daré el golpe, yo hablaré al vizconde.

—El amor, Majestad, es una fuerza irresistible.

—Se resiste al amor; os lo certifico, conde.

—Cuando se tiene alma de rey, vuestra alma, Majestad.

—No os inquietéis por eso... Tengo mis proyectos sobre Bragelonne; no digo que no se case con la señorita de La Vallière; pero no quiero que lo haga tan joven; no quiero que se case antes de que ella haya hecho fortuna y de que él, por su parte, merezca mis beneficios, tales como quiero hacerlos. En una palabra, conde, quiero que espere.

—Majestad, por última vez.

—Señor conde, ¿habéis venido, decíais, a pedirme un favor?

—Ciertamente.

—Pues bien; concededme vos uno: no hablemos más de esto. Es posible que antes de mucho tiempo haga la guerra, y tengo precisión de caballeros libres en rededor mío. Vacilaría en enviar contra las balas y el cañón a un hombre casado, a un padre de familia; vacilaría también, por Bragelonne, en dotar, sin mayor razón, a una joven desconocida; esto sembraría la envidia en mi nobleza.

Athos se inclinó y no contestó.

—¿Es esto todo lo que teníais que pedirme? —añadió Luis XIV.

—Absolutamente todo, Majestad, y me despido. ¿Es preciso quedé cuenta a

Raúl?

—Evitaos ese cuidado, ahorraos esa contrariedad. Decid al vizconde que mañana, en la audiencia, le hablaré; en cuanto a esta noche, conde, jugaréis conmigo.

—Estoy en traje de viaje, Majestad.

—Día, llegaré, lo espero, en que no os apartéis de mi lado. Antes de mucho, conde, la monarquía veráse cimentada de modo que ofrezca hospitalidad digna a todos los hombres de vuestro mérito.

—Majestad, con tal de que un rey sea grande en el corazón de sus súbditos, poco importa el palacio que habite, ya que es adorado en un templo.

Y dichas estas palabras, Athos salió del gabinete y halló a Bragelonne que le esperaba.

—¿Qué hay, señor? —dijo el joven.

—Raúl, el rey es muy bondadoso con nosotros, tal vez no en el sentido que creéis, pero es bueno y generoso con nuestra casa.

—Señor, tenéis una mala noticia que darme —añadió el joven vizconde palideciendo.

—El rey os dirá mañana que no es una mala noticia.

—¡Pero, al fin, señor, el rey no ha firmado!

—El rey quiere extender, vuestro contrato, Raúl, por sí mismo, y quiere hacerlo tan grande, que le falta tiempo para ello. Quejaos de vuestra impaciencia, mas no de la buena voluntad del rey.

Raúl, asustado, porque conocía la franqueza del conde, y al mismo tiempo su habilidad, permaneció sumido en sombrío estupor.

—¿No me acompañáis a casa? —dijo Athos.

—Perdonadme, señor, os sigo —tartamudeó.

Y bajó las escaleras detrás de Athos.

—¡Oh! Pero, ya que estoy aquí —dijo éste de pronto—, ¿no podría ver a D'Artagnan?

—¿Queréis que os conduzca a su cuarto? —dijo Bragelonne.

—Claro que sí.

—Entonces, vamos por la otra escalera.

Y cambiaron de dirección; mas, llegados a la gran galería, Raúl divisó a un criado con librea del conde de Guiche, que corrió hacia él tan luego como oyó su voz.

—¿Qué hay? —dijo Raúl.

—Este billete; señor. El conde ha sabido que habíais vuelto y os ha escrito.

Raúl se acercó a Athos para abrir la epístola.

—¿Me lo permitís, señor?

*Querido Raúl* —decía el conde de Guiche—: *tengo un asunto importante que tratar con vos sin dilación; sé que habéis llegado; venid pronto.*

Acababa apenas de leer, cuando, desembocando de la galería, otro criado con librea de Buckingham, reconociendo a Raúl, se aproximó a él respetuosamente.

—De parte de milord duque —dijo.

—¡Hola! —exclamó Athos—. Veo, Raúl, que tenéis ya que hacer tanto como un general en jefe; os dejo, pues yo solo buscaré al señor de D'Artagnan.

—Dignaos excusarme, os lo suplico —dijo Raúl.

—Sí, sí, os excuso; adiós, Raúl. Me encontraréis en casa hasta mañana; al amanecer partiré para Blois, a menos de que haya contraorden.

—Señor, mañana os ofreceré mis respetos.

Athos partió.

Raúl abrió la epístola de Buckingham.

*Señor de Bragelonne —decía el duque—: sois de todos los franceses que he visto el que más me agrada; voy a tener necesidad de vuestra amistad. Me llega cierto mensaje escrito en correcto francés. Soy inglés, y temo no comprender bien. La carta está firmada por un buen nombre, he aquí todo lo que sé. ¿Seríais bastante amable para venir a visitarme pues sé que habéis regresado de Blois?*

Vuestro apasionado,

*VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM.*

—Voy a ver a tu amo —dijo Raúl al sirviente de Guiche, despidiéndole—. Y dentro de una hora estaré en casa de lord de Buckingham —añadió, despidiéndose del mensajero del duque.

## Capítulo XIX

---

### Multitud de estocadas en el vacío

Raúl encontró a Guiche conversando con Wardes y Manicamp. Wardes, después de la aventura pasada; trataba a Raúl como a un desconocido.

Hubiérase dicho que nada había pasado entre ellos y demostraban no conocerse.

Raúl entró, y Guiche le salió al encuentro.

Al estrechar Raúl la mano de su amigo, dirigió una mirada rápida a los dos jóvenes; esperaba leer en el rostro lo que se agitaba en su ánimo. Wardes estaba impenetrable.

Manicamp parecía absorto en la contemplación de un adorno de su traje.

Guiche condujo a Raúl a un gabinete inmediato y le hizo sentar.

—¡Qué buena cara tienes! —murmuró.

—Pues, es raro —respondió Raúl—, porque estoy muy poco alegre. Te pasa lo que a mí, ¿verdad? Mal va el amor.

—Me alegro, conde, la peor noticia, la que más pudiera apenarme, sería una buena noticia.

Entonces no te aflijas, porque no sólo soy muy desdichado, sino que también veo gentes felices en derredor mío.

—He aquí una cosa que no comprendo —respondió Raúl—; explícate, amigo.

—Verás. En vano he combatido el sentimiento que tú has visto nacer, crecer y apoderarse de mí; a un tiempo he apelado a todos los buenos consejos y a toda mi fuerza; he considerado bien la desgracia en que me comprometía, la he sondeado, y sé que es un abismo; pero no importa, seguiré mi camino.

—¡Insensato! No puedes dar un paso más sin querer hoy la ruina, mañana la muerte.

—¡Suceda lo que quiera!

—¡Guiche!

—Todas las reflexiones están ya hechas.

—¡Oh! ¿Crees lograr... crees que te amará Madame?

—Yo no creo nada, espero, porque la esperanza está en el hombre, y vive hasta la tumba.

—Admito que alcances esa felicidad que esperas; en ese caso, estás más seguramente perdido que si no la tienes.

—Te ruego que no me interrumpas Raúl; tú no me has de convencer, porque te digo de antemano que no quiero ser convencido. De tal modo he avanzado, que ya no puedo retroceder; tanto he sufrido, que la muerte me parecería un beneficio. No sólo estoy enamorado hasta el delirio, sino también celoso hasta el furor.

Raúl hizo un movimiento de ira, diciendo:

—¡Bien!

—Bien o mal, poco importa. Mira lo que reclamo de ti, de mi amigo, de mi hermano. Tres días hace que Madame anda embriagada en fiestas. El primero no me atreví a mirarla, pues la odiaba porque no era tan infeliz como yo. Al día siguiente ya no pude perderla de vista, y, por su parte... me parece que me miró, si no con algo de piedad, al menos con alguna dulzura. Pero entre sus miradas y las mías viene a interponerse una sombra; la sonrisa de otro provoca la suya. Al lado de su caballo galopa constantemente otro que no es el mío; en su oído vibra incesantemente una voz cariñosa que no es la mía. Raúl, hace tres días que mi cabeza arde y que corre fuego por mis venas. Es necesario que yo deshaga esa sombra, que apague esa sonrisa, que sofoque esa voz.

—¿Quieres matar a Monsieur? —exclamó Raúl.

—¡Ah, no! No estoy celoso de Monsieur; no estoy celoso del marido; estoy celoso del amante.

—¡Del amante!

—Pero ¿no lo has notado, tú que eres tan penetrante?

—¿Estás celoso de milord Buckingham?

—¡Hasta morir! ¡Oh! Está vez la cosa será fácil de arreglar entre nosotros; tengo la delantera, y le he enviado un billete.

—¿Eres tú quien le ha escrito? ¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo ha hecho saber. Mira.

Y dio a Guiche la carta recibida casi al mismo tiempo que la suya. Guiche la leyó con avidez, y dijo:

—Es un hombre intrépido y, sobre todo, galante.

—Ciertamente que el duque es un hombre galante; por supuesto que tú le habrás escrito en tan buenos términos.

—Te enseñará mi epístola cuando vayas a verlo de mi parte. Pero eso es casi

imposible.

—¿Qué?

—Que yo vaya a verlo.

—¿Cómo?

—El duque me consulta y tú también.

—¡Oh! Creo que me darás la preferencia. Oye lo que te suplico digas a Su Gracia... Es muy sencillo... Uno de estos días, mañana, pasado, cuando le convenga, quiero, encontrarlo en Vincennes.

—Reflexiona.

—Me parece haberte dicho que ya están hechas las reflexiones.

—El duque es extranjero; tiene una misión que lo hace inviolable... y Vincennes se halla muy cerca de la Bastilla.

—Las consecuencias serán para mí...

—Mas... ¿y la razón de ese encuentro?

—¿Qué razón quieres que le dé?

—Él no te la preguntará; está tranquilo... El duque debe hallarse tan cansado de mí como yo de él, y debe odiarme tanto como yo le odio. Te suplico, pues, que vayas a verle, y, si es necesario que yo le suplique para que acepte mi proposición, le suplicaré.

—Es inútil... El duque me ha prevenido que quería hablarle... Ahora estará jugando con el rey... Vamos allá los dos. Yo lo llamaré a la galería; tú estarás apartado y bastarán dos palabras.

—Está bien. Voy a llevarte a Wardes a fin de que me sirva de continencia.

—¿Y por qué no a Manicamp? Wardes se reunirá a nosotros, aunque lo dejemos aquí.

—Es verdad.

—¿No sabe nada?

—¡Oh! Nada absolutamente. ¿Conque seguís indisposto?

—¿No te ha dicho nada?

—No.

—No me gusta ese hombre, y, como jamás me ha gustado, resulta de esta antipatía que no estoy ahora más frío con él que lo estaba ayer.

—Vamos, pues.

Los cuatro bajaron y fueron conducidos en la carroza de Guiche al Palacio Real.

Durante el camino pensaba Raúl que, siendo el único depositario de ambos secretos, podría concluir una conciliación entre las dos partes.

Sabía que era influyente con Buckingham, y conocía su ascendiente sobre Guiche; de modo que no le parecían desesperadas las cosas.

Al llegar a la resplandeciente galería, donde las mujeres más hermosas e ilustres de la Corte agitaban como astros en su atmósfera de llamas, Raúl no

pudo menos de olvidarse un instante de Guiche para mirar a Luisa, que en medio de sus compañeras; semejante a una paloma fascinada, devoraba con los ojos el regio círculo, deslumbrante de oro y pedrería.

Los hombres permanecían de pie; sólo el rey estaba sentado. Raúl distinguió a Buckingham. Estaba a diez pasos de Monsieur, en un grupo de franceses y de ingleses, que admiraban el aire arrogante de su persona y la incomparable magnificencia de sus vestidos. Algunos de los viejos cortesanos acordábanse de haber visto a su padre, y este recuerdo no cedía en perjuicio del hijo.

Buckingham charlaba con Fouquet. Fouquet le hablaba en voz alta de Belle-Île.

—No puedo acercarme a él en este instante —dijo Raúl. Aprovecha la primera ocasión y acaba pronto.

—Mira, aquí está nuestro salvador —dijo Raúl apercibiendo a D'Artagnan, que, con su hermoso vestido nuevo de capitán de mosqueteros, acababa de hacer en la galería una entrada de conquistador.

Y se dirigió hacia él.

—El conde de la Fère os buscaba, caballero —dijo Raúl.

—Sí —contestó D'Artagnan—, ahora le dejé.

—Creí haber entendido que debíais pasar con él parte de la noche.

—Tenemos cita para volvemos a ver.

Y al mismo tiempo que contestaba a Raúl, las distraídas miradas de D'Artagnan vagaban de derecha a izquierda, como quien busca algo.

De pronto quedaron fijos sus ojos, como los del águila que percibe una presa.

Raúl siguió la dirección de aquella mirada, y vio que de Guiche y D'Artagnan se saludaban; mas no pudo distinguir a quién se dirigía aquella mirada tan curiosa y tan fiera del capitán.

—Señor caballero —dijo Raúl—, sólo vos podéis hacerme un servicio.

—¿Cuál, mi querido vizconde?

—Se trata de ir a incomodar al señor de Buckingham, a quien tengo que decir algunas palabras; y como está hablando con el señor de Fouquet, ya comprenderéis que no soy yo quien puede interrumpir su conversación.

—¡Ah! ¿El señor de Fouquet está ahí? —preguntó D'Artagnan.

—Miradlo allí.

—¿Y supones que tengo yo más derechos que tú?

—Sois hombre más considerable...

—¡Ah! Es verdad, soy capitán de los mosqueteros; pero como hace tanto tiempo que me ofrecieron esta plaza y tan poco que la tengo, siempre olvido mi dignidad.

—¿Conque me haréis ese favor?

—¡El señor Fouquet, diablo!

—¿Tenéis algo contra, él?

—No; antes bien sería él quien tuviese algo contra mí; pero, al fin, como será preciso que un día u otro...

—Ahora creo que os mira. ¿O será a otro?

—No; es a mí a quien hace ese honor.

—Entonces, ésta es la ocasión.

—¿Crees?

—¡Vamos, por favor! Voy allá.

Guiche no perdía de vista a Raúl; éste le hizo seña de que todo estaba dispuesto.

D'Artagnan se fue derecho al grupo y saludó cortésmente a todos.

—Bienvenido, caballero D'Artagnan. Hablábamos de Belle-Île —dijo el señor Fouquet con esa práctica del mundo y esa ciencia de la mirada que exigen la mitad de la vida para ser aprendidas y a la cual no llegan jamás ciertas gentes a pesar de sus estudios.

—¿De Belle-Île-en-Mer? ¡Ah!

D'Artagnan.

—Creo que es vuestra, señor Fouquet.

—Acaba de decirme que la ha regalado a Su Majestad —dijo Buckingham—. Servidor, señor de D'Artagnan.

—¿Conocéis a Belle-Île, caballero? —preguntó Fouquet al mosquetero.

—Una sola vez he estado —contestó D'Artagnan con galantería.

—¿Mucho tiempo?

—Un día escaso, monseñor.

—¿Y habéis visto...?

—Todo cuanto se puede ver en un día.

—Un día es mucho para vuestra mirada, caballero.

D'Artagnan se inclinó.

Al mismo tiempo Raúl hacía señas a Buckingham.

—Señor superintendente —dijo éste—, os dejo al capitán, que entiende más que yo de baluartes, escarpas y contraescarpas, y voy a ver a un amigo que me hace señas. Ya disimularé...

Buckingham se destacó del grupo y acercóse a Raúl, deteniéndose un instante junto a la mesa en que jugaban la reina madre, la reina y el rey.

—Vamos, Raúl —dijo Guiche—; acaba pronto.

El duque, después de haber cumplimentado a Madame, seguía hacia Raúl.

Estaba de tal manera combinada la maniobra, que el encuentro de los dos jóvenes había de tener lugar entre el grupo del juego y la galería, donde paseaban, charlando, algunos graves caballeros.

Mas, en el momento en que las dos líneas iban a unirse, fueron cortadas por un tercero.

Era Monsieur, que avanzaba hacia el duque de Buckingham. Monsieur llevaba

en sus rosados labios la más encantadora sonrisa.

—¡Dios mío! —dijo con afectuosa cortesía—. ¿Qué acaban de decirme, mi querido duque?

Buckingham se volvió pues, no había visto llegar a Monsieur; estremeciése y una leve palidez se extendió por sus mejillas.

—Señor —preguntó—, ¿qué han dicho a Vuestra Alteza que tanto le sorprende?

—Una cosa que me desespera —dijo el príncipe—; una cosa que será un duelo para toda la Corte.

—¡Ah! Muy bondadoso es Vuestra Alteza —dijo Buckingham—, porque veo que quiere hablar de mi marcha.

—Justamente.

—¡Ay, señor! Habiendo estado en París cinco o seis días apenas, el duelo será únicamente para mí.

Guiche oyó estas palabras desde el sitio en que estaba, y se estremeció.

—¡Su marcha! —murmuró—. ¿Qué está diciendo?

Felipe continuó en el mismo tono:

—No ignoro que el rey de la Gran Bretaña os llama, caballero; sé que Su Majestad Carlos II no puede pasar sin vos; pero que os perdamos sin sentimiento es cosa que no puede comprenderse; recibid, pues, la expresión de los míos.

—Señor —dijo el duque—, creed que si yo dejo la Corte de Francia...

—Es porque os llaman, ya lo sé; pero en fin, si creéis que mi deseo sea de algún peso para con el rey, me ofrezco a rogar a Su Majestad Carlos II que os deje con nosotros algún tiempo más.

—Me abruma tanta bondad, señor; pero he recibido órdenes terminantes. Mi permanencia en Francia era limitada, y yo la he prolongado a riesgo de disgustar a mi soberano. Sólo ahora recuerdo que ha cuatro días debí haber marchado.

—¡Oh! —murmuró Monsieur.

—Sí —añadió Buckingham alzando la voz de modo que fuese oída por las princesas—; pero yo me parezco a aquel hombre del Oriente que durante muchos días, estuvo loco por haber tenido un hermoso sueño, y que, una buena mañana, se despertó curado, es decir, razonable. La corte de Francia produce una embriaguez que puede asemejarse a ese sueño; pero al fin despierta uno, y se marcha. No podría, por tanto, prolongar aquí, mi estancia, como Vuestra Alteza tenía a bien pedirme.

—¿Y cuándo partis? —preguntó Felipe, con aire de interés.

—Mañana, señor, hace tres días están listos mis carruajes.

El duque de Orléans hizo un movimiento de cabeza que significaba:

—Ya que es una resolución tomada, no hay más que hablar.

Buckingham dirigió sus miradas a las reinas, y se encontró con las de Ana de Austria, que le dio las gracias con un gesto.

Monsieur alejóse por donde había venido.  
Y al mismo tiempo, por el lado opuesto, se acercaba Guiche.  
Raúl temió que el impaciente joven viniera a hacer él mismo la proposición, y se le adelantó.

—No, no, Raúl, todo es inútil ya —dijo Guiche extendiendo sus dos manos al duque y llevándolo detrás de una columna—. ¡Oh, duque! Perdonadme lo que os he escrito. ¡Estaba loco! ¡Devolvedme mi carta!

—A verdad —replicó el joven duque con melancólica sonrisa—; ya no podéis quererme mal.

—¡Oh! ¡Duque, duque; perdonadme...! ¡Mi amistad, mi amistad eterna!

Raúl comprendió que su presencia era ya inútil entre los dos jóvenes, y retrocedió tres pasos.

Aquel movimiento lo acercó a Wardes.

Este hablaba de la marcha de Buckingham. Su interlocutor era el caballero de Lorena.

—¡Prudente retirada! —exclamó Wardes.

—Por qué?

—Porque ahorra una estocada al querido duque.

Y los dos rompieron a reír. Indignado, Raúl, se volvió con aire desdeñoso.

El caballero de Lorena hizo una pirueta; Wardes permaneció firme, y aguardó.

—Caballero —dijo Raúl a Wardes—, ¿cuándo dejaréis la costumbre de insultar a los ausentes? Ayer era al señor de D'Artagnan; hoy al de Buckingham.

—Caballero —dijo Wardes—; bien sabéis que a veces insulto también a los presentes.

Se conocía que uno de ellos estaba en la cúspide de su odio, y el otro en el extremo de su paciencia. De pronto oyeron una voz llena de gracia y cortesía decir detrás de ellos:

—Creo que me han nombrado. Se volvieron: era D'Artagnan, que con rostro risueño, llegaba a posar su mano en el hombro de Wardes. Raúl se apartó un paso para hacer puesto al mosquetero.

Wardes se estremeció y se puso lívido.

—Gracias, mi querido Raúl —dijo D'Artagnan—. Señor de Wardes, tengo que hablaros; no os alejéis, Raúl, que todo el mundo puede oír lo que he de decir al señor de Wardes.

Luego su sonrisa desapareció, y su mirada hizose fría y cortante como una hoja de acero.

—Estoy a vuestras órdenes, señor —dijo Wardes.

—Caballero —repuso D'Artagnan—, hace largo tiempo que busco la ocasión de hablar con vos y ahora es cuando la encuentro. En cuanto al lugar, convengo que está mal escogido; mas, si queréis tomaros la molestia de venir hasta mi

cuarto, mi cuarto está justamente en la escalera que desemboca en la galería...

—Os sigo, caballero —dijo Wardes.

—¿Estáis solo aquí? —preguntó D'Artagnan.

—No, estoy con mis amigos, los señores de Manicamp y de Guiche.

—Bien —contestó D'Artagnan—; pero dos personas es poco; podréis encontrar algunas más, ¿no es cierto?

—Naturalmente —dijo el joven, que no sabía a dónde iba a parar D'Artagnan

—. ¿Cuántas queréis?

—¿Amigos?

—Sí, señor, excelentes amigos.

—Sin duda.

—Pues os suplico hagáis provisión de ellos. Y vos, Raúl, venid... Traeros al señor de Guiche y al de Buckingham, si gustáis.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué misterio! —exclamó Wardes ensayando una sonrisa.

El capitán le hizo una señal con la mano, recomendándole paciencia.

—Yo estoy siempre impasible: Por consiguiente, os espero, señor.

—Esperadme.

—Entonces, hasta luego.

Y se encaminó hacia su habitación.

La cámara de D'Artagnan no estaba solitaria; el conde de la Fère esperaba, sentado en el alféizar de una ventana.

—¿Qué hay? —preguntó al verle entrar.

—El señor de Wardes —dijo D'Artagnan— se digna concederme el honor de hacerme una visita en componía de algunos de sus amigos y de los nuestros.

Efectivamente, detrás del mosquetero aparecieron Wardes y Manicamp.

Guiche y Buckingham los seguían, bastante sorprendidos y sin saber qué querían de ellos.

Raúl venía con dos o tres caballeros. Su mirada vagó al entrar por toda la sala hasta que vio al conde, y fue a situarse a su lado.

D'Artagnan recibió a sus visitantes con toda la cortesía de que era capaz, conservando su fisonomía tranquila y atenta.

Todos los que se encontraban allí eran hombres distinguidos, que ocupaban un puesto en la Corte.

Y cuando hubo dado a cada cual excusas por la incomodidad que les causaba, se volvió hacia Wardes, que, a pesar de su poder sobre sí mismo, no podía impedir que su fisonomía expresase, una sorpresa mezclada de inquietud.

—Caballero —dijo—, ahora que estamos fuera del palacio del rey, ahora que podemos hablar alto sin faltar a los miramientos, voy a deciros por qué me he tomado la libertad de suplicaros que pasaseis a mi cuarto, y al mismo tiempo convocar en él a estos señores.

Por mi amigo el conde de la Fère he sabido los injuriosos rumores que

sembráis con respecto a mí; me han dicho que me teníais por vuestro enemigo mortal, en atención a que lo era, según decís, de vuestro padre.

—Es verdad, señor, que he dicho eso —replicó Wardes, cuya palidez se coloró con una ligera llama.

—Así, pues, me acusáis de un crimen, de una falta o de una cobardía. Os ruego que fijéis, la acusación.

—¿Delante de testigos, señor?

—Sin duda, delante de testigos, y ya veis que los he escogido expertos en materia de honor.

—No apreciáis mi delicadeza, caballero. Verdad es que os he acusado; pero he guardado el secreto de la acusación. Yo no he entrado en ninguna acusación, limitándome a manifestar mi odio delante de personas que tenían casi un deber de hacéroslo conocer; pero no habéis tenido en cuenta mi discreción, por más que estuvierais interesado en mi silencio. En esto no veo vuestra prudencia habitual, señor de D'Artagnan.

D'Artagnan mordióse las puntas del bigote.

—Caballero —dijo—, ya he tenido el honor de suplicaros que formuléis los agravios que tenéis contra mí.

—¿En voz alta?

—¡Diantre!

—Pues, hablaré.

—Hablad —dijo D'Artagnan inclinándose—; todos nos escuchan.

—Pues bien, no se trata de una ofensa a mí, sino a mi padre.

—Ya lo habéis dicho.

—Sí, pero hay ciertas cosas que se dicen con vacilación.

—Si esa vacilación existe realmente, os ruego que la desechéis.

—Aun cuando se trate de una acción vergonzosa?

—En todos, los casos.

Los testigos de esta escena empezaron a mirarse con cierta inquietud; pero se tranquilizaron al ver que el rostro de D'Artagnan no manifestaba ninguna emoción.

Wardes callaba.

—Hablad —dijo el mosquetero—. Ya veis que estamos esperando.

—Pues oíd: mi padre amaba a una mujer noble, y esta mujer le correspondía.

D'Artagnan cambió una mirada con Athos.

Wardes prosiguió:

—El señor de D'Artagnan sorprendió cartas que indicaban una cita, substituyó por medio de un disfraz a quien era esperado, y abusó de la obscuridad.

—Es cierto —dijo D'Artagnan.

Un ligero murmullo se oyó entre los concurrentes.

—Sí, he cometido esa mala acción, y aun debierais haber añadido, ya que sois tan imparcial, que en la época en que pasó el suceso de que me hacéis cargo aún no tenía yo veintiún años.

—No por eso es menos vergonzosa la acción —replicó Wardes— y la edad de la razón basta a un gentilhombre para no cometer una falta de delicadeza.

Oyóse un nuevo murmullo, pero de sorpresa y casi de duda.

—Efectivamente —dijo D'Artagnan—, fue una superchería vergonzosa; y no he aguardado que el señor de Wardes me la eche en cara para hacerlo yo mismo, y muy amargamente. La edad me ha hecho más razonable, más probo en todo, y he expiado esa falta con largos arrepentimientos. Mas apelo a vosotros, señores: esto pasaba en 1626, y aquel era un tiempo... felizmente no sabéis esto sino por tradición... era un tiempo en que el amor no era escrupuloso, en que las conciencias no destilaban como hoy el veneno y la mirra. Éramos nosotros soldados jóvenes, ya batiendo, ya batidos, siempre con la espada desenvainada del todo o a medias; siempre entre cadáveres; la guerra, y el cardenal nos hacían duros. En fin, yo me arrepentí, y aun me arrepiento ahora, señor de Wardes.

—Lo comprendo, pues la acción era digna de arrepentimiento; mas no por eso habéis dejado de causar la pérdida de una mujer. Abrumada por su vergüenza y encorvada bajo el peso de su afrenta, esa mujer huyó, dejó la Francia; y nunca se ha sabido lo que fue de ella...

—¡Oh! —murmuró el conde de la Fère extendiendo el brazo hacia Wardes con siniestra sonrisa—. Si tal, caballero; la han visto, y aun hoy aquí personas que habiendo oído hablar de ella pueden reconocerla por el retrato que voy a hacer. Era una mujer de unos veinticinco años, pálida y rubia, que se había casado en Inglaterra.

—¿Casada? —dijo Wardes.

—¡Ah! ¿Ignorabais que era casada? Ya veis que estamos mejor enterados que vos, señor de Wardes.

—Sabéis que la llamaban habitualmente Milady, sin añadir ningún nombre a esta calificación?

—Sí, señor; lo sé.

—Dios mío! —murmuró Buckingham.

—Pues bien, esa mujer, que venía de Inglaterra, volvió a Inglaterra después de haber conspirado tres veces la muerte del señor de D'Artagnan. Eso era justicia, ¿no es verdad...?

El señor de D'Artagnan la había insultado. Pero lo que no es justo, es que en Inglaterra conquistase esa mujer, por medio de seducciones, a un joven que estaba al servicio de lord Winter, y que se llamaba Felton. ¿Palidecéis, milord de Buckingham? Vuestros ojos se encienden en cólera y dolor...

—Acabad, pues, la relación, milord, y decid al señor de Wardes quién era esa mujer que puso el cuchillo en la mano del asesino de vuestro padre.

Un grito escapó de todas las bocas. El joven duque pasó un pañuelo por su frente, inundada en sudor.

Reinaba profundo silencio.

—Ya veis, señor de Wardes —dijo D'Artagnan—, que mi crimen no es la causa de la pérdida de un alma que ya estaba bien perdida antes de mi arrepentimiento. Ahora sólo me resta pediros perdón muy humildemente por esa acción vergonzosa, como de cierto se lo hubiera pedido a vuestro padre si viviera todavía, o si le hubiera encontrado a mí regreso a Francia, después de la muerte de Carlos I.

—¡Pero eso es demasiado, señor de D'Artagnan! —exclamaron a un tiempo muchas voces.

—No, señores —replicó el capitán—. Ahora; señor de Wardes, espero que todo habrá concluido entre nosotros, y que no os sucederá otra vez hablar mal de mí. Es asunto concluido, ¿no es verdad?

Wardes se inclinó balbuciente.

También espero —continuó D'Artagnan acercándose al joven— que ya no hablaréis mal de nadie como por mala costumbre tenéis; por que un hombre tan concienzudo y puritano como vos, que echa en cara una ligereza de joven a un viejo soldado, después de treinta y cinco años, debe contraer el compromiso tácito de no hacer nada contra la conciencia y el honor. Ahora, oíd bien lo que me queda por deciros, señor de Wardes: guardaos de que llegue a mis oídos una chismorrería en que figure vuestro nombre.

—Caballero —dijo Wardes—, es inútil amenazarme por nada.

—¡Oh! No he concluido aún, y estáis condenado a escucharme todavía.

Todos acercáronse con curiosidad:

—Hace poco hablabais alto del honor de una mujer y del de vuestro padre; y nos habéis agradoado al hablar de ese modo, porque es grato pensar que ese sentimiento de delicadeza y de probidad, que según parece no vivía en nuestra alma, vive en la de nuestros hijos, y es hermoso ver a un joven, en la edad en que se tiene por hábito ser ladrón del honor de las mujeres, es hermoso, digo, verle, respetarlo y defenderlo.

Wardes apretaba los labios y los puños, inquieto por saber cómo concluiría este discurso, cuyo exordio se anunciaba tan mal.

—¿Cómo es, entonces —continuó D'Artagnan—, que os hayáis permitido decir al señor vizconde de Bragelonne que no conocía a su madre?

Los ojos de Raúl centellearon.

—¡Oh! ¡Señor caballero, señor caballero! —exclamó—. Esa es cuestión personal mía.

Wardes sonrió con maldad.

—No me interrumpáis, joven replicó D'Artagnan a Raúl.

Y, dominando a Wardes con la mirada; continuó:

—Aquí trato una cuestión que no se resuelve con la espada. La trato delante de hombres de honor, que todos la han sacado más de una vez, y los he escogido expresamente, pues saben que todo secreto por el cual se bate uno deja de ser secreto. Reitero, por tanto, mi pregunta al señor de Wardes: ¿con qué propósito habéis ofendido a este joven; ofendiendo a la vez a su padre y a su madre?

—Creo —dijo Wardes— que las palabras son libres cuando se ofrece sostenerlas por todos los medios que están a la disposición de tal hombre de honor.

—¿Y qué medios son éhos por los que un hombre de honor puede sostener una palabra inicua?

—Por la espada.

—No sólo faltáis a la lógica; sino también a la religión y al honor; exponéis la vida de muchos hombres, sin hablar de la vuestra, que me parece muy aventurada. Todas las modas pasan, caballero, y ha pasado ya la de los duelos, sin contar con los edictos de Su Majestad, que lo prohíben. Por tanto, para ser consecuente con vuestras ideas, debéis presentar vuestras excusas al señor de Bragelonne, diciéndole que lamentáis haber proferido una palabra ligera; que la nobleza y la pureza de su raza están escritas; no sólo en su corazón, sino también en todas las acciones de su vida. Vais a hacer eso, señor de Wardes, como yo lo he hecho ahora mismo; yo, viejo capitán, ante vuestro bigotillo de adolescente.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Wardes.

—Entonces, sucederá...

—Lo que creéis impedir —interrumpió Wardes, riendo—; sucederá que vuestra lógica conciliadora conducirá a una violación de las prohibiciones del rey.

—No, señor —dijo tranquilamente el capitán—: estás en un error.

—Entonces, ¿qué sucederá?

—Sucederá que iré a ver el rey, con quien estoy bastante a bien; al rey, a quien he tenido la ventura de prestar algunos servicios que datan de un tiempo en que todavía no habíais nacido; al rey, en fin, que, a petición mía, acaba de enviarme una orden en blanco para el señor Baisemeaux de Montlezun, gobernador de la Bastilla. Así podré decir al rey: «Señor, un hombre ha insultado villanamente al señor de Bragelonne, en la persona de su madre. He escrito su nombre en la orden de arresto que ha tenido a bien darme Vuestra Majestad, de suerte que el señor de Wardes está en la Bastilla por tres años».

Y D'Artagnan, sacando del bolsillo la orden firmada de Su Majestad, la mostró a Wardes.

Mas, viendo que el joven no estaba bien convencido, y que tomaba el aviso por una amenaza vana, se encogió de hombros y se dirigió fríamente hacia una mesa, en la que había un escritorio y una pluma cuya longitud hubiese espantado al topógrafo Porthos.

Entonces vio Wardes que la amenaza no podía ser más seria; la Bastilla era en aquella época una cosa horrible.

Dio un paso hacia Raúl y, con voz casi ininteligible:

—Caballero —dijo—, os presento las excusas que me ha dictado el señor de D'Artagnan, pues fuerza me es hacerlo.

—Un momento, caballero —dijo el capitán con la mayor tranquilidad—; os engañáis en los términos. Yo no he dicho: Pues fuerza me es hacerlo, si no: Pues mi conciencia me inclina a ello. Estas palabras valen más que las otras, no lo dudéis, tanto más, cuanto que serán la más verdadera expresión de vuestros sentimientos.

—Las suscribo, pues —dijo Wardes—, mas confesad, señores, que una estocada como las que se daban en otro tiempo, valía más que semejante tiranía.

—No, caballero —contestó Buckingham—, porque la estocada, si la recibís, no significa que tengáis o no razón, sino el ser más o menos diestro.

—¡Caballero! —murmuró Wardes.

—¡Ah! Vais a decir algo malo —interrumpió D'Artagnan cortando la palabra a Wardes y os hago un servicio interrumpiéndoos...

—¿Es eso todo? —dijo Wardes.

—Absolutamente todo —contestó D'Artagnan—; y estos señores y yo quedamos satisfechos de vos...

—¡Caballero! —replicó Wardes—. Creed que vuestras conciliaciones no son felices.

—¿Y por qué?

—Porque vamos a separarnos el señor de Bragelonne y yo más enemigos que nunca.

—Os engañáis en cuanto a mí —respondió Raúl—, pues no conservo ni un átomo de hiel en el corazón contra vos.

Este golpe anonadó a Wardes. D'Artagnan saludó graciosamente a los caballeros que habían querido asistir a la explicación, y todos se retiraron dándole la mano.

Ni una siquiera se dirigió a Wardes.

—¡Oh! —murmuró el joven, sucumbiendo a la rabia que le mordía el corazón—. ¡Oh! ¿No encontraré una persona en quien pueda vengarme?

—Si tal, caballero, pues aquí estoy yo —dijo a su oído una voz preñada de amenazas.

Wardes se volvió y vio al duque de Buckingham, que sin duda habíase quedado con esta intención.

—¡Vos! —exclamó Wardes.

—Sí, yo... Yo no soy súbdito del rey de Francia, ni me quedo en su territorio; yo también he ido reuniendo desesperación y cólera... y, como vos, tengo necesidad de vengarme en alguno. Apruebo los principios del señor de D'Artagnan, pero no estoy obligado a aplicarlos a vos. Soy inglés; y vengo a proponeros lo que en vano habéis propuesto a los otros.

—Señor duque.

—Vamos, querido señor de Wardes; ya que estáis tan airado, tomadme por desquite. Dentro de treinta y cuatro horas estaré en Calais. Veníos conmigo, y el camino nos parecerá menos largo juntos que separados. Tiraremos la espada allá sobre la arena que cubre la marea, y que seis horas al día es territorio de Francia y otras seis territorio de Dios.

—Bien —contestó Wardes—, acepto.

—Si se matáis —observó el duque—, os aseguro que me haréis un servicio muy señalado.

—Haré lo que pueda por agradaros, duque —dijo el de Wardes.

—Es cosa resuelta; os venís conmigo.

—Estaré a vuestras órdenes. ¡Pardiez! Tenía necesidad de un peligro mortal para calmarme.

—Pues me parece que habéis dado con lo que necesitáis. Servidor, señor de Wardes; mañana por la mañana os dirá mi ayuda de cámara la hora precisa de la marcha. Viajaremos juntos, como buenos amigos. ¡Adiós!

Buckingham saludó a Wardes y entró en la cámara del rey. Exasperado, Wardes salió del palacio, y tomó rápidamente el camino de la casa que habitaba.

## Capítulo XX

---

Baisemeaux de Montlezun

D espués de la lección un poco dura dada a Wardes, Athos y D'Artagnan bajaron juntos la escalera que conduce al patio del palacio del rey.

—Ya veis —decía Athos— que Raúl no puede escaparse, tarde o temprano, de ese desafío con Wardes, tan valiente como malvado.

—Conozco a esos Wardes —replicó D'Artagnan—, pues tuve que hacer con el padre. Os confieso que me dio bastante trabajo; y eso que en aquel tiempo tenía yo buenos músculos y una firmeza salvaje. Amigo mío, hoy no se dan asaltos semejantes, y bien sabéis que yo tenía una mano férrea. No era un simple pedazo de acero, sino una serpiente que tomaba todas las formas para llegar a colocar convenientemente, su cabeza, es decir, para morder. No había fuerza humana capaz de resistir a semejante ferocidad, y, sin embargo, Wardes el padre; con su bravura de raza, me ocupó bastante tiempo, y tengo presente que al final del combate estaban cansados mis dedos.

—Pues el hiló buscará siempre a Raúl —repuso Athos—, y acabará por encontrarlo, porque a Raúl se le halla siempre que se le busca.

—De acuerdo, amigo mío, pero Raúl calcula bien, ¡y esperará ser provocado. Entonces es buena su posición. El rey no podrá enfadarse, y, además, ya encontraremos el medio de calmarle. Mas, ¿por qué esos temores e inquietudes?

—Por esto: Raúl irá, mañana a ver al rey, el cual le dirá su voluntad sobre cierto matrimonio. Enamorado como está Raúl, se desesperará, y si halla a Wardes en su malhumor, estallará la bomba.

—¡Oh! Ya impediremos eso, mi querido amigo.

—No yo, quiero regresar a Blois. Todo este elegante aparato de Corte y todas estas intrigas me disgustan; ya no soy joven para hacer pacto con las

mezquindades de hoy. He leído en el gran libro divino muchas cosas, demasiado bellas y grandes para ocuparme con interés de las frasescillas que cuchichean estos hombres cuando quieren engañarse. En una palabra, me aburro en París siempre que no estáis a mi lado, y como no puedo veros siempre; deseo volverme a Blois.

—¡Oh! ¡Hacéis mal, Athos, y mentís a vuestro origen y al destino de vuestra alma! Los hombres de vuestro temple están hechos para disfrutar hasta, el último día de la plenitud de sus facultades. Ved mi vieja espada de La Rochela, este acero español; sirvió treinta años perfectamente, y cierto día de invierno cayó sobre las losas del Louvre y se rompió.

De un trozo me han hecho un cuchillo de caza que durará cien años. Vos, Athos, con vuestra lealtad y franqueza, vuestro valor frío e instrucción sólida, sois el hombre que se necesita para dirigir a los soberanos. Quedaos; el señor Fouquet no durará tanto como mi hoja española.

—Vamos —dijo Athos sonriendo—, he aquí a D'Artagnan que, después de haberme ensalzado hasta las nubes, hace de mí una especie de dios, y después me tira desde lo alto del Olimpo y me aplasta sobre la tierra. Tengo ambiciones más grandes, amigo. Ser ministro, es ser esclavo. ¡No, no! Me acuerdo haberlos oído llamar alguna vez el gran Athos... Pues si fuera, ministro, estoy seguro de que no me confirmarías el epíteto.

—¡No hay más que hablar! ¡Lo abdicáis todo, hasta la fraternidad!

—¡Oh! ¡Querido, amigo, es casi duro lo que me decís!

D'Artagnan estrechó la mano de Athos.

—No, no, abdicad sin temor. Raúl puede pasarse sin vos, estando yo en París.

—Entonces volveré a Blois; esta noche nos despediremos, y al amanecer montaré a caballo.

—No podéis marchar solo a vuestro palacio. ¿Por qué no habéis traído a Grimaud?

—Amigo mío, Grimaud duerme; se acuesta muy temprano. Mi pobre viejo se fatiga mucho. Ha venido conmigo de Blois, y le he obligado a quedarse en casa; pues, si fuera preciso volver a andar las cuarenta leguas que nos separan de Blois, moriría sin quejarse. Pero yo cuido a mi Grimaud.

—Voy a daros un mosquetero para que lleve la antorcha.

Y, D'Artagnan, inclinándose sobre la barandilla dorada:

—¡Hola! —gritó—. ¡Uno aquí!

Siete u ocho cabezas de mosqueteros aparecieron.

—¡Uno de buena voluntad para escoltar al señor conde de la Fère!

—Gracias por vuestro favor, señores —dijo Athos—. No debo incomodar así a caballeros.

—Yo haría la escolta —dijo uno—, si no tuviera que hablar con el señor de D'Artagnan.

—¿Quién está ahí? —dijo D'Artagnan buscando en la sombra.

—Yo, señor de D'Artagnan.

—¡Dios me perdone! ¡Es la voz de Baisemeaux!

—Yo mismo, señor.

—¿Y qué hacéis ahí en el patio?

—Aguardo vuestras órdenes, señor de D'Artagnan.

—¡Ah! ¡Desgraciado de mí! —dijo D'Artagnan—. Es verdad que estabais prevenido para un arresto. ¡Pero venir vos mismo en lugar de enviar un escudero!

—He venido porque tenía que hablaros.

—¿Y no me habéis hecho avisar?

—Aguardaba —dijo tímidamente Baisemeaux.

—Os dejo; adiós, D'Artagnan —dijo Athos.

—No antes de que os presente al señor Baisemeaux de Montlezun, alcaide del castillo de la Bastilla.

Baisemeaux y Athos saludáronse.

—Pero debéis conocerlos! —añadió D'Artagnan.

—Tengo un vago recuerdo del señor —contestó el conde.

—Ya sabéis... Baisemeaux... aquel guardia del rey con quien tuvimos tan buenas partidas en tiempo del cardenal.

—¡Ah, muy bien! —dijo Athos despidiéndose con afabilidad.

—El señor conde de la Fère, que tenía por nombre de guerra Athos —dijo D'Artagnan en voz baja a Baisemeaux.

—Sí, sí; uno de los cuatro famosos —contestó éste.

—Precisamente. Pero charlemos, querido Baisemeaux.

—Si gustáis!

—Primeramente no hay que hablar de órdenes, pues el rey renuncia a prender a la persona en cuestión.

—¡Ah! Tanto peor —replicó Baisemeaux con un suspiro.

—¡Cómo tanto peor...! —exclamó D'Artagnan riendo.

—Sin duda... —dijo el alcaide de la Bastilla—: Los presos son mis rentas.

—¡Ah! Es verdad; no miraba yo la cosa por ese lado.

—¡De modo que nada de órdenes!

Y Baisemeaux suspiró otra vez.

—Vos sí que tenéis una bella posición —repuso—. ¡Capitán de los mosqueteros!

—Es bastante buena; mas no veo que tengáis que enviarla; sois alcalde de la Bastilla, el primer castillo de Francia.

—Bien lo sé —dijo tristemente Baisemeaux.

—Decís eso como un penitente, ¡pardiez! ¡Cambio mis ganancias por, las vuestras, si queréis!

—No hablemos de ganancias —murmuró Baisemeaux— si no queréis partirme el alma.

—Pero miráis a todos lados como quien teme ser preso, vos, que aguardáis a los que lo están.

—Miro que nos ven y nos escuchan, y que sería más seguro hablar en secreto; si me concedéis esa gracia.

—¡Baisemeaux! ¿Habéis olvidado que somos conocidos de treinta y cinco años? No tengáis conmigo ese aire contrito. Descuidad. No me como crudos alcaides de la Bastilla.

—¡Plegaria al cielo!

—Ea, venid al patio, y hablaremos cogidos del brazo; hace un claro de luna soberbio, y a lo largo de los robles, bajo los árboles, me contaréis vuestra lugubre historia.

Y atrajo al doliente alcaide al patio, le agarró del brazo; y le dijo:

—Vamos, Baisemeaux; hablad. ¿Qué tenéis que decirme?

—Será muy largo.

—Si seguís con esos lamentos será más largo aún... Pero creo que hacéis cincuenta mil libras con vuestros pichones de la Bastilla.

—¿Cuándo será eso, señor de D'Artagnan?

—Me asombráis, Baisemeaux, y estáis haciendo conmigo el hombre contrito. ¡Pardiez!

Voy a llevaros delante de un espejo y allí veréis que estáis rollizo, florido y redondo como un queso, que tenéis ojos como carbones encendidos, y que sin ese maldito pliegue que afectáis en la frente no representaríais cincuenta años. Y tenéis sesenta, jeh?

—Todo eso es verdad...

—¡Pardiez! Ya sé que es verdad... tan verdad como las cincuenta mil libras de ganancia. Baisemeaux hizo un gesto de impaciencia.

—Bien —dijo D'Artagnan—; voy a echaros la cuenta. Erais capitán de guardias del señor Mazarino: doce mil libras anuales; a razón de doce años, son ciento cuarenta y cuatro mil.

—¡Doce mil libras! ¿Estáis loco? —exclamó Baisemeaux—. El viejo avaro, nunca dio más de seis mil, y los gastos del empleo subían a seis mil quinientas. El señor Colbert, que me había hecho cercenar las otras seis mil, dignábase darmel como gratificación cincuenta doblones; de suerte que, sin ese pequeño feudo de Montlezun, queda doce mil libras, no hubiese hecho honor a mis negocios.

Pasemos a las cincuenta mil libras de la Bastilla. Aquí tenéis comida, casa y seis mil libras de renta.

—Corriente.

—Un año con otro, cincuenta presos, que os representan mil libras.

—No digo que no.

—Por tanto, son cincuenta mil libras al año; hace tres que ocupáis el destino, luego tenéis ciento cincuenta mil libras.

—Olivadís un detalle, señor de D'Artagnan.

—¿Cuál?

—Que vos recibisteis el empleo de capitán de manos del rey.

—Bien lo sé.

—Mientras que yo he recibido el de alcaide del señor Tremblay y del señor Louvière.

—Es cierto, y Tremblay no era hombre para dejaros su destino por nada.

—¡Y lo mismo Louvière! De donde resulta que he dado setenta y cinco mil libras a Tremblay.

—¡Bonita cantidad...! ¿Y a Louvière?

—Otro tanto.

—¿Al contado?

—No, eso era imposible. El rey no quería, o más bien, el señor Mazarino no quería parecer, destituir a esos dos tunos salidos de la barricada, y sufrió que ellos hiciesen, para retirarse, condiciones leoninas. ¿Cuáles?

—¡Estremecenos!

—Tres años de renta como alboroque:

—¡Diablo! Así, las ciento cincuenta mil libras... ¿han pasado a sus manos?

—Justo.

—¿Y qué más?

—Una cantidad de quince mil escudos o cincuenta mil libras, como gustéis, en tres pagos.

—Es exorbitante.

—No es eso todo.

—¿Aún más?

—Me falta llenar una de las condiciones, de lo contrario, esos señores vuelven a su destino. Así lo han hecho firmar al rey.

—¡Es enorme! ¡Es increíble!

—Pues así es.

—Lo siento, mi pobre Baisemeaux. Entonces; ¿cómo diantres os concedió Mazarino ese pretendido favor? ¡No era más sencillo negároslo?

—¡Sí, sí! Fue obligado por mi protector.

—¿Vuestro protector?

—¿Quién?

—¡Cáscaras!

—Un amigo vuestro, el señor de Herblay.

—¿El señor de Herblay? ¿Aramis?

Precisamente; ha sido encantador para mí.

—¿Encantador, y os ha hecho pasar por eso?

—Escuchad. Yo quería dejar el servicio del cardenal. El señor de Herblay habló por mí a Louvière y a Tremblay; ellos resistieron; yo tenía ganas de la plaza, porque sabía que puede dar; me confié al señor de Herblay sobre mi penuria, y él me prometió responder por mí en cada plazo.

—¡Bah! ¡Aramis!

—Me asombráis. ¿Aramis respondió; por vos?

—Sí, señor, y consiguió la firma de Louvière y Tremblay; cada año he pagado veinticinco mil libras de beneficio a cada uno de estos dos señores; cada año también, en mayo, el señor de Herblay venía a la Bastilla y me traía dos mil quinientos doblones para distribuir entre mis cocodrilos.

—Luego debéis ciento cincuenta mil libras a Aramis.

—Esa es mi desesperación; no le debo más que cien mil.

—No os comprendo del todo.

—Sin duda; no ha venido más que dos años. Hoy estamos a 31 de mayo y no ha venido; y mañana al mediodía, concluye el plazo. Y si no he pagado a esos señores en los términos convenientes, me despojarán de todo; habré trabajado tres años, y dado doscientas cincuenta mil libras por nada, querido señor, de D'Artagnan, por nada absolutamente.

—Es curioso —murmuró D'Artagnan.

—¿Concebís ahora que pueda tener una arruga en la frente?

—¡Oh, sí!

—¿Concebís que a pesar de esta redondez de queso y este frescor de pavía, a pesar de estos ojos chispeantes como carbones encendidos, haya llegado a temer el no tener ni un queso ni una pavía que comer, ni ojos para otra cosa que para adorar?

—Es desolador.

—Y he venido a vos, querido señor de D'Artagnan, porque sólo vos podéis sacarme de penas.

—¿Cómo?

—¿Conocéis al abate de Herblay?

—¡Diantre!

—¿Sabéis que es misterioso?

—¡Oh! Sí:

—Podéis darme las señas de su presbiterio? Porque lo he buscado en Noisy-le-Sec, y ya no está allí.

—¡Pardiez! Es obispo de Vannes.

—¿Vannes, en Bretaña?

El hombrecillo se puso a arrancarse los cabellos.

—¿Cómo ir a Vannes de aquí a mañana al mediodía? —dijo—. ¡Soy hombre perdido!

—Vuestra desesperación me apena. Escuchad, pues, y sabed que un obispo

no reside siempre en el mismo punto, y el señor de Herblay podría no estar tan lejos como teméis.

—¡Oh! Dadme su dirección.

—No la sé, amigo mío.

—¡Decididamente, estoy perdido! Voy a echarme a los pies del rey.

—Me sorprendéis, Baisemeaux. ¿Cómo produciendo la Bastilla cincuenta mil libras no le habéis hecho rentar doble?

—Porque soy honrado, señor de D'Artagnan, y alimento a los presos como a potentados.

—¡Diantre! Dadme una buena indigestión con vuestros ricos alimentos, y martirizadme de aquí a mañana a mediodía.

—¡Cruel! ¡Tiene ganas de reír!

—No; me apenáis... Veamos, Baisemeaux, ¿tenéis palabra de honor?

—¡Capitán!

—Pues dádmela de que no abriréis la boca a nadie de lo que voy a deciros.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Queréis echar mano a Aramis?

—¡A toda costa!

—Pues id en busca del señor Fouquet.

—¿Qué relación...?

—¡Qué bobo sois...! ¿Dónde está Vannes?

—¡Tate!

—Vannes está en la diócesis de Belle-Île, o Belle-Île en la diócesis de Vannes; luego el señor Fouquet ha hecho nombrar al señor de Herblay para ese obispado.

—Me abrís, los ojos y me devolvéis la vida.

—Tanto mejor. Id, pues, a decir sencillamente al señor Fouquet que deseáis hablar al señor de Herblay.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamó Baisemeaux lleno de gozo.

—¿Y la palabra de honor? —dijo D'Artagnan deteniéndolo con una mirada severa.

—¡Oh! ¡Sagrada! —replicó el hombrecillo disponiéndose a correr.

—¡A dónde vais?

—A casa del señor Fouquet.

—No; el señor Fouquet está jugando con el rey. Con tal de que vais más temprano, habréis hecho todo lo que podéis hacer.

—¡Iré! Gracias.

—¡Buena suerte!

—¡Gracias!

Graciosa historia murmuró D'Artagnan, subiendo lentamente la escalera.

—¿Qué diablo de interés puede tener Aramis en obligar así a Baisemeaux...? Ya sabremos esto un día u otro.

## Capítulo XXI

---

### El juego del rey

Como había dicho D'Artagnan, Fouquet asistía al juego del rey. Parecía que la marcha de Buckingham había vertido un bálsamo sobre, todos los corazones ulcerados la víspera.

Monsieur, radiante, hacia señas afectuosas a su madre.

El conde de Guiche no podía separarse de Buckingham, y al mismo tiempo que jugaba charlaba con él sobre las eventualidades de su viaje.

Buckingham, pensativo y afectuoso como hombre de corazón que ha tomado su partido, oía al conde y dirigía de vez en cuando a Madame una mirada de ternura y de pena.

La princesa, llena de embriaguez, compartía su pensamiento entre el rey, que jugaba con ella, Monsieur, que le gastaba dulces bromas sobre sus enormes ganancias, y Guiche, que demostraba una alegría extravagante. De Buckingham ocupábaise ligeramente, pues este fugitivo, este desterrado, no era para ella más que un recuerdo, no un hombre.

Así son los corazones ligeros; entregados, a lo presente, rompen con todo lo que puede trastornar sus cálculos de bienestar egoísta. Madame se hubiese avenido a las sonrisas, gentilezas y suspiros de Buckingham presente; pero ¿a qué suspirar, sonreír y arrodillarse desde lejos? El viento del Estrecho que arrastra a los navíos, ¿dónde lleva los suspiros?

El duque advirtió este cambio, y padeció mortalmente su corazón. Naturaleza delicada, orgullosa y susceptible de profunda adhesión, maldijo el día en que la pasión entrara en su alma.

Las miradas que enviaba a Madame se enfriaron poco a poco al soplo glacial de su pensamiento. Aún no podía despreciar, pero fue bastante fuerte para

imponer silencio a los gritos tumultuosos de su corazón.

A medida que Madame adivinaba este cambio, aumentaba su actividad para recobrar la radiación que perdía; su ingenio, tímido e indeciso al principio, se manifestó luego con brillantez; era necesario que a toda costa fuera notada por encima de todos, hasta del mismo rey.

Y lo fue. Las reinas, no obstante su dignidad; el rey, a pesar de los respetos de la etiqueta, fueron eclipsados.

Las reinas, rígidas y envaradas, humanizáronse y rieron. La reina madre se admiró de este brillo que volvía a su raza, gracias al talento de la nieta de Enrique IV.

El rey, celoso como joven y como rey de todas las superioridades que le rodeaban, no pudo menos de rendir las armas a esa petulancia francesa, cuya energía realzaba más el humor inglés.

Los ojos de Madame lanzaban destellos. La alegría se escapaba de sus labios de púrpura, como la persuasión de los labios del viejo Néstor.

Sometida toda la Corte a tales encantos, advertía por primera vez que podían reír delante del rey mas grande del mundo, como gentes dignas de ser llamadas las más delicadas y espirituales de la tierra.

Madame consiguió aquella noche un éxito capaz de aturdir a cualquiera que no hubiese nacido en esas elevadas regiones que se llaman un trono, y que están al abrigo de semejantes vértigos, a pesar de su altura.

Desde aquel instante miró Luis XIV a Madame como un personaje. Buckingham la miró como una coqueta digna de los más crueles tormentos. Guiche, como una divinidad. Los cortesanos, como un astro cuya luz debía convertirse en un foco de favor y de poder.

Sin embargo, unos años antes no se dignó Luis XIV dar la mano para un baile a aquella fea. Sin embargo, Buckingham había adorado aquella coqueta de rodillas. Sin embargo, Guiche había mirado aquella divinidad como una mujer. Sin embargo, los cortesanos no habían osado aplaudir a aquel astro por temor de desagradar al rey, a quien en otro tiempo disgustara.

Todo esto pasaba en aquella noche memorable.

La joven reina, aunque española y sobrina de Ana de Austria, adoraba al rey y no sabía disimular.

Ana de Austria, observadora como mujer e imperiosa como reina, sintió el poder de Madame y se inclinó.

Lo que determinó a la joven reina a levantar el sitio y entrar en su habitación.

Apenas fijó el rey la atención en esta salida, a pesar de los afectados síntomas de indisposición que la acompañaban.

Conocedor de las leyes de la etiqueta, que empezaba a introducir como elemento de toda relación, Luis XIV no se emocionó; ofreció la mano a Madame, sin mirar a Monsieur, y condujo a la joven princesa hasta la puerta de

su aposento.

Observóse que en el umbral de la puerta, libre Su Majestad de todo obstáculo, o menos fuerte que la situación, dejó escapar un enorme suspiro.

Las mujeres, porque todo lo observan, la señorita de Montalais, por ejemplo, no dejaron de decir a sus compañeras:

—El rey ha suspirado.

—Madame ha suspirado.

Era cierto. Madame había suspirado sin ruido, pero con un acompañamiento más peligroso para el reposo del rey.

Había suspirado cerrando sus encantadores ojos negros, abriéndolos enseguida, y cargados como estaban de indecible tristeza, los había alzado sobre el rey, cuyo rostro estaba visiblemente purpúreo.

Resultaba de este rubor, de estos suspiros y de todo este regio movimiento, que la de Montalais había cometido una indiscreción, y que esta indiscreción había afectado ciertamente a su compañera, porque la señorita de La Vallière, menos perspicaz indudablemente, palideció cuando se ruborizó el rey y entró temblando en el cuarto de Madame sin cuidarse de tomar los guantes, como el ceremonial lo exigía.

Verdad es que esta provinciana podía alegar como excusa la turbación en que la ponía la majestad real. En efecto, la señorita de La Vallière, al cerrar la puerta, había fijado inadvertidamente los ojos en el rey, que iba andando hacia atrás.

El rey entró en la sala de juego, quiso hablar a diversos personajes, pero pudo advertirse que estaba trascordado.

Embrolló diferentes cuentas, de lo que se aprovecharon algunos señores que habían conservado estas costumbres del señor Mazarino: mala memoria, pero buena aritmética.

De modo que Manicamp, personaje distraído si los hubo, y el hombre más honrado del mundo, recogió pura y simplemente veinte mil libras que estaban sobre la mesa y cuya propiedad no parecía legítimamente adquirida por nadie.

Y el señor de Wardes, que tenía la cabeza algo trastornada por los sucesos de la noche, dejó sesenta lises dobles que había ganado al señor de Buckingham, y que éste, incapaz, como su padre, de salir con una moneda en la mano, abandonó al candelero.

El rey no recobró un tanto la atención hasta el momento en que el señor Colbert, que acechaba hacia algunos instantes, se acercó y, muy respetuosamente sin duda, pero con instancia, depositó uno de sus consejos en el oído, todavía aturdido, de Su Majestad.

Luis prestó nueva atención a este consejo, y echando una mirada por la pieza:

—¿No está aquí el señor Fouquet? —dijo.

—Sí tal, Majestad —contestó la voz del superintendente, ocupado con

Buckingham.

Y se acercó.

El rey dio un paso hacia el conde con aire negligente.

—Perdón, señor superintendente, si interrumpo vuestra conversación; pero os reclamo siempre que tengo necesidad de vos.

—Mis servicios son siempre del rey.

—Y, sobre todo, vuestra caja —dijo éste riendo con falsedad.

—Mi caja más que nada —contestó fríamente Fouquet.

—Este es el hecho: quiero dar una fiesta en Fontainebleau; Quince días de casa abierta. Necesito...

Y miró oblicuamente a Colbert. Fouquet esperó sin turbarse.

—Unos... —dijo.

—Unos cuatro millones —contestó el rey, respondiendo a la cruel sonrisa de Colbert.

—¿Cuatro millones? —exclamó Fouquet inclinándose profundamente.

Y sus uñas, clavándose en su pecho, hicieron un surco sangriento, sin que la serenidad del rostro se alterase un momento.

—Sí, señor —dijo el rey.

—¿Cuándo, Majestad?

—Toma tiempo... Es decir... no...

—Lo más pronto posible.

—Es necesario tiempo.

—¡Tiempo! —exclamó Colbert triunfante.

—Tiempo para contar los escudos —dijo el superintendente con majestuoso desprecio—; sólo se pesa un millón al día.

—Por tanto, son cuatro días —dijo Colbert.

—¡Oh! —replicó Fouquet dirigiéndose al rey—. Mis dependencias hacen prodigios en servicio de Vuestra Majestad, y la suma estará dispuesta en tres días.

Colbert púsose pálido.

Luis, lo miró, sorprendido. Fouquet se retiró sin orgullo ni humildad, sonriendo a sus numerosos amigos, en cuya sola mirada leía una leal amistad, un interés que llegaba a la compasión.

Era preciso no juzgar a Fouquet por su sonrisa, porque realmente tenía la muerte en el corazón.

Algunas gotas de sangre manchaban, bajo su vestido, la fina tela que cubría su pecho.

El vestido ocultaba la sangre; la sonrisa, la rabia.

Por el modo con que llegó a su carroza adivinaron los criados que el señor no estaba de buen humor; de lo cual resultó que sus órdenes se ejecutaron como las maniobras de un buque de guerra mandadas por un capitán irritado.

La carroza no rodaba, volaba. Apenas tuvo tiempo de concentrarse Fouquet

durante el trayecto. Al llegar, subió al cuarto de Aramis.

Aramis no estaba acostado.

En cuanto a Porthos, había comido de una manera gigantesca; luego, se había hecho untar el cuerpo con aceites perfumados; a la manera de los luchadores antiguos, y después se había tendido, entre franelas, en un lecho caliente.

Aramis, envuelto en una bata de terciopelo, escribía cartas y más cartas con esa letra fina y apretada que una página hace un cuarto de volumen.

La puerta se abrió precipitadamente; el superintendente apareció, pálido, agitado, inquieto.

Aramis alzó la cabeza, y dijo:

—Buenas noches, apreciado huésped y su mirada investigadora adivinó toda la tristeza de Bouquet.

—¿Qué tal el juego? —preguntó para entrar en conversación. Fouquet se sentó, y, con un gesto, indicó la puerta al lacayo que le había seguido.

Cuándo éste hubo salido, dijo:

—¡Muy bien!

Y Aramis, que lo seguía con la vista, advirtió que se tiraba sobre los cojines con impaciencia febril.

—¿Habéis perdido como siempre? —preguntó Aramis con la pluma en la mano.

—Más que siempre —contestó Fouquet.

—Pero sabemos que soportáis bien las pérdidas.

—A veces.

—¡Bien! ¡El señor Fouquet, mal jugador?

—Hay juegos y juegos, señor de Herblay.

—¿Y cuánto habéis perdido, monseñor? —preguntó Aramis con cierta inquietud.

Fouquet se recogió un instante para componer su voz, y dijo sin emoción alguna.

—La velada me cuesta cuatro millones.

Y una risa amarga se perdió en la última vibración de estas palabras.

Aramis no esperaba tal cifra, y dejó caer la pluma.

—¡Cuatro millones! —dijo—. ¿Habéis jugado cuatro millones? ¡Imposible!

—El señor Colbert llevaba mis cartas —respondió Fouquet con la misma siniestra risa.

—¡Ah! Comprendo ahora, monseñor. ¿Y hay que recurrir a los fondos?

—Sí, querido.

—¿Para el rey?

—Sí.

—¡Diablo!

—¿Qué pensáis de esto?

- ¡Diantre! Pienso que quieren arruinaros; es claro.
- Siempre es ese vuestro parecer.
- Siempre; y no hay que sorprenderse, pues era lo que teníamos previsto.
- Corriente; pero no esperaba yo lo de los cuatro millones.
- Verdad que la suma es fuerte, pero, en fin, cuatro millones no son la muerte de un hombre, sobre todo cuando este hombre se llama Fouquet.
- Si conocieseis el fondo de la caja, estaríais menos tranquilo.
- ¿Y habéis prometido?
- ¿Qué queríais que hiciese?
- Es cierto.
- ¡El día que yo niegue, Colbert encontrará, y estaré perdido!
- Incontestablemente: ¿Y para cuándo habéis prometido esos millones?
- Para dentro de tres días. El rey parece muy necesitado.
- ¡Tres días!
- ¡Oh! —repuso Fouquet—. Cuando se piensa que ahora mismo, al pasar por la calle, gritaba la gente: « Ahí va el rico señor Fouquet», es cosa de perder la cabeza, querido Herblay.
- ¡No, monseñor, alto ahí! La cosa no vale la pena —dijo flemáticamente Aramis, echando polvos sobre la carta que acababa de escribir.
- Pues dadme un remedio, un remedio para ese mal sin remedio!
- No hay más que uno: pagad.
- Si apenas tengo esa cantidad! Todo debe estar agotado; se ha pagado Belle-Île; se ha pagado la pensión... Desde las requisitorias de los arrendadores de rentas y contribuciones, el dinero es raro. Admitiendo que se pague esta vez, ¿cómo se pagará otra? Porque, no lo dudéis, cuando los reyes han gustado el dinero, son como los tigres cuando han probado la carne: ¡devoran! Algún día será preciso que diga: « ¡Imposible, Majestad!» .
- ¡Y ese día estoy perdido!
- Un hombre de vuestra posición, monseñor; sólo se pierde cuando quiere.
- ¡Bah! Bastante luché en mi juventud con el cardenal Richelieu, que era el rey de Francia... ¿Tengo, por ventura, armas, tropas, tesoros? ¡Ya la Belle-Île siquiera! ¡Bah!
- La necesidad es madre de la invención, y cuando todo lo creáis perdido...
- ¿Qué?
- Se descubrirá algo inesperado que os salvará.
- ¿Y quién descubrirá esa maravilla?
- Vos.
- ¡Yo! Presento la dimisión de inventor.
- Entonces, yo.
- Bien; poned mano a la obra sin tardanza.
- Tenemos tiempo.

—Me matáis con vuestra flema, Herblay —repuso el superintendente, limpiándose el sudor.

—¿No os acordáis de lo que os dije un día?

—¿Qué me dijisteis?

—Que no os inquietarais si teníais valor. ¿Lo tenéis?

—Así creo.

—Pues no os inquietéis.

—¿Luego vendréis en mi auxilio en el momento supremo?

—Eso no será más que devolveros lo que os debo, monseñor.

—El oficio de los financieros es adelantarse a las necesidades de los hombres como vos.

—Si la cortesía es el oficio de los financieros, la caridad es la virtud de las gentes de Iglesia. Tranquilizaos, y en el último momento veremos.

—Entonces, veremos muy pronto.

—Ahora, permitidme os manifieste que personalmente siento mucho estéis tan escaso de dinero.

—¿Por qué?

—Porque iba a solicitaros...

—¿Para vos?

—Para mí o para los míos; para los míos o para los nuestros.

—¿Qué cantidad?

—¡Oh, tranquilizaos! Una bonita cantidad, verdad es, mas poco exorbitante.

—¡Decid la cifra! Cincuenta mil libras.

—¡Una miseria!

—De veras?

—Sin duda; siempre se tienen cincuenta mil liras. ¡Ah! ¿Por qué ese tuno de Colbert no se contenta como vos, y me causaría menos pena? ¿Y cuándo necesitáis esa cantidad?

—Mañana temprano.

—Bien, y...

—¡Ah! ¿Su destino queréis decir?

—No, caballero; no necesito —explicación.

—Sí tal; mañana es 1.<sup>º</sup> de junio.

—¿Y qué?

—Vencimiento de una de nuestras obligaciones.

—¿Tenemos obligaciones?

—Indudablemente, mañana pagamos nuestro último tercio.

—¿Qué tercio?

—El de las ciento cincuenta mil libras de Baisemeaux.

—¡Baisemeaux! ¿Quién es?

—El alcalde de la Bastilla.

—¡Ah! Es cierto; me hacéis pagar, ciento cincuenta mil libras por ese hombre.

—¡Vamos!

—Pero ¿por qué?

—Por su destino, que he comprado, o mejor dicho, que nosotros hemos comprado a Louvière y Tremblay.

—Todo eso está muy vago en mi cabeza.

—Lo concibo. ¡Tenéis tantos asuntos! Sin embargo, no creo que haya ninguno más importante que éste.

—Decidme, pues, con qué objeto hemos comprado ese destino.

—Con el de ser útil.

—¡Ah!

—Primeramente a él. ¿Y después?

—A nosotros.

—¡A nosotros...! ¿Os burláis?

—Señor, hay tiempos en que un alcaide de la Bastilla es un buen conocimiento.

—Tengo la dicha de no comprenderlos.

—Monseñor, tenemos nuestros poetas, nuestro ingeniero, nuestro arquitecto, nuestros músicos, nuestro impresor, nuestros pintores; y necesitábamos nuestro alcaide de la Bastilla.

—¡Ah! ¿Creéis...?

—No nos hagamos ilusiones, monseñor. Estamos muy expuestos a ir a la Bastilla, querido señor Fouquet —añadió el prelado enseñando aquellos hermosos dientes, tan adorados treinta años antes por María Michón.

—¿Y suponéis que no es demasiado esa suma, Herblay?

—Día vendrá en que reconoceréis vuestro error.

—Mi querido Herblay; el día en que se entra en la Bastilla, no está uno protegido más por el pasado.

—Sí tal, si las obligaciones suscritas están en regla no lo dudéis, ese excelente Baisemeaux no tiene corazón de cortesano. Estoy seguro que me conservará reconocimiento por ese dinero; sin contar, señor, con que guardo yo los títulos.

—¡Qué demonio de negocio! ¡Usura en materia de beneficencia!

—Monseñor, no os mezcléis en esto; si hay usura, yo sólo la hago y la aprovechamos los dos.

—¡Qué intriga, Herblay...!

—No lo niego.

—Y Baisemeaux cómplice.

—¿Por qué no? Peores los hay: ¿De modo que puedo contar mañana con las cincuenta mil libras?

—Las deseáis esta noche?

—Mejor será, porque quiero salir temprano, y ese pobre Baisemeaux, que no sabe lo que ha sido de mí, estará sobre ascuas.

—Tendréis la cantidad dentro de una hora. ¡Ah, Herblay! El interés de vuestras ciento cincuenta mil libras no pagará jamás mis cuatro millones —dijo Fouquet levantándose.

—¿Por qué no, monseñor?

—Buenas noches, tengo que hacer con los dependientes antes de acostarme.

—Buenas noches, monseñor.

—Me deseáis un imposible, Herblay.

—¿Tendré las cincuenta mil libras esta noche?

—Seguramente.

—Pues, dormid descuidado, os lo digo yo.

—¡Buenas noches, monseñor!

No obstante el tono de seguridad con que dijo estas palabras, Fouquet salió moviendo la cabeza y dando un suspiro.

## Capítulo XXII

---

### Las cuentas del señor Baisemeaux de Montlezun

Daban las siete en San Pablo cuando Aramis, a caballo y en traje de paisano; es decir, vestido de color, con un cuchillo de caza por toda distinción, pasaba por la calle del Petit-Muse e iba a parar frente a la calle Tournelles, a la puerta del castillo de la Bastilla.

Dos funcionarios la guardaban. No pusieron ninguna dificultad en admitir a Aramis, que entró a caballo como estaba, y lo condujeron a lo largo de un pasadizo por el que se llegaba a la verdadera entrada, esto es, al puente levadizo. El centinela del cuerpo de guardia exterior detuvo a Aramis.

Aramis, con su finura acostumbrada, explicó que la causa que allí lo llevaba era el deseo de hablar al señor Baisemeaux de Montlezun.

El primer centinela llamó al otro, colocado en un puesto interior. Este asomó la cabeza a su tronera, y miró muy atentamente al recién llegado.

Aramis reiteró la expresión de su deseo.

El centinela llamó a un sargento que se paseaba en un patio bastante espacioso, y que, enterado de lo que se trataba, fue en busca de un oficial de la plaza mayor del alcaide:

Este último, después de haber oído la petición de Aramis, le rogó que esperase un momento; dio unos pasos, y volvió a preguntarle su nombre.

—No puedo deciroslo, señor —dijo Aramis—. Sabed tan sólo que tengo cosas de tal importancia que comunicar al señor alcaide, que puedo responder de antemano a una; y es que, el señor Baisemeaux quedará encantado de verme. Con tal que le digáis que aquí está la persona a quien espera el 1.<sup>o</sup> de junio, bastará para que él mismo venga al instante.

El oficial no podía explicarse que un hombre tan importante como el señor

alcaide se molestase por otro tan poco importante como parecía ser aquel paisano a caballo.

—Feliz, casualidad, señor. Justamente, el señor alcaide se prepara a salir; ved enganchada su carroza, en el patio de la alcaldía; de suerte que no tendrá necesidad de venir a buscaros, sino que os verá al pasar.

Aramis hizo con la cabeza una señal de asentimiento, porque no quería dar de sí mismo una idea demasiado alta; esperó, pues, con paciencia y en silencio, inclinado sobre los arzones del caballo.

No habían transcurrido diez minutos, cuando se movió la carroza del alcaide, acercándose a la puerta. El alcaide salió y montó en el carruaje.

Entonces se hizo la misma ceremonia para el señor de la casa que para un extraño sospechoso; el centinela del puesto se adelantó en el mismo momento en que la carroza iba a pasar bajo la bóveda, y el alcaide abrió la portezuela para obedecer el primero la consigna.

De este modo pudo convencerse el soldado de que nadie salía fraudulentamente de la Bastilla.

La carroza rodó bajo la bóveda, pero, en el instante en que se abría la verja, el oficial se acercó a la carroza, detenida por segunda vez, y dijo unas palabras al alcaide. Este sacó entonces la cabeza por la portezuela y vio a Aramis a caballo en la extremidad del puente levadizo.

Al instante dio un grito de alegría, y salió, o mejor, se lanzó de la carroza, corriendo a estrechar las manos de Aramis, dándole mil excusas. Poco faltó para que se las besase.

—¡Qué de impedimentos para entrar en la Bastilla, señor alcaide! ¡Pasa lo mismo para aquellos a quienes envían contra su voluntad, como para los que vienen voluntariamente?

—¡Perdón, perdón! ¡Ah, monseñor! ¡Qué alegría tengo en ver a Su Ilustrísima!

—¡Chito! ¡En eso pensáis, amigo Baisemeaux? ¡Qué queréis que se piense al ver a un obispo en el traje en que estoy?

—¡Ah! ¡Perdón, no pensaba en eso. El caballo de este señor a la cuadra — gritó Baisemeaux.

—¡No, no! —dijo Aramis—, cáspita!

—¿Por qué?

—Porque hay cinco mil doblones en el portamanteo.

El semblante del alcaide se puso tan radiante, que si lo hubiesen visto los presos habrían podido, creer que le enviaban algún príncipe de la sangre.

—Sí, tenéis razón; a la alcaldía el caballo. ¡Queréis que subamos en el coche para ir hasta allí?

—¡En coche para atravesar un patio...! ¡Me creéis tan flojo? No, a pie, señor alcaide, a pie.

Entonces le ofreció Baisemeaux su brazo como apoyo; pero el prelado no hizo uso de él. De este modo llegaron a la alcaldía, Baisemeaux frotándose las manos y mirando a hurtadillas el caballo, y Aramis contemplando las murallas negras y desnudas.

Un vestíbulo muy espacioso y una escalera recta de piedras blancas, conducían a las habitaciones de Baisemeaux.

Este atravesó la antesala y el comedor, donde se disponía el desayuno, abrió una puertecilla oculta, y se encerró con su huésped en un gran gabinete, cuyas ventanas se abrían oblicuamente sobre los patios y las cuadras.

Baisemeaux instaló al obispo con esa obsequiosa urbanidad cuyo secreto sólo conocen un pobre hombre o un hombre agradecido.

Sillón de brazos, cojín bajo los pies, y mesa giratoria para apoyar la mano, todo lo preparó el alcaide.

También colocó sobre aquella mesa, con religioso cuidado, el saco de oro que uno de los soldados había subido con no menos respeto que un cura lleva el Santísimo Sacramento.

El soldado salió. Baisemeaux fue a cerrar la puerta, corrió una cortina de la ventana, y fijó los ojos en Aramis a fin de ver si le faltaba algo.

—Monseñor —dijo sentándose—, continuáis siendo el más fiel de los hombres de palabra.

—En negocios, amigo señor Baisemeaux, la exactitud no es virtud, sino simple deber.

—Sí, ya comprendo; mas éste no es un negocio que hacéis conmigo, monseñor, sino un servicio que me prestáis.

—Vamos; confesad que, a pesar de mi exactitud, habéis estado inquieto.

—Por vuestra salud, sí, ciertamente —balbuceó Baisemeaux.

—Quise venir ayer, pero no pude; estaba muy cansado. Baiserneaux se apresuró a meter otro cojín bajo los riñones de su, huésped.

—Pero —repuso Aramis— me prometí venir a veros hoy muy temprano.

—Sois excelente, monseñor.

—Y no me ha salido bien la diligencia, según creo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, ibais a salir. Baisemeaux se encendió.

—En efecto... salía.

—Luego os estorbo.

La turbación de Baisemeaux fue notable.

—Os estorbo —continuó fijando su mirada incisiva sobre el pobre alcaide—. Si hubiera, sabido esto no habría venido.

—¡Ah, monseñor! ¿Cómo podéis creer que me estorbéis nunca?

—Confesad que ibais en busca de dinero.

—No —balbuceó Baisemeaux—, os lo aseguro; iba...

—¡El señor alcaide va a casa del señor Bouquet! —gritó desde abajo la voz del mayor.

Baisemeaux corrió como loco a la ventana.

—¡No, no! —gritó como un desesperado—. ¿Quién diantres habla del señor Fouquet? ¿Están borrachos? ¿Por qué se me incomoda cuando estoy ocupado?

—¿Ibais a casa del señor Fouquet? —preguntó Aramis pelliczándose los labios

—. ¿A casa del abate o del superintendente?

Baisemeaux tenía ganas de mentir, pero le faltó valor, y dijo:

—A casa del superintendente.

—Luego teníais necesidad de dinero cuando ibais a casa de quien lo da.

—No tal, monseñor.

—Desconfiáis de mí.

—Monseñor, la sola incertidumbre, la sola ignorancia del lugar en que habitáis...

—¡Oh! Hubieseis tenido dinero en casa del señor Fouquet, que es hombre que tiene la mano abierta.

—Os juro que jamás me hubiera atrevido a pedir dinero al señor Fouquet. Iba a preguntarle vuestra dirección, nada más.

—¿Mi dirección en casa del señor Fouquet? —exclamó Aramis abriendo a pesar suyo los ojos.

—Indudablemente —dijo Baisemeaux turbado por la mirada del obispo—; en casa del señor Fouquet.

—Ningún mal hay en eso, querido Baisemeaux; mas os pregunto, ¿por qué ibais a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet?

—Para escribirlos.

—Comprendo —dijo Aramis sonriendo—; pero no es esto lo que yo quería decir; pregunto por qué ibais precisamente a casa del señor Fouquet a preguntar por mi dirección.

—¡Ah! —murmuró Baisemeaux—. Perteneciendo Belle-Île al señor Fouquet...

—¿Y qué?

—Belle-Île, que es de la diócesis de Vannes... y como sois obispo de Vannes...

—¡Querido Baisemeaux!, ya que sabíais que yo era obispo de Vannes, no teníais necesidad de ir a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet.

—En fin, monseñor —dijo Baisemeaux en el mayor aprieto—, ¿he cometido alguna indiscreción? En ese caso, os pido perdón.

—¡Bah! ¿Y en qué había de consistir esa indiscreción? —preguntó tranquilamente Aramis.

Y al mismo tiempo que serenaba su rostro y sonreía al alcaide, Aramis se preguntaba cómo Baisemeaux, que desconocía su dirección, sabía no obstante

que Vannes era su residencia.

—*Yo aclararé esto*, dijo para sí. Y enseguida añadió en voz alta:

—Vamos, mi apreciable alcaide, ¿queréis que hagamos nuestras cuentas?

—Estoy a vuestras órdenes, monseñor; pero antes decidme.

—¿Qué?

—¿No me haréis el honor de almorzar conmigo, como de costumbre?

—Si tal; con sumo gusto.

Baisemeaux dio tres golpes en un timbre.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Aramis.

—Que alguien almuerza conmigo, y que obren en consecuencia.

—¡Diantre, y dais tres golpes! Me parece, querido alcaide, que empleáis cumplimientos.

—¡Oh! Es lo menos que puedo hacer.

—¿Y a propósito de qué?

—Porque no existe príncipe que haya hecho por mí lo que vos hacéis.

—Vaya, hablemos de otra cosa. Decidme, ¿hacéis negocio en la Bastilla?

—Ciertamente.

—¿Cuánto de cada preso?

—No mucho.

—¡Diantre!

—El cardenal Mazarino no era bastante duro.

—¡Ah, sí! Nuestro antiguo cardenal necesitaba una alcaldía suspicaz.

—Sí, en tiempo de aquél todo marchaba bien. Aquí hizo su fortuna el hermano de Su Eminencia.

—Creedme, alcaide —dijo Aramis acercándose—, un rey joven vale tanto como un cardenal viejo. La juventud tiene sus desconfianzas, sus cóleras, sus pasiones, como la vejez tiene sus odios, sus precauciones y recelos. ¿Habéis pagado los tres años de beneficios a Louvière y a Tremblay?

—¡Oh! Sí.

—De modo que sólo os resta darles las cincuenta mil libras que os traigo?

—Sí.

—Así, ¡no ha habido economías?

—¡Ah, monseñor! Dando cincuenta mil libras a esos señores, os juro que les doy todo lo que gano. Esto era lo que ayer decía al señor de D'Artagnan.

—¡Ah! —exclamó Aramis, cuyos ojos brillaron un instante—. ¡Ayer visteis a D'Artagnan? ¿Y cómo está ese querido amigo?

—Perfectamente.

—¿Y qué era lo que le decíais?

—Le decía —prosiguió el alcaide sin percibir su aturdimiento— que yo alimentaba muy bien a mis presos.

—¿Cuántos tenéis? —preguntó Aramis.

—Sesenta.

—¡Buena cifra!

—¡Ay! En otro tiempo había más de doscientos.

—Al fin, un mínimo de sesenta. No hay mucho de qué quejarse.

—Sin duda, porque a cualquiera otro que no fuese yo, cada uno debía rentar ciento cincuenta doblones.

—¡Ciento cincuenta doblones!

—Sí, calculad: por un príncipe de la sangre, por ejemplo, tengo cincuenta libras cada día.

—Pero no tenéis ningún príncipe de la sangre, supongo —dijo Aramis con un ligero temblor en la voz.

—¡No, gracias a Dios! Es decir, no, desgraciadamente.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Sin duda; eso me sería lucrativo.

—Es cierto. Con que un príncipe de la sangre cincuenta libras.

—Sí. Por un mariscal de Francia, treinta y seis libras.

—Pero tampoco tenéis ahora mariscal de Francia, ¿eh?

—¡Ay, no! Ciento es que los tenientes generales y los brigadieres son a veinticuatro libras, pero sólo tengo dos.

—¡Ah! ¡Ah!

—Por tanto, siguen los consejeros del Parlamento, que producen quince libras.

—Y cuántos tenéis?

—Cuatro.

—Ignoraba que los consejeros fuesen de tanto provecho —dijo Aramis.

—Sí, pero de quince libras voy a parar inmediatamente a diez.

—A diez?

—Sí; por un juez ordinario, por un abogado, por un eclesiástico, diez libras.

—Y tenéis siete? ¡Excelente negocio!

—No, malo.

—En qué?

—¿Cómo queréis que no trate a esos desgraciados, que al fin son alguna cosa, como a un consejero del Parlamento?

—En efecto, tenéis razón; no veo cinco libras de diferencia entre ellos.

—Ya lo veis; si tengo un buen pescado, siempre lo pago a cuatro o cinco libras; si un buen pollo, me cuesta libra y media; alimento muy bien a los habitantes del corral, pero necesito comprar grano, y no podéis imaginaros el ejército de ratas que tenemos aquí.

—Y por qué no le oponéis una media docena de gatos?

—¡Ah! Sí; pero me he visto precisado a renunciar a ellos; juzgad cómo tratarían el grano. He tenido que tomar hurones, que hice venir de Inglaterra,

para estrangular las ratas; pero los perros tienen un apetito feroz, y tragan tanto como un prisionero de quinto orden, sin contar con que algunas veces me estrangulan los conejos y los pollos.

¿Escuchaba o no escuchaba Aramis? Nadie hubiese sabido decirlo; sus ojos bajos indicaban al hombre atento, pero su mano inquieta anunciaba al hombre absorto.

Aramis meditaba.

—Os decía, pues —prosiguió Baisemeaux—, que un pollo mediano me costaba libra y media, y un buen pescado cuatro libras; en la Bastilla se hacen tres comidas; y, como los presos no tienen ocupación, siempre comen; un hombre de diez libras me cuesta siete y diez sueldos.

—Pero ¿no me decíais que tratabais a los de diez libras como a los de quince?

—Sí.

—Luego os ganáis siete libras y diez sueldos en los de quince libras.

—Es preciso compensar... —dijo Baisemeaux, que comprendió se había dejado coger.

—Tenéis razón, querido alcaide. Pero ¿no tenéis prisioneros de menos de diez libras?

—Ciertamente, los procuradores y los plebeyos.

—¿A cuánto?

—A cinco libras.

—¿Y qué comen?

—Vaya! Ya comprenderéis que no se les dará todos los días un pollo asado ni vinos de España a cada comida; pero, en fin, siempre ven un buen plato tres veces a la semana.

—Eso es filantropía, querido alcaide, y debéis arrumaros.

—No; cuando el de quince libras no acaba su pollo o el de diez deja un buen pedazo, se lo envío al de cinco libras; esto es un regalo para el infeliz diablo. ¿Qué queréis? Es preciso ser caritativo.

—¿Y cuánto sacáis de los de cinco libras?

—Treinta sueldos.

—Vamos, sois un hombre honrado.

—Gracias.

—No; lo digo de verdad.

—Gracias, monseñor; pero creo que tenéis razón. ¿Sabéis por qué sufro?

—Pues por los plebeyos y los letrados, tasados en tres libras. Estos no ven muchas veces carpas del Rin ni sollas de la Mancha.

—Pues no dejan nada los de cinco libras?

—¡Oh! Monseñor, no soy un ladrón; colmo de honor al plebeyo y al letrado dándole un ala de perdiz, un filete de corzo, un pedazo de pastel trufado, manjares que no han visto jamás sino en sueños; al fin, son los restos de las

veinticuatro libras, pero comen, beben y gritan: « ¡Viva el rey! » , bendiciendo la Bastilla; con dos botellas de un vinillo de Champagne que compro a cinco sueldos, les emborracho todos los domingos. ¡Oh! Me bendicen, echan de menos la prisión cuando salen de ella. ¿Sabéis lo que he notado?

—No, en verdad.

—He notado... ¿Sabéis que éste es un honor para mi casa? Pues bien, he notado que ciertos presos libertados se han hecho encarcelar otra vez inmediatamente. ¿Por qué sería, sino por disfrutar de mi cocina?

Aramis sonrió con aire de duda.

—¿Sonreís?

—Sí.

—Os aseguro que hemos registrado nombres tres veces en el espacio de dos años.

—Necesitaría ver eso para creerlo.

—¡Oh! Puede verse, aunque esté prohibido participar los registros a los extraños.

—Lo creo.

—Pero vos, monseñor, si queréis verlo por vuestros propios ojos... Confieso que me gustaría.

—¡Pues sea!

Baisemeaux abrió un armario y sacó un gran registro.

Aramis lo siguió ávidamente con los ojos.

Baisemeaux volvió, puso el registro sobre la mesa, lo hojeó un instante, y se detuvo en la letra M.

—Aquí tenéis —dijo—; mirad.

—¿Qué?

—Martinier, enero 1659. Martinier, junio 1660. Martinier, marzo 1661; libelos, mazarinadas, etc. Ya comprenderéis, que esto sólo es un pretexto. El compadre iba a denunciarse a sí propio a fin de que lo *embastillaran*.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de volver a comer de mi cocina por tres libras.

—¡Por tres libras! ¡Infeliz!

—Sí, monseñor; el poeta se halla en el último grado, y tiene cocina de plebeyo y de letrado.

Y Aramis volvía maquinalmente las hojas del registro, leyendo sin parecer interesarse por los nombres que leía.

—¡Ah! ¡Seldón! —exclamó de pronto—. Me parece que conozco este nombre. ¿No fuisteis vos quien me habló de un joven...?

—Sí, sí! Un pobre diablo de estudiante que hizo... ¿Cómo llamáis a esos dos versos latinos que suenan bien?

—Un distico.

—Eso es.

—¡Infeliz! ¡Por un distico! ¡Diablo! ¿Sabéis que el distico era contra los jesuitas?

—Es igual; el castigo me parece duro.

—El año pasado me parece que os interesasteis por él.

—Sin duda.

—Y como vuestro interés es aquí omnipotente, desde aquel día lo trato como a los de quince libras.

—¿Cómo a éste? —dijo Aramis, que se había detenido en uno de los nombres que seguían al de Martinier.

—Cabalmente, como a ése.

—¿Es un italiano este Marchiali? —preguntó Aramis, señalando con el dedo el nombre que había llamado su atención.

—¡Chito! —murmuró Baisemeaux.

—¡Cómo chito! —dijo Aramis crispando involuntariamente su blanca mano.

—Creo haberlos hablado ya de este Marchiali.

—No, esta es la primera vez que oigo pronunciar su nombre.

—Es posible; os habré hablado sin nombrároslo.

—¿Es un viejo pescador? —dijo Aramis tratando de sonreír.

—Por el contrario, es muy joven.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Tan grande su crimen?

—¡Imperdonable!

—¿Ha asesinado?

—¡Bah!

—¿Ha incendiado?

—¡Bah!

—¿Ha calumniado?

—¡Bah! Es el que...

Y Baisemeaux acercóse al oído de Aramis; haciendo con sus manos una trompeta acústica.

—Es el que se permite parecerse.

—¡Ah! Sí, sí —dijo Aramis—. Efectivamente, ya me hablasteis el año pasado de él; pero me había parecido tan ligero el crimen.

—¡Ligero!

—O más bien, tan involuntario...

—Monseñor, tal semejanza no se sorprende involuntariamente.

—En fin, lo había olvidado. Pero me parece que nos llaman —observó Aramis— cerrando el registro.

Baisemeaux encerró éste en el armario, y se guardó la llave en el bolsillo.

—¿Queréis que almorcemos, monseñor? Porque, en efecto, nos llaman para almorcizar.

—Cuando gustéis, mi querido alcaide.  
Y pasaron al comedor.

## Capítulo XXIII

---

### El almuerzo del señor Baisemeaux

Aramis solía ser sobrio; pero esta vez hizo honor al almuerzo de Baisemeaux, que, por otra parte, era excelente.

Este estaba contentísimo; el aspecto de los cinco mil doblones, hacia los cuales volvía de cuando en cuando los ojos, ensanchaba su corazón y, de vez en cuando, miraba a Aramis con dulce enternecimiento.

Este se repantigaba en su silla y tomaba algunas gotas, de vino que saboreaba como buen catador.

—Que no vuelvan a hablarme mal de la Bastilla —dijo secamente guiñando los ojos—. ¡Felices los presos que tengan al día media botella de Borgoña!

—Todos los de a quince francos lo beben —contestó Baisemeaux.

—¿De suerte que nuestro pobre escolar, nuestro pobre Seldón, no lo prueba?

—¡No, no!

—Creo haberlos oido decir que era de los de quince libras.

—¡El! ¡Nunca! Un hombre que hace discos... ¿Cómo dijisteis?

—Dísticos, dije.

—¡A quince libras! Su vecino sí que las paga.

—¿Su vecino?

—Su vecino.

—¿Cuál?

—El otro; el segundo Bertaudiere.

—Perdonad, mi querido alcaide, pero habláis una lengua que necesita cierto aprendizaje.

—Es cierto: Segundo Bertaudiere quiere decir el que ocupa el segundo piso de la torre de la Bertaudiere.

—De suerte que Bertaudiere es el nombre de una de las torres de la Bastilla.  
—En efecto, he oido decir que cada torre tiene su nombre. ¿Dónde está ésa?  
—Mirad —contestó Baisemeaux yendo hacia la ventana—, es aquélla, la segunda de la izquierda.

—¡Ah! ¡Ahí está el preso de quince libras?  
—¿Cuánto tiempo hace?  
—¡Diablo! Siete u ocho años, poco más o menos.  
—¡Poco más o menos! ¿No sabéis fijamente las fechas?  
—Eso no era en mi tiempo, mi querido señor de Herblay.  
—Pero Louvière o Tremblay pudieron instruiros.  
—¡Oh, mi querido señor...! Perdón, perdón, monseñor.  
—No hagáis caso de eso. Decíais...  
—Decía que los secretos de la Bastilla no se transmiten con la llave de su alcaldía.

—¡Ah! ¿De modo que es un misterio ese preso, un secreto de Estado?  
—No creo que sea secreto de Estado; pero sí secreto, como todo chanto se hace en la Bastilla.

—Bien —dijo Aramis—; entonces, ¿por qué habláis más libremente de Seldón qué de...?

—¿Que del segundo Bertaudiere? Porque el crimen de un hombre que ha hecho un dístico es menos grande que el de un hombre que se parece al.

—Sí, sí, os comprendo, pero los carceleros...

—¿Qué?

—Hablan con los presos.

—Sin duda.

—Pues, deben entonces haberles dicho que no son culpables.

—Eso dicen siempre; es la fórmula general.

—Sí, mas esa semejanza de que hablabais ahora poco ¿no puede chocar a los carceleros?

—¡Oh, mi querido señor de Herblay! Es necesario ser hombre de Corte, como vos, para ocuparse de todos esos detalles.

—Tenéis mil veces razón, mi querido señor Baisemeaux; una gota más de ese Borgoña, si gustáis.

—Una gota no, un vaso.

—No, no. Vos habéis permanecido mosquetero hasta la punta de las uñas, mientras que yo me hecho obispo. Una gota para mí, y un vaso para vos.

—Corriente.

Aramis y el alcalde bebieron.

—Además —dijo Aramis—, eso que llamáis, una semejanza, otro cualquiera quizá no lo notaría.

—¡Oh, sí! Cualquiera otro que conozca a la persona a que se parece...

—Creo, señor Baisemeaux, que todo eso es ilusión de vuestro espíritu.

—Mi palabra que no.

—Oíd —continuó Aramis—, yo he visto muchas personas parecerse al que decimos; pero no se habla de ello por respeto.

—Sin duda, porque hay parecidos y parecidos; éste es notable, y si lo vierais...

—¿Qué?

—Convendrás en ello.

—Si yo lo viese —repuso Aramis con aire de indiferencia—; pero no lo veré, según toda probabilidad.

—¿Y por qué?

—Porque, con sólo poner el pie en uno de esos espantosos calabozos, me creería encerrado para siempre.

—¡No tal! La habitación es buena.

—¿Cómo que es buena?

—Que no os creo.

—¡Vaya! No habléis mal del segundo Bertaudiere; es una habitación buena, amueblada agradablemente, con su alfombra...

—¡Diantre!

—¡Sí, sí! No ha tenido mala suerte ese mozo; la mejor vivienda de la Bastilla ha sido para él.

—Vamos —dijo fríamente Aramis—; nunca me haréis creer que hay buenas habitaciones en la Bastilla, y en cuanto a las alfombras...

—¿Qué?

—Que sólo existen en vuestra imaginación; yo veo arañas, ratas y hasta sapos.

—¡Sapos? ¡Ah! En los calabozos, no digo.

—Veo pocos muebles y ninguna alfombra.

—¿Sois hombre para convencerlos con vuestros mismos ojos? —preguntó Baisemeaux con entusiasmo.

—¡No! ¡Oh! ¡Pardiez, no!

—Ni aun para aseguraros de ese parecido que negáis como la alfombra?

—¡Algún espectro, alguna sombra! ¡Un desgraciado moribundo!

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Un mozo tan fuerte como el Puente Nuevo!

—¡Melancólico, pálido!

—Os digo que no; un bromista.

—¡Vamos!

—Esa es la palabra; está dicho.

—¡Imposible!

—Venid.

—¿Adónde?

—Conmigo.

—¿Para qué?

—Para dar una vuelta por la Bastilla.

—¿Cómo?

—Veréis, veréis vos mismo, con vuestros propios ojos.

—¿Y los reglamentos?

—No tengáis cuidado. Hoy ha salido mi mayor, el sotoalcaide está de ronda en los baluartes, y somos dueños de casa.

—No, no, mi querido alcaide; sólo de pensar en el ruido de los cerrojos me dan calofríos.

—¡Vamos!

—¿Y si luego me olvidáis en algún tercero o cuarto Bertaudiere...? ¡Cáscaras!

—¿Queréis hacerme reír?

—No, os hablo seriamente.

—Rechazáis una ocasión única. ¿Sabéis que para lograr el favor que os propongo gratis, ciertos príncipes de la sangre han ofrecido hasta cincuenta mil libras?

—¿Conque es eso tan curioso?

—¡El fruto prohibido, monseñor! ¡El fruto prohibido! Vos, que sois de la Iglesia, debíais de saber esto.

—No. Si yo tuviera alguna curiosidad, sería por el pobre escolar del distico.

—Pues lo veremos; precisamente habita el tercero Bertaudiere: ¿Por qué decis precisamente?

—Porque si yo tuviese alguna curiosidad, sería por la hermosa habitación alfombrada y por su locutorio.

—¡Bah! Muebles... una figura insignificante... Eso no tiene interés.

—Un quince libras, monseñor, siempre es interesante.

—Justamente, me olvidaba preguntarlos eso. ¿Por qué quince libras a éste, y sólo tres al pobre Seldón? ¡Ah! Es una cosa admirable esta distinción, y en ella se manifiesta la bondad del rey ...

—¡Del rey! ¡Del rey!

—Del cardenal, quiero decir. «Este desgraciado, dijo para sí Mazarino, está destinado a vivir siempre preso».

—¿Por qué?

—¡Toma! Me parece que su crimen es eterno, y, por tanto, el castigo debe serlo también.

—¡Eterno!

—Sin duda; si no alcanza la fortuna de tener viruelas, ya comprendéis; y aun esto no es fácil, porque no se respiran malos aires en la Bastilla.

—Vuestro razonamiento no puede ser más ingenioso, querido Baisemeaux.

—¿Es cierto?

—Luego queréis decir que, debiendo sufrir, ese desgraciado, sin tregua y sin fin...

—Yo no he dicho sufrir, monseñor; un quince libras no sufre.

—Sufrir, al menos, la prisión.

—Sin duda, es una fatalidad; pero se le dulcifica este sufrimiento. Finalmente, tendréis que convenir en que ese galopín no había venido al mundo para comer las cosas que come. ¡Pardiez! Mirad, aquí tenemos este pastel intacto, y estos cangrejos que apenas hemos tocado, cangrejos del Marne, grandes como langostas. Pues bien, todo esto va a tomar el camino del segundo Bertaudiere, con una botella de ese vino que os parece tan excelente. Cuando lo veáis, espero que no dudareis.

—No, mi querido alcaide, no; pero, con todo, sólo pensáis en un bienaventurado quince libras; olvidando siempre al desgraciado Seldon, mi protegido.

—Por consideración a vos, hoy será día de fiesta para él, y tendrá bizcochos y confituras, con una botella de Oporto.

—Sois un buen hombre; os lo repito.

—Vamos, vamos —dijo el alcaide, un poco aturdido, mitad por el vino y mitad por los elogios de Aramis.

—Hago esto sólo por complaceros —dijo el obispo.

—¡Oh! Ya me daréis las gracias.

—Pues, vamos.

—Esperad que llame al llavero. Baisemeaux dio dos golpes; un hombre apareció.

—¡Voy a las torres! —exclamó el alcaide—. Nada de guardias, ni de tambores... ¡En fin, nada de ruido!

—Si no dejara aquí la capa —repuso Aramis afectando miedo—, creería que iba a la cárcel por mi propia cuenta.

El llavero precedió al alcaide; Aramis tomó la derecha; los soldados que andaban por el patio se cuadraron al paso del alcaide.

Baisemeaux hizo subir a su huésped varios escalones que conducían a una especie de explanada; de allí pasaron al puente levadizo, en el cual recibieron al alcaide los centinelas y lo reconocieron.

—Señor —dijo entonces el alcaide, dirigiéndose a Aramis, y hablando de suerte que los centinelas oyesen sus palabras—, tenéis buena memoria, ¿no es verdad?

—¿Por qué lo decis? —dijo Aramis.

—Por vuestros planos y medidas, pues ya sabéis que no es permitido, ni aun a los arquitectos, entrar en las prisiones con papel, pluma o lápiz.

« Bien —dijo Aramis para sí—; parece que yo soy arquitecto. ¿Será esto

alguna otra burla de D'Artagnan, que me vio de ingeniero en Belle-Île?».

Luego, añadió en voz alta:

—Tranquilizaos, señor alcaide; en nuestro oficio bastan el golpe de vista y la memoria. Baisemeaux no pestañeó, y los soldados tomaron a Aramis por lo que parecía ser.

—Ea, vamos primero a la Bertaudiere —dijo Baisemeaux, siempre con la intención de que los centinelas lo oyieran.

—Vamos —respondió Aramis.

—Aprovecha la ocasión —dijo el alcaide al llavero— para llevar al número 2 la comida que he designado.

—El número 3, mi querido señor Baisemeaux, el número 3, que siempre lo olvidáis.

—Es cierto. Subieron.

Los cerrojos, llaves y rejas que había para este solo patio, hubiesen bastado para la seguridad de la ciudadela entera.

Aramis no era un soñador ni un hombre sensible; había hecho versos en su juventud; mas tenía seco el corazón, como todo hombre de cincuenta y cinco años que ha amado mucho a las mujeres, o mejor, que ha sido muy amado por ellas.

Pero, cuando colocó el pie sobre los escalones de piedra gastados por donde pasarán tantos desdichados; cuando se sintió impregnado en la atmósfera de aquellas obscuras bóvedas, humedecidas de lágrimas, sin duda se estremeció, porque inclinó la frente, se turbaron sus ojos y siguió a Baisemeaux sin decir palabra.

## Capítulo XXIV

---

El segundo de la Bertaudière

En el segundo piso, sea por fatiga o por emoción, faltó la respiración al visitante, y se arrimó a la pared.

—¿Queréis comenzar por éste? —dijo Baisemeaux—. Ya que vamos ir de uno a otro, poco importa que subamos del segundo al tercer o al contrario. Además, también hay que hacer algunas reparaciones en este cuarto —añadió al distinguir al carcelero que estaba al alcance de su voz.

—¡No, no! —exclamó Aramis—. Primero arriba, señor alcaide, que es lo que precisa más.

Y continuaron subiendo.

—Pedid las llaves al carcelero —dijo en voz baja Aramis.

—Con sumo gusto.

Baisemeaux abrió la puerta de la tercera sala. El llavero entró el primero, y puso sobre la mesa las provisiones que le había encargado el bueno del alcaide.

Y salió inmediatamente. El preso no había hecho ningún movimiento. Entonces entró Baisemeaux, en tanto que Aramis se quedaba a la puerta. Desde ella vio a un joven, un niño de dieciocho años, que, levantando la cabeza al oír el ruido inusitado, se tiró de la cama viendo al alcaide, y exclamó juntando las manos:

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Tanto dolor expresaba el acento de este joven, que Aramis se estremeció a pesar suyo.

—Mi querido huésped —dijole Baisemeaux sonriendo os traigo una distracción y un extraordinario; una para el espíritu, el otro para el cuerpo; este señor viene a tomar algunas medidas, y aquí tenéis confituras para los postres.

—¡Oh señor! —dijo el joven—. Dejadme solo durante un año, alimentadme de pan y agua, pero decidme que transcurrido un año saldré de aquí y volveré a vera mi madre.

—Pero, querido —dijo Baisemeaux—, os he oído decir que vuestra madre era muy pobre, y que no estabais muy bien alojado en su casa, mientras que aquí, ¡caramba!

—Si es pobre, razón de más para que le vuelvan su sostén; mal alojado, decís; ¡oh!, siempre se está bien cuando uno es libre.

—En fin, ya que decís que no habéis hecho más que ese desgraciado distico...

—¡Y sin intención alguna, os lo juro! Yo leía a Marcial cuando concebí la idea. ¡Oh!

Que me castiguen, que me corten la mano con que lo escribí, yo trabajaré con la otra; pero que me devuelvan a mi madre.

—Hijo mío —repuso Baisemeaux—, ya sabéis que eso no depende de mí; yo no puedo hacer más que aumentaros un bizcocho entre dos platos.

—¡Dios mío! —exclamó el joven echándose a rodar por el suelo. Incapaz Aramis de soportar por más tiempo aquella escena, se retiró al descansillo.

—¡Infeliz! —murmuró en tono bajo.

—¡Oh! Sí, señor, muy desgraciado; pero la culpa es de sus padres.

—¡Cómo!

—Sin duda... ¿Por qué le han hecho aprender latín? Ya veis que la mucha ciencia perjudica; yo no sé leer ni escribir... y por eso no estoy en prisión.

Aramis miró a aquel hombre, que llamaba no estar en prisión ser carcelero de la Bastilla.

En cuanto a Baisemeaux, viendo el poco efecto de sus consejos y de su vino de Oporto, salió todo turbado.

—¡Eh; eh! ¡La puerta, la puerta! —dijo el carcelero—. Os olvidáis de cerrar la puerta.

—Es cierto —dijo Baisemeaux—. Toma, ahí tienes las llaves.

—Yo pediré el perdón de ese niño —dijo Aramis.

—Y si no lo alcanzáis —dijo Baisemeaux—; pedid por lo menos que lo eleven a diez libras, con lo cual ganaremos los dos.

—Si el otro preso llama también a su madre, prefiero no entrar, y tomaré desde fuera las medidas convenientes.

—¡Oh! No tengáis miedo, señor arquitecto —dijo el carcelero—; éste es dulce como un cordero; para llamar a su madre sería preciso que hablase, y no habla nunca.

—Vamos, entonces —dijo Aramis sordamente.

—¿Sois arquitecto de las cárceles? —dijo el llavero.

—¿Y no estáis acostumbrado a estas cosas? ¡Es sorprendente! Aramis

comprendió que para no inspirar sospechas era preciso ejercitar todas sus fuerzas. Baisemeaux abrió la puerta y dijo al llavero:

—¡Quédate fuera, y aguárdanos abajo!

El hombre obedeció, y se retiró. Entonces se vio, entre la luz que entraba por la ventana enrejada de la sala, a un hermoso joven, de pequeña estatura, pelo corto y barba ya naciente; estaba sentado en un escabel, con el codo en un sillón que le servía de apoyo.

Su traje, echado sobre la cama, era de fino terciopelo negro, y él aspiraba el aire fresco que penetraba en su pecho cubierto con una camisa de la mejor batista.

Cuando el alcaide entró, el joven volvió la cabeza con un movimiento lleno de abandono, y al reconocer a Baisemeaux se levantó y saludó cortésmente.

Pero, cuando sus ojos volvieron hacia Aramis, que estaba en la sombra éste se estremeció; palideció, y el sombrero que tenía en la mano se le escapó, como si todos sus músculos se hubieran distendido a la vez.

Habituado Baisemeaux a la presencia de su prisionero, parecía no participar de ninguna de las sensaciones de Aramis; depositó sobre la mesa el pastel y los cangrejos, como hubiera podido hacer el más celoso servidor. Así ocupado, no advirtió la turbación de su huésped.

Al terminar, dijo al joven preso:

—Buena cara tenéis. ¿Cómo va?

—Muy bien, gracias —respondió el joven.

Aquella voz trastornó a Aramis. A pesar suyo avanzó un paso, con labios trémulos. Fue tan visible este movimiento, que no pudo escapar a Baisemeaux.

—He aquí un arquitecto que va a examinar la chimenea —dijo el alcaide—. ¿Echa humo?

—Nunca, señor.

—Decíais que no podía ser feliz un preso —dijo Baisemeaux, frotándose las manos—, sin embargo, aquí hay uno que lo es, y que no se queja. ¿Es cierto?

—Nunca.

—¡No os aburrís! —dijo Aramis.

—Nunca.

—¿Qué tal? —dijo Baisemeaux—. ¿Tenía yo razón?

—¡Toma! ¡Qué queréis, mi querido alcaide, menester es rendirse a la evidencia! ¿Se permite hacerle preguntas?

—Cantas queráis.

—Pues, hacedme el favor de preguntarle si sabe por qué está aquí.

—El señor me encarga os pregunte —dijo Baisemeaux— si conocéis la causa de vuestra detención.

—No, señor —dijo el joven—; no la conozco.

—¡Es imposible! —dijo Aramis—. Si la ignorarais, estaríais furioso.

—Lo estuve en los primeros días.

—¿Por qué no ya?

—Porque he reflexionado.

—¡Es extraño! —murmuró Aramis.

—¿No es verdad que es sorprendente? —dijo Baisemeaux.

—¿Y en qué habéis reflexionado? —preguntó Aramis—. ¿Puede saberse?

—En que no habiendo hecho ningún crimen, Dios no puede castigar.

—Pero ¿qué es la prisión —preguntó Aramis— sino un castigo?

—¡Ay! —dijo el joven—. Yo no sé; todo cuanto puedo deciros es que es todo lo contrario de lo que yo temía hace siete años.

—Al oíros y ver vuestra resignación, está uno tentado a creer que amáis la cárcel.

—La soporto.

—¿Con la certeza de ser libre algún día?

—No tengo certeza, señor; esperanza, nada más; y no obstante, cada día, lo confieso, se pierde esa esperanza.

—¿Y por qué no habéis de ser libre, habiéndolo sido ya?

—Esa es precisamente la razón que me impide esperar la libertad —respondió el joven—. ¿Por qué me habían de encarcelar teniendo intención de dejarme libre más tarde?

—¿Qué edad tenéis?

—No sé.

—¿Cómo os llamáis?

—He olvidado el nombre que me daban.

—¿Vuestros padres?

—Nunca los he conocido.

—Pero ¿y a los que os han criado?

—No me llamaban más que hijo.

—¿Amabais a alguien antes de venir aquí?

—A mi nodriza y a mis flores.

—¿Es eso todo?

—También amaba a mi criado.

—¿Echáis de menos esa nodriza y ese criado?

—Mucho lloré cuando fallecieron.

—¿Murieron antes o después de encerráros?

—La víspera del día en que me robaron.

—¿Los dos a un tiempo?

—Los dos a un tiempo.

—¿Y cómo os robaron?

—Un hombre llegó en busca mía, me hizo subir en una carroza, y me condujo aquí.

—¿Reconoceríais a ese hombre?

—Llevaba una máscara.

—¿No es extraordinaria esta historia? —dijo en voz baja Baisemeaux a Aramis.

Este apenas podía respirar.

—Sí, extraordinaria —murmuró.

—Pero lo más extraordinario todavía es que jamás me ha dicho tanto como a vos ahora.

—Quizá será porque no le habéis preguntado —dijo Aramis.

—Es posible; yo no soy curioso —respondió el alcaide—. Por lo demás, ya veis qué hermosa es la sala, ¿no?

—Muy hermosa.

—Una alfombra...

—Soberbia.

—Apuesto a que no tenía otra semejante antes de venir aquí.

—Lo creo.

Luego, volviéndose hacia el joven:

—¿No recordáis haber sido visitado nunca por alguien? —preguntó Aramis.

—¡Oh! Si tal; tres veces por una mujer, que cada vez se paraba en coche a la puerta, y entraba cubierta con un velo que nunca alzó sino cuando estábamos solos y encerrados.

—¿Y os acordáis de esa mujer?

—Sí.

—¿Qué os decía?

—Me preguntaba lo mismo que vos; si era dichoso y si me aburría.

—¿Y cuando llegaba o se marchaba?

—Me cogía en sus brazos y me estrechaba contra su pecho.

—La recordáis?

—Perfectamente.

—Digo si recordáis bien las facciones de su semblante.

—Sí.

—Luego la reconoceríais si la casualidad os la pusiere delante u os condujese a ella...

—¡Oh! Ciertamente que sí.

Un relámpago de satisfacción pasó por la frente de Aramis.

En aquel momento oyó Baisemeaux al llavero que subía.

—¿Queréis que salgamos? —preguntó vivamente a Aramis. Probablemente, ya sabía éste todo lo que quería saber.

—Cuando gustéis —dijo.

El joven violes disponerse a salir, y les saludó cortésmente. Baisemeaux respondió con una simple inclinación de cabeza. Aramis, teniendo respeto a la

desgracia, saludó profundamente al prisionero. Salieron. Baisemeaux cerró la puerta.

—Y bien —preguntó Baisemeaux en la escalera—, ¿qué decís de todo esto?

—He descubierto el secreto, mi querido alcaide.

—¡Bah! ¿Y qué secreto es ése?

—En aquella casa se cometió un asesinato.

—¡Vamos!

—¿Os olvidáis de la nodriza y el criado muertos el mismo día?

—¿Y qué?

—Veneno.

—¡Ah! ¡Ah!

—¿Qué decís?

—Que podría muy bien ser cierto. ¡Qué! ¿Sería un asesino este joven?

—¿Y quién os dice eso? ¿Cómo queréis que el pobre niño sea un asesino?

—Eso es lo que yo decía.

—El crimen se cometió en su casa; eso basta; quizá vio él a los criminales y temen que hable.

—¡Demonio! ¡Si yo supiera eso!

—Redoblaría la vigilancia.

—¡Oh! No tiene la menor traza de querer evadirse.

—¡Oh! No conocéis a los presos.

—¿Tiene libros?

—Nunca; prohibición absoluta de dárselos.

—¿Absoluta?

—De puño y letra del señor Mazarino.

—¿Y tenéis esa nota?

—Sí, monseñor. ¿Quereréis verla al ir a recoger vuestra capa?

—Con mucho gusto; soy muy aficionado a los autógrafos.

—Este es de una certidumbre absoluta, sólo tiene una tachadura.

—¡Ah! ¡Una tachadura! ¿Y con qué propósito?

—Por una cifra.

—¿Una cifra?

—Sí; primero decía: «Pensión de 50 libras».

—Como los príncipes de la sangre, ¿eh?

—Mas el cardenal vería que se equivocaba y tachó el cero, poniendo un 1 delante del 5, pero, a propósito...

—¿Qué?

—No habláis del parecido.

—No hablo, querido señor Baisemeaux, por una razón muy sencilla; no hablo porque no existe.

—¡Oh! ¿Qué decís?

—Oh, que si existe está en vuestra imaginación; y aunque existiera, me parece que haríais muy bien en no hablar de ella.

—¡Verdaderamente!

—Ya comprenderéis que el rey Luis XIV os aborrecería mortalmente si supiera que contribuáis a extender el rumor de que uno de sus súbditos tiene la audacia de parecersele.

—¡Es verdad, es verdad! —dijo Baisemeaux todo asustado—; pero yo no he hablado de la cosa sino con vos, monseñor, y cuento demasiado con vuestra discreción.

—¡Oh! No tengáis cuidado.

—En fin, ¿queréis ver esa nota? —dijo Baisemeaux.

—Indudablemente.

Charlando así, volvieron; Baisemeaux sacó del armario un registro particular, igual al que ya había visto Aramis, pero cerrado con una cerradura.

La llave que la abría formaba parte de un manojillo que llevaba siempre consigo Baisemeaux.

Poniendo el libro sobre la mesa, abrió por la letra M, Y enseñó a Aramis la nota en la columna de las observaciones: « Libros jamás; lienzos de gran finura, trajes escogidos». « Nada de paseo, de cambio de carcelero, de comunicaciones». « Instrumentos de música; autorización para hacerle la vida agradable; 15 libras para alimentación». « El señor Baisemeaux puede reclamar si las 15 libras no le son suficientes» .

—Y reclamaré —dijo el alcaide. Aramis cerró el libro.

—Sí —dijo—; reconozco la letra del señor Mazarino. Ahora, mi querido alcaide —continuó como si esta última comunicación hubiera agotado su interés —, pasemos, si gustáis, a nuestros arreglillos.

—¿Qué término deseáis que señale?

—Fíjadlo vos mismo.

—No señaléis término; hacedme un reconocimiento liso y llano de ciento cincuenta mil libras.

—¿Exigibles...?

—A mi voluntad; mas ya comprenderéis que yo no querré hasta que vos queráis.

—¡Oh! Estoy tranquilo —dijo Baisemeaux sonriendo—; pero ya os he entregado dos recibos.

—Y por eso los rompo.

Lo cual hizo Aramis después de haberlos mostrado al alcaide. Vencido por tal prueba de confianza, Baisemeaux suscribió sin vacilar una obligación de ciento cincuenta mil libras, reembolsables a voluntad del prelado.

Aramis, que siguió el movimiento de la pluma; por encima del hombro del alcaide, se metió el papel en el bolsillo sin hacer ademán de leerlo, lo cual dio

completa tranquilidad a Baisemeaux.

—Ahora —dijo el prelado—, no me querréis mal si os quito algún prisionero, jeh?

—¿Cómo es eso?

—Sin duda, logrando su perdón. ¿No os he dicho ya, por ejemplo, que el pobre Seldon me interesaba?

—¡Ah! ¡Es verdad!

—¿Y qué?

—Eso es cosa vuestra; obrad como gustéis. No ignoro que tenéis el brazo largo y la mano ancha.

—¡Adiós, adiós!

Y Aramis salió, llevándose las bendiciones del alcaide.

## Capítulo XXV

---

### Las dos amigas

Mientras el señor Baisemeaux enseñaba a Aramis los presos de la Bastilla, una carroza se detenía a la puerta de la señora de Bellière, y a aquella hora todavía matutina dejaba al pie de la escalinata a una joven envuelta en ropajes de seda.

Cuando anunciaron a la señora Vanel, la de Bellière estaba absorta leyendo una carta, que ocultó precipitadamente.

Hacía poco tiempo que acabara *su toilette* de la mañana, y las doncellas de su servicio aun estaban en la pieza inmediata.

Al nombre y a los pasos de Margarita Vanel, fue a su encuentro la señora de Bellière, y creyó ver en los ojos de su amiga un brillo que no era ni el de la salud ni el de la alegría.

Margarita la besó, le estrechó las manos y apenas le dio tiempo de hablar.

—Tú me olvidas, amiga mía: ¿Estás entregada a los placeres de la Corte?

—Ni siquiera he visto las fiestas de la boda.

—¿Qué haces entonces?

—Me preparo para ir a Bellière. ¡A Bellière!

—Sí.

Campesina, entonces. Me gusta verte en esta disposición: Mas te encuentro pálida.

—No, me siento a las mil maravillas.

—Tanto mejor; estaba inquieta. ¿No sabes lo que me habían dicho?

—¡Se dicen tantas cosas!

—¡Oh! Esta es extraordinaria.

—¡Cómo sabes consumir a tus oyentes, Margarita!

—Voy allá. Pero, temo enfadarte.

—¡Oh! Jamás. Tú misma admirás mi igualdad de carácter.

—Pues bien, dicen que... ¡Ah! Te digo que nunca podré confesarte esto.

—Pues no se hable más —dijo la señora de Bellière, que adivinaba alguna maldad tras estos preámbulos, pero que, sin embargo, se sentía devorada por la curiosidad.

—Pues bien, querida marquesa, dícese que de algún tiempo a esta parte no echas tan de menos al señor de Bellière, ¡el pobre hombre!

—Eso son perversas hablillas, Margarita; yo siento pesar, y lo sentiré siempre, por mi esposo; pero hace dos años que murió; yo no tengo más que veintiocho, y el dolor de su pérdida no debe dominar todas las acciones, todos los pensamientos de mi vida. Yo diría que tú, Margarita, la mujer por excelencia, no lo creerías.

—¿Por qué? ¡Tienes un corazón tan tierno! —replicó con malicia la señora Vanel.

—También tú lo tienes, Margarita, y no he visto que te dejases abatir por la pena cuando el corazón estaba herido.

Estas palabras eran una alusión directa a la ruptura de Margarita con el señor superintendente. Eran también un reproche velado, pero directo, al corazón de la joven.

Como si Margarita no hubiera aguardado más que esta señal para disparar su flecha, exclamó:

—¡Pues bien, Elisa, dicen que estas enamorada!

Y devoró con su mirada a la señora de Bellière, que no pudo menos de ruborizarse.

—Jamás se cansan de calumniar a las mujeres —replicó la marquesa, después de un instante de silencio.

—¡Oh! No te calumnian, Elisa.

—¿Cómo! ¿Afirman que estoy enamorada, y no me calumnian?

—En primer lugar, si es cierto, no hay calumnia, sino maledicencia; luego, el público no dice que tú te abandones a ese amor. Al contrario; te pinta como virtuosa amante, armada de garras y de dientes, encerrándote en tu casa como en una fortaleza, y fortaleza más impenetrable que la de Dánae, por más que la torre de ésta fuera de bronce.

—Margarita, tú tienes talento —dijo temblando la señora de Bellière.

—Siempre me has lisonjeado, Elisa... Dicen que eres incorrupta e inaccesible. De modo, que ya ves si te calumnian... Pero ¡en qué piensas mientras te hablo?

—Yo?

—Sí, estás encendida y muda.

—Pienso —replicó la marquesa alzando sus hermosos ojos con un principio

de cólera—, en que has podido hacer alusión, tú, tan entendida en mitología, al compararme con Dánae.

—¡Ah, ah! —exclamó Margarita riendo—. ¡En eso piensas?

—Sí.

—¿No recuerdas que en el convento, cuando resolvíamos problemas de aritmética, siendo dado uno de los dos términos; nosotras debíamos encontrar el otro?

—No adivino lo que quieres decir.

—Nada más fácil, no obstante. Tú pretendes que estoy enamorada, ¿no es eso?

—Así me lo han dicho.

—Pues bien, no dirán que esté enamorada de una abstracción; citarán un nombre.

—Claro está que hay un nombre.

—Pues, querida, no es extraño que ande buscando ese nombre, ya que tú no me lo dices.

—Mi querida marquesa, al verte ruborizar, creí que no buscarías mucho tiempo.

—El nombre de Dánae me ha sorprendido. Quien dice Dánae, dice lluvia de oro, ¿no?

—Es decir, que el Júpiter de Dánae se convirtió por ella en lluvia de oro.

—Luego mi amante. El que tú me das...

—¡Oh, perdón! Yo soy tu amiga, y no te doy a nadie.

—¡Sea...! Pero los enemigos...

—¿Quieres que te diga el nombre?

—Media hora hace que lo estoy esperando.

—Vas a oírlo. No te enfades, es un hombre poderoso.

—¡Bien!

La marquesa se clavaba en las manos sus uñas afiladas, como el paciente al acercarle el hierro.

—Es un hombre muy rico —prosiguió Margarita—, el más rico quizás. En fin, es...

La marquesa cerró un instante los ojos.

—Es el duque de Buckingham —dijo Margarita riendo a carcajadas.

La perfidia había sido calculada con increíble destreza. Este nombre, que se pronunciaba falsamente en vez del que la marquesa esperaba, hacia sobre la pobre mujer el mismo efecto que aquellas hachas mal afiladas que habían martirizado, sin matarlos, a los señores de Chalais y de Thou en sus cadalso. Sin embargo, se repuso.

—Tenía razón —dijo—, llamándote una mujer de talento; me haces pasar un buen rato.

La broma es encantadora... Jamás he visto al señor de Buckingham.

—¿Nunca? —dijo Margarita conteniendo la risa.

—No he puesto los pies en la calle desde que el duque está en París.

—¡Oh! —prosiguió la señora Vanel tendiendo su travieso pie hacia un papel que se agitaba cerca de la ventana sobre la alfombra—. Puede no verse; pero sí escribirse.

La marquesa se estremeció. Aquel papel era el sobre de la carta que leía cuando llegó su amiga. Aquel sobre tenía las armas del superintendente.

La señora de Bellière arrellanóse de tal modo en su asiento, que cubrió el papel con los anchos pliegues de su ropa.

—¡Ed, Margarita! —dijo entonces—. ¿Has venido tan de mañana para decirme todas esas locuras?

—No, he venido para verte, primero, y para recordarte nuestras antiguas costumbres, tan gratas y tan buenas, ya sabes, cuando íbamos a pasear a Vincennes, y, bajo una encina, en un soto, charlábamos de aquellos a quienes amamos y que nos aman.

—¿Me propones un paseo?

—Tengo mi carroza y tres horas libres.

—No estoy vestida, Margarita... y... si quieres que hablemos, sin ir al bosque de Vincennes, encontraremos en el jardín un hermoso árbol, espesas olmedas, césped esmaltado de margaritas blancas, y todo ese olor de violeta que se siente desde aquí.

—Amiga mía, siento que te niegues... Necesitaba desahogar mi corazón en el tuyo.

—Te lo repito, Margarita, mi corazón te pertenece, lo mismo en esta sala, o bajo los tilos de mi jardín, como allá, bajo una encina en el bosque.

—Para mí no es lo mismo una cosa que otra. Acercándome a Vincennes, marquesa, acerco mis suspiros hacia el lugar a que tienden hace algunos días.

La marquesa alzó de pronto la cabeza.

—Te sorprende que todavía piense en Saint Mandé, ¿no es verdad?

—¡En Saint Mandé! —exclamó la señora de Bellière.

Y las miradas de ambas cruzáronse como dos espadas al primer lance del combate.

—¿Tú, tan orgullosa? —dijo la marquesa.

—Yo... ¡Tan orgullosa...! —replicó la de Vanel—. Así soy yo... No perdonó el olvido, ni tolero la infidelidad. Cuando, yo dejo y lloran, estoy tentada por amar todavía, pero cuando me dejan y se ríen, amo locamente.

La señora de Bellière hizo un movimiento involuntario.

«Está celosa», , se dijo Margarita. Y añadió en voz alta:

—¿Luego estás perdidamente enamorada... del señor de Buckingham... digo... del señor Fouquet?

Elisa sintió el golpe, y toda su sangre afluyó al corazón.

—Y deseabas ir a Vincennes... ¡a Saint Mandé!

—No sé lo que quería, pero tú me habrías aconsejado, quizás.

—¿En qué?

—Lo has hecho algunas veces.

—Pero no en esta ocasión; porque, yo, no perdono cómo tú. Amo menos, quizás; pero, cuando mi corazón ha sido lastimado, es para siempre.

—Pero el señor Fouquet no te ha lastimado —dijo con candor virginal Margarita Vanel.

—Comprendes perfectamente lo que quiero decirte. El señor Fouquet no me ha ofendido; no me es conocido por favor, ni por injuria; pero tú tienes que quejarte de él. Tú eres mi amiga, y yo no te aconsejaría como tú quisieras.

—¡Ah! ¿Prejuzgas?

—Los suspiros a que tú aludías son más que indicios.

—¡Ah! Me abrumas —dijo de repente la joven, reuniendo todas sus fuerzas como atleta que se apresta a dar el último golpe—; tú no cuentas más que con mis malas pasiones y con mis debilidades. De mis sentimientos puros y generosos, no hablas nada. Si me siento arrastrada en este momento hacia el señor superintendente, si llego a dar un paso hacia él, lo que es probable, es porque la suerte del señor Fouquet me commueve profundamente y porque es, según creo, uno de los hombres más desgraciados que existen.

—¡Ah! —dijo la marquesa apoyando una mano en su corazón—. ¿Hay algo de nuevo?

—¿No sabes, pues...?

—No sé nada —dijo la señora de Bellière con esa palpitación de la angustia que suspende el pensamiento y la palabra, que suspende hasta la vida.

—Querida mía, en primer lugar, todo el favor del rey se ha retirado del señor Fouquet para pasar al señor Colbert.

—Sí, eso dicen.

—Y es cosa clara, desde el descubrimiento del complot de Belle-Île.

—Habíanme asegurado que ese descubrimiento de fortificaciones se había vuelto en honra del señor Fouquet.

Margarita se echó a reír de un modo tan cruel, que la señora de Bellière le hubiera clavado en aquel momento un puñal en el corazón.

—Querida mía —prosiguió Margarita—, no se trata ya del honor del señor Fouquet, sino de su salvación. Antes de tres días estará consumada la ruina del superintendente.

—¡Oh! —exclamó la marquesa sonriendo a su vez—. Eso es ir muy de prisa.

—He dicho tres días, porque me gusta gozar de una esperanza; pero, sin duda, la catástrofe no pasará de veinticuatro horas.

—¿Y por qué?

—Por la razón más sencilla: el señor Fouquet no tiene ya dinero.

—En las finanzas, mi querida Margarita, hoy no tiene dinero quien mañana puede disponer de millones.

—Eso podía suceder al señor Fouquet cuando tenía dos amigos opulentos y hábiles que reunían para él la plata de todos los cofres; pero esos amigos han muerto.

—Los escudos no mueren, Margarita; están ocultos; se les busca, se les compra, y aparecen.

—Tú ves las cosas de blanco y rosa: mejor para ti. ¡Lástima que no seas la Egeria de Fouquet, para que le indicases la fuente de donde sacar los millones que Su Majestad le pidió ayer!

—¿Millones? —dijo la marquesa con terror.

—Cuatro... número par.

—¡Infame! —murmuró la de Bellière, torturada por aquella feroz alegría—. Creo que el señor Fouquet tendrá muy bien cuatro millones —replicó valerosamente.

—Si tiene los que el rey le pide hoy —dijo Margarita—, quizá no tendrá los que le exija dentro de un mes.

—¿Le volverá a pedir el rey?

—Sin duda, y por eso te decía que la ruina de ese desgraciado señor Fouquet era infalible. Por orgullo, le suministrará dinero, y, cuando ya no tenga, caerá.

—Es verdad —dijo la marquesa estremeciéndose—, el plan es hábil... Dime, ¿el señor Colbert aborrece al señor Fouquet?

—Creo que no le quiere... Ese señor Colbert es un hombre poderoso, y visto de cerca, gana concepciones gigantescas, voluntad, discreción... Irá lejos.

—¿Será superintendente?

—Es probable... Por eso, mi buena marquesa, me sentía conmovida, en favor de ese pobre hombre, que me ha amado y aun adorado; por eso, al verlo tan desgraciado, me perdonaba su infidelidad... de la que se arrepiente, tengo motivos para creerlo; por eso pensaba llevarle un consuelo, un buen consejo; hubiera comprendido mi intención y me lo habría agradecido. Es muy grato ser amado. Los hombres aprecian mucho el amor cuando no están cegados por el poder.

Aturdida la marquesa, anonadada por estos crueles ataques, calculados con la precisión de un tiro de artillería, no sabía ya qué responder, ni qué pensar. La voz de la pérflida había tomado las más afectuosas entonaciones; hablaba como mujer, y ocultaba los instintos de la pantera.

—Y bien —dijo la señora de Bellière, que esperó vagamente que Margarita cesase de rematar al enemigo vencido—, ¿por qué no buscas al señor Fouquet?

—Me has hecho reflexionar, marquesa. No sería conveniente que yo diese el primer paso. Sin duda, el señor Fouquet me ama; pero es demasiado orgulloso.

No puedo exponerme a una afrenta... Por otra parte, tengo que mirar por mi marido. Tú no me dices nada. ¡Bueno! Consultaré de aquí en adelante al señor Colbert.

Y se levantó, sonriendo, como para despedirse. La marquesa no tuvo fuerzas para seguirla.

Margarita dio algunos pasos para continuar gozando del humillante dolor en que estaba sumida su rival, y dijo de pronto:

—¿No me acompañas hasta la puerta?

La marquesa se levantó, pálida y fría, sin inquietarse por aquel sobre que tanto la había preocupado al principio de la conversación, y que su primer paso dejó al descubierto.

Luego, abrió la puerta de su oratorio y, sin volver la cabeza a Margarita, se encerró en él.

Esta balbuceó algunas palabras que la señora de Bellière no oyó siquiera.

Pero, cuando la marquesa hubo desaparecido, su envidiosa rival no pudo resistir al deseo de cerciorarse de que eran fundadas sus sospechas; tiróse como una pantera, y cogió el sobre.

—¡Ah! —dijo rechinando los dientes—. ¡Era una carta del señor Fouquet la que leía cuando llegó!

Y se lanzó al momento fuera de la sala.

Durante este tiempo, la marquesa, detrás de la puerta, sentía que se agotaban sus fuerzas, por un instante permaneció pálida e inmóvil, y luego, como una estatua que el huracán bambolea sobre su base, vaciló y cayó inanimada sobre la alfombra.

El ruido de su caída resonó al mismo tiempo que el rodar del carroaje de Margarita.

## Capítulo XXVI

---

La plata labrada de la señora de Bellière

La marquesa tardó bastante tiempo en reponerse; pero ya repuesta, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos, tales como se anunciaban.

Continuó entonces aquel orden de ideas que le había hecho seguir su implacable amiga. Traiciones, lazos, amenazas ocultas bajo un exterior de interés público; he aquí lo que pensaba de las maniobras de Colbert.

Alegria odiosa de una caída no lejana, esfuerzos incessantes para conseguir este objeto, seducciones no menos culpables que el crimen mismo; he aquí lo que Margarita ponía por obra.

Al hombre sin entrañas se había unido la mujer sin corazón.

La marquesa vio con tristeza, aun más que con indignación, que el rey jugaba en un complot que manifestaba la duplicidad de Luis XIII ya viejo, y la avaricia de Mazarino cuando aun no había tenido tiempo para hartarse de oro francés.

Pero pronto esta mujer valerosa adquirió toda su energía.

La marquesa no era de las personas que lloran cuando es necesario obrar.

Durante algunos minutos apoyó la frente en sus manos heladas, y alzándola después llamó a sus sirvientes con mano firme y gesto lleno de energía.

Su resolución estaba tomada.

—¿Está todo preparado para mi marcha? —preguntó a una de las doncellas que entraba.

—Sí; señora marquesa; pero no se creía que la señora marquesa marchara a Bellière antes de tres días.

—Pero ¿están encajonados los adornos y los valores?

—Sí, señora; mas tenemos la costumbre de dejar todo esto en París, pues la señora no lleva sus pedrerías al campo.

—Pero ¿está todo dispuesto?

—En el gabinete de la señora.

—¿Y la orfebrería?

—En los cofres.

—¿Y la plata labrada?

—En el armario grande de roble.

La marquesa añadió con voz tranquila:

—Que venga mi platero.

Las mujeres desaparecieron para ejecutar la orden.

La marquesa había entrado en su gabinete, y contemplaba con el mayor cuidado sus alhajas.

Jamás había prestado tal atención a estas riquezas, que son el orgullo de una mujer; nunca había mirado estos adornos con otra intención que con la de escogerlos según sus colores. Entonces admiraba el tamaño de los rubíes, la claridad de los diamantes, Y se condolía de la menor mancha, del más pequeño defecto, todo lo hallaba pobre y miserable.

El orfebre sorprendióla en esta ocupación.

—Señor Faucheux, creo que me habéis provisto de toda mi plata.

—Sí señora marquesa.

—Ya no me acuerdo cuánto fue su importe.

—¿De la nueva o de la que el señor de Bellière, llevó al casarse? Porque he suministrado dos.

—Primero veamos la nueva.

—Los jarros, los cubiletes y los platos con sus estuches, el centro de mesa y los morteros para el hielo, las fuentes para confituras y las bandejas, han costado a la señora marquesa sesenta mil libras.

—¿Nada más que eso, Dios mío?

—A la señora le pareció crecida la cuenta.

—¡Es verdad! Me acuerdo que, en efecto, era caro; el trabajo, ¿no es eso?

—Sí, señora: grabados, cinceladuras, nuevas formas.

—¿El trabajo entra por mucho en el precio?

—Un tercio del valor, señora. Pero...

—¿Y el otro servicio, el viejo, el de mi marido?

—¡Oh! Ese es menos trabajado. Sólo vale treinta mil libras, valor intrínseco.

—¡Setenta! —murmuró la marquesa—. Pero, señor Faucheux, aún tenemos toda la plata de mi madre; todo aquello de que no quise deshacerme a causa de recuerdos gratos para mí.

—¡Ah! Ciertamente que es un famoso recurso para gentes que, como la señora marquesa, no pudieran conservar su vajilla. En aquel tiempo, no se trabajaba tan ligero como hoy. Se trabajaba con lingotes. Pero esa vajilla no es presentable... Pesa...

—Eso, eso es. ¿Cuánto pesa?

—Cincuenta mil libras, lo menos. No hablo de dos enormes vasos que sólo ellos pesan cinco mil libras de plata: diez mil libras los dos.

—¡Ciento treinta! —murmuró la marquesa—. ¿Estáis seguro de eso, señor Fauchéux?

—Seguro; además, no sería difícil pesar.

—Las cantidades están sentadas en mis libros.

—¡Oh! Sois mujer ordenada, señora marquesa.

—Pasemos a otra cosa —dijo ésta.

Y abrió un cofrecillo.

—Reconozco esas esmeraldas —dijo el mercader—, porque yo las hice montar; son las más hermosas de la Corte, es decir, no, las más hermosas son de madame de Chatillon, que las tiene de los señores de Guisa; pero las vuestras, señora, son las segundas.

—¿Y valen...?

—¿Montadas?

—No; suponed que quisiera venderlas.

—¡Bien, sé yo quién las compraría! —exclamó el señor Fauchéux.

—Eso es precisamente lo que yo deseo. ¿Con qué las comprarán?

—Se comprarán todas vuestras pedrerías, señora, pues se sabe que son de las más hermosas de París. No sois vos de esas mujeres que cambian; cuando compráis es de lo bueno; cuando poseéis, guardáis.

—¿Cuánto pagarán por esas esmeraldas?

—Ciento treinta mil libras.

La marquesa escribió con un lápiz en unas tablillas la cifra citada por el orfebre.

—¿Y ese collar de rubíes?

—¿Rubíes balajes?

—Vedlos.

—Son hermosos, soberbios. Ignoraba que tuvierais estas piedras, señora.

—Apreciadlas.

—Doscientas mil libras. Sólo el de en medio vale cien mil.

—Esto es lo que yo pensaba —dijo la marquesa—. Los diamantes... ¡oh! tengo muchos: sortijas, cadenas, pendientes, broches, herretes. Apreciad, señor Fauchéux, apreciad.

El orfebre cogió su lupa, su balanza, pesó, examinó y, haciendo sus cálculos en voz baja:

—Estas piedras —dijo— cuestan a la señora marquesa cuarenta mil libras de renta.

—¿Lo apreciáis en ochocientas mil libras?

—Aproximadamente.

—Eso es lo que yo pensaba. Pero la montura es aparte.

—Como siempre, señora. Y si yo fuera llamado a vender o a comprar, me contentaría con el oro de la montura, y ganaría mis buenas veinticinco mil libras.

—¡Bonita suma!

—Ciertamente, señora. ¿Aceptáis el beneficio con la condición de convertirme en dinero estas piedras?

—¡Pero, señora! —exclamó el platero asustado—. ¿Vendéis los diamantes?

—Silencio, señor Faucheu; no os inquietéis por esto, sino contestadme. Sois un hombre honrado, proveedor de mi casa hace treinta años, habéis conocido a mi padre y a mi madre, y os hablo como a un amigo: ¿aceptáis el oro de la montura por esa cantidad en dinero que pondréis en mis manos?

—¡Ochocientas mil, libras! ¡Es enorme!

—Ya lo sé.

—Imposible de encontrar.

—¡Oh! ¡Eso no!

—Pero, señora, ¡considerad el efecto que causaría el rumor de la venta, de vuestros diamantes!

—Nadie lo sabrá... Me haréis construir otros adornos falsos iguales a los finos. No me respondáis... lo quiero. Vended por menor, vended sólo las piedras.

—Es cosa fácil... Monsieur busca alhajas y pedrería para el tocador de Madame. Hay concurso. Podré vender a Monsieur por valor de seiscientas mil libras. Estoy seguro de que éstas son las más bellas. ¿Para cuándo?

—Dentro de tres días.

—¡Corriente! El resto vendedlo a particulares; ahora... hacedme un contrato de venta garantida... pagadera a cuatro días.

—Señora... reflexionad, os lo ruego... perderéis cien mil libras si os apresuráis a vender.

—Aunque pierda doscientas mil, es necesario. Quiero que todo quede hecho esta noche. ¿Aceptáis?

—Acepto, señora marquesa, y no disimulo que ganaré en esto cinco mil doblones.

—Mejor. ¿Cómo tendré el dinero?

—En oro o en billetes del Banco de Lyon, pagaderos en casa del señor Colbert.

—Acepto —dijo vivamente la marquesa—; volved a vuestra casa, y traedme pronto la suma en billetes, ¿entendéis?

—Sí, señora; pero por Dios...

—Ni una palabra más, señor Faucheu. ¡Ah! Me olvidaba de la plata labrada. ¿Cuánto me ha costado?

—Cincuenta mil libras, señora.

—Un millón —se dijo por lo bajo la marquesa—. Señor Faucheu, os

llevaréis toda la orfebrería y la vajilla con el pretexto de una reforma sobre modelos de mi gusto; la fundís y me traéis el valor en oro... al momento.

—Bien, señora marquesa.

—Pondréis ese oro en un cofre, lo haréis acompañar por uno de vuestros dependientes, y, sin que lo vean mis sirvientes se aguardará en una carroza.

—¿La de madame Faucheux? —dijo el platero.

—Si lo deseáis, la tomaré en vuestra casa.

—Sí, señora marquesa.

—Tomad tres de mis criados para que os lleven la plata.

—Perfectamente, señora.

La marquesa llamó, y dijo al doméstico que se presentó:

—El carro a disposición del señor Faucheux.

El orfebre saludó y salió, ordenando que el carro le siguiera de cerca, y anunciando él mismo que la marquesa quería fundir su vajilla para hacer una nueva.

Tres horas después llegaba ésta a casa de Fouquet y recibía de él ochocientas mil libras en billetes del Banco de Lyon y doscientas cincuenta mil en oro, encerradas en un cofre que llevaba con trabajo un dependiente hasta el carroaje de madame Faucheux.

Porque madame Faucheux gastaba coche. Hija de un presidente del Tribunal de cuentas, había aportado treinta mil escudos a su marido, síndico de los orfebres, y los treinta mil escudos habían fructificado durante veinte años. El platero era millonario y modesto, por lo cual había comprado una venerable carroza construida en 1648, diez años después del nacimiento del rey. Esta carroza era la admiración del barrio, pues estaba cubierta de pinturas alegóricas y de nubes sembradas de estrellas de plata y oro.

En este carroaje, algo grotesco, fue donde subió la noble dama, sentándose frente al dependiente, que encogía las rodillas para no ajar la ropa de la marquesa.

Y el dependiente, satisfecho de escoltar a una marquesa, dijo al cochero:

—¡Camino de Saint Mandé!

## Capítulo XXVII

---

### La dote

Los caballos del señor Faucheux eran unos excelentes animales del Perche, de la pelotonadas rodillas y patas algo hinchadas. Como el coche, databan de la otra mitad del siglo.

No corrían como los caballos ingleses del señor Fouquet. De modo que tardaron dos horas en llegar a Saint Mandé.

Hubiérse dicho que marchaban majestuosamente. Y la majestad excluye el movimiento.

La marquesa paró delante de una puerta muy conocida, aunque sólo la había visto una vez, y se recordará que fue en circunstancia no menos penosa que la presente.

Sacó una llave del bolsillo, la introdujo con su blanca mano en la cerradura, cedió la puerta sin ruido, y dio orden al dependiente de subir el cofre al primer piso.

Mas el peso del cofre era tal, que el dependiente se vio obligado a hacerse ayudar por el cochero.

El cofre fue puesto en aquel gabinete, antesala, o más bien retrete, inmediato al salón en que vimos al señor Fouquet a los pies de la marquesa.

La señora de Bellière dio un luis al cochero, una sonrisa al dependiente, y despidió a ambos.

Luego cerró la puerta y esperó parapetada en ella. Ningún doméstico aparecía.

Pero todo estaba preparado, como si un genio invisible hubiera adivinado las necesidades y deseos del huésped, o más bien de la huésped que era esperada. El fuego encendido, las bujías en los candelabros, los refrescos en el aparador, los

libros sobre las mesas, y las flores frescas, en los vasos del Japón.

Hubiérase dicho que aquélla era una casa encantada.

La marquesa encendió las bujías, respiró el perfume delicioso de las flores, se sentó, y pronto cayó en profunda meditación. Pero esta meditación, aunque triste, estaba impregnada de cierto dolor. Veía delante de sí un tesoro en aquella sala. Un millón que ella había arrancado de su fortuna como la labrador arranca una espiga de su corona. Forjábase los sueños más placenteros. Pensaba, sobre todo, en dejar aquel dinero al señor Fouquet, sin que él pudiera saber de dónde le venía. Este medio era el que naturalmente habíale presentado el primero a su imaginación. Pero, aunque la cosa le parecía difícil, meditando en ella no desesperaba de llegar a este objeto.

Debía llamar para que avivasesen al señor Fouquet y huir enseguida, mas feliz dando un millón que si lo hallase.

Pero, después que hubo llegado, luego de ver aquel lindo gabinete y aquel salón tan bien preparado, tal que parecía haber echado de él a las hadas que lo habitaban, se preguntó si las miradas de los entes a quienes había hecho huir, genios, espíritus o criaturas humanas, no la habrían reconocido.

Entonces todo lo sabría Fouquet, y lo que no supiera, lo adivinaría; rehusaría aceptar como donación lo que quizás habría aceptado a título de préstamo, y así la empresa no tendría objeto ni resultado.

Era, pues, necesario hacer la cosa de modo que se consiguiera que el superintendente comprendiera toda la gravedad de su posición para someterse al generoso capricho de una mujer. Era necesario, en fin, para persuadir, todo el encanto de una elocuente amistad, y si esto no bastaba; toda la embriaguez de un amor ardiente, al que nada resistiría.

En efecto, ¿no era conocido el superintendente como hambre lleno de delicadeza y dignidad? ¿Se dejaría cargar con los despojos de una mujer? No, lucharía, y si una voz del mundo podía vencer su resistencia, ésta sería la voz de la mujer que amaba.

Otra duda, terrible duda, que pesaba en el corazón de la señora de Bellière con el dolor y el frío de un puñal: ¿Amaba él? Aquella imaginación ligera, ¿se resolviera a fijarse un instante aunque fuese para contemplar un ángel? ¿No acontecía a Fouquet, a pesar de todo su genio y probidad, como a esos conquistadores que derraman lágrimas sobre el campo de batalla después de haber alcanzado la victoria?

—Pues bien, esto es lo que necesito aclarar y juzgar —dijo la marquesa—. ¿Quién sabe si ese corazón tan codiciado es un corazón vulgar? ¿Quién sabe si esa imaginación será de una naturaleza trivial e inferior cuando yo le aplique la piedra de toque? Vamos —exclamó—, esto es demasiado dudar. ¡La prueba, la prueba!

Miró al reloj.

—Son las siete, y debe haber llegado; es la hora de la firma. ¡Vamos!

Y, levantándose con impaciencia, fue hacia el espejo, ante el cual se sonreía con la energética sonrisa del sacrificio; tocó el resorte y tiró del botón de la campanilla. Y, como anonadada de antemano en la lucha que acababa de comprometer, fue a arrodillarse ante un sillón y sepultó su cabeza entre sus agitadas manos.

Diez minutos después oyó rechinar el resorte de la puerta, que rodó sobre sus goznes.

Apareció Fouquet, pálido y encorvado bajo el peso de un pensamiento amargo.

Necesario era que su preocupación fuese muy poderosa para que este hombre, para quien el placer era todo, acudiese en silencio a semejante llamamiento.

En efecto, la noche, fecundo en sueños dolorosos, había enmagrecido sus nobles facciones y trazado alrededor de sus ojos órbitas obscuras. Pero siempre estaba hermoso y noble, y la expresión triste de su boca, expresión tan rara en este hombre, daba a su fisonomía un carácter nuevo de juventud.

Vestido de negro y el pecho lleno de encajes, el superintendente se detuvo en el umbral de esta sala, donde tantas veces había ido en busca de la dicha esperada.

Esta dulzura melancólica y risueña, que reemplazaba a la exaltación de la alegría, hizo en la señora de Bellière un efecto indecible.

Los ojos de una mujer saben leer todo orgullo o todo sufrimiento en las facciones del hombre que ama, se diría que, en razón a su debilidad, Dios ha querido conceder a las mujeres más que a ninguna otra criatura. Ellas pueden ocultar sus sentimientos al hombre; éste no puede ocultarle los suyos. La marquesa adivinó toda la desgracia del superintendente.

Adivinó una noche pasada en vela.

Un día en decepciones.

Y desde entonces fue fuerte, sintiendo que quería a Fouquet sobre todas las cosas.

Levantóse, y acercándose a él, le dijo:

—Me escribisteis esta mañana diciéndome que comenzabais a olvidarme y que yo, a quien no habíais vuelto a ver, indudablemente había acabado de pensar en vos. Vengo a desmentiros, caballero, y con tanta más seguridad cuanto que leo en vuestros ojos una cosa.

—¿Cuál, señora? —dijo Fouquet sorprendido.

—Que jamás me habéis amado tanto como ahora; lo mismo que vos debéis leer en mi aspecto que no os he olvidado.

—¡Oh! Vos, marquesa —dijo Fouquet, cuyo noble semblante se animó un instante por un relámpago de alegría—, vos sois un ángel, y los hombres no

tienden el derecho de dudar de vos. ¡Sólo deben humillarse y pedir gracia!

—Tenéis, pues, concedida la gracia.

Fouquet quiso arrodillarse.

—No —dijo ella—; sentaos a mi lado. ¡Ah! ¡En alguna cosa mala pensáis!

—¿Y en qué conocéis eso?

—En vuestra sonrisa, que acaba de alterar toda vuestra fisonomía. Vamos, ¿en qué pensáis? ¡Sed franco, nada de secretos entre amigos!

—Pues bien, señora, decidme por qué, ese rigor, de tres o cuatro meses.

—¿Ese rigor?

—Sí. ¡No me habéis prohibido visitarlos?

—¡Ay, amigo mío! —exclamó la marquesa con profundo suspiro—. Porque vuestra visita a mi casa os ha causado una gran desgracia; porque vigilan mi palacio; porque los ojos que os han visto podrían veros otra vez; porque encuentro menos peligroso venir yo que vos vayáis, y, en fin, porque os encuentro demasiado infeliz para querer aumentar más vuestra desgracia.

Fouquet estremeciérase. Estas palabras acababan de recordarle los cuidados de la superintendencia, cuando hacía algunos minutos que sólo pensaba en las esperanzas del amante.

—¡Yo infeliz! —dijo intentando sonreír—. En verdad que me lo haréis creer con vuestra tristeza.

—No soy yo quien está triste, señor, sino vos; miraos en este espejo.

—Ciento es que estoy un poco pálido; pero eso es el exceso de trabajo, el rey me pidió ayer dinero.

—Sí, cuatro millones; ya lo sé.

—¡Lo sabéis! —murmuró Fouquet sorprendido—. ¡Y cómo lo sabéis, cuando sólo delante de una persona el rey...?

—Pues ya veis que lo sé. Ea, continuad; ese dinero que el rey os ha pedido...

—Ya comprenderéis que ha sido preciso buscarlo, contarlo después, registrarlo... Desde el fallecimiento del señor Mazarino, hay un poco de dificultad y embarazo en el servicio de la Hacienda; mi administración está muy recargada, y por eso he velado esta noche.

—De modo que tenéis la cantidad? —preguntó la marquesa, inquieta.

—Sería cosa de ver, marquesa —replicó alegremente Fouquet—, que un superintendente de Hacienda no tuviera cuatro miserables millones en sus arcas.

—Sí, supongo que los tenéis o que los tendréis.

—¿Cómo que los tendréis?

—No hace mucho tiempo que os pidió otros dos.

—Creo que ya hace un siglo, marquesa; pero no hablemos de dinero, si gustáis.

—Al contrario, hablemos, amigo mío.

—¡Oh!

—Oíd: sólo para esto he venido.

—¿Pues qué queréis decir? —preguntó el financiero, cuyos ojos expresaron curiosa inquietud.

—¿Es un cargo inamovible la superintendencia?

—¡Marquesa!

—Ya veis que yo respondo francamente.

—¡Marquesa, me sorprendéis! Me habláis como un comanditario.

—Es muy sencillo; quiero situar dinero en vuestra casa, y, naturalmente, deseo saber si estáis seguro.

—En verdad, marquesa, no sé adónde vais a parar.

—Formalmente, mi señor Fouquet, tengo algunos fondos que me estorban, pues he dejado de comprar tierras, y deseo encargar a un amigo que haga valer mi dinero. Pero, supongo que eso no urge.

—Muchísimo.

—Pues bien, hablaremos de ello más tarde.

—Más tarde no, pues el dinero está aquí.

La marquesa señaló al cofre, y, abriéndolo, enseñó al superintendente los fajos de billetes y el oro.

Fouquet habíase levantado al mismo tiempo que la señora de Bellière. Permaneció un instante pensativo; luego, se puso pálido, y cayó sobre una silla ocultando el rostro entre las manos.

—¡Oh marquesa, marquesa! —exclamó.

—¡Qué!

—¿Qué opinión tenéis de mí para hacerme semejante oferta?

—¿De vos?

—Indudablemente.

—Pero ¿vos mismo qué pensáis? Veamos.

—Ese dinero lo traéis para mí; me lo traéis porque sabéis mi apuro. ¡Oh! No neguéis. Adivino. ¿No conozco, por ventura, vuestro corazón?

—Pues, si conocéis mi corazón, ya veis que es mi corazón el que os ofrezco.

—¡He adivinado! —exclamó Fouquet—: ¡Oh, señora! Jamás os he dado derecho para insultarme así.

—¡Insultaros! ¡Rara delicadeza humana! Habéis dicho que me amáis. Me habéis pedido en nombre de ese amor mi reputación y mi honor... y cuando os ofrezco mi dinero, lo rehusáis.

—Marquesa, libre habéis sido en guardar lo que llamáis vuestra reputación y vuestro honor. Dejadme la libertad de conservar los míos. Dejad que me arruine, dejadme sucumbir bajo el peso de los odios que me rodean, de las faltas que he cometido y de mis remordimientos; mas, en nombre del Cielo, marquesa, no me deis este último golpe.

—Ahora me habláis como hombre de talento, señor Bouquet.

—Es posible, señora.

Fouquet oprimió con la mano crispada su pecho jadeante.

—Acabad, señora —dijo—; nada tengo que contestar.

—Os he ofrecido mi amistad, señor Fouquet:

—Sí, señora; pero os habéis limitado a eso.

—Lo que yo he hecho es de amiga?

—Y sin duda.

—¿Y rechazáis esta prueba de amistad?

—La rehusó.

—Miradme; señor Fouquet.

Los ojos de la marquesa brillaban.

—Os ofrezco mi amor.

—¡Oh, señora! —murmuró Fouquet.

—Os amo hace mucho tiempo, ¿lo oís? Las mujeres tienen, como los hombres, su falsa delicadeza. Hace mucho tiempo que os amo; pero no quería deciroslo.

—¡Oh! —exclamó Fouquet juntando las manos.

—Me habéis pedido ese amor de rodillas, y os lo he rehusado, pues estaba ciega como vos lo estáis ahora. Os ofrezco mi amor.

—Sí, vuestro amor, mas sólo vuestro amor.

—¡Mi amor, mi persona, mi vida! ¡Todo, todo, todo!

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Fouquet.

—¿Qué queréis de mi amor?

—¡Oh! ¡Me anonadáis bajo el peso de mi felicidad!

—¿Seréis dichoso, decídmelo... si soy vuestra, enteramente vuestra?

—¡La felicidad suprema!

—Pues, aquí estoy; pero si os hago el sacrificio de una preocupación, hacedme vos el sacrificio de un escrúpulo.

—¡Señora, señora, no me atentéis!

—¡Amigo, amigo mío, no me rehuséis...!

—¡Oh! ¡Pensad lo que me proponéis!

—Fouquet, una palabra... Decidme, no... y abro esa puerta. Y mostró la que conducía a la calle.

—Y no me volveréis a ver más. Otra palabra... sí, y os sigo adonde queráis con los ojos cerrados, sin defensa, sin negativa, sin remordimientos.

—¡Elisa...! ¡Elisa...! Pero ese cofre...

—¡Es mi dote!

—¡Es vuestra ruina! —exclamó Fouquet, revolviendo el oro y los papeles—. Aquí hay un millón...

—¡Justo...! ¡Mi pedrería, que ya no me servirá, si me amáis como yo os amo!

—¡Oh! ¡Es demasiado! —murmuró Fouquet—. Cedo, cedo... aunque no fuera mas que por consagrar tal adhesión. Acepto la dote...

—Y aquí está la mujer —dijo la marquesa, arrojándose en sus brazos.

## Capítulo XXVIII

---

### El terreno de Dios

Entretanto, Buckingham y Wardes hacían en buen amor y compaña el camino de París a Calais. Las visitas de Buckingham a Monsieur y a Madame, a la joven reina y a la reina viuda, fueron colectivas.

Previsión de la reina madre que le ahorraba el dolor de hablar particularmente con Monsieur, y el peligro de volver a ver a Madame.

Buckingham abrazó a Guiche y a Raúl; asegurando al primero toda su consideración, y al segundo una amistad incesante, destinada a triunfar de todos los obstáculos, y a no dejarse commover ni por la distancia ni por el tiempo.

Llevado Wardes a remolque de este inglés, había buscado en su sutil talento todos los medios para romper esta cadena; pero, ninguno le había socorrido, y necesario le era sufrir la pena de su mal carácter y causticidad.

Aquellos a quienes hubiera podido franquearse, le habrían hablado de la superioridad del duque. Otros habríanle alegado las órdenes del rey que prohibían el duelo. Otros, por último, los más numerosos, que, por caridad cristiana o por amor propio nacional; le habrían prestado ayuda, no pensaban en incurrir en desgracia, y habrían avisado a los ministros de una marcha que podía degenerar; en una pequeña matanza.

Resultó que, bien pensado todo, Wardes hizo su portamanteo, tomó dos caballos, y seguido de un solo lacayo, se dirigió al sitio en que debía esperarle la carroza de Buckingham.

El duque recibió a su adversario como lo hubiera hecho al más amable conocido; se estrechó para hacerle sitió, le ofreció dulces, y extendió sobre él la capa de marta echada en el asiento de delante. Después conversaron.

De la Corte, sin hablar de Madame; de Monsieur, sin hablar de su mujer; del

rey, sin hablar de su cuñada; de la reina, sin hablar de su nuera; del rey de Inglaterra, sin hablar de su hermana; del estado del corazón de cada cuál de los viajeros, sin pronunciar ningún nombre peligroso.

De suerte que el viaje, que se hacía a cortas jornadas, fue encantador.

Así es que Buckingham, verdaderamente francés por el espíritu y la educación, estaba encantado de haber elegido tan bien su compañero.

El duque se entretenía en mil partes, pareciéndose un poco a ese bello río Sena, que abraza mil veces a Francia en sus amorosos meandros, antes de decidirse a entrar en el Océano.

Mas, al abandonar a Francia, sólo se acordaba Buckingham de la nueva francesa que había llevado a París, y todo eran recuerdos y sentimientos por ella.

Así, cuando, a pesar suyo, se abismaba en sus pensamientos, Wardes lo dejaba completamente entregado a ellos.

Esta delicadeza hubiese ciertamente conmovido a Buckingham, cambiando sus disposiciones hacia Wardes, si éste, al guardar silencio, hubiera tenido mirada menos malvada y una sonrisa menos falsa.

Pero los odios instinctivos son inflexibles, nada los apaga; una poca de ceniza los cubre muchas veces, pero pronto estallan más furiosos.

Agotadas todas las distracciones que ofrecía el camino, llegaron a Calais.

Y esto fue al caer del sexto día. La víspera, la servidumbre del duque se había adelantado y fletado una barca, destinada a ir hasta el *yacht*, que daba bordadas a tres tiros de cañón de la plaza, con todos los equipajes.

Transportado ya todo el tren del duque, llegaron los sirvientes a anunciarle que todo estaba dispuesto para cuando quisiera embarcar con el caballero francés.

Porque nadie suponía que el caballero francés pudiera tener que arreglar con milord otra cosa que cuentas de amistad.

Buckingham hizo responder al patrón del *yacht* que estuviera preparado; pero, que, estando hermosa la mar y prometiéndose una puesta de sol magnífica, no contaba embarcarse hasta la noche, y quería dar un paseo por la playa.

Añadió además que, encontrándose en excelente compañía, no tenía la menor prisa.

Diciendo esto, mostraba a los criados que le rodeaban el magnífico espectáculo del cielo purpúreo en el horizonte y una admirable cadena de montañas, formada por las nubes.

El espectáculo era, en efecto, digno de ser admirado.

La muchedumbre de curiosos seguía a los áureos criados, viendo entre los cuales al intendente y al secretario, creían ver al señor y a su amigo.

Vestido sencillamente Buckingham con jubón de terciopelo, el sombrero echado a los ojos, sin distintivo ni bordados, no se hacía notar más que Wardes, vestido de negro como un procurador.

Las gentes del duque habían recibido orden de tener una barca preparada en el muelle, y de no ir en su busca antes de que él o su amigo llamasen.

«Vieran lo que vieran», había añadido, acentuando estas palabras de modo que fuesen entendidas.

Después de haber dado algunos pasos por la playa, dijo Buckingham a Wardes:

—Me parece caballero, que va a ser preciso despedirnos, pues la mar va subiendo, y en diez minutos ya no sentiremos el suelo.

—Milord, estoy a vuestras órdenes, pero...

—Estamos todavía en terreno del rey, ¿no es eso?

—Sin duda.

—Pues bien allá abajo hay, como veis, una especie de isla que desaparecerá de minuto en minuto. Esta isla es de Dios, pues está entre dos mares y el rey no la tiene en sus mapas. ¿La veis?

—La diviso, y no podremos llegar a ella sin mojarnos los pies.

—Sí, pero notad que forma una eminencia bastante elevada, de lo cual resulta que estaremos a las mil maravillas sobre aquel pequeño teatro. ¿Qué opináis?

—Yo estaré bien en todas partes donde mi espada tenga el honor de encontrar la vuestra, milord.

—Pues vamos; me desespera haceros mojar los pies, señor de Wardes; pero me parece necesario que podáis decir al rey: «Señor, yo no me he batido en tierra de Vuestra Majestad». Quizá sea esto un poco sutil, pero desde Port Royal andáis nadando en sutilezas.

Con que, si gustáis, aprememos el paso, porque la mar crece y la noche avanza.

—Si no andaba más de prisa era por no pasar delante de vos, milord. ¿Andáis todavía a pie seco?

—Hasta ahora, sí. Mirad a mis sirvientes, cómo, temiendo que nos ahoguemos, vienen a hacer crucero con la canoa. Mirad cómo andan a bordo; es curioso, pero me mareo verlos.

—¿Me permitís que les vuelva la espalda?

—Notad que si tal hacéis tendréis el sol de frente, milord.

—¡Oh! Ahora es muy débil su luz, y pronto desaparecerá; no os inquietéis por eso.

—Como queráis, milord; y o lo decía por delicadeza.

—Lo sé, señor de Wardes, y aprecio vuestra observación.

—¿Queréis que nos quitemos los jubones?

—Corno gustéis, milord.

—Es más cómodo.

—Entonces estoy dispuesto.

—Decidme sin reparo, señor de Wardes, si os sentís mal sobre la arena

mojada, y si aun os creéis un poco en territorio francés, nos batiremos en Inglaterra o sobre mi yacht.

—Aquí estamos muy bien, milord; pero tendré el honor de observaros que, como la mar sube, apenas tenemos tiempo.

Buckingham hizo una seña de asentimiento, se quitó el jubón y lo tiró sobre la arena.

Wardes hizo lo propio.

Los dos cuerpos, blancos como dos fantasmas para los que los miraban desde la orilla, se dibujaban sobre la sombra rojiza que descendía del cielo.

—Por mi honor, señor duque, que no podemos movernos —dijo Wardes—. ¿Sentís cómo los pies se pegan en la arena?

—En ella estoy metido hasta el tobillo, sin contar con que el agua nos alcanza.

—A mí, ya me alcanzó... Cuando queráis, señor duque.

Wardes puso la mano en la espada.

El duque lo imitó.

—Señor de Wardes —repuso entonces Buckingham—, la última palabra, si gustáis... Me bato con vos, porque no os amo, porque me habéis desgarrado el corazón burlándome de cierta pasión que siento, que confieso en este momento, y por la cual moriría gustoso. Sois un hombre malvado, señor de Wardes, y quiero hacer todos los esfuerzos por mataros, pues conozco que si no morís de este golpe, haréis en lo sucesivo mucho mal a mis amigos. Esto es lo que tenía que deciros.

Y saludó.

—Y yo, milord, tengo que contestaros lo siguiente: yo no os odiaba, pero ahora que me habéis adivinado, os odio, y voy a hacer, todo lo que pueda por mataros.

Y Wardes saludó a Buckingham. En el mismo instante cruzáronse los hierros; y dos relámpagos en la obscuridad.

Las espadas se buscaban, se adivinaban, se tocaban.

Los dos eran hábiles tiradores, y los primeros pases no tuvieron resultado.

La noche había entrado rápidamente, y era tan oscura, que se atacaban y defendían por, instinto.

Wardes sintió detenerse su acero; había tocado el hombro de Buckingham.

La espada del duque bajó con sus brazos.

—¡Oh! —dijo.

—¿Tocó, milord? —preguntó Wardes, retrocediendo dos pasos.

—Sí, señor, pero ligeramente.

—Como habéis dejado la guardia...

—Fue el primer efecto del frío del acero, mas ya estoy repuesto; continuemos, si gustáis, señor.

Y, librando la espada con siniestro estrujoamiento de hoja, el duque desgarró el

pecho del marqués.

—Tocado también —dijo.

—No —repuso Wardes, permaneciendo firme.

—Perdón; pero como veía vuestra camisa toda roja —dijo Buckingham.

—¡Entonces... a vos! —exclamó Wardes furioso.

Y, tirándose a fondo, atravesó el antebrazo del duque. El acero penetró entre dos huesos.

Buckingham sintió su brazo derecho paralizado, y, tomando con el izquierdo la espada que iba a caer de su mano inerte, antes que Wardes se pusiera en guardia, le atravesó el pecho.

Wardes vaciló, dobláronse sus rodillas, y, dejando su espada clavada aún en el brazo del duque, cayó al agua, que enrojeció con un reflejo más real que el que le enviaban las nubes.

Wardes no estaba muerto, y comprendió el peligro horrible de que estaba amenazado: la mar subía.

También lo conoció el duque. Con un esfuerzo y un grito de dolor se arrancó el hierro del brazo, y dijo a Wardes:

—¿Estáis muerto, marqués?

—No —contestó Wardes con voz sofocada por la sangre—, pero poco me falta.

—¿Y qué hemos de hacer? Veamos, ¿podéis andar?

Buckingham lo levantó sobre una rodilla.

—Imposible —dijo, y volviendo a caer, añadió—: Llamad a los vuestros o me ahogo.

—¡Hola! —gritó Buckingham—. ¡La barca! ¡Bogad pronto, bogad! La barca hizo fuerza de remos. Pero el mar subía más pronto que la lancha caminaba.

Buckingham vio a Wardes próximo a ser cubierto por una ola; con su brazo izquierdo hizole un cinturón, y lo levantó.

La ola subió hasta la mitad del cuerpo; pero no pudo derribarlo, y el duque comenzó a andar hacia tierra.

Pero apenas hubo dado diez pasos, otra ola, más alta y furiosa que la primera, llegó a colocarse a la altura del pecho y lo sepultó.

El reflujo los dejó por un momento descubiertos, sobre la arena. Wardes estaba desmayado.

En aquel momento cuatro marineros del duque, que conocieron el peligro, se tiraron al agua, y en un minuto estuvieron al lado de su señor.

Grande fue su espanto cuando lo vieron cubrirse de sangre a medida que corría el agua de que estaba impregnado.

Quisieron llevárselo.

—¡No, no! —dijo el duque—. ¡A tierra! ¡A tierra el marqués!

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto el francés! —gritaron sordamente los ingleses.

—¡Miserables pícaros! —exclamó el duque, con soberbio ademán que los cubrió de sangre—. ¡Obedeced! ¡El señor de Wardes a tierra, antes que todo, u os hago ahorcar!

La barca se había acercado. El intendente y el secretario saltaron y aproximáronse al marqués, que no daba señales de vida.

—Os recomiendo a este hombre sobre vuestra cabeza —dijo el duque—. ¡A la orilla!

¡El señor de Wardes, a la orilla!

En brazos lo condujeron hasta la arena seca, donde no llegaba el mar.

Algunos curiosos y cinco o seis pescadores se habían agrupado en la orilla, atraídos por el extraño espectáculo de dos hombres bañándose con agua a la rodilla.

Viendo los pescadores venir hacia ellos un grupo de hombres que conducían un herido, entraron hasta media pierna en el mar.

Los ingleses les entregaron el herido en el momento en que comenzaba a abrir los ojos.

El agua salada del mar y la arena se habían introducido en las heridas y le causaban indecible sufrimiento.

El secretario del duque sacó un bolsillo lleno, y lo dio al que parecía más considerable de entre los concurrentes, diciendo:

—De parte de mi amo, milord duque de Buckingham, a fin de que se tenga par el señor marqués de Wardes todos los cuidados inimaginables.

Y se volvió con los suyos a la canoa, que Buckingham había alcanzado después que vio a Wardes fuera de peligro.

Los vestidos de milord duque y de Wardes habían sido arrastrados por el flujo a la orilla.

Envolvieron a Wardes en el del duque, creyendo que era el suyo, y lo transportaron en brazos a la ciudad.

## Capítulo XXIX

---

### Triple amor

Después de la marcha de Buckingham, Guiche creía que la tierra le pertenecía sin disputa. Monsieur, que no tenía el menor motivo de celos, y que por otra parte dejábase influir por el caballero de Lorena, concedía en su casa tanta libertad como pudieran desear los más exigentes.

El rey, por su parte, que había tomado gusto a la sociedad de Madame, imaginaba placeres sobre placeres para animar la residencia en París, de suerte que no pasaba día sin una fiesta en palacio, o una recepción en la habitación de Monsieur.

El rey hacía preparar a Fontainebleau, para recibir la Corte, y todo el mundo trataba de ser del viaje. Madame llevaba la vida más ocupada. Su voz y su pluma no paraban un instante.

Las conversaciones con Guiche tomaban poco a poco el interés que preludia las grandes pasiones.

Cuando los ojos languidecen a propósito de una discusión sobre colores de telas, cuando transcurre una hora analizando los méritos y el perfume de una almohadilla de olor o de una flor, hay en este género de conversación palabras que todo el mundo puede oír, pero hay gestos o suspiros que no todo el mundo puede ver.

Cuando Madame había conversado bien con Guiche, hablaba con el rey, que regularmente le hacía una visita diaria. Se jugaba, hacíanse versos, se elegían divisas y emblemas; aquella primavera no era sólo la de la naturaleza; era la juventud de todo un pueblo, cuya cabeza formaba la Corte. El rey era joven y galante más que nadie, y amaba con extremo a todas las mujeres, sin excluir a la reina su esposa.

Sólo que era el más tímido y reservado de su reino, en tanto que no se confesaba a sí propio sus sentimientos.

Esta timidez reteniale en los límites de la simple cortesía, y ninguna mujer podía envanecerse de ser preferida a otra.

Podía presumirse que el día en que él se declarara sería la aurora de una nueva soberanía; pero no se declararía. El señor de Guiche se aprovechaba de esto para ser el rey de toda la enamorada Corte. Habiase dicho que galanteaba a la señorita de Montalais y que asediaba a la de Chatillon; ahora sólo tenía ojos y oídos para una sola. Sus atenciones a Madame fueron advertidas por todo el mundo, particularmente por el mal genio de la casa, el caballero de Lorena, a quien Monsieur tenía una viva adhesión por ser del genio alegre aun en sus maldades, y nunca le faltaban ideas para emplear el tiempo.

Viendo, pues, el caballero de Lorena que Guiche amenazaba suplantarle, recurrió al gran medio. Desapareció, dejando a Monsieur muy enojado.

El primer día casi no lo buscó Monsieur, porque estaba allí Guiche, y salvo las conversaciones con Madame, dedicaba valerosamente las horas del día y de la noche al príncipe.

Pero el segundo día, no hallando Monsieur una persona a mano, preguntó dónde estaba el caballero.

Y le respondieron que no se sabía. Guiche, después de haber pasado la mañana en elegir bordados 3 guardiciones con Madame, fue a consolar, al príncipe. Pero, después de la comida, habiendo aún tulipanes y amatistas que apreciar, Guiche volvió al gabinete de Madame.

Monsieur quedó solo a la hora de vestirse, se consideró el más desgraciado de los hombres, y preguntó otra vez si se tenían noticias del caballero.

—Nadie sabe dónde encontrarlo —fue la respuesta que le dieron. No sabiendo Monsieur en quién descargar su enojo, se fue en bata a la habitación de Madame.

Allí había un gran círculo de personas que reían y cuchicheaban en todos los rincones; aquí un grupo de mujeres alrededor de un hombre; al otro lado, Manicamp y Malicorne, apresados por la Montalais, la señorita de Tonnay-Charente y otras dos reidoras.

Más lejos, Madame, sentada sobre cojines, y Guiche, esparciendo, de rodillas junto a ella, un puñado de perlas y de piedras, entre las cuales el dedo fino y blanco de la princesa designaba las que le gustaban más.

En otro rincón, un tocador de guitarra que punteaba seguidillas españolas, pasión de Madame desde que las había oído cantar a la joven reina con cierta melancolía; sólo que la española había cantado con las lágrimas en los párpados, y la inglesa las tarareaba con una sonrisa que permitía ver sus dientes de nácar.

El gabinete presentaba la más risueña imagen del placer. Monsieur asombróse de ver tanta gente que se divertía sin él, y tuvo tales celos, que no

pudo menos de decir como un niño:

—¡Muy bien! ¡Divirtiéndoos aquí mientras yo me fastidio solo!

Su voz fue como un trueno que interrumpe el gorjeo de los pájaros bajo las ramas de un árbol; hubo un profundo silencio.

Guiche se puso en pie al momento.

Malicorne se escondió detrás de las faldas de la Montalais. Manicamp se irguió y tomó su marcado aire de ceremonia.

El guitarrista metió la guitarra debajo de una mesa y tiró del tapete para ocultarla a los ojos del príncipe:

Sólo Madame permanecía inmóvil, y, sonriendo a su esposo, le respondió:

—¿No es ya la hora de vuestra *toilette*?

—Hora que escogen para divertirse —rezongó el príncipe.

Esta desventurada palabra fue la señal de la derrota; las mujeres huyeron como bandada de gorriones asustados; el guitarrista desvaneciése como una sombra; Malicorne, protegido por la Montalais, que ensanchaba su traje, se deslizó detrás de una tapicería, y Manicamp fue en ayuda de Guiche, sosteniendo ambos valientemente el choque con la princesa.

El conde era demasiado feliz para querer mal al marido; pero Monsieur, que necesitaba un motivo de querella, lo buscó; y la marcha rápida de aquella multitud, tan alegre antes de su llegada y tan contrariada por su presencia, le sirvió de pretexto.

—¿Por qué huyen a mí llegada? —preguntó con tono agrio. Madame contestó fríamente que, siempre que el señor aparecía, la familia se retiraba por respeto.

Y, pronunciando estas palabras, hizo una mueca tan graciosa, que Guiche y Manicamp no pudieron contenerse. Rompieron a reír, Madame los imitó, y la risa invadió al mismo Monsieur, que vióse obligado a sentarse, porque riendo perdía demasiado su gravedad.

Cesó al fin; pero su cólera había aumentado, y estaba aún más furioso por haberse dejado llevar de la risa que por ver reír a los otros.

Miraba a Manicamp con malos ojos, no atreviéndose a demostrar su ira al conde de Guiche.

Pero a una seña que hizo con demasiado despecho, Manicamp y Guiche salieron...

De modo que Madame, sola ya, se puso a recoger tristemente sus perlas, sin reír más, ni menos hablar.

—Estoy muy contento de ver —dijo el duque—, que me tratan cómo a un extraño en vuestro cuarto, señora.

Y salió exasperado.

En la antecámara encontró a la Montalais que estaba de guardia.

—Es muy gustoso venir a veros —murmuró—, pero desde la puerta.

Montalais hizo la más profunda reverencia.

—No entiendo bien —dijo— lo que Vuestra Alteza me hace el honor de decirme.

—Digo, señorita, qué cuando os reís todos juntos en el cuarto de Madame, es mal llegado el que no se queda fuera.

—Sin duda, Vuestra Alteza Real no habla ni piensa así por ella.

—Al contrario, señorita; por mí hablo y por mí lo pienso. Ciertamente que no puedo congratularme de las recepciones que me hacen aquí. ¡Cómo! Para un día que hay música y asamblea en la habitación de Madame, en mi casa; para un día queuento divertirme un poco... ¡se marchan...! ¿Temen acaso verme, cuando todo el mundo huye...? ¡Hacen algo malo... cuando yo estoy ausente?

—Monseñor —repuso la Montalais—, hoy no se hace más ni menos que los otros días.

—¡Qué! ¡Todos los días se ríe como hoy?

—Sí, monseñor.

—¡Todos los días se hacen grupos como los que acabo de ver?

—Absolutamente iguales, monseñor.

—¡Y todos los días se rasca la tripa?

—Señor, la guitarra es cosa de hoy; pero, cuando no tenemos guitarra, tenemos violines y flautas; las mujeres se aburren sin música.

—¡Diantre! ¡Y los hombres?

—¡Qué hombres, monseñor?

—El señor de Guiche, el de Manicamp y los otros.

—Todos de la casa de monseñor.

—Sí, sí, tenéis razón, señorita.

Y el príncipe volvió a su cuarto, pensativo, tirándose en el más ancho de sus sillones, sin mirarse al espejo.

—¡Dónde puede estar el caballero? —dijo.

Cerca del príncipe había un servidor.

Su pregunta fue oída.

—No se sabe, monseñor.

—¡Todavía esa respuesta...! El primero que me responda: no sé... lo echo.

A tales palabras todo el mundo huyó del cuarto de Monsieur como habían huido del de Madame.

Entonces acometió al príncipe una rabia inexplicable. Dio un puntapié a una escupidera, que rodó por el pavimento rota en treinta pedazos.

Después, fue a las galerías, y, con gran sangre fría, derribó uno tras otro un vaso de esmalte, un aguamanil de púrpura y un candelabro de bronce. Todo ello hizo un estrépito horrible, y la gente acudió a las puertas.

—¡Qué quiere, monseñor? —se atrevió a decir timidamente el capitán de los guardias.

—Me doy una música —replicó monseñor rechinando los dientes. El capitán

de los guardias envió a buscar al médico de Su Alteza Real.

Pero antes que el médico, llegó Malicorne, que dijo al príncipe:

—Señor, el caballero de Lorena me sigue.

El duque miró a Malicorne sonriendo:

El caballero de Lorena entró, en efecto.

## Capítulo XXX

### Los celos del señor de Lorena

El duque de Orléans lanzó un grito de satisfacción al ver al caballero de Lorena.  
—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué dicha! ¿A qué debo la suerte de veros? ¿No habíais desaparecido, como me habían dicho?

—Sí, monseñor.

—¿Algún capricho?

—Capricho yo! Nunca los tendría con Vuestra Alteza. El respeto...

—No hables de respeto, pues estás faltando a él todos los días, te absuelvo.

¿Por qué te has marchado?

—Porque creí que era ya completamente inútil a monseñor.

—Expícate con más claridad.

—Monseñor tiene a su lado personas que le divierten mucho más que yo. No me encuentro con fuerzas para luchar, y me he retirado.

—Toda esa reserva no tiene sentido común. ¿Quiénes son esas personas contra las cuales no quieres luchar? ¿Guiche?

—No he nombrado a nadie.

—¡Es absurdo! ¿Te molesta Guiche?

—No he dicho tal, monseñor, no me hágais hablar. No ignoráis que Guiche es uno de nuestros buenos amigos.

—¿Quién, entonces?

—Por favor, monseñor; os suplico que no pasemos adelante.

El caballero sabía muy bien que, así como se irrita la sed alejando la bebida, del mismo modo irritase la curiosidad alejando la explicación.

—Si tal porque quiero saber el motivo de tu desaparición.

—Bien, pues, os lo diré; pero os ruego que no lo toméis a real.

—Habla.

—He llegado a comprender que incomodaba.

—¿A quién?

—A Madame.

—¡Cómo es eso! —dijo muy asombrado el duque.

—Una cosa muy sencilla: quizá Madame está celosa de la benevolencia con que Vuestra Alteza se digna favorecerme.

—¿Te lo ha manifestado alguna vez?

—Monseñor, Madame no me dirige nunca la palabra, especialmente de algún tiempo a esta parte.

—¿Desde cuándo?

—Desde que recibe a todas horas al señor de Guiche, que quizá ha acertado a agradarle más que yo. El duque se sonrojó.

—¿Qué significa eso de a todas horas, caballero? —dijo severamente.

—Bien veis, monseñor, que he incurrido en vuestro desagrado; ya estaba yo seguro de que así sucedería.

—No habéis incurrido en mi desagrado; mas decís las cosas con demasiada viveza. ¿En qué es preferido Guiche a vos por Madame?

—No diré una palabra más —dijo de Lorena.

—Al contrario, quiero que habléis. Si por eso os habéis retirado, debéis ser en extremo celoso.

—Necesario es que uno sea celoso cuando ama, monseñor. ¿No lo es acaso monseñor respecto de Madame? Si Vuestra Alteza viese a alguien continuamente al lado de su esposa, y le viera tratado con favor, ¿no concebiría alguna inquietud? Pues uno ama a sus amigos como a sus amores; y Vuestra Alteza Real me ha hecho a veces el honor de llamararme amigo suyo.

—Sí, pero todavía habéis empleado otra palabra equívoca. Veo, caballero, que no estáis feliz en la elección de frases.

—¿Qué palabra, monseñor?

—Habéis dicho: tratado con favor... ¿Y qué entendéis por eso, caballero?

—Una cosa muy sencilla, monseñor —dijo el caballero aparentando el mayor candor—. Cuando un marido ve, por ejemplo, que su esposa llama con preferencia a tal o cual hombre; cuando ese hombre se encuentra siempre a la cabecera de su cama o a la portezuela de su carroaje; cuando hay siempre algún pequeño sitio para el pie de ese hombre en la circunferencia de los vestidos de la mujer; cuando el ramillete de ella es del mismo color que las cintas de él; cuando los músicos están en la tertulia, en tanto que las comidas se hacen en las ruelas; cuando al presentarse el marido todo calla en la habitación de la mujer; cuando el esposo se halla de repente con un compañero el más asiduo y obsequioso en la persona que ocho días antes apenas parecía hacer caso de él... entonces...

—Entonces, acaba.

—Entonces, digo, monseñor, que se pueda estar celoso, pero todos estos pormenores no vienen a cuento, porque nada de eso se trata en nuestra conversación.

El duque luchaba consigo mismo, lo cual se conocía fácilmente en su agitación.

—Pero al fin —concluyó por decir—; todavía no me habéis dicho el motivo de vuestro alejamiento; decíais que había sido por temor de incomodar, y aun añadisteis que habíais advertido en Madame cierta inclinación a tratar con alguna intimidad a Guiche.

—¡Ah! Monseñor, no creo haber dicho eso.

—Sí, lo habéis dicho.

—Pues si lo he dicho, jamás he visto en ello nada que no sea inocente.

—En fin, ¿visteis algo?

—Monseñor me apura demasiado.

—¡No importa! Hablad. Si decís la verdad, ¿por qué apurarlos?

—Siempre digo la verdad, monseñor; pero no puedo menos de vacilar cuando se trata de repetir lo que dicen otros.

—¡Ah! ¿Con que no hacéis más que repetir...? ¿Se ha hablado algo según eso...?

—Sí; algo me han dicho.

—¿Quién?

El caballero tomó un aire casi de enfadado.

—Monseñor —dijo—, veo que me sometéis a un interrogatorio, me tratáis como a un acusado en el banquillo, y los rumores que recoge al paso el oído de buen caballero; no permanecen en él mucho tiempo. Vuestra alteza desea que dé a las habillillas toda la importancia de un suceso.

—¡Pero al fin —murmuró el duque con despecho—, ello es que os habéis retirado a causa de esas habillillas!

—Debo decir la verdad: me han hablado de las asiduidades del señor de Guiche con Madame, nada más; placer inocente, lo repito, y, además, permitido. Pero, monseñor, no vayáis a ser injusto ni a llevar las cosas demasiado lejos; lo que he dicho en nada os interesa.

—¿No me interesa que se hable de las asiduidades de Guiche con mi esposa?

—No, monseñor, no. Y lo que acabo de deciros se lo diría al mismo Guiche en persona; tan sin consecuencia creo el modo como hace la corte a Madame; y se lo diría a ella misma. Pero ¿sabéis cuál es mi temor? El de pasar por un hombre celoso de favores cuando sólo soy celoso de amistad. Conozco vuestro flaco, y no ignoro que cuando amáis, sois exclusivo. Sé que amáis a Madame, que, por lo demás, ¿quién no la amaría? Seguidme en el círculo en que me mueve: Madame ha distinguido entre vuestros amigos al que es más apuesto y de mayores atractivos; nada tiene de extraño que procure influir en el ánimo de su

esposo en favor del preferido, y deje de mirar a los demás con el cariño que antes les tenía. Un desdén vuestro me haría morir; porque harto doloroso me es ya soportar los de Madame. Así es, monseñor; que he tomado mi resolución de ceder el puesto al favorito, cuya felicidad envidio, sin dejar de profesarme por eso una amistad verdadera y una sincera admiración. ¿Tenéis algo que oponer a este razonamiento? ¿No es el de todo, hombre de honor? ¿Halláis que mi conducta no sea la de un leal amigo? Responded, al menos, ya que tan rudamente me habéis interrogado.

El duque se había sentado con la cabeza entre las manos, y se desbarataba el peinado. Después de un silencio bastante largo para que el caballero pudiera apreciar todo el efecto de sus combinaciones oratorias, se levantó Monsieur.

—Vamos —dijo—, sé franco.

—Como siempre:

—Bien. Ya sabes que hemos notado algo de lo que se ha dicho en cuanto a ese extravagante de Buckingham.

—¡Oh! Monseñor, no vayáis a acusar a Madame, o me despido de vos. ¡Sería posible, que os dejaseis llevar de esos sistemas, que hubieseis concebido sospechas?

—No, no, caballero, yo no sospecho de Madame; pero, al fin... veo... comparo.

—¡Buckingham era un loco!

—Un loco, respecto del cual me hiciste abrir los ojos perfectamente.

—¡No, no! —dijo con viveza el caballero—. No fui yo el que os hice abrir los ojos, sino Guiche. ¡Oh! ¡No confundamos!

Y echóse a reír con esa risa estridente que semeja el silbido de la culebra.

—Sí, sí, en efecto... tú dijiste algunas palabras, pero Guiche se manifestó más celoso.

—¡Ya lo creo! —continuó el caballero con el mismo tono—. Combatió por el alta y el hogar.

—¡Cómo es eso! —dijo el duque altamente resentido de aquella péruida chanzoneta.

—¿Pues no es el señor de Guiche primer gentilhombre de vuestra casa?

—De todos modos —repuso el duque algo más tranquilo—, ¿es cierto que la pasión de Buckingham fuese notada?

—Sin duda.

—¿Y se dice que la del señor Guiche lo sea igualmente?

—Veo, monseñor, que volvéis a lo mismo; nadie dice que el señor de Guiche tenga pasión alguna.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—Ya veis, monseñor, que hubiera sido mejor, cien veces, dejarme en mi retiro que no el veniros a forjar en mis escrúpulos unas sospechas que Madame

juzgará como crímenes, y tendrá razón.

—¿Qué harías tú?

—Una cosa razonable.

—¿Cuál?

—No hacer caso de esa sociedad de nuevos epicúreos, y de ese modo se desvanecerían los rumores, por sí mismos.

—Lo meditaré.

—¡Oh! Tiempo tenéis para ello, pues el peligro no es grande, y además no se trata de peligro ni de pasión, sino únicamente de esa especie de temor que llegué a concebir de que se entibiará vuestra amistad hacia mí. Una vez que me la conserváis con vuestra acostumbrada bondad, ninguna otra idea tengo.

El duque movió la cabeza, como diciendo:

« Si tú no tienes ideas, yo sí las tengo» .

En esto llegó la hora de comer, y Monsieur hizo avisar a Madame; mas ésta le envió a decir, que no podía asistir a la mesa, y que comería en su cuarto.

—Es culpa mía —dijo el duque—; esta mañana me presenté de pronto cuando estaban en lo mejor de sus músicas, y como me la eché de celoso, me muestra ahora enfado.

—Comeremos solos —dijo el caballero con un suspiro—. Siento que no venga Guiche.

—¡Oh! A Guiche pronto se le pasará el enfado; tiene un carácter excelente.

—Monseñor —dijo súbitamente el caballero—, se me ocurre una idea: tal vez en la conversación que hemos tenido he podido lastimar el corazón de Vuestra Alteza haciéndole concebir sospechas de Guiche, y quiero constituirme en mediador. Voy a buscar al conde, y veré si logro traerle.

—¡Bien! ¡Veo que tienes buen corazón!

—Parece que Vuestra Alteza se admira de ello!

—Es que no acostumbras a estar tan afectuoso todos los días.

—Pero a lo menos confesad que sé reparar una falta.

—Lo confieso.

—¿Quiere Vuestra Alteza hacerme el favor de esperar aquí unos segundos?

—Con mucho gusto, ve... Entre tanto me probaré mis vestidos de Fontainebleau.

El caballero salió, y llamó con precaución a sus criados, como si les diera distintas órdenes.

Todos marcharon en diferentes direcciones, y él quedó con su ayuda de cámara.

—Desearía saber ahora mismo —dijo—, si el señor de Guiche está en el cuarto de Madame. ¿De qué modo se podría averiguar?

—Fácilmente, señor caballero; se lo preguntaré a Malicorne, el cual lo deberá saber por la señorita Montalais. Sin embargo, creo que la pregunta será inútil,

porque todos los criados del señor de Guiche han marchado, y el amo ha debido irse con ellos.

—No obstante, infórmate.

No habían transcurrido diez minutos, cuando volvió el ayuda de cámara. Llamó misteriosamente a su amo a una escalera de servicio, y le hizo entrar en un aposento cuya ventana daba al jardín.

—¿Qué hay? —preguntó el caballero—. ¿A qué tantas precauciones?

—Observad, señor —dijo el ayuda de cámara.

—¿Qué?

—Mirad bajo el castaño, allí.

—Bien... ¡Ah, sí! Veo a Manicamp de espera. ¿A quién aguarda?

—Pronto lo veréis si tenéis paciencia... ¡Mirad! ¡Veis ahora?

—Veo uno, dos, cuatro músicos con sus instrumentos, y a Guiche que los va dirigiendo en persona... Pero ¿qué hace ahí?

—Espera que le abran la portecilla de la escalera de las camaristas, para subir a la habitación de Madame y darle música durante la comida.

—¡Es soberbio eso que dices!

—¿Qué os parece, señor?

—¿Y eso te lo ha dicho el señor Malicorne?

—El mismo.

—¿Tanto te quiere?

—Quiere a monseñor.

—¿Por qué?

—Porque desea ser de su casa.

—¡Diablo! Y lo será. ¿Cuánto te ha dado por ello?

—El secreto que os vendo, señor.

—Te doy por él cien doblones: ¡Tonto!

—Gracias, señor... Observad cómo se abre la portecilla y una mujer hace entrar a los músicos.

—¿No es la Montalais?

—La misma, mas no pronunciéis en alta voz ese nombre; quien dice Montalais dice Malicorne. Si os malquistáis con la una, no estaréis bien con el otro.

—Bien, pues nada he visto.

—Y yo nada he recibido —repuso el criado llevándose la bolsa.

—¡Caballero, caballero! Mal me aconsejas.

—Yo os aconsejo bien, en beneficio vuestro; ese traje, ideado por vos y bordado de oro, os sienta divinamente. Madame se hallará más subyugada aún por el hombre que por el proceder. ¡Vamos, monseñor!

—Me has convencido, marchemos.

El duque salió con el caballero de su habitación y se dirigió hacia la de

Madame.

El caballero deslizó estas palabras al oído de su criado:

—¡Vigilad la portecilla! ¡Que nadie pueda escaparse por allí! Corre. Y tras del duque entró en las antecámaras de Madame.

Los ujieres disponíanse a anunciar.

—Nadie se mueva —dijo el caballero, riendo—. Monsieur quiere dar una sorpresa.

## Capítulo XXXI

---

Monsieur está celoso de Guiche

Monsieur entró bruscamente como las personas que llevan buena intención y creen causar un placer, o como aquellos que esperan sorprender un secreto, triste pensión de los celos.

Madame, embriagada con los primeros compases, bailaba como una loca, sin hacer caso de la comida comenzada.

Era su pareja el señor de Guiche, que aparecía con los brazos al aire, los ojos entornados y la rodilla en tierra, como los bailarines españoles, de apasionada mirada y gesto acariciador.

La princesa daba vueltas a su alrededor con igual sonrisa y seducción provocadora.

Seguro el caballero de que Guiche estaba ya dentro, volvió al cuarto de Monsieur, a quien halló vestido con magnificencia y radiante de júbilo y de belleza.

—Se dice —exclamó—, que el rey toma por divisa un sol; verdaderamente, monseñor, a nadie mejor que a vos convendría semejante divisa.

—¿Y Guiche?

—No he podido hallarle. Parece que se haya evaporado. La sorpresa de esta mañana se ve que le ha afectado profundamente. No se le ha hallado en su casa.

—¡Bah! Es capaz ese atolondrado de haber tomado la posta y haberse ido a sus posesiones. ¡Infeliz muchacho! Yo le haré llamar. Comamos.

—Monseñor, el día de hoy es fecundo en ideas; por mi parte tengo una.

—¿Cuál?

—Monseñor, Madame está enojada con vos, y tiene razón. Le debéis el desquite; id a comer con ella.

—¡Oh! Eso es propio de un marido débil.

—Eso es de un buen marido. La princesa se aburre; derramará lágrimas en su comida y se le pondrán encarnados los ojos. Un marido que hace poner encarnados los ojos a su mujer, se hace odioso. ¡Con que vamos, monseñor, vamos!

—No; he mandado que traigan aquí mi servicio.

—¡Vamos, vamos, monseñor!, nos pondremos tristes, a mí se me parte el corazón al pensar que Madame está sola; y vos, por inflexible que queráis ser, no podréis menos de suspirar. Llevadme a la comida de Madame y le proporcionaremos una agradable sorpresa. Estoy seguro que nos divertiremos. Esta mañana os enojasteis sin motivo.

—Puede ser.

—Nada de puede ser: fue.

Montalais admiraba. La Vallière, sentada en un rincón, miraba, pensativa.

Imposible expresar el efecto que causó en aquellas personas venturosa la presencia de Monsieur, tan imposible como expresar el efecto que produjo en Felipe la vista de aquellas dichosas personas.

El conde de Guiche no tuvo fuerzas para levantarse; Madame quedóse inmóvil a la mitad de su paso y de su actitud, sin poder articular palabra.

El caballero de Lorena apoyóse contra el quicio de la puerta, sonreía como hombre caído en la más ingenua admiración.

La palidez del príncipe, el temblor convulsivo de manos y piernas fue el primer síntoma que alarmó a los concurrentes. Al ruido del baile sucedió un profundo silencio.

El caballero de Lorena aprovechó este intervalo para saludar respectivamente a Madame y a Guiche, aparentando confundirlos en sus reverencias, como los amos de la casa.

Monsieur se aproximó a su vez.

—Estoy encantado —dijo con ronca voz—; llego aquí creyendo encontrarlos enferma y triste y os veo entregada a nuevos placeres. ¡En verdad, es una dicha! Mi casa es la más alegra del universo!

Y volviéndose hacia Guiche:

—¡Conde —le dijo—, ignoraba que fueseis tan hábil bailarín!

Y luego, dirigiéndose a su mujer:

—Sed mejor para mí —dijo con amargura que encubría su ira—: cada vez que queráis alegrarlos, invitadme... Soy un príncipe muy abandonado.

Guiche había recobrado toda su presencia de ánimo, y con altivez natural, que le sentaba perfectamente, dijo:

—Monseñor sabe que le pertenece mi vida entera; cuando se trate de darla, estoy pronto, pero hoy no se trata más que de bailar al son de los violines, y bailo.

—Y hacéis bien —dijo secamente el príncipe—. Luego, señora —continuó—,

veo que no advertís qué vuestras damas me roban mis amigos. El señor de Guiche no está a vuestro servicio sino al mío, y ya que cuando queréis comer sin mi compañía tenéis a vuestras damas, justo es que cuando yo coma solo no me despojéis de mis gentileshombres.

Madame comprendió la lección, y sintiendo la fuerza de aquella reconvención, se puso encarnada hasta los ojos.

—Señor —replicó—, al venir a la corte de Francia, ignoraba que las princesas de mi jerarquía fueran consideradas como mujeres de Turquía. Ignoraba que estuviera prohibido ver hombres; mas, puesto que tal es vuestra voluntad, me resignaré, no os molestaré si queréis hacer enrejar mis ventanas.

Esta respuesta, que hizo sonreír a Montalais y a Guiche, volvió al corazón del príncipe la cólera, de la que una gran parte acababa de evaporarse en palabras.

—¡Muy bien! —dijo con tono concentrado—. ¡Me gusta ver como se me respeta en mi casa!

—¡Monseñor, monseñor! —murmuró el caballero al oído de Monsieur; de modo que todos advirtiesen que procuraba aplacarle.

—¡Venid! —dijo el duque por toda contestación, arrastrándole consigo y haciendo una brusca pируeta, a riesgo de atropellar a Madame.

El caballero siguió a su amo hasta su habitación, donde apenas se sentó el príncipe, dio rienda suelta a su furor.

El caballero levantaba los ojos al cielo, juntaba las manos, y no decía palabra.

—¡Quiero saber tu parecer! —exclamó Monsieur:

—¿Sobre qué, monseñor?

—Sobre todo lo que pasa aquí.

—¡Oh monseñor! ¡Es cosa grave!

—¡Es odiosa! ¡No se puede vivir así!

—¡Cuidado que es desgracia! —dijo el caballero—. ¡Cuando esperábamos tener tranquilidad con la ausencia de Buckingham!

—¡Y esto es peor!

—No diré tanto, monseñor.

—Pues, yo sí lo digo, porque Buckingham no se habría atrevido jamás a hacer la cuarta parte de lo que hemos visto.

—¿Qué, monseñor?

—¡Ocultarse para bailar, fingir una indisposición para comer mano a mano con otro!

—¡Oh! ¡Monseñor, no, no!

—¡Sí, sí! —gritó el príncipe excitándose a sí propio como los niños voluntariosos—; pero no lo sufriré por mucho tiempo; es preciso que se sepa lo que aquí pasa.

—Monseñor, un escándalo...

—¡Pardiez! ¿Debo guardar consideraciones cuando nadie, me las guarda...? ¡Aguárdame aquí, caballero, espérame!

El príncipe desapareció en la habitación inmediata, y se informó por el ujier si la reina madre había vuelto de la capilla.

Ana de Austria era dichosa; la paz restablecida en el seno de la familia, todo un pueblo entusiasmado con la presencia de un soberano joven dispuesto a grandes empresas, las rentas del Estado aumentadas, la paz exterior asegurada, todo le presagiaba un porvenir tranquilo.

A veces cruzaba por su ánimo el recuerdo de aquel desgraciado joven a quien había recibido como madre y arrojado como maderastra.

Un suspiro acabó su pensamiento. De pronto entró el duque de Orléans.

—¡Madre mía —murmuró cerrando apresuradamente las puertas—, las cosas no pueden seguir así!

Ana de Austria fijó en él sus hermosos ojos, y, con dulzura inalterable.

—¿De qué cosas queréis hablar? —le dijo.

—Quiero hablar de Madame.

—¿De vuestra mujer?

—Sí, madre mía.

—Apuesto a que ese loco de Buckingham le habrá escrito alguna carta de despedida.

—Pues qué, madre querida, ¿creéis que se trate de Buckingham?

—Pues de quién, si no? Porque ese pobre joven había excitado injustamente vuestras sospechas, y yo suponía...

—Madre mía, Madame ha reemplazado ya al señor de Buckingham.

—Felipe, ¿qué estáis diciendo? Habláis con demasiada ligereza.

—No; Madame se las ha compuesto tan bien, que estoy otra vez celoso.

—¿Y de quién, Dios mío?

—Pues qué, ¿no habéis advertido nada?

—No.

—¿No habéis observado que el señor de Guiche está continuamente en su habitación, y no se separa de su lado?

La reina dio una palmada y se echó a reír.

—Felipe —dijo—, esto no es, ya un defecto, sino una enfermedad.

—Sea defecto o enfermedad, el caso es que sufro.

—¿Y deseáis que os cure de un mal que sólo existe en vuestra imaginación? ¿Queréis que apruebe vuestros celos cuando no hay el menor fundamento para tenerlos?

—Ya vais a principiar con éste de la misma manera que hicisteis con el otro.

—Es que, hijo mío —dijo con sequedad la reina—, lo que hicisteis con el otro volvéis a hacerlo ahora con éste.

El príncipe se inclinó algo picado.

—Y si citase hechos —dijo— ¿me creeríais?

—Hijo mío, si se tratara de cualquiera otra cosa que no fueran celos, os creería sin necesidad de alegar hechos; pero en esa materia no os prometo nada.

—Lo cual equivale a mandarme a que me calle y a despedirme sin escucharme.

—De ningún modo: sois hijo mío, y os debo toda la indulgencia de una madre.

—¡Oh! Decid vuestro pensamiento; decid mejor que me debéis toda la indulgencia que se merece un loco.

—Dejaos de exageraciones, Felipe, y no me presentéis a vuestra mujer como un corazón depravado...

—¿Mas y los hechos, señora?

—Veamos qué hechos son étos.

—Esta mañana a las diez había música en la habitación de Madame.

—No veo en eso ningún mal.

—El señor de Guiche estaba conversando con ella. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que desde hace ocho días la sigue como si fuera su sombra.

—Hijo mío, si hicieran algo malo, se ocultarían.

—¡Bueno! —dijo el duque—. ¡Ahí os esperaba yo! Acordaos bien de lo que habéis dicho. Esta mañana, pues, sorprendí a los dos, y les manifesté mi descontento.

—Pues no dudéis de que eso será bastante; y aun quizás os hayáis adelantado más de lo conveniente. Estas jóvenes son muy susceptibles, y reconvenirlas por el mal que no han hecho, equivale a veces a decirles que lo podrían hacer.

—Bien, bien; ahora veréis. Retened también lo que acabáis de decir, señora: «La lección de esta mañana ha debido bastar, y si hicieran algo malo se ocultarían».

—Eso he dicho.

—Pues bien, arrepentido de la precipitación con que procedí esta mañana, y creyendo que Guiche estaría de mal humor en su casa, fui a la habitación de Madame. ¿Sabéis lo que hallé? Nuevos músicos, bailes, y a Guiche oculto allí.

Ana de Austria frunció el ceño.

—Es sorprendente —dijo—. ¿Qué ha dicho Madame?

—Nada.

—¿Y Guiche?

—Lo mismo... No, ahora recuerdo que tartamudeó ciertas impertinencias.

—¿Y qué decís de todo eso, Felipe?

—Que se han burlado de mí, que Buckingham no era más que un pretexto, y que el verdadero responsable es Guiche.

Ana se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Quiero que Guiche salga de mi casa como Buckingham, y se lo pediré al rey, a no ser que...

—A no ser que...

—Qué vos misma, señora, tan espiritual y tan buena, os encarguéis de la comisión.

—No haré tal.

—¡Cómo, madre mía!

—Oíd, Felipe, no me hallo dispuesta todos los días a dar disgustos a las personas; tengo cierta autoridad sobre estos jóvenes, pero no podría prevalecerme demasiado de ella sin perderla; fuera de que nada prueba que el señor de Guiche sea culpable.

—Me ha disgustado.

—Eso es cuenta vuestra.

—Bueno, yo sabré lo que he de hacer —dijo el príncipe impetuosamente.

Ana le miró con inquietud.

—¿Y qué haréis? —dijo.

—Le haré ahogar en mi estanque la primera vez que le encuentre en casa.

Y el príncipe, después de lanzar esta ferocidad, aguardó a ver el efecto que producía. La reina permaneció impasible.

—¡Bien! —fue lo único que dijo.

Felipe era débil como una mujer y se puso a dar gritos.

—Todos me venden, nadie me quiere; hasta mi madre se pasa a mis enemigos.

—Vuestra madre ve más lejos que vos, y cree excusado aconsejaros cuando no estéis dispuesto a escuchar sus consejos.

—Iré a ver al rey.

—Eso mismo iba a proponeros. Precisamente lo estoy aguardando, pues esta es la hora de su visita; explicaos.

Apenas había acabado de hablar, cuando Felipe oyó abrirse con estrépito la puerta de la antecámara.

El miedo le sobrecogió. Se distinguían los pasos del rey, cuyas plantas hacían crujir la alfombra. El duque escapó por una portecilla y dejó a la reina con la palabra en la boca.

Ana de Austria se echó a reír, y estaba riendo todavía cuando entró el rey.

—Venía a preguntar por la salud ya algo quebrantada de la reina, y a anunciar a ésta al mismo tiempo que estaban terminados los preparativos, para el viaje a Fontainebleau.

Al verla reír disminuyó su inquietud, y le dirigió la palabra en tono risueño.

Ana de Austria le cogió la mano, y con voz placentera:

—¿Sabéis —le dijo—, que tengo a orgullo el ser española?

—¿Por qué, señora?

—Porque las españolas valen mucho más que las inglesas.

—No os entiendo.

—Desde que estáis casado, ¿habéis tenido que hacer la menor reconvención a la reina?

—No por cierto.

—Y ya lleváis algún tiempo de matrimonio. Vuestro hermano; por el contrario, hace quince días que contrajo matrimonio...

—¿Y qué?

—Y ya se queja de Madame por segunda vez.

—¡Cómo! ¡Buckingham aún?

—No, otro.

—¿Quién?

—Guiche.

—Pues qué, ¿Madame es coqueta?

—Mucho me lo temo.

—¡Pobre hermano mío! —dijo riendo el rey.

—¿Según se ve, disculpáis el coquetismo?

—En Madame sí, porque no es coqueta en el fondo.

—Será así; pero vuestro hermano va a perder la cabeza.

—¿Y qué pretende?

—Quiere ahogar a Guiche.

—Algo violento me parece eso.

—No lo toméis a broma; Felipe está desesperado. Buscad algún medio.

—¿Para salvar a Guiche? Con mucho gusto.

—¡Oh! Si vuestro hermano os oyese, conspiraría contra vos como vuestro tío Monsieur, contra el rey, vuestro padre.

—No; Felipe me quiere mucho, y yo no le quiero menos; viviremos como buenos amigos. ¿Qué quiere en último resultado?

—Que impidáis, a Madame ser coqueta y a Guiche ser amable.

—¿Sólo eso? ¡Muy alta idea tiene formada Felipe del poder real...! ¡Corregir a una mujer...! Si todavía fuese a un hombre, pase...

—¿Y de qué modo os compondrías?

—Con sólo decir una palabra a Guiche, que es mozo de talento, le persuadiré.

—Pero ¿y a Madame?

—Eso es más difícil; seguramente no bastará una palabra. Compondré una homilia, y se le predicare de cabo a rabo.

—Es que la cosa urge.

—No lo descuidaré, confiad. Precisamente tenemos baile después de comer.

—¿Y pensáis predicar bailando?

—Sí, señora.

—¿Me prometéis convertirla?

—Extirparé la herejía por la persuasión o por el fuego.

—¡Enhorabuena! No me mezcléis en nada de esto. Madame no me lo perdonaría en su vida, y, al fin y al cabo, tengo que vivir con mi nuera.

—Señora, el rey lo toma todo a su cargo.

—En verdad que ahora reflexiono...

—¿Qué?

—Si sería, quizá mejor ir a buscar a Madame en su cuarto.

—Es algo solemne.

—Sí, mas la solemnidad no sienta mal a los predicadores, y luego el violín del baile se comería la mitad de mis argumentos. Además, se trata de impedir alguna violencia de mi hermano. Más vale un poco de precipitación... ¿Está Madame en sus habitaciones?

—Creo que sí.

—¿Tenéis a bien hacerme una exposición de agravios?

—Os lo diré en pocas palabras: música perpetua... asiduidad de Guiche... sospechas de tapujos y confabulaciones...

—¿Y pruebas?

—Ninguna.

—Bien: voy a ver a Madame.

Y el rey se puso a mirar en los espejos su brillante traje y su rostro, que resplandecía no menos que sus diamantes.

—Que procuren alejar a mi hermano —dijo.

—¡Oh! El fuego y el agua no se huyen con mayor violencia.

—Eso me basta. Madre mía, bésos las manos, que son las más lindas de Francia.

—Que salgáis bien con vuestra empresa señor... Sed el pacificador del matrimonio.

—Ya veis que no empleo embajador —replicó Luis—. Es decir, que tendrá éxito.

Salió riendo, y por el camino, fue limpiándose el polvo con minucioso esmero.

## Capítulo XXXII

---

### El mediador

Al presentarse el rey en el cuarto de Madame, todos los cortesanos, que a la noticia de la escena conyugal, se habían diseminado por las habitaciones, principiaron a concebir los más serios temores.

Íbase así formando por este lado una tempestad, cuyos elementos analizaba el caballero de Lorena en medio de los grupos, ya aumentando los más débiles, o ya dirigiendo, según sus perversas inclinaciones, los más fuertes, a fin de causar todo el daño posible.

Según lo había anunciado Ana de Austria, la presencia del rey dio un carácter solemne al acontecimiento.

No era cosa de poca entidad, en 1662, el descontento de Monsieur contra Madame y la intervención del rey en los asuntos domésticos de Monsieur.

De suerte que, desde el primer momento se vio a los más atrevidos que rodeaban al conde de Guiche, alejarse de él con una especie de espanto; y el mismo conde, participando del pánico general, se retiró solo a su cuarto.

El rey entró en la habitación de Madame saludando como de costumbre. Las camaristas habíanse colocado en fila a su paso por la galería.

Por muy preocupado que estuviera Su Majestad, no dejó de echar una mirada de amo a aquella doble fila de mujeres jóvenes y hermosas que bajaban modestamente los ojos.

Todas se pusieron encendidas al sentir la mirada del rey. Tan sólo una, cuyos largos cabellos caían en sedosos bucles sobre el cutis más hermoso del mundo, estaba pálida y casi no podía sostenerse a pesar de los codazos de su compañera.

Era La Vallière, a quien Montalais apuntalaba de aquel modo inspirándola por lo bajo el valor de que ella estaba tan abundantemente provista.

El rey no pudo menos de volver la cara. Todas las frentes, que estaban ya levantadas, volvieron a bajarse; sólo la cabeza rubia permaneció inmóvil, como agotada toda la fuerza e inteligencia que le quedara.

Al entrar Luis en la habitación de Madame, encontró a su cuñada medio recostada sobre los almohadones de su gabinete. Levantóse Enriqueta, e hizo una profunda reverencia, balbuceando algunos cumplidos sobre el honor que recibía.

Luego volvió a sentarse, vencida por una debilidad, afectada sin duda, porque un delicioso colorido animaba sus mejillas, y sus ojos, todavía enrojecidos por algunas lágrimas vertidas recientemente, no despedían más que fuego.

Cuando el rey estuvo sentado y observó, con aquella seguridad que le caracterizaba, el desorden de la habitación y el no menor del semblante de Madame, tomó un aire jovial.

—Hermana mía —le dijo—, ¿a qué hora deseáis que ensayemos hoy el baile?

Madame, sacudiendo lenta y lánguidamente su encantadora cabeza:

—¡Ah, Majestad! —exclamó—. Dignaos excusarme para ese ensayo; precisamente iba a pasar recado a Vuestra Majestad para decirle que me sería imposible asistir hoy.

—¿Cómo! —dijo el rey con moderada sorpresa—. ¿Estáis indisposta, hermana mía?

—Sí, Majestad.

—Entonces voy a hacer que llamen a vuestros médicos.

—No, porque nada pueden hacer los médicos para mi mal.

—¿Me asustáis?

—Majestad —dijo ella—, deseo solicitar vuestro permiso de regresar a Inglaterra.

El rey hizo un movimiento.

—A Inglaterra! ¿Reflexionáis bien lo que decís, señora?

—Lo digo a pesar mío, Majestad —repuso la nieta de Enrique IV con resolución, haciendo brillar al mismo tiempo sus hermosos ojos negros—. Siento hacer confidencias de tal género; pero soy muy desgraciada en la corte de Vuestra Majestad, y deseo volver al lado de mi familia.

—Señora!

Y el rey se acercó.

—Escuchadme, Majestad —continúó la joven tomando sobre su interlocutor el ascendiente que le daban su belleza y su naturaleza nerviosa—; yo estoy acostumbrada a sufrir.

—Joven todavía, me he visto humillada y desdeñada... ¡Oh! No digáis que no —repuso la joven con una sonrisa.

El rey se ruborizó.

—Entonces —dijo—, pude creer que Dios me tenía señalado ese destino, a

mí, hija de un rey poderoso; pues habiendo Dios permitido que mi padre muriese desgraciadamente, bien podía temer que quisiera abatir en mí el orgullo. Mucho he sufrido y mucho he hecho sufrir a mi madre; pero he jurado que si alguna vez llegara a verme en una posición independiente, aun cuando fuera sólo la de la obrera del pueblo, que gana el pan con su trabajo; no sufriría la menor humillación. Ese día ya ha llegado; he recuperado la posición debida a mi clase y a mi nacimiento, he subido hasta las gradas del trono, y he debido creer que aliándome a un príncipe francés, hallaría en él un pariente, un amigo, un igual mío; pero voy viendo que sólo he encontrado un amo, y esta idea me irrita, Majestad... Mi madre nada sabrá, Vos, a quien respeto y a quien... amo...

El rey estremeciéose; ninguna voz había halagado así su oído.

—Vos, Majestad, que todo lo sabéis, ya que habéis venido a verme, tal vez me comprendáis. Si no hubieseis venido, hubiera yo acudido a vos. Lo que deseó es la autorización para marcharme libremente. Ahora dejo a vuestra discreción el cuidado de disculparme y protegerme.

—¡Hermana mía, hermana mía! —balbuceó el rey, abrumado por aquel rudo ataque—. ¿Habéis meditado bien la enorme dificultad que ofrece vuestro proyecto?

—Majestad, yo no reflexiono; siento. Viéndome atacada, rechazo el ataque por instinto; nada más.

—Pero ¿qué os han hecho? Veamos.

La princesa, con esa maniobra tan peculiar de las mujeres, acababa de evitar toda reconvenCIÓN formulando otra más grave; de acusada, se convertía en acusadora. Este es un signo infalible de culpabilidad; pero de este mal evidente, las mujeres, aun las menos diestras, saben siempre sacar partido para vencer.

El rey no advirtió que había venido a ver a Madame para decirle: «¿Qué habéis hecho a mi hermano?». Y ahora se veía reducido a decir:

—¿Qué os han hecho?

—¿Qué me han hecho? —repuso Madame—. ¡Oh! ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo, Majestad! ¡Me han hecho llorar!

Y con un dedo que no tenía igual en delicadeza y blancura nacarada, mostraba unos ojos brillantes, anegados en lágrimas, que principiaban a correr de nuevo.

—¡Por Dios, hermana mía! —dijo el rey, aproximándose para tomarle una mano, que ella le abandonó lánguida y palpitante.

—Majestad, hace poco que me han privado de la presencia de un amigo de mi hermano. Milord de Buckingham era para mí un huésped simpático y jovial, un compatriota que conocía mis gustos e inclinaciones, diría; casi un compañero, pues hemos pasado juntos muchos días, con otros compañeros nuestros, en mis hermosas aguas de Saint James.

—Pero, hermana mía, Villiers estaba enamorado de vos!

—¡Pretextos! ¿Qué importa —dijo seriamente la joven— que monseñor de Buckingham estuviese o no enamorado? ¿Es acaso peligroso para mí un hombre enamorado...?

¡Ah, Majestad! No basta que un hombre ame.

Y sonrió con tal gracia y ternura, que el rey sintió latir y desfallecer el corazón en el pecho.

—Pero ¿y si mi hermano estaba celoso? —interrumpió el rey.

—Bueno, admito eso, es una razón; y han expulsado a Buckingham.

—¡Expulsado...!

—Oh, no! Expulsado, extrañado, despedido, si así lo queréis, Majestad. Uno de los primeros caballeros de Europa se ha visto precisado a abandonar la corte del rey de Francia, la corte de Luis XIV, como un villano, por la bagatela de una mirada o un rabillete. Eso es poco digno de la corte más galante. Perdón, Majestad, olvidaba que al hablar así atento a vuestro poder soberano.

—No, por mi honor, hermana mía, no fui yo quien despidió al señor de Buckingham.

Era hombre que me agradaba mucho.

—¿No fuisteis vos? —exclamó hábilmente Madame—. ¡Ah! ¡Tanto mejor!

Y acentuó el tanto mejor, como si en lugar de esa frase hubiera pronunciado tanto peor. Hubo un silencio de algunos minutos.

—Habiendo marchado el señor de Buckingham (y ya sé por qué y quién le hizo salir), creía haber recobrado la calma... Y no... Ahora salimos con que Monsieur encuentra otro pretexto; y sucede...

—Sucede —dijo el rey alegremente— que se presenta otro al puesto, y nada hay más natural. Sois bella, señora, y siempre tendréis quien os ame.

—Entonces —murmuró la princesa— ¿me veré condenada a estar sola siempre? ¡Oh, eso es lo que se quiere, y eso es lo que se me prepara! Pero, no, prefiero volver a Londres. Allí, a lo menos, me conocen y me quieren, y sí que podré tener amigos sin temor de que se atrevan a calificarlos de amantes...

—¡Bah! ¡Esa sospecha es indigna, y, mucho más por parte de un gentilhombre...!

—Monsieur ha perdido todo en mi espíritu desde que le he conocido, desde que se me ha revelado como el tirano de una mujer.

—¡Vaya! Mi hermano sólo es culpable de amaros.

—¡Amarme! ¡Monsieur amarme...! ¡Ah! Majestad...

Y se echó a reír a carcajadas.

—Monsieur no amará jamás a una mujer —continuó—, porque se ama demasiado a sí mismo; no desgraciadamente para mí, Monsieur es de los celosos de peor especie: celoso sin amor.

—Confesad, sin embargo —dijo el rey, que principiaba a animarse con aquella conversación ardiente y variada—, confesad que el señor de Guiche os

ama.

—Majestad, nada sé.

—Debéis de verlo. Un hombre que ama se traiciona.

—Es que el señor de Guiche no se ha traicionado, Majestad.

—¡Hermana mía, hermana mía, defendéis al señor de Guiche!

—¡Yo! ¡Defenderle yo...! ¡Oh! Majestad, sólo faltaba a mi infortunio que vos también llegaseis a concebir sospechas.

—No, señora, no —replicó vivamente el rey—. No os aflijáis...

—¡Oh! ¡Se os saltan las lágrimas...! ¡Por Dios, tranquilizaos!

La princesa lloraba, no obstante, y corrían abundantes lágrimas por sus manos.

El rey cogió una de aquellas manos y aspiró una dé sus lágrimas. Madame le miró con tanta melancolía y ternura, que le llegó al corazón.

—¿De modo que nada tenéis con Guiche? —dijo el rey con más ansiedad de la que convenía a su papel de mediador.

—Nada absolutamente, Majestad.

—Así, ¿podré tranquilizar a mi hermano?

—¡Ay! Nada le tranquilizará, Majestad. No creáis que esté celoso; no ha sido más sino, que Monsieur ha escuchado perversos consejos, y su carácter es naturalmente inquieto.

—Nada tiene de extraño que lo esté con vos.

Madame bajó los ojos y calló. El rey hizo lo propio, teniendo siempre asida la mano de Madame.

Aquel silencio de un minuto duró un siglo.

Madame retiró suavemente la mano, segura ya del triunfo. El campo de batalla había quedado por ella.

—Monsieur se lamenta —dijo tímidamente el rey— de que preferís a su conversación y sociedad, amistades particulares.

—Majestad, Monsieur pasa la vida en contemplarse al espejo y maquinar indignidades contra las mujeres con el caballero de Lorena.

—¡Oh! Vais demasiado lejos.

—No digo más que la verdad. Observad; y veréis si tengo razón.

—Observaré. Pero, entretanto, ¿qué satisfacción podré dar a mi hermano?

—Mi partida.

—¿Todavía repetís esa palabra? —exclamó imprudentemente el rey, como si creyera que en los últimos diez minutos debía haberse operado tal cambio, que Madame no pudiera seguir con la misma idea.

—Majestad, no puedo ser feliz aquí —dijo Madame—; el señor de Guiche incomoda a Monsieur. ¿Será cosa de que le hagan marchar también?

—Si es necesario, ¿por qué no? —replicó sonriendo Luis XIV.

—Pues bien, después del señor de Guiche... a quien os advierto, Majestad;

que echaré de menos...

—¡Ah! ¡Le echaréis de menos?

—Sí por cierto; es amable, me profesa amistad y sabe distraerme.

—¡Ah! ¡Si Monsieur os oyese! —murmuró picado el rey—. ¿Sabéis que no me encargaría entonces de reconciliaros ni lo intentaría siquiera?

—Y, en el estado en que se hallan las cosas, Majestad, ¿podéis impedir que Monsieur tenga celos el primero que se presente? Bien sé que el señor de Guiche no es un cualquiera.

—¡Aun con esa! Os prevengo que, como buen hermano, me haréis cobrar horror al señor de Guiche.

—Ah, Majestad! —exclamó Madame—. Os ruego que no os revistáis de las simpatías ni de los odios de Monsieur; sed siempre rey, será mejor para vos y para todo el mundo.

—Sois una burlona encantadora, señora, y comprendo perfectamente que os adoren hasta los mismos de quienes os burláis.

—Y sin duda por eso, Majestad, vos, a quien hubiera tomado por defensor mío, vais a poneros del lado de los que me persiguen —dijo Madame.

—¡Yo perseguiros! ¡Dios me libre!

—Entonces —continuó lánguidamente la princesa— concededme lo que os he pedido.

—¿Qué?

—Regresar a Inglaterra.

—¡Oh! ¡Eso, nunca! ¡Nunca! —exclamó Luis XIV.

—¿De modo que estoy prisionera? —preguntó Madame.

—En Francia, sí.

—¿Y qué he de hacer, entonces?

—El qué, hermana mía? Voy a deciroslo.

—Escucho a Vuestra Majestad como humilde servidora.

—En vez de entregarnos a intimidades un poco inconsuetas, en lugar de alarmarnos con vuestro aislamiento, dejaos ver siempre entre nosotros, no nos abandonéis; vivamos en familia. Confieso que el señor de Guiche es amable, mas, al fin, si no poseemos su talento...

—¡Oh, Majestad! Bien sabéis que os hacéis el modesto.

—No, os lo juro. Puede ser uno rey y conocer que tiene menos probabilidades de agradar que tal o cual gentilhombre.

—Yo juro, en cambio, que no creéis una palabra de cuanto estáis diciendo, Majestad.

El rey miró a Madame tiernamente.

—¿Queréis prometerme una cosa? —dijo.

—¿Qué?

—No perder en vuestro gabinete, con personas extrañas, el tiempo que debéis

dedicaron a nosotros. ¿Queréis que hagamos contra el enemigo común una alianza ofensiva y defensiva?

—¿Una alianza con vos, señor?

—¿Y por qué no? ¿No sois acaso una potencia?

—Pero ¿vos, Majestad, seréis un aliado fiel?

—Ya lo veréis, señora.

—¿Y desde qué dia empezará esa alianza?

—Desde hoy.

—Pues yo redactaré el tratado.

—¡Muy bien!

—¿Y lo firmaréis?

—Ciegamente.

—¡Oh! Entonces, Majestad, os prometo maravillas; pues sois el astro de la Corte, y cuando os presentéis...

—¿Qué?

—Todo resplandecerá.

—¡Oh! Señora, señora —dijo Luis XIV—, bien sabéis que toda luz viene de vos, y que si tom o el sol por divisa, no es más que un emblema.

—Majestad, veo que aduláis a vuestra aliada; eso me hace suponer que tratáis de engañarla —dijo Madame amenazando al rey con su travieso dedo.

—¡Cómo! ¿Suponéis que trato de engañarlos cuando os aseguro de mi afecto?

—Sí.

—¿Y qué os hace sospechar?

—Una cosa.

—¿Una sola?

—Sólo una.

—¿Y cuál? Porque mucha desgracia sería que no pudiera triunfar de una sola cosa.

—Es que esa cosa no está en vuestro poder, Majestad, ni siquiera en el de Dios.

—¿Y qué cosa es ésa?

—El pasado.

—Señora, no os comprendo —replicó el rey, precisamente porque había comprendido demasiado bien. La princesa le cogió la mano.

—Majestad —dijo—, he tenido la desgracia de desagrardaros tanto tiempo, que casi hoy me creo con derecho a preguntarme cómo habéis podido aceptarme por cuñada.

—¡Desagrardarme vos!

—No lo neguéis. Permitidme.

—No; no; me acuerdo muy bien.

—¡Nuestra alianza principia desde hoy! —exclamó el rey con un calor que

no era simulado—. De consiguiente, ni vos os acordáis del pasado, ni yo tampoco; para mí no existe más que el presente. Lo tengo a la vista; mirad.

Y llevó a la princesa delante de un espejo; donde se vio sonrojada y bella, capaz de hacer sucumbir a un santo.

—De todos modos —dijo Madame—, no será esta alianza muy sólida.

—¿Queréis que jure? —preguntó el rey, trastornado por el giro volíptuoso que tomó toda aquella conversación.

—¡Oh! No rechazo un buen juramento —dijo Madame—. Siempre es una apariencia de seguridad.

El rey arrodillóse sobre una losa, y cogió la mano de Madame.

La princesa, con sonrisa que un pintor no sabría reproducir y un poeta sólo imaginar, le abandonó sus manos, en las cuales ocultó el rey su ardorosa frente.

Ni uno ni otro pudieron encontrar palabra alguna que decirse. El rey sintió que Madame retiraba sus manos rozándole suavemente las mejillas.

Luis se levantó al punto y salió de la habitación:

Los cortesanos advirtieron su rostro rubicundo, y dedujeron que la escena había sido, borrascosa.

Pero el caballero de Lorena se apresuró a decir:

—¡Oh! No, señores, tranquilizaos. Cuando Su Majestad se irrita, se pone pálido.

## Capítulo XXXIII

---

### Los consejeros

El rey dejó a Madame en tal estado de agitación, que apenas habría podido explicárselo a sí mismo.

No es posible, en efecto, explicar el juego secreto de esas extrañas simpatías que se encienden súbitamente y sin causa entre dos corazones predestinados a amarse; después de largos años transcurridos en la mayor calma y en la mayor indiferencia.

¿Por qué motivo Luis en otro tiempo había desdénado y hasta casi aborrecido a Madame? ¿Por qué encontraba ahora a esa misma mujer tan linda y encantadora, y por qué le ocupaba la imaginación de una manera tan viva? ¿Por qué Madame, en fin, cuyas miradas y cariño eran solicitados por otro, concedía al rey, hacía ocho días, esas apariencias de favor que hacen suponer mayores intimidades?

No es que Luis se propusiese un plan de seducción; el vínculo que unía a Madame con su hermano, era, o le parecía a lo menos, una barrera insuperable, y se hallaba demasiado lejos aún de esa barrera, para acordarse siquiera de que existiese. Pero en la pendiente de esas pasiones que embriagan el corazón, y hacia las cuales nos impulsa la juventud, nadie puede decir el punto en que se detendrá, ni aun aquel que haya calculado de antemano todas las probabilidades de triunfo o caída.

Respecto a Madame, no es difícil explicar su inclinación hacia el rey: era joven, coqueta y apasionada por inspirar admiración.

Era una naturaleza de arranques impetuosos, capaz en un teatro de caminar sobre brasas, a trueque de arrancar un grito de aplauso a los espectadores.

No era, por tanto, sorprendente que guardara la debida progresión, después de

haber sido adorada por Buckingham y Guiche, que era superior a Buckingham, aun cuando no fuese más que por el gran mérito, tan apreciado de las mujeres, de la novedad; no era, pues, sorprendente, decimos, que la princesa elevara su ambición hasta ser admirada por el rey; que era, no sólo el primer personaje del reino, sino uno de los hombres más gallardos y espirituales.

En cuanto a la súbita pasión de Luis hacia su cuñada, la explicaría la fisiología por medio de trivialidades, y la naturaleza por algunas de sus afinidades misteriosas. Madame tenía los más hermosos ojos negros, Luis los más hermosos ojos azules del mundo. Madame era risueña y expansiva, Luis melancólico y reservado. Aquellas dos naturalezas opuestas, que encontrábanse por primera vez en el terreno de un interés y de una curiosidad común, se habían inflamado al contacto de sus mutuas asperezas.

Luis volvió a sus habitaciones convencido de que Madame era la mujer más seductora de la corte. Madame, que quedó sola, pensó, con gran alegría, que había causado en el rey una viva impresión.

Pero este sentimiento debía en ella ser pasivo, mientras que en el rey no podía menos de obrar con toda la viveza natural al espíritu inflamable de un joven, y de un joven que no tenía más que querer para ver ejecutada su voluntad.

El rey anunció a Monsieur que todo estaba pacificado, que Madame le profesaba el mayor respeto, el cariño más sincero, pero que era un carácter altivo y susceptible, que debía ser manejado con alguna cautela.

Monsieur replicó entonces, en el tono agridulce que solía usar ordinariamente con su hermano; que no podía explicarse las susceptibilidades de una mujer cuya conducta podía dar lugar a censura, y que, si alguno tenía derecho a resentirse, a nadie más que a él le correspondía este derecho.

Mas entonces el rey replicó en un tono bastante vivo y que probaba todo el interés que se tomaba por su cuñada.

—Madame está por encima de las censuras, a Dios gracias.

—De los demás, sí, convenido —dijo Monsieur— pero supongo que no de las mías.

—Pues bien —repuso el rey—, a vos, hermano mío, os diré que la conducta de Madame no merece censura. Convengo en que es una mujer, si se quiere, algo distraída y particular, pero de los mejores sentimientos. No siempre, se comprende bien en Francia el carácter inglés, hermano mío, la libertad de las costumbres inglesas sorprende muchas veces a aquellos que no saben cuánta inocencia existe en esa misma libertad.

—¡Ah! —dijo Monsieur cada vez más picado—. Ya que Vuestra Majestad absuelve a mi esposa, a quien yo acuso, deja mi esposa de ser culpable y nada tengo que decir.

—Hermano mío —repuso con viveza el rey, a quien la voz de su conciencia

le decía por lo bajo que Monsieur no dejaba de tener razón—, hermano mío, lo que digo, y sobre todo, lo que hago, es por vuestra dicha. He sabido que os habíais quejado de una falta de confianza o de miramiento de parte de Madame, y no quise que vuestra inquietud se prolongara por más tiempo, y porque es deber mirar por vuestra casa como por la del más humilde de mis súbditos, me he informado, y he visto con el mayor placer que vuestras alarmas eran infundadas.

—Y lo que V.M. ha reconocido con respecto a Madame —prosiguió Monsieur en tono interrogativo y fijando los ojos en su hermano—, ¿lo ha comprobado también respecto de aquellos que han sido causa del escándalo de que me quejo?

—Es verdad, hermano mío —dijo el rey—; ya cuidaremos de eso. Estas palabras encerraban una orden y un consuelo al mismo tiempo. El príncipe lo conoció y se retiró. En cuanto a Luis; fue a buscar a su madre, pues conocía que tenía precisión de una absolución más completa que la que acababa de recibir de su hermano.

Ana de Austria no tenía respecto de monsieur de Guiche iguales motivos de indulgencia que respecto a Buckingham. A las primeras palabras, advirtió que Luis no se hallaba dispuesto a mostrarse severo, y lo fue ella.

Era una de las astucias habituales de la reina para llegar a inquirir la verdad. Pero Luis no se hallaba ya en su aprendizaje; llevaba casi un año de rey, y en ese año había aprendido a disimular.

Escuchando a Ana de Austria, para dejarle desarrollar todo su pensamiento, y asintiendo a sus ideas con la mirada solamente o con el gesto, se convenció, por algunas miradas profundas y por ciertas insinuaciones hábiles, que la reina, tan perspicaz en materia de galantería, había si no adivinado, sospechado por lo menos, su debilidad hacia Madame.

De los auxiliares de Luis, debía ser Ana de Austria el más importante, así como habría sido el más peligroso de sus enemigos; por consiguiente, Luis XIV mudó de táctica.

Echó la culpa a Madame, absolió a Monsieur, y escuchó lo que su madre decía de Guiche, del mismo modo que había escuchado lo que le dijo de Buckingham. Por fin, cuando vio que la reina creía haber conseguido sobre él una victoria completa, se marchó.

Toda la Corte, es decir, todos los favoritos y palaciegos, que no eran pocos, se reunieron por la noche para la repetición del baile.

Este intervalo lo había empleado el pobre de Guiche en recibir algunas visitas.

En el número de éstas había una que esperaba y temía casi en igual grado, y era la del caballero de Lorena, que hacia las tres de la tarde entró en la habitación de Guiche.

Su aspecto era de los más propios para tranquilizar.

—Monsieur —dijo a Guiche— está de un humor excelente, y nada parece anunciar que se haya presentado la más ligera nube en el horizonte conyugal.

Además, ¡era Monsieur tan poco rencoroso!

Hacía mucho tiempo que el caballero de Lorena tenía dicho en la Corte muchas veces que de los dos hijos de Luis XIII, era Monsieur el que había heredado el carácter del padre, carácter incierto e irresoluto, bueno en ocasiones, malo en el fondo, pero nulo para sus amigos.

Había animado precisamente a Guiche, haciéndole ver que Madame llegaría poco a poco a dominar a su marido, y que, por consiguiente, se haría dueño de Monsieur aquel que lograra ganarse la voluntad de Madame.

A eso había respondido Guiche con gran desconfianza y no menor presencia de espíritu:

—Sí, caballero; más considero a Madame sumamente, peligrosa.

—¿Por qué razón?

—Porque ha conocido que Monsieur no es de carácter muy apasionado por las mujeres.

—Es verdad —dijo riendo el caballero.

—De modo...

—¿Qué?

—Que ha elegido al primero que ha llegado, para hacer de él objeto de preferencia y excitar los celos de su esposo.

—¡Grande! ¡Grande! —exclamó el caballero de Lorena.

—¡Verdad! —repuso, Guiche. Y ni uno ni otro decían lo que pensaban.

Al propio tiempo que Guiche atacaba de ese modo el carácter de Madame, le pedía interiormente perdón con toda su alma.

Lorena, al paso que admiraba la penetración de Guiche, conducíale con los ojos cerrados al precipicio, entonces Guiche le preguntó más directamente sobre el efecto que había causado la escena de la mañana, y más aún la escena de la comida.

—Ya os he dicho que reímos —repuso el caballero de Lorena—, y Monsieur el primero.

—No obstante —se aventuró a decir Guiche—, me han hablado de una visita del rey a Madame.

—¡Justamente! Como Madame era la única que no rio, el rey pasó a sus habitaciones para hacerla reír...

—De modo que...

—Nada ha variado en las disposiciones del día.

—¿Y se repetirá el baile esta noche?

—Sin duda.

—¿Lo sabéis de positivo?

—Lo sé.

En este punto de la conversación, Raúl entró con el ceño fruncido. El caballero, que le profesaba, como a todo carácter noble, una secreta aversión, se

levantó apenas le vio aproximarse.

—¿Qué me aconsejáis, pues...? —preguntó Guiche al caballero.

—Que durmáis tranquilo, mi querido conde.

—Y yo, Guiche —dijo Raúl—, os daría un consejo enteramente contrario.

—¿Cuál, querido?

—El de montar a caballo y marchaos a cualquiera de vuestras posesiones. Luego que estéis allí, si deseáis seguir el consejo del caballero de Lorena, podréis dormir todo el tiempo y con toda la tranquilidad que os parezca.

—¿Y a qué marcharse? —exclamó el caballero aparentando sorpresa—. ¿Qué motivos tiene Guiche para huir?

—Porque todo el mundo, y nadie mejor que vos debe saberlo, habla ya de cierta escena que se dice haber sucedido entre Monsieur y Guiche.

Guiche perdió el color.

—No hay tal —repuso el caballero—; me parece que estáis mal informado, señor de Bragelonne.

—Estoy perfectamente enterado, caballero —replicó Raúl—, y el consejo que doy a Guiche es un consejo de amigo.

Guiche, sobresaltado algún tanto, no hacía mas que mirar alternativamente a sus dos consejeros.

Conocía instintivamente que en aquel instante iba a decidirse algo importante para el resto de su vida.

—No es cierto —dijo el caballero interpelando al conde—, no es cierto, Guiche, que la escena no fue tan borrascosa como parece presumir el señor vizconde de Bragelonne, que, por otra parte, tampoco la presenció?

—Caballero —insistió Raúl—, borrascosa o no, no es precisamente de la escena de lo que yo hablo, sino de las consecuencias que puede tener. Sé que Monsieur ha amenazado; sé que Madame ha llorado.

—Lloró Madame! —murmuró imprudentemente Guiche juntando las manos.

—¡Calla! —dijo riendo el caballero—. Esa es una circunstancia que no sabía, veo que estáis mejor informado que yo, señor de Bragelonne.

—Por lo mismo que estoy mejor enterado, insisto en que Guiche se aleje.

—Pero yo creo que no, y siento no ser de vuestra opinión; señor vizconde; considero inútil ese alejamiento.

—Yo lo creo urgente.

—Pero ¿por qué alejarse?

—¿Y el rey?

—¡El rey! —exclamó Guiche.

—Sí, te digo que el rey toma a pecho la cosa.

—¡Bah! —dijo el caballero—. El rey quiere a Guiche, y sobre todo a su padre; pensad que si el conde partiera daría a entender que había algo de

reprobable.

—¿Cómo?

—Cuando alguien huye es culpable o tiene miedo.

—O que está resentido, como hombre acusado injustamente —dijo Bragelonne—. Demos a su ausencia el carácter del resentimiento, lo cual nada me parece más fácil; diremos que hemos hecho los dos todo lo posible por retenerle, y en esto, a lo menos, vos no mentiréis. ¡Vamos, vamos, Guiche! Sois inocente, y como tal, la escena de hoy ha debido lastimarnos. Marchaos, Guiche, marchaos.

—No, Guiche, quedaos —contestó Lorena—; quedaos, precisamente, como decía el señor de Bragelonne, porque sois inocente. Otra vez os pido perdón, vizconde; mas soy de contrario parecer al vuestro.

—Estáis en vuestro derecho, caballero, pero tened presente que el destierro que Guiche se imponga a sí mismo, será un destierro de corta duración, que podrá hacer cesar cuando guste, y al volver de un destierro voluntario, encontrará la sonrisa en la boca de todos, mientras que, al contrario, un arrebato de mal humor en el rey, puede acarrear una tempestad, cuyo término nadie es capaz de prever.

El caballero sonrió.

—¡Eso es, pardiez, lo que quiero! —exclamó por lo bajo y para sí. Y al mismo tiempo se encogió de hombros.

Este movimiento no escapó al conde, y temió que si abandonaba la Corte se atribuyese a miedo.

—¡No, no! —exclamó—. Estoy decidido; me quedo, Bragelonne.

—Miro que te profetizo una desgracia, Guiche —dijo melancólicamente Raúl.

—Yo no, y también me tengo por profeta: quedaos, conde; quedaos: ¿Estáis seguro de que se verifica el baile? —preguntó Guiche.

—Absolutamente.

—Pues bien, ya lo veis, Raúl —replicó Guiche, esforzándose por reír—, no puede ser sombría ni estar muy preparada para discordias intestinas una corte en donde se baila con tanta afición. ¿Qué decís a eso, Raúl?

Raúl meneó la cabeza.

—Nada tengo que decir —replicó.

—De todos modos —inquirió el caballero, con el deseo de saber dónde había tomado Raúl unos informes, cuya exactitud no podía menos de reconocer interiormente—, de todos modos, señor vizconde, ¿cómo es posible que estéis mejor informado que yo, que soy una de las personas que tienen mayor intimidad con el príncipe?

—Señor —replicó Raúl—, ante semejante manifestación, nada tengo que responder. Sí, debéis estar perfectamente informado, lo reconozco, y como todo

hombre de honor es incapaz de decir otra cosa de la que sabe, y de hablar de distinto modo a como piensa, sello mis labios, me doy por vencido, y os dejo el campo de batalla.

Y, en efecto, Raúl, como si no deseara más que reposo, se dejó caer en un gran sillón, mientras el conde llamaba a sus sirvientes para que le vistiesen.

El caballero veía que el tiempo iba pasando; y deseaba marcharse; pero temía también que Raúl se quedara sólo con Guiche, y, le decidiese a cambiar de propósito.

Entonces echó mano del último recurso.

—Madame estará encantada —dijo—; hoy se prueba su traje de Pomona.

—¡Ah! ¡Es verdad! —exclamó el conde.

—Sí, sí —continuó el caballero—; acaba de dar sus órdenes para ello. Ya sabréis, señor de Bragelonne, que el rey representará la Primavera.

—Será admirable —dijo Guiche—, y ésa es la mejor razón de todas para quedarme: como, yo figuro a Vertumno, y tengo que hacer el paso con Madame, no puedo partir sin una orden del rey, porque entonces descompondría el baile.

—Y yo —dijo Lorena—, voy de simple Egipán; cierto, es que soy mal bailarín y que tengo la pierna poco formada. Señores, hasta la vista. No olvidéis la cestita de frutas que tenéis que ofrecer a Pomona, conde.

—¡Oh! Nada olvidaré, no tengáis cuidado —dijo transportado Guiche.

—Estoy seguro de que ya no se marchará —murmuró al salir el caballero de Lorena.

Raúl, a pesar de haberse quedado sola con Guiche, no trató siquiera de disuadir a su amigo, porque conoció que sería trabajo perdido. Con todo, no pudo menos de decirle con voz melancólica y melodiosa:

—Conde, os veo entregado a una pasión terrible. Os conozco, sé que sois extremado en todo, y la que amáis lo es también... Pues bien, supongamos por un instante que ella os llegue a amar...

—¡Oh! Nunca —exclamó Guiche.

—¿Por qué decís nunca?

—Porque sería una terrible desgracia para los dos.

—Entonces, querido, permitidme que en vez de teneros por imprudente os mire como a un loco.

—¿Por qué?

—Vamos a ver, habladme sinceramente. ¿Estáis bien seguro de no desear cosa alguna de la mujer que amáis?

—Lo estoy.

—Entonces, amadla desde lejos.

—¿Cómo?

—¿Qué puede importarlos su ausencia o su presencia, cuando nada deseáis? Amad un retrato, un recuerdo.

—¡Raúl!

—Amad una sombra, una quimera; amad, en una palabra, el amor, poniendo un nombre a vuestra idealidad. ¿Volvéis la cabeza? Vuestros criados llegan, no digo nada más. Tanto en la prosperidad como en la desgracia, contad conmigo Guiche.

—¡Diablo! ¡Claro que sí!

—Pues bien, he aquí lo que tenía que deciros. Vestíos cuidadosamente, Guiche, vestíos con esmero... ¡Adiós!

—¿No venís al baile, vizconde?

—No, tengo que hacer una visita en la ciudad. ¡Hasta la vista, Guiche!

Era la reunión en las habitaciones del rey.

Las reinas primero, luego Madame, con algunas camaristas y varios cortesanos, todas personas escogidas, preludiaban los ejercicios del baile con pláticas como las que se sabían entablar en aquel tiempo.

Ninguna de las damas convividas llevaba el traje con que se había de presentar el día de la fiesta, según lo había anunciado el caballero de Lorena; pero hablabase mucho de ricos e ingeniosos caprichos, dibujados por varios pintores para el baile de los semidioses. Así se llamaba a los reyes y reinas de que iba a ser panteón Fontainebleau.

Monsieur entró llevando en la mano el dibujo que representaba el personaje de su elección; tenía todavía el ceño algo fruncido; pero el saludo que hizo a la joven reina y a su madre fue muy cortés y afectuoso. Saludó casi caballerescamente a Madame, y giró luego sobre sus talones. Aquel gesto y aquella frialdad fueron notados.

El señor de Guiche indemnizó a la princesa con una mirada ardiente; y Madame, preciso es decirlo, levantando los párpados, le correspondió con usura.

Necesario es decir que jamás había estado Guiche tan hermoso, y que la mirada de Madame había iluminado en cierto modo el semblante del hijo del mariscal de Grammont.

La cuñada del rey sentía zumbar la tempestad sobre su cabeza, y conocía también que en aquel día, tan fecundo en acontecimientos, había cometido una injusticia, ya que no una grave traición, con el hombre que la amaba con tanto delirio.

Parecía llegado el momento de dar una satisfacción al pobre sacrificado por la injusticia de la mañana. El corazón de Madame hablaba entonces, y en nombre de Guiche. El conde veíase compadecido sinceramente, y por lo tanto se llevaba la palma sobre todos.

No era ya cuestión de Monsieur, del rey, de milord de Buckingham. Guiche en aquel momento reinaba de manera absoluta.

Sin embargo, Monsieur estaba hermoso también; pero no tenía comparación con el conde. Sabido es, y todas las mujeres lo dicen, que hay siempre una

diferencia enorme entre la belleza del amante y la del marido.

Ahora bien, en aquella ocasión, con la salida de Monsieur, con el saludo cortés y afectuoso que hizo a la reina joven y a la reina madre, y el rápido y caballeresco que dirigió a Madame, cosa que advirtieron todos los cortesanos. Todos estos motivos reunidos concedían la ventaja al amante sobre el esposo.

Monsieur era un personaje demasiado elevado para notar este pormenor. No hay cosa tan eficaz como la idea de la superioridad para asegurar la inferioridad del hombre que tiene ese concepto de sí mismo.

Llegó el rey. Todo el mundo se apresuró a adivinar los sucesos en aquella mirada que principiaba a conmover el mundo como el entrecejo de Júpiter Tonante.

Luis no tenía nada de la tristeza de su hermano; estaba radiante. Examinó la mayor parte de los dibujos que le presentaban a porfía, dio consejos, hizo observaciones, y dejó a unos dichosos y a otros desgraciados con una sola palabra.

De pronto, su mirada, que sonreía oblicuamente hacia Madame, observó la muda correspondencia establecida entre la princesa y el conde.

Luis mordióse los labios, y después de abrirlos para dar salida a alguna que otra frase trivial:

—Señoras dijo adelantándose hacia las reinas, me han dicho que todo está dispuesto en Fontainebleau, conforme a mis órdenes.

Un murmullo de satisfacción se dejó oír en todos los grupos. El rey leyó en los rostros de todos los concurrentes el deseo violento de ser invitados para las fiestas.

—Partiré mañana —añadió. Silencio profundo en la asamblea.

—Y prevengo —terminó el rey— a las personas que me rodean, que se preparen a acompañarme.

La sonrisa iluminó todas las fisionomías. Sólo la de Monsieur conservó su carácter de mal humor.

Entonces viose desfilar sucesivamente delante del rey a las damas y a los caballeros, que se apresuraban a dar las gracias a Su Majestad por el gran humor de la invitación.

Cuando le tocó el turno a Guiche:

—¡Oh, señor! —le dijo el rey—. No os había visto.

El conde saludó. Madame palideció.

Guiche iba a abrir la boca para formular su cumplimiento.

—Conde —dijo el rey—, estamos ya en el tiempo de la segunda sementera. Estoy seguro que vuestros granjeros de Normandía tendrán un placer en veros por vuestras tierras. Y el rey volvió la espalda al infeliz después de aquel brutal ataque.

Tocóle entonces a Guiche perder el color, y dio dos pasos hacia el rey,

olvidando que nadie hablaba al rey sin ser antes preguntado.

—Quizá habré comprendido mal —tartamudeó.

El rey volvió ligeramente la cabeza y, con aquella mirada fría y fija que penetraba como una espada inflexible en el corazón de los desgraciados.

—He dicho vuestras tierras —repitió, dejando caer sus palabras una a una.

La frente del conde se bañó al punto en un sudor frío; abriéronse sus manos y dejaron caer el sombrero que sostenía entre sus temblorosos dedos.

Luis buscó la mirada de su madre como para manifestarle que él era el amo, y después fue a encontrar la mirada triunfante de su hermano, como para interrogarle si la venganza era de su gusto.

Por último fijó sus ojos en Madame.

La princesa estaba a la sazón sonriendo y conversando con madame de Noailles, y nada había oído, mejor dicho, había aparentado que nada oía.

El caballero de Lorena miraba también con una de esas insistencias enemigas que parece dar a la mirada del hombre el poder de una palanca cuando levanta, arranca, y hace saltar lejos el obstáculo.

El señor de Guiche quedó solo en el gabinete del rey, pues para él el mundo se había desvanecido. Ante los ojos del desgraciado no pasaban más que sombras.

De pronto salió de aquella desesperación que le dominaba, y corrió a encerrarse en su cuarto, donde le esperaba todavía Raúl, tenaz en sus sombríos presentimientos.

—¿Qué sucede? —preguntó éste al ver entrar a su amigo con la cabeza descubierta, mirada de exbravio y andar vacilante.

—Sí, sí, es verdad, sí...

Y, no pudiendo continuar, se dejó caer anonadado sobre los almohadones.

—¿Y ella...? —murmuró Raúl.

—¡Ella! —exclamó el desgraciado levantando hacia el cielo su puño crispado por la cólera—. ¡Ella...!

—¿Qué dice?

—Dice que su vestido le sienta muy bien.

—¿Qué hace?

—Ríe.

Y un acceso de risa histérica hizo estremecer todos los nervios del pobre desterrado. Guiche cayó de espaldas, sucumbiendo al exceso de su dolor.

## Capítulo XXXIV

---

Fontainebleau

Hacia cuatro días, todos los encantos reunidos en los magníficos jardines de Fontainebleau convertían aquella mansión en lugar de delicias.

El señor Colbert se multiplicaba. Por la mañana, cuentas de los gastos de la noche; el resto del día programas, ensayos, ajustes, pagos.

El señor Colbert había reunido cuatro millones, y les daba una prudente distribución.

Espantábase de los gastos que ocasionaba la mitología... Cada silvano y cada dríada no costaba menos de cien libras diarias. El traje llegaba a trescientas.

La pólvora y el azufre que se quemaban en los fuegos artificiales costaban cada noche cien mil libras, y había, además, iluminaciones alrededor del estanque de treinta mil libras por cada vez.

Las fiestas habían parecido magníficas. Colbert no cabía en sí de gozo.

A cada momento veía salir a Madame y al rey, ora para distintas cacerías, ora para recibir a personajes fantásticos, solemnidades que se estaban improvisando hacia quince días, y que hacían brillar el ingenio de Madame y la magnificencia del rey.

Porque Madame, heroína de la fiesta, respondía a las arengas de las diputaciones de pueblos desconocidos, garamantas, escitas, hiperbóreos, caucasios y patagones, que parecían salir de la tierra para felicitarla, y a cada representante de esos pueblos daba el rey un diamante o algún otro objeto de valor.

Entonces los diputados comparaban, en versos más o menos grotescos, al rey con el Sol, y a Madame con Febea su hermana, sin acordarse de las reinas o de Monsieur, como si el rey se hubiese casado con madame Enriqueta de Inglaterra

y no con María Teresa de Austria.

La afortunada pareja, asiéndose de las manos y apretándose imperceptiblemente los dedos, bebia a grandes tragos aquel néctar de la adulación, que realzan más todavía la juventud, la belleza, el poder y el amor.

Todos se admiraban en Fontainebleau del grado de influencia que con tanta rapidez había adquirido Madame sobre el rey, y todos se decían por lo bajo que la verdadera reina era Madame.

Y en efecto, el rey proclamaba esta singular verdad en cada uno de sus pensamientos, en cada una de sus palabras y en cada una de sus miradas.

Sus deseos y sus inspiraciones buscábalos en los ojos de Madame; y se embriagaba de júbilo cuando Madame se dignaba sonreír. ¿Sentía Madame igual embriaguez por el poder que la rodeaba al contemplar a todo el mundo a sus pies? Ni ella misma acertaba a decírselo; pero lo que sí sabía era que no formaba deseo alguno, y se creía completamente dichosa.

De todas estas trasposiciones, que tenían su origen en la voluntad real, resultaba que Monsieur, en lugar de ser el segundo personaje del reino, había pasado a ser en realidad el tercero.

Peor era aquello que cuando Guiche hacía puntear sus guitarras en la habitación de Madame. Entonces, Monsieur tenía al menos la satisfacción de infundir miedo al que le incomodaba.

Poco después de la ausencia del enemigo de Monsieur, arrojado por la alianza de éste con el rey, tenía el príncipe sobre sus hombros un yugo mucho más pesado que antes.

Cada noche retirábase Madame desfallecida de fatiga.

El caballo, los baños en el Sena, los espectáculos, las comidas bajo los árboles, los bailes a orillas del gran canal, los conciertos, todo ello habría sido suficiente para matar, no ya a una mujer débil y delicada, sino al mas robusto suizo del palacio.

Verdad es que en materia de bailes, conciertos y paseos, es mucho más fuerte una mujer que el más vigoroso hijo de los trece cantones.

Pero, por grandes que sean las fuerzas de una mujer, al fin, tienen un término, y no podrían resistir mucho tiempo un régimen semejante.

Respecto a Monsieur, no tenía ni la satisfacción de que Madame abdicara por la noche su dignidad real, pues se recogía en el pabellón real con la joven reina y la reina madre.

No hay para qué decir que el caballero de Lorena no se apartaba de Monsieur, y venía a derramar su gota de hiel sobre cada herida que aquél recibía.

De aquí resultó que Monsieur, que al principio se sintió en extremo gozoso y rejuvenecido con la ausencia de Guiche, volvió a caer en una gran melancolía tres días después de haberse instalado la Corte en Fontainebleau.

Sucedió, pues, que un día, hacia las dos, Monsieur, que se había levantado tarde, poniendo más esmero que de costumbre en su tocado, y que no había oído hablar de nada para aquel día, formó el proyecto de reunir su Corte y llevar a comer a Madame a Moret, donde tenía una linda casa de campo.

Se encaminó hacia el pabellón de las reinas, y entró, muy sorprendido de no hallar persona alguna de la servidumbre real.

Entró enteramente solo.

A la izquierda había una puerta que daba al alojamiento de Madame, y otra a la derecha, que daba al de la reina joven.

Monsieur supo por una costurera que hacía labor en la habitación de Madame, que todos habían salido a las once para irse a bañar al Sena, que esa partida se había tomado como una gran fiesta, para la cual se dispusieron todos los coches a las puertas del parque, y que hacia más de una hora que todas habían marchado.

« ¡Bueno! —pensó Monsieur—. No es mala idea; hace mucho calor, y no me sentará mal un baño» Y llamó a sus criados. Nadie se presentó.

Llamó en las habitaciones de Madame. Todos habíanse marchado. Bajó a las cocheras.

Un palfrenero le enteró de que no había quedado carroaje de ninguna clase. Entonces ordenó que le ensillasen dos caballos, uno para él, y otro para su ayuda de cámara.

El palfrenero le contestó cortésmente que tampoco había caballos. Monsieur, ciego de cólera, volvió a subir a la habitación de las reinas, y entró hasta el oratorio de Ana de Austria.

Desde allí vio por entre unas cortinas medio abiertas a su joven cuñada, arrodillada delante de la reina madre, y anegada al parecer en lágrimas.

Monsieur no había visto ni oído.

Aproximándose con precaución a la abertura, se puso a escuchar. El espectáculo de aquel dolor excitaba su curiosidad.

La joven reina lloraba, y se quejaba también.

—Sí —decía—, el rey no hace caso de mí, y sólo se ocupa en placeres de que no quiere que yo participe.

—Paciencia, paciencia, hija mía —replicaba Ana de Austria, en español.

Y luego añadía; en español también, consejos que Monsieur no comprendía.

La reina respondía con acusaciones mezcladas de lágrimas y suspiros, entre los que Monsieur distinguía con frecuencia la palabra baños, que María Teresa acentuaba con el despecho de la cólera.

—Los baños —decía entre sí Monsieur—; eso parece que es lo que escuece.

Y procuraba anudar, a continuación unas de otras, las palabras que lograba comprender.

Sin embargo, era fácil adivinar que la reina se quejaba amargamente, y que

si Ana de Austria no acertaba a consolarla, lo intentaba por lo menos.

Monsieur temió que le sorprendiesen escuchando, y tomó el partido de toser.

Las dos reinas volvieron la cabeza al oír aquel ruido, y entró Monsieur.

Al ver la joven reina al príncipe, se levantó precipitadamente, y se enjugó los ojos.

El príncipe tenía bastante mundo para conocer que no debía preguntar, y la suficiente urbanidad para permanecer mudo, de modo que saludó.

La reina madre dirigióle una afectuosa sonrisa.

—¿Qué se os ofrece, hijo mío? —le dijo.

—A mí...? Nada —balbuceó el príncipe—; buscaba...

—A quién?

—A Madame.

—Madame está en los baños.

—Y el rey? —preguntó en un tono que hizo temblar a la reina.

—El rey también, toda la Corte —respondió Ana de Austria.

—Excepto vos, señora? —dijo el príncipe.

—Oh! Yo —exclamó la joven reina—, soy el terror de todos los que se divierten.

—Pues paree que yo también lo soy —repuso Monsieur.

Ana de Austria hizo una señal muda a su nuera, la cuál se retiró llorando.

Monsieur frunció el ceño.

—He aquí una casa triste! —dijo—. ¿No os parece lo mismo, madre mía?

—No... no.

—Antes bien todo el mundo trata de divertirse.

—Pues eso es precisamente lo que aflige a los que no gustan de esas diversiones.

—Qué tono es ése, mi amado, Felipe?

—Lo digo como lo siento, madre mía.

—Vamos a ver, explicaos: ¿Qué pasa?

—Preguntádselo a mi cuñada, que os estaba contando hace poco sus penas.

—Sus penas...? ¿Cuáles...?

—Lo he oído, madre mía; ha sido una casualidad, pero lo he oido, y he comprendido también que mi hermana se quejaba de los famosos baños de Madame.

—Bah! Una locura.

—No! Cuando uno llora, no siempre está loco. Y lo entiendo muy bien lo que significa la palabra baños, que repetía la reina a cada paso.

—Os repito, hijo mío, que vuestra cuñada ha llegado a concebir unos celos pueriles.

—Pues en ese caso, señora —replicó Monsieur—, me acuso humildemente de tener el mismo defecto que mi cuñada.

—¿Vos también, hijo mío?

—Sí, por cierto.

—¿También estáis celoso de esos baños?

—¡Ya lo creo!

—¡Oh!

—¡Pues qué! El rey va a bañarse con mi mujer y no lleva a la reina. ¡Pues qué! Madame va a bañarse con el rey y no me hace el honor de avisarme. ¿Queréis que mi cuñada y yo estemos contentos?

—Pero, mi querido Felipe —dijo Ana de Austria—; mirad, que lleváis las cosas demasiado lejos. Ya habéis hecho arrojar al señor de Buckingham y desterrar al señor de Guiche. Supongo que no querréis ahora despedir de Fontainebleau al rey.

—¡Oh! No pretendo semejante cosa, señora —dijo Monsieur con acrimonia—; pero puedo muy bien retirarme, y me retiraré.

—¡Celoso del rey! ¡Celoso de vuestro hermano!

—¡Celoso de mi hermano, del rey, sí, señora, celoso! ¡Celoso, celoso!

—A fe mía, señor —exclamó Ana de Austria añadiendo la indignación a la cólera—, que principio a teneros por loco y adversario declarado de mi reposo. Y os dejo ahora mismo, porque no tengo defensa contra semejantes cavilaciones.

Dicho esto se levantó de su asiento y dejó al príncipe entregado a los más furiosos arrebatos. Monsieur quedó un instante todo aturrido; luego, volviendo sobre sí, con la mira de recobrar sus fuerzas, bajó otra vez a la cochera, llamó al palafrenero, y le volvió a pedir un carroaje y un caballo; pero habiéndole aquél contestado que no había caballo ni carroaje, arrancó Su Alteza un látigo de picador de manos de un mozo de cuadra, y emprendió a correr tras el pobre diablo a latigazos alrededor del patio, sin hacer caso de sus gritos ni sus disculpas, hasta que al fin, casi reventado, falto de aliento, bañado en sudor y temblando todos sus miembros, subió a su cuarto, hizo pedazos sus mejores objetos de porcelana, y se acostó, vestido y calzado, pidiendo a gritos socorro.

## Capítulo XXXV

---

### El baño

En Valvins, bajo bóvedas impenetrables de floridos juncales y de sauces, una barca larga y chata, con escalas cubiertas de largas cortinas azules, servía de refugio a las Dianas que se bañaban, acechadas a su salida del agua por veinte Acteones engalanados que galopaban ardientes y codiciosos, por la orilla espumosa y perfumada del río.

Mas Diana, hasta la Diana púdica, vestida con su larga clámide, estaba menos casta y menos impenetrable que Madame, joven y bella como la diosa. Pues, a pesar de la fina túnica de la cazadora, se le veía blanca y torneada rodilla, y a pesar del sonoro carcaj descubríanse sus morenos hombros, mientras que Madame, cuando se entregaba en brazos de sus doncellas iba envuelta en un tupido y largo velo, que la hacía inaccesible a toda mirada indiscreta.

Cuando Madame subió la escalera, los poetas que había presentes, y todos eran poetas tratándose de Madame, los veinte poetas que andaban galopando detuvieronse, y, con voz unánime, exclamaron que no eran gotas de agua, sino perlas, las que se desprendían del cuerpo de Madame, e iban a perderse en el afortunado río.

El rey, centro de aquellas poesías y de aquellos homenajes, impuso silencio a los entusiastas, cuya verbosidad no habría tenido fin, y volvió la brida por miedo a lastimar, aun bajo las cortinas de seda, la modestia de la mujer y la dignidad de la princesa.

Se hizo, por tanto, un gran vacío en la escena y un gran silencio en la barca. Sólo en los movimientos, en el juego de los pliegues, y en las ondulaciones de las cortinas, se adivinaban las idas y venidas de las mujeres empleadas en aquel servicio.

El rey escuchaba con la sonrisa en los labios los dichos de sus gentileshombres, pero fácil era conocer con sólo mirarle que su pensamiento estaba en otra parte.

En efecto, apenas el ruido de las anillas al deslizarse por las varillas anunció que Madame estaba vestida y que la diosa iba a aparecer, cuando el rey, volviéndose al punto y corriendo hasta la misma orilla, dio la señal a todos aquellos a quienes la servidumbre o el placer reclamaba cerca de Madame.

Viose entonces a los pajes precipitarse, trayendo los caballos de manos a los carroajes, que habían permanecido resguardados bajo el ramaje, adelantarse hacia la tienda, y con ellos toda esa nube de sirvientes, mandaderos y mujeres que, durante el baño de los amos, habían estado cambiando entre sí sus observaciones, sus críticas; sus discusiones de interés, diario fugitivo de aquella época, que nadie recuerda, ni las olas, espejo de los personajes y eco de sus pláticas; las olas, testigos que Dios precipitó en la inmensidad, así como precipitó a los actores en la eternidad.

Toda aquella muchedumbre que poblaba las riberas del río, sin contar una multitud de campesinos atraídos por el deseo de ver al rey y a la princesa, toda aquella gente estuvo, durante ocho o diez minutos, en el desorden más completo, y al mismo tiempo el más grato que puede imaginarse.

El rey echó pie a tierra, ejemplo que imitaron al punto todos los cortesanos, y ofreció la mano a Madame, cuyo rico traje de montar favorecía el elegante talle, que resaltaba bajo aquel vestido de lana fina, recamado de plata.

Sus cabellos, húmedos aún, mas negros que el ébano, mojaban su blanco y suave cuello. La alegría y la salud brillaban en sus ojos, y el descanso en que se hallaba su naturaleza nerviosa hacíale aspirar con fuerza el ambiente bajo el quitasol que sostenía uno de los pajes.

Nada había más tierno ni más poético que aquellas dos figuras bañadas por el reflejo sonrojado del quitasol; el rey, cuyos blancos dientes brillaban con una sonrisa continua, y Madame, cuyos negros ojos brillaban como dos carbunclos al reflejo micáceo de la tornasolada seda.

Cuando Madame se acercó a su caballo, magnífica hacanea andaluza, de una blancura sin mancha, algo pesado quizás, pero de cabeza inteligente y fina, en la que se notaba esa feliz mezcla de sangre árabe y española, y cuya cola iba barriendo el suelo, como la princesa, se hiciese la perezosa para poner el pie en el estribo, la cogió el rey en sus brazos de tal suerte, que el brazo de Madame se halló como un círculo de fuego alrededor del cuello del rey.

Luis, al retirarse, rozó involuntariamente con sus labios aquel brazo que no se alejaba, y después que la princesa dio las gracias a su real escudero, todo el mundo montó a caballo.

El rey y Madame se pusieron en fila para dejar paso a los carroajes, caballerizos y correos.

Gran número de caballeros, eximidos de la etiqueta, picaron sus caballos y se lanzaron aras de los carroajes en que iban las camaristas, frescas como otras tantas Orcadas alrededor de Diana; y todo aquel torbellino de gente risueña y bulliciosa, desapareció como por encanto.

El rey y Madame mantuvieron sus caballos al paso.

Detrás de Su Majestad y la princesa su cuñada, pero a respetuosa distancia, iban los cortesanos graves o deseosos de estar siempre a la vista del rey, los cuales contenían sus briosos caballos, regulando su paso al del corcel del rey y de Madame, y se entregaban al placer que presta siempre el comercio de las personas de ingenio cuando toman por su cuenta el murmurar del prójimo.

En las risitas sofocadas, en las reticencias de aquella alegría sardónica, era fácil conocer que no se echaba en olvido a Monsieur.

Pero en medio de todo se apiadaban de Guiche; y necesario es convenir que la compasión no estaba fuera de lugar.

Entretanto el rey y Madame, habiendo alentado a sus caballos y repetido cien veces lo que ponían en su boca los cortesanos que les hacían hablar, tomaron el galope corto de caza, y resonaron entonces bajo el peso de aquella caballería las profundas avenidas del bosque.

A las conversaciones en voz baja, a las pláticas en forma de confidencias, a las palabras cambiadas con cierta especie de misterio, sucedieron el ruido y el bullicio, y desde los sirvientes hasta los príncipes, la alegría fue general. Todo el mundo empezó a reír y gritar. Las urracas y los grajos, con sus gritos guturales, se refugiaron bajo las ondeantes bóvedas de las encinas, el cuco cesó en su monótona queja en el fondo de los bosques, los pinzones y los paros huyeron en bandadas, al paso que los gamos, las cabras monteses y las ciervas saltaban, asustados, en medio de los jarales.

Aquella multitud, que parecía derramar en torno suyo la alegría, el ruido y la luz, regresó al palacio, por decirlo así, precedida por su propio clamoreo.

El rey y Madame entraron en la población, saludados por las aclamaciones universales de la multitud.

Madame fue al punto a buscar a Monsieur, porque comprendía, como por instinto, que había tenido alejado de aquella alegría, al príncipe demasiado tiempo.

El rey fue a ver a las reinas, comprendiendo que les debía a una de ellas principalmente, una indemnización por su larga ausencia.

Pero Madame no fue recibida en el cuarto de Monsieur. Contestáronle que Monsieur dormía.

El rey, en vez de encontrar a María Teresa risueña como de costumbre, halló en la galería a Ana de Austria, que le estaba aguardando, y saliéndole al encuentro, le cogió de la mano y se lo llevó a su cuarto.

Lo que ambos se dijeron, o más bien, lo que la reina madre dijo a Luis XIV,

nadie lo ha sabido jamás, pero no hubiera sido difícil adivinarlo por el semblante ceñudo del rey al separarse de Ana de Austria.

Mas nosotros, a quienes toca, no sólo interpretar, sino también dar parte a nuestros lectores de nuestras interpretaciones, faltaríamos a nuestro deber si les dejásemos ignorar el resultado de aquella entrevista.

Ese resultado esperamos que lo encontrarán, suficientemente desarrollado, en el capítulo siguiente.

## Capítulo XXXVI

---

### La caza de las mariposas

**A**l volver el rey a su cuarto para dar algunas órdenes y coordinar sus ideas, halló sobre el tocador un billete, cuya letra parecía desfigurada.

Lo abrió inmediatamente y leyó estas palabras:

*Venid pronto; tengo mil cosas que deciros.*

No hacía tanto tiempo que el rey y Madame se habían separado, para que esas mil cosas fuesen consecuencia de las tres mil que se habían dicho durante el camino que separa Valvins de Fontainebleau.

La confusión del billete y su premura dieron mucho que pensar al rey.

Empleó corto rato en arreglarse un poco, y se fue luego a visitar a Madame.

La princesa, que no quería aparentar que le estaba esperando, había bajado a los jardines con sus damas.

Cuando el rey supo que Madame había abandonado sus habitaciones para dar un paseo, recogió a todos los gentileshombres que encontró al paso y los invitó a seguirle.

Madame cazaba mariposas en una gran cernedera bordeada de heliotropos y de hiniesta. Encontrábase mirando cómo corrían sus jóvenes e intrépidas damas, y, con la espalda vuelta a la entrada del parque, esperaba muy impaciente la llegada del rey, a quien diera aquella cita.

El ruido de pasos sobre la arena le hizo volverse. Luis XIV, destocado, acababa de abatir con su caña a una mariposa, que el señor de Saint-Aignan se apresuró a coger toda atolondrada de entre la hierba.

—Ya veis, señora —dijo el rey—, que yo también cazo para vos. Y se acercó

a Madame.

—Señores —dijo volviéndose a los gentileshombres que formaban su comitiva—, a ver si cada uno de vosotros caza otra mariposa para estas señoras.

Esto era despedir a todo el mundo.

Viose entonces un espectáculo bastante curioso; los cortesanos viejos, los cortesanos obesos, empezaron a correr tras de las mariposas, perdiendo sus sombreros y dando cargas, caña en mano, a los mirtos e hiniesta como si tuviesen delante al enemigo.

El rey dio la mano a Madame, y eligió, de acuerdo con ella, como centro de observaciones, un banco cubierto de un dosel de musgo, capricho imaginado sin duda por el genio tímido de algún jardinero que se había aventurado a introducir en el estilo severo de la jardinería de entonces el gusto a lo fantástico.

Aquel colgadizo, esmaltado de capuchinas y de rosales trepadores, daba sombra a un banco sin respaldo, de suerte que los espectadores, aislados en medio de la cespedera, veían y eran vistos desde todas partes, mas no podían ser oídos sin ver antes a filos que se acercaban para oír. Desde aquel sitio, en el que se colocaron los dos interesados, el rey hizo una seña para animar a los cazadores, y luego, como si estuviese discutiendo sobre la mariposa atravesada con un alfiler de oro que adornaba su sombrero.

—¿No estamos bien aquí para hablar? —preguntó.

—Sí, Majestad, porque necesitaba ser oída de vos únicamente y vista de todo el mundo.

—Y yo también —repuso Luis.

—¿Os ha sorprendido mi billete?

—Me ha asustado.

—Pero aun es de mayor importancia lo que tengo que deciros.

—¡Oh! No lo creo.

—¿Sabéis que el príncipe me ha cerrado su puerta?

—¿A vos...? ¿Y por qué?

—¿No lo adivináis?

—¡Ah, señora! Comprendo que uno y otro teníamos que decímos una misma cosa.

—¿Pues qué os ha sucedido?

—¿Queréis que os lo cuente?

—Sí; por mi parte ya os he dicho lo que tenía que decir.

—Pues escuchad. Así que llegué, encontré a mi madre, la cual me condujo a su habitación.

—¡Oh, la reina madre! —murmuró Madame con inquietud—. Es ya cosa seria.

—¡Y tanto...! Pues oíd ahora lo que me dijo... Pero antes permitidme una digresión.

- Hablad, Majestad.
- ¿Os ha hablado Monsieur de mí?
- A menudo.
- ¿Y os ha hablado de sus celos?
- ¡Oh! Con más frecuencia aún.
- ¿Con respecto a mí?
- No; con respecto a...
- Ya sé, a Buckingham, a Guiche.
- En efecto.
- Pues bien, señora; ahora sale Monsieur con que tiene celos de mí.
- ¡Ya veis! —replicó sonriéndose con malicia la princesa.
- Y en verdad, no creo que hayamos dado lugar...
- ¡Nunca! Yo por lo menos... Pero ¿cómo habéis sabido que Monsieur esté celoso?
- Mi madre me ha dicho que Monsieur ha entrado en su cuarto como un loco; quejándose amargamente de vuestra... Dispensadme...
- Decid, decid.
- De vuestra coquetería. Monsieur no repara en la injusticia que comete.
- Sois muy bondadoso, Majestad.
- Mi madre trató de calmarle; pero dijo que ya había intentado hacerlo muchas veces, y no estaba en ánimo de darse por satisfecho.
- ¿No hubiese hecho mejor en no alarmarse?
- Eso es lo que yo he dicho.
- Convenid, Majestad, en que el mundo es malo.
- Pues qué, ¿no han de poder hablar juntos un hermano y una hermana, ni complacerse en su mutua compañía, sin dar lugar a comentarios... a sospechar?
- Al fin, Majestad, nosotros, ni hacemos mal; ni tenemos deseos de hacerlo.
- Y al decir esto dirigía al rey una de esas miradas orgullosas y provocativas que encienden la llama del deseo, hasta en los hombres más fríos y discretos.
- ¡Así es! —suspiró Luis.
- ¿Sabéis, Majestad, que si esto continúa así me veré en la precisión de dar una campanada? Pongo a Vuestra Majestad por juez de mi conducta. ¿La halláis censurable en algo?
- ¡Oh! ¡En nada, en nada!
- Muchas veces hemos estado solos, pues solemos complacernos en unas mismas cosas, y hubiéramos podido deslizarnos... ¿Lo hemos hecho nunca? Para mí sois vos un hermano, nada más.
- El rey frunció el ceño. Madame continuó:
- Vuestra mano, que se encuentra con frecuencia con la mía, no me produce esos estremecimientos, esa emoción... que unos amantes, por ejemplo...
- ¡Oh! ¡Basta, basta, por Dios! —exclamó el rey torturado hasta el extremo

— Sois inexorable y me causarías la muerte.

— ¡Por qué?

— En fin... decis claramente que nada sentís a mi lado.

— ¡Oh! Majestad, no he dicho eso...

— Mi afecto...

— Enriqueta, basta, os lo vuelvo a rogar. Si creéis que soy de mármol, como vos, estás muy equivocada.

— No os entiendo.

— ¡Bien! —suspiró el rey bajando los ojos.

— De modo que nuestros encuentros... nuestros apretones de manos... nuestras mutuas miradas... Perdón, perdón... Sí, tenéis razón, ya sé lo que queréis decir.

Y ocultó su cabeza entre las manos.

— Cuidado, Majestad —dijo vivamente Madame—, que el señor de Saint-Aignan os está mirando.

— Tenéis razón —exclamó furioso Luis—. ¡Nunca ni sombra de libertad, nunca sinceridad en las relaciones! Cree uno haber hallado un amigo, y sólo tiene en él un espía... Cree poseer una amiga, y sólo encuentra en ella una hermana.

Madame calló y bajó los ojos.

— ¡Monsieur está celoso! —murmuró con acento cuya dulzura y encanto sería imposible describir.

— ¡Oh! —exclamó de pronto el rey—. Tenéis razón.

— Bien lo veis —continuó Madame mirándole de un modo capaz de abrasarle el corazón—. Sois libre y nadie sospecha de vos... no hay nada que envenene la alegría de vuestra casa.

— ¡Ay! Es que no lo sabéis todo: la reina está celosa.

— ¡María Teresa?

— Hasta la locura. Los celos de Monsieur han nacido de los suyos. Parece que la reina quejábase a mi madre por esas partidas de baños tan dulces para mí.

« Y para mí », dijeron los ojos de Madame.

— Entonces, Monsieur, que permanecía escuchando, sorprendió la palabra española baños, que la reina pronunciaba con amargura; y conociendo por ella de lo que se trataba, entró de súbito, se mezcló en la conversación, y se quejó a mi madre con tanta aspereza, que la obligó a huir de su presencia; de suerte que vos tenéis que lidiar con un marido celoso, y yo estoy condenado a ver levantarse delante de mí incesantemente el espectro inexorable de los celos, con sus mejillas hundidas y su boca siniestra.

— ¡Pobre rey! —exclamó Madame dejando su mano rozar la de Luis.

Retuvo el rey aquella mano, y, para poderla apretar sin infundir sospechas a los espectadores, que andaban a caza de noticias, tanto por lo menos como de mariposas, y procuraban sorprender algún misterio en la entrevista del rey con

Madame, hizo como que acercaba a su cuñada la mariposa moribunda, y ambos a dos se inclinaron como para contar los millares de ojos de sus alas o los granos de su polvo de oro.

Pero ambos permanecían silenciosos; solamente sus cabellos se tocaban, sus hálitos se confundían, sus manos se abrasaban al contacto una de otra.

Cinco minutos pasaron de este modo.

## Capítulo XXXVII

---

Lo que se coge persiguiendo mariposas

**A**mbos jóvenes permanecieron por un momento con la cabeza inclinada bajo ese doble pensamiento de amor naciente que hace brotar tantas flores en las imaginaciones de veinte primaveras.

Madame Enriqueta miraba a Luis de soslayo, y veía el amor en el fondo del corazón de Luis como un diestro buzo ve una perla en el fondo del mar.

Madame conoció que Luis vacilaba, si es que no dudaba, y que era preciso empujar hacia adelante aquel corazón perezoso o tímido.

—Por consiguiente... —dijo, como preguntando al mismo tiempo que rompía el silencio.

—¿Qué? —preguntó Luis después de un instante de espera.

—¿Tendré que apelar a la resolución que ya había adoptado?

—¿Cuál?

—La que tuve el honor de someter a Vuestra Majestad en cierta ocasión.

—¿Cuándo?

—El día en que tuvimos aquellas explicaciones con motivo de los celos del príncipe.

—¿Qué me dijisteis ese día? —preguntó Luis con inquietud.

—¿No os acordáis ya, Majestad?

—¡Ay!

—Si es una desgracia, por tarde que de ella me acuerde, siempre será demasiado pronto.

—¡Oh! No es desgracia sino para mí, señor —contestó madame Enriqueta—; pero es una desgracia necesaria.

—¡Dios mío!

—Y me resignaré a sufrirla. En fin, ¿qué desgracia es?

—¡La ausencia!

—¡Oh! ¡Todavía esa cruel resolución?

—Creed, Majestad, que no la he tomado sin luchar antes conmigo misma... Creedme, es preciso que vuelva a Inglaterra.

—¡Oh! ¡Jamás, jamás permitiré que abandonéis la Francia! —exclamó el rey.

—Y sin embargo —dijo Madame afectando una energía dulce y melancólica —, no hay cosa que más urja... Aún diré más, y es que estoy persuadida de que es esa también la voluntad de vuestra madre.

—¡La voluntad! —murmuró el rey—. ¡Oh, oh! Querida hermana, singular palabra para dicha delante de mí!

—Pues qué —respondió sonriendo madame Enriqueta—, ¿no os tenéis por dichoso en seguir la voluntad de una buena madre?

—¡Basta, por Dios! Me desgarráis el corazón.

—¿Yo?

—Sin duda, pues habláis de esa ausencia con una tranquilidad.

—No he nacido para ser feliz, Majestad —replicó melancólicamente la princesa—, y desde muy niña me he acostumbrado a ver contrariados mis deseos más halagüeños.

—¿Será cierto? ¿Sería posible que vuestra ausencia contrariase un deseo que os fuese halagüeño?

—Si os contestase que sí, ¿no es cierto, Majestad, que llevaríais vuestro mal con paciencia?

—¡Cruel!

—Cuidado, Majestad; parece que alguien se acerca.

El rey miró en torno.

—No —dijo.

Luego; volviéndose a Madame:

—Ea, Enriqueta —continuó—, en vez de tratar de combatir los celos de Monsieur con una ausencia, que me mataría...

Enriqueta encogióse levemente de hombros; como en señal de duda.

—Que me mataría —repitió Luis—. Veamos, en lugar de fijaros en esa cruel ausencia, ¿no pudiera vuestra imaginación... o más bien vuestro corazón, sugeriros alguna otra idea?

—¿Y qué queréis que me sugiera mi corazón, Dios santo?

—Decidme, Enriqueta, ¿cómo se prueba a uno que sus celos son infundados?

—En primer lugar, Majestad, no fiándole ningún motivo de celos; esto es, no amando más que a él.

—¡Oh! Yo esperaba que dijeseis otra cosa.

—¿Qué?

—Que el modo de calmar a los celos es disimular el cariño que se tiene al objeto de sus celos.

—Disimular es difícil, Majestad.

—Pues venciendo las dificultades es como se alcanza la dicha. Por mí parte, os puedo jurar que sabré quitar toda sospecha a los que puedan tener celos de mí, aparentando tratarlos como a cualquiera otra mujer.

—Mal medio, débil medio, Majestad —dijo la joven meneando su encantadora cabeza.

—Todo os parece mal, querida Enriqueta —dijo Luis descontento—. No hacéis más que destruir lo que yo propongo. Poned algo de vuestra parte. Buscad. Siempre he tenido gran confianza en la inventiva de las mujeres. A ver qué os sugiere la vuestra.

—Lo que me sugiere es lo siguiente... ¿Escucháis, Majestad?

—¡Y me lo preguntáis! Estáis decidiendo de mi vida o de mi muerte, y me preguntáis si escucho...

—Pues bien, no hago más que juzgar por mí misma. Entre todas las cosas que pudieran chasquearme sobre las intenciones de mi esposo respecto de otra mujer, una sería la que más contribuiría a ello.

—¿Cuál?

—El ver, en primer lugar, que él no hacía caso alguno de aquella mujer.

—Pues eso es precisamente lo que os estaba diciendo poco ha.

—Bien; pero para estar del todo tranquila, querría además verle dirigir sus obsequios a otra.

—¡Ah! ¡Os comprendo! —replicó sonriéndose Luis—. Pero se me ocurre una idea, querida Enriqueta.

—¿Qué?

—Que si bien el medio es ingenioso, no es nada piadoso.

—¿Por qué?

—Porque al quitar el recelo de la herida en la imaginación del celoso, le abrís una en el corazón.

—Ciento es que no tendrá el temor, pero tendrá el mal, lo cual se me figura que es mucho peor.

—Convengo en ello; pero a lo menos así no sorprenderá ni sospechará quién sea el enemigo real; y no servirá de estorbo al amor, porque concentrará todas sus fuerzas hacia un punto en que no podrán causar daño a nadie. En fin, Majestad, mi sistema, que me extraña veros combatir, confieso que hace mal a los celosos, pero en cambio hace bien a los amantes. Y ahora pregunto, Majestad, a excepción de vos, tal vez, ¿quién ha pensado jamás en compadecer a los celosos? ¿No son acaso unas bestias melancólicas, tan infelices con motivo como sin él? Aun cuándo quitéis el motivo, no por eso destruiréis su aflicción. Esa enfermedad está en la imaginación, y, como todas las enfermedades

imaginarias, es incurable. Recuerdo a este propósito, mi señor, un aforismo de mi pobre médico Dawley; hombre muy sabio y de ingenio agudo, que a no ser por mi hermano, que no sabe estar sin él, hallariáse ahora al lado mío: « Cuando os sintáis acometida de dos males, me decía, elegid el que os incomode menos, que yo os lo dejaré, porque de seguro, añadía, ese mal me servirá prodigiosamente para lograr la extirpación del otro» .

—Bien dicho, bien juzgado, querida Enriqueta —respondió el rey sonriendo.

—¡Oh! También tenemos en Londres personas de talento, Majestad.

—Que saben sacar adorables discípulas. A ese Daley, o Darley ... ¿cómo le llamáis?

—Dawley.

—Quiero señalarle desde mañana una pensión por su aforismo. Ea, pues, Enriqueta, principiad por elegir el menor de vuestros males... ¡Calláis y os sonreís...? Ya os entiendo; el menor de vuestros males es la permanencia en Francia, ¿no es cierto? Pues bien, os dejaré ese mal, y para ensayarme en la curación del otro, deseo buscar desde hoy mismo un objeto de divagación para los celosos de todo sexo que nos persiguen.

—Silencio, que ahora sí que viene gente —dijo Madame.

Y se bajó para coger una clemátide en el espeso césped. Acercábase gente, en efecto, pues de repente se precipitaron por la cima del montecillo una multitud de muchachas; acompañadas por una porción de caballeros; la causa de aquella irrupción era una magnífica esfinge de las viñas, cuyas alas superiores asemejábanse, al plumaje del autillo, y las inferiores a hojas de rosa.

Esta rica presa había caído en la red de la señorita de Tonnay-Charente, quien la mostraba con orgullo a sus rivales, menos venturosas cazadoras que ella.

La reina de la cacería se sentó a veinte pasos poco más o menos del banco en que permanecían Luis y madame Enriqueta, y, recostándose contra una magnífica encina entrelazada de yedra, clavó la mariposa en el junco de su larga caña.

La señorita de Tonnay-Charente era muy bella; así fue que los hombres desertaron de las otras mujeres, para venir, a pretexto de cumplimentarla por su destreza, a apiñarse en círculo alrededor suyo.

El rey y la princesa miraban disimuladamente aquella escena, como los espectadores de otra edad suelen mirar los juegos de los niños.

—¡Cómo se divierten! —murmuró el rey.

—Mucho, majestad; siempre he notado que donde quiera que hay juventud y belleza nunca falta diversión.

—¿Qué os parece la señorita de Tonnay-Charente, Enriqueta? —dijo el rey.

—Algo rubia —respondió Madame, fijándose de golpe en el único defecto que podía echarse en cara a la hermosura casi perfecta de la futura madame de Montespan.

—Sí, es algo rubia; pero, así y todo, me parece hermosa.

—¿Es ésa vuestra opinión, Majestad?

—Ciertamente.

—Entonces, también la mía.

—Y mirad cómo la asedian.

—¡Oh! Lo que es eso sí: los amantes revolotean. Si en lugar de mariposas, *nos* dedicásemos a cazar amantes, haríamos una buena captura alrededor de ella.

—Veamos, Enriqueta, ¿qué tal parecería si el rey se mezclase a todos esos amantes y dejara caer su mirada hacia ese lado? ¿Creéis que habría celos aún?

—¡Oh! Majestad, la señorita de Tonnay-Charente es un remedio demasiado eficaz—dijo Madame con un suspiro—; verdad es que curaría completamente al celoso, pero podría muy bien hacer una celosa.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —exclamó Luis—. ¡Me colmáis el corazón de alegría! Sí, sí, tenéis razón la señorita de Tonnay-Charente es demasiado linda para servir de capa.

—Capa de rey —dijo sonriendose madame Enriqueta—; capa de rey debe ser hermosa.

—¿Me la aconsejáis? —dijo Luis.

—¡Oh! ¿Yo qué queréis que os diga, sino que dar semejante consejo sería dar armas contra mí? Sería locura u orgullo aconsejaros que tomaraís por heroína de un falso amor a una mujer mas hermosa que aquella hacia la cual decís que sentís un verdadero amor.

El rey buscó con la suya la mano de Madame; con sus ojos los suyos y balbuceó algunas palabras tan tiernas, pero en voz tan baja al mismo tiempo, que el historiador, que debió oírlo todo, no las, oyó.

Luego dijo en voz alta:

—Pues bien, elegid vos misma la que haya de curar nuestros celosos. A esa irán dirigidos todos mis obsequios, todas mis consideraciones, todo el tiempo que robe a los asuntos; a esa, Enriqueta, la flor que coja para vos, los pensamientos de ternura que hagáis nacer en mí, la mirada que no me atreva a dirigiros y que deba despertaros de vuestra indiferencia. Mas, elegidla bien, no sea que al intentar mirarla, al querer pensar en ella, al ofreceros la rosa cogida por mi mano, me encuentre vencido por vos misma, y mis ojos, mis labios y mi mano se vuelvan maquinalmente hacia vos, a riesgo de que el mundo entero adivine mi secreto.

En tanto que se escapaban estas palabras de labios del rey, como un dardo, se ruborizaba Madame, y su seno palpitaba de júbilo y placer. Nada encontraba que contestar, pues su orgullo y su sed de homenajes estaban satisfechos.

—Elegiré —dijo la princesa levantando sus hermosos ojos—; pero no como me habéis insinuado, porque todo ese incienso que queréis quemar en el ara de otra diosa, ¡ah, Majestad! también yo lo ansío, y quiero que llegue hasta mí sin

que se pierda un solo átomo en el camino. De consiguiente, Majestad, elegiré, con vuestro permiso, la que me parezca menos a propósito para distraeros y deje mi imagen enteramente intacta en vuestra alma.

—Por fortuna —dijo el rey—, tenéis una corte muy escogida, pues de lo contrario me haría temblar vuestra amenaza. Sobre este punto hemos tomado nuestras medidas, y sería difícil, así en torno vuestro como en derredor mío, encontrar un semblante desagradable.

Mientras el rey hablaba así. Madame se había levantado, recorriendo con la mirada toda la cespedera, y, después de un examen detallado y silencioso, llamando al rey:

—Mirad, Majestad —dijo—, ¿veis sobre la pendiente de la colina, junto a aquel macizo de bolas de nieve, una hermosa rezagada que va sola, con la cabeza baja, buscando en las flores que huella con sus plantas, como hacen los que han perdido su pensamiento?

—¡La señorita de La Vallière! —murmuró el rey.

—Sí.

—¿No os agrada, Majestad?

—¿No veis lo delgada que está, casi descarnada, la pobre niña?

—¿Estoy yo gruesa, por ventura?

—¡Está mortalmente triste!

—Eso formará contraste conmigo, que dicen soy demasiado alegre.

—Pero si es coja!

—¿Creéis?

—Sin duda. Mirad cómo ha dejado pasar a todos para que no adviertan su defecto.

—Pues bien, así correrá menos que Dafne y no podrá huir de Apolo.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —repuso el rey con mal gesto—. Habéis ido a buscarme casualmente la más defectuosa de vuestras camaristas.

—Convengo; pero advertid que es una de mis camaristas.

—¿Y qué me queréis decir con eso?

—Quiero decir que, para visitar a esta nueva divinidad, no podréis menos de venir a mi cuarto; y como el decoro no os consiente que habléis en particular con la diosa, os veréis obligado a verla en mi círculo, y me hablaréis, hablándole a ella. Quiero decir, por último, que los celosos harán mal en creer que venís a mi cuarto por mí, puesto que vendréis por la señorita de la Vallière.

—Que cojea.

—Un poco.

—Que nunca abre la boca.

—Pero que cuando la abre enseña unos dientes lindísimos.

—Que puede servir de modelo a los osteólogos.

—Vuestro favor la hará engordar.

—¡Enriqueta!

—¡Ea! ¿No me habéis dejado la elección?

—¡Ay! Sí.

—Bien, pues; esa es, y no hago otra; con que resignaos.

—¡Oh! Yo me resignaría a tomar una de las Furias, si tal fuese vuestra voluntad.

—La Vallière es apacible como un cordero; no temáis que os contradiga nunca cuando le digáis que la amáis.

Y Madame se echó a reír.

—¡Oh! ¡Se conoce que no teméis que se lo diga muchas veces! ¡No es cierto?

—Estaba en mi derecho.

—No os lo disputo.

—¿Con que es asunto hecho?

—Firmado.

—Y me conservaréis una amistad de hermano, unas atenciones de hermano, y una galantería de rey, ¿no es eso?

—Os conservaré un corazón que no sabe ya latir sino a voluntad vuestra.

—¿Y suponéis de ese modo asegurado el porvenir?

—Lo espero al menos.

—¿Dejará vuestra madre de mirarme como enemiga?

—Sin duda.

—¿Y María Teresa de hablar en español delante de Monsieur, que tiene horror a las conversaciones en lengua extranjera, porque cree siempre que es para hablar mal de él?

—¡Ay! ¿Y se equivoca el desgraciado? —murmuró el rey con ternura.

—Y finalmente —continuó la princesa—, ¿se acusará aun al rey de pensar en amores ilegítimos cuando vean que no podemos profesarnos mutuamente más que simpatías exentas de toda oculta intención?

—Bien —continuó el rey—; pero también se le dirá otra cosa.

—¿Qué, Majestad? ¿Será cosa de que nunca podamos estar en paz?

—Se dirá —prosiguió el rey—, que tengo muy mal gusto; pero... ¿Qué importa mi amor propio comparado con vuestra tranquilidad?

—Con mi honor y el de nuestra familia, querréis decir. Majestad. De todos modos, no lo dudéis; no miréis con tanta prevención a La Vallière; verdad es que cojea, pero no carece de cierto buen sentido; además, todo lo que el rey toca se convierte en oro.

—Cómo quiera que sea, señora, podéis estar segura de una cosa, y es que todavía os estoy muy reconocido, pues podíais hacerme pagar más cara vuestra permanencia en Francia.

—Majestad, que llegan.

—¿Y qué?

—Uña palabra todavía.

—Decid.

—Sois prudente y cuerdo, Majestad; más aquí es donde tendréis necesidad de toda vuestra prudencia y cordura.

—¡Oh! —exclamó Luis riendo—. Desde esta noche comienzo a hacer mi papel, y ya veréis si tengo vocación para representar a los pastores. Tenemos gran paseo por el bosque después de la merienda; luego, cena y baile a las diez.

—Lo sé, Majestad.

—Pues mi llama va a subir esta noche mucho más que los fuegos artificiales, y a brillar con más claridad que los morteretes de nuestro amigo Colbert; pronto la veréis tomar tal cuerpo, que a las reinas y a Monsieur se les quemen los ojos.

—¡Cuidado, Majestad!

—¿Pues qué he hecho?

—Me haréis desdecir de los elogios que os prodigaba hace poco. He dicho que erais prudente y cuerdo, y comenzáis con semejantes locuras. ¿Creéis que una pasión se enciende así, como una antorcha, en un segundo?

—¿Es natural que sin la menor preparación, todo un rey como vos, caiga a los pies de una joven como La Vallière?

—¡Oh! ¡Enriqueta, Enriqueta! ¡No hemos comenzado todavía la campaña y ya me saqueáis!

—No; lo que hago es traeros a buen camino. Id encendiendo progresivamente vuestra llama en lugar de hacerla estallar de golpe. Júpiter truena y hace brillar el rayo antes de incender los palacios. Todo tiene su preludio, y si os inflamáis de esa manera, lejos de suponeros enamorado os creerán loco. Si es que no adivinan vuestra idea. A veces es la gente menos tonta de lo que parece.

El rey viose obligado a convenir en que Madame era un ángel en saber y un demonio en talento. Se inclinó.

—Tenéis razón —dijo—; terminaré mi plan de ataque. Los generales, mi primo Condé, por ejemplo, quémansen las cejas delante de sus mapas estratégicos antes de hacer mover uno de esos peones que llaman cuernos de ejércitos; yo, quiero establecer todo un plan de ataque. No ignoráis que la ternura está subdividida en toda clase de demarcaciones; de suerte que haré alto en el pueblo de las Atenciones Delicadas, en el lugarejo de los Billetes Amorosos, antes, de tomar el camino del Visible Ardor. Ya veis que el itinerario está trazado, y la Pobre señorita de Scudéry no me perdonaría el que acortase las jornadas.

—Así os quiero ver, Majestad...

—¿Os parece ahora que nos separemos?

—¡Ay! ¡Preciso será, porque vienen a separarnos!

—En efecto —dijo Madame Enriqueta—; veo que nos traen la esfinge de la señorita de Tonnay-Charente, con los toques de trompa que se suele entre los monteros mayores.

—Quedamos, pues, en que esta noche, durante el paseo, me deslizaré en el bosque, y hallando a La Vallière sin vos...

—Yo sabré alejarla. Corre de mi cuenta.

—¡Muy bien! Me acercaré a ella entre sus compañeras, y lanzaré el primer dardo.

—Cuidado no erréis el tiro —dijo Madame sonriendo—; asestad bien al corazón.

Y la princesa se separó del rey para adelantarse a recibir a la bulliciosa comparsa, que acudía haciendo mil ceremonias y entonando con la boca los toques de caza.

## Capítulo XXXVIII

---

### El baile de las estaciones

Terminada la merienda, verificada a cosa de las cinco, volvió el rey a su gabinete, donde le aguardaban los sastres.

Íbase a probar aquel famoso traje de la Primavera que había costado poner en tortura la imaginación y el ingenio de los dibujantes y adornistas de la Corte.

Respecto al baile en sí mismo, cada cual sabía su paso y se hallaba en disposición de poder figurar. Pero había resuelto hacer de eso un objeto de sorpresa. Así, apenas terminó su conferencia y regresó a su habitación, mandó llamar a sus dos maestros de ceremonias, Villeroy y Saint-Aignan.

Los dos contestáronle que no se esperaba más que su orden, y que sólo faltaba principiar; pero para que el rey diese esa orden se necesitaba buen tiempo y una noche propicia.

El rey abrió la ventana; el polvo de oro de la tarde caía en el horizonte por entre los claros del bosque, blanco como la nieve, y la luna se dibujaba ya en el firmamento.

Ni un sólo pliegue sobre la superficie de las verdes aguas; los cisnes, reposando sobre sus alas cerradas como navíos anclados, parecían saturarse del calor de la atmósfera, la frescura del agua y el silencio de aquella admirable tarde.

Habiendo visto el rey todo aquello, y contemplando aquel bellísimo cuadro, dio la orden de que habían hablado los señores de Villeroy y Saint-Aignan.

A fin de que esta orden fuese regiamente ejecutada, sólo faltaba dilucidar una cuestión que propuso Luis XIV a sus gentileshombres.

Esta cuestión sólo contenía dos palabras:

—¿Tenéis dinero?

—Majestad —respondió Saint-Aignan—, ya nos hemos entendido con el señor Colbert.

—¡Ah! Bien está.

—Sí, Majestad; y el señor Colbert ha dicho que vería a Vuestra Majestad así que manifestase su intención de proseguir las fiestas con arreglo al programa formado por vos mismo.

—Pues que venga el señor Colbert.

Como si Colbert hubiese estado escuchando a la puerta para estar al corriente de la conversación, entró no bien había acabado el rey de pronunciar su nombre delante de los dos cortesanos:

—¡Ah!, muy bien, señor Colbert... ¡Señores, a vuestros puestos!

Saint-Aignan y Villeroi se despidieron.

El rey se sentó en un sillón cerca de la ventana.

—Esta noche se ejecuta mi baile, señor Colbert —dijo.

—Entonces, Majestad, ¿satisfago mañana las notas?

—¿Cómo es eso?

—He prometido a los proveedores saldar sus cuentas el día siguiente en que se celebre el baile.

—Bueno, señor Colbert, si habéis prometido, pagad.

—Muy bien, Majestad; pero para pagar, cómo decía el señor de Lesdiguières, se necesita dinero.

—Pues qué, ¿no han sido entregados los cuatro millones que prometió el señor Fouquet? Me olvidaba de preguntar, por ellos.

—Majestad, a la hora convenida estaban en Palacio.

—¿Y qué?

—Pues bien, Majestad, los vasos de colores, los fuegos artificiales, los violines y los cocineros se han comido cuatro millones en ocho días.

—¿Del todo?

—Hasta el último sueldo. Cada vez que Vuestra Majestad ha mandado iluminar las orillas del gran canal, se ha consumido tanto aceite como agua hay en los baños.

—Bien, bien, señor Colbert. En fin, ¿no tenéis dinero?

—¡Oh! Lo que es yo, no, Majestad; pero el señor Fouquet sí que lo tiene.

Y el rostro de Colbert se iluminó con siniestra alegría.

—¿Qué me queréis decir con eso? —preguntó Luis.

—Majestad, ya hemos hecho aprontar seis millones al señor Fouquet. Los ha entregado con bastante desahogo para que nos de todavía algunos más si hacen falta. Hoy la hacen; conque no hay más que pedírselos.

El rey frunció el ceño.

—Señor Colbert —dijo acentuando el nombre del hacendista—, no es así como yo lo entiendo; no quiero emplear contra un servidor mío medios tan

onerosos que no pueden menos de embarazarle en el cumplimiento de sus obligaciones. El señor Fouquet ha dado seis millones en ocho días, y es bastante.

Colbert palideció.

—Sin embargo —se aventuró a decir—, Vuestra Majestad no usaba ese lenguaje hace algún tiempo; cuando llegaron, por ejemplo, las noticias de Belle-Île.

—Es verdad, señor Colbert.

—Pues nada creo que haya variado desde entonces; antes al contrario.

—En mi pensamiento todo ha cambiado, señor.

—¡Cómo! ¿No cree ya Vuestra Majestad en las tentativas?

—Mis asuntos son cosa mía, señor intendente, y ya os he manifestado que quiero manejarlos por mí mismo.

—Entonces —dijo Colbert temblando de cólera y de temor—, veo que he tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad.

—De ningún modo; sois muy de mi agrado.

—¡Bah, Majestad! —exclamó el ministro con aquella aspereza afectada y hábil cuando se trataba de halagar el amor propio de Luis. ¿Cómo ha de ser del agrado de Vuestra Majestad una persona que deja de serle útil?

—Es que reservo vuestros servicios para mejor ocasión; y estad seguro de que no valdrán menos entonces.

—De suerte que la idea de Vuestra Majestad en este asunto...

—¿Necesitáis dinero, señor Colbert?

—Setecientas mil libras, Majestad.

—Tomadlas de mi tesoro particular.

Colbert se inclinó.

—Y —añadió Luis— como considero difícil que a pesar de vuestra economía, podáis hacer frente con una cantidad tan corta a los gastos que quiero hacer, voy a firmaros una cédula por tres millones.

Tomó el rey, una pluma y firmó en el acto. Enseguida, entregando el papel a Colbert:

—No os dé cuidado —le dijo—; el plan que he adoptado es un plan del rey, señor Colbert.

Y con tales palabras, pronunciadas con toda la majestad de que el joven príncipe sabía revestirse en semejantes circunstancias, despidió a Colbert para dar audiencia a los sastres.

La orden dada por el rey se conocía ya por todo Fontainebleau; sabía que estrenaría su traje, y que el baile se celebraría aquella noche.

Corría la noticia rápidamente, y a su paso fue inflamando todas las locas ambiciones.

En el mismo instante, y como por encanto, todos cuantos sabían manejar una aguja; todos los que sabían distinguir un despunte de unas calzas, como dice

Molière, fueron convocados para servir de auxiliares a los elegantes y a las damas.

El rey acabó de vestirse a las nueve, y se presentó en su carroza descubierta y adornada con follaje y flores.

Las reinas habían tomado sitio en un magnífico estrado dispuesto a orillas del estanque, en un teatro de admirable elegancia.

En cinco horas los carpinteros habían ensamblado las piezas correspondientes de aquel teatro, los tapiceros habían puesto las colgaduras y alfombras, colocado los sitiales, y, como en virtud de una varita mágica, mil brazos, que se auxiliaban mutuamente en vez de estorbase, habían construido el edificio en aquel sitio al sonido de las músicas, en tanto que los pirotécnicos iluminaban el teatro y las orillas del estanque con innumerables bujías.

Como el cielo iba esmaltándose de estrellas y no había ninguna nube, ni se oía el menor soplo de viento en los espesos bosques, como si la naturaleza misma hubiera querido acomodarse al capricho del príncipe; habiése dejado abierto el fondo del teatro; de suerte que, desde el primer término de la decoración, se divisaba por el fondo de aquel espléndido cielo tachonado de estrellas, aquella sábana de agua abrasada de fuego que en ella se reflejaba; y los contornos azulados de las grandes masas de bosque con sus redondeadas cumbres.

Cuando el rey apareció, toda la sala estaba llena, presentaba un conjunto deslumbrador de oro y pedrería, en el que la primera mirada no podía distinguir fisonomía alguna.

Poco a poco, cuando la vista se acostumbraba a tanto esplendor, aparecían las más raras beldades, como en el cielo aparecen a prima noche las estrellas, una a una, para quien cierra los ojos y vuelve después a abrirlos.

El teatro figuraba una arboleda; algunos faunos, levantando sus pies hendidos, saltaban por doquier; presentábase una dríada, excitándolos a que la persiguiesen, y, acudían a defenderla otras compañeras, de lo cual resultaba la contienda bailando.

Súbito debía aparecer, para restablecer el orden y la paz, la Primavera y toda su corte.

Los elementos, las potestades subalternas de la mitología, con sus atributos, precipitábanse en pos de su gracioso soberano.

Las Estaciones, aliadas de la Primavera, venían a formar a sus lados una contradanza, que, con letrillas más o menos lisonjeras, empezaban el baile. La música, compuesta de oboes, flautas y violas, describía los placeres campestres.

El rey entró en medio de una salva de aplausos.

Llevaba fina túnica de flores, que, en vez de desgraciarte, realzaba más y mas su talle esbelto y bien formado. Su pierna, una de las más elegantes de la Corte, lucía con ventaja en una media de seda de color carne, tan fina y transparente que nadie diría sino que era la carne misma.

Unos soberbios zapatos de raso; color lila claro, con moños de flores y hojas, aprisionaban su pequeño pie.

El busto estaba en armonía con aquella base; hermosos cabellos ondulados, un aire de frescura realzado por el brillo de unos ojos azules que inflamaban dulcemente los corazones, una boca de labios sonrosados que se dignaba abrirse a fin de dar paso a la sonrisa; tal era el príncipe del año, a quien, con justo título, se había nombrado aquella noche el rey de todos los Amores.

Había en su porte algo de la majestad de un dios. Mejor que bailar parecía cernirse en el aire.

Aquella entrada produjo, pues, admirable efecto. De repente, como hemos dicho, se vio al conde de Saint-Aignan, que procuraba acercarse al rey, o a Madame.

La primera, vestida con largo ropón, diáfano y ligero como las mas finas redecillas tejidas en Malinas, la rodilla diseñada a veces bajo los pliegues de la túnica, su pequeño pie calzado de seda, avanzaba radiante con su comitiva de bacantes, y llegaba ya al sitio que se le había elegido para bailar.

Los aplausos duraron tanto tiempo, que el conde tuvo el suficiente para acercarse al rey, que permanecía parado en un extremo.

—¿Qué hay, Saint-Aignan? —preguntó la Primavera.

—¡Dios mío! —replicó el cortesano más pálido que la cera—. Me parece que Vuestra Majestad no ha pensado en el paso de los Frutos.

—Sí tal; se ha suprimido.

—No; Majestad; no habéis dado la orden, y la música lo conserva.

—¡Vaya un contratiempo! —murmuró el rey—. Ese paso no puede ejecutarse, ya que el señor de Guiche está ausente. Habrá que suprimirlo.

—¡Oh! Majestad, un cuarto de hora de música sin baile va a dejar fríos a todos.

—Pero, conde, entonces...

—¡Oh, Majestad! No es esa la mayor desgracia, porque después de todo, la orquesta cortaría, mejor o peor; pero...

—Pero ¿qué?

—Es que el señor de Guiche está aquí.

—¿Aquí? —replicó el rey frunciendo el ceño—. ¿Estáis seguro...?

—Y vestido para el baile, Majestad.

El rey sintió agolpársele la sangre al rostro.

—Estaréis equivocado —dijo.

—Si quiere convencerse Vuestra Majestad, mire a su derecha. El conde espera.

Luis se volvió vivamente hacia aquel lado; y vio, en efecto, a su derecha, radiante de belleza, con su traje de Vertumno, a Guiche esperando que el rey le mirase para dirigirle la palabra.

Expresar el asombro del rey y el de Monsieur, que se agitó en su palco; decir los cuchicheos y oscilaciones de cabeza que se observaron en el salón; describir la extraña sorpresa que experimentó Madame a la vista de su pareja, es tarea que dejamos a otros más hábiles.

El rey había quedado boquiabierto y miraba al conde.

Este se acercó, respetuoso, doblado.

—Majestad —dijo—, vuestro más humilde súbdito viene a ofreceros sus servicios hoy, como en los días de batalla. Faltando el paso de los Frutos perdía el rey la mejor escena de su baile. No he querido que por mí dejara el rey de lucir, su hermosura, su habilidad y su gracia, y he dejado mis tierras para acudir en auxilio de mi príncipe.

Cada una de estas palabras deslizábase, mesurada, armoniosa y elocuente en los oídos de Luis XIV. La lisonja le agració tanto como le había asombrado la osadía. Así fue que se limitó a decir:

—Yo no había dicho que volvieseis, conde.

—Verdad es, pero Vuestra Majestad no me había dicho que me quedase.

El rey veía que el tiempo iba pasando. La escena podía descomponerlo todo si se prolongaba demasiado. Una sola sombra podía echar a perder el cuadro.

El rey tenía, por otra parte, el corazón lleno de buenas ideas; y acababa de sorprender en los ojos tan expresivos de Madame una nueva inspiración.

La mirada de Enriqueta le había dicho:

« Ya que tiene celos de vos; dividid las sospechas; el que desconfía de dos rivales no desconfía de ninguno» .

Madame triunfó con aquella hábil inspiración.

El rey sonrió a Guiche.

Guiche no comprendió una palabra del lenguaje mudo de Madame. Únicamente notó que ésta afectaba no mirarle. Así fue que atribuyó el favor alcanzado al corazón de la princesa.

El rey supo agradar a todo el mundo. Monsieur fue el único que nada comprendió.

El baile comenzó, y fue espléndido.

Cuando los violines pusieron en movimiento, con su melodía, a aquellos ilustres bailarines, cuando la pantomima ingenua de aquella época, mucho más ingenua aún por la mediocre habilidad de los augustos histriones; llegó a su punto culminante de triunfo, parecía que el salón se desplomaba en aplausos.

Guiche brilló como un sol, pero como un sol cortesano que se resigna al segundo papel.

Desdeñado su triunfo, por el cual Madame no le manifestaba reconocimiento alguno, no pensó más que en reconquistar osadamente la preferencia ostensible de la princesa.

Esta no le concedió ni una mirada.

Poco a poco toda su alegría; todo su brillo se fueron extinguendo en el dolor y la inquietud; de modo que sus piernas perdieron elasticidad, sus brazos se volvieron pesados, y se le embotaron los sentidos.

El rey, desde aquel momento, fue sin disputa el primer bailarín del rigodón, y, conociéndolo así, dirigió una mirada de soslayo a su rival vencido.

Guiche no era ya ni cortesano; bailaba mal, sin adulación, y muy pronto cesó de bailar enteramente. El rey y Madame triunfaron.

## Capítulo XXXIX

---

### Las ninjas del parque de Fontainebleau

El rey se detuvo un instante a gozar de su triunfo, que, como hemos dicho, era tan completo como podía desear.

Después se volvió hacia Madame, para admirarla también a su vez. Los jóvenes aman quizás con más viveza, más ardor, más pasión que las personas de edad madura; pero tienen al mismo tiempo desarrollados todos los demás sentimientos en proporción a su juventud y a su vigor, siendo en ellos casi siempre el amor propio un equivalente del amor; combatido este último sentimiento por las leyes de la ponderación, jamás adquiere el grado de perfección a que llega en hombres y mujeres de treinta a treinta y cinco años.

Luis pensaba, pues, en Madame, pero sólo después de haber pensado bien en sí mismo, y Madame pensaba mucho en sí propia, sin pensar tal vez lo más mínimo en el rey.

Pero la víctima, en medio de todos estos amoríos y amores propios reales, era Guiche.

De manera que todo el mundo podía notar a la vez la agitación y postración del pobre gentilhombre, y esa postración era tanto más de observar, cuanto que nadie hasta entonces había visto a Guiche desmayar hasta el extremo de caérsele los brazos, entorpecérsela la cabeza y perder la llama de sus ojos. De ordinario, nadie pasaba cuidado por él en punto a cuestiones de gusto y elegancia.

La derrota de Guiche fue atribuida, por el mayor número, a su habilidad de cortesano.

Mas otros también, pues nunca faltan en la Corte ojos perspicaces, advirtieron su palidez y atonía, que no podía fingir ni ocultar, y de ahí infirieron que Guiche no representaba una comedia de adulación.

Aquellos padecimientos, aquellos triunfos, aquellos comentarios quedaron envueltos y perdidos en el ruido de los aplausos.

Pero, cuando las reinas hubieron manifestado su satisfacción y los espectadores su entusiasmo; cuando el rey marchó a su cuarto para mudar de traje, mientras Monsieur, vestido de mujer, según su costumbre, bailaba a su vez, Guiche, recobrado algún tanto, se aproximó a Madame, que, sentada en el fondo del teatro, esperaba la segunda entrada, y habiése colocado aislada en medio de la multitud, como para calcular anticipadamente sus efectos coreográficos.

Fácil es concebir que, absorta en esa grave meditación, no viese, o por lo menos apartase no ver, lo que pasaba en torno suyo.

Guiche, encontrándola sola junto a un matorral de tela pintada, se acercó a Madame.

Dos de sus camaristas, vestidas de hamadriadas, viendo a Guiche se apartaron por respeto.

Guiche se adelantó al medio del círculo y saludó a Su Alteza Real. Pero Su Alteza Real, notase o no el saludo, ni se dignó volver la cabezas.

Sintió el desventurado helárselle la sangre en las venas; no podía presumir una indiferencia tan completa, lo cual no era de extrañar, si se atiende a que nada había visto ni sabido, y de consiguiente nada podía tampoco adivinar. Advirtiendo, pues, que su saludo no obtenía la menor contestación, se adelantó un paso más, y con voz que disimulaba muy mal la agitación que le devoraba.

—Tengo el honor —dijo— de ofrecer mis humildes respetos a Madame.

Esta vez Su Alteza Real se dignó volver sus lánguidos ojos hacia el conde, diciendo:

—¡Hola, señor de Guiche! ¿Sois vos? Buenas noches.

Y volvió a otro lado la cabeza. El conde estuvo a punto de perder la paciencia.

—Vuestra Alteza Real ha bailado admirablemente bien —dijo.

—¿De veras? —replicó Madame con indiferencia.

—Sí; —el personaje que representa Vuestra Alteza Real no puede ser más ajustado a su carácter.

Madame se volvió hacia Guiche, y, dirigiéndole una mirada fija y penetrante:

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó.

—Una cosa sencillamente.

—¡A ver! Explicaos.

—Representáis, señora, una divinidad bella, desdeñosa y ligera.

—¿Habláis de Pomona, señor conde?

—Hablo de la diosa que representa Vuestra Alteza Real. Madame permaneció un instante con los labios crispados.

—Y vos mismo, caballero —dijo—, ¿no sois también un bailarín excelente?

—¡Oh! Yo, señora, soy de aquellos en quienes nadie repara, o que, si por casualidad tuvieron esa suerte, son olvidados muy pronto.

Y a estas palabras, acompañadas de uno de esos suspiros que hacen estremecer todas las fibras del cuerpo, lleno el corazón de angustia, enardecida la cabeza y la vista vacilante, saludó a Madame, y retiróse detrás del matorral de tela.

La princesa, por toda contestación, se encogió ligeramente de hombros. Y, como sus camaristas permanecían retiradas por discreción, les hizo señas de que se acercasen.

Eran las señoritas de Tonnay-Charente y la de Montalais.

Al ver la señas, acudieron presurosas las dos.

—¿Habéis oído, señoritas? —preguntó la princesa.

—¿Qué, señora?

—Lo que ha dicho el señor conde de Guiche.

—No.

—¡Es particular! —continuó la princesa con acento de compasión—. ¡Cómo el destierro ha debilitado el ánimo de ese pobre señor de Guiche!

Y levantando más la voz, para que el desventurado no perdiera una sola palabra.

—Después de haber bailado bastante mal —continuó—, cuando ha querido hablar no se le han ocurrido más que insultos.

Y luego se levantó, tarareando el aire que iba a bailar.

Guiche lo había oído todo. El dardo penetró en lo más profundo de su corazón y lo desgarró.

Entonces, a riesgo de interrumpir el orden de la fiesta con su despecho, huyó, haciendo pedazos su lucido traje de Vertumno, y sembrando por el camino los pámpanos, las moras, las hojas de almendro y todos los pequeños atributos artificiales de su divinidad.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta en el teatro. Mas era fácil conocer que sólo había podido traerle allí otra vez un poderoso esfuerzo de la razón sobre la locura, o tal vez, pues así es el corazón humano, la misma imposibilidad de permanecer separado por más tiempo de la que le destrozaba el corazón:

Madame acababa de bailar su paso.

Lo vio, mas no lo miró; y él, irritado, furioso, le volvió a su vez la espalda cuando la princesa pasó escoltada de sus ninfas y de cien aduladores.

Mientras esto sucedía, al otro extremo del teatro, junto al estanque, una mujer estaba sentada, los ojos fijos en una de las ventanas del teatro.

Por aquella ventana salían torrentes de luz. Era la ventana del palco real.

Cuando Guiche abandonó el teatro para buscar el aire de que tanta precisión tenía, pasó junto a aquella, mujer, y la saludó.

Ella, por su parte, así que vio a Guiche se levantó como mujer sorprendida en medio de ideas que quisiera ocultar a sí misma.

Guiche la reconoció. Se detuvo. Buenas noches, señorita dijo vivamente.

—Buenas noches, señor conde.

—¡Ah, señorita de La Vallière —prosiguió Guiche—, cuánto me alegro de veros!

—Y yo también, señor conde, me alegro de este encuentro casual —dijo la joven haciendo un movimiento como para ausentarse.

—¡Oh, no, no! No me dejéis —dijo Guiche extendiendo hacia ella su mano—, porque de esa manera desmentiríais las cariñosas palabras que acabáis de pronunciar. Quedaos, señorita; la noche no puede ser más hermosa. ¡Huis del ruido! ¡Amáis la soledad...! Lo comprendo perfectamente; todas las mujeres que tienen corazón son así. A ninguna de ellas se la verá aburrirse lejos del torbellino de todos esos placeres ruidosos. ¡Ay, señorita, señorita!

—Pero ¿qué os pasa, señor conde? —preguntó La Vallière con algún sobresalto—. Parece que estáis agitado.

—¿Yo? No lo creáis.

—Entonces, señor conde, permitidme que aproveche esta ocasión a fin de daros las gracias por el favor que me habéis dispensado. Sé que debo a vuestra protección el contarme hoy entre las camaristas de la princesa.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Y me felicito por ello, señorita. Decidme: ¿amáis a alguien?

—¿Yo?

—¡Oh! Perdón, no sé lo que digo; mil veces perdón. Razón tenía Madame en decir que este brutal destierro ha trastornado mi juicio.

—Pues creo que el rey os ha recibido bastante bien, señor, conde.

—¿Creéis...?

—Bien... quizás... sí...

—Sin duda; porque al fin habéis vuelto sin permiso suyo.

—Es verdad, y creo que tenéis razón, señorita... Decidme, ¿habéis visto por aquí al señor vizconde de Bragelonne?

La Vallière estremeciéose al oír aquel nombre.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? —dijo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Os habré lastimado otra vez? —repuso Guiche—. ¡En tal caso, preciso es confesar que soy muy desgraciado, muy digno de compasión!

—¡Lo sois, efectivamente, señor conde, pues al parecer debéis sufrir cruelmente!

—¡Ay, señorita! ¡Si tuviese yo una hermana afectuosa, una excelente amiga!

—Tenéis amigos, señor de Guiche; y el señor vizconde de Bragelonne, de quien me hablabais hace poco, creo que es uno de esos buenos amigos.

—Sí, sí, en efecto, es uno de mis buenos amigos. ¡Adiós, señorita, adiós! Recibid todos mis respetos.

Y escapó como un loco hacia la parte del estanque. Su negra sombra se

deslizaba, agrandándose, entre los luminosos tejos y las amplias ondulaciones resplandecientes del agua. La Vallière permaneció mirándole por algún tiempo con un sentimiento de compasión.

—¡Oh! ¡Sí, sí! —dijo—. Sufre, y principió a comprender por qué. Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando llegaron sus amigas, las señoritas, de Montalais y de Tonnay-Charente.

Habían concluido ya su servicio, y, después de quitarse sus trajes de ninfas, acudían en busca de su compañera, gozosas de los triunfos obtenidos en aquella hermosa noche.

—¡Ya aquí! —exclamaron—. Creíamos ser las primeras en llegar a la cita.

—Hace un cuarto de hora que he venido —repuso La Vallière—. ¿No os ha divertido el baile?

—No.

—Y todo el espectáculo?

—Tampoco. En punto a espectáculos, me gusta más el de esos bosques sombríos, por entre cuya espesura resplandece aquí y acullá una luz que pasa como un ojo de fuego, ora abierto, ora cerrado.

—La Vallière es poetisa —dijo Tonnay-Charente.

—Es decir, insoportable —siguió Montalais—. Siempre que se trata de reír un poco o de divertirse en algo, La Vallière llora; y cuando nos toca llorar, porque se nos ha perdido algún trapito, o han picado nuestro amor propio, o nos hallamos con algún adorno sin efecto, La Vallière ríe.

—¡Oh! Pues lo que es yo no soy así —dijo la señorita de Tonnay-Charente—. Soy mujer; y mujer como pocas; quien me ama me lisonjea, quien me lisonjea me agrada con sus lisonjas, y quien me agrada.

—Basta, basta, que no acabarás —dijo Montalais.

—Difícilillo sería —repuso la señorita de Tonnay-Charente riendo a carcajadas—. Acaba por mí, tú que tienes tanta agudeza.

—Y vos, Luisa —preguntó Montalais—. ¿encontráis quién os agrade?

—Eso no le importa a nadie —dijo la joven levantándose del banco de musgo donde había estado recostada todo el tiempo que duró él baile—. Ahora, señoritas, hemos formado el proyecto de divertirnos esta noche sin espías y sin escolta.

—Somos tres que congeniamos muy bien, y hace un tiempo hermosísimo; mirad allá abajo ved la luna que sube dulcemente al cielo, y platea las cimas de los castaños y encinas. ¡Oh! ¡Qué hermoso es el paseo, qué bella la libertad! ¡Cuánto me alegra la menuda hierba de los bosques, y qué placer siento en vuestra amistad! Agarrémonos del braza y vayamos hacia aquellos corpulentos árboles. Allá están todos ocupados en adornarse para un paseo de aparato, y se ensillan caballos y se enganchan carroajes; tal vez estén disponiendo las mulas de la reina o las cuatro yeguas blancas de Madame. Busquemos nosotras un lugar

donde las miradas no puedan sorprendernos, ni pueda nadie seguir nuestros pasos. ¡Os acordáis, Montalais, de los bosques de Cheverny y de Chambord, y de los álamos sin fin de Blois? ¡Cuántas esperanzas nos hemos comunicado allí una y otra!

—Y también muchos secretos.

—Sí.

—Yo —repuso la señorita de Tonnay-Charente— también pienso mucho; pero cuidado...

—El caso es que nunca dices nada —dijo Montalais—; de modo que lo que piensa la señorita de Tonnay-Charente, sólo lo sabe Atenaida.

—¡Silencio! —exclamó la señorita de La Vallière—. Oigo pasos que se acercan por ese lado.

—¡Pues pronto, pronto, a los cañaverales! —dijo Montalais—. Agachaos, Atenaida, que sois demasiado alta.

La señorita de Tonnay-Charente se agachó.

Casi en el mismo instante vieron, en efecto, avanzar por la menuda arena de la arboleda paralela a la ribera dos caballeros, que venían cogidos del brazo y con la cabeza baja.

Las mujeres acurrucáronse hasta hacerse imperceptibles.

—Es el señor de Guiche —dijo Montalais al oído de la señorita de Tonnay-Charente.

—Es el señor de Bragelonne —dijo esta última al oído de la señorita de La Vallière.

Ambos jóvenes continuaban acercándose y hablando en voz animada.

—Por aquí estaba hace un momento —dijo el conde—. Si no hubiera hecho más que verla, diría que había sido una aparición; pero la he hablado también.

—¿De modo que estáis seguro?

—Sí; pero tal vez le haya infundido miedo.

—¡Miedo! ¿Y por qué?

—¡Ah! Estaba loco aún, de resultas de lo que ya sabéis; y no sería extraño que, no habiendo comprendido nada de lo que le dije, haya cobrado miedo.

—¡Oh! —murmuró Bragelonne—. No os dé cuidado eso, amigo mío. Ella es buena y sabrá disculparos; tiene talento, y sabrá comprender.

—Sí, mas si ha comprendido, y ha comprendido demasiado bien...

—¿Qué?

—Hablar.

—¡Oh! No conocéis a Luisa, conde —dijo Raúl—. Luisa posee todas las virtudes, y no tiene el menor defecto.

En esto pasaron por delante las jóvenes, y conforme se alejaban, sus voces se reían poco a poco.

—¿Es que el vizconde de Bragelonne ha dicho Luisa al hablar de vos, La

Vallière? —dijo la señorita de Tonnay-Charente.

—Nos hemos criado juntos —contestó la señorita de La Vallière— y nos conocemos desde niños.

—Y luego, todo el mundo sabe que es tu prometido.

—¡Ah! Pues yo lo ignoraba.

—¿Es verdad eso, señorita?

—Lo que hay —respondió ruborizándose la señorita de La Vallière— es que M. de Bragelonne me ha hecho el honor de pedir mi mano... Pero...

—¿Qué?

—Pero parece que el rey...

—¿Qué?

—No quiere consentir en este matrimonio.

—¡Ea! ¡Y por qué se mezcla el rey en eso? —exclamó Aura con acrimonia

—. ¿Tiene acaso derecho a mezclarse en estas cosas...? La política es la política, como decía Mazarino; pero el amor es el amor; y ya que tú amas al señor de Bragelonne, y él te ama, casaos. Yo os doy mi consentimiento.

Atenaida se echó a reír.

—¡Oh! ¡Hablo seriamente! —continuó Montalais—. Y creo que en este caso valga mi opinión por lo menos tanto como la del rey. ¿No es verdad, Luisa?

—Vamos, vamos, ya han pasado esos dos caballeros dijo. La Vallière, aprovechémonos de la soledad para atravesar la pradera e internarnos en el bosque.

—Y pronto —dijo Atenaida—, pues veo salir luces del palacio y del teatro, y se me figura que han de ir precediendo a alguna ilustre comitiva.

—Corramos —dijeron las tres. Y, recogiendo graciosamente los largos pliegues de sus vestidos de seda, salvaron con presteza el espacio que mediaba entre el estanque y la parte más obscura del bosque. Montalais, ligera como una corza, y Atenaida, ardiente como una lobezna, saltaban en la seca hierba, y a veces, un Acteón temerario hubiera podido divisar en la penumbra su pierna pura y atrevida, que se delineaba bajo el espeso contorno de las faldas de raso.

La Vallière, más delicada y más púdica, dejaba flotar sus vestidos, y no pudiendo andar tan de prisa por la debilidad de su pie, no tardó en pedir gracia.

Quedóse, pues, detrás; pero obligó a sus compañeras a que la aguardasen.

En aquel instante, un hombre, ocultó en un foso lleno de pequeños sauces, subió con presteza el talud del foso, y echó a correr hacia el palacio.

Las tres jóvenes, por su parte, llegaron a los linderos del parque, cuyas avenidas conocían perfectamente.

Grandes vallados de flores guarneían los fosos, y esta parte del castillo se hallaba cercada con barreras que protegían a los paseantes contra la invasión de caballos y carroajes.

En efecto, oíanse rodar a lo lejos sobre el suelo firme del camino los

carruajes de las reinas y de Madame. Varios jinetes las seguían con el ruido tan bien imitado por los versos cadenciosos de Virgilio.

Algunas músicas lejanas, respondían a aquel ruido, y, cuando las armonías cesaban, el ruiseñor, cantor lleno de orgullo, enviaba a la reunión congregada bajo la sombra de los árboles, sus cantos suaves, melodiosos y complicados.

En torno al cantar brillaban, en el fondo negro de los copudos árboles, los ojos de algún alucón sensible a la armonía.

De modo que aquella fiesta de toda la Corte era también la fiesta de los huéspedes misteriosos de los bosques; porque seguramente la corza escuchaba en su helecho, el faisán en su rama, y el zorro en su madriguera.

Adivinábase la vida de toda aquella población nocturna e invisible en los bruscos movimientos que se notaban de pronto en las hojas.

Entonces las ninfas de los bosques lanzaban un pequeño grito; mas, tranquilizadas al punto, reían y continuaban su paseo.

Llegaron así a la encina real, venerable resto de una encina que, en su juventud, había oído los suspiros de Enrique II por la hermosa Diana de Poitiers, y, más adelante los de Enrique IV por la bella Gabriela de Estrées.

Bajo aquella encina, los, jardineros habían acumulado el musgo y el césped, de tal modo que ningún lecho ofreció nunca mejor descanso a los miembros fatigados de un rey.

El tronco del árbol formaba un respaldo rugoso, pero lo bastante ancho para cuatro personas.

Bajo las ramas que oblicuaban hacia el tronco, las voces se perdían al infiltrarse hacia los cielos.

## Capítulo XL

---

### Lo que se decía bajo la encina real

En la dulzura del aire, en el silencio de las hojas, había un mudo compromiso para aquellas jóvenes de convertir enseguida la conversación frívola en, otra más seria.

Hasta la que tenía el carácter más alegre, la Montalais, por ejemplo, fue la primera que se sintió arrastrada a ello, y dio principio con un suspiro.

—¡Qué placer siento —dijo— al vernos aquí libres, solas y con derecho a ser francas, sobre todo con nosotras mismas!

—Sí —dijo la señorita de Tonnay-Charente—; pues la Corte, por brillante que sea, encubre siempre una mentira bajo los pliegues del terciopelo o el resplandor de los diamantes.

—Yo —repuso La Vallière—, nunca sé mentir, pues cuando no puedo decir la verdad, me callo.

—No gozaréis de favor por mucho tiempo, amiga mía —dijo Montalais—; aquí no es como en Blois, donde contábamos a la vieja Madame todos nuestros enfados y todas nuestras envidias. Madame tenía días en que se acordaba de haber sido joven. En esos días, cualquiera que hablase con Madame encontraba en ella una amiga sincera Madame nos contaba sus amores con Monsieur, y nosotras le referíamos sus amores con otros, o por lo menos las rumores que habían corrido sobre sus galanterías. ¡Pobre mujer! ¡Tan inocente! Ella reía, y nosotras también.

—¿Dónde está ahora?

—¡Vaya, Montalais, jovial Montalais! —exclamó La Vallière—. Veo que todavía suspiras; los bosques te inspiran, y estoy por decir que esta noche te hallo casi razonable.

—Señoritas —dijo Atenaida—, no debéis echar tan de menos la corte de Blois, como para que no os tengáis por dichosas en estar entre nosotras. Una Corte, es el lugar adonde van los hombres y las mujeres para hablar de cosas que las madres y los tutores, y principalmente los confesores, prohíben con severidad. En la Corte díicense esas cosas bajo privilegio del rey y de las reinas. ¿No es esto un placer?

—¡Vaya, Atenaida! —murmuró Luisa ruborizándose.

—Atenaida es franca esta noche —dijo Montalais—; aprovechémonos.

—Sí, aprovechaos; pues conozco que esta noche podrían arrancarme hasta los secretos más íntimos de mi corazón.

—¡Lástima que no esté aquí el señor de Montespan! —repuso Montalais.

—¿Creéis que amo al señor de Montespan? —murmuró la hermosa joven.

—Creo que es buen mozo.

—Sí; y no es pequeña ventaja a mis ojos.

—Ya veis.

—Diré más; de todos los hombres que aquí se encuentran, es el mejor mozo y el más...

—¿Qué suena por ahí? —dijo La Vallière haciendo un movimiento brusco sobre el banco de musgo.

—Algún gamo, que huye entre las ramas.

—Yo no tengo miedo más que a los hombres —dijo Atenaida. Cuando no se asemejan al señor de Montespan.

—No sigáis con esa broma... Verdad es que el señor de Montespan me obsequia; pero eso a nada compromete. ¿No tenemos ahí a Guiche que emplea delicadas atenciones con Madame?

—¡Pobre muchacho! —dijo La Vallière.

—¿Por qué pobre...? Me parece que Madame es bastante bella y bastante gran señora.

La Vallière meneó dolorosamente la cabeza.

—Cuando se ama —dijo—, no es ni a la hermosa ni a la gran señora; mis queridas amigas, cuando se ama, debe mirarse más que el corazón y los ojos de la persona amada. Montalais soltó una, estrepitosa carcajada.

—El corazón, los ojos... ¡Bah! Niñerías —dijo.

—Yo hablo por mí —repuso La Vallière.

—¡Nobles sentimientos! —dijo Atenaida con aire protector, pero frío.

—¿No son los vuestros, señorita? —dijo Luisa.

—Enteramente; pero no puedo menos de decir una cosa: ¿cómo puede compadecerse aun hombre que rinde atenciones a una mujer como Madame? Si existe desproporción, es seguramente de parte del conde.

—¡Oh! ¡No, no! —replicó La Vallière—. Es de parte de Madame.

—No os comprendo.

—Me explicaré. Madame, ni siquiera tiene el deseo de saber lo que es amor. Juega con este sentimiento como los niños con los fuegos artificiales, una de cuyas chispas sería suficiente para inciar un palacio. Hay en eso brillo, y es todo cuanto necesita. Alegría y amor, es el tejido de que quiere formar su vida. El señor de Guiche amará a esa ilustre dama; pero ella no le amará nunca.

Atenaida soltó una desdénosa carcajada.

—¿Pues quién ama por ventura? —dijo—. ¿Qué se han hecho vuestros nobles sentimientos de hace poco? ¿No consiste la virtud de una mujer en negarse a toda intriga que pueda tener consecuencias? Una mujer bien organizada y dotada de un corazón generoso, debe mirar a los, hombres, hacerse amar, adorar de ellos, y decir una vez al menos en su, vida: « Se me figura que si yo no hubiera sido lo que soy, habría aborrecido a aquél menos que a los demás» .

—¿Y es eso —murmuró La Vallière juntando, las manos— todo cuanto ofrecéis al señor de Montespan?

—Seguramente; lo, mismo a él qué a otro cualquiera. Yo os he manifestado que reconocía en él cierta superioridad. ¿No os parece bastante? Querida mía, para eso somos mujeres, es decir, reinas, durante todo el tiempo que nos da la naturaleza para ejercer ese mando, de quince a treinta y cinco años. Libre sois de tener corazón después, cuando ya no tengáis más que eso...

—¡Oh, oh! —dijo La Vallière.

—¡Perfectamente! —exclamó Montalais—. ¡He ahí una mujer cabal! ¡Iréis lejos, Atenaida!

—¿No aprobáis lo que digo?

—¡Oh! ¡De pe a pa! —dijo la risueña joven.

—Sin duda, bromeáis, Montalais —repuso Luisa.

—No, no; apruebo cuanto acaba de decir Atenaida; pero...

—Pero ¿qué?

—Sucedé que no puedo ponerlo por obra. Tengo los principios más completos, y formo resoluciones; en cuya comparación los problemas del estatúder y del rey de España son juegos de niño; mas llega el día de la ejecución, y como si nada.

—¿Flaqueáis? —pregunto Atenaida con desdén.

—Indignamente.

—¡Desastrosa naturaleza! —replicó Atenaida—. Pero al menos elegís.

—A fe... a fe mía que no. La fortuna se complace en contrariarme en todo, y por más que sueña con emperadores, sólo me encuentro con...

—¡Aura! ¡Aura! —exclamó La Vallière—. ¡Por piedad, no sacrificuéis al placer de decir un chiste, a los que os aman con cariño tan verdadero!

—¡Oh! Respecto a eso, me da bien poco cuidado; los que me aman se tienen por dichosos con que yo no los despida, querida. El mal será para mí si incurro en alguna debilidad; pero jay de los hombres si la vengo en ellos!

—¡Aura!

—Tenéis razón —dijo Atenaida—, y quizá con esa táctica consigáis el mismo objeto.

Eso se llama ser coqueta, señoritas. Los hombres, que son necios en muchas cosas, lo son especialmente en ésta: en confundir bajo la palabra coquetería el orgullo de una mujer y su variabilidad. Yo soy orgullosa, es decir, inconquistable; maltrato a los pretendientes, pero sin la menor pretensión de retenerlos. Los hombres dicen que soy coqueta, porque tienen el amor propio de creer que los deseó. Otras mujeres, como por ejemplo Montalais, se dejan ablandar con las lisonjas, y serían perdidas irremisiblemente sin el feliz resorte del instinto, que les impulsa a variar de repente y a castigar al mismo cuyos obsequios aceptaban antes.

—¡Bella disertación! dijo Montalais con el acento de un piloto que se complace en oír elogiar su pericia.

—¡Odiosa! —murmuró, Luisa—. Gracias a esa coquetería, porque ésa es la verdadera coquetería —continuó la señorita de Tonnay-Charente—, el amante que estaba una hora antes hinchado de orgullo, pierde en un minuto toda la hinchaçon de su amor propio. Tomaba ya aires victoriosos, y retrocede; iba a protegernos, y se prosterna de nuevo. Resulta de ahí que en lugar de tener un marido celoso, incómodo, fastidioso, tenemos un amante siempre tímido, solícito y sumiso, por la sencilla razón de que halla una amante siempre nueva. Eso es, señoritas, y estad persuadidas de ello, lo que exige la coquetería. Con semejante medio, se puede llegar a ser reina entre las mujeres, cuando no se ha recibido del cielo el don precioso de tener a raya el corazón y el entendimiento.

—¡Oh, qué hábil sois —dijo Montalais—, y qué bien entendéis el deber de las mujeres!

—Yo me formo una felicidad particular —dijo Atenaida modestamente—, y, como todos los enamorados débiles, procuro defenderme contra la opresión de los más fuertes.

—La Vallière no dice una palabra.

—¿Será que no aprueba nuestro modo de pensar?

—Yo, ni lo comprendo siquiera.

—Habláis como seres que no estuviesen destinados a vivir en esta tierra.

—¡Bonita es vuestra tierra! —dijo Montalais.

—¡Una tierra —repuso Atenaida—, donde el hombre inciensa a la mujer para hacerla caer aturdida, donde la insulta cuando ha caído!

—¿Y quién os habla de caer? —dijo Luisa.

—¡Ah! ¡Esa es una teoría nueva, querida! Veamos qué medios tenéis para no quedar vencida, si os dejáis arrastrar, por el amor.

—¡Oh! —exclamó la joven levantando al cielo sus encantadores ojos humedecidos—. ¡Oh! Si supieseis lo que es un, corazón, yo me explicaría y os

convencería; un corazón amante es más fuerte que toda vuestra coquetería y todo vuestro orgullo. Nunca una mujer es amada, así lo creo, y Dios me oye; nunca un hombre ama con idolatría, sino cuando conoce que es amado. Déjese a los viejos de comedia el considerarse adorados por coquetas. Los jóvenes saben lo que es eso, y no se engañan tan fácilmente; si llegan a concebir por una mujer coqueta un deseo, una efervescencia, un furor, ya veis que no me quedo corta; si, en una palabra; la coqueta puede volverlos locos, jamás llegará a hacerlos enamorados. El amor, tal como yo lo entiendo, es un sacrificio continuo, absoluto, entero; pero no el sacrificio de una sola de las partes, sino la abnegación completa de dos almas que quieren fundirse en una sola. Si llego a amar alguna vez, rogaré a mi amante que me deje libre, y pura; le diré, y sabrá comprenderme, que mi alma se halla destrozada por la negativa que le opongo; y él, que me amará, conociendo la dolorosa inmensidad de mi sacrificio, se sacrificará a su vez como yo, y me respetará y no tratará de hacerme caer para injuriarme después de caída, como decíais hace poco, blasfemando contra el amor, tal como yo lo comprendo. Así es como yo amo. Venidme ahora a decir que mi amante me despreciará; yo os aseguro, que no, a menos que sea el más miserable de los hombres, y el corazón me dice que nunca elegiré esa clase de personas. Mi mirada sabrá recompensar sus sacrificios, o le impondrán virtudes que jamás hubiera creido tener.

—¡Pero, Luisa —murmuró Montalais—, lo que estáis diciendo no lo ponéis en práctica!

—¿Qué queréis decir?

—Sois amada, adorada por Raúl de Bragelonne, y el infeliz joven es víctima de vuestra virtud, como lo sería, y aun quizás más, de mi coquetería o del orgullo de Atenaida.

—Esto es una subdivisión de la coquetería —dijo Atenaida—, y a lo que veo, esta señorita la practica sin sospecharlo siquiera.

—¡Oh! —murmuró La Vallière.

—Sí; eso se llama el instinto: perfecta sensibilidad, exquisita pureza de sentimientos, alarde perpetuo de impulsos apasionados, que jamás se ven satisfechos. ¡Oh! También ésa es una táctica muy hábil y eficaz. En verdad, ahora que reflexiono sobre ello, hubiera preferido esta táctica a mi orgullo para combatir a los hombres, pues ofrece la ventaja de hacer creer a veces en la convicción; pero, desde luego, sin que sea visto por eso que quiera condenarme a mí propia, la considero superior a la simple coquetería de Montalais.

Las dos jóvenes se echaron a reír. La Vallière fue la única que guardó silencio, meneando la cabeza. Luego, tras de un silencio.

—Si me dijeseis la cuarta parte de lo que me acabáis de decir en presencia de un hombre —dijo—, o estuviese persuadida de que lo pensáis así, me moriría de vergüenza y de sentimiento en este sitio.

—Pues bien, ya os podéis morir, tierna paloma —replicó la señorita de Tonnay-Charente—, porque si aquí no hay hombres, hay por lo menos dos mujeres, amigas vuestras, que os declaran convicta de ser una coqueta instintiva, una coqueta ingenua, es decir, la especie más peligrosa de coquetas que existe en el mundo.

—¡Oh, señoritas! —replicó La Vallière ruborizándose, y a punto de llorar.

Las dos compañeras prorrumpieron en nuevas risas a su costa.

—Pues bien, yo pediré informes a Bragelonne.

—¿A Bragelonne? —preguntó Atenaida.

—Sí, a ese mancebo, intrépido como César, fino y espiritual como el señor Fouquet, a ese pobre mozo que hace doce años que te conoce, te ama, y que, sin embargo si hemos de dar crédito a tus palabras, no ha llegado a besar nunca la punta de tus dedos.

—A ver cómo nos explicáis esa crueldad, vos, la mujer de corazón —dijo Atenaida a La Vallière.

—Os la explicaré con una sola palabra: virtud. ¡Negaréis que existe la virtud?

—Vamos, Luisa, no mientes —dijo Aura cogiéndole la mano.

—¿Pues qué queréis que os diga? —murmuró La Vallière.

—Lo que os parezca. Pero, por mucho que digáis, insisto en la opinión que he formado de vos. Coqueta de instinto, coqueta ingenua, o sea, ya lo he dicho y lo repito, la más peligrosa de todas las coquetas.

—¡Oh! No, no; por favor, ¡no creáis semejante cosa!

—¡Cómo! ¡Doce años de rigor absoluto!

—¡Oh! Hace doce años no tenía yo más que cinco. No puede imputarse a la joven el abandono de la niña.

—Bien, tienes diez y siete años: tres años en lugar de doce. Desde hace tres años, habéis sido constante y enteramente cruel. Teníais en contra vuestra los solitarios bosque de Blois, las citas en que se cuentan las estrellas, las sesiones nocturnas bajo los plátanos, sus veinte años que hablaban a vuestros catorce, y el fuego de sus ojos que os hablaba a vos misma.

—Está bien, está bien; pero él es así.

—¡Varaos, imposible!

—Pero, Dios mío, ¿por qué imposible?

—Dinos cosas creíbles, querida mía, y te creeremos.

—Pues suponed una cosa.

—¿Cuál?

—Veamos.

—Acabad o supondremos mucho más de lo que queréis.

—Supongamos, entonces, supongamos que yo creía amar, y que no amo.

—¿Cómo que no amas?

—¡Qué queréis! Si he sido diferente de lo que son las demás, cuando aman,

eso consiste en que no amo, en que no ha llegado todavía mi hora.

—¡Luisa, Luisa! —dijo Montalais—. Cuidado; mira lo que dices, que voy a recordar tus palabras de hace poco. Raúl no se halla aquí, y no es razón que le maltrates en su ausencia. Sé caritativa, y si, reflexionándolo bien, conoces que no le amas, díselo a él mismo. ¡Pobre joven!

Y se echó a reír.

—Esta señorita compadecía hace poco al señor de Guiche —dijo Atenaida—. ¿No se podría hallar la explicación de esa indiferencia hacia él en la compasión hacia el otro?

—Abrumadme, señoritas —replicó tristemente La Vallière—, abrumadme, puesto que no me comprendéis.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió Montalais—. Déjate ahora de tristezas y de lágrimas; ya ves, Luisa, cómo nos reímos, y te aseguro que no somos los monstruos que te figuras; ahí tienes a la orgullosa Atenaida, que no ama, en verdad, al señor de Montespan, pero que se desesperaría si el señor de Montespan no la amase... Y aquí estoy yo, que me río del señor Malicorne, pero ese pobre Malicorne, de quien me río, sabe, cuando quiere, hacer llegar mi mano a sus labios. Además, la más vieja de nosotras no tiene veinte años... ¡Qué porvenir!

—¡Qué locas sois! —murmuró Luisa.

—Verdad es —dijo Montalais—; tú eres la única que has hablado con cordura.

—¡Cierto!

—De acuerdo —contestó Atenaida—. Con que decididamente, ¿no amáis al pobre señor de Bragelonne?

—Puede que sí —dijo Montalais.

—No está muy segura. Como quiera que sea, oye, Atenaida: por, si el señor de Bragelonne queda libre, voy a darte un consejo de amiga.

—¿Cuál?

—Que lo mires bien antes de decidirte por el señor de Montespan.

—¡Oh! Si vamos a eso, amiga mía, no es el señor de Bragelonne el único que una pueda complacerse en mirar. El señor de Guiche, por ejemplo, tiene también su mérito.

—Esta noche no ha brillado —dijo Montalais—; y sé de buena tinta que Madame lo ha encontrado odioso.

—Pero el señor de Saint-Aignan sí que ha brillado, y estoy segura de que más de una de las que le han visto bailar no le olvidarán tan pronto. ¿No es cierto, La Vallière?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? No le he visto, ni le conozco siquiera.

—¿No habéis visto al señor de Saint-Aignan? ¿No le conocéis?

—No.

—Vamos, vamos, no vengáis aparentando una virtud más arisca que nuestro

orgullo. Ello es que tenéis ojos, ¿no es verdad?

—Excelentes.

—Entonces habréis visto a todos los que han bailado esta noche.

—A casi todos.

—¡Vaya un casi bien impertinente para ellos!

—Pues no obstante, así es.

—Bien; pero así y todo, entre esos gentileshombres que casi habéis visto, ¿a cuál preferís?

—Sí —dijo Montalais—, el señor de Saint-Aignan, el señor de Guiche, el señor de M...

—A ninguno prefiero; todos me parecen igualmente bien.

—De modo que entre esa brillante asamblea, entre esa Corte, que es la primera del mundo, ¿no habéis hallado a nadie que os agrade?

—No he dicho eso.

—Pues, hablad. Veamos quién es vuestro ideal.

—Es que no es un ideal.

—Entonces, ¿es que existe?

—Verdaderamente, señoritas —exclamó La Vallière, apurada hasta el extremo—, no acierto a comprenderlos. No sé cómo teniendo corazón y ojos, lo mismo que yo, habláis del señor de Guiche, del señor de Saint-Aignan, del señor de M... y qué sé yo quién, estando allí el rey.

Estas palabras, lanzadas con precipitación por una voz turbada y ardiente, hicieron oír en el momento, a ambos lados de la joven, una exclamación que a ella le produjo miedo.

—¡El rey! —murmuraron a la vez Montalais y Atenaida.

La Vallière dejó caer la cabeza entre sus manos.

—¡Oh! ¡Sí, el rey, el rey! —exclamó—. ¿Habéis visto nunca algo que se parezca al rey?

—Razón teníais, señorita, en decir hace poco que eran excelentes vuestros ojos; por que veis demasiado lejos. ¡Ay! el rey no es de aquellos en quien nuestros pobres ojos tengan derecho a fijarse.

—¡Oh! ¡Es cierto, es cierto! —exclamó La Vallière—. No es dado a todos los ojos el mirar de frente al sol; mas yo le miraré, aun cuando deba quedarme ciega.

En aquel momento se oyó, detrás de un matorral inmediato, un ruido, como si rozara con las hojas, y que parecía producido por las palabras que acababan de escaparse de labios de La Vallière.

Las jóvenes levantáronse asustadas, y vieron distintamente moverse las hojas; pero no el objeto que indudablemente las hacía mover.

—¡Ah! ¡Un lobo o un jabalí! —exclamó Montalais—. ¡Huyamos, señoritas, huyamos!

Y, acometidas las tres jóvenes de un terror indecible, huyeron por el primer camino que se les presentó, sin parar hasta los límites del bosque.

Allí, faltas de aliento, apoyadas una en otras, sintiendo mutuamente latirles el corazón, trataron de recobrarse algún tanto, cosa que no consiguieron hasta después de algunos instantes.

Al fin divisaron algunas luces por la parte del palacio, y decidieron dirigirse hacia aquel sitio.

La Vallière se encontraba extenuada de cansancio.

Aura y Atenaida procuraban sostenerla.

—¡Oh! ¡De buena nos hemos librado! —exclamó Montalais.

—¡Señoritas, señoritas! —dijo La Vallière—. Mucho me temo que sea algo peor que un lobo. En cuanto a mí, lo digo como lo siento, mejor quisiera haber corrido el riesgo de ser, devorada por un animal feroz, que no el que me hayan escuchado y oído. ¡Oh loca... qué loca soy! ¡Cómo he podido pensar ni decir semejantes cosas!

Y al decir esto, su frente se dobló como la punta de una caña; sintió que las piernas le flaqueaban, y, abandonándole todas sus fuerzas, se deslizó casi exánime entre los brazos de sus compañeros sobre la hierba del paseo.

## Capítulo XLI

---

### La ansiedad del rey

Dejemos a la pobre La Vallière casi desmayada entre sus dos compañeras, y volvamos a las inmediaciones de la encina real.

Apenas habían andado veinte pasos en su fuga las tres jóvenes, cuando se acrecentó en el ramaje el ruido que tanto las asustara.

La forma, dibujándose con más precisión al separar las ramas de la espesura, apareció en las lindes del bosque, y, viendo el asiento desocupado, soltó una carcajada.

Excusado es decir que aquella forma era la de un joven y apuesto caballero, el cual hizo al punto una señal a otro; que se presentó a su vez.

—Y bien, Majestad —dijo la segunda forma, adelantándose timidamente—, ¿será cosa de que hay áis hecho huir a nuestras hermosas enamoradas?

—Parece que sí —dijo el rey—; puedes acercarte sin temor, Saint-Aignan.

—Cuidado, Majestad, no sea que os reconozcan.

—¿No te digo que han huido?

—No ha sido mal encuentro; si me atreviera a dar un consejo a Vuestra Majestad, diría que debemos seguirlas.

—Están ya lejos.

—¡Bah! Ya dejarían que las alcanzásemos, principalmente si supiesen quiénes son los que las persiguen.

—¿Cómo es eso, señor presumido?

—Ya habéis oído que a una le he parecido bien, y otra os ha comparado al sol.

—Razón de más para mantenernos ocultos, Saint-Aignan. El sol no se muestra de noche.

—A fe mía, Vuestra Majestad es bien poco curioso. Yo, en vuestro lugar, desearía saber quiénes son las dos ninfas, las dos driadas, las dos hamadriadas que tan buena opinión tienen de nosotros.

—¡Oh! Yo sabré reconocerla sin necesidad de correr tras de ellas, pierde cuidado.

—¿Y cómo?

—¡Pardiez! Por la voz. Son de la Corte, y la que hablaba de mí tenía una voz encantadora.

—Veo que Vuestra Majestad comienza a dejarse ablandar por una lisonja.

—No se dirá a lo menos que es ése el medio que tú empleas.

—¡Oh! Perdonad, Majestad; soy un necio.

—Ea, ven y registremos donde te he dicho.

—Y aquella pasión que me habíais confiado, Majestad, ¿está ya olvidada?

—¡Oh! No hay tal. ¿Cómo quieres que uno olvide ojos como los de la señorita de La Vallière?

—¡Es que la otra posee una voz tan encantadora!

—¿Cuál?

—¡La que ama al sol!

—¡Señor de Saint-Aignan!

—Majestad; perdón.

—No es cosa tampoco que lleve a mal el que tú creas que me guste tanto una voz dulce como unos ojos hermosos. Te conozco, y como eres un terrible charlatán, mañana pagaré la confianza que he tenido en ti.

—¿Por qué, Majestad?

—Digo que mañana todo el mundo sabrá que tengo mis ideas sobre esa pequeña La Vallière; pero, cuidado Saint-Aignan, que a nadie más que a ti he confiado mi secreto, y si alguien me habla de él, no es dudosamente averiguar quién puede haberme vendido.

—¡Con qué calor, habláis, Majestad!

—No, pero ya ves, no quiero comprometer a esa pobre muchacha.

—Majestad, nada temáis.

—¿Me lo prometes?

—Majestad, os empeño mi palabra.

«Bueno —pensó el rey, riendo para sus adentros—, mañana sabrá todo el mundo que he corrido esta noche tras de La Vallière».

Haciendo luego por orientarse:

—¡Calla! —dijo—. Me parece que nos hemos perdido.

—¡Oh! No hay peligro.

—¿Adónde se va por esta puerta?

—A la glorieta, Majestad.

—¿Adonde íbamos cuando oímos voces de mujeres?

—Sí, Majestad, y el final de la conversación en que he tenido el honor de oír pronunciar mi nombre junto al de Vuestra Majestad.

—Mucho repites, eso, Saint-Aignan.

—Que Vuestra Majestad me perdone, mas no puedo menos de estar satisfecho de ver que hay una mujer que se ocupe de mí; sin que yo lo sepa y sin haber hecho nada para ello. Vuestra Majestad no comprende esta satisfacción, cuyo mérito y elevada posición excitan siempre la atención y obligan al amor.

—Pues bien, no, Saint-Aignan, y podrás creerme, si quieres —dijo el rey apoyándose familiarmente en el brazo de Saint-Aignan y tomando el camino que creía debía conducirle al palacio—, pero esa candorosa confianza, esa preferencia tan desinteresada de una mujer que probablemente no excitará nunca mis miradas... en una palabra, el misterio de toda esta aventura, me ha hecho cierta impresión; y, ciertamente, si La Vallière no me tuviese tan ocupada la imaginación...

—No se detenga por eso Vuestra Majestad, aún tiene tiempo de sobra.

—¿Cómo es eso?

—Se dice que La Vallière es muy rigorosa.

—Eso pica más mi curiosidad, y deseo con impaciencia encontrarla. Vamos, vamos.

El rey mentía, pues nada había que excitase menos su impaciencia; pero tenía que desempeñar su papel.

Echó en esto a andar algo de prisa, y Saint-Aignan le siguió, conservando una pequeña distancia.

De pronto, se detuvo el rey, y el cortesano imitó su ejemplo.

—Saint-Aignan —dijo— ¿no oy es suspiros?

—¿Yo?

—Sí, escucha.

—Efectivamente, y hasta diría que oigo gritos.

—Es por este lado —dijo el rey indicando una dirección.

—Parecen lágrimas y sollozos de mujer —observó Saint-Aignan.

—¡Corramos!

Y el rey y el favorito, tomando un sendero, echaron a correr por la hierba.

Conforme avanzaban, iban oyendo los gritos más claramente.

—¡Socorro, socorro! —decían dos voces.

Los dos compañeros redoblaron el paso.

A medida que se iban acercando, los suspiros se convertían en gritos. Estos gritos activaban la velocidad de la carrera del rey y de su compañero.

De pronto, al otro lado de un foso, bajo unos sauces de ramas desmelenadas, divisaron una mujer de rodillas, que sostenía a otra mujer desmayada.

A algunos pasos de allí, otra tercera mujer pedía socorro desde el medio del camino.

Al ver esta mujer a los dos caballeros, cuya condición ignoraba, redobló sus gritos.

El rey se adelantó a su compañero, salvó el foso, y se encontró junto al grupo en el momento en que, por el extremo del paseo que conducía al palacio, venían una docena de personas, atraídas por los mismos gritos que habían atraído al rey y al señor de Saint-Aignan.

—¿Qué pasa, señoritas? —preguntó Luis.

—¡El rey! —exclamó la señorita de Montalais abandonando en medio de su asombro la cabeza de La Vallière, que quedó completamente recostada sobre el césped.

—Sí, el rey. Pero no es eso una razón para que abandonéis a vuestra amiga. ¿Quién es?

—La señorita de La Vallière, Majestad.

—¡La señorita de La Vallière!

—Que acaba de desmayarse...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Pobre niña!

—¡Pronto, pronto un cirujano!

Pero, por mucha que fuese la viveza con que el rey dijo estas palabras no estuvo tan sobre sí que no debiesen parecer, igualmente que el ademán con que las acompañó, un poco frías; al señor de Saint-Aignan, a quien había el rey confiado el grande amor que le devoraba.

Saint-Aignan —prosiguió Luis, quedao al cuidado de la señorita de La Vallière, os lo ruego. Llamad a un cirujano. Yo corro a prevenir a Madame del accidente que le ha dado a su camarista.

En efecto, mientras el señor de Saint-Aignan se ocupaba en hacer trasladar a la señorita de La Vallière al palacio, se alejaba a toda prisa el rey, gozoso de hallar aquella ocasión de acercarse a Madame y poderle hablar bajo un pretexto especioso.

Por fortuna, pasaba una carroza; hizo parar al cochero, y las personas que la ocupaban, sabedoras del accidente, apresuráronse a ceder el puesto a la señorita de La Vallière. La corriente de aire provocada por la rapidez de la carrera devolvió pronto la enferma a la existencia. Al llegar al palacio, pudo, aunque muy débil, bajar de la carroza y alcanzar, con auxilio de Atenaida y Montalais, los aposentos interiores.

Hicieronla sentar en una pieza próxima a los salones de la planta baja.

Enseguida, como este accidente no había causado mucho efecto en los pasantes, continuaron éstos su paseo.

El rey, por su parte, había encontrado a Madame bajo un tresbolillo. Sentóse al lado suyo, y su pies buscaba suavemente el de la princesa por debajo de la silla de ésta.

—Cuidado, Majestad —le dijo Enriqueta en voz baja—, que no aparentáis

bien la indiferencia.

—¡Ay! —replicó Luis XIV en el mismo diapasón—. Mucho me temo que hayamos hecho un convenio muy superior a nuestras fuerzas. Y luego en voz alta:

—¿Sabéis el accidente ocurrido?

—¿Qué accidente?

—Oh, Dios mío! Al veros, he olvidado que había venido expresamente a referiroslo, y sin embargo, he tenido un gran sentimiento. Una de vuestras camaristas, la pobre La Vallière, acaba de desmayarse.

—¡Ah! ¡Pobre muchacha! —dijo tranquilamente la princesa—. ¿Pues qué le ha dado?

Y luego, por lo bajo:

—Pero, Majestad —repuso—, mirad lo que hacéis. ¿Cómo queréis hacer creer que estáis apasionado de esa joven/ cuando permanecéis aquí, mientras ella se muere allá?

—¡Ah, señora, señora! —exclamó sonriendo el rey—. ¡Cuánto mejor que yo desempeñéis vuestro papel! Veo qué estáis en todo. Y se levantó.

—Señora —dijo en alta voz para que todo el mundo le oyese—, permitid que os deje; mi ansiedad es grande, y quiero asegurarme por mí mismo si han prodigado a la enferma todos los cuidados debidos.

Y el rey, volvió al lado de La Vallière, mientras que todos los concurrentes comentaban estas palabras del rey:

« Mi ansiedad es grande» .

## Capítulo XLII

---

### El secreto del rey

Por el camino, Luis encontró al conde de Saint-Aignan.

—Dime, Saint-Aignan —preguntó con afectación—, ¿cómo sigue la enferma?

—Majestad —murmuró Saint-Aignan—, confieso con rubor que lo ignoro.

—¡Cómo! ¡Lo ignoráis? —replicó el rey fingiendo tomar seriamente esa falta de miramiento por el objeto de su predilección.

—Perdonad, Majestad; pero acabo de encontrar a una de nuestras tres garladoras, y confieso que me he distraído.

—¿De modo que habéis tenido ese hallazgo? —preguntó con viveza el rey.

La que se dignaba hablar tan ventajosamente de mí, y, habiendo encontrado la mía, buscaba la vuestra cuando he tenido la honra de encontrar a Vuestra Majestad.

—Está bien, pero ante todo la señorita de La Vallière —dijo el rey, fiel a su papel.

—¡Oh! La hermosa se ha hecho interesante con ese desmayo de puro lujo, puesto que Vuestra Majestad se dignaba ocuparse ya antes de ella.

—Y el nombre de vuestra hermosa, Saint-Aignan, ¿es un secreto?

—Debería serlo, y muy grande; mas para Vuestra Majestad no pueden existir secretos.

—¿Cuál es, pues, su nombre?

—La señorita de Tonnay-Charente.

—¿Y es hermosa?

—Sobre todo encarecimiento, Majestad; y he reconocido la voz que pronunciaba mi nombre de una manera tan tierna. Me acerqué a ella, inquirí lo

mejor que pude en medio de la multitud; y entonces me dijo, sin sospechar nada, que hallándose hacia poco en la encina grande con dos amigas, la aparición de un lobo o un ladrón les había espantado y puesto en fuga.

—¿Y cómo se llamaban esas dos amigas? —dijo con viveza el rey.

—Majestad —dijo Saint-Aignan—, mandadme encerrar en la Bastilla.

—¿Por qué?

—Porque soy un egoísta y un necio. Quedé tan sorprendido con semejante conquista y feliz descubrimiento, que no me acordé de más. Por otra parte, no creí que teniendo Vuestra Majestad tan, ocupada su imaginación con la señorita de La Vallière, diera gran importancia a lo que había oído. Luego, la señorita de Tonnay-Charente me dejó precipitadamente para volver al lado de la señorita de La Vallière.

—Bien; esperemos que tenga yo una suerte igual a la tuya. Vamos, Saint-Aignan.

—Mi rey tiene ambición, a lo que veo, y no quiere que se le escape ninguna conquista. Pues bien, prometo a Vuestra Majestad hacer las más escrupulosas indagaciones; además; no será difícil saber, por una de las tres Gracias, el nombre de las otras, y, con el nombre el secreto.

—¡Oh! También a mí —repuso el rey—, me bastare oír su voz para reconocerla. Vamos, basta de conversación, y llévame al lado de esa pobre La Vallière.

« Sin duda —pensó Saint-Aignan—, el rey está enamorado; pero nunca hubiera creído que fuese a chocarle esa chiquilla» .

Y, como al pensar así, mostrara al rey el cuarto adonde había sido conducida La Vallière, entró en él Luis.

Saint-Aignan lo siguió.

En una sala baja, y junto a una gran ventana que daba a los jardines, estaba La Vallière recostada en un ancho sillón, y aspiraba con ansia el aire embalsamado de la noche.

Por su pecho, desabrochado, caían los encajes ajados entre los bucles de sus blondos cabellos, esparcidos sobre sus hombros.

Con los ojos lánguidos, cargados de mal apagados fuegos, y anegados en abundantes lágrimas, no vivía sino a la manera de aquellas hermosas imágenes de nuestros ensueños, que pasan pálidas y poéticas por delante de los ojos del que duerme, entreabriendo sus alas sin moverlas y sus labios sin producir sonido alguno.

Aquella palidez nacarada de La Vallière tenía un encanto indefinible; los padecimientos de alma y cuerpo prestaban a aquella fisonomía una armonía de noble dolor; la inercia absoluta de sus brazos y de su busto más la semejaban a una difunta que a un ser viviente; parecía no percibir ni el cuchicheo de sus compañeras, ni el ruido lejano que subía de los alrededores. Se hallaba

completamente ensimismada, y sus hermosas manos, largas y finas, se estremecían de vez en cuando como al contacto de invisibles presiones.

El rey entró sin que ella advirtiese su llegada; a tal punto la tenían absorta sus pensamientos. Vio de lejos aquella adorable figura, sobre la cual la ardiente, luna derramaba la pura luz de su lámpara de plata:

—¡Dios mío! —murmuró con involuntario calofrío—. ¡Está muerta!

—No, no, Majestad —dijo por lo bajo Montalais—; antes bien sigue mejor, ¿No es verdad, Luisa, que estás mejor?

La Vallière no contestó.

—Luisa —prosiguió Montalais—, mira que el rey se digna inquietarse por tu salud.

—¡El rey! —exclamó Luisa incorporándose de repente, como si le afluiera un torrente de fuego desde las extremidades al corazón—. ¡El rey se inquieta por mi salud?

—Sí —dijo Montalais.

—¿Está aquí el rey? —dijo La Vallière sin atreverse a mirar en torno suyo.

—¡Esa voz, esa voz! —dijo vivamente Luis al oído de Saint-Aignan.

—¡Ah! —replicó Saint-Aignan—. Vuestra Majestad tiene razón: es la enamorada del sol.

—Silencio! —dijo el rey. Luego, acercándose a La Vallière:

—¿Estás indisposta, señorita? —preguntó—. No hace mucho que os vi desmayada en el parque. ¿Qué os ha pasado?

—Majestad —tartamudeó la pobre niña, trémula y pálida—, verdaderamente, no sabría decirlo.

—Habréis andado demasiado, y tal vez la fatiga...

—No, Majestad —replicó vivamente Montalais, contestando por su amiga—, no puede ser la fatiga, porque hemos pasado parte de la noche bajo la encina real.

—¿Bajo la encina real? —repuso el rey, estremecido—. No me había engañado; eso está bien.

Y dirigió al conde una mirada de inteligencia.

—¡Ah, sí! —dijo Saint-Aignan—. Bajo la encina real; con la señorita de Tonnay-Charente.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Montalais.

—De una manera muy sencilla: la señorita de Tonnay-Charente me lo ha dicho.

—Entonces, también os habrá manifestado la causa del desmayo de La Vallière.

—¡Bah! Me ha hablado de un lobo o de un ladrón; pero no sé más.

La Vallière escuchaba con los ojos fijos, el pecho oprimido, como si presintiera parte de la verdad, por efecto de una mayor energía de inteligencia.

Luis creyó aquella actitud y agitación consecuencia de un espanto mal desvanecido.

—No temáis nada, señorita —dijo con un principio de emoción que no podía ocultar—, ese lobo que tanto os ha asustado era simplemente un lobo de dos pies.

—¡Era un hombre, era un hombre! —exclamó Luisa—. ¡Había allí un hombre escuchándonos!

—Y bien, señorita, ¿qué gran mal veis en haber sido escuchadas? ¿Dijisteis, pues, cosas que no debieran ser oídas?

La Vallière juntó con fuerza sus manos y sé las llevó a la frente, procurando así disimular su rubor.

—¡Oh! —preguntó—. En nombre del Cielo, ¿quién estaba escondido? ¿Quién nos ha escuchado?

El rey se adelantó para tomarle una mano.

—Yo, señorita —dijo inclinándose con dulce respeto—. ¿Será cosa de que os cause miedo?

La Vallière lanzó un grito agudo; abandonaronle sus fuerzas por segunda vez, y volvió a caer en el sillón, fría, angustiada y desesperada.

El rey tuvo tiempo para extender su brazo, de modo que se encontró a medias sostenida por él.

A dos pasos del rey y de la Vallière, las señoritas de Tonnay-Charente y de Montalais, inmóviles y como petrificadas por el recuerdo de su conversación con La Vallière, no pensaban siquiera en prestarle auxilio, turbadas por la presencia del rey, que, rodilla en tierra, sostenía a La Vallière por la cintura.

—¿Habéis escuchado, Majestad? —murmuró Atenaida.

El rey no contestó. Tenía los ojos fijos en los ojos medio cerrados de La Vallière; su mano pendiente entre su mano.

—¡Pardiez! —replicó Saint-Aignan, esperando por su parte que se desmayara también la señorita de Tonnay-Charente, y aproximando sus brazos abiertos—. No hemos perdido ni una palabra.

Mas la orgullosa Atenaida no era mujer que se desmayara con tanta facilidad; lanzó una terrible mirada a Saint-Aignan, y huyó.

Montalais, más animada, acercóse con presteza a Luisa, y la recibió de manos del rey, que perdía ya la cabeza, al sentir inundado su rostro con los perfumados cabellos de la moribunda.

—Felizmente —observó Saint-Aignan—, he aquí una aventura, y mucha será mi desgracia si no soy el primero en contarla.

El rey se acercó a él, con voz trémula y ademán enérgico.

—Conde —dijo—, ni una palabra.

El pobre rey olvidaba que una hora antes hacia al mismo hombre la misma recomendación con deseo enteramente opuesto, es decir, que aquel hombre fuese indiscreto.

Aquella recomendación fue tan superflua como la primera.

Media hora después sabía todo Fontainebleau que la señorita de La Vallière había sostenido bajo la encina real una conversación con Montalais y Tonnay-Charente, y que en ésa conversación había confesado su amor por el rey.

Sabíase también que el rey; después de manifestar todo el interés que le inspiraba el estado de la señorita de La Vallière, se había puesto trémulo y pálido al recibir en sus brazos a la hermosa desmayada; de modo que todos los cortesanos convinieron en que acababa de revelarse el mayor acontecimiento de la época; que Su Majestad amaba a la señorita de La Vallière; y que, por tanto, Monsieur podía dormir con el mayor descuido.

La reina madre, tan asombrada como los demás de esa mudanza repentina, se apresuró a manifestarla a la esposa de Luis y a Felipe de Orléans.

Sólo que operó de modo distinto al atacar a aquellos dos corazones. A su nuera le dijo:

—Para que veáis, Teresa, si no procedíais con injusticia al acusar al rey: ya hoy le suponen otra amante; y, ¿por qué la amante de hoy ha de ser más verdadera que la de ayer, o la de ayer que la de hoy?

Y a Monsieur, después de contarle la aventura de la encina real: ¿Estáis ya desengañado de lo absurdo que eran vuestros celos, mi querido Felipe? Sábese de cierto que el rey está perdidamente enamorado de La Vallière. No vayáis a hablar de ello a vuestra esposa, porque la reina lo sabría al momento.

Este último encargo causó su efecto inmediato.

Monsieur, tranquilo ya y triunfante, fue a buscar a su mujer; y como no era aún media noche, y la fiesta debía durar hasta las dos de la mañana, le ofreció el brazo para dar un paseo.

Mas apenas había andado algunos pasos, lo primero que hizo fue desobedecer a su madre.

—No vayáis a decir a la reina todo lo que se dice del rey —dijo misteriosamente.

—¿Pues qué se dice? —preguntó Madame.

—Que mi hermano ha concebido de repente una pasión extraña.

—¿Por quién?

—Por la pequeña La Vallière. La noche era oscura, y Madame pudo sonreír a su sabor.

—¡Ah! ¡Y desde cuándo es eso?

—Desde hace pocos días, al parecer. Pero antes no era más que humo, y hasta esta noche no se ha manifestado la llama.

—El rey tiene buen gusto —dijo Madame—, y a mi juicio la pequeña es encantadora.

—Se me antoja que os chanceáis, amiga mía.

—¡Yo! ¡Y por qué?

—En todo caso, esa pasión hará la felicidad de alguien, aun cuando sólo sea la de La Vallière.

—Habláis, en verdad —repuso la princesa—, como si hubieseis leído en el corazón de mi camarista. ¿Quién os ha dicho que ella consiente en corresponder a la pasión del rey?

—¿Y quién os ha dicho que no le corresponderá?

—Ama al vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Creéis?

—Como que es su prometida.

—Lo era.

—¿Cómo que lo era?

—Porque cuando llegaron a solicitar al rey su permiso para el matrimonio, el rey lo negó.

—¿Lo negó?

—Sí, y se lo negó al mismo conde de la Fère, a quien, según sabéis, honra con una gran estimación por el papel que jugó en la restauración de vuestro hermano; y en algunos otros acontecimientos sucedidos hace tiempo.

—Pues bien, los pobres enamorados aguardarán a que el rey mude de opinión; son jóvenes, y tienen tiempo.

—¡Ay, corazón mío! —dijo Felipe riéndose a su vez—. Veo que no sabéis lo mejor del caso.

—No.

—Lo que ha impresionado al rey más profundamente.

—¿El rey se ha impresionado profundamente?

—En el corazón.

—Pero ¿de qué? ¡Decid pronto, caray!

—De una aventura que no puede ser más novelesca.

—Ya sabéis cuánto me gustan esas aventuras, y me hacéis esperar —dijo la princesa con impaciencia.

—Pues bien, oíd...

Y Monsieur hizo una pausa.

—Ya oigo.

—Bajo la encina real... ¿Sabéis dónde está la encina real?

—Poco importa.

—Bajo la encina real...

—Pues bien, la señorita de La Vallière, creyéndose sola con dos amigas, les confió la pasión que sentía por el rey.

—¡Ah! —murmuró Madame con un principio de inquietud—. ¿La pasión que sentía por el rey?

—Sí.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace una hora.

Madame se estremeció.

—¿Y esa pasión no la conocía nadie?

—Nadie.

—¿Ni el rey tampoco?

—Tampoco. La joven guardaba su secreto entre cuero y carne, cuando de repente su secreto pudo más que ella y se le escapó.

—¿Y por dónde habéis sabido tal despropósito?

—Lo he sabido como lo sabe todo el mundo.

—¿Y de dónde lo ha sabido todo el mundo?

—Por la misma La Vallière, que reveló ese amor a sus compañeras Montalais y Tonnay-Charente.

Madame detúvose, y, con brusco movimiento, soltó la mano de su marido:

—Hace una hora que hizo esa confesión? —preguntó Madame.

—Poco más o menos.

—¿Y el rey tenía de ella conocimiento?

—Pues en eso está precisamente lo novelesco del caso, porque el rey estaba con Saint-Aignan detrás de la encina real, y oyó toda aquella interesante conversación sin perder una sílaba.

Madame sintió herido su corazón.

—Pues yo he visto al rey después —dijo con aturdimiento—, y no me ha hablado palabra de todo eso.

—¡Diantre! —dijo Monsieur con el candor de un marido triunfante—. Ya lo creo que no os hablaría, porque encargó a todo el mundo que no se os dijese nada.

—¡Qué, decís! —murmuró irritada Madame.

—Digo que os quería ocultar la cosa.

—¿Y por qué me lo había de ocultar a mí?

—Por el temor de que vuestra amistad os impeliése a revelar alguna cosa a la joven reina, nada más que por eso.

Madame bajó la cabeza, sintiéndose mortalmente herida. Entonces, no descansó hasta encontrar al rey.

Como un rey es siempre la última persona del reino que sabe lo que hablan de él, y un amante el único que no sabe lo que se dice de su amada, cuando el rey divisó a Madame, que le andaba buscando, se acercó a ella algo turbado, mas siempre solícito y obsequioso.

Madame aguardó a que el rey hablase el primero de La Vallière. Pero como observara que no hablaba de ella:

—¿Y la pequeña? —preguntó.

—¿Qué pequeña? —exclamó el rey.

—La Vallière. ¿No me dijisteis, señor, que se había desmayado?

- Continúa bastante mal —dijo el rey aparentando gran indiferencia.  
—Ved ahí una cosa que perjudicará al rumor que debíais difundir, señor.  
—¿Qué rumor?  
—Que dirigís hacia ella vuestras miradas.  
—¡Oh! Espero que de todos modos se dirá lo mismo —respondió el rey distraídamente.

Madame aguardó aún, con objeto de ver si el rey le hablaba de la aventura de la encina real.

Pero el rey no dijo ni una palabra.

Madame, por su parte, nada indicó tampoco sobre la aventura, de suerte que el rey se despidió de la princesa sin haberle hecho la menor confidencia.

Apenas vio Madame que el rey se alejaba, fue a buscar a Saint-Aignan. Este era hombre fácil de encontrar, pues siempre andaba como los barcos de escolta, que marchan en conserva con los buques mayores.

Saint-Aignan era el hombre que necesitaba Madame, según la disposición de espíritu en que se hallaba.

El cortesano no esperaba más que un oído algo más digno que los otros, para referir, circunstancialmente el hecho.

De modo que no perdonó a Madame ni una sola palabra. Luego que acabó de hablar:

- Confesad —dijo Madame— que es un cuento muy interesante.  
—Cuento, no; historia, sí.  
—Cuento o historia, confesad que os lo han referido como me lo referís a mí, pero que vos no lo presenciasteis.  
—Señora, os juro por mi honor que yo estaba allí.  
—¿Y suponéis que esas confesiones hayan causado impresión en el rey?  
—Como las de la señorita Tonnay-Charente en mí —repuso Saint-Aignan—:  
¡Pensad, señora; que la señorita de La Vallière comparó al rey con el sol, y eso es muy halagador!

—El rey no hace caso de tales lisonjas.  
—Señora, el rey tiene por lo menos tanto de hombre como de sol, y bien lo vi, no hace mucho, cuando La Vallière cayó en sus brazos.

—¿La Vallière cayó en brazos del rey?  
—¡Oh! Era un cuadro de los más interesantes. Figuraos que La Vallière había vuelto en sí y que...

—¡Ea! ¿Qué visteis? Decid, hablad.  
—Vi lo que vieron otras diez personas más; vi que cuando La Vallière cayó en sus brazos, al rey le faltó poco para desmayarse. Madame exhaló un pequeño grito, único indicio de su sorda cólera.

—Gracias —dijo riendo convulsivamente—; sois un hábil narrador, señor de Saint-Aignan.

Y escapó sola y sofocada hacia el palacio.

## Capítulo XLIII

---

### Correfías de noche

Monsieur había abandonado a la princesa con el mejor humor del mundo, y como se había fatigado mucho durante el día, se retiró a sus habitaciones dejando a cada cual que acabara la noche como mejor le pareciera.

Luego, empezó su tocado de noche con un esmero que solía redoblar en sus paroxismos de satisfacción.

Así fue que, mientras sus sirvientes se ocupaban en componerle, cantó los aires del baile que habían tocado los violines y había ejecutado el rey.

Después llamó a sus sastres, hizo que le enseñaran los trajes del, día siguiente, y, como estaba sumamente satisfecho de ellos, les distribuyó algunas gratificaciones.

Por último, como el caballero de Lorena viese que Monsieur se retiraba, se fue a popo rato al cuarto del príncipe, de quien recibió grandes pruebas de amistad.

El favorito, después, de saludar al príncipe, guardó silencio por un momento, como un jefe de tiradores que estudia por dónde ha de empezar el fuego. Al fin, pareciendo decidirse:

—¿Habéis observado una cosa singular, monseñor? —dijo.

—No. ¿Cuál?

—El mal recibimiento que Su Majestad ha hecho en apariencia al conde de Guiche.

—¿En apariencia?

—Sí, porque realmente le ha vuelto a su favor.

—Pues no he visto tal cosa —dijo el príncipe.

¡Cómo! ¿No habéis notado que en vez de mandarle otra vez al destierro,

como parecía natural, ha autorizado su extraña resistencia, permitiéndole que ocupara su puesto en el baile?

—¿Y suponéis que el rey haya hecho mal, caballero? —preguntó Monsieur.

—No sois de mi opinión, príncipe?

—No, por acierto, mi querido caballero, y creo que el rey ha hecho bien en no irritarse contra un desgraciado, que tiene más de loco que dé mal intencionado.

—A fe mía —replicó el caballero—, confieso que esa magnanimitad me ha sorprendido en extremo.

—¿Y por qué? —preguntó Felipe.

—Porque hubiese creído al rey más celoso —replicó malignamente el caballero.

Hacía unos instantes que Monsieur adivinaba algo de irritante en las palabras de su favorito. Aquella última expresión puso fuego a la pólvora.

—¡Celoso! —exclamó el príncipe—. ¡Celoso! ¿Qué significa esa palabra? ¿Celoso de qué o de quién?

El caballero conocío que acababa de dejar escapar una de aquellas palabras malignas que solía lanzar de vez en cuando; de modo que trató de recogerla, mientras aún era tiempo.

—Celoso de su autoridad —dijo con afectada sencillez—, ¿de qué queréis que esté celoso el rey?

—¡Ah! —exclamó Monsieur—. Muy bien.

—¿Habrá pedido quizás, Vuestra Alteza Real la gracia de nuestro querido conde de Guiche? —continuó el caballero.

—A fe que no —dijo Monsieur. Guiche es un mozo de talento y de valor, pero ha sido ligero con Madame, y no lo quiero ni mal ni bien.

El caballero iba a destilar veneno sobre Guiche, como había intentado hacerlo sobre el rey; pero creyó advertir que el tiempo estaba propenso a la indulgencia; y aun quizás a la indiferencia más completa, y que para aclarar la cuestión le sería preciso poner la luz bajo las mismas narices del marido.

Con semejante maniobra se quema a veces a los otros, pero a menudo se quema uno mismo.

«Está bien, está bien —se dijo el caballero para sus adentros—; esperaré a Wardes, que hará más en un día que yo en un mes, porque creo, ¡Dios me perdone!, mejor dicho, ¡Dios le perdone!, que aún es más celoso que yo. Además, no es Wardes lo que me hace falta, sino un acontecimiento, y en todo esto no veo ninguno. Que Guiche haya regresado después de haber sido expulsado, es seguramente cosa grave; pero toda la gravedad desaparece cuando se considera que Guiche ha vuelto en los momentos en que Madame no hace ya caso de él. Efectivamente, Madame piensa en el rey, esto es claro. Pero, fuera de que mis dientes ni podrían ni necesitan morder al rey, tampoco podrá

Madame ocuparse por mucho tiempo del rey, si, según se dice, el rey no se ocupa ya de Madame. De lo que resulta que debo permanecer tranquilo y esperar a que sobrevenga un nuevo capricho, y ése será el que determinará el resultado».

Entregado el caballero a tales pensamientos, se arrellanó con resignación en el sillón en que Monsieur le permitía sentarse en su presencia, y, como no tenía otras ruindades que contar, sucedió que allí, se le acabó el talento.

Afortunadamente, el príncipe tenía su provisión de buen humor, como hemos dicho, y habló por dos hasta el momento en que, despidiendo a criados y reporteros, pasó a su dormitorio.

Al retirarse encargó al caballero de Lorena que le despidiera de Madame, y le dijese que, estando fresca la noche, Monsieur, que temía por sus dientes, no pensaba bajar ya al parque.

El caballero entró precisamente en la habitación de la princesa en el momento mismo en que ella entraba.

Desempeñó su comisión como fiel mensajero, y notó desde luego la indiferencia y hasta turbación con que Madame acogió la comunicación de su marido.

Eso le pareció que encerraba alguna novedad.

Si Madame hubiese salido de su habitación con aquella extraña expresión, la habría seguido; pero, como en vez de salir entraba, nada tenía que hacer. Así es que giró sobre sus talones como una garza ociosa, interrogó el aire, la tierra y el agua, movió la cabeza y se encamino maquinalmente hacia los jardines.

No habría andado cien pasos, cuando encontró a dos jóvenes asidos del brazo, que andaban con la cabeza baja empujando con el pie los guijarros que se les presentaban por delante, y acompañando sus pensamientos con aquel vago entretenimiento.

Eran el señor de Guiche y el señor de Bragelonne.

Su vista produjo, como de costumbre, en el caballero de Lorena, un efecto de instintiva repulsión.

No por esto dejó de hacerles un profundo saludo, que fue devuelto con usura.

Viendo luego que el parque se despoblaba, que las iluminaciones comenzaban a apagarse y empezaba a soplar la brisa de la mañana, tomó hacia la izquierda y entró en el palacio por el patio más pequeño.

Los otros dos jóvenes se dirigieron a la derecha y prosiguieron su camino hacia el parque grande.

En el momento que el caballero subía la escalerilla que conducía a la puerta excusada, vio aparecer, una tras otra, a dos mujeres bajo el arco que daba paso entre el prado grande y el pequeño.

Aquellas dos mujeres aceleraban su marcha, que el roce de sus vestidos de seda traicionaba sin embargo, en la obscuridad de la noche.

La forma del capotillo, el talle elegante, el paso misterioso y altanero a la vez, que distinguían a aquellas dos mujeres, y especialmente a la que iba delante, llamaron la atención del caballero.

«He aquí dos mujeres que yo conozco», pensó, deteniéndose en el último peldaño de la escalinata.

Y, como con su instinto de sabueso se dispusiese a seguirlas, se vio detenido por uno de sus lacayos, que le andaba buscando.

—Señor —le dijo—, el correo ha llegado.

—Bueno, bueno —dijo el caballero—. Tiempo hay de sobra; déjalo para mañana.

—Es que vienen cartas urgentes que el señor caballero tal vez tenga gusto en leer.

—¡Ah! —murmuró el caballero—. ¿Y de dónde son?

—Una es de Inglaterra y la otra de Calais; esta última ha venido por estafeta, y parece ser la más importante.

—¡De Calais! ¿Y quién diablos me escribe de Calais?

—Se me figura que la letra es de vuestro amigo el señor conde de Wardes.

—¡Oh! En ese caso, subo inmediatamente —exclamó el caballero, olvidando en el acto su proyecto de espionaje.

Y subió, en efecto, mientras las dos damas incógnitas desaparecían por el extremo del patio opuesto a aquel por el cual acababan de entrar.

Seguiremos a éstas, dejando al caballero entregado a su correspondencia.

Así que llegaron al tresbolillo, la que iba delante se detuvo algo fatigada, y, levantando con precaución su cofia:

—¿Estamos aún lejos de ese árbol? —dijo.

—¡Oh! Sí, señora, a más de quinientos pasos; pero descansad un momento, pues no podríais caminar mucho tiempo a este paso.

—Tenéis razón.

Y la princesa, pues ella era, se apoyó en un árbol.

—Vamos a ver, señorita —continuó después de tomar algún respiro—, no me ocultéis cosa alguna; manifestadme toda la verdad.

—¡Oh, señora! No os mostréis tan severa —dijo la joven con voz conmovida.

—No, mi querida Atenaida; tranquilizaos, porque no estoy enojada en manera alguna.

Eso no es cosa mía, después de todo. Estáis inquieta por lo que hayáis podido decir bajo la encina; teméis haber ofendido al rey, y quiero tranquilizaros, asegurándome por mí propia de si os han podido oír.

—¡Oh! Sí, señora, ¡permanecía el rey tan cerca de nosotras!

—Pero no hablaríais tan alto que no se perdiesen algunas palabras.

—Señora, nos creíamos completamente solas.

—¿Y estabais tres?

—Sí; La Vallière, Montalais y yo.

—¿De modo que vos, Atenaida, hablasteis con alguna ligereza del rey?

—Lo temo. Pero, en ese caso, Vuestra Alteza tendrá la bondad de ponerme en paz con mi rey. ¿No es verdad?

—Si fuese necesario, os lo prometo. Sin embargo, como os decía antes, vale más no anticiparse al mal y asegurarse primero de si el mal ha sido hecho. La noche es obscura, y todavía es mayor la obscuridad debajo de esos árboles. Indudablemente, el rey no puede haberlos reconocido. Prevenirle, hablándole la primera, sería denunciarás vos misma.

—¡Oh, señora! Si han reconocido a la señorita de La Vallière, también me habrán reconocido a mí. Además, el señor de Saint-Aignan no me ha dejado la menor duda sobre este particular.

—¿Conque decíais cosas desfavorables para el rey?

—De ningún modo, señora, de ningún modo. Una de mis amigas decía cosas demasiado favorables, y mi contestación debió indudablemente formar contraste con sus palabras.

—¡Esa Montalais es tan loca! —murmuró Madame.

—¡Oh! No fue Montalais. Montalais no dijo nada; fue La Vallière.

Madame estremeciése, como si lo hubiese sabido ya con certeza.

—¡Oh, no, no! —dijo—. No lo habrá oído el rey. De todos modos haremos la prueba, porque para eso hemos salido. Enseñadme la encina.

Y Madame echó otra vez a andar.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó.

—¡Ay! Sí, señora.

—¿Y sabréis hallarla?

—La encontraría con los ojos cerrados.

—Entonces, muy bien: os sentaréis en el banco en que estuvisteis, en el banco en que se sentó La Vallière, y hablaréis en el mismo tono y en el mismo sentido; yo me esconderé en el matorral, y si se oye, os lo diré.

—Sí, señora.

—En ese caso, si habéis hablado en efecto bastante alto para que él rey os oyese.

Atenaida parecía esperar con ansiedad el fin de la frase principiada.

—Entonces —continuó Madame, con voz sofocada, sin duda por la rapidez de la caminata— entonces os defenderé...

Y Madame redobló el paso. De repente se detuvo.

—¡Se me ocurre una idea! —dijo.

—Oh! Y no podrá menos de ser buena —repuso la señorita de Tonnay-Charente.

—Montalais debe hallarse tan comprometida como La Vallière y vos.

—No tanto, porque habló menos.

—No importa, puede ayudarnos perfectamente por medio de una mentirilla.

—¡Oh! Y lo hará, sobre todo si sabe que os interesáis por mí.

—Bien; entonces creo haber encontrado ya lo que necesitamos, hija mía.

—¡Qué felicidad!

—Diréis que todas tres sabíais perfectamente que el rey permanecía detrás de ese árbol, o de ese matorral, lo que sea, así como el señor de Saint-Aignan.

—Sí, señora.

—Porque tenedlo entendido, Atenaida; Saint-Aignan, saca partido de ciertas palabras que pronunciasteis en lisonja suya.

—¡En eso conoceréis que se oye! —exclamó Atenaida—, ya que el señor de Saint-Aignan la oyó!

Madame había dicho una ligereza, y se mordió los labios.

—¡Oh! Ya sabéis cómo es Saint-Aignan —dijo—; el favor del rey le tiene vuelto el juicio, y habla a tuertas y derechas, y dice cosas que a veces inventa. Por otra parte la cuestión no es esa; la cuestión es si el rey oyó o no.

—Pues bien, señora, oyó! —murmuró desesperada Atenaida.

—Entonces, haced lo que os he dicho: afirmad osadamente que sabíais las tres... las tres, ¿entendéis? las tres, pues si se dudara de una, también podría dudarse de las demás... Afirmad, repito, que sabíais las tres que el rey y el señor Saint-Aignan estaban allí, y quisisteis divertiros a expensas de los que os estaban oyendo.

—¡Oh! ¡Señora! ¿A expensas del rey...? Jamás nos atreveríamos a decir semejante cosa.

—Pero si eso no pasa de ser una broma, pura broma; chanza inocente; perfectamente admisible en mujeres a quienes tratan de sorprender unos hombres. De este modo todo se explica. Lo que Montalais dijo de Malicorne, lo que dijisteis vos del señor de Saint-Aignan, lo que pudo decir La Vallière...

—Y que daría un mundo por poderlo recoger.

—¿Estáis cierta de ella?

—¡Sí, sí! Respondo de ello.

—Razón de más para que lo convirtáis en mera broma. Así no tendrá por qué incomodarse el señor Malicorne. El señor de Saint-Aignan quedará confundido, y se reirá de él, en vez de reír de vos. Por último, el rey quedará castigado de una curiosidad bien poco digna de su jerarquía. Que se rían un poco del rey en esta circunstancia, no creo que dé lugar a quejarse.

—¡Ah! ¡Señora! Sois en verdad un ángel de bondad y de talento.

—Cómo que es interés mío.

—¡Cómo interés vuestro!

—¿Me preguntáis si es interés mío evitar a mis camaristas interpretaciones, disgustos y acaso calumnias? ¡Ay! Ya lo sabéis, hija mía, la Corte no tiene indulgencia con esa clase de pecadillos. Pero ya hace mucho tiempo que

estamos andando: ¿no hemos llegado todavía?

—Faltan unos cincuenta o sesenta pasos... Ahora hay que torcer a la izquierda.

—¿Y decís que estáis segura de Montalais? —preguntó Madame.

—¡Oh! Sí.

—¿Creéis que haga todo lo que queráis?

—Todo. Con la mejor voluntad.

—Respecto a La Vallière... aventuró la princesa.

—¡Oh! En cuanto a ésa, será más difícil, señora; le repugna mentir.

—No obstante, cuándo vea que le va en ello su interés...

—Mucho me temo, que eso no altere en lo más mínimo sus ideas.

—Sí, sí —dijo Madame—, ya tengo noticias de ello; es una persona muy remilgada, una de esas presumidas que ponen a Dios por delante para ocultarse detrás. Pero, si no quiere mentir, como se expondrá a la burla de toda la Corte, como habrá provocado al rey con una confesión tan ridícula como indecorosa, la señorita de la Baume Le Blanc de La Vallière no extrañará que la envíe con sus palomas, para que allá, en Turena, o en el Blaisois, pueda a su gusto dedicarse a la vida sentimental y pastoril.

Estas palabras fueron dichas con una vehemencia y hasta dureza tales, que atemorizaron a la señorita de Tonnay-Charente.

En consecuencia, hizo propósito de mentir todo cuanto fuese necesario.

Con estas excelentes disposiciones llegaron Madame y su compañera a las inmediaciones de la encina real.

—Ya estamos en la encina —dijo Atenaida.

—Pues ahora veremos si se oye —repuso Madame.

—¡Silencio! —exclamó la joven reteniendo a Madame con una rapidez bastante olvidadiza de la etiqueta.

Madame se detuvo.

—Ya veis que se oye —observó Atenaida:

—¿Cómo es eso?

—Escuchad.

Madame contuvo su respiración, y se oyeron, en efecto, estas palabras pronunciadas con voz triste y suave:

—¡Oh! Te digo, vizconde, y te repito, que la amo con toda mi alma; esta pasión concluirá con mi vida.

Al oír Madame aquella voz, se estremeció; y un rayo de alegría brilló en su rostro.

Detuvo a su vez a su compañera, y con pase ligero, la hizo retroceder veinte pasos, hasta ponerla fuera del alcance de la voz.

—Quedaos ahí —le dijo—, mi querida Atenaida, y procurad que nadie nos sorprenda.

Me parece que se habla de vos en esa conversación.

—¡De mí, señora?

—De vos, sí... o más bien, de vuestra aventura. Voy a escuchar; las dos seríamos descubiertas. Id a buscar a Montalais, y volved a esperarme con ella en el lindero del bosque.

Después, como Atenaida titubeara:

—¡Marchad! —dijo la princesa con una voz que no admitía observaciones.

Atenaida arregló sus faldas ruidosas, y volvió a los jardines por un sendero que cortaba el macizo.

En cuanto a Madame, se agazapó en el matorral, recostada contra un corpulento castaño, uno de cuyos troncos había sido cortado a la altura de una silla.

Y allí, llena de ansiedad y temor

—Veamos —dijo—, veamos; puesto que se oye desde aquí, escuchemos lo que va a decir de mí al señor de Bragelonne ese otro loco enamorado a quien llaman conde de Guiche.

## Capítulo XLIV

---

Donde Madame adquiere la prueba de que escuchando se puede oír lo que se dice

Hubo un instante silencioso, como si todos los ruidos misteriosos de la noche hubiesen callado para escuchar, al mismo tiempo que Madame, aquella juvenil y amorosa confidencia.

Correspondiale hablar a Raúl. Apoyábase indolentemente en el tronco de la gran encina; y respondía con su voz dulce y armoniosa:

—¡Ay, querido Guiche! Es una gran desgracia.

—¡Oh, sí! —exclamó éste—. ¡Muy grande!

—No me entendéis, Guiche. Digo que es una gran desgracia para vos, no el que améis; sino el que no sepáis ocultar vuestro amor.

—¿Cómo, pues?

—Sí, porque no advertís una cosa, y es que ahora; no es ya a vuestro único amigo, es decir, a un hombre que se dejaría matar antes que traicionarlos; no advertís, digo, que no es ya a vuestro único amigo a quien hacéis confidencia de vuestros amores, sino al primero que llega.

—¡Al primero que llega! —murmuró Guiche—. ¡Estáis loco, Bragelonne, para decir semejantes cosas?

—Pues así es.

—¡Imposible! ¡Podéis suponer que mi indiscreción llegue hasta ese punto?

—Quiero decir, amigo mío, que vuestros ojos, vuestros ademanes, vuestros suspiros, hablan a pesar vuestro; que toda pasión exagerada pone al hombre fuera de sí mismo. Entonces el hombre no se pertenece, y se entrega a una locura que le hace contar sus penas a los árboles, a los caballos, al aire, cuando no halla ningún ser inteligente al alcance de su voz. Ahora bien, mi pobre amigo, tened presente una cosa, y es que rara vez falta alguien que oiga particularmente las

cosas que no deben ser oídas.

Guiche exhaló un profundo suspiro.

—Os aseguro —prosiguió Bragelonne— que en este momento me causáis pena; desde vuestro regreso habéis manifestado cien veces y de cien modos diferentes vuestro amor por ella; y, no obstante, aun cuando nada hubieseis dicho, vuestro solo regreso es ya una indiscreción terrible. De todo esto infiero una cosa: que, si no ponéis más cuidado en lo que hacéis, un día u otro acontecerá una explosión. ¿Quién os salvará entonces? Decid, respondedme. ¿Quién la salvará a ella misma? Porque, por inocente que sea vuestro amor, ese amor será siempre en manos de sus enemigos una acusación contra ella.

—¡Ay, Dios mío! —murmura Guiche.

Y un profundo suspiro acompañó a sus palabras.

—Eso no es contestar, Guiche. Ciertamente.

—Vamos a ver: ¿qué contestáis?

—Que ese día no estaré más muerto de lo que estoy en la actualidad.

—No os entiendo.

—¡Sí! Tantas alternativas han acabado conmigo. Hoy no soy un ser que piense y obré; hoy no valgo lo que pueda valer un hombre, por mediano que sea; así que hoy siento ya agotadas mis fuerzas y desvanecidas mis últimas resoluciones, y renuncio a luchar. En campaña, como a los dos nos ha sucedido más de una vez, cuando parte uno solo a fin de intentar alguna escaramuza, suele encontrar a veces una partida, de cinco o seis merodeadores, y, aunque solo, uno se defiende; acuden otros seis, y uno se irrita y se empeña más y más; pero si llegan aún otros seis, ocho o diez más, entonces lo que uno hace es meter espuelas al caballo; si lo tiene o dejarse matar para no huir. Pues bien, yo me hallo en este caso; primero luché conmigo mismo, después con Buckingham, ahora se ha presentado el rey, y no pienso en luchar con él, ni tampoco, os lo aseguro, dado que el rey se retirase, contra el carácter solo de esa mujer. ¡Oh! No me hago ilusiones; entré al servicio de ese amor, y por él me dejaré matar.

—No es a ella a quien pueden hacerse reconvenencias —repuso Raúl—, sino a ti.

—¿Y por qué a mí?

—Pues que, sabiendo tú que la princesa es algo ligera, muy amante de la novedad, y en extremo sensible a la lisonja, por más que ésta venga de un ciego o de un niño, ¿vas a inflamarte hasta el punto de consumirte a ti propio? Mira a la mujer, ámala, pues el que no tenga su corazón ocupado en otra parte, no puede verla sin amarla. Pero al mismo tiempo que la ames, respeta en ella, primero, la jerarquía de su esposo, luego, al esposo mismo, y por último, tu propia seguridad.

—Gracias, Raúl.

—¿Y por qué?

—Porque viendo lo mucho que padezco por esa mujer, me consuelas

diciéndome todo lo bueno que piensas de ella, y aun quizás lo que no piensas.

—¡Oh! ¡Te engañas, Guiche! —exclamó Raúl—. No siempre digo lo que pienso; pero entonces callo. Cuando hablo, no sé fingir ni engañar, y el que me escucha puede creerme.

Mientras así hablaban los dos jóvenes, Madame, con el cuello extendido, el oído alerta, y los ojos dilatados, Madame, decímos, aspiraba con avidez hasta el menor soplo que se dejaba oír entre las ramas.

—¡Oh! Entonces la conozco mejor que tú! No es ligera, es frívola; no es amante de la novedad, sino mujer sin memoria y sin fe; no es pura y simplemente sensible a las lisonjas, sino coqueta refinada y cruel. ¡Mortalmente coqueta!

—¡Oh! Sí, lo sé. Mira, Bragelonne, créeme: estoy sufriendo todos los padecimientos del infierno; siendo valiente por naturaleza y amando con pasión el peligro, encuentro un peligro mayor que mi fuerza y mi valor. Pero escucha, Raúl: todavía me reservo una victoria que le ha de costar muchas lágrimas.

Raúl miró a su amigo, quien, sofocado así por la emoción, recostó la cabeza contra el tronco de la encina.

—¡Una victoria! —replicó Raúl—. ¿Y cuál?

—Algún día me llegaré a ella, y le diré: « Yo era joven, y estaba loco de amor; pero tenía el suficiente respeto para caer a vuestros pies y permanecer allí con mi frente en el polvo, si vuestras miradas no me hubieran levantado hasta vuestra mano. ¡Creí comprender vuestras miradas, me levanté, y entonces, sin haber hecho otra cosa que amaros más todavía, si era posible, entonces, me destrozasteis el corazón por un capricho, mujer sin corazón, sin fe, sin amor! No sois digna, por más princesa de sangre real que seáis, no sois digna del amor de un hombre honrado y me castigo con la mujer por haberlos amado, y muero aborreciéndoos» .

—¡Oh! —exclamó Raúl asustado por el acento de profunda verdad que se revelaba en las palabras del joven—. ¡Oh! ¡Bien te lo decía yo, Guiche, que estabas loco!

—¡Sí, sí! —murmuraba Guiche prosiguiendo en su idea—. Ya que aquí no tenemos guerras iré allá al Norte a pedir que me dejen entrar al servicio del Imperio, y no faltarán algún húngaro, algún croata, algún turco que me haga la caridad de enviarme una bala.

No había terminado de hablar Guiche, o más bien acaba de pronunciar la última palabra, cuando, le sobresaltó un ruido que hizo a Raúl ponerse en pie en el mismo instante.

Respecto a Guiche, absorto como estaba en su discurso y en su pensamiento, permaneció sentado, con la cabeza comprimida entre sus manos.

Abriéronse las matas, y una mujer apareció ante los dos jóvenes, pálida y en el mayor desorden. Con una de sus manos apretaba las ramas que hubieran

podido azotarle el rostro, y con la otra levantaba el capuchón del manto que cubría sus hombros.

En aquellos ojos húmedos y brillantes, en aquel modo regio de presentarse, en la elevación de aquel ademán soberano, y, más que nada, en el latido de su corazón, reconoció Guiche a Madame; y lanzando un grito, se llevó las manos desde las sienes a los ojos.

Raúl, trémulo, desconcertado, no hacia más que dar vueltas a su sombrero entre las manos, tartamudeando vagas, fórmulas de respeto.

—Señor de Bragelonne —dijo la princesa—, tened la bondad de ir a ver si mis doncellas están allí en los paseos o en los tresbolillos. Y vos, señor conde, quedaos, estoy cansada, y espero que me daréis vuestro brazo.

Un rayo que hubiera caído a los pies del infortunado joven le habría asustado menos que aquellas palabras frías y severas.

Sin embargo, como Guiche, según lo acababa de decir; era intrépido y había tomado ya sus resoluciones en lo íntimo de su corazón, se levantó, y, viendo la vacilación de Bragelonne, le dirigió una mirada llena de resignación y supremo agradecimiento.

En vez de contestar al momento a Madame, dio un paso hacia el vizconde, y, tendiéndole la mano que la princesa le había pedido, apretó la de su fiel amigo con un suspiro, en el cual parecía otorgar a la amistad toda la vida que le quedaba en el fondo de su corazón.

Madame, no obstante su orgullo y a pesar de que no sabía esperar, aguardó a que terminara aquel mudo coloquio.

—Su mano, su regia mano, se mantuvo suspendida en el aire, y, cuando marchó Raúl, descendió sin cólera; pero no sin emoción, en la de Guiche.

Hallábanse solos en medio del bosque sombrío y mudo, y no se oía más que el paso de Raúl alejándose precipitadamente por los senderos umbrios.

Sobre su cabeza se extendía la bóveda espesa y olorifera del ramaje del bosque, por entre cuyos claros veíase brillar aquí y acullá algunas estrellas.

Madame arrastró dulcemente a Guiche a unos cien pasos de aquel árbol indiscreto que había oído y dejado oír tantas cosas en aquella noche, y, conduciéndole a un claro próximo, que permitía ver a cierta distancia alrededor:

—Os traigo aquí —le dijo estremeciéndose—, porque allí, dónde estábamos, todo se oye.

—¿Todo se oye, decís señora? —repitió maquinalmente el joven.

—Sí.

—Lo cual significa... —murmuró Guiche.

—Que he oído todo lo que habéis dicho.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Esto sólo me faltaba! —balbució Guiche.

Y bajó la cabeza, como el nadador fatigado bajo la ola que va a tragarte.

—De modo —dijo la princesa—, ¿que me juzgáis como habéis dicho?

Guiche perdió el color, volvió a otra lado la cabeza, y no despegó sus labios; conocía que estaba a punto de desmayarse.

—Está muy bien —prosiguió la princesa con su voz llena de dulzura—; prefiero esa franqueza, que debe herirmé, a una lisonja que pudiera engañarme. ¡Sea! Según vos, señor de Guiche, soy una mujer coqueta y vil.

—¡Vil! —exclamó el joven—. ¡Vil vos? ¡Oh! Seguramente no he dicho, no he podido nunca decir que lo que hay en el mundo más precioso para mí fuese una cosa vil; no, no; ¡yo no he dicho eso!

—Una mujer que ve perecer aun hombre consumido por el fuego que ella ha encendido y no apaga ese fuego, es, a mi juicio, una mujer vil.

—¡Oh! ¿Qué os importa lo que yo pueda haber dicho? —replicó el conde—. ¿Qué soy yo a vuestro lado, Dios Santo, y por qué os acordáis siquiera de si existo o no?

—Señor de Guiche, vos sois un hombre como yo una mujer, y, conociéndoos, como os conozco, no quiero exponeros a morir; cambiaré con vos de conducta y de carácter. Seré, no franca, porque siempre lo soy, sino verídica. Os suplico, pues, señor conde, que dejéis de amarme, y olvidéis enteramente que os haya dirigido palabra o mirada alguna.

Guiche se volvió, cubriendo a Madame con una mirada apasionada.

—Vos —dijo—, ¡vos me disculpáis! ¡Vos me suplicáis, señora!

—Sí, yo; pues habiendo hecho el mal, justo es que lo repare. De consiguiente, señor conde, convengamos en una cosa. Vos me perdonaréis mi frivolidad, mi coquetería... No me interrumpáis. Yo os perdonaré el que me hayáis llamado frívola y coqueta, y tal vez algo peor, renunciando por vuestra parte a las ideas de muerte para conservar a vuestra familia, al rey y a las damas un caballero que todo el mundo estima, y que muchos aman.

Y Madame dijo esta última palabra con un acento tal de franqueza y aun de ternura, que al joven le pareció que el corazón quería saltársele del pecho.

—¡Oh, señora, señora! —balbució.

—Oídme todavía —continuó la princesa—. Cuando hayáis renunciado a mí, primero por necesidad, y luego por condescender a mi súplica, entonces me juzgaréis mejor, y estoy cierta de que reemplazaréis ese amor... perdonad esta presunción, con una sincera amistad que vendréis a ofrecerme, y que yo os lo juro que será aceptada cordialmente.

Guiche, con el sudor en la frente y el fuego en las venas, se mordía los labios, hería el suelo con el pie, y devoraba, en una palabra, todos sus dolores.

—Señora, lo que me proponéis es imposible, y no admito tal trato.

—¡Cómo! —dijo Madame—. ¿Rehusáis mi amistad...?

—No, no. ¡Nada de amistad, señora! Mas quiero morir de amor, que vivir de amistad.

—¡Señor conde!

—¡Oh, señora! —murmuró Guiche—: He llegado a ese momento supremo en que no hay más consideración ni más respeto que el respeto y consideración de un hombre íntegro hacia una mujer adorada. Arrojadme, maldecidme, denunciadme de cualquier modo obraréis con justicia; me he quejado de vos, pero, me he quejado tan amargamente porque os amo; os he dicho ya que moriría, y moriré, viviendo, me olvidaríais; muerto; sé que no me habéis de olvidar.

Y Madame, que se mantenía de pie tan pensativa y agitada como el joven, volvió un momento la cabeza, como antes lo había hecho Guiche.

Luego, después de un breve silencio:

—¿Con que tanto me amáis? —preguntó.

—¡Oh! Locamente.

—¿Hasta el punto de morir, como decíais?

—Hasta el punto de morir, bien sea que me arrojéis de vuestro lado o que sigáis escuchándome.

—Entonces es un mal sin esperanza —dijo la princesa sonriendo—, y que conviene tratarlo por medio de dulcificantes. Vaya, dadme vuestra mano. ¡Qué helada está!

Guiche arrodillóse y pegó sus labios, no a una, sino a las dos manos de Madame.

—Ea, pues, amadme —continuó la princesa—, puesto que no puede ser de otro modo.

Y la princesa le aprieta los dados, casi imperceptiblemente, haciéndole levantar, con un ademán entre de reina y de amante.

Guiche se estremeció.

—Madame sintió correr ese estremecimiento por las venas del joven, y comprendió que la amaba verdaderamente.

—El brazo, conde, y volvamos —le dijo.

—¡Ah, señora! —exclamó el conde vacilante; deslumbrado, como si tuviese una nube de fuego sobre los ojos—. ¡Ah! Habéis hallado un tercer medio de matarme.

—Afortunadamente el más lento, ¿no es cierto? —dijo la princesa. Y le condujo hacia el tresbolillo.

## Capítulo XLV

---

### La correspondencia de Aramis

En tanto que los asuntos de Guiche, arreglados de una manera tan inesperada, sin que pudiera él adivinar la causa, tomaban el giro que hemos visto, Raúl, que comprendió la invitación de Madame, se había separado para no turbar aquella explicación, cuyos resultados estaba muy lejos de adivinar, y fue a reunirse con las camaristas, diseminadas por los jardines.

Mientras esto pasaba, el caballero de Lorena, que había subido a su cuarto, leía con sorpresa la carta de Wardes, en la que éste le participaba, o más bien le hacía participar por conducto de su criado, la estocada recibida en Calais, y todos los pormenores de aquella aventura, invitándole a que comunicara a Guiche y a Monsieur lo que en dicho suceso pudiera ser particularmente desagradable a cada uno de ellos.

Wardes se fijaba sobre todo en demostrar al caballero la violencia del amor de Buckingham hacia Madame, y concluía su carta anunciando que creía correspondida esa pasión.

Al leer este último párrafo, el caballero no pudo menos de encogerse de hombros; en efecto, Wardes se hallaba muy atrasado de noticias, según se habrá echado de ver, y suponía que Buckingham continuaría siendo el preferido.

El caballero arrojó la carta por encima de su hombro en una mesa inmediata, y, en tono desdeñoso.

—Verdaderamente —dijo—, parece increíble; y eso que Wardes es mozo de talento, pero en esta ocasión no lo ha demostrado. Está visto que en provincia se vuelve uno tonto. ¡Llévese el diablo a ese necio, que debía escribirme cosas importantes y no me cuenta más que tonterías! En vez de esa miseria de carta, hubiera podido descubrir en los tresbolillos alguna buena intriga que

comprometiese a una mujer, valiese tal vez una estocada a algún hombre, y divirtiese a Monsieur durante tres días.

Miró él reloj.

—Ya es tarde —prosiguió—. La una de la madrugada; todo el mundo debe estar en el cuarto del rey, donde se terminará la noche. Ea, rastro perdido, y a menos de un feliz acaso...

Y, al pronunciar estas palabras, como si tratase de invocar su buena estrella se asomó, con despecho a la ventana que daba a una parte solitaria del jardín.

Al punto, y como si un genio maléfico le hubiese dado sus órdenes, percibió, de vuelta al palacio en compañía de un hombre, un capotillo de seda color obscuro, y reconoció aquel talante que tanto habiale llamado la atención media hora antes.

—¡Eh, Dios mío! —pensó dándose una palmada—. ¡Dios me condene!, como nuestro amigo Buckingham: he aquí; un misterio.

Y bajó apresuradamente la escalera, con la esperanza de llegar a tiempo al patio para reconocer la mujer del capotillo y a su acompañante. Mas al llegar a la puerta del patio pequeño, se encontró de manos a boca, con Madame, cuyo semblante gozoso aparecía lleno de revelaciones halagüeñas bajo aquel manto que lo abrigaba sin ocultarle.

Por desgracia, Madame iba sola. El caballero comprendió que habiéndola visto, no hacía aun ni cinco minutos con un gentilhombre, no debía éste hallarse muy lejos.

En consecuencia, no se detuvo más tiempo, que el necesario para saludar a la princesa, apartándose para darle paso; pero luego que ésta se alejó algún trecho con la rapidez de una mujer que teme ser reconocida, y se convenció el caballero de que se hallaba bastante absorta en sus pensamientos para hacer alto en él, se internó en el jardín; mirando rápidamente hacia todos lados y abarcando el mayor horizonte que podía.

Llegaba a tiempo, pues el gentilhombre que había acompañado Madame estaba aún al alcance de su vista, sólo que se adelantaba apresuradamente hacia una de las alas del palacio, detrás de la cual iba a desaparecer.

No había un momento que perder. Así fue que el caballero echó a correr en su seguimiento, proponiéndose aflojar el paso luego que estuviese cerca del desconocido, pero, por grande que fue su diligencia, dobló aquél la esquina antes que él.

Era evidente, no obstante, que como el hombre a quien seguía el caballero caminaba sumamente entregado a sus pensamientos y con la cabeza inclinada bajo el peso del dolor o de la felicidad, si bien había doblado la esquina, a menos que hubiera entrado por alguna puerta, no podría menos de ser alcanzado.

Esto habría acontecido irremisiblemente, si al doblar el caballero la esquina no hubiese tropezado con dos personas que iban a doblarla también en sentido

contrario.

Disponíase el caballero a hacer pagar caro su encuentro a aquellos dos importunos, cuando al levantar la cabeza reconoció al señor superintendente.

Fouquet iba acompañado de otra persona que el caballero veía por la primera vez.

Esta persona era Su Ilustrísima el obispo de Vannes.

Contenido por la importancia de aquel personaje, y obligado por el bien parecer a dar disculpas, cuando esperaba recibirlas, el caballero dio un paso atrás; y, como el señor Fouquet era, si no apreciado, por lo menos, respetado de todo el mundo, y como el mismo rey, aun cuando fuese más bien, enemigo que amigo suyo, trataba al señor Fouquet con alguna consideración; el caballero hizo lo que habría hecho el rey, que fue saludar al señor Fouquet, el cual le devolvió el saludo con afable cortesía, viendo que aquel hombre le había tropezado sin querer.

Pero el señor Fouquet reconoció pronto al caballero de Lorena, y entonces le dirigió algunos cumplimientos, a los cuales no pudo menos de corresponder el caballero.

Por corto que fuera el diálogo, duró lo bastante para que viese aquél con un mortal disgusto, que su desconocido iba eclipsándose poco a poco hasta perderse en la sombra.

Lorena se resignó, y una vez hecha la resolución, consagróse completamente a Fouquet:

—¡Ah! Señor —dijo, llegáis muy tarde. Vuestra ausencia ha dado bastante que hablar, y he oído a Monsieur manifestar extrañeza de que habiendo sido invitado por el rey, no hubieseis venido.

—Me ha sido imposible, señor; hasta ahora no he podido verme libre.

—¿Está París tranquilo?

—Completamente. El pueblo ha recibido muy bien la última tasa.

—¡Ah! Comprendo que hayáis querido aseguraros de esa buena acogida antes de venir a tomar parte de nuestras fiestas.

—No por eso dejó de llegar algo tarde. Me dirigiré, por tanto, a vos para preguntaros si el rey está o no en Palacio, y si podré verle esta noche, o tendré que aguardar hasta mañana.

—Hemos perdido de vista al rey hace una media hora —dijo el caballero.

—¿Estará en el cuarto de Madame? —preguntó Fouquet.

—No creo que se encuentre allí, porque acabo de encontrar a Madame que volvía por la escalera pequeña, y a menos que... ése gentilhombre con quien acabáis de cruzaros ahora mismo, no fuese el rey en persona...

Y el caballero detívose, esperando saber así el nombre de la persona que seguía.

Pero Fouquet, hubiese reconocido o no a Guiche, se limitó a responder:

—No, señor, no era él.

El caballero saludó desconcertado; pero al mismo tiempo que saludaba, dirigió una mirada en torno suyo y viendo al señor Colbert en medio de un grupo:

—Mirad, señor —dijo al superintendente—, allá, bajo los árboles, hay una persona que os informará mejor que yo.

—¿Quién? —preguntó Fouquet, cuya vista débil no podía penetrar en la obscuridad.

—El señor Colbert —respondió Lorena.

—¡Ah! Perfectamente. ¿Aquel que está hablando con esos hombres que llevan hachones es el señor Colbert?

—El mismo. Da órdenes para mañana a los encargados de la iluminación.

—Gracias, señor.

Y Fouquet hizo un movimiento de cabeza, como indicando saber ya lo que deseaba.

Por su parte, el caballero, que nada había sabido, se retiró después de hacer un cortés saludo.

Apenas se hubo alejado, cuando Fouquet, frunciendo el ceño, se entregó a una muda meditación. Aramis le miró un instante con una especie de compasión llena de tristeza:

—Vamos —le dijo—, ya estás sobresaltado con sólo oír el nombre de Colbert. Estabais hace poco triunfante y gozoso, ¿y, vais a poneros triste y taciturno al solo aspecto de ese débil fantasma? Vamos a ver, caballero, ¿creéis en vuestra fortuna?

—No —respondió melancólicamente Fouquet.

—¿Y por qué?

—Porque soy demasiado feliz en este instante —replicó Fouquet con voz trémula—. ¡Ay, mi querido Herblay! Vos, que tanto sabéis, debéis conocer la historia de cierto tirano de Samos. ¿Quéaría, yo arrojar al mar a fin de contrarrestar la desgracia que pueda sobrevenirme? ¡Ay! Os lo repito, amigo mío, soy demasiado feliz; tan feliz, que no deseo más que lo que tengo... Me he elevado tanto... No ignoráis mi divisar *Quo non ascendam...* Pues me he elevado tanto, que no me queda más que descender. No puedo, por consiguiente, creer en los progresos de una fortuna que es ya más que humana.

Aramis sonrió, fijando en Fouquet, sus ojos tan cariñosos como astutos:

—Si conociese vuestra felicidad —dijo—, temería tal vez vuestra desgracia; pero veo que me juzgáis como verdadero amigo, es decir, bueno sólo para el infortunio. Bien sé que esto es muy de apreciar; pero, sin embargo, creo también que tengo derecho a suplicaros que me confiéis de vez en cuando las cosas felices que os sucedan, y en las cuales sabéis que recibo tanta satisfacción como si me sucediesen a mí mismo.

—Mi querido prelado —dijo riendo Fouquet—, mis secretos son bastante

profanos para confiarlos a un obispo, por mundano que sea.

—¡Bah! Haceos cuenta que es en confesión.

—¡Oh! Tendría mucha vergüenza si fuerais vos mi confesor.

Y Fouquet lanzó un suspiro. Aramis volvió a mirar, sin otra manifestación de su pensamiento que su muda sonrisa.

—¡Ea! —dijo—; también es gran virtud la discreción.

—¡Silencio! —dijo Fouquet—. Ese animal ponzoñoso me ha reconocido y viene hacia nosotros.

—¿Colbert?

—Sí; alejaos, querido Herblay, que no quiero que ese bergante os vea conmigo, pues os cobraría aversión.

Aramis le estrechó la mano.

—¿Qué necesidad tengo de su amistad? —exclamó—. ¡No estáis vos aquí!

—Sí, pero quizás no estaré siempre —dijo melancólicamente Fouquet.

—Ese día, si es que llega —repuso tranquilamente Aramis—, ya veremos cómo pasarnos sin la amistad del señor Colbert o cómo arrostrar su aversión. Pero, decidme, mi querido señor Fouquet, en lugar de entreteneros con ese pedante como le hacéis la honra de llamarle, conversación cuya utilidad no alcanzo, ¿por qué no vais a ver, si no al rey, al menos a Madame?

—¡A Madame! —exclamó el superintendente distraído por su recuerdo. Si, iré a ver a Madame.

—Ya recordaréis —prosiguió Aramis— que nos han hablado del mucho favor que goza, Madame hace dos o tres días, y, a mi modo de ver, entra en vuestra política y en vuestros planes el que hagáis asiduamente la corte a las amigas del rey. Es el medio de contrapesar la autoridad naciente del señor Colbert; con que id lo más pronto posible a ver a Madame, y procurad ganaros esa aliada.

—Pero ¿estáis seguro —preguntó Fouquet— de que sea la princesa la que ocupe la atención del rey, en este momento?

—Si ha girado la aguja, habrá sido desde esta mañana. No ignoráis que tengo también mi policía.

—¡Bien! Voy al instante, y, para todo evento; cuento con medios para introducirme, porque llevo un magnífico par de camefeos antiguos, engarzados en diamantes.

—Ya los he visto, y no puede darse cosa más rica y más regia.

Interrumpióles entonces un lacayo que acompañaba a un correo:

—Para el señor superintendente —dijo en voz alta el correo, presentando una carta a Fouquet.

—Para el señor obispo de Vannes —dijo por lo bajo el lacayo entregando una carta a Aramis.

Y como el lacayo llevaba una antorcha, se situó entre el superintendente y el obispo, a fin de que pudieran los dos leer al mismo tiempo.

Al ver Fouquet la letra fina y menuda del sobre estremecióse de alegría. Sólo los que aman o han amado podrán comprender la inquietud que le asaltó primero y la felicidad que a ella sucedió.

*Hace una hora que me he separado de ti; hace un siglo que no te he dicho te amo.*

Nada más decía.

La señora de Bellière se había separado de Fouquet, en efecto, hacia una hora, después de haber pasado dos días en su compañía, y, por miedo de que su recuerdo se alejara demasiado tiempo del corazón que tanto amaba, le enviaba el correo portador de aquella importante misiva.

Fouquet besó la carta y la pagó con un puñado de oro.

Respecto a Aramis, también leía por su parte, pero con más calma y reflexión, el billete siguiente:

*El rey ha recibido esta noche una extraña impresión: una mujer le ama. Lo ha sabido casualmente, escuchando la conversación de esa joven con sus compañeras. De suerte que el rey se ha entregado enteramente a este nuevo capricho. La mujer se llama señorita de La Vallière, y es de una belleza lo suficiente ordinaria para que ese capricho pueda convertirse en una fuerte pasión.*

*No hay que descuidar a la señorita de La Vallière.*

Nada de Madame.

Aramis volvió a doblar lentamente aquel billete y se lo guardó en el bolsillo.

En cuanto a Fouquet, seguía deleitándose con los perfumes de su carta.

—Monseñor —dijo Aramis tocando en el codo a Fouquet.

—¿Qué? —preguntó éste.

—Tengo una idea... ¿Conocéis a una joven que se llama La Vallière?

—No, por cierto.

—Recordadlo bien.

—¡Ah, sí! Supongo que es una de las camaristas de Madame.

—Esa debe de ser.

—Bien, ¿y qué?

—Pues es necesario que vayáis a visitar esta noche a esa joven.

—¡Bah! ¿Y cómo?

—Hay más, y es que vuestros camafeos deben ser para ella.

—¿Qué decís?

—Ya sabéis, monseñor, que no suelo ser mal consejero.

—Pero una cosa tan imprevista...

—Ese asunto es mío. Pronto una corte en regla a la joven de La Vallière, monseñor. Yo me encargo de convencer a la señora de Bellière que esa corte es puramente política.

—¿Qué estáis diciendo, amigo mío? —exclamó con viveza Fouquet—. ¿Qué nombre habéis pronunciado?

—Un nombre que debe demostraros, señor superintendente, que, estando bien informado con respecto a vos, puedo estarlo también con respecto a los demás. Haced la corte a la joven La Vallière.

—Haré la corte a quien queráis —replicó Fouquet, hecho su corazón un paraíso.

—Vamos, bajad a la tierra, viajero del séptimo cielo —dijo Aramis—, que aquí tenemos al señor Colbert. Por cierto, que ha reclutado gente mientras estábamos leyendo, pues se acerca rodeado de alabanzas y congratulaciones; decididamente es una potencia.

En efecto, Colbert se adelantaba escoltado por cuantos cortesanos habían quedado en los jardines, los tules le prodigaban a porfía, sobre el orden de la fiesta, mil elogios que le llenaban de orgullo.

—Si estuviera aquí La Fontaine —dijo Fouquet sonriendo—, ¡qué buena ocasión se le ofrecía para recitar su fábula de *La rana que quiere hacerse tan grande como el buey!*

Colbert llegó rodeado de un resplandeciente círculo de luz; Fouquet le esperaba impasible, con aire un tanto burlón.

Colbert sonreía también, y habiendo visto a su enemigo desde un cuarto de hora antes, se aproximaba con torcida intención.

—¡Oh! oh! —observó Aramis por lo bajo al superintendente—: Ese tunante va a pediros todavía algunos millones para pagar sus fuegos artificiales y sus vidrios de colores. Colbert saludó al primero con aire que se esforzaba por ser respetuoso.

Fouquet movió apenas la cabeza.

—¿Qué tal, señor? —preguntó Colbert—. ¿Qué os dicen los ojos? ¿Hemos tenido buen gusto?

—Exquisito —respondió Fouquet; sin que pudiera notarse en sus palabras el menor asomo de mofa.

—¡Oh! —replicó malignamente Colbert—. Es favor que nos hacéis... Los de la casa del rey somos pobres, y Fontainebleau no es mansión comparable a la de Vaux.

—Es verdad —repuso flemáticamente Fouquet, que dominaba a todos los actores de aquella escena.

—¿Qué queréis, monseñor! —continuó Colbert—. Hemos hecho todo lo que permitían nuestros escasos recursos.

Fouquet hizo un gesto de asentimiento.

—Pero —continuó Colbert— sería digno de vuestra magnificencia, monseñor, ofrecer a Su Majestad una fiesta en vuestros suntuosos jardines, en esos jardines que os han costado sesenta millones.

—Setenta y dos —respondió Fouquet.

—Razón de más —replicó Colbert—. ¡Eso sí que sería verdaderamente magnífico!

—¿Creéis, caballero —preguntó Fouquet—, que Su Majestad aceptaría mi invitación?

—¡Oh! ¡Creo que sí! —contestó con viveza Colbert—. Casi puedo responderos de ello.

—Es mucha vuestra bondad —dijo Fouquet—. ¿Conque podré contar con el asentimiento del rey?

—Sí, señor, sí, de seguro.

—Entonces, me consultaré —dijo Fouquet.

—Aceptad, aceptad —dijo por lo bajo y con presteza Aramis:

—¿Os consultaréis? —replicó Colbert.

—Sí —respondió Fouquet—; para saber qué día podré hacer mi invitación al rey.

—¡Oh! Desde esta misma noche, monseñor, desde esta misma noche.

—Pues acepto —dijo el superintendente—. Señores, quisiera poderos invitar yo mismo, pero ya sabéis que adonde quiera que va el rey está en su casa, y, por consiguiente, las invitaciones no pueden proceder más que de Su Majestad.

Dejóse oír entre la muchedumbre un rumor de alegría.

Fouquet saludó, y partió.

—¡Miserable orgulloso! —exclamó Colbert—. ¡Aceptas, y sabes que eso te costará diez millones!

—Me habéis arruinado —dijo Fouquet a Aramis en voz baja.

—Os he salvado —replicó éste, en tanto que el señor Fouquet subía las escalinatas y hacia preguntar al rey si estaba visible todavía.

## Capítulo XLVI

---

### Funcionario de orden

Deseando el rey permanecer solo consigo mismo, para estudiar lo que pasaba en su propio corazón, se retiró a sus habitaciones, adonde fue a buscarle el señor de Saint-Aignan, terminada su conversación con Madame.

Satisfecho el favorita con su doble importancia, y conociendo que desde hacía dos horas era el confidente del rey, principiaba, no obstante lo respetuoso que era a mirar los asuntos de la Corte desde cierta altura; y desde el punto en que se había colocado, o, más bien, en que le había colocado la casualidad, sólo veía guirnaldas en rededor suyo.

El amor del rey a Madame, el de Madame al rey, el de Guiche a Madame, el de La Vallière al rey, el de Malicorne a Montalais, y el amor de la señorita de Tonnay-Charente al mismo Saint-Aignan, era seguramente más de lo que se necesitaba para volver loco a un cortesano.

Ahora bien, Saint-Aignan era el prototipo de los cortesanos pasados, presentes y futuros.

Por lo demás, Saint-Aignan se expresó tan bien y mostró tanta finura en el decir, que el rey le escuchó manifestando mucho interés, principalmente cuando refirió el modo apasionado con que Madame había buscado su conversación con motivo del asunto de la señorita de La Vallière.

Aun cuando el rey no hubiera sentido hacia Madame Enriqueta nada de lo experimentado, había en ese ardor de Madame por informarse cierta satisfacción de amos propio que no podía escapar al rey. Tuvo, pues, dicha satisfacción, pero a eso quedó reducido todo, pues su corazón no se alarmó lo más mínimo por lo que Madame pudiera o no pensar de toda aquella aventura.

Sólo cuando Saint-Aignan acabó de hablar, le preguntó el rey, mientras se

arreglaba para recogerse:

—Creo, Saint-Aignan, que sabrás quién es la señorita de La Vallière, ¿no es verdad?

—No sólo sé quién es; sino lo que será.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es todo lo que una mujer puede desear ser, esto es, amada por Vuestra Majestad, y quiero decir, que será todo lo que Vuestra Majestad quiera que sea.

—No es eso lo que te pregunto... No quiero saber lo que es hoy día, ni lo que será mañana, pues como acabas de decir, eso es cuenta mía, no lo que fue ayer. Repíteme lo que dicen de ella.

—Dicen que es prudente.

—¡Oh! —murmuró el rey sonriendo—. Eso es un rumor.

—Bastante raro en la Corte, Majestad, para que se crea cuando lo divultan.

—Tal vez tengas razón mi querido... ¿Y es de buena casa?

—¡Excelente! Hija del marqués de La Vallière e hijastra del bueno de Saint-Rémy!

—Ah! Sí, el mayordomo de mi tía... Ya me acuerdo, y ahora caigo que la vi al pasar por Blois. Fue presentada a las reinas. Y tengo que reprocharme no haber puesto entonces en ella toda la atención que merecía.

—¡Oh, Majestad! En vuestras manos está recuperar el tiempo perdido.

—¿Y dices que no corren rumores de que tenga amante?

—En todo caso; no creo que Vuestra Majestad pueda asustarse de la rivalidad.

—¡Aguardad! —exclamó de pronto el rey con marcada expresión de seriedad.

—¿Qué, Majestad?

—Ahora recuerdo una cosa.

—¡Ah!

—Si no tiene amante, tiene novio.

—¡Novio!

—¡Cómo! ¿No lo sabes, conde?

—¡Tú el hombre de las noticias!

—Vuestra Majestad me perdonara. Y el rey, ¿conoce a ese novio?

—¡Diantre! Su padre ha venido a pedirme que firme el contrato. Sin duda iba el rey a pronunciar el nombre del vizconde de Bragelonne, mas se detuvo, frunciendo el ceño.

—Es —repitió Saint-Aignan.

—Ya no me acuerdo —respondió Luis XIV procurando disimular su emoción.

—Tal vez pueda yo ayudar la memoria de Vuestra Majestad —dijo el conde.

—No, pues ni yo mismo sé de quién quería hablar; me acuerdo vagamente

de que una de las camaristas iba a casarse... pero se me ha ido el santo al cielo.

—¿Era la señorita de Tonnay-Charente la que debía casarse? —preguntó Saint-Aignan.

—Quizá —replicó el rey.

—Entonces, el futuro era el señor de Montespan; pero la señorita de Tonnay-Charente no habrá hablado, supongo, en términos que pueda asustar a los pretendientes.

—En fin —dijo el rey—, nada o casi nada sé acerca de la señorita de La Vallière. Saint-Aignan, te encargo que me traigas informes de una.

—Bien, Majestad. ¿Y cuándo tendré el honor de volver a ver a Vuestra Majestad para comunicarle mis noticias?

—Así que las tengas.

—Pronto las tendrá, si las noticias van tan de prisa como mi deseo de volver a ver al rey.

—¡Muy bien dicho! A propósito, ¿es Madame que ha manifestado algo contra esta muchacha?

—Nada, Majestad.

—¿Ni se ha mostrado enfadada?

—No sé; lo que puedo decir es que la he visto siempre con la risa en los labios.

—Muy bien; oigo ruido en las antecámaras; sin duda vienen a anunciarme la llegada de algún correo.

—En efecto, Majestad.

—Infórmate, Saint-Aignan.

El conde corrió a la puerta, y cambió algunas palabras con el ujier.

—Majestad —dijo cuando volvió—, es el señor Fouquet, que viene según dice, en virtud de orden del rey. Se ha presentado, pero en atención a lo avanzado de la hora, no insiste en ser recibido, contentándose con que se haga constar su presencia.

—¡El señor Fouquet! Le escribí a las tres invitándole a estar en Fontainebleau a la mañana siguiente; y ha llegado a las dos. ¡Eso es celo! —exclamó el rey, gozoso de verse tan bien obedecido—. Quiero dar audiencia al señor Fouquet ahora mismo. Le he llamado y le recibiré. Que entre. ¡Tú, conde, a tus informes, y hasta mañana!

El rey puso un dedo sobre los labios, y Saint-Aignan se escurrió con el corazón lleno de júbilo, dando orden, al ujier para que introdujese al señor Fouquet.

Fouquet hizo entonces su entrada en la cámara regia; Luis XIV se levantó para recibirlle.

—Buenas noches, señor Fouquet —dijo con amable sonrisa—. Os felicito por vuestra puntualidad, con tanto más motivo, cuanto que mi mensaje ha debido

llegaros tarde.

—A las nueve de la noche, Majestad.

—Mucho habéis trabajado, señor Fouquet, pues me han asegurado que no habéis salido de vuestro despacho de Saint Mandé desde hace tres o cuatro días.

—He permanecido, en efecto, encerrado tres días —replicó Fouquet, inclinándose.

—¿Sabéis, señor Fouquet, que tengo una porción de cosas que deciros? —prosiguió el rey con la mayor afabilidad.

—Vuestra Majestad me honra demasiado, y ya, que tanta es su amabilidad para conmigo, me permitirá que le recuerde cierta audiencia que me tiene prometida.

—¡Ah! Sí, un eclesiástico que debe darme las gracias, ¿no es eso?

—Justamente, Majestad. La hora no es quizá la más oportuna; pero el tiempo es precioso para la persona que yo aprecio, y como Fontainebleau es camino para su diócesis.

—Pero ¿quién es?

—El último obispo de Vannes; a quien Vuestra Majestad, por recomendación mía, se dignó dar la investidura hace tres meses.

—Es posible —dijo el rey— que firmara sin leer. ¿Está ahí?

—Majestad; Vannes es una diócesis importante, las ovejas de este pastor necesitan su palabra divina; son rústicos a quienes conviene civilizar instruyéndolos, y para esta clase de trabajos se pinta solo el señor de Herblay.

—¡El señor de Herblay! —exclamó el rey registrando en su memoria, como si aquel nombre, aunque no oído en mucho tiempo, no le fuese desconocido.

—¡Oh! —murmuró con viveza Fouquet—. Vuestra Majestad no conoce ese nombre oscuro de uno de sus súbditos más fieles y más celosos servidores.

—No, lo confieso... ¿Y desea marchar otra vez allá?

—Hoy ha recibido cartas que exigirán tal vez su partida; de suerte que antes de ponerse en camino para el país perdido, que llaman la Bretaña, desearía ofrecer sus respetos a Vuestra Majestad.

—¿Y espera?

—Está ahí, Majestad.

—Hacedle entrar.

Fouquet hizo una seña al ujier que aguardaba detrás de la cortina. Abrióse la puerta y entró Aramis. El rey le dejó hacer su saludo, acompañado de los cumplidos de estilo, y fijó una mirada penetrante en aquella fisonomía, que nadie podía olvidar después de haberla visto.

—¡Vannes! —dijo—. ¿Sois obispo de Vannes?

—Sí, Majestad.

—¿Vannes está en Bretaña?

Aramis se inclinó otra vez.

—¿A pocas leguas de Belle-Île? Majestad —replicó Aramis—; a seis leguas, según creo.

—Seis leguas es un paso —repuso Luis XIV.

—No es así para nosotros, pobres bretones, Majestad —dijo Aramis.

—Al contrario, seis leguas son ya bastante distancia, aun siendo por tierra; si son por mar, es una inmensidad. Ahora bien, como ya he tenido el honor de manifestar al rey, hay seis leguas de mar desde la ribera a Belle-Île.

—Dicen que el señor Fouquet posee allí una casa hermosísima inquirió el rey.

—Sí, eso dicen —respondió Aramis mirando tranquilamente a Fouquet.

—¡Cómo que eso dicen! —exclamó el rey.

—Sí, Majestad.

—En verdad, señor Fouquet, me extraña una cosa, os lo confieso.

—¿Qué, Majestad?

—¿Cómo es que teniendo al frente de vuestras parroquias a un hombre como el señor de Herblay, no le habéis enseñado Belle-Île?

—¡Ah, Majestad! —replicó el obispo, sin dar tiempo a Fouquet para contestar

—. Nosotros, pobres prelados bretones, practicamos escrupulosamente la residencia.

—Señor de Vannes —dijo el rey—. Yo castigaré al señor, Fouquet por su descuido.

—¿De qué manera, Majestad?

—Trasladándooos.

Fouquet mordióse los labios, y Aramis sonrió.

—¿Cuánto os produce Vannes? —continuó el rey.

—Seis mil libras, Majestad —contestó Aramis.

—¡Dios mío! Bien poco es; pero tendrás bienes, caballero.

—Nada poseo, Majestad: solamente, el señor Fouquet me hace entregar mil doscientas libras anuales por su derecho de banco.

—Vamos, vamos, señor de Herblay; yo os prometo algo mejor que eso.

—Majestad...

—Ya me ocuparé de vos.

Aramis se inclinó.

El rey, por su parte, saludóle casi respetuosamente, como tenía costumbre de hacer con las mujeres y los eclesiásticos.

Aramis comprendió que había terminado su audiencia, y, despidiéndose con cierta frase de las más sencillas, una verdadera frase de pastor campesino, desapareció.

—Me extraña el aspecto de ese hombre —dijo el rey siguiéndole con los ojos todo el tiempo que pudo verle, y aun en cierto modo después que ya no le veía.

—Majestad —respondió Fouquet—; si ese obispo hubiese recibido las primeras órdenes, ningún prelado del reino como él para las mayores

distinciones.

—¿No es docto?

—Cambió la espada por la casulla un poco tarde. Pero no importa, si Vuestra Majestad me permite que vuelva a hablarle del señor de Vannes en su tiempo y lugar.

—Desde luego. Mas antes de hablar de él, hablemos de vos, señor Fouquet.

—¿De mí, Majestad?

—Sí, tengo que daros mil felicitaciones.

—No acierto, Majestad, a manifestar a Vuestra Majestad el júbilo de que me colma.

—Sí, señor Fouquet, comprendo. Sí, estaba prevenido en contra vuestra.

—He sido entonces bien desgraciado.

—Pero ya eso pasó. ¿No habéis llegado a notarlo?

—Majestad; pero aguardaba con resignación a que luciese el día de la verdad. Y parece que ese día ha llegado.

—¡Ah! ¿De modo que sabíais que estabais en desgracia mía?

—¡Ay! Sí; Majestad.

—¿Y sabéis por qué?

—Perfectamente; el rey me suponía un dilapidador.

—¡Oh! No.

—O más bien un mediano administrador. En una palabra, Vuestra Majestad suponía que no teniendo dinero los pueblos, tampoco lo tendría el rey.

—En efecto, eso creía; pero ya, me he desengañado.

Fouquet se inclinó.

—Y no hay rebeliones ni quejas.

—Y además hay dinero —dijo Fouquet:

—Lo cierto es que en el mes último os habéis mostrado pródigo conmigo.

—Y tengo dinero todavía, no sólo para las necesidades de Vuestra Majestad, sino hasta para todos sus caprichos.

Gracias a Dios, señor Fouquet —replicó el rey con seriedad—, no os pondré a prueba. Hasta dentro de dos meses no quiero pediros nada.

—Aprovecharé ese tiempo para reunir al rey cinco o seis millones, que le servirán de primeros fondos en caso de guerra.

—¡Cinco o seis millones!

—Para su casa sólo.

—¿Creéis, según eso, en la guerra, señor Fouquet?

—Creo que, si Dios ha dado al águila un pico y garras, es para que se aproveche de ellos y ostente su predominio.

El rey se sonrojó de placer.

—Mucho hemos gastado en todos estos días, señor Fouquet. ¿No me regañaréis?

Vuestra Majestad tiene aún veinte años de juventud y mil millones para gastar en esos veinte años.

—Mil millones es demasiado, señor Fouquet —dijo el rey.

—Economizaré, señor. Además, Vuestra Majestad tiene en el señor Colbert y en mí dos hombres preciosos. El uno le hará gastar su dinero, ése seré yo, si Vuestra Majestad se digna seguir aceptando mis servicios; el otro se lo economizará, y ése será el señor Colbert.

—¡El señor Colbert! —replicó admirado el rey.

—Sí, por cierto, Majestad; el señor Colbert cuenta perfectamente bien.

A este elogio del enemigo, hecho por su enemigo mismo, se sintió penetrado el rey de confianza y admiración.

Y era que, en efecto, nada había en la voz ni en la mirada de Fouquet que destruyese una sola letra de las palabras que había pronunciado. No hacía un elogio para tener derecho a intercalar dos reconvenções.

El rey lo comprendió, y, rindiendo armas a tanta generosidad o talento:

—¿Elogiáis al señor Colbert? —dijo.

—Sí, Majestad, lo elogió, porque, además de ser un hombre de mérito, le creo muy adicto a los intereses de Vuestra Majestad.

—¿Lo decis porque a veces ha contrariado vuestras miras? —dijo el rey sonriendo.

—Precisamente, Majestad.

—Explicadme eso.

—Es muy sencillo. Yo soy el hombre que se necesita para hacer entrar el dinero, y él es cuanto cabe para impedir que salga.

—¡Vamos, vamos, señor superintendente, qué diablos! Ya me diréis algo que pueda modificar esa opinión.

—¿Administrativamente, Majestad? Nada en absoluto, Majestad.

—¿De veras?

—Por mi honor; no conozco en Francia mejor funcionario que el señor Colbert.

La palabra funcionario no tenía, en 1661, la significación algo subalterna que se le da hoy día; pero, al pasar por la boca del señor Fouquet, a quien el rey acababa de llamar señor superintendente, tomó cierto carácter de humildad y pequeñez, que colocaba admirablemente a Fouquet en su punto y a Colbert en el suyo.

—Pues bien —dijo Luis XIV—, él ha sido quien, tan ahorrador como es; ha ordenado mis festejos de Fontainebleau, y os aseguro, señor Fouquet, que no ha procurado escasear mi dinero.

—Fouquet se inclinó, pero sin responder.

—¿No es ésa vuestra opinión? —dijo el rey.

—Encuentro, Majestad —respondió Fouquet—, que el señor Colbert ha

desplegado en todo un orden asombroso, y merece, en este concepto, todas las alabanzas de Vuestra Majestad.

La palabra orden venía como anillo al dedo a la palabra funcionario. Ninguna organización, más que la del rey, tenía esa viva sensibilidad, esa finura de tacto que percibe y recoge el orden de las sensaciones antes que las sensaciones mismas.

Por consiguiente, Luis XIV comprendió que el funcionario había tenido para Fouquet demasiado orden, es decir, que las fiestas tan espléndidas de Fontainebleau hubieran podido ser más espléndidas todavía.

Conoció, por tanto, que podía, censurarse algo en sus festejos, y experimentó algo parecido a ese despecho que siente un provinciano, que, adornado con los más hermosos trajes de su guardarropa, llega a París, donde el hombre elegante apenas le mira, o le mira demasiado.

Esta parte de la conversación, tan sobria pero tan sutil de Fouquet, hizo concebir al rey mayor estimación hacia el carácter del hombre y la capacidad del ministro.

Fouquet se despidió a las dos de la mañana; y el rey se metió en el lecho algo inquieto y confuso con la lección encubierta que acababa de recibir; y aun empleó sus dos buenos cuartos de hora en recordar los bordados, las colgaduras, los refrescos, la arquitectura de los arcos triunfales, las iluminaciones y los fuegos artificiales, imaginados por el orden del funcionario Colbert.

De ahí resultó que, repasando en su memoria todo lo que había tenido lugar en aquellos últimos ocho días, encontró algunos lunares a sus fiestas.

Pero Fouquet, con su diplomacia, su afabilidad y su generosidad, acababa de perjudicar a Colbert más profundamente de lo que éste, con su trapacería, su ruindad, su odio perseverante, logró nunca perjudicar a Fouquet.

## Capítulo XLVII

---

Fontainebleau a las dos de la mañana

Como ya hemos visto, Saint-Aignan había dejado el cuarto del rey en el momento en que entraba el superintendente.

Saint-Aignan estaba encargado de una misión urgente, es decir, iba a hacer cuanto estuviese en su mano para sacar buen partido de su tiempo.

El que hemos introducido como amigo del rey era un hombre raro; uno de esos cortesanos preciosos, cuya vigilancia y pureza de intención hacia sombra desde aquel tiempo a todo favorito, pasado o futuro, y cuya exactitud corría parejas con el servilismo de Dangeau.

Dangeau, más que favorito, era el amigo oficioso del rey. Saint-Aignan, por tanto, trató de orientarse, y creyó que de quien debía tomar los primeros informes era de Guiche.

De modo que corrió en busca de él.

Guiche, a quien vimos desaparecer por el ala del palacio, y que, según todas las apariencias, podía creerse que había vuelto a su habitación, no lo había hecho así.

Después de mil vueltas y revueltas, vio Saint-Aignan una cosa parecida a una forma humana recostada contra un árbol.

Aquella forma tenía toda la inmovilidad de una estatua y parecía muy ocupada en contemplar una ventana, a pesar de que las cortinas de aquella ventana estaban herméticamente cerradas.

Como aquella ventana era la de Madame, supuso Saint-Aignan que aquella forma debía ser la de Guiche.

Acercóse poco a poco y vio que no se había equivocado.

Había sacado Guiche de su conversación con Madame tal cúmulo de

felicidad, que toda su fuerza de espíritu no bastaba a soportarla.

Saint-Aignan sabía por su parte que Guiche había contribuido a introducir a La Vallière en casa de Madame; un cortesano todo lo sabe y se acuerda de todo. Sin embargo, lo que había ignorado siempre era el título y las condiciones con que Guiche había concedido su protección a La Vallière. Pero, como preguntando mucho, rara vez sucede que no se consiga saber algo, contaba Saint-Aignan con averiguar poco o mucho interrogando a Guiche con toda la delicadeza y al propio tiempo con toda la tenacidad de que era capaz.

El plan de Saint-Aignan era éste: Si los informes eran buenos, decir con efusión al rey que había hallado una perla, y reclamar el privilegio de engastar esa perla en la corona real.

Si los informes eran malos, cosa que podía muy bien suceder, examinar hasta qué punto rayaba la afición del rey hacia La Vallière; y dirigir sus tiros de manera que fuese expulsada la muchacha, para hacerse un mérito de aquella expulsión con todas las mujeres que pudieran tener pretensiones sobre el corazón del rey, principiando por Madame y concluyendo por la reina.

En el caso de que el rey se mostrase tenaz en su capricho, ocultar las notas desfavorables; hacer saber a La Vallière que esas notas, sin excepción alguna, residían en un cajón secreto de la memoria del confidente; hacer alarde de generosidad a los ojos de la pobre joven, y tenerla constantemente obligada, por medio del reconocimiento y del terror, a ser amiga suya, interesada como cómplice en hacer la dicha de su cómplice al mismo tiempo que la suya propia.

Para el día que estallase la bomba del pasado, caso de que esta bomba llegara a estallar, se prometía Saint-Aignan tener tomadas todas las precauciones y aparentar ignorancia con el rey.

En cuanto a La Vallière, también podía hacer en ese día un magnífico papel de generosidad.

En todas estas ideas, brotadas en media hora al fuego de la avaricia, Saint-Aignan, el mejor hijo de su época, como habría dicho La Fontaine, se dirigía con intención bien marcada de hacer hablar a Guiche, esto es de turbarle en su felicidad, que por otra parte ignoraba Saint-Aignan.

Era la una de la madrugada cuando Saint-Aignan divisó a Guiche de pie, recostado en el tronco de un árbol y con los ojos clavados en aquella ventana iluminada.

La una de la madrugada, es decir la hora más agradable de la noche, la que los pintores coronan de mirtos y adormideras nacientes, la de los ojos lánguidos, cabeza pesada y, corazón palpitante, que arroja sobre el la transcurrido una mirada de pesar y dirige un saludo tierno al nuevo día.

Para Guiche era la aurora de una felicidad infeliz, y habría dado un tesoro al mendigo que se le hubiera atravesado en su camino para obtener que no le molestara en sus ensueños.

En esta hora, precisamente, fue cuando Saint-Aignan, mal aconsejado, pues el egoísmo nunca aconseja bien, vino a darle un golpe sobre el hombro en el instante en que murmuraba una palabra o un nombre.

—¡Ah! —exclamó pesadamente—. Os buscaba.

—¿A mí? —gritó Guiche, estremeciéndose.

—Sí, y os encuentro meditando a la luna. ¿Será cosa de que os halléis atacado del mal de poesía, querido conde, y estáis componiendo versos?

El joven forzó a su fisonomía a sonreír, mientras en lo íntimo del corazón mil contradicciones gruñían contra el indiscreto Saint-Aignan.

—Tal vez —dijo—. Pero ¡qué feliz casualidad...!

—¡Ah! Eso me prueba que habéis oído mal.

—¿Por qué?

—Mi primera palabra ha sido manifestaros que os buscaba.

—¿Me buscabais?

—Sí, y os he sorprendido.

—¿En qué?

—Cantando a Filis.

—En efecto, no lo niego —dijo riendo Guiche—; estaba cantando a Filis.

—Y tenéis derecho a ello.

—¿Yo?

—Sin duda, vos, que sois el protector intrépido de toda mujer hermosa y espiritual.

—Pero ¡qué diantre me estáis diciendo?

—Verdades reconocidas, ya lo sé. Pero, escuchad: estoy enamorado.

—Tanto mejor, querido conde. Venid conmigo; y me contaréis eso. Y temiendo Guiche, aunque algo tarde, tal vez, que Saint-Aignan advirtiese la ventana iluminada, le cogió del brazo, y trató de llevárselo de allí.

—¡Oh! —dijo Saint-Aignan resistiéndose—. No me llevéis a esos bosques sombríos, pues hace allí demasiada humedad. ¿Queréis qué nos quedemos a la luna?

Y, cediendo a la presión del brazo de Guiche, se quedó en los jardines próximos al palacio.

—Vamos a ver —dijo Guiche resignado—, conducidme adonde os plazca, y preguntadme lo que queráis.

—No puede darse mayor bondad. Y después de un momento de silencio:

—Querido conde —continuó Saint-Aignan—, desearía que me dijeseis dos palabras acerca de cierta persona a quien habéis dispensado vuestra protección.

—¿Y a quién vos amáis?

—No digo sí ni no... Ya sabéis que no debe uno colocar su corazón a la ventura, y que es preciso tomar de antemano las convenientes precauciones.

—Es verdad —dijo Guiche con un suspiro—. El corazón es cosa de mucho

precio.

—El mío, especialmente, es muy tierno, y os lo entrego tal como es.

—¡Oh querido conde! Excusáis decirlo.

—¿Qué se os ofrece?

—Se trata simplemente de la señorita de Tonnay-Charente.

—¡Vaya, mi querido Saint-Aignan! Por fuerza habéis perdido el juicio.

—¿Por qué?

—¡Porque nunca he protegido a la señorita de Tonnay-Charente!

—¡Bah!

—¡Jamás!

—Pues no fuisteis vos el que proporcionó a la señorita de Tonnay-Charente entrar en casa de Madame?

—La señorita de Tonnay-Charente, y debíais saber mejor que nadie, querido conde, es de bastante buena casa para que se le busque, cuanto más para que se la admita.

—Os chanceáis.

—No, por mi honor, sé lo que queréis decir.

—Dé modo que para nada intervistéis en su admisión?

—No.

—¿No la conocéis?

—La vi por primera vez en el día de su presentación a Madame. De modo que, como no la he protegido, ni la conozco, no puedo, querido conde, daros acerca de ella las noticias que deseáis.

Guiche hizo un movimiento como para separarse de su interlocutor.

—¡Vaya, vaya! —dijo Saint-Aignan—. Un instante, mi querido conde; no permitiré que me dejéis de ese modo.

—Perdón; pero creo que ya es hora de volver uno a sus habitaciones.

—Sin embargo, no me parece que os retirabais cuando os he hallado.

—Si tenéis, conde, alguna cosa que decirme todavía, estoy a vuestra disposición.

—Y hacéis perfectamente, ¡qué diantre! Por media hora más o menos no se estropearán vuestros encajes... Con que vamos a ver, juradme que no tenéis malas nuevas que darme respecto a ella, y que esas noticias desfavorables que hubieseis podido darme, no son la causa de vuestro silencio.

—¡Oh! A la pobre muchacha la creo tan pura como un cristal.

—Me llenáis de júbilo. Sin embargo, no quiero pasar por tan mal informado como a primera vista os he debido parecer. Es cosa segura que por vuestro conducto han entrado algunas camaristas al servicio de la princesa, y aun se ha compuesto sobre eso una canción.

—Ya sabéis, amigo, que se componen canciones sobre todo. ¿La conocéis?

—No, pero cantádmela, y así la sabré.

—No podré deciros cómo principia, pero sí me acuerdo cómo acaba.

—Bueno, siempre es algo. Guiche, de damas de honor, Fue nombrado proveedor.

—La idea es pueril y la rima pobre.

—¡Y qué queréis, amigo! No son versos de Racine ni de Molière, sino simplemente de La Feuillade, y un gran señor no puede componer versos como un bigardo.

—Lástima es, en verdad, que no os acordéis más que del final.

—Aguardad; ahora recuerdo el principio de la segunda copla.

—Vamos a ver.

—A dos bellas muchachitas, quiso Guiche proteger: Montalais y ...

—Y La Vallière, ¡pardiez! —exclamó Guiche impaciente, y sobre todo ignorando completamente adonde Saint-Aignan, quería ir a parar.

—Sí, sí, eso es. La Vallière. Habéis hallado el consonante, querido.

—¡Valiente hallazgo!

—Montalais y La Vallière, eso es. Son las dos muchachas a quienes habéis protegido.

Saint-Aignan se echó a reír.

—Creo que no encontraréis en la canción a la señorita de Tonnay-Charente.

—No, ciertamente.

—¿Estáis ya, satisfecho?

—Sin duda; pero encuentro en ella a Montalais —replicó Saint-Aignan sin dejar de reír.

—¡Oh! A esa la encontraréis en todas partes. Es una señorita muy bulliciosa.

—¿La conocéis?

—Por intermediario. Fue protegida por un tal Malicorne, a quien protege Manicamp; Manicamp me suplicó que solicitase un nombramiento de camarista para Montalais, en la servidumbre de Madame, y una plaza de oficial para Malicorne al lado de Monsieur, y como no ignoráis la inclinación que tengo a ese tuno de Manicamp, así lo he hecho.

—¿Y lo habéis obtenido?

—Para Montalais, sí; para Malicorne, sí y no, pues no es aún más que tolerado. ¿Es eso lo que deseabais saber?

—Falta todavía el consonante.

—¿Qué consonante?

—El que vos mismo hallasteis.

—¿La Vallière?

Y Saint-Aignan volvió de nuevo con su sonrisa, que tanto irritaba a Guiche.

—También ha entrado por mediación mía al servicio de Madame, es cierto.

—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Saint-Aignan.

—Pero me haríais un favor, querido conde —continuó Guiche con marcado

aire de frialdad—, si os abstuvieseis de bromear sobre ese nombre. La señorita de la Baume te Blanc de La Vallière es una joven de mucho juicio.

—¿No sabéis las últimas nuevas que corren? —exclamó Saint-Aignan.

—No, y os suplico, querido conde, que guardéis esas noticias para vos y para los que las hacen correr.

—¡Bah! ¡No tomáis eso con poca seriedad!

—Sí, porque a la señorita de La Vallière la ama uno de mis buenos amigos. Saint-Aignan tembló de emoción.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—Sí, conde —prosiguió Guiche—. De consiguiente, comprenderéis muy bien vos, que sois el hombre más cortés de Francia; que no puedo consentir que se coloque a mi amigo en una posiciónridícula.

—¡Oh! Muy bien.

Y Saint-Aignan se roía los dedos, parte por despecho, y parte por ver frustrada su curiosidad.

Guiche le hizo un profundo saludo.

—¿Me despedís? —preguntó Saint-Aignan, ardiendo en deseos de saber el nombre del amigo.

—No os despido, querido... Voy a terminar mis versos a Filis.

—¿Y esos versos...?

—Son una cuarteta; ya sabéis, ¿eh? que una cuarteta es cosa sagrada.

—A fe que sí.

—Y como de los cuatro versos de que naturalmente ha de componerse, me faltan todavía tres y un hemistiquio, me es preciso poner en juego todas mis potencias.

—Lo creo muy bien. ¡Adiós, conde!

—¡Adiós!

—A propósito.

—¿Qué?

—¿Tenéis facilidad para componer?

—Una enormidad.

—Y mañana por la mañana, ¿habréis acabado ya los tres versos y medio?

—Espero que sí.

—Pues bien, hasta mañana.

—Hasta mañana. ¡Adiós!

Preciso le fue a Saint-Aignan con formarse con la despedida, y en consecuencia desapareció detrás de los bosquecillos.

La conversación había llevado a Guiche y a Saint-Aignan bastante lejos del palacio.

Todo matemático, poeta o soñador, tiene sus distracciones. Cuando Saint-Aignan se separó de Guiche, hallábase en el límite del tresbolillo, en el sitio donde

principiaban los comunes, y donde, a espaldas de múltiples bosquetes de acacias y castaños, que cruzan sus ramas al abrigo de montecillos de clemátides y viñas vírgenes, elevábase el muro de separación entre los bosques y el patio de los comunes.

Saint-Aignan, luego que se vio solo, tomó el camino de aquellos edificios, y Guiche en sentido contrario. De consiguiente, el uno retrocedía hacia los jardines, mientras el otro se dirigía a las tapias.

Saint-Aignan andaba bajo una impenetrable bóveda de serbales, de lilas y de oxiacantos gigantescos, pisando una blanda arena, cubierto con la sombra y sepultado entre el musgo.

Desconcertado, por no haber podido averiguar algo más acerca de La Vallière, a pesar del ingenioso giro que diera a sus investigaciones, iba meditando cómo tomar el desquite que le parecía difícil.

De repente, un susurro de voces humanas llegó a sus oídos. Era éste como cuchicheos, como gemidos femeninos mezclados con interpellaciones; eran risitas, suspiros, gritos de sorpresa sofocados; pero, por encima de todo dominaba una voz femenina.

Saint-Aignan se detuvo para orientarse, y reconoció con la mayor sorpresa que, las voces venían, no del suelo, sino de las copas de los árboles.

Levantó la cabeza deslizándose por la arboleda; y distinguió en el caballete de la tapia a una mujer encaramada en una escalera; en gran comunicación de ademanes y palabras con un hombre subido a un árbol, y del que no se divisaba más que la cabeza, por tener el cuerpo oculto en la sombra de un castaño.

La mujer permanecía a la parte de acá de la tapia, y el hombre al otro lado.

## Capítulo XLVIII

---

### El laberinto

Saint-Aignan no buscaba otra cosa que noticias y tropezaba con una aventura. No podía ser mayor su fortuna.

Deseoso de saber por qué, y principalmente sobre qué estaban hablando a aquellas horas y en tan singular posición aquel hombre y aquella mujer, Saint-Aignan se agazapó y llegó casi bajo los travesaños de la escalera.

Tomando entonces sus medidas para estar lo más cómodo posible, se apoyó contra un árbol y escuchó. Y oyó el diálogo siguiente.

Era la mujer la que hablaba.

—Verdaderamente, señor de Manicamp —decía con una voz, que, en medio de las reconveniciones que articulaba, conservaba un acento particular de coquetería— en verdad que sois indiscreto. No podemos hablar así por mucho tiempo sin ser sorprendidos.

—Es muy probable —repuso el hombre en el tono más tranquilo y flemático del mundo.

—¿Y entonces qué se dirá?

—¡Oh! Si alguien me viese, os confieso que moriría de vergüenza.

—¡Oh! Sería una niñada de la que no os creo capaz.

—Pase todavía si hubiese algo entre los dos, pero exponerse gratuitamente, lo considero una bobada. ¡Adiós, señor de Manicamp!

« ¡Bien! Ya sé quién es él; ahora veremos quién será la dama», se dijo Saint-Aignan acechando por los travesaños de la escalera la extremidad de dos piernas elegantemente calzadas con zapatos de raso azul celeste y medias color de carne.

—Vamos; por favor, mi querida Montalais —exclamó Manicamp—, no os marchéis. ¡Qué diablos! Todavía tengo que deciros cosas de la mayor

importancia.

« ¡Montalais! —pensó Saint-Aignan—. ¡Es de las tres! Las tres comadres tienen su ventura; sólo que se me había figurado que la aventura de ésta se llamaba Malicorne y no Manicamp» .

—A aquel llamamiento de su interlocutor, detúvose Montalais a la mitad de su descenso.

Entonces se vio al infortunado Manicamp encaramarse un piso más arriba en su castaño, ya para ver mejor, ya para combatir el cansancio de su mala posición.

—Vamos —dijo—, escuchadme; supongo que no me creeréis capaz de ningún mal designio.

—No. Pero ¿qué significa esa epístola que me habéis escrito apelando a mi reconocimiento? ¿Por qué esta cita que me habéis pedido a tales horas y en semejante sitio?

—He apelado a vuestro reconocimiento recordándoos que fui yo quien os hizo entrar al servicio de Madame, porque deseando ardientemente la entrevista que os habéis dignado concedarme, quise echar mano del medio que me parecía más seguro para obtenerla. ¿Por qué os la he pedido a esta hora y en semejante, sitio? Porque la hora me ha parecido discreta y el sitio solitario. Ahora bien, lo que tenía que pediros es de esas cosas que reclaman a la vez discreción y soledad.

—¡Señor de Manicamp!

—A cada favor su honor, querida señorita.

—Señor de Manicamp, yo creo que sería lo más prudente que me retirara.

—Oídme, o salto desde mi nido al vuestro, y cuidado con desafiarme, porque hay en este momento, una rama de castaño que me esta molestando y me provoca excesos. No imitéis a esa rama, y escuchadme.

—Consiento en escucharos, mas sed breve, porque, si ahí tenéis una rama que os esta provocando, yo, tengo un travesaño triangular que se me clava en la planta de los pies. Os advierto que mis zapatos están minados.

—Hacedme el favor de darme la mano, señorita.

—¿Para qué?

—Dádmela.

—Aquí la tenéis; pero ¿qué queréis hacer?

—Traeros hacia mí.

—¿Con qué objeto? Supongo que no deseáis que vaya a acompañaros en vuestro árbol.

—No, pero deseo que os sentéis sobre la tapia. ¡Eso es! El sitio es ancho y excelente, y daría cualquier cosa porque me permitieseis sentarme a vuestro lado.

—No, ahí estáis bien; aquí podrían vernos.

—¿Creéis? —preguntó Manicamp con voz insinuante.

—Estoy segura de ello.

—Bien, pues me quedo en mi castaño, aunque os confieso que no puedo estar peor.

—¡Señor de Manicamp; señor de Manicamp! Que nos alejamos del hecho.

—Exacto y...

—¿No me habéis escrito?

—Sí, señorita.

—¿Y por qué, motivo?

—Figuraos que hoy, a las dos, marchó Guiche.

—¿Y qué?

—Viéndole marchar, le seguí como es mi costumbre.

—Ya se ve, puesto que estáis aquí.

—Esperad... Ya sabréis que ese pobre Guiche se halla hundido en la desgracia.

—¡Ay! Sí.

—Por consiguiente, era el colmo de la imprudencia venir a buscar a Fontainebleau a los que le habían desterrado de París, y sobre todo a aquellos de quienes se le alejaba.

—Discurrís como el difunto Pitágoras, señor de Manicamp:

—Ahora bien, Guiche es testarudo como un enamorado; así fue que no hizo el menor caso de mis observaciones. Rogué; supliqué; mas todo en vano... ¡Ah, diablo!

—¿Qué es esa?

—Perdonad, señorita; es esa maldita rama de que ya he tenido el honor de hablaros, que me ha desgarrado las calzas.

—Es de noche —repuso Montalais riendo—. Continuemos, señor de Manicamp.

—Guiche marchó, pues, corriendo a caballo, y yo le seguí, pero al paso. Ya comprenderéis que, irse a echar al agua con un amigo tan veloz, es cosa de necios o de locos. Por lo tanto, dejé a Guiche tomar la delantera y caminé con prudente lentitud, en la persuasión de que el desventurado no sería recibido, o si lo era volvería grupas al primer sofón, y le vería venir más ligero aún de lo que se fue, sin haber pasado yo de Ris o Melun; y no dejaréis de convenir en que era sobrado andar once leguas de ida y otras tantas de vuelta.

Montalais encogióse dé hombros.

—Reid cuánto queráis, señorita; pero, si, en vez de estar cómodamente sentada en el tablero de una tapia como estáis, os vieseis a caballo sobre esta rama, bien seguro que desearíais lo mismo que Augusto, es decir, descender.

—¡Un poco de paciencia, mi querido señor de Manicamp! Un instante pronto se pasa; decíais que llegasteis a Ris o Melun.

—En efecto; no sólo llegué, sino que, os lo diré también, continué caminando, admirado cada vez más de no ver volver a Guiche. Entro al fin en Fontainebleau, me informo; pregunto a todo el mundo por Guiche, y nadie me sabe dar razón; sólo pude averiguar que llegó a todo correr, entró en Palacio, y desapareció. Desde las ocho de la noche estoy en Fontainebleau, preguntando por Guiche a todos los ecos, y Guiche no parece. ¡Me muero de inquietud! Pero ya supondréis que no habría ido a arrojarme yo mismo en la boca, del lobo, metiéndome en Palacio como ha hecho mi imprudente amigo; así fue que me encaminé en derechura a los comunes, desde donde procuré hacer llegar una epístola a vuestras manos. Ahora, señorita, en nombre del cielo, sacadme de la ansiedad en que estoy.

—No será difícil, mi querido señor de Manicamp, vuestro amigo Guiche ha sido recibido muy bien.

—¡Bah!

—El rey le ha manifestado la mayor bondad.

—¡El rey, que le había desterrado!

—¡Madame le ha sonreído, y Monsieur parece quererle más que antes!

—¡Ah, ah! —exclamó Manicamp—. Eso me explica cómo y por qué se ha quedado.

—Y no ha hablado de mí?

—Ni una sola palabra.

—Mal hecho. ¿Qué hace ahora?

—Supongo que estará durmiendo, o, si no duerme, soñará.

—¿Y qué se ha hecho en toda ésta noche?

—Bailar.

—¿El famoso baile? ¿Y cómo se ha portado Guiche?

—Soberbiamente.

—¡Amigo amado! Ahora, señorita, perdonad, pero no me queda otro remedio que pasar de mi casa a la vuestra.

—¿Cómo es eso?

—Comprended: no presumo de que me abran la puerta del palacio a estas horas, y, en cuanto a dormir sobre esta rama, bien lo quisiera, pero declaro la cosa imposible para cualquier otro animal que no sea un papagayo.

—Pues yo, señor de Manicamp, no puedo introducir así como se quiera a un hombre por encima de una tapia.

—A dos, señorita —dijo una segunda voz, pero con acento tan tímido, que era fácil conocer que su propietario comprendía toda la inconveniencia de semejante pretensión.

—¡Santo Dios! —exclamó Montalais esforzándose por penetrar con su mirada hasta el pie del castaño—. ¿Quién me habla?

—Yo, señorita.

—¿Y quién sois vos?

—Malicorne, vuestro humilde servidor.

Y al decir Malicorne estas palabras; se encaramó desde el suelo a las primeras ramas, y desde las primeras ramas a la altura de la tapia.

—¡El señor Malicorne...! ¡Bondad divina! Pero ¿estáis locos?

—¿Cómo estáis, señorita? —preguntó Malicorne con la mayor urbanidad.

—¡Esto sólo me faltaba! —murmuró desesperada Montalais.

—¡Oh, señorita! —murmuró Malicorne—. ¡Por Dios, no seáis conmigo tan cruel!

—Al fin, señorita —replicó Manicamp—, somos amigos vuestros, y nadie puede desechar la muerte de sus amigos. Considerad que dejarnos donde estamos es lo mismo que condenarnos a muerte.

—¡Oh! —exclamó Montalais—. El señor Malicorne es robusto, y no se morirá por pasar una noche a la intemperie.

—¡Señorita!

—Este será un merecido castigo de su escapatoria.

—¡Enhorabuena! Que Malicorne se arregle como quiera con vos; pero, yo paso —dijo Manicamp.

Y, curvando aquella famosa rama contra la cual había exhalado tan amargas quejas, consiguió, con auxilio de manos y pies, sentarse al lado de Montalais.

Montalais trató de rechazar a Manicamp, y Manicamp procuró mantenerse firme.

Aquel conflicto, que duró algunos instantes, tuvo también su lado pintoresco; lado del que sacaron algún provecho los ojos de Saint-Aignan.

Pero Manicamp venció. Dueño de la escala, puso en ella el pie y ofreció galantemente la mano a su enemiga.

Entre tanto, Malicorne se instalaba en el castaño, en el sitio que había ocupado Manicamp, prometiéndose sucederle pronto en el que ocupaba a la sazón.

Manicamp y Montalais bajaron algunos escalones, Manicamp insistiendo, y Montalais riendo y defendiéndose.

Entonces oyóse la voz de Malicorne.

—¡Señorita —suplicaba—, no me abandonéis, por Dios! Mi posición es falsa, y no podré llegar sin contratiempo por mí, solo al otro lado de la tapia. A Manicamp puede importársele poco destrozar sus vestidos, porque tiene los del señor de Guiche; pero yo no podré tener siquiera los de Manicamp, porque estarán desgarrados.

—Creo —dijo Manicamp sin curarse de las lamentaciones de Malicorne—, que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar a Guiche ahora mismo. Más tarde quizás no pueda penetrar en su habitación.

—Soy del mismo parecer —replicó Montalais—, con que adiós, señor de Manicamp.

—¡Gracias mil! Hasta la vista, señorita —dijo Manicamp saltando a tierra—. Nadie es más amable que vos.

—Señor de Manicamp, soy vuestra servidora; voy ahora a ver si me deshago del señor Malicorne.

Malicorne exhaló un suspiro.

—Adiós, adiós —continuó Montalais.

Manicamp dio unos cuantos pasos, y volviendo al pie de la escala:

—A propósito; señorita —dijo—, ¿por dónde se va al aposento del señor de Guiche?

—¡Ah! Es verdad... Nada más fácil: siguiendo esa olmeda.

—Muy bien.

—Llegaréis a la encrucijada verde.

—¡Bien!

—Allí encontraréis cuatro avenidas...

—Perfectamente.

—Tomáis una...

—¿Cuál?

—La de la derecha.

—¿La de la derecha?

—No, la de la izquierda.

—¡Ah, diablo!

—No, no... Aguardad.

—No parecéis muy segura... Haced memoria, señorita.

La de en medio.

—Es que hay cuatro.

—Tenéis razón. Todo cuanto puedo deciros, es que, de esos cuatro caminos hay uno que conduce directamente a las habitaciones de Madame, y ese lo conozco bien.

—Pero el señor de Guiche no estará en las habitaciones de Madame, ¿eh?

—No, a Dios gracias.

—Por consiguiente, de nada me sirve saber el que conduce a las habitaciones de Madame, y desearía cambiarlo por el que conduce a las del señor de Guiche.

—Ciertamente, también conozco ese camino; pero, por lo que hace a indicarlo desde aquí, me parece la cosa imposible.

—Pues bien, supongamos que he dado con esa dichosa avenida.

—Entonces habéis llegado.

—Bien.

—Sí, no tenéis más que atravesar el laberinto.

—¿Nada más que eso? ¡Pardiez! ¿Conque hay un laberinto?

—Sí, y bastante enredado; aun de día es fácil perderse, tantas son las vueltas y revueltas de que se compone; primero hay que andar tres vueltas a la derecha,

luego dos a la izquierda, después una vuelta... una o dos. ¡Esperad! En fin, al salir del laberinto, veréis una avenida de sicómoros, y esa avenida de sicómoros os llevará directamente al pabellón que ocupa el señor de Guiche.

—Señorita —dijo Manicamp—, las señas son las únicas para perderme de seguro. Por lo tanto voy a pediros un pequeño favor.

—¿Cuál?

—Que aceptéis mi brazo y me guieis vos misma, como otra... como otra... Yo sabía mitología, señorita; pero la gravedad de los acontecimientos me la ha hecho olvidar. Venid, pues, os lo suplico.

—¡Y yo? —exclamó Malicorne —. ¿Se me abandona a mí?

—¡Eh, señor, imposible! —dijo Montalais a Manicamp—. Si me ven con vos a estas horas, suponeros lo que podrán decir.

—Tendréis vuestra conciencia a favor vuestro, señorita —dijo sentenciosamente Manicamp.

—¡Imposible, señor, imposible!

—Entonces dejadme que ayude a bajar a Malicorne, que es mozo muy inteligente y sabe olfatear muy bien; él me guiará, y, si nos perdemos, nos perderemos los dos, y procuraremos salvarnos mutuamente. Si nos hallan, juntos, pareceré siquiera alguna cosa mientras que solo, creerán que soy un amante o quizás un ladrón. Venid, Malicorne; aquí está la escala.

—Señor Malicorne —exclamó Montalais—, os prohíbo dejar vuestro árbol, so pena de incurrir en toda mi cólera.

Malicorne había ya extendido hacia el caballete de la planta una pierna, que retiró tristemente.

—¡Silencio! —dijo por lo bajo Manicamp.

—¿Qué hay? —preguntó Montalais.

—Oigo pasos.

—¡Oh! ¡Dios mío!

En efecto, los pasos en cuestión se convirtieron en un ruido bien claro y distinto. Abrióse el ramaje, y apareció Saint-Aignan, con ojos risueños y el brazo extendido, sorprendiendo a cada cuál en la posición que se hallaba, esto es, a Malicorne encaramado en el árbol y con el cuello estirado, a Montalais sobre un travesaño y pegada a la escala, y a Manicamp en el suelo, y con un pie adelante, en actitud de echar a andar.

—¡Eh! Buenas noches, Manicamp —dijo el conde—. Bien venido, querido amigo, habéis faltado esta noche, y han preguntado por vos. Señorita de Montalais, ¡soy vuestro humilde servidor!

Montalais se sonrojó.

—¡Ay, Dios mío! —balbució ocultando su rostro entre las manos.

—Señorita —dijo Saint-Aignan—, tranquilizaos, porque conozco toda vuestra inocencia y me hago cargo de todo. Manicamp, seguidme. Seguidme,

encrucijada y laberinto me los conozco muy bien; seré vuestra Ariadna. ¡Ea! ¿No es este el nombre mitológico que buscabais?

—¡Ese es, a fe mía!

—¡Gracias, Conde!

—Pues de paso, conde —dijo Montalais—, llevaos también al señor Malicorne.

—No, no —replicó Malicorne—. El señor Manicamp ha estado hablando con vos todo el tiempo que ha querido, y es justo que a mí me llegue mi vez; tengo que hablarlos, señorita, de una porción de cosas referentes a nuestro porvenir.

—Ya lo oís —dijo riendo el conde— quedaos a hacerle compañía, señorita. ¿Ignoráis que esta noche es la de los secretos?

Y, cogiendo del brazo a Manicamp, le llevó con ligero paso en dirección del camino que Montalais conocía tan perfectamente e indicaba tan mal.

Montalais les fue siguiendo con la vista mientras se lo permitió la distancia.

## Capítulo II

---

De qué modo fue desalojado Malicome de la hostería «El hermoso pavo real»

En tanto que Montalais seguía con la vista al conde y Manicamp, Malicorne había aprovechado la distracción de la joven para procurarse una posición menos incómoda.

Cuando ella se volvió, no pudo menos de chocarle inmediatamente la diferencia que advirtió en la posición de Malicorne.

Malicorne estaba sentado a manera de mono sobre la tapia con los pies sobre el primer travesaño.

Los pámpanos silvestres y las madreselvas le cubrían la cabeza como a un fauno, y los entorchados de la viña loca representaban muy bien sus pies de macho cabrión.

Respecto a Montalais, nada faltaba para que pudiera tomársela por una perfecta driadá.

—¡Ea! —dijo subiendo un travesaño—. ¿Queréis hacerme todavía más desgraciada? ¿No me habéis perseguido bastante todavía, tirano?

—¿Yo? —exclamó Malicorne—. ¿Yo tirano?

—Sí; me estáis comprometiendo continuamente, señor de Malicorne; sois un monstruo de maldad.

—¿Yo?

—¿Qué habíais de hacer en Fontainebleau? ¡Decid! ¿No es Orléans vuestro domicilio?

—¿Me preguntáis que tengo que hacer aquí...? Necesitaba veros.

—¡Valiente necesidad!

—Quizá no lo sea para vos, señorita, pero sí lo es para mí. En cuanto a mi domicilio, no ignoráis que lo he abandonado y no tengo en lo sucesivo otro que el

que tengáis vos misma. De consiguiente, siendo ahora vuestro domicilio Fontainebleau; a Fontainebleau me he venido.

Montalais se encogió de hombros.

—Queríais verme, ¿no es eso?

—Sí por cierto.

—Pues bien, ya que me habéis visto y estáis satisfecho, idos.

—¡Oh! No —repuso Malicorne.

—¿Cómo que «oh no»?

—No he venido sólo para veros; he venido también para hablaros.

—Pues bien, ya hablaremos más tarde y en otro sitio.

—¡Más tarde! ¡Sabe Dios si nos volveremos a encontrar en otro sitio!

—Pues esta noche no puedo; no puedo en este momento.

—¿Por qué?

—Porque han sucedido mil cosas.

—Pues bien, con la mía serán mil y una.

—No, no, la señorita de Tonnay-Charente me espera en nuestra cámara para una comunicación de la mayor importancia.

—¿Hace mucho?

—Una hora lo menos.

—Entonces —dijo Malicorne—, que espere unos minutos más.

—Señor Malicorne —observó la Montalais—, os olvidáis de vos mismo.

—Es decir, que vos me olvidáis, señorita, y voy perdiendo la paciencia con el papel queme obligáis a hacer aquí. ¡Diantre, señorita! Hace ocho días que ruedo por estos andurriales, sin que os hayáis dignado advertir ni una sola vez que permanecía yo aquí.

—Rodáis por aquí hace ocho días?

—Como un loco. Quemado aquí por los fuegos artificiales, que me han chamuscado dos pelucas, anegado allá en los juncos par la obscuridad de la noche o el vapor de los chorros de agua, hambriento siempre y siempre destroncado, con la perspectiva de una pared o la necesidad de un escalo, señorita. No es destino ése, señorita, para una persona que no es ardilla, ni salamandra, ni nutria; pero puesto que lleváis vuestra inhumanidad hasta el punto de hacerme renegar de mi condición de hombre, no quiero pasar por ello. Hombre soy, ¡cáscaras! y hombre seré, a menos que se disponga otra cosa.

—Pues bien: ¿qué deseáis, qué queréis, qué exigís? —dijo sumisa Montalais.

—No me digáis que ignorabais que estuviese en Fontainebleau.

—Yo...

—Sed franca.

—Me lo sospechaba.

—Pues bien; en ocho días, ¿no podíais haberme visto, siquiera una vez al día?

—Siempre he estado ocupada, señor Malicorne.

- ¡Pamemas!
- Preguntadlo a las señoritas, si no me creéis.
- Nunca pido explicaciones de las cosas que sé yo mejor que nadie.
- Serenaos, señor de Malicorne, todo cambiará.
- Necesario es que así sea.
- Bien sabéis que, os vea u os deje de ver, siempre pienso en vos —dijo Montalais con su aire zalamero.
- ¡Oh! ¡Oh! Pensáis en mí...
- Os lo aseguro.
- ¿Y no me decís nada de nuevo?
- ¿Sobre qué?
- Sobre mi destino en casa de Monsieur.
- ¡Ay, mi querido señor Malicorne! No era fácil acercarse a Su Alteza Real en estos últimos días.
- ¿Y ahora?
- Ahora es distinto; desde ayer no está celoso.
- ¡Bah! ¿Y cómo se le han desvanecido los celos?
- Porque ha habido un cambio de dirección.
- ¿Qué ha pasado, pues?
- Se ha esparcido la voz de que el rey había puesto sus miras en otra mujer, y Monsieur se quedó al punto tranquilo.
- ¿Y quién ha hecho correr ese rumor?
- Montalais bajó la voz.
- Aquí, para nosotros —dijo—, me parece que Madame y el rey se entienden.
- ¡Ah, ah! —repuso Malicorne—. Ese es el único medio. Pero ¡y el señor de Guiche, el pobre pretendiente?
- ¡Oh! Está desahuciado del todo.
- ¿Ha habido cartas?
- No, no he visto coger la pluma a unos ni a otros hace ocho días.
- ¿A qué altura os halláis con madame?
- Perfectamente.
- ¿Y con el rey?
- El rey me sonríe cuando paso.
- Corriente; ¡y a qué mujer han echado el ojo filos dos amantes para que les sirva de pantalla?
- ¡A La Vallière!
- ¡Ay! ¡Pobre chica! Sería preciso impedir eso, amiga mía.
- ¿Por qué?
- Porque el señor Raúl de Bragelonne la matará, o se suicidará, si llega a concebir la menor sospecha.

—¡Raúl! ¡El buen Raúl...! ¿Creéis?

—Las mujeres tienen la pretensión de ser conocedoras de sus pasiones —dijo Malicorne—, y no saben leer siquiera lo que piensan, ellas mismas en sus propios ojos o en su propio corazón. Pues bien, yo os aseguro que el señor de Bragelonne ama a La Vallière a tal punto que, si ella trata de engañarle, o la matará o se matará.

—Ahí está el rey para defenderla —dijo Montalais.

—¡El rey! —murmuró Malicorne.

—Sí, por cierto.

—¡Eh!, ¡Raúl matará al rey como un reitre!

—¡Bondad divina! —exclamó Montalais—. ¡Por fuerza habéis perdido el juicio, señor de Malicorne!

Nada de eso; antes bien lo que os digo no puede ser cosa más seria; querida mía, y, por mi parte, ya sé lo que tengo que hacer.

—¿El qué?

—Avisar a Raúl de la jugada que le quieren hacer.

—¡Silencio, desventurado! —repuso Montalais subiendo un escalón para acercarse más y más a Malicorne—. No digáis la menor palabra al pobre Bragelonne.

—¿Por qué?

—Porque no sabéis aun lo que hay.

—¿Qué hay, pues?

—Que esta noche... ¿Nos escucha alguien?

—No.

—Esta noche, estando La Vallière bajo la encina real, pronunció en alta voz y con la mayor ingenuidad estas palabras: «No concibo que quien haya visto al rey pueda amar nunca a otro hombre».

Malicorne dio un brinco sobre la tapia.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Eso ha dicho la desventurada? Palabra por palabra.

—¿Y lo piensa?

—La Vallière piensa siempre lo que dice.

—¡Eso clama venganza! ¡Las mujeres son serpientes! —dijo Malicorne.

—Serenaos, querido Malicorne, serenaos.

—¡No! Cortemos, por el contrario, el mal en raíz. Avisemos a Raúl, que todavía es tiempo.

—¡Torpe! No es tiempo ya —dijo Montalais.

—¿Cómo que no?

—Esa expresión de La Vallière. Esa expresión dirigida al rey...

—¿Qué?

—Ha llegado a sus oídos.

—¿Lo sabe el rey? ¿Se lo han dicho?

—El mismo la oyó.

—¡Oh, como decía el señor cardenal!

—El rey se hallaba oculto precisamente en el macizo más próximo a la encina real.

—De lo cual se deduce —dijo Malicorne—, que el plan del rey y de Madame marchará sobre ruedas, pasando sobre el cuerpo del infeliz Bragelonne.

—Cabalmente.

—¡Eso es horroroso!

—Pero así es.

—¡A fe mía! —dijo Malicorne después de un minuto de silencio consagrado a la meditación—. No pongamos nuestra humilde persona entre una gran encina y un gran rey, porque seríamos aplastados, amiga mía.

—Eso es lo que os quería decir.

—Pensemos en nosotros.

—Que me place.

—Abrid, pues, vuestros lindos ojos.

—Y vos, vuestras enormes cejas. Aproximad vuestra boquita para recibir un buen besazo.

—Aquí la tenéis —dijo Montalais; pagando al momento en moneda sonante.

—Discurramos ahora. Tenemos al señor de Guiche que ama a Madame, a la Vallière que ama al rey; al rey que ama a Madame y a La Vallière, y a Monseñor que no ama a nadie más que a él. Entre todos estos amores podría un necio hacer fortuna; de consiguiente, con mucha más razón nosotros, que somos personas de juicio.

—Ya volvéis otra vez a vuestros ensueños.

—Mejor diríais a mis realidades.

—Dejaos guiar por mí, amiga mía, pues hasta ahora no creo que os haya ido mal, ¿no?

—No.

—Pues bien, el pasado os responde del porvenir. Y, puesto que cada cual mira por sí, miremos por nosotros.

—Nada más justo.

—Pero por nosotros solos.

—Perfectamente.

—¡Alianza ofensiva y defensiva!

—Estoy dispuesta a jurarla.

—Extended la mano; así. Ahora decid: ¡Todo por Malicorne!

—¡Todo por Montalais! —respondió Malicorne extendiendo también la mano.

—Ahora, qué hay que hacer?

—Tener constantemente abiertos los ojos y los oídos, reunir armas contra los otros, y no soltar nunca ninguna que pueda servir contra nosotros.

—Convenido.

—Pactado.

—Jurado.

—Y ahora que el pacto está ya hecho, adiós.

—¿Cómo adiós?

—Sin duda. Volved a vuestra posada.

—A mi posada?

—Sí. ¡No estáis hospedado en « El Hermoso Pavo Real» ?

—¡Montalais, Montalais! Ya veis cómo sabíais que estaba yo en Fontainebleau.

—Y qué demuestra eso? ¡Que piensan en vos más de lo que os merecéis, ingrato!

—¡Hum!

—Volveos a « El Hermoso Pavo Real» .

—El caso es...

—¿Qué?

—Que lo que me pedís no es ya posible.

—¿No teníais allí una habitación?

—Sí, pero ya no la tengo.

—¿No la tenéis ya?

—Pues quién os la ha quitado?

—Oíd. Volvía hace poco de correr en seguimiento vuestro, y llegaba enteramente desolado a mi posada cuando divisé una camilla, en la cual cuatro aldeanos llevaban un fraile enfermo.

—¿Un fraile?

—Sí, un viejo franciscano de barba gris. Paréme a mirar al enfermo y vi que lo entraban en la posada. Seguíle detrás, y cuando llegó a lo alto de la escalera, noté que le hacían entrar en mi cuarto:

—¿En vuestro cuarto?

—Sí, en mi propio cuarto. Creí que aquello era un error e interpelé al patrón; éste me dijo que el cuarto alquilado por mí hacía ocho días, estaba alquilado a nombre del religioso para el noveno.

—¡Oh, oh!

—Eso fue precisamente lo que yo hice. « ¡Oh, oh! » . Hice más aún, pues hasta quise enfadarme. Subo. Me dirijo al franciscano en persona. Trato de hacerle ver la improcedencia de su acto; pero el fraile, a pesar de que parecía estar moribundo, se incorpora sobre un codo, clava en mí dos ojos chispeantes, y con voz que habría hecho honor a un capitán de caballería dice: « Echadme a la calle a ese bergante» . Lo cual fue ejecutado en el acto por el patrón y los cuatro

mozos, quienes me hicieron descender la escalera algo más aprisa de lo regular. Ved ahí, amiga mía, por que no tengo albergue.

—¿Y quién será ese franciscano? —dijo Montalais—. ¿Será acaso un general?

—Se me figura que ése es el título que le dio uno de los mozos una vez que le habló a media voz.

—De manera que... —dijo Montalais.

—De manera que no tengo casa, posada, albergue; y estoy tan resuelto como lo estaba hace poco mi amigo Manicamp, a no pasar la noche al raso.

—¿Y cómo os vais a componer? —preguntó Montalais.

—¡Allá veremos! —contestó Malicorne.

—Nada más sencillo —dijo una tercera voz.

—Montalais y Malicorne dieron un grito simultáneo.

Saint-Aignan apareció.

—Querido señor Malicorne —dijo Saint-Aignan—, una feliz casualidad me trae aquí para sacaros del apuro... Venid conmigo; que yo os ofrezco cuarto, en mi casa, y estad cierto de que ningún franciscano vendrá a quitároslo. En cuanto a vos, querida señorita; podéis estar tranquila; tengo ya el secreto de la señorita de La Vallière y el de la señorita de Tonnay-Charente; ahora habéis tenido la amabilidad de confiarre el vuestro, y os doy por ello las gracias; tened entendido que lo mismo guardaré tres que uno.

Montalais y Malicorne se miraron como dos estudiantes sorprendidos en plena pillería; pero, como a fin de cuentas, Malicorne veía una gran ventaja en la proposición que se le hacía, dirigió a Montalais una señal de resignación, la cual le devolvió aquella.

Luego bajó Malicorne la escala, travesaño por travesaño, reflexionando en cada escalón sobre los medios de arrancar con maña a Saint-Aignan todo cuanto pudiera saber acerca del famoso secreto.

Montalais se había marchado ya, veloz como una corza, y ni la encrucijada ni el laberinto llegaron a extraviarla.

En cuanto a Saint-Aignan, se llevó a Malicorne a su casa, haciéndole mil cumplidos, satisfecho de poder disponer de los dos hombres que, en el caso de que Guiche permaneciese mudo, podían informarle mejor acerca de las camaristas.

## Capítulo L

---

### Lo que realmente sucedió en la hostería «El hermoso pavo real»

Daremos en primer lugar a nuestros lectores algunos detalles, acerca de la hostería «El Hermoso Pavo Real», y luego pasaremos a señalar los viajeros que en ella se alojaban. La hostería «El Hermoso Pavo Real», como toda posada, debía el nombre a su muestra.

La muestra representaba un pavo real haciendo la rueda. Sólo que, a semejanza de algunos pintores que ponen un hermoso rostro de joven a la serpiente que tentó a Eva, el pintor de la muestra había puesto al pavo un rostro de mujer.

Aquella hostería, epígrama vivo contra esa mitad del género humano que forma el encanto de la vida, según dice el señor Legouvé, se elevaba en Fontainebleau en la primera calle lateral de la izquierda, la cual corta, al vestir de París, aquella inmensa arteria que forma por sí sola la ciudad entera de Fontainebleau.

La calle lateral llamábbase entonces calle de Lyon, sin duda por que se prolonga geográficamente en dirección de la segunda capital del reino.

Esta calle se componía de dos casas habitadas por gente del pueblo, separadas una de otra por dos grandes jardines con setos.

Parecía a primera vista que había tres casas en la calle sin embargo, ahora explicaremos cómo, a pesar de las apariencias, no había más que dos.

La fachada principal de la hostería daba a la calle Mayor; pero a la vuelta, por la calle de Lyon, había dos cuerpos de edificios, divididos por patios, con grandes cuartos, muy propios para hospedar a toda clase de viajeros, viniesen a pie, a caballo o en carroaje, capaces de proporcionar, no sólo alojamiento y mesa, sino también paseo y soledad a los ricos cortesanos, cuando, a

consecuencia de algún contratiempo en la Corte, quisieran encerrarse consigo mismos, para devorar su afrenta o meditar la venganza.

Desde las ventanas de aquellos cuerpos de edificios, los viajeros distinguían primeramente la calle con la hierba que crecía entre sus piedras, y que las iba desuniendo poco a poco.

Después los hermosos setos de sauco y oxiacanto que encerraban, como entre dos brazos verdes y floridos, las casas de que hemos hablado.

Y, finalmente, en los intervalos de aquellas casas, como fondo de un cuadro y dibujándose como un horizonte infranqueable, una linea de bosques espesos y poblados, primeros centinelas de la inmensa selva que se extiende delante de Fontainebleau.

Tomando, pues, una habitación que hiciese esquina podíase participar por la calle de París de la vista y bullicio de los pasajeros y de los festejos, y, por da calle de Lyon de la vista y tranquilidad del campo.

Sin contar con que, caso de urgencia, al instante mismo en que llamasen por la puerta grande de la calle de París, podía cualquiera escurrir el bulto por la puerta pequeña de la calle de Lyon, siguiendo las cercas de los jardines, internarse en la espesura de la selva.

Malicorne, que, si bien se recuerda, fue el primero que nos habló de la hostería «El Hermoso Pavo Real» para deplorar su expulsión de ella, preocupado con sus propios asuntos, estaba muy lejos de haber dicho a Montalais todo lo que se podía decir acerca de aquella curiosa hostería.

Veamos si podemos nosotros llenar ese vacío que dejó Malicorne.

Malicorne había olvidado decir, por ejemplo, cómo había entrado en la hostería «El Hermoso Pavo Real».

Por otra parte, a excepción del franciscano, de quién habló dos palabras, no había dado la menor noticia acerca de los viajeros que allí se hospedaban.

La manera cómo habían entrado, cómo vivían, y la dificultad que experimentaba cualquiera otra persona que no fuese de los viajeros privilegiados para entrar sin contraseña, y permanecer en la hostería sin algunas precauciones preparatorias, habían debido chocar, y hasta podríamos asegurar que habían chocado a Malicorne.

Pero, como ya hemos dicho, Malicorne tenía preocupaciones personales que le impedían ocuparse de muchas cosas.

En efecto, todos los cuartos de la hostería «El Hermoso Pavo Real» estaban ocupados y retenidos por forasteros sedentarios y, de un trato muy tranquilo, dotados de rostros muy agasajadores, ninguno de los cuales conocía a Malicorne.

Todos ellos habían ido llegando a la hostería después que él, y cada cual había entrado con cierta contraseña que en un principio le llamó a Malicorne la atención; pero, habiéndose informado después directamente, supo que el hostelero daba como causa de aquella especie de vigilancia el que la ciudad,

llena como estaba de grandes señores, debía estarlo también de diestros y avisados rateros.

Estaba, pues, interesada la reputación de una casa honrada como la hostería «El Hermoso Pavo Real» en que los viajeros no fuesen robados.

De modo que Malicorne se preguntaba a veces, cuando recogía sus ideas para sondear su posición en la hostería «El Hermoso Pavo Real», cómo era que le habían dejado entrar allí, siendo así que después había visto cerrar, la puerta a tantos otros.

Preguntábase principalmente cómo Manicamp, persona a su juicio muy digna de ser respetada por todos, habiendo querido así que llegó que cuidasen su caballo en «El Hermoso Pavo Real», caballo y caballero habían sido desairados con un *nescio vos* de los más intratables.

Todo aquello era, por tanto, para Malicorne un problema que, por lo demás, entregado como estaba a intrigas de amor y de ambición, no se había metido a profundizar.

Bien es verdad, que, aun cuando lo hubiese intentado, no nos atrevemos a decir que lo hubiera conseguido, a pesar de la inteligencia de que estaba dotado.

Algunas palabras bastarán para probar al lector que era necesario ser nada menos que un Edipo para resolver semejante enigma.

Hacía ocho días que habían entrado en aquella hostería siete viajeros, quienes llegaron todos al día siguiente de haberse instalado Malicorne en «El Hermoso Pavo Real».

Aquellos siete personajes, llegados con un séquito bastante numeroso, eran:

Un brigadier de los ejércitos alemanes, con su secretario, su médico, tres lacayos y siete caballos. El brigadier se llamaba el conde de Wostpur. Un cardenal español, con dos sobrinos, dos secretarios, un familiar y doce caballos. El Cardenal se llamaba monseñor Heredia. Un opulento comerciante de Brema, con su lacayo y dos caballos. El comerciante se llamaba Mein Herrer Bonstett. Un senador veneciano, con su esposa y su hija, ambas de extremada belleza. El senador se llamaba el signor Marini. Un laird de Escocia, con siete montañeses de su clan; todos a pie. El laird se llamaba Mac Cumnor. Un austriaco de Viena, sin título ni blasón, llegado en carroza, y que tenía mucho de eclesiástico y algo de militar. Le llamaban el consejero. Y por fin, una dama flamenca, con un lacayo, una doncella y una señorita de compañía. Magnífico tren, magnífico aspecto, magníficos caballos. La llamaban la dama flamenca. Todos estos viajeros habían llegado, como hemos dicho, en el mismo día, sin que su llegada hubiese producido en la hostería el menor apuro, ni en la calle la menor confusión, porque sus habitaciones habían sido preparados de antemano por encargo de sus correos o de sus secretarios el día anterior o aquella misma mañana.

Malicorne, llegado un día antes que ellos, sobre su caballo flaco, cargado con

una maleta más flaca todavía, se había anunciado como amigo de un señor curioso de ver los festejos y que no tardaría en llegar. Al oír el hostelero estas palabras, sonrió como si conociera mucho a Malicorne o al personaje amigo suyo, y le dijo:

—Elegid, caballero, la habitación que más os acomode, ya que sois el primero en llegar.

Y esto, acompañado con ese agasajo tan significativo en los posaderos, que parece querer decir: «Perded cuidado, caballero, que no ignoro con quién trato, y se os alojará como merecéis».

Aquellas palabras y el ademán que iba unido a ellas le parecieron a Malicorne afables, pero no muy claras. Sin embargo, como no pensaba hacer mucho gasto, y como, si hubiera pedido una habitación pequeña, se la habrían negado a causa de su misma escasa importancia, apresuróse a recoger al vuelo las palabras del hostelero y a engañarle con su propia finura.

Así, pues, sonriendo como hombre a quien no se le da menos de lo que merece:

—Apreciable hostelero —dijo—, tomaré la habitación que sea mejor y más alegre.

—¿Con cuadras?

—Con cuadras.

—¿Para qué día?

—Para ahora mismo, si puede ser.

—No hay dificultad.

—Sólo que por ahora —se apresuró a añadir Malicorne—, no ocuparé la habitación grande.

—Perfectamente —dijo el hostelero con aire de inteligencia.

—Ciertas razones que comprenderéis más adelante, me obligan a tomar sólo por cuenta mía este pequeño cuarto.

—Sí, sí, sí —dijo el hostelero.

—Cuando venga mi amigo, tomará la habitación grande, y entonces, cómo es natural, se entenderá directamente con vos.

—¡Muy bien! —dijo el hostelero—. ¡Muy bien! Así estaba convenido.

—Estaba así convenido?

—Palabra por palabra.

—Es extraordinario —murmuró Malicorne—. ¿Conque estáis enterado?

—Eso me basta. Ahora, ya que comprendéis... porque comprendéis, ¿no es verdad?

—Perfectamente.

—Podéis conducirme a mi cuarto. El hostelero de «El Hermoso Pavo Real» echó a andar delante de Malicorne con el gorro en la mano.

Malicorne se instaló en su habitación y quedó todo sorprendido al ver que el

hostelero, cada vez que subía o bajaba, le hacía esos guiños que indican perfecta inteligencia entre dos personas que están en relación.

«Por fuerza hay aquí alguna equivocación —pensaba Malicorne—; pero hasta tanto que se aclare, aprovechémonos de ella, que es lo mejor que puede hacerse».

Y desde su habitación, se lanzaba como perro de caza en busca de noticias y novedades de la Corte, chamuscándose en una parte y anegándose en otra, como había dicho a Montalais.

Al siguiente día de su instalación vio llegar sucesivamente a los siete viajeros, que llenaron toda la hostería.

A la vista de tanta gente, de tanto equipaje y de tanto tren, restregóse las manos Malicorne, pensando que con un solo día que se hubiera descuidado no habría encontrado un nido para descansar cuando viniese de sus exploraciones.

Después que todos los viajeros estuvieron colocados; entró el hostelero en su cuarto, y con su habitual cortesanía:

—Mi querido señor —le dijo—, os queda la habitación grande del tercer cuerpo de edificio, ¿lo sabéis?

—Sí que lo sé.

—Y os hago en ello un gran obsequio.

—Gracias.

—De suerte que cuando venga vuestro amigo.

—¿Qué?

—No podrá menos de estar contento de mí, o de lo contrario será persona muy difícil de contentar.

—¿Me permitís que os diga algunas palabras acerca de mi amigo?

—Decid cuanto gustéis, sois muy dueño.

—Como sabéis, tenía que venir.

—Y vendrá.

—Es que podría haber variado de intención.

—No.

—¿Estáis seguro?

—Seguro.

—Es que si tuvierais alguna duda.

—¿Qué más?

—Os diría que no respondo de que venga.

—Pero creo que os habrá dicho...

—Sí, que me ha dicho, mas ya sabéis que el hombre propone y Dios dispone, *verba volant scripta manent*.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que las palabras vuelan y lo escrito permanece; y como él no me ha escrito, sino que se contentó sólo con hablarle, os autorizó, sin que por esto se

entienda que os invitó.

—Ya conocéis que mi posición es falsa.

—¿A qué me autorizáis?

—¡Pardiez! A que alquiléis su habitación si encontráis quien os la pague bien.

—¿Yo?

—Sí.

—Jamás, señor; jamás haré una cosa así. Si él no os ha escrito...

—No.

—Me ha escrito a mí.

—Sí.

—¿Y en qué términos? Veremos si su epístola está conforme con sus palabras.  
Escuchad, sobre poco más o menos, el contenido:

*Señor propietario de la hostería «El Hermoso Pavo Real». Supongo que os, habrán informado de la reunión que van a tener en vuestra posada varios personajes de importancia. Yo formo parte de esa sociedad. Por tanto, reservadme un cuartito pequeño para un amigo que llegará antes o después que yo...*

—Vos sois ese amigo, ¿no es cierto? —dijo interrumpiéndose el hostelero.  
Malicorne se inclinó modestamente.

El hostelero continuó:

*... y una habitación grande para mí. La habitación grande corre de cuenta mía; pero desearía que el precio del cuartito sea módico, porque el que irá a ocuparla es un pobre diablo.*

—Que sois vos mismo, ¿no es verdad? —dijo el hostelero.

—Sí, señor —dijo Malicorne.

—Entonces entendidos: vuestro amigo pagará el alquiler de su habitación, y vos saldaréis el precio de la vuestra.

«Lléveme el demonio —dijo entre sí Malicorne—, si comprendo una jota de lo que me está pasando».

Y, luego, en alta voz:

—Y decidme: ¿os satisface el nombre?

—¿Cuál?

—El que termina la carta. ¿Os ofrece suficientes garantías?

—Precisamente iba a preguntároslo —repuso el hostelero.

—¿Cómo! ¿No está firmada la carta?

—No —dijo el hostelero dando a sus ajos una expresión de misterio y

curiosidad.

—Entonces —replicó Malicorne imitando aquel gesto misterioso—, si no ha querido dar su nombre...

—¿Qué?

—Ya, comprenderéis que debe tener para ello sus motivos.

—Así lo creo.

—Y que yo no iré, y, su amigo, yo, su confidente, a descubrir su incógnito.

—Es natural, señor —dijo el hostelero—; por eso no insisto.

—Aprecio esa delicadeza. En cuanto a mí, como mi amigo os ha dicho, mi cuarto es aparte; quede esto sentado.

—Entendido, señor.

—Pues bien, buenas cuentas hacen buenos amigos. Con que ajustemos cuentas.

—No corre prisa.

—No obstante, ajustémoslas. Cuarto, comida para mí, sitio en el pesebre y comida para mi caballo, ¿cuánto importa por día?

—Cuatro libras, caballero.

—Que en los tres días transcurridos suman doce.

—Sí, señor, doce libras.

—Pues aquí las tenéis.

—¿Y a qué, señor, pagar tan pronto?

—Porque —dijo Malicorne bajando la voz, viendo que el misterio probaba bien—, porque si hubiese que marchar repentinamente o tuviese que escapar de un momento a otro, ya estará pagada la cuenta.

—Tenéis razón, señor.

—De modo que estoy en mi casa.

—Estáis en vuestra casa.

—Pues sea enhorabuena. ¡Adiós!

El hostelero se retiró.

Luego que Malicorne quedó solo, se pasó a discurrir de la manera siguiente:

«Sólo el señor de Guiche o Manicamp pueden haber escrito a mi hostelero; el señor de Guiche, porque querrá procurarse un alojamiento fuera de la Corte, tenga éxito o fracase, y Manicamp por qué habrá sido encargado de ésta comisión por el señor de Guiche. El señor de Guiche o Manicamp habrán imaginado: "La habitación grande para recibir de un modo conveniente a alguna dama cuidadosamente velada, reservándole una salida a una callejuela, desierta y que vaya a parar a la selva... El cuarto pequeño para hospedarse en él momentáneamente, ya Manicamp, confidente del señor de Guiche y vigilante guardián de la puerta, ya el mismo Guiche en persona, que para mayor seguridad quiere hacer a la vez el doble papel de amo y confidente. Mas, ¿y esa reunión que debía verificarse y se ha verificado, en efecto, en la posada? Sin

duda será de gente que va a ser presentada al rey. ¿Y ese pobre diablo para quien está destinada la habitación? Astucia para ocultarse mejor. Guiche o Manicamp. Si esto es así, como parece probable, menos mal, de Manicamp a Malicorne no hay más que la balso».

Hecho este razonamiento, durmióse Malicorne a pierna suelta, dejando a los siete viajeros que ocupasen y midiesen en todas direcciones las siete habitaciones de la hostería.

Cuando nada tenía que hacer en la Corte, cuando se hallaba cansado de hacer excursiones y pesquisas, y de escribir billetes que nunca tenía ocasión de hacer llegar a su destino, volvía a su bienaventurado cuartito, y echado de pechos sobre el balcón; adornado de capuchinos y de claveles espaldarados, meditaba en aquellos extraños viajeros para quienes Fontainebleau parecía no tener luces, alegría, ni fiestas.

Aquello siguió así hasta el séptimo día, que hemos descrito minuciosamente, con su noche en los capítulos precedentes.

Aquella noche se encontraba Malicorne tomando el fresco en su balcón a cosa de la una de la madrugada, cuando se presentó Manicamp a caballo, muy erguido, con aire de hombre afanoso y fastidiado.

« ¡Bueno! —pensó Malicorne reconociéndole al punto—. Ya está aquí mi hombre, que viene a reclamar su cuarto, o por mejor decir, el mío».

Y llamó a Manicamp. Manicamp levantó la cabeza y reconoció a Malicorne.

—¡Pardiez! —dijo desarrugando el ceño—. Mucho me alegro de hallaros, Malicorne. Ando rodando por Fontainebleau en busca de tres cosas que no puedo encontrar: Guiche; un cuarto y una cuadra.

—En cuanto al señor de Guiche, no puedo daros noticias tuyas, porque no le he visto; pero, en cuanto a vuestro cuarto y una cuadra, ya es distinto.

—¡Ah!

—Sí, porque están reservados aquí.

—¿Reservados? ¿Y quién los ha ordenado reservar?

—Supongo que seáis vos.

—¿Yo?

—¿No habéis mandado reservar una habitación?

—Ni pensarlo.

En aquel momento apareció en el umbral el hostelero.

—¿Una habitación? —preguntó Manicamp.

—¿La habéis mandado reservar, señor?

—No.

—Entonces, no hay habitación.

—En ese caso, la he ordenado reservar.

—¿Cuarto o habitación?

—Lo que queráis.

—¿Por carta? —preguntó el hostelero.

Malicorne hizo a Manicamp un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sí, por cierto —respondió Manicamp—. ¿No habéis recibido una carta mía?

—Con qué fecha? —preguntó el hostelero, a quien las dudas de Manicamp comenzaban a infundir sospechas.

Manicamp se rascó la oreja y miró al balcón de Malicorne; pero Malicorne lo acababa de dejar y bajaba la escalera a fin de acudir en auxilio de su amigo.

En aquel mismo momento llegaba al portal, a tiempo de poder oír aquel coloquio, un viajero embozado en una larga capa a la española.

—Os pregunto con qué fecha me habéis escrito rogándome que os conservase un cuarto —repitió el hostelero insistiendo.

—Con fecha del miércoles último —dijo con voz dulce y cortés el recién llegado, poniendo una mano sobre el hombro del hostelero.

Manicamp retrocedió unos pasos; y Malicorne, que llegaba al umbral a la sazón, se rascó a su vez la oreja. El hostelero saludó al de la capa como hombre que reconocía en él a su verdadero huésped.

—Señor —le dijo cortésmente—, vuestra habitación está dispuesta, así como vuestras cuadras. Sólo que.

Y dirigió una mirada en rededor suyo.

—¿Y vuestros caballos? —preguntó.

—Vendrán o no vendrán. Creo que eso os importa poco, con tal que se os pague lo que se ha mandado reservar, ¿no es así?

El hostelero saludó más profundamente.

—Supongo que me habréis reservado también —continuó el viajero desconocido— el cuartito que os tengo pedido.

« ¡Ay, ay, ay! », exclamó para sí Malicorne, tratando de escabullirse.

—Caballero, hace ocho días que lo ocupa vuestro amigo —dijo el hostelero señalando a Malicorne, que se achicaba cuanto podía.

El viajero, subiéndose el embozo de su capa, hasta la nariz, lanzó una rápida mirada a Malicorne.

—Ese señor no es mi amigo —dijo.

El hostelero dio un brinco.

—No conozco al señor —prosiguió el viajero.

—¡Cómo! —exclamó el posadero, dirigiéndose a Malicorne—. ¡Cómo! ¿No sois el amigo de este caballero?

—¿Qué os importa, con tal que se pague? —contestó Malicorne parodiando majestuosamente al forastero.

—Me importa tanto —dijo el hostelero, que empezaba a sospechar que había allí substitución de personajes—, que os suplico que desocupéis un cuarto que estaba mandado reservar para otro que no sois vos.

—Mas como quiera que sea —dijo Malicorne—, no creo que este caballero

necesite a la vez un cuarto en el piso principal y una habitación en el segundo... Si se queda con el cuarto; tomaré yo la habitación, y si quiere la habitación, me quedaré yo con el cuarto.

—Mucho lo siento, caballero —dijo el viajero con su voz dulce—, pero necesito a la vez el cuarto y la habitación.

—Pero ¿para quién? —preguntó Malicorne.

—La habitación para mí.

—Corriente; *¿y* el cuarto?

—Mirad —dijo el viajero extendiendo la mano hacia una especie de comitiva que venía acercándose lentamente.

Malicorne siguió con la vista la dirección indicada, y vio llegar sobre unas parihuelas al franciscano cuya instalación en su cuarto había referido a Montalais, con algunas adiciones de su cosecha, y a quien tan inútilmente había intentado convertir para que le dejase alojamiento.

El resultado de la llegada del viajero desconocido y del fraile enfermo, fue la expulsión de Malicorne, a quien pusieron sin ningún miramiento fuera de la hostería « El Hermoso Pavo Real», el hostelero y los mozos que conducían las angarillas.

Ya conoce el lector las consecuencias de aquella expulsión, de la conversación de Manicamp con Montalais, a quien Manicamp, más diestro que Malicorne, supo encontrar para tener noticias de Guiche; de la conversación subsiguiente entre Montalais y Malicorne, y, por último, de la doble boleta de alojamiento ofrecida a Manicamp y a Malicorne por el conde de Saint-Aignan.

Sólo nos falta poner en conocimiento de nuestros lectores quiénes eran el viajero de la capa, principal inquilino de las dos habitaciones, una de las cuales había ocupado Malicorne, el fraile, personaje no menos misterioso, y cuya llegada, combinada con la del viajero de la capa, había tenido la desgracia, de trastornar las combinaciones de los dos amigos.

## Capítulo LI

---

Un jesuita del año oncenio

A fin de no tener en suspenso al lector, nos apresuraremos a responder a la primera pregunta.

El viajero embozado era Aramis, quien, después de haberse separado de Fouquet y sacado de un portamanteo abierto por su lacayo un vestido completo de caballero, había salido del palacio dirigiéndose a la hostería «El Hermoso Pavo Real», donde, por escrito, hacia siete días ya, había encargado dos habitaciones.

Aramis, después de ser expulsado Malicorne y Manicamp, se acercó al franciscano y le preguntó cuál de ambas habitaciones prefería.

El religioso preguntó dónde se hallaban situadas una y otra.

Le respondieron que la una en el piso principal, y la otra en el segundo.

—Entonces, la del principal. Aramis no insistió, y con entera sumisión:

—Preparad la habitación —dijo al hostelero.

Y, saludando, con respeto, se retiró a su aposento. El fraile fue inmediatamente conducido al suyo.

Y ahora, ¿no es sorprendente ese respeto de un prelado hacia un simple fraile, y religioso de una orden mendicante, al cual se daba, aun sin haberla pedido, una habitación tan codiciada por tantos viajeros?

¿Cómo explicar también la inesperada llegada de Aramis a la hostería cuando, habiendo entrado con el señor Fouquet en Palacio, podía haberse alojado con él en el palacio mismo?

El fraile soportó la subida de la escalera sin exhalar un gemido, aunque era fácil ver cuánto sufría, y a cada vaivén de las angarillas al chocar contra la pared o el pasamanos, experimentaba su cuerpo una sacudida terrible.

Al fin, cuando hubo llegado a su habitación:

—Ayudadme a colocar sobre este sillón —rogó a los que lo llevaban. Estos dejaron las angarillas en el suelo, y, levantando con toda la suavidad posible al enfermo, lo pusieron en el sillón que había designado, junto al lecho.

—Ahora —añadió con gran dulzura de gesto y de palabra— haced que suba el hostelero. Obedecieron.

Cinco minutos después, el hostelero aparecía en el umbral.

—Amigo mío —le dijo el franciscano—, despedid, os lo suplico, a esas buenas gentes; son vasallos del vizcondado de Melón. Me han hallado desmayado por el calor en medio del camino, y, sin pensar si les pagaría su trabajo, me han querido conducir a sus casas. Pero yo sé lo que cuesta a los pobres la hospitalidad que dan a un enfermo, y he preferido la hostería, donde además se me esperaba.

El hostelero miró al fraile con sorpresa.

El franciscano hizo con el pulgar y de cierta manera la señal de la cruz sobre su pecho.

El hostelero contestó haciendo la misma señal sobre el hombro izquierdo.

—Sí, es verdad —dijo—; erais esperado, padre mío; pero creíamos llegaríais en mejor estado.

Y, como los campesinos mirasen con sorpresa a aquel hostelero tan arrogante, hablar con tanto respeto a un pobre religioso, el franciscano sacó de su hondo bolsillo dos o tres monedas de oro que enseñó.

—Ved aquí, amigos míos —dijo—, con qué pagar los cuidados que me dispensen. Por tanto, calmaos, y no temáis, dejarme aquí. Mi comunidad, por la cual viajo, no quiere que pida limosna; pero como los cuidados que me habéis concedido merecen también premio, tomar estos dos luises y retiraos en paz.

Los campesinos no se atrevían a aceptar; el hostelero tomó los dos luises de manos del fraile, y los puso en las de un campesino.

Sus cuatro portadores retiraron altamente sorprendidos y admirados. Cerrada la puerta, y mientras el hostelero se tenía, respetuosamente de pie, cerca de aquella puerta, el fraile se recogió un instante en sí mismo.

Después pasó por su frente amarillenta, una mano descarnada y febril, y con sus dedos frotó temblando los bucles grises de su barba.

Los grandes ojos, ahondados por la enfermedad y la agitación, parecían seguir en el vacío una idea triste e inflexible.

—¿Qué médicos tenéis en Fontainebleau? —preguntó al fin.

—Tenemos tres, padre.

—¿Cómo se llaman?

—Primero, Luiniguet.

—Después?

—Un hermano carmelita llamado Hubert.

—Después?

—Un seglar, llamado Grisart.

—¡Ah, Grisart! —murmuró el franciscano—. Llamad pronto al señor Grisart. El hostelero hizo un movimiento de pronta obediencia.

—Y a propósito, ¿qué sacerdotes tenemos aquí?

—¿Qué sacerdotes?

—¿De qué órdenes?

—Tenemos jesuitas, agustinos y franciscanos, pero, padre mío, los jesuitas son los que están más cerca. Llamaré, por tanto, a un confesor jesuita, ¿no es así?

—Sí, marchad.

El hostelero, salió. Fácil es comprender que a la señal de la cruz que los dos habían hecho, el hostelero y el enfermo se habían reconocido como afiliados a la temible Compañía de Jesús.

Una vez solo el fraile sacó del bolsillo un legajo de papeles, algunos de los cuales examinó con escrupulosa atención. Sin embargo, la fuerza del mal venció su valor, sus ojos turbaronse; un sudor frío corrió por su frente, y se dejó, caer, casi desvanecido y echada la cabeza atrás, con los brazos colgando a los lados del sillón.

Hacía cinco minutos que se encontraba sin movimiento, cuando el hostelero volvió, conduciendo al médico, al cual apenas había concedido el tiempo de vestirse.

El ruido de su entrada, y la corriente de aire que causó la apertura de la puerta, despertaron los sentidos del enfermo. Recogió de prisa sus papeles esparcidos, y con su descarnada mano los ocultó bajo los cojines del sillón.

El hostelero salió, dejando juntos al enfermo y al médico.

—Veamos —dijo el franciscano al doctor.

—Veamos señor Grisart; aproxímaos; porque no hay tiempo que perder; tomad mi pulso, juzgad, y pronunciad la sentencia.

—Vuestro hostelero —dijo el médico—, me ha asegurado que tenía el honor de prestar mis cuidados a un afiliado.

—A un afiliado, sí —respondió el franciscano—. Decidme, por consiguiente, la verdad; me siento muy mal; me parece que voy a morir.

El médico tomó la mano del fraile y lo pulsó:

—¡Oh, oh! Fiebre peligrosa.

—¿A qué llamas fiebre peligrosa? —preguntó el enfermo con imperiosa mirada.

—A un afiliado del primero o del segundo año —respondió el doctor interrogando con sus ojos al fraile—; le diría enfermedad curable.

—¿Y a mí? —dijo el fraile.

El médico vaciló.

—Mirad mi barba blanca y mi frente arrugada por las vigilias —prosiguió—; mirad las arrugas por las cuales cuento mis pruebas; soy un jesuita del año

oncenio, señor Grisart.

El médico se estremeció.

En efecto, un jesuita del año oncenio era uno de esos hombres iniciados en todos los secretos de la Orden, uno de esos hombres para los que la ciencia no tiene ya secretos, barreras la sociedad, ni lazos la obediencia temporal.

—Así —dijo Grisart saludando con respeto—; ¿me hallo en presencia de un maestro?

—Sí, y obrad en consecuencia.

—Y queréis saber...

—Mi situación real.

—Pues bien —dijo el médico—, es una fiebre cerebral, por otro nombre meningitis aguda llegada a su más alto grado de intensidad.

—Entonces, no hay esperanza, ¿no es así? —preguntó el franciscano con tono seco.

—No digo eso —respondió el médico—; sin embargo, teniendo en cuenta el desorden del cerebro, lo penoso de la respiración, la precipitación del pulso, la incandescencia de la terrible calentura que os devora...

—Y que desde esta mañana me ha aletargado tres veces —añadió el religioso.

—Por eso la llamo terrible. Pero ¿cómo no os habéis detenido en el camino?

—Era esperado aquí, y preciso era llegar.

—¿Aun cuando murieseis por ello?

—Aun cuando muriese.

—Pues bien, en consideración a todos estos síntomas, os diré que la situación es casi desesperada.

El franciscano sonrió de manera extraña.

—Lo que me decís es tal vez bastante para lo que se debe a un afiliado, aun del año oncenio; mas, para lo que se debe a un afiliado, aun del año oncenio; mas, para lo que a mí se me debe, es muy, poco, y tengo derecho a exigir más. Veamos; sed más franco conmigo, decidme la verdad, cual si hablaseis a Dios. Además, yo, he hecho llamar a un confesor.

—¡Oh! A pesar de todo, tengo esperanza —balbuceó el médico.

—Responded —dijo el enfermo; mostrando con gesto de dignidad el anillo de oro, cuyo sello había permanecido hasta entonces vuelto hacia la palma de la mano, y que llevaba grabado el signo representativo de la sociedad de Jesús. Grisart lanzó una exclamación.

—¡El general! —exclamó.

—¡Silencio! —dijo el franciscano—. Ya comprenderéis que debéis decirme la verdad.

—Señor; señor, llamad al confesor —murmuró Grisart—, pues dentro de dos horas, cuándo llegue el recargo, se os apoderará el delirio y atravesaréis la crisis.

—Enhorabuena —dijo el enfermo, cuyas cejas se fruncieron un momento—.  
¿Tengo por consiguiente dos horas?

—Sí, especialmente si tomáis la poción que voy a enviaros.

—¿Y me dará dos horas?

—Dos horas:

—La tomaré; aun cuando fuera veneno, porque estas dos horas son necesarias, no solamente a mí, sino a la gloria de la Orden.

—¡Oh! ¡Qué pérdida! —murmuró el médico—. ¡Qué catástrofe para nosotros!

—La pérdida de un hombre y nada más —respondió el franciscano—, y Dios proveerá a que este desgraciado fraile que os abandona encuentre un digno sucesor. Adiós, señor Grisart; ya es una gracia de Dios el haberlos encontrado. Un médico que no hubiese estado afiliado a nuestra santa congregación me habría dejado ignorar mi estado, y, contando aún con días de vida, no habría tomado las precauciones necesarias. Sois doctor, señor Grisart, y esto nos honra a todos; me habría repugnado ver a uno de los nuestros mediano en su profesión. ¡Adiós, doctor, adiós! Y remitidme pronto vuestro cordial.

—Bendecidme al menos, señor.

—Con el corazón... sí... ánimo; doctor Grisart... *viribus impossible*.

Y cayó sobre un sillón, casi desmayado nuevamente. El médico Grisart vaciló entre si debía prestarle un socorro momentáneo, o, si correría a prepararle el cordial prometido. Sin duda se decidió en favor del cordial, porque se lanzó fuera de la habitación y desapareció por la escalera.

## Capítulo LII

---

Secreto de Estado

**A**lgunos segundos después de haber salido el médico Grisart, llegó el confesor.  
Apenas pasó el umbral de la puerta, fijó en él el franciscano una mirada penetrante.

Luego, moviendo su pálida cabeza:

—Muy pobre de espíritu es este hombre —murmuró—, y espero que Dios me perdonará que muera sin la ayuda de esta momia viviente.

Por su parte, el confesor miraba con sorpresa y casi con terror al moribundo, pues nunca había visto unos ojos tan ardientes en el momento de cerrarse, ni miradas tan terribles en el momento de apagarse.

El franciscano hizo un ademán rápido e imperativo.

—Sentaos ahí, padre mío —dijo—, y escuchadme.

El confesor jesuita, excelente sacerdote, sencillo y candoroso iniciado, que no había visto de los misterios de la Orden más que la iniciación, obedeció a la superioridad del penitente.

—En esta hostería se hospedan varias personas —continuó el franciscano.

—Pero —preguntó el jesuita— creía haber sido llamado para oír una confesión. ¿Es confesión lo que me estáis diciendo?

—Y a qué fin esa pregunta?

—Para saber si debo guardar el secreto de vuestras palabras.

—Mis palabras son términos de confesión, y las confío a vuestros deberes de confesor.

—¡Muy bien! —dijo el padre instalándose en el sillón que el franciscano acababa de dejar con gran trabajo para echarse en la cama.

El franciscano prosiguió:

—Hay, os decía, varias personas en esta hostería.

—Ya lo he oido.

—Esas personas deben ser en número de ocho.

El jesuita hizo seña de que comprendía.

—La primera a quien deseo hablar —dijo el moribundo—, es un alemán de Viena, que se llama el barón Wostpur. Hacedme el favor de irle a buscar, y decidele que ha llegado el que esperaba.

El confesor miró con sorpresa al penitente, pues la confesión le parecía bastante singular.

—Obedeced —dijo el religioso con el tono irresistible del mando. Subyugado enteramente el buen jesuita, se levantó y salió de la habitación.

Después que el franciscano se vio solo volvió a tomar los papeles que un acceso de calentura le había obligado a dejar.

—¿El barón de Wostpur? ¡Bueno! —dijo—: ambicioso, imbécil, mezquino. Volvió a doblar sus papeles, y los metió debajo de la almohada. Oyérонse pasos rápidos al extremo del corredor.

Su confesor volvió, seguido del barón de Wostpur, el cual caminaba con la cabeza levantada, como si tratase de hacer saltar el techo con la pluma de su sombrero.

Así fue que al ver a aquel franciscano de sombría mirada en un aposento de tan modestas apariencias:

—¿Quién me llama? —preguntó el alemán.

—¡Yo! —contestó el franciscano. Enseguida, volviéndose al confesor:

—Buen padre —le dijo—, dejadnos solos por un momento; cuando el señor salga, podréis entrar.

El jesuita salió, y sin duda aprovechó de aquel destierro momentáneo del cuarto del moribundo para pedir al hostelero algunas explicaciones acerca del extraño penitente, que trataba a su confesor como se trata a un ayuda de cámara.

El barón se acercó a la cama, y quiso hablar; pero el franciscano impuso silencio con un ademán.

—Los momentos son preciosos —observó este último apresuradamente—. Habéis venido aquí para el concurso, ¿no es verdad?

—Así es, padre mío.

—¿Esperáis ser elegido general?

—Lo espero.

—Y sabéis las condiciones necesarias para llegar a ese elevado puesto, que hace a un hombre señor de los reyes, e igual a los papas?

—Y quién sois vos —exclamó el barón—, para hacerme sufrir semejante interrogatorio?

—Soy el que aguardabais.

—¿El elector general?

—Soy el elegido.

—Sois...

El fraile no le dio tiempo para concluir, y extendió su mano macilenta, en la que brillaba el anillo del generalato. El barón retrocedió sorprendido, e inclinándose al punto con profundo respeto:

—¡Cómo! —murmuró—. ¡Vos aquí, monseñor, en este mezquino cuarto, en este miserable lecho, buscando y eligiendo el general futuro, es decir vuestro sucesor!

—No os inquietéis por esto, señor; llenad lo antes posible la condición principal, que consiste en suministrar a la Orden un secreto de tal importancia que por mediación vuestra quede enfeudada para siempre a la Orden alguna de las principales cortes de Europa; Veamos, ¿poseéis ese secreto, según lo prometisteis en la petición que habéis dirigido al Gran Consejo?

—Monseñor...

—Ante todo procedamos con orden... ¿Sois realmente el barón de Wostpur?

—Sí, monseñor.

—¿Esta carta es vuestra?

El general de los jesuitas sacó un papel del legajo; y se lo presentó al barón.

—Sí, monseñor; esta carta es mía —dijo.

—¿Y podéis enseñarme la contestación dada por el secretario del Gran Consejo?

—Aquí está, monseñor.

El barón alargó al franciscano una carta con el siguiente sobre: A Su Excelencia el barón de Wostpur. Dicha epístola contenía sólo estas palabras:

*Del 15 al 22 de mayo. Fontainebleau, hostería El Hermoso Pavo Real.*

*A. M. D. G.*

—¡Bien! —dijo el franciscano—. Ya estamos frente a frente, y podéis hablar.

—Tengo acampado en el Danubio un cuerpo de tropas, compuesto la *majorem Dei gloriam* de cincuenta mil hombres, cuyos oficiales están ganados todos. En cuatro días puedo vencer al emperador, que, como sabéis, es opuesto a los progresos de nuestra Orden, y remplazarlo por el príncipe de su familia que la Orden nos designe.

El franciscano escuchaba sin dar señales de existencia.

—¿Es eso todo? —dijo.

—Va envuelta en mi plan una revolución europea —repuso el barón.

—Está bien; señor de Wostpur; ya recibiréis la contestación. Volveos a vuestro cuarto, y procurad encontrarlos fuera de Fontainebleau dentro de un cuarto de hora.

El barón se retiró sin volver la espalda, tan obsequioso como si se apartara de aquel mismo emperador a quien pensaba traicionar.

—Eso no es un secreto —murmuró el franciscano—, sino una conjuración... Además —añadió después de un momento de reflexión—, el porvenir de Europa no está hoy en la casa de Austria.

Y, con un lápiz rojo que tenía en la mano, tachó el nombre del barón de Wostpur.

—Vamos ahora con el cardenal —dijo—; por parte de España debemos tener cosas más serias.

Levantando entonces los ojos, vio al confesor, que esperaba sus órdenes sumiso como un novicio.

—¡Hola, hola! —dijo notando aquella sumisión—. ¿Habéis hablado con el hostelero?

—Sí, monseñor; y con el médico.

¿Con Grisart?

—Sí.

—¿Está ahí, según eso?

—Espera con la poción prometida.

—¡Está bien! Si necesito llamaré. Supongo que comprenderéis ahora toda la importancia de mi confesión, ¿no es cierto?

—Sí, monseñor.

—Entonces, id en busca del cardenal español, Heredia. Daos prisa. Sólo tengo que advertiros que, como sabéis de qué se trata, podéis quedarnos a mi lado, pues me dan vahidos.

—¿Queréis que llame al médico?

—No, todavía no... Al cardenal español... Andad.

Cinco minutos después se hallaba el cardenal, inquieto y pálido, en el aposento consabido.

—He sabido, monseñor... —balbucía el cardenal.

—Al hecho —dijo el franciscano con voz apagada.

Y mostró al cardenal una carta, escrita por este último al Gran Consejo.

—¿Es vuestra letra? —preguntó.

—Sí; pero...

—¿Y vuestra convocatoria?

El cardenal vacilaba en responder. Su púrpura se rebelaba contra el sayal del pobre franciscano.

El moribundo extendió la mano, y enseñó su anillo.

El anillo causó su efecto, que era tanto mayor, cuanto más elevado el personaje a quien se dirigía el franciscano.

—¡El secreto, el secreto, pronto! —pidió el enfermo, apoyándose sobre su confesor.

—*Coram isti?* —preguntó inquieto el cardenal.

—Hablad español dijo el fraile prestando la más viva atención.

—Ya sabéis, monseñor —dijo el cardenal continuando la conversación en castellano—, que se ha puesto como condición al enlace de la infanta con el rey de Francia la renuncia absoluta de los derechos de la expresada infanta, como asimismo del rey Luis, a todo patrimonio de la corona de España.

El religioso hizo una señal afirmativa.

—Resulta de ahí —continuó el cardenal—, que la paz y la alianza entre los dos reinos dependen del cumplimiento de esta cláusula del contrato.

Igual seña de parte del franciscano.

—No sólo Francia y España —dijo el cardenal—, sino Europa entera se perturbaría con la infidelidad de cualquiera de las partes.

Nuevo movimiento de cabeza del enfermo.

—Resulta de ahí —prosiguió el orador—, que el que pudiese prever los acontecimientos y tener como seguro lo que nunca está sino en tinieblas en el espíritu del hombre, esto es, la idea del bien o del mal venideros, preservaría al mundo de una inmensa catástrofe, o lograría convertir en provecho de la Orden el suceso adivinado en la cabeza del mismo que lo prepara.

—¡Pronto, pronto! —dijo el franciscano perdiendo el color por momentos y reclinándose sobre el sacerdote.

El cardenal acercóse al oído del moribundo.

—Pues bien, monseñor —dijo—; sé que el rey de Francia ha decidido que al primer pretexto, una muerte, ponga por caso, sea del rey de España o de algún hermano de la infanta, Francia reivindicaría con las armas en la mano, la herencia, y paseo el plan político concertado por Luis XIV con dicho motivo.

—¿Ese plan? —preguntó el franciscano.

—Vedlo aquí —respondió el cardenal.

—¿De qué mano está escrito?

—De la mía.

—¿No tenéis más que decir?

—Creo haber dicho mucho, monseñor —contestó el cardenal.

—Así es, habéis prestado un gran servicio a la Orden. Pero ¿cómo os habéis procurado los detalles que os han aprovechado para combinar ese plan?

—Tengo pagados a los criados inferiores del rey de Francia para que me faciliten los papeles de su uso que consiguen escapar del fuego de la chimenea.

—No deja de ser ingenioso el medio —murmuró el fraile procurando sonreír

—. Señor cardenal, dentro de un cuarto de hora, saldréis de la hostería, y se os dará la contestación. Podéis marcharos.

El cardenal se retiró.

—Decid a Grisart que pase, e id a buscar al veneciano Marini el enfermo. Mientras el confesor obedecía, el franciscano, en lugar de borrar el nombre del

cardenal, como había hecho con el del barón, trazo una cruz al lado de aquel nombre. Luego, como si sucumbiese a aquel esfuerzo, se dejó caer sobre la cama, murmurando el nombre, del doctor Grisart.

Cuando volvió en sí había bebido la mitad de una poción, cuya otra mitad quedaba aún en un vaso, y estaba sostenido, por el médico, mientras el confesor y el veneciano aguardaban junto a la puerta.

El veneciano pasó por las mismas formalidades que sus dos concurrentes vaciló como ellos a la vista de aquellas dos personas extrañas, y, tranquilizado por las palabras del general, reveló que el papa, asustado del poder de la Orden, fraguaba un plan de expulsión general de los jesuitas, y estaba en tratos con las cortes de Europa a fin de obtener su cooperación. Indicó quiénes eran los auxiliares del pontífice, sus medios de acción, designando el punto del Archipiélago adonde, por efecto de un golpe de mano, debían ser deportados dos cardenales adeptos del año oncenio, y, por tanto, jefes superiores, juntamente con treinta y dos de los principales afiliados de Roma.

El franciscano dio las gracias al signor Marini, porque no era pequeño el servicio que hacía a la sociedad con la revelación de aquel proyecto pontifical.

Después recibió el veneciano la orden de marchar dentro de un cuarto de hora, y se retiró gozoso, como si tuviese ya el anillo, insignia del mando de la sociedad.

Pero mientras se ausentaba, murmuraba el franciscano en su lecho:

—Todos estos hombres son espías o esbirros; en ninguno de ellos veo un general. Todos han descubierto conspiraciones; mas ninguno posee un secreto. No es con la ruina, ni con la guerra, ni con la fuerza, como debe gobernar, la Compañía de Jesús, sino con la influencia que presta la superioridad moral. No, no encuentro al hombre, y, para mayor desgracia, Dios me hiere, y me hiere de muerte. ¡Oh!, ¿Habrá de perecer conmigo la Compañía por falta de una columna? ¿Será necesario que la muerte que me aguarda devore conmigo el porvenir de la Orden, porvenir que, con diez años de vida, habría yo hecho eterno, según lo espléndido que se presenta con el reinado del nuevo rey!

El buen jesuita escuchaba con espanto aquellas palabras medio pensadas y medio pronunciadas, como se escuchan los delirios de un calenturiento, mientras que Grisart, espíritu más cultivado, las devoraba como revelaciones de un mundo desconocido, donde penetraba su mirada sin que pudiera su mano tocarlo.

De pronto se incorporó el franciscano.

—Terminemos —dijo—; la muerte se apodera de mí. ¡Oh! Hace poco esperaba morir tranquilo... Y ahora muero sin esperanza, a menos que entre los que quedan... ¡Grisart, Grisart! ¡Hacedme vivir una hora más!

Grisart se aproximó al moribundo, y le hizo tragarse algunas gotas, no de la poción que había quedado en el vaso, sino del contenido de un frasco que llevaba consigo.

—¡Llamad al escocés! —murmuró el franciscano—. ¡Llamad al comerciante de Brema! ¡Llamadlos, llamadlos...! ¡Jesús! ¡Me muero! ¡Jesús! ¡Me ahogo!

El confesor salió en busca de auxilios, como si hubiera allí una fuerza humana que pudiese levantar el dedo de la muerte que pasaba ya sobre el enfermo; pero en el umbral de la puerta tropezó con Aramis, el cual, con un dedo en la boca, le rechazó de una mirada hasta el interior del cuarto.

El médico y el confesor hicieron, no obstante, un movimiento, después de consultarse con los ojos, para apartar a Aramis: Pero éste, con dos señales de la cruz, hechas cada cual de manera diferente, dejó a los dos clavados en su sitio.

—Un jefe murmuraron ambos. Aramis penetró lentamente en el cuarto donde el paciente luchaba contra los primeros esfuerzos de la agonía.

En cuanto al franciscano, ora fuese que el elixir produjera su efecto, ora que la aparición de Aramis le diese nuevas fuerzas, hizo un movimiento, y, con los ojos ardientes; la boca entreabierta y los cabellos húmedos de sudor, se incorporó en la cama.

Aramis notó que la atmósfera de aquel cuarto era sofocante; todas las ventanas estaban cerradas; en la chimenea había lumbre encendida, y dos velas de cera que se corrían sobre los candelabros de cobre, caldeaban todavía más la habitación con su denso vapor.

Aramis abrió la ventana, y, fijando en el moribundo una mirada lleno de inteligencia y de respeto:

—Monseñor —le dijo—, os pido Perdón por haber venido sin que me hayáis mandado llamar; pero vuestro estado me ha alarmado sobremanera, y temía que pudieseis morir antes de haberme visto, pues me hallo colocado en sexto lugar en vuestra lista.

El moribundo se estremeció y consultó la lista.

—¿De modo que sois el que se llamó un tiempo Aramis, y después caballero de Herblay? ¿Sois el obispo de Vannes?

—Sí, monseñor.

—Os conozco, pues os he visto otra vez.

En el último jubileo nos hallamos juntos en el palacio del Padre Santo.

—¡Ah! Sí, es cierto. ¡Me acuerdo! ¿Y os ponéis entre los concurrentes Monseñor? He oído decir que la Orden necesitaba poseer un gran secreto de Estado, y sabiendo que por modestia resignabais de ante mano vuestro cargo en la persona que os proporcionase ese secreto, escribí que estaba pronto a entrar en concurrencia, poseyendo sólo un secreto que considero importante.

—Hablad —dijo el religioso—. Estoy pronto a oíros, y a juzgar de la importancia de ese secreto.

—Monseñor, un secreto del valor del que voy a tener la honra de confiaros, no se dice con palabras. Toda idea que llega a salir del limbo del pensamiento, y

se vulgariza por una manifestación cualquiera, deja de pertenecer hasta al mismo que la ha concebido.

La palabra puede ser recogida por un oído atento y enemigo, y por lo tanto es necesario no sembrar la a la ventura.

—¿Pues en qué forma deseáis trasmítirme vuestro secreto? —preguntó el moribundo.

Aramis hizo un ademán al médico y al confesor en señal de que se alejasen, y, con la otra mano entregó al franciscano un papel cerrado con una doble cubierta.

—¿Pues en lo escrito —preguntó el franciscano—, no hay aún más peligro que en lo hablado?

—No, monseñor —dijo Aramis—; porque bajo esa cubierta hallaréis caracteres que sólo vos y yo podemos comprender.

El fraile contemplaba a Aramis con una sorpresa que iba cada vez en aumento.

—Esa es —continuó éste—, la cifra que teníais en 1655, y que sólo vuestro secretario Juan Juan, que ya ha muerto, podría descifrar si volviera al mundo.

—Fui yo el que se la dio.

E inclinándose Aramis, con una gracia llena de respeto, adelantóse hacia la puerta como para salir.

Detúvole, no obstante, un gesto del franciscano acompañado de un grito en señal de que se acercase.

—*¡Resus!* —exclamó—. *¡Ecce Homo!*

Y leyendo por segunda vez él papel:

—¡Venid pronto —dijo—, venid! Aramis se acercó al franciscano con el mismo rostro sereno y el mismo aire respetuoso.

El franciscano, con el brazo extendido, quemaba en la llama de la vela el papel que le había entregado Aramis. Luego, cogiendo la mano de Aramis y acercándole hacia sí:

—¿Cómo y por quién habéis podido averiguar semejante secreto? —preguntó.

—Por madame de Chevreuse, amiga y confidente de la reina —contestó el obispo de Vannes.

—¿Y madame de Chevreuse?

—Ha muerto.

—¿Y lo sabían otros?

—Tan sólo un hombre y una mujer del pueblo.

—¿Quiénes eran?

—Los que lo habían criado.

—¿Y qué ha sido de ellos?

—También han muerto... Este secreto quema como el fuego.

—Y, sin embargo, ¿vos habéis sobrevivido a él?

—Todo el mundo ignora que soy sabedor de él.

—¿Qué tiempo hace que poseéis ese secreto?

—Quince años.

—¿Y lo habéis guardado?

—No quería morir.

—¿Y lo dais a la Orden sin ambición? —preguntó intencionadamente el franciscano.

—Lo doy a la Orden con ambición y por recompensa —dijo Aramis—, porque si vivís, señor, haréis de mí, ahora que me conocéis, lo que puedo y debo ser.

—¡Y como voy a expirar —exclamó el franciscano—, hago de ti mi sucesor...! ¡Toma!

Y, arrancándose el anillo, lo puso en el dedo de Aramis.

Enseguida, volviéndose hacia los dos espectadores de aquella escena:

—Sed testigos —dijo—, y afirmad en el caso necesario, que hallándome enfermo de cuerpo, pero sano de espíritu, he entregado libre y voluntariamente este anillo, signo de la omnipotencia, a monseñor de Herblay, obispo de Vannes, a quien nombro sucesor mío, y ante quien yo, humilde pecador, próximo, a comparecer ante Dios, me inclino el primero para dar ejemplo a todos.

Y el franciscano se inclinó, en efecto, mientras el jesuita y el medico se prosternaban de rodillas.

Aramis, poniéndose más pálido que el moribundo, extendió sucesivamente sus miradas sobre los actores de aquella escena.

La ambición satisfecha afluía con la sangre hacia su corazón.

—Démonos prisa —dijo el franciscano—, pues me urge y acosa en extremo lo que tenía que hacer aquí. Quizá no llegue a terminarlo.

—Yo lo terminaré —dijo Aramis.

—Corriente —dijo el franciscano. Y, dirigiéndose enseguida al jesuita y al médico:

—Dejadnos solos —dijo.

Los dos obedecieron.

—Con este signo —dijo— sois el hombre que se necesita para remover la Tierra; con este signo derribáis y edificáis. ¡Con este signo, vence! Cerrad la puerta —dijo el franciscano a Aramis.

Aramis corrió el cerrojo y volvió al lado del franciscano.

—El papa ha conspirado contra la Orden —dijo el franciscano—, el papa debe morir.

—Morirá —dijo tranquilamente Aramis.

—Se deben setecientas mil libras a un comerciante de Brema, llamado Bonstett, que venía a buscar la garantía de mi firma.

—Se le pagarán —dijo Aramis. Seis caballeros de Malta, aquí están los nombres, han descubierto, por imprudencia de un afiliado del año oncenio, los terceros misterios; es preciso averiguar qué han hecho del secreto aquellos hombres, recogerle y extinguirlo.

—Se hará.

—Deben ser enviados al Tibet, para perecer allí, tres afiliados peligrosos que han sido condenados. Aquí tenéis sus nombres.

—Haré cumplir la sentencia.

—Por último, hay una señora de Amberes, sobrina segunda de Ravaillac, que tiene en su poder ciertos papeles que comprometen a la Orden. Hace cincuenta y un años que hay en la familia una pensión de cincuenta mil libras. La pensión es demasiado gravosa; la Orden no es rica... Es preciso rescatar esos papeles por una suma de dinero dada una vez, o en caso negativo suprimir la pensión... sin riesgo.

—Procuraré hacerlo —dijo Aramis.

—La semana última ha debido entrar en Lisboa un buque procedente de Lima; viene cargado ostensiblemente de chocolate, pero en realidad, su cargamento es de oro. Cada lingote está oculto bajo una capa de chocolate. Ese buque es de la Orden; vale diez y siete millones de libras. Lo haréis reclamar, aquí están las cartas de porte.

—¿Y a qué puerto lo he de hacer venir?

—A Bayona.

—Salvo que haya vientos adversos, estará allí antes de tres semanas. ¿Tenéis algo más que encargar?

El franciscano hizo con la cabeza una señal afirmativa, porque no podía ya hablar: agolpóse la sangre a la garganta y a la cabeza, y empezó a salirle por boca, narices y ojos. El infeliz no tuvo tiempo más que para apretar la mano de Aramis, y cayó con todo el cuerpo crispado desde la cama al suelo.

Aramis le colocó la mano en el corazón, había cesado de latir.

Al bajarse, Aramis advirtió que habíase librado de las llamas un fragmento del papel entregado al franciscano.

Lo recogió, y lo quemó hasta el último átomo.

Luego, llamando al confesar y al médico:

—Vuestro penitente está con Dios —dijo al confesor—; no necesita ya más que preces la sepultura de los muertos. Id a preparar lo conveniente para un entierro sencillo, como corresponde a un pobre fraile... Id.

El jesuita salió. Entonces, volviéndose al médico y viendo pintada en su pálido rostro la ansiedad:

—Señor Grisart —le dijo en voz baja—, vaciad el vaso y limpiadlo, queda ahí mucho, más de lo que el Gran Consejo os mandó poner.

Grisart, confuso, aturdido, aterrado, estuvo a punto de caer de espaldas.

Aramis se encogió de hombros en señal de compasión, tomó el vaso y vació su contenido en las cenizas del hogar.

Enseguida salió, llevándose los papeles del difunto.

## Capítulo LIII

---

### La misión

A la mañana siguiente, o mejor dicho, aquel mismo día, porque los sucesos que acabamos de referir habían terminado a las tres de la mañana, antes del desayuno, como el rey partiera para la misa con las dos reinas, como Monsieur, con el caballero de Lorena y algunos otros familiares, montara a caballo para dirigirse al río, con objeto de tomar uno de aquellos famosos baños que tanto enloquecían a las damas; como sólo quedase Madame en el palacio, que, so pretexto de hallarse indisposta, no quiso salir, viose, a mejor dicho, se distinguió apenas a Montalais deslizarse fuera de la cámara de las camaristas, llevando tras de sí a La Vallière, que se ocultaba todo lo posible; y las dos, esquivándose por los jardines, llegaron, mirando en torno suyo, hasta los tresbolillos.

El tiempo estaba nebuloso; un viento cálido doblaba las flores y los arbustos; el polvo abrasador, arrancado de los caminos, subía a torbellinos por cima de los árboles.

Montalais, que, durante toda la marcha había desempeñado las funciones de un diestro explorador, dio algunos pasos más, y, volviéndose para asegurarse de que nadie se acercaba ni las oía:

—¡Vamos —dijo—, gracias a Dios estamos solas! Desde ayer, todo el mundo espía, aquí, y se ha formado un círculo a nuestro alrededor como si en realidad estuviésemos atacadas de la peste.

La Vallière bajó la cabeza y exhaló un suspiro.

—Es inaudito —prosiguió Montalais—. Desde el señor Malicorne hasta el señor de Saint-Aignan, todo el mundo anda a vueltas con nuestro secreto. Vamos, Luisa, recordemos algunas circunstancias, para saber a qué atenerme:

La Vallière levantó sobre su compañera sus bellos ojos, puros y penetrantes

como el azul de un cielo de primavera.

—Y yo —dijo— te preguntaré por qué hemos sido llamadas al cuarto de Madame; por qué hemos dormido en su habitación en vez de dormir en la nuestra, según costumbre; por qué te has retirado tan tarde y de dónde proceden esas medidas de vigilancia que se han tomado esta mañana con respecto a nosotras.

—Mi querida Luisa, responder a mi pregunta con otra, o más bien con diez, lo que no es responder. Ya te explicaré eso más tarde, y como son cosas de importancia secundaria, bien podrás esperar. Lo que te pregunto, porque todo depende de eso, es si hay o no secreto.

—No sé si hay secreto —repuso La Vallière—, pero lo que te puedo decir es que, por mi, parte a lo menos, ha habido imprudencia; desde mis necias palabras y mi desmayo, aún más necio, de ayer, todo el mundo hace aquí sus comentarios acerca de nosotras.

—Habla por ti, amiga mía —dijo riendo Montalais—, por ti y por Tonnay-Charente, que hicisteis ayer declaraciones a las nubes, declaraciones que desgraciadamente han sido interceptadas.

La Vallière bajó la cabeza.

—Tus palabras —dijo— me trastornan.

—¿Mis palabras?

—Esas chanzas me dan la muerte.

—Escucha, escucha, Luisa. No son chanzas éstas, antes por el contrario, no hay cosa más seria. No creas que te he arrancado de Palacio, que he faltado a la misa, que he fingido una jaqueca con Madame, jaqueca que tanto teníamos una como otra, y que he desplegado, por fin, diez veces más diplomacia de la que ha heredado el señor Colbert del señor Mazarino y de la que usa con el señor Fouquet, para venir a referirte mis penas con el solo fin de que, cuando estamos solas y nadie nos escucha, vengas a jugar conmigo.

No, no, créeme; cuando te pregunto no es por mera curiosidad, sino porque la situación es crítica realmente. Se sabe lo que dijiste ayer y murmurase sobre el particular. Cada cual viste las cosas a su manera; tú has tenido esta noche el honor, y lo tienes todavía esta mañana, de ser objeto de la conversación de toda la Corte, y la infinitud de frases afectuosas y felices que te atribuyen sería capaz de excitar la envidia de la señorita Scuderi y de su hermano, si les fuesen referidas con exactitud.

—¡Vaya, mi buena Montalais! —dijo la infeliz niña—. Mejor que nadie sabes tú lo que dije, puesto que lo dije delante de ti.

—¡Oh! Bien lo sé; pero la cuestión no está en eso. No he olvidado ni una sola de las palabras que pronunciaste; pero ¿pensabas tú lo que decías?

Luisa se turbó.

—¿Todavía con preguntas? —murmuró. A pesar de que daría cuanto tenga

para olvidar lo que dije, no parece sino que todo el mundo se pone de acuerdo, para hacérmelo traer, a la memoria. ¡Oh! Esto es inaguantable.

—¿El qué? Vamos a ver.

—¡El tener una amiga que debería evitarme molestias, aconsejarme y ayudarme a salir del apuro, y en lugar de eso me mata y me asesina!

—¡Bah, bah! —exclamó Montalais—. Después de haber dicho muy poco, vienes ahora diciendo demasiado. Nadie intenta matarte, ni robarte, ni aun siquiera tu secreto; lo que se quiere es tenerlo de buena voluntad y no de otro modo, porque no se trata sólo de tus asuntos, sino de los nuestros, eso es cosa que diría Tonnay-Charente, lo mismo que yo, si estuviera aquí. Ello es que anoche me pidió una entrevista en nuestro cuarto, y cuando me dirigía allá después de los coloquios manicampos y malicornios, supe a mi regreso, que fue verdaderamente algo tardío, que Madame había secuestrado a las camaristas, y que teníamos que dormir en su cuarto en vez de dormir en el nuestro. Pues ahora bien; Madame secuestró a las camaristas para que no tuvieran tiempo de recordar incidentes, y con ese mismo objeto se encerró esta mañana con Tonnay-Charente. Dime, pues, querida amiga, en qué podemos contar contigo; Atenaida y yo, que después te diremos en lo que podrás contar con nosotras.

—No comprendo bien la pregunta que me haces —dijo Luisa con suma agitación.

—¡Hum! Pues creo, por el contrario, que me comprendes demasiado bien. Pero quiero precisar mis preguntas, para que no puedas echar mano del menor subterfugio. Escucha, pues: ¿Amas al señor de Bragelonne? Se me figura que la pregunta es clara, ¡eh?

A tal pregunta, que cayó como el primer proyectil de un ejército sitiador en una plaza sitiada, hizo Luisa un movimiento.

—¡Si amo a Raúl! —exclamó—. ¡El amigo de mi infancia! ¡Mi hermano!

—No, no es eso, todavía te me escapas, o, por mejor decir, te me quieras escapar. No te pregunto si quieres a Raúl, tu amigo de la infancia y hermano tuy o, sino si amas al señor vizconde de Bragelonne, tu prometido.

—¡Ay, Dios santo, querida! —dijo Luisa—. ¡Qué severas son tus palabras!

—No hay remisión; no soy ni más ni menos severa que de costumbre; te dirijo una pregunta, y quiero que me respondas a ella.

—Seguramente —dijo Luisa con voz sofocada— que no me hablas como amiga; pero yo te contestaré como amiga sincera.

—Responde.

—Pues bien, tengo mi corazón lleno de escrúpulos y de ridículas susceptibilidades acerca, de todo aquello sobre lo cual debe guardar secreto una mujer, y nadie ha leído en ese punto en lo íntimo de mi alma.

—Bien lo sé, pues si hubiese leído en ella, no te preguntaría, sino que te diría simplemente: «Querida Luisa, tienes la felicidad de conocer al señor de

Bragelonne, que es un buen mozo y un partido excelente para una muchacha sin fortuna. El señor de la Fère dejará unas quince mil libras de renta a su hijo; por consiguiente, llegará un día en que tú, como mujer de ese hijo, tendrás tus quince mil libras de renta. Ya ves que eso es cosa muy bonita. No vayas, pues, a derecha ni a izquierda, sino dirígete francamente al señor de Bragelonne; esto es, al altar adonde debe conducirte. ¿Después? Allá se verá; según su carácter, serás emancipada o esclava, es decir, que tendrás el derecho a hacer todas las locuras que hacen las mujeres demasiado libres o demasiado esclavas». Ahí tienes, querida Luisa, lo que te diría si hubiese leído en el fondo de tu corazón.

—Y yo te daría las gracias —balbuceó Luisa—, aunque el consejo no me parece enteramente bueno.

—Aguarda... aguarda... A renglón seguido de habértelo dado, añadiría: «Luisa, es peligroso pasar días enteros con la cabeza abatida sobre el pecho, las manos inertes, la mirada vaga; es peligroso buscar las avenidas sombrías y no participar de las diversiones que regocijan los corazones de todas las jóvenes; es peligroso, Luisa, escribir con la punta del pie; como sueles hacer, sobre la arena, letras que, por más que te apresures a borrarlas; siempre aparecen por debajo del talón, principalmente cuando esas letras se asemejan más a una L que a una B; es peligroso, en fin, forjarse allá en la mente mil extrañas ilusiones, fruto de la soledad y de los dolores de cabeza; esas ilusiones socavan las mejillas de una pobre muchacha al mismo tiempo que su cerebro, y no es cosa rara ver en esas ocasiones a una persona de amable y risueño trato volverse taciturna y fastidiosa, y a la de más talento convertida en una imbécil».

—Gracias; mi querida Aura —replicó con dulzura La Vallière—; es muy propio de tu carácter hablarme así, y te doy las gracias por hablarme conforme a tu carácter.

—Y en lo que digo me refiero a los sueños quiméricos; de consiguiente, no tomes de mis palabras sino lo que creas que debes tomar. Mira, no sé qué cuento se me viene ahora a la memoria respecto a cierta muchacha vaporosa o melancólica, porque el señor Dangeau me explicaba el otro día que melancolia debía escribirse gramaticalmente con una h entre la c y la o, por ser término compuesto de dos palabras griegas, una de las cuales significa negra y la otra bilis. Estaba pensando, pues, en esta joven que murió de bilis negra, por haberse figurado que el príncipe, el rey o el emperador, el título es lo de menos, estaba muerto de amor por ella; mientras que el príncipe, el rey o el emperador... como quieras llamarlo, amaba visiblemente a otra, y lo más extraño era que la pobre no advertía lo que advertía todo el mundo, que no servía más que de pantalla para otro amor. ¿No es cierto, La Vallière, que te ríes como yo de esa pobre loca?

—Sí que me río —tartamudeó Luisa, pálida como un cadáver—. Y con razón, pues la cosa lo merece. La historia o cuento, como quieras llamarlo, me agració,

y por eso lo retuve en la memoria y te lo refiero. ¿Te figuras, mi querida Luisa, el estrago que haría en tu cerebro, por ejemplo, una melancolía con de especie? Por mi parte, he resuelto contarte la historieta para que, si a cualquiera de nosotras nos sucediese un lance semejante, estemos persuadidas de esta verdad: hoy es un añagaza; mañana será una rechifla; pasado mañana ha de ser la muerte.

La Vallière se estremeció, más lívida aún de lo que estaba.

—Cuando un rey se ocupa de nosotras —continuó Montalais—; nos lo hace ver claramente, y, si somos el bien que codicia, sabe cómo debe comportarse. Ya ves, Luisa, que en tales circunstancias, entre muchachas expuestas a semejante peligro, es preciso hacerse toda clase de confidencias, a fin de que los corazones no melancólicos vigilen a dos que pueden llegar a serlo.

—¡Silencio; silencio! —murmuró La Vallière—. Alguien viene.

—Vienen, en efecto —dijo Montalais—; pero ¿quién puede venir? Todo el mundo está en misa con el rey, o en el baño con Monsieur. Al extremo de la avenida divisaron casi al punto, bajo el arco de verdura, el andar gracioso y la aventajada estatura de un joven que, con su espada bajo el brazo y una capa encima, puesto de boas y espuelas, las saludaba de lejos con dulce sonrisa.

—¡Raúl! —gritó Montalais.

—¡El señor de Bragelonne! —murmuró Luisa.

—Aquí tenemos al juez que puede dirimir mejor nuestra contienda —dijo Montalais.

—¡Oh! ¡Montalais; Montalais, por piedad! —prorrumpió La Vallière—. ¡Después de haber sido cruel, no seas inexorable!

Estas palabras pronunciadas con todo el ardor de una súplica, borraron del rostro al menos, si no del corazón de Montalais, todo el indicio de ironía.

—¡Oh! ¡Bella estás cual otro Amadís, señor de Bragelonne! —le dijo a Raúl—. ¡Y armado y calzado como él!

—Mis respetos, señoritas —respondió Bragelonne inclinándose.

—Mas en fin; ¿por qué esas botas? —decía Montalais, mientras que La Vallière, mirando a Raúl con sorpresa igual a la de su compañera, guardaba, sin embargo; silencio.

—¿Por qué? —preguntó Raúl.

—Sí —aventuró a su vez La Vallière.

—Porque parto —dijo Bragelonne mirando a Luisa.

La joven se sintió acometida de un supersticioso terror, y se le fue la vista.

—¡Marcháis, Raúl! —dijo—. ¿Y adónde?

—Mi querida Luisa —dijo el joven con aquella placidez que le era natural—, marchó a Inglaterra.

—¿Y qué vais a hacer allí?

—El rey me envía.

—¡El rey! —exclamaron al mismo tiempo Luisa y Aura, cambiando involuntariamente una mirada, porque recordaban una y otra la conversación interrumpida hacía poco.

Aquella mirada, Raúl la interceptó, pero no podía comprenderla. La atribuyó por consiguiente, al interés que tenían hacia él las dos jóvenes.

—Su Majestad —dijo— se ha dignado acordarse de que el conde de la Fère había sido bien recibido por el rey Carlos II. Por tanto, esta mañana, al partir para la misa, el rey, viéndome en su camino, me ha hecho una señal con la cabeza. Entonces me he acercado: « Señor de Bragelonne —me ha dicho—, pasaréis por casa del señor Fouquet, que ha recibido, de mí cartas para el rey de la Gran Bretaña; vos seréis el portador de esas cartas». Yo me incliné. « ¡Ah! Antes de partir —añadió— tendréis la amabilidad de presentaros a Madame y recibir los encargos de la princesa para el rey su hermano».

—¡Dios mío! —murmuró Luisa, nerviosa y pensativa a la vez.

—¡Tan pronto! ¿Se os manda marchar tan pronto? —dijo Montalais paralizada por aquel extraño acontecimiento.

—Para obedecer bien a aquellos a quienes se respeta —dijo Raúl—, es necesario obedecer pronto. Diez minutos después de recibir la orden, estaba dispuesto. Madame avisada ya, escribe la carta, de la que me hace el honor de encargarme. Entretanto, sabiendo por la señorita de Tonnay-Charente que debíais estar hacia los tresbolillos, he venido y os encuentro a ambas.

—Y las dos bastante dolientes, como veis —dijo Montalais, para ir en auxilio de Luisa, cuya fisonomía se alteraba visiblemente.

—¡Dolientes! —repitió Raúl tomando con tierna curiosidad la mano de Luisa de La Vallière: ¡Oh!

Efectivamente, vuestra mano ésta helada.

—Eso no es nada.

—Ese frío no llega hasta el corazón, ¿no es verdad, Luisa? —preguntó el joven con dulce sonrisa.

Luisa levantó vivamente la cabeza, como si esta pregunta hubiese sido inspirada por una sospecha y hubiera provocado un remordimiento.

—¡Oh! Sabéis —dijo con esfuerzo—, que nunca mi corazón estará frío para un amigo como vos, señor de Bragelonne.

—Gracias, Luisa. Conozco vuestro corazón y vuestra alma, y no es por el contacto de una mano, ya lo sé, como se juzga un afecto como el vuestro. Luisa, ya sabéis cuánto os amo, con qué confianza y abandono os he dado mi vida; me perdonaréis, pues, ¿no es cierto?, que os hable de manera un poco infantil.

—Hablad, Raúl —contestó Luisa temblorosa—; os escucho.

—Puedo alejarme de vos llevándome un tormento, absurdo, ya lo sé, pero, que sin embargo me desgarra.

—¿Acaso os alejáis por largo tiempo? —preguntó La Vallière con voz

oprimida, mientras que Montalais volvía la cabeza.

—No, y probablemente no permaneceré ausente más de quince días.

La Vallière apoyó una mano sobre su corazón, que se le destrozaba.

—Es extraño —continuó Raúl, mirando melancólicamente a la joven—; muchas veces me he separado de vos para ir a encuentros peligrosos, partía alegre entonces, con el corazón sereno; el alma embebida en un porvenir de felicidad, de futuras esperanzas, y sin embargo, se trataba para mí de desafiar las balas de los españoles o las duras lamas de los valones. Hoy, voy sin ningún peligro, sin inquietud alguna, a buscar por el camino más recto una bella recompensa que me promete el favor del rey, voy a conquistaros tal vez; porque, ¿cuál otro favor más precioso que el de poseeros podría el, rey concederme? Pues bien, Luisa, no sé, en verdad, cómo es, pero toda esa dicha, todo ese porvenir, huye ante mis ojos como vano humo, como sueño quimérico, y siento aquí, en lo más profundo del alma, un gran pesar, un indecible abatimiento, algo triste, de inerte y de muerte, como un cadáver. ¡Oh! Sé muy bien por qué, Luisa, es porque no os he visto jamás tan querida cual lo sois en este instante. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

A esta última exclamación, salida de un corazón despedazado, Luisa rompió en llanto, cayó en brazos de Montalais.

Ésta, aunque no era de las más sensibles, sintió humedecerse sus ojos y oprimirse su corazón en un círculo de hierro.

Raúl vio las lágrimas de su prometida, y su mirada no penetró, no intentó penetrar más allá de aquellas lágrimas. Hincó una rodilla delante de ella y besóle tiernamente la mano.

Veíase que en aquel beso iba todo su corazón.

—Levantaos, levantaos —le dijo Montalais, próxima a llorar ella tan bien—; Atenaïda se acerca.

Raúl limpió su rodilla con el revés de su manga, sonrió otra vez a Luisa, que ya no le miraba, y, estrechando la mano de Montalais con efusión, se volvió para saludar a la señorita de Tonnay-Charente; cuyo sedoso vestido se oía ya rozando la arena de las calles de árboles.

—¿Ha concluido Madame su carta? —le preguntó luego que la, joven estuvo al alcance de su voz.

—Sí, señor vizconde; la carta está acabada y sellada, y Su Alteza os espera.

Al oír Raúl esta palabra tomó el tiempo apenas necesario para saludar a Atenaïda, dirigió una última mirada a Luisa, hizo una última seña a Montalais, y alejóse en dirección al palacio.

Pero, conforme se alejaba, volvía a cada paso la cabeza. Finalmente, al doblar la avenida mayor, por más que se volvió nada pudo ver ya.

Por su parte, las tres jóvenes le habían visto desaparecer con sentimientos muy distintos.

—Gracias a Dios —dijo Atenaida rompiendo la primera el silencio—, al fin nos vemos solas y en libertad de hablar del gran asunto de ayer, para ponernos de acuerdo sobre la conducta a seguir. Ahora, si queréis prestarme atención —prosiguió mirando a todos lados—, voy a explicaros lo más brevemente posible, primero nuestro deber, como yo lo entiendo, y, si no me comprendéis con medias palabras, la voluntad de Madame.

Y la señorita de Tonnay-Charente acentuó estas últimas palabras, de modo que no quedase duda a sus compañeras acerca del carácter oficial de que estaba revestida.

—¡La voluntad de Madame! —murmuraron a la vez Montalais y Luisa.

—¡Ultimátum! —replicó diplomáticamente la señorita de Tonnay-Charente.

—¡Pero, Dios mío, señorita! —exclamó La Vallière—. Sabe Madame...

—Madame sabe más de lo que le hemos dicho nosotras —articuló claramente Atenaida—. Por consiguiente, señoritas, miremos bien lo que hemos de hacer.

—¡Oh! Sí —dijo Montalais—. Por mi parte, escucho con todos mis oídos. Habla, Atenaida.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró Luisa toda trémula—. ¿Sobreviré a esta cruel noche?

—¡Oh! No os desaniméis de ese modo —dijo Atenaida—, que para todo existe remedio.

Y, sentándose en medio de sus dos compañeras, a cada una de las cuales cogió una mano, que reunió en las suyas, principió sus explicaciones.

Al murmullo que producían sus primeras palabras, vino a unirse el ruido de un caballo que galopaba por el camino real, fuera de la verja de los jardines.

## Capítulo LIV

---

### Dichoso como un príncipe

En el mismo instante que el señor de Bragelonne iba a entrar en el palacio, encontró a Guiche.

Mas antes de encontrar a Raúl, Guiche había encontrado a Manicamp, el cual había encontrado a Malicorne.

¿Y cómo Malicorne había encontrado a Manicamp? De una manera muy sencilla: esperándole a que saliera de misa, a la que asistió en compañía del señor de Saint-Aignan.

Luego que estuvieron reunidos, se felicitaron por aquel encuentro, y Manicamp se aprovechó de la ocasión a fin de preguntar a su amigo si le habían quedado por casualidad algunos escudos en el bolsillo.

Este, sin sorprenderse de la pregunta, que tal vez esperaba, le contestó que todo bolsillo de donde siempre se saca sin meter nunca, aseméjase a los pozos, que suministran agua durante el invierno; pero que los jardineros acaban por agotar en el verano; que su bolsillo no carecía de profundidad, y que tenía gran placer en sacar de él en tiempo de abundancia, pero que, desgraciadamente, el abuso había traído en pos de sí la esterilidad.

A lo cual, todo preocupado, había replicado Manicamp: « Tenéis razón» .

—Por consiguiente, de lo que debe tratarse es de llenarlos —repuso Malicorne.

—Así es; pero ¿cómo?

—Nada más fácil, querido señor Manicamp.

—¡Bueno! Decid.

—Un destino en casa de Monsieur y se llena el bolsillo.

—Pero si ya tenéis ese destino.

—Lo que tengo es el título.

—¿Y qué?

—Un título sin destino, es un bolsillo sin dinero.

—Tenéis razón —respondió por segunda vez Manicamp.

—Emprendámosla con el destino —insistió el titular.

—Querido, mi muy querido amigo —suspiró Manicamp—; un destino en casa de Monsieur, es una de las graves dificultades de nuestra situación.

—¡Oh, oh!

—Sí, por cierto; en este instante nada podemos pedir a Monsieur.

—¿Y por qué?

—Porque estamos en relaciones frías con él.

—¡Qué disparate! —articuló claramente Malicorne.

—¡Bah! Y si hacemos la corte a Madame —dijo Manicamp—, ¿creéis que pueda Monsieur mirarnos con buenos ojos?

—Pues precisamente si hacemos la corte a Madame y somos hábiles, debe adorarnos Monsieur.

—¡Hum!

—¡Oh, somos unos tontos! Daos prisa, pues, señor Manicamp, vos que sois, gran político, a procurar que hagan las paces el señor de Guiche y Su Alteza Real.

—Veamos, Malicorne, ¿qué os ha dicho el señor de Saint-Aignan?

—¿A mí? Nada; antes bien me ha preguntado:

—Pues conmigo ha sido menos prudente.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que el rey está locamente enamorado de la señorita de La Vallière.

—¡Ya sabíamos eso, diantre! —replicó irónicamente Malicorne—. Y bien alto se dice para que nadie lo ignore; pero entre tanto haced lo que os digo: hablad al señor de Guiche, y procurad recabar de él que dé algún paso hacia Monsieur. ¡Qué diantre!

—¡Bien debe eso a Su Alteza Real!

—Pero sería preciso ver a Guiche.

—Creo que no hay en ello gran dificultad. Haced por verle, lo que he hecho yo por veros a vos; aguardadle, pues ya sabéis que por carácter le gusta pasear.

—Sí, pero ¿por dónde pasea?

—¡Vaya un apuro! El señor de Guiche está enamorado de Madame, ¿no es cierto?

—Así dicen.

—Pues bien, entonces paseará por el lado de las habitaciones de Madame.

—Y que no os engañáis; querido Malicorne, pues por allí lo veo venir. ¿Y por qué me había yo de engañar? ¿Habéis visto que sea ésa mi costumbre? Con que, ¡ea!, no se trata más que de entendernos. ¿Tenéis necesidad de dinero?

—¡Ay! —suspiró tristemente Manicamp.

—Pues yo necesito mi destino. Tenga Malicorne el destino, que Manicamp tendrá dinero. Esto no es más difícil que aquello.

—Entonces, perded cuidado. Haré lo que esté de mi parte.

—Pues a ello.

Guiche se aproximaba; Malicorne echó por otro lado, y Manicamp atrapó a Guiche. El conde estaba pensativo y sombrío.

—¿Qué consonante buscáis, querido conde? Tengo una excelente para concertar con la vuestra, sobre todo si la vuestra es asna.

Guiche sacudió la cabeza, y, reconociendo a un amigo, le cogió del brazo.

—Mi querido Manicamp —dijo—, otra cosa busco que una consonante.

—¿Qué buscáis?

—Y vais a ayudarme a encontrar lo que busco —continuó el conde—, vos, que sois un perezoso, es decir, una persona de ingenio.

—Pongo todo mi ingenio a vuestra disposición, apreciable conde.

—El hecho es el siguiente: quiero facilitarme entrada en una casa donde tengo que hacer.

—Es necesario ir adonde está esa casa —dijo Manicamp.

—Ya. Pero la casa está habitada por un esposo celoso.

—¿Más vigilante que el Cancerbero?

—No más, pero sí tanto.

—¿Tiene tres bocas, como aquel desesperado guardián de los infiernos...? ¡Oh! No os encojáis de hombros, querido conde, que no hago esa pregunta sin motivo. Dicen los poetas que para adormecer al Cancerbero es preciso que el viajero vaya provisto de una torta. Yo, que veo la cosa por su lado prosaico, es decir, por su lado real y verdadero, digo entre mí: «una torta es muy poco para tres bocas». Si vuestro celoso tiene tres bocas, conde, pedid tres tortas.

—Manicamp, para consejos de esa especie, iría a buscarlos a casa del señor de Beaute.

—Pues para tenerlos mejores, señor conde —dijo Manicamp con seriedad cómica—, procurad adoptar una fórmula más clara que la que habéis usado.

—¡Ah! Si estuviese aquí Raúl; él me comprendería —dijo Guiche.

—Ya lo creo, principalmente si le decíais: «Mucho desearía ver a Madame más de cerca, pero temo a Monsieur, que está celoso».

—¡Manicamp! —exclamó encolerizado el conde, procurando confundir con su mirada a aquel impertinente.

Mas el impertinente no pareció sentir la menor emoción.

—¿Qué hay, mi querido conde? —preguntó Manicamp.

—¿Así profanáis los nombres más respetables, los primeros nombres del reino? —exclamó Guiche.

—No os incomodéis por eso, mi querido conde, y haced cuenta de que nada

he dicho.

—Pero si se trata de una dama que tiene un esposo celoso, os aconsejo lo siguiente: « Para ver a la mujer, conciliaos al marido» .

—Mal chiste —dijo sonriendo el conde— es el que has dicho.

—Pasemos a otra cosa.

—¡Bien!

—Ahora —añadió Manicamp—, ¿queréis que sean la señora duquesa... y el señor duque? Entonces os diría: « Conciliémonos a esa casa, cualquiera que sea; porque semejante táctica no puede ser en ningún caso desfavorable a vuestro amor» .

—¡Ay, Manicamp! Un pretexto, un buen pretexto, ¡búscamelo!

—Un pretexto, ¡pardiez! Cien, mil tendríamos, si estuviese aquí Malicorne. Bien seguro que os habría encontrado ya cincuenta mil pretextos a cual mejor.

—¿Quién es Malicorne? —dijo Guiche guiñando los ojos como quien busca—. Se me figura que conozco ese nombre...

—¡Ya lo creo que lo conocéis! ¡Cómo que debéis treinta mil escudos a su padre!

—¡Ah! Sí, es aquel digno mozo de Orléans.

—A quién prometisteis un destino en casa de Monsieur; no el marido celoso, sino el otro.

—Pues bien, puesto que tanto ingenio tiene tu amigo Malicorne, que me busque el medio de ser adorado por Monsieur, que me busque conservar su favor.

—Le hablaré de ello. Pero ¿quién viene allí?

—El vizconde de Bragelonne.

—¡Raúl! Si, en efecto.

Y Guiche se apresuró a salir al encuentro del joven.

—¿Vos por aquí, mi querido Raúl? —dijo Guiche.

—Sí, os buscaba para despedirme, querido amigo —repuso Raúl apretando la mano al conde—. Buenos días, señor Manicamp.

—Pues qué, ¿te vas, vizconde?

—Sí, me voy.

—Misión del rey.

—¿Y adónde vas?

—A Londres. Voy a ver a Madame, que tiene que entregarme una carta parra Su Majestad el rey Carlos II.

—Sola la hallarás, pues Monseñor ha salido.

—Para ir...

—Al baño.

—Entonces, querido amigo, tú, que eres gentilhombre de Monsieur, encárgate de disculparme. Habría ido para recibir sus órdenes, si el señor Fouquet no me hubiera manifestado que su Majestad deseaba que partiese inmediatamente.

Manicamp dio con el codo a Guiche.

—Ved ahí un pretexto —dijo.

—¿Cuál?

—El de presentar, las excusas del señor de Bragelonne.

—Débil pretexto —dijo Guiche.

—Excelente, si Monsieur no os tiene rencor; malo, como otro cualquiera, si por el contrario os lo tiene.

—Es verdad, Manicamp; un pretexto, sea el que quiera, es cuanto necesito. ¡Mi, pues, feliz viaje, querido Raúl!

Y, seguidamente, se abrazaron los dos amigos.

Cinco minutos después, entraba Raúl en la habitación de Madame, en conformidad al recado que le enviara por medio de la señorita de Tonnay-Charente.

Hallábase todavía Madame sentada a la mesa, donde había escrito su epístola. Ante ella ardía la bujía de cera color de rosa que de había servido para sellarla, pues, en su preocupación, se le olvidó apagarla.

Esperaba a Bragelonne; de modo que le anunciaron así qué se presentó.

Bragelonne era la elegancia personificada: imposible verle una vez sin que su figura quedara impresa para siempre; y Madame no sólo le había visto una vez, sino que, como se recordará, fue uno de los primeros en salir a recibirla, para acompañarla del Havre a París.

Por consiguiente, Madame conservaba muy buenos recuerdos de Bragelonne.

—¡Ah! —le dijo—. Al fin, señor, vais a ver a mi hermano, que tendrá la satisfacción de satisfacer al hijo parte de la deuda de reconocimiento contraída con el padre.

—Señora, el conde de la Fère está ampliamente recompensado de lo poco que ha tenido la honra de hacer en obsequio del rey, con las bondades que el rey se ha dignado manifestarle, y yo voy, por el contrario, a hacer presente a Su Majestad el respeto y el reconocimiento que le profesan tanto el padre como el hijo.

—¿Conocéis a mi hermano, señor vizconde?

—No, Alteza; ésta será la vez primera que tenga el gusto de ver a Su Majestad.

—No tenéis necesidad de recomendación alguna para con él; pero, si acaso dudaraís de vuestro valor personal, tomadme resueltamente por fiadora vuestra, que no os desmentiré.

—¡Oh! Vuestra Alteza es en extremo bondadosa.

—No, señor de Bragelonne. Me acuerdo de cuando hicimos el camino juntos, y entonces advertí vuestra exquisita prudencia en medio de las supremas locuras que hacían a vuestra derecha y a vuestra izquierda, dos de los más grandes y

rematados locos de este mundo: los señores de Guiche y de Buckingham. Mas no hablemos de ellos, y vengamos a vos. ¿Vais a Inglaterra para procurarlos allí alguna posición? Perdonad mi pregunta; no es la curiosidad, sino el deseo de poderos ser provechosa en algo, lo que me la dicta.

—No, señora; voy a Inglaterra para desempeñar una misión que Su Majestad ha tenido a bien confiarle.

—¿Y pensáis regresar a Francia?

—Así que cumpla mi encargo, a menos que Su Majestad el rey Carlos II me dé otras órdenes.

—A lo menos estoy segura de que os suplicará que permanezcáis a su lado todo el tiempo que os sea posible.

—Entonces, como no sabré negarme a ello, pediré de antemano a Vuestra Alteza Real se digne recordar al rey de Francia que tiene lejos de sí a uno de sus mas fieles servidores.

—Mirad lo que decís, porque quizás cuando os llame miréis su orden como un abuso de poder.

—No comprendo, señora.

—Ya sé que la corte de Francia es incomparable; pero también la de Inglaterra posee muy lindas muchachas.

Raúl sonrió.

—¡Oh! —continuó Madame—. Esa sonrisa nada bueno presagia para mis compatriotas.

—Es como si dijeseis. « Vengo entre vosotras, pero dejo mi corazón al otro lado del Estrecho». ¿No es eso lo que significa vuestra sonrisa?

—Vuestra Alteza tiene el don de leer hasta en lo más profundo de las almas; ahora comprenderá por qué será un sentimiento para mí que se prolongue mi permanencia en la corte de Inglaterra.

—Excuso preguntar si un caballero tan distinguido como vos es correspondido.

—Señora, me he criado con la que amo, y creo que ella me profesa los mismos sentimientos que le profeso yo a ella.

—Pues bien, partid pronto, señor de Bragelonne; volved pronto, y, a vuestro regreso, tendremos el gusto de ver dos personas felices, porque supongo que no habrá obstáculo alguno a vuestra felicidad.

—Hay uno, y grande, señora.

—¡Bah! ¿Y cuál?

—La voluntad del rey.

—¡La voluntad del rey...! ¿Se opone el rey a vuestro matrimonio?

—Por lo menos lo difiere. Hice pedir a Su Majestad su consentimiento por medio del conde de la Fère, y aunque no lo ha negado categóricamente, le manifestó que lo haría esperar.

—¿Es acaso indigna de vos la persona a quien amáis?

—Es digna del amor de un rey, señora.

—Quiera decir, si no es de nobleza igual a la vuestra.

—Es de muy buena familia.

—¿Joven? ¿Bella?

—Diecisiete años... Y en cuanto a hermosura, para mí es encantadora.

—¿Está en alguna provincia, o en París?

—En Fontainebleau, señora.

—¿En a Corte?

—Sí.

—¿La conozco yo?

—Tiene el honor de pertenecer a la Casa de Vuestra Alteza Real.

—¿Su nombre? —preguntó pon ansiedad la princesa—. A menos —añadió recobrándose al punto que su nombre sea un secreto.

—No, señora; mi amor es demasiado puro para hacer de él un secreto, y mucho menos para Vuestra Alteza, que tan bondadosa se muestra conmigo. La persona a quien amo es la señorita Luisa de La Vallière.

La princesa no pudo dominar un grito en que había algo más que sorpresa.

—¡Ah! —dijo—. La Vallière... la que ayer.

La princesa se contuvo.

—La que ayer encontraron indisposta —prosiguió.

—Sí, señora. Hasta esta mañana no he tenido noticia de esa indisposición.

—¿Y la habéis visto antes de venir aquí?

—He tenido el honor de despedirme de ella.

—¿Y decís —añadió Madame haciendo un esfuerzo sobre sí misma—, que el rey... ha diferido vuestro enlace con ella?

—Sí, señora; lo ha diferido.

—¿Y ha dado alguna razón para ello?

—Ninguna.

—¿Hace mucho que el conde de la Fère le solicitó su consentimiento?

—Más de un mes, señora.

—¡Es extraño! —dijo la princesa. Y algo como una nube cruzó por delante de sus ojos.

—¿Un mes? —repitió.

—Poco más o menos.

—Tenéis razón, señor vizconde —dijo la princesa con cierta sonrisa en que Bragelonne hubiera podido notar alguna violencia—; es preciso que mi hermano no os retenga mucho tiempo a su lado; partid pronto, y, en la primera carta que escriba a Inglaterra, os reclamaré en nombre del rey.

Y Madame se levantó para poner su carta en manos de Bragelonne.

Raúl comprendió que su audiencia había concluido; cogió la carta, se inclinó

ante la princesa y salió.

—¡Un mes! —murmuró la princesa—. ¿Tan ciega habré estado que no haya advertido en un mes esta inclinación?

Y, como no tenía nada que hacer, comenzó para su hermano la carta en cuyo *post scriptum* debía ser llamado Bragelonne.

El conde de Guiche había, como ya hemos visto, cedido a las instancias de Manicamp dejándose arrastrar por él hasta las cuadras, donde hicieron ensillar sus caballos; tras de lo cual, por la estrecha alameda, cuya descripción hemos dado ya, avanzaron al encuentro de Monsieur, quien al salir del baño, volvía fresco hacia Palacio, llevando sobre el rostro un velo de mujer, para que el sol; que ya calentaba, no le tostase el cutis.

Monsieur se hallaba en uno de esos accesos de buen humor que le inspiraba a veces la admiración de su propia hermosura. En el agua había podido comparar la blancura de su cuerpo con la del cuerpo de sus cortesanos; y, gracias al cuidado que Su Alteza Real tenía de sí mismo; ninguno pudo, ni aun el caballero de Lorena, sostener la comparación.

Monsieur había además, nadado con buen éxito, y todos sus nervios, tensos en moderada medida por aquella saludable inmersión en el agua fresca, mantenían su cuerpo y su espíritu en feliz equilibrio.

De modo que, al ver a Guiche, que le salía al encuentro al trote sobre magnífico caballo blanco, el príncipe no dudó contener una exclamación de alegría.

—Me parece que la cosa marcha —dijo Manicamp, que creyó leer aquella benevolencia en la fisonomía de Su Alteza Real.

—¡Buenos días, Guiche, buenos días mi pobre Guiche! —exclamó el príncipe.

—¡Saludo a monseñor! —exclamó Guiche, animado por el tono de voz de Felipe—. ¡Salud, alegría, dichas y prosperidades a Vuestra Alteza!

—Bienvenido, Guiche. Colócate a mi derecha y refrena un poco tu caballo, pues quiero ir al paso bajo estas frescas bóvedas.

A vuestras órdenes, monseñor: Y Guiche se colocó a la derecha del príncipe, según se le había invitado.

—Vamos a ver, mi querido Guiche —dijo el príncipe—, vamos a ver si me das alguna noticia de aquel Guiche que conocí en otro tiempo y que hacía la corte a mi mujer.

Guiche se puso encendido hasta el blanco de los ojos, mientras Monsieur se deshacía de risa, como si hubiese dicho la mayor agudeza del mundo.

Los privilegiados que rodeaban a Monsieur creyéronse obligados a imitarle, aun cuando no oyeron sus palabras, y prorrumpieron en estrepitosa carcajada, que, empezando por el primero, atravesó la comitiva y no se apagó hasta el último.

Guiche, a pesar de lo ruborizado que estaba, se mantuvo firme. Manicamp le miraba.

—¡Ay, monseñor! —replicó Guiche—. Sed caritativo con un desgraciado. ¡No me inmoléis al caballero de Lorena!

—¿Por qué decís eso?

—Porque si os oye burlaros de mí, procurará sobrepujar a Vuestra Alteza y se burlará sin compasión.

—De tu amor a la princesa?

—Oh monseñor, piedad!

—Vamos, vamos, Guiche, confiesa que has hecho la corte a Madame.

—Jamás confesaré semejante cosa, monseñor.

—Por respeto a mí? Pues bien, te dispenso el respeto, Guiche. Confíásalo, como si se tratara de la señorita de Chalais o de da señorita de La Vallière.

E interrumpiéndose a tales palabras:

—¡Vaya! —dijo, volviendo de nuevo a su risa—. Esgrimo una espada de dos filos. Te hiero a ti, y hiero a mi hermano, a Chalais y a La Vallière, a tu prometida y a ti, a su futura y a él.

—En verdad, monseñor —dijo el conde—, que estáis hoy de un humor excelente.

—Si que me encuentro bien; y además he tenido un placer en verte.

—Gracias, monseñor.

—¿Con que me mirabas con malos ojos?

—Yo, monseñor?

—Sí.

—¿Y por qué, Dios mío?

—Por haber interrumpido tus zarabandas y tus españoladas.

—¡Oh! ¡Vuestra Alteza!

—Vamos, no me lo niegues. Aquel día saliste del cuarto de la princesa con ojos furibundos; eso te ha traído desgracia, querido, y ayer bailaste de una manera lastimosa. No pongas mal gesto, Guiche, pues te perjudica notablemente ese aire de oso de que te revistes. Si la princesa te miró bien ayer, estoy seguro de una cosa.

—¿De qué, monseñor? ¡Vuestra, Alteza me asusta!

—De que te habrá desdenado completamente.

Y el príncipe se echó a reír. «Decididamente —pensó Manicamp— la posición en nada influye y, todos son iguales».

El príncipe prosiguió:

—Al fin has vuelto, y tengo esperanzas de que el caballero se muestre amable.

—¿Cómo es eso, monseñor? ¿A qué milagro debo semejante influencia sobre el señor de Lorena?

—A una cosa muy sencilla: está celoso de ti.

—¡Ah! ¡Bah! ¿De veras?

—Certísimo.

—Me hace en eso mucho honor.

—Ya ves; cuando estás tú, me agasaja; cuando te marchas, me martiriza. Reina como por báscula. Y además, ¿no sabes la idea que se me ha ocurrido?

—No se me alcanza, monseñor.

—Pues bien, cuando te hallabas en el destierro... Porque fuiste desterrado, mi pobre Guiche...

—¡Pardiez! Monseñor, ¿y de quién fue la culpa? —dijo Guiche aparentando enojo.

—¡Oh! No ha sido mía seguramente, querido conde —replicó Su Alteza Real—. ¡A fe de príncipe que no pedí al rey que te desterrase!

—Bien sé que no fuisteis vos, monseñor, sino...

—¿Sino Madame?

—¡Oh! En cuanto a eso no diré que no.

—Pero ¿qué demonios hiciste a Madame?

—En verdad, monseñor.

—Ya sé que las mujeres son rencorosas, y la mía no está exenta de esa propensión. Pero si ella te ha hecho desterrar, lo que es yo no te tengo mala voluntad.

—Entonces, monseñor —dijo Guiche—, no soy desgraciado más que a medias.

Manicamp, que iba detrás de Guiche y no perdía palabra de lo que decía el príncipe, bajó sus hombros hasta tocar el cuello de su caballo para ocultar la risa que no podía reprimir.

—Por otra parte, tu destierro ha hecho brotar en mí una idea.

—Lo celebró, señor.

—Cuando el caballero; viéndote lejos de mí, y seguro de reinar solo, me martirizaba a su sabor, yo, que a pesar de lo que me decía aquel maligno mozo veía a Madame tan afable y tan buena para conmigo, a pesar del poco caso que le hacía, tuve la idea de hacerme marido modelo, una rareza, una curiosidad de Corte: en una palabra, tuve la idea de amar a mi mujer.

Guiche miró al príncipe con aire de asombro que nada tenía de ficción.

—¡Oh! —tartamudeó Guiche, trémulo—, supongo, monseñor, que esa idea no se os habrá ocurrido seriamente.

—A fe mía. Tengo bienes que me dio mi hermano cuando me casé; ella tiene dinero, y mucho, que saca a la vez de su hermano y de su cuñado, de Inglaterra y de Francia. Pues bien, podíamos dejar la Corte y retirarnos al palacio de Villers Cotterets, que es de mi pertenencia, al interior de un bosque donde nos consagrariamos a un amor perfecto, en los mismos sitios que recorría mi abuelo

Enrique IV con la bella Gabriela... ¿Qué te parece la idea, Guiche?

—Que es para sobresaltar a cualquiera, monseñor —contestó Guiche; sobresaltado realmente.

—Vamos, veo que no soportarías ser desterrado otra vez.

—¡Yo, monseñor?

—Y me obligarías a dejar de llevarte contigo, como primero había pensado:

—¿Cómo con vos, monseñor?

—Sí; dado que vuelve a ocurrírseme la idea de fastidiarme de la Corte.

—¡Oh! Monseñor, no quede por eso; que yo seguiré a Vuestra Alteza hasta el fin del mundo.

—¡Oh! ¡Qué torpeza! —exclamó Manicamp echando su caballo sobre el de Guiche, con objeto de desazonarlo.

Pasando luego a su lado, como si no fuese dueño de contener su caballo.

—Meditad bien lo que decís —le deslizó por lo bajo.

—Entonces —dijo el príncipe—, quedamos en eso, ya que tanto me quieres, te llevo contigo.

—Adonde queráis, señor, adonde queráis —replicó alegremente Guiche—; y si os place, ahora mismo.

—¿Estáis dispuesto?

Y Guiche aflojó las riendas a su caballo, que dio dos brincos hacia adelante.

—Un momento —dijo el príncipe—; pasemos por Palacio.

—Para qué?

—Para recoger a mi mujer, diantra!

—¿Cómo es eso? —preguntó Guiche.

—Ya te he dicho que es un proyecto de amor conyugal, y hace falta que lleve a mi mujer.

—Entonces, monseñor —respondió el conde— siento deciroslo, pero no contéis con Guiche.

—¡Bah!

—Sí. ¡Para qué llevar a Madame?

—¡Toma! Porque voy conociendo que la amo.

Guiche palideció ligeramente, aunque procuró conservar su aparente alegría.

—Si amáis a Madame, monseñor —dijo—, ese amor debe bastaros, y no tenéis necesidad de vuestros amigos.

—No está mal, no está mal —murmuró Manicamp.

—Ya vuelves otra vez con tus miedos a Madame replicó el príncipe.

—Monseñor, no debéis extrañarlo, si consideráis que me ha hecho desterrar.

—¡Ay; Dios mío! Mal carácter tienes, Guiche; eres muy rencoroso, amigo mío.

—Quisiera veros en mi lugar, monseñor.

—Indudablemente, por eso bailaste tan mal ayer; quisiste vengarte

poniéndola en el caso de hacer figuras falsas. ¡Ah, Guiche, eso es mezquino, y se lo diré a Madame!

—¡Oh! Podéis decirle cuanto queráis, monseñor. Su Alteza no puede aborrecerme más de lo que me aborrece en la actualidad.

—Mucho exageras, Guiche, para quince días, y, cuando los pasa uno fastidiándose, son una eternidad.

—¿De suerte que no se lo perdonarás?

—Jamás.

—Vamos, vamos, Guiche, sentimientos. Quiero que hagas las paces con ella: Ya verás por su trato que tiene buen corazón y no le hace falta talento.

—Monseñor...

—Verás que sabe recibir como una princesa y reír como una plebeya; verás: en fin, que sabe hacer, cuando quiere, que las horas pasen como minutos. Guiche, amigo mío, es necesario que cambies de opinión respecto a mi mujer.

« Decididamente —se dijo Manicamp —, he aquí un marido a quien el nombre de su mujer le traerá desgracia; el difunto rey Candaules era un tigre al lado de Monsieur».

—De todos modos —añadió el príncipe—, ya cambiarás de opinión, Guiche; yo te lo aseguro. Ahora, lo que será preciso es que te facilite el camino, pues Madame no es trivial, y no todo el que quiere, logra hacerse buen lugar en su corazón.

—Monseñor...

—Nada de resistencia, Guiche, o nos incomodaremos —replicó el príncipe.

—Ya que así lo quiere —dijo Manicamp al oído de Guiche—, dadle gusto.

—Monseñor —dijo el cande— obedeceré.

—Y para dar principio —replicó Monsieur— comerás hoy conmigo, y te conduciré luego al cuarto de Madame, donde hay juego esta noche.

—¡Oh! en cuanto a eso, monseñor —objetó Guiche—, me permitiréis resistir.

—¡Todavía! Eso es una rebelión.

—Madame me recibió ayer muy mal delante de todo el mundo.

—¿De veras? —dijo riendo el príncipe.

—Hasta el punto de no haberme contestado siquiera cuando le hablé; podrá ser bueno, no tener amor propio, pero un poco no daña, como suele decirse.

—Conde, después de comer irás a vestirte a tu cuarto, y volverás a buscarme, que yo te esperaré.

—Puesto que Vuestra Alteza lo manda absolutamente...

—Absolutamente:

« No soltará presa —se dijo Manicamp—. Estas cosas son a las que más se aferran los maridos. ¡Ah! Si Mollière hubiera oído a éste, bien seguro que lo habría puesto en verso».

De partiendo así el príncipe y su comitiva, pasaron a las habitaciones más

frescas de Palacio.

—A propósito —dijo Guiche en el umbral de la puerta—, traía una comisión para Vuestra Alteza Real.

—¿Qué comisión?

—El señor de Bragelonne ha marchado a Londres con una orden del rey, y me ha encargado que haga presente sus respetos a monseñor.

—¡Bien! Deseo buen viaje al vizconde, a quien quiero mucho. Con que anda a vestirte, y ven a buscarme. Cuidado, que si no vuelves.

—¿Qué sucederá, monseñor?

—Te haré arrojar en la Bastilla.

—Ea, seguramente —dijo riendo Guiche—. Mi posición no deja de ser crítica entre Vuestra Alteza Real y Madame. Madame me hace desterrar, porque no me quiere bien, y Vuestra Alteza me hace prender, porque me quiere demasiado. ¡Gracias, monseñor! ¡Gracias, Madame!

—Vamos, vamos —dijo el príncipe—, eres un bellísimo amigo, y ya sabes que no acierto a pasar sin ti. Vuelve pronto.

—Bien, pero ahora me toca a mí hacerme de rogar, señor.

—¡Bah!

—¿Y no volveré a casa de Vuestra Alteza sino con una condición?

—¿Cuál?

—Hay un amigo de otro mío, a quien deseo servir.

—¿Y le llamas?

—Malicorne.

—¡Feo nombre!

—Pero le honra quien lo lleva, monseñor.

—Bien, ¿y qué quieres?

—Es el caso, señor, que tengo prometido un destino en vuestra casa al señor Malicorne.

—Un destino. ¿De qué clase?

—Un destino cualquiera; una inspección, pongo por caso.

—Hombre, viene perfectamente, pues ayer despedí al mayordomo de sala.

Pues sea mayordomo de sala, señor; ¿qué tiene que hacer?

—Nada más que observar y contar.

—¡Policía interior!

—Eso es.

—¡Oh! ¡Y qué bien lo desempeñará Malicorne! —aventuró a decir Manicamp:

—¿Conocéis al sujeto en cuestión, señor Manicamp? —preguntó el príncipe.

—Muchísimo, monseñor; soy amigo suyo.

—¿Y qué opináis de él?

—Que monseñor no tendrá nunca un mayordomo de sala mejor.

—¿Cuánto renta el cargo? —preguntó el conde al príncipe.

—Lo ignoro; pero lo que sí me han dicho es que jamás se paga bastante cuando está ocupado dignamente.

—¿Y a qué llamáis estar dignamente ocupado, príncipe?

—A que el funcionario que lo desempeñe sea hombre de ingenio.

—Entonces, creo que monseñor quedará contento, porque Malicorne tiene el ingenio del diablo.

—En ese caso no me saldrá caro el cargo —replicó el príncipe—, veo que me haces un verdadero obsequio, conde.

—Así lo creo, monseñor.

—Pues bien, anda a anunciar a tu amigo Malicorne...

—Malicorne, monseñor.

—No podré acostumbrarme a ese apellido.

—Bien decís Manicamp; monseñor.

—¡Oh! Y también acertaré a decir Malicorne. La costumbre todo lo puede.

—Llamadle como queráis, monseñor, pues podéis, estar seguro de que vuestro mayordomo de sala no se incomodará; tiene el carácter mejor del mundo.

—Pues bien, entonces, amigo Guiche, anunciadle su nombramiento... Pero, aguardad.

—¿Qué, monseñor?

—Quiero verle antes, pues si es tan feo como su nombre, no hay nada de lo dicho.

—Monseñor le conoce.

—¿Yo?

—Sí, por cierto. Monseñor le vio ya en el Palais Royal, y por cierto que fui yo quien se lo presentó.

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo... ¡Diantre, pues es buen mozo!

—Bien sabía yo que monseñor lo habría notado.

—¡Sí, sí, sí! Mira, Guiche; no quiero que mi mujer ni yo tengamos fealdades a nuestro lado. Mi mujer tomará para camaristas jóvenes bonitas; yo, gentileshombres bien formados. Con eso, Guiche, si tengo hijos, serán concebidos bajo una buena inspiración, y mi mujer habrá visto buenos modelos.

—Formidablemente razonado, monseñor —dijo Manicamp, aprobando con los ojos y la voz al mismo tiempo.

En cuanto a Guiche, no debió hallar, sin duda, el razonamiento tan feliz, porque sólo opinó con el gesto, y para eso aquel gesto conservó un carácter marcado de indecisión.

Manicamp corrió a manifestar a Malicorne la buena noticia que acababa de saber.

Guiche aparentó que iba a vestirse a disgusto.

Monseñor, cantando, riendo y mirándose en el espejo, aguardó que llegase la hora de comer, con una satisfacción bastante propia para justificar este proverbio: «Dichoso como un príncipe».

## Capítulo LV

---

### Historia de una Dñada y cierta Náyade

Luego que tornaron todos un refrigerio en Palacio, se fueron a vestir para presentarse en la Corte. El refrigerio tuvo lugar, según costumbre, a las cinco.

Pongamos una hora de refrigerio y dos para vestirse, y tendremos que a las ocho ya estaba listo todo el mundo.

De modo que a las ocho de la noche principió a presentarse gente en la habitación de Madame.

Porque, según hemos dicho, era Madame la que recibía, aquella noche.

Y nadie se descuidaba en asistir a la puerta de Madame, pues en ella se pasaba la noche con todo el encanto que la reina, excelente y piadosa princesa, no había podido dar a sus reuniones. Esta es, por desgracia, una de las desventajas de la bondad: divertir menos que un carácter maligno.

Y, sin embargo, no podía aplicarse a Madame el epíteto de carácter maligno.

Aquella naturaleza, completamente escogida, encerraba sobrada generosidad verdadera, sobrados impulsos de nobleza y dignidad, para que se la pudiese llamar naturaleza maligna.

Pero Madame tenía el don de la resistencia, don tan fatal a veces al que lo posee, porque se quiebra donde otro habría doblegado solamente. De ahí resultaba que los golpes no se embotaban en ella como en la conciencia algodonada de María Teresa.

Su corazón se exaltaba a cada ataque, y, semejante Madame a las botargas de los juegos de sortija, si no se la hería de manera que sé por golpe al imprudente que se atrevía a luchar con ella.

¿Era perversidad o simplemente malicia? Nosotros creemos que las naturalezas ricas y poderosas, son aquellas que, semejantes al árbol de la ciencia,

causán a la vez el bien y el mal, doble rama, florida siempre, y siempre fecunda, cuyos buenos frutos saben distinguir los que tienen hambre de ellos, y cuyos nocivos frutos matan a los inútiles y parásitos por haberlos comido, lo cual no es un mal tan grave.

Por consiguiente, Madame, que tenía bien premeditado su plan de segunda reina, o, por mejor decir, de primera, procuraba la amena y agradable su tertulia por la conversación. Por los incidentes y por la libertad absoluta que dejaba a todos para hablar, con la condición, empero, de que las palabras fuesen útiles y oportunas. Y quizá por esa razón se hablaba menos en la tertulia de Madame que en otra cualquiera parte.

Madame odiaba a los habladores, y se vengaba de ellos cruelmente. Se vengaba dejándolos hablar. También odiaba la presunción, defecto que no perdonaba ni aun al mismo rey.

Monsieur sufría más que nadie de ese achaque, y la princesa había tomado a su cargo el penoso trabajo de curarle.

Por lo demás; poetas, hombres de talento, mujeres de hermosura, a todos acogía como un amo superior a sus esclavos; bastante lánguida en medio de sus travesuras para dar pábulo a la imaginación de los poetas; bastante encantadora para brillar aún entre las más bellas; bastante aguda para ser escuchada, con placer por las personas de talento.

Fácilmente se concebirá que reuniones como las que verificaban en la habitación de Madame, no podían menos de atraer gente; la juventud afluía allí. Cuando el rey es joven, todo es joven en la Corte. De ahí también resultaba que las viejas damas, robustas cabezas de la regencia o del último reinado, no dejaban de gruñir; pero se respondía a sus sarcasmos riéndose de aquellas respetables personas, que habían llevado el espíritu de dominación hasta mandar partidas de soldados en la guerra de la Fronda, a fin, decía Madame, de no perder del todo el imperio sobre los hombres.

A las ocho entró Su Alteza Real en el gran salón con sus camaristas, y encontró a muchos cortesanos que estaban aguardando hacia más de diez minutos.

Entre aquellos precursores de la hora señalada; buscó Madame al que suponía que debía haber llegado antes que nadie. Pero no le halló.

Con todo, en el instante en que terminaba aquella investigación, anunciaron a Monsieur.

Monsieur llegó hecho un brazo de mar. Todas las piedras preciosas del cardenal Mazarino, aquellas que el ministro no pudo hacer otra cosa que dejar, toda la pedrería de la reina madre, y hasta algunas joyas de su mujer, todo lo llevaba Monsieur encima aquella noche. Monsieur brillaba como un sol.

Detrás de él venía, a paso lento y con aire de humildad perfectamente imitado, el conde de Guiche, vestido con traje de terciopelo, color perla, bordado

en plata y guarnecido de cintas azules.

Guiche llevaba, además, malinas tan hermosas en su género como las pedrerías de Monsieur en el suyo.

La pluma de su sombrero era roja.

Madame llevaba diversos colores. Gustábale el encarnado en colgaduras, el gris en vestidos, el azul en flores.

El señor de Guiche, tal como se presentó, estaba hermoso en verdad.

Cierta palidez interesante; cierta languidez en los ojos, manos de un blanco mate rodeadas de grandes encajes, la expresión de la boca algo melancólica; bastaba, en fin, ver al señor de Guiche, para confesar que pocos hombres en la corte francesa podían comparársele.

De ahí provino que Monsieur, que hubiera tenido la pretensión de eclipsar una estrella, si la hubiesen puesto en paralelo con él, quedó por el contrario, completamente eclipsado en la imaginación de todos, juez silencioso en verdad, pero también muy poderoso en sus juicios.

Madame miró a Guiche de una manera vaga, no tanto, sin embargo, que aquella mirada no le hiciese subir al rostro un delicioso rubor. Madame había encontrado a Guiche tan encantador y elegante, que casi llegó a no lamentar la conquista real que veía ya a punto de escapársele.

Su corazón dejó, por tanto, a su pesar, refluir toda su sangre a las mejillas.

Monsieur se acercó entonces a la princesa con aquel aire zalamero que solía tomar a veces. No había visto el rubor de aquélla, o si lo había visto, estaba muy lejos de atribuirlo a su verdadera causa.

—Señora —dijo besando la mano a su esposa—; hay aquí un infortunado, un infeliz desterrado a quien os recomiendo con toda eficacia. Tened presente, señora, que es de mis mejores amigos, y que vuestro buen recibimiento será cosa que me producirá gran placer.

—¿Qué desterrado? ¿Qué infortunado? —preguntó Madame dirigiendo una mirada en rededor suyo, sin fijarse más en el conde que en los demás.

Era aquél el momento de presentar a su protegido. Apartóse un poco Monsieur, y dejó pasar a Guiche, quien con aire bastante macilento, se acercó a Madame y le hizo su reverencia.

—¡Cómo! —preguntó Madame, cual si sintiera la mayor sorpresa—. ¡El infortunado, el desterrado es el señor conde de Guiche?

—Sí tal —repuso el duque.

—¡Pues no se ve aquí otra cosa! —dijo Madame.

—Injusta sois; señora —replicó el príncipe.

—¿Yo?

—Sí, por cierto. ¡Vaya! Perdonad a este pobre mozo.

—¿Y por qué? ¿Qué tengo yo que perdonar al señor de Guiche?

—Vamos, explicate, amigo Guiche. ¿Qué quieres que te perdone? —preguntó

el príncipe.

—¡Ay! ¡Bien lo sabe Su Alteza Real! —repuso aquél hipócritamente.

—Dadle vuestra mano, señora —dijo Felipe.

—Si lo deseáis, señor...

Y Madame, con un inexplicable movimiento de ojos y de hombros, tendió su bella mano perfumada al joven, que apoyó en ella sus labios.

De suponer es que los tuviera mucho tiempo, y que Madame no retirase demasiado pronto su mano, porque el duque añadió:

—Guiche tiene buen corazón, señora, y no os morderá.

En la galería se tomó pretexto de aquel dicho, que no era por cierto muy gracioso, para dar rienda suelta a la risa.

En efecto, esta situación era curiosa, y no faltaban algunas buenas almas que la observasen.

Hallábase, pues, gozando Monsieur del efecto causado por sus palabras, cuando anunciaron al rey.

En aquel momento presentaba el salón el aspecto que vamos a procurar describir.

En el centro, delante de la chimenea cubierta de flores, se hallaba Madame, con sus camaristas, formadas en dos alas, por cuyas líneas revoloteaban las mariposas de Corte. Otros grupos ocupaban los huecos de las ventanas, como ocupan sus puestos respectivos los destacamentos de una misma guarnición, y desde allí oían las palabras que salían del grupo principal.

En uno de aquellos grupos, el más inmediato a la chimenea, Malicorne, promovido en el acto por Manicamp y Guiche al destino de mayordomo de sala; Malicorne, cuyo uniforme de empleado de la casa estaba dispuesto y terminado hacía dos meses resplandecía con sus dorados e irradiaba sobre Montalais, extrema izquierda de Madame, con todo, el fuego de sus ojos y todo el brillo de su terciopelo.

Madame conversaba con la señorita de Chatillon y la señorita de Creguy, las dos más inmediatas a ella, y dirigía de vez en cuando algunas palabras a Monsieur, el cual escurrió el bullo al oír este anuncio:

—¡El rey!

La señorita de La Vallière estaba, como Montalais, a la izquierda de Madame, esto es, la penúltima de la línea; a su derecha colocaron a la señorita de Tonnay-Charente. Hallábase, pues, en la situación de aquellos cuerpos de ejército, en cuyo valor no se tiene bastante confianza, y que por lo mismo colócanse entre dos fuerzas experimentadas.

Flanqueada en aquella forma La Vallière por sus dos compañeras de aventura, ya estuviera triste por la ausencia de Raúl, ya se sintiese emocionada aún por los acontecimientos recientes que principiaban a popularizar su nombre en el círculo de los cortesanos, la verdad es que procuraba ocultar sus ojos, algo

enrojecidos, detrás de su abanico, y parecía prestar gran atención a las palabras que Montalais y Atenaida le deslizaban alternativamente en uno y otro oído.

Cuando resonó el nombre del rey, hubo un gran movimiento por todo el salón.

Madame, como ama de casa, se levantó para recibir la regia visita; pero, no obstante lo preocupada que debía tener su imaginación, dirigió al levantarse una mirada a su derecha, mirada que el presuntuoso Guiche creyó encaminada a él, pero que fue a fijarse, tras de recorrer el círculo, en La Vallière, cuyo rubor e inquieta emoción pudo advertir muy bien.

El rey entró en medio del grupo, que llegó a hacerse general por un movimiento que se efectuó naturalmente, de la circunferencia al centro.

Inclináronse todas las frentes ante Su Majestad, doblándose las mujeres como frágiles y magníficos lirios ante el rey Aquilo.

Su Majestad no tenía aquella noche nada de adusto, y aun casi podríamos decir, de regio, si se exceptúan su juventud y su hermosura.

Cierto aire de viva, alegría y de buen humor excitó la animación de todos, y cada cual se prometió una noche deliciosa con sólo ver el deseo que tenía el rey de divertirse en el salón de Madame.

Si alguien podía equipararse al rey en su regocijo y buen humor, era el señor de Saint-Aignan, que se presentó con traje, rostro y cintos de color rosa, y especialmente con ideas de ese mismo color, que aquella noche bullían en abundancia.

Lo que había dado floración nueva a todas aquellas ideas que germinaban en su espíritu, era que la señorita de Tonnay-Charente estaba, como él, vestida de color rosa. No quisiéramos decir, sin embargo, que el astuto cortesano sabía de antemano que la bella Atenaida había elegido aquel color, conocía muy bien el arte de hacer hablar a un sastre o a una doncella, acerca de los proyectos de su ama.

Inmediatamente asestó tantas miradas asesinas a la señorita Atenaida, como nudos de cintas tenía en las calzas y en la ropilla, lo cual equivale a decir que disparó una cantidad inmensa.

Después de haber saludado el rey a Madame, y de haber sido ésta invitada a tomar asiento, se formó el círculo.

Luis pidió a Monsieur noticias del baño, y dijo, sin dejar de mirar a las damas, que los poetas ocupábanse de poner en verso la galante diversión de los baños de Valvins, añadiendo que uno de ellos, especialmente, el señor Loret, parecía haber recibido las confidencias de una ninfa de las aguas, según las muchas verdades dichas en sus versos.

Más de una dama creyó obligado sonrojarse.

El rey aprovechó la ocasión para mirar a su gusto; sólo Montalais fue la que el rubor no la impidió mirar al rey, y vio que éste devoraba con su mirada a la señorita de La Vallière.

Aquella atrevida camarista, a quien llamaban Montalais, hizo bajar los ojos al rey, y salvó así a Luisa de La Vallière de un fuego simpático que quizá le había transmitido aquella mirada. Luis estaba cogido por Madame, que le aturdía a preguntas, y nadie en el mundo sabía preguntar como ella.

Pero el rey intentaba hacer general la conversación, y, para conseguirlo, redobló los esfuerzos de su talento y galantería.

Madame deseaba cumplimientos; resuelta a arrancarlos a toda costa, y, dirigiéndose al rey:

—Vuestra Majestad que sabe todo cuanto pasa en su reino —dijo—, deberá saber lo que contó al señor Loret aquella ninfa. ¿Querría Vuestra Majestad referírnoslo?

—Señora —replicó el rey con mucha gracia—, no me atrevo...

—Verdad es que, personalmente para vos, quizá experimentaríais alguna confusión al escuchar ciertos pormenores... Pero Saint-Aignan cuenta bastante bien y retiene admirablemente los versos, y sino los retiene, los improvisa. Es un consumado poeta.

Saint-Aignan, puesto en escena, se vio precisado a producirse lo menos desventajosamente posible. Desgraciadamente para Madame, no pensó mas que en sus asuntos particulares, es decir, que en lugar de prodigar a Madame, los elogios que ésta se esperaba, trató de saborear algún tanto su fortuna.

Lanzando, pues, su centésima, ojeada a la bella Atenaida, que practicaba por extenso la teoría de la vísperra, esto es, no dignarse mirar a su adorador:

—Vuestra Majestad me perdonará, sin duda —dijo—, el que no haya podido retener los versos dictados a Loret por la ninfa; pero cuando el rey no ha conservado nada en su memoria, ¿qué había de conservar yo, infeliz de mí? Madame acogió con poco agrado aquella derrota de cortesano.

—¡Ah, señora! —añadió Saint-Aignan. Es que no se trata ya hoy de lo que dicen las ninfas de agua dulce; y casi está uno por creer que nada interesante ocurre en los reinos líquidos. Donde pasan, señora, los grandes acontecimientos, es en la tierra. ¡Ah! En la tierra; señora, qué de relatos llenos de...

—¡Bien! —repuso Madame—. ¿Y qué acontece en la tierra?

—A las dríadas es a quienes hay que preguntárselo —replicó el conde— las dríadas habitan en los bosques, como sabe perfectamente Vuestra Alteza Real.

—Y sé también que son por naturaleza charlatanas, señor de Saint-Aignan.

—Verdad es, señora, pero cuando no cuentan más que cosas bonitas, sería una injusticia acusarlas de charlatanas.

—¿Con que refieren cosas bonitas? —preguntó indolentemente la princesa—. En verdad, señor de Saint-Aignan, excitáis mi curiosidad, y, si yo fuese el rey, os intimaría en el acto que nos contaseis las cosas bonitas que dicen esas señoras dríadas, cuyo lenguaje parece, sois el único en conocer.

—¡Oh! Por lo que a eso hace, señora, estoy enteramente a las órdenes de Su

Majestad —replicó con viveza el conde.

—¿Comprendéis el lenguaje de las dríadas? —preguntó Monsieur—. ¡Qué feliz sois, señor Saint-Aignan!

—Como el francés, monseñor.

—Contad, pues —dijo Madame. El rey se turbó, pues conocía que su confidente iba a meterle en un asunto difícil.

Conocíalo a no poderlo dudar, en la general atención que habían excitado el preámbulo de Saint-Aignan y la actitud particular de Madame. Los más discretos parecían dispuestos a devorar hasta la menor palabra que saliera de los labios del conde.

Comenzaron las toses, los movimientos para estrechar el círculo, y las miradas de reojo a cierta camarista, las cuales, para sostener con más decoro o más firmeza aquellas miradas investigadoras, jugaron sus abanicos y se prepararon como un duelistas que va a hacer frente al fuego de su adversario.

En aquel tiempo, era tal la costumbre de las conversaciones ingeniosas y de los relatos intrincados, que en circunstancias en que una tertulia moderna, olfateando escándalo y tragedia, huiría quizá asustada, la reunión de Madame se acomodaba en sus respectivos puestos, para no perder una palabra ni un gesto de la comedia compuesta en provecho suyo por el señor de Saint-Aignan, cuyo desenlace, cualesquiera que fuesen el estilo y la intriga, debía ser precisamente de calma y de observación.

El conde era conocido por hombre culto y narrador; así fue que dio principio con el mayor desembarazo en medio de un silencio sepulcral, y temible por lo mismo para cualquiera otro que no, fuese él.

—Señora, el rey permite que me dirija primero a Vuestra Alteza Real, ya que os habéis proclamado como la más curiosa de la reunión; tendré, de consiguiente, el honor de decir a Vuestra Alteza Real que las dríadas habitan con preferencia en los huecos de las encinas, y, como las dríadas son hermosas criaturas, mitológicas; hospédanse en los árboles hermosísimos, esto es, los mayores que pueden encontrar.

A este exordio, que recordaba bajo un transparente velo la famosa historia de la encina real, que había hecho tan gran papel en la última noche, fueron tantos los corazones que latieron de alegría o de inquietud, que si Saint-Aignan no hubiera tenido la voz clara y sonora, aquellos latidos se habrían oído por encima de su voz.

—Pues debe haber dríadas en Fontainebleau —dijo Madame tranquilamente —, porque en mi vida he visto encinas más hermosas que las del parque real.

Y al pronunciar estas palabras, envió directamente a Guiche una mirada, de la que éste no tuvo motivos para quejarse como de la precedente, que, según hemos dicho, había conservado ciertos visos de vaguedad, demasiado penosos para un corazón tan amante.

—Precisamente, señora, iba a hablar de Fontainebleau a Vuestra Alteza Real —dijo Saint-Aignan—, porque la dríada de que se trata habita en el parque del palacio de Su Majestad.

El lance estaba empeñado; la acción comenzaba; historiador y oyentes, ninguno podía ya retroceder.

—Escuchemos —dijo Madame—, pues se me figura que la historia ha de tener, no sólo todo el encanto de un relato nacional, sino también de una crónica muy contemporánea...

—Debo comenzar por el principio —dijo el conde—. Pues, señor, en Fontainebleau hay una cabaña de hermosa apariencia; habitada por pastores. Uno de ellos es el pastor Tirsis, de quien son los dominios más fértiles y ricos por herencia de sus antepasados. Tirsis es joven y hermoso, y sus cualidades le hacen ser el primer pastor de la comarca. Puede, pues, decirse francamente que es el rey.

Un ligero murmullo de aprobación estimuló al narrador; que continuó:

—Su fuerza iguala su valor; nadie despliega más destreza en la caza de fieras, ni más sabiduría en los conejos. Ora maneje un caballo en las hermosas llanuras de sus propiedades, ora conduzca a los juegos de destreza y vigor a los pastores que le obedecen, nadie diría sino que es el dios Marte agitando su lanza en las llanuras de Tracia, o más bien Apolo, dios del día, cuando arroja sobre la tierra sus dardos inflamados.

Ya se comprenderá que este retrato alegórico del rey no era de los peores exordios que el historiador podía elegir. Así fue que no dejó de causar su efecto, tanto en los concurrentes, quienes por deber y por gusto prorrumpieron en aplausos, como en el mismo rey, a quien agradaba en extremo la lisonja cuando era delicada, y, no desagradaba tampoco aun cuando fuera algo exagerada. Saint-Aignan prosiguió:

—Y no ha sido sólo, señoras, en los juegos de gloria donde el pastor Tirsis ha conseguido esa fama que le hace ser rey de los pastores.

—De los pastores de Fontainebleau —dijo el rey sonriendo a Madame.

—¡Oh! —murmuró Madame—. Fontainebleau está tomado arbitrariamente por el poeta; yo os digo que es rey de los pastores del mundo entero.

El rey olvidó su papel de oyente pasivo, y se inclinó.

—Al lado de las bellas especialmente —prosiguió Saint-Aignan— en medio de un murmullo halagador donde resplandece con más esplendor el mérito de ese rey de pastores. Es un pastor de talento tan claro como puro de corazón; sabe decir un requiebro con una gracia irresistible, y sabe amar con una discreción que promete a sus afortunadas conquistas la suerte más digna de envidia. Jamás promueve un escándalo, ni incurre en uno. Quien ha visto y oído a Tirsis, debe amarle; y el que le ama y es amado de él, puede decir que ha encontrado la felicidad.

Saint-Aignan hizo aquí una pausa a fin de saborear el placer de los cumplimientos, y aquel retrato, a pesar de lo grotescamente ampuloso que era, encontró grande aceptación, sobre todo en aquellos oídos a quienes los elogios del pastar no habían parecido exagerados. Madame invitó al orador a continuar.

—Tirsis —dijo el conde—, tenía, un fiel compañero, o más bien un coloso servidor que se llamaba Amintas.

—¡Ah! ¡Veamos el retrato de Amintas! —dijo maliciosamente Madame—. ¡Sois tan excelente pintor, señor de Saint-Aignan!

—Señora...

—Vamos conde; no vayáis a sacrificar al pobre Amintas; sería cosa que no os perdonaría jamás.

—Señora, Amintas, de condición excesivamente inferior, sobre todo respecto de Tirsis, para que pueda tener el honor de un paralelo.

—Hay ciertos amigos, como aquellos servidores de la antigüedad, que habían enterrar vivos a los pies de su amo. El sitio de Amintas está a los pies de Tirsis; ningún otro reclama, y si alguna vez el lustre héroe.

—Ilustre pastor, querréis decir —interrumpió Madame, simulando corregir al señor de Saint-Aignan.

—Tiene razón Vuestra Alteza Real; me había equivocado —repuso el cortesano—. Si alguna vez, decía, el pastor Tirsis se digna llamar a Amintas amigo suyo y abrirle su corazón, es un favor superior a todo encarecimiento, que aprecia el último como la mayor felicidad.

—Todo eso —repuso Madame— demuestra la adhesión absoluta que profesa Amintas a Tirsis, pero no nos ofrece el retrato de Amintas. No le aduléis si os parece, pero no dejéis de pintárnoslo; quiero el retrato de Amintas.

Saint-Aignan prosiguió, después de haberse inclinado profundamente delante de la cuñada de Su Majestad.

—Amintas —dijo— tiene algunos años más que Tirsis; no es un pastor del todo desfavorecido de la naturaleza, y como dicen que las musas se dignaron sonreír a su nacimiento, como sonrió Hebe a la juventud, no tiene ambición de figurar pero sí de ser amado, y quizá no sería indigno de ello si fuese bien conocido.

Este último párrafo, reforzado con una mirada mortífera, fue dirigido directamente a la señorita de Tonnay-Charente, la cual sostuvo el choque sin commoverse.

Pero la modestia y la destreza de la alusión había producido buen efecto, y Amintas recogió el fruto en aplausos; la cabeza misma de Tirsis fue la que dio la señal con un consentimiento lleno de benevolencia.

—Sucedío; pues —prosiguió Saint-Aignan—, que una noche paseaban Tirsis y Amintas por el bosque, hablando de sus penas amorosas. Hay que advertir, señoras, que esto es ya lo referido por la dríada; de otra suerte no se hubiera

podido saber lo que se decían Tírsis y Aminta, los dos pastores más discretos del mundo. Llegaron, pues, al sitio más espeso del bosque para aislarse y confiarse con mayor libertad sus penas, cuando de pronto hirió sus oídos un rumor de voces.

—¡Ah, ah! —se oyó en tono del narrador—. La cosa se hace interesante.

Al llegar a este punto, Madame, semejante al general que inspecciona su ejército, reanimó con una mirada a Montalais y Tonnay-Charente, que parecían sucumbir a aquel esfuerzo.

—Aquellas voces armoniosas —prosiguió Saint-Aignan—, eran de unas pastoras que habían querido gozar también de la frescura de las sombras, y que, conociendo lo apartado del sitio, habíanse reunido en él para comunicarse algunas ideas sobre el aprisco.

Una inmensa carcajada, producida por aquella frase de Saint-Aignan, y una imperceptible sonrisa del rey al mirar a Tonnay-Charente, fueron los resultados de aquella salida.

—La dríada asegura —continuó Saint-Aignan—, que las pastoras eran tres, todas jóvenes y hermosas.

—¿Sus nombres? —dijo Madame tranquilamente.

—¡Sus nombres! —exclamó Saint-Aignan, rebelándose contra aquella indiscreción.

—Sí por cierto. Puesto que habéis llamado a vuestros pastores Tírsis y Aminta, dad a las pastoras los nombres que mejor os parezcan.

—¡Oh señora! No soy un inventor, y sólo relato lo que ha dicho la dríada.

—¿Cómo llamaba vuestra dríada a esas pastoras? ¡Vaya una memoria rebelde! ¿O estaba acaso por ventura esa dríada enemistada con la diosa Mnemosina?

—Señora, esas pastoras... Tened presente que revelar, nombres de mujeres es un crimen.

—De que os perdoná una mujer, conde, con la condición de que me reveléis el nombre de las pastoras.

—Pues se llamaban Filis, Amarilis y Galatea.

—¡Enhorabuena! Nada han perdido por aguardar —dijo Madame—, porque los nombres son todos muy lindos. Veamos sus retratos.

Saint-Aignan hizo otro movimiento.

—Procedamos por orden, conde —continuó Madame—. ¡No es cierto, señor, que hacen muy al caso los retratos de las pastoras?

El rey, que no esperaba aquella insistencia y principiaba a sentir algunas inquietudes, no creyó que debía dar alas a la peligrosa curiosidad de Madame. Por otra parte, creyó que Saint-Aignan encontraría el medio de deslizar en sus retratos algunos rasgos delicados que no desagradarían a los oídos que Su Majestad deseaba tener propicios. Entre esa esperanza, y ese temor, autorizó

Luis a Saint-Aignan para trazar el retrato de las pastoras Filis, Amarilis y Galatea:  
—Pues bien, estoy pronto —dijo Saint-Aignan— como hombre que toma su  
partido.

Y comenzó.

## Capítulo LVI

---

Termina la historia de una Díñada y de cierta Náyade

—Filis —dijo Saint-Aignan, dirigiendo una mirada provocadora a Montalais, como hace en un asalto un maestro de esgrima que invita a un rival digno de él a ponerse en guardia—, Filis no es morena ni rubia, ni alta ni baja, ni fría ni apasionada; es, aunque pastora, espiritual como una princesa, y coqueta como un demonio. Su vista es excelente. Todo cuanto su vista abarca, su corazón lo quiere. Es como un pájaro que, gorjeando siempre, unas veces pisa la hierba, otras élívase revoloteando tras de una mariposa, otras se sube a la copa de los árboles, y desde allí desafía a todos los cazadores de pájaros que vayan a cogerla, o hacerla caer en sus redes.

El retrato era tan parecido, que todas las miradas se fijaron en la Montalais, quien, abiertos sus ojos, y sumamente atenta, oía al señor de Saint-Aignan como si se tratara de una persona extraña a ella.

—¿Es ése, todo su retrato, señor d' Saint-Aignan? —preguntó la princesa.

—¡Oh! ¡Alteza! El retrato no está más que bosquejado y habría otras cosas que decir; pero temo cansar la paciencia de Vuestra Alteza, o lastimar la modestia de la pastora; de manera que paso a su compañera Amarilis.

—Está bien —dijo Madame—, pasad a Amarilis, señor de Saint-Aignan, os seguimos.

—Amarilis es la mayor de las tres; y sin embargo —apresuróse a decir Saint-Aignan—, su edad no llega a veinte años.

El ceño de la señorita de Tonnay-Charente, que se había frunciido al principio de aquella relación, se desfrunció con ligera sonrisa.

—Es alta, con espesos cabellos que se arregla a manera de las estatuas de Grecia; tiene el andar majestuoso, y altiva la mirada; así es que tiene más bien el

aire de una diosa que el de una simple mortal, entre las diosas, a quien más se parece, es a Diana cazadora; con la única diferencia de que la cruel pastora, habiendo un dia robado el carcaj del amar mientras el pobre Cupido dormía sobre lecho de rosas, en vez de lanzar sus flechas contra los habitantes de sus bosques, las dispara sin piedad contra todos los pobres pastores que pasan al alcance de su arco y de sus ojos.

—¡Oh, qué, maligna pastora! —exclamó Madame—. ¿No se herirá algún día con uno de esos dardos que lanza tan sin piedad a derecha e izquierda?

—Esa es la esperanza de casi todos los pastores —dijo Saint-Aignan.

—Y la del pastor Amintas en particular, ¿no es verdad? —dijo Madame.

—El pastor Amintas es tan tímido —contestó Saint-Aignan— que si abriga esta esperanza, nadie jamás ha sabido nada, por que la oculta en lo más profundo de su corazón.

Un murmullo de los más lisonjeros acogió tal profesión de fe del narrador con respecto al pastor.

—¿Y Galatea? —preguntó Madame—. Estoy impaciente por ver a un pincel tan hábil continuar el retrato donde Virgilio lo deja, y terminarlo ante nuestros ojos.

—Señora —dijo Saint-Aignan—, al lado del gran Virgilio Maro, vuestro humilde servidor no es más que un pobre coplero. Sin embargo, alentado vuestra orden, haré todo cuanta pueda.

—Escuchamos —dijo Madame.

Saint-Aignan adelantó un pie, una mano y los labios.

—Blanca como la nieve —dijo—, dorada como las espigas, sacude en los aires los perfumes de su rubia cabellera. Entonces pregúntase uno si no es aquella bella Europa que infundió amor a Júpiter cuando jugaba con sus amigas en los prados de flores. De sus ojos azules, tomó el azul del cielo en dos más hermosos días de verano, se desprende una dulce llama; los ensueños la alimentan, el amor la desparrama. Cuando frunce el ceño o inclina la frente a tierra, el sol encúbrese en señal de duelo. Cuando sonríe, en cambio, toda la naturaleza recobra su alegría, y los pájaros, un instante mudos, vuelven a sus cantos en el seno de los árboles. Por encima de todo —dijo Saint-Aignan para terminar—, es digna de las adoraciones del mundo; y si alguna vez da su corazón, dichoso del mortal de quien su virginal amor hará un dios.

Madame, al oír este retrato, que todos oyeron como ella, se contentó con señalar su aprobación en los pasajes más poéticos por algunas inclinaciones de cabeza; pero era imposible decir si aquellas muestras de asentimiento eran concedidas al talento del narrador o a la semejanza del retrato.

Resultó de aquí que, no aplaudiendo Madame abiertamente, nadie se permitió aplaudir, ni siquiera Monsieur, que allá en sus adentros creía que Saint-Aignan se había detenido demasiado en los retratos de las pastoras, después de haber tocado

muy ligeramente los de los pastores.

La asamblea estaba helada. Saint-Aignan, que había agotado su retórica y sus pinceles en perfilar el retrato de Galatea, y que esperaba, en vista del favor con que habían sido acogidos los otros pasajes, oír alegres aplausos por el último, se halló más helado que el rey y la compañía.

Hubo un instante de silencio que al fin rompió Madame.

—Y bien, señor —preguntó—. ¿Qué dice Vuestra Majestad de esos tres retratos?

El rey quiso acudir en auxilio de Saint-Aignan sin comprometerse.

—Pues Amarilis es hermosa —dijo—, en mi concepto.

—A mí me gusta más Filis —dijo Monsieur—; es una buena chica, o mejor, un buen garzón de ninfa. Y todos rieron.

Aquella vez, las miradas fueron tan directas, que Montalais sintió el color subirse al rostro en violadas llamas.

—Y bien —repuso Madame—, esas pastoras se decían...

Pero Saint-Aignan, herido en su amor propio, no se encontraría en estado de sostener un ataque de tropas descansadas y de refresco:

—Señora —dijo—, aquellas pastoras se confesaban recíprocamente sus ligeras inclinaciones.

—¡Vamos, vamos, señor de Saint-Aignan, sois un río de poesía pastoril! —dijo Madame con amable sonrisa que reconfortó un tanto al narrador.

—Dijérонse que el amor es un peligro; pero que la carencia de amor es la muerte del corazón.

—De manera que dedujeron... —preguntó Madame.

—De manera que dedujeron que debía amarse.

—¡Muy bien! ¿Y ponían condiciones?

—La condición de escoger —dijo Saint-Aignan—. Debo también añadir, y es la dриада quien habla, que una de las pastoras, Amarilis, según creo, se oponía completamente a que se amase, y, sin embargo, no se defendía bien por haber dejado penetrar hasta su corazón la imagen de un pastor.

—¿Amintas o Tirsis?

—Amintas, señora —dijo modestamente Saint-Aignan—. Pero al punto Galatea, la dulce Galatea de ojos puros, respondió que ni Amintas, ni Alfeisibeo, ni Titire, ni ninguno de los pastores más hermosos de la comarca, podían ser comparados a Tirsis; que Tirsis aventajaba a todos los demás, del mismo modo que la encina supera en grandeza a todos los árboles, y la flor de lis en majestad a todas las flores. Hizo además de Tirsis tal retrato, que Tirsis, que la escuchaba, a pesar de su grandeza, debió verse lisonjeado. Así, Tirsis y Amintas fueron distinguidos por Amarilis y Galatea, y el secreto de los dos corazones había sido revelado bajo la sombra de la noche y en el secreto de los bosques. Ved aquí, señora, lo que ha referido la dриада, que sabe todo lo que pasa en los huecos de

los árboles y en los manojos de hierbas; que conoce los amores de los pájaros y sabe lo que significan sus cantos; que comprende, en fin, el lenguaje del viento en las ramas y el zumbido de los insectos de oro o de esmeralda en la corola de las flores silvestres; ella me lo ha referido, y yo lo he repetido.

—Y ahora, habéis concluido ya, ¿no es verdad, señor de Saint-Aignan? — preguntó Madame con una sonrisa que hizo temblar al rey.

—He terminado, sí, señora —respondió Saint-Aignan—; dichoso si he podido distraer a Vuestra Alteza durante unos instantes.

—Instantes sobrado cortos —respondió la princesa—, pues habéis contado perfectamente todo lo que sabíais; pero, mi querido Saint-Aignan, habéis tenido la desgracia de informaros tan sólo de una dríada; ¿no es verdad?

—Sí, señora; de una sola, lo confieso.

—Resulta de esto, que habéis pasado cerca de una pequeña náyade, que no se daba los aires de ello, y que sabía, sin embargo, mucho más que vuestra dríada, querido conde.

—¿Una náyade? —repitieron muchas voces, que empezaban a sospechar que la historia tuviera una segunda parte.

—Sin duda; al lado de esa encina de que habláis, y que se llama la encina real, a lo que creo, ¿no es cierto, señor de Saint-Aignan?

Saint-Aignan y el rey se miraron.

—Sí, señora —respondió Saint-Aignan.

—Pues bien, hay un bello manantial, que murmura sobre guijos, y entre miosotis y belloritas.

—Me parece que Madame tiene razón —dijo el rey, siempre alarmado y suspenso de los labios de su cuñada.

—¡Oh! Hay uno, Majestad —dijo Madame—; y la prueba es que la náyade que reina sobre aquel manantial, me ha parado al pasar, a mí que os hablo.

—¡Bah! —dijo Saint-Aignan.

—Sí —prosiguió la princesa—, y para contarme una multitud de cosas que el señor de Saint-Aignan no ha puesto en su relato.

—¡Oh! Contadlas vos misma —dijo Monsieur—. Lo hacéis de una manera admirable.

La princesa se inclinó ante el cumplimiento conyugal.

—No tendré la poesía del conde y su talento para hacer resaltar todos los detalles.

—Seréis oída con igual interés —dijo el rey que presentía algo de hostil en la historia de su cuñada.

—Hablo, además —continuó Madame—, en nombre de aquella infeliz y pequeña náyade, que es pos cierto la más encantadora semidiosa que jamás he visto, pues bien, se reía tanto durante la relación que me hizo, que en virtud de ese axioma médico, de que es risa es contagiosa, os pido la venia para reírme y o un

poco cuando recuerde sus palabras.

El rey y Saint-Aignan, que divisaron en muchas fisonomías un principio de hilaridad semejante a la que Madame anunciaba, acabaron por mirarse y preguntarse con la vista si no se ocultaría bajo aquello alguna pequeña conspiración.

Pero Madame estaba bien decidida a volver y revolver el cuchillo en la herida; por tanto, continuó con su aire de sencillo candor, es decir, con el más peligroso:

—Pasaba por allí —dijo—, y como encontraba a mi paso muchas y bellas flores deshojadas, no era dudoso, que Filis, Amarilis, Galatea y todas vuestras pastoras hubiesen pasado Antes que yo por aquel camino.

El rey se mordió los labios. El cuento se hacía cada vez más temible.

—Mi pequeña náyade —continuó Madame—, entonaba su ligera canción en el lecho de su arroyuelo, y, como noté que me paraba, tocando mi vestido, no pensé en acogerla mal, tanto más, cuanto que después de todo, una diosa, aunque de segundo orden, vale siempre más que una princesa mortal. Por consiguiente, me acerqué a la náyade; y he aquí lo que me dijo, prorrumpiendo en risa: «Figuraos, princesa...».

—Ya comprenderéis, señor que es la náyade quien habla.

El rey hizo un signo de asentimiento; Madame continuó:

—Figuraos, princesa, que a las márgenes de mi arroyuelo acaban de ser testigos de un espectáculo de los más divertidos. Dos pastores curiosos, curiosos hasta la indiscreción, se han dejado engañar de la manera más graciosa por tres nincas, o tres pastoras...” Os pido perdón, pero no recuerdo ya si eran nincas o pastoras lo que dijo. Mas poco importa, ¿no es verdad?

—Adelante, pues.

Al oír aquel preámbulo, el rey enrojeció visiblemente, y Saint-Aignan, perdiendo toda continencia, púsose a abrir los ojos lo más ansiosamente que se ha visto.

« Ambos pastores —prosiguió mi náyade, riendo siempre— seguían la pista de las tres señoritas». No, quiero decir de las tres nincas; me equivoco, de las tres pastoras. Esto no es siempre discreto, pues a veces puede ser molesto para aquellas a quienes se sigue. Apelo a todas estas damas, y ninguna de las que están aquí me desmentirá, estoy segura.

El rey, muy alarmado con lo que iba a seguir, asintió con un gesto:

« Pero —continuó la náyade—, las pastoras habían visto a Tirsis y a Amintas deslizarse en el bosque, y con la ayuda de la luna los habían reconocido a través de los árboles».

—¡Ah! Os reís —interrumpió Madame—. Esperad, aguardad; no hemos llegado al fin.

El rey palideció; Saint-Aignan enjugó su frente, húmeda de sudor. Oíanse en

los grupos de las damas algunas risitas ahogadas, cuchicheos furtivos.

—Las pastoras —dijo yo—, viendo la indiscreción de los pastores; fueron a sentarse bajo la encina real, y, cuando sintieron a sus indiscretos escuchadores a distancia de no perder una palabra de lo que se dijera, soltaron inocentemente, lo más inocente del mundo, una declaración incendiaria, con la cual el amor propio natural a todos los hombres, hasta a los más sentimentales pastores; hizo pareciese a los dos oyentes dulce panal de miel.

El rey, al oír aquellas palabras, que la reunión no pudo escuchar sin reír, dejó escapar un relámpago.

Respecto a Saint-Aignan, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ocultó bajo una amarga carcajada el despecho profundo que le causaban.

—¡Oh! —exclamó el rey, enderezándose cuan alto era—. He aquí, bajo mi palabra, una burla encantadora seguramente, y contada por vos, señora, de un modo no menos encantador; pero realmente, bien realmente, ¿habéis comprendido el lenguaje de las náyades?

—Creo que el conde pretende haber comprendido bien el de las dríadas — contestó vivamente Madame.

—Sin duda —dijo el rey—; mas, ya sabéis que el conde tiene la flaqueza de aspirar a la Academia; de manera que ha aprendido, con este objeto, todo género de cosas que muy afortunadamente, vos ignoráis, y tal vez podría haber sucedido que el idioma de la ninfa de las aguas fuera una de las cosas que no hubieseis estudiado.

—Ya comprenderéis, Majestad —respondió Madame—, que en tales hechos no se fia uno de sí mismo; el oído de una mujer no es cosa infalible, había dicho San Agustín; así he querido ilustrarme con otras opiniones aparte de la mía, y como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota... ¿no es de este modo como se dice, señor de Saint-Aignan?

—Sí, señora —dijo Saint-Aignan, enteramente desconcertado.

—Y —prosiguió la princesa— como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota, me había hablado en un principio en inglés, temí, como decís, haber entendido mal, e hice venir a las señoritas de Montalais; de Tonnay-Charente y de La Vallière, pidiendo a mi náyade les repitiese en idioma francés la relación que ya me había hecho en inglés.

—¿Y lo hizo? —preguntó el rey.

—¡Oh! Es la divinidad más complaciente que existe... Sí, señor, lo hizo. De suerte que no es dado conservar duda alguna. ¿No es verdad, señoritas —dijo la princesa volviéndose hacia la izquierda de su ejército—, no es cierto que la náyade ha hablado absolutamente como yo louento, y que en nada he faltado a la verdad? ¡Filis? ¡Perdón! Me he equivocado... Señorita Aura de Montalais, ¿es verdad?

—¡Oh! Enteramente, señora —dijo en alta voz—, la señorita de Montalais.

—¿Es verdad, señorita de Tonnay-Charente?

—Verdad pura —contestó Atenaida con voz menos firme, pero no menos inteligible.

—¿Y vos, La Vallière? —preguntó Madame.

La pobre niña sentía la ardiente mirada del rey lanzada sobre ella; no se atrevía a negar, no osaba mentir, y bajó la cabeza en señal de aquiescencia.

Únicamente su cabeza no volvió a levantarse, medio helada por un frío más doloroso que el de la muerte.

Este triple testimonio aplastó al rey. Por lo que toca a Saint-Aignan, ni aun procuraba disimular su desesperación, y sin saber lo que decía, barbotaba:

—Excelente burla! ¡Bien representada, señoritas pastoras!

—Justo castigo de la curiosidad —dijo el rey con voz ronca—. ¡Oh! ¿Quién osará, después del castigo de Tirsis y de Amintas, quién se atreverá a querer sorprender lo que pasa en el corazón de las pastoras? Ciertamente, no seré yo... ¿Y vosotros, señores?

—¡Ni yo! ¡Ni yo! —repitió a coro el grupo de cortesanos. Madame triunfaba con el despecho del rey, se deleitaba, creyendo que su relato había sido o debía ser el desenlace de todo.

En cuanto a Monsieur, que se rio con uno y otro cuento, sin comprender lo que significaban; se volvió hacia Guiche.

—¡Oh! Conde —le dijo—. ¿No dices nada? ¿Nada tienes que decir? ¿Por ventura, tendrías lástima de Tirsis y de Amintas?

—Les tengo lástima con toda mi alma —respondió Guiche—; porque, en verdad, el amor es tan dulce quimera, que perderlo, aunque sueño sea, es perder más que la vida.

Por tanto, si esos dos pastores han creído ser amados, si se han juzgado con esto dichosos, y en lugar de esta dicha encuentran, no sólo el vacío igual a la muerte, sino una burla de amor que vale cien mil muertes... Y bien, digo que Tirsis y Amintas son los dos hombres más desdichados que yo conozco.

—Y tenéis razón, señor de Guiche —dijo el rey—, pues al fin, la muerte es muy dura por un poco de curiosidad.

—Entonces, quiere decirse que la historia de mi náyade ha desagradado al rey —preguntó ingenuamente Madame.

—¡Oh! Señora, desengaños —dijo Luis tomando la mano de la princesa—, vuestra náyade me ha gustado tanto más, cuanto más verídica ha sido, especialmente viéndose apoyado vuestro relato por testimonios irrecusables.

Y estas palabras cayeron sobre La Vallière con una mirada que nadie, desde Sócrates hasta Montaigne, pudo definir exactamente.

Esta mirada y aquellas palabras vinieron a dar el último golpe a la desgraciada joven, que, apoyada en el brazo de la Montalais, parecía haber perdido los sentidos.

El rey se levantó sin notar este incidente, del cual nadie por lo demás hizo caso; y contra su costumbre, pues por lo general siempre permanecía hasta tarde en el cuarto de Madame, se despidió para volver a sus habitaciones.

Saint-Aignan le siguió, tan desesperado a su salida como gozoso se había manifestado a su entrada.

Pero la señorita de Tonnay-Charente, menos sensible que Luisa de La Vallière a las emociones, ni se asustó por ello.

Y, sin embargo, la postre mirada de Saint-Aignan había sido mucho más majestuosa que la última del rey.

## Capítulo LVII

---

### Psicología real

El rey penetró en sus habitaciones con paso rápido.

Tal vez caminaba Luis XIV tan ligero para no vacilar. Y dejaba en pos de sí como la huella de un duelo misterioso.

La alegría que habían observado todos a su llegada, y por la cual se habían regocijado, nadie llegó a profundizarla en su verdadero sentido; pero cada uno comprendió, o por lo menos creyó comprender fácilmente, aquella salida brusca y aquel rostro trastornado.

La ligereza de Madame, sus chanzas algo pesadas para un carácter suspicaz y especialmente para un carácter de rey; la comparación demasiado familiar de aquel rey a un hombre vulgar; tales eran los motivos que los cortesanos daban a la salida súbita o inesperada de Luis XIV.

Madame, más clarividente por lo demás, tampoco vio al principio otra cosa. Estaba satisfecha de haber rebajado algún tanto el amor propio de aquel que, olvidando con tanta prontitud sus compromisos contraídos, parecía tener empeño en desdellar, sin motivo, las más nobles e ilustres conquistas.

No dejaba de tener cierta importancia para Madame, en el estado en que se encontraban las cosas, el hacer ver al rey la diferencia que había entre amar a un objeto elevado, y dedicarse a conquistas subalternas como un segundón de provincia.

Con aquellos grandes amores, sintiendo su realeza y su omnipotencia, aunque tuviese en cierto modo que sufrir su etiqueta y su ostentación, no por eso rebajaría, sino que hallaba reposo, seguridad, misterio y respeto general.

Entregándose, en cambio, a amores vulgares; encontraría, aun entre sus más humildes súbditos, censuras y sarcasmos y perdería su carácter de infalible e

inviolable. Descendiendo a la región de las pequeñas miserias humanas, tendrán que sufrir sus pobres borrascas.

En una palabra, hacer del rey dios un simple mortal tocándole en el corazón, o más bien en el semblante, como el último de sus súbditos, era dar un terrible golpe al orgullo de aquella sangre generosa. A Luis se le cautivaba más todavía por el amor propio que por el amor. Madame había calculado sabiamente su venganza; y así fue, que, como hemos visto, se vengó.

No vaya a creerse por eso que Madame tuviese las pasiones terribles de las heroínas de la Edad Media, ni que viese las cosas bajo su aspecto sombrío; antes bien, Madame, joven, graciosa, espiritual, coqueta y amorosa, más bien de capricho, de imaginación o de ambición, que de corazón, inauguraba aquella época de placeres fáciles y pasajeros, que marcó los ciento veinte años pasados entre la mitad del siglo XVII y los tres cuartos del XVIII.

Madame veía, pues, o mejor dicho, creía ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Sabía que el rey, su augusto cuñado, se había reido el primero de la humilde La Vallière, y que, atendido su carácter, no era probable que pudiese adorar nunca a una persona de quien había llegado a reírse, aun cuando fuese sólo por un instante.

Además, ¿no estaba allí el amor propio, ese demonio incitador, que tan gran papel hace en la comedia dramática que se llama vida de la mujer? ¿No le decía el amor propio, en alta voz, por lo bajo, a media voz, en todos los tonos posibles, que ella, princesa joven, hermosa y rica, no podía realmente ser comparada con la pobre La Vallière, tan joven como ella, es verdad, pero mucho menos hermosa, y sobretodo, pobre? Y no hay que, extrañar eso de parte de Madame; sabido es que los caracteres más grandes son los que más se adulan en la comparación que hacen de sí mismos con los demás, y viceversa. Quizá se preguntará qué era lo que intentaba Madame con aquel ataque tan bien combinado. ¿A qué desplegar todas aquellas fuerzas, si no se trataba seriamente de desalojar al rey de un corazón enteramente nuevo, en donde creía ocupar un lugar? ¿Tenía acaso, necesidad Madame de dar semejante importancia a La Vallière, si no la temiese?

No, Madame no temía a La Vallière desde el punto de vista en que un historiador que sabe los hechos ve lo futuro, o más bien do pasador Madame no era profeta ni sibila, y no podría más que otra cualquiera leer en ese terrible y fatal libro del porvenir, que esconde en sus más ocultas páginas los acontecimientos más serios.

Madame quería pura y simplemente castigar al rey por, haberle jugado un chasco enteramente femenino, y deseaba hacerle ver claramente, que si se valía de esa clase de armas ofensivas, ella, que era mujer de talento y de raza, sabría hallar en el arsenal de su imaginación armas demasiado defensivas, a prueba hasta de los golpes de un rey.

Quería patentizarle, además, que, en ese género de luchas, no había reyes, o por lo menos que los reyes, combatiendo por su propia cuenta como los demás hombres, podían ver caer su corona al primer choque; y, en fin, que si había llegado a figurarse que iba a ser adorado de buenas a primeras y tan sólo dejarse ver, por todas las mujeres de la Corte, no pasaba eso de ser una pretensión humana, temeraria e insultante para algunas damas colocadas en posición más elevada que las otras. Madame creía que la oportuna lección que había dado a aquella testa coronada, tan elevada y altiva, sería eficaz.

Estas eran las reflexiones que se hacia Madame con respecto al rey. El hecho lo dejaba a un lado. De suerte que ya se ha visto cómo había influido en el ánimo de sus camaristas, y preparado en todos sus pormenores la comedia que acababa de representarse.

El rey quedó todo aturdido. Desde que se vio libre del señor Mazarino, era aquélla la primera vez que se veía tratado como hombre.

Semejante severidad, por parte de sus súbditos, habría suministrado materia para resistir. Los poderes se acrecientan con la lucha.

Mas dirigir sus tiros contra mujeres, ser atacado por ellas, verse burlado por unas chicas provincianas, llegadas de Blois con toda intención para eso, era el colmo del deshonor para un rey joven lleno de la vanidad que le inspiraban a la vez sus ventajas personales y su poder real.

Nada podía hacer ni reconvenir, ni desterrar, ni siquiera poner mal semblante.

Enojarse habría sido confesar que se le había herido, como a Hamlet, por un arma desbotonada, el arma del ridículo.

¡Enfurrñarse con las mujeres! ¡Qué humillación! Principalmente cuando esas mujeres tienen por venganza la risa.

¡Oh! Si en vez de dejar toda la responsabilidad a las mujeres, se hubiese mezclado algún hombre en aquella intriga, ¡con qué deleite habría aprovechado Luis XIV la ocasión para utilizar la Bastilla!

Pero, aun en ese caso, cedia la ira del rey ante la fuerza del raciocinio.

Tener un ejército, cárcel, un poder casi divino, y hacer servir toda esa omnipotencia para satisfacer un infame rencor, era cosa indigna, no sólo de un rey, sino hasta de un hombre.

No quedaba, pues, otro remedio que devorar en silencio aquella afrenta y revestirse de la afabilidad y cortesanía de siempre.

Era preciso tratar a Madame como amiga. ¡Como amiga...! ¿Y por qué no?

O era Madame la instigadora de aquel suceso; o el acontecimiento la había encontrado pasiva.

Si había sido instigadora, no dejaba de ser atrevimiento de su parte, pero ¡no era ése, acaso, su papel natural?

¿Quién había ido a buscarla en el momento más dulce de la luna conyugal

para hablarle un lenguaje amoroso? ¿Quién había asado calcular las eventualidades del adulterio, y aun más todavía del incesto? ¿Quién, escudado en su omnipotencia real, había dicho a aquella joven: «No temáis; amad al rey de Francia que es superior a todos, y un movimiento de su brazo armado con el cetro os protegerá contra todos, hasta contra vuestros propios remordimientos».

La joven había obedecido a aquella palabra real, había cedido a aquella voz corruptora, y ahora que había hecho el sacrificio de su honor, veía pagado este sacrificio con una infidelidad, tanto más humillante, cuanto que reconocía por causa una mujer muy inferior a aquella que al principio creyó ser amada.

Por consiguiente, aun cuando Madame hubiese sido la instigadora de la venganza; habría tenido razón.

Si, por el contrario, sólo había hecho un papel pasivo en toda aquella aventura, ¿qué motivos podía tener el rey para quejarse?

¿Era acaso de su deber, o estaba en su mano contener el torrente de algunas lenguas provincianas? ¿Debía, por un exceso de celo mal entendidos reprimir, a riesgo de envenenarla, la impertinencia de aquellas tres jóvenes?

Todas estas reflexiones eran otras tantas picaduras sensibles al orgullo del rey; pero luego que repasó en su memoria todos aquellos agravios, se admiraba Luis XIV, después de meditado todo, es decir, después de curada la herida, de experimentar otros dolores sordos, insoportables, desconocidos.

Y lo que no se atrevía a confesarse a sí mismo, era que aquellos lancinantes dolores tenían su asiento en el corazón.

Y, en efecto, preciso es que el cronista se lo confiese a los lectores, como el rey se lo confesaba a sí mismo: Luis habíase dejado seducir el corazón por aquella candorosa declaración de La Vallière; llegó a creer en el amor puro, en el amor por el hombre; en el amor despojado de todo interés; y su alma; más joven, y sobre todo más inocente de lo que él la suponía, se había exaltado ante aquella otra alma que acababa de revelársele por sus aspiraciones.

Lo que hay de más raro en la historia tan compleja del amor, es la doble inoculación del amor en dos corazones; no más simultaneidad que igualdad; el uno ama casi siempre antes que el otro; así como también termina casi siempre de amar uno después que el otro.

La corriente eléctrica se establece en razón a la intensidad de la primera pasión que se enciende. Cuanto más intenso era el amor que había manifestado la señorita de La Vallière, mayor había sido también el que el rey había sentido.

Y esto era precisamente lo que asombraba al rey.

Porque se le había demostrado con la mayor claridad que ninguna corriente simpática había podido arrastrar su corazón, ya que aquella declaración no nacía del amor, ni era otra cosa que un insulto hecho al hombre y al rey; era, en una palabra, y la expresión le abrasaba como un hierro candente, una burla.

De manera que aquella muchachita, a quien en rigor todo se le podía negar,

belleza, distinción y talento; aquella muchachita, ungida por la princesa misma a causa de su humildad, no sólo había provocado, sino desdén al rey, es decir, a un hombre que, como un sultán del Asia, no tenía más que fijar su mirada, extender la mano y dejar caer el pañuelo.

Y, desde la víspera, estaba ocupado su ánimo con aquella muchacha, hasta el punto de no pensar más que en ella, de no soñar más que con ella; desde la víspera, se deleitaba su imaginación en engalanar su imagen con encantos que no tenía, y, por último, él, a quien tantos negocios reclamaban, a quien tantas mujeres invocaban, había consagrado desde el día anterior todos los instantes de su vida, todos los latidos de su corazón, a aquel solo pensamiento.

En verdad, era mucho o muy poco.

Y como la indignación hiciera al rey olvidarlo todo, entre otras cosas que estaba allí Saint-Aignan, se desahogaba exhalándola en las más violentas imprecaciones.

Cierto es que Saint-Aignan se hallaba acurrucado en un rincón, desde donde miraba pasar la tempestad.

Su desengaño parecía miserable al lado de la cólera del rey. Comparaba a su pobre amor propio el inmenso orgullo de aquel soberano ofendido, y, conociendo el corazón de los reyes en general, y el de los poderosos en particular, se preguntaba así propio si aquella nube de furor, suspendida hasta entonces en el vacío, acabaría por descargar sobre él, por lo mismo que otros eran culpables y él inocente.

En efecto, detuvo el rey sus agitados pasos, y fijando en Saint-Aignan una mirada de enojo:

—¿Y tú Saint-Aignan? —exclamó.

Saint-Aignan hizo un movimiento, como si quisiera decir: ¿qué, señor?

—Sí, también has sido tan necio como yo, ¿no es cierto?

—Majestad —balbuceó Saint-Aignan.

—Te has dejado coger en ese grosero lazo.

—Majestad —dijo Saint-Aignan comenzándole a correr un calofrío por todo el cuerpo, no os enojéis; las mujeres son criaturas imperfectas, creadas para el mal; y exigir de ellas el bien, es exigir lo imposible.

El rey, que tenía gran respeto hacia sí mismo, y principiaba a tomar sobre sus pasiones ese dominio, que conservó después toda su vida, conoció que se rebajaba manifestando tanto ardor por un objeto tan insignificante.

—No —dijo con viveza—; te engañas, Saint-Aignan, porque no estoy enojado; sólo que me asombra haber sido burlados con tanta destreza por esas dos muchachitas. Admiro sobre todo, que, habiéndonos podido informar, hayamos cometido la torpeza de fiarnos de nuestro corazón.

—¡Oh! El corazón, Majestad, es un órgano que hay que limitar absolutamente a sus funciones físicas, destituirlo de todas sus funciones morales.

Por mi parte, confieso que cuando he visto el corazón de Vuestra Majestad tan embebido por esa joven...

—¿Embebido, yo? Mi ánimo, puede ser, pero mi corazón... estaba...

Luis conoció que para tapar este vacío iba a descubrir otro.

—Por lo demás —añadió—, nada tengo que echar en cara a esa niña. Sabía muy bien que amaba a otro.

—Al vizconde de Bragelonne, sí. Ya se lo tenía dicho a Vuestra Majestad.

—Sí, por cierto; pero no has sido tú el primero. El conde de la Fère me había pedido antes la mano de la señorita de La Vallière para su hijo; de modo, que cuando éste vuelva de Inglaterra, los casaré, puesto que se aman.

—En verdad, reconozco en eso toda la generosidad del rey.

—Mira, Saint-Aignan, créeme; no hablemos más de semejantes cosas —dijo Luis.

—En efecto, Majestad; digeramos la afrenta —dijo resignado el cortesano.

—No creo que sea difícil —repuso el rey modulando un suspiro.

—Y para principiar, yo... —dijo Saint-Aignan.

—¿Qué?

—Voy a componer algún buen epigrama sobre el trío; encabezándolo con el título de Náyade y Dríada: eso será del agrado de Madame.

—Hazlo, Saint-Aignan, hazlo —murmuró el rey—. Me leerás tus versos, y eso me distraerá. ¡Oh! No importa, no importa, Saint-Aignan; el golpe requiere fuerzas sobrehumanas para sobrelevarlo dignamente.

Apenas había el rey terminado de pronunciar estas palabras, con aire de la más angelical paciencia, uno de los criados de servicio llamó en la puerta de la cámara.

Saint-Aignan apartóse por respeto.

—Adelante —dijo el rey.

El criado entreabrió la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó Luis.

El criado enseñó una carta doblada en forma de triángulo.

—Para Su Majestad —dijo.

—¿De parte de quién?

—Lo ignoro; ha sido entregada por uno de los empleados de servicio.

El rey hizo una seña, y el criado puso en sus manos el billete.

Su Majestad se acercó a las luces, abrió el billete, leyó la firma y dejó escapar un grito.

Saint-Aignan era bastante respetuoso para no mirar; pero, a pesar de todo, veía y oía. Acudió.

El rey despidió al criado con un ademán.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo el rey conforme iba leyendo.

—¿Se encuentra indisposto Vuestra Majestad? —preguntó Saint-Aignan con

los brazos extendidos.

—No, no, Saint-Aignan. ¡Lee!

Y le entregó el billete. Los ojos de Saint-Aignan fueron a la firma.

—¡La Vallière! —exclamó—. ¡Oh! ¡Señor!

—¡Lee, lee!

Y Saint-Aignan leyó:

*Majestad: Perdonad mi inoportunidad, perdonad sobre todo la falta de formalidades que acompaña a esta carta; considero que un billete debe hacer más fuerza que un despacho, y, por tanto, me torno la libertad de dirigir un billete a Vuestra Majestad.*

*Vuelvo a mi cuarto traspasada de dolor y de fatiga, e imploro de Vuestra Majestad el favor de una audiencia, en la que podré decir, la verdad a mi rey.*

*LUISA DE LA VALLIÈRE.*

—¿Qué te parece? —preguntó el rey tomando la epístola de manos de Saint-Aignan, aturdido con lo que acababa de leer.

—¿Qué me parece? —repitió Saint-Aignan.

—Sí, ¿qué piensas de esto?

—¡Qué sé yo!

—Algo pensarás!

—Majestad, la chica habrá oído zumbar la tempestad; y tendrá miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó con nobleza Luis.

—Por qué extrañarse, Majestad?

—Tenéis mil motivos para mirar con malos ojos al autor o autores de una chanza tan pesada, y la memoria de Vuestra Majestad, abierta en mal sentido, es una continua amenaza para la imprudente.

—Saint-Aignan, no veo las cosas de esa manera.

—El rey debe ver mejor que yo.

—Pues bien, en estas líneas advierto dolor, violencia, y, ahora que recuerdo ciertas particularidades de la escena que ha pasado esta noche en la habitación de Madame... En fin...

Su Majestad se detuvo cortando la frase.

—En fin —prosiguió Saint-Aignan—, que Vuestra Majestad va a conceder la audiencia; eso es lo mas claro de todo.

—Voy a hacer más, Saint-Aignan.

—¿Qué Majestad?

—Coge tu capa.

—Pero, Majestad...

—¿Sabes dónde está la cántara de las camaristas de Madame?

- Sí, Majestad.
- ¿Sabes algún medio para entrar en ella?
- ¡Oh! En cuanto a eso no.
- Pero alguien conocerás por allí.
- En verdad; Vuestra Majestad es manantial de toda buena idea.
- ¿Conoces a alguien?
- Sí.
- ¿A quién? Vamos a ver.
- A un mozo que está en la mejor inteligencia con cierta doncella.
- Camarista.
- Sí, camarista, Majestad.
- ¿Con Tonnay-Charente? —dijo Luis riendo.
- Por desgracia, no; con Montalais.
- ¿Y se llama?
- Malicorne.
- Corriente... ¿Y puedes contar con él?
- Creo que sí, Majestad. Es muy posible que posea una llave, y en ese caso, como he tenido ocasión de hacerle un pequeño servicio... me parece que no tenga inconveniente en facilitármela.
- Eso es lo mejor. ¡Vamos!
- Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.
- El rey echó su propia capa sobre los hombros de Saint-Aignan, y le pidió la suya. Luego, salieron los dos al vestíbulo.

## Capítulo LXIII

---

Lo que no previeron Náyade ni Díada

Saint-Aignan detuvose al pie de la escalera que conducía a los entresuelos, donde se hallaban las habitaciones de las camaristas, y al piso principal, donde estaba la de Madame.

Desde allí, por medio de un criado que cruzaba, hizo avisar a Malicorne, que estaba todavía en la habitación de Monsieur.

Transcurridos diez minutos, Malicorne llegó todo estirado y olfateando en la sombra.

El rey retrocedió, para ocultarse en la parte más oscura del vestíbulo.

En cambio, Saint-Aignan avanzó. Mas, a las primeras palabras con que formuló su deseo. Malicorne dio un respingo.

—¡Oh, oh! ¿Me pedís que os introduzca en las habitaciones de las camaristas?

—Sí.

—Ya comprenderéis que no me es posible hacer semejante cosa sin saber antes cuál es vuestro objeto.

—Por desgracia, querido señor Malicorne, me es imposible dar la menor explicación; de consiguiente, es preciso que os fieis de mí como de un amigo que os sacó ayer de un apuro, y que os suplica le saquéis hoy de otro a él.

—Pero yo, caballero, os manifesté mi objeto, que era el no dormir al ras, y cualquier hombre de bien puede tener un deseo semejante, al paso que vos nada me decís.

—Creed, mi querido señor Malicorne —insistió Saint-Aignan—, que si me fuera permitido explicarme, no dejaría de hacerlo.

—Entonces mi querido señor, no puedo permitir que entréis en el cuarto de la señorita de Montalais.

—¿Por, qué?

—Mejor que nadie debéis saberlo, ya que me sorprendisteis en la tapia haciendo la corte a la señorita de Montalais, y ya comprenderéis, que haciéndole la corte, sería demasiada complacencia de mi parte abriros la puerta de su cámara.

—Y quién dice que os pido la llave por la señorita de Montalais?

—Pues para quién, si no?

—Supongo que esa señorita no vivirá sola.

—No, claro está.

—No se aloja con la señorita de La Vallière?

—Sí, pero no creo que tengáis con la señorita de La Vallière más que con la señorita de Montalais, y no hay más que dos hombres en el mundo a quien podría entregar esta llave; al señor de Bragelonne, si me la pidiera, y al rey, si me lo mandase.

—Pues bien, dadme esa llave, señor, yo os lo ordeno —dijo el rey saliendo de la obscuridad y entreabriendo su capa—. La señorita de Montalais bajará al lado vuestro mientras nosotros subimos a ver a la señorita de La Vallière, porque sólo con ésta es con quien tenemos que hablar.

—¡El rey! —exclamó Malicorne encorvándose hasta las rodillas del rey.

—Sí, el rey —dijo Luis sonriendo—; el rey, que os felicita tanto por vuestra resistencia como por vuestra capitulación. Levantaos, caballero, y hacednos el servicio que os solicitamos.

—Majestad, a vuestras órdenes —dijo Malicorne subiendo la escalera.

—Haced que baje la señorita de Montalais —ordenó el rey—, y no le habléis palabra de mi visita.

Malicorne se inclinó en señal de obediencia y continuó subiendo. Pero el rey, por súbita reflexión, le siguió, y con tal rapidez, que a pesar de llevarle Malicorne de delantera la mitad de los escalones, llegó a la cámara al mismo tiempo que aquél.

Entonces distinguió, por la puerta que había dejado entreabierta Malicorne a La Vallière recostada en un sillón, y en el otro extremo a Montalais, que se estaba peinando, en bata y de pie, frente a un espejo, conferenciando con Malicorne.

El rey abrió súbitamente y entró. Montalais lanzó un grito al ruido que hizo la puerta, y, viendo al rey, escurrió el bulto.

La Vallière, por su parte, al ver al rey, se levantó como un cadáver galvanizado, y volvió a dejarse caer en el sillón.

El rey se adelantó hacia ella lentamente:

—Deseabais una audiencia, señorita? —le dijo con frialdad—. Estoy pronto a oíros... Hablad...

Saint-Aignan; fiel a su papel de sordo, ciego y mudo, habíase colocado en un esconce de puerta, sobre el escabel que la casualidad parecía haberle

proporcionado.

Abrigado bajo la tapicería que servía de cortinaje, refirmado en la pared, escuchó si sin ser visto, resignándose al papel de perro del guarda, que espera y vigila sin incomodar jamás al amo.

Asustada, La Vallière al aspecto irritado del rey, se levantó por segunda vez, y, permaneciendo en una postura humilde y suplicante:

—Majestad —balbuceó—; perdonadme.

—¿Y el qué queréis que os perdone, señorita? —preguntó Luis XIV.

—Majestad, he cometido una grave falta, más que una grave falta; un gran crimen.

—¿Vos?

—He ofendido a Vuestra Majestad.

—Absolutamente nada —replicó Luis XIV.

—Majestad, os ruego que depongáis esa terrible gravedad que revela la justa cólera del rey. Conozco, Majestad, que os he ofendido, mas necesito explicaros cómo esa ofensa ha sido sin mí plena voluntad.

—Pues no veo en qué podáis haberme ofendido, señorita. ¿Lo decís acaso por esa chanza de muchacha, chanza en sí bien inocente? Os habéis reído de un joven crédulo, y es cosa muy natural; cualquiera otra mujer, en vuestro lugar, hubiera hecho lo mismo.

—¡Oh! Vuestra Majestad me abruma con esas palabras.

—Y ¿por qué?

—Porque si la chanza hubiera procedido de mí, no sería inocente.

—En fin, señorita —prosiguió el rey—. ¡Es eso todo cuanto teníais que decirme al pedirme la audiencia?

Y el rey dio casi un paso atrás. Entonces, La Vallière, con voz breve y entrecortada, con los ojos secos por el fuego de las lágrimas, dio a su vez un paso hacia él rey.

—¿Vuestra Majestad lo oyó todo? —dijo.

—¿Todo qué?

—Todo lo que dijeron mis labios bajo la encina real.

—No perdí una sola palabra, señorita.

—Y habiéndome oído Vuestra Majestad, ¿ha podido creer que abusara de su credulidad?

—Sí, credulidad, ésa es la palabra.

—¿Y no ha sospechado Vuestra Majestad que una pobre muchacha como yo puede verse obligada a veces a pasar por la voluntad de otra persona?

—Perdón, pero nunca comprenderé que la persona cuya voluntad parecía expresar tan libremente bajo la encina real, se dejase influenciar hasta ese punto por la voluntad de otro.

—¡Oh! Pero ¿y la amenaza, Majestad?

—¡La amenaza! ¿Y quién os amenazaba? ¿Quién osaba amenazaros?

—Los que tienen derecho para hacerlo, señor.

—A nadie en mi reino reconozco el derecho de amenazar.

—Perdonadme, Majestad; al lado mismo de Vuestra Majestad hay personas bastante elevadas para tener o para creerse con el derecho de perder a una muchacha sin porvenir, sin fortuna, y que no cuenta más que con su reputación.

—¿Y cómo la han de perder?

—Haciéndola perder la reputación con una expulsión infamante.

—¡Oh! Señorita —dijo el rey con profunda amargura—; gusto en extremo de las personas que se disculpen sin acriminar a otros.

—¡Majestad...!

—Sí, y me es penoso, lo confieso, ver que una justificación fácil, como podría ser la vuestra, venga a complicarse en mi presencia con un tejido de reconvenencias y de imputaciones.

—¡A los cuales no dais crédito! —exclamó La Vallière.

El rey guardó silencio.

—¡Oh! ¡Decidlo, decidlo de una vez! —repitió La Vallière con vehemencia.

—Miento confesároslo —dijo el rey inclinándose con frialdad.

La joven lanzó una honda exclamación, y golpeando sus manos una contra otra.

—¿Conque no me creéis? —dijo. El rey nada respondió.

Las facciones de La Vallière alteráronse con aquel silencio.

—¿Conque suponéis que yo —dijo—, yo... he urdido ese ridículo e inicuo complot para burlarme imprudentemente de Vuestra Majestad?

—¡Eh, pardiez! No veo que eso sea ridículo e inicuo —repuso el rey— ni aun me atrevería a llamarlo complot; es una chanza más o menos divertida, y nada más.

—¡Oh! —murmuró la joven, desesperada—. ¡El rey no me cree, el rey no quiere creermel

—En efecto, no os quiero creer.

—¡Dios mío, Dios mío!

—Pues qué cosa hay más natural? El rey me sigue, me escucha, me acecha; el rey intenta tal vez divertirse a mi costa; pues divirtámonos a la suya, y, como el rey es hombre de corazón, hirámole en él.

La Vallière ocultó la cabeza en sus manos, ahogando un suspiro. El prosiguió impasible, vengándose en la pobre víctima de todo lo que había sufrido.

—Pongamos ahora la fábula de que le amo y le he distinguido. El rey es tan cándido y tan orgulloso a la vez, que me creerá, y entonces iremos a contar ese candor del rey, para reírnos.

—¡Oh! —exclamó La Vallière—. ¡Pensar semejante cosa es horrible!

—Y no, es todo —prosiguió el rey—; si ese príncipe orgulloso llega a tomar la

chanza como cosa seria, si tiene la indiscreción de manifestar públicamente algo parecido a la alegría, entonces mejor, el rey será humillado ante toda la Corte, y algún dia será una historia agradable que contar a mi amante, una parte de dote que llevar a mi marido, esa aventura de un rey, burlado por una maliciosa joven.

—¡Majestad! —murmuró La Vallière desencajada, delirante—. ¡Ni una palabra más, os lo suplico! ¿No veis que me estáis matando?

—¿Chanzas todavia? —murmuró el rey, principiando, no obstante a conmoverse.

La Vallière cayó de rodillas tan bruscamente, que resonaron sus rodillas en el suelo. Juntando luego las manos:

—Majestad —dijo—; prefiero la vergüenza a la traición.

—¿Qué hacéis? —preguntó el rey, aunque sin hacer el menor movimiento para levantar a la joven.

—Majestad, cuando os haya sacrificado mi honor y mi razón, tal vez creáis entonces en mi lealtad. La historia contada en la habitación de Madame y por Madame, es una mentira; lo que dije bajo la gran encina...

—¿Qué?

—Eso sólo es la verdad.

—¡Señorita! —exclamó el rey.

—Majestad —exclamó La Vallière impulsada por la violencia de sus sensaciones—, aun cuando deba morir de vergüenza en este sitio en que han echado raíces mis rodillas, os lo diré hasta que la voz me falte: he dicho que os amaba, y... Majestad, ¡os amo!

—¡Vos!

—Os amo Majestad, desde el primer instante en que os vi, desde que en Blois, donde pasaba lánguida mi vida, cayó sobre mí vuestra augusta mirada, luminosa y vivificadora. ¡Os amo, Majestad! Sé que es un crimen de lesa majestad el que una infeliz muchacha como yo ame a su Rey y se lo diga. Castigadme por mi audacia, despreciadme por mi imprudencia; pero no digáis jamás, no creáis jamás que me he burlado de vos; ni que os he traicionado. ¡Soy de sangre fiel al trono, Majestad; y amo...! ¡Amo a mi rey! ¡Ay! ¡Yo me muero!

Y de repente, falta de fuerzas, de voz y de aliento, cayó tronchada en el suelo, como aquella flor de que habla Virgilio tocada por la hoz del segador.

Cuando oyó Su Majestad aquellas palabras, aquella vehemente súplica, no le quedó el menor asomo de rencor ni de duda, y se abrió su corazón entero al soplo apasionado de aquel amor que hablaba en lenguaje tan noble y decidido.

Así fue que, al escuchar la apasionada confesión de aquel amor, se ocultó la cara entre las manos.

Pero, cuando sintió las manos de La Vallière asidas a las suyas, cuando la tibia presión de la enamorada joven se comunicó a sus arterias, se abrasó él a su vez, y, cogiendo a La Vallière por el talle, la levantó y la estrechó contra su

corazón.

Pero ella, moribunda y con la cabeza apoyada sobre sus hombros, no vivía.  
Asustado el rey, llamó entonces a Saint-Aignan.

Saint-Aignan, que llevaba la discreción hasta el punto de permanecer inmóvil en un rincón, fingiendo enjugar una lágrima, acudió presuroso al oír que le llamaba el rey.

Entonces ayudó a Luis a poner a la joven, sobre un sillón, le dio golpes en las manos y la roció con agua de la reina de Hungría, repitiéndole:

—¡Señorita, ea, señorita, se acabó ya todo, el rey os cree y os perdona! ¡Vaya, vaya! ¡Tened cuidado, que vais a conmover con excesiva violencia al rey! Su Majestad es sensible, señorita, y tiene su corazón. ¡Qué diablos, señorita! ¡Mirad que el rey está muy pálido!

En efecto, el Rey palidecía visiblemente.

—¡Señorita, señorita! —continuaba Saint-Aignan—, volved en vos, por Dios, que todavía es tiempo! ¡Pensad que si el rey se pusiera malo, me vería precisado a llamar a su médico! ¡Oh! ¡Qué pena, señorita! ¡Mi amada señorita! ¡A ver si hacéis un esfuerzo y volvéis en vos! ¡Pronto! ¡Pronto!

Difícil era desplegar una elocuencia más persuasiva que la de Saint-Aignan; pero algo más enérgico y activo que la elocuencia de Saint-Aignan hizo volver en sí a La Vallière.

El rey habiérase arrodillado ante ella, y le imprimía en la palma de la mano esos ardientes besos que son a las manos lo que el beso de los labios es al rostro.

Volvió por fin en sí la joven, abrió lúgicamente sus ojos, y, con mirada moribunda: —¡Oh! —murmuró—. ¿Vuestra Majestad se digna perdonarme? El rey no contestó... pues estaba todavía muy conmovido. Saint-Aignan creyó que debía alejarse otra vez, adivinando la llama que brotaba de los ojos de Su Majestad.

La Vallière se levantó.

—Y ahora, Majestad —dijo con entereza—, ahora que estoy justificada, o por lo menos así lo creo, a vuestros ojos, concededme que me retire a un convento. Allí bendeciré a mi rey toda mi vida, y allí moriré amando a Dios, que me ha concedido un día de felicidad.

—¡No, no —contestó el rey—; viviréis aquí, por el contrario, bendiciendo a Dios, pero amando a Luis, que os creará toda una existencia de dicha, a Luis, que os ama, a Luis, que os lo jura!

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Y al manifestar La Vallière esa duda, crecían tanto en ardor los besos del rey, que Saint-Aignan creyó de su deber pasar al otro lado de la tapicería.

Pero aquellos besos, que no había tenido fuerza para rechazar en un principio, comenzaron a abrasar a la joven.

—¡Oh! Majestad —exclamó—, no me hagáis arrepentir de haber sido tan

leal, porque eso me probará que me despreciáis aún.

—Señorita —dijo de pronto el rey retrocediendo lleno de respeto—, nada amo ni venero en el mundo más que a vos, y nada en mi Corte, os lo juro, será tan estimado como lo seréis vos en adelante; os pido, pues, perdón por mi arrebato, señorita, nacido sólo de un exceso de amor. Así os probaré que os amo más todavía, respetándos tanto como podáis desear.

Inclinándose al punto ante ella y tomándole una mano:

—Señorita —le dijo—, ¿queréis hacerme la honra de aceptar el beso que imprimo en vuestra mano?

Y el labio del rey rozó respetuoso y ligero la mano estremecida de la joven.

—Desde hoy —repuso Luis, levantándose y extendiendo una mirada sobre La Vallière—, estaréis bajo mi protección. No habléis a nadie del mal que os he causado, y perdonad a los otros el que os hayan podido hacer. En adelante os veréis colocada en un puesto tan superior al de ellos que lejos de infundiros temor, ni aun siquiera os causarán lástima. Y saludó religiosamente como al salir de un templo.

Enseguida llamando a Saint-Aignan, que se acercó humildemente:

—Conde —le dijo—, espero que esta señorita tendrá a bien concederos un poco de amistad a cambio de la que le he consagrado para siempre.

Saint-Aignan dobló la rodilla ante La Vallière.

—¡Qué alegría para mí —murmuró— si esta señorita se digna hacerme ese honor!

—Voy a enviaros a vuestra compañera —dijo el rey—. Adiós, señorita, o más bien hasta la vista; hacedme el favor de no olvidarme en vuestras oraciones.

—¡Oh! Majestad —exclamó La Vallière—, no lo temáis, pues estáis con Dios en mi corazón.

Esta última frase emocionó al rey, el cual se llevó gozoso, a Saint-Aignan por la escalera.

Madame no había previsto tal desenlace: ni náyade ni dríada habían hablado de él.

## Capítulo LIX

---

### El nuevo general de los jesuitas

En tanto que La Vallière y el rey confundían en su primera declaración todas las penas pasadas, toda la dicha presente y todas las esperanzas futuras, Fouquet, de vuelta a la habitación que se le había señalado en Palacio, conversaba con Aramis sobre todo aquello que precisamente el rey olvidaba.

—Decidme ahora —preguntó Fouquet—, a qué altura estamos en el asunto de Belle-Île, y si tenéis noticias de allá.

—Señor superintendente —contestó Aramis—, todo va por ese lado conforme a nuestro deseo; los gastos han sido pagados y nada se ha traslucido de nuestros designios.

—Pero ¿y la guarnición que el rey quería poner allí?

—Esta mañana he sabido que llegó hace quince días.

—¿Y cómo se la ha tratado?

—¡Oh! Muy bien.

—¿Y qué se ha hecho de la antigua guarnición?

—Fue trasladada a Sarzeal, y desde allí la han enviado inmediatamente a Quimper.

—¿Y la nueva guarnición?

—Es nuestra ya.

—Estáis seguro de lo que decís, señor de Vannes?

—Absolutamente; y ahora veréis cómo ha pasado la cosa.

—Ya sabéis que de todos los puntos de guarnición, Belle-Île es el peor.

—No lo ignoro, y ya está esto tenido en cuenta; ni allí hay espacio, ni comunicaciones, ni mujeres, ni juego; y es una lástima —repuso Aramis, con una de esas sonrisas que sólo a él eran peculiares— ver el ansia con que los

jóvenes buscan hoy las diversiones y se inclinan hacia aquel que las paga.

—Pues procuraremos que se diviertan en Belle-Île.

—Es que si se divierten por cuenta del rey, amarán al rey; en cambio, si se aburren por cuenta de Su Majestad y se divierten por cuenta del señor Fouquet, amarán al señor Fouquet.

—¿Y habéis avisado a mi intendente para inmediatamente que llegasen...?

—No; se les ha dejado aburrirse a su sabor durante ocho días; pero al cabo de este tiempo han reclamado, diciendo que los antecesores suyos divertíanse más que ellos. Contestóseles entonces que los antiguos oficiales habían sabido atraerse la amistad del señor Fouquet, y que éste, teniéndolos por amigos, procuró desde entonces que no se aburriera en sus tierras. Esto les hizo reflexionar. Pero, acto continuo, añadió el intendente que, sin prejuzgar las órdenes del señor Fouquet, conocía lo suficiente a su amo para saber que se interesaba por cualquier gentilhombre que estuviese al servicio del rey, y que, a pesar de no conocer todavía a los nuevos oficiales, haría por ellos tanto como hiciera por los anteriores.

—Perfectamente. Supongo que a las promesas habrán seguido los efectos; ya sabéis que no permito que se prometa nunca en mi nombre sin cumplir.

—Enseguida púsose a disposición de los oficiales nuestros dos corsarios y vuestros caballos, y se les dio la llave de la casa principal, de suerte que forman partidas de caza, y deliciosos paseos con cuantas mujeres hay en Belle-Île. Más las que han podido reclutar en las inmediaciones y no han temido marearse.

—Y hay buena colección en Sarzeau y Vannes, ¿no es cierto?

—¡Oh! En toda la costa —respondió tranquilamente Aramis.

—¿Y para los soldados?

—Para éstos, vino, excelentes víveres y buena paga.

—Muy bien; de modo...

—Que podemos contar con la actual guarnición, más, si es posible, que con la anterior.

—Bien.

—De lo cual se deduce que, si Dios quiere que nos renueven la guarnición cada dos meses, al cabo de tres años habrá pasado por Belle-Île, todo el ejército, y en vez de tener un regimiento a nuestra disposición, tendremos cincuenta mil hombres.

—Bien suponía yo —dijo Fouquet— que no había en el mundo un amigo más precioso e inestimable que vos, señor de Herblay; pero con todas estas cosas —repuso, riendo— nos hemos olvidado de nuestro amigo Du Vallon. ¿Qué es de él? Declaro que en esos tres días que he pasado en Saint-Mandé todo lo he olvidado.

—¡Oh! Pues yo... no —replicó Aramis—. Porthos se encuentra en Saint-Mandé untado en todas sus articulaciones, atestado de alimentos y con vinos a todo pasto; he dispuesto que le franqueen el paseo del pequeño parque, paseo que

os habéis reservado para vos solo, y usa de él. Ya comienza a poder andar, y ejercita sus fuerzas doblando olmos jóvenes, o haciendo saltar añas encinas, como otro Milón de Crotona. Ahora bien, como no hay leones en el parque, es probable que le encontremos entero.

Es todo un intrépido nuestro Porthos.

—Sí; pero, entretanto, va a aburrirse.

—¡Oh! No lo creáis.

—Hará preguntas.

—No, porque no ve a nadie.

—De todos modos, ¿espera alguna cosa?

—Le he dado una esperanza que realizaremos algún día, y con eso vive satisfecho.

—¿Qué esperanza?

—La de ser presentado al rey.

—¡Oh! ¿Y con qué carácter?

—Con el de ingeniero de Belle-Île.

—Tenéis razón.

—¿Es cosa que puede hacerse?

—Sí, ciertamente. ¿Y no creéis conveniente que vuelva a Belle-Île cuanto antes?

—Lo creo indispensable, y pienso enviarle lo más pronto posible. Porthos tiene mucha apariencia, y sólo conocemos su flaco D'Artagnan, Athos y yo. Porthos nunca se vende, pues está dotado de gran dignidad; en presencia de los oficiales hará el efecto de un paladín del tiempo de las Cruzadas. Es bien seguro que emborrachará al Estado Mayor sin emborracharse él, y será para todos objeto digno de admiración y simpatía, aparte de que, si tuviésemos que ejecutar alguna orden, Porthos es una consigna viviente, y tendremos qué pasar por lo que él diga.

—Pues enviadle.

—Ese es también mi proyecto, pero dentro de algunos días, pues habéis de saber una cosa.

—¿Qué?

—Que temo a D'Artagnan. Ya habréis advertido que no se encuentra en Fontainebleau, y D'Artagnan no es hombre que esté ausente u ocioso impunemente. Ya que he terminado mis asuntos, procuraré averiguar en qué se ocupa D'Artagnan.

—¿Decís que habéis terminado vuestros asuntos?

—Sí.

—En tal caso sois feliz, y por mi parte quisiera decir lo propio.

—Creo que no tengáis que temer.

—¡Hum!

—El rey os recibe perfectamente, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y Colbert os deja en paz? Casi, casi.

—Así, pues —dijo Aramis—, podemos pensar en lo que os manifestaba ayer respecto de la pequeña.

—¿Qué pequeña?

—¿Ya la habéis olvidado?

—Sí.

—Respecto de La Vallière.

—¡Ah! Tenéis razón.

—¿Os repugna conquistar a esa joven?

—Por un solo motivo.

—¿Por qué?

—Porque ocupa otra mi corazón, y nada siento absolutamente hacia esa joven.

—¡Oh, oh! —exclamó Aramis—. ¿Decís que tenéis ocupado el corazón?

—Sí.

—¡Pardiez! ¡Hay que tener cuidado con eso!

—¿Por qué?

—Porque sería cosa terrible tener ocupado el corazón cuando tanto necesitáis de la cabeza.

—Es verdad. Pero ya visteis que apenas me habéis llamado he acudido. Mas, volviendo a la pequeña. ¿Qué provecho veis en que le haga la corte?

—Dicen que el rey ha concebido un capricho por esa pequeña, por lo menos según se cree.

—Y vos, que todo lo sabéis, ¿tenéis noticias de algo más?

—Sé que el rey ha cambiado casi repentinamente; que anteayer el rey era todo fuego por Madame; que hace algunos días se quejó Monsieur de ese fuego a la reina madre; y que ha habido disgustos matrimoniales y reprimendas maternales.

—¿Cómo habéis sabido todo eso?

—Lo cierto es que lo sé.

—¿Y qué?

—A consecuencia de tales disgustos y reprimendas, el rey no ha dirigido la palabra ni ha hecho el menor caso de Su Alteza Real.

—¿Y qué más?

—Después, se ha dirigido a la señorita de La Vallière. La señorita de La Vallière es camarista de Madame. ¿Sabéis lo que, en amor, se llama una pantalla?

—Lo sé.

—Pues bien: la señorita de La Vallière es la pantalla de Madame.

Aprovechaos de esa posición; bien que, para vos, esa circunstancia la creo innecesaria. No obstante, el amor propio herido hará la conquista más fácil; la pequeña sabrá el secreto del rey y de Madame. Ya sabéis el partido que un hombre inteligente puede sacar de un secreto.

—Pero ¿cómo he de abrirme paso hasta ella?

—¿Eso me preguntáis? —repuso Aramis.

—Sí, pues no tengo tiempo de ocuparme en tal cosa.

—Ella es pobre, humilde, y bastará con que le creáis una posición. Entonces, ya subyugue al rey como amante, ya llegue a ser sólo su confidente, siempre habréis ganado un nuevo adepto.

—Esta bien. ¿Y qué hemos de hacer en cuanto a esa pequeña?

—Cuando deseáis a una mujer, ¿qué hacéis, señor superintendente?

—Le escribo, hago mil protestas de amor y mis ofrecimientos correspondientes, y firmo: Fouquet.

—¿Y ninguna ha resistido hasta ahora?

—Sólo una —contestó Fouquet—; pero hace cuatro días que ha cedido como las otras.

—¿Queréis tomaros la molestia de escribir? —preguntó Aramis a Fouquet, presentándole una pluma. Fouquet la cogió.

—Dictad —le dijo—; tengo de tal modo ocupada la imaginación en otra parte, que no acertaría a trazar dos líneas.

—Vaya, pues —dijo Aramis—; escribid.

Y dictó lo que sigue:

*Señorita: Os he visto, y no os sorprenderá que os haya encontrado hermosa.*

*Pero, faltándoos una posición digna de vos, no podéis hacer otra cosa que vegetar en la Corte.*

*El amor de un hombre de bien, en el caso de que tengáis alguna ambición, podría servir de ayuda a vuestro talento y a vuestras gracias.*

*Pongo mi amor a vuestros pies; pero, como un amor, por humilde y prudente que sea, puede comprometer al objeto de su culto, no conviene que una persona de vuestro mérito se arriesgue a quedar comprometida sin resultado para su porvenir.*

*Si os dignáis corresponder a mi cariño, os probará mi amor su reconocimiento haciéndoos libre para siempre.*

Después de escribir Fouquet lo que antecede, miró a Aramis.

—Firmad —dijo éste.

—¿Es cosa necesaria?

—Vuestra firma al pie de esa carta vale un millón; sin duda lo habéis olvidado, mi amado superintendente.

Fouquet firmó.

—¿Y por quién vais a remitir esa carta? —dijo Aramis.

—Por un criado excelente.

—¿Estáis seguro de él?

—Es mi correveidile ordinario.

—Perfectamente.

—Por lo demás, ¿no es pesado el juego que llevamos por este lado?

—¿En qué sentido?

—Si es verdad lo que decís de las complacencias de la pequeña por el rey y por Madame, le dará el rey cuanto dinero deseé.

—¿Conque el rey tiene dinero? —preguntó Aramis.

—¡Cáscaras! Preciso es que así sea, cuando no pide.

—¡Oh! ¡Ya pedirá, estad seguro!

—Hay más aún, y es que yo creía que me hubiera hablado de esas fiestas de Vaux.

—¿Y qué?

—Nada ha dicho de eso.

—Ya hablará.

—Muy cruel creéis al rey, amigo Herblay.

—Al rey, no.

—Es joven, y, por lo tanto, bueno.

—Es joven, y, por lo tanto, débil o apasionado; y el señor Colbert tiene en sus villanas manos su debilidad o sus vicios.

—Ya veis cómo le teméis.

—No lo niego.

—Pues estoy perdido. ¿Por qué?

—Porque mi fuerza con el rey consistía sólo en el dinero.

—¿Y qué?

—Y estoy arruinado.

—No.

—¿Cómo que no? ¿Estáis acaso mejor enterado que yo de mis asuntos?

—Quizá.

—¿Y si pide que se celebren las fiestas?

—Las daréis.

—Pero ¿y dinero?

—¿Os ha faltado acaso alguna vez?

—¡Ah! ¡Si supierais a qué precio me he procurado el último!

—El próximo nada os costará.

—¿Y quién me lo dará?

—Yo.

—¿Vos, seis millones?

- Diez, si fuese necesario.
- En verdad, amigo Herblay —dijo Fouquet—, vuestra confianza me asusta más aún que la cólera del rey.
- ¡Bah!
- Pero ¿quién sois?
- Creo que ya me conocéis.
- Tenéis razón; ¿y qué queréis?
- Quiero en el trono de Francia un soberano que dé su entera confianza al señor Fouquet, y que el señor Fouquet me sea fiel.
- ¡Oh! —murmuró Fouquet estrechándole la mano—. En cuanto a seros fiel, podéis contar siempre con ello; mas, creedme, señor de Herblay, os hacéis ilusiones.
- ¿En qué?
- Jamás me dará el rey su entera confianza.
- No he afirmado que el rey os dé su entera confianza.
- Pues eso es lo que habéis dicho.
- No he dicho el rey; te dicho un soberano.
- ¿Y no es igual?
- No, por cierto, que hay mucha diferencia.
- No os comprendo.
- Ahora me comprenderéis; supongamos que ese soberano fuera otra persona que Luis XIV.
- ¿Otra persona?
- Sí, que todo lo deba a vos.
- Imposible.
- Hasta su trono.
- ¡Oh! ¡Estáis loco! No hay más hombre que Luis XIV que pueda ocupar el trono de Francia. No veo ni uno solo.
- Pues yo, sí.
- A menos que sea Monsieur —repuso Fouquet, mirando a Aramis con ansiedad...
- Pero Monsieur...
- No es Monsieur...
- ¿Y cómo queréis que un príncipe que no sea de la sangre, que no tenga derecho alguno...?
- El rey que yo me doy, es decir, el que os daréis vos mismo, será cuanto tenga que ser, no os preocupéis.
- Cuidado, señor de Herblay, qué me hacéis estremecer. Aramis sonrió.
- Así como así, ese estremecimiento os cuesta muy poco —dijo.
- Repite que me asustáis.
- Aramis volvió a sonreír.

—¿Y os reís con esa calma? —dijo Fouquet.

—Y cuando llegue el día reiréis vos como yo; pero, por ahora, debo ser sólo yo el que ría.

—No comprendo.

—Cuando llegue el día, ya me explicaré, no tengáis miedo. Ni vos sois san Pedro ni yo Jesús, y, sin embargo, os diré: « Hombre de poca fe, ¿por qué dudas? » .

—¡Diantre! Dudo... dudo porque no veo.

—Es que entonces estáis ciego, y os trataré, no ya como a San Pedro, sino como a San Pablo, y os diré: « Llegará día en que se abrirán tus ojos» .

—¡Oh! —murmuró Fouquet—. ¡Cuánto desearía creer!

—¿Y no creéis aún vos, a quien tantas veces he hecho atravesar el abismo en que os hubieseis sepultado sin remedio si hubierais caminado solo; vos, que de procurador general habéis ascendido al cargo de intendente, del puesto de intendente al de primer ministro, y que de primer ministro pasaréis a ser mayordomo mayor de Palacio? Pero, no —añadió con su habitual sonrisa—; no, vos no podéis ver, y, por consiguiente, tampoco podéis creer eso.

Y Aramis se levantó para ausentarse.

—Una palabra no más —dijo Fouquet—; nunca habéis hablado así; nunca os habéis mostrado tan confiado, o mejor dicho, tan temerario.

—Porque para hablar alto es preciso tener la voz libre.

—¿De modo que vos la tenéis?

—Sí.

—Será de poco tiempo a esta parte.

—Desde ayer.

—¡Oh! Señor de Herblay, ¡pensad bien lo que hacéis, pues lleváis la seguridad hasta la audacia!

—Porque uno puede ser audaz cuando es poderoso.

—¿Y lo sois?

—Os he ofrecido diez millones, y os los ofrezco de nuevo.

Fouquet levantóse turbado.

—Veamos —dijo—; hace poco hablabais de derribar reyes y reemplazarlos por otros reyes. ¡Dios me perdone, pero, si no estoy loco, eso es lo que habéis dicho no hace mucho!

—No estáis loco, y es realmente lo que he dicho no hace mucho.

—¿Y por qué lo habéis dicho?

—Porque a uno le es dado hablar de tronos derribados y de reyes creados, cuando es superior a los reyes y a los tronos... de este mundo.

—¡Entonces, sois omnípotente! —exclamó Fouquet.

—Ya os lo he dicho y os lo repito —contestó Aramis con ojos encendidos y labio trémulo.

Fouquet se arrojó sobre su sillón y dejó caer su cabeza entre las manos.

Aramis lo contempló por un instante como hubiera hecho el ángel de los destinos humanos con cualquier sencillo mortal.

—Adiós —le dijo—, estad tranquilo, y envidad vuestra carta a La Vallière. Mañana sin falta nos volveremos a ver, ¿no es verdad?

—Sí, mañana —dijo Fouquet moviendo la cabeza como hombre que vuelve en sí; pero ¿dónde nos veremos?

—En el paseo del rey, si os place.

—Muy bien.

Y los dos se separaron.

## Capítulo LX

---

### La tempestad

El día siguiente amaneció sombrío y nebuloso, y como todos conocían el paseo dispuesto en el real programa, las primeras miradas de todos al abrir los ojos se dirigieron al cielo.

Sobre los árboles flotaba un vapor denso, ardiente, que apenas tenía fuerza para levantarse a treinta pies del suelo, bajo los rayos del sol que sólo podía distinguirse a través del velo de una pesada y espesa nube.

Aquel día no había rocío. Los céspedes estaban secos, las flores mustias. Los pájaros cantaban con más reserva que de costumbre entre el ramaje inmóvil, como si estuviera muerto. No se oían aquellos murmullos extraños, confusos, llenos de vida, que parecen nacer y existir por influjo del sol, ni aquella respiración de la Naturaleza, que habla sin cesar en medio de todos los demás ruidos: nunca había sido tan grande el silencio.

Aquella melancolía del cielo hirió los ojos del rey cuando se asomó a la ventana al levantarse.

Mas como hallábanse dadas las órdenes para el paseo, como estaban hechos todos los preparativos, y como, lo que era aún más perentorio e importante, contaba Luis con aquel paseo para responder a las promesas de su imaginación, y hasta podemos decir a las necesidades de su corazón, decidió el rey, sin vacilaciones, que el estado del cielo nada tenía que ver con todo aquello, que el paseo estaba resuelto, y que hiciera el tiempo que quisiese, se llevaría a cabo.

Por lo demás, hay en algunos reinados terrenales, privilegiados del cielo, horas en que se creería que la voluntad de los soberanos de la tierra tiene su influencia sobre la voluntad divina. Augusto tenía a Virgilio para decirle: *Nocte placet tota redeunt spectacular mane*. Luis XIV tenía a Boileau, que había de

decirle otra cosa, y a Dios, que debía mostrarse casi tan complaciente con él como lo había sido Júpiter con Augusto.

Luis oyó misa según costumbre; pero, hay que decirlo, algo distraído de la presencia del Creador por el recuerdo de la criatura. Durante el oficio divino púsose a calcular más de una vez el número de minutos, y después el de segundos que le separaba del bienhadado momento en que Madame se pondría en camino con sus camaristas.

Por lo demás, excusado es manifestar que todos en Palacio ignoraban la entrevista que se había verificado el día anterior entre La Vallière y el rey. Tal vez Montalais, con su habitual charlatanería, la hubiera revelado; pero Montalais se hallaba en esta ocasión contenida por Malicorne, quien le había cerrado los labios con la cadena del interés común.

Respecto a Luis XIV, se contemplaba tan dichoso, que había perdonado casi enteramente a Madame su jugareta de la víspera; y, en efecto, más motivo tenía para alegrarse que para entriseccerse de ello. Sin aquella intriga, no hubiese recibido la carta de La Vallière; sin aquella carta, no hubiese habido audiencia; y sin aquella audiencia, habría permanecido el rey en la indecisión. Había demasiada dicha en su corazón para dar entrada al rencor, al menos por aquel momento.

Así fue, que, en lugar de fruncir el ceño al ver a su cuñada, se propuso mostrarle más afabilidad y benevolencia que de costumbre.

Era, sin embargo, con una condición: que estuviese lista muy pronto.

Tales eran las cosas en que pensaba Luis durante la misa, y que, digámoslo, le hacían olvidar durante el santo ejercicio aquellas en que hubiera debido pensar por su carácter de soberano cristianísimo y de hijo primogénito de la Iglesia.

Sin embargo, es Dios tan bondadoso con los errores juveniles, y todo lo que es amor, aun cuando no sea de los más legítimos, halla tan fácilmente perdón a sus miradas paternales, que al salir de la misa miró Luis al cielo, y pudo ver por entre los claros de una nube un rincón de ese manto azul que huella el Señor con su planta.

Volvió a Palacio, y, como el paseo no debía verificarse hasta las doce, y no eran todavía más que las diez, se puso a trabajar tenazmente con Colbert y Lyonne.

Mas, como en algunos intervalos de descanso fuese Luis de la mesa a la ventana, en atención a que esa ventana daba al pabellón de Madame, pudo divisar en el patio al señor Fouquet, de quien hacían sus cortesanos más caso que nunca desde que vieran la predilección que el rey habiale mostrado el dia antes, y que venía por su parte con aire bondadoso y placentero a hacer la corte al rey.

Instintivamente, al ver a Fouquet, el rey se volvió hacia Colbert. Colbert parecía estar contento y mostraba su semblante risueño y hasta gozoso. Dejóse ver ese gozo desde el momento en que, habiendo entrado uno de sus secretarios,

le entregó una cartera que puso Colbert, sin abrirla, en el vasto bolsillo de sus calzas.

Pero como siempre había algo de siniestro en el fondo de la satisfacción de Colbert, optó Luis, entre las dos sonrisas, por la de Fouquet.

Hizo seña al superintendente de que subiese, y, volviéndose después hacia Lyonne y Colbert.

—Terminad —dijo— esos trabajos y pondelos sobre mi mesa, que luego los examinaré despacio.

Y salió.

A la señal del rey, Fouquet se apresuró a subir. En cuanto a Aramis, que acompañaba al superintendente, se había replegado gravemente entre el grupo de cortesanos vulgares, confundiéndose en él sin ser visto por el rey. El rey y Fouquet encontráronse en lo alto de la escalera.

—Señor —dijo Fouquet al observar la graciosa acogida que le preparaba Luis —, señor, hace algunos días que Vuestra Majestad me colma de bondades. No es un rey joven, sino un joven dios el que reina en Francia, el dios de los deleites, de la felicidad y del amor.

El rey se ruborizó. A pesar de lo lisonjero del cumplimiento, no por eso dejaba de envolver alguna reticencia.

El rey condujo a Fouquet a una salita que separaba su despacho del dormitorio.

—¿Sabéis por qué os llamo? —dijo el rey sentándose al lado de la ventana, de modo que no pudiese perder nada de lo que pasase en los jardines, adonde daba la segunda entrada del pabellón de Madame.

—No, Majestad; pero estoy persuadido de que será para algo bueno, según me lo indica la graciosa sonrisa de Vuestra Majestad.

—¡Ah! ¿Prejuzgáis?

—No, Majestad; miro y veo.

—Entonces, os habéis equivocado.

—¿Yo, Majestad?

—Porque os llamo, por el contrario, a fin de daros una queja.

—A mí, Majestad?

—Sí, y de las más serias.

—En verdad, Vuestra Majestad me hace temblar... y no obstante, espero lleno de confianza en su justicia y en su bondad.

—Tengo entendido, señor Fouquet, que preparáis una gran fiesta en Vaux.

Fouquet sonrió como hace el enfermo al primer ataque de una calentura olvidada que le vuelve.

—¿Y no me invitáis? —prosiguió el rey.

—Majestad —respondió Fouquet—, no me acordaba ya de semejante fiesta, hasta que anoche, uno de mis amigos (y Fouquet acentuó noblemente esta

expresión) quiso hacerme pensar en ella.

—Pero anoche os vi, y nada me dijisteis, señor Fouquet.

—¿Cómo podía suponer que Vuestra Majestad quisiese descender de las altas regiones en que vive, hasta dignarse honrar mi morada con su real presencia?

—Eso es una excusa, señor Fouquet; nunca me habéis hablado de vuestra fiesta.

—No he hablado desde luego al rey de esta fiesta, primero porque nada había resuelto aún acerca de ella, y luego porque temía una negativa.

—¿Y qué os hacía temer esa negativa, señor Fouquet? Mirad, estoy decidido a apuraros hasta lo último.

—Majestad, el ardiente deseo que tenía de ver al rey aceptar mi invitación.

—Pues bien, señor Fouquet, nada más que entendernos, ya lo veo. Vos tenéis deseos de invitarme a vuestra fiesta, y yo de ir a ella; conque invitadme e iré.

—¡Cómo! ¿Se dignaría aceptar Vuestra Majestad? —exclamó el superintendente.

—Creo que hago más que aceptar —dijo el rey riendo—, puesto que me convido a mí mismo.

—¡Vuestra Majestad me colma de honor y alegría! —exclamó Fouquet—. Y me veo en el caso de tener que repetir lo que el señor de la Vieuville decía a vuestro abuelo Enrique IV: *Domine, non sum dignus*.

—Mi contestación a eso es que, si dais alguna fiesta, invitado o no, asistiré a ella.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, rey mío! —dijo Fouquet, levantando la cabeza en vista de aquel favor, que a su juicio era su ruina—. Pero ¿cómo ha llegado a conocimiento de Vuestra Majestad?

—Por el rumor público, señor Fouquet, que refiere maravillas de vos y milagros de vuestra casa. ¿No os enorgullece, caballero, que el rey esté celoso de vos?

—Eso, Majestad, me hará el hombre más dichoso del mundo, puesto que el día en que el rey esté envidioso de Vaux tendrá algo digno que ofrecer a mi rey.

—Pues bien, señor Fouquet, preparad vuestra fiesta, y abrid las puertas de vuestra morada.

—Y vos, Majestad —dijo Fouquet—, determinad el día.

—De hoy en un mes.

—¿Vuestra Majestad no tiene otra cosa que desear?

—Nada, señor superintendente, sino veros a mi lado cuanto os sea posible de aquí a entonces.

—Tengo el honor de acompañar a Vuestra Majestad en su paseo.

—Perfectamente; salgo, en efecto, señor Fouquet, y he aquí las damas que van a la cita.

El rey, al decir estas palabras, con todo el ardor no sólo de un joven, sino de

un enamorado, retiróse de la ventana para tomar los guantes y el bastón, que le presentaba su ayuda de cámara.

Oíanse fuera las pisadas de los caballos y el rodar de los carroajes sobre la arena del patio.

El rey descendió. Todo el mundo se detuvo al aparecer en el pórtico. El rey se dirigió derecho a la joven reina. En cuanto a la reina madre, siempre padeciendo con la enfermedad de que estaba atacada, no había querido salir.

Maria Teresa subió a la carroza con Madame, y preguntó al rey hacia qué lado deseaba se dirigiese el paseo.

El rey, que acababa de ver a La Vallière, pálida aún por los acontecimientos de la víspera, subir en una carretela con tres de sus compañeras, respondió a la reina que no tenía preferencia por ninguno y que iría satisfecho donde se dirigiesen.

La reina mandó entonces que los batidores se dirigiesen hacia Apremont. Los batidores marcharon inmediatamente. El rey montó a caballo. Durante algunos minutos siguió al carroaje de la reina y de Madame, manteniéndose al lado de la portezuela.

El tiempo se había aclarado, a pesar de que una especie de velo polvoroso, semejante a una gasa sucia, se extendía sobre la superficie del cielo; el sol hacía relucir los átomos micáceos en el periplo de sus rayos.

El calor era asfixiante.

Pero, como el rey no parecía fijar su atención en el estado del cielo, nadie pareció inquietarse, y el paseo, según la orden dada por la reina, partió hacia Apremont.

El tropel de cortesanos iba alegre y ruidoso; veíase que cada cual tendía a olvidar y a hacer olvidar a los demás las agrias discusiones de la víspera.

Madame, especialmente, estaba lindísima.

En efecto, Madame veía al rey a su estribo, y como suponía que no estaría allí por la reina, esperaba que habría vuelto a caer en sus redes.

Pero, al cabo de un cuarto de legua, o poco menos, el rey, tras una grandiosa sonrisa, saludó y volvió grupas, dejando desfilar la carroza de la reina, después la de las primeras camaristas, luego todas las demás sucesivamente, que, viéndole detenerse, querían detenerse a su vez. Pero el rey, haciéndoles seña con la mano, les decía que continuasen su camino.

Cuando pasó la carroza de La Vallière, el rey se le aproximó. Saludó a las damas, y se disponía a seguir la carroza de las camaristas de la reina como había seguido a las de Madame, cuando la hilera de carrozas se paró de pronto.

Sin duda, la reina, inquieta por el alejamiento del rey, acababa de dar orden de consumar aquella evolución.

Téngase presente que la dirección del paseo le había sido concedida.

El rey le hizo preguntar cuál era su deseo al parar los carroajes.

—El de marchar a pie —contestó ella.

Sin duda esperaba que el rey, que seguía a caballo la carroza de las camaristas, no se atrevería a seguirlos a pie.

Encontrábanse en medio del bosque.

El paseo, en efecto, se anunciaba hermoso, hermoso sobre todo para poetas o amantes.

Tres bellas alamedas largas, umbrosas y accidentadas, partían de la pequeña encrucijada en que acababan de hacer alto.

Aquellas alamedas, verdes de musgo, festoneadas de follaje, teniendo cada una un pequeño horizonte de un pie de cielo columbrado bajo el entrelazamiento de los árboles, presentaban bellísima vista.

En el fondo de aquellas alamedas pasaban y volvían a pasar, con patentes señales de temor, los cervatillos perdidos o asustados que, después de haberse parado un instante en mitad del camino y haber levantado la cabeza, huían como flechas, entrando nuevamente y de un solo salto en lo espeso de los bosques, donde desaparecían, mientras que, de vez en cuando, se distinguía un conejo filósofo, sentado sobre sus patas traseras, rascándose el hocico con las delanteras e interrogando al aire para reconocer si todas aquellas gentes que se aproximaban y venían a turbar sus meditaciones, sus comidas y sus amores, no iban seguidas por algún perro de piernas torcidas, o llevaban alguna escopeta al hombro.

Toda la cabalgata habíase apeado de las carrozas al ver bajar a la reina.

María Teresa tomó el brazo de una de sus camaristas, y, después de una oblicua mirada dirigida al rey, quien no pareció advertir que fuese en manera alguna objeto de la atención de la reina, se introdujo en el bosque por la primera senda que se abrió ante ella.

Dos batidores iban delante de Su Majestad con bastones, de que se servían para levantar las ramas o apartar las zarzas que podían embarazar el camino.

Al poner pie en tierra, Madame vio a su lado al señor de Guiche, que se inclinó ante ella y se puso a sus órdenes.

El príncipe, encantado con su baño de la víspera, había declarado que optaba por el río, y, dando licencia a Guiche, había permanecido en palacio con el caballero de Lorena y Manicamp.

No sentía ya ni sombra de celos.

Habíanlo buscado inútilmente entre la comitiva; pero, como Monsieur era un príncipe muy personal, y que pocas veces concurría a los placeres generales, su ausencia había sido un motivo de satisfacción más bien que de pesar.

Cada cual había imitado el ejemplo dado por la reina y por Madame, acomodándose a su manera según la casualidad o según su gusto.

El rey, como hemos dicho, había permanecido cerca de La Vallière, y, apeándose en el momento en que abrían la portezuela de la carroza, le había

ofrecido la mano.

Inmediatamente Montalais y Tonnay-Charente habíanse alejado, la primera por cálculo, la segunda por discreción.

Únicamente que había esta diferencia entre las dos: la una se alejaba con el deseo de ser agradable al rey, y la otra con el de serle desagradable.

Durante la última media hora, el tiempo también había tomado sus disposiciones: todo aquel velo, como movido por un viento caluroso, se había reunido en Occidente; después, rechazado por una corriente contraria, avanzaba lenta, pausadamente.

Sentíase acercar la tempestad; pero, como el rey no la veía, nadie se creía con el derecho de verla.

Continuó, por tanto, el paseo; algunos espíritus inquietos levantaban, sin embargo, alguna que otra vez sus ojos hacia el cielo.

Otros, más tímidos aún, se paseaban sin apartarse de los carruajes, donde pensaban ir a buscar un abrigo, caso de tempestad.

Pero la mayor parte de la comitiva, viendo al rey entrar resueltamente en el bosque con La Vallière, le siguió.

Lo cual, advertido por el rey, tomó la mano de La Vallière y la condujo a una avenida lateral, donde nadie se atrevió a seguirlos.

## Capítulo LXI

---

### La lluvia

En aquel instante, y en la misma dirección que acababan de tomar el rey y La Vallière, iban también dos hombres, sin cuidarse poco ni mucho del estado de la atmósfera, sólo que en vez de seguir la calle de árboles, caminaban bajo los árboles.

Llevaban inclinada la cabeza, como personas que piensan en graves negocios. Ninguno de ellos había visto a Guiche ni a Madame, ni al rey y a La Vallière.

De pronto pasó por el aire algo así como una llamarada, seguido de un rugido sordo y lejano.

—¡Ah! —exclamó uno de ellos levantando la cabeza—. Ya tenemos encima la tempestad. ¡Volvemos a las carrozas, mi querido Herblay!

Aramis levantó los ojos y examinó la atmósfera.

—¡Oh! —dijo—. No hay prisa todavía.

Luego, prosiguiendo la conversación en el punto en que sin duda la había dejado:

—¿Conque decís —añadió— que la carta que escribimos anoche debe de estar a estas horas en manos de la persona a quien iba dirigida?

—Digo que la tiene ya de seguro.

—¿Por quién la habéis remitido?

—Por mí correveidile, como ya tuve el honor de decir.

—¿Y ha traído contestación?

—No le he vuelto a ver: indudablemente la pequeña estaría de servicio en el cuarto de Madame, o vistiéndose en el suyo, y le habrá hecho aguardar. En esto llegó la hora de partir y salimos, por lo cual no he podido saber lo que habrá ocurrido.

—¿Habéis visto al rey antes de marchar?

—Sí.

—¿Y qué tal se ha mostrado?

—Bondadosísimo... o infame, según haya sido veraz o hipócrita.

—¿Y las fiestas?

—Se verificarán dentro de un mes.

—¿Y se ha convocado él mismo?

—Con una tenacidad en que he reconocido a Colbert.

—Perfectamente.

—¿No os ha desvanecido la noche vuestras ilusiones?

—Acerca de qué?

—Acerca del auxilio que podéis proporcionarme en esta ocasión.

—No; he pasado la noche escribiendo, y ya están las órdenes dadas para ello.

—Tened presente que la fiesta costará algunos millones.

—Yo contribuiré con seis... Agenciaos dos o tres, por vuestra parte, para todo evento.

—Sois un hombre admirable, querido Herblay.

—Pero —preguntó Fouquet con un resto de inquietud—, ¿cómo es que manejando millones de esa manera no disteis de vuestro bolsillo a Baisemeaux los cincuenta mil francos?

—Porque entonces me hallaba tan pobre como Job.

—¿Y ahora?

—Ahora soy más rico que el rey —dijo Aramis.

—Estoy contento —dijo Fouquet—, pues merecio de conocer a los hombres y sé que sois incapaz de faltar a vuestra palabra. No quiero arrancaron vuestro secreto, y así no hablemos más de ello.

En aquel momento oyóse un sordo fragor que estalló de repente en un fuerte trueno.

—¡Oh, oh! —murmuró Fouquet—. ¿Qué os decía yo?

—Volvamos a las carrozas —dijo Aramis.

—No tendremos tiempo —dijo Fouquet—, pues comienza a llover con fuerza.

En efecto, como si el cielo se hubiera abierto, un diluvio de gruesas gotas hizo resonar casi al mismo tiempo la cima de los árboles.

—¡Oh! —dijo Aramis—. Aún tenemos tiempo de llegar a los carruajes antes de que las hojas se impregnén de agua.

—Mejor sería —observó Fouquet— retirarnos a una gruta.

—¿Hay alguna por aquí? —preguntó Aramis.

—Conozco una a pocos pasos de aquí —dijo Fouquet con una sonrisa.

Luego, como quien procura orientarse:

—Sí —añadió—, porque aquí es.

—¡Qué dichoso sois en tener tan buena memoria! —dijo Aramis son—

riéndose a su vez—; pero ¿no teméis que si vuestro cochero no nos ve regresar, crea que hayamos vuelto por otro camino y siga los carroajes de la corte?

—¡Oh! —dijo Fouquet—. No hay tal peligro; cuando dejo apostados mi cochero y mi carroaje en un sitio cualquiera, sólo una orden expresa del rey es capaz de hacerlos mover de allí; y, además, creo que no somos los únicos que nos hayamos alejado tanto, pues si no me engaño oigo pasos y ruido de voces.

Y al pronunciar estas palabras, se volvió Fouquet, separando con su bastón un espeso ramaje que le ocultaba el camino.

Aramis miró por la abertura al mismo tiempo que Fouquet.

—¡Una mujer! —exclamó Aramis.

—¡Un hombre! dijo Fouquet.

—¡La Vallière!

—¡El rey!

—¡Oh, oh! ¿Será que el rey conoce también vuestra caverna? No me extrañaría, porque me parece que está en buenas relaciones con las ninfas de Fontainebleau.

—No importa —replicó Fouquet—; de todos modos, vamos a la gruta; si no la conoce, veremos lo que hace; y si la conoce, como tiene dos aberturas, en tanto que entra el rey por una, saldremos nosotros por la otra.

—¿Está lejos? —preguntó Aramis—. Pues gotean ya las hojas.

—Vedla aquí.

Fouquet separó algunas ramas, y dejó al descubierto una excavación de roca, oculta completamente con brezos, hiedra y espesa bellotera. Fouquet mostró el camino. Aramis le siguió.

En el momento de entrar en la gruta, Aramis se volvió.

—¡Oh! —exclamó éste—. Pues entran en el bosque y se dirigen hacia este lado.

—Cedámosle entonces el puesto —dijo Fouquet sonriendose—; pero no creo que el rey conozca esta gruta.

—En efecto —repuso Aramis—; veo que lo que andan buscando es un árbol más espeso.

No se equivocaba Aramis, pues el rey miraba a lo alto y no en torno suyo.

Luis llevaba del brazo a La Vallière y le tenía cogida la mano con la suya.

La Vallière comenzaba a insinuarse en la hierba húmeda.

Luis miró con mayor atención en derredor de sí, y, viendo una enorme encina de espeso ramaje, llevó a La Vallière bajo aquel árbol.

La pobre muchacha miraba a su alrededor, y parecía que deseaba y temía al mismo tiempo que la siguiesen.

El rey la hizo recostar en el tronco del árbol, cuya circunferencia, protegida por las ramas, estaba tan seca como si en aquel momento no cayese la lluvia a torrentes; él mismo púsose delante de ella con la cabeza descubierta.

Al cabo de un instante, algunas gotas que filtraron por entre las ramas del árbol le cayeron al rey en la frente, sin que hiciera éste el menor caso.

—¡Oh, Majestad! —murmuró La Vallière, llevando su mano al sombrero del rey.

Mas Luis se inclinó y se negó obstinadamente a cubrirse la cabeza.

—Esta es la ocasión de ofrecer nuestro sitio —dijo Fouquet a Aramis.

—Esta es la ocasión de escuchar y no perder una palabra de lo que se digan —respondió Aramis al oído do Fouquet.

En efecto, callaron ambos y pudieron percibir la voz del rey.

—Ay, Dios mío! Señorita —dijo el rey—, adivino vuestra inquietud; creed que siento de corazón haberos aislado del resto de la comitiva, y, lo que es peor, para traeros a un sitio donde estáis expuesta a la lluvia. Ya os han caído algunas gotas. ¿Sentís frío?

—No, Majestad.

—Sin embargo, veo que tembláis.

—Majestad, es que temo que se interprete torcidamente mi ausencia en momentos en que estarán ya todos reunidos.

—Os propondría que volviésemos a tomar los carruajes, señorita; pero, mirad y escuchad; decidme si es posible marchar con un aguacero como éste.

En efecto, el trueno retumbaba y la lluvia caía a torrentes.

—Además —prosiguió el rey—, no hay interpretación posible en perjuicio vuestro. ¿No estáis con el rey de Francia, es decir, con el primer caballero del reino?

—Ciertamente, Majestad —respondió La Vallière—, y me hacéis en ello un honor grandísimo; por eso no es por mí por quien temo las interpretaciones.

—¿Pues por quién?

—Por vos, Majestad.

—¿Por mí, señorita? —dijo el rey sonriéndose—. No os comprendo.

—¿Ha olvidado ya Vuestra Majestad lo que pasó anoche en el cuarto de Su Alteza Real?

—¡Oh! Os suplico que olvidemos eso, o más bien permitidme que sólo lo recuerde para agradecerlos una vez más vuestra carta y ...

—Majestad —dijo La Vallière—, el agua penetra hasta aquí, y seguís con la cabeza descubierta.

—Os suplico que sólo nos ocupemos de vos, señorita.

—¡Oh! Yo —dijo sonriendo La Vallière— soy una provinciana habituada a correr por las praderas del Loira y por los jardines de Blois, haga el tiempo que quiera. En cuanto a mis vestidos —añadió, mirando su pobre traje de muselina—, bien ve Vuestra Majestad que no pierdo gran cosa.

—En efecto, señorita; más de una vez he notado que casi todo lo debéis a vos misma y nada a vuestro traje. No sois coqueta, y eso es para mí una gran

cualidad.

—Majestad, no me hagáis mejor de lo que soy, y decid sólo que no puedo ser coqueta.

—¿Por qué?

—Pues —dijo sonriendo La Vallière— porque no soy rica.

—¡Entonces confesáis que os gustan las cosas hermosas! —exclamó vivamente el rey.

—Majestad, sólo encuentro hermoso lo que está al alcance de mis facultades, y todo cuanto es superior a mí...

—¿Os es indiferente?

—No, lo juzgo extraño, como cosa que me está prohibida.

—Y yo, señorita —dijo el rey—, advierto que no estás en la Corte bajo el pie en que debéis estar. Sin duda no me han hablado lo suficiente acerca de los servicios de vuestra familia, y creo que mi tío ha descuidado de un modo poco conveniente la fortuna de vuestra casa.

—¡Oh! ¡No, Majestad! Su Alteza Real, el señor duque de Orléans, ha sido siempre muy bondadoso con mi padrastro, el señor de Saint-Remy. Los servicios han sido humildes, y podemos afirmar que hemos sido recompensados según sus obras. No todos tienen la fortuna de hallar ocasiones en que poder servir a su rey con brillo. De lo que estoy cierta es de que, si se hubiesen presentado esas ocasiones, habría tenido mi familia el corazón tan grande como su deseo; pero no hemos tenido esa suerte.

—Pues bien, señorita, a los soberanos toca enmendar el destino, y me encargo con el mayor placer de reparar inmediatamente, con respecto a vos, los agravios de la fortuna.

—¡No, Majestad, no! —exclamó con viveza La Vallière—. Os ruego que dejéis las cosas en el estado en que se hallan.

—¡Cómo, señorita! ¿Rehusáis lo que debo, lo que quiero hacer por vos?

—Todos mis deseos están cumplidos, señor, con habérseme concedido formar parte de la servidumbre de Madame.

—Mas, si rehusáis para vos, aceptad al menos para los vuestros.

—Majestad, vuestras generosas intenciones me deslumbran y me asustan, pues al hacer por mi casa lo que vuestra bondad os impulsa a hacer, Vuestra Majestad nos creará envidiosos, y a ella enemigos. Dejadme, señor, en mi medianía; dejad a todos los sentimientos que yo pueda abrigar la grata delicadeza del desinterés.

—¡Admirable es vuestro lenguaje, señorita! —exclamó el rey.

—Tiene razón —murmuró Aramis al oído de Fouquet—, pues es cosa a la que no debe estar habituado.

—Pero —replicó Fouquet—, ¿y si da igual contestación a mi billete?

—¡Bien! —dijo Aramis—. No prejuzguemos y esperemos el fin.

—Y luego, querido Herblay —añadió el superintendente dando poca fe a los sentimientos que había manifestado La Vallière—, no pocas veces es un cálculo muy hábil el echarla de desinteresado con los reyes.

—Eso es justamente lo que me decía yo a mí mismo —repuso Aramis—. Escuchemos.

El rey se acercó a La Vallière, y, como el agua filtrase cada vez más a través del ramaje de la encina, sostuvo su sombrero suspenso por encima de la cabeza de la joven.

La joven levantó sus encantadores ojos azules hacia el sombrero que la resguardaba del agua, y meneó la cabeza exhalando un suspiro.

—¡Oh Dios mío! —dijo el rey—. ¿Qué triste pensamiento puede llegar a vuestro corazón, cuando le formo un escudo con el mío?

—Majestad, voy a deciroslo. Ya había tocado esta cuestión, no fácil de discutir por una joven de mi edad; pero Vuestra Majestad me ha impuesto silencio. Vuestra Majestad no se pertenece; Vuestra Majestad es casado; todo sentimiento que alejase a Vuestra Majestad de la reina, impulsándole a ocuparse de mí, sería para la reina origen de profundo pesar.

El rey quiso interrumpir a la joven, pero ella continuó en ademán de súplica.

—La reina ama a Vuestra Majestad con un afecto fácil de comprender, y sigue con ansiedad cada uno de los pasos de Vuestra Majestad que le separan de ella. Habiendo tenido la dicha de encontrar un marido semejante, pide al Cielo con lágrimas que le conserve la posesión de él, y está celosa del menor movimiento de vuestro corazón.

El rey quiso de nuevo hablar, pero La Vallière volvió a interrumpirle.

—¿No será una acción muy culpable —le dijo— que viendo Vuestra Majestad una ternura tan intensa y tan noble, diese a la reina motivo de celos? ¡Oh! ¡Perdonadme esta palabra, Majestad! ¡Dios mío! Bien sé que es imposible, o mejor dicho, que debería ser imposible que la reina mas grande del mundo llegara a tener celos de una pobre muchacha como yo. Pero esa reina es mujer, y su corazón, lo mismo que el de otra cualquiera, puede dar entrada a sospechas que los perversos no descuidarían de envenenar. ¡En nombre del Cielo, señor, no nos ocupéis de mí, pues no lo merezco!

—¡Ay, señorita! —exclamó el rey—. ¡Sin duda no observáis que al hablar de esa manera cambiáis mi estimación en admiración!

—Majestad, tomáis mis palabras por lo que no son; me veis mejor de lo que soy; me hacéis más grande de lo que Dios me ha hecho. Gracias por mí, Majestad; porque si no estuviera cierta de que el rey es el hombre más generoso de su reino, creería que quiere burlarse de mí.

—¡Oh! ¡Seguramente no creéis semejante cosa! —exclamó Luis.

—Majestad, me vería precisada a creerlo si el rey continuara empleando el mismo lenguaje.

—Soy entonces un príncipe bien desgraciado —dijo el rey con una tristeza en que no había la menor afectación; el príncipe más desgraciado de la cristiandad, puesto que no puedo conseguir que mis palabras merezcan crédito a la persona que más aprecio en este mundo, y que me destroza el corazón negándose a creer en mi amor.

—¡Oh, Majestad! —dijo La Vallière, apartando dulcemente al rey, que se había acercado a ella cada vez más—. Me parece que la tempestad va cediendo, y cesa de llover.

Pero, en el momento en que la pobre niña, por huir de su corazón, indudablemente muy de acuerdo con el del rey, pronunciaba aquellas palabras, se encargaba la tempestad de desmentirla. Un relámpago azulado iluminó el bosque de un modo fantástico, y un trueno semejante a una descarga de artillería estalló sobre la cabeza de los dos jóvenes, como si la elevación de la encina que los resguardaba hubiese provocado el trueno.

La joven no pudo contener un grito de espanto.

El rey la aproximó con una mano a su corazón, y extendió la otra por encima de su cabeza como para protegerla del rayo.

Hubo un instante de silencio, en que aquel grupo, encantador como todo lo que es joven, permaneció inmóvil, mientras que Fouquet y Aramis lo contemplaban, no menos inmóviles que La Vallière y el rey.

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! —exclamó La Vallière—. ¿Oís?

Y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Sí —dijo el rey—; ya veis como no cesa la tempestad.

—Majestad, eso es un aviso. El rey sonrió.

—Majestad, es la voz de Dios que amenaza.

—Pues bien —repuso el rey—, acepto realmente ese trueno como un aviso, y hasta como una amenaza, si de aquí a cinco minutos se renueva con la misma fuerza y con igual violencia; mas si así no sucede, permitidme creer que la tempestad es la tempestad, y no otra cosa.

Y al mismo tiempo levantó el rey la cabeza como para examinar el cielo.

Pero, como si el cielo fuese cómplice de Luis, durante los cinco minutos de silencio que siguieron a la explosión que tanto había atemorizado a los dos amantes, no se dejó oír el menor ruido, y, cuando se repitió el trueno fue ya alejándose de una manera visible, como si en aquellos cinco minutos la tempestad, puesta en fuga, hubiera recorrido diez leguas, azotada por las alas del viento.

—Y ahora, Luisa —dijo el rey por lo bajo—, ¿me amenazaréis aún con la cólera celeste? Ya que habéis querido hacer del rayo un presentimiento, ¿dudaréis todavía que al menos no es un presentimiento de desgracia?

La Vallière levantó la cabeza: en aquel intervalo el agua había filtrado la bóveda de ramaje y le corría al rey por el rostro.

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! —dijo La Vallière con acento de temor irresistible, que conmovió al rey hasta el extremo—. ¡Y por mí permanece el rey descubierto de ese modo y expuesto a la lluvia...! ¿Pues quién soy yo?

—Bien lo veis —dijo Luis—; sois la divinidad que hace huir la tempestad; la diosa que vuelve a traernos el buen tiempo.

En efecto, un rayo de sol pasaba a la sazón a través del bosque, haciendo caer como otros tantos diamantes las gotas de agua, que rodaban sobre las hojas o caían verticalmente por los intersticios del ramaje.

—Majestad —dijo la joven casi vencida, pero haciendo un último esfuerzo—; reflexionad en los sinsabores que vais a tener que sufrir por mi causa. En este momento. ¡Dios santo!, os andarán buscando por todas partes. La reina debe de estar alarmada, y Madame... ¡oh, Madame! —exclamó la joven con un sentimiento que se asemejaba al espanto.

Este nombre produjo algún efecto en el rey, el cual se estremeció y soltó a La Vallière, a quien había tenido abrazada hasta entonces.

Después se adelantó hacia el paseo para mirar, y volvió casi con ceño adonde estaba La Vallière.

—¿Madame habéis dicho? —dijo el rey.

—Sí, Madame... Madame, que está celosa también —repuso La Vallière con acento profundo.

Y sus ojos, tan tímidos, tan castamente fugitivos, atreviéronse por un momento a interrogar los ojos del rey.

—Pero —replicó Luis haciendo un esfuerzo sobre sí mismo— me parece que Madame no tiene por qué estar celosa de mí; Madame no tiene derecho alguno...

—¡Ay! —exclamó La Vallière.

—¡Señorita! —dijo el rey con acento casi de reconvención—. ¿Seríais vos también de las que piensan que la hermana tiene derecho a estar celosa del hermano?

—No me corresponde penetrar los secretos de Vuestra Majestad.

—¡Oh! También lo creéis como los demás —exclamó el rey.

—Creo que Madame está celosa, sí, señor —respondió firmemente La Vallière.

—¡Dios mío! —exclamó el rey con inquietud—. ¿Lo habéis echado de ver acaso en su modo de portarse con vos? ¿Os ha hecho algo que podáis atribuir a semejantes celos?

—¡De ningún modo, Majestad! ¡Soy yo tan poca cosa!

—¡Oh! Es que si así fuese... —exclamó Luis con singular energía.

—Majestad —interrumpió La Vallière—, ya no llueve, y creo que alguien se acerca.

Y, olvidando toda etiqueta, se apoyó en el brazo del rey.

—Bien, señorita —replicó Luis—; dejemos que vengan. ¿Quién osaría llevar

a mal que haya hecho compañía a la señorita de La Vallière?

—¡Por favor, Majestad! Van a extrañar que os hayáis mojado de ese modo, que os hayáis sacrificado por mí.

—No he hecho más que cumplir con mi deber de caballero —contestó el rey —; y ¡ay de aquel que no cumpla con el suyo y critique la conducta de su rey!

En efecto, en aquel momento veíanse asomar por el paseo algunas cabezas, solícitas, curiosas, como si buscaran algo, y que, habiendo divisado al rey y a la joven, parecieron haber hallado lo que buscaban.

Eran los enviados de la reina y de Madame, los cuales se quitaron el sombrero en señal de haber visto a Su Majestad.

Pero Luis, a pesar de la confusión de La Vallière, no dejó por eso su actitud respetuosa y tierna.

Enseguida, después que todos los cortesanos estuvieron reunidos en la avenida, cuando todo el mundo pudo ver la muestra de deferencia que había dado a la joven permaneciendo de pie y con la cabeza descubierta delante de ella durante la tempestad, le ofreció el brazo, la llevó hacia el grupo que esperaba, respondió con la cabeza a los saludos que cada cual le hacía, y, sin dejar el sombrero de la mano, la condujo hasta su carroza.

Y, como la lluvia continuara todavía, último adiós de la tempestad que se alejaba, las demás damas, que por respeto no habían subido a su carroaje antes que el rey, recibían sin capa ni capotillo aquella lluvia de la que el rey resguardaba con su sombrero, en lo que era posible, a la más humilde de entre ellas.

La reina y Madame debieron ver, como las otras, aquella exagerada cortesanía del rey; Madame perdió la continencia hasta el punto de dar con el codo a la joven reina, diciéndole:

—¡Pero mirad, mirad!

La reina cerró los ojos como si hubiese sentido un vértigo; se llevó la mano al rostro, y subió a la carroza.

Madame subió detrás de ella. El rey montó a caballo, y, sin inclinarse con preferencia a ninguna portezuela, volvió a Fontainebleau, con las riendas sobre el cuello de su caballo, pensativo y todo absorto.

Cuando la multitud estuvo alejada, cuando oyeron que iba extinguiéndose el ruido de caballos y carroajes, cuando se hubieron asegurado de que nadie podía verlos, Aramis y Fouquet salieron de su gruta.

Luego, en silencio, pasaron a la avenida.

Aramis echó una mirada, no sólo en toda la extensión, que tenía detrás y delante de sí, sino en la espesura del bosque.

—Señor Fouquet —dijo, cuando se hubo asegurado de que todo estaba solitario—, es preciso a toda costa hacernos con la carta que habéis escrito a La Vallière.

—Será cosa fácil —repuso Fouquet— si mi sirviente no la ha entregado.

—Es preciso; en cualquier caso, que sea cosa posible, ¿entendéis?

—Sí; el rey ama a esa joven; ¿no es cierto?

—Mucho; y lo peor es que ella ama al rey con pasión.

—Lo cual quiere decir que mudamos de táctica, ¿no es verdad?

—Sin duda alguna; no tenéis tiempo que perder. Es preciso que veáis a La Vallière, y que, sin pensar más en haceros amante suyo, lo que es imposible, os declaréis su más celoso amigo y su más humilde servidor.

—Así lo haré —contestó Fouquet—, y sin repugnancia; esa muchacha me parece plena de corazón.

—O de astucia —dijo Aramis—; pero, en ese caso, razón de más. —Y añadió, tras una breve pausa—: O mucho me engaño, o esa jovencita será la gran pasión del rey. Subamos al carroaje, y a galope tendido a Palacio.

## Capítulo LXII

---

Tobías

Dos horas después de haber partido el carroaje del superintendente por orden de Aramis, conduciendo a ambos hacia Fontainebleau con la rapidez de las nubes que corrían en el cielo bajo el último soplo de la tempestad, estaba La Vallière en su cuarto con un sencillo peinador de muselina, terminando su almuerzo junto a una mesita de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró un ayuda de cámara a avisar que el señor Fouquet pedía permiso para ofrecerle sus respetos.

La Vallière se hizo repetir dos veces el recado; la pobre niña no conocía al señor Fouquet más que de nombre, y no acertaba a adivinar qué podía tener ella de común con un superintendente de Hacienda.

No obstante, como éste podía venir de parte del rey, y, en vista de la conversación que hemos referido, la cosa era muy posible, echó una ojeada al espejo, prolongó algo más todavía los largos bucles de sus cabellos, y ordenó que se le hiciese entrar.

No obstante, La Vallière no podía menos de experimentar cierta turbación. La visita del superintendente no era un suceso vulgar en la vida de una dama de la corte. Fouquet, tan célebre por su generosidad, su galantería y su delicadeza con las mujeres, había recibido más invitaciones que pedido audiencias.

En no pocas casas la presencia del superintendente había significado fortuna. En no pocos corazones había significado amor.

Fouquet entró respetuosamente en el cuarto de La Vallière, presentándose con aquella gracia que era el carácter distintivo de los hombres eminentes del siglo, y que hoy no se comprende ni aun en los retratos de la época, donde el pintor trató de hacerlos vivir.

La Vallière correspondió al respetuoso saludo de Fouquet con una reverencia de colegiala, y le indicó una silla.

—No me sentaré, señorita —dijo—, hasta tanto que me hayáis perdonado.

—¿Yo? —preguntó La Vallière.

—Sí, vos.

—¿Y qué os he de perdonar, Dios mío?

Fouquet fijó una mirada penetrante en la joven, y no creyó ver en su rostro más que ingenua extrañeza.

—Veo, señorita —dijo—, que tenéis tanta generosidad como talento, y leo en vuestros ojos el perdón que solicitaba. Pero no me basta el perdón de los labios, os lo prevengo, porque necesito sobre todo el perdón del corazón y del alma.

—A fe mía, señor —dijo La Vallière—, os juro que no os comprendo.

—Esa es aún mayor delicadeza —replicó Fouquet—, y veo que no queréis que tenga que avergonzarme en vuestra presencia.

—¡Avergonzaros en mi presencia! Pero, por favor, caballero, ¿de qué os tenéis que avergonzar?

—¿Sería tal mi suerte —exclamó Fouquet— que mi modo de proceder no os haya ofendido?

La Vallière se encogió de hombros.

—Veo, caballero —replicó—, que estáis hablando en enigmas, y soy, a lo que parece, demasiado ignorante para comprenderlos.

—Sea —dijo Fouquet—; no insistiré más. Decidme únicamente que puedo contar con vuestro perdón, y quedaré tranquilo.

—Señor —dijo La Vallière con cierto asomo de impaciencia—, no puedo daros más que una respuesta, y espero que os deje satisfecho. Si supiese la ofensa que decís haberme hecho, os la perdonaría; con mucha más razón lo haré no conociéndola...

Fouquet mordióse los labios, como lo habría hecho Aramis.

—Entonces —dijo—, puedo esperar que, a pesar de lo ocurrido, quedaremos en buena inteligencia, y me haréis el favor de creer en mi respetuosa amistad.

La Vallière creyó que principiaba ya a comprender.

*¡Oh!,* dijo para sí. *No hubiera creído al señor Fouquet tan solícito en buscar la fuente de un favor tan reciente.*

Y luego; en alta voz:

—¿Vuestra amistad, señor? —dijo—. Creo que en el ofrecimiento que me hacéis de vuestra amistad sea para mí todo el honor.

—Conozco, señorita —repuso Fouquet—, que la amistad del amo puede parecer más brillante y deseable que la del servidor; pero os garantizo que esta última será por lo menos tan fiel y desinteresada como la que más.

La Vallière se inclinó; había, en efecto, mucha convicción y rendimiento en la voz del superintendente.

Así fue que le alargó la mano.

—Os creo —dijo.

Fouquet tomó la mano que le alargaba la joven.

—Entonces —añadió—, ¿no tendréis inconveniente en devolverme esa desdichada carta?

—¿Cuál? —preguntó La Vallière. Fouquet volvió a examinarla, como había hecho antes, con toda la penetración de su mirada.

Igual ingenuidad de fisonomía, igual candor de semblante.

—Ea, señorita —dijo después de aquella negativa—, me veo obligado a confesar que vuestro proceder es el más delicado del mundo, y no me tendría por hombre honrado si temiera algo de una joven tan generosa como vos.

—En verdad, señor Fouquet —respondió La Vallière, con profundo sentimiento me veo precisada a repetiros que no acierto a comprender vuestras palabras.

—Pero, en fin, señorita, ¿no habéis recibido ninguna carta mía?

—Ninguna, os lo aseguro —respondió con firmeza La Vallière.

—Bien, eso me basta; y ahora, señorita, permitidme que os renueve la seguridad de todo mi aprecio y respeto.

E, inclinándose, se retiró para ir a reunirse con Aramis, que le aguardaba en su casa, dejando a La Vallière con la duda de si se habría vuelto loco el superintendente.

—¿Qué tal? —preguntó Aramis, que esperaba a Fouquet con impaciencia—. ¿Habéis quedado satisfecho de da favorita?

—Encantado —respondió Fouquet—: es mujer de talento y de corazón.

—¿No se ha encontrado resentida?

—Lejos de eso, ni aun ha dado a entender que comprendiese.

—¿Que comprendiese qué?

—Que yo le hubiese escrito.

—Con todo, por fuerza habrá debido comprenderos para devolveros la epístola, porque supongo que os la habrá devuelto.

—¡Ni pensarlo!

—Por lo menos os habréis asegurado de que la ha quemado.

—Mi querido señor de Herblay, hace una hora ya que estoy hablando a medias palabras, y por divertido que sea ese juego, comienza a cansarme. Oídme bien: la pequeña ha fingido no comprender lo que decía, y ha negado que haya recibido carta alguna; por consiguiente, es claro que no ha podido ni devolvérme la ni quemarla.

—¡Oh, oh! —dijo Aramis con inquietud—. ¿Qué me decís?

—Digo que ha jurado formalmente no haber recibido carta alguna.

—Pues no lo comprendo... ¿Y no habéis insistido?

—He insistido hasta la impertinencia.

—¿Y ha negado siempre?

—Siempre.

—¿Y no se ha desmentido ni una sola vez?

—No.

—Entonces, querido, le habéis dejado nuestra carta en sus manos?

—No ha habido otro remedio.

—Pues es una gran falta.

—¿Y qué diantres habrías hecho en mi lugar?

—Verdaderamente, no se le podía obligar, pero es cosa que me inquieta: semejante carta no puede quedar en sus manos.

—¡Oh! Esa joven es generosa.

—Si lo fuese os habría devuelto la carta.

—Os aseguro que es generosa; he leído en sus ojos, y merecio de tener algún conocimiento en eso.

—Entonces, la creéis de buena fe.

—Con todo mi corazón.

—Pues yo entiendo que estamos en un error.

—¿Cómo en un error?

—Creo que, efectivamente, como ella os ha dicho, no ha recibido ninguna carta.

—¿Cómo! ¿Ninguna carta?

—Lo que digo.

—Supondríais...

—Supongo que, por algún motivo que ignoramos, vuestro hombre no ha entregado la carta.

Fouquet dio un golpe en el timbre.

Un sirviente se presentó.

—Que venga Tobias —dijo.

Un momento después entraba un hombre de mirar inquieto, labios delgados, brazos cortos y cargado de espaldas.

Aramis clavó en él su mirada penetrante.

—¿Me permitís que le interrogué yo mismo? —preguntó Aramis.

—Hacedlo —dijo Fouquet.

Aramis hizo un ademán para dirigir la palabra al lacayo, pero se detuvo.

—No —dijo—, porque vería que dábamos demasiada importancia a sus respuestas; interrogadle vos; entretanto haré yo como que escribo.

Aramis se sentó en efecto a una mesa, con la espalda vuelta al lacayo, cuyos gestos y miradas examinaba en un espejo paralelo.

—Ven aquí, Tobias —dijo Fouquet.

El lacayo acercóse con paso bastante seguro.

—¿Cómo has desempeñado mi comisión? —le preguntó Fouquet.

- Como siempre, monseñor —replicó Tobias.
- Vamos a ver.
- Penetré en el aposento de la señorita de La Vallière, que estaba en misa, y puse el billete encima de su tocador. ¿No es eso lo que me encargasteis?
- Sí; y no ha habido más?
- Nada más, monseñor.
- ¿No había nadie allí?
- Absolutamente nadie.
- ¿Te ocultaste como te encargué?
- Sí.
- ¿Volvió ella?
- Diez minutos después.
- ¿Y nadie pudo coger la carta?
- Nadie, porque nadie entró.
- De fuera, bien, pero y del interior?
- Desde el lugar en que estaba escondido podía ver hasta el fondo de la cámara.

—Escucha —dijo Fouquet, mirando fijamente al lacayo—. Si esa carta ha ido casualmente a otro destino, confíásalo; porque, si se ha cometido algún error, lo pagarás con tu cabeza.

Tobias se estremeció, pero se recobró al punto.

—Monseñor —dijo—, he puesto la carta en el sitio que he dicho, y no pido más que media hora para probaron que la carta se halla en poder de la señorita de La Vallière, o para traeros la carta misma.

Aramis observaba con gran atención al lacayo.

Fouquet no desconfiaba de él, pues aquel hombre le había servido bien por espacio de veinte años.

—Anda —dijo—; está bien; mas tráeme la prueba de lo que dices. El lacayo salió.

—Veamos, ¿qué pensáis? —preguntó Fouquet a Aramis.

—Pienso que es preciso, por un medio u otro, averiguar la verdad. La carta habrá llegado o no a poder de La Vallière; en el primer caso, es necesario que La Vallière os la devuelva, o que os dé la satisfacción de quemarla en vuestra presencia; en el segundo, es necesario recobrar la carta, aunque tengamos que gastar para ello un millón. ¿No es ése vuestro parecer?

—Sí; pero, a decir verdad, querido obispo, creo que exageráis la situación.

—¡Qué ciego sois! —murmuró Aramis.

—La Vallière, a quien tomamos por una política consumada, no es más que una coqueta que aguarda que yo le haga la corte, porque he principiado a hacérsela, y que habiéndose asegurado ya del amor del rey, querrá tenerme sujeto con la carta. Nada encuentro en eso de particular.

Aramis movió la cabeza.

—¿No es ésa vuestra opinión? —preguntó Fouquet.

—Esa mujer no es coqueta —dijo Aramis.

—Permitidme deciros...

—¡Oh! Conozco a las mujeres coquetas —dijo Aramis.

—¡Amigo mío, amigo mío!

—¿Queréis decir que ha transcurrido mucho tiempo desde que hice mis estudios? No importa; las mujeres no varían.

—Sí; pero los hombres cambian, y hoy día sois más suspicaz que en otro tiempo.

Luego, echándose a reír:

—Vamos a ver —dijo—; si La Vallière quiere darme una tercera parte de su amor, y al rey las otras dos terceras partes, ¿no encontraréis aceptable la condición?

Aramis se levantó con impaciencia.

—La Vallière —dijo— ni ha amado ni amará a nadie más que al rey.

—Pero, en último resultado —dijo Fouquet—, ¿qué haríais vos?

—Preguntadme mejor qué hubiera hecho.

—Bien, ¿y qué habríais hecho?

—En primer lugar, no hubiese dejado salir a ese hombre.

—¿A Tobías?

—¡Sí, a Tobías, que es un traidor!

—¡Oh!

—¡Estoy seguro! No le hubiera dejado salir sin que me hubiese dicho la verdad.

—Aún es tiempo.

—¿De veras?

—Llamémosle, e interrogadle vos mismo.

—Corriente!

—Pero os aseguro que será inútil. Lo tengo hace veinte años, y jamás ha incurrido en torpeza alguna, lo cual —añadió riendo Fouquet— no hubiera tenido nada de extraño.

—Llamadle, sin embargo. Creo haber visto esta mañana esa cara muy en conversación con uno de los hombres del señor Colbert.

—¿Dónde?

—Delante de las caballerizas.

—¡Bah! Todos mis sirvientes están a matar con los de ese pedante.

—Digo que le he visto, y su rostro, que me debía ser desconocido cuando entró hace poco, me ha chocado de un modo desagradable.

—¿Por qué no despegasteis los labios mientras permaneció aquí?

—Porque en este momento es cuando veo claro en mis recuerdos.

—¡Oh! —dijo Fouquet—. Empezáis a asustarme.

Y dio un golpe en el timbre.

—Quiera el Cielo que no sea tarde —dijo Aramis.

Fouquet llamó otra vez. El ayuda de cámara ordinario se presentó.

—Pronto, que venga Tobías —ordenó Fouquet.

El ayuda de cámara volvió a cerrar la puerta.

—Supongo que me dais carta blanca, ¿no?

—Entera.

—¿Puedo usar todos los medios para averiguar la verdad?

—Sí.

—¿Hasta la intimidación?

—Os constituyo procurador general en mi lugar.

Esperaros diez minutos, pero inútilmente.

Fouquet, impaciente, llamó de nuevo en el timbre.

—¡Tobías! —gritó.

—Monseñor —dijo el criado—, le están buscando.

—No debe estar lejos, pues no le he encargado ningún mensaje.

—Voy a ver, monseñor.

Y el ayuda de cámara cerró la puerta.

Entretanto se paseaba Aramis impaciente, pero en silencio, por el gabinete.

Pasaron diez minutos más. Fouquet volvió a llamar de manera capaz de despertar a toda una necrópolis.

El criado volvió bastante trémulo para hacer sospechar alguna mala noticia.

—Monseñor debe de padecer alguna equivocación —dijo antes de que Fouquet le preguntase—; por fuerza ha dado monseñor alguna comisión a Tobías, pues ha ido a las caballerizas, y ha ensillado por sí mismo el mejor corredor de monseñor.

—¿Y qué?

—Ha partido.

—¡Se fue! —exclamó Fouquet—. ¡Que corran tras él y me lo traigan!

—¡Bah, bah! —dijo Aramis cogiéndole de la mano—. Un poco de calma, ya que el mal está hecho.

—¿Cómo que está hecho el mal?

—Yo estaba cierto de ello. Ahora procuraremos evitar la alarma; calculemos el resultado del golpe, y veamos de remediarlo, si es posible.

—De todos modos —replicó Fouquet—, no creo el mal tan grave.

—¿Os parece así? —dijo Aramis.

—Sin duda. Es muy natural que un hombre escriba un billete amoroso a una mujer.

—Un hombre, sí; un súbdito, no; especialmente cuando esa mujer es la que ama el rey.

—Es que, amigo mío, el rey no amaba a La Vallière hace ocho días; no la amaba ayer, y la carta es de ayer. Era difícil que adivinara yo el amor del rey cuando no existía ese amor.

—Está bien —replicó Aramis—, pero, por desgracia, la carta no estaba fechada. Eso es lo que me atormenta, sobre todo. ¡Ah! Si llevara fecha de ayer, no tendría el menor asomo de inquietud por vos. Fouquet se encogió de hombros.

—¿Estoy por ventura en tutela —repuso—, hasta el punto de que el rey sea rey de mi cerebro y de mi carne?

—Tenéis razón —dijo Aramis—; no demos a las cosas más importancia de la que conviene; además... si nos vemos amenazados, medios tenemos de defensa.

—¡Amenazados! —exclamó Fouquet—. Supongo que no contaréis esa picadura de hormiga en el número de las amenazas que puedan comprometer mi fortuna y mi vida, ¿no es eso?

—Cuidado, señor Fouquet, que la picadura de una hormiga puede matar a un gigante, si la hormiga es venenosa.

—Pero esa omnipotencia de que habláis, ¿desapareció ya?

—No; soy omnípotente, pero no inmortal.

—Veamos; lo que más urge por ahora es encontrar a Tobías. ¿No opináis lo mismo?

—¡Oh! Fin cuanto a eso, no le hallaréis —dijo Aramis—; y si lo consideráis necesario, dadlo por perdido.

—Mas en alguna parte estaré —dijo Fouquet.

—Tenéis razón; dejadme obrar —respondió Aramis.

## Capítulo LIII

---

### Las cuatro probabilidades de Madame

Ana de Austria había suplicado a la reina que fuese a verla. Enferma hacía algún tiempo, y cayendo desde lo alto de su hermosura y de su juventud con aquella rapidez de descenso que marca la decadencia de las mujeres que han luchado mucho, la reina Ana veía unirse al padecimiento físico el dolor de no figurar ya sino como recuerdo vivo en medio de los jóvenes ingenios y potentados de su corte. Las advertencias de su médico y las de su espejo la desconsolaban mucho menos que los avisos inexorables de la sociedad de los cortesanos, que, semejantes a las ratas de los barcos, abandonan la cala donde va a penetrar el agua a causa de las averías del tiempo.

Ana de Austria no se hallaba satisfecha con las horas que le consagraba su primogénito.

El rey, buen hijo, pero con más afectación que cariño, dedicaba en un principio a su madre una hora por la mañana y otra por la noche; pero, desde que se encargó de los asuntos del Estado, las visitas de la mañana y de la noche se redujeron sólo a media hora, y poco a poco quedó suprimida la de la mañana.

Veíanse en misa, y hasta la visita nocturna era a veces reemplazada por una entrevista, bien en el aposento del rey en tertulia, o bien en el de Madame, adonde corría gustosa la reina por miramiento a sus dos hijos.

De ahí nacía el inmenso ascendiente de Madame sobre la Corte, que hacía de su sala la verdadera tertulia real.

Ana de Austria lo comprendió. Viéndose enferma y condenada por sus padecimientos a hacer una vida retirada, se desconsoló al prever que la mayor parte de sus días y sus noches transcurrirían solitarios, inútiles, desesperados.

Recordaba con terror el aislamiento en que la tenía en otro tiempo el cardenal

Richelieu; noches fatales e insoportables, en las cuales le quedaba, no obstante, todavía el consuelo de la juventud y de la belleza, que van siempre acompañadas de la esperanza.

Entonces formó el proyecto de trasladar la Corte a su habitación y de atraer a Madame con su brillante escolta a la morada, triste ya y sombría, donde la que era viuda y madre de un rey de Francia se veía reducida a consolar de su viudez anticipada a la esposa, siempre llorosa, de un rey de Francia.

Ana reflexionó.

Mucho había intrigado durante su vida. En los buenos tiempos, cuando su juvenil cabeza concebía proyectos siempre felices, tenía a su lado, para estimular su ambición y su amor, una amiga más ardiente y ambiciosa que ella misma, una amiga que la había amado, cosa rara en la Corte, y que, por mezquinas consideraciones, habían alejado de ella.

Mas después de tantos años, si se exceptúan a las señoras de Motteville y la Molena, nodriza española, confidente suya por el doble carácter de compatriota y de mujer, ¿quién podía lisonjearse de haber dado un excelente consejo a la reina?

¿Quién, asimismo, entre aquellas cabezas juveniles, podría recordarle el pasado, por el cual vivía solamente?

Ana de Austria accordóse de la señorita de Chevreuse, desterrada primero, más bien por su voluntad que por la voluntad del rey, y muerta después en el destierro siendo mujer de un oscuro hidalgo.

Se preguntó lo que en tal caso le habría aconsejado la señora de Chevreuse en otro tiempo, cuando estaban metidas en sus intrigas comunes; y, después de una seria meditación, le pareció que aquella mujer astuta, llena de experiencia y sagacidad, le respondía con su tono irónico:

—Toda esa juventud es pobre y ambiciosa. Necesita oro y rentas para alimentar sus placeres: sujetadla por medio del interés.

Ana de Austria adoptó ese plan. Su bolsa estaba bien provista; disponía de una suma considerable que Mazarino había reunido para ella y colocado en sitio seguro. Poseía, además, las más hermosas pedrerías de Francia, especialmente unas perlas de tal magnitud, que hacían suspirar al rey cada vez que las veía, porque las perlas de su corona no eran más que granos de mijo al lado de las otras.

Ana de Austria no tenía ya belleza ni encantos de que poder disponer. Se hizo rica y presentó como cebo a los que viniesen a hacerle la corte, ya buenos escudos que poder ganar en el juego, ya buenos regalos hábilmente hechos los días de buen humor, así como algunas concesiones de rentas que solicitase del rey, y que se había decidido a hacer para sostener su crédito.

Desde luego ensayó este medio con Madame, cuya posesión era la que más tenía en estima de todas.

Madame, no obstante la intrépida confianza de su carácter y de su juventud, se dejó llevar por completo, y, enriquecida paulatinamente con donativos y cesiones, fue tomando gusto a aquellas herencias anticipadas.

Ana de Austria empleó igual medio con Monsieur y con el rey mismo, y estableció loterías en su habitación.

El día de que hablamos se trataba de una reunión en el cuarto de la reina madre, y esta princesa rifaba dos brazaletes de hermosísimos brillantes y de un trabajo delicado.

Los medallones eran unos camafeos antiguos del mayor valor. Considerados como renta, no representaban los diamantes una cantidad considerable, pero la originalidad y rareza de aquel trabajo eran tales, que se deseaba en la Corte, no sólo poseer, sino ver aquellos brazaletes en los brazos de la reina, y los días en que los llevaba puestos considerábase como un favor el ser admitido a admirarlos besándole las manos.

Hasta los cortesanos habían dado rienda suelta a su imaginación para establecer el aforismo de que los brazaletes no habrían tenido precio si no les hubiera cabido la desgracia de hallarse en contacto con unos brazos como los de la reina.

Este cumplimiento había tenido el honor de ser traducido a todos los idiomas de Europa, y circulaban sobre el particular más de mil dísticos latinos y franceses.

El día en que Ana de Austria se decidió por la rifa, era un día decisivo: hacía dos días que el rey no iba al cuarto de su madre.

Madame estaba de mal humor desde la célebre escena de las dríadas y de las náyades.

El rey no estaba enojado, pero una distracción poderosísima le tenía completamente apartado del torbellino y de las diversiones de la Corte.

Ana de Austria llamó la atención de la concurrencia anunciando su proyectada rifa para la noche siguiente.

Al efecto, quiso ver a la reina joven, a quien, como hemos dicho, había pedido una entrevista por la mañana.

—Hija mía —le dijo—, tengo que anunciaros una buena nueva. El rey me ha dicho de vos las cosas más afectuosas. El rey es joven y fácil de distraer; pero, en tanto que permanezcáis a mi lado, no se atreverá a separarse de vos, a quien por otra parte profesa el más vivo cariño. Esta noche hay rifa en mi habitación. ¿Vendréis?

—Me han dicho —repuso la reina con cierto asomo de tímida reconvención — que Vuestra Majestad iba a rifar sus valiosos brazaletes, cuyo mérito es tal, que no hubiéramos debido consentir que saliesen del guardajoyas de la Corona, aun cuando no fuese más que porque os han pertenecido.

—Hija mía —dijo entonces Ana de Austria conociendo todo el pensamiento

de su nuera y procurando consolarla de no haberle hecho aquel regalo—, era preciso atraer para siempre a mi tertulia a Madame.

—¿A Madame? —murmuró ruborizándose la reina.

—Sí, por cierto: ¿no os parece mejor tener en vuestro cuarto a una rival para vigilarla y dominarla, que saber que el rey está siempre en su cuarto dispuesto a galantearla y a dejarse galantear? Esa rifa es el cebo de que me valgo para ello. ¿Me lo censuráis todavía?

—¡Oh, no! —murmuró María Teresa dando una mano con otra, con ese impulso propio de la alegría española.

—¿Ni sentiréis ya tampoco, querida mía, que no os haya dado esos brazaletes, como era mi intención?

—¡Oh! ¡No, no, querida madre...!

—Pues bien, hija mía, tratad de poneros guapa, y que sea brillante nuestra tertulia: cuanta más alegría manifestéis, pareceréis más encantadora y eclipsaréis a todas las damas en esplendor y dignidad.

María Teresa se retiró entusiasmada.

Una hora más tarde recibía Ana de Austria a Madame, y, llenándola de caricias:

—¡Buenas noticias! —le dijo—. Al rey le ha agrado sobremodo la idea de mi rifa.

—Pues a mí no tanto, señora —repuso Madame—; ver unos brazaletes tan hermosos como éhos en otros brazos que los vuestros o los míos, es cosa a que no me puedo acostumbrar.

—Vaya! —dijo Ana de Austria ocultando bajo una sonrisa un agudo dolor que le acometió en aquel momento—. No toméis las cosas tan a pechos, ni vayáis a mirarlas por el lado peor.

—Señora, la suerte es loca, y según me ha dicho, habéis puesto doscientos billetes.

—Así es; pero no ignoráis que sólo ha de haber un ganancioso.

—Indudablemente. Pero ¿quién será...? ¿Podéis decírmelo? —preguntó desesperada Madame.

—Ahora me recordáis que he tenido un sueño esta noche... ¡Oh! ¡Mis sueños son buenos...! ¡Duermo tan poco!

—¿Qué sueño...? ¿Estáis mala?

—No —dijo la reina ahogando con una constancia admirable el tormento de otra punzada en el seno—. He soñado que le tocaban los brazaletes al rey.

—Al rey?

—Vais a preguntarme qué es lo que el rey puede hacer con los brazaletes, ¿no es cierto?

—Así es.

—Y pensáis que sería una fortuna que el rey obtuviese los brazaletes...

porque entonces se vería obligado a regalarlos a alguien.

—A vos, por ejemplo.

—En cuyo caso los regalaré yo a mi vez, porque no iréis a suponer —dijo riendo la reina— que ponga esos brazaletes en rifa por gusto de ganar, y si sólo por regalarlos sin causar envidias. Pero si la suerte no quisiera sacarme del apuro, entonces corregiré a la suerte, y ya tengo pensado a quién he de ofrecer los brazaletes.

Estas palabras fueron pronunciadas con una sonrisa tan expresiva, que Madame debió corresponder a ella con un beso en señal de gracias.

—Pero —repuso Ana de Austria—, ¿no sabéis tan bien como yo que si el rey obtuviese los brazaletes no me los devolvería?

—Entonces se los daría a la reina. No, por la misma razón que tiene para no devolvérmeles a mí, pues si hubiese querido dárselos a la reina, no tenía necesidad de valerme de él para hacerlo.

Madame lanzó una mirada oblicua a los brazaletes, que resplandecían en su estuche sobre una consola inmediata.

—¡Qué hermosos son! Pero olvidamos —añadió— que el sueño de Vuestra Majestad no es más que un sueño.

—Mucho extrañaría —replicó Ana de Austria— que mi sueño me engañase, porque rara vez me ha sucedido.

—Entonces, podéis ser profeta.

—Ya os he dicho, hija mía, que casi nunca sueño; ¡pero es una coincidencia tan rara la de ese sueño con mis ideas! ¡Se ajusta tan perfectamente a mis combinaciones!

—¿Qué combinaciones?

—Por ejemplo, la de que los brazaletes fuesen para vos.

—Entonces no le tocarán al rey.

—¡Oh! —dijo Ana de Austria—. No hay tanta distancia del corazón de Su Majestad al vuestro... a vos, que sois su hermana amada... No hay tanta distancia, repito, que pueda decirse que el sueño sea engañoso. Examinad y pensad bien las probabilidades que tenéis a vuestro favor.

—Veamos.

—En primer lugar, la del sueño. Si el rey gana, de seguro son para vos los brazaletes.

—Admito esa probabilidad.

—Si la suerte os es propicia, entonces no hay que dudar que son vuestros...

—Naturalmente; también es admisible.

—Luego si la suerte se decide por Monsieur...

—¡Oh! —exclamó Madame prorrumpiendo en una carcajada—. Se los daría al caballero de Lorena.

Ana de Austria se echó a reír como su nuera, es decir, de tan buena gana, que

le repitió el dolor y se puso lívida en medio de aquel acceso de hilaridad.

—¿Qué tenéis? —dijo asustada Madame.

—Nada, nada; el dolor de costado... He reido mucho... Estábamos en la cuarta probabilidad.

—¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

—¡Oh! Lo que es ésa no la veo.

—Perdonad, que no estoy excluida de entrar en suerte, y, si me tocan los brazaletes, estáis segura de mí.

—¡Gracias, gracias! —exclamó Madame.

—Espero que os consideréis como favorecida, y que ahora empiece a tomar mi sueño a vuestros ojos aspecto de realidad.

—Me dais realmente esperanza y confianza —dijo Madame—, y los brazaletes ganados de este modo serán mucho más valiosos para mí.

—¿Conque hasta la noche? —¡Hasta la noche!

Y ambas princesas se separaron. Ana de Austria, después que se marchó su nuera, dijo entre sí, examinando los brazaletes:

—Preciosos son, efectivamente, puesto que por ellos me conciliaré esta noche un corazón, al paso que habré adivinado un secreto.

Y, volviendo luego hasta su desierta alcoba:

—¿Es de este modo como te habrías manejado tú, pobre Chevreuse? —dijo lanzando al aire su voz—. Sí, ¡no es verdad!

Y, con el eco de aquella invocación, se reanimó en ella, como un perfume de otro tiempo, toda su juventud, toda su loca imaginación, toda su felicidad.

## Capítulo LXIV

---

### El sorteo

Alas ocho de la noche hallábanse todos reunidos con la reina madre. Ana de Austria, en traje de ceremonia y engalanada con los restos de su hermosura y todos los recursos que la coquetería puede poner en manos hábiles, disimulaba, o procuraba más bien disimular, a la turba de jóvenes cortesanos que la rodeaban y admiraban todavía, merced a las combinaciones que dejamos expuestas en el capítulo anterior, los estragos ya visibles de aquella enfermedad que debía llevarla al sepulcro algunos años después.

Madame, casi tan coqueta como Ana de Austria, y la reina, sencilla y natural como siempre, estaban sentadas a sus lados y se disputaban sus agasajos.

Las camaristas, reunidas en cuerpo de ejército para resistir con más fuerza, y, de consiguiente, con mejor éxito, a los maliciosos dichos que los cortesanos les dirigían, prestábanse, como un batallón en cuadro, el mutuo auxilio de un buen ataque y de una buena defensa.

Montalais, hábil en semejante guerra de tiradores, protegía toda la línea con el fuego incesante que dirigía contra el enemigo.

Saint-Aignan, desesperado del rigor, insolente a fuerza de ser obstinado, de la señorita de Tonnay-Charente, procuraba volverle la espalda; pero, vencido por el irresistible resplandor de los dos grandes ojos de la hermosura, volvía a cada paso a consagrarse a su derrota con nuevas sumisiones, a las que no dejaba de contestar la señorita de Tonnay Charente con nuevas impertinencias.

Saint-Aignan no sabía a qué santo encomendarse.

La Vallière tenía, no una corte, sino un principio de cortesanos. Saint-Aignan, con la esperanza de a raerse por medio de su maniobra las miradas de Atenaida, fue a saludar a la joven con un respeto que a ciertos espíritus miopes les había

hecho creer en la voluntad de contrapesar a Atenaida con Luisa.

Pero éstos eran solamente los que no habían visto ni oído referir la escena de la lluvia. Sólo que, como la mayoría estaba ya informada, y bien informada, su favor declarado había atraído hacia ella a los más hábiles como a los más imbéciles de la Corte.

Los primeros, porque decían, unos como Montaige: « ¡Qué sabemos! » ; y otros, como Rabelais: « Puede ser » .

El mayor número siguió a aquéllos, como en las cacerías cinco o seis podencos hábiles siguen solos la pista de la presa, en tanto que el resto de la trailla no sigue más que la pista de los podencos.

Las reinas y Madame examinaban los trajes de sus camaristas, así como los de otras damas, dignándose olvidar por un instante que eran reinas, para acordarse de que eran mujeres.

Lo cual equivale a decir que destrozaban sin piedad a las pobres víctimas.

Las miradas de ambas princesas recayeron simultáneamente sobre La Vallière, la cual, según hemos dicho, se hallaba a la sazón rodeada de mucha gente.

Madame no tuvo piedad.

—Verdaderamente —dijo inclinándose hacia la reina madre—, si la suerte fuese justa, debería favorecer a la pobre La Vallière.

—Eso no es posible —repuso la reina madre, sonriendo.

—¿Por qué?

—No hay más que doscientos billetes, y no todos han podido ser puestos en lista.

—¿Conque no entra en suerte?

—No.

—¡Qué lástima! Pues hubiese podido ganarlos y venderlos.

—¡Venderlos! —exclamó la reina.

—Sí; con eso hubiera podido formarse una dote, y no se vería obligada a casarse sin llevar nada, como le sucederá probablemente.

—¡Oh! ¡Bah! ¡Pobre niña! —dijo la reina madre—. Pues qué, ¿no tiene vestidos?

Y pronunció estas palabras como mujer que nunca ha podido saber lo que era medianía.

—¡Caramba! Dios me perdone, pero me parece que trae el mismo vestido que llevaba esta mañana en el paseo, y que habrá podido conservar, gracias al cuidado que se tomó el rey de ponerla a cubierto de la lluvia.

En el mismo instante en que pronunciaba Madame estas palabras, entraba el rey.

Las dos princesas no hubieran advertido quizás esta llegada, tan ocupadas como se hallaban en murmurar, si Madame no viera de pronto turbarse a La

Vallière, de pie frente a la galería, y decir algunas palabras a los cortesanos que la rodeaban, los cuales se apartaron al punto. Este movimiento hizo que Madame mirase hacia la puerta, mientras el capitán de los guardias anunciaba al rey.

A aquel anuncio, La Vallière, que hasta entonces había tenido los ojos fijos en la galería, los bajó de pronto.

El rey entró.

Presentóse con una magnificencia llena de gusto, y conversaba con Monsieur y el duque de Roquelaure, los cuales iban, el primero a la derecha, y el segundo a la izquierda del rey.

El rey se adelantó primero hacia las reinas, a quienes saludó con gracioso respeto. Cogió la mano de su madre, la besó, dirigió algunos cumplidos a Madame sobre la elegancia de su traje, y principió a dar la vuelta a la asamblea.

La Vallière fue saludada lo mismo que las demás.

Luego volvió Su Majestad adonde estaban su madre y su mujer. Cuando los cortesanos notaron que el rey no había dirigido más que una frase trivial a aquella joven tan solicitada por la mañana, sacaron al momento una conclusión de aquella frialdad.

La conclusión fue que el rey había atenido un capricho, pero que el capricho había pasado ya.

Sin embargo, una cosa era de advertir, y es, que junto a La Vallière, y en el número de los cortesanos, se hallaba el señor Fouquet, cuya respetuosa urbanidad servía de escudo a la joven en medio de las distintas emociones que la agitaban visiblemente.

Disponíase el señor Fouquet a hablar más intimamente con la señorita de La Vallière, cuando se aproximó el señor Colbert, y después de hacer una reverencia a Fouquet con todas las reglas de la más respetuosa cortesanía, pareció resuelto a instalarse al lado de La Vallière para tratar conversación con ella.

Fouquet dejó al punto el puesto. Montalais y Malicorne devoraban con los ojos toda aquella maniobra y enviábanse mutuamente sus observaciones.

Guiche, colocado en el hueco de una ventana, no veía más que a Madame. Mas como ésta, por su parte, fijaba con frecuencia su mirada en La Vallière; los ojos de Guiche, guiados por los de Madame, se encaminaban también alguna que otra vez hacia la joven.

La Vallière sentía como por instinto que le abrumaba cada vez más el peso de todas aquellas miradas, cargadas unas de interés y otras de envidia; pero no tenía para compensar su padecimiento ni una palabra de interés de parte de sus compañeras, ni una mirada amorosa del rey.

De manera que nadie podría decir lo que padecía la pobre muchacha. La reina madre hizo acercar entonces el velador donde estaban los billetes de la rifa, en numero de doscientos, y rogó a madame de Motteville que leyese la lista de

los elegidos.

Excusado es decir que esa lista estaba formada con sujeción a las reglas de la etiqueta: primero figuraba el rey, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y por este orden los demás.

Latían los corazones al escuchar aquella lectura. Bien habría trescientos invitados en la habitación de la reina. Cada cual se preguntaba si su nombre figuraría en el número de los privilegiados.

El rey escuchaba con tanta atención como los demás. Pronunciado el último nombre, vio que La Vallière no estaba incluida en la lista.

Por lo demás, todos pudieron advertir aquella omisión.

El rey se puso encendido, como siempre que sufría alguna contrariedad.

La Vallière, apacible y resignada, no manifestó la menor emoción. Durante toda la lectura no había el rey apartado de ella los ojos; la joven mostrábase en extremo complacida bajo aquella feliz influencia que sentía extenderse en rededor suyo, sin que su alegría y su pureza le permitieran abrigar en su alma y en su ánimo otro pensamiento que no fuese amor.

El rey pagaba con la duración de su mirada aquella profunda abnegación, mostrando de este modo a su amante que comprendía toda la extensión y delicadeza de ella.

Cerrada la lista, todos los semblantes de las mujeres omitidas u olvidadas no pudieron menos de manifestar su descontento.

Malicorne quedó olvidado también en el número de los hombres, y su gesto dijo claramente a Montalais, a quien le había cabido igual olvido:

—¿Será cosa de que nos compongamos con la fortuna, de modo que no nos deje olvidados?

—¡Oh! ¡Sí tal! —respondió la sonrisa inteligente de la señorita Aura.

Distribuyéronse los billetes entre todos los incluidos, por su orden de numeración.

El rey recibió primero el suyo, luego la reina madre, la reina, Monsieur, Madame, y así los otros.

Entonces abrió Ana de Austria un saquito de piel de España que contenía doscientos números grabados en otras tantas bolas de nácar, y lo presentó abierto a la más joven de sus camaristas, a fin de que sacase una bola.

La ansiedad general, en medio de todos aquellos preparativos hechos lentamente, era más bien de codicia que de curiosidad.

Saint-Aignan se inclinó al oído de la señorita de Tonnay-Charente:

—Ya que cada uno de nosotros tiene su número, unamos nuestra suerte, señorita —le dijo—: Si gano, son para vos los brazaletes; si ganáis, me contentaré con una sola mirada de vuestros encantadores ojos.

—No —repuso Atenaïda—; si ganáis, serán vuestros los brazaletes. A cada cual lo suyo.

—Sois inexorable —exclamó Saint-Aignan—, y os contestaré con esta redondilla; Iris bella que a mis penas Os manifestáis esquiva...

—¡Silencio! —dijo Atenaida—. Que vais a impedirme oír el número premiado.

—¡Número uno! —gritó la joven que había sacado la bola de nácar del saquito de piel de España.

—¡El rey! —exclamó la reina madre.

—¡El rey ha ganado! —repitió la reina, gozosa.

—¡Oh! ¡El rey! ¡Vuestro sueño! —exclamó Madame, gozosa también, acercándose al oído de Ana de Austria.

El rey fue el único que no dio señal alguna de satisfacción. Únicamente dio gracias a la fortuna de lo que había hecho en su favor dirigiendo un ligero saludo a la joven que había sido elegida como mandataria de fugaz diosa. Luego, recibiendo de manos de Ana de Austria, en medio de los murmullos codiciosos de toda la asamblea, el estuche que contenía los brazaletes:

—¿Son realmente preciosos estos brazaletes? —preguntó.

—Examinalos —repuso Ana de Austria— y juzgad por vos mismo.

El rey los miró atentamente.

—Sí —dijo—. ¡Admirable es, en efecto, este medallón! ¡Qué bien acabado!

—Sí que lo está —añadió Madame.

La reina María Teresa conoció fácilmente, y a la primera ojeada, que el rey no le ofrecería los brazaletes, pero, como tampoco parecía pensar siquiera en ofrecerlos a Madame, se dio por satisfecha, o poco menos.

El rey tomó asiento.

Los cortesanos que gozaban de mayor familiaridad vinieron entonces sucesivamente a admirar de cerca la alhaja, que muy luego, con la venia del rey, fue pasando de mano en mano.

Seguidamente, todos, entendidos o no, lanzaron exclamaciones de sorpresa y abrumarán al rey a felicitaciones.

Había motivo, en efecto, para que todo el mundo admirase, unos los diamantes, otros el grabado.

Las damas mostraban patentemente su impaciencia por ver aquel tesoro monopolizado por los caballeros.

—Señores, señores —dijo el rey, a quien nada pasaba inadvertido—; nadie diría sino que lleváis brazaletes como los sabinos; dejad que los vean las damas, que me parece son en este punto más inteligentes que vosotros.

Semejantes palabras le parecieron a Madame el principio de una decisión que se esperaba.

Leía, además, esa bienhadada creencia en los ojos de la reina madre.

El cortesano que los tenía en el instante de lanzar el rey aquella observación en medio de la agitación general, se apresuró a poner los brazaletes en manos de

la reina María Teresa, la cual, sabiendo que no le estaban destinados, los miró muy por encima y los pasó a manos de Madame.

Esta, y, más particularmente todavía, Monsieur, fijó en los brazaletes una detenida mirada de codicia.

Luego pasó la alhaja a las damas inmediatas, pronunciando una sola palabra, pero con acento que equivalía a una larga frase:

—¡Magníficos!

Las damas que recibieron los brazaletes de manos de Madame emplearon el tiempo que les pareció conveniente en examinarlos, y enseguida los hicieron circular por su derecha.

Mientras tanto conversaba el rey tranquilamente con Guiche y Fouquet. Dejaba hablar, más bien que escuchaba.

Acostumbrados a ciertos giros de frases, su oído, como el de todos los hombres que ejercen sobre otros una superioridad incontestable, no recogía de los discursos pronunciados en torno suyo más que la palabra indispensable que merece una contestación.

En cuanto a su atención, estaba en otra parte. Vagaba con sus ojos. La señorita de Tonnay-Charente era la última de las damas inscritas para los billetes, y, como si hubiera tomado jerarquía según su inscripción, no tenía después de ella más que a Montalais y a La Vallière.

Al llegar los brazaletes a estas últimas, nadie pareció hacer alto en ello.

La humildad de las manos en que momentáneamente estaban aquellas joyas, les quitaba toda su importancia.

Lo cual no impidió, sin embargo, que a Montalais le brincase el corazón de alegría, de envidia y de codicia a la vista de aquellas hermosas piedras, más todavía que por aquel exquisito trabajo.

Era indudable que si a Montalais le hubiesen dado a elegir entre el valor pecuniario y la belleza artística, habría preferido sin titubear los diamantes a los camafeos.

De suerte que le costó gran trabajo hacerlos pasar a manos de su compañera La Vallière.

La Vallière fijó en las alhajas una mirada casi indiferente.

—¡Oh! ¡Qué preciosos son estos brazaletes y qué magníficos! —exclamó Montalais—. ¿Y no te extásias en ellos, Luisa? ¿Has dejado de ser mujer?

—No —respondió la joven con un tono de encantadora melancolía—. ¡A qué desear lo que no puede pertenecemos?

El rey, con la cabeza inclinada hacia adelante, escuchaba lo que la joven iba a decir.

Apenas la vibración de aquella voz llegó a herir su oído, se levantó lleno de satisfacción, y, atravesando todo el círculo para ir adonde estaba La Vallière:

—Os equivocáis, señorita —dijo—; sois mujer, y toda mujer tiene derecho a

las alhajas de mujer.

—¡Oh! —exclamó La Vallière—. ¡Vuestra Majestad no quiere creer en mi modestia?

—Creo, señorita, que tenéis todas las virtudes, tanto la franqueza como las demás; por consiguiente, os conjuro que digáis francamente lo que pensáis de estos brazaletes.

—Que son tan hermosos, Majestad, que sólo pueden ser ofrecidos a una reina.

—Celebro mucho que sea ésa vuestra opinión, señorita; los brazaletes son vuestros, y el rey os ruega que los aceptéis.

Y como La Vallière, con un movimiento parecido al espanto, alargase vivamente el estuche al rey, el rey rechazó dulcemente con su mano la mano trémula de La Vallière.

Un silencio de sorpresa, más fúnebre aún que un silencio sepulcral, reinaba en toda la asamblea Y, sin embargo, por el lado donde estaban las reinas, nadie había oído lo que el rey dijera, ni comprendido lo que había hecho.

Una caritativa amiga se encargó de esparrir la noticia. Fue la señorita de Tonnay-Charente, a quien Madame había hecho señas que se aproximase.

—¡Dios mío! —exclamó Tonnay-Charente—. ¡Qué afortunada es esa La Vallière! ¡El rey le ha regalado los brazaletes!

Madame se mordió los labios con tal coraje, que la sangre brotó en la superficie de la piel.

La reina joven miraba sucesivamente a La Vallière y a Madame, y se echó a reír.

Ana de Austria apoyó su barba en su hermosa y blanca mano, y permaneció largo rato absorta por una sospecha que le roía el ánimo, y por un dolor terrible que le roía el corazón.

Guiche, viendo palidecer a Madame, adivinando la causa de aquella palidez, abandonó precipitadamente la asamblea y desapareció.

Malicorne pudo deslizarse entonces hasta donde se hallaba Montalais, y, a favor del tumulto general de las conversaciones:

—Aura —le dijo—, tienes cerca de ti nuestra fortuna y nuestro porvenir.

—Sí —contestó aquélla.

Y abrazó tiernamente a La Vallière, a quien en su interior estaba tentada de estrangular.

---

Tomo 3

Louise de La Vallière

---

## Capítulo I

---

Malagá

Durante todo aquel largo y violento debate entre las ambiciones de la Corte y los amores del corazón, uno de nuestros personajes, el que menos desatendido debía ser tal vez, se hallaba olvidado completamente y reducido a una posición poco lisonjera.

En efecto, D'Artagnan, D'Artagnan, porque es preciso llamarle por su nombre para que se recuerde que ha existido. D'Artagnan no tenía nada que hacer en aquel mundo brillante y frívolo. Después de haber seguido al rey a Fontainebleau, y de haber visto todas las diversiones pastoriles y todos los disfraces cómico-heroicos de su soberano, el mosquetero había llegado a persuadirse de que aquello no bastaba a tenerle satisfecho.

Acometido a cada paso por personas que le decían:

—¿Cómo os parece que me cae este traje, señor de D'Artagnan?

Les respondía con su voz placentera y socarrona:

—Os hallo tan bien vestido como el mono más hermoso de la feria de San Lorenzo.

Era éste uno de aquellos cumplimientos que acostumbraba a hacer D'Artagnan cuando no quería hacer otro: de consiguiente, no había más remedio que contentarse con él de grado o por fuerza.

Y cuando le preguntaban:

—Señor D'Artagnan, ¿cómo os vestís esta noche?

Respondía:

—Lo que haré será desnudarme. Lo cual hacia reír hasta a las damas.

Pero después que el mosquetero pasó dos días de aquel modo, y conoció que ningún asunto serio se ventilaba, y que el rey había olvidado o parecía haber

olvidado completamente a París, Saint-Mandé y Belle-Île; que el señor Colbert soñaba con morteretes y fuegos artificiales; Que las damas tenían un mes, por lo menos, para dar y recibir miradas; D'Artagnan solicitó al rey una licencia para asuntos de familia. En el momento en que D'Artagnan hacía aquella petición, el rey se acostaba, cansado de tanto bailar.

—¿Conque queréis dejarme, señor de D'Artagnan? —preguntó con aire de sorpresa.

Luis XIV no llegaba a comprender nunca que se separase nadie de su lado cuando podía tener el insigne honor de permanecer cerca de su persona.

—Señor —dijo D'Artagnan—, os dejo porque no os sirvo de nada. Si al menos pudiera tener yo el balancín mientras vos bailáis, entonces sería otra cosa.

—¿No sabéis, mi apreciado señor de D'Artagnan —replicó gravemente el rey—, que se baila sin balancín?

—¡Ah! —repuso el mosquetero sin dejar su imperceptible ironía—. No lo sabía, en efecto.

—¿No me habéis visto bailar? —preguntó el rey.

—Sí, más creo que las dificultades irían en aumento. Me he engañado; razón de más para retirarme. Señor, lo siento; pero Vuestra Majestad no necesita de mí, y demás, si me necesitase, ya sabría dónde hallarme.

—Está bien —dijo el rey. Y le concedió la licencia.

No buscaremos, pues, a D'Artagnan en Fontainebleau, porque sería cosa inútil; pero, con la venia de nuestros lectores, lo hallaremos en la calle de los Lombardos, en «El Pilón de Oro», en casa de nuestro distinguido amigo Planchet.

Son las ocho de la noche, hace calor, y sólo se ve abierta una ventana en un cuarto entresuelo.

Un olor de especias, unido al olor menos exótico del fango de la calle, subía a las narices del mosquetero.

D'Artagnan, recostado en un sillón de respaldo plano, con las piernas no estiradas, sino colocadas sobre un escabel, formaba el ángulo más obtuso que puede suponerse.

Sus ojos, tan astutos y móviles ordinariamente, estaban fijos y casi velados, y habían tomado por punto de mira invariable el trocito de cielo azul que se ve detrás de los desgarrrones de las chimeneas, porción justa y precisa de azul que se necesitaría para remendar uno de los sacos de lentejas o de judías que formaban el principal mueblaje de la tienda del piso bajo.

Así tendido, así abismado en sus observaciones ultrafenestrales, no era ya el hombre de guerra ni el oficial de Palacio, sino un pechero bosteando entre la comida y la cena, y entre la cena y la hora de acostarse; uno de esos cerebros osificados, que no tienen sitio para la menor idea, merced a la tenacidad con que la materia acecha en los puestos de la inteligencia, y vigila el contrabando que

pudiera hacerse, introduciendo en el cerebro un síntoma de pensamiento.

Hemos dicho que era de noche; las tiendas se iban iluminando, al paso que se cerraban las ventanas de los cuartos superiores; una patrulla de la ronda dejaba oír el ruido desigual de sus pasos.

D'Artagnan continuaba sin oír cosa alguna ni divisar más que el trocito azul de su cielo.

A dos pasos de él, enteramente en la sombra, se hallaba acostado Planchet sobre un saco de maíz, con el vientre sobre el saco y los brazos bajo la barba, mirando a D'Artagnan pensar, soñar o dormir con los ojos abiertos.

La observación duraba ya largo tiempo.

Planchet principió por hacer:

—¡Hum! ¡Hum!

D'Artagnan no se movió.

Planchet conoció entonces que era necesario apelar a un medio más eficaz, y, después de maduras reflexiones, lo que halló más ingenioso en las circunstancias del momento fue dejarse rodar desde el saco al suelo, murmurando contra él mismo la palabra:

—¡Imbécil!

Pero, a pesar del ruido ocasionado por la caída de Planchet, D'Artagnan, que en el transcurso de su vida había oído ruidos mucho más extraños, no hizo el menor caso de aquél.

Por lo demás, una enorme carreta, cargada dé piedras, desembocaba por la calle de Saint-Médéric y embebía en el ruido de sus ruedas el ruido de la caída de Planchet.

Sin embargo, éste creyó ver sonreírse imperceptiblemente a D'Artagnan como en señal de aprobación tácita a la palabra imbécil.

Por lo que, haciéndole cobrar algún ánimo, se aventuró a decir:

—¿Dormís acaso, señor de D'Artagnan?

—No, Planchet; ni siquiera duermo —respondió el mosquetero.

—Mucho siento —dijo Planchet— haber oido la palabra siquiera.

—¿Y por qué? ¿No es palabra inteligible?

—Sí tal, señor de D'Artagnan.

—Pues qué?

—Es que esa palabra me aflige.

—Desarróllame tu aflicción, Planchet —dijo D'Artagnan.

—Si no dormís siquiera, según vuestra expresión, tanto vale a no tener el consuelo de dormir. O mejor, es como si dijerais en otros términos: «Planchet, me aburro hasta no poder más» .

—Planchet, ya sabes que no me aburro jamás.

—Excepto hoy, ayer y anteayer.

—¡Bah!

—Señor de D'Artagnan, hace ocho días que habéis venido de Fontainebleau; hace ocho días que no tenéis nada que ordenar, ni podéis hacer maniobrar a vuestra compañía. Os falta el ruido de los mosqueteros, de los tambores y de todo el aparato real; y yo, que también he llevado mosquete, sé perfectamente lo que es eso.

—Planchet —respondió D'Artagnan—; te aseguro que no me aburro lo más mínimo.

—Entonces, ¿qué hacéis ahí echado como un muerto?

—Amigo Planchet, en el sitio de La Rochela, cuando yo permanecía allí, cuando tú estabas, cuando estábamos nosotros, en fin, había un árabe que tenía adquirida cierta celebridad por la destreza con que apuntaba las culebrinas. Era un mozo de talento, aunque de color extraño, de color de aceituna. Pues bien, ese árabe, luego que había comido o trabajado, se tumbaba como yo lo estoy en este momento, y fumaba ciertas hojas mágicas en un gran tubo con boquilla de ámbar, y si acertaba a pasar algún jefe y le echaba en cara que estuviese durmiendo siempre, le respondía tranquilamente: «Más vale estar sentado que de pie, acostado que sentado, muerto que acostado».

—Ese árabe era tan lúgubre por su valor como por sus sentencias —dijo Planchet—; me acuerdo de él muy bien, y también de que cortaba cabezas de protestantes con mucha satisfacción.

—Precisamente; y por cierto que las embalsamaba cuando valían la pena.

—Sí, y cuando se hallaba en esa operación, con todas sus hierbas y todas sus grandes plantas, tenía las trazas de un cestero haciendo azafates.

—Sí, Planchet; así era en efecto.

—¡Oh! También yo tengo memoria.

—Lo creo; más, ¿qué me dices de su razonamiento?

—Señor, lo encuentro exacto en parte, pero estúpido en otra.

—Explícate, Planchet, explícate.

—Pues bien, señor, en efecto, más vale estar sentado que de pie; eso es incontestable, sobre todo cuando se halla uno fatigado, en ciertas circunstancias... (y Planchet sonrió con aire picaresco). Más vale estar acostado que sentado; pero, en cuanto a la última proposición de que más vale estar muerto que acostado, declaro que la encuentro absurda; que mi preferencia absoluta está por la cama, y que, si no sois vos de mi opinión, es porque, como he tenido el honor de deciros hace poco, os aburrís soberanamente.

—Planchet, ¿conoces al señor de La Fontaine?

—¿El farmacéutico de la esquina de la calle Saint-Médéric?

—No, el fabulista.

—¡Ah! Maese Cuervo.

—Exactamente; pues bien, yo soy su liebre.

—Tiene también una liebre?

—Y toda especie de animales.

—¿Y qué hace su liebre?

—Piensa.

—¡Ah!

—Planchet, yo soy como la liebre del señor de La Fontaine, y pienso.

—¿Conque piensa? —preguntó inquieto Planchet.

—Sí, Planchet; tu habitación es bastante triste para inclinar a uno a la meditación; me parece que no podrás menos de convenir en ello.

—Sin embargo, tenéis vistas a la calle.

—¡Pardiez! Hay que ver lo recreativo que es, ¿eh?

—No por eso es menos cierto, señor, que si habitáis la parte de atrás os aburriríais igualmente... No, quiero decir que pensaríais más todavía.

—No lo sé, a fe mía, Planchet.

—Si a lo menos —repuso el abacero— fuesen vuestros pensamientos de la especie del que os condujo a la restauración de Carlos II.

Y Planchet hizo asomar a sus labios una sonrisita que no carecía de significación.

—¡Hola, hola! ¿Eres ambicioso, Planchet?

—¿No hay por ahí algún otro rey a quien restaurar, señor de D'Artagnan, u otro Monka quien meter en algún cajón?

—No, mi querido Planchet, todos los reyes están en sus tronos... quizá no tan bien como yo en esta silla, pero al fin mantéñense en ellos.

Y D'Artagnan exhaló un suspiro.

—Señor de D'Artagnan —dijo Planchet—, me estás dando pena.

—Tienes excelente corazón, Planchet.

—¡Una sospecha me asalta, Dios me perdone!

—¿Cuál?

—Que os vais poniendo flaco, señor de D'Artagnan.

—¡Oh! —murmuró D'Artagnan dándose una puñada en el tórax, que resonó como una coraza hueca—; no puede ser, Planchet.

—Es que —dijo Planchet con efusión— si enflaquecieseis en mi casa...

—¿Qué?

—Sería capaz de cometer un atentado.

—¿Cómo?

—Sí.

—Veamos: ¿qué harías?

—Buscar al que es causa de vuestra pena.

—¿Conque tengo una pena?

—Sí, una tenéis.

—No, Planchet.

—Os digo que sí. Tenéis una pena, y eso es lo que os pone flaco.

—¿Estás cierto de que voy enflaqueciendo?

—A ojos vistos... ¡Málaga! Si continuáis enflaqueciendo, cojo mi tizona y me voy a cortar la cabeza al señor de Herblay.

—¡Cómo! —dijo D'Artagnan dando un brinco en su silla—. ¿Qué estás diciendo, Planchet, ni qué tiene que ver con vuestra abacería el nombre del señor de Herblay?

—¡Bien, bien! Enojaos cuanto queráis, ofendedme, si os agrada; pero ¡pardiez! que sé muy bien lo que me sé.

Durante esta segunda salida de Planchet, se había colocado D'Artagnan de modo que no se le escapase una sola de las miradas de aquél; es decir, que se hallaba sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas y el cuello estirado en la dirección del digno abacero.

—Veamos —dijo—, expícate, y dime cómo has podido proferir semejante blasfemia. El señor de Herblay, tu antiguo jefe, amigo mío, un eclesiástico, un mosquetero transformado en obispo... ¿Te atreverías a levantar tu acero contra él, Planchet?

—Sería capaz de levantarlo contra mi padre, cuando os veo en ese estado.

—¡El señor de Herblay, un gentilhombre!

—Poco me importa que sea un gentilhombre o no. Lo que sé es que os hace estar triste, y de estar triste se pone uno flaco. ¡Málaga! No quiero que el señor de D'Artagnan salga de mi casa más flaco que entró.

—¿Y por qué me hace estar triste? Explícate.

—Hace tres noches que tenéis pesadillas.

—¿Yo?

—Sí, y en ellas no hacéis más que repetir: « ¡Aramis, solapado Aramis! » .

—¿Eso he dicho? —preguntó D'Artagnan.

—Sí por cierto, a fe de Planchet.

—Bien, ¿y qué? Ya sabes el proverbio que dice: « Quimeras son los sueños» .

—No, porque en estos tres días, siempre que habéis salido no habéis dejado de preguntarme al volver: « ¿Has visto al señor de Herblay? » . O bien: « ¿Has recibido alguna carta del señor de Herblay para mí? » .

—Pero creo que nada tenga de particular que me interese por ese querido amigo —dijo D'Artagnan.

—Sí, por cierto, mas no hasta el punto de enflaquecer.

—Planchet, ya engordaré, te doy mi palabra de honor.

—Bien, señor; la acepto, pues sé que cuando dais vuestra palabra, eso es sagrado...

—No soñaré más con Aramis.

—¡Muy bien!

—No te preguntaré tampoco si hay carta del señor de Herblay.

—¡Perfectamente!

- Pero vas a explicarme una cosa.
- Hablad, señor.
- Ya sabes que soy naturalmente observador.
- Lo sé muy bien...
- Y hace poco has pronunciado un juramento singular...
- Sí.
- Que no te había oído jamás.
- ¿Malagá, queréis decir?
- Precisamente.
- Es el juramento que empleo desde que soy abacero.
- Lo encuentro muy natural; ése es el nombre de unas pasas.
- Es mi juramento de ferocidad; cuando llego a decir ¡malagá!, ya no soy un hombre.
- Pero es el caso que no te conocía ese juramento.
- Así es, señor; me lo han dado. Y, al pronunciar Planchet estas palabras, guiñó el ojo con cierto aire de truhanería que llamó la atención de D'Artagnan.
- ¡Je, je! —dijo.
- ¡Je, je! —repitió Planchet.
- ¡Hola, hola, señor Planchet!
- Qué diantre, señor! —dijo Planchet—. Yo no soy como vos, ni me paso la vida en pensar.
- No haces bien.
- Quiero decir, en aburrirme, señor: ya que la vida es corta, ¿por qué no aprovecharla?
- Por lo que veo, eres filósofo epicúreo, Planchet.
- ¿Y por qué no? La mano está buena, y escribe y pesa azúcar y especias; el pie está seguro, se baila y se pasea; el estómago tiene dientes, se devora y se digiere; el corazón no está aún muy encallecido... Pues bien, señor...
- ¿Qué? Veamos.
- ¡Ahí está...! —dijo el abacero restregándose las manos. D'Artagnan cruzó una pierna sobre otra.
- Planchet, amigo mío —dijo—, ¿sabes que me dejas estupefacto de sorpresa?
- ¿Por qué?
- Porque te revelas a mí bajo un aspecto del todo nuevo. Lisonjeado Planchet en alto grado, continuó restregándose las manos hasta arrancarse la epidermis.
- ¡Ah! ¡ah! —dijo—. ¿Creéis que porque sea un bestia, soy un imbécil?
- Bien, Planchet; eso ya es un razonamiento.
- Seguid bien mi idea, señor. Yo he dicho para mí —prosiguió Planchet—: sin placer, no hay felicidad sobre 1.<sup>a</sup> tierra.

—¡Qué verdad es eso que has dicho, Planchet! —interrumpió D'Artagnan.

—Pues procurémonos, si no placer, por lo menos consuelos.

—¿Y consigues consolarte?

—Sí, por cierto.

—¿Y a ver cómo?

—Armándome de un broquel para ir a combatir el fastidio. Arreglo mi tiempo de paciencia, y la víspera, precisamente, del día en que veo que voy a aburrirme, me divierto.

—¿Y no es más difícil que eso?

—No.

—¿Y has hallado eso tú solo?

—Yo solo.

—¡Pues es prodigioso!

—¿Qué os parece?

—Afirma que tu filosofía no tiene igual en el mundo.

—Entonces seguid mi ejemplo.

—No deja de ser tentador.

—Haced lo que yo.

—No desearía otra cosa; pero no todas las almas tienen un mismo temple, y quizás si tuviese que divertirme como tú, me aburriría terriblemente.

—¡Bah! Probad.

—Vamos a ver, ¿qué haces tú?

—Habéis notado que suelo ausentarme de vez en cuando?

—Sí.

—¿Y de cierta manera?

—Periódicamente.

—Así es; ¿conque lo habéis notado?

—Amigo Planchet, ya conocerás que cuando dos se están viendo todos los días, si uno de ellos se ausenta, le falta al otro. ¿No te faltó yo a ti, cuando estoy en campaña?

—Inmensamente! Soy como cuerpo sin alma.

—Esto supuesto, continuemos.

—¿Y a qué épocas suelo ausentarme?

—Los días 15 y 30 de cada mes.

—¿Y estoy fuera?

—Unas veces dos días, otras tres, otras cuatro... según.

—¿Y qué suponéis que voy a hacer?

—Compras.

—Y al volver me encontráis con el semblante...

—Muy satisfecho.

—Ya veis que vos mismo decís que vengo siempre satisfecho. ¿Y a qué

habéis atribuido esa satisfacción?

—A que marchaba bien tu comercio; a que las compras de arroz, de ciruelas, de cogucho, de peras en conserva y de melaza, te salían a pedir de boca. Tú has tenido siempre un carácter muy pintoresco, y así es que jamás he extrañado verte optar por ese ramo, que es uno de los comercios más variados y más dulce al carácter, en cuanto a que casi todas las cosas que en él se manejan son naturales y aromáticas.

—Perfectamente, señor; pero ¡qué equivocado estáis!

—¡Yo equivocado! ¿En qué?

—En creer que voy cada quince días a compras o a ventas. ¡Oh señor! ¿Cómo diablos habéis podido figuraros semejante cosa? ¡Jo, jo, jo!

Y Planchet comenzó a reír en términos de inspirar a D'Artagnan las dudas más injuriosas acerca de su propia inteligencia.

—Declaro —dijo el mosquetero que no llegan a tanto mis alcances.

—Así es, señor.

—¿Cómo que así es?

—Necesario es que así sea, cuando vos lo decís; pero advertid que eso no os hace perder nada en mi concepto.

—¡Vamos, no es poca fortuna! No, sois hombre de ingenio, y, cuando se trata de guerra, de táctica y de golpes de mano, ¡diantre!, los reyes valen muy poco a vuestro lado; mas en punto a descanso del alma, a regalos del cuerpo, a dulzuras de la vida, no me habléis de los hombres de genio, señor, porque son sus propios verdugos.

—Querido Planchet —dijo D'Artagnan con viva curiosidad—; llegas a interesarme en el más alto grado.

—A que os aburrís ahora menos que antes, ¿no es verdad?

—No me aburría; no obstante, desde que has empezado a hablarme, estoy más divertido.

—Vamos, vamos, ¡excelente principio! Respondo de llegar a curaros.

—No deseo otra cosa.

—¿Queréis que haga la prueba?

—Al instante.

—Está bien. ¿Tenéis aquí caballos?

—Sí; diez, veinte, treinta.

—No hay necesidad de tantos: con dos, basta.

—Están a tu disposición, Planchet.

—¡Bueno! Vendréis conmigo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Adónde?

—Esto es preguntar ya demasiado.

—Sin embargo, no podrás menos de convenir en que es importante que sepa a dónde voy.

—¿Os agrada el campo?

—Medianamente, Planchet.

—Entonces, ¿preferís la ciudad?

—Según y cómo.

—Pues bien, os llevo a un sitio mitad ciudad, mitad campo.

—Sea enhorabuena.

—A un punto en que estoy seguro que os divertiréis.

—Muy bien.

—¡Y cosa extraña! A un punto de donde habéis venido por aburriros en él.

—¿Yo?

—Terriblemente.

—¿De modo que es a Fontainebleau adonde vas?

—A Fontainebleau, sí, señor.

—¿Tú a Fontainebleau?

—Yo en persona.

—¿Y qué vas a hacer allí, Dios santo?

Planchet contestó a D'Artagnan con un guiño de malicia.

—¿Tienes allí tierras, pícaro?

—¡Oh! Una miseria, una bicoca.

—¿Y para eso vamos?

—Es que es cosa buena, palabra de honor.

—¿Conque voy a la casa de campo de Planchet? —dijo D'Artagnan.

—Cuando gustéis.

—¿No hemos dicho mañana?

—Pues bien, mañana; así como así, mañana estamos a 14, víspera del día en que temo aburrirme; así, pues, convenido.

—Convenido.

—¿Me prestáis uno de vuestros caballos?

—El mejor.

—No; prefiero el más dócil, porque ya sabéis que nunca he sido buen jinete, y en la abacería he acabado de perder la costumbre. Luego...

—¿Qué?

—Luego —repuso con otro guiño—, no quiero fatigarme.

—¿Y por qué? —se aventuró a preguntar D'Artagnan.

—Porque entonces no me divertiría —contestó Planchet.

Y enseguida se levantó del saco de maíz, estirándose y haciendo crujir todos sus huesos, unos tras otros, con cierta armonía.

—¡Planchet, Planchet! —exclamó D'Artagnan—. Declaro que no hay sobre la tierra sibarita que se te pueda comparar. ¡Ay, Planchet! Ya se conoce que no

hemos comido juntos todavía un tonel de sal.

—¿Por qué, señor?

—Porque no te conozco aún —dijo D'Artagnan—; y vuelvo de hecho a creer definitivamente lo que pensé de ti el día en que en Boulogne estrangulaste, o poco menos, a Lubin, el criado del señor Wardes; quiero decir que eres hombre de recursos.

Planchet prorrumpió en una risa llena de fatuidad, dio las buenas noches al mosquetero y bajó a su trastienda, que le servía de dormitorio.

D'Artagnan recobró su primera posición en la silla, y su frente, desarrugada por un momento, tomó una expresión más meditabunda que nunca. Había olvidado ya las locuras y los sueños de Planchet.

« Sí —se dijo reanudando el hilo de sus ideas, interrumpidas por el grato coloquio que hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores—, sí, todo está en esto:

» 1.<sup>º</sup> Saber lo que Baisemeaux quería de Aramis;

» 2.<sup>º</sup> Saber por qué Aramis no me comunica noticias suyas;

» 3.<sup>º</sup> Saber dónde está Porthos. "En estos tres puntos está el misterio.

» Ahora bien; puesto qué nuestros amigos nada nos dicen, valgámonos de nuestra pobre inteligencia. Uno hace lo que puede, ¡pardiez!, o ¡malagá!, como dice Planchet» .

## Capítulo II

---

### La carta del señor Baisemeaux

D'Artagnan, fiel a su plan, iba al día siguiente a visitar al señor Baisemeaux.

Era día de limpieza en la Bastilla; los cañones estaban bruñidos, relucientes, las escaleras raídas; los llaveros parecían ocupados en pulir hasta sus mismas, llaves.

Respecto a los soldados de la guarnición, se paseaban en los patios, bajo pretexto de que se hallaban asaz limpios.

El comandante Baisemeaux recibió a D'Artagnan muy políticamente; pero estuvo con él tan reservado, que toda la sutileza de D'Artagnan no pudo sacarle una sola palabra.

Cuanto más se contenía, más crecía la desconfianza de D'Artagnan.

Este creyó observar que el comandante obraba así en virtud de una recomendación reciente. Baisemeaux no fue en el Palais Royal, con D'Artagnan, el hombre frío e impenetrable que éste hallara en el Baisemeaux de la Bastilla. Cuando D'Artagnan quiso hacerle hablar sobre la necesidad urgentísima de dinero que había conducido a Baisemeaux en busca de Aramis, y lo hizo expansivo aquella noche, Baisemeaux pretextó que había de dar órdenes en la prisión, y dejó a D'Artagnan fastidiarse tanto esperándole, que nuestro mosquetero, seguro de no obtener una palabra más, partió de la Bastilla sin que Baisemeaux hubiera regresado de su inspección.

Pero tenía una sospecha, y D'Artagnan, una vez despertadas sus sospechas, no podía dormir.

Era con relación a los hombres lo que el gato respecto a los cuadrúpedos; el emblema de la inquietud y de la impaciencia a un mismo tiempo.

Un gato inquieto no está en un mismo sitio más tiempo que el copó de seda

que se mece al soplo del viento. Un gato que acecha muere en su puesto de observación, y ni el hambre ni la sed pueden sacarlo de su meditación.

D'Artagnan, que se abrasaba de impaciencia, sacudió de pronto aquél sentimiento como un manto asaz pesado. Dijose a sí mismo que lo que le ocultaban era cabalmente lo que más le importaba saber.

En consecuencia, reflexionó que Baisemeaux no dejaría de avisar a Aramis, si Aramis le había hecho alguna recomendación. Así sucedió.

Apenas Baisemeaux había tenido tiempo para regresar del torreón cuando ya D'Artagnan se había colocado de emboscada cerca de la calle del Petit-Musc, de manera que pudiese ver a cuantos salieran de la Bastilla.

Después de una hora de plantón en el Rastrillo de Oro, bajo el colgadizo que le daba algo de sombra, D'Artagnan vio salir a un soldado de la guardia.

Era éste el mejor indicio que pudiera desearse. Todo guardián o llavero tiene sus días de salida y sus horas de servicio en la Bastilla, puesto que todos están obligados a no tener ni mujer ni habitación en la fortaleza, y pueden salir por consiguiente sin excitar la curiosidad.

Pero un soldado acuartelado está encerrado veinticuatro horas cuando está de guardia, y D'Artagnan sabía esto mejor que nadie. Aquel soldado no podía dejar el servicio sino por orden expresa y urgente.

El soldado, hemos dicho, partió de la Bastilla, y lentamente, como un dichoso mortal a quien, en vez de una facción ante un aburrido cuerpo de guardia, o en un baluarte no menos fastidioso, le llega la buena ganga de una libertad unida a un paseo, a cuenta de un servicio que son dos placeres. Dirigióse hacia el arrabal San Antonio, aspirando el aire, el sol, y mirando a las mujeres.

D'Artagnan lo siguió de lejos, pues aún no había fijado sus ideas sobre lo que había de hacer.

« Es preciso, ante todas las cosas —pensó—, que vea la cara de esa buena pieza. Un hombre visto es un hombre juzgado» .

D'Artagnan dobló el paso, y, lo que no era difícil, alcanzó al soldado.

No sólo vio su rostro, que era bastante inteligente y resuelto, sino también su nariz, que era un poco colorada.

« Al tunante le gusta el aguardiente» , se dijo.

Al mismo tiempo que veía la nariz encarnada, veía en el cinturón del soldado un papel blanco.

« Bueno, carta tenemos —añadió para sí D'Artagnan—. Ahora bien, un hombre que se siente satisfecho de ser elegido por el Señor Baisemeaux para estafeta, no vende el mensaje» .

En tanto que D'Artagnan se mordía los puños, el soldado avanzaba siempre por el arrabal de San Antonio.

« De fijo va a Saint-Mandé —se dijo—, y no sabré lo que esa carta contiene» .

Era para perder la cabeza.

« Si estuviese de uniforme —se dijo D'Artagnan—, haría arrestar a ese pillastre y a su carta con él. El primer cuerpo de guardia me ayudaría a ello. Pero al demonio si doy mi nombre para asunto de esta clase. Hacerlo beber... desconfiará, y después tal vez me emborrache... ¡Cáscaras! Ya no tengo talento, y para nada sirvo... Atacar a ese desgraciado, matarlo para obtener su carta... eso estaría bien si se tratase de una misiva de la reina o de un lord, o de una carta del cardenal a la reina. ¡Pero, Dios mío, qué miseria las intrigas de los señores Aramis y Fouquet con Colbert! La vida de un hombre para eso... ¡Ah! Ni diez escudos siquiera».

Filosofando así, y mordiéndose las uñas y el bigote, distinguió a un pequeño grupo de arqueros y un comisario.

Aquellas gentes llevaban a un hombre de buena presencia, que luchaba por escapar.

Los arqueros habíanle desgarrado sus vestidos y casi lo arrastraban.

Pedia lo condujesen con miramientos, pues se tenía por hidalgo y soldado.

Vio a nuestro soldado marchar por su camino y gritó:

—¡Soldado, a mí!

El soldado partió con el mismo paso hacia aquel que lo interpelaba, y la multitud los siguió.

Una idea le ocurrió entonces a D'Artagnan. Era la primera, y ya se verá luego que no era mala.

Mientras el hidalgo refería al soldado que acababa de ser cogido en cierta casa como ladrón, cuando sólo era amante, y el soldado le compadecía y le daba consuelos y consejos con esa seriedad que el soldado francés trata el espíritu de cuerpo, D'Artagnan se deslizó detrás del soldado, apretado por la multitud, y le sacó limpia y prontamente el papel de su cinturón.

Como en aquel momento el hidalgo desgarrado tiraba hacia sí al soldado; como el comisario tiraba del hidalgo, D'Artagnan pudo realizar su captura sin el menor obstáculo.

Colocóse a diez pasos detrás de la columna de una portada, y leyó el sobre:

*Al señor Du Vallon, en casa del señor Fouquet, en Saint-Mandé.*

—¡Bueno! —dijo.

Y la abrió sin desgarrarla; después sacó el papel, doblado en cuatro dobleces, y el cual sólo contenía estas palabras:

*Querido señor Du Vallon: Dignaos decir al señor de Herblay que ha venido a la Bastilla y que me ha interrogado.*

*Vuestro afectísimo,*

## *BAISEMEAUX.*

—¡Muy bien! —exclamó D'Artagnan—. He aquí una cosa clara. Porthos está allí. Seguro de lo que quería saber: « ¡Diablo! —pensó el mosquetero—. Ved ahí a un pobre soldado, a quien ese endemoniado de Baisemeaux va a hacer pagar cara mi superchería... Si regresa sin la carta... ¿qué le harán? En verdad, yo no la necesito, pues sabido lo que contiene, nada me importa».

D'Artagnan conoció que el comisario y los arqueros habían convencido al soldado, y se llevaban su prisionero.

Éste permanecía rodeado de la multitud, prosiguiendo sus quejas. D'Artagnan llegó en medio de todos, dejó caer la carta sin que nadie lo viese, alejándose luego con rapidez.

El soldado continuaba su camino hacia Saint-Mandé, pensando mucho en aquel caballero que había implorado su protección.

De pronto pensó un poco en su carta, y, mirando en su cinturón, vio que no estaba en él. Su grito de espanto produjo placer a D'Artagnan.

Aquel pobre soldado miró en torno suyo con angustia, y al fin, detrás de él, a veinte pasos, vio el dichoso sobre. Cayó sobre él como el milano sobre su presa.

El sobre estaba un poco empolvado, un poco arrugado; pero al fin había encontrado su carta.

D'Artagnan advirtió que el sello roto preocupaba mucho al soldado; pero al fin el buen hombre acabó por consolarse, y volvió a colocar la carta en su cinturón.

—Parte —dijo D'Artagnan—; ya me queda tiempo suficiente y no importa que te adelantes. Parece que Aramis no está en París, puesto que Baisemeaux escribe a Porthos. El querido Porthos, ¡qué alegría volverlo a ver... y hablar con él!

Y, regulando su paso por el del soldado, se prometió llegar un cuarto de hora después de él a casa del señor Fouquet.

### Capítulo III

---

Donde el lector verá con placer que Porthos conserva toda su fuerza

D'Artagnan, según acostumbraba, había calculado que cada hora vale sesenta minutos, y cada minuto sesenta segundos.

Por este cálculo exacto, llegó a la puerta del superintendente en el momento mismo en que el soldado salía con el cinturón despejado.

Un conserje asomóse a la puerta. D'Artagnan hubiera querido entrar sin nombrarse, pero no había otro medio, y se nombró.

A pesar de esta concesión, que debía alzar toda dificultad, al menos en el sentir de D'Artagnan, el conserje vaciló; pero al título, por segunda vez repetido, de capitán de los guardias del rey, sin dejar completamente paso, el conserje dejó de oponerse.

D'Artagnan comprendió que se había dado una consigna formidable. Y se decidió a mentir, lo cual no le costaba mucho, cuando veía sobre la mentira el bien del Estado, o pura y simplemente su interés personal.

Añadió, por tanto, a las declaraciones ya hechas, que el soldado que acababa de llevar una carta al señor Du Vallon no era otro que su mensajero, y que la tal carta tenía por objeto comunicarle su llegada.

Desde entonces nadie se opuso a la entrada de D'Artagnan, y D'Artagnan entró.

Un sirviente quiso acompañarle, pero él respondió que era inútil, pues sabía perfectamente dónde estaba el señor Du Vallon.

Nada había que contestar a un hombre tan completamente instruido. Escalinatas, salones, jardines, todo lo revisó el mosquetero. Un cuarto de hora anduvo por aquella casa más que regia, que contaba tantas maravillas como muebles y tantos servidores como columnas y puertas.

« Indudablemente —dijo par a si—, esta casa no tiene más límites que los de la tierra. ¡Si habrá tenido Porthos el capricho de volver a Pierrefonds, sin salir de casa del señor Fouquet?».

Por fin, llegó a una parte remota del palacio, ceñida con un muro de piedras, sobre el cual, de distancia en distancia, se alzaban estatuas en posiciones tímidas o misteriosas. Eran vestales con peplos a grandes pliegues, ágiles custodias con sus largos velos de mármol que abrigaban el palacio con sus furtivas miradas. Un Hermes, con el dedo sobre la boca, un Iris de alas desplegadas, una Noche toda rociada de adormideras dominaban los jardines, y los edificios que se entreveían detrás de los árboles; todas aquellas estatuas se perfilaban en blanco sobre los cipreses que lanzaban sus negras copas hacia el cielo. Estos encantos parecieron al mosquetero el esfuerzo supremo de la inteligencia humana. Encontrábase en una disposición de ánimo propia para poetizar, y la idea de que Porthos habitaba en semejante edén, le dio de Porthos una idea más alta; tan cierto es que los ánimos más elevados no están libres de la influencia de lo que les rodea.

D'Artagnan encontró la puerta, y en la puerta una especie de resorte que descubrió y oprimió. La puerta se abrió. Entró, cerró la puerta y penetró en un pabellón construido en rotunda, y en el cual no se oía otro ruido que el dé las cascadas y el canto de los pájaros. A la puerta del pabellón encontró un lacayo.

—¿Es aquí —preguntó D'Artagnan sin vacilar— donde habita el señor barón Du Vallon, no es verdad?

—Sí, señor —contestó el lacayo.

—Pues avisadle que el señor caballero de D'Artagnan, capitán de los mosqueteros del rey, le espera.

D'Artagnan fue conducido a un salón, y no esperó mucho tiempo: un paso muy conocido estremeció el pavimento de la sala inmediata, una puerta se abrió, o más bien se derribó, y Porthos echóse en brazos de su amigo con una cortedad que no le sentaba mal.

—Vos aquí? —exclamó.

—Y vos? —contestó D'Artagnan—. ¡Ah, socarrón!

—Sí —dijo Porthos, sonriente y cortado—; me encontráis en casa del señor Fouquet, y eso os sorprende un poco, ¿no es verdad?

—No; ¡por qué no habéis de ser de los íntimos del señor Fouquet? El señor Fouquet tiene un gran número de ellos, y, especialmente, entre los hombres de talento.

Porthos tuvo la modestia de no considerar el cumplido por él.

—Y luego —añadió—, ya me habéis visto en Belle-Île.

—Motivo de más para que me incline a creer que sois de los amigos del señor Fouquet.

—El hecho es que lo conozco —dijo Porthos con cierto embarazo.

—¡Muy culpable sois para conmigo! —exclamó D'Artagnan.

—¿Cómo es eso? —contestó Porthos.

—¡Cómo! ¡Lleváis a cabo una obra tan admirable como las fortificaciones de Belle-Île, y nada me decís!

Porthos se sonrojó.

—Hay más —continuó D'Artagnan—, me veis allá, y no adivináis que el rey, deseoso de saber quién es el hombre de mérito que realiza una obra, de la cual le han hecho las relaciones más magníficas, me envía para averiguar quién es ese hombre.

—¡Cómo! El rey os ha enviado para saber...

—¡Diantre! No hablemos de eso.

—¡Cuerno de buey! —dijo Porthos—. Hablemos de ello, por el contrario. ¿Conque el rey sabía que se fortificaba a Belle-Île?

—¡Bueno! ¡Es que el rey no lo sabe todo!

—Pero ¿no sabía quién la fortificaba?

—No; pero lo sospechaba desde que le dijeron que dirigía los trabajos un ilustre hombre de guerra.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. Si yo hubiera sabido eso...

—No os hubierais escapado de Vannes, ¿eh?

—No. ¿Qué dijisteis cuando no me encontrasteis?

—Amigo, reflexioné.

—¡Ah, sí! Vos reflexionáis... ¿Y a qué os condujo el reflexionar?

—A adivinar toda la verdad.

—¡Ah! ¡Habéis adivinado?

—¿Qué habéis adivinado? Veamos —dijo Porthos arrellanándose en un sillón y adoptando aspecto de esfinge.

—Adiviné, en primer lugar, que fortificabais a Belle-Île.

—Eso no era muy difícil, pues me habéis visto manos a la obra.

—Pero adiviné otra cosa, y es que fortificabais a Belle-Île por mandato del señor Fouquet.

—Es verdad.

—No es eso todo; cuando me pongo a adivinar, no me detengo en el camino.

—¡Este querido D'Artagnan!

—He adivinado que el señor Fouquet quería guardar el más profundo secreto sobre las fortificaciones.

—Esa era su intención, en efecto, según creo —dijo Porthos.

—Sí. ¿Y sabéis por qué deseaba guardar el secreto?

—¡Toma! Para que la cosa no fuera sabida —dijo Porthos.

—Eso en primer lugar; mas ese deseo estaba sometido a las ideas de una galantería...

—En efecto —dijo Porthos—; he oído decir que el señor Fouquet era muy galante.

—A la idea de una galantería que quería hacer al rey.

—¡Oh, oh!

—¿Os sorprende eso?

—Mucho.

—¿No lo sabíais?

—No.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Sois por ventura brujo?

—Nada de eso.

—¿Cómo lo sabéis entonces?

—¡Ah! Por un medio sencillísimo; se lo he oído decir al mismo señor Fouquet al rey.

—¿Decirle qué?

—Que había hecho fortificar a Belle-Île, y que se la regalaba.

—¡Ah! ¿Eso habéis oido que le decía al rey?

—Con todas sus letras. Y hasta añadió: Belle-Île ha sido fortificada por un ingeniero amigo mío, hombre de mucho mérito, a quien pediré la venia de presentar al rey.

» —¿Su nombre? —preguntó el rey —.

» —El barón Du Vallon —respondió Fouquet.

» —Perfectamente —contestó el rey —; me lo presentaréis.

—¿Eso respondió el rey?

—A fe de D'Artagnan!

—¡Oh! —murmuró Porthos—. Pero ¡por qué no se me ha presentado entonces?

—¿No se os ha hablado de esa presentación?

—Sí tal; pero siempre la estoy esperando.

—Estad tranquilo, ya llegará.

—¡Hum! ¡Hum! —gruñó Porthos.

D'Artagnan fingió no oír, y cambió de conversación.

—Pero creo que habitáis un lugar muy solitario, querido amigo —le dijo.

—Siempre he amado el aislamiento, porque soy melancólico —respondió Porthos con un suspiro.

—Pues es raro —dijo D'Artagnan—, no había caído en eso.

—Eso me sucede desde que estoy entregado a los estudios —repuso Porthos.

—Pero los trabajos del espíritu no habrán dañado al cuerpo, ¿eh?

—¡Oh! De ningún modo.

—¿Conque las fuerzas siguen bien?

—Demasiado bien, amigo.

—Es que he oído decir que en los primeros días de vuestra llegada.

—No podía moverme, ¿no es así?

—¿Y por qué causa no podíais moveros? —preguntó D'Artagnan con una sonrisa.

Porthos comprendió que había dicho una tontería, y quiso componerla.

—Sí, he venido de Belle-Île en malos caballos, y eso me cansó mucho.

—No me sorprende, pues yo, que venía detrás de vos, me he encontrado en el camino siete u ocho reventados.

—Ya veis que peso mucho —dijo Porthos.

—¿De modo que estabais molido?

—La grasa me ha derretido, y ese derretimiento me ha puesto enfermo.

—¡Ah, pobre Porthos! Y Aramis, ¿cómo se ha portado en esta ocasión?

—Muy bien... Me hizo sangrar por el propio médico del señor Fouquet. Pero figuraos que al cabo de ocho días ya no respiraba.

—¿Pues cómo?

—El cuarto era demasiado chico, y yo absorbía demasiado aire.

—¿De veras?

—Así me lo han dicho, al menos... Y entonces me trasladaron a otro aposento.

—¿Dónde ya respiráis?

—Más... libremente, sí; pero nada de ejercicio. El médico pretende que no debía moverme, pero yo me encuentro más fuerte que nunca. Esto ocasionó un grave accidente.

—¿Qué accidente?

—Imaginaos, amigo, que yo me rebelé contra los preceptos de ese médico imbécil, le conviniese o no, y en consecuencia pedí al criado que me servía que me trajera vestidos.

—¿Pues qué, estabais desnudo?

—Por el contrario, tenía una bata hermosa. El lacayo obedeció; me puse mi vestido, que se me había quedado demasiado ancho; pero ¡cosa rara!, mis pies también se habían puesto muy anchos, y las botas les venían muy estrechas.

—¿Continuaban los pies hinchados?

—Lo habéis adivinado.

—¿Y es ese el accidente de que queríais hablarme?

—Sí tal; yo hice la misma reflexión que vos, y dije: ya que mis pies han entrado diez veces en las botas, no hay razón para que no entren la undécima, y empecé a meterme la bota derecha, tirando con las manos, empujando con el talón, y haciendo esfuerzos tremendos, de pronto se quedaron entre mis manos los tirantes de la bota, y mi pie salió como una catapulta.

—Permitidme os diga, amigo Porthos, que esta vez faltáis a la lógica.

—¡Catapulta! ¡Qué fuerte estáis en fortificaciones, amigo Porthos! — exclamó sorprendido D'Artagnan.

—Mi pie salió, pues, como una catapulta, que dio contra el tabique y lo

derribó. Amigo, creí que, como Sansón, había derribado el templo. Los cuadros, las porcelanas, los vasos de flores, las barras del cortinaje, y no sé qué más, se cayeron; fue cosa estupenda.

—¡De veras!

—Sin contar con que al otro lado del tabique había un armario lleno de porcelanas.

—¿Qué echasteis por tierra?

—Qué arrojé al otro extremo de la otra habitación.

Porthos se echó a reír.

—¡En verdad, como decís, es inaudito!

Y D'Artagnan se puso a reír como Porthos. Porthos, inmediatamente, se puso a reír más fuerte que D'Artagnan.

—Rompi —dijo Porthos con voz entrecortada por aquella hilaridad creciente —más de tres mil francos de porcelanas. ¡Jo, jo, jo!

—¡Bueno! —dijo D'Artagnan.

—Destrocé más de cuatro mil francos de espejos. ¡Jo, jo, jo!

—¡Excelente!

—Sin contar una araña que me cayó justamente sobre la cabeza, y que se rompió en mil pedazos. ¡Jo, jo, jo!

—¿Sobre la cabeza? —dijo D'Artagnan sin poderse tener de risa.

—¡De lleno!

—Pero os hubierais roto la cabeza!

—No, porque ya os he dicho, al contrario, que la araña fue la que se rompió, como cristal que era.

—¡Ah! ¿La araña era de cristal?

—De cristal de Venecia; una curiosidad sin igual; una pieza que pesaba doscientas libras.

—¿Y que os cayó sobre la cabeza?

—¡Sobre... la... cabeza! Figuraos un globo de cristal dorado, con incrustaciones que ardían dentro, y unos mecheros que despedían llamas cuando estaba encendida.

—Se entiende, pero no lo estaría.

—Felizmente; si no, me hubiese incendiado.

—Y sólo os ha aplastado, ¿eh?

—No.

—¿Cómo que no?

—Porque la araña me cayó sobre el cráneo. Aquí tenemos, según parece, una corteza excesivamente sólida.

—¿Quién os ha dicho eso?

—El médico. Una especie de cúpula que soportaría a Nuestra Señora de París.

—¡Bah!

—Sí, parece que tenemos hecho el cráneo de ese modo.

—Hablad por vos, querido amigo, que los cráneos de los demás no están hechos de ese modo.

—Es posible —dijo Porthos con fatuidad—. Pues cuando cayó la araña sobre esta cúpula que tenemos en lo alto de la cabeza, hubo una detonación igual a la de una pieza de artillería; el globo se rompió y yo caí todo inundado...

—¡De sangre! ¡Infeliz Porthos!

—No, de perfumes, que oían a cremas y que me aturdieron un poco; habréis experimentado eso alguna vez, ¿no es verdad, D'Artagnan?

—Sí, con el muguete; de suerte, mi pobre amigo, que fuisteis derribado por el choque y aturrido por el olor.

—Pero lo más particular, y que el médico me ha asegurado no haber visto cosa semejante...

—¿Que sacasteis algún chichón? —preguntó D'Artagnan.

—Saqué cinco.

—¿Y por qué cinco?

—Porque la araña tenía en su extremidad inferior cinco adornos muy puntiagudos.

—¡Ay!

—Esos cinco ornamentos penetraron en mis cabellos, que, según veís, tengo muy espesos.

—Felizmente!

—Y se imprimieron en mi piel. Pero, advertid la singularidad, estas cosas no suceden a nadie más que a mí. En lugar de hacerme agujeros me hicieron chichones, lo cual no ha podido jamás explicarme el médico de una manera satisfactoria.

—Pues bien, yo os lo explicaré.

—Me haréis un servicio —dijo Porthos guiñando los ojos, que era en él el signo de atención llevado a su más alto grado.

—Desde que hacéis funcionar vuestro cerebro en profundos estudios y cálculos importantes, la cabeza ha medrado; de modo que tenéis ahora la cabeza demasiado llena de ciencia.

—¿Eso creéis?

—Estoy cierto de ello. De aquí resultó que, en vez de dejar penetrar nada extraño en el interior de la cabeza, ésta se aprovechó de todas las aberturas para dejar salir una poca de aquélla.

—¡Ah! —murmuró Porthos, a quien parecía más clara esta explicación que la del médico.

—Las cinco protuberancias causadas por los cinco ornamentos, fueron ciertamente cúmulos científicos, llevados exteriormente por la fuerza de las

cosas.

—En efecto —dijo Porthos—; y la prueba es que eso me hacía más daño por fuera que por dentro; de modo que, cuando me ponía el sombrero de una puñada, con esa graciosa energía que nosotros los hidalgos de espada poseemos, si no iba muy mesurado el puñetazo, sentía dolores terribles.

—Os creo, Porthos.

—Por eso —continuó el gigante—, el señor Fouquet se decidió, viendo la poca solidez de la casa, a darme otro aposento, y roe condujeron aquí.

—Este es el parque reservado, ¿no?

—Sí.

—¿El de las citas? ¿El que se ha hecho tan famoso en las historias misteriosas del superintendente?

—Yo no sé; no tengo aquí ni citas ni historias misteriosas; pero me han autorizado para que ejercite mis músculos, y me aprovecho del permiso desarraigando árboles.

—¿Para qué?

Para ocupar las manos y para coger nidos de pájaros; esto lo encuentro más fácil que trepar por ellos.

—Estáis pastoral como Tirsis, amigo Porthos.

—Sí; me gustan mucho más los huevos pequeñitos que los gordos. No tenéis una idea de lo delicado que es una tortilla de cuatrocientos o quinientos huevos de verderol, de pinzón, de estornino, de mirlo y de todo.

—¡Pero quinientos huevos monstruosos!

—¡Ca! Todo cabe en un salero. D'Artagnan contempló cinco minutos a Porthos, como si lo viese por primera vez.

Y Porthos quedó muy satisfecho de la mirada de su amigo.

Así permanecieron algunos momentos; D'Artagnan mirando a Porthos, y Porthos lleno de satisfacción.

D'Artagnan intentaba evidentemente dar un nuevo, giro a la conversación.

—¿Os divertís mucho aquí? —le preguntó por fin, sin duda después de haber encontrado lo que buscaba.

—No siempre.

—Lo concibo; y cuando os aburrís demasiado, ¿qué haréis?

—Como no estoy aquí por mucho tiempo, Aramis aguarda que desaparezca mi último chichón para presentarme al rey, que no puede sufrir los chichones, según él me ha dicho.

—Pero ¿Aramis continúa en París?

—No.

—¿Pues dónde se halla?

—En Fontainebleau.

—¿Solo?

- Con el señor Fouquet.
- ¡Muy bien! Pero ¿sabéis una cosa?
- No. Decídme la y la sabré.
- Que creo que Aramis os olvida.
- ¿Creéis?
- ¿Ignoráis que en Fontainebleau se ríe, se danza, se beben los vinos de Mazarino y que todas las noches hay baile?
- ¡Diablo! ¡Diablo!
- Os aseguro, pues, que nuestro querido Aramis os olvida.
- Pudiera muy bien ser, y lo he pensado a veces.
- ¡A menos que no os haga traición, el solapado!
- ¡Oh!
- Ya sabéis que Aramis es un astuto zorro.
- Sí, mas traicionarme...
- Mirad; en primer lugar os tiene secuestrado.
- ¿Cómo que me tiene secuestrado! ¿Estoy secuestrado yo?
- ¡Pardiez!
- ¡Quisiera que me lo probaseis!
- Nada, más fácil. ¿Salís alguna vez?
- Jamás.
- ¿Montáis a caballo?
- Nunca.
- ¿Permiten que vuestros amigos se aproximen a vos?
- No.
- Pues bien, amigo mío, no salir nunca, no montar nunca a caballo, y no poder ver a sus amigos, es lo que se llama estar un hombre secuestrado.
- ¿Y con qué fin me había de tener secuestrado Aramis? —preguntó Porthos.
- Vamos a ver, Porthos —dijo D'Artagnan—; sed sincero.
- Lo seré.
- Aramis ha sido el que ha formado el plano de las fortificaciones de Belle-Île, ¿no es cierto? Porthos se sonrojó.
- Sí —dijo—; pero no ha hecho más.
- Precisamente, y a mi juicio no es gran trabajo.
- Eso creo yo también.
- Bien; me alegra de que seamos del mismo parecer.
- Ni ha ido siquiera una vez a Belle-Île —dijo Porthos.
- Ya lo veis.
- Yo era el que iba a Vannes, como lo habréis podido ver.
- Decid como lo he visto. Pues bien, ahí está el negocio, querido Porthos. Aramis, que no ha hecho más que los planos, quería hacerse pasar como el ingeniero, mientras que a vos, que habéis edificado piedra por piedra la muralla,

la ciudadela y los baluartes, quería relegaros a la clase de simple constructor.

—De constructor, es decir, ¿de albañil?

—De albañil, eso es.

—¿De amasador de mortero?

—Precisamente.

—¿De peón?

—Justo.

—¡Vaya, vaya, con mi querido Aramis! ¿Os creéis, sin duda, todavía de veinticinco años?

—Y no es eso todo, sino que a vos os considera de cincuenta.

—Hubiera querido verle hincando el pico.

—Sí.

—Un hombre que padece degota.

—Sí.

—Y de mal de piedra.

—También.

—A quien faltan tres dientes.

—Cuatro.

—¡Mientras que yo, mirad!

Y separando Porthos sus labios, enseñó dos hileras de dientes algo menos blancos que la nieve, pero tan limpios, duros y sanos como el marfil.

—No podéis figuraros, Porthos —dijo D'Artagnan— lo mucho que le place al rey una hermosa dentadura. La vuestra me decide, y quiero presentarlos al rey.

—¿Vos?

—¿Por qué no? ¿Creéis que no tengo en la Corte tanto poder como pueda tercer Aramis?

—¡Oh, no!

—¿Supondréis que tenga la menor pretensión de atribuirme las fortificaciones de Belle-Île?

—No, por cierto.

—De modo que ya veis que sólo puede llevarme a ello vuestro interés.

—No me queda la menor duda.

—Pues bien, yo soy amigo íntimo del rey, y la prueba es, que cuando hay que comunicarle alguna cosa desagradable, siempre me encargo yo de hacerlo.

—Pero, amigo mío, si vos me presentáis...

—¿Qué?

—Se incomodará Aramis.

—¿Contra mí?

—No, contra mí.

—¡Bah! Lo mismo da que os presente yo, que os presente él, ya que de todos modos debéis ser presentado.

- Es que me tenían que hacer vestidos.
- ¡Si los tenéis espléndidos!
- ¡Oh! Los que tenía encargados eran mucho más hermosos.
- Mirad que al rey le gusta la sencillez.
- Entonces seré sencillo. Pero ¿qué dirá el señor Fouquet cuando sepa que he marchado?
- ¿Estáis acaso prisionero bajo palabra?
- No, por cierto. Mas le tengo prometido no alejarme sin avisarle antes.
- Bueno; ahora iremos a eso. ¿Tenéis algo que hacer aquí?
- ¿Yo? Nada... Al menos nada importante.
- A menos que le sirváis a Aramis como intermediario para algo grave.
- A fe que no.
- Ya comprenderéis que lo digo por interés vuestro. Quiero suponer, por ejemplo, que estuvieseis encargado de enviar a Aramis mensajes, cartas.
- ¡Ah!, Cartas, sí. Le envío ciertas cartas.
- ¿Adónde?
- A Fontainebleau.
- ¿Y tenéis esas cartas?
- Pero...
- Dejadme hablar. ¿Tenéis esas cartas?
- Ahora precisamente acabo de recibir una.
- ¿Interesante?
- Lo supongo.
- ¿No las leéis?
- No soy curioso.
- Y Porthos sacó del bolsillo la carta del soldado que Porthos no había leído, pero sí D'Artagnan.
- ¿Sabéis lo que debéis hacer? —preguntó D'Artagnan.
- ¡Pardiez! Lo que hago siempre: remitirla.
- No.
- Pues qué... ¿guardarla?
- Tampoco. ¿No os han asegurado que esa carta era interesante?
- Y mucho.
- Pues bien: ¿lo que habréis de hacer es llevarla vos mismo a Fontainebleau
- Aramis?
- Sí.
- Tenéis razón.
- Y puesto que el rey está allí...
- Aprovecharemos la oportunidad...
- Para presentarlos al rey.
- ¡Cuerno de buey! D'Artagnan, sois el único para hallar expedientes.

—Por tanto, en vez de mandar, a nuestro amigo mensajeros más o menos fieles, le llevamos la carta nosotros mismos.

—Pues no se me había ocurrido siquiera, a pesar de que la cosa no puede ser más sencilla.

—Por eso urge mucho, querido Porthos, que marchemos al momento.

—En efecto —dijo Porthos—, cuanto antes salgamos, menos retraso sufrirá el despacho de Aramis.

—Porthos, discurrís con mucha solidez, y en vos la lógica favorece a la imaginación.

—¿Os parece? —dijo Porthos.

—Es resultado de los estudios sólidos —contestó D'Artagnan—. Conque vamos.

—Pero ¿y la promesa que he hecho al señor Fouquet? —preguntó Porthos.

—¿Qué promesa?

—La de no salir de Saint-Mandé sin avisarle.

—¡Vaya, amigo Porthos! —dijo D'Artagnan— qué niño sois!

—¿Por qué?

—¿No vais a Fontainebleau?

—Iré.

—¿No veréis allí al señor Fouquet?

—Sí.

—Probablemente en la cámara del rey?

—En la cámara del rey! —repitió majestuosamente Porthos.

—Pues os acercáis a él y le decís: « Señor Fouquet, tengo la honra de avisaros que acabo de ausentarme de Saint-Mandé».

—Y —dijo Porthos con igual majestad— viéndome el señor Fouquet en Fontainebleau en la cámara del rey, no podrá decir que miento.

—Justamente abría la boca para deciros eso mismo, amigo Porthos; pero en todo me adelantáis. ¡Qué naturaleza tan privilegiada la vuestra! La edad no ha hecho mella en vos.

—No mucho.

—De modo que no hay más que hablar.

—Así es.

—¿No tenéis ya más escrúpulos?

—Creo qué no.

—Entonces partamos.

—Voy a hacer que ensillen mis caballos.

—Tengo cinco.

—¿Qué habéis hecho traer de Pierrefonds?

—Que me ha regalado el señor Fouquet.

—Querido Porthos, no hay necesidad de cinco caballos para dos personas;

además, que tengo ya tres en París, y serían entre todos ocho, número que considero excesivo.

—No lo sería si tuviese aquí a mis criados; pero ¡ay! no los tengo.

—¿Echáis de menos a vuestros criados?

—A Mosquetón; Mosquetón me hace falta.

—¡Qué corazón tan excelente! —exclamó D'Artagnan—. Pero, creedme, dejad aquí vuestros caballos, como habéis dejado allá a Mosquetón.

—¿Por qué?

—Porque tal vez más adelante...

—¿Qué?

—Podrá resultar que el señor Fouquet no os haya dado nada.

—No comprendo —dijo Porthos.

—Ni hay necesidad.

—Sin embargo...

—Más adelante os lo explicaré, Porthos.

—Apuesto que es cuestión política.

—Y de la más sutil.

Porthos bajó la cabeza al oír la palabra: política; luego, tras un instante de reflexión, añadió:

—Os confieso, D'Artagnan, que no soy político.

—¡Bien lo sé, diantre!

—¡Oh! Nadie sabe eso. Vos mismo me lo habéis dicho, vos, el valiente de los valientes.

—¿Qué he dicho yo, Porthos?

—Que cada uno tiene sus días.

—Eso me habéis dicho, y yo lo he experimentado. Hay días en que se encuentra menos placer en recibir estocadas que en otros.

—Esa es mi idea.

—Y la mía, aunque no crea en los golpes que matan.

—¡Diantre! Pues a algunos habéis muerto.

—Sí, pero a mí nunca me han matado.

—No es mala la razón.

—De consiguiente, no creo que haya de morir nunca por la hoja de una espada o la bala de un mosquete.

—Entonces, ¿no tenéis miedo a nada...? ¡Ah! ¿Al agua acaso?

—No tal, que nado como una nutria.

—¿A las cuartanas?

—Nunca las he tenido ni creo haya de tenerlas jamás; pero os manifestaré una cosa...

Y Porthos bajó la voz.

—¿Cuál? —preguntó D'Artagnan, acomodándose al diapasón de Porthos.

—Que tengo un miedo horrible a la política —dijo Porthos.

—¡Ah! ¡Bah! —exclamó D'Artagnan.

—Poco a poco! —dijo Porthos con voz estentórea—. Yo he visto a Su Eminencia el cardenal Richelieu y a Su Eminencia el cardenal Mazarino; el uno seguía una política roja, y el otro una política negra. Yo nunca he estado más contento de la una que de la otra: la primera hizo cortar la cabeza al señor de Marcillac, al señor de Thou, al señor de Cinq-Mars, al señor de Chalais, al señor de Boutteville y al señor de Montmorency; la segunda ha hecho ahorcar a una multitud de frondistas, a cuyo partido pertenecíamos también nosotros, amigo.

—No hay tal —dijo D'Artagnan.

—¡Oh, sí! Porque si yo tiraba de la espada por el cardenal, daba tajos por el rey.

—¡Querido Porthos!

—Voy a terminar. Mi miedo a la política es tal, que si hay política en esto, prefiero volverme a Pierrefonds.

—Tendrás razón para ello, si tal hubiera; pero conmigo, querido Porthos, no hay nada de política. La cosa es clara; habéis trabajado en fortificar a Belle-Île; el rey tuvo deseos de conocer el nombre del hábil ingeniero que ha hecho esos trabajos; vos sois tímido, como todos los hombres de mérito; quizás Aramis trate de dejaros en la oscuridad. Pero yo os tomo por mi cuenta, os hago salir a luz, os presento, y el rey os recompensa. Esta es toda mi política.

—¡Esa es también la mía, pardiez! —dijo Porthos tendiendo la mano a D'Artagnan.

Pero D'Artagnan conocía la mano de Porthos; sabía que aprisionada una mano común entre los cinco dedos del barón, jamás salía de ellos sin contusiones. Tendió, pues, a su amigo, no la mano, sino el puño. Porthos ni siquiera lo advirtió. Después de lo cual, salieron ambos de Saint-Mandé.

Los guardianes cuchichearon entre sí ciertas palabras, que D'Artagnan comprendió, pero que se guardó muy bien de hacer comprender a Porthos. «Nuestro amigo —dijo para sí— no era más ni menos que un prisionero de Aramis. Veremos lo que resulta de la liberación de este conspirador».

## Capítulo IV

---

### El ratón y el queso

D'Artagnan y Porthos regresaron a pie, como había ido D'Artagnan. Cuando

D'Artagnan, que fue el primero que penetró en la tienda « El Pilón de Oro» anunció a Planchet que el señor Du Vallon sería uno de los viajeros privilegiados, y Porthos, al pasar a su vez, hizo crujir con la pluma de su sombrero los mecheros de madera colgados del cobertizo, algo parecido a un presentimiento doloroso turbó la alegría que Planchet prometiese para el día siguiente.

Pero era un corazón de oro nuestro abacero, resto precioso de una época que es y ha sido siempre para los que envejecen la de su juventud, y para los jóvenes la vejez de sus antepasados.

Planchet, no obstante aquella commoción interna, pronto reprimida, recibió a Porthos con un respeto mezclado de tierna cordialidad.

Porthos, algo estirado al principio, a causa de la distancia social que existía en aquella época entre un barón y un abacero, concluyó al fin por humanizarse al ver en Planchet tan buena voluntad y tanto agasajo.

Principalmente, no pudo menos de mostrarse sensible a la libertad que se le dio, o más bien se le ofreció, de sumergir sus anchas manos en las cajas de frutos secos y confites, en los sacos de almendras y avellanas, y en los cajones llenos de dulces.

De modo que a pesar de las invitaciones que le hizo Planchet para que subiese al entresuelo, eligió por habitación favorita, durante la noche que iba a pasar en casa de Planchet, la tienda, donde sus dedos hallaban siempre lo que su nariz había olfateado.

Los hermosos higos de Provenza, las avellanas del Forest, y las ciruelas de Turena, fueron para Porthos objeto de una distracción que saboreó por espacio

de cinco horas sin interrupción.

Entre sus dientes y muelas triturábanse los huesos, cuyos residuos sembraban luego el suelo y crujían bajo la suela de los que iban y venían; Porthos desgranaba entre sus labios, de una vez, los sabrosos racimos de moscatel secos, de violáceos colores, de los que hacía pasar media libra de su boca al estómago.

En un rincón del almacén, los mancebos, llenos de espanto, se miraban mutuamente sin atreverse a hablar.

No sabían que tal Porthos existiese, pues jamás le habían visto. La raza de aquellos titanes que habían llevado las últimas corazas de Hugo Capeto, de Felipe Augusto y de Francisco I, principiaba a desaparecer. Así era que se preguntaban si sería aquél el duende de los cuentos de encantamientos que iban a sepultar en su insondable estómago todo el almacén de Planchet, sin mover de su sitio los barriles y cajones.

Porthos, mascando, triturando, chupando y tragando, decía de vez en cuando al abacero:

—Tenéis un lindo comercio, querido Planchet.

—Pronto dejará de tenerlo, si esto sigue así —dijo el primer mancebo, a quien Planchet había prometido que le sucedería en la tienda.

Y, en su desesperación, acercóse a Porthos, que ocupaba todo el sitio que conducía desde la trastienda a la tienda, esperando que aquél se levantase y que ese movimiento le distrajese de sus ideas devoradoras.

—¿Qué queréis, querido mío? —preguntó Porthos con aire afable.

—Quería pasar, señor, si no os sirve de molestia.

—De ningún modo, amigo —dijo Porthos.

Y, cogiendo al mismo tiempo al mancebo por la cintura, lo levantó en el aire y lo transportó al otro lado.

Por supuesto, que todo esto lo hizo sonriendo, con el mismo aire de afabilidad.

Al asustado mancebo faltaronle las piernas en el momento en que Porthos le dejaba en tierra, de modo que cayó de espaldas sobre los corchos. Sin embargo, viendo la dulzura de aquel gigante, se aventuró a decir:

—¡Ay, señor, pensad lo que hacéis!

—¿Por qué decís eso, querido? —preguntó Porthos.

—Porque vais a quemaros el estómago.

—¿Cómo es eso, mi buen amigo?

—Todos esos alimentos son ardientes, señor.

—¿Cuáles?

Las pasas, las avellanas, las almendras...

—Sí; mas si las pasas, las avellanas y las almendras son ardientes...

—No hay la menor duda, señor.

Y, alargando su mano hacia un barril de miel abierto, donde estaba la espátula con que se servía a los compradores, tragó una buena media libra.

—Querido —dijo Porthos—, ¿queréis traerme agua?

—¡En un cubo, señor? —preguntó sencillamente el mancebo.

—No; en una garrafa; con una garrafa tendré suficiente —respondió Porthos con la mayor naturalidad.

Y, llevándose la garrafa a la boca, como hace un músico con su trompa, la vacío de un solo trago.

Planchet estremeciese entre todos los sentimientos que corresponden a las fibras de la propiedad y del amor propio.

Sin embargo, como digno dispensador de la hospitalidad antigua, simulaba conversar con la mayor atención con D'Artagnan, y no hacía más que repetir:

—¡Ay, señor, qué placer...! ¡Ay, señor, qué honra para mi casa!

—¿A qué hora cenaremos, Planchet? —preguntó Porthos—. Tengo apetito.

El primer mancebo juntó sus manos.

Los otros dos escurriéronse bajo el mostrador, temiendo que Porthos oliese la carne fresca.

—Aquí tomaremos un bocado nada más —dijo D'Artagnan—, y cenaremos luego en la casa de campo de Planchet.

—¡Ah! ¿De modo que vamos a vuestra casa de campo, Planchet? —dijo Porthos—. Tanto mejor.

—Me hacéis grande honor, señor barón.

Las palabras señor barón produjeron grande efecto en los mancebos, los cuales vieron un hombre de la clase más distinguida en un apetito de aquella naturaleza.

Por otra parte, aquel título les tranquilizó. Nunca habían oído decir que a un duende se le llamase señor barón.

—Tomaré algunos bizcochos para el camino —dijo Porthos con indiferencia.

Y diciendo esto vació un cajón de bizcochos en el bolsillo de su ropilla.

—¡Salvóse mi tienda! —murmuró Planchet.

—Sí, como el queso —dijo el primer mancebo.

—¿Qué queso?

—Aquel queso de Holanda en que entró un ratón y del que sólo hallamos la corteza.

Planchet echó una mirada por la tienda, y al ver lo que había escapado de los dientes de Porthos, parecióle exagerada la comparación.

El primer mancebo conoció lo que querían decir los ojos de su amo.

—¡Cuidado con la vuelta! —le dijo.

—¿Tenéis frutos en vuestro cuarto? —preguntó Porthos subiendo al entresuelo, donde acababan de anunciar que estaba servido el refrigerio.

—¡Ay! —exclamó el abacero, dirigiendo a D'Artagnan una mirada suplicante, que éste comprendió a medias.

Terminado el refrigerio pusieronse en camino.

Era ya tarde cuando los tres viajeros, que salieron de París a eso de las seis, llegaron a Fontainebleau.

El viaje fue muy divertido, Porthos se complació con la compañía de Planchet, porque éste le manifestaba mucho respeto, y le hablaba con interés de sus prados, de sus bosques y de sus conejares.

Porthos tenía los gustos y el orgullo del propietario.

D'Artagnan, así que divisó a sus dos compañeros tan engolfados en la conversación, tomó la ladera del camino, y, echando la brida sobre el cuello de su caballo, se aisló del mundo entero, como también de Porthos y de Planchet.

La luna penetraba dulcemente a través del ramaje azulado del bosque. Las emanaciones de la llanura subían, embalsamadas, a las narices de los caballos, que resoplaban con grandes saltos de alegría.

Porthos y Planchet se pusieron a hablar aparte.

Planchet manifestó a Porthos que, en la edad madura de su vida, había descuidado la agricultura por el comercio; pero que su infancia había transcurrido en Picardía, entre las hermosas alfalfas que le subían hasta las rodillas y bajo los verdes manzanos de frutos sonrosados; así es que había jurado, tan pronto como su fortuna estuviera hecha, volver a la naturaleza y terminar sus días como los había empezado, lo más próximo a la tierra, adonde van a parar todos los hombres.

—¡Hola, hola! —dijo Porthos—. Entonces, querido Planchet, vuestro retiro está próximo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que estáis en camino de hacer una regular fortuna.

—Sí —contestó Planchet—, se hace lo que se puede.

—Vamos a ver, ¿cuánto es lo que ambicionáis, y con qué cantidad contáis poder retiraros?

—Señor —dijo Planchet sin responder a la pregunta, sin embargo de lo interesante que era—, señor, una cosa me causa mucha pena.

—¿Qué? —preguntó Porthos mirando a sus espaldas, como para buscar esa otra cosa que apenaba a Planchet y librarse de ella.

—En otro tiempo me llamabais simplemente Planchet, y me habrías dicho: «¿Cuánto ambicionas, Planchet, y con qué cantidad cuentas poder retirarte?».

—Seguramente, así es; en otro tiempo eso te habría dicho —replicó el buen Porthos con cierta perplejidad llena de delicadeza—, pero en aquel tiempo...

—En aquel tiempo era el lacayo del señor de D'Artagnan, ¿no es eso lo que queríais decir?

—Sí.

—Pues bien, si no soy ahora lacayo suyo, soy todavía su servidor; y, además, desde aquella época...

—¿Qué?

—Desde aquella época he tenido la honra de ser su socio.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos—. ¡Cómo! ¡D'Artagnan ha tomado parte en el comercio de comestibles?

—No, no —dijo D'Artagnan, a quien aquellas palabras sacaron de sus meditaciones y pusieronle al corriente de la conversación con la habilidad y penetración que distinguía cada operación de su entendimiento y de su cuerpo—. No ha sido D'Artagnan el que entró en el comercio de comestibles, sino Planchet, que se ha dedicado a la política. ¡Eso es!

—Sí —contestó Planchet con orgullo y satisfacción a la vez—; hemos hecho juntos un pequeño negocio que nos ha producido a mí cien mil libras, y al señor de D'Artagnan doscientas mil.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos con admiración.

—De suerte, señor barón —contestó el abacero—, que os suplico de nuevo me llaméis Planchet como antiguamente, y continuéis tuteándome. No podéis suponerlos el placer que eso me causará.

—Si así es, lo haré como deseas, querido Planchet —replicó Porthos. Y, como al decir esto se hallara cerca de Planchet, levantó la mano para darle un golpecito en el hombro, en señal de cordial amistad.

Mas un movimiento providencial del caballo dejó frustrado el ademán del jinete, de suerte que su mano cayó sobre la grupa del caballo de Planchet.

El animal dobló los riñones. D'Artagnan empezó a reír, y dijo en voz alta:

—Cuidado, Planchet, que si Porthos te llega a querer mucha, te acariciará; y si te acaricia, te aplasta el día menos pensado: ya ves que Porthos no ha perdido nada de su fuerza.

—¡Oh! —dijo Planchet—. Mosquetón no ha muerto, y sin embargo, el señor barón lo aprecia mucho.

—Así es —dijo Porthos con un suspiro que hizo encabritar simultáneamente a los tres caballos—; y aun decía esta mañana a D'Artagnan lo mucho que le echaba de menos; pero dime, Planchet...

—¡Gracias, señor barón, gracias!

—¡Bien, Planchet, bien! ¡Cuántas arpantas tienes de parque?

—¡De parque?

—Sí; luego contaremos los prados, y después los bosques.

—¿Dónde, señor?

—En tu palacio.

—Pero, señor barón, si no tengo palacio, ni parque, ni prados, ni bosque.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes, y por qué llamas a eso casa de campo?

—No he dicho casa de campo, señor barón —objeto Planchet algo humillado—, sino simple apeadero.

—¡Ah, ah! —dijo Porthos—. Ya entiendo; te reservas.

—No, señor barón, digo la verdad pura: no tengo más que dos cuartos para

amigos.

—Entonces, ¿por dónde pasean tus amigos?

—Por los bosque del rey, que son encantadores.

—El caso es que esos bosques son muy hermosos, casi tanto como los míos del Berry.

Planchet abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Tenéis bosques semejantes a los de Fontainebleau, señor barón? —murmuró asombrado.

—Sí, tengo dos; pero el del Berry es el predilecto.

—¿Por qué? —preguntó graciosamente Planchet.

—En primer lugar, porque no conozco sus límites; y, después, porque está poblado de cazadores furtivos.

—¿Y cómo puede haceros tan grato el bosque esa profusión de cazadores furtivos?

—Porque ellos cazan mis piezas, y yo los cazo a ellos, y esto es para mí, en tiempo de paz, una imagen en pequeño de la guerra.

A este punto llegaba la conversación, cuando Planchet, levantando la cabeza, divisó las primeras casas de Fontainebleau, que se diseñaban vigorosamente en el cielo, en tanto que por encima de la masa compacta e informe se elevaban las techumbres agudas del palacio, cuyas pizarras relucían a la luna como las escamas de un pez enorme.

—Señores —dijo Planchet—: tengo el honor de anunciaron que hemos llegado a Fontainebleau.

## Capítulo V

---

### La casa de campo de Planchet

Levantaron la cabeza los jinetes, y vieron que el honrado Planchet decía exactamente la verdad.

Diez minutos más tarde se hallaban en la calle de Lyon, al otro lado de la posada « El Hermoso Pavo Real» .

Una inmensa cerca de espesos saúcos, espinos y lúpulos formaba un vallado impenetrable y negro, detrás del cual se elevaba una casa blanca, con la techumbre de grandes tejas.

Dos ventanas de aquella casa daban a la calle. Las dos eran sombrías. Entre ambas, una portecita, resguardada por un cobertizo sostenido sobre pilastras, daba entrada a ella.

El umbral de esta puerta estaba bastante elevado.

Planchet echó pie a tierra como para llamar a dicha puerta; pero, cambiando desde luego de parecer, cogió a su caballo de la brida y anduvo unos treinta pasos más.

Sus dos compañeros siguiéronle. Llegó hasta una puerta cochera, situada treinta pasos más allá, y, levantando un picaporte de madera, única cerradura de aquella puerta, empujó una de sus hojas. Entonces penetró el primero, llevando el caballo por la brida, en un pequeño corral, rodeado de estiércol, cuyo olor revelaba la proximidad de un establo.

—Bien huele —dijo ruidosamente Porthos, echando al mismo tiempo pie a tierra—; no parece sino que estoy en mis vaquerías de Pierrefonds.

—No tengo más que una vaca —se apresuró a decir modestamente Planchet.

—Pues yo tengo treinta —dijo Porthos—, y a decir verdad, no sé el número de las vacas que tengo.

Después que entraron los dos jinetes, Planchet cerró la puerta. Entretanto, D'Artagnan, que se había apeado con su ligereza acostumbrada respiraba aquella saludable atmósfera, y alegre como un parisense que sale al campo, cogía, ora un ramo de madreselvas, ora un agavanzo.

Porthos echó mano a unos guisantes que subían a lo largo de los palos, y se comía, o más bien engullía, vainas y fruto a la vez.

Planchet corrió a despertar a cierto campesino, viejo y cascado, que dormía bajo un cobertizo sobre una cama de musgo, cubierto con una chamarreta.

El campesino, que conoció a Planchet, le llamó nuestro amo, con gran placer del abacero.

—Llevad los caballos al pesebre, buen viejo, y dadles buena pitanza —dijo Planchet.

—¡Oh! Hermosos animales —exclamó el campesino—, procuraré que se harten.

—Poco a poco, poco a poco, amigo —dijo D'Artagnan—; no tanto ya: avena, y la paja correspondiente, nada más.

—Y agua de salvado para mi caballo —repuso Porthos—, porque se me figura que suda mucho.

—¡Oh! Nada temáis, señores —contestó Planchet—: el tío Celestino es un antiguo gendarme del Ivry, y sabe lo que es cuidar caballos. Pasemos a la casa.

Y llevó a sus amigos por una alameda muy poblada que atravesaba una huerta, luego un campo de alfalfa, que, por último, terminaba en un jardinito, tras del cual se elevaba la casa, cuya fachada principal se había visto ya desde la calle.

A medida que se iban acercando, podía distinguirse por dos ventanas abiertas del piso bajo el interior, el penetral de Planchet.

Aquella habitación, suavemente iluminada por una lámpara situada sobre la mesa, se destacaba en el fondo del jardín como una risueña imagen de la paz, de la comodidad y de la dicha.

Donde quiera que caía la lentejuela de luz desprendida del centro luminoso sobre una antigua fayenza, sobre un mueble resplandeciente de limpieza, sobre un arma colgada en la tapicería, la pura claridad encontraba un puro reflejo, y la gota de fuego iba a reposar sobre el objeto grato a la vista.

Aquella lámpara, que iluminaba el cuarto, mientras que por el cerco de las ventanas caían las ramas de jazmín y de aristoloquia, daba luz a un mantel adamascado, blanco 1 como la nieve.

Había dos cubiertos sobre aquel mantel. Un vino clarete mecía sus rubies en el cristal labrado de la larga botella, y una vasija de fayenza azul, con tapadera de plata, contenía una espumosa sidra.

Al lado de la mesa, y en un sillón de mucho respaldo, dormía una mujer de treinta años, cuyo rostro rebosaba salud y frescura.

Sobre las rodillas de aquella fresca criatura, un gatazo manso, apelotonando su cuerpo sobre sus patas dobladas, hacia oír ese ronquido característico que, con los ojos medio cerrados, significa en los hábitos felinos: «Soy enteramente feliz».

Los dos amigos detuvieronse delante de aquella ventana, mudos de sorpresa.

Al ver Planchet su admiración experimentó una dulce alegría.

—¡Ah, picaro Planchet! —exclamó D'Artagnan—. Ahora comprendo tus ausencias.

—Oh, oh! Vaya un lienzo blanco —dijo a su vez Porthos con voz de trueno.

Al ruido de aquella voz, el gato escapó, el ama se despertó asustada, y Planchet, tomando un aire afable, introdujo a los dos compañeros en la habitación donde estaba puesta la mesa.

—Permitidme, amiga mía, que os presente al señor caballero de D'Artagnan, mi protector.

D'Artagnan cogió la mano de la dama como hombre cortesano, y con los mismos modales con que habría tomado la de Madame.

—El señor barón Du Vallon de Bracieux de Pierrefonds —añadió Planchet.

Porthos hizo un saludo que hubiera dejado satisfecha a la misma Ana de Austria, so pena de ser tenida por muy exigente.

Entonces le tocó su vez a Planchet, el cual abrazó con gran franqueza a la dama, no sin haber hecho antes un ademán que parecía pedir su permiso a D'Artagnan y Porthos, permiso que le fue concedido en el acto.

D'Artagnan hizo su cumplido a Planchet.

—He aquí un hombre que sabe vivir.

—Señor —contestó Planchet riendo—, la vida es un capital que el hombre debe tratar de colocar lo más ingeniosamente que pueda...

—Y del que obtienes grandes intereses —dijo Porthos riendo como un trueno.

Planchet se volvió hacia el ama de la casa.

—Amiga mía —le dijo—, aquí tenéis a los dos hombres que han dirigido una parte de mi existencia, y que os he nombrado tantas veces.

—Con otros dos más —dijo la dama con acento flamenco de los más pronunciados.

—¿Sois holandesa? —preguntó D'Artagnan.

Porthos retorcióse el bigote, lo cual notó D'Artagnan, que todo lo observaba.

—Soy de Amberes —respondió la dama.

—Y se llama la señora Gechter —dijo Planchet.

—Pero supongo que no la llamaré de ese modo —dijo D'Artagnan.

—¿Por qué? —preguntó Planchet.

—Porque sería envejecerla cada vez que la llamaseis.

—No: la llamo Trüchen.

—Bonito nombre —dijo Porthos.

—Trüchen —replicó Planchet me ha venido de Flandes con su virtud y dos mil florines, huyendo de un marido que le pegaba. Como natural de Picardía, me han gustado siempre las mujeres de Artois. Del Artois a Flandes no hay más que un paso. La desgraciada vino a llorar a casa de su padrino, mi predecesor de la calle de los Lombardos, y colocó en mi casa sus dos mil florines, que en el día le rentan diez mil.

—¡Bravo, Planchet!

—Es libre, es rica; tiene una vaca; manda a una sirviente y al tío Celestino; me hace todas mis camisas y todas mis medias de invierno; sólo me ve de quince en quince días, y se considera dichosa.

—Y lo soy efectivamente —dijo Trüchen con abandono.

Porthos se retorció el otro hemisferio del bigote.

—¡Diantre, diantre! —dijo para sí D'Artagnan—. Será que Porthos tenga intenciones.

Entretanto, Trüchen, comprendiendo lo que había de hacer, dio prisa a la cocinera, añadió dos cubiertos, y puso sobre la mesa manjares delicados, capaces de convertir una cena en comida y una comida en festín. Manteca fresca, cecina, anchoas y atún, todo lo mejor de la tienda de Planchet.

Pollos, legumbres, ensalada, pescados de estanque y de río, caza del monte, en fin, todos los recursos de la provincia.

Además, Planchet volvía de la bodega cargado con diez botellas, cuyo vidrio desaparecía bajo una densa capa de polvo ceniciente.

Aquello alegró el corazón de Porthos.

—Tengo hambre —dijo.

Y se sentó junto a la señora Trüchen con una mirada asesina. D'Artagnan se sentó al otro lado. Planchet, discreta y alegremente, se colocó enfrente.

—No os extrañéis —dijo— si durante la comida abandona Trüchen la mesa frecuentemente, pues tiene que disponer vuestros dormitorios. En efecto, el ama hacía numerosos viajes y se oían crujir en el piso superior las armaduras de las camas y chillar las rodezuelas sobre el pavimento.

Entretanto, los tres hombres comían y bebían, especialmente Porthos. Era maravilloso el verlos. Cuando Trüchen volvió con el queso, las diez botellas no eran más que diez sombras.

D'Artagnan conservó toda su dignidad.

Porthos, al contrario, perdió parte de la suya.

Hubo brindis y canciones. D'Artagnan propuso otra nueva excursión a la bodega, y como Planchet no caminaba con la regularidad debida, el capitán de mosqueteros se ofreció a acompañarle. Marcharon, pues, tarareando canciones capaces de asustar al mismo demonio.

Trüchen se quedó en la mesa al lado de Porthos.

Mientras los dos golosos elegían detrás de los haces de leña, dejóse oír ese

ruido seco y sonoro que producen al hacer el vacío los labios sobre una mejilla.

«Porthos se habrá creído estar en La Rochela», pensó D'Artagnan.

Ambos subieron cargados de botellas.

Planchet no veía ya de tanto cantar.

D'Artagnan, que todo lo observaba, notó que la mejilla izquierda de Trüchen estaba mucho más colorada que la derecha.

Porthos sonreía a la izquierda de Trüchen, y se retorcía con sus dos manos las puntas de su bigote.

Trüchen sonreía también al magnífico señor.

El vino espumoso de Anjou hizo de aquellos tres hombres, primero tres demonios, y luego tres leños.

D'Artagnan no tuvo fuerzas más que para coger una luz y alumbrar, a Planchet.

Planchet arrastró a Porthos, a quien empujaba Trüchen, muy contenta también.

D'Artagnan fue el que halló los dormitorios y descubrió las camas. Porthos se sumió en la suya, después de haberle desnudado su amigo el mosquetero.

D'Artagnan se arrojó sobre la que le habían dispuesto, diciendo:

—¡Diantre! Y eso que había jurado no tocar a ese vino dorado que trasciende a piedra de chispa. ¡Si los mosqueteros vieran a su capitán en semejante estado!

Y corriendo las cortinas del lecho:

—Por fortuna no me verán —añadió.

Planchet fue trasladado en brazos de Trüchen, la cual le desnudó, y cerró cortinas y puertas.

—Es divertido el campo —observó Porthos estirando sus piernas que pasaron a través de la armadura de la cama, lo cual produjo un ruido enorme. Verdad es que nadie paró atención en ello, pues tanto era lo que se habían divertido en la casa de campo de Planchet.

A las dos de la madrugada todo el mundo roncaba.

## Capítulo VI

---

Lo que se veía desde la casa de Planchet

**E**l siguiente día sorprendió a los tres héroes durmiendo a pierna suelta.

Trüchen había cerrado los postigos de las ventanas para que el sol no les diera en los ojos al salir por levante.

De modo que reinaba noche obscura bajo las cortinas de Porthos, y bajo el baldaquino de Planchet, cuando D'Artagnan, despertado el primero por un rayo indiscreto que penetraba por un intersticio de la ventana, saltó de la cama como para llegar el primero al asalto.

Tomó en efecto por asalto el cuarto de Porthos, que estaba inmediato al suyo.

Porthos dormía lo mismo que zumba un trueno, y mostraba orgullosamente en la oscuridad su enorme cuerpo, del que colgaba fuera de la cama hasta el suelo su nervudo brazo.

D'Artagnan despertó a Porthos, quien se restregó los ojos con bastante soltura.

Mientras tanto se vestía Planchet, y salía a recibir a la puerta de su cuarto a los dos huéspedes, vacilantes todavía de resultas de la cena última.

Aunque aun era muy temprano, toda la casa estaba ya en pie. La cocinera degollaba sin piedad en el corral, y el viejo Celestino cogía cerezas en el jardín.

Porthos, satisfecho en extremo, tendió una mano a Planchet, y D'Artagnan pidió permiso para abrazar a la señora Trüchen.

Esta, que no conservaba odio a los vencidos, se aproximó a Porthos, al cual le fue otorgado igual favor.

Porthos abrazó a la señora Trüchen con un fuerte suspiro. Entonces Planchet cogió a los dos amigos de la mano.

—Voy a enseñaros la casa —dijo—. Anoche entramos aquí como en un horno, y no hemos visto nada; pero de día todo cambia de aspecto, y espero que

no quedaréis descontentos.

—Principiemos por las vistas —dijo D'Artagnan—: las vistas me gustan más que nada; yo he vivido siempre en casas regias, y he observado que los príncipes no saben elegir mal sus puntos de vista.

—Yo —observó Porthos— he sido siempre aficionado a las vistas; así es que en mi posesión de Pierrefonds he hecho abrir cuatro alamedas que dan vista a una perspectiva muy pintoresca.

—Ahora veréis mi perspectiva —repuso Planchet.

Y condujo a sus huéspedes a una ventana.

—¡Ah, sí! Es la calle de Lyon —dijo D'Artagnan.

—Sí; por este lado hay dos ventanas, desde las que nada se ve de particular si no es esa posada de enfrente, siempre bulliciosa y alborotada; es una vecindad muy incómoda. Antes tenía cuatro ventanas a ese lado, pero he quitado dos.

—Adelante —dijo D'Artagnan.

Pasaron a un corredor que conducía a los dormitorios, y Planchet abrió los postigos.

—¡Calla! —dijo Porthos—. ¿Qué es aquello que se ve allá abajo?

—El bosque —dijo Planchet—. Ese es el horizonte; una densa faja amarilla en primavera, verde en verano, rojiza en otoño y blanca en invierno.

—Muy bien; pero es una cortina que impide ver más lejos.

—Sí —dijo Planchet—; pero desde aquí se ve...

—¡Ah! Ese gran campo... —dijo Porthos—. ¡Calla! ¿Qué es lo que diviso en él...? Cruces, piedras.

—¡Vamos! ¡Pero si es el cementerio! —exclamó D'Artagnan.

—Justamente —dijo Planchet—; y os aseguro que es muy curioso. No pasa día en que no entierren ahí a alguien. Fontainebleau tiene bastante gente. Unas veces son jóvenes vestidas de blanco, con pendones, otras regidores o vecinos pudientes, con los chantres y la fábrica de la parroquia; a veces también oficiales de la casa del rey.

—No me place eso mucho —dijo Porthos.

—No es muy divertido que digamos —añadió D'Artagnan.

—Os aseguro que eso inspira ideas santas —repuso Planchet.

—¡Ah! No digo que no.

—Pero —continuó Planchet—, algún día hemos de morir, y hay en no sé dónde una máxima que he retenido, y es la siguiente: « No hay pensamiento más saludable que el pensamiento de la muerte» .

—No afirmo lo contrario —dijo Porthos.

—Pero —replicó D'Artagnan— también es un pensamiento saludable el del verdor de los campos, de las flores, de los ríos, de los horizontes azules, de las vastas llanuras sin fin...

—Si los tuviese no les haría ascos —contestó Planchet—; pero no teniendo

más que ese pequeño cementerio, florido también, cubierto de musgo, sombrío y tranquilo, me contento con él, y pienso en la gente de la ciudad que vive, pongo por caso, en la calle de los Lombardos, y oye rodar dos mil carruajes al día, y andar por el lodo a ciento cincuenta mil personas.

—¡Pero vivas —exclamó Porthos—, vivas!

—Eso es precisamente —dijo Planchet con timidez— lo que me distrae de los muertos.

—Este diablo de Planchet —repuso D'Artagnan— ha nacido para poeta tanto como para abacero.

—Señor —dijo Planchet—, yo era una de esas buenas pastas de hombre que Dios ha hecho para animarse durante cierto tiempo, y considerar bueno todo lo que acompaña su permanencia sobre la tierra.

D'Artagnan se sentó junto a la ventana, y, habiéndole parecido sólida la filosofía de Planchet, se puso a reflexionar.

—¡Cáscaras! —exclamó Porthos—. Si no me engaño, ya tenemos espectáculo, pues me parece que oigo cantar.

—Sí que cantan —dijo D'Artagnan.

—¡Oh! ¡Es un entierro de última clase! —murmuró Planchet desdenosamente—. No vienen más que el cura oficiante, el pertiguero y el niño de coro. Ya veis, señores, que el difunto o la difunta no debían ser príncipes.

—No, nadie sigue su féretro.

—Sí —dijo Porthos—, veo a un hombre.

—Sí, es verdad; un hombre embozado en una capa —añadió D'Artagnan.

—No vale la pena mirarlo —observó Planchet.

—Eso me interesa —dijo vivamente D'Artagnan acodándose sobre la ventana.

—Vamos; veo que al fin caéis en la tentación —dijo gozoso Planchet—; os sucede lo que a mí: los primeros días me ponía triste de tanto persignarme, y los cánticos me penetraban como clavos en el cerebro; pero ahora me mezclo al son de ellos, y se me figura que no he visto nunca pájaros más hermosos que los del cementerio.

—Pues yo —dijo Porthos— no me divierto aquí y prefiero bajar. Planchet dio un brinco, y ofreció su mano a Porthos para conducirle al jardín.

—¿Y qué, os vais a quedar ahí? —preguntó Porthos volviéndose hacia D'Artagnan.

—Sí, querido, sí; luego iré a reunirme a vos.

—¡Je, je! ¡El señor de D'Artagnan no hace mal! ¿Están ya enterrando?

—Todavía no.

—En efecto; el sepulturero aguarda a que estén atadas las cuerdas alrededor del ataúd. ¡Mirad...! Por aquel lado del cementerio entra una mujer.

—Sí, sí, querido Planchet —dijo con viveza D'Artagnan—; pero déjame,

déjame, que empiezo a engolfarme en meditaciones saludables, y no quiero que me interrumpan.

Planchet se marchó, y D'Artagnan devoraba con los ojos, detrás del postigo, medio cerrado, lo que pasaba enfrente.

Los dos sepultureros habían sacado los correones de las angarillas, y dejaban deslizar su carga en la fosa.

A pocos pasos, el hombre de la capa, único espectador de aquella escena lugubre, se arrimaba a un gran ciprés y ocultaba enteramente su rostro a los sepultureros y al cura. El cuerpo del difunto quedó enterrado en cinco minutos.

Rellenada ya la sepultura, se volvió el cura con la comitiva; el sepulturero le dirigió algunas palabras y luego echó a andar tras ellos.

El hombre de la capa los saludó al pasar, y puso una moneda en la mano al sepulturero.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. ¡Ese hombre es Aramis!

Aramis, en efecto, quedó solo, al menos por aquel lado, pues apenas volvió la cabeza cuando oyéreronse cerca de él en el camino los pasos de una mujer y el crujir de un vestido.

Volvióse al momento, y, quitándose el sombrero con mucho respeto cortesano, condujo a la dama bajo un grupo de castaños y de tilos que daban sombra a una tumba fastuosa.

—¡Tate! —dijo D'Artagnan—. ¡El obispo de Vannes dando citas! Vamos, es el mismo abate Aramis, galanteando en Noisy-le-Sec... Si —añadió el mosquetero—; mas, en un cementerio, la cita es sagrada.

Y se echó a reír.

La conversación duró una media hora.

D'Artagnan no podía ver el semblante de la dama, porque ésta le daba la espalda; pero conocía en la postura de los dos interlocutores, en la simetría de sus ademanes y en la manera acompasada, mañosa, con que se dirigían miradas, como de ataque o defensa, que no hablaban de amor.

Al fin de la conversación la dama se levantó, y fue ella la que hizo una profunda reverencia a Aramis.

—¡Oh, oh! —dijo D'Artagnan—. ¡Esto acaba como una cita amorosa!

El caballero se arrodilla al principio, y luego la vencida y la que suplica es la dama... ¿Quién será esa señorita...? Daría una uña por verla. Pero no pudo ser. Aramis se fue el primero, la dama se cubrió con sus chales y partió enseguida.

D'Artagnan no guardó a más, y corrió a la ventana de la calle de Lyon.

Aramis acababa de entrar en la posada.

La dama se dirigía en sentido contrario. Iba a reunirse a un carroaje de dos caballos de mano y una carroza que se veían en la linda del bosque. La dama caminaba despacio, con la cabeza baja, absorta en profunda meditación.

—¡Pardiez, pardiez! Es preciso que sepa quién es esa mujer —dijo el

mosquetero.

Y, sin más deliberaciones, empezó a andar tras ella.

Por el camino se iba preguntando cómo se compondría para hacerle alzar el velo.

—Ella no es joven —dijo—, es mujer del gran mundo. Lléveme el demonio, o ese continente no me es desconocido.

Conforme corría, el ruido de sus botas y el traqueteo de sus espuelas sobre el suelo de la calle iba haciendo un sonsonete extraño; esto le proporcionó una feliz coyuntura, con la cual no contaba.

Aquel ruido alarmó a la dama; creyendo que la seguían o perseguían, como así era, volvió la cabeza.

D'Artagnan dio un brinco, como si hubiese recibido en las pantorrillas una carga de perdigones; después, dando un rodeo para volver atrás:

—¡Madame de Chevreuse! —murmuró.

D'Artagnan no se quiso quedar sin saberlo todo.

Pidió al tío Celestino que se informara por el sepulturero quién era el muerto que habían enterrado aquella misma mañana.

—Un pobre franciscano mendicante —replicó éste—, que no tenía ni un perro que le amase en este mundo y le acompañase a su última morada.

« Si así fuese —pensó D'Artagnan—, no habría asistido Aramis a su entierro... El señor obispo de Vannes no es un perro en cuanto al cariño; para el olfato no digo» .

## Capítulo VII

---

Cómo Porthos, Trüchen y Planchet se separaron amigos gracias a A D'Artagnan

Hiciéronse muchos aprestos para el almuerzo en casa de Planchet. Porthos rompió una escalera de mano y dos cerezos, despojó los frambuesos, y no le fue posible coger fresas, a causa, según decía, de su cinturón.

Trüchen, que se había familiarizado ya con el gigante, le dijo:

—No es por el cinturón; es por el fiendre.

Y Porthos, radiante de alegría, abrazó a Trüchen, quien le cogió una almorzada de fresas y se las hizo comer en sus manos. D'Artagnan, que llegó en esto, riñó a Porthos por su pereza y compadeció por lo bajo a Planchet.

Porthos desayunó bien; y cuando hubo concluido:

—¡Qué bien lo pasaría aquí! —dijo mirando a Trüchen.

Trüchen sonrió.

Planchet hizo lo propio, no sin cierta desazón.

Entonces D'Artagnan dijo a Porthos:

—Es necesario, amigo mío, que las delicias de Capua no os hagan olvidar el objeto primordial de nuestro viaje a Fontainebleau.

—¿Mi presentación al rey?

—Justamente. Voy a dar una vuelta por la población para preparar lo conveniente. No salgáis de aquí, os lo ruego.

—¡Oh, no! —exclamó Porthos. Planchet miró a D'Artagnan con temor.

—¿Estaréis ausente mucho tiempo? —dijo.

—No, amigo mío, pues esta misma noche quedarás desembarazado de dos huéspedes algo molestos.

—¡Bah! Señor de D'Artagnan, ¿cómo podéis decir?

—No, mira, tu corazón es bondadoso; pero tu casa es pequeña. Hay quien no

tiene dos arpenteras de tierra y puede alojar a un rey y hacerlo muy feliz; pero tú no has nacido gran señor, Planchet.

—Ni el señor Porthos tampoco —murmuró Planchet.

—Mas lo ha llegado a ser, querido; en primer lugar, es dueño hace veinte años de cien mil libras de renta, y dueño también, hace cincuenta, de dos puños y un espinazo que no han reconocido rivales en este encantador reino de Francia. Porthos es un gran señor al lado tuyo, hijo mío... y no te digo más creo que ya me entenderás.

—No, no, señor; explicadme...

—Mira tu jardín devastado, tu despensa vacía, tu cama rota, tu bodega exhausta; mira... a la señora Trüchen...

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Planchet.

—Porthos es señor de treinta pueblos, con trescientas vasallas muy desenveltas, y Porthos es un buen mozo.

—¡Ah, Dios mío! —repitió Planchet.

—La señora Trüchen es una excelente persona —prosiguió D'Artagnan—; guárdala para ti, ¿entiendes...?

Y le dio un golpecito en el hombro.

En aquel momento, el abacero vio a Trüchen y a Porthos guarecidos bajo un emparrado.

Trüchen, con una gracia enteramente flamenca, ponía pendientes a Porthos con pares de cervezas, y Porthos reía amorosamente como Sansón delante de Dalila.

Planchet apretó la mano de D'Artagnan, y corrió hacia el emparrado. Hagamos a Porthos la justicia de decir que no se movió... Indudablemente creía que no obraba mal. Trüchen tampoco se alteró, lo cual incomodó a Planchet; pero tenía éste bastante mundo para poner buen semblante ante un contratiempo.

Planchet cogió el brazo de Porthos, y le propuso ir a ver los caballos.

Porthos dijo que estaba fatigado. Planchet propuso al barón Du Vallon probar un noy ó hecho por su mano, y que no tenía igual.

El barón aceptó.

De este modo pudo Planchet tener ocupado todo el día a su enemigo, sacrificando la despensa a su amor propio.

D'Artagnan volvió dos horas después.

—Todo está preparado —dijo—; he visto a Su Majestad un momento cuando salía a cazar, y esta noche nos espera.

—¡El rey me espera! —murmuró Porthos engriéndose.

Y, preciso es decirlo, pues el corazón del hombre es una ola en extremo móvil: desde aquel instante dejó Porthos de mirar a la señora Trüchen con aquella gracia impresionante que había ablandado el corazón de la flamenca.

Planchet estimuló lo que pudo aquellas disposiciones ambiciosas. Refirió, o

más bien recorrió, todos los esplendores del último reinado, las batallas, los sitiós, las ceremonias. Habló del lujo de los ingleses Y de los beneficios reportados por los tres intrépidos camaradas, de quienes D'Artagnan, el más humilde en un principio, había llegado a ser el jefe.

Entusiasmó a Porthos mostrándole su juventud desvanecida; elogió la castidad de aquel gran señor y su religioso respeto a la amistad; estuvo, en una palabra, elocuente y diestro, hasta el punto de tener embobado a Porthos, hacer temblar a Trüchen, y hacer meditar a D'Artagnan.

A las seis, el mosquetero mandó preparar los caballos, e hizo que Porthos se vistiese.

Dio gracias a Planchet por su buena hospitalidad, lo deslizó algunas palabras vagas acerca de proporcionarle algún empleo en la Corte, lo cual hizo subir desde luego el concepto de Planchet en el ánimo de Trüchen, donde el pobre abacero, tan bueno, tan generoso, tan leal, había perdido mucho terreno con la aparición y el paralelo de dos grandes señores.

Porque las mujeres son así: ambicionan loa que no tienen, y desdeñan lo que ambicionaban cuando ya lo tienen.

Después que D'Artagnan hizo aquel servicio a Planchet, dijo en voz baja a Porthos:

Tenéis en vuestro dedo, amigo mío, una sortija muy bella.

—Trescientos doblones —dijo Porthos.

—La señora Trüchen conservará mucho mejor vuestro recuerdo si le dejáis esa sortija —replicó D'Artagnan. Porthos dudaba.

—Creéis que no es bastante bueno, ¿no es verdad? —dijo el mosquetero—. Os comprendo, un gran señor como vos jamás va a hospedarse a casa de un antiguo criado sin pagar liberalmente la hospitalidad; pero, creedme, Planchet tiene un corazón tan bueno, que no notará siquiera que tenéis cien mil libras de renta.

—Si os parece —dijo Porthos engreído con aquellas palabras—, daré a la señora Trüchen mi alquería de Bracieux; es también una bonita sortija para el dedo... de doce arpantas.

—Es demasiado, mí buen Porthos, demasiado por ahora... Dejadlo para más adelante.

Le quitó el diamante del dedo, y aproximándose a Trüchen:

—Señora —dijo—, el señor barón no sabe cómo suplicaron que aceptéis por amor suyo esta sortijilla. El señor Du Vallon es uno de los hombres más generosos y discretos que conozco. Quería regalaros una alquería que posee en Bracieux; pero le he disuadido de ello.

—¡Oh! —murmuró Trüchen, devorando con los ojos el diamante.

—¡Señor barón! —exclamó enternecido Planchet.

—¡Mi buen amigo! —balbuceó Porthos encantado de haber sido tan bien interpretado por D'Artagnan.

Todas aquellas exclamaciones, al cruzarse, dieron un desenlace patético al día que hubiese podido terminar de una manera grotesca.

Pero D'Artagnan estaba allí, y donde quiera que D'Artagnan mandaba, terminaban las cosas siempre a medida de su deseo.

Llegaron los abrazos de despedida. Trüchen, colocada en su lugar por la munificencia del barón, sólo ofreció una frente tímida al gran señor, con quien tanta familiaridad había gastado el día antes.

El mismo Planchet sintióse penetrado de humildad.

El barón Porthos, suelta ya la vena de su generosidad, habría vaciado de buena gana sus bolsillos en manos de la cocinera y de Celestino.

Pero D'Artagnan le contuvo.

—Ahora me corresponde a mí —le dijo.

Y dio un doblón a la mujer y dos al hombre.

Aquello era oír bendiciones, capaces de alegrar el corazón de Harpagón, y de hacerlo pródigo.

D'Artagnan se hizo acompañar por Planchet hasta Palacio, e introdujo a Porthos en su cuarto de capitán, donde entró sin ser visto de las personas a quienes temía encontrar.

## Capítulo VIII

---

### La presentación de Porthos

A quella misma noche, a las siete concedía el rey audiencia a un embajador de las Provincias Unidas en el gran salón.

La audiencia duró un cuarto de hora.

Enseguida recibió el rey a los nuevos presentados y a algunas damas, que pasaron las primeras.

En un ángulo del salón, detrás de una columna, conversaban Porthos y D'Artagnan, esperando que les llegase la vez.

—¿Sabéis lo que sucede? —dijo el mosquetero a su amigo.

—Pues bien, miradle.

Porthos se puso de puntillas, y vio el señor Fouquet en traje de ceremonia, que conducía a Aramis a la presencia del rey.

—¡Aramis! —dijo Porthos.

—Presentado al rey por el señor Fouquet.

—¡Ah! —exclamó Porthos.

—Por haber fortificado a Belle-Île —continuó D'Artagnan.

—¿Y yo?

—Vos, como he tenido el honor de deciros, sois el buen Porthos, la bondad misma; por eso querían que permanecieseis por algún tiempo en Saint-Mandé.

—¡Ah! —repitió Porthos.

—Pero, afortunadamente, estoy yo aquí —dijo D'Artagnan—, y me llegará el turno enseguida.

En aquel momento dirigióse Fouquet al rey.

—Señor —dijo—: tengo que pedir un favor a Vuestra Majestad. El señor de Herblay no es ambicioso, pero sabe que puede ser útil. Vuestra Majestad necesita

tener un agente en Roma, y un agente poderoso; creo que podemos obtener un capelo para el señor de Herblay. El rey hizo un movimiento.

—No suelo molestar a Vuestra Majestad con pretensiones —dijo Fouquet.

—Ya veremos —contestó el rey, que empleaba siempre esa frase en los casos dudosos.

A esa frase nada había que replicar.

Fouquet y Aramis se miraron. El rey continuó:

—El señor de Herblay puede servirnos también en Francia: algún arzobispado, pongo por caso.

—Señor —objetó Fouquet con la gracia que le era peculiar—: Vuestra Majestad honra mucho al señor de Herblay: el arzobispado puede servir de complemento al capelo; no excluye lo uno a lo otro.

El rey admiró aquella presencia de ánimo y sonrió.

—No hubiese respondido mejor D'Artagnan —dijo.

Apenas pronunció este nombre, acudió presuroso D'Artagnan.

—¿Vuestra Majestad me llama? —preguntó.

Aramis y Fouquet dieron un paso para retirarse.

—Permitid, señor —dijo vivamente D'Artagnan, haciendo acercarse a Porthos—, que presente a Vuestra Majestad al señor barón Du Vallon, uno de los más valientes hidalgos de Francia.

Aramis, al ver a Porthos, palideció, y Fouquet crispó los dedos bajo sus puños de encaje.

D'Artagnan dirigió a ambos una sonrisa, en tanto que Porthos se inclinaba visiblemente conmovido ante la majestad real.

—¡Porthos aquí! —murmuró Fouquet al oído de Aramis.

—¡Silencio! Es una traición —dijo éste.

—Señor —dijo D'Artagnan—, hace seis años que debería haber presentado al señor Du Vallon a Vuestra Majestad; pero algunos hombres se asemejan a las estrellas: nunca van sin el séquito de sus amigos. Los pléyades no se desunen y por eso he elegido para presentarlos al señor Du Vallon el momento en que pudierais ver al lado suyo al señor de Herblay.

Aramis estuvo a punto de perder los estribos, y miró a D'Artagnan con aire arrogante, como aceptando el desafío que éste parecía proponerle.

—¡Ah! ¿Estos señores son buenos amigos? —dijo el rey.

—Excelentes, señor, y el uno responde del otro. Preguntad al señor de Vannes cómo ha sido fortificada Belle-Île.

Fouquet alejóse un paso.

—Belle-Île —dijo fríamente Aramis—, ha sido fortificada por el señor.

Y señaló a Porthos, que saludó por segunda vez.

Luis admiraba y desconfiaba.

—Sí —dijo D'Artagnan—; pero preguntad al señor barón quién le ha ayudado

en sus trabajos.

—Aramis —dijo Porthos francamente.

Y señaló al obispo.

—¿Qué diablos significa todo esto? —pensó el prelado—, y ¿qué desenlace tendrá esta comedia?

—¡Cómo! —dijo el rey—. ¡El señor cardenal... quiero decir, el señor obispo... se llama Aramis!

—Nombre de guerra —dijo D'Artagnan.

—Nombre de amistad —repitió Aramis.

—¡Modestia a un lado! —exclamó D'Artagnan—. Bajo ese traje de eclesiástico, señor, se oculta el militar más brillante, el caballero más intrépido y el teólogo más profundo de vuestro reino.

Luis levantó la cabeza.

—¡Y un ingeniero! —dijo admirando la fisonomía verdaderamente admirable entonces de Aramis.

—Ingeniero por incidencia, señor —dijo éste.

—Mi camarada en los mosqueteros, señor —dijo con calor D'Artagnan—, el hombre cuyos consejos han servido de mucho a los ministros de vuestro padre... El señor de Herblay, en fin, que con el señor Du Vallon, yo, y el conde de la Fère, conocido ya de Vuestra Majestad, formaba esa compañía de mosqueteros que tanto dio que hablar en tiempo del difunto rey y durante la minoridad.

—Y que ha fortificado Belle-Île —dijo el rey con profundo acento.

Aramis se adelantó.

—Para servir al hijo —dijo—, como serví al padre.

D'Artagnan observó bien a Aramis mientras pronunciaba estas palabras: pero Aramis mostró en ellas un respeto tan verdadero, una lealtad tan profunda, y una convicción tan incontestable, que el mismo D'Artagnan, que dudaba de todo, cayó en el lazo.

« No miente el que habla con ese acento », se dijo.

Luis quedó satisfecho.

—En ese caso —dijo a Fouquet, que esperaba con ansiedad el resultado de aquella prueba—, está concedido el capelo. Señor de Herblay, os doy mi palabra para la primera promoción. Dad las gracias al señor Fouquet.

Estas palabras fueron escuchadas por el señor Colbert, a quien desgarraron el corazón.

Colbert salió apresuradamente de la sala.

—Vos, señor Du Vallon —dijo el rey—, pedid. Tengo gran placer en recompensar a los servidores de mi padre.

—Señor... —dijo Porthos.

Y no pudo añadir una palabra más.

—Señor —exclamó D'Artagnan— este digno gentilhombre está turbado por

la majestad de vuestra persona, no obstante haber sostenido con orgullo la mirada y el fuego de mil enemigos. Pero yo sé lo que piensa, y yo, más habituado a mirar al sol... voy a deciros su pensamiento: nada necesita, ni desea otra cosa que la dicha de poder contemplar a Vuestra Majestad por un cuarto de hora.

—Esta noche cenaréis conmigo —dijo el rey saludando a Porthos con una graciosa sonrisa.

Porthos se puso como el carmín de satisfacción y orgullo.

El rey le despidió, y D'Artagnan le empujó hacia la sala después de haberle abrazado.

—Sentaos a mi lado en la mesa —le dijo Porthos al oído.

—Sí, amigo mío.

—Aramis me mira con malos ojos, ¿no es cierto?

—Antes bien, nunca os ha querido más. Tened presente que le he hecho obtener el capelo de cardenal.

—Es verdad —dijo Porthos—. Decid, ¿le gusta al rey que se coma mucho en su mesa?

—Es halagarle —dijo D'Artagnan—, pues posee un apetito real.

—¡Qué fortuna! —dijo Porthos.

## Capítulo IX

---

### Aclaraciones

Aramis había efectuado una hábil maniobra para encontrarse con D'Artagnan y Porthos. Acercóse a este último detrás de la columna, y, apretándole la mano:

—¿Os habéis fugado de mi prisión? —le dijo.

—No le riñáis —dijo D'Artagnan—, pues he sido yo, querido Aramis, quien le ha hecho salir.

—¡Ah, amigo mío! —replicó Aramis mirando a Porthos—. ¿Es que habéis perdido la paciencia esperándome?

D'Artagnan acudió en ayuda de Porthos, que no sabía qué decir.

—Vosotros, los eclesiásticos —dijo a Aramis—, sois grandes políticos. Nosotros, los militares, vamos al bulto. He aquí el hecho. Fui a ver al buen Baisemeaux.

Aramis aguzó el oído.

—¡Ah! —exclamó Porthos—. Ahora me hacéis recordar que tengo una carta de Baisemeaux para vos, Aramis.

Y Porthos entregó al obispo la carta que ya conocemos.

Aramis pidió permiso para leerla, y la leyó, sin que D'Artagnan pareciese contrariado en lo más mínimo por aquella circunstancia, que había previsto absolutamente.

Por su parte, Aramis mostró tal serenidad, que D'Artagnan le admiró más que nunca. Leída la carta, guardóselas Aramis en el bolsillo con la mayor indiferencia.

—Decíais, querido capitán... —dijo.

—Decía —prosiguió el mosquetero—, que fui a visitar a Baisemeaux para

asuntos del servicio.

—¿Para asuntos del servicio? —dijo Aramis.

—Sí —contestó D'Artagnan—, y, naturalmente, hablamos de vos y de nuestros amigos. Por cierto que Baisemeaux me recibió con bastante frialdad. Me despedí. Cuando volvía, acercóseme un soldado, y, reconociéndome sin duda, a pesar de ir vestido de paisano, me dijo: «Capitán, ¿queréis tener la amabilidad de leer el nombre escrito en este sobre?». Y leí: «Al señor Du Vallon, en Saint-Mandé, casa del señor Fouquet». «¡Pardiez! —dije para mí—. Porthos no ha vuelto, como creía, a Pierrefonds o a Belle-Île. Porthos está en Saint Mandé en casa del señor Fouquet. El señor Fouquet no está en Saint Mandé. Luego Porthos está solo o con Aramis; vamos a ver a Porthos». Y fui a verle.

—¡Muy bien! —dijo Aramis pensativo.

—Pues no me habíais contado eso —repuso Porthos.

—No tuvo tiempo para ello, amigo mío.

—¿Y trajisteis a Porthos a Fontainebleau?

—A casa de Planchet.

—¿Reside Planchet en Fontainebleau? —preguntó Aramis.

—¡Sí, cerca del cementerio! —exclamó Porthos con aturdimiento.

—¿Cómo cerca del cementerio? —preguntó Aramis receloso.

«¡Bueno! —pensó el mosquetero—. Aprovechémonos de la sorpresa, puesto que no parece floja».

—Sí, cerca del cementerio —contestó Porthos—. Planchet es un excelente mozo, que hace excelentes confituras, pero tiene ventanas que dan al cementerio... ¡Es cosa que entristece! Así, esta mañana...

—¿Esta mañana? —interrumpió Aramis cada vez más alarmado. D'Artagnan volvió la espalda, y se puso a tamborilear en un vidrio un aire de marcha.

—Esta mañana —continuó Porthos— vimos enterrar un cristiano.

—¡Ah, ah!

—¡Es cosa que entristece! No viviría yo en una casa donde se están viendo continuamente muertos... Por el contrario, a D'Artagnan parece que le place mucho eso.

—¡Ah! ¿También vio D'Artagnan?

—No vio, sino que devoró con los ojos.

Aramis estremeciérase y se volvió para mirar al mosquetero; pero éste se hallaba ya muy en conversación con Saint-Aignan.

Aramis prosiguió interrogando a Porthos, y después de exprimir todo el jugo de aquel limón gigantesco, arrojó la cáscara.

Acercóse a su amigo D'Artagnan, y le tocó en el hombro.

—Amigo —le dijo luego que se marchó Saint-Aignan, pues habían anunciado que iba a servirse la cena del rey.

—Querido amigo —replicó D'Artagnan.

—Nosotros no cenamos con el rey.

—Si tal; yo, a lo menos.

—¿Podéis concederme diez minutos de conversación?

—Veinte. Es el tiempo que falta todavía para que Su Majestad se siente a la mesa.

—¿Dónde queréis que hablemos?

—Aquí, sobre estos bancos: habiéndose ausentado el rey, podemos sentarnos, y el salón está desierto.

—Sentémonos, pues.

Sentáronse. Aramis cogió una de las manos de D'Artagnan.

—Confesadme, querido amigo —dijo—, que habéis aconsejado a Porthos a que desconfie algo de mí. Lo confieso, pero no en el sentido en que lo tomáis. He visto que Porthos estaba aburrido en extremo, y he deseado, presentándole al rey, hacer por él y por vos lo que nunca hubierais hecho vos mismo.

—¿Qué?

—Vuestro elogio.

—¡Y lo habéis hecho noblemente; gracias!

—Y os he acercado el capelo, que parecía aún bastante lejano.

—¡Ah! ¡Lo confieso! —dijo Aramis con particular sonrisa—. En verdad sois el único para hacer la fortuna de vuestros amigos.

—Ya veis que lo que he hecho la sido solamente por el bien de Porthos.

—¡Oh! Yo me había encargado de hacer su suerte, pero vos tenéis el brazo más largo que nosotros.

Esta vez tocó a D'Artagnan sonreír.

—Vamos a ver —dijo Aramis—; debemos hablarnos con confianza. ¿Me queréis todavía, mi querido D'Artagnan?

—Lo mismo que antes —respondió D'Artagnan, sin comprometerse ¡gran cosa con esta respuesta!

—Entonces, gracias, y franqueza por franqueza —dijo Aramis—, ¿fuisteis a Belle-Île por el rey?

—¡Diantre!

—¿Queríais privarnos del placer de ofrecer Belle-Île completamente fortificada al rey?

—Pero, amigo mío, para privarlos de ese placer hubiera sido preciso que estuviese enterado de vuestra intención.

—¿Fuisteis a Belle-Île sin saber nada?

—De vos, sí. ¿Cómo dantres queréis que me figurase encontrar a Aramis convertido en ingeniero, hasta el punto de fortificar como Polibio o Arquímedes?

—Verdad es; no obstante, confesad que allá me adivinasteis.

—¡Oh! Sí.

—¿Y a Porthos también?

—Amigo querido, yo no adiviné que Aramis fuese ingeniero. Tampoco pude adivinar que Porthos lo fuese. Hay un proverbio latino que dice: « El poeta nace, el orador se hace». Pero jamás se ha dicho: « Se nace Porthos, y se hace ingeniero».

—Siempre lucís vuestro ingenio —dijo con frialdad Aramis—. Prosigo.

—Proseguid.

—Cuando os hicisteis dueño de nuestro secreto, os apresurasteis a ponerlo en conocimiento del rey.

—Y corrí tanto más aprisa, mi buen amigo, cuanto mayor vi que era vuestra precipitación. Cuando un hombre, que como Porthos, pesa doscientas cincuenta y ocho libras, corre la posta; cuando un prelado gotoso (dispensad, vos sois el que me lo ha dicho) cuando un prelado, repito, traga, por decirlo así, el camino, nada tiene de extraño que pensara que esos dos amigos, que no quisieron avisarme, me ocultaban cosas de gran importancia, y a fe mía corrí con tanta celeridad como me lo permitían mis pocas carnes y el no tener gota.

—Pero ¿no reflexionasteis que pudisteis hacernos a Porthos y a mí un flaco servicio?

—Sí que lo reflexioné; mas tanto Porthos como vos me obligasteis a hacer un papel bien triste en Belle-Île.

—Perdonadme —dijo Aramis.

—Excusadme —dijo D'Artagnan.

—¿De modo —prosiguió Aramis—, que en la actualidad lo sabéis todo?

—No, a fe mía.

—¿Sabéis que tuve que avisar al señor Fouquet a fin de que se anticipase a vos cerca del rey?

—Eso es lo que encuentro oscuro.

—No hay tal. ¿No sabéis que el señor Fouquet tiene enemigos?

—¡Oh, sí!

—Y especialmente tiene uno...

—¿Peligroso?

—¡Mortal! Pues bien, para combatir la influencia de ese enemigo, quiso el señor Fouquet dar pruebas al rey de grande adhesión y de grandes sacrificios, y le preparó una sorpresa a Su Majestad con el ofrecimiento de Belle-Île. Llegando vos a París el primero, la sorpresa quedaba frustrada... Podía parecer que cedíamos al temor.

—Comprendo.

—Ahí tenéis todo el misterio —dijo el obispo, satisfecho de haber convencido al mosquetero.

—Sólo que lo más sencillo —dijo éste— hubiera sido llamarle aparte en Belle-Île y decirme: « Querido amigo: estamos fortificando a Belle-Île-en-Mer para ofrecérsele al rey. Hacednos el favor de decirnos por cuenta de quién venís.

—¿Sois amigo del señor Fouquet o del señor Colbert?». Quizá no hubiera contestado nada; pero hubierais añadido: « ¿Sois amigo mío?». Y yo os hubiese dicho: « Sí». Aramis bajó la cabeza.

—De esa manera —continuó D'Artagnan— me habrás atado las manos, y hubiera dicho al rey. « Señor, vuestro superintendente fortifica Belle-Île, y muy bien; pero aquí tenemos este mensaje de que me ha encargado el gobernador de Belle-Île para Vuestra Majestad». O bien: « Aquí tenéis una visita del señor Fouquet relacionada con sus intenciones». Así no habría hecho yo un papel tonto, vosotros habrás gozado de vuestra sorpresa, y no tendríamos necesidad ahora de mirarnos de reojo al hablamos.

—Mientras que en la actualidad —repuso Aramis—, habéis procedido como amigo del señor Colbert. ¿Sois, en efecto, amigo suyo?

—¡No, a fe mía! —exclamó el capitán—. El señor Colbert es un pedante, y le odio como odiaba a Mazarino, pero sin temerle.

—Pues bien, yo —dijo Aramis— quiero al señor Fouquet, y soy completamente suyo. Ya conocéis mi posición... No tengo bienes... El señor Fouquet me ha procurado beneficios, un obispado: el señor Fouquet me ha obligado como hombre muy cumplido, y me acuerdo todavía bastante del mundo para saber apreciar un buen proceder. De consiguiente, el señor Fouquet me ha ganado el corazón, y me he consagrado a su servicio.

—Y habéis hecho muy bien: tenéis en él un buen amo.

Aramis mordióse los labios.

—Creo que el mejor de cuantos pueden tenerse.

Aquí hizo una pausa.

D'Artagnan se guardó mucho de interrumpirle.

—Ya os habrá dicho Porthos cómo se ha visto mezclado en todo esto.

—No —dijo D'Artagnan—; si bien es cierto que soy curioso, nunca pregunto a un amigo cuando conozco que éste quiere ocultarme su verdadero secreto.

—Pues voy a deciroslo.

—No os molestéis, si esa confidencia me compromete a algo.

—¡Oh! Nada temáis. Porthos es el hombre a quien más he querido, porque es sencillo y bueno; Porthos es un alma recta. Desde que soy obispo busco los caracteres sencillos, que me hacen amar la verdad, aborrecer la intriga.

D'Artagnan se atusó el bigote.

—Hice buscar a Porthos; estaba ocioso, y su presencia me recordaba mis bellos días de otra época, sin desviarme por eso del bien. Llamé a Porthos a Vannes. El señor Fouquet, que me quiere, sabiendo lo mucho que yo amaba a Porthos, le prometió la orden para la primera promoción. Ahí tenéis todo el secreto.

—No abusaré de él.

—Lo sé, pues nadie sabe mejor que vos lo que es el verdadero honor.

—Me precio de ello, Aramis.

—Ahora...

Y el obispo miró a su amigo hasta el fondo del alma.

—Ahora, hablemos de nosotros y por nosotros. ¿Queréis ser amigo del señor Fouquet? No me interrumpáis antes de saber lo que eso significa.

—Escucho.

—¿Queréis ser mariscal de Francia, par, duque, y poseer un ducado de un millón?

—Pero, amigo mío —replicó D'Artagnan—, para obtener todo eso, ¿qué es necesario hacer?

—Ser el hombre del señor Fouquet.

—Es que yo soy el hombre del rey, querido amigo.

—Pero presumo que no exclusivamente.

—¡Oh! D'Artagnan no es más que uno.

—Es natural que tengáis una ambición correspondiente a vuestro gran corazón.

—Sí que la tengo.

—Entonces...

—Sí, deseo ser mariscal de Francia; pero el rey me hará mariscal, duque, par; el rey me dará todo eso.

Aramis fijó en D'Artagnan su mirada penetrante.

—¿Pues no es el rey el amo? —añadió D'Artagnan.

—Nadie lo duda; pero Luis XIII era también el amo.

—¡Oh querido! Es que entre Richelieu y Luis XIII no había un D'Artagnan —dijo tranquilamente el mosquetero.

—Mirad que alrededor del rey hay innumerables piedras en que tropezar.

—No para el rey.

—Sin duda; pero...

—Mirad, Aramis, observo que todo el mundo piensa en sí propio, y nunca en ese principillo; pues yo quiero sostenerme, sosteniéndole a él.

—¿Y la ingratitud?

—¡Los débiles son quienes la temen!

—¿Estáis bien seguro de vos?

—Creo que sí.

—Pero el rey puede no necesitaros.

—Creo que me necesita más que nunca. Y si no, en el caso de tener que prender a un nuevo Condé, ¿quién le prendería? Esta... ésta sola en Francia.

Y D'Artagnan golpeó su espada.

—Tenéis razón —dijo Aramis, palideciendo.

Y se levantó y apretó la mano a D'Artagnan.

—Están dando el último aviso para la cena —dijo el capitán de mosqueteros

—; permitidme...

Aramis rodeó con su brazo el cuello del mosquetero, y le dijo:

—Un amigo como vos es la más hermosa joya de la corona real. Enseguida se separaron.

« Bien decía yo —dijo para sí D'Artagnan— que aquí había algo» .

« Hay que apresurarse a dar fuego a la pólvora —dijo Aramis—, pues D'Artagnan ha descubierto la mecha» .

## Capítulo X

---

### Madame y Guiche

Hemos visto que el conde de Guiche se había marchado del salón el día en que Luis XIV ofreció con tanta galantería a La Vallière los maravillosos brazaletes ganados en la lotería.

El conde permaneció paseando por algún tiempo fuera de Palacio, devorado su corazón por mil sospechas e inquietudes.

Después se le vio acechar en la terraza, frente a los tresbolillos, la salida de Madame.

Pasó una media hora larga. Sólo enteramente, no podía tener pensamientos más halagüeños.

Sacó su librito de memorias del bolsillo, y, después de muchas dudas, se decidió a escribir estas palabras:

« Señora: Os suplico que me concedáis un minuto de conversación. No os alarméis por esta petición, que nada ajena es al profundo respeto con que, etc., etc» .

Firmaba esta rara súplica, doblada en forma de billete amoroso, cuando vio salir del palacio varias mujeres, luego algunos hombres, y en una palabra, casi toda la tertulia de la reina.

Vio a la misma La Vallière, y también a Montalais, hablando con Malicorne.

Distinguió hasta el último de los convidados que poco antes poblaban el gabinete de la reina madre.

Madame no había pasado; pero por fuerza tenía que atravesar aquel patio para volver a su cuarto, y Guiche espiaba el patio desde la terraza.

Por último, vio salir a Madame con dos pajes que llevaban los hachones.

Caminaba de prisa, y cuando llegó a su puerta gritó:

—Pajes, que vayan a informarse dónde está el señor conde de Guiche. Tiene que darme cuenta de una comisión. Si está desocupado, decide que haga el favor de venir a verme.

Guiche permaneció mudo y ocultó en la sombra; pero apenas entró Madame, se lanzó de la terraza, bajando aprisa los escalones, y tomó el aire más indiferente para hacerse encontrar por los pajes, que corrían ya hacia su cuarto.

« ¡Ah! ¡Madame me manda buscar! », , dijo, todo emocionado. Y guardóse el billete, qué había llegado a ser inútil.

—Conde —dijo uno de los pajes divisándole—, fortuna ha sido encontrarlos.

—¿Qué hay señores?

—Una orden de Madame.

—¿Una orden de Madame? —dijo Guiche con aire de sorpresa.

—Sí, conde, Su Alteza Real desea veros; según nos ha dicho, tenéis que darle cuenta de una comisión. ¿Estáis libre?

—Estoy a las órdenes de Su Alteza Real.

—Pues tened a bien seguirnos. Cuando Guiche subió a la habitación de la princesa, encontró a ésta pálida y agitada.

Montalais permanecía a la puerta, algo quieta por lo que pasaría con el anillo de Madame.

Guiche se presentó.

—¡Ah! ¿Sois vos señor de Guiche? —preguntó Madame—. Tened a bien entrar... Señorita de Montalais, a terminado vuestro servicio.

Montalais, más alarmada aún, saludó y salió.

Los dos interlocutores quedaron solos.

El conde tenía toda la ventaja de su parte, pues Madame era la que le había dado la cita. ¿Mas cómo podía el conde aprovecharse de aquella ventaja? ¡Era tan fantástica Madame! ¡Tenía un carácter tan veleidoso Su Alteza Real!

Bien lo manifestó, porque, abordando al punto la conversación:

—Conde —le dijo—, ¿no tenéis nada que decirme?

Supuso Guiche que Madame había adivinado su pensamiento, y, como los que aman son crédulos y ciegos, como poetas o profetas, creyó que ella sabía los deseos que tenía de verla y la causa de esos deseos.

—Sí, señora —dijo—, y encuentro eso muy extraño.

—¡El asunto de los brazaletes! —exclamó Madame con viveza—. ¿No es eso?

—Sí, señora.

—¿Creéis que el rey esté enamorado? Decid.

Guiche miróla con detención; ella bajó los ojos ante aquella mirada que penetraba hasta el corazón.

—Creo —dijo— que el rey puede haber tenido el designio de atormentar a alguien; de no ser así, no se habría mostrado tan solícito como le vimos, ni se habría arriesgado a comprometer, por capricho, a una joven hasta ahora

inaccesible.

—¡Bien! ¡Esa descarada? —dijo altivamente la princesa.

—Puedo asegurar a Vuestra Alteza Real —dijo Guiche con respetuosa firmeza— que la señorita de La Vallière es amada por un joven dignísimo porque es un cumplido caballero.

—¡Oh! ¡Habláis de Bragelonne?

—Mi amigo, sí, señora.

—Y bien, aun cuándo sea amigo vuestro, ¿qué le importa al rey?

—El rey sabe que Bragelonne está comprometido con la señorita de La Vallière; y, como Raúl ha servido al rey valerosamente, no es de presumir que el rey vaya a causar una desgracia irreparable.

Madame prorrumpió en carcajadas que hirieron a Guiche dolorosamente.

—Os repito, señora, que no considero al rey enamorado de La Vallière, y la prueba de que no lo creo, es que quería preguntaros a quién puede desear Su Majestad herir el amor propio en esta circunstancia. Vos, que conocéis la Corte, me ayudaréis a encontrar esa persona, con tanto mas vivo motivo, cuanto que, según todos dicen, Vuestra Alteza Real está en gran intimidad con el rey.

Madame se mordió los labios, y, a falta de buenas razones, cambió de conversación.

—Probadme —dijo, fijando en él una de esas miradas en las que el alma parece pasar toda entera—, probadme que deseabais hablarme a mí, que os he llamado.

Guiche sacó de su librito de memorias lo que había escrito, y se lo enseñó.

—Simpatía —dijo Madame.

—Sí —repuso el conde con insuperable ternura—, sí, simpatía; pero yo os he explicado cómo y por qué os buscaba; vos, señora, aún no me habéis dicho para qué me habéis hecho llamar.

—Es verdad.

Y pareció vacilar.

—Esos brazaletes me harán perder la cabeza —añadió de repente.

—¿Esperabais vos que el rey os los ofreciese? —replicó Guiche.

—¿Por qué no?

—Pero antes que a vos, señora, antes que a su cuñada, ¿no tenía el rey a la reina?

—Y antes que a La Vallière —exclamó la princesa, resentida—, ¿no me tenía a mí, no tenía a toda la Corte?

—Os aseguro, señora —dijo respetuosamente el conde—, que si os oyesen hablar de esa manera, si vieran vuestros ojos enrojecidos, y, Dios me perdone, esa lágrima, que asoma por vuestras pestañas... ¡oh, sí todo el mundo diría que Vuestra Alteza Real está celosa!

—¡Celosa! —murmuró la princesa con altivez—. ¡Celosa y o de La Vallière?

Madame esperaba sojuzgar a Guiche con aquel ademán altivo y aquel tono orgulloso.

—Celosa de La Vallière, sí, señora —repitió el conde con energía.

—Creo, señor —balbució la princesa—, que os permitís insultarme.

—Yo no lo creo, señora —dijo el conde algo agitado, pero resuelto a domar aquella fogosa cólera.

—¡Salid! —gritó la condesa en el colmo de la exasperación, pues tanta era la rabia que le causaban la sangre fría y el respeto mudo de Guiche.

El conde retrocedió un paso, hizo un saludo con lentitud, se irguió, blanco como los encajes de sus puños, y con voz ligeramente alterada:

—No valía la pena —dijo— de que me apresurase para sufrir esta injusta desgracia.

Y le volvió la espalda sin precipitación.

No había aún dado cinco pasos, cuando corrió a él Madame como un tigre, y cogiéndole de una manga le hizo volver.

—El respeto que me afectáis —repuso trémula de rabia—, es más insultante que el insulto. ¡Vamos, insultadme, pero, al menos, hablad!

—Y vos, señora —dijo afablemente el conde desenvainando su espada—, atravesadme el corazón, pero no me hagáis morir a fuego lento.

Madame conoció en la mirada que Guiche fijó sobre ella, mirada llena de amor, de resolución y hasta de desesperación, que un hombre tan tranquilo en apariencia se atravesaría el pecho con la espada, si ella añadía una palabra.

Arrancóle el acero de las manos, y, apretándole el brazo con un delirio que podía pasar por ternura.

—Conde —dijo—, excusadme. Veis lo que sufro, y no tenéis misericordia de mí.

Las lágrimas, última crisis de aquel acceso, ahogaron su voz. Guiche, viéndola llorar, tomóla en sus brazos y la llevó hasta el sillón, oprimido todavía su corazón.

—¿Por qué —murmuró a sus pies—, por qué no me contáis vuestras penas? ¿Amáis a alguien? ¡Decídmelo! Yo moriré, pero será después de haberlos aliviado, consolado y hasta servido.

—¡Oh! ¡Tanto me amáis! —replicó ella vencida.

—Os amo hasta ese extremo; sí señora.

Ella le abandonó sus manos.

—Amo, efectivamente —murmuró la princesa en voz tan baja que nadie hubiera podido oírla. Guiche la oyó.

—Al rey? —dijo.

La princesa movió la cabeza, y su sonrisa fue como esos claros que forman las nubes, por entre los cuales, después de la tempestad, cree uno ver abrirse el paraíso.

—Pero —repuso—, hay otras pasiones en un corazón bien nacido. El amor, es la poesía; pero la vida de ese corazón, es el orgullo. Conde, yo he nacido sobre el trono, y tengo el orgullo y dignidad propios de mi jerarquía. ¿Por qué el rey trata de acercar al su lado a personas indignas de él?

—¡Todavía, señora! —exclamó el conde—. ¿No reparáis que estáis maltratando a esa infeliz muchacha que va a ser esposa de mi amigo?

—¿Y sois tan simple para creer eso?

—Si no creyera —dijo Guiche muy pálido—, haría avisar inmediatamente a Bragelonne; sí, si creyese que esa pobre La Vallière había olvidado los juramentos que ha hecho a Raúl... Pero, no, sería una infamia vender el secreto de una mujer; sería un gran crimen turbar la tranquilidad de un amigo.

—¿Creéis, según eso —repuso la princesa, con un salvaje estallido de risa—, que la ignorancia sea una dicha?

—Lo creo —replicó él.

—¡Pues probadlo, probadlo! —dijo Madame con viveza.

—Nada más fácil; señora, la Corte toda ha dicho que el rey os amaba, y que amabais al rey.

—¿Y qué? —dijo la princesa respirando penosamente.

—Suponed que Raúl, mi amigo, hubiese venido a decirme: « ¡Sí, el rey ama a Madame; sí, el rey ha logrado ganarse el corazón de Madame...! » ¡Tal vez habría matado a Raúl!

—Hubiera sido preciso —dijo la princesa con esa obstinación de las mujeres que se consideran inexpugnables—, que el señor de Bragelonne hubiera tenido pruebas para hablarlos así.

—De todos modos —respondió Guiche suspirando—, ello es que, no habiendo sido advertido, nada he profundizado, y hoy mi ignorancia me ha salvado la vida.

—Veo que lleváis hasta tal extremo el egoísmo y la frialdad —dijo Madame—, que dejaréis a ese desgraciado joven continuar amando a La Vallière.

—Hasta el día en que sepa que La Vallière es culpable, sí, señora.

—Pero ¿y los brazaletes?

—¡Ay, señora! Ya que vos esperabais recibirlos del rey, ¿qué hubiera yo podido decir?

El argumento era poderoso; la princesa se sintió vencida, hasta el punto de no volver a recobrarse más.

Pero, como tenía el alma llena de nobleza y un entendimiento claro, comprendió toda la delicadeza de Guiche.

Leyó evidentemente en su corazón que sospechaba que el rey amaba a La Vallière, y no quiso valerse de ese expediente vulgar, que consiste en arruinar a un rival en el ánimo de una mujer, dando a ésta la certeza de que ese rival corteja a otra mujer.

Adivinó que sospechaba de La Vallière, y que, para darle tiempo a

convertirse, a fin de que no se perdiese para siempre, se reservaba alguna gestión directa o algunas observaciones más claras.

Leyó, en fin, tanta grandeza real, tanta generosidad en el corazón de su amante, que sintió abrasarse el suyo al contacto de una llama tan pura. Guiche, conservándose, aun a riesgo de desagradar, hombre de lealtad, se elevaba a clase de héroes, y la reducía al estado de mujer celosa y mezquina.

Y le amó tan intensamente, que no pudo menos de darle un testimonio de ello.

—He ahí una porción de palabras perdidas —dijo tomándole una mano—: sospechas, inquietudes, desconfianzas, dolores... creo que todos esos nombres hemos pronunciado.

—¡Ay! Sí, señora.

—Borradas de vuestro corazón, como yo lo hago del mío. Conde, que La Vallière ame o no al rey, que el rey ame o no a La Vallière, hagamos desde este momento una distinción en nuestros dos papeles... ¿Por qué abris tanto los ojos? Apuesto a que no me comprendéis.

—Sois tan viva, señora, que temo siempre desagrardaros.

—¡No tembléis así bello asustado! —dijo ella con encantadora jovialidad—. Sí, señor, tengo que desempeñar dos papeles... Soy la hermana del rey, y la cuñada de su esposa. Con este título, ¿no es lógico que me mezcle en las intrigas del matrimonio...? ¿Qué decís?

—Lo menos posible, señora.

—Convengo en ello, mas ésta es una cuestión de dignidad; además, soy la esposa de Monsieur.

Guiche suspiró.

—Lo cual —repuso la princesa con ternura— debe induciros a hablarme siempre con el más soberano respeto.

—¡Oh! —murmuró el conde, cayendo a sus pies, que besó como si fueran los de una divinidad.

—En verdad —murmuró la princesa—, creo que tengo todavía otro papel... Ya lo olvidaba.

—¿Cuál, cuál?

—Soy mujer —dijo más bajo todavía—. Amo.

El conde se incorporó. Ella le abrió los brazos; sus labios se tocaron.

Oyérse pasos detrás de la tapicería. Montalais llamó.

—¿Qué hay, señorita? —preguntó Madame.

—Buscan al señor de Guiche —respondió Montalais, la cual tuvo tiempo de observar todo el desorden de los actores de aquellos cuatro papeles, pues Guiche había constantemente desempeñado el suyo con la mayor heroicidad.

## Capítulo XI

---

Montalais y Malicome

Montalais tenía razón. El señor de Guiche, llamado por todas partes, estaba muy expuesto por la multiplicidad misma de los asuntos, a no contestar en ninguna.

Así sucedió que Madame, tal es la fuerza de las situaciones débiles, no obstante su orgullo ofendido, a pesar de su cólera interior, nada pudo decir, al menos por aquel instante, a Montalais, que acababa de infringir con tan osadía la consigna casi real que la había alejado.

Guiche perdió también la cabeza, o mejor dicho, la había perdido ya antes de la llegada de Montalais: porque, no bien oyó la voz de la joven, sin despedirse de Madame, como exigía la más elemental cortesía, aun entre iguales, huyó, con el corazón encendido y la cabeza loca, dejando a la princesa con una mano levantada y haciendo un ademán de despedida.

Y era que Guiche podía decir, como dijo Querubín cien años después, que llevaba en los labios dicha para una eternidad.

Montalais halló, pues, a los dos amantes en gran desorden; desorden en el que huía y desorden en la que quedaba.

La joven murmuró entonces, echando en torno suyo una mirada investigadora:

—Creo que por ahora sé cuánto podía desechar la mujer más curiosa.

Madame se quedó tan turbada con aquella mirada inquiridora, que, como si hubiera oído el aparte de Montalais, no dijo una palabra a su camarista, y, bajando la cabeza, pasó a su alcoba.

Viendo lo cual Montalais, se puso a escuchar.

Entonces oyó que Madame corría los cerrojos de su habitación. Comprendió

por ese ruido que tenía la noche por suya, y, haciendo en dirección a la puerta que acababa de cerrarse un ademán bastante irreverente que quería decir: « ¡Buenas noches, princesa! », bajó a reunirse otra vez con Malicorne, que se hallaba a la sazón muy ocupado en seguir con la vista un correo polvoriento que salía del aposento del conde de Guiche.

Montalais conoció que Malicorne tenía entre manos alguna obra de importancia, y le dejó tender la vista y alargar el cuello. Después que Malicorne volvió a tomar su posición natural, le dio un golpecito en el hombro.

—¡Hola! —preguntó Montalais—. ¿Qué hay de nuevo?

—El señor de Guiche ama a Madame —dijo Malicorne.

—¡Noticias frescas! Yo sé algo más nuevo.

—¿Y qué sabéis?

—Que Madame ama al señor de Guiche.

—Lo uno es consecuencia de lo otro.

—No siempre, mi buen señor.

—Decís eso por mí?

—Las personas presentes quedan siempre exceptuadas.

—Gracias —contestó Malicorne—. ¿Y por la otra parte?

—El rey quiso esta noche, después de la lotería, ver a la señorita de La Vallière.

—¿Y la ha visto?

—No.

—¿Cómo que no?

—La puerta estaba cerrada.

—De modo que...

—De modo que el rey se volvió todo corrido, como ladrón que ha olvidado sus instrumentos.

—Bien.

—¿Y por la otra parte? —dijo Montalais.

—El correo que acaba de llegar para el señor de Guiche es enviado por el señor Bragelonne.

—¡Bueno! —dijo Montalais dando una palmada.

—¿Por qué bueno?

—Porque tenemos ocupación. Si ahora nos aburrimos, grande será nuestra desgracia.

—Importa dividirnos el trabajo —dijo Malicorne—, a fin de evitar confusión.

—Nada más sencillo —replicó Montalais—. Tres intrigas un poco animadas, manejadas con cierta cautela, dan una con otra, echándolo por lo corto, tres billetes por día.

—¡Oh! —exclamó Malicorne encogiéndose de hombros—. No tenéis en cuenta, amigo, que tres billetes al día es propio de gente vulgar. Un mosquetero

de servicio, una muchacha en el convento, cambian su billete cotidiano por encima de la escala o por el agujero hecho en la pared. En un billete se encierra toda la poesía de esos pobres corazoncitos. Pero, entre nosotros... ¡Oh! ¡Qué poco conocéis la ternura real, amiga mía!

—Vamos, conclud —dijo impacientemente Montalais—. Mirad que puede venir alguien.

—¡Concluir! No estoy más que en la narración. Me quedan aún tres puntos que tocar.

—¡Me haréis morir con vuestra cachaza de flamenco! —murmuró Montalais.

—Y vos me haréis perder la cabeza con vuestras vivacidades de italiana. Os decía, pues, que nuestros enamorados se escribirán volúmenes. Pero ¿adónde vais a parar?

—A esto: que ninguna de nuestras damas puede conservar las cartas que reciba.

—Está claro.

—Que el señor de Guiche no se atreverá tampoco a guardar las suyas.

—Es probable.

—Pues bien, yo guardaré todo eso.

—Ved ahí lo que es imposible —dijo Malicorne.

—¿Y por qué?

—Porque no estáis en casa propia; porque vuestra habitación es común a La Vallière y a vos; porque se hacen con frecuencia visitas y registros en el cuarto de una camarista, y porque temo mucho a la reina, celosa como una española, a la reina madre celosa como dos españolas, y, finalmente, a Madame celosa como diez españolas.

—Me parece que olvidáis a alguien.

—¿A quién?

—A Monsieur.

—Solamente hablaba de las mujeres. Clasifiquemos, pues, a Monsieur con el número 1.

—Nº 2, Guiche.

—Nº 3, el vizconde de Bragelonne.

—Nº 4, el rey.

—¿El rey?

—Ciertamente, el rey, que será no sólo mas celoso, sino más poderoso que todos. ¡Ay, querida!

—¿Qué más?

—En qué avispero os habéis metido!

—No mucho todavía, si queréis seguirme...

—Sí que lo quiero. No obstante...

- No obstante...
- Puesto que aún es tiempo, creo que lo más prudente sería retroceder.
- Y yo, antes bien, creo que lo más prudente será ponernos de golpe frente de todas esas intrigas.
- No creo que podáis manejarlas.
- Con vos sería capaz de manejar diez. Ese es mi elemento, pues he nacido para vivir en la Corte, como la salamandra en el fuego.
- Vuestra comparación no me calma, querida amiga. He oido decir a sabios muy sabios, en primer lugar que no hay tales salamandras, y que si las hubiese, quedarían perfectamente asadas al salir del fuego.
- Vuestros sabios podrán ser muy sabios en materia de salamandras, pero vuestros sabios no os dirán lo que yo voy a decir ahora mismo, y es que Aura de Montalais está llamada a ser, antes de un mes, el primer diplomático de la corte francesa.
- Bien, o a condición de que yo sea el segundo.
- Esta dicho: alianza ofensiva y defensiva, entiéndase.
- Lo que os aconsejo es que desconfiéis de las cartas.
- Os las entregaré conforme me las vayan dando.
- ¿Qué diremos al rey de Madame?
- Que Madame sigue amando al rey.
- ¿Qué diremos a Madame del rey?
- Que haría mal en no contemplarle.
- ¿Qué diremos a La Vallière de Madame?
- Todo cuanto queramos, pues es nuestra.
- ¿Nuestra?
- Doblemente.
- ¿Cómo es eso?
- Por el vizconde de Bragelonne, primero.
- Explicaos.
- Supongo no habréis olvidado que el señor de Bragelonne ha escrito muchas cartas a la señorita de La Vallière.
- Yo no olvido nada.
- Esas cartas era yo quien las recibía y quien las guardaba.
- ¿Y por consiguiente las tendréis?
- Las tengo.
- ¿Dónde? ¿Aqui?
- ¡Oh, no! Las tengo en Blois, en el cuartito que ya sabéis.
- Cuartito querido, cuartito amoroso, antecámara del palacio que os haré habitar un día. Pero, perdón; ¿decís que todas esas cartas están en ese cuartito?
- Sí.
- ¿No las guardabais en un cofre?

—Sí, por cierto; en el mismo cofre en que guardaba las que vos me remitiais, y donde depositaba las mías cuando vuestros asuntos os impedian acudir a la cita.

—¡Ah! Perfectamente —dijo Malicorne.

—¿Qué significa esa satisfacción?

—Significa que nos ahorramos ir a Blois por las cartas. Las tengo aquí.

—¿Habéis traído el cofre?

—Lo apreciaba mucho viniendo de vos.

—Pues tened cuidado; el cofre guarda originales que tendrán gran precio más adelante.

—Lo sé muy bien, ¡diantre!, y por eso mismo me río, y con toda mi alma.

—Ahora, una última palabra.

—¿Por qué una última?

—Necesitamos auxiliares?

—Ninguno.

—Criados, criadas...

—¡Malo, detestable! Vos misma daréis y recibiréis las cartas. ¡Oh! Nada de orgullo: sin lo cual, no haciendo sus negocios por sí mismo, el señor Malicorne y la señorita Aura se verán reducidos a verlos hacer por otros.

—Tenéis razón; pero ¿qué pasa en el aposento del señor de Guiche?

—Nada; el conde abre su ventana.

—Marchémonos.

Y los dos desaparecieron; la conjuración estaba anudada.

La ventana que acababa de abrirse era, en efecto, la del conde de Guiche.

Pero, como podrían pensar tal vez los que no están en antecedentes, no era sólo por ver la sombra de, Madame a través de las cortinas por lo que el conde asomábase a la ventana; su preocupación no era del todo amorosa. Según hemos dicho, acababa de recibir un correo, el cual le había sido enviado por Bragelonne. Bragelonne había escrito a Guiche.

Este había leído y releído la carta; carta que le había hecho gran impresión.

—¡Extraño! ¡Muy extraño! —murmuraba—. ¡Por qué medios tan poderosos lleva el destino a los hombres a sus fines!

Y, apartándose de la ventana para aproximarse a la luz, leyó por tercera vez aquella carta, cuyas líneas abrasaban a la vez su mente y sus ojos.

*Calais.*

*Mi estimado conde: He encontrado en Calais al señor de Wardes, que salió herido gravemente en un lance con el señor de Buckingham. No ignoráis que Wardes es hombre valiente, pero rencoroso y de mala índole.*

*Me ha hablado de vos, hacia quien dice siente gran inclinación, y de Madame, que encuentra hermosa y amable.*

*Ha adivinado vuestro amor por la persona que sabéis.*

*También me ha hablado de una persona a quien amo, y me ha manifestado el más vivo interés, compadeciéndome mucho, pero todo ello con rodeos, que me asustaron en un principio, y que concluí luego por tomar como resultado de sus hábitos de misterio.*

*El hecho es éste:*

*Parece que ha recibido noticias de la Corte. Ya comprenderéis que no ha podido ser sino por conducto del caballero de Lorena.*

*Se habla, dicen esas noticias, de un cambio efectuado en los sentimientos del rey.*

*Ya sabéis a lo que eso hace relación.*

*Además, decían las noticias, se habla de una camarista que da pábulo a la maledicencia.*

*Estas frases vagas no me han permitido dormir. He deplorado mucho que mi carácter, recto y débil, a pesar de cierta obstinación, me haya dejado sin réplica a esas insinuaciones.*

*En una palabra, el señor de Wardes marcha a París y no he querido retrasar su partida con explicaciones. Además, confieso que me parecía duro atormentar a un hombre cuyas heridas apenas están cerradas.*

*Viaja, pues, a jornadas cortas, y va para asistir, según dice, al curioso espectáculo que no puede menos de ofrecer la Corte dentro de poco tiempo.*

*Añadió a estas palabras algunas felicitaciones, y luego ciertas condolencias. Ni unas ni otros he podido comprender. Hallábame aturrido por mis pensamientos y por mi desconfianza hacia ese hombre: desconfianza que, como sabéis mejor que nadie, jamás he podido vencer.*

*Pero, luego que se marchó, mi espíritu se calmó algún tanto.*

*Es imposible que un carácter como el de Wardes no haya infiltrado algo de su malignidad en las relaciones que hemos tenido juntos.*

*Es imposible, por consiguiente, que en todas las palabras misteriosas que me ha dicho el señor de Wardes, no haya un sentido misterioso que pueda aplicarme a mí mismo o a quien sabéis.*

*Precisado a marchar con toda la prontitud para obedecer al rey, no he pensado en ir tras de alardes para obtener la explicación de sus reticencias; pero os envío un correo con esta carta que os expondrá todas mis dudas. Vos, a quien considero como otro yo, haréis lo que os parezca mejor.*

*El señor de Wardes llegará dentro de poco; procurad saber lo que ha deseado decir, si es que no lo sabéis ya.*

*Por lo demás, el señor de alardes ha sostenido que el señor de Buckingham había salido de París muy satisfecho de Madame; asunto es éste que me habría hecho tirar inmediatamente de la espada, a no ser por la obligación en que me considero de anteponer ante todo el servicio del rey.*

*Quemad esta carta, que os entregará Olivain.*

*Quien dice Olivain, dice la seguridad.*

*Tened a bien, apreciado conde, hacer presente mis afectuosos recuerdos a la señorita de La Vallière, cuyas manos beso respetuosamente.*

*Recibid un abrazo de vuestro afectísimo,*

#### *VIZCONDE DE BRAGELONNE.*

*P.D. Si ocurriera alguna cosa grave, pues todo debe preverse, querido amigo, enviadme un correo con esta sola palabra: Venid, y me hallaré en París treinta y seis horas después de haber recibido vuestra carta."*

Guiche suspiró, dobló la carta por tercera vez, y, en vez de quemarla como le encargaba Raúl, se la puso en el bolsillo.

Necesitaba leerla y releerla todavía.

—¡Qué confusión y qué confianza a la vez! —murmuró el conde—. Toda el alma de Raúl está en esta carta. ¡Olvida en ella al conde de la Fère, y habla de su respeto hacia Luisa! ¡Me da a mí un aviso y me suplica por él...! ¡Ah! — prosiguió Guiche con un gesto amenazador—. ¿Os mezcláis en mis asuntos, señor de Wardes? Pues bien, yo me ocuparé de los vuestros. En cuanto a ti, pobre Raúl, tu corazón me deja un depósito sobre el cual yo velaré, pierde cuidado.

Hecha esta promesa, pasó Guiche recado a Malicorne para que fuese a verle sin tardanza, si era posible.

Malicorne acudió con una actividad que era el primer resultado de su conversación con Montalais.

Cuanto más preguntó Guiche, que creíase a cubierto, Malicorne, que trabajaba a la sombra, más comprendió a su interlocutor.

De aquí resultó que, después de un cuarto de hora de conversación, durante la cual creyó Guiche haber descubierto toda la verdad acerca de La Vallière y del rey, no supo nada más que lo que había visto por sus propios ojos, mientras que Malicorne supo o adivinó que Raúl desconfiaba desde lejos, y que Guiche iba a velar sobre el tesoro de las Hespérides.

Malicorne aceptó el papel de dragón.

Guiche creyó haber hecho cuanto había que hacer en favor de su amigo, y no se ocupó más que de sí propio.

Anunciase en la noche siguiente la vuelta de Wardes, y su primera aparición en el aposento del rey.

Después de su visita debía el convaleciente ir a la habitación de Monsieur. Guiche fue a ver a Monsieur una hora antes.

## Capítulo XII

---

### Recibimiento de Wardes en la corte

Monsieur acogió a Wardes con aquel favor particular que la necesidad de espaciar el ánimo aconseja a todo carácter ligero hacia cualquier novedad que se presenta. Wardes, a quien hacía más de un mes no se le veía en la Corte, era fruta nueva. Agasajarle, era cometer una infidelidad con los antiguos, y una infidelidad tiene siempre su encanto; además, aquello era hacerle una reparación. Monsieur le trató, pues, del modo más favorable.

El caballero de Lorena, que temía mucho a aquel rival, pero que respetaba aquella segunda naturaleza en todo semejante a la suya, más el valor, prodigó a Wardes atenciones aún más exageradas que las que le había mostrado Monsieur.

Guiche estaba allí, como hemos dicho, pero se mantenía algo apartado, aguardando con impaciencia que terminasen todos aquellos abrazos.

Wardes, sin dejar de conversar con los demás, y hasta con Monsieur mismo, no había perdido de vista a Guiche; su instinto le decía que estaba allí por él.

Así fue, que se dirigió a Guiche inmediatamente que terminó con los demás.

Los dos cambiaron entre sí los cumplidos más corteses; después de lo cual, Wardes volvió a acercarse de nuevo a Monsieur y a otros gentileshombres.

En medio de todas aquellas felicitaciones de bienvenida, anunciaron a Madame.

Madame había sabido la llegada de Wardes y estaba enterada de los pormenores de su viaje, y de su duelo con Buckingham. Por eso no le disgustó estar presente a las primeras palabras que pronunciara el que sabía era enemigo suyo.

Acompañábanla dos o tres camaristas.

Wardes hizo a Madame los más corteses saludos, y anunció, de buenas a

primeras para empezar las hostilidades, que estaba pronto a dar noticias del señor de Buckingham a sus íntimos.

Era aquélla una respuesta directa a la frialdad con que Madame le había recibido.

El ataque era vivo; Madame sintió el golpe sin apparentar haberla recibido, y dirigió rápidamente sus ojos a Monsieur y a Guiche.

Monsieur enrojeció, Guiche palideció.

Madame fue la única que no cambió de fisonomía; pero, comprendiendo los muchos disgustos que podía ocasionarle aquel enemigo con las dos personas que le oían, se inclinó sonriendo hacia el viajero.

El viajero hablaba de otra cosa. Madame era valiente hasta la imprudencia: toda retirada haciale avanzar más. Después de la primera opresión del corazón, volvió a la carga.

—¿Habéis padecido mucho con vuestras heridas, señor de Wardes? —preguntó—. Porque hemos sabido que habíais tenido la mala suerte de salir herido.

Aquella vez tocó a Wardes resentirse; y se mordió los labios.

—No, señora —contestó—; casi nada.

—Sin embargo, con este horrible calor...

—El aire de mar es fresco, señora, y además tenía un consuelo.

—¡Oh! ¡Tanto mejor...! ¿Cuál?

—El de saber que mi adversario sufrió más que yo.

—¡Ah! ¡Salió herido más gravemente que vos...? Ignoraba eso —dijo la princesa con una completa insensibilidad.

—¡Oh señora! Estáis equivocada, o mejor, apparentáis dejaros engañar por mis palabras. No digo que su cuerpo haya sufrido más que yo; pero su corazón estaba ya profundamente lastimado.

Guiche vio adonde se dirigía la lucha, y se aventuró a hacer a Madame una seña, suplicándole que abandonara la partida.

Pero ella, sin contestar a Guiche, sin apparentar verlo, y siempre sonriente:

—Pues qué —dijo—, ¿fue herido el señor de Buckingham en el corazón? No creía que una herida en el corazón tuviese cura.

—¡Ay, señora! —contestó graciosamente Wardes—. ¡Las mujeres están siempre en esa persuasión y eso es lo que les da sobre nosotros la superioridad de la confianza!

—Amiga mía, comprendéis mal —repuso el príncipe con impaciencia—. El señor de Wardes quiere decir que el duque de Buckingham fue herido en el corazón por otra cosa que no era una espada.

—¡Ah! ¡en, bien! —exclamó Madame—. ¡Ah! Es un chiste del señor Wardes. Muy bien. Quisiera saber, no obstante, si le haría gracia al señor de Buckingham. En verdad, es una lástima que no esté presente, señor de Wardes.

Un relámpago pasó por los ojos del joven.

—¡Oh! —dijo apretando los dientes—. También yo lo quisiera. Guiche ni pestañeaba.

Madame parecía esperar que viniese en su auxilio.

Monsieur vacilaba.

El caballero de Lorena adelantóse, y tomó la palabra.

—Señora —dijo—, Wardes sabe muy bien que para Buckingham no es cosa nueva ser herido en el corazón, y lo que ha dicho se ha visto ya otras veces.

—En vez de un aliado, dos enemigos —murmuró Madame—. ¡Y dos enemigos coligados, encarnizados!

Y mudó de conversación. Cambiar de conversación es, ya se sabe, un derecho de los principes, que la etiqueta manda respetar. El resto de la conversación fue, pues, moderado; los principales actores habían terminado sus papeles. Madame se retiró temprano, y Monsieur, que quería interrogarla, le ofreció la mano.

El caballero temía mucho que se estableciese la buena inteligencia entre los dos esposos para dejarlos tranquilamente juntos.

Encaminóse, pues, hacia la habitación de Monsieur para sorprenderle a su vuelta, y destruir con tres palabras todas las buenas impresiones que Madame hubiese podido sembrar en su corazón.

Guiche dio un paso hacia Wardes, a quien rodeaba una porción de gentes.

Mostróle así el deseo que tenía de hablar con él. Wardes le hizo, con los ojos y la cabeza, una señal de haber comprendido.

Aquella señal, para las personas extrañas, nada hostil significaba.

Entonces Guiche pudo volverse y esperar.

No esperó mucho tiempo. Desembarazado Wardes de sus interlocutores, se aproximó a Guiche, y ambos, después de un nuevo saludo, echaron a andar juntos.

—Habéis tenido un feliz regreso, mi querido Wardes —dijo el conde.

—Excelente, como veis.

—¿Y tenéis siempre el genio tan alegre?

—Ahora mas que nunca.

—Es una gran felicidad.

—¿Qué queréis? ¡Todo cuanto en este mundo nos rodea es tan ridículo y tan grotesco!

—¡Tenéis razón!

—¡Ah! ¿Opináis como yo?

—¡Cómo no! ¿Y traéis noticias de allá?

—No; más bien vengo a buscarlas aquí.

—Perdonad; sé que habéis visto gente en Boulogne, a un amigo nuestro, y no hace mucho tiempo.

—¡Gente...! ¿A un amigo nuestro?

—Tenéis mala memoria.

—¡Ah! Es verdad. ¿Bragelonne?

—Justamente.

—¿Que iba con una misión cerca del rey Carlos?

—Eso es. ¿Y no le habéis dicho ni os ha dicho nada?

—No recuerdo bien lo que le he dicho, os lo aseguro; pero sí sé lo que no le he dicho.

Wardes era la sagacidad misma, y conocía en la actitud de Guiche, actitud llena de frialdad y dignidad, que la conversación tomaba mal giro. Resolvió, por tanto, dejarse llevar de la conversación y estar sobre si.

—¿Y qué es, si no lo lleváis a mal, eso que no le habéis dicho? —preguntó Guiche.

—¿Qué queréis que sea? Lo concerniente a La Vallière.

—La Vallière... ¿Qué es ello? ¿Y qué extraña cosa es ésa que habéis sabido allá, mientras que Bragelonne, que estaba aquí, no la ha sabido?

—¿Me hacéis seriamente la pregunta?

—No puede ser más seriamente.

—¡Cómo! ¿Vos, cortesano, que vivís en las habitaciones de Madame, que sois comensal de la casa, amigo de Monsieur y favorito de nuestra linda princesa?

Guiche se encendió en cólera.

—¿De qué princesa habláis? —preguntó.

—No conozco más que una, querido. Hablo de Madame. ¿Tendráis por casualidad, alguna otra princesa en el corazón? Veamos.

Guiche iba a precipitarse; pero vio la finta.

Era inminente una lucha entre ambos jóvenes. Wardes quería la contienda sólo en nombre de Madame, mientras que Guiche sólo la aceptaba en nombre de La Vallière. Desde aquel momento empezó, pues, un juego de fintas, que debía durar hasta que uno de los dos fuese tocado.

Guiche recobró toda su sangre fría.

—Para nada hay que mezclar a Madame en todo esto, amigo Wardes —dijo Guiche—; de lo que se trata es de lo que decíais poco ha.

—¿Y qué decía?

—Que habíais ocultado a Bragelonne ciertas cosas.

—Que sabéis vos tan bien como yo —replicó Wardes.

—No, a fe mía.

—¡Vaya!

—Si me las decis las sabré; pero no de otro modo, os lo juro.

—¡Cómo! Llego de fuera, de sesenta leguas de distancia; no os habéis movido de aquí, habéis visto con vuestros propios ojos, conocéis lo que, según el rumor público, me ha llevado allá, ¿y os oigo decir seriamente que nada sabéis? ¡Oh

conde, no tenéis caridad!

—Será como gustéis, Wardes; pero, os lo repito, no sé nada.

—Os hacéis el discreto, y eso es prudente.

—¿De suerte que no me decís nada, así como tampoco lo habéis dicho a Bragelonne?

—Hacéis oídos de mercader. Estoy seguro de que Madame no sería tan dueña de sí misma como vos.

« ¡Ah, gran hipócrita! —murmuró Guiche—. Ya has vuelto a tu terreno».

—Pues bien —continuó Wardes—, ya que es tan difícil entendernos acerca de La Vallière y Bragelonne, hablemos de vuestros asuntos personales.

—¡Si yo no tengo asuntos personales! —exclamó Guiche—. Supongo que no habréis dicho de mí a Bragelonne nada que no podáis repetírmelo a mí.

—No; pero tened entendido, Guiche, que cuanto más ignorante soy en algunas cosas, más obstinado soy en otras. Si se tratara, por ejemplo, de hablarlos de las relaciones del señor de Buckingham en París, cómo he hecho el viaje con el duque, podría deciros cosas muy interesantes. ¿Queréis que os las diga?

Guiche se pasó la mano por la frente, bañada en sudor.

—No —dijo—, cien veces no, porque no tengo curiosidad de saber lo que no me toca. El señor de Buckingham no es para mí más que un simple conocido, mientras que Raúl es un amigo íntimo. No tengo, por tanto, la menor curiosidad de saber lo que haya sucedido al señor de Buckingham, y tengo el mayor interés en conocer lo que le ha sucedido a Raúl.

—¿En París?

—En París o en Boulogne. Ya veis que estoy aquí, y si sobreviene algún acontecimiento puedo hacer frente a él, mientras que Raúl está ausente y no tiene más que a mí que pueda representarle; de consiguiente, los asuntos de Raúl son antes que los míos.

—Pero Raúl volverá.

—Sí, una vez terminada su misión. Entretanto, ya comprenderéis que no puedo dejar correr rumores desfavorables a él, sin que yo los examine.

—Con tanto más motivo, cuanto que estará en Londres bastante tiempo —dijo Wardes con socarronería.

—¿Lo creéis así? —preguntó Guiche ingenuamente.

—¡Diantre! ¿Creéis que lo hayan enviado a Londres para no hacer más que ir y volver...? No: lo han enviado a Londres para que se quede allí.

—¡Ah, conde! —exclamó Guiche apretando con fuerza la mano a Wardes—. Esa es una sospecha en extremo injuriosa para Bragelonne, y que justifica perfectamente lo que me ha escrito desde Boulogne.

Wardes quedó helado; la afición a las chanzonetas le había llevado demasiado lejos, y con su imprudencia dio la ventaja a su antagonista.

—¿Y qué es lo que ha escrito? —preguntó.

—Que le habíais deslizado algunas insinuaciones péridas contra La Vallière, y que os burlabais al parecer de su gran confianza en esa joven.

—Sí, todo eso hice —dijo Wardes—, y al hacerlo, estaba dispuesto a que el vizconde de Bragelonne me replicase lo que dice un hombre a otro cuando éste le ha disgustado. Así, por ejemplo, si se tratara de buscar contienda con vos, os diría que Madame, después de haber distinguido al señor de Buckingham, pasa en la actualidad por haber despedido al gallardo duque sólo en beneficio vuestro.

—¡Oh! Eso no me lastimaría en lo mas mínimo, querido Wardes —dijo Guiche sonriendo, a pesar del escalofrío que corrió por sus venas como una inyección de fuego...—. ¡Diantre! Semejante favorería sería miel.

—De acuerdo; pero si quisiera absolutamente romper con vos, buscaría un mentís, y os hablaría de cierto bosquecillo en donde os encontrasteis con aquella princesa, de ciertas genuflexiones, de ciertos besamanos... Y vos, que sois hombre discreto, vivo y pondonoroso...

—Pues bien, no, os lo juro —replicó Guiche interrumpiéndole con una sonrisa en los labios, aunque se creía próximo a morir—, tampoco eso me haría saltar, ni os daría mentís ninguno. ¿Qué queréis, amigo conde? Yo soy así; en las cosas que me atañen soy de hielo. ¡Ah! Otra cosa es cuando se trata de un amigo ausente, de un amigo que, al marcharse, me ha confiado sus intereses. ¡Oh! ¡Para éste, ya lo veis, Wardes, soy todo fuego!

—Os comprendo, señor de Guiche; pero por más que digáis, no puede en este instante haber cuestión entre nosotros, ni por Bragelonne, ni por esa muchacha sin importancia a quien llaman La Vallière.

En aquel momento atravesaban por el salón algunos cortesanos, quienes, habiendo oído ya las palabras que acababan de pronunciarse, podían oír también las que iban a seguir.

Wardes lo conoció, y prosiguió en voz alta:

—¡Oh! Si la Vallière fuese una coqueta como Madame, cuyos arrumacos, supongo que en extremo inocentes, han hecho enviar primero al señor de Buckingham a Inglaterra, y después desterrado a vos mismo... porque ello es que os dejasteis coger por sus arrumacos, ¡no es verdad, señor?

Los cortesanos acercáronse, yendo a su frente Saint-Aignan, y detrás Manicamp.

—¿Y qué queréis, amigo? —dijo Guiche riendo—. Todos saben que soy un fatuo. Tomé por lo serio una chanza, y eso me ocasionó el destierro. Pero conocí mi error, puse mi vanidad a los pies de quien correspondía, y conseguí que me llamaran, reconociendo mi falta y haciendo propósito de enmienda. Y ya lo veis, hasta tal punto me he enmendado, que me río ahora de lo que hace cuatro días me destrozaba el corazón. Pero Raúl ama y es amado, y no se ríe de los rumores que pueden turbar su felicidad, de los rumores de que os habéis hecho intérprete, no obstante saber, como yo, como estos caballeros, y como todo el mundo sabe,

que esos rumores no eran más que una calumnia.

—¡Una calumnia! —murmuró Wardes furioso de verse cogido en el lazo por la sangre fría de Guiche.

—Sí, una calumnia. ¡Pardiez! Aquí está su carta, en que me dice que habéis hablado mal de la señorita de La Vallière, y me pregunta si lo que habéis dicho de esa joven es verdad. ¿Queréis que haga jueces a estos señores, Wardes?

Y Guiche, con la mayor sangre fría, leyó en voz alta el párrafo de la carta relativo a La Vallière.

—Y ahora —prosiguió Guiche—, estoy bien convencido de que habéis querido turbar el reposo de mi amigo Bragelonne, y de que vuestros dichos eran maliciosos.

Wardes miró en torno suyo a fin de ver si encontraría apoyo en alguna parte; pero la sola idea de que había insultado, ya fuese directa o indirectamente, a la que era el ídolo del día, hizo a todos mover la cabeza, y Guiche sólo vio hombres dispuestos a darle la razón.

—Señores —dijo Guiche conociendo por instinto el sentimiento general—, nuestra discusión con el señor de Wardes versa sobre un punto tan delicado, que importa sobremanera que nadie oiga más de lo que vosotros habéis oído. Os suplico, pues, que guardéis las puertas y nos dejéis terminar nuestra conversación, como conviene a hidalgos, uno de los cuales ha dado al otro un mentís.

—¡Señores, señores! —exclamaron todos.

—Creéis que haya hecho mal en defender a la señorita de La Vallière? —dijo Guiche—. En ese caso, me condono y retiro las palabras hirientes que haya podido decir contra el señor de Wardes.

—¡Ca! —dijo Saint-Aignan—. ¡No...! La señorita de La Vallière es un ángel.

—La virtud, la pureza en persona.

—Ya veis, señor de Wardes —dijo Guiche—, que no soy el único que toma la defensa de esa pobre niña. Señores, por— segunda vez, os suplico que nos dejéis. Ya veis que nadie puede estar más sereno de lo que estamos.

Los cortesanos no deseaban otra cosa que alejarse, y unos se dirigieron a una puerta y otros a otra. Ambos jóvenes quedaron solos.

—¡Bien representado! —dijo Wardes al conde.

—¿No es cierto? —replicó éste.

—¿Qué queréis? Me he embrutecido en provincia, querido, mientras que vos me confundís con el dominio que habéis adquirido sobre vos mismo, conde; siempre se gana algo en las relaciones con las mujeres, y os doy por ello la más sincera enhorabuena.

—La acepto.

—Y se la daré también a Madame.

—¡Oh! Ahora, mi querido señor de Wardes, hablemos tan alto como queráis.

—No me provoquéis.

—¡Oh, sí! ¡Quiero provocaros! Ya sois conocido como un mal hombre; si hacéis eso, pasaréis por un cobarde, y Monsieur os hará ahorcar esta noche de la falleba de su ventana. Hablad, mi querido Wardes, hablad.

—Estoy derrotado.

—Sí, mas no tanto como conviene.

—Veo que no os disgustaría molerme bien los huesos.

—Ni mucho menos.

—¡Diantre! Es que por ahora, mi querido conde, me viene mal; no es cosa que pueda convenirme una partida, después de la que he jugado en Boulogne; he perdido allá mucha sangre, y al menor esfuerzo volverían a abrirse mis heridas. ¡Pronto dariais cuenta de mí!

—Es verdad —dijo Guiche—, y sin embargo, hace poco habéis hecho alarde de vuestro buen aspecto y de vuestro buen brazo.

—Sí, los brazos se mantienen bien, pero tengo débiles las piernas, y luego, no he vuelto a tomar en la mano el florete desde aquel maldito duelo, cuando vos, por el contrario, estoy cierto de que os ejercitaréis en la esgrima todos los días para poner buen término a vuestra añagaza.

—Por mi honor, señor —contestó Guiche—, hace medio año que no me ejercito.

—No, conde; bien meditado todo, no me batiré, a lo menos con vos. Esperaré a Bragelonne, puesto que decís que Bragelonne es quien me tiene ganas.

—¡Ah! —¡No; no esperaréis a Bragelonne! —exclamó Guiche fuera de sí—. Porque, según habéis dicho vos mismo, Bragelonne puede tardar en volver, y entretanto vuestro carácter perverso llevará a cabo su obra.

—Sin embargo, tendré una excusa. ¡Cuidado!

—Os doy ocho días para acabar de restableceros.

—Eso ya es otra cosa. En ocho días, ya veremos.

—Sí, ya comprendo. En ocho días hay tiempo para huir del enemigo. Pues no, ni uno solo.

—Estáis loco, señor —dijo Wardes, dando un paso como para retirarse.

—¡Y vos sois miserable, si no os batís de buen grado!

—¡Y qué?

—Os denunciaré al rey por haber rehusado batiros, después de haber insultado a La Vallière.

—¡Ah! —exclamó Wardes—. Sois peligrosamente perfido, señor hombre honrado.

—Nada más peligroso que la perfidia del que marcha siempre lealmente.

—Devolvedme entonces mis piernas, o haceos sangrar para equilibrar todas las probabilidades.

—No; aún podemos hacer otra cosa mejor.

—¿Qué?

—Montaremos los dos a caballo, y cambiaremos tres pistoletazos. Sois gran tirador, pues os he visto matar golondrinas a galope y con bala. No digáis que no, porque yo lo he visto.

—Creo que tenéis razón que tenéis razón —dijo Wardes—, y es posible que os mate del mismo modo.

—Ciertamente, me haríais un favor.

—Pondré lo que esté de mi parte.

—¿Queda convenido?

—Convenido.

—Vuestra mano.

—Aquí está... pero, con una condición.

—¿Cuál?

—Que me juréis no decir ni hacer decir nada al rey.

—Os lo juro.

—Voy a buscar mi caballo.

—Y yo el mío.

—¿Adónde iremos?

—A la llanura; conozco un sitio excelente.

—¿Iremos juntos?

—¿Por qué no?

Y dirigiéndose ambos hacia las caballerizas, pasaron por debajo de las ventanas de Madame, suavemente iluminadas. Detrás de las cortinas de encaje deslizábase una sombra.

—He ahí una mujer —dijo Wardes sonriendo— que no sospecha que vamos a matarnos por ella.

## Capítulo XIII

---

### El combate

Wardes eligió su caballo y Guiche el suyo.

Después los ensillaron por sí mismos con sillas de pistoleras. Wardes no llevaba pistolas, pero Guiche tenía dos pares. Fue a buscarlas a su aposento, las cargó y dio a elegir a Wardes.

Éste eligió unas pistolas de que se había servido más de veinte veces, las mismas con que Guiche le había visto matar golondrinas al vuelo.

—No os admirará —dijo—, que tome todas mis precauciones. Conocéis muy bien vuestras armas, y, de consiguiente, no hago más que equilibrar las probabilidades.

—La observación era inútil —contestó Guiche—, pues estáis en vuestro derecho.

—Ahora —dijo Wardes—, os ruego que me ayudéis a montar, pues experimento todavía alguna dificultad.

—Será mejor entonces que vayamos al sitio a pie.

—No; puesto ya a caballo me siento enteramente fuerte.

—Como queráis.

Y Guiche ayudó a Wardes a montar.

—Me ocurre —continuó el joven—, que con el ardor que tenemos para exterminarnos, no hemos reparado en otra cosa.

—¿En qué?

—En que es de noche, y será preciso matarnos a obscuras.

—Bien, el resultado será el mismo.

—Con todo, es preciso tener en cuenta otra circunstancia, y es que las personas de honor jamás se batén sin testigos.

—¡Oh! —exclamó Guiche—. Veo que deseáis tanto como yo hacer las cosas en regla.

—No deseo que puedan decir que me habéis asesinado, así como en el caso de que yo os mate tampoco quiero verme acusado de un crimen.

—¿Se ha dicho acaso semejante cosa de vuestro duelo con el señor de Buckingham? —replicó Guiche—. Y, sin embargo, se efectuó bajo las mismas condiciones en que el nuestro va a verificarse.

—Es que era de día aun y estábamos con agua a las rodillas; por otra parte, había en la ribera una porción de gente que nos estaba mirando.

Guiche reflexionó por un instante, y se afirmó más y más en la idea que se le había ya ocurrido de que Wardes quería tener testigos para hacer recaer la conversación sobre Madame, y dar un nuevo giro al combate.

Nada replicó, pues, y como Wardes le interrogase por ultima vez, con una mirada, le contestó con un movimiento de cabeza que significaba que lo mejor era atenerse a lo hecho.

En su consecuencia, pusieronse en camino ambos adversarios, y salieron del palacio por aquella puerta que ya conocemos por haber visto muy cerca de ella a Montalais y Malicorne.

La noche, como para combatir el calor del día, había acumulado todas sus nubes, que empujaban lenta y silenciosamente de Poniente a Oriente.

Aquella cúpula, sin relámpagos y sin truenos aparentes, pesaba con todo su peso sobre la tierra y empezaba a horadarse a impulsos del viento, como un inmenso lienzo desprendido de un artesonado.

La lluvia, que caía en gotas gruesas sobre la tierra, aglomeraba el polvo en glóbulos que corrían en todas direcciones.

Al mismo tiempo, de los vallados que aspiraban la tempestad, de las flores sedientas, de los árboles desmelenados, exhalábanse mil aromas que traían al ánimo los recuerdos dulces, las ideas de juventud, de vida eterna, de felicidad y de amor.

—Muy grato aroma despiden la tierra —observó Wardes—; es una coquetería de su parte para atraernos hacia sí.

—Muchas ideas me han ocurrido —dijo Guiche—; y ahora que decís eso, quiero someterlas a vuestro juicio.

—¿A qué son relativas esas ideas?

—A nuestro combate.

—En efecto, me parece que ya es tiempo de que nos ocupemos en eso.

—Será un combate ordinario, conforme las reglas de costumbre?

—Sepámos cuál es vuestra costumbre.

—Echaremos pie a tierra en una buena llanura, ataremos los caballos al primer objeto que encontrremos a mano, nos reuniremos primero sin armas, y luego nos alejaremos cada cual ciento cincuenta pasos para volver a

encontrarnos frente a frente.

—Perfectamente; así maté al pobre Follivent, hace tres meses, en Saint-Denis.

—Perdonad; olvidáis una circunstancia.

—¿Cuál?

—En vuestro duelo con Follivent, marchasteis a pie uno contra otro, con la espada en los dientes y las pistolas en la mano.

—Así es. Esta vez, en cambio, como no puedo andar, según habéis confesado vos mismo, volveremos a montar a caballo, nos vendremos a buscar a cierta distancia, y el que primero quiera disparar, dispara.

—Esto es lo mejor que podemos hacer; pero es de noche, y hay que contar con más tiros perdidos que los que pudiese haber por el día.

—Bien, pues podremos disparar cada cual tres tiros: los dos que tienen ya las pistolas, y otro para el cual volveremos a cargar.

—Muy bien. ¿Dónde tendrá lugar nuestro combate?

—¿Tenéis preferencia por algún sitio?

—No.

—Divisáis aquel bosquecillo que se extiende delante de nosotros?

—El bosque de Rochin? Muy bien.

—Le conocéis?

—Sí.

—Entonces sabréis que tiene un claro en su centro?

—Perfectamente.

—Pues vamos a ese claro.

—Vamos allá.

—Es una especie de palenque natural, con toda clase de caminos, salidas, senderos, fosos y revueltas, y creo que el sitio no puede ser mejor.

—Me parece bien, si os place. Pero creo que hemos llegado.

—Sí. Ved que terreno tan hermoso. La poca claridad que se desprende de las estrellas, como dice Comeille, encuéntrese en este sitio, cuyos límites naturales son el bosque que lo rodea por todas partes.

—Sí que es muy excelente.

—Pues terminemos las condiciones.

—He aquí las mías; si se os ocurre algo en contra, me lo diréis.

—Escucho.

—Caballo muerto, obliga a su jinete a combatir a pies.

—Es muy justo, puesto que no tenemos caballos de reserva.

—Pero no obliga al adversario a apearse de su caballo.

—El adversario quedará en libertad de obrar como bien le parezca.

—Reunidos ya una vez los adversarios, no tendrán obligación de volverse a separar y podrán, por tanto, dispararse mutuamente a boca de jarro.

—Aceptado.

—Nada más tres cargas, ¿estamos?

—Me parecen suficientes. Aquí tenéis pólvora y balas para vuestras pistolas; apartad tres cargas, y tomad tres balas; yo haré otro tanto, y luego derramaremos la pólvora que quede y arrojaremos las balas restantes.

—Y juraremos por Cristo —repuso Wardes—, que no tenemos sobre nosotros más pólvora ni más balas.

—Por mi parte, lo juro.

Y Guiche extendió su mano hacia el cielo. Wardes le imitó.

—Y ahora, querido conde —dijo—, permitidme manifestaros que no se me engaña tan fácilmente. Sois o seréis el amante de Madame. He penetrado el secreto, y como teméis que se difunda, queréis matarme para aseguraros el silencio; es cosa muy natural y en vuestro lugar hubiera hecho lo propio.

Guiche bajó la cabeza.

—Ahora, decidme —continuó Wardes triunfante—: ¿os parece bien echarme encima todavía ese desagradable asunto de Bragelonne? Cuidado, amigo, que acosando al jabalí se le irrita, y acorralando a la zorra se le da la ferocidad de! jaguar. De lo cual resulta, que estando reducido al extremo por vos, me defenderé hasta morir.

—Estáis en vuestro derecho.

—Sí; pero tened entendido que no dejaré de hacer todo el mal que pueda, y así es que para principiar ya adivinaréis que no habré cometido la torpeza de encadenar mi secreto, o mejor dicho, el vuestro, en mi corazón. Hay un amigo, y un amigo despejado, a quien ya conocéis, que es participe de mi secreto, y de consiguiente ya comprenderéis que si me vencéis, mi muerte no servirá de gran cosa mientras que si yo os mato... ¡Qué diantre! Todo puede suceder.

Guiche se estremeció.

—Si yo os mato —prosiguió Wardes—, le habréis suscitado a Madame dos enemigos, que trabajarán cuanto puedan por perderla.

—¡Oh, caballero! —exclamó furioso Guiche—. No contéis de esa manera con mi muerte. De esos dos adversarios, espero matar al uno dentro de breves momentos, y al otro a la primera ocasión.

Wardes sólo contestó con una carcajada tan diabólica que habría asustado a un hombre supersticioso.

Pero Guiche no se dejaba intimidar fácilmente.

—Creo —dijo—, que todo esté arreglado, señor de Wardes; por tanto, tomad campo, si no preferís que sea yo quien lo tome.

—No —replicó Wardes—; tengo una satisfacción en ahorrarlos esa molestia.

Y, poniendo su caballo a galope, atravesó el claro en toda su extensión, y fue a situarse en el punto de la circunferencia de la encrucijada que daba frente a aquél donde Guiche se había parado.

Guiche permaneció inmóvil.

A la distancia de cien pasos, poco más o menos, no podían ya divisarse los dos adversarios, ocultos en la densa sombra de los olmos y de los castaños.

Transcurrió un minuto en medio del silencio más completo.

Al cabo de ese minuto, oyó cada cuál, desde la sombra donde estaba oculto, el doble ruido que hicieron las pistolas al montarlas.

Guiche, según la táctica acostumbrada, puso su caballo al galope, en la persuasión de tener una doble garantía de seguridad en la ondulación del movimiento y en la velocidad de la carrera.

Dirigió esa carrera en línea recta, al punto que a su parecer debía ocupar su adversario.

Creía encontrar a Wardes a la mitad del camino, pero se engañó. Continuó entonces su carrera, presumiendo que Wardes le aguardaba inmóvil.

Pero, apenas había recorrido las dos terceras partes del claro, cuando advirtió que éste se iluminaba de repente, y una bala le llevó silbando la pluma que flotaba sobre su sombrero.

Casi al mismo tiempo, y como si el resplandor del primer tiro hubiese servido para alumbrar al segundo, resonó otro tiro, y una segunda bala atravesó la cabeza del caballo de Guiche, algo más abajo de la oreja.

El animal cayó.

Aquellos dos tiros, que venían en dirección contraria a aquella en que suponía Guiche estaría Wardes, le causaron gran sorpresa; pero, como era hombre de mucha sangre fría, calculó su caída, aunque no tan exactamente que no quedara cogido bajo el caballo el extremo de su bota.

Afortunadamente, el animal hizo en su agonía un movimiento que permitió a Guiche poder sacar la pierna.

Guiche se incorporó, se palpó y vio que no estaba herido.

Así que sintió desfallecer al animal, puso sus dos pistolas en las pistoleras, por miedo de que la caída hiciera disparar alguna de ellas, o quizás ambas, lo cual le habría desarmado inútilmente.

Luego que se vio en pie, sacó las pistolas de las pistoleras, y adelantóse hacia el sitio donde, a la luz de los fogonazos, había visto aparecer a Wardes.

Guiche desde el primer tiro hizose cargo de la maniobra de aquél, que no podía ser más sencilla.

Wardes, en lugar de correr contra Guiche o de permanecer aguardándole en su puesto, había seguido unos quince pasos el círculo de sombra que le ocultaba a la vista de su enemigo, y, en el momento en que éste le presentaba el costado de su carrera, le había disparado desde su sitio, apuntando a su placer, para lo cual le sirvió más bien que le estorbó el galope del caballo.

Ya se vio que, a pesar de la obscuridad, la primera bala había pasado a una pulgada escasa de la cabeza de Guiche.

Wardes estaba tan seguro de su puntería, que creyó ver caer a Guiche. Así fue que quedó en extremo sorprendido cuando vio al jinete seguir en la silla.

Apresuróse a disparar el segundo tiro, desvió un poco la puntería, y mató al caballo.

Era un accidente afortunado el que Guiche permaneciese enredado debajo del animal. De modo que Wardes, antes de que aquél pudiera desenredarse, cargaba su pistola y tenía a Guiche a merced suya.

Pero, por el contrario, Guiche estaba en pie, y quedábanle aún tres tiros que disparar.

Guiche comprendió la posición... Tratábbase de ganar a Wardes en celeridad. Y echó a correr para acercarse a él antes de que concluyese de cargar la pistola.

Wardes le veía llegar como una tempestad. La bala venía bastante justa, y se resistía a la baqueta. Cargar mal era exponerse a perder el último tiro; cargar bien era exponerse a perder tiempo, o mejor dicho a perder la vida.

Entonces obligó al caballo a ponerse de manos.

Guiche practicó un giro sobre sí mismo, y en el instante en que volvió a caer el caballo, disparó el tiro, que le llevó el sombrero a Wardes.

Wardes comprendió que tenía un instante por suyo, y aprovechóse de él para acabar de cargar su pistola.

Viendo Guiche que su adversario no había caído, arrojó la primera pistola que le era ya inútil, y se dirigió hacia Wardes apuntando con la segunda.

Pero al tercer paso que dio le apuntó Wardes y disparó.

Un rugido de rabia respondió a aquella detonación; el brazo del conde se crispó y se abatió. Cayó la pistola.

Wardes vio al conde bajarse, coger la pistola con la mano izquierda y dar otro paso hacia él.

El momento era supremo.

—Soy perdido —murmuró Wardes—; no está herido de muerte. Pero en el momento en que Guiche levantaba la pistola apuntando a Wardes, la cabeza, los hombros y las corvas del conde perdieron su fuerza a la vez. Guiche exhaló un suspiro doloroso, y fue a caer a los pies del caballo de Wardes.

—Vamos, vamos —murmuró éste—, eso es distinto.

Y cogiendo las riendas, metió espuelas al caballo.

El caballo saltó por sobre el cuerpo inerte, y condujo rápidamente a Wardes a Palacio.

Cuando llegó Wardes se puso a reflexionar lo que había de hacer. En su impaciencia por abandonar el campo de batalla no se había ocupado de averiguar si Guiche estaba muerto.

Dos hipótesis presentábanse al ánimo agitado de Wardes.

O Guiche estaba muerto, o no estaba más que herido.

Si lo primero, ¿era conveniente dejar su cadáver expuesto a los lobos? Sería

una crueldad inútil, puesto que si Guiche estaba muerto, no hablaría.

Si estaba herido, ¿a qué conducía el dejarle sin auxilio, sino a que le tuviesen a él por un salvaje incapaz de generosidad?

Esta última consideración triunfó. Wardes preguntó por Manicamp, y supo que éste, después de haber preguntado por Guiche y no sabiendo dónde ir a buscarle, se fue a acostar.

Wardes fue a despertarle, y le informó del lance, que Manicamp escuchó sin decir palabra, pero con una expresión de energía creciente, de que su rostro no parecía capaz.

Luego que Wardes concluyó de hablar, pronunció Manicamp esta palabra.

—Vamos.

Por el camino fue enardeciéndose la imaginación de Manicamp; y, conforme Wardes le refería el suceso, su rostro se obscurecía más y más.

—De modo —dijo luego que concluyó Wardes—, ¿que le suponéis muerto?

—¡Ay, sí!

—¿Y vos os habéis batido sin testigos?

—Así lo quiso él.

—¡Es particular!

—¿Cómo que es particular?

—Sí, el carácter del señor de Guiche no es de esa especie.

—Supongo que no dudaréis de mi palabra?

—¡Eh, eh!

—¿Dudáis?

—Algo... Pero dudaré mucho más, os lo prevengo, si veo muerto al pobre joven.

—¡Señor Manicamp!

—¡Señor de Wardes!

—¡Me parece que me insultáis!

—Tomadlo como queráis. Nunca me han gustado las personas que vienen a decir: « ¡He matado al señor de tal en un rincón; ha sido una gran desgracia; pero le he matado noblemente! » . ¡Es la noche muy obscura para que se crea este adverbio, señor de Wardes!

—Silencio; ya estamos en el sitio.

En efecto, principiábase ya a divisar el claro, y en el espacio vacío la masa inmóvil de un caballo muerto.

A la derecha del caballo, y sobre la hierba, yacía boca abajo el pobre conde, bañado en su sangre.

Permanecía en el mismo sitio, y no parecía que hubiera hecho el menor movimiento.

Manicamp se hincó de rodillas, levantó al conde, y le encontró frío y bañado en sangre.

Le volvió a dejar en el suelo. Extendiendo luego el cuerpo y el brazo, anduvo tentando, hasta que tropezó con la pistola de Guiche.

—¡Pardiez! —dijo entonces levantándose, pálido como un espectro, y con la pistola en la mano—. ¡Pardiez, no os engaña báis! ¡Esta muerto!

—Muerto? —repitió Wardes.

—Sí; y su pistola está cargada —repuso Manicamp examinando con los dedos la cazoleta.

—Pues no os he dicho que le apunté cuando se dirigía hacia mí, y disparé en el momento en que él me estaba apuntando?

—Estáis bien seguro de haberlos batido con él, caballero Wardes? Yo, lo confieso, sospecho que le habéis asesinado. ¡Oh, no gritéis! ¡Habéis disparado vuestros tres tiros, y su pistola está cargada! ¡Habéis muerto su caballo, y él, Guiche, uno de los más excelentes tiradores de Francia, no os ha tocado ni a vos ni a vuestro caballo! Francamente, señor de Wardes, habéis hecho muy mal en traerme aquí; toda esa sangre se me ha subido a la cabeza, estoy algo ebrio, y creo, por mi honor, que voy a saltaros la tapa de los sesos. : ¡Señor de Wardes, encomendad a Dios vuestra alma!

—No creo que penséis en cometer tal atentado, señor de Manicamp.

—Al contrario, pienso en ello muy de veras.

—Seríais capaz de asesinarme? —Sin remordimiento, por ahora al menos.

—Sois hidalgo?

—He sido paje, y por tanto he tenido que hacer mis pruebas.

—Dejadme entonces defender la vida.

—Para que hagáis conmigo lo que habéis hecho con el pobre Guiche.

Y, levantando Manicamp la pistola, la detuvo con el brazo extendido y el ceño fruncido a la altura del pecho de Wardes.

Wardes no intentó ni ponerse en fuga, pues estaba enteramente aterrado.

Entonces, en medio de aquel espantoso silencio de un instante, que a Wardes le pareció un siglo, se oyó un suspiro.

—¡Oh! —exclamó el señor de Wardes—. ¡Vive, vive! ¡Señor de Guiche, que quieren asesinarme!

Manicamp retrocedió, y el conde se incorporó con gran trabajo sobre una mano entre ambos jóvenes. Manicamp arrojó la pistola a diez pasos, y cogió a su amigo lanzando un grito de alegría.

Wardes enjugóse la frente, bañada en sudor frío.

—Ya era tiempo —murmuró.

—¿Qué tenéis? —preguntó Manicamp a Guiche—. ¿Dónde estáis herido?

Guiche mostró su mano mutilada y su pecho ensangrentado.

—Conde —exclamó el señor de Wardes—; me acusan de que os he asesinado: ¡por Dios, decir que he combatido lealmente!

—Así es —dijo con angustia el herido—; el señor de Wardes ha combatido

noblemente, y el que dijera lo contrario tendría en mí un enemigo.

—¡Eh, señor! —dijo Manicamp—. Ayudadme primero a transportar a este pobre mozo, y después os daré cuantas satisfacciones queráis, o si os corre demasiada prisa, hagamos otra cosa mejor; curemos aquí al conde con vuestro pañuelo y el mío, y ya que aún quedan dos balas por tirar, disparémoslas.

—Gracias —dijo Wardes—. En una hora he visto por dos veces la muerte muy de cerca; es demasiado fea la muerte, y prefiero vuestras excusas.

Ambos jóvenes quisieron transportarlo; pero dijo que se sentía bastante fuerte para caminar por su pie. La bala le había roto el dedo anular y el pequeño, y se había deslizado después sobre una costilla, pero sin interesar el pecho. De consiguiente, lo que había aniquilado a Guiche era más bien el dolor que la gravedad de la herida.

Manicamp pasóle su brazo por debajo de un hombre, y Wardes el suyo por debajo del otro, y lo condujeron así a Fontainebleau, a casa del médico que había asistido en su lecho de muerte al franciscano predecesor de Aramis.

## Capítulo XIV

---

### La cena del rey

El rey, entretanto, se había sentado a la mesa, y la reunión poco numerosa de los convidados había tomado asiento a sus dos lados, después del ademán acostumbrado para que se sentasen.

En aquella época, si bien no estaba ordenada todavía la etiqueta como lo estuvo después, la Corte de Francia había roto ya con las tradiciones de naturalidad y afabilidad patriarcal que se observaban aún en tiempo de Enrique IV, y que el carácter receloso de Luis XIII había ido desterrando paulatinamente, para reemplazarlos con maneras fastuosas de grandeza, de que sentía en el alma no poderse revestir.

El rey comía, por tanto, en una mesita separada, que dominaba como la de un presidente las mesas inmediatas; hemos dicho mesita, y nos apresuramos a añadir que esa mesa era la mayor de todas.

Además, era la mesa en que se amontonaba mayor número de manjares distintos, pescados, caza, carnes, frutas, legumbres y conservas.

El rey, joven y vigoroso, gran cazador, aficionado a toda clase de ejercicios violentos, tenía además ese calor natural de la sangre común a todos los Borbones, que hace perfectamente las digestiones y renueva el apetito.

Luis XIV era un temible convidado, complacíase en criticar a sus cocineros; pero cuando les hacía honor, ese honor era gigantesco.

El rey principiaba por muchas clases de sopa, sea reunidas en una especie de potaje, sea separadas; y solía entremezclar, o más bien separar cada una de estas sopas con un vaso de vino añejo. Comía de prisa y con avidez.

Porthos, que desde un principio había aguardado por respeto a que D'Artagnan le hiciese una señal con el codo, viendo que el rey engullía con tan

buen apetito, se volvió hacia el mosquetero, y, a media voz:

—Me parece que podemos comenzar —dijo—. Su Majestad anima: mirad.

—El rey come —dijo D'Artagnan—, pero habla al mismo tiempo; componeos de suerte que, si por casualidad os dirige la palabra, no os pille con la boca llena, porque sería desgraciado.

—Entonces, el mejor medio es no comer —contestó Porthos—; sin embargo, os confieso que tengo hambre, y todo esto despiide un olor tan rico, que halaga a la vez mi olfato y mi apetito.

—No vayáis a estaros sin comer —repuso D'Artagnan—, pues se incomodaría Su Majestad. El rey acostumbra a decir que el que come bien es señal de que trabaja bien, y no le place que anden con repulgos a su mesa.

—Pues si uno come, ¿cómo ha de evitar tener la boca llena? —dijo Porthos.

—Trátase simplemente —replicó el capitán de mosqueteros— de engullir cuando el rey os haga el honor de dirigiros la palabra.

—Muy bien.

Y, desde aquel momento, Porthos se puso a comer con un entusiasmo cortés.

El rey, de vez en cuando, dirigía una mirada al grupo, y, como inteligente, apreciaba las disposiciones de su invitado.

—¡Señor Du Vallon! —dijo. Porthos se hallaba a la sazón ocupado con un salmonejo de liebre, de la cual engullía media rabadilla. Su nombre, dicho de aquel modo, le cogió de improviso, y con un vigoroso esfuerzo de gaznate, se tragó cuanto tenía en la boca.

—¡Majestad! —dijo Porthos con voz apagada, pero bastante inteligible.

—Que pasen al señor Du Vallon estos solomillos de cordero. ¡Os gustan los bocados tiernos, señor Du Vallon?

—Señor, a mí me gusta todo —contestó Porthos.

Y D'Artagnan le dijo al oído:

—Todo lo que me envía Vuestra Majestad.

Porthos repitió:

—Todo lo que me envíe Vuestra Majestad.

El rey hizo con la cabeza una señal de satisfacción.

—Cuando se come bien, es señal de que se trabaja bien —repuso el rey, asombrado de tener frente a sí un gastrónomo de la fuerza de Porthos.

Porthos recibió la fuente de cordero, y se echó una parte en su plato.

—¿Qué tal? —preguntó el rey.

—¡Exquisito! —dijo Porthos tranquilamente.

—¿Hay carneros tan finos en vuestra provincia, señor Du Vallon? —prosiguió el rey.

—Majestad —dijo Porthos—, creo que en mi provincia, como en todas partes, lo mejor que hay es del rey; pero debo decir que no como el cordero de la manera que lo come Vuestra Majestad.

—¡Ah, ah! ¿Pues cómo lo coméis?

—Ordinariamente me hago aderezar un cordero entero.

—¡Enteró!

—Sí, Majestad.

—¿Y de qué modo?

—Del siguiente: mi cocinero, que es un bergante alemán, Majestad; mi cocinero rellena el cordero en cuestión de pequeñas salchichas, que hace venir de Estrasburgo, de albondiguitas, que se hace traer de Troyes, y de cogujadas, que hace venir de Pithiviers; después, no sé por qué medio, deshuesa el cordero, como podría hacerlo con un ave, dejándole el pellejo, que forma alrededor del animal una costra tostada. Cuando se le corta en grandes lonja como pudiera hacerse con un gran salchichón, suelta un jugo de color de rosa, que es a la vez agradable a la vista y exquisito al paladar.

Y Porthos hizo chascar su lengua. El rey abrió enormemente sus ojos, haciéndose plato con unos faisanes en adobo que le presentaron.

—Es bocado que querría comer, señor Du Vallon —dijo—. ¿Conque el cordero entero?

—Enteró, sí, Majestad.

—Estos faisanes al señor Du Vallon; veo que es un buen aficionado. La orden fue cumplida. Volviendo enseguida al cordero:

—¿Y no tiene demasiada grasa? —dijo.

—No, Majestad; las grasas caen al mismo tiempo que el jugo, y sobrenadan; entonces, mi trinchante las recoge con una cuchara de plata que he mandado hacer a propósito.

—¿Y residís...? —preguntó el rey.

—En Pierrefonds, Majestad.

—¿En Pierrefonds? ¿Hacia dónde está, señor Du Vallon? ¿Del lado de Bellême?

—¡Ah! No, Majestad; Pierrefonds está en el Soissons.

—Creía que me hablabais de esos corderos a causa de los prados salados.

—No, Majestad; tengo prados que no son salados, mas no por eso son peores.

El rey acometió a los entremeses, pero sin perder de vista a Porthos, que continuaba engullendo a más y mejor.

—Tenéis buen apetito, señor Du Vallon —repuso—, y hacéis un excelente invitado.

—¡Oh! A fe mía, si Vuestra Majestad viniese alguna vez a Pierrefonds, nos comeríamos muy bien un carnero mano a mano, pues tampoco os falta el apetito.

D'Artagnan le arrimó a Porthos un buen pisotón por debajo de la mesa. Porthos se puso encarnado.

—En la edad feliz de Vuestra Majestad —dijo Porthos para reparar su torpeza

—, era yo mosquetero, y nadie podía conseguir hartarme. Vuestra Majestad tiene un excelente apetito, como tenía el honor de decir hace poco, pero elige con demasiada delicadeza para que se le pueda llamar un comilón.

El rey pareció encantado de la cortesanía de su antagonista.

—¿Cataréis estas cremas? —preguntó a Porthos.

—Vuestra Majestad me trata demasiado bien para que no le diga francamente lo que siento.

—Decid, señor Du Vallon.

—Pues bien, Majestad, en materia de repostería, estoy por los pasteles, y aun esos los quiero que estén bien compactos; todas esas golosinas me hinchan el estómago, y llenan un lugar que considero demasiado preciso para ocuparlo tan mal.

—¡Ah, señores! —dijo el rey señalando a Porthos—. Ahí tenéis al verdadero modelo de gastronomía. Así comían nuestros antepasados, que sabían lo que era comer, mientras que nosotros no hacemos más que pellizcar.

Y, diciendo esto, tomó un plato de pechugas de ave mezcladas con jamón.

Porthos, por su parte, embistió a una tartera de perdigones y codornices.

El copero llenó el vaso de Su Majestad.

—Echa de mi vino al señor Du Vallon —dijo el rey.

Era aquél uno de los grandes honores de la mesa real.

D'Artagnan dio con la rodilla a su amigo.

—Si podéis comer la mitad sólo de esa cabeza de jabalí que veo desde aquí —dijo a Porthos—, os presagio que seréis duque y par dentro de un año.

—Probaré hacerlo —contestó Porthos con la mayor calma.

No tardó en tocarle el turno a la cabeza de jabalí, pues el rey experimentaba placer en alentar a su magnífico convidado, y no enviaba manjar a Porthos que no hubiese probado antes él mismo: así, pues, probó la cabeza de jabalí. Porthos mostróse buen jugador; en vez de comerse la mitad de la cabeza, como había dicho D'Artagnan se comió las tres cuartas partes.

—Es imposible —dijo el rey en voz baja—, que un caballero que come tan bien todos los días y con tan buenos dientes, no sea el hombre más honrado de mi reino.

—Oís? —preguntó D'Artagnan a su amigo al oído.

—Sí, creo que gozo de algún favor —dijo Porthos balanceándose en su silla.

—¡Oh! ¡Tenéis el viento en popa! ¡Sí, sí!

El rey y Porthos continuaron comiendo de aquella suerte con gran satisfacción de los convidados, algunos de los cuales habían intentado seguirles por emulación, pero tuvieron que renunciar a ello a lo mejor.

El rey se iba poniendo encarnado, y la reacción de la sangre al rostro manifestaba ya el principio de la plenitud.

Entonces era cuando Luis XIV, en vez de cobrar alegría, como sucede a todos

los bebedores, fruncía el ceño y poniese taciturno.

Porthos, por el contrario, se volvía alegre y expansivo.

El pie de D'Artagnan hubo de recordarle más de una vez aquella particularidad.

Sirviéronse los postres.

El rey no pensaba ya en Porthos. Dirigía sus ojos hacia la puerta de entrada, y se le oyó preguntar más de una vez por qué tardaba tanto en venir el señor de Saint-Aignan. Al fin, en el instante en que Su Majestad terminaba un tarro de dulce de ciruela, con gran suspiro, se presentó el señor de Saint-Aignan. De pronto brillaron los ojos de Su Majestad, que se habían ido apagando poco a poco.

El conde dirigióse a la mesa del rey, y al acercarse se levantó Luis XIV. Todo el mundo se puso en pie, hasta el mismo Porthos, que daba fin a un almendrado capaz de pegar una contra otra las dos quijadas de un cocodrilo.

La cena había terminado.

## Capítulo XV

---

Después de cenar

El rey tomó del brazo a Saint-Aignan, y pasó a la cámara inmediata.  
—¡Cuánto has tardado, conde! —dijo el rey.

—Traigo la contestación, Majestad —respondió el conde.

—¿Pues tanto tiempo ha sido preciso para contestar a lo que le escribí? —  
Vuestra Majestad tuvo a bien escribirle unos versos; la señorita de La Vallière ha  
querido pagar al rey en la misma moneda, esto es, en oro!

—¡Versos, Saint-Aignan...! —exclamó el rey—. Dame, dame.

Y Luis rompió el sobre de una cartita que contenía efectivamente unos  
versos, que la historia nos ha conservado, y que son mejores en intención que de  
estructura.

Tales como eran, sin embargo entusiasmaron al rey, el cual manifestó su  
alegría con transportes nada equívocos; pero el silencio general advirtió a Luis,  
tan escrupuloso en punto al bien parecer, que su contento podría dar lugar a  
interpretaciones.

Volvióse entonces y se puso el billete en el bolsillo. Dando enseguida un paso  
que le acercó al umbral de la puerta que comunicaba con la sala donde  
permanecían los convidados:

—Señor Du Vallon —dijo—, os he visto con el mayor placer y os volveré a  
ver con el mismo.

Porthos se inclinó, como hubiera hecho el coloso de Rodas, y salió a  
reculones.

—Señor de D'Artagnan —prosiguió el rey—, esperaréis mis órdenes en la  
galería; os agradezco que me hayáis dado a conocer al señor Du Vallon...  
Señores, mañana vuelvo a París por la salida de los embajadores de España y

Holanda. De modo que hasta mañana.

La sala quedó al punto vacía.

El rey cogió del brazo a Saint-Aignan, y le hizo volver a leer los versos de la señorita de La Vallière.

—¿Qué te parecen? —le preguntó.

—¡Encantadores, Majestad!

—Me encantan, en efecto, y si fuesen conocidos...

—¡Oh! Sentirían envidia los poetas; pero no los conocerán.

—¿Le diste los míos?

—¡Oh! ¡Majestad, parecía devorarlos con los ojos!

—Temo que fueran flojos.

—No ha dicho eso la señorita de La Vallière.

—¿Crees que hayan sido de su gusto?

—Estoy cierto de ello, Majestad.

—Entonces, tendré que contestar.

—¡Cómo, Majestad!

—¿Ahora...? ¿Después de comer...? Vuestra Majestad se fatigará demasiado.

—Creo que tienes razón; es nocivo el estudio después de cenar.

—Y sobre todo el trabajo del poeta; luego, en este momento se hallan muy ocupados los ánimos en la habitación de la señorita de La Vallière, como en la de todas esas damas.

—¿Con qué motivo?

—A causa del accidente de ese desgraciado Guiche.

—¡Ah, Dios mío! ¡Le ha sucedido alguna desgracia?

—Sí, Majestad; le han llevado una mano, tiene atravesado el pecho, y está agonizando.

—¡Dios mío! ¿Y quién te ha dicho eso?

—Manicamp lo ha traído hace poco a casa de un médico de Fontainebleau, y se ha esparrcido la noticia.

—¡De modo que lo han tenido que traer! ¡Pobre Guiche! ¿Y cómo le ha sucedido eso?

—Ahí está, Majestad. ¿Cómo le ha sucedido?

—Dices eso con un aire singular, Saint-Aignan. Dame detalles. ¿Qué dice él?

—Guiche no dice nada, Majestad, sino los otros.

—¿Qué otros?

—Los que le han traído, Majestad.

—¿Y quiénes son?

—Lo ignoro, Majestad, pero el señor de Manicamp lo sabe. El señor de Manicamp es amigo suyo.

—Como todo el mundo —dijo el rey.

—¡Oh, no! —replicó Saint-Aignan—. Estáis en un error, Majestad, porque no

todo el mundo es amigo del señor de Guiche.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quiere Vuestra Majestad que me explique?

—Loquiero.

—Pues bien, Majestad, creo haber oido hablar de una contienda entre dos gentileshombres.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, antes de cenar Vuestra Majestad.

—Eso no prueba nada. He hecho publicar ordenanzas tan severas contra el duelo, que creo nadie se habrá atrevido a contravenirlas.

—¡Por eso, Dios me libre de acusar a nadie! —exclamó Saint-Aignan—.

Pero como Vuestra Majestad me ha ordenado hablar, he hablado.

—Dime, pues, cómo ha sido herido el conde de Guiche.

—Majestad, dicen que estando al acecho.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—Cercenada una mano y el pecho atravesado... ¿Quién estaba al acecho con el señor de Guiche?

—No sé, Majestad... Mas, el señor de Manicamp lo sabe, o debe saberlo.

—Algo me oculta, Saint-Aignan.

—Nada, Majestad, nada.

—Entonces, explícame cómo ha sucedido el accidente. ¿Ha reventado algún mosquete?

—Muy bien pudiera ser. Aunque, reflexionándolo bien, no, Majestad, porque se ha encontrado al lado de Guiche su pistola todavía cargada.

—¡Su pistola! Pues me parece que no se va al acecho con pistola.

—También dicen que han matado el caballo de Guiche, y que está todavía su cadáver en el claro del bosque.

—Pues qué, ¿va Guiche al acecho a caballo? Saint-Aignan, no comprendo nada de lo que me dices. ¿Dónde ha sucedido eso?

—En el bosque Rochin, en la rotonda.

—Bien. Llama al señor de D'Artagnan.

Obedeció Saint-Aignan, y entró el mosquetero.

—Señor de D'Artagnan —dijo el rey—. Saldréis ahora mismo por la portecilla de la escalera particular.

—Sí, Majestad.

—Montaréis a caballo.

—Sí, Majestad.

—E iréis a la rotonda del bosque Rochin. ¿Conocéis el sitio?

—Me he batido allí dos veces, Majestad.

—¡Cómo! —exclamó el rey aturdido con aquella respuesta.

—Majestad, en tiempo de los edictos del señor cardenal de Richelieu — repuso D'Artagnan con su calma ordinaria.

—Eso es diferente, señor. Iréis, pues, allá, y examinaréis detenidamente el sitio. Allí ha sido herido un hombre, y encontraréis un caballo muerto. Vendréis a decírmelo que pensáis de ese suceso.

—Bien, Majestad.

—Excuso deciros que quiero saber vuestra opinión particular, y no la de los otros.

—La tendréis dentro de una hora, Majestad.

—Os prohíbo terminantemente hablar con nadie.

—¿Excepto con el que me haya de proveer de una linterna? —dijo D'Artagnan.

—Se entiende —contestó el rey, riendo de aquella libertad, que sólo toleraba a su capitán de mosqueteros.

D'Artagnan salió por la escalerilla.

—Ahora, que llamen a mi médico —añadió Luis.

Diez minutos después llegaba desalado el médico del rey.

—Señor —le dijo el rey—, vais a trasladaros con el señor de Saint-Aignan adonde éste os conduzca, y me daréis cuenta del estado del herido que veréis en la casa adonde vais.

El médico obedeció sin replicar, como se principiaba ya en aquella época a obedecer a Luis XIV, y salió delante de Saint-Aignan.

—Vos, Saint-Aignan, envidadme a Manicamp antes de que el médico haya podido hablarle.

Saint-Aignan salió a su vez.

## Capítulo XVI

---

Cómo desempeñó D'Artagnan la misión que el rey le confiara

En tanto que el rey tomaba estas últimas disposiciones para averiguar la verdad, D'Artagnan, sin perder un instante, corría a las caballerizas, descolgaba la linterna, ensillaba por sí mismo el caballo, y encaminábase al sitio indicado por Su Majestad.

En cumplimiento de su promesa, no había visto ni encontrado a nadie y, como hemos dicho, había llegado su escrupulo hasta hacer, sin ayuda de los mozos de cuadra y de los palafreneros, lo que tenía que hacer.

Nuestro hombre era de aquellos que en los momentos difíciles se jactan de redoblar su propio valor.

En cinco minutos de galope llegó al bosque, ató el caballo al primer árbol que encontró y penetró a pie hasta el claro.

Principió entonces a recorrer a pie, y la linterna en mano, toda la superficie de la rotonda; fue, vino, midió, examinó, y, después de media hora de exploración, volvió a tomar en silencio su caballo, y regresó reflexionando y al paso a Fontainebleau.

Luis esperaba en su gabinete. Hallábase solo, y trazaba sobre un papel varios renglones, que D'Artagnan vio al primer golpe que eran desiguales y tenían muchos tachones.

Dedujo, por lo tanto, que debían ser versos.

Levantó Luis la cabeza y vio a D'Artagnan.

—¡Hola, señor! —le dijo—. ¿Me traéis noticias?

—Sí, Majestad.

—¿Qué habéis visto?

—Os diré lo probable, Majestad —contestó D'Artagnan.

—Es que lo que os pedí era lo cierto.

—Procuraré aproximarme a ello cuanto pueda: el tiempo era a propósito para investigaciones de la clase de las que acabo de hacer; esta noche ha llovido, y los caminos se hallan húmedos.

—Al hecho, señor de D'Artagnan.

—Vuestra Majestad me dijo que había un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y de consiguiente, principié por examinar los caminos. Digo les caminos, porque son cuatro los que conducen a la encrucijada. El que seguí era el único que presentaba huellas recientes, y vi que habían pasado por él dos caballos, uno al lado del otro, porque las ocho patas estaban claramente marcadas en el lodo. Uno de los jinetes llevaba más prisa que el otro, pues las pisadas de su caballo llevan a las del otro una distancia de medio cuerpo de caballo.

—Entonces, ¿estáis seguro de que son dos los que han ido? —dijo el rey.

—Sí, Majestad; los caballos son dos excelentes animales, de paso igual, acostumbrados a la maniobra, porque han vuelto en perfecta oblicua la palizada de la rotunda.

—¿Y qué más, señor?

—Allí han debido estar los jinetes un momento para arreglar sin duda las condiciones del combate; los caballos se impacientaban. Uno de los jinetes hablaba, el otro escuchaba, contentándose sólo con responder. Su caballo piafaba, lo cual prueba que absorto el jinete en escuchar, le tuvo suelta la brida.

—¿Conque hubo combate?

—Indudablemente.

—Continuad, que sois buen observador.

—Uno de los jinetes quedóse en su sitio, el que escuchaba; el otro atravesó el claro y fue a colocarse primero enfrente de su adversario. Entonces, el que se quedó en el puesto atravesó a galope la rotunda hasta dos tercios de su longitud, creyendo marchar contra su enemigo; pero éste había seguido la circunferencia del bosque.

—Los nombres los ignoráis, ¿no es así?

—Enteramente, Majestad. Únicamente puedo afirmar que el que siguió la circunferencia del espeso bosque montaba un caballo negro.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque se han quedado algunas crines de su cola entre los espinos que guarnecen las orillas del foso.

—Continuad.

—En cuanto al otro caballo, poco trabajo me costó tomar sus señas, puesto que quedó muerto en el campo de batalla.

—¿Y cómo han muerto ese caballo?

—De un balazo que le atraviesa la cabeza.

—¿Y era esa bala de pistola o de escopeta?

—De pistola, Majestad. Por lo demás, la herida del caballo me ha hecho saber la táctica del que lo mató. Este había seguido la circunferencia del bosque, a fin de tener a su adversario de costado. Además, he seguido sus pisadas sobre la hierba.

—¿Las pisadas del caballo negro?

—El mismo, Majestad.

—Seguid, señor de D'Artagnan.

—Ya que conoce Vuestra Majestad la posición de los dos adversarios, dejaré al jinete que se mantuvo estacionario para ocuparme del que partió al galope.

—Corriente.

—El caballo del jinete que daba la carga quedó muerto en el acto.

—¿Y cómo lo sabéis?

—El jinete no tuvo tiempo de echar pie a tierra, y cayó con él. He visto la huella de su pierna, que hubo de sacar con bastante esfuerzo de debajo del caballo. La espuela, oprimida con el peso del animal, hizo un surco en la tierra.

—Bien. ¿Y qué hizo al incorporarse?

—Ir derecho a su adversario.

—¿Qué continuaba colocado en la linde del bosque?

—Sí, Majestad. Luego que llegó a distancia conveniente... paróse sólidamente... Sus dos talones están marcados uno junto al otro... Disparó, y erró el tiro.

—¿Y cómo lo sabéis que fue herido?

—Porque hallé el sombrero agujereado por una bala.

—¡Ah, una prueba! —exclamó el rey.

—Insuficiente. Majestad —repuso con frialdad D'Artagnan—: es un sombrero sin letras y sin armas: una pluma encarnada, como la de un sombrero cualquiera, y ni aun el galón tiene nada de particular.

—¿Y el hombre del sombrero agujereado disparó un segundo tiro?

—¡Oh Majestad! Ya había disparado sus dos tiros.

—¿Cómo lo sabéis?

—He encontrado los tacos de la pistola.

—Y la bala que no mató al animal, ¿adónde fue a parar?

—Cortó la pluma del sombrero de la persona a quien iba dirigida, y fue a dar en un pequeño álamo blanco al otro lado del claro.

—Entonces, el hombre del animal negro quedó desarmado, mientras que a su adversario le quedaba un tiro todavía.

—Majestad, en tanto que el jinete desmontado se levantaba, el otro volvió a cargar su arma, sólo que debía hallarse muy turbado al hacer esta operación, pues le temblaba la mano.

—¿Cómo lo sabéis eso?

—La mitad de la carga cayó al suelo, y el que cargaba tiró la baqueta para no perder tiempo en volverla a poner en su sitio.

—¡Señor de D'Artagnan, es maravilloso cuanto me estáis diciendo!

—No es más que efecto de la observación; cualquier explorador habría hecho lo propio.

—Se ve la escena sólo con oídos.

—La he reconstruido en mi espíritu con muy cortas variaciones.

—Ahora, volvamos al jinete desmontado. ¿Decíais que marchaba contra su enemigo, mientras que éste volvía a cargar su pistola?

—Sí, pero en el momento mismo que estaba apuntando, disparó el otro.

—¡Oh! —murmuró el rey—. ¿Y el tiro?

—El tiro hizo un estrago terrible, señor: el caballero desmontado cayó boca abajo, después de haber dado tres pasos mal seguros.

—¿En qué parte fue herido?

—En dos partes: primero en la mano derecha, y luego, del mismo tiro, en el pecho.

—Pero ¿cómo podéis adivinar eso? —preguntó asombrado el rey.

—¡Oh! Muy sencillamente: la culata de la pistola estaba ensangrentada, y se veía en ella la señal de la bala con los fragmentos de una sortija rota. Por tanto, al herido le han de haber cercenado, según toda probabilidad, el dedo anular y el pequeño.

—En cuanto a la mano lo comprendo: pero ¿y el pecho?

—Majestad, había dos manchas de sangre a distancia de dos pies y medio una de otra. En una de las manchas estaba arrancada la hierba por la mano crispada, y en la otra sólo se hallaba la hierba aplastada por el peso del cuerpo.

—¡Pobre Guiche! —exclamó el rey.

—¡Ah! ¿Era el señor de Guiche? —dijo tranquilamente el mosquetero—. Ya me lo había sospechado yo, mas no me atrevía a decírselo a Vuestra Majestad.

—¿Y por qué lo habéis sospechado?

—Porque reconocí las armas de los Grammont en las pistoleras del animal muerto.

—¿Y creéis que la herida haya sido de gravedad?

—De mucha, puesto que cayó casi en el mismo sitio; no obstante, ha podido retirarse andando sostenido por dos amigos.

—¿Según eso le habéis hallado al volver?

—No; pero he observado las pisadas de tres hombres; el hombre de la derecha y el de la izquierda caminaban fácilmente; pero el de en medio tenía el paso pesado, y además iba dejando un rastro de sangre.

—Ya que habéis visto el combate en términos de no habérseos escapado ninguna circunstancia, decidme dos palabras del adversario de Guiche.

—¡Ah! Majestad, no le conozco.

—¿Vos que habéis mostrado tan maravillosa perspicacia?

—Sí, Majestad —dijo D'Artagnan—; todo lo he visto, pero no digo todo lo que veo, y puesto que el pobre diablo ha conseguido escapar, permítame Vuestra Majestad decirle que no seré yo quien lo denuncie.

—Sin embargo, caballero, el que se bate en duelo es un culpable.

—No para mí, Majestad —dijo friamente D'Artagnan.

—¡Señor! —gritó el rey—. ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

—Perfectamente, Majestad. ¡Pero qué quiere Vuestra Majestad! Para mí, un hombre que se bate bien es un valiente. Esa es mi opinión. Vos podéis tener otra; es natural, pues, sois el amo.

—Señor de D'Artagnan, he ordenado, sin embargo...

D'Artagnan interrumpió al rey con un ademán respetuoso.

—Me habéis ordenado ir a tomar informes sobre un combate, señor; y os los he traído. Si me mandáis que prenda al adversario del señor de Guiche, obedeceré; mas no me mandéis que le denuncie, porque entonces me veré en la precisión de no obedeceros.

—Pues bien, prendedle.

—Nombrádmelo, Majestad. Luis hirió el suelo con el pie.

Luego, después de un momento de reflexión:

—Tenéis diez... veinte... cien veces razón —dijo.

—Tal creo, Majestad; y me alegra en el alma que sea esa también vuestra opinión.

—Una palabra tan sólo... ¿Quién ha prestado auxilio a Guiche?

—Lo ignoro.

—Me habéis hablado de dos hombres; de consiguiente, habría testigos.

—No ha habido testigo ninguno... Hay más aún, pues así que cayó el señor de Guiche, su adversario huyó sin darle siquiera auxilio.

—¡Miserable!

—¡Toma! Ese es el efecto de vuestras ordenanzas. El hombre que se ha batido bien y logra escapar de una muerte, hará cuanto sea posible por librarse de otra. Está muy presente el ejemplo del señor de Boutteville... ¡Caray!

—Y entonces se convierte en cobarde.

—No; se convierte en prudente.

—¿Y decís que huyó?

—Sí; y tan aprisa como le pudo llevar su caballo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Palacio.

—¿Y luego?

—Luego, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad, llegaron dos hombres a pie, los cuales lleváronse al señor de Guiche.

—¿Qué prueba tenéis de que esos hombres hayan llegado después del

combate?

—¡Ah! Una prueba manifiesta; en el momento del combate acababa de cesar la lluvia, y el terreno, que no había tenido tiempo de absorberla, estaba bastante húmedo. Las huellas de los pies son profundas; pero terminado el combate, durante el tiempo que permaneció desmayado el señor de Guiche, la tierra se endureció, y las huellas habían de ser menos profundas.

Luis dio una palmada en señal de admiración.

—Señor de D'Artagnan —dijo—, sois en verdad el hombre más hábil de mi reino.

—Eso mismo pensaba el señor de Richelieu, y lo decía también el señor Mazarino, Majestad.

—Ahora, nos falta ver si vuestra sagacidad se ha engañado.

—¡Oh Majestad! El hombre se engaña: *errare humanum est!* —dijo filosóficamente el mosquetero.

—Entonces, no pertenecéis a la humanidad, señor de D'Artagnan, porque creo que jamás os engañáis.

—¿Vuestra Majestad decía que lo veríamos?

—Sí.

—¿Y cómo?

—He mandado llamar al señor de Manicamp, y no tardará en llegar.

—¿Y sabe el señor de Manicamp el secreto?

—Guiche no tiene secretos para el señor de Manicamp.

D'Artagnan movió la cabeza.

—Repite que nadie asistió al combate, y a menos que el señor de Manicamp sea alguno de los hombres que le trajeron...

—Silencio —ordenó el rey—, que ahí viene: quedaos ahí, y prestad oído.

—Muy bien, Majestad —dijo el mosquetero.

Casi al mismo tiempo vieron a Manicamp y a Saint-Aignan en el umbral de la puerta.

## Capítulo XVII

---

Al acecho

El rey hizo una señal al mosquetero y otra a Saint-Aignan.

La señal era imperiosa y significativa: «¡Cuidado con hablar!». D'Artagnan se retiró, como soldado, a un rincón del despacho. Saint-Aignan, como favorito, se apoyó en el respaldo del sillón del rey.

Manicamp, con la pierna derecha algo adelante, la sonrisa en los labios, las manos blancas y finas, avanzó para hacer su reverencia al rey.

El rey devolvió el saludo con la cabeza.

—Buenas noches, señor de Manicamp —le dijo.

—¿Vuestra Majestad me ha hecho el honor de llamarme? —dijo Manicamp.

—Os he llamado para que me refiráis todas las circunstancias del desgraciado accidente ocurrido a Guiche.

—¡Oh Majestad, qué doloroso!

—¿Estabais allí?

—Cuando ocurrió, no.

—Pero ¿llegasteis al lugar del accidente algunos minutos después de ocurrido éste?

—Eso es, Majestad; una media hora después.

—¿Y dónde sucedió?

—Me parece, Majestad, que el sitio se llama la rotonda del bosque Rochin.

—Sí, el punto de cita para los cazadores.

—Ese mismo, Majestad.

—Pues bien, contadme lo que sepáis sobre ese accidente, señor de Manicamp.

—Es que quizás esté ya enterado de él Vuestra Majestad, y temería molestarle

con repeticiones.

—No lo temáis.

Manicamp echó una ojeada en torno suyo; no vio más que a D'Artagnan arrimado a la entabladura, sereno, benévolos, pacífico, y a Saint-Aignan, con quien había venido, y que seguía apoyado en el sillón del rey con rostro igualmente afable.

Así, pues, se decidió a hablar.

—Vuestra Majestad sabe —dijo— que en las cacerías son muy comunes los accidentes.

—¿En las cacerías?

—Sí, en las cacerías; quiero decir, cuando se caza al acecho.

—¡Ah! ¡Ha sido estando de acecho cuando ocurrió el accidente?

—Sí, Majestad —contestó Manicamp—. ¿Lo ignoraba acaso Vuestra Majestad?

—Poco menos —dijo el rey con presteza, pues le repugnaba siempre mentir

—. Y ¿decís que el accidente ocurrió estando al acecho?

—¡Ay! Sí, desgraciadamente, Majestad.

El rey hizo una pausa.

—¿Al acecho de qué animal? —preguntó.

—Del jabalí, Majestad.

—¿Y qué ocurrencia tuvo Guiche de irse solo al acecho de jabalíes? Ese es un ejercicio de campesinos, y bueno, a lo más, para el que no tiene perros ni picadores para cazar, cosa que no le sucede al mariscal Grammont.

Manicamp encogióse de hombros.

—La juventud es temeraria —dijo sentenciosamente.

—En fin... proseguid —dijo el rey.

—Ello fue —continuó Manicamp, no atreviéndose a aventurarse y poniendo una palabra tras otra, como hace con sus pies un salinero en un pantano—; ello fue que el desgraciado Guiche se marchó solo al acecho.

—¿Conque solo? ¡Vaya el osado cazador! ¿Pues no sabe el señor de Guiche que el jabalí acude siempre?

—Eso es cabalmente lo que aconteció, Majestad.

—¿Sabía que estaba allí el animal?

—Sí, Majestad; unos labradores lo habían visto en sus tierras.

—¿Y qué clase de animal era? —Un jabato.

—Debian haberme advertido que Guiche tenía ideas de suicidio; porque en fin, le he visto cazar, y es un montero muy experto. Cuando tira al animal acorralado y conteniendo a los perros, toma sus precauciones y dispara con carabina; y ahora se va solo a la caza del jabalí con simples pistolas.

Manicamp se estremeció.

—Y pistolas de lujo, excelentes para batirse en duelo con un hombre, y no

con un jabalí, ¡qué diantre!

—Majestad, hay cosas que no se explican.

—Tenéis razón; y la que me estáis refiriendo es una de ellas. Continuad.

Durante aquel relato, Saint-Aignan, que habría querido hacer tal vez señá a Manicamp, para que no se metiese en honduras estaba acechado por la mirada obstinada del rey.

De consiguiente, no había posibilidad de comunicación entre él y Manicamp.

En cuanto a D'Artagnan, la estatua del Silencio, en Atenas, era más ruidosa y más expresiva que él.

Manicamp continuó, pues, por la escabrosa senda en que se había metido hasta hundirse en el pantano.

—Majestad —dijo—, la cosa habrá sucedido probablemente de la manera siguiente: Guiche esperaba al jabalí.

—¿A caballo o a pie? —preguntó el rey.

—A caballo. Tiró al animal, y erró el tiro.

—¡Torpe!

—El jabalí arremetió contra él.

—Y quedó el caballo muerto.

—¡Ah! ¿Sabía eso Vuestra Majestad?

—Me han dicho que se han encontrado un caballo muerto en la encrucijada del bosque Rochin, y he presumido que fuese el de Guiche.

—Era efectivamente el suyo, Majestad.

—¿Y qué le sucedió a Guiche?

—Luego que cayó al suelo, fue acometido por el jabalí, y herido en la mano y en el pecho.

—Horrible accidente fue; pero hay que convenir en que la culpa la tuvo Guiche. ¿Quién va al acecho de semejante animal con pistolas? ¿Había olvidado la fábula de Adonis?

Manicamp se rascó la oreja.

—Es verdad —dijo—; fue una gran imprudencia.

—¿Acertáis a explicarnos eso, señor de Manicamp?

—Majestad, lo que está escrito, escrito está.

—¡Ah!

—¿Sois fatalista?

Manicamp se sentía desasosegado.

—No os habéis portado bien, señor de Manicamp —prosiguió el rey.

—¿Yo, Majestad?

—Sí. ¿Cómo es que siendo tan amigo de Guiche, y sabiendo que está sujeto a tales locuras, no habéis procurado contenerle?

Manicamp no sabía a qué atenerse; el tono del rey no era precisamente el de un hombre crédulo.

Por otra parte, aquel tono no tenía ni la severidad del drama ni la insistencia del interrogatorio.

Había en él más sarcasmo que amenaza.

—¿Y decís —continuó el rey—, que el caballo que se ha encontrado muerto es el de Guiche?

—Sí, Majestad.

—¿Y eso os ha sorprendido?

—No, Majestad. Ya recordaréis que en la última cacería fue muerto de igual modo el caballo del señor de Sainte-Maure.

—Sí, pero tenía abierto el vientre.

—Ciertamente, Majestad.

—¡Si el caballo de Guiche tuviese abierto el vientre, como el del señor de Sainte-Maure, eso no me extrañaría, pardiez!

Manicamp abrió unos ojos tamaños.

—Pero lo que me choca —continuó el rey—, es que el caballo del señor de Guiche tenga rota la cabeza en lugar de tener el vientre abierto.

Manicamp se turbó.

—¿Me equivoco acaso? —replicó el rey—. ¿No ha sido herido en la sien el caballo de Guiche? Confesad, señor de Manicamp, que el golpe ha sido singular.

—Majestad, no ignoráis que el caballo es un animal muy inteligente, y habrá tratado de defenderse.

—Pero un caballo se defiende con las patas traseras, no con la cabeza.

—Entonces, el animal, asustado, habrá perdido el tino, y el jabalí, ya podéis figuraros, señor, el jabalí...

—Sí, comprendo en cuanto al caballo, pero ¿y el jinete?

—Majestad, es cosa muy sencilla; el jabalí pasaría del caballo al jinete, y como he tenido el honor de decir, le cogería la mano a Guiche en el momento en que iba a dispararle el segundo pistoletazo; luego, con brusco ataque, le debió agujerear el pecho.

—La cosa no puede ser más verosímil, en verdad, señor de Manicamp; hacéis mal en desconfiar de vuestra elocuencia, porque contáis maravillosamente.

—Es mucha vuestra bondad —dijo Manicamp haciendo un saludo de los más cohibidos.

—Pero quiero desde hoy mismo prohibir a mis gentileshombres que vayan al acecho. ¡Caray! ¡Tanto valdría permitirles el duelo! Manicamp temblaba, e hizo un movimiento para retirarse.

—¿Está satisfecho Vuestra Majestad? —preguntó.

—Encantado; pero no os retiráis todavía, señor de Manicamp —dijo Luis, porque os necesito.

« Vamos, vamos —pensó D'Artagnan—, tampoco es éste de mi temple» .

Y exhaló un suspiro que podía significar:

—¡Oh! Los hombres de mi temple, ¿dónde se han ido?

En aquel momento levantó un ujier la cortina, y anunció al médico del rey.

—¡Ah! —exclamó Luis—. Aquí tenemos justamente al señor Valot, que viene de visitar al señor de Guiche. Vamos a tener noticias del herido.

Manicamp sintióse más turbado que nunca.

—Al menos de este modo —añadió el rey— tendremos la conciencia tranquila.

Y miró a D'Artagnan, quien no pestañeó.

## Capítulo XVIII

---

### El médico

El señor Valot entró.

La posición de los personajes era la misma: el rey sentado, Saint-Aignan apoyado en su sillón, D'Artagnan arrimado a la pared, Manicamp de pie.

—Ea, señor Valot —dijo el rey—, ¿habéis hecho lo que os dije?

—Puntualmente, Majestad.

—¿Fuisteis a casa de vuestro compañero de Fontainebleau?

—Sí, Majestad.

—¿Y habéis encontrado allí al señor de Guiche?

—Sí, Majestad.

—¿En qué estado? Hablad francamente.

—En un estado muy lastimoso, Majestad.

—Con todo, no creo que el jabalí lo haya devorado.

—Devorado a quién?

—A Guiche.

—¿Qué jabalí?

—El jabalí que le hirió.

—¡Cómo! ¿Ha sido herido el señor de Guiche por un jabalí?

—Así dicen al menos.

—Algún cazador furtivo...

—¿Qué es eso de cazador furtivo?

—Algún marido celoso, algún amante maltratado, que le habrá disparado un tiro por vengarse.

—Pero ¿qué decís, señor Valot? ¿No han sido acaso producidas las heridas del señor de Guiche por los dientes de un jabalí?

—Las heridas del señor de Guiche han sido ocasionadas por una bala de pistola que le ha arrancado el dedo pequeño y el anular de la mano derecha, después de lo cual pasó a los músculos intercostales del pecho.

—¡Una bala...! ¿Estáis seguro de que el señor de Guiche ha sido herido por una bala? —preguntó el rey aparentando sorpresa.

—A fe mía —dijo Valot—, estoy tan seguro de ello, que aquí la tenéis, Majestad.

Y entregó al rey una bala algo aplastada.

El rey la miró sin tocarla.

—¿Conque el pobre mozo tenía eso en el pecho? —preguntó.

—No precisamente en el pecho. La bala no llegó a penetrar, sino que debió aplastarse, como podéis ver, o contra el seguro de la pistola o contra el lado derecho del esternón.

—¡Dios santo! —exclamó el rey seriamente—. Pues nada de eso me habíais dicho, señor de Manicamp.

—Majestad...

—¿Para qué esa invención de jabalí, de acecho, de cacería por la noche? Hablad.

—¡Ah, Majestad...!

—Creo que tenéis razón —dijo el rey volviéndose hacia su capitán de mosqueteros—, y que ha habido combate.

El rey poseía, como nadie, la facultad concedida a los poderosos de comprometer y dividir a los inferiores.

Manicamp lanzó al mosquetero una mirada de reconvención. Comprendió D'Artagnan aquella mirada, y no quiso quedar confundido bajo el peso de la acusación. Dio un paso.

—Vuestra Majestad me mandó que fuese a explorar la encrucijada del bosque Rochin —dijo—, y que le dijese, según mi juicio, lo que allí habrá sucedido. He puesto mis observaciones en conocimiento de Vuestra Majestad, pero sin denunciar a nadie. Vuestra Majestad ha sido el que nombró primero al señor de Guiche.

—¡Bien, bien señor! —dijo el rey con altivez—. Habéis cumplido con vuestro deber y estoy satisfecho de vos; esto debe bastaros. Pero vos, señor de Manicamp, no habéis cumplido con el vuestro, porque me habéis mentido.

—¡Mentido, Majestad! La palabra es dura.

—Buscad otra.

—Majestad; no me cansaré e buscarla. He tenido ya la mal suerte de desagradar a Vuestra Majestad, y lo mejor que puedo hacer es aceptar humildemente las reconvenções que tenga a bien dirigirme.

—Tenéis razón, señor; quien me oculta la verdad, me desagrada siempre.

—A veces, Majestad, no lo sabe uno todo.

—No mintáis más, o doblo la pena.

Manicamp se inclinó, palideciendo.

D'Artagnan dio un paso más todavía, resuelto a intervenir si la cólera, cada vez mayor, del rey llegaba a ciertos límites.

—Señor —prosiguió el rey—, ya veis que es inútil negar la cosa por más tiempo. El señor de Guiche se ha batido.

—No diré que no; mas Vuestra Majestad hubiera podido mostrarse generoso no forzando a un caballero a decir una mentira.

—¡Forzado! ¿Quién os forzaba?

—El señor de Guiche es amigo mío, y Vuestra Majestad ha prohibido el duelo con pena de muerte.

Una mentira podía salvar a mi amigo, y he mentido.

—¡Bien! —murmuró D'Artagnan—. ¡Me gusta ese mozo, pardiez!

—Señor —repuso el rey—; en vez de mentir habrás hecho mejor en impedir que se batiese.

—¡Oh! Vuestra Majestad, que es el caballero más cumplido de Francia, sabe muy bien que nosotros, los que llevamos espada, no hemos mirado jamás como deshonrado al señor de Boutteville por haber muerto en la Grève. Lo que deshonra es huir del enemigo, no encontrarse con el verdugo.

—Pues bien —dijo Luis XIV—; aun quiero abriros camino para repararlo todo.

—Si es de esos que convienen a un hidalgo, me apresuraré a seguirlo, señor.

—¿El nombre del enemigo del señor de Guiche?

—¡Oh, oh! —murmuró D'Artagnan—. ¡Estamos todavía en tiempo de Luis XIII?

—¡Majestad...! —murmuró Manicamp con acento de reconvención.

—¿No queréis nombrarle, a lo que parece? —dijo el rey.

—No le conozco, Majestad.

—¡Bravo! —dijo D'Artagnan.

—Señor de Manicamp, entregad vuestra espada al capitán. Manicamp inclinóse con la mayor gracia; se quitó sonriendo la espada, y la presentó al mosquetero.

Pero Saint-Aignan se interpuso entre D'Artagnan y él.

—Con el permiso de Vuestra Majestad —dijo.

—Hablad —dijo el rey, alegrándose quizá en el fondo de: su corazón de que se interpusiera alguien entre él y la cólera de que se había dejado llevar.

—Manicamp, sois un intrépido, y el rey apreciará vuestro comportamiento; pero querer servir demasiado a los amigos es perjudicarles. Manicamp, indudablemente sabéis el nombre que pide el rey.

—Es verdad, lo sé.

—Entonces, lo diréis.

- Si hubiera debido decirlo, ya lo habría hecho.  
—Entonces, lo diré yo, que no estoy interesado, como vos, en esa probidad.  
—Sois libre en hacerlo; pero me parece, no obstante...  
—¡Oh! Basta de magnanimitad; no quiero que vayáis a la Bastilla de ese modo. Hablad, o hablo yo.

Manicamp era hombre de talento, y comprendió que había hecho lo bastante para hacer formar de él una buena opinión. Lo que restaba hacer era perseverar en captarse otra vez la buena voluntad del rey.

—Hablad, señor —dijo a Saint-Aignan—. He hecho por mi parte cuanto me dictaba mi conciencia, y preciso es que me hablase bien alto —añadió dirigiéndose al rey—, cuando he contrariado las órdenes de Su Majestad; espero, sin embargo, que Su Majestad me perdonará cuando sepa que tenía que guardar el honor de una dama.

—¿De una dama? —preguntó el rey, inquieto.

—Sí, Majestad.

—¿Fue una dama la causa del combate?

Manicamp se inclinó.

El rey se levantó y acercóse a Manicamp.

—Si la persona es digna de consideración —dijo—, no me quejaré de que hayáis procedido de ese modo, al contrario.

—Majestad, todo cuanto tiene relación con la casa del rey o la de su hermano es digno de consideración a mis ojos.

—¿A la casa de mi hermano? —repitió Luis XIV como titubeando—. ¿Ha sido causa del combate alguna dama de la casa de mi hermano?

—O de Madame.

—¡Ah! ¿De Madame?

—Sí, Majestad.

—De suerte que esa dama...

—Es una de las camaristas de la casa de Su Alteza Real la señora duquesa de Orléans.

—¿Por quien aseguráis que se ha batido el señor de Guiche?

—Sí; y lo que es ahora no miento. Luis hizo un movimiento lleno de turbación.

—Señores —dijo volviéndose a los espectadores de aquella escena—, tened a bien retiraros por un momento; necesito conferenciar a solas con el señor de Manicamp. Sé que tiene muchas cosas que manifestarme en justificación suya, y que no se atreve a hacerlo delante de testigos... Volveos a poner vuestra espada, señor de Manicamp.

Manicamp colocó su acero en el cinturón.

—No le falta presencia de ánimo a ese perillán —murmuró el mosquetero, cogiendo el brazo de Saint-Aignan y retirándose con él.

—Él saldrá del aprieto —dijo este último al oído de D'Artagnan.

—Y honrosamente, conde.

Manicamp dirigió a Saint-Aignan y al capitán una mirada de reconocimiento que pasó inadvertida para el rey.

—Vamos —dijo D'Artagnan al atravesar el umbral de la puerta—; mala opinión tenía formada de la nueva generación, pero veo que me engañaba, porque estos jóvenes todavía valen algo.

Valot precedía al favorito y al capitán.

El rey y Manicamp quedaron solos en el gabinete.

## Capítulo XIX

---

D'Artagnan reconoce que se equivocó y que era Manicamp quien tenía razón

El rey aseguróse, acercándose hasta la puerta, de que nadie escuchaba, y volvió a situarse precipitadamente delante de su interlocutor.

—Ea —dijo—, señor de Manicamp, ahora que estamos solos, expícaos.

—Con la mayor franqueza, Majestad —contestó el joven.

—Y ante todo —añadió el rey—, sabed que lo que más me interesa es el honor de las damas.

—Por eso, precisamente, rehuía herir vuestra delicadeza, Majestad.

—Bien; ahora lo comprendo todo. Conque afirmáis que se trataba de una doncella de mi cuñada, y que la persona en cuestión, el adversario de Guiche, el hombre, en fin, que os resistías a nombrar...

—Pero que el señor de Saint-Aignan os dirá, Majestad.

—Sí, ese hombre, digo, ¿ha ofendido a alguien de la casa de Madame?

—A la señorita de La Vallière, sí, Majestad.

—¡Ah! —exclamó el rey, como si hubiese esperado aquello, y como si la noticia le hubiese, no obstante, atravesado el corazón—. ¡Ah! ¿Conque era la señorita de La Vallière a quien se ultrajaba?

—No aseguro precisamente que se la ultrajase, Majestad.

—Pero, al fin...

—Afírmelo que se hablaba de ella en términos poco convenientes.

—¡Hablaban en términos poco convenientes de la señorita de La Vallière! ¿Y os obstináis en no decirmel quién era el insolente?

—Majestad, creía que eso era ya cosa convenida, y que habíais desistido de hacer de mí un delator.

—Es verdad —dijo el rey moderándose—; por otra parte, no tardaré en saber

el nombre del que he de castigar.

Manicamp comprendió que la cuestión había cambiado.

En cuanto al rey, vio que se había dejado arrastrar demasiado lejos.

Así es que continuó:

—Y lo castigaré, no porque se trate de la señorita de La Vallière, aunque le profeso particular aprecio, sino porque el objeto de la contienda ha sido una mujer. Quiero que en mi Corte se respete a las damas y no haya disputas.

Manicamp se inclinó.

—Vamos a ver, señor de Manicamp —continuó el rey—, ¿qué se decía de la señorita de La Vallière?

—¿No lo adivina Vuestra Majestad?

—¿Yo?

—Vuestra Majestad conoce bien la clase de chanzas que pueden permitirse los jóvenes.

—Se diría tal vez que amaba a alguien —aventuró el rey.

—Es probable.

—Pues la señorita de La Vallière tiene derecho a amar a quien bien le parezca.

—Eso es justamente lo que sostenía Guiche.

—¿Y por eso se ha batido?

—Por esa sola causa, Majestad.

El rey se ruborizó.

—¿Y no sabéis más? —dijo.

—¿Sobre qué punto?

—Sobre el punto mas culminante que me estáis refiriendo.

—¿Y qué desea Vuestra Majestad que yo sepa?

—El nombre, por ejemplo, de la persona a quien ama La Vallière, y a quien el enemigo de Guiche le disputaba el derecho de amar.

—Majestad, nada sé, nada he oído, ni he sorprendido nada; pero tengo a Guiche por hombre de gran corazón, y, si se ha sustituido momentáneamente al protector de La Vallière, eso es porque el protector está demasiado alto para tomar él mismo su defensa.

Estas palabras eran más que transparentes; así fue que hicieron ruborizar al rey, pero, esta vez, de satisfacción.

Luis dio un golpecito en el hombro a Manicamp.

—Vamos, señor de Manicamp —le dijo—, veo que no sólo sois un mozo espiritual, sino también un cumplido hidalgo, y vuestro amigo Guiche es un paladín completamente de mi gusto; así se lo diréis, ¿no es verdad?

—Así mismo, señor. ¿Vuestra Majestad me perdona?

—Completamente.

—¿Estoy ya en libertad?

El rey sonrió y tendió la mano a Manicamp.

Manicamp cogió aquella ruano y la besó.

—Y luego —añadió el rey—, sabéis contar perfectamente las cosas.

—¿Yo, Majestad?

—Me habéis hecho una relación animadísima del accidente ocurrido a Guiche. Me imagino estar viendo al jabalí, que sale del bosque, al caballo, herido de muerte, a la fiera arremetiendo al jinete después de matar al caballo. No contáis, señor, pintáis.

—Creo que Vuestra Majestad se digna mofarse de mí —dijo Manicamp.

—Al contrario —replicó Luis con la mayor serenidad—; estoy tan lejos de reírme, que quiero que contéis a todo el mundo esa aventura.

—¿La aventura del acecho?

—Sí, tal como me la habéis referido, sin cambiar una palabra. ¿Estáis?

—Perfectamente, Majestad.

—¿La contaréis?

—Sin perder un minuto.

—Pues bien, ahora, llamad vos mismo al señor de D'Artagnan: Supongo que no le tendrás ya miedo.

—¡Ah, Majestad! Nada temo desde que estoy seguro de las bondades de mi rey.

—Pues llamad —dijo Luis. Manicamp abrió la puerta.

—Señores —dijo—, el rey os llama.

D'Artagnan, Saint-Aignan y Valot entraron.

—Señores —dijo el rey—, os he hecho llamar para manifestaros que la explicación del señor de Manicamp me ha dejado enteramente satisfecho.

D'Artagnan lanzó a Valot, por un lado, y a Saint-Aignan, por otro, una mirada que significaba: « ¿Qué os decía yo? » .

El rey se llevó a Manicamp hasta la puerta, y le dijo en voz baja:

—Que el señor de Guiche se cuide, y sobre todo que se cure pronto; quiero darle las gracias en nombre de todas las damas; pero cuidado que no vuelva a las andadas.

—¡Oh Majestad! Aun cuando tuviera que morir mil veces, volverá siempre que se trate del honor de Vuestra Majestad.

La frase no podía ser más directa. Pero, como ya hemos dicho, Luis XIV gustaba del incienso, y, con tal que se le diese, no era muy exigente en punto a la calidad.

—Está bien —dijo despidiendo a Manicamp—. Veré yo mismo a Guiche y le haré entrar en razón. Manicamp salió de espaldas.

Entonces, el rey, volviéndose hacia los tres espectadores de aquella escena:

—¡Señor de D'Artagnan! —dijo.

—Majestad.

—¿Cómo se explica que hayáis visto tan turbio, vos, que tenéis tan buenos ojos?

—Yo he visto mal, Majestad?

—Sí, por cierto.

—Así será, puesto que Vuestra Majestad lo dice. Pero ¿en qué he visto turbio?

—En todo lo relativo al suceso del bosque Rochin.

—¡Ah, ah!

—Habéis visto el rastro de los caballos, las pisadas de dos personas, los indicios de un combate, y nada de eso ha existido. Todo ha sido una pura ilusión.

—¡Ah, ah! —volvió a murmurar D'Artagnan.

—Lo mismo que el manoteo del caballo, y esas señales de lucha. La lucha ha sido de Guiche contra un jabalí, y nada más. Eso, sí, parece que la lucha ha sido larga y terrible.

—¡Ah, ah! —repitió D'Artagnan.

—Y cuando pienso que he dado crédito por un momento a semejante error...! ¡Pero, ya se ve, habláis con tal aplomo!

—En efecto, Majestad; preciso es que estuviese ofuscado —dijo D'Artagnan con una gracia que agració sobremanera al rey.

—¿Conque convenís en ello?

—Diantre, Majestad, ya lo creo!

—De suerte que ahora veis claramente la cosa?

—La veo de modo muy distinto que la veía hace media hora.

—Y a qué atribuís esa diferencia, en opinión vuestra?

—¡Oh! A una cosa muy sencilla; hace media hora volvía del bosque Rochin, donde no tenía más luz que la que despedía un pobre farol de cuadra...

—Y ahora?

—Ahora tengo todas las luces de vuestro gabinete, y, además, los ojos del rey que iluminan como dos soles.

El rey se echó a reír, y Saint-Aignan a carcajear.

—Lo mismo que el señor Valot —continuó D'Artagnan recogiendo la palabra de labios del rey —, que se ha figurado, no sólo que el señor de Guiche había sido herido con bala, sino haber extraído la bala del pecho.

—A fe mía —dijo Valot—, confieso...

—¿No es verdad que lo habéis creído? —repuso D'Artagnan.

—No sólo lo he creído —contestó Valot—, sino que no tendría inconveniente en jurarlo ahora mismo.

—Pues bien, mi querido doctor, todo eso lo habéis soñado.

—Lo he soñado?

—¡La herida del señor de Guiche, un sueño! ¡La bala, sueño también...! Así, pues, creedme, no se hable más de ello.

—Bien dicho —dijo el rey—; tomad el consejo que os da D'Artagnan. No

habléis a nadie de vuestro sueño, señor Valot; por mi honor que no os pesará.  
Buenas noches, señores. ¡Oh! ¡Qué triste es ir al acecho de jabalíes!

—¡Qué triste cosa —repitió D'Artagnan en voz alta— es ir al acecho de jabalíes!

Y fue repitiendo esa frase por todos los cuartos que atravesaba, hasta que salió del palacio, llevándose consigo al señor Valot.

—Ahora que permanecemos solos —dijo el rey a Saint-Aignan—, ¿cómo se llama el adversario de Guiche?

Saint-Aignan miró al rey.

—¡Oh! No tengáis reparo —añadió el rey—; ya sabéis que debo perdonar.

—Wardes —dijo Saint-Aignan.

—Bien.

Y, al momento, entrando con precipitación en su cuarto:

—Perdonar no es olvidar —dijo Luis XIV.

## Capítulo XX

---

### Conveniencia de tener dos cuerdas para un arco

**S**alía Manicamp de la habitación del rey muy gozoso de haber salido tan bien de su apuro, cuando al llegar al pie de la escalera y al pasar por delante de una puerta, advirtió que le tiraban de una manga.

Volvíose y reconoció a Montalais, que le aguardaba y que con voz misteriosa y el cuerpo inclinado hacia adelante, le dijo:

—Señor, haced el favor de venir pronto.

—¿Y adónde, señorita? —preguntó Manicamp.

—Un verdadero caballero no me habría hecho tal pregunta, sino que me habría seguido sin necesidad de explicación alguna.

—Pues bien, señorita —repuso Manicamp—, estoy resuelto a conducirme como un verdadero caballero.

—Ya es tarde, y habéis perdido todo el mérito. Vamos al aposento de Madame; venid.

—¡Ah, ah! —dijo Manicamp—. Vamos al aposento de Madame.

Y siguió a Montalais, que corría delante, ligera como Galatea.

«Lo que es ahora —decíase Manicamp conforme seguía a Montalais—, no creo que sean del caso las historias de caza. Veremos, no obstante; y si fuese necesario... ¡Oh! Si fuese preciso, ya hallaremos otra cosa».

Montalais no aflojaba el paso. «¡Qué cosa tan molesta es tener necesidad al mismo tiempo de la imaginación y de las piernas!», pensó Manicamp.

Llegaron al fin.

Madame había terminado su tocado de noche; estaba en elegante traje de casa, pero ya se comprenderá que aquel tocado lo había hecho antes de sufrir las emociones que a la sazón la agitaban.

La princesa esperaba con visible impaciencia.

Así fue que Montalais y Manicamp la encontraron de pie junto a la puerta.

Al ruido de sus pasos salió Madame al encuentro.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Al fin!

—Aquí está el señor de Manicamp —dijo Montalais. Manicamp inclinóse respetuosamente.

Madame hizo seña a Montalais de que se retirase. La joven obedeció.

La princesa la siguió con la vista en silencio hasta que cerró tras ella la puerta, y, volviéndose luego a Manicamp:

—¿Qué es eso que me han dicho, señor de Manicamp? ¿Hay algún herido en palacio?

—Sí, señora, desgraciadamente... El señor de Guiche.

—Sí, el señor de Guiche —repitió la princesa—; lo había oído decir, pero no afirmar. ¿De modo que ha sido realmente al señor de Guiche a quien le ha sucedido esa desgracia?

—Al mismo en persona, señora.

—¿Sabéis, señor de Manicamp —dijo vivamente la princesa—, que los duelos le son antipáticos al rey?

—Si que lo sé, señora; pero no creo que tengan nada que ver los duelos con una fiera.

—Oh! Creo que no me haréis el agravio de creer que dé crédito a esa absurda fábula, esparcida con no sé qué objeto, de haber sido herido el señor de Guiche por un jabalí. No, no, caballero; la verdad se sabe, y en este momento el señor de Guiche, sobre el disgusto de verse herido, corre el riesgo de perder la libertad.

—Ay, señora! —exclamó Manicamp—. Bien lo sé; ¡pero qué se le ha de hacer!

—¿Habéis visto a Su Majestad?

—Sí, señora.

—¿Y qué le habéis dicho?

—Le he dicho que el señor de Guiche fue al acecho; que salió un jabalí del bosque Rochin; que el señor de Guiche le disparó un tiro, y que, finalmente, el animal, furioso, se volvió contra él, le mató el caballo y le hirió a él mismo gravemente.

—¿Y el rey ha creído todo eso?

—Enteramente.

—¡Me dejáis muy sorprendida, señor de Manicamp!

Y madame comenzó a pasearse a lo largo de la habitación, echando de vez en cuando una mirada investigadora a Manicamp, el cual estaba impasible y sin moverse en el sitio que había elegido al entrar. Al fin se detuvo.

—No obstante —dijo—, aquí todos están unánimes en dar otra causa a esa

herida.

—¿Qué causa, señora...? Si no es indiscreto hacer esta pregunta a Vuestra Alteza.

—Eso preguntáis, siendo vos el amigo íntimo y el confidente del señor de Guiche?

—Oh señora! Amigo íntimo, sí; confidente, no. Guiche es uno de esos hombres que pueden tener secretos, y todavía podré añadir que los tienen, pero que no los dicen. Guiche es discreto, señora.

—Pues bien, esos secretos que el señor de Guiche guarda para sí, seré yo la que tenga el placer de descubrirlos —dijo la princesa con despecho—, porque, en verdad, podría el rey interrogaros por segunda vez, y si le hacíais el mismo relato, podría no quedar muy satisfecho.

—Creo que Vuestra Alteza está en un error. Puedo juraros que Su Majestad ha quedado muy satisfecho de mí.

—Entonces, permitid que os diga, señor de Manicamp, que eso no demuestra más que una cosa, y es que Su Majestad es muy fácil de contentar.

—Creo que Vuestra Alteza hace mal en abrigar esa opinión. Todo el mundo sabe que el rey no se paga sino de muy buenas razones.

—Y suponéis que os agradezca vuestra oficiosa mentira cuando sepa mañana que el señor de Guiche ha tenido por su amigo, el señor de Bragelonne, una querella que ha terminado en duelo?

—Una querella por el señor de Bragelonne? —exclamó Manicamp con el aire más ingenuo del mundo—. ¿Qué me dice Vuestra Alteza?

—Qué tiene eso de extraño? El señor de Guiche es susceptible, irritable, y se acalora fácilmente.

—Pues yo, señora, tengo al señor de Guiche por hombre de mucha calma, y no le creo susceptible ni irritable sino cuando tiene motivos muy justos.

—Y no creéis que la amistad sea un motivo justo? —dijo la princesa.

—Oh! Sin duda, señora, y sobre todo para un corazón como el suyo.

—Pues bien, el señor de Bragelonne es amigo del señor de Guiche; creo que eso no lo negaréis.

—Oh! ¡No por cierto!

—Pues bien, el señor de Guiche ha tomado la defensa del señor de Bragelonne, y como éste se hallaba ausente y no podía batirse, se ha batido por él.

Manicamp dejó entrever cierta sonrisa, e hizo dos o tres movimientos de cabeza y de hombros, que significaban: « ¡Bueno! Si así lo queréis...» .

—Pero, en fin —dijo impaciente la princesa—, hablad!

—Yo?

—Sí; conozco que no sois de mi parecer y tenéis algo que decirme.

—Sólo tengo que decir una cosa, señora.

—¡Decidla!

—Que no comprendo una palabra de lo que me hacéis el honor de referir.

—¡Cómo! ¿No comprendéis una palabra de la contienda entre el señor de Guiche y el señor de Wardes? —exclamó la princesa, casi irritada.

Manicamp calló.

—Contienda —prosiguió Madame— nacida de una frase más o menos fundada, acerca de la virtud de cierta dama.

—¡Ah! ¿De cierta dama? Eso es distinto —dijo Manicamp.

—Ya principiáis a entender, ¿no es cierto?

—Vuestra Alteza me perdonará, mas no me atrevo...

—¿No os atrevéis? —dijo exasperada Madame—. Pues bien, yo me atreveré.

—¡Señora, señora! —exclamó Manicamp como si le asustara aquella amenaza—. Poned atención a lo que vais a decir.

—¡Ah! Parece que si yo fuese hombre os batiríaos conmigo, a pesar de los edictos de Su Majestad, como el señor de Guiche se ha batido con el señor de Wardes por la virtud de la señorita de La Vallière.

—¡De la señorita de La Vallière! —dijo Manicamp con subito sobresalto, como si estuviera muy distante de esperar que fuese pronunciado aquel nombre.

—¡Oh! ¿Qué tenéis señor de Manicamp, para sobresaltaros así? —dijo Madame con ironía—. ¿Cometeréis la impertinencia de dudar de esa virtud?

—¡Pero si no juega aquí para nada la virtud de la señorita de La Vallière, señora!

—¡Cómo! ¿Después que dos hombres se han batido a muerte por una mujer, venís afirmando que esa mujer no tiene nada que ver en eso, y que no se trata de ella? En verdad, señor de Manicamp, no os creía tan buen cortesano.

—Perdón, perdón, señora —contestó el joven—, pero creo que no acertamos a comprendernos. Vos me hacéis el honor de hablarme en un idioma, y yo, a lo que parece, hablo en otro.

—¿De veras?

—Perdón; pero he creído comprender que Vuestra Alteza había dicho que los señores de Guiche y de Wardes habíanse batido por la señorita de La Vallière.

—Eso he dicho.

—Por la señorita de La Vallière, ¿no es cierto? —repitió Manicamp.

—¡Eh! No he dicho que el señor de Guiche se ocupase personalmente de la señorita de La Vallière, sino en nombre de otro.

—¡En nombre de otro!

—¡Ea, no vengáis haciéndoos el desentendido! Todo el mundo sabe aquí que el señor de Bragelonne está para casarse con la señorita de La Vallière, y que, al marcharse a cumplir la comisión que Su Majestad le ha confiado en Londres, ha encargado a su amigo el señor de Guiche velar por, esa joven.

—¡Ah! Nada digo, ya que Vuestra Alteza está perfectamente enterada.

—De todo; os lo prevengo. Manicamp se echó a reír, salida que estuvo a punto de exasperar a la princesa, quien, como es sabido, no tenía carácter muy sufrido.

—Señora —replicó el discreto Manicamp, saludando a la princesa—, echemos tierra a este asunto, que jamás llegará a ponerse en claro.

—¡Oh! En cuanto a eso, nada hay que hacer, pues los datos son completísimos. El rey sabrá que el señor de Guiche ha salido a la defensa de esa aventurerilla que quiere echársela de gran señora; sabrá que habiendo nombrado el señor de Bragelonne por guardián ordinario del jardín de las Hespérides a su amigo el señor de Guiche, éste ha dado la dentellada correspondiente al señor de Wardes, que osó poner la mano en la manzana de oro. Ahora bien, no dejaréis de saber, señor de Manicamp, vos, que estáis tan bien informado, que el rey codicia por su parte ese famoso tesoro, y que tal vez no llevará a bien que el señor de Guiche se haya constituido en defensor suyo. ¡Estáis ya bien enterado, o necesitáis alguna otra aclaración? Decid, preguntad.

—No, señora; no deseo saber nada.

—Tened, no obstante, entendido, porque es necesario que lo sepáis, que la indignación del rey tendrá resultados terribles: en los príncipes de un carácter como el del rey, la cólera amorosa es un huracán.

—Que vos apaciguáis, señora.

—¡Yo! —exclamó la princesa con ademán de violenta ironía—. ¿Y a título de qué?

—Porque os repugnan las injusticias, señora.

—¿Y sería una injusticia, a vuestros ojos, el impedir al rey que manejase sus asuntos de amor?

—Sin embargo, espero que intercederéis en favor del señor de Guiche.

—¡Oh! Sin duda estáis loco, caballero —dijo la princesa en tono altanero.

—Al contrario, señora, estoy en mi cabal juicio, y lo repito, defenderéis al señor de Guiche ante el rey.

—¿Yo? —Sí.

—¿Y a santo de qué?

—Porque la causa del señor de Guiche es la vuestra, señora —dijo en voz baja y con ardor Manicamp, cuyos ojos se inflamaron a la sazón.

—¿Qué queréis decir?

—Digo, señora, que me extraña mucho que, en el nombre de La Vallière, mezclado en esa defensa que ha tomado el señor de Guiche por el señor de Bragelonne ausente, no haya adivinado Vuestra Alteza un pretexto.

—¿Un pretexto?

—Sí.

—Pero un pretexto, ¿de qué? —repitió balbuciente la princesa, a quien las miradas de Manicamp habían hecho ver claro.

—Ahora, señora —añadió el joven—, creo haber dicho lo bastante para determinar a Vuestra Alteza a no acriminar ante el rey a ese pobre Guiche, sobre quien van a recaer todas las enemistades fomentadas por cierto partido muy contrario al vuestro.

—¿Queréis decir que todos los que no quieren a la señorita de La Vallière, y tal vez algunos de los que la quieren, mirarán con malos ojos al conde?

—¡Oh señora! ¿Es posible que llevéis a tal punto vuestra obstinación, que no atendáis a las palabras de un amigo leal? ¿Tendré que exponerme a incurrir en vuestro desagrado? ¿Tendré que nombrarlos, a pesar mío, la persona que ha sido la causa verdadera de la contienda?

—¡La persona! —repitió Madame sonrojándose.

—Será preciso —continuó Manicamp— que os muestre al pobre Guiche irritado, furioso, exasperado por todos esos rumores que corren acerca de esa persona? ¿Será preciso, si os obstináis en no reconocerla, y si el respeto continúa impidiéndome nombrarla, que os traiga a la memoria las escenas de Monsieur con el señor de Buckingham, las insinuaciones propaladas a consecuencia del destierro del duque? ¿Será preciso que os pinte los esfuerzos del conde por agradar, contemplar y proteger a esa persona por quien solamente vive, por quien únicamente respira? Pues bien, lo haré; y cuando os haya recordado todo eso, tal vez comprendáis que el conde, apurada su paciencia, provocado hace mucho tiempo por Wardes; a la primera palabra poco conveniente que éste haya soltado respecto de esa persona se haya acalorado y respirado venganza.

La princesa ocultó su rostro entre las manos.

—¡Señor, señor! —exclamó—. ¿Qué estáis diciendo y a quién lo decis?

—Entonces, señora —prosiguió Manicamp como si no hubiese oido las exclamaciones de la princesa—, nada os extrañará ya, ni el ardor del conde en buscar esa contienda, ni su maravillosa destreza en conducirla a un terreno extraño a vuestros intereses. No cabe mayor habilidad ni sangre fría; y, si la persona por quien el conde de Guiche se ha batido y ha derramado su sangre, debe, verdaderamente, algún reconocimiento al pobre herido, no es seguramente por la sangre que ha perdido ni por los dolores que ha sufrido, sino por su miramiento a una honra que aprecia más que la suya propia.

—¡Oh! —exclamó Madame como si hubiese estado sola—. ¡Oh! ¡Sería sin duda mi causa! Manicamp pudo respirar; había ganado bravamente aquel reposo, y respiró.

Madame quedó, por su parte, sumida en dolorosos pensamientos.

Advinábase su agitación en los movimientos acelerados de su seno, en la languidez de sus ojos, y en las frecuentes presiones de la mano contra su corazón.

Pero, en ella, no era la coquetería una pasión inerte, sino antes bien, un fuego que buscaba alimento y sabía hallarlo.

—Entonces —dijo—, el conde habrá dejado obligadas a dos personas a la

vez, porque el señor de Bragelonne debe también al señor de Guiche profundo reconocimiento, tanto mayor, cuanto que siempre y en todas partes pasará por haber sido el generoso campeón de la señorita de La Vallière.

Manicamp conoció que aún quedaba un resto de duda en el corazón de la princesa, y su ánimo acaloróse con la resistencia.

—¡Vaya un servicio —dijo— que ha prestado a la señorita de La Vallière y al señor de Bragelonne! El duelo ha producido un escándalo que deshonra en gran parte a esa joven; un escándalo que la malquista necesariamente con el vizconde. De ello resulta que el pistoletazo del de Wardes ha causado tres efectos en lugar de uno; matar el honor de una mujer, la felicidad de un hombre, y quizás también herir de muerte a uno de los mejores hidalgos de Francia. ¡Ah, señora! Vuestra lógica es muy severa: condena siempre, y nunca absuelve.

Las últimas palabras de Manicamp batieron en brecha la última duda que había quedado, no en el corazón, sino en el ánimo de Madame. No era ya ni una princesa con sus escrúpulos, ni una mujer con sus recelos suspicaces, sino un corazón que acababa de sentir el frío profundo de una herida.

—¡Herido de muerte! —exclamó con voz angustiosa—. ¡Ah, señor de Manicamp! ¡No habéis dicho herido de muerte?

Manicamp sólo contestó con un profundo suspiro.

—¿Conque el conde está gravemente herido? —añadió la princesa.

—¡Ay, señora! Le han destrozado una mano y tiene una bala en el pecho.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la princesa, con la excitación de la fiebre—. ¡Es terrible, señor de Manicamp! ¡Una mano destrozada y una bala en el pecho! ¡Dios mío! ¡Y ha sido ese miserable, ese asesino de Wardes quien ha hecho eso...? ¡Oh, no hay justicia en el cielo!

Manicamp parecía entregado a una violenta emoción. Verdad es que había desplegado gran energía en la última parte de su alegato.

En cuanto a Madame, no se hallaba en estado de guardar miramientos; cuando la pasión desarrollaba en ella ira o simpatía, nada había que pudiese contener su impulso. Y acercóse a Manicamp, que se había dejado caer sobre un sillón, como si el dolor fuese una excusa bastante poderosa para infringir las leyes de la etiqueta.

—Señor —le dijo, tomándole una mano—, sed franco.

Manicamp levantó la cabeza.

—¿Está el señor de Guiche en peligro de muerte? —añadió Madame.

—Con doble motivo, señora —dijo Manicamp—: primero, a causa de la hemorragia que se ha declarado por haberle roto la bala una arteria en la mano, y después, a causa de la herida del pecho, que, a juicio del médico, es fácil que haya interesado algún órgano esencial.

—Según eso, ¿puede morir?

—¡Oh! Sí, señora; y sin el con suelo de saber que habéis conocido su

abnegación.

—Pues decídselo.

—¿Yo?

—Sí, ¿no sois su amigo?

—¿Yo? ¡Oh, no, señora! Yo no diré al señor de Guiche, si el desgraciado está todavía en disposición de oírmе, sino lo que he visto por mis propios ojos, vuestra crueldad para con él.

—¡Señor! ¡Oh! ¡No cometeréis esa barbarie!

—Sí tal, señora; diré esa verdad, porque al fin la naturaleza puede mucho en un hombre de sus años. Los médicos son hábiles, y si, por casualidad, el pobre conde sobreviviese a su herida, no querría que quedase expuesto a morir de la herida del corazón, después de haber sanado de la del cuerpo.

Al pronunciar estas palabras se levantó Manicamp y, con una profunda reverencia, hizo como que iba a retirarse.

—A lo menos, señor —dijo Madame deteniéndole con aire de ruego—, no os iréis sin decirme el estado en que se halla el herido, y quién es el médico que lo asiste.

—Está muy mal, señora; esto en cuanto a su estado. Respecto a su médico, es el de Su Majestad, el señor Valot, auxiliado de otro médico, a cuya casa fue transportado el señor de Guiche.

—Pues que, no se halla en Palacio? —preguntó Madame.

—Ay, señora! El pobre joven se encontraba en tan mal estado, que no ha podido ser conducido hasta aquí.

—Dadme las señas, caballero —dijo vivamente la princesa—, y enviaré a saber de él.

—Calle de la Paja, señora; una casa de ladrillos con postigos blancos.

En la puerta está escrito el nombre del doctor.

—Vais ahora a ver al herido, señor de Manicamp?

—Sí, señora.

—Entonces desearía que me hicierais un favor.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza.

—Haced lo que pensabais; id a ver a Guiche; haced que se marchen los que tenga al lado suyo, y después alejaos vos también.

—Señora...

—No perdamos el tiempo en explicaciones inútiles. Este es el hecho, y no queráis ver en él otra cosa que la que hay, ni saber más de lo que yo os digo. Voy a enviar una de mis damas, quizás dos, a causa de lo avanzado de la hora, y no quisiera que os viesen, o mejor dicho, quisiera que no las vieseis a ellas; son escrúpulos que debéis comprender mejor que nadie, vos, que siempre lo adivináis todo.

—Señora, perfectamente; aún puedo hacer algo mejor, y es ir delante de

vuestras mensajeras, lo cual será a la vez un modo de indicarles con seguridad el camino, y de ampararlas en caso de que la casualidad hiciese que, contra toda probabilidad, tuvieran necesidad de protección.

—Y luego, por ese medio, podrán entrar sin dificultad alguna, ¿no es verdad?

—Seguramente, señora; porque, pasando yo el primero, quitaré cualquier dificultad, en caso de que la hubiese.

—Pues bien, señor de Manicamp, esperad al pie de la escalera.

—Allá voy, señora.

—Aguardad.

Manicamp se detuvo.

—Cuando oigáis las pisadas de las dos mujeres que van a bajar, echaréis a andar, y seguiréis sin volveros el camino que conduce a casa del pobre conde.

—Pero ¿y si la casualidad hiciera que bajasen otras dos personas y yo me equivocase?

—La señal serán tres palmadas.

—Corriente.

—Id, pues.

Manicamp se volvió, saludó y salió con el corazón lleno de alegría. No ignoraba, con efecto, que la presencia de Madame era el mejor bálsamo que podía aplicarse a las llagas del herido.

No había transcurrido un cuarto de hora todavía cuando llegó a sus oídos el ruido de una puerta que abrían y cerraban con precaución. Luego oyó unas pisadas ligeras en la escalera, y por fin las tres palmadas, que era la señal convenida.

Echó a andar al punto, y, fiel a su palabra, se dirigió sin volver la cabeza por las calles de Fontainebleau hacia la morada del doctor.

## Capítulo XXI

---

El señor Malicome, archivero del reino de Francia

Dos mujeres, envueltas en mantos y con la cara velada por una media careta de terciopelo negro, seguían tímidamente los pasos de Manicamp.

En el piso principal, detrás de las cortinas de damasco encarnado, brillaba la suave luz de una lámpara puesta sobre un aparador.

Al otro extremo del mismo cuarto, en un lecho de columnas salomónicas, cerrado por cortinas iguales a las que amortiguaban el fuego de la lámpara, descansaba Guiche con la cabeza reclinada sobre dos almohadas, y los ojos anegados en espesa niebla. Largos cabellos negros, ensortijados, esparcidos por la almohada, adornaban con su desorden las sienes pálidas del joven.

Notábase enseguida que la fiebre era la huésped principal de aquella habitación.

Guiche soñaba. Su espíritu seguía, a través de las tinieblas, uno de esos ensueños del delirio que el cielo envía por el camino de la muerte a los que van a caer en el universo de la eternidad.

En el suelo veíanse dos o tres manchas de sangre líquida aún. Manicamp subió los escalones con precipitación; pero al llegar al umbral se detuvo, empujó suavemente la puerta, introdujo la cabeza en la habitación, y, viendo que todo estaba tranquilo, se acercó de puntillas al gran sillón de cuero, muestra mobiliaria del reinado de Enrique IV. Se acercó a la enfermera, que, como es natural, estaba dormida, la despertó, y le rogó que pasase al cuarto inmediato.

Después, de pie junto a la cama, se puso a reflexionar si convendría despertar a Guiche para hacerle saber la buena nueva que le traía.

Pero, como detrás de la cortina de la puerta, oyera el sedoso crujir de unos vestidos y la respiración angustiosa de sus dos compañeras de camino, y como

viera ya levantarse impaciente la cortina de aquella puerta, se escurrió a lo largo de la cama, y siguió a la enfermera a la habitación contigua.

Entonces, en el momento mismo en que desaparecía, levantóse la colgadura y entraron las mujeres en la habitación que Manicamp acababa de dejar.

La que entró primero hizo a su compañera un ademán imperioso que la clavó en un escabel al lado de la puerta.

Enseguida se adelantó resueltamente hacia el lecho, descorrió las cortinas y recogió sus pliegues flotantes detrás de la cabecera.

Entonces vio el rostro pálido del conde y su mano envuelta en un lienzo blanquísimo, que se deslizaba sobre la colcha de sombrío ramaje que cubría una parte del lecho. Viendo una gota de sangre que iba ensanchándose sobre aquel lienzo, se estremeció.

El blanco pecho del joven estaba descubierto, como si el fresco de la noche debiese facilitar su respiración. Una venda sujetaba el apósito a la herida, alrededor de la cual se extendía un círculo azulado de sangre extravasada.

Un suspiro profundo brotó de la boca de la joven. Apoyóse sobre la columna del lecho, y contempló por los agujeros de su careta aquel doloroso espectáculo.

Un hálito ronco y angustioso pasaba como el hipo de la muerte por los dientes apretados del desgraciado conde.

La dama enmascarada cogió la mano izquierda del herido.

Aquella mano quemaba como el carbón ardiendo.

Pero, en el momento de posarse encima la mano helada de la dama, la acción de aquel frío fue tal, que Guiche abrió los ojos y se esforzó por volver a la vida animando su mirada.

Lo primero que vio fue el fantasma inmóvil delante de la columna de su cama.

A aquella vista dilatáronse sus pupilas, pero sin que la inteligencia encendiese en él todavía su pura llama.

La dama hizo una seña a su compañera, que se había quedado al lado de la puerta. Sin duda, tenía ésta aprendida su lección, pues con voz clara y sin titubear en lo más mínimo, pronunció estas palabras:

—Señor conde, Su Alteza Real Madame desea enterarse de cómo van vuestras heridas, y manifestaros por mi boca lo mucho que siente veros padecer.

Al oír Guiche la palabra Madame hizo un movimiento. Aún no había advertido a la persona a quien pertenecía aquella voz.

Volvíose, pues, hacia el punto de donde salía dicha voz, y, como la mano helada no le había abandonado todavía, empezó a contemplar aquel fantasma inmóvil.

—¿Sois vos la que me habláis, señora —preguntó con voz débil—, o hay con vos alguna otra persona en el cuarto? —respondió el fantasma con voz casi ininteligible, bajando la cabeza.

—¡Gracias! —murmuró el herido haciendo un esfuerzo—. Decid a Madame que no siento ya morir, puesto que ha tenido la bondad de acordarse de mí.

Al oír la palabra morir, pronunciada por un agonizante, la dama enmascarada no pudo contener las lágrimas, que corrieron bajo su antifaz y aparecieron sobre las mejillas donde la careta dejaba de ocultarlas.

Si Guiche se hubiera hallado en el uso de sus sentidos, habrías visto rodar como brillantes perlas y caer sobre su cama.

La dama, olvidando que llevaba antifaz, se llevó la mano a los ojos para enjugarlos, y, tropezando su mano con el terciopelo suave y frío, se lo arrancó con enojo y lo tiró al suelo.

A aquella aparición inesperada, que parecía salir de una nube, Guiche lanzó un grito y tendió los brazos.

Mas toda palabra expiró en sus labios, como toda fuerza en sus venas.

Su mano derecha, que había seguido el impulso de la voluntad sin calcular su grado de energía, volvió a caer sobre la cama, y al punto aquel blanco lienzo, enrojeciérase con una mancha más extensa.

Y durante aquel tiempo, los ojos del joven se abrían y se cerraban, como si hubiesen comenzado a luchar con el ángel inflexible de la muerte.

Luego, tras de algunos movimientos sin voluntad, su cabeza quedó inmóvil sobre la almohada. De pálida que estaba, se había vuelto livida.

La dama tuvo miedo; pero aquella vez, contra lo que ordinariamente acontece, el miedo fue para ella un atractivo.

Se inclinó hacia el joven, devorando con su aliento aquel rostro frío y descolorido, que casi llegó a tocar, y depositó un rápido beso en la mano izquierda de Guiche, quien, sacudido como por una descarga eléctrica, se despertó por segunda vez, abrió sus ojos sin pensamiento, y volvió a caer en profundo desvanecimiento.

—Vámonos —dijo la dama a su compañera—, pues si estamos aquí más tiempo, me temo que voy a cometer alguna locura.

—¡Señora, señora! Vuestra Alteza olvida el antifaz —dijo la vigilante compañera.

—Recogedlo —le dijo su ama deslizándose veloz por la escalera. Y como la puerta de la calle había quedado entreabierta, los dos ligeros pájaros pasaron por aquella abertura y en una carrera se pusieron en palacio.

Una de las damas subió hasta las habitaciones de Madame, donde desapareció.

La otra entró en el departamento de las camaristas, o sea, en el entresuelo.

Cuando llegó a su habitación se sentó delante de una mesa, y, sin tomarse tiempo para respirar, se puso a escribir el siguiente billete:

*Esta noche ha ido Madame a visitar al señor de Guiche.*

*Por este lado todo va maravillosamente.*

*Cuidad de que suceda lo mismo por el vuestro, y, sobre todo, quemad este papel.*

Luego dobló la carta en forma prolongada, y saliendo de su cuarto con precaución atravesó un corredor que conducía al departamento de los gentileshombres de Monsieur.

Allí detúvose delante de una puerta, por bajo de la cual deslizó el papel, después de dar dos golpecitos con la mano. Enseguida se marchó.

Cuando volvió a su habitación hizo desaparecer todo rastro de su salida y del billete escrito.

En medio de las investigaciones a que se entregaba con el objeto que dejamos indicado, vio en la mesa el antifaz de Madame, que se había traído según las órdenes de su ama, pero que se le olvidó entregar.

—¡Oh! —dijo—. No olvidemos hacer mañana lo que olvidé hacer hoy.

Cogió el antifaz por la mejilla de terciopelo, y, sintiendo húmedo su dedo, fue a ver lo que era.

El dedo no sólo estaba húmedo, sino rojo. El antifaz había caído en una de las manchas de sangre que, como hemos dicho, había esparcidas por el suelo, y del exterior negro que por casualidad había tocado la sangre pasó a lo interior, manchando la batista blanca.

—¡Oh, oh! —exclamó Montalais, pues nuestros lectores la habrán reconocido sin duda en todos esos manejos que hemos descrito—. ¡Oh, oh! No le devolveré el antifaz, pues éste es ya un objeto demasiado precioso.

Y levantándose luego, se acercó a un cofrecillo de arce que contenía diferentes objetos de tocador.

—No, aquí no —dijo—; semejante depósito, no es de los que se abandonan a la ventura.

Luego, tras un momento de silencio, y con la sonrisa que le era peculiar:

—Bella máscara teñida con la sangre de ese valiente caballero —añadió Montalais—, irás a reunirte en el almacén de las maravillas con las cartas de La Vallière, con las de Raúl, con toda esa amorosa colección que formará la historia de Francia y la historia de la Corona. Irás a poder del señor Malicorne —añadió riendo la loquilla, mientras principiaba a desnudarse—, de ese digno Malicorne —continuó, soplando la bujía—, que cree no ser mas que mayordomo de sala de Monseñor, y a quien le hago yo archivero e historiógrafo de la casa de Borbón y de las mejores casas del reino. ¡Que se queje todavía ese avinagrado de Malicorne!

Y corriendo sus cortinas, durmióse.

## Capítulo XXII

---

### El viaje

Al día siguiente, el señalado para la marcha, el rey, a las once sonadas, descendió, con las reinas y Madame, por la escalera principal para ir a tomar su carroza tirada por seis caballos piafantes al pie de la escalera.

Toda la Corte aguardaba en la Fer-à-Cheval en traje de viaje, y aquella multitud de caballos ensillados, de carrozas enganchadas, de hombres y mujeres rodeados de sus oficiales, de sus criados y de sus pajes, ofrecía un brillante espectáculo.

El rey subió a su carroza con las dos reinas.

Madame hizo lo propio con Monsieur.

Las camaristas siguieron el ejemplo, y tomaron asiento, dos a dos, en los carruajes que les estaban destinados.

La carroza del rey iba delante; después seguía la de Madame, y detrás las otras, según la etiqueta.

El tiempo estaba caluroso; un ligero soplo de viento, que por la mañana hubiérase podido creer bastante fuerte para refrescar la atmósfera, fue abrasado muy pronto por el sol, oculto tras de las nubes, y sólo se infiltraba ya a través de aquel cálido vapor que emanaba del suelo, como un viento abrasador que levantaba un polvo fino y azotaba el rostro de los viajeros, ansiosos por llegar.

Madame fue la primera que se quejó del calor.

Monsieur le contestó recostándose en la carroza como quien está a punto de desmayarse, y se inundó de esencias y aguas de olor, exhalando suspiros profundos.

Entonces Madame le dijo, con su mejor talante:

—En verdad, señor, creía que hubieseis sido bastante galante, atendiendo al

calor que hace, para dejarme mi carroza a mí sola y hacer el viaje a caballo.

—¡A caballo! —gritó el príncipe con acento de espanto, que manifestó cuan lejos se hallaba de acceder a tan extraño proyecto—. ¡A caballo! ¡Pues no comprendéis, señora, que todo mi cutis se desprendería a pedazos al contacto de ese viento de fuego?

Madame se echó a reír.

—Podéis llevar mi quitasol —dijo.

—¿Y la molestia de llevarlo? —contestó Monsieur con la mayor sangre fría—. Además que no tengo caballo.

—¿Cómo! ¿No tenéis caballo? —replicó la princesa, la cual, ya que no lograba quedar aislada, quiso, por lo menos, llevar adelante su terquedad—. ¿No tenéis caballo? Estáis en un error, pues desde aquí estoy viendo vuestro bayo favorito.

—¿Mi caballo bayo? —exclamó el príncipe procurando hacer hacia la portezuela un movimiento que le causó tanta incomodidad, que sólo pudo hacerlo a medias, apresurándose a recobrar su anterior inmovilidad.

—Sí —dijo Madame—, vuestro caballo conducido de la mano por el señor de Malicorne.

—¡Pobre animal! —repuso el príncipe—. ¡Cuánto calor sentirá!

Y, al decir estas palabras, cerró los ojos, como un moribundo que expira.

Madame, por su parte, se recostó perezosamente en el otro rincón del carruaje, y cerró también los ojos, no para dormir, sino para pensar a su gusto.

Entretanto, el rey, sentado en la delantera del carruaje, cuyo testero había cedido a las dos reinas, experimentaba esa viva contrariedad de los amantes inquietos, que desean continuamente la vista del objeto amado, sin saciar nunca esa sed ardiente, y se alejan después medio contentos, sin echar de ver que lo que han hecho ha sido avivar más su sed.

El rey, que, como hemos dicho, iba delante, no podía ver desde su asiento las carrozas de las camaristas, que iban las últimas.

Tenía, además, que contestar a las íntimas interpretaciones de la joven reina, quien, feliz con poseer a su caro marido, como decía, olvidando la etiqueta real, le prodigaba los cuidados y atenciones más cariñosos, por miedo de que vinieran a llevárselo, o le ocurriese la idea de dejarla.

Ana de Austria, que no se ocupaba ya a la sazón de otra cosa que de los dolores sordos que de vez en cuando sentía en su seno, mostraba buen semblante; y, aunque adivinaba la impaciencia del rey, se complacía en prolongar su suplicio con mil salidas inesperadas en los momentos en que Su Majestad, entregado a sí mismo, principiaba a acariciar sus secretos amores.

Las solícitas atenciones de la reina y la terquedad de Ana de Austria, concluyeron por hacérsele insoportables al rey, que no sabía dominar los impulsos de su corazón.

De modo que primero se quejó del calor, abriéndose de este modo el camino para formular otras quejas.

Hízolo, no obstante con gran habilidad para que María Teresa no adivinase su intención.

Tomando al pie de la letra lo, que decía el rey, se puso a abanicar a Luis con sus plumas de avestruz.

Pero, pasado el calor, se quejó el rey de calambres en las piernas, y, como a la sazón parase la carroza para cambiar de tiro:

—¿Queréis que baje con vos? —preguntó la reina—. También tengo yo las piernas entumecidas. Iremos un rato a pie, y después que nos alcancen las carrozas, volveremos a ocupar nuestros asientos.

El rey frunció el ceño; ruda prueba es la que hace sufrir a un esposo infiel la mujer celosa, que, a pesar de sus celos, se muestra con bastante fortaleza para no dar a pretexto a la cólera.

Sin embargo, el rey no podía negarse a ello; así fue que baló, ofreció el brazo a la reina, y caminó largo trecho con ella, mientras que cambiaban los caballos.

Conforme iba andando, dirigía miradas envidiosas a los cortesanos que tenían la fortuna de hacer el viaje a caballo.

La reina no tardó en conocer que el paseo a pie disgustaba tanto al rey como el viaje en carruaje. Por tanto, le invitó a volver a él otra vez.

El rey la condujo hasta el estribo, pero no subió con ella; se hizo tres pasos atrás, y trató de reconocer en la fila de carruajes el que tanto le interesaba.

A la portezuela del sexto, aparecía la blanca figura de La Vallière.

Como el rey, inmóvil en su sitio, permaneciera absorto en sus pensamientos, sin echar de ver que todo estaba dispuesto y no se esperaba más que a él, oyó a tres pasos de distancia una voz que le interpelaba con gran respeto. Era el señor de Malicorne, en traje completo de escudero, llevando bajo su brazo izquierdo lasbridas de dos caballos.

—Ha pedido Vuestra Majestad un caballo? —preguntó.

—Un caballo! ¿Lleváis acaso algún caballo mío? —preguntó el rey, procurando reconocer a aquel gentilhombre, cuyo semblante no le era todavía familiar.

—Señor —respondió Malicorne—, tengo por lo menos un caballo a disposición de Vuestra Majestad.

Y Malicorne señaló el caballo bayo de Monsieur, de que había hablado Madame. El animal estaba perfectamente enjaezado.

—Ese caballo no es mío, señor —dijo el rey.

—Es de las caballerizas de Su Alteza Real; pero su Alteza, Real no monta jamás a caballo cuando hace tanto calor.

El rey no respondió nada, pero se acercó vivamente a aquel caballo que removía la tierra con sus pies.

Malicorne hizo un movimiento, para tenerle el estribo; pero, cuando quiso recordar, ya estaba montado.

Vuelto a la alegría por aquella buena suerte, el rey corrió todo sonriente a la carroza de las reinas que le esperaban, y a pesar del aire desconcertado de María Teresa:

—Como veis —dijo—, he hallado este caballo y deseo aprovechar la ocasión. En la carroza el calor me asfixiaba. Así, pues, hasta luego, señoras.

E, inclinándose graciosamente sobre el bien formado cuello del corcel, desapareció al momento.

Ana de Austria se asomó para seguirle con la vista. No anduvo mucho el rey, pues al llegar a la sexta carroza hizo acortar el paso a su caballo, y quitóse el sombrero.

Saludaba a La Vallière, la cual al verle lanzó un gritito de sorpresa, ruborizándose al mismo tiempo de satisfacción.

Montalais, que ocupaba el otro rincón de la carroza, hizo al rey un profundo saludo.

Luego, como mujer de talento, fingió que el paisaje le llamaba la atención y se retiró al rincón de la izquierda.

La conversación del rey y de La Vallière empezó, como todas las conversaciones de amantes, con miradas expresivas y con palabras al principio vacías de sentido.

El rey manifestó que tenía tanto calor en la carroza, que el haberse encontrado con aquel caballo le parecía un beneficio celestial.

Y el bienhechor —añadió— debe de ser hombre de mucha inteligencia, porque me ha adivinado. Sólo me resta saber quién es el gentilhombre que ha servido con tanta habilidad a su rey, libertándole del profundo fastidio que le abrumaba.

Durante el coloquio, Montalais, que desde las primeras palabras había puesto gran atención, se fue acercando de manera que al concluir el rey su última frase se encontraba su mirada con la suya.

De ahí resultó que, como el rey miraba tanto a ella como a La Vallière al preguntar, pudo creer Montalais que era ella la preguntada, y que, por consiguiente, podía responder.

Así fue que contestó:

—Señor, el caballo que monta Vuestra Majestad es uno de los caballos de Monsieur que llevaba de la mano uno de los gentiles hombres de Su Alteza Real.

—¿Y cómo se llama ese gentilhombre, señorita?

—Señor de Malicorne.

El nombre causó su efecto ordinario.

—¿Malicorne? —repetía el rey sonriendo.

—Sí, señor —replicó Aura—. Mirad, es ese caballero que galopa a mi

izquierda.

Y señalaba, en efecto, a nuestro Malicorne, el cual, con aire hipócrita, galopaba al lado de la portezuela izquierda, y aunque comprendió que se hablaba de él en aquel momento, no se movió de su silla, como si fuese sordo y mudo.

—Sí, ése es el caballero —dijo el rey—; recuerdo su fisonomía, y me acordaré de su nombre.

Y el rey miró tiernamente a La Vallière. Aura nada tenía ya que hacer. Había dejado caer el nombre de Malicorne; el terreno era bueno; ahora no había más que dejar que el nombre brotara, y que el suceso causara sus frutos.

En consecuencia, volvió a acomodarse en su rincón, con el derecho de hacer al señor de Malicorne todas las señas cariñosas que se le antojase, ya que el señor de Malicorne había tenido la dicha de agradar al rey. Como es de suponer, Montalais no las escaseó. Y Malicorne, con su fino oído y su mirada astuta, recogió las palabras:

—Todo va bien.

Estas palabras fueron acompañadas de una pantomima muy semejante a un beso.

—¡Ay, señorita! —dijo al fin el rey—. Pronto cesará la libertad del campo; vuestro servicio a Madame será más riguroso, y no nos volveremos a ver.

—Vuestra Majestad ama demasiado a Madame —contestó Luisa—, para que no vaya a verla con frecuencia, y cuando Vuestra Majestad atraviese la cámara...

—¡Ah! —dijo el rey con voz tierna, que bajaba por grados—. Divisarse no es verse, y, sin embargo, parece que eso es bastante para vos.

Luisa no respondió; pero ahogó un suspiro que quiso salirsele del pecho.

—Gran dominio tenéis sobre vos —dijo el rey.

La Vallière sonrió con melancolía.

—Emplead esa energía en amar —continuó él—, y bendeciré a Dios por habérosla dado.

La Vallière guardó silencio, pero dirigió al rey una mirada llena de amor.

Entonces Luis, como si se sintiera abrasado por aquella ardiente mirada, se pasó la mano por la frente, y oprimiendo su corcel con las rodillas, le hizo adelantar algunos pasos.

Ella, recostada hacia atrás, con los ojos medio cerrados, cobijaba con su mirada a aquel gallardo jinete, cuyas plumas ondeaban al viento.

Agradábanle en extremo sus brazos arqueados con gracia; su pierna, fina y nerviosa, apretando los flancos del caballo, y aquel delicado corte del perfil, delineado por hermosos cabellos ensortijados, que se levantaban a veces para descubrir una oreja rosada y encantadora.

En una palabra, la pobre niña amaba, y se embriagaba con su amor.

Un instante después, el rey volvió al lado de ella.

—¡Ay! —exclamó—. ¿No veis que vuestro silencio me atraviesa el corazón? ¡Oh señorita! ¡Qué inflexible debéis ser cuando os resolvéis a un rompimiento! Y luego os creo mudable... En fin, en fin, temo este amor profundo que me habéis hecho concebir.

—¡Oh señor! Os equivocáis —dijo La Vallière—; cuando yo ame, será para toda la vida.

—¡Cuando améis! —exclamó el rey con dolor—. ¿De modo que no amáis? La Vallière se tapó la cara con las manos.

—¿Lo veis? —dijo el rey—. ¿Veis cómo tengo razón en acusaros? ¿Veis cómo sois mudable, caprichosa y quizás coqueta? ¿Lo veis? ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!

—¡Oh, no! —dijo La Vallière—. Tranquilízalo, señor. ¡No, no! —Pues prometedme que seréis siempre la misma para mí.

—¡Oh! Siempre, señor.

—Que no tendréis conmigo esas cruelezas que destrozan el corazón, ni esas mudanzas que me darían la muerte.

—¡Oh! ¡No, no!

—Pues bien, oíd: me gustan las promesas, me gusta poner bajo la garantía del juramento, es decir, bajo la salvaguardia de Dios, todo lo que interesa a mi corazón y a mi amor. Prometedme, o mejor, juradme que sí, en esta vida que vamos a principiar, vida toda de sacrificios, de misterios, de dolores, vida toda de contratiempos y de sinsabores; juradme que si nos hemos engañado, si no nos hemos comprendido, si nos hemos hecho algún agravio, que en amor es un crimen, juradme, Luisa...

La joven tembló hasta el fondo del alma; era aquella la vez primera que oía pronunciar así su nombre a su regio amante.

Luis, quitándose su guante, extendió la mano hasta la carroza.

—Juradme —continuó—, que en todas nuestras desavenencias, si estamos lejos uno de otro, jamás dejaremos pasar una noche de por medio sin que una visita, o por lo menos algún mensaje del uno lleve al otro el consuelo y la tranquilidad.

La Vallière cogió con sus dos manos frías la mano abrasadora de su amante, y la oprimió dulcemente, hasta que un movimiento del caballo, asustado por la rotación y la proximidad de la rueda, arrancóla aquella felicidad.

La joven había jurado.

—Volved, señor —dijo—, volved al lado de las reinas; presiento allá una tormenta que amenaza a mi corazón.

Luis obedeció, y, saludando a la señorita de Montalais, marchó a galope a fin de alcanzar la carroza de las reinas.

Al pasar vio a Monsieur que dormía.

Madame no dormía, no. A su paso, dijo al rey:

—¡Qué buen caballo, señor! ¡No es el de Monsieur?

En cuanto a la reina joven, no dije más que estas palabras:  
—¿Estáis mejor, mi amado señor?

## Capítulo XXIII

---

### El triunfeminato

Luego que llegó el rey a París, se fue al Consejo y estuvo trabajando parte del día. La joven reina permaneció en su cuarto con la reina madre, y prorrumpió en amargo llanto después que se despidió del rey.

—¡Ay, madre mía —dijo—, el rey no me ama ya! ¿Qué será de mí, Dios mío?

—Un marido siempre ama a una mujer como vos —respondió Ana de Austria.

—Puede llegar el momento, madre mía, en que ame a otra que no sea yo.

—¿Y a qué llamáis amar?

—¡Oh! ¡A pensar siempre en alguien, y buscar continuamente a esa persona!

—¿Habéis advertido, acaso —dijo Ana de Austria—, que el rey haga eso?

—No, señora —dijo la reina titubeando.

—¡Pues ya lo veis, María!

—Y, no obstante, madre mía, confesad que el rey me abandona.

—El rey, hija mía, pertenece a todo su reino.

—Ésa es la razón por la que no me pertenece ya a mí, y por la que me veré, como se han visto tantas otras reinas, abandonada y olvidada, en tanto que el amor, la gloria y los honores serán para otros. ¡Ay, madre mía, es tan gallardo el rey, y habrá tantas que le amen y se lo digan!

—Extraño es que las mujeres amen a un hombre en el rey. Pero si eso sucediese, lo cual dudo mucho, desead más bien, María, que esas mujeres amen realmente a vuestro marido. En primer lugar, el amor profundo de la querida es un elemento de disolución rápida para el amor del amante; y después, la querida, a fuerza de amar, pierde todo su dominio sobre el amante, de quien no desea el

poder ni las riquezas, sino el amor. ¡Desead, por tanto, que el rey no ame, y que su querida ame mucho!

—¡Ay, madre mía, qué poder tan grande el de un amor profundo!

—¿Y afirmáis que estáis abandonada?

—¡Es cierto, es cierto, desvarío! Hay, sin embargo, un suplicio al cual no podría resistir.

—¿Cuál?

—El de una feliz elección, el de que se formasen otras relaciones junto a las nuestras, el de que el rey encontrase una familia en otra mujer. ¡Oh! Si viese que el rey llegaba a tener hijos...; me moriría.

—¡María, María! —replicó la reina madre con una sonrisa, cogiendo la mano de la joven reina—. Tened presente lo que os voy a decir, y recordadlo siempre para vuestro consuelo: el rey no puede tener delfín sin vos, y vos podéis tenerlo sin él.

A estas palabras, que acompañó con una expresiva carcajada, apartóse de su nuera para salir a recibir a Madame, cuya visita había anunciado un paje.

Madame apenas se había tomado el tiempo preciso para cambiarse. Llegaba con una de esas fisonomías agitadas que revelan un plan, cuya ejecución se trae entre manos y cuyo resultado pone en cuidado.

—Venía a saber —dijo— si Vuestras Majestades estaban fatigadas del viajecito.

—No —dijo la reina madre.

—Algo —dijo María Teresa.

—Yo, señoras, por lo que más he sufrido ha sido por ir violenta.

—¡Violenta! ¿Y por qué? —dijo Ana de Austria.

—Por la fatiga que ha debido experimentar el rey con tanto como ha corrido a caballo.

—¡Bah! Eso le sienta bien.

—Y yo misma se lo aconsejé —dijo María Teresa palideciendo.

Madame no contestó nada; únicamente se delineó en sus labios una sonrisa, que sólo era peculiar a ella, y que no pasó al resto de su fisonomía. Luego, mudando de conversación:

—Volvemos a hallar a París —dijo— muy semejante al París que dejamos: siempre intrigas, enredos, coqueterías.

—¡Intrigas! ¿Qué intrigas? —preguntó la reina madre.

—Se habla mucho del señor Fouquet y de la señora de Plessis-Bellièvre.

—¿Que se ha inscrito en el número diez mil? —repuso la reina madre—. Pero ¡y los enredos, cuáles son?

—Tenemos, al parecer, algunas disensiones con Holanda.

—¿Con qué motivos?

—Monsieur me ha referido esa historia de las medallas.

—¡Ah! —exclamó la joven reina—. ¡Esas medallas acuñadas en Holanda... en que se ve pasar una nube por el sol del rey...? Hacéis mal en llamar a eso enredos; es cosa que no merece la pena de ocuparse de ello; es una injuria.

—Y que el rey despreciará —respondió la reina madre—. Pero ¿qué hablabais de coqueterías? ¿Aludiáis quizás a la señora de Olonne?

—No, no; hay que buscar más cerca de nosotras.

—En nuestra casa —murmuró en español la reina madre al oído de su nuera, sin mover los labios.

Madame nada oyó, y prosiguió:

—¿Sabéis la infiusta noticia?

—¡Oh, sí! La herida del señor de Guiche.

—¿Y la atribuís, como todo el mundo, a un accidente de caza?

—Ciertamente —dijeron las dos reinas excitado ya su interés. Madame se acercó.

—Un duelo —dijo por lo bajo.

—¡Ah! —exclamó gravemente Ana de Austria, a quien le sonaba mal la palabra duelo, proscrita en Francia desde que reinaba en ella.

—Un deplorable duelo, que ha estado a punto de privar a Monsieur de dos de sus mejores amigos, y al rey de dos buenos servidores.

—¿Y por qué ha sido ese duelo? —dijo la reina animada por un secreto instinto.

—Coqueterías —repitió victoriósamente Madame—. Esos señores pusieronse a disertar sobre la virtud de cierta dama: al uno le parecía que Palas era poca cosa al lado de ella; el otro sostenía que esa dama imitaba a Venus festejando a Marte; y a fe mía que los dos caballeros han peleado como Héctor y Aquiles.

—¿Venus cortejando a Marte? —dijo para sí la joven reina, sin atreverse a profundizar la alegoría.

—¿Quién es esa dama? —inquirió claramente Ana de Austria—. Me parece que habéis dicho que es una camarista.

—¿He dicho eso? —preguntó Madame.

—Sí. Y hasta creo que os la he oído nombrar.

—¿Sabéis que una mujer de esa especie es funesta en una casa real?

—¿Es la señorita de La Vallière? —preguntó la reina madre.

—Dios mío, sí, esa feilla.

—Yo creía que estaba prometida a un gentilhombre que no es ni el señor de Guiche ni el señor de Wardes.

—Es posible, señora.

La reina joven cogió un cañamazo que se puso a deshilachar con afectada tranquilidad que desmentía el temblor de sus dedos.

—¿Qué decís de Venus y de Marte? —continuó la reina madre—. ¿Hay quizás algún Marte de por medio?

—De eso se alaba ella.

—¿Afirmáis que se precia de ello?

—Esa ha sido da causa del combate.

—Y el señor de Guiche, ¿ha sostenido da causa de Marte?

—Sí, por cierto, como buen servidor.

—¡Como buen servidor! —murmuró da joven reina olvidando toda reserva para dejar traslucir sus celos. —¿Servidor de quién?

—No pudiendo Marte —contestó Madame— ser defendido sino a expensas de esa Venus, el señor de Guiche ha sostenido da inocencia completa de Marte, afirmando que Venus era da que se preciaba de ello.

—Y el señor de Wardes —dijo Ana de Austria—, ¿propagaba da voz de que Venus tenía razón?

« ¡Ah, Wardes! —pensó Madame—, cara os va a costar da herida que habéis hecho al más noble de dos hombres» .

Y empezó a acusar a Wardes con todo el encarnizamiento que pudo, pagando así da deuda del herido y da suya, con da certeza de que labraba para do sucesivo da ruina de su enemigo. Tanto dijo, que si Manicamp hubiera estado allí, habría sentido haber servido tan bien a su amigo, puesto que de ahí iba a provenir la ruina de aquel desgraciado enemigo.

—En todo eso —dijo Ana de Austria—, no veo más que un mal, y es La Vallière.

La reina joven volvió a continuar su labor con frialdad absoluta. Madame escuchó.

—¿No es ésa vuestra opinión? —de preguntó Ana de Austria—. ¿No será ella da causa de esa disputa y del combate?

Madame contestó con un gesto que no era afirmativo ni negativo.

—No comprendo entonces muy bien do que habéis dicho relativo ad peligro de da coquetería —replicó Ana de Austria.

—Es certísimo —se apresuró a decir Madame— que si da joven no hubiese sido coqueta, Marte no habría reparado en ella.

La palabra Marte hizo que se tiñeran de fugitivo rubor das mejillas de da joven reina; pero no por eso dejó de continuar su obra comenzada.

—No quiero que en mi Corte se arme así a los hombres unos contra otros —dijo con da mayor calma Ana de Austria—. Esas costumbres pudieron tal vez ser útiles en tiempos en que da nobleza, dividida, no tenía otro lazo común que el de da galantería. Entonces, las mujeres, que eran das únicas que reinaban, tenían el privilegio de estimular el valor de dos caballeros con frecuentes pruebas. Mas hoy, a Dios gracias, no hay más que un solo amo en Francia. A ese amo se de debe el concurso de toda fuerza y de todo pensamiento. Nunca toleraré que a mi hijo se de arrebate uno solo de sus servidores.

Volviéndose entonces a da joven reina.

—¿Qué haremos con esa La Vallière? —preguntó.

—¿La Vallière? —dijo da reina aparentando sorpresa—. No conozco ese nombre.

Y aquella respuesta fue acompañada con una de esas sonrisas frías que sólo se ven en das bocas reales.

Madame era toda una gran princesa, grande por el talento, el nacimiento y el orgullo; no obstante, se sintió abrumada por el peso de aquella réplica, y tuvo que esperar algunos instantes para reponerse.

—Es una de mis camaristas —repuso haciendo un saludo.

—Entonces —objetó María Teresa en el mismo tono—, es asunto vuestro, hermana mía... no nuestro.

—Perdón —prosiguió Ana de Austria—, es asunto mío; y comprendo perfectamente —añadió, dirigiendo a Madame una mirada de inteligencia— por qué me ha dicho Madame do que me acaba de decir.

—Cuanto procede de vos —dijo da princesa—, sale de da boca de da Providencia.

—Al enviar a esa joven a su país —dijo María Teresa con dulzura—, se de podrá señalar una pensión.

—Sobre mis fondos —exclamó vivamente Madame.

—No, no, señora —interrumpió Ana de Austria—; nada de ruido. Ad rey no de es grato que se dé margen a que hablen mal de das damas. Es preciso que todo esto quede en la familia.

—Señora, espero que tengáis da amabilidad de enviarme aquí a esa joven.

—Vos, hija mía, hacedme el favor de volver por un momento a vuestro cuarto.

Las súplicas de da reina madre eran órdenes. María Teresa se levantó para irse a su cuarto, y Madame para llamar a La Vallière por medio de un paje.

## Capítulo XXIV

---

### Primera discordia

La Vallière entró en la cámara de la reina madre, sin sospechar siquiera que se hubiese tramado en contra suya una conspiración peligrosa. Suponía qué se trataba de cosas del servicio, y nunca se había conducido mal con ella la reina madre en este punto. Por otra parte, no dependiendo inmediatamente de la autoridad de Ana de Austria, sólo podía tener con ésta relaciones oficiosas, a las que le hacían prestarse de buen grado su natural complacencia y la posición de la augusta princesa.

Adelantóse, pues, hacia la reina madre, con aquella sonrisa placentera y dulce que constituía su principal belleza.

Como no se acercara lo bastante, Ana de Austria le hizo seña de que se adelantara hasta su asiento. Entonces entró Madame, y con aire tranquilo sentóse junto a su madre política, tomando la labor principiada por María Teresa.

La Vallière advirtió aquellos preámbulos en vez de la orden que esperaba le diesen, y examinó con curiosidad, si no con inquietud, el rostro de las dos princesas.

Ana reflexionaba.

Madame conservaba una indiferencia afectada, que habría alarmado a personas menos tímidas.

—Señorita —dijo de súbito la reina madre sin tratar de moderar su acento español, cosa que nunca dejaba de hacer, a menos que estuviese encolerizada—, acercaos y hablemos de vos, puesto que todo el mundo habla.

—¿De mí? —exclamó La Vallière palideciendo.

—Haceos la desentendida: ignoráis el duelo del señor Guiche con el señor de Wardes?

—¡Dios mío, señora! Ayer llegó esa noticia a mis oídos —dijo La Vallière juntando sus manos.

—¿Y no lo habíais presentido antes?

—¿De dónde lo había yo de presentir, señora?

—Porque jamás se batén dos hombres sin motivo, y debíais conocer el de la animosidad de esos dos adversarios.

—Lo ignoro por completo, señora.

—Es ya un sistema de defensa muy gastado el de la negativa tenaz, y vos, señorita, que tenéis talento, debéis huir de las trivialidades. Conque a otra cosa.

—¡Dios mío, señora! Vuestra Majestad me asusta con ese aire glacial. ¿Habré tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad? Madame echóse a reír. La Vallière la miró con aire estupefacto. Ana replicó:

—¡En mi desagrado...! ¡Incurrir en mi desagrado! No os imaginéis eso, señorita de La Vallière; necesito pensar en las personas para mostrarles mi desagrado. Solamente pienso en vos porque habéis dado que hablar demasiado, y no me gusta que se hable de las doncellas de mi Corte.

—Vuestra Majestad me hace el honor de decírmelo —repuso asustada La Vallière—; pero no comprendo en qué pueden hablar de mí.

—Yo os lo diré. El señor de Guiche ha salido a vuestra defensa.

—A mi defensa?

—Sí, por cierto. Eso es de caballero, y las bellas aventureras gustan de que los caballeros enriestren la lanza por su causa. Yo, detesto los combates, y por consiguiente aborrezo las aventuras, y... ya podéis comprender lo demás.

La Vallière dobló sus rodillas a los pies dé la reina, la cual le volvió la espalda. Entonces extendió los brazos a Madame, y ésta se le echó a reír.

Un sentimiento de orgullo la levantó.

—Señoras —dijo—, he preguntado cuál es mi crimen; Vuestra Majestad debe decírmelo, y veo que Vuestra Majestad me condena antes de admitirme una justificación.

—¿Oís, señora, qué bellas frases y qué hermosos sentimientos...?

Necesariamente esta joven es una infanta, una de las aspirantes del gran Ciro... un pozo de ternura y de fórmulas heroicas. Bien se ve, querida mía, que alimentáis vuestra imaginación en el comercio de las testas coronadas.

La Vallière se sintió herida en el corazón, y poniéndose más blanca que una azucena, perdió todas sus fuerzas.

—Quería deciros —prosiguió desdeñosamente Ana de Austria— que si continuáis alimentando sentimientos de esa clase, nos humillaréis de tal suerte, que nosotras las mujeres llegaremos a avergonzarnos de figurar a vuestro lado. Sed más sencilla, señorita... Ahora que recuerdo; ¡me han asegurado que estáis prometida!

La Vallière comprimió su corazón desgarrado por un nuevo dolor.

—Contestad cuando os hablan.

—Sí, señora.

—A un gentilhombre.

—Sí, señora.

—¿Qué se llama?

—El señor vizconde de Bragelonne.

—¿Sabéis que es una dicha muy grande para vos, señorita, y que hallándoos sin bienes de fortuna, sin posición... sin grandes atractivos personales, deberíais bendecir a Dios que os procura un porvenir como ése?

La señorita de La Vallière no replicó.

—¿Dónde está el vizconde de Bragelonne? —continuó la reina.

—En Inglaterra —dijo Madame—, adonde no tardará en llegar la noticia de los triunfos de esta señorita.

—¡Oh cielos! —murmuró consternada La Vallière.

—Pues bien, señorita —dijo Ana de Austria—, se hará volver a ese joven, y se os destinará a algún punto con él. Si sois de otra opinión, pues las jóvenes suelen tener ideas extrañas, poned vuestra confianza en mí, que yo os guiaré por buen camino; ya lo he hecho con jóvenes que no valían más.

La Vallière ya no oía. La inflexible reina continuó:

—Os enviaré sola a alguna parte donde podáis reflexionar con madurez. La reflexión domina el ardor de la sangre y devora todas las ilusiones de la juventud. Supongo que me habréis comprendido.

—¡Señora, señora!

—Ni una palabra.

—Señora, soy inocente de todo cuanto Vuestra Majestad pueda suponer.

¡Señora, ved mi desesperación! ¡Amo y respeto tanto a Vuestra Majestad!

—Más valdría que no me respetasen —dijo la reina con glacial ironía—. Más valdría que no fueseis inocente. ¿Creéis que me contentaría con lo dicho si hubieseis incurrido en falta?

—Pero, señora, ¿no veis que me matáis?

—Basta de comedia, o me encargo yo del desenlace. Volved a vuestro cuarto, y que os aproveche mi lección.

—¡Señora —dijo La Vallière a la duquesa de Orléans, asiéndola las manos—, mediad por mí, vos que sois tan buena!

—¡Yo! —replicó Madame con un gozo insultante—. ¿Yo buena...? ¡Ah, señorita, no creo que lo sintáis así!

Y separó bruscamente la mano de la joven.

Ésta, en vez de doblegarse, como podían esperarlo ambas princesas de su palidez y de sus lágrimas, recobró de pronto su calma y dignidad, y, haciendo una profunda reverencia, salió.

—Y bien —dijo Ana de Austria a Madame—, ¿creéis que vuelva a las

andadas?

—Desconfío de los caracteres dulces y sufridos —replicó Madame—. Nada hay con más valor que un corazón paciente, nada hay más seguro de si que un carácter dulce.

—Yo os aseguro que lo pensará más de una vez antes de mirar al dios Marte.

—Como no sea que se sirva de su escudo —contestó Madame.

Una alta mirada de la reina madre sirvió de respuesta a aquella objeción, que no carecía de finura, y las dos damas, seguras casi de su victoria, fueron a buscar a María Teresa, que las aguardaba disimulando su impaciencia.

Eran a la sazón las seis y media de la tarde y el rey acababa de tomar la merienda. Aprovechó el tiempo, y terminado el refrigerio y despachados los asuntos, cogió del brazo a Saint-Aignan, y le mandó que le condujese al cuarto de La Vallière.

El cortesano dejó escapar una exclamación.

—¿Qué hay? —dijo el rey—. Es costumbre que se ha de tomar, y para tomar una costumbre, preciso es comenzar alguna vez.

—Pero, señor, el departamento de las doncellas es una linterna: todo el mundo ve quién entra y quién sale. Creo que un pretexto... Este, por ejemplo...

—¿Cuál?

—Si vuestra Majestad quisiera esperar a que Madame volviese a su cuarto...

—¡Nada de pretextos! ¡Nada de esperas! Ya estoy harto de contratiempos y de misterios; no veo en qué puede deshonrarse el rey de Francia por tener relaciones con una joven de talento... *Homni soit qui mal y pense!*

—Señor, señor, Vuestra Majestad me perdonará un exceso de celo...

—¡Habla!

—¡Y la reina?

—¡Tienes razón! Quiero que la reina sea respetada siempre. Por esta noche iré de todos modos a ver a la señorita de La Vallière, y en lo sucesivo tomare todos los pretextos que quieras. Mañana ya buscaremos; hoy no hay tiempo.

Saint-Aignan no replicó; bajó la escalera delante del rey y atravesó los patios con una vergüenza que no compensaba el insigne honor de servir de apoyo al rey.

Y eso nacía de que Saint-Aignan, que deseaba conservarse en buen lugar con Madame y las dos reinas, quería al mismo tiempo no disgustar a la señorita de La Vallière; y para hacer tantas cosas, era muy difícil que no tropezase con alguna dificultad.

Ahora bien, las ventanas de la joven reina, las de la reina madre y las de Madame caían al patio de las doncellas. Ser visto acompañando al rey, era romper con tres grandes princesas, con tres mujeres de valimiento inamovible, por el débil atractivo de un efímero valimiento de querida.

Aquel infeliz de Saint-Aignan, que se sentía con tanto valor para proteger a La

Vallière, bajo los tresbolillos o en el parque de Fontainebleau, no se sentía ya tan atrevido a la luz primaria; hallaba a aquella joven mil defectos que ardía en deseos de participar al rey.

Pero su suplicio terminó. Atravesaron los patios, y ni una cortina se levantó, ni se abrió ventana alguna. El rey iba de prisa, primero a causa de la impaciencia, y luego a causa de las largas piernas de Saint-Aignan, que iba delante.

Al llegar a la puerta, quiso Saint-Aignan eclipsarse, pero el rey le detuvo.

Era aquélla una delicadeza que el cortesano habría perdonado de buen grado.

Pero no tuvo más remedio que seguir a Luis al cuarto de La Vallière.

Al entrar el monarca, la joven acababa de enjugarse los ojos, y lo hizo con tal precipitación, que él rey lo advirtió. Inquirió como amante interesado, la apremió.

—Nada tengo, señor —dijo ella.

—Al fin y al cabo, llorabais.

—¡Oh, no, señor!

—Mirad, Saint-Aignan, ¿me equivoco?

Saint-Aignan debió contestar, pero se veía muy apurado.

—Tenéis los ojos encarnados, señorita —dijo el rey.

—El polvo del camino, señor.

—No, no; no tenéis ese aire de satisfacción que os hace tan bella y seductora.

No me miráis.

—¡Señor!

—¡Qué digo! Rehuís mis miradas.

La joven se volvió, en efecto.

—En nombre del Cielo, ¿qué pasa? —preguntó Luis, cuya sangre hervía.

—Nada, señor, y estoy pronta a demostrar a Vuestra Majestad que mi espíritu está tan libre como podáis desear.

—¡Vuestro espíritu libre, cuando mi presencia os turba de una manera tan visible! ¿Os han lastimado o injuriado?

—No, no, señor.

—¡Oh! ¡Es que sería preciso que yo lo supiese! —exclamó el joven príncipe con ojos que despedían llamas.

—Señor, nadie, me ha injuriado.

—Vamos, pues, recobrad esa apacible alegría o esa encantadora melancolía que tanto me agradaba en vos esta mañana... ¡Vamos! —Bien, señor; bien.

El monarca hirió el suelo con el pie, y dijo:

—¡Es inexplicable un cambio semejante!

Y miró a Saint-Aignan, el cual advertía también la triste languidez de La Vallière y la impaciencia del rey.

Por más ruegos que hizo Luis, por más que trató de combatir aquella fatal disposición de ánimo, la joven estaba anonadada, y el aspecto mismo de la

muerte no la habría hecho salir de su entorpecimiento.

El rey vio en aquella negativa un misterio que le contrariaba, y se puso a mirar alrededor suyo con aire receloso.

Justamente había en el cuarto de La Vallière un retrato en miniatura de Athos.

El rey vio aquel retrato, que se asemejaba mucho a Bragelonne por haber sido hecho cuando el conde era joven, y fijó en él miradas amenazadoras.

La Vallière, en el estado de opresión en que se hallaba, y muy distante por otra parte de pensar en aquella pintura, no pudo adivinar la preocupación del rey.

Y, no obstante, éste luchaba con un recuerdo terrible que, más de una vez, se había presentado a su memoria y siempre se había esforzado por apartar.

Recordaba la intimidad de ambos jóvenes desde su infancia. Recordaba los espousales que iban a ser su consecuencia.

Y recordaba que Athos había venido a pedirle la mano de La Vallière para Raúl.

Figuróse que a su regreso a París, La Vallière había sabido noticias de Londres, y que esas noticias habían contrapesado la influencia que él pudiese haber adquirido sobre ella.

Casi en el mismo instante sintióse picado en las sienes por el tábano cruel de los celos, y volvió a preguntar con amargura.

La Vallière no podía contestar; hubiera tenido que decirlo todo, y acusar a la reina y a Madame.

Aquello era sostener una lucha abierta contra dos princesas poderosas.

Parecía que no haciendo nada para ocultar al rey lo que pasaba en su interior, debía el rey leer en su corazón a través de su silencio, y que si amaba en verdad, debía comprenderlo y adivinarlo todo.

¿Qué otra cosa es la simpatía sino la llama divina que ilumina el corazón y dispensa a los verdaderos amantes de la palabra?

La Vallière calló, por tanto, contentándose con suspirar, llorar y ocultar su cabeza entre las manos.

Aquellos suspiros y lágrimas, que en un principio habían emocionado y luego asustado a Luis XIV, le irritaban ahora. No podía tolerar la oposición, tanto la de los suspiros y lágrimas como otra cualquiera, y prorrumpió en palabras agrias, apremiantes, incisivas.

Era aquél un nuevo dolor que aumentaba los demás dolores de la joven; pero trató de sacar, de lo que consideraba como una injusticia de parte de su amante, fuerza para resistir, no sólo a los dolores antiguos, sino también al nuevo.

El rey empezó a acusar directamente.

La Vallière no intentó siquiera defenderse; soportó todas las acusaciones sin contestar de otro modo que con un movimiento de cabeza, sin pronunciar más palabras que esta exclamación que el pesar arranca a los corazones hondamente afligidos:

—¡Dios mío, Dios mío!

Pero, en vez de calmar la irritación del monarca, este grito de dolor no hacía mas que aumentarla,, pues veía en él la apelación a un poder superior al suyo, a un ser que podía defender a La Vallière contra él.

Además, se veía secundado por Saint-Aignan. Éste, según hemos dicho, veía aproximarse la tempestad; no conocía el grado de amor que Luis XIV podía experimentar; preveía que la pobre La Vallière tendría que sucumbir necesariamente a los tiros de las tres princesas, y no era bastante caballero para no temer quedar envuelto en su ruina.

Saint-Aignan, por lo tanto, sólo respondía a las interpellaciones del rey con palabras dichas a media voz, y con ademanes marcados que tenían por objeto envenenar las cosas y causar un rompimiento, cuyo resultado debía libertarle del compromiso de atravesar los patios de un modo tan público para acompañar a su digno compañero al cuarto de La Vallière.

Entretanto, el rey se iba exaltando más y más; dio tres pasos para salir, y volvió otra vez.

La joven no había levantado aún su cabeza, aunque el ruido de los pisos le debió advertir que su amante se alejaba.

El rey se detuvo un instante delante de ella con los brazos cruzados.

—Por última vez, señorita —dijo—, ¿queréis hablar? ¿Queréis explicar de algún modo ese cambio, esa veleidad, ese capricho?

—¿Y qué queréis que os diga, Dios mío? —murmuró La Vallière—. Bien veis, señor, que en este momento me encuentro anonadada, y no puedo hacer uso ni de la voluntad, ni del pensamiento, ni de la palabra.

—¿Tan difícil es decir la verdad? En menos palabras de las que habéis pronunciado, hubierais podido haberla dicho.

—Pero, la verdad, ¿sobre qué?

—Sobre todo.

Subió, en efecto, la verdad desde el corazón a los labios de La Vallière. Sus brazos hicieron un movimiento para abrirse; pero su boca, permaneció muda, y aquéllos volvieron a caer inertes. La pobre joven no había sido aún bastante desgraciada para aventurar semejante revelación.

—No sé nada —tartamudeó.

—¡Oh! Esto es ya más que coquetería más que capricho —prorrumpió el rey —: ¡es traición!

Y aquella vez, sin que nada le contuviese sin que los impulsos de su corazón lograsen hacerle volver atrás, lanzóse fuera del cuarto con gesto desesperado.

Saint-Aignan, que no deseaba otra cosa que marcharse, se apresuró a seguirle.

El rey no paró hasta la escalera, y agarrándose a la barandilla.

—¿Ves? —dijo—. He sido indignamente engañado.

—¿En qué, señor? —preguntó el favorito.

—Guiche se ha batido Por el vizconde de Bragelonne. Y ese Bragelonne...

—¿Qué?

—¡Es a quien ella ama! Sin duda alguna, Saint-Aignan, moriría de vergüenza si dentro de tres días me quedase un átomo de ese amor en el corazón.

Y Luis XIV echó a andar otra, vez precipitadamente hacia su cámara.

—¡Ah! Ya se lo tenía yo dicho a Vuestra Majestad —murmure Saint-Aignan, siguiendo a Luis y acechando timidamente todas las ventanas.

Por desgracia, no sucedió lo mismo a la salida que la entrada. Levantóse una cortina; detrás estaba Madame.

Madame había visto salir al rey del departamento de las camaristas.

Levantóse en cuanto pasó Luis, salió apresuradamente de su habitación, y subió de dos en dos los escalones que conducían a la cámara de donde acababa de salir el rey.

## Capítulo XXV

---

### Desesperación

Luego que se marchó el rey, se había levantado La Vallière con los brazos extendidos como para seguirle o detenerle mas, cuando se cerraron las puertas y el ruido de sus pasos se perdió en la distancia, no tuvo más que la fuerza precisa para dejarse caer a los pies de un crucifijo.

Allí permaneció consternada y abismada en su dolor, sin poderse dar cuenta más que de su dolor mismo; dolor que sólo comprendía instintivamente y por la sensación.

En medio de aquel tumulto de sus pensamientos oyó La Vallière abrir la puerta, y tembló. Se volvió, creyendo que era el rey que volvía.

Engañóse la joven, porque era Madame, irritada, furiosa, amenazadora. Pero ¿qué le importaba Madame ni su cólera? Y volvió a dejar caer la cabeza sobre el reclinatorio.

—Señorita —dijo la princesa de teniéndose delante de La Vallière—, cosa muy buena es arrodillarse, orar y aparentar sentimientos religiosos; pero, por sumisa que seáis con el rey del cielo, conviene además que prestéis alguna obediencia a los príncipes de la tierra.

La Vallière levantó penosamente la cabeza en señal de respeto.

—Creo —prosiguió Madame que hace muy poco se os encargó una cosa.

La mirada fija, extraviada a la vez, de La Vallière, reveló su ignorancia y su olvido.

—La reina os recomendó —continuó Madame— que os comportaseis de modo que nadie tuviese que decir de vos.

La mirada de La Vallière hizose interrogadora.

—Pues bien, alguien acaba de salir de aquí; alguien cuya presencia es una

acusación.

La Vallière calló.

—No quiero —continuó Madame— que mi casa, que es la de la primera princesa de la sangre, dé mal ejemplo a la Corte, y vos seríais la causa de ese mal ejemplo. Os anuncio, pues, señorita, fuera de la presencia de todo testigo, pues no trato de humillarlos, que sois libre de marchar desde este momento, y que podéis volveros al lado de vuestra madre, a Blois.

La Vallière no podía caer más bajo; no podía sufrir más de lo que había sufrido.

No cambió de postura, y sus manos estuvieron juntas sobre sus rodillas como las de la divina Magdalena.

—¿Me habéis oído? —dijo Madame.

Un simple calofrio que recorrió todo el cuerpo de La Vallière contestó por ella.

Y, como la víctima no daba otra señal de existencia, Madame salió. Entonces, La Vallière sintió que, a la suspensión de los latidos de su corazón y a la paralización de su sangre, sucedieron paulatinamente pulsaciones más rápidas en las muñecas, en el cuello y en las sienes. Aquellas pulsaciones, aumentándose progresivamente, cambiaronse muy pronto en una fiebre vertiginosa, que le hizo ver en su delirio las sombras de sus amigos en lucha con sus enemigos.

Oía confundirse al mismo tiempo en sus oídos ensordecidos palabras amenazadoras y palabras de amor; no recordaba que fuese ella misma; sentíase como levantada fuera de su primera existencia, en alas de una temible tempestad, y, en el horizonte del camino adonde la empujaba el vértigo, veía levantarse la piedra del sepulcro, mostrándole el interior formidable de la noche eterna.

Pero aquella dolorosa invasión de ensueños concluyó por fin por calmarse, para hacer lugar a la resignación habitual de su carácter. Un rayo de esperanza penetró en su corazón, como un rayo de luz en el calabozo de un desgraciado preso.

Trasladóse con el pensamiento al camino de Fontainebleau; vio al rey a caballo a la portezuela de su carroza, diciéndole que la amaba, pidiéndole su amor, haciéndole jurar y jurando que nunca pasaría una noche de por medio, en cualquier desavenencia, sin que una visita, una carta o una seña viniese a substituir el reposo de la noche a la agitación del día. Era el rey quien había propuesto aquello, el que lo había jurado. Era, pues, imposible que el rey faltase a la promesa que él mismo había exigido, a no ser que el rey fuese un despota que exigiese el amor como exigía la obediencia, o fuese un indiferente que el primer obstáculo le basta para detenerle en el camino.

El monarca, aquel dulce protector, que con una palabra, con una sola palabra, podía hacer cesar todas sus penas, iba a asociarse a sus perseguidores.

¡Oh! Su cólera podía durar. Ahora que estaba sola, debía sufrir todo lo que sufría ella misma. Pero él no estaba encadenado como ella; podía obrar, moverse, venir; ella, ella no podía hacer más que esperar.

Y ella esperaba con toda su alma, porque creía imposible que el rey no viniera.

Eran apenas las diez y media de la noche. Vendría, o escribiría, o enviaría a decir algunas palabras de consuelo por medio de Saint-Aignan.

Si venía, ¡oh!, cómo se apresuraría a salirle al encuentro! ¡Cómo desecharía aquella delicadeza que encontraba a la sazón mal entendida! ¡Cómo se apresuraría a decirle: «No es que yo no os ame; ellas son las que quieren que no os ame»!

Y entonces, preciso es decirlo, a medida que más reflexionaba, consideraba a Luis menos culpable. En efecto, ignorándolo todo, ¿qué debía pensar de su obstinación en guardar silencio? Siendo, como todo el mundo, sabía, impaciente e irritable por naturaleza, hasta era de extrañar que hubiese conservado tanto tiempo su sangre fría. ¡Oh! Indudablemente, no se habría conducido ella de aquella manera: todo lo habría comprendido y adivinado. Pero ella era una infeliz muchacha, y no un gran rey.

¡Oh! ¡Si llegase a venir...! ¡Cómo le perdonaría todo lo que le había hecho sufrir! ¡Cuánto más le amaría por haber sufrido!

Y con la cabeza extendida hacia la puerta, los labios entreabiertos, aguardaba, ¡Dios le perdona su profana idea!, el beso que los labios del rey destilaban tan suavemente la mañana en que pronunciara la palabra amor. Si Luis no iba, escribiría por lo menos. Ésta era la segunda probabilidad, probabilidad menos grata y menos feliz que la anterior, pero que probaría igual su amor, aunque amor más tímido. ¡Oh! ¡Cómo devoraría ella su carta! ¡Cómo se apresuraría a contestarle! ¡Cómo, después que marchara el mensajero, besaría, releería y estrecharía contra su corazón el bienhadado papel que debía devolverle la tranquilidad, la dicha!

Por último, si el rey no iba; si el rey no escribía, era imposible que no enviara por lo menos a Saint-Aignan, o que el mismo Saint-Aignan no fuese.

A una tercera persona podría decírselo todo, porque no estaría allí la majestad real que le helara la palabra en los labios, y entonces no quedaría la menor duda en el corazón del rey.

Todo en La Vallière, corazón y mirada, espíritu y materia, se consagró a esperar.

Decíase a sí misma que todavía le quedaba una hora de esperanza; que hasta media noche, podía el rey venir, escribir o enviar a alguien; y que transcurrida la medianoche sería cuando tendría que renunciar a toda esperanza.

En cuanto oía algún ruido en el palacio, la pobre joven se creía la causa de él; cuantas personas pasaban por el patio, creía que eran mensajeros enviados por el

rey.

Dieron las once, luego las once 3 cuarto; después las once y media. Corrían lentamente los minutos en aquella ansiedad, y, no obstante, todavía huían con demasiada precipitación.

Sonaron los tres cuartos.

¡Las doce, las doce! La última, la suprema esperanza llegaba. Con la última campanada, se extinguió la última luz; con la última luz, la última esperanza.

Así, pues, el rey mismo la había engañado; era el primero en faltar al juramento hecho en el mismo día. ¡Doce horas entre el juramento y el perjurio! No era haber guardado mucho tiempo la ilusión.

Por tanto, el rey, no sólo no amaba, sino que despreciaba a la que todos miraban ya con malos ojos, y la despreciaba hasta abandonarla a la vergüenza de la expulsión, que equivalía a una sentencia ignominiosa y, sin embargo, era él, él, el rey, quien era la causa primera de tal ignominia.

Una amarga sonrisa, único síntoma de cólera que durante aquella larga lucha pasó por el semblante angelical de la víctima, entreabrió sus labios.

En efecto, ¿qué le quedaba en la tierra después del rey? Nada. Sólo Dios en el cielo.

Y pensó en Dios.

—¡Dios mío! —exclamó—. Dictadme lo que tengo que hacer. De vos es de quien espero todo, y de quien debo esperarlo.

Y miró a su crucifijo, cuyos pies besó con amor.

—Tú eres un amo —continuó— que nunca olvidas ni abandonas a los que no te abandonan ni olvidan; tú eres el único a quien debo sacrificarme.

Entonces, si alguno hubiera podido mirar lo que pasaba en aquella habitación, habría podido notar que la pobre desesperada tomaba una postura resolución, fijaba un plan supremo en su ánimo, subía, en fin, la grande escala de Jacob, que conduce a las almas de la tierra al cielo.

Entonces, también, y como sus rodillas no tuviesen fuerzas para sostenerla, dejóse caer poco a poco sobre la tarima del reclinatorio, pegando su frente al madero de la cruz, y, con la mirada fija y la respiración angustiosa, esperó a que apareciesen en los vidrios los primeros albores de la mañana.

Las dos de la madrugada sorprendiéronle en aquel delirio, o más bien en aquel éxtasis. No se pertenecía ya.

Así que vio descender sobre los tejados del palacio el tinte violado de la mañana y delinear vagamente los contornos del crucifijo de marfil, que tenía abrazado, se levantó con cierta energía, besó los pies del divino mártir, y bajó la escalera de su cámara, envolviéndose la cabeza con un velo.

Llegó al postigo en el momento en que la ronda de mosqueteros abría la puerta para recibir la primera guardia de los suizos.

Entonces, deslizándose detrás de los hombres de la guardia, salió a la calle,

antes de que el jefe de la patrulla pensara siquiera en averiguar quién era aquella mujer que tan de mañana abandonaba el palacio.

## Capítulo XXVI

---

### La fuga

L a Vallière salió detrás de la patrulla.

La patrulla dirigióse a la derecha por la calle de San Honorato, y La Vallière tornó maquinalmente a la izquierda.

Había hecho ya su resolución; quería ir a las Carmelitas de Chaillot, cuya superiora tenía una fama de austeridad que hacía temblar a las mundanas de la Corte.

La Vallière no había visto a París, ni había salido nunca a pie, de suerte que no hubiera sabido su camino aun cuando hubiese estado en una disposición más tranquila de ánimo. Esto explica cómo subió la calle de San Honorato, en lugar de bajarla.

Lo que deseaba era alejarse del palacio real, y se alejaba.

Había oído decir que Chaillot daba al Sena, y se dirigía hacia el Sena.

Siguió la calle del Gallo, y, no pudiendo atravesar el Louvre, pasó junto a la iglesia de Saint-Germain Auxerrois, costeando el sitio en que Perrault edificó después su columnata.

Muy pronto llegó a los malecones.

Su andar era rápido y agitado. Apenas sentía aquella debilidad que, obligándola a cojear algo, le recordaba de vez en cuando la torcedura de pie que tuvo en sus primeros años.

A cualquier hora del día su porte habría llamado la atención de las personas menos perspicaces y atraído las miradas de los transeúntes menos curiosos; mas, a las dos y media de la mañana, las calles de París se hallan desiertas, o poco menos, y no se encuentran en ellas más que a los artesanos laboriosos que van a ganarse el pan cotidiano o a los ociosos que vuelven a sus casas después de una

noche de agitación y de orgía.

Para los primeros principiaba el día, y para los segundos terminaba. La Vallière sintió miedo de todos aquellos rostros, en los que su ignorancia de los tipos parisienes no le permitía distinguir el tipo de la probidad del que refleja el cinismo. La miseria le infundía espanto, y todos los que encontraba parecíanle gente miserable.

Su vestido, que era el de la víspera, mostraba cierta elegancia, aun en medio de su descuido, pues era el mismo con que se presentara a la reina madre. Además, bajo su velo, que llevaba levantado para ver por dónde iba, su palidez y su hermosos ojos hablaban un lenguaje desconocido a aquella gente del pueblo, y la desgraciada fugitiva, excitaba, sin saberlo, la brutalidad de unos y la compasión de otros.

La Vallière caminó de aquel modo, desalada y presurosa, hasta lo alto de la plaza de la Grève.

Alguna que otra vez se paraba, apoyaba su mano contra el corazón, se recostaba contra algún edificio para tomar aliento, y continuaba su camino con más rapidez que antes.

Cuando llegó a la plaza de la Grève, se halló frente a un grupo de tres hombres, despechugados y medio ebrios, que salían de un barco amarrado al puerto.

Aquel barco se hallaba cargado de vino, y se conocía que aquellos hombres habían hecho honor al cargamento.

Venían cantando sus hazañas báquicas en tres tonos distintos, cuando, al llegar al final del pretil que da al muelle, se hallaron frente a la joven.

La Vallière se detuvo.

Ellos, por su parte, al ver aquella joven en traje de Corte, hicieron alto, y, de común acuerdo, se agarraron de las manos, y rodearon a La Vallière, cantando:

*Paloma que vuelas sola,  
Vente a nuestro alegre nido.*

La Vallière comprendió entonces que aquellos hombres se dirigían a ella y trataban de cerrarle el paso. Hizo varios esfuerzos para huir, pero fueron inútiles.

Flaquearonle las piernas, sintió que iba a caer, y exhaló un grito de terror.

Pero, en el mismo instante, se abrió el círculo que la rodeaba a impulsos de una fuerte sacudida.

Uno de los provocadores cayó derrumbado a la izquierda; el otro rodó por la derecha hasta la orilla del agua; el tercero se bamboleó sobre sus pies.

Enfrente de la niña apareció un oficial de mosqueteros, con el ceño fruncido, la amenaza en la boca y la mano levantada para continuar la amenaza.

Los borrachos esquivaron el bulto a la vista del uniforme y, sobre todo, ante la

prueba de fuerza que acababa de dar el que lo llevaba.

—¡Pardiez! —murmuró el oficial—. La señorita de La Vallière.

La Vallière, aturdida con lo que acababa de pasar, y sorprendida de oír su nombre, levantó la cabeza y reconoció a D'Artagnan.

—Sí, señor —dijo—, yo soy, yo.

Y, al mismo tiempo, se apoyó en el brazo del mosquetero.

—Vos me protegeréis, ¿no es así, señor de D'Artagnan? —añadió con voz suplicante.

—¡Sí que os protegeré! Pero ¿adónde vais a estas horas?

—Voy a Chaillot.

—¿Y vais a Chaillot por la Rapeé? Precisamente lleváis camino contrario.

—Entonces, señor, tened la amabilidad de indicarme el camino, y acompañadme algún trecho.

—Con mucho gusto.

—Pero ¿cómo es que os he hallado aquí? ¿Por qué favor del Cielo os habéis hallado a punto de poder acudir a mi defensa? Paréceme que estoy soñando, o que he perdido el conocimiento.

—Me encuentro aquí, señorita, porque soy dueño de una casa de la plaza de la Grève, en «La Imagen de Nuestra Señora», y habiendo ido ayer a cobrar los alquileres, he pasado en ella la noche. Me retire tan temprano, porque deseo estar a buena hora en Palacio para inspeccionar los puestos. Gracias —dijo La Vallière.

«Eso es lo que yo hacía —pensó D'Artagnan—; pero ella, ¿qué hacía, y por qué va a estas horas a Chaillot?».

Y le ofreció su brazo. La Vallière lo tomó, y echó a andar apresuradamente.

No obstante, aquella precipitación ocultaba una gran debilidad. D'Artagnan lo conoció, y propuso a La Vallière que descansase un rato; pero la joven se negó a ello.

—¿Es qué ignoráis dónde está Chaillot? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, lo ignoro.

—Está muy lejos.

—No importa! —Media una legua por lo menos.

—Andaré esa legua.

D'Artagnan no replicó; en el solo acento de la voz conocía las resoluciones irrevocables. Y llevó, más bien que acompañó, a La Vallière. Al fin se distinguieron las alturas.

—A qué casa vais, señorita? —preguntó D'Artagnan.

—A las Carmelitas, señor.

—¡A las Carmelitas! —repitió asombrado D'Artagnan.

—Sí; y ya que Dios os ha enviado a mí para que me sostengáis en mi camino, os doy las más expresivas gracias y me despido de vos.

—¿Vais a las Carmelitas y os despedís? ¡Es que vais a haceros religiosa! — preguntó D'Artagnan.

—Sí, señor.

—¡¡¡Vos!!!

En este vos, a que hemos puesto tres admiraciones para darle toda la expresión posible, encerrábase todo un poema, pues traía a la memoria de La Vallière sus antiguos recuerdos de Blois y sus nuevos recuerdos de Fontainebleau. Era como si le dijese: « Vos, que podíais ser feliz con Raúl; vos, que podíais alcanzar tanto valimiento con el rey, ¿vais a entrar en un convento? » .

—Sí, señor —repitió la joven—: quiero hacerme sierva del Señor y renunciar al mundo.

—Pero ¿no os engañáis acerca de vuestra vocación? ¿No os engañáis sobre la voluntad de Dios?

—No, puesto que el mismo Dios ha querido que os encuentre, y a no ser por vos habría sucumbido seguramente a la fatiga. Cuando Dios os ha enviado en mi camino, es prueba de que quiere que lleve a cabo mi propósito.

—¡Oh! —exclamó D'Artagnan en tono de duda—. Algo sutil me parece eso.

—De todos modos —contestó la joven—, ya sabéis adónde voy y cuál es mi resolución. Ahora sólo me resta pediros un favor —añadió La Vallière.

—Hablad, señorita.

—El rey ignora mi fuga del Palais Royal.

D'Artagnan hizo un movimiento.

—El rey —continuó La Vallière ignorando lo que voy a hacer.

—¿Lo ignora el rey? —exclamó D'Artagnan—. Pero, señorita, mirad lo que hacéis; sin duda, no habéis meditado las consecuencias de vuestro paso. Nadie debe hacer cosa que el rey ignore, particularmente las personas de la Corte.

—Yo no soy ya de la Corte, señor.

D'Artagnan miró a la joven con sorpresa que iba en aumento.

—¡Oh! No os alarméis, señor —prosiguió la joven—; todo está calculado, y, aun cuando no lo estuviese, sería ya demasiado tarde para volver atrás en mi resolución; el hecho está ya consumado.

—Pues bien, señorita, ¿qué queréis?

—Caballero, por la compasión que se debe a la verdadera desgracia, por la generosidad de vuestra noble alma, y por vuestra fe de caballero, os ruego que me juréis una cosa.

—¡Que os jure una cosa! ¡Y el qué?

—Juradme, señor de D'Artagnan, que no diréis al rey que me habéis visto, ni que estoy en las Carmelitas. D'Artagnan meneó la cabeza.

—No juraré eso —dijo.

—¡Y por qué?

—Porque conozco al rey, os conozco a vos, me conozco a mí mismo, y

conozco a todo el género humano. No, yo no juraré eso.

—Entonces —exclamó La Vallière con una energía de que no se hubiera creido capaz—, en vez de las bendiciones que os habría prodigado hasta el fin de mis días, caiga sobre vos la maldición del Cielo, puesto que me hacéis la más miserable de todas las criaturas.

Hemos dicho ya que D'Artagnan conocía los acentos que salían de lo íntimo del corazón, y no pudo resistir al que la desesperación había arrancado a La Vallière. Advirtió sus facciones descompuestas, vio el temblor de sus labios, vio vacilar aquel cuerpo débil y delicado a impulsos del sacudimiento, y comprendió que la resistencia la mataría.

—Sea como gustéis —dijo—. Estad tranquila, señorita, que nada diré al rey.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! —exclamó La Vallière—. ¡Sois el más generoso de los hombres!

Y, en su transporte de alegría, cogió las manos de D'Artagnan y las estrechó entre las suyas.

Éste se sintió enternecido. « ¡Diantre! —se dijo—. He aquí una que principia por donde otras acaban: es impresionante». Entonces La Vallière, que en el paroxismo de su dolor habíase dejado caer sobre una piedra, volvió a levantarse y se dirigió hacia el convento de las Carmelitas, que se destacaba con mayor fuerza a medida que iba entrando el día. D'Artagnan la seguía de lejos.

La puerta del parlitorio estaba entreabierta; la joven se deslizó como pálida sombra, y, dando las gracias con un ademán al mosquetero desapareció.

Cuando D'Artagnan se vio solo, púsose a reflexionar profundamente sobre lo que acababa de suceder.

« Esto es, a fe mía —pensó—, lo que se llama una posición falsa... Conservar un secreto semejante, es guardar en el bolsillo un carbón encendido y confiar que no quemará la tela. No guardar el secreto, cuando uno ha jurado guardarlo, es de hombre sin honor. Generalmente, las buenas ideas las tengo cuando corro; pero esta vez, o mucho me engaño, o es preciso que corra mucho para encontrar la solución de este asunto... ¿Adónde correr? A fe mía y a fin de cuentas, hacia el lado de París! Este es el bueno... Lo que importa es correr de prisa... Pero, para correr de prisa, valen más cuatro piernas que dos. Desgraciadamente, por el momento no tengo más que dos... ¡Un caballo! Como oí decir en el teatro de Londres: ¡Mi reino por un caballo...! Y ahora que pienso, no es cosa tan difícil... En la barrera de la Conferencia hay un puesto de mosqueteros, y, en vez de un caballo, podré tener diez, si quiero».

En virtud de esta resolución, que tomó D'Artagnan con su rapidez acostumbrada, bajó al punto las alturas, llegó al puesto de mosqueteros, tomó el mejor caballo que habíase, y se puso en palacio en diez minutos.

Daban las cinco en el reloj del Palais Royal.

D'Artagnan preguntó por el rey. Luis habíase acostado a la hora de

costumbre, después de haber despachado con monsieur Colbert, y aún dormía, según toda probabilidad.

« Vamos —pensó—, no me ha engañado la joven; el rey ignora todo, porque si supiese la mitad tan sólo de lo que ha pasado, el Palais Royal estaría a estas horas revuelto» .

## Capítulo XXVII

---

Cómo paso Luis el tiempo desde las diez y media de la noche hasta las doce

**A**l salir el rey del departamento de las camaristas, encontró en su cámara a Colbert, que le esperaba para recibir sus órdenes con motivo de la ceremonia que debía verificarse al día siguiente.

Tratábase, como hemos dicho ya, de la recepción de los embajadores holandés y español.

Luis XIV tenía grandes motivos de queja contra Holanda. Los Estados se habían conducido mal en muchas ocasiones en sus relaciones con Francia y, sin cuidarse de un rompimiento, abandonaban de nuevo la alianza con el rey cristianísimo para lanzarse en toda clase de intrigas con España.

A su advenimiento al trono, es decir, cuando falleció Mazarino, Luis XIV encontró planteada ya aquella cuestión política.

No era su solución fácil para un joven; pero como entonces toda la nación era el rey, todo cuanto resolvía la cabeza estaba dispuesto el cuerpo a ejecutarlo.

Alguna dosis de cólera, la reacción de una sangre juvenil y vivaz en el cerebro, era lo suficiente para cambiar la antigua línea de política y crear otro sistema.

El papel de los diplomáticos de la época limitábase a arreglar entre sí los golpes de Estado de que sus monarcas podían tener necesidad.

Luis no se hallaba en una disposición de ánimo propia para dictarle una política sabia.

Conmovido aún, de resultas de la escena que acababa de tener con La Vallière, empezó a dar paseos por su despacho, deseando encontrar una ocasión a fin de desahogarse, después de haberse contenido por tanto tiempo.

En cuanto Colbert vio entrar al rey, juzgó al primer vistazo la situación, y

comprendió las intenciones del monarca. Por consiguiente, procuró bordearle.

Cuando Luis le preguntó lo que debía decir al dia siguiente, empezó Colbert por mostrarse admirado de que el señor Fouquet no le hubiese puesto al corriente del asunto.

—El señor Fouquet —dijo— sabe todo ese asunto de Holanda, puesto que recibe directamente la correspondencia.

Acostumbrado el rey a oír al señor Colbert plagiar al señor Fouquet, dejó pasar aquella indirecta sin contestar y se contentó en oír.

Colbert vio el efecto producido y se apresuró a volverse atrás, diciendo que el señor Fouquet no era tan culpable como pudiera parecer a primera vista, porque tenía a la sazón grandes preocupaciones.

El rey levantó la cabeza.

—¿Qué preocupaciones son éas? —dijo.

—Majestad, los hombres al fin son hombres y el señor Fouquet tiene sus defectos no obstante sus grandes cualidades.

—¡Ah! ¿quién no tiene defectos, señor Colbert?

—Vuestra Majestad tiene muchos de éos —contestó osadamente Colbert, que sabía injerir una gran lisonja en una ligera censura, como la flecha que hiende el aire, no obstante su peso, a favor de las débiles plumas que la sostienen.

—¿Qué defecto tiene el señor Fouquet? —dijo el rey sonriendo.

—Siempre el mismo, Majestad; aseguran que está enamorado.

—Enamorado! ¿Y de quién? —No lo sé a punto fijo, Majestad; me mezclo poco en las galanterías.

—Algo sabréis, cuando habláis.

—He oído pronunciar...

—¿Qué?

—Un nombre.

—¿Cuál?

—No lo recuerdo bien.

—Vamos a ver.

—Me parece que es el de una de las camaristas de Madame.

El rey se sobresaltó.

—Algo más sabréis de lo que habéis dicho, señor Colbert —repuso.

—Majestad, os aseguro que no.

—De todos modos, conocidas son las camaristas de Madame, y si se os dicen sus nombres tal vez encontraréis el de la que no recordáis en este momento.

—No, Majestad.

—Probad.

—Sería inútil. Majestad. Cuando se trata de nombres de damas comprometidas, mi memoria es un cofre de hierro cuya llave he perdido.

Por el ánimo y la frente de Luis cruzó una nube; pero, queriendo mostrarse

dueño de sí mismo, dijo sacudiendo la cabeza:

—Hablemos del asunto de Holanda.

—Primeramente, ¿a qué hora quiere Vuestra Majestad recibir a los embajadores?

—Por la mañana temprano.

—¿A las once?

—Demasiado tarde... A las nueve.

—Muy temprano es.

—Para los amigos, eso no tiene importancia; se hace con ellos todo lo que se quiere; mas para los enemigos, tanto mejor si se incomodan. Confieso que no veré con disgusto acabar de una vez con todos esos pájaros de pantano, que me molestan con sus gritos.

—Se hará como Vuestra Majestad desea... A las nueve, pues... Daré las órdenes para ello. ¿Será audiencia solemne?

—No. Quiero explicarme con ellos y no envenenar las cosas, como acontece siempre en presencia de mucha gente; pero, al mismo tiempo, quiero hablarles claro, para no tener que volver a empezar.

—Vuestra Majestad designará a las personas que han de asistir a la recepción.

—Ya haré la lista... Hablemos de esos embajadores, ¿qué quieren?

—Aliándose con España, nada ganan; aliándose con Francia, pierden mucho.

—Explícaos.

—Aliándose con España, se encuentran cercados y protegidos por las posesiones de su aliada, y no pueden hincar en ellas el diente a pesar de sus deseos. De Amberes a Rotterdam sólo hay un paso por el Escalda y el Mosa... Si quieren morder el pastelito español, vos, Majestad, yerno del rey de España, podéis poneros en dos días en Bruselas con la caballería. Se trata, pues, de romper lo bastante con Vuestra Majestad y haceros recelar de España para que no os mezcléis en sus asuntos.

—Más sencillo es entonces —respondió el rey— hacer conmigo una alianza poderosa, en la que yo ganaría algo, al paso que ellos lo ganarían todo.

—No; pues si llegasen, por casualidad, a teneros por limitrofe, Vuestra Majestad no es vecino cómodo; joven, ardiente y belicoso, el rey de Francia puede dar fuertes golpes a Holanda, sobre todo si se acerca a ella.

—Comprendo perfectamente, señor Colbert, pues os habéis explicado muy bien; pero vamos a la conclusión.

—Jamás falta la sabiduría en las decisiones de Vuestra Majestad.

—¿Qué me dirán esos embajadores?

—Dirán a Vuestra Majestad que desean cordialmente su alianza, y será una mentira; dirán a los españoles que las tres potencias deben unirse contra la prosperidad de Inglaterra, y será también mentira; porque la aliada natural de Vuestra Majestad es en la actualidad Inglaterra, que tiene buques, y Vuestra

Majestad no los tiene. Inglaterra es la que puede tener a raya el poder de los holandeses en la India, y es, en fin, un país monárquico, donde Vuestra Majestad tiene relaciones de consanguinidad.

—Bien, pero ¿qué responderíais?

—Respondería, Majestad, con gran moderación, que Holanda no está en las mejores disposiciones hacia el rey de Francia; que los síntomas del espíritu público en los holandeses son alarmantes para Vuestra Majestad; que se han acuñado ciertas medallas con emblemas ofensivos.

—¡Para mí! —exclamó exaltado el joven rey.

—¡Oh! No, Majestad, no; ofensivos no es la palabra propia; quise decir extremadamente lisonjeros para los bátavos.

—¡Oh! Si es así, poco me importa el orgullo de los bátavos —dijo suspirando el monarca.

—Vuestra Majestad tiene muchísima razón; pero, con todo, nunca es malo en política, y el rey lo sabe mejor que yo, ser injusto para obtener una concesión. Si Vuestra Majestad se queja con susceptibilidad de los bátavos, les impondrá mucho más.

—¿Y qué eso de las medallas? —preguntó—. Porque si hablo de ello, necesario es que sepa lo que tengo que decir.

—¡A fe mía, Majestad, no lo sé bien...! Algun emblema presuntuoso... ése es todo el sentido: las palabras nada hacen al asunto.

—Bueno; pronunciaré, la palabra medalla, y ya me comprenderán si quieren.

—¡Oh! Sí que lo comprenderán. También podrá Vuestra Majestad deslizar algunas palabras sobre ciertos libelos que corren.

—¡Nunca! Los libelos denigran más a los que los escriben que a aquellos contra quienes van dirigidos. Os doy las gracias, señor Colbert, y podéis ya retiraros.

—¡Majestad!

—¡Adiós! No olvidéis la hora y estad allí.

—Espero la lista de Vuestra Majestad.

—Es cierto.

El rey se puso a reflexionar; pero en lo que menos pensaba era en aquella lista. El reloj daba las once y media.

En el rostro del monarca notábase la lucha terrible del orgullo y del amor.

La conversación política había calmado mucho la irritación del rey, y el semblante pálido y descompuesto de La Vallière hablaba a su imaginación un lenguaje muy distinto del de las medallas holandesas o el de los libelos bátavos.

Estuvo algunos minutos vacilando entre si debía o no volver a la habitación de La Vallière; pero, habiendo insistido Colbert respetuosamente para que le diese la lista, se D'Artagnan se hacía informar por las mañanas de lo que no había podido

ver o saber el día anterior, pues al fin no era ubicuo; de suerte se avergonzó el rey de pensar en el amor cuando los negocios reclamaban su atención.

Por tanto, se puso a dictar:

La reina madre; la reina; Madame; señorita de Motteville; señorita de Châtillon; señorita de Navailles. Y respecto a hombres:

Monsieur; el príncipe de Condé; señor de Grammont; señor de Manicamp; señor de Saint-Aignan; y los oficiales de servicio.

—¿Los ministros? —dijo Colbert.

—Eso por de contado, y los secretarios.

—Majestad, voy a disponerlo todo: mañana se comunicarán las órdenes a domicilio.

—Decid hoy —replicó melancólicamente Luis.

Daban las doce.

Aquella era la hora en que la pobre La Vallière se moría de tristeza y de dolor.

Entraron a la sazón los encargados de servir al rey para el acto de recogerse. La reina esperaba hacía una hora.

Luis pasó al cuarto de su esposa, exhalando un suspiro; pero al propio tiempo que suspiraba, se felicitaba por su valor. Complaciase de ser tan íntegro en amor como en política.

## Capítulo XXVIII

---

### Los embajadores

D'Artagnan sabía todo lo que acabamos de relatar, debido a tener entre sus amigos a todas las personas útiles de la casa, servidores oficiosos, orgullosos de ser saludados por el capitán de mosqueteros, porque el capitán era una potencia; y luego, aparte de la ambición, se complacían en ser tenidos en algo por un hombre tan valiente como D'Artagnan.

De que, de lo que él había visto de por sí por el día y de lo que le referían los demás, formaba una especie de arsenal, adonde acudía en caso necesario para sacar el arma que le parecía más a propósito.

De esta suerte los dos ojos de D'Artagnan le prestaban igual servicio que los ciento de Argos.

Secretos políticos, secretos de callejuela, palabras escapadas a los cortesanos al salir de la antecámara, todo lo sabía D'Artagnan y lo encerraba en el impenetrable sepulcro de su memoria, junto a los secretos reales, tan caramente comprados y tan fielmente guardados.

Supo, pues, la entrevista con Colbert, la cita dada a los embajadores, el incidente a que darían lugar ciertas medallas, y, arreglando a su modo la conferencia con aquellas pocas palabras que habían llegado a sus oídos; se fue a ocupar su puesto en las habitaciones para estar allí cuando Luis se despertara.

El rey se despertó muy temprano, lo cual probaba que también él había dormido mal. A eso de las siete entreabrió suavemente la puerta.

D'Artagnan estaba ya en su puesto. Luis tenía mal color y parecía fatigado. Cuando apareció, no había acabado de vestirse.

—Que llamen al señor de Saint-Aignan —ordenó.

Saint-Aignan aguardaba sin duda que le llamasen, porque cuando se

presentaron en su aposento ya estaba vestido.

Saint-Aignan apresuróse a obedecer, y pasó a la cámara del rey. Un momento después salieron el rey y Saint-Aignan; el rey iba delante.

D'Artagnan permanecía asomado a la ventana que caía a los patios, de modo que no tuvo necesidad de incomodarse para seguir con la vista al rey. No parecía sino que había adivinado de antemano adónde iba. El rey iba al departamento de las camaristas.

Aquello no le sorprendió a D'Artagnan. Aunque La Vallière no le había dicho nada, sospechó que el rey tendría que reparar algún agravio.

Saint-Aignan le seguía como el día anterior, algo menos inquieto, en la confianza de que a las siete de la mañana no habría más personas despiertas entre los augustos moradores del palacio que el rey y él.

D'Artagnan permanecía en la ventana, tranquilo e indiferente. Nadie habría sospechado que viese nada, ni que supiese quiénes eran aquellos dos corredores de aventuras que atravesaban los patios envueltos en sus capas. Y, sin embargo, D'Artagnan, aunque aparentaba no mirarlos, no los perdía de vista, y al paso que silbaba aquella famosa marcha de los mosqueteros, que recordaba sólo en las grandes ocasiones, adivinaba y presagiaba toda la tempestad de gritos y de enojos que iba a suscitarse a la vuelta.

En efecto, cuando entró el rey en la habitación de La Vallière, encontróla vacía, y vio el lecho intacto, el rey comenzó a asustarse y llamó a Montalais.

Montalais acudió al momento, pero su sorpresa fue igual a la del rey. Lo único que pudo decir a Su Majestad fue que le había parecido oír llorar a La Vallière parte de la noche; mas, sabiendo que Su Majestad había venido, no se había atrevido a informarse.

—Pero ¿adónde suponéis que hay a ido? —preguntó el rey.

—Majestad —respondió Montalais—, Luisa tiene un carácter muy sentimental, y a menudo la he visto levantarse con el día y marcharse al jardín; quizás esté allí.

Parecióle al rey aquello probable, y bajó inmediatamente en busca de la fugitiva.

D'Artagnan le vio aparecer, pálido y hablando vivamente con su acompañante.

Se dirigía hacia los jardines. Saint-Aignan seguíale sofocado. D'Artagnan no se movió de la ventana, y continuó silbando su marcha, aparentando que nada veía y viéndolo todo.

—Vamos, vamos —murmuró luego que desapareció el rey—, la pasión de Su Majestad es más fuerte de lo que yo creía; creo que hace por ésta lo que nunca hizo por la señorita Mancini.

Luis volvió a aparecer un cuarto de hora después; todo lo había registrado y estaba casi sin aliento.

Excusamos decir que el rey nada había hallado.

Saint-Aignan le seguía, abanicándose con el sombrero y solicitando, con voz alterada, informes de los primeros servidores que llegaban y de todos a los que se encontraban. Manicamp fue uno de ellos. Manicamp llegaba de Fontainebleau a pequeñas jornadas; pues en lo que otros habrían invertido seis horas, empleaba él veinticuatro.

—¿Habréis visto a la señorita de La Vallière? —le preguntó Saint-Aignan.

A lo que Manicamp, distraído y pensativo siempre, contestó creyendo que le hablaban de Guiche:

—Gracias; el conde sigue aleo mejor.

Y continuó su camino hasta la antecámara, donde encontró a D'Artagnan, al cual pidió explicaciones acerca del aire azorado que había creído notar en el rey.

D'Artagnan le dijo que se había equivocado, y que el rey estaba, por el contrario, de muy buen humor.

En el entretanto dieron las ocho. Era ésta la hora en que el rey acostumbraba a desayunar, pues estaba prevenido en el código de la etiqueta que el rey siempre tendría hambre a las ocho.

Hizose servir en una mesita que había en su dormitorio, y despachó el desayuno a toda prisa.

Saint-Aignan, de quien no quiso separarse, le tuvo la servilleta. Luego dio audiencia a algunos militares.

Mientras duraban las audiencias, envió a Saint-Aignan en descubierta. Después, con la misma preocupación y ansiedad, y acechando siempre el regreso de Saint-Aignan, oyó dar las nueve.

A las nueve en punto pasó a su despacho principal.

Los embajadores entraban a la primer campanada de las nueve. Al dar la última campanada, las reinas y Madame aparecieron.

Los embajadores eran tres por Holanda y dos por España.

El rey les dirigió una mirada y saludó.

En aquel instante entraba también Saint-Aignan.

Aquella entrada era mucho más importante para el rey que la de los embajadores, cualesquiera que fuese el número de éstos y el país de donde viniesen.

Así fue que, ante todas las cosas, el rey hizo a Saint-Aignan un signo interrogativo, al que contestó éste con una negativa absoluta.

El rey estuvo a punto de perder todo su valor; pero, como las reinas, los grandes y los embajadores tenían fijos en él sus ojos, hizo un esfuerzo sobre sí mismo e invitó a los últimos a hablar.

Entonces, uno de los diputados españoles pronunció un largo discurso, en que ponderaba las ventajas de la alianza española.

El rey le interrumpió, diciendo:

—Señor, creo que lo que es bueno para Francia, debe ser bueno para apaña. Esta frase, y especialmente el modo perentorio en que fue dicha, hizo palidecer al embajador y enrojecer a las reinas, que, siendo ambas españolas, se sintieron lastimadas con aquella respuesta en su orgullo de parentesco y nacionalidad.

El delegado holandés tomó a su vez la palabra, y se quejó de la prevención que el rey mostraba con el Gobierno de su país.

El rey le interrumpió:

—Señor, es extraño que vengáis a quejaros, cuando soy yo quien puede tener motivos de queja; y, sin embargo, veis que no me quejo.

—¡Quejaros, Majestad! —murmuró el holandés—. ¿Y de qué agravio?

El rey sonrió con amargura.

—¿Podéis echarme en cara, señor, que tenga prevenciones contra un Gobierno que autoriza y protege a los que me insultan públicamente?

—¡Majestad!

—Holanda —prosiguió el rey irritándose más con sus propios pesares que con la cuestión política es una tierra de asilo para todo el que me quiere mal, y especialmente para el que me ofende.

—¡Oh Majestad...!

—¿Queréis pruebas, no es verdad...? Pues bien, las tendréis desde luego. ¿De dónde salen esos libelos insultantes que me representan como un monarca sin gloria y sin autoridad? Vuestras prensas los vomitan. Si tuviera aquí a mis secretarios, os citaría los títulos de las obras con los nombres de los impresores.

—Majestad —contestó el embajador—, un libelo no puede ser obra de una nación. ¿Es justo que un gran rey, como Vuestra Majestad, haga responsable a un gran pueblo del crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

—Bueno, concedo esto, señor. Pero cuando la casa de moneda de Ámsterdam acuña medallas ofensivas para mí, ¿es también crimen de unos cuantos malvados hambrientos?

—¿Medallas? —murmuró el embajador.

—Medallas —repitió el rey mirando a Colbert.

—Sería preciso —se aventuró a decir el holandés— que Vuestra Majestad estuviera bien seguro...

El rey no apartaba los ojos de Colbert, pero éste parecía no comprender, y callaba, no obstante las provocaciones del rey. Entonces acercóse D'Artagnan, y sacando del bolsillo una moneda, que puso en manos del rey:

—Aquí está —dijo— la moneda que busca Vuestra Majestad.

El rey la cogió.

Y entonces pudo ver, con aquella mirada que desde que era verdaderamente el amo no había hecho más que abarcar desde lo alto, una imagen insolente, que representaba a Holanda parando el sol, como Josué, con esta divisa: *In conspectu*

*meo, stetit sol.*

—¡En mi presencia detúvose el sol! —exclamó furioso el rey—. ¡Oh! Espero que ahora no lo negaréis.

—Y el sol —dijo D'Artagnan— es éste.

Y señaló, en todos los lienzos del despacho, al sol, emblema multiplicado y resplandeciente, que ostentaba por todas partes su soberbia divisa: *Nec pluribus impar.*

La cólera de Luis, alimentada por los impulsos de su dolor particular, no necesitaba de aquel alimento para devorarlo todo. Notábase en sus ojos el ardor de una queja pronta a estallar.

Una mirada de Colbert contuvo la tempestad.

El embajador aventuró algunas excusas. Dijo que la vanidad de los pueblos no era cosa que debiera tomarse en cuenta; que Holanda estaba orgullosa de haber sostenido con tan escasos recursos su reputación de gran nación, aun contra reyes poderosos, y que si sus compatriotas se habían ensoberbecido con un poco de humo, rogaba al rey que los disculpase.

El rey parecía buscar consejo. Miró a Colbert, el cual permaneció impasible.

Luego dirigió su mirada a D'Artagnan.

Éste encogióse de hombros. Este movimiento fue una esclusa levantada, por la cual se desencadenó la cólera del rey, contenida hacia mucho tiempo.

Como nadie sabía adónde le impulsaba al rey aquella cólera, todos permanecieron en triste silencio.

El segundo embajador se aprovechó de él para alegar también sus excusas.

En tanto que hablaba, y el rey, absorbiéndose otra vez poco a poco en sus pensamientos personales, escuchaba aquella voz turbada como una persona distraída escucha el ruido de una cascada, D'Artagnan, que tenía a su izquierda a Saint-Aignan, se acercó a éste y con voz calculada para que llegase a oídos del rey:

—¿Sabéis la noticia del día, conde? —le dijo.

—¿Qué noticia? —dijo Saint-Aignan.

—La de La Vallière.

El rey se estremeció, y dio involuntariamente un paso hacia ambos interlocutores.

—¿Pues qué ha sucedido a La Vallière? —preguntó Saint-Aignan con tono que fácilmente puede comprenderse.

—¡Ah, pobre muchacha! —dijo D'Artagnan—. Ha entrado en religión.

—¿En religión? —exclamó Saint-Aignan.

—¿En religión? —exclamó el rey en medio del discurso del embajador.

Luego, bajo el imperio de la etiqueta, se repuso; pero continuó escuchando.

—¿En qué convento? —preguntó Saint-Aignan.

—En las Carmelitas de Chaillot.

—¡En las Carmelitas de Chaillot! ¿Y por dónde diantres sabéis eso?

—Por ella misma.

—¿La habéis visto?

—Yo mismo la he conducido a las Carmelitas.

El rey no perdió una sola palabra; la sangre le bullía en las venas y principiaba a ruborizarse.

—Pero ¿por qué esa fuga? —dijo Saint-Aignan.

—Porque la pobre muchacha fue ayer expulsada de la Corte —dijo D'Artagnan.

Apenas soltó esta palabra, hizo el rey un gesto de autoridad.

—¡Basta, señor! —dijo al embajador—, basta!

Y luego, acercándose a Saint-Aignan:

—¿Quién ha dicho —exclamó que La Vallière ha entrado en religión?

—El señor de D'Artagnan —dijo el favorito.

—¿Y es verdadero lo que decís? —preguntó el rey volviéndose al mosquetero.

—Tan verdadero como la verdad.

El rey apretó los puños y palideció.

—Todavía añadisteis otra cosa, señor de D'Artagnan —dijo.

—Señor, no sé más.

—Añadisteis que la señorita de La Vallière había sido expulsada de la Corte.

—Sí, Majestad.

—Y eso, ¿es también verdadero?

—Informaos, Majestad.

—¿Y por quién?

—¡Oh! —exclamó D'Artagnan como quien se recusa.

El rey dio un brinco, dejando a un lado embajadores, ministros y cortesanos.

La reina madre se levantó. Todo lo había oído, y lo que no oyó, lo había adivinado.

Madame, desfallecida de cólera y de miedo, trató de levantarse también como la reina madre; pero volvió a caer otra vez en su sillón, al cual, por un movimiento instintivo, hizo rodar hacia atrás.

—Señores —dijo el rey—, la audiencia ha terminado; haré saber mi respuesta, o mejor, mi voluntad, a España y Holanda.

Y con gesto imperioso, despidió a los embajadores.

—Cuidado, hijo mío —dijo la reina madre con indignación—, cuidado, que se me figura que no sois dueño de vos.

—¡Oh señora! —rugió el joven león con gesto amenazador—, si no soy dueño de mí, os aseguro que lo seré de los que me ultrajen. Venid conmigo, señor de D'Artagnan, venid conmigo.

Y salió del despacho, dejando a todos aterrados.

El rey bajó la escalera y se dispuso a atravesar el patio.

—Majestad —dijo D'Artagnan—, equivocáis el camino.

—No, que voy a las caballerizas.

—Es inútil; tengo caballos dispuestos para Vuestra Majestad.

El rey contestó a su servidor con una mirada; pero aquella mirada prometía más de lo que se hubiera atrevido a esperar la ambición de tres D'Artagnanes.

## Capítulo XXIX

---

Chaillot

Manicamp y Malicorne, a pesar de no haber sido llamados, siguieron al rey y a D'Artagnan.

Eran dos hombres muy inteligentes; no había sino que Malicorne llegaba a veces demasiado pronto por ambición, y Manicamp demasiado tarde por pereza.

Esta vez llegaron a punto.

Había preparados cinco caballos. El rey y D'Artagnan tomaron dos; Manicamp y Malicorne otros dos, y un paje de las caballerizas montó el quinto.

La cabalgata marchó al galope. D'Artagnan había sabido elegir muy bien los caballos, verdaderos caballos de amantes angustiados, caballos que más bien que correr volaban. Diez minutos después de su marcha llegaba a Chaillot la cabalgata en forma de un torbellino de polvo. El rey arrojóse del caballo, pero por grande que fue la velocidad con que practicó aquella maniobra, ya estaba D'Artagnan teniendo lasbridas de su corcel.

Luis hizo al mosquetero un ademán de agradecimiento, y arrojó lasbridas en los brazos del paje.

Luego se lanzó al vestíbulo, y, empujando con violencia la puerta, entró en el parlitorio.

Manicamp, Malicorne y el paje se quedaron a la parte de afuera. D'Artagnan siguió a su amo.

Al penetrar en el parlitorio, lo primero con que tropezaron los ojos del rey fue con Luisa, no arrodillada, sino acostada al pie de un gran crucifijo de piedra.

La joven permanecía echada sobre la losa húmeda, y era apenas visible en la sombra de aquella sala, que sólo recibía luz por una ventana enrejada y cubierta de enredaderas.

Se hallaba sola, inanimada, fría como la piedra sobre la cual reposaba su cuerpo.

Al verla el rey en aquella actitud, la creyó muerta, y exhaló un grito terrible que hizo acudir a D'Artagnan.

El rey había pasado ya un brazo alrededor de su cuerpo. D'Artagnan ayudó al rey a levantar a la infeliz joven, sobre la cual parecía extender sus alas el genio de la muerte.

El rey la cogió entonces por entero en sus brazos, y calentó a besos sus manos y sus mejillas heladas.

D'Artagnan agarró la cuerda de la campana.

Al momento acudieron las hermanas carmelitas.

Las santas hijas prorrumpieron en gritos de escándalo al ver aquellos hombres que tenían en sus brazos a una mujer.

La superiora acudió también. Esta persona, de más mundo que las damas mismas de la Corte, no obstante su austereidad, reconoció al primer golpe de vista al rey en el respeto que le manifestaban los asistentes y en el aire con que imponía a toda la comunidad.

Así fue que al ver al rey se retiró otra vez a su habitación, como medio de no comprometer su dignidad; pero envió por medio de las religiosas toda especie de cordiales, aguas de la reina de Hungría, de melisa, etc., etc., ordenando al mismo tiempo que cerrasen las puertas.

Tiempo era ya de hacerlo, pues el dolor del rey se iba haciendo cada vez más ruidoso y desesperado.

El rey parecía decidido a enviar a llamar a su médico, cuando La Vallière principió a dar señales de vida.

Al volver en sí, lo primero que vio fue a Luis a sus pies. Sin duda, no debió reconocerle, puesto que no hizo mas que exhalar un doloroso suspiro.

El rey mirábala con la mayor ansiedad.

Al fin sus ojos errantes se fijaron en el rey.

Reconociólo la joven, e hizo un tenue esfuerzo para arrancarse de sus brazos.

—Pues qué —murmuró ella—, ¿no está todavía consumado el sacrificio?

—¡Oh! ¡No, no! —murmuró el rey—. Ni se consumará; yo os lo juro.

La joven se levantó, a pesar de lo débil y quebrantada que estaba.

—¡Ay! Es necesario —dijo—; no me detengáis.

—¿Y había yo de dejar sacrificarios? —exclamó Luis—. ¡Jamás! ¡Jamás!

—¡Bien! —murmuró D'Artagnan—. Vayámonos fuera. Puesto que principian a hablarse, están de mas oídos extraños.

D'Artagnan salió, y quedaron solos los dos amantes.

—Majestad —prosiguió La Vallière—, ni una palabra más; no destruyáis mi único porvenir, que es mi salvación, y todo el vuestro, que es vuestra gloria, por un capricho.

—¿Un capricho? —exclamó el rey.

—¡Oh! Ahora —dijo la joven— leo claro en vuestro corazón, Majestad.

—¿Vos, Luisa?

—¡Sí, yo!

—Hablad.

—Un arrebato incomprendible, irreflexivo, puede pareceros momentáneamente una excusa suficiente; pero tenéis deberes que son incompatibles con vuestro amor hacia una pobre muchacha. ¡Olvidadme!

—¡Olvidaros y o!

—Ya lo habéis hecho.

—¡Antes morir!

—Majestad, no es posible que améis a la que habéis consentido en matar esta noche tan cruelmente como lo habéis hecho.

—¿Qué decís, Luisa? Explicaos.

—¿Qué me pedisteis ayer mañana? Que os amara. ¿Qué me prometisteis en cambio? Que no dejaríais pasar una noche de por medio sin ofrecerme una reconciliación cuando os hubieseis enojado contra mí.

—¡Oh! ¡Perdonadme, perdonadme, Luisa! Los celos me tenían loco.

—Majestad, los celos son un mal pensamiento que renacen, como la cizaña, después que se la corta. Tendríais celos otra vez, y acabaríais de matarme. Tened la misericordia de dejarme morir.

—Otra palabra como esa, señorita, y me veréis morir a vuestros pies.

—¡No, Majestad! Conozco bien lo que valgo. Creedme, y no queráis perderos por una desventurada, a quien todo el mundo desprecia.

—¡Oh! ¡Nombradme a los que acusáis de ese modo, nombradmelos!

—No tengo queja ninguna contra nadie, Majestad; sólo me acuso a mí misma. ¡Adiós! Os comprometéis hablando así.

—¡Cuidado, Luisa; al hablarme de ese modo, me reducís a la desesperación! ¡Cuidado!

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! ¡Dejadme con Dios, os lo suplico!

—¡Os arrancaré hasta de Dios mismo!

—Pues antes —exclamó la pobre niña—, arracadme de esos enemigos feroces que atentan contra mi vida y mi honor! Si tenéis bastante fuerza para amar, tened también bastante energía para defenderme. Pero no, la que decís que amáis se ve injuriada, mofada, expulsada.

Y la inofensiva niña, obligada por el dolor a acusar, se retorcía los brazos sollozando.

—¡Os han expulsado! —exclamó el rey—. Esta es la segunda vez que oigo esa palabra.

—Ignominiosamente, Majestad; y ya lo veis, no tengo más amparo que Dios, más consuelo que la oración, más auxilio que el de un claustro.

—Tendréis mi palacio y mi corte. ¡Ah! No temáis nada; los que ayer, o mejor, las que ayer os expulsaron, temblarán mañana en vuestra presencia. ¿Qué digo mañana? Hoy mismo he amenazado, y nada me es más fácil que lanzar el rayo que todavía retengo en mi mano. ¡Luisa, Luisa! ¡Seréis cruelmente vengada! Lágrimas de sangre pagarán vuestras lágrimas. Nombradme a vuestros enemigos.

—¡Jamás, jamás!

—Entonces, ¿cómo queréis que castigue?

—Majestad, a los que habráis de castigar, harían retroceder vuestra mano.

—¡Oh! ¡No me conocéis! —exclamó Luis exasperado—. Antes qué retroceder, abrasaría a mi reino y maldeciría a mi familia. Sí, sería capaz de arrancarme hasta mi mismo brazo, si fuese bastante cobarde para no pulverizar a cuantos se hayan hecho enemigos de la más dulce de las criaturas.

Y al decir Luis estas palabras, descargó un fuerte golpe sobre el tabique de roble, que produjo un sonido lúgubre.

La Vallière se asustó. La cólera de aquel joven tan poderoso tenía algo de imponente y siniestro, porque, como la de la tempestad, podía ser mortal. Ella, cuyo dolor creía no tener igual, quedó vencida por aquel dolor que se abría paso por la amenaza y la violencia.

—Majestad —dijo—, por última vez, alejaos; os lo suplico; la calma de este retiro me ha fortalecido ya; me siento más tranquila bajo el amparo de Dios. Dios es un protector ante quien desaparecen todas las miserias humanas. Majestad, por última vez, dejadme con Dios.

—Entonces —exclamó Luis—, decid francamente que no me habéis amado nunca, decid que mi humildad, decid que mi arrepentimiento halagan vuestro orgullo, pero que no os aflige mi dolor; decid que el rey de Francia no es ya para vos un amante, cuya ternura pueda hacer vuestra felicidad, sino un despota cuyo capricho ha roto en vuestro espíritu hasta la última fibra de la sensibilidad. No digáis que buscáis a Dios, decid que hui del rey. No, Dios no es cómplice de las resoluciones inflexibles; Dios admite la penitencia y el remordimiento, y absuelve, porque quiere que se ame.

Luisa se retorcía de sufrimiento oyendo aquellas palabras, que hacían correr la llama hasta lo más profundo de sus venas.

—Pero ¿no me habéis oído? —exclamó.

—¿Qué?

—¿No habéis oido que he sido expulsada, despreciada e injuriada?

—Pues yo haré que seáis la más respetada, la más adorada, la más envidiada de mi corte.

—Probadme que no habéis dejado de amarme.

—¿Cómo?

—Alejándoo de mí.

—Yo os lo probaré no abandonándoos ya.

—Pero ¡creéis, Majestad, que pueda yo permitir eso? ¡Creéis que pueda consentir en ver lastimada por mi causa a vuestra madre, a vuestra esposa y a vuestra hermana?

—¡Ah! ¡Por fin las habéis nombrado! ¡Conque han sido ellas las causantes del mal? ¡Pues por Dios que nos oyere, serán castigadas!

—¡Ahí tenéis por qué el porvenir me espanta, por qué lo rehuso todo, por qué no quiero que me vengueís! ¡Oh Dios mío! ¡No más lágrimas, no más dolores, no más quejas de ese género! ¡Harto he padecido y llorado ya!

—¡Y mis lágrimas, y mis dolores y mis quejas, las tenéis en nada?

—¡No me habléis así, Majestad, en nombre del Cielo! ¡En nombre del Cielo, no me habléis así! Necesito de todo mi valor para llevar a cabo el sacrificio.

—¡Luisa, Luisa! ¡Te lo suplico encarecidamente! ¡Manda, ordena, véngete o perdona; pero no me abandones!

—¡Ay! ¡Es preciso separarnos, Majestad!

—Es decir, ¿no me amas?

—¡Oh! ¡Dios lo sabe!

—¡Mentira! ¡Mentira!

—¡Oh! Si no os amara, Majestad, dejaría que hicieseis vuestra voluntad, me dejaría vengar y aceptaría, en cambio del insulto que me han hecho, ese grato triunfo del orgullo que me proponéis... Y, ya lo veis, hasta rechazo la dulce compensación de vuestro amor, de vuestro amor que es mi vida, no obstante, ya que he querido morir creyendo que no me amabais.

—Pues bien, sí, sí, ahora reconozco que sois la más santa, la más venerable de las mujeres. Nadie es más digna que vos, no ya de mi amor y respeto, sino del amor y respeto de todos; por eso nadie será amada como vos, Luisa, nadie ejercerá sobre mí el imperio que tenéis. Sí, os lo juro, rompería en este momento el mundo entero como vidrio, si el mundo me incomodase. ¡Me mandáis que me calme, que perdone? Sea, me calmaré. ¡Quererás reinar por la dulzura y la clemencia? Seré clemente y dulce. Dictadme mi conducta y obedeceré.

—¡Dios Santo! ¡Y quién soy yo, pobre de mí, para dictar una sílaba a un rey como vos?

—¡Sois mi vida y mi alma! ¡No es el alma la que gobierna el cuerpo?

—Según eso, ¿me amáis, mi querido señor?

—De rodillas, con las manos juntas, con todas las fuerzas de que Dios me ha dotado. ¡Os amo bastante para entregáros mi vida sonriendo si pronunciáis una palabra!

—¿Me amáis?

—¡Oh, sí!

—Entonces, nada me queda que desear en el mundo. ¡Vuestra mano, Majestad, y despidámonos! Ya he disfrutado en esta vida toda la dicha que me

había tocado en suerte.

—¡Oh, no! ¡Di que tu vida comienza! ¡Tu felicidad no es ayer, es hoy, es mañana, es siempre! ¡Para ti el porvenir! ¡Para ti todo lo que sea mío! ¡No más ideas de separación, no más separaciones sombrías! El amor es nuestro dios, la necesidad de nuestras almas. Tú vivirás para mí, como viviré yo para ti.

Y, prosternándose ante ella, besó sus rodillas con inexpresables transportes de alegría y de reconocimiento.

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Todo esto es un sueño.

—¿Por qué un sueño?

—Porque no puedo regresar a la Corte. Desterrada, ¿cómo os he de volver a ver? ¿No vale más entrar en el claustro para enterrar en él, en el bálsamo de vuestro amor, los postreros impulsos de vuestro corazón y vuestra última confesión?

—¡Desterrada, vos! —exclamó Luis XIV—. ¿Y quién se atreve a desterrar cuando yo lo llamo?

—¡Oh Majestad! Algo que es superior a los monarcas: el mundo y la opinión; reflexionad que no podéis amar a una mujer expulsada, a la que vuestra madre ha mancillado con una sospecha, a la que vuestra hermana ha infligido un castigo. Esa mujer es indigna de vos.

—¿Indigna una mujer que me pertenece?

—Sí, y por eso, precisamente, señor; desde el momento que ella os pertenece, vuestra querida es indigna.

—¡Ah! Tenéis razón, Luisa; sois la misma delicadeza. Pues bien, no seréis desterrada.

—¡Oh! Bien se ve que no habéis oido hablar a Madame.

—Hablaré a mi madre.

—¡Tampoco habéis visto a vuestra madre!

—¿También ella? ¡Pobre Luisa...! ¿Conque todo el mundo estaba contra vos?

—Sí, sí, pobre Luisa, que cedia ya a la tempestad, cuando vos habéis venido, cuando vos habéis acabado de destrozadla.

—¡Oh, perdón!

—No lograréis aplacar a ninguna de las dos, creedme; el mal no tiene remedio, porque jamás os permitiré emplear la violencia ni la autoridad.

—Pues bien, Luisa, para demostraros cuánto os amo, quiero hacer una cosa: iré a ver a Madame.

—¿Vos?

—Le haré revocar la sentencia; la obligaré.

—¡Obligar! ¡Oh! ¡No, no!

—Es verdad; la aplacaré. Luisa meneó la cabeza.

—Suplicaré, si es necesario —dijo Luis—. ¿Creeréis entonces en mi amor?

—¡Oh! Jamás os humilléis por mí, Majestad; dejadme antes morir...

El rey reflexionaba, sus facciones tomaron una expresión sombría.

—Amaré tanto como habéis amado —dijo—; sufriré tanto como habéis sufrido; esa será mi expiación a vuestros ojos. Ea, señorita, dejemos mezquinas consideraciones; seamos grandes como nuestro dolor, seamos fuertes como nuestro amor.

Y, al decir estas palabras, la cogió en sus brazos y le formó un cinturón con sus dos manos.

—¡Mi único bien, mi vida, seguidme! —exclamó.

La joven hizo un último esfuerzo, en el que concentró, no toda su voluntad, porque su voluntad estaba ya vencida, sino todas sus fuerzas.

—¡No! —contestó débilmente—. ¡No, no! ¡Me moriría de vergüenza!

—¡No, porque entraréis como reina! Nadie sabe vuestra salida... Sólo D'Artagnan...

—¿También él me ha vendido?

—¿Cómo es eso?

—Había jurado...

—Había jurado no decir nada al rey —dijo D'Artagnan asomando su fina cabeza por la puerta entornada—, y he cumplido mi palabra. Se lo dije al señor de Saint-Aignan, y no ha sido culpa mía que el rey lo oyese. ¡No es cierto, Majestad?

—Así es; perdonadle —dijo el rey. La joven sonrió, y tendió al mosquetero su delicada y blanca mano.

—Señor de D'Artagnan —dijo el rey, gozoso en extremo—, buscad una carroza para la señorita.

—Majestad —contestó el capitán—, la carroza espera.

—¡Oh! ¡Sois modelo de servido res! —exclamó el rey.

—Tiempo ha costado advertirlo —dijo D'Artagnan, complacido, no obstante, con la lisonja.

La Vallière estaba vencida, y, aunque todavía opuso alguna ligera resistencia, se dejó llevar medio desfallecida por su regio amante.

Pero, al llegar a la puerta del parlitorio, en el momento de dejarlo, se arrancó de los brazos del rey, y, aproximándose al crucifijo de piedra, lo besó diciendo:

—¡Dios mío! Me habéis llamado, y me separo de vos; pero vuestra bondad es infinita. Sólo os ruego que cuando vuelva olvidéis que me he alejado; porque cuando vuelva a vos, será para no separarme ya nunca.

El rey exhaló un sollozo. D'Artagnan enjugó una lágrima. Luis arrastró a la joven, la llevó hasta la carroza, y puso a D'Artagnan a su lado.

Y él mismo, montando a caballo, se dirigió al Palais Royal, donde, así que llegó, hizo avisar a Madame que le concediese un momento de audiencia.

## Capítulo XXX

---

En el aposento de Madame

En el modo como el rey había despedido a los embajadores adivinaron los menos perspicaces una guerra.

Los mismos embajadores, poco enterados de la crónica íntima, habían interpretado contra ellos el célebre dicho: « Si no soy dueño de mí, lo seré de los que me ultrajan» .

Afortunadamente para los destinos de Francia y Holanda, Colbert los siguió para darles algunas explicaciones; pero las reinas y Madame, muy inteligentes en todo lo que concernía a sus casas, así que oyeron aquella frase llena de amenazas, se retiraron con tanto temor como despecho.

Por su parte, Madame conocía que la cólera del rey recaería principalmente sobre ella, y como era mujer de valor, altiva con exceso, en lugar de buscar apoyo en la reina madre, se retiró a su habitación, si no del todo tranquila, al menos sin intención de evitar el combate. De tiempo en tiempo enviaba Ana de Austria mensajeros para saber si el rey había regresado.

El silencio que guardaba el palacio sobre aquel asunto y la desaparición de Luisa, eran presagio de multitud de desgracias para el que conocía el carácter irritable de Luis.

Pero Madame, haciendo frente a todos aquellos rumores, se encerró en su habitación, llamó a Montalais, y con toda la serenidad de que fue capaz, hizo hablar a la joven sobre el suceso del día. En el instante en que la elocuente Montalais concluía con toda especie de precauciones oratorias, y recordaba a Madame la tolerancia a beneficio de reciprocidad, se presentó el señor Malicorne, pidiendo a la princesa una audiencia.

El digno amigo de Montalais tenía impresas en su semblante las señales de la

más viva emoción. Imposible equivocarse acerca de ello: la entrevista pedida por el rey debía ser uno de los capítulos más interesantes de aquella historia del corazón de los reyes y de los hombres.

Madame turbóse con la noticia de la visita de su cuñado, la cual no esperaba tan pronto, y menos sobre todo, una gestión directa de Luis.

Ahora bien, las mujeres, que hacen tan bien la guerra indirectamente, son siempre menos hábiles y menos fuertes cuando se trata de aceptar una batalla de frente.

Hemos dicho ya que Madame no era persona capaz de retroceder, pues, antes bien, tenía el defecto o la cualidad contraria.

Hacía gala de valor, y así fue que el recado de Su Majestad, que le transmitía Malicorne, le causó el efecto de la trompeta que da la señal de las hostilidades. Madame recogió el guante con altivez.

Cinco minutos después, el rey subía la escalera.

Estaba colorado de haber corrido a caballo. Su traje, polvoriento y en desorden, contrastaba con el atavío elegante y ajustado de Madame, la cual se ponía pálida bajo su colorete.

El rey no gastó preámbulo alguno, y se sentó. Montalais desapareció.

Madame se sentó enfrente del rey.

—Hermana mía —dijo el rey—, ¿sabéis que la señorita de La Vallière se ha fugado esta mañana, y ha ido a sepultar su dolor y su desesperación en un claustro?

Al decir estas palabras, la voz del rey apareció singularmente conmovida.

—Vuestra Majestad es quien me da la noticia —replicó Madame.

—Suponía que la hubieseis sabido esta mañana en la recepción de los embajadores —dijo el rey.

—En vuestra emoción, Majestad, adiviné que pasaba algo extraordinario, mas sin saber qué.

El rey, que era franco, e iba al objeto:

—Hermana mía —dijo—, ¿por qué habéis despedido a la señorita de La Vallière?

—Porque me disgustaba su servicio —replicó secamente Madame. Luis se puso de color de púrpura, y en sus ojos brilló un fuego que todo el valor de Madame pudo apenas sostener.

Contúvose, no obstante, y añadió:

Necesario es, hermana mía, que una mujer tan buena como vos haya tenido un motivo poderosísimo para expulsar y deshonrar, no sólo a una joven, sino a toda su familia. No ignoráis que la ciudad tiene fijos sus ojos en la conducta de las damas de la Corte. Despedir a una camarista, es atribuirle un crimen, o por lo menos una falta. ¿Cuál es, por tanto, el crimen o la falta de la señorita de La Vallière?

—Puesto que os constituis en protector de la señorita de La Vallière —replicó fríamente Madame—, voy a datos explicaciones que me creo con derecho de no dar a nadie.

—¿Ni aun al rey? —murmuró Luis revistiéndose de una expresión de cólera.

—Me habéis llamado hermana vuestra —dijo Madame— y estoy en mi aposento.

—¡No importa! —repuso el joven monarca avergonzado de su arrebato—. Ni vos, señora, ni nadie, puede decir en mi reino que tenga derecho para no explicarse en mi presencia.

—Puesto que así lo tomáis —dijo Madame con sombrío enojo—, no me queda sino inclinarme ante Vuestra Majestad y sellar mis labios.

—No, nada de equívocos.

—La protección que Vuestra Majestad dispensa a la señorita de La Vallière me impone respeto.

—Nada de equívocos, digo; bien sabéis que, siendo yo el jefe de la nobleza de Francia, debo cuenta a todos del honor de las familias. Expulsáis a la señorita de La Vallière, o a otra cualquiera...

Madame encogióse de hombros.

—O a otra cualquiera, lo repito —continuó el rey—, y como al proceder así deshonráis a esa persona, os pido una explicación para confirmar o revocar esa sentencia.

—¿Revocar mi sentencia? —exclamó Madame con altivez—. ¡Pues qué! Cuando despido de mi casa a cualquiera de mi servidumbre, ¿me obligaríais a volverle a recibir? El rey calló.

—Eso no sería ya abuso de poder, señor, sino inconveniencia.

—¡Madame!

—¡Oh! Me rebelaría, como mujer, contra un abuso que ultrajaría toda dignidad; no sería ya una princesa de vuestra sangre, una hija del rey, sino la última de las criaturas, más humilde aún que la criada despedida.

El rey brincó de furor.

—No es un corazón —exclamó— lo que late en vuestro pecho; si os portáis conmigo de ese modo, dejadme proceder con igual rigor.

A veces, en una batalla, una bala extraviada suele causar un estrago. Aquella frase que Luis pronunció sin intención, hirió a Madame y la sobrecogió por un momento: podía, un día u otro, tener represalias.

—En fin —dijo—, explicaos, Majestad.

—Os pregunto, señora, en qué ha podido agraviaros la señorita de La Vallière.

—Es la más artificiosa zurcidora de intrigas que conozco; ha hecho batirse a dos amigos y ha dado que hablar en términos tan vergonzosos, que toda la Corte arruga el ceño con sólo oír su nombre.

—¿Ella? ¿ella? —exclamó el rey.

—Bajo ese aspecto tan dulce como hipócrita —continuó Madame—, oculta un alma llena de astucia y de perfidia.

—¿Ella?

—Podréis tener formado un juicio equivocado, Majestad; mas yo la conozco: es capaz de excitar a la guerra a los mejores parientes y a los más íntimos amigos. Ya veis la cizaña que ha sembrado entre nosotros.

—Protesto —dijo el rey.

—Majestad, haceos cargo de una cosa: nosotros vivíamos en la mejor armonía, y esa joven, con sus intrigas y sus quejas, os ha indisposto contra mí.

—Os juro —dijo el rey— que jamás ha salido de sus labios una palabra amarga, y que hasta en mis arrebatos no me ha permitido amenazar a nadie. Os aseguro que no tenéis amiga más leal ni más respetuosa que esa joven.

—¿Amiga? —dijo Madame con marcada expresión de desprecio.

—Cuidado, señora —replicó el rey—; olvidáis haberme comprendido, y que, desde ese momento, cesa toda desigualdad. La señorita de La Vallière será todo lo que yo quiera que sea, y mañana, si me place, podrá sentarse sobre un trono.

—Por lo menos no habrá nacido en él, y cuanto podáis hacer será para lo futuro; pero nunca haréis cambiar lo pasado.

—Señora, os he tratado con urbanidad y cortesía; no me hagáis recordar que soy el amo.

—Majestad, ya me lo habéis dicho dos veces. He tenido el honor de deciros que ante eso me inclino.

—¿Me concedéis entonces que la señorita Luisa de La Vallière vuelva a vuestra casa?

—¿Para qué, Majestad, cuando tenéis un trono que ofrecerle? Soy yo muy poca cosa para proteger a una potencia como ésa.

—Basta ya de salidas maliciosas y desdeñosas. Concededme su perdón.

—¡Nunca!

—Me lanzáis a la guerra entre mi familia.

—También tengo yo familia donde refugiarme.

—¿Hasta ese punto os olvidáis de vos misma? ¿Creéis que si llevaseis la ofensa hasta ahí os sostendrían vuestros parientes?

—Espero, Majestad, que no me obligareis a hacer nada contrario a mi jerarquía.

—Esperaba que os acordaríais de nuestra amistad, que me trataríais como a hermano.

Madame se detuvo un momento.

—No es desconoceros por hermano —dijo— rehusar una injusticia a Vuestra Majestad.

—¿Una, injusticia?

—¡Oh Majestad! Si supiese el mundo la conducta de La Vallière, si las reinas

supiesen... —Vamos, vamos, Enriqueta; dejad hablar a vuestro corazón; recordad que me habéis amado; recordad que el corazón humano debe ser tan misericordioso como el del amo soberano. No seáis inflexible para los demás; perdonad a Luisa.

—No puedo; me ha ofendido.

—Pero ¿yo?

—Majestad, todo lo haré en el mundo por vos, menos eso.

—Entonces me aconsejáis la desesperación... Arrastrándome a ese último recurso de las personas débiles, ¿me aconsejáis la ira y el escándalo?

—Os aconsejo la razón, Majestad.

—¿La razón...? Hermana mía, me falta ya la razón.

—¡Majestad, por favor! —Hermana mía, por piedad, ésta es la primera vez que suplico; hermana mía, no tengo más esperanza que en vos.

—¡Oh Majestad! ¡Lloráis?

—De cólera, sí; de humillación. ¡Haberme visto precisado a rebajarme hasta suplicar, yo, el rey! Toda mi vida detestaré este momento. Hermana mía, me habéis hecho sufrir en un segundo más padecimientos de los que había previsto en las más duras extremidades de la vida.

Y el rey, levantándose, dio libre curso a sus lágrimas, que eran en efecto lágrimas de cólera y de vergüenza.

Madame no se enterneció, pues las mujeres, aun las mejores, no conocen la piedad en el orgullo; pero tuvo miedo de que aquellas lagrimas arrastrasen consigo todo lo que había de humano en el corazón del rey.

—Mandad, Majestad —dijo—; ya que preferís mi humillación a la vuestra no obstante ser pública la mía, cuando la vuestra sólo me tiene a mí por testigo, hablad y obedeceré al rey.

—¡No, no, Enriqueta! —murmuró Luis transportado de reconocimiento—. Habéis cedido al hermano.

—No tengo ya hermano, cuando me veo precisada a obedecer.

—¿Queréis en reconocimiento todo el reino?

—¡Cómo amáis —dijo ella— cuando amáis!

Luis no replicó. No hacía más que cubrir de besos la mano de Madame.

—De suerte —dijo—, que admitiréis a esa pobre muchacha y la perdonaréis, reconociendo la dulzura y rectitud de su corazón.

—La mantendré en mi casa.

—No, hermana querida; le devolveréis vuestra amistad.

—Nunca la quise.

—Pues bien, por amor a mí, la trataréis con bondad, ¿no es así, Enriqueta?

—¡Bien! La trataré como a una hija vuestra.

El rey se levantó. Con aquella palabra que tan funestamente se le escapara a Madame, destruyó todo el mérito de su sacrificio. El rey no le debía ya nada.

Lastimado, mortalmente herido, replicó:

—Gracias, señora; me acordaré siempre del servicio que me habéis hecho.  
Y, saludando con ceremoniosa afectación, se despidió.

Al pasar por delante de un espejo notó que tenía los ojos encarnados, y la cólera le hizo herir el suelo con el pie.

Pero era ya demasiado tarde, porque Malicorne y D'Artagnan, colocados a la puerta, habían visto sus ojos.

« El rey ha llorado », pensó Malicorne.

D'Artagnan acercóse respetuosamente al rey.

—Señor —le dijo por lo bajo—; tomad la escalerilla secreta para ir a vuestra cámara.

—¿Por qué?

—Porque el polvo del camino ha dejado huellas en vuestro rostro —contestó D'Artagnan—. Id, señor, id.

Y cuando el rey hubo cedido como un niño, pensó:

« ¡Pardiez! ¡Ay de aquellos que hagan llorar a la que ha hecho llorar al rey! ».

## Capítulo XXXI

---

El pañuelo de la señorita de la Vallière

**M**adame no era mala: era irritable.

El rey no era imprudente: era un enamorado.

Apenas hicieron los dos esa especie de pacto, cuyo resultado era volver a llamar a La Vallière, cuando uno y otro trataron de sacar el mejor partido posible.

El rey quería ver a La Vallière a cada momento.

Madame, que conocía el despecho del rey, desde la escena de las súplicas, no quería abandonarle a Luisa sin combatir.

Por consiguiente, sembraba las dificultades bajo los pasos del rey. En efecto, si el rey quería ver a su querida, tenía que hacer la corte a su cuñada.

De tal plan procedía toda la política de Madame.

Como ésta había elegido a una persona para secundarla, y esa persona era Montalais, el rey se veía asediado cada vez que iba al aposento de Madame. Rodeábanle por todas partes, y jamás se apartaban de él. Madame desplegaba en su conversación una gracia y un talento que todo lo eclipsaba.

Montalais iba después, y no tardó en hacerse insoportable al rey.

Eso era lo que ella esperaba. Entonces, lanzó a Malicorne; éste halló ocasión de decir al rey que había una joven muy desgraciada en la Corte.

Luis preguntó quién era esa persona.

Malicorne contestó que era la señorita de Montalais.

Entonces el rey declaró que era muy justo que una persona fuese desgraciada cuando hacia desgraciados a los demás.

Malicorne explicóse diciendo que la señorita de Montalais tenía sus órdenes.

El rey abrió los ojos y advirtió que Madame, tan pronto como Su Majestad

aparecía, presentábase también; que ella estaba en los corredores hasta que él se marchaba, y que iba acompañándole por miedo de que hablase en las antecámaras a alguna de las doncellas.

Una noche, fue Madame aún más lejos.

El rey estaba sentado en medio de las damas, y tenía en la mano, bajo los puños de encaje, un billete, que deseaba deslizar en manos de La Vallière.

Madame adivinó aquella intención, y la existencia del billete. Cosa muy difícil era impedir al rey dirigirse a quien mejor le pareciese.

No obstante, era preciso evitar que se dirigiese a La Vallière, la saludase y dejase caer el billete en sus rodillas, detrás de su abanico o en su pañuelo.

Luis, que también observaba, sospechó que le tendían un lazo. Levantóse, pues, y, sin la menor afectación, trasladó su silla al lado de la señorita de Châtillon, con la cual estuvo bromеando.

Jugábbase a hacer versos con pie forzado; de la señorita de Châtillon pasó el rey a la Montalais, y de ésta a la señorita de Tonnay-Charente.

Entonces, por efecto de aquella diestra maniobra, se encontró sentado enfrente de La Vallière, a quien ocultaba enteramente con su cuerpo.

Madame simulaba estar ocupada rectificando un dibujo de flores sobre cañamazo.

Luis enseñó la blanca punta del billete a La Vallière, y ésta le alargó su pañuelo con una mirada que quería decir: «Ponedlo dentro».

Después, como el rey hubiese puesto su propio pañuelo en su sillón, fue bastante diestro para dejarlo caer al suelo.

De suerte que La Vallière deslizó su pañuelo en el sillón.

El rey lo cogió haciéndose el distraído, puso el billete en el pañuelo y volvió a dejar éste sobre el sillón.

Quedábale a Luisa el tiempo preciso para extender la mano y coger el pañuelo con su precioso depósito. Poco Madame lo había visto todo. Y dijo a Châtillon:

—Châtillon, recoged de la alfombra el pañuelo del rey.

Y, habiendo obedecido la joven precipitadamente, el rey se sintió contrariado, La Vallière turbada, y se vio el otro pañuelo en el sillón.

—¡Ah, perdón! —dijo la princesa—. Vuestra Majestad tiene dos pañuelos.

Y el rey tuvo que meterse en el bolsillo el pañuelo de La Vallière con el suyo.

Ganaba en ello aquel recuerdo de la amante; pero la amante perdía una cuarteta cuya composición le había costado a Luis diez horas, y que valía quizás pon si sola un largo poema.

De allí la cólera del rey y la desesperación de La Vallière.

Pero entonces ocurrió un suceso extraño.

Cuando salió el rey para volver a su habitación, Malicorne, avisado sin saber cómo, se hallaba en la antecámara.

Las antecámaras del Palais Royal son obscuras, y de noche, merced a la poca ceremonia que se observaba en el departamento de Madame, estaban mal alumbradas.

Al rey le gustaba aquella media luz. Regla general: el amor que brilla de por sí en el alma y el corazón, no quiere la luz más que en el corazón y en el alma.

Decíamos, pues, que la antecámara era obscura; un solo paje llevaba un hachón delante de Su Majestad.

El rey caminaba a paso lento, devorando su enojo.

Malicorne pasó junto al rey, le tropezó ligeramente, y le pidió perdón, con gran humildad; pero el rey, que estaba de muy mal humor, trató con dureza a Malicorne, y éste se escurrió sin ruido.

Luis se acostó después de haber tenido aquella noche una pequeña reyerta con la reina; y al día siguiente, en el momento de pasar a su despacho, ocurrióle la idea de besan el pañuelo de La Vallière.

Y llamó al ayuda de cámara.

—Traedme —ordenó— el traje que llevaba ayer; pero cuidado con tocar nada de lo que pueda haber en él.

Ejecutóse la orden, y el rey registró los bolsillos.

No halló en ellos más que un solo pañuelo; el suyo. El de La Vallière había desaparecido.

Perdiase ya su imaginación en conjeturas y sospechas, cuando le entregaron una carta de La Vallière. Estaba concebida en estos términos:

« ¡Cuánta bondad la vuestra, mi querido señor, en enviarme unos versos tan hermosos! ¡Cuán ingenioso y perseverante vuestro amor! ¡Cómo no os han de amar...!».

« ¿Qué significa esto? —pensó el rey—. Necesariamente hay aquí alguna equivocación...».

Y dijo al ayuda de cámara:

—Buscad bien en mis bolsillos un pañuelo que debe haber en ellos, y si no lo encontráis, si lo habéis tocado...

Repúsose pronto. Hacer asunto de Estado la pérdida de aquel pañuelo, sería abrir toda una crónica, y añadió:

—Tenía en ese pañuelo cierta nota importante que debía estar entre los pliegues.

—Vuestra Majestad —dijo el ayuda de cámara— sólo llevaba un pañuelo, y es éste.

—Es verdad —replicó el rey entre dientes—. ¡Oh, pobreza, cómo te envidio! Dichoso de aquel que coge por sí mismo y saca de sus bolsillos los pañuelos y los billetes.

Y releyó la carta de La Vallière, procurando adivinar por qué casualidad había podido llegar la cuarteta a su poder, cuando advirtió una postdata.

«Os envía por vuestro mensajero esta contestación, tan poco digna de los delicados conceptos que me habéis dirigido».

—¡Vamos! —dijo con satisfacción—. ¡Al fin voy a saber algo...! ¿Quién trae este billete?

—El señor Malicorne —contestó el ayuda de cámara con timidez.

—Que entre.

Malicorne entró.

—¿Venís del aposento de la señorita de La Vallière? —dijo el rey con un suspiro.

—Sí, Majestad.

—¿Y habéis llevado a la señorita Luisa de La Vallière algo de mi parte?

—¿Yo, Majestad?

—Sí, vos.

—No. Majestad, no.

—La señorita de La Vallière lo dice formalmente.

—Majestad, la señorita Luisa de La Vallière se equivoca.

El rey frunció el ceño.

—¿Qué juego es éste? —dijo—. Hablad. ¿Por qué la señorita de La Vallière os llama mi mensajero? ¿Qué habéis llevado a esa dama? ¡Hablad pronto!

—Majestad, lo único que he hecho ha sido entregar a la señorita de La Vallière un pañuelo.

—¡Un pañuelo...! ¿Cuál?

—En el momento en que tuve ayer la desgracia de tropezar con la persona de Vuestra Majestad, desgracia que lloraré toda mi vida, especialmente después del desagrado que me mostrasteis, quedé inmóvil de desesperación. Vuestra Majestad estaba ya demasiado lejos para poder oír mis disculpas, y entonces advertí en el suelo una cosa blanca.

—¡Ah! —exclamó el rey.

—Me agaché, y vi que era un pañuelo. Tuve la idea de que al tropezar con Vuestra Majestad habría hecho caer aquel pañuelo de su bolsillo; pero, tentándolo con el mayor respeto, advertí que tenía una cifra, y esa cifra era de la señorita de La Vallière. Pensé entonces que se le habría caído a dicha señorita al entrar, y me apresuré a devolvérselo a la salida. Eso es cuanto he entregado a la señorita de La Vallière; suplico a Vuestra Majestad que lo crea.

Malicorne se mostraba tan candoroso, tan desconsolado y tan humilde; que el rey tuvo gran placer en escucharle, y le agradeció aquella casualidad, como si hubiese prestado el mayor servicio.

—Éste es ya el segundo encuentro feliz que he tenido con vos, señor —le dijo—; podéis contar con mi amistad.

El hecho es, pura y simplemente, que Malicorne había robado el pañuelo del bolsillo del rey, tan finamente como lo hubiera podido hacer el más hábil ratero

de París.

Madame ignoró siempre aquella historia. Pero Montalais se la hizo sospechar a La Vallière, y La Vallière se la contó más adelante al rey, el cual se rio mucho con ella y proclamó a Malicorne un gran político.

Luis XIV tenía razón, y sabido es que conocía a los hombres.

## Capítulo XXXII

---

Que trata de los jardineros, de las escalas y de las camaristas

Desgraciadamente, los milagros no podían durar siempre, mientras que el mal humor de Madame no cesaba nunca.

Al cabo de ocho días, había llegado el rey al estado de no poder mirar a La Vallière sin que una mirada de sospecha cruzase la suya.

Cuando disponíase algún paseo, Madame, para evitar que se renovase la escena de la lluvia o de la encina real, tenía siempre a mano las indisposiciones, merced a las cuales no salía y sus camaristas permanecían en casa.

En cuanto a visitas nocturnas, no había que pensar en ellas, pues era punto menos que imposible.

Y fue que en este particular, desde los primeros días, había sufrido el rey un doloroso contratiempo.

Pasó que, como en Fontainebleau, hizo que Saint-Aignan le acompañase, y quiso ir al cuarto de La Vallière. Pero no encontró más que a la señorita de Tonnay-Charente, la cual empezó a gritar con todas sus fuerzas, de cuyas resultas acudió una legión de doncellas, criadas y pajes, y Saint-Aignan, por salvar el honor de su amo, que se había escapado precipitadamente, tuvo que aguantar una severa reprimenda de parte de la reina madre y de Madame.

Además, al día siguiente recibió dos carteles de desafío de la familia de Mortemart, y fue necesario que el rey interviniese.

Aquella equivocación había provenido de que Madame había dispuesto súbitamente que sus damas mudasen de cuarto, haciendo que La Vallière y Montalais, durmiesen en la habitación misma de su ama.

No era posible, de consiguiente, hacer nada, ni aun escribir; escribir a la vista de un Argos tan implacable como Madame, era exponerse a los mayores

riesgos.

Fácil es conocer el estado de irritación continua y de cólera creciente en que todos aquellos pinchazos ponían al león.

El rey se devanaba los sesos en buscar medios, y, como no se confiaba a Malicorne, ni a D'Artagnan, no hallaba ninguno.

Malicorne soltaba de vez en cuando algunas indirectas a fin de estimular al rey a que se franqueara enteramente.

Pero fuese vergüenza o desconfianza, el rey empezaba a picar en el anzuelo, y concluía al fin por abandonarlo.

Así, por ejemplo, una tarde en que el rey atravesaba el jardín y miraba tristemente las ventanas de Madame, tropezó Malicorne en una escala que había bajo un arriate de boj, y dijo a Manicamp, que iba a su lado en pos del rey, y que ni había tropezado ni visto nada:

—¿No habéis visto que he tropezado en una escala, y que por poco caigo?

—No —contestó Manicamp distraído como de costumbre—; pero a lo que parece no habéis llegado a caer.

—¡No importa! No por eso es menos peligroso el dejar de este modo las escaleras.

—Sí que puede uno hacerse daño, sobre todo cuando va distraído.

—No lo digo por eso, sino porque es peligroso el dejar de este modo las escaleras junto a las ventanas de las camaristas.

Luis se estremeció imperceptiblemente.

—¿Cómo es eso? —preguntó Manicamp.

—Hablad más alto —dijo en voz baja Malicorne, tocándole con el codo.

—¿Cómo es eso? —repitió en voz más alta Manicamp.

Luis puso atención.

—Aquí tenéis, por ejemplo —dijo Malicorne—, una escala de diecinueve pies, exactamente la altura de la cornisa de las ventanas.

Manicamp, en vez de contestar, seguía distraído con sus pensamientos.

—Preguntadme de qué ventanas —le sopló Malicorne.

—¿De qué ventanas habláis? —preguntó en voz alta Manicamp.

—De las de Madame.

—¡Eh!

—No digo que haya subido nadie al aposento de Madame; pero en la pieza inmediata, que está separada por un sencillo tabique, duermen las señoritas de La Vallière y Montalais, que son dos hermosas muchachas.

—¿Por un sencillo tabique? —dijo Manicamp.

—Mirad la brillante claridad que sale de las habitaciones de Madame. ¿Veis aquellas dos ventanas?

—Sí.

—Y aquella otra ventana inmediata, iluminada con luz menos viva?

—Perfectamente.

—Pues ésa es la ventana de las camaristas. Mirad cómo, por efecto del calor que hace, abre la señorita de La Vallière su ventana. ¡Oh, cuántas cosas podría decirle un amante atrevido, si tuviera noticia de esa escala de diecinueve pies, que llega justamente hasta la cornisa!

—Pero creo haberos oído decir que no permanecía sola, sino con la señorita de Montalais.

—La señorita de Montalais no puede inspirar recelo; es una amiga de la infancia, fiel como ella sola, un verdadero pozo donde pueden echarse sin cuidado todos los secretos que se quieran hacer desaparecer.

Ni una palabra de la conversación había escapado al rey; y aun Malicorne observó que Luis había acortado el paso para darle tiempo de acabar.

Así fue, que, cuando llegó a la puerta, despidió a todos, a excepción de Malicorne.

Aquello no sorprendió a nadie, pues se sabía que el rey estaba enamorado, y se le suponía aficionado a componer versos a la claridad de la luna.

Aun cuando aquella noche no hacía luna, podía el rey, sin embargo, querer componer versos.

Marchóse todo el mundo. Entonces el rey se volvió hacia Malicorne, el cual esperaba con el mayor respeto a que Luis le dirigiese la palabra.

—¿Qué decíais hace poco de escalas, señor Malicorne? —preguntó Luis.

—Yo, Majestad, de escalas...? Y Malicorne levantó los ojos al cielo, como para recoger las palabras escapadas.

—Sí, de una escalera de diecinueve pies —añadió Luis.

—¡Ah! En efecto, Majestad, ahora me acuerdo; pero hablaba con el señor de Manicamp, y habría callado si hubiese sabido que Vuestra Majestad podía oírnos.

—¿Y por qué os habrías callado? —Porque no hubiera querido que riñesen por mi culpa al jardinero que la dejó olvidada... ¡pobre diablo...!

—No tengáis cuidado por eso... Decidme, ¿qué escala es ésa?

—¿Quiere verla Vuestra Majestad?

—Sí.

—Nada más fácil; está allí, Majestad.

—¿Entre el boj?

—Precisamente.

—Enseñádmela.

Malicorne volvió pasos atrás, y llevó al rey hasta la escala.

—Aquí está, Majestad.

—Sacadla de ahí.

Malicorne puso la escala en la alameda.

Luis caminó longitudinalmente en dirección de la escala.

—¡Hum! —murmuró—. ¿Decís que tiene diecinueve pies?

—Sí, Majestad.

—Mucho es eso: no la creo tan larga.

—Así no se ve bien. Majestad. Si se pusiera la escala en pie contra un árbol o contra una pared, por ejemplo, se vería mejor, en atención a que la comparación podía servir de mucho.

—Con todo, señor Malicorne, no creo que la escala tenga diecinueve pies.

—Conozco el buen golpe de vista que tiene Vuestra Majestad; no obstante, en esta ocasión no tendría reparo en apostar.

El rey meneó la cabeza.

—Hay un medio seguro de comprobarlo —dijo Malicorne.

—¿Cuál?

—Sabido es que el piso bajo del palacio tiene dieciocho pies de altura.

—Es verdad.

—Pues bien, poniendo la escala contra la pared, se puede salir de la duda.

—Cierto.

Malicorne levantó la escala como si fuera una pluma, y la puso contra la pared, si bien eligió, o mejor dicho, la casualidad eligió, la ventana del cuarto de La Vallière para hacer su experimento.

La escala llegó justamente a la esquina de la cornisa, esto es, casi al antepecho de la ventana; de suerte que un hombre colocado en el penúltimo peldaño, un hombre de mediana estatura, como era, por ejemplo, el rey, podía comunicar con los habitantes de la cámara.

Apenas estuvo colocada la escalera, cuando el rey, dejando a un lado la especie de comedia que representaba, empezó a subir los peldaños, teniéndole Malicorne la escalera. Pero no bien había hecho la mitad de su ascensión aérea, aparecía en el jardín una patrulla de suizos, que se encaminó hacia la escalera.

El rey bajó apresuradamente, y se ocultó en un macizo.

Malicorne vio que era preciso sacrificarse. Si se ocultaba también, los suizos registrarían hasta encontrar a él o al rey, y tal vez a ambos.

Más valía que lo encontraran sólo a él.

Por consiguiente, Malicorne se escondió tan torpemente, que muy pronto dieron con él.

Una vez detenido, Malicorne fue llevado al cuerpo de guardia, y en cuanto dijo quién era, reconociéronlo.

Entretanto, de mata en mata, llegaba el rey a la puerta excusada de su cuarto muy humillado, y sobre todo enteramente desconcertado.

Y esto con tanto mayor motivo, cuanto que el ruido del arresto había hecho asomarse a la ventana a La Vallière y a Montalais, y la princesa misma había aparecido en la suya con una luz, preguntando qué era aquello.

Mientras esto sucedía, Malicorne hacía llamar a D'Artagnan, el cual acudió al momento.

Pero en vano trató de hacerle comprender sus razones, en vano las comprendió D'Artagnan, y en vano también aquellos espíritus tan sutiles procuraron dar un giro diferente a la aventura. No le quedó a Malicorne otro recurso que pasar por haber querido entrar en el cuarto de la señorita de Montalais, como Saint-Aignan tuvo que pasar por haber intentado forzar la puerta de la señorita de Tonnay-Charente.

Madame era inflexible por dos razones: si el señor Malicorne había querido entrar nocturnamente en su habitación por la ventana y por medio de una escala para ver a Montalais, era un atetado punible, que debía ser castigado. Y si, Por el contrario, Malicorne, en vez de obrar por cuenta propia, había hecho aquello como intermediario entre La Vallière y otra persona que no quería nombrar, su crimen era mucho mayor aún, puesto que no tenía a su favor la pasión, que puede excusarlo todo.

Madame puso, pues, el grito en el cielo, e hizo despedir a Malicorne de la casa de Monsieur, sin advertir la infeliz ciega que Malicorne y Montalais la tenían entre sus garras por la visita al señor de Guiche, y por otros muchos puntos no menos delicados.

Montalais, furiosa, quería vengarse inmediatamente; pero Malicorne le hizo ver que con el apoyo del rey podían arrostrarse todas las desgracias del mundo, y que era gran cosa el sufrir por el rey.

Malicorne tenía razón, y aunque Montalais era mujer, consiguió convencerla.

Luego, hay que decirlo, el rey se apresuró a consolar a su víctima. En primer lugar, hizo entregar a Malicorne cincuenta mil libras, como indemnización del cargo que perdiera.

Luego, lo colocó en su servidumbre, aprovechando con placer aquella ocasión de vengarse de todo lo que la princesa le había hecho sufrir a él y a La Vallière.

Mas, el pobre amante, no teniendo ya a Malicorne para que le robase los pañuelos ni le midiese las escalas, no sabía qué hacer. Ninguna esperanza quedábale de acercarse a La Vallière, en tanto que ésta permaneciese en el Palais Royal.

Ni las dignidades ni todo el oro del mundo podían facilitárselo.

Por fortuna, Malicorne estaba al cuidado, y se compuso tan bien que llegó a avistarse con Montalais. Verdad es que Montalais ponía cuanto estaba de su parte por ver a Malicorne.

—¿Qué hacéis durante la noche en el cuarto de Madame? —preguntó éste a la joven.

—Por la noche? Dormir —replicó Montalais.

—De modo que dormís por la noche?

—Sí por cierto.

—Hacéis muy mal; no conviene que una joven duerma con un dolor como el

que debéis tener.

—¿Y qué dolor es ése que yo tengo?

—¿No estáis desesperada por mi ausencia?

—No por cierto, puesto que habéis recibido cincuenta mil libras, y os han dado además un empleo en la servidumbre del rey.

—No importa; eso no quita para que estéis afligidísima de no poderme ver como antes, y sobre todo de que yo haya perdido la confianza de Madame. ¿No es verdad?

—¡Oh! Sí que lo es.

—Pues bien, esa aflicción no puede menos de impediros dormir por la noche, y entonces sollozáis y os quejáis diez veces por minuto.

—Pero, mi querido Malicorne, Madame no puede tolerar el menor ruido en sus habitaciones.

—¡Bien sé que no lo puede tolerar, cáscaras! Y por eso estoy seguro de que al ver un dolor tan profundo, no tardará en haceros desocupar el cuarto.

—Ahora comprendo.

—Me alegro mucho.

—Pero ¿qué sucederá entonces?

—Sucederá que La Vallière, viéndose separada de vos, prorrumpirá por la noche en tales gemidos y lamentos, que su desesperación equivaldrá por sí sola a dos juntas.

—Entonces, la pondrán en otro cuarto.

—Ciertamente.

—Sí, pero ¿en cuál?

—¿En cuál? Esa es la dificultad, señor de los Inventos.

—No por cierto: cualquiera que sea el cuarto, siempre valdrá más que el de Madame.

—Verdad es.

—Conque a ver si principiáis ya esta noche con las jeremiadas.

—Perder cuidado.

—Y que ponga también algo de su parte La Vallière.

—¡Oh! En cuanto a eso, casi siempre se está lamentando, aunque por lo bajo.

—Pues que se queje en voz alta. Y con esto se separaron.

### Capítulo XXXIII

---

Que trata de la carpintería, con algunas nociones acerca de la instalación de escaleras

El consejo dado a Montalais fue comunicado a La Vallière, la cual reconoció que no carecía de cordura, y tras de alguna resistencia, procedente más bien de su timidez que de frialdad, se decidió a ponerlo en ejecución.

Aquel lance de dos mujeres llorando y atronando con sus gemidos lastimeros el cuarto de Madame, fue la obra maestra de Malicorne.

Como no hay nada tan cierto como la inverosimilitud, ni tan natural como lo novelesco, salió perfectamente aquella especie de cuento de Las mil y una noches.

Madame alejó primero a Montalais.

Tres días, o mejor, tres noches después de haber alejado a Montalais, alejó a La Vallière.

Señalóse a esta última un cuarto en los departamentos abuhardillados, encima dedos departamentos de los gentileshombres.

Un piso, o lo que es lo mismo, un pavimento, separaba a las camaristas de los oficiales y de los gentileshombres.

Una escalera secreta, cuya inspección estaba confinada a la señora de Navailles, conducía a las habitaciones de ellas.

La señora de Navailles, que había oído hablar de las tentativas anteriores del rey, había hecho poner rejas a las ventanas de los cuartos y a las aberturas de las chimeneas.

Había, por tanto, la mayor seguridad para la honra de la señorita de La Vallière, cuyo cuarto se asemejaba más bien a una jaula que a otra cosa. Cuando la señorita de La Vallière estaba en su cuarto, cosa que sucedía con frecuencia,

en atención a que Madame había dejado de utilizar sus servicios desde que sabía que se hallaba segura bajo la vigilancia de la señora de Navailles, no tenía más distracción que mirar a través de las rejas de su ventana.

Una mañana que estaba mirando, como de costumbre, vio a Malicorne en una ventana paralela a la suya. Tenía en la mano un triángulo de carpintero, examinaba los edificios y hacía fórmulas algebraicas en un papel. No dejaba de asemejarse bastante bien a aquellos ingenieros que, desde el extremo de una trinchera, toman los ángulos de un baluarte, o la altura de las murallas de una fortaleza.

La Vallière reconoció a Malicorne, y le saludó.

Malicorne correspondió con otro saludo, y desapareció de la ventana.

Sorprendióse. La Vallière de aquella especie de frialdad, poco común en el carácter siempre igual de Malicorne; pero recordó que aquel infeliz joven había perdido su empleo por causa suya, y no debía tenerle la mejor voluntad, puesto que, según todas las probabilidades, jamás se vería ella en estado de devolverle lo que había perdido.

La Vallière sabía perdonar las ofensas, y con mucho más motivo compadecer la desgracia.

Sin duda habría pedido consejo a Montalais, si ésta hubiese estado allí; pero se hallaba ausente.

Era la hora en que Montalais acostumbraba despachar su correspondencia.

De repente, vio La Vallière un objeto, que, arrojado desde la ventana en que había aparecido Malicorne, atravesaba el espacio, pasaba por entre los hierros de sus rejas, e iba a caer dando vueltas por el suelo.

Acercóse con curiosidad a aquel objeto, y lo cogió. Era un devanador; sólo que en lugar de estar envuelto con seda, había arrollado en él un papelito.

La Vallière lo desdobló y leyó:

*Señorita: Deseo vivamente saber dos cosas:*

*La primera, si el piso de vuestro cuarto es de madera o de ladrillo. "La segunda, a qué distancia de la ventana está vuestra cama.*

*Disimulad esta importunidad, y dignaos contestarme por el mismo medio que he puesto mi carta en vuestras manos, esto es, por el devanador.*

*Sólo que, en lugar de arrojarle a mi cuarto, como yo lo he hecho en el vuestro, cosa que os sería más difícil que a mí, no hágais más que dejarlo caer.*

*Confiad, principalmente, señorita, en vuestro más humilde y respetuoso servidor.*

**MALICORNE.**

*Si lo tenéis a bien, podéis escribir la contestación en esta misma carta.*

—¡Ah! ¡Pobre muchacho! —exclamó La Vallière—. ¡Preciso es que se haya vuelto loco!

Y, al decir esto, dirigió a Malicorne, a quien se columbraba en la penumbra del cuarto, una mirada preñada de afectuosa compasión.

Malicorne comprendió, y sacudió la cabeza como para contestarle:

« No, no; no estoy loco, fíaos de mí» .

La Vallière sonrió con aire de duda.

No, no —repitió Malicorne con el gesto—; mi cabeza está firme. Y mostró la cabeza.

Luego, agitando la mano como quien escribe rápidamente:

—Vamos, escribid —dijo con aire de súplica.

La Vallière, aun cuando lo creyese loco, no veía inconveniente en hacer lo que le pedía Malicorne. Por tanto, tomó un lápiz y escribió: Madera. Después, contó diez pasos desde la ventana a su cama, y escribió debajo: Diez pasos.

Hecho aquello, miró a Malicorne, quien la saludó, y le hizo una señal de que iba a bajar.

La Vallière comprendió que era para recoger el devanador. Aproximóse a la ventana, y, de conformidad con las instrucciones Malicorne, lo dejó caer.

Aún estaba corriendo el devanador por las losas, cuando Malicorne se precipitó tras él; lo alcanzó, lo desdobló como hace un mono con una nuez, y se fue enseguida a la habitación del señor de Saint-Aignan.

Saint-Aignan había elegido, o solicitado, por mejor decir, la habitación más próxima al rey, pareciéndose a aquellas plantas que buscan los rayos del sol para desarrollarse con más fruto.

Su alojamiento se componía de dos piezas, en la parte misma del edificio ocupada por Luis XIV.

El señor de Saint-Aignan estaba orgulloso con aquella proximidad que le daba un acceso fácil a la cámara del rey, y le proporcionaba además el favor de algunos encuentros inesperados.

En el momento en que hacemos mención de él, se hallaba ocupado en hacer entapizar magníficamente aquellas dos piezas, contando con el honor de recibir algunas visitas del rey, porque Su Majestad, desde que estaba enamorado de La Vallière, había elegido a Saint-Aignan por confidente suyo, y no podía pasarse sin él ni de noche ni de día.

Malicorne hizose introducir en los aposentos del conde, y no halló dificultad para entrar, porque era bien mirado del rey, y el crédito de uno es siempre un cebo para otro.

Saint-Aignan preguntó al recién venido si traía alguna noticia.

—Una y grande —respondió éste.

—¡Hola, hola! —murmuró Saint-Aignan, curioso como un favorito—. ¿Y cuál es?

—La señorita de La Vallière ha cambiado de habitación.

—¿De veras? —preguntó sorprendido Saint-Aignan.

—Sí.

—Madame la tenía en sus mismas habitaciones.

—Precisamente; mas, cansada sin duda de semejante vecindad, la ha instalado en un cuarto que se halla encima de vuestra futura habitación.

—¡Cómo! ¿Arriba? —exclamó Saint-Aignan con sorpresa, e indicando con el dedo el piso superior.

—No —dijo Malicorne—, abajo. Y le mostró la parte del edificio situada enfrente.

—¿Por qué decís, pues, que su cuarto está encima del mío?

—Porque estoy cierto de que vuestra habitación debe estar naturalmente debajo del cuarto de La Vallière.

A tales palabras dirigió Saint-Aignan al pobre Malicorne una mirada como la que La Vallière le había dirigido un cuarto de hora antes.

Esto es, creyó que estaba loco.

—Señor —le dijo Malicorne—, permitidme contestar a vuestro pensamiento.

—¿Cómo a mi pensamiento?

—Me parece que no habéis comprendido muy bien lo que he querido decir.

—Lo confieso.

Pues bien, ya sabéis que debajo de las habitaciones de las camaristas de Madame se hallan alojados los gentileshombres del rey y de Monsieur.

—Sí, puesto que allí habitan Manicamp, Wardes y otros.

—Precisamente. Pues bien, señor, mirad ahora la singularidad de la coincidencia: las dos cámaras destinadas al señor de Guiche son, precisamente, las que se hallan situadas debajo de las de la señorita de Montalais y la señorita de La Vallière.

—¿Y qué hay con eso?

—Pues que esas dos cámaras están desocupadas con motivo de hallarse el señor de Guiche en Fontainebleau curándose de sus heridas.

—Os juro, mi querido señor, que no adivino nada.

—¡Oh! Si tuviese yo la dicha de llamarle Saint-Aignan, pronto lo adivinaría.

—¿Y qué haríais?

—Cambiar al punto esta habitación por la que el señor de Guiche tiene desocupada abajo.

—¡Pues! —exclamó Saint-Aignan—. ¿Y queríais que abandonase el primer sitio de honor, la proximidad del rey, un privilegio concedido solamente a los príncipes de la sangre, a los duques y pares...? Perdonadme que os diga, señor de Malicorne, que estáis loco.

—Señor —replicó gravemente el joven—, habéis sufrido dos equivocaciones... En primer lugar, me llamo Malicorne a secas, y en segundo,

os aseguro que estoy en mi cabal juicio.

Después, sacando un papel del bolsillo:

—Escuchad esto —dijo—; después os enseñaré aquello.

—Escucho.

—Ya sabéis que Madame vigila a La Vallière, como Argos a la ninfa lo.

—Lo sé.

—Ya sabéis que el rey ha intentado en vano hablar a la prisionera, y que ni vos ni yo hemos sido bastante felices para proporcionarle esa fortuna.

—Algo podéis contar de eso, mi pobre Malicorne.

—Pues bien, ¿qué os parece que ganaría el que tuviese la maña de procurar una entrevista a los dos amantes?

—¡Oh! No limitaría el rey a poca cosa su reconocimiento.

—¡Señor de Saint-Aignan...!

—¿Qué?

—¿No deseáis granjearos el reconocimiento real?

—Seguramente —respondió Saint-Aignan—; mucho me halagaría un favor del amo por haber llenado mis deberes.

—Pues mirad este papel, señor conde.

—¿Qué es? ¿Un plano?

—El de las dos cámaras del señor de Guiche, que, según todas las probabilidades, serán las vuestras.

—¡Oh, no! De ningún modo.

—¿Y por qué no?

—Porque mis dos habitaciones son codiciadas por muchos gentileshombres, a quienes no pienso dejárselas, como son el señor de Roquelaure, el señor de La Ferté y el señor Dangeau.

—Entonces, adiós, señor conde, y voy a ofrecer a uno de esos señores el plano que os presentaba hace poco y las ventajas a él anexas.

—¿Y por qué no las guardáis para vos? —dijo Saint-Aignan con desconfianza.

—Porque el rey no me hará jamás el honor de venir ostensiblemente a mi cuarto, al paso que no tendrá el menor escrúpulo en ir al de cualquiera de esos señores.

—Y qué, ¿iría el rey al cuarto de uno de esos señores?

—¡Ya lo creo que iría! Y con mucha frecuencia. ¿Creéis que no iría el rey a un cuarto que está tan próximo al de la señorita de La Vallière?

—¡Vaya una proximidad...! Con un techo de por medio. Malicorne desplegó el papelito del devanador.

—Notad, señor conde —le dijo—, que el pavimento del cuarto de la señorita de La Vallière es un entarimado de madera.

—¿Y qué hay con eso?

—No hay más que tomar un obrero carpintero, quien, encerrado en vuestro

cuarto, sin que nadie sepa adonde le han conducido, abrirá vuestro techo, y por lo tanto, el entarimado de la señorita de La Vallière.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Saint-Aignan como deslumbrado.

—¿Qué tal? —dijo Malicorne.

—La idea me parece muy audaz, señor.

—Pues yo os aseguro que al rey le parecerá bien trivial.

—Los enamorados jamás reflexionan en el peligro.

—¿Y qué peligro teméis, señor conde?

—Que semejante perforación haga un ruido enorme que resuene en todo el palacio.

—¡Oh señor conde! Estoy seguro de que el obrero que puedo enviaros hará la obra sin ruido. Aserrará un cuadrilátero de seis pies con una sierra guarnecido de estopa, y nadie sospechará que esté trabajando.

—¿Sabéis, señor Malicorne, que me dejáis atónito con vuestro proyecto?

—Pues escuchad todavía —prosiguió tranquilamente Malicorne—: en el cuarto cuyo techo habéis perforado... ¿estáis...?

—Sí.

—Colocaréis una escalera que permita a la señorita Luisa de La Vallière bajar a vuestro cuarto, o al rey subir al de la señorita de La Vallière.

—Pero se verá esa escalera.

—No, pues podrá ocultarse por medio de un tabique, en el que pondréis una tapicería igual a la del resto de la habitación, y en el cuarto de la señorita de La Vallière desaparecerá bajo una trampa, que será el suelo mismo, y se abrirá de bajo de la cama.

—En efecto —dijo Saint-Aignan, cuyos ojos principiaban ya a animarse.

—Ahora, señor conde, no necesito decir que el rey irá con frecuencia a un cuarto que tenga semejante escalera. Creo que al señor Dangeau le agradará mi idea, y voy a proponérsela.

—¡Ah, querido señor Malicorne! —exclamó Saint-Aignan—. Olvidáis que es a mí a quien habéis hablado primero, y que, por consiguiente, tengo derechos de prioridad.

—¿Queréis la preferencia?

—¡Vaya si la quiero! ¡Ya lo creo!

—El hecho es, señor de Saint-Aignan, que os doy en este plano un cordón para la primera promoción, y quizás, quizás algún buen ducado.

—A lo menos —contestó Saint-Aignan rebosando de gozo—, es ésta una ocasión de manifestar al rey que puede llamarle con razón su amigo, ocasión que os deberé a vos, mi estimado señor Malicorne.

—¿No me olvidaréis? —preguntó Malicorne sonriendo.

—Me gloriaré siempre de ello, señor.

—Yo, señor, no soy el amigo del rey, soy su servidor.

- Sí, y, si pensáis que esa escalera puede proporcionarme un cordón azul, también yo creo que os pueda valer un título de nobleza. Malicorne se inclinó.
- Conque ahora sólo falta hacer la mudanza —añadió Saint-Aignan.
- No creo que el rey ponga ningún obstáculo; pedidle el permiso.
- Ahora mismo voy a su habitación.
- Y yo a buscar al obrero que necesitamos.
- ¿Cuándo vendrá?
- Esta noche.
- No olvidéis las precauciones.
- Os lo enviaré con los ojos vendados.
- Y yo, os enviaré una de mis carrozas.
- Sin escudo de armas.
- Y con un lacayo sin librea.
- Muy bien, señor conde.
- ¿Y La Vallière?
- ¿Cómo?
- ¿Qué dirá La Vallière, al ver la obra?
- Os aseguro que le interesará mucho.
- Lo creo.
- Y hasta me atrevo a decir que, si el rey no tiene la audacia de subir a su cuarto, tendrá ella la curiosidad de bajar.
- Esperemos —dijo Saint-Aignan.
- Sí, esperemos, señor conde —repitió Malicorne.
- Me voy a ver al rey.
- Hacéis muy bien.
- A qué hora vendrá el carpintero?
- A las ocho.
- ¿Y cuánto tiempo suponéis que necesite para perforar su cuadrilátero?
- Dos horas, poco más o menos; pero es necesario concederle tiempo para dar la última mano, y que todo quede bien. Una noche y parte de la mañana siguiente: hay que contar dos días con la colocación de la escalera.
- Dos días es mucho tiempo.
- ¡Pardiez! Cuando se trata de abrir una puerta al paraíso, es preciso, por lo menos, que esa puerta sea decente.
- Tenéis razón; de modo que hasta luego, señor Malicorne. Para pasado mañana por la tarde tendré dispuesta la mudanza.

## Capítulo XXXIV

---

### El paseo a la luz de las antorchas

Entusiasmado Saint-Aignan con lo que acababa de oír, y encantado de lo que columbraba, se encaminó a las dos cámaras de Guiche. El favorito, que un cuarto de hora antes no hubiese dado sus dos aposentos por un millón, se hallaba dispuesto a comprar por un millón, si se le hubiesen pedido, las dos bienaventuradas cámaras que ahora ambicionaba.

Pero no encontró grandes exigencias. El señor de Guiche no sabía aún cuál sería su alojamiento, y se hallaba además en bastante mal estado para ocuparse de semejante cosa.

Saint-Aignan se quedó, pues, con las dos habitaciones de Guiche. El señor Dangeau, por su parte, obtuvo los dos aposentos de Saint-Aignan, mediante un alboroque de seis mil libras al intendente del conde, y le pareció haber hecho un gran negocio.

Las dos cámaras de Dangeau quedaron destinadas para Guiche, sin que podamos asegurar que en aquella mudanza general fueran éas las habitaciones que habría de ocupar Guiche definitivamente.

Respecto al señor Dangeau, su alegría era tal, que ni siquiera se le ocurrió sospechar que Saint-Aignan tuviese un interés particular en mudarse.

Una hora después de haber tomado Saint-Aignan tal resolución, se hallaba ya en posesión de su nueva morada. Diez minutos después de estar Saint-Aignan en posesión de su nueva morada, Malicorne entraba en ella escoltado de los tapiceros.

Mientras esto pasaba, Luis preguntaba por Saint-Aignan; iban al aposento de Saint-Aignan, y hallaban a Dangeau; enviaba Dangeau a los emisarios al cuarto de Guiche, y hallaban al fin a Saint-Aignan.

Pero esto no pudo evitar cierto retraso; de suerte que el rey había hecho ya dos o tres movimientos de impaciencia cuando Saint-Aignan entró desolado en la cámara de su amo.

—¿Conque tú también me abandonas? —dijo el rey en el mismo tono lastimero con que dieciocho siglos antes debió César decir el Tuquoque.

—Majestad —contestó Saint-Aignan—; no abandono al rey; no hago más que ocuparme de mi mudanza.

—¿De qué mudanza? Yo creía que la habíais concluido hace tres días.

—Sí, Majestad; pero me encuentro mal donde estoy, y me mudo enfrente.

—¡Cuando yo decía que tú también me abandonabas! —exclamó el rey—. Esto pasa ya de la raya. Encuentro una mujer por quien se interesa mi corazón, y toda mi familia se conjura para arrancármela, y el único amigo a quien confiaba mis penas y me ayudaba a sufrirlas, se cansa de mis lamentaciones, y me abandona sin pedirme siquiera permiso.

Saint-Aignan se echó a reír. Luis adivinó que se ocultaba algún misterio en aquella falta de respeto.

—¿Qué sucede? —preguntó lleno de esperanza.

—Sucede, Majestad, que ese amigo, tan calumniado por el rey, va a tratar de devolverle la dicha que ha perdido.

—¿Vas a proporcionarme el ver a La Vallière? —murmuró Luis XIV.

—Majestad, no respondo todavía de ello, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero confío en que sí.

—¡Oh! ¡Y cómo...? Dímelo, Saint-Aignan. Quiero conocer tu proyecto, ayudarte en él con todas mis fuerzas.

—Majestad —contestó Saint-Aignan—; ni aun yo mismo sé todavía cómo me compondré para conseguir el objeto; pero todo me hace creer que desde mañana...

—¿Dices mañana?

—Sí, Majestad.

—¡Qué felicidad, Saint-Aignan! Pero ¿para qué te mudas?

—A fin de serviros mejor.

—¿Y en qué puedes servirme mejor mudando de habitación?

—¿Sabéis dónde están situadas las dos cámaras que se le destinan al conde de Guiche?

—Sí.

—Entonces, ya sabéis adonde voy.

—Bien; pero eso nada me dice.

—¡Cómo! ¡No comprendéis, Majestad, que encima de ese alojamiento hay dos cuartos?

—¿Cuáles?

—Uno el de la señorita de Montalais, y otro...

—¡Otro el de la señorita de La Vallière, Saint-Aignan!

—Así es, Majestad.

—¡Oh Saint-Aignan, es verdad, sí, es verdad! Ha sido una idea feliz, una idea de amigo, de poeta, y al acercarme a ella cuando todo el mundo se empeña en separarnos, vales para mí mas que Pilades para Orestes, más que Patroclo para Aquiles.

—Si Vuestra Majestad conociese mis proyectos en toda su extensión —dijo Saint-Aignan con una sonrisa—, dudo que continuara dándome calificaciones tan pomposas. ¡Ah, Majestad! Conozco otras mucho más triviales que algunos puritanos de la Corte no harán escrupulo en aplicarme cuando sepan lo que pienso hacer por Vuestra Majestad.

—Saint-Aignan, mira que mero de impaciencia; Saint-Aignan, mira que me consumo; Saint-Aignan, mira que no podré esperar hasta mañana... ¡Mañana! ¡Pero si mañana es una eternidad!

—Con todo, Majestad, si lo tenéis a bien, vais a salir ahora mismo y a distraer esa impaciencia con un buen paseo.

—Contigo, bueno; hablaremos de tus proyectos; hablaremos de ella.

—No, Majestad; y o me quedo.

—¿Con quién, pues, he de salir?

—Con las damas.

—¡Ah, no, Saint-Aignan!

—Majestad, es necesario.

—¡No, no! ¡Repto que no! No quiero exponerme más a ese horrible suplicio de estar a dos pasos de ella, verla, rozar su vestido al pasar y no decirle una palabra. No, renuncio a este suplicio que tú crees una dicha y que no es más que un tormento que me abrasa los ojos, devora mis manos y me despedaza el corazón; verla en presencia de todos los extraños, y no decirle que la amo, cuando todo mi ser le manifiesta ese amor y me vende a los ojos de todos. No, me he jurado a mí mismo que no lo volvería a hacer, y cumpliré mi juramento.

—No obstante, Majestad, escuchad lo que os voy a decir.

—Nada quiero, oír, Saint-Aignan.

—En ese caso, continuaré. Es urgente, señor, comprendedlo bien, es urgente, de toda urgencia, que Madame y sus camaristas se ausenten dos horas de vuestro domicilio.

—Me tienes confuso, Saint-Aignan.

—Muy duro me es mandar a mi rey; mas, en esta ocasión, mando, Majestad; es preciso una cacería o un paseo.

—¡Pero esa cacería, ese paseo, sería un capricho, una extravagancia!

Al manifestar semejantes impaciencias no hago otra cosa que descubrir a toda mi Corte un corazón que no es dueño de sí propio.

—¿No dicen ya que sueño con la conquista del mundo, pero que antes habré de principiar por hacer la de mí mismo?

—Los que dicen eso, Majestad, son unos impertinentes y unos facciosos; pero sean quienes sean, si Vuestra Majestad prefiere escucharlos, nada tengo que decir. Así, el día de mañana queda aplazado para época indeterminada.

—Saint-Aignan, saldré esta noche... Iré a dormir a Saint-Germain a la luz de las antorchas; almorzaré allí mañana, y regresaré a París a cosa de las tres. ¿Está así bien?

—Perfectamente.

—Entonces, saldré a las ocho de la noche.

—Esa es la hora que más conviene.

—¿Y no quieres decirme nada?

—Es que no puedo decirlo. La mañana sirve para algo en este mundo, señor; sin embargo, la casualidad representa en ella tan gran papel, que tengo por costumbre dejarle siempre la parte más estrecha, en la seguridad de que ya hará por tomar la más ancha.

—Sea lo que quiera, a ti me entrego.

—Y hacéis bien.

Confortado con su suerte, el rey se fue a ver a Madame, a quien anunció el paseo proyectado.

Madame creyó al punto ver, en aquel paseo improvisado, una conspiración del rey para hablar con La Vallière, ya fuese en el camino, a favor de la obscuridad, ya de cualquier otro modo; pero se guardó muy bien de manifestar nada a su cuñado, y aceptó la invitación con la sonrisa en los labios.

Enseguida, dio, en voz alta, órdenes para que la acompañasen sus camaristas, reservándose hacer por la noche lo que pareciese más propio para contrariar los amores de Su Majestad...

Luego que se vio sola, y que el pobre amante que dio aquella orden pudo creer que La Vallière sería de la partida, en el momento quizás en que se deleitaba en su interior con esa triste felicidad de los amantes perseguidos, que consiste en realizar por medio de la vista todos los goces de la posesión vedada, en aquel instante mismo decía Madame a sus camaristas:

—Con dos señoritas tendré bastante esta noche: la señorita de Tonnay-Charente y la señorita de Montalais.

La Vallière había previsto el golpe, y, de consiguiente, no le cogió de sorpresa. La persecución la había hecho fuerte, y no dio a Madame el placer de ver en su rostro la impresión del golpe que recibía en el corazón.

Por el contrario, sonriendo con aquella inefable dulzura que daba un carácter angelical a su fisonomía, preguntó:

—Así, señora, ¿esta noche estoy libre?

—Sí.

—Me aprovecharé de ello para adelantar el bordado que llamó la atención de Vuestra Alteza Real, y que tuve el honor de ofrecerle.

Y, haciendo una respetuosa reverencia, se retiró a su cuarto. Las señoritas de Montalais y de Tonnay-Charente hicieron otro tanto.

La noticia del paseo salió con ellas de la habitación de Madame y se difundió por todo el palacio. Diez minutos después sabía Malicorne la resolución de Madame, y hacia pasar por debajo de la puerta de Montalais un billete concebido en estos términos:

« Es preciso que L.V. pase la noche con Madame» .

Montalais, según lo acordado, principió por quemar el papel, y se puso después a reflexionar.

Montalais era muchacha de recursos, y no tardó en fijarse su plan. A la hora en que debía ir a reunirse con Madame, es decir, a cosa de las cinco, atravesó el patio a todo correr, y al llegar a diez pasos de un grupo de oficiales dio un grito, cayó graciosamente sobre una rodilla, se levantó, y continuó su camino, pero cojeando.

Los gentiles hombres corrieron hacia ella para sostenerla. Montalais se había torcido un pie, pero no por eso dejó de subir al cuarto de Madame, en cumplimiento de su deber.

—¿Qué os ha pasado, que venís cojeando? —le preguntó aquélla—. Os había tomado por La Vallière.

Montalais refirió que, habiendo echado a correr por llegar más pronto, habíase torcido un pie.

Madame manifestó un gran sentimiento y quiso que se llamara al punto a un cirujano.

Pero Montalais, asegurando que el accidente no ofrecía la menor gravedad:

—Señora —prosiguió—, lo que siento es tener que faltar al servicio, y habría rogado a la señorita de La Vallière que me reemplazase cerca de Vuestra Alteza...

Madame frunció el ceño.

—Pero no lo he hecho —repuso Montalais.

—¿Y por qué? —preguntó Madame.

—Porque la pobre La Vallière parecía tan satisfecha de tener toda una noche libre, que no me sentí con valor para invitarle a que me reemplazase en el servicio.

—¿Conque tan alegre está? —dijo Madame, a quien sorprendieron aquellas palabras.

—¡Oh, en extremo! Figuraos que, a pesar de su melancolía habitual, la encontré cantando. Además, Vuestra Alteza no ignora que La Vallière detesta el mundo, y que su carácter es algo agreste.

« ¡Oh, oh! —pensó Madame—. Esa gran alegría no la considero natural» .

—Ya ha hecho sus preparativos —continuó Montalais—, para comer en su cuarto a solas con uno de sus libros favoritos. Además, Vuestra Alteza tiene otras seis señoritas que se tendrán por muy felices en acompañarla, así es que ni siquiera he hecho mi proposición a la señorita de La Vallière.

Madame calló.

—¿He hecho bien? —prosiguió Montalais con una ligera opresión de corazón, viendo lo mal que le salía aquella estratagema de guerra, con cuyo éxito había contado tan completamente que no había creído preciso buscar otra—. ¿Aprueba Madame? —añadió.

Madame pensaba que, durante la noche, podría muy bien el rey salir de Saint-Germain, y que, como no hay más que cuatro leguas y media de París a dicho punto, podría ponerse en París en una hora.

—Decidme —dijo al fin—, y al veros La Vallière lastimada, ¿os ha brindado al menos con su compañía?

—Todavía no sabe mi accidente, pero aun cuando lo supiera, es bien cierto que no le pediría nada que la pudiera incomodar en sus proyectos. Me parece que quiere realizar esta noche, por sí sola, la misma diversión que el difunto rey, cuando decía al señor de Saint-Mars: « Aburrámonos bien, señor de Saint-Mars; aburrámonos bien» .

Madame llegó a persuadirse de que aquel ardiente deseo de soledad encubría algún misterio amoroso, y ese misterio no podía ser otro que el regreso nocturno de Luis. Sin duda, La Vallière debía estar avisada ya de este regreso, y de ahí nacía su alegría por quedarse en el Palais Royal aquella noche.

Era todo un plan combinado de antemano.

« No me dejaré engañar», se dijo. Y tomó una decisión.

—Señorita de Montalais —dijo—, id a avisar a vuestra amiga, la señorita de La Vallière, que siento mucho turbar sus proyectos de soledad; pero que, en lugar de aburrirse sola en su cuarto, como deseaba, vendrá a aburrirse con nosotras en Saint-Germain.

—¡Pobre La Vallière! —murmuró Montalais con aire compungido, pero gozosa interiormente—. ¿No habría medio, señora, de que Vuestra Alteza...?

—Silencio —ordenó Madame—; así lo quiero. Prefiero la compañía de la señorita La Baume Le Blanc a la de todas las demás. Id a decirle que venga, y no descuides vuestra pierna.

Montalais no se hizo repetir la orden. Volvió a su cuarto, escribió su respuesta a Malicorne, y la deslizó por debajo de la alfombra.

« Irá», decía esa respuesta.

Una espartana no hubiese escrito con mayor laconismo.

« De ese modo —pensaba Madame—, por el camino no la pierdo de vista; durante la noche dormirá a mi lado, y bien astuto ha de ser Su Majestad si consigue cambiar la menor palabra con la señorita de La Vallière» .

La Vallière recibió la orden de marchar con la misma dulzura indiferente con que había recibido la de quedarse.

Muy viva fue, sin embargo, su alegría interior, y miró aquel cambio de resolución de la princesa como un consuelo que la enviaba la Providencia.

Su penetración, muy inferior a la de Madame, le hacía atribuirlo todo a la casualidad.

En tanto que todo el mundo, a excepción de los que estaban en desgracia, enfermos o con torceduras de pie, se dirigía a Saint-Germain, hacia Malicorne subir a su obrero en la carroza del señor de Saint-Germain, y conducíale a la cámara correspondiente a la de la señorita de La Vallière.

Aquel hombre se dedicó al trabajo, espoleado por la espléndida recompensa prometida.

Como que se habían tomado del taller de los ingenieros de la casa del rey las mejores herramientas, y, entre otras, una de esas sierras finísimas que cortan en el agua los maderos de encina, duros como el hierro, la obra adelantó rápidamente, y muy pronto un trozo cuadrado del techo, elegido entre dos viguetas, cayó en los brazos de Saint-Aignan, de Malicorne, del obrero y de un criado de confianza, personaje venido al mundo para ver y oír todo, y no repetir nada.

En virtud de un nuevo plan indicado por Malicorne, se practicó la abertura en uno de los ángulos.

La razón era ésta.

Como en el cuarto de La Vallière no había gabinete tocador, había pedido y obtenido, aquella misma mañana, un gran biombo destinado a hacer las veces de tabique, el cual era más que suficiente para ocultar la abertura. Además, debía disimularse ésta por todos los medios que suministrara el arte de la ebanistería.

Hecha la abertura, se deslizó el obrero entre las vigas y se halló en el cuarto de La Vallière.

Luego que estuvo allí, aserró el entarimado en forma de cuadrilátero, y con las tablas mismas de él hizo una trampa, tan perfectamente adaptada a la abertura, que el ojo más experimentado no podía ver allí más que los intersticios naturales de la soldadura del suelo.

Malicorne todo lo había previsto, y así fue que a aquella tabla acomodáronse un botón y dos bisagras, comprados de antemano.

También había comprado el industrioso Malicorne, por dos libras, una de esas escaleritas de caracol; que principiaban ya a ponerse en los entresuelos.

Era más alta de lo necesario, pero el carpintero le quitó algunos escalones y la dejó a la medida exacta.

Aquella escalera, destinada a recibir un peso tan ilustre, fue fijada a la pared con dos escarpías.

En cuanto a su base, quedó sujetá sobre el suelo mismo del cuarto del conde

con dos tornillos; de modo que el rey y todo su consejo habría podido subir y bajar aquella escalera sin ningún temor.

Los martillazos que se daban caían sobre una almohadilla de estopas, y las limas que se empleaban tenían el mango envuelto en lana y la hoja mojada en aceite.

Además, el trabajo que exigía más ruido había sido hecho durante la noche y la madrugada; esto es, durante la ausencia de La Vallière y de Madame.

Cuando a eso de las dos volvió la Corte al Palais Royal, La Vallière entró en su cuarto. Todo estaba en su sitio, y no había la menor partícula de serrín, ni la más pequeña viruta que pudiera revelar la violación de domicilio.

Solamente Saint-Aignan, que había querido auxiliar la operación, tenía destrozados sus dedos y la camisa, y había sudado mucho por servir a su rey.

La palma de la mano, especialmente, la tenía cubierta de ampollas, y esas ampollas habían provenido de tener la escalera a Malicorne.

Por otra parte, había ido llevando uno a uno los cinco trozos de que se componía la escalera, formado cada cual de dos escalones. En fin, preciso es decirlo, si el rey le hubiese visto trabajar con tanto afán en aquella operación, hubiérale jurado un reconocimiento eterno.

Según había previsto Malicorne, el hombre de las medidas exactas, el obrero concluyó sus operaciones en veinticuatro horas, recibió veinticuatro lises, y se marchó lleno de júbilo. Era tanto como lo que solía ganar en seis meses.

Nadie tuvo la menor sospecha de lo que había pasado debajo del cuarto de la señorita de La Vallière.

Pero, en la noche del segundo día, en el instante en que ésta se retiraba de la tertulia de Madame y entraba en su cuarto, oyó un ligero ruido.

Detúvose sobresaltada y se puso a mirar de dónde salía. El ruido se oyó de nuevo.

—¿Quién está ahí? —preguntó con ligero acento de espanto.

—Yo contestó la voz tan conocida del rey.

—¡Vos, vos! —exclamó la joven, que se creyó por un momento bajo el imperio de un sueño—. Pero ¿dónde estáis, Majestad?

—Aquí —respondió el rey, apartando una de las hojas del biombo y apareciendo como una sombra en el fondo del cuarto.

La Vallière lanzó un grito y se dejó caer toda trémula sobre un sillón.

## Capítulo XXXV

---

### La aparición

La Vallière se recobró muy pronto de su sorpresa; a fuerza de, mostrarse respetuoso, el rey le inspiraba con su presencia más confianza de la que su aparición le había hecho perder.

Pero, viendo que lo que principalmente alarmaba a La Vallière era el modo como había penetrado en su cuarto, le explicó el sistema de la escalera oculta por el biombo procurando persuadirla sobre todo de que su aparición no tenía nada de sobrenatural.

—¡Oh Majestad! —le dijo La Vallière meneando su hermosa cabeza con una encantadora sonrisa—. Presente o ausente, vuestra imagen no se aparta nunca de mi imaginación.

—¿Eso qué quiere decir, Luisa?

—¡Oh! Lo que sabéis perfectamente, Majestad; que no hay momento en que la pobre muchacha, cuyo secreto sorprendisteis en Fontainebleau, y a quien arrancasteis del pie de la cruz, no piense en vos.

—Luisa, me colmáis de alegría y de felicidad.

La Vallière sonrió tristemente, y continuó:

—Pero ¿habéis meditado, Majestad, que vuestra ingeniosa invención no puede sernos de ninguna utilidad?

—¿Y por qué, Luisa...?

—Porque este cuarto no está al abrigo de miradas extrañas. Madame puede venir por casualidad, y a cada paso entran aquí mis compañeras.

Cerrar la puerta por dentro es denunciarle tan claramente como si escribiese encima: «No entréis, que se halla aquí el rey». Y, aun ahora mismo, es muy fácil que se abra la puerta y sorprendan a Vuestra Majestad a mi lado.

—Entonces —prosiguió riendo Luis—, sí que me tomarían por un verdadero fantasma; porque nadie puede decir por dónde he entrado en este cuarto, y sólo a los fantasmas les es concedido pasar a través de las paredes o de los techos.

—¡Oh, qué aventura, Majestad! ¡Meditad bien el escándalo que se armaría! Nunca se habría dicho una cosa semejante respecto de las camaristas, pobres criaturas, a quienes la maledicencia no perdona la menor cosa.

—¿Y qué deducís de todo eso, querida Luisa...? Vamos, explicaos.

—Que es preciso... ¡ay...! perdonad, Majestad, la rudeza de la palabra...

El rey sonrió.

—Continuad —dijo.

—Que es preciso que Vuestra Majestad suprima escalera, trampa y visitas; porque el mal de que nos sorprendan, sería mayor que la felicidad de vernos aquí.

—Pues bien, querida Luisa —replicó el rey amorosamente—; en lugar de suprimir la escalera por la que he subido, hay un medio más sencillo en que no habéis pensado.

—¿Un medio?

—Sí... ¡Oh Luisa! no me amáis como yo os amo, puesto que se me ocurren a mí más recursos que a vos.

La Vallière le miró, y Luis le tendió una mano, que ella estrechó dulcemente.

—Decís —prosiguió el rey— que pueden sorprenderme viniendo aquí adonde cualquiera puede entrar.

—Sólo el oírlo me hace estremecer.

—Pues bien, nadie podrá sorprendernos si queréis bajar a la habitación que cae debajo de ésta.

—¡Majestad! ¡Majestad! ¿Qué estáis diciendo? —exclamó La Vallière asustada.

—Me habéis comprendido mal, Luisa, puesto que a la primera palabra estáis ya asustada. En primer lugar, ¿sabéis a quién pertenece la habitación de abajo?

—Al señor conde de Guiche.

—No; al señor de Saint-Aignan.

—¡De veras! —exclamó La Vallière.

Y esta palabra, escapada del corazón alborozado de la joven, hizo brillar como una especie de relámpago de dulce presagio en el corazón de Luis.

—Sí, a Saint-Aignan, a nuestro amigo.

—Pero, Majestad —prosiguió La Vallière—, tan vedado me está ir al cuarto del señor de Saint-Aignan como al del conde de Guiche aventuró el ángel convertido en mujer.

—¿Por qué no podéis, Luisa?

—¡Imposible! ¡Imposible!

—Me parece, Luisa, que con la salvaguardia del rey todo se puede.

—¿Con la salvaguardia del rey? —dijo Luisa con una mirada llena de amor.

—Supongo que creeréis en mi palabra, ¡no es así?

—Creo en ella cuando estáis lejos de mí; pero, cuando estáis en mi presencia, cuando me habláis, cuando os veo, no creo ya en nada.

—¿Qué es necesario, pues, para tranquilizaros?

—Conozco que es poco respetuoso el dudar así del rey; pero vos no sois para mí el rey.

—¡Oh! A Dios gracias, eso es lo que espero, y eso es lo que busco.

—Escuchad: ¿os tranquilizará la presencia de una tercera persona? ¿La presencia del señor de Saint-Aignan?

—Sí.

—Verdaderamente, Luisa, me desgarráis el corazón con semejantes recelos.

La Vallière no replicó; pero dirigió al rey una de esas miradas que penetran hasta el fondo de los corazones, y dijo muy bajo:

—¡Ay! ¡Ay de mí! No es de vos de quien yo desconfío; no es de vos de quien recelo.

—Acepto, pues —dijo suspirando Luis—, y os prometo que el señor de Saint-Aignan, que tiene el feliz privilegio de tranquilizaros, estará presente siempre en nuestras entrevistas.

—¿De veras, Majestad?

—¡Palabra de hidalgo! Y vos, por vuestra parte...

—Aguardar, aún no está dicho todo.

—¿Aún más, Luisa?

—¡Oh! Sí, Majestad; no os canséis tan pronto, pues aún no hemos terminado.

—Vamos, acabad de traspasarme el corazón.

—Ya comprendéis, Majestad, que tales entrevistas deben tener una especie de motivo razonable a los ojos mismos del señor de Saint-Aignan.

—¡Motivo razonable! —repitió el rey con tono de dulce reconvenCIÓN.

—Sin duda; reflexionadlo bien, Majestad.

—¡Oh! Sois delicada en extremo, y podéis estar cierta de que mi único deseo es igualarlos en este punto... Bien, Luisa, se hará como deseáis. Nuestras entrevistas tendrán un objeto razonable, y ya he encontrado ese objeto.

—De modo, Majestad... —dijo sonriendo La Vallière.

—Que desde mañana, si queréis...

—¿Desde mañana?

—¿Queréis decir que es demasiado tarde? —exclamó el rey estrechando entre las suyas la mano ardorosa de La Vallière.

En aquel momento oyóse ruido de pasos en el corredor.

—Majestad, Majestad —exclamó La Vallière—, alguien se acerca, alguien viene. ¿Lo oís? Majestad, Majestad, os ruego que os marchéis. El rey no hizo más que dar un salto desde su asiento para quedar oculto detrás del biombo.

Tiempo era ya de hacerlo, porque no bien el rey acababa de tirar hacia sí una de las hojas, cuando giró el botón de la puerta, y se presentó Montalais en el umbral.

Excusamos decir que entró tranquilamente y sin la menor ceremonia. La muy ladina sabía perfectamente que llamar con precaución a aquella puerta, en vez de empujarla, era manifestar a la joven una desconfianza que le haría poco favor.

Entró, pues, y después de una rápida mirada que le permitió ver dos sillas muy juntas, invirtió tanto tiempo en volver a cerrar la puerta, que se resistía sin saberse por qué, que el rey tuvo lugar para levantar la trampa y bajar a la habitación de Saint-Aignan.

Un ruido, imperceptible para cualquiera otro oído no tan fino como el suyo, le advirtió que el príncipe había desaparecido; logró entonces cerrar la rebelde puerta, y se acercó a La Vallière.

—Luisa —le dijo—; hablemos un momento seriamente.

Luisa, entregada a su emoción, no oyó sin cierto terror aquel seriamente, pronunciado por Montalais con marcada intención.

—¡Dios mío, querida Aura! —exclamó—. ¿Qué novedad ha ocurrido?

—Sucede, querida mía, que Madame sospecha de todo.

—¿De todo qué?

—¡Habrá necesidad de explicarnos aún, Luisa? ¡No comprendes lo que quiero decir? Vamos, ya habrás observado la irresolución que manifiesta Madame hace algunos días, y no puede menos de haberte chocado que te haya traído a su lado y después te haya despedido, y luego te haya vuelto a admitir.

—Extraño, es, en efecto, pero ya estoy acostumbrada a estas rarezas.

—Oye, todavía: también te habrá extrañado que Madame, después de haberte excluido del paseo de ayer, te mandara luego que le acompañases.

—También me ha extrañado.

—Pues bien, parece que Madame ha logrado adquirir datos suficientes, pues ha ido directamente al objeto, conociendo que nada puede oponer en Francia a ese torrente que todo lo arrolla; ya comprenderás lo que quiero decir con la palabra torrente.

La Vallière ocultó el rostro entre las manos.

—Quiero decir —continuó la inflexible Montalais—, ese torrente que ha derribado las puertas de las Carmelitas de Chaillot, y echado por tierra todos los miramientos de la Corte, así en Fontainebleau como en París.

—¡Ay! ¡Ay de mí! —murmuró La Vallière, derramando abundantes lágrimas.

—No te aflijas de ese modo, cuando sólo te hallas todavía a la mitad de tus penas.

—¡Dios santo! —exclamó la joven con ansiedad—. ¿Hay más? —Oye y lo

sabrás. Viéndose Madame sin auxiliares en Francia, después de haber puesto inútilmente en juego el influjo de las dos reinas, de Monsieur y de toda la Corte, acordóse de cierta persona que parece tener sobre ti algunos derechos.

La Vallière se puso blanca como una estatua de cera.

—Esa persona —prosiguió Montalais— no se halla en París en este momento.

—¡Oh Dios mío! —murmuró Luisa.

—Y si no me equivoco, debe estar en Inglaterra.

—Sí —suspiró Luisa medio desfallecida.

—¿No está actualmente esa persona en la corte del rey Carlos II?

—Sí.

—Pues bien, esta tarde ha salido del gabinete de Madame una carta para Saint James, con orden al correo de marchar sin hacer parada alguna hasta Hampton Court, que es, al parecer, un palacio real situado a doce millas de Londres.

—¿Y qué más?

—Ahora bien, como Madame acostumbra escribir cada quince días, y el correo ordinario marchó hace tres, he creído que sólo una grave circunstancia podía haberle hecho tomar la pluma. Ya sabes que Madame es demasiado perezosa para escribir.

—¡Oh! Sí.

—Pues bien, tengo motivos para creer que el objeto de esa carta es Luisa de La Vallière.

—¡Luisa de La Vallière! —repitió la infeliz joven con la docilidad de un autómata.

—Pude ver esa carta sobre la mesa de Madame antes de que la cerrase, y me pareció leer en ella...

—¿Te pareció leer?

—Quizá me haya engañado.

—¿Qué...? Vamos...

—El nombre de Bragelonne. La joven se levantó, dominada por la más dolorosa agitación.

—Montalais —dijo con voz interrumpida por los sollozos—, todas las gratas ilusiones de la juventud y de la inocencia han huido ya. Nada tengo que ocultar ni a ti ni a nadie, y mi vida se halla al descubierto, como un libro donde todo el mundo puede leer, desde el soberano hasta el último súbdito. Aura, mi querida Aura, ¿qué me aconsejas que haga?

Montalais se acercó a la joven.

—¿Quéquieres que te aconseje? —le dijo—. Consultalo contigo misma.

—Pues bien, no amo al señor de Bragelonne, y no quiero decir con esto que no le ame como la hermana más tierna puede amar a un buen hermano; mas no es ese cariño el que él me pide, ni el que le he prometido.

—En fin, amas al rey —dijo Montalais—, y es disculpa bastante buena.

—Sí, amo al rey —dijo con sorda voz la joven—, y bien caro he pagado el derecho de pronunciar estas palabras. Ahora habla tú, Montalais, ¿qué puedes hacer en mi provecho, o contra mí en la posición en que me hallo?

—Habla con más claridad, Luisa.

—¿Y qué quieres que te diga?

—¿Nada tienes que decirme de particular?

—No —replicó Luisa con extrañeza.

—¿Y no me pides otra cosa más que un simple consejo?

—Nada más.

—¿Respecto al señor Raúl?

—Sí.

—Asunto delicado es ése —dijo Montalais.

—No hay tal, querida Aura. ¿Deberé casarme con él para cumplirle la promesa que le tengo hecha? ¿He de seguir dando oídos al rey?

—¿Sabes que me pones en situación muy difícil? —exclamó sonriendo Montalais—. Me preguntas si debes casarte con Raúl, de quien soy amiga, y a quien causaré un mortal disgusto si me declaro en contra suya, y después me hablas de no escuchar al rey, cuya súbdita soy, y a quien ofendería aconsejándote de cierto modo. ¡Ay, Luisa! ¡Excelente partido sabes sacar de una posición dificilísima!

—No me has comprendido, amiga —dijo La Vallière, molesta por el tono burlón de Montalais—. Cuando hablo de casarme con el señor de Bragelonne, es porque considero poder hacerlo; pero, por la misma razón, si doy oídos al rey, ¿deberé hacerle usurpador de un bien, muy mediano realmente, pero al que presta el amor cierta apariencia de valor? Lo que te pido, pues, es que me indiques un medio de salir de compromisos, ya con uno, ya con otro; o más bien, que me digas cuál de ambos compromisos podré esquivar más honrosamente...

—Querida Luisa —contestó Montalais después de un momento de silencio—, no soy ninguno de los siete sabios de Grecia, y no tengo reglas de conducta absolutamente invariables; pero, en cambio, tengo alguna experiencia, y puedo decirte que jamás pide una mujer un consejo de la clase del tuyo sino en el caso de hallarse en gran apuro. Tú has hecho una promesa solemne, y tienes honor; de consiguiente, si, después de haber contraído un compromiso semejante, estás tan perpleja, no será el consejo de una persona extraña pues todo es extraño para un corazón lleno de amor), no será, digo, mi consejo el que te saque de tal apuro. No te lo daré, con tanto más motivo, cuanto que yo en tu lugar me hallaría más indecisa después del consejo que antes. Lo que puedo hacer es repetir lo que ya te he dicho: ¿Quieres que te ayude?

—¡Sí, sí!

—Pues bien, ni una palabra más. Dime en lo que quieres que te ayude; dime

en favor de quién y contra quién te he de ayudar. De este modo sabremos lo que se ha de hacer.

—Pero tú —dijo La Vallière, estrechando la mano de su compañera—, ¿en favor de quién te declaras?

—En tu favor, si eres verdaderamente mi amiga...

—¿No eres la confidente de Madame?

—Razón de más para poderte ser provechosa; si nada supiese por este lado, mal podría auxiliarte; de consiguiente, poco provecho podrías sacar de mi conocimiento. Las amistades viven de esa especie de servicios mutuos.

—¿Y seguirás siendo amiga de Madame?

—Evidentemente; ¿lo lamentas?

—No —contestó pensativa La Vallière, porque aquella cínica franqueza le parecía una ofensa a la mujer y un agravio a la amiga.

—Me alegro —dijo Montalais—, pues de lo contrario serías muy necia.

—Así, pues, ¿me auxiliarás? —Con todo mi corazón, sobre todo si tú me sirves del mismo modo.

—No parece sino que no conoczas mi corazón —dijo La Vallière, mirando a Montalais con ojos en que estaba retratada la sorpresa.

—No lo extrañes, querida Luisa; desde que estamos en la Corte hemos cambiado mucho.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo: ¿eras tú la segunda reina de Francia, allá en Blois?

La Vallière bajó la cabeza y se echó a llorar.

Montalais la miró de un modo indefinible, y sus labios murmuraron:

—¡Pobre chica! Pero, recobrándose:

—¡Pobre rey! —dijo.

Y, besando a Luisa en la frente, volvió a su cuarto donde la aguardaba Malicorne.

## Capítulo XXXVI

---

### El retrato

En esa enfermedad que llaman amor los accesos se suceden con más frecuencia unos a otros desde que el mal principia.

Más tarde, los accesos se van haciendo menos frecuentes a medida que se acerca la curación.

Supuesto esto como axioma en general, y como comienzo de capítulo en particular, sigamos nuestro relato.

Al día siguiente, que era el fijado por el rey para la primera entrevista en el cuarto de Saint-Aignan, al abrir La Vallière el biombo halló en el suelo un billete de puño y letra del rey.

Este billete había pasado del piso inferior al superior, por la rendija del entarimado. Ninguna mano indiscreta, ninguna mirada curiosa podía penetrar adonde penetraba aquel simple papel.

Era ésa una de las ideas de Malicorne. Conociendo lo útil que Saint-Aignan iba a ser al rey con su habitación, no había querido que el cortesano llegara a serle también indispensable como mensajero, y por su autoridad privada habíase reservado aquel puesto.

La Vallière leyó ávidamente aquel billete, que le señalaba las dos de la madrugada para el momento de la cita, y le señalaba el modo de levantar la trampa abierta en el suelo. «Mostraos linda» —añadía la postdata.

Estas últimas palabras sorprendieron a la joven, pero la calmaron al mismo tiempo.

El tiempo caminaba lentamente, pero al fin llegó la hora.

Luisa, tan puntual como la sacerdotisa Hero, levantó la trampa al sonar la última campanada de las dos, y encontró en los primeros escalones al rey, que la

esperaba respetuosamente para darle la mano.

Aquella fina deferencia la enterneció visiblemente.

Al pie de la escalera encontraron ambos amantes al conde, el cual, con una sonrisa y una reverencia del mejor gusto, dio las gracias a La Vallière por el honor que le hacía.

Después, volviéndose hacia el rey: —Majestad —dijo—, ahí está nuestro hombre.

La Vallière miró a Luis con inquietud.

—Señorita —dijo éste—, si os he suplicado que me hiciéseis el honor de bajar, ha sido por interés mío particular. He hecho llamar a un pintor notable, que saca perfectamente el parecido, y desearía que le autorizaseis para retrataros. Esto no obsta para que, si lo exigís, quede el retrato en vuestro poder.

La Vallière se ruborizó.

—Ya lo veis —dijo el rey—; no seremos ya sólo tres, sino cuatro. ¡Ay! Desde el momento en que no estemos solos, vendrán cuantas personas queráis.

La Vallière apretó dulcemente la punta de los dedos a su regio amante.

—Pasemos a la pieza inmediata, si Vuestra Majestad lo tiene a bien —dijo Saint-Aignan.

Éste abrió la puerta, y dejó pasar a sus huéspedes.

El rey seguía a La Vallière y devoraba con los ojos su cuello, blanco como el nácar, sobre el cual flotaban los sedosos rizos de la joven.

La Vallière llevaba un vestido de seda, de color gris perla con visos de rosa; un adorno de azabache realzaba la blancura de su cutis; sus manos, finas y diáfanas, ostentaban un ramillete de pensamientos, rosas de Bengala y clemátides artísticamente enlazados, sobre los cuales se elevaba, como una copa derramando perfumes, un tulipán de Harlem de tonos grises y morados, maravillosa especie que había costado cinco años de combinaciones al jardinerº y cinco mil libras al rey.

Aquel ramillete lo había puesto Luis en manos de La Vallière al tiempo de saludarla.

En la pieza, cuya puerta acababa de abrir Saint-Aignan, permanecía de pie un joven, de ojos negros y largos cabellos castaños, vestido con un sencillo traje de terciopelo.

Era el pintor, el cual tenía ya preparados el lienzo y la paleta.

Inclinóse delante de la señorita de La Vallière con esa grave curiosidad del artista que estudia su modelo, y saludó al rey discretamente, como si no le conociera, y, por lo tanto, como hubiera saludado a cualquiera otro gentilhombre.

Luego, conduciendo a la señorita de La Vallière hasta el sillón preparado para ella, la invitó a sentarse.

La joven colocóse con gracia y abandono, teniendo en la mano el ramillete,

y con las piernas extendidas sobre almohadones; y a fin de que sus miradas no apareciesen vagas o afectadas, le suplicó el pintor que las fijase en algún otro objeto.

Entonces Luis XIV, sonriendo, fue a sentarse sobre los almohadones, a los pies de su amante.

De modo que ella, inclinada hacia atrás, recostada en el sillón y con las flores en la mano, y él, con los ojos fijos en ella y devorándola con la mirada, formaban un grupo encantador que el pintor contempló unos minutos con satisfacción, mientras que, por su parte, Saint-Aignan lo contemplaba con envidia.

El artista bosquejó rápidamente; luego, a las primeras pinceladas, se vio resaltar del fondo gris aquel suave y poético rostro de ojos dulces y sonrojadas mejillas aprisionadas en su blonda cabellera.

Entretanto, los dos amantes hablaban poco y se miraban mucho; sus ojos a veces mostraban tal languidez, que el pintor se veía precisado a interrumpir su obra, a fin de no representar una Ericina en vez de una La Vallière.

Entonces acostumbraba intervenir Saint-Aignan, y recitaba versos o contaba historietas, cómo las que solía contar Patru, o como las que escribía con tanta habilidad Tallement des Réaux.

O bien La Vallière mostraba hallarse fatigada, y había entonces un rato de descanso.

Unas veces una fuente de porcelana, cubierta de los más delicados frutos que se habían podido hallar, otras el vino de Jerez, destilando sus topacios en la plata cincelada, servían de accesorios a aquel cuadro, del que el pintor sólo debía reproducir la figura más efímera.

Luis se embriagaba de amor; La Vallière de felicidad; Saint-Aignan de ambición.

El artista atesoraba recuerdos para su vejez.

Pasáronse así dos horas, y cuando dieron las cuatro, se levantó el pintor e hizo una seña al rey.

El rey levantóse, se acercó al lienzo y dirigió algunas frases lisonjeras al artista.

Saint-Aignan alababa el parecido, que, según decía, estaba asegurado ya.

La Vallière dio las gracias al pintor, ruborizándose, y pasó a la pieza inmediata, adonde la siguió el rey después de llamar a Saint-Aignan.

—Hasta mañana, ¿no es cierto? —dijo el rey a La Vallière.

—Pero, Majestad, ¿no pensáis que pueden venir a mi cuarto y no hallarme en él?

—¿Y qué?

—¿Qué será de mí entonces? —Sois muy medrosa, Luisa.

—Pero ¿y si Madame me envía a buscar?

—¡Oh! —contestó el rey—. ¿No ha de llegar un dia en que me digáis vos misma que lo arrostre todo por no separarme de vos?

—Ese día, Majestad, seré una insensata, y deberíais no creerme.

—Luisa, hasta mañana.

La Vallière dio un suspiro, y luego, sintiéndose sin fuerzas para oponerse al deseo del rey:

—¡Ya que así lo queréis, Majestad... hasta mañana! —repitió. Y a estas palabras subió ligeramente la escalera, y desapareció de la vista de su amante.

—¿Qué decís, Majestad? —dijo Saint-Aignan, luego que se marchó la joven.

—Digo, Saint-Aignan, que ayer me creía el más dichoso de los hombres.

—¿Y se creería hoy, por ventura, Vuestra Majestad, el mas desgraciado? —replicó sonriendo el conde.

—No, pero este amor es una sed insaciable: cuanto más bebo, cuanto más devoro las gotas de agua que tu industria me procura, más sed tengo.

—Parte de la culpa es de Vuestra Majestad, porque se ha creado la situación tal como es.

—Tienes razón.

—Por tanto, Majestad, el mejor medio de ser dichoso en semejante caso, es creerse satisfecho y esperar.

—¡Esperar! ¡Y conoces tú la palabra esperar?

—Ea, Majestad, no os desconsoléis; ya he buscado y buscaré todavía.

El rey meneó la cabeza con aire desesperado.

—¡Qué, Majestad! ¡No estás ya satisfecho?

—Sí, querido Saint-Aignan, pero es necesario que e halles alguna cosa más.

—Majestad, lo único que puedo hacer es comprometerme a buscar. El rey quiso ver el retrato, ya que no podía ver el original, e indicando al pintor algunas ligeras variaciones se marchó.

Enseguida, Saint-Aignan despidió al artista.

Apenas habían desaparecido caballete, colores y pintor, cuando Malicorne asomó la cabeza entre las cortinas.

Saint-Aignan le recibió con los brazos abiertos, pero con cierta tristeza, no obstante. La nube que había pasado por delante del sol real, velaba a su vez al fiel satélite. Malicorne advirtió al primer golpe de vista el crespón que cubría el rostro de Saint-Aignan.

—¡Ay, señor conde! —exclamó—. ¡No parece que estéis muy satisfecho!

—Mis motivos tengo, señor Malicorne. ¿Creeréis que el rey no está contento?

—¿No está contento con la escalera?

—¡Oh, no! Al contrario, la escalera le agrada muchísimo.

—Entonces, no habrá sido de su gusto la decoración de las cámaras.

—¡Ah! En cuanto a eso, ni siquiera ha reparado. No, lo que ha disgustado al rey...

—Yo os lo diré, señor conde: es haber asistido el cuarto a una cita amorosa.  
¿Es posible que no lo hayáis comprendido, señor conde?

—¿Y cómo lo había de haber adivinado, señor Malicorne, cuando no he hecho más que seguir al pie de la letra las instrucciones del rey?

—Ha exigido absolutamente el rey que estuvieseis a su lado?

—Positivamente.

—Y quiso, además, que viniera el pintor que he encontrado abajo?

—Lo exigió, señor Malicorne, lo exigió.

—Entonces, comprendo, ¡pardiez!, que Su Majestad no haya estado contento.

—¿Cómo, después que se han obedecido puntualmente sus órdenes?

—No os entiendo.

Malicorne se rascó la cabeza.

—A qué hora —preguntó— dijo el rey que vendría a vuestra habitación?

—A las dos.

—Y estuvisteis esperando al rey?

—Desde la una y media.

—De veras?

—¡Pardiez! ¡Bueno fuera ser inexacto con el rey!

Malicorne, no obstante el respeto que profesaba al conde, no pudo menos de encogerse de hombros.

—Y había citado Su Majestad también a ese pintor para las dos? —preguntó.

—No; pero yo le tenía aquí des de medianoche, por que más vale que un pintor espere dos horas que el rey un minuto.

Malicorne echóse a reír silenciosamente.

—Vamos, querido señor Malicorne —dijo Saint-Aignan—, no os rialis tanto de mí, y hablad más.

—Lo exigís?

—Os lo ruego.

—Pues bien, señor conde, si queréis que el rey esté algo más contento la primera vez que venga...

—Que será mañana.

—Pues bien, si deseáis que el rey esté algo más contento mañana...

—Vientre de San Gris!, como decía su abuelo. ¿Si lo quiero? ¡Ya lo creo!

—Pues mañana, en el momento de llegar el rey, procurad tener algo que hacer fuera, que sea cosa que no pueda aplazarse, que sea indispensable.

—¡Oh, oh!

—Por veinte minutos solamente.

—¡Dejar al rey solo veinte minutos! —exclamó asustado Saint-Aignan.

—Pues hacer cuenta de que nada os he dicho —replicó Malicorne encaminándose hacia la puerta.

—No tal, no tal, querido señor Malicorne; al contrario, acabad, que ya

empiezo a comprender. ¿Y el pintor, y el pintor?

—¡Oh! El pintor es necesario que se retrase media hora.

—Conque media hora, ¿eh?

—Sí.

—Mi querido señor, lo haré como decís.

—Yo creo que lo acertaréis, señor conde. ¿Me concedéis que venga a informarme mañana?

—Claro.

—Tengo el honor de ser vuestro respetuoso servidor, señor de Saint-Aignan.

Y Malicorne salió de espaldas. « Decididamente, ese mozo tiene más ingenio que yo», dijo para sí Saint-Aignan, arrastrado por su convicción.

## Capítulo XXXVII

---

Hampton Court

La revelación que, como hemos visto en el penúltimo capítulo, hizo Montalais a La Vallière, nos conduce naturalmente a hablar del héroe principal de esta historia, infeliz caballero errante a merced del capricho del rey.

Si el lector quiere seguirnos, pasaremos con él ese estrecho más borrasco que el Euripo, que separa a Calais de Douvres, atravesaremos la verde y poblada campiña de mil arroyuelos que rodea a Charing, Maidstone y otras ciudades a cual más pintoresca, y llegaremos por fin a Londres.

De allí, como sabuesos que siguen una pista, después que hayamos sabido que Raúl había estado primero en Whitehall y luego en Saint James, que había sido recibido por Monk e introducido en las mejores reuniones de la corte de Carlos II, le seguiremos a uno de los palacios de verano del rey Carlos II, junto a la ciudad de Kingston, a Hampton Court, palacio que baña el río Támesis.

Los paisajes extiéndense a su alrededor tranquilos y ricos de vegetación; las casas de ladrillo arrojan por sus chimeneas azuladas humaredas que atraviesan las copas espesas y apiñadas de los abetos amarillos y verdes; los muchachos aparecen y desaparecen en las praderas como amapolas que se doblan al soplo del viento.

Los grandes carneros rumian cerrando los ojos a la sombra de los álamos blancos, y de trecho en trecho, el martín pescador, de flancos de esmeralda y oro, corta como bala mágica la superficie del agua, rozando aturdidamente el hilo de su cofrade, el hombre pescador, que acecha, sentado sobre su batel, el paso de la tenca y del sábalo.

Sobre aquel paraíso, formado de negra sombra y de dulce luz, se levanta el palacio de Hampton Court, construido por Wolsey, mansión que el orgulloso

cardenal había creído deseable hasta para un soberano, y que, como cortesano tímido, tuvo que dar a su amo Enrique VIII, el cual había frunció el ceño de envidia y codicia con sólo ver el aspecto del nuevo palacio.

Hampton Court, de murallas de ladrillo, de enormes ventanas y de hermosas verjas de hierro; Hampton Court, con sus mil torrecillas, sus extraños campanarios, sus discretos paseos y sus fuentes interiores, semejantes a las de la Alhambra; Hampton Court, lecho de rosas, jazmines y clemátides... era alegría de la vista y del olfato, el realce más encantador de aquel cuadro de amor que ofreció Carlos II, entre las voluptuosas pinturas del Ticiano, del Pordedone, de Van Dyck, no obstante tener en su galería el retrato de Carlos I, rey mártir, y taladradas sus puertas y ventanas por las balas puritanas que arrojaron los soldados de Cromwell, el 24 de agosto de 1648, cuando llevaron allí preso a Carlos I.

Allí tenía su corte aquel rey ansioso siempre de placeres; aquel rey poeta por el deseo; aquel desventurado de otro tiempo, que se pagaba, con un día de voluptuosidad, cada minuto apenas pasado de agonía y de miseria.

Ni el suave césped de Hampton Court, césped que al pisarlo parece terciopelo; ni el círculo de flores que se ciñe al pie de cada árbol, formando un lecho a los rosales de veinte pies que se abren al aire libre como gavillas artificiales; ni los grandes tilos cuyas ramas bajan hasta el suelo como sauce, y velan el amor y las ilusiones a su sombra, o más bien bajo su cabellera; nada de eso era lo que amaba Carlos II en su hermoso palacio de Hampton Court.

Tal vez serían entonces aquellas hermosas aguas, semejantes a las del mar Caspio; aquellas aguas inmensas, rizadas por un viento fresco, como las ondulaciones de la cabecera de Cleopatra; aquellas aguas tapizadas de berros, de nenúfares bancos, de bulbos vigorosos, que se entrebaten para dejar ver como el huevo el germen de oro rutilante en el fondo de la envoltura lechosa; aquellas aguas llenas de murmullos, sobre las cuales navegan los cisnes negros y los pequeños ánades, que persiguen a la mosca verde en las espadañas, y a la rana en su madriguera de musgo.

¿Serían acaso los enormes acebos de ramaje bicolor, los risueños puentes echados sobre los canales, las ciervas que braman en los paseos interminables, y las aguzanieves que revolotean en los arriates de boj y de trébol?

Porque de todo eso hay en Hampton Court, más las espalderas de rosas blancas que reptan a lo largo de los altos enrejados para dejar caer sobre el suelo su odorifera nieve; como se ven en el parque los vetustos sicómoros de troncos verdegueantes que bañan sus pies en un poético y luxuriante moho.

No, lo que Carlos II amaba en Hampton Court eran las sombras sorprendentes que después del mediodía se corrían sobre sus terrazas, cuando, como Luis XIV, había hecho pintar a las beldades en su gabinete por uno de los pinceles más hábiles de su tiempo, pinceles que sabían fijar en el lienzo un rayo

escapado de tantos hermosos ojos que despedían amor. El día en que llegamos a Hampton Court, el cielo estaba apacible y sereno, como en un día de Francia; la temperatura era de una tibieza húmeda, y los geranios, los crecidos guisantes de olor, las jeringuillas y los heliotropos, sembrados a centenares en los jardines, exhalaban sus aromas embriagadores.

Era la una. El rey, después de volver de caza, había comido y visitado a la duquesa de Castelmaine, su querida de nombre, cuya prueba de fidelidad le permitía ya entregarse a su gusto a mil infidelidades hasta la noche.

Toda la Corte estaba entregada a las locuras de amor. Era aquella la época en que las damas preguntaban seriamente a los caballeros su opinión sobre tal o cual pie, más o menos gracioso, según estuviera calzado con media de seda color de rosa o verde.

Era la época en que Carlos 11 decía que no había salvación para una mujer que no llevase medias de seda verde, porque la señorita Lucy Stewart las gastaba de ese color.

En tanto que el rey se entretenía en dar a conocer sus preferencias, pasemos nosotros a la arboleda de hayas que daba frente al terrado, y por la que iba una joven dama, en traje de color severo, detrás de otra vestida de color lila y azul oscuro.

Atravesaron la terraza del jardín, en medio de la cual se elevaba una hermosa fuente con sirenas de bronce, y siguieron más allá conversando a lo largo de la tapia de ladrillo, de la que resaltaban en el parque varios gabinetes de diversas formas; pero, como aquellos gabinetes estaban en su mayor parte ocupados, las jóvenes pasaron adelante: la una ruborizada, la otra meditando.

Llegaron, por último, al término de aquella terraza que dominaba todo el Támesis, y hallando un sitio cómodo se sentaron una al lado de otra.

—¿Adónde vamos, Stewart? —preguntó la más joven de las dos a su compañera.

—Mi querida Graffton, vamos, ya lo ves, a donde tú nos llevas.

—¿Yo?

—Sí, tú; al extremo del palacio, hacia el banco donde el joven francés espera y suspira.

Miss Mary Graffton se detuvo.

—No —dijo a su compañera—; no voy allá.

—¿Por qué?

—Regresemos, Stewart.

—Al contrario, sigamos adelante, y expliquémonos.

—¿Sobre qué?

—Sobre eso de ir el señor vizconde de Bragelonne a todos los paseos a que tú vas, y tú a los que va él.

—Y deduces de ahí que me ama, o que yo le amo.

—¿Por qué no? Es un joven muy gallardo... Creo que nadie nos oye —añadió miss Lucy Stewart, volviéndose con una sonrisa que indicaba no ser grande su inquietud.

—No, no —dijo Mary—; el rey se halla en su gabinete oval con el señor de Buckingham.

—A propósito del señor de Buckingham, Mary...

—¿Qué?

—Me parece que se ha declarado caballero tuy o desde su regreso de Francia. ¿Cómo va tu corazón por este lado?

Mary Graffton se encogió de hombros.

—¡Bueno, bueno! Ya se lo preguntaré al gallardo Bragelonne —dijo Stewart riendo—; vámonos a buscarle cuanto antes.

—¿Para qué?

—Tengo que hablarle.

—Aún no; escucha antes una palabra. Tú, Stewart, que sabes los secretillos del rey...

—¿Crees que los sepa?

—Si tú no los sabes, ignoro quién pueda saberlos. Dime, ¿a qué ha venido el señor de Bragelonne a Inglaterra? ¿Qué hace aquí?

—Lo que todo gentilhombre enviado por su rey a otro rey.

—Bien; pero, hablando seriamente, aunque la política no sea nuestro fuerte, sabemos lo bastante para comprender que el señor de Bragelonne no ha traído misión importante.

—Oye —dijo Stewart con afectada gravedad—; voy a vender en tu obsequio un secreto de Estado. ¿Quieres que te recite la carta de recomendación dada por el rey Luis XIV al señor de Bragelonne, y dirigida a Su Majestad el rey Carlos II?

—Sí, por cierto.

—Pues dice así: « Hermano mío, os envío a un gentilhombre de mi Corte, hijo de una persona a quien apreciáis. Tratadle bien, os lo ruego, y hacedle aficionarse a Inglaterra» .

—¿Eso decía?

—En los mismos términos u otros parecidos. No respondo de la forma, pero sí del fondo.

—Bien: ¿y qué has inferido de ahí, o más bien qué ha inferido el rey?

—Que el rey de Francia tenía motivos para alejar al señor de Bragelonne, y casarlo... en otra parte que no sea Francia.

—De modo que a consecuencia de esa carta...

—El rey Carlos II ha recibido al señor de Bragelonne, según ya sabes, espléndida y amistosamente, dándole la mejor habitación de Whitehall, y, como tú eres la dama más preciosa de su Corte, en atención a que has rehusado su

corazón... ea, no hay por qué ruborizarse... ha querido inspirarte afición hacia el francés, y hacerle ese hermoso obsequio. Ahí tienes por lo que Su Majestad te ha hecho tornar parte en todos los paseos del señor de Bragelonne: a ti, heredera de trescientas mil libras, futura duquesa, y joven tan buena como hermosa. En una palabra, eso ha sido un complot, una especie de conspiración, a la cual tú verás si quieres poner fuego, pues yo te entrego la mecha.

Miss Mary sonrió con la expresión encantadora que le era familiar, y apretando el brazo de su compañera:

—Dale las gracias al rey —dijo.

—Sí, sí; pero el señor de Buckingham está celoso; mira lo que haces —replicó Lucy Stewart.

Apenas habían sido dichas estas palabras, cuando salió el señor de Buckingham de uno de los pabellones de la terraza, y, acercándose a las dos jóvenes con una sonrisa:

—Os equivocáis, miss Lucy —replicó—, no, no estoy celoso, y en prueba de ello, miss Mary, allá abajo tenéis al que debería ser la causa de mis celos, el vizconde de Bragelonne, que está allí solo, absorto en sus meditaciones. ¡Pobre muchacho! Permitidme que le deje vuestra agradable compañía por algunos momentos, pues tengo que hablar a miss Lucy Stewart.

Entonces, inclinándose hacia miss Lucy:

—¿Me haréis —le preguntó el honor de aceptar mi brazo para ir a saludar al rey, que nos espera?

Y, al pronunciar estas palabras, Buckingham, con amable sonrisa tomó la mano de miss Lucy, y se llevó a ésta.

Mary Graffton, luego que quedó sola, inclinando la cabeza sobre el hombro con aquel gracioso abandono peculiar de las jóvenes inglesas, permaneció por un momento inmóvil, con los ojos fijos en Raúl, pero como indecisa sobre lo que había de hacer. Al fin, luego que sus mejillas, perdiendo y recobrando alternativamente el color, revelaron el combate que tenía lugar en su corazón, la joven pareció tomar una resolución, y se aproximó con paso bastante firme hacia el banco en que estaba Raúl entregado a sus reflexiones.

Por ligero que fuera el ruido de los pasos de miss Mary sobre el menudo césped, llamó la atención de Raúl; volvió la cabeza, vio a la joven y se adelantó a recibir a la compañera que su buena fortuna le separaba.

—Me envían a vuestro lado, señor —dijo Mary Graffton—. ¿Me aceptáis?

—¿Y a quién debo tan marcado favor, señorita? —preguntó Raúl.

—Al señor de Buckingham —replicó Mary afectando alegría.

—¿Al señor de Buckingham, que con tanto anhelo busca siempre vuestra preciosa compañía? Señorita, ¿debo creerlo?

—En efecto, señor, ya lo veis; todo conspira a que pasemos juntos la mejor, o más bien, la mayor parte de los días. Ayer fue el rey el que me mandó que os

hiciese sentar en la mesa a mi lado; hoy, es el señor de Buckingham quien me ruega que venga a sentarme al lado vuestro en este banco.

—¿Y se ha alejado a fin de dejarme libre la plaza? —preguntó Raúl con embarazo.

—Miradle allí, que va a desaparecer con miss Stewart por el recodo que forma la arboleda. ¿Se gastan complacencias de esta clase en Francia, señor vizconde?

—Señorita, apenas os puedo decir lo que se acostumbra en Francia, pues casi no soy francés. He vivido en muchos países, casi siempre como soldado, y además he pasado gran parte de mi vida en el campo, de suerte que soy bastante agreste.

—¿No estáis contento en Inglaterra?

—No sé —dijo Raúl distraídamente y exhalando un suspiro.

—¿Cómo que no sabéis?

—Perdonad —apresuróse a decir Raúl, sacudiendo la cabeza, como para salir de su distracción—, perdonad, no os había oído.

—¡Ay! —exclamó la joven suspirando a su vez—. ¡Mal ha hecho el duque de Buckingham en enviarle aquí!

—¿Ha hecho mal? —dijo con viveza Raúl—. Tenéis razón; mi compañía es fastidiosa, y os aburrís conmigo. Mal ha hecho el señor de Buckingham en enviarlos aquí.

—Precisamente —replicó la joven con su voz grave y armoniosa—, por no aburrirme con vos, ha hecho mal el señor de Buckingham en enviarle al lado vuestro.

Raúl se sonró de nuevo.

—Pero ¿cómo es —dijo que el señor de Buckingham os haya enviado a mi lado, y que vos hayáis venido? El señor de Buckingham os ama, y vos le amáis.

—No —respondió gravemente Mary—, no. El señor de Buckingham no me ama, puesto que ama a la duquesa de Orléans; y, en cuanto a mí, no profeso amor al duque.

Raúl miró a la joven, sorprendido.

—¿Sois amigo del señor de Buckingham, vizconde? —continuó ésta.

—El duque me hace el honor de llamarle amigo suyo desde que nos vimos en Francia.

—¿No sois entonces más que simples conocidos?

—No; porque el señor de Buckingham es amigo íntimo de un gentilhombre a quien amo como a un hermano.

—¿Del señor conde de Guiche?

—Sí, señorita.

—¿Que ama a la señora duquesa de Orléans?

—¡Oh! ¿Qué decís?

—Y que es amado por ella —prosiguió tranquilamente la joven. Raúl bajo la cabeza. Mis Mary Graffton prosiguió con un suspiro:

—¡Qué dichosos son...! Vamos, señor de Bragelonne, no hágais caso de mí, pues el señor de Buckingham os ha dado un encargo bien enojoso con ofrecerme a vos para compañera de paseo. Vuestro corazón está en otra parte, y a duras penas me concedéis un poco de atención... Confesad, confesad... Haríais mal en negarlo, vizconde.

—Señorita, no lo niego. Miss Mary le miró.

Mostrábase Raúl tan sincero y hermoso, su mirada revelaba tan amable franqueza y tal resolución, que no pudo ocurrírsele a una mujer tan distinguida como miss Mary la idea de que el joven fuese un descortés o un necio.

Lo que vio fue que amaba a otra mujer que no era ella con toda la franqueza de su corazón.

—Os comprendo —dijo—; estás enamorado en Francia.

Raúl se inclinó.

—¿Sabe el duque ese amor?

—Nadie lo sabe —contestó Raúl.

—¿Y por qué no me lo confesáis a mí?

—Señorita...

—Vamos, explicaos.

—No puedo.

—Entonces, me toca a mí abriros el camino: no queréis decirme nada porque estás persuadido, ahora, de que no amo al duque, porque veis que quizás yo os habría amado, porque sois un gentilhombre todo corazón y delicadeza, que en lugar de tomar, aun cuando sólo fuera por distraeros un momento, una mano que se arrima a la vuestra, en lugar de sonreír a mi boca que os sonría, habéis preferido, vos, que sois joven, decirme, a mí que soy hermosa: «¡Amo en Francia!». Pues bien, gracias, señor de Bragelonne; sois un noble gentilhombre, y por eso os amo más... en amistad. No hablemos ya de mí, por tanto, sino de vos. Olvidad que miss Graffton os ha hablado de ella; decidme por qué estás triste, por qué lo estás más aún de algunos días a esta parte.

Raúl commovióse hasta lo íntimo de su corazón al oír el acento dulce y melancólico de aquella voz, y no pudo hallar palabras para contestar. La joven acudió otra vez en su ayuda.

—Compadecedme —le dijo—. Mi madre era francesa; de consiguiente, puedo decir que soy francesa por la sangre y el alma. Pero sobre este ardor pesan incesantemente las nieblas y la tristeza de Inglaterra. A veces tengo mis sueños de oro y de mágicas felicidades; pero de repente viene la bruma y los hace desaparecer. Así me ha pasado ahora también. Perdonad, no hablemos más de esto; dadme vuestra mano, y confiad vuestros pesares a una amiga.

—¡Decís que sois francesa, francesa de alma y de sangre!

—Sí, lo repito; no sólo mi madre era francesa, sino que también, como mi padre, amigo de Carlos I, se desterró a Francia, y en tanto duró el proceso del príncipe y la vida del Protector, fui educada en París; a la restauración del rey Carlos II, mi padre volvió a Inglaterra, donde murió poco después... ¡pobre padre! Entonces, el rey Carlos me hizo duquesa y completó mis rentas.

—¿Tenéis algún pariente en Francia? —preguntó Raúl con señalado interés.

—Tengo una hermana, siete u ocho años mayor que yo, que casó en Francia y enviudó después. Se llama madame de Bellière.

Raúl hizo un movimiento.

—¿La conocéis?

—La he oido nombrar.

—También ama, y sus últimas cartas me anuncian que es dichosa: de consiguiente, es correspondida. Yo, como os decía, señor de Bragelonne, tengo la mitad de su alma, aunque no la mitad de su felicidad. Pero hablemos de vos. ¿A quién amáis en Francia?

—A una joven, dulce y blanca como un lirio.

—Pero, si ella os ama, ¿por qué estáis melancólico?

—Me han dicho que ya no me ama.

—No lo creeréis, supongo.

—El que me lo ha escrito no firma su carta.

—¡Una denuncia anónima! ¡Oh! ¡Eso es alguna traición! —dijo miss Graffton.

—Mirad —dijo Raúl enseñando a la joven un billete que había leído cien veces.

Mary Graffton cogió el billete, y leyó:

« Vizconde, hacéis muy bien en divertiros ahí con las hermosas damas del rey Carlos II; porque, en la corte del rey Luis XIV, os sitian en el palacio de vuestros amores. Permaneced, pues, para siempre en Londres, pobre vizconde, o regresad cuanto antes a París» .

—No hay firma —dijo miss Mary.

—No.

—De consiguiente, no daréis fe a eso.

—No; pero ved esta otra carta.

—¿De quién?

—Del señor de Guiche.

—¡Oh! ¡Eso es otra cosa! Y esa carta, ¿qué os dice?

—Leed.

« Amigo mío, estoy herido y enfermo.

» ¡Volved, Raúl, volved!

» Guiche» .

—Y qué vais a hacer? —preguntó la joven con el corazón oprimido.

—Al recibir la carta, lo primero que hice fue pedir permiso al rey.

—¿Y la recibisteis...?

—Anteayer.

—Está fechada en Fontainebleau.

—Y es extraño, ¿no?, estando la Corte en París. Y al fin me hubiera ido. Pero, cuando hablé al rey de mi marcha, se echó a reír y me dijo: « Señor embajador, ¿a qué viene ahora esa marcha? ¿Os llama por ventura vuestro amo? ». Quedéme sonrojado y desconcertado, pues, en efecto, el rey me ha enviado aquí y no he recibido orden de regresar. Mary frunció el ceño, pensativa.

—¿Y os quedáis? —preguntó.

—Es necesario, señorita.

—¿Y la que amáis?

—¿Qué?

—¿Os escribe?

—Jamás.

—Jamás! ¡Oh! ¿Conque no os ama?

—A lo menos no me ha escrito desde que me marché.

—¿Os escribía antes?

—A veces... ¡Oh! Creo que no habrá podido.

—Aquí viene el duque: silencio. En efecto, por el extremo del paseo aparecía Buckingham, solo y risueño. Luego que llegó, tendió la mano a los dos interlocutores.

—¿Os habéis entendido? —dijo.

—Sobre qué? —preguntó Mary Graffton.

—Sobre lo que pueda haceros a vos dichosa, querida Mary, y a Raúl menos desgraciado.

—No os comprendo, milord —contestó Raúl.

—Lo siento, miss Mary. ¿Queréis que me explique delante del señor?

Y sonrió.

—Si queréis decir —repuso la joven con orgullo— que estaba dispuesta a amar al señor de Bragelonne, es inútil, pues ya se lo he dicho.

Buckingham reflexionaba y, sin desconcertarse, como ella esperaba:

—Por lo mismo —dijo—, que sé que tenéis un delicado espíritu y sobre todo un alma leal, os he dejado con el señor de Bragelonne, cuyo corazón enfermo puede curar en manos de un médico como vos.

—Pero, milord, antes de hablarle del corazón del señor de Bragelonne, me hablasteis del vuestro. ¿Queréis que cure dos corazones al mismo tiempo?

—Es cierto, miss Mary; pero me haréis la justicia de creer que he abandonado una pretensión inútil, reconociendo que mi herida era incurable.

Mary se recogió un instante.

—Milord —dijo—, el señor de Bragelonne es feliz. Ama y es amado. Por

consiguiente, no necesita de ningún médico como yo.

—El señor de Bragelonne —dijo Buckingham—, está en vísperas de contraer una grave enfermedad, y ahora más que nunca necesita que su corazón se ponga en cura.

—¡Explicaos, milord! —requirió vivamente Raúl.

—No, me explicaré poco a poco; mas si lo deseáis, puedo decir a miss Mary lo que vos no podéis oír.

—Milord, me tenéis en un cruel tormento; milord, algo sabéis por fuerza!

—Sé que miss Mary es el objeto más encantador que un Corazón enfermo puede apetecer.

—Milord, ya os he dicho que el vizconde de Bragelonne ama en otra parte —dijo la joven.

—Hace mal.

—¿Lo sabéis, señor duque? ¿Sabéis que hago mal?

—Sí.

—Pero ¿a quién ama? —exclamó la joven.

—A una mujer indigna de él —dijo tranquilamente Buckingham, con la flemá que sólo un inglés puede hallar en su cabeza y en su corazón.

Miss Mary Graffton lanzó un grito que, no menos que las palabras pronunciadas por Buckingham hizo pintarse en las mejillas de Bragelonne la palidez del sobrecogimiento y la imagen del terror.

—¡Duque —murmuró—, habéis pronunciado palabras tales, que, sin tardar ni un segundo, voy a buscar su explicación a París!

—Os quedaréis aquí —dijo Buckingham.

—¿Yo? —Sí, vos.

—¿Por qué?

—Porque no tenéis derecho a marcharos, y no se deja el servicio de un rey por el de una mujer, aunque sea tan digna de ser amada como miss Mary Graffton.

—Entonces, informadme.

—Lo haré. Pero ¿os quedaréis?

—Sí, con tal que seáis sincero conmigo.

En esto estaban, y sin duda Buckingham iba a decir no todo lo que había, sino todo lo que sabía, cuando por el extremo de la terraza apareció un lacayo del rey, y se adelantó hacia el gabinete donde estaba el rey con miss Lucy Stewart.

Aquel hombre precedía a un correo lleno de polvo, que parecía haber echado pie a tierra momentos antes.

—¡El correo de Francia! ¡El correo de Madame! —exclamó Raúl viendo la librea de la duquesa.

El hombre y el correo hicieron avisar al rey, mientras el duque y miss Graffton cambiaban una mirada de inteligencia.

## Capítulo XXXVIII

---

### El correo de Madame

Carlos II se había propuesto demostrar a miss Stewart que no pensaba más que en ella; en consecuencia, le prometió un amor igual al que su abuelo Enrique IV había profesado a Gabriela. Desgraciadamente para Carlos II, eligió mal día, porque fue precisamente uno en que a miss Stewart se le puso en la cabeza dar celos al rey. De modo que en vez de enterñecerse al oír aquella promesa, como esperaba Carlos II, se echó a reír.

—¡Oh, señor, señor! —exclamó sin dejar de reír—. Si tuviera la desgracia de pediros una prueba de ese amor, ¡cuán fácilmente se vería que mentís!

—Escuchad —le dijo Carlos—; ya conocéis mis cartones de Rafael y el aprecio en que los tengo; el mundo me los envidia. Mi padre los hizo comprar por Van Dyck. ¿Queréis que los traslade hoy mismo a vuestra casa?

—¡Oh, no! —replicó la joven—. No hágais tal cosa, señor; mi casa es muy reducida para hospedar tales huéspedes.

—Entonces, os donaré Hampton Court para que coloquéis los cartones.

—Sed menos generoso, señor, y amad más tiempo: esto es cuanto deseó.

—Os amaré eternamente; ¿creéis que sea bastante?

—Veo que os reís, señor. ¿Quisierais que llorase?

—No; pero quisiera veros algo más melancólico.

—A Dios gracias, hermosa mía, lo he estado bastante tiempo! Catorce años de destierro, de pobreza y de miseria, me parece que ya es deuda satisfecha; además, la melancolía afea.

—¡Ca! Ved, si no, al joven francés.

—¡Oh! ¡El vizconde de Bragelonne...! ¿Vos también? Dios me perdone, pero creo que, unas tras otras, todas se van a volver locas... El vizconde tiene motivos

para estar melancólico.

—¿Cuáles?

—¡Ah, caramba! ¡Será preciso también que os revele los secretos de Estado?

—Si lo será, si yo quiero, ya que habéis dicho que estabais dispuesto a hacer todo lo que yo quisiera.

—Pues bien, se aburre en este país. ¿Estáis contenta?

—¿Se aburre?

—Sí; prueba de que es un necio.

—¿Cómo un necio?

—¡Claro! ¡No comprendéis? ¡Le permito amar a miss Lucy Stewart, Y él se aburre!

—¡Bueno! Eso significa que si no os amase miss Lucy Stewart, os consolariás amando a miss Mary Graffton.

—No he dicho eso: en primer lugar, sabéis perfectamente que miss Mary Graffton no me ama, y para consolarse uno de un amor perdido, es preciso que halle otro. Y, además, aquí no se trata de mí, sino de ese joven. No parece sino que la que deja allá es una Elena, por supuesto, antes de que conociera a París.

—Pero ¿deja alguien allá ese gentilhombre?

—Más bien le dejan.

—¡Pobre joven! Le está bien empleado.

—¿Y por qué?

—Sí: porque se va.

—¿Suponéis que se ha ido por gusto?

—¿Se ha ido obligado?

—Por orden, querida Stewart, de quien puede ordenar en París.

—¿Orden de quién?

—A ver si lo acertáis?

—Del rey?

—Exacto.

—¡Ah! Me abrís los ojos.

—No digáis nada, ¿eh?

—Ya sabéis que, en cuanto a discreción, valgo como un hombre. De modo, ¿qué el rey es quien le aleja? —Sí.

—Y, durante su ausencia, le birla la dama.

—Sí, y el pobre muchacho, en vez de dar las gracias al rey, no hace más que lamentarse.

—¿Dar las gracias al rey, porque le birla a su amada? En verdad, señor, que lo que estáis diciendo no es nada galante para las mujeres en general, y particularmente para las amantes.

—¡Comprended bien lo que os digo, pardiez! Si esa mujer que el rey le roba fuera una miss Graffton o una miss Stewart, sería de su opinión, y hasta lo

encontraría poco desesperado; pero se trata de una chiquilla flaca y coja... ¡Al diablo la fidelidad!, como dicen en Francia. Rehusar una rica por otra pobre, a una que le ama por otra que le engaña, ¿se ha visto cosa igual?

—¿Creéis que Mary deseé en serio agradar al vizconde, señor?

—Sí, lo creo.

—Pues bien, el vizconde se acostumbrará a Inglaterra. Mary tiene buena cabeza, y cuando quiere, quiere bien.

—Mi querida miss Stewart, si el vizconde ha de aclimatarse en este país, no hay tiempo que perder; anteayer vino ya a pedirme permiso para partir.

—¿Y se lo habéis negado? —¡Ya lo creo! El rey, mi hermano, toma muy a pechos que ese joven esté ausente, y respecto a mí, tengo interesado en ello mi amor propio; no quiero que se diga que he presentado a ese *young man* el cebo más noble y más dulce de Inglaterra...

—Galante estáis, señor —contestó miss Stewart con encantador mohín.

—No hablo de miss Stewart —dijo el rey—; ése es un regio cebo, y puesto que yo he picado en él, no quiero que otro pique; en fin, no es justo que ese joven desaire mis obsequios; se quedará entre nosotros, y se casará aquí, o Dios me condene.

—Y espero que, después de casado, en vez de inculpar a Vuestra Majestad, le estará agradecido; todo el mundo se apresura a complacerle, hasta el señor de Buckingham, que, a pesar de su orgullo, parece reconocerle alguna superioridad.

—Y hasta miss Stewart, que le llama caballero encantador. Escuchad, señor: bastante me habéis elogiado a miss Graffton, conque permitidme que me desquite en algo con Bragelonne. Noto que, de algún tiempo a esta parte, manifestáis una bondad que me sorprende: pensáis en los ausentes; perdonáis injurias; sois casi perfecto...

—¿De qué proviene eso?

Carlos II se echó a reír.

—Es porque os dejáis amar —dijo.

—¡Oh! Alguna otra razón habrá.

—Vaya! La de que así obligo a mi hermano Luis XIV.

—Otra debe de haber aún.

—Pues bien, el verdadero motivo es que Buckingham me recomendó a ese joven, y me dijo: «Señor, principio por renunciar en favor del vizconde de Bragelonne a miss Graffton; haced vos lo propio».

—¡Oh, el duque es todo un caballero!

—Vaya; calentaos ahora los cascos por Buckingham! Parece que os habéis empeñado hoy en hacerme condenar.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién se permite incomodarnos? —dijo Carlos con impaciencia.

—En verdad, señor —dijo Stewart—, he ahí un quién se permite de la más

suprema fatuidad; y, para castigaros...

Y fue ella misma a abrir la puerta.

—¡Ah! Es un mensajero de Francia —exclamó miss Stewart.

—¡Un mensajero de Francia! —exclamó Carlos—. ¿De mi hermana tal vez?

—Sí, señor —dijo el ujier de cámara—, y mensajero especial.

—¡Entrad, entrad! —dijo Carlos.

El correo entró.

—¿Traéis carta de la señora duquesa de Orléans? —preguntó el rey.

—Sí, señor —respondió el correo—; y con tal urgencia, que no he empleado más que veintiséis horas en traerla a Vuestra Majestad, no obstante haber perdido tres cuartos de hora en Calais.

—Se os recompensará ese celo —dijo el rey.

Y abrió la carta.

Luego, echándose a reír a carcajadas:

—En verdad —exclamó— que no comprendo nada.

Y leyó la carta nuevamente. Miss Stewart aparentaba la mayor reserva, procurando reprimir su ardiente curiosidad.

—Francisco —dijo el rey a su lacayo—, cuida de que traten bien a ese valiente mozo, y que, mañana al despertar, encuentre a la cabecera de su cama un saquito de cincuenta luises.

—¡Señor!

—¡Anda, amigo, anda! Razón sobrada tenía mi hermana en encargarte actividad; es cosa urgente en efecto.

Y se echó a reír con más ganas que antes.

El mensajero, el sirviente y la misma miss Stewart no sabían qué aire tomar.

—¡Vaya! —continuó el rey, echándose sobre el respaldo del sillón—. Y cuando considero que has reventado... ¿cuántos caballos?

—Dos.

—¡Dos caballos para traer esta noticia! Muy bien, amigo, muy bien. El correo salió con el criado. Carlos II se fue a abrir la ventana, y, asomándose:

—¡Duque —prorrumpió—, duque de Buckingham, mi querido Buckingham, venid!

El duque se apresuró \*a obedecer; Pero, cuando llegó al umbral de la puerta y vio a miss Stewart, titubeó en entrar.

—Entra y cierra la puerta, duque.

El duque obedeció, y, viendo al rey de tan buen humor, se aproximó sonriendo.

—Vamos a ver, querido duque, ¿a qué altura te hallas con tu francés?

—Desesperado hasta no poder más.

—¿Y por qué?

—Porque la adorable miss Graffton quiere casarse con él, y él no quiere.

—¡Pero ese francés no es más que un beocio! —exclamó miss Stewart—. Que diga sí o no, y concluya de una vez.

—Supongo, señor —dijo seriamente Buckingham—, que sabéis o debéis saber que el señor de Bragelonne ama en otra parte.

—Entonces —dijo el rey acudiendo en ayuda de miss Stewart—, no hay cosa más sencilla: que diga que no.

—Oh, es que le he demostrado lo mal que hacía en no decir que sí!

—¿Le has dicho, pues, que su La Vallière le engaña?

—Se lo he dicho, sin andarme con rodeos.

—¿Y qué ha hecho?

—Dar un brinco como si quisiese salvar el estrecho.

—Al fin —dijo miss Stewart—, ya ha hecho algo: no es poca suerte.

—Pero pude contenerle —continuó Buckingham—, se lo entregué a miss Mary, y espero que no tendrá ya tanta prisa por partir.

—¿Pensaba irse? —exclamó el rey.

—Por un momento llegué a creer que no había fuerzas humanas que bastasen a contenerle; pero los ojos de miss Mary taladraron: se quedará.

—Pues bien, estás en un error, Buckingham —dijo el rey estallando de risa—; ese desgraciado está predestinado.

—¿Predestinado a qué?

—A ser engañado, lo cual es poca cosa; pero, por lo que se ve, ya es algo.

—A distancia, y con el auxilio de miss Graffton, podrá pararse el golpe.

—Pues bien, nada de eso; ni habrá distancia ni ayuda de miss Graffton. Bragelonne partirá para París dentro de una hora.

Buckingham tembló, y miss Stewart abrió ojos tamaños.

—Pero, señor —replicó el duque—, Vuestra Majestad sabe que eso es imposible.

—Lo imposible, mi querido Buckingham, es lo contrario.

—Señor, figuraos que ese joven es un león.

—Y aun cuando así sea, Villiers.

—Y su cólera es terrible.

—No digo que no, querido amigo.

—Si ve su desgracia de cerca, tanto peor para el autor de ella.

—Bien; pero ¿qué quieres que le haga?

—¡Aun cuando fuese el rey —exclamó Buckingham gravemente—, no respondería yo de él!

—¡Oh! El rey tiene mosqueteros que le guarden —dijo Carlos tranquilamente—, tengo motivos para saberlo desde que me vi precisado a hacer antesala en su casa en Blois. Está a su lado el señor de D'Artagnan. ¡Diantre! ¡Vaya un guardián! No temería yo veinte cóleras como las de tu Bragelonne si tuviese cuatro guardias como el señor de D'Artagnan.

—¡Oh! Pero Vuestra Majestad, que es tan bondadoso, lo reflexionará bien —dijo Buckingham.

—Toma —dijo Carlos II presentando la carta al duque—; lee y contesta tú mismo. ¿Qué harías en mi lugar?

Buckingham cogió lentamente la carta de Madame, y leyó estas palabras temblando de emoción:

*Por vos, por mí, por el honor y la salvación de todos, enviad inmediatamente a Francia al señor de Bragelonne.*

*Vuestra afectísima hermana.*

*ENRIQUETA.*

—¿Qué dices eso, Villiers?

—A fe mía, señor, que ignoro qué decir —respondió estupefacto el duque.

—¿Me aconsejas todavía —dijo el rey con afectación—, que desobedezca a mi hermana cuando me habla con tales instancias?

—¡Oh! No, no, señor; y sin embargo...

—Pues no has leído todavía la postdata; que está en un doblez, y se me había escapado a mí mismo: lee.

El duque deshizo el doblez donde estaba aquella linea.

« Mil recuerdos a los que me aman» .

El duque inclinó al suelo su frente descolorida, y la carta tembló en sus manos, como si el papel se hubiese convertido en plomo.

El rey aguardó un momento, y, viendo que Buckingham permanecía mudo:

—Que siga su destino, como nosotros el nuestro —prosiguió—; cada cual tiene que sufrir su pasión en este mundo; yo he sufrido ya la mía y la de los míos, que ha sido para mí una doble cruz. ¡Vayan ahora al demonio los cuidados! Anda, Villiers, y búscame a ese gentilhombre.

El duque abrió la puerta enrejada del gabinete, y, mostrando a Raúl y Mary, que iban al lado uno de otro:

—¡Ay, señor —dijo—, qué crueldad para esa pobre miss Graffton!

—Vamos, vamos, llámale —dijo Carlos II frunciendo sus negras cejas—. ¿Es que todo el mundo se encuentra aquí en estado sentimental? ¡Vaya! ¡También miss Stewart se enjuga las lágrimas? ¡Condenado francés...! Anda.

El duque llamó a Raúl, y, acercándose a tomar la mano de miss Graffton, la condujo delante del gabinete del rey.

—Señor de Bragelonne —dijo Carlos II—, ¿no me solicitabais anteayer permiso para volver a París?

—Sí, señor —respondió Raúl, a quien aquella salida desconcertó algún tanto.

—Me parece, querido vizconde, que os lo negué. ¡No es así?

—Sí, señor.

—¿Y os habéis incomodado?

—No, señor; Vuestra Majestad habrá tenido excelentes motivos para ello; Vuestra Majestad tiene demasiada bondad y cordura para que no haga bien todo lo que hace.

—Alegué, según creo, esta razón: que el rey de Francia no os había llamado.

—Sí, señor; eso me dijo Vuestra Majestad.

—Pues bien, he reflexionado, señor de Bragelonne, que si bien el rey no os fijó la fecha de regreso, me recomendó que procurara haceros grata la permanencia en Inglaterra; ahora bien, puesto que me habéis pedido permiso para marchar, es señal de que no estáis aquí contento.

—Señor, no he dicho eso.

—No —dijo el rey—, pero vuestra petición significaba por lo menos que estaríais con más gusto en otra parte que aquí.

En aquel instante volvió Raúl la cabeza hacia la puerta, contra el quicio de la cual estaba recostada miss Graffton acongojada.

El otro brazo lo tenía apoyado en el brazo de Buckingham.

—¡No respondéis! —continuó Carlos—. Me atendré entonces al proverbio que dice: «Quien calla otorga». Pues bien, señor de Bragelonne; estoy en el caso de satisfacer vuestros deseos, y os autorizo para que marchéis a Francia cuando queráis.

—¡Señor! —exclamó Raúl.

—¡Ay! —exclamó Mary apretando el brazo a Buckingham.

—Esta noche podéis estar en Douvres; la marea sube a las dos de la madrugada.

Raúl, estupefacto, balbucía palabras que tanto participaban del reconocimiento como de la disculpa...

—Me despido, pues, de vos, señor de Bragelonne, y os deseo toda suerte de prosperidades —dijo el rey levantándose—: hacedme el favor de conservar, como recuerdo mío, este diamante que destinaba a formar parte de un regalo de boda. Miss Graffton parecía próxima al desfallecimiento.

Raúl recibió el diamante; al recibirlo, le temblaban las rodillas. Dirigió algunas frases atentas al rey y a miss Stewart, y buscó a Buckingham para despedirse de él. El rey aprovechó aquel momento para ausentarse.

Raúl encontró al duque ocupado en animar a miss Graffton.

—Decidle que se quede, señorita —exclamaba Buckingham.

—Yo le digo que se marche —replicó miss Graffton, reanimándose—; no soy de esas mujeres que tienen más orgullo que corazón. Si le aman en Francia, que regrese a Francia, y que me bendiga a mí que le habré aconsejado que fuese a buscar su dicha; si, por el contrario, no le aman, que vuelva y le amaré siempre, porque su infortunio no le habrá rebajado ni un ápice a mis ojos. Hay en las

armas de mi casa lo que Dios ha grabado en mi corazón: *Habentí parum, egenti cuncta.* «A los ricos poco, a los pobres todo».

—Dudo, amigo querido —dijo Buckingham—, que encontréis allá el equivalente de lo que dejáis aquí.

—Creo, o espero por lo menos —dijo Raúl—, que la mujer que amo sea digna de mí; pero si es cierto que mi amor es indigno, como habéis querido darme a entender, señor duque, lo arrancaré de mi corazón, aun cuando tuviera que arrancarme el corazón con él.

Mary Graffton fijó en él los ojos con una expresión de indefinible piedad.

Raúl sonrió melancólicamente.

—Señorita —dijo—, el diamante que el rey me ha regalado estaba destinado a vos: permitidme que os lo ofrezca; si me caso en Francia, podéis enviármelo; si no me caso, conservadlo.

Y, saludando, se alejó.

—¿Qué pensará hacer? —se había dicho Buckingham, mientras Raúl estrechaba respetuosamente la mano de miss Mary.

Miss Mary comprendió la mirada que le dirigía Buckingham.

—Si fuera una sortija de boda —dijo—, no la habría aceptado.

—Sin embargo, le habéis ofrecido que vuelva a vos.

—¡Ay, duque! —murmuró la joven suspirando—. Jamás un hombre como él tomará para consolarse una mujer como yo.

—¿Pensáis, entonces, que no volverá?

—Jamás —dijo miss Graffton con voz sofocada.

—Pues bien, yo os digo que encontrará allí su felicidad destruida, a su novia perdida... y su honor lastimado... ¿Qué podrá quedarle que equivalga a vuestro amor? ¡Oh! ¡Decidlo, Mary, vos que tenéis el don de conoceros tan bien!

Miss Graffton puso su blanca mano sobre el brazo de Buckingham, y, en tanto que Raúl huía por la arboleda de los tilos con una rapidez febril, cantó con voz moribunda estos dos versos de Romeo y Julieta: Hay que partir y vivir o bien quedar y morir. Cuando acabó la última palabra, Raúl había ya desaparecido.

Miss Graffton retiróse a su casa, más pálida silenciosa que una sombra.

Buckingham aprovechó el correo que, había traído la carta del rey, a fin de escribir a Madame y al conde de Guiche.

El rey había dicho bien. A las dos de la madrugada estaba alta la marea, y Raúl se embarcaba para Francia.

## Capítulo XXXIX

---

Saint-Aignan sigue el consejo de Malicome

El rey inspeccionaba el retrato de La Vallière con un cuidado que provenía, tanto del deseo de que saliese parecida, como del designio de hacer durar el retrato mucho tiempo.

Era curioso observarle cómo seguía el pincel o esperaba la conclusión de un trozo o el resultado de una tinta, aconsejando al pintor distintas modificaciones, a las que se prestaba éste con respetuosa docilidad.

Luego, cuando el pintor, siguiendo el consejo de Malicorne, se había retrasado algo, cuando Saint-Aignan tenía una corta ausencia, eran de ver, y nadie los veía, aquellos silencios preñados de expresión, que confundían en un suspiro dos almas fuertes dispuestas a entenderse, y muy deseosas de calma y meditación.

Entonces pasaban los minutos como por magia. El rey, acercándose a su amante, la abrasaba con el fuego de su mirada, con el contacto de su aliento.

Un ruido que se oyera en la habitación inmediata: el pintor que llegaba; Saint-Aignan que volvía disculpándose, se ponía el rey a hablar, y La Vallière a contestarle con precipitación; y sus ojos manifestaban a Saint-Aignan que, durante su ausencia, habían vivido un siglo.

En fin, Malicorne, filósofo sin saberlo, había acertado a dar al rey el apetito en la abundancia, y el deseo en la certidumbre de la Posesión.

No pasó lo que La Vallière se temía.

Nadie supo que, por el día, salía por dos o tres horas de su cuarto; además simuló una salud irregular. Los que iban a verla, llamaban antes de entrar. Malicorne, el hombre de las invenciones ingeniosas, había imaginado un mecanismo acústico, por cuyo medio La Vallière era avisada en la habitación de

Saint-Aignan de las visitas que iban a hacerle en el cuarto que habitaba de ordinario.

Así, pues, sin salir ni tener confidentes, La Vallière volvía a su habitación, presentándose como una aparición, algo tardía si se quiere, pero que combatía victoriosamente todas las sospechas, hasta de los escépticos más extremados.

Malicorne había tenido buen cuidado de pedir noticias a Saint-Aignan, y éste se vio obligado a confesar que aquel cuarto de hora de libertad ponía al rey del mejor humor del mundo.

—Será necesario doblar la dosis —replicó Malicorne—, pero insensiblemente; aguardad a que lo deseen.

No tardó en revelarse ese deseo, pues una noche, al cuarto día, en el momento en que el pintor recogía sus pinceles sin que Saint-Aignan hubiera vuelto, entró Saint-Aignan y advirtió en el rostro de La Vallière una sombra, de contrariedad que aquéllo no pudo reprimir. El rey fue menos secreto y manifestó su despecho con un movimiento de hombros muy significativo.

La Vallière se puso encarnada.

« ¡Bueno! —dijo para sí Saint-Aignan—, el señor Malicorne quedará satisfecho esta noche».

En efecto, Malicorne quedó encantado.

—Es cosa clara —dijo al conde que la señorita de La Vallière esperaba que tardaseis por lo menos diez minutos.

—Y el rey media hora, querido señor Malicorne.

—Seríais un mal servidor del rey —replicó éste—, si rehusaseis esa media hora de satisfacción a Su Majestad.

—Pero ¿y el pintor? —objetó Saint-Aignan.

—Yo me encargo de él —dijo Malicorne—; lo único que os pido es que me dejéis tomar consejo de los semblantes y de las circunstancias; éstas son mis operaciones de magia, y mientras que los hechiceros toman con el astrolabio la altura del sol, de la luna y de sus constelaciones, yo me contento con ver si los ojos tienen algún círculo negro, o si la boca describe el arco convexo o cóncavo.

—¡Pues observad!

—Así lo haré.

Y el astuto Malicorne pudo observar muy a sus anchas.

Porque, aquella misma noche, fue el rey a la habitación de Madame con las reinas, y traía un semblante tan triste, lanzó tan hondos suspiros, miró a La Vallière con ojos tan melancólicos, que Malicorne dijo a Montalais:

—¡Hasta mañana!

Y fue a buscar al artista a su casa de la calle de los Jardines de San Pablo, para rogarle que aplazase la sesión dos días.

Saint-Aignan no estaba en su cuarto cuando La Vallière, familiarizada ya con el piso inferior, levantó la trampa y bajó.

El rey, como de costumbre, la esperaba en la escalera con un ramillete en la mano. Al verla, la cogió en sus brazos.

La Vallière, toda emocionada, miró en torno suyo, y, no viendo más que al rey, no lo llevó a mal. Se sentaron.

Luis, recostado junto a los almohadones sobre que ella descansaba, con la cabeza inclinada sobre las rodillas de su amada, clavado allí como en un asilo de donde nadie pudiera arrancarle, la miraba fijamente, y, como si hubiera llegado el momento en que nada pudiera ya interponerse entre aquellas dos almas, se puso ella por su parte a devorarle con la mirada.

De sus ojos tan dulces, tan puros, brotaba una llama continua, cuyos rayos iban a buscar el corazón de su regio amante para calentarle primero y devorarle después.

Abrasado por el contacto de las trémulas rodillas, estremecido de placer cuando la mano de Luisa se deslizaba por sus cabellos, el rey se extasiaba en aquella felicidad turbada por el temor de ver entrar al pintor o a Saint-Aignan.

Con esta previsión dolorosa, se esforzaba a veces en dominar la seducción que se infiltraba en sus venas, invocaba el sueño del corazón y de los sentidos, y rechazaba la realidad inminente para correr tras una sombra. Mas la puerta no se abrió ni para Saint-Aignan ni para el pintor, y ni se movieron siquiera las cortinas. Un silencio impregnado de misterio y de voluptuosidad aletargó hasta a los pájaros en su dorada jaula.

EL rey, vencido, volvió la cabeza y pegó su boca enardecida a las dos manos de La Vallière. Ésta, sin saber ya lo que hacía, oprimió con sus temblorosas manos los labios de su regio amante.

Luis se dejó caer vacilante de rodillas, y, como La Vallière no moviera la cabeza, la frente del rey se halló junto a los labios de la joven, la cual, en medio de su éxtasis, rozó con un furtivo y moribundo beso los cabellos perfumados que le acariciaban las mejillas.

El rey la cogió en sus brazos, y, sin que ella opusiera resistencia, cambiaron los dos ese beso ardiente que trueca el amor en delirio.

Ni el pintor ni Saint-Aignan entraron aquel día.

Una especie de embriaguez pesada y dulce que refresca los sentidos y deja circular como un lento veneno el sueño en las venas, ese sueño impalpable, lánguido como una vida dichosa, se interpuso, como una nube, entre la vida pasada y futura de los dos amantes.

En medio de aquel sueño preñado, de ilusiones, un ruido continuo que se oía en el piso superior alarmó primero a La Vallière, pero sin despertarla del todo.

No obstante, como el ruido continuaba y se oía cada vez con más claridad, recordando la realidad a la pobre joven embriagada de ilusión, se levantó asustada, bella en su desorden, diciendo:

—¡Alguien me aguarda arriba! ¡Luis, Luis! ¿No oís?

—¿No os espero yo a vos? —dijo el rey con ternura—. ¡Que en adelante os esperen los demás!

Pero ella movió la cabeza.

—¡Felicidad oculta! —dijo asomando a sus ojos dos gruesas lágrimas—. Poder oculto... Mi orgullo debe callarse como mi corazón. El ruido volvió a oírse.

—Oigo la voz de Montalais —dijo La Vallière.

Y subió precipitadamente la escalera.

El rey subía con ella, no acertando a separarse de su lado, y cubría de besos su mano y la fimbria de su vestido.

—Sí, sí —repitió la joven asomando medio cuerpo por la trampa—, sí, es la voz de Montalais que llama; por fuerza ha ocurrido alguna novedad importante.

—Pues id, vida mía —dijo el rey—, y volved pronto.

—¡Oh! Hoy no. ¡Adiós, adiós! Y, bajándose otra vez para abrazar a su amante, entró en la habitación. Montalais la aguarda, en efecto, pálida y agitada.

—¡Pronto, pronto, que sube! ¿Quién? ¿Quién sube?

—¡Él! ¡Ya me lo temía!

—Pero ¿quién es él? ¡Me matas!

—¡Raúl! —murmuró Montalais.

—Yo, sí, yo —contestó una voz gozosa desde las últimas gradas de la escalera.

La Vallière lanzó un grito terrible, y retrocedió, espantada.

—Aquí estoy, aquí estoy, amada Luisa —dijo Raúl acudiendo presuroso—. ¡Oh! ¡Bien sabía que me amabais siempre!

Luisa hizo un movimiento de terror y otro de maldición, y, aunque se esforzó por hablar, sólo pudo pronunciar esta palabra:

—¡No! ¡no!

Y cayó en brazos de Montalais, murmurando:

—¡No os aproximéis!

Montalais hizo una seña a Raúl, que, petrificado en el umbral, ni trató de dar un paso más en la habitación.

Después, dirigiendo su vista hacia el biombo:

—¡Imprudente! —dijo ella—. ¡La trampa no está cerrada!

Y fue hacia el ángulo de la pieza para cerrar primero el biombo; después, detrás de éste, la trampa.

Pero al mismo tiempo lanzábase por ella el rey, que había oído el grito de La Vallière y acudía a socorrerla.

Luis se arrodilló ante ella, redoblando sus preguntas a Montalais, que iba ya perdiendo la cabeza.

Pero en el instante en que el rey se hincaba de rodillas, se oyó un grito de dolor en la puerta, y ruido de pasos en el corredor. El rey quiso correr a fin de ver quién había dado aquel grito y producía el ruido de pasos.

Montalais procuró retenerle, pero no lo consiguió.

El rey, dejando a La Vallière, se acercó a la puerta; pero Raúl estaba ya lejos, de modo que el rey no vio más que una especie de sombra que volvía la esquina del corredor.

## Capítulo XL

---

### Dos antiguos amigos

En tanto que en la Corte pensaba cada cual en sus asuntos, un hombre se dirigía misteriosamente de la plaza de la Grève, a una casa que ya conocemos por haberla visto sitiada un día de revuelta por D'Artagnan.

Esta casa tenía su entrada principal por la plaza de Baudoyer. De bastante capacidad, cercada de jardines y rodeada por la calle de San Juan de herrerías que la mantenían al abrigo de miradas indiscretas, se hallaba encerrada en aquel triple baluarte de piedras, de ruido y de verdor, como una momia perfumada en su triple caja.

El hombre de que hablamos andaba con paso seguro a pesar de no hallarse en su primera juventud. Al ver su capa de color oscuro y su larga espada que mantenía levantada la capa, cualquiera habría reconocido en él a un buscador de aventuras; y si examinaba aquellos bigotes retorcidos y aquel cutis fino que aparecía bajo el sombrero, calcularía con razón que esas aventuras debían ser galantes.

Apenas entró el caballero en la casa, sonaron las ocho en San Gervasio.

Y diez minutos después, una dama, seguida de un lacayo armado, fue a llamar a la misma puerta, que una sirvienta anciana abrió al punto.

La dama se levantó el velo al entrar. No era ya una belleza, pero era todavía una mujer; no era ya joven, pero se hallaba ágil y no tenía mal ver. Bajo un prendido rico y de buen gusto, disimulaba una edad que sólo Ninón de Lenclos pudo arrostrar con la sonrisa en los labios.

Apenas entró en el zaguán, cuando el caballero, del que no hemos hecho más que bosquejar los rasgos, adelantóse a recibirla dándole la mano.

—Querida duquesa —dijo—, buenas noches.

—Felices, mi querido Aramis —replicó la duquesa.

Aramis la condujo a un salón amueblado elegantemente, cuyas ventanas elevadas se teñían con los últimos resplandores del día, que se filtraban por las cimas negras de algunos abetos.

Los dos se sentaron al lado uno de otro, sin que a ninguno le pasase por la imaginación la idea de pedir luz, sepultándose de este modo en la sombra, como hubieran querido sepultarse mutuamente en el olvido.

—Caballero —dijo la duquesa—, desde nuestra entrevista en Fontainebleau no me habéis comunicado noticias vuestras, y confieso que vuestra presencia, el día de la muerte del franciscano, y vuestra iniciación en ciertos secretos, me han causado la mayor sorpresa que he tenido en mi vida.

—Puedo datos explicaciones respecto de mi presencia en Fontainebleau y de mi iniciación —dijo Aramis.

—Pero, antes de nada —repuso con viveza la duquesa—, hablemos algo de nosotros. Hace mucho tiempo que somos buenos amigos.

—Sí, señora, y si Dios lo permite, lo seremos, si no por mucho, tiempo, a lo menos siempre.

—Así es, caballero, y mi visita es una prueba de ello.

—Ahora, señora, no tenemos el mismo interés que en otro tiempo —dijo Aramis, sonriendo sin temor en la penumbra, porque la falta de luz hacía que no pudiera adivinarse si su sonrisa era menos agradable y menos fresca que en otros tiempos.

—Hoy, caballero, tenemos otros intereses; cada edad trae consigo los suyos; y como hoy nos entendemos hablando, como en otra época nos entendíamos sin hablar, hablemos, si os parece.

—Duquesa, a vuestras órdenes. ¡Ah, perdonad! ¿Cómo habéis encontrado mi dirección? ¿Para qué me llamáis?

—¿Para qué? Ya os lo he dicho.

La curiosidad me ha movido a ello. Deseaba saber qué teníais que ver con el franciscano, a quien yo conocía, y que murió de un modo tan particular. Ya sabéis que cuando nos encontramos en Fontainebleau, en aquel cementerio, al pie de aquella sepultura recientemente cerrada, nos emocionamos uno y otro hasta el punto de no acertar a confiarnos cosa alguna.

—Sí, señora.

—Pues bien, apenas os dejé, me arrepentí de ello. Siempre me ha sido grato saber, en lo cual se me parece algo madame de Longueville. ¿No es cierto?

—No sé —dijo Aramis discretamente.

—Recordé, pues —prosiguió la duquesa—, que nada nos habíamos dicho en aquel cementerio, ni vos de lo que teníais que ver con aquel franciscano, cuya inhumación vigilabais, ni yo de las relaciones que con él tenía. Todo eso me ha parecido impropio de dos buenos amigos como nosotros, y he buscado ocasión de

que nos veamos para darnos una prueba más de que María Mechón, la pobre difunta, ha dejado sobre la tierra una sombra de buenos recuerdos.

Aramis inclinóse hacia la mano de la duquesa y estampó en ella un beso galante.

—Algún trabajo os habrá costado hallarme —dijo.

—Sí —repuso la dama, sintiendo volver a lo que deseaba indagar Aramis—; pero como sabia que sois amigo del señor Fouquet, me he informado por los allegados a éste.

—¿Amigo? —dijo el caballero—. Mucho decís, señora. No soy más que un pobre cura favorecido por tan generoso protector; un corazón lleno de reconocimiento y fidelidad. He ahí lo que soy respecto al señor Fouquet.

—¿Es verdad que os ha hecho obispo? —replicó la dama.

—Sí, duquesa.

—Este es vuestro retiro, gallardo mosquetero.

«Como el tuy o las intrigas políticas», dijo entre sí Aramis.

Y añadió:

—De modo que os informasteis en el círculo de relaciones del señor Fouquet?

—Fácilmente. Estuvisteis en Fontainebleau con él, y habéis hecho un viajecito a vuestra diócesis, que es Belle-Île-en-Mer, según creo.

—No, no, señora —dijo Aramis—. Mi diócesis es Vannes.

—Eso quise decir; sólo que me parecía que Belle-Île-en-Mer...

—Es una posesión del señor Fouquet, nada más.

—Sí, mas me habían dicho que estaba fortificada, y recordaba que sois militar, amigo mío.

—Desde que abracé el estado eclesiástico, todo lo he olvidado —dijo picado Aramis.

—Claro... Supe, decía, que habíais vuelto de Vannes, y envié a preguntar a un amigo vuestro, al conde de La Fère.

—¡Ah! —murmuró Aramis.

—Ése es discreto, y me contestó que ignoraba vuestra dirección. "¡Siempre Athos!" —pensó el obispo—. Lo bueno, siempre es bueno.

—Entonces... Ya sabéis que no puedo presentarme aquí, porque la reina madre siempre tiene algo contra mí.

—Sí, y por eso me asombro de veros.

—He tenido muchos motivos para venir...

—Pero continúo... Tuve, pues, que esconderme; pero, por suerte, encontré al señor de D'Artagnan, uno de vuestros antiguos amigos, ¿no es cierto?

—De mis amigos actuales, duquesa.

—Bien; pues él me informó, enviándome al señor Baisemeaux, alcaide de la Bastilla.

Aramis estremeciése, y sus ojos despidieron en la sombra una llama que no pudo escapar a su perspicaz amiga.

—¡El señor Baisemeaux! —exclamó—. ¿Y por qué os envió D'Artagnan al señor Baisemeaux? —¡Ah! No sé.

—¿Qué quiere decir eso? —dijo el obispo, reuniendo todas las fuerzas intelectuales a fin de sostener dignamente el combate.

—El señor Baisemeaux os está obligado, según me ha dicho D'Artagnan.

—Es verdad.

—Pues bien, sabiéndose dónde para un deudor, es fácil saber dónde hallar al acreedor.

—También eso es verdad... Y Baisemeaux entonces os indicó...

—Saint-Mandé, donde os hice entregar una carta.

—Que tengo aquí y me es muy preciosa —dijo Aramis—, puesto que me ha proporcionado el placer de veros.

Contenta la duquesa de haber orillado sin contratiempo todas las dificultades de aquella exposición delicada, respiró.

Aramis no respiró.

—Estábamos —dijo— en vuestra visita a Baisemeaux.

—No —dijo ella riendo—, más lejos.

—Entonces, en vuestro rencor contra la reina madre.

—Más allá todavía —dijo la dama—, más allá; estábamos en las relaciones... Es sencillo —prosiguió la duquesa tomando su partido—. Ya sabéis que vivo con el señor de Laicques.

—Sí, señora.

—Un casi marido.

—Así dicen.

—¿En Bruselas?

—Sí.

—Ya sabéis que mis hijos me han arruinado y despojado.

—¡Oh, qué miseria, duquesa!

—¡Es horrible! He tenido que ingeniar para vivir, y principalmente para no vegetar.

—Lo concibo.

Tenía odios que explotar, amistades que favorecer, y me encontraba sin crédito ni protectores.

—¡Vos, que habéis protegido a tantos! —dijo suavemente Aramis. Así pasa siempre, caballero. Entonces vi al rey de España, que acababa de nombrar un general de los jesuitas, como de costumbre.

—¡Ah! ¡Es eso costumbre?

—¿Lo ignorabais?

—Perdonad; estaba distraído.

—En efecto, no podíais ignorarlo, estando en una intimidad tan grande con el franciscano.

—¿Con el general de los jesuitas, queréis decir?

—Precisamente... Vi, pues, al rey de España. Quiso favorecerme, pero no podía. Sin embargo, me recomendó en Flandes, a mí y a Laicques, e hízome dar una pensión de los fondos de la Orden.

—¿De los jesuitas?

El general, quiero decir el franciscano, vino a verme.

—Muy bien.

—Y como, para regularizar la situación, según los estatutos de la Orden, debía ser considerado como prestando servicios... Ya sabéis que ésa es la regla.

—Lo ignoraba.

Madame de Chevreuse detuvo para mirar a Aramis; pero reinaba una gran obscuridad.

—Pues bien, ésa es la regla —añadió—. Debía, pues, aparecer que yo prestaba alguna utilidad. Propuse viajar para la Orden, y se me inscribió entre los afiliados viajeros. Ya comprendéis que eso no era más que apariencia y una formalidad.

—Perfectamente.

—Así cobraba yo mi pensión, que era muy decente.

—¡Dios mío, duquesa, es para mí una puñalada lo que estáis diciendo! ¡Vos precisada a recibir una pensión de los jesuitas!

—No, caballero, de España.

—¡Oh! Salvo el caso de conciencia, duquesa, no podréis menos de convenir en que es lo mismo.

—No, no; de ninguna manera.

—De modo, que de toda aquella pingüe fortuna, queda...

—Dampierre, y nada más.

—Vamos, todavía es una bicoca! —Sí, pero Dampierre hipotecado y algo arruinado, como la propietaria.

—¿Y la reina madre ve todo eso con ojos enjutos? —preguntó Aramis con mirada curiosa, que sólo encontró tinieblas.

—Sí, todo lo ha olvidado.

—Me parece, duquesa, que habéis intentado volver a su gracia.

—Sí; pero, por una singularidad que no tiene nombre, me encuentro con que el joven rey ha heredado la antipatía que su querido padre me profesaba. Bien podéis decir que pertenezco a la especie de mujeres a quienes se odia, no a la de aquellas a quienes se ama.

—Querida duquesa, os suplico que vengamos al objeto que os trae, porque se me figura que podremos servirnos recíprocamente.

—Eso mismo he pensado. Fui, por tanto, a Fontainebleau con un doble objeto.

En primer lugar, me llamó allí el franciscano de que ya tenéis noticia... A propósito, ¿de dónde le conociais...? Porque yo he referido mi historia, y vos no me habéis hablado de la vuestra.

—Lo conocí de una manera muy natural, duquesa. Estudié teología con él en Parma, nos hicimos íntimos, y unas veces los negocios, otras los viajes, otras las guerras, nos tenían apartados.

—¿Sabíais que fuese general de los jesuitas?

—Lo presumía.

—¿Y por qué extraña casualidad fuisteis, vos también, a la hostería donde se reunían los afiliados viajeros?

—¡Oh! —dijo Aramis con voz tranquila—. Pura casualidad. Iba a Fontainebleau a casa del señor Fouquet, para obtener una audiencia de rey, cuando encontré en el camino a aquel desgraciado moribundo y le reconocí. Ya sabéis lo demás el pobre expiró en mis brazos.

—Sí, pero dejándoos en el cielo y sobre la tierra un poder tan grande, que disteis en su nombre órdenes soberanas.

—En efecto, me hizo varios encargos.

—¿Y qué os dijo para mí?

—Ya os lo he dicho: que se os entregase una suma de doce mil libras. Me parece haberlos dado la firma necesaria para cobrar. ¡No lo habéis hecho!

—Sí, mi amado prelado; pero me han dicho que dabais esas órdenes con tal misterio y con tan soberana majestad, que generalmente os han creído sucesor del querido difunto.

Aramis púsose encarnado de impaciencia. La duquesa continuó:

—Procuré informarme cerca del rey de España, y se disiparon mis dudas sobre el particular. El general de los jesuitas es de nombramiento suyo, y debe ser español, conforme a los estatutos de la Orden. Vos no sois español, ni habéis sido nombrado por el rey de España.

Aramis sólo contestó:

—Ya a veis, duquesa, que estabais en un error, puesto que el rey de España os ha dicho eso.

—Amigo Aramis; pero hay otra cosa, en la cual he pensado.

—¿Qué es?

—Ya sabéis que suelo pensar algo en todo.

—Sí, duquesa.

—¿Conocéis el español?

—Todo francés que ha entrado en la Fronda lo sabe.

—¿Habéis residido en Flandes?

—Tres años.

—¿Y habéis estado en Madrid?

—Quince meses.

—Entonces, os halláis en estado de poder ser naturalizado español.

—¿De veras? —dijo Aramis con candor que engañó a la duquesa.

—Sin duda... Dos años de permanencia y el conocimiento de la lengua son las condiciones indispensables. Habéis estado más de cuatro años... más del doble.

—¿Adónde vais a parar, querida dama?

—A esto: estoy en buenas relaciones con el rey de España.

« Tampoco estoy yo en malas» , pensó Aramis.

—¿Queréis —continuó la duquesa— que solicite del rey la sucesión del franciscano para vos?

—¡Oh duquesa!

—¿Tal vez la tengáis ya?

—¡No, a fe mía!

—Pues bien, puedo haberos ese servicio.

—¿Por qué no se lo habéis hecho al señor de Laicques, duquesa? Es hombre de talento, y le amáis.

—Ciento que sí; pero no conviene eso. En fin, responded, Laicques o no Laicques, ¿aceptáis?

—¡No, duquesa, gracias!

La duquesa calló. « Nombrado está» , pensó.

—Ya que de ese modo rehusáis mi oferta —replicó la señora de Chevreuse —, no creo excederme pidiéndoos algo para mí.

—Pedid, duquesa, pedid.

—¡Pedir...! Inútil sería, si no tenéis la facultad de conceder.

—Por poco que pueda, no dejéis de pedir.

—Necesito algún dinero a fin de hacer reparar Dampierre.

—¡Ah! —replicó Aramis fríamente—. ¿Dinero...? Veamos, duquesa, ¿cómo cuánto?

—Una suma regular.

—¡Malo! Ya sabéis que no soy rico.

—Vos, no; pero la Orden, sí. Si fuerais general...

—Pero ya sabéis que no lo soy.

—Entonces, tenéis un amigo que debe de ser rico; el señor Fouquet.

—¿El señor Fouquet? ¡Señora, si está medio arruinado!

—Así lo he oído, pero no lo quise creer.

—¿Por qué, duquesa?

—Porque tengo del cardenal Mazarino algunas cartas, es decir, las tiene Laicques, en que se detallan cuentas muy extrañas.

—¿Qué cuentas?

—Son rentas vendidas, empréstitos hechos... no me acuerdo bien. Pero sea como quiera, de ellas resulta que el superintendente, en, virtud de cartas firmadas

por Mazarino, ha sacado de las arcas del Estado unos treinta millones. El caso es grave.

Aramis clavóse las uñas en la mano.

—¡Bah! ¿Y cómo es que teniendo cartas de esa naturaleza no le habéis hablado de ella al señor Fouquet?

—¡Oh! —replicó la duquesa—. Semejantes cosas se tienen siempre reservadas, para sacarlas del armario el día que se necesiten.

—¿Y ha llegado ese día? —dijo Aramis.

—Sí, amigo.

—¿Y vais a enseñar esas cartas al señor Fouquet?

—Prefiero entenderme con vos.

—Muy necesitada debéis estar de dinero, pobre amiga, para pensar en tales cosas, pues recuerdo la poca estima en que teníais la prosa del señor Mazarino.

—En efecto, necesito dinero.

—Además —prosiguió Aramis con la mayor frialdad—, habréis tenido que hacer un esfuerzo para echar mano de ese recurso. Es cruel.

—¡Oh! Si hubiera querido hacer mal y no bien —dijo la señora de Chevreuse—, en vez de pedir al general de la orden o al señor Fouquet las quinientas mil libras que necesito...

—¡Quinientas mil libras! —Nada más. ¿Os parece mucho?

Es lo menos que necesito para reparar Dampierre.

—Sí, señora.

—Decía, pues, que en lugar de pedir esa cantidad, hubiera buscado a mi antigua amiga, la reina madre. Las cartas de su esposo, el signor Mazarini, habrían servido para introducirme hasta ella, y le habría pedido aquella bagatela, diciéndole: « Señora, quiero tener el honor de recibir a Vuestra Majestad en Dampierre; permitidme que lo ponga en estado de poderlo hacer dignamente» .

Aramis no replicó una palabra.

—Vamos —preguntó la dama—, ¿en qué pensáis?

—Hago sumas —dijo Aramis.

—Y el señor Fouquet substracciones. Pero yo quiero multiplicar. ¡Qué excelentes matemáticos somos! ¡Qué bien podríamos entendemos!

—¿Me concedéis algún tiempo para reflexionar? —dijo Aramis.

—No... Para tal negociación, entre personas como nosotros, es preciso decir sí o no en el acto.

« Este es un lazo —pensó el obispo—; es imposible que Ana de Austria dé oídos a semejante mujer» .

—¿Qué decis? —insistió la duquesa.

—Digo, señora, que extrañaría mucho que el señor Fouquet pudiese disponer en estos momentos de quinientas mil libras.

—No hablemos más, pues, del asunto, y Dampierre se reparará como se

pueda.

—¡Oh! Supongo que no llegarán vuestros apuros hasta ese punto.

—No, yo no me apuro nunca.

—Y la reina —continuó el obispo— hará en vuestro favor lo que no puede hacer el superintendente.

—Así lo creo... Mas, decidme, ¿no os pare bien que hable yo misma al señor Fouquet de esas cartas?

—En este punto, duquesa, podéis hacer lo que mejor os plazca; pero una de dos: o el señor Fouquet se reconoce culpable o no; en el primer caso, le creo bastante orgulloso para no confesarlo; en el segundo, no podrá menos de mostrarse altamente ofendido por tal amenaza.

—Discurrís siempre como un ángel.

La duquesa se levantó.

—¿De consiguiente, vais a denunciar a la reina al señor Fouquet? —dijo Aramis.

—¿Denunciar...? ¡Vaya una palabra! No creáis que yo denuncie, querido amigo; conocéis sobrado bien la política para ignorar cómo se hacen semejantes cosas; tomaré partido contra el señor Fouquet.

—Tenéis razón.

—Y, en una guerra de partido, un arma es un arma.

—Sin duda.

—Una vez reconciliada con la reina, puedo ser peligrosa.

—Y estaréis en vuestro derecho, duquesa.

—De que pienso usar, mi querido amigo.

—¿Ya sabéis que el señor Fouquet está en la mejor armonía con el rey de España, duquesa?

—¡Oh! Lo presumo.

—Y el señor Fouquet, si le hacéis una guerra de partido, como habéis dicho, os declarará otra por su parte.

—¿Cómo ha de ser!

—También estará en su derecho, ¿no?

—Indudablemente.

—Y, como está en buenas relaciones con España, hará un arma de su amistad.

—Queréis decir que tendrá también a su favor al general de los jesuitas, mi querido Aramis.

—Puede suceder, duquesa.

—Y entonces me suprimirán la pensión que percibo de ese lado...

—Mucho me lo temo.

—Ya veremos de consolarnos... ¡Ay, amigo mío! Después de Richelieu, de la Fronda y del destierro, ¿qué puede temer madame de Chevreuse?

—La pensión, como sabéis, es de cuarenta y ocho mil libras.

—¡Ay! Bien lo sé.

—Además, en las guerras de partido, no lo ignoráis, se persigue a los amigos del enemigo.

—¡Ah! ¡Lo decís por el pobre Laicques!

—Es casi inevitable, duquesa.

—No percibe más que doce mil libras de pensión.

—Sí; pero el rey de España tiene crédito; aconsejado por el señor Fouquet, podría hacer encerrar al señor Laicques en alguna fortaleza.

—No me causa eso gran miedo, mi buen amigo, porque a favor de la reconciliación con Ana de Austria, conseguiré que Francia pida la libertad de Laicques.

—Es verdad. Entonces tendréis que temer otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó la duquesa aparentando sorpresa y temor.

—Ya sabéis que el que llega a ingresar en la Orden, no puede salir de ella sin gran dificultad. Los secretos que se penetran son muy peligrosos, y llevan consigo gérmenes de desgracia para el indiscreto que los revela.

La duquesa reflexionó un momento.

—¡Eso es cosa más seria! —dijo—. Lo reflexionaré.

Y, no obstante la obscuridad profunda, sintió Aramis una mirada abrasadora como un hierro candente, escapar de los ojos de su amiga para ir a hundirse en su corazón.

—Recapitulemos —dijo Aramis, que estaba prevenido y deslizando la mano bajo la ropilla, en donde ocultaba un estilete.

—Eso es, recapitulemos: las buenas cuentas hacen los buenos amigos...

—La supresión de vuestra pensión...

—Cuarenta y ocho mil libras, y las de Laicques, doce mil, hacen sesenta mil libras. ¿Es eso lo que queréis decir?

—Exactamente, y busco lo que ganáis en cambio.

—Quinientas mil libras que obtendré de la reina.

—O no.

—Sé el medio de conseguirlas —dijo aturdidamente la duquesa. Estas palabras hicieron aguzar el oído a Aramis. A partir de aquella falta del adversario, estuvo su inteligencia tan alerta, que fue ganando siempre ventaja sobre ella.

—Admito que saquéis ese dinero —repuso—; aún perderéis el dobles, puesto que podéis cobrar cien mil francos de pensión en vez de los sesenta mil, y por espacio de diez años.

—No, porque sólo tendré esa disminución de renta mientras dure el Ministerio del señor Fouquet, y no le doy de vida arriba de dos meses.

—¡Ah! —exclamó Aramis.

—Ya veis que soy sincera.

—Os doy las gracias, duquesa; pero haríais mal en suponer que después de la caída del señor Fouquet siguiera la Orden pagándoos la pensión.

—Sé los medios de obligar a ello a la Orden, como sé también los de hacer contribuir a la reina madre.

—Entonces, duquesa, no nos queda otro remedio que arriar bandera ante vuestro poderío. ¡Sea vuestra la victoria! ¡Para vos el triunfo! Sed clemente, os lo ruego. ¡Sonad, clarines!

—¿Cómo es posible —replicó la duquesa sin hacer caso de la ironía— que retrocedáis ante quinientas mil miserables libras, cuando se trata de evitarlos, quiero decir a vuestro amigo, perdón, a vuestro protector, los disgustos que lleva consigo una guerra de partido?

—Os lo diré, duquesa: porque después de esas quinientas mil libras, el señor Laicques reclamará su parte, que será también de otras quinientas mil libras, ¿no es así?

Así es que, después de la parte del señor Laicques y la vuestra, vendrá la de vuestros hijos, la de vuestros pobres, la de todo el mundo, y unas cartas, por mucho que comprometan, no valen tres o cuatro millones.

¡Caray, duquesa! Los herretes de la reina de Francia valían más que esos pedazos de papel firmados por el señor Mazarino, y no costó adquirirlos la cuarta parte de lo que pedís para vos.

—¡Ah, verdad es, verdad es! Pero el comerciante pone a su mercancía el precio que le da la gana, y el comprador queda en libertad de tomarlo o rehusarlo.

—Escuchad, duquesa: ¿queréis que os diga por qué no compro vuestras cartas?

—Decid.

—Vuestras cartas de Mazarino son falsas.

—¡De veras!

—Sí; porque sería por lo menos extraño que, enemistada con la reina por Mazarino, hubierais mantenido con éste un trato íntimo; eso olería a pasión, a espionaje, a... perdonad; no quiero decir la palabra.

—Hablad sin reparo.

—A complacencia.

—Todo eso es verdadero; pero no lo es menos lo que contienen las cartas.

—Os juro, duquesa, que no podréis serviros de ellas para con la reina.

—¡Oh! Si tal: de todo puedo servirme para con ella.

« ¡Bueno! —pensó Aramis—. ¡Canta, pues, arpía! ¡Silba lo que quieras, víbora!» .

Pero la duquesa había dicho ya bastante, y dio dos pasos hacia la puerta.

Aramis le reservaba una desgracia... la imprecación que deja oír el vencido

tras el carro del triunfador. Llamó.

En el salón aparecieron luces. Aramis clavó una mirada irónica en aquellas mejillas pálidas y descarnadas, en aquellos ojos, cuyo fuego escapaba de los párpados desnudos, y en aquella boca, cuyos labios ocultaban con cuidado unos dientes ennegrecidos y raros.

Enseguida se cuadró graciosamente, dejando ver su nerviosa y bien formada pierna, su cabeza luminosa y altiva, y sonrió para enseñar unos dientes que, a la luz, despedían aun cierto brillo. La envejecida coqueta comprendió al galante mofador, hallándose colocada casualmente delante de un gran espejo que reflejaba toda su decrepitud, tan cuidadosamente disimulada.

Entonces, sin saludar siquiera a Aramis, que se inclinaba con flexibilidad y donaire, como el mosquetero de otro tiempo, se marchó con paso vacilante y entorpecido por la precipitación.

Aramis se deslizó como un céfiro por el piso para acompañarla hasta la puerta.

La señora de Chevreuse hizo un ademán a su lacayo, que volvió a coger el mosquete, y abandonó aquella casa en que dos amigos tan tiernos no se habían entendido por comprenderse demasiado bien.

## Capítulo XLI

---

Donde se ve que el trato que no puede hacerse con una persona se hace con otra

Aramis no se había engañado; así que salió la señora de Chevreuse de la casa de la plaza de Baudoyer, se hizo conducir a la suya.

Indudablemente temía que la siguiesen, y trataba con eso de burlar a los espías, caso que los hubiese. Pero, apenas entró en su casa y se cercioró de que nadie la seguía para inquietarla, hizo abrir la puerta del jardín que daba a otra calle, y se dirigió a la Croix-des-Petits-Champs, donde vivía el señor Colbert.

Como hemos dicho, era de noche, y de las más oscuras; París, ya en calma, escondía en su indulgente sombra a la noble duquesa conduciendo su intriga política, y a la sencilla menestrala que, retrasada por un convite, tomaba, de bracero con su amante, el camino más largo para dirigirse a la morada conyugal.

La señora de Chevreuse tenía demasiada práctica en la política nocturna para que ignorase que un ministro jamás se niega, aun cuando sea en su casa, a las damas jóvenes y bellas que temen el polvo de las oficinas, ni a las viejas instruidas que temen el eco de los ministerios.

Un sirviente recibió a la duquesa en el pórtico, y preciso es decir que la recibió bastante mal. Aquel hombre le significó, después de haber visto su cara, que ni aquella hora ni aquella edad eran a propósito para distraer de sus ocupaciones al señor Colbert.

Pero la señora de Chevreuse, sin inmutarse, escribió en una hoja de su libro de memorias su nombre, nombre ruidoso, que había resonado tantas veces desagradablemente en los oídos de Luis XIII y del gran cardenal.

Escribió, pues, su nombre con aquella letra gorda y desigual, digna de los elevados personajes de aquella época; dobló el papel de un modo peculiar suyo,

y lo entregó al criado sin hablar palabra, pero con ademán tan imperioso, que el gran tuno, habituado a olfatear a la gente, olió a la princesa, y bajando la cabeza, corrió al despacho del señor Colbert.

No hay que decir que el ministro dejó escapar un pequeño grito al abrir el papel, y que aquel grito, informando suficientemente al criado del interés de la visita misteriosa, bastó para que éste volviese corriendo a buscar a la duquesa.

Subió, pues, con bastante lentitud al piso principal de la linda casa nueva, se detuvo en el descansillo para no entrar sofocada, y apareció luego ante el señor Colbert, que abría él mismo las hojas de la puerta.

La duquesa se detuvo en el umbral para mirar al hombre con quien tenía que habérselas.

A primera vista, el conjunto de aquella cabeza redonda, pesada, maciza, las espesas cejas, la jeta desgraciada de aquella figura aplastada bajo un casquete semejante a un solideo, prometía a la duquesa pocas dificultades en las negociaciones, pero también poco interés en el debate de los artículos.

Porque no había la menor apariencia de que aquella naturaleza grosera fuera sensible a los encantos de una venganza refinada o de una ambición sedienta.

Pero, cuando la duquesa vio más de cerca los ojillos penetrantes, la arruga longitudinal de aquella frente protuberante, severa, la crispación imperceptible de aquellos labios, en los que pocas veces se revelaba la campechanía, la señora de Chevreuse mudó de parecer y pudo decir: « Hallé mi hombre» .

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, señora? —preguntó el intendente de Hacienda.

—A la necesidad que tengo de vos, señor —contestó la duquesa—, y a la que vos tenéis de mí.

—A dicha tengo, señora, la primera parte de vuestra frase; respecto a la segunda...

La señora de Chevreuse se sentó en un sillón que le aproximó Colbert.

—Señor Colbert, ¿sois intendente de Hacienda?

—Sí, señora.

—¿Y aspiráis a ser superintendente?

—¡Señora!

—No lo neguéis; eso no haría más que alargar nuestra conversación: es inútil.

—Sin embargo, señora, por muy buena voluntad y cortesía que tenga hacia una señora de vuestro mérito, nada en el mundo me hará confesar que trate de suplantar a mi superior.

—Es que yo no he hablado de suplantar, señor Colbert. ¡He dicho eso, acaso...? Creo que no. La palabra reemplazar es menos agresiva y más conveniente gramaticalmente, como decía el señor de Voiture. Me parece, pues, que aspiráis a reemplazar al señor Fouquet.

—Señora, la fortuna del señor Fouquet es de aquellas que resisten. El señor

superintendente hace en este siglo el papel del coloso de Rodas: los barcos pasan por debajo de él sin derribarle.

—Esa misma comparación habría usado yo. En efecto, el señor Fouquet hace el papel del coloso de Rodas: pero recuerdo haber oído contar al señor Conrart... un académico, según creo... que, habiendo caído el coloso de Rodas, el comerciante que lo hizo derribar... un simple comerciante, señor Colbert... cargó cuatrocientos camellos con sus restos. Y, no obstante, un comerciante es mucho menos que un intendente de Hacienda.

—Señora, puedo aseguraros que nunca derribaré al señor Fouquet.

—Bien, señor Colbert; puesto que os obstináis en haceros el sensible conmigo, como si ignoraseis que me llamo Chevreuse, y que soy vieja, es decir, que estáis hablando con una mujer hecha a la política del señor Richelieu, y que no tiene tiempo que perder; ya que cometéis esa imprudencia, voy a buscar a otras personas más inteligentes y más solícitas en hacer fortuna.

—¡Pero explicaos, señora!

—Me estáis dando una pobre idea de las negociaciones de hoy día. Os juro que si en mi tiempo hubiera ido una mujer en busca del señor de Cinq-Mars, que no era un gran talento, y le hubiese dicho sobre el cardenal lo que yo acabo de deciros del señor Fouquet, el señor de Cinq-Mars se habría decidido al momento.

—Vamos, señora, un poco de indulgencia.

—Por tanto, ¿consentís en reemplazar al señor Fouquet?

—Si el rey lo despidie, sí, ciertamente.

—Una palabra más; es evidentísimo que si aún no habéis logrado echar al señor Fouquet, es porque no habéis podido hacerlo. Así es que yo sería una necia pécora si, viniendo a vos, no os trajera lo que os falta.

—Ya estoy cansado de tanto insistir, señora —dijo Colbert después de un silencio que había permitido a la duquesa sondear toda la profundidad de su disimulo—; pero debo participaros que hace seis meses que se suceden denuncias sobre denuncias contra el señor Fouquet, sin que jamás haya sido desocupado el asiento del superintendente.

—Hay tiempo para todo, señor Colbert; los que han hecho esas denuncias no se llamaban Chevreuse, ni tenían pruebas equivalente a seis cartas del señor Mazarino probando el delito de, que se trata.

—¿El delito?

—El crimen, si os parece mejor.

—¡Un crimen! ¡Cometido por el señor Fouquet!

—Nada más que eso... Y es extraño, señor Colbert; vos, que tenéis el rostro frío y poco significativo, os veo ahora todo entusiasmado.

—¿Un crimen?

—Me encanta que eso os produzca algún efecto.

—¡Oh, es que esa palabra encierra tantas cosas, señora!

—Encierra un despacho de superintendente de Hacienda para vos, y una orden de destierro o de Bastilla para el señor Fouquet.

—Perdonadme, señora duquesa; es casi imposible que el señor Fouquet sea desterrado. ¡Preso, en desgracia, es demasiado!

—¡Oh! Yo sé lo que digo —repuso fríamente la señora de Chevreuse—. No vivo tan alejada de París que no sepa lo que sucede aquí. El rey no quiere al señor Fouquet, y lo perderá de buen grado si se le da la ocasión.

—Preciso es que la ocasión sea buena.

—Bastante buena; y por eso evalúo a ésta en quinientas mil libras.

—¿Cómo? —exclamó Colbert.

—Quiero decir que, teniendo esta ocasión en mis manos, no la dejaré pasar a las vuestras sino mediante el cambio de quinientas mil libras.

—Perfectamente, señora, comprendo; pero ya que acabáis de fijar un precio a la venta, veamos el valor vendido.

—¡Oh, no es cosa mayor! Seis cartas, ya os lo he dicho, del señor Mazarino; autógrafos que no serán demasiado caros, ciertamente, si prueban de manera irrecusable que el señor Fouquet ha distraído grandes cantidades del Tesoro para apropiárselas.

—¡De manera irrecusable! —dijo Colbert con los ojos brillantes de alegría.

—¡Irrecusables! ¿Queréis leer las cartas?

—Con mucho gusto. Se entiende, la copia.

—La copia, sí.

La señora duquesa sacó de su seno un legajito aplastado por el corpiño de terciopelo.

—Leed —dijo.

Colbert devoró ávidamente todos los papeles.

—¡Magnífico! —dijo.

—Es bastante claro, ¿no es cierto?

—Sí, señora, sí, el señor Mazarino entregó dinero al señor Fouquet, el cual se lo guardó; pero ¿qué dinero?

—¡Oh! Si tratamos de eso, añadiré a esas seis cartas una séptima que os dará los últimos detalles.

Colbert reflexionó.

—¿Y los originales de las cartas?

—Pregunta inútil. Es como si yo os preguntase: «Señor Colbert, los talegos que me daréis, ¿estarán llenos o vacíos?».

—Muy bien, señora.

—¿Concluido?

—No.

—¿Cómo?

—Hay una cosa en que ni uno ni otro hemos pensado.

—Decidme la.

—El señor Fouquet no puede ser perdido en esta ocasión sino por un proceso.

—Bien.

—Un escándalo público.

—Sí. ¿Y qué?

—Que no puede formársele ni un proceso ni un escándalo...

—¿Por qué?

—Porque es fiscal general en el Parlamento; porque todo, en Francia, administración, ejército, justicia, comercio, se liga a él por una cadena que se llama espíritu de cuerpo. Así es, señora, que nunca sufrirá el Parlamento que su jefe sea arrastrado ante un tribunal. Jamás será condenado, si es llevado a él por la autoridad del rey.

—A fe mía, señor Colbert, que eso no me concierne.

—Ya lo sé, señora; pero me concierne a mí, y disminuye el valor de lo que me traéis. ¿De qué puede aprovecharme una prueba de crimen sin posibilidad de condena?

—Sólo con la sospecha perderá el señor Fouquet su empleo de superintendente.

—He aquí una gran cosa —dijo Colbert, cuyas facciones sombrías brillaron de repente con expresión luminosa de odio y de venganza.

—¡Ah, señor Colbert! —exclamó la duquesa—. ¡Perdonadme; no sabía que fueseis tan impresionable!: ¡Muy bien, muy bien! Puesto que os hace falta más de lo que yo tengo, no hablemos más del asunto.

—Sí tal, señora, hablemos; mas ya que vuestros valores han bajada, rebajad también vuestras pretensiones.

—¿Regatáis?

—Es una necesidad para quien desea pagar lealmente.

—¿Cuánto me ofrecéis?

—Doscientas mil libras.

La duquesa se rio y repuso al instante:

—Esperad.

—¿Consentís?

—Aún no. Tengo otra combinación.

—Decídla.

—Me daréis trescientas mil libras.

—¡No, no!

—¡Oh! ¡Es cuestión de tornarlo o dejarlo...! Además, no es esto todo.

—¿Todavía? Os hacéis imposible, señora duquesa.

—Menos de lo que creéis, pues no es dinero lo que os solicito.

—¿Pues qué?

—Un favor; sabéis que siempre he amado a la reina.

—¿Y qué?

—Que quiero tener una entrevista con Su Majestad.

—Con la reina?

—Sí, señor Colbert, con la reina, que ya no es amiga, verdad es, hace mucho tiempo, pero que puede volver a serlo si se le da una ocasión.

—Su Majestad no recibe ya a nadie, señora. Sufre mucho. No ignoráis que los accesos de su enfermedad se repiten más a menudo.

—Cabalmente por eso deseo tener una entrevista con Su Majestad. Figuraos que en Flandes tenemos muchas de esas enfermedades.

—¿De cánceres? Enfermedad terrible, incurable.

—No creáis eso, señor Colbert.

El campesino flamenco es un hombre casi en estado de naturaleza; no tiene precisamente una mujer, sino una hembra.

—¿Y qué, señora?

—Que en tanto que él fuma su pipa, la mujer trabaja; saca agua de los pozos, carga la mula o el jumento, y hasta se carga a sí propia. No llevando cuidado, se da golpes en todas partes, y es azotada muchas veces. Un cáncer viene de una contusión.

—Verdad es.

—Pues las flamencas no se mueren por eso. Cuando padecen mucho van en busca del remedio. Las beguinas de Brujas son médicos notables para todas las enfermedades. Tienen aguas preciosas, tópicos, específicos; dan a la enferma un botecito y un cirio, benefician al cura y sirven a Dios explotando sus dos mercancías. Yo traeré a la reina agua del beaterio de Brujas. Curará Su Majestad y quemará tantos cirios como juzgue conveniente. Ya veis, señor Colbert, que impedirme ver a la reina es casi un crimen de regicidio.

—Señora duquesa, sois una mujer de mucho talento, me confundís; sin embargo, veo que esa grande caridad hacia la reina envuelve algún pequeño interés personal.

—¿Me tomo la molestia de ocultarlo, señor Colbert? Me parece que habéis dicho un pequeño interés personal. Pues sabed que es uno muy grande, y os lo probaré. Si me hacéis entrar en la habitación de Su Majestad, me contento con las trescientas mil libras reclamadas; si no, guardo mis cartas, a menos que me deis en el acto quinientas mil libras.

Y, levantándose al pronunciar estas palabras decisivas, la vieja duquesa dejó al señor Colbert en una desagradable perplejidad.

Regatear todavía era ya imposible, y no regatear, perder infinitamente mucho.

—Señora —dijo—, voy a tener el gusto de contaros cien mil escudos.

—¡Oh! —dijo la duquesa.

—Pero ¿cómo tendré las cartas verdaderas?

—De la manera más sencilla, mi querido señor Colbert... ¿De quién os fiais?

El grave financiero se echó a reír silenciosamente, de suerte que sus enormes cejas negras bajaban y subían como las alas de un murciélagosobre la línea profunda de su amarilla frente.

—De nadie —dijo.

—¡Oh! Indudablemente haréis una excepción en favor vuestro, señor Colbert.

—¿Cómo es eso, señora duquesa?

—Quiero decir que si os tomáis el trabajo de venir conmigo al sitio donde se hallan las cartas, se os entregarán a vos mismo y entonces podréis confrontarlas y averiguar su verdad.

—Es cierto.

—Y vos iréis provisto de cien mil escudos, porque yo tampoco me fio de nadie.

El señor intendente Colbert ruborizóse hasta las cejas. Era, como todos los hombres superiores en el arte de los guarismos, de una probidad insolente y matemática.

—Llevaré la cantidad prometida en dos bonos pagaderos en mi Caja. ¿Os satisface?

—¡Que no sean dos millones vuestros bonos; señor intendente...! Voy a tener el honor de indicaron el camino.

—Permitid que haga enganchar mis caballos.

—Tengo una carroza a la puerta, señor.

Colbert tosió como hombre irresoluto. Figuróse un momento que la proposición de la duquesa era un lazo; que tal vez esperaban a la puerta, y que aquella cuyo secreto acababa de vender en cien mil escudos a Colbert, debía de haberlo propuesto a Fouquet por la misma cantidad.

Como vacilaba mucho, la duquesa lo miró fijamente y le dijo:

—¿Queréis mejor vuestra carroza?

—Confieso que sí.

—¿Suponéis que os conduzco a alguna trampa?

—Señora, tenéis un carácter alocado, y yo, revestido de uno bastante grave, puedo verme comprometido por una broma.

—En fin, si sentís miedo, tomad vuestra carroza y tantos lacayos como gustéis... Pero reflexionad bien en ello... Sólo nosotros dos sabemos lo que hacemos, y lo que vea un tercero lo sabrá todo el mundo. Después de todo, a mí nada me importa: mi carroza seguirá a la vuestra, y yo me daré por satisfecha con subir en la vuestra para ir a visitar a la reina.

—A la reina?

—Lo habíais ya olvidado? ¡Qué! ¿Una cláusula de tal importancia para mí era tan poca cosa para vos? Si lo hubiese sabido hubiera pedido doble.

—He reflexionado en ello, señora duquesa; no os acompañaré.

—¡De veras...! ¿Por qué?

—Porque tengo en vos una confianza ilimitada.

—¡Me lisonjeáis...! Mas para tomar los cien mil escudos...

—Aquí los tenéis.

El intendente garabateó unas palabras sobre un papel que entregó a la duquesa.

—Estáis pagada —dijo.

—La acción es hermosa, señor Colbert, y voy a recompensaros.

Y, diciendo estas palabras, se echó a reír.

La risa de la señora de Chevreuse era un murmullo siniestro; cualquier hombre que siente la juventud, la fe, el amor, la vida latir en su corazón, prefiere el llanto a esa risa lamentable.

La duquesa abrió la parte superior de su casaca y extrajo del seno un enrojecido legajillo de papeles atados con cinta color de fuego. Los broches habían cedido a la presión brutal de sus nerviosas manos. La piel, arañada por la extracción y frotamiento de los papeles, aparecía sin pudor a los ojos del intendente, muy inquieto con estos preliminares raros.

La duquesa seguía riendo.

—Aquí están —dijo— las verdaderas cartas del señor Mazarino. Las tenéis, pues, y además, la duquesa de Chevreuse se ha medio desnudado ante vos, como si hubieseis sido... No quiero deciros nombres que os darían orgullo o envidia. Ahora, señor Colbert —añadió, abrochando con rapidez el corpiño de su vestido —, vuestra fortuna está hecha; acompañadme a la habitación de la reina.

—No, señora. Si vais a incurrir de nuevo en la desgracia de Su Majestad, y se sabe en Palacio que he sido vuestro introductor, la reina no me perdonaría jamás. Tengo personas adictas en Palacio, y os harán entrar sin comprometerme.

—Como queráis, con tal que yo entre.

—¿Cómo llamáis a las religiosas de Brujas que cuidan a las enfermas?

—Beguinas.

—Pues una beguina sois vos.

—Bien; pero será preciso que deje de serlo.

—Eso es cuenta vuestra.

—¡Perdón! No quiero exponerme a que me nieguen la entrada.

—También eso os concierne señora. Voy a ordenar al primer ayuda de cámara del gentilhombre de servicio en el cuarto de Su Majestad, que deje entrar a una beguina que lleva un remedio eficaz para mitigar los dolores de Su Majestad. Vos lleváis mi carta, y os encargáis del remedio y de las explicaciones; así confieso a la beguina y niego a la señora de Chevreuse.

—Está bien.

—He aquí la carta de introducción, señora.

## Capítulo XLII

---

### La piel de oso

Dio Colbert la carta a la duquesa, y le retiró suavemente la silla, detrás de la cual se guarecía ella.

La señora de Chevreuse saludó muy ligeramente, y salió.

Colbert, que había reconocido la letra de Mazarino y contado las cartas, llamó a su secretario y le encargó fuese a buscar a su casa al señor Vanel, consejero del Parlamento. Contestó el secretario que, fiel a sus costumbres, el señor consejero acababa de entrar en la casa a fin de dar cuenta al intendente de los principales detalles del trabajo terminado aquel mismo día en la sesión del Parlamento.

Colbert se aproximó a las lámparas, volvió a leer las cartas del difunto cardenal, sonrióse varias veces reconociendo en ellas todo el valor de los documentos que acababa de entregarle la señora de Chevreuse, y, apoyando por espacio de bastantes minutos su enorme cabeza entre las manos, reflexionó profundamente.

Mientras tanto, un hombre grueso y alto, de semblante huesudo, ojos fijos y nariz acaballada, había pasado al gabinete de Colbert con modesta resolución, que denunciaba un carácter flexible y decidido; flexible para con el amo que podía abandonarle una presa, firme para con los perros que hubiesen podido disputársela. El señor Vanel llevaba bajo el brazo una voluminosa cartera, que dejó sobre el mismo pupitre en que los codos de Colbert sostenían su cabeza.

—Buenos días, señor Vanel —dijo saliendo de su meditación.

—Buenos días, monseñor —dijo naturalmente Vanel.

—Eso es lo que hace falta decir —replicó suavemente Colbert.

—Yo llamo monseñor a los ministros —dijo Vanel con sangre fría

imperturbable—. Y si vos no lo sois todavía, no por eso dejáis de ser mi señor.

Colbert levantó la cabeza para leer en la fisonomía del consejero la sinceridad de su adhesión. Pero nada descubrió en el rostro de Vanel. Podía ser honrado. Colbert pensó que aquel inferior era para él superior, respecto a que tenía una mujer infiel.

En el momento en que se apiadaba de la suerte de aquel hombre, Vanel sacó fríamente de su bolsillo un billete perfumado, sellado con cera, y lo tendió a Colbert.

—¿Qué es esto, Vanel?

—Una carta de mi mujer, monseñor.

Colbert tosió. Cogió la carta, la abrió, la leyó y se la guardó en el bolsillo, mientras Vanel hojeaba impasiblemente su volumen de procedimientos.

—Vanel —dijo de repente el protector a su protegido—: ¡sois un hombre de trabajo?

—Sí, monseñor.

—¿No os asustan doce horas de estudio?

—Quince trabajo al día.

—¡Imposible! Un consejero no trabajaría jamás más de tres horas para el Parlamento.

—¡Oh! Yo hago —estados para un amigo que tengo en el Tribunal de Cuentas, y, como me sobra tiempo, estudio el hebreo.

—¿Sois muy considerado en el Parlamento, Vanel?

—Creo que sí, monseñor.

—Bueno sería no pudrirse en la silla de consejero.

—¿Qué hacer para eso?

—Comprar un empleo.

—¿Cuál?

—Algo grande. Las ambiciones pequeñas son las más difíciles de satisfacer.

—Y las bolsas pequeñas, monseñor, son las más difíciles de llenar.

—Pero ¿veis algún empleo bueno? —dijo Colbert.

—Yo no veo ninguno, la verdad.

—Yo sí veo uno, aunque sería preciso ser el rey para comprarlo cómodamente; pero creo que el rey no tendrá la fantasía de comprar un cargo de fiscal general.

Al oír semejantes palabras, Vanel fijó en Colbert su mirada humilde y empañada a la vez.

Colbert se preguntó si había sido adivinado o únicamente encontrado por el pensamiento de aquel hombre.

—¿Me habláis, monseñor, del oficio de fiscal general en el Parlamento?

—No conozco otro, como no sea el del señor Fouquet.

—Precisamente, mi querido consejero.

—No vais con rodeos, monseñor; mas, antes de comprar la mercancía, ¿no hace falta que se halle en venta?

—Es que yo creo que dentro de poco estará en venta ese cargo.

—¡En venta! ¡El empleo de fiscal del señor Fouquet?

—Eso se dice.

—¡El empleo que le hace inviolable, en venta! ¡Oh...! ¡Oh...! Y Vanel se echó a reír.

—¿Tendrás miedo a ese empleo? —dijo seriamente Colbert.

—Miedo! No.

—Ni ganas?

—Monseñor se burla de mí —contestó Vanel—. ¿Cómo un consejero del Parlamento no ha de tener ganas de ser fiscal general?

—Entonces, señor Vanel... cuando yo os digo que el cargo se presenta en venta...

—Monseñor lo dice.

—Es el rumor que corre.

—Repito que eso es imposible; nunca tira un hombre el escudo detrás del cual ha salvado su honor, su fortuna y su vida.

—A veces vense locos que se creen por encima de todas las malas eventualidades, señor Vanel.

—Sí, monseñor; pero las locuras de esos locos no aprovechan a los pobres Vanel que hay en el mundo.

—¿Por qué no?

—Porque esos Vanel son pobres.

—Ciento es que el empleo del señor Fouquet puede costar caro. ¿Qué darías por él?

—Todo lo que poseo, monseñor.

—Lo cual quiere decir...

—Trescientas o cuatrocientas mil libras.

—¿Y cuánto vale el cargo?

—Millón y medio lo menos. Sé de personas que han ofrecido un millón setecientas mil libras, sin decidir al señor Fouquet. De modo que, si por casualidad quisiera el señor Fouquet venderlo, lo cual no creo yo, no obstante lo que me han dicho...

—¡Ah, os han dicho algo! ¿Quién?

—El señor de Gourville... El señor Pellisson...

—Pues bien, si el señor Fouquet quisiese venderlo...

—No podría comprarlo, en atención a que el superintendente lo haría por tener dinero fresco, y no hay nadie que tenga millón y medio para poner sobre una mesa.

Colbert interrumpió en aquel punto al consejero con una pantomima

imperiosa. Había vuelto a reflexionar.

Viendo la actitud grave del amo, y su perseverancia en llevar la conversación hacia aquel tema, Vanel esperaba una solución, sin atreverse a provocarla.

—Explicadme bien —dijo entonces Colbert— los privilegios del cargo de fiscal general.

—El derecho de acusar a todo súbdito francés que no sea príncipe de la sangre; el de destruir toda acusación dirigida contra todo francés que no sea rey o príncipe. Un fiscal general es el brazo derecho de Su Majestad para herir al culpable, y también su brazo para apagar la antorcha de la justicia. Así es que el señor Fouquet se sostendrá contra el rey mismo, sublevando los parlamentos, y Su Majestad contemplará al señor Fouquet para que se registren sus edictos sin contestación. El fiscal general puede ser un instrumento muy útil o muy peligroso.

—¿Deseáis ser fiscal general, Vanel? —dijo de pronto Colbert, dulcificando su mirada y su voz.

—¿Yo? —exclamó éste—. Pero ya he tenido la honra de manifestaros que faltan para eso en mi caja más de un millón de libras.

—Tomaréis prestada esa suma de vuestros amigos.

—No tengo amigos más ricos que yo.

—¡Un hombre de bien!

—¡Si todo el mundo pensase como vos, monseñor!

—Pues yo lo pienso, y basta; y si es preciso, yo responderé por vos.

—Tened presente el proverbio, monseñor.

—¿Cuál?

—« Quien responde paga» .

—¿Qué importa eso?

Vanel levantóse, conmovido por esta oferta tan súbita, hecha inopinadamente por un hombre a quien los más frívolos tomaban muy en serio.

—No os burléis de mí, monseñor —dijo.

Veamos, señor Vanel. Decís que el señor Gourville os ha hablado del cargo del señor Fouquet.

Y el señor Pellisson también.

—¿Oficial u oficiosamente?

—He aquí sus palabras: « Esas gentes del Parlamento son codiciosas y ricas; deberían hacer un escote para reunir dos o tres millones al señor Fouquet, su protector, su lumbrera» .

—Y vos qué dijisteis?

—Dije que por mi parte daría diez mil libras si era preciso.

—¡Ah! ¿Conque estimáis al señor Fouquet? —murmuró Colbert con una mirada llena de odio.

—No; pero el señor Fouquet es nuestro fiscal general, y como se llena de

deudas, nosotros debemos salvar el honor del cuerpo.

—He ahí lo que me explica por qué el señor Fouquet será siempre sano y salvo mientras ocupe su empleo —replicó Colbert.

—Y después de esto —prosiguió Vanel—, dijo el señor Gourville: «Dar limosna al señor Fouquet es siempre un proceder humillante, al cual respondería con una negativa; que el Parlamento, pues, haga un escote a fin de comprar dignamente el empleo de fiscal general, y entonces todo se salva, el honor del cuerpo y el orgullo del señor Fouquet».

—Esa es una proposición.

—Así la he considerado yo, monseñor.

—Pues bien, Vanel, inmediatamente iréis en busca del señor Gourville o del señor Pellisson. ¿Conocéis algún otro amigo del señor Fouquet?

—Conozco bastante al señor de La Fontaine.

—¿La Fontaine el poetastro?

—Justamente; hacía versos a mi mujer cuando el señor Fouquet era de nuestros amigos.

—Pues dirígos a él para conseguir una entrevista con el señor superintendente.

—Con mucho gusto; pero ¿el dinero...?

—No os impacientéis por eso, señor Vanel; en el día y a la hora que se fijen estaréis provisto de la suma.

—¡Monseñor, qué munificencia...! ¡Aventajáis al rey, sobrepujáis al señor Fouquet...!

—Un instante... no abuséis de las palabras. Yo no os doy ese millón y pico de libras, señor Vanel; tengo hijos.

—Pero me las prestáis, señor, y eso basta.

—Eso sí, os las presto.

—Pedid interés, garantía, lo que gustéis, monseñor, a todo estoy dispuesto, y, satisfechos vuestros deseos, seguiré repitiendo que sobrepujáis a los reyes y al señor Fouquet en munificencia. ¿Qué condiciones?

—El reembolso en ocho años.

—¡Oh! Muy bien.

—Hipoteca sobre el cargo mismo.

—Perfectamente; ¿es eso todo?

—Aguardad. Me reservo el derecho de comprarlos el empleo con ciento cincuenta mil libras de beneficio, si no seguís en su desempeño una línea de conducta conforme a los intereses del rey y a mis designios.

—¡Ah! ¡ah! —dijo Vanel algo emocionado.

—¿Contiene esto algo que, pueda chocaros, señor Vanel? —dijo fríamente Colbert.

—No, no —replicó Vanel vivamente.

—Pues bien, firmaremos este contrato cuando gustéis. Corred a casa de los amigos del señor Fouquet.

—Voy volando...

—Y obtened del superintendente una entrevista.

—Sí, monseñor.

—Sed fácil en concesiones.

—Sí.

—¿Y una vez hechos los arreglos?

—Me apresuro a que se firmen.

—¡Guardaos de ellos...! No habléis jamás de firmas con el señor Fouquet, pues lo perderías todo, ¿entendéis?

—Pues qué he de hacer entonces, señor? Es muy difícil...

—Tratad solamente de que el señor Fouquet os dé la mano... ¡Corred!

## Capítulo XLIII

---

En el aposento de la reina madre

La reina madre permanecía en su dormitorio en el Palais Royal con la señora de Motteville y la señora Molina. El rey, a quien se aguardó hasta la noche, no había parecido; la reina, impaciente, había enviado a preguntar con frecuencia por él.

El tiempo estaba de borrasca. Los cortesanos y las damas evitábanse en las antecámaras y los corredores para no hablarse de asuntos de compromiso.

Monsieur se había ido con el rey por la mañana a una partida de caza. Madame permanecía en su cuarto, poniendo mal gesto a todo el mundo. Respecto a la reina madre, después de haber rezado sus oraciones en latín, hablaba de cosas de la casa con sus dos amigas en castellano puro.

La señora de Motteville, que comprendía admirablemente aquella lengua, respondía en francés.

Después que las tres damas agotaron todas las fórmulas del disimulo y de la política, para venir a decir que la conducta del rey hacía morir de pena a la reina, a la reina madre y a todos sus parientes, y después que fulminaron en términos decentes todas las imprecaciones posibles contra la señorita de La Vallière, terminó la reina madre las recriminaciones con las siguientes palabras, propias de su pensamiento y de su carácter:

—¡Estos hijos! —exclamó dirigiéndose a Molina; expresión profunda en boca de una madre, y terrible en boca de una reina que, como Ana de Austria, ocultaba tan extraños secretos en su alma sombría.

—Sí —repuso Molina—, estos hijos, por quienes se sacrifican las madres!

—Por quienes —repuso la reina— una madre lo ha sacrificado todo...

Y no concluyó su frase. Parecióle, cuando levantó los ojos hacia el retrato de

cuerpo entero del pálido Luis XIII, que los ojos de su esposo recobraban su brillo. El retrato animábbase y amenazaba sin hablar. Profundo silencio sucedió a las últimas palabras de la reina madre. La Molina empezó a revolver las cintas y encajes de un gran cestillo. La señora de Motteville, sorprendida por aquel relámpago de inteligencia que iluminó simultáneamente la mirada de la confidente y la de su ama, bajó los ojos, como mujer discreta, y, absteniéndose de ver, se hizo toda oídos; pero no sorprendió más que un ¡hum! expresivo de la dueña española, imagen de la circunspección, y un suspiro exhalado como un soplo del pecho de la reina.

Inmediatamente levantó la cabeza.

—¿Sufrís? —dijo.

—No, Motteville, no. ¿Por qué dices eso?

—Como Vuestra Majestad parecía quejarse.

—Tienes razón, sí, sufro un poco.

—El señor Valot está cerca de aquí; creo que se halla con Madame.

—¿Con Madame? ¿Y por qué?

—Los nervios.

—¡Valiente enfermedad! Hace mal el señor Valot en visitar a Madame, cuando otro doctor la curaría...

La señora de Motteville volvió a, levantar sus ojos con sorpresa.

—¿Otro doctor que el señor Valot? —dijo—. ¿Cuál?

—El trabajo, Motteville, el trabajo. ¡Ay! Si alguien está enferma, es mi pobre hija.

—Y también Vuestra Majestad.

—Esta noche, no.

—¡No estéis tan confiada, señora!

Y, como para justificar esta amenaza de la señora de Motteville, sintió la reina un dolor fuerte en el corazón que le hizo palidecer y la derribó sobre el sillón, con todos los síntomas de un desmayo repentino.

—Las gotas! —murmuró.

—Voy, voy! —replicó la Molina, quien, sin apresurar el paso, fue a sacar de un armario dorado un enorme frasco de cristal de roca, y se lo presentó abierto a la reina. Esta respiró con frenesí repetidas veces, y exclamó:

—Por aquí es por donde el Señor me ha de matar. ¡Hágase su santa voluntad!

—No por estar mala se muere una —repuso la Molina, volviendo a colocar el frasco en el armario.

—¿Está mejor Vuestra Majestad? —preguntó la señora de Motteville.

—Mejor.

Y la reina se puso un dedo en los labios, para encargar discreción a su favorita.

—Es extraño! —dijo la señora de Motteville después de un silencio.

—¿Qué es extraño? —preguntó la reina.

—Se acuerda Vuestra Majestad del día que se le presentó ese dolor por primera vez?

—Me acuerdo de que fue un día bien triste, Motteville.

—Ese día no había sido siempre triste para Vuestra Majestad.

—¿Por qué?

—Porque veintitrés años antes nació a la misma hora el rey reinante, vuestro glorioso hijo.

La reina dio un grito, inclinó la frente sobre sus manos, y permaneció abismada durante algunos segundos.

—Era aquello recuerdo, meditación o efecto de dolor todavía?

La Molina fijó en la señora de Motteville una mirada casi furiosa, según lo que se asemejaba a una reconvenCIÓN, y la digna mujer, no comprendiendo nada de aquello, iba a preguntar a fin de tranquilizar su conciencia, cuando levantándose de repente Ana de Austria:

—¡El 5 de septiembre! —exclamó—. Si, el dolor se me presentó el 5 de septiembre. Inmensa alegría un día, y gran dolor otro. Gran dolor —añadió por lo bajo—; expiación de una alegría demasiado grande.

Y desde aquel instante, Ana de Austria, que parecía haber agotado toda su memoria y toda su razón, permaneció impenetrable, con los ojos tristes, vago el pensamiento y colgando las manos.

—Vamos a recogernos —dijo la Molina.

—Al momento, Molina.

—Dejemos a la reina —añadió la tenaz española.

La señora de Motteville se levantó; gruesas y brillantes lágrimas como las de un niño, corrían por las mejillas blancas de la reina.

Así que lo advirtió la Molina, clavó en Ana de Austria sus ojos negros y vigilantes.

—Sí, sí —prosiguió de pronto la reina—; dejadnos, Motteville; podéis ir.

La palabra dejadnos sonó muy mal a los oídos de la favorita francesa. Significaba que iba a seguir a su marcha un cambio de secretos o de recuerdos; significaba que había una persona de más en la conferencia, cuando estaba precisamente en la fase más interesante.

—Señora —preguntó la francesa—, ¿bastará Molina para el servicio de Vuestra Majestad?

—Sí —respondió la española.

Y la señora de Motteville se inclinó.

De pronto, una anciana camarera, vestida como en la corte de España en 1620, abrió las cortinas, y sorprendió a la reina en medio de sus lágrimas, a la señora de Motteville en su diestra retirada, y a la Molina en su diplomacia.

—¡El remedio, el remedio! —gritó gozosamente a la reina aproximándose al

grupo sin ceremonia.

—¿Qué remedio, chica? —replicó Ana de Austria.

—Para el mal de Vuestra Majestad —contestó ésta.

—¿Quién lo trae? —preguntó con presteza la señora de Motteville—. ¿El señor Valot?

—No, una dama de Flandes.

—¿Una dama de Flandes? ¿Una española? —interrogó la reina.

—No sé.

—¿Quién la envía?

—El señor Colbert.

—¿Nombre?

—No lo ha dicho.

—¿Condición?

—Ella la dirá.

—¿Su cara?

—Está enmascarada.

—¡Anda a ver, Molina! —exclamó la reina.

—Es inútil —respondió de pronto una voz firme y dulce a la vez, que salió del otro lado de las colgaduras, voz que hizo estremecer a las otras damas y sobresaltar a la reina.

Al mismo tiempo aparecía entre las cortinas una mujer enmascarada. Antes de que la reina hiciera ninguna pregunta:

—Soy una hermana del beaterio de Brujas —dijo la desconocida—, y traigo, en efecto, el remedio que debe curar a Vuestra Majestad.

Todos callaron. La beguina no dio un paso.

—Hablad —dijo la reina.

—Cuando estemos solas —añadió la beguina.

Ana de Austria dirigió una mirada a sus compañeras, y éstas se retiraron.

La beguina dio entonces tres pasos hacia la reina, y se inclinó cortésmente.

La reina miraba con desconfianza a aquella mujer, la cual la miraba también con ojos brillantes a través de los agujeros de su antifaz.

—Tan grave está la reina de Francia —dijo Ana de Austria— que hasta en el beaterio de Brujas se ha sabido que necesita curarse?

—Vuestra Majestad, a Dios gracias, no se halla de tal modo enferma que no tenga remedio.

—Pero ¿cómo sabéis que padeczo?

—Vuestra Majestad tiene amigos en Flandes.

—¿Y esos amigos os han enviado?

—Sí, señora.

—Nombrádmelos.

—Es ya inútil, señora, puesto que el corazón de Vuestra Majestad no ha

despertado su memoria.

Ana de Austria levantó la cabeza, intentando descubrir bajo la sombra de la careta y bajo el misterio de la palabra el nombre de la que se expresaba con tan familiar abandono.

Mas, cansada muy luego de una curiosidad que lastimaba todos sus hábitos de orgullo:

—Señora —dijo—: sin duda ignoráis que no se habla a las personas reales con la cara cubierta.

—Tened la bondad de disculparme, señora —contestó humildemente la beguina.

—No puedo disculparos; lo que puedo hacer es perdonaros si os quitáis la careta.

—Señora, es voto que tengo hecho de auxiliar a las personas afligidas o enfermas sin dejarles ver mi rostro. Había podido dar alivio a vuestro cuerpo y a vuestra alma; pero ya que Vuestra Majestad me lo prohíbe, me retiro. ¡Adiós, señora, adiós!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal encanto de armonía y de respeto, que disiparon la ira y la desconfianza de la reina, sin disminuir su curiosidad.

—Tenéis razón —dijo—; no está bien que las personas que sufren desdeñen los consuelos que el Cielo les envía. Hablad, señora, y ojalá que, como acabáis de decir, podáis dar alivio a mí cuerpo... ¡Ay! Creo que Dios se prepara a probarme de una manera cruel.

—Hablemos algo del alma, si lo tenéis a bien —dijo la beata—; del alma, que estoy cierta que sufrirá también.

—¿Mi alma...?

—Hay cánceres devoradores, cuya pulsación es invisible. Estos cánceres, reina, dejan a la piel su blancura de marfil, y no ensucian la carne con sus azulados humores; el médico que examina el pecho del enfermo, no oye rechinar en los músculos, bajo las oleadas de sangre, el diente insaciable de esos monstruos; ni el hierro ni el fuego han podido matar ni desarmar la rabia de esos azotes mortales, que habitan en el pensamiento y lo corrompen, que crecen en el corazón y lo desgarran: ahí tenéis, señora, otros cánceres fatales a las reinas. ¿No sufrís de esa especie de males?

Ana levantó lentamente su brazo, brillante de blancura y puro de formas como en la época de su juventud.

—Esos males de que habláis —dijo—, son la condición de nuestra vida, para nosotros, los grandes de la tierra, a quienes encomienda Dios la cura de las almas. Cuando esos males son demasiado pesados, el Señor nos alivia de ellos en el tribunal de la penitencia. Allí, depositamos el peso que nos agobia y los secretos. Mas no olvidéis que ese mismo Señor soberano proporciona las pruebas a las fuerzas de sus criaturas, y mis fuerzas no son inferiores al peso que

sustentan. Respecto a los secretos de otros, me basta la discreción de Dios; respecto de los míos propios, no me fio de mi confesor.

—Os veo animosa, como siempre, contra vuestros adversarios, y os considero desconfiada respecto de vuestros amigos.

—Las reinas no tenemos amigos. Si no tenéis otra cosa que decirme, si os sentís inspirada de Dios, como una profetisa, retiraos, pues temo el porvenir.

—Pues hubiera creído —dijo resueltamente la beguina— que temieseis más todavía el pasado.

Apenas pronunció estas palabras, cuando la reina, levantándose:

—¡Hablad! —exclamó en tono breve e imperioso—. ¡Hablad! Explicaos claramente, vivamente, completamente; si no...

—No amenacéis, reina —dijo la beguina con dulzura—; he venido a vos llena de respeto y compasión; y he venido en nombre de una amiga.

—¡Demostrandlo! Consolad, en vez de irritar.

—Fácilmente; y Vuestra Majestad va a ver si es una amiga la que me envía.

—Veamos.

—¿Qué desgracia ha sucedido a Vuestra Majestad en estos últimos veintitrés años?

—Desgracias enormes... ¿No he perdido al rey?

—No hablo de esa clase de desgracias. Lo que os pregunto es si desde... el nacimiento del rey... ha tenido Vuestra Majestad alguna pena grave a causa de una indiscreción de amiga.

—No os comprendo —contestó la reina apretando los dientes para ocultar su emoción.

—Me explicaré más claramente. Vuestra Majestad recordará que el rey nació el 5 de mayo de 1638, a las once y cuarto.

—Sí —balbució la reina.

—A las doce y media —prosiguió la beguina—, el delfín, después de bautizado con el agua de socorro por monseñor de Meaux a presencia del rey y vuestra, era reconocido heredero de la corona de Francia. El rey se dirigió a la capilla del antiguo palacio de Saint-Germain para asistir al Te Deum.

—Todo eso es muy cierto —murmuró la reina.

—El alumbramiento de Vuestra Majestad se había verificado en presencia del difunto hermano de vuestro esposo, de los príncipes y de las damas de la Corte. El médico del rey, Bouvard, y el cirujano Honoré, se hallaban en la antecámara; Vuestra Majestad se durmió a eso de las tres hasta cerca de las siete, ¿no es así?

—Sin duda; pero me estáis diciendo lo que todo el mundo sabe tan bien como vos y como yo.

—Llego, señora, a lo que saben pocas personas; y digo pocas, debiendo decir dos solamente, pues en otro tiempo no eran más que cinco, y de algunos años a

esta parte, el secreto se ha ido asegurando con la muerte de los principales partícipes. El rey señor nuestro duerme con sus antepasados; la matrona Peronne le siguió poco después, y Laporte está ya olvidado.

La reina abrió la boca para contestar; pero bajo su fría mano, con la cual se acariciaba el rostro, se deslizaban las gotas de un sudor ardiente.

—Eran las ocho —prosiguió la beguina— el rey almorcaba con apetito y en torno suyo no había más que alegría, gritos y algazara; el pueblo gritaba bajo los balcones; los suizos, los mosqueteros y los guardias eran conducidos en triunfo por los ciudadanos, ebrios de júbilo. Aquellos formidables ruidos de alegría general hacían gemir dulcemente en los brazos de la señora de Hausac, su aya, al delfín, futuro rey de Francia, cuyos ojos, cuando se abriesen, debían ver dos coronas en el fondo de su cuna. De pronto, Vuestra Majestad lanzó un grito agudo y acudió a la cabecera de vuestra cama la matrona Peronne. Los médicos se hallaban almorcando en una pieza lejana. El palacio, desierto a fuerza de la mucha gente que lo invadía, no tenía consignas, ni guardias. La matrona, después de examinar el estado de Vuestra Majestad, lanzó una exclamación de sorpresa; y, cogiéndolo en brazos, desolada, loca de dolor, envió a Laporte para avisar al rey que Su Majestad la reina quería verle en su cuarto. Laporte, como sabéis, era hombre de talento y serenidad. No se acercó al rey como servidor asustado que conoce su importancia y quiere asustar también. Además, no era una mala noticia lo que esperaba al rey. De todos modos, Laporte se presentó con la sonrisa en los labios, junto a la silla del rey, y le dijo:

»—« Señor, la reina es dichosa, y lo sería más todavía si viese a Vuestra Majestad» .

»Aquel dia habría dado su corona a un pobre por un ¡Dios le bendiga! Alegre, ligero, vivo, el rey se levantó, diciendo, en el mismo tono que lo hubiera hecho Enrique IV.

»—« Señores, voy a ver a mi mujer» .

»Llegó, señora, a vuestro cuarto en el momento en que la matrona Peronne le mostraba un segundo príncipe, lindo y robusto como el primero, diciéndole:

»—« Señor, el Cielo no quiere que el reino de Francia recaiga en hembras» .

»El rey, en su primer impulso, abalanzóse al niño, gritando:

»—« ¡Gracias, Dios mío!» .

La beguina se detuvo en este punto, advirtiendo lo mucho que sufría la reina. Ana de Austria, metida en su sillón, con la cabeza inclinada y los ojos fijos, escuchaba sin oír, y sus labios se agitaban convulsivamente como si formularan un ruego a Dios o una imprecación contra aquella mujer.

—¡Ah! No creáis que si no hay más que un delfín en Francia —dijo la beguina—, no creáis que si la reina ha dejado vegetar a ese niño lejos del trono, ha sido porque sea mala madre. ¡Oh! No... Hay personas que saben cuántas lágrimas ha vertido, que han podido contar los ardientes besos que daba a la

infeliz criatura en cambio de aquella vida de miseria y de sombra a que la razón de Estado condenaba al hermano gemelo de Luis XIV.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró débilmente la reina.

—Se sabe —continuó con viveza la beguina— que el rey, viéndose con dos hijos de una misma edad y con iguales pretensiones, tembló por la salvación de Francia, por la tranquilidad de su Estado. Se sabe que el señor cardenal Richelieu llamado de intento por Luis XIII, estuvo reflexionando más de una hora en el despacho de Su Majestad, y pronunció esta sentencia: « Ha nacido un rey para suceder a Su Majestad. Dios ha enviado otro para suceder a ese primer rey; pero por ahora, no tenemos precisión más que del que nació primero; ocultemos el segundo a Francia, como Dios lo había ocultado a sus mismos padres. Un príncipe es para el Estado el orden y la seguridad; dos competidores, son la guerra y la anarquía».

La reina se levantó bruscamente, pálida y con los puños crispados.

—Sabéis demasiado —dijo con sorda voz—, puesto que os entrometéis en los secretos de Estado. En cuanto a los amigos que os han revelado ese secreto, son amigos falsos y desleales. Sois su cómplice en el crimen que hoy se está cometiendo. Ahora, abajo la máscara u os mando arrestar por mi capitán de guardias. ¡Oh...! ¡Ese secreto no me da miedo, y ya que lo habéis bebido, yo os lo haré devolver! Quedará ahogado en vuestro seno; ni ese secreto ni vuestra vida os pertenecen desde este instante.

Ana de Austria, uniendo la acción a la amenaza dio dos pasos hacia la beguina.

—Aprender —dijo ésta— a conocer la lealtad, el honor y la discreción de vuestros amigos abandonados.

—Y súbitamente se quitó la careta.

—¡La señora de Chevreuse! —dijo la reina.

—La única confidente del secreto con Vuestra Majestad.

—¡Ah! —murmuró Ana de Austria—. ¡Abrazadme, duquesa! ¡Ay! Es matar a los amigos jugar de ese modo con sus mortales sufrimientos.

Y la reina, apoyando la cabeza en el hombro de la vieja duquesa, dejó escapar de sus ojos un raudal de amargas lágrimas.

—¡Qué joven estás todavía! —exclamó ésta con voz sorda—. ¡Lloráis!

## Capítulo XLIV

---

### Dos amigas

L a reina miró orgullosamente a la señora de Chevreuse.

—Creo —dijo— que habéis pronunciado la palabra feliz hablando de mí.

Hasta ahora, duquesa, había creído imposible que una criatura humana pudiera ser menos feliz que la reina de Francia.

—Señora, habéis sido, efectivamente, una dolorosa; pero al lado de esas miserias ilustres de que hablábamos hace poco corno antiguas amigas, separadas por la perversidad de los hombres; al lado, digo, de esos regios infortunios, tenéis alegrías poco sensibles, es cierto, pero muy envidiadas de este mundo.

—¿Cuáles? —dijo tristemente Ana de Austria—. ¿Cómo podéis pronunciar la palabra alegría, duquesa, vos, que ahora mismo reconocíais la precisión que tengo de remedios para mi cuerpo y para mi alma?

La señora de Chevreuse se recogió un momento.

—¡Qué lejos están los reyes de los otros hombres! —murmuró.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que de tal suerte están alejados de lo vulgar, que olvidan todas las necesidades de la vida en los otros. Como el habitante de la montaña africana que, desde sus vertientes de esmeralda, bañadas por los riachuelos que forma el deshielo, no comprende que el habitante de la llanura muera de sed y de hambre en las tierras calcinadas por el sol.

La reina se sonrojó ligeramente; acababa de comprender.

—¿Sabéis —dijo que ha sido mal hecho haberos abandonado?

—¡Oh! Señora, se dice que el rey ha heredado el odio que me profesaba su padre. Me despediría si supiese que estaba en Palacio.

—No digo que Su Majestad esté bien dispuesto en vuestro favor, duquesa —

contestó la reina—, pero yo... podría... secretamente...

La duquesa dejó escapar una sonrisa desdeñosa, que inquietó a su interlocutora.

—Por lo demás —añadió la reina—, habéis hecho muy bien en venir aquí.

—¡Gracias, señora!

—Aunque no sea más que para darnos la satisfacción de desmentir el rumor de vuestra muerte.

—¿Llegó a decirse, efectivamente, que había muerto?

—Por todas partes.

—No obstante, mis hijos no llevaban luto.

—¡Ah! Bien sabéis, duquesa, que la Corte viaja con frecuencia; vemos poco a los señores de Albert y de Luynes, y no pocas cosas escapan a las preocupaciones en medio de las cuales vivimos constantemente.

—Vuestra Majestad no debió creer en el rumor de mi muerte.

—¿Por qué no? ¡Ay! Somos mortales. ¿No veis cómo yo, vuestra hermana segunda, según decíamos en otro tiempo, me inclino ya hacia la sepultura?

—Si Vuestra Majestad creía en mi muerte, debió sorprenderse entonces de no haber recibido noticias mías.

—La muerte sorprende a veces muy pronto, duquesa.

—¡Oh señora! Las almas cargadas de secretos, como aquel de que hablábamos hace poco, siempre tienen una necesidad de expansión que es necesario satisfacer de antemano. En el número de los descansos preparados para la eternidad, se cuenta el de poner en orden sus papeles. La reina se estremeció.

—Vuestra Majestad —dijo la duquesa— sabrá ciertamente el día de mi muerte.

—¿Cómo?

—Porque Vuestra Majestad recibirá al día siguiente, bajo cuádruple sobre, todo lo que se ha salvado de nuestras pequeñas correspondencias tan misteriosas de otro tiempo.

—¡No lo habéis quemado! —exclamó Ana con terror.

—¡Oh amada reina! —replicó la duquesa—. Sólo los traidores queman una correspondencia regia.

—¿Los traidores?

—Sin duda; o más bien, simulando que la queman, la guardan o la venden.

—¡Dios mío!

—Los fieles, por el contrario, sepultan preciosamente tales tesoros; luego, un día, llegan en busca de su reina, y le dicen: « Señora, me siento vieja y enferma; hay peligro de muerte para mí, peligro de revelación para el secreto de Vuestra Majestad; así, por tanto, tomad ese papel peligroso, y quemadlo vos misma» .

—¡Un papel peligroso! ¿Cuál?

—En cuanto a mí, es indudable que no tengo más que uno; —pero es muy peligroso.

—¡Oh, duquesa, decid cuál, decid!

—Este billete... fechado el 2 de agosto de 1644, en el que me recomendabais que fuese a Noisy-le-Sec para ver aquel amado y desgraciado hijo. Señora, de vuestra mano está escrito: « Querido y desgraciado hijo ». Hubo entonces un momento de silencio profundo; la reina sondeaba el abismo; la señora de Chevreuse tendía su lazo.

—¡Sí, desgraciado, muy desgraciado! —murmuró Ana de Austria—. ¡Qué triste existencia ha llevado ese pobre niño para llegar a un fin tan cruel!

—¿Ha muerto? —exclamó vivamente la duquesa con curiosidad, de cuyo acento sincero se apoderó con avidez la reina.

—Muerto de consunción, muerto olvidado, marchito, muerto como esas flores dadas por un amante y que la amada deja expirar en el cajón por ocultarlas a todo el mundo.

—¡Muerto! —repitió la duquesa con un tono de desaliento que hubiese regocijado mucho a la reina, a no ir templado por una mezcla de duda—. ¿Muerto en Noisy-le-Sec?

—Sí, en brazos de su ayo, honrado servidor que no ha sobrevivido largo tiempo.

—Eso se concibe; ¡es tan pesado de llevar un luto y un secreto semejantes!

La reina no se tomó el trabajo de observar la ironía de esta reflexión, y la señora de Chevreuse continuó:

—Pues bien, señora, hace algunos años que me informé en el mismo Noisy-le-Sec de la suerte de ese niño, y me dijeron que no pasaba por muerto; por eso no me afligi desde el principio con Vuestra Majestad. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido, nunca una alusión mía a este deplorable suceso hubiera venido a despertar los muy legítimos dolores de Vuestra Majestad.

—¿Afirmáis que el niño no pasaba por muerto en Noisy?

—No, señora.

—¿Pues qué se decía de él?

—Decíase... pero sin duda se equivocaban.

—Continuad.

—Decíase que una tarde, hacia 1645, una bella y majestuosa dama, lo cual se notó no obstante la máscara y el manto que la cubrían, una dama de calidad, de alta calidad sin duda, había llegado en una carroza a la salida del camino, el mismo en que yo aguardaba noticias del joven príncipe cuando Vuestra Majestad se dignaba enviarme allí.

—¿Y qué?

—Y que el ayo había entregado el niño a la dama.

—¿Qué más?

—Al siguiente día, ay o y niño habían abandonado el país.

—¡Ya lo veis! Algo de cierto hay en eso, puesto que, en efecto, el pobre niño murió herido de uno de esos rayos que, según el decir de los médicos, amenazan la vida de los niños hasta los siete años.

—¡Oh! Lo que me dice Vuestra Majestad es lo cierto, pues nadie lo sabe mejor, ni nadie lo cree más que yo. ¡Pero admirad lo raro...!

« ¿Qué más habrá?», pensó la reina.

—La persona que me llevó esos detalles, que había ido a informarse de la salud del niño, esa persona...

—¿Confiasteis tal cuidado a otro? ¡Oh, duquesa!

—Otro que era mudo como vos, señora, como yo misma; pongamos que fui yo mismo; señora; ese otro digo, pasando algunos meses después por Turena...

—¿Por Turena?

—Reconoció al ay o y al niño. ¡Perdón! Crey ó reconocerlos. Vivían los dos, alegres y felices y floreciendo ambos, el uno en verde vejez, el otro en su lozana juventud. Juzgad, según esto, lo que son los rumores; tened fe en lo que pasa en este mundo. Pero observo que cango a Vuestra Majestad. ¡Oh! No es ésa mi intención, y pediré permiso para retirarme después de haberle renovado la seguridad de mi respetuosa adhesión.

—Deteneos, duquesa; hablemos algo de vos.

—¡De mí? ¡Oh señora! No bajéis hasta ahí vuestras miradas.

—¿Por qué? ¿No sois vos mi más antigua amiga? ¿Me queréis mal, duquesa?

—¡Yo, Dios mío! ¡Por qué motivo? ¿Hubiera venido a ver a Vuestra Majestad si tuviese causa para quererla mal?

—Duquesa, los años cargan sobre nosotras, y es necesario unirnos contra la muerte que nos amenaza.

—Señora, me abrumáis con esas dulces palabras.

—Nadie me ha servido ni amado jamás como vos, duquesa.

—¿Se acuerda de ello Vuestra Majestad?

—Siempre... Duquesa, una prueba de amistad.

—¡Ah, señora! Todo mi ser pertenece a Vuestra Majestad...

—Pues esa prueba...

—¿Qué prueba?

—Pedidme algo.

—¿Pedir?

—¡Oh! Ya sé que tenéis el alma más desinteresada, la más grande, la más regia.

—No me elogiéis demasiado, señora —dijo la duquesa inquieta.

—Jamás os elogiaré tanto como merecéis.

—¡Con la edad, con las desgracias, se cambia mucho, señora!

—¡Dios os oy e, duquesa!

—¿Cómo?

—Si; la duquesa de otra época, la bella, la orgullosa, la adorada Chevreuse, me hubiera respondido ingratamente: «No quiero nada de vos». Benditas sean, pues, las desgracias, si han venido, puesto que os habrán cambiado, y quizás me contestéis: «Acepto».

La duquesa dulcificó su mirada y su sonrisa; estaba bajo un encanto y no lo ocultaba.

—Hablad, duquesa —dijo la reina—; ¿qué queréis?

—Luego es preciso explicarse...

—Sin vacilar.

—Pues bien, Vuestra Majestad puede proporcionarme una alegría indecible, incomparable.

—Vamos a ver —dijo la reina un poco más fría por la inquietud—. Pero ante todo, mi buena Chevreuse, acordaos que estoy en poder de un hijo, como estaba en otro tiempo en poder de un marido.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—Llamadme Ana, como en otro tiempo; será un dulce eco de la hermosa juventud.

—Pues bien, mi venerada dueña, Ana querida...

—¿Sabes aún el español?

—Sí.

—Pues pídemelo en español.

—Hacedme el favor de venir a pasar unos días en Dampierre.

—¿Eso es todo? —murmuró la reina, estupefacta.

—Sí.

—¿Nada más que eso?

—¡Santo Dios! ¿Tendrás la idea de que no os pido en esto el más enorme beneficio? Si es así, no me conocéis. ¿Aceptáis?

—Sí, de todo corazón.

—¡Oh! Gracias.

—Y seré muy feliz —continuó la reina con desconfianza— si mi presencia puede seros útil en alguna cosa.

—¿Útil? —exclamó la duquesa riendo—. ¡Oh! No, no, agradable, grata, deliciosa, sí, mil veces deliciosa. ¿Queda, pues, prometido?

—Jurado.

La duquesa se abalanzó a la mano tan bella de la reina y la cubrió de besos.

«Es una buena mujer en el fondo... —dijo para sí la reina—. Y... de espíritu generoso».

—¿Consentiría Vuestra Majestad en darme quince días? —repuso la duquesa.

—Indudablemente; ¿por qué?

—Porque sabiendo que estoy en desgracia, nadie quemaría prestarme los cien

mil escudos que necesito para reparar la posesión de Dampierre; mas cuando se sepa que son para recibir en ella a Vuestra Majestad, todos los fondos de París afluirán a mi casa.

—¡Ah...! —contestó la reina moviendo dulcemente la cabeza con inteligencia—. ¡Cien mil escudos! ¿Se necesitan cien mil escudos para las reparaciones de Dampierre?

—Por lo menos.

—¿Y nadie quiere prestároslos?

—Nadie.

—Pues yo os los prestaré si lo deseáis, duquesa.

—¡Oh! No me atrevería...

—Pues haríais mal.

—¿De veras?

—A fe de reina... Cien mil escudos no es realmente mucho.

—¿Verdad que no?

—No. ¡Oh! Bien sé que jamás habéis hecho pagar vuestra discreción en lo que vale. Duquesa, aproximadme aquel velador para que os extienda el bono contra el señor Colbert; no, para el señor Fouquet, que es hombre mucho más galante.

—¿Paga?

—Si él no paga, pagaré yo; pero será la primera vez que se niegue a mi firma.

La reina escribió, dio la cédula a la duquesa, y la despidió después de haberla abrazado alegramente.

## Capítulo XLV

---

De cómo Juan de la Fontaine compuso sus primer cuento

Semejantes intrigas ya agotadas, el espíritu humano, tan múltiple en sus exhibiciones, ha podido desenvolverse a sus anchas en los tres cuadros que nuestro relato le ha proporcionado.

Quizá se trate aún de política y de intrigas en el que ahora preparamos, pero los resortes están de tal modo ocultos, que no se verán más que las flores y las pinturas, absolutamente como en los teatros de feria en cuya escena aparece un coloso que anda movido por las pueras y los brazos raquílicos de un niño oculto en su armazón.

Volvamos a Saint-Mandé, donde el superintendente recibe, como de costumbre, su escogida sociedad de epicúreos.

De algún tiempo a esta parte, el dueño ha sufrido duras pruebas. Todos se resienten de la angustia del ministro. Ya no hay aquellas magnas y locas reuniones. La Hacienda ha sido un pretexto para el señor Fouquet, y, como dice espiritualmente Gourville, jamás ha habido un pretexto más falaz.

El señor Vatel ingéniese por sostener la reputación de la casa. Sin embargo, los jardineros se quejan de una tardanza ruinosa; los expedicionarios de vino de España envían con frecuencia remesas que nadie paga, y los pescadores que el superintendente tiene a salario en las costas de Normandía, esperan ser reembolsados para retirarse a su tierra. La marea que, más tarde, ha de hacer morir a Vatel, no llega del todo.

Sin embargo, para ser un día de recepción ordinaria, los amigos de Fouquet se presentan más numerosos que de costumbre. Gourville y el abate Fouquet hablan de cuestiones financieras, o sea, que el abate toma prestados de Gourville algunos doblones. Pellisson, sentado con las piernas cruzadas, termina la peroración de un

discurso, con el que debe abrir Fouquet el Parlamento.

Y este discurso es una obra maestra, pues Pellisson lo hace para su amigo, es decir, que mete en él todo lo que ciertamente no iría a buscar para sí propio. Y estando disputando sobre las más fáciles rimas, llegaron del fondo del jardín Loret y La Fontaine.

Los pintores y los músicos se dirigen a su vez al comedor, y cuando den las ocho cenarán.

Jamás hace aguardar el superintendente.

Son las siete y media; el apetito se anuncia con bastante fuerza. Cuando todos los invitados están reunidos, Gourville se va derecho a Pellisson, le saca de su sueño, y lo lleva en medio de un salón, cuyas puertas ha cerrado.

—¿Qué hay de nuevo? —dice.

Levantando Pellisson su cabeza inteligente:

—Mi tía me ha prestado veinticinco mil libras. Aquí están en bonos de la Caja.

—Bien —contestó Gourville—, ya no faltan más que ciento noventa y cinco mil libras para el primer pago.

—El pago de qué? —dijo La Fontaine, con el mismo tono que usaba para decir: « ¿Habéis leído a Baruch? » .

—Otra vez aquí el que me distrae de todo —dijo Gourville—. ¡Cómo! ¡Vos, el que nos hizo saber que la tierra de Corbeil iba a ser vendida por un acreedor del señor Fouquet; vos, el que nos propuso el escote entre todos los amigos de Epicuro; vos, el que dijó que vendería un rincón de su casa de Château-Thierry, para dar su contingente; vos venís a decir hoy: « El pago de qué? » ?

Una risa universal acogió esta salida, e hizo ruborizar a La Fontaine.

—Perdón —dijo—, es verdad; no lo había olvidado... Solamente que...

—Solamente que ya no te acordabas —replicó Loret.

—Esa es la verdad. El hecho es que tiene razón. Entre olvidar y no acordarse hay una gran diferencia.

—Entonces —añadió Pellisson—, ¿traéis ese óbolo, precio del rincón de tierra vendido?

—¿Vendido?

—No.

—¿No habéis vendido vuestra tierra? —preguntó Gourville sorprendido, porque conocía el desinterés del poeta.

—Mi mujer no ha querido —contestó éste.

Nuevas risas.

—Sin embargo, habéis ido a Château-Thierry para eso —le repusieron.

—Ciertamente, y a caballo.

—¡Pobre Juan!

—Ocho caballos distintos; estaba molido.

—¡Excelente amigo...! ¿Y habéis descansado allí?

—¿Descansado? ¡Ah, sí! Buen descanso he tenido.

—¿Cómo es eso?

—Mi esposa había hecho coqueterías con aquel a quien yo quería vender la tierra; este hombre se desdijo, y yo lo desafié.

—¡Muy bien! ¿Y os habéis batido?

—Parece que no.

—¿No sabéis nada vos?

—No; mi mujer y sus parientes se han mezclado en el asunto. He tenido la espada en la mano un cuarto de hora, pero no he sido herido.

—¿Y el adversario?

—El enemigo tampoco; no pareció en el terreno.

—¡Es admirable! —exclamaron de todas partes—. Debisteis encolerizaros.

—Furiosamente, porque me resfrió; volví a casa, y mi mujer me riñó.

—¡Sin más ni más!

—Sin mas ni más me tiró a la cabeza un pan enorme.

—¿Y vos?

—Yo le volqué toda la mesa sobre el cuerpo y sobre el cuerpo de sus invitados; luego monté a caballo, y aquí estoy.

Nadie pudo guardar seriedad al oír esta exposición cómico-heroica. Cuando el huracán de risas se calmó un poco, dijeron a La Fontaine:

—¿Y eso es todo lo que habéis traído?

—¡Oh, no! Tengo una idea excelente.

—¡Decidla!

—¿Habéis observado que se hacen en Francia muchas poesías jocosas?

—¡Claro que sí! —contestó la asamblea.

—¿Y que —continuó La Fontaine— se imprimen muy pocas?

—Las leyes son duras, es verdad.

—Pues bien, mercancía rara es mercancía cara, he pensado yo; y por eso me he puesto a componer un poemita extremadamente licencioso...

—¡Oh querido poeta!

—Extremadamente pícaro.

—¡Oh!

—Extremadamente cínico.

—¡Diablo, diablo!

—Y he puesto en él —continuó fríamente el poeta— todas las palabras lúbricas que he podido encontrar.

Todos agitábanse de risa, mientras que el buen poeta ponía de este modo la muestra a su mercancía.

—Y me he aplicado —continuó a sobrepujar todo lo que Boccaccio, Aretino y otros maestros han hecho en este género.

—¡Buen Dios! —exclamó Pellisson—. ¡Eso será condenado!

—¿Suponéis? —dijo cándidamente La Fontaine—. Os juro que no he hecho eso por mí, sino únicamente por el señor Fouquet. —Esta admirable conclusión colmó la satisfacción de los concurrentes—. Y he vendido el opúsculo en ochocientas libras la primera edición —añadió La Fontaine restregándose las manos—. Los libros piadosos se compran en menos de la mitad.

—Pues más hubiese valido —dijo Gourville riendo— haber hecho dos libros piadosos.

—Eso es demasiado largo y no tan divertido —replicó La Fontaine—; mis ochocientas libras están en este saquillo y las ofrezco.

—Y, en efecto, puso su ofrenda en manos del tesorero de los epicúreos.

Después correspondió el turno a Loret, que dio ciento cincuenta libras; los otros hicieron lo mismo, y, hecha la cuenta, resultaron cuarenta mil libras en la escarcela.

Jamás resonó más generoso dinero en las balanzas divinas, donde la caridad pesa los buenos corazones e intenciones contra las monedas falsas de los devotos hipócritas.

Todavía resonaban los escudos cuando el superintendente entró, o más bien, se deslizó en la sala. Todo lo había oído.

Se vio a este hombre que había removido tantos millones; a este rico, que había agotado todos los placeres y todos los honores; a este corazón inmenso y cerebro profundo, que había devorado la substancia material y moral del primer reino del mundo; viose a Fouquet, decimos, pasar el umbral con los ojos llenos de lágrimas y meter sus dedos blancos y finos entre el oro y la plata.

—¡Pobre limosna! —exclamó con voz tierna y commovida—. Tú desaparecerás en el más pequeño pliegue de mi bolsa vacía; pero han llenado hasta el borde lo que nadie agotará jamás: mi corazón. ¡Gracias, amigos queridos, gracias!

Y, como no podía abrazar a todos los que allí se encontraban, y que también lloraban un poco, por más filósofos que fueran, abrazó a La Fontaine, diciéndole:

—¡Pobre mozo que se ha hecho pegar por su mujer a causa mía, y condenar por su confesor!

—¡Bien! Eso no es nada —respondió el poeta—; que vuestros acreedores esperen dos años y habré hecho otros cien cuentos que, a dos ediciones cada uno, satisfarán la deuda.

## Capítulo XLVI

---

### La Fontaine negociante

Fouquet estrechó la mano a La Fontaine con efusión.

—Mi amado poeta —le dijo—, hacednos otros cien cuentos, no sólo por los ochenta doblones que cada uno os producirán, sino para enriquecer también nuestra lengua con cien obras maestras.

—¡Oh! —dijo La Fontaine, contoneándose—. No se crea que he traído sólo esa idea y esos ochenta doblones al señor superintendente.

—¡Ea —exclamaron de todos lados—, hoy está en fondos el señor La Fontaine!

—Bendita sea la idea, si me trae uno o dos millones —dijo alegremente Fouquet.

—Precisamente —contestó La Fontaine.

—¡Pronto, pronto! —exclamó la asamblea.

—¡Cuidado! —dijo Pellisson al oído de La Fontaine—. Hasta ahora habéis conseguido un gran triunfo. No vayáis a arrojar la flecha más allá del blanco.

—Necuáquam, señor Pellisson, y vos, que sois hombre de buen gusto, seréis el primero en aplaudir.

—¿Se trata de millones? —dijo Gourville.

—Tengo aquí un millón quinientas mil libras, señor Gourville. Y se golpeó el pecho.

—¡Al diablo el gascón de Château-Thierry! —exclamó Loret.

—No es el bolsillo lo que hay que golpear —dijo Fouquet—, sino el cerebro.

—Veamos —añadió La Fontaine—; señor superintendente, vos no sois un fiscal general, sino un poeta.

—¡Eso es verdad! —exclamaron Loret, Conrart y todos los literatos que allí

había.

—Sois, digo, un poeta, un pintor, un escultor, un amigo de las artes y de las ciencias, pero confesad vos mismo que no sois curial.

—Lo confieso —replicó sonriendo el señor Fouquet.

—Aun cuando os nombrasen académico lo rehusaríais, ¿no es verdad?

—Creo que sí, mal que les pese a los académicos.

—Bien; y ¿por qué, no queriendo formar parte de la Academia, consentís en formarla del Parlamento?

—¡Hola! —exclamó Pellisson—. Parece que entramos en política.

—Pregunto —prosiguió La Fontaine— si la toga sienta o no sienta bien al señor Fouquet.

—No se trata aquí de togas —dijo Pellisson, contrariado por la risa de la asamblea.

—Al contrario —dijo Loret—, de la toga es de lo que se trata.

—Quítense la toga el fiscal general —dijo Conrart—, y tenemos al señor Fouquet, de lo cual no nos quejamos; pero, como hay fiscal general sin toga, declaremos, de conformidad con lo expuesto por el señor de La Fontaine, que seguramente la toga es un espantajo.

—*Fugiunt risus leporesque* —dijo Loret.

—Las risas y las gracias —añadió un filósofo.

—Yo —prosiguió Pellisson con gravedad— no es así como traduzco *lepores*.

—¿Pues cómo lo traducís? —preguntó La Fontaine.

—Así: «Las liebres huyen al ver al señor Fouquet».

El auditorio prorrumpió en risas, de que también participó el superintendente.

—¿Y por qué las liebres? —arguyó Conrart, picado.

—Porque será liebre el que no se alegre de ver al señor Fouquet con los atributos de su fuerza parlamentaria.

—¡Oh, oh! —exclamaron los poetas.

—*Quo non ascendant* —dijo Conrart—, me parece imposible con toga de fiscal.

—Y a mí sin toga —dijo el obstinado Pellisson—. ¿Qué os parece, Gourville?

—Me parece que la toga es buena —replicó éste—; pero opino también que millón y medio valdría más que la toga.

—Y yo soy del parecer de Gourville —dijo Fouquet cortando la discusión con su dictamen, que debía dominar por necesidad a todos los otros.

—¡Millón y medio! —suspiró Pellisson—. ¡Diantre! Sé una fábula india...

—Contádmela —dijo La Fontaine—; y yo también debo saberla.

—¡Contadla, contadla!

—La tortuga tenía una concha —dijo Pellisson, en la que se ocultaba cuando se veía amenazada por sus enemigos. Un día le dijo uno: «Mucho calor debéis tener en el verano en esa casa, que hasta os impide poder mostrar vuestras

gracias. Ahí tenéis la culebra, que os pagará por ella millón y medio».

—¡Bien! —dijo riendo el superintendente.

—¿Y qué más? —preguntó La Fontaine, teniendo más interés por el apólogo que por la moraleja.

—La tortuga vendió su concha y se quedó desnuda. Acertó a verla un buitre que tenía hambre, y, de un picotazo en los lomos, la devoró.

—*O mythos deloi?*... —dijo Conrart.

—Que el señor Fouquet hará bien en conservar su toga.

La Fontaine tomó en serio el sentido moral de la fábula.

—Olvidáis a Esquilo —dijo a su adversario.

—¿A quién decís?

—A Esquilo el Calvo.

—¿Y qué?

—A Esquilo, cuyo cráneo un buitre, bastante aficionado a tortugas, que sería probablemente el vuestro, tomó por una piedra y arrojó sobre él una tortuga muy envuelta en su concha.

—La Fontaine tiene razón —replicó Fouquet pensativo—. Todo buitre, cuando tiene hambre de tortugas, sabe muy bien romperles gratis la concha. ¡Felices las tortugas que encuentran una culebra que se la compre en millón y medio! Que me den una culebra generosa, como la de vuestra fábula, Pellisson, y le doy mi concha.

—*Rara avis in terris!* —murmuró Conrart.

—Y parecida a un cisne negro, ¿no es verdad? —añadió La Fontaine—. Pues bien, esa ave rara y negra la he encontrado yo.

—¿Habéis encontrado quien quiera tomar mi cargo de fiscal? —preguntó Fouquet.

—Sí, señor.

—Pero el señor superintendente no ha dicho nunca que quisiera venderlo —repuso Pellisson.

—Perdonad; vos mismo habéis hablado de ello —dijo Conrart.

—Yo soy testigo —dijo Gourville.

—Se apasiona mucho con los excelentes sermones que me predica —dijo riendo Fouquet.

—Y vamos a ver, La Fontaine, ¿quién es el comprador?

—Un pájaro negro, un consejero del Parlamento; una excelente persona.

—¿Qué se llama?

—Vanel.

—¡Vanel! —exclamó Fouquet—. ¡Vanel! ¿El marido de...?

—El mismo, su marido; sí, señor.

—¡Pobre hombre! —dijo Fouquet con interés—. ¿Y quiere ser fiscal general?

—Quiere ser todo lo que sois —dijo Gourville—, y hacer lo mismo que

habéis hecho.

—¡Oh, qué divertido! ¡Contadnos eso, La Fontaine!

—Es sencillísimo. Como suelo encontrarle de vez en cuando, le vi el otro día paseando por la plaza de la Bastilla, en el momento precisamente en que iba yo a tomar el carro de Saint-Mandé.

—Estaría acechando a su mujer, de seguro —interrumpió Loret.

—¡No, pardiez! —dijo sencillamente Fouquet—. No es celoso.

—Me detuve, pues, me abrazó, me llevó a la taberna de la Image Saint-Fiacre, y me comunicó sus penas.

—¿Tiene penas?

—Sí; su mujer le inspira ambición.

—¿Y os dijo...?

—Que le habían hablado de un cargo en el Parlamento; que había sido pronunciado el nombre del señor Fouquet, y que, desde entonces, la señora Vanel sueña con llamarse señora fiscal general, y que se perece todas las noches soñando con eso.

—¡Diantre!

—¡Pobre mujer! —dijo Fouquet.

—Esperad. Conrart me está diciendo continuamente que no sé manejar los asuntos; ahora veréis cómo me he conducido en éste.

—Veamos.

—¿Sabéis, le dije a Vanel, que vale caro un cargo como el del señor Fouquet?

—¿Sobre cuánto, aproximadamente?, me preguntó.

—El señor Fouquet ha rehusado ya un millón setecientas mil libras.

—Mi mujer, replicó Vanel, había calculado dar alrededor de un millón cuatrocientas mil.

—¿Al contado?, le hice observar.

—Sí; ha vendido una posesión en Guinea, y tiene dinero."

—Es un bonito premio para recibirllo de una vez —dijo sentenciosamente el abate Fouquet, que aún no había hablado.

—¡Vaya con la pobre señora Vanel! —exclamó Fouquet.

Pellisson se encogió de hombros.

—¡Es el demonio! —dijo por lo bajo a Fouquet.

—¡Precisamente...! Sería delicioso reparar con el dinero de ese demonio el mal que por mí se ha causado un ángel.

Pellisson miró con aire de sorpresa a Fouquet, cuyas ideas se fijaron desde entonces en un nuevo objeto.

—¿Qué tal mi negociación? —preguntó La Fontaine.

—¡Admirable, querido poeta!

—Sí —dijo Gourville—; pero no hay cosa más frecuente que oír hablar de comprar caballo a quien no tiene ni con qué pagar la brida.

—Vanel se desdeciría si le cogiesen la palabra —continuó el abate Fouquet.

—No lo creo —dijo La Fontaine.

—¡Qué sabéis!

—Es que aún ignoráis el desenlace de mi historia.

—¡Ah! Pues si hay ya desenlace, ¿a qué andar con rodeos?

—*Semper ad adventum*. ¿No es cierto? —dijo Fouquet en el tono de un gran señor que se engolfa en barbarismos.

Los latinistas aplaudieron.

—Mi desenlace —dijo La Fontaine—, es que Vanel, ese temible pájaro negro, sabiendo que venía yo a Saint-Mandé, me suplicó que le permitiese acompañarme.

—¡Hola, hola!

—Y le presentase, si era posible, a monseñor.

—¿Y qué?

—De modo que está ahí en la cespedera de Bel-Air.

—Como un escarabajo.

—Sin duda, decis eso por las antenas, ¿no es así Gourville, chistoso, desgraciado? ¿Y qué se hace, señor Fouquet?

—No es justo que el esposo de la señora Vanel se resfrie fuera de mi casa; id a buscarle, La Fontaine, puesto que sabéis dónde está.

—Ahora mismo voy.

—Yo os acompañaré —dijo Gourville—, y traeré los sacos.

—Nada de chocarrerías —dijo gravemente Fouquet—. Tratemos el negocio con seriedad, si es que hay negocio. Ante todo, seamos hospitalarios.

—Disculpadme, La Fontaine, con ese buen hombre, y decide que siento en el alma haberle hecho esperar, pero que ignoraba que estuviese ahí.

La Fontaine había salido ya, y no fue poca fortuna que Gourville le acompañase, pues el poeta, absorto del todo en sus números, equivocaba ya el camino y corría hacia Saint-Maur.

Un cuarto de hora después fue introducido el señor Vanel en el despacho del señor superintendente, aquel mismo despacho cuya descripción y comunicaciones dimos al principio de esta historia.

Al verle pasar Fouquet, llamó a Pellisson y le habló unas palabras al oído.

—Retened bien lo que os voy a encargar —le dijo—: que toda la plata, vajilla y alhajas sean empaquetadas en el carroaje. Tomad los caballos negros, y que os acompañe el platero; retrasad la comida hasta que llegue la señora de Bellière.

—Habrá que avisarle —dijo Pellisson.

—Es inútil; yo me encargo de eso.

—Está bien.

—Id, amigo mío.

Pellisson partió, augurando mal, pero confiando, como todos los amigos

verdaderos, en la voluntad que lo dominaba. En esto está la fuerza de las almas grandes; la desconfianza es propia sólo de las naturalezas inferiores.

Vanel se inclinó, pues, en presencia del superintendente. Iba a comenzar su arenga.

—Sentaos, señor —le dijo cortésmente Fouquet—. Tengo entendido que deseáis obtener mi cargo.

—Monseñor...

—¿Cuánto podéis dar por él?

—A vos toca fijar la suma, monseñor. Sé que os han hecho ya ofrecimientos.

—Me han dicho que la señora Vanel lo aprecia en un millón cuatrocientas mil libras.

—Es todo cuanto poseemos.

—¿Podéis darmela la suma inmediatamente?

—No la traigo aquí —contestó ingenuamente Vanel, asustado de aquella naturalidad, de aquella grandeza, cuando esperaba entrar en luchas y regateos de traficante.

—¿Cuándo los tendréis?

—Cuando quiera, monseñor.

Y temblaba de que Fouquet se burlara de él.

—Si no fuese por la molestia de tener que volver a París, os diría que ahora mismo.

—¡Oh monseñor...!

—Pero —interrumpió el superintendente—, fijemos el pago y la firma para mañana por la mañana.

—Sea —replicó Vanel, atónito de lo que oía.

—A las seis? —dijo Fouquet.

—A las seis —dijo Vanel.

—¡Adiós, señor Vanel! Decid a la señora que soy su humilde servidor.

Y Fouquet se levantó. Entonces Vanel, a quien le afluía la sangre a los ojos y principiaba a perder la cabeza:

—¡Monseñor, monseñor! —dijo con seriedad—, ¿me dais vuestra palabra?

Fouquet volvió la cabeza.

—¡Pardiez! —dijo—. ¡Y vos? Vanel vaciló, tembló, concluyó por alargar tímidamente su mano. Fouquet abrió y adelantó noblemente la suya.

Aquella mano leal se impregnó por un segundo en el sudor de una mano hipócrita. Vanel apretó los dedos de Fouquet para persuadirse mejor.

El superintendente retiró dulcemente la suya.

—¡Adiós! —dijo.

Vanel retrocedió de espaldas hacia la puerta, precipitóse por las antesalas, y escapó.

## Capítulo XLVII

---

La vajilla y los diamantes de la señora de Bellière

Cuando hubo Fouquet despedido a Vanel, reflexionó un momento, y se dijo:  
«Nunca se podría hacer demasiado por la mujer a quien se amó. Margarita desea ser fiscala, ¿por qué no satisfacerle ese gusto? Ahora que la conciencia más escrupulosa no podría echarme nada en cara, pensemos únicamente en la mujer que me ama. La señora de Bellière debe estar ahí».

Y mostraba con el dedo la puerta secreta.

Abrió el corredor subterráneo, y se dirigió rápidamente hacia la comunicación establecida entre la casa de Vincennes y la suya.

Había olvidado advertir a su amiga con la campanilla, bien seguro de que ella nunca faltaba a la cita.

Efectivamente, la marquesa había llegado y esperaba.

El ruido que hizo el superintendente la advirtió, y corrió para recibir por debajo de la puerta el billete que pasó.

«Venid, marquesa; os esperan para comer».

Feliz y activa, la señora de Bellière se metió en su carroza en la avenida de Vincennes y llegó a tender su mano en la escalinata a Gourville, que, a fin de agradar más a su amo, acechaba su llegada en el patio.

La dama no había visto entrar, humeantes y llenos de espuma, a los caballos negros de Fouquet que traían a Saint-Mandé a Pellisson y al mismo platero a quien ella vendió su vajilla y sus joyas.

Pellisson introdujo a este hombre en el despacho de que aún no había salido Fouquet.

El superintendente dio las gracias al platero por haberse dignado guardarle como un depósito aquella riqueza que tenía derecho a vender, y echó una ojeada

sobre el total de las cuentas, que ascendían a un millón trescientas mil libras.

Sentándose después en su bufete, escribió un bono de un millón cuatrocientas mil libras, pagadero a la vista en su Caja antes de las doce del día siguiente.

—¡Cien mil libras de beneficio! —murmuró el platero—. ¡Ah, monseñor, qué generosidad!

—No, no, señor —dijo Fouquet dándole un golpecito en el hombro—, hay atenciones que no se pagan nunca. El beneficio es poco más o menos el mismo que hubierais podido sacar de otro modo; pero queda el interés de vuestro dinero.

Y, pronunciando estas palabras, desprendió de su manga un botón de brillantes, que el mismo platero había apreciado muchas veces en tres mil doblones.

—Tomad esto como recuerdo mío —dijo al platero—, y adiós; sois un hombre honrado.

—Y vos —respondió el platero profundamente conmovido—, sois un gran señor.

Fouquet hizo pasar al honrado platero por una puerta excusada; luego, fue a recibir a la señora de Bellière, a quién ya rodeaban todos los convidados.

La marquesa estaba siempre hermosa; pero aquella vez resplandecía.

—¿No encontráis, señores —dijo Fouquet—, que la señora tiene esta tarde una hermosura incomparable? ¿Sabéis por qué?

—Porque la señora es la más bella de las mujeres —dijo uno.

—No, sino porque es la mejor de todas ellas. Sin embargo...

—Sin embargo...? —dijo la marquesa sonriendo.

—Sin embargo, todas las joyas que trae la señora esta tarde son piedras falsas.

La dama ruborizóse.

—¡Oh, oh! —exclamaron todos los convidados—. Eso puede decirse sin temor de una mujer que tiene los más hermosos diamantes de París.

—¿Qué tal? —dijo por lo bajo Fouquet a Pellisson.

—Sí, he comprendido ya —repuso éste—, y habéis hecho bien.

—¿Qué satisfacción siente uno? —dijo sonriendo el superintendente.

—Monseñor está servido —exclamó majestuosamente Vatel.

El tropel de convidados precipitóse menos lentamente de lo que se acostumbraba en las fiestas ministeriales hacia el comedor, donde les aguardaba un espectáculo magnífico.

Sobre los armarios, sobre los aparadores, sobre la mesa, en medio de las flores y de las luces, brillaba hasta ofuscar la vista la vajilla de oro y plata más soberbia que pudiera verse; era un resto de aquellas antiguas magnificencias que los artistas florentinos, llevados por los Médicis, habían esculpido y fundido para los aparadores de los señores, cuando había oro en Francia; estas maravillas ocultas, sepultadas durante las guerras civiles, habían reaparecido tímidamente

en las intermitencias de esa guerra de buen gusto, que se llamaba la Fronda, cuando los señores, batiéndose contra los señores, se mataban, pero no cometían pillaje. Toda aquella vajilla estaba marcada con las armas de la señora de Bellière.

—¡Cómo! —exclamó La Fontaine—, una P y una B.

Pero lo que había de más curioso, era el cubierto de la marquesa, en el sitio que le había designado Fouquet: junto a él, se elevaba una pirámide de diamantes, de zafiros, de esmeraldas, de camafeos antiguos: la sardónica grabada por los antiguos griegos del Asia Menor con sus monturas de oro de Misian, los curiosos mosaicos de la antigua Alejandría montados en plata, y los brazaletes macizos del Egipto de Cleopatra, llenaban un ancho plato de Palissy, sostenido por un trípode de bronce dorado, esculpido por Benvenuto.

La marquesa palideció al ver lo que no creía volver a ver jamás. Un profundo silencio, precursor de vivas emociones, ocupaba a la impaciente concurrencia.

Fouquet no hizo ni una seña para alejar a todos los sirvientes llenos de bordados, que corrían como solicitas abejas en rededor de los vastos aparadores y mesas de servicio.

—Señores —dijo—, esta vajilla que veis pertenecía a la señora de Bellière, que cierto día, viendo apurado a uno de sus amigos, envió todo este oro y toda esta plata a casa del orfebre, con toda esa masa de joyas agrupadas delante de ella. Esta hermosa acción de una amiga debe ser comprendida por amigos tales como vosotros. ¡Feliz el hombre que así se ve amado! Bebamos a la salud de la señora de Bellière.

Una inmensa aclamación cubrió estas palabras e hizo caer sobre su asiento, muda y pasmada, a la pobre mujer, que acababa de perder el sentido, semejante a los pájaros de Grecia, que atraviesan el cielo por encima de la arena de Olimpia.

—Y ya que toda virtud commueve, y toda belleza encanta —añadió Pellisson—, bebamos también un poco por aquel que inspiró la hermosa acción de la señora, pues semejante hombre debe ser digno de ser amado.

La marquesa se levantó entonces, pálida y risueña, y alargó un vaso con desfallecida mano, cuyos dedos trémulos rozaron los de Fouquet, en tanto que sus ojos lánguidos buscaban todo el amor que ardía en aquel corazón generoso.

Comenzada de esta manera heroica, pronto convirtióse la comida en una fiesta, y nadie se ocupó ya de tener ingenio, pues a nadie le faltaba.

La Fontaine olvidó su vino de Gorgoy, y permitió a Vatel que lo reconciliara con los vinos del Ródano y de España.

El abate Fouquet se hizo tan bueno, que Gourville le dijo:

—Cuidado, señor abate, que si os hacéis tan tierno, os comerán. Las horas transcurrieron así gozosas y derramando rosas sobre los convidados. Contra su

costumbre, el señor superintendente no se levantó de la mesa antes de los últimos postres.

Sonreía a la mayor parte de sus amigos, alegre como se está cuando se ha embriagado el corazón antes que la cabeza, y por vez primera miró entonces el reloj.

De pronto rodó un carro en el patio, y ¡cosa extraña!, se le oyó en medio del ruido y de las canciones.

Fouquet aplicó el oído, y después dirigió la vista hacia la antesala.

Parecióle que un paso resonaba allí, y que este paso, en vez de hollar en el suelo, pesaba sobre su corazón.

Instintivamente retiró su pie del de la señora de Bellière que apoyaba contra el suyo hacía dos horas.

—El señor de Herblay, obispo de Vannes —exclamó el ujier.

Y el rostro sombrío y pensativo de Aramis apareció en el umbral, entre los restos de dos guirnaldas, cuyos hilos acababa de romper la llama de una bujía.

## Capítulo XLVIII

---

### El resguardo del señor Mazarino

Fouquet habría exhalado un grito de alegría al divisar a un nuevo amigo, si el aire glacial y la mirada distraída de Aramis no le hubieran hecho recobrar toda su reserva.

—Venís a ayudarnos a tomar los postres —preguntó, sin embargo—. ¿No os asustaréis de todo este ruido que armamos con nuestras locuras?

—Monseñor —replicó respetuosamente Aramis—, principio por pediros me disculpéis de haber venido a turbar vuestra alegre reunión, y os suplicaré que, después de los placeres, me concedáis una breve audiencia para tratar de negocios.

Como la palabra negocios hiciera aguzar el oído a algunos epicúreos, se levantó Fouquet.

—Los negocios ante todo, señor de Herblay —le dijo—; felices nosotros cuando los negocios llegan sólo al fin de la comida.

Y, diciendo esto, tomó de la mano a la señora de Bellière, que le miraba con una especie de inquietud, y la condujo al salón inmediato, donde la dejó confiada a los más razonables de la reunión.

Después, cogiendo a Aramis del brazo, entraron ambos en el despacho.

Aramis, olvidando allí el respeto y la etiqueta, se sentó.

—A ver si acertáis —dijo— a quién he visto esta tarde.

—Mi querido caballero, siempre que empezáis de ese modo, estoy seguro de oír alguna cosa desagradable.

—Pues por esta vez tampoco os equivocáis, mi querido amigo —replicó Aramis.

—No me hagáis languidecer —añadió flemáticamente Fouquet.

—Pues he visto a la señora de Chevreuse.

—¿La vieja duquesa?

—Sí.

—O su sombra.

—No; una vieja loba.

—¿Sin dientes?

—Es posible, pero no sin garras.

—¿Y por qué me ha de querer mal? No soy avaro con las mujeres que no se la echan de mojigatas, y ésta es una cualidad que estiman hasta las que no se atreven ya a provocaros el amor.

—Demasiado sabe la señora de Chevreuse que no sois avaro, supuesto que quiere sacaros dinero.

—¡Hola! ¡Bajo que pretexto?

—¡Oh! Jamás le faltan pretextos. Veréis lo que dice.

—Ya escucho.

—Parece que la duquesa posee muchas cartas del señor Mazarino.

—No me extraña; el prelado era galante.

—Sí; pero esas cartas nada tienen que ver, según dice, con los amores del prelado. Tratan de asuntos de Hacienda.

—Entonces es menor su interés.

—¿No sospecháis algo de lo que quiere decir?

—Ni lo más mínimo.

—¿No habéis oído hablar jamás de una acusación de malversación de fondos?

—Mil veces, querido Herblay: desde que estoy mezclado en los negocios no he oído hablar de otra cosa. Pasa lo mismo que con vos, que, cuando obispo, os echan en cara vuestra impiedad; cuando mosquetero, vuestra cobardía; lo que se imputa siempre a un ministro de Hacienda es que roba las rentas.

—Bien, pero precisemos el hecho, porque el señor Mazarino lo precisa, como dice la duquesa.

—Vamos a ver qué precisa.

—Algo así como una cantidad de trece millones, cuya inversión no os sería fácil probar.

—¡Trece millones! —dijo el superintendente estirándose en su sillón a fin de levantar mejor la cabeza hacia el techo—. ¡Trece millones...! Ya veis que los ando buscando entre todos los que me acusan de haberlos robado.

—No os riais, mi querido señor, que el asunto es grave. Es positivo que la duquesa tiene cartas, y que esas cartas deben de ser buenas en atención a que quería venderlas en quinientas mil libras.

—¡Menuda calumnia puede conseguirse por ese precio...! —respondió Fouquet—. ¡Ay! Ya sé lo que queréis decir.

Fouquet se echó a reír de buena gana.

—¡Tanto mejor! —dijo Aramis algo tranquilizado.

—Ahora recuerdo esa historia de los trece millones...

—Me alegro infinito, veamos.

—Figuraos, amigo, que el señor Mazarino, que en paz descansó, dio un día ese beneficio de trece millones sobre una concesión de tierras que se litigaban en la Valtelina; los anuló en el registro de ingresos, me los envió, e hizo que se los diese para gastos de guerra.

—Entonces está justificada su inversión.

—No; el cardenal los hizo colocar a mi nombre, y me envió el descargo.

—¿Y la conserváis?

—Ya lo creo —dijo Fouquet levantándose para acercarse a los cajones de su vasta mesa de ébano, incrustada de nácar y oro.

—Lo que más me asombra en vos —dijo Aramis encantado—, es, en primer lugar, vuestra memoria, luego vuestra sangre fría, y por último, el orden perfecto que reina en vuestra administración, siendo, como sois, verdaderamente el poeta por excelencia.

—Sí —dijo Fouquet—; tengo orden por efecto de la misma pereza, por ahorrarme de buscar. Así, pongo por caso, sé que el recibo de Mazarino está en el tercer cajón, letra M, y no tengo más que abrirla para poner la mano sobre el papel que necesito. A obscuras podría encontrarlo.

Y tocó con mano segura el legajo de papeles amontonados en el cajón abierto.

—Hay más —prosiguió—, y es que me acuerdo de ese papel como si lo estuviera viendo; es fuerte, un poco arrugado y dorado por el canto. Mazarino había echado un borrón en el número de la fecha... ¡Vaya! —continuó—; parece que el papel ha conocido que se ocupan de él y le necesitan, según lo que se oculta y se rebela.

Y el superintendente miró dentro del cajón.

Aramis habiéase levantado.

—¡Es extraño! —dijo Fouquet.

—Sin duda no es fiel vuestra memoria, señor Fouquet; buscad en otro legajo. Fouquet tomó el legajo y lo recorrió otra vez; luego, palideció.

—No os obstinéis en registrar ese legajo; buscad otro.

—Inútil, inútil; jamás me he equivocado, y nadie sino yo arregla esta clase de papeles ni abre este cajón, al que, como veis, he hecho poner además un secreto que sólo yo conozco.

—¿Y qué deducís de eso? —preguntó alarmado Aramis.

—Que me han robado el recibo de Mazarino. Razón tenía la señora de Chevreuse, caballero; he malgastado los fondos públicos; he robado trece millones a las arcas del Estado; soy un ladrón, señor de Herblay.

—No os incomodéis, señor Fouquet, no os exaltéis.

—¿Por qué no exaltarme, caballero? El motivo bien vale la pena. Un proceso, una buena sentencia, y vuestro amigo, el señor superintendente, puede seguir a su colega Enguerrando de Maligny y a su predecesor Samblancat.

—¡Oh! —repuso sonriendo Aramis—. No tan aprisa.

—¿Cómo no tan aprisa? ¿Qué os parece que habrá hecho la señora de Chevreuse de esas cartas? Porque las habréis rehusado, ¿no es verdad?

—¡Oh! Sí que las he rehusado y categóricamente. Supongo que habrá ido a venderlas al señor Colbert.

—Pues bien, ya lo veis.

—He dicho que lo suponía, y debía haber dicho que estaba seguro de ello, pues hice seguir a la señora de Chevreuse, y, al separarse de mí volvió a su casa, salió después por una puerta trasera y se fue a casa del señor intendente, calle de Croix-des-Petits-Champs.

—Entonces, habrá proceso, escándalo, deshonra, que caerá como el rayo, ciega y brutalmente.

Aramis se aproximó a Fouquet, que estaba trémulo en su sillón, al lado de los cajones, y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo en tono afectuoso:

—No olvidéis jamás que la posición del señor Fouquet no puede compararse a la de Samblancat o Marigny.

—¿Y por qué no?

—Porque el proceso contra esos ministros se instruyó completamente, y la sentencia fue ejecutada, mientras que respecto de vos no puede eso tener lugar.

—¿Y por qué?, vuelvo a repetir: en todo tiempo, un concussionario es un criminal.

—Los criminales que saben hallar un lugar de asilo, no están nunca en peligro.

—¿Y qué queréis, que huya? —No os hablo de tal cosa; indudablemente olvidáis que esa clase de procesos son evocados por el Parlamento, e instruidos por el fiscal general, y que vos sois fiscal general. Ya veis que a menos que os queráis condenar a vos mismo...

—¡Oh! —exclamó de pronto Fouquet, pegando con el puño en la mesa.

—¿Qué hay? ¿Qué es eso?

—Que no soy ya fiscal general. Aramis, a su vez, palideció hasta ponerse lívido, apretó con fuerza los puños, y con un mirar extraño, que aterró a Fouquet:

—¿No sois ya fiscal general? —exclamó acentuando cada sílaba.

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas cinco horas.

—Mirad lo que decís —interrumpió con frialdad Aramis—, que creo que no estás en el pleno uso de vuestra razón, querido; reponeos.

—No hay más —replicó Fouquet—, sino que hace poco vino uno a ofrecerme de parte de un amigo un millón cuatrocientas mil libras por mi cargo y lo he vendido.

Aramis se quedó aturdido; su fisonomía inteligente y burlona tomó una expresión de sombrío espanto que causó más efecto en el superintendente que todos los gritos y todos los discursos del mundo.

—¿Tanta era la precisión que teníais de dinero? —dijo al fin.

—Sí, para pagar una deuda de honor.

Y contó en pocas palabras a Aramis la generosidad de la señora de Bellière y el modo como había creído corresponder a esa generosidad.

—¡Bellísima acción! —exclamó Aramis—. ¿Y cuánto os cuesta?

—Exactamente el millón cuatrocientas mil libras de mi cargo.

—¿Que habréis recibido en el acto, sin reflexionar? Indiscreto amigo.

—No las he recibido todavía, pero las recibiré mañana.

—¡Ah! ¿No está hecha la venta aún?

—Es lo mismo porque he dado al orfebre para las doce del día una libranza sobre mi Caja, donde deberá entrar el dinero del comprador esta tarde de seis a siete.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Aramis dando una palmada—. Nada hay concluido, puesto que no os han pagado.

—Pero ¡y el orfebre?

—Yo pondré en vuestras manos el millón cuatrocientas mil libras a las doce menos cuarto.

—Es que no sabéis aún una cosa; que he de firmar esta mañana a las seis.

—¡Oh! Yo os aseguro que no firmaréis.

—He dado mi palabra, caballero.

—Si la habéis dado, la recogeréis, y se acabó.

—¿Qué decís? —exclamó Fouquet con aire de profunda lealtad—. ¡Recoger Fouquet una, palabra dada!

Aramis respondió a la mirada casi severa del ministro con otra preñada de enojo.

—Señor —le dijo—, creo haber merecido el dictado de hombre honrado, ¿no es cierto? Bajo la casaca del soldado he arriesgado quinientas veces mi vida; bajo el traje de eclesiástico he prestado todavía mayores servicios a Dios, al Estado o a mis amigos. Una palabra vale lo que el hombre que la da. Cuando la cumple, es oro puro; cuando no quiere cumplirla, un cortante acero. Entonces defiéndese con esa palabra como con una arma de honor, en atención a que, cuando ese hombre de honor no la cumple, es porque está amenazado de muerte, pues corre más riesgos que beneficios puede reponer su adversario. Entonces, caballero, apela uno a Dios y a su derecho. Fouquet bajó la cabeza.

—Soy —dijo—, un pobre bretón, tenaz y humilde; mi entendimiento admira

y teme el vuestro. No diré que cumpla mis palabras por virtud; las cumplo, si así lo queréis, por rutina; pero, como quiera que sea, los hombres vulgares son demasiado simples para admirar esa rutina. Esta es quizás mi única virtud; dejadme conservarla intacta.

—¿Según eso, firmaréis mañana la venta de ese cargo, que os defendía contra todos vuestros adversarios?

—Firmaré.

—Y os entregaréis atado de pies y manos por un falso punto de honor, que desdefaría el casuista más escrupuloso?

—Firmaré.

Aramis exhaló un profundo suspiro, y miró a su alrededor con la impaciencia del hombre que quisiera romper algo.

—Aun nos queda un medio, y espero que no os negaréis a emplearlo.

—No me negaré si es leal... como todo lo que proponéis, querido amigo.

—No hay cosa más leal que una renuncia de parte del comprador. ¿Es amigo vuestro?

—Sí... Pero.

—Pues si me permitís manejar el negocio, no desespero aún.

—¡Oh! Sois enteramente dueño de hacerlo.

—Con quién habéis hecho el trato? ¿Qué clase de persona es?

—No sé si conocéis a los individuos del Parlamento.

—Conozco a muchos. ¿Es uno de los presidentes?

—No, un simple consejero.

—¡Ah! ¡Ah!

—Que se llama Vanel.

Aramis se puso encendido como la grana.

—¡Vanel! —exclamó levantándose—. ¡Vanel! ¿El marido de Margarita Vanel?

—Precisamente.

—¿De vuestra antigua querida?

—Sí, amigo mío, ha deseado ser fiscal general, y bien le debo eso al pobre Vanel. Todavía salgo ganando, pues hago en ello un obsequio a su mujer.

Aramis se aproximó a Fouquet, y le cogió la mano.

—¿Sabéis —dijo con aparente sangre fría— el nombre del nuevo amante de la señora Vanel?

—¡Ah! ¿Tiene un nuevo amante...? Pues no lo sabía, y por consiguiente ignoro su nombre.

—Pues se llama Juan Bautista Colbert; es intendente de Hacienda; y habita en la calle de Croix-des-Petits-Champs, adonde ha ido la señora de Chevreuse a llevar las cartas de Mazarino que quiere vender.

—¡Dios mío! —exclamó Fouquet limpiándose su frente bañada en sudor—.

¡Dios mío!

—Principiáis ya a comprender, ¿no es verdad?

—Que estoy perdido, sí.

—¿Y os parece que eso valga la pena de ser menos escrupuloso que Régulo en el cumplimiento de la palabra?

—No —contestó Fouquet.

—Estas gentes obstinadas —murmuró Aramis—, siempre hacen de modo que no se pueda por menos de admirarlas.

Fouquet le tendió la mano.

En aquel momento un rico reloj de concha, con figuras de oro, colocado sobre una consola frente a la chimenea, dio las seis de la mañana.

En el vestíbulo rechinó una puerta.

—El señor Vanel —dijo Gourville aproximándose a la puerta del despacho— pregunta si monseñor puede recibirla.

Fouquet apartó sus ojos de los de Aramis, y contestó:

—Haced pasar al señor Vanel.

## Capítulo XLIX

---

### La minuta del señor Colbert

L a entrada de Vanel en aquel instante, no fue otra cosa para Aramis y Fouquet que el punto que termina una frase.

Mas para Vanel, que llegaba, la presencia de Aramis en el despacho de Fouquet debía tener otra significación muy distinta.

Así fue que el comprador, al primer paso que dio en la habitación, fijó en aquella fisonomía, a la vez tan fina y enérgica del obispo de Vannes, una mirada de sorpresa, que muy pronto fue escrutadora. Respecto a Fouquet, verdadero hombre político, o lo que es lo mismo, dueño de sí mismo, había hecho ya desaparecer de su rostro, por la fuerza de su voluntad, las huellas de la emoción producida por la revelación de Ararais.

No era ya el hombre abatido por la desgracia y reducido a buscar expedientes. Antes bien, con la cabeza levantada, tendió una mano hacia Vanel para invitarle a entrar.

Era el primer ministro, y se hallaba en su casa.

Aramis conocía al superintendente. Toda la delicadeza de su corazón, toda su presencia de espíritu nada tenían que pudiera extrañarle. Limitóse, por tanto, momentáneamente, salvo el tomar después una parte muy activa en la conversación, al papel difícil del hombre que observa y escucha para saber y comprender.

Vanel estaba notablemente conmovido. Adelantándose hasta el medio del despacho saludando a todo y a todos:

—Vengo... —dijo.

Fouquet hizo cierta inclinación de cabeza.

—Sois exacto, señor Vanel —dijo.

—En los negocios, monseñor —replicó Vanel—, creo que la exactitud es una virtud.

—Sí, señor.

—Perdonad —interrumpió Aramis mostrando con el dedo a Vanel, y dirigiéndose a Fouquet—: perdonad; este caballero es el que se presenta a comprar vuestro cargo, ¿no es así?

—Yo soy —contestó Vanel, sorprendido del tono de suprema altivez con que Aramis había hecho la pregunta—. Pero ¿cómo deberé llamarle al que me hace el honor...?

—Llamadme monseñor —respondió con sequedad Aramis.

Vanel se inclinó.

—Vamos, señores —dijo Fouquet—; basta de ceremonias; vengamos al hecho.

—Ya ve monseñor —dijo Vanel—, que estoy esperando sus órdenes.

—Yo era, por el contrario, el que esperaba —replicó Fouquet.

—¿Y qué esperaba monseñor? —Pensaba que tal vez tendríais que decirme algo.

« ¡Oh, oh! —pensó—. El señor Fouquet ha reflexionado; estoy perdido» .

Pero, cobrando ánimo:

—Nada, señor —dijo—, nada absolutamente, más que lo que os dije ayer, y estoy pronto a repetiros.

—Vamos, hablad francamente, señor Vanel: ¿no es el trato algo pesado para vos? Decid.

—Cierto, monseñor; un millón quinientos mil libras es una cantidad considerable.

—Tan considerable —dijo Fouquet—, que yo había reflexionado...

—¿Habéis reflexionado, monseñor? —exclamó con viveza Vanel.

—Sí; que quizás no estaríais todavía en disposición de comprar.

—¡Oh, monseñor! —Tranquilizaos, señor Vanel, nunca os echaré en cara una falta de palabra, hija sólo de vuestra imposibilidad.

—Si tal, monseñor, me la echaríais en cara, y con razón —dijo Vanel—; porque es propio de un imprudente o de un loco meterse en compromisos que no puede cumplir, y yo he considerado siempre una cosa pactada como cosa hecha.

Fouquet se sonrojó. Aramis dejó escapar un hum de impaciencia.

—Preciso es, sin embargo, no exageraros esas ideas, señor —dijo el superintendente—, porque el espíritu del hombre es variable y está lleno de caprichitos muy excusables, muy respetables a veces; y quien ayer deseó una cosa, mañana se arrepiente de ello.

Vanel sintió correrle un sudor frío por la frente y las mejillas.

—¡Monseñor! —balbució.

En cuanto a Aramis, gozoso de ver al superintendente situarse con tanta

claridad en el debate, se acodó en el mármol de una consola, y comenzó a jugar con un cuchillito de oro con mango de malaquita.

Fouquet recapacitó por breve rato; y enseguida:

—Venid, mi querido señor Vanel —dijo—; voy a explicar la situación. Vanel se estremeció.

—Sois hombre galante —prosiguió Fouquet— y, como yo, comprenderéis. Vanel titubeó.

—Ayer quería vender.

—Monseñor hizo más que querer —interrumpió Vanel—; monseñor vendió.

—Bien, sea así; pero hoy os pido como un obsequio que me devolváis la palabra que os di ayer.

—Esa palabra me la disteis ya —dijo Vanel como inflexible eco.

—Lo sé, y por eso, señor Vanel, os ruego... ¿lo oís? os ruego que me la devolváis...

Fouquet se detuvo. La frase os ruego, cuyo efecto inmediato no veía, acababa de desgarrarle la garganta a su paso.

Aramis, jugando siempre con su cuchillo, fijaba en Vanel unas miradas que parecían penetrar hasta el fondo de su alma.

Vanel se inclinó.

—Monseñor —dijo—, mucho me commueve el honor que me hacéis de consultarme sobre un hecho consumado; pero...

—No añadáis pero alguno, mi estimado señor Vanel.

—¡Ay! Monseñor, reflexionad que traigo el dinero, es decir, la cantidad.

Y abrió una gran cartera.

—Mirad, monseñor: aquí tenéis el contrato de la venta que acabo de hacer de unas tierras de mi mujer. La libranza está autorizada y revestida de todas las firmas precisas para ser pagada a la vista: es dinero contante; el negocio está hecho en una palabra.

—Mi estimado señor Vanel, no hay negocio en el mundo, por importante que sea, que no pueda deshacerse... en obsequio...

—Ya lo sé —dijo con mal gesto Vanel.

—En obsequio de un hombre que será así amigo vuestro —continuó Fouquet.

—Lo sé, monseñor...

—Con tanto más motivo, señor Vanel, cuanto más considerable sea el servicio. Conque vamos, caballero, ¿qué resolvéis?

Vanel guardó silencio.

Mientras tanto, Aramis había resumido sus observaciones.

El rostro enjuto de Vanel, sus órbitas hundidas, sus cejas redondas como arcos, habían revelado a Aramis un tipo de avaro y ambicioso. Batir en brecha una pasión por medio de otra, tal era el método de Aramis; vio a Fouquet vencido, desmoralizado, y se arrojó en la lucha con armas nuevas.

—Perdonad, monseñor —dijo—, habéis olvidado hacer comprender al señor Vanel que sus intereses están en abierta oposición con la renuncia de la venta.

Vanel miró al prelado con sorpresa, no esperando hallar en él un auxiliar. Fouquet se detuvo también para escuchar al obispo.

—Tenemos —prosiguió Aramis—, que el señor Vanel, para comprar vuestro cargo, monseñor, ha vendido unas tierras de su señora esposa. Está bien: ¡esto es un negocio! Y no se reúnen, como lo ha hecho, un millón quinientas mil libras sin notables pérdidas ni graves apuros.

—Así es —dijo Vanel, a quien Aramis, con sus miradas, arrancaba la verdad de lo íntimo de su corazón.

—Los apuros —prosiguió Aramis—, se resuelven en gastos, y cuando se hace un gasto de dinero, los gastos de dinero colócanse en el número uno entre las cargas.

—Sí, sí —dijo Fouquet, que empezaba a comprender las intenciones de Aramis.

Vanel quedó mudo, había comprendido también.

Aramis advirtió aquella frialdad y aquella reserva.

« Bueno: mal gesto —dijo entre sí—; te haces el discreto hasta que conozcas la cantidad; pero no temas, que voy a echarte tal carretada de escudos, que no podrás menos de capitular» .

—Ofrezco, por consiguiente, en el acto, al señor Vanel, cien mil escudos —dijo Fouquet, arrastrado por su generosidad.

La cantidad era bellísima. Hasta un príncipe se habría contentado con semejante indemnización. Cien mil escudos en aquella época constituían el dote de una hija de rey. Vanel no pestañeó siquiera.

« Es un pillo —pensó el obispo—; quiere las quinientas mil libras redondas» .

E hizo una seña a Fouquet.

—Parece que habéis gastado más que eso, querido señor Vanel —dijo el superintendente—. ¡Oh! El dinero es lo de menos; sí, habréis hecho un sacrificio vendiendo esas tierras. ¿Dónde tendría yo la cabeza? Voy a firmaros una libranza por quinientas mil libras, y aún os quedaré sumamente agradecido.

Vanel no dejó entrever ningún vislumbre de alegría o de deseo. Su fisonomía permaneció impasible, y no movió ni siquiera un solo músculo de su rostro.

Aramis envió a Fouquet una mirada de desesperación, y luego, acercándose a Vanel, lo cogió por lo alto de la ropilla con el gesto familiar a los hombres de gran importancia.

—Señor Vanel —dijo—, no es la incomodidad ni el empleo del dinero, ni la venta de vuestras tierras lo que os ocupa; es otra idea más importante. Lo comprendo. Notad bien lo que os digo.

—Sí, monseñor.

Y el desventurado empezó a temblar, devorado por el fuego de los ojos del

prelado.

—Os ofrezco, por tanto, yo, en nombre del superintendente, no trescientas mil libras, no quinientas mil libras, sino un millón. Un millón, ¿oís?

Y le sacudió nerviosamente.

—¡Un millón! —repitió Vanel palideciendo.

—Un millón, o lo que es lo mismo, en los tiempos que corren, sesenta y seis mil libras de renta.

—Vamos, señor —dijo Fouquet—; eso no se rehusa. Responded, pues, ¿aceptáis?

—Imposible... —murmuró Vanel.

Aramis se mordió los labios, y algo como una nube blanca pasó por su fisonomía.

Detrás de aquella nube adivinábbase el rayo. Aramis no soltaba a Vanel.

—Habéis comprado el cargo en un millón quinientas mil libras, ¿no es verdad? Pues bien, se os darán ese millón y quinientas mil libras, y habréis ganado millón y medio con venir a ver al señor Fouquet y apretarle la mano. Honra y provecho a la vez, señor Vanel.

—No puedo —respondió Vanel sordamente.

—¡Bien! —respondió Aramis, que tenía de tal suerte apretada la ropilla, que en el momento de soltarla, tuvo Vanel que dar unos cuantos pasos hacia atrás, empujado por la commoción—. Claramente vemos ya lo que habéis venido a hacer aquí.

—Sí, claro está que se ve —dijo Fouquet.

—Pero... —dijo Vanel, tratando de sobreponerse a la debilidad de aquellos dos hombres pondonorosos.

—¡Parece que el tunante levanta la voz! —dijo Aramis en tono de emperador.

—¿El tunante? —replicó Vanel.

—Miserable, quise decir —añadió Aramis recobrando su sangre fría—. Vamos, sacad pronto vuestra escritura de venta, caballero; debéis traerla preparada en cualquier bolsillo, como el asesino oculta su pistola o su puñal bajo la capa. Vanel refunfuñó.

—Basta! —gritó Fouquet—. ¡Veamos la escritura!

Vanel registró temblequeando en su bolsillo; sacó de él su cartera, y de la cartera se desprendió un papel, mientras que Vanel presentaba el otro a Fouquet.

Aramis se echó encima del papel caído, cuya letra había reconocido.

—Perdonad, es la minuta de la escritura —dijo Vanel.

—Bien lo veo —replicó Aramis con sonrisa más terrible, que si hubiese sido un latigazo—; y lo que más me sorprende es que esa minuta esté escrita de puño y letra del señor Colbert. Mirad, monseñor, mirad.

Y entregó la minuta a Fouquet, quien se convenció de la verdad del hecho.

Aquel escrito, lleno de tachones, de palabras adicionadas con las márgenes ennegrecidas, aquel escrito, testimonio contundente de la trama de Colbert, acababa de revelarlo todo a la víctima.

—¿Y qué hacemos? —murmuró Fouquet.

Vanel, aterrado, parecía buscar un agujero para sumirse en él.

—Si no os llamaseis Fouquet —dijo Aramis—, y si vuestro enemigo no se llamase Colbert; si no tuvieseis que habéroslas más que con este infame ladrón, os diría: negad... una prueba tal destruye toda palabra; pero esas gentes creerían que teníais miedo, y os temerían menos. Tomad, monseñor.

Y le presentó la pluma. Fouquet apretó la mano a Aramis, mas, en vez de la escritura que le presentaban, cogió la minuta.

—No; ese papel no —dijo vivamente Aramis—: éste. El otro es demasiado precioso para que no le guardéis.

—¡Oh! No —dijo Fouquet—; firmaré en la minuta misma del señor Colbert, y escribiré: «aprobada la escritura».

Luego firmó.

—Tomad, señor Vanel —dijo. Vanel cogió el documento, dio su dinero, y trató de escapar.

—¡Un momento! —dijo Aramis—. ¿Estás bien cierto de que viene todo el dinero? Eso se cuenta; sobre todo cuando es dinero que el señor Colbert da a las mujeres. ¡Oh, no es tan bondadoso como el señor Fouquet, el digno señor Colbert!

Y Aramis, deletreando cada sílaba de la libranza, destiló toda su cólera y todo su desprecio gota a gota sobre el miserable, que sufrió medio cuarto de hora de suplicio. Luego le despidió, no con palabras, sino con un gesto, como se despide a un palurdo o se echa a un lacayo.

Luego que partió Vanel, el ministro y el prelado, mirándose fijamente uno a otro, permanecieron en silencio por un momento.

—Vamos —dijo Aramis, rompiendo el silencio—. ¿a qué puede compararse un hombre que teniendo que combatir a un enemigo pertrechado, armado y furioso, se entrega desnudo, arroja sus armas y envía graciosas sonrisas a su enemigo? La buena fe, señor Fouquet, es un arma de que se sirven con frecuencia los malvados contra los hombres honrados, y con muy buen éxito. Los hombres honrados deberían servirse igualmente de la mala fe contra los bribones. Ya veríais cómo entonces serían fuertes sin dejar de ser honrados.

—Diríase que sus actos eran acciones de pillos —replicó Fouquet.

—No lo creáis; se llamaría a eso la coquetería de la probidad; en fin, supuesto que ya habéis terminado con ese Vanel; puesto que os habéis privado del placer de con fundirle negándole vuestra palabra; puesto que habéis dado contra vos mismo la única arma que puede perderos...

—¡Ay, amigo mío —exclamó Fouquet con tristeza—; hacéis ni más ni menos

lo que el preceptor filósofo de que nos hablaba La Fontaine el otro día, el cual se hallaba viendo a un niño que se ahogaba, y le dirigió un discurso en tres puntos!

Aramis sonrió.

—Sabio preceptor, niño que se ahoga, todo eso está bien; pero niño que se salvará, ya lo veréis. Vamos ahora a hablar de negocios.

Fouquet miróle con aire de sorpresa.

—¿No me hablasteis hace días de cierto proyecto de dar una fiesta en Vaux?

—¡Ay! —dijo Fouquet—. Eso era en mejores tiempos.

—¿Una fiesta a la que creo se había convocado el rey a sí mismo?

—No, mi amado prelado, una fiesta a la que el señor Colbert aconsejó al rey que se convidara.

—¡Ah, si! Contando con que la fiesta sería demasiado costosa para que quedarais arruinado.

—Así es. En mejores tiempos, como os decía, poco ha, tenía el orgullo de mostrar a mis enemigos la fecundidad de mis recursos, de asustarlos creando millones donde ellos no veían más que bancarrotas posibles. Mas, hoy,uento con el Estado, con el rey, conmigo mismo; hoy voy a ser ya el hombre de la tacañería; verá el mundo que manejo las rentas del Estado como si fueran sacos de doblones, y, desde mañana, mis trenes serán vendidos, mis casas embargadas, mis gastos reducidos...

—Desde mañana —interrumpió Aramis tranquilamente—, vais, querido, a ocuparos sin descanso de esa hermosa fiesta de Vaux, que habrá de ser citada algún día entre las heroicas magnificencias de vuestros buenos tiempos.

—Estás loco, caballero de Herblay.

—¿Yo? No hay tal cosa.

—Pero ¿sabéis lo que puede costar una fiesta, por humilde que sea, en Vaux...? De cuatro a cinco millones.

—No os hablo de una fiesta sencilla, mi querido superintendente.

—Dándose la fiesta al rey —repuso Fouquet, que no comprendía el pensamiento de Aramis—, no puede ser sencilla.

—Así es; por eso tiene que ser de la mayor grandeza.

—Entonces me costará diez a doce millones.

—Aun cuando os cueste veinte, si es necesario —dijo Aramis con la mayor calma.

—¿Y de dónde los he de sacar? —exclamó Fouquet.

—Eso es cuenta mía, señor superintendente, y no tengáis el menor recelo. Tendréis el dinero a vuestra disposición antes de que hayáis arreglado el plan de vuestra fiesta.

—¡Caballero, caballero! —exclamó Fouquet como poseído de un vértigo—. ¿Adónde queréis llevarme?

—Al otro lado del abismo en que ibais a caer —replicó el prelado de Vannes

—. Agarraos a mi capa, y no tengáis miedo.

—¡Por qué no me habéis dicho eso antes, Aramis? Hubo un día en que con un millón me habrías salvado.

—Mientras que hoy... Mientras que hoy tendré que dar veinte —dijo el prelado—. ¡Pues bien, sea...! Pero la razón es clara, amigo mío: el día de que me habláis no tenía yo a mi disposición el millón que se necesitaba, y hoy puedo proporcionar fácilmente los veinte millones que hacen falta.

—¡El Cielo os oiga y me salve! Aramis se sonrió de la manera particular que acostumbraba.

—El Cielo me oye siempre —dijo—, y quizá depende de que le suelo hablar muy alto.

—Me entrego a vos sin reserva —balbuceó Fouquet.

—Al contrario, yo sí que soy vuestro sin reserva. Por eso vos, que tenéis tanta elegancia, ingenio y delicadeza, arreglaréis la fiesta hasta en sus menores detalles... únicamente...

—¿Qué? —dijo Fouquet como hombre diestro en conocer el valor de los paréntesis.

—Al dejaros toda la invención de los pormenores, me reservo la inspección de la ejecución.

—Explicaos.

—Quiero decir que ese día haréis de mí un mayordomo, un intendente superior; una especie de factótum que participe de capitán de guardias y de la economía; haré andar a la gente y guardaré las llaves de las puertas; vos daréis vuestras órdenes, sí, peto las daréis a mí; pasarán por mi boca para llegar a su destino. ¿Comprendéis?

—No, no comprendo nada.

—Pero ¿aceptáis?

—¡Diantre! Sí, amigo mío.

—Es cuanto se necesita. Gracias, pues, y extended vuestra lista de invitados.

—¿Y a quién invitar?

—¡A todo el mundo!

## Capítulo L

---

Donde cree el autor que ya es hora de hablar nuevamente del vizconde de Bragelonne

El lector ha visto desarrollarse paralelamente en esta historia las aventuras de la generación nueva y las de la generación pasada.

Para éstos el reflejo de la gloria de otra época, la experiencia de las cosas dolorosas de este mundo. Para éstos también la paz que se apodera del corazón, y permite a la sangre adormecerse alrededor de las cicatrices que fueron terribles heridas.

Para aquéllos los combates de propia estimación y de amor; los pesares amargos y los goces inefables: la vida en vez de la memoria.

Si en los episodios de este relato ha encontrado el lector alguna variedad, la causa debe atribuirse a los fecundos matices que brotan de esa doble paleta, donde se hallan pareados y mezclados dos cuadros armonizando el tono severo y el tono risueño.

La quietud de las emociones del uno se encuentra en el seno de las emociones del otro. Después de razonar con los viejos, gusta delirar con los jóvenes.

Así es que, aunque los hilos de esta historia no anudaran muy fuertemente el capítulo que escribimos al que acabamos de escribir, no nos dan a más cuidado que el que le daba a Ruisdael el pintar un celaje de otoño después de terminar otro de primavera.

Invitamos al lector a que haga otro tanto y a seguir a Raúl de Bragelonne en el punto que le hemos dejado.

Asustado, o mejor, falto de razón y de voluntad, sin tomar partido alguno, huyó después de la escena cuyo final había presenciado en la habitación de La Vallière. El rey, Montalais, Luisa, aquel cuarto, aquella rara conclusión, aquel

dolor de Luisa, aquel espanto de Montalais, aquella cólera del rey, todo le presagiaba una desgracia. Pero ¿cuál?

De regreso de Londres porque le anunciaban un peligro, hallaba al primer golpe la apariencia de ese peligro. ¿No es eso ya demasiado para un amante? Lo era, pero no para un corazón noble, orgulloso de hacer gala de una rectitud igual a la suya.

Raúl no intentó buscar explicaciones adonde van a buscarla siempre los amantes celosos o menos timidos. No fue a decir a su amada: « Luisa, ¿ya no me amáis? Luisa, ¿jamás a otro? ». Raúl, lleno de valor y de amistad, como lo estaba de amor; escrupuloso observador de su palabra, y creyendo en la palabra de otro, pensó: « Guiche me ha escrito para avisarme; Guiche sabe algo; voy a preguntar a Guiche lo que sepa, y a referirle lo que he visto».

El trayecto no era largo. Trasladado Guiche hacia dos días desde Fontainebleau a París, principiaba a reponerse de su herida, y daba algunos paseos por su cuarto.

El conde exhaló un grito de júbilo al ver entrar a Raúl con su fuego de amistad.

Raúl dejó escapar un gritó de dolor al ver a Guiche tan flaco y triste. Dos palabras y el ademán que hizo el herido para apartar el brazo de Raúl, bastaron a éste para adivinar la verdad.

—Ahí tenéis —dijo Raúl poniéndose al lado de su amigo—; amar es morir.

—No —replicó Guiche—; no es morir, puesto que estoy en pie y os estrecho en mis brazos.

—¡Oh, yo me entiendo!

—Y yo también os entiendo. ¿Creéis que soy desgraciado, Raúl?

—¡Ay!

—No; soy el más dichoso de los hombres. Mi cuerpo, es verdad que sufre, pero no mi corazón ni mi alma. ¡Si supieseis...! ¡Oh! ¡Soy el más feliz de los hombres!

—¡Oh, tanto mejor! —contestó Raúl—. Tanto mejor, con tal que eso dure.

—Eso acabó; tengo ya para toda mi vida, Raúl.

—Vos, lo creo; mas ella... —Escuchad, querido, la amo... porque... Pero no me escucháis.

—Perdón.

—¿Estáis preocupado?

—Sí. Por vuestra salud, primero.

—No es eso.

—Querido, no creo que tengáis necesidad de interrogarme vos.

Y acentuó aquel vos de modo que pudiese ilustrar a su amigo sobre la naturaleza del mal y la dificultad del remedio.

—¿Me decís eso por lo que os he escrito?

—Sí; ¿deseáis que hablemos de ello después que hayáis terminado de manifestarme vuestras satisfacciones y vuestras penas?

—Querido amigo, ahora mismo, antes que todo.

—Gracias... Tengo una impaciencia que me consume... He llegado en menos tiempo que el que emplean los correos ordinariamente. Decidme, ¿qué queríais?

—Nada más que haceros venir, amigo.

—Pues ya estoy aquí.

—Está bien, entonces.

—Supongo que habrá algo más.

—No, a fe mía.

—¡Guiche!

—¡Por mi honor!

—No me habréis arrancado violentamente a la esperanza; no me habréis expuesto a la desgracia del rey con este regreso, que es una infracción de sus órdenes; no habréis infiltrado los celos en mi alma, si no hubieseis tenido que decirme algo más que: «Está bien, dormid tranquilo tilo».

—Yo no os digo: «dormid tranquilo», Raúl; pero, comprendedme bien, no quiero ni puedo deciros otra cosa.

—¡Oh amigo mío! ¡Por quién me tomáis!

—¿Cómo?

—Si sabéis algo, ¿por qué me lo ocultáis? Y si nada sabéis, ¿por qué me habéis avisado?

—Es verdad, hice mal. ¡Oh, bien me pesa, Raúl! Poco cuesta escribir a un amigo: venid. Mas tener a ese amigo enfrente, verle estremecerse con la esperanza de una palabra que no se atreve uno a pronunciar...

—¡Pronunciadla! ¡Tengo corazón, si a vos os falta! —exclamó Raúl desesperado.

—¡Cuán injusto sois, y cómo olvidáis que estáis hablando con un pobre herido, que es la mitad de vuestro corazón! Tranquilizaos. Yo os he dicho: «Venid». Vos habéis venido, y ahora os ruego que no preguntéis más a vuestro desventurado Guiche.

—Me habéis dicho que venga con la esperanza de que yo vería por mí mismo, ¿no es cierto?

—Pero...

—¡No titubeéis...! He visto.

—¡Ah! —murmuró. Guiche.

—O a lo menos, he creído...

—Ya veis que abrigáis dudas. Y si vos dudáis, mi buen amigo, ¿qué me queda que hacer?

—He visto a La Vallière turbada... a Montalais asustada... al rey...

—¿Al rey?

—Sí... Volvéis la cabeza... Ahí está el peligro, el mal: el rey es, ¿no es así?

—Nada digo.

—¡Oh! ¡Decís mil y mil veces más! ¡Hechos, por favor, por caridad, hechos! ¡Amigo mío, mi único amigo, hablad! Tengo el corazón traspasado, vertiendo sangre, y la desesperación me mata.

—Si así es, amigo Raúl —replicó Guiche—, me animáis a hablar, en la persuasión de que os diré cosas consoladoras en comparación de la desesperación que veo pintada en vuestro rostro.

—¡Ya os escucho!

—Pues bien —repuso el conde de Guiche—; puedo deciros lo que oiríais a cualquiera a quien preguntarais.

—¡A cualquiera! —exclamó Raúl—. ¡Pues qué, tanto se habla?

—Antes de decir eso, amigo mío, procurad saber primero de lo que pueden hablar. Os juro que no se trata de cosa alguna que en el fondo no sea muy inocente: quizás un paseo.

—¡Ah! ¡Un paseo con el rey?

—Sí, con el rey; pero me parece que el rey ha paseado ya muchas veces con damas, sin que por eso...

—Repite que no me hubierais escrito si ese paseo no hubiese tenido algo extraño.

—Conozco que durante la tempestad habría sido mejor para el rey buscar un abrigo que permanecer de pie con la cabeza descubierta en presencia de La Vallière... pero...

—Pero ¿qué?

—¡El rey es tan cortés!

—¡Oh! ¡Guiche, Guiche, me estáis matando!

—Pues callaré.

—No, continuad. ¡Ha habido otros paseos después de ése?

—No... es decir, sí; la aventura de la encina... pero no sé a punto fijo lo que ocurrió.

Raúl se levantó, y Guiche trató de hacer lo mismo, a pesar de su debilidad.

—Ya lo veis —dijo—; no añadiré ni una palabra más; quizás haya dicho demasiado, o demasiado poco. Otros os informarán, si pueden y quieren: mi deber era avisaros, y lo he hecho. Ahora, cuidad de vuestros negocios vos mismo.

—Preguntar? ¡Ay! no sois amigo mío cuando me habláis de ese modo —dijo el joven, desolado. El primero a quien pregunte será tal vez un malvado o un necio; si lo primero, me mentirá para atormentarme; si lo segundo, peor aún... ¡Ay, Guiche! Antes de dos horas habré tropezado con diez mentiras y diez duelos. ¡Salvadme! ¡No es mejor que sepa uno su mal?

—¡Pero si no sé nada, os digo! Yo estaba herido, con fiebre, sin conocimiento, y no tengo más que una idea vaga de todo eso. ¡Pera a qué andamos titubeando cuando tenemos ahí al hombre que necesitáis? ¡No sois amigo del señor de D'Artagnan?

—¡Oh! ¡Es verdad, es verdad!

—Pues avistaos con él. Sabrá daros luz, y no buscará el herir vuestros ojos. Un lacayo entró.

—¿Qué hay? —preguntó Guiche.

—Una persona aguarda al señor conde en el gabinete de las Porcelanas.

—Bien. Con vuestro permiso, querido Raúl. ¡Desde que ando, me siento tan animoso!

—Os ofrecería mi brazo, Guiche, si no adivinara que la persona es una mujer.

—Creo que sí —replicó Guiche sonriendo.

Y separóse de Raúl.

Este permaneció inmóvil, absorto, abrumado, como el minero sobre quien se desploma una bóveda, el cual, viéndose herido y vertiendo sangre, siente interrumpirse el pensamiento e intenta recobrarse y salvar su vida con su razón. Algunos minutos bastaron a Raúl para disipar el deslumbramiento de aquellas dos revelaciones. Había ya reanudado el hilo de sus ideas, cuando, súbitamente, a través de la puerta, creyó reconocer la voz de Montalais en el gabinete de las Porcelanas.

—¡Ella! —exclamó—. Sí, es su voz. Esa mujer podrá decirme la verdad; pero ¿la interrogaré aquí? Procura recatarse de mí; sin duda viene de parte de Madame. La veré en su habitación. Ella me explicará su espanto, su huida, los torpes manejos con que me han suplantado; ella me dirá todo eso... Luego que el señor de D'Artagnan, que lo sabe todo, me haya fortalecido el corazón. Madame... una coqueta... Sí, pero coqueta que ama en sus buenos momentos; coqueta que, como la muerte o la vida, tiene sus caprichos, pero que hace declarar a Guiche que es el más feliz de los hombres. Este, a lo menos, camina sobre rosas. ¡Vamos! Marchóse el joven de casa del conde, y fue a la de D'Artagnan, echándose en cara por el camino el no haber hablado a Guiche más que de sí propio.

## Capítulo LI

---

Bragelonne continúa sus interrogaciones

El capitán se hallaba de servicio; cumplía su semana, hundido en el sillón de cuero, la espuela hincada en el entarimado, la espada entre las piernas, leyendo una porción de cartas y retorciéndose el bigote.

D'Artagnan lanzó un gruñido de alegría al ver al hijo de su amigo.

—¡Raúl, hijo querido! —le dijo—. ¿Por qué casualidad te ha llamado el rey?

Estas palabras sonaron mal a oído del joven, que, sentándose, replicó:

—A fe que no lo sé. Lo que sé es que he venido.

—¡Hum! —dijo D'Artagnan doblando las cartas con una mirada llena de intención dirigida a su interlocutor—. ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Que el rey no te ha llamado, y, sin embargo, has vuelto? No entiendo bien eso. Raúl palideció, y no hacía más que dar vueltas a su sombrero con aire cortado.

—¿Qué diablo de rostro es ése que pones y a qué viene la conversación fúnebre que traes? —exclamó el capitán—. ¿Es que en Inglaterra se adquieren esas maneras? ¡Diantre! También he estado yo allí, y he vuelto alegre como un pinzón. ¿Hablarás?

—Tengo mucho que decir.

—Vamos, bien. ¿Cómo se halla tu padre?

—Perdonad, querido amigo; eso mismo os iba a preguntar.

D'Artagnan aumentó la intención de su mirada, a la que ningún secreto resistía.

—¿Tienes penas? —dijo.

—¡Caramba! Bien lo sabéis, señor de D'Artagnan.

—¿Yo?

—Sí, por cierto; no os hagáis de nuevas.

—No me hago de nuevas, amigo.

—Querido capitán, sé muy bien que me vencéis, tanto en talento como en fuerza. En este momento, ya lo veis, soy un tonto, nada. No tengo entendimiento ni brazo; no me despreciéis, ayudadme. En fin, soy el más miserable de los seres vivientes.

—¡Oh, oh! ¿Y por qué? —preguntó D'Artagnan desabrochándose el cinturón y dulcificando su sonrisa.

—Porque la señorita de La Vallière me engaña.

D'Artagnan no cambió de fisonomía.

—¡Te engaña...! ¡Esas son palabras mayores! ¿Quién te las ha dicho?

—Todo el mundo.

—¡Ah! Si todo el mundo lo ha dicho, necesario es que haya algo de verdad. Pero yo creo en el fuego cuando veo el humo. Esto es ridículo, pero así es.

—¡Según eso creéis! —exclamó vivamente Bragelonne.

—¡Ah! Si me coges por tu cuenta...

—De eso trato.

—Yo jamás me mezclo en esos asuntos; ya lo sabes.

—¡Cómo! ¡Con un amigo, con un hijo!

—Precisamente por eso; si fueses un extraño, te diría... no te diría nada.

—¿Cómo se halla Porthos, lo sabes?

—¡Señor —exclamó Raúl, estrechando la mano de D'Artagnan—, en nombre de la amistad que profesáis a mi padre...!

—¡Diablo! Estáis muy enfermo... de curiosidad.

—No de curiosidad, sino de amor.

—¡Bueno! Otra gran frase. Si estuvieses realmente enamorado, mi querido Raúl, sería ya otra cosa.

—¿Qué queréis decir?

—Digo, que si estuvieseis poseído de un amor tan serio que me hiciese creer que podía dirigirme a tu corazón... Mas no es posible.

—Os digo que amo desatinadamente a Luisa.

D'Artagnan leyó con sus ojos en el fondo del corazón d de Raúl.

—Imposible, repito... Tú eres como todos los jóvenes, y no estás enamorado, sino loco.

—Bien; y aun cuando eso fuese...

—Nunca hombre cuerdo ha logrado volver el juicio a un cerebro que lo haya perdido. En mil ocasiones de mi vida he visto estrellarse mis esfuerzos ante tal empresa. Me escucharías, y no me oirías; me oirías, y no me entenderías; me entenderías, y no me obedecerías.

—¡Oh! Probad a ver.

—Todavía digo más: si fuese bastante desventurado para saber alguna cosa, y bastante necio para comunicártela... ¿Dices que eres mi amigo, no es cierto?

—¡Oh, sí!

—Pues bien, me malquistaría contigo, porque no me perdonarías el haber destruido tu ilusión, según se dice en amor.

—¡Señor de D'Artagnan, todo lo sabéis, y me dejáis en la ansiedad, en la desesperación, en la muerte! ¡Eso es horrible!

—¡Hola!

—Bien sabéis que nunca acostumbro a gritar. Pero como mi padre y Dios no me perdonarían jamás que me saltase la tapa de los sesos de un pistoletazo, voy a hacerme contar por el primero a quien encuentre a mano lo que os negáis a decirme: le daré un mentís.

—Y le matarás. ¡Buen negocio!

—¡Tanto mejor! ¡A mí qué se me importa? Anda, hijo; mata, si encuentras placer en ello. Lo mismo me sucede contigo que con los que sufren dolor de muelas. Cuando éstos me dicen: « ¡Cuánto sufro; de buena gana mordería hierro! », yo les contesto: « Pues morded, amigos, morded, que el diente allí quedará ».

—Es que no mataré, señor —replicó Raúl; con aire sombrío.

—¡Oh, sí! Ahora está en moda ese estribillo: te harás matar, ¿no es cierto? ¡Vaya una linda salida! ¡Y por cierto que te echaré mucho de menos! Es bien seguro que no dejaré de decir en todo el día: ¡Buen necio era el joven Bragelonne! ¡Bestia por los cuatro costados! Después de haberme esforzado en enseñarte a llevar convenientemente una espada, ese necio ha ido a dejarse ensartar como un ave. Anda; Raúl, ve a hacerte matar, amigo mío.

No sé quién te habrá enseñado la lógica; pero ¡Dios me perdone! (como dicen los ingleses), sea quien sea, no ha hecho más que robar el dinero a tu padre.

Raúl, silencioso, dejó caer la cabeza entre las manos, y murmuró:

—¡No hay amigos, no!

—¡Bah! —dijo D'Artagnan.

No hay más que burlones o indiferentes.

—¡Chilindrinas! No soy burlón, por muy gascón que sea. En cuanto a indiferente, si lo fuese, hace ya un cuarto de hora que te habría enviado a todos los diablos; porque eres capaz de poner triste al hombre más jovial del mundo, y de matar al triste. ¡Pues qué, joven,quieres que vaya ahora a malquistarte con tu adorado tormento, y a execrar a las mujeres, que son el honor y la dicha de la vida humana?

—¡Señor, hablad, hablad, y os bendeciré!

—Pero, amigo, ¿crees que haya ido a meterme en la cabeza todas esas aventuras del carpintero y del pintor, de la escalera y del retrato, y cien mil cuentos más capaces de hacer dormir a un hombre de pie?

—¡Un carpintero! ¡Qué significa ese carpintero?

—No lo sé, a fe mía; he oido que ha habido de por medio un carpintero que

ha taladrado un suelo.

—¿En el cuarto de La Vallière?

—No sé dónde.

—¿En el del rey?

—¡Bueno! Si fuese en la habitación del rey, ahora te lo iba a decir, ¿no es verdad?

—¿En el cuarto de quién, entonces?

—Llevo una hora repitiéndote que lo ignoro.

—Pero, entonces, el pintor... y ese retrato...

—Parece que el rey ha mandado hacer el retrato de una dama de la Corte.

—¿De La Vallière?

—¡Siempre con el mismo nombre en la boca! ¿Quién te habla de La Vallière?

—Pues si no es ella, ¿cómo queréis que eso tenga para mí importancia alguna?

—Yo no afirmo que tenga o no importancia para ti. Pero me preguntas, y yo te respondo. Quieres saber la crónica escandalosa, y te doy cuenta de ella. Ahora, aprovéchate.

Raúl diose una palmada de desesperación en la frente.

—¡Esto es para morir! —dijo.

—Ya lo has dicho.

—Sí, es verdad.

Y dio un paso para alejarse.

—¿Adónde vas? —dijo D'Artagnan.

—A buscar a alguien que me diga la verdad.

—¿A quién?

—A una mujer.

—A la misma señorita de La Vallière, ¿no es así? —dijo D'Artagnan con una sonrisa—. ¡Famosa idea es ésa! Buscabas quien te consolase, y vas a serlo inmediatamente. Lo que es ella, no te hablará mal de sí propia: anda.

—Os engañáis, señor —replicó Raúl—; la mujer a quien pienso dirigirme me dirá mucho malo.

—Apuesto a que es Montalais.

—Sí, Montalais.

—¡Ah, su amiga! ¡Una mujer que, por esa misma razón, exagerará con pasión el bien o el mal! No hables a Montalais, mi buen Raúl.

—No es ésa la razón que os mueve a alejarme de Montalais.

—Pues bien, lo confieso. Y, en verdad, ¿por qué he de jugar contigo como el gato con un ratón? Me das pena, de veras. Si deseo que, en este momento, no hables a Montalais, es porque vas a entregar tu secreto y abusarán de él. Espera, si puedes.

—No puedo.

—¡Tanto peor! Mira, Raúl, si se me ocurriese alguna idea... Mas el caso es que no se me ocurre...

—Prometedme tener compasión, amigo mío, y eso me basta; por lo demás, dejadme salir del paso por mí solo.

—¡Ah, bien! ¿Que te deje en el pantano? Corriente; siéntate a esa mesa, y coge la pluma.

—¿Para qué?

—Para escribir a Montalais, y solicitarle una entrevista.

—¡Ah! —dijo Raúl abalanzándose a la pluma que le alargaba el capitán.

En aquel instante se abrió la puerta, y acercándose un mosquetero a D'Artagnan:

—Mi capitán —le dijo—, ahí está la señorita de Montalais, que desea hablaros.

—¿A mí? —murmuró D'Artagnan—. Que entre, y veré si es a mí a quien desea hablar.

El astuto capitán olfateaba con acierto.

Montalais, al entrar, vio a Raúl, y exclamó:

—¡Señor! Señor... Perdón, señor de D'Artagnan.

—Estáis perdonada, señorita —dijo el capitán—; sé que a mi edad, los que me buscan tienen necesidad de mí.

—Buscaba al señor de Bragelonne —dijo Montalais.

—¿Cómo! También yo os buscaba. Raúl, ¿no queríais ir con la señorita?

—Lo deseaba ardientemente.

—Pues andad.

Y empujó dulcemente a Raúl fuera del gabinete. Luego, tomando la mano a Montalais:

—Sed buena —le dijo en voz baja—: mirad por él y por ella.

—¡Ay! —replicó la joven con el mismo tono—. No soy yo quien le ha de hablar.

—Pues cómo?

—Es Madame quien le hace buscar.

—¡Ah, bien! —exclamó D'Artagnan—. ¡Es Madame...! Antes de una hora, el pobre mozo quedará curado.

—¡O muerto! —repuso Montalais con compasión—. ¡Adiós, señor de D'Artagnan!

Y corrió a reunirse con Raúl, que la esperaba lejos de la puerta, muy inquieto e intrigado por aquel diálogo que nada bueno presagiaba.

## Capítulo LII

---

### Dos que sienten celos

Los amantes son tiernos para todo lo que concierne a la bien amada. Apenas vio Raúl cerca de sí a Montalais, se apresuró a besarle la mano con ardor.

—¡Ay! —dijo tristemente la joven—. Colocáis muy al aire vuestros besos, mi amado caballero Raúl; os garantizo que no os producirán interés.

—¿Qué queréis decir...? ¡Me lo explicaréis, querida Aura?

—Madame os lo explicará todo. Tengo encargo de conduciros a su habitación.

—¡Pues qué...!

—Silencio, y no echéis esas miradas. Aquí las ventanas ven, y las paredes oyen. Hacedme el obsequio de no mirarme y de hablarle en voz alta de la lluvia, del buen tiempo y de las diversiones de Inglaterra.

—Pero...

—¡Ah...! Os aviso que en alguna parte, no sé dónde, debe estar Madame con los ojos abiertos y el oído alerta. Ya comprenderéis que no es cosa de querer yo que me despidan o me recluyan en la Bastilla. Hablemos, pues, o mejor, no hablemos.

Raúl apretó los puños, aceleró el paso, y tomó el aire de un hombre de valor, pero que marcha al suplicio.

Montalais, ojo alerta, ligero el paso y volviendo la cabeza en todas direcciones, le precedía.

Raúl fue introducido inmediatamente en el gabinete de Madame. «¡Vamos! —pensó—. Al fin se pasará el día de hoy sin llegar a saber nada. Guiche ha tenido demasiada compasión conmigo; se ha puesto de acuerdo con Madame, y los dos, por medio de una conspiración amistosa, alejarán la solución del problema. ¡Qué falta me hace aquí un buen enemigo...! Esa serpiente de

Wardes, por ejemplo. Certo es que mordería, pero al menos saldría yo de dudas... Dudar... dudar... ¡Más vale morir!».

Raúl estaba delante de Madame. Enriqueta, más encantadora que nunca, se hallaba medio recostada en un sillón, con sus lindos pies en un almohadón de terciopelo bordado; jugueteaba con un gatito de fino pelo, que le mordía los dedos y le arañaba las blondas de su cuello.

Madame meditaba; meditaba profundamente; de suerte que fue preciso la voz de Montalais y la de Raúl para sacarla de su ensimismamiento.

—¿Vuestra Alteza me ha hecho llamar? —repetía de nuevo Raúl. Madame sacudió la cabeza, como si despertara.

—Buenos días, señor de Bragelonne —dijo—; sí, os he hecho llamar.

—Conque ¿habéis llegado de Inglaterra?

—Para servir a Vuestra Alteza Real.

—¡Gracias! Déjanos, Montalais. Montalais salió.

—Podréis concederme algunos minutos, ¿no es cierto, señor de Bragelonne?

—Toda mi vida pertenece a Vuestra Alteza Real —replicó cortésmente Raúl, que adivinaba algo sombrío a través de toda aquella cortesía de Madame, y encontraba cierto atractivo en ello, persuadido de que había alguna afinidad entre los sentimientos de Madame y los propios.

En efecto, todas las personas inteligentes de la Corte conocían el extraño carácter de la princesa, su caprichosa voluntad y su fantástico despotismo.

Madame se había visto en extremo lisonjeada con los homenajes del rey; Madame había hecho hablar de sí propia e inspirado a la reina esos celos terribles que son el gusano roedor de todas las felicidades femeninas; Madame, en una palabra, a fin de curar su orgullo herido, había abierto su corazón al amor.

Sabemos ya lo que Madame había hecho para que regresase Raúl, alejado por Luis XIV. Raúl no tenía noticia de su carta a Carlos II, pero D'Artagnan la había adivinado.

¿Quién podría explicar esa incomprensible mezcla de amor y vanidad, esas ternezas inauditas, esas perfidias enormes? Nadie, ni siquiera el ángel malo que enciende la coquetería en el corazón de las mujeres.

—Señor de Bragelonne —dijo la princesa después de una pausa—, ¿habéis vuelto contento?

Bragelonne miró a madame Enriqueta, y, viéndola pálida por lo que ocultaba, por lo que omitía, por lo que ardía en decir:

—¿Contento? —exclamó—. ¿Y de qué queréis que esté contento o descontento, señora?

—¿De qué puede estarlo un hombre de vuestra edad y presencia? «¡De prisa camina! —dijo para sí asustado Raúl—. ¡Qué irá a inspirar en mi corazón?».

Temiendo al propio tiempo lo que iba a saber, y con la idea de retrasar el instante tan deseado como terrible en que, llegaría a saberlo todo:

—Señora —dijo—, había dejado a un amigo muy querido en completa salud, y le he encontrado a mi vuelta en mal estado.

—¿Habláis del señor de Guiche? —preguntó madame Enriqueta con tranquilidad imperturbable—: dicen que es amigo a quien queréis mucho.

—Sí, señora.

—Pues bien, ha sido herido; pero ya se encuentra mejor. ¡Oh, el señor de Guiche no es digno de lástima! —dijo la princesa con precipitación.

Pero, recobrándose al punto:

—¿Creéis que sea digno de lástima? —añadió—. ¿Se queja acaso? ¿Tiene algún pesar que no sepamos?

—Sólo hablo de su herida, señora.

—Eso es otra cosa, pues en cuanto a lo demás, el señor de Guiche parece ser muy dichoso, a juzgar al menos por su buen humor. Estoy cierta, señor de Bragelonne, de que preferiríais, como él, una herida en el cuerpo... Porque al fin, ¿qué es una herida en el cuerpo?

Raúl se estremeció.

« Ya vuelve al asunto —pensó—. ¡Ay de mí! » .

Y no replicó nada.

—¿Qué decís?

—Nada tengo que decir, señora.

—¿Conque, según eso, no opináis como yo? ¿Os sentís satisfecho? Raúl se acercó un poco más.

—Señora —dijo—, Vuestra Alteza Real desea decirme algo y su generosidad natural le impulsa a dar ciertos rodeos. Dígnese Vuestra Alteza hablar con franqueza. Soy fuerte y escucho.

—¡Ah! —replicó Enriqueta—. ¿Qué habéis comprendido?

—Lo que Vuestra Alteza desea hacerme comprender.

Y Raúl tembló, a pesar suyo, al pronunciar estas palabras.

—En efecto —murmuró la princesa—, es cruel, pero ya que he principiado...

—Sí, señora; ya que Vuestra Alteza se ha dignado principiar, dígnese concluir. Enriqueta levantóse precipitadamente, y dio algunos pasos por la habitación.

—¿Qué os ha dicho el señor de Guiche? —preguntó súbitamente.

—¡Nada, señora!

—¡Nada! ¡Nada os ha dicho...? ¡Oh, le conozco en eso!

—Sin duda no ha querido lastimarme.

—¡He ahí lo que los amigos llaman amistad! Pero el señor de D'Artagnan, de quien os acabáis de separar, os habrá dicho algo.

—Lo mismo que el señor de Guiche, señora.

—Por lo menos —dijo la princesa—, sabréis lo que sabe toda la Corte.

—Nada sé, señora.

- ¿Ni la escena de la tempestad?
- Ni la escena de la tempestad.
- ¿Ni las conferencias en el bosque?
- Ni las conferencias en el bosque.
- ¿Ni la escapada de Chaillot?

Raúl, que se doblaba como la flor tronchada por la hoz, hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo para sonreír, y respondió con dulzura:

—Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Alteza Real que no sé absolutamente nada. Soy un pobre olvidado que llega de Inglaterra; entre la gente de aquí y yo había olas tan atronadoras, que no ha podido llegar a mis oídos el rumor de todas esas cosas de que me habla Vuestra Alteza.

Enriqueta se impresionó al ver aquella palidez, aquella mansedumbre, aquel dolor.

El sentimiento dominante de su corazón, en aquel instante, era un vivo deseo de oír en el pobre amante el recuerdo de la que así le hacía sufrir.

—Señor de Bragelonne —dijo—, lo que vuestros amigos no os han querido decir, yo voy a deciroslo, porque os estimo y aprecio. Quiero daros una prueba de que soy vuestra amiga. Hasta ahora, podéis llevar muy alta vuestra frente, como hombre honrado, y no quiero que la tengáis que bajar ante el ridículo, y antes de ocho días ante el desprecio.

—¡Ah! —dijo Raúl palideciendo—. ¿En ese caso estamos?

—Si nada sabéis —dijo la princesa—, veo que adivináis. Erais el novio de la señorita de La Vallière, ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—En tal concepto, debo daros un aviso. Como de un día a otro quiero despedir de mi casa a la señorita de La Vallière...

—¡Despedir a La Vallière! —exclamó Bragelonne.

—Sí, ciertamente. ¿Creéis que he de tener siempre miramiento a las lágrimas y a las jeremiadas del rey? No, no; mi casa no servirá mucho más tiempo de lugar apropiado para semejantes usos... Mas, ¿qué es eso? ¡Se os va la cabeza!

—No, señora; perdonad —dijo Bragelonne haciendo un esfuerzo—. Creí que iba a morir, nada más... Vuestra Alteza me hacía el honor de decir que el rey había llorado y suplicado.

—Sí, pero inútilmente.

Y enseguida refirió a Raúl la escena de Chaillot y la desesperación del rey a su regreso; habló de la indulgencia que ella había mostrado, y manifestó la horrible frase conque la princesa ultrajada, la coqueta humillada, había desafiado la cólera real.

Raúl bajó la cabeza.

—¿Qué pensáis de todo eso? —dijo ella.

—¡El rey la ama! —respondió Raúl.

—Pero casi dais a entender que ella no le ama.

—¡Ay! Pienso todavía en el tiempo en que me amó a mí. Enriqueta admiró por un momento aquella incredulidad sublime; luego, encogiéndose de hombros:

—¿No me creéis? —dijo—. ¡Oh! ¡Cuánto la amáis, y cómo dudáis que ella ame al rey!

—Hasta que tenga alguna prueba, perdonad. Tengo su palabra, y ella es noble.

—¿Una prueba...? ¡Pues bien, venid!

## Capítulo LIII

---

### Visita domiciliaria

La princesa, precediendo a Raúl, lo condujo a través del patio hacia el cuerpo del edificio en que habitaba La Vallière, y, tomando la escalera que había subido Raúl en aquella misma mañana, se detuvo a la puerta de la habitación donde el joven, a su regreso, había sido tan extrañamente recibido por Montalais.

La ocasión no podía ser más propicia para el proyecto concebido por madame Enriqueta: el palacio estaba sin gente; el rey, los cortesanos y las damas habían marchado a Saint-Germain; madame Enriqueta, única persona que sabía el regreso de Bragelonne, que veía el partido que de él podía sacar, pretextando una indisposición, se había quedado.

Estaba, por tanto, segura Madame de encontrar sin gente el cuarto de la señorita de La Vallière y el de Saint-Aignan. Sacó una doble llave, y abrió la puerta de su camarista.

Bragelonne lanzó su mirada a aquella habitación, que reconoció al punto, y la impresión que le causó fue uno de los primeros tormentos que le aguardaban.

La princesa le miró, y sus ojos experimentados comprendieron lo que pasaba en el corazón del joven.

—Me habéis pedido pruebas —dijole—, y de consiguiente no debéis extrañar que os las dé. Ahora, si no os creéis con fuerzas suficientes para soportarlas, aún estamos a tiempo de retirarnos.

—Gracias, señora —dijo Bragelonne—; he venido aquí para convencerme, y ya que os habéis dignado prometerme ese convencimiento, tratad de convencerme.

—Pues entrad —dijo Madame—, y cerrad la puerta.

Bragelonne obedeció, y se volvió hacia la princesa, interrogándola con su

mirada.

—¿Sabéis dónde os halláis? —preguntó madame Enriqueta. Todo me hace creer, señora, que estoy en la habitación de la señorita de La Vallière.

—Así es, efectivamente.

—Pero, me permitiréis observar que esta habitación es una habitación, no una prueba.

—Esperad.

La princesa se dirigió al pie de la cama, dobló el biombo, e inclinándose hacia el suelo:

—Ea —dijo—; bájalo vos mismo y levantad esa trampa.

—¿Qué trampa? preguntó Raúl sorprendido, porque principiaba a recordar las palabras de D'Artagnan, y se le figuraba que D'Artagnan había pronunciado también aquella palabra.

Y Raúl buscó, aunque inútilmente, una hendidura que pudiese indicar la existencia de alguna abertura, o algún anillo que le ayudase a levantar una parte cualquiera del suelo.

—¡Ah! Es cierto —dijo riendo madame Enriqueta—. Me olvidaba del resorte oculto; hay que apretar en la cuarta tabla, en el lugar en que la madera forma un nudo. Esas son las, señas: apretad vos mismo, vizconde... así.

Raúl, pálido como la muerte, apoyó el dedo pulgar en el lugar indicado, oprimió el resorte, y la trampa se levantó por sí sola.

—¡Una escalera! —murmuró Raúl.

—Sí, y muy elegante —dijo madame Enriqueta—. Mirad, vizconde, y la escalera tiene un pasamanos destinado a preservar de una caída a las personas delicadas que se atreven a bajarla, lo cual hace que tampoco tenga yo miedo de bajar. Vamos; seguidme, vizconde, seguidme.

—Mas antes de seguiros, señora, ¿adónde conduce esta escalera?

—¡Ah, es verdad! Se me olvidaba decíroslo.

—Ya os escucho, señora —dijo Raúl respirando difficilmente.

—Quizá sabréis que el señor de Saint-Aignan vivía antes pared casi por medio, con el rey.

—Sí, señora; lo sé; así era antes de marcharme, y no pocas veces tuve el honor de visitarle en su antigua habitación.

—Pues bien, obtuve del rey permiso para cambiar el hermoso cuarto que ya conocéis, por las dos piececitas a que conduce esta escalera, Y que forman una habitación la mitad más pequeña, y diez veces más distante de la del rey, cuya proximidad no suelen desdeñar en general los señores de la Corte.

—Muy bien, señora —replicó Raúl—; pero os suplico que continuéis, porque todavía no comprendo.

—Pues bien, da la casualidad —prosiguió la princesa— de que esta habitación del señor de Saint-Aignan está situada debajo de las de mis doncellas, y,

especialmente, debajo de la de La Vallière.

—Pero ¿qué objeto tienen esta trampa y la escalera?

—¡Qué sé yo! ¿Queréis que bajemos al cuarto del señor de Saint-Aignan? Tal vez hallaremos allí la explicación del enigma.

Y Madame dio el ejemplo bajando ella misma.

Raúl la siguió suspirando.

Cada escalón que rechinaba bajo los pies de Bragelonne, le hacía avanzar un paso en aquel cuarto misterioso, que encerraba aún los suspiros de La Vallière y los más suaves perfumes de su cuerpo.

Bragelonne reconoció, absorbiendo el aire con sus angustiosas aspiraciones, que la joven había pasado por allí.

Después, tras de aquellas emanaciones, pruebas invisibles, pero ciertas, vinieron las flores que ella amaba, los libros que prefería. Si a Raúl le hubiese quedado la menor duda, la habría visto disipada en aquella secreta armonía de los gustos e inclinaciones del ánimo con el uso de los objetos que acompañan la vida. Bragelonne veía a La Vallière en los muebles, en la elección de las telas, en los reflejos mismos del suelo.

Mudo y anonadado, nada más le quedaba que saber, y no seguía a su implacable conductora más que como el reo sigue al verdugo.

Madame, cruel como una mujer delicada y nerviosa, no le perdonaba el más mínimo detalle.

Pero, preciso es decirlo, a pesar de la especie de apatía en que Raúl hallábase sumido, ninguno de aquellos detalles se le habría escapado, aunque hubiese estado solo. La dicha de la mujer a quien ama un celoso, cuando esa felicidad proviene de un rival, es para aquél un suplicio. Pero, para un celoso como Raúl, para aquel corazón que por vez primera albergaba hiel, la felicidad de Luisa era una muerte ignominiosa, la muerte del cuerpo y del alma.

Todo lo comprendió: las manos que se habían estrechado, los rostros que se habían mirado juntos a los espejos, especie de juramento tan dulce para los amantes que se ven dos veces para grabar mejor su imagen en sus recuerdos.

Adivinó el beso encubierto por las cortinas de la puerta, y convirtió en febres dolores la elocuencia de los muebles de descanso, sepultados en su sombra.

Aquel lujo, aquel refinamiento lleno de embriaguez, aquel cuidado minucioso en evitar todo disgusto al objeto amado, o en procurarle una agradable sorpresa; aquel poder del amor aumentado por el poderío regio, hirió a Raúl mortalmente. ¡Ay! Si algo puede templar los punzantes tormentos de los celos, es la inferioridad del hombre preferido, cuando, por el contrario, si puede haber otro infierno en el infierno, otro tormento sin nombre en el idioma, es el poder de un dios, puesto a disposición de un rival con la juventud, la belleza y la gracia. En estos instantes, hasta parece que Dios mismo se conjura contra el amante desdichado.

Todavía quedaba un último dolor para el infeliz Raúl: madame Enriqueta

levantó una cortina de seda, y descubrió el retrato de La Vallière.

No sólo el retrato de La Vallière, sin de La Vallière joven, bella, radiante, aspirando la vida por todos sus poros, por que, a los dieciocho años la vida es el amor.

—¡Luisa! —murmuró Bragelonne—. ¡Luisa! ¿Conque es cierto...? ¡Ay! ¡Jamás me has amado, porque nunca me has mirado así!

Y pareció que el corazón se le desgarraba en el pecho.

Madame Enriqueta le miraba, envidiando casi aquel dolor, a pesar de que sabía que nada tenía que envidiar, y que era amada por Guiche como La Vallière por Bragelonne.

Raúl sorprendió aquella mirada de madame Enriqueta.

—¡Oh! ¡Perdón! ¡perdón! —dijo—. Conozco que debía ser más dueño de mí en presencia de vos, señora; pero, haga el Cielo que jamás os veáis herida con el golpe que recibo en este momento. Porque sois mujer, e indudablemente no podríais soportar tan cruel dolor. Perdonadme, porque yo no soy más que un desgraciado joven, al paso que vos pertenecéis a la clase de esos afortunados, de esos omnipotentes, de esos elegidos.

—Señor de Bragelonne —contestó Enriqueta—: un corazón como el vuestro merece los miramientos de un corazón de reina. Soy amiga vuestra, y por eso no he querido que toda vuestra vida esté emponzoñada por la perfidia y mancillada por el ridículo. Yo he sido quien con más valor que todos vuestros supuestos amigos, a excepción del señor de Guiche, os he hecho venir de Londres; yo soy quien os suministro las pruebas dolorosas, pero necesarias, que serán vuestro remedio, si sois amante animoso y no un Amadís llorón. No me deis las gracias; compadecedme a mí misma, y no dejéis por eso de servir bien al rey.

Raúl sonrió con amargura.

—¡Ah, es verdad! —dijo—. Olvidaba que el rey es mi amo.

—Están interesados en ello vuestra libertad y vuestra vida.

Una mirada clara y penetrante de Raúl dio a conocer a madame Enriqueta que se engañaba, y que su último argumento no era de los que pudiesen conmover al joven.

—Pensad lo que hacéis, señor de Bragelonne —dijo la princesa—; porque si no meditáis bien vuestras acciones, vais a irritar a un príncipe que en sus arrebatos no conoce los límites de la razón, y a sumergir a vuestros íntimos y a vuestra familia en el más profundo dolor; conformaos, pues: haceos superior a vos mismo, y tratad de curaros.

—Gracias, señora —dijo el joven—; agradezco el consejo que me dais y procuraré seguirlo; pero antes dignaos decirme una cosa.

—Decid.

—¿Sería una indiscreción preguntar cómo habéis descubierto el secreto de esa escalera, esa trampa y ese retrato?

—Del modo más sencillo: para mejor vigilancia, tengo en mi poder otra llave de las habitaciones de mis doncellas. Extrañé mucho que La Vallière se encerrara con tanta frecuencia; que el señor de Saint-Aignan mudase de habitación; que el rey viniese a ver tan a menudo a Saint-Aignan, aun antes de que éste llegase a poseer toda su amistad; que se hubiesen hecho tantas cosas mientras duró vuestra ausencia; que se hubiesen cambiado, en fin, de una manera tan completa, los hábitos de la Corte. Yo no quiero que el rey se burle de mí, ni servir de capa a sus amores: porque, tras de La Vallière que llora; vendrá Montalais, que ríe, y Tonnay-Charente que canta: semejante papel no es digno de mí. Arranqué, por tanto, los escrúulos de mi amistad y descubrí el secreto... Conozco que os estoy lastimando de nuevo; perdonadme, pero tenía que cumplir un deber; lo he cumplido ya avisándoos; de modo que ahora podéis ya ver venir la tempestad, y guareceros.

—Algún objeto debéis proponeros, no obstante —repuso con firmeza Bragelonne—: porque no supondréis que vaya a aceptar, sin despegar mis labios, la vergüenza que han hecho sobre mí, y la traición de que soy víctima.

—Tomaréis en ese punto el partido que mejor os parezca, caballero Raúl. Lo único que os pido es que no descubráis el conducto por donde habéis sabido la verdad. Es el único precio que pongo al servicio que os he prestado.

—Nada temáis, señora —dijo Bragelonne con triste sonrisa.

—Yo he ganado al cerrajero en quien los amantes han tenido que depositar parte de su confianza, y es claro que vos podéis hacer otro tanto, ¿no es verdad?

—Sí, señora. De modo que Vuestra Alteza Real no me da consejo alguno, ni me impone otra reserva que la de no comprometerla.

—Ninguna más.

—Entonces, voy a rogar a Vuestra Alteza que me conceda permanecer aquí un minuto.

—¿Sin mí?

—¡Oh, no señora! Lo que voy a hacer puedo hacerlo en vuestra presencia. Sólo os pido un minuto para escribir algunas letras a una persona.

—Mirad que es aventurado, señor de Bragelonne.

—Nadie puede saber que Vuestra Alteza me haya conducido aquí, y además firmaré el billete.

—Haced lo que gustéis, señor. Raúl había sacado ya su libro de memorias, y trazado con rapidez estas palabras en una hoja blanca: «Señor conde: No os sorprenda encontrar aquí este papel firmado por mí, antes que un amigo, a quien enviaré muy luego a veros en mi nombre, haya tenido el honor de explicaros el objeto de mi visita. VIZCONDE RAÚL DE BRAGELONNE». Raúl arrolló el papel, lo metió en la cerradura de la puerta que comunicaba con la habitación de los dos amantes, y, bien seguro de qué Saint-Aignan no podía menos de ver el papel al entrar, fue a reunirse con la princesa que estaba ya en lo alto de la

escalera.

Enseguida se separaron los dos: Raúl aparentando dar las gracias a Su Alteza y Enriqueta compadeciendo o aparentando compadecer de todo corazón al desventurado a quien acababa de condenar a tan terrible tormento.

« ¡Oh! —se dijo, viéndole alejarse, pálido y con los ojos inyectados en sangre—. ¡Oh! Si lo hubiera sabido, habría ocultado la verdad a ese desgraciado joven» .

## Capítulo LIV

---

### El sistema de Porthos

La multiplicidad de personajes introducidos en esta larga historia hace que cada cual sólo aparezca a su vez y según lo exijan las circunstancias de la narración. De ahí resulta que nuestros lectores no hayan tenido ocasión de volver a encontrarse con nuestro amigo Porthos desde su regreso de Fontainebleau.

Los honores que recibiera del rey no habían cambiado el carácter plácido y afectuoso del respetable barón; únicamente se advertía que desde que recibió el favor de comer a la mesa del rey, levantaba más la cabeza y ostentaba en su persona ciertos humos de majestad. El comedor de Su Majestad había producido cierto efecto a Porthos. El señor de Bracieux y de Pierrefonds recordaba con placer que, mientras duró aquella memorable comida, los innumerables servidores daban cierto aire de suntuosidad al acto.

Porthos hizo propósito de conferir al señor Mosquetón una dignidad cualquiera, de establecer una jerarquía en el resto de sus sirvientes, y de crearse una cava militar, cosa que no era insólita entre los grandes capitanes, pues ya en el siglo anterior viose ese loa en Tréville, Schomberg de la Vieuville, sin hablar de los señores de Richelieu, Condé, y Bouillon-Turenne.

¿Por qué causa Porthos, siendo amigo del rey y del señor Fouquet, barón, ingeniero, etc., no había gozado de todas las preminencias que acompaña a la fortuna y a los altos merecimientos?

Abandonado Porthos en cierto modo de Aramis, que, según sabemos, se ocupaba mucho del señor Fouquet, un tanto descuidado por D'Artagnan a causa de su servicio, y un si es no es fastidiado de Trüchen y Planchet, nuestro barón se puso meditabundo; sin saber la causa, pues si cualquiera le hubiera dicho: « ¿Echáis de menos alguna cosa, Porthos? », de seguro había respondido: « Sí » .

Después de una de esas comidas en que Porthos procuraba acordarse de todos los detalles del real convite, medio alegre a causa del buen vino, y medio triste a causa de las ideas de ambición, ibase dejando sorprender por un grato sueño, cuando su ayuda de cámara vino a anunciarle que el señor de Bragelonne quería hablarle.

Porthos pasó a la pieza próxima y halló a su joven amigo en las disposiciones que ya conocemos.

Raúl se adelantó a estrechar la mano a Porthos, quien, sorprendido de la gravedad de aquél, le ofreció una silla.

—Querido señor Du Vallon —dijo Raúl—, tengo que suplicaros un favor.

—A tiempo venís, querido —replicó Porthos—. Esta mañana he recibido ocho mil libras de Pierrefonds, y si es dinero lo que necesitáis...

—No, no es dinero; gracias, mi buen amigo.

—¡Tanto peor! Siempre he oído decir que es servicio que rara vez se hace; pero el más fácil de hacer. Este dicho me ha llamado la atención, y me gusta citar los dichos que me chocan.

—Tenéis un corazón tan bondadoso como sano es vuestra juicio.

—Es favor que me hacéis... Presumo que comeréis bien.

—¡Oh! No tengo apetito.

—¡Eh! ¿Cómo es eso? ¡Qué horrible tierra es Inglaterra!

—No mucho; pero...

—Si no fuese por el sabroso pescado y la exquisita carne que allí hay, sería cosa de no poder vivir.

—Sí; venía a deciros...

—Ya os escucho; mas antes permitid que me refresque... En París todo se come salado... ¡Puah!

Y Porthos se hizo traer una botella de vino de Champaña. Después, llenando el vaso de Raúl antes que el suyo, se echó un buen trago, y, sintiéndose satisfecho, continuó:

—Necesitaba esto para oíros sin distraermee. Ahora soy todo vuestro. ¿En qué os puedo servir, amigo Raúl? ¿Qué deseáis?

—Decidme vuestra opinión sobre las discordias, querido amigo.

—¿Mi opinión? Hacedme el obsequio de explanar un poco vuestra idea — replicó Porthos rascándose la frente.

—Quiero decir si sois de buen natural cuando existen altercados entre nuestros amigos y personas extrañas.

—¡Oh! De un natural excelente, como siempre.

—Corriente: pero ¿qué hacéis en ese caso?

—Cuando mis amigos tienen contiendas, sigo un principio.

—¿Cuál?

—Que el tiempo perdido es irreparable, que jamás se arregla mejor un

negocio que cuando dura todavía el calor de la disputa.

—¡Ah! ¡De modo que es ése vuestro principio?

—Ni más ni menos. Así es que cuando está trabada la contienda, pongo a las partes en presencia una de otra.

—¿Cómo!

—Ya comprenderéis que así es imposible que no se arregle un negocio.

—Antes creía yo, por el contrario, que un negocio conducido de tal modo no podría...

—No lo creáis. Figuraos que en lo que llevo de vida, habré tenido unos ciento ochenta a ciento noventa duelos en regla, sin contar los encuentros fortuitos.

—No es mal número —dijo Raúl sonriendo a pesar suyo.

—¡Oh, eso no es nada! ¡Es tan dulce mi carácter! D'Artagnan cuenta los duelos por centenares: cierto que es duro y quisquilloso, cosa que le he dicho muchas veces.

—¿De modo que arregláis así ordinariamente los asuntos que vuestros amigos os confian?

—No hay ejemplo de que haya dejado uno por arreglar —contestó Porthos con mansedumbre y una confianza tal, que hicieron saltar a Raúl.

—Pero ¿los arreglos —preguntó—, supongo que serán honrosos?

—¡Oh! De eso yo respondo; y, con este motivo, voy a explicaros mi otro principio. Luego que mi amigo ha puesto su contienda en mis manos, veréis cómo procedo. Sin perder tiempo, voy a buscar a su adversario, y me presento a él con la cortesanía y la sangre fría que en semejantes casos son de rigor.

—A eso —dijo Raúl tristemente—, es a lo que debéis el arreglar tan bien y con tanta seguridad los negocios.

—Lo creo. Voy, pues, a buscar al enemigo, y le digo: «Señor, es imposible que no conozcáis hasta qué punto habéis ultrajado a mi amigo».

Raúl frunció el ceño.

—A veces, tal vez muchas, mi amigo no ha sido ofendido, o tal vez ha sido el que ofendió primero; pero, de todos modos, ya conoceréis la habilidad de mi modo de plantear la cuestión.

Y Porthos prorrumpió en una carcajada.

«Decididamente —pensó Raúl mientras resonaba el formidable trueno de aquella hilaridad—, decididamente estoy en desgracia. Guiche se muestra frío, D'Artagnan se burla de mí, Porthos es blando: nadie quiere arreglar este asunto a mi manera. ¡Y yo que me había dirigido a Porthos para hallar una espada en vez de un razonamiento! ¡Ah! ¡Qué mala suerte!».

Porthos se tranquilizó algún tanto, y continuó:

—De ese modo, con una sola palabra hago recaer la culpa en el adversario.

—Eso, según —replicó distraídamente Raúl.

—No, seguro. Hago recaer en él la culpa, y entonces es cuando despliego

toda mi cortesía para dar feliz término a mi proyecto. Me adelanto, pues, con rostro afable, y tomándole la mano al adversario...

—¡Oh! —exclamó Raúl, impaciente.

—« Señor —le digo—, ya que estáis convencido de la ofensa, nos creemos seguros de la reparación. Entre mi amigo y vos sólo debe mediar ya un cambio recíproco de acciones de caballero. Por tanto, estoy encargado de traeros la medida de la espada de mi amigo».

—¡Basta! —dijo Raúl.

—¡Aguardad...! « La medida de la espada de mi amigo. Tengo abajo un caballo; mi amigo está en tal punto, donde aguarda con impaciencia que os dignéis acudir; tomaremos de paso a vuestro padrino, y asunto arreglado...».

—¿Reconciliáis a los dos adversarios sobre el campo? —preguntó Raúl pálido de despecho.

—¡Reconciliar! —dijo Porthos—: ¿y a santo de qué?

—Como decís asunto arreglado...

—Y he dicho bien, puesto que espera mi amigo.

—Bien; pero si vuestro amigo espera...

—Si espera, es por desentumecerse las piernas. El adversario llega, por el contrario, fatigado del caballo: pónense frente a frente, y mi amigo mata a su adversario. Se acabó.

—¡Ah! ¡Le mata? —exclamó Raúl.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. ¿Es que tengo por amigos personas que se dejan matar? Cuento ciento y un amigos, al frente de los cuales se hallan vuestro padre, Aramis y D'Artagnan, personas todas que gozan de muy buena salud.

—¡Ay, mi querido barón! —murmuró Raúl en un acceso de alegría. Y abrazó a Porthos.

—¿Aprobáis mi sistema? —preguntó el gigante.

—Tanto lo apruebo, que desde este mismo instante quiero ponerme en vuestras manos. Sois el hombre que buscaba.

—¡Bueno! Pues aquí estoy. ¿Queréis batiros?

—Decididamente.

—Es muy natural... ¿Con quién?

—Con el señor de Saint-Aignan.

—Le conozco... un apuesto mozo, que estuvo muy cortés conmigo el día que tuve el honor de comer con el rey. Sabré corresponder a su urbanidad, aun cuando no fuese esa mi costumbre. ¿Conque os ha ofendido?

—¡Mortalmente!

—¡Diablo! ¿Podré decirle mortalmente?

—Más aún, si queréis.

—Eso es muy cómodo.

—Está el negocio arreglado, ¿no es así? —dijo Raúl sonriendo.

—Marcha por sí solo... ¿Dónde le aguardáis?

—Perdonad, que el asunto es delicado. El señor de Saint-Aignan es muy amigo del rey.

—Así —he oido decir.

—Y si le mato...

—Le mataréis, sin duda. A vos os toca tomar las precauciones convenientes. Ahora esas cosas no ofrecen gran dificultad. Si hubieseis vivido en nuestros tiempos, sería otra cosa.

—Querido amigo, no me habéis comprendido. Quiero decir que, siendo el señor de Saint-Aignan, muy amigo del rey, no podrá empeñarse el negocio tan fácilmente, en atención a que el rey sabrá de antemano...

—No; ya conocéis mi sistema: « Señor, habéis ofendido a mi amigo, y ...» .

—Sí, lo sé.

—Y luego: « Señor, el caballo está abajo» . De consiguiente, me lo llevo antes de que pueda hablar con nadie.

—¿Y se dejará llevar así como así?

—¡Diantre! ¡Quisiera ver lo contrario! Sería el primero. Verdad es que los jóvenes de hoy día... ¡Bah! Si se resiste me lo llevo en brazos.

Y, uniendo Porthos la acción a la palabra, levantó a Raúl con silla y todo.

—Muy bien —dijo el joven riendo—. No nos queda más remedio que proponer la cuestión a Saint-Aignan.

—¿Qué cuestión? —La de la ofensa.

—Pues eso ya está hecho, me parece.

—No, mi querido señor Du Vallon; la costumbre entre nosotros, los jóvenes de hoy día, como nos llamáis, pide que se expliquen las causas de la ofensa.

—Por vuestro nuevo sistema ya lo veo. Pues vamos, ponedme al tanto del asunto.

—Es que...

—¡Ah, caramba! ¡He ahí lo enojoso! Antiguamente, no teníamos necesidad de explicar nada. Se batía uno porque se batía. No encuentro una razón mejor.

—Estáis en lo cierto, amigo mío.

—Escucho vuestros motivos.

—Mucho os podría decir; pero, como hay que precisar...

—¡Sí, sí, diantre! Por vuestro nuevo sistema.

—Como hay que precisar, digo; como, por otra parte, el asunto está erizado de dificultades y exige un secreto absoluto...

—¡Oh, oh!

—Me haréis el obsequio de decir solamente al señor de Saint-Aignan, y ya lo entenderá, que me ha ofendido: primero, mudándose.

—Mudándose? Bien —dijo Porthos poniéndose a recapitular con los dedos—. ¿Y luego?

—Luego, haciendo construir una trampa en su nueva habitación.

—Comprendo —dijo Porthos—; una trampa. ¡Pardiez! ¡Es grave! ¡Cómo no habéis de estar furioso con eso? ¡Permitirse mandar hacer trampas sin haberlos consultado...! ¡Diantre! Yo no las tengo sino en mi calabozo de Bracieux.

—Añadiréis —dijo Raúl—, que mi último motivo de queja es el retrato que sabe el señor de Saint-Aignan.

—¡Eh! ¡También un retrato...? ¡Casi nada! ¡Una mudanza, una trampa y un retrato! Díros, amigo mío —añadió Porthos—, que cualquiera de esos motivos es más que suficiente para que se exterminase entre sí toda la nobleza de Francia y de España, lo cual no es poco decir.

—Así, querido, ¿os consideráis suficientemente pertrechado?

—Llevaré un segundo caballo. Elegid el punto de cita, y, mientras esperáis, ejercitao en dar tajos y mandobles, que es el medio mejor de adquirir una gran elasticidad.

—Gracias; aguardaré en el bosque de Vincennes, junto a los Minimos.

—Perfectamente. ¡Dónde podré hallar al señor de Saint-Aignan?

—En el Palais Royal.

Porthos agitó su campanilla. Su criado apareció.

—Mi traje de ceremonia —dijo—, mi caballo y un caballo de mano.

El sirviente se inclinó, y salió.

—¿Sabe esto vuestro padre? —dijo Porthos.

—No; voy a escribirle.

—¿Y D'Artagnan?

—Tampoco. Es prudente y me habría disuadido.

—Sin embargo, D'Artagnan es hombre que sabe aconsejar —dijo Porthos, admirado en su leal modestia de que hubiesen pensado en él cuando había un D'Artagnan en el mundo.

—Querido señor Du Vallon —replicó Raúl—, os suplico que no me hagáis más preguntas. He dicho ya todo cuanto tenía que decir. Aguardo el acto y lo aguardo rudo y decisivo, tal como lo soléis vos preparar. Por eso os he elegido.

—Quedaréis satisfecho de mí —replicó Porthos.

—Y tened presente, querido amigo, que, fuera de nosotros, todo el mundo debe ignorar este encuentro.

—Siempre se adivinan esas cosas cuando se halla un cadáver en los bosques. Ahora bien, amigo mío, todo os lo prometo menos ocultad el cadáver, pues es inevitable que quede allí. Tengo por principio no enterrar. Eso huele a asesinato. A riesgo de riesgo, como dice el normando.

—¡Bravo y querido amigo, manos a la obra! —dijo Raúl.

—Descansad en mí —contestó el gigante apurando la botella, mientras su criado extendía sobre un mueble el suntuoso traje y los encajes.

En cuanto a Raúl, salió pensando con secreta alegría:

« ¡Oh rey pérrido! ¡Rey traidor! ¡No puedo herirte... ni quiero...! ¡Los reyes son personas sagradas; pero tu cómplice, tu alcahuete, el que te presenta, ese miserable pagará tu crimen! ¡Le mataré en tu nombre, y, después, pensaremos en Luisa!» .

## Capítulo LV

---

### La mudanza, la trampa y el retrato

Encargado Porthos con gran contento suyo de aquella comisión que le recordaba sus años juveniles, economizó media hora del tiempo que solía gastar ordinariamente en vestirse de ceremonia.

Como hombre que no ignora los usos del mundo, empezó por enviar a su lacayo a informarse de si el señor de Saint-Aignan estaba en casa.

Contestáronle que el conde de Saint-Aignan había tenido el honor de acompañar al rey a Saint-Germain, así como toda la Corte, pero que el señor conde acababa de volver.

Al oír esta respuesta, se dio prisa Porthos y llegó a la habitación de Saint-Aignan al tiempo que éste se hacía quitar las botas.

El paseo había sido magnífico. El rey, cada día más enamorado, y cada día más dichoso, mostraba el mejor humor a todo el mundo; dispensaba bondades a ninguna otra parecidas, como decían los poetas de la época.

El señor Saint-Aignan, como se recordará, era poeta, y pensaba haberlo probado en bastantes circunstancias memorables, para que nadie le disputase ese título.

Como un infatigable devorador de consonantes, había, durante todo el camino, salpimentado de cuartetas, de sextillas y de madrigales, primero al rey, y luego a La Vallière.

Por su parte, el rey estaba de vena, y había compuesto un distico. En cuanto a La Vallière, como las mujeres que aman, había compuesto dos sonetos.

Como se ve, la jornada no había sido mala para Apolo. Saint-Aignan, que sabía de antemano que sus versos correrían de boca en boca, en cuanto regresó a París se ocupó en limar sus composiciones algo más que durante el paseo.

Por tanto, cual un tierno padre de familia que se dispone a presentar a sus hijos en el mundo, se preguntaba a sí mismo si el público hallaba fáciles, correctos, e ingeniosos aquellos hijos de su imaginación.

Así, pues, Saint-Aignan, a fin de aquietar sus escrúpulos, recitábase a sí propio el siguiente madrigal que había dicho de memoria al rey, prometiendo escribirselo luego que volviese:

No siempre dicen tus malignos ojos, cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar: ¿por qué mi pecho debe amar ojos que dan tales enojos? Este madrigal, por ingenioso que fuese, no le parecía perfecto a Saint-Aignan, desde el momento en que lo pasaba de la tradición oral a la poesía manuscrita. Muchos lo habían encontrado hermoso, y su autor el primero: pero, al examinarlo algo más detenidamente, no fueron ya las mismas ilusiones. Así fue que, Saint-Aignan, sentado delante de su mesa, con una pierna sobre la otra, repetía arañándose la sien:

—No siempre dicen tus malignos ojos...

—¡Oh! ¡En cuanto a este verso —murmuró Saint-Aignan—, nada hay que pedir! ¡Hasta me parece que tiene cierto sabor a Ronsard o Malherbe, cosa que me complace! Por desgracia, no sucede así con el segundo. Bien dicen que el verso más fácil de hacer es el primero.

Y prosiguió.

—... Cuanto tu mente al corazón se atreve a confiar...

—Aquí tenemos que la mente confia al corazón. ¿Por qué el corazón no había de ser el que confiase a la mente? Confieso que por mi parte no encuentro en ello la menor dificultad. ¡Dónde diablo estaba yo para asociar esos dos hemistiquios? Vamos con el tercer verso:

—... A confiar, ¿por qué mi pecho debe...?

A pesar de que el consonante no es muy exacto (atreve y debe), hay muchos ejemplos en autores célebres de haber empleado una rima semejante. Conque pasen el atreve y debe... Lo peor es que el verso lo encuentro impertinente, y recuerdo ahora que el rey se mordió las uñas al llegar a este punto. En efecto, el sentido viene a ser como si el rey dijese a la señorita de La Vallière: « ¿De dónde diantras proviene que me tengáis hechizado? ». Mejor sería decir:

—... Loado quien me mueve a amar ojos que dan tales enojos. No está así mal, porque aunque el decir loado quien me mueve sea una idea floja, no debe en conciencia exigirse más de una cuarteta... A amar ojos... ¿Amar a quién y el qué...? Esto está obscuro, pero la obscuridad es lo de menos, porque habiéndolo comprendido el rey y La Vallière, también lo comprenderán los demás. Lo más triste es el último hemistiquio: que dan tales enojos. No había más remedio que poner enojos para que concierte con ojos. ¡El plural obligado por el consonante! ¡Y luego, llamar enojo al pudor de La Vallière! ¡No es idea muy feliz...! Voy a pasar por boca de todos los emborronadores de papel, cofrades míos. Llamarán a

mis poesías versos de gran señor; y, si el rey oye decir que soy un mal poeta, puede que llegue a creerlo.

Y, mientras el conde confiaba estas palabras a su corazón, y su corazón a su entendimiento, concluía de desnudarse. Acabábase de quitar la casaca para ponerse en bata, cuando le anunciaron la visita del barón Du Vallon de Bracieux de Pierrefonds.

—¡Cómo! —dijo—. ¿Qué racimo de nombres es ése? No conozco ninguno.

—Es —contestó un lacayo— un gentilhombre que tuvo el honor de comer con el señor conde, a la mesa del rey, durante la permanencia de Su Majestad en Fontainebleau.

—¿A la mesa del rey en Fontainebleau? ¡Pues que entre, que pase! El lacayo se apresuró a obedecer. Porthos entró.

El señor de Saint-Aignan tenía memoria de cortesano; a primera vista reconoció al señor de provincia, de extraña reputación, a quien el rey había recibido tan bien en Fontainebleau, a pesar de algunas sonrisas de los oficiales presentes. Adelantóse, pues, con todas las señales de una benevolencia que Porthos halló muy natural, puesto que él mismo, al entrar en casa de un adversario, enarbola la bandera de la más refinada cortesanía.

Saint-Aignan mandó aproximar una silla al lacayo que había anunciado a Porthos. Este, que no veía exageración ninguna en aquellos cumplimientos, se sentó y tosió. Cambiaron ambos caballeros las frases usuales, y, después, como el conde era quien recibía la visita:

—Señor barón —dijo—, ¿a qué dichosa circunstancia debo el favor de vuestra visita?

—Eso es precisamente lo que voy a tener el honor de explicaron, señor conde —contestó Porthos—; pero, perdonad...

—¿Qué os sucede, señor? —preguntó Saint-Aignan.

—Noto que rompo vuestra silla.

—No, caballero, no —dijo Saint-Aignan.

—Sí tal, señor conde; la silla se desquicia de tal suerte, que si permanezca sentado en ella más tiempo, me voy a caer, posición nada decorosa para la gravedad del paso que aquí me trae.

Porthos se levantó. Ya era hora, porque la silla estaba casi desvencijada. Saint-Aignan se puso a buscar un recipiente más sólido para su huésped.

—Los muebles modernos —dijo Porthos en tanto que Saint-Aignan buscaba —, los muebles modernos son de una ligereza ridícula. En mi juventud, época en que me sentaba con mucha más energía que ahora, no me acuerdo de haber roto nunca ninguna silla, sino en las posadas con mis brazos.

Saint-Aignan sonrió agradablemente de aquella chanza.

—Pero —continuó Porthos instalándose en un confidente que rechinó, pero resistió su peso—, no es de eso por desgracia de lo que se trata.

—¿Cómo, por desgracia? ¿Seríais por ventura portador de un mensaje de mal agüero, señor barón?

—De mal agüera para un gentilhombre? ¡Oh! No, señor conde —respondió Porthos con dignidad—: Vengo a anunciaros solamente que habéis ofendido de un modo muy cruel a un amigo mío.

—¡Yo, señor! —murmuró Saint-Aignan—. ¡Yo he ofendido a un amigo vuestro? ¿Y a quién, si tenéis la bondad de decirmelo?

—Al caballero Raúl de Bragelonne.

—¿Yo he ofendido al señor de Bragelonne? —dijo Saint-Aignan—. ¡Ah! En verdad, señor, eso no es posible; porque el señor de Bragelonne, a quien apenas conozca, está en Inglaterra: no habiéndole visto hace mucho tiempo, no creo que pueda haberle ofendido.

—El señor de Bragelonne está en París, señor conde —dijo impasible Porthos—; y, en cuanto a que le habéis ofendido, respondo de que es cierto, porque él mismo me lo ha dicho. Sí, conde; le habéis ofendido cruel, mortalmente: es su misma expresión.

—Imposible, señor barón, os juro que es imposible.

—Además —repuso Porthos—, no podéis ignorar esta circunstancia, puesto que el señor de Bragelonne me ha manifestado haberlos prevenido por medio de un billete.

—No he recibido billete ninguno; os lo aseguro bajo palabra de honor.

—¡Pues es extraño! —replicó Porthos—. Y lo que dice Raúl...

—Voy a convencerlos de que no he recibido nada —replicó Saint-Aignan. Y llamó.

—Basque —dijo al criado que se presentó—, ¿cuántas cartas billetes han venido durante mi ausencia?

—Tres, señor conde.

—Que son...

—El billete del señor de Fiesque, el de La Ferté, y la carta del señor de Las Fuentes.

—¿Ninguna más?

—Ninguna, señor conde.

—Di la verdad delante de este señor; ¿yo es? Di la verdad, porque respondo de ti.

—Señor, también había un billete de...

—¿De quién...? Pronto.

—De la señorita de La Val...

—Basta —interrumpió discretamente Porthos—. Muy bien; os creo, señor conde.

Saint-Aignan despidió al criado, y fue a cerrar por sí mismo la puerta; pero al tiempo de volver vio casualmente que por la cerradura de la pieza próxima

asomaba el famoso papel que Bragelonne había deslizado al marcharse.

—¿Qué es eso? —dijo.

Porthos que se hallaba de espaldas hacia la pieza contigua, se volvió.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos.

—¡Un billete en esta cerradura! —exclamó Saint-Aignan.

—Bien podría ser el nuestro, señor conde —dijo Porthos—. Mirad a ver.

Saint-Aignan cogió el papel.

—¡Un billete del señor de Bragelonne! —murmuró.

—Bien veis que tenía razón. ¡Oh, cuando yo digo una cosa...!

—¡Traído aquí por el mismo caballero de Bragelonne! —exclamó el conde perdiendo el color—. ¡Esto es una indignidad! ¿Cómo ha podido penetrar hasta aquí? Saint-Aignan volvió a llamar. Basque reapareció.

—¿Quién ha venido mientras he acompañado al rey a paseo? Nadie, señor.

—¡Es imposible! Necesariamente ha de haber venido alguien.

—Señor, nadie ha podido entrar, puesto que tenía las llaves en mi bolsillo.

—No obstante, este billete estaba en la cerradura. Alguien lo ha puesto allí; no habrá venido sólo.

Basque abrió los brazos en señal de completa ignorancia.

—Probablemente será el señor de Bragelonne quien lo ha puesto —dijo Porthos.

—Entonces ¿ha entrado aquí?

—Sin duda, señor.

—Pero si yo tenía la llave en el bolsillo —replicó Basque con perseverancia.

Saint-Aignan estrujó el billete después de haberlo leído.

—Algún misterio existe en esto —murmuró absorto el conde.

Porthos le dejó por un momento entregado a sus reflexiones, y luego volvió a su mensaje.

—¿Me permitís que os hable de nuestro asunto? —preguntó dirigiéndose a Saint-Aignan, luego que se marchó el criado.

—Me parece comprenderlo ya por este billete que recibo de un modo tan extraño. El señor de Bragelonne me anuncia un amigo...

—Yo soy amigo suyo; por consiguiente, a mí es a quien anuncia.

—¿Para dirigirme una provocación?

—Precisamente.

—¿Y se queja de que yo le he ofendido?

—Terriblemente, mortalmente!

—De qué modo, si queréis decírmelo? Porque el paso que da es bastante misterioso para que yo encuentre en él algún sentido.

—Señor —contestó Porthos—, mi amigo debe tener razón; y en cuanto al paso que da, si es misterioso, no echéis la culpa a nadie más que a vos.

Porthos dijo estas palabras con tal convicción, que para un hombre poco

acostumbrado a sus maneras, debían revelar una multitud de sentidos.

—Bueno: veamos el misterio —dijo Saint-Aignan.

Pero Porthos se inclinó.

—Espero —dijo— que aprobéis que no penetre en el fondo del asunto, señor; y por motivos muy poderosos.

—Que comprendo perfectamente. Pues bien, en ese caso no hagamos más que tocarlo por encima. Hablad, que yo escupo.

—Hay, en primer lugar, caballero —dijo Porthos—, el haberlos mudado.

—Eso es cierto, me he mudado —dijo Saint-Aignan.

—¿Lo confesáis? —dijo Porthos con aspecto de visible satisfacción.

—¿Si lo confieso...? ¡Pues ya lo creo! ¿Por qué no lo he de confesar?

—Habéis confesado. Bien —observó Porthos levantando en el aire un solo dedo.

Pero, caballero, ¿en qué ha podido producir perjuicio mi mudanza al señor de Bragelonne? Responded, porque no entiendo una sola palabra de lo que me decís.

Porthos le detuvo.

—Señor —dijo gravemente—, ese es el primer agravio que el señor de Bragelonne articula contra vos, y cuando lo articula, está claro que es porque se ha sentido lastimado.

Saint-Aignan golpeó el suelo con el pie.

—Eso equivale a una contienda de mala ley —dijo.

—No puede haber contienda de mala ley con un caballero tan cumplido como el vizconde de Bragelonne —repuso Porthos—. Conque ello es que nada tenéis que añadir al punto de la mudanza, ¿no es así?

—Nada. ¿Qué más?

—Después... Pero, tened presente, señor, que va ya articulado un agravio abominable, al cual no contestáis, es decir, contestáis mal. Os mudáis, ofendéis con ello al señor de Bragelonne, y no os excusáis. ¡Muy bien!

—¡Cómo! —murmuró Saint-Aignan, irritado con la cachaza de aquel personaje—. ¿Es que tengo obligación de consultar al señor de Bragelonne sobre si me he de mudar o no? ¡Vaya, caballero!

—Tenéis obligación, sí, señor. Con todo, ya veréis que eso no es nada en comparación del segundo agravio.

Porthos tomó un aire de gravedad.

—¿Y la trampa, señor —dijo—, y la trampa?

Saint-Aignan se puso intensamente pálido. Empujó hacia atrás su silla tan bruscamente, que Porthos, a pesar de que nada sabía, conoció que el golpe había ido derecho al blanco.

—¿La trampa? —murmuró Saint-Aignan.

—Sí, señor; explicadla, si podéis —dijo Porthos moviendo la cabeza. Saint-Aignan inclinó la frente.

—¡Oh, me han vendido! —murmuró—. ¡Todo se sabe!

—Todo se sabe al fin —repuso Porthos, que nada sabía.

—¡Me habéis anonadado —prosiguió Saint-Aignan—, y anonadado hasta el extremo de perder el juicio!

—¡Conciencia culpable, señor! ¡Oh! Vuestra causa no es buena.

—¡Señor!

—Y cuando el público lo sepa y juzgue...

—¡Oh señor! —exclamó vivamente el conde—. Un secreto como éste debe ser ignorado hasta del confesor.

—Ya lo procuraremos —contestó Porthos—, y no se divulgará el secreto.

—Pero, señor —dijo Saint-Aignan—, al penetrar el señor de Bragelonne ese secreto, ¿conoce bien el peligro a que se expone y expone a otros?

—El señor de Bragelonne no corre peligro alguno ni lo teme, y muy pronto lo experimentaréis, con la ayuda de Dios.

«Este hombre está demente —dijo entre sí Saint-Aignan—. ¿Qué desea?».

Y luego, repuso en voz alta:

—Vamos, señor, echemos tierra al asunto.

—¡Es que olvidáis el retrato! —exclamó Porthos con voz de trueno que heló la sangre del conde.

Como el retrato era de La Vallière, y no había en ello lugar a equivocación, quedó para Saint-Aignan absolutamente descorado el velo del misterio.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah, señor, ahora recuerdo que el señor de Bragelonne era novio suyo!

Porthos tomó aire imponente, la majestad de la ignorancia.

—Nada me importa —dijo—, ni a vos tampoco, que mi amigo sea o no el novio de quien me decís. Hasta me sorprende que hayáis pronunciado esa palabra indiscreta. Pudiera muy bien perjudicar vuestra causa.

—Señor, sois el talento, la delicadeza y la lealtad personificados. Veo ya de lo que se trata.

—¡Me alegro infinito! —dijo Porthos.

—Y me lo habéis hecho entender —continuó Saint-Aignan—, de la manera más ingeniosa y delicada. Gracias, señor, gracias.

Porthos se contoneó lleno de satisfacción.

—Ahora, ya que todo lo sé, permitidme que os explique... Porthos meneó la cabeza como hombre que no quiere oír; pero Saint-Aignan continuó:

Ya veis que no puede ser más profundo mi sentimiento en todo lo que pasa por el pobre señor de Bragelonne; pero ¿qué habráis hecho en mi lugar? Aquí, para inter nos, decidme lo que hubierais hecho.

Porthos levantó la cabeza. No se trata ahora de lo que yo hubiera hecho, joven; ello es que ya tenéis noticia de los tres agravios, ¿no es cierto?

—Respecto al primero, el de la mudanza (y aquí me dirijo al hombre de

talento y de honor), cuando una voluntad augusta me invitaba a mudarme, ¿podía ni debía desobedecer?

Porthos hizo cierto movimiento, que Saint-Aignan no le dio tiempo para concluir.

—¡Ah! Mi franqueza os commueve —dijo interpretando el movimiento a su manera—, y conocéis que tengo razón.

Porthos no replicó.

—Paso a ocuparme de esa malhadada trampa —continuó Saint-Aignan, apoyándose en el brazo de Porthos—, de esa trampa, causa y medio del mal, de esa trampa, construida para lo que ya sabéis. ¿Y podréis suponer de buena fe que haya sido yo quien por mi gusto haya mandado abrir en semejante sitio una trampa destinada...? ¡Oh! Indudablemente, no lo creéis, y en esto conoceréis, adivinaréis y comprenderéis una voluntad superior a la mía. Sin duda, os haréis cargo de lo que es un arrebato... Y no hablo del amor, esa locura irresistible... ¡Dios mío...! Por fortuna, me oye un hombre dotado de corazón y de sensibilidad, sin lo cual ¡cuánta desgracia y escándalo recaería sobre la infeliz niña...! ¡Y sobre quién... no quiero nombrar!

Aturdido y abrumado Porthos con la elocuencia y, los ademanes de Saint-Aignan, hacía grandes esfuerzos para recibir aquel torrente de palabras, de las cuales no entendía ni la más mínima expresión, derecho e inmóvil en su asiento.

Lanzado Saint-Aignan en su peroración, prosiguió dando un impulso nuevo a su voz, y una vehemencia creciente a su ademán.

—En cuanto al retrato, pues comprendo que el retrato es el agravio principal, en cuanto al retrato, ¿se podrá afirmar que sea yo el culpable? ¿Quién deseó tener su retrato? ¿He sido yo? ¿Quién la ama? ¿Soy yo? ¿Quién la codicia? ¿Soy yo? ¿Quién la ha seducido? ¿He sido yo...? ¡No, mil veces no! Conozco que el señor de Bragelonne deberá estar desesperado; que su dolor será enorme... También yo sufro; pero no hay resistencia posible. ¿Se empeñará en luchar? Se le reirán. Con sólo que se obstine, se pierde. Me objetaréis que la desesperación es una locura; pero vos, sois razonable, vos me habéis comprendido. Veo en vuestro aire grave, reflexivo y hasta turbado, que os hace fuerza la importancia de la situación. Volved, pues, al lado del señor de Bragelonne; dadle las gracias, como se las doy yo, por haber elegido de intermediario a un hombre de vuestro mérito. No dudéis de que, por mi parte, conservaré eterno agradecimiento al que con tanto ingenio, con tanta inteligencia, ha sabido arreglar nuestro desavenencia. Y ya que la desgracia ha hecho que este secreto, que puede hacer la fortuna del más codicioso, sea sabido por cuatro personas en vez de tres, me alegro en lo íntimo del alma de que seáis vos el partícipe, señor. Por lo tanto, disponez desde ahora de mí, pues me pongo enteramente a vuestras órdenes. ¿Qué queréis que haga por vos? Hablad, señor, hablad.

Y, según la costumbre, familiarmente amistosa de los cortesanos de aquella

época, Saint-Aignan se aproximó a Porthos y le estrechó entre sus brazos.

Porthos dejó hacer con manifiesta flemá.

—Hablad —respondió Saint-Aignan—. ¿Qué pedís?

—Señor —dijo Porthos—, abajo tengo un caballo: hacedme el favor de montar en él; es excelente y no os hará ninguna mala pasada.

—¡Montar a caballo! ¡Para qué? —preguntó Saint-Aignan con curiosidad.

—Para que vengáis conmigo donde nos espera el señor de Bragelonne.

—¡Ah! ¡Quiere hablarme! Lo concibo. ¡Ah! ¡El asunto es muy delicado!

Pero en este momento no puedo ir, el rey me espera.

—El rey esperará —dijo Porthos.

—Pero ¿dónde me espera el señor de Bragelonne?

—En los Mínimos, en Vincennes.

—¡Vaya, señor! ¡Es cosa de chanceamos?

—Creo que no; al menos por mi parte.

—Pero los Mínimos es punto de cita para un duelo.

—¿Y qué?

—¿Qué he de hacer yo en los Mínimos?

Porthos desenvainó su espada.

—Aquí tenéis la medida de la espada de mi amigo —dijo.

—¡Vive Dios! ¡Este hombre está loco! —exclamó Saint-Aignan.

Porthos enrojeció basta las orejas.

—Señor —dijo—, si no tuviera el honor de estar en vuestra casa, y de servir los intereses del señor de Bragelonne, os habría arrojado ya por la ventana. Pero quedará aplazada la cuestión, y no perderéis nada en aguardar. ¡Venís, pues, a los Mínimos, señor?

—¿Eh?

—¡Venís de buen grado?

—Pero...

—Mirad que si no venís os llevo yo.

—¡Basque! —exclamó Saint-Aignan.

Basque entró.

—El rey llama al señor conde —dijo Basque.

—Eso es otra cosa —dijo Porthos—; el servicio del rey es antes que todo. Esperaremos allá hasta la noche, señor.

Y, saludando a Saint-Aignan con su cortesanía habitual, salió enteramente satisfecho de haber arreglado tan bien este negocio.

Saint-Aignan le miró al salir y vistiendo otra vez a toda prisa, corrió arreglándose el desorden de su traje, y gritando:

—¡A los Mínimos...! ¡A los Mínimos...! Veremos cómo toma el rey ese cartel de desafío. Porque para él es, ¡pardiez!

## Capítulo LVI

---

### Adversarios políticos

El rey, terminado aquel paseo tan fértil para Apolo, y en el que cada cual había pagado su tributo a las musas, como decían los poetas de la época, encontró en su cuarto al señor Fouquet, que le aguardaba.

Detrás del rey venía el señor Colbert, que le había alcanzado en un corredor como si le hubiera estado acechando, y que lo seguía como su sombra, celosa y vigilante; el señor Colbert, con su cabeza cuadrada y su grosero lujo de vestimenta desaliñada, que le hacía asemejarse algún tanto a un señor flamenco después de beber cerveza.

Cuando vio Fouquet a su enemigo, permaneció sereno, procurando tomar en toda la escena que iba a seguir la actitud difícil del hombre superior en cuyo corazón rebosa el desprecio; pero que no quiere manifestarlo por temor de hacer demasiado honor a su adversario.

Colbert no ocultaba una alegría insultante. Para él, lo de Fouquet era una partida mal jugada y perdida irremisiblemente, aunque no estuviese todavía terminada. Colbert pertenecía a esa escuela de hombres políticos que sólo admirán la habilidad, y no estimaban más que el triunfo.

Por otra parte, Colbert, que no sólo era envidioso y celoso, sino que tomaba además a pechos los intereses del rey, pues estaba dotado en el fondo de la suprema probidad de los números, podía lisonjearse so pretexto, tan oportuno cuando se aborrece, de obrar, odiando y hundiendo a Fouquet, en interés del Estado y de la dignidad real.

Ninguno de estos detalles escapó a Fouquet. A través de las espesas cejas de su adversario, y a pesar del continuo movimiento de sus párpados, leía con los ojos hasta en el fondo del corazón de Colbert, y vio todo lo que había en aquel

corazón: aborrecimiento y triunfo.

Sólo que, como, al paso que quería profundizar, deseaba permanecer impenetrable, presentó una fisonomía tranquila, sonrió con la sonrisa simpática que le era peculiar, y, dando a su saludo la elasticidad más noble y flexible a la vez:

—Majestad —dijo—, veo en vuestro rostro gozoso que el paseo os ha complacido.

—Así es, efectivamente, señor superintendente; y habéis hecho mal en no venir con nosotros, como os había invitado.

—Majestad —respondió el superintendente— trabajaba.

Fouquet no tuvo necesidad siquiera de volver la cabeza; no miraba hacia el lado del señor Colbert.

—¡Ah, el campo, señor Fouquet! —exclamó el rey—. ¡Cuánto daría por vivir siempre en el campo, al aire libre, bajo los árboles!

—Supongo —dijo Fouquet—, que Vuestra Majestad no estará todavía cansado del trono.

—No, pero son muy gratos los tronos de hierba.

—En verdad, Vuestra Majestad colma todos mis deseos al expresarse de ese modo. Cabalmente venía a presentaros una petición.

—¿De parte de quién, señor superintendente?

—De parte de las ninfas de Vaux.

—¡Ah, ah! —exclamó Luis XIV.

—Vuestra Majestad se dignó hacerme una promesa —dijo Fouquet.

—Sí, la recuerdo.

—La famosa fiesta de Vaux, ¿no es verdad, señor? —dijo Colbert mezclándose en la conversación para tantear el crédito que gozaba.

Fouquet, con profundo desprecio, no recogió la expresión, y continuó como si Colbert no hubiese pensado ni hablado.

—Vuestra Majestad sabe —dijo—, que destino mi posesión de Vaux a recibir al más amable de los príncipes, al más poderoso de los reyes.

—He prometido, señor —dijo Luis XIV sonriendo—, y un rey sólo tiene una palabra.

—Y yo vengo a decir a Vuestra Majestad que estoy a sus órdenes.

—¿Me prometéis muchas maravillas, señor superintendente?

Y Luis XIV miró a Colbert.

—¿Maravillas? ¡Oh, no, Majestad! No me comprometo a tanto. Lo único que me atrevo a prometer a Vuestra Majestad es un poco de placer, y tal vez algunos momentos de olvido.

—No, no, señor Fouquet —dijo el rey—; insisto en la palabra maravillas. ¡Oh! Sabemos que sois mágico; conocemos vuestro poder, y tendréis maña para sacar oro hasta de donde no lo hubiese. Así es que el pueblo dice que lo fabricáis.

Fouquet conoció que el golpe partía de una doble aljaba, y que Luis le disparaba a la vez una saeta de su arco y otra del arco de Colbert. Y se echó a reír.

—¡Oh! —dijo—. El pueblo sabe muy bien la mina de donde saco ese oro. Quizá lo sabe demasiado; pero lo que puedo asegurar a Vuestra Majestad —añadió con orgullo—, es que el oro destinado a costear las fiestas de Vaux no hará derramar sangre ni lágrimas. Sudores tal vez. Pero se pagarán.

Luis quedó cortado. Quiso mirar a Colbert y Colbert quiso también replicar; mas una mirada de águila, una mirada leal y hasta regia, fulminada por Fouquet, detuvo la palabra en sus labios.

El rey se recobró entretanto, y, volviéndose a Fouquet, le dijo:

—¿Conque formuláis vuestra invitación?

—Sí, Majestad, si os place.

—¿Para qué día?

Para el que gustéis, Majestad.

—Eso es hablar como encantador que improvisa, señor Fouquet. No me atrevería a decir yo otro tanto.

—Vuestra Majestad hará cuanto quiera, todo lo que un soberano puede y debe hacer. El rey de Francia tiene servidores capaces todo por servirle y proporcionarle placeres.

Colbert trató de mirar al superintendente a fin de ver si aquella frase revelaba un cambio a sentimientos menos hostiles; pero Fouquet ni aun había mirado siquiera a su enemigo. Colbert no existía para él.

—Entonces, para dentro de ocho días, ¿os parece bien? —preguntó el rey.

—Para dentro de ocho días, Majestad.

—Estamos a martes; ¿queréis dejarlo hasta el domingo que viene? La dilación que Vuestra majestad se digne concederme, contribuirá poderosamente al mejor éxito de las obras que mis arquitectos van a emprender a fin de agradar al rey y a sus amigos.

—Y a propósito de mis amigos —replicó Luis—, ¿cómo pensáis tratarlos?

—El rey es amo en todas partes, Majestad; el rey forma su lista y da sus órdenes. Todas las personas a quienes se digne invitar, serán para mí huéspedes muy respetados.

—¡Gracias! —replicó el rey, encantado de aquel noble pensamiento, manifestado con noble acento.

Fouquet se despidió entonces de Luis XIV, después de consagrar algunas palabras a varios asuntos.

Conoció que Colbert se quedaba sólo con el rey, y que ambos hablarían de él sin la menor compasión. La satisfacción de dar un último golpe, un golpe terrible a su enemigo, le pareció una compensación suficiente de todo lo que iban a hacerle sufrir.

Volvió, pues, así que llegó a la puerta, y, dirigiéndose al rey:

—Perdón, Majestad —dijo—, perdón.

—¿Perdón de qué? —preguntó Luis con agrado.

—De una falta grave que cometía involuntariamente.

—¿Una falta vos...? ¡Ah, señor Fouquet, preciso será que os perdone! ¿Contra qué, o contra quién habéis pecado?

—Contra lo que exige el bien parecer. Olvidaba participar a Vuestra Majestad una circunstancia importante.

—¿Cuál?

Colbert estremeciόse, temiendo una denuncia. Su conducta había sido descubierta. Una palabra de Fouquet, una prueba articulada, y, ante la juvenil lealtad de Luis XIV podιa desvanecerse todo el favor de Colbert. Colbert temió, pues, que un golpe tan atrevido viniese a echar por tierra todos sus manejos, y, en realidad, el golpe era tan oportuno, que el diestro Aramis no le hubiese dejado pasar por alto.

—Majestad —dijo Fouquet con desembarazo—, puesto que tenéis la bondad de perdonarme, seré breve en mi confesión. Esta mañana he vendido uno de mis cargos.

—¡Uno de vuestros cargos! —repitió el rey—. ¿Y cuál?

Colbert se puso lívido.

—El que me daba una ropa talar y un aire severo, Majestad; el de fiscal general.

El rey exhaló un grito involuntario, y miró a Colbert.

Este, con la frente bañada en sudor, se sintió a punto de desfallecer.

—¿A quién habéis vendido ese cargo, señor Fouquet? —dijo el rey.

Colbert se apoyó en el jambaje de la chimenea.

—A cierto consejero del Parlamento, señor, que se llama Vanel.

—¿Vanel?

—Un amigo del señor intendente Colbert —continuó Fouquet dejando caer estas palabras con indiferencia inimitable, con una expresión de olvido y de ignorancia, que el pintor, el actor y el poeta deben renunciar a reproducir con el pincel, el gesto o la pluma.

El superintendente, luego que terminó, dejando confundido a Colbert bajo el peso de aquella superioridad, saludó de nuevo al rey y marchóse, medio vengado por el pudor del príncipe y la humillación del favorito.

—¿Es posible? —exclamó el rey luego que desapareció Fouquet—, ¿ha vendido ese cargo?

—Sí, Majestad —contestó Colbert con intención.

—¡Está loco! —aventuró el rey. Colbert no replicó esta vez; creyó entrever el pensamiento del amo. Ese pensamiento le vengaba también. A su odio venía a unirse la envidia; a su plan de ruina venía a aliarse una amenaza de desgracia.

Colbert conoció que, en lo sucesivo, entre Luis XIV y él no encontrarían obstáculos las ideas hostiles, y que la primera falta de Fouquet que pudiera servir de pretexto, apresuraría el castigo.

Fouquet había dejado caer su arma. El odio y la envidia acababan de recogerla.

Colbert fue invitado por el rey a la fiesta de Vaux, y saludó como hombre pagado de sí mismo, que cree hacer un servicio con aceptar.

Hallábase el rey en el nombre de Saint-Aignan de la lista de los invitados, cuando el ujier anunció al conde.

Colbert se retiró discretamente al llegar el Mercurio real.

## Capítulo LVII

---

### Rivales en amores

Hacía apenas dos horas que Saint-Aignan se había separado de Luis XIV; pero, en aquella primera efervescencia de su amor, cuando Luis no veía a La Vallière, necesitaba hablar de ella. Ahora bien, la única persona con quien podía hablar a su gusto era Saint-Aignan; Saint-Aignan había llegado a serle indispensable.

—¡Ah! ¿Eres tú, conde? —exclamó al divisarle, doblemente satisfecho de ver a Saint-Aignan y de no ver a Colbert, cuyo sobrecejo le entrustecía siempre—. Mucho me alegro. Presumo que serás de la partida.

—¿De la partida, Majestad? —preguntó Saint-Aignan—. ¿Y de qué partida?

—Del viaje que vamos a hacer para gozar de la fiesta que nos prepara en Vaux el señor superintendente. ¡Ah! Saint-Aignan, ras a ver una fiesta en comparación de la cual nuestras diversiones de Fontainebleau son juegos de botarates.

—¡En Vaux! ¿El superintendente da una fiesta a Vuestra Majestad, y en Vaux, nada más?

—¡Nada más! ¡Te encuentro encantador haciendo de desdénoso! ¿Sabes, tú que te haces el desdénoso, que cuando se sepa que el señor Fouquet me recibe en Vaux del domingo en ocho días, se despepitará todo el mundo por ser invitado a dicha fiesta? Te repito, Saint-Aignan, que serás de la partid.

—Sí, con tal que de aquí a entonces no haya hecho otro viaje más largo y menos grato.

—¿Adónde?

—A la Estigia, Majestad.

—¡Quita allá! —dijo Luis XIV riendo.

—No, seriamente, Majestad. Estoy invitado a él, y de tal modo, que no sé, en verdad, cómo me he de componer para evitarlo.

—No te comprendo, querido. Sé que estas en vena poética, pero procura no caer de Apolo en Febo.

—Pues bien, si Vuestra Majestad tiene a bien escucharme, dejaré de poner en prensa su entendimiento.

—Habla.

—¿Conoce Vuestra Majestad al barón Du Vallon?

—¡Sí, pardiez! ¡Un buen servidor del rey mi padre, y un excelente invitado, a fe mía! ¿No es de aquel que comió con nosotros en Fontainebleau de quien hablas?

—El mismo. Pero Vuestra Majestad ha olvidado añadir a sus cualidades, la de un afable matador de personas.

—¡Pues qué! ¿Quiere matarte el señor Du Vallon?

—O hacerme matar, que viene a ser lo mismo.

—¡Vaya una ocurrencia!

—No os rialis, Majestad, que lo que estoy diciendo es la pura verdad.

—¿Y dices que quiere hacerte matar?

—Esta es la idea que tiene, por ahora, ese digno hidalgo.

—Pierde cuidado, que yo te defenderé si no tiene razón.

—¡Ah! Me prestáis vuestra ayuda condicionalmente.

—Sin duda. Veamos; respóndeme como si se tratase de otra persona, mi pobre Saint-Aignan: ¿tiene razón o no?

—Vuestra Majestad juzgará.

—¿Qué le has hecho?

—¡Oh! A él nada; pero parece que he ofendido a un amigo suyo.

—Lo mismo da. Y su amigo, ¿es alguno de los cuatro famosos?

—No; es hijo de uno de esos cuatro famosos.

—¿Y qué has hecho a ese hijo? Veamos.

—¡Casi nada! Ayudar a otro para birlarle la amada.

—¡Y confiesas eso!

—Necesario es que lo confiese, puesto que es verdad.

—Entonces, has obrado mal.

—¡Ah! ¿He obrado mal?

—Sí; y a fe mía que si te mata...

—¿Qué?

—Tendrá razón.

—¿Y es así como juzgáis, Majestad?

—¿Acaso es malo el método?

—Lo encuentro expeditivo.

—Justicia buena y pronto, decía mi abuelo Enrique IV.

—Entonces, dignese Vuestra Majestad firmar inmediatamente el perdón de mi adversario, que me está esperando en los Mínimos para enviarme al otro mundo.

—Su nombre y un pergamino.

—Majestad, ahí tenéis un pergamino en la mesa, y en cuanto a su nombre...

—En cuanto a su nombre...

—Es el vizconde de Bragelonne, Majestad.

—¿El vizconde de Bragelonne? —exclamó el rey, pasando de la risa al más profundo estupor.

Luego, tras de un momento de silencio, durante el cual enjugóse el sudor que le corría por la frente:

—¡Bragelonne! —murmuró.

—Ni más ni menos, Majestad —dijo Saint-Aignan.

—Bragelonne, el novio de...

—¡Oh Dios santo! Sí; Bragelonne, el novio de...

—¡Sin embargo, estaba en Londres!

—Sí; pero puedo aseguraros que no está ya allí, Majestad.

—¿Está en París?

—En los Mínimos, donde me espera, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

—¿Enterado de todo?

—¡Y de otras muchas cosas! Si el rey quiere ver el billete que me ha hecho llegar...

Y Saint-Aignan sacó del bolsillo el billete que ya conocemos.

—Cuando Vuestra Majestad haya leído el billete —dijo—, tendré el honor de referirle cómo ha llegado a mi poder.

El rey leyó con agitación, y enseguida:

—¿Qué? —preguntó.

—¿Recuerda Vuestra Majestad una cerradura cincelada que cierra una puerta de ébano, que separa cierto aposento de cierto santuario azul y blanco?

—Sí, el gabinete de Luisa.

—Bien, Majestad; pues en el agujero de esa cerradura he encontrado ese billete. ¿Quién lo ha puesto allí? ¿El señor de Bragelonne o el diablo? Como el billete huele a ámbar y no a azufre, deduzco que no habrá sido el diablo, sino el señor vizconde.

Luis inclinó la cabeza y pareció quedarse absorto tristemente. Quizá en aquel momento cruzaba por su corazón algo parecido al remordimiento.

—¡Descubierto el secreto! —murmuró.

—Señor, voy a hacer cuanto esté de mi parte para que ese secreto muera en el pecho que lo encierra —dijo Saint-Aignan en un tono de bravura muy bien simulado.

E hizo un movimiento hacia la puerta; pero el rey le detuvo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Adonde me esperan, Majestad.

—¿Para qué?

—Para batirme.

—¿Batirte? —exclamó Luis—. ¡Un momento, conde!

Saint-Aignan movió la cabeza, como un niño que se rebela cuando le quieren impedir que se tire a un pozo o que juegue con un cuchillo.

—Con todo, Majestad... —dijo.

—En primer lugar —dijo el rey—, no estoy aún bien informado.

—¡Oh! En cuanto a eso, pregunte Vuestra Majestad, que yo le contestaré.

—¿Quién te ha dicho que el señor de Bragelonne haya penetrado en el aposento en cuestión?

—El billete que hallé en la cerradura, como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

—¿Y quién te ha dicho que haya sido él quien lo ha puesto?

—¿Pues quién se habría atrevido a encargarse de semejante comisión? Tienes razón. ¿Cómo ha entrado en tu aposento?

—¡Oh! Eso es algo más grave, en atención a que estaban cerradas todas las puertas, y mi lacayo, Basque, tenía las llaves en el bolsillo.

—Entonces habrán ganado a tu lacayo.

—Imposible, Majestad.

—¿Por qué?

—Porque si lo hubiesen ganado, no habrían perdido al pobre muchacho, de quien podían tener necesidad más adelante, manifestando de un modo tan claro que se habían servido de él.

—Es cierto; no nos queda, pues, otro remedio que apelar a una conjeta.

—Veamos, Majestad, si esa conjeta es la misma que a mí se me ha ocurrido.

—Que se habrán introducido por la escalera.

—Ah, Majestad! Eso me parece más que probable.

—Preciso es, entonces, que alguien haya vendido el secreto de la trampa.

—Vendido o dado.

—¿Por qué tal distinción? —Porque ciertas personas, Majestad, que se hallan fuera del caso de aceptar el precio de una traición, facilitan y no venden.

—¿Qué quieres significar con eso?

—¡Oh Majestad! Sois demasiado perspicaz para no evitarme, adivinando, el disgusto de citar nombres.

—Es verdad: ¡Madame!

—¡Ah! —exclamó Saint-Aignan.

—Madame, que receló de la mudanza.

Madame, que dispone de las llaves de las habitaciones de sus doncellas, y que es bastante poderosa para descubrir lo que nadie, excepto Vuestra Majestad y ella, podría descubrir.

—¿Y tú crees que mi hermana haya hecho alianza con Bragelonne?

—¡Eh, eh! Majestad.

—¿Hasta el punto de informarle de todos esos pormenores?

—Tal vez más, todavía.

—¿Cómo más...? Acaba.

—Quizá hasta el punto de acompañarle.

—Adónde? ¿Abajo, a tu cuarto?

—Majestad, ¿tan difícil os parece?

—¡Oh!

—Escuchad. El rey sabe lo aficionada que es Madame a los perfumes.

—Sí, es costumbre que ha tomado de mi madre.

—Al de verbena sobre todo.

—Es su favorito.

—Pues bien, mi habitación está embalsamada de verbena.

El rey quedó pensativo.

—Pero ¿por qué —replicó después de un momento de silencio—, por qué ha de abrazar Madame el partido de Bragelonne en contra mía?

Y al pronunciar estas palabras, a las que Saint-Aignan podía haber contestado fácilmente con estas palabras: « ¡Celos de mujer! », el rey sondeaba a su amigo hasta el fondo de su corazón, para indagar si había penetrado el secreto de su galantería con su cuñada. Mas Saint-Aignan no era un cortesano vulgar para arriesgarse a la ligera en el descubrimiento de los secretos de familia; era demasiado amigo de las musas para no pensar con frecuencia en aquel pobre Ovidio Nasón, cuyos ojos derramaron tantas lágrimas para expiar el crimen de haber visto ciertas cosas en casa de Augusto. Por tanto, dejó a un lado con destreza el secreto de Madame. Pero, como había dado pruebas de sagacidad, indicando que Madame había acompañado a su cuarto a Bragelonne, no había más remedio que satisfacer la usura de ese amor propio y contestar categóricamente a esta pregunta: « ¿Por qué ha de abrazar Madame en contra mía el partido de Bragelonne? ».

—¿Por qué? —dijo Saint-Aignan—: ¿Olvida acaso Vuestra Majestad que el conde de Guiche es amigo íntimo del vizconde de Bragelonne?

—No veo la relación —respondió el rey.

—Perdonad, Majestad —repuso Saint-Aignan—; yo creía que el conde de Guiche era muy amigo de Madame.

—Es verdad —replicó el rey—; no hay que averiguar mas; el golpe ha venido de ahí.

—¿Y no cree Vuestra Majestad que para pararlo sea preciso dar otro?

—Ciertamente, pero no de la clase de los que se dan en el bosque de Vincennes.

—Vuestra Majestad olvida —dijo Saint-Aignan— que soy hidalgo, y que me han provocado.

—Este asunto nada tiene que ver contigo.

—Pero a mí es a quien están aguardando en los Mínimos, Majestad, hace más de una hora; a mí, que estoy citado, y quedaré deshonrado si no voy a la cita.

—El principal honor de un gentilhombre, es la obediencia al rey.

—Majestad...

—¡Ordeno que te quedes! —Majestad...

—Obedece.

—Como Vuestra Majestad guste.

—Además, quiero averiguar todo este asunto; quiero saber quién se ha burlado de mí con bastante audacia para penetrar en el santuario de mis predilecciones. A los que de este modo me han ultrajado, no eres tú, Saint-Aignan, quien debe castigarlos, pues no es tu honor el que han lastimado, sino el mío.

—Suplico a Vuestra Majestad no descargue su cólera sobre el señor de Bragelonne, el cual, en todo este asunto, podrá haber andado falso de prudencia, pero no de lealtad.

—¡Basta! Sabré separar lo justo de lo injusto, aun en medio de mi ira. Sobre todo, ni una palabra de esto a Madame.

—Mas, ¿qué debe hacerse respecto del señor de Bragelonne? Me buscará, y...

—Yo le hablaré, o haré que le hablen esta misma tarde.

—Todavía, Majestad, os ruego que uséis indulgencia.

—Bastante indulgente he sido por mucho tiempo, conde —dijo el rey frunciendo el ceño—; ya es hora de que se enseñe a ciertas personas que soy el amo en mi casa. Apenas acababa Luis de pronunciar estas palabras, que anuncianaban que al nuevo resentimiento se asociaba el recuerdo de otro antiguo, cuando se presentó el ujier a la puerta del gabinete.

—¿Qué sucede? —preguntó el rey—. ¿Quién se atreve a penetrar aquí cuando no llamo?

—Vuestra Majestad me ha mandado, de una vez para siempre —dijo el ujier—, permita pasar al señor conde de la Fère siempre que desee hablar a Vuestra Majestad.

—¿Y qué?

—El señor conde de la Fère aguarda ahí fuera.

El rey y Saint-Aignan cambiaron a estas palabras una mirada, en que había más alarma que sorpresa. Luis vaciló un momento. Pero, casi al punto, tomando

una resolución:

—Anda —dijo a Saint-Aignan—, ve a buscar a Luisa, y entérala de lo que se trama contra nosotros, trata de hacerle entender que Madame vuelve a sus persecuciones, y que ha hecho poner en campaña a personas que habrían hecho mejor en mostrarse neutrales.

—Majestad...

—Si Luisa se asusta, tranquilízala —continuó el rey—, y dile que el amor del rey es un escudo impenetrable. Si, contra mis deseos, lo supiese ya todo, o hubiese sufrido alguna molestia, dile positivamente —continuó el rey poseído de nerviosa cólera—, dile positivamente que, esta vez, en lugar de defenderla, la vengaré, y con tal severidad, que nadie en lo sucesivo se atreverá a levantar los ojos hasta ella.

—¿Tenéis algo más que mandar, Majestad?

—No; anda pronto, y permanece fiel, tú, que vives en medio de ese infierno, sin tener como yo, la esperanza del paraíso.

Saint-Aignan deshízose en protestas de adhesión, y salió radiante de alegría después de besar la mano del rey.

## Capítulo LVIII

---

### El rey y la nobleza

Luis púsose inmediatamente sobre sí para recibir con buen semblante al señor de la Fère. Preveía que el conde no llegaba por casualidad. Comprendía vagamente la importancia de aquella visita; pero, a un hombre del mérito de Athos, a un alma tan elevada, no debia ofrecer el primer aspecto nada que fuera desagradable o mal ordenado.

Apenas el joven rey se aseguró de que presentaba un aire tranquilo, dio orden a los ujieres de introducir al conde.

Pocos minutos más tarde, Athos, en traje de ceremonia, ostentando las insignias que él sólo tenía derecho a llevar en la Corte de Francia, se presentó con aire tan grave y solemne, que el rey pudo juzgar, al primer vistazo, si se había equivocado o no en sus presentimientos.

Luis dio un paso hacia el conde y le tendió risueño una mano, sobre la cual se inclinó Athos respetuosamente.

—Señor conde de la Fère —dijo el rey apresuradamente—. Vendéis tan cara vuestra presencia en mi casa, que tengo a fortuna el veros. Athos se inclinó y respondió:

—Quisiera tener la dicha de estar siempre al lado de Vuestra Majestad. Semejante respuesta, dada en aquel tono, significaba manifiestamente: «Quisiera poder ser uno de los consejeros del rey para ahorrarle errores».

Luis lo conoció, y, resuelto a conservar ante aquel hombre la ventaja de la calma con la de la dignidad:

—Veo —repuso— que tenéis algo que decirme.

—A no ser por eso, no me habría permitido presentarme a Vuestra Majestad.

—Explicaos pronto, señor, porque deseo con ansia satisfacerlos. El rey se

sentó.

—Estoy persuadido —dijo Athos en tono ligeramente conmovido—, de que Vuestra Majestad me dará plena satisfacción.

—¡Ah! —dijo Luis con cierta altivez—. ¿Es una queja la que venís a formular aquí?

—No sería una queja —replicó Athos—, a menos que Vuestra Majestad... Pero, perdonadme, Majestad, que tome las cosas desde el principio.

—Espero.

—Vuestra Majestad d recordará que, por la época en que se marchó el señor de Buckingham, tuve el honor de (recibir una audiencia vuestra.

—Por esa época, poco más o menos... Sí, me acuerdo. Pero el objeto de la audiencia, lo he olvidado.

Athos tembló.

—Tendré el honor de recordarlo al rey —dijo—. Tratábese de un permiso que vine a solicitar a Vuestra Majestad, tocante al matrimonio que quería contraer el señor de Bragelonne con la señorita de La Vallière.

—Me acuerdo —dijo el rey en voz alta, mientras pensaba: « Henos ya en el fondo de la cuestión» .

—En aquella época —continuó Athos—, fue el rey tan bueno y generoso conmigo y con el señor de Bragelonne, que ni una sola de las palabras pronunciadas por Vuestra Majestad se me ha borrado de la memoria.

—¿Y qué? —replicó el rey.

—El rey, a quien pedí la mano de la señorita de La Vallière para el señor de Bragelonne, me la negó.

—Es verdad —dijo Luis con sequedad.

—Alegando —se apresuró a añadir Athos—, que la novia no tenía posición en la sociedad.

Luis se violentó para escuchar con paciencia.

—Que... —añadió Athos—, estaba escasa de bienes de fortuna. El rey se hundió en su sillón.

—No muy buena cuna.

Nueva impaciencia del rey.

—Y poca belleza —dijo inflexible Athos.

Este último dardo, clavado en el corazón del amante, acabó de apurar su paciencia.

—Señor —dijo—, ¡tenéis una memoria admirable!

—Siempre me sucede lo mismo cuando me cabe el alto honor de ser recibido en audiencia por el rey —replicó el conde sin alterarse.

—Bien; todo eso he dicho: *¿y qué?*

—Y di las más expresivas gracias a Vuestra Majestad, porque esas palabras manifestaban un interés que hacía mucho honor al señor de Bragelonne.

—También recordaréis —dijo el rey recalcando sus palabras—, que manifestasteis gran repugnancia por ese casamiento.

—Verdad es, Majestad.

—Y que hicisteis la solicitud contra vuestro gusto.

—Sí, Majestad.

—Por último, recuerdo también, pues tengo una memoria casi tan buena como la vuestra, que pronunciasteis estas palabras: «No creo en el amor de la señorita de La Vallière por el señor de Bragelonne». ¡Es verdad?

Athos sintió el golpe, pero no retrocedió.

—Majestad —dijo— ya os he pedido perdón, mas hay ciertas cosas, en aquella entrevista, que sólo serán inteligibles en el desenlace.

—Veamos, entonces, el desenlace.

—Vuestra Majestad dijo que difería el matrimonio por el bien mismo del señor de Bragelonne.

El rey calló.

—Hoy el vizconde de Bragelonne es tan desgraciado, que no puede diferir por más tiempo el pedir una resolución a Vuestra Majestad.

El rey palideció. Athos le miró fijamente.

—¿Y qué... solicita... el señor de Bragelonne? —preguntó titubeando el rey.

—Lo mismo que vine a pedir al rey en mi anterior audiencia: el consentimiento de Vuestra Majestad para su matrimonio.

El rey calló.

—Las cuestiones relativas a los obstáculos se han allanado para nosotros —continuó Athos—. La señorita Luisa de La Vallière, sin bienes de fortuna, sin ilustre nacimiento y sin belleza, no deja de ser el mejor y único partido para el señor de Bragelonne, puesto que éste la ama.

El rey apretó sus manos una con otra.

—¿Vacila el rey? —preguntó el conde sin perder su firmeza ni su política.

—No vacilo... rehuso —contestó el rey.

Athos se recogió un momento.

—Ya he tenido el honor —dijo dulcemente—, de hacer presente al rey que ningún obstáculo haría cambiar los sentimientos del señor de Bragelonne, y que su determinación parecía irrevocable.

—¡Hay de por medio mi voluntad, y presumo que eso sea un obstáculo!

—Es el más serio de todos —replicó Athos.

—¡Ah!

—Ahora, séanos concedido preguntar humildemente a Vuestra Majestad la razón de esa negativa.

—¿La razón...? ¿Una pregunta? —exclamó el rey.

—Una petición, Majestad.

El rey, apoyándose en la mesa con los dos puños:

—Habéis olvidado los usos de la Corte, señor conde —dijo con voz concentrada—. En la Corte no se dirigen preguntas al rey.

—Verdad es, Majestad; pero si no se pregunta, se hacen suposiciones.

—¿Suposiciones...? ¿Y qué queréis decir con eso?

—Ordinariamente, Majestad, la suposición del súbdito implica la franqueza del rey...

—¡Señor!

—Y la falta de confianza en el súbdito —continuó Athos con intrepidez.

—Paréceme que estáis en un error dijo el monarca dejándose llevar a pesar suyo de la cólera.

—Me veo precisado a buscar en otra parte lo que creía hallar en Vuestra Majestad. En vez de obtener una respuesta, me veo en el caso de tener que dármela a mí mismo.

El rey se levantó.

—Señor conde —dijo—, os he consagrado todo el tiempo de que podía disponer.

Eso era despedirle.

—No he tenido tiempo para decir a Vuestra Majestad todo lo que tenía que manifestarle —contestó el conde—, y veo tan pocas veces al rey, que es necesario aprovechar la ocasión.

—Estabais en las suposiciones, e ibais a pasar a las ofensas.

—¡Oh Majestad! ¡Ofender yo al rey? ¡Jamás! Toda mi vida he sostenido que los reyes están por encima de los demás hombres, no sólo por su posición y su poder, sino por la nobleza del corazón y la superioridad del alma. Jamás me harán creer que mi rey, cuando me ha dicho una palabra, oculta bajo esa palabra una segunda intención.

—¿Qué queréis decir? ¿De qué segunda intención habláis?

—Me explicaré —dijo fríamente Athos—. Si al rehusar la mano de la señorita de La Vallière al señor de Bragelonne, llevara Vuestra Majestad otro objeto que la felicidad del vizconde...

—Bien veis, señor, que me estáis ofendiendo.

—Si, al exigir una dilatación al vizconde, Vuestra Majestad hubiese querido únicamente alejar al novio de la señorita de La Vallière...

—¡Señor! ¡Señor!

—Es que eso he oído en todas partes. Todos hablan del amor de Vuestra Majestad por la señorita de La Vallière.

El rey desgarró sus guantes, que, por continencia, mordisqueaba hacia unos minutos.

—Desgraciados de aquellos que se mezclan en mis asuntos! —exclamó—. He tomado ya mi partido: romperé todos los obstáculos.

—¿Qué obstáculos? —preguntó Athos.

El rey se detuvo cortado, como el caballo que en su furiosa carrera siente lacerado el paladar por el bocado.

—Amo a la señorita de La Vallière —dijo de pronto con tanta nobleza como resolución.

—Pero —interrumpió Athos—, eso no impide a Vuestra Majestad casar al vizconde con la señorita de La Vallière. El sacrificio es digno de un rey, y merecido por el señor de Bragelonne, que ha prestado ya servicios y puede pasar por un bravo hombre. Así, pues, renunciando el rey a su amor, dará una prueba a la vez de generosidad, de reconocimiento y de buena política.

—La señorita de La Vallière —dijo sordamente el rey—, no ama al señor de Bragelonne.

—¿Lo sabe el rey? —dijo Athos con mirada profunda.

—Lo sé.

—Será de poco tiempo a esta parte, pues si el rey lo hubiese sabido cuando vine a solicitar el permiso la primera vez, Vuestra Majestad me habría hecho el honor de decírmelo.

—Desde hace poco.

Athos guardó silencio un momento.

—Entonces, no comprendo —dijo— que el rey haya enviado al vizconde de Bragelonne a Londres. Semejante destierro no puede menos de sorprender a los que aman el honor del rey.

—¿Quién habla del honor del rey, señor conde de la Fère?

—El honor del rey, Majestad, se compone del honor de toda su nobleza, y cuando el rey ofende a uno de sus nobles, es decir, cuando le roba una parte de su honor, es al mismo rey a quien se roba esa parte de honor.

—¡Señor de la Fère!

Irritado el rey, principalmente porque se sentía dominado, trató de despedir a Athos con un ademán.

—Majestad, os lo diré todo —replicó el conde—, y no saldré de aquí sino después de quedar satisfecho, bien por vos o bien por mí mismo. Satisfecho, si me demostráis que la razón está de vuestra parte; satisfecho, si os demuestro que no habéis procedido debidamente. ¡Oh, ya me escucharéis, Majestad! Soy viejo, y estoy muy apgado a todo lo que hay de verdaderamente grande y fuerte en el reino. Soy un gentilhombre que ha vertido su sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido jamás ni a vos ni a vuestro padre. A nadie he ofendido en este mundo, y me he hecho acreedor al agradecimiento de los reyes. ¡Vos me escucharéis! Vengo a pediros cuenta del honor de uno de vuestros servidores, a quien habéis engañado con una mentira o vendido por una debilidad. Sé que estas palabras irritan a Vuestra Majestad; pero los hechos nos matan a nosotros. Sé que estáis buscando el castigo que habéis de dar a mi franqueza; más también sé el castigo que he de pedir a Dios que os imponga, cuando le refiera vuestro perjurio

y la desgracia de mi hijo.

El rey se paseaba a grandes pasos, con la mano en el pecho, la cabeza levantada y los ojos echando llamas.

—¡Señor! —exclamó de pronto—. Si fuese para vos el rey, ya estaríais castigado, pero no soy más que un hombre, y tengo el derecho de amar en la tierra a los que me aman. ¡Dicha bien rara!

—No tenéis ese derecho como rey más que como hombre; o si quería Vuestra Majestad tomárselo lealmente, era preciso avisar al señor de Bragelonne en lugar de desterrarle.

—Parécmeme que esto es entrar en discusiones —interrumpió Luis XIV con aquella majestad que sólo él sabía hallar hasta un punto tan notable en la mirada y en la voz.

—Esperaba que me respondieseis —dijo el conde.

—¡Sabréis mi contestación, señor!

—Sabéis mi pensamiento —replicó el señor de la Fère.

—Habéis olvidado que habláis al rey, señor, eso es un crimen.

—Habéis olvidado que desgarrabais la vida de dos hombres. ¡Eso es un pecado mortal, Majestad!

—¡Ahora, salid!

—No antes de haber dicho: ¡Hijo de Luis XIII, mal empezáis vuestro reinado, pues lo inaugurarás con el rapto y la deslealtad! Mi descendencia y yo nos consideramos libres hacia vos de todo el afecto y todo el respeto que hice jurar a mi hijo en las bóvedas de San Dionisio, delante de los restos de vuestros nobles antepasados. Os habéis hecho enemigo nuestro, Majestad, y en lo sucesivo sólo tendremos a Dios por juez, nuestro único amo. ¡Reflexionadlo bien!

—¿Amenazáis?

—¡Oh, no! —dijo Athos tristemente—. No hay más baladronadas que temor en mi alma. Dios, de quien os hablo, me oye hablar, y sabe que, por la integridad y el honor de vuestra corona, derramaría aún en estos instantes toda la sangre que me han dejado veinte años de guerras civiles y extranjeras. Puedo aseguraros, por lo tanto, que no amenazo al rey; como no amenazo al hombre; mas sí os digo: Perdéis dos servidores por haber matado la fe en el corazón del padre y el amor en el corazón del hijo. El uno no cree ya en la regia palabra, el otro no cree ya en la fidelidad de los hombres ni en la pureza de las mujeres. El uno ha muerto para el respeto, el otro para la obediencia. ¡Adiós!

Y, diciendo esto, rompió Athos su acero contra su rodilla; puso lentamente los dos pedazos en el suelo, y, saludando al rey, a quien ahogaban la cólera y la vergüenza, salió del gabinete.

El rey, abismado sobre su mesa, pasó algunos minutos en reponerse y, levantándose de repente, llamó con violencia.

—¡Que llamen al señor de D'Artagnan! —dijo a los ujieres asustados.

## Capítulo LIX

---

### Continúa la tempestad

Seguramente se habrán preguntado ya nuestros lectores cómo Athos se había hallado tan a punto en el cuarto del rey, cuando no habían oído hablar de él en tanto tiempo. Siendo nuestro deber, como novelistas, encadenar los acontecimientos los unos a los otros con una lógica casi fatal, nos hallamos dispuestos a responder, y respondemos a esa pregunta.

Porthos, fiel a su papel de arreglador de asuntos al salir del palacio real había ido a reunirse con Raúl en los Mínimos del bosque de Vincennes, contándole en sus menores detalles su conferencia con Saint-Aignan; luego, había terminado diciendo que el mensaje del rey a su favorito no ocasionaría, probablemente, más que un retraso breve, y que así que Saint-Aignan se separase del rey, se apresuraría a acudir a la cita que le había dado Raúl.

Mas Raúl, menos crédulo que su viejo amigo, dedujo del relato de Porthos, que, si Saint-Aignan fue a ver al rey, se lo contaría todo, y que, contándoselo todo, el rey prohibiría a Saint-Aignan ir al terreno. A consecuencia de esta reflexión, dejó a Porthos que guardase el puesto, para el caso, poco probable, de que Saint-Aignan llegase a ir, y le exigió al mismo tiempo que no estuviese en el sitio más que una ora u hora y media. Porthos se negó a ello formalmente, instalándose, por el contrario, en los Mínimos, como si quisiera echar allí raíces, haciendo prometer a Raúl que volvería desde casa de su padre a la suya, a fin de que el lacayo de Porthos supiese dónde hallarle, en el caso de que el señor de Saint-Aignan acudiese a la cita. El vizconde dejó a Vincennes y se encaminó directamente a casa de Athos, que se hallaba en París hacia dos días.

El conde había sido ya avisado por una carta de D'Artagnan.

Raúl, pues, llegó a casa de su padre, quien, después de haberle tendido la

mano y haberle abrazado, le hizo señas de que se sentara.

—Sé que venís a mí, como se acude a un amigo cuando se llora y se sufre; decidme el motivo que os trae.

El joven inclinóse y dio principio a su relato. Más de una vez, en el curso de él, cortaron las lágrimas su voz, y un sollozo estrangulado en la garganta suspendió la narración. No obstante, la pudo terminar.

Athos sabía ya probablemente a qué atenerse, pues, como hemos dicho, D'Artagnan le había escrito; pero, resuelto a conservar hasta el fin aquella calma que formaba el lado casi sobrehumano de su carácter, replicó:

—Raúl, no creo nada de lo que se dice; no creo nada de lo que teméis, y no porque no me hayan hablado ya de semejante aventura personas dignas de fe, sino porque en mi alma y mi conciencia creo imposible que el rey haya ultrajado a un noble. Fíos, por lo tanto, en el rey, y voy a traeros la prueba de lo que os digo.

Raúl, como un hombre ebrio, vacilante entre lo que había visto con sus propios ojos y la imperturbable fe que tenía en un hombre que nunca había mentido, se inclinó y se contentó con responder:

—Id, pues, señor conde; esperaré. Y se sentó, ocultando la cabeza entre sus manos; Athos se vistió y salió. En su entrevista con el rey hizo lo que ya saben nuestros lectores, qué le han visto entrar en la cámara del rey y salir de ella.

Cuando regresó a su casa, Raúl, pálido y sombrío, no había abandonado aún su posición desesperada. No obstante, al ruido de las puertas que se abrían y al ruido de los pasos de su padre que se acercaba, levantó el joven la cabeza.

Athos entró pálido, grave y descubierta la cabeza: entregó al lacayo su capa y el sombrero, despidiéndole con un gesto, y se sentó junto a Raúl.

—Y bien, señor —preguntó el joven moviendo la cabeza de arriba abajo—, ¿estáis ya convencido?

—Lo estoy, Raúl; el rey ama a la señorita de La Vallière.

—¿Y lo confiesa? —exclamó Raúl.

—Plenamente —dijo Athos.

—¿Y ella?

—No la he visto.

—No; pero el rey os habrá hablado de ella. ¿Qué dice de ella? Dice que ella le ama.

—¡Oh! ¡Lo veis? ¡Lo veis, señor?

Y el joven hizo un gesto de desesperación.

—Raúl —prosiguió el conde—, he dicho al rey, y podéis creerme, todo cuanto hubierais podido decirle vos mismo, y creo habérselo dicho en términos convenientes, pero energéticos.

—¿Y qué le habéis dicho, señor?

—Que todo había concluido entre él y nosotros, que no contase ya con

vuestro servicio, y que hasta yo mismo me mantendré apartado. Sólo me queda saber una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Si habéis tomado vuestro partido.

—¡Mi partido! ¿Sobre qué?

—Sobre el amor y ...

—Acabád, señor.

—La venganza; porque temo que penséis en vengaros.

—¡Oh señor! El amor... tal vez algún día... más adelante, logre arrancarlo de mi corazón, pues para ello cuento con la ayuda de los y el auxilio de vuestras prudentes exhortaciones. Respecto a la venganza, sólo he pensado en ella bajo el imperio de un mal pensamiento; porque no es del verdadero culpable de quien yo podría vengarme; por lo tanto, renuncio a la venganza.

—De suerte que no trataréis de buscar pendencia al señor de Saint-Aignan?

—No, señor. Ya ha mediado un desafío; si el señor de Saint-Aignan lo acepta, lo sostendré; pero, en el caso contrario, me desentenderé de él.

—Y de La Vallière?

—No creo que podáis suponer seriamente que piense en vengarme de una mujer —respondió Raúl con sonrisa tan triste que hizo asomar las lágrimas a los ojos de aquel hombre que tantas veces se había inclinado sobre sus dolores y los dolores ajenos.

Tendió su mano a Raúl, y Raúl la cogió vivamente.

—Así, señor conde, ¿estáis bien seguro de que el mal no tiene remedio? —preguntó el joven.

Athos movió a su vez la cabeza.

—¡Pobre hijo! —murmuró.

—Pensáis que todavía tengo esperanzas —dijo Raúl—, y me compadecéis. ¡Ay, es que me cuesta terriblemente despreciar como debo a la que he amado tanto! Si al menos tuviese que acusarme de algún agravio hacia ella, me tendría por feliz y la perdonaría.

Athos miró tristemente a su hijo. Las pocas palabras que acababa de pronunciar Raúl parecían arrancadas de su propio corazón.

En aquel instante el lacayo anunció al señor de D'Artagnan. Este nombre resonó, de manera bien diferente en los oídos de Athos y de Raúl. El mosquetero anunciado hizo su entrada con una vaga sonrisa en los labios. Raúl se detuvo; Athos marchó hacia su amigo con una expresión de rostro que no escapó a Bragelonne. D'Artagnan respondió a Athos con un simple parpadeo; luego, acercándose a Raúl y tomándole la mano:

—¡Vamos —exclamó hablando a la vez al padre y al hijo—, a lo que parece consolamos al mozo!

—Y vos, tan bueno como siempre, venís a auxiliarme en tarea tan difícil.

Y, al pronunciar Athos estas palabras, estrechó entre sus manos la mano de D'Artagnan. Raúl creyó advertir que aquella presión tenía un sentido particular, diferente del de las palabras.

—Sí —contestó el mosquetero atusándose el bigote con la mano que Athos le dejaba libre—; sí, también yo vengo.

—Bien venido seáis, señor caballero —dijo Raúl—, no por el consuelo que traéis, sino por vos mismo. Estoy consolado.

Y esbozó una sonrisa más triste que ninguna de las lágrimas que D'Artagnan había visto derramar jamás.

—¡Enhorabuena! —dijo D'Artagnan.

—Habéis llegado, cabalmente —prosiguió Raúl—, cuando el señor conde iba a referirme las circunstancias de su entrevista con el rey. Sin duda llevaréis a bien que el señor conde continúe, ¿no es así?

Y los ojos del joven parecían querer leer hasta el fondo del corazón del mosquetero.

—¿Su entrevista con el rey? —dijo D'Artagnan en un tono tan natural que no había medio de dudar de su extrañeza—. ¿Habéis visto al rey, Athos?

Athos sonrió.

—Sí —dijo—, le he visto.

—¡Ah! ¿De veras ignoráis que el conde haya visto al rey? —preguntó Raúl algo más tranquilo.

—¡A fe que sí! Completamente —respondió D'Artagnan.

—Entonces, estoy más tranquilo —dijo Raúl.

—¡Tranquilo! ¡Y sobre qué? —preguntó Athos.

—Señor —dijo Raúl—, perdonad; pero, conociendo el cariño que me profesáis, temía que hubieseis expresado con demasiada viveza al rey mi dolor y vuestra indignación, y que entonces el rey...

—¿Qué? —interrumpió D'Artagnan—. Vamos, acabad, Raúl.

—Perdonadme, señor de D'Artagnan —dijo Raúl—. Por un instante temblé, lo confieso, que no hubieseis venido como el señor de D'Artagnan, sino como capitán de mosqueteros.

—¡Estáis loco, mi pobre Raúl! —exclamó D'Artagnan con una carcajada, en la que un buen observador habría deseado tal vez mayor franqueza.

—¡Tanto mejor! —contestó Raúl.

—Sí, loco; ¿y sabéis lo que os aconsejo?

—Decidmelo, señor; viniendo de vos, el consejo será bueno.

—Pues bien, os aconsejo que, terminado vuestro viaje, después de vuestras visitas al señor de Guiche, a Madame y a Porthos; después de vuestro viaje a Vincennes, toméis algún descanso; acostaos, dormid doce horas seguidas, y cuando despertéis, fatigadme un buen caballo.

Y, atrayéndole hacia sí, le abrazó como hubiera hecho con su propio hijo.

Athos hizo lo mismo; sólo que era evidente que el beso era más tierno y el abrazo más apretado en el padre que en el amigo.

El joven miró una vez todavía a aquellos dos hombres, empleando para adivinarlos todas las fuerzas de su inteligencia. Pero su mirada embotóse en la fisonomía risueña del mosquetero y, en el semblante tranquilo y dulce del conde de la Fère.

—¿Y adónde vais, Raúl? —dijo este último, viendo que Bragelonne se disponía a salir.

—A mi casa, señor —contestó el joven con su acento dulce y melancólico.

—¿Es allí donde os encontrarán, vizconde, si hay que deciros algo?

—Sí señor. ¿Es que prevéis tener algo que decirme?

—¡Qué sé yo! —dijo Athos.

—Sí; nuevos consuelos —dijo D'Artagnan empujando levemente a Raúl hacia la misma puerta.

Viendo Raúl una serenidad tan grande en cada gesto de los dos amigos, salió de casa del conde, no llevando consigo otro sentimiento que el de su dolor particular.

—¡Alabado sea Dios! —dijo—. Al fin sólo tengo que pensar en mí. Y, embozándose en su capa, para ocultar a los transeúntes su rostro entristecido, se dirigió a su casa, como lo había prometido a Porthos. Ambos amigos habían visto alejarse al joven con igual sentimiento de commiseración.

No había más sino que cada cual lo expresó de un modo distinto.

—¡Pobre Raúl! —dijo Athos, dejando escapar un suspiro.

—¡Pobre Raúl! —murmuró D'Artagnan encogiéndose de hombros.

## Capítulo LX

---

Heu! Miser!

« ¡Pobre Raúl!», había dicho Athos. « ¡Pobre Raúl!», había dicho D'Artagnan. Muy desgraciada debía de ser Raúl, en efecto, cuando de tal modo le compadecían dos hombres de aquel templo.

Así fue que, cuando se encontró solo consigo mismo, dejando tras de sí al amigo intrépido y al padre indulgente; cuando trajo a su memoria la confesión hecha por el rey de aquel amor que le robaba a su amada Luisa de La Vallière sintió que se le desgarraba el corazón, como lo sentimos todos desgarrarse una vez a la primera ilusión destruida, al primer amor burlado.

—¡Oh! —murmuró—. ¡Nada hay ya para mí en la vida! ¡Ni felicidad ni esperanza! Guiche me lo ha dicho, mi padre me lo ha dicho, D'Artagnan me lo ha dicho. ¡Todo es, pues, un sueño en este mundo! ¡Sueño ese porvenir tan anhelado durante diez años! ¡Sueño esa unión de nuestros corazones! ¡Sueño esa vida entera de amor y felicidad! ¡Misero loco en soñar así, en voz alta y públicamente, delante de mis amigos y de mis enemigos, para que los primeros se entristezcan con mis penas, y los otros se reían de mis dolores! Mi desgracia va a ser ruidosa, un escándalo público, y en lo sucesivo me señalarán vergonzosamente con el dedo.

Y, no obstante la calma que Raúl prometió a su padre y a D'Artagnan, Raúl dejó oír algunas palabras de sorda amenaza.

—Y sin embargo —continuó—, si me llamara Wardes, y tuviese a la vez la flexibilidad y el vigor del señor de D'Artagnan, mostraría la sonrisa en los labios, persuadiría a las mujeres de que esa pérflida, honrada con mi amor, no me deja más que un sentimiento, el de haberme engañado con sus apariencias de honestidad; algunos bufones divertirían al rey a mis expensas; pero yo los

acecharía y castigaría a unos cuantos. Los hombres me temerían, y al tercero que hubiese tendido a mis pies, me vería adorado por las mujeres. Si; este es un partido que el mismo conde de la Fère no desdellaría. ¿No quebrantaron también su corazón, en su juventud, como acaba de serlo el mío? ¿No substituyó al amor con la embriaguez? No pocas veces me lo ha dicho. ¿Y por qué no había de substituir yo el amor por el placer?

» ¡Había sufrido tanto como yo sufro, tal vez más! ¡La historia de un hombre es, pues, la historia de todos los hombres: una experiencia más o menos larga, más o menos dolorosa? La voz de la humanidad entera no es más que un grito continuo.

» Pero ¿qué le importa al que sufre el dolor de los demás? La llaga abierta en otro pecho ¡alivia la llaga en el nuestro? La sangre que corre al lado nuestro ¡restaña nuestra sangre? Esa angustia universal ¿disminuye la angustia particular? No; cada cual sufre por sí; cada uno lucha con su dolor; cada cual llora sus propias lágrimas.

» Y, por otra parte, ¿qué ha sido para mí la vida hasta ahora? Una arena fría y estéril, en la que he combatido siempre por los demás, jamás por mí. Tan pronto por un rey, como por una mujer. El rey me ha vendido, la mujer me ha desdenado. ¡Oh desventurado...! ¡Las mujeres...! ¿No podía hacer expiar a todas el crimen de una de ellas? ¿Qué es necesario para ello? No tener corazón u olvidar que se ha tenido; ser fuerte, hasta contra la debilidad: sostener siempre, aun cuando se sienta romper. ¿Qué es preciso para eso? Ser joven, apuesto, fuerte, valiente, rico... Pues todo eso soy o lo seré.

» Pero ¡y el honor? ¿Qué es el honor? Una teoría que cada cual entiende a su manera. Mi padre me decía: «El honor, es el respeto de lo que uno debe a los demás, y principalmente lo que se debe uno a sí mismo». Pero Guiche, Manicamp, y Saint-Aignan especialmente, me dirían: «El honor consiste en servir las pasiones y los placeres de su rey». Este honor es fácil y lucrativo; con él puedo conservar mi puesto en la Corte, llegar a ser gentilhombre de cámara, tener a mis órdenes un buen regimiento. Con ese honor puedo ser duque y par.

» La mancha que esa mujer ha echado sobre mí, el dolor con que me ha destrozado el corazón, a mí, su amigo de la infancia, en nada perjudica al señor de Bragelonne, buen oficial, capitán valiente, que se cubrirá de gloria en la primera ocasión, y que llegará a ser cien veces más de lo que es hoy día la señorita de La Vallière, la querida del rey; porque el rey no se casará con la señorita de La Vallière, y cuanto más públicamente la declare querida suya, más hará resaltar la banda de infamia que le arroja sobre la frente a modo de corona, y, conforme la vayan despreciando, como yo la desprecio, me gozaré en ello.

» ¡Ay! ¡Habíamos caminado juntos, ella y yo, durante el primero durante el más hermoso tercio de nuestra vida, cogidos de la mano a lo largo de la senda encantadora y cubierta de flores de la juventud, cuando llegamos a una

encrucijada donde ella se separa de mí, donde vamos a seguir un camino distinto que irá apartándonos cada vez más uno del otro; y, para tocar el término de este camino, Señor, me encuentro solo, desesperado, anonadado! ¡Oh desventurado!

En este punto se hallaba Raúl de sus siniestras reflexiones, cuando su pie pisó maquinalmente el umbral de su casa. Había llegado allí sin ver las calles por donde pasaba, sin saber cómo había llegado. Empujó la puerta, y, continuando su camino, subió la escalera.

Como en la mayor parte de las casas de aquella época, la escalera era sombría y los descansos oscuros. Raúl vivía en el piso principal, y se detuvo para llamar. Presentóse Olivain, y le recogió la espada y la capa. Raúl abrió por sí mismo la puerta que desde la antecámara, conducía a un saloncillo bastante bien alhajado para salón de soltero, adornado con profusión de flores por Olivain, que, conociendo los gustos de su amo, había cuidado de satisfacerlos, sin curarse de si aquél se apercibía o no de esta atención.

Había en el salón un retrato de La Vallière, que ésta misma había dibujado y regalado a Raúl. Ese retrato, colgado por encima de un gran sillón forrado de damasco oscuro, fue el primer punto a que se dirigió Raúl, el primer objeto en que puso sus ojos. Por lo demás, Raúl cedia a su costumbre, pues cada vez que entraba en casa, aquel retrato era lo primero que admiraban sus ojos. Aquella vez, como todas, se fue derecho al retrato, púsose de rodillas, sobre el sillón, y se dedicó a contemplarlo tristemente.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ligeramente levantada, la mirada tranquila y velada, la boca plegada por amarga sonrisa.

Miró la imagen adorada, y, repasando en su espíritu todo lo que había dicho, y en su corazón todo lo que había sufrido, después de una larga pausa:

—¡Oh desventurado! —murmuró por tercera vez.

Apenas pronunció estas dos palabras, se dejó oír a su espalda un suspiro y un lamento.

Volvióse de pronto, y, en un ángulo del salón, advirtió, de pie, encorvado y con un velo, una mujer, que al entrar Raúl había dejado oculta detrás de la puerta, y que después no había visto hasta que el suspiro y el lamento hicieronle volver la cabeza.

Adelantóse hacia aquella mujer, cuya presencia nadie le había anunciado, saludando y preguntando al mismo tiempo, cuando de repente se levantó aquella cabeza inclinada, apartó a un lado el velo, y dejó ver un rostro blanco y melancólico.

Raúl retrocedió, como lo hubiese hecho ante un fantasma.

—¡Luisa! —exclamó con acento tan desgarrador, que nadie hubiese creído a la voz humana capaz de lanzar tal grito, sin que se rompiesen todas las fibras del corazón.

## Capítulo LXI

---

### Heridas sobre heridas

L a señorita de La Vallière, pues ella era, dio un paso adelante.

—Sí, Luisa —murmuró.

Pero en aquel intervalo, por corto que fuera, había tenido Raúl tiempo de reponerse.

—¿Vos, señorita?

Y, luego, con un indefinible acento:

—¿Vos aquí? —añadió.

—Sí, Raúl —contestó la joven—; sí, yo que os estaba esperando.

—Perdonad: cuando entré no sabía...

—Sí, había encargado a Olivain que no os dijera...

La joven titubeó; y, como Raúl no se apresurara a contestar, hubo un momento de silencio, durante el cual hubiese podido oírse el ruido de aquellos dos corazones que latían, no en armonía, pero sí tan violentamente el uno como el otra.

Tocábale hablar a Luisa, e hizo un esfuerzo.

—Tenía que hablaron —dijo—; me era necesario absolutamente veros... yo misma... sola... he retrocedido ante un paso que debe permanecer secreto, pues nadie, a excepción de vos, señor de Bragelonne, acertaría a comprenderlo.

—En efecto, señorita —balbuceó Raúl enteramente desconcertado y conmovido—, y aun yo mismo, a pesar de la buena opinión que tenéis formada de mí, confieso...

—¿Queréis hacerme el obsequio de sentaros y escucharme? —dijo Luisa interrumpiéndolo con voz dulcísima.

Bragelonne la miró un instante; enseguida, moviendo tristemente la cabeza, se

sentó, o mejor, cayó en una silla.

—Hablad —dijo.

La joven miró con recelo en torno suyo. Aquella mirada era un ruego, y pedía el secreto con mucho más ahínco que un momento antes lo pidiera con sus palabras.

Raúl se levantó, yendo a la puerta que abrió:

—Olivain —dijo—, no estoy visible para nadie.

Luego, volviéndose a La Vallière:

—¿Era eso lo que deseabais? —preguntó.

Imposible decir el efecto que causó en Luisa aquella pregunta, que significaba: « Ya veis que todavía sé comprenderos» .

La joven pasóse el pañuelo por los ojos para enjugar una lágrima rebelde; luego, habiéndose recogido un instante:

—Raúl —dijo—, no apartéis de mí vuestra mirada, tan bondadosa y tan franca; no sois de esos hombres que desprecian a una mujer porque haya entregado su corazón, por más que ese amor deba hacer su desgracia o lastimar su orgullo. Raúl no contestó.

—¡Ay! —continuó La Vallière—. ¡Cuán verdad es! Mi causa es mala, y no sé por qué frase principiar. Mirad, creo que lo mejor será contaros sencillamente lo que pasa. Como diré la verdad, hallaré el camino recto en la obscuridad, en las indecisiones, en los obstáculos que he de arrostrar, para aliviar mi corazón que desborda y quiere derramarse a vuestros pies.

Raúl continuó guardando silencio. La Vallière le miraba con aire que quería decir: « ¡Animadme! ¡Por piedad, una palabra! » .

Pero Raúl calló y la joven hubo de continuar:

—Hace un instante —dijo— ha venido a verme el señor de Saint-Aignan de parte del rey.

Luisa bajó los ojos.

Por su parte, Raúl volvió a otro lado los suyos para no ver nada.

—El señor de Saint-Aignan ha venido a verme de parte del rey —repitió la joven—, y me ha dicho que lo sabíais todo.

Y, al decir esto, intentó mirar cara a cara al que recibía aquella herida después de tantas otras; mas le fue imposible encontrar los ojos de Raúl.

—Me ha dicho que habíais concebido contra mí una legítima cólera.

Aquella vez, Raúl miró a la joven, y una sonrisa desdeñosa distendió sus labios.

—¡Oh! —continuó Luisa—. No digáis, por piedad, que habéis sentido contra mí otra cosa que cólera, Raúl; aguardad a que os lo haya dicho todo, aguardad hasta el fin.

La frente de Raúl serenóse por la fuerza de su voluntad; el pliegue de su boca desapareció.

—Y ante todo —dijo La Vallière—, ante todo, con las manos juntas y la frente inclinada, os pido perdón como al más generoso, al más noble de los hombres. Si os he dejado ignorar lo que pasaba en mí, nunca hubiera consentido en engañaros. Raúl, de rodillas os pido que me respondáis, aun cuando sea una injuria. Más deseo una injuria de vuestros labios que una sospecha de vuestro corazón.

—Admiro vuestra sublimidad, señorita —repuso Raúl, haciendo un esfuerzo sobre sí para permanecer tranquilo—. Dejar ignorar que uno se engañe, es leal; pero, engañar, parece que eso estaría mal hecho, y vos no lo haríais.

—Señor, por largo tiempo he estado creyendo que os amaba sobre todas las cosas, y mientras creí en mi amor hacia vos, os he dicho que os amaba. En Blois os amaba. Pasó el rey por Blois, y aún creí que os amaba, y lo hubiera jurado sobre un altar; pero llegó un día en que salí de mi error.

—Pues bien, señorita, llegado ese día, y viendo que yo os amaba siempre, la lealtad exigía que me dijeseis que no me amabais ya.

—Ese día, Raúl, el día en que leí hasta en lo íntimo de mi corazón, el día en que me confesé a mí misma que no ocupabais todo mi pensamiento, el día que vi otro porvenir que el de ser vuestra amiga, vuestra amante, vuestra esposa, ese día, Raúl, ¡ay!, no estabais cerca de mí.

—Sabíais dónde me hallaba, señorita, y debisteis escribirme.

—Raúl, no me atreví, y conozco que obré mal. ¡Qué queréis, Raúl! Os conocí tan bien, sabía hasta tal punto cómo me amabais, que temblé a la sola idea del dolor que iba a causaron; y es esto tan cierto, Raúl, que en el momento en que os hablo, abrumada ante vos con el corazón oprimido, llena de suspiros la voz, los ojos hinchados de lágrimas, tan cierto que no tengo otra defensa que mi franqueza, ni otro dolor que el que leo en vuestros ojos.

Raúl trató de sonreír.

—No —dijo Luisa con profunda convicción—, no me haréis la injuria de disimular conmigo. Me amabais, estabais seguro de amarme; no os engañabais a vos mismo, no mentíais a vuestro propio corazón, mientras que yo... yo...

Y, toda pálida, con los brazos levantados en alto, se dejó caer de rodillas.

—¡Mientras que vos —dijo Raúl— decíais que amabais y amabais a otro!

—¡Ay, sí! —exclamó la pobre niña—. ¡Ay, sí! Amo a otro; y ese otro... ¡Dios santo! Dejadme hablar, porque ésa es mi única disculpa; ese otro le amo más que a mi vida, más que al mismo Dios. Perdonad mi falta o castigad mi traición. He venido aquí, no para defenderme, sino para deciros: ¿Sabéis lo que es amar? ¡Pues yo amo! ¡Amo hasta dar mi vida y mi alma al que amo! Si alguna vez llega a dejar de amarme, moriré de pena, a menos que Dios venga en mi auxilio, a menos que el Señor tenga misericordia de mí. Raúl, estoy aquí para someterme a vuestra voluntad, cualquiera que sea; para morir, si queréis que muera. Matadme, pues, Raúl, si en vuestro corazón, creéis que merezco la muerte.

—¡Cuidado, señorita! —dijo Raúl—; la mujer que pide la muerte es la que no puede ofrecer ya más que su sangre al amante engañado.

—Tenéis razón —dijo ella. Raúl exhaló un profundo suspiro.

—¡Y amáis sin poder olvidar! —exclamó Raúl.

—Amo sin querer olvidar, sin desear amar jamás a otro —respondió La Vallière.

—¡Bien! —dijo Raúl—. Me habéis dicho, efectivamente, todo cuanto teníais que decirme, todo cuanto yo podía desear saber, y ahora, señorita, yo soy quien os pido perdón; yo, que he estado a punto de ser un obstáculo en vuestra vida; yo, que he procedido sin acierto; yo, que engañándome a mí propio, os ayudaba a engañaros.

—¡Oh! —dijo La Vallière—. No os pido tanto, Raúl.

—Todo esto es culpa mía, señorita —prosiguió Raúl—; mejor instruido que vos en las dificultades de la vida, a mí me tocaba desengaños. Debí no fiar en lo cierto; debí hacer hablar a vuestro corazón, cuando apenas he hecho hablar a vuestros labios. Lo repito, señorita, os pido perdón.

—¡Es imposible! ¡Es imposible! —exclamó la joven—. ¡Os burláis de mí!

—¿Qué es imposible?

—Sí; no es posible ser bueno, excelente, perfecto hasta ese punto.

—¡Mirad lo que decís! —exclamó Raúl con amarga sonrisa—. Porque, según veo, vais a decir que no os amaba.

—¡Oh! Me amabais como un tierno hermano: dejadme abrigar esa esperanza, Raúl.

—¡Como un tierno hermano...? Desengaños, Luisa. Os amaba como un amante, como un marido, como el más tierno de los hombres que aman.

—¡Raúl, Raúl!

—¡Como un hermano...? ¡Oh, Luisa! Os amaba hasta el extremo de dar por vos toda mi sangre gota a gota, toda mi carne pedazo por pedazo, toda mi eternidad hora por hora.

—¡Raúl, Raúl, por piedad!

—Os amaba tanto, Luisa, que mi corazón está muerto, que mi fe vacila, que mis ojos se apagan; os amaba tanto, que yo no veo ya nada, ni en la tierra, ni en el cielo.

—¡Raúl, Raúl, amigo mío, os ruego que no me atormentéis de esa manera!

—exclamó La Vallière—. ¡Ay! Si hubiese sabido...

—Es demasiado tarde, Luisa; Luisa; amáis, y sois feliz; leo esa felicidad a través de vuestras lágrimas; detrás de las lágrimas que os hace derramar vuestra lealtad, siento los suspiros que exhala vuestro amor. ¡Luisa, Luisa, habéis hecho de mí el último de los hombres! ¡Retiraos ya, por piedad...! ¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Perdonadme, os lo ruego!

—¡Eh! ¡No he hecho más? ¡No os he dicho que os amaba siempre? La joven

ocultó su rostro entre las manos.

—Y deciros eso, señorita, decíroslo en semejantes circunstancias y de la manera que os lo digo, es deciros mi sentencia de muerte. ¡Adiós!

La Vallière quiso tender sus manos hacia él.

—No debemos vernos ya en este mundo —dijo Raúl.

La Vallière quiso hablar; pero Raúl le puso la mano en la boca. Luisa besó aquellas manos, y se desmayó.

—Olivain —dijo Raúl—, recoged a esa señorita y conducidla a la silla que espera a la puerta.

Olivain la levantó. Raúl hizo un movimiento como para precipitarse hacia La Vallière y darle el primero y último beso; pero deteniéndose de pronto:

—No —dijo—; este bien no me pertenece. ¡No soy el rey de Francia para robar!

Y volvió a su habitación, mientras que el criado se llevaba a La Vallière, que continuaba desmayada.

## Capítulo LXII

### Lo que Raúl había adivinado

Athos y D'Artagnan encontraronse solos, el uno frente al otro, tras la doble exclamación que siguió a la partida de Raúl.

Aquél tomó al instante la misma actitud que tenía a la llegada de D'Artagnan.

—¿Qué hay, amigo? —dijo—. ¿Qué veníais a anunciarme?

—Yo? —preguntó D'Artagnan.

—Indudablemente, vos. No se os suele ver así, sin causa alguna. Athos sonrió.

—¡Caray! —dijo D'Artagnan.

—Yo os sacaré del apuro, querido amigo. El rey estará furioso, ¿no es verdad?

—Debo confesar que no está contento.

—Y venís... —De su parte, sí.

—Para detenerme, ¿eh?

—Habéis puesto el dedo en la llaga, querido amigo.

—Ya me lo esperaba! Vamos.

—Oh, oh, qué diablos! —dijo D'Artagnan—. ¿Qué prisa tenéis?

—Temo que os retraséis —respondió sonriendo Athos.

—Tengo tiempo. Además, ¿no sentís curiosidad por saber cómo han pasado las cosas entre el rey y yo?

—Si tenéis a bien contarme eso, querido amigo, os oiré con mucho gusto.

Y presentó a D'Artagnan un gran sillón, en el cual se tendió aquél a su gusto.

—Me place esto —dijo—, en atención a que la conversación es bastante curiosa.

—Escucho.

—En primer lugar, el rey me ha hecho llamar.

—¿Después que yo salí?

—Bajabais los últimos peldaño de la Escalera, según me han dicho los mosqueteros. Llegué. No estaba rojo, estaba de color de violeta. Yo ignoraba aun lo que había pasado. Únicamente vi en el suelo una espada rota en dos pedazos.

» —¡Capitán D'Artagnan! —exclamó el rey al verme.

» —Majestad —respondí yo.

» —¡Acaba de salir de aquí el señor de la Fère, que es un insolente!

» —¿Un insolente? —exclamé yo con tal acento, que el rey se quedó cortado.

» —Capitán D'Artagnan —prosiguió apretando los dientes—, vais a oírme y a obedecerme.

» —Es mi deber, Majestad.

» —He querido ahorrar a ese gentilhombre, del cual guardo algunos buenos recuerdos, la afrenta de hacerle detener en mi misma casa.

» —¡Ah, ah! —dije yo tranquilamente.

» —Pero —continuó—, iréis a tomar una carroza...

» Hice un movimiento.

» —Si os repugna detenerle vos mismo, enviadme a mi capitán de guardias.

» —Majestad —repliqué yo—, no necesito al capitán de guardias, puesto que estoy de servicio.

» —No quisiera disgustaros —dijo el rey—, pues siempre me habéis servido bien, señor de D'Artagnan.

» —No me disgustáis, Majestad —respondí—, estoy de servicio, y no digo más.

» —Pero —dijo él con sorpresa—, creo que el conde es amigo vuestro.

» —Aunque fuera mi padre, Majestad, no por eso estaría menos de servicio.

» El rey me miró; vio mi rostro impasible! y pareció satisfecho.

» —¿Prenderéis, pues, al conde de la Fère? —preguntó.

» —Indudablemente, si me lo ordenáis.

» —Pues bien, la orden está dada.

» Me incliné.

» —¿Dónde está el conde, Majestad?

» —Lo buscaréis.

» —¿Y lo prenderé en cualquier parte donde se encuentre?

» —Sí... Sin embargo, haced porque sea en su casa. Si volviese a sus tierras, salid de París y detenedlo en el camino.

» Saludé, mas, como quiera que yo permaneciera inmóvil:

» —¿Y qué? —preguntó el rey.

» —Espero, Majestad.

» —¿Qué esperáis?

» —La orden firmada.

» El rey pareció contrariado. Efectivamente, aquello era un nuevo golpe de

autoridad; aquello era reparar el acto arbitrario, si es que hay algo de arbitrario en él. Cogió la pluma lentamente y de mal humor escribió:

*Orden al señor de D'Artagnan, capitán teniente de mis mosqueteros, para prender al conde de la Fère en cualquiera parte donde lo encuentre.*

» Después se volvió a mí.

» Yo aguardaba sin pestañear, y el rey creyó sin duda ver una bravata en mi tranquilidad, pues firmó precipitadamente, diciendo al entregarme la orden:

» —¡Partid!

» Obedecí, y aquí estoy.

Athos estrechó la mano de su amigo.

—Marchemos —dijo.

—¡Oh! —repuso D'Artagnan—, sin duda tendréis algunos asuntos que arreglar antes de abandonar vuestro alojamiento.

—¿Yo? Nada absolutamente.

—¿Cómo!

—¡No, caramba, no! Bien sabéis que siempre he sido simple viajero en la tierra, dispuesto a ir al fin del mundo por orden de mi rey, y dispuesto a dejar este mundo por el otro a una orden de Dios. ¿Qué precisa a un hombre prevenido? Un portamantas o un féretro. Hoy como siempre, estoy dispuesto, querido amigo. Llevadme, pues...

—Pero, Bragelonne...

—Le he educado en los principios que yo mismo me había formado, y ya veis que al momento adivinó la causa que os traía aquí; pero, tranquilizaos, pues espera demasiado mi desgracia para asustarse. Marchemos.

—Marchemos —dijo tranquilamente D'Artagnan.

—Amigo mío —repuso el conde—, como he roto mi espada delante del rey, tirando los pedazos a sus pies, creo que estoy dispensado de entregárosla.

—Tenéis razón, y además, ¿qué diablos queréis que haga yo de vuestra espada?

—¿Voy delante o detrás de vos? —dijo Athos riendo.

—Del brazo conmigo —contestó D'Artagnan.

Y cogió el brazo del conde para bajar la escalera.

Llegaron así al descansillo. Grimaud, a quien había encontrado en la antesala, miraba esa escena con aire inquieto, pues conocía demasiado la vida para no sospechar que en aquello ocultábase algo.

—¡Ah! ¡Eres tú, mi buen Grimaud? —preguntó Athos—. Nos vamos...

—A dar un paseo en mi carroza —interrumpió D'Artagnan con un movimiento de cabeza.

Grimaud dio las gracias a D'Artagnan con una mueca que visiblemente tenía

la intención de ser una sonrisa, y los acompañó hasta la portezuela del coche. Athos subió el primero; D'Artagnan le siguió sin haber dicho nada al cochero. Esa pacífica marcha no causó ninguna sensación en la vecindad, y, cuando la carroza llegó a los muelles, dijo Athos:

—Según veo, me lleváis a la Bastilla.

—¿Yo? —contestó D'Artagnan—. Os llevo adonde queráis ir, no a otra parte.

—¿Cómo es eso? —dijo sorprendido el conde.

—¡Diantre! —contestó D'Artagnan—. Ya comprenderéis, mi querido conde, que no me he encargado de la comisión sino para que hagáis lo que os venga en gana. No esperáis que yo os haga encerrar brutalmente, sin más ni más. De otro modo hubiera dejado obrar al señor capitán de guardias.

—De suerte... —inquirió Athos.

—Que vamos donde gustéis, lo repito.

—Querido amigo —dijo el conde abrazando a D'Artagnan—, ¡cómo os reconozco en esto!

—¡Pardiez! Me parece que la cosa es sencilla. El cochero va a conduciros a la barrera del Cours la Reine; allí encontrareis un caballo que he ordenado esté preparado; con ese caballo haréis tres postas de una tirada; y yo tendré cuidado de no volver a la cámara del rey para decirle que habéis marchado hasta el instante en que sea imposible que os alcancen. Entretanto, habréis llegado al Havre, y, del Havre, a Inglaterra, donde encontraréis la linda casa que me ha regalado mi amigo Monk, sin hablar de la hospitalidad que el rey Carlos no dejará de ofreceros... ¿Qué os parece este proyecto?

Athos movió la cabeza.

—Llevadme a la Bastilla —dijo Athos sonriendo.

—¡Mala cabeza! —exclamó D'Artagnan—. Reflexionad.

—¿En qué?

—En que ya no tenéis veinte años. Creedme, querido, hablo por mí. Una prisión es mortal para personas de nuestra edad. No, no, yo no consentiré que vegetéis sufriendo en una cárcel. ¡Nada más de pensar en ello, se me trastorna la cabeza!

—Amigo —contestó Athos—, por fortuna, Dios me ha hecho tan fuerte de cuerpo como de espíritu. Creed que seré fuerte hasta el último suspiro.

—Eso no es fuerza, amigo, sino locura.

—No, D'Artagnan, es una razón suprema. No creáis que discuto con vos la cuestión de saber si perderíais salvadóme. Yo habría hecho lo que vos hacéis si la fuga estuviese en mis conveniencias. Hubiera aceptado de vos lo que, sin duda alguna, habrías aceptado de mí en semejantes circunstancias. ¡No! Os conozco demasiado para tocar siquiera este punto.

—¡Ah! Si me dejaseis obrar —replicó el señor de D'Artagnan—, cómo me las sostendría con el rey.

—Es el rey, amigo mío.

—¡Oh! Eso me es igual, y por más rey que fuera, no dejaría ya de responderle. "Señor, aprisionad, desterrad, tomadlo todo en Francia y en Europa; mandadme prender y apuñalar a quien queráis, aunque sea a Monsieur, vuestro hermano: pero no toquéis jamás a uno dé los cuatro mosqueteros, o si no, ¡vive Dios...!"

—Querido amigo —respondió Athos con calma—, quisiera persuadiros de una cosa, y es que debo ser detenido, y que prefiero un arresto a todo.

D'Artagnan hizo un movimiento de hombros.

—¡Qué queréis! —continuó Athos—. Así es. Si me dejáis ir, volvería yo mismo a constituirme en prisión. Quiero probar a ese joven que el resplandor de su corona aturde; quiero probarle que no es el primero de los hombres, sino a condición de ser el más generoso y prudente. ¡Me castiga, me prende, me atormenta! ¡Está bien! Abusa y quiero hacerle saber lo que es un remordimiento, en tanto que Dios le enseña lo que es un castigo.

—Amigo mío —contestó D'Artagnan—, sé demasiado que, cuando decís no, es que no. No insisto más. ¿Queréis ir a la Bastilla?

—Lo quiero.

—¡Vamos allá...! ¡A la Bastilla! —añadió D'Artagnan dirigiéndose al cochero.

Y, recostándose en la carroza, se mordió el bigote con un encarnizamiento que, para Athos significaba una decisión tomada o a punto de nacer.

La carroza quedó en silencio, y Athos tomó la mano del mosquetero.

—¿No estás enfadado conmigo, D'Artagnan?

—¿Yo? ¡No, pardiez! Lo que vos hacéis por heroísmo, lo hubiera hecho yo por terquedad.

—Mas sois también de parecer que Dios me vengará, ¿no es verdad, D'Artagnan?

—Y yo conozco en la tierra a personas que ayudarían a Dios —contestó el capitán.

## Capítulo LXIII

---

Tres invitados sorprendidos de cenar juntos

La carroza había llegado ante la primera puerta de la Bastilla. Un centinela la detuvo. D'Artagnan dijo una palabra para que se alzara la consigna. La carroza pasó adelante.

Mientras seguían el camino real cubierto que conducía al patio de la alcaldía, D'Artagnan, cuyos ojos lo atisaban todo, aun a través de las paredes, exclamó de pronto:

- ¡Calla! ¿Qué es lo que yo veo?
- ¿Qué veis? —dijo tranquilamente Athos.
- Mirad allí abajo.
- En el patio?
- Sí; pronto, mirad.
- Una carroza.
- Y qué os parece?
- Algún infeliz preso que traen aquí como a mí.
- ¡Sería chusco!
- No os comprendo.

—Procurad ver al que salga de la carroza.

Justamente un segundo centinela acababa de detener a D'Artagnan.

Cumplieronse las formalidades. Athos podía ver a cien pasos al hombre que su amigo le designaba.

Aquel hombre bajó, en efecto, de la carroza a la puerta misma de la alcaldía.

—Vamos —dijo D'Artagnan—, ¿le veis ahora?

—Sí, es un hombre que viste traje gris.

—Y quién os parece?

—No lo sé; no veo más, como os decía hace poco, que un hombre que viste traje gris que baja de la carroza.

—Athos, apostaría a que es él.

—¿Quién?

—Aramis.

—¿Aramis preso? ¡Imposible! —No diré que venga preso, puesto que le vemos solo en su carroza.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—¡Oh! Conoce a Baisemeaux, el alcaide —contestó el mosquetero en tono socarrón—. A fe mía que llegamos muy a tiempo.

—¿Para qué?

—Para ver.

—Siento mucho este encuentro. Aramis va a tener un doble disgusto; primero de verme, y luego de ser visto.

—Bien razonado.

—Desgraciadamente no hay remedio: cuando se encuentra a alguien en la Bastilla, por más que uno quiera retroceder a fin de evitarlo, es imposible.

—Os digo, Athos, que tengo mi idea, y quiero evitar a Aramis el disgusto de que hablabais.

—¿Y cómo?

—Del modo que os voy a manifestar, o para explicarme mejor, dejadme contar la cosa a mi manera; no os encargaré que mintáis, porque eso sería imposible.

—Pues, entonces...

—Yo mentiré por los dos: ¡es cosa tan fácil en los hábitos y naturaleza de los gascones!

Athos sonrió. La carroza se detuvo donde había parado la anterior, es decir, en el umbral de la misma alcaidía.

—¿Entendidos? —dijo D'Artagnan a su amigo por lo bajo.

Athos asintió con un gesto. Ambos subieron la escalera. El que se sorprenda de la facilidad con que entraron en la Bastilla, no tendrá más que recordar que a la entrada, esto es, en el paso más difícil, había anunciado D'Artagnan que conducía un preso de Estado.

En la tercera puerta, cuando ya se hallaban muy adentro, dijo sólo, por el contrario, al funcionario:

Al despacho del señor Baisemeaux.

Y ambos pasaron. Halláronse muy pronto en el comedor del alcaide, donde el primer rostro que llamó la atención de D'Artagnan fue el de Aramis, que estaba sentado al lado de Baisemeaux y esperaba la llegada de una buena comida, cuyo olor se hacía sentir en toda la habitación.

Si D'Artagnan simuló sorpresa, Aramis no la simuló, pues éste manifestó su

sobresalto de una manera harto visible.

No obstante, Athos y D'Artagnan hacían sus cumplidos, y Baisemeaux, atónito y estupefacto con la presencia de aquellos tres huéspedes, hacía mil evoluciones alrededor de ellos.

—Señores —exclamó Aramis—, ¿a qué casualidad...?

—Eso os iba a preguntar —replicó D'Artagnan.

—¿Es que nos constituimos todos presos? —dijo Aramis con la afectación de la hilaridad.

—¡Eh, eh! —dijo D'Artagnan—. Verdad es que las paredes trascienden a prisión como un demonio. Ya sabéis, señor Baisemeaux, que el otro día me convidasteis a comer.

—¿Yo? —exclamó Baisemeaux.

—¡Hombre...! ¡Pues no parece sino que caéis ahora de las nubes! ¿No os acordáis?

Baisemeaux palideció, se sonró, miró a Aramis, que a su vez le miraba también, y concluyó por balbucir:

—Ciertamente... tengo en ello un placer... mas no me... ¡Ah, miserable memoria!

—Veo que he hecho mal —dijo D'Artagnan como contrariado.

—¡Mal! ¿En qué?

—En acordarme, a lo que parece.

Baisemeaux precipitóse hacia él.

—No os formalicéis de ese modo, querido capitán —dijo—. Tengo da cabeza más desgraciada del mundo. Sacadme de mis pichones y de mi palomar, y no valgo un soldado de seis semanas.

—¡En fin, ahora ya os acordáis? —preguntó D'Artagnan con aplomo.

—Sí, sí —replicó el alcalde titubeando—, me acuerdo.

—Fue en el palacio real: me hablasteis de no sé qué historia sobre vuestras cuentas con los señores Louvières y Tremblay.

—¡Ah, sí, exactamente!

—Y sobre las atenciones que el señor de Herblay tenía con vos.

—¡Ah! —exclamó Aramis, mirando al blanco de dos ojos al desventurado alcalde—. ¡Y afirmabais que no teníais memoria, señor Baisemeaux!

Este interrumpió ad mosquetero:

—Es muy cierto: tenéis razón. Me acuerdo como si estuviese allí, os pido mil perdones. De todos modos, mi estimado señor de D'Artagnan, tened presente que, a esta hora, como a todas, convidado o no, sois el dueño en mi casa, tanto vos como el señor de Herblay, vuestro amigo —dijo volviéndose a Aramis—, y el señor —añadió saludando a Athos.

—Así lo he creído —dijo D'Artagnan—: y fiado en eso venía a veros. No teniendo que hacer esta tarde en Palacio, me ocurrió la idea de venir a comer

con vos, cuando encontré en el camino al señor conde.

Athos saludó.

—El señor conde, que acababa de separarse de Su Majestad, me entregó una orden que exigía inmediata ejecución. Estábamos cerca de aquí y quise seguir, aun cuando no fuese más que para estrecharon la mano y presentarlos ad señor, de quien me hablasteis tan ventajosa mente en el palacio real, da misma tarde en que...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! El señor conde de la Fère, ¿no es cierto?

—Justamente.

—Sea bien venido el señor conde. Y comerá con vosotros dos, ¿no es así? Ad paso que yo, pobre sabueso, voy a mis asuntos de servicio. ¡Dichosos mortales vosotros! —añadió suspirando, como hubiera podido hacerlo Porthos.

—¿De suerte que os vais? —dijeron Aramis y Baisemeaux, movidos ambos de un sentimiento igual de alegre sorpresa.

D'Artagnan discernió el matiz.

—Os dejo en mi lugar —dijo— un buen convidado.

Y dio un golpecito en el hombro de Athos, el cual quedó también sorprendido, y no pudo menos de manifestarlo algún tanto; matiz que sólo discernió Aramis, pues Baisemeaux no tenía da penetración que los tres amigos.

—¿Conque os perdimos? —prosiguió el buen alcaide.

—Os pido una hora u hora y media. Estaré aquí para los postres.

—¡Oh, entonces aguardamos! —dijo Baisemeaux.

—Me daríais un sentimiento.

—¿Volveréis? —dijo Athos con aire de duda.

—Sí, ciertamente —dijo estrechándole da mano confidencialmente.

Y añadió en voz baja:

—Esperadme, Athos; mostrad buen humor, y sobre todo no habléis de asuntos, ¡por Dios!

Otro apretón de manos confirmó ad conde en da obligación de permanecer discreto e impenetrable.

Baisemeaux acompañó a D'Artagnan hasta da puerta.

Aramis, con halagos, se apoderó de Athos, resuelto a hacerle hablar: pero Athos poseía todas das virtudes en alto grado. Cuando da necesidad lo exigía, sabía ser el orador más elocuente del mundo; pero en caso conveniente, primero habría muerto que decir una palabra.

Aquellos tres señores se colocaron, pues, a dos diez minutos de haberse marchado D'Artagnan, delante de una enorme mesa, adornada con el lujo gastronómico más substancioso. Los platos fuertes, das conservas, dos vinos más variados, fueron apareciendo sucesivamente sobre aquella mesa servida a expensas del rey, en cuyos gastos habría hallado medio el señor Colbert de economizar dos terceras partes sin hacer enflaquecer a nadie en la Bastilla.

Baisemeaux fue el único que comió y bebió resueltamente. Nada rehusó Aramis, pero no hacía más que probarlo. Athos, después de la sopa y de dos tres platos siguientes, no quiso comer más.

La conversación fue do que debía ser entre tres hombres tan opuestos en carácter y proyectos.

Aramis no hacía más que preguntarse por qué extraña casualidad se hallaba Athos en casa de Baisemeaux, cuando D'Artagnan no estaba en ella, y por qué D'Artagnan no se quedaba quedándose Athos. El conde de la Fère sondeó toda la profundidad del alma de Aramis, que vivía de subterfugios e intrigas, y, examinando bien a su hombre, comprendió que debía traer entre manos algún asunto importante. Luego, se concentró él también en sus propios intereses, preguntándose por qué D'Artagnan se habría marchado con tan particular precipitación de da Bastilla, dejando allí a un preso tan mal introducido y tan mal custodiado.

Pero nuestro examen no debe fijarse en aquellos hombres, a quienes dejaremos abandonados a sí mismos ante dos restos de dos capones, perdices y pescado, mutilados por el cuchillo generoso de Baisemeaux.

Al que seguiremos la pista es a D'Artagnan, quien subiendo en da carroza que de había llevado, gritó ad cochero:

—¡A Palacio, pero volando!

## Capítulo LXIV

---

Lo que sucedía en el Louvre durante la cena en la Bastilla

El señor de Saint-Aignan había desempeñado su comisión cerca de La Vallière, como se ha visto en uno de los capítulos anteriores; pero por grande que fue su elocuencia no convenció a la joven de que tuviese un protector bastante fuerte en el rey, y de que a nadie necesitaba teniendo al rey de su parte.

Efectivamente, a la primera palabra que pronunció el confidente acerca del descubrimiento del famoso secreto, Luisa empezó a exhalar grandes lamentos, y se abandonó enteramente a un dolor que el rey habría hallado muy poco satisfactorio si hubiese podido ser testigo de él desde algún rincón de la habitación. Saint-Aignan, revestido del cargo de embajador, se formalizó como hubiera podido hacerlo su amo, y volvió al lado del res para comunicarle lo que había visto y oido. Le tenemos, pues, muy agitado en presencia de Luis, que, como es de suponer, no lo estaba menos.

—Pero ¿qué ha decidido Luisa? —dijo el rey a su cortesano, luego que éste acabó de hablar—. ¿Podré verla al menos antes de cenar? ¿Vendrá, o será necesario que pase yo a su habitación?

—Creo, señor, que, si Vuestra Majestad quiere verla, tendrá que andar, no sólo los primeros pasos, sino todo el camino.

—¡Nada por mí! ¡Necesario es que ese Bragelonne esté bien asido a su corazón! —murmuró Luis XIV entre dientes.

—Oh, Majestad! No es posible, pues vos sois a quien ama la señorita de La Vallière, y con todo su corazón. Pero ya sabéis que el señor de Bragelonne pertenece a esa raza severa que se la echa de héroes romanos.

Luis sonrió ligeramente. Sabía a qué atenerse. Acababa de separarse de él Athos.

—En cuanto a la señorita La Vallière —prosiguió Saint-Aignan—, ha sido educada al lado de Madame, la viuda, es decir, en la austeridad y rigidez. Esos dos novios se han hecho fríamente sus juramentos a la claridad de la luna y de las estrellas; ya veis, señor, que el romperlos ahora es el dianbre.

Saint-Aignan creyó todavía hacer reír al rey; pero sucedió todo lo contrario, pues de la mera sonrisa, pasó Luis a la más seria formalidad. Sentía ya lo que el conde había prometido a D'Artagnan: remordimientos. Luis reflexionaba que, en efecto, aquellos dos jóvenes se habían dado palabra y jurado alianza: que el uno había cumplido su palabra, y que el otro era bastante probo para no dolerse de ser perjurio.

Y el remordimiento, ayudado por los celos, agujoneaba vivamente el corazón del rey. No pronunció una palabra más, y, en vez de ir a la habitación de su madre, o a la de Madame, para distraerse un poco y hacer reír a las damas, como acostumbraba a decir, se hundió en el profundo sillón donde Luis XIII, su augusto padre, se había aburrido tanto con Baradas y Cinq-Mars, por espacio de tantos días y de años.

Saint-Aignan conoció que el rey, no estaba para divertirse en aquel momento. Aventuró el último recurso, y pronunció el nombre de Luisa.

Luis levantó la cabeza.

—¿Qué piensa Vuestra Majestad hacer esta tarde? ¿Queréis que avise a la señorita de La Vallière?

—¡Toma! Se me figura que ya está avisada —respondió el rey.

—Habrá paseo?

—Hace poco que hemos venido de él —contestó el rey.

—Pues qué se ha de hacer, Majestad?

—¿Qué? Reflexionemos, Saint-Aignan; reflexionemos cada cual por nuestro lado; cuando la señorita de La Vallière haya agotado ya todo su sentimiento (el remordimiento producía su efecto), se dignará entonces darnos noticias suyas.

—Majestad, ¿es posible que desconozcáis así un corazón tan leal? El rey se levantó atormentado a su vez por los celos.

Saint-Aignan empezaba ya a encontrar la posición difícil cuando se levantó la cortina de la puerta. El rey hizo un movimiento brusco, pues su primera idea fue que le traían algún billete de La Vallière; pero, en lugar de un mensajero de amor, no vio más que a su capitán de mosqueteros de pie y mudo en el umbral.

—Señor de D'Artagnan! —dijo—. ¡Ah...! ¿Qué?

D'Artagnan miró a Saint-Aignan. Los ojos del rey tomaron la misma dirección que los de su capitán. Aquellas miradas, que hubiesen sido muy claras para cualquiera con mucha más razón lo fueron para Saint-Aignan. El cortesano saludó y retiróse. El rey y D'Artagnan quedaron solos.

—Está hecho? —preguntó el rey.

—Sí, Majestad —contestó el capitán de mosqueteros con voz grave—, hecho

está.

El rey no encontró nada que replicar. Sin embargo, el orgullo no consentía que se contuviese allí. Cuando un soberano llega a tomar una resolución, por injusta que sea, necesita probar a todos los que se la han visto tomar, y sobre todo, a sí mismo, que tenía razón al tomarla. Hay para ello un excelente medio, un medio casi infalible, que es el de buscar faltas a la víctima.

Luis, educado por Mazarino y Ana de Austria, sabía, mejor que ningún otro príncipe lo supo jamás, su oficio de rey. Así fue que trató de demostrarlo en aquella ocasión. Después de un momento de silencio, durante el cual había hecho por lo bajo todas las reflexiones que acabamos de hacer:

—¿Qué ha dicho el conde? —preguntó con negligencia.

—Nada, Majestad.

—Pero no se habrá dejado arrestar sin decir nada.

—Me dijo que aguardaba que lo arrestaran, Majestad.

El rey levantó la cabeza con orgullo.

—Supongo que el señor conde de la Fère no habrá continuado su papel de rebelde —dijo.

—En primer lugar, Majestad, ¿a qué llamáis rebelde? —preguntó tranquilamente el mosquetero—. ¿Es rebelde a los ojos del rey un hombre que no sólo se deja sepultar en la Bastilla, sino que todavía resiste a los que no quieren conducirla a ella?

—¿Que no quieren conducirle? —dijo el rey—. ¿Qué es eso, capitán? ¿Estáis loco?

—Creo que no, Majestad.

—Habláis de personas que no querían prender al señor de la Fère...

—Sí, Majestad.

—¿Y quiénes son esas personas?

—Las comisionadas por Vuestra Majestad, sin duda —dijo el mosquetero.

—¡Es que a quien comisioné fue a vos! —exclamó Luis.

—Sí, Majestad, a mí fue.

—¿Y decís que, a pesar de mi orden, teníais intención de no prender a ese hombre que me había insultado?

—Esa era cabalmente mi intención, Majestad.

—¡Oh!

—Y hasta llegué a proponerle que tomara un caballo que había hecho preparar para él en la barrera de la Conferencia.

—¿Y con qué fin habíais dispuesto ese caballo?

—Con uno muy sencillo: con el de que el conde de la Fère pudiera ponerse en el Havre, y de allí en Inglaterra.

—¿Es decir, que me hacíais traición? —exclamó el rey temblando de fiereza salvaje.

—Exactamente.

Nada había que objetar a articulaciones precisadas de aquella manera. El rey sintió una resistencia tan ruda, que quedó sorprendido.

—Tendrías a lo menos alguna razón para proceder así —replicó el rey con imperio.

—Siempre tengo alguna razón, Majestad.

—Y no sería la de la amistad la única que podríais hacer valer, la única que pudiera excusaros, pues ya hice lo que debía para evitarlos ese disgusto.

—¿A mí, Majestad?

—¿No dejé a vuestra elección el prender o no al señor conde de la Fère?

—Sí, Majestad; pero...

—Pero ¿qué? —dijo impaciente el rey.

—Previéndome, Majestad, que si yo no le prendía, le prendería vuestro capitán de guardias.

—¿Y no hice bastante excusándoos de la obligación de prender?

—Por mí sí, Majestad; por mi amigo, no.

—¿No?

—Claro está, ya que, de todos modos, mi amigo habría sido preso, si no por mí, por el capitán de guardias.

—¿Y esa es vuestra adhesión, señor? Una adhesión que discurre y elige. ¡No sois un soldado!

—Espero que Vuestra Majestad me diga lo que soy.

—¡Pues sois un frondista!

—Será desde que no hay Fronda, Majestad...

—Pero, si lo que decís es verdad...

—Lo que yo digo es siempre verdad.

—¿Qué veníais a hacer aquí? Veamos.

—Venía a decir al rey: Majestad, de la Fère está en la Bastilla...

—Y no por culpa vuestra, a lo que parece.

—Es verdad, Majestad; pero al fin allí está, y puesto que está, conviene que Vuestra Majestad lo sepa.

—¡Ah, señor de D'Artagnan, desafiáis a vuestro rey!

—Majestad...

—Señor de D'Artagnan, os prevengo que abusáis de mi paciencia.

—Al contrario, Majestad.

—¿Cómo al contrario?

—Porque vengo a hacerme prender también.

—¿Haceros prender, vos?

—Sí, por cierto. Mi amigo va a aburrirse allá, y vengo a proponer a Vuestra Majestad que me permita hacerle compañía; pronunciad una palabra, y me prendo a mí mismo: yo os respondo que no habrá precisión de llamar al capitán

de guardias para eso.

El rey corrió hacia la mesa y cogió una pluma para extender la orden de prisión contra D'Artagnan.

—¡Sabed que es para siempre! —exclamó con acento amenazador.

—Cuento con ello —dijo el mosquetero—, porque después que hayáis hecho tan linda hazaña, no os atreveríais a mirarme cara a cara. Luis arrojó la pluma con violencia.

—¡Marchaos! —dijo.

—Oh, no! Si Vuestra Majestad lo tiene a bien.

—¿Cómo que no!

—Majestad, venía resuelto a hablar con dulzura al rey; el rey se ha irritado, y es una desgracia; pero no por eso dejaré de decir lo que tenía pensado.

—¡Vuestra dimisión, señor! —exclamó el rey—, vuestra dimisión!

—Bien sabe Vuestra Majestad que eso no me mueve gran cosa, pues en Blois, el día en que Vuestra Majestad negó al rey Carlos el millón que le dio después mi amigo el conde de la Fère, ofrecí mi dimisión al rey.

—Pues bien, venga inmediatamente.

—No, Majestad, porque ahora no se trata de eso. Vuestra Majestad había tomado la pluma para enviarme a la Bastilla. ¿Por qué ha mudado de opinión?

—¡D'Artagnan! ¡Cabeza gascona! ¿Quién es el rey, vos o yo?

—Vos, desgraciadamente, Majestad.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Sí, Majestad; porque si lo fuera yo...

—Si lo fuerais vos, aprobaríais la rebelión del señor de D'Artagnan, ¿no es verdad?

—¡Sí, por cierto!

—De veras?

Y el rey se encogió de hombros.

—Y diría a mi capitán de mosqueteros —prosiguió D'Artagnan—, mirándole con ojos humanos y no con carbones encendidos: « Señor de D'Artagnan, me he olvidado de que soy rey, y he descendido de mi trono para ultrajar a un gentilhombre» .

—Señor —exclamó el rey—, ¿creéis que sea disculpar a vuestro amigo sobrepujarle en insolencia?

—¡Oh, Majestad! Aún iré más lejos que él —dijo D'Artagnan—, y vuestra será la culpa. Os diré lo que él no os ha dicho: él, que es la delicadeza personificada; os diré: Majestad, habéis sacrificado a su hijo, y él lo defendía; le habéis sacrificado a él mismo, y cuando os hablaba en nombre del honor, de la religión y de la virtud; le habéis rechazado, expulsado y recluido. Yo seré más duro que él, señor, y os diré: Majestad, elegid! ¿Queréis amigos o criados? ¿Soldados o danzantes cumplidores? ¡Grandes hombres o pulchinelas?

¿Queréis que os sirvan o queréis que os mimen? ¿Deseáis que os amen o que os tengan miedo? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía, hablad, Majestad, y nos marcharemos nosotros, que somos los únicos restos, diré más, los únicos modelos del valor de otra época; nosotros, que hemos servido y sobrepujado tal vez en valor y en merecimientos a hombres que son ya célebres en la posteridad. Elegid, Majestad, y daos prisa. Conservad aún los pocos grandes hombres que todavía os quedan, que lo que es cortesanos nunca os faltarán. Apresuraos, y enviadme a la Bastilla con mi amigo, porque si no habéis prestado oídos al conde de la Fère, esto es, a la voz más dulce y noble del honor; si no prestáis oídos a D'Artagnan, es decir, a la más franca y ruda voz de la sinceridad, sois un mal rey, y mañana seréis un pobre rey. Ahora bien, a los malos monarcas se les detesta, a los despreciables se los expulsa. Eso era lo que tenía que deciros, Majestad; habéis hecho mal en empujarme hasta ese extremo.

El rey recostóse frío y lívido en su sillón. Veíase claramente que un rayo caído a sus pies no le habría causado mayor sorpresa; no parecía sino que le faltaba el aliento y sentiese próximo a expiration. Aquella ruda voz de la sinceridad, como la llamaba D'Artagnan, le había traspasado el corazón como una espada.

D'Artagnan había dicho todo cuanto tenía que decir. Vio la cólera del rey, y, sacando su espada, se acercó respetuosamente a Luis XIV, y la puso sobre la mesa.

Mas el rey, con ademán furioso, empujó la espada, la cual cayó al suelo y rodó a los pies de D'Artagnan.

Por dueño que fuera el mosquetero de sí propio, palideció a su vez, y temblando de indignación:

—Un rey —dijo—, puede privar de su gracia a un soldado, desterrarlo, condenarlo a muerte; pero, aun cuando sea cien veces rey, jamás tiene derecho a insultarle deshonrando su espada. Majestad, un rey de Francia jamás ha rechazado con desprecio la espada de un hombre como yo. Esta espada infamada, pensadlo, Majestad, no puede tener en adelante otra vaina que mi corazón o el vuestro. ¡Elijo el mío, Majestad, y dad gracias a Dios y a mi paciencia!

Luego precipitándose sobre su espada:

—¡Caiga mi sangre sobre vuestra cabeza, Majestad! —dijo.

Y, apoyando con movimiento rápido el puño de la espada contra el suelo, dirigió la punta sobre su pecho.

El rey, abalanzándose con movimiento todavía más rápido aún que el de D'Artagnan, y echando el brazo derecho al cuello del mosquetero, cogió con la mano izquierda la hoja de la espada, que introdujo silenciosamente en la vaina.

D'Artagnan, rígido, pálido y estremecido todavía, dejó obrar al rey, sin ayudarle en lo más mínimo.

Entonces, Luis, enternecido, acercóse a la mesa, cogió la pluma, y luego que

escribió algunas líneas, las firmó y tendió la mano hacia D'Artagnan.

—¿Qué papel es éste, Majestad? —preguntó D'Artagnan.

—La orden al señor de D'Artagnan para que sea puesto en libertad en el acto el conde de la Fère.

D'Artagnan cogió la mano del rey y la besó; enseguida, dobló la orden, la guardó bajo el coletó de ante, y salió.

Ni el rey ni el capitán habían articulado una palabra.

—¡Oh corazón humano, brújula de los reyes! —murmuró Luis después que quedó solo—. ¿Cuándo sabré leer en tus repliegues como en las hojas de un libro? No soy un mal rey, no; no soy un pobre rey; pero soy todavía un niño.

## Capítulo LXV

---

Donde Athos es libertado y buscado

D'Artagnan había prometido al señor Baisemeaux estar de vuelta a los postres, y cumplió su palabra. Estaban en los vinos generosos y en los licores, de los cuales la bodega del alcaide de la Bastilla tenía reputación de estar perfectamente provista, cuando las espuelas del capitán de mosqueteros resonaron en el corredor y él mismo apareció en el umbral.

Athos y Aramis habían jugado con gran astucia, y ni uno ni otro se habían penetrado. Habían cenado, habían conversado mucho de la Bastilla, del último viaje a Fontainebleau y de la futura fiesta que el señor de Fouquet debía dar en Vaux. Prodigáronse las generalidades, y sólo Baisemeaux tocó algunas cosas en particular.

El capitán cayó en medio de la conversación, pálido aún y conmovido de la suya con el rey; Baisemeaux se apresuró a acercar una silla y D'Artagnan aceptó un vaso de vino, que apuró. Athos y Aramis notaron ambos a dos esta emoción de D'Artagnan. En cuanto a Baisemeaux, sólo vio allí al capitán de mosqueteros de Su Majestad, al cual se apresuró a obsequiar. Acerarse al rey era tener todos los derechos a las consideraciones del señor Baisemeaux. Aunque Aramis hubiese notado aquella emoción, no podía adivinar la causa. Sólo Athos creía haberla penetrado. Para él, la vuelta de D'Artagnan, y, principalmente, el trastorno de este hombre impasible, significaba: «Vengo de pedir al rey una cosa que me ha negado». Íntimamente convencido de ello, sonrió Athos, abandonó la mesa e hizo una seña a D'Artagnan, como para recordarle que tenían otra cosa que hacer que no cenar juntos.

D'Artagnan comprendió y contestó con otra seña. Aramis y Baisemeaux, viendo este diálogo mudo, se interrogaban con la vista. Entonces creyó Athos que

le correspondía dar la explicación de lo que pasaba.

—La verdad, amigos queridos —dijo el conde de la Fère con una sonrisa, es que vos, Aramis, acabáis de comer con un reo de Estado, y vos, señor Baisemeaux, con vuestro prisionero.

Baisemeaux lanzó una exclamación de sorpresa y casi de alegría. El buen señor Baisemeaux tenía el amor propio de su fortaleza. A parte del provecho, cuantos más presos, tenía, más feliz se sentía; cuanto más grandes eran los presos, más orgulloso estaba con ellos.

Aramis amoldó su rostro a las circunstancias, y dijo:

—¡Oh, querido Athos! Perdonadme, pero casi me sospechaba lo que ha sucedido. Algun disparate de Raúl o de la Vallière, ¿no es así?

—¡Ay! —dijo Baisemeaux.

—Y vos —prosiguió Aramis—, como gran señor que sois, olvidando que ya no hay más que cortesanos, habéis ido a ver al rey y le habéis dicho...

—Lo adivinasteis, amigo mío.

—De suerte —dijo Baisemeaux temblando de haber comido tan familiarmente con un hombre caído en la desgracia de Su Majestad—, de modo, señor conde...

—De modo, mi querido alcaide —dijo Athos—, que mi amigo el señor de D'Artagnan va a comunicaros ese papel que se ve por la abertura de su casaca, y que ciertamente no es otro que mi orden de encierro.

Baisemeaux tendió la mano con su ligereza de costumbre. D'Artagnan sacó, en efecto, dos papeles del pecho y presentó uno al gobernador, que lo desdobló y leyó en voz baja, mirando a Athos por encima del papel e interrumpiéndose:

—« Orden de detener en mi castillo de la Bastilla...». Muy bien... « En mi castillo de la Bastilla... al señor conde de la Fère ». ¡Oh, señor! ¡Cuán doloroso honor es para mí el poseerlos!

—En mí tendréis un preso muy paciente, señor —dijo Athos con voz suave.

—Y un preso que no permanecerá un mes en vuestra casa, mi querido alcaide —dijo Aramis, en tanto que Baisemeaux, con la orden en la mano, transcribía en su registro de entrada la voluntad del rey.

—Ni un día siquiera, o mas bien, ni una sola noche —dijo D'Artagnan, exhibiendo la segunda orden del rey—; porque ahora, querido señor de Baisemeaux, os será también necesario transcribir esta orden, poniendo inmediatamente en libertad al conde.

—¡Ah! —dijo Aramis—. He ahí un trabajo que me evitáis, D'Artagnan. —Y estrechó de una manera significativa la mano del mosquetero al mismo tiempo que la de Athos.

—¡Cómo! —dijo este último con sorpresa—. ¿El rey me da la libertad?

—Leed, amigo —repuso D'Artagnan.

Athos tomó la orden y leyó.

—Es verdad —dijo.

—¿Os enfadáis por eso? —preguntó D'Artagnan.

—¡Oh! Al contrario. No quiero mal al rey, y el peor mal que puede desearse a dos soberanos es que cometan una injusticia. Pero os han recibido mal, ¿no es verdad? Confesadlo, amigo mío.

—¿A mí? ¡Ni pensarlo! —exclamó el mosquetero riendo—. El rey hace lo que yo quiero.

Aramis miró a D'Artagnan y vio que mentía.

Pero Baisemeaux no vio más que a D'Artagnan, pues tan profunda admiración le producía aquel hombre que hacía del rey lo que quería.

—¿Y el rey destierra a Athos? —preguntó Aramis.

—No, precisamente no; el rey no se ha explicado sobre esto —prosiguió D'Artagnan—; pero yo creo que el conde no puede hacer nada mejor que eso, a menos que quiera dar las gracias al rey ...

—No, en verdad —contestó Athos.

—Pues bien, yo creo que el conde no puede hacer nada mejor que retirarse a su castillo —repuso D'Artagnan—. Por lo demás, amigo Athos, hablad, pedid... Si una residencia os agrada más que otra, me comprometo a obtenérosla.

—No gracias —dijo Athos—; nada puede serme más grato que volverme a mi soledad, bajo mis grandes árboles a orillas del Loira. Si Dios es el supremo médico de los males del alma, la naturaleza es el remedio soberano. Conque así —prosiguió volviéndose a Baisemeaux—, ¿ya estoy libre?

—Sí, señor conde, lo creo, lo espero, al menos —dijo el alcaide, volviendo y revolviendo los papeles—, a no ser que el señor de D'Artagnan traiga una tercera orden.

—No, querido señor Baisemeaux —dijo el mosquetero—; es necesario atenernos a la segunda, y paramos ahí.

—¡Ah, señor conde —dijo Baisemeaux dirigiéndose a Athos—, no sabéis lo que perdéis! Yo os hubiese puesto en treinta libras, como a los generales. ¡Qué digo! En cincuenta, como a los príncipes, y hubieseis cenado todas las noches como hoy.

—Permitidme que prefiera mi medianía —respondió Athos.

Y añadió, dirigiéndose a D'Artagnan:

—¿Vamos, amigo mío?

—Vamos —dijo D'Artagnan.

—¿Tendré el placer de poseeros por compañero? —continuó el conde.

—Hasta la puerta solamente, amigo; después de lo cual os diré lo que he dicho al rey: «Estoy de servicio».

—Y vos, mi querido Aramis —dijo Athos sonriendo—. ¿Me acompañáis?

La Fère está en el camino de Vannes.

—Yo, querido —dijo el prelado—, tengo cita esta noche en París, y no podría

alejarme sin lastimar graves intereses.

—Entonces, mi querido amigo —dijo Athos—, permitidme que os abrace y me ausente. Mi querido señor Baisemeaux, muchas gracias por vuestra buena voluntad, y principalmente por la muestra que me habéis dado del servicio de la Bastilla.

Y, después de haber abrazado a Aramis y estrechado la mano de Baisemeaux, recibiendo de ambos los deseos de un buen viaje, Athos salió con D'Artagnan.

Mientras se verificaba en la Bastilla el desenlace de la escena del Palais Royal, digamos lo que pasaba en casa de Athos y de Bragelonne.

Grimaud, según hemos visto, bahía acompañado a su señor a París; también, como hemos dicho bahía presenciado la salida de Athos; vio a D'Artagnan morderse el bigote; vio a su amo subir a la carroza; e interrogó a ambas fisonomías, a quienes conocía de mucho tiempo para no adivinar que, a través de la máscara de su impasibilidad, pasaban graves acontecimientos.

Púsose a reflexionar, y entonces recordó la manera extraña con que Athos le había dicho adiós, y el embarazo, imperceptible para cualquier otro que no fuese él, de aquel amo de ideas tan precisas y de voluntad tan recta. Sabía que Athos nada llevaba consigo y, sin embargo, creía ver que no se marchaba por una hora, ni aun por un día. Había una ausencia duradera en la manera con que Athos, al despedirse de Grimaud, pronunciara la palabra adiós.

Todo esto se le presentaba al espíritu con todos sus sentimientos de profundo afecto hacia Athos, con aquel horror al vacío y a la soledad que siempre ocupa la imaginación de las personas que aman; todo esto, decimos, puso al honrado Grimaud muy triste y sobre todo muy inquieto.

Sin darse cuenta de lo que hacía desde la marcha de su amo, erraba por toda la casa, buscando, por así decirlo, las huellas de su señor; semejante, en esto todo lo bueno se parece, al perro, que no se inquieta por la ausencia de su señor, pero que se aburre. Sólo que, como al instinto del animal reunía Grimaud la razón del hombre, Grimaud tenía a un tiempo aburrimiento e inquietud.

No habiendo hallado ningún indicio que pudiese guiarle; no habiendo visto ni descubierto nada que fijara sus dudas; Grimaud se puso a imaginar lo que podía haber sucedido. Ahora bien, la imaginación es el recurso, o mejor el suplicio de los buenos corazones. Jamás sucede que un buen corazón se represente a su amigo dichoso o alegre; jamás la paloma que viaja inspira otra cosa que terror a la paloma que se queda en el palomar.

Grimaud pasó de la inquietud al temor. Recapituló cuanto había pasado: la carta de D'Artagnan a Athos, carta a consecuencia de la cual bahía parecido Athos tan pesaroso, la visita de Raúl a Athos, visita a consecuencia de la cual bahía pedido el conde las insignias de sus órdenes y su traje de ceremonia; la entrevista con el rey, entrevista a consecuencia de la cual bahía vuelto tan

sombrio; la explicación entre el padre y el hijo, explicación a consecuencia de la cual Athos había abrazado tan tristemente a Raúl, mientras que Raúl se iba tan tristemente a su casa; finalmente, la llegada de D'Artagnan mordiéndose el bigote, llegada a consecuencia de la cual el señor conde de la Fère había subido en la carroza con D'Artagnan. Todo esto componía un drama en cinco actos, muy visible, principalmente para un analista de la fuerza de Grimaud.

Grimaud recurrió a los grandes medios, y fue a buscar en el jubón de su amo la carta del señor D'Artagnan. Allí se hallaba la carta, y contenía lo siguiente:

*Querido amigo: Raúl ha venido a pedirme explicaciones respecto a la conducta de la señorita de La Vallière durante la estancia de nuestro joven amigo en Londres. Yo, que soy un pobre capitán de mosqueteros, con los oídos cansados de oír chismes de cuartel y de plazuela, si hubiera dicho a Raúl lo que creía saber, el pobre mozo habría muerto; mas, yo, que estoy al servicio del rey, no puedo contar los asuntos del rey. Si el corazón os dice otra cosa, hacedla, que más os concierne que a mí, y casi tanto como a Raúl.*

Grimaud se arrancó casi un mechón de cabellos. Más habría hecho a ser más abundante su cabellera.

—He aquí el nudo del enigma —dijo—. La joven ha hecho de las suyas. Lo que dicen de ella y del rey es cierto. Nuestro joven amo es engañado. El señor conde ha ido a ver al rey y le ha dicho lo suyo. Luego el rey ha enviado al señor de D'Artagnan para arreglar el asunto. ¡Ah, Dios mío! —continuó Grimaud—. El señor conde ha vuelto sin espada.

Este descubrimiento hizo subir el sudor a la frente del buen hombre, y sin detenerse más tiempo en conjeturar, se caló el sombrero y corrió a ver a Raúl.

Después de la salida de Luisa, Raúl había domado su dolor, si no su amor, y, forzado a mirar de frente en aquel camino peligroso, adonde le arrastraban la locura y la rebelión, vio desde luego a su padre en lucha con la resistencia regia.

En aquel momento de lucidez simpática, el infeliz joven recordó las señas misteriosas de Athos, la visita inesperada de D'Artagnan, y el resultado de todo este conflicto entre un príncipe y un súbdito apareció a sus ojos asustados.

D'Artagnan de servicio, es decir, clavado en su puesto, no iba ciertamente a casa de Athos por el placer de verlo. Llegaba para decirle algo. Y ese algo, en tales circunstancias, era una desgracia o un peligro. Raúl se estremeció de haber sido egoísta, de haber olvidado a su padre por su amor; de haber, en una palabra, buscado el goce de la desesperación, cuando quizás se trataba de rechazar el ataque inminente dirigido contra Athos.

Este sentimiento le hizo saltar. Se ciñó la espada y corrió a la morada de su padre. En el camino, tropezó con Grimaud, que, saliendo del polo opuesto, se

lanzaba con el mismo ardor a la investigación de la verdad.

Estos dos hombres se abrazaron estrechamente; ambos estaban en el mismo punto de la parábola descrita por su imaginación.

—¡Grimaud! —exclamó Raúl.

—¡Caballero Raúl! —exclamó Grimaud.

—¿Cómo está el señor conde?

—Supongo que bien.

—¿Lo has visto?

—No.

—¿Dónde se halla?

—Lo busco.

—¿Y el señor de D'Artagnan?

—Salió con él.

—¿Cuándo?

—Diez minutos después que vos.

—¿Cómo salieron?

—En carroza.

—¿Dónde iban?

—No sé.

—¿Tomó dinero mi padre?

—No.

—¿Y espada?

—Tampoco.

—¡Grimaud!

—¡Caballero Raúl!

—Recelo que D'Artagnan venía a...

—Prender al señor conde, ¿no?

—Sí, Grimaud.

—¡Lo hubiese jurado!

—¿Qué camino tomaron?

—El de los malecones.

—¿La Bastilla?

—¡Ah, Dios mío! Sí.

—¡Pronto, corramos!

—¡Sí, corramos!

—¿Y adónde? —dijo súbito Raúl, agobiado.

—A casa del señor de D'Artagnan.

—No; si se ha ocultado de mí en casa de mi padre, se ocultará en cualquier parte. Vamos... ¡Oh Dios mío! Yo estoy loco hoy, mi buen Grimaud.

—¿Pues qué?

—He olvidado al señor Du Vallon.

—¿Al señor Porthos?

—¡Que sigue esperándome! ¡Ay! Te digo que estoy loco.

—¿Que os espera? ¿Dónde?

—¡En los Mínimos de Vincennes!

—¡Ah, Dios mío...! ¡Afortunadamente, es del lado de la Bastilla! —¡Vamos, pronto!

—Señor, voy a ensillar los caballos.

—Sí, amigo mío, ve.

## Capítulo LXVI

---

Donde Porthos queda convencido sin comprender nada

El digno Porthos, fiel a todas las reglas de la antigua caballería, había resuelto aguardar al señor de Saint-Aignan hasta ponerse el sol. Y, como Saint-Aignan no debía acudir, y Raúl habiese olvidado de avisar a su padrino, y el plantón empezaba a ser ya de los más molestos y penosos, Porthos se había hecho traer por el guarda de una puerta algunas botellas de buen vino y un trozo de carne, para tener de vez en cuando la distracción de echar un trago y tomar un bocado. Hallábase ya a los últimos, es decir, en las últimas migajas, cuando llegaron Raúl y Grimaud a toda brida. En cuanto divisó Porthos a aquellos dos jinetes no dudó que fueran los que esperaba, y, levantándose al punto de la hierba donde se había blandamente recostado, principió por estirar piernas y brazos, pensando:

« ¡Lo que son las buenas costumbres! Ese tuno se habrá decidido al fin a venir. Si me hubiese marchado, no habría hallado a nadie, y eso hubiese sido para él una ventaja».

Luego se cuadró, con la mano en la cadera, en actitud marcial, ostentando, por un esfuerzo poderoso de riñones, la combadura de su talla gigantesca. Pero, en lugar de Saint-Aignan, sólo vio a Raúl el cual se le aproximó, exclamando con un ademán desesperado:

—¡Ah, querido amigo! ¡Perdonad! ¡Qué desgraciado soy!

—¡Raúl! —exclamó Porthos sorprendido.

—¿Estáis resentido contra mí? —exclamó Raúl acercándose a abrazar a Porthos.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Por haberlos olvidado. Mas ni sé dónde tengo la cabeza.

—¡Bah!

—¡Si supieseis, amigo mío!  
—¿Le habéis matado?  
—¿A quién?  
—A Saint-Aignan.  
—¡Ay! No se trata ya de Aignan.  
—¿Pues qué sucede?

—Que el conde de la Fère debe estar preso a estas horas.  
Porthos hizo un movimiento capaz de derribar una muralla.  
—¡Preso! ¿Y por quién?  
—¡Por D'Artagnan!

—Eso es imposible —dijo Porthos.  
—Sin embargo, es la verdad —replicó Raúl.

Porthos se volvió hacia Grimaud, como quien necesita una corroboración.  
Grimaud hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y adónde le han llevado? —preguntó Porthos.  
—Probablemente a la Bastilla.  
—¿Qué es lo que lo hace creer?

—Por el camino nos hemos enterado por personas que han visto pasar la carroza y por otras que la vieron entrar en la Bastilla.

—¡Oh! ¡oh! —murmuró Porthos.  
Y dio dos pasos.

—¿Qué resolvéis? —preguntó Raúl.

—¿Yo? Nada. Pero no quiero que Athos esté en la Bastilla. Raúl se acercó al buen Porthos.

—¿Sabéis que la prisión se ha hecho por orden del rey?

Porthos miró al joven como para decirle: «¿Y qué me importa a mí?». Aquel mudo lenguaje le pareció a Raúl tan elocuente, que no preguntó más. Volvió a montar a caballo. Porthos, ayudado por Grimaud, había ya hecho otro tanto.

—Arreglemos nuestro plan —dijo Raúl.  
—Sí, arreglámoslo —repitió Porthos.

Raúl exhaló un profundo suspiro, y se detuvo de pronto.

—¿Qué tenéis? —preguntó Porthos—. ¿Algún vahído?

—No; me desmaya la impotencia. ¿Vamos, los tres, a tomar la Bastilla?

—¡Ah! Si estuviera aquí D'Artagnan —repuso Porthos—, no diría que no.

Raúl no pudo contener su admiración al ver aquella confianza heroica a fuerza de ser ingenua. ¡Era de aquellos hombres célebres que, en número de tres o cuatro, atacaban ejércitos o asaltaban castillos! Aquellos hombres que habían asustado a la muerte, y que, sobreviviendo a todo un siglo en ruina, eran todavía más fuertes que los jóvenes más robustos.

—Señor —dijo Porthos—, acabáis de hacer que se me ocurra una idea: es

preciso absolutamente ver al señor de D'Artagnan.

—Sin duda.

—Debe haber regresado a su casa, después de conducir mi padre a la Bastilla.

—Informémonos en la Bastilla —dijo Grimaud, que hablaba poco, pero a tiempo.

En efecto, diéronse prisa a llegar a la fortaleza. Una de esas casualidades que Dios depara a las personas de buena voluntad, hizo que Grimaud divisara de pronto la carroza que desaparecía por la puerta del puente levadizo. Era en el momento en que D'Artagnan, como se ha visto, volvía del palacio del rey.

En vano Raúl espoleó al caballo para alcanzar la carroza y ver qué personas iban dentro. Los caballos se hallaban ya detenidos al otro lado de aquella gran puerta, que volvía a cerrarse, en tanto que un centinela pegaba con el mosquete en el hocico del caballo de Raúl.

Éste volvió grupas, satisfecho de haber conocido la carroza en que había ido su padre.

—Ya le tenemos —dijo Grimaud.

—Si aguardamos un poco, no dudo que saldrá; ¿no es así, amigo mío?

—A menos que D'Artagnan esté preso también —replicó Porthos—; en cuyo caso todo se ha perdido.

Raúl nada contestó. Todo podía ser. Aconsejó a Grimaud que condujese los caballos a la callejuela Jean Beausire, a fin de despertar menos sospechas, y él mismo, con su vista penetrante, púsose a acechar la salida de D'Artagnan e de la carroza.

Era el mejor partido. Efectivamente, no habían pasado todavía veinte minutos, cuando se abrió la puerta y volvió a aparecer la carroza. Raúl, por efecto de un deslumbramiento, no pudo distinguir quiénes ocupaban el vehículo. Grimaud juró que había visto a dos personas, y que su amo era una de los dos. Porthos no hacía más que mirar alternativamente a Raúl y a Grimaud, confiando comprender su idea.

—Es claro —dijo Grimaud—, que si el señor conde va en esa carroza, es que le han puesto en libertad, o que le trasladan a otra prisión.

—Lo veremos ahora, según el camino que tome.

—Si le han puesto en libertad, lo llevarán a su casa.

—Es verdad —dijo Porthos.

—La carroza no toma esa dirección —dijo Raúl.

—Efectivamente, los caballos acababan de desaparecer en el barrio de San Antonio.

—Corramos —dijo Porthos—; atacaremos la carroza en el camino, y diremos a Athos que huya.

—¡Una rebelión! —exclamó Raúl. Porthos lanzó a Raúl una segunda mirada,

digna no obstante de la primera. Raúl sólo contestó a ella espoleando los ijares de su caballo. A los pocos instantes, los tres jinetes habían alcanzado al carroje, y le seguían tan de cerca, que el aliento de los caballos humedecía la caja del vehículo.

D'Artagnan, cuyos sentidos velaban siempre, oyó el trote de los caballos. Era en el momento en que Raúl decía a Porthos que se adelantase a la carroza, para ver quién era la persona que acompañaba a Athos. Porthos obedeció, pero no pudo ver nada, porque estaban corridas las cortinillas.

Raúl se sintió dominado por la ira y la impaciencia. Acababa de notar aquel misterio de parte de los que acompañaban a Athos, y se decidió por los medios extremos.

Por otra parte, D'Artagnan había reconocido a Porthos y a Raúl, y comunicó al conde el resultado de su observación; pero quisieron ver si Raúl y Porthos llevarían las cosas al último extremo.

No falló. Raúl, pistola en mano, se plantó delante de los caballos de la carroza, intimidando al cochero a detenerse.

Porthos cogió al cochero y lo alzó del asiento.

Grimaud estaba ya en la portezuela de la carroza detenida. Raúl abrió sus brazos, gritando:

—¡Señor conde! ¡Señor conde!

—¿Vos aquí, Raúl? —dijo Athos lleno de júbilo.

—No ha estado mal! —añadió D'Artagnan con un estallido de risa. Y ambos a dos se abrazaron al joven y a Porthos, que se habían apoderado de ellos.

—¡Mi bravo Porthos, excelente amigo! —exclamó Athos—. ¡Siempre el mismo!

—No tiene más que veinte años —dijo D'Artagnan—. ¡Bien, Porthos!

—¡Toma! —replicó Porthos algo confuso—. Creíamos que os habían detenido.

—Mientras que —replicó Athos— sólo se trataba de dar un paseo en la carroza del señor de D'Artagnan.

—Venimos siguiéndonos desde la Bastilla —dijo Raúl en tono de sospecha y de reconvenCIÓN.

—Adonde habíamos ido a comer con el buen señor Baisemeaux. ¿Os acordáis de Baisemeaux, Porthos?

—¡Pardiez! Muy bien.

—Allí hemos visto a Aramis.

—¿En la Bastilla?

—En la cena.

—¡Ah! —exclamó Porthos respirando.

—Nos ha dicho mil cosas para vos.

—¡Gracias!

—¿Adónde se dirige el señor conde? —preguntó Grimaud, a quien su amo había recompensado ya con una sonrisa.

—Íbamos a Blois, a nuestra casa.

—¡Cómo! ¿Directamente? —Directamente.

—¿Sin equipajes?

—Pensaba encargar a Raúl por medio de D'Artagnan que me los enviase, o se los trajese, si pensaba volver a mi casa.

—Si nada le detiene en París —dijo D'Artagnan con mirada cortante como el acero, dolorosa como él, porque volvió a abrir las heridas del joven—, haría bien en seguirlos, Athos.

—Nada me detiene en París —dijo Raúl.

—Entonces, partamos —repuso inmediatamente Athos.

—¿Y el señor de D'Artagnan?

—¡Oh! Yo acompañaré a Athos hasta la barrera y volveré con Porthos.

—Muy bien —dijo éste.

—Venid, hijo mío —dijo el conde, pasando dulcemente el brazo alrededor del cuello de Raúl, para recibírle en la carroza y abrazarle de paso—. Grimaud —continuó el conde—, tú volverás a París con tu caballo y el del señor Du Vallon; porque Raúl y yo montamos a caballo aquí, y dejamos la carroza a estos dos señores, para que vuelvan a París. Luego que llegues a casa recogerás mi ropa y mis cartas, y me lo enviarás todo.

—Entonces —observó Raúl intentando hacer hablar al conde—, cuando volváis a París no encontraréis ropa ni nada, lo cual será muy incómodo.

—Pienso no regresar a París en mucho tiempo, Raúl. La última vez que he estado en la capital no me ha dejado deseos de volver.

Raúl bajó la cabeza y no dijo más.

Athos descendió de la carroza, y montó en el caballo que había conducido a Porthos y que pareció alegrarse mucho del cambio.

Hubo abrazos, apretones de manos y promesas de amistad eterna. Porthos ofreció ir a pasar un mes en casa de Athos a la primera ocasión. D'Artagnan prometió emplear del mismo modo su primera licencia; luego, abrazando a Raúl por última vez:

—Hijo querido —le dijo—, yo te escribiré.

Estas palabras lo decían todo en D'Artagnan, que nunca escribía. Raúl se conmovió hasta derramar lágrimas. Se arrancó de los brazos del mosquetero, y partió.

D'Artagnan se reunió con Porthos en la carroza.

—Vamos, amigo —le dijo—; este ha sido un día aprovechado.

—Sí, por cierto —repuso Porthos.

—Debéis estar molido.

—No mucho. Sin embargo, me acostaré temprano, a fin de estar mañana

dispuesto.

—¿Y a qué?

—¡Diantre! A acabar lo que he comenzado.

—Me causáis sobresalto, amigo mío; os veo ceñudo. ¿Qué diantre habéis principiado que no esté concluido?

—Escuchad: Raúl no se ha batido. ¡Es preciso que me bata!

—¿Con quién...? ¿Con el rey?

—¿Cómo, con el rey? —exclamó Porthos asombrado.

—¡Si, chicarrón, con el rey! —¡Si es con el señor de Saint-Aignan!

—Eso mismo os quise decir; porque el batiros con ese gentilhombre, es lo mismo que sacar vuestra espada contra el rey.

—¡Ah! —dijo Porthos guiñando los ojos—. ¿Y estáis cierto de eso?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, ¿cómo se arregla esto?

—Procuraremos tener buena cena, Porthos. La mesa del capitán de mosqueteros es excelente. Allí veréis al gallardo Saint-Aignan, y beberéis a su salud.

—¿Yo? —exclamó Porthos horripilado.

—¿Cómo! —dijo D'Artagnan—. ¡Rehusaréis beber a la salud del rey?

—¡Cuerdos! No os hablo del rey; os hablo del señor de Saint-Aignan.

—Pero ¡no os repito que es igual!

—¡Ah...! Entonces, muy bien —dijo Porthos, vencido.

—Ya me entendéis, ¿no es verdad?

—No —dijo Porthos—; pero es igual.

—Sí, es igual —replicó D'Artagnan—. Vamos a cenar Porthos.

## Capítulo LXVII

---

### La sociedad del señor Baisemeaux

No se habrá olvidado que al salir de la Bastilla, D'Artagnan y el conde de la Fère habían dejado a Aramis a solas con Baisemeaux.

Baisemeaux no llegó a suponerse que la conversación se resintiese de la ausencia de sus dos invitados. Creía que el vino de los postres (y el de la Bastilla era excelente) era un estímulo suficiente para hacer hablar a un hombre honrado. Conocía mal a Su Ilustrísima, que nunca era más impenetrable que a los postres. Pero Su Ilustrísima conocía perfectamente al señor Baisemeaux, y contaba, para hacer hablar al alcaide, con el medio que éste miraba como eficaz.

Por tanto, la conversación, sin desmayar en apariencia, desmayaba en realidad; porque Baisemeaux, a más de hablar casi por sí sólo, no hablaba más que de ese singular suceso de la encarcelación de Athos, seguida de la orden tan pronta de ponerle en libertad.

Por otra parte, Baisemeaux no había dejado de observar que las dos órdenes, tanto la de prisión como la de libertad, estaban escritas de puño y letra del rey. Ahora bien, el rey sólo se tomaba la molestia de escribir semejantes órdenes en las grandes circunstancias. Todo aquello era muy interesante, y, sobre todo, muy oscuro para Baisemeaux; mas, como todo aquello era muy claro para Aramis, no daba éste a dicho suceso la importancia que le atribuía el buen alcaide.

Aparte de esto, Aramis rara vez se incomodaba por nada, y no había dicho todavía al señor Baisemeaux la causa que le había movido a incomodarse.

Así fue que, en el instante en que Baisemeaux se hallaba en lo más enjundioso de su disertación, le interrumpió Aramis de repente:

—Decidme, querido señor de Baisemeaux —dijo—, ¿no tenéis jamás en la Bastilla otras distracciones que las que he presenciado en las dos o tres visitas que

he tenido el honor de haceros?

El apóstrofe era tan inesperado, que el alcaide, como una veleta que recibe de súbito un impulso opuesto al del viento, quedó aturdido.

—*¿Distracciones?* —dijo—. Continuamente las tengo, monseñor:

—*¡Oh! ¡Enhorabuena!* *¿Y qué distracciones tenéis?*

—Las hay de todas clases.

—*¿Visitas, tal vez?*

—*¿Visitas?* No. Las visitas no son frecuentes en la Bastilla.

—*¿Son escasas?*

—Muy escasas.

—*¿Hasta las de vuestra sociedad?*

—*¿A qué llamáis mi sociedad...? ¿A mis presos?*

—*¡Oh! No. ¡Vuestros presos...!* Sé que sois vos el que los visitáis, y no ellos a vos. Entiendo por vuestra sociedad, la sociedad de que formáis parte. Baisemeaux miró fijamente a Aramis; luego, como si lo que había supuesto por un momento fuese imposible:

—*Ah!* —dijo—. Mi sociedad redúcese a muy poco. A decir la verdad, querido de Herblay, en general, la visita a la Bastilla parece lúgubre y fastidiosa a la gente del mundo. En cuanto a las damas, jamás llegan hasta aquí sin cierto terror, que me cuesta gran trabajo calmar. Y, bien mirado, cómo no han de temblar un poco, pobres mujeres, al ver estas tristes torres y al pensar que son habitadas por pobres presos que...

Conforme se iban fijando los ojos de Baisemeaux en el rostro de Aramis, la lengua del bueno del alcaide se entorpecía más y más, hasta el extremo de acabar por quedar paralizada enteramente.

—No me entendéis, mi querido señor Baisemeaux —replicó Aramis—, no me entendéis... No hablo de la sociedad en general, sino de una sociedad particular, de la sociedad a que estáis afiliado.

Baisemeaux dejó caer casi el vaso lleno de moscatel que iba a llevarse a los labios.

—*¿Afiliado?* —dijo—. *¿Afiliado?*

—Sin duda, afiliado —repitió Aramis con la mayor sangre fría. *¿No sois miembro de una sociedad secreta, mi querido señor de Baisemeaux?*

—*¿Secreta?*

—Secreta o misteriosa.

—*¡Oh señor de Herblay!*

—Vamos, no os defendáis.

—Podéis creer...

—Creo lo que sé.

—Os juro...

—Escuchad, querido señor Baisemeaux, yo digo que sí, vos decís que no; de

consiguiente: uno de los dos, necesariamente, está en lo cierto, y el otro inevitablemente, en lo falso.

—¿Y qué?

—Pues bien, ahora veremos quién es.

—Veamos —dijo Baisemeaux—, veamos.

—Bebed vuestro vaso de moscatel, querido señor Baisemeaux —dijo Aramis—. ¡Qué diablo! Tenéis aire de asustado.

—No lo creáis, no.

—Entonces, bebed.

Baisemeaux bebió, pero de mala gana.

—Y bien —prosiguió Aramis—, sí, decía que si no formáis parte de una sociedad secreta, misteriosa, como queráis, el nombre no hace la cosa; sí, digo, que si no formáis parte de una sociedad semejante a la que quiero designar, pues bien, no comprenderéis una palabra de lo que quiero decir: eso es.

—¡Oh! Podéis estar seguro de antemano que no comprenderé nada.

—De perlas, entonces.

—Haced la prueba, a ver.

—A eso voy. Si, por el contrario, sois uno de los miembros de dicha sociedad, me responderéis al punto si o no.

—Preguntad, pues —prosiguió Baisemeaux temblando.

—Porque ya os haréis cargo, querido señor Baisemeaux —continuó Aramis con la misma impasibilidad—, es claro, que nadie puede formar parte de una sociedad, ni gozar de las ventajas concedidas a los afiliados, es evidente, sin estar obligado por su parte a prestar algunos pequeños servicios.

—En efecto —balbuceó Baisemeaux—; eso se concebirá, si...

—Bien —prosiguió Aramis—; pues en la sociedad de que os hablaba, y de la cual, a lo que parece, no formáis parte...

—Permitid —dijo Baisemeaux—, no quisiera, sin embargo, decir absolutamente...

—Hay un compromiso tomado por todos los alcaldes y capitanes de fortaleza afiliados a la Orden. Baisemeaux palideció.

—Ese compromiso —prosiguió Aramis con voz firme es el siguiente.

Baisemeaux se levantó, dominado por indecible emoción.

—Veamos, querido señor de Herblay.

Aramis dijo entonces, o mejor, recitó el párrafo siguiente, en el mismo tono que si lo estuviese leyendo en un libro:

—« El precitado alcaide o capitán de fortaleza dejará entrar, cuando la necesidad lo exija, y a petición del preso, un confesor afiliado a la Orden» .

Se detuvo. Baisemeaux estaba tan pálido y trémulo, que daba compasión.

—¿No es ése el texto del compromiso? —preguntó tranquilamente Aramis.

—¡Monseñor...! —repuso Baisemeaux.

—Vamos; creo que principiáis a entenderme.

—¡Monseñor! —exclamó Baisemeaux—, no juguéis de ese modo con mi pobre entendimiento; me reconozco bien poca cosa en comparación vuestra, si tenéis el maligno deseo de sacarme los secretillos de mi administración.

—¡Oh, no! Os engañáis, querido señor Baisemeaux; no son los secretillos de vuestra administración los que yo busco; son los de vuestra conciencia.

—Bien pues; sean los de mi conciencia, mi querido señor de Herblay. Pero haceos cargo de mi posición, que no es de las ordinarias.

—No será de las ordinarias, mi querido señor —continuó el inflexible Aramis—, si estáis afiliado a esa sociedad; pero es sumamente natural si, libre de todo compromiso, no tenéis que responder a nadie más que al rey.

—Bien, señor; pues a nadie tengo que obedecer más que al rey. ¿A quién queréis que obedezca un gentilhombre francés sino al rey?

Aramis no pestaneó; pero, con su voz melodiosa:

—Muy agradable es —dijo—, para un gentilhombre francés, para un prelado de Francia, oír expresarse de ese modo tan leal a un hombre de vuestro mérito, querido señor Baisemeaux, y después de haberos oído, no creer más que a vos.

—¿Pues qué, habíais dudado de mí?

—¿Yo? ¡Oh! No.

—De modo que ya no dudáis?

—Yo no dudo que un hombre como vos —dijo seriamente Aramis—, sirva fielmente a los amos que se ha dado voluntariamente.

—A los amos? —dijo Baisemeaux.

—Amos he dicho.

—¡Señor de Herblay, sin duda os chanceáis!

—Sí, lo concibo; es una situación más difícil la de varios amos que la de tener uno solo; pero esa dificultad vos os la habéis creado, mi querido señor Baisemeaux, y yo no tengo la culpa.

—No, por cierto —contestó el pobre alcaide más confuso que nunca—. Pero ¿qué hacéis? ¿Os levantáis ya?

—Así parece.

—¿Os marcháis?

—Sí, me marcho.

—¡Extraño os encuentro conmigo, monseñor!

—¿Extraño? ¿Y por qué?

—Decidme: ¿habéis jurado darme suplicio?

—No: me desesperaría eso.

—Pues quedaos.

—No puedo.

—¿Y por qué?

—Porque nada tengo que hacer aquí, y sí mucho en otra parte.

—¿Tan tarde?

—Sí. Comprended, querido señor Baisemeaux; en el sitio de donde he venid me dijeron: « El precitado alcaide o capitán dejará entrar, cuando la necesidad lo exija, y a petición el preso, un confesor afiliado a la Orden» .

Llego aquí, vos no sabéis lo que yo quiero decir, y me vuelvo a contar a aquellas personas que se han equivocado, y que me envíen a otra parte.

—¡Cómo! Sois... —exclamó Baisemeaux, mirando a Aramis casi con terror.

—El confesor afiliado a la Orden —dijo Aramis sin cambiar de voz.

Pero, por suaves que fueran estas palabras, no por eso dejaron de causar en el pobre alcaide el efecto de un trueno. Baisemeaux se puso lívido, y le pareció que los lindos ojos de Aramis eran dos ráfagas de fuego que penetraban hasta el fondo de su corazón.

—¡El confesor! —murmuró—. ¡Vos, monseñor, el confesor de la Orden?

—Sí, yo; pero nada tengo que hacer aquí, puesto que no sois afiliado.

—Monseñor...

—Y comprendo que, no siendo afiliado, os neguéis a obedecer los mandatos.

—Monseñor, os lo ruego —repuso Baisemeaux—, dignaos oírme.

—¿Para qué?

—Monseñor, no digo que no forme parte de la Orden...

—¡Ah, ah!

—No digo que me niegue a obedecer.

—No obstante, lo que acaba de pasar se asemeja mucho a la resistencia, señor Baisemeaux.

—¡Oh! No, monseñor; no; únicamente, quería asegurarme...

—¿De qué? —interrumpió Aramis con aire de supremo desdén.

—De nada, monseñor. Baisemeaux bajó la voz y se inclinó ante el prelado:

—En todo tiempo y lugar estoy a disposición de mis amos —dijo—, pero...

—¡Muy bien! Os prefiero así, señor.

Aramis volvió a sentarse y tendió su vaso a Baisemeaux, que no pudo llegar a llenarlo de tanto como le temblaba la mano.

—Decíais —prosiguió Aramis.

—Pero —continuó el pobre hombre—, no habiéndome avisado estaba lejos de esperar...

—¿Pues no dice el Evangelio: « Velad, pues el momento sólo es conocido de Dios» ? ¿No dicen los preceptos de la Orden: « Velad, porque lo que yo quiero, debéis quererlo siempre» ? ¿Y bajo qué pretexto no esperabais al confesor, señor Baisemeaux?

—Porque no hay actualmente ningún preso enfermo en la Bastilla, monseñor. Aramis se encogió de hombros.

—¿Qué sabéis vos de eso? —dijo.

—Me parece, sin embargo...

—Señor Baisemeaux —dijo Aramis recostándose en su sillón—, ahí tenéis a vuestro criado que quiere hablaros...

En aquel momento, en efecto, el criado de Baisemeaux apareció en el umbral.

—¿Qué pasa? —preguntó vivamente Baisemeaux.

—Señor alcaide —dijo el criado—, os traen el informe del médico de la casa.

Aramis miró al señor Baisemeaux con su mirada clara y segura.

—Bien, que entre el mensajero —dijo.

El mensajero entró, saludó y entregó el informe.

Baisemeaux pasó la vista por encima, y, levantando la cabeza:

—¡Él segundo BERTAUDIÈRE se halla enfermo! —dijo con sorpresa.

—Pues no decíais, querido señor Baisemeaux, que todos estaban buenos en vuestra casa? —dijo negligentemente Aramis.

Y bebió un trago de moscatel, sin cesar de mirar a Baisemeaux. Entonces, el alcaide, después de hacer una señal con la cabeza al mensajero, y de haber éste salido:

—Me parece —dijo sin dejar de temblar—, que en el párrafo citado hay la cláusula de «a petición del Preso».

—Así es —repuso Aramis—; pero mirad a ver lo que os quieren, querido señor Baisemeaux.

En efecto, un sirviente pasaba la cabeza por la abertura de la puerta entornada.

—¿Qué se ofrece? —preguntó Baisemeaux—. ¿Será cosa de que no me dejen diez minutos en paz?

—Señor alcaide —dijo el sirviente—, el enfermo de la segunda BERTAUDIÈRE ha rogado a su carcelero que os pida un confesor.

Baisemeaux estuvo a punto de caer de espaldas.

Aramis desdeñó tranquilizarle, como había desdenado también asustarlo.

—¿Qué se ha de responder? —preguntó Baisemeaux.

—Lo que queráis —respondió Aramis, mordiéndose los labios—; eso es cosa vuestra; yo no soy el alcaide de la Bastilla.

—Decid al preso —dijo vivamente Baisemeaux—, que tendrá lo que pide.

El sirviente salió.

—¡Oh monseñor, monseñor! —murmuró Baisemeaux—. ¿Cómo había de sospechar...? ¿Cómo había de prever...?

—¿Quién os decía que sospechaseis ni que previeseis? —repuso desdenosamente Aramis—. La Orden sospecha, la Orden sabe, la Orden prevé. ¿No basta eso?

—¿Qué ordenáis? —añadió Baisemeaux.

—Yo? Nada. Yo no soy más que un pobre eclesiástico, un simple confesor. ¿Me ordenáis que vaya a ver al enfermo?

—¡Oh monseñor! No os lo ordeno, sino que os lo suplico.

—Está bien. Entonces, conducidme.

---

Tomo 4

El hombre de la máscara de hierro

---

## Capítulo I

---

### Preso

Desde la extraña transformación de Aramis en confesor de la Orden, no era ya Baisemeaux el mismo hombre.

Hasta entonces Aramis fue para el digno alcaide un prelado a quien debía veneración, un amigo a quien debía agradecimiento; mas, desde la revelación que acababa de trastornar todas sus ideas, era él un inferior y Aramis un jefe.

Encendió él mismo un farol, llamó a un llavero, y, dirigiéndose a Aramis:  
—A las órdenes de monseñor —dijo.

Aramis se contentó con hacer un movimiento de cabeza, que significaba: « ¡Está bien! » , y un ademán que quería decir: « Id adelante ». Baisemeaux echó a andar, y Aramis le siguió.

La noche era hermosa y estrellada: las pisadas de los tres hombres resonaban en las losas de los terrados, y el sonido de las llaves colgadas en la cintura del carcelero subía hasta los pisos de las torres como para recordar a los presos que la libertad se hallaba fuera de su alcance.

No parecía sino que el cambio efectuado en Baisemeaux habíase comunicado al carcelero. Este, que en la primera visita de Aramis se mostró tan curioso y preguntón, ahora, no sólo estaba mudo, sino hasta impasible. Bajaba la cabeza y parecía temeroso de abrir los oídos.

Así llegaron al pie de la Bertaudiére, cuyos dos pisos subieron silenciosamente con cierta lentitud; porque Baisemeaux, sin dejar de obedecer, estaba muy lejos de darse prisa.

Por fin llegaron a la puerta; el carcelero no tuvo necesidad de buscar la llave, pues la llevaba preparada. Abrió la puerta.

Baisemeaux se dispuso a entrar en el aposento del preso; pero Aramis,

deteniéndose, en el umbral:

—No está escrito —dijo—, que el alcaide escuche la confesión del preso.

Baisemeaux se inclinó, y dejó pasar a Aramis, el cual cogió el farol de manos del llavero, y entró. Luego, con un ademán, hizo una seña de que cerrasen la puerta por fuera.

Por un momento mantuvose en pie y con el oido alerta, escuchando si Baisemeaux y el llavero se alejaban, y cuando se cercioró, por la disminución progresiva del ruido de las pisadas, de que aquéllos habían salido de la torre, colocó el farol sobre la mesa, y miró en torno suyo.

Sobre un lecho de sarga verde, igual en un todo a lo demás de la Bastilla, sólo que más nuevo, bajo cortinas anchas y medio cerradas, descansaba el joven a cuyo lado hemos introducido otra vez a Aramis.

Según los usos de la prisión, el cautivo no tenía luz. Al toque de queda había apagado la bujía. En esto se comprenderá lo favorecido que estaba el preso, pues se le concedía el privilegio de tener luz hasta la hora de queda.

Cerca de aquel lecho, sobre un sillón de cuero con pies de forma salomónica, se hallaba extendido un magnífico y elegante traje. Junto a la ventana estaba tristemente abandonada una mesita sin plumas, libros, papel ni tintero. Varios platos, todavía llenos, demostraban que el preso apenas había tocado su última comida.

Aramis vio al joven tendido sobre el lecho, con el rostro medio oculto bajo sus dos brazos.

La llegada del visitante no le hizo cambiar de postura. El joven esperaba o dormía.

Aramis encendió la bujía con auxilio del farol, retiró suavemente el sillón y se acercó al lecho con una mezcla visible de interés y respeto. El joven levantó la cabeza.

—¿Qué deseáis de mí? —preguntó.

—¿No habéis pedido un confesor? —replicó Aramis.

—Sí.

—¿Porque estáis enfermo?

—Muy enfermo?

El joven fijó en Aramis sus ojos y dijo:

—Os doy las gracias.

Luego, pasado un momento de silencio:

—Ya os he visto otra vez —añadió.

Aramis se inclinó. Sin duda, el examen que el preso acababa de hacer, aquella revelación de un carácter frío, astuto y dominador impreso en la fisonomía del obispo de Vannes, era poco tranquilizador en la situación del joven, porque éste añadió:

—Estoy mejor.

—¿Y en qué pensáis?

—Que estando mejor, no tengo la misma necesidad de un confesor.

—¿Ni del cilicio de que os hablaba el billete que habéis hallado en vuestro pan?

El joven estremeciόse: pero, antes de que hubiera contestado o negado:

—¿Ni de ese eclesiástico —preguntó Aramis— de quien debíais esperar una revelación importante?

—Si es así —dijo el joven volviendo a dejar caer su cabeza sobre la almohada—, ya es distinto; hablad.

Aramis le miró entonces con mayor atención y quedó sorprendido de aquel aire de majestad natural y desembarazado, que nunca se adquiere si Dios no lo infiltra en la sangre q en el corazón.

—Sentaos, señor —dijo el preso. Aramis obedeció, inclinándose.

—¿Cómo lo pasáis en la Bastilla? —preguntó el obispo.

—Muy bien.

—¿No padecéis?

—No.

—¿No echáis nada de menos?

—Nada.

—¿Ni aun la libertad?

—A qué llamáis libertad, señor? —preguntó el preso con el tono de un hombre que se prepara a luchar.

—Llamo libertad a las flores, al aire, a la luz, a las estrellas, a la satisfacción de correr adonde os lleven vuestras piernas nerviosas de veinte años.

El joven sonrió, sin que pudiera saberse si de resignación o de desdén.

—Mirad —dijo—, ahí tengo en ese vaso del Japón, dos rosas, dos rosas hermosísimas, cogidas ayer tarde en capullo en el jardín del alcaide; esta mañana han reventado y abierto a presencia mía su bermejo cáliz. Cada pliegue de sus hojas desprendía el tesoro de su aroma que embalsamaba todo este cuarto. Estas dos rosas, ya las veis: son bellísimas entre las rosas: y la rosa es la más bella de las flores. ¿Cómo queréis que desee otras flores, cuando tengo las más hermosas de todas?

Aramis miró al joven con sorpresa.

—Si las flores son la libertad —prosiguió melancólicamente el cautivo—, tengo libertad, porque tengo flores.

—Pero ¡y el aire! —exclamó Aramis—, el aire tan necesario a la vida?

—Pues bien, señor, acercaos a la ventana —prosiguió el preso—; ahí la tenéis abierta. Entre el cielo y la tierra, el viento agita sus torbellinos de nieve, de fuego, de vapores templados o de dulces brisas. El aire que por ahí entra acaricia mi cara, cuando, subido en ese sillón, sentado sobre el respaldo, enlazando mi brazo al hierro que me sostiene, me figuro que nado en el espacio.

La frente de Aramis se obscurecía a medida que hablaba el joven.

—¿La luz? —continuó—. Tengo algo mejor que la luz, el sol, un amigo que viene todos los días a visitarme sin permiso del alcaide, sin la compañía del carcelero. Entra por la ventana, y traza en mi aposento un ancho cuadrilátero que parte de la ventana misma y va a bañar la colgadura de mi cama hasta las franjas. Ese cuadrilátero luminoso va creciendo desde las diez a las doce, y disminuyendo desde la una a las tres, poco a poco, como si, afanándose por venir a verme, sintiera tener que abandonarme. Cuando desaparece su último rayo, he gozado ya cuatro horas de su presencia. ¿Os parece eso poco? Me han dicho que hay infelices que socavan canteras, obreros que trabajan en las minas y que no lo ven nunca.

Aramis enjugóse la frente.

—En cuanto a las estrellas, que tan gratas son a la vista —continuó el joven—, todas se asemejan, excepto en el brillo y en el tamaño. En ese punto me encuentro favorecido, pues si no hubieseis encendido esa bujía, habrías podido ver la hermosa estrella que veía yo desde mi cama antes de que llegaseis, y cuyo resplandor acariciaba mis ojos.

Aramis bajó la cabeza, sintiéndose sumido bajo el amargo torrente de aquella filosofía que es la religión del cautiverio.

—Ahí tenéis, por lo que hace a las flores, al aire, a la luz y a las estrellas —continuó el joven con la misma tranquilidad—. Queda el paseo. ¿Es que no me paseo acaso todos los días en el jardín del alcaide si ha e buen tiempo, aquí si llueve, al fresco si hace calor, y al calor si hace frío, gracias a mi chimenea durante el invierno? ¡Ah! Creedme, señor —añadió el preso con expresión no exenta de cierta amargura—, los hombres han hecho por mí todo cuanto puede esperar y deseiar un hombre.

—¡Los hombres, pase! —dijo Aramis levantando la cabeza—. Pero me parece que olvidáis a Dios.

—He olvidado a Dios, en efecto —replicó el preso sin conmoverse—; mas, ¿por qué me decís eso? ¿A qué fin hablar de Dios a los presos?

Aramis miró de frente a aquel joven singular, que unía la resignación de un mártir a la sonrisa de un ateo.

—¿Es que Dios no está en todas las cosas? —murmuró en tono de reconvenCIÓN.

—Decid más bien al fin de todo —replicó el preso con firmeza.

—¡Bien! —dijo Aramis—. Pero, volvamos al punto de partida.

—No deseo otra cosa —repuso el joven.

—Soy vuestro confesor.

—Sí.

—Pues bien; como penitente, debéis manifestarme la verdad.

—No deseo otra cosa que decirla.

—Todo preso ha cometido un crimen por el cual ha sido recluido. ¿Qué crimen es el que vos habéis cometido?

—Ya me preguntasteis eso la primera vez que me visteis —dijo el joven.

—Y esa vez eludisteis mi pregunta como hoy.

—¿Y por qué creéis que hoy os debo responder?

—Porque soy vuestro confesor.

—Entonces, si queréis que os diga el crimen que he cometido, explicadme lo que es crimen. Como no siento en mí nada que cause remordimiento, infiero que no soy criminal.

—A veces es uno criminal a los ojos de los grandes de la tierra, no sólo por haber cometido crímenes, sino por saber que se han cometido.

El preso prestaba gran atención.

—Sí —dijo después de un momento de silencio—, ya comprendo; sí, tenéis razón, señor; pudiera ser muy bien que yo fuese criminal a los ojos de los poderosos.

—¡Ah! ¿Sabéis, según eso, algo? —preguntó Aramis, creyendo haber descubierto, no la parte falsa, sino la juntura de la coraza.

—No; nada sé —contestó el joven—; pero me pongo a pensar a veces, y me digo en esos momentos...

—¿Qué decís?

—Que si pensase más, o me volvería loco o adivinaría muchas cosas.

—Bien, ¿y entonces? —preguntó Aramis con impaciencia.

—Entonces me detengo.

—¿Os detenéis?

—Sí; mi cabeza pónese pesada; mis ideas se vuelven tristes se apodera de mí el fastidio; deseo...

—¿Qué?

—Lo ignoro; porque no quiero dejarme arrastrar o desear cosa que no tengo, cuando estoy contento con lo que tengo.

—¿Teméis la muerte? —dijo Aramis con ligera inquietud.

—Sí —dijo el joven, sonriendo. Aramis sintió el frío de aquella sonrisa y se estremeció.

—¡Oh! Pues si tenéis miedo a la muerte, sabéis más de lo que decís —exclamó.

—Pero vos —replicó el preso—, que me decís que os haga llamar; que después que os llamo, entráis aquí prometiéndome todo un mundo de revelaciones, ¿cómo es que ahora calláis y soy yo el que habla? Puesto que llevamos cada cual una máscara, conservémosla o arrojémosla a la vez.

Aramis comprendió la fuerza y exactitud de aquel argumento. «No es este un hombre vulgar», pensó. Y de pronto dijo en voz alta, sin preparar de antemano al preso.

—Veamos, ¿tenéis ambición?

—¿Y qué es ambición? —preguntó el joven.

—Es —contestó Aramis—, un sentimiento que arrastra ad hombre a desear más de lo que tiene.

—Ya he dicho que estaba contento, señor; pero es posible que me equivoque. No sé lo que es ambición; pero es posible que da tenga. Veamos, ilustrad mi entendimiento, pues no deseo otra cosa.

—El ambicioso —repuso Aramis—, es aquel que codicia más de lo que le corresponde.

—Yo no codicio más de lo que conviene a mi estado —dijo el preso con una seguridad que hizo estremecer nuevamente ad obispo de Vannes.

Y calló. Pero, cualquiera que viese dos ojos ardientes, la frente arrugada, la actitud reflexiva del cautivo, habría conocido que esperaba otra cosa que el silencio. Aramis lo rompió.

—Me habéis mentido da primera vez que os vi —dijo.

—¿Mentido? —exclamó el joven incorporándose en su lecho, con tal acento en la voz y tal expresión en los ojos, que Aramis retrocedió a su pesar.

—Quiero decir —añadió Aramis inclinándose—, que me ocultasteis lo que sabéis acerca de vuestra infancia.

—¡Los secretos de un hombre son suyos, señor! —dijo el preso—, y no del primero que se presenta!

—Es verdad —dijo Aramis inclinándose más profundamente que la vez primera—, perdonad: pero, hoy, ¿soy todavía para vos un cualquiera? Dignaos responderme, monseñor.

Este título produjo una ligera turbación ad preso; sin embargo, no pareció sorprenderse de que se lo diesen.

—No os conozco, señor —dijo.

—¡Oh! Si me atreviera, tomaría vuestra mano y la besaría.

El joven hizo un movimiento como para dar la mano a Aramis; pero el relámpago que brilló en sus ojos extinguíase al borde de sus párpados, y su mano se retiró fría y desconfiada.

—¡Besar la mano a un preso! —dijo sacudiendo da cabeza—. ¿Y para qué?

—¿Por qué me habéis dicho —preguntó Aramis— que os hallabais bien aquí? ¿Por qué me habéis asegurado que no aspirabais a nada? ¿Por qué, en fin, hablando de esa manera, me impedís que sea franco a mi vez?

El mismo relámpago brilló por tercera vez en los ojos del preso: pero, lo mismo que das otras dos, expiró sin traer ningún resultado.

—¿Desconfiáis de mí? —dijo Aramis.

—¿Y por qué, señor?

—¡Oh! Por una razón muy sencilla: porque si sabéis do que debéis saber, debéis desconfiar de todo el mundo.

—Entonces, no extrañéis que desconfie, ya que me suponéis sabedor de do que no sé.

Aramis estaba impresionado de admiración por aquella enérgica resistencia.

—¡Oh! ¡Me desesperáis, monseñor! —exclamó golpeando con el puño en el sillón.

—Y yo no os comprendo.

—Pues bien, haced por comprenderme.

El preso miró fijamente a Aramis.

—Figúrasete a veces —continuó éste— que tengo ante los ojos al hombre que busca... y luego...

—Y luego... ese hombre desaparece, ¿no? —dijo el preso sonriendo—. ¡Tanto mejor!

Aramis se levantó.

—Decididamente —prosiguió— nada tengo que decir ad hombre que desconfia de mí hasta ese punto.

—Y yo —añadió— fui el preso en el mismo acento, nada tengo que decir al hombre que no quiere comprender que un preso debe desconfiar de todo.

—¿Hasta de sus antiguos amigos? —dijo Aramis—. Esa es ya demasiada prudencia, monseñor.

—¿De mis antiguos amigos...? ¿Sois uno de mis antiguos amigos?

—Veamos —dijo Aramis—; ¿no recordáis haber visto en otro tiempo en da aldea en que pasasteis vuestros primeros años...?

—Sabéis el nombre de esa aldea? —dijo el preso.

—Noisy-le-Sec, monseñor —respondió Aramis sin titubear.

—Continuad —dijo el joven, sin que su rostro diese muestras de afirmar o negar.

—Vamos, monseñor —dijo Aramis—; si queréis absolutamente manteneros haciendo ese papel, vale más que lo dejemos. Es verdad que vengo a deciros muchas cosas; pero es preciso que me deis a conocer que por vuestra parte existe el deseo de saberlas. Antes de hablar, antes de manifestar das cosas tan importantes de que soy sabedor, convenid en que no habría estado de más un poco de ayuda, sino de franqueza, no solo de simpatía, sino de confianza. En vez de eso, os encuentro encerrado en una pretendida ignorancia que me paraliza... ¡Oh! No por do que os figuráis; porque, por ignorante que estéis, o por mucha indiferencia que finjáis, no por eso dejáis de ser quien sois, monseñor, y nada, ¡nada!, ¿lo oís bien?, puede hacer que no do seáis.

—Os prometo —repuso el preso— escucharos sin impaciencia. Sólo sí creo que tengo derecho a repetiros una pregunta que ya os he hecho. ¿Quién sois?

—Recordáis, hace unos quince o dieciocho años, haber visto en Noisy-le-Sec un caballero que venía con una dama, vestida por do regular de seda negra, con cintas color de fuego en el pedo? —dijo el joven—: una vez pregunté el nombre

de ese caballero, y dijeronme que se llamaba el abate de Herblay. Me sorprendió que ese abate tuviese un aire tan marcial, y me añadieron que eso nada tenía de extraño, en atención a que era un mosquetero del rey Luis XIII.

—Pues bien —dijo Aramis—, ese mosquetero de otro tiempo, abate entonces, obispo de Vannes después, y vuestro confesor hoy día, soy yo.

—Lo sé. Ya os había reconocido.

—Pues bien, monseñor, si sabéis eso, debo añadir una cosa que no sabéis, y es que si esta noche llegase a noticia del rey que había estado aquí ese mosquetero, ese abate, ese obispo, ese confesor, mañana el que todo do ha arriesgado por venir, vena relucir el hacha del verdugo en el fondo de un calabozo más sombrío que el vuestro.

Al oír el joven estas palabras, acentuadas con firmeza, se incorporó sobre su lecho, clavó sus miradas, más y más ávidas cada vez en las miradas de Aramis.

El resultado de aquel examen fue que el joven pareció cobrar alguna confianza.

—Sí —murmuró—, sí, me acuerdo perfectamente. La mujer de que habláis vino una vez con vos y otras dos con da mujer...

El preso detuvose.

—Con da mujer que iba a veros todos dos meses, ¿no es eso, señor?

—Sí.

—¿Sabéis quién era aquella dama? Parecía que de los ojos del preso iba a brotar un relámpago.

—Sé que era una dama de da Corte —dijo.

—¿Recordáis bien a esa dama?

—¡Oh! En ese punto mis recuerdos no pueden ser confusos —dijo el preso—; vi una vez a aquella dama con un hombre de unos cuarenta y cinco años, y otra con vos y con da dama del vestido negro y cintas color de fuego. Después la volví a ver dos veces con da misma persona. Esas cuatro personas, con mi ay o y la vieja Perronnette, mi carcelero y el alcaide, son das únicas personas a quienes he hablado, y casi, casi las únicas personas que he visto.

—¿Estabais preso entonces?

—Si aquí lo estoy, allá gozaba comparativamente de libertad, aun cuando ésta no era mucha; una casa, de la que nunca salía, con un gran jardín rodeado de tapias que no podía salvar: tal era mi morada, que sin duda conocéis porque habéis ido a ella. Por lo demás, acostumbrado a vivir en los límites de aquellos muros y de aquella casa, jamás deseé salir. Ya comprenderéis, por tanto, señor, que no habiendo visto nada en este mundo, nada puedo desear y, si me referís algo, os veréis precisado a explicármelo todo.

—Así lo haré, monseñor —dijo Aramis inclinándose—: porque ese es mi deber.

—Pues bien; principiar por decirme quién era mi ay o.

—Un buen hidalgo, monseñor, un honrado gentilhombre, sobre todo, un preceptor para vuestra alma y vuestro cuerpo a la vez. ¿Habéis tenido motivo para quejaros de él alguna vez?

—Oh! No, señor, al contrario; pero aquel gentilhombre me dijo muchas veces que mis padres habían muerto. ¿Mentía en eso, o decía la verdad?

—Tenía obligación de seguir las órdenes que le daban.

—¿Mentía, pues?

—En un punto. Vuestro padre falleció.

—¿Y mi madre?

—Ha muerta para vos.

—Pero, para los demás, vive, ¿no es eso?

—Sí.

—¡Y yo (el joven miró a Aramis) estoy condenado a vivir en la obscuridad de una prisión?

—¡Ay! Así lo creo.

—¿Y eso —continuó el joven—, porque mi presencia en el mundo revelaría un gran secretó?

—Un secreto muy grande, sí.

—Precisó es que mi adversario sea muy poderoso para haber hecho encerrar en la Bastilla a un niño que era yo entonces.

—Lo es.

—Es más poderoso entonces que mi madre?

—Por qué lo decís?

—Porque mi madre me habría defendido.

Aramis vaciló.

—Más poderoso es que vuestra madre, monseñor.

—Cuando así me arrebataron mi nodriza y mi ayo, y me separaron de ellos, debíamos ser, yo o ellos, un gran peligro para mi enemigo.

—Sí, un peligró de que se libró vuestro enemigo haciendo desaparecer al ayo y a la nodriza —respondió tranquilamente Aramis.

—¿Desaparecer? —dijo el preso—. ¿Y de qué modo desaparecieron?

—Del modo más seguro —respondió Aramis—; muriendo.

El joven palideció ligeramente, y pasó su mano trémula por el rostro.

—¿Por medió del veneno? —preguntó.

—Por medio del veneno.

El preso reflexionó un momento.

—Necesario es que mi enemigo sea bien cruel o se haya visto muy apremiado por la necesidad, para que esos dos criados inocentes, mis únicos apoyos, hayan sido asesinados en el mismo día, pues, tanto mi ayo como mi buena nodriza no habían hecho jamás mal a nadie.

—La necesidad es dura en vuestra casa, y es la que me precisa a deciros, con

gran sentimiento mío, que aquel hidalgo y aquella nodriza fueron asesinados.

—¡Oh! Nada nuevo me decís con eso —replicó el joven frunciendo el ceño.

—¿Cómo que no?

—Ya lo sospechaba.

—¿Por qué?

—Os lo voy a decir.

En aquel momento, el joven, apoyándose sobre sus codos, se ofreció a la vista de Aramis con una expresión tal de dignidad, abnegación, y hasta de desafío, que el obispo sintió la electricidad del entusiasmo subir en chispas abrasadoras de su corazón marchitó a su cráneo duro como el acero.

—Hablad, monseñor. Ya os he dicho que expongo mi vida hablándoos. Por poco que mi vida valga, os ruego que la admitáis como rescate de la vuestra.

—Oíd, pues —repuso el joven—, los motivos que me hacían sospechar que habían sido asesinados mi nodriza y mi ayo...

—A quien llamabais padre.

—Sí, a quien llamaba padre; mas de quien sabía de cierto que no era hijo.

—¿Qué os hacía suponer eso?

—Así como vos sois demasiado respetuoso para un amigó, del mismo modo lo era él para un padre.

—Yo —dijo Aramis— no tengo el menor designio de disfrazarme. El joven movió la cabeza y continuó.

—Sin duda, no estaba yo destinado a vivir encerrado eternamente —dijo el preso—, y lo que me lo hace creer, ahora sobre todo, es el cuidado que se tomaban de hacer de mí un perfecto caballero, en cuanto era posible. El gentilhombre que estaba a mi cuidado me había enseñado todo cuanto él sabía: matemáticas, algo de geometría y astronomía, esgrima y equitación. Todas las mañanas me ejercitaba en el manejó de florete en una sala baja, y montaba a caballo en el jardín. Una mañana, y esto era en verano, porque hacía mucho calor, me quedé dormido en dicha sala. Hasta entonces, nada me había infundido luz ni sospecha alguna, a excepción del respeto de mi ayo. Vivía como los niños, como las aves, como las plantas, de aire y de sol. Acababa de cumplir quince años.

—Entonces, ¿hace ocho años de eso?

—Poco más o menos; he perdido la medida del tiempo.

—Perdonad; mas, ¿qué os decía vuestro ayo para estimularos al trabajo?

—Me decía que un hombre debe procurar formarse en la tierra la fortuna que Dios le negó al nacer; y añadía que, pobre huérfano obscuro, no podía contar sino conmigo propio, puesto que nadie se interesaba ni se interesaría nunca por mi persona. Hallábame, pues, en aquella sala, fatigado de la lección de esgrima, y me quedé dormido. Mi ayo estaba en su cuarto, en el piso principal, exactamente encima de mí. De pronto oí un pequeño gritó lanzado por mi ayo.

Luego llamó: « ¡Perronnette! ¡Perronnette! » . Llamaba a mi nodriza.

—Sí, lo sé —dijo Aramis—; continuad, monseñor:

—Sin duda estaba ella en el jardín, porque mi ayo bajó la escalera precipitadamente. Yo me levanté alarmado de verle tan agitado. Abrió la puerta que ponía en comunicación el zaguán con el jardín, sin cesar de gritar: « ¡Perronnette! ¡Perronnette! » . Las ventanas de la sala baja daban al patio; los postigos estaban cerrados; pero por una rendija vi a mi ayo aproximarse a un anchó pozo, situado debajo casi de las ventanas de su despachó. Inclinóse sobre el brocal, miró dentro del pozo, y lanzó un nuevo gritó haciendo ademanes de espantó. Desde dónde yo permanecía podía, no sólo ver, sino oír. Así fue que vi y oí.

—Continuad, monseñor, os lo ruego —dijo Aramis.

—Perronnette acudió a los gritos de mi ayo, y acercándose éste a ella, la cogió del brazo, y la arrastró con ansiedad hacia el brocal. Luego, inclinándose hacia el pozo, le dijo:

» —¡Mirad, mirad, qué desgracia!

» —Vamos, serenaos —dijo Perronnette—. ¿Qué pasa?

» —« ¡Esa carta! —gritaba mi ayo—. ¿Veis esa carta? » .

» Y tendía la mano hacia el fondo del pozo.

» —¿Qué carta? —preguntó la nodriza—. ¡Esa carta que veis ahí bajo es la última carta de la reina! Al oír esta expresión me aterroricé. ¡Mi ayo, el que pasaba por mi padre, el que siempre me estaba encargando modestia y humildad, en correspondencia con la reina!

» —¡La última carta de la reina? —gritó Perronnette, sin manifestar otra sorpresa que la de ver aquella carta en el fondo del pozo—. ¡Y cómo ha caído ahí?

» —¡Por un accidente casual, señora Perronnette; una rara casualidad! Al abrir la puerta de mi despacho, estando la ventana abierta, se estableció una corriente de aire, vi volar de mi mesa un papel, reconocí que era la carta de la reina, corrí hacia la ventana lanzando un grito, el papel flotó un instante en el aire, y cayó por fin al pozo.

» —Bien —dijo Perronnette—; si la carta ha caído en el pozo, es como si se hubiera quemado; y puesto que la reina quema por sí misma sus cartas cada vez que ella viene...

» —¡Cada vez que ella viene! De suerte que la mujer que venía todos los meses era la reina —interrumpió el preso.

—Sí —respondió con la cabeza Aramis.

» —Sin duda, prosiguió el viejo gentilhombre; pero esa carta contenía instrucciones. ¡Cómo haré para seguirlas?

—Escribid inmediatamente a la reina, referidle francamente lo que ha pasado, y la reina os escribirá una segunda carta en vez de la primera—.

—El caso es que la reina no querrá creer semejante accidente —dijo el buen hombre, moviendo lentamente la cabeza—, y quizás piense que me he querido guardar esta carta en lugar de devolvérsela como las otras, a fin de procurarme un arma... Es tan desconfiada, y el señor Mazarino tan... ¡Ese diablo de italiano es capaz de hacernos envenenar a la menor sospecha!

Aramis sonrió con imperceptible movimiento de cabeza.

—« ¡Son ambos tan suspicaces, señora Perronnette, respecto a Felipe...! » .

» —Felipe era el nombre que me daban —interrumpió el joven.

» —Pues entonces no hay que dudar —dijo Perronnette—; hay que hacer que baje alguien al pozo.

» —Sí; ¿para que el que coja el papel lo lea al subir?

» —Busquemos en el pueblo uno que no sepa leer; así quedaréis tranquilo.

» —Y el que baje al pozo ¿no adivinará la importancia de un papel por el cual se arriesga la vida de un hombre? No obstante, acabáis de sugerirme una idea, señora Perronnette; quien baje al pozo seré yo.

» Pero, al escuchar esta proposición, la señora Perronnette empezó a dar tales lamentos y a rogar con tal ahínco a mi anciano ayo, que éste le prometió buscar una escalera bastante grande para poder bajar al pozo, mientras que ella iría a la casa de labranza a traerse un mozo decidido, a quien se le haría creer que había caído en el pozo una alhaja envuelta en un papel. Y como un papel, añadió mi ayo, se desenvuelve en el agua, no extrañará encontrar sólo la carta abierta.

» —Tal vez esté ya enteramente borrada, dijo Perronnette—. Poco importa, con tal que recobremos la carta, pues entregándosela a la reina, verá que no le hemos hecho traición, y, por consiguiente, no excitando la desconfianza de Mazarino, nada tendremos que temer de él.

» Tomada esta resolución, se separaron los dos. Yo volví a ajustar el postigo, y, viendo que mi ayo se disponía a volver a entrar, me arrojé en los almohadones con la cabeza atontada por todo o que acababa de oír. Mi ayo entreabrió la puerta a los pocos momentos de haberme echado en los almohadones, y creyéndome adormecido la volvió a cerrar suavemente. Apenas la cerró, me levanté, y poniéndome a escuchar, percibí el ruido de pasos que se alejaban. Entonces volví a mi ventana y vi salir a mi ayo con la nodriza. Estaba solo en la casa. No bien acabaron de cerrar la puerta, cuando, sin tomarme el trabajo de atravesar el zaguán, salté por la ventana y corrí al pozo. Entonces, inclinéme, como se había inclinado mi ayo, y vi nadar en los círculos que formaba el agua verduzca una cosa blanca y luminosa. Aquel disco brillante me fascinaba y atraía, mantenía mis ojos fijos, la respiración embargada; el pozo me aspiraba con su ancha boca y su helado hálito, y me parecía leer, en el fondo del agua, caracteres de fuego trazados en el papel que había tocado la reina. Entonces, sin saber lo que hacia y movido por uno de esos impulsos instintivos que le empujan a uno a las pendientes fatales, até el extremo de la cuerda al hierro de la garrucha del pozo;

dejé caer el cubo hasta el agua, a unos tres pies de profundidad, cuidando mucho de no poner en peligro el preciado papel, que principiaba a cambiar su color blancuzco en un tinte verdoso, prueba de que iba sumergiéndose, y luego, con las manos me dejé deslizar en el abismo. Cuando me vi suspenso sobre aquel círculo de agua sombría, cuando vi disminuirse el cielo por encima de mi cabeza, se apoderó de mi el frío, acometiéndome el vértigo y se erizaron mis cabellos; pero mi voluntad todo lo dominó, terror y malestar. Llegué al agua y sumergíme en ella, con una mano asida a la cuerda, mientras que con la otra cogía el precioso papel, que se partió en dos entre mis dedos. Me —guardé los dos pedazos en, mi ropilla, y, apoyando los pies en las paredes del pozo, fui subiendo ágil, y sobre todo apresuradamente, hasta llegar al brocal, que inundé con el agua que chorreaba de la parte inferior de mi traje. Luego que me vi fuera del pozo con mi presa, eché a correr al sol, llegué a lo último del jardín, donde había una especie de bosquecillo. Allí era donde deseaba refugiarme. Apenas ponía el pie en mi escondite, cuando oí la campana que daba señal de abrirse la puerta de afuera. Era mi ayo que volvía. ¡Ya era hora! Calculé que aún me quedaban diez minutos antes de que pudiera alcanzarme, si, adivinando donde estaba, venía directamente a mí; veinte minutos si se tomaba la molestia de buscarme. Era el tiempo suficiente para leer aquella preciosa carta, cuyos dos fragmentos me apresuré a unir. Los caracteres principiaban ya a borrarse; pero, no obstante, llegué a descifrar la carta.

—¿Y qué leisteis, monseñor? —preguntó Aramis con vivo interés.

—Lo bastante para creer que el criado era un gentilhombre, y que Perronnette, sin ser una dama de alta clase, era más que una criada. Por último, me convencí de que mi nacimiento no debía ser muy oscuro, cuando la reina de Austria y el primer ministro me recomendaban tan encarecidamente.

El joven se detuvo todo emocionado.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Aramis.

—Sucedío, señor —respondió el joven—, que el obrero llamado por mi ayo no encontró nada en el pozo, después de haberlo registrado en todos sentidos; que mi ayo advirtió que el brocal estaba todo mojado; que mis vestidos no estaban tan secos que la señora Perronnette no advirtiese su humedad; y, finalmente, que me acometió una fuerte calentura, causada por el frío del agua y la emoción de mi descubrimiento, calentura seguida de un delirio, durante el cual todo lo referí; de modo que mi ayo, guiado por mis propias revelaciones, halló bajo la almohada los dos fragmentos de la carta escrita por la reina.

—¡Ah! —exclamó Aramis—. Ahora comprendo.

—De lo que sucedió después sólo he podido formar conjutar. Sin duda, mi pobre ayo y la nodriza, no atreviéndose a guardar el secreto de lo que había sucedido, se lo escribieron todo a la reina y le enviaron la carta desgarrada.

—Después de lo cual —preguntó Aramis— fuisteis preso y conducido a la

bastilla.

—Ya lo veis...

—Y luego desaparecieron ayo y nodriza.

—¡Ay!

—No nos ocupemos de los muertos —repuso Aramis—, y veamos lo que se hace con el vivo. Me habéis dicho que estabais resignado, y sin cuidados por la libertad.

—Sí, ya os lo he dicho.

—Sin ambición, sin deseos, sin pensamiento.

El joven no contestó.

—¿Nada decís? —preguntó Aramis.

—Creo que he hablado ya bastante —respondió el preso—, y que ahora os toca a vos. Estoy cansado.

—Voy a obedeceros —dijo Aramis.

Aramis se recogió un momento interiormente, y se pintó en su fisonomía una expresión de solemnidad profunda. Conociase que había llegado a la parte principal del papel que había ido a representar en la Bastilla.

—Una pregunta ante todo —dijo Aramis.

—¿Cuál? Hablad.

—En la casa en que vivíais no había espejos de ninguna clase, ¿no es cierto?

—¿Qué significa esa palabra? —preguntó el joven—. Me es desconocida.

—Se entiende por espejo cierto utensilio que refleja los objetos, y permite, por ejemplo, que uno vea su propio semblante en un vidrio preparado, como podéis ver el mío a simple vista.

—No, no había espejos —respondió el preso.

Aramis miró en torno suyo.

—Tampoco los hay aquí —dijo—; iguales precauciones se han tomado aquí que allá.

—¿Y con qué fin?

—Pronto lo sabréis. Ahora, perdonadme; me dijisteis que os habían enseñado matemáticas, astronomía, esgrima y equitación, y nada me habéis dicho de historia.

—Algunas veces mi ayo me solía referir las hazañas del rey San Luis, de Francisco I y de Enrique IV.

—¿Y nada más?

—Nada.

—Veo también en esto una idea calculada; así como apartaron de vuestro lado los espejos, que reflejan el presente, así también os han dejado ignorar la historia, que refleja el pasado. Desde que estáis preso no os han permitido tener libros, de suerte que os son desconocidos muchos hechos, con cuya ayuda podríais reconstruir el edificio arruinado de vuestros recuerdos y de vuestros

intereses.

—Así es —dijo el joven.

—Pues voy a deciros, en algunas palabras, lo que ha pasado en Francia de veintitrés a veinticuatro años a esta parte, es decir, desde la fecha probable de vuestro nacimiento, o sea, desde el momento en que puede tener interés para vos.

—Decid.

Y el joven volvió a tomar su actitud seria y meditabunda.

—¿Sabéis quién fue el hijo de Enrique IV?

—Sé, por lo menos, quién fue su sucesor.

—¿Y de qué modo lo habéis sabido?

—Por una moneda del año 1610 que tenía el busto de Enrique IV, y por otra de 1612 que tenía el de Luis XIII. Supongo, puesto que entre las dos monedas no mediaba más que el espacio de dos años, que Luis XIII debió ser el sucesor de Enrique IV.

—Entonces —preguntó Aramis—, ¿sabéis que el último rey reinante fue Luis XIII?

—Lo sé —dijo el joven ruborizándose ligeramente.

—Pues bien, ese fue un príncipe de excelentes ideas y de grandes proyectos, aplazados siempre por la desgracia de los tiempos y por las luchas que tuvo que sostener contra los magnates de Francia su ministro Richelieu. El, personalmente (hablo de Luis XIII), era de carácter débil, y murió joven todavía y tristemente.

—Lo sé.

—Habíase ocupado largo tiempo del cuidado de su posteridad, cuidado doloroso para los príncipes que necesitan dejar sobre la tierra algo más que un recuerdo, a fin de que su pensamiento sea seguido y continuada su obra.

—¿Murió Luis XIII sin hijos? —preguntó sonriendo el preso.

—No; pero estuvo privado por largo tiempo de la dicha de tenerlos, y por mucho tiempo estuvo creído de que su vida se extinguía sin sucesión. Habíale reducido esta idea a una desesperación extremada, cuando un día su esposa, Ana de Austria...

El preso se estremeció visiblemente.

—¿Sabíais —prosiguió Aramis que la esposa de Luis XIII se llamase Ana de Austria?

—Continuad —dijo el joven sin responder.

—Cuando un día —continuó Aramis— la reina Ana de Austria anunció hallarse encinta. Grande fue la alegría que produjo esta noticia, y todos hicieron voto por que la reina tuviese un feliz alumbramiento. Finalmente, el 15 de septiembre de 1638 dio a luz un varón.

Aquí Aramis miró a su interlocutor, y creyó notar que se ponía pálido.

—Vais a oír ahora un relato que muy pocos se hallan en estado de poder referir actualmente, pues ese suceso es un secreto que se cree muerto con los

muertos o sepultado en el abismo de la confesión.

—¿Y vais a revelarme ese secreto? —preguntó el joven.

—¡Oh! —dijo Aramis con un tono en que no había lugar a equivocarse—; no creo aventurar ese secreto confiándolo a un preso que no desea salir de la Bastilla.

—Escucho, señor.

—La reina dio a luz un varón; pero cuando toda la Corte se hallaba entregada a la más loca alegría, y el rey mostraba el recién nacido a su pueblo y a su nobleza; cuando se sentaba a la mesa para festejar tan fausto acontecimiento, la reina, que había quedado sola en su cuarto, sintió por segunda vez los dolores del parto, y dio a luz otro hijo.

—¡Oh! —exclamó el preso revelando una instrucción mayor que la que aparentaba—. Yo creía que Monsieur no había nacido sino en... Aramis levantó el dedo.

—Permitidme continuar —dijo.

El preso exhaló un suspiro de impaciencia, y esperó.

—Sí —dijo Aramis—; la reina tuvo otro hijo, que tomó en brazos la matrona Perronnette.

—¡Perronnette! —murmuró el joven.

—Fueron inmediatamente al salón donde estaba el Rey comiendo, y le anunciaron por lo bajo lo que pasaba. Levantóse de la mesa, y acudió presuroso; pero esta vez no era alegría lo que expresaba su semblante, sino un sentimiento que se asemejaba al terror. Dos hijos, gemelos cambiaban en amargura la alegría que le causara el nacimiento de uno solo, en atención a que... (y lo que voy a manifestaros lo ignoraréis seguramente) en Francia el primogénito de los hijos es el que reina después del padre.

—Lo sé.

—Y los médicos y los letrados dicen que hay lugar a duda en si el hijo que sale primero del seno materno es el primogénito por la ley de Dios y de la Naturaleza.

El preso lanzó un grito sofocado, y se puso más blanco que la sábana bajo la cual se tapaba.

—Ahora comprenderéis —continuó Aramis— que el rey, que con tanto júbilo se había visto perpetuar con un heredero, se sintiese poseído de la mayor desesperación al pensar que tenía dos, y que tal vez el que acababa de nacer, y era desconocido, disputaría el derecho de primogenitura al otro que había nacido dos horas antes, y que dos horas antes fue reconocido. Este segundo hijo, escudándose con los intereses o los caprichos de un partido, podía causar algún día la discordia y la guerra en el reino, destruyendo por ese mismo hecho la dinastía que hubiera debido consolidar.

—¡Oh! ¡Comprendo, comprendo! —exclamó el joven.

—Pues bien —continuó Aramis—; ahí tenéis lo que se cuenta, lo que asegura; ahí tenéis la causa por qué uno de los dos hijos de Ana de Austria fue indignamente separado de su hermano, indignamente secuestrado y reducido a la obscuridad más profunda; ahí tenéis la razón por qué ese segundo hijo ha desaparecido, y de tal modo, que nadie en Francia sabe hoy que existe, a excepción de su madre.

—¡Sí, su madre, que le ha abandonado! —murmuró el preso con la expresión de la desesperación.

—A excepción —continuó Aramis— de esa dama de traje negro y cinta color de fuego, y a excepción, por último...

—¿De vos, no es cierto? Vos, que venís a contarme todo eso; vos, que venís a despertar en mi espíritu la curiosidad, el odio, la ambición, y quizás también la sed de venganza; a excepción de vos, señor, que si sois el hombre que espero, el hombre que me promete el billete, el hombre en fin, que el Cielo debe enviarme, debéis traermel...

—¿Qué? —preguntó Aramis.

—Un retrato de Luis XIV, que reina actualmente sobre el trono de Francia.

—Aquí está el retrato —replicó el obispo, presentado al preso un esmalte perfectamente trabajado, en que aparecía Luis XIV, orgulloso, gallardo, vivo, por decirlo así.

El preso cogió ávidamente el retrato, y fijó en él sus ojos, como si quisiera devorarlo.

—Y ahora, monseñor —dijo Aramis—, aquí tenéis un espejo. Aramis dejó al preso el tiempo necesario para poder coordinar sus ideas.

—¡Tan alto, tan alto! —exclamó el joven, devorando con la vista el retrato de Luis XIV, y su propia imagen reflejada en el espejo.

—¿Qué pensáis? —dijo entonces Aramis.

—Pienslo que estoy perdido —contestó el cautivo—, y que el rey no me perdonará nunca.

—Y yo —replicó el obispo fijando en el preso una mirada brillante y expresiva— me pregunto cuál de los dos es el rey; si el que representa este retrato o el que refleja este espejo.

—El rey, señor, es el que se halla en el trono —replicó tristemente el joven—; el que no está preso; el que, por el contrario, hace poner presos a los demás. La dignidad real el poder, y ya veis que yo no tengo sombra de él.

—Monseñor —repuso Aramis con un respeto que hasta entonces no había manifestado—, el rey, tenedlo presente, será, si queréis, el que, saliendo de la cárcel, sepa sostenerse en el trono en que le pusieran sus amigos.

—Señor, no me tentáis —dijo el preso con amargura.

—Monseñor, no os desaniméis —insistió Aramis con vigor—. He traído todas las pruebas de vuestro nacimiento; examinadlas; convenceos de que sois hijo de

un rey, y después, obremos.

—No, no, imposible.

—A menos —añadió irónicamente el obispo—, que sea destino de vuestra raza que los hermanos excluidos del trono, sean todos príncipes sin valor y sin honor, como Monsieur Gastón de Orléans, vuestro tío, que conspiró por diez veces contra su hermano el rey Luis XIII.

—¿Conspiró contra su hermano mi tío Gascón de Orléans? —murmuró asustado el príncipe—. ¿Conspiró para destronarle?

—Sí, monseñor, no con otro objeto.

—¿Qué decís, señor?

—La verdad.

—¿Y tuvo amigos... leales?

—Como yo para vos.

—¿Y qué hizo? ¡Fracasó!

—Sí, pero siempre por su culpa, y por rescatar, no su vida, porque la vida del hermano del rey es sagrada, inviolable, sino su libertad, sacrificó la vida de todos sus amigos, unos tras otros. Por eso es hoy día el baldón de la historia y la execración de cien familias ilustres de este reino.

—Lo comprendo, señor —dijo el príncipe—; ¡y mi tío mató a sus amigos por debilidad o por traición?

—Por debilidad, lo que siempre es una traición en los príncipes.

—¿No se puede también fracasar por ignorancia o por incapacidad? ¿Creéis que sea posible a un desgraciado cautivo como yo, criado no sólo lejos de la Corte, sino del mundo; creéis, repito, que le sea posible ayudar a los amigos que intentasen servirle?

Y como Aramis fuese a contestar, exclamó súbitamente el joven con una vehemencia que revelaba la fuerza de la sangre:

—¡Y hablemos de amigos...! ¡Qué amigos puedo yo tener cuando apenas soy conocido y no tengo para procurármelos libertad, dinero ni poder?

—Me parece que he tenido el honor de ponerme al servicio de Vuestra Alteza Real.

—¡Ay! No me llaméis así, señor; eso es un escarnio o una barbarie. No me hagáis pensar en otra cosa que en las paredes de la cárcel que me rodea; dejadme amar aún, o, por lo menos, sufrir mi esclavitud y mi obscuridad.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! Si me repetís otra vez esas palabras desconsoladoras; si después de haber adquirido la prueba de vuestro nacimiento, continuáis pobre de espíritu, de aliento y de voluntad, aceptaré vuestro deseo, desapareceré, y renunciaré a servir a ese amo a quien con tanto ardor venía a ofrecer mi vida y mis servicios.

—Señor —replicó el príncipe—, antes de decirme lo que me habéis dicho, ¿no habréis hecho mejor en reflexionar que me habéis destrozado el corazón

para siempre?

—¿Y os parece que es eso lo que he querido, monseñor?

—Para hablarme de grandeza, de poder y hasta de realeza, ¡habéis debido elegir una prisión? Deseáis hacerme creer en el esplendor, y nos ocultamos en las sombras de la noche; me habláis de gloria, y sofocamos nuestras palabras bajo las cortinas de este camastro; me hacéis entrever un poder grandioso, y oigo las pisadas del carcelero en ese corredor, esas pisadas que os hacen temblar más que a mí. Para hacerme algo menos incrédulo, sacadme de la Bastilla; dad aire a mis pulmones, espuelas a mis pies, acero a mi brazo, y principiaremos a entendemos.

—No es otra mi intención que daros eso, y más que eso todavía, monseñor. Lo que me falta saber es si lo queréis.

—Escuchadme aún, caballero —interrumpió el preso—. Sé que hay guardias en cada galería, cerrojos en cada puerta, cañones y soldados en cada barrera. ¿Con qué habéis de vencer a los soldados y enclavar los cañones? ¿Con qué habéis de romper los cerrojos y las barreras?

—Monseñor, ¿cómo ha llegado a vuestras manos ese billete que habéis leído y que os anunciaba mi venida?

—Para un billete, basta sobornar a un carcelero.

—Pues si se soborna a un carcelero, se puede sobornar a diez.

—Pues bien, concedido que sea posible sacar a un pobre cautivo de la Bastilla; que se le pueda ocultar bastante bien para que los servidores del reino no le cojan; que se le pueda sostener dignamente en un asilo ignorado...

—¡Monseñor! —exclamó Aramis sonriendo.

—Admito que el que hiciese eso por mí, sería ya más que un hombre; pero, ya que decís que soy príncipe, hermano de un rey, ¿cómo restituirme la jerarquía y la fuerza que mi madre y mi hermano me han arrebatado?

Supuesto que tengo que pasar una vida de luchas y de odios, ¿cómo hacerme vencedor en esos combates e invulnerable para mis enemigos? ¡Ah, señor! Reflexionadlo bien; arrojadme mañana en una horrible caverna, en el fondo de alguna montaña; procuradme el placer de oír en libertad los murmullos del río y dé la llanura, y de ver el sol despejado, o el cielo nebuloso, y eso me basta. No me prometáis más, pues, en verdad, no podéis darme más, y sería un crimen engañarme, cuando os decís amigo mío.

Aramis continuó escuchando en silencio.

—Monseñor —replicó después de reflexionar un momento—, admiro el juicio tan recto y tan firme que dicta vuestras palabras. Me felicito de haber adivinado a mi rey.

—¡Todavía, todavía...! ¡Oh, por caridad! —exclamó el príncipe, comprimiendo con sus manos heladas su frente bañada en sudor ardoroso—. No abuséis de mi situación; no necesito ser rey, caballero, para tenerme por el

hombre más feliz del mundo.

—Y yo, monseñor, necesito que seáis rey para bien de la humanidad.

—¡Ah! —exclamó el preso con una nueva desconfianza, inspirada por esta pasión—. ¡Ah! ¿Pues de qué tiene la humanidad que reconvenir a mi hermano?

—Olvidaba deciros, monseñor, que si os dignáis dejaros guiar por mí, y consentís en ser el príncipe más poderoso de la tierra, serviréis los intereses de todos los amigos que se hallan comprometidos en el triunfo de vuestra causa, y esos amigos son numerosos.

—¿Numerosos?

—Y no tanto como poderosos, monseñor.

—Explícaos.

—¡Imposible! Me explicaré, y lo juro ante Dios que me oye, el día en que os vea sentado en el trono de Francia.

—Pero ¿y mi hermano?

—Dispondréis de su suerte como mejor os parezca. ¿Es que lo compadecéis?

—¿Después que me deja morir en el calabozo? No; no le compadezco.

—¡Enhorabuena!

—Ve si no podía venir él a esta cárcel, cogerme la mano y decirme: «Hermano mío. Dios nos ha criado para amamos, no para combatirnos. Vengo a vuestro lado. Un prejuicio salvaje os condenaba a morir obscuramente lejos de todos los hombres, privado de todos los goces. Deseo haceros sentar a mi lado, ceñiros la espada de nuestro padre. ¿Os serviríais de esta confianza para volverla en contra mía? ¿Os serviríais de esa espada para derramar mi sangre? ¡Oh, no!, le habría yo contestado; os miro como a mi salvador, y os respetaré como a mi amo. Me dais más de lo que Dios me ha dado, porque por vos tengo la libertad, y el derecho de amar y ser amado en este mundo».

—¿Y habríais cumplido vuestra palabra, monseñor?

—¡Oh! Aun a costa de mi vida.

—Mientras que ahora...

—Ahora, tengo culpables a quien castigar...

—¿De qué modo, monseñor?

—¿Qué decis de esta semejanza con mi hermano que Dios me ha dado?

—Digo que existe en esa semejanza un aviso providencial que el rey no ha debido despreciar; digo que vuestra madre ha cometido un crimen haciendo diferentes en dicha y en fortuna a los que la Naturaleza había hecho tan semejantes en su seno, y deduzco que el castigo no debe ser otra cosa que el restablecimiento del equilibrio.

—Lo cual quiere decir...

—Que si llego a haceros ocupar vuestro lugar en el trono de vuestro hermano, vuestro hermano vendrá a ocupar vuestro lugar en esta prisión.

—¡Ay! Mucho se sufre en una prisión, sobre todo cuando ha llegado a

beberse largamente en la copa de la vida.

—Vuestra Alteza Real podrá hacer lo que le plazca, y perdonará, si lo tiene a bien, después de castigar.

—Bien. Y ahora, ¿sabéis una cosa, señor?

—Decid, mi príncipe.

—Que no escucharé nada de vos sino fuera de la Bastilla.

—Iba a decir a Vuestra Alteza Real que no tendré el honor de verle aquí más que una vez.

—¿Cuándo?

—El día en que mi príncipe salga de estas negras paredes.

—¡Dios os oiga! ¿Cómo me avisaréis?

—Viniendo aquí a buscaros.

—¿Vos mismo?

—Mi príncipe, no abandonéis este aposento sino en mi compañía, o, si os violentan en mi ausencia, tened presente que no será de mi parte.

—¿De suerte que no he de decir una palabra a nadie sino a vos?

—Sino a mí.

Aramis se inclinó profundamente. El príncipe le tendió la mano.

—Señor —dijo con un acento que partía el corazón—, tengo que deciros todavía una palabra. Si os habéis dirigido a mí para perderme; si no sois más que un instrumento en manos de mis enemigos; si de nuestra conferencia, en que habéis sondeado mi alma, me resultase algo peor que el cautiverio, esto es, la muerte, de todos modos bendito seáis, porque habréis terminado mis penas y hecho suceder la calma a los crueles suplicios que estoy padeciendo hace ocho años.

—Monseñor, aguardad para juzgarme —dijo Aramis.

—He dicho que os bendecía, que os perdonaba. ¡Si, por el contrario, habéis venido para devolverme el puesto que Dios me había destinado bajo el sol de la fortuna y de la gloria; si, en virtud de vuestra ayuda, puedo vivir en la memoria de los hombres, y hacer honor a mi estirpe con algunos hechos ilustres, o algunos servicios prestados a mis pueblos; si, de la abyección en que estoy sumido, me elevo a la cúspide de los honores, sostenido por vuestra mano generosa, en ese caso, vos, a quien bendigo y a quien doy las gracias con todo mi corazón, tendréis la mitad de mi poder y de mi gloria! Y aun así quedaréis mal recompensado, pues nunca podré llegar a dividir con vos la felicidad que me habréis proporcionado.

—Monseñor —dijo Aramis, conmovido por la palidez y efusión del joven—, la nobleza de vuestro corazón me llena de gozo y me penetra de admiración. No seréis vos quien tenga que darme las gracias, sino el pueblo, a quien haréis feliz; vuestros descendientes, a quienes haréis ilustres. Sí; yo os habré dado más que la vida, puesto que os daré la inmortalidad.

El joven tendió la mano a Aramis; éste la besó de rodillas.

—¡Oh! —exclamó el príncipe con modestia encantadora.

—Es el primer homenaje tributado a nuestro futuro monarca —dijo Aramis  
—. Cuando os vuelva a ver, diré: « ¡Buenos días, Majestad! » .

—Hasta entonces —murmuró el joven, apoyando sus dedos blancos y afilados sobre su corazón—, no más sueños, no más choques a mi vida, porque se rompería! ¡Oh, señor, cuán pequeña es mi prisión, cuán baja esta ventana! ¡Qué estrechas son estas puertas! ¿Cómo ha podido entrar por ellas, y caber aquí tanto orgullo, tanto esplendor y tanta felicidad?

—Vuestra Alteza Real me colma de orgullo —dijo Aramis—, puesto que me da a entender que yo he traído todo eso.

Luego golpeó la puerta.

El carcelero vino a abrir con Baisemeaux, el cual, devorado de inquietud y de temor, principiaba a aplicar el oído, a pesar suyo, a la puerta del encierro.

Por fortuna, ninguno de los interlocutores había olvidado expresarse en voz baja, aun en los violentos impulsos de la pasión.

—¡Qué confesión! —exclamó el alcaide procurando sonreír—. ¿Quién hubiera creído nunca que un preso, un hombre casi muerto, cometiese pecados tan largos y numerosos?

Aramis calló. Lo que deseaba era salir de la Bastilla, donde el secreto que le abrumaba duplicaba el peso de las paredes.

Luego que llegaron a la habitación de Baisemeaux:

—Hablemos de negocios, mi estimado alcaide —dijo Aramis.

—¡Ay! —suspiró Baisemeaux.

—Teníais que pedirme el recibo por ciento cincuenta mil libras —dijo el obispo.

—Y entregaros el primer tercio de la suma —añadió suspirando el pobre alcaide, que dio tres pasos hacia su caja de hierro.

—Aquí tenéis vuestro recibo —dijo Aramis.

—Y aquí el dinero —replicó con un triple suspiro Baisemeaux.

—La Orden me ha encargado tan sólo que os dé un recibo de cincuenta mil libras —dijo Aramis—; pero nada se me ha dicho de recibir dinero. Adiós, señor alcaide.

Y partió, dejando a Baisemeaux confundido de sorpresa y de alegría en presencia de aquel regio presente, hecho con tanta grandeza por el confesor extraordinario de la Bastilla.

## Capítulo II

---

Cómo Mosquetón había engordado sin prevenir de ello a Porthos, y de los disgustos que eso proporcionaba al digno gentilhombre

Desde que Athos marchó a Blois, pocas veces se habían encontradountos Porthos y D'Artagnan. El uno había hecho un servicio penoso cerca del rey; el otro había hecho muchas adquisiciones de muebles que pensaba llevar a sus tierras, y con los cuales trataba de establecer en sus diversas residencias algo del lujo cortesano, cuyo brillo deslumbrador había entrevisto alrededor de Su Majestad.

D'Artagnan, siempre fiel, una mañana en que el servicio le dejaba alguna libertad, pensó en Porthos, e inquieto por no haber oído hablar de él hacia más de quince días, encaminóse a casa del barón, a quien encontró a tiempo de levantarse de la cama.

El digno barón parecía pensativo, y mas que pensativo, melancólico. Estaba sentado sobre su lecho, casi desnudo, las piernas colgando, contemplando un sinnúmero de trajes que matizaban el suelo con sus franjas, galones, bordados y contrastes inarmónicos de colores.

Porthos, triste y pensativo, como la liebre de La Fontaine, no vio entrar a D'Artagnan, a quien, por otra parte, ocultaba en aquel momento Moustón, cuya corpulencia personal, muy insuficiente siempre para ocultar un hombre a otro, se hallaba en aquel momento aéreamente duplicada con la interposición de un traje escarlata, que el intendente mostraba a su amo, teniéndolo cogido por las mangas, para que pudiera aquél verlo mejor.

D'Artagnan se detuvo pensativo en el umbral, y luego, viendo que el espectáculo de aquellos innumerables trajes que sembraban el suelo, arrancaba hondos suspiros del pecho del digno caballero, creyó que era ya hora de

apartarle de tan penosa contemplación, y tosió para anunciarlo.

—¡Ah! —exclamó Porthos, cuyo rostro se iluminó súbitamente de alegría—. ¡Aquí está D'Artagnan! ¡Por fin tendré una idea!

A estas palabras, Moustón, que sospechó lo que pasaba a su espalda, se hizo a un lado, sonriendo con ternura al amigo de su amo, y éste se halló así desembarazado del obstáculo material que le impedía acercarse a D'Artagnan.

Porthos hizo crujir sus rodillas al ponerse en pie, y, atravesando el cuarto en dos zancadas, se halló frente a D'Artagnan, a quien estrechó contra su pecho con una efusión que parecía adquirir nueva fuerza cada día que pasaba.

—¡Oh! —repitió—. Siempre sois muy bien venido, querido amigo; pero, hoy más que nunca.

—Vamos, ¿reina la tristeza en vuestra casa? —preguntó D'Artagnan.

Porthos respondió con una mirada que expresaba abatimiento.

—Pues bien, contadme lo que os pasa, amigo Porthos, a menos que no sea un secreto.

—Ya sabéis, amigo mío —dijo Porthos—, que no tengo secretos para vos. Voy, por lo tanto, a deciros lo que me apena.

—Aguardad, Porthos, a que me desembarace antes de toda esta barraúnada de paños, rasos y terciopelos.

—¡Oh! Pasad por encima sin temor —dijo Porthos lastimeramente—. Todo eso son desechos.

—¡Pardiez con los desechos, Porthos! ¡Paño de veinte libras la vara! ¡Raso magnífico! ¡Terciopelo regio!

—Conque esos trajes os parecen...

—¡Espléndidos, Porthos, espléndidos! Apuesto a que sois el único en Francia que tiene tantos, y que, aun cuando no os mandaseis hacer ninguno más y vivieseis cien años, cosa que no me extrañaría, podíais llevar un vestido nuevo el día de vuestra muerte, sin tener que ver con sastre alguno desde ahora hasta entonces.

Porthos meneó la cabeza.

—Vamos, amigo mío —dijo D'Artagnan—, esa melancolía, que no es propia de vuestro carácter, me asusta. Mi querido Porthos, salgamos de aquí, y cuanto antes mejor.

—Sí, salgamos, con tal que sea posible.

—¿Habéis recibido, por ventura, malas nuevas de Bracieux, amigo mío?

—No, se ha hecho la corta de los montes, y han dado una tercera parte más del producto calculado.

—¿Ha desaparecido quizás la pesca de los estanques de Pierrefonds?

—No, amigo mío, se ha hecho la pesca, con el producto de la venta ha habido para apestar de pescado todos los estanques de las cercanías.

—¿Se ha hundido, acaso, Vallon a impulsos de algún terremoto?

—No, amigo, al contrario; ha caído un rayo a cien pasos del palacio, haciendo brotar un manantial en un sitio que carecía de agua.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Sucede que he recibido una invitación para las fiestas de Vaux —contestó Porthos, con lúgubre aspecto.

—¡Y os quejáis por eso! ¿Sabéis que el rey ha dado causa a más de cien disensiones en los matrimonios de la Corte, por haber rehusado invitaciones? ¿Conque sois de la partida de Vaux? ¡Vaya, vaya, vaya!

—Ay, sí, Dios mío!

—Vais a disfrutar de un golpe de vista magnífico, amigo mío.

—Así lo creo.

—Todo lo mejor de Francia va a reunirse allí.

—¡Ah! —exclamó Porthos arrancándose desesperado un mechón de pelo.

—Pero ¿qué es eso...? ¿Estáis malo, amigo mío?

—¡Estoy más fuerte que el Puente Nuevo, vientre de Mahón! No es eso lo que me angustia.

—¿Pues qué?

—Que no tengo vestido D'Artagnan quedó petrificado.

—¿Que no tenéis vestido, Porthos? —exclamó—. ¡Pues y esos cincuenta que se hallan rodando por el suelo?

—¡Cincuenta, sí y ni uno solo que me siente bien!

—¿Cómo que ninguno os sienta bien? ¡Pues no os toman medida para vestiros?

—Sí —contestó Moustón—; pero desgraciadamente he engordado más de lo regular.

—¡Cómo! ¡Habéis engordado?

—Tanto, que me he puesto mucho más grueso que el barón. ¡Podrás creerlo, señor?

—¡Pardiez, a la vista está!

—¿Lo ves imbécil, como está a la vista?

—Pero, en último resultado, mi querido Porthos —replicó D'Artagnan un tanto impaciente—, no comprendo que vuestros vestidos no os vengan porque Moustón ha engordado.

—Voy a explicároslo, amigo mío —dijo Porthos—. Sin duda, recordaréis haberme oído contar la historia de un general romano, Antonio, que tenía siempre siete jabalies compuestos y aderezados en distintos puntos, para que pudieran servir de comer a cualquier hora que se le antojase. Pues bien, como de un momento a otro podía ser llamado a la Corte y tener que pasar en ella una semana, decidí que me tuviesen dispuestos siempre siete trajes para esta ocasión.

—Muy bien pensado, Porthos. No hay mas sino que se necesita una fortuna como la vuestra para satisfacer semejantes caprichos, y eso sin contar el tiempo

que se pierde en tomar medidas. ¡Las modas cambian tan a menudo!

—De eso precisamente me lisonjeaba, de haber hallado un expediente ingenioso.

—Veamos cuál, porque yo jamás he dudado de vuestro ingenio.

—¿No recordáis que Moustón estaba flaco?

—Sí, en aquel tiempo en que se llamaba Mosquetón.

—¿Y recordáis cuándo comenzó a engordar?

—No me acuerdo a punto fijo; perdonad, querido Moustón.

—¡Oh! No incurris por eso en falta —dijo Moustón con aire amable—. Fue cuando estabais en París, y nosotros vivíamos en Pierrefonds.

—Sea cuando fuese, amigo Porthos, ello es que hubo un momento en que Moustón empezó a engordar... ¿No es eso lo que me queríais decir?

—Justamente, y es época de muy gratos recuerdos para mí.

—¡Lo creo! —repuso D'Artagnan.

—Ya comprenderéis —continuó Porthos— el trabajo que eso me evitaba.

—No lo comprendo todavía, querido amigo; pero a fuerza de explicármelo...

—Oíd. En primer lugar, como habéis dicho, es una pérdida de tiempo el que se emplea en tomar a uno medida, aun cuando sólo sea cada quince días. Además, puede uno estar de viaje, y cuando quiere tener dispuestos siempre siete trajes... En una palabra, amigo mío, tengo una gran repugnancia a que me tomen medida. O es uno noble o no, ¡qué diantre! Eso de dejarse palpar y medir por un bergante que le analiza a uno por pies, pulgadas y líneas, es cosa humillante. Esas gentes os encuentran faltos de un lado, prominentes de otro, y conocen perfectamente vuestro fuerte y vuestro flaco. Mirad, cuando sale uno de manos de un sastre, se asemeja a esas plazas fuertes, de las que un espía ha logrado tomar los ángulos y la espesura de las murallas.

—¡Verdaderamente, querido Porthos, tenéis ideas enteramente propias!

—Ya veis, cuando uno es ingeniero...

—Y ha fortificado a Belle-Île... Tenéis razón, amigo mío.

—Me ocurrió, pues, una idea, y sin duda habría sido buena, a no ser por el descuido del señor Moustón.

D'Artagnan lanzó una mirada a Moustón, el cual contestó a ella con un ligero movimiento de cuerpo, que quería decir: « Ahora veréis si en todo eso tengo yo la menor culpa... » .

—Complacíame —prosiguió Porthos— en ver engordar a Moustón, y me apliqué con todas mis fuerzas a hacerle adquirir gordura con ayuda de un alimento substancioso, confiando siempre que llegaría a igualarme en circunferencia, y podría entonces medirse en lugar mío.

—¡Ah! ¡Cuerno de buey! —exclamó D'Artagnan—. Ahora comprendo. Eso os evita a la vez la pérdida de tiempo y de humillación.

—¡Exactamente! Juzgad, pues, de mi alegría, cuando, después de año y

medio de un alimento bien combinado, porque yo en persona me tomaba el trabajo de alimentarle...

—¡Oh! Y no he contribuido poco también por mi parte, señor —dijo sencillamente Moustón.

—En efecto, juzgad, pues, de mi alegría cuando advertí una mañana que Moustón tenía que ladearse lo mismo que yo, para pasar por la puerta secreta que esos demonios de arquitectos abrieron en el cuarto de la difunta madame Du Vallon, en el palacio de Pierrefonds. Y ahora que hablo de esa puerta, amigo mío, permitidme que os pregunte, a vos, que nada ignoráis, por qué esos zopencos de arquitectos, que por su profesión deben llevar el compás en los ojos, tienen el capricho de construir puertas por las que no caben más que personas delgadas.

—Esas puertas —contestó D'Artagnan— están destinadas para los galanes, y por lo regular un galán es siempre delgado y esbelto de cuerpo.

—La señora Du Vallon no tenía ningún galán —replicó Porthos con majestad.

—Enhorabuena, amigo mío —objetó D'Artagnan—; pero los arquitectos tendrían en cuenta la eventualidad de que os volvierais a casar.

—¡Ah! Bien puede ser —dijo Porthos—. Y ya que me habéis explicado el porqué de las puertas estrechas, volvamos a la gordura de Moustón. Notad de paso, amigo mío, cómo los extremos se tocan; siempre he advertido que las ideas vienen al fin a ponerse de acuerdo. A propósito de esto, D'Artagnan, advertid un curioso fenómeno. Os hablaba de Moustón, que era grueso, y hemos ido a parar a la señora Du Vallon.

—Que era flaca.

—¡Hum! ¡No es eso un prodigo?

—Querido, un sabio amigo mío, llamado señor Costar, ha hecho la misma observación que vos, y da a eso un nombre griego, del que ahora no me acuerdo.

—¡Ah! ¿No es nueva mi observación? —exclamó Porthos asombrado—. ¡Y yo que creía haberla inventado!

—Amigo mío, ese era ya un hecho conocido antes de Aristóteles; es decir, hace cerca de dos mil años.

—Pues bien, no por eso es menos exacto —replicó Porthos encantado de ver apoyada su observación por los sabios de la antigüedad.

—¡Perfectamente! Pero volvamos a Moustón, a quien creo que dejamos engordando a ojos vistas.

—En efecto —dijo Porthos—. Moustón engordo de t suerte, que dejó cumplidos todos mis deseos, llegando a tener misma medida, de lo cual pude convencerme cierto día que vi sobre el cuerpo de ese pillo un vestido que se había hecho con uno de mis trajes; un traje, en que sólo el bordado costaba cien doblones.

—Era para probarlo, señor —respondió Moustón.

—Desde entonces —replicó Porthos— decidí que Moustón se pusiese en

comunicación con mis sastres para que le tomasen medida en mi lugar.

—Muy bien pensado, Porthos; pero Moustón es pie y medio más bajo que vos.

—Justamente; así es que se le tomaba la medida hasta el suelo, y la extremidad de la casaca llegábame encima de la rodilla.

—¡Qué suerte tenéis, Porthos! ¡Sólo a vos os suceden cosas semejantes!

—¡Si! ¡Podéis darme la enhorabuena por ello! Precisamente fue por esa época, esto es, hace unos dos años y medio, cuando marché a Belle-Île, dejando encargado a Moustón, para tener siempre y en caso de necesidad una muestra de las modas, que se mandase hacer un traje todos los meses.

—Y Moustón se habrá descuidado en cumplir vuestro encargo. ¡Oh, demasiada negligencia es ésa, Moustón!

—Al contrario, señor, al contrario.

—No, no olvidó hacerse los trajes; pero olvidó avisarme que engordaba.

—¡Pardiez! No ha sido mía la culpa, señor; vuestro sastre no me ha dicho nada.

—De modo —continuó Porthos— que el gran tuno ha adquirido en dos años dieciocho pulgadas de circunferencia mas, y mis doce últimos trajes son todos demasiado anchos progresivamente, de pie a pie y medio.

—Pero ¿y los otros, los hechos en la época en que teníais el mismo cuerpo?

—No son ya de moda, mi querido amigo. Si me los pusiese parecería que acababa de llegar de Siam, y no había visto una Corte en dos años.

—Comprendo vuestro apuro. ¿Cuántos vestidos tenéis? ¡Treinta y seis! ¡Y como si no tuvieseis ninguno! Pues bien, es preciso mandar hacer otro más, y los treinta y seis restantes serán para Moustón.

—¡Ah, señor! —exclamó Moustón con aire satisfecho—. Siempre habéis sido bondadoso para conmigo.

—Diantre! ¡Creéis que no se me ha ocurrido ya esa idea, o que me haya detenido el gasto? Pero sólo faltan dos días para las fiestas de Vaux; ayer recibí la invitación; hice venir inmediatamente a Moustón en posta con mi guardarropa, y hasta hoy por la mañana no he echado de ver el apuro en que me encuentro. Es bien seguro que de aquí a pasado mañana no hay sastre de buen tono que se encargue de hacerme un vestido.

—Es decir, un vestido cubierto de oro, ¿no es verdad?

—¡Oro por todas partes!

—Ya lo arreglaremos. No tenéis que partir hasta dentro de tres días. Las invitaciones son para el miércoles, y estamos todavía en la mañana del domingo.

—Verdad es; pero Aramis me ha encargado que esté en Vaux veinticuatro horas antes.

—¡Aramis!

—Sí; él me ha traído la invitación.

—¡Ah! Ya comprendo: la invitación os viene del señor Fouquet.

—¡No! Del rey en persona, amigo mío. El billete dice con todas sus letras: « Se avisa al señor barón Du Vallon que el rey se ha dignado incluirle en la lista de sus convidados...» .

—Perfectamente; pero tenéis que marchar con el señor Fouquet.

—Y cuando pienso —exclamó Porthos desfondando el tillado de una patada —, cuando pienso que me encuentro sin vestido, ¡reventaría de rabia! ¡De buena gana ahogaría a alguien o destrozaria cualquier cosa!

—No choquéis con nadie ni destrocéis cosa alguna, Porthos, que yo arreglaré todo eso; poneos uno de vuestros treinta y seis trajes y venid conmigo a casa de un sastre.

—¡Bah! Mi comisionado ha estado en todos los talleres esta mañana.

—¿En el de Percerín también?

—¿Quién es ese Percerín?

—¡El sastre del rey, diantre!

—¡Ah! ¡Sí, sí! —dijo Porthos, que quería aparentar que conocía al sastre del rey, aunque oía ese nombre por primera vez—. ¡La casa Percerín, el sastre del rey, pardiez! He pensado que estaría muy ocupado.

—Si que lo estará, y mucho; pero no tengáis cuidado, amigo, que hará por mí lo que no haría por ningún otro. Lo que habrá es que tendréis que dejaros tomar medida, amigo mío.

—¡Ah! —exclamó Porthos exhalando un suspiro—. Eso es fastidioso, pero, en fin, ¿cómo ha de ser!

—¡Pardiez! No haréis más que los otros, querido; haréis lo mismo que hace el rey.

—¡Pues qué! ¿También toman medida al rey? ¿Y lo consiente?

—El rey es presumido, querido, y vos también, por más que lo neguéis.

Porthos sonrió con aire de triunfo.

—¡Vamos, pues, a casa del sastre del rey! —dijo—. Y puesto que toma medida a Su Majestad, me parece que también puedo permitir que me la tome a mí.

### Capítulo III

---

Micer Juan Pecefn

El sastre del rey, micer Juan Percerín, ocupaba una casa bastante espaciosa en la calle San Honorato, junto a la del Árbol Seco. Era hombre de delicado gusto en telas, bordados y terciopelos. Veniale de padres a hijos el carácter de sastre del rey, sucesión que remontaba a Carlos IX, a quien, como ya se sabe, remontaban también ciertas fantasías de bravura, muy difíciles de satisfacer.

El Percerín en aquel tiempo era un hugonote como Ambrosio Paré, y había sido protegido por la reina de Navarra, la bella Margot, como se escribía y se decía entonces, en atención a ser el único que consiguió le sentaran bien los magníficos trajes de amazona que tanto le complacían, porque eran muy a propósito para disimular ciertos defectos anatómicos que la reina de Navarra ocultaba cuidadosamente.

Sustraído Percerín a la persecución, hizo por agradecimiento, unos hermosos corpiños negros, muy económicos, para la reina Catalina, la cual concluyó al fin por decidirse a conservar al hugonote, a quien por largo tiempo había mirado con malos ojos. Pero Percerín era hombre prudente. Había oido decir que nada más peligroso para un hugonote que las sonrisas de la reina Catalina; y, habiendo observado que ésta le sonreía más que de costumbre, se apresuró a hacerse católico con toda su familia. Esta conversión fue recibida muy bien, y le llevó a la distinguida posición de maestro sastre de la corona de Francia.

En tiempo de Enrique III, rey presumido como el que más, aquella posición llegó a la altura de los más elevados picos de las cordilleras. Percerín había sido toda su vida hombre hábil, y, a fin de conservar esa reputación más allá de la tumba, guardóse bien de menoscabarla a su fallecimiento; así que falleció muy oportunamente a la hora precisa en que su imaginación empezaba a debilitarse.

Dejó un hijo y una hija, dignos los dos del nombre que eran llamados a llevar: el varón, cortador intrépido y exacto como escuadra, y la hembra, bordadora y dibujante de adornos.

Las bodas de Enrique IV y de María de Médicis, los majestuosos lutos de la citada reina y algunos dichos escapados al señor de Bassompierre, rey de los elegantes de la época, labraron la fortuna de aquella segunda generación de los Percerín.

Concino Concini y su esposa Galigai, que sobresalieron después en la corte de Francia, quisieron italianizar los trajes e hicieron venir sastres de Florencia; pero, herido intensamente Percerín en su patriotismo y amor propio confundió a aquellos extranjeros con sus dibujos de brocatel y su habilidad inimitable, al extremo de que Concino fue el primero en renunciar a sus compatriotas, y tuvo al sastre francés en tal estima, que sólo quiso ser vestido por él. De modo que el día en que Vitry le atravesó la cabeza de un pistoletazo en el puente chico del Louvre, llevaba una ropilla hecha por Percerín.

Esa ropilla, salida de los talleres del maestro Percerín, fue la que los parisienes se complacieron en desgarrar, juntamente con la carne humana que contenía.

No obstante el favor que Percerín había obtenido de Concino Concini, le rey Luis XIII tuvo la generosidad de no conservar rencor al sastre y retenerle a su servicio. En el instante en que Luis el Justo daba ese grande ejemplo de equidad, acababa de amaestrar Percerín a dos hijos, uno de los cuales hizo su ensayo en las bodas de Ana de Austria, inventaba para el cardenal Richelieu aquel famoso traje español con que bailó una zarabanda, hacia los trajes de la tragedia de Mirame y cosía a la capilla de Buckingham aquellas célebres perlas que estaban destinadas a ser derramadas por los suelos del Louvre.

Fácilmente se adquiere fama cuando se viste a personas como los señores de Buckingham y de Cinq-Mars, la señorita Ninón, el señor de Beaufort y Marión de Lorme. Así fue que Percerín III había llegado al apogeo de la gloria cuando murió su padre.

Este mismo Percerín III, viejo, glorioso y rico, aún vestía a Luis XIV, y, no teniendo hijos, cosa que le apesadumbraba en extremo porque en él extinguiese la dinastía, dedicábase a formar discípulos que daban las más lisonjeras esperanzas. Poseía una carroza, tierras, lacayos, los más altos de todo París, y, por autorización especial de Luis XIV, una jauría. Vestía a los señores de Lyonne y Letellier con cierta especie de protección; en cuanto al señor Colbert, hombre político, embebido en los secretos de Estado, jamás logró hacerle un traje que le sentara bien. Esto no se explica, se adivina. Los grandes hombres, en cualquier rama que sea, viven de percepciones invisibles, incoercibles, y obran sin saber ellos mismos por qué. El gran Percerín (porque, contra lo que sucede de ordinario en las dinastías, el último de los Percerín era el que se había granjeado

el renombre de grande), el gran Percerín, decíamos, cortaba magistralmente un corpiño para la reina o unas calzas para el rey; inventaba una capa para Monsieur, o un cuadrado de medias para Madame; pero, a pesar de su genio supremo, no podía atinar con la medida del señor Colbert. «Ese hombre —decía muchas veces— no está al alcance de mi talento, y mis agujas nunca harán cosa de provecho para él».

No hay para qué decir que Percerín era el sastre del señor Fouquet, y que éste le apreciaba en extremo.

El señor Percerín tenía cerca de ochenta años, y, no obstante, se conservaba tan verde y enjuto, que los cortesanos decían que estaba acartonado. Su fama y su riqueza eran bastante considerables para que el príncipe de Condé, rey de los petimetros, no tuviese reparo en darle el brazo y hablarle de modas, y para que los cortesanos menos solícitos en pagar no se atrevieran a dejar cuentas demasiado atrasadas porque maese Percerín hacía un primer vestido al fiado, pero nunca el segundo si no le pagaban el anterior.

Se concibe que semejante sastre, en lugar de andar a caza de parroquianos, opusiese reparo a recibir otros nuevos. Así es que Percerín negábase a vestir a los que no eran nobles, y aun a los nobles de nuevo cuño. Hasta corría la voz de que Mazarino, a cambio de un gran traje completo de cardenal en ceremonia, le deslizó un buen día en la mano títulos de nobleza.

Percerín tenía travesura y malicia, y se le reputaba por algo retozón. A pesar de sus ochenta años, aún tomaba con mano firme la medida de los corpiños de señora.

A casa de este artista, gran señor, fue adonde D'Artagnan llevó al desolado Porthos.

Este decía por el camino a su amigo:

—Cuidado, amigo D'Artagnan, no comprometáis la dignidad de un hombre como yo con la arrogancia de ese Percerín, que debe ser un grosero; porque, os prevengo, querido, que si me llega a faltar, le siento la mano.

—Presentándoos yo —respondió D'Artagnan— nada tenéis que temer, amigo, aun cuando fueseis... lo que no sois.

—¡Ah! Es que...

—¿Qué? ¿Tenéis algo contra Percerín?

—Creo que en cierta ocasión...

—¿Qué sucedió?

—Envié a Moustón a casa de un pillastre de ese nombre.

—¿Y qué?

—Pues que ese pillastre se negó a vestirme.

—Sería una equivocación que urge deshacer. Moustón se confundiría.

—Quizá.

—Y tomaría un nombre por otro.

- Es posible. Ese tuno de Moustón nunca ha sabido retener nombres.
- Yo me encargo de todo eso.
- Muy bien.
- Haced parar la carroza, Porthos; es aquí.
- ¿Aquí?
- Sí.
- ¡Si estamos en los mercados, y dijisteis que la casa estaba en la esquina de la calle del Árbol Seco!
- Es verdad; pero, ved.
- Y bien, ya miro, y veo...
- ¿Qué?
- ¡Que estamos en los mercados, pardiez!
- Pero no querréis que nuestros caballos monten sobre la carroza que nos precede.
- No.
- Ni que la carroza que nos precede monte sobre la que va delante.
- Todavía menos.
- Ni que la segunda carroza pase por encima de las treinta o cuarenta que han llegado antes que nosotros. Tenéis razón.
- ¡Ah!
- ¡Cuánta gente, amigo, cuánta gente!
- ¿Qué tal?
- ¿Y qué hace ahí toda esa gente?
- Pues muy sencillo: esperan su turno.
- ¡Bah! ¿Se han mudado por ventura los cómicos del palacio de Borgoña?
- No; aguardan vez para entrar en casa del señor Percerín.
- ¿Y será cosa de que nosotros vayamos a esperar también?
- ¡Oh! Nosotros seremos más ingeniosos y menos orgullosos que toda esa gente.
- ¿Y qué vamos a hacer?
- Vamos a bajar y a pasar por entre los pajes y lacayos, y nos meteremos en el taller; yo os respondo de ello, sobre todo si queréis ir delante.
- Vamos —dijo Porthos.
- Y, apeándose los dos, se encaminaron a pie hacia la casa.
- Lo que daba origen a aquella aglomeración de gente, era que se hallaba cerrada la puerta del señor Percerín, y que un lacayo, de pie en el umbral, anunciaba a los ilustres parroquianos del ilustre sastre que, por el momento, el señor Percerín no recibía a nadie. Murmurábase por fuera, con arreglo, por supuesto, a lo que había dicho confidencialmente el lacayo a un gran señor, a quien mostraba cierta benevolencia, que Percerín estaba ocupado en hacer cinco trajes para el rey, y que, atendida la urgencia de la situación, meditaba en su

gabinete sobre los adornos, color y corte de los susodichos trajes.

Satisfechos muchos con esta explicación, volvíanse contentos con poderla divulgar entre sus conocidos; pero otros, más tenaces, insistían en que se abriese la puerta, y, entre ellos, tres cordones azules designados para un baile que fracasaría infaliblemente si los tres cordones azules no tenían sus trajes cortados por la mano misma del gran Pecerín.

D'Artagnan, empujando siempre a Porthos, que hendía los grupos, consiguió llegar hasta los mostradores, tras de los cuales los oficiales se desgañitaban en contestar a más y mejor.

Olividábamos decir que a la puerta quisieron detener a Porthos, lo mismo que a los demás; mas D'Artagnan se presentó, y no bien pronunció estas palabras: « ¡Orden del rey! », lo dejaron pasar con su amigo.

Aquellos pobres diablos componíanse lo mejor que podían para contestar a las exigencias de los parroquianos en ausencia del amo, interrumpiéndose al dar una puntada para enjaretar una frase; y cuando el amor propio herido o la paciencia agotada les reprendía con excesiva viveza, el que era atacado se agachaba y desaparecía bajo el mostrador.

La procesión de señores descontentos presentaba un cuadro lleno de curiosos detalles.

Nuestro capitán de mosqueteros, hombre de mirada rápida y segura, lo abarcó en una sola ojeada. Pero, después de haber recorrido los grupos, la mirada se detuvo en un hombre situado frente de él. Aquel hombre, sentado en un escabel, apenas asomaba la cabeza por encima del mostrador. Era de unos cuarenta años, de fisonomía melancólica, color pálido y ojos dulces y brillantes. Miraba a D'Artagnan y a los demás con una mano bajo la barba como observador curioso y tranquilo. Pero, al fijar más su atención y reconocer sin duda a nuestro capitán, se bajó el sombrero hasta los ojos.

Tal vez fue ese movimiento lo que atrajo la mirada de D'Artagnan. Si fue así vino a resultar que el hombre del sombrero encasquetado logró un objeto muy diferente del que se había propuesto, por lo demás, el vestido de aquel hombre era bastante sencillo y sus cabellos estaban bastante lisamente peinados para que los clientes poco observadores le tomasen por un simple oficial de sastre, sentado detrás de la tabla, y cosiendo, con exactitud, el paño o el terciopelo.

Sin embargo, aquel hombre levantaba con demasiada frecuencia la cabeza para que sus dedos trabajasen con fruto.

D'Artagnan no echó en saco roto esta observación, y comprendió que si aquel hombre trabajaba no era por cierto en telas.

—¡Hola! —dijo encarándose con él—. ¿Conque os habéis hecho oficial de sastre, señor Molière?

—¡Silencio, señor de D'Artagnan! —contestó el otro dulcemente—. ¡Silencio en nombre del Cielo, que vais a hacer que me reconozcan!

—¿Y qué mal hay en eso?

—El hecho es que no hay mal ninguno; pero...

—Pero queréis decir que tampoco hay ningún bien, ¿no es eso?

—¡Ay, no! Estaba, os lo aseguro, ocupado en contemplar figuras muy dignas de estudio.

—Pues proseguid vuestras observaciones, señor Molière. Comprendo el interés que la cosa tiene para vos, y... no quiero distraer vuestros estudios.

—¡Gracias!

—Mas con una condición: que me digáis dónde se halla realmente el señor Percerín.

—Con mucho gusto: en su gabinete. Sólo que...

—Sólo que no se puede pasar, ¿eh?

—¡De ningún modo!

—¿No está visible para nadie?

—Para nadie. Me hizo colocar aquí, a fin de que pudiese a mi placer hacer observaciones, y enseguida se marchó.

—Pues bien, mi querido señor Molière, iréis a avisarle que he venido, ¿no es así?

—¿Yo? —exclamó Molière en el tono de un perro valiente a quien le quitan el hueso que ha ganado legítimamente—. ¿Yo abandonar este sitio? ¡Vaya, señor D'Artagnan, qué mal me tratáis!

—Si no vais a avisar inmediatamente al señor Percerín que me encuentro aquí, mi querido señor Molière —dijo D'Artagnan en voz baja—, os prevengo una cosa, y es que no os haré ver al amigo que viene conmigo.

Molière designó a Porthos con un ademán imperceptible.

—Ese, ¿no? —dijo.

—Sí.

Molière lanzó a Porthos una de esas miradas que escarban los cerebros y los corazones. El examen debió parecerle sin duda muy preñado en promesas, pues se levantó al momento y pasó a la pieza inmediata.

## Capítulo IV

---

### Las muestras

Mientras tanto la multitud iba disminuyendo lentamente, dejando en cada esquina del mostrador un gruñido o una amenaza, como, en los bancos de arena del Océano, las olas dejan un poco de espuma o de algas trituradas, cuando se retiran al bajar la marea. Transcurridos diez minutos volvió Molière, haciendo bajo el tapiz otra seña a D'Artagnan. Éste se precipitó, arrastrando a Porthos, y, a través de corredores bastante complicados, le condujo al gabinete de Percerín. El viejo, con las mangas remangadas, plegaba una pieza de brocado con grandes flores de oro, para darle hermosos visos. Al ver a D'Artagnan, dejó su tela y se aproximó a él, no radiante, ni cortés, sino, en suma, bastante sociable.

—Señor capitán de guardias —dijo—, espero me excuséis, porque estoy sumamente ocupado.

—Sí; ya sé que estáis haciendo los vestidos para el rey, mi querido señor Percerín. Me han dicho que son tres.

—¡Cinco, mi querido señor, cinco!

—Tres o cinco, lo mismo da, maestro Percerín; lo cierto es que serán los más hermosos del mundo.

—Ya es sabido. Cuando estén hechos, serán los más hermosos del mundo, no digo que no; mas, para que sean los más hermosos del mundo, es necesario primero que se hagan, y, para esto, señor capitán, necesito tiempo.

—¡Ah, bah! Todavía quedan dos días, y es mucho más tiempo del que necesitáis, señor Percerín —dijo D'Artagnan con la mayor flemas.

Percerín levantó la cabeza como hombre poco acostumbrado a que le contrarien ni aun en sus caprichos; pero D'Artagnan simuló no poner atención en el aire que el afamado sastre principiaba a tomar.

—Mi querido señor Percerín —continuó—, vengo a traeros un parroquiano.

—¡Ah, ah! —murmuró Percerín con rostro ceñudo.

—El señor barón Du Vallon de Bracieux de Pierrefonds —prosiguió D'Artagnan.

Percerín esbozo un saludo, que halló muy pocas simpatías en el terrible Porthos, quien desde que entró en el gabinete no había cesado de mirar al sastre de reojo.

—Uno de mis buenos amigos terminó D'Artagnan.

—Serviré al señor —dijo Percerín—, pero en otra ocasión.

—¿Y cuándo?

—Cuando tenga tiempo.

—Ya habéis dicho eso a mi criado —interrumpió Porthos descontento.

—Puede ser —dijo Percerín—; casi siempre estoy con prisas.

—Amigo mío —dijo sentenciosamente Porthos—, siempre tiene uno tiempo cuando quiere.

Percerín se puso carmesí, lo cual, en los viejos blanqueados por los años, es un diagnóstico funesto.

—Señor —dijo—, libre sois de serviros en otra parte.

—Vamos, vamos, Percerín —deslizó D'Artagnan—, no estáis hoy de buen humor. Pues bien, voy a deciros una cosa que os hará enmudecer. El señor, no sólo es amigo mío, sino también del señor Fouquet.

—¡Ah, ah! —exclamó el sastre—. Eso es otra cosa.

Y, volviéndose hacia Porthos:

—El señor barón ¿está con el señor superintendente?

—Estoy conmigo —estalló Porthos en el momento mismo en que se levantaba la cortina para dar paso a un nuevo interlocutor.

Molière observaba. D'Artagnan reía. Porthos renegaba.

—Mi querido Percerín —dijo D'Artagnan—, haréis un traje al señor barón; soy yo quien os lo pide.

—Lo haré por vos, señor capitán. Pero eso no basta: lo haréis enseguida.

—Imposible antes de ocho días.

—Entonces es como si os negaseis a hacerlo, pues el traje ha de servir para las fiestas de Vaux.

—Repite que es imposible —insistió el obstinado viejo.

—No, querido señor Percerín, sobre todo siendo yo quien os lo suplica —dijo una dulce voz en la puerta, voz metálica que hizo aguzar los oídos a D'Artagnan.

Era la voz de Aramis.

—¡Señor de Herblay! —exclamó el sastre.

—¡Aramis! —murmuró D'Artagnan.

—¡Hola! ¡Nuestro obispo! prorrumpió Porthos.

—¡Buenos días, D'Artagnan! ¡Buenos días, Porthos! ¡Buenos días, queridos

amigos! —dijo Aramis—. Vamos, vamos, querido señor Percerín, haced el traje del señor, y os aseguro que en ello complaceréis al señor Fouquet.

Y acompañó estas palabras con un movimiento que significaba: «Consentid, y despedid a estos caballeros». Parece que Aramis debía tener sobre el maestro Percerín una influencia superior a la de D'Artagnan, porque el sastre inclinóse en señal de asentimiento, y, volviéndose hacia Porthos:

—Id a que os tomen medida al otro lado —dijo rudamente.

Porthos se puso en extremo colorado.

D'Artagnan vio echarse encima la tempestad, e, interpelando a Molière.

—Mi querido señor —le dijo a media voz—, el hombre que estáis viendo considera deshonroso para él dejar que le midan la carne y los huesos que Dios le ha dado; estudiad ese tipo, maestro Aristófanes, y aprovechaos de él. Molière no tenía necesidad de que le excitasen, porque no apartaba los ojos del barón Porthos.

—Señor —le dijo—, si tenéis la bondad de venir conmigo, haré que os tomen medida del traje, sin que el medidor os toque.

—¡Oh! —murmuró Porthos—. ¿Cómo es eso, amigo mío?

—Digo que nadie aplicará la mano ni el pie a vuestras costuras. Es un nuevo método que hemos inventado para tomar medida a las personas distinguidas, cuya susceptibilidad se resiste de que las palpe gente plebeya. Hay personas susceptibles que no pueden tolerar que les tomen medida, acto que, en mi sentir, lastima la majestad natural del hombre, y si por acaso fuerais vos de esas personas...

—¡Pardiez! Ya lo creo que lo soy.

—Pues viene de perlas, señor barón; con eso estrenaréis nuestro nuevo procedimiento.

—¿Y cómo demonios os componéis para eso? —preguntó entusiasmado Porthos.

—Señor —dijo Molière inclinándose—, si os dignáis seguirme, lo veréis por vuestros propios ojos.

Aramis observaba aquella escena con sus cinco sentidos. Acaso creía adivinar, en la animación de D'Artagnan, que éste marchase con Porthos con propósito de no perder el fin de una escena que principiaba tan bien. Pero, por esta vez, se engañó Aramis con toda su perspicacia. Porthos y Molière marcharon solos. D'Artagnan quedóse con Percerín. ¿Por qué? Por curiosidad, nada más; probablemente, con la intención de disfrutar algunos instantes más de la compañía de su buen amigo Aramis. Luego que desaparecieron Porthos y Molière, se acercó D'Artagnan al obispo de Vannes, cosa que pareció contrariar a éste grandemente.

—Otro traje para vos, ¿no es cierto, querido amigo?

Aramis sonrió.

—No —dijo.

—Sin embargo, iréis a Vaux.

—Iré, pero sin estrenar traje. Olvidáis, querido D'Artagnan, que un pobre obispo de Vannes no es bastante rico para hacerse trajes todas las fiestas.

—¡Bah! —dijo riendo el mosquetero—. ¿No se hacen ya poemas?

—¡Oh D'Artagnan! Hace ya mucho tiempo que no pienso en tales frivolidades.

Percerín había vuelto a contemplar sus brocados.

—¿No os parece —preguntó Aramis sonriendo—, que estamos incomodando a ese buen hombre, amigo D'Artagnan?

—¡Ah, ah! —murmuró entre dientes el mosquetero—. Eso significa que estorbo, querido amigo.

Y luego, en voz alta:

—Pues bien, marchemos —repuso—. Yo nada tengo que hacer aquí, y, si estáis tan libre como yo, querido Aramis...

—No; yo quisiera...

—¡Ah! ¿Tenéis que decir algo de particular a Percerín? ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—De particular —repitió Aramis—, sí, cierto, pero no estorbáis, D'Artagnan. Nunca, podéis creerlo, tendré nada de particular para que un amigo como vos no pueda oírla.

—¡Oh! No, no; yo me retiro —insistió D'Artagnan, dando no obstante a su voz un acento sensible de curiosidad, porque no se le había escapado la turbación de Aramis— a pesar de lo bien que éste la disimulaba, y sabía que en aquella alma insonable, todo, hasta las cosas más fútiles en apariencia, iban encaminadas por lo regular a un fin, fin desconocido, pero que; en atención al conocimiento que el mosquetero tenía del carácter de su amigo, debía presumirlo importante.

Aramis, por su parte, conoció que D'Artagnan había llegado a concebir sospechas, e insistió:

—Quedaos —le dijo—, y veréis lo que es.

Luego, volviéndose al sastre:

—Mi querido Percerín... —le dijo— y ahora me alegra de que estéis presente, D'Artagnan.

—¿De veras? —dijo el gascón más sobre sí aún esta vez que las anteriores.

Percerín no se movió. Aramis le despertó violentamente quitándole de las manos la tela objeto de su meditación.

—Querido Percerín —le dijo—, he traído conmigo al señor Le Brun, uno de los pintores del señor Fouquet.

« ¡Ah! Perfectamente —pensó el mosquetero—. Pero ¿a qué vendrá Le Brun? ».

Aramis observaba a D'Artagnan, el cual se puso a contemplar unos grabados

de Marco Antonio.

—¿Y queréis que se le haga un traje igual al de los epicúreos? —repuso Percerín.

Y, al decir estas palabras distraídamente, el digno sastre procuraba engolfarse de nuevo en la contemplación de su pieza de brocado.

—Un traje de epicúreos? —inquirió D'Artagnan en tono de preguntón.

—En fin —dijo. Aramis con su más encantadora sonrisa—, está escrito que nuestro amado D'Artagnan ha de saber hoy todos nuestros secretos; sí, amigo, sí. ¿Habéis oído hablar de los epicúreos del señor Fouquet?

—Sin duda. ¿No es una especie de sociedad de poetas de que forman parte La Fontaine, Loret, Pellison, Molière y algunos más y tiene su academia en Saint-Mandé?

—Esa, justamente. Pues bien, hemos pensado dar un uniforme a nuestros poetas, y formar con ellos un regimiento a las órdenes del rey.

—¡Oh, muy bien! Adivino una sorpresa que el señor Fouquet da al rey. Si es ese el secreto del señor Le Brun no temáis, que no lo descubriré.

—¡Siempre obsequioso, amigo mío! No, el señor Le Brun nada tiene que ver en esto; el secreto suyo es todavía mucho más importante que el otro.

—Si es así, prefiero no saberlo —contestó D'Artagnan haciendo como que se marchaba.

—Entrad, señor Le Brun, entrad —dijo Aramis, abriendo con la mano derecha una puerta lateral, y reteniendo con la izquierda a D'Artagnan.

—A fe mía que no entiendo una palabra —dijo Percerín.

Aramis hizo una pausa, como se dice en materia teatral.

—Mi querido señor Percerín —dijo—, estáis haciendo cinco trajes para el rey, ¿no es verdad? Uno de brocado, otro de paño de caza, otro de terciopelo, otro de raso, y otro de tela de Florencia.

—Sí. Mas, ¿cómo sabéis todo eso, monseñor? —preguntó Percerín estupefacto.

—De un modo muy sencillo, mi querido señor; habrá caza, festín, concierto, paseo y recepción, y esas cinco son de etiqueta.

—Todo lo sabéis, monseñor!

—Y otras muchas cosas más —murmuró D'Artagnan.

—Pero lo que no sabéis, monseñor —dijo el sastre con aire de triunfo—, a pesar de ser un príncipe de la Iglesia, lo que nadie sabe, y lo que el rey, la señorita de La Valiere y yo solamente sabemos, es el color de las telas y la clase de los adornos: el corte, el conjunto y la combinación de todo esto.

—Pues bien —dijo Aramis—, eso es precisamente lo que deseo que me digáis, mi querido señor Percerín.

—¡Ah, ah! —exclamó asustado el sastre, a pesar de que Aramis pronunció las palabras anteriores con su voz más dulce y melodiosa. La pretensión,

reflexionándolo, pareció a Percerín tan exagerada, tan ridícula, tan enorme, que primero rio por lo bajo, luego de una manera sonora, hasta acabar en una carcajada. D'Artagnan le imitó, no porque le pareciese la cosa tan risible, sino por evitar que Aramis se pusiese sobre sí. Este dejó reír a ambos, y después que se calmaron:

—A primera vista —dijo—, parece que he aventurado un absurdo, ¿verdad? Pero D'Artagnan, que es la sabiduría en persona, os dirá que mi pregunta está muy en su lugar.

—Vamos a ver —dijo el mosquetero con vivo interés, conociendo con su olfato maravilloso que hasta entonces sólo había habido escaramuza, y que se acercaba el instante supremo de la batalla.

—Veamos —dijo Percerín con incredulidad.

—¿Con qué objeto da el señor Fouquet la fiesta al rey? —prosiguió Aramis—. ¡No es con la mira de agradarle?

—Seguramente —asintió Percerín.

D'Artagnan aprobó con un signo de cabeza.

—¿Ofreciéndole alguna galantería, alguna idea feliz? Por medio de una serie de sorpresas, semejante a la que decíamos hace poco, hablando del capricho de regimentar a nuestros epicúreos?

—¡De fijo!

—Pues bien, la sorpresa, mi buen amigo señor Le Brun, es un hombre que dibuja muy fielmente.

—Sí —dijo Percerín—, he visto cuadros suyos, en que los trajes estaban muy cuidados. Por eso me he brindado a hacerle un traje, bien sea igual al de los señores epicúreos, o de otra forma particular.

—Querido señor, os cogemos la palabra, pero para más adelante; por ahora, lo que necesita el señor Le Brun no es que le hagan un traje, sino que le facilitéis los que estáis haciendo para el rey.

Percerín dio un brinco hacia atrás, movimiento que D'Artagnan, el hombre de la calma, el apreciador por excelencia, no encontró exagerado. ¡Tantas eran las fases extrañas y tremebundas que ofrecía la proposición aventurada por Aramis!

—¡Los trajes del rey! ¡Dar a nadie los trajes del rey...! ¡Necesariamente, señor obispo, Su Ilustrísima tiene trastornado el juicio! —exclamó aturdido el pobre sastre.

—Ayudadme, pues, D'Artagnan —dijo Aramis cada vez más risueño—; ayudadme a persuadir al señor; porque vos comprendéis, ¡no es cierto?

—No mucho que digamos.

—¿Cómo? ¡No comprendéis que el señor Fouquet desea proporcionar al rey la sorpresa de encontrar su retrato al llegar a Vaux; y que el retrato, cuyo parecido ha de ser sorprendente, deberá estar vestido precisamente como lo esté

el rey el dia que aparezca el retrato?

—¡Ah! ¡Sí, sí! —exclamó el mosquetero medio convencido, en fuerza dé lo plausible de la razón—. Sí, mi querido Aramis, tenéis razón; la idea es felicísima. Apuesto a que es vuestra, Aramis.

—No sé —replicó negligentemente el obispo—; mía o del señor Fouquet.

Y, examinan lo enseguida la fisonomía de Percerín, después de haber advertido la indecisión de D'Artagnan.

—Y vos, señor Percerín, ¿qué decis?

—Digo que...

—Que sois libre indudablemente en rehusar, y no pienso por cierto en obligaros, amigo mío: más diré todavía, y es que comprendo toda la delicadeza que encierra el hecho de no secundar desde luego la idea del señor Fouquet; teméis que parezca una adulación al rey. ¡Nobleza de corazón, señor Percerín, nobleza de corazón!

El sastre balbució.

—Sería, efectivamente, magnífica lisonja para el joven rey —continuó Aramis—; pero el señor superintendente me lo ha dicho: si Percerín se niega, decidele que por eso no perderá nada en mi estimación: solamente...

—¿Solamente qué? —repetía Percerín con inquietud.

—Solamente —prosiguió Aramis—, me veré en la precisión de decir al rey... (tened presente, señor Percerín, que quien habla es el señor Fouquet) : « Señor, tenía intención de ofrecer a Su Majestad su imagen; mas, por un sentimiento de delicadeza exagerado tal vez, aunque respetable, el señor Percerín se ha opuesto».

—¡Opuesto! —murmuró el sastre asustado de la responsabilidad que iba a pesar sobre él—. ¡Yo oponerme a lo que desea, a lo que quiere el señor Fouquet, cuando se trata de complacer a Su Majestad! ¡Qué expresión tan impropia habéis usado, señor obispo! ¡Oponerme yo...!

—Dios gracias, no creo haber pronunciado semejante palabra, y pongo por testigo de ello al señor de D'Artagnan. ¡No es verdad, señor de D'Artagnan, que yo no me he opuesto a nada?

D'Artagnan hizo un signo de negación, indicando que deseaba permanecer neutral; conocía que en aquello había una intriga, bien fuese comedia o tragedia, y se daba al demonio por no poderla adivinar; pero, entretanto, deseaba abstenerse.

Mas ya Percerín, perseguido por la idea de que pudiera decirse al rey que se había opuesto a que se le proporcionase una agradable sorpresa, había acercado una silla a Le Brun, y se ocupaba en sacar de un armario cuatro vestidos resplandecientes, pues el quinto se hallaba aún en manos de los obreros, y colocaba sucesivamente aquellas obras maestras en \_otros tantos maniquíes de Bérgamo, traídos a Francia en tiempo de Concini, y regalados a Percerín II por

el mariscal de Ancre después de la derrota sufrida por los sastres italianos, arruinados en su competencia.

El pintor púsose a dibujar, y luego a pintar los trajes.

Pero Aramis, que seguía con la vista todas las fases de su trabajo y que le vigilaba de cerca, le detuvo de pronto.

—Creo que no acertáis a dar la debida entonación, mi querido señor Le Brun —le dijo—; vuestros colores os engañan tal vez, y estoy viendo que va a perderse en el lienzo esa completa semejanza que nos es tan necesaria; sería preciso más tiempo para observar atentamente los matices.

—Tenéis razón —dijo Percerín—; pero necesitamos tiempo, y en este punto, señor obispo, ya veis que nada puedo hacer.

—Entonces —repuso Aramis—, se frustra nuestro objeto, y será por falta de verdad en los colores.

Sin embargo, Le Brun copiaba telas y adornos con la mayor exactitud, cosa que miraba Aramis con mal disimulada impaciencia.

« Veamos, veamos, ¿qué diablos de embrollo es éste? », seguía preguntándose el mosquetero.

—Decididamente, que no podrá conseguirse —dijo Aramis—; señor Le Brun, cerrad vuestra caja y arrollad los lienzos.

—Es que también, señor —dijo el pintor despechado—, la luz es detestable aquí.

—¡Una idea, señor Le Brun, una idea! Si se os proporcionase una muestra de las telas, y se os diese tiempo y mejor luz...

—¡Oh! —exclamó Le Brun—. Entonces respondo de todo.

« Bueno —dijo entre sí D'Artagnan—; éste debe ser el nudo de la acción. ¡Necesitan una muestra de cada tela! ¡Diantre! ¿Se las dará el buen Percerín? ».

Percerín, acosado en sus últimos atrincheramientos, y engañado por la aparente honradez de Aramis, cortó cinco pedazos de tela, que entregó al obispo de Vannes.

—Mejor es esto, ¿no es cierto? —dijo Aramis volviéndose a D'Artagnan.

—Lo que es verdad que siempre sois el mismo, querido Aramis —dijo D'Artagnan.

—Y, por tanto, siempre vuestro amigo —dijo el obispo con un sonido de voz delicioso.

—Sí, sí —dijo en voz muy alta D'Artagnan. Y luego, añadió para sí: « Ya que me engañas, jesuita solapado, no quiero al menos ser tu cómplice; y para no ser cómplice tuy o, no debo permanecer más tiempo aquí» —. Adiós, Aramis —añadió en voz alta—; adiós, que voy a buscar a Porthos.

—Entonces, esperadme —replicó Aramis, guardándose en el bolsillo las muestras—, porque yo he acabado, y tendré un placer en despedirme de nuestro amigo.

Le Brun recogió sus efectos; Percerín colocó sus trajes en el armario; Aramis apretó el bolsillo con la mano para asegurarse que las muestras estaban allí, y salieron todos del gabinete.

## Capítulo V

---

En donde el célebre Molière tomó tal vez su primera idea del burgués gentilhombre

D'Artagnan encontró a Porthos en la pieza inmediata; pero no ya a Porthos irritado, no ya a Porthos contrariado, sino a Porthos entusiasmado, radiante, encantado y hablando con Molière, que le miraba con una especie de idolatría, y como hombre que, no sólo no ha visto cosa mejor, sino ni siquiera nada igual.

Aramis se encaminó derechamente a Porthos, y le presentó su mano fina y blanca, que fue a sepultarse en la mano gigantesca de su viejo amigo, operación que jamás aventuraba Aramis sin cierta inquietud. Pero, recibido el apretón de manos sin gran padecimiento, el obispo de Vannes se volvió hacia Molière.

—Y bien, señor, ¿vendréis conmigo a Saint-Mandé? —le dijo.

—Iré adonde queráis, monseñor —respondió Molière.

—¡A Saint-Mandé! —exclamó Porthos asombrado de ver al orgulloso obispo de Vannes familiarizarse de aquel modo con un oficial de sastre—. Pues qué, Aramis, ¿lleváis al señor a Saint-Mandé?

—Sí —contestó Aramis sonriendo—; el tiempo apremia.

—Además, mi querido Porthos —continuó D'Artagnan—, el señor Molière no es mucho menos lo que parece ser.

—¿Cómo? —dijo Porthos.

—Sí, el señor es uno de los primeros empleados del maestro Percerín, y se le aguarda en Saint-Mandé a fin de probar a os epicúreos los trajes de gala q ha encargado el señor Fouquet.

—Así es, justamente —dijo Molière—. Sí, señor.

—Venid, pues, mi querido señor Molière —dijo Aramis—, si es que habéis terminado con el señor Du Vallon.

—Hemos concluido —repuso Porthos.

—¿Y estáis satisfecho? —preguntó D'Artagnan.

—Completamente satisfecho —respondió Porthos.

Molière despidióse de Porthos haciéndole profundos saludos, y estrechó la mano que le tendió furtivamente el capitán de los mosqueteros.

—Señor —terminó Porthos haciendo monerías—, sobre todo exactitud.

—Tendréis vuestro traje mañana, señor barón —respondió Molière.

Y partió con Aramis.

Entonces D'Artagnan, cogiendo del brazo a Porthos.

—¿Qué ha hecho ese sastre, querido Porthos, que tan satisfecho estáis de él?

—¡Lo que él me ha hecho, amigo mío! ¡Lo que él me ha hecho! —exclamó Porthos con entusiasmo.

—Sí, eso pregunto, qué os ha hecho.

—Lo que ningún sastre ha sabido hacer hasta ahora, amigo mío: tomar medida sin tocarme.

—¡Bah! Contádmelo, amigo mío.

—En primer lugar, fue a buscar, no sé dónde, una serie de maniquíes de todos tamaños, esperando que habría entre ellos alguno del mío; pero el más grande, que era el del tambor mayor de los suizos, era dos pulgadas más bajo y medio pie más delgado que yo.

—De veras?

—Como tengo el honor de decir, mi querido D'Artagnan; pero es un gran hombre, o por lo menos un gran sastre, ese señor Molière. No creáis que por eso se haya apurado ni poco ni mucho.

—Pues, ¿qué hizo?

—Una cosa muy sencilla. ¡Parece mentira que no se haya dado hasta ahora con ese medio! ¡Cuántas penas y humillaciones me habrían ahorrado!

—Sin contar los trajes, mi querido Porthos.

—Sí, treinta trajes.

—Vamos, amigo Porthos, decidme el método del señor Molière.

—¿Molière? Os he oido llamarle así; quiero recordar su nombre.

—Sí, o Poquelin, si os parece mejor.

—No. Molière me agrada más. Cuando quiero acordarme de su nombre, pensaré en volière,<sup>[1]</sup> y, como tengo uno en Pierrefonds...

—Bien: Veamos ahora su método.

—Es el siguiente. En vez de molerme y hacerme encorvar los riñones, y doblar las articulaciones, como suelen esos belitres, operaciones todas deshonrosas y bajas...

D'Artagnan asintió con la cabeza.

—«Señor —me dijo—, todo hombre noble debe tomarse medidas a sí mismo. Hacedme el favor de acercaros a este espejo». Entonces me aproximé, y debo confesar que no comprendía lo que ese señor Volière quería de mí.

—Molière.

—¡Ah, sí! Molière, Molière. Y como me dominara siempre el temor de que me tomase medida: «Cuidado —le dije— con lo que vayáis a hacer, porque os prevengo que soy muy puntilloso». Pero él, con su voz melodiosa (pues hay que convenir, amigo mío, en que es un mozo muy cortés), me dijo: «Caballero, para que el traje siente bien, es preciso que sea hecho a vuestra imagen. Vuestra imagen está exactamente reflejada en-el espejo. Vamos a tomar la medida sobre vuestra imagen».

—En efecto —dijo D'Artagnan—, comprendo que os vieseis en el espejo; mas, ¿dónde se halla un espejo en que os podáis ver todo entero?

—Amigo mío, en el mismo espejo en que se mira el rey.

—Sí, pero el rey es pie y medio más bajo que vos.

—Pues no sé en lo que consiste; pero ello es que el espejo era bastante grande para mí; seguramente lo habrán hecho para adular al rey. Su altura se componía de tres lunas de Venecia sobrepuestas, y su ancho de otras tantas yuxtapuestas.

—¡Vaya unos términos admirables que empleáis! ¡Dónde diablos habéis hecho semejante provisión?

—En Belle-Île. Aramis lo explicaba así al arquitecto.

—¡Ah, muy bien! Volvamos a la luna, querido amigo.

—Entonces ese bravo señor Volière...

—Molière.

—Sí, Molière, es verdad. Ya veréis, mi querido amigo, cuánto me voy a acordar de su nombre. Ese bravo señor Molière se puso a trazar con un pedazo de yeso mate algunas líneas sobre el espejo, siguiendo siempre el contorno de mis brazos y hombros, y ateniéndose a la máxima, que a mí me pareció admirable: «Un traje nunca debe molestar al que lo lleva».

—Efectivamente —dijo D'Artagnan—; es una bella máxima, que por desgracia no siempre se halla puesta en práctica.

—Por eso la encontré más admirable aún; sobre todo después que la desarrolló.

—¡Ah! ¿Desarrolló esa máxima?

—Ya lo creo.

—Veamos el desarrollo.

—«Atendido —continuó— que en alguna circunstancia difícil, o alguna situación embarazosa, tenga uno la ropilla puesta, y no quiera quitársela».

—Verdad es —dijo D'Artagnan.

»—Así —añadió el señor Molière...

—Molière.

—Molière, sí.

» Así —añadió—, os halláis en la precisión de tirar del acero, y tenéis puesta la ropilla. ¿Qué hacéis en ese caso?

- » —Quitármela —le respondí.  
» —Pues bien, no debe hacerse eso —me dijo él a su vez.  
» —¿Cómo que no?  
» —La ropilla debe estar confeccionada tan perfectamente, que no os incomode ni aun para manejar la espada.  
» —¡Ah, ah!  
» —Poneos en guardia —continuó.  
» Déjeme caer al punto en esa posición con tal aplomo que saltaron dos vidrios de la ventana.  
"—No, no es nada, no es nada —me dijo—: permaneced así.  
» Levanté el brazo izquierdo, doblando graciosamente el antebrazo, con el puño de la camisa caído y la muñeca circunfleja, mientras que el brazo derecho, a medio extender, defendía la cintura con el codo, y el pecho con el puño.  
—Sí —dijo D'Artagnan—, la verdadera guardia, la guardia académica.  
—Esa es la expresión exacta, amigo. Entretanto, Volière...  
—¡Molière!  
—Mirad, decididamente, prefiero llamarle... ¿Cómo dijisteis que era el otro nombre?  
—Poquelin.  
—Prefiero llamarle Poquelin.  
—¿Y como os acordaréis de este nombre mejor que del otro?  
—¿No decís que se llama Poquelin?  
—Sí.  
—Recordaré a la señora Coquenard.  
—Bueno.  
—Cambiaré Coque en Poque y nard en lin, y en vez de Coquenard, tendré Poquelin.  
—¡Es maravilloso! —exclamó abismado D'Artagnan—. Continuad, querido, que os escupo con admiración.  
—Ese Coquelin dibujó mi brazo en el espejo.  
—Poquelin. Perdón.  
—Pues, ¿cómo he dicho?  
—Coquelin.  
—¡Ah! Tenéis razón.  
Dibujó, pues Poquelin mi brazo en el espejo; pero empleó bastante tiempo, durante el cual no hacía más que mirarme; bien es cierto que yo estaba hermosísimo.  
—¿Estáis incomodo? —me preguntó.  
—Un poco —le respondí—, descansando sobre las caderas; pero aun puedo estar así una hora.  
—¡No, no! ¡No lo permitiré! Tenemos aquí mozos complacientes que tendrán

a mucha honra sosteneros los brazos, como en otro tiempo eran sostenidos los de los profetas, cuando invocaban al Señor.

—Muy bien, contesté.

—Supongo que eso no lo consideraréis humillación.

—Amigo mío, le dije: «creo que hay una gran diferencia entre sostener a uno y medirle».

—La distinción no puede ser más juiciosa —interrumpió D'Artagnan.

—Entonces —prosiguió Porthos—, hizo una señal y se presentaron dos mancebos; el uno me sostuvo el brazo izquierdo, mientras que el otro, con el mayor miramiento, me sostenía el brazo derecho.

»—¡Otro mancebo! —pidió él.

» Presentóse al punto un tercer mozo, el cual le dijo:

»—Sostened por los riñones a este señor.

El mancebo hizolo así.

—¿De manera que estabais en oposición? —preguntó D'Artagnan.

—Exactamente, y, mientras tanto, Poquenard, me dibujaba en la luna.

—Poquelin, amigo mío.

—Poquelin, tenéis razón. Mirad, decididamente prefiero llamarle Volière.

—Sí, y basta de advertencias, ¿no es cierto?

—Mientras, Volière me dibujaba en la luna.

—Encuentro eso muy galante.

—Me gusta mucho ese método: es respetuoso, y deja a cada cual en su lugar.

—Y la operación concluyó...

—Sin que nadie me hubiese tocado, amigo mío.

—A excepción de los tres mozos que os sostenían.

—Sí, mas ya creo haberlos dicho la diferencia que hay entre sostener y medir.

—Es verdad —replicó D'Artagnan; el cual dijo después para sí: «Mucho me equivoco o le he hecho el caldo gordo a ese pícaro de Molière; pronto veremos la escena al natural en alguna comedia suya». Porthos sonreía.

—¿De qué os reís? —preguntó D'Artagnan.

—¿Queréis que os lo diga? Pues me río de mi suerte tan feliz.

—¡Oh! Tenéis razón; no conozco hombre más dichoso que vos. Pero ¿qué nueva dicha os ocurre?

—Pues bien, querido, felicitadme.

—Con mucho gusto.

—Parece que soy el primero a quien han tomado medida de ese modo.

—¿Estáis seguro de ello?

—Casi, casi. Ciertos signos de inteligencia cambiados entre Volière y los otros mozos, me, lo han hecho creer así.

—En verdad, querido Porthos, nada de eso me sorprende de parte de Molière.

—¡Volière, amigo mío!

—¡Oh, no, no, caray! Os dejaré llamarle Volière; pero yo, continuaré llamándole Molière... Pues bien decía que nada de eso me admira en Molière, que es mozo de talento, a quien habéis inspirado tan feliz idea.

—Y que le servirá para lo sucesivo; estoy cierto de ello.

—¿Que si le servirá? Ya lo creo, ¡y mucho! Porque Molière, querido, es, de todos nuestros sastres, el que mejor viste a nuestros barones, condes y marqueses... a su medida.

Y a esta palabra, cuya oportunidad y profundidad no hemos de discutir, salieron Porthos y D'Artagnan de casa del maestro Percerín y subieron a su carroza. Dejémosles en ella, si el lector lo permite, para seguir a Molière y a Aramis hasta Saint-Mandé.

## Capítulo VI

---

### La colmena, las abejas y la miel

Hondamente disgustado el obispo de Vannes de haber encontrado a D'Artagnan en casa del maestro Percerín, volvió de muy mal humor a Saint-Mandé.

Molière, por el contrario, encantado de haber hallado un croquis tan hermoso, y de saber dónde encontrar el original, cuando del croquis quisiera hacer un cuadro, iba del mejor humor del mundo.

Todo el primer piso del ala izquierda estaba ocupado por los epicúreos más célebres de París y los más familiares en la casa, empleado cada cual en su comportamiento, como abejas en sus alvéolos, en producir una miel destinada al regio hojaldre que el señor Fouquet pensaba servir al rey Luis XIV durante la fiesta de Vaux.

Pellisson maduraba el prólogo de los Enfadados, comedia en tres actos, que debía hacer representar Poquelin de Molière, como decía D'Artagnan, o Coquelin de Volière, como decía Porthos.

Loret, en toda la ingenuidad de su estado de gacetero, pues los gaceteros de todos tiempos han sido ingenuos, componía la descripción de las fiestas de Vaux, antes de que estas fiestas se hubiesen verificado.

La Fontaine, vagaba entre unos y otros, sombra extraviada, errante, molesta, insoportable, que zumbaba y susurraba a los oídos de los demás, mil necesidades poéticas. Tanto llegó a incomodar a Pellisson, que, levantando éste la cabeza:

—Al menos, La Fontaine —dijo—, buscadme un consonante, ya que decis que os paseáis por los jardines del Parnaso.

—¿Qué consonante deseáis? —preguntó el fabulista, como le llamaba madama de Sévigné.

—Un consonante de lumière.

—Ornière —contestó La Fontaine.

—¡Eh, mi querido amigo! No hay por qué hablar de ornières<sup>[2]</sup> cuando se alaban las delicias de Vaux —dijo Loret.

—Y además que no es buen consonante —repuso Pellisson.

—¡Cómo que no es buen consonante! —exclamó sorprendido La Fontaine.

—Tenéis muy mala costumbre, amigo; costumbre que os impedirá siempre llegar a ser un poeta de primer orden. Vuestros consonantes se resienten siempre de flojedad.

—¿Lo afirmáis de veras, Pellisson?

—De veras lo digo. Tened presente que jamás es bueno un consonante en tanto que se le pueda hallar otro mejor.

—Entonces, no escribiré más que en prosa —dijo La Fontaine, que había tomado por lo serio la reconvención de Pellisson—. ¡No pocas veces me he dicho que no pasaba de ser un mal zurcidor de versos! Sí, es la pura verdad.

—No digáis eso, amigo; os hacéis demasiado exclusivo, pues hay cosas muy buenas en vuestras fábulas.

—Y para dar principio —prosiguió La Fontaine fijo en su idea—, voy a quemar un centenar de versos que acabo de componer.

—¿Y dónde están?

—En mi cabeza.

—Pues si se hallan en vuestra cabeza, mal los podréis quemar.

—Tenéis razón —dijo La Fontaine—. Y sin embargo, si no los quemo...

—¿Qué pasará?

—Que se me quedarán en la memoria y no podré olvidarlos.

—¡Diablo! —exclamó Loret—. Pues es un chasco capaz de volver a uno loco.

—¡Diablo, diablo, diablo! —repetía La Fontaine—. ¿Y qué voy a hacer?

—Yo he hallado un medio —dijo Molière, que acababa de entrar.

—¿Cuál?

—Escribidlos primero, y quemadlos después.

—¡Qué sencillo! Ved ahí, nunca se me hubiera ocurrido eso. ¡Qué despejo tiene este diablo de Molière! —dijo la Fontaine.

Luego, dándose un golpe en la frente.

—¡Ah! ¡Nunca pasarás de ser un asno, Juan de La Fontaine! —añadió.

—¿Qué estás diciendo, amigo mío? —interrumpió Molière, acercándose al poeta, cuyo aparte había oído.

—Digo que nunca pasaré de ser un asno, mi querido cofrade —contestó La Fontaine con un hondo suspiro y los ojos velados de tristeza—. Sí, amigo mío —continuó con una tristeza cada vez mayor—, parece que rimo medianamente.

—Una falta.

—¡Ya lo veis! ¡Soy un belitre!

—¿Y quién os ha dicho eso?

—¡Diantre! Pellisson. ¡No es cierto, Pellisson?

Pellisson, abismado nuevamente en su composición, se guardó bien de contestar.

—Pues si Pellisson ha dicho que sois un belitre, os ha injuriado gravemente.

—¿De veras?

—En verdad, querido, os aconsejo que, puesto que sois noble, no dejéis impune esa injuria.

—¡Ah! —murmuró La Fontaine.

—¿Os habéis batido alguna vez?

—Sí, querido: en una ocasión me batí con un teniente de caballería ligera.

—¿Qué os había hecho? —Parece que sedujo a mi mujer.

—¡Ah, ah! —dijo Molière, palideciendo ligeramente.

Mas como, al oír la manifestación de La Fontaine, hubiesen los demás vuelto la cabeza, conservó Molière en sus labios la sonrisa burlona, que casi iba a desaparecer, y haciendo hablar a La Fontaine:

—¿Y qué resultó de ese duelo? —preguntó.

—Resultó que mi adversario me desarmó, y enseguida me dio excusas, prometiéndome no volver a poner sus pies en mi casa.

—¿Y os disteis por satisfecho?

—¡No, al contrario! Así fue que, cogiendo otra vez mi acero: « Perdonad, le dije; no me he batido con vos porque seáis amante de mi mujer, sino porque me dijeron que debía batirme. Ahora bien, como nunca he sido feliz hasta esa época, hacedme el favor de continuar viiniendo a mi casa como antes, o, de lo contrario, ¡diantre!, volveremos a empezar». De suerte —continuó La Fontaine—, que no tuvo más remedio que continuar siendo el amante de mi mujer, y yo me encuentro el marido más dichoso del mundo. Todos prorrumpieron en una carcajada, a excepción de Molière, que no hizo más que pasarse la mano por los ojos. ¿Para qué? Tal vez para enjugar una lágrima o ahogar un suspiro. ¡Ay! Sabido es que Molière era moralista, no filósofo.

—Es igual —dijo volviendo al punto de partida de la discusión—. Pellisson os ha injuriado.

—¡Ah! Es cierto; ya se me había olvidado.

—Voy a llamarle de parte vuestra.

—Bien; si creéis que sea indispensable ...

—Así lo creo, y voy a llamarle.

—Esperad —dijo La Fontaine—; quiero oír vuestro parecer.

—¿Sobre qué...? ¿Sobre esa ofensa?

—No; decidme si, realmente, lumière no rima con ornière.

—Yo haré que rimen.

—¡Pardiez! Bien lo sabía yo.

—Cien mil versos como éhos he compuesto yo en mi vida.

—¿Cien mil? —exclamó La Fontaine—. ¡Cuatro veces La Doncella, que medita el señor Chapelain! ¡Es también ése el tema sobre que habéis hecho cien mil versos, querido amigo?

—¡Escuchadme, pues, eterno distraído! —exclamó Molière.

—Nadie dirá, pongo por caso —continuó La Fontaine— que légume no rima con posthume.

—Sobre todo en plural.

—Sí, sobre todo en plural. Porque entonces no rima sólo con tres letras, sino con cuatro, lo mismo que sucede con ornière y lumière. Poned ornières y lumières en plural, querido Pellisson —dijo La Fontaine, aproximándose a dar un golpe en el hombro a su cofrade, cuya injuria había olvidado ya enteramente—, y veréis qué bien rima.

—¡Eh! —exclamó Pellisson.

—¡Diantre! Molière lo dice, y Molière es hombre que lo entiende: me ha declarado que ha hecho él mismo cien mil versos.

—¡Vamos —dijo Molière riendo—, ya me escapo!

—Lo mismo que rivage es consonante de herbage, y me juraría la cabeza.

—Pero... —repuso Molière.

—Os digo esto —continuó La Fontaine—, porque estáis haciendo una comedia para Sceaux, ¿no es verdad?

—Sí. Los Enfadados.

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo: Los Enfadados. Pues bien, he pensado que un prólogo vendría muy bien a vuestra diversión.

—¿Sois de mi opinión?

—Hasta tal punto, que os había rogado compusieseis ese prólogo.

—¿Me habéis suplicado que lo hiciese?

—Sí, y como os negasteis a ello, os pedí que lo encargaseis a Pellisson, el cual lo está componiendo en este momento.

—¡Ah! ¿Es eso lo que está haciendo Pellisson? Vamos, amigo Molière, hay que convenir en que a veces podéis tener razón.

—¿Cuándo?

—Cuando decís que soy distraído. Es un feo defecto, del que haré por corregirme; os haré vuestro prólogo.

—¡Pero si ya lo compone Pellisson!

—Es cierto. ¡Valiente bruto soy! ¡Razón tenía Loret en decir que yo era un belitre!

—No es Loret quien lo ha dicho, amigo mío.

—Pues bien, quien sea. Así, vuestra diversión se llama Los Enfadados. Bien; y no os parece buen consonante de enfadados, dichosos?

—En rigor, sí.

—¿Y biliosos?

—¡Oh, no; biliosos, no!

—Sería aventurado, ¿no es cierto...? Pero ¿por qué?

—Porque la cadencia es diferente.

—Pues yo creía —repuso La Fontaine, separándose de Molière para acercarse a Loret—, yo creía...

—¿Qué creíais? —preguntó Loret en medio de una frase—. Vamos, decidlo pronto.

—Vos sois el que está componiendo el prólogo de Los Enfadados, ¿no es cierto?

—¡No diantre, que es Pellisson!

—¡Ah, es Pellisson! —exclamó La Fontaine acercándose a Pellisson—. Yo creía que la ninfa de Vaux...

—¡Oh, lindísimo! —exclamó Loret—. ¡La ninfa de la fiesta! Gracias, La Fontaine; me habéis dado los dos últimos versos de mi gaceta:

La ninfa de la fiesta A dar el galardón bella se apresta.

—¡Enhorabuena! Eso es versificar —dijo Pellisson—; si hicierais versos así, sería otra cosa, La Fontaine. ¡Enhorabuena!

—Pues claro es que los hago, cuando Loret confiesa que soy yo quien le ha dado los dos versos que acaba de recitar.

—Pues bien, si rimáis así, decidme, ¿cómo daríais principio a mi prólogo?

—Daría un verbo de la segunda persona del plural del presente de indicativo, y continuaría así: « fruta profunda» .

—Pero ¿y el verbo, y el verbo? —pidió Pellisson.

—Para venir a admirar al más grande rey del mundo —continuó La Fontaine.

—Pero ¿y el verbo, y el verbo? —insistía obstinadamente Pellisson—. ¿Y esa segunda persona del plural del presente de indicativo?

—He ahí: « abandonáis» .

*O ymphe qui quittez cette  
grotte profonde.*

*Pour venir admirer le plus  
grand roi du monde.*

—¿Pondríais « que abandonáis» ?

—¿Por qué no?

—¡Que... qué!

—¡Ah, querido —dijo La Fontaine—, sois un horrible pedante!

—Sin contar —dijo Molière—, con que, en el segundo verso, venir Diría, por ejemplo: Oh ninfa... que... Después de que pongo: a admirar, es flojo, mi

querido La Fontaine.

—Entonces ya veis cómo soy un ramplón, un belitre, como decíais.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Como decía Loret, entonces.

—Tampoco lo he dicho yo; ha sido Pellisson.

—Pues bien, Pellisson tenía cien veces razón. Pero lo que siento más que nada, mi querido Molière, es que no tendremos nuestros trajes de epicúreos.

—¿Contabais con el vuestro para la fiesta...?

—Sí, para la fiesta y para después de la fiesta. Mi ama de llaves me ha advertido que el mío está ya algo raído.

—¡Diantre! Y que tiene muchísima razón, porque está más que raído.

—Tuve la inadvertencia de dejarlo en el suelo de mi habitación —repuso La Fontaine—, y la gata...

—¿Qué hizo la gata?

Tuvo la humorada de parir encima, lo cual lo ajó un poco. Molière rompió en una carcajada, cuyo ejemplo siguieron Pellisson y Loret.

En aquel momento se presentó el obispo de Vannes con un rollo de planos y pergaminos debajo del brazo.

Como si el ángel de la muerte hubiera helado todas las imaginaciones traviesas y risueñas, como si aquella figura pálida hubiese asustado a las Gracias, a quienes sacrificaba Jenócrates, restablecióse inmediatamente el silencio en el estudio, y cada cual volvió a armarse de su sangre fría y de su pluma.

Aramis distribuyó billetes de invitación entre los asistentes, y les dio las gracias en nombre del señor Fouquet. Dijoles que, detenido el superintendente en su despacho por causa del trabajo, no podía venir a verles; pero les rogaba le enviaran algo de lo que hubiesen hecho por el día, para poder olvidar la fatiga de su trabajo, por la noche.

A estas palabras, todas las frentes se inclinaron. La Fontaine ocupó una mesa y dejó correr sobre la vitela una pluma rápida; Pellisson dio una última mano a su prólogo; Molière contribuyó con cincuenta versos que le había inspirado su visita a casa de Percerín; Loret entregó su artículo sobre las fiestas maravillosas que profetizaba, y Aramis, cargado de botín como rey de las abejas, el grueso abejarrón negro en los ornamentos de púrpura y oro, volvió silencioso y afanado a su habitación. Pero, antes de retirarse:

—Tened presente, queridos señores —dijo—, que mañana a la tarde marchamos todos.

—En tal caso, he de avisar en casa —dijo Molière.

—¡Ah, sí, pobre Molière! —exclamó sonriendo Pellisson—. Ama en su casa.

—Ama, sí —replicó Molière con su sonrisa dulce y triste—, lo cual no quiere decir que le amen.

—Pues a mí —dijo La Fontaine—, me aman en Château-Thierry; estoy

cierto de ello.

En aquel momento reapareció Aramis, después de una ausencia de pocos instantes.

—¿Viene alguien conmigo? —preguntó—. Voy a París, después de conferenciar con el señor Fouquet. Ofrezco mi carroza.

—¡Lo acepto! —dijo Molière—. Tengo prisa.

—Yo comeré aquí —dijo Loret—. El señor Gourville me ha prometido cangrejos...

Me ha prometido cangrejos. Busca un consonante, La Fontaine. Aramis salió riendo como sabía reír. Molière se fue con él. Apenas habrían llegado al pie de la escalera, cuando La Fontaine entreabrió la puerta y gritó: A trueque de tus ovillojos, Te ha prometido cangrejos. Redoblaron sus carcajadas los epicúreos, y el ruido llegó hasta los oídos de Fouquet en el instante en que Aramis abría la puerta de su despacho.

Por su parte, Molière fue a que dispusieran los caballos, mientras Aramis concluía lo que tenía que hablar con el superintendente.

—¡Cómo ríen arriba! —dijo Fouquet.

—¿Y vos no reís, monseñor?

—No río ya, señor de Herblay.

—Mirad que se aproxima la fiesta.

—Y el dinero se aleja.

—¿No os he dicho que eso es cuenta mía?

—Sí, me habéis prometido millones.

—Y los tendréis al siguiente día de llegar el rey a Vaux.

Fouquet miró fijamente a Aramis, y se pasó una mano helada por la frente humedecida. Aramis conoció que el superintendente dudaba de él, o que desconfiaba de tener el dinero. ¿Cómo podía suponer Fouquet que un pobre obispo, ex abate, ex mosquetero, pudiera hallarlo?

—¿A qué viene esa duda? —dijo Aramis.

Fouquet sonrió, moviendo la cabeza.

—¡Hombre de poca fe! —añadió el obispo.

—Querido señor de Herblay —dijo Fouquet—, si caigo...

—Y bien, ¿si caéis...?

—Será desde tan alto, que me aplastaré en la caída. Luego, dando otro giro a sus ideas, añadió:

—¿De dónde venís, amigo mío?

—De París? ¡Ah!

—Sí, de casa Percerín.

—¿Y qué habéis ido a hacer a casa de Percerín? Porque no creo que deis tanta importancia a los trajes de nuestros poetas.

—No; he ido para preparar una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí, que habéis de dar al rey.

—¿Costará muy cara?

—No, cien doblones para Le Brun.

—¿Una pintura? Bien me parece. ¿Y qué debe representar esa pintura? —Ya os lo contaré, y de paso, por más que digáis, he estado también a ver cómo seguían los vestidos de nuestros poetas.

—¿Y qué tal, serán elegantes? —¡Soberbios! No habrá muchos personajes que los lleven iguales. Ya se verá la diferencia que hay entre los cortesanos de la riqueza y los de la amistad.

—¡Siempre espiritual y generoso, querido prelado!

—De vuestra escuela. Fouquet le estrechó la mano.

—¿Y adónde vais ahora? —preguntó.

—A París, así que me deis una carta.

—¿Para quién?

—Para el señor de Lyonne.

—¿Y qué deseáis del señor de Lyonne?

—Quiero que me firme una orden secreta.

—¡Una orden secreta! ¡Queréis encerrar a alguien en la Bastilla?

—No, al contrario, quiero poner a uno en libertad.

—¡Ah! ¿Y a quién?

—A un pobre diablo, un joven que está encarcelado hace diez años por dos versos latinos que compuso contra los jesuitas.

—¡Por dos versos latinos! ¡Y por eso está ese desgraciado preso hace diez años?

—Sí.

—¿Y no ha cometido otro crimen?

—Excepción de esos dos versos, es tan inocente como vos y yo.

—Dais vuestra palabra?

—Palabra de honor!

—¿Y se llama?

—Seldon.

—¡Ah, es demasiado fuerte, caray! Y, sabiendo eso, ¿no me lo habíais dicho?

—Es que hasta ayer no se ha acercado a mí su madre, monseñor.

—¿Y esa mujer es pobre?

—Está en la mayor miseria.

—¡Dios mío! —exclamó Fouquet—. ¡Permitís a veces tales injusticias, que no es de extrañar haya desgraciados que duden de vos! ¡Tomad, señor de Herblay!

Y, cogiendo Fouquet una pluma, escribió velozmente unas líneas a su colega Lyonne.

Aramis recogió la carta y se apresuró a salir.

—Aguardad —dijo Fouquet.

Abrió el cajón y le entregó diez billetes de Caja que había en él. Cada billete era de mil libras.

—Tomad —dijo—, poned en libertad al hijo, y dad esto a la madre; pero no le vayáis a decir...

—¿Qué, monseñor?

—Que tiene diez mil libras mas que yo; diría que soy un triste superintendente. En fin, espero que Dios bendiga a los que piensan en sus pobres.

—Es lo que yo espero también —replicó Aramis besando la mano a Fouquet.

Y salió apresuradamente llevándose la carta para Lyonne, los bonos de Caja para la madre de Seldon, y a Molière, que comenzaba a impacientarse.

## Capítulo VII

---

### Nueva cena en la Bastilla

Daban las siete de la tarde en el gran reloj de la Bastilla, en aquel famoso reloj que, semejante a todos los accesorios de la prisión de Estado, cuyo uso es el tormento, recordaba a los recluidos el destino de cada una de las horas de su suplicio. El cuadrante de la Bastilla, adornado de figuras como la mayor parte de los relojes de aquel tiempo, representaba a San Pedro en las prisiones.

Era aquélla la hora de la cena de los pobres cautivos. Las puertas, rechinando sobre sus enormes goznes, daban paso a los platos y cestos cargados de manjares, cuya delicadeza, según nos lo manifestó el mismo Baisemeaux, en otra ocasión, era apropiada a la condición del detenido.

Sabemos ya las teorías del señor Baisemeaux, soberano dispensador de las delicias gastronómicas, cocinero jefe de la fortaleza real, cuyos cestos llenos ascendían las empinadas escaleras, llevando algún consuelo a los presos en el fondo de las botellas honradamente llenas.

Aquella misma hora era la de la cena del señor alcaide. Tenía un invitado aquél día, y el asador giraba más cargado que de costumbre.

Las perdices tostadas, guarneidas de codornices, y envolviendo una liebre mechada; las gallinas en caldo de puchero, el jamón frito y rociado con vino blanco, los cardos de Guipúzcoa y la sopa de cangrejos, componían, además de otros platos y los entremeses, la lista de la cena del señor alcaide.

Baisemeaux, en la mesa, se frotaba las manos mirando al señor obispo de Vannes, que, calzado como un caballero, ataviado de gris, la espada al costado, no cesaba de hablar de su apetito y mostraba la más viva impaciencia.

Baisemeaux de Montlezun no estaba acostumbrado a las familiaridades de Su Ilustrísima monseñor de Vannes, y, aquella noche, Aramis, jovial y risueño,

hacia confidencias sobre confidencias. El prelado se había vuelto un si es no es mosquetero. El obispo afectaba desenvoltura. Respecto al señor Baisemeaux, con la facilidad de las gentes vulgares, se entregaba por entero al abandono que mostraba su convidado.

—Caballero —dijo—, porque, a decir verdad, no puedo llamaros, esta noche, monseñor...

—No —dijo Aramis—, llamadme caballero; ya veis que llevo botas altas.

—Pues bien, caballero, ¿sabéis a quién me recordáis esta noche?

—De veras que no —dijo Aramis echándose de beber—; pero supongo que os recordaré algún buen convidado.

—Me recordáis a dos. Francisco, cerrad esa ventana; el viento podría molestar a Su Ilustrísimas.

—¡Que salga! —añadió Aramis—. La cena está servida, y comeremos sin criado. Cuando estoy en la intimidad, cuando estoy con un amigo...

Baisemeaux se inclinó respetuosamente.

—Me gusta servirme a mí mismo —continuó Aramis.

—¡Francisco, salid! —ordenó Baisemeaux—. Decía, pues, que Su Ilustrísima me recuerda a dos personas: una muy ilustre, el difunto cardenal, el de la Rochela, el que llevaba botas como vos, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto —dijo Aramis—. ¡Y la otra?

—La otra, a cierto mosquetero, tan gallardo como valiente, tan atrevido como afortunado, que, de abate, se hizo mosquetero, y, de mosquetero, abate.

Aramis se dignó sonreír.

—De abate —continuó Baisemeaux alentado con la sonrisa de su grandeza—, de abate a obispo, y de obispo...

—¡Ah! ¡Detengámonos, por favor! —dijo Aramis.

—Digo, caballero, que me hacéis el efecto de un cardenal.

—Basta, querido Baisemeaux. Aun cuando, como habéis dicho muy bien, llevo botas de caballero, no deseo, ni por esta noche, por eso, estar a mal con la Iglesia.

—Sin embargo, monseñor, confesad que traéis malas intenciones.

—Es verdad, malas, como todo lo que es mundano.

—¿Recorreréis las calles enmascarado?

—Enmascarado, exactamente.

—¿Y seguirás manejando la espada?

—Creo que sí, pero sólo cuando me obligan a ello. Hacedme el obsequio de llamar a Francisco.

—Ahí tenéis vino.

—No es por el vino, sino porque hace aquí mucho calor y está cerrada la ventana.

—Cuando ceno hago cerrar las ventanas para no oír las rondas o la llegada de

los correos.

—¡Ah! ¿Se oyen cuando está abierta la ventana?

—Mucho, y eso molesta, como comprenderéis.

—No obstante, aquí se sofoca uno. ¡Francisco!

Francisco se presentó.

—Haced el obsequio de abrir esa ventana, m a e s e Francisco. Con vuestro permiso, amigo Baisemeaux.

—Monseñor está en su casa —repuso el alcaide.

La ventana fue abierta.

—¿Sabéis —dijo Baisemeaux—, que vais a encontrarlos muy solo ahora que se ha vuelto a Blois el señor conde de la Fère? Es amigo antiguo, ¿no es verdad?

—Lo sabéis tan bien como yo, Baisemeaux, pues estuvisteis con nosotros en los mosqueteros.

—¡Bah! Con los amigos no cuento las botellas ni los años.

—Y hacéis bien; pero con el señor de la Fère hago más que amarle, le adoro.

—Pues, por mi parte, prefiero al señor D'Artagnan. Este sí que es hombre que bebe bien. Al menos estas gentes dejan ver su pensamiento.

—Baisemeaux, emborrachadme esta noche, recordemos los pasados tiempos, y si tengo alguna pena en lo íntimo de mi corazón prometo que la veréis, como pudierais ver un diamante en el fondo de vuestro vaso.

—¡Bravo! —exclamó Baisemeaux; y, llenando un vaso de vino, lo apuró, encantado de figurar por algo en un pecado capital de arzobispo.

Mientras bebía, no advirtió la atención con que Aramis observaba los ruidos del patio.

A eso de las ocho y a la quinta botella colocada en la mesa por Francisco, entró un correo, que a pesar del ruido que venía haciendo, no fue oído por Baisemeaux.

—¡El diablo le lleve! —exclamó Aramis.

—¿El qué? ¿A quién? —preguntó Baisemeaux—. Me parece que no será el vino que bebéis, ni a quien os lo hace beber.

—No; es un caballo que hace, él solo, tanto ruido en el patio, como pudiera hacerlo un escuadrón entero.

—¡Bah! Será algún correo —replicó el alcaide menudeando los tragos—. Pues llévelo el demonio y con tal furia, que no volvamos a oír hablar de él. ¡Hurra, hurra!

—¡Me tenéis olvidado, Baisemeaux! Mi vaso está vacío —dijo Aramis, señalando un cristal deslumbrador.

—¡Palabra que me encantáis! ¡Vino, Francisco!

Francisco entró.

—¡Vino, bergante, y del mejor!

—Bien, señor; mas... está ahí un correo.

—¡Al diablo, he dicho! —Sin embargo, señor...

—Que dejen lo que sea en la escribanía, mañana veremos. Mañana será otro día —añadió Baisemeaux cantando esta última frase.

—¡Ay, señor! —refunfuñó el soldado Francisco, bien a pesar suyo—. Señor...

—Cuidado —dijo Aramis—, tened cuidado.

—¿Por qué, querido señor de Herblay? —dijo Baisemeaux medio ebrio ya.

—Las cartas que remiten por correo a los alcaldes de fortalezas son a veces órdenes.

—Casi siempre.

—Y las órdenes, ¿no vienen de los ministros?

—Sí, claro está; pero...

—Y esos ministros, ¿no refrendan la firma del rey?

—Quizá tengáis razón. Con todo, es muy fastidioso, cuando uno está enfrente de una buena mesa, y tiene por comensal a un amigo. Perdonad, señor; olvidaba que soy yo quien os ha invitado a cenar, y que estaba hablando con un futuro cardenal.

—Dejemos eso a un lado, querido Baisemeaux, y volvamos a nuestro soldado, a Francisco.

—Y bien, ¿qué ha hecho Francisco?

—Murmurar.

—Pues ha hecho mal.

—Sin embargo, ya veis que ha murmurado, y eso es señal de que sucede algo extraordinario. Podría ser que no fuese Francisco el que ha hecho mal en murmurar, sino vos por no oírle.

—¿Hacer yo algo mal hecho? ¿Y ante Francisco? Duro me parece eso.

—Quise decir una irregularidad. ¡Perdón! Creí un deber haceros una observación que consideraba importante.

—¡Oh! Quizá tengáis razón —tartamudeó Baisemeaux—. ¡Una orden del rey es sagrada! Pero las órdenes que llegan cuando ceno, lo repito, que el diablo...

—Si hubieseis hecho eso al gran cardenal, ¿eh?, y la orden tuviese alguna importancia...

—Lo que hago es por no incomodar a un obispo, y bien merezco disculpa, ipardiez!

—No olvidéis, Baisemeaux, que he llevado la casaca y estoy acostumbrado a ver en todo consignas.

—Así, pues, ¿queréis...?

—Quiero que cumpláis con vuestro deber, amigo mío. Os ruego que lo hagáis, a lo menos en presencia de este soldado.

—Es muy lógico.

Francisco continuaba esperando.

—Que me traigan esa orden del rey —gritó Baisemeaux enderezándose.

Y añadió por lo bajo:

—¿Sabéis lo que es...? Pues voy a manifestároslo: alguna cosa tan importante como esto: «Cuidad que no haya fuego en las inmediaciones del polvorín»; o bien: «Vigilad a tal preso, que es hombre muy astuto». Si supieseis, monseñor, cuántas veces me han hecho despertar sobresaltado, en lo mejor y más dulce de mi sueño, con órdenes llegadas al galope para decirme, mejor para traerme un pliego con estas palabras: «Señor Baisemeaux ¿qué hay de nuevo?» ¡Bien se conoce que los que pierden el tiempo en escribir semejantes órdenes no han dormido en la Bastilla!

Conocerían mejor el espesor de mis muros, la vigilancia de mis subalternos y la multiplicidad de mis rondas. En fin, ¡cómo ha de ser! Su oficio es escribir para atormentarme cuan do estoy tranquilo; para molestar me cuando soy feliz —añadió Baisemeaux, inclinándose ante Aramis—. Dejémosles, pues, que hagan su oficio.

—Y haced vos el vuestro —repuso sonriendo el obispo, cuya mirada sostenida mandaba a pesar de aquella aparente afabilidad.

Francisco volvió. Baisemeaux tomó de sus manos la orden enviada del ministerio. Rompió el sello lentamente y la leyó del mismo modo, Aramis fingió que bebía, para observar a su anfitrión a través del cristal. Luego que Baisemeaux acabó de leer:

—¿Qué decía yo? —murmuró.

—¿Qué es al fin? preguntó el obispo.

—Una orden de libertad. ¿Vale la pena, pregunto yo, incomodarnos para esto?

—Al menos convendréis, mi querido alcaide, que para el interesado es una hermosa noticia.

—¡Y a las ocho de la noche! —¡Eso es caridad!

—Caridad o lo que queráis!; mas sólo para el belitre que se aburre allá, no para mí, que me divierto —dijo Baisemeaux exasperado.

—Os causa eso alguna pérdida? ¿Es de los que reciben mejor trato el preso que os quitan?

—Ca, ¡un pobre diablo! Un ratón de cinco francos.

—¿Se le puede ver? —preguntó el señor de Herblay—. Si no es indiscreción...

—No; leed.

—En la hoja dice urgente: ¿lo habéis visto?

—Admirable! ¡Urgente...! ¡Un hombre que está aquí hace diez años, quieren ahora que, a toda prisa, se le ponga en libertad, esta misma noche, a las ocho!

Y Baisemeaux, encogiéndose de hombros con aire de soberbio desdén, arrojó la orden sobre la mesa, y siguió comiendo.

—Esos caprichos tienen —añadió con la boca llena—: cogen a un hombre el

mejor dia, le mantienen durante diez años, y le escriben a uno: « ¡Vigilad a ese belitre! » ; o bien: « ¡Custodiadle con el mayor rigor! ». Y luego que se ha acostumbrado uno a mirar al preso como hombre peligroso, de pronto, sin causa, sin precedente, os escriben « Poned en libertad ». Y añaden a su misiva: « ¡Urgente! ». Comprenderéis, monseñor, que eso le hace a uno encogerse de hombros.

—¡Qué queréis! —dijo Aramis—. Por más que se gruña, hay que cumplir la orden.

—¡Bien, bien! ¡Cumplir...! ¡Paciencia! Supongo que no me tendréis por ningún esclavo.

—Dios mío, queridísimo señor Baisemeaux, ¿quién os dice eso? Ya se ve vuestra independencia.

—¡A Dios gracias!

—Pero también conozco vuestro buen corazón.

—¡Ah! ¡Hablemos de eso!

—Y vuestra obediencia a los superiores. Cuando uno ha sido soldado, querido, es para toda la vida.

—Así es que obedeceré estrictamente, y mañana temprano será puesto el preso en libertad.

—¿Y por qué no hoy, puesto que la orden lleva fuera y dentro la advertencia de urgente?

—Porque esta noche cenamos y tenemos prisa también.

—Amigo Baisemeaux, con todas mis botas, me siento sacerdote, y la caridad es para mí un deber más imperioso que el hambre y la sed. Ese desgraciado ha padecido ya bastante tiempo, puesto que me decís que hace diez años que está en la Bastilla. Abreviadle el suplicio. Le aguarda un momento feliz, y no debéis retrasarlo. Dios os lo recompensará en el paraíso con años de felicidad.

—¿Lo queréis así?

—Os lo suplico.

—¿Sin concluir de cenar?

—Os lo suplico, esta acción valdrá diez Benedicite.

—Hágase como deseáis. Lo malo es que se enfriará la comida.

—¡Oh! ¡Qué más da! Baisemeaux se echó hacia atrás para llamar a Francisco, y; por un movimiento natural, volvióse hacia la puerta.

La orden estaba sobre la mesa. Aramis aprovechó el momento en que Baisemeaux no miraba para cambiar aquel papel por otro, plegado de la misma manera, que sacó del bolsillo.

—Francisco —dijo el alcaide—, decid al señor mayor que suba con los carceleros de la Bertaudière.

Francisco salió, inclinándose, y los dos comensales se quedaron solos.

## Capítulo VIII

---

### El general de la orden

R einó un momento de silencio entre Aramis y Baisemeaux, durante el cual no perdió aquél un momento de vista al alcaide. Este sólo parecía decidido a medias a incomodarse de aquel modo a la mitad de su cena, y era fácil ver que buscaba una razón cualquiera, buena o mala, para aplazar la operación hasta después de los postres. Por fin, pareció haber encontrado esa razón.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Es imposible!

—¡Cómo imposible! —dijo Aramis—. ¡Vamos a ver, querido amigo, qué es imposible!

—Libertar al preso a estas horas. ¿Adónde iría, si no conoce a París?

—Irá donde pueda.

—Tanto valdría libertar a un ciego.

—Yo tengo una carroza, y le conduciré adonde quiera que le lleve.

—Para todo tenéis respuesta... Francisco, que se avise al señor mayor para que vaya a abrir el calabozo del señor Seldon, número 3, Bertaudiére.

—¿Seldon? —dijo Aramis con toda sencillez—. ¿Habéis dicho Seldon?

—He dicho Seldon. Es el nombre del que mandan libertar.

—Querréis decir Marchiali —replicó Aramis.

—¿Marchiali...? ¡Ah, bien, sí! No, no, Seldon.

—Me parece que estáis equivocado, señor Baisemeaux.

—He leído la orden.

—Yo también.

—Y he visto Seldon en letras gordas como esto.

Y el señor Baisemeaux enseñaba un dedo.

—Pues yo he leído Marchiali en letras como esto.

Y Aramis mostraba dos dedos.

—Fácil es desengaños —dijo Baisemeaux, seguro de lo que había leído—. El papel está ahí; no hay más que leer.

—Leo: « Marchiali » —replicó Aramis desdoblando el papel—. ¡Tomad! Baisemeaux miró, y dejó caer los brazos.

—Sí, sí —contestó aterrado—; Marchiali pone. Marchiali, con todas sus letras. ¡Es verdad!

—¡Ah!

—¡Cómo! ¡El hombre de quien hablamos tanto? ¡El hombre que tanto me recomiendan todos los días?

—Marchiali dice —repitió de nuevo el inflexible Aramis.

—Preciso es confesarlo, monseñor; pero es cosa que no acierto a comprender.

—Sin embargo, hay que dar crédito a los ojos.

—¡Y bien que dice ahí Marchiali!

—Y con muy buena letra.

—¡Es fenomenal! Estoy viendo aún esa orden y el nombre de Seldon, irlandés. Lo veo. ¡Ah! Y hasta recuerdo que debajo de ese nombre había un borrón.

—No, no hay tal borrón.

—Sí, lo había; precisamente, raspé los polvos que tenía pegados.

—De todos modos, querido señor Baisemeaux —dijo Aramis—, sea lo que quiera lo que habéis visto, está firmada la orden de libertad a Marchiali, con borrón o sin él.

—Firmada la orden de poner en libertad a Marchiali —repitió maquinalmente Baisemeaux, tratando de coordinar sus recuerdos.

—Y le pondréis en libertad. Si el corazón os dicta que pongáis también a Seldon, os declaro que no me opondré a ello de ningún modo.

Aramis acentuó esta frase con una sonrisa, cuya ironía acabó de despejar la cabeza de Baisemeaux, y le dio valor.

—Monseñor —dijo—, ¿ese Marchiali es el mismo preso a quien el otro día un sacerdote, confesor de nuestra Orden, vino a visitar tan imperiosa y secretamente?

—Nada sé de eso —replicó el obispo.

—Pues no hace tanto tiempo, querido señor de Herblay.

—Verdad es; pero entre nosotros, es conveniente que el hombre de hoy no sepa lo que ha hecho el hombre de ayer.

—En todo caso —dijo Baisemeaux—, la visita del confesor jesuita traería la felicidad para ese hombre.

Aramis no replicó, y continuó comiendo y bebiendo.

Baisemeaux, sin tocar nada de lo que había sobre la mesa, cogió de nuevo la

orden y la examinó por todos lados.

Esta inquisición, en circunstancias ordinarias, habría hecho poner como la grana las orejas del poco paciente Aramis; pero el obispo de Vannes no se irritaba por tan poco, sobre todo cuando se decía por lo bajo que sería peligroso irritarse.

—¿Pondréis en libertad a Marchiali? —preguntó—. Este sí que es un buen Jerez aromático, mi querido alcaide.

—Monseñor —replicó Baisemeaux—, libertaré al preso Marchiali cuando haya llamado al correo que ha traído la orden, y me cerciore...

—Las órdenes vienen selladas, y el portador no conoce su contenido. ¿De qué os habrás de cerciorar?

—Bien, monseñor; pero avisaré al ministerio, y allí, el señor de Lyonne retirará o aprobará la orden.

—¿Y a qué fin todo eso? —dijo Aramis fríamente.

—Eso sirve para no engañarse uno nunca, monseñor; para no faltar jamás al respeto que todo subalterno debe a sus superiores; para no infringir nunca los deberes del servicio que uno ha tomado sobre sí.

—Muy bien; habláis con tal elocuencia, que no puedo menos de admiraros. Es verdad, un subalterno debe respeto a sus superiores; es culpable cuando se engaña, y sería castigado si infringiese los deberes de su servicio.

Baisemeaux miró al obispo con asombro.

—De ahí resulta —prosiguió Aramis— que meditaréis para poneros de acuerdo con vuestra conciencia.

—Sí, monseñor.

—Y que, si un superior os lo manda, obedeceréis.

—No os engañáis, monseñor.

—¿Conocéis bien la firma del rey?

—Sí, monseñor.

—¿Y no es la que hay al pie de esta orden de libertad?

—Verdad es; mas puede...

—Ser falsa, ¿no es eso?

—Ya se ha visto ese caso, monseñor.

—Tenéis razón. ¿Y la del señor de Lyonne?

—También la veo en la orden; pero, así como puede suplantarse la firma del rey, con mayor razón podrá hacerse lo propio con la del señor de Lyonne.

—Avanzáis en la lógica a pasos agigantados, señor Baisemeaux —dijo Aramis—, y vuestra argumentación es invencible. Pero ¿en qué os fundáis, principalmente, para creer falsas esas firmas?

—En la ausencia de los firmantes. Nada hay que compruebe la firma de Su Majestad, y el señor de Lyonne no se halla aquí para decirme que ha firmado.

—Pues bien, señor Baisemeaux —replicó Aramis fijando en el alcaide su

mirada de águila—; acepto con tal franqueza vuestras dudas y vuestro modo de aclararlas, que voy a tomar una pluma si me lo permitís.

Baisemeaux le dio una pluma.

—Un papel blanco cualquiera —añadió Aramis.

Baisemeaux le acercó papel.

—Y ahora, aquí presente, sin el menor género de duda, voy a escribir una orden, a la cual espero que daréis crédito, por incrédula que seáis.

Baisemeaux palideció ante aquella seguridad glacial. Le pareció que la voz de Aramis, tan risueña y afable poco antes, se había vuelto fúnebre y siniestra, que la cera de las velas se cambiaba en cirios de capilla sepulcral, y que el vino de los vasos se transformaba en sangre.

Aramis tomó la pluma y escribió. Baisemeaux, aterrado, leía por encima del hombro:

«A. M. D. G.», escribió el obispo; y puso una cruz debajo de estas cuatro letras, que significaban: *Ad majorem Dei gloriam*.

Luego continuó:

*Queremos que la orden llevada al señor Baisemeaux de Montlezun, alcaide por el rey del fuerte de la Bastilla, sea reputada por él como buena y valedera, y puesta al punto en ejecución.*

*Firmado: HERBLAY, General de la Orden por la gracia de Dios.*

Baisemeaux quedó tan profundamente impresionado, que sus facciones se contrajeron; abriéronse sus labios, y sus ojos permanecieron fijos. No se movió ni articuló un sonido.

No se oía en la vasta sala más que el zumbido de una mosca que revoloteaba alrededor de las velas.

Aramis, sin dignarse siquiera mirar al hombre que a tan mísero estado reducía, sacó del bolsillo un pequeño estuchito que contenía lacre negro; dobló la carta, estampó en ella un sello que traía debajo de la ropilla, y, terminada la operación, presentó, con el mayor silencio siempre, la orden al señor Baisemeaux.

Este, cuyas manos temblaban de una manera que daba lástima, paseó una mirada extrañada y mortecina por el sello; manifestóse en sus facciones un postrero vislumbre de emoción, y cayó como fulminado sobre una silla.

—Vamos, vamos —dijo Aramis después de un largo silencio, durante el cual el alcaide de la Bastilla había recobrado sus sentidos—, no me hagáis creer, querido Baisemeaux, que la presencia del general de la Orden es terrible como la de Dios, y que se muera uno al verle. ¡Valor! Levantaos; dadme la mano y obedeced.

Calmado Baisemeaux, ya que no satisfecho, obedeció, besó la mano a Aramis y se levantó.

—Ahora mismo? —dijo.

—¡Oh, nada de exagerar, mi anfitrión! Volved a vuestro asiento y hagamos honor a este apetitoso postre.

—Monseñor, no me reharé de tal golpe. ¡Yo que he reido y chanceado con vos, tratándoos como de igual a igual!

—Calla, mi viejo camarada —contestó el obispo, que conocía lo muy estirada que estaba la cuerda y lo peligroso que sería romperla—, calla.

Vivamos cada cual nuestra vida: a ti, mi protección y mi amistad; a mí, tu obediencia. Pagados con exactitud ambos tributos, sigamos contentos.

Baisemeaux se puso a meditar, y calculó muy luego las consecuencias de aquella evasión de un preso por medio de una orden falsa. Luego puso en paralelo la garantía que le ofrecía la orden oficial del general, y no la encontró de bastante peso.

Aramis lo adivinó.

—Mi querido Baisemeaux —le dijo—, sois un mentecato. Ahorraos el trabajo de reflexionar, cuando yo me encargo de pensar por vos.

Y a un nuevo ademán que hizo, volvióse a inclinar Baisemeaux.

—¿Y cómo me he de componer? —dijo.

—¿Qué hacéis para libertar a un preso?

—Seguir el reglamento.

—Pues bien, seguidlo, querido.

—Voy con mi mayor a la cámara del preso y lo conduzco yo mismo cuando es un personaje de importancia.

—Pero ¿ese Marchiali no es persona de importancia? —dijo negligentemente Aramis.

—No sé —replicó el alcaide con un tono que equivalía a decir: «A vos os toca manifestármelo».

—Entonces, si no lo sabéis, es que tengo yo razón; proceded con Marchiali como con las personas insignificantes.

—Bien. El reglamento lo indica.

—¡Ah!

—El reglamento ordena que el carcelero o uno de los empleados subalternos llevará el preso al alcaide en la escribanía.

—Muy puesto en razón. ¿Y luego?

—Luego, se devuelven al preso los objetos de valor que llevaba consigo cuando su encarcelamiento, los vestidos, los papeles y demás, si la orden del ministro no lo dispone de otra manera.

—¿Qué dice la orden del ministro respecto a ese Marchiali?

—Nada; porque el infeliz llegó aquí sin alhajas, sin papeles, y casi sin

vestidos.

—¡Pues no hay cosa más sencilla! En verdad, Baisemeaux, os fraguáis una montaña en nada... Permaneced aquí, y haced llevar el preso a la alcaidía.

Baisemeaux obedeció. Llamó al soto alcaide, y le dio una consigna, que éste transmitió, sin emocionarse, a quien correspondía.

Media hora después se oyó cerrar una puerta en el patio: era la puerta del torreón que devolvía su presa al aire libre.

Aramis sopló todas las bujías que iluminaban la pieza, dejando solamente una encendida detrás de la puerta. Aquella luz trémula no permitía a las miradas fijarse en los objetos.

Acercáronse las pisadas.

—Salid a recibir a esos hombres —dijo Aramis a Baisemeaux.

El alcaide obedeció.

El ujier y los carceleros desaparecieron.

Baisemeaux entró, acompañado de un preso.

Aramis se había colocado en la sombra, donde veía sin ser visto.

Baisemeaux, con voz commovido, notificó al joven la orden que le hacía libre.

El preso escuchó sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra.

—Habéis de jurar, pues así lo previene el reglamento —añadió el alcaide, no revelar jamás lo que hayáis visto u oído en la Bastilla. El joven se acercó a un crucifijo; extendió la mano, y juró con los labios.

—Ahora, señor, sois libre. ¿Adónde pensáis ir?

El preso volvió la cabeza, como si buscara detrás de él una protección con la que había que contar.

Entonces salió Aramis de la sombra.

—Aquí estoy —dijo—, para prestaros el servicio que queráis pedirme.

El preso se ruborizó ligeramente, y, sin vacilar, pasó su brazo por debajo del de Aramis:

—¡Dios os tenga en su santa guarda! —exclamó con voz que por su firmeza, hizo estremecer al alcaide tanto como le había sorprendido la fórmula.

Aramis, estrechando las manos de Baisemeaux, le dijo:

—¿Os atormenta mi orden? ¿Teméis que la encuentren en vuestro poder si vienen a registrar?

—Deseo conservarla, monseñor —dijo Baisemeaux—. Si la hallasen en mi poder sería señal cierta de que yo estaba perdido, y en tal caso, seríais para mí un auxiliar poderoso.

—Porque sería vuestra cómplice, ¿no es eso? —repuso Aramis encogiéndose de hombros—. ¡Adiós, Baisemeaux! —agregó.

Los caballos aguardaban, estremeciendo la carroza con su impaciencia.

Baisemeaux condujo al obispo hasta el pie de la escalinata. Aramis hizo subir a su compañero delante de él en la carroza, subió en ella a continuación, y sin dar

otra orden al cochero:

—Marchad —dijo.

La carroza rodó ruidosamente sobre el pavimento de los patios. Un oficial iba delante de los caballos con un hachón encendido, y daba a cada cuerpo de guardia la orden de dejar paso.

Durante el tiempo que se invirtió en abrir las puertas, Aramis apenas respiró, y hubiera podido oírse latir su corazón contra las paredes de su pecho.

El preso, hundido en un rincón de la carroza, no daba tampoco señales de existencia.

Por último, un sobresalto mayor que los anteriores anunció estar salvada ya la última barrera.

Detrás de la carroza se cerró la última puerta, la de la calle de San Antonio. Ya no había paredes a derecha ni a izquierda; el cielo, la libertad, la vida por todas partes. Los caballos, sujetos por mano vigorosa, caminaron dulcemente hasta la mitad del arrabal. Allí, tomaron el trote.

Poco a poco, ora fuese que se calentaron, ora que los arreasen, ganaron en rapidez, y cuando llegaron a Bercy, la carroza parecía volar, según lo grande del ardor de los corceles. Aquellos caballos corrieron hasta Villeneuve-Saint-Georges, donde estaba preparado el relevo. Entonces, cuatro caballos, en lugar de dos, arrastraron el carroaje en dirección a Melun, y se detuvieron un momento en medio del bosque de Sénart. Indudablemente, se había dado orden de antemano al postillón, porque Aramis no tuvo necesidad siquiera de hacer una seña.

—¿Qué pasa? —preguntó el preso, como si saliera de un largo sueño.

—Pasa, monseñor —dijo Aramis—, que antes de seguir adelante, necesitamos hablar Vuestra Alteza Real y yo.

—Aguardaré la ocasión, señor —replicó el joven príncipe.

—La ocasión no puede ser mejor, monseñor, pues estamos en medio del bosques donde nadie puede escucharnos.

—¿Y el postillón?

—El postillón de este relevo es sordomudo, monseñor.

—Pues estoy a vuestras órdenes, señor de Herblay.

—¿Os agrada estar en el carroaje?

—Sí; estamos bien sentados y me gusta este vehículo, es el que me ha devuelto a la libertad.

—Aguardad, monseñor: una precaución todavía.

—¿Cuál?

—Estamos en el camino real, y pueden pasar jinetes o carrozas, de viaje como nosotros, que, al vernos detenidos, se figuren que nos ha pasado algún contratiempo. Evitemos ofertas oficiosas que nos molestarían.

—Ordenad al postillón que oculte la carroza en un camino lateral.

—Eso es precisamente lo que iba a hacer, monseñor.

Aramis hizo una seña al mudo, a quien tocó. Este echó pie a tierra, cogió los dos primeros caballos de la brida, y los metió entre la hierba por una arboleada tortuosa, en el fondo de la cual y en aquella noche sin luna, las nubes formaban un velo más negro que los borrones de tinta.

Hecho esto, recostóse el hombre sobre un talud, junto a sus caballos, los cuales arrancaban a derecha e izquierda los retoños de la bellota.

—Os escucho —dijo el joven príncipe a Aramis—. Mas, ¿qué estáis haciendo?

—Descargar las pistolas, de las que ya no tenemos necesidad, monseñor.

## Capítulo IX

---

### El tentador

—Príncipe —dijo Aramis volviéndose, en la carroza, hacia su compañero, por humilde criatura que sea, por mediano que sea mi talento, por inferior que me encuentre en el orden de los seres que piensan, nunca me ha acontecido hablar con un hombre, sin penetrar su pensamiento a través de esa máscara viva que cubre nuestra inteligencia, a fin de retener su manifestación. Mas esta noche, en la oscuridad en que nos encontramos, con la reserva en que os veo, nada podré leer en vuestro semblante, y algo me dice que me costará trabajo arrancaros una palabra sincera. Os suplico, pues, no por amor a mí, pues los súbditos no deben pesar nada en la balanza que tienen los príncipes, sino por amor a vos mismo; que retengáis cada una de mis frases, que, en las críticas circunstancias en que nos hallamos comprometidos, tendrán cada una su sentido y su valor, tan importantes como jamás se han pronunciado en el mundo.

—Escucho —repitió el joven príncipe con decisión—, sin ambicionar, sin temer nada de lo que podáis decirme.

Y se hundió más profundamente aún en los blandos almohadones de la carroza, procurando ocultar a su compañero, no sólo la vista, sino hasta la suposición de su persona.

La sombra era negra y descendía, extensa y opaca, de las copas de los árboles entrelazados. La carroza, cerrada por vasto techo, no habría recibido la menor partícula de luz, aun cuando entre las columnas de bruma, que se adensaban en la alameda del bosque, se hubiere deslizado un átomo luminoso.

—Monseñor —prosiguió Aramis—, ya conocéis la historia del gobierno que dirige hoy a Francia. El rey ha salido del cautiverio de una infancia, obscura y severa como lo fue la vuestra; sólo que, en vez de tener, como vos, la esclavitud

de la cárcel, la obscuridad de la soledad, la estrechez de la vida oculta, ha debido sufrir todas sus miserias, todas sus humillaciones, todas sus ataduras, a la luz del día, al sol implacable de la realeza; lugar anegado de luz, donde cualquier mancha parece sucio barro, donde toda gloria parece una mancha. El rey ha padecido, tiene rencor, se vengará: Será un mal rey. No digo que derrame sangre como Luis XI o Carlos IX, porque no tiene ofensas mortales que vengar, pero devorará el dinero y la subsistencia de sus súbditos, porque ha sufrido injurias de interés y de dinero. Pongo, por tanto, a salvo mi conciencia cuando peso los méritos y los defectos de ese príncipe, y, si le condeno, mi conciencia me absuelve.

Aramis hizo una pausa. No era para escuchar si el silencio del bosque seguía siendo el mismo; era para recoger su pensamiento del fondo de su espíritu, era para dejar a aquel pensamiento el tiempo de incrustarse profundamente en el alma de su interlocutor.

—Dios hace bien todo lo que hace —continuó el obispo de Vannes—, y estoy de tal modo persuadido de ello, que me he felicitado hace tiempo de haber sido elegido por él como depositario del secreto que os he ayudado a descubrir. El Dios de la justicia y de la previsión quería un instrumento agudo, perseverante y convencido para llevar a cabo una grande obra. Ese instrumento soy yo, que tengo la agudeza, la perseverancia y la convicción precisas. Yo gobierno un pueblo misterioso, que ha adoptado por divisa la divisa de Dios: *Patiens quia aeternus*.

El príncipe hizo un movimiento.

—Adivino, monseñor —dijo Aramis—, que levantéis la cabeza y que ese pueblo que yo mando os sorprende. No sabíais que tratabais con un rey. ¡Oh! Monseñor, rey de un pueblo humilde, rey de un pueblo desheredado: humilde, porque no tiene fuerza más que arrastrándose; desheredado, porque nunca o casi nunca recoge un pueblo en este mundo las cosechas que siembra, ni come el fruto que cultiva. Trabaja por una abstracción, acumula todas las moléculas de su poder para formar con ellos un hombre, y a ese hombre, con el producto de sus gotas de sudor, le forma una nube de la que el genio de ese hombre debe a su tiempo hacer una aureola, dorada con los rayos de todas las coronas de la cristiandad. Tal es el hombre que tenéis a vuestro lado, monseñor. Esto es deciros, que os ha sacado del abismo con un gran designio, y que quiere, en ese magnífico designio, elevaros sobre todas las potencias de la tierra, por encima de él mismo.

El príncipe tocó ligeramente el brazo de Aramis.

—Me habláis —dijo— de esa orden religiosa, cuyo jefe sois, y lo que deduzco de vuestras palabras, es que, el día en que os acomode hundir al que elevasteis, se hará, y tendréis en vuestro poder a vuestra criatura de la víspera.

—Desengaños, monseñor —replicó el obispo— no me hubiera metido en

este terrible le juego con Vuestra Alteza Real, si yo tuviera un doble interés en ganar la partida. El dia en que seáis elevado, lo seréis para siempre; derribaréis al subir el escalón que os sirvió para ello, y lo arrojaréis tan lejos, que jamás pueda su vista recordaros su derecho a vuestro reconocimiento.

—¡Oh señor!

—Vuestra exclamación, monseñor, es hija de un excelente carácter. ¡Gracias! Estad seguro de que aspiro a más que reconocimiento; creo firmemente que, cuando lleguéis a la cumbre del poder me juzgaréis más digno todavía de ser amigo vuestro. Entonces, señor, haremos cosas tan grandes, que se hablará por mucho tiempo de ellas en los siglos.

—Decidme bien, señor, decidmelo sin veladuras, lo que actualmente soy y lo que queréis que sea mañana.

—Sois hijo del rey Luis XIII, hermano del rey Luis XIV, heredero natural y legítimo del trono de Francia. Al conservarlos el rey a su lado, como conservó a Monsieur, vuestro hermano menor, se reservaba el derecho de ser soberano legítimo. Solamente los médicos y Dios podían disputarle la legitimidad. Los médicos se inclinan siempre más al rey reinante, que al que está sin reinar. Dios se haría cómplice de su agravio perjudicando a un príncipe honrado. Pero Dios ha querido que os persiguiesen, y esa persecución os consagra hoy rey de Francia. Tenéis, pues, derecho a reinar, puesto que os disputan ese derecho; tenéis, pues, derecho a ser presentado, puesto que os tienen secuestrado; tenéis, pues, sangre divina, puesto que no se han atrevido a verterla como la de vuestros servidores. Ahora, ved lo que ha hecho por vos ese Dios a quien no pocas veces habéis acusado de estar siempre en contra vuestra. Os ha dado las facciones, la estatura, la edad y la voz de vuestro hermano, y todas las causas de vuestra persecución serán ahora causa de vuestra resurrección triunfal. Mañana, pasado mañana, en el momento oportuno, fantasma real sombra viviente de Luis XIV, o sentaréis sobre su trono, de don voluntad divina, confiada al brazo de un hombre, le habrá lanzado para siempre.

—Comprendo —dijo el príncipe— que no se derramará la sangre de mi hermano.

—Vos seréis el árbitro de su suerte.

—Ese secreto de que han abusado con respecto a mí...

—Usaréis de él con vuestro hermano.

—¿Qué hacía él para ocultarlo? Os ocultaba. Viva imagen suya, desharéis el complot de Mazarino y de Ana de Austria. Vos, príncipe mío, tendréis el mismo interés en ocultar al que os asemeje preso, como vos le asemejaréis siendo rey.

—Vuelvo a lo que antes decía. ¿Quién lo guardará?

—¿Quién os guardaba?

—Conocíais ese secreto, y habéis hecho uso de él con respecto a mí. ¿Quién más le conoce?

—La reina madre y la señora de Chevreuse.  
—¿Qué harán ellas?  
—Nada si así lo queréis.  
—¿Cómo?  
—¿Cómo han de reconoceros, si obráis de suerte que no seáis reconocido?  
—Es verdad. Hay en ello dificultades más graves.  
—Decid, príncipe.  
—Mi hermano está casado; no puedo tomar a la mujer de mi hermano.  
—Haré que España consienta en un repudio; ese es el interés de vuestra nueva política, esa es la moral humana. Todo cuanto hay de verdaderamente noble y útil en este mundo será tenido en cuenta.  
—El rey, secuestrado, hablará.  
—¿A quién queréis que hable? ¿A las paredes?  
—Son paredes los hombres en quienes depositáis vuestra confianza?  
—En caso necesario, sí. Por otra parte...  
—¿Qué?  
—Quiero deciros que los designios divinos no se detienen en tan buen camino. Todo plan de esta magnitud se completa con los resultados, como un cálculo geométrico. El rey, secuestrado, no será para vos el estorbo que habéis sido vos para el rey reinante. Dios ha hecho esa alma orgullosa e impaciente por naturaleza, y la ha ablandado y desarmado además con el uso de los honores y el hábito del poder soberano. Dios, que quería que el resultado del cálculo geométrico de que he tenido el honor de hablaros, fuera vuestro advenimiento al trono y la destrucción de todo lo que es perjudicial, ha decidido también que el vencido termine pronto sus padecimientos con los vuestros. Por tanto, ha preparado esa alma y ese cuerpo para la brevedad de la agonía. Vos, reducido a prisión como simple particular; secuestrado, con vuestras dudas; privado de todo, con el hábito de una vida aislada, habéis podido resistir. Pero vuestro hermano, cautivo, olvidado, reducido, no soportará su injuria, y Dios recobrará su alma en el tiempo prefijado, es decir, muy pronto.

En aquel punto del sombrío análisis de Aramis, una ave nocturna lanzó del fondo del oquedad ese grito lastimero y prolongado que hace estremecer a quien le oye.

—Yo desterraría al rey destronado —dijo Felipe sobresaltado—; esto lo considero más humano.

—La voluntad del rey decidirá la cuestión —replicó Aramis—. Decidme ahora si he planteado bien el problema, y si lo he resuelto conforme a los deseos o previsiones de Vuestra Alteza Real.

—Sí, señor, sí; nada habéis olvidado, a excepción de dos cosas.

—¿La primera?

—Hablemos de ella con igual franqueza que acabamos de emplear en

nuestra conversación; hablemos de los motivos que pueden desvanecer las esperanzas concebidas; hablemos de los peligros que correemos.

—Indudablemente, serían inmensos, infinitos, terribles, insuperables, si, como os he dicho, no concurriese todo a hacerlos absolutamente nulos. No hay peligro para vos ni para mí, si la constancia y la intrepidez de Vuestra Alteza Real igualan la perfección de esa semejanza que la Naturaleza os ha dado con el rey. Os aseguro que no hay peligros; no hay más que obstáculos. Esta palabra, que encuentro en todos los idiomas, la he comprendido mal siempre; si fuese rey, la haría borrar como absurda e inútil.

—Sí, tal, señor; existe un obstáculo muy serio, un peligro insuperable que habéis olvidado.

—¡Ah! —exclamó Aramis.

—Hay la conciencia que grita, el remordimiento que desgarra.

—Sí, es verdad —dijo el obispo—, hay la flaqueza del corazón, ahora me lo recordáis! ¡Oh! Tenéis razón, ese es un obstáculo inmenso. El caballo que tiene miedo del foso, salta, cae en medio y se mata. El hombre que cruza temblando la espada, deja a la espada enemiga resquicios por donde penetrar la muerte. ¡Es cierto; es cierto!

—¿Tenéis algún hermano? —preguntó el joven a Aramis.

—Soy solo en el mundo —replicó éste con voz seca y nerviosa, como el gatillo de una pistola.

—Pero ¿no amáis a nadie en la tierra? —agregó Felipe.

—¡A nadie! Sí, os amo a vos.

El joven sumióse en un silencio tan profundo, que el ruido de su propio aliento era casi un tumulto para Aramis.

—Monseñor —continuó Aramis—, no he dicho aún todo lo que tenía que decir a Vuestra Alteza Real; no he ofrecido a mi príncipe todos los consejos saludables y útiles recursos con queuento. No se trata de hacer brillar un relámpago a los ojos del que ama la sombra; no se trata de hacer rugir las magnificencias del cañón a los oídos del hombre dulce, que ama la quietud y los campos. Monseñor, tengo vuestra felicidad enteramente preparada en mi pensamiento; voy a dejarla caer de mis labios; recogedla para vos, que tanto habéis amado el cielo, los verdes prados y el aire puro. Conozco un país de delicias, un paraíso ignorado, un rincón del mundo, donde, solo, libre, desconocido, entre flores, bosques y aguas vivas, olvidaréis todo lo que la locura humana, tentadora de Dios, os acaba de brindar. ¡Oh! Escuchadme, monseñor, que no me chanceo. Tengo un alma, y ya veis que adivino el abismo de la vuestra. No quiero dejaros a medio instruir para arrojaros en el crisol de mi voluntad, de mi capricho o de mi ambición. Todo o nada. Estáis maltratado, enfermo, sofocado casi por la superabundancia de aliento que habéis respirado en una hora de libertad. Esa es para mí señal cierta de que no queréis continuar

respirando ancha y largamente. Busquemos, por tanto, una vida más humilde, más adecuada a vuestras fuerzas. Dios me es testigo, y apelo a su omnipotencia, de que quiero que nazca vuestra felicidad de esta prueba en que os he comprometido.

—¡Hablad, hablad! —dijo el príncipe con una viveza que hizo reflexionar a Aramis.

—Conozco —prosiguió el prelado— en el Bajo Poitou un cantón, cuya existencia nadie sospecha en Francia. Veinte leguas de terreno, es una extensión inmensa, ¿no es verdad? Veinte leguas, monseñor, cubiertas todas de agua, de prados y de juncos, y en las que se ven diferentes islas llenas de árboles. Esos grandes pantanos, vestidos de cañaverales como de un tupido manto, duermen silenciosos y profundos bajo la sonrisa del sol. Algunas familias de pescadores los surcan perezosamente con sus grandes balsas de álamos y de olmos, cuyo suelo está formado de un lecho de cañas, y su techo tejido de sólidos juncos. Esas barcas, esas casas flotantes, caminan a la ventura a impulsos del viento. Cuando tocan a una orilla, es por casualidad, y tan blandamente, que el pescador que duerme apenas llega a despertarse con la sacudida. Si quiere abordar es que ha visto las grandes bandas de rascones o de avefrías, de ánades o de pluviales, de cercetas o de perdices, de que hace su presa con el lazo o con el plomo del mosquete. Los sábalos plateados, las anguilas monstruosas, los nerviosos lucios, las percas rosadas y grises, caen a millares en sus redes. No hay más que recoger las piezas más grandes y dejar escapar las demás. Ningún soldado ni habitante de las ciudades ha penetrado nunca en aquel país. El sol es benigno. Algunos pedazos de tierra producen la vid y alimenta con jugo generoso sus encantadores racimos negros y blancos. Una vez a la semana, va una barca a buscar al horno común el pan caliente y amarillo, cuyo olor atrae y halaga desde lejos. Allí viviréis como un hombre de los tiempos antiguos. Dueño poderoso de vuestros perros de aguas, de vuestras armas y de vuestra hermosa casa de cañas, viviréis allí en la opulencia de la caza, en la plenitud de la seguridad; así pasaréis años, al fin de los cuales, desconocido y transformado, habréis obligado a Dios a procurarlos un nuevo destino. En este saco hay mil doblones, monseñor; es más de lo que se necesita para comprar todo el pantano de que os he hablado; más de que hace falta para vivir todo el tiempo que os queda de vida; más de lo que se necesita para ser el más opulento, el más libre y el más feliz de la comarca. Aceptad lo que os ofrezco sincera y gustosamente. Ahora mismo, de la carroza qué aquí tenemos, vamos a separar dos caballos; el mudo, sirviente mío, os conducirá, caminando de noche, durmiendo de día, hasta el país de que os hablo, y al menos tendré la satisfacción de decirme que he prestado a mi príncipe el servicio que ha querido. Habré hecho un hombre dichoso. Dios me lo recompensará quizá mejor que si lo hubiera hecho poderoso. ¡Eso sería también mucho más difícil! Y bien, ¿qué respondéis, monseñor? Aquí está el dinero. ¡Oh!

No dudéis. En el Poitou nada arriesgáis, sino exponeros a las fiebres. Y para eso, los hechiceros del país podrán curaros por vuestros doblones. En la otra partida, la que ya sabéis, os exponéis a ser asesinado sobre un trono, o estrangulado en una cárcel. ¡Por mi alma, lo confieso francamente, ahora que he meditado ambas cosas, dudo!

—Señor —contestó el joven príncipe—, antes de resolverme, dejadme bajar de la carroza, pasearme por el campo, y consultar esa voz que Dios hace hablar en la naturaleza libre. Diez minutos, y contestaré.

—Hacedlo, monseñor —dijo Aramis inclinándose con respeto, tan solemne y augusta fue la voz que acababa de expresarse de aquel modo.

## Capítulo X

---

### Corona y tiara

Aramis había bajado antes que el joven, teniéndole abierta la portezuela. Le vio poner los pies sobre el musgo con un estremecimiento de todo su cuerpo, y dar en torno del carrojue algunos pasos, vacilantes casi. Parecía que el pobre prisionero estaba poco acostumbrado a caminar sobre la tierra de los hombres.

Serían las once de la noche del 15 de agosto; grandes y cargadas nubes, que presagiaban la tempestad, habían invadido el cielo, y bajo su bruma ocultaban del todo la luz y las perspectivas. Apenas los extremos de las alamedas se distinguían en la espesura por una penumbra de un gris opaco que, al cabo de algún tiempo de examen, hacíase sensible en medio de aquella obscuridad absoluta. Pero los perfumes que exhala la hierba, los más penetrantes y más puros que esparce la esencia de los robles, al atmósfera templada y tuuosa que le envolvía enteramente por vez primera después de tantos años, el inefable goce de libertad en pleno campo, hablaban un lenguaje tan seductor para el príncipe, que, no obstante su reserva, o más bien su disimulo, de que hemos intentado dar una idea, se dejó sorprender por su emoción y arrojó un suspiro de alegría.

Luego, poco a poco, levantó su cabeza cargada, y respiró las diferentes ráfagas de aire, a medida que venían saturadas de aroma a su rostro despejado. Cruzando los brazos sobre el pecho, como para impedirle estallar en la invasión de aquella nueva felicidad, aspiró con delicia el aire inapreciable que corre por las noches bajo los altos bosques. Aquel cielo que contemplaba, aquellas aguas que oía rumorear, aquellas criaturas que veía agitarse, ¿no eran la realidad? ¿No era un loco Aramis en creer que hubiese otra cosa en este mundo en qué soñar?

Esos cuadros embriagadores de la vida de los campos, exenta de cuidados, de temores y de incomodidades, ese océano de días felices que espejea

incesantemente ante las imaginaciones juveniles, he ahí el verdadero cebo para coger a un infeliz cautivo gastado por la piedra del calabozo, consumido en el aire enrarecido de la Bastilla. Esa vida era la que, como se recordará, le había presentado Aramis, ofreciéndosela con los mil doblones que encerraba el carroaje y el Edén encantado que ocultaban a los ojos del mundo dos desiertos del Bajío Poitou.

Tales eran las reflexiones de Aramis en tanto que seguía, con una ansiedad imposible de describir, el curso silencioso de las alegrías de Felipe, a quien veía sumirse gradualmente en las profundidades de su meditación.

Efectivamente, absorto por ella el joven príncipe, no tocaba más que con los pies a la tierra, y su alma, que había volado a postrarse ante Dios, le suplicaba concederle un rayo de luz para aquella vacilación de que había de salir su muerte o su vida.

Fue un momento terrible para el obispo de Vannes. Nunca se había hallado en presencia de tan gran desgracia. Aquella alma de acero, habituada a burlarse en la vida de obstáculos sin consistencia, nunca inferior ni vencida en la lucha, ¿iba a estrellarse en tan vasto plan, por no haber previsto la influencia que ejercían en un cuerpo humano algunas hojas de árboles movidas por el aire?

Aramis, clavado en el sitio por la angustia de su duda, contempló, pues, aquella agonía terrible de Felipe, sosteniendo la lucha contra los dos ángeles misteriosos. Este suplicio duró los diez minutos que había pedido el joven. Durante esta eternidad, Felipe no dejó de mirar al cielo con ojos suplicantes, melancólicos y humedecidos. Tampoco Aramis dejó de mirar a Felipe con ojos ávidos, inflamados, devoradores.

De súbito, el joven inclinó la cabeza. Su pensamiento descendió a la tierra. Se vio hacerse severa su mirada, plegarse su frente, armarse su boca de un valor bravio; luego, esta mirada se fijó de nuevo; pero, esta vez, reflejaba la llama de los mundanos esplendores; esta vez, se parecía a la mirada de Satanás sobre la montaña, cuando pasaba revista a los reinos de la tierra para seducir a Jesús.

La mirada de Aramis se hizo tan dulce como sombría fuera antes. Entonces, cogiéndole Felipe la mano con un movimiento rápido y nervioso:

—¡Vamos —dijo—, vamos donde se encuentra la corona de Francia!

—¿Es esta vuestra decisión, Alteza? —replicó Aramis.

—Esa es mi decisión.

—¿Irrevocable?

Felipe no se dignó siquiera responder. Miró resueltamente al obispo, como para preguntarle si era posible que un hombre desistiese jamás del partido que hubiera tomado.

—Estas miradas son dardos de fuego que dan a conocer los caracteres —observó Aramis, inclinándose sobre la mano de Felipe—. Seréis grande y poderoso, monseñor, respondo de ello.

—Continuemos, si queréis, la conversación donde la habíamos dejado. Yo os había dicho, según creo, que quería entenderme con vos sobre dos puntos: los peligros o los obstáculos. Este es punto resuelto. El otro son las condiciones que me exigís. Ahora os corresponde hablar, señor de Herblay.

—¿Las condiciones, príncipe mío? —Sin duda. No creo que me detengáis en mi camino por semejante bagatela, ni me haréis la injuria de suponer que os creo sin interés alguno en este momento. Sí, pues, descubridme sin rodeos y sin temor el fondo de vuestro pensamiento.

—A ello voy, monseñor. Cuando seáis rey ...

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana por la tarde. Quiero decir por la noche.

—Explicadme cómo.

—Cuando os haya hecho una pregunta.

—Hacedla.

—Yo había enviado a Vuestra Alteza un hombre de mi confianza, encargado de entregarle un cuaderno de notas escritas con letra muy pequeña, redactadas con precisión, notas que permiten a Vuestra Alteza conocer a fondo todas las personas que componen y compondrán su corte.

—He leído todas esas notas.

—¿Detenidamente?

Las sé de memoria.

—¿Las habéis comprendido? Perdonad; bien puedo preguntar esto al pobre abandonado de la Bastilla. Contando con que, en ocho días, no tendré ya cosa alguna que pedir a un espíritu como el vuestro, gozando de la libertad en su omnipotencia.

—Preguntadme entonces; quiero ser el discípulo a quien el sabio maestro hace repetir la lección convenida.

—Sobre vuestra familia primero, monseñor.

—¿Sobre mi madre, Ana de Austria? Sé todos sus pesares, su triste enfermedad. ¡Oh! ¡La conozco!

—¿Y a vuestro hermano segundo? —dijo Aramis inclinándose.

—Habéis unido a esas notas retratos tan maravillosamente trazado dibujados y pintados, que por ellos e reconocido a las personas cuyo carácter, costumbres e historia me revelaban vuestras notas. Señor, mi hermano es de hermoso rostro, moreno y pálido; no ama a su mujer, Enriqueta, a quien yo, Luis XIV, he amado un poco, a quien amo todavía con cierta coquetería, aunque me hiciese llorar tanto el día en que quería despedir a la señorita de La Vallière.

—Guardaos mucho de ella —replicó Aramis—; ama sinceramente al rey, y no se engañan fácilmente los ojos de una mujer que ama.

—Es rubia con ojos azules, cuya ternura me revelará su identidad; cojea algo, y me escribe todos los días una carta, cuya contestación remito por el señor

de Saint-Aignan.

—¿Y a éste le conocéis?

—Como si lo viera; y sé los últimos versos que me ha hecho, como los que le he compuesto a respuesta a los suyos.

—Muy bien. ¿Y a vuestros ministros, los conocéis?

—Colbert, rostro feo y sombrío, pero inteligente; cabellos que le caen sobre la frente; cabeza grande, pesada, maciza; enemigo mortal del señor Fouquet.

—En cuanto a éste, no nos inquietemos.

—No, porque, necesariamente, me pediréis que le destierre, ¿no es eso?

Aramis, penetrado de admiración, se limitó a decir:

—Seréis muy grande, monseñor.

—Ya veis —añadió el príncipe—, que sé mi lección admirablemente, y que mediante Dios primero, y vos después, apenas me equivocaré en nada.

—¿No tenéis también un par de ojos muy molestos, monseñor?

—Sí, el capitán de mosqueteros, señor de D'Artagnan, vuestro amigo.

—Mi amigo, debo decirlo.

—Él es quien escoltó a La Vallière a Chaillot; quien entregó a Monk en un cofre al rey Carlos II; quien ha servido tan bien a mi madre, y a quien la corona de Francia debe tanto, que se lo debe todo. ¿Acaso me vais a solicitar también que lo destierre?

—Nunca, Majestad. D'Artagnan es un hombre a quien, en un momento dado, me encargo de decirlo todo: pero, desconfiad de él, porque si nos descubre antes de esta revelación, vos o yo seremos aprisionados o muertos. Es hombre de acción.

—No lo olvidaré. Habladme del señor Fouquet. ¿Qué deseáis hacer de él?

—Un momento todavía, os lo ruego, monseñor. Perdonadme, si parece que os falto al respeto preguntándoos siempre.

—Es vuestro deber hacerlo, y estáis en vuestro derecho.

—Antes de pasar al señor Fouquet, tendría escrúpulos de olvidar a otro amigo mío.

—El señor Du Vallon, el Hércules de Francia. Por lo que toca a éste, su fortuna está asegurada.

—No, no es de él de quien yo deseaba hablar.

—Entonces, será del conde la Fère.

—Y de su hijo: hijo de nosotros cuatro.

—¿Ese mozo que se muere de amor por La Vallière, la cual le ha sido arrebatada por mi hermano deslealmente? Estad tranquilo; sabré hacérsela recobrar. Decidme una cosa, señor de Herblay: ¿se olvidan las ofensas cuando se ama? ¿Se perdona a la mujer que nos ha hecho traición? ¿Es éste uno de los usos franceses? ¿Es esta una de las leyes del corazón humano? —Un hombre que ama intensamente, como ama Raúl de Bragelonne, acaba de olvidar el crimen de su

amada; pero yo no sé si Raúl olvidará.

—Yo proveeré. ¿Es eso todo lo deseabais decirme de vuestro amigo?

—Todo.

—Vamos ahora al señor Fouquet. ¿Qué creéis que haré de él?

—Un superintendente, como lo era antes, y como yo os lo suplico.

—¡Sea! Pero hoy es primer ministro.

—No del todo.

—Será muy necesario un primer ministro a un rey ignorante y no acostumbrado a los negocios, como lo seré yo.

—¿Será muy preciso un amigo a Vuestra Majestad?

—No tengo más que uno, y ese sois vos.

—Tendréis otros más adelante, aunque nunca tan adictos, tan celosos como yo de vuestra gloria.

—Seréis mi primer ministro.

—No, desde luego, monseñor. Esto causaría mucha admiración y grandes recelos.

—El señor de Richelieu, primer ministro de mi abuela, María de Médicis, no era más que obispo de Luzón, como vos lo sois de Vannes.

—Veo que Vuestra Alteza Real se ha aprovechado bien de mis notas. Esa milagrosa perspicacia me colma de alegría.

—Yo sé que el señor de Richelieu, por la protección de la reina, llegó a ser muy pronto cardenal.

—Vale más —dijo Aramis inclinándose— que no sea primer ministro hasta que Vuestra Alteza me haya hecho nombrar cardenal.

—Lo seréis antes de dos meses, señor de Herblay. Os contentáis con poca cosa. No me ofenderíais pidiéndome más, y me afligiréis deteniéndoos en tan poco.

—Algo más espero aún, monseñor.

—¡Decid, decid!

—El señor Fouquet no se ha de ocupar siempre de los asuntos, envejecerá pronto. Ama el placer, compatible hoy con su trabajo, gracias al resto de juventud que le queda; mas esta juventud desaparecerá al primer pesar o a la primera enfermedad. Nosotros evitaremos el pesar, porque es hombre obsequioso y de noble corazón, pero no podemos precaverle, de la enfermedad. Así, está juzgado. Cuando hayáis pagado todas las deudas del señor Fouquet, y puesto la Hacienda en buen estado, el señor podrá seguir siendo rey en su corte de poetas y pintores; nosotros le habremos hecho rico. Entonces, seré primer ministro de Vuestra Alteza Real, y podré pensar en mis intereses y en los vuestros.

El joven miró a su interlocutor.

—El señor de Richelieu, de quien hablábamos —dijo Aramis—, tuvo la gran

sinrazón de querer dirigir por sí solo a Francia, y dejó reinar sobre el mismo trono a dos reyes, el rey Luis XIII y él, mientras podía instalarlos más cómodamente en dos tronos distintos.

—¿En dos tronos? —dijo el joven meditando.

—En efecto —continuó Aramis tranquilamente—: un cardenal, primer ministro de Francia, auxiliado con el favor y el apoyo del rey cristianísimo; un cardenal, a quien el rey su señor prestase sus tesoros, sus ejércitos, sus consejos, este hombre haría un doble empleo importuno, aplicando todos sus recursos a Francia únicamente. Por otra parte —agregó Aramis penetrando con sus miradas hasta el interior de los ojos de Felipe—, vos no seréis un rey como vuestro padre, delicado, lento y cansado de todo, sino un rey de talento y aguerrido; no tendréis bastante con vuestros estados, y yo os incomodaría en ellos. Pero jamás nuestra amistad debe ser, no digo alterada, sino siquiera rozada por un pensamiento secreto. Yo os habré dado el trono de Francia, y vos me daréis el de San Pedro. Cuando vuestra mano leal, poderosa y armada, tenga por hermana gemela la de un papa como yo, ni Carlos V, que poseyó las tres partes del mundo, ni a magno, que lo poseyó por completo, llegarán a la altura de vuestro cinturón. Yo no tengo alianzas; yo no tengo prejuicios, y no os empeñaré en guerras con los herejes, ni en guerras de familia; diré: «Para nosotros dos el universo; para mí las almas, para vos los cuerpos». Y, como yo moriré primero, me heredaréis. ¿Qué decís de mi plan, monseñor?

—Digo que me hacéis feliz y orgulloso nada más que de haberos comprendido; señor de Herblay, seréis cardenal; señor cardenal, seréis primer ministro. Despues, me indicaréis lo que es preciso hacer para que se os elija papa, y lo haré. Pedid garantías.

—Es inútil. No obraré nunca sino haciendo ganar algo; yo no me elevaré nunca sin haberlo elevado al escalón superior; estaré siempre bastante lejos de vos, para que no sintáis celos de mí, pero no tanto que no pueda procurar lo que os convenga y cultivar vuestra amistad. Todos los contratos de este mundo se rompen porque el interés que encierran tiende a inclinarse a un solo lado. Jamás sucederá esto entre nosotros; no tengo, pues precisión de garantías.

—¡Así... mi hermano... desaparecerá!

—Simplemente. Le arrebataremos de su lecho valiéndonos de una trampa que ceda a la presión del dedo. Dormido bajo el solio, despertará en el cautiverio. Sólo vos mandaréis desde aquel momento, y no tendréis mejor y más agradable interés que el de, conservarme a vuestro lado.

—Verdad es. He aquí mi mano, señor de Herblay.

—Permitidme que me arrodille ante vos. Majestad, muy respetuosamente. Ya nos abrazaremos el día que tengamos en la frente, vos la corona, yo la tiara.

—Abrazadme hoy mismo, y sed más que grande, más que hábil, más que sublime genio: ¡sed bueno para mí, sed mi padre!

Aramis estuvo a punto de enterñecerse oyéndole hablar. Creyó sentir en su corazón cierto movimiento hasta entonces desconocido; pero su impresión se extinguíó bien pronto.

« ¡Su Padre! —pensó—. ¡Si, padre santo!» .

Y los dos tomaron asiento en la carroza, que partió rápidamente por el camino de Vaux-le-Vicomte.

## Capítulo XI

---

### El palacio de Vaux-le-vicomte

El palacio de Vaux-le-Vicomte, situado a una legua de Melun, había sido construido por Fouquet en 1653. Entonces había muy poco dinero en Francia. Mazarino lo recogió todo, y Fouquet gastaba lo que quedó. Sólo que, ciertos hombres tienen los defectos fecundos y los vicios útiles, Fouquet, al gastar los millones en este palacio, había encontrado medio de reunir tres hombres ilustres: Levau, arquitecto del edificio; Le Nôtre, dibujante de los jardines, y Le Brun, decorador de las habitaciones.

Si el palacio de Vaux tenía algún defecto censurable, era su carácter grandioso y su graciosa magnificencia. Todavía hoy es proverbial nombrar las arpantas de su techo, cuya reparación es en nuestros días la ruina de las fortunas tan menguadas como toda la época.

Vaux-le-Vicomte cuando uno ha franqueado su extensa verja, sostenida por cariátides, despliega el principal cuerpo de edificio en el vasto patio de honor, cercado de profundo foso que bordea una magnífica balaustrada de piedra. Nada tan noble como el arímez del centro, colocado en su grada como un soberano en su trono, con cuatro pabellones a su alrededor que forman los ángulos, y cuyas inmensas columnas jónicas élévense suntuosamente a toda la altura del edificio. Los frisos adornados de arabescos, y los frontones que coronan las pilastras, derraman por todas partes la riqueza y la gracia. Las cúpulas que dominan el todo, le dan amplitud y majestad.

Este edificio, construido por un súbdito, se asemeja mucho más a un palacio real que aquellos que Wolsey se creía obligado a regalar a su amo por temor de producirle envidia.

Pero, si la magnificencia y el gusto brillan en algún sitio especial de este

palacio, si puede preferirse algo a la espléndida disposición del interior, al lujo de los dorados, a la profusión de las pinturas y estatuas, es el parque, son los jardines de Vaux. Los surtidores de agua, maravillosos en 1653, se admirarán todavía hoy. Las cascadas eran el asombro de todos los reyes y de todos los príncipes; y, en cuanto a la célebre gruta, asunto de tantos versos, morada de la ilustre ninfa de Vaux, a quien Pellisson hace hablar con La Fontaine, se nos dispensará qué describamos sus bellezas; porque no quisiéramos reanimar para nosotros las críticas que concebía Boileau.

Aquello no son más que festones aquello no son más que astrágalos. Y yo me salvo apenas a través del jardín.

Haciendo como Despréaux, entraremos en éste parque de sólo ocho años de fecha, y cuyas cimas, ya soberbias, se abrían enrojecidas a los primeros rayos del sol. Le Nôtre había apresurado el placer de los mecenas de su época; todos los planteles habían producido doble número de árboles, en medio del cultivo y de los más excelentes abonos. Todo árbol de las inmediaciones que prometía alguna esperanza, fue arrancado con sus raíces y trasplantado en el parque. Fouquet bien podía comprar árboles para embellecer su parque, pues había comprado tres aldeas con sus términos para darle más extensión.

El señor de Scudéry dice de este palacio que, para regalarlo, Fouquet había dividido un río en innumerables fuentes, y reunido mil fuentes en torrentes. Este señor de Scudéry dice otras muchas cosas en su Clelia sobre el palacio de Valterre, cuyas bellezas describe minuciosamente. Procederemos más cuerdamente remitiendo los lectores curiosos a Vaux, que enviándolos a la Clelia. Sin embargo, hay tantas leguas de París a Vaux, como de volúmenes a la Clelia.

Esta espléndida casa estaba preparada para recibir al más grande rey del mundo. Los amigos del señor Fouquet habían acarreado allí, unos sus actores y decoraciones, otros sus equipajes de estatuarios y de pintores, y algunos, sus plumas finamente cortadas. Tratábase de aventurar muchas improvisaciones.

Las cascadas, poco dóciles, aunque ninfas, rebosaban un agua cristalina y derramaban sobre los tritones y nereidas de bronce olas de espumosa agua que tomaba los colores del iris con los rayos del sol.

Un ejército de sirvientes estaban en continuo movimiento por patios y corredores, mientras Fouquet, que había legado por la mañana, paseaba tranquilamente y todo lo contemplaba, para dar las últimas órdenes luego que sus mayordomos hubiesen concluido la revista.

Como ya hemos dicho, era el 15 de agosto. El sol caía a plomo sobre las espaldas de los dioses de mármol y de bronce; caldeaba el agua de las conchas, y molduraba en los vergeles aquellos magníficos melocotones que el rey debía echar de menos cincuenta años después, cuando, careciendo en Marly de aquellas hermosas especies, en unos jardines que habían costado a Francia el doble que los de Vaux, decía el gran rey a alguien: « Sois demasiado joven para

haber comido los melocotones del señor Fouquet».

¡Oh recuerdos! ¡Oh trompetas de la fama! Oh gloria mundana! ¡El que se creía dotado de un gran mérito; el que había recogido la herencia de Nicolás Fouquet; el que la había recibido de Le Nôtre y Le Brun; el que había enviado a aquél para toda su vida a una prisión de Estado, solamente se acordaba de los melocotones de aquel enemigo vencido, ahogado y olvidado! Fouquet había invertido treinta millones en sus estanques, en los crisoles de sus estatuarios, en los escritos de sus poetas, en la colección de dibujos de sus pintores; había creído, aunque en vano, que de este modo se pensaría en él. ¡Un melocotón encarnado y carnoso entre losangos de un enrejado, bajo las lenguas verdagueantes de sus agudas hojas, esa porción de materia vegetal que un lirón roía sin pensar en ello bastábale al gran rey para resucitar en su memoria la triste sombra del último superintendente de Francia!

Bien seguro de que Aramis había distribuido las grandes masas, que había tenido cuidado de hacer custodiar las puertas y preparar los alojamientos, Fouquet no se preocupaba más que del conjunto. Aquí, Gourville le enseñaba las disposiciones de los fuegos artificiales; allá, Molière le conducía al teatro; y en fin, después de visitar los salones, la capilla y las galerías, cuando Fouquet volvía a bajar agotado, vio a Aramis en la escalera. El prelado le hacía una seña.

El superintendente fue a reunirse con su amigo, que le detuvo ante un gran cuadro apenas concluido. Arrimado a aquel lienzo, el pintor, Le Brun, cubierto de sudor, manchado de colores, pálido de fatiga y de inspiración, daba los últimos toques de su ligero pincel. Era el retrato del rey a quien se aguardaba, con el traje de ceremonia que Percerín había dejado ver de antemano al obispo de Vannes.

Fouquet se colocó delante de aquel cuadro, que vivía por así decirlo, en su fresca carne y en su húmedo color. Miró la figura, calculó el trabajo, admiró, y, no encontrando recompensa digna de aquel trabajo de Hércules, pasó sus brazos en torno al cuello del pintor, y le abrazó. El señor superintendente acababa de estropear un traje de mil doblones, pero había tranquilizado a Le Brun.

Aquel momento fue muy precioso para el artista, y doloroso para el señor Percerín, que también iba detrás de Fouquet y admiraba en la pintura de Le Brun el vestido que había hecho para Su Majestad, objeto artístico, decía, que no tenía par sino en el guardarropa del señor superintendente.

Su pena y sus exclamaciones fueron interrumpidas por la señal que se dio desde la azotea de la casa. Al otro lado de Melun, y ya en la llanura, los centinelas de Vaux habían divisado el séquito del rey y de las reinas: Su Majestad entraba en Melun con su larga fila de carrozas y jinetes.

—Dentro de una hora —dijo Aramis a Fouquet.

—¡Dentro de una hora! —contestó éste, suspirando.

—¡Y el pueblo pregunta para qué sirven las fiestas reales! —continuó el

obispo de Vannes con su falsa sonrisa.

—¡Ay! Yo, que no soy pueblo, me lo pregunto también.

—Os contestaré dentro de veinticuatro horas, monseñor; recobrad vuestro buen semblante, porque hoy es día de alegría.

—Pues bien; creedme, si queréis, Herblay —dijo el superintendente, señalando con el dedo al acompañamiento de Luis que se descubría a lo lejos—, no me quiere, ni yo tampoco le quiero mucho, pero no sé en qué consiste, que conforme se aproxima a mi casa...

—Y bien, ¿qué?

—Conforme se aproxima, me es más sagrado, es más rey, y casi querido.

—¿Querido? Si —dijo Aramis recalcando la palabra—, como, más tarde, el abate Terry con Luis XV.

—No os burléis, Herblay; siento que si él lo quisiese, amaría a ese joven.

—No es a mí a quien debéis esto —repuso Aramis—, sino al señor Colbert.

—¡Al señor Colbert! —gritó Fouquet—. ¿Por qué?

—Porque cuando sea superintendente os concederá una pensión sobre las cajas reales.

Lanzando este dardo, Aramis saludó.

—Adónde vais —preguntó Fouquet, que se había quedado triste.

—A mi habitación, para mudar de trajes monseñor.

—¿Dónde estáis alojado, Herblay?

—En la cámara azul del segundo piso.

—¿La que da sobre la cámara del rey?

—Precisamente.

—¡Qué yugo habéis escogido! ¡Condenarse a no poderse mover...!

—Toda la noche, señor duermo o leo en mi lecho.

—¿Y vuestra servidumbre?

—Sólo me acompaña una persona.

—¿Tan poco?

—Me basta con mi lector. Adiós, monseñor; no os fatiguéis demasiado. Conservaos fresco para la llegada Rey.

—¿Se os verá...? ¿Se verá a vuestro amigo Du Vallon?

—Lo he alojado a mi lado, se está vistiendo.

Y Fouquet, saludando con la cabeza y con la sonrisa, pasó como un general en jefe que visita las avanzadas cuando se le ha señalado el enemigo.

## Capítulo XII

---

### El vino de Melun

El rey había entrado efectivamente en Melun, con intención de sólo atravesar la ciudad. El joven monarca estaba sediento de placeres. Durante el viaje no había visto más que dos veces a La Vallière, y comprendiendo que no podía hablarle sino por la noche en los jardines, después de la ceremonia, había apresurado su llegada a Vaux. Mas no contaba con su capitán de mosqueteros, ni con el señor Colbert.

Semejante a Calipso, que no podía consolarse de la partida de Ulises, nuestro gascón no podía consolarse de no haber comprendido por qué Aramis hacía pedir a Percerín la exhibición de los nuevos vestidos del rey.

« El caso es —se decía aquel entendimiento inflexible en su lógica—, que mi amigo, el obispo de Vannes, hace esto por algo» .

Pero fatigaba su cerebro inútilmente.

D'Artagnan tan experto en todas las intrigas de la Corte; D'Artagnan, que conocía la situación de Fouquet mejor que él mismo, había concebido las más extrañas sospechas al oír el anuncio de aquella fiesta capaz de arruinar al hombre más rico, y que era una obra imposible, insensata, para un hombre arruinado. Además, la presencia de Aramis, que había regresado de Belle-Île, y que el señor Fouquet había nombrado gran ordenador, su intervención perseverante en todos los asuntos del superintendente, y las visitas del señor de Vannes a Baisemeaux, atormentaban vivamente a D'Artagnan hacia algunas semanas.

« Con hombres del temple de Aramis —se decía—, no se obtienen ventajas con el acero en la mano. Mientras que Aramis ha hecho de guerrero, hubo esperanzas de superarlo; pero, desde que ha cambiado la coraza por la estola, estamos perdidos. Pero ¿qué pretende Aramis?» .

Y D'Artagnan pensaba:

« ¿Qué me importa, si en último resultado desea derribar al señor Colbert? ¿Puede acaso querer otra cosa?» .

D'Artagnan rascábase la frente, aquella tierra fecunda de donde el arado de sus uñas había hecho brotar tantas y tan buenas ideas.

Concibió la de avistarse con el señor Colbert; pero su amistad y su juramento de otro tiempo, le unían demasiado a Aramis. Desistió. Además, aborrecía al hacendista.

Quiso franquearse con el rey. Pero el rey no comprendería nada de sus sospechas, que carecían hasta de la realidad de la sombra.

Resolvió, por tanto, dirigirse directamente a Aramis en el momento que le viese.

« Le pillaré bruscamente entre dos fuegos —pensaba el mosquetero—; le pondré la mano sobre su corazón, y me dirá... ¿Qué me dirá? Sí, me dirá algo, porque, ¡diantre, aquí hay gato encerrado!» .

D'Artagnan, ya más tranquilo, hizo sus preparativos de viaje, y dedicó todo su cuidado a que la guardia real, todavía poco considerable, estuviera bien reglamentada y mandada en sus medianas proporciones. De estos esfuerzos del capitán resultó que, cuando el monarca llegó frente de Melun, se vio a la cabeza de sus mosqueteros, de sus suizos Y de un piquete de guardias francesas. Parecía un pequeño ejército. El señor Colbert miraba aquellos hombres de armas con gran alegría. Hubiera deseado una tercera parte más.

—¿Por qué? —le preguntaba el rey.

—Para hacer más honor al señor Fouquet —replicaba Colbert.

« Para arruinarle más pronto» , pensaba D'Artagnan.

El ejército apareció frente a Melun, cuyos nobles presentaron al rey das llaves, y le invitaron a entrar en la casa ayuntamiento a fin de tomar el vino de honor.

El rey, que se proponía pesar adelante y llegar a Vaux enseguida, se puso encendido de despecho.

—¿Quién es el imbécil que me ha producido este retraso? —gruñó entre dientes, mientras el regidor mayor pronunciaba su discurso.

—No soy yo —contestó D'Artagnan—, pero creo que ha sido el señor Colbert.

Colbert oyó su nombre.

—¿Qué desea el señor D'Artagnan? —le preguntó.

—Deseaba saber si sois el que ha hecho retrasar al rey con el vino de Brie.

—Sí, señor.

—Entonces es a vos a quien el rey ha dado un nombre.

—¿Cuál, señor?

—No lo sé muy bien... Esperad... necio... no, no... imbécil, estúpido. He

aquí lo que Su Majestad ha dicho del que le ha preparado el vino de Melun. D'Artagnan, después de aquella andanada, acarició tranquilamente a su caballo. La gruesa cabeza del señor Colbert se infló como un odre.

D'Artagnan, viéndolo tan demudado por la ira, no se detuvo. El orador continuaba; el rey enrojecía a ojos vistas.

—¡Diantre...! —dijo flemáticamente el mosquetero—. Al rey le va a dar una congestión al cerebro. ¿De dónde diablos habéis sacado esa idea, señor Colbert? No habéis estado feliz.

—Señor —contestó el hacendista enderezándose—, me la ha inspirado mi celo por el servicio del rey.

—¡Bah!

—Señor, Melun es una ciudad, una buena ciudad que paga bien, a la que no se debe descontentar

—¡Vos lo veis así! Yo, que no soy hacendista, únicamente he visto un objeto de vuestra idea.

—¿Cuál señor?

—El de alborotar un poco la bilis al señor Fouquet, que se impacienta allá bajo en sus torreones esperando.

El golpe era certero y rudo. Colbert quedó desconcertado. Y se retiró con la cabeza baja. Afortunadamente, el discurso había terminado. El rey bebió; después, todos reanudaron la marcha a través de la ciudad. El rey mordíase los labios, porque se acercaba la noche y la esperanza de pasear con La Vallière se desvanecía.

Para hacer entrar la casa del rey en Vaux, se necesitaba por lo menos cuatro horas, gracias a todas las consignas. Así es, que el rey, que ardía de impaciencia, daba prisa a las reinas, a fin de llegar antes del anochecer.

Mas, en el momento de ponerse en marcha, surgieron las dificultades.

—¿No va a pernoctar el rey en Melun? —dijo el señor Colbert, por lo bajo, al señor de D'Artagnan.

El señor Colbert se hallaba poco inspirado aquel día, dirigiéndose de este modo al jefe de los mosqueteros. Este había adivinado que el rey no quería permanecer en aquel punto, D'Artagnan no pensaba dejarle entrar en Vaux sino bien acompañado: quería, pues, que rodease a Su Majestad toda la escolta. Por otra parte, conocía que las dilaciones irritarían su carácter impaciente. ¿Cómo armonizar estas dificultades? D'Artagnan cogió la palabra a Colbert y se la lanzó al rey:

—Majestad —dijo—, el señor Colbert pregunta si pernoctaréis en Melun.

—¿Permanecer en Melun? ¿Y para qué? —exclamó Luis XIV—. ¡Hacer noche en Melun...! ¡Quién diablo ha podido pensar en eso, cuando el señor Fouquet nos espera esta noche?

—Era —repuso vivamente Colbert—, por temor a retardar a Vuestra

Majestad, que conforme a la etiqueta no puede entrar más que en su casa, sin que las habitaciones estén preparadas por su aposentador y distribuida la guardería.

D'Artagnan lo escuchaba atentamente y se mordía el bigote.

Las reinas lo oían también. Estaban cansadas; hubiesen querido dormir, y sobre todo impedir al rey pasearse, por la noche, con el señor de Saint-Aignan y las damas; porque, si la etiqueta retenía en su habitación a las princesas, las damas, concluido su servicio, podían pasear libremente.

Se ve, pues, que todos estos intereses, acumulándose en vapores, debían producir nubes, y las nubes una tempestad. El rey no tenía bigote que morderse, pero mascaba el puño de su látigo. ¿Cómo salir de allí? D'Artagnan y Colbert hacíanse los desentendidos, cada cual a su modo. ¿A quién morder?

—Consultaremos a la reina —dijo Luis XIV, saludando a las damas.

Y esta atención penetró en el corazón de María Teresa, que era buena y generosa, y que, puesta en su libre albedrío, replicó respetuosamente:

—Siempre haré con gusto lo que me dicte la voluntad del rey.

—¿Cuánto tiempo precisa para llegar a Vaux? —preguntó Ana de Austria balbuceando cada sílaba, y apoyando la mano en su dolorido pecho.

—Una hora para las carrozas de Sus Majestades —contestó D'Artagnan—, por caminos bastantes buenos.

El rey lo miró.

—Un cuarto de hora para el rey —se apresuró a decir.

—¿Se llegará de día? —dijo Luis XIV.

—Pero el alojamiento de la casa militar —objetó dulcemente Colbert, hará perder al rey la celeridad del viaje, por pronto que se haga.

« ¡Grandísimo animal! —pensó D'Artagnan—. Si tuviese interés en arruinar tu crédito lo conseguiría en diez minutos» .

—En lugar del rey —agregó en voz alta—, me iría a casa del señor Fouquet, que es un hombre muy cumplido, dejaría a la familia, me presentaría como amigo, y entraría sólo con mi capitán de guardias; no por eso sería menos grande y sagrado.

La alegría brilló en los ojos del rey.

—He aquí un buen consejo —dijo—, señoras mías; vamos como un amigo a casa de otro. Marchad despacio, señores de los equipajes; y nosotros, adelante.

Y se llevó en pos de sí a todos los jinetes.

Colbert ocultó su gruesa cabeza detrás del cuello de su caballo.

« De este modo me veré desembarazado —se decía D'Artagnan, galopando — para conversar esta misma tarde con Aramis. Además, el señor Fouquet es un hombre muy cumplido. ¡Pardiez! Lo he dicho, y hay que creerlo» .

He aquí cómo, hacia las siete de la tarde, sin trompetas ni guardias avanzadas, sin exploradores ni mosqueteros, el rey se presentó ante la verja de Vaux, donde

Fouquet, prevenido, esperaba hacia una media hora, con la cabeza descubierta, en medio de su servidumbre y de sus amigos.

## Capítulo XIII

---

### Néctar y ambrosía

Fouquet tuvo el estribo al rey, quien, habiendo echado pie a tierra, se realzó graciosamente, y, más graciosamente todavía, le tendió una mano que Fouquet, a pesar de un ligero esfuerzo del rey, llevó a sus labios respetuosamente.

El rey quería escapar, en el primer recinto, la llegada de las carrozas. No tuvo que aguardar mucho. Los caminos habían sido arreglados por mandato del superintendente. Desde Melun hasta Vaux no se hubiera encontrado una piedra como un huevo. Así es que las carrozas, rodando como sobre una alfombra, condujeron allí, sin vaivenes ni fatigas, a las demás a las ocho de la noche. Fueron recibidas por la señora superintendente, y, en el momento en que aparecían, una luz, viva como la del día, salía de todos los árboles, de todos los jarrones, de todos los mármoles. Este encantamiento duró hasta que Sus Majestades pasaron al interior del palacio.

Todas aquellas maravillas, que el cronista ha acumulado, o mejor, conservado en su relato, a riesgo de rivalizar con el novelista, aquellos esplendoros de la noche vencida, de la naturaleza corregida, de todos los placeres, de todos los lujos combinados para el deleite de los sentidos y del espíritu, los ofreció realmente Fouquet a su monarca, en aquel retiro encantado, del que ningún soberano de Europa podía lisonjearse entonces de poseer el equivalente.

No hablaremos ni del gran festín que reunió a Sus Majestades, ni de los conciertos y las fantásticas transformaciones; nos contentaremos con describir el rostro del rey, que de alegre, abierto y satisfecho al principio, se convirtió bien pronto en sombrío, disgustado e irritado. Se acordaba de su casa, y de aquel pobre lujo que no era más que el instrumento de la realeza sin ser la propiedad

del hombre rey. Los grandes jarrones del Louvre, los antiguos muebles y la vajilla de Enrique II, de Francisco I y de Luis XI, no eran más que monumentos históricos. No eran más que objetos artísticos, un expolio del oficio del rey. En casa de Fouquet, el trabajo y la materia eran de inestimable valor Fouquet comía en una vajilla de oro que sus artistas habían fundido y cincelado para él. Fouquet bebía vino suyo cuyo nombre ignoraba el rey de Francia, y los bebia en vasos más preciosos cada uno que toda la bodega del rey.

¿Y qué podría decirse de las salas, tapicerías, cuadros, criados y oficiales de todas clases? ¿Qué del servicio, en que, reemplazando el orden a la etiqueta y el bienestar a las consignas, el placer y la satisfacción del invitado eran la suprema ley de todo lo que obedecía al huésped?

Aquel enjambre de gentes ocupadas sin ruido; aquella multitud de convidados, menos numerosos que los criados; aquellas miradas de manjares, de vasos de oro y de plata; aquellos chorros de luz; aquellos montones de flores desconocidas de que habiérase despojado a los invernáculos como de una pesada carga, pues que todas estaban redundantes de belleza; aquel conjunto armonioso, que no era más que el preludio de la fiesta prometida, extasió a todos los convidados, que manifestaron su admiración repetidas veces, no con la voz o el gesto, sino con el silencio y la atención, dos lenguajes del cortesano que no conocía ya el freno del amo.

Respecto al rey, sus ojos se hincharon y ya no se atrevió a mirar a la reina. Ana de Austria, siempre superior en orgullo a las demás criaturas, humilló a Fouquet por el desprecio que manifestaba a todo lo que se le servía.

La joven reina, bondadosa y curiosa de la vida, alabó a Fouquet, comió con gran apetito, y preguntó el nombre de algunas frutas que se veían sobre la mesa. Fouquet respondía que los ignoraba. Aquellas frutas procedían de sus reservas, que a menudo cultivaba él mismo, pues era un sabio en materia de agronomía exótica. El rey conoció la delicadeza, y se sintió más humillado. Encontraba a la reina algo pueblo, y a Ana de Austria un poco Juno. Todo su cuidado consistía en mantenerse frío, entre el límite del mayor desprecio o de la simple admiración.

Pero Fouquet había previsto todo esto: era uno de esos hombres a quienes nada escapa.

El rey había declarado expresamente que, mientras estuviese en casa del señor Fouquet, deseaba que se desterrase de sus comidas la etiqueta, y, por tanto, que comería con todo el mundo; mas, por las atenciones del superintendente, la comida del rey siempre se servía aparte, si es lícito expresarse así, en medio de la mesa general. Esta comida, encantadora por su composición, comprendía todo lo que al rey le gustaba, todo lo que habitualmente prefería. Luis no tenía excusas para decir que le faltaba el apetito, cuando era el primero del reino en apetito.

Fouquet condújose mucho mejor: habiérase sentado a la mesa por obedecer la orden del rey; mas en cuanto se sirvieron las sopas, se levantó de la mesa y sirvió

por sí mismo al rey; mientras, la señora superintendenta estaba colocada detrás del sillón de la reina madre. El desprecio de Juno y la displicencia de Júpiter no estallaron contra esta muestra de delicadeza. La reina madre tomó un bizcocho en vino de Sanlúcar, y el rey comió de todo diciendo al señor Fouquet:

—Es imposible, señor superintendente, hacer mejor los honores. Con lo cual, toda la Corte se puso a devorar con tal entusiasmo, que hubiérase creído que era una nube de langostas de Egipto que se abatía sobre los verdes centenos. Esto no impidió que, satisfecha el hambre, el monarca volviera a ponerse triste, en proporción al buen humor que había creído deber manifestar; sobre todo por la buena cara que sus cortesanos habían puesto a Fouquet.

D'Artagnan, que comía mucho y bebía bien, sin aparentarlo, no perdió bocado, mas hizo un gran número de observaciones provechosas.

Concluida la cena, el rey no quiso perder el paseo. El parque se hallaba iluminado. La luna, como si se hubiese puesto a las órdenes del señor de Vaux, argentaba los macizos y los lagos. La frescura era suave. Las calles de árboles estaban sombrías y enarenadas tan blandamente, que los pies sentían una especie de placer. Hubo allí fiesta completa; porque el rey, encontrando a La Vallière a la vuelta de un bosquecillo, le pudo apretar la mano y decirle: «Os amo», sin que lo oyera más que D'Artagnan, que le seguía, y Fouquet, que le precedía.

Aquella noche de encantamientos iba avanzando. El rey pidió su cámara. Al instante se puso todo en movimiento. Las reinas pasaron a las suyas al son de tiaras y de flautas. El rey encontró, al subir la escalera principal, a sus mosqueteros, a quienes Fouquet había hecho venir de Melun y convidado a cenar.

D'Artagnan perdió toda desconfianza. Estaba fatigado, había cenado bien, y quería, por una vez en su vida, gozar de una fiesta en casa de un verdadero rey.

«Fouquet —se decía— es mi hombre».

Llevaron al monarca, con gran ceremonia, a la cámara de Morfeo, de que debemos hacer una ligera mención a nuestros lectores. Era la más hermosa y espaciosa del palacio. Le Brun había pintado, en la cúpula, los sueños dichosos y los sueños tristes que Morgeo suscita tanto a los reyes como a los hombres. Todo lo más gracioso que produce el sueño, la miel y los perfumes que derrama, las flores y el néctar, los deleites o el reposo de los sentidos, todo había enriquecido los maravillosos frescos de aquel pintor. Era una composición tan suave en una parte, como siniestra y terrible en la otra. Las copas que vierten los venenos, el hierro que resplandece sobre la cabeza del que duerme, los hechiceros y los fantasmas con espantosas máscaras, las medias tinieblas, más aterradoras que las llamas o la obscura noche, he aquí lo que había reunido en sus graciosos cuadros.

Cuando el rey entró en aquella magnífica cámara, se estremeció. Fouquet le preguntó la causa.

—Tengo sueño —respondió Luis bastante pálido.

—¿Quiere Vuestra Majestad su servicio inmediatamente?

—No; tengo que hablar con algunas personas —dijo el rey—. Que se avise al señor Colbert.

Fouquet se inclinó y salió.

## Capítulo XIV

---

### A gascón, gascón y medio

D'Artagnan no había perdido el tiempo; no estaba en su costumbre. Después de haberse informado de Aramis, le siguió buscando hasta que le encontró. Ahora bien, Aramis, una vez que el monarca entró en Vaux, se retiró a su habitación, discurriendo, sin duda, alguna galantería para agradar a su Majestad.

D'Artagnan hizose anunciar y encontró, en el segundo piso, en una magnífica habitación que se llamaba la cámara azul, a causa de sus colgaduras, al prelado de Vannes en compañía de Porthos y de otros varios epicúreos modernos.

Abrazó Aramis a su amigo, le ofreció el mejor asiento y, como advirtiesen los demás que el mosquetero callaba, sin duda con objeto de hablar luego secretamente con Aramis, los epicúreos pidieron la venia para retirarse.

Porthos no se movió. Verdad es que, habiendo comido mucho, dormía en un sillón. Porthos tenía el ronquido armonioso, y podíase hablar con esta especie de bajo como la antigua melopea.

Sintió D'Artagnan tener que principiar la conversación, y como fuese ésta ardua empresa, abordóla claramente.

—Y bien —dijo—, vednos, pues, en Vaux.

—Sí, D'Artagnan. ¿Os gusta la mansión?

—Mucho, y también el señor Fouquet.

—¿Verdad que es encantador?

—¡No había de saber!

—Se dice que el rey ha principiado por mostrarse frío, pero que al fin se ha ablandado.

—¿No habéis visto, pues, cuando decís: "Se dice"?

—No; yo me ocupaba, con esos señores que acaban de salir, de la

representación y del torneo de mañana.

—¡Ah, ya! ¡Sois vos aquí el ordenador de las fiestas?

—Soy, como sabéis, amigo de los deleites de la imaginación; siempre poeta en algún concepto.

—He visto vuestros versos. Eran deliciosos.

—Los he olvidado; pero me complace saber los de otros, cuando los otros se llaman Molière, Pellisson, La Fontaine, etc.

—¿Sabéis, Aramis, la idea que se me ha ocurrido esta noche cenando?

—No; decidme; si no, nunca la adivinaría. ¡Tenéis tantas!

—Pues bien, el verdadero rey de Francia, no es Luis XIV.

—¿Eh? —exclamó Aramis dirigiendo involuntariamente sus ojos hacia los ojos del mosquetero.

—No, lo es el señor Fouquet. Aramis respiró y sonrió.

—Veis las cosas como los demás: ¡celoso! —dijo—. No parece sino que es el señor Colbert quien ha hecho esta frase.

D'Artagnan, para halagar a Aramis, le contó las desventuras de Colbert con motivo del vino de Melun.

—¡Ruin ralea, la de Colbert! —dijo Aramis.

—¡A fe que sí!

—Cuando uno piensa —añadió el obispo—, que ese perillán será vuestro ministro dentro de cuatro meses...

—¡Bah!

—Y que le serviréis como a Richelieu, como a Mazarino.

—Como vos servís a Fouquet —dijo D'Artagnan.

—Con esta diferencia, querido amigo, que el señor Fouquet no es el señor Colbert.

—Es verdad.

Y D'Artagnan aparentó ponerse triste.

—Pero —añadió un momento después—, ¿por qué decís que el señor Colbert será ministro dentro de cuatro meses?

—Porque el señor Fouquet no lo será ya —replicó Aramis.

—Habrá caído, ¿no es así? —continuó D'Artagnan.

—Completamente.

—Para qué celebrar entonces las fiestas? —dijo el mosquetero con un tono de bondad tan natural, que el obispo dudó por un instante—. ¿Por qué no le habéis disuadido?

Esta última parte de la frase era un exceso. Aramis volvió a la desconfianza.

—Se trata —dijo— de gobernar al rey.

—¿Arruinándose?

—Arruinándose por él, sí.

—¡Singular cálculo!

—La necesidad.

—No la veo, querido Aramis.

—Sí, notad al antagonista naciente del señor Fouquet.

—Y cómo el señor Colbert empuja al rey a deshacerse del superintendente.

—Salta a la vista.

—Y que hay cábala contra Fouquet...

—Por sabido.

Bajo la apariencia de que el rey toma partido contra un hombre que todo lo gasta por agradarle.

—Es verdad —dijo lentamente Aramis, poco convencido, y deseoso de llevar a otro tema la conversación.

—Hay locuras y locuras —prosiguió D'Artagnan—. Y a mí no me gustan todas las que vos hacéis.

—¿Cuáles?

—La cena, el baile, el concierto, la comedia, los torneos, las cascadas, los fuegos de alegría y dé artificio, las iluminaciones y los presentes, muy bien, os concedo esto; mas estos gastos de circunstancias, ¿no bastan?

—¿Es necesario...?

—¿Qué?

—¿Es necesario preparar de nuevo toda una casa, por ejemplo?

—¡Oh! Es cierto. Eso he dicho al señor Fouquet, y me ha respondido que, si fuese bastante rico, ofrecería al rey un palacio nuevo con veletas y cuevas; nuevo, con todo lo que tuviera dentro, y cuando el rey hubiera partido, le prendería fuego para que no sirviese a nadie.

—Eso es de español puro.

—Eso le dije yo. Y él añadió esto: «Quien me aconseje ahorrar, será enemigo mío».

—Demencia, os digo, así como ese retrato.

—¿Qué retrato? —preguntó Aramis.

—El del rey, esa sorpresa...

—¿Esa sorpresa?

—Sí, para la cual habéis tomado modelos de casa de Percerín. D'Artagnan se detuvo. Había lanzado la flecha. No se trataba ya más que de medir las consecuencias.

—Eso es una graciosidad —contestó Aramis.

D'Artagnan fue derecho a su amigo, le cogió las dos manos, y, mirándole a los ojos:

—Aramis —dijo—, ¿me queréis todavía un poco?

—Sí, os quiero!

—¡Bien! Un favor, entonces. ¿Por qué habéis tomado muestras del vestido del rey en casa de Percerín?

—Venid conmigo a preguntarla a ese pobre Le Brun, que trabajó dos días y dos noches.

—Aramis, ésa es la verdad para todo el mundo; mas para mí...

—¡En verdad, D'Artagnan, me sorprendéis!

—Sed bueno para mí. Decidme la verdad: vos no quisierais que eso me ocasionara un disgusto, ¿eh?

—Amigo mío, llegáis a ser incomprendible. ¿Qué diablos sospecháis?

—¿Creéis en mis instintos? En ellos creíais otras veces. Pues bien, mi instinto me dice que tenéis un proyecto secreto.

—¿Yo, un proyecto?

—Estoy seguro de ello.

—¡Pardiez!

—Estoy tan seguro, que lo juraría.

—D'Artagnan, me producís un vivo sentimiento. En efecto, si yo tuviera un proyecto que debiese ocultaros, os lo ocultaría, ¿no es verdad? Si tuviese uno que debiera revelarlos, ya os lo hubiese dicho.

—No; Aramis; hay proyectos que no se revelan más que en momentos favorables.

—Entonces, mi buen amigo —prosiguió el obispo riendo—, es que el momento favorable no ha llegado todavía.

D'Artagnan sacudió la cabeza con melancolía.

—¡Amistad, amistad! —exclamó—. ¡Vano nombre! He aquí un hombre que si yo lo pidiese, se dejaría descuartizar por mí.

—¡Es la verdad! —dijo noblemente Aramis.

—Y este hombre que me daría toda la sangre de sus venas, no me abre un rinconcito de su corazón. ¡Amistad, lo repito, no eres más que sombra y sueño, como todo lo que brilla en el mundo!

—No habléis así de nuestra amistad —respondió el obispo con tono firme y convencido—. Ella no es del género de la que vos me habláis.

—Mirémonos, amigo. De nosotros cuatro, aquí estamos tres. Vos me engañáis, yo sospecho, y Porthos duerme. Hermoso trío de amigos, ¿no es verdad?

—No puedo deciros más que una cosa, D'Artagnan, y os lo aseguro por el Evangelio. Os quiero como en otro tiempo. Si desconfío de vos, es por causa de otros, no por causa vuestra ni mía. De todo lo que consiga, tendréis vuestra parte. ¡Prometedme el mismo favor!

—Si no me equivoco, Aramis, estas palabras, en el momento que las pronunciáis están llenas de generosidad.

—Es posible.

—Conspiráis contra el señor Colbert. Si no es eso, decidme, ¡voto a Cribas! Tengo el instrumento y arrancaré el diente.

Aramis no pudo evitar una sonrisa de desdén.

—Y aun cuando conspirase contra el señor Colbert, ¡qué mal hay en ello?

—Es demasiado poco para vos, y no es para derribar a Colbert para lo que habéis pedido muestras a Percerín. ¡Oh Aramis! Nosotros no somos enemigos sino hermanos. Decidme lo que queréis emprender, y, a fe de D'Artagnan, si no puedo ayudaros, permaneceré neutral.

—No emprendo nada —contestó Aramis.

—Aramis, una voz me habla, me ilumina; esta voz no me ha engañado jamás. ¡Vos no queréis bien al rey!

—¿Al rey? —exclamó el obispo afectando descontento.

—Vuestra fisonomía no me convencerá. Al rey, lo repito.

—¿Me ayudaréis? —preguntó Aramis, siempre con la ironía de su risa.

—Aramis, haré más que ayudaros, haré más que ser neutral, os salvaré.

—Estáis loco, D'Artagnan.

—Soy el más cuerdo de los dos.

—¿Sospecháis, acaso, que trato de asesinar al rey?

—¡Quién habla de eso! —dijo el mosquetero.

—Entonces, entendámonos; no comprendo lo que pueda hacerse a un rey legítimo, como el nuestro, si no se le asesina.

D'Artagnan no replicó.

—Por otra parte, vos tenéis aquí vuestros guardias y vuestros mosqueteros —dijo el obispo.

—Es verdad.

—No estáis en casa del señor Fouquet, estáis en la vuestra.

—Es verdad.

—Sabéis ahora que es el señor Colbert quien aconseja al rey, contra el señor Fouquet, todo lo que vos querriais quizás aconsejar si yo no estuviese de su parte.

—¡Aramis! ¡Aramis! ¡Por favor, una palabra de amigo!

—La palabra de los amigos es la verdad. ¡Si yo pienso tocar con un dedo al hijo de Ana de Austria, al verdadero rey de este país de Francia si yo no tengo la firme intención de prostrarme delante de su trono; si, en mis ideas, el día de mañana, aquí en Vaux, no debe ser el más glorioso de los días de mi rey, que el rayo, me fulmine!

Aramis pronunció estas palabras con la cara vuelta hacia la alcoba de su cámara, donde D'Artagnan, de espaldas a esta alcoba, no podía sospechar que se ocultara alguien. La unción de sus palabras, la lentitud estudiada, la solemnidad del juramento, dieron al mosquetero la satisfacción más completa. Tomó las manos de Aramis, y las estrechó cordialmente.

Aramis había soportado las reconvenencias sin inmutarse, y sonrojóse al escuchar los elogios. D'Artagnan engañado le causaba horror. D'Artagnan confiado le avergonzaba.

—¿Es que os marcháis? —le dijo abrazándole para ocultar su rubor.

—Sí, mi servicio me reclama. Tengo que recibir la consigna.

—Dónde dormís?

—En la antecámara del rey, según parece. ¿Y Porthos?

—Lleváoslo, pues; porque ronca como un cañón.

—¡Ah! ¿No vive con vos? —dijo D'Artagnan.

—Ni mucho menos! No sé dónde tiene su aposento.

—Muy bien! —dijo el mosquetero, a quien esta separación de los dos asociados destruía sus últimas sospechas.

Y tocó rudamente el hombro de Porthos. Este contestó rugiendo.

—Venid! —dijo D'Artagnan.

—Calla! ¡D'Artagnan, querido amigo! ¡Qué casualidad...! ¡Ah! ¿Es verdad que estoy en las fiestas de Vaux?

—Con vuestro lindo vestido.

—Por la gentileza del señor Coquelin de Volière, ¿no es verdad?

—¡Chito! —dijo Aramis—. Vais a hundir el piso con vuestros pasos.

—Es verdad —dijo el mosquetero—; está encima del domo.

—Y yo no lo he tomado para sala de armas —añadió el obispo—. La cámara del rey tiene por cielo raso las dulzuras del sueño. No olvidéis que mi tillado es de ese cielo raso. Buenas noches, amigos míos: dentro de diez minutos me hallaré durmiendo.

Y Aramis los condujo riendo dulcemente. Luego, cuando estuvieron fuera, echando rápidamente los cerrojos y calafateando las ventanas, llamó:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! Felipe salió de la alcoba empujando una puerta corrediza situada detrás del lecho.

—Hay bastantes sospechosos en casa del señor Fouquet —dijo.

—¡Ah! Ya habéis conocido a D'Artagnan, ¿no es así?

—Antes de que vos le hubieseis nombrado.

—Es vuestro capitán de mosqueteros.

—Me es muy adicto —replicó Felipe—, apoyándose en el pronombre personal.

—Fiel como un perro, y a veces mordiendo. Si D'Artagnan no os reconoce antes que el otro haya desaparecido, contad con D'Artagnan hasta la eternidad; si no ha visto nada, guardará su fidelidad; si ha visto demasiado tarde, es gascón y no confesará nunca que se ha equivocado.

—Así lo pienso. ¿Qué hacemos ahora?

—Vais a poneros en el observatorio, y a mirar, al acostarse el rey, cómo os acostáis sin gran ceremonia.

—Muy bien. ¿Dónde me pongo? —Sentaos en esa silla de tijera. Yo voy a hacer resbalar el tillado. Vos miraréis por esa abertura que corresponde a las falsas ventanas practicadas en la bóveda de la cámara del rey. ¿Veis?

—Veo al rey.

Y Felipe estremeciése como al aspecto de un enemigo.

—¿Qué hace?

—Manda sentar a su lado a un hombre.

—El señor Fouquet.

—No, no; aguardad...

—¡Las notas, príncipe, los retratos!

—El hombre a quien el rey manda sentar es el señor Colbert.

—¿Colbert en presencia del rey? —exclamó Aramis—. ¡Imposible!

—Mirad.

Aramis hundió sus miradas en la ranura del entarimado.

—Sí —dijo—, Colbert; el mismo. ¡Oh! Monseñor, ¿qué vamos a oír, qué va a resultar de esta intimidad?

—Nada bueno para el señor Fouquet.

El príncipe no se equivocaba. Hemos visto que Luis XIV había hecho llamar a Colbert, y que Colbert había llegado. La conversación empeñábase entre los dos por uno de los más altos favores que el rey hubo jamás concedido. Verdad es que el rey estaba solo con un súbdito.

—Sentaos, Colbert.

El intendente, colmado de alegría, cuando temía ser despedido, rehusó este insigne honor.

—¿Acepta? —preguntó Aramis.

—No, queda de pie.

—Escuchemos, príncipe.

Y el futuro monarca y el futuro papa escucharon con avidez a aquellos simples mortales que tenían a sus pies, dispuestos a aplastarlos si hubiesen querido.

—Colbert —dijo el rey—, vos me habéis contrariado hoy.

—Majestad... lo sabía.

—¡Muy bien! —contestó el rey—. Me place esa respuesta. Si, lo sabíais. Se necesita valor para hacer eso.

—Me exponía al descontento de Vuestra Majestad, pero me exponía también a ocultarle su verdadero interés.

—¿Qué hay? ¿Teméis algo por mí?

—No más que una indigestión, Majestad —dijo Colbert—. Porque no se dan a su rey festines como éstos sin que reviente bajo los efectos de la buena mesa.

Colbert, al lanzar esta grosera chuscada, esperaba de ella un buen resultado.

Luis XIV, el hombre más vano y delicado de su reino, perdonó la bufonada de Colbert.

—El señor Fouquet —dijo— me ha dado de veras una comida excesivamente buena. Decidme. Colbert, ¿de dónde saca el dinero preciso para subvenir a estos

enormes gastos? ¿Lo sabéis?

—Sí, lo sé, Majestad.

—Sé que sois exacto en cuentas.

—Es la primera condición que puede exigirse a un intendente de Hacienda.

—¡No lo son todos!

—Doy las gracias a Vuestra Majestad por un elogio tan lisonjero en su boca.

—Pues Fouquet es rico, riquísimo, y esto, señor, todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo; lo mismo los vivos que los muertos.

—¿Qué quiere significar eso, señor Colbert?

—Los vivos ven las riquezas del señor Fouquet, admirán sus resultados, y le aplauden; pero los muertos, más sabios que nosotros, saben las causas, y le acusan.

—Y bien, ¿a qué causas debe el señor Fouquet sus riquezas?

—El oficio de intendente favorece a menudo a los que lo ejercen.

—Tenéis que hablarme más confidencialmente; no temáis nada, nos hallamos solos.

—Nunca temo a nadie bajo la égida de mi conciencia y bajo la protección de mi rey, Majestad.

Y Colbert se inclinó.

—Pues los muertos ¿hablan...?

—A veces, Majestad. Leed.

—¡Ah! —murmuró Aramis al oído del príncipe, que escuchaba a un lado sin modular una sílaba—. Pues que estáis aquí, monseñor, para saber vuestro oficio de rey, escuchad una infamia enteramente real. Vais a asistir a una escena de aquellas que solamente Dios, o más bien el demonio las concibe y ejecuta. Escuchad y aprovechao.

El príncipe redobló su atención y vio a Luis XIV tomar de las manos de Colbert una carta que le enseñaba.

—¡La letra del difunto cardenal! —dijo el rey.

—Vuestra Majestad tiene buena memoria —replicó Colbert inclinándose, y es una maravillosa aptitud para un monarca destinado al trabajo, reconocer las letras a primera vista.

El rey leyó una carta de Mazarino, que, conocida ya del lector, no enseñaría nada nuevo si la insertásemos aquí.

—No comprendo bien —dijo el rey vivamente interesado.

—Vuestra Majestad no está aún muy al corriente de las cuentas de la intendencia.

—Veo que se trata de dinero dado al señor Fouquet.

—Trece millones. ¡Bonita cantidad!

—Pero, bien... Estos trece millones, ¿faltan en el total de las cuentas? He aquí lo que no comprendo del todo, lo confieso. ¿Por qué y cómo ha sido posible este

déficit?

—Posible, no digo; real, sí.

—¿Decís que faltan trece millones en las cuentas?

—El registro, no yo.

—Y esta carta de Mazarino indica el empleo de la cantidad y el nombre del depositario.

—Como Vuestra Majestad puede convencerse.

—Sí, efectivamente, resulta de aquí que el señor Fouquet no ha devuelto todavía los trece millones.

—Eso resulta de las cuentas, sí, Majestad.

—Y bien... ¿entonces...?

—Entonces, Majestad, puesto que el señor Fouquet no ha devuelto todavía los trece millones, es que los tiene en caja, y con trece millones se hace cuatro veces más que Vuestra Majestad ha podido hacer en Fontainebleau, donde no gastamos más que tres millones en totalidad, si os acordáis.

El rey se había puesto sombrío. Colbert esperaba la primera palabra del rey con tanta impaciencia como Felipe y Aramis desde lo alto de su observatorio.

—¿Sabéis lo que resulta de todo esto, señor Colbert? —dijo el rey tras una reflexión.

—No, Majestad, lo ignoro.

—Que el hecho de la apropiación de los trece millones, si está averiguado...

—Está.

—Quiero decir, si está declarado, señor Colbert.

—Pienso que mañana lo haría, si Vuestra Majestad...

—¿No estamos en casa del señor Fouquet? —contestó el rey con dignidad.

—El rey está en su casa por donde quiera, Majestad, y sobre todo en las casas que su dinero ha pagado.

—Creo —dijo Felipe a Aramis por lo bajo—, que el arquitecto que ha construido esta bóveda debió, previendo el uso que se haría de ella, movilizarla para que pudiera caer sobre la cabeza de los bribones de un carácter tan negro como el de ese señor Colbert.

—Pienso lo propio —dijo Aramis—; pero el señor Colbert está tan cerca del rey en este momento...

—Es cierto; esto abriría una sucesión.

—De la cual vuestro castigado hermano recogería el fruto, monseñor. Mas sigamos escuchando.

—No escucharemos mucho tiempo —dijo el príncipe.

—¿Por qué, monseñor?

—Porque, si yo fuese el rey, no respondería nada.

—¿Y qué haríais?

—Esperaría a mañana para reflexionar.

Luis XIV levantó por fin los ojos, y, encontrando a Colbert atento a su primera palabra:

—Señor Colbert —dijo, cambiando bruscamente de conversación—, observo que se hace tarde, y me acostaré...

—¡Ah! —exclamó—. Yo hubiera...

—Mañana; mañana temprano habré tomado una determinación.

—Magníficamente bien, Majestad —replicó con presteza Colbert, excediéndose, pero contenido a tiempo.

El rey hizo un gesto, y el intendente se dirigió hacia la puerta retrocediendo de espaldas.

—¡Mi servicio! —exclamó el rey.

La servidumbre del rey entró en el aposento.

Felipe iba a dejar su puesto de observación.

—Un momento —dijole Aramis con su dulzura habitual—; lo que acaba de pasar no es más que un detalle, y mañana no nos dará ningún cuidado; pero el servicio de noche, la etiqueta que se observa al acostarse, ¡ah, monseñor!, eso es muy importante. ¡Aprended cómo debéis meteros en el lecho, aprended Majestad!

## Capítulo XV

---

Colbert

La Historia nos dirá, o mejor, la Historia nos ha dicho los acontecimientos del siguiente día, los espléndidos festejos dados por el superintendente a su rey. Dos grandes escritores han referido la disputa que hubo entre La Cascada y el Canastillo de agua, la lucha empeñada entre La Fuente de la Corona y los Animales, a fin de saber a quién agradaría más.

Hubo, pues, al otro día diversiones y regocijos; hubo paseo, comida, comedia; comedia en la que, con no poca sorpresa, Porthos reconoció al señor Coquelin de Volière, representando en la farsa de Los Fastidiosos. Así es como llamaba el señor de Bracieux de Pierrefonds a esta diversión.

Preocupado con la escena de la víspera, Pero fermentado el veneno derramado por Colbert, el rey, durante toda aquella jornada tan brillante, tan accidentada, tan imprevista, donde todas las maravillas de las Mil y una noches parecían reproducirse en su tránsito, el rey se mostró frío, reservado y taciturno. Nada pudo desarrugarle el ceño; no sentía más que un profundo resentimiento que venía de lejos, acrecentado paulatinamente como el manantial que llega a ser río, merced a los mil chorrillos de agua que le alimentan. A eso de las doce, comenzó a sentir un Poco de serenidad; sin duda, su resolución estaba tomada.

Aramis, que le seguía paso a paso, así en su pensamiento como en su marcha, comprendió que el acontecimiento que se aguardaba no se haría esperar.

Esta vez, Colbert parecía ir de acuerdo con el obispo de Vannes. Toda esta jornada, el rey, que indudablemente tenía necesidad de alejar un pensamiento sombrío, pareció buscar la compañía de La Vallière.

Vino la noche. El monarca había deseado no pasearse sino después del juego. Entre la cena y el paseo se jugó. El rey ganó mil doblones, los puso en su bolsillo

y se levantó diciendo:

—Vamos, señores, al parque. Allí encontró a las damas. El rey había ganado mil doblones, hemos dicho, y se los había embolsado. Pero el señor Fouquet había sabido perder diez mil; de manera que, entre los cortesanos, dejó unos miles de libras de beneficio, circunstancia que convertía a los rostros de los palaciegos y de los oficiales en los semblantes más gozosos de la tierra.

No sucedía lo mismo con respecto al rostro del rey, sobre el cual, a pesar de aquella ganancia, a la que no se manifestaba insensible, permanecía siempre algo taciturno. Colbert le esperaba en el rincón de una alameda. Sin duda el intendente se hallaba allí en virtud de una cita; porque Luis XIV, que le había evitado, hizole una seña y penetró con él en el parque. Pero La Vallière también había visto aquella frente sombría y la mirada llameante del rey; ella lo había visto, y, como nada de lo que contenía aquella alma era impenetrable a su amor, comprendió que aquella cólera reprimida amenazaba a alguien. Y se puso en el camino de la venganza como el ángel de misericordia.

Toda triste y confusa, medio loca por haber estado tanto tiempo separada de su amante, inquieta por esta emoción interior que había adivinado, mostróse primero al rey con un aspecto cohibido que, en su mala disposición de ánimo, el rey interpretó desfavorablemente.

Entonces, como estaban solos, o poco menos que solos, en atención a que Colbert, distinguiendo a la joven, se había detenido respetuosamente a diez pasos de distancia, el rey se aproximó a La Vallière y le tomó la mano.

—Señorita —le dijo—, ¿puedo sin indiscreción preguntaros lo que tenéis? Vuestro pecho parece dilatado, vuestros ojos húmedos.

—¡Oh! Si mi pecho está dilatado, si mis ojos están húmedos, y en fin, si yo estoy triste, es por la tristeza de Vuestra Majestad.

—¿Mi tristeza? ¡Oh! Veis mal, señorita. No, no es tristeza la que siento.

—¿Qué experimentáis, Majestad?

—Humillación.

—¿Humillación? ¡Oh! ¿Por qué decís eso?

—Digo, señorita, que allí donde yo esté, ningún otro deberá ser el amo. Pues bien, observad si no me eclipsó, yo, el rey de Francia, ¡oh!, delante del monarca de este dominio. ¡Oh! —continuó apretando los dientes y el puño—. Y cuando pienso que este rey...

—¿Qué...? —dijo La Vallière asustada.

—¡Que este rey es un servidor infiel que se enorgullece con mi bien robado! Así, voy a cambiarle, a este imprudente ministro, su fiesta en duelo, cuya ninfa de Vaux, como cantan sus poetas, guardará mucho tiempo recuerdo.

—¡Oh! Vuestra Majestad...

—Y bien, señorita, ¿vais a tomar el partido del señor Fouquet? —dijo Luis XIV con impaciencia.

—No, Majestad; yo os preguntaré únicamente si estáis bien informado. Vuestra Majestad, en más de una ocasión, ha aprendido a conocer el valor de las acusaciones de la Corte.

Luis XIV hizo señas a Colbert para que se acercara.

—Hablad, señor Colbert —dijo el joven príncipe—, porque, en verdad, creo que la señorita de La Vallière tiene necesidad de vuestra palabra para creer en la del rey. Decid a la señorita lo que ha hecho el señor Fouquet. Y vos, señorita, ¡oh, no será largo!, tened la bondad de escuchar, os lo suplico.

¿Por qué Luis XIV insistía así? Sencillamente: su corazón no estaba tranquilo, su ánimo no estaba convencido; adivinaba alguna consecuencia sombría, tortuosa, bajo la historia de los trece millones, y hubiera deseado que el corazón puro de La Vallière, revolucionado a la idea de un robo, aprobase, con una sola palabra, aquella resolución que tomaba, y que, sin embargo, titubeaba poner en ejecución.

—Hablad, señor —dijo La Vallière a Colbert, que se había aproximado—, hablad; puesto que el rey quiere que os escuche. Veamos, decid, ¿cuál es el crimen del señor Fouquet?

—¡Oh! No muy grave, señorita —dijo el negro personaje—; sólo abuso de confianza.

—Decid, decid, Colbert, y, cuando lo hayáis dicho, dejadnos; e id a avisar al señor de D'Artagnan que tengo órdenes que darle.

—¡Al señor de D'Artagnan! —exclamó La Vallière—. ¿Y por qué avisar al señor de D'Artagnan? Majestad, os suplico me lo digáis.

—¡Diantre! Para detener a ese titán orgulloso que, fiel a su divisa, pretende escalar mi cielo.

—¿Detener al señor Fouquet, decís?

—¿Os sorprende?

—¿En su casa?

—¿Por qué no? Si es culpable, igual lo será en su casa como en otra parte.

—El señor Fouquet, ¿que se arruina en este momento por honrar a su rey?

—Creo, en verdad, que defendéis a ese traidor, señorita.

Colbert se echó a reír muy por lo bajo. El rey se volvió al chiflido de aquella risa.

—Majestad —dijo La Vallière—: no es a Fouquet a quien defiendo, sino a vos mismo.

—¡A mí mismo...! ¿Vos me defendéis?

—Majestad, os deshonráis dando esa orden.

—¿Deshonrarme? —murmuró el rey palideciendo de cólera—. Verdaderamente, señorita, ponéis en lo que decís una extraña pasión.

—Pongo pasión, no en lo que digo, sino en servir a Vuestra Majestad —respondió la joven—. Si fuese necesario, hasta expondría mi vida con la misma

pasión.

Colbert refunfuñaba. La Vallière, aquel dulce cordero, se irguió contra él, y, con una mirada flamígera, le impuso silencio.

—Majestad —dijo—, cuando el rey obra bien, si comete un error contra mí o los míos, me callo; mas, si el rey me sirve, a mí o a quienes amo, y el rey obra mal, yo lo digo.

—Pero, me parece, señorita —dijo Colbert—, que también yo amo al rey.

—Sí, señor; los dos le amamos, cada cual a su manera —replicó La Vallière con tal acento, que el corazón del joven rey quedó penetrado—. Solamente yo le amo tan de veras, que todo el mundo lo sabe; con tanta pureza, que el mismo rey no duda de mi amor. Él es mi rey y mi dueño, yo su humilde servidora; pero cualquiera que toca a su honor toca a mi vida. Digo, pues, y repito, que deshonran al rey los que le aconsejan prender al señor Fouquet en su casa.

Colbert bajó la cabeza, porque se sentía abandonado por el rey. Sin embargo, aun bajando la cabeza, murmuró:

—Señorita, no tendría más que decir una palabra.

—No la digáis, señor; porque esa palabra no la escucharé. Además, ¿qué me diréis? ¿Que el señor Fouquet ha cometido crímenes? Lo sé, porque el rey lo ha dicho; y desde el momento que el rey dice: «Creo», no necesito que otra boca diga: «Afirma». Pero el señor Fouquet, aunque fuese el último de los hombres, es sagrado para el rey, pues el rey es un huésped. ¡Habría de ser esta morada una madriguera, habría de ser Vaux una caverna de monederos falsos o de bandidos, y su casa sería santa, su palacio sería inviolable, pues en él habita su mujer, y es un lugar de asilo que los verdugos no violarían!

La Vallière calló. El rey la admiraba a pesar suyo; fue vencido por el calor de aquella voz, por la nobleza de aquella causa. Colbert se doblegó, viendo la desigualdad de la lucha. Al fin, el rey respiró, sacudió la cabeza y tendió la mano a La Vallière.

—Señorita —dijo con dulzura—, ¿por qué habláis contra mí? ¿Sabéis lo que hará ese canalla si le dejo respirar?

—¡Bah... Dios mío!... ¡No es una presa que siempre os pertenecerá!

—Y si escapa, y si huye? —dijo Colbert.

—Bien, señor; será eterna la gloria del rey por haber dejado huir al señor Fouquet; y cuanto más culpable haya sido, más grande será esa gloria, comparada a esta miseria, a esta vergüenza.

Luis besó la mano de La Vallière, poniéndose a sus pies.

«Estoy perdido», pensó Colbert. Luego, su rostro se animó de repente.

«¡Oh, no, no; aún no!», se dijo. Y, mientras el rey, protegido por la espesura de un enorme tilo, abrazaba a La Vallière con toda la pasión de un inefable amor, Colbert hojeaba lentamente su libro de memorias, de donde sacó un papel dobrado en forma de carta, papel un poco amarillo acaso, pero que debía ser

muy estimable, pues el intendente sonrió al mirarlo. Después, dirigió su odiosa mirada sobre el grupo encantador que dibujaban en la sombra la joven y el rey, grupo que acababa de alumbrar la luz de las antorchas que se acercaban.

Luis vio la luz de las antorchas reflejarse sobre el vestido blanco de La Vallière.

—Parte, Luisa —le dijo—; viene gente.

—Señorita, señorita, vienen —añadió Colbert para precipitar la partida de la joven.

Luisa desapareció rápidamente entre los árboles. Después, como Luis, que se había puesto a los pies de La Vallière, se incorporara:

—¡Ah! La señorita de La Vallière ha dejado caer algo —dijo Colbert.

—¿Qué? —preguntó el rey.

—Un papel, una carta, una cosa blanca; tenedlo, señor.

El rey se bajó rápido y escogió la carta, estrujándola.

En este momento las antorchas llegaban, inundando de luz aquella escena obscura.

## Capítulo XVI

---

### Celos

Aquella luz, aquel apresuramiento general, aquella nueva ovación dirigida al rey por Fouquet, vinieron a suspender el efecto de una resolución que La Vallière había ya quebrantado en el corazón de Luis XIV.

Miró a Fouquet con cierta especie de reconocimiento, por haber proporcionado a la joven una ocasión de mostrarse tan generosa y con tanto ascendiente sobre su corazón.

Apenas condujo Fouquet a Luis hacia el palacio, cuando, desprendiéndose de la cúpula de Vaux con ruido majestuoso una mole de fuego, inundó con su luz hasta los más escondidos rincones de los jardines.

Principiaban los fuegos artificiales. Colbert, a veinte pasos del rey, a quien los señores de Vaux rodeaban y festejaban, procuraba, con la obstinación de su funesto pensamiento, llamar su atención sobre ideas que la imaginación del espectáculo alejaba demasiado.

De pronto, en el momento afectuoso para Fouquet, el rey sintió en la mano aquel papel, que, según toda apariencia, La Vallière, al huir, había dejado caer a sus pies.

El imán más fuerte del pensamiento de amor arrastraba al príncipe hacia el recuerdo de su amada.

Al resplandor de aquel fuego, cada vez más hermoso, y que hacía lanzar gritos de admiración en las aldeas del contorno, leyó Luis aquel billete, que creyó sería una carta amorosa dirigida a él por La Vallière.

A medida que la leía, la palidez subía a su rostro, y aquella sorda cólera, iluminada por aquellos fuegos de mil colores, formaban un espectáculo horrible que habría aterrado a todo el mundo, si cada cual hubiese podido leer en aquel

corazón desgarrado por las pasiones más siniestras. No hubo tregua para los celos y la rabia. A partir de aquel momento en que le pareció descubrir la sombría verdad, todo desapareció, piedad, dulzura, miramiento a la hospitalidad.

Poco faltó para que, en el dolor agudo que destrozaba su corazón, muy débil aún para disimular su sufrimiento, diera un grito de alarma y llamase a sus guardias.

Aquella carta, echada a los pies del rey por Colbert, era, como ya se habrá adivinado, la que desapareciera con el criado Tobías en Fontainebleau, después de la tentativa que hiciera Fouquet en el corazón de La Vallière.

Fouquet veía la palidez y no comprendía el mal. Colbert veía la cólera y se regocijaba con la proximidad de la tempestad.

La voz de Fouquet sacó al joven príncipe de sus siniestros pensamientos.

—Qué os pasa, Majestad —preguntó afable el superintendente.

Luis hizo un esfuerzo violento sobre sí.

—Nada —dijo.

—Temo que Vuestra Majestad sufra.

—Sufro, en efecto, ya os lo he dicho, señor: cero no es nada.

Y el rey, sin aguardar el fin de los fuegos artificiales, dirigióse al palacio.

Fouquet acompañó al rey. Todos siguieron tras ellos.

Los últimos cohetes volaron tristemente para ellos solos.

El superintendente intentó preguntar aún a Luis XIV, pero no obtuvo respuesta. Supuso que habría habido querella entre Luis y La Vallière en el parque; que habrían quedado reñidos, y que el monarca, naturalmente poco amigo de enfadarse, pero entregado a su rabia amorosa, ponía mala cara porque su querida se enfurruñaba. Esta idea fue suficiente para consolarle, y supo hallar una sonrisa amistosa y consoladora para el joven rey, cuando éste le dio las buenas noches. No había concluido todo para el rey. Tenía que sufrir el servicio, que aquella noche debía hacerse de gran etiqueta. El día siguiente era el de la partida. Los huéspedes tenían que dar las gracias por su hospedaje, pagando con alguna cortesana sus doce millones gastados. La única cosa grata que Luis halló para Fouquet, al despedirle, fueron estas palabras:

—Señor Fouquet, tendrás pronto noticias mías; hacedme el favor de llamar al señor de D'Artagnan.

Y la sangre de Luis XIII, que tanto había disimulado, hervía entonces en sus venas, y se sentía dispuesto a hacer degollar a Fouquet, como su predecesor había hecho asesinar al mariscal de Ancre. Disfrazó, sin embargo, su terrible resolución, bajo una de esas augustas sonrisas que son los relámpagos de los golpes de Estado.

Fouquet besó la mano al rey. Este se estremeció en todo su cuerpo, pero dejó que tocasen su mano los labios del señor Fouquet.

Cinco minutos después, D'Artagnan, a quien se había trasmítido la real orden,

entraba en la cámara de Luis XIV.

Aramis y Felipe estaban en la suya, atentos siempre y con el oido alerta.

El rey no dio tiempo al capitán de mosqueteros para que llegase hasta su sillón. Corrió hacia él.

—Cuidado —dijo— de que nadie entre.

—Bien, Majestad —replicó el soldado, cuya mirada escrutadora había analizado hacia tiempo los estragos de aquella fisonomía.

Dio la orden desde la puerta, y, volviéndose luego al rey:

—¿Hay algo de nuevo en la casa de Vuestra Majestad?

—¿Cuántos hombres tenéis aquí? —preguntó el rey sin responder a la pregunta que se le hacía.

—¿Para qué, Majestad?

—¿Cuántos hombres tenéis? —preguntó de nuevo el rey hiriendo el suelo con el pie.

—Tengo a los mosqueteros.

—¿Y quiénes más?

—Veinte guardias y trece suizos.

—¿Cuántos hombres son necesarios para...?

—¿Para qué? —dijo el mosquetero con sus ojos serenos.

—Para prender al señor Fouquet. D'Artagnan dio un paso atrás.

—¡Prender al señor Fouquet! —exclamó asombrado.

—¿Vais a decir también que es imposible? —exclamó el rey con una cólera fría y rencorosa.

—Nunca digo que una cosa sea imposible —replicó D'Artagnan herido en su amor propio.

—¡Pues bien, hacedlo!

D'Artagnan giró sobre sus talones y dirigióse hacia la puerta.

El espacio a recorrer era corto, y lo salvó en seis pasos. Allí, se detuvo.

—Perdón, Majestad —dijo.

—¿Qué? —dijo el rey.

—Para hacer ese arresto, quisiera una orden escrita.

—¿Desde cuándo no os basta la palabra del rey?

—Es que la palabra del rey puede ser hija de un sentimiento de ira, y cambiar cuando el sentimiento cambie.

—¡Basta de frases, señor! Otro es vuestro pensamiento.

—¡Oh! Yo siempre tengo pensamientos, y pensamientos que otros no tienen por desgracia —contestó D'Artagnan con impertinencia.

El rey, en medio de su arrebato, se doblegó ante aquel hombre, como el caballo cede a la mano fuerte del domador.

—¿Y cuál es vuestro pensamiento? —dijo.

—Os lo diré, Majestad —contestó D'Artagnan—. Hacéis detener a un

hombre cuando estáis aún en su casa, y eso es un arrebato de cólera. Cuando ésta se os pase, os arrepentiréis. Entonces, quiero poder enseñaros vuestra firma. A lo menos, ya que no repare nada, se verá en ello que el rey hace mal en encolerizarse.

—¿Hace mal en encolerizarse? —aulló el rey con frenesí—. ¿Pues no se encolerizaba acaso el rey mi padre, y mi abuelo, cuerpo de tal?

—Vuestro padre y vuestro abuelo no se encolerizaban nunca más que en su casa.

—El rey es amo en todas partes, lo mismo que en su casa.

—Esa es frase de algún adulador, y debe de venir del señor Colbert; pero no es verdad. El rey está en su casa en cualquier parte cuando ha arrojado de ella al propietario.

Luis mordióse los labios.

—¿Pues qué —continuó D'Artagnan—, cuando un hombre se arruina por agradarlos, queréis que lo detengan? ¡Diantre! Si yo me llamase Fouquet e hiciesen eso conmigo, me tragaría diez coheteys, y me prendería fuego para volar yo y todo lo demás. Pero es igual; lo queréis, y allá voy.

—¡Id! —dijo el rey—. Pero ¿tenéis bastante gente?

—¿Creéis, Majestad, que necesite de alguien? Detener al señor Fouquet es cosa tan fácil, que un niño lo haría; es como beber un vaso de ajenjo: se pone mal gesto, y ya está.

—¿Y si resiste?

—¡El! ¡Vamos! ¡Resistirse cuando un rigor como ése le constituye en rey y mártir! Si le quedara un millón, lo cual dudo, apuesto a que lo daría por tener este fin. Ea, Majestad, voy allá.

—¡Esperad! —dijo el rey.

—¿Qué mandáis?

—No hagáis pública su detención.

—Eso ya es más difícil.

—¿Por qué?

—Porque nada hay más sencillo que aproximarse al señor Fouquet, en medio de las mil personas entusiastas que le rodean, y decirle: «En nombre del rey, señor, quedáis detenido». Pero acercarse a él, volver, tornar, arrinconarlo, robarle a todos sus invitados y tenerlo preso, sin que uno de sus ayes llegue a nadie, eso es una dificultad real, verdadera, suprema, que se la da hoy al más vivo.

—Decid que es imposible, y con eso acabáis pronto. ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Estaré siempre rodeado de personas que me impiden hacer lo que quiero?

—Nada os impido hacer. ¿Lo queréis?

—Guardadme al señor Fouquet hasta que, mañana, haya tomado una resolución.

—Así se hará.

—Y volved a la hora de levantarme para tomar mis nuevas órdenes.

—Volveré.

—Ahora deseo estar solo.

—¿Tampoco necesitáis al señor Colbert? —dijo el mosquetero, enviando su última flecha al momento d marcharse.

El rey tembló. Entregado por entero la venganza, había olvidado el cuerpo del delito.

—No —dijo—, a nadie quiero aquí. ¡Dejadme!

D'Artagnan salió. El rey cerró él mismo la puerta, y comenzó una furiosa carrera por la cámara, como el toro herido que lleva clavadas las banderillas. Al fin se desahogó, quejándose a gritos:

—¡Ah, miserable! ¡No solamente me roba, sino que con mi oro me corrompe a secretarios, amigos, generales, artistas, y llega hasta birlarme la querida! ¡Ah! ¡Por eso la perfida lo defendía con tanto calor! ¡Aquello era reconocimiento...! ¡Y quién sabe...! Quizá también amor.

Y se abismó un instante en sus dolorosas reflexiones.

« ¡Un sátiro! —pensó, con ese odio profundo que la gente joven profesa a los hombres de edad madura que aun piensan en amores—. ¡Un fauno familiarizado en el galanteo, y que jamás ha encontrado rebeldes! ¡Un hombre mimado por mujeruelas, que regala flores de oro y diamantes, y tiene pintores que le hagan el retrato de sus queridas en trajes de diosas!» .

El rey temblaba de desesperación.

—¡Todo me lo mancilla —proseguía—, todo me lo arruina! ¡Me matará! ¡Ese hombre es demasiado para mí! ¡Es mi mortal enemigo! ¡Ese hombre caerá! ¡Le odio...! ¡Le odio...! ¡Le Odio...!

Y estas palabras las acompañaba con fuertes golpes en los brazos del sillón en que permanecía sentado, y del que se levantó como un epiléptico.

—¡Mañana, mañana! ¡Oh día venturoso! —murmuró—. ¡Se levantarán el sol sin tener más rival que yo, y ese hombre caerá tan bajo, que al ver las ruinas que mi cólera habrá hecho, confesarán todos que soy más grande que él!

El rey, incapaz de dominarse más tiempo, derribó de un puñetazo una mesa colocada junto al lecho, y, sumido en dolor, llorando casi, sofocado, fue a precipitarse en sus sábanas, vestido como estaba, para morderlas y hallar así el descanso del cuerpo.

El lecho gimió bajo aquel peso, y, a excepción de los suspiros escapados del pecho oprimido del rey, nada más se oyó en la cámara de Morfeo.

## Capítulo XVII

---

Lesa Majestad

Aquel furor exaltado que se apoderó del rey con la vista y lectura de la carta de Fouquet a La Vallière, resolvíose paulatinamente en una fatiga dolorosa.

La juventud, llena de salud y de vida, necesita reparar en el mismo instante lo que pierde; no conoce esos insomnios interminables que realiza para los desgraciados la fábula del hígado de Prometeo, que vuelve a nacer para ser devorado nuevamente. Allí donde el hombre maduro en su fuerza, o el anciano en su agotamiento, hallan continuo alimento del dolor, el joven, sorprendido por la revelación súbita del mal, enervase en gritos, en luchas directas, y se deja vencer más pronto por el inflexible adversario a quien combate. Una vez vencido, ya no sufre.

Luis quedó domado en un cuarto de hora; primero cesó de crujir los puños y de abrasar con sus miradas los invencibles objetos de su odio; después cesó de acusar con violentas palabras al señor Fouquet y a La Vallière, y cayó del furor en la desesperación, y de la desesperación en la prostración.

Luego que se volvió y revolvió convulsivamente por algunos instantes en el lecho, cayeron a uno y otro lado sus brazos inertes. Su cabeza clavóse lánguidamente en la almohada de encaje; sus miembros fatigados se estremecieron con tenues contracciones musculares, y su pecho dejó de filtrar tan sólo alguno que otro suspiro.

El dios Morfeo, que reinaba como soberano en aquella cámara que llevaba su nombre, y hacia quien Luis volvió sus ojos embotados por la cólera y enrojecidos por las lágrimas, esparría sobre el las adormideras que brotaban de sus manos, de modo que el rey cerró suavemente los ojos y se durmió.

Le pareció entonces, como acontece con frecuencia en ese primer sueño, tan

grato y ligero, que eleva el cuerpo sobre el lecho y el alma sobre la tierra, le pareció, decímos, que el dios Morfeo pintado en el techo, le miraba con ojos humanos; que en la cúpula brillaba y agitábase alguna cosa, y que, separados por momento los enjambres de ensueños siniestros, permitían ver un rostro de hombre, con la mano apoyada en la boca, y en actitud de meditación contemplativa. ¡Y cosa rara! aquel hombre se asemejaba de tal modo al rey, que Luis creía ver su propio semblante reflejado en un espejo, sólo que aquel rostro parecía contristado por un sentimiento profundo de compasión.

Después le pareció, poco a poco, que la cúpula huía, escapándose a su vista, y que las figuras y atributos pintados Por Le Brun se obscurecían en un alejamiento progresivo. Un movimiento dulce, acompasado, como el de una nave que se hunde bajo el agua, había sucedido a la inmovilidad del lecho. El rey soñaba sin duda, y, en aquel sueño, la corona de oro a que se hallaban sujetas las colgaduras, se alejaba como la cúpula en la cual estaba suspendida; de suerte que, el genio alado, que, con sus dos manos, sostenía la corona, parecía llamar inútilmente al rey, que desaparecería lejos de ella.

El lecho se hundía más y más. Luis, con los ojos abiertos, se dejaba fascinar por aquella cruel alucinación. Por último, a medida que la luz de la cámara regia iba obscureciéndose, algo de frío, de sombrío, de inexplicable invadía el aire. No había ya pinturas, ni oro, ni cortinas de terciopelo, sino paredes de un ceniciente mate, cuya sombra se adensaba cada vez más. No obstante, el lecho seguía hundiéndose, y, después de un minuto, que pareció un siglo al rey, penetró en una capa de aire húmedo y helado. Allí se detuvo.

El rey no veía ya la luz de su cámara sino como se ve, desde el fondo de un pozo, la claridad del día.

¡Qué sueño tan horrible! —pensó—. ¡Tiempo es ya de despertar! ¡Despertemos!

Cualquier ha podido experimentar lo que hemos descrito; nadie hay que, en medio de una pesadilla sofocante, no se haya dicho, con ayuda de esa lámpara que vela en el fondo del cerebro cuando toda la luz humana se ha extinguido: «Esto no es nada; sueño».

Eso era lo que acababa de decirse Luis XIV; pero a aquella palabra: «¡Despertemos!», advirtió que no sólo se hallaba despierto, sino que tenía también abiertos los ojos. Entonces dirigió una mirada en torno suyo.

A derecha e izquierda permanecían de pie dos hombres armados, embozados en una amplia capa, y cubriendo el rostro con un antifaz.

Lino de ellos tenía en la mano una linterna, cuya luz iluminaba el cuadro más triste que podía presentarse a los ojos de un rey.

Luis creyó que su sueño continuaba, y que, para hacerlo cesar, sería suficiente mover los brazos o hacer ir su voz. Echóse fuera del lecho, se halló en un suelo húmedo. Entonces, dirigiéndose al que tenía la linterna:

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué significa esta farsa?

—No es esto una farsa —respondió con voz sorda el que tenía la linterna.

—Sois del señor Fouquet? —dijo el rey algo turbado.

—¡Poco importa de quien seamos! —dijo el fantasma—. Somos vuestros amos, y basta.

El rey, más impaciente que asustado, se volvió al segundo enmascarado.

—Si esto es una comedia —exclamó—, diréis al señor Fouquet que la encuentro inconveniente y mando que cese.

El segundo enmascarado a quien se dirigía el rey, era un hombre de elevada estatura y de gran circunferencia. Se mantenía recto e inmóvil como un bloque de mármol.

—¡Vamos! —añadió el rey hiriendo el suelo con el pie—. ¡No me responderéis!

—No os respondemos, caballerito —dijo el gigante con una voz de Estentor—, porque nada hay que contestaros, sino que sois el primer fastidioso, y que el señor Coquelin de Volière os ha olvidado en el número de los suyos...

—Pero al fin, ¡que se me quiere! —murmuró Luis cruzándose de brazos con ira.

—Luego lo sabréis —respondió el de la linterna.

—¡Hasta tanto, decidme donde estoy!

—¡Mirad!

Luis miró; pero a la luz de la linterna que levantaba el hombre enmascarado, no vio más que paredes húmedas, en las que brillaba por intervalos del surco planteado de limazas.

—¡Oh, oh! ¡Un calabozo! —exclamó Luis.

—No, un subterráneo.

—¿Y a donde conduce?

—Tened a bien seguirnos.

—No me moveré de aquí —exclamó el rey.

—Si os hacéis el revoltoso, mi joven amigo —repuso el más robusto de los dos enmascarados—, os cojo, os envuelvo en mi capa, y si os asfixiáis, ¡Diantre!, el mal será para voz.

Y, al decir estas palabras, el que las pronunciaba sacó de debajo de la capa que amenazaba al rey, una mano que Milón de Crotona hubiese deseado tener el día en que le ocurrió la desgraciada idea de hendir su última encina.

El rey tuvo horror de una violencia, porque comprendía que aquellos dos hombres, en cuyo poder se hallaba, no habrían avanzado tanto para retroceder, y, por consiguiente, llevarían las cosas hasta lo último.

—Parece que he caído en manos de dos asesinos —dijo—. ¡Vamos!

Ninguno de los hombres contestó a aquella frase. El que llevaba la linterna marchó delante, y el rey le siguió; el segundo enmascarado iba detrás.

Atravesaron de este modo una galería larga y tortuosa, con tantas escaleras como las que se encuentran en los, misteriosos y sombríos palacios de Ana Radcliffe. Todas aquellas revueltas, durante cuya travesía oyó el rey no pocas veces ruido de agua sobre su cabeza, terminaron al fin en un largo corredor, cerrado por una puerta de hierro... El hombre de la linterna abrió aquella puerta con las llaves que llevaba a la cintura, y que el rey había oido resonar por el camino.

Cuando se abrió aquella puerta y dio paso al aire, sintió el rey esos aromas balsámicos que se desprenden de los árboles después de los días del estío. Por un instante, se detuvo vacilante; pero el robusto guardián que le seguía, le empujó fuera del subterráneo.

—¿Eso más aún? —dijo el rey volviéndose hacia el que acababa de cometer la osadía de poner las manos sobre su soberano—. ¿Qué queréis hacer del rey de Francia?

—Tratad de olvidar este título —contestó el hombre de la linterna en un tono que no permitía más replica que los famosos decretos de Minos.

—Debiáis ser enrodado por las palabras que acabáis de pronunciar —repuso el gigante apagando la luz que le entregaba su compañero—, pero el rey es muy humano.

A aquella amenaza, hizo Luis un movimiento tan brusco, que pudo creerse que intentaba huir; mas la mano del gigante se desplomó sobre su hombro y le dejó clavado en el suelo.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó el rey.

—Venid —respondió el primero de los dos hombres con cierta especie de respeto, conduciendo al mismo tiempo a su prisionero a una carroza que parecía aguardarle. Aquella carroza estaba enteramente oculta entre árboles. Dos caballos, que teman trabadas las patas, se hallaban sujetos con un ronzal a las ramas de una corpulenta encina.

—Subid —dijo el mismo hombre, abriendo la portezuela y bajando el estribo.

El rey obedeció y se sentó en el fondo del carroaje, cuya portezuela, almohadillada y con cerradura, se cerró tan pronto como entraron aquél y su conductor. En cuanto al gigante, cortó las ligaduras y el ronzal que sujetaban a los caballos, los enganchó él mismo, y subió en el pescante, que no estaba ocupado al trote largo, tomó el camino de París, y en el bosque de Sénart encontró caballos de refresco, atados a un árbol como los prime os.

El hombre del pescante mudó e caballos y prosiguió rápidamente su camino hacia París, donde entró a las tres de la mañana. La carroza siguió por el arrabal de San Antonio, y después de gritar el cochero al centinela: « ¡Orden del rey! », condujo los caballos al recinto circular de la Bastilla que va a dar al patio de la alcaldía. Allí se detuvieron los caballos fatigados, al pie de la escalinata, y acudió inmediatamente un soldado de la guardia.

—Que despierten al señor alcaide —dijo el cochero con voz de trueno.

A excepción de aquella voz, que hubiera podido oírse desde la entrada del arrabal de San Antonio, todo permaneció en silencio, así en la carroza como el castillo. Diez minutos después presentóse el señor Baisemeaux en bata en el umbral de la puerta.

—¿Qué tenemos? —preguntó. El hombre de la linterna abrió la portezuela de la carroza y dijo algunas palabras al cochero. Al punto bajó éste de su asiento, cogió un mosquete que tenía a sus pies, y apoyó el cañón del arma en el pecho del prisionero.

—¡Y haced fuego si habla! —repuso en voz alta el hombre que bajaba del carruaje.

—¡Bien! —replicó el otro sin más observación.

Hecha aquella recomendación, el conductor del rey subió los escalones, en lo alto de los cuales esperaba el alcaide.

—¡Señor de Herblay! —exclamó éste.

—¡Silencio! —dijo Aramis—. Entremos.

—¡Dios mío! ¡Y qué os trae a estas horas?

—Una equivocación, mi querido señor Baisemeaux —respondió tranquilamente Aramis—. Parece que el otro día teníais razón.

—¿En qué? —preguntó el alcaide.

—Sobre aquella orden de libertad.

—Explicadme eso, señor... no, monseñor —dijo el alcaide, sofocado a la vez por la sorpresa y el terror.

—Es muy sencillo. ¡Recordáis, querido señor Baisemeaux, que os enviaron una orden de libertad?

—Sí, a favor de Marchiali.

—Bien. ¡No es cierto que todos creíamos que era a favor de Marchiali?

—Sin duda; no obstante, acordaos que yo dudaba; que no quería; que vos me obligasteis...

—¡Oh! ¡Qué palabra empleáis, querido Baisemeaux...! Os induje, nada más.

—Pues me indujisteis a entregároslo y os lo llevasteis en vuestra carroza.

—Pues bien, mi querido señor Baisemeaux, fue una equivocación que ha sido reconocida en el ministerio; de modo que os traigo una orden del rey para poner en libertad... a Seldon, ese pobre diablo escocés que ya sabéis.

—¿Seldon? ¿Estáis seguro esta vez...?

—¡Pardiez! Leed vos mismo —añadió Aramis entregándole la orden.

—¡Pero esta orden —dijo Baisemeaux— es la misma que he tenido ya en mis manos!

—¡De veras?

—¡Como que es la que os aseguraba haber visto la otra noche! ¡Diantre! La reconozco en el borrón.

—Ignoro si es la que decis; pero, de todos modos, aquí os la traigo.

—Pues y el otro?

—¿Quién?

—Marchiali.

—Le traigo también ahí.

—Es que eso no me basta. Necesito para volverme a hacer cargo de él una nueva orden.

—¡No digáis tales cosas, mi querido Baisemeaux! Parecéis un niño! ¿Dónde está la orden que habéis recibido relativa a Marchiali?

Baisemeaux corrió a su armario y la sacó. Aramis la cogió, la rompió fríamente en cuatro pedazos, acercó éstos a la lámpara, y los quemó.

—¿Qué hacéis? —exclamó Baisemeaux en el colmo del espanto.

—Haceos cargo de la situación —dijo Aramis con su acostumbrada imperturbable tranquilidad—, y veréis que es muy sencilla. Ya no tenéis orden que justifique la excarcelación de Marchiali.

—¡Ay! No la tengo, y estoy perdido.

—Nada de eso, puesto que os vuelvo a traer a Marchiali. Desde el instante en que lo recuperáis, es como si no hubiese salido.

—¡Ah! —exclamó atolondrado el alcaide.

—La cosa es clara y ahora mismo vais a encerrarlo.

—¡Ya lo creo!

—Y me entregáis a Seldon, libertado por esta orden. De esa manera, queda en regla vuestra contabilidad. ¿Comprendéis?

—Creo... creo... que...

—Comprendéis... ¡Muy bien!

Baisemeaux juntó las manos.

—Pero, en fin, ¿por qué después de haberlos llevado a Marchiali me lo traéis?

—preguntó el desventurado alcaide en un Paroxismo de dolor y de abatimiento.

—Para un amigo como vos —dijo Aramis—, para un servidor como vos, no quiero tener secretos.

Y Aramis acercó su boca al oído de Baisemeaux.

—Ya sabéis —continuó Aramis en voz baja—, la semejanza entre ese infeliz y...

—Y el rey; sí.

—Pues bien, el primer uso que ha hecho Marchiali de su libertad, ha sido sostener... ¡a que no adivináis qué?

—¿Cómo queréis que lo acierte?

—Para sostener que era el rey de Francia.

—¡Oh desgraciado! —exclamó Baisemeaux.

—Para vestirse con trajes iguales a los del rey y constituirse en usurpador.

—¡Bondad del Cielo!

—Por eso os lo vuelvo a traer, amigo mío. Está loco, y clama su locura a todo el mundo.

—¿Y qué hemos de hacer, entonces?

—No dejarle comunicar con nadie. Comprenderéis que cuando llegó su locura a oídos del rey, que había tenido lástima de su desgracia, y que veía recompensada su bondad con la más negra ingratitud, se puso furiosísimo.

De modo que ahora, y retened bien lo que os voy a decir, querido Baisemeaux, porque os toca muy de cerca, ahora hay pena de muerte contra aquellos que le dejen comunicar con otras personas que yo o el rey mismo. ¡Oís, Baisemeaux? ¡Pena de Muerte!

—¡Sí que lo oigo, pardiez!

—Y ahora, bajad, y conducid a ese pobre diablo a su calabozo, a menos que prefiráis hacerle subir aquí.

—¿Para qué?

—Sí, más vale encerrarle desde luego, ¿no es verdad?

—¡Ya do creo!

—Pues vamos allá.

Baisemeaux hizo redoblar el tambor y sonar la campana que advertía a todos que se recogieran, a fin de evitar su encuentro con un preso misterioso. Luego que estuvieron libres dos pasillos, fue a sacar de la carroza al preso, que Porthos, fiel a la consigna que recibiera, mantenía impertérrito con el mosquete ad pecho.

—¡Oh, ya estás aquí infeliz! —exclamó Baisemeaux al divisar al rey—. ¡Bueno, bueno!

Y haciendo descender ad rey del carroaje, le condujo acompañado siempre de Porthos, que no se había quitado el antifaz, y de Aramis, que había vuelto a ponerse el suyo, y de abrió la puerta de da habitación donde Felipe había gemido por espacio de seis años.

El rey entró en el calabozo sin pronunciar a palabra. Estaba desencajado.

Baisemeaux cerró da puerta, dando dos vueltas a da llave, y, dirigiéndose a Aramis:

—Mucho se parece ad rey —le dijo por do bajo—, pero no tanto como vos afirmáis.

—De suerte que —dijo Aramis— ¿no temeríais os sustituy eran uno por otro?

—Ni pensarlo.

—Sois un hombre estimable, querido Baisemeaux —dijo Aramis—. Ahora, poned en libertad a Seldon.

—Es verdad; do olvidaba. Voy a dar la orden.

—¡Bah! Mañana tendréis tiempo.

—¡Mañana? No, no al instante. Dios me libre de esperar un segundo!

—Entonces, id a vuestros asuntos; yo voy a dos míos. Pero, habéis comprendido, ¿no?

—¿Qué?

—Que nadie entrará a ver ad prisionero sino con una orden del rey, orden que traeré yo mismo.

—Ni más ni menos. ¡Adiós, monseñor!

Aramis volvió adonde estaba su compañero.

—¡Vamos, amigo Porthos, vamos, a Vaux! ¡Y pronto!

—Siempre está uno disto cuando ha servido fielmente a su monarca, y salvado ad país ad servirle —dijo Porthos—. Los caballos no tendrán que trabajar mucho ahora. Marchemos.

Y da carroza libertada de un prisionero que, en efecto, podía parecer muy pesado a Aramis, franqueó el puente levadizo de la Bastilla, que volvió a levantarse tan pronto come acabó de pasar.

## Capítulo XVIII

---

### Una noche en la Bastilla

El sufrimiento en este mundo hállase en proporción a las fuerzas del hombre. No pretendemos decir que Dios mida siempre por las fuerzas de la criatura los sufrimientos que le hace sufrir; no sería exacto, pues Dios permite la muerte, que, a veces, es el único refugio de las almas opresas con demasiada violencia en el cuerno. El sufrimiento está en proporción a las fuerzas, es de circunstancias, sufre más que el fuerte. Ahora bien, ¿de qué elementos está compuesta la fuerza humana? ¿No es principalmente del ejercicio, del hábito, de la experiencia? No nos tomaremos el trabajo de demostrarlo; es un axioma en lo moral como en lo físico.

Cuando el joven rey, trastornado, quebrantado, viose conducir a un cuarto de la Bastilla, creyó primero que la muerte era como un sueño, que tenía sus alucinaciones, que se había hundido la cama en el suelo de Vaux, que de ahí había resultado la muerte, y que Luis XIV, difunto, prosiguiendo su sueño de rey, soñaba uno de esos horrores, insoportables en la vida, que se llama destronamiento, prisión e insulto de un rey, hace poco omnipotente.

Asistir, como fantasma corpóreo, a su realidad; verlo y oírlo todo sin confundir ni una sola de las circunstancias de la agonía, ¿no era —se decía el rey — un suplicio tanto más espantoso cuanto que podía ser eterno?

—¿Es eso lo que se llama eternidad, infierno? —exclamó Luis XIV en el momento en que Baisemeaux echaba la llave a la puerta, dejándole encerrado.

No se atrevió a mirar siquiera en torno suyo, y, recostado contra una pared de la habitación, se dejó llevar de la terrible suposición de su muerte, cerrando los ojos para no ver otra cosa peor.

—¿Cómo he muerto? —decía entre sí, casi extrañada su razón. ¿No habrán

hecho hundir la cama por medio de algún resorte? Pero no, no he recibido la menor contusión, ningún choque. ¡Si me habrán envenenado con la comida o con vapores de cera, como Juana de Albret, mi bisabuela?

De pronto, el frío de aquella estancia cayó como una capa sobre los hombros de Luis.

—Yo he visto —dijo— expuesto al cadáver de mi padre en su lecho, y con su vestido real. Aquel semblante pálido, tan sereno y decaído; aquellas manos tan ágiles, entonces insensibles; aquellas piernas rígidas; todo aquello no anunciaba un sueño poblado de imágenes. No obstante, ¡cuántos sueños debió enviar Dios a aquel muerto... a aquel muerto a quien habían precedido tantos otros, precipitados por él en la muerte eterna...! No, ese monarca era todavía el rey, y mandaba desde aquel lecho fúnebre, lo mismo que desde su trono de terciopelo. Nada había abdicado de su majestad.

Dios, que no le había castigado, puede castigarme a mí, que nada he hecho.

Un ruido extraño llamó la atención del joven. Miró, y vio sobre la chimenea, debajo de un enorme crucifijo toscamente pintado al fresco, una rata de tamaño monstruoso, ocupada en roer unos restos de pan duro, sin dejar de mirar al nuevo huésped del alojamiento con mirada inteligente y curiosa.

El rey tuvo miedo, sintió repugnancia, y retrocedió hacia la puerta lanzando un grito. Y como si hubiese necesitado ese grito, escapado del pecho, para reconocerse a sí mismo, Luis se comprendió con vida, y dotado de su corazón y conciencia naturales.

—¡Preso! —murmuró—. ¡Yo preso!

Y buscó con los ojos una campanilla para llamar.

—No hay campanillas en la Bastilla —prosiguió—, y en la Bastilla es donde estoy encerrado. ¿Y cómo ha sido el prenderme? Por fuerza es una conspiración de Fouquet. Me han atraído a Vaux como a un lazo. Mas Fouquet no puede jugar solo en este asunto. Su agente... aquella voz... era la del señor de Herblay; le he reconocido. Pero ¿qué quiere Fouquet? ¡Reinar en lugar mío? ¡Imposible! ¿Quién sabe? —murmuró el rey cada vez más sombrío—. Mi hermano, el duque de Orléans, quizás haga contra mí, lo que quiso hacer toda su vida mi tío contra mi padre. ¿Y la reina? ¿Y mi madre? ¿Y La Vallière? ¡Oh! La Vallière quizás haya sido entregada a Madame. ¡Niña querida! sin duda la han encerrado, como a mí. Estaremos alejados para siempre!

Y a la sola idea de separación, el amante estalló en suspiros, sollozos y gemidos.

—Aquí tengo un alcaide —continuó el rey con furor—. Llamémosle y le hablaré.

Llamó. Ninguna voz contestó a la suya.

Cogió la silla y se sirvió de ella para golpear en la maciza puerta de encina. La madera resonó contra la madera, reproduciendo ecos lugubres en las

profundidades de la escalera; pero, no hubo criatura humana que respondiese.

Era aquello para el rey una nueva prueba del poco caso que hacían de él en la Bastilla. Luego de la primera cólera, habiendo advertido una ventana enrejada, por la que pasaba un losange dorado que debía ser el alba luminosa, Luis se puso a gritar, dulcemente primero, después con fuerza. Nada le respondió.

Otras veinte tentativas, hechas sucesivamente, no lograron mejor éxito.

La sangre comenzaba a sublevarse y a subírsela a la cabeza. Aquella naturaleza habituada al mando, se irritaba ante una desobediencia. Paulatinamente, la cólera fue en aumento. El preso rompió su silla, harto pesada para sus manos, y se sirvió de ella como de un ariete para golpear la puerta. Golpeó tan fuerte y tantas veces, que el sudor comenzó a correrle por la frente. El ruido llegó a ser inmenso y continuo y respondieron a él algunos gritos sofocados.

Aquellos gritos causaron en el rey un efecto extraño. Se detuvo para escucharlos. Eran las voces de los presos, en otro tiempo sus víctimas, hoy compañeros suyos. Aquellas voces subían como vapores a través de espesos os, de opacos paredones. Acusaban también al autor de aquel ruido como, sin duda, los suspiros y las lágrimas acusaban muy bajo al autor de su cautiverio. Después de haber quitado la libertad a tanta gente, el rey venía ahora a quitarles también el sueño.

Aquella idea estuvo a punto de volverle loco, y aumentó sus fuerzas, o más bien su voluntad ansiosa de obtener una noticia o una conclusión. El palo de la silla volvió a hacer su oficio. Al cabo de una hora, Luis oyó un ruido en el corredor, detrás de su puerta, y un golpe violento respondió en aquella misma puerta e hizo cesar los suyos.

—¡Pardiez! ¡Estáis loco? —dijo una ruda y grosera voz—. ¿Qué os pasa esta mañana?

« ¡Esta mañana! », pensó el rey, sorprendido.

Luego, cortésmente:

—Señor —dijo—, ¿sois el alcaide de la Bastilla?

—Amigo, tenéis trastornado el juicio —replicó la voz—; pero eso no es una razón para armar tanto ruido. ¡Callad, diantre!

—¿Sois el alcaide? —volvió a preguntar el rey.

Una puerta se cerró. El carcelero acababa de partir, sin dignarse contestar una palabra.

Cuando se persuadió el rey de la ausencia del carcelero, su furor no conocío límites. Ágil como un tigre, saltó de la mesa a la ventana, cuyos hierros hizo estremecer; rompió un vidrio, cuyos pedazos cayeron en los patios, y llamó con voz ya enronquecida: « ¡Alcaide! ¡Alcaide! ». Aquel acceso duró una hora, que fue un período de fiebre ardiente.

El rey, con los cabellos desordenados y pegados a la frente, el traje roto y

sucio, la camisa hecha pedazos, no se detuvo sino cuando se le acabaron las fuerzas, y sólo entonces conoció el inexorable espesor de aquellas paredes, la impenetrabilidad de aquellas argamasa, invencible a toda otra tentativa que no fuera la del tiempo, ayudado por la desesperación.

Apoyó su frente contra la puerta, y dejó que su corazón se fuese calmado poco a poco; un latido más lo habría hecho estallar.

—Llegará el instante —dijo— en que me hayan de traer el alimento como a todos los presos. Entonces veré a alguien, le hablaré, y me responderá.

Y el rey buscó en su memoria la hora en que tenía lugar la primera comida de los presos de la Bastilla. Hasta esta circunstancia ignoraba. Cruel y sorda puñalada fue aquel remordimiento de haber vivido veinticinco años siendo rey y dichoso, sin pensar en lo que sufre un desgraciado a quien se priva injustamente de su libertad. El rey se sonrojó de vergüenza, y conocía que Dios, al permitir aquella terrible humillación, no hacía más que devolver a un hombre el tormento que ese mismo hombre había hecho pasar a tantos otros.

Nada podía ser más eficaz para atraer a la religión aquella alma aterrada por el sentimiento de los dolores. Pero Luis no se atrevió siquiera a arrodillarse para suplicar a Dios y pedirle el término de aquella prueba.

—Dios hace bien —dijo—, Dios tiene razón. Sería en mí un crimen pedir a Dios lo que tantas veces he negado a mis semejantes.

En este punto se hallaba de sus reflexiones, esto es, de su agonía, cuando detrás de la puerta se dejó oír el mismo ruido que antes, seguido esta vez del chirrido de las llaves y el rechinar de los cerrojos al pasar por las armellas.

El rey dio un salto para acercarse al que iba entrar; pero, de pronto pensó que era un movimiento indigno de un rey, y se detuvo; tomó un continente noble y tranquilo, cosa que le era fácil, y esperó con la espalda vuelta a la ventana, para ocultar un tanto su agitación a las miradas del que llegaba.

Era solamente un llavero, cargado de una cesta de comida.

El rey contemplaba a aquel hombre con inquietud, y esperó a que hablase.

—¡Ah! —dijo—; ¿habéis roto vuestra silla? Bien decía yo. ¡Necesario es que os hayáis vuelto loco furioso!

—Señor —dijo el rey—, mirad bien lo que decís; os va en ello un interés grave.

El carcelero colocó la cesta sobre la mesa, y mirando a su interlocutor:

—¿Qué? —dijo con sorpresa.

—Hacedme subir al alcaide —añadió noblemente el rey.

—Vaya, hijo mío —dijo el carcelero—; siempre habéis sido muy juicioso; pero la locura hace malo al hombre, y deseo que estéis prevenido: habéis roto vuestra silla y hecho ruido, delito que se castiga con el calabozo.

Prometedme no volver a las andadas, y no se lo diré al alcaide.

—Quiero ver al alcaide —replicó el rey sin pestañear.

—Cuidado, que os hará encerrar en el calabozo.

—¡Lo quiero! ¡Oís?

—¡Ah! Parece que se os extravía la vista. ¡Bueno! Me llevo vuestro cuchillo.

Y el carcelero, haciendo lo que decía, cerró la puerta y salió, dejando al rey más asombrado, más infeliz, y más solo que nunca.

En vano volvió a apelar al palo de la silla; en vano hizo volar por la ventana las fuentes y los platos; nadie le contestó.

Dos horas después no era ya rey, ni noble, ni hombre, ni cerebro, sino un pobre loco que se arrancaba las uñas en las puertas; quería desembaldosar el suelo, y daba gritos tan espantosos, que la antigua Bastilla parecía temblar hasta en sus cimientos de haberse atrevido a rebelarse contra su señor.

En cuanto al alcaide, ni se había incomodado siquiera. El llavero y los centinelas le habían dado el recado; pero ¿para qué? ¡No eran cosa corriente los locos en la Bastilla! ¡No eran acaso las paredes más fuertes que los locos?

Penetrado Baisemeaux de todo cuanto le había dicho Aramis, y perfectamente escudado con su orden del rey, no pedía más que una cosa, y era que el loco Marchiali fuese bastante loco para ahorcarse en su baldaquino o en uno de los hierros de su ventana.

En efecto, aquel preso no daba aumento ninguno, y hacíase más incómodo que de ordinario. Aquellas complicaciones de Seldon y de Marchiali; aquellas complicaciones de libertad y de nuevo encarcelamiento; aquellas complicaciones de semejanza, tendrían de aquel modo un desenlace muy cómodo, y aun Baisemeaux había creído advertir que ese desenlace no hubiera disgustado mucho al señor de Herblay.

—Y en verdad —decía Baisemeaux a su mayor—, un preso ordinario es ya harto desgraciado con estar preso, y sufre bastante para que pueda deseársele la muerte, sin faltar a la caridad. Con mucha más razón, cuando ese preso se halla loco, y puede morder y hacer ruido en la Bastilla; entonces, ¡ah! no sólo es un voto caritativo el desearle la muerte, sino que sería una laudable obra suprimirlo muy dulcemente.

Y diciendo esto, el alcaide se mandó traer su segundo almuerzo.

## Capítulo XIX

---

### Sombra del señor Fouquet

D'Artagnan, trastornado aún de resultas de la entrevista que acababa de tener con el rey, preguntábase si estaba en su cabal juicio; si la escena pasaba efectivamente en Vaux; si él, D'Artagnan, era realmente capitán de los mosqueteros, y Fouquet el dueño del palacio de Vaux, donde Luis XIV había recibido hospitalidad. Estas reflexiones no eran las de un hombre ebrio, a pesar de lo mucho que habían hecho el gasto en la fiesta los vinos del superintendente. Pero el gascón era hombre de sangre fría, y sabía, con sólo tocar su acero, tomar en lo moral la frialdad de ese acero para las grandes ocasiones.

—Vamos —dijo al salir del regio aposento—, heme aquí arrojado históricamente en los destinos del rey y en los del ministro; después escribirán que D'Artagnan, segundón de Gascuña, echó la mano al cuello de monseñor Nicolás Fouquet, superintendente de Hacienda de Francia. Mis descendientes, si los tengo, se vanagloriarán con esta prisión, como los señores de Luynes con los episodios del pobre mariscal de Ancre. Se trata de ejecutar puntualmente la voluntad del rey. Cualquiera Puede decir al señor Fouquet: « ¡Vuestra espada, señor! ». Pero no sabrá cualquiera custodiar al señor Fouquet sin hacer que nadie grite. ¿De qué modo nos hemos, pues, de componer para que el señor superintendente Pase desde el mas alto favor a la última desgracia, para que vea convertirse el palacio de Vaux en una cárcel, para que después de haber gustado el incienso de Asuero, caiga en el cadalso de Amán, esto es, de Enguerrando de Marigny ?

Aquí se anubló la frente de D'Artagnan de una manera lastimosa. El mosquetero tema escrúpulos. Entregar así a la muerte (porque ciertamente Luis XIV aborrecía a Fouquet), entregar, decimos, a la muerte al que pocos

momentos antes habíale proclamado hombre galante, era un verdadero caso de conciencia.

« Me parece —se dijo D'Artagnan— que si no soy un belitre, debo hacer saber al señor Fouquet la idea del rey respecto a su persona. Mas, si vendo el secreto de mi amo, seré un pérvido y un traidor, crimen previsto por las leyes militares hasta tal punto, que he visto muchas veces en las guerras ahorcar a desgraciados que habían hecho en pequeño lo que mis escrúulos me aconsejan hacer en grande. No, yo pienso que un hombre de talento debe salir de este pantano con más habilidad. ¿Y deberemos admitir que tenga yo talento? La cosa bien puede ponerse en duda, pues tanto consumo he hecho de él desde hace cuarenta años, que no será poca suerte si me queda aún por valor un doblón».

D'Artagnan se cogió la cabeza entre las manos, se arrancó algunos pelos del bigote, y agregó:

¿Por qué causa habrá caído en desgracia el señor Fouquet? Por tres: la primera, porque no le quiere el señor Colbert; la segunda, porque ha querido a mar a la señorita de La Vallière; la tercera, porque el rey quiere al señor Colbert y a la señorita de La Vallière. ¡Es hombre perdido! ¿Y tendré que irle a poner el pie en la cabeza, yo, que soy hombre, cuando le veo sucumbir a intrigas de mujeres y escribientes? ¡Vayan noramala! Si es peligroso, yo le hundiré; pero si sólo es víctima de la persecución, allá veré lo que he de hacer. He llegado ya a tal punto, que ni el rey ni hombre pueda prevalecer sobre mi opinión. Si Athos estuviera aquí, haría lo mismo que yo. Así, pues, en vez de ir a buscar brutalmente al señor Fouquet y secuestrarlo, voy a tratar de conducirme como hombre de delicadas maneras. Hablarán indudablemente de mí; pero hablarán bien.

Y D'Artagnan, componiéndose por un ademán especial su tahalí sobre el hombro, se fue derecho a la cámara del señor Fouquet, el cual, después de haberse despedido de las damas, se preparaba a dormir tranquilamente sobre sus triunfos del día.

La atmósfera se hallaba aún perfumada o infestada, como se quiera, del olor de los fuegos artificiales.

Las luces despedían sus moribundos resplandores, las flores caían de las guirnaldas, los grupos de bailarinas y cortesanas se desbandaban por los salones.

En medio de sus íntimos, que le felicitaban y recibían sus cumplimientos, el superintendente entornaba los ojos fatigados. Aspiraba al reposo, y dejábase caer sobre el lecho de laureles recogidos en tantos días. No parecía sino que doblaba su cabeza bajo el peso de las nuevas deudas contraídas a fin de hacer honor a aquella fiesta.

El señor Fouquet acababa de retirarse a su cámara con la sonrisa en los labios y más que medio muerto. Ya no veía ni oía; su lecho le atraía, le fascinaba. El dios Morfeo, dominador de la cúpula, pintado por Le Brun, había extendido su

poder a las cámaras próximas, y lanzando sus más eficaces adormideras sobre el dueño de la casa.

El señor Fouquet, casi solo, estaba ya en manos de su ayuda de cámara, cuando apareció D'Artagnan en el umbral.

D'Artagnan no había logrado nunca vulgarizarse familiar en la Corte. En vano se le veía por todas partes y siempre, pues siempre y en todas partes producía su efecto. Tal es el privilegio de ciertas naturalezas, que se asemejan en esto al relámpago o al trueno. Todo el mundo las conoce; mas su aparición sorprende, y, cuando se les siente, la última impresión es siempre la que uno cree haber sido más fuerte.

—¡Calla! ¡El señor de D'Artagnan? —exclamó Fouquet, que había sacado ya un brazo de su manga.

—Para serviros —replicó el mosquetero.

—Entrad, querido señor de D'Artagnan.

—¡Gracias!

—¿Venís a hacerme alguna crítica de la fiesta? Sois un agudo ingenio.

—¡Oh, no!

—¿Os incomodan en vuestro servicio?

—No, por cierto.

—¿Estáis, quizás, mal alojado?

—Maravillosamente.

—Entonces, os doy las gracias por vuestra bondad, y me declare desde luego reconocido al favor que me hacéis.

Estas palabras significaban, sin género de duda: «Mi querido D'Artagnan, marchaos a acostar, ya que tenéis un lecho, y dejadme hacer otro tanto».

D'Artagnan simuló no comprenderlo.

—¿Os vais a acostar ya? —preguntó al superintendente.

—Sí. ¿Tenéis algo que comunicarme?

—Nada, monseñor, nada. ¿Os acostáis aquí?

—Como veis.

—Monseñor, habéis dado al rey una hermosa fiesta.

—Lo creéis así?

—¡Oh! Soberbia.

—¿Está contento el rey?

—Encantado.

—¿Os ha dicho que me lo participéis?

—No elegiría un mensajero tan poco digno, monseñor.

—Os hacéis muy poco favor, señor de D'Artagnan.

—¿Es ese vuestro lecho?

—Sí. ¿Por qué esa pregunta? ¿No estáis satisfecho el vuestro?

—Queréis que hable con franqueza?

- Naturalmente.
- Pues bien, no.
- Fouquet hizo un ademán de sorpresa.
- Señor D'Artagnan —dijo—, ocupad mi habitación.
- ¡Privándoos de ella, monseñor? ¡Jamás!
- Pues, ¿qué queréis que se haga?
- Permitidme que la comparta con vos.
- El señor Fouquet miró atentamente al mosquetero.
- ¡Ah, ah! —dijo—. ¿Venís de ver al rey?
- Sí, monseñor.
- ¿Y el rey desea que os acostéis en mi cámara?
- Monseñor...
- Muy bien, señor de D'Artagnan; muy bien; aquí sois el dueño. Aposentaos.
- Os aseguro, monseñor, que no quiero abusar...
- El señor Fouquet, dirigiéndose a su ayuda de cámara:
- Dejadnos —dijo.
- El ayuda de cámara salió.
- Tenéis que hablarme, señor? dijo a D'Artagnan.
- Yo?
- Un hombre de vuestro carácter no viene a hablar con otro del mío a estas horas, sin graves motivos.
- No me interrogueis.
- Al contrario, ¿qué deseáis de mí?
- Nada más que vuestra compañía.
- Vamos al jardín —dijo de pronto el superintendente—; vamos al parque.
- No —respondió vivamente el mosquetero—, no.
- Por qué?
- La humedad...
- Vamos, confesad que venís a prenderme —dijo el superintendente al capitán.
- ¡Jamás! —exclamó éste.
- Entonces, queréis vigilarme.
- Por honor, sí, monseñor.
- ¡Por honor! ¡Eso es otra cosa! ¡Ah! ¿Me prenden en mi misma casa?
- No digáis eso!
- Al contrario, lo publicaré muy alto!
- Si gritáis, me veré precisado a invitaros al silencio.
- ¡Bien! ¿Violencia en mi casa? ¡Muy bien!
- No nos entendemos del todo.
- Ahí tenéis un tablero; juguemos, si os place, monseñor.
- Señor de D'Artagnan, ¿estoy, pues, en desgracia?

—Nada de eso; pero...

—Pero se me prohíbe sustraerme a vuestras miradas.

—No entiendo una palabra de lo que me decís, monseñor; y, si queréis que me retire, anunciadme.

—Querido señor de D'Artagnan, vuestras maneras me volverán loco. Me caía de sueño, y me lo habéis quitado.

—Nunca me lo perdonaré, y si queréis reconciliarme conmigo mismo...

—¿Qué?

—Dormid en mi presencia; tendré en ello singular placer.

—¿Vigilancia...?

—Entonces, me voy.

—No os comprendo.

—Buenas noches, monseñor.

Y D'Artagnan fingió retirarse. Entonces, Fouquet corrió tras él.

—No me acostaré —dijo—. Seriamente, ya que os negáis a tratarme como hombre, y la echáis de fino conmigo, voy a acosaros como se acosa al jabalí.

—¡Bah! —exclamó D'Artagnan, afectando sonreír.

—Pediré mis caballos y me marcho a París —dijo Fouquet, fijando una mirada penetrante en el capitán de mosqueteros.

—¡Ah! En ese caso, monseñor, es diferente.

—¿Me prendéis?

—¡No! Partiré con vos.

—Eso me basta, señor de D'Artagnan —repuso Fouquet con frialdad—. No en balde gozáis de una reputación de hombre de talento y de grandes recursos; pero conmigo todo eso es superfluo. Voy derecho al bulto: un favor. ¿Por qué me detenéis? ¿Qué he hecho?

—¡Oh! Ignoro lo que hayáis hecho; pero no os prendo... esta noche...

—¡Esta noche! —exclamó Fouquet palideciendo—. Pero ¿y mañana?

—¡Oh! Aún no ha llegado mañana, monseñor. ¿Quién puede responder del día siguiente?

—¡Pronto, pronto, capitán, permitidme hablar al señor de Herblay!

—¡Ay! Siento mucho no poder complaceros, monseñor. Tengo orden de no permitiros comunicar con nadie.

—¡Con el señor de Herblay, capitán, con vuestro amigo!

—Monseñor, ¿y no es quizás mi amigo, el señor de Herblay, la única persona con quien deba impediros hablar?

Fouquet sonrójose, y, tomando el aire de la resignación:

—Señor —dijo—, tenéis razón; recibo una lección que no hubiera debido provocar. El hombre caído a nada tiene derecho, ni aun de parte de aquellos cuya fortuna ha hecho; de consiguiente, con mayor razón de los que no han recibido de él beneficio ninguno, por más que haya a deseado hacerlo.

—¡Monseñor!

—Tenéis razón, señor de D'Artagnan; siempre os habéis mantenido conmigo en buena situación, en la situación que conviene al hombre destinado a prenderme. ¡Jamás me habéis pedido nada!

—Monseñor —replicó el gascón conmovido de aquel dolor elocuente y noble —, ¿queréis darme vuestra palabra de honor de que no saldréis de este cuarto?

—¿Para qué, mi querido señor de D'Artagnan, ya que estoy bajo vuestra custodia? ¿Teméis que luche contra la espada más intrépida del reino?

—No es eso, monseñor; es que voy a traeros al señor de Herblay, y, por consiguiente, a dejaros solo.

Fouquet exhaló un grito de alegría y de sorpresa.

—¡Traedme al señor de Herblay! ¡Dejadme solo! —exclamó juntando las manos.

—¿Dónde se halla alojado el señor de Herblay? ¿En la cámara azul?

—Sí, amigo, sí.

—¡Vuestro amigo! Gracias por la palabra, monseñor; ya que hoy me llamáis así y antes no me habíais dado ese título.

—Oh, me salváis!

—Bien se emplearán diez minutos en ir y volver al cuarto azul, ¿no es cierto? —preguntó D'Artagnan.

—Poco más o menos.

—Para despertar a Aramis, que cuando duerme lo hace a gusto, y avisarle, pongo otros cinco minutos; total, un cuarto de hora de ausencia. Ahora, monseñor, dadme vuestra palabra de que no trataréis de huir, y de que os hallaré aquí al volver.

—Os la doy, señor —contestó Fouquet apretando la mano del mosquetero con afectuoso reconocimiento.

D'Artagnan desapareció.

Fouquet le vio alejarse, esperó con visible impaciencia a que se cerrara la puerta, y luego precipitóse sobre sus llaves, abrió algunos cajones de secreto ocultos entre los muebles, buscó en vano algunos papeles que, indudablemente, se habían quedado en Saint-Mandé, y que pareció sentir no tenerlos allí; y en seguida, cogiendo con la mayor premura, cartas, contratos y otro documento: hizo un lío quemó apresuradamente en la tabla mármol de la chimenea, sin tomarse el trabajo de quitar antes los jarrones de flores que la adornaban.

Terminada aquella operación, como un hombre que acaba de escapar a un inmenso peligro, y a quien las fuerzas abandonan en cuanto ese peligro cesa de ser temible, dejóse caer abatido en un sillón.

D'Artagnan volvió y encontró a Fouquet, en la misma posición. El digno mosquetero jamás dudó de que Fouquet, habiendo dado su palabra, no pensaría siquiera faltar a ella; mas pensó que aprovecharía su ausencia a fin de

desembarazarse de todos los papeles, notas y contratos que pudieran hacer más peligrosa la situación, ya harto grave, en que se hallaba. Así, pues, levantando la cabeza como perro que olfatea, percibió el olor de humo que esperaba descubrir en la atmósfera, y, no habiéndose equivocado, hizo un movimiento de cabeza en señal de satisfacción.

A la entrada de D'Artagnan, Fouquet había levantado también la cabeza, y no se le escapó ninguno de los movimientos de D'Artagnan.

Encontráronse las miradas de los dos; ambos conocieron que se habían comprendido, sin haber cambiado una palabra.

—Y bien —preguntó, el primero, Fouquet—, ¿y el señor de Herblay?

—A fe mía, monseñor —respondió D'Artagnan—, preciso es que el señor de Herblay se ha aficionado a los paseos nocturnos, y guste componer versos, al claro de luna, en los jardines de Vaux con alguno de vuestros poetas; no está en su cuarto.

—¡Cómo! ¡no está en su cuarto? —exclamó Fouquet, a quien se le iba su última esperanza; porque, sin que se diera cuenta de cómo el obispo de Vannes podía socorrerle, comprendía que en realidad no era posible esperar auxilio de nadie más que de él.

—O bien, si está en su cuarto —prosiguió D'Artagnan—, ha tenido razones para no contestar.

—Pero ¿habéis llamado de modo que os pueda oír?

—No supondréis, monseñor, que saltando mis órdenes, que me prohibían abandonaros un solo instante, haya sido bastante loco para despertar toda la casa y hacerme ver en el corredor del obispo de Vannes, a fin de que el señor Colbert pudiera decir que os daba tiempo de quemar vuestros papeles.

—¿Mis papeles?

—Sin duda; es lo menos que yo hubiese hecho en vuestro lugar. Cuando me abren una puerta, aprovecho la ocasión.

—Pues bien, gracias —dijo Fouquet—; la he aprovechado.

—Y habéis hecho muy bien, ¡diantre! Todos tenemos nuestros secretillos que nada importan a los demás. Pero, volvamos a Aramis.

—Bien, ya os lo he dicho: habréis llamado muy bajo y no os habrá oído.

—Por bajo que se llame a Aramis, monseñor, oye siempre cuando tiene interés en oír. Repito, pues, mi frase: Aramis no está en su cuarto, monseñor, o Aramis ha tenido, para no reconocer mi voz, motivos que yo ignoro, y que tal vez ignoráis vos mismo, por más íntimamente unido que estéis con Su Ilustrísima el obispo de Vannes.

Fouquet lanzó un suspiro, se levantó, dio tres o cuatro vueltas por la cámara, y acabó por ir a sentarse, con expresión de profundo abatimiento, en su magnífico lecho de terciopelo, guarnecido todo él de espléndidos encajes.

D'Artagnan miró a Fouquet con un sentimiento de profunda commiseración.

—A muchos he visto prender en mi vida —dijo el mosquetero con melancolia —; he visto prender al señor de Cinq-Mars y al señor de Chalais. Era yo muy joven. He visto prender al señor de Condé con los príncipes, al señor de Retz y al señor de Broussel. Mirad, monseñor, y siento decirlo, pero al que más os asemejáis de todos ellos en este momento, es al buen Broussel. Poco falta para que, como él, metáis la servilleta en la cartera y os limpiéis la boca con los papeles. ¡Diantre, señor Fouquet, un hombre como vos no debe abatirse nunca de ese modo! Si vuestros amigos os vieran...

—Señor de D'Artagnan —contestó el superintendente con una sonrisa llena de tristeza—, no me comprendéis; precisamente porque mis amigos no me ven, es por lo que estoy tan contristado. ¡Yo no vivo solo! ¡Yo no soy nadie solo! Notad que toda mi vida la he empleado en procurarme amigos, de quien esperaba hacer otros tantos apoyos. En la prosperidad, todas esas voces felices, y felices por mí, me formaban un concierto de alabanzas y acciones de gracias. Al menor asomo de desfavo, esas voces más humildes acompañaban armoniosamente los murmullos de mi alma. Nunca he conocido el aislamiento. La pobreza, fantasma que a veces he entrevisto con sus harapos al fin de mi carrera, es el espectro con quien mis intimos se están divirtiendo hace años, que poetizan, que acarician, que me han hecho amar. ¡La pobreza! La acepto, la reconozco, la acojo como a una hermana desheredada; porque la pobreza no es la soledad, no es el destierro, no es la prisión. ¡Puedo acaso ser pobre jamás con amigos como Pellisson, como la Fontaine, como Molière; con una amante como...? ¡Oh! Pero la soledad, a mí, hombre de bullicio; de placeres, que vivo porque los demás viven... ¡Ay, si supierais cuán solo me encuentro en este momento, y cómo vos, que me separáis de todo lo que amo, me parecéis la imagen de la soledad, de la nada y de la muerte!

—Pero ya os he dicho, señor Fouquet —repuso D'Artagnan impresionado hasta el fondo del alma—, ya os he dicho que exageráis las cosas. El rey os quiere.

—¡No! —dijo Fouquet moviendo la cabeza—, ¡no!

—El señor Colbert os aborrece.

—¿El señor Colbert? ¡Qué me importa!

—Os arruinará.

—¡Oh! Respecto a eso, le desafío a que lo haga; ya lo estoy. A aquella extraña confesión del superintendente, paseó D'Artagnan una mirada expresiva en torno suyo. Aunque no abrió la boca Fouquet le comprendió tan perfectamente, que añadió:

—¿De qué aprovechan estas magnificencias cuando no es uno ya magnífico? ¿Sabéis para qué nos sirven a los ricos la mayor parte de nuestras posesiones? Para disgustarnos por su mismo esplendor de todo lo que a él no iguala. Me habláis tal vez de Vaux, de las maravillas de Vaux. ¿Y qué puedo hacer con esta

maravilla? ¿Con qué, si me hallo arruinado, llevaré el agua a las urnas de mis náyades, el fuego a las entrañas de mis salamandras, y el aire al pecho de mis tritones? Para ser bastante rico, señor de D'Artagnan, es necesario ser demasiado rico.

D'Artagnan meneó la cabeza.

—¡Oh! Bien sé lo que pensáis —repicó vivamente Fouquet—. Si Vaux fuera vuestro, lo venderíais, y compraríais tierras en alguna provincia. Allí tendríais bosques, vergeles y campos; y estas tierras mantendrían a su propietario. De cuarenta millones haríais...

—Diez millones —interrumpió D'Artagnan.

—Ni un millón, mi estimado capitán. Nadie en Francia es bastante rico para comprar a Vaux en dos millones y mantenerlo como está; nadie podría ni sabría hacerlo.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—; en todo caso, un millón...

—¿Qué?

—No es la miseria.

—Poco le falta, amigo.

—¿Cómo que le falta poco?

—¡Oh! No comprendéis. No, no quiero vender mi casa de Vaux. Os la regalo, si lo deseáis.

Y Fouquet acompañó estas palabras con un movimiento inexpresable de hombros.

—Dádselo al rey, y haréis mejor negocio.

—El rey no necesita que yo se lo dé —dijo Fouquet—; lo tomará si le acomoda; por eso prefiero que se destruya. Mirad, señor de D'Artagnan, si el rey no estuviera bajo mi techo, tomaría aquella vela, iría bajo la cúpula a poner fuego a dos cajones de cohete y de petardos que han quedado, y reduciría mi palacio a cenizas.

—¡Bah! —repicó con negligencia el mosquetero—; en todo caso no quemaríais los jardines. Es lo que hay mejor en Vaux.

—Y luego —dijo con sorda voz Fouquet—, ¿qué he dicho, Dios mío? ¡Quemar a Vaux! ¡Destruir mi palacio! ¡Si Vaux no es mío, si estas riquezas, estas maravillas, pertenecen como goce a quien las ha comprado, si su duración corresponde a los que las han creado! Vaux es de Le Brun, de Le Nôtre, de Pellisson, de Levau, de La Fontaine; Vaux es de Molière, que ha hecho representar en él Los Fastidiosos; Vaux, en una palabra, es de la posteridad. Ya veis, señor de D'Artagnan, que no es siquiera mía mi casa.

—Enhorabuena —dijo D'Artagnan—; esa es idea que me gusta, y reconozco en ella al señor Fouquet; esa idea me hace olvidar al buen Brausel y las jeremiadas del antiguo frondista. Si estáis arruinado, monseñor, procurad no abatiros, pues también, ¡pardiez!, pertenecéis a la posteridad, y no tenéis derecho

a rebajaros. Vamos, miradme a mí, que parezco dotado de cierta superioridad sobre vos, porque estoy encargado de prenderos; la suerte, que reparte sus papeles a los comediantes de este mundo, me ha dado a mí uno menos bello y grato que el vuestro; soy de los que piensan que los papeles de monarca o poderosos valen más que los de mendigos o lacayos. Más vale, hasta en escena, aun en otro teatro que no sea el del mundo, vale más llevar un rico traje y usar lenguaje culto, que refregar el suelo con zapatos viejos, o dejarse acariciar los lomos con bastones llenos de estopa. En fin vos habéis abusado del oro, habéis mandado, habéis disfrutado. Yo he arrastrado mi espada, he obedecido, he sufrido. Pues bien, por poco que valga en comparación a vos, monseñor, os declaro que el recuerdo de lo que he hecho es para mí un agujón que me impide doblar la cabeza antes de tiempo. Hasta el fin seré un buen caballo de escuadrón, y caeré muy tieso, de una pieza, muy vivaz, después de haber elegido bien mi sitio. Haced como yo, monseñor, y no os irá mal. Esto no pasa más que una vez a los hombres como vos. Lo esencial es comportarse bien cuando llega el caso. Hay un proverbio latino, cuyas palabras he olvidado; pero recuerdo el sentido, pues más de una vez lo he meditado, y dice así: « El fin corona la obra ».

Fouquet se levantó, pasó su brazo alrededor del cuello de D'Artagnan, a quien estrechó contra su corazón, mientras con la otra mano le apretaba la suya.

—He ahí un buen sermón —dijo tras de una pausa.

—Sermón de mosquetero, monseñor...

—Vos, que decís eso, me queréis.

—Tal vez.

Fouquet quedó pensativo, y, después de un momento:

—Pero, el señor de Herblay —preguntó—, ¿dónde estará?

—¡Ah! ¡Eso es!

—No me atrevo a rogaros que le hagáis buscar.

—Aun cuando me lo rogaseis, no lo haría, señor Fouquet. Sería una imprudencia. Lo sabrían, y Aramis, que nada tiene que ver en el asunto, podría hallarse comprometido y envuelto en vuestra desgracia.

—Esperaré al día —dijo Fouquet.

—Es lo mejor que puede hacerse.

—¿Y qué faremos cuando llegue el día?

—No lo sé, monseñor.

—Hacedme un favor, señor de D'Artagnan.

—Con sumo gusto.

—Me custodiáis, y me quedo; esa es la plena ejecución de vuestra consigna, ¿no?

—Sí.

—¡Pues bien, sed mi sombra! Más quiero esta sombra que otra cualquiera. D'Artagnan se inclinó.

—Pero olvidad que sois el señor de D'Artagnan, capitán de mosqueteros; olvidad que yo soy el señor Fouquet, superintendente de Hacienda, y hablemos de mis asuntos.

—¡Pardiez! Eso es muy espinoso.

—¿De veras?

—Sí, pero por vos, señor Fouquet, haría hasta lo imposible.

—Gracias. ¿Qué os ha dicho el rey?

—Nada.

—¡Ah! ¿Es así como pensáis hablar?

—Cáscaras!

—¿Qué pensáis de mi situación?

—Nada.

—No obstante, a menos de una mala voluntad...

—Vuestra situación es difícil.

—¿En qué?

—En que os halláis en vuestra casa.

—Por difícil que sea la comprendo bien.

—¡Pardiez! ¿Imagináis que con cualquier otro hubiera usado tanta franqueza?

—¿Tanta franqueza? ¿Pues en qué habéis sido franco conmigo cuando no me decís hasta la cosa más insignificante?

—Entonces, mil gracias.

—Pues a ver!

—Mirad, monseñor; escuchad como me hubiera comportado con otro: hubiera llegado a vuestra puerta, después de marcharse los sirvientes... y si no se habían marchado, les habría esperado a su salida y atrapado como conejos, poniéndoles enseguida en sitio seguro. Después, me habría tendido sobre la alfombra de vuestro corredor, y, dueño ya de vos, sin que lo sospechaseis, os tendría ya guardado para el desayuno del amo. Así, ni había escándalo, ni defensa, ni ruido; pero tampoco hubiera habido para el señor Fouquet aviso, miramiento, ni esas deferencias delicadas que se tienen entre personas corteses, en los momentos decisivos. ¿Os place este plan?

—Me hace temblar.

—¿No es cierto? Habría sido cosa bien triste aparecer mañana de improviso, y pediros vuestra espada.

—¡Oh, señor! ¡Habría muerto de cólera y de vergüenza!

—Expresáis con demasiada elocuencia vuestro reconocimiento; creed que todavía no he hecho lo bastante.

—De seguro, señor, jamás me haréis confesar eso.

—Pues bien, ahora, monseñor, si estáis satisfecho de mí, si os sentís repuesto de la sacudida que he procurado suavizar en lo posible, demos tiempo al tiempo. Os halláis fatigado y tenéis que reflexionar; de consiguiente, os aconsejo que

durmáis, o hagáis como que dormís, en vuestro lecho. Yo duermo en ese sillón, y cuando duermo, mi sueño es pesado, al extremo de no despertarme un cañonazo.

Fouquet sonrió.

—Excepto, no obstante —prosiguió el mosquetero—, en el caso de que se abra una puerta, sea secreta o visible, de entrada o salida. ¡Oh! En eso mi oído es tan vulnerable que el más tenue chasquido me hace estremecer. Es una antipatía natural. Id, venid, pasead por el cuarto cuanto queráis; escribid, tachad, romped, quemad; pero no toquéis la llave de la cerradura, ni el botón de la puerta, pues me haríais despertar sobresaltado, y eso me atacaría horriblemente los nervios.

—Verdaderamente, señor de D'Artagnan —dijo Fouquet—, sois el hombre más espiritual y el más cortés que conozco, y os aseguro que mi gran pesar es no haberos conocido antes.

D'Artagnan exhaló un suspiro que quería decir: «¡Ay, tal vez me conocéis demasiado pronto!». Enseguida se acomodó en el sillón mientras Fouquet, recostado en su lecho y apoyado en el codo, se entregaba a sus pensamientos.

Y los dos, dejando arder las luces, aguardaron así a que amaneciese; y, cuando Fouquet suspiraba fuertemente, D'Artagnan roncaba con más fuerza.

Ninguna visita, ni siquiera la de Aramis, turbó su reposo; ningún ruido se dejó oír en la vasta casa.

Afuera, las rondas de honor y las patrullas de mosqueteros hacían rechinar la arena bajo sus pies, lo cual era un motivo más de tranquilidad para los que reposaban. Y a esto añádase el murmullo del viento y de las fuentes que cumplían su función eterna, sin cuidarse de los rumores y pequeñeces de que se compone la vida y la muerte del hombre.

## Capítulo XX

---

### La mañana

Al lado del lúgubre destino del rey, encerrado en la Bastilla y condenado a roer en su desesperación los barrotes y cerrojos de la prisión de Estado, la retórica de los antiguos cronistas no dejaría de poner la antítesis de Felipe dormido bajo el solio real. No es que la retórica sea siempre mala y esparza flores falsas para esmalzar la historia; pero nosotros nos excusamos de dar la última mano a la antítesis de dibujar con interés el otro cuadro destinado a servir de contraste al primero.

El joven príncipe bajó del cuarto de Aramis como el rey había descendido de la cámara de Morfeo. La cúpula bajó lentamente a la presión del señor de Herblay, y Felipe encontró ante el lecho real, que había subido, después de haber depositado al preso en los profundidades del subterráneo. Sólo en presencia de aquel lujo, sólo a la faz de todo su poder, sólo ante la conciencia del papel que iba a verse obligado a representar, sintió Felipe por vez primera abrirse su alma a esas emociones que son las palpitaciones vitales de un corazón de rey.

Pero una palidez mortal cubrió su semblante al contemplar el lecho vacío y todavía arrugado por el cuerpo de su hermano.

El mudo cómplice volvió después de haber servido en consumar la obra. Regresaba con la huella del crimen; hablaba al culpable el lenguaje franco y brutal que el cómplice no teme nunca emplear. Decía la verdad.

Felipe, al agacharse para ver mejor, vio el pañuelo, todavía húmedo del frío sudor que había corrido, por la frente de Luis XIV. Aquel sudor aterrorizó a Felipe, como la sangre de Abel estremeció a Caín.

—Heme aquí, frente a frente con mi destino —exclamó, echando fuego por los ojos y con semblante lívido—. ¿Será más terrible que doloroso ha sido mi

cautiverio? Forzado a seguir incesantemente las usurpaciones del pensamiento, ¿soñaré todavía con la idea de escuchar los escrúulos de mi corazón? Pues bien, sí; el rey ha descansado en este lecho; su cabeza ha formado este pliegue en el almohadón; este pañuelo ha recogido la amargura de sus lágrimas, y yo vacilo de acostarme en el lecho, de apretar en mi mano el pañuelo bordado con las armas y la cifra del rey. Vamos, imitemos al señor de Herblay, ya que pretende que la acción se adelante un grado al pensamiento; imitemos al señor de Herblay, que siempre piensa en sí mismo, y que se tiene por hombre de bien cuando sólo descontenta o hace traición a sus enemigos. Yo hubiera ocupado este lecho a no habérmelo arrebatado Luis XIV por el crimen de nuestra madre. Sólo yo habría tenido derecho a servirme de este pañuelo que ostenta las armas de Francia, sí, como dice con razón el señor de Herblay, se me hubiese conservado mi puesto en la cuna real. ¡Felipe, hijo de Francia, sube a tu lecho! ¡¡Felipe, único rey de Francia, recobra tu blasón!! ¡¡¡Felipe, único heredero presuntivo de Luis XIII, tu madre, no abrigues piedad hacia el usurpador, a quien ni aun en este momento acosa remordimiento por todo lo que has sufrido!!!

Dicho esto, Felipe, a, pesar de la repugnancia instintiva de su cuerpo, a pesar del horrible temblor que se oponía a su voluntad, se tendió en el regio lecho, y obligó a sus músculos a sufrir el contacto de la ropa tibia aún de Luis XIV, en tanto que apoyaba sobre su frente el pañuelo húmedo de sudor.

Cuando su cabeza descansó en muelle almohadón, vio Felipe por encima de su frente la corona de Francia sostenida, como ya hemos dicho, por el ángel de las alas de oro.

Representémonos ahora a aquel regio intruso de vista sombría y cuerpo tembloroso. Asemejábase al tigre perdido en una noche de tempestad, que, atravesando cañaverales y barrancos no conocidos, llega a posarse en la caverna del león ausente. El olor felino, tibio vapor de su ordinaria gruta, le atrae, encuentra un lecho de hierbas secas, de osamentas rotas y pastosas como un tuétano; llega, pasea, sacude en la obscuridad sus inflamadas pupilas, que todo lo distinguen, sacude sus miembros empapados, sus guedejas cubiertas de lodo, y se echa pesadamente, con el ancho hocico entre sus patas enormes, dispuesto a disfrutar del sueño, pero también a lanzarse al combate. De vez en cuando, el relámpago que brilla y espejea en las hendiduras del antro, el ruido de las ramas que se entrecocan, las piedras que golpean al caer, la vaga aprensión del peligro, le sacan de aquel letargo producido por la fatiga.

Puede ambicionararse la posesión del lecho de un león, pero no es fácil disfrutar en él de un sueño tranquilo.

Felipe prestó atento oído al menor ruido, dejó oscilar su corazón al soplo de todos los terrores; mas, confiado en su fuerza, doblemente aumentada por la exageración de su empeño supremo, esperó sin debilidad que una circunstancia cualquiera le permitiera juzgarse a sí mismo. Espero que resplandeciese para él

un gran peligro, semejante a esos fósforos de la tempestad que muestran a los navegantes la altura de las olas contra las cuales luchan.

Pero nada llegó. El silencio, ese mortal enemigo de los corazones inquietos y de los ambiciosos, envolvió toda la noche, en su denso vapor, al futuro rey de Francia, protegido por su corona usurpada.

Por la mañana, una sombra más bien que un cuerpo, deslizóse en la cámara real; Felipe la esperaba, y no extrañó su presencia.

—¿Qué hay, señor de Herblay? —preguntó.

—Majestad, todo está terminado.

—¿Cómo?

—Todo lo que esperábamos.

—¿Resistencia?

—Encarnizada, lloros, gritos.

—¿Y después?

—Estupor.

—¿Por último?

—Victoria completa y silencio absoluto.

—¿Sospecha algo el alcaide de la Bastilla?

—Nada.

—¿Y esa semejanza?

—Es la causa del triunfo.

—Pero el preso no dejará de explicarse, pensar en ello. Yo también pude hacerlo, a pesar de que tenía que combatir un poder mucho más fuerte que el mío.

—Todo lo he previsto. Dentro de unos días, antes quizás, si es necesario, enviaremos al cautivo a un destierro tan lejano...

—Se vuelve del destierro, señor de Herblay.

—Tan lejano, he dicho, que las fuerzas materiales del hombre y la duración de su vida no bastasen para su vuelta.

Las miradas del monarca y de Aramis se cruzaron con fría inteligencia.

—¿Y el señor de Du Vallon? —preguntó Felipe para desviar la conversación.

—Hoy os será presentado y, confidencialmente, os felicitará del peligro en que os ha puesto el usurpador.

—¿Y qué haremos de él?

—Del señor Du Vallon?

—Un duque, ¿no es así?

—Sí, lo haremos duque —contestó Aramis sonriendo de un modo particular.

—De qué os reís, señor de Herblay?

—De la idea previsora de Vuestra Majestad.

—Previsora...? ¿Qué entendéis por eso?

—Vuestra Majestad teme, sin duda, que el desgraciado Porthos se convierta

en un testigo molesto, y quiere deshacerse de él.

—¿Haciéndolo duque?

—Seguramente. Lo matáis, morirá de alegría, y el secreto morirá con él.

—¡Ah, Dios mío!

—Yo —dijo flemáticamente Aramis— perderé un buen amigo.

En este momento, y en medio de aquella fútil conversación, a cuyo abrigo ocultaban los dos conspiradores la alegría y el orgullo del triunfo, Aramis oyó algo que le hizo aguzar el oído.

—¿Qué es eso? —preguntó Felipe.

—El día, Majestad.

—¿Y qué?

—Indudablemente, antes de acostaros ayer en ese lecho, decidiríais algo hoy, al rayar el día.

—Previne al capitán de mosqueteros que viniese —respondió el joven.

—Si le dijisteis eso, vendrá seguramente, porque es hombre exacto.

—Oigo pasos en la antecámara.

—Los suyos.

—Pues bien, comencemos el ataque —dijo el joven rey con resolución.

—Cuidado —replicó Aramis—; comenzar ahora el ataque, y con D'Artagnan, sería locura. Ese hombre nada sabe, nada ha visto, y ni de cien leguas sospecha nuestro misterio; pero si es el primero que hoy entra aquí, no tardará en oler que ha ocurrido algo, de lo cual debe preocuparse. Antes de permitir que se presente aquí, debemos preparar muy bien el ambiente de la cámara, introduciendo en ella tanta gente, que sus diferentes huellas despisten al sabueso más fino del reino.

—Pero ¿cómo despedirle después de haberle mandado venir? —hizo observar el príncipe, impaciente por medirse con tan temible adversario.

—Yo me encargo de eso —repuso el obispo—, y para empezar voy a dar un golpe que aturdirá a nuestro hombre.

—También él acaba de dar otro —añadió vivamente el príncipe. En efecto, un golpe resonó en el exterior.

Aramis no se había equivocado: era D'Artagnan, que se anunciaba de aquel modo.

Ya le hemos visto pasar la noche filosofando con el señor Fouquet; mas el mosquetero estaba ya cansado hasta de fingir el sueño y en cuanto el alba empezó a iluminar con su azulada aureola las suntuosas cornisas de la cámara del superintendente, levantóse del sillón, acomodó su espalda, limpió su uniforme con la manga y acepilló su fielro como un soldado del cuerpo de guardias a quien se fuese a revisar.

—¿Os vais? —preguntó el señor Fouquet.

—Sí, monseñor. ¿Y vos?

—Me quedo.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Bien. Por mi parte, sólo salgo para buscar la respuesta ¿sabéis?

—La sentencia, querréis decir.

—Sabéis que tengo algo del viejo romano. Al levantarme esta mañana he notado que mi espada no ha quedado enganchada a ningún herrete, y que el talabarte ha corrido bien. Es un signo infalible.

—¿De prosperidad?

—Sí; cada vez que esta condenada correas de ante se enganchaba en la espada, me traía un castigo del señor de Tréville, o una negativa de dinero del cardenal Mazarino. Cada vez que la espada se enganchaba en el talabarte, me traía una mala comisión de esas que en todas ocasiones han llovido sobre mí. Cada vez que el acero bailaba en la vaina, me traía un duelo afortunado. Cada vez que se metía entre mis pantorrillas, me traía una herida ligera; pero si se salía de la vaina, de fijo iba a quedar en el campo de batalla, con dos o tres meses de cirujano y de compresas.

—¡Ah! No os creía tan bien instruido por vuestra espada —dijo Fouquet con un pálido sonreír en el que estaba la lucha contra sus propias debilidades—. ¿Tenéis una tizona o un trinchante? Vuestra hoja, ¿está hechizada o encantada?

—Mi espada es un miembro que forma parte de mi cuerpo. He oído decir que algunos hombres encuentran avisos en sus piernas o en los latidos de la sien. A mí me acostumbra a avisar la espada, y esta mañana nada me ha dicho. ¡Ah! Sí, sí; ved cómo acaba de encajarse ahora mismo en el último rincón del talabarte ¿Sabéis lo que esto me predice?

—Lo ignoro.

—Un arresto para hoy.

—¡Ah! —dijo el superintendente, más asombrado que herido por aquella franqueza—; si nada triste os augura vuestra espada, se entiende que os importa poco arrestarme.

—¡Arrestaros! ¡A vos?

—Indudablemente... la predicción...

—No os concierne, puesto que estáis arrestado desde ayer. No seréis vos a quien yo arreste hoy; por esto mismo me alegro, y repito que el día será dichoso.

Y con estas palabras, pronunciadas con particular afecto, el capitán se despidió del señor Fouquet para ir a la cámara del rey.

Iba a salir de la habitación, cuando el superintendente le dijo:

—Dadme la última prueba de vuestra amistad.

—Como gustéis, monseñor.

—Haced que pueda ver al señor de Herblay.

—Voy a probar suerte para traerosle.

D'Artagnan no creía acertar con tanta exactitud. Estaba escrito que aquel día habíanse de realizar las predicciones que la espada le había inspirado.

Llamó, según queda dicho, a la puerta del rey. Aquella puerta se abrió. El capitán pudo creer que el rey la abriría en persona. Esta suposición no era inadmisible, atendiendo el estado de agitación en que el mosquetero había dejado a Luis XIV la víspera. Pero en lugar de la persona real, a la cual se disponía a saludar, descubrió la figura larga e impasible de Aramis. Poco faltó para que arrojase un grito: tan violenta fue su sorpresa.

—¡Aramis! —murmuró.

—Buenos días, querido D'Artagnan —contestó fríamente el prelado.

—¿Aquí? —exclamó el mosquetero.

—Su Majestad os pide —añadió el obispo— que anunciéis que está descansando, porque ha pasado muy mala noche.

—¡Ah! —volvió a exclamar D'Artagnan, quien no podía comprender cómo el obispo de Vannes, tan pobre favorito el día antes, habiese convertido en seis horas en el más alto campeón de la fortuna que se hubiese arrastrado al pie de un lecho real.

En efecto, a fin de transmitir desde el umbral de la cámara del monarca sus mandatos, para servir de intermediario a Luis XIV, para mandar en nombre suyo a dos vasos de su persona, era necesario ser más que lo que había sido Richelieu con Luis XIII.

Los expresivos ojos de D'Artagnan, su boca dilatada, su bigote erizado, dijeron todo esto en el más elocuente de los idiomas al soberbio favorito, que no pareció afectarse.

—Además —continuó el obispo—, tendréis a bien, señor capitán de mosqueteros, no permitir esta mañana más introducciones que las grandes ceremonias, Su Majestad quiere dormir aún.

—Pero —objetó D'Artagnan dispuesto a rebelarse, y sobre todo a dejar traslucir las sospechas que le inspiraba el silencio del rey—, señor obispo, Su Majestad me ha dado hora para esta mañana.

—Será en otra ocasión —dijo desde el fondo de la alcoba la voz del rey, voz que hizo correr un calorífico por las venas del mosquetero.

D'Artagnan se inclinó, aturdido, estúpido, embrutecido por la sonrisa con que Aramis le aplastó, una vez pronunciadas estas palabras.

—Por último —continuó el obispo—, y en contestación a lo que veníais a pedir al rey, mi querido D'Artagnan, aquí tenéis una orden de la cual debéis enteraros ahora mismo. Conciérne al señor Fouquet. D'Artagnan tomó la orden, y exclamó después de haberla leído:

—¡En libertad! ¡Ah!

Y repitió esta exclamación, aunque el segundo ¡ah! era más inteligente que el primero.

Todo consistía en que aquella orden le explicaba la presencia de Aramis en la cámara real, en que Aramis, para haber obtenido el perdón del señor Fouquet, debía estar muy adelantado en el favor real, y en que aquel favor explicaba el increíble aplomo con que el señor de Herblay daba órdenes en nombre de Su Majestad.

Bastaba a D'Artagnan comprender alguna cosa para que lo comprendiese todo. Saludó, pues, y dio unos pasos para retirarse.

—Os acompañó —le dijo el obispo.

—¿Adónde?

—A la habitación del señor Fouquet; quiero disfrutar de su contento.

—¡Ah, Aramis! ¡Cómo me habíais intrigado hace un instante!

—Pero ahora ya comprenderéis, ¿eh?

—¡Vive Nos, si comprendo! —contestó D'Artagnan en alta voz. Luego, muy bajo: —¡Pues bien, no! —silbó entre dientes—; no comprendo. Es igual, puesto que hay una orden.

Y añadió:

—Pasad delante, monseñor. D'Artagnan condujo a Aramis al cuarto de Fouquet.

## Capítulo XXI

---

### El amigo del rey

Fouquet esperaba con ansiedad; había ya despedido a varios amigos y servidores suyos, que anticipando la hora de sus recepciones acostumbradas, habían llegado a su puerta.

A cada uno de ellos, callando el peligro suspendido sobre su cabeza, le preguntaba dónde podría ser encontrado Aramis.

Cuando vio volver a D'Artagnan, cuando divisó detrás de él al obispo de Vannes, su alegría no tuvo límites, pues fue igual a su inquietud. Ver a Aramis era para el superintendente una compensación a la desgracia de ser arrestado.

El permanecía silencioso y grave; D'Artagnan se hallaba trastornado con todo aquel cúmulo de sucesos increíbles.

—Vamos, capitán, ¡al fin me traéis al señor de Herblay?

—Y algo mejor aún, monseñor.

—¿Qué?

—La libertad.

—¿Estoy libre?

—Lo estáis. Orden del rey. Fouquet recobró toda su serenidad para interrogar a Aramis con una mirada.

—¡Oh, sí! Bien podéis dar las gracias al señor obispo de Vannes, pues a él es a quien debéis el cambio del rey.

—¡Oh! —dijo Fouquet, más humillado por el servicio que agradecido a su buen éxito.

—Pero vos —continuó D'Artagnan dirigiéndose a Aramis—, vos que protegéis al señor Fouquet, ¿no haréis algo por mí?

—Todo cuanto queráis, amigo mío —replicó el obispo con su voz tranquila.

—Entonces una sola cosa, y me daré por satisfecho. ¿De qué modo habéis llegado a ser el favorito del rey, cuando no le habéis hablado más de dos veces en vuestra vida?

—A un amigo como vos —replicó Aramis finamente— no debe ocultárselle nada.

—¡Ah, bien! Decid.

—Pues aunque creáis que no he visto al rey más que dos veces, han sido más de ciento; no había más sino que nos ocultábamos.

Y Aramis, sin hacer alto al parecer en el nuevo rubor que aquella revelación hizo subir al rostro de D'Artagnan, volvióse hacia Fouquet, que estaba tan sorprendido como el mosquetero.

—Monseñor —prosiguió—, el rey me encarga deciros que es más que nunca amigo vuestro, y que vuestra fiesta, tan magnífica, tan generosamente ofrecida, le ha llegado al corazón.

Y al decir esto saludó a Fouquet tan ceremoniosamente, que éste, incapaz de comprender la menor cosa en una diplomacia tan hábil, se quedó mudo, sin ideas y sin movimiento.

D'Artagnan creyó comprender que aquellos dos hombres tenían algo que decirse, y se aprestaba a ceder a ese instinto de urbanidad que en tales casos precipita hacia la puerta a aquel cuya presencia es un estorbo para los demás; pero su ardiente curiosidad, excitada por tantos misterios, le aconsejó quedarse.

Entonces, Aramis volviéndose a él con dulzura:

—Amigo mío —dijo—, ¿recordáis la orden del rey sobre las prohibiciones al levantarse?

Esas palabras eran bastantes claras. El mosquetero las comprendió; saludó, pues, al señor Fouquet, luego a Aramis con una mezcla de respeto irónico, y desapareció.

Entonces Fouquet, cuya impaciencia pudo apenas esperar a que llegara aquel momento, se lanzó hacia la puerta para cerrarla, y, volviendo al obispo:

—Mi querido Herblay —dijo—, creo que ya es hora que me expliquéis lo que pasa. En verdad, no comprendo nada.

—Ahora os lo explicaré —contestó Aramis sentándose y haciendo sentar al señor Fouquet—. ¿Por dónde comenzar?

—Primero por esto. ¿Por qué me manda el rey poner en libertad?

—Más bien debíais preguntarme por qué os hizo detener.

—Desde mi arresto he tenido tiempo de pensar en ello, y creo que medie algo de envidia. Mi fiesta ha contrariado al señor Colbert, y el señor Colbert ha puesto en juego algún plan contra mí, el plan de Belle-Île, por ejemplo.

—No; no sé trata aún de Belle-Île.

—¿Pues de qué?

—Os acordáis de aquellos recibos de trece millones que el señor Mazarino

hizo desaparecer de vuestros papeles?

—Sí.

—Pues bien, consideraos ya tenido por ladrón.

—¡Oh, sí! ¿Y qué?

—Y no es eso todo. ¿Recordáis aquella cierta carta que escribisteis a La Vallière?

—¡Ay, es verdad!

—Pues consideraos traidor y sobornador.

—Entonces, ¿por qué me ha perdonado?

—Todavía no estamos en este punto de argumentación. Deseo que os fijéis bien en el hecho. Poned atención en esto: el rey sabe que sois culpable de malversación de fondos... ¡Oh! Bien sé yo que no los habéis malversado; pero, al fin, el rey no ha visto los recibos, y consiguiente no puede menos de teneros por criminal.

—Perdonad, no veo...

—Ahora veréis. Tomemos por otra parte, que habiendo leído el rey vuestro billete amoroso y vuestro ofrecimiento a La Vallière, no puede abrigar la menor duda sobre vuestras intenciones con respecto a la querida, ¿no es así?

—Seguramente. Pero acabad.

—A eso voy. Resulta, pues, que el rey es para vos un enemigo capital, eterno.

—De acuerdo. Pero ¿tan poderoso soy que no se haya atrevido a consumar mi perdición, no obstante tener contra mí los motivos que mi debilidad o mi desgracia le han proporcionado?

—Está bien comprobado —prosiguió con frialdad Aramis— que el rey no podrá reconciliarse nunca con vos.

—Pero me absuelve.

—¿Lo creéis así? —dijo el obispo con una mirada escrutadora.

—Sin creer en la sinceridad del corazón, creo en la verdad del... Aramis encogióse levemente de hombros.

—¿Pues a qué fin os habría encargado Luis XIV del mensaje que me habéis comunicado?

—El rey no me ha encargado de nada para vos.

—¡De nada! —exclamó asombrado el superintendente—. Pues entonces esa orden...

—¡Ah! Sí; una orden hay, es verdad.

Y Aramis pronunció estas palabras con tan extraño acento, que Fouquet no pudo menos de estremecerse.

—Vamos —dijo—, comprendo que me ocultáis algo.

Aramis se acarició la barbilla con sus blancos dedos.

—¿Me destierra el rey?

—No hagáis como en ese juego en que los niños adivinan la presencia de un

objeto oculto en la manera con que suena una campanilla, cuando se aproximan o se alejan.

—Pues hablad.

—Adivinad.

—¡Me dais miedo!

—¡Bah! ¿Es que no habéis adivinado?

—¿Qué os ha dicho el rey? En nombre de nuestra amistad, decidme lo.

—El rey nada me ha dicho.

—Me haréis morir de impaciencia, Herblay. ¿Continúo siendo superintendente?

—Tanto como queráis.

—Pero ¿qué singular imperio habéis adquirido tan pronto en el ánimo del rey?

—¡Oh! ¡Ahí está!

—¿Le hacéis obrar a vuestro gusto?

—Creo que sí.

—Es inverosímil.

—Ello dirá.

—Herblay, por nuestra alianza, por nuestra amistad, por todo lo que más améis en este mundo, hablad, os lo ruego. ¿A qué debéis haberos puesto en este lugar con Luis XIV? Yo sé que no os quería.

—El rey me querrá ahora —dijo Aramis acentuando esta última palabra.

—¿Habéis tenido algo de particular con él?

—Sí.

—¿Acaso un secreto?

—Sí, un secreto.

—Un secreto capaz de cambiar los intereses de Su Majestad.

—Sois un hombre verdaderamente superior, monseñor. Habéis adivinado. He descubierto un secreto capaz de cambiar los intereses del rey de Francia.

—¡Ah! —exclamó Fouquet con la reserva de un cortesano que no quiere preguntar.

—Y ahora vais a juzgar —prosiguió Aramis—, y me diréis si me engaño sobre la importancia de ese secreto.

—Escucho, ya que sois bastante bueno para franquearos conmigo. Tened presente, no obstante, que no solicitado nada que pueda ser indiscreto.

Aramis se recogió por un instante.

—¡No habéis! —exclamó Fouquet—. Todavía es tiempo.

—¿Os acordáis —dijo el prelado con los ojos bajos— del nacimiento de Luis XIV?

—Como si fuese hoy.

—¿Habéis oído algo de particular sobre ese nacimiento?

—Nada, sino que el rey no es realmente el hijo de Luis XIII.

—Nada importa eso a nuestro interés, ni al del reino. Es hijo de su padre, dice la ley francesa, el que tiene un padre declarado por la ley.

—Es verdad; pero es cosa grave, cuando se trata de la cualidad de las razas.

—Cuestión secundaria. ¿Conque nada habéis sabido de particular?

—Nada.

—Pues ahí es donde empieza mi secreto.

—¡Ah!

—La reina, en vez de dar a luz un hijo parió dos varones.

Fouquet levantó la cabeza.

—¿Y el segundo ha muerto? —preguntó.

—Ahora veréis. Ambos gemelos debían ser el orgullo de su madre y la esperanza de Francia; pero la debilidad del rey, su superstición, hicieron temer conflictos entre dos hijos iguales en derechos, y suprimió uno de los dos gemelos.

—Suprimió, decís?

—Esperad... Los dos hijos crecieron: el uno en el trono, y vos sois su ministro; el otro en la sombra y el aislamiento.

—¿Y éste?

—Es amigo mío.

—¡Dios mío! ¿Qué decís, señor de Herblay? ¿Y qué hace ese pobre príncipe?

—Preguntadme más bien qué ha hecho.

—Sí, sí.

—Fue criado en el campo, y después secuestrado en una fortaleza que llaman la Bastilla.

—¡Es posible! —exclamó el superintendente juntando las manos.

—El uno era el más afortunado de los mortales, y el otro el más desgraciado de los miserables.

—¿Y su madre lo ignora?

—Ana de Austria lo sabe todo.

—¿Y el rey?

—¡Ah! El rey no sabe nada.

—¡Tanto mejor! —dijo Fouquet.

Esta exclamación pareció impresionar vivamente a Aramis, que miró con aire celoso a su interlocutor.

—Dispensad que os haya interrumpido —dijo Fouquet.

—Decía, pues —continua Aramis—, que ese pobre príncipe era el más infeliz de los hombres, cuando Dios, que vela por todas sus criaturas, quiso acudir en su ayuda.

—¿Y cómo?

—Ahora veréis. El rey reinante. Si digo el rey reinante, ¿adivináis por qué?

—No... ¿por qué?

—Porque uno y otro, a causa de su nacimiento, habrían debido ser reyes, ¡no

es ésa vuestra opinión?

—Sí, es mi opinión.

—¿Positivamente?

—Positivamente. Los gemelos son uno en dos cuerpos.

—Me place que un legista de vuestro talento y autoridad sea de esa opinión. Queda, pues, establecido para nosotros que los dos tenían iguales derechos. ¿No es cierto?

—Eso es, establecido... Pero ¡Dios mío, qué aventura!

—No hemos llegado al fin. Paciencia.

—¡Oh! La tengo.

—Dios quiso proporcionar al oprimido un vengador, o si queréis mejor, un apoyo. Sucedío que el rey reinante, el usurpador... Sois de mi opinión, ¿no es verdad? Usurpación se llama goce tranquilo y egoista de una herencia a la que no se tiene derecho, todo lo más, sino a la mitad.

—Usurpación es la palabra.

—Prosigo, pues, Dios quiso que el usurpador tuviese por primer ministro a un hombre de talento y de gran corazón, a un gran espíritu, además.

—¡Está bien, está bien! —exclamó Fouquet—. Comprendo: habéis contado conmigo para ayudarlos a reparar el agravio hecho al pobre hermano de Luis XIV. Bien pensado: os ayudaré. ¡Gracias, señor de Herblay, gracias!

—No es eso todo; no me dejáis terminar —dijo impasible Aramis.

—Ya me callo.

—Siendo el señor Fouquet —decía— primer ministro del rey reinante, viose aborrecido de éste, y muy amenazado en sus bienes, en su libertad, y quizás en su vida, por la intriga y el odio, escuchados con demasiada facilidad por el rey. Pero Dios permitió, para la salvación del príncipe sacrificado, que el señor Fouquet tuviese a su vez un amigo sincero que sabía el secreto de Estado, y se encontraba con fuerzas para publicar ese secreto, después de haber tenido el suficiente imperio sobre sí mismo para llevarlo durante veinte años en su corazón.

—No sigáis adelante —dijo Fouquet abundando en ideas generosas—; os comprendo y lo adivino todo. Fuisteis a buscar al rey en cuanto tuvisteis noticias de mi prisión, le suplicasteis, no quiso oíros, y entonces le hicisteis la amenaza del secreto, la amenaza de la revelación, y Luis XIV, asustado, habrá concedido al terror de vuestra indiscreción lo que no concedía a vuestra intercesión generosa. ¡Comprendo, comprendo!

—Nada habéis comprendido aún —replicó Aramis— y me habéis interrumpido nuevamente, amigo mío. Por otra parte, permitidme que os lo diga, descuidáis demasiado la lógica y no os sirve fielmente la memoria.

—¿Por qué?

—Sabéis en lo que apoyé desde un principio nuestra conversación?

—Sí; en el odio de Su Majestad hacia mí, odio invencible; mas, ¿qué odio

resistiría a la amenaza de tal revelación?

—¿De tal revelación? Ahí tenéis en lo que faltáis a la lógica. ¡Cómo! ¿Suponéis que si hubiese hecho al rey una revelación semejante podría estar con vida a estas horas?

—No hace diez minutos que estabais en la habitación del rey.

—Bien; no habría tenido aún tiempo para hacerme matar, pero sí para ponerme una mordaza y arrojarme en un impasse. ¡Firmeza en el razonamiento, pardiez!

Y, por esta exclamación muy de mosquetero, olvidado de un hombre que jamás olvidaba nada, Fouquet comprendió el grado de exaltación a que había llegado el tranquilo, el impenetrable obispo de Vannes. Y se estremeció.

—Además —continuó Aramis, después de haberse dominado—, ¿sería un amigo leal, si os hubiese expuesto a vos, a quien el rey aborrece tanto, a un sentimiento más terrible todavía del joven rey? Haberle robado, no es nada; haberle cortejado a la querida, es poco; pero, tener en vuestras manos su corona y su honor... ¡Mejor os arrancaría el corazón con sus propias manos!

—¿No le habéis dejado traslucir el secreto?

—Hubiese preferido tragar todos los venenos que Mitridates bebió en veinte años para ver si conseguía evitar la muerte.

—Pues, ¿qué habéis hecho?

—¡Ah! A eso voy, monseñor, Creo que voy a excitar en vos algún interés. Continuáis escuchándome, ¿no?

—Ya lo creo! Decid.

Aramis dio una vuelta por la cámara, se aseguró de la soledad y del silencio, y volvió a sentarse junto al sillón donde Fouquet aguardaba sus revelaciones con profunda ansiedad.

—Había olvidado deciros —continuó Aramis, dirigiéndose a Fouquet—, había olvidado una particularidad notable respecto a esos gemelos, y es que Dios los ha hecho tan parecidos, que sólo él, si los citara ante su tribunal, podría distinguirlos. Su madre no podría:

—¿Es posible? —exclamó Fouquet.

—¡Igual nobleza en las facciones, igual porte, la misma estatura la misma voz!

—Pero ¿y el pensamiento? ¿Y la inteligencia? ¿Y la ciencia de la vida?

—¡Oh! En eso, desigualdad, monseñor. Sí, porque el preso de la Bastilla tiene una superioridad incontestable sobre su hermano, y si esa pobre víctima pasara de la prisión al trono, Francia no habría encontrado, desde su origen quizás, un amo más poderoso por su carácter y nobleza de corazón. Fouquet dejó caer un instante su cabeza sobre sus manos, cargada por el secreto immenso. Aramis se acercaba a él.

—Hay también desigualdad —dijo, prosiguiendo su obra tentadora—,

desigualdad para vos, monseñor, entre los dos hermanos, hijos de Luis XIII: el último llegado no conoce al señor Colbert.

Fouquet se levantó inmediatamente con el semblante pálido y descompuesto. El golpe había tocado, no en medio del corazón, sino en el alma.

—Os comprendo —contestó a Aramis—. ¿Me proponéis una conspiración?

—Poco más o menos.

—Una de esas tentativas que, según decíais al principio de esta conferencia, cambian la suerte de los imperios.

—Y de los superintendentes; sí, monseñor.

—En una palabra, me proponéis efectuar la substitución del hijo de Luis XIII, que se halla preso en la actualidad, por el hijo de Luis XIII, que duerme en este momento en la cámara de Morfeo.

Aramis sonrió con la siniestra, expresión de su pensamiento siniestro.

—¡Eso es! —dijo.

—Pero —repuso Fouquet después de un penoso silencio—, ¿no habéis reflexionado que esa obra política es capaz de trastornar todo el reino, y que, para arrancar ese árbol de infinitas raíces que se llama rey, y reemplazarlo por otro, nunca llegará a estar firme la tierra hasta el punto de que el nuevo rey se halle asegurado contra el viento que quede de la antigua tempestad y contra las oscilaciones de su propia masa?

Aramis siguió sonriendo.

—Pensad, pues —continuó el señor Fouquet animándose con esa energía de talento que concibe un proyecto y lo madura en breves momentos, y con esa extensión de miras que prevé todas las consecuencias y abarca todos los resultados—, pensad, pues, que necesitamos reunir la nobleza, el clero, el tercer estado deponer al príncipe reinante, turbar con un espantoso escándalo la tumba de Luis XIII, perder la vida y el honor de una mujer, Ana de Austria, la vida y la paz de otra mujer, María Teresa, y que terminado todo esto, si es que lo terminamos...

—No os comprendo —dijo fríamente Aramis—. No hay una palabra útil en todo lo que acabáis de decir.

—¡Pues qué! —repuso sorprendido el superintendente—. ¿Un hombre como vos no discute la práctica? ¿Os limitáis a los goces pueriles de una ilusión política, desdeñando las eventualidades de la ejecución, esto es, la realidad?

—Amigo mío —dijo Aramis acentuando la palabra con una especie de familiaridad desdeñosa—, ¿qué hace Dios para substituir un rey a otro?

—¡Dios! —murmuró Fouquet—. Dios da una orden a su agente, el cual se apodera del condenado, se lo lleva, y hace sentar al victorioso sobre el trono que ha quedado vacante, ¿Mas olvidáis que aquel agente se llama la muerte? ¡Oh Dios mío, señor de Herblay! ¿Es que tendríais la idea...?

—No se trata de eso, monseñor. En verdad, vais más allá de lo justo. ¿Quién

os habla de enviar la muerte al rey Luis XIV? ¿Quién os dice que sigamos el ejemplo de Dios en la estricta práctica de sus obras? No. Quería deciros que Dios hace las cosas sin trastorno, sin escándalo, sin esfuerzos, y que los hombres inspirados por Dios aciertan, como él, en todo cuanto emprenden, en todo cuanto imaginan y hacen.

—¿Qué queréis decir?

—Quería deciros, amigo mío —prosiguió Aramis con la misma entonación que había dado a la palabra amigo cuando lo pronunció por primera vez—, que si ha habido trastorno completo, escándalo y aun esfuerzo en la substitución del preso por el rey, os desafío a que me lo demostréis.

—¡Cómo! —exclamó Fouquet, más blanco que el pañuelo con que se enjugaba las sienes—. Decíais...

—Penetrad en la cámara del rey —continuó tranquilamente Aramis—, y a pesar de que conocéis el misterio, os desafío a que conozcáis que el preso de la Bastilla se halla acostado en el lecho de su hermano.

—Pero ¿y el rey? —balbució Fouquet, sobrecogido de horror con la noticia.

—¿Qué rey? —dijo Aramis con suave acento—. ¿El que os odia o al que os ama?

—El rey... de ayer...

—¿El rey de ayer? Tranquilizaos; ha ocupado, en la Bastilla, el lugar que su víctima ocupó durante largo tiempo.

—¡Justo Cielo! ¿Y quién lo ha llevado allí?

—Yo.

—¿Vos?

—Sí, y del modo más sencillo. Esta noche lo he raptado, y, mientras él bajaba a la obscuridad, el otro subía a la luz. No creo que esto haya causado ruido. Un relámpago sin trueno a nadie despierta.

Fouquet exhaló un grito sordo, como herido por invisible golpe, y, oprimiéndose la frente con las manos crispadas:

—¿Habéis hecho eso? —murmuró.

—Con bastante habilidad. ¿No os parece así?

—¿Habéis destronado al rey? ¿Le habéis puesto preso?

—Hecho está.

—¿Y la acción se ha realizado aquí, en Vaux?

—Aquí, en Vaux, en la cámara de Morfeo. ¿No parecía haber sido hecha a propósito para la realización de tal acto?

—Y eso ha sucedido...

—Esta noche.

—¿Esta noche?

Fouquet hizo un movimiento como para arrojarse sobre Aramis; mas se contuvo.

—Entre doce y una.

—¡En Vaux! ¡En mi casa! —dijo con voz estrangulada.

—Creo que sí. Vuestra casa es, efectivamente, desde que el señor Colbert no puede hacer que os la roben.

—En mi casa, pues, se ha ejecutado ese crimen.

—¡Ese crimen! —dijo Aramis estupefacto.

—¡Ese crimen abominable! —prosiguió Fouquet, exaltándose cada vez más

—. ¡Ese crimen más execrable que un asesinato! ¡Ese crimen que me deshonra para siempre y arroja mi nombre al horror de la posteridad!

—Vamos, estáis delirando, señor —dijo Aramis con mal segura voz—. Habláis demasiado alto; cuidado.

—Hablaré tan alto, que me oirá el mundo entero.

—¡Señor Fouquet, cuidado! Fouquet se volvió hacia el obispo, a quien miró de frente.

—Sí —dijo—, me habéis deshonrado cometiendo esa traición, ese atentado contra mi huésped, contra el que reposa tranquilo bajo mi techo. ¡Oh desdichado de mí!

—¡Desdichado del que meditaba, bajo vuestro techo, da ruina de vuestra fortuna y de vuestra vida! ¿Olvidáis esto?

—¡Era mi huésped, era mi rey! Aramis se levantó, dos ojos inyectados en sangre, da boca convulsiva.

—¿Estoy con un insensato? —dijo.

—Estáis con un hombre honrado.

—¡Loco!

—Con un hombre que os impedirá consumar vuestro crimen.

—¡Loco!

—Con un hombre que prefiere morir, que prefiere mataros a permitir que completéis su deshonra.

Y Fouquet, precipitándose sobre su espada, repuesta por D'Artagnan en la cabecera del lecho, agitó resueltamente en sus manos el centelleante verdugillo de acero.

Aramis frunció el entrecejo, y deslizó su mano en el pecho, como si buscara un arma. Aquel movimiento no se ocultó a Fouquet. Noble y arrogante en su magnanimidad, tiró da espada, que fue a parar rodando entre la cama y la pared, y, aproximándose a Aramis, hasta tocarle el hombro con la mano desarmada:

—Señor —dijo—, me sería grato morir aquí para no sobrevivir a mi oprobio, y, si todavía conserváis alguna amistad por mí, os ruego que me deis la muerte.

Aramis permaneció silencioso e inmóvil.

—¿Nada me contestáis?

Levantó Aramis suavemente la cabeza, y sus ojos volvieron a reflejar el

relámpago de da esperanza.

—Reflexionad, monseñor —dijo—, todo do que nos aguarda. Se ha hecho justicia, él rey vive todavía, y su prisión os salva da vida.

—Sí —repuso Fouquet—, habéis podido obrar así en interés mío, mas yo no acepto vuestro servicio. Sin embargo, no quiero perderos; vais a salir de esta casa.

Aramis sofocó el resplandor que surgía de su corazón despedazado.

—Soy hospitalario para todos —agregó Fouquet con inexpresable majestad—, y no seréis sacrificado mientras no lo sea aquel cuya pérdida habéis labrado.

—Vos lo seréis, vos —dijo Aramis con voz sarda y profética—. ¡Vos lo seréis, vos lo seréis!

—Acepto el agüero, señor de Herblay; mas nada me detendrá. Vais a salir de Vaux y abandonar a Francia; os doy cuatro horas para que os pongáis fuera del alcance del rey.

—¿Cuatro horas? —dijo Aramis con burlona incredulidad.

—¡A fe de Fouquet! Nadie os perseguirá antes de ese plazo. Llevaréis, por tanto, cuatro horas de ventaja a todos dos que el rey envíe en vuestro seguimiento.

—¡Cuatro horas! —repitió Aramis rugiendo.

—Es más tiempo del que necesitáis para embarcar y llegar a Belle-Île, que os doy por refugio.

—¡Ah! —exclamó Aramis.

—Belle-Île es mía para vos, como Vaux es mío para el rey. Id, Herblay, id; mientras yo viva, no caerá de vuestra cabeza ni un cabello.

—¡Gracias! —dijo Aramis, sombrío e irónico.

—Partid, pues, y dadme da mano para que los dos corramos, vos a guardar vuestra vida, yo a salvar mi honor.

Aramis sacó del pecho la mano que había tenido allí oculta. Estaba roja de su sangre; había arado el pecho con das uñas, como para castigar a da carne por haber ideado tantos proyectos, más vanos, más locos, más perecederos que da vida del hombre. Fouquet sintió horror, tuvo piedad, y abrió dos brazos a Aramis.

—No tenía armas —murmuró éste, iracundo y terrible como da sombra de Dido.

Enseguida, sin tocar da mano de Fouquet, volvió la cara y dio algunos pasos hacia la puerta. Su última palabra fue una imprecación; su último gesto el anatema que dibujó aquella mano enrojecida, señalando el rostro de Fouquet con algunas gotitas de su sangre.

Y ambos se danzaron fuera de da cámara por da escalera secreta que conducía a dos patios interiores.

Fouquet mandó disponer sus mejores caballos, y Aramis detuvose ad pie de da escalera que conducía a da cámara de Porthos. Allí reflexionó largo rato,

mientras la carroza de Fouquet partía ad galope del patio principal.

« ¡Partir solo? —se dijo Aramis—. ¡Prevenir ad principe...? ¡Oh furor! ¡Y qué hago después de avisarle...? ¡Partir con él...? ¡Llevar conmigo a todas partes ese testimonio acusador...? La guerra civil, ¡implacable...? ¡Ah! Sin recursos... ¡Imposible...! ¡Y sin mí, qué hará él? ¡Se hundirá como yo?

» ¡Quién sabe...! ¡Cúmplase el destino...! ¡Estaba condenado, que permanezca condenado...! ¡Dios...!

» ¡Diablo...! ¡Sombrio y extravagante poder que se llama el genio del hombre, sólo eres un soplo, pero más incierto, más inútil que el viento en la montaña; te llamas casualidad, y nada eres; abrasas todo con tu aliento, levantas grandes pedazos de roca, da misma montaña, y de pronto te deshaces ante la cruz de madera, detrás de la cual existe otro poder invisible... que quizás negabas y que se venga de ti y te aplasta, sin dignarse decirte su nombre...! ¡Perdido...! ¡Estoy perdido...! ¡Qué haré...? ¡Ir a Belle-Île...? Sí. ¡Y Porthos se quedará aquí, para hablar y referir todo, para padecer acaso...! No quiero que Porthos padezca. Es uno de mis miembros: su dolor es mío. Porthos partirá conmigo, Porthos seguirá mi suerte. Es preciso».

Y Aramis, temeroso de encontrar a alguien a quien su precipitación pudiera parecer sospechosa, subió la escalera sin ser visto.

Porthos, recién llegado de París, dormía ya con el sueño del justo; su robusto cuerpo olvidaba el cansancio, como su espíritu el pensamiento.

Aramis entró ligero como una sombra, y puso su mano nerviosa en el hombro del gigante.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Vamos, Porthos, vamos!

Porthos obedeció, se levantó, y abrió los ojos antes de abrir su inteligencia.

—Nos marchamos —añadió Aramis.

—¡Ah! —exclamó Porthos.

—Nos marchamos a caballo, más aprisa que nunca.

—¡Ah! —repitió Porthos.

—Vestios, amigo.

Y ayudó al gigante a vestirse metiéndole en dos bolsillos su oro y sus diamantes.

En tanto se entregaba a esta operación, llegó a oír un ligero ruido. Era D'Artagnan, que miraba por el ojo de la cerradura.

Aramis tembló.

—¿Qué diablos hacéis ahí tan agitado? —preguntó el mosquetero.

—Silencio! —dijo Porthos.

—Marchamos en misión —añadió el obispo.

—Sois muy dichosos —observó D'Artagnan.

—¡Brrr! —hizo Porthos—. Estoy cansado, y más quisiera dormir, pero el servicio del rey ...

- ¿Habéis visto ad señor Fouquet? —dijo Aramis a D'Artagnan.
- Sí, en carroza, hace un instante.
- ¿Y qué os ha dicho?
- Adiós.
- ¿Nada más?
- ¿Queríais que me dijera otra cosa? ¿Es que no cuento para nada desde que todos estáis en favor?
- Oíd —dijo Aramis abrazando al mosquetero—, han vuelto vuestros buenos tiempos; no tendréis necesidad de envidiar a nadie.
- ¡Bah!
- Os anuncio para hoy un acontecimiento que duplicará vuestra posición.
- ¿Cierto?
- ¿Sabéis que tengo noticias?
- ¡Sí, sí!
- Vamos, Porthos. ¿Estáis listo? ¡Marchemos!
- ¡Marchemos!
- Y abracemos a D'Artagnan.
- ¡No faltaba más!
- ¿Y los caballos?
- Aquí no faltan. ¿Queréis el mío?
- No; Porthos tiene su caballeriza. ¡Adiós, adiós!

Los dos fugitivos montaron en presencia del capitán de mosqueteros, que tuvo el estribo a Porthos, y acompañó a sus amigos con la vista hasta que los vio desaparecer.

«En cualquiera otra circunstancia —pensó el gascón—, diría yo que se ponen a salvo; pero al presente se halla tan cambiada la política, que esto se llama ir en misión. Así sea. Vamos a nuestros asuntos». Y entró filosóficamente en su alojamiento.

## Capítulo XXII

---

De cómo se respetaba la consigna en la Bastilla

Fouquet quemaba el pavimento. Por el camino, sintióse aterrorizado por lo que acababa de saber.

« ¿Qué fue, pues —pensaba—, la juventud de esos hombres prodigiosos, que en la edad ya madura saben aún concebir planes semejantes y ejecutarlos sin inmutarse?».

A veces, se preguntaba si todo lo que le había contado Aramis sería no más que un sueño; si la fábula sería quizás el lazo mismo, y si, al llegar a la Bastilla, encontraría una orden de prisión que le enviaría al lado del rey destronado.

Con esta idea, dio varias órdenes selladas por el camino, mientras enganchaban los caballos, y las dirigió a D'Artagnan y a todos los jefes de cuerpos cuya fidelidad no podía ser sospechosa.

« De esta manera —se dijo Fouquet—, pero o no, habré prestado el servicio que debo a la causa del honor. Las órdenes no llegarán sino después que yo, si vuelvo libre, y, por tanto, nadie las habrá abierto. Si tardo, es que me habrá ocurrido alguna desgracia. Entonces tendré auxilio para mí y para el rey».

Así preparado llegó a la Bastilla. El superintendente había andado cinco leguas y media por hora.

Sucedióle a Fouquet en la Bastilla lo que jamás había sucedido a Aramis.

Por más que dijo su nombre y se hizo reconocer, no pudo conseguir ser introducido.

A fuerza de instar, amenazar y mandar, logró que un centinela avisase a un cabo, y que éste a su vez avisara al mayor. En cuanto al alcaide, nadie hubiera osado incomodarle por tan poca cosa.

Fouquet, desde su carroza, a la puerta de la fortaleza, tascaba el freno y

esperaba el regreso de aquel subalterno, que volvió al fin con aire de mal humor.

—Y bien —dijo impacientemente—, ¿qué ha dicho el mayor?

—Caballero —replicó el soldado—, el mayor se me ha echado a reír en las barbas. Me ha dicho que el señor Fouquet está en Vaux, y que, aun cuando estuviese en París, no se levantaría a estas horas.

—¡Diantre! ¡Sois un atajo de ganapanes! —exclamó el ministro lanzándose fuera de la carroza.

Y, antes de que el subalterno tuviera tiempo de cerrar la puerta, Fouquet se introdujo por la abertura y echó a correr hacia dentro, a pesar de los gritos del soldado que pedía socorro.

Fouquet ganaba terreno, sin cuidarse dé los gritos de aquel hombre, que, no habiendo alcanzado a Fouquet, repetía al centinela de la segunda puerta:

—¡Detened a ése, centinela!

El soldado cruzó la pica delante del ministro; pero éste, ágil y robusto excitado además por la ira, arrancó la pica de manos del soldado y le dio con ella en las espaldas. El subalterno, que le iba a los alcances, recibió también su parte en la distribución de golpes, y ambos lanzaron gritos furiosos, a cuyo ruido salió todo el primer cuerpo de guardia de la avanzada.

Entre toda aquella gente, uno reconoció al superintendente y exclamó:

—¡Monseñor! ¡Monseñor...! ¡Deteneos todos!

Y contuvo, efectivamente, a los guardias, que se disponían a vengar a sus compañeros.

Fouquet ordenó que le abriesen la verja, pero le objetaron la consigna. Ordenó entonces que avisasen al alcaide; pero éste acudía al frente de un piquete de veinte hombres, seguido de su mayor, en la persuasión de que se efectuaba un ataque contra la Bastilla.

Baisemeaux reconoció también a Fouquet, y dejó caer su espada, que ya blandía.

—Ah, monseñor! —balbució—. ¡Perdonad!

—Señor —dijo el superintendente, encendido de calor y todo sudoroso—. Os felicito cordialmente: tenéis perfectamente montado el servicio.

Baisemeaux palideció, creyendo que estas palabras no eran más que una ironía, presagio de alguna furiosa cólera. Pero Fouquet había recobrado aliento, llamando con su ademán al centinela y al subalterno, que se frotaban las espaldas.

—Ahí van veinte doblones para el centinela —dijo—, y cincuenta para el cabo. Os doy mi parabién, señores, y ya lo pondré en conocimiento del rey. Ahora, hablemos, señor alcaide.

Y, en medio de un murmullo de satisfacción general, siguió al alcaide a la alcaldía.

Baisemeaux temblaba ya de vergüenza y de inquietud. La visita matutina de

Aramis le parecía traer ya consecuencias de que un funcionario podía con razón asustarse.

Pero fue peor aun cuando Fouquet, con voz leve y mirada imperiosa:

—Señor —dijo—, ¿habéis visto esta mañana al señor de Herblay?

—Sí, monseñor.

—¿Y no os habéis horrorizado del crimen en que sois cómplice?

« ¡Vamos bien! », pensó Baisemeaux.

Y añadió en voz alta:

—¿Qué crimen, monseñor? —¡Hay motivo para haceros descuartizar, señor, pensad en eso! Pero no es ocasión de irritarse. Conducidme al punto donde está el preso.

—¿Qué preso? —repuso Baisemeaux estremeciéndose.

—Os hacéis el ignorante? Es lo mejor que podéis hacer. En efecto, si confesárais semejante complicidad, no habría recurso para vos. Quiero, pues, dar crédito a vuestra ignorancia.

—Os ruego, monseñor...

—Está bien. Conducidme donde está el preso.

—¿Marchiali?

—¿Quién es ese Marchiali?

—El preso traído esta mañana por el señor de Herblay.

—¿Y le llaman Marchiali? —repuso el superintendente, turbado en sus convicciones por la ingenua seguridad de Baisemeaux.

—Sí; monseñor; con ese nombre está inscrito aquí.

Fouquet miró hasta el fondo del corazón de Baisemeaux, y leyó, con esa costumbre que da el uso del poder, una sinceridad absoluta. Además, bastaba observar por un minuto aquella fisonomía para convencerse de que Aramis no pudo haber elegido un confidente semejante.

—¿Es ése —dijo entonces al alcaide—, el preso que se llevó el señor de Herblay anteayer?

—Sí, monseñor.

—¿Y qué ha traído esta mañana? —añadió vivamente Fouquet, adivinando el mecanismo del plan de Aramis.

—Así es, monseñor.

—¿Y se llama Marchiali?

—Marchiali. Si monseñor viene para llevárselo, me alegraré; ya iba a escribir acerca de él.

—Pues qué hace?

—Desde esta mañana, me está dando serios disgustos; le acometen tales accesos de rabia, que parece vaya a hundirse la Bastilla.

—Voy a libraros de él, en efecto —dijo Fouquet.

—¡Ah! ¡Mejor qué mejor!

- Conducidme a su prisión.
- Monseñor se servirá darme la orden.
- ¿Qué orden?
- Una orden del rey.
- Voy a firmaros una.
- No basta, monseñor: necesito una orden del rey.
- Fouquet volvió a irritarse de nuevo.
- Ya que tan escrupuloso sois —le dijo—, para hacer salir a los presos, enseñadme la orden por la cual le habéis dejado salir.
- Baisemeaux sacó la orden de libertar a Seldon.
- Es que Seldon no es Marchiali —dijo Fouquet.
- Pero Marchiali no está en libertad, monseñor; está aquí.
- ¿Pues no habéis dicho que el señor de Herblay se lo ha llevado y vuelto a traer?
- No he dicho tal cosa.
- Tanto lo habéis dicho, que aun se me figura que lo estoy oyendo.
- Se me habrá enredado la lengua.
- ¡Cuidado, señor Baisemeaux!
- Nada tengo que temer, monseñor; estoy en regla.
- Y osáis decir eso?
- Lo diría delante de un apóstol. El señor de Herblay me ha traído una orden para libertar a Seldon, y Seldon está en libertad.
- Os digo que Marchiali ha salido de la Bastilla.
- Preciso es que me lo probéis, monseñor.
- Dejad que le vea.
- Monseñor, que gobierna en el reino, sabe muy bien que nadie puede ver a los presos sin orden expresa del rey.
- Bien los ha visto el señor de Herblay.
- Eso es lo que falta probar, monseñor.
- Señor Baisemeaux, una vez más mirad cómo habláis.
- Ahí están los asientos.
- El señor de Herblay ha caído.
- ¿Caído el señor de Herblay? ¡Imposible!
- Ya veis que os ha influenciado.
- Lo que me ha influenciado, monseñor, es el servicio del rey; cumple con mi deber. Dadme una orden del rey, y entraréis.
- Mirad, señor alcaide, os empeño mi palabra que si me permitís ver al preso, tendréis al instante una orden del rey.
- Dádmela ahora, monseñor.
- Y si os negáis a ello, os hago prender al momento con todos vuestros oficiales.

—Antes de cometer esa violencia, monseñor, reflexionaréis —dijo Baisemeaux muy pálido—, que no obedeceremos sino a una orden del rey, y que tan fácil os es obtenerla para ver a Marchiali como para hacerme tanto mal a mí, que soy inocente.

—¡Tenéis razón —exclamó Fouquet—, tenéis razón! Pues bien, señor alcaide —repuso con voz sonora y atrayendo a sí al desventurado—, ¿sabéis por qué quiero con tanto afán hablar a ese preso?

—No monseñor; y dignaos observar el terror que me estáis causando, tiembla, voy a caer desfallecido.

—Más desfallecido caeréis dentro de poco, señor Baisemeaux, cuando yo venga aquí con diez mil hombres y treinta piezas de artillería.

—¡Dios mío! ¡Monseñor se ha vuelto loco!

—¡Cuando amotine contra vos y vuestras malditas torres a todo el pueblo de París, y haga forzar vuestras puertas, y colgaros a vos de las almenas de la torre del Rincón!

—¡Monseñor, monseñor, por piedad!

—Os concedo diez minutos para decidiros —añadió Fouquet con voz tranquila—; me siento aquí, en este sillón, y espero. ¡Si dentro de diez minutos persistís, salgo, y por más loco que me supongáis, os detengo!

Baisemeaux dio una patada en el suelo, como desesperado, pero nada replicó. Viendo lo cual, Fouquet cogió pluma y tinta, y escribió:

*Orden al señor preboste de los mercaderes de reunir la guardia municipal y marchar contra la Bastilla en servicio del rey.*

Baisemeaux encogióse de hombro. Fouquet escribió:

*Orden al señor duque de Bouillon y al señor príncipe de Condé para tomar el mando de los suizos y los guardias, y marchar contra la Bastilla en servicio de Su Majestad...*

Baisemeaux reflexionó. Fouquet escribió:

*Orden a todo soldado, plebeyo o hidalgo, para que se apoderen donde quiera que los encuentren, del caballero de Herblay, obispo de Vannes, y sus cómplices, que son: 1.º, el señor Baisemeaux, alcaide de la Bastilla, sospechoso de los crímenes de traición, rebelión y lesa majestad...*

—Deteneos, monseñor —exclamó Baisemeaux—: no entiendo una palabra de todo eso; pero tantos males pueden suceder de aquí a dos horas, aun cuando

fuesen desencadenados por la misma locura, que el rey, que me ha de juzgar, verá si he hecho mal en faltar a la consigna, ante catástrofes tan inminentes. Vamos al Torreón, monseñor; veréis a Marchiali.

Fouquet se lanzó fuera del aposento, y Baisemeaux le siguió, enjugándose el sudor frío que le corría por la frente.

—¡Qué horrible mañana! —exclamaba—. ¡Qué desgracia! Baisemeaux hizo señal al llavero de que fuese delante. Tenía miedo de su compañero. Este lo conoció.

—¡Basta de niñadas! —dijo rudamente—. Dejad ahí a ese hombre; tomad vos mismo las llaves, y enseñadme el camino. Es preciso que nadie... ¿oís?, nadie oiga lo que va a pasar aquí.

—¡Ah! —dijo indeciso Baisemeaux.

—¡Todavía! —exclamó Fouquet—. ¡Oh! Decid que no, y salgo de la Bastilla a fin de llevar yo mismo los despachos.

Baisemeaux bajó la cabeza, cogió las llaves, y subió solo con el ministro la escalera de la torre.

A medida que avanzaba en aquella remolinante espiral, ciertos murmullos ahogados se convertían en gritos distintos y horribles imprecaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Fouquet.

—Es vuestro Marchiali —repuso el alcaide—. ¡Así aúllan los locos!

Y acompañó esta respuesta con una mirada más llena de alusiones ofensivas que de respeto para el señor Fouquet.

Este se estremeció. En un grito más fuerte que los otros acababa de reconocer la voz del rey. Detúvose en el descanso, y cogió el manojo de llaves de manos de Baisemeaux. Este creyó que el nuevo loco iba a romperle el cráneo con una de ellas.

—¡Ah! —exclamó—. El señor de Herblay no me había hablado de esto.

—¡Esas llaves! —gritó Fouquet arrancándoselas—. ¿Dónde está la de la puerta que quiero abrir?

—Esta es.

Un grito horrible, seguido de un golpe terrible en la puerta, vino a formar eco en la escalera.

—¡Retiraos! —mandó Fouquet a Baisemeaux con una voz amenazadora.

—¡No deseo otra cosa! —murmuró éste—. Ahí están dos rabiosos que van a encontrarse cara a cara. Estoy seguro de que se comerán uno al otro.

—¡Marchaos! —repitió Fouquet—. Si ponéis el pie en esta escalera antes de que yo os llame, tened entendido que ocuparéis el lugar del más miserable de los presos de la Bastilla.

—¡Mi fin se aproxima! —gruñó Baisemeaux, retirándose con paso vacilante.

Los gritos del preso resonaban cada vez con más fuerza. Fouquet aseguróse de que Baisemeaux había llegado ya a lo último de la escalera, y metió la llave

en la primera cerradura.

Entonces fue cuando oyó claramente la voz sofocada del rey, que gritaba con rabia:

—¡Socorro! ¡Soy el rey! ¡Socorro!

La llave de la segunda puerta no era la misma que la de la primera. Fouquet se vio precisado a buscar en el manojo.

Entretanto el rey, ebrio, loco, furioso, gritaba desaforadamente:

—¡Es el señor Fouquet quien me ha hecho conducir aquí! ¡Socorro contra el señor Fouquet! ¡Soy el rey! ¡Favor al rey contra Fouquet! Aquellas vociferaciones desgarraban el corazón del ministro, y eran seguidas de golpes horribles, dados en la puerta con la silla rota de que se servía el rey como de un ariete. Fouquet logró dar con la llave. El rey tenía ya agotadas sus fuerzas; más bien que hablar, rugía.

—¡Muera Fouquet! —aullaba—. ¡Muera el malvado Fouquet!

La puerta se abrió.

## Capítulo XXIII

---

### El reconocimiento del rey

Los dos hombres que iban a precipitarse el uno contra el otro detuvieronse de pronto al verse, y lanzaron un grito de horror.

—¿Venís a asesinarme, señor? —dijo el rey reconociendo a Fouquet.

—¡El rey en este estado! —exclamó el ministro.

Nada más espantoso, en efecto, que el aspecto del joven príncipe en el instante en que lo sorprendió Fouquet. Su vestido estaba destrozado; la camisa, abierta y desgarrada, embebía a la vez el sudor y la sangre que corrían de su pecho y de sus brazos magullados.

Desencajado, pálido, espumeante, los cabellos erizados, Luis XIV ofrecía la imagen más verdadera de la desesperación, del hambre y del miedo, reunidos en una sola estatua. Fouquet quedó tan turbado, se emocionó tanto, que corrió al rey con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos.

Luis levantó sobre Fouquet el trozo de madera de que había hecho un uso tan furioso.

—¡Qué, Majestad! —dijo Fouquet con voz temblorosa—. ¿No reconocéis al más fiel de vuestros amigos?

—¿Amigo, vos? —repitió Luis con un rechinamiento de dientes en que sonaban la cólera y la sed de una pronta venganza.

—Un servidor respetuoso —añadió Fouquet precipitándose de rodillas.

El rey dejó caer su arma. Fouquet, aproximándose, le besó las rodillas, y le estrechó tiernamente entre sus brazos.

—¡Rey mío, hijo mío! —exclamó—. ¡Cuánto habéis debido sufrir!

Vuelto en sí Luis por el cambio de la situación, se miró, y, avergonzado del desorden en que se hallaba, de su locura y de la protección que recibía,

retrocedió.

Fouquet no comprendió aquel movimiento, ni conoció que el orgullo del rey no le perdonaría nunca haber sido testigo de tanta debilidad.

—Venid, Majestad —dijo—; estáis libre.

—¿Libre? —repitió el rey—. ¡Oh, me dais la libertad después de baberos atrevido a poner la mano sobre mí!

—¡Oh, no debéis creer tal cosa! —exclamó indignado Fouquet—. ¡No podéis creer que yo sea culpable en esta circunstancia!

Y con gran calor y rapidez, le refirió toda la intriga, cuyos pormenores son ya conocidos.

Mientras duró el relato, Luis soportó las más espantosas angustias, y terminado aquél, la magnitud del peligro que había corrido le afectó mucho más aún que la importancia del secreto relativo a su hermano gemelo.

—Señor —dijo de pronto a Fouquet—, ese doble nacimiento es una mentira; es imposible que os hayáis dejado engañar.

—¡Majestad!

—Es imposible, os digo, sospechar del honor, de la virtud de mi madre. ¿Y mi primer ministro no ha hecho ya justicia en los criminales?

—Reflexionad, Majestad, antes de dejaros llevar de la ira —respondió Fouquet—. El nacimiento de vuestro hermano...

—Yo sólo tengo un hermano, que es Monsieur. Vos le conocéis como yo. Os aseguro que aquí hay conspiración, principiando por el alcaide de la Bastilla.

—Cuidado, Majestad; ese hombre ha sido engañado, como todo el mundo, por la semejanza del príncipe.

—¿La semejanza? ¡Bah!

—Necesario es, no obstante, que ese Marchiali se asemeje extraordinariamente a Vuestra Majestad, cuando todo el mundo se deja engañar —insistió Fouquet.

—¡Locura!

—No digáis eso, Majestad; las personas que se resuelven a arrostrar las miradas de vuestros ministros, de vuestra madre, de vuestra familia, de vuestra servidumbre, necesario es que estén bien seguras de la semejanza.

—En efecto —murmuró el rey—, ¿y dónde se hallan esas gentes?

—En Vaux.

—¡En Vaux! ¿Y permitís que todavía permanezcan allí?

—Me ha parecido que lo más urgente era libertar a Vuestra Majestad. He cumplido ese deber. Ahora, haremos lo que el rey mande. Espero sus órdenes.

Luis reflexionó un momento.

—Reunamos tropas en París —, dijo.

—Ya están dadas las órdenes al efecto —repuso Fouquet.

—¿Habéis dado órdenes? —exclamó el rey.

—Para eso, sí, Majestad. Estaréis al frente de diez mil hombres dentro de una hora.

El rey, por toda respuesta, cogió la mano a Fouquet con tal efusión, que era fácil conocer la desconfianza que hasta entonces había conservado contra su ministro, a pesar de la intervención de este último.

—Y con estas tropas —continuó el rey— iremos a sitiар en vuestro palacio a los rebeldes, que se habrán ya establecido y atrincherado allí.

—Mucho me sorprendería —dijo Fouquet.

—¿Por qué?

—Porque su jefe, el alma de la empresa, ha sido descubierto por mí, y creo abortado todo el plan.

—¿Habéis desenmascarado al falso príncipe?

—No, no le he visto.

—¿A quién entonces?

—El jefe de la empresa no es ese desgraciado. Este no es más que un instrumento destinado para toda su vida a la desgracia, bien lo veo.

—¡Absolutamente!

—El jefe de la empresa es el abate de Herblay, el obispo de Vannes.

—¿Vuestro amigo?

—Era mi amigo, Majestad —replicó con nobleza Fouquet.

—Desgracia es para vos —dijo el rey en un tono menos generoso. Tal amistad nada tenía de deshonrosa en tanto que yo ignoraba el crimen, señor.

—Debisteis preverlo.

—Si soy culpable, me pongo en manos de Vuestra Majestad.

—¡Ah, señor Fouquet! No es eso lo que quiero decir —repuso el rey, sintiendo haber dejado traslucir así la amargura de su pensamiento—. Pues bien, os declaro, no obstante la máscara con que ese miserable se cubría el rostro, haber tenido como una vaga sospecha de que pudiera ser él. Pero, con ese jefe de la empresa, había un hombre de acción. Él que me amenazaba con su fuerza hercúlea, ¿quién era?

—Debe ser su amigo, el barón Du Vallon, el antiguo mosquetero.

—¿El amigo de D'Artagnan? ¿El amigo del conde de la Fère? ¡Ah! —exclamó el rey así que pronunció este nombre—. No descuidemos esta relación entre los conspiradores y el señor de Bragelonne.

—No vayáis demasiado lejos, Majestad. El conde de la Fère es el hombre más honrado de Francia. Contentaos con lo que os entrego.

—¿Con lo que me entregáis? ¡Bien! Porque me entregáis los culpables, ¿no es así?

—¿Cómo entiende eso Vuestra Majestad? —preguntó Fouquet.

—Lo entiendo —dijo el rey— yendo ahora mismo a Vaux con fuerzas, y haciendo que nadie escape de ese nido de víboras; nadie, ¿oís?

—¿Hará Vuestra Majestad matar a esos hombres? —murmuró Fouquet.

—¡Hasta el último!

—¡Oh, Majestad!

—Entendámonos bien, señor Fouquet —repuso el rey con altivez—. No vivo ya en un tiempo en que el asesinato sea la sola, la última razón de los reyes. ¡No; a Dios gracias! ¡Tengo parlamentos que juzgan en mi nombre, y cadalso donde se ejecutan mis supremas voluntades!

Fouquet palideció.

—Me tomaré la libertad —dijo—, de hacer notar a Vuestra Majestad que todo proceso sobre esta materia es un escándalo mortal para la dignidad del trono. No es preciso que el nombre augusto de Ana de Austria pase por los labios del pueblo, entreabiertos por la sonrisa.

—Es preciso que se haga justicia.

—Bien, Majestad; mas la sangre real no puede correr sobre el cadalso.

—¡La sangre real! ¿Creéis eso? —gritó furioso el rey, hiriendo el suelo con el pie—. Ese doble nacimiento es una impostura. En ella, precisamente, veo el crimen del señor de Herblay. Ese crimen es el que deseo castigar, más bien que su violencia y su insulto.

—¿Y castigar con la muerte?

—Con la muerte, sí.

—Majestad —dijo con firmeza el superintendente, cuya frente, por mucho tiempo inclinada, se levantó con orgullo—, Vuestra Majestad hará cortar la cabeza, si quiere, a Felipe de Francia, su hermano; a ella le incumbe, y consultará, al respecto, a Ana de Austria, su madre. Lo que mande será bien mandado. No quiero, pues, mezclarme más en eso, ni aun por el honor mismo de vuestra corona; pero tengo que solicitaron una gracia, y os la pido.

—Hablad —dijo el rey, turbado por las últimas palabras del ministro—. ¿Qué queréis?

—El perdón de los señores de Herblay y de Du Vallon.

—¿Mis asesinos?

—Dos rebeldes, Majestad, nada más.

—¡Oh! Comprendo que me solicitéis gracia para vuestros amigos.

—¡Mis amigos! —dijo Fouquet profundamente lastimado.

—Vuestros amigos, sí; mas la seguridad de mi Estado exige un ejemplar castigo de los culpables.

—No haré observar a Vuestra Majestad que acabo de libertarle, de salvarle la vida.

—¡Señor!

—Tampoco te diré que si el señor de Herblay hubiera querido hacer su papel de asesino, podía haber asesinado a Vuestra Majestad fácilmente esta mañana en el bosque de Sénart, y todo habría concluido.

El rey estremeciόse.

—Un pistoletazo en la cabeza —prosiguió Fouquet—, y el rostro de Luis XIV, desfigurado, habría sido la completa absolución del señor de Herblay.

El rey palideció de espanto al pensar en el peligro de que había escapado.

—Si el señor de Herblay —continuó Fouquet— hubiese sido un asesino, no tenía necesidad de manifestarme su plan para llevarlo a cabo con éxito. Desembarazado del verdadero rey, haría que el falso fuese imposible de ser adivinado. Aun cuando el usurpador hubiera sido reconocido por Ana de Austria, siempre era un hijo para ella. El usurpador, para la conciencia del señor de Herblay, era siempre un rey de la sangre de Luis XIII. Además, el conspirador tenía la seguridad, el secreto, la impunidad. Un pistoletazo le proporcionaba todo eso. ¡Perdón para el, en nombre de vuestra salvación, Majestad!

El rey, en lugar de ablandarse con aquella pintura tan verdadera de la generosidad de Aramis, se sentía cruelmente humillado. Su indomable orgullo no podía acostumbrarse a la idea de que un hombre hubiese tenido pendiente de la punta de su dedo el hilo de una vida real. Cada una de las palabras que Fouquet creía eficaces para lograr la gracia de sus amigos, infiltraba una nueva gota de veneno en el corazón y a ulcerado de Luis XIV.

Nada pues, pudo doblegarle, y, dirigiéndose impetuosamente a Fouquet:

—¡No sé, en verdad, señor —dijo—, por qué me pedís perdón para esa gente! ¿A qué viene el pedir lo que puede obtenerse sin necesidad de solicitarlo?

—No os entiendo, Majestad.

—Es fácil, sin embargo. ¿Dónde estoy?

En la Bastilla, Majestad.

—¿Y nadie conoce más que a Marchiali?

—Seguramente.

—Pues bien, no cambies nada en la situación. Dejad al loco pudrirse en un calabozo de la Bastilla, y los señores de Herblay y Du Vallon no tendrán necesidad de mi gracia. Su nuevo rey les absolverá.

—Vuestra Majestad me agravia, y hace mal —replicó Fouquet secamente—. No soy yo tan niño, ni el señor de Herblay tan inepto, que hayamos olvidado todas estas reflexiones, y si yo hubiese querido hacer un nuevo rey, como decís, no habría tenido necesidad de venir a forzar las puertas de la Bastilla para sacarlos de ella. Esto cae de su peso. Vuestra Majestad tiene turbado el ánimo por la ira. De otro modo, no agravaría sin motivo a aquel de sus servidores que le ha hecho el servicio más importante. Luis conoció que había ido demasiado lejos; que las puertas de la Bastilla se hallaban cerradas para él, al paso que se abrían poco a poco las esclusas tras de las cuales el generoso Fouquet contenía su cólera.

—¡No he dicho eso para humillarlos! ¡No lo quiera Dios! —replicó—. Pero veo que os dirigís a mí para solicitarme una gracia, y yo os respondo, según mi conciencia. Ahora bien, los culpables de que hablo, no son, según mi conciencia,

dignos de gracia de perdón. Fouquet nada replicó.

—Lo que yo hago —añadió el rey—, es generoso como lo que habéis hecho vos, porque me hallo en vuestro poder. Hasta diré que es más generoso, en atención a que me colocáis frente a condiciones de que puede depender mi libertad, mi vida, y que rehusar es hacer el sacrificio de ellas.

—Hice mal, en efecto —respondió Fouquet—. Si, tenía el aire de arrancar una gracia; me arrepiento, y pido perdón a Vuestra Majestad.

—Estáis perdonado, mi querido señor Fouquet —replicó el rey con una sonrisa que acabó de llevar la serenidad a su rostro, alterado, desde la víspera, por tantos acontecimientos.

—Yo tengo mi perdón —replicó obstinadamente el ministro—, pero *¿y* los señores de Herblay y Du Vallon?

—Nunca obtendrán el suyo, mientras yo viva —replicó inflexible el rey—.

—Hacedme el favor de no hablarme más de eso.

—Vuestra Majestad será obedecido.

—*¿Y* no me conservaréis rencor ninguno?

—¡Oh! No, Majestad; había previsto el caso.

—*¿Habíais* previsto que rehusaría el perdón de esos señores?

—Sin duda, y por eso tenía tomadas mis disposiciones.

—*¿Qué* queréis decir? —dijo sorprendido el rey.

—El señor de Herblay venía, por así decirlo, a entregarse en mis manos. El señor de Herblay me dejaba la dicha de salvar a mi rey y a mi país. No podía condenar a muerte al señor Herblay. Tampoco podía exponerle al furor, muy legítimo de Vuestra Majestad. Hubiera sido como matarle yo mismo.

—*¿Y* qué habéis hecho?

—Dar al señor de Herblay mis mejores caballos y cuatro horas de ventaja sobre todos los que Vuestra Majestad pueda enviar en su seguimiento.

—*¡Enhorabuena!* —murmuró el rey—. Mas el mundo es bastante grande para que mis corredores ganen sobre vuestros caballos las cuatro horas de ventaja que habéis dado al señor de Herblay.

—Al darle esas cuatro horas, sabía que le daba la vida. La conservará.

—*¿Y* cómo?

—Después de correr con la anticipación siempre de cuatro horas sobre vuestros mosqueteros, llegará a mi palacio de Belle-Île, donde le he dado asilo.

—*¡Enhorabuena!* Olvidáis que me habéis dado Belle-Île.

—No para prender a mis amigos.

—*¿Me* la volvéis a quitar, entonces?

—Para eso, sí, Majestad.

—Mis mosqueteros la tomarán.

—Ni vuestros mosqueteros, ni aun vuestro ejército, Majestad —dijo fríamente Fouquet—. Belle-Île es inexpugnable.

El rey se puso livido, y brotó de sus ojos un relámpago. Fouquet se sintió perdido; pero no era de los que retroceden ante la voz del honor. Sostuvo la mirada iracunda del rey. Este devoró su cólera, y, después de un silencio:

—¿Vamos a Vaux? —dijo.

—A las órdenes de Vuestra Majestad —contestó Fouquet inclinándose profundamente—; pero creo que Vuestra Majestad debe mudar de traje antes de presentarse en la Corte.

—Pasaremos por el Louvre —dijo el rey—. Vamos.

Y salieron por delante de Baisemeaux, asustado, que vio salir nuevamente a Marchiali, y se arrancó los escasos cabellos que le quedaban.

Verdad es que Fouquet dio resguardo del preso, y que el rey escribió debajo: Visto y aprobado: Luis; locura que Baisemeaux, incapaz de asociar dos ideas, acogió con un heroico puñetazo que se dio en las mandíbulas.

## Capítulo XXIV

---

### El falso rey

Mientras tanto el rey usurpador continuaba haciendo su papel en Vaux.

Felipe dio orden a primera hora que fuesen introducidos los magnates, ya dispuestos para presentarse al rey. Decidióse a dar esta orden, a pesar de la ausencia del señor de Herblay, que no venía, y nuestros lectores saben por qué razón. Mas creyendo el príncipe que esa ausencia no podía prolongarse, quería, como todos los espíritus temerarios, ensayar su valor y su suerte, lejos de toda protección y consejo. Otra razón le movía a ello. Ana de Austria iba a comparecer; la madre culpable iba a hallarse en presencia de su hijo sacrificado. Felipe no quería, si llegaba a tener una debilidad, hacer testigo de ella al hombre con quien se vería obligado a desplegar en lo sucesivo tanta energía.

Felipe abrió las dos hojas de la puerta, y entraron muchas personas en el mayor silencio. Felipe no se movió, mientras sus ayudas de cámara le vestían. El día anterior había observado y estudiado los hábitos de su hermano. Hizo el rey, de modo que a nadie dio que sospechar.

Recibió, pues, a los que fueron a visitarle vestido en traje de caza. Su memoria y las notas de Aramis, Anunciaronle en primer lugar a Ana de Austria, a quien daba Monsieur la mano, después a Madame, con el señor de Saint-Aignan.

Sonrió al ver aquellos rostros, y se estremeció al reconocer a su madre.

Aquella figura noble e impotente, ajada por el dolor, abogó en su corazón en favor de aquella famosa reina que había immolado un hijo a la razón de Estado. Encontró bella a su madre. Sabía que Luis XIV la amaba, se prometió amarla también, y no ser para su vejez un castigo cruel.

Miró a su hermano con ternura fácil de comprender. Este no le había

usurpado nada. Rama separada, dejaba subir el tallo, sin cuidarse de la elevación ni de la majestad de su vida. Felipe formó el firme propósito de ser buen hermano para aquél príncipe, a quien bastaba el oro que proporciona los deleites.

Saludó con aire afectuoso a Sanit-Aignan, que se deshacía en sonrisas y reverencias, y tendió temblando la mano a Enriqueta, su cuñada, cuya hermosura le llamó la atención. Pero observó en los ojos de aquella princesa un resto de frialdad, que le complació para la facilidad de sus futuras relaciones.

« ¡Cuánto más fácil me será —pensó— ser hermano de esa mujer que su galán, si me muestra una frialdad que mi hermano no podía tener hacia ella, y que el deber me la impone a mí! ».

La única visita que temía en aquel instante era la de la reina; su corazón y su ánimo acababan de ser quebrantados por una prueba tan violenta, que, a pesar de su sólido temple, tal vez no podría soportar un nuevo choque. Felizmente, la reina no vino.

Entonces, Ana de Austria empezó una disertación política sobre la acogida que el señor Fouquet había hecho a la casa de Francia, y mezcló sus hostilidades con cumplimientos dirigidos al rey, con preguntas acerca de su salud, y con adulaciones de madre y astucias diplomáticas.

—Qué, hijo mío —dijo—, ¿os habéis reconciliado con el señor Fouquet?

—Saint-Aignan —dijo Felipe—, tened a bien ir por noticias de la reina.

Al oír tales palabras, las primeras que Felipe había pronunciado en voz alta, la leve diferencia que había entre su voz y la de Luis XIV causó cierta sensación en los oídos maternos; Ana de Austria miró fijamente a su hijo.

Saint-Aignan salió. Felipe continuó:

—Señora, no me agrada que me hablen mal del señor Fouquet, ya lo sabéis; y vos misma me habéis hablado de él favorablemente.

—Así es; por eso no hago más que preguntaros acerca del estado de vuestros sentimientos con respecto a él.

—Majestad —dijo Enriqueta—, por mi parte, siempre he querido al señor Fouquet. Es hombre de buen gusto, un caballero muy fino.

—Un superintendente que nunca regatea —repuso Monsieur—, y que paga en oro todos los bonos que tengo contra él.

—Eso es mirar cada cual por sí —dijo la anciana reina—. Nadie se preocupa del Estado: es un hecho que el señor Fouquet arruina al Estado.

—Vamos, madre mía —replicó Felipe con acento más bajo—, ¿os constituis vos también en escudo del señor Colbert?

—¿Por qué decís eso? —dijo sorprendida la reina.

—Porque, en verdad —replicó Felipe—, os oigo hablar como podría hacerlo vuestra antigua amiga la señora de Chevreuse.

Al oír este nombre, Ana de Austria palideció y se mordió los labios. Felipe había irritado a la leona.

—¿A qué viene hablarme ahora de la señora de Chevreuse? —exclamó—. ¿Qué mal humor tenéis hoy contra mí?

Felipe continuó:

—¿No está ocupada siempre la señora de Chevreuse en algún enredo contra alguien? ¿No siempre ha ido a veros la señora de Chevreuse, madre mía?

—Señor, me habláis de un modo —repuso la anciana reina—, que me parece estar observando al rey vuestro padre.

—Mi padre no quería a la señora de Chevreuse, y tenía razón —dijo el príncipe—. Yo tampoco la quiero, y se le ocurre venir, como ha venido otras veces, a sembrar odios y discordias, a pretexto de mendigar dinero...

—¿Qué? —interrumpió con orgullo Ana de Austria, provocando ella misma la tempestad.

—¡Qué!... —repitió con resolución el joven—. Expulsaré del reino a la señora de Chevreuse, y, con ella, a todos los fabricantes de secretos y misterios.

Felipe no había calculado el efecto de aquella terrible expresión, o quizás quiso juzgarlo como aquellos que, sufriendo un dolor crónico y queriendo romper la monotonía de su padecimiento, se aprieta la llaga a fin de sentir un dolor agudo.

Ana de Austria estuvo a punto de desmayarse; sus ojos abiertos, pero atónitos, cesaron de ver durante un momento; tendió los brazos a su otro hijo, que la abrazó inmediatamente sin vacilar y sin temor de irritar al rey.

—Hijo —murmuró Ana de Austria—, cruelmente tratáis a vuestra madre.

—En qué, señora? —replicó Felipe—. Hablo sólo de la señora de Chevreuse, y no creo que mi madre prefiera a ella a la seguridad de mi Estado y a la mía propia. Os digo que la duquesa ha venido a Francia para buscar dinero, y que se ha dirigido al señor Fouquet para venderle cierto secreto...

—¿Ciertito secreto? —murmuró Ana de Austria.

—Relativo a supuestos robos atribuidos al superintendente; lo cual es falso —añadió Felipe—. El señor Fouquet la hizo arrojar con indignación, prefiriendo el afecto de Su Majestad, a toda complicidad con intrigantes. Entonces la señora Chevreuse vendió el secreto al señor Colbert, y, como es mujer insaciable, a quien no le basta haber arrancado cien mil escudos a ese escribiente, ha tratado de ver si en regiones más altas encontraba manantiales más profundos... ¿Es cierto, señora?

—Todo lo sabéis —dijo la reina, más inquieta que irritada.

—Ahora bien —continuó Felipe—, creo que estoy en mi derecho oponiéndome a esa furia que viene a mi Corte a tramar la deshonra de unos y la ruina de otros. Si Dios ha permitido que se cometan ciertos crímenes, y los ha ocultado en la obscuridad de su clemencia, no admito que la señora de Chevreuse tenga el poder de tomar los designios divinos.

Esta última parte del discurso de Felipe había agitado de tal modo a la reina madre, que su hijo no pudo menos que tenerle compasión. Le cogió la mano y se

la besó con ternura; pero Ana de Austria no advirtió que en aquel beso, dado a pesar de las repugnancias y rencores del corazón, había un perdón de ocho años de horribles sufrimientos.

Felipe dejó un momento de silencio a fin de que se aplacaseen las emociones que acababan de suscitarse. Enseguida, con cierta especie de alegría:

—Todavía no nos iremos hoy —dijo—; tengo un proyecto.

Y volviéndose hacia la puerta, esperaba ver entrar a Aramis, cuya tardanza empezaba a pesarle.

La reina madre quiso despedirse.

—Quedaos, madre mía —dijo—; quiero reconciliarios con el señor Fouquet.

—Si no quiero mal al señor Fouquet; lo único que temo son sus prodigalidades.

—Pondremos orden en ello; y no tomaremos del superintendente más que sus buenas cualidades.

—¿A quién busca Vuestra Majestad? —preguntó Enriqueta, viendo al rey mirar hacia la puerta, y deseando asestarle un dardo al corazón, pues suponía que esperaba a La Vallière o una carta suya.

—Hermana mía —dijo el joven adivinándole el pensamiento, gracias a aquella maravillosa perspicacia que la fortuna iba a permitirle desplegar en lo sucesivo—, espero un hombre muy distinguido, a un consejero de los más diestros, que quiero presentar a todos, recomendándole a vuestro cariño... ¡Ah, entrad, señor de D'Artagnan!

D'Artagnan apareció.

—¿Qué manda Vuestra Majestad? Decid, ¿dónde está vuestro amigo, el señor de Vannes?

—Majestad...

—Le espero y no le veo llegar. Que le busquen.

D'Artagnan quedó un instante estupefacto; pero, reflexionando que Aramis había abandonado a Vaux secretamente con una misión del rey, infirió que éste deseaba guardar el secreto.

—Majestad —replicó—, ¿queréis absolutamente que os traiga al señor de Herblay?

—Tanto como absolutamente, no —dijo Felipe—; no es tan grande la necesidad, pero si le hallasen... "Adiviné", se dijo D'Artagnan.

—¿Ese señor de Herblay —dijo Ana de Austria— es el obispo de Vannes?

—Sí, señora.

—¿Un amigo del señor Fouquet?

—Sí, señora; un antiguo mosquetero.

Ana de Austria ruborizóse.

—Uno de los cuatro valientes que hicieron en otro tiempo tantas maravillas.

La vieja reina se arrepintió de haber querido zaherir, y cambió de conversación para conservar la dignidad.

—Cualquiera que sea vuestra elección —dijo—, la tengo por excelente.

—Todos se inclinaron.

—Veréis —prosiguió Felipe— la profundidad del señor de Richelieu, sin la avaricia del señor Mazarino.

—¿Un primer ministro? —dijo asustado Monsieur.

—Ya os hablaré más extensamente, hermano mío, ¡pero es extraño que no se halle el señor de Herblay!

Y llamó.

—Que avisen al señor Fouquet —ordenó—, que tengo que hablarle... ¡Oh! en vuestra presencia, en vuestra presencia; no os retiréis.

Saint-Aignan volvió, trayendo noticias satisfactorias de la reina, que guardaba cama sólo por precaución, y para tener la fuerza suficiente de seguir todos los deseos del rey.

Mientras buscaban por todas partes al señor Fouquet y a Aramis, el nuevo rey continuaba apaciblemente sus pruebas, y todo el mundo, familia, empleados y sirvientes, reconocían al rey en su aire, en su voz y en sus hábitos.

Por su parte, Felipe, confrontando con todos los rostros las notas y retratos que su cómplice Aramis le había proporcionado con exactitud, se conducía de modo que no llegó a excitar siquiera una sospecha en el ánimo de los que le rodeaban.

Nada, por lo demás, podía impacientar al usurpador. ¡Con qué facilidad acababa de echar abajo la Providencia la más alta fortuna del mundo, para substituirla con la más humilde!

Felipe admiraba la bondad con que Dios le favorecía, y la secundaba con todos los recursos de su admirable naturaleza. Pero a veces sentía deslizarse como una sombra entre los rayos de su nueva gloria, Aramis no aparecía.

La conversación había languidecido en la familia real; Felipe, preocupado, olvidaba despedirse de su hermano y de madame Enriqueta. Estos se admiraban y perdían poco a poco la paciencia. Ana de Austria se inclinó hacia su hijo, y le dirigió alguna palabras en español.

Felipe ignoraba absolutamente este idioma, y palideció ante aquel obstáculo inesperado. Pero, como si el espíritu del imperturbable Aramis le hubiese cubierto con su infalibilidad, se levantó en vez de desconcertarse.

—Veamos —le dijo Ana de Austria—, respondedme.

—¿Qué ruido es ése? —dijo Felipe volviéndose hacia la puerta de la escalera secreta.

Y al propio tiempo se oía una voz que gritaba:

—¡Por aquí, por aquí! ¡Unos cuantos escalones, Majestad!

—La voz del señor Fouquet! —dijo el capitán, situado cerca de la reina madre.

—No estará lejos el señor de Herblay —añadió Felipe.

Mas entonces vio lo que estaba muy lejos de creer que estuviese tan próximo.

Todas las miradas volviéronse hacia la puerta, por la cual iba a entrar el señor Fouquet; mas no fue éste quien entró.

Un grito terrible partió de todos los puntos de la estancia, grito doloroso lanzado por el rey y los circunstantes.

No es dado a los hombres, aun a aquellos cuyo destino encierra más elementos extraños y accidentes maravillosos, contemplar un espectáculo semejante al que presentaba la cámara real en aquel instante.

Los postigos, medio cerrados, sólo dejaban penetrar una luz incierta, tamizada por grandes cortinas de terciopelo forradas de seda.

En aquella suave penumbra habíanse dilatado poco a poco las pupilas, y cada cual veía a los demás, más bien con la confianza que con la vista. En tales circunstancias, no obstante, se llega a no perder pormenor alguno de cuantos abrazan la escena, y el nuevo objeto que se presenta, aparece luminoso como si estuviera alumbrado por el sol.

Esto es lo que sucedió respecto a Luis XIV, cuando apareció pálido y con el ceño fruncido bajo el dintel de la escalera secreta.

Fouquet mostró detrás del rey su rostro cubierto de severidad y de tristeza.

La reina madre, que vio a Luis XIV, y que tenía asida la mano de Felipe, lanzó el grito de que hemos hablado, como lo hubiera hecho al ver un fantasma.

Monsieur tuvo un amago de desvanecimiento y volvió la cabeza, de aquel de los dos reyes que veía enfrente, hacia el otro que tenía al lado.

Madame dio un paso adelante, creyendo ver reflejarse en un espejo a su cuñado.

Y, de hecho, la ilusión era posible.

Los dos príncipes, descompuestos, pues renunciamos a pintar el terrible sobrecogimiento de Felipe, y temblorosos los dos, crispando el uno y el otro una mano convulsiva, se contemplaban de reojo y se clavaban mutuamente las miradas como puñales en el alma. Mudos, jadeantes, encorvados, parecían dispuestos a arrojarse sobre un enemigo.

Aquel parecido increíble del rostro, del gesto, de la estatura, todo, hasta una semejanza de traje, preparada por la casualidad, porque Luis XIV se había puesto en el Louvre un vestido de terciopelo morado, aquella perfecta analogía de los dos príncipes acabó de trastornar el corazón de Ana de Austria.

Pero aún no adivinaba la verdad. Hay desgracias que nadie quiere aceptar en la vida. Se prefiere creer en lo sobrenatural, en lo imposible. Luis no había previsto estos obstáculos. Esperaba, sólo con entrar, ser reconocido. Sol viviente, no sufría la sospecha de una comparación con nadie. No admitía que brillase una luz desde el instante en que él ostentase su rayo vencedor.

Así que, al aspecto de Felipe, quedó más aterrorizado quizás que ningún otro de cuantos allí había, y su silencio, su inmovilidad, fueron el preludio del recogimiento y de la calma que precede a las violentas explosiones de la cólera.

Pero ¿quién podría bosquejar el aturdimiento de Fouquet y su estupor en presencia de aquel vivo retrato de su señor? Creyó, desde luego, que Aramis tenía razón, que el recién llegado era un rey tan puro de raza como el otro, y que para haberse negado a toda participación al golpe de Estado, tan hábilmente dado por el general de los jesuitas, era necesario ser un loco entusiasta, indigno de intervenir en el más leve asunto político.

Por otra parte, era la sangre de Luis XIII, sacrificada por Fouquet a la sangre de Luis XIV, una noble ambición sacrificada a una ambición egoísta; el derecho de adquirir sacrificado al derecho de conservar.

Toda la extensión de su falta le fue revelada a la sola vista del pretendiente.

Lo que pasó en su ánimo fue perdido para los demás espectadores.

Tuvo cinco minutos para concentrar sus meditaciones sobre aquel caso de conciencia; cinco minutos, es decir, cinco siglos, durante los cuales los dos reyes y su familia apenas pudieron respirar después de tan terrible sacudida.

D'Artagnan, arrimado a la pared, enfrente de Fouquet, con la mano sobre los ojos y la mirada fija, se preguntaba la razón de tan maravilloso prodigo. No hubiera podido decir desde luego por qué dudaba; mas sabía con seguridad que había hecho bien en dudar, y que en aquel encuentro de los dos Luis XIV, estribaba toda la dificultad que durante los últimos días hizo aparecer la conducta de Aramis, tan sospechosa para el mosquetero.

Estas ideas, sin embargo, se le presentaban envueltas bajo un espeso velo. Los actores de aquella escena parecían nadar en los vapores de un pesado sueco.

De pronto, Luis XIV, más impaciente y más acostumbrado a mandar, corrió uno de los postigos y lo abrió rasgado las cortinas. Una ola de viva luz entró en la cámara e hizo retroceder a Felipe hasta la alcoba.

Luis aprovechó, con ardor de aquel momento, y, dirigiéndose a la reina:

—Madre mía —dijo—, ¿no reconocéis a vuestro hijo, ya que todos los aquí presentes desconocen a su rey?

Ana de Austria tembló y levantó los brazos al cielo sin poder articular una palabra.

—Madre mía —repitió Felipe con voz tranquila—, ¿no reconocéis a vuestro hijo?

Y, aquella vez, le tocó a Luis retroceder.

Respecto a Ana de Austria, perdió el equilibrio, herido en la mente y en el corazón por el remordimiento, mas como todos estaban petrificados, nadie la sostuvo, y cayó en el sillón exhalando un débil suspiro.

Luis no pudo soportar aquel espectáculo y aquella afrenta. Saltó hacia D'Artagnan, a quien un vértigo comenzaba a trastornar, y que vacilaba rozando a la puerta, su punto de apoyo.

—¡A mí, mosquetero! —gritó—. Miradnos a la cara, y ved cuál de los dos está más pálido. Estas palabras despertaron al capitán y removieron en su

corazón la fibra de la obediencia. Sacudió la cabeza, y sin dudar ya, se acercó a Felipe, sobre suyo hombro puso la mano diciendo:

—¡Señor, sois mi prisionero! Felipe no levantó los ojos al cielo, no se movió del lugar en que parecía clavado, con la mirada fija en el rey, su hermano. Le reprochaba, en un sublime silencio, todas las desgracias pasadas, todos sus padecimientos futuros. Contra aquel lenguaje del alma, el rey no tuvo fuerzas; bajó la vista, y arrastró precipitadamente a su hermano y a su bella cuñada, olvidando a su madre tendida sin movimiento a tres pasos del hijo que dejaba condenar por segunda vez a la muerte.

Felipe se acercó a Ana de Austria, y le dijo con voz suave y noblemente conmovida:

—Si no fuera hijo vuestro, os maldeciría, madre mía, por haberme hecho tan desgraciado.

D'Artagnan sintió correr un calofrío por la médula de sus huesos, saludó respetuosamente al joven príncipe, y le dijo medio inclinado:

—Perdonad, monseñor; yo no soy más que un soldado, y mis juramentos pertenecen al que acaba de salir de esta cámara.

—Gracias, señor de D'Artagnan; más, ¿qué se ha hecho del señor de Herblay?

—El señor de Herblay está en seguridad, monseñor —dijo una voz detrás de ellos—, y nadie, mientras yo viva y sea libre, se atreverá a tocar un solo cabello de su cabeza.

—¡El señor Fouquet! —dijo el príncipe sonriendo tristemente.

—Perdonad, monseñor —dijo Fouquet hincándose de rodillas—, pero el que acaba de salir de aquí era mi huésped.

—He aquí —murmuró Felipe con un suspiro— amigos leales y buenos corazones. Ellos son los que me hacen echar de menos el mundo. Salid, señor de D'Artagnan; os sigo.

Cuando se ponía en marcha el capitán, se presentó Colbert, le entregó una orden del rey, y se retiró.

D'Artagnan la leyó y estrujó el papel con rabia.

—¿Qué hay? —preguntó el príncipe.

—Leed, monseñor —dijo el mosquetero.

Felipe leyó estas palabras, escritas apresuradamente por Luis XIV. « El señor de D'Artagnan llevará el preso a las islas de Santa Margarita, y le cubrirá el rostro con una visera de hierro, que el preso no podrá levantar bajo pena de la vida» .

—Es justo —exclamó Felipe con resignación—. Estoy dispuesto.

—Aramis tenía razón —dijo Fouquet en voz baja al mosquetero—; éste es rey tanto como el otro.

—¡Más! —replicó D'Artagnan—, sólo le faltamos, vos y yo.

## Capítulo XXV

---

Donde Porthos cree correr tras un ducado

Aprovechando Aramis y Porthos el tiempo que les concediera Fouquet, hacían honor con su rapidez a la caballería francesa.

Porthos no acertaba a comprender del todo para qué especie de misión se le obligaba a desplegar una velocidad tan grande; pero, como veía que Aramis espoleaba sin descanso, Porthos espoleaba con furor.

Pronto pusieron así doce leguas entre ellos y Vaux, corridas las cuales, fue necesario mudar caballos y organizar una especie de servicio de posta. Durante un relevo, se aventuró a interrogar discretamente a Aramis.

—¡Silencio! —replicó éste—; básteos saber que nuestra suerte depende de nuestra rapidez.

Como si Porthos fuese aún el mosquetero sin blanca de 1626, espoleó con ahínco.

—Me harán duque —dijo en voz alta.

—Quizá —replicó sonriéndose a su manera Aramis, adelantado por el caballo de Porthos.

No obstante, la cabeza de Aramis ardía; la actividad del cuerpo no había logrado aún dominar la del espíritu. Todo cuanto puede presumirse de cóleras rugientes dolores agudos y amenazas mortales, se retorcía, mordía y gruñía en el ánimo del prelado vencido.

Su fisonomía presentaba las huellas bien visibles de aquel rudo combate. Libre en el camino real, de abandonarse al menos a las impresiones del momento, Aramis no se privaba de blasfemar a cada bote del caballo, a cada desigualdad del terreno. Pálido, lleno a veces de sudores ardientes, seco y helado otras, azotaba los caballos y les ensangrentaba los flancos.

Porthos, cuyo defecto principal no era la sensibilidad, no hacia más que lamentarse. Corrieron así durante ocho horas largas y, llegaron a Orléans.

Eran las cuatro de la tarde. Aramis, consultando sus recuerdos, pensó que nada demostraba la posible persecución.

Habría sido inaudito que una tropa capaz de coger a Porthos y a él tuviese dispuestos los relevos suficientes para correr cuarenta leguas en ocho horas. Por tanto, aun admitida la persecución, que no era manifiesta, los fugitivos tenían cinco horas de ventaja sobre los perseguidores.

Aramis pensó que no sería imprudencia el descansar, pero que el proseguir sería decisivo. En efecto, veinte leguas más, hechas con aquella rapidez, veinte leguas devoradas, y nadie, ni el propio D'Artagnan podría alcanzar a los enemigos del rey.

Aramis dio, pues, a Porthos la pesadumbre de volver a montar a caballo. Corrieron hasta las siete de la tarde; no les faltaba más que una posta para llegar a Blois.

Allí, un contratiempo diabólico vino a alamar a Aramis. Faltaban caballos de posta.

El prelado se preguntaba por qué maquinación infernal habían logrado sus enemigos quitarle los medios de ir más lejos, a él, que no reconocía por dios a la casualidad, a él, que encontraba en todo resultado su causa, prefirió creer que la negativa del maestro de postas, a semejante hora, en semejante país, era la consecuencia de una orden emanada de arriba, orden dada para detener al hacedor de majestades en su fuga.

Pero en el instante en que iba a enfurecerse para obtener, ya una explicación, ya un caballo, le acudió una idea. Recordó que el conde de la Fère vivía en las inmediaciones.

—No voy de viaje —dijo—, y por eso no hago posta entera. Dadme dos caballos para ir a visitar a un señor amigo mío que reside cerca.

—¿Qué señor? —preguntó el maestre de postas.

—El conde de la Fère.

—¡Oh! —exclamó aquel hombre, descubriendose con respeto—. Un digno señor. Pero, por mucho que desee serviros, no puede daros dos caballos; todos los de mi posta están retenidos por cuenta del duque de Beaufort.

—¡Ah! —exclamó Aramis contrariado.

—Lo único que puedo hacer, si gustáis —prosiguió el maestre de postas, es facilitaros un carrito que tengo, el cual haré enganchar un caballo viejo y ciego que no tiene más que piernas, y que os llevará a casa del conde de la Fère.

—Eso vale un luis —dijo Aramis.

—No señor; no vale más que un escudo; es lo que me paga Grimaud, el intendente del conde, siempre que se sirve de mí —carrito, y no quisiera que el señor conde pudiera reconvenirme de haber llevado caro a un amigo suyo.

—Sea como gustéis —contestó Aramis—; y, sobre todo, como le plazca al conde de la Fère, a quien por nada de este mundo querría desagrado en lo más mínimo. Tendréis vuestro escudo; pero creo que tengo el derecho de daros un luis por vuestra idea.

—Sin duda —exclamó gozoso el maestro de postas.

Y enganchó por sí mismo el caballo viejo al carricoche chillón. Mientras esto pasaba, era curioso contemplar a Porthos. Figurábase éste haber descubierto el secreto, y no cabía en sí de satisfacción, primero, porque la visita a Athos le agradaba sobremanera, y luego, porque esperaba encontrar a la vez una buena comida y una buena cama.

Luego que el maestro de postas concluyó de enganchar, llamó a un sirviente para que condujese a los dos caballeros a Le Fère.

Porthos se sentó en el testero con Aramis, y le dijo en voz baja:

—Ya comprendo.

—¡Ah, ah! —exclamó Aramis—. ¿Qué comprendéis, querido amigo?

—Vamos, en nombre del rey a hacer alguna buena proposición a Athos.

—¡Psch! —dijo Aramis.

—No me digáis nada —añadió el buen Porthos, procurando equilibrarse muy sólidamente para evitar los vaivenes—, no me digáis, nada, que yo adivinaré.

—Bien, eso es, amigo; mío; adivinad, adivinad.

Hacia las nueve de la noche llegaron a casa de Athos con un claro de luna magnífico.

Aquella admirable claridad regocijaba a Porthos lo que no es decible; pero molestaba a Aramis en igual grado. Y al testimoniarlo así a su compañero, este le contestó:

—¡Ah! Lo adivino: la misión es secreta.

Estas fueron sus últimas palabras en el carroaje.

El conductor interrumpióles con estas otras.

—Señores, hemos llegado. Porthos y su amigo se apearon a la puerta del palacete.

Allí es donde vamos a hallar otra vez a Athos y a Bragelonne, desaparecidos después del descubrimiento de la infidelidad de La Vallière.

Si hay sentencia verdadera, es la de que los grandes dolores encierran el germen de su consuelo.

En efecto, aquella dolorosa herida, causada a Raúl, le había aproximado más a su padre, y bien sabe Dios si eran dulces los consuelos que fluían de la boca elocuente y del corazón generoso de Athos.

La herida no estaba aún cicatrizada; pero Athos, a fuerza de conversar con su hijo, a fuerza de mezclar algo de su vida a la del joven, acabó por hacerle comprender que aquel dolor de la primera infidelidad era necesario a toda existencia humana, y que nadie ha amado sin conocerlo.

Raúl oía muchas veces, y no comprendía. Nada reemplaza en el corazón fuertemente enamorado el recuerdo y el pensamiento del objeto querido, Raúl respondía entonces a su padre:

—Señor, todo cuanto me decís es cierto; creo que nadie ha sufrido tanto como vos del corazón; pero sois hombre demasiado grande por la inteligencia, harto probado por las desgracias, para no tolerar la debilidad en el soldado que sufre por primera vez. Pago un tributo que no pagaré dos veces; permitidme sumergir en el dolor hasta el punto de que me olvide de mí mismo y ahogue en él mi razón.

—¡Raúl! ¡Raúl!

—Escuchad, señor; nunca podré acostumbrarme a la idea de que Luisa, la mujer más cándida y casta de todas, haya podido engañar tan indignamente a un hombre tan honrado y tan amante como yo; jamás podré decidirme a ver aquella fisonomía dulce y bondadosa cambiarse en un rostro hipócrita y lascivo. ¡Luisa perdida! ¡Luisa Infame...! ¡Oh, señor! Eso es mucho más terrible para mí que Raúl abandonado, que Raúl desgraciado.

Entonces usaba Athos el remedio heroico. Defendía a Luisa contra Raúl, y justificaba su perfidia por su amor.

—Una mujer que hubiera cedido al rey por ser el rey —decía—, merecería el dictado de infame; pero Luisa ama a Luis. Jóvenes los dos, han olvidado, él su jerarquía, ella sus juramentos. El amor todo lo absuelve, Raúl. Los dos jóvenes se aman francamente.

Y cuando había asestado aquella puñalada, Athos veía suspirando a Raúl, que se estremecía al dolor de la herida e iba a sepultarse en lo más espeso del bosque, o bien en su cuarto, de donde, una hora después, salía pálido, trémulo, pero amansado. Entonces, acercándose a Athos con una sonrisa, le besaba la mano, como el perro a quien acaban de apalear acaricia a un buen amo para redimir su culpa. Raúl no escachaba más que su debilidad, y no confesaba más que su dolor. Así transcurrieron los días que siguieron a aquella escena en que Athos había agitado tan violentamente el orgullo indomable del rey. Nunca, al hablar con su hijo, hizo la menor alusión a aquella escena; nunca le dio detalles de aquel vigoroso ataque que hubiera quizás consolado al joven mostrándose a su rival rebajado. Athos no quería que el amante ofendido olvidase el respeto debido al rey.

Y cuando Bragelonne, impetuoso, irritado, sombrío, hablaba con desprecio de las palabras reales, de la fe equívoca que algunos locos atribuyen a las personas emanadas del trono; cuando, saltando dos siglos con la rapidez de una ave que atraviesa un estrecho para ir de un mundo al otro, predecía Raúl los tiempos en que los reyes parecerían más pequeños que los hombres. Athos le decía con voz serena y persuasiva:

Tenéis razón, Raúl, todo cuanto decís acontecerá: los reyes perderán su

prestigio, como pierden su esplendor las estrellas que han cumplido su tiempo. Pero cuando llegue ese tiempo, Raúl, ya habremos muerto nosotros; y acordaos bien de lo que os digo: en este mundo es preciso que todos, hombres, mujeres y reyes, vivamos el presente; no debemos vivir el futuro sino para Dios.

Tal era la materia de las conversaciones de Athos y Raúl mientras paseaban la larga calle de tilos del parque, cuando sonó súbitamente la campana que servía para anunciar al conde la hora de la comida o alguna visita. Maquinalmente, y sin dar a ello la menor importancia, se volvió con su hijo, y ambos hallaronse, al final de la calle, en presencia de Porthos y de Aramis.

## Capítulo XXVI

---

### El último adiós

Raúl lanzó un grito de alegría y estrechó tiernamente a Porthos en sus brazos, Aramis y Athos se abrazaron como dos viejos. Hasta aquel abrazo fue una cuestión para Aramis, que, inmediatamente:

—Amigo —dijo—, no venimos para mucho tiempo.

—¡Ah! —exclamó el conde.

—El tiempo suficiente —interrumpió Porthos—, para referiros mi ventura.

—¡Ah! —exclamó Raúl.

Athos miró silenciosamente a Aramis, cuyo aire sombrío le había parecido ya poco en armonía con las buenas noticias de que hablaba Porthos.

—¿Cuál es vuestra ventura? Veamos —preguntó Raúl sonriendo.

—El rey me hace duque —dijo con misterio el buen Porthos inclinándose al oído del joven—. ¡Duque con nombramiento!

Pero los apartes de Porthos tenían siempre bastante vigor para ser oído por todo el mundo; sus murmullos estaban al diapasón de un rugido ordinario.

Athos le oyó y lanzó una exclamación que hizo estremecer a Aramis.

Este cogió del brazo a Athos, y después de solicitar permiso de Porthos para hablar aparte unos momentos:

—Querido Athos —dijo el conde—, aquí me tenéis traspasado de dolor.

—¡De dolor? —murmuró el conde—. ¡Ah, querido amigo!

—He aquí, en dos palabras he tramado una conspiración contra el rey; la conspiración se ha frustrado, y a estas horas me estarán buscando seguramente.

—¡Os buscan...! ¡Una conspiración...! Pero ¿qué decís, querido?

—Una triste verdad. Estoy perdido.

—Pero, Porthos... Ese título de duque... ¿Qué quiere decir todo esto?

—Ahí tenéis lo que me causa el mayor dolor. Confiado yo en un éxito infalible, arrastré a Porthos en mi conjuración. Ha dado a ella, como sabéis que da, todas sus fuerzas, sin saber nada, y hoy se halla tan comprometido conmigo, que está perdido como yo.

—¡Dios mío!

Y Athos se volvió hacia Porthos, que sonrió afablemente.

—Es necesario que lo comprendáis todo: escuchadme —continuó Aramis.

Y Refirió la historia que ya conocemos.

Athos sintió varias veces durante la narración que su frente se humedecía de sudor.

—Es una gran idea —dijo—; pero también un gran delito.

—Del que estoy castigado, Athos.

—También os diré todo mi pensamiento.

—Decid.

—Es un crimen.

—Capital, lo sé. ¿Lesa majestad?

—¡Porthos! ¡Pobre Porthos!

—¡Qué hemos de hacer! Ya os he manifestado que era de un éxito seguro.

—El señor Fouquet es un hombre honrado.

—Y yo un estúpido, por haberle juzgado tan mal —repuso Aramis—. ¡Oh sabiduría de los hombres! ¡Oh piedra inmensa que muele un mundo, y que el mejor día se encuentra detenida por el grano de arena que cae, sin saber cómo, entre sus rodajes!

—Decid por un diamante, Aramis. En fin, el mal está hecho. ¿Qué pensáis hacer?

—Me lo llevo a Porthos. Jamás querrá creer el rey que este digno caballero haya obrado inocentemente, jamás querrá creer que por Athos ha estado en la persuasión de que servía al rey obrando como lo ha hecho. Su cabeza pagará mi culpa. Y yo no lo quiero.

—Primero, a Belle-Île. Es un refugio inexpugnable. Después tengo el mar y un barco para pasar a Inglaterra, donde tengo muchas relaciones...

—¿Vos en Inglaterra?

—Sí. O a España, donde tengo más aún...

—Pero, desterrado. Porthos quedará arruinado, porque el rey le confiscará sus bienes.

—Todo está previsto. Yo sabré una vez en España, reconciliarme con Luis XIV, y hacer que Porthos vuelva a su gracia.

—Tenéis crédito, por lo visto —dijo Athos con su natural discreción.

—Mucho, y al servicio de mis amigos, amigo Athos.

Estas palabras fueron acompañadas de un cordial apretón de manos.

—Gracias —replicó el conde.

—Y ya que de esto hablamos —dijo Aramis—, vos también debéis estar descontento; tanto vos como Raúl tenéis motivos de queja contra el rey. Seguid nuestro ejemplo. Venid a Belle-Île. Luego, ya veremos. Os aseguro por mi honor que dentro de un mes habrá estallado la guerra entre Francia y España, con motivo de ese hijo de Luis XIII, que es también príncipe, y a quien Francia detiene inhumanamente. Ahora bien, como Luis XIV rehuiría una guerra por ese motivo, os garantizo una transacción, cuyo resultado dará la grandeza a Porthos y a mí, y un ducado de Francia a vos, que sois ya grande de España. ¿Aceptáis?

—No; prefiero tener algo que reprochar al rey; es orgullo natural a mi estirpe poder presentar un título de superioridad sobre la carta real. Haciendo lo que me proponéis, quedaría obligado al rey; ganaría algo en esta tierra, y perdería en mi conciencia. Gracias.

—Entonces, dadme dos cosas, Athos: vuestra absolución...

—Os la doy, si habéis querido realmente vengar al débil y al oprimido contra el opresor.

—Eso me basta —replicó Aramis con un rubor que se perdió en la obscuridad de la noche—. Y ahora, dadme vuestros dos mejores caballos para llegar a la segunda posta, pues me los han rehusado so pretexto de un viaje que hace el señor Beaufort por estos parajes.

—Tendréis mis dos mejores caballos, Aramis, y os recomiendo a Porthos.

—¡Oh! ¡No tengáis cuidado...! Una pregunta: ¿creéis que lo que hago con él sea lo más conveniente?

—Hecho ya el mal, sí; porque el rey no le perdonaría, y luego tenéis siempre un apoyo en el señor Fouquet, que no os abandonará seguramente hallándose también por su parte muy comprometido, no obstante su acción heroica.

—Tenéis razón. Por eso, en vez de ganar desde luego el mar, cosa que revelaría mi miedo y me haría aparecer culpable, he preferido quedarme en suelo francés. Pero Belle-Île será para mí el suelo que yo quiera: inglés, español, o romano, conforme a la bandera que me convenga enarbar.

—Pues, ¿cómo es eso?

—Yo he sido quien ha fortificado a Belle-Île, y nadie podrá tomarla defendiéndola yo. Y además, como acabáis de decir, tengo ahí al señor de Fouquet, sin cuya firma nadie atacará a Belle-Île.

—Así lo creo. No obstante, caminad con cautela. El rey es astuto y poderoso.

Aramis sonrió.

—Os recomiendo a Porthos —repitió el conde con una especie de fría insistencia.

Lo que sea de mí, conde —replicó Aramis en el mismo tono—, será también de nuestro hermano Porthos.

Athos inclinóse estrechando la mano de Aramis, y fue a abrazar a Porthos con efusión.

—He nacido para ser feliz, ¿no es verdad? —murmuró éste con rostro radiante de júbilo y embozándose en su capa.

—Venid, queridísimo —dijo Aramis.

Raúl se había adelantado para dar órdenes y hacer ensillar los dos caballos.

Hallábase ya el grupo dividido. Athos veía ya a sus dos amigos a punto de partir, cuando algo como una niebla le pasó por delante de los ojos y gravitó sobre su corazón.

« ¡Es extraño! —pensó—. ¿De qué provendrá este deseo que siento de abrazar a Porthos otra vez?» .

Justamente, Porthos se había vuelto, y venía hacia su viejo amigo con los brazos abiertos.

Este último abrazo fue tierno como en la juventud, como en el tiempo en que el corazón estaba en su vigor y era feliz la vida.

Enseguida montó Porthos a caballo. Aramis echó también sus brazos al cuello de Athos.

Este los vio por el camino real alejarse en la sombra con sus capas blancas. Semejantes a dos fantasmas, iban creciendo a medida que estaban más distantes, y no llegaron a perderse ni en la bruma ni en las Pendientes del terreno: al final de la perspectiva, ambos parecieron dar un salto que les hizo desaparecer evaporados en las nubes.

Entonces Athos, con el corazón apretado, volvió a casa, diciendo a Bragelonne:

—Raúl, ignoro por qué se me figura que he visto a esos dos hombres por última vez.

—No me extraña, señor, que os haya asaltado esa idea —contestó el joven—, porque yo la tengo en este momento, y se me figura también que no veré más al señor Du Vallon ni al señor de Herblay.

—¡Oh! —repuso el conde—. Vos habláis como hombre apesadumbrado por otra causa; vos todo lo veis negro; pero sois joven, y si os sucede que no volváis a ver a esos viejos amigos, será porque no pertenecerán ya al mundo; donde todavía os quedan muchos años que pasar. Pero, yo...

Raúl meneó dulcemente la cabeza, apoyándola en el hombro del conde, sin gire ni el uno ni el otro pudiera encontrar una palabra más en su corazón oprimido.

De repente, llamó su atención un ruido de voces y caballos al extremo del camino de Blois.

Algunos porta-hachones a caballo sacudían alegremente sus antorchas sobre los árboles del camino, y se volvían de vez en cuando para no separarse demasiado de los jinetes que venían detrás.

Aquellas llamas, aquel estrépito, aquel polvo levantado por una docena de caballos ricamente enjaezados, formaban un extraño contraste en medio de la

noche, con la desaparición lúgubre de las dos sombras de Porthos y Aramis.

Athos entró en su casa.

Mas no bien había atravesado el parterre, pareció inflamarse la verja; todas aquellas antorchas se detuvieron e inundaron de luz el camino. Un grito resonó:

—¡El señor duque de Beaufort! Athos se lanzó hacia la puerta de su casa.

Ya el duque se había apeado del caballo, y buscaba con la vista en torno suyo.

—Aquí estoy, monseñor —dijo Athos.

—¡Eh! Buenas noches, querido conde —replicó el príncipe con aquella franca cordialidad que le granjeaba todos los corazones—. ¡Es muy tarde para un amigo?

—¡Ah, príncipe! Entrad —dijo el conde.

Y tomando Beaufort el brazo de Athos, entraron ambos en la casa, seguidos de Raúl, que marchaba modesta y respetuosamente entre los oficiales del príncipe, muchos de los cuales eran amigos suyos.

## Capítulo XVII

---

### El señor de Beaufort

El príncipe volvióse en el momento en que Raúl, para dejarlo solo con Athos, cerraba la puerta y se disponía a pasar con los oficiales a una sala inmediata.

—¿Es ese el joven de quien tantos elogios me ha hecho el príncipe de Condé? preguntó Beaufort.

—Es él, sí, monseñor.

—¡Ese es un soldado! No está aquí de más; haced que se quede conde.

—Quedaos, Raúl, ya que monseñor lo permite —dijo Athos.

—¡Es todo un buen mozo, a fe mía! —dijo el duque—. ¿Me lo daréis si os lo pido?

—¿Cómo va eso, monseñor? —preguntó Athos.

—Sí, vengo a despedirme.

—A despediros, monseñor?

—Sí, por cierto. ¿No sabéis lo que voy a ser?

—Lo que habéis sido siempre, monseñor: un príncipe valiente y un cumplido caballero.

—Pues voy a ser un príncipe de África, un caballero beduino. El rey me envía a hacer unas conquistas entre los árabes.

—¿Qué decís, monseñor? —Raro, ¿no? Yo, el parisense por excelencia; yo, que he reinado en los arrabales, donde me llamaban el rey de los mercados, me traslado de la plaza de Maubert a los alminares de Djidjelli, y me convierto de frondista en aventurero.

—¡Oh, monseñor! Si no me lo dijeseis...

—No lo creeríais, ¿eh? Pues creedlo y despidámonos. Ved aquí lo que es volver al favor.

—¿Al favor?

—Sí. ¡Sonreis? ¡Ah, querido conde! ¡Sabéis par qué he aceptado? ¡Lo comprendéis bien?

—Porque amáis ante todo la gloria.

—¡Oh! No es cosa muy gloriosa ir a disparar mosquetazos contra esos salvajes. La gloria, no la encuentro yo por ese lado, y es más probable que encuentre otra cosa... Pero he querido y quiero, ¿lo oís, querido conde?, que mi vida tenga esta última faceta después de las raras situaciones porque estoy pasando hace cincuenta años. Porque, al fin, no podréis menos de convenir en que será cosa digna de verse haber nacido hijo de rey, haber hecho la guerra a reyes, haber sido contado entre los poderosos del siglo, haber sabido conservar su jerarquía, de oír a su Enrique IV, ser gran almirante de Francia, e ir a hacerse matar en Djidjelli entra esos turcos, sarracenos y moriscos.

—Monseñor —dijo turbado Athos—, insistís de un modo extraño en esa idea. ¿Cómo habéis de suponer que un destino tan brillante vaya a obscurecerse en tan miserable destierro?

—Y creéis, hombre justo y sencillo, que si voy a África por tan ridículo motivo, no trataré de salir de allí sin ridículo? ¿Suponéis que no daré que hablar de mí? ¡Es que para que se hable de mí cuando tengo al príncipe de Condé, al señor Turená, y a otros muchos contemporáneos míos, yo, el almirante de Francia, el nieto de Enrique IV, el rey de París, tengo otra cosa que hacer sino dejarme matar! ¡Cuerpo de Dios! Hablarán de ello, os digo. Me haré matar contra viento y marea. Si no allí, en otra parte.

—Vamos, monseñor —repuso Athos—; eso es una exageración, y jamás la habéis mostrado sino en el valor.

—¡Peste! Querido amigo, sí que se necesita valor para ir en busca del escorbuto, de las disenterías, de las langostas, de las flechas envenenadas, como mi abuelo san Luis. ¡Sabéis que esos tunos usan aún flechas emponzoñadas? Y luego, ya me conocéis; hace tiempo que lo tengo pensado, y cuando quiero una cosa, la quiero de veras.

—Quisisteis salir de Vincennes, monseñor.

—¡Oh! Y vos me ayudasteis, amigo mío; y, a propósito, por más vueltas que doy, no veo a mi viejo amigo el señor Vaugrimaud. ¿Cómo está?

—El señor Vaugrimaud sigue siendo el más respetuoso servidor de Vuestra Alteza —dijo sonriendo Athos.

—Aquí traigo cien doblones para él como legado. Tengo hecho mi testamento, conde.

—¡Ah! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

—Y ya comprenderéis que si se viese a Grimaud en mi testamento... El duque se echó a reír; luego, dirigiéndose a Raúl, que desde el principio de aquella conversación había caído en una profunda abstracción.

—Joven —dijo—, me parece que hay aquí cierto vino de Vouvray... Raúl salió al momento para hacer servir al duque. Entretanto el señor de Beaufort cogió la mano de Athos.

—¿Qué pensáis hacer de él? —preguntó.

—Nada, por ahora, monseñor.

—¡Ah, sí! Ya sé. Desde la pasión del rey por... La Vallière.

—Sí, monseñor.

—Conque es cierto todo eso? Creo haber conocido a esa joven, y se me figura que no era hermosa.

—No, monseñor.

—¿Sabéis a quién me recuerda?

—Le recuerda alguien a Vuestra Alteza?

—Sí, me recuerda a una joven bastante hermosa, cuya madre vivía en el mercado.

—¡Ah, ah! —dijo sonriendo Athos.

—Los buenos tiempos! —añadió el señor de Beaufort—. Sí, La Vallière me recuerda a esa muchacha.

—Que tuvo un hijo, ¿no es cierto?

—Creo que sí —respondió el duque con descuidada sencillez, con un placentero olvido cuyo tono y valor vocal nadie podría traducir—. Conque Raúl es hijo vuestro, ¿no?

—Hijo mío, sí, monseñor.

—Se halla en desgracia con el rey y le ponen mala cara?

—Más bien que eso, monseñor, uno se abstiene.

—Vais a dejar que se pudra ese mozo? No hay derecho. Dádmelo a mí.

—Quiero conservarlo a mi lado, monseñor. No tengo más que a él en el mundo, y, en tanto que quiera permanecer...

—Bien, bien —interrumpió el duque—. Sin embargo, pronto os lo hubiese yo acomodado. Os aseguro que es de la madera de los mariscales de Francia, y a más de uno he visto salir de un carácter así.

—Es posible, monseñor; pero es el rey quien hace los mariscales de Francia, y Raúl no aceptará jamás nada del rey.

Raúl cortó aquella conversación con su regreso. Precedía a Grimaud, cuyas manos, seguras todavía, traían una bandeja con un vaso y una botella del vino favorito del señor duque.

Al ver éste a su antiguo protegido, lanzó una exclamación de alegría.

—¡Grimaud! Buenas noches, Grimaud —dijo—. ¿Cómo va?

El servidor se inclinó profundamente, tan feliz como su noble interlocutor.

—¡Dos amigos! —dijo el duque sacudiendo fuertemente la espalda del honrado Grimaud.

Nuevo saludo, más profundo y más gozoso de Grimaud.

—¿Qué veo, conde? ¿Sólo un vaso?

—Yo no bebo con Vuestra Alteza, a menos que Vuestra Alteza me invite —dijo Athos con noble humildad.

—¡Cuerpo de Dios! Habéis hecho bien en no traer más que un vaso, pues beberemos los dos en él como dos hermanos de armas. Vos, primero, conde.

—Hacedme el favor —dijo Athos rechazando cortésmente el vaso.

—Sois un buen amigo! —replicó el duque de Beaufort, que bebió y pasó el cubilete de oro a su compañero—. Pero no es esto todo —prosiguió—: tengo más sed todavía, y quiero hacer honor a ese guapo mozo que está ahí de pie. Traigo buena suerte, vizconde —dijo a Raúl—; desead alguna cosa al beber en mi vaso, y lléveme la peste si no acontece lo que deseáis.

Y ofreció el cubilete a Raúl, el cual mojó en él precipitadamente los labios y dijo con la misma prontitud:

—Algo he deseado, monseñor. Sus ojos brillaban con fuego sombrío, y la sangre había subido a sus mejillas. Athos se estremeció de verle sonreír.

—¿Y qué habéis deseado? —preguntó el duque, arrellanándose en el sillón, mientras que con una mano entregaba la botella y una bolsa a Grimaud.

—Monseñor, ¿prometéis concederme lo que he deseado?

—¡Pardiez! ¡Ya lo he dicho! —Pues he deseado, señor duque, ir con vos a Djidjelli.

Athos palideció y no pudo ocultar su turbación.

El duque miró a su amigo, como para ayudarle a parar aquel golpe inesperado.

—Es difícil, mi querido vizconde, muy difícil —añadió en voz algo baja.

—Perdonad, monseñor, si he sido indiscreto —replicó Raúl con voz firme—; pero como me invitasteis vos mismo a desear...

—A desear abandonarme —dijo Athos.

—¡Oh, señor! ¿Podéis creer eso?

—Pues bien, ¡pardiez!, tiene razón el vizconde cito. ¿Qué haría aquí?

Padirse de melancolía.

Raúl enrojeció; el príncipe, impetuoso, continuó:

—La guerra es una destrucción: todo puede ganarse y no se pierde más que una cosa, la vida; y entonces, ¡tanto peor!

—Es decir, la memoria —replicó Raúl—; y entonces, ¡tanto mejor!

El joven arrepintióse de haber hablado con tanta viveza, al ver a Athos levantarse y abrir la ventana.

Aquel movimiento ocultaba indudablemente una emoción. Raúl se precipitó hacia el conde. Pero Athos había devorado ya su pena, pues se volvió con la fisonomía serena e impasible.

—Vamos a ver —dijo el duque—, ¿marcha o no? Si viene será mi edecán, mi hijo.

—¡Monseñor! —exclamó Raúl doblando una rodilla.

—¡Monseñor! —exclamó el conde, tomando la mano al duque—. Raúl hará lo que quiera.

—Oh, no, señor! Lo que vos queráis —interrumpió el joven.

—¡Voto a Cribas! —murmuró el príncipe a su vez—. No será el conde ni el vizconde el que decida, sino yo. Me lo llevo. La marina es un porvenir soberbio, amigo mío. Raúl sonrió tan tristemente, que Athos sintió traspasado de dolor su corazón, y le respondió con una mirada severa.

Raúl lo comprendió todo; recobró la calma, y se vigiló tan bien, que no se le escapó una palabra más.

El duque se levantó, advirtió lo tarde que era, y dijo con vivacidad:

—Estoy de prisa; pero si me dicen que he perdido el tiempo hablando con un amigo, contestaré que he hecho un buen reclamamiento.

—Perdonad, señor duque —interrumpió Raúl—; no digáis eso al rey, porque no será a él a quien yo sirva.

—¿Y a quién has de servir, amigo? Ya ha pasado el tiempo en que hubieras podido decir: «Soy del señor de Beaufort». Ahora, todos somos del rey, grandes y pequeños. Por eso, si sirves en mis naves, nada de equívocos, mi querido vizconde, será al rey a quien sirvas.

Athos esperaba, con una especie de gozo impaciente, la respuesta que iba a dar, a aquella dificultad, Raúl, el insociable enemigo del rey, su rival. El padre esperaba que el obstáculo echase por tierra el deseo. Casi daba las gracias al señor de Beaufort, cuya ligereza o generosa reflexión acababa de poner en duda la marcha de un hijo, su sola alegría.

Pero Raúl, siempre firme y tranquilo:

—Señor duque —replicó—, esa objeción que me hacéis la tengo ya resuelta en mi ánimo. Serviré en vuestras naves, ya que hacéis el favor de llevarme; pero serviré en ellas a un amo más poderoso que el rey, pues serviré en ellas a Dios.

—¡A Dios! ¿Y cómo? —dijeron a la vez Athos y el príncipe.

—Mi intención es profesar y hacerme caballero de Malta —añadió Bragelonne, dejando caer una a una aquellas palabras, más heladas que las gotas que caen de los árboles ennegrecidos después de las tempestades del invierno.

A este último golpe vaciló Athos, y el príncipe se commovió notablemente.

Grimaud lanzó un sordo gemido y dejó caer la botella, que se rompió en la alfombra sin que nadie reparara en ello.

Beaufort miró frente a frente al joven, y, aun cuando éste tenía los ojos bajos, leyó en sus facciones el fuego de una resolución ante la cual todo debía ceder.

Respecto a Athos, conocía aquella alma tierna e inflexible; no esperaba hacerle apartar del funesto camino que acababa de elegir y estrechó la mano que le tendía el duque.

—Conde, dentro de dos días salgo para Tolón —dijo el señor de Beaufort.

—¿Iréis a buscarme a París para manifestarme vuestra resolución?

—Tendré el honor de ir a daros las gracias por todas vuestras bondades, príncipe —respondió el conde.

—Y traeros también al vizconde, me siga o no —repuso el duque—; tiene mi palabra, y no le pido más que la vuestra.

Habiendo derramado así un poco de bálsamo en la herida de aquel corazón paternal, dio el duque un tirón de orejas a Grimaud, que parpadeó más de lo natural, y se reunió a su escolta en la terraza.

Los caballos, descansados y refrescados por una noche espléndida, pusieron muy pronto el espacio entre la quinta y su amo. Athos y Bragelonne quedaron solos frente a frente.

Daban las once.

Padre e hijo guardaban así un silencio que todo observador inteligente habría adivinado henchido de gritos y de sollozos.

Pero aquellos dos hombres eran de tal temple, que toda emoción quedaba para siempre sepultada cuando habían decidido comprimirla en su corazón.

Pasaron, pues, silenciosos y angustiados la hora que procede a la media noche. El reloj, al dar las doce sólo les indicó los minutos que había durado aquel viaje doloroso, hecho por sus almas en la inmensidad de los recuerdos del pasado y los temores del porvenir.

Athos se levantó el primero diciendo:

—Es tarde... ¡Hasta mañana, Raúl!

Raúl se levantó también y fue a abrazar a su padre.

Este le retuvo contra su pecho, y le dijo con voz alterada:

—¿Conque dentro de dos días me habréis dejado, y para siempre, Raúl?

—Señor —replicó el joven—, un proyecto tenía, y era el de atravesarme el corazón con mi espada, pero eso os hubiera parecido cobarde; he renunciado a tal proyecto, y además, era preciso separarnos.

—Os separáis de mí partiendo, Raúl.

—Escuchadme, señor; os lo suplico. Si no me voy, moriré aquí de pena y de amor. Sé cuánto tiempo he de vivir todavía aquí. Enviadme pronto, señor, o me veréis cobardemente expirar a vuestros ojos, en vuestra casa; esto es más fuerte que mi voluntad, más fuerte que mis fuerzas; bien veis que en un mes he vivido treinta años, y que estoy al cabo de mi vida.

—Entonces —dijo Athos con frialdad—, ¿marcháis con la intención de haceros matar en África...? ¡Oh, decidlo! ¡No mintáis!

Raúl palideció y calló dos segundos, que fueron para su padre dos horas de agonía. Luego, súbitamente:

—Señor —dijo—, tengo prometido consagrarme a Dios. A cambio del sacrificio que hago de mi juventud y de mi libertad, no le pediré más que una cosa: conservarme para vos, porque sois el único lazo que me ata aún a este

mundo. Sólo Dios puede darme la fuerza para no olvidar que os lo debo todo, y que nada debo anteponer a vos.

Athos abrazó tiernamente a su hijo, diciéndole:

—Acabáis de responder como un hombre honrado; dentro de dos días estaremos en París, en casa del señor de Beaufort, y entonces haréis lo que os plazca. Sois libre, Raúl, ¡adiós!

Y se dirigió lentamente a su dormitorio.

Raúl bajó solo al jardín, donde pasó la noche en la avenida de los tilos.

## Capítulo XVIII

---

### Preparativos de partida

A<sup>thos</sup> no perdió el tiempo en combatir aquella inmutable resolución, y se dedicó, durante los dos días que el duque le había concedido, a hacer preparar todo el equipaje de Raúl. Este trabajo correspondía al buen Grimaud, el cual comenzó a hacerlo con el celo e inteligencia que ya le conocemos.

A<sup>thos</sup> mandó a aquel excelente servidor tomar el derrotero de París luego que estuviesen arreglados los equipajes, y, a fin de no exponerse a hacer esperar al duque, o, por lo menos, a que incurriese Raúl en falta si el duque advertía su ausencia, al día siguiente de la visita del señor de Beaufort se encaminó a París con su hijo.

Emoción bien fácil de comprender fue para el pobre joven la que le ocasionó el regreso a París, en medio de todas las personas que le habían conocido y amado.

Cada rostro recordaba al que tanto había sufrido un padecimiento; al que tanto había amado, una circunstancia de su amor. Raúl, al aproximarse a París, sentíase morir. Una vez en París, dejó de existir, realmente.

Cuando se presentó en casa de Guiche, dijérone que el conde estaba en casa de Monsieur.

Raúl tomó el camino de Luxemburgo, y llegado allí, sin saber que iba a un sitio donde había vivido La Vallière, oyó tanta música y respiró tantos perfumes, oyó tantas risas gozosas y vio tantas sombras danzantes, que, a no ser por una mujer caritativa que le vio pálido y ensimismado bajo una colgadura, habría permanecido allí algunos momentos y se habría ido luego para no volver.

Mas, cómo hemos dicho, al llegar a las primeras antecámaras, detuvo sus pasos para no mezclarse con todas aquellas existencias dichosas que sentía

moverse en los salones inmediatos.

Y, como un criado de Monsieur, que le había reconocido, le preguntase si deseaba ver a Monsieur o a Madame, Raúl apenas le contestó y dejóse caer sobre un banco cerca de la colgadura de terciopelo, mirando un reloj que hacía una hora se hallaba parado.

El criado pasó; vino otro mejor informado todavía, el cual preguntó a Raúl si quería que avisasen al señor de Guiche.

Este nombre no despertó la atención del infeliz Raúl. El criado, insistiendo, se había puesto a contar que Guiche había inventado un juego de lotería, y lo estaba enseñando a aquellas damas.

Raúl, abriendo ojos tamaños como el distraído de Teofrasto, no respondió; pero su tristeza aumentó visiblemente. Con la cabeza echada hacia atrás, las piernas negligentemente estiradas, y la boca entreabierta para dejar salir los suspiros, estaba así olvidado en aquella antecámara, cuando súbitamente pasó rozando un vestido por la puerta lateral que daba a aquella galería.

Una mujer joven, bonita y risueña, apareció riñendo a un oficial de servicio, a quien hablaba con vivacidad.

El oficial respondía con frases tranquilas, pero firmes; aquello era más bien un debate de amantes que un altercado de cortesanos, que concluyó con un beso en los dedos de la dama.

De pronto, al ver ésta a Raúl, calló, y, empujando al caballero:

—Marchaos, Malicorne —dijo—; no creía que hubiese alguien aquí. Os maldigo, si nos han visto u oído. Malicorne escapó, en efecto; la dama se aproximó detrás de Raúl, y, dilatando su jovial boca:

—Supongo que seréis un caballero —dijo—, y sin duda...

Y se interrumpió para exhalar un grito:

—¡Raúl! —dijo sonrojándose.

—¡Señorita de Montalais! —exclamó Raúl más pálido que la muerte.

Llevantóse vacilante, y quiso echar a correr Por el resbaladizo mosaico; pero la joven había comprendido aquel dolor salvaje y cruel, y comprendía que, en la huida de Raúl, había una acusación o, por lo menos, una sospecha contra ella. Como mujer siempre sobre aviso creyó que no debía dejar pasar la ocasión de una justificación; mas detenido Raúl por ella en medio de aquella galería, no parecía dispuesto a entregarse sin combatir.

Hízolo en un tono tan frío y cortado, que si hubiesen sido sorprendidos los dos de aquella manera, nadie en la Corte habría tenido duda sobre la conducta de la Montalais.

—¡Ah, señor! —dijo ella con desdén—. Es poco digno de caballero lo que hacéis. Mi corazón me impulsa a hablaros, y me comprometéis con vuestra acogida casi grosera; no hacéis bien, señor, y confundís a vuestros enemigos con vuestros amigos. ¡Adiós!

Raúl se había jurado no hablar jamás de Luisa, de no mirar jamás a los que hubiesen podido ver a Luisa; pasaba a otro mundo para no hallar en él nada que Luisa hubiese visto, nada que Luisa hubiese tocado. Pero, pasado el primer choque de su orgullo, después de haber visto a Montalais, la compañera de Luisa, a Montalais, que le recordaba la torrecilla de Blois y las alegrías de su juventud, se desvanecieron todos sus propósitos.

—Perdonadme, señorita; ni cabe ni puede caber en mí la idea de ser grosero.

—¿Queréis hablararme? —preguntó la joven con la sonrisa de otro tiempo. Pues bien, vámmonos a otro sitio; porque aquí podrían sorprendernos.

—¿Adónde? —dijo él.

Montalais miró el reloj con indecisión.

—A mi habitación —continuó—, tenemos nuestra, una hora...

Y echando a andar, ligera como una sifide, subió a su cuarto, adonde la siguió Raúl.

Allí, cerrando la puerta y entregando a su camarista el manto que hasta entonces había tenido bajo el brazo:

—¿Buscáis al señor de Guiche? —preguntó a Raúl.

—Sí, señorita.

—Iré a rogarle que suba aquí; después que os haya hablado.

—Gracias, señorita.

—¿Me juzgáis culpable?

Raúl la miró un momento, luego, bajando los ojos:

—Sí —dijo.

—Suponéis que me haya mezclado en ese complot de vuestra ruptura?

—¡Ruptura! —dijo él con amargor—. ¡Oh, señorita! No hay ruptura donde nunca hubo amor.

—Error —replicó Montalais—. Luisa os amaba.

Raúl se estremeció.

—Sé que no hay amor; pero ella os amaba y debisteis haberos unido a ella antes de marchar a Londres.

Raúl lanzó una carcajada siniestra, que hizo temblar a Montalais.

—Facilísimo es decir eso, señorita. ¿Puede uno casarse con quien quiere? Olvidáis, según eso, que el rey había elegido ya por querida suya a la persona de que hablamos.

—Escuchad —replicó la joven estrechando las manos frías de Raúl entre las suyas—; os habéis conducido muy torpemente; un hombre de vuestra edad, no debe dejar sola a una mujer de la suya.

—Entonces, no hay fe en la tierra —dijo Raúl.

—No, vizconde —respondió tranquilamente Montalais—. Sin embargo, debo deciros que, si en lugar de amar fría y filosóficamente a Luisa, hubieseis tratado de avivar en ella el amor...

—Basta, por favor, señorita —dijo Raúl—; veo que todas y todos sois de otro siglo que yo. Sabéis reír y burlaros con la mayor frescura. Yo, amaba a la señorita de...

Raúl no pudo pronunciar su nombre.

—Yo la quería, y por eso creía en ella; ahora todo queda arreglado con no amarla.

—¡Ay, vizconde! —exclamó Montalais señalándole un espejo.

—Sé lo que queréis decir, señorita; estoy cambiado, ¿no es cierto? Pues bien, ¿sabéis por qué? Porque mi rostro es el espejo de mi corazón: lo de dentro ha cambiado como lo de fuera.

—¿Estáis consolado? —dijo bruscamente Montalais.

—No; ni me consolaré jamás.

—No os comprenderán, señor de Bragelonne.

—Me importa poco. Me comprendo yo muy bien.

—¿No habéis tratado de hablar a Luisa?

—¡Yo! —exclamó el joven animándose notablemente—. En verdad, no sé por qué no me aconsejáis que me case con ella. ¡Puede que el rey consintiese ahora!

Y se levantó lleno de cólera.

—Veo —dijo Montalais— que no estáis de acuerdo, y que Luisa tiene un enemigo más.

—¿Un enemigo más?

—Sí; las favoritas son muy mal queridas en la corte de Francia.

—¡Oh! Mientras le quede su amante para defenderla, ¿no le basta? Lo ha elegido de tal condición, que los enemigos nada podrán contra él.

Y deteniéndose súbitamente.

—Y luego, os tiene a vos por amiga, señorita —añadió con un matiz de ironía que no cayó en saco roto.

—¿Yo? ¡Oh! No; y yo no soy ya de esas a quienes se digne mirar la señorita de La Vallière; pero...

Aquel pero tan hinchido de amenazas y de borrascas; aquel, pero, que hizo palpitar el corazón de Raúl, tanto presagiaba en dolores a la que en otro tiempo amaba tanto; aquel terrible pero, significativo en una mujer como Montalais, fue interrumpido por un ruido bastante fuerte que ambos interlocutores oyeron en la alcoba, detrás del ensamblaje.

Montalais prestó atención y Raúl se levantaba ya, cuando una mujer entró, completamente tranquila por aquella puerta secreta, que fue cerrada inmediatamente.

—¡Madame! —exclamó Raúl reconociendo a la cuñada del rey.

—¡Desgraciada de mí! —murmuró Montalais colocándose, aunque demasiado tarde, delante de la princesa—. Me he equivocado en una hora.

Tuvo tiempo, sin embargo, para avisar a Madame, que se adelantaba hacia Raúl.

—El señor de Bragelonne, señora.

Y la princesa, al oír estas palabras retrocedió, exhalando a su vez un grito.

—Veo —continuó a su vez Montalais con volubilidad— que Vuestra Alteza es bastante bondadosa para pensar en esa lotería, y...

La princesa comenzaba a turbarse. Raúl hacía por apresurar su salida, sin adivinar todo aún, pero viendo que estorbaba.

Madame preparaba alguna frase de transición para reponerse, cuando enfrente de la alcoba se abrió un armario, del cual salió todo radiante el señor de Guiche. El más pálido de los cuatro, preciso es decirlo, fue Raúl. Sin embargo, la princesa estuvo a punto de desmayarse, y se apoyó en un pie del lecho.

Nadie se atrevió a sostenerla. Esta escena duró algunos minutos de terrible silencio.

Raúl lo rompió dirigiéndose al conde, cuya emoción inexpresable le hacía temblar las rodillas, y, tornándole la mano:

—Querido conde —articuló—, decid a Madame que soy harto desgraciado para no merecer perdón; decidle también que he amado en mi vida, y que el horror de la traición que me han hecho, hágome inexorable con cualquiera otra traición que se cometiera alrededor mío. Por eso, señorita —dijo sonriendo a Montalais—, jamás divulgaré el secreto de las visitas de mi amigo a vuestra habitación. Conseguid de Madame, que es tan clemente y generosa, que os perdone también, ya que os ha sorprendido. Uno y otro sois libres. ¡Amaos y sed dichosos!

La princesa tuvo un momento de desesperación, imposible de describir. Repugnábase, no obstante, la exquisita delicadeza de que Raúl acababa de dar pruebas, de verse a merced de una indiscreción, así como de aceptar el refugio que le ofrecía aquella delicada superchería. Viva y nerviosa, luchaba entre la doble mordedura de aquellas dos desazones.

Raúl lo conoció, y acudió nuevamente en su auxilio. Doblando una rodilla ante ella:

—Señora —le dijo en voz baja—, dentro de dos días me hallaré lejos de París, y dentro de quince lejos de Francia, para no regresar jamás.

—¿Os marcháis? —dijo alegre la princesa.

—Con el señor de Beaufort.

—¡Al África! —exclamó Guiche a su vez—. ¡Vos, Raúl? ¡Oh, amigo mío! ¡Al África va uno a morir!

Y olvidándolo todo, olvidando que su mismo olvido comprometía más elocuentemente a la princesa que su presencia:

—¡Ingrato! —dijo—. ¡Ni siquiera me habéis consultado!

Y le abrazó.

Entretanto, Montalais había hecho desaparecer a Madame, y desaparecido ella misma.

Raúl se pasó la mano por la frente, y exclamó sonriendo:

—¡He soñado!

Luego, mirando a Guiche:

—Amigo mío —dijo—, no me oculto de vos, que sois el elegido de mi corazón; voy a morir allá, y vuestro secreto expirará conmigo antes del año.

—¡Oh, Raúl! ¡Un hombre!

—¿Sabéis cuál es mi idea, Guiche? Pues que viviré más debajo de tierra que vivo hace un mes. Soy cristiano, amigo mío, y si este padecer continuara, no respondería de mi alma.

Guiche quiso hacerle objeciones.

—Ni una palabra más respecto a mí —dijo Raúl—; ahora voy a daros un consejo, querido amigo. Es de mucha más importancia lo que voy a deciros.

—Hablad.

—Sin duda corréis más riesgo que yo, puesto que os aman.

—¡Oh!

—¡Es para mí tan grato poder hablaros así! Pues bien, Guiche, desconfiad de Montalais.

—Es una buena amiga. También era amiga de... quien sabéis... La ha perdido por orgullo.

—Estáis en un error.

—Y hoy que la ha perdido, desea arrebatarle la única cosa que hace a esa mujer algo digna de disculpa a mis ojos.

—¿Qué?

—Su amor.

—¿Qué decís?

—Quiero decir que hay tramada una conspiración contra la querida del rey, conjuración fraguada en la casa misma de Madame.

—¿Tal creéis?

—Estoy cierto de ello.

—¿Por Montalais?

—Consideradla como la menos peligrosa de las enemigas que temo por... la otra.

—Explicaos claramente, querido, y si puedo comprenderlos...

—En dos palabras: Madame está celosa del rey.

—Lo sé...

—¡Oh, nada temáis...! Os aman, Guiche, os aman; ¿conocéis todo el valor de esas dos palabras? Significan que podéis levantar la frente, que podéis dormir tranquilo, que podéis dar gracias a Dios a cada minuto de vuestra vida. Os aman, y eso significa que todo lo podéis oír, hasta el consejo de un amigo que quiere

conservéis vuestra dicha. ¡Os aman, Guiche, os aman! No pasaréis esas noches atroces, esas noches sin término que atraviesan, con los ojos enjutos y el corazón desgarrado, otras personas destinadas a morir. Viviréis largo tiempo, si hacéis como el avaro que pieza a pieza, migaja a migaja, va acumulando diamantes y oro. ¡Os aman! Permitidme que os diga lo que debéis hacer para que os amen siempre.

Guiche miró por algún tiempo a aquel pobre joven, medio loco de desesperación, y cruzó por su alma como una especie de remordimiento de su dicha.

Raúl iba reponiéndose de su exaltación febril, para tomar el acento y la fisonomía de un hombre impasible.

—Harán sufrir —dijo— a aquella cuyo nombre quisiera poder pronunciar todavía. Juradme, no solamente que no contribuiréis a ello, sino que la defenderéis en caso necesario como yo lo hubiera hecho.

—¡Lo juro! —contestó Guiche.

—Y el día —continuó Raúl— en que le hayáis hecho algún gran servicio; el día en que ella os dé las gracias, prometedme que le diréis estas palabras: « Os he hecho este servicio, señora, por expresa recomendación del señor de Bragelonne, a quien causasteis tanto mal» .

—¡Lo juro! —murmuró Guiche enternecido.

—Eso me basta. ¡Adiós! Mañana o pasado mañana parto para Tolón. Si tenéis disponibles algunas horas, concedédmelas.

—¡Todo! ¡Todo! —exclamó el joven.

—¡Gracias!

—¿Y adónde os dirigís ahora?

—A buscar al señor conde a casa de Planchet, donde esperamos hallar al señor de D'Artagnan.

—¿Al señor de D'Artagnan?

—Deseo abrazarle antes de marcharme. Es un buen caballero que me quiere. Adiós, querido amigo; sin duda os están aguardando. Si queréis encontrarme, no tenéis más que ir a casa del conde. ¡Adiós!

Los dos jóvenes se abrazaron. Los que hubiesen visto de aquella manera a uno y otro, habrían dicho, señalando a Raúl:

—Ese es el hombre feliz.

## Capítulo XXIX

---

### El inventario de Planchet

En tanto que Raúl hacía su visita al Luxemburgo, Athos iba a casa de Planchet para saber noticias de D'Artagnan.

Al llegar el conde a la calle de los Lombardos encontró la tienda de Planchet atestada de gente, pero no provenía aquella concurrencia de que hubiese mucha venta o de la llegada de mercancías.

Planchet no estaba entronizado, como de costumbre, sobre sacos y barriles. No. Un mozo, con la pluma tras de la oreja, y otro, con un cuaderno en la mano, inscribían números, mientras un tercero contaba y pesaba.

Trataba de un inventario. Athos, que no era comerciante, sintióse algo embarazado por los obstáculos materiales y la majestad de los contables.

Veía despedir a no pocos parroquianos, y se preguntaba si él, que no iba a comprar cosa alguna, no importunaría con mucha más razón.

Así, preguntó muy atentamente a los mancebos si podría hablar al señor Planchet.

La respuesta, bastante displicente, fue que el señor Planchet se hallaba haciendo su maleta.

Estas palabras hicieronle aguzar el oído.

—¿Cómo su maleta? —dijo—. ¿Se marcha el señor Planchet?

—Sí, señor, ahora mismo.

—Entonces, señores, hacedme el favor de decirle que el conde de la Fère desea hablarle un instante. Al oír el título de conde de la Fère, uno de los mancebos, acostumbrado, sin duda, a no oír pronunciar ese nombre sino con respeto, fue inmediatamente a avisar a Planchet.

Era el momento en que Raúl, libre ya, después de su cruel escena con

Montalais, llegaba a casa del abacero.

—Planchet, avisado por el mancebo, dejó todo y acudió.

—¡Oh, señor conde! —dijo—. ¡Qué alegría! ¿Qué buena estrella os trae?

—Mi querido Planchet —dijo Athos, estrechando la mano de su hijo, cuya tristeza no se le escapó—, venimos a saber de vos... Pero ¿qué es eso? Estáis blanco como un molinero. ¿Dónde os habéis metido?

—¡Ah, demonio! Cuidado, señor, no os acerquéis hasta que me haya sacudido bien.

—¿Por qué? La harina o el polvo no hace más que emblanquecer.

—¡No, no! Lo que cubre mis brazos es arsénico.

—¿Arsénico?

—Sí. Hago mis provisiones para las ratas.

—¡Oh! En un establecimiento como éste las ratas representan un gran papel.

—No me ocupo ya de este establecimiento, señor conde; las ratas no comerán con él más de lo que me han comido.

—¿Qué queréis decir?

—Ya habéis podido conocer, señor conde, que están haciendo mi inventario.

—¿Dejáis el comercio?

—Sí; lo cedo a uno de mis dependientes.

—Según eso, ¿sois bastante rico? —Señor, me disgusta ya la capital; no sé si es porque envejezco, y que, como lo decía una vez al señor de D'Artagnan, cuando uno envejece, piensa más a menudo en las cosas de la juventud; pero, desde hace algún tiempo, me siento inclinado al campo y a la jardinería: en otra época fui labrador.

Y Planchet acentuó esto con una risita algo presuntuosa para un hombre que hiciese profesión de humildad.

Athos asintió con el gesto.

—¿Compráis tierras? —preguntó luego.

—Las he comprado ya, señor.

—¡Ah! Perfectamente.

—Una casita en Fontainebleau y unas veinte arpantas en los alrededores.

—Muy bien, Planchet; os felicito.

—Señor, aquí nos hallamos muy mal, y este maldito polvo os hace toser.

¡Pardiez! Sin más ni más estoy envenenando al caballero más digno del reino.

Athos no sonrió a aquella chanzoneta que aventuró Planchet a fin de ensayarse en las bromas mundanas.

—Sí —dijo—, hablemos en particular; en vuestro cuarto, por ejemplo.

—Perfectamente, señor conde.

—¿Arriba?

Y Athos, viendo cortado a Planchet, quiso desembarazarle pasando adelante.

—Es que... —replicó Planchet, titubeando.

Athos equivocó el sentido de aquella vacilación y atribuyendo ésta al temor que tendría el abacero de no poder ofrecer más que una hospitalidad muy mediana:

—¡No importa, no importa! —dijo sin dejar de andar—. La habitación de un comerciante en este barrio tiene derecho a no ser palacio. Sigamos adelante.

Raúl le precedió con prontitud y entró.

—Oyérонse dos gritos simultáneos, y casi pudiera decirse que tres. Uno de aquellos gritos dominó a los demás, y fue lanzado por una mujer.

El otro salió de boca de Raúl. Fue una exclamación de sorpresa.

Apenas lo dejó escapar, cerró con presteza la puerta.

El tercero era de espanto. Lo profirió Planchet.

—Perdonad —repuso—; es la señora que se está vistiendo.

Raúl debió ver que Planchet decía la verdad, porque dio un paso para volverse.

—¿La señora? —exclamó Athos.

—Perdonad, querido, ignoraba que la tuvieseis ahí...

—Es Trüchen —añadió Planchet, algo ruboroso.

—Sea quien sea, mi buen Planchet; perdonad nuestra indiscreción.

—No, no; subid ya, señores.

—Ni pensarla —dijo Athos.

—¡Oh! Estando la señora avisada, habrá tiempo...

—No, Planchet. ¡Adiós!

—Vaya, señores, no quieran desairarme así quedándose en la escalera, o saliendo de mí casa sin tomar asiento siquiera.

—Si hubiésemos sabido que teníais ahí una señora —dijo Athos con su acostumbrada sangre fría—, os hubiésemos pedido permiso para saludarla.

Planchet quedó tan desconcertado con aquella exquisita impertinencia, que se abrió paso y abrió él mismo la puerta para hacer entrar al conde y a su hijo.

Trüchen estaba completamente vestida con un traje de comerciante rica y coqueta. Ella cedió el puesto después de dos reverencias y bajó a la tienda.

Pero no lo hizo sin haberse quedado escuchando un rato en la puerta, a fin de saber qué dirían de ella a Planchet las personas que habían ido a visitarle.

Athos lo sospechó, y no habló una palabra sobre el particular. Planchet, por el contrario, ardía en deseos de dar explicaciones, que Athos rehuía.

Pero como ciertas tenacidades son más fuertes que otras, Athos se vio precisado a escuchar de boca de Planchet idilios de felicidad, expresados en un lenguaje más casto que el de Longus.

De modo que Planchet refirió cómo Trüchen había sabido dar encanto a su edad madura, y llevar la fortuna a sus negocios como Rut y Booz.

—Sólo faltan herederos de vuestra prosperidad —dijo Athos.

—Si tuviese uno, llevaría trescientas mil libras —añadió Planchet.

—Pues es preciso tenerlo —dijo flemáticamente Athos—, aun cuando no sea más que para que no se pierda vuestra pequeña fortuna. Aquello de pequeña fortuna dejó a Planchet en su lugar, como en otra época la voz del sargento cuando Planchet no era más que piquero en el regimiento de Piamonte, donde le había colocado Rochefort.

Athos comprendió que el abacero se casaría con Trüchen, y que, de grado o por fuerza, crearía una familia. Le pareció esto tanto más evidente cuando supo que el mancebo a quien Planchet traspasaba sus existencias era un primo de Trüchen.

Athos recordó que aquel mozo era colorado como el alhelí, de crespos cabellos y ancho de espalda. De consiguiente, sabía todo lo que puede y debe saberse acerca de la suerte de un abacero. Los hermosos vestidos de Trüchen no pagaban por sí solos el fastidio que experimentaría ocupándose del género campestre y de jardinería en compañía de un marido entrecano.

Athos comprendió, pues, como hemos dicho, y, sin transición:

—¿Qué hace el señor de D'Artagnan? —preguntó—. No se le encuentra en el Louvre.

—¡Ay, señor conde! El señor de D'Artagnan ha desaparecido.

—¡Desaparecido! —exclamó Athos con sorpresa.

—Señor, ya se sabe lo que eso quiere decir.

—Yo no lo sé.

—Cuando el señor de D'Artagnan desaparece, es siempre por alguna misión o algún asunto.

—¿Os ha hablado acerca del particular?

—Nunca.

—Sin embargo, en otro tiempo supisteis su marcha a Inglaterra.

—A causa de la especulación —replicó Planchet con aturdimiento.

—¿La especulación?

—Quiero decir... —se apresuró a añadir Planchet algo cortado.

—Bien, bien; ni vuestros negocios ni los de nuestro amigo son ahora del caso; sólo el interés que éste nos inspira es el que nos ha movido a preguntar por él. Puesto que el capitán de los mosqueteros no se halla aquí ni podemos obtener de vos noticia alguna del punto en que podríamos encontrarle, nada más tenemos que hacer. ¡Hasta la vista, Planchet! ¡Vámonos, Raúl!

—Señor conde, desearía poderos decir...

—De ningún modo, de ningún modo; no seré yo quien reproche a un servidor su discreción.

La palabra servidor hirió los oídos del casi millonario Planchet; pero el respeto y la honradez naturales triunfaron del orgullo.

—No hay indiscreción alguna en deciros, señor conde, que el señor de D'Artagnan estuvo aquí el otro día.

—¡Ah, ah!

—Y estuve consultando durante muchas horas un mapa.

—Tenéis razón, amigo mío, no digáis nada.

—Y el mapa, aquí la tenéis como prueba —añadió Planchet, que fue por él a la pared inmediata, donde estaba colgado por una cinta formando triángulo con el travesaño a que se hallaba fijo el plano consultado por el capitán en la visita hecha a Planchet.

Presentó, en efecto, al conde de la Fère un mapa de Francia, en el que el ojo experimentado de aquél descubrió un itinerario punteado con alfileritos; allí donde el alfiler faltaba, el agujero servía de guía.

Siguiendo Athos los alfileres y los agujeros, advirtió que D'Artagnan había debido tomar la dirección del Mediodía, y marchar hacia el Mediterráneo, por el lado de Tolón. Cerca de Cannes concluían las marcas y los lugares puenteados.

El conde de la Fère estuvo devanándose los sesos por algunos momentos, para adivinar lo que el mosquetero iba a hacer a Cannes, y el motivo que podía tener para ir a observar las orillas del Mar.

Las reflexiones de Athos no le sugirieron cosa alguna, y falló su perspicacia ordinaria. Raúl no adivinó más que su padre.

—¡No importa! —dijo el joven al conde, que, silenciosamente y con el dedo le había dado a comprender la ruta de D'Artagnan—. Confesemos que existe una providencia siempre ocupada en acercar nuestro destino al del señor de D'Artagnan. Miradle por el lado de Cannes, y vos, señor, me conducís por lo menos hasta Tolón. Estad seguros de que le hallaremos más fácilmente en nuestro camino que en este mapa.

Y enseguida, los dos caballeros, despidiéndose de Planchet, que reñía a sus mancebos, incluso al primo de Trüchen, su sucesor, se dirigieron a casa del duque de Beaufort.

Al salir de la tienda vieron un coche, depositario futuro de los encantos de la señora Trüchen y de los sacos de escudos del señor Planchet.

—Cada cual se encamina a la felicidad por la ruta que elige —dijo tristemente Raúl.

—¡Camino de Fontainebleau! —gritó Planchet a su cochero.

## Capítulo XXX

---

### El inventario del señor de Beaufort

Haber hablado de D'Artagnan con Planchet, y haber visto a éste salir de París a fin de sepultarse en el retiro, era para Athos y su hijo como una última despedida a todo aquel ruido de la capital, a su vida de otro tiempo.

¿Qué dejaban efectivamente en pos de si aquellos hombres, de los que uno había agotado todo el último siglo con la gloria, y el otro toda la edad nueva con la desgracia? Evidentemente, ni el uno ni el otro tenían nada que pedir a sus contemporáneos.

No faltaba más que visitar al señor de Beaufort, y arreglar con él las condiciones de la marcha.

El duque estaba magníficamente alojado en París. Ostentaba el soberbio tren de las grandes fortunas que ciertos ancianos recordaban haber visto florecer en tiempos de las liberalidades de Enrique III.

Entonces, realmente, algunos grandes señores eran más ricos que el rey. Sabíanlo y usaban de sus riquezas, dándose el placer de humillar algún tanto a Su Majestad Real. A esa aristocracia egoísta fue a la que Richelieu obligó a contribuir con su sangre, con su bolsa y con sus reverencias a lo que se llamó desde entonces el servicio del rey.

Desde Luis XI, el terrible segador de grandes, hasta Richelieu, ¡cuántas familias habían levantado la cabeza! ¡Cuántas otras habíanla bajado desde Richelieu hasta Luis XIV, para no volverla a levantar! Pero el señor de Beaufort había nacido príncipe y de una sangre que no se vierte en los cadalso sino por sentencia de los pueblos.

Aquel príncipe había conservado, pues, su modo de vivir a lo grande.

¿Cómo pagaba sus caballos, sus sirvientes y su mesa? Nadie lo sabía, y él

menos que los otros. Lo único que podemos decir es que había entonces el privilegio para los hijos de rey, de que nadie rehusase constituirse en acreedor suyo, por respeto, por afecto o por la persuasión de ser pagado algún día.

Athos y Raúl encontraron la casa del príncipe tan obstruida como la de Planchet.

El duque también hacía su inventario, es decir, distribuía a sus amigos, todos acreedores suyos, los efectos de valor de su casa.

Deudor Beaufort de casi dos millones, lo cual era entonces enorme, había calculado que no podría marchar a África sin una crecida cantidad y para hacerse con ella, repartía entre los acreedores pasados vajilla, armas, joyas y muebles, cosa más magnífica que vender, y que le producía doble. Efectivamente, ¿cómo un hombre a quien le deben diez mil libras rechazará un regalo de seis mil, realzado con el mérito de haber pertenecido al descendiente de Enrique IV, ni cómo, después de llevarse el regalo, negará otras diez mil libras el generoso señor?

Eso era, pues, lo que había sucedido. El príncipe no tenía casa, lo cual es inútil para un almirante cuya habitación es su barco. Tampoco tenía armas superfljas, desde que se colocaba en medio de sus cañones, ni joyas que pudiera tragarse el mar; pero en cambio llevaba trescientos o cuatrocientos mil escudos frescos en sus cofres.

Y por todas partes oíase en la casa un alegre bullicio de personas, que creían saquear a monseñor.

El príncipe poseía en alto grado el arte de hacer dichosos a los acreedores más dignos de lástima. Todo hombre apremiante, toda bolsa vacía, encontraba en él paciencia y reconocimiento de su posición:

A los unos decía:

—Me alegrara mucho de tener lo que vos para podérnoslo regalar. Y a otros:

—No tengo más que este jarro de plata, que bien vale quinientas libras: tomadlo.

Tan cierto es que una buena traza es a veces moneda corriente, que el príncipe encontraba siempre el medio de renovar sus acreedores.

Aquella vez no se andaba con ceremonias: lo daba todo, como si fuese un saqueo.

La fábula oriental de aquel pobre árabe que se llevaba del saqueo de un palacio una olla, cuyo interior ocultaba un saco de oro, y a quien todo el mundo dejaba pasar libremente sin celarle, esa fábula, digo, había llegado a ser una verdad en casa del príncipe. Una porción de abastecedores se pagaban con la vajilla del duque.

Así es que la gente que saqueaba los cuartos llenos de vestidos y guarniciones, apenas hacia alto en pequeñeces hacia las que se abalanzaban con ansia los sastres y guarnicioneros.

Deseosos éstos de llevar a sus mujeres dulces regalados por monseñor, veíaseles saltar gozosos bajo el peso de las tarteras o de las botellas gloriosamente estampilladas con las armas del príncipe.

El señor de Beaufort acabó por dar sus caballos y el heno de sus graneros; hizo más de treinta dichosos con sus baterías de cocina y trescientos con su bodega.

Además, todas aquellas gentes se iban en la convicción de que el señor de Beaufort obraba de aquel modo en la perspectiva de una nueva fortuna, oculta bajo las tiendas árabes.

Repetíanse, mientras devastaban la casa, que el rey enviaba al príncipe a Djidjelli para reconstituir su fortuna perdida; que los tesoros del África serían repartidos por mitad entre el almirante y el rey de Francia, y que esos tesoros consistían en minas de diamantes o de otras piedras preciosas. Las minas de plata u oro del Atlas no merecían siquiera la honra de ser mencionadas.

Además de las minas por explotar, cuya operación sólo se realiza después de la campaña, se contaba el botín hecho por el ejército.

El señor de Beaufort echaría mano a todo cuanto los ricos piratas habían robado a la cristiandad desde la batalla de Lepanto. El número de millones era incontable.

Ahora bien, ¿por qué escatimar los pobres utensilios de su vida pasada el que buscaba tesoros de más valor? Y, reciprocamente, ¿cómo escatimar la fortuna del que tan pocos miramientos guardaba consigo? Véase, por tanto, cuál era la situación. Athos, con su natural perspicacia la comprendió al primer golpe de vista.

Encontró al almirante de Francia un tanto aturdido, pues acababa de levantarse de la mesa, de una mesa de cincuenta cubiertos, donde se había bebido largamente a la prosperidad de la expedición, y en la que a los postres se había abandonado los restos a los sirvientes y los platos vacíos a los curiosos.

El príncipe se había embriagado con su ruina y su popularidad a un tiempo, bebiendo vino añejo a la salud de su vino futuro.

Cuando vio a Athos con Raúl:

—He aquí —exclamó— a mi edecán. Venid, conde; venid, vizconde.

Athos buscaba cómo abrirse paso entre aquel montón de ropas y vajillas.

—¡Ah! Sí, sí, saltad por encima —dijo el duque.

Y ofreció un vaso lleno a Athos. Este aceptó. Raúl apenas mojó sus labios.

—Aquí tenéis vuestro nombramiento —dijo el príncipe a Raúl—. Lo tenía preparado, contando con vos. Vais a salir al punto para Antibes.

—Bien, monseñor.

—Aquí tenéis la orden.

Y Beaufort dio la orden a Bragelonne.

—¿Conocéis el mar? —dijo.

—Sí, monseñor; he viajado con el príncipe de Condé.

—Bien. Haréis que estén dispuestas todas las gabarras, a fin de que puedan transportar mis provisiones. Es necesario que el ejército pueda embarcarse dentro de quince días lo más tarde.

—Así será, monseñor.

—La presente orden os confiere facultad para hacer visitas y pesquisas en todas las islas que rodean la costa, en ellas podréis hacer por cuenta mía todos los enganches voluntarios o forzosos que os parezca.

—Bien, señor duque.

—Y como sois hombre diligente y trabajaréis mucho, gastaréis también mucho dinero.

—Espero que no, monseñor.

—Espero que sí. Mi intendente tiene preparados bonos de mil libras pagaderos en las ciudades del Mediodía. Os dará cien. Id, querido vizconde. Athos interrumpió al príncipe: —Guardad vuestro dinero, monseñor; la guerra con los árabes, tanto se hace con el oro como con el plomo.

—Yo quiero intentar lo contrario —repuso el duque—; y luego, ya conocéis mis ideas sobre la expedición. Mucho ruido, mucho fuego, y yo desapareceré, si es preciso, entre el humo.

Habiendo así hablado el señor de Beaufort, quiso echarse a reír; pero se le heló la risa en los labios ante la gravedad de Athos y Raúl.

—¡Ah! —exclamó, con el egoísmo cortés de su jerarquía y de su edad—. Sois de esas personas a las que no hay que ver después de comer, frías, estiradas y secas, cuando yo soy todo fuego, flexibilidad y vino. ¡No, lléveme el demonio! Os veré siempre en ayunas, vizconde; y vos conde, si perseveráis, no me veréis más.

Esto lo decía estrechando la mano a Athos, que le respondió sonriendo:

—Monseñor, no hagáis ostentación, porque tengáis mucho dinero. Os pronostico que, antes de un mes, os hallaréis seco, estirado y frío en presencia de vuestro cofre, y que entonces teniendo a Raúl a vuestro lado, os sorprenderá verle alegre, bullicioso y satisfecho, pues tendrá escudos que poder ofreceros.

—¡Dios oiga! —exclamó gozoso el duque. Os retengo, conde.

—No, parto con Raúl; la misión que le habéis confiado es penosa, difícil. Sólo, le costaría trabajo desempeñarla. No hacéis alto, monseñor, en que acabáis de darle un mando de primer orden.

—¡Bah!

—¡Y en la marina!

—Es verdad. Pero un mozo como él, ¿no hará cuanto se quiera?

—Monseñor, en nadie encontraréis tanto celo e inteligencia, tanto valor real como en Raúl; pero, si se frustrase vuestro embarque, lo tendríais bien merecido.

—¿Aún me venís riñendo?

—Monseñor, para abastecer una escuadra, para reunir una flotilla, para reclutar vuestro servicio marítimo, necesitaría un año un almirante. Raúl es un capitán de caballería y sólo le dais quince días.

—Os digo que sabrá salir airoso.

—Lo creo; pero yo le ayudaré.

—Siempre conté con vos, yuento también con que, viéndoos ya en Tolón, no le dejaréis partir solo.

—¡Oh! —dijo Athos meneando la cabeza.

—¡Paciencia, paciencia! —Monseñor, permitid que nos despidamos.

—¡Marchad, y que mi fortuna os proteja!

—¡Adiós, monseñor, y que vuestra fortuna os proteja también!

—He aquí una expedición bien comenzada —dijo Athos a su hijo—. Sin víveres, sin reservas, sin flotilla para el transporte... ¿qué puede hacerse?

—¡Bueno! —murmuró Raúl—. Si todos hacen lo que yo, no faltarán víveres.

—Caballero —replicó Athos gravemente—, no seáis injusto y loco en vuestro egoísmo o en vuestro dolor, como queráis. Desde el instante en que marchéis a esa guerra con intención de morir en ella, de nadie necesitáis, y no valía la pena el que se os recomendase al señor de Beaufort. Desde el momento en que os consagráis al príncipe comandante y aceptáis la responsabilidad de un cargo en el ejército no es ya cuestión vuestra, sino de todos esos pobres soldados que tienen como vos un corazón y un cuerpo, y que llorarán la patria y sufrirán todas las necesidades de la condición humana. Tened entendido, Raúl, que el oficial es un ministro tan útil como un sacerdote, y que debe tener más caridad que éste.

—Señor, lo sabía y lo he practicado, lo habría hecho ahora; mas...

—Olvidáis también que sois de un país orgulloso con su gloria militar; id a morir, si queréis, pero no muráis sin honor y sin fruto para Francia. Vamos, Raúl, no os entristezcáis con mis palabras: os amo y os quisiera perfecto.

—Agradezco vuestras reconveniones, señor —dijo dulcemente el joven—; me curan, me prueban que aún me ama alguien.

—Y ahora, partamos, Raúl, con este cielo tan bello, con este cielo tan puro, este cielo que encontraremos siempre sobre nuestras cabezas, que veréis más puro aún en Djidjelli, y que os hablará allá de mí, como aquí me habla de Dios.

Los dos hidalgos, después de ponerse de acuerdo, sobre este punto, hablaron de los locos modales del duque, convinieron en que Francia quedaría servida de manera incompleta en el espíritu Y en la práctica de la expedición, y, habiendo resumido esa política en la palabra vanidad, se pusieron en marcha para obedecer a su voluntad más todavía que al destino.

El sacrificio estaba consumado.

## Capítulo XXXI

---

### La fuente de plata

El viaje fue grato. Athos y su hijo atravesaron toda la Francia, haciendo unas quince leguas por día, y a veces más, según que la pena de Raúl redoblaba en intensidad.

Tardaron quince días en llegar a Tolón, y perdieron completamente el rastro de D'Artagnan en Antibes.

Hemos de creer que el capitán de los mosqueteros había querido guardar el incógnito por aquellos parajes; porque Athos obtuvo de sus informes la seguridad de que habían visto al jinete que describía, cambiar sus caballos por un carrojue bien cerrado a partir de Aviñón.

Raúl desesperábbase de no hallar a D'Artagnan. Faltábale a aquel corazón sensible la despedida y el consuelo de aquel corazón de acero.

Athos sabía por experiencia que D'Artagnan se hacía impenetrable cuando se ocupaba de un asunto serio, bien fuese por su cuenta o por servicio del rey. Hasta temía injurias a su amigo o perjudicarle tomando demasiados informes. Sin embargo, cuando Raúl empezó sus trabajos de clasificación para la flotilla, y reunió las chalanas y alijadores para enviarlos a Tolón, uno de los pescadores dijo al conde que tenía su barco en carena desde un viaje que hiciera por cuenta de un caballero muy apresurado en embarcarse.

Athos, creyendo que aquel hombre mentía para quedar libre y ganar más dinero en la pesca que todos sus compañeros se hubiesen marchado, insistió en que le diese más detalles.

El pescador le manifestó que, hacia cosa de seis días, había venido un hombre a alquilarle su barca durante la noche para hacer una visita a la isla San Honorato. Ajustaron el precio mas el caballero llegó con una gran caja de carrojue que

quiso embarcar a pesar de todas las dificultades que ofrecía aquella operación. El pescador quiso volverse atrás del ajuste, y llegó hasta amenazar; pero su amenaza sólo le valió una fuerte paliza que el caballero le aplicó muy lindamente en las espaldas. Irritado el pescador, acudió al sindico de sus cofrades de Antibes, quienes se protegen y hacen justicia entre sí; pero el caballero exhibió cierto papel a cuya vista el sindico, haciendo una profunda reverencia, intimó al pescador a obedecer, riñéndole por haberse resistido. Entonces partió el pescador con el cargamento.

—Pero todo eso —replicó Athos— no nos explica la avería del barco.

—Ahora veréis. Iba yo hacia San Honorato, como me había dicho el caballero; pero éste mudó de parecer y sostuvo que yo no podría llegar al sur de la abadía.

—¿Y por qué no?

—Porque enfrente de la torre cuadrada de los benedictinos, hacia la punta del sur, estaba él banco de los Monjes.

—¿Un escollo? —preguntó Athos.

—A flor de agua y debajo del agua; paso peligroso, pero que he atravesado mil veces. El caballero pidió que le dejara en Santa Margarita.

—¿Y qué?

—Pues bien, señor —exclamó el pescador con su acento provenzal—, uno es marino o no lo es, uno conoce su oficio o no es más que un pez de agua dulce. Yo me obstiné en pasar. El caballero me cogió por el cuello y me anunció tranquilamente que iba a estrangularme. Mi ayudante se armó de un hacha y yo de otra. Teníamos que vengar la afrenta de la noche. Pero el caballero echó mano a la espada, con movimientos tan vivos, que ni mi compañero ni yo pudimos acercarnos. Iba a arrojarle mi hacha a la cabeza, pues estaba en mi derecho, ¿no es verdad, señor?, porque un marino en su barco es el amo, cuando, de pronto, creedlo si queréis, señor, la caja de la carroza se abrió no sé cómo, y salió de ella una especie de fantasma que tenía cubierta la cabeza con un casco y una máscara negra, algo escalofriante de ver, que nos amenazó con el puño.

—¿Y quién era?

—El demonio señor, porque el caballero exclamó gozoso al verle: ¡Gracias, monseñor!».

—¡Es raro! —murmuró el conde mirando a Raúl.

—¿Qué hicisteis? —preguntó éste al pescador.

—Comprenderéis, señor, que dos pobres hombres como nosotros son ya muy poco contra dos gentileshombres, pero contra el diablo... ¡ta, ta! Mi compañero y yo nos lanzamos al mar, a setecientos u ochocientos pies de la costa.

—¿Y luego?

—Luego, señor, como hacía un vientecillo de sudoeste, la barca siguió su rumbo y fue a meterse en las arenas de Santa Margarita.

—¿Y los dos viajeros?

—¡Bah! No paséis cuidado por ellos. Ahí veréis la prueba de que uno era el demonio y protegía al otro, porque, cuando volvimos a la barca, a nado, no encontramos ni la caja de la carroza.

—¡Raro, raro! —repitió el conde—. ¿Y qué hicisteis después amigo?

—Me quejé al gobernador de Santa Margarita, quien me puso el dedo en la boca diciéndome que, si le iba con paparruchas de esa naturaleza, me las pagaría a correazos.

—¿El gobernador?

—Sí, señor; y no obstante, mi barco estaba roto, y bien roto, puesto que la proa se quedó en el cabo de Santa Margarita, y el carpintero me pide ciento veinte libras por componerlo.

—Está bien —dijo Raúl—; quedaréis exento de servicio. Marchaos.

—¿Queréis que vayamos a Santa Margarita? —dijo enseguida Athos a Bragelonne.

—Sí, señor; porque aquí hay algo que aclarar, y ese hombre me hace el efecto de no haber dicho la verdad.

—Y a mí también, Raúl. Esa historia del gentilhombre enmascarado y de la carroza desaparecida se parece a un cuento para ocultar la violencia que ese rústico habrá cometido quizás en alta mar con su pasajero, para castigarle por la tenacidad con que insistió en embarcarse.

—He concebido también yo esa sospecha, y se me figura que la carroza contendría valores más bien que un hombre.

—Allá veremos, Raúl. Sin duda, ese caballero se asemeja mucho a D'Artagnan; reconozco sus maneras. ¡Ay, no somos ya los jóvenes invencibles de otro tiempo! ¡Quién sabe si el hacha o la barra de ese malvado marinero habría conseguido hacer lo que en cuarenta años no pudieron las espadas más finas de Europa ni las balas!

Aquel mismo día, partieron para Santa Margarita, a bordo de un quechemarín llegado de Telón expresamente.

La impresión que experimentaron al abordar fue un bienestar singular. La isla se hallaba llena de flores y frutas, y su parte cultivada servía de jardín al gobernador. Los naranjos, los granados, las higueras, inclinaban sus ramas bajo el peso de sus frutos de oro y azul. En torno de aquel jardín, en la parte más inculta, las perdices rojas corrían en bandadas sobre los espinos y las matas de enebro, y a cada paso que daban Raúl y el conde, un conejo asustado huía de entre las mejoranas y los brezos para meterse en su madriguera.

Efectivamente, aquella afortunada isla estaba deshabitada. Llana, con una sola ensenada para las embarcaciones, los contrabandistas, bajo la protección del gobernador, que iba también a la parte, servíanse de ella como depósito provisional, a condición de no matar la caza ni desbastar el jardín. Mediante ese

compromiso, el gobernador se contentaba con una guarnición de ocho hombres para custodiar su fortaleza, en la que se enmohecían doce cañones. De consiguiente, aquel gobernador era un feliz colono que cosechaba vino, higos, aceite y naranjas, y hacía confitar sus limones y sus cidros al sol de sus casamatas.

La fortaleza rodeada de un foso profundo, su única defensa, levantaba como tres cabezas sus tres torrecillas, unidas entre sí por terrazas tapizadas de musgo.

Athos y Raúl pasearon por algún tiempo delante de las entradas del jardín, sin hallar a nadie que los introdujese en casa del gobernador. Y concluyeron por entrar en el jardín. Era el momento más caluroso del día.

Entonces todo se oculta bajo la hierba y bajo las piedras. El cielo extiende sus velos de fuego como para sofocar todo ruido y encubrir toda existencia. Las perdices bajo la retama, las moscas bajo las hojas, reposan como las olas bajo el cielo.

Athos sólo divisó sobre la terraza, entre el segundo y tercer patio, un soldado que llevaba una especie de cesta de provisiones sobre la cabeza. Aquel hombre volvió casi inmediatamente sin su cesta y desapareció en la sombra de la garita.

Athos comprendió que llevaba de comer a alguien, y que, después de hecho el servicio, volvía él mismo a comer.

De pronto oyó que llamaban, y, levantando la cabeza, divisó entre los hierros de una reja algo blanco, como una mano que se agitara, algo deslumbrador, como un arma herida por los rayos del sol.

Y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que contemplaba, un rastro luminoso, acompañado de un silbido en el aire, llamó su atención del torreón al suelo. Un segundo ruido apagado hizo oír en el foso, y Raúl corrió a coger una fuente de plata que fue rodando hasta las arenas áridas.

La mano que había arrojado aquella fuente hizo una seña a los dos caballeros, y desapareció enseguida.

Entonces, Athos y Raúl, aproximándose uno a otro, pusieron a examinar atentamente la fuente cubierta de polvo, y descubrieron, en el fondo, caracteres trazados con la punta de un cuchillo.

«Soy —decía la inscripción—, el hermano del rey de Francia hoy prisionero, demente mañana. ¡Hidalgos franceses y cristianos, rogar a Dios por el alma y la razón del hijo de vuestros amos!».

La fuente cayó de las manos de Athos, en tanto que Raúl trataba de penetrar el sentido misterioso de aquellas lúgubres palabras.

En aquel mismo momento se dejó oír un grito en lo alto del torreón. Raúl, pronto como un relámpago, inclinó la cabeza y obligó a su padre a inclinarla también. Un cañón de mosquete acababa de relucir en el crestón de la muralla. Una humareda blanca brotó como un penacho de la boca del mosquetero, y una bala vino a aplastarse contra una piedra, a seis pulgadas de los gentileshombres.

Otro mosquete apareció y se inclinó.

—¡Hola! —exclamó Athos—. ¿Será cosa de que aquí asesinan a las gentes?  
¡Bajad, cobardes!

—Sí, bajad! —repitió furioso Raúl amenazando con el puño al castillo. Uno de los agresores, el que iba a disparar el mosquete, contestó a aquellos gritos con una exclamación de sorpresa, y como su compañero tratara de continuar el ataque y cogiese el mosquete preparado ya, el que acababa de gritar levantó el arma, y salió el tiro al aire.

Viendo Athos y Raúl que desaparecía la gente de la plataforma, supusieron que vendrían a ellos, y aguardaron a pie firme.

No habían pasado cinco minutos, cuando un baquetazo sobre el tambor reunió a los ocho soldados de la guarnición, los cuales se formaron al otro lado del foso con sus mosquetes. Al frente de aquellos hombres estaba un oficial, a quien el vizconde de Bragelonne reconoció por el que disparó el primer tiro.

Aquel hombre ordenó a los soldados preparar las armas.

—¡Vamos a ser fusilados! —exclamó Raúl—. ¡Espada en mano a lo menos, y saltemos el foso! Bien podremos matar a dos de esos canallas, luego que descarguen sus mosquetes.

Y uniendo Raúl la acción al consejo, se lanzaba ya seguido de Athos, cuando resonó detrás de ellos una voz muy conocida.

—¡Athos! ¡Raúl! —gritaba aquella voz.

—¡D'Artagnan! —exclamaron a un tiempo.

—¡Abajo las armas, muerte de Baco! —gritó el capitán a los soldados—.  
¡Bien seguro estaba yo de lo que decía!

Los soldados bajaron sus mosquetes.

—¿Qué nos sucede? ¿Tratan de fusilarnos sin avisar siquiera?

—Yo era el que os iba a fusilar —replicó D'Artagnan—, y si el gobernador erró el tiro, no le hubiese errado yo, queridos amigos. No ha sido poca fortuna el que hayan contraído el hábito de apuntar con detención, en vez de disparar de pronto. Me pareció reconocerlos. ¡Qué dicha, mis queridos amigos!

Y D'Artagnan se enjugaba la frente, porque había corrido con todas sus fuerzas, y no era fingida en él la emoción.

—¡Cómo! —dijo el conde —Ese señor que ha disparado contra nosotros es el gobernador de la fortaleza?

—En persona.

—¿Y por qué deseaba matarnos? ¿Qué le hemos hecho?

—¡Pardiez! Recibir lo que el prisionero os ha arrojado.

—Es verdad!

—Esa fuente... el preso ha escrito algo en ella, ¿no es verdad?

—Sí.

—Ya me lo sospechaba. ¡Ah, Dios mío!

Y D'Artagnan, con todas las muestras de una inquietud mortal, se apoderó de la fuente para leer la inscripción. Cuando la hubo leido la palidez cubrió su rostro.

—¡Oh Dios mío! —repitió.

—Conque ¿es cierto? —preguntó Athos a media voz.

—¡Silencio. Viene el gobernador!

—¿Y qué nos ha de hacer? ¿Ha sido culpa nuestra?

—¡Silencio! —repitió—. ¡Os digo que silencio! si llegan a creer que sabéis leer, si supone que habéis comprendido, mucho os quiero, amigos míos, me haría matar por vosotros... pero...

—Pero ¿qué? —dijeron Athos y Raúl.

—No os salvaría de una prisión perpetua si os salvaba de la muerte. ¡Silencio, pues, silencio!

El gobernador llegaba, habiendo franqueado el foso por una pasarela de tablas.

—¡Vamos! —exclamó—. ¿Qué os detiene?

—Sois españoles y no comprendéis una palabra de francés —dijo vivamente el capitán, bajo, a sus amigos—. Razón tenía yo —prosiguió dirigiéndose al gobernador—; estos señores son dos capitanes españoles, a quienes conocí en Ypres el año pasado, y que no entienden una palabra de francés.

—¡Ah! —exclamó el gobernador con cierto miramiento, procurando leer la inscripción de la fuente. D'Artagnan se la quitó de las manos, borrando los caracteres con la punta de la espada.

—¡Cómo! —exclamó el gobernador—. ¿Qué hacéis? ¿No puedo leer eso?

—Es secreto de Estado —contestó resueltamente D'Artagnan—, y, puesto que sabéis, según la orden del rey, que hay pena de muerte contra todo el que llegue a penetrarlo, voy, si queréis, a permitiros leer y haceros fusilar inmediatamente.

Durante este apóstrofe, medio grave y medio irónico, Athos y Raúl guardaban un silencio lleno de la mayor sangre fría.

—Pero es imposible —replicó el gobernador— que esos caballeros no comprendan siquiera algunas palabras.

—¡Ah, no! Aun cuando comprendieran lo que se habla, no leerían lo que se escribe. No lo leerían ni en español. Un noble español no debe saber leer nunca.

Necesario fue que el gobernador se contentase con esa explicación; pero era obstinado.

Invitad a esos señores a que vengan al fuerte.

—Me parece bien; iba a proponerlo —replicó D'Artagnan.

El hecho es que el capitán tenía otra idea, y que hubiera querido ver a sus amigos a cien leguas. Pero no tuvo más remedio que acceder. Dirigió en español una invitación a los dos caballeros, que ellos aceptaron.

Se encaminaron todos a la entrada del fuerte y, orillado ya el asunto, volvieron los ocho soldados a sus gratos ocios, turbados un momento por aquella

inesperada aventura.

## Capítulo XXXII

---

### Cautivo y carceleros

Una vez en el fuerte, y mientras el gobernador hacía algunos preparativos para recibir a sus huéspedes:

—Vamos —dijo Athos—, una palabra de explicación ahora que nos hallamos solos.

—He aquí sencillamente —respondió el mosquetero—. He conducido a la isla un preso a quien el rey ha prohibido se le vea; llegáis vosotros, y el preso os arroja un objeto por el ventanillo de su prisión; yo estaba comiendo con el gobernador, veo arrojar aquel objeto, veo que Raúl lo recoge, y, como no necesito mucho tiempo para comprender, comprendí creyéndoos en inteligencia con mi prisionero. Entonces...

—Entonces,, mandasteis que nos fusilasen.

—¡Por mi honor! Lo confieso; pero si fui el primero en saltar sobre un mosquete, afortunadamente fui el último en apuntar.

—Si me hubieseis muerto, D'Artagnan, habría tenido la dicha de morir por la casa real de Francia, y el insigne honor de morir por vuestra mano, por la mano de su más insigne y leal defensor.

—¡Bueno! ¿Qué me contáis, Athos, de la casa real? —balbució D'Artagnan —. ¿También vos, que sois tan cuerdo e ilustrado, creéis en esas locuras escritas por un insensato?

—Creo en ellas.

—Con tanta más razón, mi querido caballero, cuanto que tenéis orden de matar a los que crean en ellas —continuó Raúl.

—Porque —replicó el capitán de los mosqueteros— toda calumnia, con tal que sea absurda, tiene la probabilidad casi segura de hacerse popular.

—No, D'Artagnan —replicó Athos en voz baja—, porque el rey no quiere que en el pueblo se trasluzca el secreto de su familia y cubra de infamia a los verdugos del hijo de Luis XIII.

—Vamos, vamos, no digáis esas puerilidades, Athos, o no creeré ya en vuestra sensatez. Además, decidme, ¿cómo Luis XIII iba a tener un hilo en las islas de Santa Margarita?

—Un hijo que habéis traído aquí, enmascarado, en el barco de un pescador —repuso Athos—, ¿por qué no?

El capitán quedó parado.

—¡Ah, ah! —dijo—. ¿De dónde sabéis que en un barco pesquero...?

—¿Os ha traído a Santa Margarita con la carroza en que venía encerrado el preso, el preso a quien tratabais de monseñor? ¡Oh, lo sé! —prosiguió el conde.

D'Artagnan se mordió el bigote.

—Y aun cuando sea verdad que haya traído aquí en un barco y con una carroza a un preso enmascarado, nada prueba que sea un príncipe... un príncipe de la casa de Francia.

—¡Oh! Preguntádselo a Aramis —contestó Athos con frialdad.

—¿A Aramis? —exclamó el mosquetero cortado—. ¿Habéis visto a Aramis?

—Después de su desastre en Vaux, sí, he visto a Aramis fugitivo, perseguido, y Aramis me ha dicho lo bastante para dar crédito a las quejas que ese infeliz ha grabado en la fuente de plata.

D'Artagnan dejó caer su cabeza con abatimiento.

—¡Ahí tenéis —dijo— cómo se burla Dios de lo que los hombres llaman su sabiduría! ¡Lindo secreto, cuyos hilos tienen en la actualidad doce o quince personas...! Athos, maldigo la casualidad que os ha puesto frente de mí en este asunto, porque ahora...

—¡Y qué! —dijo Athos con su severa dulzura—. ¿Se ha perdido por ventura vuestro secreto porque yo lo sepa? ¿No los he llevado bien pesados en mi vida? Apelo a vuestra memoria, querido amigo.

—Es que jamás habéis sorprendido ninguno tan peligroso —respondió D'Artagnan con tristeza—. Tengo como un siniestro presentimiento de que todos los partícipes de este secreto morirán, y morirán mal.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios, D'Artagnan! Aquí tenéis a vuestro gobernador.

El capitán y sus amigos volvieron a desempeñar sus papeles.

El gobernador, suspicaz y duro, mostraba a D'Artagnan una cortesía extremada. Se contentó con poner buena cara a los viajeros y observarlos atentamente.

Athos y Raúl advirtieron que trataba de sorprenderlos con preguntas repentina y miradas a hurtadillas; mas ni el uno ni el otro se desconcertó.

Lo que había dicho D'Artagnan pudo parecer verosímil, si el gobernador no lo

creyó verdadero.

Levantáronse de la mesa para ir a reposar.

—¿Cómo se llama ese hombre? Malas trazas tiene —dijo Athos en español a D'Artagnan.

—Saint-Mars —contestó el capitán.

—¿Ese será, pues, el carcelero del joven príncipe?

—¿Lo sé yo acaso? Tal vez haya venido yo a Santa Margarita para siempre.

—¿Vos? ¡Vamos!

—Amigo mío, estoy en la situación del hombre que encuentra un tesoro en medio de un desierto. Querría llevárselo, y no puede; querría dejarlo, y no se atreve. El rey no me permitirá volver, por temor de que otro cualquiera sea menos vigilante que yo, y siente no tenerme cerca, pues, sabe que nadie le servirá tan bien a su lado. Por lo demás, Dios sabe lo que sucederá.

—Por lo mismo que nada sabéis de cierto —replicó Raúl—, creo que vuestra situación aquí es previsional, y que regresaréis a París.

—Preguntad a esos señores —interrumpió Saint-Mars—, lo que deseaban hacer en Santa Margarita.

—Habiendo sabido que en San Honorato había un convento de benedictinos, y en Santa Margarita una buena caza, han venido atraídos por la curiosidad de viajeros.

—Pues la tienen a su disposición —repuso Saint-Mars—, así como está a la vuestra.

D'Artagnan dio las gracias.

—¿Cuándo marchan? —añadió el gobernador.

—Mañana —contestó D'Artagnan. El señor de Saint-Mars fue a hacer su ronda, y dejó a D'Artagnan sólo con los supuestos españoles.

—¡Oh! —exclamó el mosquetero—. He aquí una vida y una sociedad que me convienen poco. Mando en ese hombre, y me incomoda grandemente. Vaya, ¿queréis que disparemos unos cuantos tiros a los conejos? El paseo será encantador, y no nos cansaremos mucho. La isla no tiene más que legua y media de largo, sobre media de ancho; un verdadero parque. Divirtámonos.

—Vamos adonde queráis, D'Artagnan, no para divertirnos, sino para hablar libremente.

D'Artagnan hizo una seña a un soldado, que la comprendió. Trajo éste escopetas de caza a los caballeros, y se volvió al fuerte.

—Y ahora —dijo el mosquetero—, responded a la pregunta que hacía ese negro Saint-Mars.

—¿A qué habéis venido a las islas Lerens?

—A decirlos adiós.

—¿A decirme adiós? ¿Cómo es eso? ¿Parte Raúl?

—Sí.

—Apuesto a que se va con el señor de Beaufort.

—Con el señor de Beaufort. ¡Oh! Siempre adivináis, querido amigo.

—La costumbre...

Mientras los dos amigos entablaban su conversación, Raúl, con la cabeza pesada y el corazón inquieto, se había sentado sobre rocas musgosas, con el mosquete sobre las rodillas, y, mirando el mar, mirando el cielo, escuchando la voz de su alma, dejaba poco a poco alejarse de él, a los cazadores.

D'Artagnan observó su ausencia.

—Continúa lo mismo, ¿no es verdad? —dijo a Athos.

—¡Está herido de muerte!

—¡Oh! Me parece que exageráis. Raúl tiene buen temple. En todos los corazones tan nobles, hay una segunda envoltura que los acoraza. La primera sangra, la segunda resiste.

—No —dijo Athos—. Raúl morirá.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan sombrío.

Y no añadió una palabra a esa exclamación. Después de un momento:

—¿Por qué le dejáis partir? —preguntó.

—Porque él lo quiere.

—¿Y por qué no os vais con él?

—Porque no quiero verlo morir.

D'Artagnan miró a su amigo a la cara.

—Ya sabéis —continuó el conde apoyándose en el brazo del capitán—, que a muy pocas cosas he tenido miedo en mi vida. Pues bien, siento un miedo incessante, roedor, insuperable; tengo miedo de llegar al día en que me encuentre con el cadáver de este hijo en mis brazos.

—¡Oh! —exclamó D'Artagnan—. ¡Oh!

—Morirá, lo sé, estoy convencido de ello y no quiero verle morir.

—¡Cómo, Athos! Os encontráis con el hombre más bravo que decís haber conocido, vuestro D'Artagnan, ese hombre sin igual, como le llamabais en otro tiempo, ¿y vais a decirle, con los brazos cruzados, que sentís miedo de ver muerto a vuestro hijo, vos que habéis visto todo lo que se puede ver en este mundo? Vamos, ¿por qué tenéis ese miedo, Athos? El hombre, en la tierra, debe estar dispuesto a todo, arrostrarlo todo.

—Escuchad, amigo mío: después de haberme gastado en esta tierra de que habláis, no he conservado más que dos religiones: la de la vida, mis amistades, mis deberes de padre, y la de la eternidad, el amor y el temor de Dios. Ahora, tengo en mí la revelación de que, si Dios permitiese que mi amigo o mi hijo exhalasen en mi presencia su último suspiro... ¡Oh! No, no quiero ni aun deciros esto, D'Artagnan.

—¡Decid!, ¡decid!

—Soy fuerte contra todo, excepto contra la muerte de aquellos a quienes

amo. Para esto solamente no hay remedio. Quien muere, gana, quien ve morir, pierde. No. ¡Oh, saber que no he de llegar a ver nunca jamás sobre la tierra al que veía en ella con alegría; saber que en ninguna parte están ya D'Artagnan o Raúl! ¡Oh...! Soy viejo, ya veis que no tengo valor; ruego a Dios que me perdone esa flaqueza; pero, si me hiriése de frente, de ese modo, le maldeciría. ¡Un gentilhombre cristiano no debe maldecir a su Dios, D'Artagnan; harto tiene con haber maldecido a un rey!

—¡Hum...! —exclamó D'Artagnan, algo sublevado por aquella violenta tempestad de dolores.

—D'Artagnan, amigo mío, vos que amáis a Raúl, vedle —añadió, señalando a su hijo—; ved esa tristeza que no le abandona jamás. ¿Conocéis nada más terrible que asistir minuto por minuto a la agonía incesante de ese pobre corazón?

—Dejad que le hable, Athos. ¿Quién sabe?

—Probad; mas tengo el convencimiento de que no lograréis nada.

—No le daré consuelos, le serviré.

—¿Vos?

—Sí, por cierto. ¿Será la primera vez que una mujer se arrepienta de una infidelidad? Repito que voy a hablarle.

Athos sacudió la cabeza y continuó solo el paseo. D'Artagnan, saltando por entre las malezas, se fue a Raúl y le tendió la mano.

—Y bien —dijo D'Artagnan a Raúl—. ¿De qué tenéis que hablarme?

—Tengo que pediros un favor —contestó el vizconde.

—Pedidlo.

—¿Volveréis algún día a Francia?

—Así lo espero.

—¿Es preciso que yo escriba a la señorita de La Vallière?

—No, no hay necesidad.

—Tengo tantas cosas que decirle! —Venid a decírselas vos mismo.

—Jamás!

—Pues bien, ¿qué virtud atribuís a una carta que no pueda tener vuestra palabra?

—Tenéis razón.

—Ella ama al rey —dijo brutalmente el capitán—, y es una muchacha honrada.

Raúl se estremeció.

—Y a vos, a pesar de que os abandona, os ama tal vez mas que al rey, pero de otra manera.

—D'Artagnan, ¿creéis que ella ama al rey?

—Le ama hasta la idolatría. Es un corazón inaccesible a cualquier otro sentimiento. Aun cuando continuaseis viviendo a su lado, nunca seríais más que su mejor amigo.

—¡Ah! —exclamó Raúl con impulso apasionado hacia aquella esperanza.

—¿Lo queréis así? —Sería cobarde.

—Ved ahí una palabra absurda que podría darme mala idea de vuestro espíritu. Raúl, nunca es cobarde, lo entendéis, hacer lo impuesto por causa mayor. Si vuestro corazón os dice: « Ve allí, o muere », id, pues, Raúl. ¿Ha sido cobarde o valiente, ella que os quería, prefiriendo al rey, a quien su corazón le exigía imperiosamente preferir? No, ella ha sido la más valerosa de todas las mujeres. Haced, pues, como ella; seguid vuestra inclinación. ¿Sabéis una cosa de que no tengo duda, Raúl?

—¿Cuál?

—Es que viéndola de cerca, con los ojos de un hombre celoso...

—¿Y qué?

—Dejaréis de amarla.

—Me decidís, mi querido D'Artagnan.

—¿A partir para volverla a ver? No; a partir para no verla jamás. Quiero amarla siempre.

—Francamente —replicó el mosquetero—, he ahí una conclusión que estaba muy lejos de esperar.

—Esperad, amigo mío; vos iréis a verla, y le daréis esta carta, que, si la juzgáis a propósito, le explicaré como a vos lo que pasa en mi corazón. Leedla; la he escrito esta noche. El corazón me decía que os vería hoy.

Y tendió la carta al capitán, quien la leyó:

*Señorita, no os culpo por no amarme. Sólo os culpo por haberme dejado creer que me amabais. Este error me costará la vida. Os perdono,, mas no me perdonó yo. Dícese que los amantes dichosos son sordos a las quejas de los amantes desdeñados. No os sucederá así a vos, que no me amabais, pero que no oiréis mis quejas sin ansiedad. Estoy seguro que, si hubiese insistido para cambiar esta amistad en amor, hubierais cedido por temor dé ocasional mi muerte o aminorar la estimación que os profesaba. Me es mucho más dulce morir sabiendo que sois libre y feliz...*

*Así, ¡cuánto me amaréis cuando no temáis ya mi mirada o mi reproche! Me amaréis, sí, pues por encantador que os parezca un nuevo amor, Dios no me ha hecho inferior en nada al que habéis elegido, y mi afecto, m sacrificio, mi doloroso fin, me asegurarán a vuestros ojos una superioridad indudable sobre él. He dejado escapar en la ingenua credulidad de mi corazón, el tesoro que tenía. Muchas personas me dicen que me habíais amado lo bastante para llegar a amarme mucho. Tal idea me quita toda amargura y me induce a no mirar como enemigo más que a mí solo...*

*Aceptaréis este último adiós, y me agradeceréis el haberme refugiado en el inviolable asilo en que se apaga todo odio y se eterniza todo amor.*

*Adiós, señorita. Si fuese necesario comprar vuestra dicha con toda mi sangre, mi sangre daría yo. ¡Ya tengo hecho por ella el sacrificio con mi infortunio!*

*RAÚL, VIZCONDE DE BRAGELONNE.*

—La carta está bien —dijo D'Artagnan—. Sólo una cosa no apruebo.

—¡Decid cuál! —murmuró Raúl.

—Es que lo dice todo, menos lo que se exhala como un veneno mortal de vuestros ojos, de vuestro corazón; menos el amor insensato que os abrasa aún.

Raúl palideció y calló.

—Sólo deberíais haber escrito estas palabras: Señorita, en vez de maldeciros, os amo y muero."

—Es verdad —dijo Raúl con alegría siniestra.

Y, desgarrando la carta que acaba de recobrar, escribió las siguientes palabras sobre una hoja de su librito de notas:

«Para tener la dicha de deciros todavía que os amo, cometo la cobardía de escribiros, y, para castigarme de esa cobardía, muero» .

Y firmó.

—Le entregaréis este librito, ¿no es verdad, capitán? —preguntó a D'Artagnan.

—¿Cuándo? —dijo éste.

—El día —dijo Bragelonne, señalándole la última frase—; el día en que escribáis la fecha debajo de estas palabras.

Y escapó de pronto y corrió a reunirse con Athos, que volvía a pasos lentos.

Entretanto, la mar alborotábbase, y con la rápida influencia de las turbonadas que agitan el Mediterráneo, el mal humor del elemento se convirtió en tempestad.

Algo informe y agitado apareció a su vista a la orilla de la playa.

—¿Qué es eso? —preguntó Athos—. ¿Alguna barca estrellada?

—No es una barca —dijo D'Artagnan.

—Perdonad —replicó Raúl—; es una barca que gana rápidamente el puerto.

—Hay, efectivamente, una barca en la ensenada, una barca que hace bien en abrigarse aquí; pero lo que divisa Athos en la arena... encallado...

—Sí, sí, ya veo.

—Es la carroza que yo tiré al mar al abordar con el preso.

—Pues bien —dijo Athos—, si me creéis, D'Artagnan, quemaréis la carroza, a fin de que no quede vestigio de ella; sin lo cual, los pescadores de Antibes, que han creído tener que habérselas con el diablo, tratarán de probar que vuestro preso no era más que un hombre.

—Alabo vuestro consejo, Athos, y esta noche lo haré ejecutar, o mejor, voy a ejecutarlo yo mismo; pero entremos, porque va a llover, y los relámpagos son

muy también.

Al pasar sobre la muralla, por una galería cuya llave tenía el capitán, vieron al señor de Saint-Mars dirigirse a la habitación ocupada por el preso.

A una señal de D'Artagnan ocultáronse en el ángulo de la escalera.

—¿Qué hay? —dijo Athos.

—Vais a verlo. Mirad. El preso vuelve de la capilla.

Y vieron, a la luz de los rojos relámpagos, en la bruma violenta que esfumaba el viento sobre el fondo del cielo, vieron pasar gravemente, a seis pasos detrás del gobernador, a un hombre vestido de negro y enmascarado con una visera de acero bruñido, soldada a un casco del mismo metal, y que le cubría toda la cabeza. El fuego del cielo despedía leonados reflejos sobre aquella superficie lisa, y sus reflejos revoloteaban caprichosamente, como si fueran las miradas embravecidas que lanzaba aquel desgraciado, a falta de imprecaciones.

En medio de la galería, el preso se detuvo un instante para contemplar el horizonte infinito, para respirar los sulfurosos perfumes de la tempestad, para beber ávidamente la templada lluvia, y lanzó un suspiro semejante a un rugido.

—Venid, señor —dijo bruscamente Saint-Mars al prisionero, porque le inquietaba verle mirar mucho tiempo más allá de las murallas ¡Señor, vamos, vamos!

—Decid, monseñor —gritó Athos desde su rincón a Saint-Mars, con voz tan solemne y terrible, que el gobernador se estremeció de pies a cabeza.

Athos quería siempre respeto para la majestad caída.

—El preso se volvió.

—¿Quién ha hablado? —dijo Saint-Mars.

—Yo —contestó D'Artagnan, mostrándose al instante—. Ya sabéis que ésa es la orden.

—No me llaméis ni señor ni monseñor —dijo a su vez el prisionero con, voz que conmovió a Raúl hasta el fondo de sus entrañas—, llamadme: ¡MALDITO!

Y pasó.

La puerta de hierro rechinó detrás de él.

—¡He ahí un hombre desgraciado! —murmuró sordamente el mosquetero, señalando a Raúl la cámara habitada por el príncipe.

## Capítulo XXXIII

---

### Las promesas

A penas volvió D'Artagnan a su habitación con sus amigos, cuando uno de los soldados del fuerte vino a avisarle que el gobernador le buscaba.

La barca que Raúl había distinguido en el mar y que parecía tener tanta prisa por llegar al puerto, venía a Santa Margarita con un despacho importante para el capitán de los mosqueteros.

Al abrir D'Artagnan el pliego, reconoció la letra del rey. «Supongo, decía Luis XIV, que habréis acabado de cumplir mis órdenes, señor de D'Artagnan; volved, pues inmediatamente a París a verme en el Louvre».

—¡Por fin veo terminado mi destierro! —exclamó gozoso el mosquetero—. ¡Alabado sea Dios! ¡Ceso de ser carcelero!

Y enseñó la carta a Athos.

—Así, ¿nos dejáis? —dijo éste tristemente.

—Para volvernos a ver, querido amigo, pues Raúl es un buen muchacho, que marchará solo con el señor de Beaufort y preferirá dejar que su padre regrese en compañía de D'Artagnan que obligarle que camine solo doscientas leguas para volver a la Fère, ¿no es verdad, Raúl?

—¡Ciertamente! —murmuró éste con un sentimiento de ternura.

—No, amigo mío —interrumpió Athos—; no me separaré de Raúl sino el día en que su barco haya desaparecido en el horizonte. Mientras permanezca en Francia, no se halla separado de mí.

—Como gustéis, querido amigo; pero a lo menos partiremos juntos de Santa Margarita. Servios del barco que va a conducirme a Antibes.

—Con mil amores; nada deseo como verme pronto lejos de este fuerte y del espectáculo que nos ha entristecido hace poco.

Los tres amigos abandonaron la pequeña isla, después de despedirse del gobernador, y, en los posteriores fulgores de la tempestad que se alejaba, vieron por última vez blanquear las murallas del fuerte.

D'Artagnan despidióse de sus amigos aquella misma noche, después de ver en la costa de Santa Margarita el fuego de la carroza incendiada por orden del señor de Saint-Mars, según encargo que le hiciera el capitán.

Antes de montar a caballo, y al separarse de los brazos de Athos:

—Amigos —dijo—, os parecéis mucho a dos soldados que abandonan su puesto. Una voz interior me dice que Raúl necesitaría teneros a su lado. ¿Queréis que pida ir a África con cien buenos mosqueteros? El rey no me lo negará, y os llevaré conmigo.

—Señor de D'Artagnan —contestó Raúl estrechándole la mano con efusión—, gracias por ese ofrecimiento que nos daría más de lo que deseamos el conde y yo. Soy joven, necesito trabajo de alma y de cuerpo, y el señor conde necesita un gran reposo. Sois su mejor amigo, y os lo recomiendo. Al velar por él tendréis nuestras dos almas en vuestra mano.

—Es necesario marchar; veo que se impacienta mi caballo —dijo D'Artagnan, en quien la señal más evidente de una viva impresión era el cambio de ideas en una conversación—. Veamos, conde: ¿cuántos días le quedan a Raúl de estar aquí?

—Tres a lo sumo.

—¿Y cuántos emplearéis vos para volver a vuestra casa?

—¡Oh, mucho tiempo! —respondió Athos—. No quiero separarme tan aprisa de Raúl. Con demasiada velocidad lo llevará el tiempo por su lado, para que yo no trate de favorecer la distancia. Pienso hacer medias jornadas.

—¿Por qué, amigo mío? No hay cosa más triste que caminar lentamente, y la vida de las hosterías sienta muy mal a un hombre como vos.

—Amigo mío, he venido con caballos de posta; pero quiero comprar dos caballos finos. Para que lleguen descansados, sería una imprudencia hacerlos caminar más de siete u ocho leguas por día.

—Dónde se halla Grimaud?

—Ayer mañana llegó con el equipaje de Raúl, y le he dejado que duerma.

—Es cosa de no volver sobre ello —dejó escapar D'Artagnan—. Hasta la vista, pues, querido Athos. Si os dais prisa, os abrazaré más pronto. Dicho esto, puso el pie en el estribo, que vino a tenerle Raúl.

—¡Adiós! —dijo el joven abrazándole.

—¡Adiós! —dijo D'Artagnan subiendo a la silla.

Su caballo hizo un movimiento, que separó al jinete de sus amigos.

Esta escena verificábese delante de la casa elegida por Athos, a las puertas de Antibes, y a la que D'Artagnan había mandado, después de comer, que le trajesen sus caballos.

Empezaba allí el camino, y se extendía blanco y tortuoso en los vapores de la noche. El caballo respiraba con fuerza el acre olor salino que despedían los aguazales.

D'Artagnan tomó el trote, y Athos emprendió melancólicamente la vuelta con Raúl.

De pronto oyeron acercarse el ruido de las pisadas del caballo, y en un principio creyeron que fuese una de esas repercusiones raras que engañan los oídos a cada revuelta de los caminos.

Pero era realmente que D'Artagnan volvía a galope en busca de sus amigos. Estos exhalaron un grito de alegre sorpresa, y el capitán, saltando a tierra como un joven, corrió a estrechar en sus brazos las dos cabezas queridas de Athos y de Raúl.

Túvolo abrazados largo tiempo sin decir palabra, sin dejar escapar el suspiro que desgarraba su pecho. Luego, con la misma rapidez que vino, volvió a marchar apoyando ambas espuelas en los ijares del caballo furioso.

—¡Ay! —dijo el conde por lo bajo—. ¡Ay!

—¡Mal presagio! —decía por su parte D'Artagnan, recuperando el tiempo perdido—. No he podido sonreírles. ¡Mal presagio!

Al día siguiente se hallaba ya Grimaud en pie. El servicio mandado por el señor de Beaufort se cumplía felizmente. La flotilla, dirigida a Tolón por los cuidados de Raúl, había partido, arrastrando detrás, en pequeñas barquillas, casi invisibles, las mujeres y los amigos de los pescadores y de los contrabandistas, reclutados para el servicio de la escuadra.

El tiempo tan corto que les quedaba a padre e hijo para estar juntos, parecía haber doblado su rapidez, como aumenta la velocidad de todo lo que se acerca a sumirse en el abismo de la eternidad.

Athos y Raúl regresaron a Tolón, que se ensordecía al ruido de las carretas, de las armaduras y de los caballos relinchantes. Las trompetas tocaban sus marchas, los tambores redoblaban con vigor, las calles rebosaban de soldados, de criados, de vendedores.

El duque de Beaufort acudía a todas partes, activando el embarque con la solicitud e interés de un buen capitán. Agasajaba hasta a sus más humildes compañeros; reñía hasta a sus mejores tenientes.

Artillería, provisiones, bagajes, todo quiso verlo por sí mismo; examinó el equipo de cada soldado, se aseguró de la salud de cada caballo. Echábaise de ver que, aunque ligero y egoista en su casa, el gentilhombre se hacía soldado, el gran señor capitán, ante la responsabilidad que había aceptado.

Sin embargo, necesario es decirlo, a pesar de todo el cuidado que presidió a los preparativos de la marcha, reconocíase en ellos la precipitación imprevisora y la falta de toda precaución que hacen del soldado francés el primer soldado del mundo, porque es el más abandonado a sus propios recursos físicos y morales.

Habiendo el almirante quedado satisfecho de todo felicitó a Raúl, y dio las últimas órdenes para la franquía, que fue fijada para el dia siguiente al amanecer.

Invitó al conde y a su hijo a comer con él. Estos pretextaron algunas ocupaciones del servicio y se apartaron. Fueron a su hostería, situada bajo los árboles de la Plaza Mayor, despacharon aprisa la comida, y Athos llevó a Raúl a las rocas que dominan la ciudad, enormes montañas cenicientas, desde donde la vista se extiende a lo infinito y abraza un horizonte líquido que parece, por su distancia, estar al nivel de las mismas rocas.

La noche era hermosa como siempre en aquellos benignos climas. La luna, levantándose detrás de las rocas, extendíase como un lienzo plateado sobre la alfombra azul del mar. En la rada, maniobraban silenciosamente los barcos que venían a ocupar su puesto para facilitar el embarque.

El mar, cargado de fósforo, se abría bajo las quillas de los barcos que transbordaban los bagajes y las municiones; cada sacudida de la proa revolucionaba aquel abismo de llamas blancas, y de cada remo goteaban los diamantes líquidos.

Ofi a los marineros, alegres con las liberalidades del almirante, murmurar sus canciones lentas e ingenuas. A veces, el rechinamiento de las cadenas se mezclaba al ruido de las balas de cañón cayendo en las casas. Aquel espectáculo y aquellas armonías oprimían el corazón como el temor, y lo dilataban como la esperanza. Toda aquella vida sentía a la muerte.

Athos sentóse con su hijo sobre los musgos y breñas del promontorio. Alrededor de su cabeza pasaban y volvían a pasar los murciélagos, arrebatados en el rápido torbellino de su ciega caza. Los pies de Raúl caían fuera del borde de la costa, en ese vacío que puebla el vértigo y que provoca a la nada.

Luego que la luna apareció plenamente, acariciando con su resplandor los picos inmediatos, y el espejo del agua quedó iluminado en toda su extensión, y las rojas lucecitas hendieron las masas negras de cada buque, Athos, reuniendo todas sus ideas y todo su valor, dijo:

—Dios ha hecho esto que vemos, Raúl; nos ha hecho también a nosotros, míseros átomos mezclados a este gran universo; brillamos como esos fuegos y esas estrellas, suspiramos como esas olas, sufrimos como esos barcos que se gastan surcando el agua, obedeciendo al viento que los arrastra hacia un objeto, como el soplo de Dios nos empuja hacia un puerto. Todo se complace en vivir, Raúl, y todo es hermoso en las cosas que viven.

—Señor —repuso el joven—, tenemos ahí, en efecto, un bello espectáculo.

—¡Qué bueno es D'Artagnan! —interrumpió de pronto Athos—. ¡Y que rara felicidad es haber podido fiar uno su vida entera en un amigo como ése! Ahí tenéis lo que os ha hecho falta, Raúl.

—¿Un amigo? —dijo el joven—. ¿Me ha hecho falta un amigo?

—El señor de Guiche es un camarada agradable —replicó el conde fríamente—; pero creo que en la época en que vivis, los hombres se cuidan más de sus asuntos y de sus placeres que en nuestro tiempo. Habéis buscado la vida aislada, y eso es una fortuna; mas habéis perdido en ella la fuerza. Nosotros cuatro, algo apartados de esas delicadezas que constituyen en vuestra alegría, hemos encontrado más resistencia cuando aparecía la desgracia.

—No os he contenido, señor, para deciros que tenía un amigo, y que ese amigo es el señor de Guiche. Es bueno de veras, y me quiere. He vivido bajo la tutela de otra amistad, tan fuerte y preciosa como las de que hablabais, ya que es la vuestra.

—Yo no era un amigo para vos, Raúl.

—¿Y por qué, señor?

—Porque os he dado lugar a creer que la vida no tiene más que una fase; porque, triste y severo, ¡ay!, he cortado siempre para vos, sin quererlo, ¡Dios mío!, los alegres retoños que brotan sin cesar del árbol de la juventud; en una palabra, porque, en los padecimientos actuales, me arrepiento de no haber hecho de vos un hombre expansivo, disipado, bullicioso.

—Sé por qué me decis eso, señor. No, os engañáis, no sois vos quien me ha hecho lo que soy, sino ese amor que se apoderó de mí en el momento en que dos niños no tienen más que inclinaciones; la constancia natural a mi carácter, que en las otras criaturas no es más que un hábito, creí que estaría siempre como estaba, y que el cielo me había puesto en un camino recto y desembarazado; costeado de frutos y de flores. Tenía sobre mí vuestra vigilancia y vuestra fuerza. Me creí fuerte y prevenido. Nada me ha preparado: he caído una vez, y esa caída me ha destrozado. ¡Oh! No, no estáis en mi pasado sino para mi felicidad; no estáis en mi porvenir sino como una esperanza. No, no tengo nada que reprochar a la vida tal como vos me la habéis formado; os bendigo y os amo con toda mi alma.

—Mi querido Raúl, vuestras palabras me causan mucho bien. Ellas me demuestran que haréis algo por mí, en el tiempo que llega.

—Todo lo haré por vos, señor.

—Raúl, lo que nunca he hecho por vos, lo haré en lo sucesivo. Seré vuestro amigo, no ya vuestro padre. Viviremos en una grata efusión, en vez de aislarnos, luego que volváis, que será pronto, ¿no es cierto?

—Ciento, señor, pues una expedición de esta naturaleza no puede ser larga.

—Muy pronto entonces, Raúl, muy pronto, en lugar de vivir modestamente con mis rentas, os entregaré el capital de mis tierras. Os bastará para lanzaros en el mundo hasta mi muerte, y vos me daréis, lo espero, antes de ese tiempo, el consuelo de no dejar extinguir mi estirpe.

—Haré todo cuanto me mandéis —replicó Raúl muy agitado.

—No quisiera, Raúl, que vuestro servicio de edecán os llevara a hacer tentativas aventuradas. Habéis hecho ya vuestras pruebas, y estáis acostumbrado

al fuego. Tened presente que la guerra de los árabes es una guerra de lazos, emboscadas y asesinatos.

—Así dicen, señor.

—Hay siempre poca gloria en caer en una asechanza. Es muerte que denota algo de temeridad o imprevisión. Muchas veces ni se compadece al que ha sucumbido así. Los que no son compadecidos, Raúl, son muertos inútiles. Además, el vencedor se ríe, y no debemos permitir que esos infieles estúpidos triunfen por nuestras faltas. ¿Comprendéis bien lo que os quiero decir, Raúl? ¡No quiera Dios que os exhorte a manteneros lejos de los encuentros!

—Soy prudente por naturaleza, señor, y tengo mucha suerte —dijo Raúl con un suspiro que heló el corazón del desgraciado padre—; porque —se apresuró a añadir el joven— en veinte combates en que me he hallado no he recibido más que un arañazo.

—También hay que temer el clima —replicó Athos—: es mal fin el de las fiebres. El rey San Luis pedía a Dios le enviase una flecha o la peste antes que las calenturas.

—Espero, señor, que con sobriedad y un ejercicio razonable...

—Ya he logrado del señor de Beaufort —interrumpió Athos—, que enviará sus despachos a Francia cada quince días. Vos, como ayudante suyo, seréis el encargado de expedirlos, y espero que no me olvidaréis, ¿eh?

—No, señor —contestó Raúl con voz sofocada.

—En fin, Raúl, como sois buen cristiano, y yo también, debemos contar con una protección más particular de Dios y de nuestros ángeles guardianes. Prometedme que, si os sucediese alguna desgracia en cualquier ocasión, pensaréis en mí lo primero.

—Lo primero. ¡Oh, sí!

—Y que me llamaréis.

—¡Oh, en el mismo instante!

—Soñáis alguna vez en mí, Raúl?

—Señor, todas las noches. En los primeros años de mi adolescencia os veía en sueños, dulce y tranquilo, con una mano extendida sobre mi cabeza, y por eso reposaba tan bien... ¡en otro tiempo!

—Nos amamos demasiado —dijo el conde—, para que, a contar desde este instante en que nos sepáramos, no viaje con uno u otro de nosotros una parte de nuestras dos almas, ni habite donde habitemos. Cuando estéis triste, Raúl, conozco que mi corazón se anegará de melancolía, y cuando queráis sonreír pensando en mí, recordad que me enviaréis desde allá un rayo de vuestra alegría.

—No os prometo estar alegre —respondió el joven—; mas estad seguro de que no pasare una hora sin pensar en vos; ni una hora, os lo juro, a menos que esté muerto.

Athos no pudo contenerse por más tiempo; rodeó con el brazo el cuello de su

hijo, y le abrazó con todas las fuerzas de su corazón.

La luna había hecho ya lugar al crepúsculo; una franja dorada subía por el horizonte, anunciando la proximidad del día.

Athos puso su capa sobre los hombros de Raúl y lo llevó hacia la ciudad, donde, fardos y mozos, todo estaba ya en movimiento como en un enorme hormiguero.

Al extremo de la plataforma que abandonaban Athos y Bragelonne, vieron una sombra negra balancearse con indecisión y como recatándose de ser vista. Era Grimaud que, inquieto en extremo, había seguido los pasos de su amo y los esperaba.

—¡Oh, buen Grimaud! —exclamó Raúl—. ¿Qué quieres? Vienes a decirnos que es preciso partir, ¿no es eso?

—¡Solo! —dijo Grimaud señalando a Raúl con un tono de reconvención que demostraba cuán trastornado se hallaba el viejo.

—¡Oh! ¡Tenéis razón! —exclamó el conde—. No. Raúl no partirá solo; no; no irá a una tierra extraña sin ningún amigo que le consuele y le recuerde todo lo que quiere.

—¿Yo? —dijo Grimaud.

—¿Tú? ¡Sí, sí! —exclamó Raúl commovido hasta el fondo del corazón.

—¡Ay! —dijo Athos. Tú eres muy viejo, mi buen Grimaud.

—Tanto mejor —contestó éste con una profundidad de sentimiento y de inteligencia inexplicables.

—Pero veo que va a verificarse el embarque —dijo Raúl—, y no estás preparado.

—¡Sí! —dijo Grimaud enseñando las llaves de sus cofres unidas a las de su amo.

—Pero —objetó aún Raúl—, tú no puedes dejar solo al señor conde, de quien no te has separado jamás.

Grimaud volvió su mirada obscurecida hacia Athos, como para medir la fuerza del uno y del otro. El conde no respondió nada.

—El señor conde preferirá esto —dijo Grimaud.

—Sí —contestó Athos con la cabeza.

En este momento, los tambores resonaron todos a la vez, y los clarines llenaron el espacio de aires alegres.

Viérонse salir de la ciudad los regimientos que debían tomar parte en la expedición.

Cinco eran aquellos regimientos, compuesto cada uno de cuarenta compañías. El del Rey abría la marcha, reconociéndosele por su uniforme blanco y paramentos azules. Las banderas de ordenanza, con sus cuarteles en cruz, violeta y hoja seca, con plantel de flores de lis, dejaban dominar al estandarte coronel blanco con la cruz flordelisada.

Mosqueteros en las alas, con sus bastones ahorquillados y los mosquetes a la espalda; piqueros en el centro, con sus lanzas de catorce pies, marchaban alegremente hacia las barcas de transporte, que los llevaban hacia los buques.

Los regimientos de Picardía, Navarra, Normandía y Buque Real, venían enseguida.

El señor de Beaufort había sabido elegir. Se le veía a lo lejos cerrando la marcha con su Estado Mayor. Antes de embarcarse debería pasar todavía una hora larga.

Raúl dirigióse lentamente con Athos hacia la orilla, a fin de ocupar su puesto en el momento del paso del príncipe.

Grimaud, hirviente de un ardor juvenil, hacía llevar al navío almirante el equipaje de Raúl.

Athos, cogido del brazo del hijo que iba a perder, absorbíase en la más dolorosa meditación, aturrido por el ruido y el movimiento.

De pronto, un oficial del señor de Beaufort se acercó a ellos para decir a Raúl que el duque manifestaba deseos de verle a su lado.

—Señor, tened la amabilidad de decir al príncipe que le pido esta hora para gozar de la presencia del conde.

—No, no —interrumpió Athos—, un ayudante de campo no puede dejar así a su general. Decid al príncipe, caballero, que el vizconde va a su encuentro al instante.

El oficial marchó al galope.

—Separarnos aquí o más allá —añadió el conde—, siempre es una separación.

Sacudió el polvo del uniforme de su hijo y le pasó la mano por los cabellos, sin dejar de andar.

—Aguardad, Raúl —dijo—; tenéis necesidad de dinero; el señor de Beaufort lleva gran tren, y estoy seguro de que os gustará comprar caballos y armas, que son cosas preciosas en el país a que vais. Pero, como no servís al rey ni al señor de Beaufort, y sólo dependéis de vuestro libre albedrío, no debéis contar ni con un sueldo ni con liberalidades. Quiero, por tanto, que nada os falte en Djidjelli. He aquí doscientos doblones. Gastadlos, Raúl, si queréis complacerme.

Raúl estrechó la mano de su padre, y, a la vuelta de una calle, vieron al señor de Beaufort montado en magnífico corcel blanco, que respondía con graciosas corvetas a los aplausos de las mujeres de la ciudad.

El duque llamó a Raúl, y tendió la mano al conde. Le habló tanto tiempo y con tan tiernas expresiones, que el corazón del pobre padre quedó algo confortado.

Parecía, no obstante, al padre y al hijo, que su marcha conducía al suplicio. Fue un momento terrible aquel en que al dejar la, arena de la playa, los soldados y los marinos cambiaron, con sus familias y sus amigos, los últimos besos:

instante supremo en que, a pesar de la pureza del cielo, del calor del sol, a pesar de los perfumes del aire, y de la dulce vida que circula en las venas, todo parece amargo, todo parece triste, todo hace dudar de Dios, hablando por la misma boca de El.

Era costumbre que el almirante embarcarse el último con su comitiva; el cañón aguardaba, para lanzar su formidable voz, que el jefe hubiese puesto un pie sobre el entablado de su navío.

Athos, olvidando al almirante, a la flota y a su propia dignidad de hombre fuerte, abrió los brazos a su hijo y le estrechó convulsivamente sobre su pecho.

—Acompañadnos a bordo —dijo el duque emocionado—; ganaréis media hora más.

—No —dijo Athos—; ya le he dado mi adiós; no quiero darle otro.

—Entonces, vizconde, embarcaos pronto —repuso el príncipe, queriendo ahorrar lágrimas a estos dos hombres cuyo corazón se dilataba. Y, paternalmente, tiernamente, fuerte como lo hubiese sido Porthos, levantó a Raúl en sus brazos y le colocó sobre la chalupa, cuyos remos comenzaron a bogar a una señá suya.

El mismo, olvidando el ceremonial, saltó sobre la regata de aquella canoa y la impelió con pie vigoroso hacia el mar.

—¡Adiós! —gritó Raúl.

Athos no replicó más que con una señá; pero sintió algo ardiente sobre su mano: era el beso respetuoso de Grimaud, el postrer adiós del perro fiel.

Dado este beso, Grimaud saltó del escalón del muelle a la proa de una yola de dos remos, que se hizo remolcar por una chalana servida por doce remos de galeras.

Athos sentóse sobre el muelle, trastornado, sordo, abandonado. Cada segundo le privó de una de las facciones, de una de las sombras de la tez pálida de su hijo. Con los brazos colgando, los ojos fijos, la boca abierta, permaneció confundido con Raúl en una misma mirada, en un mismo pensamiento, en un mismo estupor.

El mar llevó, poco a poco, chalupas y personas hasta esa distancia en que los hombres no son más que puntos, los amores recuerdos.

Athos vio a su hijo subir la escala del navío almirante, le vio acodarse en el empalleteado y situarse de manera que pudiera ser un punto de mira para los ojos de su padre. En vano retumbó el cañón: en vano partió de los buques un prolongado rumor contestado en tierra por inmensas aclamaciones; en vano el ruido quiso aturdir los oídos del padre; Raúl apareciósele hasta el último momento, y el imperceptible átomo, pasando de negro a pálido, de pálido a blanco, de blanco a nada, desapareció para Athos largo tiempo después que, para los ojos de los circunstantes, habían desaparecido potentes navíos y velas hinchadas.

Al mediodía, cuando ya el sol devoraba el espacio y la extremidad de los

mástiles dominaba apenas la línea incandescente del mar, Athos vio elevarse una sombra casi imperceptible, desvanecida tan pronto vista; era la humareda de un cañonazo que el señor de Beaufort acababa de hacer tirar para saludar por última vez la costa francesa.

La extremidad de los mástiles se hundió a su vez bajo el cielo, y Athos volvió melancólico a su posada.

## Capítulo XXXIV

---

### Entre mujeres

D'Artagnan no pudo ocultarse a sus amigos tanto como hubiera deseado. El soldado estoico, el impasible hombre de armas, vencido por el temor a los presentimientos, había concedido algunos momentos a la debilidad humana.

Así, cuando consiguió acallar su corazón y calmó el temblor de sus músculos, volvióse hacia su lacayo, silencioso servidor atento siempre a la menor palabra para obedecer con más prontitud:

—Rabaud —dijo—, necesito andar treinta leguas por día.

—Bien, mi capitán —respondió Rabaud.

Y, a partir de aquel momento, el capitán, hecho a la andadura del caballo, como un verdadero centauro, no se ocupó ya de nada, que es como decir que se ocupó de todo. Preguntóse por qué el rey lo reclamaba; por qué la máscara de hierro había arrojado una fuente de plata a los pies de Raúl.

Respecto al primer punto, la respuesta fue negativa: bien sabía que si el rey lo reclamaba, era por necesidad; sabía también que Luis XIV debía sentir un deseo muy imperioso de conferenciar particularmente con un hombre a quien un secreto de tanta importancia ponía al nivel de los más elevados poderes del reino. Pero, de lo que no se sentía capaz nuestro hombre, era de precisar ese deseo del rey.

El mosquetero tampoco abrigaba dudas acerca del motivo que había impulsado al infortunado Felipe a revelar su carácter y su nacimiento. Felipe, enterrado para siempre bajo su máscara de hierro, desterrado en un país donde los hombres parecían servir a los elementos, privado hasta de la compañía de D'Artagnan, que le había colmado de honores y atenciones, no tenía que ver ya en este mundo más que espejos y dolores, y acosado por la desesperación,

natural era que se desahogara en quejas, creyendo que las revelaciones le suscitarían un vengador.

Lo expuestos que se habían visto los dos mejores amigos de D'Artagnan a ser muertos por éste; el destino que de un modo tan extraño había hecho a Athos partícipe del secreto de Estado; la despedida de Raúl; lo sombrío de aquel porvenir que parecía tener por término una triste muerte; todo esto inducía continuamente a D'Artagnan a formar melancólicas previsiones, que la rapidez de la marcha no disipaba como en otro tiempo.

D'Artagnan pasaba de aquellas consideraciones al recuerdo de Porthos y de Aramis proscritos. Veíalos fugitivos, perseguidos, arruinados, laboriosos arquitectos de una fortuna que les sería forzoso perder; y, como el rey llamaba a su hombre de acción en un momento de venganza y de rencor, D'Artagnan temblaba de recibir alguna comisión que le hiciese brotar sangre del corazón.

A veces, al subir las colinas, cuando el caballo, desalado, hinchaba las narices y ensanchaba los lomos, el capitán, más libre para pensar, meditaba sobre el prodigioso genio de Aramis, genio de astucia y de intriga, como sólo habían producido dos la Fronda y la guerra civil. Soldado, sacerdote y diplomático; galante, ambicioso y astuto, Aramis jamás se había servido de cosas buenas de la vida sino como escalón para elevarse a las malas. Espíritu generoso, ya que no corazón escogido, nunca había hecho el mal sino a fin de brillar un poco más. Hacia el fin de su carrera, en el momento de tocar a su término, había dado, como el patrício Fiesque, un paso en falso sobre una tabla y había caído al mar.

¡Mas Porthos, el bueno y sencillo Porthos! Ver a Porthos hambriento, ver a Mosquetón sin dorados, pero quizás; ver a Pierrefonds, a Bracieux, arrasados hasta en sus cimientos, descajados en cuanto a los bosques, eran otros tantos dolores terribles para D'Artagnan, y, cada vez que le acometía uno de esos dolores, saltaba como su caballo cuando le picaba el tábano bajo la bóveda del follaje.

Nunca se fastidia el hombre de talento si tiene el cuerpo ocupado por la fatiga; nunca al hombre sano de cuerpo deja de parecer ligera la vida, si tiene cautivado el ánimo por algún objeto. D'Artagnan, corriendo y pensando a la vez, llegaba a París descansado y elástico de músculos, como el atleta que se ha preparado para el gimnasio.

El rey no le esperaba tan pronto y acababa de marchar a cazar por el lado de Meudon. D'Artagnan, en vez de correr tras el rey, como hubiera hecho en otro tiempo, se quitó las botas, metióse en el baño y aguardó a que el rey volviese lleno de polvo y cansancio. Empleó las cinco horas de intervalo en tomar, como suele decirse, el aire de la casa, y en acorazarse contra cualquier evento.

Supo que el rey se mostraba sombrío hacia quince días; que la reina madre estaba enferma y muy acabada; que Monsieur, hermano del rey, se inclinaba a la devoción; que Madame padecía de vahidos, y que el señor de Guiche había marchado a una de sus posesiones.

Supo que el señor Colbert estaba radiante de júbilo; que el señor Fouquet consultaba todos los días un nuevo médico, que no le curaba, y que su principal enfermedad no era de aquellas que curan los médicos, sino los médicos políticos.

Decían a D'Artagnan que el rey trataba al señor Fouquet con la mayor amabilidad, y que no le apartaba de su lado; pero el superintendente, herido en el corazón, como un hermoso árbol picado de gusano, desmejorábase a pesar de las sonrisas reales, ese sol de los árboles de la Corte.

D'Artagnan supo que la señorita de La Vallière se había hecho indispensable al rey; que el príncipe, en sus cacerías, si no la llevaba consigo, le escribía varias veces, y no ya en verso, sino, lo que era peor, en prosa y por páginas.

Así es que veíase al primer rey del mundo, como decía la pléyade poética de entonces, apearse del caballo de un ardor sin segundo, y trazar sobre la copa de su sombrero frases en culto, que Saint-Aignan, ayudante perpetuo, llevaba a La Vallière a riesgo de reventar caballos.

Entretanto, los gamos y los faisanes se holgaban grandemente, perseguidos con tan poca actividad, que, según decían, el arte de la caza corría riesgo de degenerar en la corte de Francia.

D'Artagnan se acordó entonces de los encargos del pobre Raúl; de aquella carta de desesperación destinada a una mujer que pasaba su vida esperando; y como D'Artagnan se complacía en filosofar, resolvió aprovecharse de la ausencia del rey para conversar un momento con la señorita de La Vallière.

No era cosa difícil: Luisa, duran, te la real cacería, paseábase con algunas damas en una galería del Palais-Royal, donde el capitán de mosqueteros tenía precisamente que inspeccionar algunos guardias.

D'Artagnan no dudaba que, si podía hacer recaer la conversación sobre Raúl, Luisa le daría pie para escribir una buena carta al desgraciado desterrado; ahora bien, la esperanza, o al menos el consuelo para Raúl en una disposición de ánimo como en la que le hemos visto, era el sol, era la vida de dos hombres muy queridos de nuestro capitán.

Encaminóse, pues, hacia el sitio donde encontraría a la señorita de La Vallière.

D'Artagnan encontró a Luisa rodeada de mucha gente. En su aparente soledad la favorita del rey recibía como una reina, más que la reina, quizás, un homenaje de que Madame se habría mostrado tan orgullosa, cuando todas las miradas del rey eran para ella y daban ley a todas las miradas de los cortesanos.

D'Artagnan, que no era un pisaverde, no dejaba por eso de recibir siempre agasajos y atenciones de las damas; era cortés como un bravo, y su reputación terrible le había conciliado tanta amistad entre los hombres, como admiración entre las mujeres.

Así fue que las camaristas, al verle entrar dirigiéronle la palabra, asediándole a preguntas.

—Dónde había estado? ¿Qué había sido de él? ¿Por qué no se le había visto hacer en su brioso caballo todas las graciosas corvetas que maravillaban a los curiosos en el balcón del rey?

Replicó que venía del país de los naranjos.

Aquellas señoritas se echaron a reír. Era aquel un tiempo en que todo el mundo viajaba, y en que, no obstante, un viaje de cien leguas era problema resuelto muchas veces por la muerte.

—¿Del país de los naranjos? —preguntó Tonnay-Charente—. ¿De España?

—¡Eh, eh! —exclamó el mosquetero.

—¿De Malta? —dijo Montalais.

—¡A fe que os acercáis, señoritas!

—¿Es una isla? —preguntó La Vallière.

—Señorita —dijo D'Artagnan—, no quiero haceros buscar: vengo del país donde el señor de Beaufort embarca a estas horas para Argel.

—¿Habéis visto el ejército? —preguntaron varias belicosas.

—Como os veo ahora —respondió D'Artagnan.

—¿Y la escuadra?

—Todo lo he visto.

—Tenemos amigos por allá? —dijo la señorita de Tonnay-Charente con frialdad, pero de modo que llamara la atención aquella frase, dicha intencionadamente.

—Sí —replicó D'Artagnan—, tenemos al señor de la Guillotière, al señor de Mouchy, al señor de Bragelonne...

La Vallière palideció.

—¿Al señor de Bragelonne? —exclamó la pérvida Atenaida—. Pues qué, ¿va a la guerra?

Montalais le piso el pie, pero en vano.

—Sabéis qué pienso? —continuó aquélla sin piedad, dirigiéndose a D'Artagnan.

—No, señorita, y bien que quisiera saberlo...

—Pues pienso que todos los hombres que van a esa guerra son desesperados a quienes el amor ha tratado mal, y que van a buscar negras menos crueles que las blancas. Algunas damas echáronse a reír; La Vallière no supo qué postura tomar; Montalais tosía como para despertar a un muerto.

—Señorita —interrumpió D'Artagnan—, incurris en un error al hablar de las mujeres negras de Djidjelli; las mujeres allá no son negras, aunque verdad es que tampoco son blancas; son amarillas.

—¡Amarillas!

—¡Eh! No hay que alarmarse: no he visto color que mejor cuadre con unos ojos negros y una boca de coral.

—Tanto mejor para el señor de Bragelonne! —repuso con tenacidad la

señorita de Tonnay-Charente—. Se indemnizará el pobre joven.

Profundo silencio sucedió a aquellas palabras.

D'Artagnan tuvo tiempo de reflexionar que las mujeres, esas dulces palomas, se tratan entre ellas mucho más cruelmente que los tigres y los osos.

No le bastaba a Atenaida haber hecho palidecer a La Vallière; quiso sonrojarla.

Y reanudando la conversación, sin miramiento:

—¿Sabéis, Luisa —dijo—, que tenéis un enorme pecado sobre vuestra conciencia?

—¿Qué pecado, señorita? —balbució la infortunada, buscando en vano un apoyo en torno suyo.

—Ese joven era vuestro prometido —continuó Atenaida—. Os amaba. Le habéis rechazado.

—Ese es un derecho que tiene toda mujer honrada —repuso Montalais con aire remilgado—. Cuando se sabe que una no puede hacer la felicidad de un hombre, mas vale rechazarlo.

Luisa no acertó a ver si debía enojarse o dar las gracias por semejante defensa.

—¡Rechazar! ¡Rechazar! —dijo Atenaida—. Está muy bien; pero no es ese el pecado que la señorita de La Vallière habría de reprocharse. El verdadero pecado es haber enviado a ese pobre Bragelonne a la guerra, donde se encuentra la muerte.

La Vallière se pasó una mano por la frente helada.

—Y si muere —continuó la implacable—, vos le habréis matado; ese es el pecado.

Luisa, medio muerta, fue vacilante a coger del brazo del capitán de mosqueteros, cuyo semblante revelaba una emoción insólita.

—Teníais que hablarre, señor de D'Artagnan —dijo la joven con una voz alterada por la cólera y el dolor—. ¿Qué tenéis que decirme?

D'Artagnan dio varios pasos por la galería, llevando a Luisa del brazo, y así que estuvieron bien apartados de los demás:

—Lo que tenía que deciros, señorita —replicó—, os lo acaba de decir la señorita de Tonnay-Charente, algo bruscamente, pero por completo.

Luisa lanzó un débil grito, y, traspasada por aquella nueva herida, se apartó de repente, como los pobres pájaros que heridos de muerte buscan la sombra de los jarales para morir.

La Vallière desapareció por una puerta, en el momento en que el rey entraba por la otra.

La primera mirada del príncipe fue para el asiento vacío de su querida; no viendo a La Vallière, frunció el ceño; pero al punto vio a D'Artagnan que le saludaba.

—¡Ah, señor! —exclamó—. Pronto habéis venido, y estoy satisfecho de vos. Era esa la expresión superlativa de la satisfacción del rey. No pocos hombres tuvieron que hacerse matar para lograr aquella frase.

Las camaristas y los cortesanos, que habían formado respetuoso círculo alrededor del rey a su entrada, separáronse, viendo que deseaba hablar en secreto con su capitán de mosqueteros.

El rey tomó la delantera y llevó a D'Artagnan fuera de la sala, después de haber buscado otra vez con los ojos a La Vallière, cuya ausencia no comprendía.

Luego que llegaron adonde no podían ser oídos:

—Y bien, señor de D'Artagnan —dijo—, ¿y el preso?

—En su prisión, Majestad.

—¿Qué ha dicho por el camino? —Nada, Majestad.

—¿Qué ha hecho?

—Hubo un momento en que el pescador que nos transportaba a Santa Margarita se rebeló y quiso matarme. El... preso me defendió en lugar de tratar de huir.

El rey palideció.

—Basta —dijo. D'Artagnan se inclinó.

Luis se paseó a lo largo del gabinete.

—¿Estabais en Antibes, al llegar el señor de Beaufort?

—No, Majestad, parti cuando el duque llegaba.

—¡Ah!

Nuevo silencio.

—¿Qué habéis visto allá?

—Mucha gente —respondió D'Artagnan con frialdad.

El rey vio que D'Artagnan no quería hablar.

—Os he hecho venir, señor capitán, para enviaros a preparar mi alojamiento en Nantes.

—¿En Nantes? —exclamó D'Artagnan.

—En Bretaña.

—Sí, Majestad, en Bretaña. ¿Piensa Vuestra Majestad hacer ese largo viaje de Nantes?

—Van a reunirse allí los Estados —replicó el rey—. Tengo que hacer dos peticiones.

—¿Cuándo he de marchar? —Esta tarde... mañana... mañana a la tarde, pues necesitáis descanso.

—Estoy ya descansado, Majestad.

—Perfectamente... Entonces, entre esta tarde y mañana, a vuestro gusto.

D'Artagnan saludó como para despedirse; pero, viendo al rey todavía indeciso:

—¿Pensáis —preguntó dando dos pasos adelante— que os siga la Corte? —Sí.

—Entonces, el rey necesitará mosqueteros.

Y la mirada aguda del capitán hizo bajar la del rey.

—Llevad una brigada —replicó Luis.

—¿No tiene el rey más que mandarme?

—No... ¡Ah...! Sí.

—Escucho.

—En el palacio de Nantes, que dicen está mal distribuido, tomaréis la costumbre de poner mosqueteros a la puerta de cada uno de los principales dignatarios que lleve.

—¿De los principales?

—Sí.

—Como, por ejemplo, en la puerta del señor de Lyonne.

—Sí.

—Del señor de Letellier.

—Sí.

—Del señor de Brienne.

—Sí.

—Y del señor superintendente.

—También.

—Perfectamente. Mañana habré marchado.

—Una palabra todavía, señor D'Artagnan. En Nantes encontrareis al señor duque de Gesvres, capitán de los guardias. Cuidad de que vuestros mosqueteros estén colocados antes que lleguen sus guardias. El puesto es de los primeros que lleguen.

—Bien, Majestad.

—¿Y si el señor de Gesvres os preguntase?

—¡Bah! ¿Por qué va a preguntar nada el señor de Gesvres?

Y con desenfado, el mosquetero giró sobre sus talones y desapareció. "¡A Nantes! —decía entre sí mientras bajaba los escalones—. ¿Por qué no se habrá atrevido a decir desde luego a Belle-Île?

Apenas llegaba a la puerta grande, cuando le alcanzó un escribiente de Brienne.

—¡Señor de D'Artagnan! —dijo—. Perdonad...

—¿Qué hay, señor Ariste?

—El rey me ha encargado entregaros una libranza.

—¿Contra vuestra caja?

—No, señor; contra la del señor Fouquet.

D'Artagnan, sorprendido, leyó la libranza, de puño y letra del rey, por valor de doscientos doblones.

« ¡Cómo! —pensó después de haber dado cortésmente las gracias al escribiente del señor Brienne—. ¡Va a ser ese viaje a costa del señor Fouquet?

¡Diantre! Esto es puro Luis XI. ¿Por qué no haberlo hecho contra la caja del señor Colbert? ¡Habría pagado tan contento!».

Y D'Artagnan, fiel a su principio de no dejar enfriar jamás una libranza a la vista, se dirigió a casa del señor Fouquet para palpar sus doscientos doblones.

## Capítulo XXXV

---

### La cena

El superintendente había recibido aviso sin duda de la próxima partida a Nantes, pues daba a la sazón una comida de despedida a sus amigos. En toda la casa, la solicitud de los criados que llevaban platos, y la actividad de los registros, atestiguaban un próximo trastorno en la caja y en la cocina. D'Artagnan, con su libranza en la mano, se presentó en las oficinas, donde se le manifestó que era demasiado tarde para cobrar, que estaba cerrada la caja.

El capitán sólo replicó esta frase:

—¡Servicio del rey!

El escribiente, algo turbado al ver la gravedad del capitán, dijo que aquella razón era muy respetable, pero que también lo eran los usos de la casa; en su consecuencia, rogaba al portador que volviese al día siguiente:

El mosquetero pidió que le dejasen ver al señor Fouquet.

El escribiente replicó que el señor superintendente no se mezclaba en aquellas minucias, y, bruscamente, cerró su última puerta en las narices de D'Artagnan.

Este había previsto el golpe, y puso su bota entre la puerta y el jambaje de suerte que no pudo cerrar el escribiente, y quedó otra vez cara a cara con su interlocutor. Al fin, cambió de tono para decir a D'Artagnan, con una cortesía espantada:

—Si deseáis hablar al señor superintendente, id a las antecámaras; aquí están las oficinas, donde nunca viene monseñor.

—¡Enhorabuena! ¡Hubierais dicho eso desde un principio! —replicó D'Artagnan.

—Al otro lado del patio —dijo el escribiente, gozoso de verse libre. D'Artagnan atravesó el patio, dejándose caer en medio de los criados.

—Monseñor no recibe a estas horas —le contestó un galopín que llevaba en una fuente de plata sobredorada tres faisanes y doce codornices.

—Decidle —repuso D'Artagnan deteniendo al criado por el extremo de la fuente— que soy el caballero D'Artagnan, capitán-teniente de los mosqueteros del rey.

El criado lanzó un grito de sorpresa y desapareció.

D'Artagnan le había seguido a pasos lentos. Llegó precisamente a tiempo de hallar en la antecámara al señor Pellisson, que algo pálido, venía, del comedor y acudía a informarse.

D'Artagnan sonrió.

—No es nada malo, señor Pellisson; sólo vengo a cobrar una libranza.

—Ah! exclamó respirando el amigo de Fouquet.

Y cogió al capitán de la mano, lo llevó tras de sí, e hizole entrar en la sala, donde gran número de amigos rodeaban al superintendente, colocado en el centro y sepultado en un sillón de almohadones.

Allí estaban reunidos todos los epicúreos que poco antes, en Vaux, hacían los honores de la casa del talento y del dinero del señor Fouquet.

Amigos joviales, afectuosos la mayor parte, no habían abandonado a su protector al aproximarse la tempestad, y, a pesar de las amenazas del cielo, a pesar de los temblores de tierra, allí estaban sonrientes, solícitos, consagrados al infortunio como lo habían estado a la prosperidad.

A la izquierda del superintendente, la señora de Bellière; a su derecha, la señora Fouquet: como si, desafiando las leyes del mundo y haciendo callar toda razón de miramientos vulgares, los dos ángeles protectores de aquel hombre se reuniesen para prestarle en un momento de crisis el apoyo de sus brazos entrelazados.

La señora de Bellière estaba pálida, temblorosa y llena de atenciones respetuosas hacia la superintendenta, que con una mano sobre la de su esposo, miraba ansiosamente la puerta por la que Pellisson iba a hacer entrar al capitán.

D'Artagnan se presentó con la mayor urbanidad primero, y admiración después, cuando, con su infalible mirada, adivinó la significación de todos los semblantes.

Fouquet, levantándose de su sillón:

—Perdonad —dijo—; caballero D'Artagnan, si no he salido a recibiros como viniendo en nombre del rey. Y acentuó estas últimas palabras con una especie de firmeza triste que heló el corazón de sus amigos.

—Monseñor —replicó D'Artagnan—, no vengo a vuestra casa en nombre del rey, sino con el único objeto de reclamar el pago de una libranza de doscientos doblones.

Despejáronse las frentes de todos; sólo la de Fouquet permaneció sombría.

—Ah! —dijo—. Señor, ¿partís también para Nantes, quizás? —No sé dónde

iré, monseñor.

—Pero —dijo la señora Fouquet serenada—, no os marcharéis tan pronto señor capitán, que no nos hagáis el honor de sentaros con nosotros.

—Señora, el honor lo sería, y muy grande, para mí; pero tengo tanta prisa, que ya veis, me he visto obligado a interrumpir vuestra comida para hacer efectiva esta libranza.

—Que será satisfecha en oro —dijo Fouquet, haciendo una seña a su intendente, que salió con la libranza que le tendía D'Artagnan.

—¡Oh! —exclamó éste—. No tenía inquietud por el pago: la casa es buena. En las pálidas facciones de Fouquet se dibujó una triste sonrisa.

—¿Estáis malo? —preguntó la señora de Bellière.

—¿Os da el ataque? —preguntó la señora Fouquet.

—Nada; gracias —replicó el superintendente.

—¿El ataque? —repitió a su vez el mosquetero—. ¿Estáis malo acaso, monseñor?

—Padezco unas tercianas que cogí después de las fiestas de Vaux.

—Alguna humedad en las grutas, de noche.

—No, no: una emoción, nada más.

—La excesiva solicitud que habéis desplegado en recibir al rey —dijo La Fontaine, tranquilamente, sin sospechar que lanzaba un sacrilegio.

—Jamás es demasiada la solicitud que se pone en recibir al rey —dijo dulcemente Fouquet a su poeta.

—El señor ha querido decir demasiado ardor —replicó D'Artagnan con perfecta franqueza y mucha amabilidad—. El hecho es, monseñor, que se ha practicado en Vaux la hospitalidad como en ninguna parte.

La señora Fouquet dejó entrever en su semblante que, si Fouquet se había conducido bien con el rey, el rey no correspondía dignamente a su ministro.

Mas D'Artagnan sabía el terrible secreto; lo sabía además de Fouquet. Aquellos dos hombres no tenían, el uno el valor de quejarse del otro, ni éste el derecho de acusar.

El capitán, a quien trajeron sus doscientos doblones, iba ya a despedirse, cuando Fouquet se levantó, cogió un vaso e hizo dar otro a D'Artagnan.

—Caballero —dijo—, a la salud del rey, suceda lo que quiera.

—Y a la vuestra, monseñor, suceda lo que quiera —dijo D'Artagnan bebiendo.

Y después de estas palabras de mal agüero, saludó a la concurrencia, que se levantó cuando hizo su saludo, oyéndose sus espuelas y sus botas hasta lo último de la escalera.

—Llegué a creer por un momento que venían por mí y no por mi dinero —dijo Fouquet, esforzándose por reír.

—¡Por vos! —exclamaron sus amigos—. ¿Y por qué, Dios mío?

—¡Oh! —murmuró el superintendente—. No nos hagamos ilusiones, mis queridos hermanos en Epicuro. No quiero establecer comparaciones entre el más humilde pecador de la tierra y el Dios a quien adoramos; mas, recordad que un día dio a sus amigos una comida, que se llama la Cena, y que no fue otra cosa que una comida como la que hacemos en este instante.

Un grito, doloroso de negación partió de todos los ángeles de la mesa.

—Cerrad las puertas —ordenó Fouquet.

Y los criados desaparecieron.

—Amigos míos —continuó Fouquet bajando la voz—, ¿qué era yo en otro tiempo? ¿Qué soy actualmente? Reflexionadlo y responded. Un hombre como yo desciende, por razón misma de no elevarse ya. ¿Qué dirán cuando realmente descienda? No tengo ya dinero, no tengo ya crédito, no tengo ya más que enemigos poderosos y amigos sin valimiento.

—¡Pronto! —exclamó Pellisson levantándose—. Puesto que os explicáis con esa franqueza, a nosotros nos toca ser franceses también. Sí, estáis perdido; sí, os precipitáis en vuestra ruina: deteneos. En primer lugar, ¿qué dinero nos queda?

—Setecientas mil libras —dijo el intendente.

—El pan —murmuró la señora Fouquet.

—La posta —dijo Pellisson—, la posta, y huid.

—¿A dónde?

—A Suiza, a Saboya; pero huid. Si monseñor huye —dijo la señora de Bellière—, dirán que era culpable y que tuvo miedo.

—Dirán más aún. Dirán que me he llevado veinte millones.

—Escribiremos memorias para justificarnos —dijo La Fontaine—; huid.

—Me quedaré —dijo Fouquet—; y, además, ¿qué iba a hacer?

—¡Tenéis a Belle-Île! —exclamó el abate Fouquet.

—Y hacia allí voy naturalmente, yendo a Nantes —repuso le superintendente—. ¡Paciencia, pues, paciencia!

—¡Pero cuánto hay que caminar antes de llegar a Nantes! dijo la señora Fouquet.

—Si lo sé —replicó Fouquet—; pero ¿qué se ha de hacer? El rey me llama a los Estados. Bien sé que es para perderme; mas negarme a acudir es mostrar recelo.

—Pues bien, he hallado el medio de conciliarlo todo —exclamó Pellisson—. Marcharéis a Nantes. Fouquet miró sorprendido.

—Pero con amigos, en vuestra carroza hasta Orléans; en vuestra gabarra hasta Nantes; dispuesto siempre a defenderos si os atacan; a escapar si os amenazan; en una palabra, llevaréis vuestro dinero para todo evento, y, al paso que huis, no habréis hecho más que obedecer al rey; luego, ganado el mar cuando queráis, os embarcaréis para Belle-Île, y, desde allí, os dirigiréis adonde os plazca, semejante al águila que sale y hiende el espacio cuando la han

desalojado de su nido.

Unánime asentamiento acogió las palabras de Pellisson.

—Si, haced eso —dijo la señora Fouquet a su marido.

—Hacedlo —añadió la señora de Bellière.

—¡Hacedlo, hacedlo! —repitieron todos los amigos.

—Lo haré —replicó Fouquet.

—Desde esta misma noche.

—Dentro de una hora.

—Inmediatamente.

—Con setecientas mil libras, reharéis una fortuna —dijo el abate Fouquet—.

¿Qué nos impide armar corsarios en Belle-Île?

—Y, si es necesario, iremos a descubrir un nuevo mundo —añadió La Fontaine, ebrio de proyectos y de entusiasmo.

Un golpe en la puerta interrumpió aquel concurso de alegría y de esperanza.

—¡Un correo del rey! —gritó el maestro de ceremonias.

Entonces se hizo profundo silencio, como si el mensaje que traía el correo no fuese más que una respuesta a todos los proyectos concebidos momentos antes.

Todos esperaron ver qué hacía el amo, cuya frente estaba bañada en sudor, pues, realmente tenía calentura.

Fouquet pasó a su gabinete para recibir el mensaje de Su Majestad.

Reinaba, como hemos dicho, tal silencio en las cámaras, que se oyó la voz de Fouquet que respondía:

—Está bien, señor.

Aquella voz parecía, no obstante, desfallecida por la fatiga y alterada por la emoción.

Un instante después, Fouquet llamó a Gourville, que atravesó la galería en medio de universal expectación.

Al fin volvió a presentarse Fouquet entre sus invitados; pero no era ya el mismo rostro, pálido y alterado, que le habían visto salir; de pálido se había puesto lívido, y, de alterado, en descompuesto. Espectro viviente, adelantándose con los brazos tendidos y la boca seca, como la sombra que viene de saludar amigos de otro tiempo.

A aquel espectáculo todos se levantaron, todos gritaron, todos corrieron a Fouquet.

Este, mirando a Pellisson, se apoyó en la superintendencia, y estrechó la mano helada de la señora de Bellière.

—¿Y qué? —dijo una voz que no tenía nada de humana.

—¿Qué sucede, Dios mío? —le dijeron.

Fouquet abrió su mano derecha, crispada, húmeda, y se vio en ella un papel, que se apresuró a recoger Pellisson, aterrado.

Este leyó las siguientes líneas, de puño y letra del rey:

*Querido y amado señor Fouquet, dadnos, sobre lo que nos resta de vuestra pertenencia, la cantidad de setecientos mil libras que necesitamos hoy para nuestra marcha.*

*Y como sabemos que vuestra salud no es buena, pedimos a Dios que os restablezca cuánto antes y os tenga en su santa guarda.*

*La presente se tendrá por recibo.*

Un murmullo de espanto circuló por la sala.

—Y bien —exclamó Pellisson a su vez—, ¿tenéis esa carta?

—La he recibido, sí.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Nada, ya que la he recibido.

—Pero...

—Si la he recibido, Pellisson, es que he pagado —replicó el superintendente con una sencillez que arrancó el corazón a los concurrentes.

—¿Habéis pagado? —exclamó la señora Fouquet con desesperación—. ¡Entonces, estamos perdidos!

—Vamos, vamos, basta de palabras inútiles —interrumpió Pellisson—. Después del dinero, la vida. ¡Monseñor, a caballo, a caballo!

—¡Abandonarnos! —exclamaron a la vez las dos mujeres ebrias de dolor.

—¡Eh, monseñor, poniéndoos vos en salvo, nos salváis a todos! ¡A caballo!

—Pero si no puede tenerse en pie!

—¡Oh! Si reflexionáis... —dijo el intrépido Pellisson.

—Tenéis razón —dijo Fouquet.

—¡Monseñor, monseñor! —gritó Gourville, subiendo de cuatro en cuatro los escalones—. ¡Monseñor!

—¿Qué ocurre?

—Ya sabéis que fui escoltando el correo del rey con el dinero.

—Sí.

—Pues bien, al llegar al Palais Royal, vi...

—Respira un poco, mi buen amigo, te sofocas.

—¿Qué visteis? —gritaron los amigos impacientes.

—Vi a los mosqueteros montar a caballo.

—¿Veis? —gritaron—. ¡Veis? ¡Hay un instante que perder!

La señora Fouquet se precipitó por las escaleras, pidiendo sus caballos.

La señora de Bellière lanzóse a cogerla en sus brazos, y le dijo:

—Señora, en nombre de su salvación, no manifestéis ninguna alarma.

Pellisson corrió para hacer enganchar las carrozas.

Y entretanto, Gourville recogió en su sombrero el oro y plata que los amigos, llorosos y asustados, pudieron echar, última ofrenda, piadosa limosna hecha a la desgracia por la pobreza.

El superintendente, arrastrado por unos, llevado por otros, fue metido en su carroza. Gourville subió al pescante y tomó las riendas. Pellisson sostuvo a la señora Fouquet desmayada.

La señora de Bellière tuvo más valor, y obtuvo en ello su recompensa, pues recogió el último beso de Fouquet.

Pellisson explicó fácilmente aquella acelerada marcha por una orden del rey, que llamaba a los ministros a Nantes.

## Capítulo XXXVI

---

En la carroza del señor Colbert

Según había visto Gourville, los mosqueteros del rey montaban a caballo y seguían a su capitán.

Este, que no quería le molestasen en sus andanzas, dejó su brigada a las órdenes de un teniente, y se marchó, por su parte, con caballos de posta, recomendando a sus hombres la mayor actividad.

Por mucho que ellos corriesen, no podían llegar antes que él.

Al pasar por delante de la calle Croix-des-Petits-Champs, vio algo que le dio mucho en qué pensar. Vio al señor Colbert salir de su casa y subir a una carroza parada a la puerta. En aquella carroza, D'Artagnan distinguió cofias de mujer, y, como era curioso, quiso saber el nombre de aquellas mujeres.

A fin de verlas, pues se hacían las desentendidas, puso su caballo tan cerca de la carroza, que su bota de embudo rozó con el manto y todo lo conmovió, continente y contenido.

Las damas, atemorizadas, lanzaron, la una un débil grito, en el que D'Artagnan reconoció a una joven, la otra una imprecación, en la que reconoció el vigor y el aplomo que dan medio siglo.

Apartáronse las cofias: una de las mujeres era la señora Vanel, la otra la duquesa de Chevreuse.

D'Artagnan anduvo más listo que las damas. Las reconoció, y ellas no le conocieron; y como riesen ellas de su miedo, estrechando afectuosamente las manos:

« ¡Bien! —dijo para sí D'Artagnan—. La vieja duquesa no es tan mirada en amistades como lo fue en otro tiempo. ¡Hace la corte a la querida del señor Colbert! ¡Pobre señor Fouquet! Nada bueno le presagia esto» .

Y se alejó. El señor Colbert tomó asiento en la carroza, y aquel noble trío emprendió una peregrinación bastante lenta hacia el bosque de Vincennes.

Por el camino, la señora de Chevreuse dejó a la señora Vanel en casa de su señor marido, y, quedándose sola con Colbert, prosiguió su paseo hablando de negocios. Tenía un fondo de conversación inagotable la querida duquesa, y, como siempre hablaba para mal de otro y en provecho propio, su conversación entretenía al interlocutor y no dejaba de ser para ella bastante útil.

Dijo a Colbert que se hallaba ignorante de ello, lo gran ministro que era, y la nulidad a que vendría a parar Fouquet. Prometióle poner de su parte, cuando fuese superintendente, a toda la antigua nobleza del reino, y le pidió su opinión sobre la preponderancia de La Vallière.

Lo elogió, le censuró y lo aturdió. Le descubrió el secreto de tantos secretos, que Colbert temió por un momento habérselas con el diablo, probándole que tenía en sus „anos al Colbert de hoy, como había tenido al Fouquet de ayer.

Y como, ingenuamente, le preguntase él la razón del odio que sentía al superintendente:

—¿Por qué le aborrecéis vos? —dijo ella.

—Señora —contestó Colbert—, en política las diferencias de sistema pueden causar disidencias entre los hombres. He creído que el señor Fouquet practicaba un sistema opuesto a los intereses del rey.

La duquesa le interrumpió:

—No os hablo ya del señor Fouquet. El viaje que hace el rey a Nantes vendrá a darnos la razón. El señor Fouquet, para mí, es hombre gastado. Para vos también. Colbert no replicó.

—Al regreso de Nantes —prosiguió la duquesa—, el rey, que sólo busca un pretexto, hallará que los Estados se han conducido mal, que han hecho pocos sacrificios. Los Estados dirán que los impuestos son demasiados pesados, y que la superintendencia los ha arruinado. El rey se quejará al señor Fouquet, y entonces...

—¡Oh! Caerá en desgracia. ¿No sois del mismo parecer?

—¿Qué? —dijo Colbert.

Colbert lanzó a la duquesa una mirada que quería decir: « Si el señor Fouquet queda sólo privado de su alimento, no será por vos» .

—Es preciso —apresuróse a decir la señora de Chevreuse— que tengáis bien marcado vuestro puesto, señor Colbert. ¿Veis a alguien entre el rey y vos, después de la caída del señor Fouquet?

—No os entiendo —replicó Colbert.

—Ahora me comprenderéis. ¿Hasta qué punto llegan vuestras ambiciones?

—No las tengo.

—Era inútil entonces derribar al superintendente, señor Colbert. Es ocioso.

—He tenido el honor de deciros, señora...

—¡Oh, sí! Ya sé: el interés del rey; mas, hablemos del vuestro.

—El mío es servir a Su Majestad.

—En fin, ¿perdéis o no al señor Fouquet? Contestad sin rodeos, señora, yo no pierdo a nadie.

—No comprendo entonces por qué me habéis comprado tan caras las cartas de Mazarino, relativas al señor Fouquet. Tampoco concibo por qué habéis enseñado al rey esas cartas.

Colbert, estupefacto, miró a la duquesa, y con aire contrariado:

—Señora —dijo—, todavía concibo yo menos, cómo vos, que habéis tomado el dinero, venís ahora echándome eso en cara.

—Es que —replicó la vieja duquesa— hay que querer lo que se quiere, a menos que no se pueda hacer lo que se quiere.

—¡Hola! —exclamó Colbert, desconcertado por aquella brusca lógica.

—No podéis, ¿he? Decid.

—No puedo, lo confieso, destruir en el rey ciertas influencias.

—Que combaten por el señor Fouquet. ¿Cuáles? Esperad, que os ayudaré.

—Bien, señora.

—¿La Vallière?

—¡Oh! Poca influencia, ningún conocimiento en los negocios, y nada de fuerza. El señor Fouquet le ha hecho la corte.

—Defenderle, sería acusarse a sí misma, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—Todavía haya otra influencia, ¿no os parece?

—Considerable.

—¿La reina madre acaso?

—Su Majestad la reina madre tiene por el señor Fouquet una debilidad muy perjudicial para su hijo.

—No lo creáis —dijo la vieja sonriendo.

—¡Oh! —exclamó Colbert con incredulidad—. ¡He tenido tantas pruebas de ello!

—¿En otro tiempo?

—Y también ahora, en Vaux. Fue ella quien impidió al rey que detuvieran al señor Fouquet.

—No todos los días tiene uno la misma opinión, querido señor. Lo que la reina pudo querer hace poco, tal vez no lo quiera hoy.

—¿Por qué? —murmuró Colbert extrañado.

—El motivo poco importa.

—Al contrario, importa mucho; porque si yo estuviera seguro de no desagradar a Su Majestad la reina madre, todos mis escrúpulos serían leves.

—Supongo que no habréis dejado de oír hablar de cierto secreto.

—¿Un secreto?

—Llamadlo como queráis. Lo cierto es que la reina madre mira con horror a los que han tenido parte en el descubrimiento de ese secreto, y creo que el señor Fouquet es uno de ellos.

—Entonces —replicó Colbert—, ¿podría contar con el asentimiento de la reina madre?

—Acabo de separarme de Su Majestad, que me lo ha asegurado.

—Enhorabuena, señora.

—Hay más. ¿Conocéis a un hombre que era amigo íntimo del señor Fouquet, el señor de Herblay, un obispo, según creo?

—Obispo de Vannes.

—Pues bien; a ese señor de Herblay, que sabía también ese secreto, le ha hecho perseguir la reina madre con encarnizamiento.

—¿De veras?

—De tal modo, que, aun muerto, quería tener su cabeza para asegurarse de que no hablará.

—¿Es ese el deseo de la reina madre?

—Una orden.

—¿Buscan a ese señor de Herblay, señora?

—¡Oh! Bien sabemos donde está. Colbert miró a la duquesa.

—Decid, señora.

—Está en Belle-Île-en-Mer.

—¿En tierras del señor Fouquet?

—En tierras del señor Fouquet.

—¡Lo tendremos!

La duquesa sonrió a su vez.

—No creáis eso tan fácil —dijo—, ni lo prometáis con tanta ligereza.

—¿Por qué, señora?

—Porque el señor de Herblay no es de esos hombres a quienes se prende cuando se quiere.

—Entonces, será un rebelde.

—¡Oh! Nosotros, señor Colbert, hemos pasado toda nuestra vida siendo rebeldes, y, no obstante, bien lo veis, lejos de ser cogidos, prendemos a los demás.

Colbert clavó en la vieja duquesa una de esas miradas feroces que no tienen traducción, y, con firmeza no exenta de dignidad:

—No estamos en los tiempos —dijo— en que los súbditos conseguían ducados haciendo la guerra al rey de Francia. Si el señor de Herblay conspira, morirá en un cadalso. Poco nos importa que eso agrade a no a sus amigos.

Aquel *nos*, raro en la boca de Colbert, dejó un momento pensativa a la duquesa, sorprendida de contar interiormente con aquel hombre.

Colbert había logrado la superioridad en la conversación, y quiso conservarla.

—¿Me pedís, señora —dijo— que mande prender a ese señor de Herblay?

—¿Yo? Nada os pido.

—Creía, señora; pero, puesto que me he engañado, demos tiempo al tiempo. El rey no ha dicho nada todavía.

La duquesa se mordió las uñas.

—Por otra parte —continuó Colbert—, ese obispo es muy poca cosa. ¡Caza de rey, un obispo! No pienso siquiera ocuparme de él.

El odio de la duquesa se descubrió.

—Caza de mujer —dijo—, y la reina es una mujer. Si ella quiere que detengan al señor de Herblay, sus razones tendrá. Por otra parte, ¿no es el señor de Herblay amigo del que va a caer en desgracia?

—¡Oh! Eso poco importa —dijo Colbert—. Respetaremos a ese hombre, si no es enemigo del rey. ¡Lo llevaríais a mal!

—Yo no digo nada.

—Sí... quisierais verlo preso, en la Bastilla, por ejemplo.

—Creo que un secreto está mejor guardado tras los muros de la Bastilla que no tras los de Belle-Île.

—Hablaré de eso al rey, y él proveerá.

—Y, entretanto, el señor obispo de Vannes escapará. Yo haría igual.

—¡Escapar él! ¿Y adónde? Europa es nuestra, si no de hecho, de voluntad.

—Nunca le faltará un asilo, señor. Bien se ve que no sabéis con quién os las habéis. No conocéis al señor de Herblay, ni habéis conocido a Aramis. Ese es uno de aquellos cuatro mosqueteros que, en tiempo del difunto rey, hicieron temblar al cardenal de Richelieu, y que durante la Regencia dieron tanto que hacer a monseñor Mazarino.

—Pero, señora, ¿cómo se las ha de componer, a no ser que tenga un reino propio?

—Lo tiene, señor.

—¿Un reino él, el señor de Herblay?

—Os repito, señor, que si necesita un reino, lo tiene o lo tendrá.

—En fin, puesto que tenéis tanto interés en que no escape, señora, ese rebelde, os lo aseguro, no escapará.

—Belle-Île está fortificada, señor Colbert, y fortificada por él.

—Aun cuando fuese él mismo quien la defendiese, Belle-Île no es inexpugnable, y si el señor obispo de Vannes se ha encerrado allí, se sitiaria la plaza y la tomaremos.

—Podéis estar seguro, de que el celo que tengáis por los intereses de la reina madre complacerá en extremo a Su Majestad y os proporcionará una magnífica recompensa; mas, ¿qué podré decirle de vuestros proyectos acerca de ese hombre?

—Que una vez cogido, será sepultado en una fortaleza de donde jamás saldrá

su secreto.

—Muy bien, señor Colbert; podemos decir que desde este momento hemos hecho ambos una alianza sólida, y que me tenéis consagrada a vuestro servicio.

—Soy yo, señora, quien me consagro al vuestro. Ese caballero de Herblay es un espía de España, ¿no es cierto?

—Más que eso.

—¿Un embajador secreto?

—Subid más.

—Aguardad... El rey Felipe III es devoto. ¿Será... el confesor de Felipe III?

—Más alto todavía.

—¡Diantre! —exclamó Colbert, olvidándose hasta de jurar delante de aquella gran dama, de aquella vieja amiga de la reina madre, de la duquesa de Chevreuse, en fin—. ¡Será, pues, el general de los jesuitas?

—Creo que lo habéis adivinado —respondió la duquesa.

—¡Ah, señora! ¡Entonces, ese hombre nos perderá a todos, si no le perdemos a él, y aun es preciso apresurarse!

—Esa era mi opinión, señor, mas no me atrevía a deciroslo.

—Y ha sido una fortuna que haya atacado al trono, en vez de atentar contra nosotros.

—Pero notad bien una cosa, señor Colbert: jamás se desanima el señor de Herblay, y, si el golpe le ha salido mal, volverá a empezar. Si ha dejado escapar la ocasión de darse un rey a su gusto, tarde o temprano se dará otro, del cual, a buen seguro, no seréis el primer ministro.

Colbert frunció el ceño con expresión amenazadora.

—Cuento con que la prisión nos arreglará este asunto de un modo satisfactorio para los dos, señora. La duquesa sonrió.

—¡Si supieseis —dijo— cuántas veces ha salido Aramis de la prisión!

—¡Oh! —replicó Colbert—. Ya cuidaremos de que esta vez no salga.

—Pero ¿no habéis oído lo que os he dicho poco ha? ¿No recordáis que Aramis era uno de los cuatro invencibles a quienes tanto temía Richelieu? Y en aquella época no tenían lo que hoy tienen; dinero y experiencia.

Colbert se mordió los labios.

—Renunciaremos a la prisión —dijo en tono mas bajo—, y buscaremos un retiro de donde no pueda salir el invencible.

—¡Así me gusta, aliado nuestro! —repuso la duquesa—. Mas se va haciendo tarde. ¿Volvemos?

—Con tanto más placer, señora, cuanto que tengo que hacer mis preparativos para salir con el rey.

—¡A París! —gritó la duquesa al cochero.

Y la carroza volvió hacia el barrio de San Antonio, tras la conclusión de aquel tratado que entregaba a la muerte al último amigo de Fouquet, al último defensor

de Belle-Île, al antiguo amigo de María Michón, al nuevo enemigo de la duquesa.

## Capítulo XXXVII

---

### Las dos gabarras

El capitán había partido; Fouquet también, y con una rapidez que redoblaba el tierno interés de sus amigos.

Los primeros momentos de aquel viaje, o, mejor, de aquella fuga, fueron turbados por el temor incesante de todos los caballos, de todas las carrozas que se veían detrás del fugitivo.

No era natural, en efecto, que Luis XIV, si quería aquella presa, la dejase escapar; el joven león sabía ya de caza, y tenía sabuesos bastante ardientes para poder descansar en ellos.

Mas, insensiblemente, todos los temores fueron desapareciendo; el superintendente, a fuerza de correr, puso tal distancia entre él y los perseguidores, que razonablemente, nadie podía alcanzarle. Respecto al pretexto del viaje, sus amigos lo habían encontrado excelente ¿No viajaba para ir a reunirse con el rey en Nantes, y la misma rapidez no atestiguaba su celo?

Llegó fatigado, pero tranquilo, a Orléans, donde, merced a los cuidados de un correo que le había precedido, halló una hermosa gabarra de ocho remeros.

Aquellas gabarras, en forma de góndolas, algo anchas y algo pesadas, que tenían una pequeña cámara cubierta en forma de combés, y una cámara de popa formada por una tienda, hacían entonces el servicio de Orléans a Nantes por el Loira; y la travesía, larga ahora, parecía entonces mas cómoda y suave que el camino real, con sus jacos de posta o sus malas carrozas apenas suspendidas. Fouquet entró en aquella gabarra, que partió inmediatamente. Los remeros, al saber que tenían el honor de conducir al superintendente de Hacienda, maniobraban con el mayor afán y la palabra mágica Hacienda, prometíales una buena gratificación, de que querían hacerse dignos.

La gabarra voló sobre las olas del Loira. Un tiempo magnífico, uno de esos soles de levante que empurpuran los paisajes, dejaba al río toda su limpia serenidad. La corriente y los remeros llevaron a Fouquet como las alas llevan a las aves; llegó a Beaugency sin que ningún incidente interrumpiese el viaje.

Fouquet contaba con llegar el primero a Nantes; allí vería a los notables y se buscaría un apoyo entre los principales miembros de los Estados; haciéndose necesario, cosa fácil a un hombre de su mérito, retrasaría la catástrofe, si no conseguía evitarla enteramente.

—Por lo demás —le decía Gourville—, en Nantes adivinaréis o adivinaremos las intenciones de vuestros enemigos; tendremos preparados los caballos para internarnos en el inextricable Poitou, una barca para ganar el mar, Belle-Île es el puerto inviolable. Ya veis, además, que nadie nos acecha ni nos sigue.

Apenas acababa de hablar, cuando se distinguió a lo lejos, detrás de un recodo formado por el río, la arboladura de una gabarra importante que bajaba.

Los remeros de la barca de Fouquet lanzaron un grito de sorpresa al divisar aquella gabarra.

—¿Qué hay? preguntó Fouquet.

—Hay, monseñor —respondió el patrón del barco—, que es muy extraordinario que esa gabarra marche como un huracán.

Gourville se estremeció, y subió al combés para ver mejor. Fouquet no subió, pero dijo a Gourville con una desconfianza dominada:

—Ved lo que es eso, querido.

La gabarra acababa de doblar el recodo. Navegaba tan aprisa, que detrás de ella veíase burbujeante el blanco rastro de su surco, iluminado por los resplandores del día.

—¡Cómo van! —repetía el patrón—. ¡Cómo van! Buena debe ser la paga. No creía —continuó el patrón— que ningún remo pudiese aventajar a los nuestros, pero éso me prueban lo contrario.

—¡Ya lo creo! —dijo uno de los remeros—. Como que ellos son doce y nosotros no somos más que ocho.

—¡Doce! —exclamó Gourville—. ¡Doce remeros! Imposible!

Nunca se ponían, en efecto, arriba de ocho remeros para una gabarra, ni aun para el mismo rey. Ese honor se le había hecho al señor superintendente, más por ir de prisa que por respeto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gourville, procurando distinguir bajo la tienda, que ya se divisaba, a los viajeros que no podía reconocer todavía la vista más perspicaz.

—¡Prisa deben traer! ¡Porque no es el rey! —dijo el patrón. Fouquet estremeciésole.

—¿En qué conocéis que no es el rey? —dijo Gourville.

—Primero, porque no diviso el pabellón blanco con flores de lis, que la

gabarra real lleva siempre.

—Y luego —añadió Fouquet—, porque el rey estaba ayer aún en París.

Gourville respondió al superintendente con una mirada que significaba «También estabais vos».

—¿Y en qué se conoce que traen prisa? —añadió para ganar tiempo.

—En que esa gente —dijo el patrón— ha debido salir mucho después que nosotros, y ya nos han alcanzado o poco menos.

—¡Bah! —exclamó Gourville—. ¿Y quién os dice que esa gente no ha salido de Beaugency, o de Niort, quizás?

—No hemos visto ninguna gabarra de esa fuerza sino en Orléans. Viene de Orléans, señor, y se despacha.

Fouquet y Gourville cambiaron una mirada.

El patrón notó aquella inquietud. Gourville, para distraer su atención:

—Algún amigo —dijo— que habrá apostado a alcanzarnos; ganemos la apuesta, y no nos dejemos alcanzar.

El patrón abría la boca para decir que no era posible, cuando Fouquet, con altivez:

—Si es alguien que quiere alcanzarnos —dijo—, dejémosle venir.

—Puede intentarse, monseñor —dijo el patrón tímidamente—. ¡Vamos, muchachos, nervio! ¡Bogad!

—No —dijo Fouquet—, al contrario, parad pronto!

—¡Monseñor, qué locura! —interrumpió, Gourville, inclinándose a su oído.

—¡Parad pronto! —repetía Fouquet.

Los ocho remeros detuvieron, y, resistiendo el agua, imprimieron un movimiento retrógrado a la gabarra, que se detuvo.

Los doce remeros de la otra no advirtieron de pronto aquella maniobra, y continuaron empujando el esquife con tal vigor, que se puso a distancia de un tiro de mosquete. El señor Fouquet tenía mala vista; a Gourville le molestaba el sol, que ofendía sus ojos; sólo el patrón, con esa práctica y esa precisión que da la lucha con los elementos, divisó distanciamente a los viajeros de la gabarra.

—¡Ya los veo! —exclamó—. Son dos.

—Yo nada veo —dijo Gourville.

—No tardaréis en distinguirlos; con unos golpes de remo se pondrán a veinte pasos de nosotros.

Pero no se verificó, lo que anunciaba el patrón; la gabarra imitó la maniobra mandada por Fouquet, y en vez de venir a reunirse con sus supuestos amigos, detuvose en medio del río.

—No lo entiendo —dijo el patrón.

—Ni yo —dijo Gourville.

—Vos que veis bien la gente de esa gabarra —prosiguió Fouquet—, procurad describirla, patrón, antes que nos alejemos demasiado.

—Creí haber visto dos —dijo el batelero—, pero no veo más que a uno bajó la toldilla.

—¿Cómo es?

—Moreno, anchó de hombros, corto de cuello.

Una nubecilla pasó por el azul, y fue en aquel momento a tapar el sol.

Gourville, que continuaba mirando con una mano sobre los ojos, pudo ver lo que buscaba, y, de pronto, saltando del combés a la cámara dónde le aguardaba Fouquet:

—¡Colbert! —le dijo, con voz alterada por la emoción.

—¿Colbert? —repitió Fouquet—. ¡Oh! ¡Eso sí que es extraño! ¡Pero no imposible!

—Os digo que lo reconozco, y tanto me ha reconocido él, que acaba de pasar a la cámara de popa. Tal vez le envíe el rey para hacernos volver.

—En ese caso trataría de alcanzarnos, en vez de quedar al pairo. ¿Qué hace ahí?

—Sin duda nos vigila, monseñor.

—No me gustan las incertidumbres —exclamó Fouquet—; marchemos a ella en derechura.

—¡Oh! ¡Monseñor, no hagáis eso! La gabarra lleva gente armada.

—¿Me detendrá, Gourville? ¿Por qué no viene, entonces?

—Monseñor, no es propio de vuestra dignidad correr en busca de vuestra perdición.

—¿Y sufrir que me aceche como a un malhechor?

—Nada hace creer hasta ahora que os aceche, monseñor; tened paciencia.

—¿Qué hacer, entonces?

—No os detengáis; id con una prisa que dejé sospechar vuestro celo por obedecer las órdenes del rey. Redoblemos la celeridad. ¡Quien viva, verá!

—Está bien. ¡Vamos! —exclamó Fouquet—. Ya que se paran, marchemos nosotros.

El patrón dio la señal, y los remeros de Fouquet reanudaron su ejercicio con todo el éxito que esperarse podía de gentes descansadas.

Apenas la gabarra hubo hecho cien brazas, cuando la otra, la de los doce remeros, siguió también su marcha. Aquella carrera duró todo el día, sin que disminuyera ni aumentase la distancia entre los dos equipos.

A la caída de la tarde, queriendo Fouquet tantear las intenciones de su perseguidor, mandó a los remeros que se aproximaran a tierra, como para hacer un desembarcó. La gabarra de Colbert imitó aquella maniobra, y singló hacia tierra oblicuando.

Por la más grande de las casualidades, en el sitió dónde Fouquet apartó desembarcar, un mozo de cuadra del palacio de Langeais seguía el florido ribazo conduciendo tres caballos del ronzal. Indudablemente, los de la gabarra de doce

remeros creyeron que Fouquet se dirigía en busca de caballos preparados para su fuga, pues de aquella gabarra saltaron cuatro o cinco hombres armados de mosquetes, y siguieron el ribazo como para ganar terreno hacia los caballos y el jinete.

Contento Fouquet de haber obligado al enemigo a una demostración, se dio por avisado, e hizo que siguiese la barca su viaje.

La gente de Colbert volvió inmediatamente a la suya, y la carrera entre los dos equipos continuó con renovada perseverancia.

Viendo aquello, Fouquet se sintió amenazado de cerca, y, con acento profético:

—Y bien, Gourville —dijo muy bajó—, ¿qué decía yo en nuestra última comida en casa? ¿Camino o no a mí ruina?

—¡Oh, monseñor!

—Estas dos barchas que se siguen con tal emulación, como si nos disputáramos Colbert y yo un premio de celeridad sobre el Loira, ¿no representa bien nuestras dos fortunas, y no crees, Gourville, que uno de los dos naufragará en Nantes?

—Al menos —objetó Gourville—, nada hay todavía de cierto; compareceréis ahora en los Estados, y haréis ver el hombre que sois; vuestra elocuencia y vuestra destreza os servirán para defenderos, si no para vencer. Los bretones no os conocen, Y cuando os conozcan, vuestra causa estará ganada. ¡Oh! Ya puede afirmarse bien Colbert, porque su gabarra está tan expuesta como la vuestra a zozobrar. Las dos van aprisa, la suya más que la vuestra, es verdad; pero así llegará antes al naufragio.

Fouquet, tomando la mano a Gourville:

—Amigo —dijo—, esto es cosa juzgada; recuerda el proverbio: «Los primeros van delante». ¡Pues bien, mira cómo Colbert cuida de no pasarme! ¡Oh, es muy prudente Colbert!

Y tenía razón. Las dos gabarras bogaron hasta Nantes, vigilándose una a otra. Cuando el superintendente abordó, Gourville pensó que podía buscar enseguida su refugio y hacer preparar caballos de refrescó.

Pero al desembarcar la segunda gabarra se reunió a la primera, y Colbert, acercándose a Fouquet, le saludó en el muelle con muestras del más profundo respetó.

Muestras tan significativas, tan bulliciosas, que dieron por resultado congregar toda una población en la Fosse.

Fouquet se poseía completamente; sentía que en sus últimos momentos de grandeza, aún tenía deberes consigo mismo.

—Quería caer de tan alto, que su caída hundiese a alguno de sus enemigos.

Colbert estaba allí; tanto peor para él.

El superintendente, acercándose a Colbert le dijo, con aquel guiño altanero de ojos que le era peculiar:

—¡Hola! ¿Sois vos, señor Colbert?

—Para rendiros mis homenajes, monseñor —dijo éste.

—¿Ibais en esa gabarra?

Y señaló la famosa barca de los doce remeros.

—Sí, monseñor.

—¿Doce remeros? —dijo Fouquet—. ¡Qué lujo, señor Colbert! Por un momento llegué a creer que fuese la reina madre o el rey.

—Monseñor...

Y Colbert se puso encarnado.

—He ahí un viaje que costará caro a quienes lo paguen, señor intendente —dijo Fouquet—. Pero, en fin, habéis llegado. Bien veis —añadió un momento después que yo, que no— tenía más que ocho remeros, he llegado antes que vos.

Y le volvió la espalda, dejándolo indeciso de saber realmente si todas las tergiversaciones de la segunda gabarra habían escapado a la primera.

A lo menos no le daba la satisfacción de manifestar que hubiese sentido miedo.

Colbert, tan rudamente sacudido, no se desanimó por eso, y replicó:

—No he ido tan de prisa, monseñor, porque me detenía cada vez que os deteníais vos.

—¿Y por qué, señor Colbert? —exclamó Fouquet irritado de aquella baja osadía—. Puesto que teníais un equipo superior al mío, ¿por qué no os unisteis a mí o me adelantasteis?

—Por respeto —respondió el intendente, inclinándose hasta el suelo.

Fouquet subió a una carroza que le enviaba la ciudad, sin saberse por qué ni cómo, y dirigióse a la Casa de Nantes, escoltado por inmenso gentío que hacía muchos días esperaba impaciente la convocatoria de los Estados.

Apenas se hubo instalado, salió Gourville para hacer preparar los caballos en el camino de Poitiers y de Vannes, y un barco en Paimboeuf.

Con tanto misterio, actividad y generosidad hizo estas operaciones, que nunca Fouquet, aquejado a la sazón por su acceso de fiebre, se halló más próximo a la salvación, salvo la cooperación de ese agitador inmenso de los humanos proyectos: la casualidad.

Divulgóse aquella noche por la ciudad la voz de que el rey venía a galope en caballos de posta, y que llegaría en diez o doce horas.

El pueblo, esperando al rey, se regocijaba mucho en ver a los mosqueteros llegados con el señor de D'Artagnan, su capitán, ya acuartelados en el palacio, del que ocupaban todos los puestos como guardia de honor.

El señor de D'Artagnan, que era muy cortés, se presentó a las diez en casa del superintendente para ofrecerle sus respetos, y aunque el ministro tenía la calentura y estaba bañado en sudor, quiso recibir al capitán, el cual quedó encantado de aquel honor, como se verá por la conferencia que ambos tuvieron.

## Capítulo XXXVIII

---

### Consejos de amigo

Fouquet se había acostado. D'Artagnan apareció en el umbral del aposento y fue saludado por el superintendente del modo mas afable.

—Buenos días, monseñor —dijo el mosquetero—. ¿Cómo os sentís del viaje?

—Muy bien. Gracias.

—¿Y de la fiebre?

—Bastante mal. Ya veis ahí mis bebidas. Apenas llegado, he impuesto a Nantes una contribución de tisana.

—Ante todo, es preciso dormir, monseñor.

—¡Pardiez! De buena gana dormiría, querido señor de D'Artagnan.

—¿Quién os lo impide?

—Vos, en primer lugar.

—¿Yo? ¡Ah, monseñor!

—Sin duda. ¿Es que en Nante, como en París, no venís en nombre del rey?

—¡Por Dios! ¡Monseñor! —replicó el capitán—, dejad en paz al rey! El día en que venga de parte de Su Majestad para lo que queréis decirme, os prometo no teneros en ansiedad. Me veréis poner a la espada, según la ordenanza, y me oiréis decir con mi voz de ceremonia: «Monseñor, en nombre del rey, os detengo!».

Fouquet tembló a pesar suyo; tan natural y vigoroso había sido el acento del espiritual gascón. La representación del hecho era casi tan espantosa como el hecho mismo.

—¿Me prometéis esa franqueza? —dijo el superintendente.

—¡Por mi honor! Pero no hemos llegado a ese punto, creedme.

—¿Qué os nace presumir eso, señor de D'Artagnan? Yo opino todo lo

contrario.

—No he oido hablar nada sobre el particular —replicó D'Artagnan.

—¡Eh, eh! —dijo Fouquet. No, no; sois un hombre agradable, a pesar de vuestra fiebre. El rey no puede, no debe menos de amaros en el fondo de su corazón. Fouquet hizo un visaje.

—¿Y qué decis del señor Colbert? ¿Creéis que me ama tanto como pensáis?

—No hablo del señor Colbert —replicó D'Artagnan—. Es un hombre excepcional. Posible es que no os ame; pero ¡diantre, la ardilla puede librarse de la culebra, con poco que ponga de su parte!

—Veo que me habláis como amigo —repuso Fouquet—, y, ¡por vida mía!, jamás he encontrado un hombre de vuestro espíritu y de vuestro corazón.

—Favor que me hacéis —dijo D'Artagnan—. ¡Haber aguardado a hoy para hacerme semejante cumplido!

—¡Qué ciegos somos! —murmuró Fouquet.

—Se pone ronca vuestra voz —dijo D'Artagnan—. Bebed, monseñor, bebed.

Y le presentó una taza de tisana con la amistad más cordial; Fouquet la tomó, y le dio las gracias con una amable sonrisa.

—Sólo a mí me pasan estas cosas —dijo el mosquetero—. Diez años he pasado casi bajo vuestras narices, cuando contabais el oro por toneles y reuníais una pensión de cuatro millones al año, y ni siquiera hicisteis alto en mí; y ahora echáis de ver que vivo en el mundo, precisamente en el momento...

—En que voy a caer —interrumpió Fouquet—. Es verdad, querido señor D'Artagnan.

—No digo eso.

—Lo pensáis nada más. Pues bien, si caigo, tened por cierto que no pasará día sin que me diga, dándome en la frente: « ¡Loco, loco! ¡Estúpido mortal! ¡Teníais al señor de D'Artagnan en tu mano, y no te has servido de él! ¡Y no le has enriquecido! ».

—¡Me abrumáis! —dijo el capitán—. Soy un apasionado vuestro.

—Otro hombre que no piensa como el señor Colbert —dijo el superintendente.

—¡Ese Colbert es vuestra pesadilla! Esto es peor que vuestra fiebre.

—¡Ah! Tengo mis razones —dijo Fouquet—. Juzgad.

Y le contó los incidentes de la carrera de las gabarras y la hipócrita persecución de Colbert.

—¿No es esa la mejor señal de mi ruina?

D'Artagnan se puso serio.

—Es verdad —dijo—. Sí, eso me huele mal, como decía el señor de Tréville. Y fijó en Fouquet su mirada inteligente y significativa.

—¿No os parece, capitán, que estoy bien designado? ¿No creéis que el rey me trae a Nantes para aislar me de París, donde tantas criaturas tengo, y para

apoderarse de Belle-Île?

—Donde está el señor de Herblay —añadió D'Artagnan.

Fouquet levantó la cabeza.

—En cuanto a mí, monseñor —prosiguió D'Artagnan—, puedo aseguraros que el rey nada me ha dicho contra vos.

—¿De veras?

—El rey me ha mandado marchar a Nantes, y no decir nada al señor de Gesvres.

—Mi amigo.

—Al señor de Gesvres, vuestro amigo, sí, monseñor —continuó el mosquetero, cuyos ojos no cesaban de hablar un lenguaje opuesto al de sus labios—. El rey me mandó también tomar una brigada de mosqueteros, lo cual es superfluo al parecer, porque el país está tranquilo.

—¿Una brigada? —exclamó Fouquet incorporándose sobre un codo.

—Noventa y seis jinetes, sí, monseñor, el mismo número que se preparó para detener a los señores de Chalais, de Cinq-Mars y Montmorency.

Fouquet prestó oído a aquellas palabras, pronunciadas sin valor aparente.

—¿Y qué más? —dijo.

—Algunas otras órdenes insignificantes, tales como: «Guardar el palacio; guardar cada alojamiento; no dejar que dé centinela ninguno de los guardias del señor Gesvres». Del señor de Gesvres, vuestro amigo.

—Y para mí —preguntó Fouquet—, ¿qué orden tenéis?

—Para vos, monseñor, ni la menor palabra.

—¡Señor de D'Artagnan!, se trata de salvarme el honor y mi vida, quizás. Supongo que no me engañaréis.

—¡Yo! ¿Y con qué objeto? ¿Estáis amenazado? Verdad es que hay, en cuanto a barcos y carrozas, una orden...

—¿Una orden?

—Sí; pero no puede tener relación con vos. Simple medida de policía.

—¿Cuál, capitán, cuál?

—Impedir que salga de Nantes ningún caballo ni barco sin un salvoconducto firmado por el rey.

—¡Gran Dios! Pero... D'Artagnan se echó a reír.

—Eso no tendrá ejecución hasta la llegada del rey a Nantes; por tanto, ya veis que la medida no os concierne.

Fouquet quedó pensativo, y D'Artagnan fingió no reparar en su preocupación.

—Para que os confie el tenor de las órdenes que me han dado, preciso es que os quiera, y ya veis que ninguna puede comprenderlos.

—Es verdad —dijo distraído Fouquet.

—Recapitulemos —repuso el capitán con su golpe de vista cargada de insistencia—; guardia especial y severa del palacio, en el que tendréis vuestra

habitación, ¿no es así? ¿Conocéis el palacio...? ¡Ah, una verdadera cárcel, monseñor! Ausencia absoluta del señor de Gesvres, que tiene el honor de ser amigo vuestro... Clausura de las puertas de la ciudad y del río, salvo pase, pero sólo cuando haya llegado el rey... ¿Sabéis, señor Fouquet, que si en lugar de hablar a un hombre como vos, que sois de los principales del reino, hablase a una conciencia turbada e inquieta, me comprometería para siempre? ¡Bella ocasión para quien quisiera largarse! ¡Ni policía, ni guardias, ni órdenes; el agua libre, el camino franco; el caballero D'Artagnan obligado a prestaros sus caballos si se los pidiesen...! Todo esto debe tranquilizaros, señor Fouquet; porque el rey no me habría dejado en tanta independencia si tuviese malos designios. Conque, señor Fouquet, pedidme cuanto pueda agradaros; estoy a vuestra disposición; sólo querría, si lo tenéis a bien, que me hiciésemos un favor: el de dar los buenos días a Aramis y a Porthos, en el caso de que os embarquéis para Belle-Île, como podéis hacer perfectamente, incontinenti, en el acto, en bata como estáis.

Y a estas palabras, y con una profunda reverencia, el mosquetero, cuyas miradas no habían perdido nada de su inteligente benevolencia, salió del aposento y desapareció. No había llegado a la escalinata del vestíbulo, cuando Fouquet, fuera de sí, colgándose a la campanilla, gritó:

—¡Mis caballos, mi gabarra! Nadie contestó.

El superintendente se vistió con lo primero que encontró a mano.

—¡Gourville...! ¡Gourville...! —gritó metiéndose el reloj en el bolsillo.

Y la campanilla sonaba aún, mientras que Fouquet repetía:

—¡Gourville...! ¡Gourville...! Gourville apareció jadeante, pálido.

—¡Marchemos! ¡Marchemos! —gritó el superintendente así que lo vio.

—¡Demasiado tarde! —dijo el amigo del pobre Fouquet.

—¡Demasiado tarde! ¿Por qué?

—Escuchad!

Oyérонse trompetas y ruido de tambores delante del palacio.

—¿Qué es eso, Gourville?

—El rey que llega, monseñor.

—El rey...?

—El rey ha venido a marchas forzadas; el rey, que ha reventado caballos y que se anticipa en ocho horas a vuestro cálculo.

—¡Estamos perdidos! —murmuró Fouquet—. ¡Bravo D'Artagnan, me has avisado demasiado tarde!

El rey llegaba, en efecto, a la ciudad; pronto oyóse el cañón de la muralla y el de un barco que respondía desde la orilla del río.

Fouquet frunció el ceño, llamó a su ayuda de cámara y se vistió de rigurosa etiqueta.

Desde su ventana, detrás de las cortinas, veía el apresuramiento del pueblo y la actividad de la mucha, tropa que había seguido al príncipe, sin que se pudiera

adivinar cómo.

El rey fue conducido al castillo con gran pompa, y Fouquet le vio echar pie a tierra frente al castillo y hablar al oído a D'Artagnan que le tenía el estribo.

Habiendo pasado el rey bajo la bóveda, D'Artagnan se dirigió a casa de Fouquet, pero tan despacio, tan lentamente, deteniéndose tantas veces para hablar a sus mosqueteros, escalonados en hilera, que hubiera podido decirse que contaba los segundos o los pasos antes de desempeñar su mensaje.

Fouquet abrió la ventana para hablarle en el patio.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan al verle—; ¿estáis aún en casa, monseñor?

Y este aún acabó de demostrar a Fouquet cuantos provechosos consejos había recibido en la primera visita del mosquetero.

El superintendente se contentó con suspirar.

—¡Dios mío, sí, señor! —contestó—. La llegada del rey ha interrumpido mis proyectos.

—¡Ah! ¿Sabéis que acaba de llegar el rey?

—Le he visto, sí, señor; y ahora, ¿venís de su parte...?

—A informarme de vuestra salud, monseñor, y, si no es muy mala, a rogaros que tengáis la bondad de acompañarme al palacio.

—A ese paso, señor de D'Artagnan, a ese paso.

—¡Ah! ¡Toma! —dijo el capitán—. Ahora que el rey está aquí no hay ya paseo para nadie, ni libre arbitrio; la consigna gobierna ahora, a vos como a mí, a mí como a vos.

Fouquet suspiró de nuevo, y, como su debilidad fuese grande, subió en la carroza y dirigióse al palacio escoltado por D'Artagnan, cuya cortesía no era menos terrible esta vez que lo fue antes consoladora y alegre.

## Capítulo XXXIX

---

De cómo el rey Luis XIV desempeñó su papelillo

Al bajar Fouquet de la carroza para entrar en el palacio de Nantes un hombre del pueblo se acercó a él con todas las muestras del mayor respeto y le dio una carta.

D'Artagnan quiso impedir que aquel hombre hablase a Fouquet, y lo alejó; pero ya había recibido el superintendente el mensaje. Fouquet abrió la carta y la leyó. En aquel momento se dibujó en el rostro del primer minstre un vago espanto, que D'Artagnan penetró fácilmente.

Fouquet guardó el papel en la cartera que llevaba bajo el brazo, y continuó su camino hacia las habitaciones del rey.

D'Artagnan, al subir detrás de Fouquet, vio por las ventanillas practicadas en cada piso del torreón, que el hombre del billete miraba alrededor suyo en la plaza y hacía señas a varias personas que desaparecieron en las calles adyacentes, después de haber repetido éstas las señas hechas por el personaje que hemos indicado.

Hizose aguardar un instante al señor Fouquet en aquel terrado de que hemos hablado, terrado que terminaba en el pequeño corredor, junto al cual habiase establecido el despacho del rey.

D'Artagnan pasó delante del superintendente, a quien hasta entonces había acompañado respetuosamente y entró en el despacho real.

—¿Qué hay? —preguntó Luis XIV, arrojando al verle un gran paño verde sobre la mesa cubierta de papeles.

—Está cumplida la orden, Majestad.

—¿Y Fouquet?

—El señor superintendente me sigue.

—Que le introduzcan aquí dentro de diez minutos —ordenó el rey, despidiendo a D'Artagnan con un ademán.

Este salió, y apenas llegó al corredor, a cuyo extremo esperaba Fouquet, fue llamado por la campanilla del rey.

—¿No ha parecido extrañarse? —preguntó el rey.

—¿Quién, Majestad?

—Fouquet —repitió el rey sin decir señor, particularidad que confirmó al capitán de mosqueteros en sus sospechas.

—No, Majestad —replicó.

—Bien.

Y Luis despidió a D'Artagnan por segunda vez.

Fouquet no había abandonado el terrado donde le dejara su guía; releía su billete, así concebido:

«Algo se trama contra vos. Tal vez no se atrevan a hacerlo en el palacio, y aguarden a que regreséis a vuestra casa. El edificio está cercado de mosqueteros. No entréis en él; un caballo blanco os espera detrás de la explanada».

Fouquet había reconocido la letra y el celo de Gourville. No queriendo que si le sucedía alguna desgracia pudiese aquel papel comprometer a un fiel amigo, lo hizo mil pedazos que arrojó al viento por el pretil del terrado. D'Artagnan sorprendióle mirando revolotear los últimos pedacitos en el espacio.

—Señor —dijo—, el rey os espera.

Fouquet caminó con paso mesurado por la pequeña galería donde trabajaban los señores de Brienne y Rose, mientras el duque de Saint-Aignan, sentado en una sillita, parecía aguardar órdenes y balanceaba con impaciencia febril su espada entre las piernas.

Mucho extrañó Fouquet que los señores de Brienne, Rose y de Saint-Aignan, por lo común tan atentos y obsequiosos, apenas se moviesen cuando pasó al lado suyo. Mas, ¿qué otra cosa podía esperar de unos cortesanos, él, que no era llamado más que Fouquet a secas por el rey?

Levantó la cabeza, y, resuelto a arrostrarlo todo de frente, entró en el despacho del rey, después de haber sido anunciado a Su Majestad por una campanilla, que ya conocemos.

El rey, sin levantarse, le hizo un saludo con la cabeza, y preguntó con interés:

—¿Cómo estáis, señor Fouquet?

—Con mi acceso de fiebre —replicó el superintendente—, pero siempre al servicio del rey.

—Bien; los Estados se reúnen mañana. ¿Tenéis preparado algún discurso?

Fouquet miró al rey con extrañeza.

—No lo, tengo preparado, Majestad —contestó—; pero improvisaré uno. Conozco a fondo los negocios para no quedarme cortado. ¿Me permite Vuestra Majestad que le dirija una pregunta?

—Hacedla.

—¿Por qué no ha hecho Vuestra Majestad el honor de avisar a su primer ministro en París?

—Estabais enfermo; no quise molestaros.

—Jamás me fatigan ni el trabajo ni una explicación, y ya que se me ha presentado ocasión de pedir una explicación a mi rey...

—¡Oh, señor Fouquet! ¿Y sobre qué es esa explicación?

—Sobre las intenciones de Vuestra Majestad respecto a mí.

El rey ruborizóse.

—He sido calumniado —prosiguió Fouquet con viveza—, y debo provocar la justicia del rey para que se me instruya causa.

—Esas son palabras inútiles, señor Fouquet; yo sé lo que sé.

—Su Majestad no puede saber las cosas sino cuando se las dicen, y yo no he dicho nada, mientras que otros han hablado mil veces a...

—¿Qué queréis decir? —interrumpió el rey, impaciente por cerrar tan enojosa conversación.

—Voy directamente al hecho, Majestad, y acuso a un hombre de malquistar me con Vuestra Majestad.

—Nadie trata de malquistaros conmigo, señor Fouquet.

—Esa respuesta, Majestad, me prueba que tengo razón.

—No me gusta que se acuse a nadie, señor Fouquet.

—¡Cuando a uno le acusan...!

—Ya hemos hablado bastante de este asunto —dijo el rey.

—¿No quiere Vuestra Majestad que me justifique?

—Os repito que no os acuso. Fouquet dio un paso atrás haciendo un medio saludo.

« Es indudable —pensó— que ha tomado ya su partido. Sólo el que no puede retroceder muestra una obstinación semejante. No ver el peligro en este instante, sería una ceguera; no evitarlo, sería estúpido».

Y prosiguió en voz alta:

—¿Me ha llamado Vuestra Majestad para algún trabajo?

—No, señor Fouquet; para daros un consejo.

—Lo espero respetuosamente, Majestad.

—Descansad, señor Fouquet; no prodiguéis más vuestras fuerzas; la sesión de los Estados será corta, y cuando mis secretarios la hayan cerrado, no quiero que se hable más de negocios en Francia en quince días.

—¿No tiene Vuestra Majestad nada que decirme sobre la asamblea de los Estados?

—No, señor Fouquet.

—¿A mí, superintendente de Hacienda?

—No tengo otra cosa que decir Fouquet se mordió los labios y ras, sino que

descanséis.

Bajó la cabeza. Evidentemente, batallaba con algún inquieto pensamiento.

Aquella inquietud se comunicó al rey.

—¿Sentís que os dejen descansar, señor Fouquet? —dijo.

—Sí, Majestad; no estoy habituado al descanso.

—Estáis enfermo; necesitáis cuidaros.

—Vuestra Majestad me hablaba de un discurso que había de pronunciarse mañana.

El rey no contestó; aquella salida repentina le dejó desconcertado. Fouquet comprendió todo el peso de aquella vacilación, y creyó leer en los ojos del joven rey un peligro que su desconfianza no haría más que apresurar.

« Si aparento tener miedo —pensó—, estoy perdido» .

El rey, por su parte, sólo estaba inquieto por aquella desconfianza de Fouquet.

« ¿Habrá olfateado algo? » , se dijo. « Si su primera palabra es dura —segúia pensando Fouquet—, si se irrita o simula irritarse para hallar algún pretexto, ¿cómo saldré del mal paso? Suavícesmos la pendiente. Gourville tenía razón» .

—Majestad —dijo de pronto—, ya que la bondad del rey vela por mi salud hasta el punto de dispensarme de todo trabajo, ¿no tendría a bien el excusarme del Consejo para mañana? Dedicaré el dia a guardar cama, y pediré al rey me ceda su médico para ver si halla un remedio contra estas pertinaces calenturas.

—Se hará como lo deseáis, señor Fouquet. Tendréis permiso para mañana, tendréis al médico, tendréis la salud.

—Gracias —dijo Fouquet, inclinándose.

Luego, tomando su partido: —¿No tendré —dijo— la dicha de llevar al rey a mi posesión de Belle-Île?

Y miraba a Luis cara a cara para juzgar del efecto de tal proposición.

El rey se ruborizó nuevamente.

—Habéis dicho —replicó haciendo por sonreír— ¿a vuestra posesión de Belle-Île?

—Verdad es, Majestad.

—¿Y no recordáis —continuó el rey en el mismo tono jovial—, que me regalasteis Belle-Île?

—También es verdad, Majestad. Como aún no habéis tomado posesión, os invito a que la toméis.

—Con mucho gusto.

—Esa era, por lo demás, la intención de Vuestra Majestad así como la mía, y no puedo manifestaros la mucha satisfacción que me causa el ver que toda la casa militar del rey viene de París para esa toma de posesión.

El rey balbució que no había traído a sus mosqueteros para eso solamente.

—¡Oh, ya lo pienso! —repuso con viveza Fouquet—. Vuestra Majestad sabe demasiado bien que le basta venir solo, con un junquillo en la mano, para

derribar todas las fortificaciones de Belle-Île.

—¡Pardiez! —exclamó el rey—: no quiero que sean derribadas, esas hermosas fortificaciones que tanto ha costado construir. ¡No! Consérvense contra los holandeses e ingleses. Lo que quiero ver en Belle-Île no lo adivinaréis, señor Fouquet: es las lindas lugareñas, mozas y mujeres, de los campos o de las playas, que bailan tan bien y están tan seductoras con sus sayas de escarlata. Me han elogiado mucho vuestras vasallas, señor superintendente, y quiero que me las presentéis.

—Cuando quiera Vuestra Majestad.

—¿Tenéis algún medio de transporte? Podíamos ir mañana, si gustáis.

El superintendente conoció el golpe, que no era diestro, y respondió:

—No, Majestad: ignoraba el deseo de Vuestra Majestad, sobre todo la prisa por ver Belle-Île, y no he hecho ningún preparativo.

—¿No tenéis un barco vuestro?

—Tengo cinco, pero todos se hallan en Port o en Paimboeuf, y para reunirlos o hacerlos llegar se necesitan veinticuatro horas por lo menos. ¿Queréis que envíe un correo? ¿Lo exigís absolutamente?

—Esperad a que se os pase la calentura; esperemos a mañana.

—Tenéis razón... ¿Quién sabe si mañana no tendremos otras mil ideas? —replicó Fouquet, fuera ya de dudas y muy pálido.

El rey se estremeció y alargó la mano hacia su campanilla, pero Fouquet se anticipó.

—Majestad —dijo—, tengo fiebre; tiemblo de frío. Si continúo un instante más aquí voy a desmayarme. Pido permiso a Vuestra Majestad para meterme bajo mantas.

—En efecto, tiritáis; es penoso de ver. Id, señor Fouquet, id. Enviaré a preguntar cómo seguís.

—Vuestra Majestad me hace demasiado honor. Dentro de una hora confío estar mucho mejor.

—Quiero que alguien os acompañe —dijo el rey.

—¡Como gustáis, Majestad! Me apoyaré gustoso en el brazo de alguien.

—¡Señor de D'Artagnan! —gritó el rey tocando la campanilla.

—¡Oh! Majestad —exclamó Fouquet riendo con aire que dio frío al príncipe —, ¿me vais a dar un capitán de mosqueteros para conducirme a mi alojamiento? ¡Honor bien equívoco, Majestad! Un simple sirviente basta.

—¿Y por qué, señor Fouquet? ¿No me acompaña acaso a mí el señor de D'Artagnan?

—Sí; mas cuando os acompaña, Majestad, es para obedecerlos, al paso que yo...

—¿Qué?

—Si entro en casa con vuestro capitán de mosqueteros, dirán en todas partes

que me hacéis detener.

—¿Detener? —repitió el rey que palideció más que el mismo Fouquet—. ¡Detener! ¡Oh...!

—¡Que no se diga! —continuó Fouquet riendo siempre—. Y apuesto a que habrá gente bastante mala para reírse de ello.

Esta salida desconcertó al monarca. Fouquet fue bastante hábil o bastante feliz para que Luis XIV retrocediese ante la apariencia del hecho que meditaba.

Cuando se presentó el señor de D'Artagnan, recibió la orden de designar un mosquetero para acompañar al superintendente.

—Inútil —dijo entonces éste—: espada por espada, prefiero a Gourville, que me espera abajo; pero eso no me impedirá disfrutar de la compañía del señor de D'Artagnan. Gran placer tendrá en que vea a Belle-Île un hombre tan entendido en materia de fortificaciones.

D'Artagnan inclinóse, sin comprender nada de aquella escena. Fouquet saludó nuevamente, y salió, afectando la lentitud del que se pasea.

Una vez fuera del palacio:

—¡Estoy salvado! —dijo—. ¡Oh, sí! Verás a Belle-Île, rey desleal; pero cuando yo no esté allí.

Y desapareció.

D'Artagnan se había quedado con el rey.

—Capitán —le dijo Su Majestad—, seguiréis al señor Fouquet a cien pasos.

—Sí, Majestad.

—Entrará en su casa. Iréis a su casa.

—Sí, Majestad.

Le prenderéis en nombre mío, y le encerraréis en una carroza.

—¿En una carroza? Bien.

—De tal modo, que por el camino no pueda hablar con nadie, ni arrojar billetes a las personas que encuentre.

—¡Oh! Eso sí que es difícil, Majestad.

—No.

—Perdón, Majestad, no puedo ahogar al señor Fouquet, y si me pide que le deje respirar, no iré a impedírselo cerrando vidrios y ventanas, de modo que arrojará por ellas todos los gritos y papeles posibles.

—El caso está previsto, señor de D'Artagnan; una carroza con enrejado obviará los dos inconvenientes que señalarás.

—¿Una carroza con enrejado de hierro? —exclamó D'Artagnan—. No creo que pueda hacerse un enrejado de hierro para carroza en media hora, y Vuestra Majestad me ordena que vaya ahora mismo a casa del señor Fouquet.

—También está hecha la carroza en cuestión.

—¡Ah! Eso es diferente —exclamó el capitán—. Si la carroza está hecha, muy bien, no hay más que echar a andar.

—Ya está enganchada.

—¡Ah!

—Y el cochero, con los picadores, espera en el corralón del palacio. D'Artagnan se inclinó.

—Sólo me queda —añadió— preguntar al rey adónde he de llevar al señor Fouquet.

—Al castillo de Angers, por ahora.

—Muy bien.

—Después, ya veremos.

—Sí, Majestad.

—Señor de D'Artagnan, una palabra todavía; ya habréis observado que, para realizar la prisión de Fouquet, no me valgo de mis guardias, cosa que desagradará mucho al señor de Gesvres.

—Vuestra Majestad no se vale de sus guardias —dijo el capitán un tanto humillado—, porque desconfía del señor de Gesvres. ¡Eso es!

—Eso es deciros, señor, que tengo confianza en vos.

—¡Bien lo sé, Majestad! Excusado era que me lo advirtieseis.

—Lo he hecho con este objeto, caballero; y si de aquí en adelante sucediera que, por casualidad, una casualidad cualquiera, se evadiese el señor Fouquet... Se han visto de esas casualidades, señor...

—¡Oh! Majestad, muy a menudo, pero con otros, no conmigo.

—¿Y por qué con vos no?

—Porque yo, Majestad, hace un instante quise salvar al señor Fouquet.

El rey tembló.

—Porque —continuó el capitán—, tenía derecho para hacerlo, habiendo adivinado el plan de Vuestra Majestad sin que me hubieseis hablado de él por encontrar interesante al señor Fouquet. ¡No era yo libre de manifestar mi interés a ese hombre?

—¡En verdad, señor, no me tranquilizáis acerca de vuestros servicios!

—Si entonces le hubiese salvado, estaría completamente inocente; digo más, habría hecho bien, porque el señor Fouquet no es hombre malo; pero no quiso, y, arrastrado por su destino, dejó escapar la hora de la libertad. ¡Tanto peor! Ahora, tengo órdenes que serán cumplidas, y desde luego podéis considerar como preso al señor Fouquet. Haceos cuenta que se halla ya en el castillo de Angers.

—¡Oh! ¡Todavía no le tenéis seguro, capitán!

—Eso es cuenta mía; cada cual a su oficio, Majestad. Sólo os haré presente una cosa, y es que lo penséis bien. ¡Dais seriamente la orden de prender al señor Fouquet?

—¡Sí, y mil veces sí!

—Escribid, entonces.

—He aquí la orden.

D'Artagnan la leyó, saludó al rey, y salió.

Desde lo alto del terrado divisó a Gourville, que pasaba con aire gozoso y se dirigía a casa del señor Fouquet.

## Capítulo XL

---

### El caballo blanco y el caballo negro

---

— ¡Vaya una cosa rara! —dijo el capitán—; Gourville corriendo alegre por las calles cuando está casi cierto de que el señor Fouquet se halla en peligro, y cuando es cosa indudable que Gourville es quien ha avisado al señor Fouquet por medio del billetito que rompió en mil pedazos el superintendente en el terrado.

» Gourville se frota las manos, y eso es que acaba de hacer alguna habilidad. ¿De dónde viene Gourville? Gourville viene de la calle de Herbes. ¿Adónde va la calle de Herbes?

Y el capitán siguió, por encima de las casas dé Nantes, dominadas por el castillo, la línea trazada por las calles, como lo habría hecho sobre un plano topográfico, sin más diferencia que en lugar de un papel muerto y plano, vacío y desierto, levantábase en relieve el mapa vivo, con el movimiento, los gritos y las sombras de los hombres y de las casas.

Más allá del recinto de la ciudad se extendían las vastas llanuras verdes costeando el Loira, y parecían correr hacia el horizonte teñido de púrpura, surcado por el azul de las aguas y el verde pardusco de los pantanos.

Desde las mismas puertas de Nantes subían dos caminos blancos en dirección divergente, como los dedos separados de una mano gigantesca.

El mosquetero, que había abarcado todo el panorama de una mirada al atravesar el terrado, vióse conducido por la línea de la calle Herbes al punto de partida de uno de aquellos caminos que subían desde la puerta de Nantes.

Un paso más, y habría dejado la escalera del terrado para penetrar en el torreón, hacerse cargo de la carroza enrejada, y marchar a casa del señor Fouquet.

Pero la casualidad hizo que, en el instante de ir a bajar la escalera, le llamase

la atención un punto móvil que iba ganando terreno por aquel camino.

—¿Qué es eso? —se preguntó D'Artagnan—; un caballo que corre, un caballo escapado sin duda. ¡Qué modo de correr!

El punto móvil se separó del camino y se entró en los campos de alfalfa.

—Un caballo blanco prosiguió el capitán, que acababa de ver el color luminoso sobre el fondo oscuro y alguien va montado en él; es algún muchacho cuyo caballo tiene sed y lo lleva a beber por el atajo.

D'Artagnan había olvidado ya aquellas reflexiones, rápidas como el relámpago, simultáneas, como la percepción visual, cuando bajó los primeros escalones.

La piedra ennegrecida de éstos parecía cubierta de varios pedazos de papel.

—¡Oh, oh! —dijo entre sí el capitán—. Estos son fragmentos del billete que hizo pedazos el señor Fouquet. ¡Pobre hombre! Había confiado su secreto al viento; el viento no lo quiere y se lo devuelve al rey. ¡Decididamente, pobre Fouquet, estás en desgracia! La partida no es igual; la suerte está contra ti.

La estrella de Luis XIV obscurece la tuya; la culebra es más fuerte o más hábil que la ardilla.

D'Artagnan recogió, conforme bajaba, uno de los pedazos de papel.

—¡La letra de Gourville! —exclamó examinando uno de los fragmentos del billete—; no me había equivocado.

—Y leyó la palabra caballo.

—¡Hola! —exclamó.

Y examinó otro pedazo de papel en que nada había escrito.

En otro tercero leyó la palabra blanco.

—¡Caballo blanco! —repitió como el niño que deletrea—. ¡Ah, Dios mío! — exclamó aquel espíritu desconfiado—: ¡Caballo blanco...!

Y, semejante al grano de pólvora que, inflamado, se dilata en un volumen centuplicado, D'Artagnan subió precipitadamente otra vez al terrado con el ánimo preñado de ideas y de sospechas.

El caballo blanco corría sin cesar en dirección al Loira, al extremo del cual se distinguía una pequeña vela, envuelta en los vapores del agua, y que se mecía como un átomo.

—¡Oh, oh! —gritó el mosquetero—. Sólo un hombre que huye puede correr así por tierras labradas; sólo un Fouquet, un hacendista, es quien puede correr así, en medio del día, sobre un caballo blanco... únicamente el señor de Belle-Île es quien puede escapar por la parte del mar, habiendo bosques tan espesos en la tierra... Y tampoco existe más que un D'Artagnan en el mundo para alcanzar al señor Fouquet, que lleva media hora de ventaja y se hallará en su barco antes de una hora.

Dicho esto, el mosquetero dio orden para que sin dilación llevasen la carroza del enrejado de hierro a un bosquecillo situado de la ciudad; tomó su mejor

caballo, saltó sobre su lomo, y corrió por la calle de Herbes, siguiendo, no el camino que había tomado Fouquet sino la misma orilla del Loira, seguro de sacar diez minutos de ventaja, al final de la carrera, y de alcanzar en la intersección de las dos líneas al fugitivo, que no podía presumir le persiguieran por aquel lado.

D'Artagnan, con la precipitación de su marcha, con la impaciencia del que persigue, y animándose como para la caza o la guerra, extrañó verse convertido, de bondadoso y dulce que era para el señor Fouquet, en hombre feroz y casi sanguinario.

Por largo tiempo corrió sin divisar el caballo blanco; su furor tomaba las proporciones de la rabia, dudaba de sí mismo, y suponía que Fouquet se hubiese internado por un camino subterráneo, o que hubiese mudado el caballo blanco por uno de aquellos negros, ligeros como el viento, cuya vigorosa ligereza había admirado y envidiado tantas veces en Saint-Mandé.

En aquellos momentos, cuando el viento le hacía cerrar los ojos y brotar lágrimas, cuando la silla echaba fuego y el caballo, herido en la carne viva, relinchaba de dolor y hacía volar bajo sus pies una lluvia de arena fina y de chinarras, D'Artagnan, levantándose sobre los estribos y no viendo nada sobre las aguas ni bajo los árboles, dirigía sus miradas por el aire como un insensato. Se volvía loco. En el paroxismo de su tenaz idea soñaba en caminos aéreos, descubrimiento del siglo siguiente, y recordaba a Dédalo y sus enormes alas, que le salvaron de las prisiones de Creta.

Un ronco suspiro se exhalaba de sus labios, y repetía, devorado por el temor al ridículo:

—¡Yo, yo! ¡Burlado por un Gourville! ¡Yo...! ¡Dirán que voy siendo ya viejo, o que he recibido un millón por dejar escapar a Fouquet!

Y clavaba sus espuelas en los ijares del caballo; acababa de hacer una legua en dos minutos. De pronto, al extremo de un prado, detrás de un vallado, vio una forma blanca que se mostró, desapareció, y permaneció al fin visible sobre un terreno más elevado.

D'Artagnan tembló de alegría; su espíritu se serenó inmediatamente. Enjugóse el sudor que le corría por la frente, aflojó las rodillas, libre de las cuales respiró el caballo más tranquilamente, y, recogiendo la brida, moderó la marcha del impetuoso animal, su cómplice en aquella caza del hombre. Entonces pudo examinar las formas del camino, y su posición con respecto a Fouquet.

El superintendente había fatigado en extremo su caballo blanco al atravesar las tierras blandas, y, viendo la necesidad de buscar un terreno más duro, se dirigía hacia el camino por la secante más corta.

D'Artagnan sólo tenía que ir directamente, bajo la pendiente de un promontorio que le ocultaba a los ojos de su enemigo, de suerte que al salir del camino le cortaría el paso, y allí sería donde empezaría la verdadera carrera y se entablaría la lucha.

D'Artagnan dejó a su caballo respirar a plenos pulmones. Notó que el superintendente ponía el suyo al trote, o lo que es lo mismo, le dejaba tomar algún respiro.

Más había demasiada prisa, por una y otra parte, para continuar por mucho tiempo aquel paso. El caballo blanco partió como una flecha así que llegó a un terreno más firme.

El capitán bajó la mano, y su caballo negro tomó el galope; ambos seguían el mismo camino, confundiéndose los cuádruples ecos de sus pisadas. Fouquet no había divisado aún a D'Artagnan.

Pero al salir de la rampa, un solo eco hirió el aire, y fue el de las pisadas del caballo de D'Artagnan, que hacían el efecto de un trueno prolongado.

Fouquet se volvió; vio a cien pasos detrás de él a su enemigo, inclinado sobre el cuello de su corcel. No había duda: el talabarte reluciente, la casaca encarnada, aquello era un mosquetero. Fouquet bajó también la mano, y su caballo blanco puso otros veinte pies más de distancia entre su adversario y él inquieto, no es un caballo cualquiera el que monta el señor Fouquet.

Y, atento, examinó, con su infalible vista, la andadura y la estampa de aquel corcel.

Grupa redonda, cola fina y tensa, patas delgadas y secas, como hilos de acero, cascós más duros que el mármol.

Espoleó al suyo, mas la distancia entre ambos permaneció la misma. D'Artagnan escuchó profundamente; ni un soprido del caballo le llegó, y, sin embargo, hendía el viento.

El caballo negro, en cambio, comenzaba a hipar como en un acceso de tos.

«Es preciso llegar, aunque sea reventando el caballo», pensó el mosquetero.

Y se puso a cerrar la boca del pobre animal, mientras que con las espuelas hacía una espantosa carnicería en los ijares.

El animal, desesperado, ganó veinte toesas y se puso a tiro de pistola de Fouquet.

«¡Valor! —se dijo el mosquetero—. ¡Valor! El caballo blanco se debilitará quizás; y, si no cae la montura, caerá el jinete».

Mas caballo y hombre permanecieron firmes y unidos, ganando poco a poco la ventaja.

D'Artagnan lanzó un grito salvaje, que hizo volver la cara a Fouquet, cuyo corcel todavía conservaba fuerzas.

—¡Famoso caballo! ¡Soberbio jinete! —gritó el capitán—. ¡Hola! ¡Diantre, señor Fouquet! ¡Hola, de orden del rey!

Fouquet no contestó.

—¿Me oís? —aulló D'Artagnan. El caballo acababa de dar un paso en falso.

—¡Pardiez! —replicó lacónicamente Fouquet.

Y corrió.

D'Artagnan estaba a punto de volverse loco; la sangre le fluía a las sienes y a los ojos.

—¡De orden del rey! —exclamó aún—. Deteneos u os abraso de un pistoletazo.

—Hacedlo —contestó Fouquet volando siempre.

D'Artagnan cogió una de sus pistolas y la amartilló, esperando que el ruido del gatillo detuviera a su enemigo.

—Vos lleváis pistolas también —dijo—; defendeos.

Fouquet se volvió, en efecto, al ruido; y mirando a D'Artagnan de frente, abrió con su mano derecha la casaca que le ceñía el cuerpo y no tocó siquiera a sus pistoleras.

Había entre ambos la distancia de veinte pasos.

—¡Diantre! —dijo D'Artagnan—. No quiero asesinaros. ¡Si no queréis disparar contra mí, rendíos! ¿Qué es la prisión?

—Prefiero morir —contestó Fouquet—. Sufriré menos.

D'Artagnan, ebrio de desesperación, arrojó la pistola al suelo.

—Os cogeré vivo —replicó.

Y, por un prodigo de que sólo era capaz aquel incomparable jinete, puso su caballo a diez pasos del caballo blanco. Ya alargaba la mano para coger su presa.

—¡Matadme! —exclamó Fouquet—. ¡Es más humano!

—¡No! ¡Vivo, vivo! —murmuró el capitán.

Su animal dio otro paso en falso, y el de Fouquet tomó delantera. Era un espectáculo inaudito el de aquella carrera entre dos caballos que sólo vivían por la voluntad de sus jinetes.

Casi podía decirse que el capitán corría llevando su caballo entre las rodillas.

Al galope furioso había sucedido el trote largo, y a éste el trote sencillo; y, sin embargo, la carrera parecía demasiado viva en aquellos dos atletas cansados. D'Artagnan, desesperado ya enteramente, cogió la segunda pistola, y apuntó al caballo blanco.

—¡A vuestro caballo, no a vos! —dijo a Fouquet.

Y disparó. El animal fue herido en la grupa; dio un brinco furioso, y se encabritó.

El caballo de D'Artagnan cayó muerto.

—Estoy deshonrado —pensó el mosquetero—. ¡Soy un miserable! Por piedad, señor Fouquet, echadme una de vuestras pistolas para abrasarme el cerebro.

Fouquet siguió corriendo.

—¡Por favor! ¡Por favor! —exclamó D'Artagnan—. Lo que no queréis en este momento, lo haré dentro de una hora; pero, aquí en este camino, moriré con valor y estimado; hacedme ese obsequio, señor Fouquet.

Fouquet no replicó y siguió trotando.

D'Artagnan se puso a correr tras de su adversario.

Sucesivamente tiró por tierra el sombrero, la ropilla, que le incomodaba.

Luego la vaina de la espada, que le golpeaba en las piernas.

Hízose muy pesada la espada en la mano, y la arrojó como la vaina. El animal blanco hipaba de muerte; D'Artagnan le iba a los alcances.

El animal, agotado, pasó del trote al paso con vértigos que sacudían su cabeza; la sangre le afluía a la boca con la espuma.

D'Artagnan hizo un esfuerzo supremo, saltó sobre Fouquet y le cogió por una pierna, diciendo con voz entrecortada, jadeante:

—Daos preso en nombre del rey; rompedme la cabeza, y habremos cumplido los dos con nuestro deber.

Fouquet arrojó lejos de sí, en el río, las dos pistolas que hubiese podido coger D'Artagnan, y, echando pie a tierra:

—Soy vuestro prisionero, señor —dijo—. ¿Queréis tomar mi brazo? Veo que vais a desmayaros.

—Gracias —murmuró D'Artagnan, que, efectivamente, sintió que le faltaba tierra bajo los pies, y que el cielo se desplomaba sobre su cabeza.

Y rodó sobre la arena, sin fuerza ni aliento.

Fouquet bajó el talud del ribazo, tomó agua en el sombrero, refrescó las sienes del mosquetero, y deslizóle algunas gotas entre los labios.

D'Artagnan se incorporó, dirigiendo en tomo suyo una mirada extraviada. Vio a Fouquet arrodillado, con el sombrero húmedo en la mano y sonriendo con inefable dulzura.

—¡No habéis huido! —exclamó—. ¡Oh! Señor, el verdadero rey en lealtad, en corazón y en alma, no es Luis de Louvre, ni Felipe de Santa Margarita, sino vos, el proscrito!

—Yo me veo hoy perdido por una sola falta, señor de D'Artagnan.

—¿Cuál, Dios mío?

—La de no haberos tenido por amigo. Mas, ¿cómo nos compondremos para volver a Nantes? Estamos muy lejos.

—Es cierto —dijo D'Artagnan pensativo y sombrío.

—Tal vez pueda volver el caballo blanco. ¡Era tan buen caballo! Montad, señor de D'Artagnan; yo iré a pie hasta que hayáis descansado.

—¡Pobre animal! ¡Herido! —exclamó el mosquetero.

—Podrá caminar; le conozco muy bien. O, mejor, montemos los dos.

—Probemos —dijo el capitán. Pero no bien el animal sintió aquel doble peso, vaciló, y, volviéndose a reponer, caminó algunos minutos, hasta que al fin le faltaron las fuerzas, y fue a caer junto al animal negro.

—Iremos a pie, pues así lo quiere la suerte; el paseo será encantador —dijo Fouquet pasando su brazo por debajo del de D'Artagnan.

—¡Vive Dios!

—Murmuró éste con la mirada fija, el ceño fruncido y el corazón oprimido.  
¡Aciago dia!

Caminaron así lentamente las cuatro leguas que los separaba del bosque, tras del cual los aguardaba la carroza con una escolta.

Cuando Fouquet divisó aquella siniestra máquina, dijo a D'Artagnan, que bajaba los ojos como avergonzado por Luis XIV.

—He ahí una idea que no es de hombre honrado, capitán D'Artagnan: seguro que no es vuestra. ¿Para qué es ese enrejado?

—Para impediros arrojar billetes fuera.

—¡Ingenioso!

—Mas podéis hablar si no podéis escribir —dijo D'Artagnan.

—¡Hablar a vos!

—Pero... si queréis.

Fouquet se recogió un instante, luego, mirando al capitán de frente.

—Una palabra sola —dijo—. ¿La retendréis?

—La retendré.

—¿La diréis a quien os designe?

—La diré.

—¡Saint-Mandé! —articuló en voz baja Fouquet.

—Bien: ¿A quién?

A la señora de Bellière o a Pellisson.

—Dadlo por hecho.

La carroza atravesó Nantes y tomó el camino de Angers.

## Capítulo XLI

---

Donde la ardilla cae y la culebra vuela

Erían las dos de la tarde. El rey, lleno de impaciencia, iba y venía de su gabinete al terrado, y a veces abría la puerta del corredor para ver lo que hacían sus secretarios.

El señor Colbert, sentado en el mismo sitio en que por la mañana había estado tanto tiempo Saint-Aignan, hablaba en voz baja con el señor de Brienne.

El rey abrió bruscamente la puerta, y, dirigiéndose a ellos:

—¿De qué habláis? —pregunto.

—De la primera sesión de los Estados —dijo el señor Brienne levantándose.

—¡Muy bien! —replicó el rey. Y volvió a salir.

Cinco minutos después, la campanilla llamaba a Rose, a quien le había llegado su hora.

—¿Habéis acabado las copias? —preguntó el rey.

—Todavía no, Majestad.

—Ved si ha vuelto el señor de D'Artagnan.

—Todavía no, señor.

—¡Es extraño! —murmuró el rey—. Llamad al señor Colbert. Colbert entró; esperaba este momento desde por la mañana.

—Señor Colbert —dijo el rey vivamente—, sería necesario saber lo que se ha hecho del señor de D'Artagnan.

Colbert, con su voz calmosa:

—¿Dónde quiere el rey que le haga buscar? —dijo.

—¡Eh! ¡No sabéis adonde le había enviado? —contestó acremente el rey.

—Vuestra Majestad no me lo ha dicho.

—Hay cosas que se adivinan, y que vos, sobre todo, las adivináis.

—Lo he podido suponer, Majestad; mas no me habría permitido adivinarlo del todo.

Apenas acababa Colbert de pronunciar estas palabras, cuando una voz mucho mas ruda que la del rey interrumpió la conversación empezada entre el monarca y el funcionario.

—¡D'Artagnan! —exclamó el rey muy alegre.

D'Artagnan, pálido y de humor furioso, dijo al rey:

—Señor, ¿ha sido Vuestra Majestad quien ha dado órdenes a mis mosqueteros?

—¿Qué órdenes? —preguntó el rey.

—Sobre la casa del señor Fouquet.

—¡Ninguna! —replicó Luis.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan mordiéndose el bigote—. No me había engañado; ha sido el señor.

Y designaba a Colbert.

—¿Qué orden? Vamos a ver —dijo— el rey.

—Orden de revolver toda una casa, de apalear a los criados y oficiales del señor Fouquet, de forzar los cajones, de saquear una morada pacífica. ¡Vive Dios! ¡Orden de salvaje!

—¡Señor! —dijo Colbert muy pálido.

—¡Señor! —le interrumpió D'Artagnan—, sólo el rey, ¿lo oís?, sólo el rey tiene derecho a mandar a mis mosqueteros; pero, por lo que hace a vos, os lo prohíbo, y os digo delante de Su Majestad: los gentileshombres que usan espada no son belitres que llevan la pluma en la oreja.

—¡D'Artagnan, D'Artagnan! —murmuró el rey.

Eso es humillante —continuó el mosquetero—, y mis soldados están deshonrados. No mando a belitres o a empleados de la intendencia, ¡voto a bríos!

—Pero ¿qué hay? Veamos —dijo el rey con autoridad.

Hay, Majestad, que el señor, este señor, que no ha podido adivinar las órdenes de Vuestra Majestad, y que, por tanto, no sabía que yo debía arrestar al señor Fouquet; este señor, que ha hecho construir la jaula de hierro a su principal de ayer, ha comisionado al señor de Boucherat para registrar la casa del señor Fouquet, a fin de apoderarse de los papeles del superintendente, y ha trastornado y destruido todos los muebles. Yo había dado orden a mis mosqueteros para que estuvieran alrededor de la casa, cercándola. ¡Por qué se ha permitido hacerlos entrar? ¡Por qué, forzándolos a asistir a este saqueo, los ha hecho cómplices de él? ¡Vive Dios! ¡Nosotros servimos al rey, pero no al señor Colbert!

Señor de D'Artagnan —dijo el rey severamente—, advertid, que no es en mi presencia y con este tono donde deben tener lugar tales explicaciones.

He obrado en interés del rey —dijo Colbert con voz alterada—, y me es sensible ser tratado de esta suerte por un oficial de Su Majestad y sin poder tomar

venganza a causa del respeto que debo al rey.

¡El respeto que debéis al rey! —exclamó D'Artagnan, cuyos ojos despedían fuego—. Consiste, primero, en hacer respetar su autoridad, en hacer obedecer su persona. Todo agente de un poder independiente representa este poder, y, cuando los pueblos maldicen la mano que los maltrata, es al monarca a quien Dios hace responsable, ¿entendéis? ¿Necesitáis que un soldado endurecido por los trabajos y la sangre os dé esta lección, señor? ¿Debe estar de mi lado la misericordia y la ferocidad del vuestro? ¡Habéis hecho detener, atar y aprisionar a inocentes!

—Los cómplices quizás del señor Fouquet —dijo Colbert.

¿Quién os ha dicho que el señor Fouquet tenga cómplices y que él mismo sea culpable? Sólo lo sabe el rey, y su justicia no es ciega. Cuando diga: « Detened, constituid en prisión a tales o cuales personas », entonces se le obedecerá. No me habléis, por tanto, del respeto que os merece el rey, y tened cuidado de que vuestras palabras no contengan, ni por casualidad, una sola amenaza, pues el rey no permite que sus malos servidores amenacen a los que le sirven bien, y en el caso de que tuviese, lo que Dios no quiera, un amo tan ingrato, me haría yo respetar a mí mismo.

Dicho esto, D'Artagnan se cuadró orgulloso en el gabinete del rey, los ojos chispeantes, la mano sobre la espada, los labios trémulos, afectando una cólera mucho mayor que la que sentía.

Colbert, humillado, y devorado por la rabia, saludó al rey, como pidiéndole permiso para retirarse. El rey, contrariado en su orgullo y en su curiosidad, no sabía qué partido tomar. D'Artagnan advirtió su indecisión. Quedarse más tiempo hubiera sido una falta; era necesario obtener un triunfo sobre Colbert, y el único medio era picar tan bien y tan fuertemente el flaco del rey, que no quedase a Su Majestad más recurso que escoger entre uno u otro antagonista.

D'Artagnan, pues, se inclinó como Colbert; pero el rey, a quien antes de todo le interesaba tener noticias exactas y detalladas del arresto del superintendente de Hacienda, de aquel que le había hecho temblar un momento, comprendiendo que el enojo de D'Artagnan iba a retardarle por un cuarto de hora al menos los detalles que ansiaba conocer, olvidó a Colbert, que nada de particular tenía que decirle, y volvió a llamar a su capitán de mosqueteros.

—Veamos, señor —dijo—; dadme cuenta de vuestra comisión, y después reposaréis.

D'Artagnan, que iba a franquear la puerta, se detuvo a la voz del rey, volvió atrás, y Colbert se vio obligado a partir. Su semblante tomó el color de la púrpura; sus ojos, negros y perversos, brillaron con un fuego sombrío bajo sus espesas cejas; alargó el paso, se inclinó ante el rey, y, medio irguiéndose al pasar por delante de D'Artagnan, se marchó con la muerte en el corazón.

Cuando D'Artagnan quedó solo con el rey, se suavizó al momento, y, cambiando la expresión de su rostro.

—Majestad —dijo—, sois un rey joven. En la aurora es cuando el hombre adivina si la jornada será feliz o triste. ¿Cómo augurarán, Majestad, de vuestro reinado los pueblos que Dios ha puesto bajo vuestra ley, si dejáis obrar, entre vos y ellos, a ministros coléricos y violentos? Mas hablemos de mí, Majestad; dejemos una discusión que o; parece ociosa, inconveniente tal vez. Hablemos de mí. He detenido al señor Fouquet.

—Habéis empleado mucho tiempo —dijo el rey con acritud. D'Artagnan miró al rey.

—Veo que me he explicado mal —dijo—. ¿He anunciado a Vuestra Majestad que había detenido al señor Fouquet?

—Sí, ¿y qué?

—Pues bien, habría debido decir a Vuestra Majestad que el señor Fouquet me había detenido a mí. Y hubiera sido más exacto. Restablezco, pues, la verdad: yo he sido detenido por el señor Fouquet.

Luis XIV quedó sorprendido. D'Artagnan con su golpe de vista tan rápido y seguro, comprendió lo que Pasaba en el espíritu de su señor. No le dio tiempo a preguntar. Refirió, con aquella poesía pintoresca que sólo él quizá poseía en aquella época, la evasión de Fouquet, la persecución, la carrera encarnizada, y, en fin, la inimitable generosidad del superintendente, que pudiendo haber huido diez veces, y haberle matado otras tantas o más, había preferido la prisión, y quizá algo peor, a la humillación del que quería arrebatarle su libertad.

A medida que el capitán de los mosqueteros, hablaba, se agitaba el haciendo chocar las puntas de sus uñas unas con otras.

Aparece, pues, Majestad, a mis ojos al menos, que un hombre que se conduce así es un hombre generoso, y no puede ser enemigo del rey. Esa es mi opinión, que me Permito exponer a Vuestra Majestad. Sé lo que el rey va a responderme. Y me inclino: « La razón de Estado ». ¡Bien! Es muy respetable para mí. Pero soy un soldado a quien se ha dado su consigna; está ejecutada, bien a pesar mío, es cierto, pero 14 está. Y me callo.

—¿Dónde está el señor Fouquet en este momento? —preguntó Luis después de un momento de silencio.

—El señor Fouquet, Majestad —respondió D'Artagnan— está en la jaula de hierro que le ha hecho disponer el señor Colbert, y corre al galope de cuatro vigorosos caballos camino de Angers.

—¿Por qué lo habéis dejado solo en camino?

—Porque Vuestra Majestad no me había prevenido que le acompañase a Angers. La prueba, la mejor prueba de lo que digo es que el rey me hacía buscar hace poco... Además, tenía otra razón.

—¿Cuál?

—Acompañándole yo, ese pobre señor Fouquet no hubiera nunca intentado evadirse.

—¿Y qué? —exclamó el rey estupefacto.

—Vuestra Majestad debe comprender, y comprende sin duda, que mi más vivo deseo es saber que el señor Fouquet ha recobrado su libertad. Lo he confiado al sargento más torpe que he podido hallar entre mis mosqueteros, para que el prisionero se salve.

—¡Estás loco, señor de D'Artagnan! —exclamó el rey cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Se dicen semejantes enormidades cuando se tiene la desgracia de pensarlas?

—¡Ah! Majestad, sin duda no esperáis que sea enemigo del señor Fouquet, después de lo que acaba de hacer por mí y por vos. No me lo deis nunca a guardar, si os interesa que continúe encerrado; por muy segura que sea la jaula, el pájaro volaría al fin de ella.

—Me sorprende —dijo el rey con una voz sombría— que no hayáis seguido la suerte del que el señor Fouquet quería colocar en mi trono. Hubierais hallado en él todo lo que necesitáis: afecto y reconocimiento. A mi servicio, señor, se encuentra un amo.

—Si el señor Fouquet no hubiese ido a buscaros a la Bastilla, Majestad —replicó D'Artagnan con voz muy acentuada—, sólo un hombre hubiera ido a ella, y ese hombre soy yo; bien lo sabéis, Majestad.

El rey quedó parado. A las palabras francas y verdaderas de su capitán de mosqueteros nada podía objetar. Al oír a D'Artagnan recordó al D'Artagnan de otro tiempo, al que ocultábbase en el Palais-Royal detrás de las cortinas de su lecho, cuando el pueblo de París, conducido por el cardenal de Retz, venía a asegurarse de la presencia del rey; al D'Artagnan que saludaba con la mano en la portezuela de su carroza, cuando se dirigía a la iglesia de Nuestra Señora al entrar en París; al soldado que le había abandonado en Blois, al teniente que había llamado a su lado cuando la muerte de Mazarino le restituyó el poder; al hombre que había hallado siempre leal, animoso y dispuesto a sacrificarse por él.

Luis avanzó hacia la puerta y llamó a Colbert.

Colbert, que no había abandonado la galería donde trabajaban los secretarios, apareció.

—Colbert, ¿habéis hecho realizar una pesquisa en casa del señor Fouquet?

—Sí, Majestad.

—¿Y qué ha resultado de ella?

—El señor de Roncherat, enviado con los mosqueteros de Vuestra Majestad, me ha entregado algunos papeles —replicó Colbert.

—Los veré... Vais a darme vuestra mano.

—Mi mano, Majestad?

—Sí, para que la una a la de D'Artagnan. En efecto, D'Artagnan —agregó— el rey con una sonrisa, y dirigiéndose al soldado, quien, a la vista del funcionario, había recobrado su actitud altanera—, vos no conocéis al hombre que veis aquí, y

deseo que os conozcáis.

—Es un mediocre servidor en las posiciones subalternas, pero será un gran hombre si lo elevo a primera fila.

—¡Majestad! —balbució Colbert, trastornado de satisfacción y de temor.

—Ya he comprendido por qué —murmuró D'Artagnan al oído del rey—: estaba celoso.

—Precisamente, y sus celos le cortaban las alas.

—En lo sucesivo será una serpiente alada —refunfuñó el mosquetero con un resto de odio contra su adversario de antes.

Pero, acercándose a él Colbert, mostró una fisonomía tan distinta de la que comúnmente había observado en él; apareció tan bueno, tan afable, tan franco; sus ojos tomaron la expresión de una inteligencia tan noble, que D'Artagnan, buen fisonomista, quedó impresionado y casi cambiado en sus prevenciones.

Colbert le estrechaba la mano.

—Lo que el rey os ha dicho, señor, prueba cuán bien conoce Su Majestad a los hombres. La oposición encarnizada que he hecho hasta hoy contra los abusos, no contra los hombres, prueba que mis intentos eran preparar a mi rey un gran reinado; a mi país un gran bienestar. Tengo muchas ideas, señor de D'Artagnan; ya las veréis brillar al sol de la paz pública; y si no tengo la suerte de conquistar la amistad de los hombres honrados, tengo al menos la seguridad de lograr su estimación. Por su admiración, señor, daría mi vida.

Este cambio, esta elevación súbita, la aprobación tácita del rey, dieron mucho que pensar al mosquetero. Y saludó muy cortésmente a Colbert, que no le perdía de vista.

Viéndolos el rey reconciliados, los despidió; y ambos salieron juntos. Cuando estuvieron fuera del gabinete, el nuevo ministro, deteniendo al capitán, le dijo:

—¿Es posible, señor de D'Artagnan, que con una inteligencia como la vuestra, no me hayáis comprendido a la primera mirada?

—Señor Colbert —replicó el mosquetero—, los rayos del sol impiden ver las más resplandecientes luminarias. El hombre en el poder brilla, ya lo sabéis, y pues que vos estáis en él, ¿por qué habéis de continuar persiguiendo al que acaba de caer en desgracia y cae desde tan alto?

—¿Yo, señor? —replicó Colbert—. ¡Oh, señor! No le perseguiré jamás. Yo quería administrar la Hacienda y administrarla sólo, porque soy ambicioso, y, principalmente, porque tengo la más completa confianza en mi mérito, porque sé que todo el oro de este país va a venir a mi vista, y porque me es grato ver el oro del rey; porque, si vivo treinta años, en treinta años no me quedará una sola moneda en la mano; porque con este oro edificaré graneros, palacios, ciudades, y abriré puertos; porque crearé una marina y armaré buques que lleven el nombre de Francia a los pueblos más remotos; porque crearé bibliotecas y academias; porque haré de Francia el primer país del mundo y el más rico. Ved

ahí los motivos de mi animosidad contra el señor Fouquet, que impedía realizar todo esto. Y después, cuando yo sea grande y fuerte, cuando Francia sea grande y fuerte también, a mi vez pediré misericordia.

—¿Misericordia habéis dicho? Entonces pedid al rey su libertad. El rey no le castiga sino por vuestra causa.

Colbert levantó de nuevo la cabeza.

—Señor —dijo—, debéis saber que no es así, y que el rey tiene enemistad personal con el señor Fouquet; no me corresponde a mí deciros los motivos de ella.

—El rey se cansará, olvidará.

—El rey no olvida jamás, señor de D'Artagnan. Esperad, el rey llama, y va a dar alguna orden: yo no lo he influido, ¿no es verdad? Escuchad.

El rey llamaba, en efecto, a sus secretarios.

—¡Señor de D'Artagnan! —dijo.

—Vedme aquí, Majestad.

—Dad veinte mosqueteros al señor de Saint-Aignan para que escolten al señor Fouquet.

D'Artagnan y Colbert cambiaron una mirada.

—Y de Angers —prosiguió el rey—, se conducirá el preso a la Bastilla de París.

—Teníais razón —dijo el capitán al ministro.

—Saint-Aignan —continuó el rey—, haréis pasar por las armas a cualquiera que durante el camino hable en voz baja al señor Fouquet.

—Mas, ¡y yo, Majestad? —dijo el duque.

—Vos, señor, no le hablaréis sino en presencia de los mosqueteros. El duque se inclinó y salió para hacer cumplir las órdenes. D'Artagnan iba a retirarse también; el rey le detuvo.

—Señor —dijo—, iréis al momento a tomar posesión de la isla y feudo de Belle-Île.

—Sí, Majestad. ¿Sólo?

—Llevad las tropas que necesitéis para no tener un descalabro, si la plaza resiste.

Un murmullo de incredulidad aduladora salió del grupo de los cortesanos.

—Esto está visto —dijo D'Artagnan.

—Ya lo he visto en mi infancia —continuó el rey—, y no quiero verlo más. ¿Me habéis entendido? Id, capitán, y no volváis aquí sino con las llaves de la plaza.

Colbert se acercó a D'Artagnan.

—Es una comisión que, si la desempeñáis bien, os valdrá el bastón de mariscal.

—¿Por qué decís si la desempeñáis bien?

—Porque es difícil.

—¡Ah! ¿En qué?

—Tenéis amigos en Belle-Île, señor de D'Artagnan, y no es fácil a hombres como vos, marchar sobre el cuerpo de un amigo para medrar.

D'Artagnan bajó la cabeza, mientras Colbert volvía al lado del rey. Un cuarto de hora después, el capitán recibió la orden escrita de volar a Belle-Île en caso de resistencia, con facultades judiciales sobre todos los habitantes o refugiados, y la prevención expresa de no dejar escapar a uno sólo.

«Colbert tenía —razón pensó D'Artagnan—; mi bastón de mariscal de Francia costaría la vida a mis dos amigos. Pero olvidan que mis amigos no son más estúpidos que los pájaros, y que no esperan la mano del pajarero para desplegar sus alas. Yo les mostraré tan bien esta mano, que tendrán tiempo de verla. ¡Pobre Porthos! ¡Pobre Aramis! No, mi fortuna no os costará ni una pluma de vuestras alas».

Habiéndose así decidido D'Artagnan reunió el ejército real, le hizo embarcar en Paimboeuf, y se dio a la vela sin perder un momento.

## Capítulo XLII

---

Belle-Île-en-Mer

Al extremo del muelle, sobre el paseo que azota la mar furiosa en el flujo de la tarde, dos hombres, cogidos del brazo, conversaban en tono animado y expansivo, sin que ningún ser humano pudiera oír sus palabras, que arrebataban una a una las ráfagas del viento, con la blanca espuma robada a las crestas de las olas.

El sol acababa de ponerse en la gran sabana del Océano, enrojecido como un crisol gigantesco.

A veces, uno de los hombres se volvía hacia el Este, interrogando el mar con triste inquietud.

El otro, interrogando las facciones de su compañero, parecía querer adivinar en sus miradas. Luego, mudos los dos, agitando sombrios pensamiento, reanudaban su paseo.

Aquellos dos hombres eran nuestros proscriptos Porthos y Aramis, refugiados en Belle-Île desde que se frustraron las esperanzas, desde el desmoronamiento del vasto plan del señor de Herblay.

—Por más que digáis, mi querido Aramis —repetía Porthos aspirando vigorosamente el aire salino con que dilataba su poderoso pecho—; por más que digáis, no es una cosa ordinaria esa desaparición, desde hace dos días, de todos los barcos pesqueros que habían partido. No ha habido borrascas en el mar. El tiempo ha permanecido constantemente sereno, sin la más ligera tormenta, y, aun cuando hubiera habido alguna tempestad, no se habrían ido a pique todas nuestras barcas. Lo repito, es muy raro, y esa completa desaparición me extraña, os digo.

—Es verdad —murmuró Aramis—; tenéis razón, amigo Porthos. Preciso es

convenir que hay en eso algo extraño.

—Y, además —agregó Porthos a quien el asentimiento del obispo de Vannes parecía desarrollar las ideas—, ¿no habéis notado que, si las barcas han perecido, no ha venido a las costas resto ninguno del naufragio?

—Lo he notado como vos. Pues añadid a eso que las dos únicas barcas que quedaban en toda la isla y que he enviado en busca de las otras...

Aramis interrumpió aquí a su compañero con un grito y un movimiento tan brusco, que Porthos se detuvo estupefacto.

—¿Qué decís, Porthos? ¿Habéis enviado las dos barcas...?

—En busca de las otras, sí —repuso sencillamente Porthos.

—¡Desventurado! ¿Qué habéis hecho? ¡Entonces estamos perdidos! —exclamó el obispo.

—¡Perdidos...! ¡Vaya una idea! —exclamó asustado Porthos—. ¡Por qué perdidos, Aramis? ¡Por qué estamos perdidos?

Aramis mordiéso los labios.

—Nada, nada. Perdón, quise decir...

—¿Qué?

—Que si quisiésemos... que si nos ocurriera el capricho de dar un paseo por el mar, no podríamos.

—¡Bah! ¡Eso os atormenta! ¡Lindo, placer, a fe mía! Por mi parte, no lo hecho de menos. Lo que echo de menos, no es la mayor o menor diversión que pueda ofrecer Belle-Île; lo que echo de menos es Pierrefonds, Aramis, es Bracieux, es el Vallon, es mi hermosa Francia. Aquí no está uno en Francia, mi querido amigo, sino en yo no sé dónde. ¡Oh! Puedo deciroslo con toda la sinceridad de mi alma, y vuestro cariño sabrá excusar mi franqueza; pero, os confieso que no soy dichoso en Belle-Île; no, verdaderamente, no soy dichoso.

Aramis suspiró quedo.

—Querido amigo —repuso—; por eso os decía que era una desgracia el que hayáis enviado las dos barcas que nos quedaban en busca de las que marcharon hace dos días. Si no las hubieseis alejado para esa descubierta, ya habríamos marchado.

—¡Marchado! ¡Y la consigna, Aramis?

—¿Qué consigna?

—¡Diablos! La consigna que me estabais repitiendo a todas horas: que defendiésemos a Belle-Île contra el usurpador; ya lo sabéis.

—Es verdad —murmuró nuevo Aramis.

—Conque ya veis, querido, que no podemos marchar, y que el haber enviado las barcas en busca de las otras en nada nos perjudica.

Aramis calló, y su vaga mirada, luminosa, como la de una gaviota, se cernió largo rato sobre el mar interrogando el espacio y tratado de horadar el horizonte.

—Con que todo eso —prosiguió Porthos, tanto más fijo en su idea; cuanto que

el obispo la había hallado exacta—; con todo eso, no me dais explicación ninguna sobre lo que haya podido suceder a las pobres barcas. Por dondequiera que paso, véome asaltado de gritos y lamentos; los muchachos lloran viendo a sus madres desconsoladas, como si yo pudiera devolver los padres o los esposos ausentes. ¿Qué suponéis, amigo, y qué les podré responder?

—Supongamos todo, mi buen Porthos, y no digamos nada.

Esta respuesta no satisfizo a Porthos, que se volvió gruñendo algunas palabras de mal humor.

Aramis detuvo al valiente militar.

—Recordáis —preguntó con melancolía, estrechando las dos manos del gigante entre las suyas con afectuosa cordialidad—; recordáis, amigo, que en los hermosos días de nuestra juventud, cuando tan fuertes y tan intrépidos éramos, los otros dos y nosotros, si hubiésemos formado empeño en regresar a Francia, no nos lo hubiera impedido esa sabana de agua salada?

—¡Oh! —exclamó Porthos—. ¡Seis leguas!

—Si me hubieseis visto subir sobre una tabla, ¿os habrías quedado en tierra, Porthos?

—¡No, por Dios, amigo! ¡Pero hoy, qué tabla necesitaríamos, sobre todo yo, querido amigo!

Y el señor de Bracieux paseó una risueña mirada de orgullo por su colossal redondez.

—Seríamente, ¿no os aburrís también un poco en Belle-Île? ¿No preferiríais las dulzuras de nuestra morada, de vuestro palacio episcopal de Vannes? Vamos, confesado.

—No —contestó Aramis, sin atreverse a mirar a Porthos.

—Pues quedémonos —dijo su amigo con un suspiro, que no obstante los esfuerzos que hizo para contenerlo, se escapó ruidosamente de su pecho—. ¡Quedémonos, quedémonos! Y, sin embargo —añadió—, si se quisiese absolutamente, si hubiese una idea fija de volver a Francia, y no tuviéramos barcos...

—¿Habéis observado otra cosa, querido amigo? Desde la desaparición de nuestros pescadores, no ha atracado una sola canoa a las orillas de la isla.

—Sí, cierto tenéis razón, en efecto. También yo lo he notado, no era difícil hacer esa observación, pues antes de estos dos días funestos veíamos llegar aquí barcas y chalupas por docenas.

—Será necesario informarnos —dijo súbitamente Aramis con agitación—. Aun cuando tuviese que mandar construir una balsa.

—Todavía hay canoas, querido amigo; ¿queréis que suba en una?

—¡Una canoa...! ¡Una canoa! ¿Estáis en vuestro juicio, Porthos? ¡Una canoa para zozobrar? No, no —replicó el obispo de Vannes—. No es nuestro oficio andar por las olas. Aguardemos, aguardemos.

Y Aramis continuaba paseándose con todas las señales de una agitación cada vez mayor.

Porthos, que se cansaba siguiendo cada uno de los movimientos febriles de su amigo; Porthos, que, en su calma y credulidad, no comprendía nada de esa especie de exasperación que se revela por sobresaltos continuos; Porthos le detuvo.

—Sentémonos en esta roca —dijo—. Colocaos ahí, a mi lado, Aramis; os conjuro por última vez que me expliquéis, de modo que pueda comprenderlo, qué es lo que hacemos aquí.

—Porthos... —dijo Aramis turbado.

—Ya sé que el falso rey quiso destronar al verdadero. Oído y comprendido. Y bien...

—Sí —dijo Aramis.

—Ya sé que el falso rey había proyectado vender Belle-Île a los ingleses. Eso también lo he comprendido.

—Sí.

—Ya sé que nosotros, ingenieros y capitanes, hemos venido a Belle-Île a encargarnos de la dirección de las obras y del mando de diez compañías levantadas y pagadas por el señor Fouquet, a quien obedecen, o mejor, diez compañías de su yerno. Todo esto también se comprende.

Aramis se levantó impaciente. Se hubiera dicho un león importunado por un moscardón.

Porthos le retuvo por el brazo.

—Mas lo que no comprendo, lo que a pesar de todos mis esfuerzos de ingenio, de todas mis reflexiones, no puedo comprender ni comprenderé jamás, es que en lugar de enviarnos tropas, en vez de enviarnos refuerzos en hombres, municiones y víveres, nos dejen sin barcos, dejen a Belle-Île sin arribos, sin socorros; que en lugar de establecer con nosotros una correspondencia, bien sea por señales, o por comunicaciones escritas o verbales, intercepten toda relación con nosotros. Veamos, Aramis, respondedme, o más bien, antes de responderme, ¿queréis que os diga lo que pienso? ¿Queréis saber cuál ha sido mi idea y el pensamiento que me ha asaltado?

El obispo levantó la cabeza. Pues bien, Aramis —continuó Porthos—, me ha asaltado la idea de que en Francia ha de haber ocurrido algún suceso... He soñado toda la noche con el señor Fouquet, con peces muertos, con huevos rotos, con cámaras mal dispuestas, pobamente instaladas. ¡Malos sueños, mi querido de Herblay! Sueños de mal presagio!

—Porthos, ¿qué se ve allá abajo? —interrumpió Aramis, levantándose de súbito y señalando a su amigo un punto negro sobre la línea enrojecida del agua.

—¡Una barca! —dijo Porthos—.

—Sí, una barca es. ¡Oh! Al fin vamos a tener noticias.

—¡Dos! —exclamó el obispo, divisando otra arboladura—. ¡Dos! ¡Tres!  
¡Cuatro!

—¡Cinco! —exclamó Porthos a su vez—. ¡Seis! ¡Siete...! ¡ah, Dios mío! ¡Es una escuadra! ¡Dios mío, Dios mío!

—Nuestros barcos que regresan, probablemente —dijo Aramis inquieto a pesar de la seguridad que afectaba.

—Muy grandes son para barcos pesqueros —observó Porthos—, y luego, ¿no advertís, amigo, que viene del Loira?

—Del Loira viene, sí.

—Y mirad, todo el mundo los ha visto aquí como yo; las mujeres y los chicos comienzan a subir sobre las escollaras.

Pasó un viejo pescador.

—¿Son esos nuestros barcos? —le preguntó Aramis.

—No, monseñor —respondió—; son charanas al servicio del rey.

—¿Barcos del servicio real? —preguntó Aramis sobresaltado—. ¿En qué lo conocéis?

—En el pabellón.

—Pero si apenas es visible el barco —dijo Porthos—, ¿cómo diablos podéis distinguir el pabellón, querido?

—Veo que llevan uno —replicó el viejo—; nuestros barcos y las chalanas del comercio no lo tienen. Esa especie de pinazas que vienen ahí, señor, sirven ordinariamente para transportar tropas.

—¡Ah! —exclamó Aramis.

—¡Viva! —exclamó Porthos—. Nos envían refuerzos, ¿no es cierto, Aramis?

—Es probable.

—¿Como no sean los ingleses!

—¿Por el Loira? Desgracia sería, Porthos, pues habrían pasado por París.

—Tenéis razón; son refuerzos, decididamente, o víveres.

Aramis apoyó la cabeza entre sus manos y no respondió.

—Porthos —dijo de pronto—, ¡mandad tocar a generala!

—A generala...? ¿Qué pensáis?

—Sí, y que los artilleros suban a sus baterías; que los sirvientes estén en sus piezas y que se vigile principalmente en las baterías de la costa. Porthos puso ojos tamaños, y miró atentamente a su amigo, como para convencerse de que se hallaba en su cabal juicio.

—Yo mismo iré, mi buen Porthos —continuó Aramis con su más dulce voz—; voy a que se cumplan mis órdenes, si vos no lo hacéis, mi querido amigo.

—¡Ahora mismo voy! —dijo Porthos, que fue a hacer ejecutar las órdenes, echando miradas atrás para ver si el obispo de Vannes se engañaba, y si, convencido de su error, le daba contraorden.

Tocóse a generala; resonaron clarines y tambores, y la enorme campana de

la atalaya tocó a rebato.

Al punto los diques y los muelles se llenaron de curiosos y de soldados; las mechas brillaron en las manos de los artilleros, situados detrás de los gruesos cañones montados sobre cureñas de piedra. Luego que acudieron todos a sus puestos, hechos los preparativos de defensa:

—Permitidme, Aramis, que vea si puedo comprender esto —dijo Porthos, acercándose tímidamente al oído del obispo.

—Andad, querido, que demasiado pronto lo comprenderéis —murmuró el señor de Herblay a aquella pregunta de su teniente.

—La escuadra que ahí viene a velas desplegadas y se encamina al puerto de Belle-Île, es una escuadra real, ¿no es cierto?

—Mas habiendo dos reyes en Francia, Porthos, ¿a cuál de los dos pertenecerá?

—¡Oh! ¡Me abrís los ojos! —repuso el gigante, vencido por aquel argumento.

Y Porthos, a quien la respuesta de su amigo acababa de abrir los ojos, o mejor, de espesar la venda que le cubría la vista, acudió corriendo a las baterías para vigilar a su gente y exhortar a todos a cumplir con su deber.

Entretanto Aramis, los ojos fijos en el horizonte veía aproximarse los barcos. La muchedumbre y los soldados, subidos sobre todas las cimas y anfractuosidades de las rocas, podían divisar la arboladura, las velas bajas, y, en fin, los cascos de las chalanas, que ostentaban el pabellón real de Francia.

Era noche cerrada cuando una de aquellas pinazas, cuya presencia había puesto en tanta commoción a toda la población de Belle-Île, fue a acomodarse a un tiro de cañón de la plaza.

Pronto se vio, a pesar de la obscuridad que reinaba, cierta agitación a bordo de aquel navío, de cuyo costado se destacó una lancha con tres remeros, que, encorvados sobre sus remos tomaron la dirección del puerto, y en pocos minutos atracaron a los pies del fuerte.

El patrón de la yola saltó al muelle. Llevaba una carta en la mano, que agitaba en el aire, como pidiendo comunicar con alguien.

Aquel hombre fue reconocido por varios soldados como uno de los pilotos de la isla. Era el patrón de una de las dos barcas conservadas por Aramis, y que Porthos, en su inquietud por la suerte de los pescadores desaparecidos hacía dos días, había enviado a la descubierta de los barcos perdidos.

Pidió ser conducido al señor de Herblay.

Dos soldados, a una señal del sargento, lo colocaron entre ellos y lo escoltaron.

Aramis se hallaba en el muelle. El enviado se presentó ante el obispo de Vannes. La obscuridad era caso completa, a pesar de los hachones que llevaban a cierta distancia los soldados que seguían a Aramis en su ronda.

—¡Hola, Jónatas! ¿De parte de quién vienes?

—De parte de los que me han apresado.

—¿Y quién te ha apresado?

—Ya sabéis, monseñor que salimos en busca de nuestros camaradas.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, monseñor, a una legua corta fuimos apresados por un quechemarín del rey.

—¿De qué rey? —preguntó Porthos.

Jónatas abrió los ojos con sorpresa.

—Habla —prosiguió el obispo.

—Fuimos, pues, capturados, monseñor, y reunidos a los que habían sido apresados ayer mañana.

—¿Y qué manía es esa de cogeros a todos? —interrumpió Porthos.

—Señor, para impediros que os lo dijéramos —replicó Jónatas. Porthos no comprendía una palabra.

—¿Y os dejan hoy en libertad? —preguntó.

—Para decir que nos han apresado.

«Cada vez lo entiendo menos», pensó el honrado Porthos. Entretanto reflexionaba Aramis.

—Así, pues —dijo—, las costas se hallan bloqueadas por una escuadra real.

—Sí, monseñor.

—¿Quién la manda?

—El capitán de los mosqueteros del rey.

—¿D'Artagnan?

—¡D'Artagnan! —exclamó Porthos.

—Creo que es ese su nombre.

—¿Fue él quien te entregó esa carta?

—Sí, monseñor.

—Acercad los hachones.

—Es su letra —dijo Porthos.

Aramis leyó con ansiedad las líneas siguientes:

*Orden del rey para tomar a Belle-Île;*

*Orden de pasar a cuchillo a la guarnición, si resiste;*

*Orden de hacer prisioneros a todos los hombres de la guarnición;*

*Firmado: D'ARTAGNAN, que anteayer arrestó al señor Fouquet, para enviarlo a la Bastilla.*

Aramis palideció y estrujó el papel entre sus manos.

Porthos no comprendía una palabra.

—¿Qué hay? —preguntó Porthos.

—¡Nada, amigo mío, nada!

—Dime, Jônatas.

—¿Monseñor?

—¿Has hablado al señor de D'Artagnan?

—Sí, Monseñor.

—¿Qué te ha dicho?

—Que para más explicaciones, hablaría con monseñor.

—¿Dónde?

—A bordo de su barco.

—¿A bordo de su barco?

Porthos repitió:

—¿A bordo de su barco?

—El señor mosquetero —prosiguió Jônatas— me ha dicho que os tome a vos y al señor ingeniero en mi lancha y os lleve allí.

—Vamos allí —dijo Porthos—. ¡Ese querido D'Artagnan!

Aramis le detuvo.

—¿Estáis loco? —exclamó—. ¿Quién nos dice que no sea un lazo?

—¿Del otro rey? —dijo Porthos con misterio.

—¡Una asechanza cualquiera! Eso basta, querido amigo.

—Es posible. ¿Qué haremos, entonces? Con todo, si D'Artagnan nos llama...

—¿Y quién os dice que sea D'Artagnan?

—¡Ah! Entonces... Mas, ay su letra.

—La letra se falsifica. Está contrahecha, es temblona.

—Siempre tenéis razón; pero entretanto nada sabemos.

Aramis calló.

—Verdad es —dijo el buen Porthos— que nada necesitamos saber.

—¿Qué he de hacer yo? —preguntó Jônatas.

Volver al lado de ese capitán.

—Sí, monseñor.

—Y le dirás que le suplicamos que venga él en persona a la isla.

—Ya entiendo —dijo Porthos.

—Sí, monseñor —respondió Jônatas—; pero ¿y si el capitán se niega a venir a Belle-Île? —Entonces haremos uso de los cañones.

—¿Contra D'Artagnan?

—Si es D'Artagnan, él vendrá, Porthos. Parte, Jônatas, parte.

—A fe mía que no entiendo una palabra —murmuró Porthos.

—Ahora me comprenderéis, querido amigo; ha llegado el momento. Sentaos sobre esa cureña, abrid los oídos y escuchadme bien.

—¡Sí! ¡Escucho, pardiez! No lo dudéis.

—¿Puedo marchar, monseñor? —dijo Jônatas.

—Parte, y vuelve con una respuesta. ¡Hola, dejad pasar la lancha!

La lancha fue a reunirse con el navío.

Aramis cogió la mano a Porthos y comenzó las explicaciones.

## Capítulo XLIII

### Las explicaciones de Aramis

—Lo que voy a deciros, amigo Porthos, no dejará quizás de sorprenderos, pero también os instruirá.

—Me gustan las sorpresas —dijo Porthos con benevolencia—; no tengáis reparo, os lo ruego. Estoy hecho a las emociones; nada temáis, pues, hablad.

—Difícil es, Porthos... difícil; porque, en verdad, os lo prevengo por segunda vez, tengo que contaros cosas muy extrañas, muy extraordinarias.

—¡Oh! Habláis tan bien, querido amigo, qué os estaría escuchando días enteros. Conque hablad, o si no, mirad, tengo una idea: para facilitaros el trabajo y ayudaros a que me expliquéis esas cosas extrañas, os preguntaré.

—Me agrada.

—¿Por qué vamos a pelear, querido Aramis?

—Si me dirigís muchas preguntas como esa, si es así como creéis facilitarme el trabajo, mi necesidad de revelaciones, confieso que el camino no es el mejor. Al contrario; en esto está precisamente el nudo gordiano. Vamos, amigo, con un hombre bueno, generoso y leal como vos, es preciso por él, y por uno mismo, comenzar las confesiones con valor. Os he engañado, mi digno amigo.

—¿Me habéis engañado?

—Dios mío, sí.

—¿Era por mi bien, Aramis?

—Así lo creía, Porthos; lo creía sinceramente.

—Entonces —dijo el honrado señor de Bracieux—, me habéis hecho un servicio, y os doy las gracias; porque si no me hubieseis engañado, tal vez me hubiera engañado yo mismo. ¿En qué me habéis engañado? Decid.

—Yo servía al usurpador, contra quien Luis XIV dirige en estos instantes todos

sus esfuerzos.

—El usurpador —dijo Porthos rascándose la frente—, que es... No comprendo muy bien.

—Es uno de los dos reyes que se disputan la corona de Francia.

—¡Muy bien! Entonces, ¿servíais al que no es Luis XIV?

—Habéis dicho la expresión exacta de golpe.

—De lo cual resulta que...

—Que somos rebeldes, mi pobre amigo.

—¡Diablo! ¡Diablo! —exclamó Porthos desconcertado.

—¡Oh! Pero, querido Porthos, calmaos, todavía hallaremos medios de salvarnos, creedme.

—No es eso lo que me inquieta —contestó Porthos—; lo que me escuece es esa maldita palabra de rebeldes.

—Así es.

—De modo que el ducado que se me prometió...

—Era el usurpador quien lo daba.

—No es lo mismo, Aramis —repuso Porthos con majestad.

—Amigo, si sólo hubiera dependido de mí, seríais ya príncipe.

Porthos se puso a morderse las uñas con melancolía.

—En eso —prosiguió— habéis hecho mal en engañarme; porque yo contaba con el ducado prometido. ¡Oh! y contaba con él seriamente, sabiéndoos hombre de palabra, mi querido Aramis.

—¡Pobre Porthos! Os ruego que me perdonéis.

—¡De suerte! —insistió Porthos sin responder a la súplica del obispo de Vannes — que me hallo malquistado con el rey Luis XIV?

—Yo lo arreglaré todo, mi buen amigo; yo lo arreglaré. Tomaré sobre mí toda la responsabilidad.

—¡Aramis...!

—No, no, Porthos; os lo pido por favor dejadme hacer. ¡Nada de falsa generosidad ni de abnegación inoportuna! No sabíais nada de mis proyectos; no habéis hecho nada por vos mismo. Yo, es otra cosa. Fui el único autor del complot. Tenía necesidad de mi inseparable compañero; os llamé, y viniste a mí acordándoos de vuestra antigua divisa: « Todos para uno, uno para todos». Mi crimen, querido Porthos, es haber sido egoísta.

—Esa palabra me gusta —dijo Porthos—; desde que confesáis haber obrado por vuestra sola cuenta, no me es posible reconciliros. ¡Es tan natural!

Y con esta sublime expresión estrechó Porthos cordialmente la mano de su amigo.

Aramis sintióse pequeño ante aquella sencilla grandeza de alma. Era la segunda vez que se veía precisado, a rendir tributo a la verdadera superioridad del corazón, mucho más poderosa que el esplendor del talento.

Y contestó con un mudo y enérgico apretón a la generosa caricia de su amigo.

—Ya que nos hemos explicado claramente —dijo Porthos—, y he comprendido bien nuestra situación con respecto a al rey Luis, creo, querido amigo, que es ocasión de darme a conocer la intriga política de que somos víctimas; porque no se me oculta que en todo esto hay una intriga política.

—D'Artagnan, mi buen Porthos, va venir, y os la explicará con todos sus pormenores; perdonadme; estoy anonadado de dolor, abrumado de pena, y necesito toda mi presencia de espíritu y toda mi reflexión para sacaros del mal paso en que tan imprudentemente os he metido; pero nada hay más claro ni más preciso en lo sucesivo que la posición. El rey Luis XIV, no tiene ya más que un solo enemigo: ése soy yo, yo solo. Os he hecho prisionero; vos me habéis seguido; ahora os doy libertad, y volvéis al lado de vuestro príncipe. Ya veis, Porthos, que en todo esto no se presenta la menor dificultad.

—¿Lo creéis así? —dijo Porthos.

—Estoy seguro de ello.

—Entonces —dijo el admirable buen sentido de Porthos—, ¿por qué si estamos en una situación tan fácil, preparamos cañones, mosquetes y tretas de toda especie? Más sencillo me parece decir al capitán D'Artagnan: « ¡Querido amigo, nos hemos engañado, y hay que deshacer la equivocación; abridnos la puerta, dejadnos pasar, y hasta la vista! » .

—¡Ojalá! —exclamó Aramis meneando la cabeza.

—¿Cómo ojalá? ¿No aprobáis ese plan, querido amigo?

—Veo en él una dificultad.

—¿Cuál?

—La hipótesis de que D'Artagnan venga con tales órdenes, que nos veamos obligados a defendernos.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Defendernos contra D'Artagnan? ¡Locura! ¡Contra el buen D'Artagnan?

Aramis meneó por segunda vez la cabeza.

—Porthos —dijo—, si he ordenado encender las mechas y preparar los cañones; si he hecho tocar generala; si he dispuesto que todo el mundo acuda a su puesto en las fortificaciones, en esas potentes fortificaciones que con tanta solidez habéis construido, por algo habrá sido. Aguardad para juzgar, o mejor, no, no aguardéis...

—¿Y qué hemos de hacer?

—Si lo supiera, amigo, lo hubiera dicho.

—Pero hay una cosa más sencilla que defendernos: un barco, y rumbo a Francia, donde...

—Querido amigo —dijo Aramis sonriendo con una especie de tristeza—, no razonemos como niños; seamos hombres en el consejo y en la ejecución. Mirad

cómo desde el puerto llaman con la bocina a una embarcación. ¡Atención, Porthos, gran atención!

—Sin duda es D'Artagnan —dijo Porthos con una voz de trueno acercándose al parapeto.

—Sí, soy yo —contestó el capitán de mosqueteros, saltando con ligereza sobre los escalones del muelle.

Y subió velozmente hasta la pequeña explanada, donde le esperaban sus dos amigos.

Caminando Porthos y Aramis, distinguieron a un oficial que seguía a D'Artagnan pisándole los talones.

El capitán detúvose sobre los escalones del muelle, a la mitad del camino. Su compañero hizo lo mismo.

—Haced retirar a vuestra gente —gritó D'Artagnan a Porthos y Aramis—; hacedla retirar fuera del alcance de la voz.

Porthos dio la orden, y fue ejecutada al momento.

Entonces D'Artagnan volviéndose hacia el que le seguía:

—Caballero —le dijo—, ya no estamos aquí en la escuadra del rey, donde, en virtud de vuestras órdenes, me hablabais hace poco con tanta arrogancia.

—Caballero —respondió el oficial—, yo no os hablaba con arrogancia; no he hecho más que obedecer simplemente, aunque con rigurosa exactitud, lo que se me había ordenado. Me han encargado que os siga, y os sigo. Me han dicho que no os dejé comunicar con nadie sin tener conocimiento de lo que hacéis, y me mezclo en vuestras entrevistas.

D'Artagnan tembló de cólera, y Porthos y Aramis, que oían aquel diálogo, temblaban también, pero de inquietud y temor.

D'Artagnan trémulo de cólera, y con una energía que revelaba en él un estado de exasperación muy próxima a estallar, se acercó al oficial.

—Caballero —dijole en voz más baja, pero tanto más acentuada, cuanto mayor calma simulaba y más se preparaba para una tempestad—, cuando envié aquí una lancha quisisteis saber lo que escribía a los defensores de Belle-Île. Me enseñasteis una orden; al punto, a mi vez, os di a leer el billete que escribí. Cuando volvió el patrón de la barca que envié, y recibí la respuesta de estos dos señores (y señalaba a Porthos y Aramis), escuchasteis hasta el fin el discurso del mensajero. Todo esto se ajustaba a vuestras órdenes, y se hizo bien y puntualmente, ¿no es cierto?

—Sí, señor —balbució el oficial—; sin duda, señor... pero.

—Caballero —continuó D'Artagnan calentándose cada vez más—, cuando manifesté y anuncié en alta voz mi intención de pasar a Belle-Île, exigisteis acompañarme, y os traje conmigo sin vacilar. Ya estáis en Belle-Île, ¿no es cierto?

—Sí, señor; pero...

—Pero... No se trata ya del señor Colbert, que os ha hecho cumplir esa orden, o de la persona, cualquiera que sea, cuyas instrucciones seguís; se trata de un hombre que incomoda a D'Artagnan, y que se halla solo con éste sobre los escalones de un muelle que bañan treinta pies de agua salada; ¡mala posición para ese hombre, mala posición, caballero! Os lo advierto.

—Pero, señor, si os incomodo —replicó el oficial con timidez y casi medrosamente—, es mi servicio quien...

—Caballero, habéis tenido la desgracia, vos o los que os envían, de hacerme un insulto. Está hecho. Yo no puedo volverme contra los que os envían, porque me son desconocidos o están demasiado lejos. Pero ahora os halláis en mi poder, y juro por Dios que si dais un paso más cuando yo levante mi pie para ir al lado de esos señores... Juro por quien soy que os abro la cabeza con mi espada, y que os arrojo al agua. ¡Oh! Suceda lo que quiera. Sólo seis veces me he encolerizado en mi vida, señor, y las cinco que han precedido a ésta, he matado a mi hombre.

El oficial no se movió; palideció bajo aquella terrible amenaza, y respondió con sencillez:

—Señor, hacéis mal en ir contra mi consigna.

Porthos y Aramis, mudos en lo alto del parapeto, gritaron al mosquetero:

—¡Cuidado, querido D'Artagnan!

D'Artagnan les hizo callar con un ademán, levantó su pie con calma escalofriante para subir un escalón, y se volvió espada en mano para ver si le seguía el oficial.

El oficial hizo la señal de la cruz y marchó.

Porthos y Aramis, que conocían a su D'Artagnan, lanzaron un grito y se precipitaron para detener el golpe, que creían ya oír.

Pero D'Artagnan, pasando la espada a su mano izquierda:

—Caballero —dijo al oficial con voz conmovida—, sois hombre valiente. Debéis comprender mejor lo que os voy a decir ahora, que lo que os he dicho antes.

—Hablad, señor de D'Artagnan, hablad —repuso el valiente oficial.

—Esos señores a quienes vengo a ver, y contra quienes tenéis órdenes, son amigos míos.

—Lo sé, caballero.

—Comprended si debo obrar con ellos como prescriben vuestras instrucciones.

—Comprendo vuestros miramientos.

—Pues bien, permitidme hablar con ellos sin testigos.

—Señor de D'Artagnan, si accedo a vuestros deseos, si hago lo que me pedís, faltaré a mi palabra; pero, si no lo hago, os daréis por ofendido. Mejor quiero lo uno que lo otro. Hablad con vuestros amigos, y no me desprecieis, señor, por hacer en obsequio de vos solo, a quien mucho estimo y honro, una acción villana.

D'Artagnan, conmovido, echó rápidamente sus brazos al cuello de aquel joven, y subió adonde estaban sus amigos.

El oficial, embozado en su capa, sentóse sobre los escalones cubiertos de algas húmedas.

—Y bien —dijo D'Artagnan a sus amigos—, he aquí la posición; juzgad.

Abrazáronse todos tres. Y todos tres permanecieron estrechados en brazos unos de otros, como en los buenos tiempos de juventud.

—¿Qué significa todo ese rigor? —preguntó Porthos.

—Algo podéis sospechar, querido amigo —respondió D'Artagnan.

—No mucho, os lo aseguro, querido capitán; porque en último resultado nada he hecho, ni Aramis tampoco —apresuróse a añadir el excelente hombre.

D'Artagnan lanzó al prelado una mirada de reproche, que penetró en aquel corazón endurecido.

—¡Querido Porthos! —exclamó el obispo de Vannes.

—Ya veis lo que se ha hecho —dijo D'Artagnan—: interceptar todo lo que va y viene a Belle-Île. Todos vuestros barcos se hallan apresados. Si hubieseis intentado huir habríais caído en manos de los cruceros que surcan el mar y os acechan. El rey os quiere en su poder, y os tendrá.

Y D'Artagnan arrancóse con rabia algunos pelos de su bigote gris. Aramis se puso sombrío, y Porthos colérico.

—Mi idea era ésta —prosiguió D'Artagnan—: hacerlos venir a ambos a bordo de mi barco, teneros a mi lado, y luego poneros en libertad. Pero, ahora, ¿quién me dice que al volver a mi navío, no me encuentre algún superior, o bien órdenes secretas que me quiten el mando para conferirlo a otro que no sea yo, y dispongan de mí y de vosotros sin ninguna esperanza de socorro?

—Es necesario permanecer en Belle-Île —dijo resueltamente Aramis—, y por mi parte os respondo que no me rendiré con entero conocimiento.

Porthos nada dijo. D'Artagnan notó el silencio de su amigo.

—Todavía tengo que tantear a ese oficial, a ese valiente que me acompaña, y cuya valerosa resistencia aprecio porque revela a un hombre de honor, el cual, aunque enemigo nuestro, vale mil veces más que un cobarde complaciente. Probemos, y sepamos de él lo que tiene derecho a hacer, lo que su consigna le permite o le prohíbe.

—Probemos —dijo Aramis. D'Artagnan fue al parapeto, inclinóse hacia los escalones del muelle, y llamó al oficial, que subió al punto.

—Caballero —le dijo D'Artagnan, después de cambiar algunas frases de cordial urbanidad, naturales entre hidalgos que se conocen y se aprecian dignamente—, caballero, si Yo llevase conmigo a estos dos señores, ¿qué haríais?

—No me opondría, señor; mas teniendo orden directa, orden formal, de tomarlos bajo mi custodia, así lo haría.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan.

—¡Se acabó! —dijo Aramis sordamente.

Porthos no se movió.

—Llevaos a Porthos —dijo el obispo de Vannes—; él sabrá probar al rey, en lo cual le ayudaremos vos y yo, que es extraño a este asunto.

—¡Hum! —hizo D'Artagnan—. ¿Queréis venir? ¿Queréis seguirme, Porthos? El rey es clemente.

—Dejadme reflexionar —dijo noblemente Porthos.

—¿Os quedáis aquí, según eso?

—¡Hasta nueva orden! —exclamó Aramis con viveza.

—Hasta que tengamos una idea —repuso D'Artagnan—, y ahora creo que no será tarde, porque tengo ya una.

—Despidámonos, pues —prosiguió Aramis—, pero, en verdad, querido Porthos, deberíais partir.

—¡No! —dijo éste lacónicamente.

—Como gustéis —replicó Aramis algo herido en su nerviosa susceptibilidad, por el tono desabrido de su compañero—. Me tranquiliza la promesa de una idea de D'Artagnan, idea que creo haber adivinado.

—¡Veamos! —dijo el mosquetero, acercando su oído a la boca de Aramis.

Este dijo al capitán varias palabras rápidas, a las que contestó D'Artagnan:

—Eso precisamente.

—¡Infalible, entonces! —exclamó gozoso Aramis.

—Durante la primera emoción que deberá producir ese proyecto, arreglaos, Aramis.

—¡Oh! No tengáis miedo.

—¡Ahora, señor —dijo el capitán al oficial—, gracias, mil gracias! Acabáis de ganaros tres amigos para toda la vida, hasta la muerte.

—Sí —replicó Aramis.

Sólo Porthos no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

D'Artagnan, después de abrazar tiernamente a sus dos viejos amigos, dejó a Belle-Île con el inseparable compañero que Colbert le había dado.

De suerte que, si se exceptúa la especie de explicación con que el digno Porthos había tenido a bien contentarse, en nada había cambiado en apariencia la suerte de unos y otros.

—Solamente —decía Aramis— tenemos la idea de D'Artagnan. D'Artagnan no volvió a bordo de su barco sin madurar bien la idea que había hallado, y sabido es que cuando D'Artagnan meditaba, jamás era sin fruto.

En cuanto al oficial, volviéndose mudo, le dejó respetuosamente reflexionar a sus anchas.

Así fue que al poner el pie en su navío, acoderado a un tiro de cañón de Belle-Île, el capitán había reunido ya todos sus medios ofensivos y defensivos.

Al punto reunió su Consejo. Este Consejo se componía de los oficiales a sus

órdenes.

Los oficiales eran ocho:

Un jefe de fuerzas marítimas.

Un mayor director de artillería.

Un ingeniero.

El oficial que ya conocemos.

Y cuatro tenientes.

Habiéndolos reunido en la cámara de popa, D'Artagnan se levantó, se quitó el sombrero, y comenzó en estos términos:

—Señores, he ido a reconocer a Belle-Île-en-Mer, y he hallado una excelente y fuerte guarnición, con todos los preparativos para una defensa que puede hacerse enojosa. Tengo, pues, la intención de enviar a buscar dos de los principales jefes de la plaza, para que hablemos con ellos. Luego que les hayamos separado de sus tropas y de sus cañones, podremos sacar mejor partido, sobre todo con buenos argumentos. ¿Sois de la misma opinión, señores?

El mayor de artillería se levantó.

—Señor —dijo con respeto, pero con firmeza—, os he oído decir que la plaza prepara una defensa enojosa. ¿Sabéis si la plaza está dispuesta a la rebelión?

D'Artagnan quedó desconcertado visiblemente con aquella réplica; pero no era hombre que se dejara abatir por tan poco, y tomó la palabra:

—Señor —dijo—, vuestra observación es exacta. Pero no ignoráis que Belle-Île-en-Mer es un feudo del señor Fouquet, y los antiguos reyes dieron a los señores de Belle-Île el derecho de armarse por su propia cuenta.

El mayor hizo un movimiento.

—¡Oh! No me interrumpáis —prosiguió D'Artagnan—. Vais a decirme que el derecho de armarse contra los ingleses no es el derecho de armarse contra su rey. Pero no será ciertamente el señor Fouquet quien manda en Belle-Île, puesto que anteayer le arresté yo. Los habitantes y defensores de Belle-Île no saben nada de esta prisión, en vano se la anunciaríais. Es algo tan inaudito, tan extraordinario, tan inesperado, que no os creerían. Un bretón sirve a su amo y no a sus amos; sirve a su amo hasta que le ve muerto. Ahora bien, los bretones, que yo sepa, no han visto el cadáver del señor Fouquet. Por tanto, no es extraño que se sostengan contra todo lo que no sea el señor Fouquet o su firma.

El mayor se inclinó en señal de asentimiento.

—Por eso —prosiguió D'Artagnan— me propongo hacer venir aquí, a bordo, a dos de los principales jefes de la guarnición. Os verán, señores; verán las fuerzas de que disponemos y sabrán a qué atenerse sobre la suerte que les aguarda en caso de rebelión. Les afirmaremos, bajo palabra de honor, que el señor Fouquet está preso, y que cualquier resistencia no podrá menos de serles perjudicial. Les diremos que disparado el primer cañonazo no tienen que aguardar misericordia ninguna del rey. Entonces, tal es al menos mi cálculo, no

resistirán ya. Se entregarán sin combatir, y podremos así apoderarnos, sin derramar sangre, de una plaza, cuya conquista podría costarnos cara.

El oficial que había seguido a D'Artagnan a Belle-Île se disponía a hablar, pero D'Artagnan le interrumpió.

—Sí, ya sé lo que vais a decirme, señor; sé que hay una orden del rey que prohíbe toda comunicación secreta con los defensores de Belle-Île, y por eso precisamente propongo no comunicar sino delante de todo mi Estado Mayor.

Y D'Artagnan hizo a sus oficiales un signo de cabeza, que tenía por objeto hacer valer aquella condescendencia.

Los oficiales se miraron como para leer su opinión en los ojos unos de otros, con ánimo de asentir evidentemente, después de haberse puesto de acuerdo, a lo que D'Artagnan proponía. Y ya veía éste con gozo que el resultado de su consentimiento sería enviar un barco a Porthos y a Aramis, cuando el oficial del rey sacó del hecho un pliego sellado que entregó a D'Artagnan.

Aquel pliego llevaba en el sobrescrito el número 1.

—¿Qué es esto? —murmuró el capitán, sorprendido.

—Leed, señor —dijo el oficial inclinándose con una cortesanía no exenta de tristeza.

D'Artagnan, lleno de desconfianza, abrió el pliego y leyó estas palabras:

*Prohibo al señor de D'Artagnan reunir Consejo de ninguna especie, ni deliberar de modo alguno, antes de que sea tomada Belle-Île y los prisioneros pasados por las armas.*

*Firmado: LUIS.*

D'Artagnan reprimió el movimiento de impaciencia que circulaba por todo su cuerpo, y, con una graciosa sonrisa:

—Está bien, señor —dijo—, nos atendremos a las órdenes del rey.

## Capítulo XLIV

---

Continuación de las idea del rey y de las ideas de D'Artagnan

El golpe era directo, rudo, mortal. D'Artagnan, furioso de haber sido burlado por una idea del rey, no desesperó, sin embargo, y dando vueltas a la idea que había traído de Belle-Île, auguró de ahí un nuevo medio de salvación para sus amigos.

—Señores —dijo súbitamente—, puesto que el rey ha confiado a otro sus órdenes secretas, es que no posea su confianza, y me haría realmente indigno de ella si tuviera valor para conservar un mando sujeto a tantas sospechas injuriosas. Voy, pues, inmediatamente a llevar mi dimisión al rey. La ofrezco delante de todos vosotros, intimándoos que os repleguéis conmigo sobre las costas de Francia, de modo que no queden comprometidas las fuerzas que Su Majestad me ha confiado. Cada cual a su puesto, y disponed el regreso; dentro de una hora tendremos el flujo. ¡A vuestros puestos, señores! Supongo —añadió, viendo que todos obedecían a excepción del oficial que lo vigilaba que no tendríais que objetar esta vez orden ninguna.

Y D'Artagnan triunfaba casi al pronunciar estas palabras. Aquel plan era la salvación de sus amigos. Levantado el bloqueo podían embarcarse al punto y hacerse a la vela para Inglaterra o España, sin temor de ser molestados. Mientras ellos huían, llegaba D'Artagnan al lado del rey, justificaba su regreso con la indignación que las desconfianzas de Colbert suscitaran en él, le enviaban de nuevo con amplios poderes, y tomaban entonces a Belle-Île; esto es, la jaula, pero sin pájaros.

Mas a este plan, el oficial opuso una segunda orden, concebida en estos términos:

« Desde el instante en que el señor de D'Artagnan manifieste el deseo de dar

su dimisión, dejará de ser jefe de la expedición, y todo oficial puesto bajo sus órdenes deberá no prestarle obediencia. Por otra parte, habiendo perdido el citado señor de D'Artagnan su cualidad de jefe de la armada enviada contra Belle-Île, deberá partir inmediatamente para Francia en compañía del oficial que le haya presentado esta orden, que lo mirará como prisionero, de quien tendrá que responder».

D'Artagnan palideció, a pesar de su bravura y serenidad. Todo había sido calculado con una profundidad que, por primera vez en treinta años, le recordaba la sólida previsión y la lógica inflexibilidad del gran cardenal. Respirando apenas, apoyó la cabeza sobre su mano, pensativo.

—Si me guardase esa orden en el bolsillo —decía entre sí—, ¿quién lo podría saber, ni quién me lo impediría? Antes de que el rey fuese informado, habría salvado a esa pobre gente de la isla. ¡Audacia, pues! Mi cabeza no es de esas que un verdugo hace caer por desobediencia. ¡Desobedezcamos!

Mas en el momento en que iba a tomar ese partido, vio a los oficiales que le rodeaban leer órdenes semejantes, que acababa de distribuirles aquel infernal agente del pensamiento de Colbert.

El caso de desobediencia estaba previsto como los otros.

—Señor —se acercó a decirle el oficial—, espero vuestro beneplácito para partir.

—Estoy dispuesto, señor —replicó el capitán rechinando los dientes. El oficial mandó inmediatamente disponer una lancha, que vino a recibir a D'Artagnan.

Al verla, pareció volverse loco de rabia.

—¿Cómo —balbució— se va a hacer para dirigir los distintos cuerpos?

—En caso de marchar vos —respondió el comandante de dos buques—, me confia el rey a mí su escuadra.

—Entonces, señor —replicó el hombre de Colbert dirigiéndose al nuevo jefe—, es para vos esta última orden que me han confiado. Presentadme vuestros poderes.

—Aquí están —dijo el marino mostrando una firma del rey.

—Pues aquí tenéis vuestras instrucciones —replicó el oficial entregándole el pliego.

Y dirigiéndose a D'Artagnan:

—Vamos, señor —dijo con voz conmovida al ver pintada la desesperación en aquel hombre de hierro—; hacedme el favor de partir.

—Al momento —articuló débilmente D'Artagnan, anonadado y vencido por la implacable imposibilidad.

Y se deslizó en la lancha, que singló hacia Francia con viento favorable, ayudado por la subida de la marea. Los guardias del rey se habían embarcado con él.

No obstante, el mosquetero conservaba todavía la esperanza de llegar a

Nantes bastante pronto, y de abogar con bastante elocuencia en favor de sus amigos para conmover al rey.

La barca volaba como una golondrina. D'Artagnan veía distintamente la tierra de Francia perfilarse en negro sobre las nubes blancas de la noche.

—¡Ay, señor! —dijo bajo al oficial, a quien no hablaba hacia una hora—.

¡Cuánto daría por conocer las instrucciones del nuevo comandante! Supongo que serán pacíficas, ¿no es verdad...? Y...

No acabó; un cañonazo lejano rodó sobre la superficie de las olas, al que sucedió otro, y dos o tres más fuertes. D'Artagnan estremecióse.

—Se ha roto el fuego contra Belle-Île —dijo el oficial.

La lancha acababa de tocar la tierra de Francia.

## Capítulo XLV

---

### Los antepasados de Porthos

Cuando D'Artagnan se separó de Porthos y Aramis, entraron estos en el fuerte principal para conferenciar con más libertad.

Porthos, siempre preocupado, atormentaba a Aramis, cuyo espíritu jamás se había visto libre.

—Querido Porthos —dijo éste de pronto—, voy a explicares la idea de D'Artagnan.

—¿Qué idea, Aramis?

—Una idea a la que deberemos la libertad antes de doce horas.

—¡Ah! ¡De veras? —dijo Porthos extrañado—. ¡Veamos!

—¿Habéis observado, por las escenas que muestro amigo ha tenido con el oficial, que hay algunas órdenes que le incomodan respecto a nosotros?

—Sí, lo he notado.

—Pues bien, D'Artagnan va a presentar su dimisión al rey, y durante la confusión que no podrá menos de resultar de su ausencia, nos pondremos en salvo, u os pondréis vos, Porthos, si no existe posibilidad de salvación más que para uno.

Porthos meneó la cabeza, y replicó:

—Nos salvaremos juntos, Aramis, o permaneceremos aquí juntos.

—Tenéis un corazón generoso —dijo Aramis—; pero me aflige vuestra sombría inquietud.

—No estoy inquieto —contestó Porthos.

—¿Me odiáis, quizás?

—No os odio.

—Pues bien, querido amigo, ¿por qué esa cara lúgubre?

—Voy a deciroslo: hago mi testamento.

Y al decir estas palabras, el buen Porthos miró tristemente a Aramis.

—¿Vuestro testamento? —exclamó el obispo—. Pues qué, ¿os creéis perdido?

—Me siento cansado. Es la primera vez, y hay en mi familia una costumbre.

—¿Cuál, amigo mío?

—Mi abuelo era un hombre dos veces más fuerte que yo.

—¡Oh! Oh! —exclamó Aramis—. ¿Era quizás Sansón, vuestro abuelo?

—No. Se llamaba Antonio. Pues bien, sería de mi edad, cuando al marchar un día de caza, sintió que le flaqueaban las piernas, achaque que nunca había tenido.

—¿Qué significaba esa fatiga, amigo mío?

—Nada bueno, como vais a ver; porque habiendo partido quejándose de flojedad en las piernas, tropezó con un jabalí que le hizo frente, erró el arcabuzazo, y fue desplazado por la fiera. Falleció en el acto.

—Eso no es una razón para que os alarméis vos, querido Porthos.

—¡Oh! Vais a ver. Mi padre era doble fuerte que yo. Era un rudo soldado de Enrique III y de Enrique IV; no se llamaba Antonio sino Gaspar, como el señor de Coligny. Siempre a caballo, jamás había sabido lo que era cansancio. Una tarde que se levantó de la mesa, le flaquearon las piernas.

—Habría comido bien —dijo Aramis—. Por eso vacilaría.

—¡Bah! ¿Un amigo del señor de Bassompierre? ¡Vamos! No, no digáis eso. Sorprendióse de aquella lasitud, y dijo a mi madre que le ridiculizaba: "No parece sino que voy a tropezar con otro jabalí, como el difunto señor Du Vallon, mi padre.

—¿Y qué? —dijo Aramis.

—Pues bien, superando aquella debilidad, mi padre quiso bajar al jardín en lugar de irse a la cama. Faltóle el pie en el primer escalón y, como la escalera era muy pina, fue rodando hasta pegar contra un ángulo de piedra donde había una argolla de hierro. La argolla le abrió la sien, y quedó muerto en el sitio.

Aramis, levantando los ojos hacia su amigo:

—He ahí dos circunstancias extraordinarias —dijo; no se infiera de ahí que pueda presentarse una tercera. No es propio de un hombre de vuestra fuerza ser supersticioso, mi bravo Porthos; y además, ¿dónde está esa debilidad de piernas? Nunca habéis estado tan fuerte y robusto, y a buen seguro que podríais llevar una casa sobre las espaldas.

—En este instante —dijo Porthos— me siento bien dispuesto; pero hace un momento vacilaba, me abatía, y ese fenómeno, como vos decís, se ha repetido cuatro veces. No os diré que eso me infundiera miedo, pero me contrariaba. La vida es cosa agradable. Tengo dinero, buenas tierras, caballos hermosísimos, y amigos a quienes amo, como D'Artagnan, Athos, Raúl y vos.

El admirable Porthos no se tomaba siquiera el trabajo de ocultar a Aramis el

lugar que le daba en sus amistades.

Aramis le estrechó la mano.

—Aun viviremos muchos años —dijo para conservar al mundo muestras de hombres raros. Fiad en mí, querido amigo; no tenemos respuesta ninguna de D'Artagnan, y es buena señal; se conoce que ha dado órdenes a fin de reunir la escuadra y abandonar el mar. Yo he mandado hace poco que lleven un barco sobre rodillos hasta la salida del gran subterráneo de Locmaria; ya sabéis, donde tantas veces nos hemos puesto al acecho de los zorros.

—Sí, y que termina en la pequeña ensenada por un ramal que descubrimos el día en que se escapó por allí aquel soberbio zorro.

—Precisamente. En caso de desgracia nos ocultarán una barca en aquel subterráneo; debe estar allí. Esperaremos el momento propicio, y durante la noche ¡al mar!

—Esa es una buena idea. ¿Qué ganamos con ella?

—Ganamos que nadie conoce esa gruta, o mejor, su salida, a excepción de nosotros y dos o tres cazadores de la isla; ganamos que, si la isla es ocupada, los explotadores, no viendo barco ninguno en las riberas, ni sospecharán que pueda escaparse nadie, y dejarán de vigilar.

—Comprendo.

—Bien, ¿y las piernas?

—¡Oh! Excelentes, por ahora.

—Ya veis que todo contribuye a inspirarnos calma y esperanza. D'Artagnan despeja el mar y nos hace libres. Ni escuadra ni desembarco tenemos que temer. ¡Vive Dios! Todavía tenemos medio siglo de buenas aventuras, Porthos, y si toco en tierra de España, os juro —añadió el obispo con terrible energía—, que vuestro nombramiento de duque no es tan aventurado como se puede creer.

—Esperemos —dijo Porthos, algo rejuvenecido por aquel nuevo calor de su compañero.

De pronto se dejó oír un grito.

—¡A las armas!

Aquel grito, repetido por cien voces, llevó a la cámara en que estaban los dos amigos, la sorpresa para el uno y la inquietud para el otro.

Aramis abrió la ventana y vio correr una muchedumbre con hachones. Las mujeres huían, los hombres de armas ocupaban sus puestos.

—¡La escuadra, la escuadra! —gritó un soldado que reconoció a Aramis.

—¿La escuadra? —repitió éste.

—A medio tiro de cañón —prosiguió el soldado.

—¡A las armas! —grito Aramis.

—¡A las armas! —repitió formidablemente Porthos.

Y los dos se lanzaron hacia el muelle para ponerse al abrigo detrás de las baterías.

Vióse en eso aproximarse las chalupas cargadas de soldados, y tomaron tres direcciones, a fin de desembarcar por tres puntos a la vez.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó un oficial de guardia.

—¡Detenedlas! Y si persiguen, ¡fuego! —dijo Aramis.

Cinco minutos después, el cañoneo comenzó.

Esos eran los tiros que el capitán había oido al llegar a Francia. Pero las chalupas estaban demasiado cerca del muelle para que pudieran aprovecharse las balas de los cañones. Abordaron, y el combate empezó casi cuerpo a cuerpo.

—¿Qué tenéis, Porthos? —dijo Aramis a su amigo.

—Nada... las piernas... realmente, es incomprensible... Se robustecen cargando.

En efecto, Porthos y Aramis pusieron a cargar con tal vigor, animaron tanto a su gente que los realistas reembarcaron precipitadamente sin conseguir otra cosa que tener heridos que se llevaron.

—¡Eh, Porthos! —gritó Aramis—. ¡Necesitamos un prisionero, pronto, pronto!

Porthos bajó la escalera del muelle y cogió por la nuca a uno de los oficiales de la armada real, que esperaba para embarcarse, a que toda su gente estuviese en la chalupa. El brazo del gigante levantó a aquella presa, que le sirvió de escudo para subir de nuevo, sin que nadie se atreviese a dispararle un tiro.

—He aquí un prisionero —dijo Porthos a Aramis.

—¡Bien! —exclamó éste riendo—. Calumniad todavía a vuestras piernas.

—No le he cogido con mis piernas —replicó Porthos tristemente—, sino con mi brazo.

## Capítulo XLVI

---

### El hijo de Biscarrat

Los bretones de la isla estaban muy orgullosos de aquella victoria; Aramis no los alentó.

—Lo que sucederá —dijo a Porthos, luego que todo el mundo se retiró— es que se aumentará la cólera del rey, así que tenga noticias de la resistencia, y que esos valientes diezmados o abrasados cuando sea tomada la isla, cosa que no podrá menos de suceder.

—Resulta —dijo Porthos— que nada útil hemos hecho.

—De momento, sí —replicó el obispo—, porque tenemos un prisionero, por el cual sabremos lo que preparan nuestros enemigos.

—Sí, interroguemos al prisionero —dijo Porthos—; el medio de hacerle hablar es sencillo: vamos a comer, invitémosle, bebamos, y él hablará.

Hízose así. El oficial, algo alarmado al principio, tranquilizóse luego que vio las personas con quienes se las había. No temiendo comprometerse, dio todos los pormenores imaginables sobre la dimisión y la partida de D'Artagnan, y explicó cómo después de la marcha de éste, el nuevo jefe de la expedición había mandado intentar una sorpresa sobre Belle-Île. Y allí terminaron sus explicaciones.

Aramis y Porthos cambiaron una mirada que manifestaba su desesperación.

No había, por tanto, que contar con aquella fecunda imaginación de D'Artagnan, ni quedaba, en consecuencia, recurso alguno en caso de derrota. Aramis, continuando su interrogatorio, preguntó al prisionero lo que pensaban hacer los realistas con los jefes de Belle-Île.

—Hay orden —contestó éste de matar durante el combate y ahorcar después.

Aramis y Porthos volvieron a mirarse.

Ambos pusieronse encarnados.

—Soy muy ligero para la horca —respondió Aramis—; no se cuelga a las personas como yo.

—Y yo —dijo Porthos— soy muy pesado; las personas como yo rompen la cuerda.

—Estoy seguro —dijo galanamente el prisionero— que hubiéramos dejado a vuestra elección el género de muerte.

—Mil gracias —dijo seriamente Aramis.

Porthos se inclinó.

—Vaya todavía ese vaso por vuestra salud —dijo bebiendo el también.

De frase en frase, la comida se prolongó; el oficial, que era un espiritual gentilhombre, aficionado al encanto del genio de Aramis y a la cordial sencillez de Porthos.

—Perdonad —dijo—, si os dirijo una pregunta; mas las personas que están en su sexta botella bien pueden olvidarse un poco.

—Preguntad —dijo Porthos—, preguntad.

—Hablad —dijo Aramis.

—¿No habéis sido los dos, señores, mosqueteros del difunto rey?

—Sí, señor, y de los mejores, si no lo lleváis a mal —contestó Porthos.

—Es verdad; diría hasta los mejores de todos los soldados, señores, si no temiera ofender la memoria de mi padre.

—¿De vuestro padre? —exclamó Aramis.

—¿Sabéis como me llamo?

—No, a fe, señor; pero vos lo diréis, y ...

—Me llamo Jorge de Biscarrat.

—¡Oh! —exclamó Porthos a su vez—. ¡Biscarrat! ¿Os acordáis de ese nombre, Aramis?

—¿Biscarrat...? —hizo memoria el obispo—. Me parece...

—Buscad bien, señor —dijo el oficial.

—¡Diantre! No hay mucho que discurrir —dijo Porthos—. Biscarrat, llamado Cardenal... Uno de los cuatro —que vinieron a interrumpirnos el día en que nos hicimos amigos de D'Artagnan, espada en mano.

—Precisamente, señores.

—El único —dijo Aramis vivamente— a quien no herimos.

—Duro acero, por tanto —repuso el prisionero.

—Es verdad, ¡oh!, ¡bien verdad! —dijeron ambos amigos a la vez—. ¡A fe, señor de Biscarrat, encantado de conocer a hombre tan bravo!

Biscarrat estrechó las manos que le tendían los dos antiguos mosqueteros.

Aramis miró a Porthos, como para decirle: «Ved aquí un hombre que os ayudará», y acto continuo:

—Convenid, señor —dijo—, en que jamás se siente haberse portado bien.

—Mi padre me lo ha dicho siempre, señor.

—Convenid también que es una triste circunstancia la de hallarse con personas destinadas a ser arcabuceadas o colgadas, y saber que esas personas son antiguos conocidos, viejas relaciones hereditarias.

—¡Oh! No estáis reservados a tan triste suerte, señores míos —dijo con viveza el joven.

—¡Bah! Vos lo habéis dicho.

—Lo dije hace poco, cuando no os conocía, pero ahora que os conozco, afirmo que evitaréis ese destino funesto, si queréis.

—¿Cómo si queremos? —exclamó Aramis, cuyos ojos brillaron de inteligencia, mirando alternativamente al prisionero y a Porthos.

—Con tal —prosiguió Porthos, mirando a su vez, con noble intrepidez, al señor de Biscarrat y al obispo—, con tal de que no se nos pidan cobardías.

—Nada de eso se os pedirá señores —prosiguió el gentilhombre del ejército real—. ¿Qué queréis que os pidan? Si os encuentran, es cosa segura que os matan; de consiguiente, tratad de que no os encuentren.

—Creo no equivocarme —replicó Porthos con dignidad—, pero se me figura que para encontrarnos, es preciso que vengan a buscarnos aquí.

—En eso tenéis muchísima razón, mi digno amigo —dijo Aramis, interrogando siempre con la mirada la fisonomía de Biscarrat—. Queréis, señor de Biscarrat, decirnos alguna cosa, hacernos alguna revelación y no os atrevéis, ¿no es verdad?

—¡Ah, señores y amigos! Hablando, hablando, traiciono la consigna; pero atendido, oigo una voz que me releva de ella, dominándola.

—¡El cañón! —exclamó Porthos.

—¡El cañón y la mosquetería! —dijo el obispo.

Oíanse retumbar a lo lejos, en las rocas, los ruidos siniestros de un combate que duró poco.

—¿Qué es eso? —preguntó Porthos.

—¡Diantre! —exclamó Aramis—. Es lo que yo me sospechaba.

—¿Qué?

—El ataque sólo fue una estratagema, ¿no es cierto, señor? Y mientras vuestras compañías se dejaban rechazar, teníais la certeza de efectuar un desembarco al otro lado de la isla.

—¡Oh! Varios, señor.

—Entonces, estamos perdidos —dijo apaciblemente el obispo de Vannes.

—¡Perdidos! Es imposible —replicó el señor de Pierrefonds—, pero no cogidos ni colgados.

Y diciendo estas palabras, se levantó de la mesa, se aproximó a la pared, y descolgó friamente su espada y las pistolas, que revisó con cuidado del veterano

que se apresta a combatir, y que ve que su vida descansa en gran parte sobre la excelencia y el buen estado de sus armas.

Al ruido del cañón, a la noticia de la sorpresa que podía entregar la isla a las tropas reales, la multitud alarmada se precipitó en el fuerte. Venía a pedir ayuda y consejo a sus jefes.

Aramis, pálido y vencido, mostróse entre dos hachones en la ventana que daba al patio grande, lleno de soldados que aguardaban órdenes, y de habitantes despavoridos que imploraban socorro.

—Amigos míos —dijo Herblay con voz grave y sonora—. El señor Fouquet, vuestro protector, vuestro padre, vuestro amigo, ha sido arrestado por orden del rey y encerrado en la Bastilla.

Un prolongado grito de furor y amenaza subió hasta la ventana donde se hallaba el obispo y le envolvió en un fluido vibrante.

—¡Venguemos al señor Fouquet! —gritaron los más exaltados—. ¡Mueran los realistas!

—No amigos míos —replicó solemnemente Aramis—; no, amigos míos, nada de resistencia. El rey es amo en su reino. El rey es el mandatario de Dios. El rey y Dios han herido al señor Fouquet. Humillaos ante la mano de Dios. Amad a Dios y al rey, que han herido al señor Fouquet. Mas no venguéis a vuestro señor, no tratéis de vengarle. Os sacrificaríais en vano, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos, vuestros bienes y vuestra libertad. ¡Abajo las armas, amigos míos, abajo las armas! Puesto que el rey os lo manda, retiraos pacíficamente a vuestras casas. Yo soy quien os lo ruega, quien, si es necesario, os lo manda en nombre del señor Fouquet.

La muchedumbre, amontonada bajo la ventana, hizo oír un rugido de ira y espanto.

—Los soldados de Luis XIV han entrado en la isla —prosiguió Aramis—, y no sería ya un combate lo que hubiese entre ellos y vosotros, sino una matanza. Retiraos, retiraos, olvidad; os lo mando, esta vez, en nombre del Señor.

Los amotinados retiráronse lentamente, sumisos y mudos.

—Pero ¿qué estáis haciendo, amigo mío? —dijo Porthos.

—Señor —dijo Biscarrat al obispo—, salváis a todos estos habitantes, pero no a vuestro amigo ni a vos.

—Señor de Biscarrat —dijo con tono singular de nobleza y cortesanía el obispo de Vannes—, recobrad vuestra libertad.

—Con mucho gusto, señor pero...

—Eso nos serviría de mucho; porque anunciando al teniente del rey la sumisión de los isleños, obtendréis tal vez alguna gracia para nosotros, informándole del modo como se ha verificado esa sumisión.

—¡Gracia! —repitió Porthos con ojos llameantes. ¡Gracia! ¿Qué palabra es ésa?

Aramis tocó fuertemente en el codo a su amigo, como hacía en los buenos tiempos de su juventud, cuando deseaba advertir a Porthos que había hecho o iba a cometer una torpeza. Porthos comprendió y callo.

—Iré, señores —repuso Biscarrat algo sorprendido también de la palabra gracia, pronunciada por el orgulloso mosquetero de quien momentos antes contaba y ponderaba con tanto entusiasmo las hazañas heroicas.

—Id, señor de Biscarrat —dijo Aramis saludándole—, y, al partir, recibid la expresión de nuestro reconocimiento.

—Mas vosotros, señores, vosotros, a quienes me honro en llamar amigos, ya que os habéis dignado admitir este título, ¿qué pensáis hacer entretanto? —preguntó conmovido el oficial, despidiéndose de los dos antiguos adversarios de su padre.

—Nosotros nos quedamos aquí. ¡Dios mío...! ¡La orden es terminante!

—Soy obispo de Vannes, señor de Biscarrat, y no se pasa por las armas a un obispo ni se cuelga a un gentilhombre.

—¡Ah! Sí, señor, sí, monseñor —replicó Biscarrat—. Sí, es verdad, tenéis razón; todavía podéis contar con esa probabilidad. Marcho, pues, a presentarme al comandante de la expedición, lugarteniente del rey. ¡Adiós, pues, señores, o mejor, hasta la vista!

En efecto, el digno oficial, montado en un caballo que Aramis le hizo preparar, corrió adonde se oía el fuego, cuyo estrépito, al replegar la multitud hacia el fuerte, había interrumpido la conversación de los dos amigos con el prisionero.

Aramis le vio marchar y, quedando solo con Porthos:

—Vamos, ¿comprendéis ahora? —dijo.

—A fe que no.

—¿No os molestaba aquí Biscarrat?

—No; es un valiente mozo.

—Si; pero ¿hay necesidad de que todo el mundo conozca la gruta de Locmaria?

—¡Ah, es cierto! Ya lo entiendo. Nos salvaremos por el subterráneo.

—Si os place —replicó gozosamente Aramis—. ¡Adelante, amigo Porthos! Nuestro barco nos espera, y el rey no nos tiene todavía.

## Capítulo XLVII

---

### La gruta de Locmaria

El subterráneo de Locmaria se hallaba lo suficiente lejos del muelle para que los dos amigos tuvieran que economizar sus fuerzas antes de llegar allí.

La noche iba avanzando; en el fuerte habían dado las doce. Porthos y Aramis iban cargados de dinero y de armas.

Caminaban, pues, por el erial que separa el muelle de aquel subterráneo, escuchando todos los ruidos y procurando evitar cualquier emboscada. De vez en cuando, por el camino que habían dejado cuidadosamente a su izquierda, pasaban fugitivos que venían del interior de las tierras a la noticia del desembarco de las tropas del rey.

Aramis y Porthos, ocultos detrás de cualquier anfractuosidad de las rocas, recogían las palabras escapadas a los infelices que huían temblando, cargados con sus efectos más valiosos, y procurando deducir de sus quejas lo que más podía convenir a su interés.

Por ultimo, después de un camino rápido, pero interrumpido a menudo por paradas cortas, llegaron a aquellas grutas profundas, adonde el previsor obispo de Vannes había tenido cuidado de hacer transportar sobre rodillos una buena barca, capaz de cruzar el mar en aquella espléndida estación.

—Mi buen amigo —dijo Porthos, después de respirar ruidosamente—. Hemos llegado, a lo que parece; mas, si no recuerdo mal, me hablasteis de tres hombres que debían acompañarnos, y no los veo. ¿Dónde están?

—¿Para qué verlos, querido Porthos? —contestó Aramis—. Estoy seguro que nos esperan en la caverna, e indudablemente descansan después de acabado su penoso trabajo.

Aramis retuvo a Porthos, que se disponía a entrar en el subterráneo.

—¿Queréis, mi buen amigo —dijo al gigante—, permitidme que pase el primero? Conozco la señal que he dado a nuestros hombres; no oyéndola, se verían en el caso de hacer fuego o tirarlos su puñal en las tinieblas.

—Pues entrad el primero, querido Aramis, sois todo prudencia y sabiduría; así como vuelvo a sentir la fatiga de que os he hablado.

Aramis dejó a Porthos sentarse en la entrada de la gruta, y agachando la cabeza, penetró en el interior de la caverna, imitando el grito del mochuelo.

Un ligero ronroneo quejumbroso, un grito apenas perceptible, respondió en la profundidad del subterráneo.

Aramis continuó su marcha cautelosa, y pronto fue detenido por aquel grito que él había dado el primero y que, oía ahora a diez pasos de distancia.

—¿Estáis ahí Yves? —preguntó el obispo.

—Sí, monseñor. Goennec está también. Su hijo nos acompaña.

—Bien. ¿Está todo dispuesto?

—Sí monseñor.

—Acercaos a la entrada de la gruta, mi buen Yves, y encontraréis allí al señor de Pierrefonds, descansando de las fatigas del camino. Si, por acaso no pudiera andar, cogedlo y traédmelo aquí.

Los tres bretones obedecieron. Pero la recomendación de Aramis fue inútil. Porthos, repuesto del cansancio, había empezado ya a bajar, y sus fuertes pisadas resonaban en medio de las cavidades, formadas y sostenidas por las columnas de sílice y granito.

Luego que el señor de Bracieux se reunió al obispo, encendieron los bretones una linterna de que iban previstos, y Porthos aseguró a su amigo que se sentía ya fuerte como de costumbre.

—Registremos la barca —dijo Aramis—, y asegurémonos ante todo de lo que contiene.

—No acerquéis demasiado la luz —dijo el patrón Ives—; porque, según me encargasteis, monseñor, he puesto bajo el banco de popa, en el cofre que sabéis, el barril de pólvora y las cargas de mosquete que me enviasteis del fuerte.

—Bien —dijo Aramis.

Y tomando por sí mismo la linterna, examinó minuciosamente todos los puntos de la embarcación, con las precauciones de un hombre que no es tímido ni ignorante frente al peligro...

La embarcación era larga, ligera, de poco calado, delgada de quilla; uno de esos barcos que siempre se han construido tan bien en Belle-Île, alta de bordo, sólida sobre el agua, muy manejable, y provista de tablas que, en tiempo inseguro, forman una especie de puente sobre el que se deslizan las olas, y que pueden proteger a los remeros.

En dos cofres bien cerrados, colocados bajo los bancos de proa y popa, halló Aramis pan, galletas, frutas secas, un pernil de cerdo, y una buena provisión de

agua en odres, componiendo el todo las raciones suficientes para gentes que no debían separarse de la costa, y que en caso preciso podían abastecerse de nuevo.

Las armas, ocho mosquetes y otras tantas pistolas de arzón, estaban en buen estado y todas cargadas. Había además remos de repuesto, y la pequeña vela llamada trinquete, que favorece la marcha del barco al mismo tiempo que los remos bogan, tan útil cuando se hace sentir la brisa, y que no pesa en la embarcación.

Luego que Aramis examinó todo aquello, satisfecho del resultado de su examen:

—Consultémonos —dijo—, querido Porthos, para saber si será mejor hacer salir la barca por el extremo desconocido de la gruta, siguiendo la pendiente y la sombra del subterráneo, o llevarla a cielo descubierto sobre rodillos, por los brezos, allanando el camino de la escarpada ribera, que apenas tiene veinte pies de elevación, y presenta a su pie en la marea algunas brazas de agua sobre buen fondo.

—Perdonadme, monseñor —replicó el patrón Ives respetuosamente—; pero no creo que por la pendiente del subterráneo, y en la oscuridad en que nos veremos obligados a maniobrar con nuestra embarcación, sea tan cómodo el camino como al aire libre. Conozco bien la costa-brava, y puedo aseguraros que está llana como la cespedera de un jardín; el interior de la gruta es, por el contrario, escabroso; sin contar, monseñor, con que al extremo encontraremos el ramal que conduce al mar, y por el que quizás no podrá pasar la embarcación.

—Tengo hechos mis cálculos —replicó el obispo—, y estoy seguro de que pasará.

—Sea, y ojalá suceda, monseñor —insistió el patrón—; pero Vuestra Ilustrísima sabe muy bien que para hacerla llegar al término del ramal, hay que levantar una enorme piedra, bajo la cual pasa siempre el zorro, y que cierra el ramal como una puerta.

—Se levantará —dijo Porthos—. Eso no vale la pena.

—¡Oh! Bien sé que monseñor tiene la fuerza de diez hombres —replicó Yves—; pero sería tomaros un trabajo demasiado penoso.

—Creo que el patrón puede tener razón —dijo el obispo—. Probemos a cielo abierto.

—Con tanto más motivo, monseñor —continuó el Pescador— cuanto que no podríamos embarcarnos antes de llegar el día, según lo que hay que hacer, y que, tan pronto como amanezca, hay que establecer un buen vigía en la parte superior de la gruta, para vigilar las maniobras de las chalanas o de los cruceros que nos acechan.

—Sí, Ives, sí, razones bien; pasaremos sobre la escarpa.

Y los tres robustos bretones iban ya a poner en movimiento la embarcación, metiendo por debajo los rodillos, cuando se oyeron a lo lejos, en el campo,

ladridos de perro. Aramis se lanzó fuera de la gruta; Porthos le siguió.

El alba teñía de púrpura y nácar las olas y la llanura; veíase en el crepúsculo a los pequeños y sombríos abetos inclinarse sobre las piedras, largas bandadas de cuervos rozaban con sus negras alas los mezquinos sembrados de alforfón.

Un cuarto de hora más, y el día triunfaría; las aves despiertas lo anuncianaban gozosamente con sus cantos a toda la naturaleza.

Los ladridos que habían oído, y que detuvieron a los tres pescadores en el acto de mover la barca, haciendo salir a Aramis y a Porthos, se prolongaban en una pro-funda garganta, a una legua corta de la gruta.

—Es una jauría —dijo Porthos—; los perros siguen alguna pista.

—¿Qué es eso? ¿Quién caza en estos momentos? —pensó Aramis.

—Y por aquí sobre todo —continuó Porthos—, donde se teme lleguen los realistas.

—El ruido se aproxima. Tenéis razón, Porthos; los perros siguen una pista.

—¡Yves, Yves, venid acá! —exclamó de pronto Aramis.

Yves acudió, dejando el rodillo que tenía aún en la mano y que iba a colocar bajo la barca, cuando la exclamación del obispo interrumpió su trabajo.

—¿Qué cacería es esa, patrón? —preguntó Porthos.

—No sé monseñor. No creo que el señor de Locmaria se dedique a cazar en estos instantes; y, sin embargo, los perros...

—A menos que se hayan escapado de la perrera.

—No —replicó Goennec—; no son esos los perros del señor de Locmaria.

—Por prudencia —prosiguió Aramis—, volvamos a la gruta; evidentemente, las voces se aproximan, y sabremos a qué atenernos.

Entraron; pero no habían dado aún cien pasos en la obscuridad, cuando resonó en la caverna un ruido semejante al ronco suspiro de una criatura asustada; y jadeante, rápido, asustado, un zorro pasó como relámpago por delante de los fugitivos, saltó por encima de la barca y desapareció, dejando tras él su olor acre, conservado algunos segundos bajo las bóvedas del subterráneo.

—¡El zorro! —pronunciaron los bretones con la gozosa sorpresa del cazador.

—¡Malditos seamos! —exclamó el obispo—. Nuestro retiro está descubierto.

—Pues qué —dijo Porthos—, ¿tendremos miedo a un zorro?

—¡Eh, amigo mío! ¿Qué decis de miedo de un zorro? ¡No se trata de él, pardiez! ¡No sabéis, Porthos que tras el zorro vienen los perros, y tras los perros vienen los hombres?

Porthos bajó la cabeza.

Como para confirmar las palabras de Aramis, se oyó a la gruñidora jauría que llegaba con espantosa velocidad, siguiendo la pista del animal.

Seis galgos corredores desembocaron al mismo tiempo en el pequeño erial, con un ruido de voces que semejaba la fanfarria de un triunfo.

—Ahí vienen los perros —dijo Aramis, apostado en acecho detrás de una

abertura practicada entre dos rocas—. ¿Quiénes son los cazadores?

—Si es el señor de Locmaria —contestó el patrón—, dejará que los perros registren la gruta; porque los conoce, y no penetrará él, en la persuasión de que el zorro saldrá por el otro lado. Allí irá a esperarlo.

—No es el señor de Locmaria el que caza —repuso el obispo, palideciendo a pesar suyo.

—¿Pues quién es? —preguntó Porthos.

—Mirad.

Porthos asomóse por la abertura y vio en la cima del montículo una docena de jinetes que dirigían sus caballos por las huellas de los perros, excitándolos con gritos.

—¡Los guardias! —dijo.

—Sí, amigo mío los guardias del rey.

—¿Los guardias del rey decis, monseñor? —exclamaron los bretones palideciendo a su vez.

—Y Biscarrat al frente de ellos, sobre mi caballo gris —prosiguió Aramis.

Al mismo tiempo se precipitaron los perros en la gruta como un alud, y las profundidades de la caverna resonaron con sus gritos atronadores.

¡Ah, diablo! —dijo Aramis recobrando toda su sangre fría a la vista de aquel peligro cierto, inevitable—. Bien sé que estamos perdidos, mas aun nos queda una esperanza: si los guardias, que van a seguir a los perros, llegan a conocer que las grutas tienen otra salida, nos perdemos sin recurso; porque, al entrar aquí descubrirán la barca y a nosotros mismos. Es necesario que los perros no salgan del subterráneo. Es necesario que los amos no entren. Tenéis razón —dijo Porthos.

—Ya comprenderéis —añadió el obispo con la rápida precisión del mundo—: ahí tenemos seis perros que tendrán que detenerse al llegar a la enorme piedra bajo la cual se ha deslizado el zorro; es necesario que al pasar por la angosta abertura les perros sean detenidos y muertos.

Los bretones se lanzaron allá cuchillo en mano.

Minutos después se oyó un lastimero concierto de gemidos, de aullidos mortales; luego, nada.

—Bien —dijo Aramis fríamente—. ¡A los amos ahora!

—¿Y qué hemos de hacer? —dijo Porthos.

—Esperar su llegada, ocultarse y matar.

—¿Matar? —repitió Porthos.

—Son diez y seis —dijo Aramis—, al menos por de pronto.

—Y bien armados —agregó Porthos con sonrisa de consuelo.

—Esto durará diez minutos —dijo Aramis—. ¡Vamos!

Y con aire resuelto, cogió un mosquete y puso su cuchillo de caza entre los dientes.

—Yves, Goennec y su hijo —continuó Aramis—, nos pasarán los mosquetes. Vos, Porthos, haréis fuego a boca de jarro. Nosotros abatiremos a ocho antes que los demás se aperciban de ello. Luego, nosotros cinco, despacharemos a los ocho restantes con nuestros cuchillos.

—¿Y ese pobre Biscarrat? —dijo Porthos.

Aramis reflexionó un momento.

—Biscarrat el primero —replicó fríamente—. Nos conoce.

## Capítulo XLVIII

---

### La gruta

No obstante la especie de adivinación que era el lado notable del carácter de Aramis, sujeto el hecho a los azares de la casualidad, no se verificó en un todo como lo había previsto el obispo de Vannes. Biscarrat, mejor montado que sus compañeros, llegó el primero a la boca de la gruta y comprendió que, zorro y perros, habían quedado sumergidos allí. Herido, empero, por ese terror supersticioso que naturalmente infunde al ánimo de los hombres un camino subterráneo y sombrío, se detuvo en el exterior de la gruta, y esperó a sus compañeros.

—¿Qué hay? —preguntaronle los jóvenes, desolados, no acertando a comprender su inacción.

—No se oye a los perros; necesario es que zorro y jauría hayan quedado sepultados en ese subterráneo.

—Pues corrían muy bien para haber perdido la pista de una manera tan súbita —dijo uno de los guardias—; además, se les oiría ladrar por un lado o por otro. Preciso es, como dice Biscarrat, que estén en esa gruta.

—Entonces —replicó uno de los jóvenes—, ¿por qué no se les oye ladrar?

—Es raro —dijo otro.

—Entremos en la gruta —dijo un cuarto—. ¿Está acaso prohibido entrar en ella?

—No —replicó Biscarrat—; mas está oscuro como boca de lobo y podemos rompernos la cabeza.

—Testigos nuestros perros —dijo un guardia—, que se la han roto, a lo que parece.

—¿Qué diablo habrá sido de ellos? —se preguntaron a coro los jóvenes.

Y, los respectivos amos, llamaron a sus perros por sus nombres y les silbaron su aire favorito, sin que ni uno sólo contestase a la voz ni al silbido.

—¿Si será una gruta encantada? —dijo Biscarrat—. Veamos.

Y, echando pie a tierra, dio un paso en la gruta.

—Espera, espera, yo te acompañaré —dijo uno de los guardias, viendo ya a Biscarrat próximo a desaparecer en la penumbra.

—No —contestó Biscarrat—; preciso es que haya aquí algo de extraordinario; no conviene arriesgarnos todos a la vez. Si dentro de diez minutos no tenéis noticias más, entonces entrad pero todos juntos.

—Bueno —dijeron los jóvenes que no veían gran peligro para Biscarrat en acometer aquella empresa—; esperaremos.

Y, sin aparecerse de los caballos, formaron círculo alrededor de la gruta. Biscarrat entró sólo, y avanzó en las tinieblas hasta tropezar con el mosquete de Porthos.

Sorprendido de aquella resistencia que encontraba su pecho, alargó la mano y cogió el cañón helado.

En el mismo momento levantaba Yves sobre el joven un cuchillo, que iba a hundirle con toda la fuerza de su brazo bretón, cuando el puño de hierro de Porthos le detuvo a mitad de camino.

Luego, con un sordo gruñido, se hizo oír aquella voz en la obscuridad.

—No quiero que le maten —dijo. Biscarrat se hallaba colocado entre una protección y una amenaza, casi tan terribles una como otra.

Por animoso que fuera el joven, no pudo contener un grito, que Aramis sofocó al punto poniéndole un pañuelo en la boca.

—Señor de Biscarrat —dijo en voz baja—, no os queremos hacer mal ninguno, y ya os lo podéis presumir, si nos habéis reconocido; pero, a la primera palabra, al primer suspiro, al primer resuello nos veremos precisados a mataros, como hemos hecho con vuestros perros.

—Sí, os reconozco, señores —dijo en tono bajo el joven—. Pero ¿por qué estáis aquí? ¿Qué hacéis? ¡Desdichado! ¡Desdichado! ¡Yo os creía en el fuerte!

—Y vos, señor, me parece que quedasteis en conseguirnos condiciones.

—He hecho cuanto he podido, señores; pero...

—Pero ¿qué?

—Hay órdenes terminantes.

—¿De matarnos?

Biscarrat no contestó; le costaba hablar de la cuerda a gentileshombres.

Aramis comprendió el silencio de su prisionero.

—Señor de Biscarrat —dijo—, ya estaríais muerto a estas horas si no hubiéramos tenido consideración a vuestra juventud y a nuestras antiguas relaciones con vuestro padre; pero podéis escapar de aquí jurándonos que no hablaréis a vuestros compañeros de lo que habéis visto.

—No sólo juro no hablarles de ello —dijo Biscarrat—, sino hacer cuanto éste de mi parte para impedir que mis compañeros pongan el pie en esta gruta.

—¡Biscarrat! ¡Biscarrat! —gritaron desde fuera muchas voces que vinieron a sepultarse como un torbellino en el subterráneo.

—Contestad —dijo Aramis.

—¡Aquí estoy! —gritó Biscarrat.

—Marchaos, y fiamos en vuestra lealtad.

Y soltó al joven.

Biscarrat encaminóse hacia la claridad.

—¡Biscarrat! ¡Biscarrat! —gritaron las voces más próximas.

Y se vio proyectarse en el interior de la gruta las sombras de varias formas humanas.

Biscarrat se apresuró a salir al encuentro de sus amigos para detenerlos, y se unió a ellos a tiempo que empezaban a internarse en el subterráneo.

Aramis y Porthos prestaron oído, con la atención de personas que juegan su vida a un soplo de viento.

Biscarrat había llegado a la boca de la gruta seguido de sus amigos.

—¡Oh! —dijo uno de ellos luego que llegaron a la claridad—. ¡Qué pálido estás!

—¡Pálido! —murmuró otro—. Di más bien lívido.

—¿Yo? —replicó el joven procurando dominar su sobresalto.

—En nombre del Cielo, ¿qué te ha sucedido? —preguntaron todos a la vez.

—No te ha quedado gota de sangre en las venas, mi pobre amigo —repuso otro riendo.

—Señores —dijo otro—. Esto es cosa seria; nuestro amigo va a desmayarse. ¿Tenéis sales?

Y todos prorrumpieron en una risotada.

Todas aquellas interacciones, todas aquellas chanzonetas cruzábanse en torno de Biscarrat, como se cruzan en medio del fuego las balas en una batalla.

Biscarrat recobró sus fuerzas bajo aquel diluvio, de interacciones.

—¿Qué queréis que haya visto? —dijo—. Tenía mucho calor cuando entré en esa gruta, y de pronto me acometió frío; no ha habido más.

—Pero ¿y los perros? ¿Has visto a los perros? ¿Les has oído ladrar?

—Debemos creer que han tomado otro camino —dijo Biscarrat.

—Señores —dijo uno de los jóvenes—, en lo que está pasando en la palidez y en el silencio de nuestro amigo, hay un misterio que Biscarrat no quiere, o quizás no puede revelar. Lo que sí supongo, y lo tengo por seguro, es que Biscarrat ha visto algo en la gruta. Pues bien, yo tengo la curiosidad de ver lo que él ha visto, aun cuando fuese el diablo. ¡A la gruta, señores, a la gruta!

—¡A la gruta! repitieron todas las voces.

Y el eco del subterráneo fue a llevar como una amenaza a Porthos y a

Aramis estas palabras: « ¡A la gruta! » .

Biscarrat se interpuso entre sus compañeros.

—¡Señores! ¡Señores! —exclamó—. ¡En nombre del Cielo, no entréis!

—¿Pues qué hay en ese subterráneo, que tanto asusta?

—Preguntaron varios.

—Vamos, habla, Biscarrat.

—Decidme ha visto al diablo —repitió el que había aventurado ya aquella hipótesis.

—Pues bien —replicó otro—, si lo ha visto, que no sea egoísta, y que nos deje a nosotros verlo a nuestra vez.

—¡Señores! ¡Señores! ¡Por favor! —insistió Biscarrat.

—Vamos, déjanos pasar.

—¡Señores, os suplico que no entréis!

—Pues tú bien has entrado.

Entonces, adelantóse uno de los oficiales de más edad que los otros y que hasta entonces había permanecido sin hablar palabra.

—Señores —dijo en tono calmoso que contrastaba con la animación de los jóvenes—, ahí dentro hay algo que no es el diablo; pero, sea quien quiera, ha tenido bastante poder para hacer callar a nuestros perros. Es necesario saber quién es ese algo.

Biscarrat tentó un último esfuerzo para detener a sus amigos; pero fue inútil. En vano se puso delante de los más temerarios; en vano se agarró a las rocas para cerrar el paso, la turba de jóvenes internóse en la caverna, siguiendo los pasos del oficial que había hablado el último, pero que se había lanzado el primero, espada en mano, a fin de arrostrar el peligro desconocido.

Biscarrat, rechazado por sus amigos, no pudiendo acompañarlos, so pena de pasar a los ojos de Porthos y Aramis por traidor y perjuro, fue a apoyarse, con el oído alerta y las manos aún suplicantes, contra una roca escarpada que creyó debía hallarse expuesta al fuego de los mosqueteros.

Respecto a los guardias, penetraban más y más, con gritos que se iban debilitando a medida que se internaban en el subterráneo.

De pronto resonó bajo las bóvedas una descarga de mosquetería que retumbó como un trueno, viniendo a aplastarse dos balas contra la roca en que estaba apoyado Biscarrat.

Al mismo tiempo oyóse un confuso rumor de suspiros, aullidos e imprecaciones, y volvió a aparecer aquella pequeña tropa, unos pálidos, otros vertiendo sangre, y todos envueltos en una nube de humo, que el aire exterior parecía aspirar desde el fondo de la caverna.

—¡Biscarrat! ¡Biscarrat! —gritaban los fugitivos—. Tú sabíais que había una emboscada en esa caverna, y no nos lo has avisado.

—¡Biscarrat! Tu eres causa de que hayan muerto cuatro de los nuestros.

¡Desgraciado de ti, Biscarrat!

—Tú eres causa de que yo esté herido de muerte —dijo uno de los jóvenes, recogiendo su sangre en la mano y arrojándola al rostro de Biscarrat—. ¡Que nuestra sangre caiga sobre ti!

Y rodó, agonizante, a los pies del joven.

—¡Pero a lo menos dinos quién está ahí! —exclamaron varias voces furiosas. Biscarrat calló.

—¡Dinoslo o mueres! —exclamó el herido incorporándose sobre una rodilla, y levantando sobre su compañero un brazo armado de un hierro intútil.

Biscarrat precipitóse hacia él, abriendo su pecho al hierro; pero el herido volvió a caer para no levantarse más, exhalando un suspiro, el último.

Biscarrat, los cabellos erizados, los ojos salvajes, perdida la cabeza, avanzó hacia el interior de la caverna, diciendo:

—¡Tenéis razón; muera yo que he dejado asesinar a mis compañeros! ¡Soy un infame!

Y, arrojando lejos su espada, con ánimo de morir sin defenderse, se precipitó con la cabeza baja en el subterráneo.

Los otros jóvenes le imitaron. Once que quedaban de los diez y seis, se internaron con él en la sima.

Pero no fueron más allá que los primeros; una segunda descarga tendió a cinco sobre la arena helada, y como era imposible ver de dónde partía aquel fuego mortal, los otros retrocedieron con un espanto más fácil de pintar que de expresar.

Pero Biscarrat, que quedó sano y salvo, lejos de huir como los otros, se sentó sobre un bloque de roca, y aguardó.

No quedaban más que seis gentileshombres.

—Seriamente —dijo uno de ellos—, ¿es el diablo?

—Peor que eso, a fe mía —dijo otro.

—Preguntemos a Biscarrat; él lo sabe.

—¿Dónde está Biscarrat?

Los jóvenes miraron a su alrededor, y vieron que Biscarrat faltaba.

—¡Ha muerto! —dijeron dos o tres veces.

—No —contestó otro—; yo le he visto, en medio de la humareda, sentarse tranquilamente en una roca; está en la caverna, nos espera.

—Necesario es que conozca a los que están ahí.

—¿Y cómo los ha de conocer? Ha sido prisionero de los rebeldes.

—Es verdad. Pues bien, llamémosle, y sepamos por él con quien nos las habemos.

Y todos gritaron:

—¡Biscarrat! Biscarrat! Pero éste no contestó.

—¡Bueno! —dijo el oficial que había manifestado tanta sangre fría en

acuellas circunstancias—. No tenemos precisión de él; ahí vienen refuerzos.

En efecto, llegaba una compañía de guardias, dejada a la zaga por sus oficiales, que el ardor de la cacería había arrebatado, compuesta por setenta y cinco a ochenta hombres guiados por el capitán y el primer teniente. Los cinco oficiales salieron al encuentro de sus soldados y, en un lenguaje cuya elocuencia puede concebirse con facilidad, explicaron la aventura y pidieron auxilio.

El capitán les interrumpió:

—¿Dónde se hallan vuestros compañeros?

—¡Han muerto!

—¡Pues no erais diez y seis?

—Diez han muerto, Biscarrat está en la caverna, y aquí tenéis los restantes.

—¿Está prisionero Biscarrat?

—Probablemente.

—No, que viene ahí; miradle. Efectivamente, Biscarrat aparecía a la entrada de la gruta.

—Nos hace señas de que vayamos —dijeron los oficiales—. ¡Vamos allá!

—¡Vamos! —repitió toda la tropa. Y avanzaron al encuentro de Biscarrat.

—Señor —dijo el capitán dirigiéndose a Biscarrat—, me han asegurado que sabéis quiénes son los que están en esa gruta y que hacen una defensa tan desesperada. En nombre del rey, os intimo que declaréis lo que sepáis.

—Mi capitán —dijo Biscarrat—, no tenéis necesidad de intimidarme; me han devuelto mi palabra y vengo en nombre de esos hombres.

—¿A decirme que se entregan?

—A deciros que están resueltos a defenderse hasta la muerte, si no se les concede una buena capitulación.

—¿Y cuántos son?

—Dos —dijo Biscarrat.

—¿Son dos, y quieren imponernos condiciones?

—Son dos, y nos han matado ya diez hombres —dijo Biscarrat.

—¿Qué gente es? ¿Gigantes?

—Aún más. ¿Os acordáis de la historia del baluarte de San Gervasio, mi capitán?

—Sí, donde cuatro mosqueteros del rey se sostuvieron contra todo un ejército.

—Pues bien, esos dos hombres eran de aquellos mosqueteros.

—¿Y cómo se llaman?

—En aquella época se llamaban Porthos y Aramis. Hoy, señor de Herblay y señor Du Vallon.

—¿Y qué interés tienen en todo esto?

—Son los que tenían a Belle-Île para el señor Fouquet.

A las solas palabras de Porthos y Aramis se hizo oír un murmullo entre los soldados.

—¡Los mosqueteros, los mosqueteros! —repetían.

En aquellos intrépidos, la idea de que iban a tener que pelear contra dos de las más viejas glorias del ejército hacía correr un calor frío mitad de entusiasmo, mitad de terror.

Y era que, en efecto, aquellos cuatro nombres, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, eran venerados por cuantos llevaban espada, como en la antigüedad fueron venerados los nombres de Hércules, Teseo, Cástor y Pólux.

—¡Dos hombres —exclamó el capitán—, nos han matado a diez oficiales en dos descargas! Imposible, señor de Biscarrat.

—Mi capitán —repuso éste—, no quiero decir que no tengan consigo dos o tres hombres, como los mosqueteros del baluarte de San Gervasio tenían también tres o cuatro criados con ellos: pero, creedme, capitán, he visto a esos hombres, he sido hecho prisionero por ellos, y los conozco; bastan ellos solos para destruir un ejército.

—Eso es lo que vamos a ver, y ahora mismo —dijo el capitán. ¡Atención, señores!

A esta voz, nadie se movió ya, y todos se dispusieron a obedecer. Biscarrat fue el único que aventuró una última tentativa.

—Señor —dijo en voz baja—, regidme, sigamos nuestro camino; esos dos hombres, esos dos leones, quienes se va a atacar, se defenderán hasta morir. Ya nos han matado diez hombres; aun nos matarán doble, y concluirán por matarse ellos mismos antes que rendirse. ¿Qué ganaremos en combatirlos?

—Ganaremos, señor, la satisfacción de no haber hecho retroceder a ochenta guardias del rey ante dos rebeldes. Si escuchase vuestros consejos, sería hombre deshonrado, y, al deshonrarme yo, deshonraría al ejército. ¡Adelante, muchachos!

Y marchó el primero hasta la entrada de la gruta.

Llegó allí, e hizo alto.

Aquella parada tenía por objeto dar tiempo a Biscarrat y a sus compañeros para describirle el interior de la gruta. Así que creyó tener las noticias suficientes de los sitios, dividió la compañía en tres cuerpos que debían entrar sucesivamente, haciendo nutrido fuego en todas direcciones. Indudablemente, en aquel ataque se podían perder otros cinco hombres, o quizás diez; pero, de todos modos, acabaríase por coger a los rebeldes, puesto que no había salida, y que, a todo tirar, dos hombres no podían matar a ochenta.

—Mi capitán —dijo Biscarrat—, deseo ir al frente del primer pelotón.

—¡Bien! —respondió el capitán—. Os concedo ese honor; quiero haceros esa distinción.

—¡Gracias! —repuso el joven con toda la energía de su raza.

—Tomad entonces vuestra espada.

—Iré así como estoy, mi capitán —dijo Biscarrat—; porque no voy a matar,

sino a que me maten.

Y, colocándose al frente del primer pelotón, con la cabeza descubierta y los brazos cruzados:

—¡Marchemos, señores! —dijo.

## Capítulo II

---

### *Un canto de romero*

Hora es ya de pasar al otro bando y describir a la vez los combatientes y el campo de batalla. Aramis y Porthos habíanse internado en la gruta de Locmaria para buscar la barca amarrada, así como los tres bretones, sus auxiliares, y esperaban en un principio hacer pasar la barca por la pequeña salida del subterráneo, ocultando de esa manera sus trabajos y su fuga. La llegada del zorro y los perros les había obligado a estar ocultos.

La gruta se extendía en un espacio de cien toesas, hasta una pequeña escarpa dominando una caleta. Templo en otra época aquella gruta de las divinidades paganas, cuando Belle-Île se llamaba todavía Calonesa, había visto consumarse más de un sacrificio humano en sus misteriosas profundidades.

Penetrábase en el primer embudo de aquella caverna por una pendiente suave, encima de la cual las rocas amontonadas formaban una arcada baja; el suelo, mal unido, peligroso por las desigualdades rocosas de la bóveda, se subdividía en distintos compartimientos, que iban de unos en otros y se dominaban por medio de algunos escalones escabrosos, cortados, unidos a derecha e izquierda por enormes pilares naturales.

En el tercer compartimiento, la bóveda era tan baja, el pasadizo tan estrecho, que apenas podía pasar la barca rozando las dos paredes; no obstante, en un momento de desesperación, la madera cedió y la piedra se ablandó al soplo de la voluntad humana.

Tal era el pensamiento de Aramis, cuando, después de haber empeñado el combate, decidióse a huir; fuga peligrosa por cierto, porque no todos los sitiadores habían muerto; aun admitiendo la posibilidad de botar la embarcación, había que huir en pleno día, ante los vencidos, tan interesados en hacer perseguir a sus

vencedores así que viesen el corto número de éstos.

Luego que ambas descargas dieron por resultado la muerte de diez hombres, Aramis, habituado a las revueltas del subterráneo, fue a reconocerlos uno a uno, los contó, porque el humo le impedía ver por fuera, e inmediatamente mandó rodar la barca hasta la gruesa piedra que cerraba la salida libertadora.

Porthos reunió sus fuerzas, cogió la barca en sus brazos y la levantó, en tanto que los bretones hacían correr los rodillos con rapidez.

Habían ya bajado al tercer compartimiento y llegado a la piedra que tapaba la salida.

Porthos tomó aquella gigantesca piedra por su base, apoyó encima su hombro, y dio un golpe que hizo crujir aquella muralla. Una nube de polvo cayó de la bóveda con las cenizas de diez mil generaciones de aves de mar, cuyos nidos se hallaban adheridos a la roca como una argamasa.

Al tercer golpe cedió la piedra, oscilando un minuto. Porthos, recostándose sobre las rocas próximas, hizo de su pie un estribo, que despidió el bloque fuera de las acumulaciones calcáreas que le servían de goznes y de empotramientos.

Caída la piedra, se percibió la luz clara, radiante, que se precipitó en el subterráneo por el marco de la salida, y el mar azul apareció a los bretones admirados.

Principióse entonces a hacer subir la barca sobre aquella barricada. Veinte toses más y podía resbalar hasta el Océano.

Durante este tiempo llegó la compañía, fue formada por el capitán y dispuesta para el escalo o el asalto.

Aramis todo lo inspeccionaba para favorecer los trabajos de sus amigos. Vio aquél refuerzo, contó los hombres, y se convenció de una mirada del peligro insuperable en que podía comprometerles un nuevo combate.

Huir por el mar en el instante en que el subterráneo iba a ser invadido, ¡imposible!

En efecto, el día, que acababa de iluminar los dos últimos compartimientos, habría descubierto a los soldados la barca rodante hacia el mar y a los dos rebeldes a tiro de sus mosquetes, y una de sus descargas acribillaba el barco, si no mataba a los cinco navegantes.

Y, aun suponiendo lo más favorable, dado que la barca escapara con los hombres que la tripulaban, ¿cómo podía evitarse la alarma? ¿Cómo no iban a enviar un aviso a las chalanas reales? ¿Cómo la pobre barca, acosada por mar y acechada por tierra, no había de sucumbir antes de terminar el día? Aramis, mesándose con rabia sus cabellos grises, invocó el auxilio de Dios y la ayuda del diablo. Llamando a Porthos, que trabajaba más él solo que rodillos y acarreadores:

—Amigo —dijo en tono bajo—, nuestros adversarios han recibido un refuerzo.

—¡Ah! —repuso tranquilamente Porthos. ¿Qué hemos de hacer?

—Principiar de nuevo el combate —prosiguió Aramis—, es cosa aventurada.

—Sí —dijo Porthos—; porque es difícil que no maten a uno de los dos, y en ese caso el otro se haría matar también.

Porthos dijo estas palabras con ese natural heroico que realzaba en él toda la fuerza de la materia.

Aramis sintió como un espolazo en el corazón.

—A ninguno de los dos nos matarán, si hacéis lo que os voy a decir, amigo Porthos.

—¿Qué?

—Esa gente va a entrar en la gruta.

—Sí.

—Podremos matar unos quince, pero no más.

—¿Cuántos son? —preguntó Porthos.

—Les ha llegado un refuerzo de setenta y cinco hombres.

—Setenta y cinco, y cinco, ochenta. ¡Ah, ah! —exclamó Porthos.

—Si hacen fuego a un tiempo nos acribillan a balazos.

—Seguramente.

—Sin contar con que las detonaciones pueden producir hundimientos en la caverna.

—Hace poco —dijo Porthos—, un trozo de roca me ha rasguñado el hombro.

—¡Ya veis!

—Pero eso no es nada.

—Tomemos una decisión. Nuestros bretones continuarán arrastrando la barca al mar.

—Muy bien.

—Nosotros dos permaneceremos aquí con la pólvora, las balas y los mosquetes.

—Pero los dos, querido Aramis, nunca dispararemos tres tiros a la vez —replicó ingenuamente Porthos—; el medio de mosquetería es malo.

—Pues a ver si halláis otro.

—¡Lo hallé! —exclamó de pronto el gigante—. Me coloco emboscado detrás del pilar con esta barra de hierro, y, desde allí, invisible, no bien se presenten Por pelotones, dejo caer mi barra sobre sus cráneos treinta veces por minuto. ¡Eh? ¡Qué opináis de mi proyecto? ¡Sonreís?

—Excelente, perfecto, querido amigo. Lo apruebo; pero así los amedrentaréis, y la mitad de ellos permanecerán fuera para sitiarnos por hambre. Lo que hace falta, mi buen amigo, es la destrucción entera de la tropa; un solo hombre fuera, nos pierde.

—Tenéis razón, amigo mío; pero ¿cómo atraerlos?

—No moviéndonos, mi buen Porthos.

—Pues no nos movamos; pero ¿y cuando estén todos reunidos?

—Entonces dejadme obrar; tengo una idea.

—Si es así, y como vuestra idea sea buena... y debe serlo... estoy tranquilo.

—En emboscada, Porthos, y contad los que entren.

—¿Y vos qué haréis?

—No os dé cuidado; tengo mi tarea.

—Me parece que oigo voces.

—Ellos son. ¡A vuestro puesto...! Colocaos al alcance de mi voz y de mi mano.

Porthos entró en el segundo compartimiento, oscuro como boca de lobo.

Aramis deslizóse hasta el tercero; el gigante tenía entre las manos una barra de hierro que pesaba cincuenta libras. Porthos manejaba con maravillosa facilidad aquella palanca que había servido para hacer rodar la barca.

Entretanto, los bretones empujaban la barca hacia la costa brava. En el compartimiento iluminado, Aramis, agachado, escondido, se ocupaba en una maniobra misteriosa.

Oyóse un mandato proferido en voz alta. Era la última orden del capitán comandante. Veinticinco hombres saltaron de las rocas superiores al primer compartimiento de la gruta, y, apostados allí, empezaron a hacer fuego.

Los ecos dejaron oír su sorda amenaza, algunos silbidos surcaron la bóveda, una humareda opaca llenó el espacio.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —gritó Biscarrat, que, en su primer asalto, había visto el paso de la segunda cámara, y que, animado con el olor de la pólvora, quería guiar a sus soldados hacia allí.

La tropa se precipitó efectivamente hacia la izquierda; el paso iba estrechando; Biscarrat, con los brazos abiertos, marchaba a la muerte ante los mosqueteros.

—¡Venid! ¡Venid! —gritó—. ¡Veo la claridad!

—¡Herid, Porthos! —dijo Aramis con voz sepulcral.

Porthos exhaló un suspiro, pero obedeció.

La barra de hierro cayó a plomo sobre la cabeza de Biscarrat, que fue muerto sin haber acabado su grito. Luego la formidable palanca se alzó y se abatió diez veces en diez segundos, dejando diez cadáveres.

Los soldados no veían nada; oían gritos, suspiros; tropezaban con cuerpos, pero aún no habían comprendido, y trepaban sobre los muertos.

La implacable barra, sin cesar de caer, aniquiló al primer pelotón; ni un solo grito advirtió al segundo, que avanzaba tranquilamente.

Sólo que este segundo pelotón iba mandado por el capitán, que había roto una endeble rama de un pino que crecía sobre la escarpa, con cuya madera resinoso retorcida había formado una antorcha.

Al llegar a aquel compartimiento donde Porthos, semejante al ángel

exterminador, había destruido cuanto había tocado, la primera fila retrocedió horrorizada. Ningún fuego había respondido al de los guardias, y no obstante, tropezaban con un montón de cadáveres, y marchaban literalmente entre la sangre.

Porthos se mantenía detrás de su pilar.

El capitán, iluminando, con la luz trémula del pino inflamado, aquella horrible carnicería, cuya causa buscaba en vano, retrocedió hasta el pilar que ocultaba a Porthos.

Entonces salió de la sombra una mano gigantesca, y apretó el pescuezo del capitán, que exhaló un sordo estertor; sus brazos se abrieron agitando el aire, cayó la antorcha y se apagó en la sangre.

Un segundo después; el cuerpo del capitán se abatía junto a la antorcha apagada, y añadía un cadáver más al montón que obstruía el paso.

Todo aquello había acontecido misteriosamente, como cosa de magia. Al estertor del capitán, se habían vuelto los hombres que le acompañaban; habían visto sus brazos extendidos, los ojos saliendo de su órbita, la antorcha caída, y se habían quedado en la obscuridad.

Por un movimiento irreflexivo, instintivo, maquinal, gritó el teniente:

—¡Fuego!

Seguidamente, una granizada de tiros de mosquete, crepitó, tronó, aulló en la caverna, arrancando enormes fragmentos a las bóvedas.

La caverna se iluminó un instante con aquella fusilería, y luego quedó inmediatamente en una obscuridad más profunda aún por la humareda.

Se hizo entonces un gran silencio, interrumpido únicamente por los pasos del tercer pelotón que penetraba en el subterráneo.

## Capítulo L

---

### La muerte de un titán

En el momento en que Porthos, más habituado a las tinieblas que todos aquellos hombres que venían de la claridad, miraba a su alrededor para ver si en aquella obscuridad le hacía Aramis alguna señal, advirtió que le tocaban suavemente en el brazo, y que una voz, débil como un hálito, murmuraba por lo bajo a su oído:

—Venid.

—¡Oh! —exclamó Porthos.

—Silencio! —dijo Aramis aún más bajo.

Y, en medio del ruido del tercer pelotón, que seguía avanzando entre las imprecaciones de los guardias que habían quedado en pie, y de los moribundos que exhalaban su último suspiro, deslizáronse Porthos y Aramis, sin ser notados, a lo largo de los muros graníticos de la caverna.

Aramis condujo a Porthos al penúltimo compartimiento, y le enseñó, en un rompimiento del muro, un barril de pólvora de setenta a ochenta libras, al que acababa de poner una mecha.

—Amigo —dijo a Porthos—, vais a coger ese barril, cuya mecha voy a encender, y lo arrojaréis en medio de nuestros enemigos. ¿Podréis hacerlo?

—¡Ya lo creo! —contestó Porthos.

Y levantó el tonelillo con una mano.

—Encended.

—Aguardad a que se hallen todos bien reunidos —dijo Aramis—, y enseguida, cual otro Júpiter, lanzar vuestros rayos en medio de ellos.

—Encended —repetía Porthos.

—Yo —prosiguió Aramis—, voy a ayudar a nuestros bretones a botar la

barca. Os aguardaré en la ribera. Lanzad firme y veníos con nosotros.

—¡Encended! —dijo una vez más Porthos.

—¿Habéis comprendido? —dijo Aramis.

—¡Diablo! —contestó Porthos con una risa que no se cuidaba siquiera de reprimir—. Cuando me explican, comprendo; dadme el fuego, y marchaos.

Aramis dio la yesca encendida a Porthos, que le tendió su brazo para que lo estrechase a falta de la mano.

Aramis estrechó con sus manos el brazo de Porthos, y se replegó a la salida de la caverna, donde le esperaban los tres remeros.

Porthos solo, aplicó con valor la yesca a la mecha.

La yesca, débil chispa, principio primero de un inmenso incendio, brilló en la obscuridad como una luciola volante, y luego fue a pegarse a la mecha, que inflamó, y cuya llama activó Porthos con su soplo.

Habíase disipado un tanto el humo, y, a la luz de aquella mecha chispeante, púdose, durante uno o dos segundos, distinguir los objetos.

Fue un corto, pero espléndido espectáculo, el que presentó aquel gigante pálido, sangrante, con el rostro iluminado por el fuego de la mecha que ardía en la sombra.

Los soldados le vieron. Vieron el barril que tenía en la mano. Y comprendieron lo que iba a pasar.

Entonces, aquellos hombres, llenos ya de espanto a la vista de lo que había sucedido, llenos de terror al pensar en lo que iba a suceder, lanzaron todos a la vez un aullido de agonía.

Unos trataron de huir, pero tropezaron con la tercera brigada que les cerraba el paso; otros, maquinalmente, apuntaron y dispararon con sus mosquetes descargados, y otros, por último, cayeron de rodillas.

Dos o tres oficiales gritaron a Porthos prometiéndole la libertad si les concedía la vida.

El teniente de la tercera brigada mandó hacer fuego; mas los guardias tenían delante de ellos a sus compañeros asustados, que servían de baluarte vivo a Porthos.

Ya lo hemos dicho: la luz producida por el soplo de Porthos sobre la yesca y mecha no duró más que dos segundos; pero durante ese pequeño intervalo, dejó ver lo siguiente: en primer lugar al gigante, descomunal en la oscuridad: después, a diez pasos de él, un montón de cuerpos ensangrentados, aplastados, destrozados, en medio de los cuales vivía todavía un último estremecimiento de agonía que levantaba aquella masa, como la postrema respiración levanta los costados de un monstruo informe que agoniza en las tinieblas.

Cada soplo de Porthos, al reavivar la mecha, enviaba a aquel montón de cadáveres un tono sulfuroso, cortado de largas franjas de púrpura.

Aparte de ese grupo principal, algunos cadáveres aislados, esparcidos en la

gruta, conforme el azar de la muerte o la sorpresa del golpe les había dejado tendidos, parecían amenazar por sus heridas abiertas.

Sobre aquel suelo formado con fango de sangre, subían, tétricos y centelleantes, los pilares achaparrados de la caverna, cuyas gradaciones, cálidamente acentuadas, prolongaban adelante las partes luminosas.

Y todo esto veíase a la trémula luz de una mecha pegada a un barril de pólvora, es decir, una antorcha que, iluminando los estragos de una muerte anterior, mostraba una muerte venidera.

Durante aquellos dos segundos, un oficial del tercer pelotón reunió ocho hombres armados con mosquetes, y les mandó que dispararan sobre Porthos por una abertura.

Pero los que recibieron la orden de disparar temblaban de tal modo, que de aquella descarga cayeron tres guardias, y las cinco balas restantes fueron silbando, unas a rozar la bóveda, otras a surcar la tierra, otras a desmoronar la superficie de las paredes.

Una carcajada contestó a aquel trueno; enseguida se balanceó el brazo del gigante, y al punto se vio cruzar por el aire, como una estrella errante, un rastro de fuego.

El barril, lanzado a treinta pasos, salvó la barricada de cadáveres, y fue a caer en un grupo ululante de soldados que se arrojaron boca abajo.

El oficial había seguido con la vista el brillante rastro, y quiso precipitarse sobre el barril para arrancar la mecha antes de que llegara el fuego a la pólvora.

¡Arrojo inútil! El aire había activado la llama adherida al conductor; la mecha, que, en reposo, habría durado cinco minutos, fue devorada en treinta segundos, y estalló la obra infernal.

Torbellinos furiosos, silbidos del azufre y del nitrógeno, estragos devoradores del fuego que consume, estruendo espantoso de la explosión, he aquí lo que aquel segundo, que siguió a los dos que hemos descrito, vio producirse en aquella caverna, igual en horrores a una caverna de demonios.

Las rocas hundíanse como tablas de abeto bajo el golpe del hacha. Una lluvia de fuego, de humo, de escombros, lanzóse de en medio de la gruta, ensanchándose a medida que ascendían. Los enormes muros de sílice se inclinaron para tenderse en la arena, y la arena misma, instrumento de dolor, arrojada fuera de su lecho endurecido, acribilló los rostros con sus miríadas de átomos punzantes.

Los gritos, los alardos, las imprecaciones, y las existencias, todo se extinguíó en un inmenso estrépito. Los tres primeros compartimientos convirtiéronse en un abismo, en que fueron a hundirse uno a uno, según su gravedad, los escombros vegetales, minerales o humanos.

Después la arena y la ceniza, más ligeras, cayeron a su vez, extendiéndose, como mortaja grisácea y humeante, sobre aquellos funerales. Búsquese ahora en

aquella ardiente tumba, en aquel volcán subterráneo, a los guardias del rey, con su uniforme azul, galoneado de plata.

Búsquese a los oficiales resplandecientes de oro, las armas con que habían contado defenderse, las piedras con que los aplastaron, el suelo que pisaban.

Un solo hombre había convertido todo aquello en un caos más confuso, más informe, y más espantoso que el que existía una hora antes de tener Dios la idea de crear el mundo.

Nada quedó de los tres primeros compartimientos, nada que Dios mismo pudiera reconocer como obra suya.

En cuanto a Porthos, después de haber arrojado el barril de pólvora en medio de los enemigos, había huido, conforme al consejo de Aramis, al último compartimiento, en el que penetraba por la abertura el aire, la claridad y el sol.

Apenas volvió la esquina que separaba el tercer compartimiento del cuarto, distinguió a cien pasos de él la barca movida por las olas; allí estaban sus amigos; allí la libertad; allí la vida tras la victoria.

En seis zancadas estaría fuera de la bóveda; fuera de la bóveda, dos o tres vigorosos impulsos le bastaban para llegar al barco.

De pronto sintió doblársele las rodillas; sus rodillas parecían huecas, sus piernas se blandeaban bajo él.

—¡Oh, oh! —murmuró sorprendido—. Vuelve a acometerme la fatiga; no puedo andar. ¿Qué quiere decir esto?

Aramis le veía a través de la abertura, sin comprender por qué se detenía.

—¡Venid, Porthos! —gritó Aramis—. ¡Venid! ¡Venid pronto!

—¡Oh! —respondió el gigante haciendo un esfuerzo, que tendió inútilmente todos los músculos de su cuerpo—. ¡No puedo!

Y, diciendo estas palabras, cayó de rodillas; pero, con sus robustas manos, se agarró a las rocas y volvió a levantarse.

—¡Pronto! ¡Pronto! —repetía Aramis inclinándose hacia la ribera, como vara atraer a Porthos con sus brazos.

—¡Allá voy! —balbucía Porthos reuniendo todas sus fuerzas para dar un paso más.

—¡En nombre del Cielo, Porthos, venid! ¡El barril va a saltar!

—¡Venid, monseñor! —gritaron los bretones a Porthos, que parecía como si luchase con una pesadilla. Mas no era ya tiempo: la explosión. Estremeciéronse la tierra; el humo, que se abrió paso por las anchas grietas, obscureció el cielo; el mar retrocedió, como empujado por el soplo de fuego que salió de la gruta, igual que de la garganta de una gigantesca quimera; el refluo se llevó la barca a veinte toesas: todas las rocas crujieron en su base, y se separaron como bloques desunidos a la Presión de unas cuñas; se vio una porción de la bóveda lanzarse al cielo, como llevada por unos rápidos; el fuego rosa y verde del azufre, la negra lava de las licuefacciones arcillosas chocaron y se combatieron un instante bajo

majestuosa cúpula de humo; luego se vio oscilar, después inclinarse, y por último caer sucesivamente, las enormes aristas de roca que la violencia de la explosión no pudo hacer saltar de sus pedestales seculares, los cuales se saludaban unos a otros como ancianos graves y lentos, prosternándose enseguida, acostados para siempre en su polvorienta tumba.

Aquel terrible sacudimiento pareció devolver a Porthos las fuerzas que había perdido y volvió a levantarse, gigante entre gigantes. Mas, en el momento que huía entre la doble fila de fantasmas graníticos, éstos, que no se hallaban ya sujetos por los eslabones correspondientes, empezaron a rodar con estrépito en torno de aquel titán que parecía precipitado del cielo en medio de las rocas que acababa de lanzar contra él.

Porthos sintió temblar bajo sus pies el suelo sacudido por aquel ancho desgarramiento. Tendió a derecha e izquierda sus vastas manos para rechazar las rocas que se le venían encima, y un bloque gigantesco vino a apoyarse en cada una de sus palmas abiertas. Dobló la cabeza, y una tercera masa granítica fue a aumentar el peso entre sus dos hombros.

Por un momento cedieron los brazos de Porthos; pero el Hércules reunió todas sus fuerzas, y las dos paredes de la prisión en que se hallaba sepultado se separaron lentamente abriéndole paso. Por un instante, apareció en aquel marco de granito como el ángel antiguo del caos; mas al apartar las rocas laterales, quitó su punto de apoyo al monolito que pesaba sobre sus fuertes hombros, y éste, ejerciendo ya todo su peso, precipitó al gigante de rodillas. Las rocas laterales, separadas momentáneamente, volvieron a juntarse, añadiendo su peso al peso primitivo, que habría bastado para aplastar a diez hombres.

El gigante cayó sin pedir auxilio; cayó contestando a Aramis con palabras animosas y de esperanza, porque un instante, merced al poderoso arbotante de sus manos, pudo creer que, cual otro Encelado, sacudiría aquel triple peso. Pero Aramis vio inclinarse poco a poco la mole de granito; las manos crispadas y los brazos rígidos por un postrero esfuerzo, cedieron; los hombros, destrozados, fueron debilitando su resistencia, y la roca continuó bajando gradualmente.

—¡Porthos! ¡Porthos! —gritaba Aramis mesándose los cabellos—. ¡Porthos! ¿Dónde estáis? ¡Hablad!

—¡Aquí! ¡Aquí! —exclamaba Porthos con una voz que iba extinguiéndose. ¡Paciencia! ¡Paciencia!

Apenas acabó esta última palabra: el impulso de la caída aumentó el peso; la enorme roca se abatió, empujada por las otras dos que cayeron sobre ella, y enterró a Porthos en un sepulcro de piedras destrozadas.

Al oír la voz expirante de su amigo, Aramis había saltado a tierra. Dos de los bretones le siguieron con una palanca en la mano, pues uno solo bastaba para guardar la barca. Los posteriores ronquidos del valeroso luchador les guiaron entre los escombros.

Aramis, fogoso, intrépido, joven como si tuviera veinte años, se lanzó a la triple mole, y con sus manos, delicadas como manos de mujer, levantó por un prodigo de vigor un lado del enorme sepulcro de granito. Entonces columbró, entre las tinieblas de aquella fosa, los ojos todavía brillantes de su amigo, a quien la mole levantada por un momento acababa de devolverle la respiración. Al punto se precipitaron los dos hombres, echándose con todas sus fuerzas sobre la palanca de hierro, reuniendo su triple fuerza, no para levantarla, sino para mantenerla suspendida. Todo fue inútil: los tres hombres cedieron lentamente con gritos de dolor, y la bronca voz de Porthos, viéndolos agotarse en una lucha inútil, murmuró con tono burlón estas supremas palabras, que llegaron a los labios con el ultimo aliento:

—¡Es mucho peso!

Después de lo cual, los ojos oscureciéronse y se cerraron; el rostro se cubrió de palidez; la mano quedó descolorida, y el titán se acostó exhalando el postre suspiro.

¡Con él hundióse la roca, que, hasta en medio de su agonía, había podido sostener!

Los tres hombres dejaron escapar la palanca, que rodó sobre la piedra tumular.

Luego, jadeante, pálido bañada la frente en sudor, Aramis escuchó, con el pecho oprimido y el corazón a punto de estallar.

—¡Nada! El gigante dormía el sueño eterno en el sepulcro que Dios le había hecho a su medida.

## Capítulo LI

---

### El epitafio de Porthos

Aramis, silencioso, helado, tembloroso como un niño, se apartó estremecido de encima de aquella piedra. Un cristiano nunca pisa un sepulcro. Pero, si era capaz de tenerse en pie, no lo era de andar. No parecía sino que algo de Porthos muerto, acaba de fallecer en él.

Rodeáronle sus bretones. Aramis los dejó hacer, y, levantado por los tres marinos, fue conducido a la barca. Despues que le colocaron sobre el banco, junto al timón, empezaron a remar con fuerza, prefiriendo alejarse bogando a izar la vela que podía denunciarlos.

En toda aquella superficie arrasada de la vieja gruta de Locmaria, en aquella aplanada playa, sólo había un montículo que llamara la atención. Aramis no pudo apartar de él la vista, y, de lejos, en el mar, a medida que se internaba aguas adentro, la roca amenazadora y orgullosa parecía que se enderezaba, como en otro tiempo se erguía Porthos, y levantar al cielo una cabeza risueña e invencible como la del bueno y valiente amigo, el más fuerte de los cuatro, y, sin embargo, el primero en morir.

¡Raro destino el de aquellos hombres de bronce! El más sencillo de corazón asociado al más astuto; la fuerza del cuerpo guiada por la sutileza del espíritu; y, en el instante decisivo, cuando sólo el vigor podía salvar espíritu y cuerpo, una piedra, una roca, un peso vil y material, triunfaba del vigor, y, desplomándose sobre el cuerpo, expulsaba de él al espíritu.

¡Digno Porthos! Nacido para ayudar a los demás hombres, siempre dispuesto a sacrificarse por la salvación de los débiles, como si Dios no le hubiera dado la fuerza más para ese uso, había creido, al morir, cumplir las condiciones de su pacto con Aramis, pacto que éste redactara por sí solo, y que Porthos no había

conocido sino para reclamar su terrible solidaridad.

¡Noble Porthos! ¿De qué servían los palacios llenos de muebles, los bosques desbordantes de caza, los lagos hinchados de peces y las cuevas atestadas de dinero? ¿De qué los lacayos de hermosas libreas, y, en medio de ellos, Mosquetón, orgulloso del poder delegado por ti? ¡Oh noble Porthos! Cuidadoso acumulador de tesoros, ¿merecía la pena trabajar tanto en dulcificar y dorar tu vida para venir luego a tenderte con los huesos quebrantados, bajo una fría piedra, y a los gritos de las aves del Océano, sobre una playa desierta? ¿De qué te ha servido reunir tanto oro, para no tener ni siquiera un distico latino de un pobre poeta sobre tu monumento? ¡Valeroso Porthos! Sin duda, duerme todavía, olvidado, perdido bajo la roca que los pastores de la comarca toman por la techumbre gigantesca de un dolmen.

Y tantos brezos friolentos, tantos musgos, acariciados por el viento acre del Océano, tantos liquenes vivaces han soldado el sepulcro a la tierra, que ningún viajero podría imaginarse que semejante mole de granito haya podido ser levantada por el hombro de un mortal. Aramis, pálido, helado, con el corazón en los labios, miró hasta la postrera claridad del día, la playa que se borraba en el horizonte.

Ni una palabra exhaló su boca ni un sólo suspiro levantó su pecho. Los supersticiosos bretones mirábanle con temor. Aquel silencio no era de un hombre, sino de una estatua.

A las primeras líneas cenicientas que descendieron del cielo, había rizado la barca su vela, que, hinchándose al soplo de la brisa, alejándose rápidamente de la costa, se lanzaba bravamente hacia España a través del terrible golfo de Gascuña, tan fecundo en borrascas.

Pero a la media hora escasa de haberse izado la vela, los remeros suspendieron su faena, conservaron se en sus bancos, y, haciendo una pantalla de sus manos, se mostraron unos a otros un punto blanco, que aparecía en el horizonte, tan inmóvil como lo es aparentemente una gaviota mecida por la insensible respiración de las olas.

Mas lo que habría parecido inmóvil a una vista común, caminaba velozmente a los ojos ejercitados de un marino: lo que parecía estacionario sobre la onda rasaba las aguas.

Durante algún tiempo, observando el profundo entorpecimiento en que estaba sumido el amo, no se atrevieron a llamarle la atención, y se contentaron con cambiar sus conjeturas en voz baja e inquieta. Efectivamente, Aramis, tan vigilante y activo, Aramis, cuyos ojos como los del lince velaban sin cesar y veían mejor la oscuridad que la luz, Aramis se dormía en la desesperación de su alma.

Pasó así una hora, durante la cual descendió el día gradualmente; pero al mismo tiempo el barco que estaba a la vista, avanzó tanto hacia la lancha, que

Goennec, uno de los tres marinos, se aventuró a decir en alta voz:

—¡Monseñor, nos dan caza! Aramis no respondió, y el barco se iba acercando.

Entonces, por sí mismos, los dos marineros, a una orden del patrón Yves, arriaron la vela, a fin de que aquel solo punto, que aparecía sobre la superficie de las olas, dejase de guiar al ojo enemigo que les perseguía.

Por el contrario, de parte del barco que estaba a la vista, aceleróse la persecución con dos nuevas velas pequeñas que subieron a la extremidad de los mástiles.

Desgraciadamente corrían los días más largos y hermosos del año, y la luna sucedía en toda su claridad a aquel aciago día. De consiguiente, la balancela que perseguía a la barquilla, viento en popa, tenía aun una media hora de crepúsculo, y toda una noche de semiclaridad.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡Estamos perdidos! —dijo el patrón—. Mirad, nos ven, aunque hemos cargado las velas.

—No es extraño —murmuró uno de los marineros—, porque dicen que, con la ayuda del diablo, la gente de la ciudad fabrica instrumentos con los que se ve lo mismo de cerca que de lejos, de día como de noche.

Aramis sacó del fondo de la barca un anteojos potente, lo armó, y, pasándolo al marinero:

—Tomad —dijo—; mirad por ahí. El marinero titubeaba.

—Tranquilizaos —dijo—, no hay pecado en esto, y si lo hay, yo lo tomo sobre mí.

El marinero se aproximó al anteojos, y arrojó un grito.

Habíase figurado que, por un milagro, el barco, que se presentaba a un tiro largo de cañón, había salvado súbitamente y de un brinco la distancia.

Pero al apartar de su ojo el instrumento, vio que, salvo el camino que la balancela había podido hacer durante aquel corto instante, estaba aún a la misma distancia.

—Así —murmuró el marinero—, ¿nos ven como nosotros a ellos?

—Nos ven —dijo Aramis.

—Y volvió a su impasibilidad.

—¡Cómo! ¿Nos ven? —exclamó el patrón Yves—. ¡Imposible!

—Tomad, patrón, y mirad —dijo el marinero.

Y le alargó el anteojos de larga vista.

—¿Me asegura, monseñor —preguntó el patrón—, que nada tiene que ver con esto el diablo?

Aramis se encogió de hombros. El patrón púsose a mirar por el anteojos.

—¡Oh! Monseñor —dijo—, aquí hay milagro: están ahí; se me figura que puedo tocarlos. ¡Veinticinco hombres por lo menos! ¡Ah! Delante está el capitán, mirándonos con un anteojos como éste... ¡Ah! Se vuelve, da una orden; arriman

un cañón; lo cargan, apuntan... ¡Misericordia! ¡Tiran contra nosotros!

Y por un movimiento maquinal, el patrón retiró su anteojos, y los objetos, rechazados hacia el horizonte se le presentaron bajo su natural aspecto.

El barco estaba aún a distancia de una legua escasa, pero no era menos positiva la maniobra anunciada por el patrón.

Una ligera nube de humo apareció bajo las velas más azul que ellas, extendiéndose como una flor que se abre; luego, a una milla o poco más de la lancha, se vio a la bala descoronar dos o tres olas, trazar un surco blanco en el mar, y desaparecer al final de aquel surco, tan inofensiva aun como la piedra que acostumbran hacer botar los muchachos para divertirse.

Aquello era a la vez una amenaza y un aviso.

—¿Qué hacemos? —dijo el patrón.

—Van a echarnos a pique —dijo Goennec—: dadnos la absolución, monseñor. Y los marineros se arrodillaron ante el obispo.

—Olvidáis que os están viendo —replicó éste.

—Es verdad —dijeron los marineros avergonzados de su debilidad—. Mandad, monseñor, estamos prontos a morir por vos.

—Esperemos —dijo Aramis.

—¿Cómo que esperemos?

—Sí; ¡no veis que, como decíais poco ha, si intentamos huir van a echarnos a pique?

—Pero, tal vez —se aventuró a decir el patrón—, podamos huir a favor de la noche.

—¡Oh! —repuso Aramis—: no dejarán de tener algún fuego guriegüesco, para iluminar su camino y el nuestro.

Y, al mismo tiempo, como si la embarcación hubiera querido contestar a la observación dé Aramis, una segunda nube de humo subió lentamente al cielo, y del seno de ella partió una flecha inflamada que describió su parábola, parecida a un arco iris y fue a caer en el mar, donde continuó ardiendo e iluminando el espacio a un cuarto de legua de diámetro.

Los bretones miráronse asustados.

—Bien veis —dijo Aramis—, que vale más aguardarlos.

Escapáronse los remos de manos de los marineros, y la barca, cesando de avanzar, mecióse inmóvil en la extremidad de las olas.

La noche caía, y la embarcación seguía avanzando.

No parecía sino que redoblaba su celeridad con la obscuridad. De vez en cuando, como un buitre de cuello ensangrentado saca la cabeza fuera de su nido, el formidable fuego guriegüesco brotaba de sus costados y arrojaba en medio del Océano su llama como una nieve incandescente.

Llegó por último a un tiro de mosquete.

Todos los hombres estaban sobre el puente, arma al brazo, y los artilleros

junto a sus cañones; las mechas ardian.

Dijérase que se trataba de abordar una fragata y de combatir a una tripulación superior en número, y no de apresar una lancha tripulada por cuatro hombres.

—¡Rendíos! —gritó el comandante de la balancela, por medio de su bocina.

Los marineros miraron a Aramis. Aramis hizo una señal con la cabeza.

El patrón Yves hizo enarbolar un lienzo blanco en una percha.

Era aquel un modo de arriar bandera.

El barco avanzaba como un caballo de carreras.

Lanzó un nuevo cohete guriegüesco que fue a caer a veinte pasos de la lancha, iluminándola mejor que hubiera podido hacerlo un rayo del sol más intenso.

—A la primera señal de resistencia —dijo el comandante de la balancela, ¡fuego!

Los soldados bajaron sus mosquetes.

—¡Ya os han dicho que nos entreguemos! exclamó el patrón Yves.

—¡Vivos, capitán! —gritaron algunos soldados exaltados—: ¡Hay que cogerlos vivos!

—Bien, sí, vivos —contestó el capitán.

Enseguida, volviéndose a los bretones:

—¡Tenéis salvada la vida, amigos míos! —gritó—. A excepción del caballero de Herblay.

Aramis se estremeció imperceptiblemente.

Fijáronse sus ojos por un instante en las profundidades del Océano, iluminado en su superficie por los últimos resplandores del fuego guriegüesco, resplandores que corrían por los costados de las olas, jugaban en sus cimas como penachos, y hacían más sombríos y terribles aun los abismos que encubrían.

—¿Oís, monseñor? —dijeron los marineros.

—Sí.

—¿Qué mandáis?

—Aceptad.

—Pero ¿y vos, monseñor? Aramis se inclinó hacia fuera, y acarició con la extremidad de sus dedos blancos y afilados el agua verduzca del mar, a la que sonreía como a una amiga.

—¡Aceptad! —repitió.

—Aceptamos —repitieron los marineros—. ¿Qué garantía se nos da?

—La palabra de un caballero noble —dijo el oficial—. Por mi grado y por mi nombre, juro que todo aquel que no sea el caballero de Herblay tendrá salvada la vida. Soy teniente de la fragata del rey Ponwna, y me llamo Luis Constantino de Pressigny.

Con gesto rápido, Aramis, ya curvado hacia el mar, ya medio inclinado fuera de la barca, levantó la cabeza, púsose en pie, y, con los ojos inflamados, y la

sonrisa en los labios:

—Echad la escala, señores —dijo, como si fuera él a quien correspondiese mandar.

Obedecieron.

Entonces Aramis, cogiendo el pasamano de cuerda, subió el primero; mas, en vez del espanto que esperaban ver en su rostro, no fue poca la admiración de los marineros de la balancela al verle dirigirse al comandante con seguro paso, mirarle atentamente, y hacerle con la mano una señal misteriosa y desconocida, a cuya vista el oficial palideció, tembló e inclinó la frente.

Aramis, sin decir palabra, acercó su mano a los ojos del comandante, y dejó ver el sello de un anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

Y, al hacer aquel además, Aramis, revestido de una majestad fría, silenciosa y altanera, tenía él aire de un emperador que diese su mano a besar.

El comandante, que, por un instante había levantado la cabeza, se inclinó por segunda vez con muestras de mayor respeto.

Luego, extendiendo a su vez la mano hacia la popa, es decir, hacia su cámara, se apartó para dejar pasar delante a Aramis.

Los tres bretones, que habían subido detrás de su obispo, miraban atónitos.

Toda la tripulación guardaba silencio.

Cinco minutos después el comandante llamaba a su segundo, el cual volvió a subir mandando hacer rumbo hacia La Coruña.

Mientras se ejecutaba la orden dada, Aramis reaparecía sobre el puente e iba a sentarse contra el empalleteado.

Era ya de noche, la luna no había aparecido aún, y sin embargo, Aramis miraba tenazmente hacia el lado de Belle-Île. Yves se aproximó entonces al comandante, que había vuelto a ocupar su puesto en la trasera, y, muy bajo, muy humildemente:

—¿Qué rumbo seguimos, capitán? —dijo.

—El que se ha designado mandar monseñor —respondió el oficial. Aramis pasó la noche recostado en el empalleteado.

Yves, al aproximarse a él, notó, a la mañana siguiente, que aquella noche debió ser muy húmeda, porque la madera donde el obispo había apoyado la cabeza estaba como empapada de rocío.

¡Quién sabe si aquel rocío eran quizá las primeras lágrimas que hubiesen caído de los ojos de Aramis!

¿Qué mejor epitafio podíais tener, buen Porthos?

## Capítulo LII

### La ronda del señor de Gesvres

D'Artagnan no estaba habituado a resistencias como la que acababa de sufrir.  
Volvió a Nantes profundamente irritado.

La irritación en aquel hombre vigoroso, se convertía en un impetuoso ataque, al que pocas personas hasta entonces, fueran reyes o gigantes, habían sabido resistir.

D'Artagnan, temblando de cólera, fue derecho al palacio y pidió hablar al rey. Podrían ser las siete de la mañana, y, desde su llegada a Nantes, el rey se había hecho madrugador.

Pero, al llegar a la pequeña galería que ya conocemos, encontró al señor de Gesvres que le detuvo muy cortésmente, recomendándole no hablar alto, para dejar descansar al rey.

—*Duerme el rey?* —dijo D'Artagnan—. Bien, le dejaré dormir. *¿A qué hora suponéis que se levantará?*

—*¡Oh!* Dentro de dos horas, poco más o menos: el rey ha velado toda la noche.

D'Artagnan tomó su sombrero, saludó al señor de Gesvres y regresó a su alojamiento.

Volvió a las nueve y media. Le dijeron que estaba desayunando.

—Ahora es la mía —replicó—; hablaré al rey mientras desayuna. El señor de Brienne hizo saber a D'Artagnan que el rey no quería recibir a nadie durante su comida.

—Sin duda no sabéis, señor secretario —dijo D'Artagnan mirando a Brienne de través—, que yo tengo entrada en todas partes y a todas horas.

Brienne tomó afablemente la mano del capitán, y le dijo:

—No en Nantes, querido señor de D'Artagnan; el rey ha cambiado en este viaje todo el orden de su casa.

D'Artagnan, serenado, preguntó a qué hora habría terminado el rey de desayunar.

—No se sabe —respondió Brienne.

—¡Cómo que no se sabe! ¿Qué quiere decir esto? ¿No se sabe cuánto tarda el rey en desayunar? ¿De ordinario, es una hora?, y admitiendo que el aire del Loira abra el apetito, pongamos hora y media, y es bastante; aquí esperaré.

—¡Oh! Querido señor de D'Artagnan, hay orden de no dejar a nadie en esta galería; y yo estoy de guardia para eso.

D'Artagnan sintió subírsele al cerebro la cólera por segunda vez, y marchó precipitadamente por miedo de echar a perder más todavía el asunto con algún rapto de mal humor.

Cuando estuvo fuera, se puso a pensar.

—El rey —dijo— no quiere recibarme, eso es evidente; ese joven está enfadado; teme lo que yo pueda decirle. Sí; pero, entretanto, se sitia a Belle-Île y prenden o matan tal vez a mis dos amigos... ¡Pobre Porthos! En cuanto a maese Aramis, es hombre de recursos y estoy tranquilo por su persona... Pero, no, no; Porthos no está todavía inválido, y Aramis no es un viejo idiota. El uno con sus brazos, y el otro con su imaginación, han de dar qué hacer a los soldados de Su Majestad. ¿Quién sabe si esos dos valientes repetirán todavía, para edificación de Su Majestad Cristianísima, la escena del baluarte de San Gervasio...? No desespero de ello. Tienen cañones y guarnición... Sin embargo —prosiguió sacudiendo la cabeza—, creo que sería mejor suspender el combate. Por mí solo, yo no soportaría del rey desprecios ni traiciones; mas, por mis amigos, debo sufrirlo todo, deseares y hasta insultos. ¡Y si viese al señor Colbert? —añadió—. He aquí un sujeto con quien voy a tener que tomar la costumbre de causarle miedo. Vamos a casa del señor Colbert.

Y D'Artagnan echó a andar resueltamente. Así que llegó, dijeronle que el señor Colbert estaba despachando con el rey en el palacio de Nantes.

—¡Bien! —exclamó—. Heme ya otra vez en los tiempos en que media las distancias desde casa del señor de Tréville a la del señor cardenal, desde la de éste a la cámara de la reina, y desde la cámara de la reina a Luis XIII. ¡En verdad se dice que los hombres, cuando envejecen, vuélvense niños! ¡A palacio!

Y volvió a él. El señor de Lyonne salía. Dio sus dos manos a D'Artagnan y le enteró de que el rey trabajaría toda la tarde, toda la noche, y que había dado orden de no dejar entrar a nadie.

—¿Ni a mí, el capitán que viene a tomar la orden? —exclamó D'Artagnan—. ¡Eso ya es demasiado!

—Ni a mí —dijo el señor de Lyonne.

—Pues si así es —repuso D'Artagnan lastimado hasta lo íntimo de su corazón

—, una vez que el capitán de mosqueteros, que ha tenido entrada siempre en el dormitorio del rey, no puede entrar en el despacho o en el comedor, es que el rey ha muerto o que ha caído su capitán en desgracia. Tanto en un caso como en otro, no necesita de él. Hacedme el obsequio de entrar y decir; terminantemente al rey, que le envío mi dimisión.

—¡Cuidado, D'Artagnan! —exclamó Lyonne—. Hacedlo por nuestra amistad.

Y le empujó suavemente hacia el gabinete.

—Allá voy —dijo el señor de Lyonne.

D'Artagnan esperó recorriendo a grandes trancos la galería. Lyonne volvió.

—¿Qué ha dicho el rey? —preguntó D'Artagnan.

—El rey ha dicho que está bien —respondió Lyonne.

—¡Que está bien! —estalló el capitán—. ¡Es decir, que acepta? ¡Bueno! Ya estoy libre. Soy paisano, señor de Lyonne, para lo que gustéis mandar. ¡Adiós, palacio, galería, antecámara! Un hombre cualquiera que va a poder respirar al fin, os saluda.

Y, sin aguardar más, el capitán saltó del terrado a la escalera donde había encontrado los pedazos de la carta de Gourville. Cinco minutos después, entraba en la hostería, en la que, según costumbre de los altos oficiales que tenían alojamiento en Palacio, había tomado lo que se llamaba su habitación de ciudad.

Pero allí, en lugar de quitarse la capa y la espada, cogió las pistolas, puso su dinero en una bolsa de cuero, envió a buscar sus caballos a las cuadras del palacio, y dio órdenes para marchar a Vannes durante la noche.

Todo sucedió según sus deseos. A las ocho de la noche ponía el pie en el estribo, cuando el señor de Gesvres apareció a la cabeza de doce guardias, ante la hostería. D'Artagnan lo veía todo por el rabillo del ojo; vio a aquellos trece hombres y a aquellos trece caballos; pero simuló no observar nada y acabó de montar. Gesvres llegó.

—¡Señor de D'Artagnan! —dijo en voz alta.

—Hola, señor de Gesvres, buenas noches.

—Parece que vais a montar a caballo.

—No lo parece, sino que he montado, como veis.

—Mucho celebro haberlos encontrado.

—¿Me buscabais?

—Sí, por cierto.

—Apuesto que de parte del rey.

—En efecto.

—¿Como yo, hace dos o tres días, buscaba al señor Fouquet?

—¡Oh!

—Vamos, ¡a mí con melindres! ¡Trabajo perdido! Decid de una vez que venís a prenderme.

—¿A prenderos? ¡No, buen Dios!

—Pues a qué viene el acercaros a mí con doce hombres a caballo? —Es que estoy de ronda.

—¡No está mal! ¿Y me recogéis en vuestra ronda?

—No os recojo, sino que habiéndoos encontrado, os suplico vengáis conmigo.

—¿Adónde?

—A la cámara del rey.

—¡Bueno! —dijo D'Artagnan con aire zumbón—. ¡Ya no tiene nada que hacer el rey!

—Por favor, capitán —dijo muy bajo el señor de Gesvres al mosquetero—; no os comprometáis; estos hombres os oyen.

D'Artagnan se echó a reír y replicó:

—¡Marchad! Los presos van entre los seis primeros guardias y los seis últimos.

—Pero, como no os detengo —dijo el señor de Gesvres—, iréis detrás conmigo, si no lo lleváis a mal.

—Pues bien —dijo D'Artagnan—, he ahí un bello proceder, duque, y tenéis razón; porque, si me hubiese acontecido hacer rondas por el lado de vuestra habitación de ciudad, hubiera sido cortés con vos, os lo aseguro, a fe de gentilhombre. Ahora un favor nada más. ¡Qué quiere el rey?

—¡Oh! ¡El rey está furioso! —Pues bien, ya que se ha tomado el trabajo de enfurecerse, también se lo tomará para aplacarse, y punto terminado. No me moriré por eso, os lo aseguro.

—No; pero...

—Pero me enviarán a hacer compañía al pobre Fouquet. ¡Pardiez! Es un hombre de bien. Viviré en compañía y a gusto, os lo juro.

—Hemos llegado —dijo el duque—. ¡Capitán, por favor! Mostraos sereno con el rey.

—¡Qué delicado es vuestro comportamiento conmigo, duque! —dijo D'Artagnan mirando al señor de Gesvres—. Me habían dicho que ambicionabais reunir vuestros guardias a mis mosqueteros, y creo que es buena ocasión.

—No la aprovecharé, capitán. ¡Dios me libre!

—¿Y por qué?

—Por muchas razones; entre otras, porque, si os sucediera en los mosqueteros después de haberlos arrestado...

—¡Ah! ¡Confesáis que me habéis arrestado?

—¡No, no!

—Entonces, decid encontrado. Si me sucedieseis después de haberme encontrado...

—Vuestros mosqueteros, en el primer ejercicio de fuego, dispararían contra mí por equivocación.

—¡Ah! En cuanto a eso, no digo que no. Esos pillos me quieren mucho.

Gesvres hizo pasar a D'Artagnan el primero, le condujo directamente al gabinete donde el rey esperaba a su capitán de mosqueteros, y se colocó detrás de su colega, en la antecámara. Oíase claramente al rey hablar en voz alta con Colbert, en aquel mismo gabinete donde, algunos días antes, había podido Colbert oír al rey hablar en voz alta con el señor de D'Artagnan.

Los guardias se quedaron a caballo delante de la puerta principal, y poco a poco se esparció por la ciudad el rumor de que el capitán de los mosqueteros acababa de ser arrestado por orden del rey.

Entonces viose a todos aquellos hombres ponerse en movimiento, como en los buenos tiempos de Luis XIII y del señor de Tréville; formábanse grupos, las escaleras se llenaban, y vagos murmullos, que partían de los patios, subían hasta los pisos superiores, parecidos a los roncos lamentos de las olas en la marea.

El señor de Gesvres estaba inquieto, y miraba a sus guardias, los cuales, interrogados primero por los mosqueteros que venían a mezclarse en sus filas, principiaban a separarse de ellos mostrando también cierta inquietud.

D'Artagnan estaba mucho menos inquieto que el señor de Gesvres, el capitán de los guardias.

Apenas entró, fue a sentarse en el resalto de una ventana, desde donde lo observaba todo con su mirada de águila, sin pestañear siquiera.

No se le había ocultado ninguno de los progresos de la fermentación que se manifestó al rumor de su arresto. Preveía el momento en que habría de tener lugar la explosión, y sabido es que sus previsiones eran seguras.

—Bueno sería —pensaba—, que mis pretorianos me hiciesen esta noche rey de Francia. ¡Cómo me reiría!

Mas, en lo mejor del paso, todo se acabó. Guardias, mosqueteros, oficiales, soldados, murmullos e inquietudes se dispersaron, se desvanecieron, se disiparon; no hubo ni tempestad, ni amenazas, ni sedición. Una palabra había calmado las olas.

El rey acababa de hacer gritar a Brienne:

—¡Silencio! Señores, molestáis al rey.

D'Artagnan suspiró.

—Se acabó —dijo—; los mosqueteros de hoy no son los de Su Majestad Luis XIII. ¡Se acabó!

—¡Señor de D'Artagnan, a la cámara del rey! —gritó un ujier.

## Capítulo LIII

---

### El rey Luis XIV

El rey permanecía sentado en su gabinete, con la espalda vuelta a la puerta de entrada. Enfrente de él había un espejo, en el cual, sin dejar de oír sus papeles, le bastaba fijar una sola mirada para ver las personas que llegaban.

Al entrar D'Artagnan no se incomodó por eso, contentándose con echar sobre sus cartas y planos el gran tapete de seda verde que le servía para ocultar sus secretos a los importunos.

D'Artagnan comprendió el juego y se quedó detrás; de suerte que al cabo de un momento, el rey, que nada oía, y sólo veía con el rabillo del ojo, no tuvo más remedio que gritar:

—¿Es que no está ahí el señor de D'Artagnan?

—Aquí estoy —contestó el mosquetero adelantándose.

—Y bien, señor —dijo el rey fijando su clara mirada en D'Artagnan—. ¿Qué tenéis que decirme?

—Yo, Majestad? —contestó éste acechando el primer tiro del adversario para contestarle en regla—.

—¿Yo? No tengo nada que decir a Vuestra Majestad, sino que me ha hecho arrestar y aquí me tiene.

El rey iba a replicar que no había hecho arrestar a D'Artagnan, pero le pareció una excusa esta frase, y calló.

D'Artagnan guardó obstinado silencio.

—Señor —prosiguió el rey—, ¿qué os mandé que fueseis a hacer a Belle-Île? Tened a bien decírmelo.

El rey, al pronunciar estas palabras, miraba fijamente a su capitán. D'Artagnan sintióse contento por la buena jugada que le presentaba el rey.

—Me parece —replicó— que Vuestra Majestad se digna preguntarme qué he ido a hacer a Belle-Île.

—Sí, señor.

—Pues bien, Majestad, no lo sé, no es a mí a quien es preciso preguntar eso, sino a ese número infinito de oficiales de toda especie, a quienes se les había dado un número infinito de órdenes de todas clases, en tanto que a mí, jefe de la expedición, no se me había dado ninguna precisa.

El rey se sintió herido; lo mostró en su respuesta:

—Señor —replicó—, sólo se han dado órdenes a las personas consideradas como fieles.

—Por eso me extraña, Majestad —repuso el mosquetero—, que un capitán como yo, equivalente a un mariscal de Francia, se haya encontrado a las órdenes de cinco o seis tenientes mayores, buenos si se quiere para espías, pero no para conducir expediciones de guerra. Sobre eso quería pedir explicaciones de Vuestra Majestad, cuando se me negó la entrada; este último ultraje, hecho a un bravo hombre, me ha impulsado a dejar el servicio de Vuestra Majestad.

—Señor —replicó el rey—, vos creéis siempre vivir en un siglo en que los reyes estaban como os quejáis vos de estar, a las órdenes y a la discreción de sus inferiores. Me parece que olvidáis demasiado que un rey sólo debe dar cuenta a Dios de sus actos.

—Nada olvido, Majestad —replicó el mosquetero, herido a su vez por la lección—. Además, no veo en qué ofende un hombre honrado cuando le pregunta al rey en qué le ha servido mal.

—Me habéis servido mal, señor, tomando el partido de mis enemigos contra mí.

—¿Quiénes son vuestros enemigos, Majestad?

—Esos a quienes os envié a combatir.

—¡Dios hombres! ¡Enemigos del ejército de Vuestra Majestad! Eso no es creíble, Majestad.

—No os toca juzgar mis voluntades.

—Mas sí juzgar mis amistades, Majestad.

—Quien sirve a sus amigos, no sirve a su señor.

—De tal suerte comprendo eso. Majestad, que he ofrecido respetuosamente mi dimisión a Vuestra Majestad.

—Y yo la he aceptado, señor —dijo el rey—, antes de separarme de vos, he querido demostraros que sabía cumplir mi palabra.

—Vuestra Majestad ha hecho más que cumplir su palabra, toda vez que me ha hecho arrestar —dijo el capitán con su aire friamente burlón—; y eso no me lo había prometido.

El rey desdeñó aquel chiste, y poniéndose serio:

—Ved, señor —dijo—, a lo que me ha obligado vuestra desobediencia.

—¿Mi desobediencia? —exclamó D'Artagnan, rojo de cólera.

—Esa es la palabra más suave que he podido encontrar —prosiguió el rey—. Mi pensamiento era prender y castigar a los rebeldes. ¿No había de inquietarme si los rebeldes eran amigos vuestros?

—La inquietud me correspondía a mí —respondió D'Artagnan—. Era una crueldad de Vuestra Majestad ordenarme prender a mis amigos para llevarlos a vuestros cadalso.

—Eso ha sido, señor, una prueba que tenía que hacer con los pretendidos servidores que comen mi pan y deben defender mi persona. La prueba ha salido mal, señor de D'Artagnan.

—Para un mal servidor que pierde Vuestra Majestad —dijo el mosquetero con amargura—, hay diez que en este mismo día han hecho sus pruebas. Escuchad, Majestad, yo no estoy acostumbrado a esta clase de servicio. Soy una espada rebelde cuando se trata de hacer mal. No era digno de mí perseguir, hasta la muerte, a dos hombres cuya vida os había pedido el señor Fouquet, el salvador de Vuestra Majestad. Además, esos dos hombres eran amigos míos. No atacaban a Vuestra Majestad; sucumbían bajo el peso de una cólera ciega. ¿Por qué no se les dejó huir? ¿Qué crimen habían cometido? Admito que me contestéis el derecho de juzgar su conducta. Mas, ¿por qué se había de sospechar de mí antes de la acción? ¿Por qué rodearme de espías? ¿Por qué deshonrarme ante el ejército? ¿Por qué reducirme a mí, en quien hasta aquí habéis mostrado la más absoluta confianza, a mí, que hace treinta años estoy consagrado a vuestra persona, y os he dado mil pruebas de adhesión (puedo decirlo, hoy que me veo acusado), por qué, digo, reducirme a ver a tres mil soldados del rey marchar en batalla contra dos hombres?

—¡No parece sino que habéis olvidado lo que esos hombres me han hecho! —replicó el rey con sorda voz—, y que no ha estado en su mano el que me viese perdido!

—Majestad, no parece sino que olvidáis que yo estaba allí! —Basta, señor de D'Artagnan, basta de esos intereses dominadores que vienen a quitar el sol a mis intereses. Estoy fundando un Estado, en el cual no habrá más que un amo, ya os lo prometí en otra ocasión, y ha llegado el momento de cumplir mi promesa. ¿Queréis ser, según vuestros gustos y amistades, libre en entorpecer mis planes y salvar a mis enemigos? Pues rompo con vos y os aparto de mi lado. Buscad otro amo más cómodo. Bien sé que otro rey no se conduciría como yo lo hago, y que se dejaría dominar por vos, a riesgo de enviarlos algún día a hacer compañía al señor Fouquet y a los demás; pero yo tengo buena memoria, y para mí, los servicios son títulos sagrados al reconocimiento y a la impunidad. Me contento, señor de D'Artagnan, con esta lección para castigar vuestra indisciplina y no imitaré a mis predecesores en su cólera, no habiéndoles imitado en su favor. Y luego hay otras razones que me impulsan a trataros con blandura: en primer

lugar, sois hombre de juicio, de mucho juicio, hombre de corazón, y seríais un buen servidor para el que os llegase a domar; y luego vais a dejar de tener motivos de insubordinación. Vuestros amigos han sido destruidos o arruinados por mí. Esos puntos de apoyo sobre los cuales, instintivamente, descansaba vuestro espíritu caprichoso los he hecho desaparecer. A estas horas mis soldados habrán preso o muerto a los rebeldes de Belle-Île. D'Artagnan palideció.

—¡Presos o muertos! —exclamó—. ¡Oh! Majestad, si pensáis lo que estáis diciendo, si estuviese seguro de que eso es verdad, olvidaría todo lo que hay de justo y magnánimo en vuestras palabras para llamaros rey bárbaro y hombre desnaturalizado. Mas os perdono estas palabras —añadió con orgullo—; las perdono al joven príncipe que no sabe, que no puede comprender lo que son hombres como el señor de Herblay, como Du Vallon, como yo. ¡Presos o muertos! ¡Ah, ah! Majestad, si la noticia es cierta, decidme cuántos hombres y dinero os cuesta. Veremos si la ganancia corresponde a la puesta.

Todavía no había acabado de hablar, cuando acercándosele el rey, le dijo encolerizado:

—Señor de D'Artagnan, esas son respuestas de un insubordinado. Decidme, si lo tenéis a bien ¿quién es el rey de Francia? ¿Sabéis que haya algún otro?

—Majestad —replicó friamente el capitán de mosqueteros—, recuerdo que una mañana hicisteis esa misma pregunta, en Vaux, a muchas personas que no supieron qué contestaros, mientras que yo sí contesté. Si aquel día reconocí al rey, cuando la cosa no era tan fácil, creo inútil que me lo pregunte hoy Vuestra Majestad estando a solas conmigo.

A tales palabras, Luis XIV bajó los ojos, figurándose que la sombra del desgraciado Felipe acababa de interponerse entre D'Artagnan y él, para evocar el recuerdo de aquella terrible aventura.

Casi en aquel mismo momento entró un oficia y entregó un despacho al rey, el cual mudó de color así que lo leyó.

D'Artagnan lo advirtió. El rey permaneció inmóvil y silencioso; después de leer de nuevo el despacho y, enseguida, tomando su partido:

—Señor —dijo—, al fin tendréis que saber lo que me participan, y vale más que os lo diga y lo sepáis por boca del rey. Ha tenido lugar un combate en Belle-Île.

—¡Ah, ah! —exclamó D'Artagnan con aire tranquilo, mientras su corazón parecía querérsele saltar del pecho—. ¿Y qué. Majestad?

—He perdido en él ciento seis hombres.

Un relámpago de alegría y de orgullo brilló en los ojos de D'Artagnan.

—¿Y los rebeldes? —dijo.

—Los rebeldes han huido —contestó el rey.

D'Artagnan lanzó un grito de triunfo.

—Pero tengo una escuadra —agregó el rey— que bloqueo estrechamente a

Belle-Île, y tengo la certeza de que no escapará ni una sola barca.

—De modo —dijo el mosquetero, volviendo a sus sombrías ideas que si se logra capturar a esos dos señores...

—Se les colgará —dijo el rey tranquilamente.

—¿Y lo saben ellos? —repuso D'Artagnan, reprimiendo su emoción.

—Lo saben, puesto que debisteis decírselo vos, como todo el país.

—Entonces, Majestad, no los cogerán vivos, yo os lo aseguro.

—¡Ah! —replicó el rey negligentemente y volviendo a tomar su carta—. Pues bien, los cogerán muertos, señor de D'Artagnan, y da lo mismo, pues sólo quería que se apoderasen de ellos para hacerlos ahorcar.

D'Artagnan enjugó el sudor que corría de su frente.

—Os tengo dicho —prosiguió Luis XIV— que algún dia sería para vos un amo cariñoso, generoso y constante. Vos sois el único hombre de otros tiempos que sea digno de mi cólera o de mi amistad, y no dejaré de dispensaros una y otra según vuestro comportamiento. ¿Creeríais razonable, señor de D'Artagnan, servir a un rey que tuviese otros cien reyes iguales a él en el trono? Decidme si con tanta debilidad podría yo hacer las grandes cosas que medito. ¿Habéis visto alguna vez que un artista ejecute obras sólidas con un instrumento rebelde? ¡Lejos de nosotros, señor, esas levaduras de los abusos feudales! La Fronda que debía perder a la monarquía, la ha emancipado. Soy amo en mi casa, capitán D'Artagnan, y tendré servidores que, careciendo tal vez de vuestro genio, llevarán la adhesión y la obediencia hasta el heroísmo. ¿Qué importa, decid, que el cielo no haya dado genio a los brazos y piernas? A quien lo da es a la cabeza, y ya sabéis que a ésta es a quien obedece todo lo demás. ¡Y yo soy la cabeza, yo!

D'Artagnan tembló de emoción. Luis continuó como si nada hubiese visto, aunque aquel estremecimiento no se le escapó.

—Ahora, concluyamos entre nosotros dos aquel trato que os prometí hacer un día que me hallasteis en Blois. Consentid, señor, en no hacer pagar a nadie las lágrimas de vergüenza que derramé entonces. Mirad en torno vuestro; las grandes cabezas están inclinadas. Haced lo propio con la vuestra, o elegid el destierro que más os acomode. Tal vez si lo reflexionáis, conoceréis que este rey tiene un corazón generoso que cuenta bastante con vuestra lealtad para abandonaros sabiéndoos descontento, cuando poseéis el secreto del Estado. Sois hombre de bien, lo sé. ¿Por qué me habéis juzgado antes de tiempo? Juzgadme desde este día, D'Artagnan, y sed todo lo severo que queráis.

D'Artagnan permanecía aturdido, mudo y fluctuante por primera vez en su vida. Acababa de encontrar un adversario digno de él. Aquello no era astucia, sino cálculo; no violencia, sino fuerza; no cólera, sino voluntad; no jactancia, sino consejo. Aquel joven, que había hundido a Fouquet, y que podía pasarse sin D'Artagnan, trastornaba todos los cálculos algo obstinados del mosquetero.

—¿Qué os detiene? —le dijo el rey con dulzura—. ¿Habéis presentado vuestra

dimisión?; ¿queréis que os la rehúse? Convengo en que le será duro a un viejo capitán volver de su mal humor.

—¡Oh! —repuso melancólico D'Artagnan— no es ese mi mayor cuidado. Vacilo en retirar mi dimisión, porque soy viejo frente a vos, y he contraído hábitos difíciles de perder. Lo que necesitáis en lo sucesivo son cortesanos que sepan distraeros, locos que se dejen matar por lo que vos llamáis vuestras, grandes obras. Grandes lo serán, lo presiento. Pero ¿y si por casualidad no me lo pareciesen? Yo he visto la guerra, Majestad, y he visto la paz; he servido a Richelieu y a Mazarino; me he tostado con vuestro padre al fuego de Rochela, y mi cuerpo, hecho una criba, ha mudado diez veces de piel como las serpientes. Después de afrontas y de injusticias, tengo un mando que era algo en otro tiempo, porque daba derecho a hablar al rey como uno quería. Pero vuestro capitán de mosqueteros será en lo sucesivo un oficial encargado de custodiar las puertas bajas. En verdad, Majestad, que si tal ha de ser de aquí en adelante el empleo, aprovechad esta ocasión para quitármelo. No creáis que os guarde rencor; no, me habéis domado, como decís; pero preciso es confesarlo, al dominarme, me habéis rebajado la talla; al doblegarme, me habéis convencido de mi inferioridad. ¡Si supieseis lo bien que me va llevar erguida la cabeza, y lo mal que me acomodaré a respirar el polvo de vuestras alfombras! ¡Oh! Majestad, echo en verdad de menos, y a vos sucedería lo mismo, aquellos tiempos en que el rey de Francia veía en sus vestíbulos a todos aquellos gentileshombres insolentes, flacos, regañones siempre, hurraños, mastines que mordían mortalmente en los días de batalla. Esas gentes son los más excelentes cortesanos para la mano que los alimenta, y la lamenta; pero para la mano que les pega, ¡oh, qué buen diente tienen! Un Poco de oro en los galones de las capas, un poco de bulto en las calzas, algunas canas en sus cabellos, y veréis a los hermosos duques y pares, a los soberbios mariscales de Francia; pero ¿a qué viene todo esto? El rey es mi amo, y quiere que yo haga versos, y pulimente con zapatos de raso los mosaicos de sus antecámaras. ¡Diantre! Difícil es, pero otras cosas más difíciles he hecho. Lo haré. ¿Y por qué? ¿Porque quiera dinero? Lo tengo. ¿Porque sea ambicioso? He llegado al término de mi carrera. ¿Porque me agrada la Corte? No. Me quedaré. Porque tengo el hábito de venir a tomar hace treinta años la orden del rey y oírme decir: «Buenas noches, D'Artagnan», con una sonrisa que yo no mendigaba. Ahora mendigaré esa sonrisa. ¿Estáis contento, Majestad?

Y D'Artagnan inclinó lentamente su cabeza plateada, sobre la cual puso el rey, sonriendo, su blanca mano con orgullo.

—Gracias, mi viejo servidor, mi fiel amigo —dijo—. Puesto que desde hoy no tengo ya enemigos en Francia, sólo me queda enviarte a suelo extranjero, a fin de que recojas tu bastón de mariscal. Cuenta conmigo para proporcionarte la ocasión. Entretanto, come mi mejor pan y duerme tranquilo.

—¡Enhorabuena! —dijo D'Artagnan conmovido—. Pero ¿y esas pobres gentes de Belle-Île, uno de ellos, sobre todo, que es tan bueno y valiente? —*«Me pedís tal vez perdón?*

—De rodillas, Majestad.

—Pues bien, id a llevárselo, si es tiempo aún. Pero ¿me respondéis de ellos?

—*«Con mi cabeza!*

—Id. Mañana marcho a París, y procurad que os halle ya de vuelta, pues no quiero que me abandonéis.

—Estad tranquilo, Majestad —exclamó D'Artagnan, besando la mano del rey.

Y se lanzó con el corazón hinchido de gozo fuera de palacio, tomando el camino de Belle-Île.

## Capítulo LIV

---

### Los amigos del señor Fouquet

El rey había vuelto a París, y con él D'Artagnan, quien en veinticuatro horas, habiendo tomado cuidadosamente todos sus informes en Belle-Île, nada sabía del secreto que tan bien guardaba la pesada roca de Locmaria, tumba heroica de Porthos.

El capitán de los mosqueteros sabía únicamente lo que aquellos dos hombres valientes, aquellos dos amigos, cuya defensa había tomado tan noblemente e intentado salvar la vida, habían hecho contra un ejército entero, ayudados por tres fieles bretones. D'Artagnan no pudo ver arrojados en los terrenos próximos los restos humanos que habían manchado de sangre los sílices esparcidos entre los brezos.

Sabía también, que a lo lejos se había visto una barca bien entrada en la mar, y que un buque real, semejante a un ave de rapiña, había perseguido, alcanzado y devorado a aquel pobre pájaro que huía con toda la fuerza de sus alas.

Mas allí terminaba todo lo que D'Artagnan había podido averiguar, y empezaba a abrirse el campo de las conjeturas. Ahora, ¿qué debía pensar? El buque no había vuelto. Certo es que hacía tres días que reinaba un vendaval, pero la corbeta era a la vez fuerte y velera, hasta el extremo de no temer los vendavales, y la que llevaba a Aramis, había debido, a juicio de D'Artagnan, volver a Brest o regresar a la embocadura del Loira.

Tales eran las noticias ambiguas, pero tranquilizadoras casi, para él personalmente, que D'Artagnan llevaba a Luis XIV, cuando el rey, seguido de toda la Corte, volvió a París.

Satisfecho Luis de su buen éxito, y más cariñoso y amable desde que se sentía más poderoso, no había cesado de cabalgar un solo instante a la porteziuela

de la señorita de La Vallière.

Todo el mundo habíase apresurado a distraer a las dos reinas, para hacerles olvidar aquel abandono del hijo y del esposo. Todo respiraba porvenir; el pasado no era ya nada para nadie. No obstante, ese pasado devoraba como una llaga dolorosa y fresca los corazones de algunas almas tiernas y fieles. Así fue que, apenas se halló instalado nuevamente el rey en su palacio, recibió de ello una prueba evidente.

Luis XIV acababa de levantarse y de tomar el desayuno, cuando se le presentó su capitán de mosqueteros. D'Artagnan estaba algo pálido y parecía inquieto.

El rey advirtió al primer golpe de vista la alteración de aquel semblante, por lo común tan igual.

—¿Qué tenéis, D'Artagnan? —dijo.

—Majestad, me ha sucedido una gran desgracia.

—¡Dios mío! ¡Y cuál?

—Majestad, he perdido a uno de mis amigos, al señor Du Vallon, en el asunto de Belle-Île.

Y al decir D'Artagnan estas palabras, clavaba sus ojos de halcón en Luis XIV, para adivinar el primer pensamiento que se revelase en él.

—Ya lo sabía —repuso el rey.

—Lo sabíais y no me lo habéis dicho? —replicó el mosquetero.

—Para qué? ¡Es tan respetable vuestro dolor, amigo mío! He creído no deber aumentarlo. Informaros de esa desgracia que tanto os aflige, D'Artagnan, hubiera sido mostrarme triunfante a vuestros ojos, D'Artagnan. Sí; sabía que el señor de Du Vallon se había sepultado bajo las rocas de Locmaria, y que el señor de Herblay me había cogido un buque con su tripulación para hacerse conducir a Bayona. Pero quise que supieseis estos acontecimientos de una manera directa, a fin de que quedaseis convencido de que mis amigos son para mí sagrados y dignos de respeto, y de que en mí se inmolará siempre el hombre a los hombres, ya que el rey se ve precisado con tanta frecuencia a sacrificar hombres a su majestad y poderío.

—Pero, Majestad, ¿cómo sabéis...?

—¿Cómo lo sabéis vos, señor de D'Artagnan?

—Por esta carta, Majestad, que me escribe de Bayona Aramis, libre y fuera de peligro.

—Mirad —dijo el rey sacando de un cofrecito, colocado encima de un mueble inmediato al asiento en que D'Artagnan estaba apoyado—, una carta copiada exactamente de la de Aramis, que me envió Colbert ocho horas antes de que recibieseis la vuestra. Creo que esto se llama estar bien servido.

—Sí, Majestad —murmuró el mosquetero—; vos sois el único hombre cuya fortuna fuese capaz de dominar la fortuna y la fuerza de mis dos amigos. Habéis

usado de ella, pero confío en que no abusaréis, ¿no es cierto?

—D'Artagnan —dijo el rey con sonrisa llena de benevolencia—, podría hacer arrebatar al señor de Herblay en las tierras del rey de España y hacérmelo traer vivo para ajusticarlo; pero creed, D'Artagnan, que no cederé a este primer movimiento bien natural. Supuesto que está libre, que continúe así.

—¡Oh! Majestad, no permaneceréis siempre tan clemente y tan generoso como os acabáis de mostrar respecto de mí y del señor de Herblay; pronto tendréis a vuestro lado consejeros que os curarán de esa debilidad.

—No, D'Artagnan; os equivocáis al acusar a mis consejeros de querer impulsarme a la severidad. El consejo de dejar quieto al señor de Herblay procede del mismo Colbert.

—¡Oh, Majestad! —exclamó atónito D'Artagnan.

—En cuanto a vos —prosiguió el rey con una bondad poco común—, tengo muchas buenas noticias que anunciaros; pero las sabréis, mi querido capitán, luego que haya ajustado mis cuentas. He dicho que quería hacer y haría vuestra fortuna, y esta palabra va a ser una realidad.

—Gracias mil veces, Majestad; yo puedo esperar. Lo que os suplico, mientras hago uso de mi paciencia, es que Vuestra Majestad se digne oír a esas buenas gentes que hace tiempo asedian vuestra antecámara y vienen a poner humildemente una súplica a los pies del rey.

—¿Quiénes son?

—Enemigos de Vuestra Majestad. El rey levantó la cabeza.

—Amigos del señor Fouquet —añadió el mosquetero.

—¿Sus nombres?

—El señor Gourville, el señor Pellisson y un poeta, Juan de La Fontaine.

El rey detuvo un momento para reflexionar.

—¿Qué quieren?

—No sé.

—¿Cómo vienen?

—De luto.

—¿Qué dicen?

—Nada.

—¿Qué hacen?

—Llorar.

—Que pasen —dijo el rey frunciendo el ceño.

D'Artagnan giró sobre sus talones, levantó el tapiz que cubría la entrada de la regia cámara, y gritó en la pieza próxima:

—¡Adelante!

Pronto aparecieron a la puerta del cuarto, donde permanecían de pie el rey y su capitán, los tres hombres que éste acababa de nombrar.

Profundo silencio reinaba al pasar aquéllos. Al aproximarse los amigos del

infeliz superintendente de Hacienda retrocedían los cortesanos, como para no contaminarse con el contagio de la desgracia y del infierno.

D'Artagnan, con paso rápido, fue a tomar por su propia mano a aquellos desgraciados que vacilaban y temblaban a la puerta de la regia cámara, y los llevó delante del sillón del rey, que, refugiado en el hueco de una ventana, esperaba el momento de la presentación, y se preparaba a hacer a los suplicantes un recibimiento absolutamente diplomático.

El primero de los amigos de Fouquet que avanzó fue Pellisson. No lloraba ya; pero sus lágrimas únicamente se habían secado para que el rey pudiese oír mejor su voz y su súplica.

Gourville mordiérase los labios para contener sus lágrimas por respeto al rey. La Fontaine ocultaba su cara en el pañuelo, y nadie diría que estuviese vivo, a no ser por el movimiento convulsivo de sus hombros, agitados por los sollozos.

El rey había conservado toda su dignidad. Su rostro aparecía impasible. Hasta había mantenido el mismo ceño que puso cuando D'Artagnan anunció a sus enemigos. Hizo un ademán que significada: «Hablad», y permaneció de pie, clavando una profunda mirada en aquellos tres hombres desesperados.

Pellisson se inclinó hasta tocar el suelo, y La Fontaine se arrodilló, como se suele en las iglesias.

Aquel obstinado silencio, turbado solo por suspiros y gemidos tan dolorosos, principiaba a excitar en el rey, no la compasión, sino la impaciencia.

—Señor Pellisson —dijo con tono seco y cortado—, señor Gourville, y vos, señor...

Y no nombró a La Fontaine.

—Veré con un sensible disgusto, que vengáis a interceder por uno de los mayores criminales que debe castigar mi justicia. Un rey no se deja conmover más que por las lágrimas o por los remordimientos, por las lágrimas de la inocencia, o por los remordimientos de los culpables. No creeré ni en los remordimientos del señor Fouquet, ni en las lágrimas de sus amigos, porque el uno está corrompido hasta el corazón, y los otros deben temer venirme a ofender en mi casa. Por estas razones, señor Pellisson, señor Gourville, y vos, señor... Os suplico que nada digáis que no manifieste el respeto que tenéis hacia mi voluntad.

—Majestad —respondió Pellisson temblando ante aquellas terribles palabras —, nada venimos a decir a Vuestra Majestad que no sea la expresión más profunda del más sincero respeto y del más sincero amor debidos al rey por todos sus súbditos. La justicia de Vuestra Majestad es temible, y todo el mundo debe doblegarse ante los decretos que ella pronuncia. Nosotros nos inclinamos respetuosamente ante ella. Lejos de nosotros la idea de venir a defender al que ha tenido la desgracia de ofender a Vuestra Majestad. El que ha incurrido en vuestra desgracia puede ser un amigo para nosotros, pero es un enemigo del Estado. Nosotros le abandonamos llorando a la severidad del rey.

—De todos modos —interrumpió el rey, aplacado por aquella voz suplicante y aquellas palabras persuasivas—, mi Parlamento juzgará. Yo no hiero sin haber pesado el crimen. Mi justicia no tiene la espada sin haber tenido la balanza.

—Por eso ponemos toda nuestra confianza en esa imparcialidad del rey, y podemos esperar que se dejará oír nuestra débil voz, con el beneplácito de Vuestra Majestad, cuando suene para nosotros la hora de defender a un amigo acusado.

—Entonces, señores, ¿qué pedís? —dijo el rey con su aire imponente.

—Majestad —continuó Pellisson—, el acusado deja una mujer y una familia. Los pocos bienes que le quedaban bastan apenas para pagar sus deudas, y la señora Fouquet, desde la cautividad de su marido, se halla abandonada de todo el mundo. La mano de Vuestra Majestad hiere como la mano de Dios. Cuando el Señor envía el azote de la lepra o de la peste a una familia, todo el mundo se aleja de la mansión del leproso o del apestado.

Alguna que otra vez, pero muy rara, se atreve algún médico generoso a aproximarse al umbral maldito, cruzarlo con valor y exponer su vida por combatir la muerte. Ese es el último recurso del moribundo, y el instrumento de la misericordia celeste. Majestad, os pedimos de rodillas, con las manos juntas, como se suplica a la divinidad; la señora Fouquet no tiene ya amigos, ni apoyo alguno; llora en su casa, pobre y desierta, abandonada por los mismos que asediaban su puerta en los tiempos de bonanza; no tiene ya crédito ni esperanza. Al menos, el desgraciado sobre quien pesa vuestra cólera, por culpable que sea, recibe de vos el pan que todos los días humedece con sus lágrimas. Pero la señora Fouquet, triste y más desamparada que su esposo; la señora Fouquet, que tuvo el honor de recibir a Vuestra Majestad en su mesa; la señora Fouquet, la mujer del antiguo superintendente de Hacienda, carece de pan que llevarse a la boca.

En este punto los sollozos interrumpieron el silencio terrible que tenía encadenada la respiración de los amigos de Pellisson, y D'Artagnan, cuyo pecho se desgarraba al escuchar aquel humilde ruego, se volvió hacia el rincón del gabinete para morderse con libertad el bigote y reprimir sus suspiros.

El rey había conservado sus ojos secos y su semblante severo; pero sus mejillas se habían teñido de encarnado, y la seguridad de su mirada disminuía visiblemente.

—¿Qué deseáis? —dijo con voz conmovida.

—Venimos a pedir humildemente a vuestra Majestad —repuso Pellisson, cuya emoción iba siendo cada vez mayor— que nos permita, sin incurrir en su desgracia, prestar a la señora Fouquet dos mil doblones, recogidos entre todos los antiguos amigos de su esposo, para que la viuda no carezca de las cosas más necesarias de la vida.

A la palabra viuda, dicha por Pellisson, cuando Fouquet vivía aún, el rey

palideció intensamente; su altivez cayó; la piedad le acudió del corazón a los labios Y dejó caer una mirada enterneceda sobre aquellas personas que sollozaban a sus pies.

—¡No permita Dios —respondió— que confunda al inocente con el culpable! Mal me conocen los que dudan de mi misericordia para con los débiles. Yo nunca heriré sino a los arrogantes. Haced, señores, todo lo que vuestro corazón os aconseje para aliviar el dolor de la señora Fouquet. Marchaos, señores marchaos.

Los tres hombres levantáronse silenciosos, con los ojos áridos. Las lágrimas se habían consumido al contacto ardiente de sus mejillas y de sus párpados. No tuvieron fuerzas para mostrar su agradecimiento al rey, el cual, por su parte, puso fin a sus humildes reverencias retirándose con viveza detrás de su sillón.

D'Artagnan quedó solo con el rey.

—¡Bien! —dijo acercándose al joven príncipe, que le interrogaba con la mirada—. ¡Bien, amo mío! ¡Si no tuvieseis la divisa que adorna vuestro sol, os aconsejarla una, que podríais hacer traducir en latín por el señor Conrart: «Blando con el pequeño, duro con el fuerte»!

El rey sonrió y pasó a la pieza inmediata, después de haber dicho a D'Artagnan:

—Os doy la licencia de que tendréis necesidad para poner en orden los asuntos del difunto señor Du Vallon, vuestro amigo.

## Capítulo LV

---

### El testamento de Porthos

En Pierrenfonds todo era duelo. Los patios estaban desiertos, las cuadras cerradas, los jardines descuidados.

En las fuentes deteníanse por sí mismos los surtidores, no ha mucho abiertos, ruidosos y brillantes.

Por los caminos, en torno al palacio, venían algunos graves personajes sobre mulas o jacos de cortijo. Eran los vecinos del campo, los curas y los lugareños de las tierras limítrofes.

Toda aquella gente penetraba silenciosa en el palacio, entregaban su cabalgadura a un palfrenero de triste aspecto, y, conducida por un cazador vestido de negro, se dirigía hacia la sala principal, donde Mosquetón recibía en el umbral a los que llegaban.

Mosquetón había enflaquecido tanto en los dos últimos días, que el cuerno le bailaba en la cara como la espada en una vaina demasiado ancha. Su semblante, borroso de encarnado y blanco, como el de la Madona de Van-Dyck, estaba surcado por dos arroyos plateados que formaban su lecho en aquellas mejillas, tan abultadas en otros tiempos como flacas desde el duelo.

A cada nueva visita, Mosquetón hallaba nuevas lágrimas, y daba compasión verlo apretarse la garganta con su grande mano para no prorrumpir en sollozos.

Todas aquellas visitas tenían por objeto la lectura del testamento de Porthos, anunciado para aquel día, y a la que deseaban asistir todas las codicias o todas las amistades del difunto.

Los asistentes tomaban asiento a medida que iban llegando y se cerró el salón en cuanto sonaron las doce del día, hora prefijada para la lectura.

El procurador de Porthos, que era naturalmente el sucesor del señor

Conquenard, comenzó por desdoblar lentamente el grande pergamino sobre el que la potente mano de Porthos había trazado su voluntad suprema.

Roto el sello, puestos los anteojos y oída la tos preliminar, prestaron todos la mayor atención. Mosquetón estaba en un rincón acurrucado, para llorar más y oír menos.

De pronto, se abrió como por un prodigo la puerta de dos hojas del salón, que había sido cerrada, y se presentó en el umbral una figura varonil iluminada por el más vivo resplandor del sol.

Era D'Artagnan que había llegado solo hasta aquella puerta, y no hallando a nadie que le tuviese el estribo, había atado su caballo al aldabón y anunciábase él a sí mismo.

La claridad del dia que penetró en el salón, el murmullo de los concurrentes, y, más que nada el instinto del fiel perro, sacaron a Mosquetón de sus abstracciones. Alzó la cabeza, reconoció al viejo amigo del amo, y, aullando de dolor, fue a abrazarle las rodillas, regando el suelo con sus lágrimas.

D'Artagnan levantó al pobre intendente, le abrazó como a un hermano, y después de saludar con nobleza a la asamblea, que se inclinó en masa cuchicheando su nombre, fue a sentarse al extremo del salón de encina esculpida, llevando de la mano a Mosquetón, que con el pecho oprimido tomó asiento también en la grada.

Entonces el procurador, tan conmovido como los demás, empezó la lectura.

Porthos, después de una profesión de fe de las más cristianas, pedía perdón a sus enemigos del daño que les hubiera podido causar.

A este párrafo, de los ojos de D'Artagnan brotó un rayo de indecible orgullo. Recordó al viejo soldado. Calculó el número de enemigos aniquilados por la fuerte mano de Porthos, y se dijo que Porthos había obrado cueradamente en no enumerar sus enemigos o los daños causados a éstos, pues de lo contrario habría sido el trabajo muy pesado para el lector. Venía luego la enumeración siguiente:

*Poseo actualmente por la gracia de Dios:*

*1.º El dominio de Pierrefonds, tierras, bosques, prados, aguas y montes rodeados de buenos muros;*

*2.º El dominio de Bracieux, castillo, bosques y tierras laborables, que forman tres granjas.*

*3.º La pequeña tierra de Vallon, llamada así porque está en el valle.*

*4.º Cincuenta alquerías en Turenne, de quinientas arpentas de cabida;*

*5.º Tres molinos en el Cher; que rentan seiscientas libras cada uno;*

*6.º Tres estanques en el Berry, que producen doscientas libras cada uno.*

*Respecto a los bienes mobiliarios, llamados así porque pueden moverse, como lo explica tan bien mi sabio amigo, el señor obispo de Vannes...*

D'Artagnan estremecióse al recuerdo lúgubre de aquel hombre.

El procurador continuó imperturbable:

*Éstos consisten:*

*1.º En muebles que no sabría detallar aquí por falta de espacio y que ocupan todos mis palacios o casas, pero cuyo lista ha hecho mi intendente... "Todos volvieron los ojos hacia Mosquetón, que se abismó en su dolor.*

*2.º En veinte caballos de mano y de tiro que tengo en mi palacio de Pierrefonds, y se llaman: Bayardo, Rolando, Carlomagno, Pepino, Dunois, La Hire, Ogier, Sansón, Milón, Nemrod, Urganda, Armida, Falstrade, Dalila, Rebeca, Yolanda, Finette, Grisette, Lissette, y Mussette;*

*3.º En sesenta perros, que forman seis traillas repartidas como sigue: la primera, para el ciervo; la segunda, para el lobo; la tercera, para el jabalí; la cuarta, para la liebre; y las dos restantes; para la parada o la guarda;*

*4.º En armas de guerra y de caza, las que se custodian en mi galería de armas;*

*5.º Mis vinos de Anjou, elegidos por Athos, a quien agradaban mucho antes; mis vinos de Borgoña, Champaña, Burdeos y España que llenan ocho despensas y doce bodegas de mis diferentes posesiones;*

*6.º Mis cuadros y estatuas, que dicen son de mucho valor y bastante numerosos para fatigar la vista;*

*7.º Mi biblioteca, compuesta dé seis mil volúmenes, todos nuevos, y que nadie ha abierto;*

*8.º Mi vajilla de plata, que quizá esté un poco usada, pero que debe pesar de mil a mil doscientas libras, pues me costaba gran trabajo levantar el cofre que la contiene, y no podía dar más que seis vueltas por mi habitación con él a cuestas.*

*9.º Todos estos objetos, mas la ropa blanca de mesa y de servicio, se hallan repartidos en las casas que más me agradaban.*

Aquí detuvose el lector para tomar aliento. Todos suspiraron, tosieron y redoblarón su atención. El procurador prosiguió:

*He vivido sin tener hijos y es muy probable que no los tenga, lo cual me aflige en extremo. Me equivoco, no obstante, pues tengo un hijo que es común a mis otros amigos: Raúl Augusto Julio de Bragelonne, verdadero hijo del señor conde de la Fère.*

*Este joven caballero me ha parecido digno de suceder a los tres intrépidos hidalgos de quien soy amigo y humildísimo servidor.*

Aquí dejóse oír un ruido agudo. Era la espada de D'Artagnan, que, escurriendose de su talabarte, había caído en el sonoro suelo. Todos volvieron los

ojos hacia aquel lado, y vieron que de las densas pestañas de D'Artagnan había rodado una gruesa lágrima por su nariz aguileña, cuya arista luminosa brillaba como un rastro de plata.

—Por eso —continuó el procurador— he dejado todos mis bienes, muebles e inmuebles comprendidos en la numeración arriba hecha, al señor vizconde Raúl Augusto Julio de Bragelonne, hijo del señor conde de la Fère, para consolarle, de la pena que parece tener, y ponerle en estado de llevar gloriosamente su nombre...

Un largo murmullo corrió entre el auditorio.

El procurador siguió sostenido por la mirada centelleante de D'Artagnan, que, recorriendo la asamblea, restableció el silencio interrumpido.

» ... Queda a cargo del señor vizconde de Bragelonne, dar al señor caballero de D'Artagnan, capitán de los mosqueteros del rey, lo que dicho caballero le pida de mis bienes.

» Queda a cargo del señor vizconde Bragelonne, satisfacer una buena pensión al señor caballero de Herblay, mi amigo, si tiene que vivir en el destierro.

» Queda a cargo del señor vizconde de Bragelonne mantener a aquellos de mis sirvientes que hayan estado diez años a mi servicio, y dar quinientas libras a cada uno de los restantes.

» Dejo a mi intendente Mosquetón todos mis vestidos de ciudad, de guerra y de caza, en número de cuarenta y siete, seguro de que los llevará por cariño y en memoria mía.

» Además, lego al señor vizconde de Bragelonne, mi viejo servidor y fiel amigo Mosquetón, ya mencionado, encargándole al dicho vizconde de obrar de suerte que Mosquetón declare, al morir, no haber cesado jamás de ser feliz.

Al oír estas palabras Mosquetón, saludó, pálido y temblando: sus anchas hombros estremecieronse convulsivamente; de su rostro, en que estaba impreso un vivo dolor, se desprendieron sus manos heladas, y los concurrentes le vieron tambalearse y vacilar, como si queriendo salir del salón buscara alguna dirección.

—Mosquetón —dijo D'Artagnan—, mi buen amigo, salid de aquí; id a hacer vuestros preparativos. Vendréis conmigo a casa de Athos, adonde voy desde Pierrefonds.

Mosquetón nada contestó. Apenas respiraba, como si todo en aquella sala debiera serle extraño en lo sucesivo. Abrió la puerta y desapareció lentamente.

El procurador concluyó su lectura, tras de la cual se marcharon frustrados en sus esperanzas, pero llenos de respeto, la mayor parte de los que habían venido a oír la última voluntad de Porthos.

Respecto a D'Artagnan, quedó solo después de haber recibido la reverencia ceremoniosa que le había hecho el procurador, admirando aquella sabiduría profunda del testador que adjudicaba con tanta justicia sus bienes al más digno, al

mas necesitado, con delicadezas que nadie, entre los cortesanos más finos y los corazones más nobles, hubieran podido encontrar más perfectas.

En efecto, Porthos encargaba a Raúl de Bragelonne que diese a D'Artagnan todo cuanto le pidiera. Bien sabía el digno Porthos que D'Artagnan no pediría nada; y, en el caso de pedir, a nadie sino a él le había dejado la elección de su parte.

Porthos dejaba una pensión a Aramis, el cual, si tenía deseos de pedir mucho, se hallaba contenido por el ejemplo de D'Artagnan; y la palabra destierro, deslizada por el testador sin intención aparente, ¿no era la más dulce, la más exquisita crítica de aquella conducta de Aramis que había causado la muerte de Porthos?

Finalmente, no se hacía mención de Athos en el testamento del difunto. ¿Podía éste suponer, en efecto, que el hijo no ofreciese la mejor parte al padre? El gran talento de Porthos había apreciado todas aquellas causas, todas aquellas circunstancias, mejor que la ley, mejor que el uso y mejor que el gusto.

—Porthos era un corazón —se dijo D'Artagnan con un suspiro.

Y le pareció oír un gemido en el techo. Al punto se acordó del pobre Mosquetón, a quien había que distraer de su pena.

Al efecto, dejó D'Artagnan la sala apresuradamente, para ir a buscar al digno intendente, una vez que éste no venía.

Subió la escalera que conducía al piso principal, y vio en la habitación de Porthos un montón de trajes de todos colores y de toda clases de tela, sobre los cuales se había echado Mosquetón después de haberlas reunido. Era aquella la parte del leal amigo. Aquellos vestidos le pertenecían; le habían sido legados expresamente. Veíase la mano de Mosquetón tendida sobre aquellas reliquias, que besaba con toda su boca, con todo su rostro, que cubría con todo su cuerpo.

D'Artagnan se acercó para consolarle.

—¡Dios mío! —exclamó. No se mueve; está desmayado!

D'Artagnan se equivocaba: Mosquetón estaba muerto.

Muerto como un perro que ha perdido a su amo y vuelve para morir sobre su ropa.

## Capítulo LVI

---

### La vejez de Athos

Mientras que todos, estos acontecimientos separaban para siempre a los cuatro mosqueteros, unidos en otro tiempo de una manera que parecía indisoluble, Athos, habiendo quedado solo después de la partida de Raúl, empezaba a pagar su tributo a esa muerte anticipada que se llama ausencia de las personas amadas.

Vuelto a su casa de Blois, no teniendo a Grimaud para recoger una pobre sonrisa cuando paseaba por los jardines, sentía debilitarse de día en día la fortaleza de una naturaleza que hacía tanto tiempo parecía inalterable.

La edad, contenida, por decirlo así, hasta entonces por la presencia del objeto querido, llegaba con ese acompañamiento de dolores e incomodidades, que aumentaba a medida que se hace esperar. Athos no tenía ya a su hijo para estudiarse en andar derecho, en levantar la cabeza, en dar un buen ejemplo; ni tenía tampoco aquellos ojos brillantes de joven, foco siempre ardiente donde se regeneraba la llama de sus miradas.

Luego, necesario es decirlo, aquella naturaleza, exquisita por su ternura y reserva, no hallando ya nada que contuviese sus impulsos, se entregaba a la tristeza con todo el abandono de la naturaleza vulgar cuando se entregaba a la alegría.

El conde de la Fère, que habíase conservado joven hasta sus sesenta y dos años, el guerrero que había conservado su fuerza a pesar de las fatigas, su energía de espíritu a pesar de las desgracias, su dulce serenidad de alma y cuerpo a pesar de Milady, de Mazarino y de La Vallière, se había hecho viejo en ocho días, desde el instante en que perdió el apoyo de su prolongada juventud.

Gallardo siempre, pero encorvado; noble, pero triste; afanoso y vacilante bajo sus cabellos blancos, contemplaba desde su soledad los claros por entre los

cuales traspasaba el sol la espesura de las arboledas.

Así que dejó de estar allí Raúl, abandonó el rudo ejercicio de toda su vida. Habitados los criados a verle levantar con la aurora en todas las estaciones, se admiraban al oír las siete en verano sin que su amo hubiese abandonado el lecho.

Athos permanecía con un libro bajo la almohada, y no dormía ni leía. Acostado por no tener que llevar el peso de su cuerpo, dejaba al alma lanzarse fuera de su prisión para volar a su hijo o a Dios.

A veces asustaba verle absorto horas enteras en una distracción muda e insensible; y ni siquiera oía los pasos del sirviente lleno de temor, que venía al umbral del cuarto a espiar el sueño o a despertar al amo.

Sucediale olvidar que el día estaba mediado, que había pasado la hora de las dos primeras comidas. Entonces despertábanle, se levantaba, bajaba a su sombría arboleda, y luego se exponía un poco al sol como para compartir por un minuto su calor con el hijo ausente. Después el Paseo lúgubre, monótono, comenzaba de nuevo hasta que cansado, agotado, regresaba a su cuarto y a su lecho, domicilio preferido. Durante muchos días el conde no habló palabra. Se negó a recibir las visitas que le llegaban, y por la noche se le vio encender la luz y pasar muchas horas en escribir o examinar pergaminos.

Athos escribió una de aquellas cartas a Vannes, otra a Fontainebleau; ambas quedaron sin respuesta. Ya se comprenderá por qué: Aramis había abandonado a Francia; D'Artagnan viajaba de Nantes a París, de París a Pierrefonds. Su ayuda de cámara notó que cada día iba haciendo más cortos sus paseos. La gran arboleda de tilos fue muy pronto sobrado larga para los pies que en otro tiempo le recorría mil veces en un día. Vióse al conde andar penosamente hasta los árboles del centro, sentarse en el banco de musgo desde donde arrancaba una arboleda lateral, y aguardar de este modo el retorno de fuerzas o más bien el retorno de la noche.

Muy pronto cien pasos bastaron para dejarle extenuado. Finalmente, Athos no quiso ya levantarse, rehusó todo alimento, y sus criados asustados, a pesar de que aquel no se quejaba y tenía siempre la sonrisa en los labios, a pesar de que continuaba hablando con su voz, fueron a Blois a buscar al viejo doctor del difunto Monseñor, e hicieron que pudiese ver al conde de la Fère sin ser visto de éste.

Al efecto, colocáronse en una pieza contigua al cuarto del enfermo, y le suplicaron que no se dejase ver por temor de desagrardar al amo, que no había mandado llamar a médico ninguno.

El médico obedeció; Athos era una especie de modelo para la nobleza del país y el Blaisois se gloriaba de poseer aquella reliquia sagrada de las viejas glorias francesas; Athos era un gran señor muy noble, comparado con aquella noblezas que improvisa el rey al tocar con su cetro, joven y fecundo, los trozos secos de los árboles heráldicos de la provincia.

Decimos, pues, que Athos era querido y respetado. El médico no pudo sufrir el espectáculo de ver llorar a sus criados y agruparse los pobres al cantón, a quienes Athos daba la vida y el consuelo con sus tiernas palabras y limosnas. Examinó, pues, desde el fondo de su escondite, la marcha de aquel mal misterioso que acababa, más y más de día en día, a un hombre poco antes lleno de vida y de deseos de vivir.

Observó en las mejillas de Athos la púrpura de la fiebre que se enciende y alimenta, fiebre despiadada, nacida en un pliegue del corazón, y que, oculta tras este baluarte, creciendo con el sufrimiento, produce la causa y efecto al mismo tiempo de una situación peligrosa.

El conde no hablaba a nadie, ni aun consigo mismo. Su pensamiento temía el ruido y llegaba al grado de sobreexcitación próximo al éxtasis. El hombre así absorbido, cuando no pertenece todavía a Dios, tampoco pertenece ya a la tierra.

El doctor permaneció varias horas estudiando aquella dolorosa lucha de la voluntad contra un poder superior. Asustóse de ver aquellos ojos siempre fijos, siempre clavados en un objeto invisible, y de ver latir con un movimiento igual aquel corazón cuyas oscilaciones no venían a alterar ningún suspiro; a veces lo agudo del dolor forma la esperanza del médico.

Transcurrió así media hora. El doctor tomó su partido como hombre resuelto y de energía; salió repentinamente de su retiro, y fue derecho a Athos, que no manifestó mayor sorpresa que si nada hubiese comprendido de aquella aparición.

—Perdonad, señor conde —dijo el médico, aproximándose al enfermo con los brazos abiertos—: pero tengo que haceros una reconvenión, y vais a oírme.

Y se sentó a la cabecera de Athos, que salió con gran pena de su preocupación.

—¿Qué hay, doctor? —preguntó el conde después de un rato de silencio.

—Vemos que os halláis enfermo, señor, y no tratáis de paneros en cura.

—¡Yo enfermo! —dijo Athos sonriendo.

—¡Fiebre, consumación, extenuación, debilidad, señor conde!

—¡Extenuación! ¡Es posible? —respondió Athos—. No me levanto.

—¡Vamos, vamos, señor conde, nada de subterfugios! Vos sois un buen cristiano.

—De siempre, doctor.

—Y seríais capaz de daros la muerte?

—Nunca, doctor.

—Pues bien, señor, camináis hacia ella a pasos acelerados; permanecer así sería un suicidio, ¡curaos, conde, curaos!

—¡De qué? Dad con el mal primero. Yo nunca me he sentido mejor, nunca me ha parecido el cielo tan hermoso, ni nunca he amado más a mis flores.

—Tenéis una pena secreta.

—¿Secreta...? No; la ausencia de mi hijo es todo mi mal, y no lo oculto.

—Señor conde, vuestro hijo vive, es fuerte y tiene todo el porvenir de las personas de su mérito y de su extirpe; vivid para él...

—Si yo vivo, doctor. ¡Oh! Estad tranquilo —agregó sonriendo con melancolía en tanto que Raúl viva, no podrá ignorarse; porque, mientras él viva, yo viviré.

—¿Qué decis?

—Una cosa muy sencilla. En este momento, doctor —dijo—, dejo a la vida suspendida en mí. Sería empresa superior a mis fuerzas hacer una vida disipada, indiferente, cuando no tengo a mi lado a Raúl.

No exigiréis que una lámpara arda cuando no se le ha aplicado la llama; no me pidáis que viva en el ruido y la claridad. Yo veleo, me dispongo y espero. Mirad, doctor, recordad esos soldados que hemos visto juntos tantas veces en el puerto, donde esperaban que los embarcasen; recostados con indolencia, con un pie en un elemento y otro en el otro, ni estaban en el punto adonde el mar iba a llevarlos, ni el sitio en que la tierra iba a perderlos; los bagajes preparados, el ánimo atento, la mirada fija, esperaban. Lo repito, esta palabra es la que pinta mi vida presente. Recostado como aquellos soldados, con el oído atento a los rumores que llegan hasta mí, deseo estar dispuesto a marchar a la primera llamada. ¿Quién me hará esa llamada? ¿La vida o la muerte? ¿Dios o Raúl? Tengo preparado mi bagaje, mi ánimo dispuesto, y espero la señal... ¡Esperando, doctor, esperando!

El doctor conocía el temple de aquella alma, y apreciaba la solidez de aquel cuerpo; reflexionó un momento, comprendió que las palabras eran inútiles y los remedios absurdos, y partió, encargando a los criados de Athos que no le abandonasen un momento.

Athos, después de marcharse el médico no manifestó enojo ni cólera de que le hubiesen incomodado; ni aun recomendó que le entregaran inmediatamente las cartas que llegasen; sabía que cualquier distracción que se le proporcionase era una alegría, una esperanza que sus criados le habrían procurado a costa de su misma sangre.

Rara vez llegaba a conciliar el sueño Athos, a fuerza de pensar, abismándose por algunas horas, cuando más, en una distracción más profunda y confusa que otros habrían llamado una pesadilla. El reposo transitorio que aquel olvidado daba al cuerpo, fatigaba el alma, porque Athos vivía doblemente en aquellas peregrinaciones de su inteligencia. Una noche soñó que Raúl se estaba vistiendo en una tienda para ir a una expedición dirigida por el duque de Beaufort en persona. El joven estaba triste, se ajustaba lentamente su coraza, se ceñía lentamente la espada.

—¿Qué tenéis? —preguntó su padre con ternura.

—Lo que me aflige es la muerte de nuestro buen amigo Porthos —contestó Raúl—; sufro aquí el dolor que vos sentiréis allí.

Y la visión desapareció con el sueño de Athos.

Al amanecer entró un sirviente en el cuarto de su amo, y le entregó una carta que venía de España.

« Es letra de Aramis» , pensó el conde.

Y leyó la carta.

—¡Porthos ha muerto! —exclamó después de recorrer las primeras líneas.  
¡Oh, Raúl, Raúl, gracias! ¡Veo que cumples tu promesa avisándome!

Y Athos, acometido de un sudor mortal, se desmayó en su lecho sin otra causa que su debilidad.

## Capítulo LVII

---

### Visión de Athos

Luego que cesó aquel desmayo de Athos, avergonzado casi el conde de haber sucumbido ante aquel acontecimiento sobrenatural, se vistió y pidió un caballo, resuelto a marchar a Blois \_Para anudar correspondencias más seguras, ya fuese con África o con D'Artagnan o Aramis.

Efectivamente, aquella carta de Aramis informaba al conde de la Fère del mal éxito de la expedición de Belle-Île. Le daba, sobre la muerte de Porthos, bastantes pormenores para que el corazón tan bueno y cariñoso de Athos se conmoviese hasta en sus fibras más recónditas. Athos quiso, en su consecuencia, hacer a su amigo Porthos una última visita. Para tributar este honor a su antiguo compañero de armas, pensaba avisar a D'Artagnan, inducirle a emprender el penoso viaje de Belle-Île, llevar a término en su compañía aquella triste peregrinación al sepulcro del gigante, a quien tanto había amado, y volver después a casa para obedecer a aquella secreta influencia que le conducía a la eternidad por tan misteriosos caminos.

Mas apenas los criados, gozosos, habían vestido a su amo, a quien veían con placer prepararse para un viaje que debía disipar su melancolía; apenas había sido ensillado y conducido a la puerta el caballo más dócil de la cuadra, el padre de Raúl, sintió que la cabeza se le trastornaba, las piernas flaqueaban, y conoció que no le era posible dar un paso más.

Pidió que le llevasen al sol, y le transportaron a su banco de musgo, donde pasó una hora larga antes de: recobrar sus energías.

No había cosa más natural que aquella debilidad después del reposo inerte de los últimos días. Athos tomó una taza de caldo para recobrar ánimo, y empapó sus labios secos en un vaso lleno del vino que más le agradaba: aquel añejo vino

de Anjou, mencionado por el buen Porthos en su admirable testamento.

Confortado Athos, con el ánimo más libre, se hizo traer su caballo; pero necesitó la ayuda de sus criados para montar penosamente en la silla. No había andado cien pasos, cuando al llegar al recodo del camino le acometió el calofrío.

—¡Es cosa extraña! —dijo al ayuda de cámara, que le acompañaba.

—¡Detengámonos, señor, os ruego! —repuso el fiel criado—. ¡Estáis muy pálido!

—Eso no impedirá que continúe mi camino, pues ya lo he emprendido —repuso el conde.

Y aflojó las riendas a su caballo. Pero súbitamente el animal, en lugar de obedecer al pensamiento de su amo, se paró. Un movimiento, de que Athos no pudo darse cuenta, había refrenado la cabalgadura.

—Indudablemente —dijo Athos— quiere alguien que no vaya más lejos. Sostenedme —añadió extendiendo los brazos—. ¡Acercaos, pronto! Siento aflojarse todos mis músculos, y voy a caer del caballo.

El sirviente había visto el movimiento de su amo al mismo tiempo que recibía su orden. Acercóse con prontitud, recibió al conde en sus brazos, y como no se habían alejado de la casa tanto como para que los criados, estacionados en el umbral viendo partir al conde de la Fère, no distinguiesen aquel desorden en la marcha ordinariamente tan regular de su amo, el ayuda de cámara llamó a sus compañeros con ademanes y voces.

Entonces todos acudieron solícitos.

Apenas dio Athos algunos pasos para volver a casa, sintióse mejorado. Parecióle que recobraba su vigor, y pensó volver a Blois. Hizo dar media vuelta a su caballo, mas al primer movimiento de éste, volvió a caer en aquel estado de entorpecimiento y de angustia.

—Vamos —dijo—, seguramente alguien quiere que permanezca en mi casa.

Acercáronse sus criados, le bajaron del caballo y le transportaron entre todos a su casa. En cuanto estuvo preparada la alcoba, le acostaron en su lecho.

—Tened presente —les dijo disponiéndose a dormir— que hoy mismo espero cartas de África.

—El hijo de Blaisois ha montado a caballo para ganar una hora sobre el correo de Blois —contestó el ayuda de cámara.

—¡Gracias! —contestó Athos con su sonrisa de bondad.

El conde se durmió; su sueño agitado se asemejaba a un padecimiento. El que sé quedó cuidándole notó qué, por diferentes veces, sus facciones adquirían la expresión de un tormento interior. Quizá soñaba.

De este modo transcurrió el día. El hijo de Blaisois volvió; pero el correo no había traído noticias. El conde calculaba con desesperación los minutos, y estremecíase cada vez que esos minutos formaban una hora. Asaltóle una vez la idea de que le hubiesen olvidado allá, y esa idea le costó un atroz dolor en el

corazón.

Nadie en la casa esperaba que el correo llegara, pues hacia mucho tiempo que había pasado la hora. Cuatro veces, el expreso enviado a Blois, había reiterado su viaje, y nada había venido para el conde.

Athos sabía que aquel correo no venía más que una vez a la semana. Era, pues, un retraso de ocho días mortales. Con esta dolorosa persuasión principió la noche.

Todas cuantas sombrías suposiciones puede añadir un hombre enfermo y angustiado por la pena a probabilidades ya bien tristes, las aglomeró Athos durante las primeras horas de aquella noche mortal.

Asaltóle la fiebre y le invadió el pecho, donde prendió muy pronto el fuego, según la expresión del doctor que habían hecho venir de Blois en el último viaje del hijo de Blaisois.

No tardó en subírselle a la cabeza. El médico practicó sucesivamente dos sangrías que lo despejaron; pero debilitando al enfermo y no dejándole fuerza de acción más que en el cerebro.

No obstante, aquella terrible fiebre cedió. Asedió con sus últimos latidos las extremidades entorpecidas, y concluyó por cesar enteramente a eso de la media noche.

El médico, viendo aquella mejoría incontestable, se volvió a Blois después de haber ordenado algunas prescripciones y declarado que el conde se había salvado.

Entonces empezó para Athos una situación extraña, indefinible. Libre de pensar, su ánimo se dirigió hacia Raúl, hacia aquel hijo querido. Su imaginación le representó los campos de África en los alrededores de Djidjelli, donde el señor de Beaufort había debido desembarcar con su ejército.

Eran rocas cenicientas, reverdecidas en algunos puntos por el agua del mar cuando azota las playas durante las tormentas y borrascas.

Más allá de la costa, de aquellas rocas semejantes a sepulcro, ascendía en anfiteatro, entre lentiscos y cactus, una especie de aldea llena de humo, de rumores confusos y de movimientos fugitivos.

De pronto, del seno de aquella humareda se desprendió una llama que llegó, bien que rastreando a cubrir toda la superficie de aquella aldea, y que creció poco a poco, englobando todo en sus torbellinos rojos; lágrimas, gritos, brazos elevados al cielo. Aquello fue por un instante una terrible confusión de maderos que se desplomaban, de aceros fundidos, de piedras calcinadas, de árboles abrasados.

¡Cosa rara! En aquel caos donde Athos distinguía brazos levantados, gritos, sollozos y suspiros, no llegó a ver una sola figura humana.

El cañón resonaba-a lo lejos, la mosquetería crepitaba, el mar rugía, los rebaños huían brincando por las pendientes cubiertas de verde; pero ni había un

soldado que acercase la mecha a los cañones, ni un marino que dirigiera la maniobra, ni un pastor para aquellos rebaños.

Arruinada la aldea y destruidos los fuertes que la dominaban, ruina y destrucción consumadas mágica mente sin la cooperación de ningún ser humano, se extinguíó la llama, volvió a subir el humo, y, disminuyendo después en intensidad, fue perdiendo su color hasta disiparse completamente.

Entonces sucedió la noche en aquel paisaje; una noche opaca en la tierra, brillante en el firmamento; las grandes estrellas resplandecientes brillaban sin iluminar más que a ellas mismas en torno suyo.

Reinó un largo silencio que sirvió para dar reposo un momento a la turbada imaginación de Athos, y, como conociese éste que no había terminado aun lo que tenía que ver, aplicó con más atención la mirada de su inteligencia al extraño espectáculo que le reservaba su imaginación.

Pronto continuó para él aquel espectáculo.

Una luna dulce y pálida levantóse detrás de las vertientes, y plateando primero los pliegues ondulantes del mar, que parecía haberse tranquilizado después de los bramidos que había dejado oír durante la visión de Athos, vino a añadir sus diamantes y ópalos a las malezas y matorrales de la colina.

Las rocas grises, como otros tantos fantasmas silenciosos y atentos, parecieron erguir sus cabezas verdosas para examinar también el campo de batalla a la claridad de la luna, y Athos vio entonces que aquel campo, del todo vacío durante el combate, se hallaba ahora sembrado de cadáveres.

Un inexplicable calofrío de temor y de horror sobrecogió su alma, cuando reconoció el uniforme blanco y azul de los soldados de Picardía, sus largas picas y sus mosquetes marcados con la flor de lis en la culata.

Cuando vio todas las heridas abiertas y frías mirar al cielo azulado, como para reclamarle las almas a que habían dado paso; cuando vio los caballos rajados, abatidos, con la lengua colgando de lado fuera de los belfos, dormir en la sangre helada esparcida alrededor suyos, y que manchaba sus guadrapas y crines, cuando vio el caballo blanco del señor de Beaufort tendido, con la cabeza abierta, en primera linea sobre el campo de los muertos Athos se pasó una mano fría por la frente, que asombró de no hallar ardiendo. Convencióse por aquel contacto de que asistía como espectador sin fiebre al día siguiente de una batalla librada en la ribera de Djidjelli por el ejército expedicionario, que había visto alejarse de las costas de Francia y desaparecer en el horizonte, y al cual había saludado con el pensamiento y el ademán al ultimo fulgor del cañonazo enviado por el duque, en señal de adiós a la patria.

¿Quién podría expresar la angustia mortal con que su alma, siguiendo como ojo vigilante la huella de aquellos cadáveres, los iba examinando uno tras otro var a reconocer si entre ellos dormía Raúl? ¿Quién hubiese podido reprimir el gozo embriagador, divino, con que Athos se inclinó ante Dios y le dio las gracias

por no haber visto al que buscaba con tanta ansiedad entre los muertos?

Efectivamente, todos aquellos muertos caídos en sus filas, rígidos helados, fáciles de reconocer, parecían volverse con complacencia y respeto hacia el conde de la Fère, para que les pudiese ver mejor en su fúnebre revista.

Admirábase, no obstante, al contemplar aquellos cadáveres, de no ver a los supervivientes.

A tal extremo había llegado su ilusión, que aquella visión era para él un viaje real hecho por el padre a África, para obtener informes más exactos del hijo.

Así que cansado de haber corrido tantos mares y continentes, trató de buscar descanso en una de las tiendas levantadas tras de una roca, en cuya cima ondeaba el pendón blanco flor delisado. Para ello buscó un soldado que le condujera a la tienda del señor de Beaufort.

Entonces, mientras que su mirada erraba en la llanura, volviéndose hacia todos los lados, vio aparecer una sombra blanca detrás de los mirtos resinosos.

Aquella figura se hallaba vestida con uniforme de oficial: tenía en la mano una espada rota. Avanzaba lentamente hacia Athos, quien, deteniéndose repentinamente y fijando en ella su mirada, no hablaba, no se movía, pero quería abrir sus brazos, porque, en aquel oficial silencioso y pálido, acababa de reconocer a Raúl.

El conde intentó lanzar un grito, que quedó ahogado en su garganta. Raúl le indicó con un ademán que callase, poniéndose un dedo sobre la boca y retrocediendo poco a poco, sin que Athos viera moverse sus piernas.

El conde, más pálido, más trémulo que Raúl, siguió a su hijo atravesando trabajosamente las malezas y matorrales; piedras y fosos. Raúl parecía no tocar la tierra, y ningún obstáculo entorpecía la ligereza de su marcha.

El conde, a quien fatigaban los accidentes del terreno, detuvo bien pronto agotado. Raúl continuaba haciéndole señas de que le siguiera. El tierno padre, cuyas fuerzas reanimaba el amor, intentó un último movimiento y escaló la montaña en pos del joven, que le atraía con ademán y su sonrisa.

Por último, alcanzó la cima de aquella colina, y vio dibujarse en negro, sobre el horizonte blanqueado por la luna, las formas aéreas y poéticas de Raúl. Athos tendía la mano para llegar al lado de su hijo amado, sobre la plataforma, y éste le tendía también la suya; pero de pronto, como si el joven se sintiese arrebatado a pesar suyo, retrocediendo siempre, abandonó la tierra, y Athos vio brillar el claro cielo entre los pies de su hijo y el suelo de la colina.

Raúl elevábase insensiblemente en el vacío, siempre sonriendo y llamando con sus ademanes en dirección al cielo.

Athos exhaló un grito de ternura alarmada, y miró hacia abajo: veíase un campamento destrozado, en el que aparecían como átomos inmóviles todos aquellos cadáveres blancos del ejército real.

Y después, levantando la cabeza, veía siempre, siempre, a su hijo que le

invitaba a subir con él.

## Capítulo LVIII

---

### El ángel de la muerte

Estaba Athos en aquel punto de su visión maravillosa, cuando el encanto fue repentinamente roto por un ruido que venía de las puertas exteriores de la casa.

Oíase el galopar de un caballo sobre la arena endurecida de la grande arboleda, y el rumor de las más ruidosas y animadas conversaciones subió hasta la cámara donde soñaba el conde.

Athos no se movió del lugar que ocupaba, apenas volvió la cabeza hacia el lado de la puerta para percibir más pronto los rumores que llegaban hasta él.

Un paso tardo subía la escalinata: el caballo, que poco antes galopaba con tanta rapidez, iba lentamente hacia el lado de la cuadra. Algunos rumores acompañaban aquellos pasos que poco a poco se acercaban a la habitación de Athos.

Abrióse entonces una puerta, y Athos, volviéndose algo hacia el lado de donde venía el ruido, exclamó, con voz débil:

—Es un correo de África, ¿no es verdad?

—No, señor conde —respondió una voz que hizo estremecer en su lecho al padre de Raúl.

—¡Grimaud! —murmuró.

Y el sudor comenzó a resbalar por sus mejillas hundidas. Grimaud apareció en el umbral. No era ya el Grimaud que hemos visto, joven aún por el valor y la fidelidad, cuando saltaba el primero en la barca destinada a llevar a Raúl de Bragelonne a los buques de la escuadra real.

Era un pálido y severo viejo, con el vestido cubierto de polvo y escasos cabellos blanqueados por los años. Temblaba apoyándose en el quicio de la

puerta, y estuvo a punto de caer al ver de lejos y al resplandor de la luz el rostro de su amo.

Aquellos dos hombres, que habían vivido tanto tiempo en comunidad de inteligencia, y cuyos ojos, habituados a ahorrar las expresiones, sabían decirse silenciosamente tantas cosas; aquellos dos viejos amigos, tan nobles ambos en cuanto a corazón, ya que desiguales respecto a fortuna y nacimiento, permanecieron mudos mirándose. Con una sola mirada acababan de leer uno a otro en lo más íntimo de su corazón.

Grimaud llevaba en el rostro la huella de un dolor envejecido por un hálito lúgubre; parecía no tener ya para su uso más que una sola expresión de sus pensamientos.

Como se había habituado en otro tiempo a no hablar, se acostumbraba a no sonreír.

Athos leyó de una mirada todas aquellas alteraciones en el rostro de su fiel criado, y con el mismo tono que habría usado para hablar a Raúl en su sueño:

—Grimaud —dijo—, Raúl ha muerto, ¿no es cierto?

Detrás de Grimaud, los demás criados escuchaban sobresaltados, con los ojos clavados en el lecho del amo.

Oyeron la terrible pregunta, y un silencio escalofriante la siguió.

—Sí —contestó el viejo, arrancando este monosílabo de su pecho con ronco suspiro.

Entonces eleváronse voces lastimeras que gemían sin reserva y llenaban de lamentos y oraciones la habitación donde aquel padre agonizante buscaba con los ojos el retrato de su hijo.

Aquello fue para Athos como la transición que le condujo nuevamente a su sueño.

Sin exhalar un grito, sin derramar una lágrima, paciente, dulce y resignado como los mártires, levantó los ojos al cielo para ver allí, por segunda vez, elevándose por encima de la montaña de Djidjelli, la sombra querida que se alejaba de él en el momento en que Grimaud había llegado. Indudablemente, al mirar al cielo, al reanudar el hilo de su maravilloso ensueño, recorrió los mismos caminos por donde la visión tan terrible y tan dulce a la vez, le conducía poco ha; porque, después cerrando dulcemente los ojos, los volvió a abrir con la sonrisa en los labios. Acababa de ver a Raúl que le sonreía a su vez.

Con las manos juntas sobre el pecho, la cara vuelta hacia la ventana oreado por el viento fresco de la noche que llevaba a la cabecera de su cama los aromas de las flores y de los bosques, Athos entró para no salir ya, en la contemplación de este paraíso que los vivientes no verán jamás.

Dios quiso abrir seguramente a aquel elegido los tesoros de la beatitud eterna, en la hora en que los demás hombres tiemblan de ser severamente recibidos por el Señor, y que agarran a esta vida que conocen, entre el terror de la otra que

entreven en los sombrios y severos resplandores de la muerte.

Athos iba guiado por el alma limpia y serena de su hijo, que aspiraba el alma paternal. Todo para aquel justo fue melodía y perfume, en el áspero camino que emprendían las almas para volver a la patria celestial.

Transcurrida una hora de aquel éxtasis, levantó Athos sus manos blancas como la cera; la sonrisa no abandonó sus labios, y dijo en voz tan baja que apenas pudo oírsele, estas palabras, dirigidas a Dios o a Raúl:

—¡Aquí me tenéis!

Y sus manos cayeron de nuevo lentamente, como si las hubiese descansado él mismo sobre la cama.

La muerte había sido apacible y cariñosa para aquella excelente criatura. Le había ahorrado los desgarramientos de la agonía, las convulsiones del viaje supremo, abriendo con mano favorable las puertas de la eternidad a aquella alma grande, digna de todos los respetos.

Dios habíalo sin duda ordenado así, para que el recuerdo piadoso de aquella muerte tan dulce se conservase en el corazón de los asistentes y en la memoria de los demás hombres, fallecimiento que haría amable el tránsito de esta vida a la otra a aquellos cuya existencia temer el juicio final.

Athos conservó aún en el sueño eterno aquella sonrisa plácida y franca, ornamento que debía acompañarle al sepulcro. La serenidad de sus facciones, la calma de su fin, hicieron dudar por mucho tiempo a sus criados que hubiese abandonado la vida.

Los sirvientes del conde quisieron llevarse a Grimaud, que, de lejos, devoraba aquel rostro pálido y no se acercaba por el piadoso temor de llevarle el soplo de la muerte. Pero Grimaud, a pesar de lo cansado que estaba, no quiso alejarse. Sentóse en el umbral, guardando a su amo con la vigilancia de un centinela, y codicioso de recoger su primera mirada al despertar, su postre suspiro al morir.

Los ruidos se extinguían en toda la casa; y todos respetaban el sueño del señor. Pero Grimaud, poniendo atención, notó que el conde había dejado de respirar.

Incorporóse, las manos puestas sobre el suelo, y, desde su sitio, miró si el cuerpo de su amo hacía algún movimiento.

¡Nada! Asaltóle el temor; levantóse de súbito, y en el mismo instante, oyó pasos en la escalera; un ruido de espuelas golpeadas por una espada, sonido belicoso y familiar a sus oídos, le detuvo al ir a acercarse a la cama de Athos. Una voz aún más vibrante que el cobre y el acero resonó a tres pasos de él.

—¡Athos! ¡Athos! ¡Amigo mío! —gritaba aquella voz conmovida hasta las lágrimas.

—¡Señor de D'Artagnan! —balbució Grimaud.

—¿Dónde está? —prosiguió el mosquetero.

Grimaud le cogió el brazo entre sus dedos huesudos, y le enseñó el lecho, sobre cuyas sábanas dibujábase la tez lívida del cadáver.

Una respiración angustiosa, lo contrario de un grito agudo, oprimió la garganta de D'Artagnan.

Adelantóse de puntillas, estremecido, asustado del ruido que hacían sus pisadas, con el corazón desgarrado por una angustia sin igual. Acercó su oído al pecho de Athos, su rostro a la boca del conde. Ni ruido ni aliento. D'Artagnan retrocedió.

Grimaud, que le había seguido con la vista y para quien cada uno de sus movimientos encerraba una revelación, fue a sentarse con timidez a los pies de la cama, y pegó sus labios sobre la ropa levantada por los pies rígidos de su amo.

Entonces desprendiéronse abundantes lágrimas de sus ojos enrojecidos.

Aquel viejo en desesperación, que lloriqueaba encorvado sin proferir una palabra, ofrecía el espectáculo más tierno que D'Artagnan pudo ver en su vida tan rica de emociones. El capitán quedó de pie en contemplación ante aquel muerto sonriente, que parecía haber guardado su último pensamiento para hacer a su mejor amigo, al hombre a quien más había querido después de Raúl, una afectuosa acogida aun más allá de la vida, y, como para corresponder a aquella suprema lisonja de la hospitalidad, D'Artagnan fue a besar a Athos en la frente, ¡y, con sus dedos trémulos, le cerró los ojos.

Luego se sentó a la cabecera del lecho, sin temor a aquel muerto que tan dulce y benévolamente había sido para él durante treinta y cinco años, y trajo a su memoria los recuerdos que el noble semblante del conde le excitaban, floridos y encantadores unos como aquella sonrisa, sombríos, tristes y helados otros como aquel rostro de ojos cerrados para la eternidad.

De pronto, el amargo torrente que subía de minuto en minuto invadió su corazón y le desgarró el pecho. Incapaz de dominar su emoción, se levantó, y, arrancándose violentamente de aquella cámara donde acababa de encontrar difunto a aquel a quien venía a traer la noticia de la muerte de Porthos, prorrumpió en sollozos desgarradores, que los sirvientes, que sólo parecían aguardar una explosión de dolor, contestaron con sus lugubres clamores, y los perros del amo con sus lastimeros aullidos.

Grimaud fue el único que no levantó la voz. Aun en el paroxismo de su dolor, no se habría atrevido a profanar la muerte, ni a turbar por primera vez el sueño de su amo. Athos, por otra parte, le había acostumbrado a no hablar nunca.

Al punto de la mañana, D'Artagnan, que había errado por la sala baja mordiéndose los puños para ahogar los suspiros, subió otra vez la escalera, y, acechando el momento en que Grimaud volvió la cabeza hacia él, le hizo seña de que fuera, lo que el fiel servidor ejecutó sin hacer más ruido que una sombra.

D'Artagnan volvió a bajar seguido de Grimaud.

Luego que llegó al vestíbulo, cogiendo las manos del viejo:

—Grimaud —dijo—, ya has visto cómo ha muerto el padre; dime ahora cómo ha muerto el hijo. Grimaud sacó del pecho una abultada carta, cuyo sobre

iba dirigido a Athos. Reconoció el mosquetero la letra del señor de Beaufort, rompió el sello, y se puso a leer midiendo con sus pasos, a los primeros albores del día, la sombría avenida de añosos tilos hollada por las pisadas aun visibles del conde que acababa de morir.

## Capítulo LIX

---

### Parte de guerra

El duque de Beaufort escribía a Athos. La carta destinada al hombre sólo llegaba al muerto. Dios cambiaba la dirección.

*Mi querido conde —escribía el príncipe con su letra grande de escolar inhábil—, una desgracia nos ha herido en medio de un gran triunfo. El rey pierde un soldado de los más bravos. Yo pierdo un amigo. Vos perdéis al señor de Bragelonne.*

*Ha muerto gloriosamente, y tan gloriosamente, que no tengo fuerzas para llorarle como quisiera.*

*Recibid mis tristes expresiones, mi estimado conde. El Cielo nos distribuye las pruebas según la grandeza de nuestro corazón. Esta es inmensa, pero no por encima de vuestro valor.*

*Vuestro fiel amigo:*

*EL DUQUE DE BEAUFORT.*

Aquella carta contenía un relato escrito por uno de los secretarios del príncipe. Era la narración más tierna y verdadera de aquel lúgubre episodio que desenlazaba dos existencias.

D'Artagnan, habituado a las emociones de la batalla, y cuyo corazón estaba ya acorazado, no pudo menos de estremecerse al leer el nombre de Raúl, el nombre de aquel hijo amado, convertido, como su padre, en una sombra.

Por la mañana, decía el secretario del príncipe, monseñor el duque mandó el ataque. Normandía y Picardía habían tomado posición en las rocas grises dominadas por el talud de la montaña, sobre cuya vertiente élévanse los baluartes

de Djidjelli.

El fuego del cañón abrió la batalla; los regimientos avanzaron con gran denuedo; los piqueros llevaban las picas levantadas; los que usaban mosquete el arma al brazo. El príncipe seguía atentamente la marcha y el movimiento de las tropas, dispuesto a apoyarlas con una fuerte reserva.

Al lado de monseñor estaban los más viejos capitanes y sus ayudantes. El señor vizconde de Bragelonne había recibido orden de no separarse de Su Alteza.

Entretanto, el cañón del enemigo, que en un principio había tronado indistintamente contra las masas, había arreglado su fuego, y las balas, mejor dirigidas, habían matado algunos hombres alrededor del príncipe. Los regimientos formados en columna, y que avanzaban contra las fortificaciones, sufrieron bastante, notándose alguna vacilación, en nuestras tropas, que se veían mal secundadas por nuestra artillería. Efectivamente, las baterías establecidas el día anterior, sólo tenían una puntería débil e incierta, en razón de su posición. La dirección de abajo arriba dañaba la precisión y el alcance de los disparos.

Monseñor, comprendiendo el mal efecto de aquella posición de la artillería de sitio, mandó a las fragatas ancladas en la pequeña rada comenzar un fuego regular contra la plaza.

Para llevar esta orden, el señor de Bragelonne se ofreció inmediatamente; pero monseñor no quiso acceder a la petición del vizconde.

Monseñor hacía bien, porque amaba a aquel joven caballero y no quería exponer su vida; hacía bien, y los acontecimientos vinieron a justificar su previsión y su negativa; porque apenas llegó a la orilla del mar el sargento a quien el príncipe confió el mensaje solicitado por el señor de Bragelonne, dos tiros de escopeta larga partieron de las filas enemigas y lo dejaron tendido.

El sargento cayó sobre la arena mojada que se empapó en su sangre.

Visto lo cual el señor de Bragelonne, sonrió a monseñor, que le dijo:

—Ya veis; vizconde, que os salvo la vida. Referídselo luego al conde de la Fère, para que, sabiéndolo por vos mismo, sepa el interés que me tomo por su hijo.

El joven sonrió tristemente y respondió al duque:

—Verdad es, monseñor, que, sin vuestra benevolencia, habría sido muerto allá donde ha caído el pobre sargento, con gran tranquilidad.

El señor de Bragelonne dio esta respuesta con aire tal, que monseñor replicó vivamente:

—¡Buen Dios! Joven, no parece sino que se os hace agua la boca; pero ¡por el alma de Enrique IV!, he prometido a vuestro padre devolveros vivo, y, si Dios quiere, cumpliré mi palabra.

El señor de Bragelonne ruborizóse, y, en voz más baja:

—Monseñor —dijo—, perdonadme, os lo ruego; siempre he tenido deseo de acudir a las ocasiones, y considero muy grato el distinguirse uno delante de su

general, sobre nodo cuando el general es el señor duque de Beaufort.

Monseñor se dulcificó algún tanto, y, volviéndose a sus oficiales que se agrupaban en torno suyo, dio diferentes órdenes.

Los granaderos de los dos regimientos llegaron bastante cerca de los fosos y trincheras para arrojar sus granadas, que causaron poco daño.

No obstante, el señor de Estrées, que mandaba la escuadra, vista la tentativa del sargento para acercarse a los buques, comprendió que debía romper el fuego sin esperar órdenes.

Entonces los árabes, viéndose acribillados por las balas de la escuadra y por las ruinas y escombros de sus malas murallas, prorrumpieron en gritos espantosos.

Sus jinetes bajaron la montaña al galope, encorvados sobre sus sillas, y se lanzaron a rienda suelta contra las columnas de infantería, que, cruzando las picas, contuvieron aquel fogoso ímpetu. Rechazados por la actitud firme del batallón, los árabes volvieron con gran furia hacia el atado Mayor que en aquel momento no se hallaba prevenido.

El peligro fue grande: monseñor tiró de la espada; sus secretarios y criados le imitaron; los oficiales de su comitiva empeñaron un combate con aquellos furiosos.

Entonces fue cuando el señor de Bragelonne pudo satisfacer los deseos que manifestaba desde el principio de la acción. Combatió al lado del príncipe con un vigor de romano, y mató tres árabes con su espadín.

Mas echábase de ver fácilmente que su valor no provenía de un sentimiento de orgullo, natural en todos los que combaten. Su bravura era impetuosa, afectada, hasta forzada; esforzábase por embriagarse entre el ruido y la carnicería. "Llegó a enardecerse de tal suerte, que monseñor le gritó que se contuviese.

Sin duda debió oír la voz de Su Alteza, pues nosotros, que estábamos a su lado, la oímos. Sin embargo, no se contuvo, y continuó corriendo hacia las trincheras.

Como el señor de Bragelonne era un oficial muy sumiso, aquella desobediencia a las órdenes de monseñor sorprendió mucha a todo el mundo, y el señor de Beaufort redobló las instancias, gritando:

—¡Deteneos, Bragelonne! ¡Adónde vais! ¡Deteneos! ¡Os lo mando! Todos nosotros, imitando el gesto del señor duque, habíamos levantado la mano. Esperamos a que el jinete volviesebridas; pero el señor de Bragelonne, seguía corriendo hacia las palizadas.

—¡Deteneos, Bragelonne! —repetía el príncipe en voz muy fuerte—. ¡Deteneos en nombre de vuestro padre!

A tales palabras, el señor de Bragelonne, se volvió; su rostro expresaba un vivo dolor, pero no se detenía, y juzgamos que lo arrastraba su caballo.

Cuando el señor duque conoció que el vizconde no era ya dueño de su

caballo, y le vio más allá de los primeros granaderos, gritó:

—¡Mosqueteros, matad su caballo!

¿Mas quién podía comprometerse a disparar contra el animal sin tocar al jinete? Nadie se atrevía. Al fin se presentó uno; era un diestro tirador del regimiento de Picardía, llamado La Luzerne, quien apuntó al corcel, disparó y le hirió en la grupa, porque se vio teñido en sangre su pelo blanco. Pero el maldito animal, en vez de caer, púsose a correr con más furia.

Todo Picardía que veía aquel infortunado joven correr a una muerte cierta gritaba desaforadamente: « ¡Tiraos a tierra, señor vizconde! ¡A tierra, a tierra, tiraos a tierra! » .

El señor de Bragelonne era un oficial muy querido en todo el ejército.

Ya el vizconde había llegado a un tiro de pistola del baluarte; una descarga partió y le envolvió en fuego y humo. Nosotros le perdimos de vista; disipada la humareda, le volvimos a ver, de pie: acababan de matarle el caballo.

Los árabes intimaron al vizconde a rendirse; pero hízole un signo negativo con la cabeza, y continuó marchando hacia las palizadas.

Era una imprudencia mortal. Sin embargo, todo el ejército le agradeció que no retrocediera, ya que la desgracia le había conducido hasta allí. Dio todavía algunos pasos, y los dos regimientos aplaudieron.

En aquel instante fue cuando conmovió las murallas una segunda descarga, y el vizconde de Bragelonne desapareció por segunda vez entre el torbellino; pero esta vez, aun cuando el humo se disipó, no le volvimos a ver en pie. Hallábbase tendido con la cabeza más baja que las piernas, sobre la maleza, y los árabes empezaron a querer salir de sus trincheras para ir a cortarle la cabeza o coger su cuerpo, como es costumbre entre los infieles.

Pero Su Alteza monseñor el duque de Beaufort había seguido todo aquello con la vista, y aquel triste espectáculo le había arrancado profundos y dolorosos suspiros. Viendo entonces a los árabes correr como fantasmas blancos entre los lentiscos:

—¡Granaderos! ¡Piqueros! —empezó a gritar—. ¿Os dejaréis arrebatar ese noble cuerpo?

Y, al decir estas palabras, blandiendo la espada, emprendió a correr él mismo hacia el enemigo. Los regimientos, lanzándose en pos de él, corrieron a su vez prorrumpiendo en gritos tan terribles como salvajes eran los de los árabes.

Comenzó el combate sobre el cuerpo del señor de Bragelonne, y fue tan encarnizado, que quedaron muertos en el sitio ciento sesenta árabes, al lado de cincuenta por lo menos de los nuestros.

Un teniente de Normandía tomó sobre sus hombros el cuerpo del vizconde, y lo transportó a nuestras líneas.

Mientras tanto seguían las ventajas a nuestro favor; los regimientos se unieron a la reserva, y las palizadas contrarias fueron destrozadas.

A las tres cesó el fuego de los árabes; el combate al arma blanca duró dos horas, y fue una matanza.

A las cinco nos hallábamos triunfantes en todos los puntos; el enemigo había abandonado sus posiciones y el señor duque había hecho poner la bandera blanca sobre el punto culminante del montículo.

Entonces fue cuando pudo pensarse en el señor de Bragelonne, que tenía ocho grandes heridas en el cuerpo, y había perdido casi toda su sangre.

Sin embargo, aún respiraba, lo cual causó una alegría indecible a monseñor, que quiso asistir en persona a la primera cura del vizconde y a la consulta de los cirujanos.

Hubo dos entre ellos que declararon que el señor de Bragelonne viviría. Monseñor les saltó al cuello y les prometió mil luises a cada uno si le salvaban.

El vizconde oyó aquellos transportes de alegría, y, sea que estuviese desesperado, sea que sufriese de sus heridas, manifestó en su fisonomía una contrariedad que dio mucho en qué pensar, especialmente a uno de los secretarios, así que oyó lo que va a seguir:

El tercer cirujano que llegó era el hermano Silvano de San Cosme, el más sabio de los nuestros. Sondó las llagas y no dijo nada.

El señor de Bragelonne abría unos ojos fijos y parecía interrogar cada movimiento, cada idea del sabio cirujano.

Éste, preguntado por monseñor, contestó, que de las ocho heridas tres eran mortales, pero que tan fuerte era la constitución del herido, tan fecunda la juventud, tan misericordiosa la bondad de Dios, que quizás se salvaría el señor de Bragelonne, siempre que no hiciese el menor movimiento.

El hermano Silvano añadió, dirigiéndose a sus ayudantes:

—Sobre todo no le mováis, ni con el dedo siquiera, o le mataréis. "Y salimos todos de la tienda con alguna esperanza.

Al salir, creyó advertir uno de los secretarios cierta sonrisa pálida y triste en los labios del vizconde, cuando el señor duque le dijo con voz cariñosa:

—¡Oh vizconde! ¡Te salvaremos!

Pero por la noche, cuando se creyó que el herido debía haber descansado, entró uno de los ayudantes en la tienda, y salió lanzando fuertes gritos.

Acudimos todos en tropel, el señor duque con nosotros, y el ayudante nos mostró el cuerpo del señor de Bragelonne en el suelo, debajo del lecho, bañado en el resto de su sangre.

Las apariencias demostraban que había habido alguna convulsión, algún movimiento febril, y que había caído; y que la caída había acelerado su fin, conforme al pronóstico del hermano Silvano.

Levantóse al vizconde; estaba frío y muerto. Tenía un bucle de cabellos blondos en la mano derecha, y esta mano crispada sobre su corazón.

Seguían los detalles de la expedición y de la victoria obtenida sobre los

árabes.

D'Artagnan detúvose al terminar la narración de la muerte del pobre Raúl.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Infortunado hijo! ¡Un suicidio!

Y, volviendo los ojos hacia la habitación del palacio donde dormía Athos el sueño eterno:

—Se han cumplido la palabra mutuamente —dijo en voz baja—. Ahora los hallo felices, pues deben haberse reunido.

Y tomó a pasos lentos el camino de la terraza.

Toda la calle, todos los alrededores se llenaban ya de vecinos desconsolados que se contaban unos a otros la doble catástrofe y se preparaban a los funerales.

## Capítulo LX

---

### Último canto del poema

Al día siguiente se vio llegar a toda la nobleza de las cercanías y de la provincia, a medida que los mensajeros iban llevando la noticia. D'Artagnan había permanecido encerrado sin querer hablar a nadie. Dos pérdidas tan sensibles que caían sobre el capitán, después de la muerte de Porthos, habían abatido para largo tiempo aquel espíritu hasta entonces infatigable.

A excepción de Grimaud, que entró en su habitación una vez, el mosquetero no vio a criados ni a comensales; pero, en el ruido de la casa, en el movimiento de idas y venidas, creyó conocer que se estaba disponiendo lo necesario para los funerales del conde, y escribió al rey pidiéndole que le prolongase la licencia.

Grimaud, según hemos dicho, entró en el cuarto de D'Artagnan, se sentó en un escabel como quien medita profundamente, y, levantándose después, hizo una seña a D'Artagnan para que le siguiese.

Este obedeció en silencio. Grimaud bajó hasta el dormitorio del conde, mostró con el dedo al capitán el lecho vacío, y elevó elocuentemente los ojos al cielo.

—Sí —replicó D'Artagnan—, sí, buen Grimaud; al lado del hijo a quien tanto amaba.

Grimaud salió de la habitación y llegó al salón, donde, según los usos de la provincia, debía colocarse de cuerpo presente el cadáver antes de sepultarlo para siempre.

D'Artagnan sorprendióse de ver dos ataúdes abiertos en el salón; acercóse, a una muda invitación de Grimaud, y vio en uno de ellos a Athos, bello hasta en la muerte, y en el otro a Raúl, con los ojos cerrados, las mejillas nacaradas como el Palas de Virgilio, y la sonrisa en sus labios morados.

Estremeciése al ver al Padre y al hijo, aquellas dos almas desgraciadas, representadas en la tierra por dos tristes cadáveres incapaces de unirse, por juntos que estuviesen uno a otro.

—¡Raúl aquí! —murmuró—. ¡Oh! ¡Grimaud, nada me habéis dicho de eso!

Grimaud meneó la cabeza y no respondió; pero, tomando a D'Artagnan de la mano, le condujo al ataúd y le mostró bajo el delgado sudario las negras heridas por los cuales había debido volar la vida.

El capitán volvió la vista, y juzgando inútil preguntar a Grimaud que no respondería, recordó que el secretario del señor Beaufort había escrito más de lo que él había tenido valor para leer.

Volviendo, pues, a tomar la relación de la batalla que había costado la vida a Raúl, encontró estas palabras que formaban el último párrafo de la carta:

«El señor duque ha ordenado que el cuerpo del señor vizconde sea embalsamado, como se practica entre los árabes cuando sus cuerpos han de ser trasladados a la tierra natal, y el señor duque ha destinado relevos para que un sirviente de confianza, que había criado al joven, pueda conducir su ataúd al conde de la Fère».

Así —pensó D'Artagnan—, seguiré tus funerales, mi querido hijo, yo, que soy ya viejo y no valgo nada sobre tierra, y esparciré el polvo sobre la frente que besaba aún no hace dos meses. Dios lo ha querido; tú también. No tengo ni derecho a llorar; tú has elegido la muerte, habiéndote parecido preferible a la vida.

Llegó finalmente el momento en que los fríos despojos de aquellos dos caballeros debían ser devueltos a la tierra.

Acudió tal afluencia de hombres de guerra y del pueblo, que, hasta el lugar de la sepultura, una capilla en la llanura, el camino de la ciudad se vio lleno de jinetes y peatones, en traje de duelo.

Athos había elegido para su última morada el pequeño recinto de aquella capilla, erigida por él en los confines de sus tierras. Había hecho venir las piedras, talladas en 1550, de un vetusto castillo gótico, situado en el Berri, y que había albergado a su primera juventud.

La capilla, reedificada y transportada de aquel modo, se ostentaba risueña bajo un grupo de álamos y sicómoros. Hallábese servida todos los domingos por el párroco de la aldea inmediata, a quien Athos tenía señalada una renta de doscientas libras al efecto, y todos los vasallos, en número casi de cuarenta, los labradores y arrendatarios con sus familias, iban allí a oír misa en vez de ir a la ciudad.

Detrás de la capilla extendiéase, encerrado en dos grandes setos de avellanos, saúcos y ojicantos, rodeados de un foso profundo, el pequeño recinto, inculto, pero alegre en su esterilidad, porque los musgos se hallaban en él muy crecidos, los heliotropos y los alelías amarillos esparcían allí sus perfumes, y bajo los

castaños brotaba un manantial, preso en una cisterna de mármol, y sobre los tomillos que había alrededor, venían a posarse millares de abejas de todas las llanuras vecinas, en tanto que los pinzones y petirrojos gorjeaban locamente sobre las flores del seto.

Allí fue adonde condujeron los dos féretros en medio de un gentío silencioso y recogido.

Terminado el Oficio de difuntos y dada la última despedida a aquellos dos nobles muertos, se dispersó la concurrencia, hablando por los caminos de las virtudes y de la dulce muerte del padre, de las esperanzas que daba el hijo, y del triste fin que había tenido en la costa de África.

Y, paulatinamente, se apagaron los rumores como velas encendidas bajo la humilde nave. El párroco saludó por última vez al altar y a las tumbas recientes todavía; luego, seguido de su asistente, que tocaba una ronca campanilla, volvió lentamente al presbiterio.

D'Artagnan se quedó solo, y advirtió que la noche se iba echando encima.

Había olvidado la hora pensando en los muertos.

Llevantóse del banco de encina donde se había sentado en la capilla, y quiso, como el sacerdote, ir a dar su postre adiós a la doble fosa que encerraba a sus amigos perdidos.

Una mujer rezaba arrodillada sobre aquella tierra húmeda. D'Artagnan se detuvo en el umbral de la capilla para no turbar a aquella mujer, y también para tratar de ver quién era la amiga piadosa que venía a cumplir aquel deber con tanto celo y perseverancia.

La desconocida ocultaba el rostro entre sus manos, blancas como de alabastro. En la noble sencillez de su traje adivinábbase a la mujer de distinción. A la parte de afuera, varios caballos montados por criados y una carroza de viaje esperaban a aquella dama. D'Artagnan procuraba inútilmente adivinar lo que la detenía.

La dama seguía rezando, y, a menudo, se pasaba el pañuelo por la cara.

D'Artagnan comprendió que lloraba. Vio que se golpeaba el pecho con la inflexible compunción de la mujer cristiana, y oyóla proferir repetidas veces este grito nacido de un corazón ulcerado: « ¡Perdón! ¡Perdón! ».

Y como pareciese entregada enteramente a su dolor, hasta el punto de caer medio desmayada en medio de sus ayes y oraciones, D'Artagnan, conmovido por amor a sus amigos tan sentidos, dio algunos pasos hacia la tumba a fin de interrumpir el siniestro coloquio de la penitente con los muertos.

Mas apenas se hizo oír su pie sobre la arena, la desconocida levantó la cabeza y dejó ver a D'Artagnan un rostro inundado en lágrimas, un rostro amigo.

¡Era la señorita de La Vallière!

—¡Señor de D'Artagnan! —murmuró.

—¿Vos? —respondió el capitán con voz sombría—. ¡Vos aquí! ¡Oh! Señora,

mejor hubiera querido veros adornada de flores en la quinta del conde de la Fère.  
¡Menos habrás llorado entonces, y ellos, y yo!

—¡Señor! —dijo ella sollozando.

—Porque vos sois —añadió el inflexible amigo de los muertos—, vos sois la que habéis llevado a esos dos hombres al sepulcro.

—¡Oh! ¡Sed indulgente!

—No permita Dios, señorita, que yo ofenda a una mujer, o que la haga llorar en vano; pero debo decir que el sitio del asesino no es la tumba de las víctimas.

La joven quiso contestar.

—Lo que os digo aquí —añadió fríamente—, se lo diría al rey. La joven juntó las manos.

—Sé —dijo— que he causado la muerte del vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¡Lo sabéis?

—Ayer llegó la noticia a la Corte. He hecho desde esa noche, en dos horas, cuarenta leguas para venir a pedir perdón al conde, a quien creía aún con vida, y para suplicar a Dios, sobre la tumba de Raúl, que me envíe todas las desgracias que merezco, excepto una sola. Ahora, señor, sé que la muerte del hijo ha producido la del padre; tengo dos crímenes de que acusarme y dos castigos que aguardar de Dios.

—Os repetiré, señorita —dijo D'Artagnan—, lo que me dijo de vos, en Antibes, el señor de Bragelonne, cuando ya meditaba su muerte:

» Si la han arrastrado el orgullo y la coquetería, la perdonó despreciándola. Si el amor la hizo sucumbir, la perdonó jurándole que nadie la habría amado nunca tanto como yo.

—Ya sabéis —interrumpió Luisa—, que, por mi amor, iba a sacrificarme yo misma; ya sabéis si he sufrido cuando me encontrasteis perdida, moribunda, abandonada. Pues bien, jamás he sufrido tanto como hoy, porque entonces esperaba, deseaba, y hoy nada tengo que desear: porque ese muerto se lleva toda mi alegría a su tumba; porque no me atrevo a amar sin remordimientos, y porque, lo conozco, aquel a quien amo, ¡oh, ésa es la ley!, me causará los tormentos que yo he hecho sufrir a los otros.

D'Artagnan no respondió; conocía demasiado que la joven no se engañaba.

—Pues bien —añadió ella—, querido señor de D'Artagnan, no me abruméis hoy, os lo ruego. Soy como la rama desprendida del tronco: nada hay que me dé apego al mundo, y una corriente me arrastra no sé dónde. Amo locamente, amo hasta el punto de venir a decirlo, impía, sobre las cenizas de este muerto, y no me avergüenzo ni siento remordimientos por ello. Este amor es para mí una religión. Pero como más adelante me veréis sola, olvidada, desdenada; como me veréis castigada de lo que vos estáis destinado a castigar, sed indulgente en mi efímera felicidad; dejadme por algunos días, por algunos minutos. Tal vez no exista ya la hora en que os estoy hablando. ¡Dios mío! ¡Tal vez ese doble asesinato se halla

expiado ya! Aún estaba hablando la joven, cuando llamó la atención del capitán un ruido de voces y pisadas de caballos.

Un oficial del rey, el señor de Saint-Aignan, venía a buscar a La Vallière de parte de Su Majestad, a quien roían, dijo, los celos y la inquietud. Saint-Aignan no vio a D'Artagnan medio oculto por el tronco de un castaño que cubría con su sombra las dos tumbas.

Luisa le dio las gracias y le despidió con un gesto. El gentilhombre salió fuera del recinto.

—Ya veis, señora —dijo acremente el capitán a la joven—, que vuestra felicidad dura todavía.

La joven se levantó con aspecto solemne.

—Algún dia —dijo— os arrepentiréis de haberme juzgado tan mal, y ese día, señor, seré yo la que pida a Dios que olvide lo injusto que habéis sido conmigo. Por lo demás, tanto sufriré, que vos seréis el primero en compadecerme. No me reprochéis esa felicidad, señor de D'Artagnan; me cuesta cara y no he pagado todavía mi deuda.

Al pronunciar estas palabras, se arrodilló dulce y afectuosamente.

—Perdón, por última vez, mi prometido Raúl —dijo—. Yo he roto nuestra cadena: los dos estamos destinados a morir de dolor. Tú has partido el primero: no temas, te seguiré. Advierte, sin embargo, que no he sido una infame y que he venido a darte este supremo adiós. El Señor me es testigo, Raúl, de que si hubiese sido necesaria mi vida para rescatar la tuya, la hubiese dado sin titubear. No podía dar mi amor. ¡Por última vez, perdón!

Cogió una rama y la clavó en la tierra, luego, enjugó sus ojos empapados en lágrimas, saludó a D'Artagnan y desapareció.

El capitán vio cómo se marchaban caballos, jinetes y carroza, y, cruzando los brazos sobre su pecho dilatado:

—¿Cuándo me tocará a mí marchar? —dijo con voz emocionada—. ¿Qué le queda al hombre después de la juventud, del amor, de la gloria, de la amistad, de la fuerza, de la riqueza...? ¡Esa roca, bajo la cual duerme Porthos, que poseyó cuanto acabo de nombrar; ese musgo, bajo el cual reposan Athos y Raúl, que poseyeron mucho más todavía!

Vaciló un momento, atónita la mirada; luego irguiéndose:

—Adelante siempre —dijo—. Cuando llegue la hora, Dios me lo dirá cómo lo ha dicho a los otros. Tocó con la punta de los dedos la tierra humedecida por el rocío de la noche, persignóse como si hubiese tomado agua bendita en una iglesia, y prosiguió solo, solo para siempre, el camino de París.

## Epílogo

---

Cuatro años después de la escena que acabamos de describir, dos jinetes con buenas cabalgaduras atravesaron Blois cierto día y fueron a disponer todo lo indispensable para una cacería en grande que el rey quería hacer en aquella llanura accidentada que divide en dos el Loira, y que confina por un lado con Meung y por el otro con Amboise.

Eran el capitán de los lebreles del rey y el halconero, personajes muy respetados en tiempos de Luis XIII, pero un tanto descuidados por su sucesor.

Aquellos dos jinetes, después de haber recorrido el terreno, regresaban, hechas sus observaciones, cuando vieron unos pequeños grupos de soldados que los sargentos colocaban de trecho en trecho en las entradas de los cercados. Aquellos soldados eran los mosqueteros del rey.

Detrás de ellos venía, sobre brioso caballo, el capitán, fácil de reconocer por sus bordados de oro. Tenía los cabellos grises, la barba algo cana. Parecía un tanto encorvado, a pesar de que manejaba su caballo con desembarazo y todo lo inspeccionaba en torno suyo.

—El señor de D'Artagnan no envejece —dijo un capitán de los lebreles a su colega el halconero—; con diez años más que nosotros, parece un cadete a caballo.

—Verdad es —repuso el halconero—; veinte años hace que le veo siempre el mismo.

Aquel oficial se equivocaba: D'Artagnan, en cuatro años, había envejecido doce.

La edad imprimía sus inexorables huellas en cada ángulo de sus ojos; su frente habíase hecho más espaciosa, y sus manos, morenas y nerviosas antes, blanqueaban como si la sangre comenzara a enfriarse en ellas.

D'Artagnan se acercó a los interlocutores con el aire de afabilidad que

distingue a los hombres superiores. A cambio de su cortesanía recibió dos saludos llenos de respeto.

—¡Ah! ¡Dichosa suerte veros por aquí, señor de D'Artagnan! —exclamó el halconero.

—Más bien me toca a mí decir eso, señores —replicó el capitán—; porque, en nuestros días, se sirve el rey con más frecuencia de sus mosqueteros que de sus aves.

—No es ahora como en los buenos tiempos —suspiró el halconero—. ¿Os acordáis, señor de D'Artagnan, de cuando el difunto rey corría las urracas en las viñetas del otro lado de Beaugency? ¡Pardiez! En aquellos tiempos no erais capitán de mosqueteros, señor de D'Artagnan.

—Y vos no erais mas que cabo segundo de terzuelos —replicó D'Artagnan jovialmente—. Mas no importa, eran los nuevos tiempos, porque los buenos tiempos son siempre los de la juventud... ¡Buenos días, señor capitán de lebreles!

—Reconocido, señor conde —dijo éste.

D'Artagnan nada respondió. Aquel título de conde no le había afectado: D'Artagnan era conde hacía cuatro años.

—¿Estáis muy fatigado del largo camino que habéis hecho, señor capitán? —continuó el halconero—. Me parece que son doscientas leguas las que hay de aquí a Pignerol.

—Doscientas sesenta de ida y otras tantas de vuelta —dijo tranquilamente D'Artagnan.

—Y... ¿sigue bien? —prosiguió el halconero en voz baja.

—¿Quién? —preguntó D'Artagnan.

—El pobre señor Fouquet —continuó en voz baja el halconero.

El capitán de los lebreles se había apartado por discreción.

—No —contestó D'Artagnan—; el pobre hombre se aflige profundamente; no comprende que la prisión sea un favor, y dice que el Parlamento le había absuelto desterrándole, y que el destierro es la libertad. No se figura que se había jurado su muerte, y que, salvar la vida de las garras del Parlamento, es ya deber mucho a Dios.

—¡Ah! Sí, el pobre hombre ha rozado el cadalso —respondió el halconero—; dicen que el señor Colbert había dado ya órdenes al efecto al— alcaide de la Bastilla, y que se había mandado su ejecución.

—¡Al fin! —dijo D'Artagnan con aire pensativo y como para cortar la conversación.

—¡Al fin! —replicó el capitán de los lebreles acercándose—. Ya tenemos al señor Fouquet en Pignerol, y se lo merece; le ha cabido la suerte de haber sido conducido allí por vos, bastante ha robado al rey.

D'Artagnan lanzó al oficial de los perros una mirada severa y le dijo.

—Señor, si me viniesen a decir que os habíais comido la corteza de pan de

vuestras galgas, no sólo no lo creería, sino que aun cuando fuerais condenado por eso al calabozo, os compadecería y no permitiría que hablasen mal de vos. Sin embargo, señor, por muy honrado que seáis, os aseguro que no lo sois más que el pobre señor Fouquet.

Al oír aquella rociada, el capitán de los perros del rey bajó la cabeza y dejó al halconero que se acercase dos pasos más que él al señor de D'Artagnan.

—Está ufano —dijo el halconero por lo bajo al mosquetero—: bien se conoce que los galgos están hoy a la moda; si fuese halconero no hablaría de la misma manera.

D'Artagnan sonrió melancólicamente al ver resuelta aquella gran cuestión política por el descontento de un interés tan humilde; reflexionó un instante todavía sobre la hermosa existencia del superintendente, el hundimiento de su fortuna, y la lúgubre muerte que le aguardaba, y, para concluir:

—¿Era el señor Fouquet —preguntó—, aficionado a pajareras?

—¡Oh! Señor, apasionadamente —respondió el halconero con un tono de amargo pesar y un suspiro que fue la oración fúnebre de Fouquet.

D'Artagnan dejó pasar el mal humor del uno y la tristeza del otro, y continuó avanzando en la llanura.

Veíase ya a lo lejos asomar a los cazadores en las salidas del bosque, a los penachos de los escuderos pasar como estrellas errantes por los claros, y a los caballos blancos cortar con sus luminosas apariciones las sombrías espesuras de las matas.

—Pero ¿nos proporcionaréis una larga caza? —preguntó D'Artagnan—. Quisiera que nos echaseis pronto el ave, pues estoy muy cansado. ¡Es un garza real o un cisne?

—Lo uno y lo otro, señor de D'Artagnan —dijo el halconero—; mas no tengáis cuidado, que el rey no es conocedor; no caza por él, sino porque se divierten las damas.

Esta palabra damas fue dicha con tal acento, que hizo aguzar el oído a D'Artagnan.

—¡Ah! —exclamó mirando al halconero con aire sorprendido.

El capitán de los lebreles sonreía, sin duda para congraciarse con el mosquetero.

—¡Oh! Reíos cuanto queráis —repuso D'Artagnan—; pero nada sé en punto a noticias; llegué ayer después de un mes de ausencia. He dejado la Corte entristecida aún por la muerte de la reina madre. El rey no quería divertirse desde que recibió el último suspiro, de Ana de Austria; pero todo acaba en este mundo. ¡Si ya no está triste, tanto mejor!

—Y todo comienza también —dijo el capitán de los lebreles con risa socarrona.

—¡Ah! —exclamó por segunda vez D'Artagnan deseoso de saber, pero a

quien la dignidad prohibía interrogar a un inferior—. Según eso, ¿hay algo que comienza?

El capitán hizo un guiño significativo. Pero D'Artagnan no quería saber nada de aquel hombre.

—¿Se podrá ver al rey temprano? —preguntó al halconero.

—A las siete, señor, lanzaré las aves.

—¿Quién viene con el rey? ¿Cómo va Madame? ¿Cómo está la reina?

—Mejor, señor.

—¿Es que ha estado enferma? Desde el último pesar que tuvo Su Majestad, ha quedado muy delicada.

—¿Qué pesar? No temáis decírmelo, mi querido señor. Acabo de llegar.

—Parece que la reina, un tanto abandonada desde que murió su suegra, se quejó de ello al rey, el cual le contestó: ¿Es que no me acuesto con vos todas las noches, señora? ¿Qué más necesitáis?

—¡Ah! —dijo D'Artagnan—. ¡Pobre mujer! Mucho debe odiar a la señorita de La Vallière.

—¡Oh! No, a la señorita de La Vallière, no —contestó el halconero.

—¿Pues a quién?

La bocina interrumpió aquella conversación. Llamaban a los perros y a las aves. El halconero y su camarada picaron espuela inmediatamente y dejaron a D'Artagnan con la palabra en la boca.

A los lejos aparecía el rey rodeado de damas y jinetes. Toda aquella comitiva avanzaba al paso, con el mayor orden, y las bocinas y trompas animaban a los perros y caballos.

Era aquello un movimiento, un ruido, un espejo de luz del que hoy nada puede dar idea, si no es la vanidosa opulencia y la mentida majestad del aparato escénico.

D'Artagnan, con vista ya un tanto debilitada, distinguió tras el grupo tres carrozas; la primera era la de la reina. Estaba vacía.

D'Artagnan, que no vio a la señorita de La Vallière al lado del rey, la buscó y la vio en la segunda carroza.

Iba sola con dos mujeres que parecían tan aburridas como su ama. A la izquierda del rey, sobre fogoso caballo, hábilmente manejado, brillaba una mujer de sorprendente belleza.

El rey le sonreía, y ella sonreía al rey.

Cuando aquella joven hablaba, todo el mundo reía a carcajadas.

—Yo conozco a esa mujer —se dijo— el mosquetero. —¿Quién es?

Y se inclinó hacia su amigo el halconero, a quien hizo la pregunta. Iba éste a contestar, cuando viendo el rey a D'Artagnan:

—¡Ah, conde! —dijo—. ¿Estás ya de vuelta? ¿Cómo no os he visto?

—Majestad —contestó el capitán—, porque Vuestra Majestad dormía cuando

llegué, y no había despertado cuando entré de servicio esta mañana.

—Siempre el mismo —dijo Luis en voz alta y satisfecho—. Ahora os mando que descanséis, y luego venid a comer conmigo.

Un murmullo de admiración rodeó al capitán como una inmensa caricia. Y todos se agruparon en derredor suyo. Comer con el rey era un honor que Su Majestad no prodigaba como Enrique IV. El rey dio algunos pasos adelante, y D'Artagnan se vio detenido por otro grupo en medio del cual brillaba Colbert.

—Buenos días, señor de D'Artagnan —le dijo el ministro con afable cortesanía—. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí, señor —dijo D'Artagnan saludando, hasta el cuello de su caballo.

—He oído que el rey os ha convocado a su mesa para esta tarde —continuó el ministro—, y allí hallaréis a un antiguo amigo vuestro.

—¿Un antiguo amigo mío? —preguntó D'Artagnan removiendo con pena las sombrías ondas del pasado, donde se habían sumido para él tantas amistades y tantos odios.

—El señor duque de Alameda, que ha llegado esta mañana de España —respondió Colbert.

—¿El duque de Alameda? —repuso D'Artagnan suspenso.

—¡Yo! —exclamó un viejo blanco como la nieve y encorvado en su carroza, que hizo abrir para abrazar al mosquetero.

—¡Aramis! —gritó D'Artagnan estupefacto.

Y dejó, en su misma inercia, que el flaco brazo del anciano señor rodease trémulo su cuello.

Colbert, después de observar un instante en silencio, espoleó a su caballo y dejó a los viejos amigos frente a frente.

—Así —dijo el mosquetero cogiendo el brazo de Aramis—, vos, el desterrado, el rebelde, ¿estáis en Francia?

—Y como con vos en la mesa del rey —replicó sonriendo el obispo de Vannes—. Veo que os preguntáis, ¿de qué sirve la fidelidad en este mundo? Dejemos pasar la carroza de esa pobre La Vallière. ¡Mirad, qué inquieta está! ¡Cómo sus ojos, marchitos por las lágrimas, siguen al rey, que va por allí a caballo!

—¿Con quién?

—Con la señorita de Tonnay-Charente, ahora madame de Montespan —contestó Aramis.

—Está celosa, y eso me hace creer que se ve engañada.

—Aún no, D'Artagnan; pero no tardará en suceder.

Conversaron juntos siguiendo la cacería, y el cochero de Aramis los condujo tan hábilmente que llegaron en el momento en que el halcón alcanzando el ave, la obligaba a abatirse y caía sobre ella.

El rey echó pie a tierra, y madame de Montespan le imitó. Habían llegado

ante una canilla aislada, oculta entre enormes árboles deshojados ya por los primeros vientos del otoño. Detrás de aquella capilla había un recinto cerrado por una verja.

El halcón había obligado a la presa a caer en el recinto contiguo a aquella capilla, y Luis quiso penetrar en él para coger la primera pluma, según costumbre.

Todos hicieron círculo alrededor del edificio y de los setos, demasiado estrechos para recibir a tantas personas.

D'Artagnan retuvo a Aramis, que quería bajar de la carroza, como los demás, y con acento cortado:

—¿Sabéis Aramis —dijo—, adónde la casualidad nos ha traído?

—No —contestó el duque.

—Aquí reposan personas a quienes he conocido —dijo D'Artagnan, emocionado por un triste recuerdo. Aramis, sin adivinar y con paso trémulo, penetró en la capilla por una portecilla que le abrió D'Artagnan.

—¿Dónde están sepultados? —dijo.

—Allí, en el recinto. ¿Veis una cruz debajo de aquel pequeño ciprés? Ese ciprés está plantado sobre su tumba; no vayáis; el rey acaba de entrar: la garza real ha caído allí.

Aramis detúvose y se ocultó en la sombra. Entonces vieron, sin ser vistos, la pálida figura de La Vallière, que, olvidada en su carroza, había mirado primero melancólicamente a su portezuela; luego arrastrada por los celos, se había adelantado hacia la capilla, donde, apoyada contra un pilar, contemplaba en el recinto al rey sonriente que hacía señas a madame de Montespan para que se acercase sin miedo.

Madame de Montespan se aproximó; así lo que le ofrecía el rey, y éste, arrancando la primera pluma de la garza real que el halcón acababa de estrangular, la prendía al sombrero de su linda compañera.

La joven, entonces, sonriendo a su vez, besó tiernamente la mano que le hacía aquel presente.

El rey enrojeció de placer, y miró a Madame de Montespan con el fuego del deseo y del amor.

—¿Qué me daréis vos en cambio? —dijo él.

Ella cortó uno de los penachos del ciprés y se lo ofreció al rey, ebrio de esperanza.

—Triste es el regalo —dijo en voz baja Aramis a D'Artagnan— porque ese ciprés da sombra a una tumba.

—Sí, y esa tumba es la de Raúl de Bragelonne —dijo D'Artagnan en voz alta—; de Raúl, que duerme bajo esa cruz al lado de su padre Athos.

Oyóse un gemido detrás de ellos, y vieron caer desmayada a una mujer. La señorita de La Vallière, que todo lo había visto, acababa de oírlo todo.

—¡Pobre mujer! —murmuró D'Artagnan, que ayudó a sus doncellas a transportarla a la carroza—. A ella le toca ahora sufrir!

Por la tarde, en efecto, D'Artagnan se sentaba a la mesa del rey, entre el señor Colbert y el señor duque de Alameda.

El rey estuvo alegre. Tuvo mil atenciones con la reina y mil ternezas con Madame, sentada a su izquierda y muy triste. Parecían correr aquellos tiempos de calma en que el rey buscaba en los ojos de su madre la aprobación o desaprobación de lo que decía.

En aquella comida no se habló de queridas. El rey dirigió dos o tres veces la palabra a Aramis, llamándole señor embajador, lo cual aumentó la sorpresa que ya experimentaba D'Artagnan de ver a su amigo, el rebelde, tan bien admitido en la Corte.

El rey, al levantarse de la mesa, ofreció la mano a la reina, e hizo una seña a Colbert, cuyos ojos espiaban los del amo.

Colbert hizo rancho aparte con D'Artagnan y Aramis. El rey púsose a hablar con su hermana, en tanto que Monseñor, inquieto, conversaba con la reina, sin apartar la vista de su esposa y de su hermano.

La conversación entre Aramis, D'Artagnan y Colbert, versó sobre diversos temas. Hablaron de los ministros anteriores; Colbert se refirió al ministro Mazarino, y se hizo contar algo de Richelieu.

D'Artagnan no podía menos de admirar la gran profundidad y el buen humor que se encerraba en aquel hombre de espesas cejas y pequeña frente. Aramis se complacía en ver aquel despejo que permitía a un hombre retrasar ventajosamente el momento de una conversación más seria, a la que nadie hacía alusión, no obstante conocer su inminencia los tres interlocutores.

Adivinábase, en la fisonomía contrariada de Monsieur, lo mucho que le incomodaba la conversación del rey y de Madame. Esta tenía casi encordados los ojos. ¿Iría quizás a quejarse? ¿Iría a armar algún pequeño escándalo ante toda la Corte?

El rey la llevó aparte, y, en un tono tan dulce, que debió recordar a la princesa los días en que la amaban por ella misma:

—Hermana mía —dijo—, ¿por qué han llorado esos hermosos ojos?

—Señor... —dijo ella.

—Monsieur está celoso, ¿no es así, hermana mía?

Ella miró hacia donde estaba Monsieur, señal infalible que advirtió al príncipe que se ocupaban de él.

—Sí... —contestó Enriqueta.

—Escuchadme —repuso el rey—, si vuestros amigos os, comprometen, no es culpa de Monsieur.

Pronunció estas palabras con tal dulzura, que Madame, animada, cuando tantos pesares soportaba hacia tiempo, estuvo a punto de romper en lágrimas, a

fuerza de oprimirsele el corazón.

—Vamos, vamos, querida hermana mía —dijo el rey—; referidme vuestros pesares; a fe de hermano, los compadezco, y a fe de rey, pondré término a ellos.

Ella levantó sus lindos ojos; y con melancolia:

—No son mis amigos los que me comprometen —dijo—, por que están ausentes u ocultos, y los han hecho incurrir en la desgracia de Vuestra Majestad, siendo tan adictos, tan buenos, tan leales.

—¿Eso lo decís por Guiche, a quien hice desterrar a petición de Monsieur?

—¡Y que desde ese injusto destierro, busca cada día ocasiones de hacerse matar!

—¿Injusto decís, hermana mía?

—Injusto de tal modo, que si no hubiera profesado a Vuestra Majestad el respeto mezclado de amistad que he tenido siempre...

—¿Qué?

—Habría pedido a mi hermano Carlos, con quien todo lo puedo... Luis se estremeció.

—¿Qué?

—Le habría pedido haceros presente que Monsieur y su favorito, el señor caballero de Lorena, no deben constituirse impunemente en verdugos de mi honor y de mi felicidad.

—¿El caballero de Lorena? —dijo el rey—. ¿Esa sombría figura?

—Es mi mortal enemigo. En tanto que ese hombre viva en mi casa, donde Monsieur le retiene y le da plenos poderes, yo seré la, ultima mujer de este reino.

—De suerte —dijo el rey con lentitud—, que llamáis a vuestro hermano de Inglaterra mejor amigo que yo...

—Señor, los hechos hablan.

—Y preferiríais ir a pedir auxilio a...

—¡A mi país! —dijo ella con orgullo—. Sí, señor.

El rey contestó:

—Sois nieta de Enrique IV como yo, amiga mía. Primo y cuñado vuestro, ¿no vale tanto como ser el cual, lleno de inquietud, iba a su vuestro hermano camal?

—Entonces —repuso Enriqueta—, obrad.

—Hagamos alianza.

—Comenzad.

—Decís que he desterrado injustamente a Guiche?

—¡Oh, sí! —dijo la princesa ruborizándose.

—Guiche volverá.

—Bien.

—Y ahora, ¿decís que soy culpable de dejar en vuestra casa al caballero de

Lorena, que da contra vos malos consejos a Monsieur?

—Tened bien presente lo que os voy a manifestar: el caballero de Lorena, un día... Mirad, si llegó a tener un fin desgraciado, recordad que de antemano acuso al caballero de Lorena... ¡es un alma capaz de cualquier crimen!

—El caballero de Lorena no os incomodará más, yo os lo prometo.

—Entonces eso es un verdadero preliminar de alianza señor; la firmo... Mas, ya que habéis dicho lo que haréis por vuestra parte, decid lo que yo debo hacer por la mía.

—Que en lugar de malquistarme con vuestro hermano. Carlos, sea yo su amigo más íntimo que nunca.

—Eso es fácil.

—¡Oh! No tanto como creéis; porque con la amistad común, se abraza, se obsequia, y eso cuesta solamente un beso o un sarao, gastos fáciles, pero, en la amistad política...

—¡Ah! ¿Es una amistad política?

—Sí, hermana mía, y entonces, en vez de abrazos y festines, lo que hay que proporcionar al amigo son soldados, armados y equipados, buques con cañones y víveres. De ahí resulta que no siempre se hallan los cofres dispuestos para hacer esas amistades.

—¡Ah! Tenéis razón —dijo Madame—. Los cofres del rey de Inglaterra son algo sonoros hace algún tiempo.

—Pero vos, hermana mía, que tenéis tanta influencia con vuestro hermano, obtendréis quizás lo que un embajador no obtendrá jamás.

—Para eso sería necesario que yo fuese a Londres, querido hermano.

—Ya lo había pensado —repuso con viveza el rey—, y me había dicho que ese viaje os proporcionaría una distracción.

—No hay más contra —interrumpió Madame—, sino que es posible que yo fracase. El rey de Inglaterra tiene consejeros peligrosos.

—Consejeras, querréis decir.

—Precisamente. Si, por ventura, Vuestra Majestad tuviese la intención... y no hago más que suponer... dé pedir a Carlos II su alianza para una guerra...

—¿Para una guerra?

—Sí. Pues bien, entonces, las consejeras del rey, que son en número de siete, la señorita Stewart, la señorita Vells, la señorita Gwyn, mis Orchay, la señorita Zunga, mis Dawis, y la condesa de Castelmaine, harán saber al rey que la guerra cuesta mucho dinero, que vale más dar bailes y comidas en Hampton-Count, que equipar navios de línea en Portsmouth y en Greenwich.

—¿Luego fracasara vuestra negociación?

—¡Oh! Esas damas hacen fracasar todas las negociaciones que ellas no llevan.

—¿Sabéis qué idea se me había ocurrido, hermana querida?

—No. Decid.

—Pues que buscando bien el lado vuestro, tal vez se hallase una consejera que enviar al lado del rey, cuya elocuencia paralizase la mala voluntad de las otras siete.

—Es, en efecto, una idea, señor... y busco...

—Encontraréis.

—Lo espero.

—Sería necesario que fuese una persona hermosa: más vale un rostro agradable que uno deformé, ¿no es cierto?

—Seguramente.

—¿Un genio vivo, despejado, audaz?

—Sí, por cierto.

—En cuanto a nobleza... lo bastante para aproximarse sin cortedad al rey, y no tanto que pueda creer comprometida su dignidad de estirpe.

—Muy exacto.

—Y... que supiera algo de inglés.

—¡Dios mío! —exclamó con viveza Madame—. Una persona como la señorita de Keroualle, por ejemplo.

—Cabal —dijo Luis XIV—; habéis encontrado... habéis encontrado vos, hermana mía.

—La llevaré conmigo. Creo que no tendrá motivos para quejarse.

—No; la nombró desde luego seductora plenipotenciaria, y añadiré las rentas al título...

—Bien.

—Que os veo ya en camino, querida hermana, y consolada de toda vuestras penas.

—Partiré con dos condiciones: la primera es que he de saber lo que tengo que negociar.

—Os lo diré. Los holandeses, como sabéis, me insultan cada día en sus gacetas y con su actitud republicana. No me gustan las repúblicas.

—Lo concibo, señor.

—Veo con disgusto que esos reyes del mar, como ellos se llaman, tienen el comercio de Francia en las Indias, y que sus barcos ocuparán muy pronto todos los puertos de Europa, semejante fuerza está demasiado cerca, hermana mía.

—Sin embargo, son vuestros aliados.

—Por eso han obrado muy mal en hacer acuñar esa medalla que ya sabéis que representa a Holanda deteniendo al sol, como Josué, con esta inscripción: El sol se paró ante mi. Es poco fraternal, ¿no os parece?

—Yo creía que habíais olvidado esa miseria.

—Yo jamás olvido nada, hermana mía. Y si mis verdaderos amigos, tales como vuestro hermano Carlos, quieren secundarme...

La princesa quedó pensativa.

—Escuchad, hay que dividir el imperio de los mares —prosiguió Luis XIV—. Y en ese reparto que consiente Inglaterra, ¿cerréis que no pueda yo representar la segunda parte tan bien como los holandeses?

—Para tratar de esa cuestión tenemos a la señorita de Keroualle —repuso Madame.

—Veamos ahora vuestra segunda condición para partir, hermana mía.

—El consentimiento de Monsieur, mi marido.

—Vais a tenerlo.

—Entonces, iré, hermano mío.

Al escuchar estas palabras, Luis XIV se volvió hacia el punto de la sala en que se hallaban Colbert y Aramis con D'Artagnan, e hizo a su ministro una señal afirmativa.

Colbert cortó entonces la conversación en el punto en que estaba, y dijo a Aramis:

—Señor embajador, ¿queréis que hablemos de negocios?

D'Artagnan se alejó al punto por discreción. Dirigióse hacia la chimenea, a distancia de poder oír lo que el rey iba a decir a Monsieur, iba a su encuentro.

El semblante del rey estaba animado. Sobre su frente se leía una voluntad cuya temible expresión no encontraba ya contradicción en Francia, y no debía encontrarla tampoco dentro de breve tiempo en Europa.

—Monsieur —dijo el rey a su hermano—, no estoy contento del caballero de Lorena. Vos, que le hacéis el honor de protegerle, aconsejadle viajar durante algunos meses.

Estas palabras cayeron con el estrépito de un alud sobre Monsieur, que adoraba aquel favorito y concentraba en él todas las ternuras.

Así fue que dijo:

—¿Y en que ha podido desagradar a Vuestra Majestad el caballero?

Y lanzó una furiosa mirada a Madame.

—Ya os lo diré cuando haya marchado —replicó el rey impasible—. Y también cuando Madame, vuestra esposa, haya salido para Inglaterra.

—¿Madame a Inglaterra? —murmuró atónito el príncipe.

—Dentro de ocho días, hermano —continuó el rey—; y, entretanto, iremos los dos adonde luego os diré. Y el rey giró sobre los talones, después de sonreír a su hermano, para dulcificar lo amargo de aquellas dos noticias.

Entretanto continuaba hablando Colbert con el señor duque de Alameda.

—Señor —dijo Colbert a Aramis—, éste es el instante de entendernos. Os he reconciliado con el rey, y esto es cosa que se debía a un hombre de vuestro mérito; pero, como algunas veces me habéis manifestado amistad, presentáse ahora ocasión de que me deis una prueba de ello. Por otra parte, sois más francés que español; así, pues, respondedme francamente, ¿podemos contar con la

neutralidad de España, en caso de guerra con las Provincias Unidas?

—Señor —replicó Aramis—, el interés de España es bien claro. Malquistar con Europa a las Provincias Unidas, contra quienes subsiste el antiguo rencor de su libertad conquistada es nuestra política; mas el rey de Francia es aliado de las Provincias Unidas. No ignoráis, además, que ésa sería una guerra marítima, y que Francia no creo que se encuentre en estado de hacerla con ventaja.

Colbert se volvió a la sazón, y vio a D'Artagnan que buscaba un interlocutor mientras conversaban aparte el rey y Monsieur.

Llamó al mosquetero.

Y dijo en tono bajo a Aramis:

—Podemos hablar con el señor de D'Artagnan.

—Sí, por cierto —contestó el embajador.

—Estábamos diciendo el señor de Alameda y yo —prosiguió Colbert—, que la guerra con las Provincias Unidas sería una guerra marítima.

—Es evidente —replicó el mosquetero.

—¿Y qué pensáis de eso, señor de D'Artagnan?

—Pienso que para hacer esa guerra marítima, necesitaríamos un numeroso ejército de tierra.

—¿Eso creéis? —dijo Colbert figurándose haber oído mal.

—¿Por qué un ejército de tierra?

—Porque el rey será derrotado por mar, si no cuenta con los ingleses, y, derrotado por mar, no tardarían en invadir su reino, o los holandeses por los puertos o los españoles por tierra.

—¿Siendo España neutral? —replicó Aramis.

—Neutral mientras el rey sea el más fuerte —replicó D'Artagnan. Colbert admiró aquella sagacidad que nunca tocaba una cuestión sin profundizarla. Aramis sonrió. Sabía que, en punto a diplomacia, D'Artagnan no reconocía maestro.

Colbert, que, como todos los hombres de orgullo acariciaba su imaginación con la certeza de un buen éxito, preguntó:

—¿Y quién os ha dicho, señor de D'Artagnan, que el rey no tenga marina?

—¡Oh! No me he ocupado nunca de esos detalles —repuso el capitán—. Soy un mediocre hombre de mar. Como toda persona nerviosa, aborrezo el mar; no obstante, se me figura que siendo Francia un puerto de mar de doscientas cabezas, con buques se tendrían marinos.

Colbert sacó del bolsillo un cuadernillo oblongo, dividido en dos columnas. En la primera había nombres de buques; en la segunda, cifras que resumían el número de cañones y de hombres que tripulaban aquellos buques.

—He tenido la misma idea que vos —dijo al capitán—, y he hecho formar un estado de los buques que hemos adiconado. Treinta y cinco buques.

—¡Treinta y cinco buques!

—¡Imposible! —exclamó D'Artagnan.

—Unas dos mil piezas de artillería —dijo Colbert—. Eso es lo que el rey posee en este momento. Con treinta y cinco buques se forman tres escuadras; pero yo quiero cinco.

—¡Cinco! —exclamó Aramis.

—Que estarán para hacerse a la vela antes de terminar el año, señores; el rey tendrá cincuenta buques de línea. Con eso puede hacerse la guerra, ¿no es cierto?

—Construir buques —dijo D'Artagnan—, es difícil, pero posible. Respecto a armarlos, ¿cómo? En Francia no hay fundiciones, ni astilleros militares.

—¡Bah! —contestó Colbert con aire satisfecho—. Hace año y medio que tengo instalado todo eso, ¿no do sabíais? ¿Conocéis ad señor de Infreville?

—¿Infreville? —repitió D'Artagnan—. No.

—Es un hombre que he descubierto. Posee una especialidad, la de saber hacer trabajar a dos obreros. Es él quien, en Tolón, ha hecho fundir cañones y talar árboles de Borgoña. Además, quizá no creáis lo que os voy a decir, señor embajador: he tenido también una idea.

—¡Oh! señor —dijo cortésmente Aramis—; yo siempre os creo.

—Figuraos que, pensando en el carácter de nuestros aliados los holandeses, me he dicho: ellos son comerciantes y amigos del rey, de consiguiente, tendrán un placer en vender a Su Majestad lo que fabrican para sí mismos. Cuando más se compra... ¡Ah! He de añadir una cosa: tengo a Forant... ¿Conocéis a Forant, D'Artagnan?

Colbert se distraía. Llamaba al capitán D'Artagnan, simplemente, como el rey.

—Pero el capitán sonrió.

—No —replicó—; no le conozco.

—Es otro hombre que he descubierto, una especialidad para comprar. Ese Forant me compró trescientas cincuenta mil libras de hierro en balas de cañón, doscientas mil de pólvora, doce cargamentos de madera del Norte, mechas, granadas, brea, alquitrán, ¡qué sé yo!, con una economía de siete por ciento sobre lo que me costarían todas esas cosas fabricadas en Francia.

—Es una idea —repuso el capitán—, hacer fundir las balas holandesas que volverán a los holandeses.

—¿Verdad? Con pérdida.

Y Colbert se puso a reír con risotada seca, satisfecho de su chiste.

—Además —añadió—, esos mismos holandeses construyen al rey, en este momento, seis buques por el modelo de los mejores de su marina. Destouches... ¡Ah! ¿No conocéis a Destouches, quizá?

—No, señor.

—Es un hombre que tiene el golpe de vista muy seguro para decir, cuando se bota un buque, cuáles son los defectos y las buenas cualidades de ese buque...

¡Esto vale mucho! La Naturaleza para todo provee. Pues bien, me ha parecido que ese Destouches debía ser hombre útil en un puerto, y vigila la construcción de seis buques de setenta y ocho que las provincias construyen para Su Majestad. De todo esto resulta, querido señor de D'Artagnan, que el rey, si quisiera malquistarse con las Provincias, tendría una escuadra no despreciable. Respecto al ejército de tierra, vos sabéis mejor que nadie si es bueno.

D'Artagnan y Aramis se miraron, sorprendidos del misterioso trabajo que aquel hombre había hecho en pocos años.

Colbert des comprendió, y quedó satisfecho de aquella lisonja, la mejor de todas.

—Si no lo sabíamos en Francia —dijo D'Artagnan—, fuera do sabrán menos aún.

—Por eso decía yo al señor embajador —replicó Colbert—, que apaña, prometiendo la neutralidad, e Inglaterra ayudándonos...

—Si Inglaterra os ayuda —dijo Aramis—, os respondo de la neutralidad de España.

—Os cojo la palabra —se apresuró a decir Colbert, con su brusca campechanía—. Y, a propósito de España, no veo que tengáis aún el Toisón de Oro, señor de Alameda. El otro dia oí decir al rey que tendría un placer en veros llevar el gran cordón de San Miguel.

Aramis se inclinó.

« Oh —pensó D'Artagnan—. ¡Y Porthos ya no existe! ¡Cuántas varas de cinta habría para él en estas liberalidades! ¡Buen Porthos!» .

—Señor de D'Artagnan —prosiguió Colbert—, ahora nos toca a los dos. Apuesto a que tendréis el gusto de llevar a vuestros mosqueteros a Holanda. ¿Sabéis nadar?

Y se echó a reír, como un hombre que está de buen humor.

—Como una anguila —replicó D'Artagnan.

—¡Ah! Es que hay allá penosas travesías de canales y pantanos, señor de D'Artagnan, donde se ahogan los mejores nadadores.

—Ese es mi estado —respondió el mosquetero—, morir por Su Majestad. Pero como en la guerra es muy extraño que se encuentre mucha agua sin un poco de fuego, os declaro desde ahora que haré todo cuanto pueda por elegir el fuego. Me hago viejo, y el agua me hiela; el fuego calienta, señor Colbert.

Y D'Artagnan mostró tal ardor y orgullo juvenil al decir estas palabras, que Colbert a su vez no pudo menos de admirarle.

D'Artagnan observó el efecto que había producido. Recordó que el buen comerciante es el que vende a alto precio cuando la mercancía tiene valor, y preparó de antemano su precio.

—Así —dijo Colbert—, ¿iremos a Holanda?

—Sí —replicó D'Artagnan—; pero...

—Pero ¿qué? —interrumpió Colbert.

—Pero —repitió D'Artagnan—, hay en todo la cuestión de interés y la cuestión de amor propio. No es mal sueldo el de capitán de mosqueteros; pero notad qué ahora tenemos los guardias del rey y la casa militar del rey. Un capitán de mosqueteros debe mandar a todo eso, y entonces absorbería cien mil libras al año por gastos de representación y de mesa...

—¿Suponéis acaso que el rey vaya a regatear con vos? —dijo Colbert.

—¡Eh! Señor, no me habéis comprendido —replicó D'Artagnan seguro de haber triunfado en la cuestión de intereses—; os decía que yo, viejo capitán, jefe en otro tiempo de la guardia del rey, con salida para mariscal de Francia, me vi, cierto día de trinchera, con otros dos iguales a mí, el capitán de los guardias y el coronel comandante de los suizos. Ahora bien, por ningún precio sufriría yo eso. Tengo viejos hábitos, y estoy muy apegado a ellos.

Colbert sintió el golpe. Pero estaba ya preparado.

—He pensado en lo que decíais hace poco —dijo.

—¿En qué, señor?

—Hablamos de dos canales y lagos en que es fácil ahogarse.

—¿Y qué?

—Y afirmo que el ahogarse en ellos es por falta de un barco, de una tabla, de un bastón.

—De un bastón, por corto que sea —dijo D'Artagnan.

—Precisamente —repuso Colbert—. Así es, que no tengo noticia de que se haya ahogado ningún mariscal de Francia.

D'Artagnan palideció de alegría, y, con voz poco segura:

—Muy orgullosos estarían de mí en mi país —dijo—, si fuese yo mariscal de Francia; pero para lograr el bastón es preciso haber mandado en jefe una expedición.

—Señor —dijo Colbert—, en este cuaderno, que os ruego examinéis, veréis un plan de campaña que haréis ejecutar al cuerpo de tropas que el rey pone a vuestras órdenes para la campaña de la primavera próxima.

D'Artagnan cogió temblando el cuaderno, y, encontrándose sus dedos con los de Colbert, el ministro estrechó lealmente la mano del mosquetero.

—Señor —le dijo—, los dos teníamos que tomarnos mutuamente un desquite. Yo ya he comenzado. ¡Ahora os toca a vos!

—Os debo una reparación, señor —replicó D'Artagnan—, y os suplico digáis al rey que en la primera ocasión que se me ofrezca cuente con la victoria, o con mi muerte.

—Voy a mandar bordar desde ahora —dijo Colbert—, las flores de lis de vuestro bastón de mariscal.

Al día siguiente, Aramis, que marchaba a Madrid a fin de negociar la neutralidad de España, fue a abrazar a D'Artagnan en su casa.

—Amémonos por cuatro —dijo D'Artagnan—; no somos ya más que dos.

—Y tal vez no vuelvas a verme más, querido D'Artagnan —dijo Aramis—.  
¡Si supieses cuánto te he querido! Yo soy ya viejo, estoy enfermizo, y, por decirlo así, muerto.

—Amigo mío —dijo D'Artagnan—, tú vivirás más que yo, pues la diplomacia te manda vivir, al paso que a mí el honor me condena a morir.

—¡Bah! Los hombres como nosotros, señor mariscal —dijo Aramis—, no mueren sino saciados de alegría y de gloria.

—¡Ay! —replicó D'Artagnan con triste sonrisa—. Es que ahora no me encuentro ya con apetito, señor duque.

Abrazáronse de nuevo, y, dos horas después, se habían ya separado.

## La muerte de D'Artagnan

---

Contrariamente a lo que acontece siempre, en política como en moral, todos cumplieron sus promesas e hicieron honor a sus compromisos.

El rey llamó al señor de Guiche y desterró al caballero de Lorena, lo cual ocasionó a Monsieur una enfermedad.

Madame marchó a Londres, donde se aplicó con tanto empeño a hacer apreciables en el ánimo de Carlos II, su hermano, los consejos políticos de la señorita de Keroualle, que se firmó por fin la alianza entre Francia e Inglaterra, y los barcos ingleses, aparejados por algunos millones de oro francés, hicieron una terrible campaña contra las escuadras de las Provincias Unidas.

Carlos II, que había prometido una gracia a la señorita de Keroualle por sus excelentes consejos, la hizo duquesa de Portsmouth.

Colbert había prometido al rey, buques, municiones y victorias; y, como se sabe, cumplió su palabra.

Por último, Aramis, en cuyas promesas podía fiarse menos que en las de los demás, escribió a Colbert la carta siguiente, relativa a las negociaciones de que se había encargado en Madrid:

*Señor Colbert:*

*Tengo el honor de enviaros al R. P. Oliva, general interino de la Compañía de Jesús y sucesor mío provisional.*

*El reverendo padre, señor Colbert, os enterará de que conservo la dirección de todos los asuntos de la Orden que conciernen a Francia y España; pero no quiero conservar el título de general, que arrojaría demasiada luz sobre la marcha de las negociaciones que se digna encargarme Su Majestad Católica. Recobraré el título, por orden de Su Majestad, cuando lleguen a buen término los trabajos*

*que, de acuerdo con vos, he emprendido para la mayor gloria de Dios y de su Iglesia.*

*El R.P. de Oliva os enterará también, señor, del consentimiento otorgado por Su Majestad Católica a la firma del tratado que afianza la neutralidad de España, en caso de guerra entre Francia y las Provincias Unidas.*

*Tal consentimiento será válido aun cuando Inglaterra, en vez de tomar una parte activa, se contente con permanecer neutral.*

*Respecto a lo que ya tenemos hablado concerniente a Portugal, puedo aseguraros que esta nación contribuirá con todos sus recursos a ayudar en la guerra al rey Cristianísimo.*

*Os suplico, señor Colbert, me conservéis vuestra amistad, creáis en mi profunda adhesión, y pongáis mis respetos a los pies de Su Majestad Cristianísima.*

*Firmado: DUQUE DE ALAMEDA.*

Aramis, por tanto, había hecho más que lo que había ofrecido; faltaba saber de qué modo el rey, el señor Colbert y el señor de D'Artagnan serían fieles unos para otros. En la primavera, como lo había predicho el señor Colbert, el ejército de tierra entró en campaña.

Precedió, en magnífico orden, a la corte de Luis XIV, que a caballo y rodeado de carrozas ocupadas por damas y cortesanos, conducía la flor de su reino a aquella fiesta sangrienta.

Verdad es que los oficiales del ejército no escucharon más música que la artillería de los fuertes holandeses; pero fue suficiente para muchos que encontraron en aquella guerra, honores, ascensos, la fortuna o la muerte.

El señor de D'Artagnan marchó, mandando un cuerpo de doce mil hombres, caballería e infantería, con los cuales recibió orden de tomar las distintas plazas, que formaban los nudos de aquella red estratégica llamada la Frisia.

Ningún ejército fue llevado con mayor gala a una expedición. Los oficiales sabían que su jefe, tan prudente, tan astuto como bravo, no sacrificaría un hombre ni una pulgada de terreno sin necesidad.

Tenía las viejas costumbres de la guerra: vivir sobre el país, sostener al soldado cantando, y al enemigo llorando.

El capitán de los mosqueteros del rey ponía el mayor esmero en demostrar que sabía bien su oficio.

Jamás se vieron ocasiones mejor escogidas, golpes de mano con tanto acierto apoyados, ni faltas del enemigo tan bien aprovechadas. El ejército de D'Artagnan tomó doce plazas pequeñas en un mes.

Estaba en la decimotercera, y ésta resistía hacia cinco días. D'Artagnan mandó abrir brecha sin cuidarse de suponer que los sitiados pudieran sostenerse tanto tiempo.

Los gastadores y los trabajadores eran, en el ejército de aquel hombre, un cuerpo lleno de emulación, de ideas, y de celo, porque los trataba como soldados, sabía hacerles adquirir gloria en las fatigas, y nunca les obligaba a matar sino cuando no podía impedirlo.

Y era de ver el afán con que descuajaba las pantanosas glebas de Holanda. Aquellos turbales y aquellas gredas se fundian, al decir de los soldados, como la manteca en las inmensas sartenes de las amas frisonas.

D'Artagnan expidió un correo al rey para darle noticia de los últimos triunfos, lo cual redobló el buen humor de Su Majestad, así como sus disposiciones para obsequiar a las damas.

Las victorias del señor de D'Artagnan daban tanta majestad al príncipe, que madame de Montespan sólo le llamaba Luis el Invencible.

De suerte, que la señorita de La Vallière, que no llamaba al rey más que Luis el Victorioso, perdió mucho en la gracia de Su Majestad. Por otra parte, casi siempre tenía los ojos enrojecidos y, para un invencible, nada es tan fastidioso como una querida que llora, cuando todo sonríe en torno suyo. El astro de la señorita de La Vallière se eclipsaba en el horizonte entre nubes y lágrimas.

Pero el regocijo de madame de Montespan aumentaba con los éxitos del rey, a quien consolaba de las demás desgracias. Todo esto lo debía el rey al señor de D'Artagnan.

Su Majestad quiso recompensar sus servicios, y escribió lo siguiente:

*Señor Colbert, debo cumplir una promesa al señor de D'Artagnan, que cumple las tuyas. Ha llegado la hora de hacerlo, y al efecto se os facilitarán oportunamente las órdenes precisas.*

LUIS.

Colbert, en consecuencia, entregó al oficial, enviado de D'Artagnan, una carta para éste y un cofrecillo de ébano incrustado en, oro, que en apariencia no era muy voluminoso, pero que indudablemente debía pesar mucho, puesto que se dieron al mensajero cinco hombres a fin de ayudarle a llevarlo.

En cuanto llegaron al frente de la plaza que sitiaba el señor de D'Artagnan, es decir, al anochecer, dirigiéronse al alojamiento del general.

Allí supieron que el señor de D'Artagnan, disgustado por una salida que había hecho el gobernador de la plaza, hombre solapado; y en la cual había logrado cegar las obras, matar setenta y siete hombres, y dar principio al reparo de una brecha, acababa de ponerse al frente de diez compañías de granaderos para comenzar los trabajos.

El enviado del señor Colbert tenía orden de presentarse al señor de D'Artagnan doquiera que estuviera y a cualquiera hora del día o de la noche.

Por tanto, encaminóse hacia las trincheras seguido de su escolta.

D'Artagnan se hallaba al descubierto de los fuegos, con su sombrero galoneado, su largo bastón y sus grandes paramentos dorados. Mordisqueaba su bigote blanco, y sólo se ocupaba en sacudir con la mano izquierda el polvo que arrojaban sobre él al pasar los proyectiles que agujereaban el suelo.

En medio de aquel espantoso fuego que llenaba el aire de silbidos, veíase a los oficiales manejar la pala, a los soldados arrastrar los carretones, mientras que enormes fajinas, conducidas por diez o veinte hombres, cubrían el frente de la trinchera, vuelta a abrir por aquel esfuerzo del general animando a los suyos.

Todo había quedado restablecido en tres horas. D'Artagnan empezaba a hablar más dulcemente. Se calmó del todo cuando el jefe de los gastadores fue a decirle, sombrero en mano, que la trinchera se hallaba practicable.

Apenas hubo acabado de hablar aquel hombre, cuando una bala le llevó una pierna y cayó en brazos de D'Artagnan.

Éste levantó al soldado, y tranquilamente, con toda suerte de halagos, lo bajó a la trinchera, entre los entusiastas aplausos de los regimientos.

Desde aquel momento no fue ardor el de éstos, sino delirio; dos compañías corrieron ocultas hasta las avanzadas, y las destrozaron de una embestida. Cuando sus compañeros, contenidos por D'Artagnan con gran trabajo, las vieron dueñas de los baluartes, arrojáronse del mismo modo, y al punto se dio un asalto furioso a la contraescarpa, de la cual dependía la salvación de la plaza.

D'Artagnan comprendió que sólo le quedaba un medio para contener a sus tropas, y era el hacer que se apoderasen de la plaza; por tanto, las lanzó en masa contra dos brechas, que los sitiados se ocupaban en reparar. El choque fue terrible; dieciocho compañías tomaron parte en él, y el capitán se situó con el resto a medio tiro de cañón para sostener el asalto por escalones.

Oianse claramente los gritos de los holandeses apuñalados sobre sus piezas por los granaderos de D'Artagnan; la lucha continuaba animada por la desesperación del gobernador, que disputaba palmo a palmo sus posiciones.

D'Artagnan, con objeto de hacer cesar el fuego y acabar de una vez, envió otra columna, que agujereó como una barrena las puntas más sólidas, y pronto se vio en las murallas, entre el fuego, correr a los sitiados perseguidos por los sitiadores.

Entonces fue cuando el general, respirando y lleno de placer, oyó decir a su lado:

—Señor, cuando queráis, de parte del señor Colbert.

Y rompió el sello de una carta redactada en estos términos:

*Señor de D'Artagnan: el rey me encarga participaros que os ha nombrado mariscal de Francia, en recompensa de vuestros servicios y del honor que añadís a sus armas. «El rey está encantado, señor, con vuestras conquistas,*

*y os ordena principalmente acabar con el sitio que habéis comenzado, con felicidad para vos y éxito para él».*

D'Artagnan estaba de pie, el rostro enardecido la mirada centelleante. Y alzó la vista para ver los progresos de sus tropas sobre las murallas envueltas en torbellinos negros y rojos:

—Acabé —dijo al mensajero—. La ciudad sé entregará dentro de un cuarto de hora.

Y continuó su lectura:

*El cofrecillo, señor de D'Artagnan, es el presente que yo os envío. No os molestará el ver que mientras vosotros, los guerreros, desenvaináis la espada para defender a vuestro rey, anime yo las artes pacíficas adornándoos con recompensas dignas de vos.*

*Me recomiendo a vuestra amistad, señor mariscal, y os suplico creáis en la mía.*

*COLBERT.*

D'Artagnan, ebrio de contento, hizo una seña al mensajero, que se acercó con el cofrecillo en las manos. Mas, en el instante en que el mariscal iba a examinarlo, una fuerte explosión resonó sobre las murallas y llamó su atención hacia el lado de la ciudad.

—Es raro —dijo D'Artagnan— que no vea aún la bandera del rey sobre las murallas ni se oiga rendirse.

Lanzó trescientos hombres de refresco, a las órdenes de un oficial lleno de ardor, y ordenó abrir otra brecha.

Luego, más tranquilo, se volvió hacia el cofrecillo que le presentaba el enviado de Colbert. Aquella era su fortuna, la había ganado.

Extendía ya el brazo para abrir el cofrecillo, cuando una bala, disparada de la ciudad, lo aplastó entre los brazos del oficial, hirió a D'Artagnan en pleno pecho, y lo derribó sobre un montón de tierra, mientras que el bastón flordelisado saliendo de los flancos mutilados de la caja, fue rodando a ponerse en la desfallecida mano del mariscal.

D'Artagnan procuró levantarse, y aun se creyó que había caído sin herida; pero de pronto resonó un grito espantoso en el grupo de oficiales que le rodeaban. El mariscal estaba cubierto de sangre; la palidez de la muerte subía lentamente a su noble rostro.

Apoyado en los brazos, que de todas partes le tendían para recibirlle, pudo todavía dirigir sus miradas hacia la plaza, y divisar la bandera blanca en la cima del baluarte principal; sus oídos, sordos al murmullo de la vida, percibieron

débilmente los redobles de las cajas que pregonaban la victoria.

Apretando entonces con su crispada mano el bastón bordado de flores de lis en oro, abatió hacia él los ojos, que no tenían ya fuerza para mirar al cielo, y cayó murmurando estas palabras extrañas, que a los soldados asombrados parecieron palabras cabalísticas, palabras que en otro tiempo habían representado tantas cosas en la tierra, y que nadie comprendía, a no ser el moribundo que las pronunciaba:

—Athos, Porthos, hasta la vista. ¡Aramis, adiós para siempre!

De los cuatro valerosos hombres cuya historia hemos relatado, no quedaba ya más que un cuerpo. Dios había recobrado las almas.



ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, 1802 - Puys, cerca de Dieppe, 1870), fue uno de los autores más famosos de la Francia del siglo XIX, y que acabó convirtiéndose en un clásico de la literatura gracias a obras como *Los tres mosqueteros* (1844) o *El conde de Montecristo* (1845).

Dumas nació en Villers-Cotterêts en 1802, de padre militar —que murió al poco de nacer el escritor— y madre esclava. De formación autodidacta, Dumas luchó para poder estrenar sus obras de teatro. No fue hasta que logró producir *Enrique III* (1830) que consiguió el suficiente éxito como para dedicarse a la escritura.

Fue con sus novelas y folletines, aunque siguió escribiendo y produciendo teatro, con lo que consiguió convertirse en un auténtico fenómeno literario. Autor prolífico, se le atribuyen más de 1.200 obras, aunque muchas de ellas, al parecer, fueron escritas con supuestos colaboradores.

Dumas amasó una gran fortuna y llegó a construirse un castillo en las afueras de París. Por desgracia, su carácter hedonista le llevó a despilfarrar todo su dinero y hasta verse obligado a huir de París para escapar de sus acreedores.

## **Notas**

[1] Palomar casero. <<

[2] Quiere decir baches, atolladero, por extensión al significado de la voz *ornière*, carril. <<